LOS HÉROES

Y LAS

GRANDEZAS DE LA TIERRA.

ANALES DEL MUNDO, FORMACION, REVOLUCIONES
Y GUERRAS DE TODOS LOS IMPERIOS, DESDE LA CREACION HASTA NUESTROS DIAS.

GRAN MONUMENTO DE LA HISTORIA GENERAL, QUE COMPRENDE ÍNTEGRAS LAS OBRAS SIGUIENTES:

LA FAMOSA É INAPRECIABLE HISTORIA UNIVERSAL,

ESCRITA POR LOS BENEDICTINOS, Y SU TAN ENCARECIDO ARTE DE COMPROBAR LAS FECHAS HISTORICAS, LA DEL PUEBLO HEBREO, LA DEL EGIPTO, SIRIA, TIRO Y SIDONIA, LOS SELEUCIDAS, BABILONIA, ASIRIA, MEDIA, PERSIA, INDIA, LA CHINA, Y DEMAS PUEBLOS CUYO ORIGEN SE PIERDE EN LA NOCHE DE LOS TIEMPOS, LA DE ATENAS, LACEDEMONIA Y DEMAS PAISES DE LA GRECIA; LA DE LOS PARTOS, EL PONTO, MACEDONIA, TROYA Y SU RUINA;

LA DE ALEJANDRO EL GRANDE,

ESCRITA POR QUINTO CURCIO; LA DE CARTAGO Y ROMA, ANIBAL Y LOS ESCIPIONES, POMPEYO Y CÉSAR, TRASLADADOS ÍNTEGROS LOS COMENTARIOS ADMIRABLES DE ESTE; LA DE LA GUERRA DE YUGURTA Y DE CATILINA, CONTINUADO COMPLETO EL SALUSTIO;

LA DE LAS GUERRAS DE LOS JUDIOS Y DESTRUCCION DE JERUSALEN

SIN QUITAR UN ÁPICE DE LA ENCOMIADA OBRA DE FLAVIO JOSEFO; LA DE LA TIERRA SANTA Y LAS CRUZADAS, ROMA CRISTIANA, VENECIA; LA DE LOS ESTADOS Y TIEMPOS MODERNOS; RUSIA Y TURQUIA Y SUS SANGRIENTAS LIDES; LA DE TODOS LOS CONQUISTADORES DESDE NEMBROT, LLAMADO POR MUCHOS EL PRIMER CAUDILLO DE GENTES, HASTA NAPOLEON EL BATALLADOR Y NICOLÁS TERROR DEL TURCO; LA HISTORIA DE LAS ARTES, CIENCIAS, LETRAS; DEL COMERCIO, LA INDUSTRIA, ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA; LA DE LA MÚSICA; LA DEL ARTE MILITAR:

Ilustrada la historia con las célebres

TABLAS CRONOLÓGICAS,

de los mismos BENEDICTINOS, en las cuales están consignadas todas las fechas históricas por olimpíadas, eras, ciclos, indicciones, etc., etc., archivados los eclipses pasados, calculados los futuros y continuados los calendarios solar y lunar perpétuos, etc., etc.;

SEGUIDO TODO DE LAS MAGNÍFICAS PINTURAS DEL HOMBRE Y DE LAS MARAVILLAS QUE LE RODEAN, POR EL CÉLEBRE BUFFON, Y PRECEDIDO DEL DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL, POR EL INCOMPARABLE BOSSUET;

COMPLETADO EL CONJUNTO HASTA EL DIA DE LA TERMINACION DE LA OBRA

POR EL DR. D. MANUEL ORTIZ DE LA VEGA,

con índices copiosos de los héroes y hombres eminentes de todas las edades

OBRA ADORNADA

CON UNA COLECCION DE LÁMINAS ADMIRABLES QUE REPRESENTAN LOS SUCESOS MEMORABLES, LOS GRANDES HOMBRES, LOS MONUMENTOS MAS PRECIADOS DE LAS BELLAS ARTES, VISTAS PRECIOSAS, TRAJES MONEDAS, MAPAS HISTÓRICOS, PLANOS, DIBUJOS DE CIENCIAS Y ARTES; BANDERAS, Y OBJETOS DE HISTORIA NATURAL, ILUMINADAS ESTAS ÚLTIMAS CON EL MAYOR ESMERO.

TOMO TERCERO.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. JOSÉ CUESTA,
CALLE MAYOR,
Y EN LA LIBRERÍA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
ADMINISTRACION DE LA IMPRENTA
DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO, N. 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1855

BARCELONA: Imprenta de CERVANTES, á cargo de A. Sierra, calle de la Aurora, núm. 12. — 1855.

LOS HÉROES

Y LAS

GRANDEZAS DE LA TIERRA.

TOMO TERCERO.

CONTINUACION

DE LA

HISTORIA DE ROMA.

Siguen las cosas de España.—De la España tarraconense y Lusitania no son tan frecuentes los ejemplares de haber siempre mantenido la misma denominacion, ó ya porque los autores en quienes está su mencion no cuidasen de especificarlos con el propio nombre del magistrado que les correspondia, ó porque las copias de las inscripciones que tenemos no estén con la debida exactitud, y por consiguiente tampoco den la segura idea de los nombres de sus magistrados. No obstante hallamos la mencion en Tácito de L. Pison, pretor de la España citerior bajo el imperio de Tiberio, del cual se deberá entender fuese propretor legado del césar, como se le llama á Cayo Calpetano Rancio Qnirinal en la inscripcion del puente de Chaves del tiempo de Vespasiano, á Valerio Juliano, á M. Aurelio Valentiniano, y á otros. A este último en las inscripciones que le mencionan se le dá además el título de presidente de la España citerior, cuyo nombre unas veces era genérico á cualquiera que gobernaba una provincia, otras particular de los que se destinaban á determinadas de ellas, á las cuales por ello se les daba el nombre de presidenciales. Así parece duró el gobierno de estas hasta el establecimiento de los prefectos del pretorio sucedido en el imperio del gran Constantino, el cual, al referir de Zósimo, dividió todo el imperio en las cuatro prefecturas de Italia, de las Galias, del Ilírico y del Oriente. Á estas se les destinaron las diócesis y provincias respectivas, que le habian de estar subordinadas; y entre ellas á la de las Galias lo fuéron las mismas Galias, las Españas y las islas de Bretaña. En cada una de las tres partes habia un vicario que hacia las veces del prefecto del pretorio en ellas, y por tanto se suele hallar nombrado así en las inscripciones y otros monumentos, quedando sujetos á él los otros magistrados que habia en las particulares provincias de que constaba el vicariato. En el de España á principios de esta distribucion fuéron seis los que se le agregaron, segun lo refiere Festo Rufo en su breviario; conviene á saber, la tarraconense, la cartaginense, la Lusitania, la Calecia ó Galicia, la Bética y la Mauritania tingitana. De estas añade que las dos Bética y Lusitania eran consulares, y las demás presidenciales. Poco después, cuando se formó la noticia del imperio, bajo los emperadores Arcadio y Honorio, eran ya siete las provincias sujetas al vicario de las Españas, por haberse agregado á las antecedentes la baleárica que contenia las islas Baleares, y entónces se dice tambien ser consular la Galicia; de suerte que las tres eran provincias consulares, y las cuatro presidenciales. En consecuencia de esto se ven en las leyes del código teodosiano y en el de Justiniano varios vicarios de las Españas, á quienes se dirigian algunas de las contenidas en ellos, como son Tiberiano, Albino, Valeriano, Artemio, Mariniano, Petronio y Procliniano. Del mismo modo en el código teodosiano se hace mencion de Celestino, cónsul de la Betica, que acaso se habrá de leer consular, ó al menos entenderlo por tal, y así de otros. Pero, para que mas bien se reconozcan los nombres con que por este tiempo eran distinguidos los superiores magistrados de España, convendrá hacer de ellos la mencion que se halla en el libro de la noticia del imperio; la cual, aunque se nota diminuta en lo tocante á esta provincia, acaso porque, entrados ya los bárbaros en ella, las cosas del imperio estuviesen confusas y fuera de órden, da no obstante mucha luz del gobierno que antes y después tenian los romanos. Dice pues que, bajo el mando del vicario de las Españas, estaban los consulares de la Bética, Lusitania y Galicia; y los presidentes de la tarraconense, de la cartaginense, de la Mauritania tingitana, y de las islas Baleares; como tambien varios otros ministros subalternos, cuya individual noticia no es de este lugar, y por tanto la omitimos. Para las cosas de la guerra habia el que se intitulaba conde de las Españas, de cuyo magistrado hay mencion en algunas leyes de los códigos teodosiano y de Justiniano dirigidas á los que lo obtenian, cuales son Octaviano, Severo y Tiberiano. Bajo su mando habia once auxiliares y cinco legiones, y tambien un prefecto de la legion séptima gémina que residia en Leon, el tribuno de la segunda cohorte flavia pacaciana, que tenia su asiento en Petaonio, lugar que Morales y otros creen haber sido donde hoy la Bañera, el tribuno de la cohorte segunda gálica en el lugar de su mismo nombre, que no consta donde fuese, el tribuno de la cohorte lucense, que se

mantenia en Lugo, y el de la cohorte celtibérica en Brigancia, y después al tiempo de hacerse la celebracion del imperio en Juliobriga, que unos creen fuese Logroño, otros Aguilar de Campóo: y todos estos se asignan á la provincia de Galicia. En la tarraconense coloca el tribuno de la cohorte primera gálica, cuya residencia era en Veleya, pueblo al parecer de la Cantabria; y, siendo regular que en esta y las demás provincias hubiese otros prefectos y tribunos, falta su mencion en esta noticia, y su cabal conocimiento contribuiria mucho á la inteligencia de las antiguas historias, especialmente por lo tocante á las actas de los mártires, en las cuales se suele hacer memoria de los magistrados bajo de quienes padecieron, y por la escasez de luces en la materia no se sabe con bastante especificacion á qué clase de ellos se deban reducir, ni si son los supremos de la provincia ó algunos subalternos suyos. Las referidas tropas de infantería venian á ser dependientes del que llamaban maestre de los soldados de á pié del imperio de Occidente, al cual quedaban subordinados, nó solo los prefectos y tribunos militares, sí tambien los condes de las provincias en lo tocante á la guerra y gente de infantería, como por igual razon la de caballería lo estaba al maestre de ella, que tambien habia en Occidente.

Noticia de los magistrados romanos que vinieron á España, por años antes de Cristo. — **218.** Cneo Cornelio Escipion, el primer capitan romano que vino con imperio á España, enviado por el cónsul P. Cornelio Escipion su hermano, á quien tocó en suerte esta provincia, llegó á ella en el primer año de la segunda guerra púnica, desembarcó en Ampurias, hizo confederaciones con algunos pueblos, venció á Hannon, capitan cartaginés, y poco después á Asdrúbal, conquistó á Atanagria y Ausona, obtuvo una cumplida victoria de la armada cartaginesa junto á Tortosa, é hizo otros varios progresos con que obligó á sus contrarios á retirarse á Cádiz, y viniendo después su hermano Publio, continuaron ambos la guerra, que se habia de nuevo encendido por la revolucion de Indibil y Mandonio, príncipes de los ilergetas, que al fin fueron vencidos. Martin de Ulloa lo dice así.

217. P. Cornelio Escipion, procónsul, vino á España, y con su hermano hizo la guerra á los cartagineses casi siempre con próspero suceso hasta el año 542 de Roma, en que ambos fueron vencidos y muertos en dos reencuentros muy reñidos que con ellos tuvieron en menos de treinta dias.

212. L. Marcio, caballero romano, se hallaba tribuno de los soldados al tiempo de las derrotas de los Escipiones, fué aclamado capitan por los mismos ejércitos, y resarció con su valor y espíritu parte de las perdidas antecedentes, venciendo á los dos capitanes cartagineses Asdrúbal de Giscon, y Magon, destrozándoles sus ejercitos y apoderándose de sus reales. Valerio Máximo dice de él, que quiso usar del título de propretor, pero que lo desaprobó el senado, por ser propia del pueblo romano y nó de los soldados la eleccion de capitan.

211. Cayo Claudio Neron, después de la toma de Capua vino propretor á España, y aunque tuvo puesto en grande estrecho el ejercito cartaginés de Asdrúbal Barcino en cierto paso de Sierra-morena, este capitan con astucia, se escapó dejándole engañado. Por este tiempo los magistrados empezaban á ejercer sus cargos en los ídus de marzo, segun lo advierte el mismo Livio. P. Cornelio Escipion, que despues adquirió el renombre de Africano, vino el mismo año procónsul á España con Marco Junio Silano, propretor; conquistó á Cartagena, venció en batalla á Asdrúbal Barcino, á Asdrúbal de Giscon y á otros capitanes cartagineses, atrajo con su benevolencia y generosidad muchos pueblos y príncipes á la alianza de los romanos, y de tal suerte quebrantó, tanto por sí, como por sus legados, las fuerzas y ejércitos de Cartago, que les obligó á desamparar enteramente la provincia, castigó y redujo á la obediencia algunas ciudades y príncipes que se habian apartado de su amistad, siendo del número de aquellas Iliturgi, Cástulo, Astapa, y del de estos Indibil y Mandonio, de modo, que á él se debe atribuir el establecimiento de la dominacion romana en España, donde se mantuvo por espacio de cinco años cumplidos empezando el sexto.

206. L. Cornelio Léntulo y L. Manlio Acidino, á quienes dejó Escipion encomendada la provincia cuando pasó á Roma en solicitud del consulado, fueron aprobados y prorogados en el imperio con potestad proconsular, y le mantuvieron hasta el año 554 de Roma, procurando en él conservar lo adquirido, y atajando los pequeños movimientos que en su tiempo ocurrieron; por lo cual, restituido á Roma L. Cornelio Léntulo, le fué concedida la ovacion.

200. C. Cornelio Cétego, vino procónsul á España en lugar de L. Cornelio Léntulo, y venció á los celtíberos en una batalla.

199. Cneo Cornelio Léntulo, y L. Estertinio, procónsules. A Cn. Cornelio Léntulo le fué concedida la ovacion cuando regresó á Roma.

197. Habiéndose establecido dos pretores para las Españas, vinieron desde este año uno para la citerior y otro para la ulterior, trayendo los primeros encargo de establecer los límites de una y otra provincia.

Citerior: C. Sempronio Tuditano tuvo guerra con los celtíberos, de los cuales fué vencido en una batalla, y murió de la herida que en ella recibió. — Ulterior: M. Helvio.

196. Q. Minucio Termo obtuvo una victoria de los celtíberos. De vuelta de España le fué concedido el triunfo. Q. Fabio Buteon.

195. M. Porcio Caton, cónsul, con el pretor P. Manlio, hicieron la guerra á los celtíberos, de quienes obtuvo Caton una considerable victoria, reduciendolos á la obediencia, desarmándolos, y haciendoles derribar los muros de muchas de sus ciudades. Vuelto á Roma triunfó Caton de la España citerior. Ap. Claudio Neron tuvo la guerra con los turdetanos, ayudados de los celtíberos, y en una batalla que les dió, logró alguna ventaja de ellos. Volviendo en este año de su provincia M. Helvio, con tropa que le dió el pretor Ap. Claudio Neron, ganó una batalla á los celtíberos junto á Iliturgi, por lo cual le fué concedida en Roma la ovacion.

194. Sextio Digicio tuvo algunos reencuentros con los celtíberos, en que tuvo considerable pérdida de gente. P. Cornelio Escipion Nasica hizo con buen efecto la guerra á los turdetanos, pacificando esta provincia, y venció á los lusitanos en una batalla, siendo ya propretor por haberse cumplido su año, y retardádose el sucesor.

193. C. Flaminio continuó la guerra con los naturales, en la cual obtuvo este y el siguiente año algunos favorables sucesos. M. Fulvio hizo la guerra en la Carpetania, y cerca de Toledo venció en una muy reñida batalla á los celtíberos, vacceos y vectones, no se sabe si por llegar entónces su provincia hasta allí, ó por haber venido en ayuda de C. Flaminio.

192. Los mismos del año antecedente, prorogado el imperio por habérsele entregado á A. Atilio Serrano, á quien salió en suerte la España ulterior, el mando de la armada en la Macedonia, y porque á M. Bebio

Tanfilo, que debia venir á la citerior, se le destinó á los brucios. El propretor M. Fulvio se apoderó de varios lugares, y entre ellos de la ciudad de Toledo.

191. Cayo Flaminio prorogado el imperio, y L. Emilio Paulo.

190. Cayo Flaminio prorogado el imperio. L. Emilio Paulo, prorogado el imperio, fué derrotado este año por los lusitanos. Livio advierte como el año siguiente antes de llegar el sucesor obtuvo de ellos una gran victoria.

189. L. Plaucio Hipseo. L. Bebio Dívite, que viniendo á España fué sorprendido por los ligures, y murió en Marsella de una herida que recibió. En su lugar vino P. Junio Bruto, propretor.

188. L. Manlio Acidino. C. Atinio.

187. Los mismos, prorogado el imperio, quedaron propretores. Livio advierte haberse puesto este año en armas los celtíberos y los lusitanos. Atinio logró vencer á estos últimos junto á Asta, en el año siguiente, antes que llegase el sucesor, y él fué muerto en la toma de la ciudad. L. Manlio logró una victoria de los celtíberos. Uno y otro suceso cuando ya estaba para entregar el mando.

186. L. Quincio Crispino. C. Calpurnio Pison. Ambos hicieron la guerra á los celtíberos, y cerca de Toledo fueron vencidos por ellos; pero no sabiendo estos aprovecharse de la victoria, dieron lugar á que, dando los pretores nueva batalla junto al Tajo, quedasen en ella vencedores, destrozando el ejército español. Los mismos permanecieron el año siguiente propretores. Vueltos á Roma se les concedió el triunfo en el año siguiente, y se solemnizó primero el de C. Calpurnio Pison de los lusitanos y celtíberos, y pocos dias despues el de L. Quincio de los mismos.

184. A. Terencio Varron continuó la guerra con los celtíberos, en la cual tuvo algunos favorables sucesos. P. Sempronio Longo. Les fué prorogado el imperio el año siguiente como propretores. En él murió Sempronio Longo, y á A. Terencio Varron le fué concedida la ovacion en su regreso á Roma.

182. Q. Fulvio Flaco continuó la guerra de los celtíberos, y tomó la ciudad de Urbicua, que se cree ser Arbeza, en Valencia. P. Manlio, que habia venido antes de pretor á la citerior con el cónsul Caton, obtuvo sucesos favorables de los lusitanos en el año 573. Les fué prorogado el imperio el año siguiente, en el cual Fulvio venció en dos batallas á los celtíberos, tomó á Contrebia y otros muchos lugares, y tambien consiguió de ellos otra victoria al principio del año 574, en los montes manlianos. Q. Fulvio triunfó en su regreso á Roma de los celtíberos en el año de 574.

180. T. Sempronio Graco, que obtuvo en este y el siguiente año varias victorias de los celtíberos, les ganó algunas ciudades, é hizo confederacion con otras, de las cuales una fué Numancia. Dejó sosegada y reducida la provincia, y fundada la ciudad Gracuris de su nombre. L. Postumio Albino hizo la guerra á los vacceos y lusitanos, logrando vencerlos en algunos reencuentros, y tambien se le prorogó para el año siguiente. Tib. Sempronio Graco triunfó en su vuelta á Roma de los celtíberos, y al dia siguiente L. Postumio Albino de los lusitanos.

177. M. Titinio. T. Fonteyo Capiton. Á estos les fué prorogado el imperio para el siguiente año, y quedaron propretores.

176. Los mismos, prorogado el imperio por haberse excusado de venir los pretores P. Licinio Craso, á quien tocó la citerior, y M. Cornelio Escipion Maluginense, á quien la ulterior.

175. Ap. Claudio Centon. Livio afirma haber conseguido una victoria de los celtíberos, por lo cual le fué concedida la ovacion en su regreso á Roma. T. Fonteyo parece se mantuvo en la ulterior.

174. P. Furio Filo. Cn. Servilio Escipion.

173. Cn. Fabio Buteon murió en Marsella al venir, y su provincia se mandó la tuviese propretor el que la sacase por suerte de los pretores del año antecedente, y le tocó á P. Furio. M. Matieno. Este y P. Furio hicieron varias vejaciones cada uno en su provincia contra los naturales, que de ellas se quejaron en Roma; y, temiendose ellos de la pena, se la impusieron antes, tomando un destierro voluntario.

172. M. Junio Peno. Espurio Lucrecio.

171. L. Canuleyo, pretor en toda España por haberse destinado el otro, que le debia acompañar, á la guerra de Macedonia con Perseo. Falta la noticia de los magistrados del año siguiente; algunos congeturan se mantuviese ejerciéndolo acá L. Canuleyo. En su tiempo se hizo la fundacion de la colonia latina de Carteya para los hijos de ciudadanos romanos habidos en mujeres españolas.

169. M. Claudio Marcelo, solo. De este cree Morales y otros haber acrecentado ó ilustrado á Córdoba.

168. P. Fonteyo Balbo, solo.

167. Cneo Fulvio. C. Licinio Nerva. Este año, acabada ya la guerra macedónica, volvieron á destinarse dos pretores para el gobierno de España.

166. Por faltar en Livio la distribucion de provincias de este año, no se sabe con certeza á cuáles de los pretores de él, que lo fueron L. Livio, L. Apuleyo Saturnino, A. Licinio Nerva, P. Rutilio Calvo, P. Huintilio Varo y M. Fonteyo, tocaron las dos nuestras; y aunque Ferreras determina á A. Licinio Nerva la citerior, y á P. Rutilio Calvo la ulterior, se ignora haya seguro principio con que establecerlo, no siendolo tal el órden solo con que están referidos. Y como desde aquí faltan los libros de Tito Livio, se carece de la noticia de muchos magistrados; por lo que su relacion será mas diminuta, y de solos aquellos que por otros autores nos consta, aunque con la precisa intermision de años en que no se ha podido averiguar quienes lo fuesen.

155. M. Manilio, pretor en la ulterior. Se infiere de Apiano, que afirma haber sido vencido por los lusitanos, á quienes comandaba Afranio ó Africano; y aunque no señala año, parece fué este ó alguno de los antecedentes.

154. Calpurnio Pison, del que el mismo Apiano refiere haber sido tambien vencido por los lusitanos. Julio Obsecuente en este año afirma, que estos molestaron los ejércitos romanos, sin mencionar el pretor que los gobernaba. Ferreras hizo de estos dos pretores uno, á quien llamó Manlio Calpurnio, en lo cual no se le debe seguir.

153. Q. Fulvio Nobilior, cónsul, fué nombrado para venir á hacer la guerra con los celtíberos y demás pueblos de su confederacion que se habian sublevado; y aunque consiguió de ellos algunas ventajas, padeció tambien sus perdidas, y no pudo tomar á Numancia y otros lugares á que puso sitio. L. Mummio pretor hizo la guerra á los lusitanos con vario suceso. Este año por causa de la guerra de la Celtiberia empezaron su magistratura los cónsules desde primero de enero, lo que se observó despues en los siguientes, declarándose tambien en este la España provincia consular

152. M. Claudio Marcelo, cónsul, continuó la guerra de los celtíberos, tomó á Ocile, y los obligó á pedir la paz. M. Atilio ó Acilio venció algunas veces á los lusitanos.

151. L. Licinio Lúculo, cónsul, vino á la citerior, y

como su antecesor hubiese hecho la paz con algunas de las ciudades de la Celtiberia, dejándolas en el goce de los derechos que se les habian concedido por las antecedentes de Tiberio Sempronio Graco, esto es, de ser aliadas del pueblo romano, deseoso Lúculo de enriquecerse haciendo la guerra á los pueblos, entró con ejército por los vacceos, conquistó á Cauca, Intercacia, pero, no pudiendo lograr igual suceso en Palencia, á la que puso sitio con su ejército, fué al socorro del otro pretor Galba, y en un reencuentro derrotó un ejército de lusitanos. Ser. Sulpicio Galba continuó la guerra con los lusitanos, los cuales le dieron una gran derrota, matándole considerable número de gente, y obligándole á entrarse en Carmona; pero, como viniese en favor suyo el cónsul Lúculo mejoró su partido, y entrando Galba poderoso en la Lusitania, causando los estragos regulares de la guerra, acudieron sus naturales á pedir la paz; y atrayéndolos Galba con engaño, como para tratar de ella, mató treinta mil de ellos con una detestable perfidia, y fué causa para la sangrienta guerra de Viriato; el cual por suerte escapó de esa tan cruel carnicería.

150. C. Vetilio, al cual, segun refieren Orosio, Apiano y Diodoro Sículo, derrotó Viriato.

149. L. Plaucio se infiere fué magistrado, segun Orosio, el sumario de Livio, Apiano y otros, que afirman haber sucedido á Vetilio en el gobierno de la provincia, y este fué tambien vencido por Viriato. Hay además mencion de su magistratura en la inscripcion sepulcral de L. Silon Sabino que murió en esta guerra, y la traen Andres Resende en sus antigüedades, diciendo haberse hallado en el territorio de Ebora, y Ambrosio de Morales.

148. Claudio Unimano continuó la guerra de Viriato, y fué muerto en una batalla que tuvo con él. Su venida este año se infiere del mismo Orosio, de Floro y del autor de Varones ilustres en «Viriato».

147. Cayo Nigidio, del cual hace mencion el mismo autor de los varones ilustres, fue tambien derrotado por Viriato. Hállase de él mencion en la inscripcion de Viseo que copia Morales, sobre la cual suscita alguna dificultad Resende, que la hace sospechosa por llamarse allí cónsul á Nigidio. Morales duda si este obtendria la provincia ulterior en este año, ó si la citerior en el antecedente, por no especificarlo el referido autor, y porque esta guerra de Viriato alcanzó á una y otra provincia; pero en este punto no es fácil la determinacion.

146. C. Lelio, llamado por sobrenombre el Sabio, vino pretor á España contra Viriato, y le venció, ó bien quebrantó sus fuerzas y reprimió su orgullo, segun lo afirma Ciceron, y su venida acá la congetura Morales en este año ó el antecedente.

145. Q. Fabio Máximo Emiliano vino cónsul á la guerra contra Viriato; y aunque sus tropas al principio tuvieron algunas pérdidas, las recompensaron ganando á Viriato una batalla, y apoderándose de algunos pueblos. En el Epítome de Livio se le llama procónsul, por lo que parece permaneció el año siguiente á su consulado.

144. Popilio: lo pone Morales, citando al autor de los varones ilustres; pero en este lo que solo se dice es, que Viriato pidió la paz al pueblo romano; y así fué vicio de la copia, que tendria «Popilio» en lugar de «populo».

143. Q. Cecilio Metelo, cónsul, vino á la guerra de los celtíberos, que á solicitud de Viriato la habian declarado á los romanos, y tuvo en ella algunos sucesos favorables. Quincio, pretor, hizo la guerra en la ulterior contra Viriato con vario suceso.

142. Q. Cecilio Metelo continuó procónsul en el mando, tomó varias ciudades, y entre ellas á Nertóbriga y Centóbriga, sobre cuya situacion aun no están conformes los autores, y despechado de que se le enviase sucesor, apresuró hacer la paz, dejando á los numantinos y termestinos por confederados del pueblo romano. T. Livio en su Epítome, Valer. Máximo y Apiano ponen en este año el principio de la guerra de Numancia. Q. Fabio Máximo Serviliano vino cónsul contra Viriato, á quien logró derrotar en batalla, pero, siguiendo los suyos el alcance con desórden, y revolviendo los de Viriato, hicieron en los romanos un gran destrozo, y los trajeron muy trabajados con correrías y rebatos.

141. Q. Pompeyo Rufo cónsul para la guerra de Numancia. Q. Fabio, prorogado el mando como procónsul, continuó la guerra de Viriato con vario suceso; pero al fin, cogido con su ejército en un estrecho paso, y ofreciendo condiciones de paz, las admitió el capitan español, y dejó libres á los romanos.

140. Q. Pompeyo, prorogado el mando como procónsul, segun se infiere de Apiano, hizo la guerra á los numantinos por haber acogido en su ciudad á los segedanos, en la cual hubo variedad de sucesos, y estos le inclinaron á concederles la paz. Q. Servilio Cepion cónsul, invalidó la paz hecha por su antecesor con Viriato, y solicitó con los confidentes de este que le diesen muerte, como lo ejecutaron, con lo que muy en breve se puso fin á esta guerra.

139. M. Popilio, cónsul para la guerra de Numancia, invalidando el senado la paz antecedente.

138. M. Popilio, prorogado el mando como procónsul, puso sitio á Numancia, y fué obligado á levantarle, y su ejército derrotado y puesto en fuga. D. Junio Bruto cónsul, hizo la guerra á los pueblos de Galicia con buen suceso, consiguiendo de ellos y de los lusitanos varias victorias, y conquistando sus ciudades.

137. C. Hostilio Mancino, cónsul para continuar la guerra con los numantinos, en la cual, como estos hubiesen cercado el ejército romano, de suerte que era forzoso perecer todo, hizo la paz con ellos, que despues no quiso aprobar el senado, mandando les fuese entregado el cónsul, al cual no recibieron los de Numancia. M. Emilio Lépido, el otro cónsul, fué enviado en lugar de Mancino, segun Apiano. Llámanle procónsul el epítome de Livio y Orosio. Este hizo la guerra á los vacceos, puso sitio á Palencia, y, habiéndose visto precisado á levantarle, los vacceos y palentinos le mataron mucha de su gente en la retirada. D. Junio Bruto, prorogado el mando como procónsul, inferido por el epítome de Livio y Orosio, se mantuvo, á lo que parece, hasta el año 622, al cual refiere Eutropio su triunfo en el mismo tiempo que el de Escipion de los numantinos, y por las victorias conseguidas de los gallegos tomó el sobrenombre de calaico.

136. P. Furio Filo cónsul, vino con el encargo de entregar á Mancino á los numantinos y hacerles la guerra, en la cual no ejecutó cosa de consideracion.

135. Q. Calpurnio Pison, cónsul para la misma guerra.

134. P. Cornelio Escipion, cónsul, vino destinado á la citerior para la guerra de Numancia, á la cual puso sitio, y en el se mantuvo este año y el siguiente que se le prorogó el mando como procónsul, hasta que acabados con la hambre y la desesperacion sus naturales se apoderó de la ciudad.

132. Diez legados, que dice Apiano haber sido enviados á gobernar á España. Y desde aquí falta noticia de muchos magistrados de los años siguientes. Esci-

pion triunfó en Roma de Numancia, y Bruto de los gallegos. Eutropio dice haber sido este triunfo de Escipion al catorceno año del de Cartago, cuando quedó destruida esta ciudad al fin de la tercera guerra púnica. Este primer triunfo de Escipion fué en el año 608 de Roma.

123. Q. Cecilio Metelo, fué destinado á hacer la guerra contra los piratas de las Baleares; y, habiéndolos vencido, redujo á la obediencia las islas, y adquirió el renombre de baleárico.

122. Q. Fabio Máximo, pretor: le pone este año Ferreras citando á Ciceron, pero no dice en que parte de sus obras. Freinshemio en el suplemento del libro LX de Livio le pone citando á Ciceron, « contra Rull. II, » y á *Plutarco*, parece que en la vida de C. Graco, porque este hizo vender el trigo que habia remitido de España el propretor Q. Fabio, y que se restituyese su precio á las ciudades á quienes se habia tomado.

114. C. Mario, propretor de la España ulterior, segun consta por Plutarco en su vida; y, aunque Apiano refiere su venida cinco años anterior á la de T. Didio, parece ha de ser quince, porque de otra suerte habria ya obtenido Mario varios consulados. Este limpió su provincia de los bandidos que la infestaban, valiéndose para ello de la ayuda de los celtíberos.

112. L. Calpurnio Pison vino á gobernar la España ulterior, segun lo afirma Apiano, y va puesto en este año, por la congetura de haber sido en él su consulado, aunque no hay certeza de si vino cónsul ó pretor. Sosegó á los lusitanos, y parece fué muerto en algun reencuentro.

108. Ser. Sulpicio Galba, consta de Apiano, haber sucedido á Pison para la guerra de los lusitanos, y su magistratura se coloca en este año por la misma congetura, y con igual desconfianza que la antecedente.

107. Q. Servilio Cepion, del cual consta por Eutro*pio, haber* vencido á los lusitanos; y aunque no determina el año, le colocamos en este por las señas con que refiere Eutropio el suceso, poniéndolo antes de los triunfos que Metelo y Mario obtuvieron en Roma de Yugurta, el primero de los cuales fué el año 649; y no lo hacemos en el 648 en que fué cónsul, porque en él intervino en la guerra con los cimbros, y fué vencido de ellos.

104. Con el motivo de la guerra de los cimbros en Italia, y la de los esclavos en Sicilia, que segunda vez se renovó, fuéron enviados acá solos legados que mantuviesen las cosas en quietud, y embarazasen el que se moviese nueva guerra. Algunos anticipan el gobierno de estos legados.

103. Fulvio, pretor de la citerior, congetura Freishemio, en el suplemento de Livio, fuese el que arrojase de España á los cimbros que habian invadido la Celtiberia con el ardid que refiere Frontino. El Epítome de Livio solo dice que los cimbros fuéron arrojados por los celtíberos de su país.

102. D. Junio Silano, le ponen por este tiempo Morales y Ferreras, infiriéndolo de una cláusula de Festo Rufo, que expresa su venida, sin determinar el tiempo ni decir mas, sino que fué contra los españoles, *pero se* congetura que fué á esta provincia, por decir Julio Obsecuente, que este año, vencidos los lusitanos, quedó apaciguada la España ulterior, por lo cual, aunque Resende dudó sobre su asignacion de provincia, se conformó con la antecedente congetura.

99. L. Cornelio Dolabela, procónsul, ganó algunas victorias de los lusitanos, infiriéndose así de haber triunfado en Roma de ellos y de la España ulterior, segun se halla en las tablas capitolinas, á 28 de enero del año siguiente: afirma tambien Julio Obsecuente, que en este pelearon felizmente los romanos en la Lusitania.

98. Didio, cónsul, vino á hacer la guerra con los celtíberos, segun lo refiere Apiano y el Epítome de Livio, que le llama procónsul, porque se mantuvo acá hasta el año 661 de Roma en que triunfó de los celtíberos, segun lo dicen las tablas capitolinas, por las victorias y buenos sucesos que habia tenido, y refiere, además de Appiano, Frontino. En esta guerra, siendo tribuno Q. Sertorio, dió esclarecidas pruebas de su valor y pericia militar, de que hace relacion Plutarco en su vida.

97. P. Licinio Craso, cónsul, vino este año, ó procónsul el siguiente, á la ulterior, y por sus victorias de los lusitanos triunfó despues en Roma el año 661 á 12 de junio, segun lo acuerdan las tablas capitolinas.

94. Nasica, del cual hay mencion en Julio Obsecuente, diciéndose haber castigado á los príncipes de España que se rebelaban, y destruido sus ciudades. Congetúrase fuese pretor.

93. Valerio Flaco, del cual refiere Apiano haber tenido varios reencuentros con los celtíberos en que mató veinte mil de ellos, se congetura fuese el cónsul de este año, aunque Ferreras, llamándole pretor, pone su venida en el año 665 de nuestro cómputo.

83. Q. Sertorio, consta por Apiano, haber venido á ejercer la pretura en España, para la cual habia sido nombrado los años antecedentes; pero no está bastantemente averiguado de que provincia fuese.

82. C. Annio, enviado por Sila contra Sertorio, le obligó á pasarse al África.

81. Cota, del cual hay mencion en Plutarco, diciendo haberle vencido en combate naval Sertorio. Ferreras le pone este año pretor de la ulterior. Fidio ó Fufidio, que tambien fué vencido por Sertorio, segun Plutarco en la vida de este. Hay de él mencion en los fragmentos de historia de Salustio.

80. Cecilio Metelo, cónsul, fué destinado á España para la guerra con Sertorio, y enviando delante de sí á L. Domicio Toranio pretor ó legado suyo, fué este vencido por Hirtuleyo, capitan de Sertorio; después de lo cual vino acá el cónsul, y se mantuvo haciendo la guerra con variedad de sucesos hasta el año 682, que, con la muerte de Perpenna, á que habia precedido la de Sertorio, se puso fin á ella. Este L. Domicio creen algunos sea el que se llama procónsul de la citerior en un fragmento de historia de Salustio, pero habla de el antes que de Fufidio. Q. Calidio consta haber sido pretor en España, de Asconio Pediano sobre la oracion segunda de Ciceron contra Verres; y como en ella se diga, que la acusacion de este Calidio fue en los diez años antecedentes al 70 antes de Cristo en que sucedió la de Verres, se infiere haber sido desde el año 80 antes de Cristo en adelante, y así lo pone Morales impugnando á Vaseo que la dilató hasta el año 692.

77. Cneo Pompeyo vino procónsul á España en ayuda de Metelo Pio contra Sertorio, y su venida se fija congeturalmente este año, haciendo de ella mencion Plutarco, Eutropio, Apiano y otros, en los cuales se pueden reconocer sus acciones. Se mantuvo hasta dejar concluida la guerra con la muerte de Sertorio sucedida el año 682, y la de Perpenna, y pacificada la provincia con las tomas de Osma y Calahorra en el siguiente de 683, y la reduccion de las demás. Este año de 683 triunfaron en Roma de España Q. Cecilio Metelo y Cn. Pompeyo.

70. M. Papio Pison, de quien consta por Ciceron en la oracion contra Pison, y á favor de L. Flaco, y por Pediano, que triunfó en Roma por sus hechos en

España el año siguiente 685, y que trajo acá consigo por cuestor á L. Flaco; pero no especifican la provincia.

69. C. Antistio Vetus, pretor de la ulterior, con quien vino de cuestor C. Julio César.

65. Cn. Calpurnio Pison, habiendo suscitado en Roma una conjuracion en que fué partícipe Catilina, le envió el senado, para alejarle, á España con título de propretor, y acá fué muerto por los naturales, segun consta por Salustio en la historia de la conjuracion de Catilina, y por Suetonio en la vida de César. Haber sido su magistratura en la España citerior, se deduce de una inscripcion que trae Panvinio en los fastos al año 428 de Roma, que dice: CN. CALPVRNIS CN. F. PISO QUÆSTOR PROPR. EX S. C. PROVINCIAM HISPANIAM CITERIOREM OBTINVIT.

61. Cayo Julio César, acabada en Roma el año antecedente la pretura, vino propretor á la España ulterior, y se mantuvo acá este y el siguiente haciendo la guerra á los lusitanos, á los cuales venció en varios reencuentros, y los redujo como tambien algunos pueblos y ciudades de Galicia; lo cual ejecutado, por estar próximo el tiempo de la eleccion de cónsules, pasó á Roma en solicitud de esta dignidad que con efecto obtuvo.

58. C. Cornelio Lentulo Spinter, propretor, acabada la pretura vino á la citerior, y habiendo sido cónsul el año siguiente, se infiere haber vuelto en este mismo á Roma.

56. Cecilio Metelo Escipion Pio vino procónsul á España á la guerra con los vacceos, como lo refiere Dion, que menciona la victoria que consiguió de ellos. Ciceron dice que murió acá; y de la señal de esta guerra á los vacceos, que caian en la demarcacion de la citerior, y de haber sido cónsul el año antecedente, se deduce vendria como procónsul á ella, y se mantuvo siéndolo parte del siguiente hasta la promulgacion de la ley trebonia.

55. Cn. Pompeyo, cónsul. Habiéndose declarado la España provincia consular á causa de la guerra de los vacceos, y determinádose por la ley trebonia, que ella y la Siria se diesen por cinco años á los cónsules, tocó en suerte la nuestra á Pompeyo, que la administró por sus legados. Estos fuéron L. Afranio, consular, que con tres legiones vino á la citerior; Cetreyo, legado pretorio, que con dos tuvo á su cargo la Betica; y M. Varron, que con otras dos gobernó la Lusitania. M. Poblicio parece fué tambien legadó propretor de Pompeyo por una medalla de este en que la España le ofrece una palma, y en el reverso está la imágen de Palas con la letra M. POBLICI PROPR., y este seria antes que alguno de los tres antecedentes, los cuales lo eran al tiempo que César le desapoderó de esta provincia. El año 702 le fué prorogado por otros cinco años el mando, y le mantuvo hasta el 705 primero de la guerra civil, en que vencidos por César sus legados, redujo este á su devocion las Españas.

49. C. Julio César se apoderó este año de toda esta provincia y la dejó encomendada á Q. Casio Longino, al cual A. Hircio llama propretor.

48. M. Emilio Lépido, propretor, fué enviado por César á la citerior, segun lo acuerdan Dion, Apiano, y A. Hircio, que le llama procónsul. Q. Casio Longino fué propretor en la ulterior, contra el cual por el mal modo de su gobierno se levantaron muchos de los naturales y quisieron darle muerte. Sus soldados tambien se amotinaron contra él, y eligieron por su capitan á M. Marcelo Esternino su cuestor, haciéndose unos á otros la guerra; hasta que, acusado Casio, y llamado á Roma, dejó el cargo, y murió en el camino á la embocadura del Ebro. C. Trebonio, que en el año antecedente habia obtenido la pretura urbana, le sucedió propretor, segun lo afirma Dion, aunque A. Hircio le da el título de procónsul. Á este se le rebelaron sus soldados, y eligiendo por sus jefes á T. Quincio Escápula y Q. Aponio, del órden ecuestre, con el fin de seguir las partes de Pompeyo, le obligaron á salir de la provincia, y que la Betica prefiriese el mismo partido, á tiempo que para sostenerle habia pasado á España Cn. Pompeyo, uno de los hijos de Pompeyo el grande.

46. Q. Fabio Máximo y Q. Pedio, legados de César: su triunfo de las Españas debe colocarse en el siguiente año. C. Julio Cesar vino á España á la guerra con los hijos de Pompeyo al fin de este año, y se mantuvo el resto de el, y el siguiente hasta cerca de octubre, en cuyo mes se dice que llegó de vuelta á Roma: en ella fuéron varios los accidentes, hasta que la batalla de Munda decidió la suerte á favor de César con muerte de Cneo Pompeyo, á que se siguió despues la huida de Sexto, su hermano, y todo lo que refieren Dion Casio, A. Hircio, Apiano, Plutarco y otros.

45. Cayo Carrinate gobernó por César la España, é hizo la guerra en ella á Sexto Pompeyo, que despues de la batalla de Munda habia juntado gente con la cual logró vencer á Carrinate.

44. M. Emilio Lépido, del cual dice Dion que César le encomendó la Galia narbonense, y la España su inmediata, que es la citerior; pero habia pasado á ellas al tiempo de la muerte de César, lo que ejecutó despues con cuatro legiones, segun Apiano, y redujo á Sexto Pompeyo á que regresase á Roma, donde por el senado se le restituiria lo que importaban los bienes de su padre, y se le daria la prefectura de la costa. Asinio Polion sucedió á Carrinate en el gobierno de la ulterior, y en él estaba con dos legiones cuando Cesar fue muerto. Este fué tambien vencido por Sexto Pompeyo.

43. M. Emilio Lepido, habiéndose formado el triunvirato, quedó con las Españas y la Galia narbonense. El dia último del año triunfó Lepido de la España.

42. Octaviano en virtud de nuevos pactos con M. Antonio sobre la distribucion de provincias, hechos después de la guerra filípica, tomó para sí el gobierno de las Españas, conviniendo en dar á Lépido el África en recompensa, segun lo afirma Dion, el cual añade que, después de la guerra de Perusa, le fuéron señaladas á Octaviano otras provincias, y confirmadas las Españas en el año 714.

40. L. Antonio Pietas, hermano del triunviro, fué nombrado por Augusto para que viniese á gobernar las Españas, teniendo por sus legados á los que entónces estaban en ella, Sexto Peducio y L. Carrinate.

39. Cn. Domicio Calvino hizo la guerra á los ceretanos, y los venció, por lo que triunfó en Roma, segun las tablas capitolinas, á 17 de julio del año 718 de nuestro cómputo. En el tiempo de su gobierno acá tuvo principio la era llamada de César, cuyo uso fué tan frecuente en España en los posteriores siglos, y su primer año concurrió con el 716 de Roma.

38. C. Carrinate gobernaba la ulterior, cuando este año pasó á ella á hacer la guerra Bogud, rey de Mauritania, segun lo refiere Apiano; mas como este dice que fué él el que entregó la provincia al César Octaviano, se deduce estaria acá desde el año 714 en que sucederia la entrega.

37. Cayo Norbano Flaco, procónsul, consta haber venido á España, y obtenido de los naturales victorias que le facilitaron el triunfo que ponen las tablas

capitolinas á 12 de octubre del año 720 en nuestro cómputo, dándole el título de procónsul, por lo que congeturamos su venida inmediata al consulado que ejerció en el año 716, ó tal vez su gobierno empezaria el de 718, sucediendo á Domicio y Calvino en la citerior.

29. T. Estatilio Tauro, del cual afirma Dion que acabó la guerra con los cántabros, vacceos y ástures. El mismo Dion refiere que Nonio Galo pacificó á los vacceos, y este será algun tribuno militar ó cabo subalterno en la milicia del Tauro.

28. Sexto Apuleyo, procónsul: consta por las tablas capitolinas, que ponen su triunfo de la España á 26 de enero del año 728 en nuestro cómputo, y congeturamos viniese luego que acabó su consulado, que fué en el 725, y que sucediese á Tauro en el gobierno de la tarraconense. Este año se hizo la distribucion de provincias entre Augusto y el senado, por la cual, quedándole á este la Bética, tocaron al emperador la tarraconense y Lusitania.

27. Augusto vino á hacer la guerra de Cantabria al fin de este año, y se mantuvo el siguiente y parte del 729 administrándola por sí y por sus legados; recibió en Tarragona el octavo y nono consulado, segun lo advierte Suetonio y Dion que pone la conclusion de la guerra el 729, y en él dice se cerró el templo de Jano. Fué legado de Augusto en esta guerra Cayo Antistio, segun Dion Casio, y P. Silio que le sucedió.

25. Tarraconense.—L. Emilio, á quien dejó Augusto el cargo de la tarraconense cuando se fué de España. Menciónale Dion con motivo de decir habérsele rebelado el año siguiente, 730 de los cántabros, cuyos movimientos contuvo Emilio.—Bética: No constan sus magistrados en este tiempo —Lusitania: Cestio Acidio Perenna, legado de Augusto propretor de la Lusitania. Se halla su noticia en la inscripcion que trae *Resende*, hallada en el monte de la Luna, hoy *Cintra*, que dice: SOLI ET LVNÆ CEST. ACIDIVS PERENNIS LEG. AVG. PROPR. PROV. LUSITANIÆ. Como no se determina el año, va puesto aquí congeturalmente.

23. T. Carisio, del cual refiere Dion que gobernaba las Asturias, y que por su arrogancia y cruel trato se rebelaron estas. Hay de él monedas con la inscripcion: T. CARISIUS LEG. HISPANIA RECEPTA, y en otras solo HISPANIA. Tambien las hay en Mérida de P. Carisio, por lo cual no falta quien crea fuese legado de Augusto en la Lusitania, y que ambos fuesen hermanos.

22. C. Furnio consta por Dion gobernaba á los cántabros al tiempo que T. Carisio á los ástures, y que rebelándose de nuevo ambos pueblos, los sujetó y redujo en este año.

19. M. Agripa, que estaba en las Galias, fué mandado venir á España á hacer la guerra á los cántabros y ástures, y habiéndolos vencido, les arrasó las poblaciones. Hacen mencion de ello Dion Casio y L. Floro, aunque este lo refiere con equivocacion, al tiempo que estaba acá Augusto. Tito Marcio: le ponen algunos por pretor de la citerior en tiempo de Augusto, á causa de hacerse de él mencion en una de las inscripciones de Ciriaco Anconitano; pero como todas estas son tenidas por sospechosas, se necesitará mas seguro testimonio para haber de admitirle. Estos son todos los magistrados que obtuvieron el superior gobierno de las provincias de España hasta Cristo, y que pudo encontrar la diligencia de Ulloa, reservando los demás que desde esta época continuaron el mando por todo el tiempo de los emperadores para la segunda parte, á donde con mayor propiedad corresponde. En los ya puestos nos es preciso advertir, que, aunque sus magistraturas fuesen en los años que les van asignados, tomaban á veces parte de los inmediatos, y por consiguiente algunos de sus sucesos corresponden á ellos; lo que era muy regular, á causa de que, tardándose en venir el magistrado que estaba electo, continuaba el otro hasta su llegada: pero si se quisiese en todos ellos notar estas particularidades, seria necesario una gran dilacion en cada uno, y muchas de ellas se notan con facilidad en los autores que mencionan cronológicamente los hechos, ó en los que los han reducido á él. Volvamos á las cosas de Roma.

Sigue 127-126. Celébranse los juegos seculares que por decision de los quindecemviros se celebraban cada ciento diez años. Existe una prueba de ello en los Fastos Capitolinos. Estos ponen la celebracion de los terceros juegos en el año varroniano de 518, siguiendose de esto que los cuartos hubieron de caer en este año. Augusto celebró los quintos en el consulado de C. Furnio y C. Junio Silano, en el año varroniano 737 (Fast. Cap. Dion., lib. LIV, c. 18; Censorin. c. 17). Augusto no pudo celebrar los juegos ciento nueve años después de los anteriores, sino que, consultándolo con los quindecemviros, provocó la decision que fijó los juegos seculares á cada ciento diez años; y á consecuencia de la misma, á poco dió un edicto prescribiendo dicho termino (Censor. c. 17). Esto iba fundado en el oráculo de la Sibila mencionado por Zosimo (Hist. nov. lib. XI) y por Flegon. Horacio, á quien encargó Augusto el poema que habia de cantarse en los juegos, dice que se celebraron á los ciento y diez años; y por fin, en la historia que habia compuesto el emperador Claudio, decia que los juegos seculares dados por Augusto lo habian sido en el tiempo prescrito y regular (Suet. « Vida de Claud. »). Luego fué así en realidad, y no hubiera permitido que en el poema compuesto de órden suya se dijese ciento diez años, si no hubiera sido cierto. Nuestra tabla pone el intervalo de ciento diez años entre los juegos seculares de este año 628, y los que celebró Augusto en 737. En tiempo de Augusto estaba ya establecido el calendario juliano; al comparar Varron las correspondencias y defectos del año de otros pueblos con los del año romano, y remontándose á los tiempos anteriores, habia fijado ya el año y el dia de la fundacion de Roma; entónces existian los anales de los pontífices, en los cuales estaban consignados anualmente los acontecimientos mas importantes (Festo en las voces Maximi annales; Cic. De Orat. lib. II, c. 12; Macrob. l. III; Aurel. Victor. « Orig. gent. rom., » y como en ellos constaba en qué año habian puesto ó suprimido los pontífices la intercalacion, era fácil calcular el número de dias de cada año romano, y fijar su exacta concordancia con el juliano proléptico. De ello tenemos un ejemplo en el mismo nacimiento de Augusto, cuyo dia romano, único que pudiera indicarse en el empadronamiento general, por haber nacido antes que se estableciera el calendario juliano, fué puesto en el dia juliano que correspondia, como se verá en el 691. Pues bien, contando por años julianos, se hallan los ciento diez años entre los juegos seculares de este año y los celebrados por Augusto. Sin embargo, no hay mas que ciento nueve años consulares. Este año romano se anticipaba mucho al juliano; comenzó el 2 de julio juliano de 127 antes de Jesucristo; y los juegos seculares se daban pocos dias después de la siega (Zosim. Hist. nov; Claudian in panegiric. de C. Consulat Honorii), de modo que estos juegos tenian año fijo, pero nó mes ni dia romano, y solo tenian señalada estacion. Tenemos que los juegos seculares de la administracion de estos cónsules, que entraron

en sus cargos el 1.° de enero romano de este año 628, 2 de julio juliano, se celebraron á fines de julio juliano del 127 antes de Jesucristo. Los juegos seculares de Augusto del 737 de Roma fueron celebrados en tiempo de la siega, á fines de julio juliano del año 17 antes de Jesucristo, al cual corresponde este año de Roma: y por consiguiente, mediaron ciento diez años justos entre unos y otros juegos. Y esto viene confirmando cada vez mas la exactitud de nuestra tabla. Á no haberse alterado el año romano, á no haber el 1.° de enero romano caido antes de la siega del año juliano 127 antes de Jesucristo, no pudiera encontrarse el espacio de tiempo necesario entre las dos celebraciones de los juegos. Por fuerza hubieron de suprimir los pontífices muchas intercalaciones, como hemos visto ya en el 621. El tribuno Junio Peno presenta una ley para expulsar de Roma á los extranjeros (Cic. de offic. l. III, c. 11; in Brut. c. 28. Festo en la voz, Respúblicas). Como el cuestor C. Graco se opuso á dicha ley, solo pudo presentarse á principios del consulado, antes de marchar Graco con el cónsul Aurelio á desempeñar su cuestura en Cerdeña. El procónsul M. Aquilio se dejó corromper por el oro de Mitrídates y dió la Siria mayor á ese príncipe, que en la guerra de Asia habia secundado á los romanos (Just. l. XXXVII, c. 1. Oros. l. V. c. 10; Apian. Mitrid., y de Bell. civ.). Triunfo de este procónsul sobre el Asia en 11 de noviembre romano (Fast. Cap.), 27 de mayo juliano de 126 antes de Jesucristo (1).

Los Fastos de Sigonio cuentan una unidad menos para el año romano (Caroli Sigonii opera, Mediolani 1732, tomo 1.°), y no hablan de años antes de Jesucristo. Es decir, que ponen en el 627 de Roma el consulado de M. Emilio Lépido y Lucio Aurelio Orestes, hijo de Lucio, y nieto tambien de Lucio. Añaden que este año Manio Aquilio, hijo de Manio y nieto de Manio, triunfó sobre Asia como próconsul, el 3 de los ídus de noviembre del 127. Léese además en los mismos, que en este año entraron en sus cargos los censores Q. Fabio Máximo Serviliano, hijo de Quinto, y nieto de Quinto, y Lucio Metelo Calvo, hijo de Quinto, nieto de Lucio. Felipe Argelati dió en 1732 una nueva edicion de los Fastos de Sigonio, enriqueciéndolos con buenos comentarios, y poniendo la correspondencia de los años romanos y de los julianos antes de nuestra era; pero no advirtió que los años julianos no comenzaban con los romanos, y, por no diferenciarlos entre sí, hace corresponder el año 136 antes de Jesucristo con el 627 de Roma. Los Fastos de Almeloveen (pág. 93, edicion de Amsterdan) concuerdan con nosotros, y ponen este consulado en el 628 de Roma, 126 antes de Jesucristo. Échase de ver que el último editor de Sigonio no se tomó la molestia de calcular la exacta correspondencia de los años, como hicieron los benedictinos.

Velleyo Patérculo se presenta como contrario á Sigonio, pues dice, al parecer, que los censores Casio Longino y Servio Cepio entraron en este año (C. Velleyi Paterculi Hist. Hanoveræ, 1815, tomo 2.°). En efecto, los pone ciento cincuenta y cinco años antes de él, y es sabido que escribia en el 783 de Roma, lo que hace remontar los ciento cincuenta y cinco años al 628 de Roma; pero la dificultad quedará vencida por medio de la doble correspondencia. En efecto, el año 628 empezó en julio de 127 antes de Jesucristo, y acabó en 13 de julio del 126, mientras que el 783 de Roma empieza el 1.° de enero. Luego habia ciento cincuenta y cinco años desde el 1.° de enero del 126 antes de nuestra era, á la época en que Velleyo escribia; solo que el año 126 tenia su segunda mitad en la primera del 629 de Roma. Lo que quiere decir la fecha de Velleyo Patérculo se reduce á que esos censores tomaron posesion durante la segunda mitad de que hablamos, y así es en realidad, pues que los cónsules del año 629 entraron en esta última mitad. En el año 631 lo veremos aun mas claramente.

Los cónsules de este año se hallan mencionados por Ciceron (in Bruto), por Censorino, Julio Obsecuente, Casiodoro, Marianus, y los Fastos Sículos. Parece que L. Aurelio Orestes es hijo del que fué cónsul en 597 de Roma. El de este año tuvo á su cargo la guerra de Cerdeña con Cayo Sempronio Graco por cuestor, á la sazon de veinte y ocho años de edad, y cuyo hermano Tiberio acabó con tan desastrosa muerte. Por lo que hace á los censores, necesariamente los habria, pues habian espirado los cinco años de los censores precedentes; solo que, por motivos que se ignoran, abdicarian sin hacer el padron. No se sabe á punto fijo quiénes fueron los censores del año siguiente. En sus Fastos Sigonio escribe los nombres de Q. Tabeo Serviliano y L. Cecilio Metelo Calvo, porque eran los dignatarios consulares mas antiguos, y habian sido colegas en el consulado. Valerio Máximo nos dice que Q. Fabio fué censor al expresarse así en el capítulo acerca del « Pudor. » « Llegado Q. Fabio Máximo Serviliano á la dignidad de censor, que era de todas la mas alta, y en la cual se habia portado gloriosamente, castigó á su hijo solo por sospechar que habia faltado á las leyes de la castidad. » En el capítulo sobre los « Testigos, » dice el mismo autor que, contra Q. Pompeyo, hijo de Aulo, se admitió el testimonio de los hermanos Q. y L. Metelo, que ambos habian sido cónsules, y uno de ellos obtenido el triunfo. Está claro que se trata aquí de Lucio Metelo, el hermano de Q. Metelo el Macedónico. Estas congeturas no parecieron decisivas á Sigonio, pero sí muy plausibles, hasta que se dé otra explicacion mejor. Nosotros añadiremos que, remontándose el consulado de estos censores al 612 de Roma, diez y seis años antes, los dos eran ya entrados en años, y que tal vez por esto se negaron á practicar la penosa tarea de un empadronamiento, pidiendo sucesores. Á los sucesos de este año debe añadirse tambien, que el tribuno Junio Peno, segun dice Ciceron en su libro de los Oradores ilustres, y en el de Bruto (c. 28), era hijo de Marco, cónsul de Roma en 587, junto con Q Elio Peto: habia sido ya edil, muriendo en medio de sus fundadas esperanzas de llegar á las primeras dignidades de la república. Ciceron dice que este tribuno se hizo célebre por su elocuencia, y que no era inferior á Graco en el arte de persuadir (Hist. rom. por Catrou).

626 de Roma: 126-125 antes de Jesucristo.—Cónsules: M. Plaucio Hipseo, y M. Fulvio Flaco.

Los Fastos de Sigonio, atrasados siempre de un año, ponen en el 628 de Roma este consulado, en el cual consignan el principio de la guerra de los alobrogos, el de la censura de N. Servilio Cepio, hijo de Neyo, nieto de Neyo, con L. Casio Longino Ravela, hijo de Quinto, nieto de Lucio (Histor. rom. scripto-

(1) Acabamos de ver cómo se explica en favor de nuestro sistema cronológico, el pasaje de Suetonio, sobre el tiempo en que dió Augusto los juegos seculares. Onufrio Panvinio da la siguiente explicacion: segun los Fastos Capitolinos, estos juegos se habian celebrado en 297, 407, 517 y 627, ó sea el 7.° año de la década en que solian renovarse. Luego en tiempo de Augusto se celebraron en el 737 de Roma, año 7.° de su correspondiente decada. Pero, como entónces se seguia el cómputo de Varron, no podia ser sino en el año capitolino de 736.
De todos modos la primera explicacion parece la mas natural.

res, tomo 1.°). En efecto, el testimonio de Velleyo Patérculo prueba que estos censores entraron en este año. Los cónsules entraron, segun Albert, cuyo cálculo adoptamos aquí, el 1.° de enero romano, 14 de julio juliano del 126 antes de Jesucristo. Este año es igualmente el 629 de Roma, segun los Fastos de Almeloveen (pág. 93), los cuales le hacen corresponder al 125 antes de Jesucristo, lo mismo que Argelati. Pero, ya hemos dicho cómo se les debe entender. Muchos autores traen el nombre de estos cónsules, y Frontino y Velleyo el de los censores. El primero de estos cónsules, de la clase noble, era blando y afable. Plebeyo el otro, era considerado como uno de los jefes del bando popular. Hallándose de colega en el *tribunado* de Papirio Carbo y C. Graco, á propósito de la ley agraria de Tib. Graco, recayeron contra él sospechas acerca del asesinato de Escipion Emiliano, ó sea el segundo Africano. El pueblo le elevó sin embargo al consulado. El senado hubo de ver por un lado á C. Graco dominando en Cerdeña, y por otro á Fulvio Flaco, dispuesto á valerse de la autoridad consular en favor del pueblo. Hicieron los senadores que Graco siguiese de cuestor en Cerdeña, al lado del procónsul Aurelio Orestes (1). Así tuvieron lejos de Roma al jóven orador que contaba entónces veinte y nueve años de edad (2), tan temible por sus dotes personales como por su apellido.

Bastante agitada andaba ya Roma con motivo del nuevo consul que cada dia se iba haciendo mas odioso al senado, siguiendo con el mismo carácter que mostró cuando repartia tierras entre ciudadanos romanos y otros pueblos de Italia. Como solo á los primeros habia favorecido, negándose á dar parte á los segundos, trató de reconciliarse con ellos siendo cónsul. Á los nó admitidos al beneficio del reparto persuadió que pidieran en compensacion el derecho de ciudadanía *romana* (*Apian.* Historia de las guerras civiles de la *república* romana lib. I, y Val. Máx. lib. IX). Esto habia de desagradar al senado, pues se trataba de elevar á su nivel á los que solia mirar como súbditos. El cónsul insistió en su palabra, y redactó dos leyes, contando con la sancion popular de las mismas (Leges Fulviæ). Proponia en la primera, que se daria el derecho de ciudadano romano á cuantos no hubiesen participado del último reparto de tierras, y en la segunda que los expulsados de Roma en virtud de la ley de Julio Peno, podrian apelar á los comicios para que se decidiese en ellos si convenia que volviesen de nuevo como ciudadanos romanos. El cónsul sostuvo sus dos leyes con todas sus fuerzas, arrostrando la cólera del senado. Con la segunda, los jefes populares quedaban dueños de dar carta de naturaleza, segun su gusto. Ferguson (Hist. de los progr. y caida de la repúb. rom.). ¿Unos oscuros aldeanos, á quienes no se habia considerado con bastante representacion para tener parte en la tierra repartida, habian de ser en un momento iguales en derecho á las mas antiguas familias de Roma? Esta idea era insoportable para los senadores. Como Fulvio era á un mismo tiempo cónsul y comisionado para el reparto de tierras, se temió que abusaria del poder que le daba la primera dignidad, y que se desentenderia de las formas con las cuales se habia retardado hasta entónces el cumplimiento de la ley Sempronia. No convocaba al senado, y solo lo hizo, cuando ya no podia prescindir por mas tiempo. El senado entero se quejó de sus proyectos, y ni siquiera se dignó el cónsul responderle (Val. Máx.), irritando á los senadores ese desprecio.

Terribles pudieran ser los resultados de tan violenta situacion, cuando tuvo Roma la suerte de que los ánimos se distrajeran con otro objeto. Llegaron mensajeros de Marsella, implorando el auxilio romano contra los salios que estaban asolando su país. Agradaba Marsella á los romanos, muy inclinados naturalmente á extender sus armas, y así tenia el senado un pretexto para alejar al odiado cónsul. Este recibió órden de conducir el ejército consular á la Liguria, y el amor á la gloria prevaleció sobre el deseo de trastornar la patria. Fulvio aceptó gustoso la mision de salir á campaña, esperando que triunfaria, y que así aumentaria aun su prepotencia. Asegurado quedara por completo el sosiego de la república con su ausencia y la de C. Graco, sin el fanal de discordia que quedaba todavía encendido, y ese fanal eran sus proyectos de ley. Muchos de fuera perdian con la marcha del cónsul la esperanza de la ciudadania, y como no dejarian de quejarse, publicáronse entonces algunas leyes relativas al cargo y funciones de los censores. No particularizan los historiadores todo su contenido; mas, es probable que se reducian á prescribir mayor cuidado que antes para conferir el título de ciudadano romano. Á lo menos, esta debió ser la política del senado durante la ausencia del cónsul. Los censores siguieron sus tareas segun costumbre. El epítome del libro LX de T. Livio menciona un empadronamiento y un lustro, celebrados á fines del 628, ó principios del 629: se hallaron aptos para el servicio trescientos noventa mil setecientos seis ciudadanos. En la obra de los acueductos de Roma ha conservado Frontino los nombres de los censores que presidieron á la operacion, L. Casio y Neyo Servilio Cepio. Cónsul el primero en 627, el otro es probablemente el mismo que lo fue en 613 (1).

Además de hacer el empadronamiento, quisieron los censores distinguirse con un monumento que honrara sus nombres. Dice Frontino que hicieron conducir agua á Roma, á lo largo de la via latina, en un nuevo acueducto de once mil pasos, llamado de «agua Tépula.» El manantial estaba en un campo de Lúculo, que opina el autor estaria cerca de Túsculo, y poco distante de Frascati, ó de Grotta Ferrata. Dicho acueducto daba el agua al Capitolio, ó al monte Celio y Aventino.

Casio y Servilio se ocuparon igualmente en legislacion. La tercera oracion de Cíceron contra Verres nos indica que estos censores corrigieron varios abusos, añadiendo nuevas disposiciones al código de la censura, para completar probablemente lo que sobre lo mismo habia hecho el senado. Velleyo dice que dichos censores citaron en su tribunal á M. Emilio Lépido (cónsul del año anterior), de alta posicion por su sangre, y que además era augur. Echáronle en cara el haber alquilado, para habitar en ella, una casa que le costaba 6000 sextercios, valiendo cada 1000 sextercios, segun el marqués Garnier (2), sobre

(1) Marco Emilio Escauro, que á la sazon tenia 38 años, servia igualmente en aquel ejército de Cerdeña. Mas adelante se hablará de él. Véase su vida por el presidente de Brosses en las Memorias de la Acad. de Inscrip. tom. XXIV. Para que sus años romanos correspondan con los nuestros, ha de añadirse uno.

(2) Catrou y Rouille ponen en este año el decreto que mudó el ejército de Cerdeña, pero corresponde evidentemente al año siguiente, pues Graco partió inmediatamente despues, segun Plutarco. Véase igualmente á Ricart, en una nota sobre Plutarco, tom. II, de su traduccion.

(1) A propósito de Neyo, debe observarse que los latinos escribian Cneus ó Cnæus, y que el decir Neyo ó Cneyo viene de que así lo escribian los griegos.

(2) Véase en su Hist. de las monedas sus sabias observaciones tocante al alquiler de las casas en Roma, tom. II.

350 reales de vellon, y por tanto 2160 reales los 6000 sextercios. Otros ponen mas elevada la valoracion; pero debe observarse que el precio del trigo, que es el regulador para el avaluo de la moneda, era inferior al de nuestros dias. Considerado todo, 350 reales equivalian entónces á 10500 reales de nuestros dias.

Casio y Cepio acriminaron á M. Emilio por ese alquiler, declarándole contraventor á los antiguos usos. Rápidos habian sido ya en Roma los progresos del lujo después de la conquista del Asia, y las virtudes de los Curios, Fabricios y Escipiones solo pertenecian ya á la historia; pero, creyeron los censores que un acto de rigor contra un hombre de posicion, podria impedir el mal, y si no fué bastante á atajarle, dióse á lo menos una prueba de que habia magistrados en Roma que velaban por la conservacion de la sencillez de costumbres. Después de referir Velleyo el hecho, añade lo siguiente: «si en estos dias alguno de nosotros habitara una de tan ínfimo precio, ya casi no se le tendria por senador; tan rápidamente caemos de la virtud al vicio, del vicio al mal gusto, á la degradacion, y á los mayores excesos.» Nótese que Velleyo nos dice él mismo, en el prólogo, que compuso su historia en vida del emperador Tiberio en 783 de Roma, cuyo año corresponde al 30 de nuestra era; dice tambien el mismo escritor que los censores de que tratamos habian tomado posesion 155 años antes de la publicacion de su obra, lo cual pone la fecha en 628, precediendo este año inmediatamente al que nos está ocupando. El editor del Velleyo publicado en Hanover en 1815 dice al márgen que la magistratura de dichos censores comenzó en 629, pero se equivoca al hacer coincidir dicho año con el 124 antes de Jesucristo. Generalmente hablando los editores ponen variantes en el texto menos escrupulosamente de lo que fuera menester. Velleyo es exacto en su cronología, segun hemos visto en el año que antecede. La fecha de que se trata merece fijar nuestra atencion con tanto mayor motivo, cuanto que Velleyo escribia siendo cónsul Lucio Casio Longino, llamado por lo mismo como el censor cuya magistratura merecia ser conservada en la memoria, y bien consignada su época. Poco mas ó menos por el mismo tiempo fué acusado igualmente ante el pueblo Emilio Lépido (Rollin, Hist. rom. t. 9.°) y condenado á una multa, por haber dado sobrada altura á una casa de campo que construia cerca de Roma (Val. Máx. lib. VIII).

En esto, las poblaciones aliadas de fuera reclamaban enérgicamente la ciudadanía, tratando ya de obtener á la fuerza lo que no se queria concederles de buen grado (Ferguson, t. 2.°). Los descontentos trataron secretamente de aprovechar la salida del ejército consular para la Galia, y supo el senado que conspiraban contra la república; pero, creyó que bastarian para conjurar la tormenta los medios judiciales. Era pretor Lucio Opimio, enemigo de los Gracos, y mandó comparecer á los principales instigadores de fuera como reos de estado. Fregelas, colonia romana establecida en el 309 de Roma en tierra de volscos, á la sazon floreciente, y sita en los márgenes del Liris, habia sido la primera en rebelarse. Numitorio Pulo, jefe de dicha colonia, era de índole atrevida, y capaz de formar una intriga, pero poco cauto en sus discursos. Con sus indiscreciones dió lugar á que se le supusiera fautor de todo en su patria. Después del interrogatorio, Opimio le dejó esperar el perdon, si queria descubrirlo todo. Pudo mas la cobardía en su ánimo que la fidelidad á sus compatricios debida, y todo lo reveló. Sin duda los fregelanos se habrian alzado ya entonces, pues que su ciudad fué condenada á la demolicion; solo que convenia andar con mucha precaucion para ejecutar la sentencia. Lo primero que hizo Opimio fué enviar á su patria á Numitorio, como absolviéndole del crímen imputado; y, de juez, pasando el pretor á general, siguió de cerca á Numitorio, presentándose delante de Fregelas á la cabeza de un ejército. Sus habitantes habian hecho algunos preparativos de guerra, pero, con tanta prisa anduvo el pretor, que no tuvieron tiempo para proveerse de lo necesario para un sitio. El traidor Numitorio acabó de perderlos, persuadiéndoles que podian fiar en la clemencia del pretor; y, abierta la ciudad, fué arrasada (Vel. Patér. Jul. Obsec. Epít. de T. Liv.). Conducidos á Roma los principales de la conspiracion, fueron condenados á muerte. Por lo tocante á Numitorio, el negocio pareció mas difícil. Era sin duda el mas culpable de todos, pero habia hecho un servicio á Roma, y á él se debia la pronta rendicion de Fregelas, haciendo traicion á sus parientes, amigos y conciudadanos (Cic. de invent. lib. II, de finib. lib. V, y lib. IV, ad Herennium. Val. Máx. lib. II, c. 8). Mucho se habló en pro y en contra de Numitorio: pero reconocieron los jueces que habia sido útil su delacion, y, bien que detestando al pérfido, pronunciaron fallo absolutorio. Opimio habia sido juez y seductor de los fregelanos, mas nó su vencedor; en vano solicitó el triunfo, y en vano, al dar cuenta de sus hechos, trató de presentar por jefe de la conjuracion á C. Graco. El senado no podia confundir (Catrou, t. 13), una ciudad así recobrada de manos de súbditos rebeldes y destruida sin peligro, con otra conquistada contra los enemigos. De todos modos, el escarmiento de Fregelas no hizo mas que cubrir con ceniza el incendio que amagaba.

No faltaron señales extraordinarias que anunciaron este incendio á un pueblo supersticioso ya de sí. En este consulado, dice Julio Obsecuente, llovió en Veya leche y aceite, crecieron en árboles espigas de trigo, y cayó duro granizo en las cercanías de Arpino por tres dias seguidos. Poco dignos de la historia son estos pormenores, pero debe mencionarse el azote de la langosta, renovado en la misma Roma en nuestro siglo (en 1812). Con una nube tempestuosa vino á la sazon tanta cantidad de esos destructores insectos, que en la costa de África devoraron los trigos hasta la raíz, y aun la dura corteza de los árboles mas corpulentos. Arrojadas al mar por un viento impetuoso, perecieron en las olas cuya corriente las volvió, muerta la langosta, á las arenas de la costa, quedando infectado el aire desde Cirenaica hasta mas allá de Utica. Esto ocasionó una epidemia, que se llevó, solo en el reino de Numidia, mas de ochocientos mil hombres, muriendo mas de doscientos mil por las orillas del mar. Roma quedó consternada al saber tamaña mortandad en un país que á la sazon estaba muy civilizado. Mas de treinta mil soldados perecieron del ejército pretoriano que guardaba el África.

Fulvio, el cónsul tan temido, habia marchado, sobre el setiembre del 126 antes de Jesucristo, á la Galia. Allí encontró mayor número de enemigos de lo que se esperaba. Toda la Liguria de allende los Alpes estaba sublevada, pues los ligures de Italia eran oriundos de la parte de la Galia transalpina, llamada igualmente Liguria. El país que los romanos llamaban Liguria transalpina, se extendia desde el Var hasta el Ródano. Habitaban en ella los salios y los voconcios. Arles era capital de los primeros, y Vasion y Die de los segundos. Esos pueblos osaron pelear con el cónsul romano, que hubo de aguardar la primavera para

vencerlos, porque era harto frio el país para operar en invierno con buen éxito. Sin duda no desagradaria al senado su permanencia en la Galia, pues las elecciones consulares del año siguiente se hicieron sin tumulto.

630 de Roma, 125-124 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Casio Longino, y C. Sextio Calvino (Hacen mencion de ellos Casiodoro, Julio Obsecuente, Velleyo Patérculo, Ciceron, en Bruto, y los Fastos Sículos. Por equivocacion se lee en Eutropio Sexto Domicio Calvino).

Los cónsules tomaron posesion en 1.° de enero romano, 25 de julio juliano del 125 antes de Jesucristo. El primero era probablemente sobrino del censor actual, é hijo de otro Cayo Casio Longino, que fué cónsul en 583, y censor en 600; véase los Fastos de Sigonio. Es de presumir que el cónsul Sextio es el mismo á quien alaba Ciceron en su obra de los Oradores ilustres, ó en Bruto tom. 1.°, edicion de Ernesti en 1737. Dice que Cayo Sextio reunia en sus discursos el talento y la elegancia; solo que la gota que le aquejaba, no le daba lugar á ejercer en público sus dotes naturales (Catrou, tom. 13). Para atender á la defensa de Marsella y domeñar la Galia transalpina, tenia Fulvio que estar ausente de Roma. Cayo Graco seguia á pesar suyo de cuestor en Cerdeña. El ejemplo de Fregelas contenia á los aliados descontentos. De los temidos triumviros, comisionados para la particion de tierras, solo quedaba en Roma Papirio Carbo. A pesar de su impetuosidad natural, no podia continuar sino muy lentamente en el proyecto de reparticion, que iba adelantando no obstante. Sextio tenia que ir á la Galia á reemplazar á Fulvio, pero, el primero estaba, ó se suponia, enfermo, y el senado ideaba pretextos por no dejarle salir, á fin de que Fulvio no regresara tan pronto. Estas precauciones no hacian sin embargo mas que encubrir el mal, quedando en el seno de la república el principio de corrupcion que tarde ó temprano habia de desarrollarse. Pesábale á Graco su larga permanencia en una isla en que se hallaba como paralizada su actividad natural, y sus enemigos mismos le dieron ocasion, con su imprudencia y sus pasiones, para salir de aquel estado. El rey Micipsa envió desde África mensajeros á Roma, participando al senado que habia enviado trigo á Cerdeña para las tropas romanas, añadiendo que Micipsa lo habia hecho para complacer á Cayo Graco. Llevólo el senado á mal, y los despidió pésimamente. Bien conocia el senado que los soldados de Aurelio Orestes serian partidarios de Graco, pues este les habia procurado víveres y vestidos: y decretó su reemplazo por otros legionarios, continuando sin embargo en el mando de la isla al general como procónsul, creyendo que así Cayo seguiria igualmente á su lado de cuestor (Plut. Vida de Lib. y C. Graco). Mal remedio empleaba el senado, pues iban á entrar en Roma tantos hombres que no podian olvidar los favores de Graco. Pero como el jóven cuestor sentia no ir á Roma, esto pareció ventajoso al cuerpo conservador. Al saber Graco aquella resolucion, formó el designio peligroso, para él como para sus contrarios, de marchar de Cerdeña *antes* que su general, y volver á Roma sin licencia *del senado*, con manifiesta infraccion de la ley. Quedarse en la isla mientras quisieran sus enemigos, era exponerse á que se amortiguase su popularidad con tan prolongada ausencia. El espíritu de bandería es á un tiempo inquieto y temerario, y el procuestor arrostró el riesgo de su resolucion atrevida. Se embarca sin permiso del general, y llega á Roma cuando menos se le esperaba.

No estaba lejano el dia de las elecciones tribunicias, y la repentina aparicion del procuestor de Cerdeña irritó al senado, y hasta al pueblo mismo, pues esto era quebrantar las leyes. Los enemigos de Graco le acusaron por ello ante los censores (Plut.). Servilio y Casio, que ya se habian mostrado severos con un hombre de alta clase, que además era augur, no se hallaban muy dispuestos á la clemencia para con un soldado que abandonaba su puesto. Pero la elocuencia de Graco los desarmó. Compareció sereno ante sus jueces, y no le fué difícil la victoria. Se han conservado fragmentos de su defensa, los cuales nos dan á conocer sus ideas y costumbres (Aul-gel. lib. xv, y Charisio, libro I).

He servido en el ejército durante doce años, dijo, bien que la ley no exija mas que diez (Catrou, tom. 13, página 464): designado para cuestor, he permanecido mas de dos años al lado de mi general, sin embargo de que la ley permite al cuestor el retirarse pasado un año de servicio. No cabe duda en que exigen las leyes que volviese con el general, por esto se entiende en la suposicion de que un cónsul no estará en un mismo punto guerreando mas del año de su consulado. Se ha querido que Aurelio Orestes estuviese tres años seguidos en Cerdeña, ¿y debia yo conformarme con órdenes que nada tenian que ver conmigo? Si á un procónsul le parecia bien mandar en jefe por mucho tiempo á legiones disciplinadas; ¿habia el cuestor de perder en el ocio un tiempo que debia emplear mejor? No me pertenezco á mí mismo, sino á tantos infelices que están esperando con ansia las porciones de tierra que he de repartirles. No me entrometeré á penetrar la intencion de los que me han tenido por tanto tiempo alejado de la capital; esto cumple al pueblo romano, á los menesterosos de toda la Italia. Á lo menos, censores, atended á mi comportamiento en una isla, en la cual oficiales y soldados del nuevo ejército que allí se mandó se han corrompido con la disolucion y la avaricia. Durante mi permanencia en ella, no he recibido de los aliados un solo maravedí, sin consentir que hicieran para mí el menor gasto. ¿Me ha visto nadie convertir mi vivienda en lupanar, en teatro de desórden y de prostitucion para la juventud romana? En mi mesa no ha habido licencia, sino comedimiento en palabras y acciones. Si alguien hay que pudiere echarme en cara la entrada en mi casa de alguna mala mujer, consiento en que se me tenga desde ahora por el mas despreciable de los hombres. ¿Se ha acrecentado por esto mi caudal? toda la diferencia entre mí y los oficiales que están en Cerdeña consiste en lo que voy á deciros: « soy el único del ejército que fué allá con la bolsa bien provista y la trae vacía, mientras que los demás, apurado el vino de sus ánforas, las tienen ahora llenas de oro y plata. »

Así se expresó Graco, aplaudiendo el pueblo su discurso, que tambien impresionó á los jueces. Quedó absuelto, y convencidos todos de haber sido injustamente acusado (Plut.). No podia ponerse en duda la sobriedad, castidad y desinterés del virtuoso hijo de Cornelio, del nieto del primer Escipion. Por esto mismo le temia tanto el senado. Así fué que le movieron otras acusaciones aun mas graves que la primera (Catrou). Acusáronle de haber escitado á la rebelion á los aliados, y de complicidad en la de Fregelas. Pretendióse que él habia sido el instigador secreto. Salió otra vez triunfante de todos esos cargos, disipando todas las sospechas é insinuaciones preparadas contra él. Nunca tuvo tanto favor con el pueblo, y quiso aprovecharlo procurando entrar en el tribunado. Pensaba que, una vez en él, podria llevar á cabo sus pro-

yectos contra el senado. Presentóse pues como candidato para las elecciones que iban á verificarse, y trabajó activamente. Siempre estaba hablando de los proyectos de ley que daria en bien del pueblo y contra la nobleza (Catrou). No cesaba de hablar de la muerte de su hermano Tiberio, y de la venganza que le preparaba, para castigar la dureza de los ricos contra los pobres, que es y será siempre el gran tema para las declamaciones de los jefes populares en los países civilizados. Habló en favor de los aliados de Roma en Italia, compadeciendo su malestar. Así iba ganando terreno para llegar á ser tribuno del pueblo.

El senado temia sin duda á Graco, bien que, segun Apiano, la mayoría de los senadores afectara despreciar sus pretensiones. El órden de la nobleza y los ricos se aunaron por impedir la eleccion de Graco en el campo de Marte. Y sin embargo, la mayor oposicion le vino de su madre Cornelia. Luego de muerto su hijo mayor, la ilustre romana se confinó en una hacienda que tenia en Campania, cerca del cabo Miseno, á media legua de Púzoli. Allí pasaba la viudez, dada á instructivas lecturas para engrandecer su noble alma (Cic. Brut.). Hablaba (Catrou) con elegancia, y fué admirado mas de una vez por el primer orador romano, que gustaba leer sus escritos. Luego de saber Cornelia que el único hijo que la quedaba entraba así de lleno en el tumulto de los negocios públicos, le escribió muchas cartas á fin de disuadirle. Dos ha respetado el tiempo, que bien dan á conocer el ingenio y los sentimientos de esa mujer que admiraron los antiguos. Basta su lectura para convencerse de que solo han repetido una calumnia infame los escritores que la han acusado de complicidad en el asesinato del segundo Escipion. Veamos lo que escribia:

«Solo tú, hijo mio, posees todo el cariño de tu madre. Tiberio no existe, en tí están concentradas mis esperanzas, y solo por tí abrigo tambien temores. Tu hermano fué víctima de la vehemencia de sus pasiones, procura que ese mismo carácter no te arrastre á un fin tan espantoso. ¡Oh cielos! haced vano tan triste presagio. Dirás que es de altos corazones el vengar á un hermano. Sí, hijo mio, el modelo de tu corazon está en el mio, tambien comprendo yo el placer de la venganza; pero, sé acallar al mismo tiempo por medio de la razon los primeros impulsos de esa pasion, cuyas seducciones temo tanto, y tengo fortaleza para hacer que prevalezca en mí el interés de la república sobre la amargura de la pérdida de un hijo. Piensa bien, hijo mio, en lo que vas á hacer. De todos modos, asestar un golpe contra la patria, es asestarle contra el seno de tu madre: esto, prescindiendo de que tu temerario arrojo te costará la vida. Vencerán tus enemigos, y yo te perderé. Madre desfortunada ó ciudadana infeliz, cualesquiera que fueren los acontecimientos y su éxito, habré de sucumbir á la violencia de las impresiones, pues no tendré fuerza bastante para sobrellevarlas.» (Fragmentos de Cornelio Nepote, recopilados por Scott).

Los consejos de la madre fueron inútiles. Pudieron mas en el ánimo de Graco el odio al senado, y el deseo de ver humillado el orgullo patricio que los tristes presentimientos de Cornelia. Bien contestó como hijo de elevadas aspiraciones, pero indicando que en esto no podia obedecerla. La madre insistió de esta manera.

«Ingrato, después de los asesinos de Tiberio, tú eres mi enemigo mas desapiadado. ¡Cómo pudiera esperar que el único hijo que me quedaba envenenaria de esta suerte los últimos dias de mi vida! Por haberte complacido siempre en todo, te muestras ahora rebelde á mis amonestaciones. Pero, ¿no puedo yo á mi vez exigir esa deferencia que siempre he mostrado contigo? ¡Impío! ¿no has de parar hasta que hayas destruido la república? ¿Quieres qué baje á la tumba con el sentimiento de habertela visto aniquilar? Cesa, querido Cayo, de renovar en nuestra familia tan espantosas escenas: espera á lo menos, que yo haya dejado de existir para entrar en el tribunado. Entónces, en medio de tus infortunios, invocarás tal vez los manes de tu padre y los mios. Pero, ¿serán atendidas tus preces y tus lágrimas, no habiéndonos obedecido durante nuestra vida? Júpiter supremo, ¡no permitais que siga mi hijo en un designio que ha de perderle á él, á su patria, y á su madre! (Catrou). ¡Oh, hijo mio, evita un porvenir de remordimientos; qué horror para tí, si en tus dias postreros tu conciencia misma fuera tu verdugo!»

Estos preciosos restos de las cartas de Cornelia patentizan el alma y el corazon de una madre. Grandeza de ánimo, penetracion del porvenir, patriotismo, amor á sus hijos, nada falta á la elocuente madre digna de mejor suerte. Contristaban á Graco los consejos y reconvenciones de su madre, mas no bastaron á disuadirle de solicitar el tribunado (Plut.). Entónces se reunió el bando patricio todo entero, para parar el golpe que le amenazaba. Un segundo Graco á la cabeza del partido popular anunciaba á la nobleza nada menos que su ruína total. El crédito y valimiento del terrible candidato iba creciendo. Tenia el favor de los legionarios que en Cerdeña habia alimentado y vestido, y estos abogaban por él entre sus amigos y parientes. Llegó por fin el dia de la eleccion. Viéronse llegar los campesinos de las cercanías de Roma, dispuestos á dar su voto á Cayo Graco. Entónces desesperó la nobleza de impedir su elevacion al tribunado. Tan numerosos eran los de las tribus rústicas, que ni podian albergarse todos en Roma. Solo quedaba á los patricios el procurar que no saliese Graco el primer elegido entre los diez tribunos, para que no fuera el jefe del colegio. Consiguieron que no saliera sino el cuarto. Pobre triunfo contra un hombre superior en mérito y alcurnia á sus demás colegas. En el dia de su eleccion estaba tan lleno de gente el campo de Marte, que los últimos que iban acudiendo se subieron á lo alto de las casas mas próximas, y desde allí daban por aclamacion sus votos á Graco.

Él fué el orador mas completo de cuantos antes de él habian subido á la tribuna. Estatura, fisonomía y modales, todo predisponia en su favor antes que comenzase á hablar, y el discurso correspondia á sus dotes físicas. Su voz, sonora y grata á un tiempo, alcanzaba á conmover hasta á los oyentes que mas distantes estaban (Cic. lib. III, De Orator.). Sabia conciliar la naturalidad con el arte, sin que este se echara casi de ver (Catrou). Decíase únicamente que era algo mas vehemente de lo que fuera menester cuando daba rienda suelta á la pasion. Él mismo lo conocia, así es que cuando arengaba, colocaba á su espalda á un músico, esclavo suyo, y al levantar demasiado su amo la voz en algun movimiento patético, el músico, con una especie de flauta le indicaba el tono que convenia (Catrou).

Ciceron no tiene inconveniente en decir (Cic. Brut.) que si Cayo hubiera vivido mas tiempo, habria podido igualar á su padre Sempronio Graco, y á su abuelo Escipion el Africano. Celebra su elocuencia, su noble diccion, y su vigoroso pensamiento, poniéndole por la facundia, la fuerza y la magestuosa gravedad en el mas alto lugar oratorio de cuantos le precedieron en Roma, confesando además que hubiera podido perfeccionarse

hasta tal punto, que en ningun tiempo hubiera tenido superior. Su elocuencia era irresistible al hablar de su hermano Tiberio; mas siempre tenia en la memoria su trágica muerte. Como le habia querido y respetado tanto, esto le inspiraba movimientos los mas penetrantes «¿En dónde podré refugiarme? decia ¿en el Capitolio? pero ese templo tan venerado está teñido con la sangre de mi hermano. ¿Iré á ocultarme en mi casa? Allí solo encontraré una madre desventurada, reducida al último extremo de afliccion y desconsuelo.» Como se echaba de ver que esos arranques le salian del corazon, el pueblo lloraba, y sus enemigos mismos se conmovian.

Á veces, á la sanguinaria violencia con que fué tratado Tiberio, oponia el comportamiento de los romanos antiguos. «Vuestros mayores, decia, declararon en otro tiempo la guerra á los faliscos, para vengar á Genucio, tribuno del pueblo, porque le ofendieron con palabras; y condenaron á muerte á Cayo Veturio, solo porque al pasar un tribuno por la plaza, no quiso cederle el paso; mientras que esta gente (y señalaba á los nobles) asesinó á palos á nuestra vista, sin misericordia, á mi hermano Tiberio, y cebándose en su cadáver, le arrojaron al Tíber, privándole de sepultura. Á todos los amigos suyos que pudieron haber á las manos mataron sin la menor forma de justicia. Sin embargo, añadia, siempre se habia guardado en Roma la costumbre, cuando se encausaba á un hombre, de enviar, si no comparecia, á su casa á un ministro del tribunal que le llamara á son de trompa, sin que jamás procediesen los jueces á condenarle antes que se cumpliese esta ceremonia. Tales eran las precauciones con que andaban nuestros antepasados en los procedimientos de justicia, al tratarse de la vida de un ciudadano!»

Esto bastará para conocer cuántas emociones habia de excitar en el pueblo el nuevo tribuno. Puede decirse que hasta el año siguiente no comenzó á ejercer su cargo, pues fué elegido á fines del que nos ocupa. Fulvio Flaco, colega de Graco en el triunvirato para la reparticion de tierras, era necesario en Roma para la ejecucion de los designios del poderoso tribuno, pero continuaba en su expedicion á la Galia. Era un plebeyo fanático, y decidido contra el senado y contra los ricos. Graco no podia encontrar hombre mejor dispuesto para secundarle. De buena gana le hubiera continuado el senado sus funciones de procónsul, en las cuales se distinguia en la Galia; pero, el cónsul C. Sexto Calvino quiso ir á reemplazar á Fulvio, pues por condescendencia, mas que por falta de salud, habia permanecido en la capital durante buena parte de su año consular. Se embarcó para Marsella, y fué á ponerse al frente de las legiones probadas ya contra los galos. Fulvio volvió á Roma, y Graco se sintió todavía mas animado al saber que estaba allí su amigo. Ayudó á Fulvio á obtener del pueblo el triunfo por su expedicion, bien que no estuviera todavía terminada aquella guerra, y el partido que contaba en su seno á un nuevo triunfador, no pudo menos de ganar en importancia. Parece que Papirio Carbo, otra coluna del bando plebeyo, se retiró entónces ó abandonó su partido, pues no se le ve figurar en los alborotos que se están preparando. En estas circunstancias, tan críticas ya, se procedió á nuevas elecciones consulares.

631 de Roma. 124-123 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Q. Cecilio Metelo, llamado mas adelante Baleárico, y T. Quincio Flaminino ó Flaminio. Marco Emilio Escauro es edil curul. Mem. de la Acad. de Insc. tomo 24, pág. 238.

Los cónsules entraron el 1.º de enero romano, 7 de agosto juliano del 124 antes de Jesucristo. Los Fastos de Almeloveen ponen este consulado en el 631 de Roma, 123 antes de Jesucristo. Llaman Flaminino al segundo cónsul, diciendo que Patino (Familiæ romanæ) escribe Flaminio, y Glarcano Flaminio Apelas. En cuanto á la correspondencia de los diez años se ha visto ya la equivocacion de esos Fastos (1).

Q. Cecilio Metelo era el hijo mayor de Metelo el Macedónico; Ciceron le alabó mas de una vez, y principalmente á propósito del informe que pronunció para recobrar su casa: á Quincio se le tiene por hijo del que fué cónsul en 604. Ciceron le habia conocido; dice que hablaba correctamente el latin, pero que no era elocuente (Catron y Rouillé). El primero de estos cónsules fué á las islas Baleares, habitadas á la sazon por piratas, mientras que el segundo dejó que Sextio siguiese en la Galia de procónsul donde peleaba con ventaja, y creyó necesaria su presencia en Roma para contrarestar á Graco.

Ya hemos visto con qué discursos iba este acalorando los ánimos en el año anterior, no siendo aun mas que candidato al tribunado. Pronto supo hacer olvidar que solo habia salido electo el cuarto, constituyendose el primero de todos por su superioridad incontestable. Lo primero que hizo fué proponer dos leyes, de las cuales la primera incapacitaba para todo empleo ulterior al magistrado destituido por el pueblo, y la segunda prescribia que el magistrado que hubiese faltado á las debidas formalidades legales para el destierro de un ciudadano, fuese procesado por el pueblo con sentencia definitiva é inapelable. La primera ley degradaba principalmente al tribuno Marco Octavio (Plut.), á quien ya Tib. Graco habia hecho quitar el cargo de tribuno por el pueblo, porque se habia opuesto á sus leyes agrarias contrarias al partido patricio. Queria Cayo que ese jóven romano, que tenia mucho mérito, fuese así excluido de toda dignidad superior. La segunda ley recaia directamente contra P. Popilio Lenas, que, siendo cónsul en 622, habia desterrado á los partidarios principales de Tiberio, sin que mediara forma ninguna de proceso (Plut.), creyendo que bastaba la muerte del jefe para castigar á sus cómplices. En virtud de la nueva ley de Cayo, el pueblo le habria juzgado, y de seguro condenado, por lo cual se desterró voluntariamente.

Á pesar de que Cayo no habia seguido los consejos de su madre, nó por esto le perdia ella de vista, y echó de ver que esas dos leyes le harian odioso sin procurarle ninguna ventaja efectiva. Cayo cedió por entónces al parecer de Cornelia, pidiendo él mismo que se anulase su primer plebiscito, diciendo públicamente que lo hacia á instancia de su madre. De buena gana vino el pueblo en la revocacion, pues amaba á Cornelia por ser hija del grande Escipion y heredera de sus virtudes, y madre de dos hijos como los Gracos. Con el tiempo se le erigió una estátua de bronce, con esta inscripcion: «Á Cornelia, madre de los Gracos», expresando estas solas palabras cuanto pudiera decirse en honor de madre é hijos. Nada tiene por consiguiente de extraño que Cayo se manifestase orgulloso de tener una madre como Cornelia.

---

(1) Los Fastos de Sigonio ponen estos cónsules en 630, llamando Flaminino al segundo, hijo y nieto de Tito, como el primero es hijo y nieto de Quinto. Añaden que Marco Fulvio Flavo, nieto de Quinto, triunfó en este año sobre los ligurios, voconcios y salios. De ambos cónsules se habla en Casiodoro, Eutropio, Orosio, Ciceron «Pro domo» y en los «Fastos Siculos.» En su tratado de la «Fortuna de los romanos,» Plutarco da á Q. Metelo el nombre de «Baleárico» y lo mismo hace Plinio, lib. VII.

Las primeras empresas del nuevo tribuno no atacaban mas que á dos individuos, pero, ensayadas ya sus fuerzas, pensó en proyectos mas importantes, haciendo lo posible para rebajar al senado y elevar la autoridad del pueblo. Á alma tan grande no le bastaban venganzas particulares, y no se limitaba á llorar por la muerte de su hermano, sino que trataba de imitarle, sin arredrarse por lo árduo de la empresa. Hizo confirmar la ley de su hermano para la reparticion de las tierras conquistadas en Italia entre los ciudadanos de Roma y los aliados pobres. La reparticion estaba muy poco adelantada. Graco se hizo nombrar de nuevo comisionado al objeto, reuniéndose con el triunfador Fulvio Flaco, y con Licinio Craso. Este parece que era hermano de Licinia, mujer de Cayo (Aurelio Víctor, de viris illus. c. 65). Á mas de esto, el tribuno trató de fortificar su poder cuidando de empresas favorables á los pobres. Fundó una colonia en Fabrateria (Vel-Pat.), en tierra de volscos y á orillas del Liris como Fregelas, pero á la márgen opuesta, tal vez con el ánimo de que tuvieran un asilo los moradores de la ciudad arrasada por Opimio dos años antes (véase el mapa de la Italia antigua por d' Auville). Ahora la llaman Falvaterra, en el reino de Nápoles.

Velleyo Patérculo (lib. xv) pone la fundacion de esta colonia sobre ciento cincuenta y tres años antes de él, en el consulado de Casio Longino y de Sextio Calvino, lo que pondrá al parecer el hecho en el año anterior de 630, consignando con exactitud este historiador el año y el consulado que coinciden verdaderamente juntos. Pero, C. Graco solo durante su tribunado pudo enviar esa colonia. No hay duda que los tribunos tomaban posesion antes que los cónsules, de modo que el principio del tribunado tenia lugar durante el mando de los cónsules del año anterior. Así se explica probablemente el texto de Velleyo Patérculo, con tanto mayor motivo, cuanto que siendo desiguales los años anteriores á la era juliana, usó la voz « ferme », casi, lo cual prueba al parecer la exactitud de sus cuentas, pues escribia en el año 30 de nuestra era, correspondiente al 783 de Roma. Así es que el año 1.° antes de Velleyo, correspondia al 29 de nuestra era, y 782 de Roma. El año 1.° antes de nuestra era, correspondia al 30 antes de él, y al 753 de Roma. El año 2.° antes de nuestra era, correspondia al 31 antes de él, y al 752 de Roma. Por consiguiente, el 153 antes de él, correspondia al 124 antes de nuestra era, y al 630 de Roma. Pero, el 124 antes de nuestra era concluia en 631 de Roma, desde el 7 de agosto al 31 de diciembre, de suerte que tambien correspondia al 631. Por lo demás, la fecha de Velleyo se halla bien fijada por el mismo historiador en el primer tribunado de Cayo, pues que un año despues de la fundacion de Falvaterra pone las colonias que se enviaron á Escilax, Minervio, Tarento, Neptunio y Cartago. Ahora bien, Plutarco pone las colonias de Tarento y de Cartago en el segundo tribunado de Cayo; conviene á saber, en 632. Todo esto justifica al parecer á Velleyo, que difícilmente se equivocaria tocante á sucesos tan poco distantes de él.

No solo fundaba Graco con su primera ley nuevas colonias en Italia, sino que las enviaba mas lejos, y dice Velleyo (lib. II), que esta fué una de sus peores leyes. Habian hecho los romanos la observacion de que Cartago llegó á ser mas poderosa que Tiro, Marsella que Focea, Siracusa que Corinto, Cirico y Bizancio que Mileto, y hacia ya treinta y cuatro años que no enviaban ninguna colonia, ni siquiera á tierras de la misma Italia. Lejos de fundar establecimientos fuera, enviaban á buscar á los ciudadanos diseminados por la misma, para asistir al padron general. Graco pensó que el poder de Roma le dispensaba de detenerse en lo que tenia por preocupaciones, y su ley fué sin dificultad votada por el pueblo, pues daba á los ciudadanos pobres tierras en las ciudades á las cuales se les enviaba para volverlas á poblar (Plut.). El primer artículo de la segunda ley de Cayo obligaba al tesoro á gastos de consideracion, pues en él se ordenaba que se vestiria á los soldados sin rebajarles nada del sueldo. En la misma ley se prescribia que no pudiera alistarse á ningun ciudadano antes de haber cumplido los diez y siete años. Hasta entónces los gastos de vestido de la milicia salian de su mismo sueldo. Solo algunos generales exigian á veces de las ciudades rendidas el que vistieran á sus tropas; de suerte que el tribuno halagó al pueblo á expensas del Estado. Fundábase Graco, para justificar la medida, en que á veces tenian los soldados sobrada disminucion de alimento por un vestido que les suministraba el cuestor del ejército, y no puede negarse que, en cuanto á la edad del servicio, fijada ya por las leyes antiguas á los diez y siete años, habia un abuso que era bueno corregir. Citan por ejemplo al poeta Lucilio, quien á las órdenes de Escipion Emiliano, comenzó á servir á los quince años (Catrou y Rouille). Bastante duro era ya para las familias el arrebatarles los hijos á los diez y siete años, y si cuando peligraba la capital podia pasarse por encima de la ley, no así cuando se enviaban las legiones á guerrear fuera de Italia. Por lo demás, en el año 600, en el cual nació Cayo, acostumbrábase ya á entrar en el servicio á los diez y ocho años, pues de su mismo discurso, que hemos consignado en el año precedente, se desprende que no comenzó á servir hasta esa edad.

Su tercera ley favorecia á los aliados, concediendo, segun Plutarco, á todos los pueblos de Italia el derecho de votar, del mismo modo que le tenian los verdaderos ciudadanos romanos. Pero Apiano, que suele ser mas exacto, menciona cuáles fuéron los aliados á quienes se favoreció con ese privilegio (Apian. lib. I, capítulo 3), diciendo que solo se otorgó á los latinos, que eran los aliados mas antiguos y los mas cercanos á Roma. Es decir, que esta ley era mas moderada que la propuesta por Fulvio Flaco dos años antes. De suerte que, añade Apiano, no se atrevió el senado á oponerse esta vez á la medida que interesaba á un pueblo unido con el romano con los vínculos del parentesco. El mismo Plutarco conviene en otro pasaje (vida de los Gracos), que el derecho de ciudadanía con sufragio, solo fué dado á los pueblos de nombre latino.

Graco mudó además el órden establecido por Servio Tulio en los grandes comicios (Fragmentos de Salustio). La primera clase, que se componia de los ciudadanos mas ricos, habia hasta entónces decidido casi sola de los negocios, por ser la primera que se convocaba, y ser en centurias la mas numerosa. Así prevalecia la influencia de la riqueza y de la instruccion. Cayo propuso que la suerte decidiera de las votaciones, sin atender á clases ni á centurias. Así quedaron iguales todos los ciudadanos, y ya los grandes no pudiéron predominar como antes en las asambleas del pueblo, pues no hubo distincion entre los sufragios de las últimas clases y los de las primeras. No bastaban las ventajas políticas para la satisfaccion de los ciudadanos pobres de Roma. Graco dió otra ley para la disminucion del precio del trigo en favor de los menesterosos, segun así lo dice Plutarco, de cuyo texto se infiere que la ley Semproria bajó el precio del trigo

en el mercado tan solo para los necesitados. El Epítome de T. Livio es mas positivo que Plutarco. Dice así: « Cayo Graco, tribuno del pueblo, redactó algunas leyes perniciosas, entre ellas la llamada frumentaria, para que el trigo se vendiese al pueblo por un precio módico, SEMISSE ET TRIENTE.

La edicion que citamos no tiene en este pasaje ninguna variante, como tampoco la tiene otra mas reciente que hemos consultado (la de Burmann). Explica Apiano el pasaje diciendo, que, segun esa ley, se habia de distribuir cada mes, á cargo de la república, á cada plebeyo pobre, cierta cantidad de trigo, lo que no se había hecho jamás (de bell. civil. lib. I). Dicha ley ha sido interpretada de diferente manera. Segun Catrou y Rouille, á cuyas vastas investigaciones no siempre ha correspondido un buen discernimiento crítico, la ley se reducia en sustancia á estos dos puntos. Construccion en Roma de graneros públicos para llenarlos con dinero del tesoro, y distribucion mensual á cada ciudadano para su subsistencia á precio de medio « as » por cabeza. Tal vez en virtud de esta interpretacion se fija el precio de seis dineros por cada medida de trigo que se repartia. Dichos autores tratan de fijar el sentido algo vago de las voces « semis » y « triens, » y bien se echa de ver su pretension de aclarar el pasaje que nos ocupa. Tenemos de Vicente Contareni (y al parecer nó Contarini como se escribe en la Biografía universal, tom. 9.°) un extenso tratado acerca de las liberalidades al pueblo romano, en trigo y otras clases de granos. Este autor (cap. II) reconoce que C. Graco, en su primer tribunado, dispuso por vez primera la disminucion del precio del trigo á favor de los pobres. Tambien trae la frase del Epítome de T. Livio que ha dado lugar á la equivocacion de los historiadores franceses que se acaban de citar. Añade Contareni que en vez de « semisse y triente, » dicen otros « semissibus y trientibus. » Discute el significado de estas voces que, segun el se han interpretado de diferente manera, sin dar su valor verdadero en caso de admitirse la explicacion que vamos á presentar. Se ha visto en nuestro discurso preliminar, que todos los objetos divisibles que se presentan en la vida comun se designaban en Roma con la division duodecimal, y con las palabras « as » para el entero, « semissis » para la mitad, « triens » para la tercera parte, y « uncia » para la duodécima parte. Pero, cuando no hay prueba en contrario, estas voces se refieren al sistema monetario. Parece verosímil que en el pasaje del Epítome de T. Livio se trata por lo mismo de una mitad monetaria, y esta solo puede ser el « as; » de suerte que la ley Sempronia fijaria una mitad y un tercio de « as » para el valor de una medida de trigo distribuida á los ciudadanos pobres: pero ¿qué medida seria? Catrou supone que la distribucion se hacia cada mes, figurándose probablemente como Crevier, que ha seguido al primero, que aquí la unidad de medida era el modio, segun así suele entenderse entre los antiguos autores latinos cuando no particularizan; pero entónces tendríamos, que, suponiendo suficiente el modio para el consumo de un mes, lo que no puede ser así, la provision de un hombre durante este tiempo hubiera costado, segun la disposicion de Graco, una mitad y un tercio de as, precio ridículo por lo reducido. Sigamos la hipótesis de los autores franceses que hemos citado. Para admitir que el « as » es aquí la unidad monetaria, se requiere que, contra lo acostumbrado, la unidad de medida de que se trata en la ley Sempronia y en el resúmen, harto sucinto por desgracia, que queda de T. Livio, no sea el modio, y sí tan solo el « chenix, » medida de trigo que un hombre puede consumir regularmente en un dia. Era un vaso ó receptáculo adoptado por los pueblos antiguos, y que en todas partes tenia la misma capacidad (Metrología de Paucton). Se remonta su antigüedad sabida hasta los tiempos de Pitágoras, á quien se atribuye el precepto siguiente: « no es bueno sentarse en un chenix, » dando con esto á entender que el que tuviere de qué vivir un dia, no debe darse á la ociosidad, sino pensar en mañana. Suidas le llama « hemeresios trophe », ó segun otros, « hemerostrophis, » racion de trigo para un dia.

Paucton, que andaba buscando siempre una medida universal, hubiera querido que todos los pueblos la hubiesen tenido todavía, y que las demás medidas correspondieran exactamente á la misma; así hubiera, decia, un tipo termino comun que serviria de unidad; pero, es muy preferible por su sencillez el actual sistema métrico. Los romanos habian tomado el nombre de « chenix » de los griegos, pero tambien llamaban á esa medida « bilibris, » por contener poco mas de dos libras de trigo, peso romano. En efecto, el texto griego del Apocalipsis (VI, v. 6) pone « chenix, » que en la Vulgata se traduce por « bilibris. » Calmet dice, á propósito de esto, que esa medida estaba destinada á contener dos libras de líquido, y que no era muy natural el emplear esa clase de medidas para el trigo ó cebada (Coment. sobre epíst. canon. y el Apocal.). Pero en esto se equivoca el docto comentador. El proverbio de Pitágoras, la explicacion de Suidas, y el texto formal de Herodoto (lib. VII), lo prueban hasta la evidencia. Dice Paucton que un medimno griego contenia cuarenta y ocho chenices, y Garnier que el modio era la quinta parte del medimno; de suerte que el modio equivalia á unos diez chenices, ó sea nueve y 3/5. Pero Paucton que iba escribiendo sin el mayor tino, después de afirmar que el « chenix » era una medida invariable, conviene en que el de Herodoto era mayor que el chenix romano, y que este solo valia tres pequeñas medidas griegas, teniendo cuatro el de Herodoto. El chenix romano, en vez de estar contenido poco mas de nueve veces en el modio, lo estaba efectivamente doce veces, pues que equivalia á dos libras ó al « bilibris, » y que el modio contenia veinte y cuatro libras romanas, correspondiendo poco mas ó menos á diez y seis libras de marco francés; de manera que el chenix pesaba dos libras romanas, como dice Paucton; es decir, una libra y 1/4 de dicho marco, con corta diferencia.

Procuremos ahora examinar su precio. Garnier pone el modio, en Atenas, á dracma, ó á cuatro sextercios, observando el mismo que se tenia en Roma por el precio mas alto, siendo solo de tres sextercios el precio medio. Al principio el sextercio valia en Roma dos ases y medio; pero uno ó dos años después del triunfo de Metelo, cuando los desastres de las flotas romanas en Trápani y Lilibeo causaron un terror general que dió lugar á que se nombrase un dictador, en 505 de Roma, 249 antes de Jesucristo, en el consulado de Claudio Pulcro y Junio Pulo (Fast. de Almeloveen), se hicieron las tres operaciones siguientes á un mismo tiempo: la reduccion del peso del as á dos onzas de cobre en vez de doce: la creacion del dinero de plata, y de sus divisiones en quinarias y sextercios, valiendo dicho dinero diez ases ó veinte onzas de cobre; y la adopcion de una nueva unidad monetaria, substituyendo al as el sextercio de dos ases y medio. Desde esa reforma se contó siempre por sextercios, para grandes y pequeñas cantidades (Historia de las monedas).

Treinta y un años después, en el 536 de Roma, el

dinero de plata, al que se habia dado un valor de veinte onzas de cobre, fué reducido á solos diez y seis ases y el peso del as reducido igualmente á una onza de cobre, es decir, á la mitad del peso que antes tenia. El dinero de plata, en lugar de veinte onzas de cobre, no valió mas que diez y seis, quedando por consiguiente reducido su valor á las cuatro quintas partes del de antes. Con la disminucion de peso del as, hubo de alterarse el valor sextercio. Hasta entónces habia valido dos ases y medio, segun indicaba su mismo nombre, y á la sazon fué elevado al valor de cuatro ases ó cuatro onzas de cobre, sin que perdiera por esto su nombre primitivo; de manera que se designó con la voz sextercio, que significa dos y medio, una moneda que valia cuatro ases, que era la cuarta parte del dinero, y que solo pesaba cuatro onzas. En 550, á fines de la segunda guerra púnica, sufrió el as una tercera reduccion, quedando en media onza de peso; así fué que el sextercio no tuvo mas que dos onzas. Véase la Historia de las monedas, por Garnier.

Así estaban las cosas en la época que nos ocupa, de suerte que, siendo de tres sextercios el precio medio del modio de trigo en Roma, segun hemos visto, valia el modio las tres cuartas partes del dinero de plata, ó sea doce ases; y por consiguiente, el chenix, que no era mas que la duodécima parte, valia desde entónces un as, ó sea media onza de cobre, peso romano. Para admitir que la unidad de la ley Sempronia fuese monetaria, es preciso admitir igualmente que la distribucion de trigo se hacia cada dia, y que se distribuia á los pobres la racion diaria «pro semisse et triente,» por la mitad y el tercio de un as, valor efectivo del chenix. Verdad es que el precio del trigo varia mas de una vez al año en nuestras panaderías, pero en Roma podia fijarse para todo el año, como se ha visto en la misma ciudad aun en este siglo. Á esto puede objetarse que nó todos los años el trigo tenia en Roma el mismo valor, y es en efecto incontestable. Pero Cayo tomaria sin duda por base un término medio para el valor. Se observará que, admitiendo el valor de mil sextercios por una equivalencia aproximativa en nuestra moneda, los tres sextercios de que costaba el modio equivalen á unos ocho cuartos y 1/5, de modo que el chenix ó bilibris equivalia á poco mas de un ochavo. De todos modos, la unidad de medida, á que se referia la ley Sempronia, podia ser muy bien un chenix, que valia un as, verdadera unidad monetaria, bien que en aquella época no se contase ya mas que por sextercios. Pudiera ser que en esa ocasion, como se trataba de la unidad de una medida que valia menos de un sextercio, se emplease de nuevo la misma antigua que era el as. Pero, si se admite la hipótesis, surge una dificultad tocante á la explicacion que ha dado lugar á la misma, y propuesta ya anteriormente, y es que el trigo se daba á los pobres al tercio y á la mitad, ó á los cinco sextercios del precio corriente, lo cual podia ya satisfacer bastante al pueblo, sin mucho gravámen del erario. La objecion que se acaba de presentar consiste en que, reuniendo el «semissis» y el «triens,» se forma un «dextante,» y que, siendo así, la ley hubiera dicho que se diese un dextante á la plebe, pero las expresiones «semissis» y «triens» se habian empleado para significar monedas reales valiendo en realidad la mitad y tercio de un as (Garnier, tom. 2.º), bien que fuera cuando la república era todavía pobre, pues, segun se ha visto ya, dice Plinio que no se acuñó moneda de plata en Roma hasta el año de la misma 485. Quedarian sin embargo en circulacion parte de las antiguas monedas, y se conservaria todavía la costumbre de darlas el nombre primitivo, mientras que nunca se habia acuñado ningun «dextante.» Con todo, no hay ningun inconveniente en preferir á esta explicacion la de Garnier, quien deja á las expresiones de la ley Sempronia toda la latitud de que son susceptibles, y cree que el trigo se daba á los ciudadanos pobres por la mitad y tercio del precio corriente del mismo, ya se hiciera la distribucion cada mes, ya cada dia, y cualquiera que fuese el precio, considerando el mismo autor los tres sextercios como valor medio del modio, y opinando que á una clase de pobres se daba el trigo por «semissis,» ó mitad de valor corriente, y que á otra clase mas ínfima y necesitada se daba por la tercera parte del mismo, «triens.» Esta interpretacion es tanto mas admisible, cuanto que ya los copistas pudieran haber escrito por abreviar «semisse et triente» por «semissibus et trientibus,» pues cabalmente al hablar Ciceron de la ley Apuleya, que no es mas que la reproduccion en cierto modo de la Sempronia, la llama ley frumentaria «de semissibus et trientibus» (Cic. Ad Herennium, lib. I, c. 12); y aun el mismo Ciceron, en una de sus cartas (Ad familiares, lib. V, epist. 6) llama hombre «semissis,» á un menesteroso, expresion que usa igualmente Vatinio en una carta que escribe á Ciceron.

Esto explica mejor la satisfaccion con que el pueblo bajo recibió la ley, pues así no tendria casi ya que trabajar para vivir (discurso de Ciceron pro Sextio, y Apian. lib. I, c. 3). Pero, por lo general, la gente honrada se oponia á la ley, ya porque grababa el tesoro, ya porque no es conveniente acostumbrar al pueblo á la holganza, bien que un gobierno deba procurar por el alivio de los que están realmente imposibilitados para ganar la subsistencia. Esas liberalidades son dignas de aplauso, segun observa Ciceron (de Officiis, lib. II), si se hacen con moderacion y se aplican á las necesidades verdaderas, pero con la latitud que las decretó Cayo, no podian dejar de ser perniciosas.

No falta quien adopta la primera explicacion y deja entender que la otra es poco verosímil. En efecto, las distribuciones de trigo promovidas por Cayo Graco no podian ser tan extensas é indefinidas como Rollin ha creido, y comprender á los ricos lo mismo que á los pobres. El hecho que vamos á mencionar, citado asimismo por Rollin, está sacado tambien de Ciceron (Tusc. Quest. lib. III, c. 48). Lucio Calpurnio Pison, apelidado «Trugi,» que valia tanto como «hombre de bien,» que habia sido cónsul en 621, y recomendable por su honradez generalmente reconocida, era de los que mas se opusieron á la ley de Cayo. Vencidos por fin todos los obstáculos, y al principiarse á dar cumplimiento á la misma, Cayo vió á Pison entre los que se presentaban para que se les distribuyera trigo, y delante de todos le echó en cara la contradiccion en que incurria, pidiendo su parte de trigo en virtud de una ley á la que tanto se habia opuesto. «Yo no queria, le respondió Pison, daros la facultad de repartir mi hacienda á los ciudadanos; pero, ya que lo habeis conseguido, vengo á lo menos á reclamar la parte que me corresponde como á tal.» Esto prueba que efectivamente Pison tuvo parte en la distribucion, pero primero seria preciso probar que Pison era rico, lo que no consta así, sin embargo de que Rollin debia demostrarlo para que se adoptase su interpretacion. El renombre de «Trugi» se le habia dado á Pison por la economía y pureza con que administró los intereses

públicos (Cic. Oracion 3.ª contra Verres; Val. Máx. lib. IV, c. 3, y Plin. lib. XXXVIII, c. 11 en la edicion de Tranzio); pero, podia habérsele dado igualmente por su frugalidad, debida tal vez á sus pocos haberes. De todos modos, ¿cómo hubiera podido sostener el tesoro la liberalidad de Cayo, extensiva á todos los ciudadanos de Roma sin distincion de clases? Ello es que la ley de Cayo era muy gravosa para el patrimonio de los ciudadanos. Con todo, Cayo decia ámenudo en sus discursos que su objeto principal era la conservacion de la república. Para atender en parte á ese nuevo gasto del tesoro, el tribuno propuso un impuesto sobre las mercancías que entrasen en los dominios asiáticos, principalmente en los puertos legados á los romanos por Atalo. Nombráronse al objeto los correspondientes administradores para la recaudacion (Cic. in Verr. 5; y Flor. lib. III). El producto de ese impuesto, que era muy considerable, atendido el gran número de aquellas poblaciones comerciales, no entraba en el erario, sino que servia para comprar el trigo de los «graneros de Sempronio,» que este nombre tuvieron los grandiosos almacenes que Graco hizo construir. Con estas medidas creció hasta tal punto el favor de Graco con el pueblo, que nunca rey absoluto dispuso de sus súbditos como el de los romanos, celosos por su libertad, pero que la iban perdiendo con esto sin que lo echaran de ver.

Extraordinaria habia de ser la energía de Graco para sobrellevar tanto trabajo. Tenia que elaborar sus proyectos de ley, exponerlos, y contestar en público á las objeciones de sus enemigos. Para la ley de la distribucion del trigo, necesitó todo el apoyo de Fulvio, pues la oposicion fué tempestuosa (Apian. lib. I, c. 3). En la tribuna, Graco lanzaba rayos de sus ojos, iba de uno á otro extremo de la misma, y todo era agitarse y levantar la voz, comunicando así sus pasiones al pueblo congregado. Y no obstante, al salir de las asambleas, se ocupaba tranquilamente en las obras que se estaban haciendo de órden suya; es decir, en los graneros públicos; de suerte que estaba siempre en medio de arquitectos, operarios, amigos y pretendientes, llevándolo todo con la mayor serenidad. Ya se deja suponer la envidia que tendria el senado á un hombre de esa importancia. Todos los negocios iban á parar á Graco, que habia llegado á constituirse en alas del pueblo casi el señor del orbe. Ante la gloria suya eclipsábase la de los generales; y sin embargo, los romanos hacian á la sazon una conquista importante, debajo la direccion de Sextio Calvino.

Fulvio habia principiado á pelear ventajosamente en la Galia, pero Calvino entró mas adelante en ese país, bien diferente de lo que es ahora. Los galos estaban divididos en varias repúblicas independientes unas de otras, con leyes particulares, sin que fuera uno mismo su gobierno, su legislacion, ni siquiera su lengua. Solo tenian de comun la religion, las costumbres y el carácter. Los galos eran impetuosos, prontos, ligeros, supersticiosos (Essais, hist. sur le Bearn, por Taget de Baure: Paris, 1818), crédulos, amigos de novedades y de noticias, prontos á decidirse, y aun mas á arrepentirse. No reconocian mas que dos órdenes de ciudadanos, sacerdotes y nobles. El pueblo no entraba en ninguna deliberacion. La mayor parte vivia en la esclavitud, pues, para garantirse de mayores rigores, era preciso ponerse debajo el poder de los principales. La nobleza no conocia mas profesion que la guerra, sin cultivar jamás las artes. Divididas entre sí las pequeñas repúblicas, todo era guerra continua, y los grandes tenian mayor ó menor lustre, segun el número de clientes que acaudillaban en los campos de batalla. En la Galia se habia formado una institucion muy parecida á las órdenes de caballería. Los guerreros elegian un jefe, y participaban de su fortuna, próspera ó adversa; si el caudillo perecia en un combate, sus compañeros, que llamaban «soldurios,» trataban de morir con él, ó se suicidaban en seguida.

La primera clase era la de los druidas, ministros é intérpretes de la religion. Dispersados por todas las repúblicas de las Galias, reconocian un solo jefe; estaban dispensados del servicio en la guerra y del pago de contribuciones. Su predominio no tenia límites; intervenian en el gobierno del Estado y en los negocios civiles y criminales. Todo acudia á su tribunal. Cualquiera que se negara á reconocer su autoridad y sus decisiones, los druidas le declaraban excluido de la participacion á los sacrificios, cosa terrible para los galos, pues desde luego era tenido por todos como impío y malvado; nadie se atrevia ya á hablarle, se huia de él como de un apestado, no habia para él mas leyes ni tribunales, y dejaba de contarse en el número de los ciudadanos.

Así pinta César á los galos, á cuyo carácter es todavía bastante parecido el de los actuales franceses. El primer pueblo galo á quien los romanos atacaron al mando de Sextio, fué el de los salios, que se ocupaban hacia tiempo en el comercio de salazon en las costas del Mediterráneo (1). Estaban gobernados á la sazon por un rey llamado Teutomalio, viviendo en terreno poco fértil al abrigo de altas montañas. Sextio fué por entre bosques y peñas contra esos galos (Amiano Marcelino, l. XV). Terrible era el aspecto de los mismos. Por su intrepidez, estatura y armamento, echaron de ver los romanos que los enemigos de occidente serian mas de temer que los de oriente (Catrou y Rouille). Penetraron sin embargo en la region sália mas cercana á Marsella, que en otro tiempo habian habitado los sálios. En el punto mas apacible de aquella tierra, en el cual habia muchas fuentes de agua caliente, entre otros manantiales de fria, divisó Sextio al enemigo en órden de batalla; le acometió al momento y le venció en breve. Esa primera victoria en su propio país y ganada á su mismo rey Teutomalio (Vel. Pat. l. I, c. 15) fué suficiente al procónsul para conquistar toda la tierra de los sálios, pues fué á sitiar la capital, tomándola á pesar de sus numerosos defensores, y reduciendo á la esclavitud á sus habitantes. Pudo el rey escapar casi solo, refugiándose en tierra de los alobrogos que estaba próxima. Solian los generales romanos distinguirse con algun rasgo de clemencia para captarse al principio la voluntad de los vencidos. Dice Diodoro de Sicilia (Apud Valesium), que, mientras Sextio estaba vendiendo los habitantes de una ciudad, segun se hacia en aquellos tiempos, un tal Craton que iba preso con los demás, fué á hablarle, diciéndole que siempre habia sido amigo de los romanos, y que esto le habia valido no pocos disgustos por parte de sus paisanos. Enterado el procónsul de la verdad del hecho, no solo dió libertad á Craton y á su familia, sino que le prometió el darla igualmente á novecientos prisioneros que él mismo designase. Siempre mas continuó Sextio sus buenos oficios con Craton, cuya amistad fué ventajosa á los romanos.

Después de dominar Sextio hasta muy adentro de

---

(1) Véase la Historia de esos pueblos, impresa separadamente en París, en 1805, y reimpresa con adicion en el primer volúmen de las «Memorias para el conocimiento de la historia antigua» en 1811.

la Liguria transalpina trató de asegurar lo conquistado. Luego trató de fundar una colonia de romanos en el mismo sitio en que habia alcanzado su primera victoria (Estrab. l. IV; Vell. Lat. Flor. l. III, Epít. de T. Liv.). Empleó sus legionarios en construir casas y fortificaciones, dando su nombre á la nueva ciudad, y llamándola «Aquæ Sextie,» substiendo todavía en Provenza con el nombre de «Ex» ó «Aix.» Padecia el procónsul dolores á consecuencia de sus fatigas, y halagábale el tener allí aguas termales. Favoreció Graco la empresa de Sextio, prometiéndole interponer su valimiento con el pueblo romano. Entretanto, Sextio fué limpiando la costa desde Marsella á Italia, quitándola á los sálios y dándola á los marselleses, quienes pudieron entrever tal vez que sus auxiliares eran sobrado poderosos para dejar de ser temibles.

Envidiaba el cónsul Cecilio Metelo la gloria de Sextio, y, procurando salir de entre la tempestad interior promovida por Graco, buscó una conquista fácil para hacerse un nombre; y, sin consultar mucho la justicia, fué contra los baleares, á la sazon casi salvajes, que solo como auxiliares de los cartagineses se habian mostrado en las guerras (Diod. y Estrab.). Vivian los baleares en dos islas cercanas á la España tarragonesa. Tenia la una sobre ciento veinte mil pasos de circunferencia, unas cuarenta leguas geográficas, y la otra, mas distante del continente, sobre cincuenta mil pasos (sobre diez y seis á diez y siete leguas geográficas Llamábanlas los griegos «Gumnesias», de «gumnos» ó «gimnos,» porque sus moradores iban casi desnudos en verano (Diod. Sícul.). Llámanse ahora Mallorca y Menorca. Vivian á la sazon, como hemos dicho, casi en estado salvaje, y á buen seguro no tendrian la pretension de hacer la guerra á los romanos. Moraban en cuevas, y se cubrian en invierno con las pieles de sus ovejas. El suelo bastaba para sus necesidades, solo que no tenian vino, al que eran sin embargo aficionados. De modo que los que servian con los cartagineses, al volver á su tierra empleaban en vino el dinero del sueldo, porque tampoco podian llevarle á su país, por estar prohibida por sus usos desde muy antiguo, la circulacion de dinero en las dos islas. Se decian oriundos de Tiro, y segun T. Livio, (lib. LX) les venia el nombre de un héroe llamado Baléo, compañero de Hércules y á quien celebraban en sus cantares, ó de «balleni,» lanzar, por su destreza en tirar piedras con sus hondas. Con todo, esos isleños se llamaban ellos mismos baleares, sin que supieran la lengua griega. Dice Diodoro ser tradicion entre ellos que los tesoros de Gerion habian sido fatales para Baléo, enemistándole con Hércules, y que desde entónces se habia prohibido en las islas la introduccion de metales contrarios al público sosiego por la codicia que despertaban en los ánimos.

Sabian sin embargo lo que era guerra, y se habian hecho célebres como honderos, sin que nadie llegara á igualarles en eso (1). Tenian un buen medio para adquirir destreza; las madres no ponian el pan en manos de los niños, sino en un sitio dado, y ellos tenian que hacerle caer con la honda (2). Tan fuertes iban las piedras, que apenas resistian sus golpes las armaduras de mejor temple. Al ir al combate, llevaban tres hondas de tamaño desigual, para servirse de unas ú otras, segun la distancia en que tuvieran al enemigo. Sabian emplear para hacerlas una especie de junco muy flexible; llevaban una atada á la cabeza, otra á la cintura, y en la mano tenian la tercera. Eran sin embargo amigos de paz interior, y para evitar discordias y el ser conquistados, no querian circulacion de dinero en su país. Pero, carecian de aceite, y sobre todo de vino, y no tenian mas remedio que la piratería para procurarse una bebida que á todos los salvajes tanto gusta. Así es que algunas veces atacaban los buques extranjeros. A veces llegaban hasta el continente, á fin de arrebatar toneles y odres de las orillas del mar. Pero, sus expediciones no eran nunca provocadas por el gobierno de las islas, eran particulares que se asociaban, construian barcas, é iban á correr el mar. Los moradores de las costas de España y de Liguria se habian quejado en Roma de las correrías de esos isleños. Mas importancia de la que merecia el negocio parece que se le dió, pues fué un cónsul con una flota á castigar á un puñado de corsarios. Con pocos buques y un tribuno legionario hubiera habido de sobra. Pero, quiso Metelo encargarse de la expedicion, para salir de la tempestuosa admósfera de Roma, y luego para ver qué clase de enemigos eran en su tierra los baleares. Aunque poco, los conocian los romanos por haber sido auxiliares de los cartagineses, como ellos oriundos de Tiro. El cónsul se hizo á la vela bien decidido á castigar á los atrevidos piratas.

Hay historiadores graves que mencionan un hecho muy extraño. Dicen que la ignorancia de los baleares llegaba á tal extremo, que al principio tomaron la escuadra del cónsul por uno de esos buques que á veces llegaban á sus costas, y que luego procuraban apresar (Catrou; Floro, lib. III, c. 4). De modo que corrieron al ataque con su impetuosidad ordinaria. Así que estuvieron á la correspondiente distancia, dispararon una nube de piedras, y mucho hubieran sufrido los romanos, á no tener el cónsul la precaucion de cubrir las embarcaciones con pieles de buey. Luego de estar algo cansados los baleares comenzaron los romanos el ataque. Las barcas enemigas se refugiaron en breve en sus costas, tratando los baleares de guarecerse entre rocas y lugares escarpados, pues no tenian ciudades. Metelo mandó desembarcar. Como los enemigos no se reunieron en cuerpo de ejército, pues no formaban mas que una parte muy pequeña de los moradores de la isla, y los demás estaban completamente indefensos, no fué difícil hacer matanza; de suerte que los treinta mil habitantes que habia en las dos islas quedaron exterminados casi todos. Después de aquel fácil degüello, el cónsul hizo edificar dos ciudades en la mayor de las islas, una á oriente y otra á occidente. Llamó Palma á la primera, y á la otra Polencia, quedando apenas en nuestros dias vestigios de la segunda. Luego Metelo transportó allí á tres mil romanos de las colonias españolas (Catrou). Aficionado Graco al envío de colonias, vino de buen grado en la colonizacion del cónsul, y no le disgustaba además que este se hallase ocupado lejos de Roma en época de elecciones.

Iba á concluir el año de su tribunado; y era de presumir que luego de salir Graco de su cargo, la nobleza entera caeria contra él. Así lo temian sus amigos, y principalmente Fulvio, que continuaba fiel á la marcha política de Graco. Fulvio instaba á su amigo á que viese el ser continuado en su autoridad para el año siguiente, á pesar de que Tiberio no hubiera podido conseguirlo. Pero, los tiempos no eran los mismos. Ahora la supremacia del pueblo era incontestable, y

(1) El naturalista Plinio, l. VII, cap. 56, atribuye la invencion á los fenicios, introduciendo la honda en las Baleares después de la conquista.

(2) Muy bien para este pasaje se pudiera citar á Vegecio, l. I, c. 16. En los comentarios de Estewechio, 1606, pag. 29, se hallará muy bien grabado uno de esos honderos baleares. Tambien pudiera citarse á Diodoro Sículo, lib. V, cap. 18.

además habia una ley antigua que permitia eligiese el pueblo al que bien le pareciera para agregarle al colegio de los tribunos, cuando no saliesen elegidos todos los diez tribunos. En virtud de otra ley, era lícito al pueblo preferir á los demás candidatos al tribuno que necesitarse mas tiempo para llevar á cabo grandes empresas que estuviesen principiadas (Apian). Á pesar de la oposicion del senado, Graco fué reelegido, debiéndose á su popularidad únicamente, pues Cayo nada hizo para la continuacion de su dignidad (Plutar.). Tambien fué reelegido Fulvio, muy popular por amigo de Cayo (Apian.).

Después de la de tribunos se hizo la eleccion de *cónsules*. Los nobles quedaron consternados al ver la preponderancia de un tribunado dirigido por Cayo, cuyo poder se manifestó bien claramente en los comicios consulares. Entre los candidatos, habia dos que se disputaban la plaza de segundo cónsul, no dudándose de que el primer cónsul que saldria elegido habia de ser N. Domicio Ahenobarbo. El partido popular, entónces dominante, no habia de negar su sufragio á aquel que, siendo tribuno del pueblo, enojado contra los pontífices por no haberle conferido el cargo de su padre, habia dado al pueblo la facultad de nombrar para la misma dignidad. De el decia Licinio Craso que no era extraño que tuviese barba de cobre (Ahenobarbo tiene en latin este significado), pues que tenia boca de hierro y corazon de plomo (Sueton. Vida de Neron). Los otros dos pretendientes eran Lucio Opimio, el arrasador de Fregelas, y enemigo de Graco; el otro, Cayo Fanio Estrabon, quien habia tenido la habilidad de no malquistarse con el poderoso tribuno. Hasta entónces, ningun tribuno del pueblo se habia mezclado abiertamente en elecciones consulares, pero Graco quiso prescindir de la costumbre, y trató de que *Fanio entrase en* el consulado, y nó Opimio. El modo *con que lo hizo* alarmó de nuevo al senado. Mientras estaba arengando al pueblo, pocos dias antes de los comicios consulares, terminó el discurso con las siguientes palabras: « Se acerca el tiempo de las elecciones, dijo al pueblo, vais á poner á la cabeza del gobierno dos cónsules por medio de vuestros sufragios, ¿ os acordareis, romanos, al dar los votos, del tribuno que todo lo ha hecho para sacaros de la esclavitud? Solo os pido un favor que será para mí la mayor recompensa, si me lo otorgais, bien que si me lo negais, no por esto me he de quejar jamás » (Plut.). Indecible fué la sensacion que causaron estas palabras. Se creyó generalmente que á la dignidad de tribuno, Graco aspiraba el reunir la de cónsul, lo cual hubiera sido la ruina de la república, pues el reunir esos cargos fuera crear poco menos que un monarca independiente. De manera que Dacier, el traductor de Plutarco, no se aviene á creer en esto á su autor, que lo asegura, y piensa que Graco solo quiso pedir anticipadamente el consulado para el año siguiente. Pero la interpretacion no puede convenir con el texto de Plutarco. Ello es que el pueblo estaba dispuesto á hacer cuanto Cayo le dijera. Gozóse el tribuno en ver que habia espantado á los senadores, y no volvió á explicarse sobre esto hasta el dia de los comicios. Entónces fué al campo de Marte, dando la mano á Fanio, y con la amabilidad con que sabia expresarse cuando queria, le recomendó al pueblo. « Si dais el consulado á mi amigo, dijo, será como si me le confirieseis á mí mismo. » Desde aquel momento, ya no se trató mas de Opimio, y por inmensa mayoría fueron votados Ahenobarbo y Cayo Fanio (Catrou). Si la popularidad de Cayo Graco no podia ser ya mayor, tampoco podia subir de punto el odio que le tenia Opimio, que no perdió la esperanza de vengarse.

632 de Roma, 123-122 antes de Jesucristo.—Cónsules: Neyo Domicio Ahenobarbo, y Cayo Fanio Estrabon.

Su consulado comenzó en 1.° de enero romano, 28 de julio juliano del 123 antes de Jesucristo. Los Fastos de Almeloveen (pág. 93), le ponen en el 632 de Roma, omitiendo, segun hemos dicho, la correspondencia del año juliano, que era el 122 antes de nuestra era.

Segundo tribunado de Cayo Sempronio Graco, quien tuvo por colegas á Marco Fulvio Flaco, Marco Livio Druso, y Rubrio, etc.

Los Fastos de la coleccion de los historiadores romanos (tom. 1.°), ponen este consulado en el 631 de Roma, y dicen que fueron cónsules Domicio Ahenobarbo, hijo de Neyo, nieto de Neyo, y Cayo Fanio, hijo de Cayo, nieto de Cayo. Añaden que el procónsul Cayo Sextio Calvino triunfó de los salios en el mismo año. Se ve que van atrasados de un año con respecto á los Fastos de Almeloveen; pero Sigonio que los publicó, conviene con nosotros con respecto al año juliano. De los cónsules de este año se hace mencion en Casiodoro, Julio Obsecuente, en los Fastos Sículos, en Ciceron (Brut.), Plinio, lib. II, y Plutarco, vida de los Gracos. Suetonio dice que Domicio, de quien hemos hablado ya en el año anterior, era hijo de Neyo Domicio Ahenobarbo, que fué pontífice y cónsul subrogado en 592 (vida de Neron). Observa Velleyo (lib. II, cap. 10), que la familia de Domicio era distinguida ya por su posicion, ya por las muchas personas ilustres que habia producido. Antes de este Neyo Domicio, jóven muy sencillo, no obstante su elevada cuna, hubo siete Domicios, todos hijos únicos, que llegaron todos al consulado y al sacerdocio, y casi todos á los honores del triunfo. Si Velleyo no se equivoca en esto, estos siete cónsules suben hasta Neyo Domicio Calvino, cónsul en 422 de Roma. Desde aquel, hasta el de este año de 632, transcurrieron ciento diez años, lo que da treinta años justos por cada generacion para los siete individuos; de modo que tenemos el tiempo suficiente; solo que los cónsules no se hallan en los Fastos del modo que estos nos quedan. Después del cónsul que acabamos de mencionar, se halla un Neyo Domicio, candidato para edil curul en el 450 de Roma. Plinio (lib. XXXIII, cap. 10), y T. Livio hablan tambien de él, diciendo los dos que en aquel año no pudo obtener el cargo de edil curul, bien que fuese hijo de un cónsul (Car. Sigoni Opera, tom. 1.°, pág. 184). Acaso obtuvo alguna dignidad sacerdotal, siendo al parecer padre del Neyo Domicio Calvino, que fué cónsul en 471, y á quien llaman los Fastos hijo de Neyo. Un tercer Domicio obtuvo el consulado en 562 de Roma, calificándole los Fastos con el nombre de Neyo Domicio, hijo de Lucio, nieto de Lucio. Y en verdad era hijo y nieto de Lucio. Está bastante lejano del cónsul de 471 para que se pueda suponer que su abuelo Lucio era hijo de ese cónsul, llamado Neyo como él. Sigonio observa (pág. 312), que habia sido pretor en 560. Puede por lo mismo suponerse que pertenecia á la familia consular, y que su padre y abuelo habian tenido alguna dignidad sacerdotal. El Neyo Domicio del año 632 era hijo de Neyo y nieto de Neyo. Luego su padre Neyo fué probablemente hijo del cónsul, pues que se hallan setenta años de distancia entre los dos postreros cónsules, siendo este el octavo de la familia, segun vamos á manifestarlo:

1. Neyo Domicio Calvino, cónsul en 422.
2. N. Domicio Calvino, desechado en 450, y edil curul en 456.

3. N. Domicio Calvino, cónsul en 471. Fué el primer censor plebeyo en 475 de Roma.
4. Lucio Domicio.
5. Lucio Domicio.
6. Neyo Domicio Ahenobarbo, cónsul en 562.
7. N. Domicio Ahenobarbo, cónsul por substitucion en 592, y pontífice.
8. N. Domicio Ahenobarbo, cónsul 632.

Justo Lipsio (Editio Variorum, pág. 83), y después Catrou y Rouille, han creido que el jóven de que habla Velleyo, es el padre del emperador Neron, antes del cual se contaban en la familia Domicia cuatro Domicios, que fueron hijos únicos, y tuvieron los honores del consulado y del sacerdocio. Pero, el texto de Velleyo nos parece muy claro en este pasaje. Nada hay en él que induzca á pensar que se trata del padre de Neron. Después de hablar de la censura de Casio Longino y de Cepion, añade: « Eodem tractu temporum.... Domitii ex Arvernis.... victoriæ fuit nobilis.... notetur Domitiæ familiæ peculiaris quædam, et, ut clarisima, ita artata número felicitas. Septem ante hum, nobilisimæ simplicitatis juvenem, Cneyum domitium, fuere singuli singulis omnino parentibus géniti, sed omnes ad consulatum sacerdotiaque, ad triumphi autem pæne omnes pervenerænunt insignia. » Convenimos en que para un cónsul la voz « juvenis » no es muy regular para nosotros, pero tampoco autoriza para aplicarla à Neron, que todavía no era nacido cuando Velleyo escribia, pues que fecha su historia en 783 de Roma, mientras que Neron no nació hasta el 790. Así es que Justo Lipsio, con Catrou y Rouille, dicen que Velleyo se refirió al padre de Neron, marido de Agripina, llamado Neyo Domicio Ahenobarbo. Suponiendo que fuese padre á los treinta años, habria nacido en 760, y tendria veinte y tres años cuando Velleyo escribia. Luego podia llamarle jóven, solo que el historiador pudiera al parecer designarle mas claramente, para que se entendiese que hablaba de él, y nó del Domicio que acababa de mencionar. Por otra parte, parece que la familia de Domicio se dividió entónces en dos ramas, y que este fué probablemente padre del N. Domicio Ahenobarbo, cónsul en 658, y del Lucio Domicio Ahenobarbo, que lo fué en 660. Así es que Justo Lipsio tiene que hacer una nueva suposicion, pretendiendò que debe leerse «quatuor» en vez de « septem; » pero, esta nos parece ya exigencia harto reparable, y tanto vale entender el texto del modo que lo hacemos, sin asegurar sin embargo la completa exactitud de nuestra opinion. En la época á que tenemos que remontarnos para la genealogía que acabamos de desenvolver, no está la historia romana suficientemente circunstanciada para que pueda darse la prueba completa de los hechos indicados por Velleyo, quien podia estar de ellos mejor enterado que nosotros.

Por lo que hace á Cayo Fanio, era hijo de otro Cayo, que fué cónsul con Valerio Mesala en 593. El que nos ocupa era tenido por bastante elocuente, bien que Ciceron le pone en el número de los oradores medianos. Pero Velleyo Patérculo, de quien supone inexactamente algun autor que trae discursos de Fanio contra Graco, dice en dos pasajes distintos que Fanio era orador distinguido, bien que no tanto como los Gracos (Vel. lib. II, cap. 9: y lib. I, cap. 17). Á Domicio le tocó por suerte el ir á continuar la guerra mas allá de los Alpes, quedando su colega Fanio en Italia. Este debia su eleccion á Graco, y parecia que habia de seguir sus inspiraciones. El bando popular era á la sazon omnipotente. El tribuno tenia por objeto principal disminuir la importancia del senado, y aumentar la del pueblo. Habia observado que el cuerpo de los caballeros, que se hallaba entre la nobleza y el pueblo, entre la clase patricia y la plebeya, se inclinaba mas á la primera. Solo los ciudadanos ricos tenian entrada en aquel cuerpo, después de reconocida la riqueza por medio del censo ó padron de los bienes de cada familia. Hasta entónces se les tenia sin embargo por plebeyos en el fondo, pero, como eran ricos, se iban enlazando con familias patricias, y por lo comun, votaban con el partido del senado. La plebe sola quedaba para el tribuno. Pero, en las grandes ciudades, los pobres son siempre los mas numerosos, y todos tenian voto lo mismo que los ricos. Pero Graco procuró captarse la amistad de los caballeros. Ya se ha visto que en el año anterior hizo adoptar cuatro leyes importantes. En este propuso la quinta y la última. Plutarco no distingue muy bien los dos tribunados de Cayo; pero Apiano, mas exacto (lib. I, cap. 3), pone el proyecto de ley en favor de los caballeros en este año. Ésta ley tenia la justicia por objeto (véase á Plutarco, y una disertacion de Gautier en el lít. 37 de las Mem. de la Acad. de Inscrip.). Hasta entónces los senadores conocian de todas las causas, y esto les daba un poder muy grande. Dice Plutarco que á los trescientos senadores que entónces habia, Cayo agregó trescientos caballeros, proponiendo que los seiscientos tendrian la misma facultad de juzgar sobre todos los negocios. Léese en el Epítome de T. Livio (lib. LX) que Cayo mezcló seiscientos caballeros con los trescientos senadores. Acaso debe comprenderse con esto, que, para entender en cosas de justicia, Cayo agregó á los senadores á los seiscientos caballeros que habia en Roma, pero de manera que la mitad fuese sirviendo alternativamente, á fin de que hubiera siempre un número de caballeros igual al de los senadores (Dacier en una nota de Plutarco). Tácito va mas lejos. Dice que, en virtud de las leyes Sempronias, que así llama las de Cayo, el órden ecuestre adquirió el derecho de juzgar (1). La misma opinion ha sostenido el sabio Pablo Manucio en su tratado sobre las leyes, en donde demuestra que Plutarco se equivocó en esto, y que no hubo la agregacion de los caballeros á los senadores para fallar en las causas, sino que se quitó del todo á los últimos ese derecho, dándole á los primeros, y lo prueba con la autoridad de Velleyo, de Asconio, Apiano, T. Livio, y hasta del mismo Ciceron. Tambien Ruold ha tratado de este asunto. El testimonio de Apiano es formal sobre esto, y como es muy esplícito, vamos á copiarle por entero.

« Seguro Cayo Graco, dice, del afecto que le profesaban los plebeyos, que le eran adictos por el bien que le habia hecho, quiso captarse igualmente la voluntad de la clase llamada de los caballeros, ciudadanos que se hallaban por su importancia política entre el senado y los plebeyos. Por medio de un decreto transfirió á los caballeros las magistraturas judiciales, en las cuales los senadores se habian cubierto de oprobio con motivo de su venalidad. Echóles en cara ejemplos recientes de su corruptibilidad, citando el de Cornelio Cota, el de Salinator, y por fin el de Manio Aquilio, el conquistador de Asia, que notoriamente habian comprado la absolucion de sus jueces, habiéndose quejado por ello altamente los comisionados que vinieron de Asia á acusarle. Lleno de vergüenza el senado con motivo de las reconvenciones públicas que se le hacian, adoptó la ley, sancionada luego por

(1) Tácito, Anal. 12, 60. Plinio, 33, c, 7, dice lo mismo. El pasaje de Asconio Pediano sobre esto, se hallará en la edicion del Plinio de Franzio: Lipsiæ, 1788, t. II, pág. 38.

el pueblo: y así pasó el poder jurídico de los senadores á los caballeros. Dicen que luego de sancionada la ley por el pueblo, exclamó Cayo. «Acabo de enterrar al senado.» En efecto, la experiencia confirmó la verdad de este dicho. Por la jurisdiccion universal adquirida por los caballeros sobre todos los ciudadanos romanos, de la ciudad y fuera de ella, y sobre los senadores mismos, ya por cuestiones de dinero, ya por casos de infamia ó de destierro, quedaron en algun modo constituidos en magistrados supremos de la república, descendiendo los senadores á la clase de subordinados. Desde entónces los caballeros siguieron á los tribunos para las elecciones, y su union acabó de consternar á los senadores. En poco tiempo estuvo mudada la preponderancia política, quedando únicamente para los senadores cierta consideracion moral, y llegando con el tiempo los caballeros hasta el extremo de insultar á los senadores desde sus tribunales. Tambien se fuéron los nuevos jueces corrompiendo gradualmente, y una vez entrados en ese camino, fueron aun mas escandalosamente venales que los senadores. Hasta llegaron á promover ellos mismos acusaciones contra personas ricas, á violar todas las leyes contra la corrupcion, quedando inútil y en desuso cuanto estaba dispuesto acerca de la responsabilidad de los jueces, y dando lugar esa revolucion judicial á nuevas causas de sedicion, no menos irritantes que los anteriores» (1).

Al proponer Graco la ley, no omitió medio para que fuese adoptada, valiéndose principalmente de un medio que demuestra su habilidad. Antes de él, los que arengaban se dirigian primeramente hácia el senado, y el lugar que llamaban comicio; pero él, en sus discursos, se dirigia con afectacion hácia el lado opuesto en que se hallaba la plaza, indicando esto solo la transformacion en democrático de un gobierno que era bastante aristocrático. De suerte que desde entónces le imitaron los demás oradores, dirigiendo sus discursos nó ya al senado sino al pueblo. El pueblo, además de sancionar la ley, confirió el derecho á Cayo de nombrar por jueces los caballeros que él quisiera, potestad muy equivalente á la de un monarca. No bastaba tanta humillacion para el senado; hubo de consentir tambien que el tribuno asistiese á sus deliberaciones. Pero, es justo decir que Cayo nunca aconsejaba al senado mas que lo justo y conveniente. Probólo, entre otras veces, cuando propuso al senado que mandase vender unos trigos enviados desde España por el propretor Fabio, y dar luego el producto de la venta á las ciudades, á las cuales Fabio los habia exigido, reconviniéndole severamente por una exaccion que hacia odioso á los españoles el poder romano. Esto le valió además en todas las provincias gran popularidad. Á lo dispuesto el año anterior para mandar colonias á ciudades desiertas, y construir graneros públicos, añadió el ocuparse en carreteras.

El infatigable tribuno lo veia todo por sí mismo, y á pesar de tanto trabajo, jamás pareció cansado, ejecutándolo todo como si solo estuviese ocupado en un objeto, sorprendiendo su actividad y prontitud en el despacho y conclusion de los negocios á sus mismos enemigos (Plut.). El pueblo estaba contento al verle siempre rodeado de empresarios, de obreros, de embajadores, de militares, de literatos, platicando afablemente con todos, acomodándose á la capacidad y genio de todos, talento muy raro, pero necesario para los que desempeñan altos cargos. Era su ingenio tan privilegiado, que, en medio de la direccion de una obra pública, respondia inmediatamente á los embajadores, que llegaban de todas las partes del mundo conocido, con prudencia y tino; y si hablaba con hombres de letras, seguia perfectamente la conversacion, sin perder jamás el hilo, á pesar de mil interrupciones. Siempre se le veia la misma serenidad en el rostro, la misma serenidad en sus palabras. Todo esto habia menester para acallar las calumnias de sus enemigos, quienes le suponian iracundo é insoportable en todas las relaciones sociales.

Vamos á hacer ahora una observacion que hasta cierto punto demostrará la necesidad de la cronología. El inglés Ferguson, escritor de mérito, que en 1782 publicó una historia de los progresos y caida de la república romana, dándose de la misma otra edicion en 1805, pretende que Cayo Graco hizo un largo discurso, del cual trae un fragmento, á propósito de la sucesion de Ariarates, aquel rey de Capadocia de quien se ha hablado antes (reyes de Capadocia) con el nombre de Ariarates VII, y cuya muerte se ha puesto en el año 92 de nuestra era; es decir, treinta años después del tribunado de Graco. El hecho se halla en el original de la edicion de Lóndres, repitiéndose sin ninguna observacion en la traduccion francesa (tom. 2.°, pág. 150). La cronología se opone al aserto del autor inglés. Este cita en prueba á Aulogelio, lib. II, cap. 10, sin que en ninguna obra de Aulogelio, ni de todos los antiguos historiadores que han tratado de ese Ariarates, se halle esta afirmacion. Ese grave error pertenece todo á Ferguson; cuya historia es buena, y se halla traducida en francés y en aleman, pero tiene el defecto, harto comun, de no estar siempre muy atenida al órden de los tiempos.

Dispénsese la digresion que no hemos creido inoportuna, y volvamos á Cayo Graco. Roma necesitaba caminos para sus ejércitos, y con el afan que en todo lo útil solia poner, cuidó de que las carreteras fuesen dignas de un gran pueblo. Las hizo construir rectas, empedradas con piedra de sillería, solidándolas con pedrisco y arena, amasado todo junto (Plut.). Hizo poner buenos puentes donde eran necesarios, señalando las distancias por millas con colunas de piedra, viniendo á ser cada milla romana sobre ocho estadios griegos, ó mil quinientos metros. Á uno y otro lado del camino mandó poner piedras para montar á caballo (Plut.), porque á la sazon no se conocian todavía los estribos. Cada coluna de piedra tenia su número, y de allí proviene el encontrar tan á menudo en los autores latinos: «tercera ó cuarta piedra desde Roma.» Atravesada así la Italia por carreteras, se aumentó aun el partido de Graco con el número de trabajadores ocupados en ellas (Apian.). Ensalzábale el pueblo hasta las nubes, manifestándose pronto á hacer por él lo que quisiera. El senado estaba desesperado, y hasta el cónsul Fanio, que le debia la eleccion, se habia enfriado bastante en sus relaciones con él. Bien echó de ver el tribuno que solo podia contar con el pueblo, y procuró halagarle con nuevos decretos. Dispuso que se enviasen colonias á Tarento y á Capua (Plut.), y después de haber hecho el año anterior que fuesen admitidos por ciudadanos todos los de las poblaciones latinas, trató en este de extender el mismo derecho á los demás aliados. Así aumentaria sus partidarios y el número de votantes para las leyes que proyectaba. Ariesgadísima era la empresa, la que Fulvio habia concebido ya durante su consulado, y el cual secundó sin duda á Cayo en esta ocasion, de suerte que bien comprendió el senado que era preciso hacer un postrer esfuerzo. Atraidos á Roma muchos

(1) Sirve, con ligeras variantes, la traduccion de Combes Dounous.

extranjeros con la noticia del proyecto de Cayo, el senado ordenó á los cónsules que diesen un edicto para que en los dias en que se votase sobre la ley propuesta por Cayo, solo entrasen en Roma los que tenian derecho de sufragio, prohibiendo acercarse á menos de cinco millas á los que no fuesen ciudadanos (Apiano). No contento con esto el senado, quiso valerse de un medio nuevo hasta entónces que consistia en lisonjear al pueblo mucho mas allá de lo permitido por la razon, el bien parecer y la justicia. Entre los colegas de Cayo se hallaba en el tribunado uno llamado Livio Druso, de felices dotes naturales y buena posicion, elocuente y popular. Los principales del senado tratan de hacerle suyo y de oponerle á Cayo, pero de manera que no fuese contra la corriente del pueblo, sino, al contrario, que procurase darle las mas atrevidas esperanzas para la satisfaccion de todos sus deseos, aun los mas exagerados. Livio Druso se entregó al senado, prostituyendo su ministerio para una bandería. Comenzó á proponer leyes sin utilidad, como sin grandeza, solo al objeto de entrar en liza con Cayo, sobre quién halagaria mas al pueblo, obrando en esto como el comediante que se propone granjearse mas aplauso que un rival, divirtiendo á los espectadores (Plut.).

Bien dió á entender el senado con esto que no le movia el interes y la conservacion de la república, sino la envidia por la popularidad de Cayo. En efecto, cuando propuso Cayo el envio de colonos á Tarento y á Capua, salió el senado con que esto era corromper al pueblo, bien que el tribuno pusiera por delante que las dos colonias se compondrian de los ciudadanos mas honrados; pero, cuando Livio Druso propuso el enviar doce colonias, escogiendo para cada una tres mil ciudadanos de los mas indigentes, el senado hizo cuanto pudo para que se adoptase la medida. Si Cayo repartia tierras á los ciudadanos pobres, con la obligacion de pagar una contribucion en beneficio del erario, el senado le detestaba como un hombre corruptor del pueblo; y cuando Livio eximia á los mismos de la contribucion, dejándoles libres las tierras, el senado le secundaba y le aplaudia. Cuando Cayo hubo hecho conceder el derecho de sufragio á los pueblos latinos, todo fué murmurar por parte del senado; cuando Livio dispuso que un general romano no tendria facultad para castigar con varas á un soldado latino, el senado le ayudó para la adopcion de la ley. Y Livio, en sus arengas, nunca dejaba de decir, «que lo que proponia era con anuencia del senado, quien no cesaba de velar por el bien del pueblo.» Así fué calmando Livio el odio que el pueblo tenia al senado, pintándosele dispuesto siempre á desvelarse por su bienestar (Plut.).

Recibió la plebe con tanto alborozo la proposicion de las doce colonias, que ya no se interesó por el proyecto de Cayo, y solo una débil minoría se manifestó desairada al oponerse Livio al decreto favorable á los aliados, haciéndolo sin motivar la oposicion, bien que un tribuno ya podia legalmente interponer su «veto,» sin necesidad de fundarle (Apian. lib. I, cap. 3).

Á fin de hacer menos sospechosa su conducta, nunca proponia Livio nada que pudiera parecer perteneciente á sus intereses personales; pues no iba á las colonias á dirigir los trabajos, ni queria manejar fondos para que la malicia atribuyera segundas intenciones á Cayo, quien lo veia todo, y por cuyas manos pasaban los caudales. Tambien Rubrio, otro colega de Cayo, quiso distinguirse, ordenando la reconstruccion de Cartago destruida por Escipion (Plut.) siendo esta la primera colonia enviada por los romanos fuera de Italia (Vel. Pat.). Parece que Cayo fué el verdadero autor de la ley, solo que él no se atrevió á proponerla, conociendo que habia disminuido su popularidad (Apiano). Se ponderó la fertilidad de aquel país y por esto se mandó allí una colonia. Graco se embarcó para África con Fulvio, encargados los dos de la organizacion de la colonia de Cartago para alejarlos de Roma, y para que respirase el senado mas libremente durante su ausencia. De modo que aun cuando diga Plutarco que Cayo fué por haberle cabido en suerte la comision, bien puede suponerse que en Roma habia medios para dirigir esa suerte. Se ha dicho que la comision de Cayo y de Fulvio era incompatible con el cargo de tribuno del pueblo, por no permitirse á estos funcionarios el ausentarse de Roma por un dia entero. Sin duda sufriria la ley algunas excepciones, pues el texto de Plutarco es explícito; y, segun este autor, Fanio era todavía cónsul cuando Graco volvió á Roma, segun luego se verá.

Graco y Fulvio señalaron el recinto de la ciudad en el mismo sitio en que fué la antigua Cartago, sin tener en cuenta que, cuando la demolicion de la misma, Escipion habia condenado su solar á no servir mas que para pasto. Hicieron de modo que pudiesen ir seis mil colonos, mayor número que el señalado por la ley, tal vez á fin de bienquistarse así con mas ciudadanos (Apian.). Pero, se puso en juego el resorte de la supersticion para desacreditar la reconstruccion de Cartago. Se dice que hubo señales extraordinarias para hacer desistir á Cayo de la empresa, rompiendo un violento huracan el asta de una señera á pesar de los esfuerzos del abanderado, arrebatando del altar y arrojando mas allá del recinto señalado á la ciudad las entrañas de las víctimas (Plut.). Siguió Graco en la obra á pesar de los presagios, mudando el nombre de Cartago por el de Junonia, ó ciudad de Juno. Obraria en esto guiado sin duda por antiguas tradiciones, iguales á las que consignó Virgilio un siglo mas adelante. Así lo nota de Dacier.

Aprovechó Druso su ausencia para popularizarse y desacreditar á su rival (Plut.). Para completar Sextio Calvino la colonia de la Galia, pretirió dirigirse á Druso antes que á Graco, lo que causó á este bastante desazon, pues obtuvo que fuese mas allá de los Alpes la colonia que antes se habia enviado á Fabrateria, y esta fué la primera colonia romana establecida en la Galia. Esto no bastaba, y Druso acusó abiertamente á Fulvio durante su ausencia. Era muy amigo de Cayo, detestado del senado, y se le tenia por hombre capaz de acarrear guerras civiles. No habia ninguna prueba positiva contra él, solo que se hacia sospechoso con declararse siempre contra la gente pacífica. Su intimidad con Cayo es lo que mas contribuyó á la ruina del hijo de Cornelia. El celo que mostraron por restablecer á Cartago suscitó el recuerdo de la muerte de Escipion siete años atrás, habiéndose dicho que se habia descubierto en el cuerpo alguna señal de violencia. Muchos amigos del grande hombre habian acusado desde luego á Fulvio, que era enemigo suyo declarado, y aquel mismo dia habian hablado contra él en la tribuna. Tambien hubo alguna sospecha contra Cayo. No obstante, el atentado habia quedado impune, habiéndose opuesto el pueblo á la formacion de causa, á fin de que no apareciera algun indicio contra Cayo, que á la sazon tenia veinte y cuatro años, y cuyas desgracias movian á compasion. Pero, todo eso estaba ya olvidado, y el mismo Druso tuvo buen cuidado de no acusar mas que á Fulvio.

Bien entendió Cayo que la acusacion de su amigo le atañia tambien. Después de permanecer setenta dias

dirigiendo las obras de Cartago, vuelve á Roma, en donde además de Druso, que tanto trabajaba contra Fulvio, habia Opimio, del partido patricio, de mucho prestigio entre los suyos, y que aspiraba al consulado al que no habia podido elevarse el año anterior por oposicion de Cayo. Se esperaba que en los próximos comicios saldria elegido, y que acabaria con el poder de Cayo, ya bastante quebrantado, porque el mismo senado halagaba aun mas al pueblo que el celebre tribuno (Plut.). Lo primero que hizo Cayo después de llegar á Roma fué mudar de casa, y del monte Palatino en donde vivia, pasó al barrio mas pobre de la ciudad, y propuso sus demás leyes. Acudian ya muchos forasteros, cuando el cónsul Fanio, movido por el senado, mandó hacer un pregon para que saliesen de Roma en los dias de elecciones, cuantos no fuesen naturales ó habitantes de la misma, cosa hasta entónces inaudita. Cayo hizo fijar carteles, reprobando el injusto pregon del cónsul, y prometiendo su apoyo á los aliados y amigos de Roma que permanecieran en la ciudad. Esto equivalia á un rompimiento abierto de hostilidades, para las cuales no estaba muy preparado, pues no cumplió la promesa. Hubo de mirar cómo un amigo suyo, y huésped además, iba preso de órden del cónsul, sin interponer su autoridad, ya sea por no poner de manifiesto con una resistencia inútil la decadencia de su popularidad, ya por no querer dar á sus enemigos un pretexto para levantarse armados contra él (Plut.).

En aquella ocasion pronunció probablemente el cónsul Fanio una arenga contra Cayo Graco, la que se consideró de tanto ingenio, que la atribuyeron algunos á Cayo Pergio, uno de los romanos mas sabios de aquella época, cuya crítica temia mucho el poeta Licilio, creyendo otros que el discurso era obra por varias personas revisada. Dice sin embargo Ciceron (de Orat. lib. II), que no podia darse fe sin injusticia *á esas habladurias*, porque la uniformidad del estilo indicaba un solo autor, y además que el silencio de Cayo sobre esto confirma su opinion, pues no hubiera el tribuno dejado de echar en cara á Fanio que no era mas que el órgano de Pergio, atribuyéndose un discurso salido de otra cabeza. Por fin, era Fanio, segun el mismo Ciceron, bastante conocido por su ingenio y buen gusto en el decir.

No fue Fanio el único que de amigo pasó á enemigo de Cayo. En la época que nos ocupa se indispuso tambien con sus colegas, por el motivo siguiente: Habia en la plaza un combate de gladiadores preparado para el pueblo. La mayor parte de los magistrados hizo poner en derredor de la plaza asientos para alquilarlos, y Cayo dió órden de quitarlos para que los pobres pudieran ver el espectáculo lo mismo que los otros. Nadie daba cumplimiento á su mandato, y la noche anterior á los juegos tomó consigo á todos los carpinteros de que disponia, é hizo quitar él mismo los asientos: al dia siguiente, cuando vieron los pobres lo que habia hecho por ellos, le tuvieron por hombre determinado, pero achacaron sus colegas el acto á temeridad y á violencia (Plut.). Los combates de gladiadores habian pasado de Grecia, y, segun algunos, de Asia á Roma. Esa costumbre cruel se habia introducido primitivamente para suplir las víctimas humanas, ofrecidas por los fenicios y otros pueblos sobre los sepulcros ó junto á las piras de los difuntos en la supersticiosa inteligencia de que los manes de los finados se complacian en el derrame de sangre humana, adoptando tan monstruosa idea naciones civilizadas. Creíase que los muertos exigian ese tributo á los vivos, y, para disfrazar tamaña barbarie, se introdujo el combate de gladiadores, condenados por la suprema autoridad á acuchillarse entre sí. Al principio, solo en funerales de las personas mas elevadas habia esos combates; pero fueron extendiendose muy luego, y pocos ricos dejaban de designar en su testamento alguna cantidad para un combate de gladiadores, á fin de hacer mas concurrido el funeral. Llamaban los romanos á ese espectáculo «munus gladiatorium,» habiendose dado el primero en Roma en 490 por los hermanos Brutos en las exequias de su padre. En 538, los tres hijos de M. Emilio Lepido el augúr, que fué dos veces cónsul, dieron al pueblo, con motivo de la defuncion de su padre, un espectáculo de cuarenta gladiadores que combatieron en la plaza. En 548, el primer Escipion Africano dió en Cartagena á su ejército una funcion de esa clase, en honra de su padre y de su tio, que comenzaron la conquista de España. Vióse en aquella ocasion á dos españoles jóvenes, de alta cuna, y primos hermanos, que por estar en disputa sobre el señorío de una ciudad llamada Lácibis, pidieron á Escipion que les dejara terminar sus diferencias por medio de un combate personal, imitando su ejemplo varios españoles distinguidos, que se desafiaban y lidiaban por acabar con sus disputas, ó buenamente por el honor de la victoria (1). Con el tiempo, ese feroz placer llegó á dominar enteramente á los romanos, teniendose por el medio mas seguro por parte de los funcionarios públicos, y de los que aspiraban á reemplazarlos, para adquirir popularidad. En el primer espectáculo que dieron los Brutos no hubo mas que seis gladiadores, pero el número fué aumentándose prodigiosamente. La historia no nos dice cuántos hubo en el combate del año que nos ocupa. Los gladiadores eran esclavos casi todos, ó cautivos que compraban los «lanistas,» ó sugetos que tenian por oficio y granjería enseñarles el manejo de las armas. Los lanistas los alquilaban á buen precio á las personas que querian ofrecer al pueblo un combate de gladiadores, acompañándolos al anfiteatro como otras tantas víctimas. Antes de entrar en el palenque, se les hacia jurar que pelearian hasta el postrer suspiro. Los fragmentos de Petronio han conservado la forma del juramento. Llegado que habian á la arena, se les colocaba de dos en dos, uno enfrente de otro, peleando generalmente con furor. Si alguno parecia flojo, sus conductores no escaseaban amenazas ni golpes para animarle. Á veces habia alguno, que, rendido de cansancio y próximo á caer, pedia cuartel levantando la mano y soltando el arma, como implorando la clemencia del pueblo. Sucedia á menudo que los espectadores le abandonaban á la saña de su enemigo, respondiendo á su compasivo ademan: «recibe el hierro» «recipe ferrum.» Rara vez perdonaba el pueblo al gladiador poco riguroso ó cobarde, librando por el contrario de la muerte á los que mas la habian despreciado en la lucha. Luego de anunciar las trompetas la muerte de un gladiador, se arrastraba su cuerpo, cubierto de sangre hasta un lugar cercano que llamaban «espoliario,» en donde su vencedor le quitaba armas y vestido, acabando de matarle si todavía respiraba. Plinio nos dice (Hist. nat. lib. XXVIII), que solia verse á la gente mas baja del pueblo agruparse en torno de los moribundos, y aplicar la boca á una herida para beber la sangre que iba manando á borbotones, creyendo que era un buen remedio contra la caducidad. Si los espectadores perdonaban al vencido, el lanista le guar-

(1) Historia universal, traducida del inglés al francés. Amsterdam, 1747, tom. VIII, pag. 538. Catrou. tom IX.

daba otra vez, y servia para otro combate, á menos que no hubiese mostrado un valor extraordinario, en cuyo caso el pueblo pedia su libertad. La recompensa del vencedor se limitaba á una corona de palma que les daban los magistrados. Á veces les daban tambien algun dinero. Lo mejor que podia suceder á los gladiadores era la cesacion de su esclavitud. En ese caso, el pretor los declaraba libres para siempre, poniéndoles en la mano un florete, que los romanos llamaban « rudis, » y un gorro en la cabeza. Declarados libres iban inmediatamente á colgar sus armas en el templo de Hércules, dios tutelar de las escuelas militares (Antig. Rom.).

Dice Petronio que la supersticion introdujo los combates de gladiadores, y que la política los conservó; se creia que así el pueblo se acostumbraba á ver correr la sangre, y que así se familiarizaba con la muerte. La plebe hubo de agradecer á Graco el que este le procurase de balde un espectáculo de esa clase, mientras que el colegio de los tribunos debió de sentir la afrenta del derribo de los asientos de la plaza. Graco aspiraba por aquel mismo tiempo á entrar otra vez en el tribunado el año siguiente, y se cree que tuvo suficiente número de votos, pero que sus agriados colegas los disminuyeron sin escrúpulo al publicar el resultado de la votacion. En su historia de los Gracos, Plutarco presenta el hecho como dudoso todavía, bien que escribiese dos siglos despues de aquellos acontecimientos. Ello es que Graco llevó muy á mal la derrota y cuentan que al ver á sus enemigos alborozados por ello, dijo con mucha arrogancia: « reios en hora buena; mas, no sabeis vosotros en que tinieblas os he hecho caer con mis leyes. » Hist. univ. trad. del inglés. Pero no veia él mismo la tempestad que se iba formando ya sobre su cabeza. Para mayor desgracia suya, su enemigo declarado, Lucio Opimio, fué electo cónsul con Q. Fabio Máximo Emiliano, sobrino de Escipion. Era probablemente el mismo que, estando de propretor en España, mereció la desaprobacion de Cayo, y no estaria mucho mejor dispuesto que Opimio en su favor. Entónces estalló con toda violencia la enemistad entre Cayo y Opimio. Pero, esto pertenece al año que sigue, y antes de dar fin al que nos ocupa, digamos algo de la guerra de la Galia.

En este año Sextio triunfó de los salios como procónsul (Fast. consulares. Antig. del depart. de Valclusa). Bien que domeñados los salios, no estaba la guerra concluida. Pueblos vecinos y guerreros temieron por su suerte, al ver la de los salios. Al llegar el cónsul Domicio á la Galia, encontró mayor número de enemigos que los vencidos por Sextio. Los alobrogos tomaron la defensa de Teutomalco, quien habia ido á refugiarse á su país, y Betulto, rey de los arvernos (pueblos de Arvernia ó Auvernia) que tambien habian albergado á varios jefes de la nacion vencida, hasta envió una embajada á Domicio, pidiéndole que les devolviese su tierra y patria. Esto seria mientras Domicio estaria ocupado en la colonia que empezó á fundar Sextio, y cuya organizacion no mirarian con buenos ojos los arvernos, muy cercanos á la misma, pues que era de ellos el monte Alvérnico, llamado ahora «Torre de Sabrane.» No se crea que antes de establecerse Sextio en la Galia, fuese esta enteramente salvaje. Ese vasto país estaba harto dividido en naciones independientes, y esto constituia principalmente su debilidad. Pero ya habia en ella civilizacion. El sabio Anville (noticia sobre la Galia) observa con Polibio (1) que cien años antes de la célebre batalla ganada por Fabio, Aníbal habia encontrado un camino para pasar desde España hasta los Alpes, debiéndose en efecto á Polibio el conocimiento de esta particularidad. El mismo historiador, que murió, lo mas tarde, en 638 de Roma, nos dice que desde el Ebro hasta Ampurias hay mil seiscientos estadios, y que media igual distancia desde Ampurias al Ródano. Añade en seguida, para probar su aserto, que en su tiempo estaba medida la longitud de los caminos con toda exactitud, y que á cada ocho estadios habia una piedra miliaria. Á este camino se refiere Andrés Resendio, cuando dice que estaba empedrado con un lujo casi insensato, « pene insana profusione » (de Antiq. Lusitaniæ, lib. III, cap. de viis militaribus). Verdad es que Polibio considera al parecer el camino como romano, pero tambien pudiera equivocarse en esto, pues los romanos no habian pasado por entónces el Ródano. Se ha visto que Plutarco atribuia á Cayo Graco la ereccion de piedras miliarias en los caminos por el año 123 antes de Jesucristo. Mas, esa época se halla muy cercana á la de la muerte de Polibio, la que algunos autores han creido anterior, y, segun parece, las vias que mandó construir ese tribuno no pasaban de Italia, en la tierra sometida á los romanos. Tampoco seria muy de extrañar que el camino de España á los Alpes se debiese á las naciones célticas ó celtíberas, dueñas del país desde la mas remota antigüedad, pues que desde el año 600 antes de Jesucristo, al llegar á Marsella los foceos, hallaron allí ya á un rey de los segobrigos (1), cuyo nombre indica que aquella nacion era celtíbera, la que habia echado ya á lo lejos á los salios, antiguos moradores de dicha ciudad. Tal vez Graco no hizo mas que imitar en Italia lo que habia visto entre los celtíberos cuando guerreaba en España.

Poderoso habia de ser el monarca, que gobernara el país, en el cual se hallaba el camino de que tratamos. Estrabon le llama Luerio, que se escribe Luernio en el texto de Ateneo, el cual copia á Posidonio, autor mucho mas antiguo que Estrabon, y que se habia ocupado principalmente de los celtas. Como la L mayúscula griega puede equivocarse fácilmente con la Á, segun Holstinio observa con razon, resultando de esto confusion en varios manuscritos, tal vez debiera leerse Auvernios, y nó Luernios, y acaso de ese monarca proviene el nombre de los moradores de Auvernia, llamados « auvernoi» por los griegos, y arvernos por los romanos, quienes pronunciaban « aruernos. »

Sea como fuere, sabemos por Estrabon (lib. IV), que los arvernos poseian nó tan solo lo que despues se ha llamado Auvernia, sino que dominaban hasta Narbona, y casi hasta las fronteras de Marsella; es decir, en casi toda la parte meridional de la Galia, desde el Ródano á los Pirineos, y aun hasta el Océano. Su rey Avernios, padre de ese Betulto que guerreó con Domicio, añade Estrabon (ibid), era tan opulento, que á veces, para hacer ostentacion de su riqueza, paseaba en un carro, arrojando puñados de oro y plata, y recogiendo sus compañeros aquella moneda: y antes de Estrabon lo habia dicho ya un historiador digno de fe (2), posterior solo de cincuenta años á los hechos. Al circunstanciar Posidonio las riquezas de Avernios, padre de Betulto, dice que para popularizarse iba por las campiñas montado en un rico carro, tirando oro

(1) Edicion de Sweighaeuser, tom. v, pág. 5, le hace nacer desde el 550 al 556 de Roma, dándole 82 años de vida.

(1) Justino, lib. XLIII, c. 3. Véase sobre los segobrigios la nota de Catrou en su Hist. rom. Plinio dice que Segobriga era antiguamente la capital de Celtiberia.

(2) Vivia en el año 77 antes de Jesucristo. Véase una memoria sobre los Celtas, en el tom. III de las memorias concernientes á la historia antigua del globo, pág. 102.

y plata á millares de celtas que le seguian. Hizo un recinto cuadrado de doce estadios (mas de dos mil metros), dentro del cual habia cubas llenas de buenas bebidas, y tanta cantidad de manjares, que por espacio de muchos dias pudieron satisfacer su apetito cuantos quisieron entrar. Otra vez señaló dia para un festin, y llegó harto tarde un poeta de aquellos pueblos bárbaros; es decir, un bardo, celebrando sin embargo sus altas cualidades, bien que apesarado por no haber llegado antes. Satisfecho Avernio con aquellos elogios, da una bolsa llena de oro al poeta, que comenzó á cantar de nuevo, diciendo que el suelo por el cual caminaba el rey, se transformaba al instante en manantial de consuelos y riqueza. Hállanse estos pormenores en el libro 23.° de Posidonio (Ateneo, banquete de los sabios, lib. IV, cap. 13), quien añade que, entre los celtas, los criados llevaban la bebida en vasos de plata, y la comida en platos del mismo metal, y que esos pueblos tenian teatros, en donde se luchaba por dinero (Introduccion á la historia de Aviñon, pág. 235). En efecto, se han encontrado en nuestros dias en el departamento de Valclusa, cerca de doscientas medallas de plata, que sin duda ninguna sirvieron de moneda en la Galia en tiempos muy anteriores á los que nos están ocupando. Ahora están casi todas reunidas en París, en el gabinete del conde Forcia de Urbano, y no pertenecen al parecer á los auvernios, sino á los bitarigios, que aun son mas antiguos.

Bien se echa de ver que los auvernios, unidos con los biturigios, formarian un poder considerable, y sabemos que los alobrogos ocupaban todo el país de entre el Ródano y el Isera, hasta el mismo lago de Ginebra. El hijo de Avernios, que reinaba en el tiempo de que estamos tratando, es llamado Betulto en una lápida antigua publicada por Pighio, fragmento de los *antiguos Fastos* triunfales (Val. Máx. cum variorum *observat.* edict. de 1655, pág. 784. Véase además Antig. de Valclusa). En el Epít. de T. Livio (lib. LXI), y en los Fastos del 633, cuyo año corresponde á nuestro 634, se escribe Bituito. La mayor parte de los manuscritos de Estrabon trae «Bítitos,» y Ateneo dice «Bituito» (Traduc. franc. de Estrabon, tom. 2.°, pág. 44, en donde se lee Tácito en vez de T. Livio).

Se ha dicho que este príncipe envió una embajada á Domicio, que mucho sorprendió á los romanos. Iba el embajador ricamente vestido y con gran séquito, llevando consigo muchos perros, y acompañado de un bardo, para que celebrara en sus cantares la gloria del rey y de la nacion. Ningun fruto produjo la embajada, y sin duda solo serviria para agriar mas los ánimos. Domicio exigia la entrega de los jefes salios (Apian. de bellis gallic.). Dieron ocasion á mas desavenencias los eduanos, que habitaban entre el Sena y el Loira, siendo sus ciudades principales las que ahora llamamos Autun, Chalons, Macon y Nevers. Estos son los primeros pueblos de la Galia transalpina que trataron de amistarse con los romanos, vanagloriándose con el título de «hermanos,» con que solía el senado calificarlos. En todos tiempos habian ya sido rivales de los auvernios, disputándose la primacía en el poder y fuerza. En la época de que se trata, atacados de una parte los eduanos por los alobrogos, y de la otra por los auvernios, acudieron á Domicio que les atendió favorablemente. Todo se preparó para la guerra, que se hizo con vigor el año siguiente. En este año, Metelo siguió en las Baleares ocupado en la fundacion de Palma y de Polencia, alcanzando probablemente mas favor por parte de Livio Druso que de Graco, ocupado en la colonizacion de Cartago, y en evitar las consecuencias del odio de sus enemigos. Entretanto estaban suspensos los ánimos en Roma, con motivo de las grandes escenas que se estaban preparando.

633 de Roma. 122-121 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Lucio Opimio, y Q. Fabio Máximo, apellidado después el Alobrógico.

TRIBUNOS: Minucio Rufo, Lucio Calpurnio Bestia, etc. Los cónsules entraron el 1.° de enero romano, 9 de agosto juliano del 122 antes de Jesucristo. Los Fastos de Almeloveen ponen este consulado en el 633 de Roma, 121 antes de Jesucristo, y van por tanto conformes con nosotros; los de Sigonio en 632 de Roma y 121 antes de Jesucristo. En la edicion de Frazio, Plinio (lib. XIV) pone el mismo consulado en 633 de Roma, y segun algunos manuscritos, en 634. De modo que, adoptando el texto, Plinio se halla tambien conforme con nosotros. Pero Velleyo concuerda con Sigonio, contando el primero (lib. II, cap. 7) ciento cincuenta años desde el consulado de Opimio al de Vinicio, en el cual estaba escribiendo. Sin embargo, los Fastos de Almeloveen y los autores del «Arte de comprobar las fechas» ponen el consulado de Vinicio en 783 de Roma, de modo que, segun Velleyo, el consulado de Opimio deberia ponerse en 632. Indica Manucio que tal vez deberia leerse CL en vez de CLI, pero preferimos leer CLI, pues los amanuenses antes quitan que añaden. Los Fastos consulares de Sigonio, atrasados de un año solo para los años de Roma, segun acabamos de verlo, dicen que los cónsules del 632 fueron Q. Fabio Máximo, hijo de Quinto y nieto de Quinto, el que fue llamado Alobrógico, y Lucio Opimio. Añaden que en este mismo año Q. Metelo Baleárico, hijo de Quinto, nieto de Quinto, triunfó de los baleares como procónsul, y que Neyo Domicio Ahenobarbo, hijo de Neyo, nieto de Neyo, triunfó tambien como procónsul de los alobrogos y auvernios (1). Se observará una contradiccion en las dos ediciones de los Fastos que citamos. Una y otra nombran aquí á Lucio abuelo de N. Domicio, mientras que le llaman Neyo en su consulado del año 631, y 632 para nosotros; es decir, del año anterior. Hemos preferido escribir Neyo, autorizados por Velleyo, por lo que se ha visto al tratar de la familia Domicia.

Casiodoro, Julio Obsecuente, los Fastos de Sicilia, Plinio (lib. II, XIV y XXXIII), Velleyo, Ciceron y Plutarco, hacen mencion de los cónsules de este año. Ya se ha dicho que Q. Fabio Máximo era sobrino de Escipion Africano el jóven. En efecto, Asconio Pediano, en sus comentarios sobre los discursos de Ciceron contra Verres, nos dice que era hijo de Fabio Emiliano, y nieto de Lucio Emilio Paulo, y esto se halla confirmado por Velleyo (lib. II, cap. 10) y por Ciceron en su «Bruto,» y además por el Epítome de T. Livio (lib. LXI) de modo que Estrabon y Apiano (de bell. celt.) le confunden al parecer con su padre, llamándole Emiliano, pero no es exacto que Plinio tuviese á Fabio el Alobrógico por hermano de Escipion Africano, como supone Sigonio (2).

Antes de llegar á las cosas de la guerra, ocupémonos de nuevo de Cayo Graco, hostigado por su temible enemigo, mientras él estaba escogiendo con Fulvio seis mil ciudadanos en toda la Italia para repartirles el territorio de Cartago. Después de haber marchado

---

(1) Historiæ romanæ scriptores latini, edicion de 1588, tom. I pág. 21 de los Preliminares, y Sigonnii ópera, tom. I, pág. 26. Pighio no está de acuerdo con Sigonio.

(2) Sigonio cita á Plinio, lib. 33, c. 2, en donde no se habla de Fabio, y en todo el autor no hemos encontrado ningun pasaje que contenga esa equivocacion que supone Sigonio.

de África Cayo y Fulvio, los comisionados para continuar la fundacion de la ciudad escribieron que los lobos habian arrancado los límites puestos por Cayo y Fulvio para señalar el recinto de la ciudad (Jul. Obsec. cap. 93, Apian. y Plut.). Á esto contestaron los augures que no podia fundarse allí ninguna colonia. Bien conocieron Cayo y Fulvio que esto provenia de enemistad para con ellos, y propalaron que era una mentira lo que decian de los lobos (Apian.). Los enemigos de Graco procuraban irritarle cada vez mas, á fin de que cometiese algun acto de violenta imprudencia para que se perdiera mejor. Por esto Opimio habia comenzado su gobierno derogando varias leyes de Cayo, y haciendo investigaciones acerca de la colonizacion de Cartago. Sin embargo, al principio Graco se mostró muy resignado; pero, excitado finalmente por Fulvio y otros amigos, reunió bastantes partidarios para hacer frente al cónsul. Se dice que hasta su madre, olvidando las primitivas y altas lecciones que al principio le dió, fué cómplice del sedicioso proyecto, y que envió secretamente á Roma cierto número de extranjeros disfrazados de segadores: el hecho se halla vaga y oscuramente indicado en sus cartas á Cayo. Pretenden otros que Cayo entró en la conjuracion á pesar de Cornelia (Plut.), probando esta opinion que la ilustre romana supo conservar la dignidad que á su carácter convenia.

Parece que los enemigos de Graco no se contentaron con imposibilitarle para la reconstruccion de Cartago. El tribuno Minucio Rufo, nombrado este año, propuso sin rodeos la derogacion de las leyes de Cayo (Aurelio Víctor), pero Rufo no era mas que un instrumento del cónsul, á quien acusa Plutarco por haber derogado varias leyes de Cayo. El dia destinado por el cónsul para la derogacion, ambos partidos se posesionaron en el Capitolio desde por la mañana. Los plebeyos mas decididos, los mas fieles á sus jefes, se armaron con una especie de dagas, y fuéron á la asamblea para determinar si los seis mil ciudadanos escogidos por Graco y por Fulvio poseerian ó nó la colonia de Cartago. Ya comenzaba Fulvio á arengar á los plebeyos reunidos en el Capitolio, cuando llegó Cayo con mas amigos y partidarios armados. Instándole uno de los suyos á que no entrase para que no pudiera decirse que aplaudia las razones del fogoso Fulvio, detúvose en el vestíbulo, paseando por el pórtico para esperar lo que sucederia (Apian.). Aquí se nota alguna diferencia en la narracion de los historiadores, que nada tiene de extraño segun las ideas políticas de cada uno. Trataremos de conciliarlos entre sí en lo posible.

Luego que el cónsul hubo sacrificado, formalidad indispensable al principio de las grandes juntas, un lictor suyo, que traia las entrañas de las víctimas, llamado Antulio. dijo á Fulvio y á los suyos: « malos ciudadanos, abrid paso á la gente honrada. » Añaden algunos que acompañó estas palabras con un gesto insolente con el brazo desnudo (Plut.): dicen otros que ese Antulio, ó Atilio como le llama Apiano, quien añade que hacia él mismo el sacrificio, bien que en esto es mas verosímil el texto de Plutarco, era un hombre del pueblo, y que al ver perplejo á Cayo y agitado, le asió de la mano, y que, por sospecha fundada ó por instinto, le suplicó que se apiadase de la patria. No desconocia Graco cuán terrible empresa era el oponerse con la fuerza á un cónsul armado con la cuchilla de la ley, y estaba con las ansias de un hombre que va á cometer un crímen; lanzó una mirada fulminante á Antulio, y al momento un plebeyo que le estaba observando sin mediar sin embargo señal ninguna ni palabra de Graco, solo por aquella mirada, creyó que era llegada la ora, y figurándose que Cayo le agradeceria el comenzar la lucha, sacó la daga, y de un golpe tendió muerto al lictor (Apian.). Algunos conjurados se cebaron luego en el cuerpo de Antulio, y la plaza del Capitolio fué teñida en sangre suya (Plut.). Prorumpióse al instante en un grito general, huyendo del Capitolio la mayoría de la gente, temerosa de morir como Antulio. Cayo sintió de veras el hecho, reconviniendo á los que le rodeaban por haber dado así á sus enemigos un pretexto que hacia tiempo andaban buscando. Lejos de sentir Opimio la muerte de su lictor, aprovechó gustoso la ocasion para acabar con su ya débil enemigo, excitando al pueblo á la venganza (Plut.). Corrió Graco al Foro á fin de defenderse, explicando el hecho cual habia sucedido en realidad, mas no fué escuchado, alejándose todos de él como si fuera un asesino. No sabiendo ya qué hacerse Cayo y Fulvio se retiraron á sus respectivas casas, acompañados de sus amigos mas íntimos, frustrada ya la ocasion de dar cima á sus proyectos (Apian.). Opimio hubo de dejarles libre la retirada, por no estar armados los suyos, separando además la lluvia á los dos bandos (Plut.). Los de Cayo y Fulvio se apoderaron del Foro á la media noche, y el cónsul puso alguna fuerza en el Capitolio al rayar el dia, convocando además al senado, y situándose él en el templo de Castor y Pólux, entre el Foro y el Capitolio, para obrar segun las circunstancias.

Muy de mañana estaba ya el senado deliberando, y en esto, unos hombres preparados al efecto llevaron en andas el cuerpo de Antulio por calles y plazas hasta el senado, dando voces de venganza y de dolor afectado. Al oir los senadores el clamoreo, salieron del salon de sus sesiones, y viendo el cuerpo en aquel estado, dieron algunas señales de sentirlo vivamente. Opimio sabia perfectamente en qué consistia aquella escena, pero aparentaba la misma curiosidad y el mismo asombro de los demás. Por otra parte, supo Cayo aprovechar el espectáculo del cadáver favorablemente para su partido. Encendióse de nuevo y repentinamente el odio del pueblo contra los nobles, con recordarle que estos, después de dar muerte con sus propias manos á Tiberio Graco, habian arrojado su cuerpo al Tíber, y diciéndole que por un miserable lictor como Antulio, que bien pudiera haber merecido la muerte por sus provocaciones é insolencia, el senado romano salia de su salon, rodeando con fingidas lágrimas de compasion á un difunto mercenario; añadiéndose que todo esto no se hacia sino por tener una ocasion de acabar con el único protector del pueblo que quedaba (Plut.).

Peligrosas para el partido patricio eran esas razones, y, conociéndolo el senado, volvió á entrar en su palacio, donde animó á sus colegas para un golpe decisivo. M. Emilio Escauro, de la ilustre familia de los Emilios (1), pero de una rama que habia llegado á tanta pobreza y estrechez, que su padre habia tenido que mantenerse traficando en carbon. El mismo de quien ahora se trata pensó tambien algun dia en dedicarse al comercio; pero, decidióse por fin á trabajar con empeño para llegar á los públicos honores, venciendo la mala fortuna. Dióse á la abogacía, y su decir era grave, austero y sin ningun ornato. Véase

(1) Véase sobre esto á Salustio. Historia de la guerra de Yugurta. c. 18. Ya lo veremos en el año 637. Dice Asconio Pediano que su padre, su abuelo y bisabuelo, por no tener bienes de fortuna, no habian alcanzado ninguna dignidad (Sigonii ópera, tom. I).

el retrato que de el nos dejó Ciceron en su Bruto: « Escauro, hombre sencillo e íntegro, peroraba con singular gravedad, y cierta autoridad que le era natural; de suerte que, cuando defendia á un acusado, no parecia abogado defensor, sino un mero testigo que daba su declaracion. Esto no solia parecer muy bien en las defensas, pero convenia perfectamente en las deliberaciones del senado, en el cual ocupó Escauro el primer lugar por su inteligencia y su moderacion, pues suponia su tono, además de prudencia, sinceridad, que es lo que mas importa para obtener confianza. » Parece que esa grande autoridad en el senado, Escauro la adquirió entónces, pues fué él el primero en emitir el dictámen de que se expidiese el decreto, ordenando al cónsul Opimio que emplease todo su poder para el sosten de la seguridad pública, y el anonadamiento de los tiranos (Aurelio Víctor). Sabido es que en esos casos no se usaba mas fórmula que la siguiente: «Cuiden los cónsules de que no sufra menoscabo la república.» Opimio interpretó el decreto en su acepcion mas lata, y dispuso que los senadores empuñasen las armas, y que los caballeros acudiesen al dia siguiente con dos criados armados. Por su parte, Fulvio se preparó á defenderse con energía. Cayo, menos audaz, al retirarse aquel dia á su casa, se paró ante la estátua de su padre, y, después de contemplarla un gran rato sin proferir una sola palabra, se fué profundamente angustiado. Conmovió su dolor al pueblo, y comenzando á echarse en cara unos á otros su cobardía, y su ingratitud para con un varon que tan acérrimo defensor suyo habia sido, siguiéronle hasta su casa, pasando allí la noche para custodiarle, vigilando con mas cuidado que los que guardaban á Fulvio. Estos no hicieron mas que darse toda la noche á la bebida, cantando y bravateando, y el mismo Fulvio siguió aquel ejemplo, bebiendo como los demás, y vertiendo expresiones indignas de su edad y de su posicion. Los de la guardia de Cayo estaban por el contrario con el mayor silencio, considerando aquellos sucesos como una calamidad pública. Conocian lo crítico de las circunstancias, y trataban además de economizar sus fuerzas para el dia siguiente; así es que se relevaban en su guardia para tomar algunas horas de descanso (Plut.).

Armados ya ambos partidos, el agresor distaba ya mucho de ser por entónces el mas fuerte. Cuando al dia siguiente fueron á despertar á Fulvio, le hallaron sumido en el sueño de la embriaguez. Los suyos se armaron con despojos que guardaba en su casa de los galos que habia vencido siendo cónsul, saliendo con clamores y amenazas con el fin de apoderarse del monte Aventino. No quiso Cayo ir con armadura; vistió su toga, y del mismo modo que solia presentarse en el foro, salió sin mas armas que un estoque. En el dintel de la puerta se postró su mujer á sus piés, y asiéndole con una mano, mientras con la otra tenia á su hijo, niño todavía, le habló de esta manera: «Querido Cayo, hoy no te veo salir con el objeto de proponer leyes al pueblo como tribuno y legislador. Tampoco vas á una guerra honrosa, que pudiera quitarme á mi esposo, pero que á lo menos me dejaria un luto glorioso. Mira que vas á entregarte desarmado á los asesinos de Tiberio, dispuesto á morir indefenso. ¿Qué utilidad reportará la patria por tu muerte? Los malos andan ya triunfantes; y la violencia ocupa el lugar de la justicia. Si tu hermano hubiera muerto delante los muros de Numancia, no hubiera faltado una tregua para sepultar su cuerpo, pero, ahora, ¡quién sabe si me he de ver reducida á llorar á orillas del mar ó de algun rio, pidiendo tu cuerpo á las olas! Despues de la muerte de Tiberio, ¿qué confianza podemos tener en las leyes y hasta en los dioses mismos? » (Plut.).

Así se expresaba la desconsolada Licinia, pero Cayo procuró salirse suavemente de entre sus manos, impresionado con aquellas razones, bien que fuera ya harto tarde para retroceder sin deshonra. En vano trató su mujer de tenerle del manto, pues cayó sin sentido junto á la puerta misma. Lleváronla á casa de su hermano Craso, quien se esmeró en cuidar á la pobre Licinia (Plut.), absteniéndose de tomar parte en una lucha, cuyo éxito le habia de afligir cualquiera que fuese el bando vencedor.

El senado se habia vuelto á reunir muy de mañana como el dia anterior. Citó á Graco y á Fulvio para que diesen cuenta de su conducta. Pero, ambos estaban ya en el monte Aventino, con la esperanza de que, dueños de esa posicion, obligarian al senado á transigir. Habian instado á los esclavos á que se les juntasen, prometiéndoles la libertad, pero ellos no habian hecho caso. Reducidos á sus propias fuerzas, se parapetaron en el templo de la Luna, ó sea de Diana. Fulvio hacia todos esos preparativos militares. Así que todos los de su bando estuvieron reunidos, envió al senado, por inspiracion de Cayo, al menor de sus hijos con un caduceo en la mano. Era jóven de singular hermosura, y no podian menos de interesar su modestia y las lágrimas que vertia. Hizo proposiciones de paz al senado y al cónsul. El jóven Quinto, que así se llamaba, pedia una reconciliacion, prometiendo vivir en buena inteligencia sin exigir condiciones. La mayoría de los senadores parecia dispuesta á ceder, pero el inflexible Opimio les dijo que los ciudadanos culpables no babian de enviar mensageros para tratar con el senado. « Es preciso, añadia, que bajen del lugar en que se han encastillado, y comparezcan á juicio, entregándose á discrecion del senado para aplacar su justa cólera » (Plut.). Entónces ordenó el senado que dejasen las armas, y que se presentasen para defenderse, sin enviar mas mediadores (Apian.). Opimio prohibió al hijo de Fulvio el volver al senado, si no fuera para la acceptacion de esas condiciones. Dicen que Cayo queria ir al senado para inclinarle á la conciliacion, mas no lo consintió su partido, y Fulvio mandó otra vez á su hijo á proponerle de nuevo la paz (Plut.). Opimio no le tuvo ya por parlamentario, y le hizo poner preso, ordenando al mismo tiempo á su tropa que saliese contra Graco. El iracundo cónsul no queria mas que sangre, y así que estuvo seguro de la prision del hijo de Fulvio, emprendió la marcha para ir á atacar al padre. Q. Metelo, tan distinguido por los cargos que habia desempeñado, y padre de cuatro hijos que fuéron cónsules todos, Publio Léntulo, príncipe del senado, y otros muchos (Cic.), creyeron que debian acompañarle. Tenian una infantería numerosa, con un cuerpo de ballesteros cretenses que comenzaron á disparar contra los insurgentes, los cuales después de verse con muchos heridos, se pusieron en fuga (Plut.). Ya en el combate ya en la fuga perdió Fulvio hasta doscientos cincuenta hombres, sin que diga la historia si el otro partido tuvo pérdida alguna. Consta únicamente que salió herido Publio Léntulo, el príncipe del senado (Cic. Philipp. VIII, 14).

Fulvio se refugió en la tienda de un conocido suyo. Los que le andaban buscando amenazaron con prender fuego á todo el barrio, y el que le tenia escondido le hizo denunciar por otra persona (Apian.). Fulvio corrió á guarecerse en un baño público que se hallaba abandonado, y á poco fué descubierto, y acuchillado con su hijo mayor (Plut.).

Nadie vió á Cayo con armas en la mano. Sintiendo

amargamente cuanto estaba sucediendo, habíase retirado al fondo del templo de la Luna (1) dispuesto á darse la muerte, pero se lo impidieron sus dos amigos mas fieles Pomponio y P. Letorio (2). Arrancáronle el estoque de la mano, y le instaron á que se salvase. Dicen que en aquel momento se arrodilló ante la diosa, y que, extendiendo hácia ella las manos, la suplicó que castigara con perpétua esclavitud la traicion é ingratitud de aquel pueblo que le habia abandonado casi en masa, luego de publicada la amnistía (Plut.), pues Opimio no habia olvidado esta cruel precaucion para desarmar á los plebeyos: y si es cierto que Cayo dirigió esa oracion á la diosa, no cabe duda en que el triunfo de la violencia iba preparando harto bien el terreno para que saliesen cumplidos sus votos.

El desventurado Cayo salió del templo, y al saltar una pared se lastimó un pié (Aur. Víctor). Obligáronle sin embargo sus dos amigos á alejarse (Plut.), y ambos murieron heróicamente á la entrada de un puente de madera sobre el Tíber. Asegura Velleyo que el caballero Pomponio, después de proteger la fuga de Cayo defendiendo el puente, como hizo en otro tiempo Horacio Cocles, se pasó con su misma espada. Seria al ver forzada ya la entrada del puente.

No quedaba á Cayo para acompañarle mas que un esclavo á quien Velleyo y Aurelio llaman Euporo. Dice Plutarco que se llamaba Filócrates, y merece ser conservado tanto mas su nombre, cuanto los demás compañeros de Graco, sin animarse por el heróico comportamiento de Pomponio y de P. Letorio, se limitaron á decirle que huyese, sin procurarle siquiera un caballo, que él les pedia. Ejemplo eterno de la deslealtad y bajeza de la plebe, el cual debe enseñarnos que el favor popular es apoyo muy débil, que falta en el momento en que mas se necesita. Perseguido Graco de cerca, pudo no obstante llegar hasta un bosque consagrado á las Furias, ó á Furina, que, segun parece, era la Furia principal, y allí se hizo dar la muerte por su esclavo, que en seguida se la dió á sí mismo. Así lo refieren Velleyo y Plutarco, añadiendo este que, en sentir de algunos historiadores, amo y esclavo fuéron cogidos vivos, y que el fiel servidor cubrió el cuerpo de Cayo hasta que cayó sin vida. Apiano solo dice que Cayo se escapó por el puente de madera, que pasó el Tíber acompañado de un esclavo, y que viéndose junto á un bosque sacro próximo á caer en manos enemigas, tendió el cuello para que le matase. Aurelio Víctor deja en duda si Cayo murió así, ó si con su propia mano se quitó la vida. Como el hecho tuvo pocos testigos, el espíritu de partido habrá alterado sin duda la verdad en cuanto al fin de Cayo Graco.

Se dijo que un hombre habia cortado la cabeza de Cayo, y que iba á presentarla al cónsul, por haber ofrecido en una proclama un peso de oro equivalente al de las cabezas de Cayo y de Fulvio (Plut.): pero que se la quitó de las manos Septimuleyo, amigo de Opimio, atribuyendo Plutarco al cónsul solo y nó al senado, lo ignominioso de este proceder (3); Plinio (libro XXXIII, cap. 14) y Aurelio Víctor, dicen que Septimuleyo era amigo de Cayo, pero en honra de la humanidad, creemos que se equivocan. De todos modos, Septimuleyo era muy digno de la amistad de Opimio, á quien trajo la cabeza de Cayo en la punta de una lanza. Fué puesta en una balanza, y se encontró que pesaba diez y siete libras romanas, con ocho onzas. Este peso equivalia en oro al valor de setenta y un mil trescientos treinta y seis reales de vellon, debiendo tenerse presente, que en aquel tiempo representaba esta cantidad cinco veces mas valor que otra igual en nuestros dias.

Por lo demás, el peso llegó á ser tan considerable, porque, no contento Septimuleyo con su infamia, quitó los sesos del cráneo, y puso en la cavidad plomo derretido (Plut. Plin. y Aur.-Víctor). Diodoro llama á ese miserable Lucio Vitelio, y Septimuleyo seria probablemente el sobrenombre, y si los historiadores menos antiguos no han escrito todo su nombre, seria quizás por no deshonrar demasiado la memoria del emperador Vitelio, que descendia de aquel malvado. Tambien dice Diodoro que era amigo de Graco, y que su comportamiento con él le hizo odioso durante toda su vida. Añade Plutarco que no se dió ninguna recompensa á los que presentaron la cabeza de Fulvio; sin embargo, asegura Apiano que el cónsul dió el precio de las dos cabezas, solo que como el que presentó la de Fulvio no puso plomo en la misma, tal vez los autores á quienes siguió Plutarco tuvieron en comparacion la recompensa como insignificante ó nula.

No bastó tan vergonzosa venganza á los enemigos de Graco y de Fulvio, sino que el pueblo mismo se puso á saquear sus casas. Opimio mandó quitar la vida á cuantos amigos suyos declarados pudo haber á las manos. Por lo que hace al hijo de Fulvio, se le dejó escoger la muerte que mas fuese de su gusto, si hemos de dar crédito á Apiano, quien no muestra con respecto á Opimio toda la severidad que merece ese cónsul. En este lugar nos parece mas exacto Plutarco: dice que los enemigos de Cayo quitaron bárbaramente la vida al hijo menor de Fulvio, preso antes del combate, y enviado al cónsul solo para una transaccion. Acerca de esta muerte refiere Velleyo una circunstancia que horroriza; dice que el jóven contaba apenas diez y ocho años, y que derramó algunas lágrimas al ver que le aprisionaban. Un adivino toscano le queria mucho; y al verse incapaz de salvarle, trató de darle una prueba de lo poco en que debe estimarse una vida que ha de pasarse presenciando iniquidades humanas: «no llores, le dijo al mancebo, sigue mi ejemplo,» y dando impetuosamente de cabeza contra el dintel de piedra de la puerta de la cárcel, se abrió el cráneo, pereciendo instantáneamente, víctima de su enojo por la injusticia del cónsul, quien lejos de aplacarse con ese hecho, mató con su propia mano al jóven Fulvio. Se dió tormento á los partidarios de Cayo, á fin de que les arrancase el dolor declaraciones que comprometiesen á todos, para exterminarlos mejor (Plut.). El cuerpo de Fulvio con los de sus hijos, el de Cayo y los de sus adictos fueron arrojados al Tíber en número de tres mil, y confiscados los bienes de todos. Se prohibió á sus mujeres el ponerse luto, y á la pobre Licinia se le quitó además su dote, sin embargo de haber hecho cuanto de ella dependió para detener á su marido (Plut.). Esa horrible catástrofe terminó con funciones religiosas. Creyóse necesario el purificar la ciudad trás del derramamiento de la sangre de tantos ciudadanos, y el senado hizo erigir en el Foro un templo á la Concordia (Apian.), cuyos restos ha encontrado un sabio anticuario de nuestro siglo, al pié de la roca Tarpeya (1), y por

(1) Así le llama Aurelio Víctor, y era su verdadero nombre. De viris illustribus, c. 65. Plutarco, Apiano, con varios modernos, dicen el templo de Diana, ó Artemision, que en griego es lo mismo.

(2) Así le llama Aurelio Víctor, bien que Plutarco, dice Licinio, cuyo nombre era el del cuñado de Cayo, ocupado en cuidar á su hermana, como se ha visto.

(3) No faltan escritores que hacen en esto al senado igualmente responsable.

(1) Véase su descripcion por Carlo Fea anunciada en los Anales enciclopédicos de Millin, en setiembre de 1817, tom. v

consiguiente debajo del Capitolio. Ovidio atribuye á Camilo la fundacion de dicho templo (Fast. lib. i, v. 639). En efecto, refiriéndonos á T. Livio, hemos dicho en el año 368 antes de Jesucristo, que el célebre dictador habia votado un templo á la Concordia, no habiéndose hecho la dedicacion hasta el 304 antes de nuestra era. Manlio votó otro templo á la Concordia estando en la Galia, doscientos diez y ocho años antes de Jesucristo, y es de presumir que no fué mas que la reconstruccion del de Camilo. Habian transcurrido casi dos siglos desde esa época, y la necesidad de su reconstruccion nada tendria de extraño, pudiendo suponerse igualmente, en vista de los restos que se han descubierto posteriormente, que el de Opimio fué restaurado ó construido de nuevo por Augusto en el mismo sitio. Con ese templo Opimio ofendió mas al pueblo que con todos sus actos inhumanos. Esto era considerar como un triunfo la matanza de tantos ciudadanos; de suerte que la misma noche del dia en que se hizo la dedicacion del templo, se pusieron debajo de la inscripcion las siguientes expresiones: « el furor erigió un templo á la Concordia » (Plut.).

San Agustin considera la construccion de ese templo como una ironía contra los dioses, diciendo que si dicha diosa hubiese estado en la ciudad, pudiera haberse opuesto á las crueles disensiones de que la misma acababa de ser teatro: y si no estaba, parece que el templo era tan solo una prision en donde quisieron encerrarla. Mejor hubiera sentado, añade el gran enemigo del paganismo, levantar altares á la Discordia por el triunfo que acababa de alcanzar, haciendo sacrificios para aplacarla, como se hacia con la fiebre para recobrar la salud (Civ. Dei, lib. iii, c. 25). Pero, los paganos reconocian lo ridículo de sus supersticiones, conservándolas solo como un medio para gobernar. Montesquieu dice acertadamente que Roma *era una nave afianzada con dos áncoras, la religion y las costumbres.* Bien que no presentara aquella religion á los romanos mas que objetos naturales, producia buenos efectos, pues los hacia mejores (Repúb. rom. por Beaufort). Polibio, que era griego, pero que moró casi siempre en Roma, viviendo en ella en tiempo de Escipion el Grande y del padre de los Gracos, nos pinta como sigue la famosa república que tenia bien estudiada: « la supersticion, dice, que generalmente produce malos resultados en todas las sociedades, ha contribuido, en mi sentir, mas que ninguna otra causa al engrandecimiento de Roma. Tanto pública como privadamente la supersticion campea de una manera sorprendente, y soy de parecer que no es mas que una invencion de la política para contener al pueblo, pues si fuera dado plantear una república compuesta únicamente de sabios, tal vez fuera posible prescindir de todo esto. Solo que, como el pueblo es siempre inconstante, con una infinidad de deseos ilegítimos, dejándose llevar de la cólera y demás pasiones, conviene sujetarle con esas ficciones, y con el temor de lo invisible. Tengo pues para mí que nó sin motivo inspiraron los antiguos al pueblo la creencia en los dioses y en las penas que los malos padecen en los infiernos, y que es mucha imprudencia el desarraigar esas creencias, como se hace en nuestros dias. Me limitaré á citar un ejemplo: entre los griegos, bien pueden tomarse todas las precauciones con los que manejan los caudales públicos: si al entregarles un talento se hace levantar de ello auto por diez notarios, corroborándole con otros tantos sellos, y con la presencia además de veinte testigos, ellos hallarán no obstante un medio para engañar. Entre los romanos, por el contrario, la sola religion del juramento es bastante para poder contar con la integridad de los funcionarios que tienen entre manos las mayores cantidades, y es cosa muy rara encontrar reos de peculado, mientras que nada hay mas comun en las demás naciones » (1).

Así habla Polibio de la probidad romana en su tiempo, viéndose que no habian perdido aun sus virtudes al principio del siglo vii de su historia. Mientras fué respetada en Roma la religion, como quiera que ella fuese, la buena fe, la justicia y las buenas costumbres reinaron en ella. En ningun país, dice con razon T. Livio en el prólogo de su Historia, tardaron tanto en penetrar el lujo y la codicia; en ningun país fueron por tanto tiempo estimadas las virtudes domésticas y sociales. El religioso respeto á los dioses inspirado por Numa fué conservándose de siglo en siglo, sin alterarse sus principios con el cambio de ceremonias. Los romanos conservaron su sencillez de costumbres y su laboriosidad en medio de todas las prosperidades hasta que fué destruida Cartago y conquistada la Macedonia y el Asia. Entónces se inoculó la corrupcion á los magnates, comunicándose muy pronto al pueblo. Entónces empezaron á hacerse orgullosos y crueles, despreciando soberanamente á todo hombre que no naciera romano; entónces fué el tiranizar espantosamente á las provincias, y abandonarlas á la codicia de los gobernadores y de sus delegados.

Sin embargo, la corrupcion del pueblo no principió á manifestarse general hasta que se hubo mezclado con todos los pueblos de Italia, y adquirido estos la ciudadanía romana (Beaufort, tomo 1.º). Desde esa época el amor á la patria no fué ya mas que un nombre. Todas las naciones comunicaron sus vicios á los romanos. Se olvidó la religion, el trabajo se hizo insoportable, desaparecieron los sentimientos nobles; y los amos, que antes trabajaban y vivian con sus esclavos, tratándolos enteramente como si fueran de la familia, se portaron de un modo casi contrario. Creció la aficion á los combates de gladiadores, y, llena Roma de un populacho holgazan, que vivia de la racion del trigo distribuida á expensas de la república, nunca faltaba una turba de sediciosos que, dándose el título de ciudadanos romanos y buscando algun tribuno que halagara sus torpes instintos, acababa por trastornarlo todo. El pueblo descrito por Polibio ya no existia. Los grandes se reian de los auspicios, los ministros de la religion carecian de virtudes y de influjo, y todo fué en breve ambicion por arriba y degradacion por abajo.

El senado acabó de perderlo todo con halagar al pueblo, fomentando sus peores inspiraciones con las anárquicas leyes de Livio Druso. Ya no era extraño que, vencedor el senado, se entregase á actos de venganza enteramente contrarios á las antiguas leyes. Opimio fué el primero que osó obrar como dictador, no siendo mas que cónsul, quitando la vida sin ninguna formalidad jurídica á tres mil ciudadanos, ensañándose de un modo vergonzoso contra Fulvio, que habia sido cónsul y triunfador, y contra Graco, que no tenia al morir mas que treinta y tres años, sin que el bárbaro magistrado se amansase ante su gloria y

pag. 90, y puesta por entero en la misma coleccion en enero de 1818, tom. i, pag. 72, y grabada finalmente en una memoria de Dureau de la Malle, sobre la situacion de la roca Tarpeya: habla del templo de la Concordia en las paginas 9 y 26 de dicha memoria.

(1) Polibio, lib. vi, cap. 56 en la edicion de Schweighaeuser. Nosotros nos servimos de la traduccion de Beaufort, quien en vez del c. 56 cita el 54, sin duda porque se refiere a otra edicion. Thuillier no ha traducido el libro 6.º de Polibio.

su virtud (Plut.). No hay duda en que se dió potestad extraordinaria al cónsul para exterminar á los tiranos de la república; pero, muertos los jefes, nunca se habia perseguido así á un partido entero. Solo pudiera decirse en favor de Opimio, que consideró lo hecho por Cayo como una continuacion de lo de su hermano Tiberio, y que creyó por razon de Estado, obrar con aquella fiereza para evitar reincidencias.

Luego de muerto Cayo, el tribuno Calpurnio Bestia hizo llamar por sufragio popular á aquel Popilio que habia desterrado á los amigos de Tiberio, y á quien Cayo hizo extrañar por ello de Roma, tambien por votacion del pueblo. Era muy natural que Opimio favoreciese á los de su misma bandería.

Por lo demás, tambien puede alegarse en favor de Opimio la resistencia de Fulvio. Los doscientos cincuenta muertos que este tuvo durante la lucha matarian probablemente á algun adversario, segun puede presumirse por la herida del príncipe del senado. Entónces pudo entreverse ya, que si los romanos habian derramado tanta sangre extranjera en sus conquistas, era llegada la hora de manifestarse poco escrupulosos para la efusion de la de sus conciudadanos. El bando popular habia cometido tambien escesos que principiaban á alarmar á los amigos de la paz doméstica, y así que el senado hubo recobrado la autoridad, se restableció el órden interior. Los puntos de legislacion se discutieron en el senado (Ferguson), y no se sujetaron ya á la deliberacion del pueblo sin autorizarlos aquel cuerpo. Ejercian las centurias el poder legislativo, y los tribunos quedaban con su facultad prohibitiva, pudiendo así oponerse á los abusos del poder ejecutivo, sin imposibilitar por eso al gobierno, ni dar sobrado influjo al pueblo. Esperábanse buenos efectos del poder judicial, pues como le tenian los caballeros, podrian mantener el equilibrio entre la nobleza y la plebe. Á pesar de la victoria del bando aristócratico, este no derogó las leyes de Graco; contentóse con castigar á sus enemigos, y con devolver los bienes y honores á aquellos nobles que habian sufrido la ira popular. Pero, á poco de recobrar el poder, se dió una ley, autorizando á los dueños de tierras para vender las que escediesen de la medida prescrita por la ley agraria, cuya venta se habia prohibido por una disposicion á propuesta de Tiberio Graco. Vendido aquel sobrante, los ricos adquirieron de nuevo la parte de los pobres, ó se la quitaron á la fuerza con diferentes pretextos, aumentando por lo mismo el malestar de los últimos (Apian.).

Vióse este año un arco junto al sol (1), señal tal vez de calor. En efecto, el año del consulado de Opimio fué extraordinariamente favorable para la cosecha de la uva, que llegó á sazonar completamente en todas sus especies (Vel. Pat.). Los romanos solian conservar sus vinos por espacio de muchos años, y aun los habia de este consulado cuando escribió Plinio, cerca de doscientos años despues de cosechados. Así lo dice él mismo (lib. XIV, c. 4) en un pasaje que hasta ahora no se habia entendido bien. Garnier, en su citada historia de las monedas (t. 2.°, p. 339) le explica claramente y vamos á dar íntegro este trozo interesante: «Un año hubo en que todos los vinos fuéron buenos, á saber, el consulado de L. Opimio, en la época en que pereció Cayo con motivo de las sediciones populares que promovia. En aquel año, que era el 633 de la fundacion de Roma, fué la estacion tan calurosa, que la uva no podia estar mas sazonada. Han pasado casi doscientos años, y todavía se conservan vinos de aquel tiempo, solo que ahora semejan como miel áspera, pues á esto vienen á parar los vinos muy añejos, y no se pueden beber sino con mucha agua, porque con el transcurso de tanto tiempo se ponen casi amargos y picantes, bien que mezclándolos en pequeña cantidad con otros vinos, sirven para mejorar su gusto. Suponiendo que una ánfora de ese vino costara en aquel tiempo cien sextercios, tendremos que en el reinado de Cayo Calígula, hijo de Germánico, es decir, ciento sesenta años despues de la compra, el precio en que cada onza de ese resíduo vinoso se vendia era bastante elevado para dar un interés de seis por ciento sobre el valor de la compra, cosa módica y al mismo tiempo razonable; y hemos mostrado ya con un ejemplo ilustre que era así en realidad, al hablar de Pomponio Secundo, y de la cena que dió al emperador Cayo (Calígula), de lo cual puede inferirse que se emplean grandes cantidades en vinos. Por lo mismo, con ninguna mercadería se gana tanto como en el vino guardado veinte años, si se vende bien; pero, si sucede al revés, con ninguna se pierde tanto.»

Garnier explica el texto de Plinio, que es algo oscuro en este pasaje, como sigue: una ánfora que al principio habia costado cien sextercios, y que contenia veinte y ocho porrones de líquido, al cabo de ciento sesenta años no conservaba mas que algunas onzas como de un resíduo meloso, que se vendia por onzas, porque habia perdido ya su liquidez primitiva, y que solo podia emplearse desliendole en mucha cantidad de agua ó de vino. Si suponemos que el resíduo de dicha ánfora era de cincuenta onzas, y que cada onza en tiempo de Calígula se vendiera á veinte sextercios, tendremos que el dueño del vino sacaria, como dice Plinio, mil sextercios del ánfora, y entónces se encontraria con un interés del seis por ciento al año sobre el capital invertido primitivamente en la compra. En efecto, el interés de cien sextercios al seis, da novecientos sesenta sextercios por ciento sesenta años, y añadiendo los cien sextercios de capital, solo se halla un excedente de sesenta sextercios sobre el resultado que indica el historiador, todo lo cual pone de manifiesto que las bodegas absorven muchísimos capitales.

El padre Hardunio deduce del texto de Plinio, cuya oscuridad reconoce, unas suposiciones que no pueden admitirse. Hardunio no tiene en cuenta al parecer la disminucion del volúmen del vino en el ánfora y hace ascender su precio á los ciento sesenta años á mas de ochocientos mil reales, cuya extravagancia adoptó sin embargo el abate Bretier en sus anotaciones á Plinio (Hist. de la moneda).

El autor de la traduccion francesa de Plinio imaginó otra interpretacion. Explicó el pasaje diciendo, que solo la duodécima parte del ánfora, valia tantos sextercios, como los que produce en ciento sesenta años el interés acumulado de cien sextercios á razon de seis por ciento (Hist. natur. de Plinio; Paris, 1772). El traductor supone que en ese pasaje la voz «uncia» significa la duodécima parte del ánfora, la cual reduciria como de 960 á 12 ó de 80 á 1 la cantidad supuesta por Hardunio. Un escritor mas moderno, que ha dado á luz trozos selectos de Plinio, adopta la misma explicacion. Pero, bien que la voz «uncia» se halle empleada á menudo para designar una fraccion, no es creible que los romanos la emplearan para indicar la duodécima parte del ánfora, pues equivalia dicha duodécima parte á cuatro sextarios.

Por lo demás, esto no puede servirnos para saber el valor medio del ánfora de vino en Roma en aquel tiempo. Garnier supone quince sextercios. Pudiera ser

(1) Plinio, lib. 2, c. 29. Véase sobre esto la Física de Biot, tom. III, pág. 171 y siguientes.

que con motivo del calor extraordinario del año consular de Opimio saliese muy poco vino por la misma madurez de la uva, y que llegase el precio del ánfora aquel año á cien sextercios.

Tal vez no es enteramente exacto lo que dice el traductor francés de Plinio acerca del buen efecto del calor del año de que se trata con respecto á los vinos de toda la Italia. Cita en prueba el vino de Cécuba, la uva de Másica y la de Falerno, refiriéndose á las citas siguientes:

«Cæcuba saccentur quœque annus coxit Opimi.» (Marcial, lib. II, epíg. 40). Que se prepare el vino de Cécuba, y todo el que fué sazonado en el año de Opimio. «Massica solus habes, et Opimi Cæcuba solus.» (Id. lib. III, epíg. 26). Eres el único que tienes vino de Masica y de Cecuba del consulado de Opimio. «Statim allate sunt amphoræ vitreæ diligentur gipsatæ, quarum in cervicibus pittacia erant effixa cum hoc titulo: FALERNUM OPINIANUM ANNORUM CENTUM.» (Petronii Arbitri, Satyr. pág. 111). Trajeron al punto botellas muy bien tapadas, con rótulos que decian: «Falerno del consulado de Opimio, tiene cien años.»

Se hallan efectivamente en estos pasajes mencionados tres puntos distintos. En tierra del Lacio, entre Fondi y Amicles, habia una pequeña comarca que producia el vino de Cécuba, celebrado por Horacio y otros. Fondi tiene todavía fama por su vino; pertenece al reino de Nápoles, en la provincia de Labor. Falerno, en latin «mons Falernus,» pertenece tambien al reino de Nápoles, y á la misma provincia de Labor. Junto al Falerno hay el monte Masico, igualmente renombrado por su vino. Se cree que está cerca de Carinola, y los que le ponen junto á Púzole (Diccionar. de Baudrand. Falern.), hablan probablemente de otra porcion del monte Falerno diferente de la celebrada por sus vinos. En efecto, el monte Masico está próximo á *Carinola*, en latin «Carinula,» en el reino de *Nápoles*, con obispado sufragáneo del metropolitano de Capua, pero de pocos habitantes con motivo del mal aire. Está á cuatro millas del Mediterráneo, yendo hácia Icano, á otras tantas de Suesa por la parte del sud, y á doce millas al poniente de Capua. Aquella region se llamaba antiguamente de Estelates, afamada por su fecundidad y sus vinos.

Esto demuestra que el Cécuba, el Masico y el Falerno provenian de terrenos muy cercanos entre sí, igualmente calurosos. Este año fué notable porque se consolidaron las conquistas de la Galia transalpina. Los ligures, que comprendian á los salios y voconcios, habian quedado vencidos dos años antes por Sextio. Domicio habia negociado en vano el año anterior con los alobrogos para que le entregasen á los jefes salios. En la primavera de este año se acudió á las armas. Enojados los arvernos contra los eduanos, porque estos se habian dado en algun modo á los romanos (Apiano), les hicieron entradas en su tierra. Quejáronse los eduanos, ó éduos, al procónsul, y este, que deseaba señalarse con algun hecho preclaro antes que llegara el sucesor, trató de atravesar por entre los alobrogos, y de llegar hasta los arvernos. Pasó el Duranza y caminó por los llanos de los Cavaros (Catrou), juntándose probablemente estos con Domicio, pues eran aliados de los marselleses, quienes, segun se ha visto, habian llamado á los romanos. Los alobrogos y arvernos fuéron á esperar á Domicio en el confluente de Sorga y del Ródano, un poco mas abajo de Avinon (ib.). El general romano siguió adelante hasta una plaza fortificada por los marselleses focenses, pues así lo prueba su nombre griego de «Vindalion» (Antig. del depart. de Valclusa), situada poco mas arriba de la confluencia de los dos rios que acabamos de mencionar. El general romano tenia elefantes (T. Livio, Estrab. Flor. Velley. Orós.). ¿Habrian pasado los Alpes esos animales, ó ido por mar á Marsella? La Historia no lo dice. Solo sí diremos que los abuelos de los cavaros habian visto los elefantes de Aníbal cuando pasó el Ródano. Pero, los demás pueblos de la Galia no tenian noticia, ó á lo menos muy oscura, de aquellos acontecimientos, y la victoria que hubo Domicio se atribuyó á los elefantes (Catrou). Ginetes y caballos se asustaron al ver á tan extraños animales. Los elefantes despiden un olor que repugna extraordinariamente á los caballos, segun observa T. Livio mas de una vez, y así pudieron vencer los romanos, con su valor y disciplina, á aquella gran multitud de alobrogos y arvernos. Drocio dice que mordieron el polvo veinte mil galos, y que tres mil fuéron hechos prisioneros (ibid.). Pero, la batalla de Vindalion, solo fué el principio de una campaña que se encargó de llevar á cabo el cónsul Fabio, recien llegado de Roma, á donde volvió Domicio á triunfar honoríficamente de alobrogos y arvernos. Hay quien pone el triunfo de Fabio antes del de Domicio, pero, es equivocacion Por aquel mismo tiempo, triunfó tambien Q. Metelo de los baleares, tomando el apellido de Baleárico. La familia de los Metelos ambicionaba, segun parece, esos sobrenombres sonoros, pues el padre del Baleárico se hizo llamar Macedónico, bien que distara mucho de hacer en Macedonia lo que hizo Emilio Paulo, quien no por eso tomó ningun nombre nuevo. Tenemos á dos hijos del Macedónico (1) que toman los títulos de Baleárico y de Dalmático, y en la misma familia veremos mas adelante los de Numídico, de Crético, etc. Así se echa de ver con cuánta verdad dijo T. Livio (libro XXX), que el ejemplo del primer Escipion, á quien llamaron Africano, movió la vanidad de generales que distaban mucho de merecer como él los sobrenombres con que se engalanaron.

Después de la derrota, invocaron los arvernos el socorro de los rutenios, á quienes Tolomeo llama rutanios, habitantes de la parte de la Galia aquitánica, que mas tarde fué la provincia de Ruerga, y ahora forma el departamento del Aveyron, cuya capital es Rodés. Con aquellos auxiliares pudo el rey Betulto formar un ejército de doscientos mil hombres. El cónsul no tenia mas que treinta mil, pues Fabio no habia podido partir con nuevos refuerzos de Roma con motivo de las desavenencias entre los partidos antes de la muerte de Graco. Se hallaba acampado en tierra de los cavaros, á orillas del Uvezio y nó del Isera, como se lee en algunos autores, pues el territorio de los cavaros solo llegaba hasta el rio Lez, mas allá del cual estaban los tricastinos, poco mas abajo del puente del Espíritu Santo. Domicio habia hecho construir allí dos torres de piedra, en el mismo sitio en que habia tenido lugar la batalla, es decir, en Vindalion, cuya poblacion tomó desde entónces el sobrenombre de «Biturrita,» ó «Bedarrides,» que guarda todavía. Domicio volvió al ejército á ayudar al nuevo cónsul con su talento y su espada. Ambos se adelantaron hasta las orillas del Isera, acaso para aproximarse á los eduanos, sin que les arredrase la innumerable muchedumbre de enemigos Valerosos eran los galos de Betulto, pero nada vale tanto en las lides como la buena disciplina. Con todo, así que el rey de los arvernos divisó á los romanos, dijo á los de su sequito:

(1) Otros dicen el hijo y el sobrino, pero Sigonio dice positivamente (tom. I, pag. 409) que el Baleárico y el Dalmático eran hermanos.

« Ese puñado de hombres bastará apenas para dar de comer á mis perros. » El rey hizo construir un puente de barcas para pasar á la otra parte del Ródano, y luego otro para cruzarle mas pronto. Es probable que los celtas ignoraban á la sazon el arte de acampar. Sea como fuere, los galos bajaron por arenosos llanos que se hallan hácia la embocadura del Isera. Tenia Betulto que se le habia de escapar el enemigo, á quien consideraba como cogido en una red, y comenzó el ataque antes que toda su gente hubiese salido del Ródano. No estaba el cónsul restablecido todavía de una herida que recibió en un encuentro, y venia además con calentura (Plin. lib. VII, cap. 50). Por otra parte, no era aquel sitio favorable para la maniobra de un ejército tan numeroso como el de Betulto. El terreno estaba además entrecortado con canales, con rocas y maleza que estorbaban el pelear en masas bien compactas. Fué la batalla el dia sexto antes de los ídus de agosto romano del 633 (Catron), que corresponde al 11 de marzo del 121 antes de Jesucristo.

Fabio estaba enfermo y en cama, mas nó por esto rehusó el combate. Montado en un carro, fué disponiendo sus legiones, enseñándolas cómo habian de atacar á los bárbaros, y á veces se hacia acompañar á pié por entre las filas, animando á jefes y soldados (Apian.). Los romanos acometieron al enemigo con el mayor denuedo. Los galos sostuvieron por algun tiempo el ataque, hasta que la matanza se hizo espantosa y la derrota general (Vel-Pat. lib. II, cap. 39). Los vencidos corrieron á ponerse en salvo á la otra orilla del rio. El puente de barcas se hundió con el peso de los fugitivos, y se anegaron muchísimos. Entónces Domicio quiso señalarse por su parte con algun hecho brillante. El rey de los arvernos no habia salido aun del campo de batalla, y aunque Domicio estuviera allí, el príncipe queria rendirse á Favio, que á la sazon mandaba en jefe (Val-Máx. lib. IX, cap. 6). Llevólo á mal Domicio, y mandó á decir al rey que le esperaba en su tienda de campaña. El rey se dejó acompañar sin escolta delante del procónsul. Así que Domicio le tuvo en su poder: « conviene que vos mismo, le dijo, vayais á Roma, allí dareis cuenta de vuestra conducta, y tal vez el senado os considerará digno de su benevolencia. » Betulto se opuso en vano diciendo que habia ido á su tienda, fiado en que Domicio habia dado palabra de que podia presentarse ante él como huésped, ó como embajador. Ello es que fué conducido á Marsella y de allí á Italia en un buque, llevándole después á Alba. Tambien quedó prisionero su hijo Congeniato, y enviado el año siguiente á Roma (Epít. de T. Liv. lib. LXI).

La victoria de Fabio fué completa. El Epítome de T. Livio dice que Betulto perdió ciento veinte mil hombres, Plinio ciento treinta mil, y Estrabon doscientos mil. Con las emociones de la batalla el cónsul quedó además curado de la cuartana que le aquejaba (Plin.). Los alobrogos se sometieron á la nacion romana (T. Liv.), pero, sin quedar reducido su país á provincia romana, sin que se les impusiera tributo, y sin mandar pretor para gobernarlos (Catrou). Hablando César á Ariovisto de la derrota de los alobrogos y rutenios por Fabio, dice formalmente que no habia sido reducido el país á provincia (Comment. lib. I). Á los arvernos se les tuvo por bastante castigados con la pérdida de su rey y del hijo de este, exigiéndoles Fabio la promesa de estarse en adelante quietos en su país, la cual cumplieron, de suerte que llegó á ser uno de los pueblos mas amigos de la república. Por lo que hace á los eduanos, casi nunca faltaron á la alianza que tenian hecha con Roma, siendo por lo mismo respetados en la Galia, y queridos en la ciudad dominadora (Catrou).

Hemos visto que Domicio habia levantado dos torres de piedra para que perpetuasen el vencimiento de los alobrogos, humillacion para los pueblos vencidos que los generales romanos no habian acostumbrado emplear hasta entónces, pues no habia entrado en su política el insultar así á las naciones sometidas (Flor. lib. III, cap. 2). Tambien quiso Fabio que se conservara el recuerdo de su victoria. Hizo construir dos templos en la Galia, uno á Hércules, como dios particular del país, ó acaso porque á él atribuia su orígen la familia del general (1), y otro á Marte, dios tutelar de los romanos (Catrou) si hemos de dar crédito á un historiador moderno, bien que la obra que cita para probarlo, el de las Cuestiones romanas de Plutarco, dice cabalmente lo contrario, asegurando (Quest. 61) que estaba prohibido en Roma el preguntar si la deidad tutelar de Roma era un dios ó una diosa, pues no podia saberse sobre esto la verdad. Fabio tendria á Marte por deidad de los celtas ó por dios de los combates, aceptándole bajo el segundo punto de vista vencedores y vencidos. Sea como fuere, los dos templos fueron para Fabio como dos trofeos. Pero, en verdad que la victoria merecia un monumento, si se ha de dar crédito á Apiano, quien dice (in Celticis), que muriendo ciento veinte mil galos, solo perdieron los romanos quince soldados, y nó sin razon obtuvo Fabio el sobrenombre de Alobrógico (Vel. Pat.).

Las conquistas no devolvieron á Roma el sosiego interior que habia perdido, á pesar de haber acabado con Graco y con sus amigos. Este iba á tener un sucesor, llamado Cayo Mario, de padres oscuros, pobres, que tenian que procurarse la subsistencia con el trabajo corporal. Su padre se llamaba Mario, y Fulcinia su madre. Bien que, nacido en 156 antes de Jesucristo, fué tarde á Roma, viviendo en sus primeros años entre gente ruda en Cerneto (Plin. 3, 5), en tierra de los arpinatos, de un modo grosero sin duda, pero comparable, por la sobriedad, al modo de vivir de los antiguos romanos. Dice Plutarco que habia visto en Rávena una estátua suya de mármol, representando perfectamente su severidad y sus costumbres. Como nació robusto y animoso, mas amigo de cosas de guerra que de negocios civiles, conservó en sus relaciones su índole áspera, y en el mando fué siempre duro. Dicen que nunca quiso valerse de la lengua griega, porque no le parecia bien emplear los vencedores el idioma de un pueblo vencido.

El mismo Plutarco, á quien debemos estos pormenores, nos facilita el medio para calcular la época fija de su nacimiento. Dice (vida de C. Mario), que murió el dia 17.° de su séptimo consulado, corriendo el año setenta de su edad. Pues bien, segun nuestra cronología, ese consulado principió el 1.° de enero romano del 668 de Roma, que corresponde al 17 de noviembre juliano del 87 antes de Jesucristo. Luego murió en 17 de enero romano, 3 de diciembre juliano. Por consiguiente, el 3 de diciembre del 157 habria cumplido setenta años justos, y para que no lo fuesen, habia de nacer en el 156 antes de Jesucristo. Es decir, que en la época que nos ocupa tenia treinta y cinco años. Nacido dos años antes que Cayo Graco, habia podido estudiar su conducta, y sin duda la tendria por harto débil. Mario habia llegado ya á una graduacion superior en el ejército. Su primera campaña fué contra los celtíberos el 621 de Roma, 133 antes de Jesucristo, cuando Es-

(1) Plutarco al principio de la vida de Fabio Máximo. Véase la nota de su traductor Ricard. Juvenal, sátira 8.ª dice: Natus in herúleo Fabius Care.

cipion estaba sitiando à Numancia. Poco tardó aquel en reconocer su mérito, pues era superior á los de su edad en calidades militares, y habia visto con gusto la nueva disciplina introducida por Escipion en el ejército de España. Cuentan que un dia peleó cuerpo á cuerpo con un enemigo á la vista del general, y que desde entónces este le tuvo muy á menudo á su lado en su mesa. Se dice tambien que, estando una noche cenando con Escipion, versaba la conversacion sobre los mejores capitanes de la época, y que, preguntando alguno al general quién podria reemplazarle, respondió poniendo amistosamente la mano sobre el hombro del jóven Mario. « Tal vez este, » cuyas palabras honran la prevision del vencedor de Numancia, y los principios de la carrera militar de Mario. Ello es que aquella prediccion fué para Mario como una voz divina que le hizo concebir las mayores esperanzas, decidiéndole à pretender un dia el gobierno de la república (Plut.). Bien que sus paisanos los arpinatos no le hubierán considerado digno de ningun empleo, se habia atrevido á pedir la cuestura en Roma, entrando por fin en el senado á fuerza de paciencia en sufrir negativas (Val. Máx. lib. VI, cap. 9).

El bando aristocrático era este año el dominante, y no veia sin disgusto que aspirase á los primeros honores un hombre de tan humilde cuna, criado entre labradores (Juvenal, Sat. 8. Plin. 33, cap. 11) y soldados, sin mas título civil que estar naturalizado ciudadano. Este año sufrió una nueva negativa; se presentó como candidato al tribunado, y no fué elegido (Ferguson). Es probable que se volvió al ejército en la Galia, en donde se habia distinguido ya, y allí podia estar seguro de que se apreciaba su mérito. Sin duda seguiria de cuestor.

634 de Roma, 121-120 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Publio Manilio, y Cayo Papirio Carbo. — Censores: L. Calpurnio Pison Frugi, y Q. Cecilio Metelo *Beleárico*, hijo y nieto de Quinto. — Tribunos: P. Decio Mus, y Marco Octavio, etc. — Pretores: M. Emilio Escauro, etc., (véase las Mem. de la Acad. de Inscrip. tom. 21, pág. 238).

Estos cónsules entraron el 1.º de enero romano, 29 de julio juliano del 121 antes de Jesucristo. Los Fastos de Almeloveen ponen este consulado en el mismo año de Roma, pero en el 120 antes de Jesucristo. Los de Sigonio en el 633 de Roma, añadiendo que este año Q. Fabio Máximo Alobrógico, procónsul, triunfó de los alobrogos, rutenios, arvernos, y del rey Betulto, ó Bituito.

Casiodoro y los Fastos Sículos hacen mencion de ambos cónsules, á quienes pone tambien Argelati en en el año 120 antes de nuestra era. Papirio Carbo es el mismo que siendo tribuno del pueblo en 623, y cuestor en 621, en el consulado de Claudio y de Perperna, fué designado por Cayo Graco como triunviro para la reparticion de tierras. Papirio era un tránsfuga del partido del pueblo (Sigonio), y después fué elegido cónsul por el bando que entónces gobernaba. No pudo abjurar sus antiguos principios de una manera mas pública y solemne, pues defendió la causa de su predecesor Opimio, acusado, después de salir del consulado, de haber condenado ilegalmente á muchos ciudadanos. Papirio habia sido cómplice de las víctimas de Opimio, y sin embargo sostuvo que el cónsul habia obrado bien (Cic. de orat. lib. II). Su cliente fué absuelto, á pesar de cuanto dijo su acusador, el tribuno Publio Décimo (1).

Manifestó sin embargo el pueblo la pena que le daba le perdida de los Gracos. Mandó erigirles estátuas que fueron expuestas públicamente; consagró los sitios en que murieron, é iba á ofrecer en los mismos la primicia de los frutos de cada estacion. Hasta se ofrecian en ellos diariamente sacrificios, lo mismo que si fueran templos de deidades. Cornelia llevó con heroísmo su infortunio; y, refiriendose á los sacros edificios levantados en los sitios en que perecieron, dijo: « tienen los sepulcros que merecen. » Siguió pasando una vida ejemplar en su casa de campo junto al monte Miseno. Como eran muchos sus amigos, y tenia siempre abierta la casa para los extranjeros, habia á su lado muchos literatos y griegos, hasta reyes estaban con ella en buenas relaciones. Sus mas allegados la oian referir con el mayor gusto la vida de su padre Escipion el Africano; pero, lo que mas los dejaba absortos, era el oirla hablar de los hechos, padecimientos y virtudes de sus hijos sin verter una lagrima: no parecia sino que estuviera hablando de individuos extraños, y enteramente desconocidos para ella. Figurábanse muchos de sus oyentes que la vejez la habia debilitado la cabeza, ó que la inmensidad de su misma desgracia habia llegado à quitarla ya toda sensibilidad, ignorando cuantos recursos puede hallar un ser humano para vencer la desgracia en la religion y en el estudio. Si la prosperidad llega á cansar debilitando á una alma varonil, las adversidades, por el contrario, no hacen mas que fortalecerla (Plut.).

Como cada cinco años se elegian censores, correspondia nombrarlos este año; pero, los anales de Roma no traen sus nombres, y es difícil saber quiénes fueron. Sigonio, que tan versado estaba en la historia romana, congetura que uno de ellos era Q. Metelo Baleárico, el triunfador en el año que precede, hijo del Macedónico. Velleyo nos dice (lib. I, cap. 2) que el Macedónico tuvo cuatro hijos que acompañaron su cuerpo al Foro, de los cuales uno habia sido cónsul y censor, el segundo y tercero solamente cónsules, y el cuarto candidato para el consulado, que en efecto obtuvo. Tambien dice Ciceron (de Finibus lib. V), que Q. Metelo vió cónsules á tres hijos suyos, siendo además uno de los tres censor y triunfador, y pretor el cuarto. Asegura Plinio (lib. VII) que el Macedónico fué llevado á la pira por cuatro hijos, pretor el uno, y tres que habian sido cónsules; que dos de ellos habian tenido los honores del triunfo, y uno habia sido censor. Sigonio dice que el Beleárico y nó el Dalmático hubo de ejercer la censura, porque Ciceron en un discurso al pueblo dice lo que sigue con respecto á esos dos Metelos: « Lucio Metelo y Cayo Metelo han sido cónsules, mas nó censores » (1). Lucio es el Dalmático, y si Cayo Metelo fué censor antes que muriera su padre, que fué en el consulado de su hijo M. Metelo, hubo de ser este año. Sigonio le da por colega á L. Calpurnio Pison Frugi, cónsul en 621, de quien se ha hablado ya á propósito de C. Graco, y de quien dicen los autores antiguos que tuvo en efecto la censura. Así habla de él Ciceron en su Bruto: « El tribuno del pueblo L. Pison fué el primero en proponer una ley sobre reclamacion de créditos, y escribió anales. » El Halicarnasense habla de este Lucio Pison Frugi, y de sus anales, á quienes llama « historias compuestas por años, » y en su libro segundo dice, refiriéndose al mismo Pison, que fué censor. Plinio confirma lo mis-

(1) En el Epitome de T. Livio, libro LXI, se lee en vez de Publio, Quinto Décimo. Véase a Pighio, cuyo autor prueba con los textos de Ciceron y de Aurelio Victor que es una errata.

(1) La edicion de Ernesti, p. 912 no dice mas que: « non L. et C. Metelli, consulares, » y no habia de censura. De suerte que puede refutarse el argumento de Sigonio.

mo en su libro XIII, cap. 13. Este no es el único censor que se encuentra, pues sabemos de fijo el año de la censura de Domicio Abenobarbo, plebeyo, porque aquel año por la primera vez fueron censores dos plebeyos. Por los padrones anteriores y posteriores se echa de ver que los censores de este año hicieron el lustro 61.° (Sigonio).

Un tribuno de este año, llamado Octavio, hizo modificar la ley de Graco relativa á la distribucion de trigo á los pobres (Ferguson). Es probable que disminuyó la carga del tesoro, pero los historiadores no nos dan pormenores acerca de esto, que los merecia sin embargo.

Organizada la administracion del país conquistado por Fabio, este dejó en él á Domicio. Se ignora si el rey Betulto salió de la Galia con Fabio que volvió á Roma para celebrar su triunfo; pero es de creer que Domicio embarcó al príncipe antes que saliera Fabio, pues el rey arverno se quejaba amargamente de Domicio: «¿qué nuevo derecho de gentes introducis en las Galias? dijo en el senado. Se me da una cita, acepto la conferencia, y me veo cargado de cadenas como si hubiese caido prisionero en buena guerra; ¿es esta la fé de una república cuya justicia tanto se pondera?» Los senadores discutieron acerca de la queja del rey, y prefirieron el interés público al derecho verdadero. Se temió que Betulto emprendiese nueva guerra, si se le dejaba libre, y ese temor dió lugar á otra injusticia. El senado ordenó al cónsul P. Manilio, el cual á la sazon marchaba á la Galia, sin duda para reemplazar á Domicio, que mandase tambien á Roma á Congeniato, hijo del rey. Se estaba preparando el triunfo de Fabio, quien ostentó en él los mas ricos despojos de arvernos y alobrogos, junto con el rey Betulto (Catrou). Se le dió el sobrenombre de alobrógico, como se acostumbraba con los generales vencedores de naciones lejanas, las cuales tomaban luego de ordinario por patronos á los mismos que las habian sojuzgado; de esto provino que los alobrogos fueron en adelante clientes de los Fabios (Salustio, Conjur. de Catilina).

El rey de los arvernos no iba en el triunfo de Fabio como un cautivo vulgar, sino que estaba en su carro de guerra, que, segun Floro, era de plata. Catrou y Rouille dicen únicamente que estaba guarnecido de plata á la usanza de la Galia. Verdad es que Ovidio dice que el carro era como de plata, pero Virgilio lo ha entendido al parecer como nosotros en el libro 8.° de la Eneida (v. 855). El desafortunado Betulto pasó luego su vida en Alba (Val.-Máx. lib. IX, cap. 6) en vergonzosa libertad. Su hijo Congeniato fué educado en Roma al estilo de los jóvenes de la república, enviándole despues á sus estados, y permaneciendo fiel á Roma. No puede negarse que la política romana era altamente hábil. Domicio veia sus torres de piedra eclipsadas por los dos templos de Fabio, y queriendo dejar mas monumentos en el país, hizo restaurar ó construir de nuevo una carretera que llamaron «via domicia» (1). No pudiendo triunfar por segunda vez en Roma con motivo de una victoria en que Fabio mandaba en jefe, celebró el triunfo en la misma Galia, empedrando al efecto el camino de que se acaba de hablar, y construyendo los arcos de triunfo de Orange, Carpentras y Cavallon, en los cuales empleó arquitectos griegos de Marsella, pues los romanos no se hallaban entónces tan adelantados en arquitectura. Citemos aquí este trozo de Suetonio. «Neyo Domicio venció en su consulado á arvernos y alobrogos, atravesó el país en que mandaba montado sobre un elefante, y seguido de los soldados como en la ceremonia del triunfo» (Traduccion de los doce Césares de Suetonio por Labarpe, tom. 2.°, pág. 191).

La marcha triunfal de Domicio y sus tres arcos de triunfo no podian menos de agradar á los romanos, pues aquello era el principio de la dominacion de Roma en la Galia, cuyos antiguos habitantes en otro tiempo hicieron temblar á la ciudad eterna. Los historiadores están unánimes en asegurar que el vencedor erigió muchos monumentos, facilitándole Marsella los buenos arquitectos que tenia. Lo que han respetado el tiempo, y las guerras, atestigua todavía bastante la grandiosidad de aquellos monumentos. Las torres de piedra han desaparecido, solo queda el nombre, y el arco de triunfo que se hallaba antiguamente dentro el recinto de Orange, y está ahora á quinientos pasos al norte de las murallas de la nueva ciudad. Le forman tres arcos que sostienen una especie de torre, siendo el mayor el arco del medio. Está en piedra de sillería, y es de órden corintio. La escultura es de buen gusto; tiene sobre veinte metros de alto y veinte de ancho. En sus cuatro fachadas hay muchos bajos relieves. En la septentrional, que es la mas adornada, se ven montones de armas antiguas, espadas y escudos de varias formas, con nombres romanos, enseñas militares dominadas unas con un dragon, otras con un javalí. Mas arriba, debajo de las cornisas, están representados buques destrozados, áncoras, tajamares, remos, tridentes, etc.; y aun mas arriba los instrumentos de que se servian los antiguos para los sacrificios. Mas allá hay un guerrero á caballo, con armadura completa. Tambien está figurado un combate de caballería. La fachada meridional tiene con corta diferencia las mismas figuras, pero mas degradadas. No hay sino que á lo largo del friso se ven esculpidos algunos gladiadores, y despues el busto de una mujer envuelta en su vestidura, con la mano izquierda apoyada en la mejilla, y el brazo derecho extendido sobre el pecho.

En la fachada oriental se ven unos cautivos con las manos atadas detrás, puestos de dos en dos entre las colunas, y mas arriba trofeos, sobre los cuales hay un javalí con el lábaro de los romanos. Tambien hay gladiadores en el friso (1). Luego hay un busto con cabeza radiante, y un cuerno de abundancia, y á cada lado dos sirenas. La fachada occidental está llena de cautivos y trofeos. El interior del monumento se compone de bóvedas en piedra de silleria, colocadas unas sobre otras, con molduras admirables. Las paredes tienen colunas.

Tal es el edificio acerca del cual se han formado varias congeturas, y la descripcion que damos la han admitido antes Gronovio, Vadiano, Pontano, Guibio y Mandajors. En primer lugar, el arco de triunfo se halla en un punto en que no ha habido ninguna batalla digna de memoria. La victoria de Fabio fué en la confluencia del Ródano y del Isera, en donde construyó dos templos; la de Domicio habia sido en la confluencia del Ródano y del Sorga, donde erigió sus torres. Domicio anduvo triunfalmente por el camino de Cavallon, hácia Orange, cercana al punto de su triunfo. Estaba situada al extremo del país de los cávaros,

(1) Véase lo que acerca de ese camino dice Nicolás Bergier, en su Historia de las carreteras principales del imperio romano, t. 1, páginas 20 y 23.

(1) Anuario del departamento de Valclusa, p. 111. Hemos creido necesarios esos pormenores, á fin de combatir una opinion diferente, consignada en el t. 32 de las Mem. de la Academia de Inscripciones.

único que trataban los romanos de sujetar á la sazon, no siendo regular que erigiesen el monumento en tierra de los tricastinos, no invadida todavía. Luego Suetonio dice que Domicio atravesó como en triunfal ceremonia la tierra añadida á la conquista de Sextio. Esto exigia necesariamente la construccion de algunos arcos. Suetonio vivia ya en tiempos muy lejanos de esos acontecimientos, y, bien que no estén consignadas esas particularidades en autores contemporáneos, sin duda se habrian perdido, pues sin duda consignarian lo que observa Suetonio.

Debe observarse además que el comportamiento de Domicio era atrevido, pero la república no habia tenido todavía ningun general que se hubiese hecho independiente; y como la familia de Domicio habia sido poderosa, y llegó al imperio, se tendria cuidado en la conservacion de un monumento que tanto honraba su nombre.

La belleza del estilo es una prueba de que fué griego el arquitecto; solo que los romanos no quisieron que constase el nombre en el monumento, bien que era sabida la aptitud de los marselleses focenses por los bellos edificios de su ciudad. El javalí que se ve encima los trofeos, cerca del cávaro, se halla igualmente en el reverso de las antiguas medallas griegas de Aviñon, de plata y de bronce (1). Esto demuestra al parecer que entónces los cávaros eran ya aliados de Roma, lo mismo que los marselleses. El exámen de los otros dos arcos nos dará nuevos datos para confirmar nuestra opinion. El sabio obispo de Vaison, José María Suarez, en una descripcion latina publicada en Lion en 1657 en el condado Venesino, es el primero que habló de este con alguna detencion. En la Antigüedad explicada, Montfaucon (tomo 4.°, lib. VI), dió un diseño muy imperfecto, sin explicacion ninguna. Los periódicos han hablado del mismo, pero Menard le ha descrito en el tomo 32 de las Memorias de la Academia de Inscripciones, y á él vamos á seguir.

El arco de triunfo de Carpentras, sito en lo mas alto de la villa, se halla actualmente encajado en una parte del palacio episcopal. El cardenal Bichi, que fue obispo de Carpentras, estaba mas ocupado en negocios diplomáticos que en el estudio de antigüedades, y dejó que el bello monumento quedara sepultado en el palacio que hizo construir por los años de 1640. Con todo, con alguna atencion, todavía se llega á descubrir la trabazon de los trozos principales. El cuerpo entero ocupaba un espacio cuadrado de ochocientos doce centímetros de largo, sobre cuatrocientos sesenta y tres de ancho, con unos doce metros y medio de alto, todo en piedra de sillería. Tiene en cada ángulo una coluna estriada, con el pedestal casi todo enterrado. Los capiteles están mutilados. Las cuatro fachadas tenian arcos, y están cubiertos los tres por las construcciones modernas, quedando únicamente libre la fachada occidental, que entre sus colunas está adornada de un gran trofeo en bajo relieve, puesto sobre el tronco de un árbol, colgando de ambos lados por la parte superior dos escudos con algunos adornos, y resaltando por la parte inferior un haz de dardos. En medio hay una cota de armas, por la cual pasa el tronco del árbol, con un cinturon y una especie de manto. El tronco se halla coronado con un casco y una cabellera. Hay además debajo de los dardos un hombre de pié, que tiene al parecer las manos atadas detrás, con una especie de capa que le baja hasta mas abajo de las rodillas. Se ve que su barba es corta, trae una especie de velo en la cabeza, cuyas puntas caen por detrás de la misma. Otro bajo relieve hay casi parecido á este, sin que pueda decirse cuál era la forma de su calzado; solo que á los piés de la derecha se divisa la cola de un animal, la que no se percibe muy bien por haberse practicado en ese punto una puerta que da á la cocina del palacio.

Solo esto se ve ahora del arco triunfal de Carpentras, y estos son los trofeos elevados, segun Estrabon, después de la victoria de Fabio: dice Menard que le parece poco sencillo para la época de Domicio; pero, á pesar de que Estrabon nos dice que en las ciudades asiáticas solo se empleaba el mármol y el granito, celebra sin embargo la magnificencia de Marsella, colocada en anfiteatro junto á un puerto abierto dentro de la peña; y acaso era aun mas bella antes del reinado de Augusto, en el cual vivia dicho autor, pues al hablar de la belleza de Cizico, hermosa ciudad de Asia, dice que tenia los mismos monumentos de arquitectura que en otro tiempo tuvieron Rodas, Cartago y Marsella (Enciclopedia, tom. 10, artículo Marsella).

Los que no conocen mas que el estado de las artes en su siglo, pueden leer el viaje pintoresco á Sicilia, Malta y Lipari por el pintor Hovel (Cuadro razonado de la hist. liter. del siglo XVIII, 1783). En él verán el diseño del templo de Segesta, á quinientos pasos del camino de Trápani. El templo existe por entero. En las cartas familiares de Winckelman puede verse igualmente una descripcion muy curiosa del templo de la Concordia en Agrigento ó Girgenti. Esto explica como pudo hallar Domicio arquitectos para sus arcos de triunfo. Al principio el general romano no hizo mas que erigir dos torres, pero con la prosperidad de las armas romanas tomó mas vuelo su sed de gloria. Como falta la inscipcion en el arco de Carpentras, para buscar su fecha debe acudirse al ornato de las colunas (Daviler, sobre Viñolas, curso de arquit. tóm. 1.) Por los restos de la escultura antigua, se viene en conocimiento de los templos y arcos triunfales. Dice Menard que el órden de las colunas de Carpentras es compuesto de corintio y de jónico, y trata de determinar la época en que principió ese órden; pero, no siendo satisfactorias sus congeturas, vamos á esponer nuestra teoría fundada sobre hechos.

Siendo el órden compuesto una mezcla de los demás órdenes, claro está que hubo de usarse después de los mismos, pero hubo de ser en país cansado ya de ellos. No puede esto aplicarse á Roma, en donde se hallaba todavía la arquitectura en su infancia, pero sí á Marsella, que, segun Estrabon (lib. IV, c. 1), tenia ya á la sazon edificios magníficos. Sin duda fueron arquitectos marselleses los que construyeron los arcos triunfales de Domicio, y como fué para los romanos, se ha inferido que estos habian sido los primeros en emplear el órden compuesto. Necesariamente habia de emplearse este en las provincias antes que en Roma, pues nos dice Vitruvio que se habia empleado antes de la muerte de Julio César (tom. 32 de las Mem. de la Acad.), y añade Menard que la primera vez que se usó este órden en Roma con toda la ornamentacion y reglas correspondientes, fué cuando la ereccion del famoso arco de Tito, posterior de mas de un siglo á Julio César; y por esto Viñolas, uno de los maestros principales en arquitectura, dice lo siguiente: «el arco triunfal de Tito es de un género nuevo, llamado compuesto, con el cual los romanos adornaron las fachadas del mismo.» Solo que no habla mas que de Roma en este pasaje, y en su tiempo no se habia profundizado bastante la historia del arte,

(1) Véase la descripcion de las medallas antiguas por T. E. Mionnet, Paris 1806, t. 1, p. 65.

para saber cuál era mas antigua, la de Roma ó la de Marsella.

Por lo demás, los cautivos, con las manos detrás, del arco de Carpentras, uno de los cuales tiene sueltos los cabellos, indican pueblos vencidos; y representan sin duda alguna los auvernios, alobrogos y rutenios, todos de aquella parte de la Galia céltica que llamaron «Galia comata,» con motivo de la cabellera de sus habitantes. Uno de los cautivos no tiene barba, y el otro poca, y segun dicen César y Estrabon, unos se la cortaban enteramente, y otros solo en parte. Pero, los dos llevan aquella especie de sayo, «sagum,» que, segun dicen Varron y Diodoro, vestian los galos. En cuanto al tronco de árbol cargado de armas y escudos, sabido es que es la fiel imágen de la manera primitiva con que solian los romanos celebrar sus triunfos, y que consistia en entrar en Roma el vencedor con una rama de árbol, cargado con los despojos del enemigo, como hizo Rómulo, segun se ha dicho en otra parte, y puede verse en su vida por Plutarco.

Hablemos ahora del monumento de Cavallon. Esta antigua poblacion de los cávaros estuvo al principio bajo la dominacion de los marselleses, segun dice Artemidoro de Éfeso, á quien cita Esteban de Bizancio. Con el tiempo llegó á ser ciudad latina, segun puede verse en Plinio (lib. III, c. 5), y en las Antigüedades de Valclusa, de modo que siguió la suerte de Aviñon. Los romanos la hermosearon mucho, y en las excavaciones que se están practicando, siempre se hallan medallas é inscripciones griegas y latinas, con ricos fragmentos de arquitectura. Con todo, lo mas notable de Cavallon es el resto de un arco de triunfo, que forma un solo arco, con un pilar á cada lado, adornado el capitel con hojas de acanto, propias del órden corintio, pero mas corto de un módulo que los capiteles corintios, lo que supone que es pilar ático. Vése sobre el arco una victoria en cada ángulo, con una paloma en la mano derecha y en la izquierda una corona. La parte inferior del monumento está oculta en el suelo, y es de esperar que se despeje el monumento, para compararle con los de Carpentras y de Orange. Montfaucon, en la «Antigüedad esplicada (tom. 4, lib. VI), y tambien Miñard, no comprenden con el arco de Cavallon uno ó dos trozos sueltos que algunos han querido agregarle sin motivo.

No puede venirse en conocimiento del vencedor para el cual se erigió el arco, pues faltan los indicios característicos, y no hay otro medio que atenerse á la tradicion del país, y atribuirle á Domicio, cuya via empedrada pasaba por Cavallon, que se halla entre Orange y Aix, via muy frecuentada, segun puede verse en una disertacion de Calvet. Si el tiempo hubiese respetado ese monumento, hallaríamos las figuras y símbolos de los otros dos; pero, ahora solo se conoce que tenia cuatro fachadas.

En el monumento de Orange, mejor conservado que los otros, se lee el nombre de Mario entre los que están grabados en los escudos, y como ya se habia distinguido en sus primeras campañas, bien pudo suceder lo mismo este año, en que sabemos de cierto que era cuestor, como se ha dicho en el año que precede. Bien pudo por consiguiente merecer la inscripcion de su nombre habiendo asistido á las batallas de Domicio y de Fabio.

Nos hemos esmerado en aclarar lo concerniente á las victorias de estos dos generales, por referirlas con alguna oscuridad los modernos, y por estar los datos muy esparcidos entre los historiadores antiguos. Esto es tanto mas interesante, cuanto que al parecer organizaron los romanos á la sazon toda la Galia narbonesa, no habiendo poseido hasta entónces mas que la parte meridional y occidental de la Galia, que no pasaba de la orilla izquierda del Ródano. La provincia comprendió despues en toda su extension, nó solo lo que se ha llamado la Saboya, el Delfinado y la Provenza, sino además el Lenguadoc y el Rosellon, constituyendo estos dos últimos países la mayor parte de la Galia narbonesa. Lo que resta de la historia romana nos enseña cuándo y de qué manera fueron sometidos los ligures, los salios ó saluvios, los voconios y alobrogos, que eran los pueblos principales del país, primitivamente conquistado; mas no nos dicen los antiguos cuándo y de qué modo dominó la república el Lenguadoc ó la verdadera Narbonesa, lo cual debe atribuirse á la pérdida de los libros de T. Livio, de Dion, y otros historiadores (Hist. gener. del Lenguadoc por dos benedictinos; Paris 1730, tom. 1, pág. 600). De suerte, que solo puede suponerse por algunos indicios que el Lenguadoc fué agregado á la conquista primitiva inmediatamente despues de la derrota de Betulto, ó sea de la batalla dada en la confluencia del Isera y del Ródano en 633 de Roma, 121 antes de Jesucristo. Para esta opinion nos fundamos en lo que sigue: es positivo que antes de esa batalla la mayor parte del Lenguadoc se hallaba debajo el imperio de Betulto (Estrabon, lib. IV); por lo mismo, fácilmente pudieron sus vencedores apoderarse del territorio situado á la derecha del Ródano, fundando la invasion en el socorro suministrado por sus moradores á Betulto. No hay duda en que dice César (de bello Gall. lib. I), que, despues de la victoria de Fabio, se otorgó la paz á los arvernos, y que su país nó fué reducido á provincia, concordando esto con lo que se ha dicho de su hijo Congeniato, educado en Roma, y enviado despues á gobernar los estados de su padre; pero, ésto debe entenderse del país de los auvernos en particular, mas nó de los países situados á la derecha del Ródano, que no eran la Auvernia verdadera, solo que su rey extendia la dominacion hasta ellos. Defendiendo Ciceron á Fonteyo, se reia de los pueblos de la narbonesa que amenazaban con la rebelion si no se castigaba á ese antiguo gobernador de su país, diciendo irónicamente: «no tendremos mas remedio que hacer resucitar á Domicio y á Fabio, para someter otra vez con las armas á los alobrogos y demás pueblos de la provincia» (Cic. pro Fonteyo, pág. 431 de la edicion de Grevio). ¿No prueba esto que se atribuia á Domicio y á Fabio la conquista del país tanto á la izquierda como á la derecha del Ródano? Al referir Velleyo (lib. II, c. 39), cómo fueron dominadas las provincias del imperio, dice que la provincia romana ó Narbonesa, fué sometida enteramente por Domicio y por Fabio Amiano. Marcelino (lib. XV) dice, hablando de lo mismo, que «el primero que entró en la Narbonesa fué Fulvio; Sextio comenzó á ganar tierra, y Fabio la domeñó por fin.» Ahora bien, Fulvio y Sextio no se las hubieron mas que con los pueblos que se hallan á la izquierda del Ródano, sin pasar á la otra márgen del rio, como fuera menester para conquistar el Lenguadoc; luego, hubo de hacerlo Fabio. Sabemos por fin que en la Narbonesa habia la «via Domicia,» que en tiempo de Ciceron atravesaba toda la provincia (Cic. pro Fonteyo). En el itinerario de Antonino, y en las tablas de Peutinger, se habla igualmente de un lugar llamado «Forum Domitii,» que es ahora Frontiñan (1), y se halla á la

(1) Coleccion de los historiadores de las Galias, por Bouquet, t. 1, p. 109. Anville, «Noticia de la Galia,» se extiende mucho acerca de esto, en el artículo «Forum Domitii,»

derecha del Ródano, en el Lenguadoc, entre Agda y Pezenas (d' Anville, en el artic. Véase á Moreri, diccionario histór. artíc. Tiberi ó Saint Tuberi). No se conoce á otro Domicio que haya podido dar su nombre al camino y al pueblo, sino á ese Domicio Ahenobarbo que mandaba en la provincia por los años de 633 y 634 de Roma, ora solo, ora con Fabio. Probablemente estuvo de gobernador en la misma por espacio de tres años. Nada tiene de extraño que, trás de tan señalada victoria, tuviese lugar la conquista del Lenguadoc. Esto confirma que Betulto era un rey poderoso. Un traductor de Ateneo escribe que los romanos quitaron la vida á Betulto, pero otro traductor, Febvre de Villebrune, rectifica el hecho, apoyado en el texto mismo de Ateneo. Los romanos esculpieron en mármol el triunfo de Domicio, haciéndolo Pighio copiar en sus anales. Tambien ha copiado Gruter ese fragmento de los Fastos triunfales.

Mario pudo presentarse este año con mas confianza que el anterior, por haber contribuido á una victoria de tanta trascendencia: y fué elegido tribuno del pueblo por intercesion de Cecilio Metelo, cuya familia le protegia mucho, siendo de advertir que, para elevarse en la poderosa república, el favor era indispensable.

635 de Roma.—120-119 antes de Jesucristo.—Cónsules: L. Cecilio Metelo Calvo, hijo de Lucio, nieto de Quinto (1); Lucio Aurelio Cota.—Tribunos: Cayo Mario, etc.—Pretores: Q. Fabio Máximo Eburno, etc.

Estos cónsules entran el 1.° de enero romano, 11 de agosto juliano del 120 antes de Jesucristo. Casiodoro y Julio Obsecuente hacen mencion de estos cónsules, igualmente que Plutarco en la vida de Mario, y Apiano en la Historia de las guerras de Iliria. Este Metelo era hijo de Metelo Calvo que fué cónsul en 612 de Roma (Sigonio), y censor en 628. Por consiguiente era sobrino de Metelo Macedónico.

Luego de salir del consulado Papirio Carbo, que *habia hecho* absolver á Opimio, se vió acusado por el jóven L. Licinio Craso. Este orador, uno de los mas esclarecidos de la república (Ciceron), era el cuñado de Cayo Graco, y no podia perdonar á Papirio el haberse constituido defensor de su enemigo, despues de haber sido uno de los mas amigos del tribuno. Licinio no tenia á la sazon mas que veinte y un años (2), y esa acusacion fué su primer ensayo político. Los jóvenes romanos solian aprovechar esas ocasiones para darse á conocer, y manifestar su talento y su celo patriótico. Papirio Carbo tenia prestigio, y amigos, y además era considerado como el primer orador de su tiempo; de suerte que al comenzar Licinio la acusacion, se perturbó, perdió el hilo de su discurso, y hubiera tenido que retirarse avergonzado, si no le hubiera favorecido el presidente del tribunal, que era el hermano de Q. Fabio, vencedor de los alobrogos. Llamábase Q. Fabio Máximo Eburno, ó «ebúrneo» con motivo de la blancura de su tez, parecida á la del marfil. Dice Festo que el rayo le habia tocado sin hacerle daño, y que esto dió lugar á que llamasen á Fabio el querido ó el pollito de Júpiter. Este año era uno de los pretores. Tuvo el juez compasion de un jóven que prometia mucho y mandó aplazar la vista de la causa: así tuvo tiempo Licinio para prepararse mejor. Volvió á presentarse en el dia señalado, é hizo presente que aquel á quien acusaba habia sido cómplice en el alzamiento de Graco, y que habia además contribuido á la muerte de Escipion, pues siendo tribuno del pueblo se habia Papirio atrevido á citarle ante la autoridad tribunicia (Val.-Máx. lib. VI, c. 2). Añadió que no habia desertado del partido popular sino para ser cónsul. Con tal energía peroró, que Papirio se sintió vencido antes del certámen. Sucedióle sin duda lo que á todos los tránsfugas, que se hacen odiosos para con sus amigos antiguos, y sospechosos con los nuevos (1). No podia contar con el bando plebeyo á quien hizo traicion, y el patricio no fiaba mucho en él. Nada omitia el jóven orador para recordar á los jueces sus excesos y desmanes antes de pasarse al senado. Tan vigorosa fue la acusacion, que Papirio se anticipó á una condenacion inevitable, envenenándose con cantáridas, segun se cree. Ningun partido le defendió, y quedó sacrificado, llamando Valerio Máximo con motivo de esta ocasion á Licinio el mas elocuente de sus contemporáneos. Bello era para Licinio el manifestarse ya consumado en un arte para el cual en su edad era ya honorífico limitarse aun, á estudiar en el silencio del gabinete. No solo se aplaudió su elocuencia, sino que fué aun mas admirado por un rasgo de generosidad relativamente á su enemigo. Fué un esclavo de Papirio á encontrar á Licinio trayéndole papeles de su amo, que habian de hacerle reo convicto. El jóven envió el esclavo á su amo debidamente atado, junto con los papeles que no quiso mirar siquiera. ¿Cuál no será entónces el comportamiento de los amigos entre sí, dice Valerio Máximo (libro VI, c. 5), cuando esto sucedia entre los mas encarnizados enemigos?

No tenia Mario la elocuencia de Licinio; pero, trató de señalarse en su tribunado con leyes que revelaban mas espíritu de justicia que de partido, sin que asomara todavía con claridad la ambicion de su alma. Tenia por objeto la primera la reforma de un abuso electoral de que entónces se hablaba mucho (Cic. 3, de Legibus). El puente por el cual pasaban los ciudadanos para dar el voto era tan espacioso, que, además de los que iban á votar, podia contener á los candidatos mismos, y á sus amigos, los cuales solian ponerse allí para influir en el ánimo de los electores (Ferguson). Esto daba gran ventaja á los ricos, atribuyendo Mario á esto el obstáculo principal que le impidió llegar antes á los altos honores (Val.-Máx.). Como la ley que se proponia disponia tambien el modo con que se habia de votar, y disminuia en realidad la influencia de los nobles, el cónsul Cota se opuso á ella. No conocia todavía á Mario, é indujo al senado á que la rechazara, y mandase comparecer al tribuno para que diese cuenta de la ley que proponia. Mario entró en el senado con una entereza que bien mostraba la confianza que tenia en sí mismo. Lo primero que hizo fué amenazar á Cota con la prision, si no revocaba desde luego sus disposiciones contra él. Cota se dirigió hácia Metelo, pidiéndole su parecer, y este apoyó lo dicho por el cónsul. Inmediatamente Mario hizo llamar á un lictor que tenia á la puerta, y abusando de la autoridad á la que se habia elevado por el valimiento de un protector ilustre, le mandó que llevase á la cárcel á Metelo, quien apeló de la órden ante los demás tribunos, sin que uno sólo le amparase,

---

y le pone á 10 millas al norte de Cette, correspondiendo con corta diferencia al punto en que se halla situado Frontiñan.

(1) Así se escribe en los Fastos de Sigonio. Es una equivocacion en los de Almeloveen el dar á este L. Cecilio Metelo el sobrenombre de Dalmático. Véase el año 637 de Roma.

(2) Dice Ciceron en su diálogo de los oradores ilustres, en el c. 43 de la edicion de Ernesti, p. 606, que era «ad modum adolescens,» añadiendo que nació en el consulado de Q. Cepion y de C. Lelio, en 614, luego en 635 tenia veinte y un años, equivocandose Tácito al decir que no tenia mas que diez y nueve años

(1) Transfugæ nomen exsecrábile vetéribus sociis, novis suspectum: T. Livio, l. XXVII, c. 17.

de suerte que el senado se arredró y anuló su propio decreto, saliendo Mario de allí como un vencedor, y volviendo á la junta del pueblo, por el cual hizo adoptar su ley.

Este acto hizo considerar desde luego á Mario como hombre de la mayor energía, y capaz de oponerse animosamente al senado en bien del pueblo. Mas á poco dió á pensar lo contrario. Quiso un tribuno revocar el edicto dado el año anterior por Octavio, y disminuir así otra vez el precio del trigo que se vendia en los graneros construidos por Graco. Mario hizo presente el peligro que entrañaba la medida, y se opuso á la misma vivamente: salió con la suya, y todos le tuvieron por incapaz de menoscabar la autoridad por favorecer partidos (Plut.).

Los cónsules, que tan mal parados habian quedado con amenazar á Mario, salieron de Italia. Cota fué á la Galia, y como este año no hubo insurrecciones, poco tuvo que hacer en la misma (Catrou). Reunióse después con su colega para guerrear contra los segestanos, que fuéron vencidos, bien que á poco se alzaron de nuevo (Apian. De bell. Illiricis). Como Apiano pone ese acontecimiento en la historia de Iliria, y como la Sicilia, en la que tambien habia segestanos (Geografía de Mentelle, tomo 15), estaba completamente sometida á Roma, pensaron acertadamente Catrou, y Rouille que se trataba aquí de los habitantes de «Segesta» ó «Segéstica,» antigua poblacion de la baja Panonia, hace tiempo destruida, y cuyas ruínas se distinguen todavía en la Esclavonia, á orillas del Savo, hácia, la embocadura del Kulp, cerca de Siseg (Diccion. de Baudrand, art. Segesta). Así lo sienta Baudrand con mas fundamento que Catrou, quien la supone sita en la alta Panonia; pero, los romanos no conquistaron toda la Panonia hasta el reinado de Augusto (Apian. y Mentelle). Plinio (lib. III) habla de una ciudad destruida en tierra de los carnos, á orillas del Adriático, y la llama Segesta: tal vez es la misma que llamaron Tergesta, á la que los romanos enviaron una colonia, y que hoy llamamos Trieste. Del mismo sentir parece el editor moderno de Apiano, que pone Segesta en el país de los carnos (Notas de Schweighaeuser), pero el mismo Apiano pone muy esplícitamente el país de los segestanos en la Panonia ó en sus confines. Anville no ha puesto á Segesta en su mapa del mundo antiguo, pero pone Siscia en el lugar que ocupaba aquella, en la confluencia del Colapis, ahora Kulp, y del Savo. Por lo demás, ahora se conviene ya en que los países de que consta la Iliria húngara, pertenecieron tambien al antiguo Ilírico (Mentelle), provincia romana, perteneciendo á la misma los segestanos de la Panonia, ó á lo menos lindando con la Iliria.

636 de Roma, 119-118 antes de Jesucristo.—Cónsules: M. Porcio Caton, hijo de Marco, nieto de Marco; Q. Marcio Rex (Sigonio). Murió Caton durante su consulado, y le reemplazó Q. Elio Tuberon (Fastos de Almeloveen, pág. 94).

Los dos cónsules primeros entraron el 1.° de enero romano, 23 de agosto juliano del 119 antes de Jesucristo. Hacen de ellos mencion Casiodoro, Julio Obsecuente, Eutropio, Valerio Máximo y Aulogelio. Por lo tocante á Elio Tuberon, su entrada en el consulado es una congetura que hace Pighio, y que funda muy bien. Los Fastos de Almeloveen ponen este consulado en el mismo año de Roma, pero en el 118 antes de Jesucristo; los de Sigonio le ponen un año de Roma mas atrasado, pero en el mismo de la era cristiana que nosotros.

Concluido el año de su tribunado, pidió Mario el ser edil curul, dignidad mas apreciada que la de edil plebeyo, cuyo asiento era ya menos lujoso é imponente. Los curules eran elegidos los primeros, y el mismo dia se procedia á la eleccion de los ediles plebeyos. Al ver Mario que se le negaba la primera dignidad, aspiró á la mas popular, y tampoco salió nombrado; mas á pesar de esta doble derrota en un mismo dia, se quedó tan altivo como siempre (Plut.).

M. Porcio Caton era nieto del primer Caton, por parte de su primera mujer. Habla Aulogelio (lib. XIII) de su elocuencia, y dice que era orador fogoso. En los discursos que de él nos quedan, añade dicho autor, se echa de ver el estilo de su abuelo. Hubo algun movimiento en África y le cupo el ir allá.

Hemos visto en el año 630 que Micipsa reinaba en Numidia, y se ha dicho tambien que falleció el 119 antes de Jesucristo, dejando dos hijos y un sobrino á quien adoptó. Próximo á morir, reunió Micipsa á parientes y amigos, junto con sus dos hijos Adherbal é Hiempsal, y delante de todos dijo á su sobrino Yugurta: «Yugurta (Salustio), la muerte de tu padre te dejó casi en la cuna desvalido, y te recogí figurándome que por agradecimiento á las mercedes que te dispensaba, me tendrias un cariño filial, como mis hijos verdaderos. No has frustrado mis esperanzas, y omitiendo tus muchas proezas, solo recordaré la gloria que me has dado en el sitio de Numancia, haciendo con tu valor mas fuerte el lazo que me unia con los romanos. Á mas de ilustrar el nombre de mi familia, has conseguido, cosa rara, hasta acallar la envidia. Ahora, en mi hora postrera, dame la mano y por la lealtad que á tu rey debes, promete que amarás á mis dos hijos, deudos primero por la sangre, y después hermanos tuyos por haberte yo adoptado. ¿Porqué pensar en amigos mejores que ellos? Créeme, ni ejércitos, ni tesoros son los puntales mas firmes de los tronos: lo son los amigos verdaderos, y estos no se adquieren con oro, sino con un alma noble y con un buen corazon. Y ¿qué mejor amigo que un hermano? ¿Cómo pensar en amigos extraños, pudiendo tenerlos de la misma sangre? Hijos mios, os dejo un reino muy consolidado si sabeis portaros bien, pero que no tardará en desquiciarse si sucediere lo contrario. Los estados mas debiles prosperan con la buena union, los mas poderosos vienen abajo con la discordia. Yugurta, tú debes andar con mas cautela, pues tienes mas años y mas luces; no olvides que en todas las querellas suele atribuirse la culpa al mas fuerte. Y vosotros, Adherbal é Hiempsal, guardaos de faltar al amor y respeto que debeis profesar á este héroe, y cuidad de que nadie pueda decir que la adopcion me hizo, mejor que la naturaleza, padre afortunado.» Micipsa acabó su razonamiento exhortándolos á todos á permanecer fieles al pueblo romano.

Bien conocia Yugurta que el rey hablaba mas por temor que por cariño, y, no obstante, supo encubrir el fondo de su corazon con toda clase de ofrecimientos. Pocos dias después murió el anciano rey. Celebradas pomposamente las exequias á la usanza del país, se juntaron los tres príncipes para deliberar acerca del estado del reino. Hiempsal, que era el mas mozo, á la par que el mas orgulloso, y que nunca habia querido á Yugurta, se puso á la derecha de Adherbal, quitando así á Yugurta el puesto de en medio que era el mas honorífico, sobre todo para los numidas. Sin embargo, á instancia de Adherbal, vino por fin en ceder á Yugurta, que era el mayor, el lugar que le correspondia.

Nada bueno prometia aquel principio. Suscitáronse varias cuestiones administrativas, y mientras estaban

deliberando, no tuvo reparo Yugurta en decir, que seria conveniente revocar las ordenanzas dadas por el rey durante los últimos cinco años de su reinado, porque daban claro indicio de la debilidad de un ingenio quebrantado por la vejez. Al momento contestó Hiempsal que en esto estaba enteramente conforme con él, porque solo hacia tres años que Micipsa habia adoptado á Yugurta, abriéndole así el camino del trono. Desde aquel dia, ya no pensó Yugurta mas que en los medios de deshacerse de Hiempsal, quien por su parte nada omitia para dar aun mas pábulo á su sed de venganza. Quedó convenido en esta primera reunion, viendo que no podian gobernar juntos, que se repartirian los tesoros junto con el reino, y que cada cual tendria su parte separada. Señalóse un plazo para partir el dinero, y luego otro plazo mas lejano para el reino, dirigiéndose desde luego cada cual por su lado hácia donde se hallaban los tesoros (Salust. Guerra de Yugurta, c. 12). Los romanos no habian de permanecer meros espectadores de aquellos movimientos. Casi todas las ciudades púnicas y todo el país de que en los últimos tiempos se componia el territorio de Cartago, se hallaba bajo la dominacion de Roma, formando una provincia administrada por magistrados de la misma (id. c. 22). Estaba ya reconstruida Cartago, poblada de nuevo con ciudadanos romanos (Eutrop. lib. IV). Porcio Caton, estuvo en esa provincia algunos meses, observando á Yugurta y á sus hermanos. En esto le sorprendió la muerte, sin que pudiera dar su opinion tocante al partido que le pareciera mejor adaptable para la república. ¿Tuvo en realidad Porcio un sucesor en el consulado? ¿Dejaron que Marcio quedara solo hasta fines del mismo? La historia no lo aclara suficientemente. Á algunos modernos parece verosímil que el difunto fué reemplazado por Q. Elio Tuberon. Pomponio asegura que fué *efectivamente* cónsul; solo se trata de averiguar en *qué año lo fué*, lo que no dicen los historiadores romanos. Los analistas no saben en qué año ponerle mas que en este (Catrou). Pero, no demos por cierta una congetura, por fundada que pareciere, y ocupémonos de Q. Marcio, reconocido por los Fastos consulares como el solo jefe de la república durante una buena parte del año. Llevaba el sobrenombre de «rex» ó rey, sin duda porque era uno de los descendientes de un pariente de Numa (Plutarco Vida de Coriolano). Era nieto de uno que fué tribuno del pueblo en 538 de Roma, el cual tuvo el mismo nombre (Catrou y Rouille, tomo 13).

El gobierno de la Galia transalpina cupo á Marcio, pues desde la conquista de los salios, arvernos y alobrogos, siempre iban allá cónsules con buenos ejércitos. Iba el cónsul á marchar, cuando hubo de suspenderlo con motivo de morírsele el único hijo que tenia, de buenas dotes y de mucha esperanza para la república. Todos sabian cuán sensible habia de ser para el cónsul tamaña pérdida, mas no por esto dejó de cumplir estrictamente con todos los deberes que le imponia su cargo. El mismo dia en que su hijo tan amado fué puesto en la pira, Marcio dió audiencia como los demás dias, y convocó al senado al mismo tiempo, asistiendo á la sesion sin dar la menor señal de tristeza, cumpliendo en un mismo dia como funcionario y como padre, pues no dejó de asistir por esto al funeral de su hijo (Val-Máx. lib. v, cap. 10). Los romanos tenian por virtud suprema el arrostrar con serenidad los golpes de la fortuna, y el acallar las pasiones mas vivas con la fortaleza filosófica. Marcio era varon magnánimo, y supo hacerse querer de los galos que vivian á orillas del mar, sin que opusieran resistencia á sus proyectos (1). Abrir paso libre á los ejércitos desde los Alpes al Pirineo, despejando el camino desde Marsella hasta los montes que separan la España y la Francia, era empresa digna de él. Pero, á fin de asegurar mejor la dominacion del país, cuyos moradores eran inconstantes, la república, sin duda á instancias del cónsul, envió mas allá del Ródano una colonia romana, con bastantes elementos de fuerza para tener sujetos á los galos. El negocio competia al pueblo, pues de su seno salian los colonos. Parece que el senado se oponia á la fundacion de la colonia de Narbona; y Licinio Craso, el mismo que habia acusado victoriosamente á Papirio Carbo, se empeñó en vencer su resistencia, pronunciando á la sazon un discurso que tendia á amenguar la autoridad del senado. Como el negocio correspondia al pueblo, segun hemos dicho, bien que haya historiadores que pretendan dar sobre esto al senado mas autoridad de la que tenia, Licinio fué nombrado uno de los fundadores de la colonia de Narbona, ó sea triunviro para la organizacion de la misma, y reparticion de sus tierras. Entónces Licinio no mostró ya la cortedad de la vez primera, y tuvo la suficiente entereza en el decir, quedándole tan solo una modestia oratoria que no le sentaba mal. Verdad es que nos dice Ciceron que al principio del discurso, cada vez que subia á la tribuna, se ruborizaba manifestando alguna timidez, pero luego se iba entonando poco á poco. Cuanta mayor es la inteligencia, y cuanto mayor el buen gusto, añade Ciceron (de Orat., lib. I), mas se siente cuán grande es el arte de la palabra. Licinio y M. Antonio son los dos primeros oradores romanos que en sentir de Ciceron puedan parangonarse con los griegos.

La colonia fué asentada en país de los volcios tectosagios, á alguna distancia del mar, y la llamaron «Narbo Marcia» (2). Esta es la misma Narbona que no fué edificada en despoblado, pues Estrabon dice que Polibio habia hablado de la misma ciudad antes de establecerse la colonia (3). Polibio dijo que era una de las mas ilustres ciudades de la Galia. Al poblarla los romanos, llegó á ser capital de un gran país al que se llamó Galia Narbonesa, y sirvió de centro de operaciones á los ejércitos romanos para ir á los Alpes y á los Pirineos. Conviene Anville en que la colonia se estableció en el consulado de Marcio, pero extraña, sin mucha razon, que haya medallas é inscripciones en que el nombre de Marcio esté puesto con t, Mart, y nó con c, sin tener en cuenta que tambien se escribia con t. De todos modos, el Lenguadoc estaba sometido ya antes de Marcio, y este no hizo mas que contribuir al establecimiento de una colonia muy útil para los romanos.

637 de Roma, 118–117 antes de Jesucristo.— CÓNSULES: L. Cecilio Metelo, hijo y nieto de Quinto, que fué apellidado el Dalmático, siendo todavía cónsul, y Q. Mucio Escévola, hijo y nieto de Quinto (Sigonio tomo 1.°, pág. 26).

Estos cónsules entran el 1.° de enero romano, 5 de setiembre juliano del 118 antes de Jesucristo. Se habla de ellos en Casiodoro, Fastos Sículos (ó de Sicilia), y en Eutropio. Hay autores que escriben Escévula en vez de Escevola. Los Fastos de Almeloveen (pá-

(1) Catrou y Rouille suponen que tuvo que pelear contra un pueblo, en tierra de Gevaudan. Eran los estonos, que, segun se verá el año que sigue, eran galos cisalpinos.

(2) Catrou tom. 13, pág. 568. Ciceron pro Fonteyo, y los Fastos Capitolinos. Véase á Pighio, tom. 3.°, pág. 83.

(3) Véase Tableau historique et geographique du monde, t. 4.°, pág. 163, donde se halla dilucidado este pasaje. Véase igualmente á Polibio, de Schweighaeuser, lib. III y XXXIV.

gina 94) ponen estos cónsules en el mismo año de Roma que nosotros, pero en el 117 antes de Jesucristo, conviniendo en que Glandorpio en su « Onomásticon » da como nosotros el nombre de Dalmático al cónsul primero, bien que no esten conformes con esa opinion. Lo mismo hacen los Fastos de Sigonio, atrasados de un año solo para los años de Roma.

Lucio Metelo era el hijo segundo de Metelo el Macedónico. Tenia una úlcera en la frente, que cubria con una venda, conservándole por esta particularidad el nombre de « Diadematus » Plutarco, Plinio, y demás escritores que hablan de él. La voz «Diadematus» se referia á la diadema con que solian ceñir la cabeza los monarcas de Oriente. Aquí seguimos á Plinio (libro VII, cap. 45), en el cual se fundan Glandorpio y Sigonio para su opinion, atribuyéndole la victoria sobre los dalmacios, lo cual concuerda por otra parte con Apiano y el Epítome de T. Livio, segun luego veremos. Trae Pighio una inscripcion, fundado en la cual, cree que el triunfador fué el L. Metelo que habia sido cónsul dos años antes, hijo de Metelo Calvo.

Q. Mucio Escévola era hijo de Q. Escévola, cónsul en 580 de Roma. Es muy celebrado por todos los historiadores antiguos. Están conformes en que Escévola fué modelo de sabiduría en la magistratura, y de honradez privada. Debia á las máximas de la filosofía estóica esa severidad de costumbres que formaba el carácter distintivo de los mas claros varones de Roma. Á mas de esto, era el jurisconsulto mas eminente de su tiempo, de suerte que sus decisiones se tenian por oráculos. Cuantos se dedicaban al foro, procuraban oir sus lecciones. Era tenido á gran honor el ser discípulo suyo. Á pesar de sus muchas tareas jurídicas, supo sobresalir en conocimientos literarios de toda clase. Escévola fué augur (Cic. en Lelio y en su Orat. libro I) dándole los autores este título para distinguirle del gran pontífice que tenia el mismo nombre que él cuya igualdad ha dado lugar á confusion por parte de algunos modernos. Era yerno de C. Lelio, apellidado el Sabio, llegando á ser mas adelante suegro de Licinio Craso, el célebre orador de quien hemos hablado.

Q. Marcio quedó de procónsul en la Galia, y dejó de ocuparse en la colonia de Narbona para salir contra un pueblo de la Galia cisalpina. Hablando Orosio del país en que vivia ese pueblo, dice que era « subradice Alpicene. » T. Livio solo dice gente «alpina». Sin embargo algunas ediciones de este autor varian acerca del nombre verdadero de dicho pueblo. Á veces se halla impresa los « sarnios, » pero hay un manuscrito que dice « estonos, » y así mismo escriben Estrabon y Plinio. En los mármoles capitolinos se hace mencion de los « esteneos, » y Estrabon dice que sobre Comes, sita al pié de los Alpes, al oriente, están los « leponcios, tridentinos, estonos, » y otros varios pueblos muy pobres, conocidos entónces en Italia por sus rapiñas. Los estonos ocupaban el territorio de Esténoco (1). Estéban de Bizancio dice que Estomos ó « Stoinos, » era una ciudad de los ligures, « Stoinos polis Liguron. » El naturalista Plinio dice que era capital de los euganeos, cuyo país contenia treinta y cuatro poblaciones (lib. III, cap. 24). El padre Harduino pone dicha ciudad en el territorio de Trento, cerca del nacimiento de un rio llamado « Clusio » tomo 1.°, pág. 728 en la edicion de Franzio). Sin duda los esteneos habrian cometido algun desman contra los romanos cuando volvian estos de su expedicion contra los de Segesta. Procuraron defenderse, pero fuéron vencidos, y así que se vieron envueltos por el ejército del cónsul, creyendo que no se les habia de dejar salva la vida, y esperando otra mejor segun la religion druídica, comenzaron por prender fuego á sus casas, y mataron á mujeres é hijos, precipitándose luego la mayor parte de ellos en las llamas. Los que cayeron un manos del enemigo no tuvieron mejor suerte, y todos quedaron exterminados (Oros. lib. V).

Además de la noticia de esta expedicion destructora, súpose este año en Roma otra de África bastante trágica tambien. Hemos visto que los tres hijos de Micipsa se habian situado en las cercanías de los tesoros de su padre. Hiempsal estaba en Tírmida, cuya poblacion ha desaparecido como tantas otras. Cabalmente estaba ocupando la casa del primer lictor de Yugurta, que era muy querido de este. Yugurta hizo á su lictor toda clase de promesas, y este se procuró llaves falsas de la plaza, con el pretexto de ir á reconocer su casa. El lictor introdujo una noche á los soldados de Yugurta, y, dirigiendose desde luego á la morada de Hiempsal, derriban las puertas y matan á sus criados, buscándole á él por todas partes, hasta que por fin le hallaron en el chiribitil de un pobre esclavo, en donde Hiempsal se habia guarecido. Los numidas de Yugurta trajeron la cabeza á su señor (Salustio). Pronto se divulgó la noticia en África, y Adherbal se puso á temblar junto con los antiguos cortesanos de su padre. Los numidas se dividen en dos bandos, la mayor parte se declara por Adherbal, pero los mas valerosos por Yugurta. Este empieza á apoderarse de ciudades y á alistar tropas, tratando abiertamente de constituirse en rey de toda la Numidia. Adherbal envió mensageros á Roma para participar el atentado de Yugurta; se preparó al mismo tiempo para pelear, fiado en la superioridad numérica; pero, al llegar á las manos, fué derrotado, escapándose á la provincia romana, y pasando de allí á Roma.

Así que Yugurta se vió único posesor del reino, comenzó á reflexionar á sangre fria, y conoció que no tenia mas remedio que comprar el perdon de Roma con oro. Manda allí comisionados con grandes cantidades de dinero, diciéndoles que repartiesen primero á sus antiguos amigos, y que luego fuesen dando á los que supieran mas corruptibles. Los comisionados obraron en Roma segun las instrucciones de su señor, repartiendo oro á cuantos podian tener influjo en el senado, y el exito de su mision patentizó la venalidad romana. Antes de llegar los comisionados, todo era gritar contra Yugurta, pero bien pronto variaron de opinion los nobles. Movidos unos por dádivas, y por promesas otros, abogaban por Yugurta fervorosamente, y hacian lo posible por granjearse el favor de todos los senadores. Cuando se creyó que estaba bastante preparada la opinion, se fijó un mismo dia para dar audiencia á los mensageros de Yugurta y á Adherbal, el cual, llegado que hubo el dia señalado, se expresó de esta manera:

« Padres conscriptos, mi padre Micipsa me recomendó, al morir, que no me considerase nunca sino como administrador del reino de Numidia, y que tuviese al senado por el verdadero y único soberano; que en todo procurase servir al pueblo romano, en la paz y en la guerra; que os tratase siempre como hermanos, prometiéndome que en cambio encontraria en vosotros socorro y buena amistad. Yo me proponia seguir invariablemente sus instrucciones, cuando Yugurta, el hombre mas perverso que haya nacido, sin consideracion que soy nieto de Masinisa, que soy aliado y amigo hereditario del pueblo romano, me ha

(1) Nota de Gosellin en su traduccion del geografo Estrabon, tom. II, pag. 92, lib. IV. pag. 204 del texto.

despojado del reino y de cuanto poseia. Bien hubiera querido, padres conscriptos, presentarme ante vosotros, fundado, para obtener vuestra proteccion, en títulos mios además de los de mis antepasados; pero, ya que la inocencia no es arma bastante fuerte, y que no me ha sido dado el contrarestar la maldad de Yugurta, he venido á refugiarme entre vosotros, padres conscriptos, sintiendo en el alma no haberos podido prestar algun servicio antes de implorar vuestro socorro. Los demás reyes no desearon vuestra alianza sino despues de vencidos, ó despues de bien persuadidos de que así convenia á sus negocios. Mi familia principió á aliarse con el pueblo romano durante la guerra de Aníbal, en circunstancias en las cuales podia desearse vuestra amistad por consideracion á la virtud, pero nó á la fortuna. ¿Y sufririais, padres conscriptos, que el nieto de Masinisa os dirigiese sus súplicas en vano?

Aun cuando no tuviera mas títulos que mi infortunio, que esa situacion en que me veo, desprovisto de todo, sin mas amparo que el vuestro, aun fuera digno de la majestad romana el impedir que nadie en el mundo se engrandezca con el crímen; pero los estados que se me arrebatan fueron cedidos á mis mayores por el pueblo romano, los mismos de los cuales mi abuelo y mi padre os ayudaron á echar á Sifax y á los cartagineses: padres conscriptos, se me quita propiamente lo vuestro, con ese despojo vosotros sois los ultrajados.

¿Cómo pudieras figurarte, padre mio, que aquel á quien adoptaste, tratándole como á tus hijos propios, y á quien nombraste heredero del trono, habia de ser el primer asesino de tu familia? ¿Estará esta condenada á vivir siempre en la sangre y en medio de los horrores de la guerra ó del destierro? Mientras subsistió Cartago, bien podiamos esperar los males que padecimos; el enemigo estaba tan cercano y vosotros *tan distantes*, que habíamos de fiar principalmente en *nuestras armas*; mas, libre por fin el África de esa peste, creimos en la duracion de la paz, sin mas enemigos que los que quisierais vosotros indicarnos; y heos aquí que Yugurta, de repente, sin consultar mas que su osadía, respirando únicamente crímenes y barbarie, asesina á mi hermano, su deudo mas allegado, apoderándose desde luego de sus estados, y, lleno de ira por no haberme podido coger del mismo modo entre sus garras, á pesar de la confianza que yo habia de tener en vuestro auxilio, viene á atacarme, y me arroja de mis dominios, dejándome, segun veis, pobre y humillado, reducido á vivir fuera del país en que nací.

Bien sabia, padres conscriptos, por haberlo oido repetir á menudo á mi padre, que vuestros amigos y aliados tenian que á hacer á veces con vosotros un servicio muy trabajoso, pero que tambien podian estar seguros de no ver quebrantados sus derechos. Mi familia ha hecho cuanto ha podido; en todas las guerras os ha servido, y ¿no me habiais de amparar ahora que estais en paz?

Éramos dos hermanos, nuestro padre quiso que fuésemos tres, creyendo que Yugurta se mostraria agradecido á sus favores. Uno está ya asesinado, y en poco estuvo que no me sucediera otro tanto. ¿Qué podia yo hacer despues de quedarme solo, muertos desastradamente mis amigos y parientes? Á unos los ha hecho Yugurta perecer en la cruz, y otros han sido pasto de las fieras. Los pocos que ha dejado con vida se hallan encerrados en lóbregos calabozos, prefiriendo la muerte á su tormento. Aun cuando contara ahora con los apoyos que me faltan, todavía me dirigiria á vosotros, porque con este poder supremo que teneis, parece estais destinados á vigilar los crímenes y virtudes de la tierra. ¿Y á quiénes, sino á vosotros, pudiera yo acudir ahora? ¿Me habian de amparar esas naciones y reyes que detestan á mi familia por la amistad que la ha unido con Roma? Todo está lleno de señales que indican esa alianza, á mas de que Masinisa nos dejó por ley el no reconocer en el mundo otro amigo ni aliado que la república romana, diciendo que si llegara á eclipsarse el brillo de vuestra estrella, no teniamos mas que sucumbir y sepultarnos en vuestra misma ruina. Merced á vuestro valor y á la proteccion de los dioses, os hallais en el colmo de la grandeza; pensad en los aliados vuestros que se hallan oprimidos.

Solo temo á los amigos mal inspirados de Yugurta, que van de casa en casa, valiéndose de mil medios, para alcanzar que no se resuelva nada hasta que se le oiga á el. Andan diciendo que yo no tenia necesidad de huir, que bien podia permanecer en mis estados. ¡Cuándo se acabará tanta perfidia! ¡cuándo despertará por fin la justicia romana y la de los dioses inmortales, para que yo pueda ver castigado al perpetrador de tantas maldades, al ingrato con mi padre, al asesino de mi hermano, al autor de todos mis males! Perdona, hermano mio, si no obstante mi cariño y tu temprana muerte, si, á pesar de todo el horror que me inspira la perfidia de que fuiste víctima, llego á envidiar tu suerte. No eches de menos una vida en que hubieras tenido que sufrir todos los horrores de la fuga y de la expatriacion. Tu pobre hermano Adherbal se encuentra en un abismo de desgracias, arrojado del trono de sus padres, viviendo tan solo para servir como ejemplo de la instabilidad humana, sin poder pensar en vengar tu muerte, porque me hallo reducido á la mayor impotencia. ¡Fuera la muerte un medio honroso para salir de ese abismo de penas! ¿Y habré de caer sin embargo en el desprecio de las gentes, si vencido por mis trabajos, me resigno á dejar que triunfe la injusticia? En tan cruel alternativa, ó padres conscriptos, os lo ruego por vuestros hijos, por vuestros padres, por la majestad misma de este imperio, amparad á un desvalido, oponeos al triunfo del crímen, no permitais que el reino de Numidia, que os pertenece, quede impunemente manchado con la sangre de mi familia vertida de un modo tan execrable.»

Acaso haya parecido este discurso de Adherbal sobrado largo, pero hubo de ser muy patético en boca de un rey destronado, aliado del pueblo romano. Solo que el auditorio estaba supeditado; y así que Adherbal acabó de hablar, los diputados de Yugurta, que contaban con el efecto de sus dádivas, mas que con el de las razones, solo contestaron como sigue: «Que los númidas habian quitado la vida á Hiempsal cansados de su crueldad; que era extraño, despues de haber sido Adherbal el agresor, que se quejase de haber sido imposibilitado para hacer daño; que Yugurta solo pedia al senado que se le considerase siempre el mismo para los romanos, que era todavía para ellos lo que fué delante de Numancia, y que se le juzgara, nó por lo que decian sus enemigos, sino por sus acciones.»

Salieron trás de esto los de ambas partes, y el senado se puso á deliberar. El oro de Yugurta habia corrompido á muchos senadores, mas sensibles al influjo del dinero que al de la elocuencia. Comenzaron á ponderar las prendas del príncipe africano, dando al desprecio las quejas y razones de Adherbal. Nada se omitió para denigrar al segundo, y los que defendian á Yugurta no hicieran mas en defensa de su propia gloria de lo que hacian para sostener á un malvado.

habia otros senadores, bien que en corto número, que opinaban á favor de Adherbal. Entre ellos estaba Emilio Escauro, el mismo de quien hemos hablado en el año 633, y el cual se habia distinguido trabajando contra Cayo Graco. Era de encumbrada familia, activo, intrigante, lleno de ambicion y de codicia, pero sabia encubrir hipócritamente sus ruínes instintos. Bien echó de ver que aquella publicidad en las dádivas de Yugurta habia de levantar un clamor general en el pueblo por lo escandaloso, y supo resistir entónces al cohecho (Salust.). Con todo, la parte de los vendidos prevaleció en el senado, quien resolvió que irian diez comisionados á repartir el reino de Micipsa entre Yugurta y Adherbal. El primero de los diez era el célebre Opimio, que á la sazon era de los mas principales del bando patricio, por haber acabado con C. Graco y con Fulvio, y por haber seguido con encarnizamiento su victoria. Como habia salido absuelto de la acusacion del año anterior, su engreimiento habia aumentado todavía. Ya habia cuidado Yugurta de ganarle al principio. Á fuerza de dádivas y promesas supo hacerle tan suyo, y fascinarle hasta tal extremo, que llegó Opimio á sacrificar entónces su reputacion, sus deberes, y hasta su existencia. Y en esto Plutarco escribe lo mismo que Salustio, sentando el primero en la « Vida de los Gracos,» y en la « Guerra de Yugurta » el otro, que, enviado Opimio de embajador á Yugurta, se dejó comprar con dinero. Los demás embajadores cedieron casi todos igualmente á la tentacion, prostituyendo sus deberes. En la reparticion del reino, la parte mas fértil y habitada por mas belicosa gente cupo á Yugurta, dando á Adherbal la que tenia mas puertos y bellos edificios, la que en realidad tenia mucha apariencia y pocas ventajas verdaderas (Salust.).

Al verse Yugurta recompensado por su crímen, y guardando en la memoria lo que habia oido decir en Numancia, que en Roma todo lo podia el dinero, henchido además con las promesas de los comisionados, á quienes acababa de llenar nuevamente de oro, no pensó ya en otra cosa mas que en invadir los estados de Aderbal. Solo que exigia la prudencia el aplazar el proyecto. Entretanto, procuró solidar sus nuevos dominios, captarse el afecto de sus súbditos, y granjearse secretamente algunos partidarios entre los de Aderbal, el cual no se ocupó mas que en dar paz á los suyos, fiado en la proteccion que Roma le debia.

Principiaban los romanos á apreciar mas el dinero que la gloria de las armas. Este año L. Metelo tuvo los honores del triunfo sin muchos afanes, si es cierto, segun dice Apiano (de bell. Illiric.) que el cónsul no hizo mas que entrar en Dalmacia, país de la Iliria, habiendo hecho declarar la guerra á los dalmacios, sin motivo legítimo, y habiéndose limitado á pasar el invierno en Salona, en donde le recibieron de paz. Sin embargo, se lee en el Epítome de T. Livio, que sojuzgó á los dalmacios. Ello es que tomó el apellido de Dalmático. De Salona solo quedan ruinas, que se hallan á cuatro millas de Espalatro.

Metelo pudo ir fácilmente con su ejército á Dalmacia, después del exterminio de los ligures estoneos, cuyo país habia de atravesar, y de los cuales triunfó el cónsul Marcio á 3 de diciembre, segun los Fastos de Sigonio, en los cuales se da á los vencidos el nombre de galos, mientras que la inscripcion copiada por Pighio de los mármoles Capitolinos dice ligures estoneos. La inscripcion es como sigue:

Q. Marcio Q. F. Q. N. Rex Procos. an. dcxxxvi.
De Liguribus Stoeneis III non. decemb. (Catrou).

En esta inscripcion los años de Roma se cuentan como en los Fastos de Sigonio, con una unidad de menos que en los nuestros.

Este año los romanos no se ocuparon casi mas que de prodigios. Un rayo cayó varias veces cerca de la ciudad. Se dijo (Jul. Obsecuen.) que en Prenesto, en el antiguo Lacio, habia llovido leche. Propalábase que la lanza de la estátua de Marte se habia movido por sí misma. En Privernas, hoy « Piperno, » un terremoto abrió un abismo en un trecho de siete yugadas, y en Italia se habia encontrado un hermafrodita de diez años, cosa de muy mal agüero para los romanos. El hermafrodita fué arrojado al mar, y purificada la ciudad con himnos que veinte y siete doncellas de las principales iban cantando por la misma (Catrou). Aquí pone Ciceron la pretura de Mario, como veremos luego.

638 de Roma, 117-116 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Licinio Geta, y Q. Fabio Máximo Eburno (Sigonio), entran el 1.° de enero romano, 25 de agosto juliano del 117 antes de nuestra era. Se hace mencion de los mismos en Casiodoro, Fastos sículos y en los de Cuspiniano. Los de Almeloveen los ponen en el mismo año que nosotros, pero en el 116 antes de Jesucristo. Los de Sigonio siguen atrasados de un año en los de la fundacion de Roma.

Ya hemos hablado de Q. Fabio Eburno como pretor en 635. Fué preferido á Emilio Escauro, su competidor, y hubo de valerle el pueblo para ser preferido á un senador tan poderoso (Cic. Oratio pro Murena). En este año celebró su triunfo Metelo, cónsul del anterior (Sigonio). Eutropio le hace triunfar (lib. IV) el año anterior con su colega Mucio Escévola; pero Apiano no atribuye la victoria, si así merece llamarse, mas que á Metelo, siendo el nombre de Dalmático una prueba de que fué solo. Afirma Pediano (in Verrin.) que erigió un templo á Castor con los despojos habidos de los dalmacios, y tambien menciona Plinio su triunfo (Sigon. ópera, tom. 1.°, pág. 412).

639 de Roma, 116-115 antes de Jesucristo.—Cónsules: M. Emilio Escauro, y M. Cecilio Metelo, hijo y nieto de Quinto.—Censores: L. Cecilio Metelo, hijo de Lucio y nieto de Quinto; y N. Domicio Ahenobarbo, hijo y nieto de Neyo.—Pretores: P. Decio Mus, y C. Cecilio Metelo Caprario, etc. (Pighio, en el tom. 3.° pág. 97, pone dos años antes la pretura de Caprario, pero es preferible para nosotros la autoridad de Plin.).

Estos censores hicieron el lustro 62.° (Sigonio). Entraron los cónsules el 1.° de enero romano, 7 de setiembre juliano del 115 antes de Jesucristo. En los Fastos de Almeloveen y en los de Sigonio se observa la misma diferencia que tenemos repetidamente mencionada.

Escauro, el mismo de quien hemos hablado, y á quien el año anterior fué preferido Fabio, fué acusado de haber sido nombrado cónsul este año por malos medios. El acusador fué P. Rutilio, el varon mas honrado que hubiera á la sazon en Roma. Bien que esto afeó á Escauro, perdió bastante la acusacion por el interés personal que en la misma tenia Rutilio, pues este habia sido tambien candidato para el consulado. Absuelto que estuvo Escauro, acusó á su vez á Rutilio de coaccion, y puede pensarse acerca de esto que ambos acusaron de ligero, pues ninguno de ellos salió condenado. Tácito es quien dice que Escauro acusó á Rutilio (Anal. 3, 66). Aquí observamos que el traductor de Tácito, Dureau de la Malle, escribe « Mamerco » Escauro en el pasaje que cita, siendo así que es « Marco, » habiendo escrito Marco él mismo en la vida de Agrícola (cap. 1.°), en donde por otro lado escribe Prisco Rutilio, cuando habia escrito ya Publio y nó Prisco en el pasage anterior.

Emilio Escauro estaba lleno de confianza en sí mismo: y tiene alguna semejanza con Caton el antiguo, poco inclinado á disminuir los elogios que creia le eran debidos. Escauro escribió su biografía en tres libros y Rutilio hizo otro tanto. Los dos, dice Tácito (vida de Agrícola, cap. 1.°), al escribir su propia historia, creyeron dar una prueba, nó de orgullo sino de confianza en la virtud, y ni uno ni otro fueron por ello menos considerados que antes. Emilio Escauro tuvo la habilidad de conservar su dignidad con la mayor grandeza. Tal vez los censores le miraban con algun desprecio porque le habian visto pobre: ello es que hubo uno que le faltó al respeto que le debia. El mismo P. Decio Mus, el acusador de Opimio despues de muerto C. Graco, habia pasado de tribuno á pretor. Era hombre soberbio y popular, bien que no saliera con la suya como fiscal de Opimio, teniendose á sí mismo por igual á los mas encumbrados de la república (Aurel. Victor). Escauro quiso mortificar su orgullo. Encontráronse un dia en la misma calle, yendo cada cual en su silla curul. Era costumbre en esas ocasiones que el magistrado inferior, y por lo mismo el pretor, cediera el paso al cónsul, poniéndose además en pié para saludarle. Decio permaneció sentado. Inmediatamente fué castigado el desacato. Mandó Escauro á sus lictores que arremetiesen contra los del pretor, y este se vió forzado á levantarse, haciendole pedazos la silla curul, y hasta desgarrándole el vestido. Para mayor escarmiento, el cónsul suspendió al pretor, publicando un edicto, en el cual prohibia á los litigantes que fuesen á su tribunal. Así restableció Escauro un uso antiguo, que habia ya caducado, ó poco menos, con motivo de la vanidad de los subalternos. Esto contribuyó á que se aumentara aun la idea que tocante á la firmeza del cónsul habia ya en Roma. La autoridad consular, disminuida por los tribunos del *pueblo, volvió* á restablecerse. Los cónsules osaron á su *vez dar leyes*, cuya prerogativa habia ido á parar al tribunado. Vióse al cónsul en la tribuna, proponiendo al pueblo dos edictos que fueron votados por el respeto que le merecia el legislador. La suntuosidad de la mesa era ya extraordinaria en Roma en las familias ricas. Solo se apreciaban los manjares mas raros, y Escauro trató de hacer una reforma nó en lo tocante á la abundancia de la mesa, pero sí en lo relativo á pescados de mares y rios lejanos, y á aves de países extranjeros, no conocidas en Italia (Plin. lib. VIII, capítulo 57, en las edic. antig., y 82 en la de Franzio).

La segunda ley de Escauro fué para que los libertos, que ya no cabian en la tribu esquilina por aumentarse de continuo su número, se empadronasen en otras tribus (Aur. Victor. de vir. illus. cap. 72). Así sostuvo Escauro por algun tiempo un resto de moralidad y de buen órden. Secundaban al cónsul los censores L. Metelo Calvo, y N. Domicio Ahenobarbo. El primero no era el Dalmático, como dice Pighio, y con él Catron y otros, al revés de Sigonio, cuya opinion seguimos, sino el que habia sido cónsul cuatro años antes; y Domicio era respetable por haber tenido además del consulado los honores del triunfo. Así sucedió que tuvieron el suficiente valor para quitar de la lista de los senadores á los mas indignos, borrando hasta treinta y seis. Entre los excluidos se hallaba Licinio Geta, bien que recien salido del consulado (T. Liv. Epit. lib. LXII). Proscribieron los juegos de suerte y los conciertos de música (Casiodoro), variando el arrendamiento de las tierras de la república (Catron). Entónces murió el Metelo macedónico, cuya dicha han celebrado muchos historiadores. «Desde el dia de su nacimiento hasta el de su muerte, dice Valerio Máximo (lib. VII, c. 1), fué Q. Metelo el mas feliz de los mortales. Provino de ilustre cuna, naciendo en la capital del orbe. Dotóle la fortuna de una alma privilegiada, y de una fortaleza capaz de sobrellevar todos los trabajos. Su mujer fué á la par virtuosa y fecunda. Fué cónsul ilustre, general invencible, y triunfador brillante. Vió cónsules á tres hijos suyos, y uno de los tres, después de los honores del triunfo, fué nombrado censor; y pudo ver tambien pretor al cuarto hijo. Sus tres hijas casaron bien, y estrechó en sus brazos á sus nietos. En medio de tanta prosperidad, no vió morir á ningun individuo de toda su familia, ni tuvo que presenciar el menor contratiempo con respecto á la misma. Si volvemos la vista al cielo, apenas hallaremos en él una felicidad tan pura, pues que los mayores poetas nos representan á veces á los dioses afligidos y aun llorosos. La muerte de Metelo correspondió á su vida, pues esta fué apagándose dulcemente en brazos de los suyos, llevándole á la pira sus hijos y sus yernos.»

Sus cuatro hijos son: el Baleárico, que habia sido censor; el Dalmático, el que era cónsul este año, y el que habia sido ya pretor, y fue cónsul en 641 de Roma, segun veremos. Sin embargo, un accidente hubo de haber desagradable para un hombre tan afortunado, el cual refiere Plinio como sigue (lib. VII, c. 45, en Franzio): «Quinto Metelo fué contado, como su padre, en el corto número de los hombres felices. Después de muy honrado en vida, y de obtener el título de Macedónico, fué llevado al sepulcro por sus cuatro hijos, de los cuales uno era pretor, tres habian sido cónsules, dos obtenido los honores del triunfo, y uno habia sido censor, siendo así que hay tan pocos padres que lleguen á ver en uno de esos cargos á uno solo de sus hijos. Y sin embargo, cuando mas dichoso se hallaba, al volver una vez del campo sobre mediodía, en hora en que no habia nadie en el Foro, ni en el Capitolio, fué detenido por C. Atinio Labeon, por sobrenombre Macerion, que era tribuno del pueblo, á quien, siendo censor Metelo, habia excluido del senado en virtud de la facultad anexa á aquel cargo. El tribuno le llevó arrastrando hasta la roca Tarpeya para despeñarle, sin que le detuviera la aparicion de una compañía de soldados que habia corrido en su socorro, pero que llegaba harto tarde. En cuanto á Metelo, no tenia derecho para resistirse por sí mismo, ni oponer la fuerza á la fuerza contra la persona de un tribuno que era sagrada. Iba pues á morir, víctima de un deber que cumplió siendo censor, cuando se presentó para salvarle otro tribuno, á quien habia costado mucho encontrar, y así pudo librarse de la muerte. Con todo, el rencoroso Labeon le confiscó los bienes, nó contento con la brutalidad con que habia procedido, pues habia apretado á Metelo la garganta de tal suerte, que le habia salido sangre por las orejas. Tambien debemos contar como una desgracia de Metelo, el haber sido enemigo del segundo Escipion Africano. Él mismo lo reconoció al tiempo de la muerte de este, y dijo á sus hijos: «Id á su funeral, que nunca mas habeis de presenciar el de un ciudadano mas grande.» Y cuando esto decia le apellidaban Macedónico; teniendo además dos hijos con títulos honoríficos tambien. Pero, no obstante ese cúmulo de honores, no debe tenerse por completamente feliz un hombre á quien sucedió el lance de que acabamos de hacer mencion, y que se vió á punto de perecer á manos de un iracundo y oscuro enemigo, de ningun modo digno de él: solo lo fuera Escipion. ¡Cuánto no acibararía ese recuerdo el de todas sus victorias! Todos sus honores desaparecian ante la memoria de esa afrenta: debió ser muy magnánimo. Vióse arrastrado, siendo

censor, á ese mismo Capitolio al que habia subido en triunfo, cargado de despojos enemigos, y seguido de una multitud de cautivos que no fuéron como él tan maltratados. En poco estuvo que el atentado del tribuno no le privara de la grande honra que le cupo al celebrar sus hijos sus exequias. Esto nos enseña que no hay felicidad humana que no esté interrumpida por algun accidente desfavorable. Por lo demás, añade Plinio, cuando me pongo á reflexionar acerca del atentado de Atinio, y veo que quedó impune á pesar de ser tan poderosa la familia de Metelo, no sé qué deba hacer, si maldecir al vengativo tribuno, ó bendecir unos tiempos en los cuales tanto respeto tenian los hombres á la ley.»

Este hecho, someramente consignado ya en el año 624 de Roma, nos parece tan extraordinario, que no estará de más observar que viene mencionado en el libro LIX del Epítome de T. Livio, en donde se lee que hubieron de intervenir otros tribunos para impedir el que Metelo fuese precipitado desde la roca Tarpeya, hallándose en Ciceron (Pro domo sua ad pontifices) los pormenores de la ceremonia hecha por Atinio con objeto de dar un colorido religioso á la confiscacion de los bienes de Metelo, á fin de que los demás tribunos no pudieran invalidar los efectos de su venganza. Esas confiscaciones se hacian á son de trompa, y se encendia un gran fuego, el cual entraba en casi todas las consagraciones de los antiguos (Traduc. de Plin. tomo 3.º, pág. 153).

Aquí debe observarse que, cuando sucedió á Metelo lo que se acaba de referir, que fué durante el consulado de Claudio y de Perperna (id. pág. 162), todavía ningun hijo de Metelo habia sido cónsul. Velleyo Patérculo (lib. I) habla de la felicidad de Metelo casi en los mismos términos que Valerio Máximo, de suerte que al hablar de sus exequias, en las cuales estaban sus hijos, llenos ya de honores y de consideraciones, exclama Velleyo: «¿Es esto morir, ó salir de la vida felizmente?» Otros añaden que hasta los yernos de Metelo participaron de la influencia de la buena estrella que lució para su suegro, pues dos llegaron á cónsules con el tiempo, pero consignan, como Plinio, el incidente del tribuno Atilio y la enemistad con Escipion, añadiendo después que Metelo tuvo un gran pesar, cuando le dieron por sucesor á Q. Pompeyo, enemigo suyo. Esto prueba que su felicidad tuvo sus nubes, y su virtud algun lunar. En otro lugar (l. VII, c. 13), Plinio dice que Metelo dejó seis hijos, once nietos, y que entre yernos y nueras llegaban á veinte y siete el número de las personas que le llamaban padre. Se echa de ver que en este pasaje le da dos hijos mas que en el anterior, sin duda por incluir en el número á los maridos de sus hijas, llamadas Cecilias, una de las cuales fué madre de Servilio Isáurico, y otra de Escipion (1). Aurelio Víctor no le da mas que cuatro hijos, y es el que escribe sobre esto con mas exactitud. S. Agustin (Civit. Dei, lib. II, c. 23) se equivoca al suponerle cinco hijos, pero tiene mucha razon al decir que la felicidad de ese hombre virtuoso justifica la Providencia, contra la opinion de los que están en que solo los malos son dichosos en este mundo, cosa evidentemente falsa.

Por la muerte de Metelo quedaba vacante el cargo de príncipe del senado, y los censores le confirieron al enérgico cónsul Emilio Escauro. Esto era dar por toda la vida una gran preponderancia en la administracion pública al senador que parecia mas entendido en cosas de la misma. Para que fuese completa la satisfaccion de Escauro durante su consulado, necesitaba una victoria que le acarreara los honores del triunfo, y la alcanzó. Cupo á su colega M. Cecilio Metelo ir á Cerdeña, en cuya isla estuvo dos años, y Escauro fué á la Galia (Catrou). No es fácil decir cuáles fuéron los galos celtas que sometió. Aurelio Víctor dice que á los ligures y á los gantiscos (tal vez debiera leerse tauriscos, á quienes Apiano y Estrabon mencionan al hablar de los karnos), y que triunfó de los mismos. Como Sigonio no tenia noticia de los gantiscos, solo puso á los ligures en sus Fastos triunfales; pero los Fastos Capitolinos llaman karnos á los pueblos sojuzgados por Escauro. De ellos habla Estrabon mas de una vez (lib. IV, pág. 97 y siguientes del tomo 2.º de la trad. franc.), diciendo de ellos, que fuéron por mucho tiempo enemigos de Roma. Serian los moradores de la Carníola actual y ocuparian la parte de la Galia transpadana que confina con los Alpes, desde el monte San Bernardo hasta el Adula, ó San Gotardo de ahora. Es la parte oriental del Friout, con una pequeña porcion de la Istria, y el condado de Goritz. Á esa provincia pertenecen Aquilea, Grado y Trieste (Catrou). No era extraño, que, sometida la Dalmacia el año anterior por Metelo, quisiera Escauro someter la Carnia que unia la Galia transpadana con la Dalmacia, y ha sido una equivocacion el ir á buscar á los gantiscos en tierra de Bearne. No hay duda que dice Ciceron que Escauro tuvo que administrar la provincia (Orac. 5.ª cont. Verres), es decir, la Provenza y el Lenguadoc; pero la Galia transalpina y la cisalpina, formaban un solo gobierno, y Estrabon nos dice que anduvo ocupado en una obra importante en la cisalpina. Siempre habian estado los caminos poco menos que intransitables desde Roma á los Alpes en las temporadas de lluvia, y sin embargo, reducida á provincia la parte meridional de la Galia transalpina, se habia hecho necesario el paso contínuo de tropas de una region á otra, lo que se verificaba con grandes dificultades. Bien lo experimentó en otro tiempo Aníbal, cuando, al querer pasar desde las orillas del Pó á Etruria, estuvo á punto de perecer con su ejército (Catrou). Hasta perdió un ojo en aquella marcha. Las dificultades provenian principalmente de las salidas de madre del Trebia y otros rios, que ponian pantanoso el país, y ni la caballería podia pasar luego sin muchísima fatiga. Escauro empleó el resto de su año consular (Catrou), en abrir canales de navegacion que absorvieran las aguas desde Plasencia á Parma (Estrabon lib. V). Así facilitó la salida de las aguas estancadas que cubrian la Galia cispadana, dimanando de la superabundancia de las aguas del Pó, el cual no podia contener todas las del Trebia que se le reune cerca de Plasencia, además de las de los rios que en el mismo desembocan antes de llegar á dicha ciudad.

Merced á la docilidad de los legionarios pudo Escauro llevar á cabo tan útil empresa. Cuéntanse cosas que asombran relativamente á la obediencia que sus soldados le tenian. Habia acampado en un sitio lleno de árboles frutales, y era tal la disciplina, que al mover el campo ni un soldado siquiera se habia propasado á tomar fruta (Front. Stratag. lib. IV, cap. 5). Al someter Escauro á los carnos, perdió á su hijo durante la campaña (Aur. Vic.). Le habia confiado un puesto importante en los montes, por la parte de Trento. Desempeñó mal el jóven su cometido, y su padre le mandó á decir que no se presentara ya mas en su vida delante de el: desesperado el mancebo, se quitó la vida (Frontino). Á fines del año celebró Escauro su triunfo sobre ligures y carnos. Hizo entónces acuñar una medalla, en cuyo anverso se ve á la victoria en un carro

(1) Véanse las obras de Plinio, tom. 3. pag. 153.

tirado de cuatro caballos, con una corona en la mano derecha, y esta leyenda debajo: « M. Emilio Escauro». En el reverso tiene un Mercurio, y una cornucopia rebosando espigas (1). El símbolo de Mercurio indicaba que el cónsul habia hecho su fortuna con el comercio y la elocuencia, y las espigas eran una alusion á la nacion vencida, pues « Karn. » en idioma germánico significaba trigo, ó mejor centeno, probablemente por ser este el principal producto del país conquistado (Mem. de la Acad. de Inscrip. tomo 21, pág. 241). Con todo es probable que obtuvo el triunfo, mas que por su fácil conquista, por sus importantísimas obras de canalizacion.

640 de Roma, 115 y 114 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Manio Acilio Balbo, y C. Porcio Caton, entran el 1.° de enero romano, 20 de setiembre juliano del 115 antes de Jesucristo. Los Fastos de Sigonio ponen este consulado en 639 de Roma, los de Almeloveen en 640, y los dos en 114 antes de nuestra era. De estos cónsules se hace mencion en Casiodoro, Fastos Sículos, Julio Obsecuente, Plinio (lib. VII), y Plutarco en la vida de Mario. El primero era hijo de Manio Acilio Balbo cónsul en 604, y el segundo hermano de Marco Caton, consul en 635, y nieto de Marco Caton el censor, y de una hermana de Escipion el Africano (Sigonio).

Este año confiaron los romanos á un pretor el gobierno de esa parte de la Galia transalpina, designada desde entónces con el nombre de « Provincia romana, » y que, andando los tiempos, se ha llamado Provenza. Apenas pacificada la Galia transalpina, guerrearon los romanos con otras gentes de orígen galo, con los escordiscos, que hacia tiempo vivian cerca de la Tracia, en la confluencia del Savo y del Danubio. Los escordiscos invadieron la Macedonia, y encerraron en un valle al cónsul Caton, quien pudo ponerse en salvo, pero despues de perder su ejército. Tito Didio salió al *encuentro á* aquellos enemigos que corrian ya por la Tesalia, y los derrotó, obligándoles á retirarse hasta las márgenes del Danubio.

Las vestales Emilia, Licinia y Marcia se dejaron seducir, y fueron condenadas á muerte junto con sus cómplices. En reparacion de tamaño escándalo, se erigió un templo á Venus « Verticordia, » nombre nuevo que se daba á la diosa para que mudase los corazones. Dispúsose que la estátua de Venus fuése consagrada por la matrona mas virtuosa, y las mismas señoras cedieron ese honor á Sulpicia, hija de Sulpicio Patérculo, y mujer de Q. Fulvio Flaco, así como en otro tiempo el senado habia dado la misma distincion á Escipion Nasica (2).

Se hace preciso abreviar los pormenores históricos, que se hallan en otras partes.

641 de Roma, 114-113 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Cecilio Metelo Caprario, y N. Papirio Carbo, entran el 1.° de enero romano, 3 de octubre juliano del 114 antes de Jesucristo.

Sigonio pone este consulado en 640 de Roma, conforme en esto con Tácito, que tambien le pone en dicho año, añadiendo que entónces se oyó en Italia por vez primera el estrépito de las armas cimbrias. Dice tambien que Papirio Carbo fue vencido por los germanos (Mor. German. c. 37). Los Fastos de Almeloveen ponen 641 de Roma, pero 113 antes de Jesucristo. Cayo Metelo es el cuarto hijo de Metelo el Macedónico, que ya habia fallecido. En cuanto al sobrenombre de Caprario, puede consultarse á Ciceron (Orator. 3), y á Plutarco « Fortuna romanorum. » El segundo cónsul era probablemente hijo del que fué cónsul siete años antes. Metelo fue á Macedonia, y Papirio á Iliria (Sigonio).

Metelo peleó ventajosamente contra los escordiscos, pero sobrevino en esto una guerra de mayor importancia. Los cimbrios y teutones salieron de sus bosques del norte para probar fortuna en países del mediodía, encontrándose por vez primera en frente de los romanos en la Norica, hoy dia la alta Austria y la Baviera. Vencieron á Papirio que les queria impedir el paso, solo que no se dirigieron luego á Italia, segun pudo temerse, sino á la Helvecia ó Suiza (Mallet. Introd. de la hist. de Dinamarca). Así fué que por algunos años los historiadores romanos no hablaron ya de ellos.

642 de Roma, 113-112 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: M. Livio Druso, y L. Calpurnio Pison Cesonino, entran el 1.° de enero romano, 22 de setiembre juliano del 113 antes de Jesucristo.

Los Fastos de Sigonio ponen el consulado en 641 de Roma, los de Almeloveen en 642, y ambos en 112 antes de nuestra era. Hablan de estos cónsules Casiodoro, Fastos de Sicilia, Orosio, Julio César y Ciceron, diciendo este (Bruto) que Druso era hijo del C. Druso que fue cónsul en el año 609. El otro era hijo de L. Pison Cesónino, cónsul en 607.

Druso peleó en Tracia con los escordiscos, y triunfó en Roma de los mismos. Ya casi la historia no habla mas de esos, y entra otra vez á ocuparse de Yugurta. Este invade los estados de Adherbal, que hubo de encerrarse en Cirta, que era su capital, donde hubo de rendirse por hambre, quitándole Yugurta la vida de la manera mas cruel, contra la fé de los tratados. El senado se limitaba á enviar por tres veces comisionados á Numidia, que volvian mas ricos de lo que iban, sin hacer nada por el pobre Adherbal. Hasta se dice que Emilio Escauro, príncipe del senado, el cual salió á la cabeza de la última comision, no se resistió á las dádivas de Yugurta, asegurando Floro positivamente que el príncipe venció la virtud romana, corrompiendo á Escauro. Para vergüenza del senado, fué menester que saliese un ciudadano generoso, Cayo Mencio, con ánimo de someter el negocio al fallo del pueblo, y entónces el senado anticipándose, espidió un decreto, prescribiendo que un cónsul del año siguiente iria con sus legiones á Numidia (Salustio Macquer).

643 de Roma, 112-111 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: P. Cornelio Escipion Nasica, y L. Calpurnio Pison Bestia. Entran el 1.° de enero romano, 5 de octubre juliano del 112 antes de Jesucristo.

Los Fastos de Sigonio ponen este consulado en 642, los de Almeloveen en 643, y los dos en 111 antes de Jesucristo. Nasica tuvo el gobierno de Italia, y Calpurnio de Numidia (Sigonio). Se manda á Sergio Galba á España con motivo de una sublevacion (Sigon.) habiendo estado ya Marcio en la misma como pretor. Habia casado con Julia, tia de Julio César, emparentando por ese enlace con una familia ilustre. Mucho le habia costado el llegar á esa magistratura curul, que le daba entrada en el senado. Le acusaron de haber comprado los votos del pueblo, y los censores degradaron al senador Casio Sabacon, por haberle secundado á Mario en aquella ocasion. Valerio Máximo dice de él, con mucha propiedad, que se precipitó en el senado, ó que le invadió, mas bien que entró.

Escipion murió durante su cargo, segun Ciceron

(1) Morel. Numism. Consul. Erizzo. Numis. Pigh. tom. III pag. 163.

(2) Anales romanos por Macquer; Haya 1757, pág. 317. Debe corregirse la fecha.

(Bruto). Fué desgracia que Calpurnio tuviese que ir á Numidia contra Yugurta, pues á todo era capaz de resistir, menos á la codicia. Se le cayeron las armas de las manos al ver el oro que le ofrecia el africano. Para saciar su avaricia, otorgó la paz á Yugurta, bien que contrariando las intenciones de la república, aviniendose para ello, segun dicen, con Escauro á quien llevó de segundo en su expedicion. Yugurta habia enviado á su hijo á Roma, mas no se habia querido entrar en ningun trato si primero no se entregaba su padre con sus estados á discrecion, y el cónsul se contentó con exigir algunos elefantes, algun ganado, y una corta cantidad de dinero. El tribuno Memio pronunció entónces ante el pueblo el bello discurso que Salustio nos ha conservado, en virtud del cual se resolvió que el pretor Casio iria á Numidia, y que volveria á Italia con Yugurta, bajo el seguro del pueblo romano. Casio añadió á la fe de la república su propia palabra de honor, añadiendo Salustio que Yugurta la tuvo en tanto como la de la república, por la gran reputacion de honradez de que gozaba aquel magistrado. El príncipe numida fué citado, é interrogado delante del pueblo por Memio, pero Yugurta compró á otro tribuno llamado Bebio, y este dijo que prohibia al rey el que hablase, persistiendo Bebio en su oposicion no obstante los clamores de toda la gente honrada.

GUERRA DE YUGURTA. — Salustio (1) nos ha dejado escritos en una obra destinada á pasar á la posteridad mas remota, los lances de esta famosa lucha en que se empeñaron los romanos este año; y su relacion debe insertarse íntegra en este lugar como uno de los monumentos históricos mas dignos de aprecio. Dice asi:

Quéjanse sin razon de su naturaleza los hombres, como si con ser flaca y breve fuese mas gobernada por la fortuna que por la virtud; pues si la considerasen de otra manera, hallarian que no hay cosa de mayor excelencia y perfeccion, y que falta mas á la naturaleza la industria de los hombres, que la fuerza ó el tiempo; porque, siendo el ánimo el que rige y guia la vida de los mortales, mientras busca la gloria por el camino de la virtud, le acompañan el valor, las fuerzas y la fama, y no ha menester á la fortuna, que no puede dar ni quitar á nadie la bondad, industria y otras virtudes; pero sí, dejándose llevar de sus malos deseos, se sujeta á la pereza, y entrega algun dia á vicios perniciosos, después que por su flojedad pierde el poder, tiempo é ingenio, entónces acusa por flaca á la naturaleza, porque cada uno atribuye á otras causas sus defectos propios; mas si tuviesen los hombres tanto cuidado de las cosas que importan, como de las que no les tocan, ni han de aprovechar, antes les causan grandes peligros, tendrian tan sujeta á la fortuna, como viven sujetos á ella, y llegarian á tanta grandeza, que, siendo mortales, alcanzarian una fama inmortal.

Porque como estamos compuestos de cuerpo y alma, así siguen todas nuestras acciones, las unas la naturaleza del cuerpo, y las otras las del alma; de modo, que la hermosura, las grandes riquezas, las fuerzas corporales, y otras cosas como estas, se pierden en pocos dias; pero las obras gloriosas del ingenio son como el alma, eternas; y finalmente los bienes del cuerpo y de la fortuna tienen el fin como el principio, y todas las cosas nacidas perecen y van envejeciendo después que crecieron, mas el ánimo no se corrompe, porque es inmortal, y como gobierna el genero humano, lo comprende todo sin ser comprendido; y por eso nos debe parecer mayor la maldad de algunos, que solo viven en el ocio y en los excesos, dejando por su negligencia entorpecer el ingenio, que es el mayor bien que poseen los mortales, particularmente cuando tiene tantos y tan diversos ejercicios el ánimo, con que se adquieren las honras mayores; de que, segun juzgo, no merecen ser deseados en este tiempo los gobiernos, magistrados, y todos los cargos de la república, pues no se estima la virtud; ni los que indignamente alcanzaron la autoridad quedan con ella mas seguros ú honrados. Pues aunque se puede gobernar por fuerza la patria y los deudos, y castigar los delitos, no conviene hacerlo siempre, y menos cuando las mudanzas de todas las cosas son indicios de muertes, destierros y otros males; porque es grandísimo disparate trabajar en vano, y no buscar con cansarse mas que odios, sino es que alguno tenga un tan ruin y dañoso deseo, que procure entregar en manos de pocos su honra y libertad.

Pero de todos los trabajos del ingenio ninguno trae mayor fruto que la memoria de las cosas pasadas; de cuya virtud, ya que trataron muchos, no tendré qué decir, para que tambien no me juzguen por tan vano, que quiero con alabarle ensalzar mas mi estudio; y creo que habrá algunos, que, como me resolví en apartarme de los negocios de la república, dirán que nació de la ociosidad este trabajo mio tan grande y tan provechoso, particularmente aquellos que tienen por la mayor industria usar de cumplimientos con el pueblo, y ganar su favor con convites; que si considerasen los tiempos en que alcancé las dignidades y las personas que no las pudieron alcanzar, y después qué suerte de gente ha entrado en el senado, entenderian sin duda que mas me obligó á mudar de parecer la razon que la pereza, y que de mi ociosidad sacará mayor provecho la república, que de los trabajos de otros; porque muchas veces he oido que Quinto Máximo y Publio Escipion, y otros hombres insignes solian decir, que, cuando ponian los ojos en las imágenes de nuestros mayores, les incitaban sumamente el ánimo á la virtud; nó porque tuviese en sí tanta fuerza aquella cera y figura, sino porque con la memoria de sus hechos se encendian estos varones ilustres, que no podian tener sosiego hasta haber igua-

(1) Cayo Salustio Crispo fué natural de Amiterno, lugar de los sabinos, y nació el mismo año en que destruyó Sila á Atenas; fué noble y hombre de grandísimo ingenio, que se empleó desde su niñez en los estudios de Roma, donde se crió y ocupó en servicio de la república, entregándose tambien á los vicios, que tanto atormentaban aquella gran ciudad. Tuvo por maestro á Atteyo Pretextato, é imitó los escritos de Marco Caton: compuso la historia de la guerra de Yugurta, la conjuracion de Catilina, y otros libros de los sucesos de los romanos, como de Mario, Sila y de Pompeyo, contra el rey Mitridates, y en que se vió su diligencia, y la gravedad de su estilo, que alaban, entre otros muchos, Anieno, Rufo, Gelio, Cornelio Tacito y Fabio Quintiliano, que le comparan a Tucídides: y la estimacion que de él hicieron se comprueba con el testimonio que de la verdad de su historia da san Agustin; a que añade el Petrarca, que, para referir puntualmente la guerra de Yugurta fué á Africa a ver los lugares. Fueron sus amigos muchos varones insignes, como Cornelio Nepos, Mesala, Nigidio Figulo y Julio César, que le honró con la pretura; Salustio para adularle se atrevió á ofender la fama del gran Pompeyo, cuyo liberto Leneo compuso contra él algunas satiras, en que escribió todos sus defectos y maldades, que no eran pocas, pues vendió la casa en que moraba su padre para remediar las penas de sus adulterios: y por andar solicitando á las matronas ilustres, le excluyeron del senado los censores; fué grandísimo enemigo de Marco Tulio; y por saber sus designios y secretos se casó con Terencia, a quien habia repudiado Ciceron: vivió sesenta y dos años; y fué tan celebrada su elocuencia en Roma, que se recitaban por toda ella en su loor estos versos:

HIC ERIT, UT PERHIBENT DOCTORUM CORDA VIRORUM,
CRISPUS ROMANA PRIMUS IN HISTORIA.

lado con sus hazañas la fama y gloria de los otros: mas ahora al contrario, no compite nadie con sus antepasados en bondad ni industria, sino en riquezas y gastos; y tambien los que no tienen calidad, y que solian por su virtud ser preferidos á los nobles, procuran los puestos y honras, mas por trazas y negociaciones que por buenos medios; como si la pretura (1), el consulado (2), y otros oficios semejantes fuesen de suyo honrosos y grandes, y no se estimasen conforme al valor de los que los ejercen. Pero he pasado mas adelante y mas libremente con el disgusto que recibo de las costumbres de la ciudad. Ahora vuelvo á mi propósito.

He de escribir la guerra que el pueblo romano trajo con Yugurta, rey de los numidas (3), así porque fué grande y atroz andando tan dudosa la victoria, como porque entónces se comenzó á resistir á la soberbia de los nobles, y confundió esta contienda todas las cosas divinas y humanas, y llegó á tanto el furor, que no se acabaron las diferencias de los ciudadanos, sino con la guerra y destruccion de Italia; mas antes que declare el principio de estas cosas repetiré algunas, para que con ellas se entiendan y conozcan mas fácilmente las demás.

En la segunda guerra contra los cartagineses, en que el capitan de los enemigos Aníbal habia quebrantado la grandeza del nombre romano y las fuerzas de Italia, Masinisa (1) rey de Numidia, á quien recibió por amigo Publio Escipion (el que por su virtud tuvo despues el nombre de Africano), hizo muchas y muy señaladas hazañas, con que después de vencidos los cartagineses, y preso el rey Sifax, que poseia en África un reino grande y poderoso, le hizo donacion el pueblo romano de todas las villas y tierras que habia tomado, y así conservamos siempre con mucha honra la amistad de Masinisa, que acabó de la misma manera su vida é imperio, dejándole todo á su *hijo Micipsa*, porque ya habian muerto sus hermanos Mastanabal y Gulusa.

Este Micipsa engendró á Adherbal é Hiempsal; y crió en su casa, tratándole del mismo modo que á sus hijos, á Yugurta, hijo de su hermano Mastanabal, que quedó desheredado de Masinisa por no ser legítimo, el cual en llegando á los años de la juventud tuvo muy buen talle y grandes fuerzas; pero, como tenia aun mejor ingenio, no se dejó corromper de los vicios ni de la ociosidad; antes, conforme á la costumbre de aquella nacion, iba de ordinario á caballo tirando el dardo, y corriendo con sus iguales; y, aunque se aventajaba á todos, era bien quisto de todos, y tambien empleaba lo mas del tiempo en cazar, siendo el primero, ú de los primeros que herian al leon ó á las otras fieras; y con ser el que mas hácia, era el que menos hablaba de sí mismo, y si bien Micipsa se holgaba al principio con esto, pareciéndole que la virtud de Yugurta seria para mayor gloria de su reino, todavía viendo que el mozo crecia cada dia, y que él era viejo, y sus hijos niños, se turbó bravamente, revolviendo en su ánimo varias cosas: atemorizábale el natural de los hombres inclinado á reinar, y aparejado á satisfacer su codicia, y demás de esto la oportunidad que le daba su edad y la de sus hijos, y que muchas veces la esperanza de la presa hacia olvidar la razon á los que eran mas amigos de ella, á que se añadia la aficion que los numidas tenian á Yugurta, y así temia que si le hiciese matar, causaria alguna sedicion ó guerra. Hallándose metido en estas dificultades, después que vió que ni por fuerza ni por maña podia oprimir á un hombre tan favorecido del pueblo, determinó de exponerle á los peligros, y tentar de esta manera á la fortuna, sabiendo que Yugurta era arriscado y deseoso de la gloria militar; y así, enviando alguna caballería é infantería al socorro de los romanos, que hacian guerra á Numancia (1), le hizo capitan de los numidas que iban á España, esperando que fácilmente le matarian, ó por mostrar su ánimo, ó por ser tan valerosos los enemigos, aunque sucedió muy al revés de lo que él imaginaba.

Porque Yugurta, como era dotado de un ingenio pronto y vivo, luego que conoció el natural de Publio Escipion; que entónces era general de los romanos, y las costumbres de los enemigos, con gran trabajo y cuidado, obedeciendo con notable modestia, y ofreciéndose muchas veces á los peligros, vino á ganar en pocos dias tanta reputacion, que le amaban sumamente los nuestros, y no le temian menos los numantinos, y era realmente (lo que es tan dificultoso) atrevido en la batalla, y prudente en el consejo; trayendo una cosa consigo, en la providencia el temor, y la otra en el atrevimiento la temeridad; y así le encomendaba Escipion las empresas mas peligrosas, teniéndole entre sus amigos, y favoreciéndole mas cada dia, pues nunca se servia en vano de su asistencia ó consejo. Juntábase con esto la grandeza de su ánimo y sagacidad con que se habia granjeado la amistad de muchos romanos.

Andaban en aquel tiempo en nuestro ejército muchos hombres, así nobles como de poca calidad, que anteponian las riquezas á la virtud y honra, gente revoltosa, y que tenia poder en Roma, y mas opinion con los confederados de la que merecian; estos encendian mas el ánimo ya encendido de Yugurta, diciéndole, que si muriese Micipsa gozaria el solo del reino de Numidia, pues era hombre de tanto valor, y se vendian todas las cosas en Roma; pero, después que Publio Escipion, habiendo arrasado á Numancia, determinó de volverse á su casa, y tornar á enviar los socorros, llevó al Pretorio (2) á Yugurta, habiéndole en una plática que hizo á todo el ejercito alabado y honrado tambien con ricos dones, y allí le aconsejó en secreto, que mas procurase en general que en particular la amistad del pueblo romano, y no se pusiese á usar de liberalidades con algunos, porque se compraba con peligro de pocos lo que era de muchos; y si quisiese perseverar en sus virtudes, la misma gloria y él reino se le ofrecerian, pero si se diese demasiada priesa, se perderia su dinero, y él juntamente: después que le dijo esto lo despidió,

(1) El cargo de pretor, que era el segundo en la República romana, y diósele este nombre, segun dice Varron, porque después de cónsul præerat populo. Hubo en diversos tiempos varios pretores en Roma; pero precedia á todos el de la ciudad; cuyo oficio era diputar los jueces, dar la forma del juicio, y solicitar la ejecucion.

(2) La dignidad de cónsul, el cargo mas principal entre los romanos, introdujóse después que Junio Bruto echó de Roma á los reyes.

(3) Ó nómadas que quiere decir en griego pastores; porque aquellos pueblos andaban siempre en los campos tras sus ganados, y la mayor parte de ellos moraban en chozas.

(1) Juan Leon, á quien cita Ortelio, dice que esta region se llama Biledulgerit; y Luis del Marmol Carvajal pone el mismo nombre mas distintamente, y de esta manera; Beled el Gerid, que es la tierra de los dátiles.

(1) De esta ciudad dice Ambrosio de Morales en el libro VII, de la crónica general de España lo siguiente: estaba puesta al fin septentrional de los celtíberos en los pueblos llamados entónces arevacos, poco mas de una legua mas arriba de donde ahora está la ciudad de Soria, al puente que llaman de Garay, junto al rio Duero, y pocas leguas abajo de su nacimiento en un collado pequeño y muy elevado.

(2) La casa ó tienda del general.

dándole cartas para Micipsa, en que le escribia lo siguiente:

« El valor de tu Yugurta se ha señalado mucho en la guerra de Numancia, de que sé muy bién que te holgarás, y de la aficion que le tenemos por sus merecimientos, y así procuraremos que halle la misma en el senado y pueblo romano; y por la amistad que contigo profeso, te doy el parabien de que tengas un hombre digno de tí, y de tu abuelo Masinisa. » Cuando vió el rey que las cartas del general certificaban lo que habia divulgado la fama, movido así de la virtud, como de la fortuna del hombre, inclinó su corazon, y comenzó á obligar con beneficios á Yugurta, y luego le adoptó, nombrándole en su testamento por heredero, como á sus hijos; y de allí á pocos años, viéndose ya consumido de la enfermedad y vejez, delante de sus amigos y parientes, y de Adherbal é Hiempsal sus hijos, dijo, segun refieren, estas palabras á Yugurta:

« Viéndote, ó Yugurta, después de la muerte de tu padre, niño, y sin esperanzas ni riquezas, te recibí en mi reino, pareciéndome que por los beneficios que te hacia no me tendrias menos amor que mis hijos; y no me engañé en esta opinion, porque, sin tratar de otras grandes é ilustres hazañas, últimamente volviendo de Numancia me honraste á mí y á mi reino con tu gloria; y con tu virtud aseguraste de todo punto la amistad que habia entre nosotros y los romanos, tornando á ilustrar en España el nombre de nuestro linage; y alcanzaste finalmente la cosa mas dificultosa que hay entre los mortales, venciendo la envidia con tu fama. Ahora que la naturaleza pretende limitar el curso de mi vida, te amonesto y ruego por esta mi diestra, y por la fé del reino, que ames á estos que son tus deudos mas cercanos, y que por mis beneficios te llaman hermano, y que no quieras mas juntarte con los extraños que conservar tu sangre; porque no defienden al reino los ejércitos ni tesoros, sino los amigos, que no se pueden forzar por armas, ni ganar por dineros, pues se adquieren con buena correspondencia y fidelidad: ¿y quién es mas amigo del hermano, que el hermano mismo? ¿ó quién hallará lealtad en un extraño, habiendo sido enemigo de los suyos? Yo os entrego á vosotros un reino seguro si fuéredes buenos, pero instable si fuéredes malos; porque con la concordia crecen las cosas pequeñas, y con la discordia se acaban las mayores; y tú eres, ó Yugurta, el que has de poner órden, para que no suceda algo en contrario; porque en cualquier contienda que se ofrece, aunque reciba agravio el que es mas poderoso, se juzga que por serlo hace agravio á los demás; pero vosotros, Adherbal é Hiempsal, respetad á un varon de tanta virtud, é imitadle, procurando que no parezca que he adoptado á mejores hijos que aquellos que he engendrado. » Yugurta, aunque sabia que todas estas palabras del rey eran fingidas, le respondió entónces benignamente, y de allí á pocos dias murió Micipsa.

Después que, conforme á la costumbre de los reyes, le hicieron las exequias con gran magnificencia, se juntaron para tratar de todos los negocios; pero Hiempsal, que era él mas mozo, y naturalmente feroz, y que ya antes solia menospreciar á Yugurta, como de menor calidad, pues no la tenia de parte de su madre, se sentó al lado derecho de Adherbal, para que Yugurta no quedase en medio de los tres, que esto tienen por honra los numidas; y aun después, importunándole su hermano, apenas pudo acabar con él que se pasase al otro lado; y allí, discurriendo de muchas cosas tocantes á la administracion del reino, entre otras propuso Yugurta que convenia revocar todas las órdenes y decretos que se habian hecho en los últimos cinco años, porque en aquel tiempo habia ya con la vejez perdido parte de su juicio Micipsa; á que le respondió Hiempsal que era muy contento, porque en aquellos tres postreros años habia él llegado á ser rey por medio de la adopcion: palabras que penetraron mas de lo que ninguno pensó el pecho de Yugurta; y así desde aquella hora, fatigado de la ira y del temor, maquinaba y andaba preparando y trazando los medios para oprimir á Hiempsal; mas como estas cosas pidiesen tiempo, y no se aplacase su ánimo feroz, se resolvió á salir de cualquier manera con su intento.

Habian acordado en la primera junta, que, como queda dicho, hicieron los reyes, que por excusar diferencias dividiesen los tesoros y límites del reino de cada uno; y así señalaron los dias para entrambas estas cosas en que habia de preceder la distribucion del dinero, y entretanto se fué cada cual por su parte á los lugares que estaban mas cerca de aquellos en que se guardaban los tesoros: acaso alojába Hiempsal en la villa de Tirmida en casa de un lictor que era el que iba mas cerca de la persona real, y siempre habia sido muy amigo y favorecido de Yugurta, el cual viendo que la fortuna le ofrecia tal ministro, le hizo grandes promesas, para que como si fuera á visitar su casa, mandase hacer llaves falsas de todas las puertas, porque las verdaderas se llevaban á Hiempsal, y que cuando fuese hora el vendria con una buena tropa. Cumplió luego el numida lo que se le habia encargado, y segun estaba ya instruido, metió de noche en la casa los soldados de Yugurta; los cuales después que entraron en ella fueron luego buscando cada uno por diferente parte al rey, degollando á los que dormian ó les salian al encuentro. Escudriñaban los lugares secretos, entrando por fuerza en los que estaban cerrados, y así lo confundian todo con el ruido y las voces, hasta que hallaron á Hiempsal, que se escondia en la choza de una criada, donde se habia huido al principio con el miedo, y por no tener noticia del lugar; y los numidas, conforme á la órden que se les habia dado, trajeron su cabeza á Yugurta.

Pero la fama de una maldad tan grande corrió luego por toda África, y causó notable temor en los que solian estar sujetos á Micipsa. Dividiéronse en dos bandos los numidas; y aunque la mayor parte seguia á Adherbal, favorecian al otro los mejores soldados, y así juntó Yugurta el mayor ejército que pudo, y rindiéndosele las ciudades, unas por fuerza y otras por voluntad, procuraba ocupar toda la Numidia; y Adherbal, aunque habia enviado embajadores á Roma que declarasen al senado la muerte de su hermano y su estado, confiándose en la mucha gente que tenia, se apercibia para la batalla; mas después que vino á darla fué vencido, y huyó á la provincia (1), y de allí á Roma.

Entónces Yugurta, habiendo alcanzado su deseo, y apoderádose de toda la Numidia, como no le faltaba tiempo para considerar su maldad, comenzó á temer al pueblo romano, no teniendo otra esperanza contra su ira que la avaricia de los nobles y su dinero; y así de allí á pocos dias envió embajadores á Roma con mucha plata y oro, ordenándoles que primero contentasen con dádivas á sus amigos viejos; y después procurasen otros nuevos; y finalmente, que no tardasen en granjear á cualquiera que pudiesen obligar

(1) Así llamaban los romanos lo que ganaban en la guerra. Huyó, pues, Adherbal á tierra perteneciente á Roma.

con liberalidades; de modo que, habiendo llegado á Roma, y, conforme á la instruccion, enviado grandes presentes á los que eran huéspedes de su rey, y obligados á hospedarle, y á otros que en aquel tiempo podian mas en el senado; hubo luego una tan extraña mudanza, que en lugar del odio que le habian cobrado, apoyaban y ayudaban todos los nobles á Yugurta; é inducidos parte con la esperanza, y parte con el premio, iban á rogar á todos los senadores que no diesen alguna sentencia cruel contra Yugurta; y así, despues que estuvieron bien asegurados los embajadores, señalaron á entrambas las partes dia en que diesen sus razones en el senado; y entónces dicen que habló Adherbal de esta manera:

«Padres conscriptos: Micipsa mi padre, me encargó á la hora de su muerte que solo pensase tener el gobierno de Numidia, y que tocaba á vosotros el derecho y el imperio; y que tambien procurase así en paz como en guerra, hacer los mayores servicios al pueblo romano; y que de vosotros hiciese la misma cuenta que de mis propios parientes y aliados; porque, cumpliéndolo así, hallaria en vosotros amistad, riquezas, ejercitos y la defensa de mi reino; y siguiendo yo estas órdenes de mi padre, vino Yugurta, el peor hombre de todos los que sustenta la tierra, y menospreciador de vuestro imperio, á quitarme el reino y los bienes, aunque soy nieto de Masinisa, y por razon de mi orígen, confederado y amigo del pueblo romano. Bien quisiera, padres conscriptos, que ya que habia de llegar á esta miseria, pudiera por mis servicios y nó por los de mis mayores, pediros socorro, y que por esta causa me lo debiera dar el pueblo romano, y que no tuviera necesidad de él, ó que si la tuviera, me valiera de esto como de cosa debida; pero, como los que viven bien, viven poco seguros, y no podia yo saber la intencion de Yugurta, me retiré debajo de vuestro amparo, para daros molestia antes de haberos servido, que esto es lo que mas me hace sentir mi desgracia; á los otros reyes habeis recibido por amigos después que los vencisteis ó ellos procuraron vuestra amistad en sus peligros; pero mis antepasados se confederaron con el pueblo romano en el tiempo que hacia la guerra á los cartagineses, y cuando merecia ser mas estimada su fidelidad que su asistencia; y así no permitais, padres conscriptos, que yo, que soy de esta sangre, y nieto de Masinisa, os pida socorro en vano; porque si no tuviera otra causa mas para alcanzarle que mi miserable estado (pues no há mucho que era rey, y por mi linaje, fama y riquezas poderoso, y ahora, consumido de trabajos y pobre, aguardo el favor ageno) todavía tocaba á la majestad del pueblo romano prohibir las injurias y no sufrir que el reino de alguno creciese con maldades. Mas á mi me echaron de las tierras que dió el pueblo romano á mis antecesores, de donde vosotros, acompañados de mi padre y abuelo, desterrasteis á Sifax y á los cartagineses. Vuestros beneficios, padres conscriptos, son lo que me han quitado; vosotros sois á quienes han menospreciado, ¡oh miserable de mí! ¿En esto habian de venir á parar, oh Micipsa, padre mio, tus beneficios, que aquel á quien igualaste á tus hijos, y diste parte en tu reino, sea el que mas procura verter tu sangre? ¿no gozará, pues, algun dia de sosiego vuestro linaje? ¿andará siempre revuelto en sangre y guerras y desterrado? Mientras florecieron los cartagineses, padecíamos muy justamente sus crueldades; teníamos los enemigos cerca, y á vosotros que érades nuestros amigos, lejos, y consistia toda nuestra esperanza en las armas; mas, después que se echó aquella peste de África, gozábamos con alegría de la paz, ya que no teníamos ningun enemigo, si acaso no quertades vosotros que le tuviesemos; pero ahora de repente Yugurta, con una audacia intolerable, y gloriándose de su alevosía y soberbia, después de haber muerto á mi hermano, que era su deudo, usurpó su reino, como si fuera la presa ganada por su maldad; y cuando vió que no me podia coger con el mismo engaño, y que de ninguna cosa me temia yo menos que de su violencia ó de la guerra, viviendo debajo de vuestro imperio, me privó de mi patria y de mi casa, trayéndome á tal pobreza y tantas calamidades como veis, y que en cualquiera parte estoy mas seguro que en mi reino propio. Yo me persuadia, padres conscriptos, por haberlo oido decir á mi padre, que los que habian de conservar vuestra amistad habian de pasar mucho trabajo, mas que con ella se aseguraban de todo punto contra todos; lo que pudo hacer nuestra casa fué lo que hizo, sirviéndoos en todas vuestras guerras; ahora está en vuestra mano hacer que vivamos con paz y quietud. Padres conscriptos, dos hijos dejó mi padre y pensó que por sus beneficios seria Yugurta como hermano nuestro; pero este mató al uno de ellos, y yo, que soy el otro, apenas escapé de sus crueles manos; ¿qué haré ó á quien llegaré primero, pues soy tan desgraciado? Ya acabaron todos los que solian amparar mi linaje. Mi padre, como era fuerza, cumplió con su deuda natural; mi pariente quitó la vida contra toda razon á mi hermano, y por diversas maneras destruyó á los deudos, amigos, aliados, y á todos los mios, poniendo á algunos en cruz, echando otros á las fieras, y á pocos que dejó vivos los tiene metidos en las mazmorras, donde con tristeza y llanto pasan su vida peor que la muerte. Si todas las cosas que he perdido, si todos los amigos, que ahora con diferente nombre me persiguen, me quedasen todavía, sucediéndome algun mal de improviso, á ninguno imploraria, padres conscriptos, sino á vosotros, á quienes por la grandeza del imperio, conviene guardar la justicia, y reprimir las injurias; ahora que me hallo desterrado de mi patria, solo y desposeido de toda mi honra y dignidad ¿á quién acudiré, ó á quien invocaré? ¿á las naciones y reyes que nos aborrecen, porque conservamos vuestra amistad? ¿ó á qué parte podré ir do no se hallen muchos rastros de las ruínas causadas por mis mayores? ¿tendria por ventura compasion de vosotros alguno que hubiese sido en otro tiempo enemigo vuestro? Finalmente, nos ordenó Masinisa, padres conscriptos, que no respetásemos á nadie sino al pueblo romano, y que no hiciésemos liga ni tratos con otros; porque en vuestra amistad hallaríamos todo el socorro que nos fuese necesario: y si se mudase la fortuna de esta república, que pereciésemos juntamente mostrando nuestro valor; pero ahora, por la benignidad de los dioses, se aumenta y florece vuestro imperio, y todos le sirven y obedecen, para que mas fácilmente podais impedir los ultrajes que se hacen á vuestros confederados: solo temo que la amistad que algunos tienen en secreto con Yugurta, no les haga apartar de la razon: porque oigo que andan haciendo grandes diligencias, solicitando é importunando á cada uno de vosotros en particular, que no resolvais nada contra el ausente, sin conocimiento de la causa, porque son fingidas mis palabras, y no me han obligado á que huyese, pues podia quedar en mi reino; ojalá vea yo á aquel que con su gran maldad me ha puesto en este estado de fingir estas cosas, y que algun dia tengais vosotros ó los dioses inmortales cuidado de las cosas humanas, para que, el que ahora triunfa y se jacta de sus maldades, sea atormentado de todos los

males, y pague las justas penas de la ingratitud que ha usado con mi padre, de la muerte de mi hermano y de mis miserias; y tú, oh hermano mio, á quien únicamente amaba, aunque contra toda razon te quitaron la vida antes de tiempo, pienso que te debes holgar, mas que quejar de tu muerte, pues no perdiste con la vida el reino, antes escapaste del destierro, de la huida, de la pobreza, y de todas estas desgracias que me afligen; pero yo, miserable, que me hallo rodeado de tantas, y echado del reino de mi padre, estoy hecho un espectáculo de la fortuna humana, dudoso en lo que he de hacer: ¿procuraré la venganza de tus injurias, viéndome sin socorro alguno, ó miraré por mi reino, si tiene otro el poder de darme la vida y muerte? Pluguiese á los dioses que con un fin honroso le pusiese á mis desdichas, para que no despreciasen mi vida, si cansado de males sufriere las afrentas. Pero ahora que aborrezco la vida, y no se me concede la muerte sin deshonra, os ruego, padres conscriptos, por amor de vuestros hijos y padres, y de vosotros mismos, y por la majestad del pueblo romano, que remedieis mi adversidad con resistir al agravio, no permitiendo que el reino de Numidia, que es vuestro, se destruya con tal maldad y con el derramamiento de nuestra sangre.»

Después que acabó de hablar el rey, los embajadores de Yugurta, confiados mas en sus cohechos que en la razon, respondieron en pocas palabras: «Que los numidas habian muerto á Hiempsal por su crueldad, y que Adherbal, habiendo movido la guerra sin causa, ahora que habia sido vencido en ella, se quejaba, porque habian resistido á sus injurias: que Yugurta pedia al senado que le tuviesen por el mismo que habian visto en Numancia, y no antepusiesen las palabras de su enemigo á sus servicios;» y con esto salieron los unos y los otros de la curia, pues habia de tratar luego de este negocio el senado: los que favorecian á los embajadores, y la mayor parte de los senadores que habian sobornado, no hacian caudal de las palabras de Adherbal, celebrando el valor de Yugurta, y con gran aficion y en voces altas defendian el crímen y la maldad agena, como su honra propia; pero algunos, que, al contrario, preferian el derecho y la razon á las riquezas, decian que era justo dar socorro á Adherbal, y vengar rigurosamente la muerte de Hiempsal; y el que mas insistia en esto era Emilio Escauro, hombre noble, pronto é inquieto, deseoso del gobierno y de las riquezas y honras; aunque disimulaba con grande astucia sus vicios: y como vió la desvergüenza y poco recato con que procedia el rey en sus negociaciones, temiendo, como sucede en semejantes casos, que una infamia como esta le causaria odio, reprimió sus ordinarios deseos.

Pudieron todavía mas en el senado los que posponian la verdad al favor y dinero, y así se decretó que fuesen diez diputados á dividir el reino que habia sido de Micipsa entre Yugurta y Adherbal. El principal de estos era Lucio Opimio, hombre ilustre, y que tenia entónces mucha autoridad en el senado, porque, siendo cónsul, después de muerto Cayo Graco y Marcio Fulvio Flaco, ejecutó con brava resolucion contra la plebe la victoria que alcanzaron los nobles, y, aunque Yugurta le habia tenido en Roma por uno de sus amigos, le recibió todavía con grandes cumplimientos, y, prometiéndole muchas cosas, hizo tanto, que vino á estimar mas el provecho del rey que su reputacion y fe, y finalmente sus mayores bienes; y, acometiendo por el mismo camino á los otros diputados, venció á la mayor parte, y pocos antepusieron la fe al dinero, y en la division que hicieron señalaron á Yugurta la parte de Numidia que confina con la Mauritania (1), mas fértil y poblada, dejando á Adherbal la otra de mayor apariencia que bondad, mas adornada con edificios y puertos.

Parece que la historia requiere que haga aquí una breve descripcion de África (2), y de las gentes que tuvieron con nosotros guerra ó amistad; bien que no podré referir con certidumbre las naciones y lugares que por el calor y su aspereza, y los desiertos que hay, son menos frecuentados. Muchos, repartiendo el orbe de la tierra, dicen que es África la tercera parte de el, aunque algunos solo le dividen en Europa y Asia, atribuyendo á Europa la África, que tiene por límites al occidente á nuestro mar, y el océano, y al oriente aquel valle que llaman los naturales Catabatmon (3). El mar es terrible y peligroso, por los pocos puertos; la campiña fértil y buena para el ganado; pero crecen mal los árboles, y faltan las aguas del cielo y de la tierra: los hombres son sanos, sueltos y sufridores del trabajo; la mayor parte llega á la vejez cuando no perecen por hierro ó por el rigor de las fieras: porque raras veces muere alguno de enfermedad; y tambien hay muchos animales venenosos.

Referiré brevemente las naciones que en África habitaron al principio, y las que después se les allegaron, y de la manera que se mezclaron unas con otras, siguiendo en esto lo que nos interpretaron de los libros escritos en lengua púnica (4), que, segun decian, eran del rey Hiempsal, y lo que tienen por cosa averiguada los naturales; y, aunque discrepe de la comun fama, podrán dar crédito á aquellos autores. Los primeros que ocuparon esta region fueron los getulos (5) y libios (6), gente rústica y agreste, que se sustentaban de las fieras que cazaban y de las yerbas que produce la tierra para los animales. Estos no tenian costumbres ni leyes, ni vivian sujetos á nadie; pero, corriendo y mudándose de una parte á otra, se alojaban en el lugar donde les cogia la noche. Mas, después que Hércules murió en España, segun la opinion de los africanos, con la muerte del capitan, y con los muchos pretendientes que habia para el gobierno, se deshizo luego el ejército que estaba compuesto de va-

---

(1) Dividíase antiguamente en Tingitania y Cesariense: la Tingitania comprende ahora, segun Marmol, los reinos de Fez y Marruecos, y la Cesariense el de Tremecén.

(2) Descripcion de África, que llaman los naturales Ifriquia, y derivan este nombre de un rey de la Arabia Feliz llamado Ifriqui; aunque otros autores africanos le deducen de Faraca, que en arábigo significa cosa divina ó suelta, por separarla del mar Mediterraneo de Europa, y el estrecho de Arabia del Asia. Pero dicen otros que tuvo orígen el mismo nombre de Afer, hijo de Madian y nieto de Abrahan.

(3) Catabatmon significa lo mismo que en latin «descensus,» ó descendimiento; y de lo que escribe en este lugar, y mas adelante Salustio, confiriéndolo con lo que dicen Juan Leon y Luis del Marmol, se infiere que se incluye en los desiertos de Barca; y para mayor claridad traslado aquí las mismas palabras de Marmol: «desde los términos orientales de la provincia de Mesrata, que llamaban los antiguos Cirenáica, comienza un desierto muy grande, que comunmente llamamos Barca; los alarabes de África le llaman Ceirat Barca, que quiere decir el camino de la tempestad, por el cual se atraviesa para ir de Berbería á Egipto. Extiéndese este desierto desde el cabo que los modernos llaman de Arrasitin, que Tolomeo llama península grande, hasta Glauco, promontorio en los confines de Alejandría la vieja, por espacio de cuatrocientas y cincuenta leguas, y hácia mediodía tiene de travesía mas de sesenta leguas.

(4) Que se hablaba en Cartago.

(5) Que dieron nombre á la region, llamada antiguamente Getulia, que, confinando con la Numidia, se comprende ahora en las tierras, que, como he dicho, llaman los africanos Beled el Gerid.

(6) Tambien dejaron estos su nombre á entrambas Libias.

rias naciones; y siendo de este número los medos (1), persas y armenios pasaron en sus naves á África, y se apoderaron de los lugares cercanos á nuestro mar, aunque los persas quedaron mas hácia el océano, y de los cascos de sus naves, que volvian hácia arriba, se servian como de chozas, porque no hallaban materiales en los campos, ni tenian medio para comprarlos ó hacer algun trueque con los españoles; porque el ser tan grande la mar y tan diferente el lenguaje impedia los comercios. Estos fueron poco á poco emparentando con los getulos, y porque tantas veces habian mudado de lugares, y tentado las tierras, se llamaron á sí mismos númidas; y aun hoy en dia, las casas de los labradores, que ellos llaman mapalias, como son largas, y se van estrechando por los lados hasta formar el techo, representan la parte inferior de la nave. Con los medos y armenios se agregaron los libios, por habitar mas hácia el mediodía, y los getulos mas cerca del sol, y mas sujetos á sus calores. Estos tuvieron presto ciudades, porque, estando separados de España por el estrecho, trataban unos con otros, y los libios fueron corrompiendo poco á poco su nombre, llamándose en su lenguaje bárbaro mauros (moros) en lugar de medos; mas los persas se aumentaron en poco tiempo, y con nombre de númidas, apartándose, por su muchedumbre, de sus padres, poseyeron la region que está junto á Cartago, y se llama Numidia; y después, confiándose los unos en los otros, sujetaron con las armas ó el temor de ellas á sus comarcanos, con que creció su fama y gloria, señalándose mas en esto los que están mas cerca de nuestro mar, porque los libios no son tan belicosos como los getulos. Finalmente, la mayor parte de la África inferior fué ocupada por los númidas, y todos los vencidos vinieron á recibir el nombre de los vencedores. Después los fenices (2), por ser mayor el número de la gente que su territorio, y parte de ellos con deseo de reinar, solicitando al vulgo y otros aficionados á cosas nuevas, fundaron en la costa de África á Hippo (3), Adrumeto (4) y Leptis (5) y otras ciudades, que floreciendo mucho en pocos dias, sirvieron unas de defensa á los pueblos de su orígen, y otras de gloria; que de Cartago tengo por mas acertado no decir nada, que decir poco; porque el tiempo me obliga á pasar á otras partes, y así desde Catabatmon, que divide á Egipto (6) de África, la primera ciudad situada á la orilla de aquel mar es Cirene (7), colonia de los tereos, y luego las dos Sirtes (8), y en medio de ellas Leptis, después las Aras (1) de los filenos, que este lugar tuvieron por termino de su imperio hácia la parte de Egipto los cartagineses, y de este modo van siguiendo las otras ciudades de los penos; y los demás lugares hasta la Mauritania poseen los númidas, porque los mauros son los que se hallan mas cerca de España, y segun he entendido los getulos, que confinan con la Numidia, viven parte en chozas, y otros aun con menos policía corren de una parte á otra; y mas adelante están los etíopes (2), y luego las tierras abrasadas por los calores; y así en la guerra de Yugurta los magistrados que ponia el pueblo romano gobernaban muchas de las ciudades de los penos, y los confines que tenian últimamente los cartagineses, y mucha parte de los getulos y los númidas hasta el rio Meluca (3) obedecian á Yugurta; pero todos los mauros estaban debajo del dominio del rey Bocco, que no conocia del pueblo romano mas que el nombre, y tampoco nosotros en guerra ni en paz habíamos tenido noticia de el. De África y de sus moradores hemos dicho lo que era necesario para lo que tratamos.

Despues que, quedando repartido el reino, salieron los diputados de África, y vió Yugurta que en lugar del temor que habia concebido, alcanzó premio por su maldad, teniendo por cierto lo que le habian dicho sus amigos en Numancia, de que se vendian todas las cosas en Roma, é incitado así mismo por las promesas de aquellos cuya codicia habia satisfecho, comenzó á aspirar al reino de Adherbal, como hombre gallardo y belicoso; pero aquel á quien queria acometer era quieto, nada guerrero, blando de condicion, y, como tal, sujeto á recibir agravios, pues no se hacia temer tanto cuanto temia.

Y así de repente entró por sus tierras con un grande ejercito, cautivando mucha gente, tomando el ganado y otras presas; y poniendo fuego á los edificios, hacia con la caballería grandes daños en diferentes partes, y luego se retiró con todo el campo á su reino, pareciéndole que Adherbal, irritado de esta afrenta, se vengaria de ella á mano armada, y que así tendria ocasion para la guerra; pero Adherbal, como no se tenia por tan buen soldado, y estaba mas confiado en la amistad del pueblo romano que en los númidas, envió embajadores que se quejasen á Yugurta de estos agravios, y aunque trajeron una respuesta afrentosa, se resolvió á sufrir antes todas las cosas, que mover la guerra, por el ruin suceso que habia tenido en ella; y con todo esto no se aplacó la codicia de Yugurta, como el que ya contaba por suyo todo aquel reino; y así, nó con correrías, segun solia, sino con un poderoso ejército que habia juntado, empezó á hacer la guerra, y pretender claramente el imperio de toda la Numidia, arruinando las villas por donde pasaba, talando los campos, y sacando presas con que animaba á los suyos, y atemorizaba á los enemigos.

---

(1) Nacion antigua é ilustre de Asia, cuyo imperio se transfirió después á los persas, que, pues su nombre es tan conocido como el de los armenios, no tengo que añadir aquí.

(2) Pueblo dado al tráfico, que tuvo en aquellos tiempos gran poder por el mar.

(3) Que llaman ahora los cristianos Bona. Los árabes la llaman Beled el Vgneb.

(4) Segun Mercato se llama ahora Mahometa, ó Hamameta, como escribe Marmol. Pero quizá estuvo Adrumeto en el propio lugar, ó como dice Marmol, será lo que llamamos Africa, y llamaron los moros Mehedia en la provincia de Túnez.

(5) Hubo conforme á la opinion de Tolomeo y Plinio dos ciudades de este nombre en la Africa propia: la mayor quiere Mercator que sea Lépido, que segun Marmol, es de la provincia de Tripoli en Berberia; y si damos crédito á Cornelio Escepero, sera la menor Africa, que es contra el parecer de Mármol.

(6) Los arabes llaman esta region Mezra, los hebreos Mezrain, y los naturales de la tierra el Quivet.

(7) Ciudad muy celebrada en otro tiempo, y que dió nombre á la provincia Cirenaica, que, segun Juan Leon y Luis del Marmol, es ahora la de Mesrata en el reino de Túnez, y del estado de la ciudad de Tripoli.

(8) Dos golfos peligrosos en aquella costa de África.

---

(1) Este pueblo se llama, segun Mármol, Nain, y es de la provincia de Tripoli.

(2) Tolomeo divide la Etiopia en dos; y llama á la una Ethiopía sobre Egipto, que, segun Ortelio, es el reino de los abisinos, que llaman el Habeja; y la otra interior, que comprende la tierra de los negros; Marmol la divide en alta y baja, y dice que la alta es aquella parte de la tierra, donde son los reinos de los abisinos, y que en ella se comprenden tambien todas las provincias que caen sobre el mar de Arabia y el mar rojo, y la Etiopia de sobre el Egipto. La baja es la tierra de los negros, que llaman los moros Beled ala Abid.

(3) Alude mucho al nombre de este rio otro que llama Malucan Luis del Mármol: nace en la sierra del Atlante mayor, nueve leguas de Garciluin, ciudad de la pronvincia de Cuz, y va a meterse en la mar junto a la ciudad de Caraza; llama Tolomeo á la boca de este rio Melocat.

De modo que, viendo Adherbal que las cosas habian llegado á términos que habia de dejar el reino, ó conservarle por las armas, fué forzado á levantar gente, con que salió á encontrar á Yugurta, y no lejos de la mar, junto á la villa de Cirta (1), se acuartelaron entrambos los ejércitos; y porque ya anochecia no se dió aquel dia la batalla, mas, habiendo pasado mucha parte de la noche, y durando todavía la obscuridad, los soldados de Yugurta, dada la señal, acometieron los cuarteles del enemigo, poniendo en huida, ó degollando á los que estaban soñolientos ó tomaban las armas. Adherbal con algunos de á caballo huyó á Cirta; y sino fueran los del pueblo, que hicieron retirar de las murallas á los numidas que seguian el alcance, se hubiera en un mismo dia comenzado y acabado la guerra entre los dos reyes.

Cercó Yugurta la villa, apretándola con torres, galerías y diversas máquinas, para prevenir los embajadores, que sabia que antes de la batalla habia enviado Adherbal á Roma; pero, después que el senado tuvo aviso de la guerra, envió tres mancebos á África, que en nombre del senado y pueblo romano declarasen á entrambos los reyes, que era su voluntad y órden que dejasen las armas remitiendo sus diferencias á la razon, y nó á la guerra; porque así competia á la honra de los romanos y de ellos.

Llegaron con mucha brevedad los embajadores á África, usando mas de ella por haber entendido, mientras se aparejaban para el viaje en Roma, que se habia dado la batalla, y estaba sitiada Cirta, aunque no se decia todo como pasaba: habiendo oido su embajada Yugurta, respondió: «que no habia cosa que mas acatase ni estimase que la autoridad del senado; y que desde su mocedad habia procurado tener buena opinion con los buenos; y que por su virtud, y nó por malicia, alcanzó el favor de Publio Escipion, hombre tan ilustre, y por el mismo respecto le adoptó Micipsa para la sucesion del reino, y nó porque le faltasen hijos; y que cuanto mayores hazañas habia hecho, tanto menos sufria su ánimo las injurias; que Adherbal habia intentado matarle á traicion, y por estar advertido de ella, habia estorbado su maldad; que el pueblo romano no haria lo que pedian la razon y la justicia, si le privase del derecho de las gentes. Finalmente, que él enviaria presto embajadores sobre estas cosas á Roma;» con que se despidieron, y Adherbal no tuvo lugar para llamarlos.

Después que entendió Yugurta que habian salido de África, y que por el sitio del lugar no podia ganar por fuerza á Cirta, la cercó por todas partes con trincheras y fosos, y, levantando torres, puso gente en ellas, acometiendo demás de esto de dia y de noche la villa por armas ó por engaños, con ofrecer á veces premios á los defensores, y amenazarlos á veces; y exhortaba y animaba á los suyos, atendiendo con gran cuidado á todo.

Adherbal, viendo sus cosas reducidas al extremo peligroso, y su enemigo mas obstinado, y que no habia esperanza alguna de socorro, ni podia, faltándole las provisiones, alargar la guerra, escogió á dos de los que con él se habian retirado á Cirta, que eran hombres muy diligentes, y, prometiéndoles muchas cosas, y representándoles su miseria, les persuadió que, pasando de noche por el campo de los enemigos, procurasen llegar á la mar, que estaba cerca, y de allí á Roma; los numidas cumplieron en pocos dias su órden, y las cartas de Adherbal fueron leidas en el senado, que contenian lo siguiente:

«No tengo yo la culpa de importunaros tantas veces, padres conscriptos, mas fuérzame á ello la violencia de Yugurta, que con tan vehemente deseo procura mi muerte, que no se acuerda de vosotros ni de los dioses inmortales: porque mas apetece mi sangre que todas las cosas, y así hay ya cinco meses que me tiene cercado, aunque soy confederado y amigo del pueblo romano, y no me ayudan los beneficios de mi padre Micipsa, ni vuestras órdenes, pues no sé si me aprietan mas las armas que el hambre. El estado en que me veo no permite que escriba mas de Yugurta, porque ya tengo experiencia de que se da poco crédito á los desgraciados; si bien entiendo que no se acaban en mí solo sus deseos, y que no pretende con mi reino vuestra amistad, porque todos conocen cuál de estas dos cosas estima mas; pues primero mató á mi hermano Hiempsal, y después me echó del reino de mi padre. No digo que os tocan las afrentas que padecí, sino que ahora ocupa con las armas el reino de Numidia, que es vuestro, y me tiene sitiado, habiéndome vosotros escogido por rey de los numidas, y los peligros en que me hallo muestran el caudal que hace de vuestros embajadores, y así, ¿qué cosa puede haber ya que le mueva sino vuestras fuerzas? Bien quisiera que lo que os escribo, y todo lo de que me he quejado en el senado, fuera fingido, y que no acreditase mi miseria mis palabras; pero, pues he nacido para que declarase en mí sus maldades Yugurta, no pido que me libreis de la muerte y de los trabajos, sino del poder de mi enemigo, y de los tormentos que me hará padecer; proveed en vuestro reino de Numidia lo que os pareciere; pero sacadme de sus crueles manos; que esto os ruego por la majestad del imperio, y en fé de la amistad, si aun se conserva en vosotros alguna memoria, de mi abuelo Masinisa.»

Después que se leyeron estas cartas, propusieron algunos que se enviase un ejército á África en socorro de Adherbal, y entretanto viesen lo que se habia de hacer con Yugurta por no haber obedecido á los embajadores; pero aquellos mismos que solian favorecerle hicieron grandes diligencias para que no saliese este decreto; de suerte, que, como sucede en la mayor parte de los negocios, pudo mas la pasion de algunos que el bien comun. Con todo eso enviaron á África personas de mucha edad y nobleza, que habian tenido grandes cargos, y entre ellos á Marco Emilio Escauro, de quien ha poco que traté, varon consular, y que en aquel tiempo era príncipe del senado (1); y por el odio que concibieron contra Yugurta, y tambien por pedírselo así los numidas, se embarcaron dentro de tres dias, y de allí á poco aportaron á Utica (2), y escribieron á Yugurta, que luego viniese á la provincia, porque el senado los habia enviado para que se viesen con él. Cuando recibió el aviso de que estos varones ilustres, cuya autoridad sabia que era grande en Roma, venian á romper su designio, se turbó mucho, quedando al principio suspenso entre el temor y el deseo; temia la ira del senado si no obedecia á los embajadores, mas no sabia apartarse de la maldad, porque le cegaba la codicia; y así con ella se dejó vencer del peor consejo, y, acometiendo por todas partes á Cirta, procuraba ganarla, esperando que, separándose para la defensa los enemigos, hallaria por

(1) Constantina, que llaman los moros Cuzutina. Es cabeza de la provincia de Numidia nueva, que los modernos llaman de Constantina.

(1) El decano y presidente del senado.
(2) Huberto Foglieta dice que es Biserta; pero Mármol y otros, que es aquel puerto yermo llamado modernamente puerto Farina por los cristianos, y por los moros Gar el Metha. Fué de las mejores ciudades de África.

fuerza ó por engaño algun camino para la victoria; pero, sucediéndole esto al revés, y no pudiendo salir con su intento, que era coger á Adherbal antes de ir á hablar á los embajadores, y pareciéndole que con la dilacion irritaria mas á Escauro, á quien temia mas que á todos, vino á la provincia con algunos de á caballo; y, aunque de parte del senado se le hicieron grandes amenazas para que levantase el cerco, después de haberle dicho en vano muchas palabras los embajadores, se partieron sin efectuar cosa alguna.

Teniéndose aviso de esto en Cirta, los italianos, que con su valor la habian defendido, confiándose en la grandeza del pueblo romano de que no los ofenderian cuando la rindiesen, persuadieron á Adherbal que se entregase á sí y á la villa, como le prometiese la vida Yugurta, porque de lo demás tendria cuidado el senado; pero él, aunque le parecian todas las otras cosas mas seguras que la fé de Yugurta, con todo eso, ya que estaba en la mano de los italianos el obligarle á esto si lo contradijese, se rindió siguiendo su parecer, y luego le mandó matar con gran crueldad Yugurta, y después de él á todos los mancebos de Numidia y los mercaderes, sin ninguna distincion, así como los encontraba armados.

Cuando llegaron estas nuevas á Roma, y se comenzó á tratar de ellas en el senado, los mismos que siempre le habian amparado, á veces con el favor, y á veces con sus largas, debatiendo y altercando sobre el caso, mitigaban el odio, y si Cayo Memmio, que habia sido nombrado por tribuno de la plebe (1), hombre terrible y enemigo de la autoridad de los nobles, no hubiera representado al pueblo romano, que algunos de los poderosos procuraban que no fuese castigada la maldad de Yugurta, sin duda se fuera perdiendo el enojo en las dilaciones de las consultas; que tanto podian el favor y el dinero del rey: mas el senado, temiendo al pueblo, que estaba informado del crímen, señaló en virtud de la ley Sempronia (2) las provincias de Numidia é Italia á los que en la primera eleccion saliesen cónsules, en la cual fueron nombrados Publio Escipion Nasica, y Lucio Bestia Calpurnio, á quien tocó la Numidia, y á Escipion Italia, y luego hicieron alistar la gente que se habia de embarcar para África, declarando el dinero, y las otras cosas que habian de llevar para la guerra.

Yugurta, habiendo recibido diferente aviso del que esperaba, pues tenia por cierto que no habia cosa que no se vendiese en Roma, envió por embajadores al senado á su hijo, y con él á otros dos privados suyos, dándoles la misma órden que á los que fueron cuando mató á Hiempsal, para que acometiesen con dinero á todo el mundo; y, después que estuvieron cerca de Roma, convocó Calpurnio al senado, para saber si seria bien recibir á los embajadores de Yugurta, y decretóse que dentro de diez dias saliesen de Italia, en caso que no viniesen á entregar al reino y al mismo Yugurta. El cónsul hizo notificar á los numidas el decreto del senado; y así sin hacer cosa alguna se volvieron á su tierra.

Entretanto Calpurnio, estando ya apercibido el ejército, tomó por camaradas algunos hombres nobles y poderosos, esperando que con la autoridad de estos podria encubrir sus faltas, y uno de ellos fué Escauro, de cuyo natural y costumbres he tratado ya, porque tenia este cónsul muchas y buenas partes, que todas corrompia la avaricia. Sufria cualquier trabajo, tenia un ingenio muy pronto, y no era poco atentado ni poco experto en la guerra, pues no se turbaba de ningun engaño ó peligro. Pasaron las legiones por Italia á Regio, y de allí á Sicilia, y de Sicilia á África, y Calpurnio, habiendo al principio hecho provision de bastimentos, entró con gran resolucion en la Numidia, cautivando mucha gente, y ganando algunas ciudades por fuerza; mas, después que Yugurta le empezó por sus embajadores á tentar con el dinero, y representar la dificultad de la guerra que movia, se dejó vencer fácilmente de la avaricia de su corazon debil, tomando por asistente y consejero en todas sus cosas á Escauro, el cual, aunque en otro tiempo, estando corrompidos muchos de su bando, persiguió bravamente al rey, se dejó entónces apartar con la fuerza del oro de la justicia y razon, aprobando las maldades. Al principio solo procuraba Yugurta dilatar la guerra, pareciéndole que entretanto negociaria algo en Roma por dádivas ó por favor; pero, como entendió que Escauro tenia parte en el negocio, determinó de hacer con ellos en persona todo el concierto con grandísima esperanza de alcanzar la paz, y entretanto le envió el cónsul por rehenes á la villa de Vacca, al cuestor Sextio (1); si bien decia, que iba á recibir el trigo que Calpurnio habia ordenado públicamente á los embajadores que le enviasen; porque, aguardando á que se rindiese Yugurta, hacian treguas.

Y así el rey, conforme á lo que tenia resuelto, vino al campo, y habiendo delante de todo el consejo dicho algunas cosas del odio en que le habian puesto, y que le recibiesen, pues se rendia, trató con Calpurnio y Escauro otros secretos; y el dia siguiente, como si hubieran pedido parecer á todos por la ley Satira (2), le recibieron; pero, segun lo que se le habia mandado por el consejo, entregó al cuestor treinta elefantes, y muchos caballos y ganado, con no poca cantidad de plata; y Calpurnio partió á Roma para la eleccion de los magistrados, y gozó la Numidia y nuestro ejército de la paz.

Después que divulgó la fama las cosas que se habian hecho en África, y el modo con que las guiaron, hablaban en todos los lugares y corrillos del cónsul, cobrándole notable odio la plebe, y estando afligidos y dudosos los padres en si habian de consentir una tan gran maldad, ó revocar el decreto del cónsul; y ninguna cosa los detenia mas para hacer lo que era justo, que la autoridad de Escauro, que habia sido en esto el autor y compañero de Calpurnio. Pero Cayo Memmio, que (como queda dicho) era hombre muy libre, y enemigo de la nobleza y de su poder, entre las dilaciones y dudas del senado, juntaba el pueblo, exhortándole á la venganza, y amonestándole para que no desamparase la república y su libertad. Contaba muchas cosas, que, con gran crueldad y soberbia habia hecho el senado, procurando por todas maneras irritar los ánimos de la plebe; y porque en aquel tiempo era muy celebrada y estimada en Roma la elo-

(1) Hubo diversos tribunos en Roma, como los militares, el que llamaban tribunus celerum, y otros; pero estos de la plebe fueron nombrados por las discordias de las nobles con los plebeyos; tenian autoridad para impedir los resoluciones de los otros magistrados, y oponerse a sus decretos.

(2) Las provincias del pueblo romano se gobernaban algunas por los procónsules, otras por los pretores, pero las mas importantes por los mismos cónsules; y así en el consulado de Sempronio Graco se hizo una ley, de que las provincias de Italia y Numidia no se encargasen sino á los cónsules.

(1) Cada cónsul, cuando iba al gobierno de alguna provincia, llevaba consigo un cuestor, cuyo oficio era recibir los tributos, dar las pagas á los soldados, y tener cuenta con las rentas y los gastos.

(2) Por la cual se resolvian juntamente muchas cosas, como « hágase acuerdo con Yugurta, recíbanle pues se rinde; entregue los elefantes, etc. »

cuencia de Memmio, me pareció bien escribir una de las muchas oraciones que hizo, refiriendo particularmente aquella que después de vuelto Calpurnio recitó con estas palabras:

« Muchas cosas son, Quirites (1), las que me mueven á dejar vuestros negocios, si no me obligase mas que todas ellas el amor de la república. pues veo el poder que tiene la nobleza, y vuestro sufrimiento, y que como no se guarda la justicia, pasan los peligros solo los buenos, sin gozar de las honras, y no querria deciros los oprobios que en estos quince años padecisteis por la arrogancia de algunos, y cuán infamemente perecieron sin venganza muchos que os defendian, y cómo por vuestra flojedad y descuido habeis perdido el ánimo: ¿mas porque no volveis á cobrarle contra vuestros enemigos, que habeis de téner sujetos, y temeis á aquellos que de razon os debieran temer? y aunque corren las cosas de la manera que digo, no me sufre el corazon que deje de oponerme á la violencia de los nobles, y sin duda haré experiencia de la libertad que heredé de mi padre; pero si el intentar esto ha de ser en vano, ó con fruto, en vuestras manos consiste, ó Quirites; y no os aconsejo, como hicieron muchas veces vuestros antepasados, que tomeis las armas contra las injurias, pues no es necesario usar de fuerza, ni separarse (2), antes se han de perder ellos en sus mismas maldades. Después de muerto Tiberio Graco, que decian que aspiraba al reino, fueron puestos á cuestion de tormento muchos del pueblo, y después de la muerte de Cayo Graco y Marco Fulvio, fueron muchos de los vuestros degollados en la cárcel, y entrambos estas desgracias habeis sufrido, nó conforme á las leyes, sino á su gusto de ellos. Mas pongamos que el restituir su derecho á la plebe sea pretender el reino, y que hicieron justamente lo que no podian castigar sino con la sangre de los ciudadanos; los años pasados sentíades sin quejaros, que robasen el erario, y que los reyes y pueblos libres pagasen tributo á algunos de los nobles, y que estos gozasen de las mayores honras y riquezas; mas aun no quedaron satisfechos con haber cometido sin castigo tantas maldades, pues vinieron á entregar á los enemigos vuestras leyes, y la majestad del pueblo romano, y todas las cosas divinas y humanas, y no se corren ni arrepienten de ello, pero pasean delante de vosotros con notable ostentacion, haciéndola de los sacerdocios y consulados, como si fuera parte de su triunfo, y como si los tuvieran para honrarse con ellos, y nó para hacer sus robos. Los esclavos comprados por dinero no sufren las órdenes injustas de sus señores; y vosotros, ó Quirites, que nacisteis para mandar, ¿llevais con paciencia la servidumbre? ¿y qué gente es esta que ocupó la república? Los hombres mas estragados, y que derramaron mas sangre por su avaricia insaciable, los mas perniciosos, que venden la fé, el honor, la reputacion y la religion; y finalmente todas las cosas que se permiten y vedan; alegando para su defensa, parte el haber muerto los tribunos de la plebe, y los mas de ellos el haberos atormentado y ejecutado injustamente, y así quedan mas seguros los que mayores maldades cometieron; porque los asegura contra el temor vuestra negligencia, y el estar ellos tan conformes, pues desean, aborrecen, y temen todos unas mismas cosas; pero esto entre los buenos se llama amistad, y entre los malos parcialidad; que si tuviésedes vosotros de vuestra libertad tanto cuidado como ellos le tienen de usurpar el gobierno, creed que no destruirian como ahora la república, y que gozarian de vuestros beneficios los mejores, y nó los mas desalmados. Vuestros antecesores, para alcanzar justicia y establecer su autoridad, apartándose del senado, ocuparon dos veces con armas el monte Aventino; y vosotros, que recibisteis de ellos la libertad, ¿porqué no habeis de emplear por ella todas vuestras fuerzas? Y con tanto mayor resolucion, cuanto es mayor deshonra perder las cosas adquiridas, que no haber adquirido alguna. No faltará quien diga, ¿pues qué es lo que propones ahora? que se tome venganza de aquellos que entregaron alevosamente al enemigo la república, nó por vuestras manos, ni por fuerza, porque seria mayor afrenta vuestra si tal hiciésedes, que de ellos si tal les sucediese; sino con informaciones, y con lo que depondrá el mismo Yugurta, que si está rendido, sin duda cumplirá vuestras órdenes, y si las menospreciare, juzgareis cuál es la paz y entrega que le deja sin castigo, enriqueciendo mas á algunos poderosos con vituperio y daño de la república; si acaso no estais cansados de su gobierno, y os agradan mas aquellos tiempos que este, cuando eran pocos los que disponian de los reinos, provincias, leyes, privilegios, decretos, guerra y paz, y de todas las cosas divinas y humanas, y cuando vosotros, nunca vencidos de vuestros enemigos, y señores de todas las naciones, os contentábades de quedar con la vida; porque ¿cuál de vosotros osaba acusar la servidumbre? Yo, como soy de parecer que cualquier hombre queda afrentado sin la pena, solo en haber procedido mal, sufriera fácilmente que á estos ruines ciudadanos, porque son tales, los perdonárades, si la misericordia no hubiera de traer la ruina de la república; pues tienen tan poca consideracion, que por no haber sido castigados, les parece poco el haber hecho mal; de modo que si no les quitais los medios para que no continúen, os pondrán en perpétuo cuidado; pues ó habreis de servir, ó conservar con las armas vuestra libertad: porque ¿cómo podemos esperar que nos guarden fé ó amistad? Ellos quieren mandar, y vosotros ser libres; ellos procuran injuriaros, y vosotros estorbárselo; y finalmente, tratan á vuestros confederados como á vuestros enemigos, y á los enemigos como á confederados. ¿Puede haber paz ó buena correspondencia entre hombres de tan diferentes opiniones? y por eso os amonesto y exhorto, que no dejeis de castigar tal maldad. No han robado el erario, ni tomado por fuerza dinero á los confederados; que si bien son cosas graves, por ser tan ordinarias ya no se estiman; pero pusieron la autoridad del senado en manos del mas cruel enemigo nuestro, y con la misma alevosía le entregaron vuestro imperio, y así en Roma como en el ejército vendieron la república; que si no se tomare informacion de estas cosas, y si no se diere el castigo á los culpados, ¿qué nos queda sino el vivir sujetos á aquellos que esto hicieron? porque es ser rey el hacer cualquier cosa sin pena. Y no os persuado, Quirites, que deseeis que se hayan gobernado antes mal que bien vuestros ciudadanos, sino que, con perdonar á los malos, no destruyais á los buenos, y tambien conviene mucho mas á la república olvidarse de los servicios, que de los delitos; porque los hombres de bien si no se hace caudal de ellos, solo andan mas descuidados; pero los malos se hacen peores; y donde no suceden las injurias no es necesario el remedio.»

Diciendo diversas veces Cayo Memmio estas y seme-

(1) Rómulo dió este nombre á los Romanos, cuando, habiendo cesado la guerra de los sabinos, se juntaron con ellos, y tomó este nombre de Ceres, metrópoli de los sabinos, y patria de Tacio su capitan.

(2) En esta misma plática dice Salustio como se apartaba la plebe de los nobles, retirándose al monte Aventino.

jantes razones al pueblo romano, le vino á persuadir que se enviase Lucio Casio, que entónces era pretor, á Yugurta; y que, dándole seguridad en nombre de la república, le trajesen á Roma, para que mas fácilmente con la declaracion del rey se manifestasen los delitos de Escauro, y de los demás á quienes querian acusar por los cohechos que habian recibido.

Mientras se trataba esto en Roma, los que habia dejado Calpurnio en Numidia para el gobierno del ejército, siguiendo las costumbres de su general, hicieron muchas y muy atroces maldades; porque hubo quien, dejándose corromper del oro, entregó los elefantes á Yugurta, y otros le vendieron la gente que se pasó á nuestra parte, y algunos saquearon los pueblos que tenian paz con los romanos: tanto podia con ellos la avaricia, que como un contagio habia inficionado sus ánimos. Pero el pretor Casio, en conformidad de la órden que le dió Cayo Memmio, quedando asombrados los nobles, partió para África, y hallando á Yugurta temeroso y desconfiado de sus cosas, como el que conocia sus culpas, le persuadió que ya que se habia rendido al pueblo romano, no quisiese antes experimentar sus fuerzas que su misericordia, dándole tambien en particular su palabra, que no estimaba Yugurta menos que la que le daba por la república: tan grande era en aquel tiempo la fama de Casio; y así Yugurta, contra la honra real, en el traje mas miserable que pudo, vino á Roma; y aunque era muy animoso y le aseguraban todos los que con su poder y maldad le habian hecho acometer las cosas que habemos referido, ganó todavía con grandes dones á Cayo Bebio, tribuno de la plebe, para que con su atrevimiento le defendiese contra la justicia, y cualquier afrenta; y Cayo Memmio, habiendo convocado al pueblo (que estaba muy indignado contra el rey, pues decian algunos que le prendiesen, y otros que si no descubriese los cómplices se debia hacer justicia del enemigo) teniendo mayor respeto á su dignidad que á la ira, aplacaba este furor, y ablandaba los ánimos; afirmando juntamente que no habia de permitir que se violase la fé dada: y, despues que callaron todos, y salió en público Yugurta «comenzó á referir las maldades que habia hecho en Roma y en Numidia, y los delitos contra su padre y hermanos; y que si bien el pueblo romano sabia los que le habian dado favor para esto, queria para mayor claridad oirlo de él; que si dijese la verdad podia tener gran confianza en la fé y clemencia del pueblo romano; pero si disimulase, no salvaria á sus compañeros, antes se echaria á perder á sí con sus esperanzas.»

Luego que acabó su plática Memmio, y mandaron responder á Yugurta, Cayo Bebio, tribuno de la plebe, que (como queda dicho) estaba ya sobornado, ordenó al rey que callase; y aunque toda aquella muchedumbre que se hallaba presente le atemorizaba con sus gritos y gestos, y muchas veces con el ímpetu, y todas las otras cosas que acompañan á la ira, pudo todavía mas su desvergüenza; y así el pueblo, habiendo hecho mucha burla de él, se retiró, cobrando ánimo Yugurta, Calpurnio, y los demás á quienes aquello tocaba.

Andaba en aquel tiempo en Roma un cierto numida llamado Masiva, hijo de Gulusa, y nieto de Masinisa, el cual, porque en las diferencias que tuvieron los reyes fué contrario á Yugurta, viendo rendida á Cirta, y muerto á Adherbal, se salió huyendo de África: á este aconsejó Espurio Albino, quien en compañía de Quinto Minucio Rufo sucedió en el consulado á Calpurnio, que, pues era descendiente de Masinisa, y Yugurta por sus maldades se hallaba fatigado del odio y del temor, pidiese el reino de Numidia al senado, porque el cónsul inclinado á la guerra queria mas mover todas las cosas, que dejarlas envejecer, habiéndole tocado por suerte la provincia de Numidia, y á Minucio la de Macedonia; y despues que Masiva comenzó á intentar esto, como no eran los amigos de Yugurta poderosos para ampararle, impidiéndoselo á algunos la conciencia, encargó á Bomilcar su deudo, de quien mas se confiaba, que, como habia acabado muchas cosas, buscase por dinero algunos que matasen á Masiva lo mas secretamente que ser pudiese; y cuando no hubo medio para encaminarlo así, le quitasen la vida de cualquier manera. Bomilcar cumplió con gran brevedad la órden de su rey, y por personas acostumbradas á semejantes negocios inquirió las partes por donde iba y salia, y todos los lugares y horas, y segun le enseñó la ocasion puso su gente á punto; y así uno de aquellos que le estaba esperando para matarle, acometió algo inconsideradamente á Masiva, y le degolló, pero como le cogieron, incitándole á esto muchos, y en particular el cónsul Albino, prometió de declarar la verdad. Fué dado por reo Bomilcar, conforme á lo que pedia la justicia y razon, y nó segun el derecho de las gentes, pues habia venido con salvo conducto á Roma; y Yugurta, aunque se veia claramente culpable de un crimen tan grave, no dejó de oponerse á la verdad, hasta que excedió el odio nacido de sus maldades al favor y dinero; y así aunque en la primera junta habia dado á cincuenta de sus amigos en rehenes, teniendo mayor cuidado de su reino que de ellos, envió secretamente á la Numidia á Bomilcar, temiendo que si hiciesen justicia de él, podrian con el miedo rehusarle la obediencia los otros pueblos; y él se partió de allí á pocos dias, por haberle ordenado el senado que se fuése de Italia: y cuentan, que cuando salió de Roma, volviendo á mirarla muchas veces, dijo: ¡OH CIUDAD QUE TE VENDES, CUÁN PRESTO TE PERDERIAS, SI HALLASES COMPRADOR!

Entretanto Albino, habiéndose renovado la guerra, prevenia con gran cuidado los bastimentos y dinero que habia de llevar á África, y las demás cosas de que se tenia necesidad; y él se partió luego, para que antes de la otra eleccion, de que ya se llegaba el tiempo, ó por armas ó por algun acuerdo diese fin á la guerra. Pero al contrario, Yugurta, prolongando todas las cosas, y buscando diversas causas para entretenerle, prometia rendirse; y luego, fingiendo temor, se retiraba, cuando le apretaban, y de allí á poco volvia, porque no desconfiasen los suyos; y así, dilatando unas veces la guerra, y otras la paz, se burlaba del cónsul; y no faltó entónces quien imaginase que Albino se entendia con el rey, juzgando que, pues al principio habia andado tan solícito, no usara tan fácilmente de estas largas, si no hubiera en ellas mayor engaño que descuido. Mas despues que, habiéndose pasado el tiempo, llegaba el dia de la eleccion, tornó Albino á Roma, dejando en el ejército á Aulo, su hermano, con cargo de pretor.

Afligian mucho en aquel tiempo á la república las disensiones de los tribunos de la plebe, pretendiendo Lucio Lucilio y Lucio Annio continuar este oficio contra la voluntad de sus compañeros, y estos debates impedian las elecciones de todo el año, dando la dilacion esperanza á Aulo, que, como he dicho, quedó en el campo con título de pretor, ó para acabar la guerra, ó para sacar dinero del rey, atemorizándole con el ejército. Mandó salir por el mes de enero á los soldados de sus presidios; y, marchando con gran diligencia, aunque era muy riguroso el invierno, llegó á la villa de Sutul, do tenia el rey sus tesoros; y si bien por la

aspereza del tiempo y el sitio aquel lugar no se podia tomar, ni ponerle cerco, porque demás de estar al pié de un áspero monte, era toda la tierra al rededor muy húmeda, y con las aguas del invierno estaba hecha un pantano: todavía por fingir y causar mas miedo al rey, ó por la codicia de ganar con la villa los tesoros, hacia galerías y plataformas, aparejando todo lo que podia ayudar á su empresa. Pero Yugurta, viendo la necedad y bisoñería del legado, le desvanecia mas con sus astucias, enviándole muchas veces, y con mucha humildad, sus embajadores, y llevando como quien huia su ejército por lugares fragosos y desviados: finalmente, con la esperanza del acuerdo, indujo á Aulo á que levantase el cerco de Sutul, y le fuese siguiendo, como al que se retiraba por tierras remotas, pues así quedarian sus faltas mas ocultas; y entretanto, por medio de personas sagaces, tentaba de dia y de noche al ejército, cohechando á los centuriones y cabos de las tropas, á algunos para que se pasasen á su parte, y á otros para que dada la señal desamparasen sus puestos; y, teniéndolo prevenido todo conforme á su deseo, cercó de improviso á media noche con un grandísimo número de numidas los cuarteles de Aulo. Los romanos, turbados con el repentino tumulto, parte tomaban las armas, y parte se escondian, y aunque algunos animaban á los medrosos, andaba todo confuso, cargando á todos los puestos un gran golpe de enemigos; y como no se descubria el cielo con la noche y las nubes, era tan incierto el peligro, que no se sabia cuál fuese mas seguro, el huir, ó el quedarse: pero de los que, como ha poco que dije, se habian dejado cohechar, una cohorte de ligures (1), y dos tropas de tracios (2), con algunos soldados ordinarios, se pasaron al rey, y el centurion (3) de la primer hilera de la tercera legion (4) dió entrada á los enemigos por la parte de los cuarteles que se le habia encargado; y por allí se arrojaron todos los numidas, y los nuestros, huyendo vergonzosamente, y dejando muchos de ellos las armas, se salvaron en el collado que estaba mas cerca. La noche y el despojo de los cuarteles fuéron causa de que los enemigos no completasen la victoria; y por la mañana se vió Yugurta con Aulo, á quien dijo, que, aunque con las armas y la hambre le tenia apretado, y al ejército, todavía, considerando los sucesos humanos, si se concertasen con él, les daria las vidas como pasasen por debajo de las picas (5), y saliesen de Numidia dentro de diez dias: que si bien eran cosas infames y graves, con el temor de la muerte las aceptaron, en la forma que señaló el rey.

Mas cuando llegó el aviso á Roma, fué grande el miedo y la tristeza que hubo en la ciudad; algunos se afligian por la gloria del imperio; otros, con la poca experiencia de la guerra, temian que no se viniese á

(1) Genoveses.
(2) La Tracia se dividia antiguamente en diversas provincias; ahora se incluyen todas en la Romanía.
(3) Cabo de cien soldados.
(4) Un número de soldados naturales de la ciudad de Roma, que no fué siempre el mismo, porque se mudaba conforme al tiempo. Rómulo, que, como dice Floro, fué el que primero ordenóla milicia romana, compuso la legion de trescientos infantes y trescientos caballos, segun escribe en su vida Plutarco, y después se hizo de seis mil infantes y seis cientos caballos; y en T. Liv. y Polibio se hallan legiones de cuatro mil y cinco mil infantes, y en las que llevó Escipion á Africa, y Mario contra los cimbrios hubo seis mil y doscientos infantes, y entónces se aumentó tambien el número de los caballos.
(5) Hincaban dos en el suelo, y por debajo de otra, que ponian encima de ellas, pasaban los vencidos, como escribe Livio en el libro IX de la primera década, que con esta condicion se rindieron á los samnitas los cónsules Tito Veturio y Espurio Postumio.

perder la libertad; y todos echaban mil maldiciones á Aulo, particularmente los soldados de mayor opinion; pues, hallándose con armas, no buscó antes el remedio en ellas que en tal vituperio.

El cónsul Albino, recelando que el delito de su hermano le causaria odio y peligro, consultaba sobre este acuerdo al senado, enviando socorros de entre los confederados y latinos (1), y previniéndolo todo con suma diligencia: el senado declaró muy justamente, que, sin su órden y la del pueblo, no se habia podido hacer concierto alguno; y el cónsul, prohiéndole los tribunos de la plebe, que no llevase consigo la gente que tenia apercibida, se fué dentro de pocos dias á África, porque todo el ejército, habiendo, conforme al acuerdo, salido de Numidia, invernaba en la provincia; y después que llegó á ella, si bien deseaba acometer á Yugurta, para aplacar el odio concebido contra su hermano, conociendo que, demás de la huida se habian venido á perder los soldados en los desórdenes que nacen de la desobediencia y libertad, le pareció mejor en el estado presente no intentar cosa alguna.

Entretanto Cayo Mamilio Limitano, tribuno de la plebe, propuso en Roma al pueblo que se sacase informacion contra los que aconsejaron á Yugurta que menospreciase los decretos del senado, y siendo embajadores y capitanes tomaron dinero del rey, y le entregaron los elefantes con la gente que se habia pasado á nuestra parte, é hicieron algun acuerdo de paz ó guerra con los enemigos. Procuraban estorbárselo los que se hallaban culpados, y otros que por los bandos que habia temian el peligro; y como no podian oponerse públicamente, antes decian que se holgaban de estas y semejantes diligencias, hacian en secreto las suyas por amigos, mayormente por los latinos y otros italianos; pero no se creeria que hubiese tomado esto con tantas veras el pueblo, ni la resolucion con que lo quiso, ordenó y decretó, mas por el odio que tenia á la nobleza, á quien resultaba todo el daño, que por amor de la república; tan grande era su enemistad con ella: y así, perdiendo el animo los demás, Marco Escauro, que como queda dicho, fué por legado (2) con Calpurnio, mientras con grandes regocijos del pueblo se ausentaban los nobles, quedando asombrada la ciudad; y mientras requeria Mamilio que diputasen tres personas para inquirir estas cosas, alcanzó que le nombrasen por una de ellas; pero hacíanse las informaciones con gran rigor y violencia, conforme al gusto y voluntad de la plebe, que se mostró entónces con la prosperidad tan insolente como otras veces la nobleza: y estos bandos del pueblo y senado, y todas las maldades se engendraron há pocos años en Roma del odio, y de las cosas que mas estiman los mortales, porque antes de la destruccion de Cartago, el pueblo y senado romano gobernaban su república con gran quietud y conformidad, sin que hubiese ninguna competencia por los cargos y honras, mientras el temor de los enemigos los obligaba á buscar su amparo en las virtudes; mas al punto que cesó el miedo, dieron lugar á la arrogancia y pereza, hijas de la buena fortuna; con que el reposo que deseaban en sus adversidades les fué después que le alcanzaron mas pernicioso y grave; porque los nobles convirtieron su dignidad en soberbia, y el pueblo su libertad en desórden, robando y arrebatando cada cual por su lado; y todas las cosas

(1) Los de la campiña ó territorio de Roma.
(2) En otras partes se toma á veces por embajador ó diputado; pero el legado consular que iba como fué Escauro, con el cónsul, gobernaba en su ausencia todo el ejército, y los legados pretorios las legiones, teniendo cada uno un legado particular.

se dividieron en dos partes, y así vino á desmenbrarse la república, que se halló en medio de ellas; aunque la de los nobles era mas poderosa, y mas flaca la fuerza del pueblo, por no quedar bien unida la de tantos; de modo que en las cosas de la ciudad y milicia se seguia la voluntad de pocos que gozaban de los tesoros, gobiernos y provincias, y de los triunfos y gloria, padeciendo el pueblo la pobreza y trabajos de las guerras; porque los generales repartian con pocos las presas, y los poderosos, que moraban junto á las casas de los padres é hijos de los soldados, los echaban de ellas; y así entró con el poder la avaricia desordenada, corrompiendo y arruinando á todos sin consideracion ni respeto, hasta que se precipitó: pues luego que hubo algunos entre los nobles que antepusieron la verdadera gloria al poder injusto, comenzó á alterarse la ciudad y á conmoverse, como si sucediera algun terremoto.

Porque cuando Tiberio y Cayo Graco, cuyos antepasados en la guerra púnica y otras habian hecho grandes servicios á la república, empezaron á restaurar la libertad del pueblo, y descubrir la maldad de algunos: temiéndose los nobles, como que conocian bien sus culpas, resistieron á la empresa de los Gracos por medio de los latinos, y á veces por los caballeros romanos que se habian separado de la plebe con la esperanza de los nobles; y primero mataron á Tiberio, y de allí á pocos años á Cayo que intentaba lo propio, siendo el uno tribuno de la plebe, y el otro triunviro (1) en compañía de Marco Fulvio Flaco, para poblar las colonias (2). Verdad es que los Gracos, deseando llevar al cabo su pretension, no procedieron con mucha modestia; pero mas vale ser vencido con la razon, que vengar sin ella una injuria.

Los nobles usaron de esta victoria segun que se les antojaba, dando la muerte á muchos con la violencia ó el destierro, en que acrecentaron mas el temor que sus fuerzas: y esto destruye no pocas veces las ciudades grandes, cuando los unos de cualquiera manera quieren vencer á los otros, y vengarse rigurosamente de los vencidos; mas si hubiese de contar particularmente los bandos, y todas las costumbres de Roma, como ellas lo requieren, antes me faltaria el tiempo que la materia; y así vuelvo á mi propósito.

Después del acuerdo de Aulo, y la vituperosa huida de nuestro ejército, Metelo y Silano, que habian sido electos por cónsules, repartieron entre sí las provincias, y cupo la Numidia á Metelo, hombre vigilante, y, aunque contrario al bando de la plebe, muy bien reputado de todos. Luego que comenzó á ejercer su cargo, juzgando que las demás cosas le eran comunes con su compañero, aplicó el ánimo á la guerra que habia de hacer; y, teniendo poca confianza en el ejército de Albino, levantaba gente, y escribia á todas partes para socorro, aparejando muchos bastimentos, armas, caballos y otros pertrechos, y finalmente cuanto se requiere en una guerra dudosa donde se ofrecen diversas necesidades; y para que todo se cumpliese conforme á la órden del senado, enviaban voluntariamente socorro los confederados, la nacion latina, y los reyes, empleándose tambien en esto la ciudad con sumo cuidado; de manera, que, estando dispuestas todas las cosas á medida de su deseo, partió para Numidia, dejando una grande esperanza á los ciudadanos, así por sus virtudes, como por su persona, á quien no vencia el dinero, habiendo hasta entónces la avaricia de los gobernadores debilitado en Numidia nuestras fuerzas, y acrecentado las de los enemigos.

En llegando á África le entregó el procónsul (1) Espurio Albino un ejército inútil y flaco, que no sabia resistir al peligro ni á los trabajos, mas pronto de lengua que de manos, y que, robando á los compañeros, servia de presa á los enemigos, sin haber tenido órden ni gobierno; y así no recibia el nuevo general tanta ayuda ó esperanza del gran número de los soldados, cuanta pena les causaban sus malas costumbres, y si bien en diferirse las elecciones se habia consumido mucha parte del verano, y entendian que en Roma aguardaban con gran deseo el fin de esta guerra, determinó de no comenzarla hasta que hiciese seguir á los soldados la disciplina de sus mayores; porque Albino, turbado de la desgracia de su hermano y del ejército, habia resuelto no salir de la provincia, teniendo en los mismos alojamientos la gente todo el tiempo que la gobernó este verano, mientras no le obligaba á mudar de puesto el hedor ó falta de forraje; y no se hacia guardia, segun acostumbran en la milicia, desamparando cada uno su bandera cuando se le antojaba; los mochileros, mezclados con los soldados, corrian de dia y de noche á un lado y á otro, y derramándose por todas partes destruian los campos, y entrando por fuerza en las aldeas robaban el ganado y los esclavos, que trocaban con los mercaderes por vino que traian de fuera. Vendian el pan de municion, comprándole cada dia fresco; finalmente todas las infamias que se pueden imaginar ó decir de la pereza y lujuria se veian en este ejército, y aun otras muchas; y hallo que en esta dificultad no mostró Metelo menos prudencia y valor que en la guerra, guardando mucha templanza entre la crueldad y ambicion, pues que con un edicto quitó todas las cosas que fomentan la pereza, mandando que nadie vendiese en el campo pan, ó alguna otra vianda cocida, que los vivanderos no siguiesen el ejército; que los soldados ordinarios no tuviesen en los cuarteles, ni cuando marchasen, ningun criado ni acémila; y en lo demás puso muy buena órden. Mudaba cada dia el campo á lugares muy poco frecuentados, y como si estuviera cerca del enemigo se fortificaba con trincheras y palizadas, trocando muy á menudo las centinelas, y rondando él en persona con los legados; y cuando marchaban, á veces iba en la vanguardia, y luego se pasaba á la retaguardia, aunque asistia de ordinario en la batalla, para que ninguno saliese de su puesto, ni se apartase de su bandera, y llevasen los soldados sus armas y comida; y de esta manera, mas con prohibir los delitos que con castigarlos, restauró en pocas dias el ejército.

(1) No fué de los triunviros que pone Calepino, diciendo que eran capitales, ó mensarios, ó nocturnos. Los capitales tenian la guarda de la cárcel, los mensarios el cuidado de la moneda, y los nocturnos el de remediar cualquier incendio que sucedia en la ciudad. Tomaron tambien nombre de triunviros después de oprimida la república por Octavio, Antonio y Lépido para dar algun honesto título á su tiranía.

(2) Este nombre daban los romanos á las ciudades que edificaban ó restauraban con nuevos moradores. Hacíanse por diversas razones, y particularmente por tres: para tener alguna defensa contra los enemigos; para descargar á Roma de la gente pobre; y para remunerar á los soldados viejos cuando se despedian.

(1) En el año 427 de la fundacion de Roma, teniendo el cónsul Publio Filon, en la guerra contra los samnitas, cercada la villa de Palépolis, junto á Napolis, que, segun dice Ortelio, se llama la torre de Iglo parelli, ó Poggio Reale, y acabándose el tiempo de su consulado, porque no dejase el cerco, si fuese llamado para la nueva eleccion, tuvo por bien el senado y pueblo de prorogarle la autoridad consular hasta que ganase á Palépolis, y así fué el primero que se nombró procónsul, y después de él todos los que gozaron de este título gobernaron los ejércitos con el mismo poder que los cónsules.

Entretanto Yugurta, que sabia por sus espías cómo se gobernaba Metelo, y habia tenido noticia de su virtud en Roma, empezó á desconfiar de sus cosas, y entónces fué cuando procuró rendirse de veras, enviando á suplicar por sus embajadores al cónsul, que solo le dejase con sus hijos la vida, porque lo demás lo entregaria al pueblo romano: pero Metelo, que ya conocia por experiencia la poca lealtad de los numidas, y que era gente mudable y amiga de novedades, acometió á cada uno de los embajadores en particular, y tentándolos poco á poco, después que los halló inclinados á lo que deseaba, les persuadió con grandes promesas, que si fuese posible le entregasen vivo á Yugurta, ó cuando nó, le trajesen muerto; y en público les respondió lo que queria que dijesen al rey; y de allí á pocos dias, con su gente bien dispuesta, y pronta á la batalla, entró por la Numidia, donde, contra lo que se acostumbra en la guerra, halló las aldeas llenas de gente, el ganado y los labradores por los campos, y los gobernadores de las villas y lugares, que salian á recibirle, ofreciéndose á traer trigo y bastimentos, y hacer todo lo que les mandase; mas ni por eso Metelo (como si tuviera delante al enemigo) dejaba de marchar muy en órden enviando á reconocerlo todo, porque tenia por falsas estas señales de rendirse, pareciéndole que buscaban con ellas alguna ocasion para engañarle; y así iba siempre en la vanguardia con las cohortes (1) armadas á la ligera, y los fundibularios (2) y flecheros escogidos, encomendando la retaguardia y caballería al Legado Cayo Mario, y por entrambos lados habia repartido los caballos ligeros auxiliares (3) á cargo de los tribunos (4) de las legiones, y prefectos de las cohortes, para que juntándose con los infantes mas sueltos, resistiesen á la caballería de los enemigos en cualquiera parte que acometiese, por ser tan sagaz Yugurta, y tan práctico en los lugares y la milicia, que mal se podia juzgar si era peor ausente que presente, ó en la guerra que en la paz. No estaba lejos del camino por do pasaba Metelo una villa de los numidas llamada Vacca, en que se hacian las principales ferias de aquel reino, y solian habitar y tratar muchos italianos; y así por la comodidad del lugar, como por ver como lo sufrian los vecinos, puso en él presidio; y tambien les mandó que le trajesen trigo y otras cosas necesarias á la guerra, juzgando (como era muy probable) que los mercaderes que aquí acudian, y las vituallas habian de ser de mucho servicio al ejército; que con esto quedaria mas seguro aun después de hecha la paz, que volvia por sus embajadores á pedir con mayor instancia Yugurta, y que solo quedasen con la vida él y sus hijos, porque todo lo demás daba á Metelo, el cual los despedia como á los otros, después de haberlos inducido á la traicion, sin negar ni prometer al rey la paz que pedia, aguardando que entretanto cumpliesen sus promesas los embajadores.

Pero Yugurta, habiendo conferido las palabras de Metelo con sus hechos, como entendió que le acometia por sus propios artificios, dándole esperanzas de paz, y haciéndole cruel guerra, pues le habia tomado la mayor de sus ciudades, y, teniendo ya noticia de la tierra, tentaba los ánimos del pueblo; forzado de la necesidad se resolvió á dar la batalla, y después que se informó del camino que tomaba el enemigo, esperando la victoria de la disposicion del lugar, juntó de toda suerte de gente el mayor número que pudo, y por atajos secretos se adelantó á Metelo.

Habia en aquella parte de Numidia, que en la division tocó á Adherbal, un rio llamado Mutul, que toma su curso hácia mediodía; de este se apartaba siempre por espacio de veinte mil pasos un monte, que dejaron yermo la naturaleza y los hombres, pero en medio de él se levantaba otro collado, que, extendiéndose por muy gran trecho, se veia cubierto de acebuches, de arrayán, y otras plantas que se producen en tierra seca y arenosa: la campiña entre el monte y la ribera no se cultivaba por falta de agua, sino en algunos lugares que estaban mas cerca del rio, donde habia árboles, pastores y ganado.

Y así en aquel collado, que como queda dicho atravesaba el camino, se acuarteló Yugurta, alargando su gente; y, encargando parte de la infantería y los elefantes á Bomilcar, le dió la órden que habia de guardar, y él se alojó mas cerca del monte con toda la caballería y los infantes escogidos; y luego, yendo á ver todas las tropas y escuadras, les pedia y exhortaba: « que, acordándose de su antiguo valor, se defendiesen á sí y á su reino de la avaricia de los romanos, pues peleaban con los que poco antes habian vencido y puesto debajo del yugo, los cuales habian mudado de capitan, mas nó de ánimo; que él tenia prevenido para los suyos todo lo que tocaba al general, ocupando un puesto aventajado, en que los soldados prácticos peleasen con los bisoños, y nó el menor número con el mayor, ó la gente nueva con la vieja; y que así estuviesen prontos y atentos para embestir á los romanos en dándose la señal; porque este dia los sacaria de todos sus trabajos confirmándoles la victoria, ó seria principio de las mayores miserias. » Demás de esto, recordaba á cada uno en particular los beneficios que le habia hecho, acrecentándole en riquezas ú honras, y tambien lo mostraba á los otros: finalmente, conforme al natural de cada soldado, prometia, amenazaba, ó rogaba, incitando á unos de una manera, y á otros de otra.

Entretanto Metelo, que no tenia nuevas del enemigo, le descubrió en bajando con el ejército de la montaña: al principio quedó suspenso en una cosa tan extraña como veia; porque los numidas estaban metidos con sus caballos entre las matas, aunque nó cubiertos del todo, por ser bajos los árboles; mas no los podian conocer, pues con su astucia, y en tal puesto, se escondian á sí y á las banderas. Pero de allí á poco, descubriéndose la emboscada, hizo alto Metelo, y luego mudando la órden, reforzó el lado derecho, que estaba mas cerca del enemigo, con tres escuadrones, repartiendo por las compañías los honderos y flecheros, y poniendo la caballería en las alas; y después de haber ordenado de esta manera el ejército, y hecho una exhortacion breve conforme al tiempo, fué atravesando hácia la campiña; mas como los numidas no se movian, ni apartaban del collado, temiendo de la sazon del año y falta de agua que pereciese de sed la gente, envió delante de sí con las

(1) Las miliarias tenian mil y quinientos infantes y cien caballos, y solian ser de soldados escogidos: pero las ordinarias, así de los legionarios, como de los confederados, eran de quinientos cincuenta infantes y sesenta y seis caballos; y por hallarse este número alterado en diversos autores, es muy probable que le crecian y menguaban segun las ocasiones. Tacito en el l. II de las historias dice, que en tiempo de Vitelio levantaron en Roma diez y seis cohortes pretorias, y seis de la ciudad de mil hombres cada una.

(2) Los que peleaban con honda.

(3) Los de las ciudades sujetas á los romanos, ó sus confederados.

(4) Habia en cada legion seis tribunos, como dice Lipsio; tenian cuidado de los cuarteles, trincheras y centinelas, pedian el nombre al general, y le daban á los soldados que ejercitaban, formando los escuadrones; guardaban las llaves de las puertas, y ninguno podia ser tribuno si no hubiese sido capitan de caballería.

cohortes armadas á la ligera, y parte de la caballería, al legado Rutilio para que tomase el alojamiento, pareciendole que el enemigo habia de entretenerle en el camino, y molestarle por los lados con varias escaramuzas, y ya que desconfiaba de sus fuerzas procuraria cansar y fatigar con la sed á los romanos; y al mismo paso con que bajó del monte, marchaba poco á poco, segun lo requerian la ocasion y el lugar, encargando la batalla á Mario, porque él iba con la caballería del ala izquierda, que habia venido á estar de vanguardia.

Yugurta, así como nuestra retaguardia acabó de pasar por delante de los suyos, ocupó con dos mil infantes el monte por do habia bajado Metelo, para que no se pudiese recoger ni fortificar en él después de vencido, y luego, dando la señal le acometió; una parte de los numidas dió en la retaguardia, y los otros embistieron por los lados, cargando y apretando por todas partes, para desordenar á los nuestros.

Los romanos, que con mayor ánimo salieron á encontrar el enemigo, engañados con tan incierto modo de pelear recibian de lejos las heridas, sin poder herir á los numidas, ni llegar con ellos á las manos, porque la caballería de Yugurta, segun que él la tenia instruida, cuando le daba la carga alguna tropa de los nuestros, no se juntaba toda en un cuerpo, sino dividíase en muchas partes, y como era superior en número, si no podia atemorizar á los romanos para que dejasen de seguirla, después que se derramaban, volvia á cerrar con ellos por los lados ó espaldas, y si el collado favorecia mas á los que huian que la campiña, los caballos de los numidas, enseñados á esto, pasaban fácilmente por las matas, mientras quedaban embarazados los nuestros con la aspereza y poca noticia del lugar. Era todo esto un espectáculo vario, dudoso, miserable y atroz. Algunos de los que corrian esparcidos se retiraban, otros seguian el alcance, sin tener cuenta con sus banderas ni puestos; do se hallaba cualquiera en peligro, allí peleaba y resistia; andaban mezcladas las armas, lanzas, caballos, hombres, enemigos y romanos; no se hacia cosa por consejo ni órden, pues las gobernaba todas la fortuna; ya habia pasado mucha parte del dia, estando aun en duda la victoria, y todos fatigados del trabajo y calor, cuando Metelo, como vió que no apretaban tanto los numidas, fué poco á poco juntando su gente: y rehaciendo los escuadrones, puso cuatro cohortes legionarias contra la infantería de los enemigos, porque los mas de ellos, cansados, se sentaron en el collado; y así rogaba y animaba á los suyos para que no aflojasen, ni dejasen llevar la victoria á los enemigos que huian; porque no tenian cuarteles, ni reparo alguno á que se pudiesen retirar, y consistia todo en las armas.

No se descuidaba tampoco Yugurta rodeando é incitando á sus numidas, para que renovasen la batalla, y él, con los mas valerosos, tentaba todas las cosas, socorriendo á los suyos, y apretando mas con los enemigos cuando se turbaban; y donde peleaban mejor los detenia tirándoles de lejos; y de este modo contendian dos muy grandes capitanes iguales en valor, aunque con diferentes fuerzas, porque Metelo tenia mejor gente, pero no le ayudaba el sitio, pues que todo lo demas, excepto los soldados, era favorable á Yugurta.

Después que echaron de ver los romanos que no habia lugar para retirarse, ni volvian á pelear los numidas, y que comenzaba á anochecer, subieron al collado siguiendo la órden que se les habia dado, y ganando el puesto rompieron y pusieron en huida á los numidas, de que murieron pocos, porque les valió su ligereza, y el no ser prácticos en aquella tierra los nuestros; y entretanto Bomilcar, á quien, como dije, encomendó Yugurta los elefantes y parte de la infantería, habiendo pasado por delante de él Rutilio, bajó poco á poco con sus tropas á la llanura, mientras el legado se apresuraba por llegar al rio, conforme se le habia mandado; y muy quietamente, como la ocasion lo requeria, dispuso su gente, no dejando tambien de inquirir lo que hacia el enemigo; y cuando oyó que sin ningun recelo se habia ya alojado, y que crecia el ruido de la batalla de Yugurta, temiendo que si lo supiese el legado, iria á socorrer en aquel aprieto á los suyos, para estorbarle el paso, extendió su gente, que con la poca confianza que tenia de ella, llevaba toda en un batallon; y así marchó la vuelta de Rutilio.

Los romanos vieron de repente una gran polvoreda, y porque los árboles de que estaba cubierta la campiña les impedian la vista, pensaron primero que se levantaba este polvo con el viento; mas luego, considerando que quedaba en un mismo ser, y se venia acercando así como se movia la gente, entendieron lo que era, y tomaron muy apriesa las armas, saliendo fuera de los cuarteles, segun se les ordenaba; y en llegando mas cerca arremetieron de entrambas partes con un terrible clamor. Los numidas resistieron mientras esperaban algun socorro de los elefantes, pero cuando los vieron embarazados entre los ramos de los árboles, y que como no se podian juntar, los derribaban, arrojaron los mas de ellos las armas, y se escaparon con el favor de la noche y del collado. Los nuestros tomaron cuatro elefantes, haciendo pedazos á los demás hasta el número de cuarenta; y aunque estaban cansados del camino, y de las fortificaciones que habian hecho, y de la batalla, todavía por parecerles que tardaba demasiado Metelo, salieron con muy buena órden y resolucion á recibirle, porque las astucias de los numidas no sufrian descuido ni dilacion alguna. Al principio, con la obscuridad, no hallándose muy lejos los unos de los otros, causó el rumor (como si llegaran los enemigos) á entrambas partes miedo y alboroto; y si los caballos ligeros, que fueron delante á reconocer, no los hubieran desengañado, faltaba poco para suceder, por inadvertencia, una gran desgracia, y así se convirtió de improviso el temor en alegría; y los soldados con el contento, llamándose el uno al otro, contaban y oian sus sucesos, encareciendo cada cual sus hazañas; porque va el mundo de manera, que pueden alabarse de la victoria hasta los cobardes, y en las adversidades no se concede la menor cosa ni aun á los valientes.

Metelo se detuvo cuatro dias en los mismos cuarteles, mandando curar los heridos, y honrando, segun la costumbre de la guerra, con premios á los beneméritos; y en una plática alabó y dió las gracias á todo el ejército, exhortándole, «para que mostrase el mismo ánimo en lo que mas se ofreciese; que no seria muy dificultoso, pues harto habian peleado por la victoria, y ahora solo trabajarian por la presa.» Pero entretanto envió algunos de los que se vinieron á rendir, y otros hombres prácticos, para saber dónde andaba, y en qué entendia Yugurta; si estaba mal acompañado ó con ejército; y cómo se gobernaba viéndose vencido. Habíase retirado á lugares en que (por los bosques y el sitio) le defendia la naturaleza; y allí juntaba mayor ejército, aunque de gente rústica y flaca, mas acostumbrada á la labor del campo, y á andar entre el ganado, que en la guerra; y esto le sucedió apesar de que, excepto los caballeros entretenidos cerca de su persona, ninguno de los otros numidas sigue al rey cuan-

do huye, yéndose cada cual á donde se le antoja; y no lo tienen por maldad ó cobardía, por ser esta su costumbre: de modo que, viendo Metelo que el rey no habia perdido sus brios, y que se renovaba una guerra, la cual no se podia acabar sino cuando queria el enemigo, que peleaba siempre con ventaja, y en ser vencido perdia menos que los romanos en vencerle, se resolvió á continuar de otra suerte la guerra, sin llegar con él á escaramuzas ni batallas; y así fué á las tierras mas ricas de Numidia, talando los campos, tomando y abrasando muchos castillos y villas que halló mal fortificadas y sin presidio; y mandaba degollar á los mancebos, y que tomasen todo lo demás por presa los soldados.

Con este temor se dieron muchos rehenes á los romanos, y les trajeron gran cantidad de trigo, y todo lo necesario, y donde era menester recibian guarnicion. Cosas eran estas que atemorizaban mas al rey, que la batalla que perdian con gusto los suyos, pues los obligaban á seguir, habiendo puesto toda su esperanza en la huida, y á hacer la guerra en tierras agenas, no pudiendo defender las propias. Tomó todavia en la necesidad el consejo que le pareció mas conveniente, y mandando de ordinario que le aguardase el ejército en los mismos puestos, seguia con la caballería escogida á Metelo; y como marchaba de noche y por caminos poco frecuentados, llegó á acometer de improviso á los romanos que iban esparcidos y degolló y prendió á muchos desarmados, sin que escapasen los demás sin herida; y los numidas, antes que llegase el socorro de los cuarteles, se retiraron á los collados cercanos, conforme á la órden que llevaban.

Recibieron entretanto gran gusto en Roma sabiendo los sucesos de Metelo, y que se gobernaba y al ejército con la disciplina de sus mayores; y que, con serle el lugar contrario, habia solo por su valor adquirido la victoria, quedando señor de la campiña, y trayendo tan apretado á Yugurta, que el que andaba tan orgulloso por la cobardía de Aulo, no tenia otra esperanza que los desiertos ó la huida. Mandó el senado que por estos buenos sucesos se hicieran procesiones y plegarias á los dioses inmortales; y la ciudad, que tanto temia el fin de esta guerra, se alegraba, celebrando el nombre de Metelo; el cual, atendiendo con mayores veras á la victoria, y solicitando todas las cosas, procuraba que no le cogiese en alguna el enemigo; y acordándose de que sigue la envidia á la gloria, cuanto mas estimado se veia, tanto era mayor su cuidado; y como se recelaba de los ardides de Yugurta, no permitia que, por salir á robar, se derramase la gente; y si faltaba trigo ó forraje, iban las cohortes y toda la caballería, y él guiaba parte del ejército, y la restante Mario; pero mas arruinaban la campiña con incendios que con robos: acuartelábanse en dos lugares poco apartado uno de otro, y cuando era necesario juntaban todas sus fuerzas, aunque hacian sus correrías por diversas partes, para causar mas espanto y terror; y al mismo tiempo los seguia por los montes Yugurta, buscando lugar y ocasion para la batalla; y en las partes á que le avisaban que habian de venir los enemigos, destruia el forraje, inficionando las pocas fuentes que habia: algunas veces se mostraba á Metelo, y otras á Mario; acometia la retaguadia, y luego se retiraba á los collados: amenazando á estos, y de allí á poco á aquellos, sin llegar á las manos, ó dejarlos reposar; todo para retardar al enemigo su designio.

El general de los romanos, viendo como le fatigaban con estas estratagemas, y que no queria pelear el enemigo, determinó de poner cerco á la gran villa de Zama (1), que en aquella parte do está fundada es la defensa del reino; pareciéndole que, segun lo requeria el negocio, habia de socorrer Yugurta á los suyos, hallándose necesitados, y que allí *seria la batalla*; mas él, habiéndoselo advertido los que se huyeron de nuestro campo, marchó con gran diligencia, y llegó allá primero que Metelo, y después de haber animado á los vecinos, les dejó para que ayudasen á defenderlos los que de nuestro ejército se habian pasado al suyo, que eran los soldados de que hacia mayor confianza, pues no podian negarle la fé; y tambien les prometió, que cuando fuese menester vendria con su campo á socorrerlos, y dejando prevenido esto, se fué á lugares mas remotos; pero luego tuvo aviso de que desde el camino habia ido Mario con algunas cohortes á traer trigo de Sicca, que fué la primer villa, que después de la rota del rey, se le rebeló; y así con su caballería escogida caminó de noche la vuelta de ella, y acometió á los nuestros que salian de la puerta, y dando voces, incitaba á los de la villa para que diesen por las espaldas á los romanos, pues les ofrecia la fortuna tal ocasion para su gloria, que, usando de ella, vivirian sin ningun temor, él en su reino, y ellos en su libertad; y si Mario no se hubiera dado priesa en sacar las banderas, y salir del lugar, todos ó la mayor parte de él mudaran de opinion, que tan inconstantes son los numidas; pero los soldados de Yugurta, aunque los detuvo algo su rey, después que los apretaron los romanos, con poca pérdida se volvieron huyendo los demás, y Mario llegó á la villa de Zama, situada en una llanura, mas fuerte por sus reparos que por su sitio, abundante de todas las cosas necesarias, y defendida con armas y hombres.

Metelo, disponiéndolo todo conforme al tiempo y lugar, le cercó con su ejército, y señaló los puestos á los legados, y en dándose la señal, se levantó por todas partes un gran clamor; mas no se turbaron los numidas, que quedaron sin hacer ruido airados y atentos: dieron el asalto los nuestros, peleando cada cual á su modo; algunos arrojaban de lejos pelotas de plomo y piedras, otros zapaban el muro, ó arrimando las escalas procuraban pelear mano á mano; contra estos que estaban mas cerca, echaban los de dentro pértigas, dardos, piedras, y pez derretida con azufre y resina, y los que quedaron mas lejos no se veian libres del temor, pues herian á muchos los dardos que tiraban con los ingenios ó con la mano; y así corrian el mismo peligro los valientes y cobardes, aunque con diferente nombre.

De este modo se peleaba en Zama, cuando dió de improviso Yugurta con un gran golpe de gente en los cuarteles de los romanos, y, hallando descuidadas las guardias, que ninguna cosa esperaban menos que la batalla, ganó por fuerza la puerta, mientras los nuestros turbados del repentino acometimiento buscaban el remedio, y cada uno, conforme á su natural, huia ó tomaba las armas; pero quedó la mayor parte herida ó muerta; y entre todos no hubo mas de cuarenta, que acordándose del nombre romano se juntaron, y ocuparon un lugar mas alto que los otros, de do no los pudo echar el enemigo por mas que lo procuró; porque volviendo á arrojar los mismos dardos que de lejos les tiraban, casi no perdian golpe de los que siendo pocos daban entre tantos; y cuando se llegaban mas cerca los numidas, entónces mostraban su valor, hi-

(1) Cerco de Zama, que, segun Mármol, se llamó Zamora enla provincia de Bugia, y dice que esta en el lugar do la pone Tolomeo, que es á 17 grados de longitud y 27 y 50 minutos de latitud.

riéndolos hasta que los rompian y hacian volver la espalda.

Entretanto Metelo, que continuaba bravamente el asalto, oyó el tumulto y las voces de los enemigos, y volviendo el caballo, y viendo la gente que venia huyendo hácia él, entendió que era la suya, y así envió luego á los cuarteles toda la caballería, y á Cayo Mario con las cohortes auxiliares, á quien con muchas lágrimas rogó por su amistad y por la república, que no dejase quedar afrentado al ejército victorioso, ni retirar sin daño al enemigo; y cumplió luego esta órden Mario, porque Yugurta, embarazándose en los reparos de los cuarteles, mientras caían los unos sobre la palizada, y los otros con la priesa se maltrataban en los pasos estrechos, después de haber perdido mucha gente, se retiró á lugares fuertes, y Metelo, no pudiendo salir con su intento, al anochecer se volvió con el ejército á los cuarteles; y por la mañana, antes que tornase al asalto, mandó que toda la caballería saliese de los cuarteles á la parte por do habia de venir el rey, encomendando las puertas y los puestos mas cercanos á los tribunos, y él fué hácia la villa, que acometió de la misma manera.

Mas Yugurta, saliendo de la emboscada, embistió de improviso á nuestra caballería; los que encontró primero, se desordenaron con el miedo; pero llegando al punto los demás, no pudieran resistir mucho los numidas, si sus infantes mezclados con la caballería no ofendieran tanto á los nuestros, y confiando en ellos el enemigo no se retiraba en habiendo dado la carga, como suele la caballería; mas pasando adelante atropellaba y rompia los escuadrones, entregando á sus infantes los romanos cuasi vencidos.

Al mismo tiempo se peleaba cruelmente en Zama, esforzándose cada legado y tribuno por su parte, y no poniendo ninguno de ellos su esperanza en otro que *en sí mismo*; esto hacian tambien los del lugar, defendiéndose y acudiendo á todos los puestos; y procuraban mas herir al enemigo que guardarse de las heridas. Confundíanse las voces de los que se incitaban, alegraban ó gemian; llegaba al cielo el ruido de las armas, y volaban de entrambas partes los dardos; pero los que defendian el muro, si cesaba algo el asalto se ponian con mucha atencion á mirar cómo peleaba la caballería; alegrándose ó entristeciéndose conforme al suceso de los suyos; y del propio modo que si los pudieran oir ó ver, los exhortaban y animaban, haciéndoles señas con las manos ó con el cuerpo, y meneándose á un lado y otro, como si se desviaran de los golpes, les arrojaban sus dardos. Después que reconoció esto Mario, porque era en la parte que se le habia encargado, adrede apretaba menos á los numidas, y sin molestarlos dejaba que viesen pelear á Yugurta; y al tiempo que estaban mas entretenidos con el amor que tenian á su rey, arremetió de repente con gran ímpetu á la muralla, y ya los que subieron por las escalas habian ganado las almenas cuando acudieron los de dentro arrojando piedras, fuego y toda suerte de dardos, á que resistieron al principio los nuestros; pero como se rompieron por dos veces las escalas, y fueron oprimidos los que se hallaban en lo alto, se retiraron los otros lo mejor que pudieron, y pocos escaparon sin daño, quedando los mas de ellos estropeados; y la noche despartió el combate.

Metelo, considerando que se cansaba en vano, y que no podia ganar la villa, ni peleaba Yugurta sino con estratagemas y ventaja, y que era pasado el estío, levantó el cerco, y puso guarnicion en las villas que se rebelaron al rey, y por sus murallas y sitio eran mas seguras, yendo á invernar con el ejército á la provincia que está mas cerca de Numidia; mas no perdió este tiempo, como hacen otros, entre el ocio y deleites, sino pues que le aprovechaban poco en esta guerra las armas, valiéndose en lugar de ellas de la inconstancia de los amigos del rey, urdió contra el otras tramas.

Tentó con grandes promesas á Bomilcar, que por ser tan privado de Yugurta, era mas á propósito para engañarle; habia venido con él á Roma, y después de haber dado fianzas, por la muerte de Masiva, previno (fugándose ocultamente) la sentencia; lo primero que alcanzó de él fué que viniese á hablarle en secreto, y luego, prometiéndole que si diese vivo ó muerto á Yugurta le concederia el senado perdon, y todos sus bienes, persuadió fácilmente al numida, leve y temeroso, de que haciendose la paz con los romanos, seria una de las condiciones que se les habia de entregar para castigarle.

Y así, en hallando ocasion, y viendo triste á Yugurta, que se quejaba del estado de sus cosas, le aconsejó, y pidió con muchas lágrimas, « que tuviese algun dia cuidado de su persona, de sus hijos, y del pueblo de Numidia, que tantos servicios le habia hecho; que habia sido desbaratado en todas las batallas, y estaba destruida toda la campiña, y mucha parte de la gente muerta ó presa; y con gran mengua de las fuerzas de su reino habia ya experimentado hartas veces el valor de sus soldados y la fortuna; y que se guardase de que, difiriéndolo mas, no mirasen por sí los numidas. » Con estas y semejantes razones persuadió al rey que se rindiese, y así envió sus embajadores á Metelo, ofreciéndose á cumplir lo que le mandase; y que sin ningun otro concierto se entregaria á sí y al reino debajo de su palabra.

Metelo hizo llamar de los presidios á todos los que eran del órden de los senadores, y, juntándolos, y á otros que le parecian mas idóneos, se tuvo consejo: y así (conforme á las costumbres de nuestros mayores, y á la resolucion que se tomó) ordenó á Yugurta por sus embajadores, que diese doscientas mil libras de plata, todos los elefantes, y algunas armas y caballos: y después, que sin dilacion alguna fueron entregadas estas cosas, mandó que le trajesen presos todos los que se habian pasado al rey, de que fué traida la mayor parte, segun su órden; y pocos fueron los que al principio de la entrega se huyeron al rey Bocco de Mauritania; y Yugurta, cuando le acabaron de quitar las armas, soldados y dinero, y le mandaron que viniese á presentarse al general en la villa de Tisidio, empezó á mudar de parecer, obligándole la conciencia á temer el castigo merecido. Finalmente, después que estuvo muchos dias dudoso, mientras cansado de sus malos sucesos tenia cualquier cosa por mejor que la guerra, y mientras se representaba la grande caida que da un rey que llega á ser esclavo, volvió á renovar la guerra, habiendo perdido neciamente tanta parte de sus fuerzas: y en Roma, consultándose al senado sobre el gobierno de las provincias, señalaron la de Numidia á Metelo.

Al mismo tiempo, haciendo acaso Cayo Mario sacrificios á los dioses de Utica, le dijo el adivino, que le pronosticaban cosas admirables y grandes, y que así, confiado en los dioses, ejecutase lo que tenia propuesto, y experimentase muchas veces á la fortuna, porque le sucederia prósperamente todo. Andaba con notable ansia por llegar al consulado, y, para merecerle, no le faltaba mas que el nacimiento, sobrándole valor é industria, pues era experto en la milicia, valeroso en la guerra, y modesto en la paz, menospreciador de las riquezas y regalos, y deseoso solamente

de la honra. Pero habia nacido y criádose en Arpino, y como tuvo edad para ser soldado, sentó su plaza, y no se dió á la elocuencia de los griegos, ni á las ceremonias de los cortesanos, sino entre otros ejercicios mejores se perfeccionó en pocos dias su buen ingenio; y así, cuando pidió primero al pueblo el título de tribuno militar, aunque de vista le conocian pocos, por la fama que de él corria, se lo dieron fácilmente todos; y con este cargo fué luego alcanzando otros, y gobernándose de manera en todos, que le juzgaban por merecedor de los mayores; mas hasta entónces, por no ser mas noble, no se atrevia á pedir el consulado; bien que después le hizo la ambicion salir de sus términos, y en aquel tiempo distribuia las demás honras la plebe, pero los nobles se daban el consulado unos á otros; y al que era de menor calidad, casi le tenian por hombre afrentado y por incapaz de esta dignidad, por mas estimado que fuese, y por mas hazañas que hubiese hecho. Ahora, hallando Mario que las palabras del adivino conformaban con sus deseos, pidió licencia al general para ir á procurar el consulado. Pero Metelo, si bien le acompañaban la virtud y la fama, y lo que mas merece ser deseado de los buenos, con todo, le hacia despreciar á los otros la soberbia, mal comun de los nobles; y al principio, movido de esta novedad, comenzó á maravillarse de la empresa de Mario, aconsejándole, «que no intentase una cosa tan fuera de camino, ni pusiese su pensamiento en mas de lo que le concedia su fortuna, porque no podian todos desear todas las cosas, y debia contentarse con lo que tenia; y finalmente, que se guardase de pedir al pueblo romano lo que con razon se le rehusaria:» habiéndole dicho estas y otras razones, y viendo que continuaba en su propósito, le respondió, que luego que los negocios generales le diesen lugar, haria lo que pedia; y después, volviéndole á importunar diversas veces, cuentan que le dijo, «que no apresurase tanto su partida, porque harto á tiempo llegaria á solicitar el consulado, cuando fuese á procurarle su hijo;» tendria este veinte años, y sirviendo en la guerra se halló entónces en la tienda de su padre.

Esta respuesta irritó mucho á Mario, que anhelaba por el cargo, y así, con la codicia y el enojo, que son los peores consejeros, andaba muy inquieto, declarando en todas sus palabras y acciones su ambicion; daba mas libertad de la que solia á la gente de los presidios que estaban á su órden, y con los mercaderes (porque habia muchos en Utica) hablaba mal de la guerra alabándose á sí, y diciendo «que si le entregasen la mitad del ejército, les traeria preso dentro de pocos dias á Yugurta; que era el general el que alargaba el negocio, porque, como hombre que no cedia en vanidad ni arrogancia á los reyes, se holgaba demasiado de mandar;» y todo esto lo tenian ellos por cierto, porque, con durar tanto la guerra, se habian acabado sus haciendas, y no hay cosa que no llegue tarde al que la desea.

Hallábase tambien en nuestro campo un cierto numida llamado Gauda, hijo de Mastanabal, y nieto de Masinisa, á quien nombró Micipsa por su segundo heredero, y estaba consumido de achaques, que le enflaquecieron algo el juicio; habia pedido á Metelo que le diese silla á su lado, como á los reyes; y después que señalase una banda de caballeros romanos para su guardia; pero negáronle entrambas estas cosas, como honra que solo pertenecia á los que llamaba reyes el pueblo romano; y porque seria afrenta para los caballeros romanos si fuesen de la guarda de un numida, á quien (viéndole triste) acometió, y aconsejó Mario, que con su favor pidiese venganza de las injurias recibidas del general, desvaneciendo con muchas palabras á este hombre, que con sus ordinarios achaques no tenia el juicio perfecto; llamábale rey, y persona de grande valor, y nieto de Masinisa, que si estuviese preso ó muerto Yugurta, gozaria luego del reino de Numidia, como podia suceder dentro de pocos dias, si le enviasen por cónsul á esta guerra; con que le persuadió, y tambien á los caballeros romanos, soldados y hombres de negocios y otros, con la esperanza de la paz, que escribiesen á Roma á sus deudos, quejándose del modo con que gobernaba la guerra Metelo, y pidiendo por general á Mario; y así, con una negociacion honrosa, le solicitaban muchos el consulado, y en aquel tiempo el pueblo, estando abatida la nobleza, anteponia, en virtud de la ley Mamilia (1), á hombres de poca calidad, con que se encaminaba todo al designio de Mario.

Entretanto Yugurta, después que dejó de rendirse, y comenzó la guerra, aparejaba con gran vigilancia todas las cosas, dándose priesa en juntar su ejército; procuraba ganar por amenazas ó promesas las villas que se le rebelaron, fortificaba las suyas, y tornando á reparar ó comprar las armas, dardos y lo demás que habia perdido con la esperanza de la paz, sobornaba los esclavos de los romanos, y tentaba con dinero las guarniciones, sin dejar cosa que no inquietase y acometiese, revolviéndolo todo; y así los de Vacca, donde (mientras trató del acuerdo Yugurta) habia puesto presidio Metelo, importunados por los ruegos del rey, se conjuraron los principales, que nunca le fueron contrarios, porque el vulgo, como sucede muchas veces, y mas en los numidas, era variable, sedicioso, tan amigo de discordias y novedades, como enemigo de paz y quietud; y habiéndose concertado, difirieron la ejecucion para el tercer dia, que con grandes regocijos se celebraba por toda África, pues en él habia mas ocasiones de alegrarse que de temer; y cuando fué tiempo, convidó cada cual á comer en su casa á alguno de los centuriones y tribunos, y á Tito Turpilio Silano, gobernador de la villa; y los degollaron todos en la mesa, excepto á Turpilio, y luego dieron en los otros soldados, que (guardándose en aquel dia poco la órden) andaban esparcidos y desarmados: lo propio hizo el pueblo; algunos por inducirlos los nobles, y otros porque con la inclinacion que tenian á estas cosas, se holgaban de ellas y del tumulto, aunque ignorasen la causa.

Los romanos, asombrados con el repentino temor, sin saber resolverse á lo que les convenia, iban corriendo al castillo, do tenian las insignias y los escudos. Pero estorbaba la retirada el enemigo, que le habia ya ocupado y cerrado las puertas; y demás de esto, las mujeres y niños arrojaban desde los tejados las piedras, y todo lo que hallaban en ellos, de suerte que no podian evitar el peligro ni resistir, aunque eran mas fuertes, á los mas flacos; y así perecian sin venganza buenos y malos, valerosos y cobardes; y en una tan grande desgracia, solo escapó de todos los italianos, sano y salvo, el gobernador Turpilio, con andar tan encarnizados los numidas, y estar cerrada por todas partes la villa: no se pudo averiguar si sucedió así acaso, ó si fué por algun concierto, ó por la compasion que tuvo de él su huésped; pero mostró ser hombre infame y ruin, ya que entre tantos males amó mas la vida que la honra.

(1) Quizá fué autor de esta ley el tribuno Cayo Mamilio Limitano, de quien se hizo mencion arriba; y parece que se estableció por ella que, gobernándose mal los nobles, escogiesen para los cargos á otros de menor calidad.

Metelo (cuando tuvo la nueva del suceso de Vacca) se retiró algo triste á su retrete; y después que se mezcló con el dolor la ira, procuró vengar luego la afrenta, y al anochecer sacó la legion con que estaba de presidio, y toda la caballería de los numidas que pudo juntar, y el dia siguiente, cerca de las tres horas, llegó á un valle donde representó á los soldados, que cansados del camino, no querian ya pasar adelante, que no les quedaba mas de una milla para llegar á la ciudad de Vacca, y que así debian sufrir aun con buen ánimo este trabajo, para vengar á sus conciudadanos, varones valerosísimos, aunque desgraciados, prometiéndoles con mucha cortesía el despojo; y después que los animó con esto, mandó que fuese delante la caballería, y luego los infantes, y que se apretasen y encubriesen las banderas.

Los de la ciudad, advertidos de que venia la vuelta de ella el ejército, no se engañaron al principio en juzgar que seria el de Metelo, y cerraron las puertas; pero viendo que no se hacia ningun daño en la campiña, y que la vanguardia era de numidas, pensaron que era Yugurta, y salieron muy alegres á recibirle; mas los nuestros, dándose de repente la señal, degollaron el pueblo que se habia derramado por el campo, y corriendo á las puertas se apoderaron de las torres, y podian mas el enojo y la esperanza de la presa que el cansancio; de manera que solo se gloriaron dos dias de su traicion los de Vacca, pues fueron casi todos los de esta grande y opulenta ciudad saqueados ó muertos. El gobernador Turpilio, que, como he dicho, se huyó solo de ella, como no pudo dar sus descargos, segun le ordenaba Metelo, fué condenado, y después que le mandaron azotar, porque era de los latinos (1), le cortaron la cabeza.

Al mismo tiempo Bomilcar, que habia persuadido á Yugurta que se rindiese, lo que dejó de cumplir con el temor, tomando de él sospecha el rey, y teniéndola él tambien, deseaba alguna revuelta, y buscaba medios para matarle, fatigándose en esto dia y noche; y (como tentaba todas las cosas) vino á juntarse con Nabdalsa, hombre noble, y por sus riquezas estimado, y bien quisto del pueblo, el cual solía gobernar muchas veces el ejército en ausencia del rey, y despachar todos los negocios que dejaba pendientes Yugurta por cansado, ó impedido en otros mayores, con que alcanzó opinion y dineros: entrambos señalaron el dia para la traicion, resolviendo que se preparase lo demás segun que lo requiriese el negocio; y con esto se fué Nabdalsa para el ejército que tenia á cargo en medio de nuestros presidios, para que no se arruinase la campiña sin daño del enemigo; y después que turbado de una maldad tan grande no vino al tiempo, y le detenia el miedo, Bomilcar, deseando dar fin á la empresa, y temiendo tambien (por ver la irresolucion de Nabdalsa) que mudase de parecer, le envió cartas por mensageros seguros, acusando su descuido y cobardía, y tomando por testigos á los dioses, en cuyo nombre hicieron el juramento: pedíale, « que no convirtiese en su daño los premios de Metelo; que la ruina de Yugurta no podia ya dilatarse, y solo se trataba si habia de perecer por el valor de ellos, ó el de Metelo; y que así considerase cuál queria mas, la recompensa, ó la pena. »

Pero, cuando llegaron estas cartas, estaba acaso reposando en la cama Nabdalsa del ejercicio que habia hecho, y después que leyó las razones de Bomilcar se congojó, y luego, como sucede á las personas afligidas, le sobrevino el sueño; servíase de cierto numida, á quien amaba mucho por la fidelidad con que acudia á sus cosas, y así le fiaba todos sus secretos, excepto este; y como supo que le habian venido cartas, pensando que, como solia, le seria necesario su parecer y asistencia, entró en la tienda, y halló durmiendo á Nabdalsa con la carta que inconsideradamente habia puesto sobre la cabeza, encima de la almohada, la cual tomó y leyó toda; y al punto, viendo la traicion, se fué al rey; de allí á poco despertó Nabdalsa, y después que no halló la carta, y supo de los que se huyeron todo lo que habia pasado, procuró primero coger al secretario, y como no pudo, fue á aplacar á Yugurta, á quien dijo: « que la deslealtad de su criado le habia prevenido en lo que pensaba declararle; pidiéndole con muchas lágrimas, por la amistad y fidelidad con que le habia servido, que no sospechase de él una maldad como esta. »

Respondióle el rey benignamente, y nó lo que le quedaba en el pecho, diciendo que con la muerte de Bolmicar, y de otros que se hallaron culpados en la traicion, habia mitigado la ira, para que no resultase de este negocio algun motin. Mas desde aquel dia no tuvo Yugurta un momento de sosiego; no se fiaba de ningun lugar, tiempo ó persona, temiendo á los suyos, como á los enemigos; volvia á todas partes los ojos, y espantándose de cualquier ruido, sin tener cuenta con su dignidad, se iba muchas veces en una noche á dormir á diferentes lugares, y á ratos despertando del sueño, arrebataba las armas, y hacia rumor, porque andaba con el miedo como hombre que ha perdido el juicio.

Pero Metelo, cuando tuvo por los que se habian huido la nueva de la muerte de Bomilcar, y de que quedaba descubierto el trato, volvió con gran presteza á aparejar todas las cosas como para una nueva guerra, y dió licencia á Mario, que le importunaba por ella, para que se fuese á su casa, pareciéndole que no le convenia detener al que servia de mala gana por el odio que le tenia; y en Roma recibió con gran gusto la plebe lo que se habia escrito de Metelo y Mario; porque la nobleza, que solia calificar al general, le hacia odioso, en lugar de que al otro le granjeaba mas favor su poca calidad; pero la pasion de entrambos bandos podia mas en sus negocios, que sus virtudes ó vicios; y los sediciosos magistrados incitaban al vulgo, y como en todas sus juntas imputaban á Metelo los delitos mas graves, irritaron de tal suerte á la plebe, que todos los artesanos y labradores, cuya hacienda y palabra solo consiste en lo que ganan por sus manos, dejando sus obras iban á visitar á Mario, cuya honra procuraban mas que el sustento de sus casas; con que estando atemorizados los nobles se dió el consulado á un hombre de baja suerte, cosa que no se habia hecho en muchos años; y habiendo el tribuno de la plebe, Manlio Mantino, preguntado al pueblo á quién queria encargar la guerra contra Yugurta, respondió la mayor parte que á Mario; y aunque el senado habia poco antes señalado la Numidia á Metelo, no se cumplió su decreto.

En aquellos dias, habiendo perdido sus amigos Yugurta (pues con haber muerto á tantos se huyeron los demás al rey Bocco), como no podia continuar la guerra sin ministros, y tenia por muy peligroso experimentar la fidelidad de otros nuevos, habiendo hallado tan poca en los antiguos, andaba vacilando, sin que ningun consejo ni persona, ó cosa alguna le diese satisfaccion: iba cada dia por caminos diferentes, mudaba los gobernadores, algunas veces marchaba hácia

(1) La ley Porcia no permitia que castigasen con azotes al ciudadano romano; y por eso dice Salustio que era de los latinos

el enemigo, y otras se volvia á los desiertos; ya ponia su esperanza en la huida, y ya en las armas, como quien no sabia si debia confiar menos del valor, ó de la lealtad de los suyos; y no veia en ninguna parte sino lo que le era contrario.

Pero entre estas dilaciones le acometió de improviso Metelo con el ejército, y habiendo Yugurta dispuesto y ordenado conforme al tiempo sus numidas, se comenzó la batalla, y en aquel lado do se hallaba el rey se peleó un poco; pero todos los demás fueron rotos y desbaratados en el primer reencuentro, quedando los romanos con las insignias y armas, y algunos prisioneros; porque en casi todas las batallas les valieron mas á los numidas los piés que las manos.

Después de esta rota, desconfiando mas de sus cosas Yugurta, se retiró con los fugitivos, y parte de la caballería á los desiertos y de allí á Tala, ciudad populosa y rica, en la cual tenia sus tesoros, y se criaban sus hijos; de que siendo advertido Metelo, aunque desde Tala al mas cercano rio hay cincuenta millas de distancia, y era toda la campiña yerma y estéril, todavía con la esperanza de que, ganando á esta ciudad daria fin á la guerra, determinó pasar por todas las dificultades, y aun vencer la misma naturaleza; y así mandó que se descargase el bagaje de todas las acémilas, y que solo llevasen trigo para diez dias, odres, y otros aparejos para conservar el agua: y demás de esto buscó por la campiña todo el ganado doméstico que pudo hallar, y le cargó de toda suerte de vasos (que la mayor parte eran de madera, y se sacaron de las chozas de los numidas), y tambien ordenó á los lugares comarcanos, que después de la huida del rey se le rindieron, que trajesen cada uno el agua que pudiese; señalándoles el dia y lugar en que se habian de hallar, é hizo cargar las acémilas con el agua del rio, que, como dije, estaba mas cerca de la ciudad, y con estas prevenciones marchó la vuelta de ella; y cuando llegó al puesto en que habia mandado que se juntasen los numidas, refieren que, así como se acabó de asentar y fortificar el campo, cayó de repente una tan gran lluvia, que era bastante para sustentar el ejército; y vinieron asimismo mas bastimentos que los que aguardaban, porque los numidas (como hacen ordinariamente los que ha poco que se rindieron) procuraron señalarse, y los soldados usaron por devocion mas del agua que les dió el cielo, cobrando con esto mayor ánimo, pues les parecia que tenian cuidado de ellos los dioses inmortales, y al otro dia, contra la opinion de Yugurta, llegaron á Tala: los de la ciudad, que entendian que la aspereza del lugar les servia de defensa, aunque se espantaron de un hecho tan grande y extraordinario, no dejaron de prevenirse con la misma vigilancia para el combate, y lo propio hicieron los nuestros.

Pero el rey, pareciéndole que ya no habia cosa imposible para Metelo, que con su industria habia sobrepujado todas las armas, lugares y tiempos, y finalmente la misma naturaleza, que sobre las demás cosas tiene imperio, se huyó aquella noche de la ciudad con sus hijos, y mucha parte del dinero, y después no se detuvo en lugar alguno mas de un dia, ó de una noche, fingiendo que le obligaban los negocios á usar de esta diligencia; pero temia alguna traicion que pensaba evitar con la presteza, y que para semejantes designios se halla con el ocio mejor ocasion.

Metelo, viendo los de Tala dispuestos á pelear, y que la ciudad era fuerte por el sitio y reparos, la cercó con trincheras y palizadas, y mandó que en dos puestos los mas convenientes se hiciesen galerías, y levantasen plataformas: y sobre ellas ponian torres con que defendian las obras; y los que asistian en ellas, y los de dentro hacian tambien sus prevenciones y defensas, no se descuidando los unos ni los otros en cosa alguna; hasta que los romanos, habiendo pasado muchos trabajos en los asaltos, al cabo de cuarenta dias que duró el cerco, se apoderaron de la ciudad, cuyos despojos no les dejaron gozar los que se habian huido á Metelo; porque, después que vieron sus cosas en mal estado, pues ya batian con los ingenios la muralla, llevaron al palacio el oro y plata, y todo lo que tenia algun valor, y después que se hartaron del vino y de las viandas, lo abrasaron todo, y al palacio, arrojándose en el mismo fuego, y tomando por sus propias manos la pena que después de vencidos temian del enemigo.

Luego que se ganó á Tala vinieron los embajadores de la villa de Leptis á pedir á Metelo que les enviase presidio, y un gobernador, porque un cierto Amilcar, hombre noble é inquieto, andaba alborotando el pueblo, sin tener respeto á las órdenes de los magistrados, ni á las leyes; de modo que si no les acudia luego, se verian en grandísimo peligro sus aliados; porque los leptitanos, desde que se comenzó la guerra contra Yugurta, suplicaron al cónsul Calpurnio, y después al senado, que los recibiésemos por amigos y confederados; y habiendo impetrado esto, nos guardaron siempre mucha lealtad, cumpliendo todo lo que les ordenaron Calpurnio, Albino y Metelo; y ahora se les concedió fácilmente lo que pedian, enviándoseles cuatro cohortes de ligures, y por gobernador á Cayo Annio.

Fué fundada esta villa por los sidonios (1), que, segun se nos ha referido, huyeron por sus guerras civiles de la patria, y aportaron con sus naves á estos lugares. Edificáronla entre las dos Sirtes, que este nombre se les dió conforme á su naturaleza, porque hay dos golfos casi en la última costa de África, que con ser desiguales en la grandeza, no se diferencian en los efectos. Tienen gran fondo junto á la costa, y en las demás partes, segun lo quiere la fortuna, se halla á veces mucha agua, y á veces poca; porque cuando comienza á conmoverse la mar, y alterarse con la tormenta, llevan trás sí las olas el limo, la arena y las piedras, y así se muda con el viento la forma de estos lugares, que llamaron Sirtes (2), porque atraen á sí. El lenguaje del pueblo se ha trocado después que emparentó con los numidas; pero casi todas sus costumbres y leyes son de los sidonios; y consérvanlas mas fácilmente, por estar lejos de sus reyes, y haber grandes desiertos entre este lugar y la parte mas habitada de la Numidia.

Mas ya que por medio de los leptitanos llegamos á estas regiones, me parece que no haré mal en referir un hecho admirable é insigne de dos cartagineses, pues nos movió el lugar á tratar de esto; en el tiempo que los cartagineses señoreaban la mayor parte de África, tenian tambien muy grandes fuerzas y riquezas los de Cirene, y habia entre estas dos ciudades una campiña llana y arenosa, sin algun rio ó monte que distinguiese sus límites, que dió ocasion á la larga y cruel guerra que trajeron; y después que de entrambas partes fueron muchas veces desbaratados, y puestos en huida los ejércitos y las armadas, con que se quebrantaron algo las fuerzas, temiendo que algun tercero viniese á acometer á los vencidos y vencedores cansados, hicieron con las treguas este acuerdo: «que

(1) Fué Sidon la ciudad muy antigua de la Fenicia, de la cual hace mencion el profeta Isaías; y segun san Jerónimo la pobló y dió su nombre Sidon, primogénito de Canaan.

(2) Sirxo en griego significa llevar ó traer algo por fuerza.

en cierto dia saliesen de entrambas villas los diputados, y que el lugar en que se encontrasen, seria el límite comun de los dos pueblos.» Enviaron de Cartago dos hermanos nombrados los Filenos, que hicieron mas diligencia que los cireneses, aunque no sé si esto sucedió por su descuido, ó por acaso, ya que en aquella tierra suele detener el viento á los caminantes como en la mar; porque si alguna borrasca levanta en los lugares llanos y deshabitados la arena, esta, impelida con mucha fuerza, hinche la boca y los ojos, con que no pueden pasar adelante los que tienen la vista impedida; cuando los cireneses vieron que quedaban algo mas atrás, y temieron que en su patria se les daria el castigo de su falta, comenzaron á confundir el negocio, imputando á los cartagineses que habian salido antes del tiempo, y escogiendo todas las cosas, por no volver vencidos; pero, como los cartagineses pidiesen cualquiera otra condicion, como fuese justa, los griegos dejaron á la eleccion de los penos, «que ó ellos habian de ser enterrados vivos en el lugar que quisiesen por término de su pueblo, ó que les dejase llegar con la misma condicion al que bien les pareciese.» Los filenos, aceptando el partido, dieron sus personas y vidas á la república, y fueron enterdos vivos. Los cartagineses dedicaron en el propio lugar dos altares á los hermanos filenos, haciéndoles en la patria otras honras; ahora vuelvo á mi propósito.

Yugurta, despues que con haber perdido á Tala entendió que no habia reparo contra Metelo, pasó con poca gente por grandísimos desiertos, y llegó á los getulos, gente rústica y fiera que en aquel tiempo no tenia noticia del nombre romano; y juntando una gran muchedumbre de ellos, les fué poco á poco enseñando cómo habian de guardar la órden, seguir las banderas y obedecer á sus capitanes, haciendo como soldados las demás cosas, y asimismo con grandes dádivas y mayores promesas alcanzó el favor de los privados del rey Bocco, y dándole estos entrada, le persuadió que moviese guerra á los romanos, hallando mas facilidad y disposicion para ello por haber Bocco al principio de estas revueltas enviado sus embajadores á Roma pidiendo que le aceptasen por amigo, que con ser tan á propósito para la guerra que se habia comenzado, lo estorbaron algunos, que dejándose cegar de la avaricia estaban acostumbrados á vender todas las cosas justas ó injustas; y Yugurta tenia ya casada una hija con Bocco; mas este parentesco puede poco con los numidas y moros, porque cada cual segun su posibilidad toma muchas mujeres; algunos diez, y otros mas, pero el rey excede en el número; y como entre tantas se reparte el amor, y á ninguna tienen por compañera, no estiman mas la una que la otra.

Y así en el lugar que entrambos acordaron, se juntaron sus ejércitos, y dándose el uno al otro la palabra, encendió Yugurta mas el ánimo de Bocco con la plática que le hizo, diciendo: «que eran los romanos agenos de la razon, en extremo avaros y enemigos comunes de todas las gentes: porque el deseo de mandar, y el odio con que perseguian á todos los reyes, les daban la misma ocasion para hacer guerra á Bocco, que tuvieron para hacerla á Yugurta y á las otras naciones; y que de la propia manera que le habian tenido por enemigo, y poco antes á los cartagineses y al rey Perseo, lo seria de los romanos el que pareciese mas poderoso.»

Entre estos y semejantes discursos resolvieron que se marchase la vuelta de Cirta, donde habia dejado Metelo la presa, cautivos y bagajes; porque le parecia á Yugurta, que tomándose la villa se aventajarian mucho, ó viniendo Metelo á socorrerla se daria la batalla que era lo que él, como astuto procuraba, para quitar los medios de la paz á Bocco, y para que con las dilaciones no viniese á desear otra cosa mas que la guerra.

Metelo, como supo la liga que habian hecho los reyes, no presentaba inconsideradamente en todos los lugares la batalla, ni como solia hacer con Yugurta tantas veces vencido; pero fortificando su campo no muy lejos de Cirta aguardó á los reyes; teniendo por mas acertado reconocer primero á los moros, por ser este enemigo nuevo, para pelear despues con mas ventaja; y entretanto le escribieron de Roma que habian dado la provincia de Numidia á Mario, y ya sabia que era cónsul, y sintiendo estas cosas mas de lo que era justo y honesto, no podia detener las lágrimas, ni moderar las palabras; porque, si bien en todo lo demás mostraba grandísimo valor, resistia mal á cualquier disgusto, lo que atribuian algunos á arrogancia; otros decian que, aunque tenia muy buen natural, le habian irritado con la afrenta y con arrebatarle de las manos la victoria ya adquirida; yo sé muy bien que le daba mayor pena la honra de Mario que el agravio que se le hacia; y que no mostrara tanto sentimiento, si no le quitaran la provincia para entregarla á otro.

Y así con este dolor, y porque le parecia necedad disponer con su peligro las cosas agenas, envió á pedir á Bocco, «que no se hiciese sin ocasion enemigo del pueblo romano, pues tenia tantos medios para ser su amigo y afiliado, y le estaria mejor esto que la guerra, y aunque confiase mucho de sus fuerzas, no debia dejar las cosas seguras por las dudosas, que cualquiera guerra se emprendia fácilmente; pero se acababa con dificultad y no podia darla fin el que la habia dado el principio; porque este se permitia á cualquiera por cobarde que fuese; pero solo al vencedor el hacer deponer las armas; y que así mirase por sí y por su reino, y pues veia sus cosas en buen estado, no las aventurase por un perdido.» A esto respondió cortesmente el rey; «que deseaba la paz, pero que se se condolia de la miseria de Yugurta; y si con el hiciesen el mismo concierto se facilitaria todo lo demás.» Tornó otra vez el general á replicar á las demandas de Bocco; aprobando algunas y rehusando otras; y de esta manera, yendo y viniendo muchas veces de entrambas partes los diputados, pasaba el tiempo y sin llegar á las manos se alargaba la guerra, que era lo que queria Metelo.

Pero Mario, despues que con tan grande aplauso de la plebe le dieron el consulado, y le señaló el pueblo la provincia de Numidia, habiendo sido siempre enemigo de los nobles, andaba entónces mas insolente y feroz, ofendiéndolos en general y en particular, y repitiendo muy á menudo, «que era su consulado el despojo de la victoria que habia alcanzado de ellos:» con otras palabras arrogantes y pesadas; y entretanto prevenia con sumo cuidado todo lo necesario á la guerra, pidiendo gente para rehacer las legiones, enviando por socorro á los reyes y confederados, y llamando del Lacio los hombres de mas valor que habia conocido en el ejército; y algunos solo por lo que prometia de ellos la fama; y con grandes ofrecimientos procuraba que le acompañasen los que eran ya jubilados; y los senadores, aunque le aborrecian, no osaban negarle cosa alguna, consintiéndole con mucho gusto las levas, porque creian que teniendo la plebe tan poca gana de ir á la guerra, se hallaria Mario sin medios para continuarla, ó sin el favor del vulgo; mas en-

gañólos la esperanza, y el haber tantos que desearon acompañar al cónsul, persuadiéndose cada cual que habia de volver á su casa victorioso y cargado de despojos; y no los animó poco Mario con el razonamiento que les hizo; porque después que le decretaron todo lo que habia propuesto, y quiso levantar la gente para exhortarla, y dar tambien (segun solia) pesadumbre á los nobles, convocó el pueblo, y discurrió de este modo:

«Muy bien sé, Quirites, que muchos no os piden el gobierno por los mismos medios con que después de alcanzado le ejercen; al principio se muestran industriosos, humildes y modestos, y luego se hacen descuidados y soberbios; pero yo entiendo que se debe caminar diferentemente, porque, como importa mas el bien público que el consulado ó la pretura, así se ha de procurar con mas cuidado que los otros cargos; y tampoco ignoro, que con haber recibido de vosotros la mayor honra, son muy grandes las obligaciones que me corren, pues me he de armar para la guerra, y sacar menos del erario; hacer que sigan la milicia los que no se desea ofender, y prevenir todas las cosas en la patria y fuera de ella; que el encaminarlas entre gente envidiosa, enemiga é inquieta, creed, Quirites, que tiene mas dificultad de lo que nadie imagina: á esto se añade el hallar los otros para el descargo de sus faltas la antigua nobleza y hazañas de sus mayores, las riquezas de sus parientes y deudos, y tantos allegados; pero todas mis esperanzas están fundadas en mí mismo, y es menester que yo las conserve con mi virtud y entereza, porque todo lo demás me puede ayudar poco. Ya veo, Quirites, que todos han puesto en mí los ojos, y que por los servicios que hago á la república me favorecen los hombres de bien, aunque los nobles buscan medios para derribarme; y así es necesario que me esfuerce yo mas para que no os engañen ni salgan con su intento. Desde mi niñez estoy acostumbrado á todos los trabajos y peligros; é ya que sin recompensa os servia, Quirites, no dejaré de continuarlo después que me honrasteis. Mal se pueden moderar con la autoridad los que por ambicion fingieron las virtudes; mas como empleé en buenos ejercicios toda la vida, vino á ser con la costumbre cosa natural en mí el proceder bien. Habeisme mandado hacer la guerra á Yugurta, y tomólo á mal la nobleza; yo os ruego que considereis si os está mejor mudar de resolucion, y dar esta órden ú otra semejante á alguno de tantos nobles, que sea de linaje antiguo, y tenga muchas imágenes (1), sin haber visto jamás la guerra, para que ignorando todas las cosas se turbe y pierda el ánimo en una empresa tan grande, y tome alguno del pueblo que le instruya; que así suele suceder ordinariamente, que aquel á quien enviais por gobernador, busque otro que le gobierne. Yo conozco, Quirites, algunos, que, después que fueron cónsules, comenzaron á leer los hechos de sus mayores, y las órdenes militares de los griegos, haciendo las cosas al revés; pues aunque antes que se administre se recibe el cargo, se ha de saber primero lo que después se ha de ejecutar. Haced ahora comparacion, Quirites, de mí, que soy el primero de mi linaje, con la soberbia de los nobles. Yo he visto parte de las cosas que ellos suelen oir ó leer, y las demás han pasado por mis manos, y aprendí en el ejército lo que ellos hallaron en los libros; y así considerad, Quirites, si se deben estimar mas las obras que las palabras; menosprecian mi nacimiento, é yo su cobardía; á ellos se les imputan sus vicios, y á mí el no haber tenido mas suerte: y supuesto que me persuado que la naturaleza es una sola y comun á todos, digo que se halla mas nobleza en quien se halla mas valor; y si ahora se pudiese preguntar á los padres de Albino y Calpurnio, si quisieran tener por hijos á ellos ó á mí, ¿qué os parece que responderian, sino que desearan que fueran sus hijos los mejores? Pero si con razon me desprecian, hagan lo propio de sus mayores, cuya nobleza tomó, como la mia, su principio de la virtud; y si tienen envidia de mi honra, ténganla tambien de mis trabajos y limpieza, y de mis peligros, pues son los medios con que la he adquirido: mas estos hombres desvanecidos con la soberbia viven de manera, como si no estimaran las mercedes que haceis, y pídenlas de manera como si hubieran vivido bien; mas en verdad que se engañan pretendiendo á un mismo tiempo dos cosas tan diferentes, como son los deleites de la pereza, y los premios de la virtud; cuando hacen alguna plática delante de vosotros, ó en el senado, todo es ensalzar á sus progenitores; y refiriendo sus hazañas piensan que se ilustran mas á sí, siendo esto al contrario; porque cuando mas digna de loor fué la vida de ellos, tanto mayor vituperio merece la flojedad de estos; y verdaderamente la gloria de los antepasados sirve de luz á sus descendientes, para que no puedan quedar ocultos sus vicios ni sus virtudes. Este resplandor me falta, ó Quirites, pero podré (que es cosa mas honrosa) hacer relacion de mis hechos. Mirad ahora cuán grande es su maldad, que no me quieren conceder por mi virtud lo que se atribuyen á sí por la agena: y esto porque no hay estátuas en mi casa, y porque soy el principio de mi nobleza; aunque realmente vale mas el habérmela dado yo, que el haber corrompido ellos la que recibieron de otros. Ninguna duda pongo en que si me quisieren responder ahora, lo harán con una oracion, y bien compuesta; pero habiéndome vosotros hecho una merced tan grande, ya que en todas partes con sus injurias me ofendian, no me pareció bien callar, porque no se imputase á alguna culpa mi modestia, aunque hallo que ningunas palabras bastan á afrentarme; pues si son verdaderas, es fuerza que digan bien de mí; y si son falsas, las convencerán mi vida y mis costumbres; mas ya que reprenden la resolucion con que me habeis puesto en el mas alto estado, y encargado el negocio mas importante, considerad otra vez, si es cosa de que debeis arrepentiros; porque confieso que, para daros seguridad, no puedo representar las estátuas, triunfos y consulados de mis mayores; pero si fuere necesario mostraré las lanzas, banderas, jaeces y otros dones militares, y heridas muy honradas: estas son mis imágenes; esta es mi nobleza nó heredada, sino adquirida por grandísimos trabajos y peligros. No uso de palabras afectadas, porque harto se declara la virtud. Ellos han menester este artificio, para cubrir con discursos sus infamias; y tampoco aprendí las letras griegas, á que fuí poco inclinado, viendo que ni á los que las enseñaban hacian mas virtuosos; antes procuré saber otras cosas mas útiles á la república, como herir al enemigo, gobernar un presidio, no temer cosa alguna, sino la ruin fama, sufrir de la propia manera el frio que el calor, y tolerar juntamente la pobreza y el trabajo. Con estos ejemplos exhortaré á mis soldados, y no haré excesos para que ellos pasen necesidad, ni pretenderé honras á costa de su sudor; y este es el gobierno provechoso y moderado; porque regalarse á sí, y hacer padecer al ejército, es ser rey, y nó capitan; y usando del mismo término, y de otros seme-

(1) Antiguamente solia dar el senado á los que hacian algun servicio señalado á la república alguna estátua ó imagen, que ponian en su casa para que sirviese de memoria y ejemplo á sus descendientes.



Mario triunfante.



Mario en África.

jantes, vuestros mayores se engrandecieron á sí y á la república, y confiados en ellos los nobles, aunque con diferentes costumbres, nos desestiman á nosotros, que los imitamos, y os vuelven á pedir todas las honras, nó por sus merecimientos, sino como si les fueran debidas. Pero es notable el engaño de estos hombres arrogantísimos: sus antepasados les dejaron todo cuanto pudieron, riquezas, imágenes y una gloriosa memoria; la virtud no se la dejaron, ni podian, porque esta no se da de presente ni se recibe. Dicen que soy un villano grosero, porque no sé ordenar bien un banquete, ni pago mas á un truhan ó á un cocinero que á un labrador; así lo confieso de buena gana, Quirites; porque á mi padre y á otras personas virtuosas he oido decir, que han de ser curiosas las mujeres, y los hombres inclinados al trabajo, y preciarse mas de las armas que de otras alhajas. Hagan muy en hora buena siempre lo que les da gusto y tienen por bueno; anden enamorados y beban, y donde pasaron su mocedad acaben sus años postreros en los convites recreando su vientre y la parte mas torpe del cuerpo, con que nos dejen á nosotros el sudor, el polvo y otras cosas como estas, que queremos mas que sus regalos; pero no lo hacen así los infames, que despues que se deshonraron con todo género de maldades, van á arrebatar los premios de los buenos; de manera, que contra toda razon, no reciben daño de vicios tan enormes, como la lujuria y pereza, los que se dieron á ellos, y le padece sin culpa alguna la república. Ahora que les he respondido lo que requerian mis costumbres y nó sus maldades, añadiré algo de lo que toca á la república; y lo primero, que espereis, Quirites, muy buen suceso en las cosas de Numidia, pues habeis quitado la avaricia, ignorancia y soberbia, que eran todas las que defendieron á Yugurta. Teneis allá un ejército que conoce la tierra; y así me ayude Hércules, como es mas valeroso que dichoso; porque han consumido mucha parte de él la codicia y temeridad de los capitanes; y así los que son ya de edad para la guerra, esfuércense, y acudan conmigo al servicio de la república; y no cause á nadie temor la miseria de otros, ó la arrogancia de los capitanes; porque en el escuadron y en la batalla seré vuestro consejero, y compañero en los peligros; y en todo me gobernaré como á vosotros; y sin duda con el favor de los dioses nos aguardan ya la victoria, los despojos y la honra; que cuando no lo tuviéramos todo tan seguro, estaban obligados los hombres de bien á dar socorro á la república · y ninguno por cobarde escapó de la muerte, ni ningun padre deseó tanto que viviesen siempre sus hijos, como que fuesen buenos y honrados. Mas os dijera, Quirites, si las palabras dieran ánimo á los medrosos; que á los que tienen valor he dicho lo que basta.»

Habiendo Mario hecho esta plática, y viendo dispuestos los ánimos de la plebe, cargó luego las naves con los bastimentos, armas, dinero y otras cosas necesarias, y mandó que partiese con ellas el legado Aulo Manlio mientras él levantaba la gente, nó conforme á las órdenes de los antiguos, ni de las clases (1), porque asentaba á cualquiera la plaza, y á muchos de los que contribuian por la persona (2); y esto decian algunos que se habia hecho á falta de buenos; y otros por la ambicion del cónsul; ya que gente de esta suerte le habia dado la honra y acrecentamiento, y á quien procura el gobierno le es mas á propósito el mas pobre, que no tiene cuidado de cosa alguna, por no tenerla: y le parecen lícitas todas, cuando le traen provecho; y así Mario con alguna gente mas de la que se le habia señalado, partió para África, y de allí á pocos dias aportó á Utica, donde le entregó el ejército el legado Publio Rutilio, porque Metelo se fué por no ver á Mario, ni las cosas que oyéndolas no pudo sufrir su ánimo.

Pero el cónsul, después que rehizo las legiones y cohortes auxiliares, las llevó á tierras fértiles y ricas, dando toda la presa á los soldados; después acometió los castillos y villas flacas y mal proveidas de gente, y tuvo en muchas partes varios reencuentros, aunque de poca consideracion; en que se hallaba sin ningun temor la gente nueva, y veia prender ó matar á los que huian, y que el mas valeroso andaba mas seguro, y que con las armas se defendia la libertad, la patria, los deudos y todo lo demás, y se adquirian las riquezas y la gloria; con que en poco tiempo vinieron á perfeccionarse viejos y nuevos, siendo todos iguales en el valor. Pero los reyes, como supieron la venida de Mario, se fué cada cual por su parte á lugares dificultosos, que así lo aconsejó Yugurta, esperando que de allí á poco podrian dar en los romanos esparcidos; que, como suelen hacer muchos, cuando se les quita la ocasion de temer, correrian por mas partes, y con menos órden.

Entretanto Metelo, que se habia vuelto á Roma, fué recibido contra su esperanza con grandísimo aplauso; porque, como habia ya cesado la envidia, no le mostró menor aficion el pueblo que el senado. Pero Mario, con gran vigilancia y prudencia atendia juntamente á las cosas de los suyos y de los enemigos, reconociendo las que eran de provecho ó daño para los unos y los otros; informábase del camino que tomaban los reyes, y prevenia sus resoluciones y ardides; no sufria descuido en su campo, ni que tuviesen ellos lugar seguro; y así rompió muchas veces en el camino á Yugurta y los getulos, que saqueaban las tierras de nuestros confederados, é hizo arrojar las armas al rey junto á Cirta; mas como vió que aunque ganaba reputacion, no acababa con esto la guerra, determinó de poner cerco á las villas que por el sitio y los moradores eran de mayor servicio al enemigo contra nosotros; pues así perderia sus fuerzas Yugurta, si lo consintiese, ó daria la batalla; porque Bocco le habia enviado á decir diversas veces: «que deseaba la amistad del pueblo romano, y que no temiese de él ningun daño;» no se sabe si lo fingió para ofenderlo mas llegando de improviso, ó por su inconstancia, y costumbre de mudar la guerra y la paz.

Pero el cónsul, segun se habia propuesto, acometia las villas y castillos fuertes, que se le entregaban algunos por fuerza, otros por temor, ó por los premios que ofrecia; al principio no se empeñaba en lo mas dificultoso, pareciéndole que por defender á los suyos le vendria á las manos Yugurta; mas cuando supo que estaba lejos, y atendia á otras cosas, entendió que era tiempo de intentar las mayores y mas arduas.

Habia entre unos grandes desiertos una villa populosa y fuerte, nombrada Capsa, que fundó (segun decian) Hércules Líbico; los moradores no pagaban tributo á Yugurta; y como los trataba tan bien, eran tenidos por muy fieles; defendíanlos del enemigo las murallas y armas, y aun mas la aspereza de aquellos

(1) Servilio Tulio, sexto rey de los romanos, instituyó el censo, de que trata largamente Livio, y dividió el pueblo en cinco clases, y estas en diversas centurias ó compañías: cada clase tenia sus armas diferentes, y de ellas se escogia la gente que habia de ir á la guerra.

(2) Pero los esclavos y los que por su pobreza daban un pequeño tributo, como dice A. Gelio, por la persona, no se admitian en la milicia, ni se fiaban de ellos, como de gente que no tenia que perder.

lugares, porque en apartándose de la villa era todo yermo y deshabitado; faltaba el agua, y hacian gran daño las serpientes, cuya violencia, como la de todas las fieras, era mayor por faltarles el sustento; y estas, que naturalmente son tan dañosas, no se encienden con ninguna cosa tanto como con la sed; deseaba sumamente Mario ganar esta villa, así porque le importaria para la guerra, como por parecer empresa dificultosa, y haber dado gran nombre á Metelo la de Tala, cuya fortificacion y sitio no era muy diferente; bien que junto á los muros de Tala habia muchas fuentes, y los de Capsa solo tenian una dentro del lugar, y se ayudaban de las cisternas; que esto sufrian mas fácilmente allí y en todas las tierras de África, que estando lejos de la mar vivian con menos policía; porque los numidas se sustentaban casi todos con la leche y las fieras, y no buscaban la sal, ni otros guisados que provocan á gula, pues comian y bebian solo por aplacar el hambre y sed, y nó por gusto.

Y así el cónsul, habiéndolo reconocido todo, creo que se confió en los dioses, ya que no podia con su consejo proveer á tantas dificultades, faltándole tambien el trigo; porque los numidas procuran mas tener pasto para sus ganados, que labrar los campos; y si algo habia crecido lo hizo llevar el rey á lugares fuertes, y era esta campiña estéril, y el fin del estío, cuando no se hallaba en ella fruto alguno. Dió todavía muy buena órden, segun los medios presentes: encomendó á la caballería auxiliar el ganado que poco antes se habia tomado, y envió al legado Aulo Manlio con las cohortes mas prontas á la villa de Laris, donde habia dejado el dinero y los bastimentos, diciendo que luego le seguiria; pero que ahora iba á buscar alguna presa: con que encubriendo su intento marchó hácia el rio Tana, y distribuyendo igualmente cada dia el ganado por las centurias y tropas, mandaba que hiciesen odres de los cueros; y tambien suplia la falta del trigo, previniendo, sin que lo entendiese nadie, las cosas que habian de ser necesarias, pues al cabo de seis dias, en que llegó al rio, tenia hecha una gran cantidad de odres; y habiéndose fortificado algo el campo, ordenó que los soldados comiesen, y que en poniéndose el sol estuviesen apercibidos para marchar, dejando allí todo el bagaje, sin tomar para sí y sus acémilas otra carga que el agua. Cuando le pareció que era tiempo salió de los cuarteles, y después de haber caminado toda la noche se alojó, y la siguiente hizo lo propio, y en la tercera, mucho antes del dia, llegó á un cerro que estaba solo á dos millas de Capsa, donde aguardó con todas sus tropas lo mas encubiertamente que pudo.

En amaneciendo salieron de la villa muchos numidas sin recelarse del enemigo, y así mandó que toda la caballería, y con ella los infantes mas sueltos fuésen corriendo hácia el lugar y tomasen las puertas, y él los signió con notable presteza, sin dar lugar á que se pusiesen á saquear los soldados; y viendo esto los de Capsa se rindieron, forzados del peligro, de un miedo grande del mal no previsto, y de estar tanta parte de los ciudadanos fuera del lugar en poder de Mario, que hizo poner fuego á Capsa, y degollar todos los mancebos, vendiendo los demás, y repartiendo la presa entre los soldados; que de este rigor se usó contra el derecho de la guerra, nó por la avaricia ni maldad del cónsul, sino por ser la plaza muy acomodada para Yugurta, y no poderse sustentar por los nuestros sin mucha dificultad, siendo aquella gente instable y rebelde, que nunca se habia corregido por fuerza ni por amor.

Después que sin pérdida de los suyos dió fin Mario á una tan grande empresa, si bien tenia ya mucha opinion y fama, fué mas celebrado y estimado, tanto, que aun atribuian á su valor las cosas mal consideradas; ensalzándole los soldados, así por la benignidad con que los trataba, como por los despojos con que se enriquecian, y temiéndole los numidas mas que á hombre mortal; y finalmente, todos los confederados y enemigos creian que tenia un entendimiento divino, y que los dioses guiaban sus acciones; mas el general, con este buen suceso, pasó á otros lugares, y hallando en pocos defensa, mandaba quemar á muchos que desamparaban los numidas, por la desgracia de Capsa; con que no se veian sino muertes y llantos; y habiendo conquistado muchos pueblos, y los mas de ellos sin perder un hombre, se resolvió á otra empresa, no menos dificultosa que la de Capsa, aunque sin pasar tanto trabajo; porque, nó muy lejos del rio Mulucha, que dividia los reinos de Yugurta y Bocco, con ser lo demás tierra llana, habia una peña harto espaciosa y muy alta, con un castillo, nó de los mayores, á que se subia solo por una senda, porque lo habia hecho todo tan inaccesible la naturaleza, como si se hiciera de industria. Guardábanse en este castillo los tesoros del rey, y así se esforzó para ganarle Mario; pero favorecióle mas que la razon la fortuna; porque se hallaba muy bien proveido de gente, armas y trigo; tenia una fuente, y no habia lugar para plataformas, torres, ú otras máquinas, por ser la subida del castillo tan angosta, que acortaban por entrambos lados las galerías que hacian con grandísimo peligro, y sin provecho; pues habiéndose adelantado algo, las deshacian con el fuego ó las piedras, y no podian los soldados quedar delante de la obra por la aspereza del lugar, ni trabajar seguramente en las galerías; mataban y herian á los mas valerosos, con que crecia en los otros el miedo.

Pero Mario, después de haberse cansado mucho tiempo en vano, comenzó á afligirse, y pensar en si desistiria en la empresa, ya que no sacaba fruto de ella, ó si la remitiria á la fortuna, cuyo favor habia experimentado tantas veces; y habiéndose fatigado con este pensamiento muchos dias y noches, acaso un cierto ligur, soldado ordinario de las cohortes auxiliares, saliendo de los cuarteles á buscar agua no muy lejos de aquel lado del castillo que estaba opuesto al otro donde se peleaba, vió entre las peñas algunos caracoles, y tomando uno ó dos, y luego otros, deseó coger mas; y poco á poco fué subiendo hasta la cumbre del monte; y cuando halló un lugar solitario, como suelen ser los hombres inclinados á ver cosas nuevas, lo escudriñó todo. Habia allí crecido acaso entre las peñas una grande encina, que estando algo torcida, volvia luego á enderezarse y subir, como todo lo que produce la naturaleza. El ligur, asiéndose unas veces á las peñas, y otras á las piedras mayores, descubrió la plaza del castillo, porque todos los numidas habian ido á ver los que peleaban; y habiendo notado lo que le parecia que podia ser de servicio, tornó por donde habia subido, aunque no tan inconsideradamente, sino tentándolo y reconociéndolo todo; y luego fué á referir al general lo que le habia sucedido, persuadiéndole « que acometiese por aquella parte; y ofreciéndose á ser la guia, afirmaba que no se corria riesgo alguno.» Mario envió á algunos de los que se hallaron presentes para que viesen lo que aseguraba el ligur; y cada uno segun su humor, se lo pintó fácil ó dificultoso, con que cobró todavía alguna esperanza Mario; y así escogió entre todos los trompetas cinco, que eran los mas ágiles, ordenando que para mas seguridad los acompañasen

cuatro centuriones, y que todos obedeciesen al ligur, señalándole para la empresa el dia siguiente.

Pero cuando, conforme á esta órden, le pareció tiempo, habiendo prevenido y aparejado todas las cosas, se fué al mismo lugar, y los cabos de las centurias, segun les habia advertido el ligur, mudaron de armas y hábito, pues para tener mas libre la vista y subir mejor por la peña, llevaban desnudos los pies, y la cabeza descubierta, y á las espaldas las espadas y rodelas, que eran al modo de los numidas (1), hechas de cuero, para que pesasen menos, y no hiciesen tanto ruido dando unas en otras; é yendo delante del ligur ataba á las peñas, ó á las raíces viejas que se descubrian, algunas cuerdas para que asiéndose de ellas los soldados subiesen mas descansadamente; y algunas veces daba la mano á los que temian, por no haberse visto en tal lugar; y donde era mas áspera la peña los hacia ir á todos delante sin armas, y después los seguia con ellas; pero él solo tentaba los pasos peligrosos, y luego bajando y subiendo primero animaba á los demás; y de allí á mucho llegaron muy cansados al castillo, desamparado por aquella parte, porque todos estaban (como en los otros dias) hácia donde los acometia el enemigo.

Al punto que avisaron á Mario lo que dabia hecho el ligur, aunque peleando todo el dia habia entretenido á los numidas, exhortó entónces á los soldados, y salió de las galerías arrimándose con la tortuga (2), y al propio tiempo molestaba de lejos á los enemigos con los ingenios, y con los fundibularios y flecheros. Pero los numidas, habiendo derribado muchas veces, y pegado fuego á las galerías, no se defendian desde las murallas; pero todo el dia y la noche se quedaban fuera afrentando á los romanos: «llamaban loco á Mario, y amenazaban á los soldados, diciéndoles que serian esclavos de Yugurta:» que tan feroces andaban con sus buenos sucesos. Entretanto, estando todos los romanos y numidas atentos al asalto, y peleando con gran valor los unos por la gloria y el imperio, y los otros por la vida, oyeron tocar á otra parte las trompetas; y primero huyeron las mujeres y niños, que habian ido á ver lo que era, y luego los que se hallaban mas cerca de las murallas, y finalmente todos armados ó desarmados como estaban; y así apretaron con mayor esfuerzo los romanos, que solo atropellaban y herian á muchos; porque, pasando por encima de los muertos, competian, deseosos de honra, sobre cuál habia de subir primero á la muralla, sin que divirtiese la presa á ninguno; y de esta manera enmendó la fortuna la temeridad de Mario, pues adquirió mas reputacion con sus faltas.

Mientras se ponia esto en ejecucion, vino al ejército el cuestor Lucio Sila con una gran tropa de caballería, el cual habia quedado en Roma para juntar gente del Lacio, y de las tierras de los confederados. Mas ya que llegamos á hacer mencion de este varon ilustre, nos pareció conveniente decir algo de su natural y costumbres, pues no hablaremos de él en otra parte; y segun infiero de Lucio Sisenna, que fué el que mejor y mas puntualmente refirió estas cosas, no me parece que escribió muy libremente. Descendia Sila de los patricios (3), aunque por la negligencia de sus mayores se habia casi acabado su linaje. Fué muy versado en letras latinas y griegas, animoso por extremo, amigo de sus gustos, pero mas de la fama, desordenado en el ocio, aunque nunca por sus deleites dejaba los negocios; verdad es que pudiera casarse mejor: tenia elocuencia, astucia y facilidad con sus amigos, y trazas increibles para encubrir cualquiera cosa; mostrándose liberal en muchas, y mas en el dinero; y con haber sido, antes de la victoria que alcanzó contra los suyos, el hombre á quien mas favores hizo la fortuna, nunca fué esta mayor que su industria; de suerte que muchos dudaron en si era mas valeroso ó mas dichoso que lo que intentó después; déjolo de referir, no sé si de vergüenza, ó de disgusto.

Luego que, como queda dicho, llegó con la caballería de África, y á los cuarteles de Mario, siendo bisoño, como el que jamás se habia hallado en la guerra, fué en pocos dias el mas práctico de todos; trataba con gran cortesía á los soldados, ayudaba á los que le pedian ayuda, y á muchos, sin que se la pidiesen, recibia de buena gana, cumpliendo mas presto con esta obligacion, que si fuera de dinero prestado, sin volver á pedir nada á nadie, procurando antes que muchos le debiesen; discurria con los mas humildes así de las cosas de importancia como de otras de gusto; asistia de ordinario en las obras, en el escuadron y en la guardia, sin ofender entretanto (como suele la perversa ambicion) la fama del cónsul, ó de cualquier hombre de bien; solo no podia sufrir que otro ejecutase ó aconsejase algo mejor que él; y como se aventajaba á muchos, le cobraron en poco tiempo por esto y por sus virtudes grandísima aficion Mario y los soldados.

Pero Yugurta, después que perdió á Capsa y otros lugares fuertes é importantes, y una gran suma de dinero, despachó á Bocco, para que viniese luego con su ejército á Numidia, porque se llegaba el tiempo de dar la batalla; mas como entendió que lo andaba dilatando, por no estar aun resuelto á seguir la guerra ó la paz, tornó, como habia hecho otras veces, á corromper con dádivas á sus privados prometiendo al moro la tercia parte de Numidia, si echasen á los romanos de África, ó si quedase él con sus límites, después de acabada la guerra; é inducido con este premio Bocco vino con un gran número de gente á hablar á Yugurta; y habiéndose encontrado entrambos sus ejércitos, á boca de noche acometieron á Mario que se retiraba á los presidios, pareciéndoles que si fuesen vencidos los favoreceria la noche, que ya estaba cerca; y si venciesen, no les daria estorbo alguno, pues conocian la tierra; pero á los romanos en cualquier acontecimiento les seria contraria la obscuridad; y así en el mismo instante que avisaron muchos al cónsul la venida del enemigo, le vió venir de manera, que antes que se pudiese disponer el ejército ó juntar el bagaje, ó dar la señal ú órden, embistió la caballería de los getulos y moros, nó en escuadron ó con algun modo de pelear, sino así como se habian juntado acaso: los nuestros, aunque con el repentino temor se turbaron, acordándose de su valor tomaban las armas, ó defendian con ellas á los que se armaban, y algunos subiendo á caballo salian á encontrar al enemigo; y así parecia esto, mas algun acometimiento de salteadores que de soldados; porque los infantes, mezclados con la caballería, sin banderas y sin órden, ahora herian á unos, ahora degollaban á otros, dando por la espalda en muchos que peleaban con grande esfuerzo, sin que bastase este ó las armas contra los que eran superiores en número, y los tenian cercados por todas partes: finalmente los romanos, así viejos como nuevos, ya instruidos en la milicia, donde los juntaba el lugar ó la fortuna, sustentaban juntos en un cuerpo la

---

(1) Debian de ser como las adargas que traen aun en África.

(2) Era un escuadron que hacian los romanos cuando iban á dar el asalto á alguna tierra, como escribe largamente Justo Lipsio en su Poliorcéticon.

(3) Patricios eran los que descendian de los primeros senadores que instituyó Rómulo.

violencia del enemigo, guarnecidos y cubiertos por todos lados.

Pero no atemorizó este peligro á Mario, para que dejase de mostrar el mismo ánimo que siempre; y con su cuadrilla, nó de los favorecidos, sino de los mas valerosos, acudia á todo, socorriendo á veces á los que veia en aprieto, y cerrando á veces con el enemigo donde le hallaba mas fuerte: hacia con la mano señas á los suyos, porque en aquel conflicto no podia dar la órden á todos; y con ser ya de noche no aflojaban los bárbaros cargando mas furiosamente, como se lo mandaban sus reyes, pareciéndoles que les habia de ayudar la obscuridad: entónces tomó Mario el consejo conforme al estado presente, y para que los suyos tuviesen algun refugio, ocupó dos collados no muy distantes; que en el uno, aunque no tenia lugar para acuartelarse todo el ejército, habia una buena fuente, y el otro era muy á propósito para el alojamiento, y se podia fortificar fácilmente, por ser la mayor parte muy alta y fragosa: ordenó á Sila, que con la caballería guardase de noche la fuente; y mientras no andaban menos desordenados los bárbaros, fué poco á poco juntando la gente esparcida, que llevó muy apriesa al collado; y los reyes, por la dificultad del puesto, dejaron la batalla, aunque no permitieron que se alejasen mucho los suyos: pero, rodeando con su muchedumbre entrambos los collados, se sentaron en diferentes partes; y después, haciendo muchos fuegos, pasaron los bárbaros casi toda la noche alegrándose y danzando, segun suelen, con grandes algazaras y voces; y los reyes estaban muy orgullosos, teniendo por suya la victoria, ya que no habian huido; que todas estas cosas incitaban mas á los romanos, que los descubrian mejor, hallándose sin luz, y en lugar mas alto.

Mario, cobrando mayor esperanza de la bisoñería del enemigo, les encomendó que guardasen todo el silencio posible; y que ni aun, como se acostumbraba, tocasen para mudar la ronda; y en amaneciendo, cuando estaban ya cansados y vencidos del sueño los bárbaros, mandó que tocasen las trompetas de los tributarios, y á un mismo tiempo las de la caballería, cohortes y legiones, y saliesen con grandes alaridos por todas las puertas los soldados; los moros y getulos, despertando con este sonido extraño y terrible, no huian ni tomaban las armas, porque no sabian resolverse ni acudir á cosa alguna con el rumor y estruendo; ni se ayudaban unos á otros, aunque perseguian los nuestros á los que en aquel miedo, confusion y tumulto perdieron totalmente el sentido, y fueron desbaratados y puestos en huida, dejando la mayor parte de sus armas é insignias militares; y pereciendo mas gente en este dia que en todos los pasados, porque no les dieron lugar á que huyesen el sueño y tan extraordinario pavor. Con esto prosiguió Mario su camino, yendo á invernar, segun tenia determinado, en las villas marítimas, por la comodidad de las vituallas; y no le hizo esta victoria mas descuidado ó soberbio, porque, como si tuviera delante al enemigo, marchaba en escuadron, poniendo en la ala derecha á Sila con la caballería, en la izquierda á Aulo Manlio con los honderos y flecheros, y las cohortes de los ligures, y en la retaguardia á los tribunos con la gente suelta; y los que se huyeron al enemigo, de que se hacia menos caudal, como mas prácticos en la tierra, espiaban el camino que tomaba; pero el cónsul, como si á nadie hubiera dado cargo, lo proveia todo; y se hallaba en cualquier parte alabando ó reprendiendo á los que lo merecian; y con ir armado y tan pronto, obligaba á los soldados á que hiciesen lo mismo; y no se fortificaba con menos cuidado del que tenia en el camino, encomendando las puertas á las cohortes legionarias, y los cuarteles á la caballería auxiliar, y á los demás las trincheras y reparos; y él propio iba de ronda, nó tanto por temer que no se observasen sus órdenes, cuanto porque trabajasen de mejor gana los soldados, viendo que no hacia menos su general; y realmente en este tiempo, y en todo el que duró la guerra de Yugurta, corrigió Mario el ejército, mas con afear las faltas, que con castigar los delitos; atribuyendo esto muchos á su ambicion, y á haberse criado desde su niñez en los trabajos, teniendo por regalo lo que otros llaman miseria; mas gobernó con tanta honra y reputacion, como si usara del mayor rigor.

De allí á cuatro dias, junto á la villa de Cirta, llegaron á un mismo tiempo, corriendo de todas partes, los exploradores, con que se entendió que llegaba el enemigo; pero como por diferentes caminos traian el mismo aviso, no sabia el cónsul cómo habia de disponer el ejército; y así sin mudar la órden hizo alto en el mismo lugar, con que no salió cierta la esperanza de Yugurta, que habia repartido en cuatro partes á su gente, pareciéndole que alguna daria en los romanos por la espalda. Entretanto Sila, á quien toparon primero los enemigos, exhortó á los suyos, y embistieron el y otros en una tropa, quedando en sus puestos los demás, que rebatian los dardos que les tiraban de lejos, degollando á los enemigos que les caian en las manos; y mientras peleaba de este modo la caballería, acometió Bocco nuestra retaguardia con la infantería que trajo su hijo Volux, el cual no se halló en la otra batalla por no llegar á tiempo: estando en aquel punto Mario en la vanguardia, donde andaba tambien con otros muchos Yugurta, que entendiendo la venida de Bocco se fué secretamente con algunos á la infantería, y hablando latin (porque le habia aprendido en Numancia) decia, « que en vano se defendian los romanos ya, que por sus manos acababa de dar la muerte á Mario, » mostrando la espada llena de la sangre de uno de nuestros infantes, á quien con gran valor habia muerto en la batalla; los romanos se espantaron mas por oir un hecho tan atroz, que porque diesen crédito á tal mensagero; mas cobraron ánimo los bárbaros cerrando con los nuestros ya turbados, y que estaban para volver la espalda, cuando Sila, habiendo desbaratado al enemigo por su parte, embistió por los lados con los moros, y retiróse luego Bocco; pero Yugurta, mientras procuraba sustentar á los suyos, y retardar la victoria casi adquirida, se vió rodeado de nuestra caballería; y aunque cayeron á su lado todos los suyos, escapó él solo, rompiendo por medio de los contrarios; y Mario, después de desbaratada la caballería de los numidas, vino á socorrer á los romanos, por habérsele avisado que huian; finalmente fueron deshechos por todas partes los enemigos. Hubo entónces en aquella campaña rasa un horrible espectáculo; seguian á los que iban huyendo, prendian y mataban, atropellando los caballos y sus dueños; y muchos acribillados de heridas no podian tener sosiego; esforzábanse, y luego volvian á caer; no se veian sino armas, dardos y muertos, y la tierra llena de sangre.

Y así el cónsul, ya sin duda alguna victorioso, llegó á la villa de Cirta, á la cual se encaminó desde el principio, y cinco dias después de esta derrota vinieron los embajadores de Bocco, que en nombre del rey pidieron á Mario, « que le enviase dos personas de las cuales hacia mayor confianza, porque queria tratar con ellas lo que le convenia, y al pueblo romano mandó luego que fuésen Lucio y Sila, y Aulo Manlio;

y aunque iban llamados, les pareció bien hacer una plática al rey, para ablandarle si estaba mal inclinado, ó moverle mas á la paz si la deseaba; y Sila, á cuya elocuencia, y nó á la edad, cedió Manlio, le habló brevemente y de este modo:

« Mucho nos holgamos, ó rey Bocco, de que á tal varon inspirasen los dioses que quisiese antes tener paz que guerra con nosotros, y no se corrompiese el que era tan bueno, con la compañía de Yugurta, el peor hombre de la tierra; y así nos ha librado de la obligacion y pena de seguirte, mientras te llevaba engañado aquel perverso; porque el pueblo romano, aunque era pobre en sus principios, siempre juzgó por mejor buscar amigos que esclavos, y por mas seguro gobernar por amor que por fuerza; pero á tí ninguna amistad te conviene tanto como la nuestra; pues como estamos lejos, te podemos ofender poco, y mostrarte la misma aficion que si nos hallásemos muy cerca, y tambien porque tenemos muchos vasallos; pero jamás nuestra república ni hombre alguno tuvo demasiados amigos; y si desde el principio te inclinaras á serlo, hubieras sin duda recibido del pueblo romano mayores bienes que los males que padeciste; mas como la fortuna rige la mayor parte de las cosas humanas, y ella quiso que experimentases nuestras fuerzas y favores, ahora que te da lugar no le pierdas; antes prosigue segun empezaste, ya que se te ofrecen muchos medios para recompensar mas fácilmente con mayores servicios tus faltas: finalmente esté impreso en tu pecho el no haber nadie vencido jamás en beneficios al pueblo romano; y lo que puede en la guerra ya lo sabes. »

Respondióle Bocco con mucha benignidad y cortesía, disculpando en pocas palabras su error, « pues que nó como enemigo, sino como quien queria defender su reino tomó las armas; perteneciendole, segun el derecho de la guerra, la parte de Numidia, de donde se habia expelido á Yugurta, y no pudiendo sufrir que la arruinase Mario, además de que, habiendo enviado antes embajadores á Roma, no le quisieron recibir por amigo; mas que no queria tratar de cosas pasadas; y ahora, si lo permitiese Mario, enviaria otros diputados al senado. » Pero después que se le concedió esto, mudó de parecer el bárbaro, inducido por los amigos que habia sobornado Yugurta, temeroso de lo que se trazaba, sabiendo la ida de Sila y Manlio.

En este intermedio Mario, dejando repartida la gente por los presidios con las cohortes mas prontas, y parte de la caballería, pasó por los desiertos á poner cerco á un fuerte real, cuya guardia habia encomendado Yugurta á todos los que de nuestra parte se pasaron á la suya; mientras Bocco, ó porque consideró otra vez el suceso de las dos batallas, ó porque le persuadieron otros privados, que aun no estaban ganados por Yugurta, escogió entre todos ellos á cinco los mas entendidos, cuya fidelidad habia experimentado, enviándolos á Mario con órden de pasar (si él lo consintiese) á Roma, y dándoles poder para resolver todas las cosas, y hacer de cualquiera manera la paz; y ellos partieron con gran diligencia para nuestros presidios, mas habiéndolos cogido y despojado en el camino los getulos que andaban salteando, huyeron muy indecentemente con el miedo á Sila, á quien (cuando fué á la empresa) dejó el cónsul en lugar de pretor, y él no los recibió, segun merecian, como falsos y enemigos, antes les hizo muchas honras y regalos; de suerte que tuvieron por falso los bárbaros lo que se decia de la avaricia de los romanos, atribuyendo la liberalidad de Sila al amor que les tenia; porque hasta entónces no sabian los mas de ellos que se daba algo con otro intento; juzgando que nadie era liberal sino el amigo; y que todos los dones procedian de una buena voluntad; y así declararon al cuestor la órden que traian de Bocco, y pidiéndole su favor y consejo « ensalzaban las fuerzas, fé y grandeza de su rey, y las demás partes que eran útiles y convenientes á la amistad; » y despues que se les ofreció á todo Sila, y dijo cómo habian de hablar á Mario y al senado: aguardaron allí casi cuarenta dias, hasta que Mario, habiendo dado fin á su designio, volvió á Cirta, y sabiendo que habian llegado los embajadores, mandó que viniesen con Sila á hablarle, y que se llamase de Otica al pretor Lucio Bellieno, y de los otros lugares á todos los que eran del órden de los senadores; y hallándose estos presentes dió audiencia á los legados de Bocco y licencia para ir á Roma; y entretanto pedian treguas, que aprobaron Sila y la mayor parte; aunque algunos se mostraron mas bravos por la poca experiencia que tenian de las cosas del mundo, que como son frágiles é instables suceden las mas veces al revés de lo que se espera, y así habiéndose otorgado todo á los moros, fuéron tres de ellos á Roma con Cayo Octavio Rufo, que siendo cuestor habia traido las pagas; y de los dos que se volvieron á Bocco entendió el rey lo que pasó, oyendo con particular gusto lo que referian de la aficion y benignidad de Sila; y en Roma, despues que confesaron los embajadores « que su rey se habia dejado engañar de la maldad de Yugurta, » pidiendo que le aceptasen por amigo y confederado, se les respondió de este modo:

« El senado y pueblo romano suele tener memoria de los beneficios y de las injurias; y á Bocco, porque se arrepiente de sus yerros, le perdona: recibiràle por amigo y confederado cuando lo mereciere. »

Teniendo aviso de esto Bocco pidió en sus cartas á Mario que le enviase á Sila, para con su consejo resolver los negocios que tocaban á entrambas partes; y así le envió dándole por escolta alguna caballería, y de los infantes á los balearios (1) con sus hondas, y los arqueros con la cohorte de los pelignos (2) armados á la ligera, para que llegasen mas presto, y porque bastaban estas armas contra las de los enemigos, que no eran mas fuertes: pero habiendo caminado cinco dias, descubrieron de repente en la campiña rasa á Volux, hijo de Bocco, solo con mil caballos, que, como venian desordenados y esparcidos, pareciéndoles mayor número á Sila y á los otros, temian que eran enemigos, y así se preparaban todos, tentando las armas y dardos; y aunque iban con algun temor era mayor la confianza de los victoriosos: pues habian de pelear con gente que habian desbaratado muchas veces; y entretanto los caballos ligeros que fuéron á reconocerlos, avisaron que eran enemigos.

En llegando Volux preguntó por el cuestor, y dijo, « que Bocco, su padre, le enviaba para hacerle compañía y escolta; » y así marcharon juntos aquel dia y el siguiente, sin recelo alguno; y después que al anochecer se alojaron, vino de improviso el moro muy turbado á decir á Sila, « que advertian los exploradores que estaba cerca Yugurta; y por eso le rogaba y persuadia que aquella noche se huyesen los dos secretamente: » Sila con gran resolucion le respondió: « que no temia al numida tantas veces vencido, y te-

(1) Así llamaba antiguamente á los de las islas de Mallorca y Menorca. Dicen que se derivó este nombre de Baleo, compañero de Hercules, ó se dijeron Baleares del verbo griego ballz, que es lo mismo que arrojar, por las piedras que arojaban con sus hondas.

(2) Pueblo antiguo de Italia; véase á Ortelio en su tesoro geográfico.

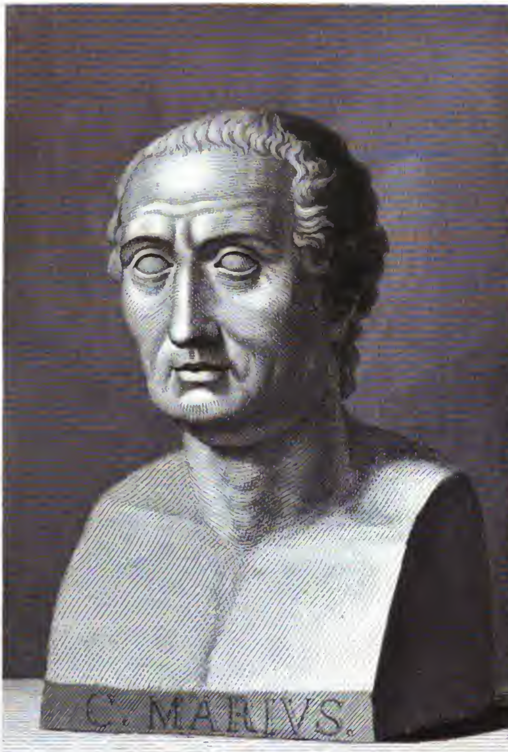
nia gran confianza en el valor de los suyos; y aunque viese la muerte con sus ojos, quedaria allí antes que desamparando alevosamente á los que llevaba consigo, para salvar con una huida infame la vida incierta que quizá le quitaria dentro de pocos dias alguna enfermedad;» mas aprobó el otro consejo de Volux de que partiesen de noche; y luego ordenó que los soldados se recogiesen á los cuarteles, é hiciesen muchos fuegos, y en tocando la ronda empezó á marchar; y hallándose ya todos cansados por haber caminado toda la noche, en saliendo el sol se acuarteló Sila, cuando avisaron los moros que Yugurta habia hecho alto casi á dos leguas de allí: con estas nuevas fué grande el miedo que cobraron los nuestros, pareciéndoles que los habia traido engañados Volux, y hubo algunos que dijeron, «que se debia tomar venganza de él, y no dejar sin castigo una maldad tan grande.»

Pero Sila, que no sospechaba menos que los otros, defendió todavía que no tocasen en el moro, exhortándolos, «para que tuviesen buen ánimo, pues muchas veces se habia con algunos hombres de valor vencido la muchedumbre, y cuanto mas se aventurasen en la batalla, tanto mas seguros se verian; y tampoco convenia á la honra de él, que tenia en la mano las armas, ayudarse de los piés que llevaba desarmados, y en el mayor peligro enseñar á los enemigos las espadas desnudas y ciegas;» y luego mandó á Volux, ya que hacia obras de enemigo, «que se saliese del campo, invocando al gran Júpiter por testigo de la maldad y traicion de Bocco, por mas lágrimas con que le pedia Volux que no creyese de él, en quien no habia engaño, lo que sucedia por la astucia de Yugurta, que espiándolos habia sabido el camino que tomaban; pero como no traia mucha gente, y dependian de su padre todas sus fuerzas y esperanzas, juzgaba que no se atreveria á intentar claramente cosa alguna, hallándose el hijo presente; y que así tenia por mejor pasar de dia por medio de su campo, y que él (enviando delante, ó dejando allí á sus moros) iria solo con Sila;» y como acontece en semejantes trances aprobaron esto todos, partiendo al mismo punto; y como llegaron de repente, mientas quedaba suspenso y duduso Yugurta, pasaron sin daño alguno, y de allí á pocos dias se hallaron en el lugar que deseaba.

Privaba entónces mucho con Bocco un cierto numida llamado Aspar, á quien envió delante por su embajador Yugurta, advirtiendo de que habian llamado á Sila para que mañosamente escudriñase los secretos de Bocco; y tambien Dabar, hijo de Masugrada de la sangre de Masinisa, bien que no fué su madre de tanta calidad, por no ser legítima, era por su gran ingenio muy favorecido y estimado del rey, que como lo habia en muchas ocasiones hallado fiel á los romanos, le envió á Sila para que le dijese, «que estaba pronto á cumplir la voluntad del pueblo romano, y que así escogiese el dia, lugar y tiempo en que se habian de juntar, porque lo habia reservado todo para su vista; y que no temiese al embajador de Yugurta, á quien habia llamado, para que este negocio que tocaba á todos, se encaminase mas seguramente; pues de otra manera no se pudieran guardar de sus trazas.» Pero yo hallo que Bocco entretuvo al propio tiempo con las esperanzas de la paz á los romanos y numidas, mas conforme al natural falso de los africanos, que por las razones que alegaba, y que estuvo indeciso antes de resolverse en si entregaria Yugurta á los romanos, ó Sila á los numidas; pero, aunque nos era contrario su deseo, pudo en él mas el temor. Replicóle Sila, «que hablaria poco en presencia de Aspar, y lo demás en secreto, ó delante de pocos;» y asimismo le avisó lo que le habia de responder, y despues que se juntaron, como tenian concertado, dijo, «que venia con órden del cónsul á preguntarle si queria hacer la paz ó guerra;» á que respondió el rey, conforme á lo que se habia ordenado, «que volviese Sila de allí á diez dias, y que si bien ahora no se resolvia, le daria entónces la respuesta,» con que se retiró cada cual á su cuartel: pero, siendo ya pasada gran parte de la noche, llamó Bocco secretamente á Sila, y cada uno trajo consigo sus fieles intérpretes; y Dabar, que era el medianero, juró en nombre de ambos, y luego comenzó el rey á hacer esta plática:

«Nunca pensé, que con ser yo el mayor rey de estas tierras, y el mas poderoso de los que conozco, me hallara obligado á un hombre particular; porque te prometo, Sila, que, antes que te conociera, habia dado favor á muchos que me le pedian, y á otros sin que me le pidiesen, y sin que hubiese yo menester á nadie; y aunque no puedo decir esto ahora, me huelgo de lo que causaria sentimiento á otros: pues juzgo por gran interés el haberme sido necesaria algun dia tu amistad, que es lo que mas estimo; y esto lo puedes experimentar, tomando ó empleando mis armas, dinero ó gente, y finalmente todo aquello á que se inclinare tu ánimo, y persuadiéndote mientras vivieres, que no te he reconocido mis obligaciones, que confesaré perpétuamente sin dejarte desear cosa de las que llegaren á mi noticia; porque entiendo que es mayor afrenta para un rey ser vencido por liberalidad, que por fuerza. De los negocios de tu república, á que te envian, diré brevemente, que no hice, ni deseé jamás hacer guerra al pueblo romano, sino defender con armas contra los armados los límites de mi reino; mas dejo estos, ya que así lo quereis, y que hagais la guerra á Yugurta como os pareciere. No pasaré el rio Malucha, que me separaba de Micipsa, ni consentiré que le pase Yugurta; y demás de esto no te negaré cosa que convenga á mi honra y á la tuya.»

Á esto respondió Sila por lo que le tocaba breve y modestamente, aunque de la paz y de los negocios generales discurrió muy de espacio, declarando al rey, «que no le agradecerian el senado y pueblo romano sus ofrecimientos, ya que habian llevado la ventaja en la guerra; y que así era menester que hiciese algo que fuese de mayor útilidad para la república, que para él; y que en su mano tenia los medios teniendo en ella á Yugurta; que si le entregase á los romanos los obligaria mucho, y ellos mismos le tomarian por amigo y confederado, dándole la parte de Numidia que ahora pedia.» Rehusólo al principio el rey, «pues lo estorbaban el parentesco, la sangre y el acuerdo, y tambien el temor de que violando la fé perderia el amor del pueblo, que favorecia á Yugurta;» mas volviendo á hacer instancia Sila, se ablandó, prometiéndole, «que cumpliria en todo su órden;» y para fingir la paz que deseaba sumamente el numida, cansado de la guerra, acordaron lo que les pareció á propósito para colorear este engaño; y dejándole trazado se apartaron. Al otro dia llamó el rey á Aspar, el embajador de Yugurta, y dijo, «que Dadar le habia referido de parte de Sila que habria medios para dar fin á la guerra, y que pidiese sobre esto parecer á su rey;» y así fué Aspar muy alegre á buscarle en sus cuarteles; y habiéndose informado de todos los puntos, volvió con mucha diligencia de allí á ocho dias á verse con Bocco, y le avisó, «que Yugurta obedeceria á todo lo que le mandasen, mas que se confiaba poco de Mario, por no haberse guardado otras veces la paz hecha con los generales de los romanos; y si Bocco queria atender al bien de entrambros, y á



BUSTO ANTIGUO DE MARI[illegible]

la seguridad de los acuerdos, que procurase que se juntasen todos como para tratar de ellos, y allí le entregase á Sila; porque como tuviese en sus manos á este hombre, se haria el concierto de órden del senado y pueblo romano, que no dejaria en poder del enemigo á un varon noble, que se habia perdido nó por su necesidad, sino por su república.»

El moro aunque no estuvo poco suspenso, se lo prometió finalmente, y no sé si por inclinarse á esto, ó por disimular mejor; pero las voluntades de los reyes, como son vehementes, son instables, y muchas veces contrarias unas á otras; y habiéndose señalado el lugar y tiempo en que se habian de juntar para resolver la paz, unas veces llamaba Bocco à Sila, y otras al embajador de Yugurta, haciendoles las mismas caricias y promesas; y así andaban entrambos contentos y llenos de buenas esperanzas; mas en aquella noche que precedió al dia señalado para la junta, el moro, llamando á sus amigos, y luego despidiéndolos con otra intencion, dicen que se puso á discurrir consigo solo, mudando de color y semblante, con diversos movimientos de cuerpo y ánimo, y declarando muchas cosas, aunque callaba, en la mudanza del rostro, hasta que mandó venir á Sila, y conforme á su parecer trazó la ruína del numida; y en amaneciendo, luego que tuvo aviso de que no estaba lejos Yugurta, le salió á recibir como por honrarle, con algunos amigos y nuestro cuestor, hasta una montañuela, que podian descubrir fácilmente los que estaban emboscados; y llegó el numida acompañado de muchos amigos, aunque sin armas, segun se habia acordado; y luego, dada la señal salieron por todas partes los de la emboscada, que degollando á los demás ataron á Yugurta, y le entregaron en manos de Sila, el cual le llevó á Mario.

En los mismos dias fueron desbaratados por los galos nuestros capitanes Quinto Cepion y Cayo Manlio, temblando de miedo toda Italia; porque en aquel tiempo, y aun hasta los nuestros, siempre tuvieron opinion los romanos de que todas las otras cosas eran fáciles á su valor; mas que con los galos no se peleaba por la honra, sino por la vida.

Pero después que se acabó la guerra de Numidia, y vino la nueva de que traian á Yugurta preso á Roma, eligieron en ausencia por cónsul á Mario, señalándole la provincia de la Galia; y así triunfó con gran gloria en las calendas de enero, siendo cónsul, y en quien tenia puesta en aquel tiempo la ciudad toda su fuerza y esperanza.

Pues habrá quizá alguno, que leyendo este fin de la guerra de Yugurta, deseará saber el que tuvo después de preso en Roma; diré brevemente lo que refieren otros autores: Yugurta perdió después que le llevaron en el triunfo todo su entendimiento. Cuando le metieron en la cárcel los corchetes, deseando cada uno llevar la mejor parte, le hicieron pedazos el vestido, y le echaron desnudo en un foso muy hondo; y aunque tenia el juicio turbado, dijo sonriéndose: ¡ó Hércules, qué frios son tus baños! Allí vivió aun seis dias peleando contra el hambre, y procurando siempre prolongar hasta la última hora su vida miserable: castigo digno de sus maldades. Hasta aquí Salustio. Sigamos ahora nuestra reseña cronológica, tomándola, aun á riesgo de repetir algun hecho, desde el año 644 de Roma, pues conviene mucho dejar bien apuntadas las fechas históricas.

644 de Roma, 111-110 antes de Jesucristo.—Cónsules: M. Minucio Rufo, y Espurio Postumio Albino, entran el 1.° de enero romano, 25 de setiembre juliano del 111 antes de Jesucristo. Los Fastos de Sigonio y de Almeloveen ponen este consulado los primeros en 643 y en 644 los otros, pero los dos en el 110 antes de nuestra era. De estos cónsules, se habla en Casiodoro, Fastos Siculos, Salustio, quien equivocadamente pone Quinto Minucio en vez de Marco. Tambien se hace mencion de los mismos en el Epítome de T. Livio (lib. LXV), y en Velleyo Patérculo.

Minucio fué á Macedonia y Postumio á Tesalia. Minucio hubo de combatir todavía con los dacios, tríbalos y escordiscos, obteniendo después de vencerlos los honores del triunfo (Sigonio). Vuelve Mario á Roma después de restablecer el órden en la España ulterior. Mario entendió en los altos negocios administrativos estando en el senado, pero no era rico ni elocuente, dos medios poderosos entónces para influir en la direccion del Estado. Sin embargo, el pueblo le amaba por la fuerza de carácter que le distinguia, por su constancia en los trabajos y la sencillez de sus costumbres. Á mas de sobrio tenia una paciencia admirable. Tenia várices en las piernas y llamó un dia á un cirujano para que se las quitara, no queriendo que le sujetase la pierna, y aguantando estóicamente la operacion sin dar la menor queja ni hacer el menor movimiento. Pero así que el cirujano quiso pasar á la otra pierna, le dijo Mario que bastaba ya con la primera, y que no valia el resultado de la operacion el dolor que le producia (Plut.). Los que siguiendo á Plutarco ponen la pretura de Mario algunos años antes, dejan en nuestro sentir sobrada distancia entre su pretura y el consulado. Con todo, su opinion se halla apoyada en el texto de Ciceron (de offic. lib. III), segun el cual corria el año 7.° desde la pretura de Mario cuando este pidió el consulado.

Yugurta hace asesinar en Roma á Masiva, príncipe numida partidario de Adherbal, y pretendiente á la corona por ser hijo natural de Gulusa, uno de los hijos de Masinisa. Tràs de esto huye Yugurta y se va á Numidia. Síguele el cónsul Albino, y vuelve sin haber concluida nada ni por via de armas, ni de negociaciones. Quedó convicto de connivencia con Yugurta, y condenado por ello al destierro junto con Calpurnio Pison, L. Opimio, el perseguidor de Cayo Graco y de sus partidarios, C. Porcio Caton, complicado tambien en este negocio, y C. Galba del colegio pontificio, el primer pontífice condenado formalmente como criminal. A la cabeza de la comision nombrada para instruir el proceso de los acusados, figuraba Escauro, que podia ser inocente, y tambien mas culpable que los demás acusados condenados por él. Yugurta derrota á Aulo, hermano del cónsul Albino, que como propretor habia quedado mandando el ejército de Numidia. Los romanos tuvieron que pasar entónces só el yugo (Salust. Macquer. Tual.).

645 de Roma, 110-109 antes de Jesucristo.—Cónsules: Q. Cecilio Metelo, apellidado después el Numídico, y M. Junio Silano, entran el 1.° de enero romano, 8 de octubre juliano del 110 antes de Jesucristo. Sigonio pone estos cónsules en 644, y Almeloveen en 645 de Roma, pero los dos en 109 antes de nuestra era. Ya fuera supérfluo repetir la observacion que debe aplicarse á los años que siguen. Hacen mencion de dichos cónsules Casiodoro, Fastos de Sicilia, Asconio Pediano, Entropio, y Ciceron en su «Bruto.» Metelo era hijo de L. Metelo Calvo. En este año pone Sigonio á los censores M. Emilio Escauro y M. Livio Druso. Ambos habian sido cónsules, y dice Plutarco en sus «Cuestiones romanas» que fueron colegas en la censura. Emilio Escauro hizo construir la vía Emilia, y el puente Emiliano (Aur. Vict. y Estrab. trad. fran. tomo 2.°, pág. 137).

El cónsul Silano marcha á la Galia narbonesa (ó narbonense) contra los cimbrios, que amenazaban invadir la Italia. Fué vencido, devastando los cimbrios toda la provincia romana transalpina.

Necesitaba Roma un vengador por la afrenta que en la Numidia recibieron sus armas, y que no tenia ejemplo desde las horcas caudinas; y este se halló en Metelo. No se dejó deslumbrar ni con propuestas de paz, ni con dádivas; atacó al enemigo, le venció á orillas del Mutul, y aprovechando la victoria llevó por todas partes el terror de sus armas, poniendo guarnicion en Vaca, y en otras plazas importantes. No pudo rendir á Zama, sitiándola para que el enemigo se presentara otra vez en batalla campal, la que supo evitar Yugurta, limitándose á molestar al enemigo de manera que impidió la rendicion de la plaza. Entónces Metelo empleó contra Yugurta las mismas armas empleadas tantas veces por el Africano, é indujo á Bomilcar, el mas íntimo confidente del príncipe, á persuadir á su amo que se entregara á discrecion de los romanos. Triste fué la suerte de los cartagineses, cuando, despojados ya de todo por los cónsules Marcio y Manilio, se les obligó á abandonar la ciudad en que nacieron, y no fué muy diferente la de Yugurta después de dar á los romanos un peso de doscientas mil libras de plata, todos los elefantes desertores, la mejor parte de caballos y armamento, y se le dijo que compareciera ante el cónsul para oir su sentencia, pero Yugurta, prefirió, lo mismo que los cartagineses, el continuar la guerra.

Debió Metelo gran parte de sus victorias á Mario, á quien tomó por segundo, y persuadido Mario de que debia á la fortuna el hallarse en un vasto teatro, en el cual podia desplegar sus dotes, nada omitió para adquirir gloria. Durante toda aquella guerra se le vió pronto siempre para las empresas mas árduas de cualquier clase que fuesen (Plut. Vida de Mario).

646 de Roma, **109-108** antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Serv. Sulpicio Galba, y Q. Hortensio; este no llegó á tomar posesion, y fué sustituido por M. Aurelio Escauro. Es una equivocacion en los Fastos de Almeloveen el llamar á Escauro Emilio en la página 417, bien que en la 49 ya se escribe Aurelio. Galba y Escauro, entran el 1.° de enero romano, 27 de setiembre del 109 antes de Jesucristo.

Galba era hijo de Ser. Galba, cónsul en 610. De ambos se hace mencion en Casiodoro, Julio Obsecuente, Epít. de T. Livio, Ciceron y Fastos Sículos. Escauro fué á la Galia (Sigonio). Opina Sigonio que los censores que este año hicieron el lustro 63.° fuéron Q. Fabio Alobrógico, y C. Licinio Geta. Segun Ciceron (Pro Cluentio), y tambien segun Valerio Máximo, Geta que habia sido borrado de la lista de los senadores por los censores L. Metelo y Neyo Domicio, fué sin embargo nombrado censor mas adelante.

En la Galia narbonesa Aurelio Escauro es derrotado por los cimbrios, á quienes llama Tácito «germanos» (Mor. germ. c. 37). Tres años después los mismos cimbrios le hicieron prisionero y le quitaron la vida (Vel. Pat.), sirviendo de lugarteniente al cónsul N. Malio. Quintiliano dice que habia perdido su ejército (Declamatio 3.ª).

Se encuentra á Metelo en el mando de Numidia, quedando de procónsul. Los habitantes de Vaca pasan á cuchillo á la guarnicion romana (1). Venga Metelo la matanza destruyendo la ciudad y á sus moradores. Bomilcar forma una nueva conspiracion contra Yugurta, se le descubre y pierde la vida, lo cual sintió Metelo, pues deseaba la muerte del príncipe para terminar la guerra (Salustio). La opinion pública clamaba ya por otro jefe. Mario, que era superior en servicio y en prudencia á sus iguales, se distinguia al mismo tiempo entre los inferiores por su constancia en los trabajos y por su sobriedad. Siempre servirá al soldado de mucho alivio, en las situaciones apuradas, el ver á jefes que comparten con él sus privaciones. Cuando viere que su general come de su mismo pan, y que duerme en mala cama, no tiene porqué quejarse, y mas quiere al que participa de sus trabajos y peligros que al que le da dinero y grados. Así Mario supo bienquistarse, adquiriendo un nombre glorioso en Numidia y en Italia. Los del ejército escribian á Roma que no se veria terminada la guerra con el rey bárbaro, sino se nombraba cónsul á Mario para dirigirla (Plut.). No gustaba esto mucho á Metelo, pero le apesadumbró sobre todo el lance de Turpilio. Este era amigo de Metelo, y con relacion de familia, que tenia á la sazon el cargo de inspector de obras. Metelo le habia confiado la custodia de Vaca, y fiado Turpilio en los habitantes, no habia tenido la suficiente vigilancia; de suerte que Yugurta pudo penetrar en la ciudad; solo que sus moradores obtuvieron del príncipe que no le quitase la vida, y aun que le diera libertad. Formóse consejo de guerra contra Turpilio: Mario fué uno de los jueces, y tan severo se manifestó en sus cargos, que á pesar suyo, Metelo hubo de condenar á muerte al reo por mayoría de votos. Pasado algun tiempo, quedó reconocido que Turpilio no fue traidor, y los jueces del consejo acompañaron á Metelo en el sentimiento que le causaba su muerte: pero Mario se jactó de haber sido él la causa, y que lo habia querido hacer para poner en el ánimo de Metelo una furia vengadora que le atormentase por haber condenado á su amigo. Desde entónces fuéron enemigos mortales, y Metelo le dijo un dia irónicamente: «¿Con qué, vais á dejarnos, buen Mario, y vais á Roma á presentaros por candidato al consulado? Sin duda no quereis aguardar á ser cónsul con mi hijo.» Ese hijo de Metelo era todavía muy jóven (Plut.).

Mario estaba pidiendo siempre su licencia á Metelo, y este no se la concedió hasta doce dias antes de las elecciones. En dos dias y una noche fué Mario desde el campamento á Utica, y antes de embarcarse ofreció un holocausto, asegurándole el adivino, segun dicen, toda clase de prosperidades. Dióse á la vela, y en cuatro dias pasó el mar. El pueblo le recibió con júbilo, y, acompañado á los comicios por un tribuno, despues de desaprobar la conducta de Metelo, pidió el consulado, ofreciendo matar con su propia mano á Yugurta, ó traerle prisionero á Roma. Salió cónsul sin oposicion, y contra la antigua costumbre, y aun contra las leyes, alistó para el servicio á esclavos y á muchos individuos de la hez del pueblo. Antes solo confiaba la república sus armas á ciudadanos dignos de empuñarlas. Sin embargo, lo que mas ofendió á los grandes de Roma, fué el oir sus discursos, llenos de desprecio é insolencia. Iba diciendo que su consulado era un despojo que arrebataba á la molicie de los patricios, y que él no tenia mas timbres que sus heridas. Aludiendo á los cónsules que antes de Metelo fueron vencidos en África, como Bestia y Albino, de noble cuna, pero ineptos para la guerra, decia al pueblo: «¿Pues qué, no os parece que sus abuelos preferirian tener descendientes iguales á mí? ¿No debieron ellos por ventura la nobleza á sus virtudes y hazañas?» Esos arranques deben atribuirse, además del orgullo natural, al deseo de agradar al pue-

(1) Plutarco en la vida de Mario, dice que era ciudad importante. Se hallaba en la misma Numidia, y ahora le llaman Vegia, en la Argelia.

blo, siempre dispuesto á ver con gusto las humillaciones de los grandes.

647 de Roma, 108-107 antes de Jesucristo.—Cónsules: L. Casio Longino y Cayo Mario. Entran el 1.° de enero romano, 10 de octubre juliano del 108 antes de Jesucristo. Casiodoro, Plinio y los Fastos Sículos hacen mencion de ellos. Casio habia sido pretor en 643, segun dice Salustio, y Sigonio cree que era hijo de Lucio Casio, cónsul en 627. Él fué á la Galia, y Mario á Numidia (Sigon.).

Casio acometió á los tigurinos, gentes de la Helvecia que atravesaban la tierra de los alobrogos para unirse con los cimbrios. En ese país perdió una batalla con la vida, pereciendo tambien en la accion Calpurnio Pison, uno de sus lugar-tenientes; y el otro, que se llamaba C. Popilio, pensó que no tenia mas remedio, para salvar el resto del ejército, que consentir en pasar debajo el yugo, y entregar la mitad de los bagajes. Á la vuelta á Roma, fué acusado, desterrándose voluntariamente para anticiparse á la pena (1).

Tácito considera tambien como germanos á los tigurinos, pues dice que Casio fué vencido y muerto por los germanos (Mor. Germ. c. 37). En su lugar fué nombrado cónsul M. Emilio Escauro II. Glandorpio añade el apellido de Hortensio al de Escauro (Fast. de Almeloveen. pág. 95). Es el mismo que habia sido cónsul en 639, y nada dice la Historia de los hechos de Escauro en su segundo consulado, ocupándose exclusivamente de Mario.

Ningun guerrero habia salido de la escuela del segundo Escipion tan grande como Mario, exceptuando tal vez Yugurta. Fué cosa digna de ver el contemplar cómo dos discípulos de Escipion, amigos antiguos y luego rivales, se estaban disputando el premio de la gloria. Al llegar Mario al cuartel general de Numidia, ya no encontró en él á Metelo. Este coronó sus hechos con la toma de Tala, fortaleza que pasaba por inexpugnable, sita en medio de un árido desierto, y despues de forzar á Yugurta á huir de sus estados para pedir auxilio á getulos y moros, se volvió á Italia sin querer avistarse con Mario. Metelo fué bien recibido, pues sus proezas eran incontestables, tuvo los honores del triunfo y le dieron el sobrenombre de Numídico. Finalmente fué acusado de peculado por un tribuno del pueblo, pero los jueces encargados de conocer del negocio se negaron á tomarle cuentas, contentándose con su palabra, triunfo por cierto muy honorífico.

Mario estuvo por algun tiempo ejercitando y disciplinando á sus reclutas, y después sorprendió á Capsa, muy parecida á Tala por lo fuerte y bien situada. Los habitantes de la ciudad se habian rendido con la condicion de tener salvas las vidas, pero Mario cometió la crueldad de pasarlos á cuchillo. Aterrado el país, se le iban sometiendo por el tránsito todas las poblaciones numidas, hasta la Mauritania. Solo el castillo de Mulucha se negó á abrir sus puertas, y en él tenia Yugurta sus tesoros. Sito en la cumbre de un peñon escarpado por todas partes, Mario hizo abrir en la peña un camino para que pudieran pasar dos hombres de frente. En esto, un soldado ligur fué á decirle que, cogiendo caracoles, habia ido subiendo sin advertirlo hasta la misma muralla, y que el castillo estaba enteramente abandonado por aquella parte. Mario finge inmediatamente un ataque por el camino que habia abierto en la roca, mientras una fuerza de gente escogida, guiada por el soldado que hemos dicho, iba subiendo por el punto abandonado, entrando así en el castillo por detrás. La expedicion de Capsa habia igualado á Mario con Metelo en el concepto de los soldados, pero al ver lo de Mulucha le tuvieron por un hombre inspirado del cielo. Marchaba ya hácia su cuartel de invierno, cuando por la tarde le acometió Yugurta, junto con Bocco, su suegro, rey de los moros (1). Sorprendidos los romanos, tuvieron que hacerse fuertes en dos colinas y pasar allí la noche, pero, al rayar el dia sorprendieron á su vez al enemigo, y le derrotaron completamente. En aquella ocasion Mario fué secundado por el famoso Sila, á la sazon cuestor del ejército. Entónces empezaba la carrera de las armas, y Sila se portó tan bien que se granjeó muy luego el afecto del general, quien al principio no le queria mucho porque le tenia por mancebo afeminado. El enemigo atacó otra vez á los romanos, y quedó tambien vencido. Cansado Bocco de tantos reveses, trata secretamente con Mario, por mediacion de Sila, y se le otorgan treguas para que mande emisarios á Roma (Macquer, Anales. Plut. Salust.).

648 de Roma, 107-106 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Atilio Serrano, y Q. Servilio Cepio. Entran el 1.° de enero romano, 30 de setiembre juliano del 107 antes de nuestra era. Se equivoca Noris (Cenotaph. Piran. pág. 114. Véase Fast. de Almelov.) al llamar al primero de estos cónsules P. Rutilio, pues este no fué cónsul hasta el año siguiente. Hacen mencion de ellos Casiodoro, Julio Obsecuente y Aulo Gelio. Dice Ciceron que Serrano fué preferido en la eleccion á Q. Catulo; Q. Cepio era hijo del cónsul del 614 (Sigon.).

Este es año célebre por haber nacido en el Ciceron y Pompeyo. El padre de la elocuencia latina nació en Arpino, á 3 de enero romano, 2 de octubre juliano del 107 antes de Jesucristo. Su madre le dió á luz sin dolor, y se llamaba Helvia; y el padre era de la clase de caballeros (Aul.-Gel. Plut. Vida de Ciceron, Plinio libro XXXVII). Neyo Pompeyo, á quien llamaron el Grande, nació el 29 de setiembre romano, 15 de julio juliano del 106 antes de Jesucrirto. Lucilia se llamaba su madre, y su padre N. Pompeyo Estrabon, de una familia distinguida (Vel. Pat. lib. II. Cic. de Claris oratoribus).

El cónsul Servilio promulga sus leyes « servilias, » que devolvian al senado la administracion de la justicia, que habia pasado al brazo ecuestre en virtud de las leyes sempronias que C. Graco hizo adoptar.

Los enviados de Bocco dijeron ante el senado que Yugurta habia engañado á su señor, y que arrepentido de su falta, pedia la amistad de Roma. Se les contestó en estos términos: « El senado y el pueblo romano no olvidan ni los favores ni las injurias. Ya que Bocco se arrepiente, le perdonamos. En cuanto á su amistad, decidle que la obtendrá cuando la mereciere con algun servicio de importancia. »

Se continuó á Mario y á Sila en sus cargos respectivos; el primero quedó de procónsul, y el otro de procuestor. Sila tuvo la mision de dar á entender á Bocco cuál era el servicio que podia hacer á los romanos, y el rey bárbaro consintió en entregar á su yerno y amigo. Yugurta fué habido á traicion y conducido á Roma.

En la Galia transalpina, el cónsul Q. Servilio se

---

(1) Anales de Maquer, pág. 321. Este autor supone que Galba peleó con los tigurinos, lo que no esta conforme con el testimonio de los autores antiguos y modernos. Escauro fué reemplazado por Escauro.

(1) Segun lo dice Plutarco, en la vida de Mario, c. 10. y nó su yerno como el traductor Brotier lo hace decir á Salustio, alterando el texto. Véase la nota de Ricart sobre Plutarco.

apodera con ardides de Tolosa, cuya ciudad, aliada antes de Roma, se habia dado á los cimbrios, despues de la derrota de Casio. Fué saqueada, haciéndose los romanos con los cuantiosos tesoros que habia en el templo de Apolo. Se observó que Servilio, y que cuantos habian tenido parte en aquel robo del templo, tuvieron desastroso fin. De modo que fué luego proverbial el decir, cuando se trataba de una persona muy desgraciada: «Tiene oro de Tolosa.» (Anales de Macquer, pág. 323).

649 de Roma, 106-105 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: P. Rutilio Rufo, y N. Malio Máximo: entran el 1.° de enero romano, 13 de octubre juliano del 106 antes de nuestra era. Hablan de ellos Casiodoro, Julio Obsecuente y Fastos de Sicilia, y tambien se hallan mencionados en una inscripcion conservada en Púzoli.

Sin duda no se sabrian todavía en Roma las dilapidaciones de Servilio, cuando le nombraron procónsul para la Galia narbonesa. El cónsul Malio, aun mas indigno que él, fué á la Galia, á reunirse con Servilio. No supieron ambos jefes entenderse y se separaron, causando su separacion muy graves males. Habíanse juntado con los cimbrios muchos galos, irritados con el saqueo del templo de Apolo. Las fuerzas de Malio y de Servilio fueron acometidas á un mismo tiempo por cimbrios y galos separadamente, y los romanos perdieron ochenta mil hombres, entre legionarios y aliados, junto con los dos hijos del cónsul. Solo diez hombres escaparon con los dos jefes; pereciendo los demás ó en el combate ó ahorcados, pues los vencedores habian hecho voto de consagrar á los dioses, prisioneros y botin. El dinero que se encontró en los dos campamentos romanos fué arrojado al Ródano, junto con bagajes y caballos. Al saberse en Roma la funesta nueva, creció aun el terror con circular igualmente la voz de que iban los vencedores á pasar los Alpes. Armóse toda la juventud de Roma, y por la vez primera se confió la instruccion de los novicios en el manejo de las armas á los maestros de los gladiadores, admitidos en adelante en los ejércitos con el nombre de «campi doctores.» El cónsul Rutilio estuvo encargado de todo esto, pues á Servilio se le quitó el cargo, caminando desde entónces el saqueador de Tolosa de desgracia en desgracia, hasta que por fin murió de miseria en una cárcel.

Nombran cónsul á Mario por segunda vez, y todavía se hallaba en Numidia, ocupado en organizar el país conquistado. De suerte que la república pasó por encima de las leyes para poner á la cabeza de sus ejércitos á Mario en aquellas circunstancias tan críticas; pues no era lícito elevar al consulado á un ausente, ni tener otra vez ese cargo antes que pasaran diez años (Salust. Plut.).

650 de Roma, 105-104 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Cayo Mario II, y C. Flavio Fimbria: entran el 1.° de enero romano, 2 de octubre juliano del 105 antes de nuestra era. De ellos hacen mencion Casiodoro, Julio Obsecuente, Fastos Sículos, y Pediano en sus comentarios sobre la oracion «Pro Cornelio» (Sigonio).

El dia 1.° de este año fué para Mario muy glorioso; pues tomó posesion de su segundo consulado, y celebró su triunfo en Roma, caminando delante de él Yugurta encadenado, el cual murió á poco en un calabozo de hambre y de enfermedad. La parte de sus estados que confinaba con la Mauritania fué cedida á Bocco, quedándose Roma con la que lindaba con su provincia de África, repartiendo lo demás á Hiempsal y Mandrestal, descendientes de Masinisa por via de concubinas.

Abierto quedaba ya á cimbrios y galos el camino de Italia, y no se tuvo por poco extraño el que en vez de pasar los Alpes se dirigieran á España. Al llegar Mario á la Galia, solo se encontró con los galos tectósagos, cuya capital era Tolosa. Mandó contra ellos á Sila, que era su segundo, y los derrotó, cogiendo además prisionero á uno de sus reyes llamado Copillas. Entretanto, Mario se ocupaba en instruir á los reclutas que habia agregado al ejército, y á los aliados que habia llamado de todas partes.

Segunda guerra de los esclavos en Sicilia, debida á las abominables injusticias del pretor P. Licinio Nerva, el cual no quiso dar cumplimiento á una órden del senado, que prescribia fuesen declarados horros los orientales de condicion libre, conducidos contra su voluntad á la isla por publicanos, al objeto de cultivar las tierras del fisco. Los descontentos eligieron rey á un esclavo llamado Salvio, de orígen al parecer italiano, mudando el nombre para orientalizarse y dar así gusto á los suyos, y tomando el de Trifon. Vióse en breve en estado de cercar á Morgamia, á orillas del Símete, dispersando la hueste del pretor que queria impedirle esta empresa; y hubiera tomado la plaza á no ser la enérgica resistencia de los esclavos de dentro, á quienes para salvarla se prometió dar libertad. Pero, el pretor se opuso luego tambien á que se cumpliese lo ofrecido á los esclavos defensores de Morgamia, dando esto nuevos campeones á Trifon, el cual se apoderó de Triocalo, punto muy fuerte, en donde fijó su dominacion; teniendo ya á la sazon mas de treinta mil hombres á sus órdenes (Plut. Vidas de Mario y de Sila. Salust. Eutro. etc.).

651 de Roma, 103-104 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: C. Mario III, y L. Aurelio Orestes, entraron el 1.° de enero romano, 13 de octubre juliano del 103 antes de Jesucristo. Consignan este consulado Casiodoro y los Fastos Sículos. Aurelio Orestes era al parecer hijo del que fué cónsul en 628 (Sigon.). El de este año murió durante su magistratura (Plut.).

En Sicilia, el pretor Licinio Lúculo venció á los esclavos en batalla campal, pero no le salió bien el sitio de Triocalo, en donde ya no mandaba Trifon, que huyó cobardemente en la primera derrota. El año fue trascurriendo sin que hubiera en la Galia nada nuevo por parte de los cimbrios. Entónces construyeron probablemente los soldados de Mario el canal que habia de dar una nueva embocadura al Ródano, pues las antiguas se habian ido obstruyendo con bancos de arena y de limo, por lo cual se hacia difícil la entrada en el rio de los barcos que traian provisiones al ejército. Llamaron al canal «Fosa mariana,» quedando todavía vestigios del mismo en el nombre de la poblacion llamada «Foz.» Envia á Sila contra los marsos, nuevo enjambre de germanos, que se cree salieron de los márgenes del Lupia para ir á reunirse con los teutones. Sila no empleó mas armas contra ellos que la elocuencia, induciéndolos á abrazar el partido romano. Acaso este gran servicio de Sila excitó la envidia de Mario; ello es que se separaron, y que el año siguiente servia Sila con el cónsul Catulo, colega de Mario en su cuarto consulado. No habia memoria de aquella serie de consulados en una misma persona, y para que le continuasen en él, dicen que Mario aparentó rehusar una dignidad que tanto deseaba, y que el tribuno de la plebe Saturnino estaba con él de inteligencia, llevando la cosa hasta tal extremo, que trató publicamente á Mario de traidor á la patria si no continuaba en el mando, segun así lo queria el pueblo. De todos modos, el pueblo aplaudió la opinion de su tribuno, y los ciudadanos sensatos aca-



FAMOSA DERROTA DE LOS CIMBROS.

baron por hacer lo mismo, pues llegó la noticia de que los cimbrios habian sido expulsados de España, y que entraban otra vez en la Galia á fin de juntarse con los teutones, y dirigirse en seguida hácia la Italia (1).

652 de Roma, 103-102 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Mario IV, y L. Lutacio Cátulo, entran el 1.° de enero romano, 3 de octubre del 103 antes de Jesucristo. Este año hubo dos censores, hijos de dos hermanos, y fueron: Q. Metelo Numídico, y C. Metelo Caprario (Sigon.).

Guerra de los piratas en Cilicia. Los bizantinos ayudan al pretor M. Antonio (Tác. Anal. 12, 62) que vence á los piratas, y obtiene los honores del triunfo (Plut. Vida de Pompeyo).

En Sicilia Trifon es reemplazado por un valeroso esclavo llamado Atenion, que, despues de alzar al principio trono contra trono, se habia puesto á las órdedes de Trifon. El nuevo jefe venció al pretor Servilio, y se apoderó del campamento. Fué á Mesina y no pudo ganarla, pero tomó luego á Macela.

Cimbrios y teutones se separan, dando los primeros una vuelta hácia el país de los carnos, con objeto de entrar en Italia por el extremo de los Alpes orientales. Los teutones y galos prefieren ir por los Alpes occidentales, atravesando la Liguria transalpina. Los últimos habian de encontrarse con Mario. Como general consumado; este, puesto su campo en una especie de isla, tenia el mar á un lado, á otro el Ródano, y todavía á otro el nuevo canal que habia hecho al mismo rio. Allí estuvo aguardando al enemigo. No le hicieron salir de su posicion las reclamaciones de sus propias tropas, ni las provocaciones de los bárbaros, ni el cartel de un jefe teuton, de alta estatura, que queria pelear con él cuerpo á cuerpo. El cónsul le hizo contestar que «si tanta gana tenia de morir, bien podia ahorcarse.» Solo salió de su posicion cuando, falto ya de víveres, el enemigo movia el campo para aproximarse mas á los Alpes. Tanta era la multitud, que estuvieron desfilando por espacio de seis dias delante de los romanos, á quienes iban preguntando en chanza «si se les ofrecia algo para sus mujeres, pues no tardarian en verlas allá en Roma.» Á poco sale Mario, y alcanza á los galos cerca de Ax, en la Provenza, derrotándolos desde luego á orillas del Arc. Dos dias despues, llega á las manos con los teutones, y estos quedan destrozados. Debió ambas victorias á haberse colocado en posiciones elevadas, dando órden de esperar en ellas al enemigo, sabiendo Mario que aquellas gentes poco expertas no sabian contenerse al ver al enemigo, y que prescindian de las reglas del arte militar. Los historiadores mas parcos nos dan un número de mas de cien mil hombres muertos ó prisioneros en las dos batallas. Nunca prestó un ciudadano mayor servicio á la república, y jamás hubo tampoco mas gloriosa recompensa. El ejército le cedió como regalo todo el botin ganado al enemigo, la oficialidad le cargó con coronas de laurel, el pueblo le eligió cónsul por quinta vez, y el senado le envió el decreto que le convidaba con los honores del triunfo. Dicen que despues de leerle, manifestó que no queria celebrarle hasta que hubiese vencido tambien á los cimbrios, y quiso su estrella que se cumplieran sus deseos.

653 de Roma, 102-101 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Mario V, y Manio Aquilio: entran el 1.° de enero romano, 18 de octubre juliano del 102 antes de Jesucristo (Sigonio).

Los cimbrios no bajaron de los Alpes nóricos hasta principios de este año romano, el cual, como iba á ser visiblemente fecundo en luchas, dió lugar á que los augures anduviesen muy mirados en sus pronósticos. Se habló mucho del asesinato de la madre de Malcolo que pereció á manos de su propio hijo, levantándose un clamor general para su expiacion. Algunos autores dicen que fué el primer parricidio que hubo en Roma, y entónces para Malcolo se hubiera inventado la pena que á los parricidas se aplicaba. Se les metia en un saco de cuero, con un perro, un gallo, una víbora y un mono, y luego se les echaba así al rio ó al mar. Tambien se comenzó á usar un nuevo género de expiacion, que consistia en maldecir públicamente á un macho cabrío, echándole en seguida de la ciudad por la puerta Nevia.

Cátulo, que ya no era mas que procónsul, aguardaba á los cimbrios á orillas del Atesis (Adigio), creyendo que podria impedirles el paso; pero, tan aterradas quedaron las legiones al ver á aquellos hombres espantables, que los jefes no pudieron obligarlas á hacer frente, no considerándose seguras hasta que Cátulo las hubo hecho pasar el Pó. Llaman á Mario y le declaran en Roma generalísimo de las fuerzas de la república. Mario agrega al suyo el ejército de Cátulo. Batalla en el llano de Vercell, en el que los romanos vencen á los cimbrios. El mismo Mario escogió el lugar del combate, á invitacion del enemigo que le habia instado á señalar sitio y dia para la batalla. De suerte que se partió el campo, solo que Mario hizo de manera que los suyos tuviesen á su espalda el sol del mediodía. Dice Plutarco que la batalla fué hácia el solsticio de verano, tres dias antes de la luna nueva de agosto, llamado entónces «sextil.» Segun nuestro cómputo, el dia de la batalla correspondió al 3 de junio juliano; es decir diez y ocho dias antes del solsticio de verano. El sol, que daba en el rostro á los cimbrios acostumbrados á las heladas del norte, les incomodaba tanto, que apenas tenian fuerza para cubrirse con los escudos, y dicen los historiadores que perecieron hasta ciento veinte mil, quedando prisioneros sesenta mil. Al llegar al campamento de los cimbrios, hubo que luchar con sus mujeres parapetadas trás de carros; y como no se les concedieron las condiciones que á su modo de ver eran debidas á su sexo, se hicieron matar peleando desesperadamente, suicidándose muchas. Así quedó casi exterminada en una, sola batalla aquella innumerable muchedumbre, que iba al parecer á acabar con el poder de Roma (Véase la introduc. á la Hist. de Dinamarca por Mallet).

Floro pretende que si los cimbrios hubiesen caminado via recta hácia Roma luego de la retirada de Cátulo, se habrian apoderado de ella con la misma facilidad que lo hicieron en otro tiempo los galos senoneses despues de la batalla del Alia; pero, que no avanzaron por haber dado palabra á los teutones que no irian á atacarla hasta que se hubiesen reunido otra vez en Italia. Pocos dias antes de su derrota ignoraban todavía la de los teutones, y no tuvieron noticia de ella hasta que hubieron enviado mensageros á Mario, á ofrecer que cesarian de amenazar á Roma, si se les cedian tierras para establecerse en ellas con sus hermanos, que así llamaban á los teutones. Por esto, Tácito los confunde con el nombre general de germanos, añadiendo el mismo autor que Mario les venció en Italia, pero que le costó mucho trabajo. Mario respondió con desden á los mensageros: «No penseis en vuestros hermanos, pues les hemos dado una tier-

(1) Anales de Maquer, pag. 326. Vidas de Mario y de Sila por Plutarco. Vamos citando la edicion de Maquer hecha en 1757 en la Haya, por ser mas correcta que la de Paris, impresa un año antes.

ra de que ya no volverán á salir, » y en seguida les mostró á los príncipes teutones cargados de cadenas.

El honor de la jornada quedó para Mario, bien que debido en gran parte á Sila y á Cátulo, si se ha de dar crédito á lo que, segun Plutarco, decia Sila en sus Memorias. Mario y Cátulo triunfaron juntos en Roma, pero el pueblo presentó ofrendas á Mario como si fuera un dios, dándole el glorioso título de tercer fundador de Roma, como en otro tiempo se dió á Camilo el de segundo fundador, despues de vencer á los galos. Cátulo erige un templo á la « Fortuna del dia, » Mario otro al « Honor » y á la « Virtud, » en cumplimiento del voto que hicieron ambos durante la última batalla. Entónces dejó Mario ver á las claras su desprecio con respecto á las bellas artes. Hizo construir el templo sin pulimentar las piedras y sin el menor ornato; y solo algunos momentos presenció los juegos que hubo de celebrar el dia de la dedicacion del mismo.

El cónsul Aquilio, colega de Mario, fué á Sicilia, devastada por los esclavos desde la derrota de Servilio. Concluyó la guerra con una sola batalla, en la que quitó con sus propias manos la vida á Atenion, despues de recibr él antes una herida en la cabeza. De todos aquellos esclavos solo se salvaron mil que se rindieron con condiciones, acabando el cónsul poco á poco con los demás por la espada ó por el hambre. Se ha dicho si los romanos llegaron á perder un millon de esclavos entre esa guerra y la anterior.

Mario obtuvo el sexto consulado, ya por medio de dinero, ya de intrigas de aquel mismo Saturnino, que tan bien le sirvió dos años antes. Mario le quedó muy agradecido, ayudándole á su vez para que entrase de nuevo en el tribunado. Saturnino, secundado por soldados de Mario, hace asesinar á Aulo Rónio, á quien se designaba para tribuno del próximo año, y se hace elegir tumultuariamente en su lugar (Plut.).

654 de Roma, 101-100 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Mario VI, L. Valerio Flaco; entran el 1.° de enero romano, 30 de octubre juliano del 101 antes de Jesucristo. Muchos autores hacen mencion de estos cónsules (Sigonio).

La impunidad que tuvo el atentado de Saturnino era ya harto claro indicio del estado de la república gobernada por un cónsul perpétuo que habia procurado tener por colega á Valerio Flaco, incapaz de hacerle sombra. Desde que el pueblo principió á vender sus votos, todo se hacia ya por medio de malas artes; en los comicios las dignidades principales se vendian como á pública subasta, y vencia en ellas el mas rico ó el mas fuerte. Como Saturnino dominaba, se propuso dar una nueva ley agraria y fundar nuevas colonias, saliendo con su intento con el sufragio de las tribus rústicas, las mas interesadas en la nueva ley; y llegando á las manos con las tribus urbanas, aquellas llevaron la ventaja. Saturnino hacia tan poco caso de la oposicion, que los del partido patricio hicieron correr la voz que se habia oido un trueno, lo cual suspendia las votaciones entre los romanos, y al llegar á oidos del tribuno, dijo friamente: « está muy bien, pero luego habrá granizado, si no os estais quietos. » Y en efecto, el negocio terminó con una reyerta. Metelo el Numídico fué condenado al destierro, por haberse negado á jurar la observancia de la ley agraria, sabiendo de antemano sus adversarios que no juraria una ley proclamada con medios violentos. Esto sucedió con anuencia de Mario, enemistado con Metelo desde lo de Numidia. Por su parte Saturnino le tenia odio por haberle afeado siendo censor en 652, hallándose en el mismo caso el pretor Servilio Glaucio. Este aspiraba al consulado para el año próximo, pero tenia por rival á Memio, y Saturnino hizo asesinar á Memio. Este atentado le perdió. Reunióse el senado como en las circunstancias mas críticas para el estado, pronunciando la célebre fórmula que daba á los cónsules facultades omnímodas para cuanto creyeran conveniente á la conservacion de la república. Mario tuvo que salir contra sus antiguos amigos refugiados en el Capitolio, y se rindieron con la condicion de tener salvas las vidas. Bien que Mario quisiera cumplir lo ofrecido, el pueblo se echó sobre ellos, y los despedazó. Fué abolido cuanto habia hecho Saturnino, menos la sentencia contra Metelo, por oponerse resueltamente á ello la faccion de Mario, y el tribuno P. Furio, á quien habia excluido Metelo, siendo censor, de la clase de caballeros (Macquer, Anales, pág. 330). Tácito alude á lo de este año cuando dice, que Saturnino movió disturbios entre el pueblo.

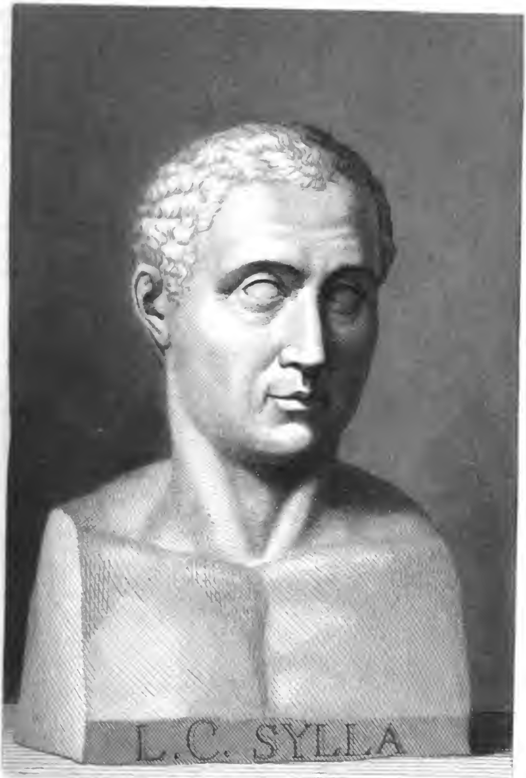
Nacimiento de Julio César, el 12 del mes «quintil» (Macrob. Saturn. lib. I, c. 12), que por lo mismo se llamó mas adelante «julio.» El 12 de «quintil» de ese año correspondia, segun nuestros cálculos, al 6 de mayo del 100 antes de Jesucristo.

655 de Roma, 100-99 antes de Jesucristo.—Cónsules: M. Antonio, y Aulo Postumio Albino, entran el 1.° de enero romano, 20 de octubre juliano del año 100 antes de nuestra era. De estos cónsules hacen mencion Casiodoro, Julio Obsecuente, Plinio, etc. (Vease á Sigonio).

Furio fué acusado á su vez de abuso de poder en el año que antecede por el tribuno Canuleyo, y tantos crímenes le fueron echados en cara, que en la asamblea misma el pueblo le hizo pedazos, sin esperar á que se justificara. Desde luego se alzo el destierro á Metelo. El tribuno Ticio es condenado á la expatriacion, por haber encontrado en su casa un retrato de Saturnino, habiendo incurrido además en el odio de los ciudadanos conservadores, con motivo de los esfuerzos que hizo para renovar la ley agraria de los Gracos, orígen de tantas agitaciones. Ticio era un orador bastante regular, pero el célebre M. Antonio, que este año era cónsul, le hizo frente, y le confundió (Macquer, Anales).

Al ver Mario que Metelo habia vuelto á Roma, se embarca para Capadocia y Galacia, só color de cumplir con los sacrificios que habia votado á la madre de los dioses; pero llevaba en su viaje otros fines que el pueblo ignoraba. No le habia hecho la naturaleza para la paz ni para negocios civiles; él era grande en cosas de guerra, y de ella dependia su fortuna. Conociendo que se marchitaba su gloria en la inaccion, trataba de suscitar ocasiones de algun rompimiento. Pensó que lo mejor para él era provocar una guerra con los reyes de Asia, y principalmente con Mitridates, de sí muy propenso ya á enemistarse con Roma, para que luego pudiera asombrar otra vez á su patria con victorias y conquistas. Por lo mismo, fué inútil el que Mitridates le manifestara toda clase de consideraciones, á pesar de las cuales Mario llegó á decirle: «Príncipe, procurad haceros mas poderoso que los romanos, ó haced buenamente lo que os mandaron.» No extrañó poco ese lenguaje Mitridates, quien habia oido hablar sin duda de la mucha libertad con que solian expresarse los romanos, pero que no lo sabia por experiencia personal (Plut.).

656 de Roma, 99-98 antes de Jesucristo.—Cónsules: Q. Cicilio Metelo Nepote, y Tulio Didio: entraron el 1.° de enero romano, 2 de noviembre juliano del 99 antes de Jesucristo. Mencionan los nombres de estos cónsules Casiodoro, Julio Obsecuente, Pediano y los Fastos Capitolinos (Sigonio). En este consulado se dió



BUSTO ANTIGUO DE SILA

la ley Cecilia-Didia, de que habla Ciceron dos veces (Sigon.).

Después de su consulado, M. Antonio alcanzó con su elocuencia una victoria aun mas brillante que la del año anterior contra Ticio. Defendió á Manio Aquilio, acusado y hasta convicto de grandes exacciones en Sicilia despues de vencidos los esclavos. La causa de Aquilio parecia tanto mas desesperada, cuanto que no habia hecho gestiones para bienquistarse con los jueces, ni siquiera vestido luto, segun era costumbre en tales casos, para mover á compasion. Cabalmente esto dió ocasion á M. Antonio para robustecer su argumentacion; pintó á su cliente libre de todo temor; trajo á la memoria sus campañas contra los enemigos de la patria, las heridas que habia recibido en diferentes encuentros, y en esto le rasgó el vestido con un impulso poderoso, poniendo así de manifiesto á los ojos de todos las muchas cicatrices del general acusado. Eléctrico fué el efecto de ese golpe, y el mismo Mario quedó conmovido, llegando hasta á derramar algunas lágrimas. Aquilio fué absuelto. Esto es una prueba de que en efecto es muy justa la observacion del escritor que dice: «La elocuencia forense de los romanos era muy diferente de la moderna, y si nuestras defensas tienen mas precision y están mas llenas de pruebas, las suyas eran mas libres, y mas susceptibles por lo mismo de grandes rasgos de elocuencia.»

Se envia al cónsul Didio á la España ulterior contra los celtíberos, que se habian insurreccionado otra vez despues de expulsados los cimbrios. Cinco años tardó ese general en pacificar su provincia. Entónces servia á sus órdenes Sertorio de tribuno legionario, grado que debia tan solo á su mérito, pues era de oscuro linaje (Macquer, Anal. rom.).

Llegado que hubo la época de elecciones para censores, se pensaba generalmente que Mario se presentaria candidato, pero temió ser desairado, y dejó que los nombraran inferiores á él, á bien que Mario dijo no habia querido ser censor, para que la severidad que hubiera tenido que mostrar contra el vicio y las malas costumbres no le enagenara la voluntad de sus conciudadanos (Plut.).

657 de Roma, 98-97 antes de Jesucristo.—Cónsules: N. Cornelio Léntulo, y P. Licinio Craso, entran el 1.° de enero romano, 13 de noviembre juliano del 98 antes de nuestra era (véase á Sigonio).

Los censores que hicieron el lustro 63.° fuéron: M. Antonio y L. Valerio Flaco, de los cuales hacen mencion Valerio Máximo y los Fastos Capitolinos. El primero fué cónsul en 655, y el segundo en 654 (Sigon.). Borran de la lista de los senadores á M. Duronio, por haber abusado el año anterior de su autoridad de tribuno, derogando la ley contra el lujo de mesa. Duronio se habia apoyado en que dicha ley «traia consigo un barniz de salvaje antigüedad.» (Val. Máx. lib. II, cap. 9).

El senado prohibe el sacrificar víctimas humanas (Macquer, Anal.).

658 de Roma, 97-96 antes de Jesucristo.—Cónsules: N. Domicio Ahenobarbo, y C. Casio Longino, entran el 1.° de enero romano, 4 de noviembre del 97 antes de nuestra era. Se hace mencion de ellos en Casiodoro, Fastos Capitolinos etc. (véase á Sigonio).

El rey de Cirenáica, Tolomeo Apion, habia legado sus estados al pueblo romano (Tácito, An. lib. XIV; Jul. Obsec.), y se impone un ligero tributo á sus moradores, pero se les deja en libertad (Epít. de T. Liv. lib. 70). Antes la Cirenáica pertenecia al reino de Egipto, y fué separada del mismo por Tolomeo Fiscon en favor de Apion, su hijo natural. Con el tiempo los romanos la convirtieron en provincia, administrada por un pretor (Justino, 31, 5).

659 de Roma, 96-95 antes de Jesucristo.—Cónsules: P. Licinio Craso, y Q. Mucio Escévola, entran el 1.° de enero romano, 17 de noviembre juliano del 96 antes de Jesucristo.

Además de los Fastos Capitolinos, hablan de estos cónsules Ciceron, Casiodoro y Julio Obsecuente. Puede verse tambien sobre estos cónsules á Asconio Pediano en su «Argumento de la oracion de Ciceron,» llamada «Pisoniana» (Sigonio).

En este consulado se dió la ley Mucia-Licinia, al objeto de impedir la usurpacion del derecho de ciudadano. En virtud de la misma debia castigarse á los que se llamasen ciudadanos romanos sin serlo en realidad, y echar fuera de Roma hasta á los nacidos en la misma de padres naturales de las provincias. Esta ley se ha considerado como la causa principal de la funesta guerra de los aliados que comenzó tres años después. El cónsul Escévola se habia hecho célebre durante su pretura por la energía con que habia atajado á los publicanos en Asia (Macquer).

660 de Roma, 95-94 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Celio Caldo, y L. Domicio Ahenobarbo, entran el 1.° de enero romano, 7 de noviembre juliano del 95 antes de Jesucristo (véase á Sigonio).

Proceso celebre contra Norbano, á instancia de P. Sulpicio Rufo, orador jóven, bien que ya afamado. Acusóle del crímen de lesa majestad nacional, por haber promovido una sedicion en los comicios. Á pesar que el anciano príncipe del senado, M. Emilio Escauro, al declarar contra Norbano, mostró la señal de una pedrada en el brazo recibida durante la conmocion, Marco Antonio defendió al acusado, que habia sido cuestor suyo, y le hizo absolver. Sobre esto se observa justamente que en Roma los jueces se tenian al parecer á sí mismos como dueños de la suerte de los reos, mas bien que como esclavos de la ley, y no se considerará infundada la observacion, si se atiende á que en el «orador» de Ciceron vemos en boca del mismo M. Antonio estas palabras: «Yo pedia á los jueces que tuviesen en consideracion mi edad, los cargos que habia tenido, mis servicios á la república, y finalmente el justo dolor que yo sentia.» ¿Qué diríamos ahora de un abogado, y de un reo, que en vez de pruebas y razones pretendiera fundar la defensa en sus propios servicios y en su edad? Y es lo mas notable que M. Antonio prosigue de esta manera: «Yo contaba con que no me negarian los jueces el primer favor que les pidiera.» Bien habia de saber M. Antonio que el pedir esa clase de favores es cosa muy delicada.

Dice Catrou (tom. 14) que por ese tiempo entraron en el tribunado del pueblo individuos de las familias mas nobles, y que fuéron tribunos los Sextios, Marcelos, y Brutos.

Fiado Sila en la fama de sus proezas, aspiró á la gloria civil después de la militar, y pretendió la pretura de Roma, pero no la consiguió. Sila decia en sus memorias que no habia sido elegido porque la plebe sabia muy bien que estaba en buenas relaciones con el rey Bocco, y que contaba con que nombrándole edil y nó pretor, tendria que dar espectáculos de fieras de África. Sin embargo, Plutarco opina que Sila encubria la verdadera causa que habia hecho fracasar su candidatura, pues en el año que nos ocupa tuvo que valerse de la corrupcion para que le eligieran pretor.

661 de Roma, 94-93 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Valerio Flaco, y M. Heronio: entran el 1.° de enero romano, 20 de noviembre juliano del 94 antes de Jesucristo (véase á Sigonio).

Siendo ya Sila pretor, dijo un dia montado en cólera á Julio César Estrabon: « Me valdré contra tí del derecho que me da mi cargo; » y César le respondió sonriéndose: « razon tienes en decir mi cargo; muy tuyo es en efecto, pues que le has comprado. » (Plut. vida de Sila).

662 de Roma, 93-92 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Claudio Pulcro, y M. Perpena, entran el 1.° de enero romano, 9 de noviembre juliano del 93 antes de Jesucristo. De ellos se hace mencion en Casiodoro, Obsecuente, Fastos Capitolinos y Sículos. Censores: N. Domicio Ahenobarbo, y M. Licinio Craso (Sigonio). Durante su censura se ordenó á los sofistas latinos que cerrasen sus escuelas (Tác. Dialog.). En el orador de Ciceron vemos que el mismo Craso justifica la órden como sigue: « Aquellos maestos no hacian mas que enseñar á hablar con descaro, lo que debe evitarse hasta cuando se vierten los mejores y mas sanos principios. » No pudo sin embargo acabarse con los sofistas latinos, como no se habia podido tampoco con los griegos, pues, bien que echados de Roma, habian vuelto ya en los dias de que hablamos ahora.

Después de permanecer Sila en Roma el primer año de la pretura, segun era costumbre, tuvo á su cargo el gobierno de la provincia de Asia, y allí sentó en el trono de Capadocia á Ariobárzanes, elegido rey por la nacion, con anuencia de Roma (1). El famoso Mitridates, aun mas conocido por sus crímenes que por sus hazañas, habia hecho matar ó envenenar á todos los de la familia real de Capadocia, sentando luego en el trono á un hijo suyo, debajo la tutela de Gordio, con el cual tuvo que pelear Sila, y le venció. Antes de salir de Asia, Sila recibió una embajada del rey de los partos, que deseaba aliarse con la república, y el pretor se mostró en esa ocasion tan arrogante y tan magnánimo á un mismo tiempo, que uno de los circunstantes exclamó: « ¡ Qué hombre ! sin duda es el amo del mundo, ó no tardará en serlo. »

Se condena á P. Rutilio, que habia sido cónsul, por defraudador de caudales públicos. Sin embargo, Rutilio no habia cometido mas crímen que el de haberse opuesto en Asia á las demasías de los publicanos, junto con Escévola. Entre los acusadores de Rutilio figuraba Apicio, tan celebrado por su glotonería. Rutilio sostuvo varonilmente la tempestad, despreciando á la fortuna y sus vaivenes. Rutilio se preciaba de filósofo, y se retiró al Asia, en donde encontró toda clase de consideraciones. Los de Esmirna le adoptaron por ciudadano, y después les legó sus bienes (Tácito An. 4, 43). Es de creer que en aquel retiro compuso en griego su Historia romana, que se ha perdido, lo mismo que sus Memorias. Algunos años después fué invitado á volver á Roma, pero no quiso verla ya mas (Macquer, pág. 334).

663 de Roma, 93-91 antes de Jesucristo.— Cónsules: L. Marcio Filipo, y Sexto Julio César, entran el 1.° de enero romano, 22 de noviembre juliano del 92 antes de Jesucristo (véase á Sigonio y Almeloveen).

En este consulado pone Eutropio (l. 5, c. 2) el principio de la guerra social, bien que en el 659 de Roma, porque está atrasado en la cuenta de esos años. Dice que los picentinos, marsos y pelignios, que hacia tiempo estaban sometidos á los romanos, pidieron á la sazon el derecho de ciudadanos. Tácito (An. 3, 27) explica en muy pocas palabras la causa de esa guerra. « Las disensiones de patricios y plebeyos dieron lugar á los donativos de Druso hechos en nombre del senado, no menos considerables que los de los Gracos y de Saturnino. De ahí provenia toda la agitacion entre los aliados de Roma, halagados con promesas, insultados con negativas. La consecuencia fué la guerra social. »

La guerra de los aliados de Italia se llama tambien de los marsos, por ser estos los principales actores. Estalló su descontento con motivo de la promesa nó cumplida del jóven tribuno Livio Druso, que consistia en darles todos los privilegios de ciudadanía. Lo mismo sucedió con otros varios proyectos de Druso, que habia propuesto sobre todo quitar á los caballeros y devolver al senado la administracion de justicia, ó á lo menos repartirla entre ambos estamentos. Por esto halagó al pueblo haciendo nuevas distribuciones gratúitas de trigo y de tierras, prometiendo igualmente el derecho de ciudadanos á los aliados, cuya última concesion no se cumplió. Pretendió la mayor parte de los de Roma que era perjudicarles el comunicar así sus derechos á tantos aliados, alegando estos por su parte que lo que pedian era justo, pues habian ayudado con su sangre á los romanos en sus conquistas. Por fin, tomaron las armas. Pompedio Silo, uno de los marsos principales, sale hácia Roma al frente de diez mil hombres. Druso, á quien se tenia por promovedor de todo aquello, fue asesinado. Puede suponérsele bien intencionado solo porque se portó generosamente con su enemigo el cónsul Filipo, pues le dió aviso de una conjuracion tramada para quitarle la vida junto con su colega el dia de las ferias latinas. Filipo obró de otra manera, y se creyó que habia tenido parte en la muerte de Druso, junto con el senador Q. Servilio y el tribuno Q. Vario. Hizo derogar por el senado todas las leyes de Druso, como promulgadas contra los auspicios. Los caballeros se apoderaron otra vez de la administracion de la justicia, y encausaron á los senadores principales, protestando que favorecian la rebeldía de los aliados. Entre los mas notables acusados figuran Cota, sobrino de Rutilio, Escauro, príncipe del senado, y el orador M. Antonio. Cota se desterró voluntariamente, Escauro conjuró el peligro con su firmeza, y Antonio con su elocuencia. El orador Craso habia muerto al principiar esas revueltas. Frustrados en sus esperanzas los aliados, se constituyen en una nueva república, erigiendo por capital la ciudad de Corfinio, en tierra de los pelignios, hoy Abruzo citerior. Crean un senado, eligiendo dos cónsules y dos pretores, debiendo estos mandar tambien el ejército (Macquer).

664 de Roma, 91-90 antes de Jesucristo.—Cónsules: L. Julio César, y P. Rutilio Lupo, entran el 1.° de enero, 12 de noviembre juliano del 91 antes de Jesucristo (véase á Sigonio).

Á fin de hacer frente á tantos enemigos, tuvo Roma que aumentar el número de generales. La insurreccion tenia dos centros, el país de los marsos, y el de los samnitas. Rutilio fué contra los primeros, y su colega Julio contra los segundos, dando á cada cónsul buenos generales, para tomar el mando como procónsules, si se ofrecia ocasion. Entre ellos figuraban Mario y Sila.

Rutilio llegó á las manos con el enemigo contra el parecer de Mario, y fué vencido y muerto (Macquer). Este suceso se tuvo por un indicio de lo perniciosa que era esa guerra á la república (Eutrop. 5, 2). Ovidio, pone la fecha de esa derrota en el dia de la fiesta de Matuta, 4 de los idus de junio. Cepio, lugarteniente

(1) Así lo dice formalmente Plutarco. Sigonio pone este acontecimiento un año antes (pag. 440); motivando su opinion muy detalladamente. Pero, nuestra cronología de los reyes de Capadocia le pone mas tarde.

de Rutilio, tuvo poco después igual paradero, y dice Eutropio que era jóven de noble cuna y valeroso. Se da el mando de esas tropas descalabradas á Mario; pero, nada hizo muy digno de memoria, ya fuera por desconfiar de los soldados, ya por mera timidez de anciano, pues pasaba ya á la sazon de sesenta y cinco años, segun puede verse por lo dicho anteriormente, y por el mismo Plutarco en su biografía, equivocándose Macquer al decir que tenia sesenta y ocho. Á pesar del clamor de los enemigos que le estaban insultando, no quiso salir de sus atrincheramientos. El cónsul enemigo, Pompedio Silo, fué á provocarle directamente, diciendo en alta voz: « Mario, si tan gran capitan eres, ¿porqué no sales á la lid? » y Mario le respondió: « Pues si eres tu gran capitan, ¿cómo no me obligas á pelear?» Iba Mario á acabar con los marsos, declarados ya en derrota por haberse atrevido á entrar su campamento á la fuerza, cuando llegó en aquellos momentos Sila, quien se arrojó sobre los fugitivos con tal brío, que los destrozó por completo, recogiendo de aquel modo casi todo el honor de la jornada. Mario se retira, diciendo que se hallaba enfermo.

El cónsul Julio alcanzó una señalada victoria en el país de los samnitas, nó sin mediar desventajas antes y después de la misma. Solo después de otra victoria de N. Pompeyo, que mandaba en el Piceno, vistieron otra vez los magistrados de Roma sus insignias de que se habian despojado como en épocas las mas calamitosas. ¡Pobre Roma, si los aliados llevaran la ventaja! Las naciones sojuzgadas habrian recobrado su independencia, y en poco tiempo se hubieran encontrado los descendientes de Rómulo, como los primitivos fundadores de la ciudad eterna. Á los aliados que se mantuvieron fieles se les concedió el derecho de sufragio, ó de completa ciudadanía. Lástima que no se hubiese venido en ello desde luego.

En esa guerra Sertorio se distinguió mucho, sin embargo de que no tenia mando superior. Estaba de cuestor en la Galia cisalpina, y así que hubo cumplido con los deberes de aquel cargo, quiso ir á los combates. Allí recibió una herida, que le causó la pérdida de un ojo, y lejos de quejarse, aun lo tuvo á singular fortuna. « Esta señal de mi valor será siempre, decia, mas visible, que todas las coronas del mundo. » Plut. vida de Mario, Sila y Sertorio.

665 de Roma, 90-89 antes de Jesucristo.— Cónsules: N. Pompeyo Estrabo, y L. Porcio Caton, entran el 1.° de enero romano, 25 de noviembre juliano del 90 antes de nuestra era (véase á Sigonio).

Dice Aulogelio que este Caton era hijo de M. Caton Saloniano, y nieto del censor (Sigon.).

Los censores del 662 abdicaron antes que espirase su magistratura, y se nombró en su lugar á P. Licinio Craso y á L. Julio César. Se hizo el nombramiento antes de tiempo, para que pudiesen incluir en las tribus á los aliados que el año antes habian obtenido la ciudadanía (Sigon.). Formaron ocho tribus nuevas con los ciudadanos recien admitidos, consignándose no obstante, que no podrian votar hasta que lo hubiesen hecho las treinta y cinco tribus que ya habia, é imitando así el plan del rey Servio Tulio en el establecimiento de las centurias. El censor Julio César era el mismo que fué cónsul el año anterior.

Hubo tambien en este año muchos y sangrientos combates. Fué sin duda la guerra mas cruel para los romanos. Lo mas digno de fijar la atencion, fueron las expediciones de los cónsules y de Sila. Después de vencer los cónsules á los marsos, L. Porcio pereció en una refriega, de un dardo que se dice haber salido de las filas mismas de los romanos, y hasta de manos del jóven Mario, por vengar un insulto que á su padre se supone habia hecho el cónsul, jactándose de haber llevado á cabo cosas mas grandes que el.

Ya el año anterior, no siendo mas que procónsul, habia N. Pompeyo principiado el sitio de Ásculo, cuya ciudad habia sido la primera en romper las hostilidades. Volvió á emprender formalmente dicho sitio, y tomó la plaza después de pelear delante de la misma contra sesenta mil italianos.

Casi al mismo tiempo tomó Sila á Boviano, capital de los samnitas, siendo este el hecho mas brillante de su carrera militar hasta entónces. Á lo menos fue una de sus campañas mas felices, conviniendo él mismo en que la Fortuna tuvo mas parte en sus victorias que la prudencia y el talento, y oyendo gustoso que se dijera, al hablar de el, el afortunado Sila. Apoderóse además este año de otras varias plazas importantes, avasalló á los hirpinios, y venció dos veces á los samnitas.

Aulo Sempronio Aselio es asesinado en Roma en medio de la plaza, por haber querido poner coto al latrocinio de los usureros. Impune quedó el atentado, lo que era por aquellos tiempos harto frecuente. Entónces fué probablemente cuando el tribuno M. Plancio Silvano hizo adoptar su ley de la violencia pública (de vi publica). Por medio de otra ley del mismo tribuno se declaró que cada tribu elegiria todos los años por jueces á quince ciudadanos, del estado senatorial, ecuestre ó popular, indiferentemente.

Se concedieron á Pompeyo los honores del triunfo, lo cual no se habia acostumbrado á hacer con generales que reconquistaban países pertenecientes ya antes á la república. Sila salió elegido cónsul para el año que sigue, á pesar de las intrigas de Mario (Macquer).

666 de Roma, 89-88 antes de Jesucristo. — Cónsules: L. Cornelio Sila, apellidado mas tarde el Feliz ó Afortunado, y Q. Pompeyo Rufo, entran el 1.° de enero romano, 14 de noviembre juliano del 89 antes de Jesucristo.

Sila descendia del Cornelio Rufino que se habia distinguido en la guerra de Pirro. Tambien Pompeyo era de noble alcurnia, y era hijo de otro Q. Pompeyo. Tuvo el gobierno de Italia, y Sila el de Asia (véase á Sigonio, y en los Fastos de Almeloveen las Famil. rom. de Patin).

Á la guerra social sucede la guerra civil. Todo eran leyes en contra unas de otras (Tác. An. 3, 27). El entrar otra vez el senado en el uso del poder judicial, fue la causa principal, segun Tácito (An. 12, 60), de las guerras de Sila y de Mario. La pasion de dominar, tan difícil de desarraigar del corazon humano, fué subiendo de punto en los ánimos romanos, y los efectos de la misma fueron terribles. El plebeyo Mario, y Sila el patricio, sojuzgaron con las armas la libertad, reemplazándola con el poder de uno solo. Parecian dos hombres formados á propósito para capitanear bandos enemigos, pues con cualidades opuestas habian recibido de la naturaleza capacidad igual para la guerra, y la misma sed de mando. Criado Mario entre pastores, siempre conservó su primitiva rudeza de costumbres. Modales duros, voz áspera, bien que imponente, mirar fiero é imperioso. Sila era por el contrario amable é instruido, amigo de las musas, dando á todas sus acciones la gracia y urbanidad de una educacion esmerada. Desde luego se echaba de ver en Mario al hombre fuerte y brusco, y en Sila al ambicioso culto, que sabe encubrir sus vicios con apariencias engañosas. Mario se aviene con el tribuno Sulpicio, con el objeto de obtener del pueblo que se le traspasase la comision que tenia Sila de guerrear con-

tra Mitridates, rey del Ponto. La guerra de los aliados podia darse casi por terminada, y desde la muerte de Pompedio Silo, habia ido declinando cada dia, quedando Silo vencido y prisionero en batalla campal por el pretor Cecilio Pio.

Lo primero que hizo el tribuno Sulpicio, fué admitir en las treinta y cinco tribus antiguas á todos los de fuera á quienes se habia otorgado ciudadanía. Como esta se habia concedido á todos los aliados, á medida que habian ido dejando las armas, el número de los ciudadanos nuevos era superior al de los antiguos. Así Sulpicio quedó dueño de las elecciones, y obtuvo lo que pedia para Mario. Estaba Sila con su tropa cerca de Nola, en Campania, cuando supo la afrenta que iba á hacérsele. Reune á sus soldados, les habla de las victorias que juntos han alcanzado, y de las que podrian alcanzar todavía si iban contra Mitridates, y pinta con malos colores á Mario, á quien Sulpicio queria darles ahora por general. Se alza un grito general en el ejército de: «Vamos á Roma á vengar la libertad ultrajada.» Sila va desde luego á Roma con sus tropas, apoderándose de la misma despues de una corta resistencia del pueblo y de los partidarios de Mario. Al dia siguiente, convoca Sila los comicios, y á la fuerza obtiene de la votacion la anulacion de las leyes de Sulpicio. Al mismo tiempo hace ordenar que en adelante no se presentará ninguna ley por los tribunos que no esté adoptada primeramente por el senado, y que los comicios del campo de Marte no se convocarán por tribus, sino por centurias. Hace dar un decreto al senado, que declaraba enemigos públicos á los Marios, padre é hijo, al tribuno Sulpicio, y á nueve senadores del mismo partido. Vemos en esto á un cónsul que procede contra sediciosos, sin duda alguna, y que trata de plantear en la república una reforma que se habia hecho absolutamente necesaria. Los tribunos habian llegado á tiranizar abiertamente el Estado. Se habia visto no hacia mucho á Sulpicio dominar en la asamblea popular á la cabeza de tres mil hombres armados, todos satélites suyos, llegando hasta á declarar cesante en el cargo al cónsul Q. Pompeyo, colega de Sila. Sulpicio fué presentado por un esclavo suyo, y su cabeza fué expuesta en frente de la tribuna pública, presagiando ya todo aquello la proscripcion que vino á poco. El hijo de Mario se escapó y se fué á África. El padre anduvo errante por los despoblados de Italia, abandonado de sus amigos, y hambriento, cogiéndole en tan mísero estado unos partidarios de Sila en las lagunas de Minturno, metido en el agua hasta la cabeza. Lleváronle á Minturno, y allí se le condenó á la decapitacion dentro de su misma prision. Mario desarmó con una palabra y una mirada al soldado que habia de decapitarle, y conmovidos los de la ciudad con aquella particularidad, le abrieron la cárcel, facilitándole una embarcacion, con la cual pasó al África, juntándose con su hijo cerca del sitio en que fué Cartago. Al contemplar las ruinas de una ciudad, que tan poderosa fué en otro tiempo, experimentó algun consuelo, haciéndose cargo de que no para él solo habia reveses de fortuna. Poco tardó en tener que huir de aquel asilo. Por un lado el pretor de Útica, por otro Mandrestal, príncipe africano, el que gobernaba con anuencia de Roma parte de la Numidia, estaban dispuestos á sacrificar los Marios á las miras de Sila y del senado. Padre é hijo se dieron á la vela así que unos soldados iban á prenderles, y pasaron el invierno recorriendo las islas cercanas al África.

Pernicioso fué el ejemplo que dió Sila con inducir á los soldados á seguir su voluntad exclusiva en materias de gobierno. En adelante todo fué hablar ya los soldados de tal ó cual general, pero nó de la república. El procónsul N. Pompeyo Estrabo hace asesinar por sus soldados al cónsul Q. Pompeyo, que iba á entrar de nuevo en posesion de su cargo (Plut.). Habia principiado á hacer el sacrificio que se acostumbraba en tales casos, y él hubo de ser la víctima del mismo. Al saber Sila la noticia, se fué á Grecia. Su hija estaba casada con el hijo de su colega (Cronología de Simson, parte 6.ª, pág. 42).

Aparentó Pompeyo Estrabo no tener parte en el asesinato del cónsul; y hasta reconvino á los asesinos: mas no les formó causa, ni vengó aquella muerte (Calmet. Hist. Univer. tomo. 3.º). Estrabo tenia un hijo de diez y ocho años, que tambien tomó parte en la guerra civil (Tác. An. 13, 6). Aquel jóven era mas disimulado que Mario y que Sila, pero no menos ambicioso que entrambos. Desde entónces, solo se peleó en Roma para tener un señor.

Guerra de Mitridates. Los atenienses se coaligan con él contra Sila (Tác. An. 2, 55). Matanza general de los ciudadanos romanos en todos los dominios asiáticos de órden de Mitridates. Algunos pueden refugiarse en la isla de Cos (Tác. An. 4, 14). Aquellos isleños sirvieron entónces mucho á los romanos, habiendo hasta contribuido á algunas victorias (id. 12, 61). Hallábase Sila en el mayor apuro por carecer sus soldados de ropa en invierno. Llegó la noticia á Esmirna cuando el pueblo se hallaba reunido, y todos se quitan sus vestidos, enviándolos á las legiones romanas (An. lib. XIV, cap. 56). Gran parte de los últimos sucesos corresponde al año siguiente, y aun parece que Sila no entró en Grecia hasta principios del mismo (Sigon.).

667 de Roma, 88-87 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: N. Octavio, y L. Cornelio Cina; entran el 1.º de enero romano, 27 de noviembre juliano del 88 antes de Jesucristo (Sigon.).

El cónsul Cina estaba enteramente por el bando popular, y Octavio pertenecia al del senado. No era difícil el prever nuevos trastornos. Trata Cina de restablecer la ley del tribuno Sulpicio que igualaba en derechos á aliados y á romanos. Hubo con este motivo una gran conmocion en el campo de Marte. Diez mil ciudadanos nuevos perecen en ella, teniendo que huir de Roma los demás, y con ellos el cónsul Cina. El senado da un decreto que le despoja de su dignidad, nombrando en su lugar á L. Cornelio Merula. En el país de los aliados levanta Cina un ejército de treinta legiones, entre expulsados y romanos descontentos. Sertorio, que siguió la fortuna de Cina, menos por afecto al cónsul caido que por odio á Sila, no consentia en que se llamase á Mario y á otros proscritos; mas no prevaleció su opinion, y Cina fué á sitiar á Roma, con Mario, Papirio Carbo y Sertorio, dando una division á cada uno. Sertorio entra en accion con N. Pompeyo á las puertas de Roma (1), en el monte Janículo. Entónces pudieron verse en todo su horror los desastrosos efectos de la guerra civil. Un soldado de Pompeyo mató á su hermano; y al conocerle luego, se dió el mismo la muerte, segun refiere Sisena, historiador contemporáneo. Todavía, observa Tácito (Hist. 3, 51), conservaban los romanos entusiasmo por la virtud y remordimiento para el crímen. Cina procura matar á Pompeyo Estrabo, á quien salva su jóven hijo con su valor, bien que el crímen de su padre fué castigado de un modo mas ejemplar, pues perdió en poco tiempo once mil soldados en una epidemia, muriendo él de un rayo. Obligado por el hambre y la desercion

(1) Anales de Maquer pág. 340. Véase tambien á Eutropio lib. V, cap. 3, y principalmente á Velleyo Patérculo (2, 20), que refiere con bastantes pormenores todos estos sucesos.

el senado á reconocer por cónsul á Cina, este entró triunfante en Roma á la cabeza de su ejército. Mario se detuvo en la puerta, exclamando con ironía: « Un desterrado no debe entrar antes que vuelvan á llamarle. » Cina reune al pueblo en sus comicios, y se alza la proscripcion de Mario. Entra en la ciudad, y á poco corren arroyos de sangre en torno de él. Se degollaba sin misericordia á cuantos iban á saludarle, si Mario no les devolvia el saludo, pues esa era la señal convenida. Los senadores mas ilustres perecieron, saqueando sus casas y confiscándoles los bienes. Seis mil eran los satelites de Mario, escogidos entre lo mas perverso de Italia, y tales fuéron sus excesos que se tomó por fin la determinacion de acabar con ellos, pereciendo todos en una noche. Entre las víctimas de la venganza de Mario se contaba al orador M. Antonio que arrancó lágrimas á sus mismos asesinos, al senador P. Craso que se suicidó despues de ver cómo habian quitado la vida á uno de sus dos hijos, á Q. Lutacio Cátulo que habia vencido con Mario á los cimbrios, y á Cornelio Mérula que habia reemplazado á Cina, abdicando cuando el senado capituló con él. Mérula, era gran sacerdote de Júpiter: se hizo llevar al templo del mismo dios, y abiertas las arterias murió así en su sólio pontificio, sin que volviera nadie á sentarse en el mismo hasta setenta y siete años despues. Las cabezas de los senadores fuéron expuestas en la tribuna pública, en donde, dice un autor antiguo, formaban como un senado mudo, pero que pedia venganza. Cina hizo cortar por su parte la cabeza de Octavio, su colega en el consulado. Se señala á sí mismo cónsul para el año siguiente, nombrando de su própia autoridad por colega á Mario (Macquer). Poderes fundados sobre esas bases no pueden ser duraderos.

Sila habia marchado á oriente como procónsul á la cabeza de cinco legiones, y ya se ha dicho el año anterior lo que le sucedió.

668 de Roma, 87-86 antes de Jesucristo. — Cónsules: L. Cornelio Cina II, y C. Mario VII: entran el 1.° de enero romano, 17 de noviembre juliano del 87 antes de Jesucristo. Al hablar Plutarco de este consulado, dice que Mario fué el primero que fué siete veces cónsul. El dia 1.° de enero hizo despeñar al senador Sexto Licinio (Sigonio).

La muerte puso fin á la saña del sanguinario anciano, falleciendo á los diez y siete dias de haber entrado cónsul, de una enfermedad que se atribuyó á la cantidad de vino que bebia para acallar sus remordimientos. Grandes fuéron los servicios que prestó á su patria, pero sus venganzas fuéron atroces. El pueblo adoraba á Mario, porque este le halagaba para sujetarle; solo que el pueblo no ve las cosas de tan lejos. Triste fué para Roma que fuese tenido por el ciudadano mas grande, pues con la educacion que habia recibido, siempre estuvo fuera de su lugar, luego que no tuvo que combatir cimbrios y teutones, enemigos dignos de él. Se observa que al principio Mario fué muy desechado en su aspiracion á los cargos públicos, pero que luego los obtuvo mas que otros. Mario fué reemplazado por L. Valerio Flaco II.

Censores: L. Marcio Filipo, y M. Perperna. L. Valerio Flaco era el príncipe del senado. El partido de la nobleza no tenia ya mas esperanza que en Sila, y este estaba guerreando con Mitridates mientras le proscribian en Roma. Despues de vencer á Arquelao, general de Mitridates, fué á poner sitio á Atenas y al puerto del Pireo, que formaba como una poblacion separada. Falto de dinero, exigió en calidad de reintegro el oro y la plata del templo de Júpiter en Olimpia, del de Apolo de Delfos y de Esculapio en Epidauro. Fundidos que hubo los preciosos metales, cuentan que decia en broma que no podia menos de contar con la victoria, pues los mismos dioses habian tomado á su cargo la manutencion de sus tropas. Sila derribó los árboles de los famosos paseos de la Academia y del Liceo, para construir sus máquinas de sitio. A mas de su ingenio y su valor, tenia Sila dentro de Atenas á dos individuos que le enviaban cuanto sucedia por medio de balas de plomo que arrojaban al campo romano con hondas. Atenas fué tomada por asalto y degollados sus habitantes, y dicen los historiadores que la plaza mayor se convirtió en un verdadero estanque de sangre, la que iba luego corriendo hasta los arrabales (Macquer).

Aquí se halla un punto incontestable, y es que el año del séptimo consulado de Mario, es el año de la toma de Atenas por Sila, que tuvo lugar, segun Plutarco, el dia de la neomenia del mes antesterion, que aquel año coincidió exactamente con las calendas de marzo (vida de Sila). Ahora bien, esa neomenia fué á 5 de febrero juliano del 86 antes de Jesucristo, y segun las tablas astronómicas, la luna nueva media de este mes, cayó el 4 del mismo: de modo que el 5 de febrero juliano ha de corresponder al 1.° de marzo romano, demostrando al parecer plenamente esta prueba la exactitud del cálculo de los benedictinos, y viniendo Plutarco á confirmarla.

Los edificios de Atenas no fueron destruidos por respeto á las ciencias y á las artes, de las cuales fué madre, continuando en ser centro de las mismas todavía por mucho tiempo. Aristion, que durante el sitio se habia portado cruelmente dentro de la ciudad, pudo escapar casi solo de la matanza, y se refugió en la ciudadela, teniendo que rendirse á poco por falta de agua. Sila le quitó la vida, y despues prendió fuego al Pireo, así que Arquelao le hubo evacuado.

Sila sale del Ática, y camina hácia la Beocia, al encuentro de los generales de Mitridates que pensaban llegar á tiempo para salvar á Atenas. Se juntan con Arquelao, y tiene lugar la batalla de Queronea. Sila supo escoger por teatro de la lucha un sitio lleno de rocas, en el cual no podian maniobrar la caballería y los carros falcados del enemigo, en lo cual consistia su principal fuerza, y pudo hacer una carnicería espantosa. Entre los muertos del campo de batalla y luego los del campamento, tuvieron los asiáticos ciento diez mil muertos; y se dice que los romanos no perdieron mas que doce soldados, lo que indicaria una muy extraordinaria fortuna por parte de Sila, si no hay exageracion en el relato. Otro ejército que envia Mitridates á Grecia mandado por Dorolao, con el cual pudo juntarse Arquelao con diez mil hombres que le habian quedado, fué derrotado tambien en Orcomeno, en donde tenia el enemigo la ventaja del terreno, pues la caballería y los carros podian evolucionar perfectamente. Pero Sila abrió zanjas y clavó estacas, y haciendo que se retirase por algunos instantes la primera línea ante los carros, fuéron á poco rechazados, siendo mas difícil el vencer á la caballería, que acabó por cejar, apoderándose en seguida los romanos del campamento. La Grecia obedeció de nuevo á Roma, y rebelándose contra Mitridates muchas ciudades asiáticas, tiene el rey que pedir la paz por mediacion de Arquelao. Se estipuló que Mitridates evacuaria los países que no pertenecian á sus antiguos dominios, que daria setenta buques de guerra, con los prisioneros y desertores, y que pagaria una cantidad por gastos de guerra. Mitridates no se dió mucha prisa en ratificar el tratado.

Públicas eran en Roma las victorias de Sila, y en su ejército iba á refugiarse la nobleza romana. El hijo de Mario seguia en intimidad con Cina, y habia heredado el odio del padre con respecto á los nobles. No era cónsul ni pretor, pero Cina se contentó con utilizar su brazo. El colega que habia querido para el consulado, L. Valerio Flaco, era hombre de exaltacion plebeya, pero sabia poco de guerra. Cina le confió la mision de ir á reemplazar á Sila, y de continuar la guerra con Mitridates. Dióle por segundo á un senador llamado Flavio Fimbria, que habia sido de los partidarios mas violentos de Mario, contando el segundo que se alzaria con el mando cuando estuviesen en Asia. Salieron juntos para Grecia (Calmet), y los acompañaban dos legiones (Macquer).

669 de Roma, 86-85 antes de Jesucristo.—Cónsules: L. Cornelio Cina III, y N. Papirio Carbo: entran el 1.° de enero romano, 30 de noviembre juliano del 86 antes de Jesucristo (véase á Sigonio).

Ya en el dia 1.° de enero, sin convocar al pueblo, Cina se declaró de sí mismo cónsul por tercera vez, dándose por colega á Papirio Carbo, que era campeon decidido del partido de Mario. Los demás cargos fuéron dados por Cina á los suyos, que se entregaron á toda clase de excesos, eclipsándose enteramente la moderacion que siempre debiera presidir en las cosas del gobierno. La mujer de Sila, Metela, vió confiscados sus bienes, huyendo con sus hijos para refugiarse al lado de su esposo, y haciendo lo mismo las personas mas ilustres de la república, la que parecia iba á salvarse en el cuartel general de Sila.

Valerio Flaco llevaba un decreto del senado, que declaraba enemigo de la república á Sila, si se negaba á dejar el mando, lo que parecia probable, esperando Mitridates que ambos generales se pusieran en pugna. El senado dió el decreto contra Sila á pesar suyo, pues Cina le tenia aterrado. Fimbria, el segundo de Flaco, se subleva contra él, y le hace asesinar, declarándose general en jefe. Cuando era cónsul Flaco habia dado una ley que le desconceptuó mucho, pues concedia el derecho de extinguir las deudas pagando tan solo la cuarta parte. Pertenece dicha ley al año 667, calificándola Velleyo (lib. II, cap. 23) de altamente vergonzosa. Flaco lo habia hecho con la intencion de remediar, con la medida, la falta de dinero ocasionada por las discordias civiles y la pérdida de Grecia y de Asia, pero habia producido un efecto contrario, pues impedia la facilidad de los préstamos. Tambien se alteró la moneda, remedio igualmente desastroso.

Fimbria era sin embargo valeroso y experimentado, únicas buenas calidades que tenia. Con las dos legiones que mandaba proyectó pelear contra Mitridates en Asia, mientras estaba Sila ocupado en rechazar á los tracios que habian invadido la Macedonia. Fimbria derrotó al hijo de Mitridates; puso sitio á Pérgamo, y obligó al rey de Ponto á ir á refugiarse en Pitana. Hubiera sido necesaria una escuadra para tenerle encerrado en el puerto, y la pidió á Lúculo, que era cuestor de Sila. Este tenia en el mar Egeo buen número de buques, mas negó la escuadra á Fimbria, y Mitridates pudo escaparse por mar, refugiándose en Mitileno. Entónces pidió el rey una entrevista á Sila, la que tuvo lugar en Dárdano, en la Tróyada, aceptando todas las condiciones firmadas por Arquelao.

Sila accedió á la paz para obrar contra Fimbria, á quien venció sin combate, pues al acercarse, se le pasaron los soldados de Fimbria, generalmente odiado por sus excesos cuando servia á Mario en sus venganzas, y tambien por su conducta en Asia, en donde obraba como bandido, sin respetar derechos de guerra. Al verse abandonado, se suicida. Impuso Sila á las ciudades asiáticas una contribucion de veinte mil talentos, entregándolas además á discrecion de sus tropas en castigo de haber faltado á su fidelidad. Esto trajo luego funestas consecuencias, pues introdujo la corrupcion y el lujo en las legiones.

Los censores nombrados el año anterior eran del partido dominante en Roma. M. Filipo echó del senado á su tio Apio Claudio, por ser partidario harto manifiesto de la nobleza. Los mismos censores formaron el padron, y se encontraron cuatrocientos sesenta y tres mil habitantes (Macquer).

Ahora tenemos que dejar pormenores, y consignar los consulados con observaciones muy sucintas.

670 de Roma, 85-84 antes de Jesucristo.—Cónsules: N. Papirio Carbo II, y L. Cornelio Cina IV, entran el 1.° de enero romano, 19 de noviembre juliano del 85 antes de Jesucristo. Los Fastos de Sicilia ponen por cónsules á Carbo y Escribonio, pero parece equivocacion manifiesta (véase á Sigonio).

Cina murió en una sedicion á manos de sus mismos soldados, y Carbo quedó único cónsul durante los demás del año (Vel. Pat. lib. II, cap. 24).

671 de Roma, 84-83 antes de Jesucristo.—Cónsules: L. Cornelio Escipion Asiático, y C. Junio Norbano: entran el 1.° de enero romano, 9 de noviembre juliano del 84 antes de Jesucristo.

Sila va á Italia para luchar contra estos cónsules, y vence primeramente á Norbano, haciendo luego que se insubordinase el ejército de Escipion (Eutrop. lib. V, 7).

672 de Roma, 83-82 antes de Jesucristo.—Cónsules: C. Mario, y N. Papirio Carbo III: entran el 1.° de enero romano, 30 de octubre juliano del 83 antes de Jesucristo.

Ambos fuéron muertos durante el curso de su magistratura (Eutrop. 5, 8).

Dictador octuagésimo tercero: L. Cornelio Sila (ó Sula) el Afortunado. Lugarteniente: L. Valerio Flaco.—673 de Roma, 82-81 antes de Jesucristo.—Cónsules: M. Tulio Décula, y N. Cornelio Dolabela: entran el 1.° de enero romano, 20 de octubre juliano del 82 antes de Jesucristo.

Sila sigue sin embargo en su dictadura con el mismo lugarteniente.

674 de Roma, 81-80 antes de Jesucristo.—Cónsules: L. Corn. Sila II, y Q. Cecilio Metelo Pio: entran el 1.° de enero romano, 9 de octubre juliano del 81 antes de Jesucristo.

675 de Roma, 80-79 antes de Jesucristo.—Cónsules: P. Servilio Vatia, mas tarde Isáurico, y Ap. Claudio Pulcro: entran el 1.° de enero romano, 29 de setiembre juliano del 80 antes de Jesucristo.

Sila abdica la dictadura.

676 de Roma, 79-78 antes de Jesucristo.—Cónsules: M. Emilio Lépido, Q. Lutacio Cátulo; entran el 1.° de enero romano, 19 de setiembre juliano del 79 antes de Jesucristo.

Muerte de Sila. Lépido procura anular sus leyes (Tác. Anal. 3, 27).

677 de Roma, 78-77 antes de Jesucristo.—Cónsules: Décimo Junio Bruto, y Mamerco Emilio Lépido Liviano; entran el 1.° de enero romano, 1.° de octubre juliano del 78 antes de Jesucristo.

Los Fastos de Almeloveen escriben mal el nombre de estos cónsules (véase á Sigonio tom. 1.° p. 466).

678 de Roma, 77-76 antes de Jesucristo.—Cónsules: N. Octavio, y C. Escribonio Curio: entran el 1.° de enero romano, 20 de setiembre juliano del 77 antes de Jesucristo.

679 de Roma, 76-75 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: L. Octavio, y C. Aurelio Cota: entran el 1.° de enero romano, 2 de octubre juliano del 76 antes de Jesucristo.

680 de Roma, 75-74 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: L. Licinio Lúculo, y M. Aurelio Cota: entran el 1.° de enero romano, 22 de setiembre juliano del 75 antes de Jesucristo.

681 de Roma, 74-73 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: M. Terencio Varron Lúculo, y C. Casio Varo: entran el 1.° de enero romano, 4 de octubre juliano del 74 antes de Jesucristo.

682 de Roma, 73-72 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: L. Gelio Publícola, y N. Corn. Lentulo Clodiano: entran el 1.° de enero romano; 23 de setiembre juliano del 73 antes de Jesucristo.

683 de Roma, 72-71 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: N. Aufidio Orestes, y P. Cornelio Lentulo Sura; entran el 1.° de enero romano, 5 de octubre juliano del 72 antes de Jesucristo.

684 de Roma, 71-70 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: M. Licinio Craso, DIVES (el rico), y N. Pompeyo Magno, entran el 1.° de enero romano, 17 de octubre juliano del 71 antes de Jesucristo.—Censores: N. Cornelio Lentulo Clodiano, y L. Gelio Publícola.

685 de Roma, 70-69 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Q. Hortensio, y Q. Cecilio Metelo Cretico: entran el 1.° de enero romano, 29 de octubre juliano del 70 antes de Jesucristo.

686 de Roma, 69-68 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: L. Cecilio Metelo y Q. Marcio Rex: entran el 1.° de enero romano, 18 de octubre juliano del 69 antes de Jesucristo. Murió Metelo durante su cargo, y se nombró á otro que falleció antes de tomar posesion, por lo cual no se eligió ya ninguno mas (Dion).

687 de Roma, 68-67 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: C. Calpurnio Pison, y Manio Acilio Glabrio: entran el 1.° de enero romano, 30 de octubre juliano antes de Jesucristo. El pueblo romano da grandes fuerzas á Neyo Pompeyo para hacer la guerra á los piratas (Tác. An. 15, 25).

688 de Roma, 67-66 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Manio Emilio Lépido, y L. Volcacio Tulo: entran el 1.° de enero romano, 20 de octubre juliano del 67 antes de Jesucristo.

689 de Roma, 66-65 antes de Jesucristo.—Los designados para este año eran P. Cornelio Sila y P. Antonio Peto, pero se les acusó de haber corrompido á los electores, y fueron en su lugar nombrados: L. Aurelio Cota, y P. Manlio Torcuato, que entraron el 1.° de enero romano, 1.° de noviembre juliano del 66 antes de Jesucristo.

690 de Roma, 65-64 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: L. Julio César, C. Marcio Fígulo: así los llaman Ciceron « pro Silla, » Dion Casio, Salustio en su Historia de la conjuracion de Catilina, y Asconio Pediano (Argum. Cicer. orat. pro Cornelio). Ninguno da á Marcio el nombre de Quinto, como suponen los Fastos de Almeloveen. Si se ha de creer á Sigonio, Ciceron le llama Termo en una carta, por equivaler Termo á Fígulo, pero Termo era el apellido de Q. Minucio, á quien habia llamado así Ciceron en muchas cartas, y era el que habia tomado por asalto á Mitileno (Vida de Ciceron, traducida de Midleton, tomo 1.°). Sea como fuere, estos cónsules entraron el 1.° de enero romano, 21 de octubre juliano del 65 antes de Jesucristo.—Censores: L. Aurelio Cota, y P. Servilio Isáurico.

691 de Roma, 64-63 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: M. Tulio Ciceron, C. Antonio: entran el 1.° de enero romano, 2 de noviembre juliano del 64 antes de Jesucristo. Plinio apellida « libris » á Antonio. Ciceron salva á Roma sofocando la conjuracion de Catilina, y el mismo Juvenal, á pesar de su genio satírico, dice de el:

> Roma patrem patriæ Ciceronem libera dixit.

Libertada Roma por Ciceron, esta le llamó padre de la patria.

CONJURACION DE CATILINA.—El mismo Salustio, de quien hemos copiado antes la GUERRA DE YUGURTA, nos ha dejado historiado aquel acontecimiento capital del consulado de Ciceron, con una verdad de colorido, y un estilo que, en sentir de los mejores críticos, forman un modelo de relacion histórica. He aquí como nos pinta aquel suceso:

Todos los hombres que á los animales desean aventajarse, han de procurar con sumo cuidado que no se les pase en silencio la vida como á los irracionales, que crió la naturaleza inclinados y sujetos al apetito; pero todas nuestras fuerzas consisten en el ánimo y en el cuerpo; de este usamos para servir, y de aquel para mandar, y así, pues, en una cosa nos parecemos á los dioses, y en otra á las fieras; tengo por mas conveniente buscar la gloria con ingenio, que con fuerza, perpetuando lo mas que pudieremos nuestra memoria, ya que es tan corta la vida de que gozamos, y se pierde tan fácilmente la fama de las riquezas y hermosura, donde siempre queda ilustre y celebrada la virtud. Mucho ha que disputan los mortales sobre si las cosas de la guerra se encaminan mejor con las fuerzas del cuerpo, ó con el ánimo; siendo necesario que el consejo preceda á la empresa, y despues le perfeccione la pronta ejecucion; de modo que como falta algo á cada una de estas dos cosas, es menester que ellas entre sí se ayuden.

Y así al principio los reyes (que este fué el primer nombre de los que tuvieron imperio en la tierra), ejercitaron diversamente algunos el cuerpo, y otros el ingenio, mientras vivian sin codicia los hombres, contentándose cada cual con lo que poseia; mas, despues que Ciro en Asia, y en Grecia los lacedemonios y atenienses comenzaron á usurpar las ciudades, y sujetar los pueblos, dando el deseo de mandar ocasion para la guerra á los que ponian su mayor gloria en el mayor imperio, entónces mostraron los efectos y la experiencia, que era la industra la que mas podia en la guerra; que si en la paz abrazasen la misma virtud los reyes y capitanes, habria mayor seguridad y firmeza en las cosas de los mortales, y no se mudarian ni trastornarian tan presto como ahora las vemos confundir; porque el imperio se conserva fácilmente por aquellos mismos medios con que al principio se alcanzó; pero, cuando la pereza ocupó los ánimos que solian ser dados al trabajo, y en lugar de la modestia y templanza entraron los desórdenes y la soberbia, se trocó luego con las costumbres la fortuna, y fué transfiriéndose siempre el imperio de aquel que era el mejor al que no era tan bueno. Á la virtud obedecen todas las cosas que cultivan, navegan y fabrican los hombres; pero, muchos de ellos, rindiéndose á la gula y al sueño, sin saber y sin honra consumieron la vida, como los que andan peregrinando; y pues contra el órden de la naturaleza usaron del cuerpo para sus deleites, y el alma les sirvió de peso, entiendo que la vida de estos no se diferenció de la muerte, pues no dejaron mas memoria de la una que de la otra; y en realidad de verdad solo juzgo que vive y goza de su alma aquel que atendiendo á algun negocio pretende ganar fama con cualquier buen arte ó hecho señalado; pero en

una tan grande abundancia de cosas, muestra la naturaleza á cada uno su camino diferente. Muy grande honra es ser de provecho á la república; y no merece poco loor el que es elocuente; y así en la paz como en la guerra puede cualquiera ennoblecerse; y son celebrados muchos que lo hicieron, ó que escribieron las hazañas de otros.

Yo, bien que no se estime tanto al escritor de las cosas como al autor de ellas, con todo eso tengo por muy dificultoso referir los hechos agenos, así por la obligacion que hay de que se les corresponda en las palabras, porque cuando se reprenden los vicios lo atribuyen algunos á envidia ú odio; y finalmente si se hace mencion de alguna virtud insigne, ó de la gloria de los buenos, admite bien cualquiera lo que le parece fácil de ejecutar: mas si algo excede á sus fuerzas, como si fuera fingido, así lo tiene por falso.

Siendo yo aun mozo me sacaron al principio de los estudios, como á otros muchos, para emplearme en servicio de la república, donde me fueron contrarias muchas cosas; porque las negociaciones, la avaricia y el atrevimiento habian desterrado á la vergüenza, á la moderacion y virtud; y aunque mi ánimo acostumbrado á maldades aborrecia estas, todavía mi mocedad entre tantos vicios se dejaba inducir de la ambicion, y si bien no seguia las malas costumbres de los otros, me atormentaban, como á ellos, el deseo de gloria y la envidia; y así luego que me ví libre de muchas miserias y peligros, determiné de no gastar lo que me quedase de vida en cosas de la república, ni tampoco entregar el tiempo precioso en manos del vil y descuidado ocio, ni menos ocuparle en oficios mecánicos, labrando la tierra y cazando; pero volviéndole á dar á mis estudios, de que me habia apartado la ambicion vana, me resolví á escribir los sucesos del pueblo romano, aunque nó consecutivamente, sino aquellos que me parecieron mas dignos de memoria; moviéndome aun mas á hacerlo, porque no me turbaban el ánimo, la esperanza, ni el miedo, ni las parcialidades de la república; y así referiré con la mayor puntualidad y brevedad posible la conjuracion de Catilina, que es á mi parecer una de las memorables hazañas, por la grandeza del peligro y de la maldad; mas primero será bien declarar algo de las costumbres de este hombre.

Lucio Catilina fué de noble linaje, y persona de grande ánimo y fuerzas, pero de mala y perversa inclinacion; porque desde sus primeros años la tuvo á las guerras civiles, á muertes, robos y discordias entre los suyos, y en esto empleó su mocedad; vencia la hambre, el frio y el sueño con una facilidad increible; era atrevido, falso é inconstante, fingido y disimulador, codicioso de cosas agenas, y pródigo de las propias, desordenado en sus deseos, harto elocuente, aunque nó muy sabio; y como tenia un corazon insaciable, así apetecia siempre cosas muy altas, inmoderadas é imposibles. Después del gobierno de Sila deseó bravamente apoderarse de la república, no reparando en ningun medio para alcanzar su intento, como le alcanzase. Veíase cada dia mas estimulado su ánimo feroz de la necesidad y del conocimiento de sus maldades; que entrambas estas cosas habia acrecentado con las que ya he dicho. Incitábanle asimismo los vicios de Roma, á la cual afligian los dos mayores males y mas diferentes entre sí, que son la avaricia y la lujuria.

Parece que la materia misma requiere, ya que este tiempo nos hace acordar de las costumbres de una ciudad corrompida, se comience nuestro discurso de algo mas atrás, con una relacion breve de las órdenes que guardaban nuestros mayores en su patria y en la milicia, del modo con que gobernaron la república, y del estado en que la dejaron; y como trocándose poco á poco, vino á ser la peor y mas extragada con vicios, la que solia ser la mejor y mas adornada con virtudes.

La ciudad de Roma, segun yo he entendido, fué fundada y habitada al principio por los troyanos, que con su capitan Eneas andaban fugitivos y vagabundos, sin tener asiento en parte alguna; con ellos se agregaron los aborigenes (1), gente rústica, disoluta y libre, sin leyes y sin gobierno; y aunque eran de diferentes naciones y lenguas, es cosa increible cuán fácilmente se conformaron, habiéndose juntado en una ciudad. Mas después que esta con sus costumbres creció en gente y en territorio, y pareció ya harto próspera y poderosa (como es cosa ordinaria en las humanas) nació de sus grandezas la envidia; y así los reyes y pueblos comarcanos comenzaron á moverla guerra, favoreciéndola pocos de los que solian ser sus amigos; porque los demás con el temor se habian apartado del peligro; pero los romanos atentos á las cosas de su ciudad y de la guerra, no se descuidaban, antes apercibiéndose y exhortándose los unos á los otros, salian á encontrar sus enemigos, defendiendo con las armas la libertad, su patria y sus padres; y cuando habian con su valor vencido los peligros, enviaban socorro á sus confederados y amigos, ganando mas amistades con dar que con recibir beneficios; fundaban su gobierno en la justicia, y daban al que los gobernaba el nombre de rey. Escogian para su consejo los que tenian el cuerpo debilitado por los años, pero el ánimo fortalecido por la prudencia; á los cuales, porque eran conformes en la edad ó en el cargo, llamaban padres. Después cuando los reyes, que al principio habian conservado la libertad y aumentado la república, se hicieron insolentes y tiranos, mudando de costumbre, eligieron cada año dos gobernadores, juzgando que así no darian lugar á nadie para ensoberbecerse: en este tiempo comenzó cada uno á señalarse y mostrar su ingenio; porque los reyes tienen mayores sospechas de los hombres de bien, que de los ruines; y siempre temen las virtudes de otros.

Mas dificultosamente se creia en cuán pocos años se acrecentó la ciudad después que se vió libre (porque tanto deseaban todos la fama), y los mancebos luego que tenian edad para la guerra, trabajando en el ejército aprendian con el uso la milicia, poniendo mas su gusto en las armas vistosas y en algun caballo brioso, que en mujeres y convites; y á hombres como estos ningun trabajo les era nuevo, ni ningun lugar árduo ó dificultoso; ni el enemigo armado los atemorizaba, habiéndolo allanado todo la virtud; y por la gloria traian las mayores competencias; y así procuraba cada uno herir primero al enemigo, trepar por la muralla, y ser visto mientras hacia tales hazañas: estas tenian por sus riquezas, esta era entre ellos la mejor fama y la mayor nobleza; porque deseosos de honra, y liberales del dinero, pretendian un nombre grande, y una hacienda honrosa. Si no me apartase demasiado de lo que he propuesto, podria decir los lugares donde los romanos con poca gente desbarataron grandísimos ejércitos de enemigos, y las ciudades que ganaron peleando contra los reparos de la naturaleza; pero verdaderamente la fortuna tiene imperio sobre todas las cosas; y ella las celebra, ó en-

(1) Nacion muy antigua de Italia, que habitaba en el Lacio, que es la campiña de Roma.

cubre mas conforme á su gusto que á la verdad. Las de los atenienses fueron, á lo que yo juzgo, muy ilustres y grandiosas, aunque algo menores de lo que la fama encarece; mas porque hubo en aquella ciudad escritores de grandísimo ingenio, son en todo el mundo tenidos por los mayores los hechos de esta nacion; y así se estima el valor de aquellos que los hicieron, segun le supieron engrandecer con sus palabras los grandes escritores; y nunca se hallaron tantos en Roma, porque los mas prudentes andaban mas ocupados en los negocios, y ninguno ejercitaba el ingenio sin trabajar juntamente con el cuerpo; y los mejores querian mas hacer las cosas que decirlas, y dejar que alabasen otros las suyas que referir ellos las agenas: y así en la paz como en la guerra observaban las buenas costumbres, habiendo entre todos una conformidad grandísima, sin género de avaricia; pues la justicia y razon tenian mas fuerza con ellos por su buen natural que por las leyes; guardaban las rencillas y discordias, los enojos y las enemistades contra los enemigos; porque los ciudadanos entre sí competian en virtudes: muy espléndidos en sus sacrificios, muy moderados en sus casas, y fieles á sus amigos, siendo el valor en la guerra, y la justicia en la paz, las dos cosas con que se conservaron á sí y á su república; y con lo que mas se comprueba esto es con haber sido en la guerra castigados mas veces los que pelearon contra la órden, y tardaron despues de dada la señal en retirarse de la batalla, que los que desampararon sus banderas, y perdieron sus puestos; y en la paz el ejercer el imperio mas con los beneficios que con el temor, y querer antes perdonar que vengar las injurias recibidas.

Mas despues que con la diligencia y justicia se acrecentó la república, y fueron vencidos en las guerras los reyes grandes, y sujetadas por fuerza las naciones feroces y pueblos poderosos, habiendo sido totalmente destruida Cartago, la competidora del romano imperio, con que le quedaba abierto el paso á todos los mares y tierras, entónces empezó á alterarse la fortuna y á revolverlo todo; pues que á los que con facilidad sufrian los trabajos y peligros, y los sucesos adversos y prósperos, daban molestia y pesadumbre la quietud y las riquezas, cuyo deseo hubieran de dejar á otros; y así creció al principio la codicia del dinero, y luego la ambicion, y este fué el orígen de todos los males; porque la avaricia atropelló á la fidelidad y verdad, y á las otras buenas artes, introduciendo en lugar de ellas la crueldad y soberbia, el menosprecio de los dioses y las negociaciones; y la ambicion enseñó á ser falsos á muchos, que traían una cosa escondida en el pecho, y otra pronta en la lengua; mostrando mejor semblante de lo que era el corazon; y tomando las amistades y enemistades, nó conforme razon, sino segun sus conveniencias; y estas cosas fueron aumentándose poco á poco, hasta que habiendo como algun mal contagioso inficionado á todos, se mudó la ciudad y el mejor y mas justo imperio en el mas cruel é intolerable. Pero al principio no se habia la avaricia apoderado tanto de los ánimos de los hombres cuanto la ambicion, vicio que todavía está mas cerca de la virtud; porque los buenos y los malos desean juntamente la gloria, las honras y el imperio; mas, los unos van por el camino derecho, los otros, faltándoles la virtud, se valen de engaños y astucias; la avaricia se inclina al dinero, que nunca fué codiciado de los sabios; y como está corrompida de todos los males, debilita, cual el veneno, al cuerpo y ánimo varonil, siempre sedienta é insaciable, sin que basten á aplacarla la falta ni la abundancia.

Pero despues que Lucio Sila, habiendo usurpado por fuerza la república, tuvo los fines muy contrarios á sus buenos principios, todos comenzaron á robar, codiciando unos las casas, y otros las heredades; porque no se hallaba en los vencedores templanza ni modestia alguna cuando ejecutaban en los ciudadanos crueldades horribles y atroces. Á esto se añadia el haber Lucio Sila, para tener mas obligado al ejército que gobernaba en Asia, permitido en el, contra las costumbres de nuestros mayores, demasiadas libertades y desórdenes; y aquellos lugares amenos y deleitosos ablandaron fácilmente con el ocio los feroces ánimos de los soldados; y allí fué donde empezó el ejército del pueblo romano á darse á los amores y banquetes, y á estimar las estátuas, los retablos y vasos labrados que robaban en público y en secreto, despojando los templos, y violando todas las cosas sagradas y profanas; y así estos soldados, despues de ganada la victoria, no dejaron cosa á los vencidos; y pues en las prosperidades se pierden los prudentes, mal se podian moderar en la victoria los que andaban tan estragados: y luego que vino á fundarse la honra en las riquezas, y que estas dieron introduccion á la gloria, al poder y al imperio, comenzó á padecer la virtud, á ser menospreciada la pobreza y odiosa la inocencia; de manera que, juntamente con las riquezas acometieron á la mocedad la injuria y avaricia, acompañadas de la soberbia; siguiéronse los robos y gastos de los que, desestimando las cosas propias, apetecian las agenas; y sin vergüenza ni honra confundian las divinas y humanas, no usando de moderacion ó respeto alguno. Razon es que cuando se han visto las casas y heredades que compiten en sus edificios con las ciudades, se visiten los templos de los dioses que fundaron nuestros mayores, los mas religiosos de todos los mortales, que adornaban las iglesias con devocion, y las casas con honra, no quitando á los vencidos otra cosa mas que los medios de ofender; pero estos, afeminados con notable maldad, tomaban á los confederados lo que les dejaron aquellos varones insignes y victoriosos, como si el hacer injurias fuera usar del imperio.

¿Mas de qué servirá contar cosas que solo pueden creer los que las vieron? como que muchas personas particulares allanaron montes é hicieron mares; que, á lo que me parece, se quisieron burlar del dinero, pues se daban priesa á gastar con deshonra lo que podian gozar honradamente; y no eran menores sus adulterios, los excesos de las mesas, y de todas las otras cosas, ya que sufrian en sí los hombres lo que las mujeres, y vendian ellas públicamente su honra; y para satisfacer á la gula no habia cosa que no buscasen en mar y tierra, durmiendo antes de la hora en que los llamaba el sueño, sin aguardar jamás el hambre ó sed, el frio ni el cansancio; porque con todo cumplian antes de tiempo por cumplir con su gusto; y estas cosas provocaban á maldades la juventud despues de haber consumido sus haciendas; y los que estaban mal acostumbrados, no se podian bien apartar de los vicios, que los obligaban á gastar y adquirir por cualquier camino.

Y así Catilina (lo que era cosa facilísima en una tan grande y corrompida ciudad) traia consigo, como por guarda, tropas de todos los facinerosos y perdidos, porque cualquier desvergonzado, adúltero y gloton, que habia disipado su patrimonio en sus desórdenes y deleites, ó se hallaba cargado de deudas, para eximirse de ellas y de las penas; y los que, habiendo muerto á sus padres, y profanado los templos, estaban ya convencidos, ó temian por sus delitos la sen-

tencia; y los que vivian de derramar la sangre de sus ciudadanos, ó de hacer juramentos falsos; y finalmente aquellos á quienes affligian la necesidad, y por sus maldades la conciencia, todos estos andaban y trataban con Catilina; y si alguno, que aun vivia libre de culpa, venia á tener con el amistad, luego con la conversacion ordinaria y sus halagos, le imitaba de manera, que no se diferenciaba de los demás; pero ningunas amistades procuraba tanto como las de los mancebos, cuyos ánimos blandos y poco firmes por la edad, se dejaban llevar mas fácilmente; porque, segun la inclinacion que á cada cual daban sus años, á unos buscaba amigas, y á otros compraba perros y caballos; finalmente no tenia cuenta con la honra ni el gasto, mientras le quedasen fieles y obligados: sé que pensaron algunos que los mancebos que frecuentaban la casa de Catilina no usaron bien de sus personas; pero esta fama corrió mas por las otras cosas que hubo, que porque hubiese certidumbre de ella. Catilina en su mocedad cometió muchos estupros nefandos con una doncella noble, y una monja de la diosa Vesta; haciendo otros excesos semejantes contra toda razon y justicia, hasta que se aficionó á Aurelia Orestila, de la cual no alabó nunca ningun hombre de bien otra cosa mas que la hermosura; y por no atreverse ella á casarse con él, temiendo al entenado ya grande, se tiene por cosa cierta que mató Catilina á su hijo, para que no hubiese en su casa quien impidiese las abominables bodas; y esto me parece que fué lo que mas le obligó á apresurar la maldad, porque aquel ánimo malvado, odioso á los dioses y hombres, no podia tener sosiego de dia ni de noche por los tormentos que le daba su conciencia; y así traia perdido el color, los ojos turbados, andaba algunas veces muy aprisa, y otras muy despacio; y finalmente mostraba bien en el rostro su inquietud; pero con mil modos instruia en sus maldades á los mancebos, que como dije tenia ya de su mano; y así daban firmas y testimonios falsos, sin hacer caudal de la fé, de sus haciendas ni de los peligros; y después que les habia quitado la fama y la vergüenza los obligaba á cosas mayores; y cuando no se les ofrecia ocasion para pecar, hacia que engañasen y matasen así á los inocentes como á los culpados, porque no perdiesen estas buenas costumbres no ejercitándolas; y, ofendiendo sin causa, viniesen á ser mas insolentes y crueles.

Confiado en estos amigos y compañeros, y viendo todas las tierras muy endeudadas, y que muchos soldados de Sila, por los grandes gastos que habian hecho, acordándose de los robos y de la victoria, deseaban la guerra civil, determinó de oprimir la república. En Italia no habia ejército, Cneo Pompeyo hacia la guerra en las mas remotas tierras, y Catilina vivia con no pocas esperanzas de alcanzar el consulado, no atendiendo los senadores á cosa alguna, por verlas todas quietas y sosegadas, que era lo que mas facilitaba el designio de Catilina; y así á los primeros de junio, siendo cónsules Lucio César y Cayo Fígulo, comenzó á solicitar á cada cual en particular, exhortando á unos, y tentando á otros con representarles sus riquezas, el ruin gobierno de la república, y los grandes premios que hallarian en la conjuracion; y después que tuvo bien reconocido lo que pretendia, juntó los que le parecian mas fieles y atrevidos. Allí vinieron de los senadores Publio Léntulo Sura, Publio Antronio, Lucio Casio Longino, Cayo Cétego, Publio y Sergio Sulas, hijo de Servio, Lucio Vargunteyo, Quinto Annio, Marco Porcio Leca, Lucio Bestia, y Quinto Curio; y del órden de los caballeros, Marco Fulvio Nobilior, Lucio Estatilio, Publio Gabinio Capiton, y Cayo Cornelio; y con estos, otros muchos de las colonias y municipios (1), que eran de los principales de ellos; y tambien nó pocos de los nobles, que algo mas ocultamente tenian para en este consejo, estimulándolos mas el deseo de mandar, que la pobreza ú otra necesidad: todos los demás mancebos, particularmente los de mayor calidad, favorecian los intentos de Catilina; y aunque podian gozando del ocio vivir con mucho fausto y regalo, dejaban las cosas inciertas por las seguras, y la guerra la preferian á la paz. Hubo en aquel tiempo algunos que creyeron que Marco Licinio Craso no ignoró lo que se trataba, pues por gobernar Cneo Pompeyo su enemigo un grande ejército, deseaba ver á cualquiera con fuerzas para oponérsele; y confiábase en que, viniendo á prevalecer los conjurados, fácilmente seria el primero entre ellos. Pero ya habian conspirado otra vez algunos contra la república; y por haberse tambien hallado Catilina en esta conjuracion, la referiré lo mas puntualmente que pudiere.

En el consulado de Lucio Tulo, y Manlio Lépido, fueron castigados Publio Antronio y Publio Sila, que habian sido nombrados para suceder en este cargo, porque los convencieron de haberle procurado con negociaciones secretas; y de allí á poco se prohibió á Catilina, acusado por su mala administracion y cohechos, que no pidiese el consulado, ya que no habia dado sus descargos al tiempo que señalaba la ley. Vivia aun entónces Cneo Pison, mancebo noble, atrevido, pobre y revoltoso, á quien incitaban á perturbar la república la necesidad y sus malas costumbres; y habiéndole á los 5 de diciembre comunicado Catilina y Antronio su empresa, resolvieron que en el primer dia de enero matasen en el Capitolio á los cónsules Lucio Torcuato y Lucio Cotta, y usurpando el consulado enviasen á Pison con un ejército al gobierno de entrambas las Españas; pero, habiéndose venido á descubrir esto, diferian la ejecucion hasta los 5 de febrero, que entónces estaban resueltos á matar nó solo á los cónsules, sino tambien á la mayor parte de los senadores; y si Catilina no se hubiera anticipado en dar la señal delante de la audiencia á los conjurados, se cometiera en aquel dia la mayor maldad que jamás se vió después de fundada Roma; mas por no hallarse aun allí muchos con armas, no tuvo efecto. Después de esto Pison, siendo cuestor, fué enviado con título de pretor á la España citerior (2) á instancia de Craso, que sabia que era enemigo mortal de Cneo Pompeyo; y el senado no le dió este cargo de mala gana, deseando que estuviese lejos de la república un tan ruin hombre; y asimismo porque muchos buenos le pensaban tomar por su protector contra el poder de Cneo Pompeyo, que ya entónces causaba sospechas. Pero Pison fué muerto en el camino por algunos caballeros españoles que llevaba en su ejército. Unos dicen, que los bárbaros no pudieron sufrir sus soberbias é injustas órdenes; otros, que aquellos caballeros eran servidores antiguos de Cneo Pompeyo, y que persuadidos de él acometieron á Pison; pues en ningun tiempo los españoles, con haber tenido muy insolentes gobernadores, habian hecho cosa semejante. Mas yo lo dejo averiguar á otros, y ya he dicho lo que basta de aquella conjuracion.

---

(1) Las ciudades y lugares, á quienes daban los romanos muchos privilegios, y el mayor de ser ciudadanos de Roma; mas el municipio conservaba su república antigua en leyes y gobierno, sin obligacion de guardar las de Roma; y en esto se diferenciaba de la colonia.

(2) España se dividia en citerior y ulterior: citerior era la que estaba mas hácia Italia, desde los Pirineos hasta todo el reino de Toledo: y ulterior, todo lo que restaba de Andalucía, Estremadura y Portugal.

Catilina después que vió juntos á todos los que he nombrado, aunque con cada uno de ellos habia diversas veces tratado muchas cosas, pareciéndole todavía conveniente hablarles y exhortarles en general, los llevó á una parte secreta de su casa, donde estando lejos todos los testigos, les hizo esta plática:

« Si yo no hubiera conocido por experiencia vuestra fidelidad y virtud, mal nos pudiéramos valer de esta buena ocasion, y no nos aprovechara el tener en las manos una esperanza tan grande del imperio; porque con personas de poco ánimo y entendimiento no habia yo de abrazar las cosas dudosas, dejando las seguras. Mas, como en muchas é importantes ocasiones he visto vuestro valor, y la lealtad que habeis usado conmigo, me atreví á hacer una grande y gloriosa hazaña, por parecerme tambien que vuestros bienes y males, y los mios, son todos unos; pues en el querer y no querer una misma cosa consiste la verdadera amistad. Pero ya he dicho en particular á cada uno de vosotros lo que tengo propuesto, y cada dia se me enciende mas el ánimo, mientras considero qué vida ha de ser la nuestra, si nosotros mismos no nos ponemos en libertad: ya que desde que algunos de los poderosos se enseñorearon de la república, y les fueron siempre tributarios los reyes y tetrarcas, y les pagaron estipendio los pueblos y las naciones; todos los demás virtuosos, buenos, nobles y plebeyos somos contados entre el vulgo, sin favor y sin autoridad, viviendo sujetos á aquellos que, si conservase su dignidad la república, temblarian de nosotros; y así todo el poder, gobierno, honra y riquezas están en sus manos, ó donde ellos quieren, dejándonos á nosotros los peligros y afrentas, y con los tormentos la pobreza: cosas que ¿hasta cuándo las sufrireis, ó varones valerosísimos? ¿No vale mas morir con honra, que perder entre mil oprobios una vida miserable y vituperosa, después que hubieren hecho escarnio de ella los soberbios? Pero yo protesto á los dioses y á los hombres, que tenemos en nuestro poder la victoria, hallándonos en lo mejor de nuestra edad, y habiendo ellos perdido todas sus fuerzas en los años y riquezas: solo nos falta el comenzar, que todo lo demás se facilitará por sí: ¿y qué hombre hay que tenga corazon de hombre, que sufra que á ellos les sobre el dinero, y que le consuman en hacer mares y allanar montes, y que á nosotros nos falte para el sustento ordinario? ¿Que gocen de tres y mas casas juntas, y que no hallemos nosotros ni un aposento en que recogernos? ¿Que compren retablos, estátuas y vajilla, desprecien las casas viejas, derriben las nuevas y fabriquen otras, buscando invenciones para gastar y acabar el dinero, y no basten aun todos sus excesos á dar fin á sus riquezas? Pero nosotros vemos la necesidad en nuestras casas, y fuera de ellas las deudas; nuestras cosas en mal estado, con peores esperanzas; y así ya que no nos queda mas que la triste vida, ¿cómo no acabais de desengañaros estando delante de vuestros ojos la libertad que tanto habeis deseado, y con ella las riquezas, la honra y la gloria? Que todos esos premios decretó la fortuna para los vencedores. La ocasion, el tiempo, los peligros, la necesidad y los despojos grandes de la guerra os han de mover mas que mis palabras; tomadme por capitan ó por soldado; que ni mi ánimo ni mi cuerpo se apartará de vosotros; y espero verme cónsul, y ejecutarlo todo en vuestra compañía, si no me engaña el corazon, y si no vivis mas inclinados á servir que á mandar. »

Cuando oyeron esto los que se veian oprimidos de males, sin algun remedio ó esperanza, aunque les parecia bastante recompensa el perturbar las cosas quietas, con todo eso le pidieron muchos de ellos, « que propusiese la forma de la guerra, los premios que pretendia por ella, y las ayudas y esperanzas que tenia. » Entónces les prometió « eximirlos de todas sus deudas con el destierro de los ricos; repartió los magistrados, sacerdocios, robos, y demás que traen consigo las armas y la insolencia de los vencedores; que estaba en la España citerior Pison, y en la Mauritania Publio Sitio Nucerino con su ejército, y que con entrambos habia comunicado su intento; que pedia el consulado Cayo Antonio su amigo, y que padecia extrema necesidad, á quien esperaba tener por compañero, y con este cónsul dar principio á la empresa. Echaba mil maldiciones á todos los buenos, y nombrando á cada uno de sus amigos le alababa, representando á algunos su pobreza, á otros sus deseos, á los mas el peligro y afrentas, y á muchos la victoria de Sila, y cuanto les habia valido; » y después que vió los ánimos dispuestos, los despidió rogándoles que procurasen ayudar su pretension.

No faltó en aquel tiempo quien dijo que, habiendo Catilina acabado su plática, y tomando el juramento á los que le asistian para la maldad, les dió en una taza vino mezclado con sangre humana; y que, habiéndolo bebido todos después que hicieron el voto como se acostumbra en los sacrificios solemnes, les declaró que habia hecho esto para que guardasen unos á otros mayor fidelidad, habiendo todos cometido un crímen tan grave. Algunos creyeron que habian fingido estas y otras muchas cosas los que procuraban aplacar el ódio que cobraron á Ciceron, afeando la maldad de los que fueron castigados; pero con ser ella en sí tan grande, nunca la pude averiguar.

Hallóse en la conspiracion Quinto Curio, que era (aunque noble) en extremo vicioso y estragado; y así por su ruin fama le habian removido del senado los censores: tenia este hombre no menor vanidad que atrevimiento, y no sabia callar lo que habia oido, ni encubrir sus propias maldades, no reparando jamás en lo que hablaba ó hacia. Hacia mucho que andaba amancebado con Fulvia, mujer noble; pero, no pudiendo ya darla tanto por su pobreza, no era tan regalado de ella; y así jactándose de repente, « comenzó á prometerla grandes cosas, amenazándola á veces con la espada si no se sujetaba totalmente á su gusto, » y mostrábase mas bravo de lo que solia. Pero Fulvia rastreando la causa por la insolencia de Curio, no tuvo encubierto un peligro tan grande de la república; mas callando el autor contó á muchos la conjuracion de Catilina, segun lo que habia entendido.

Esto fué lo que mas dispuso las voluntades de todos á dar el consulado á Marco Tulio Ciceron, porque hasta entónces lo tomaba mal la nobleza envidiosa, juzgando que se violaria esta dignidad entregándola á un hombre nuevo, aunque valeroso. Pero despues que se conoció el peligro, perdieron sus fuerzas la envidia y soberbia; pues que en la junta que se hizo para la eleccion fueron nombrados cónsules Marco Tulio y Cayo Antonio, con que se atemorizaron al principio los conjurados; aunque no perdia Catilina un punto de su furor, antes intentaba mas cosas cada dia, juntando armas en los lugares mas convenientes de Italia, y tomando dineros sobre su crédito ó el de sus amigos, y haciéndolos llevar á Fesulas (1) á manos de un cierto Manlio, el que después empezó la guerra; y dicen que atrajo entónces á muchos hombres de diferente calidad, y tambien á algunas mu-

(1) Fiézoli.

jeres que con lo que ganaban por su cuerpo pudieron en un tiempo sustentar muy grandes gastos, mas después que creciendo los años perdieron sus ganancias y nó sus antojos, se habian endeudado; y por medio de estas esperaba Catilina ganar los esclavos de Roma, poner fuego á la ciudad, granjear ó matar á sus maridos. Una de ellas era Sempronia, en quien se habian visto muchas veces muchos atrevimientos de hombre. Fué no poco dichosa en el linage y hermosura, y en su marido é hijos. Hablaba muy bien el latin y griego, y sabia danzar y cantar mejor de lo que parece en las honradas; y tenia otras muchas cosas que provocan á lujuria, no estimando ninguna menos que la honra y la vergüenza; porque mal se pudiera conocer si hacia menor caudal de la fama que del dinero, siendo tan desordenada que requeria mas veces á los hombres de lo que era requerida de ellos. Estaba acostumbrada á negar la palabra y sus deudas con falsos juramentos; habia causado muertes, y andaba del todo perdida por sus excesos y pobreza. Pero con su buen ingenio componia versos, sabia burlarse, y parecer cuando hablaba unas veces modesta, y otras lasciva y desenvuelta si queria; y era finalmente, muy graciosa y agradable.

Teniendo preparadas todas estas cosas, no dejaba Catilina de pedir de la misma manera el consulado para el año siguiente, con esperanzas de que alcanzándole haria de Antonio todo cuanto quisiese; y entretanto no descansaba, buscando mil trazas para descomponer á Ciceron, á quien no faltaban tampoco artificios y astucia para librarse de ellas, porque, desde el dia que le eligieron por cónsul, haciendo por medio de Fulvia prometer muchas cosas á Curio (de quien ha poco que traté) vino á saber todos los designios de Catilina; y asimismo, dejando la provincia á su compañero Antonio, le habia obligado á no emprender nada contra la república; y traia secretamente, aunque nó muy lejos de su persona, muchos amigos y clientes.

Habiendo llegado el dia de la eleccion, y no saliendo Catilina con su peticion, ni con las cosas que habia tramado contra el cónsul, se resolvió á la guerra, exponiéndose al último peligro, ya que en todo lo que intentaba ocultamente habia tenido un tan ruin y tan infame suceso; y así envió á Cayo Manlio á Fesulas, y á aquella parte de Etruria (1), y á un cierto Septimio Camerte al Piceno (2), y á la Pulla á Cayo Julio, y otros á otras tierras, donde le parecia que serian de mas servicio. Entretanto hacia en Roma diversas cosas á un mismo tiempo, maquinando contra el cónsul, y buscando modos para pegar fuego á la ciudad, y ocupar con gente armada los puestos mas convenientes; traia espada, y mandaba á los demás que la trajesen, exhortándolos para que siempre estuviesen apercibidos y prontos, haciendo de dia y de noche sus diligencias, sin cansarse de ningun trabajo, ni de andar desvelado: finalmente, viendo que no le sucedia cosa alguna de tantas, tornó á llamar á media noche á los principales de la conjuracion por Marco Porcio Leca, y quejándose mucho de su flojedad, les dijo: «como habia enviado delante á Manlio con aquella gente que ya tenia prevenida para tomar las armas, y otros á los lugares mas necesarios, que comenzarian la guerra, y que él deseaba irse al ejército, si dejase primero oprimido á Ciceron, que era el que mas estorbaba su intento».

Entónces, estando dudosos y turbados los demás, se ofreció á ayudarle Cayo Cornelio, caballero romano y

(1) Toscana. (2) La marca de Ancona.

Lucio Varganteyo, senador, concertando que de allí á poco, y aquella misma noche irian con algunos armados á casa de Ciceron, como si fuesen á saludarle, y que hallándole descuidado le matarian. Curio, como vió el peligro del cónsul, le hizo luego avisar por Fulvia; y así tomaron en vano esta empresa, pues no les abrieron la puerta.

Pero entretanto Manlio andaba induciendo en Etruria al pueblo deseoso de novedades, así por su pobreza como por las injurias recibidas, habiendo en el gobierno de Sila perdido todos sus bienes y posesiones, y solicitaba tambien á todos los bandoleros (porque siempre hay muchos en aquellas tierras) y á algunos de las colonias de Sila, que en sus excesos y vicios habian consumido sus grandes robos.

Entendiendo todo esto Ciceron, y hallándose en tal peligro muy perplejo, ya que no bastaba su parecer solo á defender mas la ciudad contra tantas máquinas ni sabia puntualmente la gente que tenia en su ejército Manlio, ni sus designios, dió cuenta al senado de esto, que ya habia divulgado entre el pueblo la fama; y así decretó el senado, como suele en los mayores peligros, «que procurasen los cónsules que no recibiese daño la república;» que este es el mayor poder que, conforme á las costumbres de los romanos, da el senado á los magistrados, para levantar ejército, mover guerra, constreñir por cualquier camino á los confederados y ciudadanos, y tener en la ciudad y en el campo suma autoridad de mandar y juzgar; porque de otra manera sin órden del pueblo no se permite ninguna cosa de estas al cónsul.

De allí á pocos dias Lucio Estenio, senador, leyó en el senado unas cartas, diciendo que las habia recibido de Fesulas, en que le avisaban, que á los 27 de octubre habia en compañía de Cayo Manlio tomado las armas un gran número de gente; y como se suele en semejantes casos, añadian algunos que habia habido prodigios y monstruos; y otros, que se hacian juntas, y llevaban armas; y que en Capua y la Pulla movian guerra los esclavos; y así por decreto del senado, fueron enviados á Fesulas Quinto Marcio Rey, y á la Pulla y lugares comarcanos Quinto Metelo Cretico; que á entrambos estos capitanes no dejaban entrar con triunfo en la ciudad las calumnias de algunos que tienen por costumbre vender así las cosas justas como las injustas; pero de los pretores fue á Capua Quinto Pompeyo Rufo, y al Piceno Quinto Metelo Celer, y dióseles poder «para juntar ejercito, segun el tiempo y la necesidad;» y á los que descubriesen algo de la conjuracion hecha contra la república, «señalaron por premio, al esclavo libertad y cien sextercios y al libre el perdon si se hubiese hallado en ella, y doscientos sextercios;» y tambien ordenaron, «que en Capua y en las otras villas privilegiadas, segun la posibilidad de cada una, se alojasen las compañías de los gladiadores, y que por toda Roma hubiese rondas, y se encargasen á los magistrados menores.»

Estas cosas alteraron y mudaron la forma de la ciudad, cuyos grandes regocijos y deleites, nacidos de larga paz, se convirtieron de repente en tristeza, andando todos temerosos y turbados, sin asegurarse de persona ni lugar alguno, y sin saber resolverse á la guerra ó á la paz, representándose cada cual el peligro á la medida de su temor; y además de esto, las mujeres que se confiaban en la grandeza de la república, asombradas con un nuevo miedo, se afligian levantando las manos al cielo, y compadeciéndose de sus hijuelos preguntaban mil cosas, espantándose de todas; y dejando sus galas y regalos, desconfiaban de sí mismas y de la república.

Pero el ánimo cruel de Catilina no se apartaba de su intento, aunque veia preparar los remedios, y habia sido conforme á la ley Plautia (1) interrogado por Lucio Paulo. Finalmente, para mayor disimulacion y para forma de descargo, como si le hubieran hecho injuria, vino al senado; entónces el cónsul Marco Tulio, movido de la ira ó del temor que le causaba su presencia, hizo una muy elegante plática, y no menos útil á la república, y despues la dió por escrito: Catilina, como tenia ya resuelto de disimular todas las cosas, bajando los ojos empezó con voz humilde á suplicar á los padres, «que no creyesen nada de él sin gran fundamento; que era de buen linaje, y desde niño se habia criado de manera, que no se podia esperar de él sino bien; y que no imaginasen que uno de los nobles mas antiguos, que, además de los muchos servicios de sus mayores, habia hecho otros al pueblo romano, hubiese de desear la destruccion de la república, cuando la conservaba Marco Tulio, ciudadano nuevo de Roma;» y como iba añadiendo á esta otras injurias, comenzaron todos á dar voces, llamándole enemigo y parricida. Entónces indignándose dijo: «ya que me veo rodeado de tantos contrarios que procuran mi perdicion, apagaré mi fuego con las ruinas;» y luego saliendo de la Curia se retiró á su casa donde despues de haber considerado muchas cosas, y que ninguna de sus trazas le aprovechaba contra el cónsul, y que las rondas de la ciudad impedian el fuego; pareciéndole que lo que mas le convenia era acrecentar el ejército, y antes que se hubiesen levantado las legiones proveer muchas cosas necesarias á la guerra, á media noche, acompañado de pocos, se fué al campo de Manlio, encomendando á Cetego y Léntulo, y á los demás que tenia por mas prontos y arriscados, que con todos los medios posibles esforzasen su bando, y solicitasen la muerte del cónsul, con otros homicidios, incendios y males de la guerra; y que él con un grande ejército volveria presto á la ciudad.

Mientras se hacian estas cosas en Roma, envió Cayo Manlio algunos de sus compañeros á Quinto Marcio Rey, con órden de que le dijesen lo siguiente: «Á los dioses y hombres tomamos por testigos, oh emperador, de que no nos armamos contra la patria, ni con ánimo de ofender, sino de evitar afrentas, ya que por la violencia y crueldad de los usureros habemos perdido los mas nuestra patria, y todos la honra y hacienda; sin que conforme á la costumbre de nuestros mayores se haya permitido á alguno valerse de la ley, y quedar con la persona libre cuando se le quitaba el patrimonio; que tan grande ha sido el rigor de los usureros y del pretor. Pero nuestros antepasados, que tenian compasion del pueblo romano, remediaron muchas veces con sus decretos su necesidad; y últimamente en nuestro tiempo, queriéndolo así todos los buenos, por ser tan grandes las deudas, se pagaron del comun; y aunque en diversas ocasiones, por deseo de mandar, ó por la soberbia de los magistrados tomó las armas la plebe, separándose del senado, nosotros no pretendemos imperio ni riquezas, que son las causas de todas las guerras que hay entre los mortales; sino la libertad que no pierde ningun hombre de bien sin perder con ella la vida; y así os suplicamos, y al senado juntamente, que socorrais á los miserables ciudadanos, restituyéndoles el privilegio que les ha quitado la injusticia del pretor; y que no nos obliguéis á buscar algun remedio para vender mas caro nuestras vidas.»

(1) En que se ordenaba al que era acusado de alguna conjuracion que respondiese á todo lo que se le preguntase en el Capitolio.

Respondió á esto Quinto Marcio, que «si querian pedir algo á los padres dejasen las armas, y fuesen á humillarse al senado y pueblo romano, que habia usado siempre de tanta misericordia y clemencia, que jamás imploró alguno su favor en vano.»

Pero Catilina escribió desde el camino á muchos consulares, y á todas las personas de mayor autoridad, que habia sido acusado falsamente y no pudiendo resistir á la malicia de sus enemigos, cedia á la fortuna y se iba desterrado á Marsella, nó por hallarse culpable de un crímen tan grave, sino porque gozase de quietud la república, y de sus contiendas no naciese alguna sedicion.

Muy diferente era la carta que Quinto Cátulo leyó en el senado, que, segun decia, le habian dado de parte de Catilina, cuyo traslado es este:

Lucio Catilina á Quinto Cátulo, salud:

«Tu gran fidelidad, de que por la experiencia que de ella tengo estoy tan satisfecho, me dió ánimo para que en mis mayores peligros me confiase de tí; y así no quise dar ningunos descargos en esta mi nueva resolucion, pues que te juro, que tengo libre de culpa la conciencia, como podrás conocer claramente. Estimulado de injurias y afrentas, ya que me privaban del fruto de mi industria y trabajo, negándome las honras debidas á mi nobleza, tomé á mi cargo, como suelo, la causa comun de los miserables, nó porque no fuesen bastantes mis posesiones para pagar mis deudas propias, pues Aurelia Orestila es tan liberal, que de su hacienda y de la de su hija satisface las que hice por otros, sino porque vea dar los oficios á personas indignas y de que sus falsas sospechas me hicieron odioso. Esto me movió á abrazar unas esperanzas harto honrosas, segun el estado en que me hallo, para conservar lo que aun me queda de mi dignidad. Mas os queria escribir cuando me avisaron que se armaban contra mí; y así te encomiendo á Orestila fiándola de tu amistad; y por tus hijos te ruego, que no consientas que la hagan algun agravio.—Dios te guarde.»

Pero él, habiéndose detenido algunos dias en el territorio de Arezzo con Cayo Flaminio, para armar la gente de aquella comarca, que antes habia solicitado, se fué á Cayo Manlio llevando delante los Faces (1), y las otras insignias del imperio. Teniéndose aviso de esto en Roma, «declaró el senado por enemigos á Catilina y Manlio, señalando á los demás un plazo en que pudiesen sin castigo dejar las armas los que aun no estaban condenados por delitos capitales, y ordenó asimismo, que levantasen gente los cónsules, y Antonio con el ejército fuése luego en seguimiento de Catilina, y quedase Ciceron guardando la ciudad.»

En ningun tiempo me pareció mas miserable que entónces el imperio del pueblo romano, pues obedeciéndole desde levante á poniente todas las tierras que con sus armas habia sujetado, y gozando en su patria del sosiego y de las riquezas, que son las cosas mas estimadas de los hombres, hubo todavía ciudadanos que por su obstinacion se quisieron destruir á sí y á la república; porque con haber publicado dos decretos el senado, prometiendo recompensas no pudo mover el premio á uno solo para que descubriese la conjuracion, ó desamparase el campo de Catilina; que tanta era la fuerza del mal, y habia inficionado de suerte este contagio los ánimos de la mayor parte de los ciudadanos, que, nó solamente tenian dañada la voluntad los conjurados, pero toda la plebe inclinada á noveda-

(1) Llevaban estos los lictores, y eran unos manojos de varas con una hacha, y á veces sin ella.

des aprobaba la empresa de Catilina; mostrando bien en esto, que no habia perdido sus costumbres; porque siempre en cualquiera ciudad tienen los viciosos envidia á los buenos, y alaban á los malos; aborrecen las cosas antiguas apeteciendo otras nuevas; y enfadados de las suyas procuran mudarlas todas, y sin ningun cuidado viven de las revueltas y sediciones; y aunque se puede pasar fácilmente la pobreza sin ofender á nadie, se habia echado á perder la plebe por muchas causas; de que era la primera el haberse juntado en Roma, como en un receptáculo de maldades, los que en otras partes habian hecho las mayores insolencias é infamias, y los que vituperosamente habian consumido sus haciendas; y finalmente todos los que por sus vicios y torpezas andaban desterrados de sus patrias, y tambien muchos, acordándose de la victoria de Sila, y viendo que ahora eran senadores los que habian sido soldados ordinarios, y que algunos con sus grandes riquezas se trataban como reyes, cada cual se prometia estas cosas, si saliese vencedor en la guerra: y demás de esto la gente moza que labrando la tierra habia sustentado con el salario la pobreza, antepuso el ocio de la ciudad al trabajo ingrato; estos y todos los otros se alimentaban con los males de la república; y tanto menos nos debemos maravillar de que hombres necesitados y viciosos, induciéndolos una grande esperanza, no tuviesen mas cuidado de sí propios que de la república; y los hijos de los que fuéron desterrados por la victoria de Sila, á los cuales habian quitado sus haciendas, y quebrantado los fueros de su libertad, no aguardaban con diferente ánimo el suceso de la guerra, y asimismo los que no eran del bando de los senadores, querian mas ver perturbada la república, que perder un punto de su autoridad; que este mal habia vuelto después de muchos años á Roma; porque, habiéndose en el consulado de Pompeyo y Craso restituido otra vez su poder á los tribunos, los mancebos que tenian en aquella edad mayores bríos, y se veian tan autorizados, comenzaron con hablar mal del senado á irritar la plebe, y obligándola mas con dádivas y promesas, vinieron á alcanzar mayores fuerzas y nombre. Opontaseles con brava resolucion casi toda la nobleza del senado, como si hicieran esto por amor de la república, siendo para conservar su grandeza; porque, para decir brevemente la verdad, los que en aquellos tiempos atormentaron la república, se valieron de pretextos honrosos; algunos como si defendieran los privilegios del pueblo; otros como si procuraran que nadie se igualase á la dignidad del senado; y así, só color del bien público, pretendia cada cual engrandecerse, sin guardar alguna modestia ó modo en sus competencias. Pero, después que á Cneo Pompeyo le hicieron general de la mar, encargándole la guerra contra Mitridates, perdió sus fuerzas la plebe, y crecieron las de algunos, que ocuparon los magistrados y gobiernos, y todas las demás cosas, gozando con seguridad de su fortuna, y atemorizando con sus sentencias á todos para gobernar mas fácilmente al comun, mientras les durase el cargo. Mas al punto que estos tumultos les dieron esperanza de poder alterar el estado de las cosas, luego volvieron á sus competencias antiguas; y si Catilina venciera la primera batalla, ó no se declarara en ella la victoria, sin duda padeciera la república grandes miserias y calamidades, y no pudieran los vencedores gozar mucho tiempo de esta buena suerte, porque después de cansados ó muertos los demás, el que quedara con mayores fuerzas se hubiera apoderado del imperio y de la libertad: todavía hubo muchos al principio, que, sin haberse hallado en la conjuracion, se fuéron á Catilina; y entre ellos fué Fulvio, hijo de un senador, á quien mandó matar su padre habiéndole alcanzado en el camino.

Entretanto en Roma Léntulo, segun le encargó Catilina, solicitaba ó hacia solicitar por otros á los que por sus costumbres, ó el estado que tenian, juzgaba prontos á cosas nuevas; y nó solamente á los ciudadanos, sino á cualquiera género de hombres, como pudiesen ser de servicio en la guerra; y así encomendó á un cierto Publio Umbreno, que hablase á los embajadores de los alobrogos (1), procurando inducirlos á ella, pareciéndole que por estar, así en general como en particular, muy endeudados, y por ser los galos naturalmente belicosos, podria fácilmente persuadirlos. Umbreno, por haber negociado en la Galia era conocido, y conocia casi á todos los príncipes de las ciudades, y así en hallando á los embajadores en la plaza, después de haberles preguntado algunas cosas de su ciudad, como si se compadeciera de su miseria, añadió: «¿qué fin aguardaban de tantos males? y como vió que se quejaban de la avaricia de los magistrados, y de que no hallando ningun socorro en el senado, aguardaban en la muerte el remedio de sus desgracias;» les dijo: «Yo os mostraré, si quereis ser hombres, el camino para libraros de tan grandes daños;» y cobrando con estas palabras notable esperanza los alobrogos, empezaron á rogarle, «que tuviese lástima de ellos, porque no habria cosa tan árdua ni tan dificultosa que no hiciesen de buena gana, como desempeñasen á su ciudad;» y así los llevó á casa de Decio Bruto, que estaba cerca de la plaza, y no era contrario á esta empresa por respeto de Sempronia, hallándose entónces Bruto fuera de Roma; y tambien llamó á Gabinio para dar mayor autoridad á sus palabras: en cuya presencia les descubrió la conjuracion, nombró los compañeros, y otros muchos de diferente calidad, que no sabian de esto, para animar mas á los embajadores; y después que le prometieron su asistencia los despidió.

Pero los alobrogos estuvieron mucho tiempo suspensos, moviéndolos de una parte las deudas, la inclinacion á la guerra, y las grandes recompensas libradas en la esperanza de la victoria; y hallando al contrario mayores fuerzas, muy seguros consejos, y en lugar de las inciertas esperanzas premios mas ciertos; y mientras tanteaban estas cosas, venció finalmente la fortuna de la república, y declararon todo lo que habian entendido á Quinto Fabio Sanga, que era el que mas favorecia su ciudad. Ciceron, á quien dió parte de ello Sanga, «ordenó á los embajadores, que, fingiéndose muy inclinados á la conjuracion, fuésen á hablar con los demás, prometiéndoles mucho, y procurando informarse bien de todo.»

Casi en los mismos dias hubo algunas revueltas en la Galia citerior (2) y ulterior (3), y asimismo en el territorio Piceno, y Brutio (4), y en la Pulla, porque los que habia enviado delante Catilina, sin consejo, y como gente desatinada intentaban á un mismo tiempo varias cosas; juntándose de noche y trayendo armas y dardos, con la priesa que se daban en todo, y su inquietud habia causado mas temor que peligro. El pretor Quinto Metelo Celer, por decreto del senado, y con conocimiento de la causa, prendió á muchos de ellos, y lo propio hizo en la Galia citerior el legado Cayo Murena; mientras en Roma Léntulo con los de-

(1) Que segun algunos eran los de Saboya, y conforme á la opinion de los otros, los del Delfinado.
(2) La parte de Italia que llamaron los antiguos Gálica.
(3) Esta se incluye en el reino de Francia.
(4) Abruzzo.

más, que eran los principales de la conspiracion, pareciéndoles que tenian ya grandes fuerzas, habian acordado, que en llegando Catilina al distrito de Fesulas convocase el tribuno Lucio Bestia al pueblo, y quejándose de las acciones de Ciceron, imputase las causas de la cruel guerra á un tan buen cónsul; y que habiendo precedido esta señal, ejecutaria la noche siguiente cada uno de los conjurados lo que se le habia encargado. Decíase que su resolucion era, que Estatilio y Gabinio con una gran tropa pusiesen en un mismo instante fuego á doce lugares los mas oportunos de la ciudad, para que con aquel tumulto pudiesen entrar mas fácilmente en casa del cónsul, y de aquellos cuya ruína procuraban; y que Cétego cercase la puerta de Ciceron acometiéndole por fuerza, y los demás á otros; y los hijos de familias, que por la mayor parte eran de los nobles, habian de matar á sus padres: y dejando con estas muertes é incendios asombrados á todos, se irian á Catilina.

Estando aparejadas y ordenadas estas cosas, se quejaba siempre Cetego de la flojedad de sus compañeros, «que con sus dilaciones y dudas perdian grandes ocasiones; que en tal peligro era necesaria la ejecucion, y nó el consejo; y que si algunos le ayudasen, aunque no se resolviesen los demás, entraria por fuerza en la Curia;» pues este hombre era naturalmente feroz, terrible, y pronto de manos: como quien ponia los mejores sucesos en la presteza.

Mas los alobrogos, conforme á la órden de Ciceron, se vieron por medio de Gabinio con los demás, «y pidieron á Lentulo, Cetego, Estatilio y Casio el juramento firmado, que habian de llevar á sus conciudadanos: porque de otra manera tendrian dificultad en persuadirles un negocio tan grave;» y ellos se lo dieron sin sospecha alguna; prometiendo Casio que iria allá dentro de pocos dias, y partió de Roma algo antes que los embajadores, con los cuales envió Léntulo á un cierto Publio Vulturcio de Crotona, para que los alobrogos primero que pasasen á su tierra confirmasen la liga con Catilina, dando y recibiendo la fe; y con el mismo Vulturcio le escribió una carta del tenor siguiente: «Por el portador sabrás quién soy: considera la miseria en que estás, y acuérdate que eres hombre; pon los ojos en lo que tu estado requiere; pide socorro á todos, aunque sean los mas viles:» y tambien le hizo decir de palabra, «que, pues el senado le habia declarado por enemigo, con qué fundamento desechaba los esclavos; que en la ciudad estaba aparejado todo lo que habia mandado; y que no tardase en acercarse á ella.» Habiendo hecho esto y señalado la noche en que habian de partir, Ciceron, á quien lo avisaron los embajadores, ordenó á los pretores Lucio Valerio Flaco, y Cayo Pomptinio, «que, poniéndose en emboscada junto al puente Milvio, prendiesen á los que iban con los alobrogos, y declaroles la causa porqué les daba esta órden; dejándoles guiar lo demás segun viesen convenir;» y ellos como soldados sin ningun ruído cercaron secretamente con sus guardas el puente de la manera que se les habia ordenado, y después que llegaron á él los embajadores y á un mismo tiempo dieron voces de entrambas partes; los galos que sabian lo que pasaba se rindieron luego á los pretores: Vulturcio animando á los otros se defendió al principio con la espada contra toda la tropa; mas, como le desampararon los embajadores, habiendo primero rogado encarecidamente á Pomptinio, á quien conocia, que le salvase la vida, finalmente desconfiado de ella y temeroso, se entregó á los pretores como á enemigos.

Habiéndose ejecutado así esto, se despachó luego con el aviso al cónsul, á quien no dió menor placer que cuidado. Holgábase viendo libre del peligro la ciudad con haberse descubierto la conjuracion; y afligíase por no saber qué resolucion seria bien que se tomase, habiéndose hallado comprendidos en una tan gran maldad tantos ciudadanos, parecíale que el castigo le causaria odio, y el perdon la ruína de la república; pero, cobrando ánimo, mandó llamar á Léntulo, Cétego, Estatilio y Gabinio, y tambien á Ceparío Terracinense, que se aprestaba para ir á la Pulla, y hacer levantar los esclavos. Los otros vinieron luego; mas Cepario, que habia salido poco antes de casa, sabiendo que estaban descubiertos, se huyó de la ciudad.

El cónsul, tomando por la mano á Léntulo (porque era pretor) le llevó al senado, y ordenó que á los demás trajesen las guardias al templo de la Concordia, donde convocó al senado, y habiéndose juntado mucha parte de el, hizo entrar á Vulturcio con los embajadores, y mandó al pretor Flaco que presentase la escribanía con las cartas que habia tomado á los embajadores. Vulturcio habiéndosele preguntado sobre la direccion de las cartas, y finalmente del designio que llevaba, y lo que le habia movido, «comenzó á fingir otras cosas, callando la conjuracion;» pero después que le aseguraron la vida, y mandaron que lo dijese, declaró todo de la manera que habia pasado; «y que no habia muchos dias que le tomaron por compañero Gabinio y Cepario; y que no sabia mas que los embajadores, sino que algunas veces habia oido decir á Gabirio, que Publio Antronio, Sergio, Sila, Lucio Vargunteyo y otros eran de esta conjuracion;» los galos confesaron lo propio; pero á Lentulo, que disimulaba, le convencieron demás de las cartas, con lo que solia decir, «de que en los libros de Sibila estaba pronosticado el imperio de Roma á tres Cornelios, de que habian sido los dos Cinna y Syla, y él seria el tercero á quien prometian los hados el gobierno de la ciudad: y que este era el vigésimo año después del incendio del Capitolio; en el cual, segun que muchas veces juzgaron por los prodigios los adivinos, habia de haber una guerra civil y sangrienta» y habiéndose leido las cartas, después que se reconocieron sus sellos, decretó el senado que fuese privado de su oficio Léntulo, y puesto con los demás en una prision no muy apretada; y así fueron entregados Lentulo á Publio Léntulo Espinter, que era entónces edil; Cétego á Quinto Cornificio; Estatilio á Cayo César; Gabinio á Marco Craso; y Cepario, á quien poco antes habian alcanzado, á Cneo Terencio, senador.

Entretanto la plebe, divulgándose la conjuracion, aunque al principio deseosa de novedades habia mostrado demasiada inclinacion á la guerra con diferente ánimo, maldecia los designios de Catilina, ensalzando á Ciceron, y como si la hubieran librado de servidumbre, así andaba alegre y contenta; porque entendia que de todas las otras cosas de la guerra sacaría mas provecho que daño; pero que del incendio vehemente y cruel resultarian los mayores males, pues no tenia otros bienes que las cosas necesarias al uso, y sus vestidos.

El dia siguiente fué traido al senado un cierto Lucio Tarquinio, de quien decian, que yéndose á Catalina le habian cogido en el camino. Este, prometiendo que diria de la conjuracion si le asegurasen la vida, y mandándole el cónsul que declarase lo que sabia, refirió al senado casi lo mismo que Vulturcio, de como tenian determinado de quemar á Roma, y matar á los buenos, y del camino que llevaban los enemigos; y demás de esto, «que Marco Craso le habia enviado á

avisar á Catilina, que no perdiese el ánimo con ver presos á Léntulo y Cetego, y los otros conjurados; antes se diese por eso mayor priesa en llegar á la ciudad para animar á los demás, y eximir mas fácilmente á estos del peligro.» Pero cuando Tarquinio nombró á Craso, hombre noble, y en extremo rico y poderoso, algunos pareciéndoles cosa increible, y otros aunque lo tenian por verdad, juzgando todavía que en tal tiempo convenia mas aplacar á una persona de tanta autoridad, que irritarla, y muchos obligados á Craso por sus respetos particulares, dijeron todos á voces que era falso el testigo, requiriendo que se consultase sobre ello; y así pidiendo los votos Ciceron, dió todo el senado por falsa la acusacion de Tarquinio, añadiendo que debian tenerle preso hasta que declarase el que le habia hecho inventar una tan gran falsedad.

No faltó en aquel tiempo quien pensase que esto habia sido traza de Publio Antronio, para que, hallándose Craso acusado, y corriendo el mismo peligro, defendiese mas fácilmente con su poder á los demás; otros decian que Tarquinio habia sido inducido por Ciceron, para que Craso no alborotase la república, haciéndose, conforme á su costumbre, protector de los malos: yo he oido decir después públicamente á Craso, que Ciceron le habia hecho una muy notable afrenta; pero en los mismos dias no pudieron con ruegos, favor ó premio alcanzar de Ciceron, Quinto Cátulo y Cneo Pison, que los alobrogos, ó algun otro testigo acusase falsamente á Cayo Cesar, á quien tenian ambos grande odio, Pison por haberle sido contrario en el proceso cuando fué acusado de que habia por dinero sentenciado injustamente á un transpadano, Cátulo por la pretension del consulado, pues en la última vejez, después de haber administrado los mayores cargos le habian pospuesto á Cesar, que era aun mozo. Parecíales que llevaria camino la acusacion, porque le tenian á César muy endeudado la liberalidad que usaba con algunas personas particulares, y los grandes dones que hacia al comun; mas como no pudieron inducir al cónsul á una maldad tan grande, yendo á hablar á cada uno de por sí, y fingiendo que habian oido estas cosas de Vulturcio á los alobrogos, le hicieron tan odioso, que algunos caballeros romanos que estaban de guarda con sus armas junto al templo de la Concordia, por la grandeza del peligro, ó por su liviandad para declarar mas su celo á la república, saliendo del senado César le amenazaron con las espadas.

Mientras se trataban estas cosas en el senado, y se daban premios á los embajadores de los alobrogos, y á Tito Vulturcio aprobando su declaracion, los libertos y algunos clientes de Léntulo iban solicitando por las calles á los oficiales y esclavos, para que le sacasen por fuerza de la prision, y algunos acudian á los caudillos del comun, que por dinero solian molestar á la república; y Cetego enviaba á rogar á su familia y libertos, escogidos y ejercitados en maldades, que armándose entrasen todos juntos donde le tenian preso. El cónsul al punto que supo que se trataba esto, puso las guardas que el tiempo y peligro requerian, y habiendo llamado al senado, preguntó lo « que les parecia que se hiciese de los presos;» pero poco antes los habian todos los senadores juzgado por traidores á la república. Entónces Decio Silano, que fué el primero á quien se pidió parecer, por estar en aquel tiempo diputado para cónsul, dijo, que los debian condenar á muerte, y con ellos á Lucio Casio, Publio Furio, Publio Umbreno y Quinto Annio, si los hallasen; y después, movido de la oracion de Cayo César, declaró que seguiria el voto de Tiberio Neron, de que, reforzando las guardas, se consultase otra vez este negocio. Pero Cesar, cuando llegó á pedirle su parecer el cónsul, habló de esta manera:

« Padres conscriptos: todos los hombres que han de dar parecer en cosas dudosas, deben apartar de sí el odio, amistad, ira y misericordia; porque dificilmente puede ver alguno la verdad cuando estos afectos le ciegan, y nadie atendió juntamente á su gusto y al provecho. Mucho vale el ingenio cuando se emplea; pero si se sujeta á la pasion, esta es la que gobierna, sin que aproveche nada el ánimo. Podria nombrar á muchos padres conscriptos, así reyes como pueblos, que por misericordia ó por pasion tomaron dañosas relaciones; pero antes quiero decir lo que con justicia y buena órden hicieron nuestros mayores contra su propia inclinacion. En la guerra de Macedonia que tuvimos con el rey Perseo, la grande é ilustre ciudad de Rodas, que habia crecido con las riquezas del pueblo romano, mostró su deslealtad, y nos fué contraria; mas después que acabada la guerra se trató de lo que seria bien hacer con los rodios, porque no se dijese que mas habíamos comenzado la guerra por sus riquezas, que por vengar las injurias, los dejaron nuestros mayores sin castigo; y en todas las guerras con los africanos, habiendo los cartagineses hecho diversas veces, así en paz como en guerra, muchas y muy atroces maldades, nunca los nuestros con tener ocasion las hicieron, buscando antes cosas dignas de su nombre, que las que contra él podian intentar justamente. Lo propio habeis de procurar, padres conscriptos, para que no pueda mas con vosotros la maldad de Lentulo y de los demás, que vuestra dignidad; y no deis mayor satisfaccion al enojo que á la fama. Porque, si se hallan penas que sean conformes á sus hechos, apruebo el consejo que ahora se dió, pero si la grandeza de la maldad excede á todos los tormentos, paréceme que se debe usar de los que señalan las leyes; los mas de los que votaron hasta ahora, con palabras bien compuestas y elegantes se condolieron del estado de la república, refiriendo las crueldades de la guerra y miserias de los vencidos; y como arrebataban las vírgenes y niños, arrancaban los hijos de los brazos de sus padres, y padecian las madres todo lo que á los vencedores se les antojaba; y que estos robaban las casas y los templos, causando mil incendios y homicidios, y que finalmente no se veia mas que armas, muertes, sangre y llantos.

« Pero por los dioses inmortales que me digan ¿de qué sirvió este discurso? quizá para irritaros mas contra la conjuracion; como si al que no movió un delito tan grande y atroz, le hubiesen de mover palabras; y ningun hombre hay á quien parezcan pequeños sus agravios, antes muchos lo sienten mas de lo que seria razon; y algunas cosas se conceden á algunos, que á otros no se conceden; porque la gente baja como es poco conocida, si con el enojo hace algo inconsideradamente, pocos lo saben, pues no se extiende mas su fama que su fortuna, mas todos ven las acciones de los que gobiernan y ocupan los mas altos lugares; y así los que tienen mayores puestos se han de desmandar menos, y sin apasionarse jamás haciendo algo por amor ú odio; porque lo que en otros se llama ira, parece en ellos crueldad y soberbia: yo entiendo realmente, padres conscriptos, que ningun castigo se puede comparar con sus maldades; pero casi todos los hombres se acuerdan de lo postrero que vieron, y olvidándose de las culpas de los malos, discurren de la pena, si es algo mas cruel. Muy bien sé, padres conscriptos, que todo lo que ha dicho Decio Silano, hombre tan valeroso y vigilante, fué por el amor que tiene

á la república; y que en negocio de tanta importancia no le vence el favor ni odio, porque conozco sus costumbres y su modestia; pero su voto, aunque no me parece riguroso, pues ninguna cosa lo puede ser contra tales hombres, repugna todavía á los usos de nuestra república; y así sin duda, ó el miedo ó la afrenta te obligó, ó Silano, diputado para cónsul, á proponer un nuevo género de castigo. Del temor no es necesario que tratemos, cuando particularmente por la vigilancia del cónsul clarísimo estamos tan prevenidos y armados; de la pena podria decir lo que es ella en efecto, y que en las desgracias y tristezas antes alivia la muerte, que atormenta, dando fin á todos los males que padecen los mortales, y no quedando después ningun lugar al cuidado ni á la alegría. Mas por los dioses inmortales, ¿por qué no añadiste á tu sentencia, que primero los azotasen? quizá por no concederlo la ley Porcia; pero tambien las otras leyes no permiten la muerte de los ciudadanos condenados, sino el destierro; ó porque era cosa mas grave ser azotado que muerto; cuando ninguna debe parecerlo en hombres convencidos de un delito tan enormé; ó si no bastaba este tormento, ¿para qué se ha de temer en los casos menores la ley que se menosprecia en los mayores? ¿ó quien ha de reprender lo que se hubiera decretado contra los que quisieron destruir la república? quizá el tiempo, el dia y la fortuna, que conforme á su albedrío gobierna á los mortales. Ellos padecerán justamente cuanto padecieren; pero considerad, padres conscriptos, lo que habeis de ordenar contra los demás. Todos los malos ejemplos nacieron de buenos principios; mas cuando vienen á tener el gobierno los ciudadanos ignorantes ó menos virtuosos, se valen del nuevo ejemplo que dieron los discretos y sabios, aquellos que no saben usar de él. Los lacedemonios habiendo vencido á los atenienses eligieron á treinta personas que administrasen las cosas de aquella república; y estas al principio mandaban hacer justicia de los mas facinerosos y malquistos, holgándose de ello el pueblo, y diciendo que procedian justamente. Despues que poco á poco creció esta licencia, condenaban así á los buenos como á los malos, atemorizando á los demás; con que la ciudad, oprimida de la servidumbre, pagó las graves penas de su inconsiderada alegría. Aun nos acordamos del tiempo en que por órden del vencedor Sila ajusticiaron á Damasipo y á otros semejantes; y no habia persona que no alabase esto, y que no dijese que con razon castigaban á estos hombres revoltosos y malvados, que con tantas sediciones habian afligido la república; pero fue un principio de grandes males, porque en codiciando cualquiera la casa ó heredad, y alguna joya ó vestido de otro, luego procuraba que le pusiesen en la lista de los condenados; y así los que se holgaron de la muerte de Damasipo, de allí á poco se veian en el mismo estado; y no cesaron estas crueldades hasta que enriqueció Sila á todos los suyos. Yo, bien que no temo esto de Marco Tulio, ni en estos tiempos, con todo, en una gran ciudad hay muchos y diferentes ingenios, y puede en otro tiempo y de otro cónsul, á cuya órden esté el ejército, tenerse alguna cosa por cierta, no lo siendo; y después que con este ejemplo por decreto del senado hubiere una vez sacado la espada el cónsul, ¿quien le detendrá, ó irá á la mano? Á nuestros antepasados, padres conscriptos, nunca les faltó el ánimo ni consejo, ni les ponia algun estorbo la soberbia, para que dejasen de seguir las buenas costumbres de los otros: la mayor parte de las armas que usamos en la guerra las tomaron de los samnitas, y de los tuscos las insignias de los magistrados; y finalmente, todo lo que les parecia bien en los confederados ó enemigos, procuraban con sumo cuidado traerlo á sus casas, y querian mas evitar que tener envidia á los buenos. Pero en aquel mismo tiempo, siguiendo la costumbre de los griegos, mandaban azotar á los ciudadanos, y daban la muerte á los condenados. Despues que se aumentó la república, y con la muchedumbre de los ciudadanos crecieron los bandos, resultando de ellos la ruina de los inocentes, y semejantes maldades, entónces se hicieron las leyes Porcias, y otras que concedian el destierro á los condenados; y esta me parece la principal causa, porque no debemos tomar ninguna resolucion nueva, pues sin duda tuvieron mayor prudencia y valor los que con pocas fuerzas alcanzaron un tan grande imperio, que nosotros, pues apenas conservamos las cosas adquiridas; y tambien digo, que en ningun modo conviene que los dejemos ir y acrecentar el ejército de Catilina; pero este es mi voto, que se confisquen sus haciendas, y queden presos en los municipios mas fuertes, y nadie pueda volver á tratar de ellos ante el senado ó pueblo, y á quien otra cosa hiciere le declaren por enemigo de la república y de la salud de todos.»

Luego que acabó su plática César, la aprobaron los mas de palabra, y otros en diversas maneras; pero Marcio Porcio Caton, habiéndosele pedido su parecer, dijo:

«Muy diferente opinion tengo, padres conscriptos, cuando considero el estado y peligro de nuestras cosas, y los votos de algunos, que á lo que juzgo discurrieron de la pena de aquellos que han querido mover guerra á su patria y á sus padres, casas y altares. Pero el mismo negocio requiere que tratemos mas de guardarnos de estos hombres, que del castigo que les habemos de dar; porque los otros delitos no se han de castigar sino despues de cometidos; pero si no se pone órden para que esto no suceda, cuando hubiere sucedido, en vano se recurrirá á los jueces, pues estando ganada la ciudad, no les queda cosa á los vencidos. Por los dioses inmortales (con vosotros hablo, que siempre habeis estimado mas que á la república vuestras casas, heredades, estátuas y retablos) que os acabeis de resolver algun dia, y mireis por la república, si con estas cosas que de cualquier manera que sean, amais tanto, quereis quedaros, y gozar con quietud de vuestros deleites; porque no se trata de los tributos ni de las injurias de nuestros confederados, sino del peligro que corren nuestra vida y libertad. Muchas veces, padres conscriptos, he hablado en esta junta, y muchas veces me he quejado de la avaricia y desórdenes de nuestros ciudadanos, con que incurrí en el odio de muchos, porque como nunca me he perdonado á mí mismo ni á mi ánimo alguna falta, con dificultad podia perdonar los vicios agenos; pero todo esto, de que haciades poca cuenta, no ponia en ningun riesgo á la república, y las riquezas sobrellevaban los descuidos de que no hablamos ahora, ni de si son buenas ó malas nuestras costumbres; sino si estas cosas, así como son, han de ser nuestras, ó nosotros con ellas de los enemigos. Aquí me nombrará alguno la misericordia y clemencia, mas mucho ha que perdimos los verdaderos nombres de las cosas, pues al dar los bienes agenos llamamos liberalidad, y fortaleza al atreverse á maldades; que por esto se halla la república reducida á tal extremo; y sean en hora buena, ya que tales son, las costumbres liberales de los buenos de nuestros confederados, y misericordiosos para con los que roban el erario, como no den nuestra sangre, y mientras perdonan á algunos malos, no arruinen á todos los buenos. Muy bien y elegante-

mente ha discurrido ahora Cayo César de la vida y de la muerte; y creo que le parecen fingidas las cosas que se dicen del infierno, y que por diferente camino del que llevan los buenos, van á parar los malos en unos lugares obscuros, desiertos, hediondos y horribles; y así propuso que les confiscasen las haciendas, y los tuviesen presos en los municipios, porque temia que si quedasen en Roma, los sacarian por fuerza los otros conjurados, ó el pueblo inducido por ellos; como si solo en la ciudad, y nó por toda Italia hubiese gente ruin y perdida, y como si allí no pudiese mas el atrevimiento, donde hay menos fuerzas para resistirle; de modo que no sirve este consejo, si de ellos teme algun peligro, y si él solo entre todos no le teme, tanto mas conviene que yo por mi parte le tema, y vosotros por la vuestra; y lo propio que hiciéredes con Publio Léntulo y con los demás, tened por cosa cierta que lo habeis de hacer tambien con el ejército de Catilina y todos los conjurados; y con cuanto mayor cuidado pusiéredes esto en ejecucion, tanto menos ánimo tendrán; pero si vieren que aflojais, al punto cobrarán muy grande osadía todos. No penseis que nuestros mayores hicieron con las armas de pequeña tan grande á esta república; porque si esto fuese, mucho mayor habia de ser ahora, que nos hallamos con mas confederados y ciudadanos, y con mas armas y caballos; pero otras cosas hubo que los engrandecieron, y que nos faltan todas; como la industria en sus casas, y fuera de ellas el buen gobierno, un ánimo libre en dar consejo, no sujeto á vicios ni maldades; en lugar de esto tenemos los excesos y la avaricia, la pobreza en general, y en particular las riquezas que alabamos, siguiendo el ocio, y no hay diferencia entre los buenos y malos: todos los premios de la virtud posee la ambicion, y no es maravilla, porque cada uno de vosotros se aconseja consigo solo, y en vuestras casas servís á vuestros gustos, y aquí al dinero ó al favor; y así viene á padecerlo todo la mal proveida república. Pero dejo estas cosas; los ciudadanos mas nobles se conjuraron para poner fuego á su patria; y llaman á la guerra los galos, la nacion mas enemiga del nombre romano: el capitan de los enemigos está cerca de nuestras casas, y aun ahora andais con dilaciones, y dudais en lo que debeis hacer, habiendo hallado dentro de vuestra ciudad los adversarios; soy de parecer que tengais compasion de ellos, pues como á mancebos los engañó la ambicion, y que aun los dejeis salir con armas; pero si ellos las tomaren os ha de venir á causar alguna miseria esta vuestra clemencia y benignidad. Direis que es un negocio grave; y veo que no le temeis; ó acaso le temeis muchísimo, mientras que con vuestro descuido y falta de ánimo, aguardando el uno al otro, no os acabais de resolver, por la confianza que teneis en los dioses inmortales, que guardaron muchas veces esta república en sus mayores peligros. Pero no se alcanzan las ayudas de los dioses con votos y ruegos mujeriles, sino con velar y trabajar; y con buenos consejos suceden prósperamente todas las cosas; que, despues que os hubiéredes entregado al ocio y sueño, en vano implorareis á los dioses, porque los hallareis indignados y contrarios. Aulo Manlio Torquato, uno de vuestros antepasados, en la guerra que nos movieron los galos, mandó matar á su hijo por haber peleado sin su órden, y este valeroso mancebo pagó con la muerte las penas de su demasiado ánimo; y vosotros estais aun en duda de lo que habeis de ordenar contra los cruelísimos parricidas, quizá porque contradice á esta maldad el modo con que vivieron hasta ahora; mas perdonad á la nobleza de Léntulo, si él perdonó alguna vez á su honra ó fama, ó á los dioses y hombres, y perdonad á los pocos años de Cetego, si no hizo otra vez guerra á su patria. ¿Pues qué diré de Gabinio, Estatilio, y Ceparío? que si tuvieran cualquier cuidado algun dia, no intentaran estas cosas contra la república; finalmente, yo os juro, padres conscriptos, que si se pudiera dar lugar á que esto sucediese, sufriera fácilmente que el mismo suceso os corrigiera, ya que menospreciais mis palabras. Pero estamos cercados por todas partes; Catilina con su ejército nos aprieta, y tenemos otros enemigos dentro de los muros, y en medio de la ciudad, y no podemos apercibir ni determinar cosa alguna en secreto; y por esto conviene que usemos de mayor diligencia; y así soy de esta opinion: que pues por el ruin consejo de los peores ciudadanos se vió la república en grandísimo peligro, y ellos siendo convencidos por la declaracion de Tito Vulturcio y de los embajadores de los alobrogos confesaron que tenian preparado el incendio, la muerte, y otras cosas horribles y crueles contra sus ciudadanos y patria, que á los que las han confesado como á culpados de delitos gravísimos, se dé el castigo conforme á la costumbre de nuestros mayores.»

Después que se volvió á sentar Caton, todos los consulares, y mucha parte de los senadores, alabaron su voto, ensalzando su virtud y ánimo, y así mandó hacer el senado un decreto en esta conformidad; pero yo, como he leido y oido muchas cosas señaladas, que el pueblo romano hizo en su ciudad, y en las guerras que tuvo por mar y tierra, acaso me puse á pensar cuál fué la que mas sustentó el peso de tantos negocios; sabia que muchas veces con poca gente habia peleado contra muy grandes legiones de enemigos, y hecho la guerra á reyes poderosos, y demás de esto sufrido en varios tiempos la violencia de la fortuna; y que los griegos en la elocuencia, y los galos en la gloria militar nos excedieron; y así considerándolo diversas veces, hallé que el valor insigne de algunos ciudadanos lo habia allanado todo, y que con este habia la pobreza vencido á las riquezas, y el pequeño número al grande.

Mas después que la ciudad se dejó corromper del ocio y sus excesos, entónces resistia la grandeza de la república á los vicios de sus capitanes y magistrados; y como de una mujer ya vieja no nació en muchos años en Roma alguno que fuese grande en virtud, aunque en mi tiempo hubo dos hombres de notable valor con diferentes costumbres, Marco Caton y Cayo César; y pues he llegado á tratar de ellos, no me pareció que debia pasar adelante sin referir lo mejor que pudiese el natural y las costumbres de cada uno; y así digo que fuéron casi iguales en el nacimiento, edad y elocuencia, y tambien en la grandeza de ánimo, y en la gloria; pero cada cual por su camino: César era estimado por su liberalidad y beneficios. Caton por su entereza: el uno cobró fama con su benignidad y clemencia; el otro con su severidad: César en dar y ayudar perdonando á todos, y Caton en no consentir cosa alguna, ganaron gran reputacion. El uno era el refugio de los miserables; el otro la ruina de los malos; de este se alababa la constancia, y de aquel la facilidad. Finalmente, César estaba resuelto á trabajar y no descansar jamás, solicitando los negocios de los amigos, y atendiendo menos á los propios, sin negar cosa que mereciese darse por premio, deseando un gran gobierno, el ejército, y alguna nueva guerra, en que pudiese mostrar su valor. Caton solo queria que se echase de ver su modestia y moderacion, y mas que todo esto su severidad; no competia en riquezas con el rico, ni en designios con el in-

quieto, sino en virtud con el virtuoso, en recogimiento con el honesto, y en abstinencia con el bueno; procurando mas ser hombre de bien, que parecerlo; y cuanto menor gloria pretendia, tanto mayor la alcanzaba.

Habiéndose, como dije, aprobado el voto de Caton, y pareciéndole al cónsul que lo mas conveniente era anticiparse aquella misma noche, para que no hubiese tiempo para innovar algo, encargó á los triunviros que aparejasen lo necesario á la ejecucion, y él llevó á la cárcel á Léntulo, y los pretores á los demás: hay en ella, subiendo algo á mano izquierda, un lugar que llaman el Tuliano; está doce pies debajo de tierra, y tiene por todos los lados su pared, y encima una cámara obscura (1), hedionda, y terrible á la vista. Después que metieron aquí á Léntulo, los jueces criminales, segun la órden que tenian, le dieron garrote; y así este varon patricio, del linaje nobilísimo de los Cornelios, tuvo el fin de la vida conforme á sus costumbres y hechos; y de la misma manera fuéron castigados Cetego, Estatilio, Gabinio y Cepario.

Mientras se hacian estas cosas en Roma, hizo Catilina dos legiones de toda la gente que habia traido consigo, y de la que estaba con Manlio, formando las cohortes conforme al número de los soldados, y después fué repartiendo igualmente á los romanos y confederados que voluntariamente venian á servirle, con que tuvieron en pocos dias las legiones su justo número, no habiendo en ellas al principio mas de dos mil hombres; aunque de toda esta gente no se hallaba apenas la cuarta parte con las armas militares, y los demás con las que habian topado acaso, como algunos dardos de villanos, lanzas y palos agudos. Pero después que Antonio se le acercó con el ejército, caminaba Catilina por los montes, moviendo á veces su campo hácia Roma, y á veces hácia la Galia, no dando á los enemigos ocasion para pelear, porque esperaba cada dia un gran socorro, si saliesen sus compañeros en Roma con su intento; y hasta saber esto, no queria recibir los esclavos, aunque al principio se le ofrecieron muchos confiándose en las fuerzas de los conjurados, pareciéndole cosa muy agena de su designio hacer comun la causa de los ciudadanos y la de los siervos fugitivos.

Mas al punto que llegó el aviso de que, habiéndose descubierto la conjuracion en Roma, habian sido ajusticiados Léntulo, Cetego, y los demás, como queda dicho, luego se le huyeron muchos, que habian sido inducidos á la guerra por la esperanza de robar, y el deseo de cosas nuevas; y así llevó á los otros con mucha diligencia por montañas ásperas al territorio de Pistoya, teniendo resuelto de retirarse con ellos por atajos secretos á la Galia Cisalpina. Pero Quinto Metelo Celer, que se hallaba con tres legiones en el Piceno, sospechando esto de los términos en que veia á Catilina, y habiendo sabido de los que le desampararon el camino que tomaba, mudó luego su campo, asentándole á las faldas de las montañas por donde habia de bajar á la Galia; y no estaba tambien lejos Antonio, porque si bien era grande su ejército, seguia por lugares mas llanos á los que se huian con Catilina; el cual, cuando se vió cercado entre los montes y sus enemigos, y que yendo mal sus cosas en Roma no le quedaba esperanza alguna de ser socorrido ni de poder escaparse, juzgó que en tal trance era lo mas acertado tentar la fortuna de la guerra; y así se resolvió á pelear luego con Antonio, y juntando su gente habló de esta manera:

«Ya sé por experiencia que no añaden ningun valor las palabras, y que la plática del general no da en el ejército atrevimiento al cobarde, ni esfuerzo al medroso; porque cada uno muestra en la batalla el ánimo que alcanzó de la naturaleza ó de sus costumbres; y en vano incitan á quien no mueven los peligros ó la gloria, mientras no le deja oir el miedo. Pero yo os llamé para advertiros algunas cosas, y declararos juntamente las causas de esta mi resolucion; ya sabeis, soldados, el daño que de la flojedad y descuido de Léntulo le ha resultado á él y á nosotros, y que por aguardar socorro de Roma no pude ir á la Galia; y ahora veis tambien, como yo, el estado de nuestras cosas, y de la manera que nos cerran dos ejércitos de enemigos, uno de la ciudad y otro de la Galia; y aunque no nos faltase el ánimo para quedar en estos lugares; no lo permite la falta de trigo y de las demás provisiones. Pero á cualquiera parte que quisiéremos llegar, habeis de abrir el paso con las armas; y así os ruego que os dispongais á esto con gran resolucion, y que entrando en la batalla os acordeis de que llevais en vuestras manos las riquezas, la honra y gloria, y con ellas la patria y libertad. Si vencemos, gozaremos seguramente de todo; porque sobrarán bastimentos y hallaremos abiertos los municipios y las colonias; mas si nos retiramos de miedo, estas mismas cosas nos serán contrarias, y ningun amigo ó lugar defenderá á quien no hubieren defendido las armas; y demás de esto, ó soldados, no les corren á los enemigos las obligaciones que á nosotros, que peleamos por la patria, por la vida y libertad; pero ellos ¿que necesidad tienen de pelear, para que queden gobernando algunos? y así los acometereis con mayor ánimo, acordándoos de vuestro valor. Podia yo, aunque con grandísimo vituperio, vivir desterrado, y algunos de vosotros podian, después de haber perdido sus bienes, aguardar en Roma las riquezas de otros; mas porque parecian en los que son hombres estas cosas infames é intolerables, os resolvisteis á seguir otras, que para salir de ellas os ha de valer el ánimo, pues ninguno, si no fue el que venció, mudó la guerra por la paz; y es de necios esperar huyendo el remedio, después de haber arrojado las armas que defienden de los enemigos. Siempre tienen en la batalla mayor peligro los que mas le temen, porque no hay tal reparo como el atreverse. Cuando os veo, soldados, y considero vuestras hazañas, me dan una grande esperanza de la victoria vuestro ánimo, edad y valor; y tambien la necesidad, que aun hace ser animosos á los cobardes, porque siendo tan estrecho el lugar, no le tendrán los enemigos para rodearnos con su muchedumbre; y si la fortuna tuviere envidia á vuestra virtud, procurad que no os quiten la vida sin venganza, y que como á ovejas no os degüellen después de presos; pero pelead como hombres, dejando á los enemigos una victoria triste y sangrienta.»

Después que acabó de decir esto, se detuvo un poco mientras hacia tocar las trompetas, y luego bajó á lo llano con la gente puesta en órden, mandando que todos se apeasen, para que tuviesen mayor ánimo los que corrian el mismo peligro; y él fué tambien á pie disponiendo el ejército conforme al lugar y número; y como tenia aquella llanura por el lado izquierdo los montes, y por el otro una áspera peña, puso ocho cohortes en la frente apretando mas las otras banderas, que habian de socorrer á estas; y de todas ellas tomó los centuriones escogidos, y la gente particular

(1) Uso de este vocablo, porque conforme á la opinion de algunos, cámara en rigor es el aposento que tiene el techo de bóveda; y esto quiere decir aquí el autor.

de las villas, y los otros soldados mas valerosos y mejor armados, para las primeras hileras, y encargó la ala derecha á Cayo Manlio, y la otra á un cierto Fesulano, y él con sus libertos y la gente de las colonias quedó junto al águila, la cual dicen que habia tenido en su ejército Cayo Mario cuando fué á la guerra contra los cimbrios.

Pero de otra parte Cayo Antonio, ya que le estorbaba la gota el hallarse en la batalla, encomendó el ejército al legado Marco Petreyo, que dió la vanguardia á las cohortes de soldados viejos, que se habian vuelto á reunir por causa de este tumulto; ordenando la demas gente para acudir á lo que fuese necesario, y yendo á caballo por los escuadrones llamaba á cada soldado por su nombre, exhortando y rogando á todos, «que tuviesen memoria de que peleaban por la patria y por sus hijos, templos y casas, contra unos salteadores desarmados;» porque como soldado viejo que con gran gloria habia sido mas de veinte años en el ejército, tribuno, prefecto ó legado, conocia la mayor parte de ellos, y sus hazañas, de que haciendo particular mencion los incitaba; y despues de haberlo muy bien reconocido todo, dió la señal con la trompeta, mandando á las cohortes que marchasen despacio.

Lo propio hicieron los enemigos; y habiéndose acercado tanto, que pudieron trabar la batalla los ferentarios (1), con grandes gritos, y tendidas las banderas se embistieron, y dejando los dardos se herian con las espadas; y aunque los soldados viejos, acordándose de su antiguo valor, apretaban bravamente, les resistian sin ningun miedo los otros, y así peleaban todos con grande ánimo, y entretanto andaba Catilina por la vanguardia con la gente mas suelta, socorriendo á los que hallaba apretados, y poniendo otros en lugar de los heridos; y á todo acudia, peleando por su persona, é hiriendo muchas veces al enemigo, con que hacia juntamente el oficio de un valeroso soldado y buen capitan. Petreyo, viendo mayores brios en Catilina de lo que habia pensado, rompió con la cohorte pretoria por medio de los enemigos, con que los desordenó, y fué degollando á los que le resistian en diferentes tropas; y luego cerró por los lados con los demás, donde cayeron peleando entre los primeros el Fesulano y Manlio.

Cuando Catilina vió su gente desbaratada, y que el quedaba solo con pocos, acordándose de su nacimiento, y de la dignidad pasada, se arrojó en lo mas peligroso, y allí murió peleando; pero despues de acabada la batalla, se pudo conocer el valor y resolucion que hubo en el ejército de Catilina, porque casi el propio lugar que cada uno habia tomado mientras vivia, aun después de perdida la vida le defendia con el cuerpo, sino fuéron algunos de los que rechazó la cohorte pretoria, que murieron algo apartados de su puesto. Catilina fue hallado muy lejos de los suyos entre los cuerpos de sus enemigos, que aun respiraba y mostraba en el aspecto aquella ferocidad que solia tener. Finalmente, no se prendió de todo su ejército en la batalla ni en el alcance ningun ciudadano noble, porque todos no hicieron mas caudal de sus vidas que de las de los enemigos. Pero no alcanzó el ejército del pueblo romano una victoria alegre y sin perdida de su sangre, porque los mas valerosos perecieron en la batalla; ó fueron heridos cruelmente; y muchos que salieron de los cuarteles á ver y despojar sus enemigos, hallaban el uno al amigo, el otro á su huesped ó deudo, y algunos conocieron á sus émulos; y así se mezcló diversamente por todo el campo, la tristeza con el contento, y el llanto con la alegría.

(1) Los de armas ligeras y arrojadizas.

692 de Roma, 63-62 antes de Jesucristo. — Cónsules: Decio Junio Silano, y Licinio Murena, entran el 1.º de enero romano, 23 de octubre juliano del 63 antes de Jesucristo.

693 de Roma, 62-61 antes de Jesucristo. — Cónsules: M. Pupio Pison Calpurniano, y M. Valerio Mesala Nigro, entran el 1.º de enero romano, 4 de noviembre juliano del 62 antes de Jesucristo.

Al salir César de pretor, le toca por suerte el ir á España (Plut. vida de César). Dice Suetonio que no mandó mas que en la ulterior, la que comprendia la Lusitania y la Bética; es decir, Portugal y Andalucía; pero, dice Apiano que atacó unos trás de otros los pueblos iberos nó sometidos todavía. Añade el autor en el mismo lugar (bell. civ. lib. II), que cuando se le dió ese cargo no podia salir de Roma con motivo de sus acreedores. Por la prodigalidad, de sus miras ambiciosas, debia mucho mas de lo que poseia. Cuentan que dijo una vez: «Necesitaria veinte y cinco millones de sextercios para no tener nada.» El texto griego de Apiano dice veinte y cinco millones sin especificar de qué moneda; pero, como César exageraba en aquel momento sus deudas, es verosímil que quiso decir sextercios (véase la hist. de las monedas por Garnier).

Dice el mismo Apiano que, después de arreglarse como pudo con los acreedores mas exigentes, salió para España. Plutarco es mas explícito, y dice que Craso le salió fiador con los mas tercos, por la cantidad de ochocientos treinta talentos. El talento ático valia veinte y cuatro mil sextercios, equivaliendo por tanto los ochocientos treinta talentos á cerca de veinte millones de sextercios, ó sea las cuatro quintas partes de lo que César debia.

694 de Roma, 61-60 antes de Jesucristo. — Cónsules: L. Afranio, y Q. Cecilio Metelo Celer, entran el 1.º de enero romano, 24 octubre juliano del 61 antes de Jesucristo.

695 de Roma, 60-59 antes de Jesucristo. — Cónsules: C. Julio César, y M. Calpurnio Bibulo, entran el 1.º de enero romano, 5 de noviembre juliano del 60 antes de Jesucristo. Ciceron y Dion llaman Mario al segundo cónsul, igualmente que los Fastos; pero Apiano, Entropio y Orosio escriben Lucio.

César tuvo el gobierno de la Galia y la Iliria con diez legiones.

696 de Roma, 59-58 antes de Jesucristo. — Cónsules: L. Calpurnio Pison Cesonino, y Aulo Gabinio, entran el 1.º de enero romano, 26 de octubre juliano del 59 antes de Jesucristo.

El tribuno P. Clodio hace desterrar á Ciceron.

697 de Roma, 58-57 antes de Jesucristo. — Cónsules: P. Corn. Léntulo Espinter, y Q. Cecilio Metelo, entran el 1.º de enero romano, 7 de noviembre juliano del 58 antes de Jesucristo.

Léntulo era hijo de Publio y nieto de Lucio.

698 de Roma, 57-56 antes de Jesucristo. — Cónsules: N. Corn. Lentulo Marcelino, y L. Marcio Filipo, entran el 1.º de enero romano, 27 de octubre juliano del 57 antes de Jesucristo.

699 de Roma, 56-55 antes de Jesucristo. — Cónsules: N. Pompeyo Magno II, y M. Licinio Craso II, entran el 1.º de enero romano, 29 de octubre juliano del 55 antes de Jesucristo. — Censor: M. Valerio Mesala, cónsul en 693.

Craso sale contra los partos (Eutrop. 6, 18). César es el primer romano que entra en Bretaña ó Ingla-



LOS HEROES ROMANOS. C. JULIO CESAR.

terra, con un ejército (Tác. vida de Agrícola, c. 13).

700 de Roma, 55-54 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: L. Domicio Ahenobarbo, y Ap. Claudio Pulcro, entran el 1.° de enero romano, 29 de octubre juliano del 55 antes de Jesucristo.

701 de Roma, 54-53 antes de Jesucristo.—Este año hubo acaloradas disensiones tocante al consulado, pretendiéndole C. Memio, N. Domicio, M. Valerio Mesala y M. Emilio Escauro, segun lo escribe Ciceron á su hermano Quinto. Hubo un interegno que no cesó hasta que se hubo puesto preso al tribuno Q. Pompeyo Rufo, que se oponia á la reunion de los comicios. Solo de este modo al séptimo mes del año consular pudo procederse á la eleccion de los cónsules N. Domicio Calvino, y M. Valerio Mesala.

Estos pormenores que hallamos en Dion prueban que entraron los cónsules el 1.° de julio romano, 5 de mayo juliano del 53 antes de Jesucristo. Apiano dice que estuvo la república ocho meses sin magistrados, pero cuenta probablemente desde el dia en que debieron hacerse al principio las elecciones.

702 de Roma, 52 antes de Jesucristo.—Hubo dos meses de interegno, nombrando por fin un solo cónsul: N. Pompeyo Magno III, que tomó posesion en el mes intercalar romano, á 5 de las calendas de marzo, 13 de enero juliano del 52 antes de nuestra era. Toma por colega á su suegro Q. Cecilio Metelo Pio Escipion el dia 1.° del siguiente agosto romano, ó sea el 17 de junio juliano del 52 antes de Jesucristo.

Aquí presenta Albert otra prueba de la exactitud de su cronología, pues observa que, no principiando el tercer consulado de Pompeyo sino en el mes intercalar del 52 antes de Jesucristo y 702 de Roma, es una prueba evidente de que este año era intercalar, como lo es efectivamente en su tabla.

Nombrado Pompeyo cónsul por la vez tercera, se le confió la reforma de costumbres; pero, era el primer quebrantador de sus propias leyes, y solo á las armas debia su poder, siendo aun más peligroso él para el Estado, que los males á que habia de poner remedio (Tác. An. 3, 28).

703 de Roma, 52-51 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: Servio Sulpicio Rufo, y M. Claudio Marcelo, entran el 1.° de enero romano, 11 de noviembre juliano del 52 antes de Jesucristo.

704 de Roma, 51-50 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: L. Emilio Paulo, y C. Claudio Marcelo, entran el 1.° de enero romano, 1.° de noviembre juliano del 52 antes de Jesucristo.

Dos pruebas ha dado Albert tocante á la exactitud de sus tablas cronológicas en los años de 668 y 702, y aquí nos presenta una tercera. El año de este consulado es el mismo del proconsulado de Ciceron, durante el cual era tribuno del pueblo Curion. No era intercalar, lo que sirvió de pretexto á Curion para dejar el partido del senado y afiliarse en el de César (véase la vida de Ciceron por Midleton, tom. 3.°).—Censores: Ap. Claudio, y L. Calpurnio-Pison, suegro de César.

705 de Roma, 50-49 antes de Jesucristo.—CÓNSULES: C. Claudio Marcelo II, y L. Corn. Léntulo Crus, ó Cruscelo, entran el 1.° de enero romano, 22 de octubre juliano del 50 antes de Jesucristo.

Noris dice (Cenotaph. Pisan. disertat. lib. II, c. 4, pág. 144), que en vez de Marcelo se ha de escribir Marcelino, y tampoco llama Crus ni Cruscelo al segundo cónsul. Segun Dion, el cónsul Cayo Claudio era hijo de Marco, añadiendo los Fastos Capitolinos que era tambien nieto de Marco. Luego no es el mismo Cayo Claudio del año anterior, de quien dice Ciceron en sus cartas que era hijo de Cayo y nó de Marco.

DICTADOR OCTUAGÉSIMO CUARTO: Cayo Julio César I. —Solo unos once dias tuvo esa dignidad, abdicando á fines de diciembre del mismo año consular.

Hemos llegado al período de la gloria de Julio César. Para conocer á fondo á este conquistador famoso, y tener noticia clara de sus altos hechos, es necesario leer sus COMENTARIOS que hemos prometido insertar íntegros, como lo cumplimos á continuacion.

COMENTARIOS DE C. JULIO CÉSAR:

GUERRA DE FRANCIA.

ARGUMENTO DEL LIBRO PRIMERO.

I. Division de la Francia. Conspiracion de los suizos para apoderarse de ella.—II. Partida de los suizos. Resolucion de César de estorbarles la entrada en la provincia romana.—III. Marcha César á instancias de sus aliados contra los suizos. Deshace una parte de sus tropas en el paso del rio Saona. Diputacion que le envian y su respuesta.—IV. Perfidia de Dumnorix Autunes, y blandura disimulada de César para con el.—V. Pierde César una buena ocasion por yerro de Considio: deshace en una batalla todo el poder de los suizos.—VI. Entréganse los suizos, y se les manda volver á su tierra.—VII. Quéjanse los franceses á César de Ariovisto rey de los alemanes, y le piden socorro contra el.—VIII. Embajada de César á Ariovisto, y sus respuestas.—IX. Expedicion contra Ariovisto. Terror en el ejército de César sosegado con su discurso.—X. Júntanse César y Ariovisto para una conferencia: altercaciones en ella.—XI. Disposicion de uno y otro para la batalla.—XII. Concluyese la guerra con una sola batalla.

I (1). Toda la Francia se divide en tres partes; de las cuales, una habitan los belgas, otra los aquitanos, y la tercera los que en su lengua se llaman celtas, y y en la nuestra galos. Todas estas gentes se diferencian entre sí en la lengua, en las costumbres y en las leyes. El rio Garona separa á los galos de los aquitanos, y de los belgas otros dos rios, Marne y Sena. Entre todos, los mas valientes son los belgas; porque están muy lejos de la cultura y trato de nuestra provincia, y por los pocos mercaderes que llegan á su tierra á introducirles aquellos generos, que ablandan y afeminan los ánimos: son tambien los mas inmediatos á los alemanes, que habitan del otro lado del Rin., con quienes están siempre en una continua guerra. Por lo mismo se aventajan tambien los suizos á los demás franceses; porque casi todos los dias pelean con los alemanes, ó por estorbarles la entrada en sus tierras, ó por hacerles la guerra en las suyas propias. La parte que dijimos ocupaban los galos, toma principio en el rio Ródano, tiene por límites al rio Garona, al océano, y á los confines de los belgas: por la parte del Franco Condado y la Suiza llega hasta el Rin, y está mirando al septentrion. El país de los belgas empieza en los últimos confines de la Galia Celtica, se extiende hasta la embocadura del Rin, y mira al septentrion y al oriente. La Aquitania llega desde el rio Garona hasta los montes Pirineos, y aquella parte del océano, que pertenece á España, está entre el occidente y el septentrion.

Entre todos los suizos el sugeto mas distinguido y rico era Orgetorix; el cual llevado de la ambicion de reinar, formó una conspiracion de la nobleza en el consulado de M. Mesala y M. Pison, y persuadió á to-

(1) Los comentarios I y II son sin disputa debidos á la pluma de Julio César: los III, IV y V se atribuyen á Aulo Hircio Pansa, redactados en vista de los apuntes de aquel conquistador.

dos los pueblos de su país, á que saliesen de sus términos con todas sus fuerzas. Decíales, que era cosa muy fácil, siendo ellos tan superiores en valor, apoderarse del imperio de toda Francia; y se lo hizo creer con mas facilidad, por estar cercado todo su país por todas partes, por un lado con el Rin, rio muy ancho y profundo, que divide los términos suizos de los alemanes: por otro con el monte Jura, que es altísimo, y está entre el Franco Condado y la Suiza; y últimamente con el lago de Ginebra y el rio Ródano, que separa nuestra provincia de los mismos suizos. Con esto, ni podian esparcirse á su gusto, ni hacer la guerra con facilidad á sus vecinos: cosa de gran sentimiento para unos hombres ambiciosos de pelear, que, á proporcion de su muchedumbre, y la reputacion de su valor y de sus armas, juzgaban muy estrechos los términos que los contenian, extendiéndose solo á doscientas cuarenta millas en longitud, y ciento ochenta de latitud.

Llevados de estas razones, y movidos de la autoridad de Orgetorix, pensaron en las prevenciones necesarias para la partida, comprar multitud de caballerías y carros, hacer siembras grandísimas para tener abundancia de trigo en el camino, y asegurar paces y alianzas con las ciudades comarcanas. Para todos estos preparativos juzgaron que les bastarian dos años de tiempo; y confirmando con solemnidad la jornada para el siguiente, dejaron al cuidado de Orgetorix todas las disposiciones. Este tomó á su cargo la diputacion para las ciudades, y persuadió de paso á Castico, hijo de Catamantaledes, natural del Franco Condado; cuyo padre habia poseido muchos años el reino de su país, y habia sido honrado con título de amigo por el senado y pueblo romano, á que se apoderase del mando que habia tenido su padre; trajo tambien al mismo intento á Dumnorix de Autun, hermano de Diviciaco, que era entónces el primer magistrado de su nacion, y muy querido del pueblo, y le casó con una hija suya. Dióles á entender que era fácil negocio llevar á cabo sus designios, porque él tendria el imperio de su tierra: que los suizos eran sin duda los mas valientes de toda la Francia; y que él con su poder y sus tropas les aseguraria los reinos. Obligados de esta plática se dan entre sí palabra y juramento, y entran en esperanza, que alcanzado el reino, llegaria á apoderarse del imperio toda la Francia por medio de tres naciones muy poderosas y esforzadas.

Habiendo llegado esto por delacion á noticia de los suizos, obligaron á Orgetorix, segun su costumbre, á dar su descargo desde la prision; y era consiguiente, si resultase reo, que padeciese la pena de ser quemado. Señalado el dia para el jucio, hizo Orgetorix que se juntase en el tribunal toda su parentela y criados, que serian hasta diez mil hombres, y que concurriesen además todos sus dependientes y deudores, por medio de los cuales pudo escaparse de dar su descargo. Y como el estado irritado tratase de repetir su derecho á fuerza de armas, y los magistrados levantasen compañías de gente de los campos, murió Orgetorix; aunque no dejaron de sospechar los suizos, que él mismo se dió la muerte.

II. Muerto Orgetorix prosiguieron sin embargo los suizos en el designio ya formado de salir de sus tierras. Cuando les pareció estar bastante prevenidos para este fin, pusieron fuego á todas sus ciudades, que eran doce, á los lugares, que serian como cuatrocientos, y á todos los edificios particulares; quemaron tambien el trigo, á excepcion de lo que habian de llevar en la marcha, para que perdiendo toda esperanza de volver á su patria, se hallasen mas dispuestos á exponerse á cualesquiera peligros: dieron órden que cada uno sacase de su casa vitualla para tres meses: persuadieron á los pueblos de Bale, de Dutlingen y Brisgau, sus vecinos, á que siguiendo el mismo consejo, y dando al fuego sus ciudades y aldeas, partieran juntamente con ellos; y atrajeron á su alianza á los boyos, que habian habitado en la otra parte del Rin, y pasando á Baviera, estaban apoderados de su capital.

Dos caminos habia solamente por los cuales podian salir de su patria: el uno estrecho y trabajoso por el Franco Condado entre el monte Jura y el rio Ródano, por el que apenas podrian marchar los carros de uno en uno, y además le dominaba este monte muy alto, de suerte que con poca gente se les podia estorbar el paso: el otro por nuestra provincia, mucho mas fácil y desembarazado; porque entre los confines de la Suiza y la Saboya, recien conquistada, pasa el Ródano, que se vadea por muchos parajes. La última ciudad de Saboya y mas inmediata á los suizos es Ginebra, que tiene puente al lado de los suizos. Creyeron estos que persuadirian á los saboyanos, pareciéndoles que no estarian todavía de buen ánimo con los romanos, ó los obligarian por fuerza á que les franqueasen el paso por su tierra. Y así, dispuestas y preparadas las cosas para la jornada, señalaron el dia en que se habian de juntar todos en la ribera del Ródano, que fué el 28 de marzo en el consulado de Lucio Pison y Aulo Gabino.

Avisado César de que intentaban pasar por nuestra provincia, se apresuró á salir de Roma, marchó á largas jornadas á la Francia ulterior, y llegó á Ginebra. Mandó aprontar á la provincia el mayor número de gente que pudiese; pues era una sola legion toda la tropa que habia en aquella parte de Francia, y cortó el puente de Ginebra. Luego que los suizos supieron su venida, le enviaron una diputacion con los principales de su estado, entre los cuales llevaban la voz Numeyo y Veroduccio, con órden de decirle, «que su ánimo era pasar por la provincia sin hacer daño alguno, por no tener otro camino, y que le suplicaban les diese su permiso para ejecutarlo.» César, que tenia muy presente la muerte del cónsul Lucio Casio, la derrota de su ejército, y la afrenta de haberle hecho pasar por debajo del yugo, no pensaba concederles tal licencia, ni se podia persuadir que unos hombres de ánimo enemigo, dejarian de ocasionar notables daños y perjuicios, dándoles facultad para hacer su viaje por nuestra provincia. Sin embargo, para dar lugar á que se juntasen las tropas que habia pedido, respondió á los diputados, «que tomaria tiempo para resolverse, y que podian volver por la respuesta á los 13 de abril.»

Entretanto, con aquella legion que tenia consigo, y la gente que habia llegado de la provincia, levantó una muralla de diez y seis piés de alto con foso correspondiente por espacio de diez y nueve millas desde el lago de Ginebra, por el cual atraviesa el Ródano, hasta el monte Jura, que divide los términos del Franco Condado de los suizos. Concluida esta obra distribuyó por toda ella guarniciones, y la fortaleció con castillos para poderlos estorbar mas fácilmente, si intentasen pasar por fuerza. Cuando cumplió el término dado á los embajadores, y volvieron por la respuesta, les dijo: «que segun el uso y costumbre del pueblo romano, no podia dar paso á nadie por la provincia; y les dió á entender, que si pensaban valerse de la fuerza, se lo estorbaria.» Los suizos, frustrada esta esperanza, juntando sus navíos, y haciendo otras muchas lanchas de nuevo, probaron unas veces de dia, y las mas de noche, á ver si podrian romper por los vados del Ródano, donde no era tanta su profundidad:

pero rechazados por la fortificacion y las armas y tropas de la otra parte, desistieron de este intento.

Solo les quedaba el camino por el Franco Condado, que segun era de estrecho no podian pasar por él sin consentimiento de aquella nacion. Y como no bastasen á reducirlos de su voluntad, enviaron mensageros á Dumnorix de Autun para alcanzar el permiso por su mediacion. Tenia Dumnorix mucho favor en esta tierra por su liberalidad, y estimaba á los suizos por estar casado con la hija de Orgetorix, del mismo país; y llevado además de la ambicion de reinar, procuraba novedades, y deseaba tener á muchas ciudades obligadas con sus beneficios. Y así tomó á su cargo la pretension, y alcanzó con efecto de los del Franco Condado, que diesen paso á los suizos por su tierra, haciendoles darse rehenes mútuamente, los unos para que no estorbasen el paso, y los otros para pasar sin hacer daño ni extorsion alguna.

Tuvo noticia César de que el ánimo de los suizos era dirigir su marcha por el Franco Condado y Autun á la Santoña, país vecino á Tolosa, que está ya dentro de la provincia. Si llegaban á ejecutar este designio, veia que amenazaba gran riesgo á la provincia en tener por vecinos á unos hombres guerreros, y enemigos del pueblo romano en parajes abiertos, y muy abundantes de trigo.

III. Por estas razones dejó á su lugarteniente Tito Labieno la guarda de aquella fortificacion que habia hecho, y tomó á largas marchas la vuelta de la Lombardía. Aquí alistó dos legiones, sacó de los cuarteles de invierno otras tres que estaban junto á Aquileya, y con estas cinco emprendió su jornada para la Galia ulterior por el camino mas corto de los Alpes. Los pueblos de Tarantesa, de Brianzon, de Embrun y de Gap, ocupando las alturas de estos montes intentaron estorbar la marcha del ejército; pero dejándolos escarmentados en algunos encuentros, llegó en el término de siete dias desde Exiles, que es el último pueblo de la provincia citerior, hasta la tierra de Veson, que está ya en la ulterior: desde aquí pasó á Saboya, y de Saboya al Leonés, que es el primer país fuera de la provincia de la otra parte del Ródano.

Ya los suizos habian abierto paso á sus tropas por los estrechos y confines del Franco Condado: habian penetrado hasta la tierra de Autun, y talaban sus campos. No pudiendo estos defender sus personas y haciendas de su furia, enviaron comisionados á César, pidiéndole socorro, y diciendo: «Que ellos habian servido tan bien en todos tiempos al pueblo romano, que no merecian que casi á la vista de nuestro ejército se les talasen las tierras, se les arrancasen los hijos para la esclavitud, y se les tomasen sus ciudades.» Al mismo tiempo le avisaron los de Chalons, amigos y parientes de los de Autun, que, abrasados sus campos, se veian en grande aprieto para estorbar que el furor de los enemigos no tocase á sus pueblos. Tambien los del Delfinado, que tenian sus haciendas y poblaciones de la otra parte del Ródano, se acogieron fugitivos á la proteccion de César, haciéndole saber, que sino el suelo de los campos, nada mas les habia ya quedado. Por todas las cuales causas movido César, resolvió no esperar á que llegasen los suizos á la Santoña, despues de haber abrasado todas las haciendas de los aliados.

Atraviesa por los confines de Autun y del Franco Condado el rio Saona, que va á desembocar en el Ródano, con tan mansa corriente, que apenas puede distinguir la vista hácia qué parte corre. Este pasaban los suizos, habiendo juntado para esto sus naves y lanchas. Avisado César por los corredores, que habian ya pasado tres partes de su ejército, y que quedaba la cuarta de este otro lado, saliendo á media noche de sus reales con tres legiones, llegó á aquella parte, que aun no habia pasado el rio. Dió sobre ellos embarazados y descuidados, les mató un gran número, y los demás dieron á huir, hasta esconderse en los montes cercanos. Estos eran los del canton de Zurich, uno de los cuatro en que se dividia todo el estado de los suizos, y del que en tiempos pasados saliendo los suizos dieron muerte al cónsul Casio, e hicieron pasar sus tropas por debajo del yugo. Y así, ó fuese casualidad, ó providencia de los dioses inmortales, aquella parte del estado suizo, que trajo tan gran calamidad al pueblo romano, pagó la primera su merecido. En lo cual vengó César, nó solo el agravio público, sino tambien el suyo particular, porque en la misma batalla en que murió Casio, pereció tambien su lugarteniente Lucio Pison, abuelo de Lucio Pison, suegro de César.

Después de este suceso, para poder alcanzar el resto del ejército, dió disposicion de que se hiciese un puente en el Saona, por el cual pasó sus tropas. Asustados los suizos de la prontitud de su venida, viendo que en un solo dia habia logrado pasar el rio, que á ellos les habia costado veinte dias con mucha dificultad, le enviaron sus mensageros, de los cuales era el principal Divico, que habia sido general de los suizos en la guerra de Casio. Este habló á César en esta sustancia: «que si el pueblo romano hacia las paces con los suizos, ellos se irian y vivirian en aquel paraje donde César los pusiese y fuese su voluntad; pero que si proseguia en perseguirlos con guerra, se acordase de la pasada derrota del pueblo romano, y del antiguo valor de los suizos. Que por haber acometido de improviso á una sola parte de su gente, cuando los que habian ya pasado el rio no podian socorrer á los suyos, no tuviese mucha confianza en su esfuerzo, ó los despreciase á ellos, á quienes habian enseñado sus padres y sus antepasados á pelear y asegurarse mas en el valor que en engaños y asechanzas. Y así que no hiciese por donde aquel paraje en que se habian avistado, tomase nombre y fama por la calamidad del pueblo romano y matanza de su ejército».

Á estas razones respondió César: «que por esto le quedaba menos motivo de dudar, porque tenia muy presentes aquellas cosas que los enviados suizos le acordaban; y que por lo mismo le causaban mayor indignacion, cuanto con menos merecimiento del pueblo romano habian acaecido. El cual si supiera de algun agravio que hubiese hecho, no le hubiera sido difícil precaverse; mas habia sido engañado, porque ni entendia haber hecho por qué temer, ni creia que debiese temer sin motivo. Pero que cuando quisiera olvidar la afrenta pasada, ¿por ventura podria desentenderse de los recientes agravios de haber intentado pasar contra su voluntad por la provincia, y de las extorsiones hechas á los pueblos de Autun, de Chalons, de Saboya y del Delfinado? Que el vanagloriarse con tanta insolencia de su victoria, y admirarse de que por tanto tiempo se hubiesen dejado pasar sus insultos sin castigo, era de la misma naturaleza. Porque acostumbran los dioses inmortales, para que sientan mas los hombres la mudanza de la fortuna, conceder á veces mas prosperidades y mas larga impunidad á aquellos de quienes quieren tomar venganza por sus delitos. Mas, con todo eso, si le traian rehenes, para que conociese que estaban en ánimo de hacer lo que prometian, y si daban satisfaccion á los de Autun, de Saboya y Delfinado de las injurias que á ellos y á sus aliados habian hecho, ajustaria con

ellos la paz.» Divico replicó, que á los suizos los habian enseñado sus antepasados á recibir, nó á dar rehenes, de lo cual era buen testigo el pueblo romano: y dada esta respuesta, se volvió.

Al otro dia levantaron el campo: César hizo lo mismo; y echó delante toda la caballería, que serian hasta cuatro mil hombres de la provincia, del país de Autun y sus aliados, para que observasen hácia dónde dirigian su marcha los enemigos. Ellos, siguiendo á la retaguardia con mas codicia de lo que era razon, vinieron á la pelea con la caballería de los suizos en un paraje nada ventajoso, en que murieron algunos de los nuestros. Engreidos los suizos con este buen suceso, por haber desbaratado con solo quinientos caballos un número tan crecido de nuestra caballería, empezaron á hacer alto con mas atrevimiento, y á provocar á los nuestros desde su retaguardia. César contenia á los suyos, contentándose por entónces con estorbar al enemigo que talase y robase los campos; y así marcharon cerca de quince dias, sin que entre su retaguardia y la vanguardia nuestra mediase mas distancia que la de cinco ó seis millas.

IV. Entretanto reconvenia César continuamente á los autuneses por el trigo que le habian ofrecido públicamente; pues estando la Galia céltica, como se ha dicho, bajo del septentrion, ni los trigos estaban para cogerse por los frios, ni aun abundaba el forraje. Y no se hallaba en disposicion de echar mano del trigo que habia embarcado por el Saona, por haber dejado este camino los suizos, de quienes no queria apartarse. Los autuneses lo iban dilatando de un dia para otro, diciendo que ya se traia, que venia caminando, que ya llegaba. Mas, como conoció que lo alargaban mas de lo justo, y se acercaba el dia en que era menester repartir la racion á los soldados, llamó á los principales de su nacion, de los que tenia bastantes en su campo, y entre ellos á Diviciaco, y á Lisco, que obtenia el primer magistrado de su nacion, á quien llaman Vergobreto, y le crean todos los años con potestad de vida y muerte, y los reconvino seriamente, quejándose de que cuando no se podia comprar el trigo, ni tomar de los campos, en un tiempo tan crítico, tan inmediato el enemigo, y no teniendo otro recurso, no le ayudaban, especialmente habiendo él emprendido la guerra por sus ruegos.

Entonces, finalmente, movido Lisco de la plática de César, publicó lo que hasta aquel punto habia tenido muy callado. «Que habia algunos sugetos cuya autoridad era de mucho valimiento con la plebe, que siendo particulares, eran mas poderosos que los mismos magistrados: que estos con sediciosos y malvados discursos seducian al pueblo para que no contribuyese con los víveres, diciendo que era mejor, ya que no podian lograr el señorío de toda la Francia, sufrir la dominacion de los franceses, que de los romanos; pues no se debia dudar, que si estos llegaban á vencer á los suizos, quitarian tambien su libertad á los de Autun junto con toda la Francia. Que los mismos revelaban á los enemigos nuestras resoluciones, y todo cuanto se ejecutaba en el campo: que él no podia contenerlos; antes por haber manifestado á César una cosa tan precisa, sabia á cuánto riesgo se habia expuesto; y que por lo mismo habia callado todo lo posible».

Bien conocia César, que en esta plática de Lisco era señalado Dumnorix, hermano de Diviciaco: mas no queriendo que se tratasen aquellos puntos en presencia de muchos, despidió luego la junta: mandó quedarse á Lisco, le preguntó aparte acerca de lo que antes habia insinuado: el se explicó con mas libertad y desembarazo; y examinando secretamente á otros, halló lo mismo: «que esto era Dumnorix, hombre audaz, y muy querido de la plebe por su liberalidad, deseoso de novedades, que tenia arrendados por poco precio muchos años habia los portazgos, y todas las demás rentas del país; porque en poniendo él la postura, ninguno se atrevia á pujársela: que así habia acrecentado su hacienda, y adquirido grandes facultades para regalar: que mantenia siempre á su costa cerca de su persona un gran número de gente de á caballo: que no solo era poderoso en su tierra, sino tambien en las de la comarca; y que por este favor habia casado á su madre con un sugeto principal y muy hacendado de Berry: que él estaba casado con una suiza, y habia colocado á una hermana de madre, y á otras parientas suyas en otros pueblos: que por este parentesco favorecia y deseaba todo bien á los suizos, y aborrecia hasta el nombre de César y de los romanos; porque con su venida se habia disminuido su poder, y habia sido restituido su hermano Diviciaco á su antigua honra y dignidad: que si acontecia alguna desgracia á los romanos, entraba él en grande esperanza de conseguir el reino por los suizos; y que con el imperio del pueblo romano, no solo del reino, sino aun del favor presente desconfiaba. Tambien averiguó César, que el encuentro adverso con la caballería del dia pasado, habia tenido principio en la fuga de Dumnorix y de su gente; porque llevaba el mando de la que habia venido de Autun para ayudar á César; y que con la huida de estos, se habia atemorizado todo el resto.»

Hecha esta averiguacion, y juntando á las sospechas otras cosas bien sabidas, como el haber facilitado el paso á los suizos por el Franco Condado, el haber dispuesto que se diesen rehenes mútuamente, y haber ejecutado todo esto, nó solo sin órden suya, ni de su estado, sino sin la menor noticia, y que el mismo magistrado de Autun le acusaba, creia tener suficiente causa, ó para castigarle, ó para mandar que su país tomase providencia. Mas para entrambos medios habia un inconveniente, que era el haber experimentado en su hermano Diviciaco mucho amor al pueblo romano, muy buena voluntad para consigo mismo, singular fidelidad, rectitud y moderacion. Y así antes de pasar á otra cosa mandó llamar á Diviciaco; y haciendo retirar los intérpretes ordinarios, le habló por medio de C. Valerio Procilo, noble de la Galia narbonense, de quien hacia en todo mucha confianza: le trajo á la memoria lo que se habia dicho en el consejo y a su presencia, de su hermano, «y le manifestó lo que habia sabido después particularmente; por todo lo cual le pidió y exhortó á que no se diese por ofendido, si vista su causa tomase él mismo providencia, ó daba órden de que su estado la tomase.»

Diviciaco, abrazando á César comenzó á suplicarle con muchas lágrimas, «que no tomase alguna providencia séria contra su hermano: que bien sabia ser ciertas aquellas voces, y que nadie las sentia mas que él. Porque teniendo él mucho favor en su patria y en toda Francia, y su hermano ninguno por sus pocos años, él le habia engrandecido: y al presente nó solo se valia de su poder y riquezas para disminuirle su valimiento, sino que tiraba á arruinarle; pero con todo le movia el amor de hermano, y la opinion del pueblo; porque si le sucedia algun contratiempo por parte de César, nadie creeria haberse trazado sin su consentimiento, teniendo el tan buen lugar en su amistad, y que de aquí resultaria ponerse mal con él toda la Francia.» Como esto se lo pidiese con muchas lágrimas,

César le tomó la mano, y consolándole, le rogó que cesase en sus súplicas; y le dió á entender que estimaba tanto su amistad, que desde luego le perdonaba, por su afecto y ruegos, la injuria de la república y su propio resentimiento. Llamó después á Dumnorix: hizo venir á su hermano: le manifestó lo que condenaba en él: le hizo ver lo que sabia, aquello de que la ciudad se quejaba: le amonestó de que en adelante procurase evitar cualquier sospecha: y últimamente le dijo que le perdonaba lo pasado por amor de su hermano: sin embargo le puso espías para saber lo que hacia y con quienes hablaba.»

V. Avisado César el mismo dia por los corredores que los enemigos habian hecho alto en la falda de un monte distante ocho millas de su campo, envió quienes registrasen la naturaleza del terreno, y qué tal era la subida por todo su circúito. Volvieron con la respuesta de que era fácil; y luego á media noche destacó al lugarteniente y propretor Tito Labieno con dos legiones, y las guias que sabian el camino, á tomar la altura del monte, comunicándole su pensamiento: y él marchó al amanecer por el mismo camino que habian llevado los enemigos. Echó delante toda la caballería, y envió tambien con los corredores á P. Considio, que tenia reputacion de muy versado en guerras, y habia servido en el ejército de L. Sila, y después en el de M. Craso.

Al amanecer, tomada ya la altura del monte por Labieno, y estando César no mas que á mil y quinientos pasos del campo contrario, sin haberse sentido (segun se supo después por los prisioneros) ni su venida, ni la de Labieno, vino Considio á carrera tendida con el aviso «de que estaba ocupado por los enemigos el monte que queria que tomase Labieno: que él lo habia conocido por las armas é insignias de los franceses.» Con esta noticia retiró César sus tropas á un collado inmediato, y las puso en órden de batalla. Labieno, como le habia mandado César que no acometiese hasta que llegasen sus tropas cerca del cuartel enemigo, para dar sobre ellos por todas partes, tomado el monte aguardaba á los nuestros, y se estaba quieto. Pero ya muy entrado el dia supo César por los corredores, que quien tenia tomado el monte eran los suyos, que los enemigos habian levantado el campo, y que Considio lleno de miedo le habia contado como visto lo que no habia visto. Con que aquel dia partió en seguimiento del enemigo á la distancia que solia, y asentó los reales á tres millas del campo contrario.

Al dia siguiente, no faltando mas que dos dias para repartir la racion á los soldados, y hallándose á diez y ocho millas de Autun, ciudad rica y capital del estado del mismo nombre, tomó la vuelta de ella dejando de seguir á los enemigos. Ellos lo supieron por unos desertores de L. Emilio, decurion de la caballería francesa, y creyendo ó que los romanos se retiraban de miedo (y mas que teniendo tomadas el dia antes las alturas, no habian dado la batalla), ó que podrian cortarles la provision de víveres, mudaron de intento; y torciendo el camino, empezaron á seguir á los nuestros, y á provocarlos á la pelea por la retaguardia.

Luego que lo advirtió César, retiró sus tropas á un collado inmediato, y destacó la caballería para detener el ímpetu de los enemigos. Entretanto repartió en tres trozos en el medio del collado sus cuatro legiones veteranas, colocando en lo alto las otras dos recien levantadas en Lombardía; de modo que cubrió con su ejército todo el cerro: después mandó retirar á cierto puesto todo el equipaje, y que este le defendiesen las tropas que estaban á la parte de arriba. Los suizos que seguian el alcance con todos sus carros y convoy, le retiraron á otro lugar; y rechazando á nuestra caballería, y formando un escuadron muy apiñado de infantería, fuéron avanzando á nuestras primeras líneas.

Mandó César apartar lejos su caballo, y luego todos los demás, para quitar la esperanza de la fuga, quedando igual el peligro; con lo cual animó á los suyos, y dió la batalla. Nuestros soldados, dada la primera carga de flechas desde sitio ventajoso, rompieron fácilmente el escuadron de á pié de los contrarios, y se echaron sobre ellos con espada en mano. Estorbaba mucho á los franceses en la refriega el que traspasados con las flechas muchos de sus escudos, y agarrados al brazo por haberse doblado las puntas, ni las podian arrancar, ni pelear con desembarazo ocupado el brazo izquierdo; de suerte, que muchos sacudiéndole largo tiempo, querian mas deshacerse del escudo, y pelear á cuerpo descubierto. Finalmente, cansados del daño que recibian, empezaron á retirarse, y á guarecerse de un monte que distaba como una milla del campo de batalla. Tomado este, y siguiéndoles los nuestros, un cuerpo de boyos y estulingos, que cerraban el ejército, y guarnecian la retaguardia con cerca de quince mil hombres, acometiendo á los nuestros sobre la marcha por el flanco, empezaron á cercarlos: visto lo cual por los suizos que se habian retirado al monte, acudieron segunda vez, y renovaron la pelea. Recibiéronlos los nuestros divididos en tres trozos, dos resistiendo á los vencidos, y el tercero haciendo frente á los que venian de refresco.

Así se peleó mucho tiempo valerosamente y con vario suceso; pero, no pudiendo ya los enemigos resistir la furia de los nuestros, se retiraron los unos á los montes donde primero se habian refugiado, y los otros á ampararse de los carros y equipaje. Mas en toda la refriega, habiendo durado constantemente desde la una de la tarde hasta la noche, ninguno vió las espaldas al enemigo. Aquí prosiguió la batalla hasta muy entrada la noche; porque habian opuesto los carros por trinchera, tirando desde encima á los nuestros conforme se acercaban, y otros los herian con picas y chuzos por entre las ruedas; pero al cabo de un largo combate se apoderaron los nuestros de todo el equipaje y de los reales, donde se hicieron prisioneros á un hijo y una hija de Orgetorix. Quedaron de esta derrota cerca de ciento y treinta mil hombres, que caminando toda aquella noche sin descansar, llegaron á los cuatro dias á tierra de Langres, no habiendo podido los nuestros seguir el alcance por haberse detenido tres dias en la cura de los heridos, y en dar sepultura á los muertos.

César despachó cartas y mensageros á los de Langres, para que no los ayudasen con trigo, ni otra cosa; pues si lo hacian, los trataria como á ellos; y al cabo de los tres dias se puso en marcha en su seguimiento con todas sus tropas.

VI. Obligados los suizos de la falta de todas las cosas, enviaron á César embajadores de paz; los cuales, habiéndole encontrado en el camino, se arrojaron á sus piés, y le pidieron la paz con mucha sumision y lágrimas. Él les mandó que le esperasen en el mismo paraje en que se hallaban entónces; y así lo hicieron. En llegando César, les pidió rehenes, las armas, y los esclavos que se habian refugiado á ellos. Mientras se dispusieron y entregaron estas cosas, en una noche que pasó por medio, cerca de seis mil hombres del Canton de Berna, ó preocupados del temor de ser castigados después de entregadas las ar-

mas, ó llevados de la esperanza de salvarse, creyendo que se podia ocultar ó ignorarse enteramente su fuga entre tanta multitud de rendidos, se escaparon al anochecer del real de los suizos, y se enderezaron hácia el Rin á las tierras de los alemanes.

Luego que César lo supo, envió órden á aquellos por cuya tierra habian pasado, para que los buscasen y volviesen á conducirlos, si no querian ser tenidos por sospechosos: traidos que fuéron, los trató como enemigos. Á todos los demás acetó la entrega, habiéndole presentado los rehenes, las armas y los desertores. Á los suizos y á los de Dutlingen y Brisgau los mandó volver á sus tierras de donde habian salido; y porque, perdidos todos sus frutos, no les quedaba cosa alguna con que tolerar la pobreza, dió órden á los saboyanos que les facilitasen trigo, y á ellos mismos que volviesen á reedificar las ciudades y demás pueblos que habian asolado. Á lo cual le movió principalmente el que no quedase desierta la tierra desamparada por los suizos, no fuese que su fértilidad atrajese á los alemanes que habitan de la otra parte del Rin, y estuviesen demasiado cercanos á la provincia y á Saboya. Concedió á los boyos, á peticion de los de Autun, por ser gente de valor conocido, que asentasen en sus tierras, á quienes dieron campos, y recibieron después en igual condicion del señorío y libertad en que ellos vivian.

Halláronse en los reales de los suizos unas listas escritas en griego, que se entregaron á César, las cuales contenian una razon individual de los que habian salido de su patria, que podian servir en la guerra, y separadamente de los niños, viejos y mujeres; cuya suma total era doscientos sesenta y tres mil suizos, treinta y seis mil estulingios, catorce mil de tierra de Brisgau, veinte y tres mil de Bale, treinta y dos mil boyos, y entre todos hasta noventa y dos mil hombres de armas. La suma de todos trescientos sesenta y ocho mil, de los cuales volvieron á sus tierras, segun el encabezamiento hecho de órden de César, ciento y diez mil.

VII. Concluida la guerra de los suizos, vinieron embajadores de casi toda la Galia Céltica, los principales de las provincias, á dar el parabien á César, diciéndole, « que aunque el pueblo romano habia castigado con el poder de sus armas los antiguos agravios de los suizos, no cedia esta victoria en menos útilidad de toda la Francia, que del mismo pueblo romano; porque habian salido los suizos de su patria, viéndose muy florecientes, con el designio de hacer guerra á toda Francia, de apoderarse de su imperio, y escoger para su domicilio de entre tantas tierras la que les pareciese mejor y mas abundante, y de hacer tributarias á todas las demás provincias. Le pidieron tambien permiso para celebrar un congreso de toda la nacion en un dia señalado; porque tenian ciertas cosas que pedirle de comun consentimiento. » César les dió su permiso, señalaron el dia, y se juramentaron para que nadie lo publicase sino cuando se determinara de comun acuerdo.

Despedida la junta, volvieron á César los mismos principales de las provincias que habian estado antes con él, y le pidieron licencia para tratar secretamente de su remedio, y el de todos. Lo cual alcanzado, se echaron llorando á sus piés, diciendo, que no menos solicitaban el que no se publicase lo que le dirian, que el lograr lo que tanto deseaban; porque se veian expuestos á los mas crueles tormentos, si llegaba á saberse. Tomó la voz por todos Diviciaco, y dijo, « que toda la Galia Céltica estaba dividida en dos bandos, de uno de los cuales era cabeza el país de Autun, y del otro el de Auverna: que habiendo disputado entre sí con gran teson muchos años la preeminencia, sucedió que los auvernates y los del Franco Condado llamaron en su ayuda con sueldo á los alemanes: que de estos pasaron el Rin la primera vez quince mil hombres; pero que después que aquella gente bárbara y feroz gustó del trato y abundancia de los franceses, habian pasado muchos mas: que actualmente habia en Francia ciento y veinte mil alemanes: que los pueblos de Autun y sus pertenencias habian medido las fuerzas diferentes veces con ellos; pero que, siendo vencidos, habian padecido grandes calamidades, y perdido toda su nobleza, su senado y toda la caballería. Con las cuales desgracias quebrantados, los que antes habian sido muy poderosos en su tierra por su valor, y por el derecho de hospedaje y amistad del pueblo romano, se habian visto en la precision de dar por rehenes á los del Franco Condado los mas nobles de su país, y á hacer una obligacion con juramento, de que ni volverian á pedir los rehenes, ni implorarian el auxilio del pueblo romano, ni rehusarian el estar perpetuamente bajo su imperio y jurisdiccion: que él era el único entre todos los autuneses á quien no pudieron reducir á jurar lo mismo, y á dar sus hijos en rehenes; por lo cual habia salido huyendo de la patria á pedir socorro á Roma y al senado, por ser él solo el que no estaba obligado con juramento ni rehenes. Pero que les habia sucedido peor á los del Franco Condado vencedores, que á los de Autun vencidos; porque Ariovisto, rey de los alemanes, habia hecho asiento en su tierra; y apoderado de la tercera parte de su campo, que era el mejor de toda la Galia Céltica, los mandaba salir ahora de la otra tercera parte, por haber llegado pocos meses antes veinte y cuatro mil hombres de Constancia, á quienes disponia asiento y domicilio. Por donde vendriá á suceder dentro de pocos años, que todos los franceses serian echados de sus tierras, y pasarian el Rin todos los alemanes, cuyos campos no tenian comparacion con los de Francia, ni esta manera de vida con la suya. Que en órden á Ariovisto, después que venció las tropas de los franceses en la batalla de Magstad, reinaba con la mayor soberbia y crueldad: pedia por rehenes los hijos de los mas nobles, en quienes ejecutaba horrorosos castigos, si algo se hacia contra su gusto y voluntad: que era un hombre bárbaro, iracundo y temerario: que ya no se podia tolerar mas su dominio: y que si no hallaban algun socorro en César y el pueblo romano, se verian obligados á hacer lo mismo que los suizos, salirse de su patria, y buscar otro asiento, otras moradas lejos de los alemanes, y experimentar cualquier fortuna. Por último, que si estas quejas llegaban á noticia de Ariovisto, no habia duda que tomaria una cruelísima venganza en los rehenes que estaban en su poder: que César, ó con su autoridad y la de su ejército, ó con la reciente victoria, ó con el nombre del pueblo romano podria tal vez contener que no pasase el Rin mayor multitud de alemanes, y defender á la Francia de la sinrazon de Ariovisto. »

Hecho este razonamiento por Diviciaco, todos los presentes empezaron á pedir favor y amparo á César con muchas lágrimas. Advirtió César que entre todos los que allí se hallaban, solos los del Franco Condado no hacian los extremos que los demás, sino que llenos de tristeza, estaban cabizbajos, sin atreverse á levantar los ojos del suelo; de lo cual admirado, les preguntó la causa; pero no le dieron respuesta, sino que permanecieron callando en la misma tristeza. Y como se lo volviese á preguntar diversas veces, y no pudiese sacarles una palabra, respondió el mismo Di-

viciaco: «que por esto era mas cruel y miserable la suerte de los del Franco Condado, que la de todos los demás; porque aun no se atrevian á quejarse en secreto, ni á implorar socorro atemorizados de la crueldad de Ariovisto, aun estando lejos, como si le tuvieran presente. Porque á los demás les quedaba siquiera la esperanza de la fuga; pero estos, que habian dado entrada á Ariovisto en su tierra, y cuyas ciudades todas estaban bajo su dominio, habian de quedar tambien para sufrir todos los tormentos.»

Enterado César de estas cosas, alentó con buenas palabras los ánimos de los franceses, y les prometió que lo tomaria á su cuidado; añadiendo, que él tenia esperanza de que Ariovisto, obligado de sus beneficios y autoridad, cesaria en sus agravios. Con lo cual despidió la junta. Además de esto le movian otras muchas razones á pensar y tomar por su cuenta aquel negocio: en especial el ver á los de Autun, que muchas veces habian sido honrados con el título de amigos y parientes por el senado, sujetos á la dominacion y esclavitud de los alemanes, y sus rehenes en poder de Ariovisto y los del Franco Condado: cosa que juzgaba por muy vergonzosa á sí y á la república, estando en tan gran reputacion el imperio del pueblo romano. Tenia tambien por muy perjudicial para este, el que los alemanes se acostumbrasen poco á poco á pasar el Rin, y á venir en gran muchedumbre á Francia. Ni podia persuadirse á que siendo gente feroz y bárbara, se contendria sin pasar á la provincia romana, como antes lo habian hecho los cimbros y teutones después de haberse apoderado de toda Francia, y desde allí extenderse á la Italia: y mas cuando el Franco Condado solo estaba separado de la provincia por el rio Ródano; á todo lo cual se debia ocurrir con la mayor prontitud: fuera de que habia cobrado Ariovisto tales ánimos y arrogancia, que estaba insufrible.

VIII. Parecióle lo mas acertado enviar embajadores á Ariovisto, pidiéndole: «que señalase algun paraje intermedio para una conferencia, porque tenia que tratar con él asuntos suyos y de la república, importantes á unos y á otros.» Á esta embajada respondió Ariovisto: «que si él necesitara de César para alguna cosa, vendria á buscarle; y así, si algo le queria, le parecia regular que viniese á verse con él: además, que no se atrevia á pasar sin ejército á aquella parte de Francia que poseia César, ni podia juntar sus tropas sin grandes gastos y embarazos: y que tambien le causaba no poca admiracion qué negocios podrian tener ó César ó el pueblo romano en aquella parte de Francia, que él habia sujetado con sus armas».

Dada esta respuesta, le volvió á enviar César otra embajada en esta sustancia: «que supuesto que honrado con tan grande beneficio de él y del pueblo romano, como haberle dado el senado, siendo él cónsul, el título de rey y amigo, era este el agradecimiento que mostraba al pueblo romano, que habiéndole pedido viniese á una conferencia, lo tenia por muy gravoso y no le parecia que debia tratar de los asuntos comunes; esto era lo que le pedia: lo primero, que no pasase el Rin mayor número de alemanes á Francia: en segundo lugar, que volviese á los de Autun sus rehenes, y diese permiso á los del Franco Condado para ejecutar lo mismo: que no hiciese mas extorsiones á los autuneses, ni declarase la guerra á sus aliados: que si hacia esto, tendria un favor y amistad perpétua con el pueblo romano; pero que si no lo alcanzaba de él, supuesto que en el consulado de M. Mesala y M. Pison habia expedido el senado un decreto para que, cualquiera que obtuviese el gobierno de las Galias, defendiese á los autuneses y demás aliados del pueblo romano en cuanto pudiese sin perjuicio de la república, no podria mirar con indiferencia las injurias que habian experimentado».

Á esto respondió Ariovisto: «que era derecho de la guerra dar el vencedor la ley al vencido conforme le pareciese: que el pueblo romano no solia imponer la ley á los rendidos á gusto de otro, sino á su albedrío; y así, cuando él no prescribia al pueblo romano el modo con que habia de usar de su derecho, no era regular que á él le estorbase usar del suyo: que los autuneses habian quedado tributarios suyos, porque tentando la fortuna en la guerra, y viniendo á medir las fuerzas, habian sido vencidos: que le hacia César grande agravio en venir á menoscabarle sus tributos. Que no volveria los rehenes á los de Autun, ni les haria injustamente la guerra, ni á sus aliados, si manteniéndose en lo tratado, le pagaban anualmente el tributo; pero que no lo haciendo, de poco les serviria el nombre y confraternidad del pueblo romano. Que en cuanto á lo que César le apuntaba, de que no miraria con indiferencia las injurias de los autuneses, tuviese entendido, que nadie se le habia opuesto, que no quedase escarmentado; que viniese á medir las fuerzas cuando quisiese, y aprenderia hasta dónde llegaba el valor de los invictos alemanes criados en la milicia, y que en catorce años no se habian puesto bajo de cubierto.»

Á un mismo tiempo se daba á César esta respuesta, y le llegaban mensageros de Autun y de Tréveris, de aquellos á quejarse: «de que les abrasaban los campos los de Constancia recien venidos á sus tierras: que ni aun con rehenes que les habian dado, podian comprar la paz de Ariovisto.» De los treviros á decirle, «que cien pagos de los suevos habian hecho alto á las orillas del Rin, y se disponian á pasarlo mandados por dos hermanos, Nasua y Cumberio.» De las cuales cosas indignado César sobre manera pensó en apresurar su jornada, viendo que si el nuevo ejército de los suevos llegaba á juntarse con las antiguas tropas de Ariovisto, seria mas difícil el combatirlos. Y así, hecha la provision de trigo lo mas pronto que le fué posible, partió á grandes jornadas en busca de Ariovisto.

IX. Tres dias llevaba de marcha, cuando tuvo noticia que Ariovisto iba á gran priesa con todas sus tropas á apoderarse de Vesanzon, capital del Franco Condado, y que solo distaba ya tres jornadas de su comarca. Esto juzgaba César que era preciso precaver no se verificase; porque en esta ciudad habia gran disposicion de todo lo necesario para la guerra, y la hacia tan fuerte su situacion, que daba mucha oportunidad para alargar la guerra; pues la rodea casi toda como con un círculo el rio Doux, y el espacio que no baña el rio, que tomará como seiscientos piés, le ocupa un alto monte, cuyas raíces tocan por los dos lados en la ribera del rio; y rodeado el monte de muralla, se hace una fortaleza unida con la ciudad. Á esta se dirigió César marchando de dia y de noche; y habiendo entrado en ella, la dejó una guarnicion.

Mientras se detuvo unos dias en Vesanzon por la provision de trigo y demás bastimentos, de las preguntas de nuestros soldados, y las voces de los franceses y de los mercaderes, que contaban de los alemanes ser de una estatura desmesurada, de un valor increible, y muy ejercitados en las armas, cuya presencia y ferocidad no habian podido sufrir varias veces en la pelea, se originó de repente tanto temor en el ejército, que perturbó no poco los ánimos y pensamientos de todos. Nació primeramente en los tribu-

nos y capitanes, y en otros que acompañaban á César por amistad; los cuales se lamentaban del gran peligro por su poca experiencia en la guerra. De estos, unos fingiendo varios pretextos, que decian les precisaban á partirse, le pedian permiso para hacerlo: otros se quedaban de vergüenza para no dar sospecha de temor. Pero no podian mostrar buena cara, ni detener algnna vez las lágrimas; y metidos en sus tiendas, lloraban su desgracia, ó se lamentaban con sus amigos del peligro comun. En todos los reales se hacian públicamente testamentos. Con las voces y temores de estos, se llegaba á apoderar el miedo insensiblemente aun de los mas experimentados en la guerra, tanto soldados, como centuriones y capitanes de caballería. Los que querian pasar por menos tímidos, decian, que no les ponian miedo los enemigos, sino los pasos estrechos, y grandes montes que mediaban entre el ejército y Ariovisto, y las dificultades de conducir los víveres con comodidad. Y aun llegó á oídos de César, que cuando diese la señal de la marcha, y de alzar las banderas, no le obedecerian los soldados, ni levantarian el campo de miedo.

Con estas noticias mandó César convocar todos los centuriones de todos los grados, y los reprendió severamente « de que presumiesen les tocaba á ellos inquirir ó pensar á dónde y con qué fin eran conducidos. Que tuviesen entendido que Ariovisto habia deseado con vivas ansias en su consulado la amistad del pueblo romano. ¿Por qué causa debia nadie pensar que ahora se apartaria de la razon tan temerariamente? Que él estaba persuadido á que, en sabiendo sus pretensiones, y hecho cargo de la equidad de las condiciones, no desecharia ni su beneficio, ni el del pueblo romano. Y cuando llevado de su loco furor, les declarase la guerra, ¿al cabo, qué temian? ¿Por qué así desconfiaban del valor y conducta de su capitan? Que ya se habian medido las fuerzas con este enemigo en tiempos pasados, cuando vencidos por C. Mario los cimbros y teutones, alcanzó el ejército no menor gloria que el mismo general. Y se habia hecho nueva experiencia poco antes en Italia, cuando el tumulto de los esclavos, en tiempo en que los levantaba algo la pericia y disciplina aprendida de nosotros. De lo que se podia juzgar cuánto encierra en sí de bueno la constancia; pues á los que temieron antes desarmados sin motivo, los vencieron después armados y vencedores. Finalmente, estos eran los alemanes, con quienes entrando en batalla los suizos, los habian desbaratado diversas veces, nó solo dentro de sus tierras, sino en las suyas de ellos; los cuales no pudieron resistir la fuerza de nuestro ejército. Si á algunos movia la batalla adversa, y la fuga de los franceses, si se enteraban del caso, hallarian que, encerrado Ariovisto muchos meses en los reales y pantanos, sin dejarse ver largo tiempo en el campo, los acometió de improviso, y esparramados cuando menos pensaban en la batalla, los venció mas por arte y maña, que por valor; pero que aun él mismo no esperaria sorprender á nuestro ejército con la estratagema y astucia que le habia valido contra aquellas gentes ignorantes y bárbaras. Que era mucha la insolencia de los que achacaban su temor á la dificultad de los víveres, y á la estrechez de los caminos, pues parecia, ó que desconfiaban de la conducta del general, ó que le querian enseñar su obligacion: que esto tocaba á su cuidado: que los pueblos del Franco Condado, de Lorena y Langres contribuirian con trigo; y que ya estaban en sazon los panes en los campos: y en cuanto al camino, dentro de poco sentenciarian ellos mismos. Que nada le alteraban las voces que corrian de que no le obedecerian las tropas, ni levantarian el campo; pues sabia que á los capitanes á quienes no habian obedecido sus ejércitos, ó les habia faltado la fortuna saliendo mal de sus empresas, ó era manifiesta su avaricia, ú otro cualquier delito: y que su desinterés era bien notorio en toda su vida, y su felicidad en la guerra de los suizos; y así daria desde luego á la tropa la racion que debia darla pasados algunos dias, y al amanecer del siguiente levantaria el campo, para experimentar cuanto antes, si podia mas en sus corazones el pundonor y la obligacion que el miedo. Y si nadie además le siguiese, se pondria en marcha con solo la legion décima, de la cual no dudaba, y le serviria de cohorte pretoria. » A esta legion la distinguia César particularmente, y fiaba mucho de su valor.

Con este razonamiento se trocaron maravillosamente los ánimos, encendiéndose en todos suma alegría y deseo de hacer la guerra. Primero le dió gracias la legion décima por sus tribunos de que hubiese hecho de ella tan honroso juicio, asegurándole que estaba muy pronta á seguirle: después procuraron tambien las otras darle satisfaccion por sus tribunos y centuriones, diciéndole que no habian dudado, ni temido, ni juzgado que á ellos, sino á su general tocaba el dictámen y disposicion de la guerra. Admitidas sus excusas, y elegido el camino por Diviciaco, que entre todos los franceses era de quien hacia mas confianza, el cual dijo que se llevase el ejército por tierra llana con un rodeo de mas de cincuenta millas, se puso en marcha al amanecer, como habia dicho; y á los siete dias de camino, sin intermision, tuvo noticia por los corredores, que las tropas de Ariovisto distaban de las nuestras veinte y cuatro millas.

X. Ariovisto, sabida la venida de César, le envió sus embajadores á decirle, que la plática, que le habia sido pedida por él, podia efectuarse ahora, puesto que estaban tan cerca, y que creia poderlo ejecutar sin peligro. No desechó César la proposicion, pensando que se reducia á la razon, cuando se ofrecia voluntariamente á lo que antes, pidiéndoselo, se habia negado; y entraba en esperanza de que, enterado de sus pretensiones, desistiria de su pertinacia, por los muchos beneficios que le debia, y al pueblo romano. Señalóse la plática para de allí á cinco dias. En este intermedio, como se enviasen varios mensageros de una parte á otra, pretendió Ariovisto que no viniese César á la plática con tropa alguna de infantería; porque se recelaba de algun engaño, sino que ambos habian de venir con la gente de á caballo; y que de otra manera no vendria. César, que no queria descomponer la plática con aquel pretexto, y no se atrevia á fiar su seguridad de la caballería francesa, tuvo por mas conveniente desmontar esta, y dar sus caballos á la legion décima, en quien tenia mucha confianza, para ir prevenido de una escolta segura en caso de necesidad. Al ponerse esto en ejecucion, dijo, nó sin gracia, uno de los soldados, que aun hacia César mas de lo que habia prometido; pues habiendo ofrecido llevar á la legion décima por cohorte pretoria, la hacia ahora de á caballo.

Mediaba una llanura espaciosa, y en ella un cerro considerable casi á igual distancia de unos y otros reales. Aquí vinieron á la conferencia, como estaba tratado. Puso César la legion que habia traido á doscientos pasos de distancia del cerro, y á otra igual hizo alto la caballería de Ariovisto. Pidió este que se hablasen desde los caballos, y que trajese cada uno consigo diez soldados. Llegados al sitio señalado, « César le trajo á la memoria al principio de su discurso los beneficios que habia recibido, así de él, como del pueblo romano: que habia sido honrado por el senado con el título

de rey y amigo: que le habia enviado ricos presentes, honra que lograban pocos, y solian hacer los romanos á algunos sugetos por muy señalados servicios: y él la habia obtenido sin razon ni causa justa para pretenderla, solo por favor y liberalidad suya y del senado. Le hizo tambien presente cuán antiguos y justos motivos de amistad mediaban entre los romanos y los autuneses: cuántos y cuán honoríficos decretos del senado habia hácia ellos: cómo los autuneses habian tenido siempre la primacía en las Galias, aun antes de que pretendiesen nuestra amistad: que era costumbre del pueblo romano que sus amigos y aliados, no solo nada perdiesen de lo suyo, sino que á todos los queria mejorados en favor, honra y dignidad; y asi, ¿cómo habia de permitir que otros les quitasen lo que habian debido á su amistad? Finalmente, le renovó la misma pretension que le hizo saber antes por sus embajadores, que no hiciese guerra á los de Autun, ni á sus aliados: que les volviese los rehenes, y cuando no pudiese enviar á sus tierras alguna parte de los alemanes, á lo menos no permitiese que volviesen otros á pasar el Rin.»

Ariovisto respondió en pocas palabras á las pretensiones de César, y gastó muchas en engrandecer sus proezas. Dijo «que el habia pasado el Rin, nó por su gusto, sino llamado y rogado por los franceses; y que nó sin grandes esperanzas y premios dejara su patria y sus parientes: que el domicilio que tenia en Francia se lo habian dado los mismos franceses, y que de suyo le dieron tambien los rehenes: que por derecho de la guerra le pagaban un tributo, que suelen los vencedores imponer á los vencidos. Que él no habia hecho la guerra á los franceses, sino los franceses á él: que todas las ciudades de Francia habian hecho campo, y juntádose á combatirle: que á todas sus tropas habia desbaratado y vencido en una batalla: que estaba pronto á pelear, si querian probar segunda vez las fuerzas; pero si querian la paz, no era razon rehusasen pagarle el tributo con que de su voluntad le habian contribuido hasta el presente. La amistad del pueblo romano debia servirle de honra y defensa, nó de perjuicio; y con esta esperanza la habia pretendido; pero si el pueblo romano era parte para perdonar el tributo, y quitarle los rendidos, renunciaria la amistad del pueblo romano con no menos voluntad que la habia apetecido. Que el pasar á Francia aquellas tropas de alemanes, era, nó por hacer guerra, sino por guardarse; de lo cual era prueba el que no habia venido sino rogado, ni habia declarado la guerra, sino solo se habia defendido. Que primero vino él á Francia que el pueblo romano, cuyo ejército nunca habia pasado hasta ahora los límites de su provincia. ¿Qué pretendia, ó por qué razon entraba en sus posesiones? Que esta parte de Francia era suya, como nuestra la otra. Y así como no era regular que á él se le permitiera entrar en nuestras tierras, si lo intentara; así volvia á decir que era una injusticia el venir nosotros á perturbarle sus fueros. En cuanto á que los autuneses eran llamados amigos en los decretos del senado, no era él tan bárbaro, ni tan ignorante de las cosas, que no supiese que ni en la guerra pasada de la Saboya y Delfinado dieron auxilio á los romanos los de Autun, ni estos se valieron de la proteccion del pueblo romano en la competencia que tuvieron con él y con los del Franco Condado; y así debia sospechar que César, con amistad fingida, tenia ejército en Francia para oprimirle á él; y si no se retiraba, ó sacaba sus tropas de aquella tierra, le tendria, nó por amigo, sino por enemigo declarado; y si le daba muerte, haria un gran servicio á muchos nobles y principales del pueblo romano, como tenia bien averiguado por sus mismos mensageros, cuyo favor y amistad podia comprar con su cabeza. Pero si se retiraba, y le dejaba libre la posesion de la Francia, le recompensaria con gran premio; y cualesquiera guerras que emprendiese, él se las acabaria sin ningun trabajo, ni peligro suyo.»

César replicó otras muchas cosas en confirmacion de que no podia desistir de la empresa, ni era posible, en su modo de proceder y el del pueblo romano, desamparar á unos aliados tan beneméritos, ni creia que tuviese mejor derecho á la Francia Ariovisto que el pueblo romano; porque venció en campaña Q. Fabio Máximo á los auvernates y rovernates, á quienes perdonó el pueblo romano, sin reducirlos á forma de provincia, ni imponerles tributo alguno. Si se miraba á tiempos mas antiguos, era justísimo el imperio del pueblo romano en Francia; y si se habia de guardar el decreto del senado, debia ser nacion libre, la cual vencida en guerra, era su voluntad que usase de sus leyes.»

XI. Mientras esto pasaba en la plática, avisaron á César que la caballería de Ariovisto se venia acercando al cerro; que se adelantaban algunos y disparaban piedras y dardos á los nuestros. César puso fin a la plática, se retiró donde estaban los suyos, y les dió órden de que no tirasen un dardo; porque aunque veia que la batalla con la caballería seria sin peligro alguno de la legion escogida, con todo, no queria dar motivo á los contrarios de decir, si fuesen vencidos, que viniendo á una conferencia bajo la fe prometida, habian sido engañados. Mas despues que se extendió entre los soldados la arrogancia que habia mostrado Ariovisto en la plática, y como habia excluido á los romanos de toda la Francia; que su caballería habia acometido á los nuestros, y que esto habia puesto fin á la plática, entró el ejército en mucho mayor deseo y codicia de venir á sus manos.

Dos dias despues envió Ariovisto mensageros á César diciendo, «que deseaba hablar con él sobre aquellas cosas que habian empezado á tratar y no se habian concluido; y así que señalase dia para otra conferencia; ó si esto no le agradaba, le enviase alguno de sus tenientes.» No tuvo César por conveniente venir él á la plática, pues el dia pasado no se habian podido contener los alemanes de disparar dardos contra los nuestros, ni creia enviar á un lugarteniente, sin exponerle á mucho peligro entre aquellos bárbaros. Así juzgó por mas acertado enviar á C. Valerio Prócilo, hijo de C. Valerio Caburo, mozo de estimacion y virtud (á cuyo padre dió C. Valerio Flaco el derecho de ciudadano) y por su fidelidad, y por la inteligencia de la lengua francesa, la cual poseia ya bien Ariovisto por el largo uso, y en quien no habia motivo para que los alemanes le agraviasen; y á M. Ticio que habia sido hospedado en casa de Ariovisto. Á estos encargó que viesen lo que decia Ariovisto, y le trajesen la respuesta. Pero luego que Ariovisto los vió en sus reales, empezó á gritar en presencia del ejército, «que á qué venian: si acaso á acechar lo que pasaba.» Y como intentasen hablar, se lo estorbó y los mandó prender.

Aquel mismo dia levantó el campo, y sentó su real en la falda de un monte, que distaba seis millas del de César. Al dia siguiente pasó con sus tropas á la vista de los reales de César, y acampó dos millas mas adelante, con el designio de cortar el paso del trigo y demás bastimento que le conducian de Autun y del Franco Condado. Desde entónces sacó César sus tropas al campo de batalla cinco dias seguidos, y las tuvo ordenadas en ademan de pelear, para estar prevenido por si Ariovisto queria dar la batalla. Pero este se

mantuvo todo aquel tiempo dentro de sus reales, aunque cada dia se trababan algunas escaramuzas entre la caballería. El modo de pelear á que estaban hechos los alemanes era, que llevaban seis mil caballos, y otros tantos peones velocísimos y muy valientes, escogidos uno por uno por los de á caballo para su defensa; con estos entraban en batalla; á estos se retiraban: estos acudian corriendo si sucedia alguna desgracia: estos cogian en medio á los que caian de los caballos gravemente heridos, y si era menester avanzar adelante, ó retirarse con priesa, era tal su ligereza en fuerza del ejercicio que, agarrados á las crines de los caballos, los igualaban en la carrera.

Viendo César que Ariovisto se estaba quieto, porque no le estorbase mas el paso de los víveres, eligió para su campo un sitio que distaba cerca de seiscientos pasos del de los alemanes, y pasó á ocuparle ordenado su ejército en tres escuadrones; al primero y segundo mandó que estuviesen sobre las armas, y al tercero que fortificase el campo. Estaba este paraje, como ya se dijo, á cerca de seiscientos pasos del real enemigo. Luego destacó hácia él Ariovisto diez y seis mil hombres á la ligera con toda la caballería, para que pusiesen miedo á los nuestros, y les estorbasen la fortificacion. Pero sin embargo, mandó César que los dos escuadrones primeros resistiesen al enemigo, y el tercero concluyese la obra; concluida esta, dejó allí dos legiones con parte de las tropas auxiliares, y restituyó las otras cuatro á los reales primeros.

Al dia siguiente sacó sus tropas de uno y otro campo, como lo habia hecho los dias antecedentes; y adelantándose un poco del primero, las puso en órden de batalla y esperó á los enemigos. Mas viendo que ni aun así salian, las volvió á recojer cerca de mediodía. Entónces, finalmente, destacó Ariovisto parte de su gente á combatir los reales menores. Peleóse reciamente de entrambas partes hasta la noche, que Ariovisto retiró sus tropas al ponerse el sol, dadas y recibidas muchas heridas. Preguntó César á los prisioneros, por qué no peleaba Ariovisto en batalla campal; y halló ser la causa, que era costumbre entre los alemanes, que las madres de familias declarasen con sortilegios y adivinaciones, si seria ó nó conveniente dar la batalla; y estas decian que no podian vencer si peleaban antes del novilunio.

XII. Al dia siguiente, dejando César en unos y otros reales la guarnicion que le pareció suficiente, puso á la vista de los enemigos en los reales menores todos los auxiliares, por hallarse inferior en número de legionarios, en comparacion de la multitud de los enemigos, usando de aquellas tropas para la apariencia; y se fué acercando al campo contrario, dividido su ejército en tres trozos. Entónces los alemanes, por precision, sacaron sus tropas al campo de batalla, colocando con órden á distancias iguales á los pueblos de Constancia, de Bohemia, de Estrasbourg, de Maguncia, de Wormes, de Espira y de Suevia, y cercando todo el ejército con el carruaje, para que ninguna esperanza les quedase en la fuga. Aquí pusieron las mujeres, las cuales al salir á la batalla, imploraban á los soldados con lágrimas y desgreñado el cabello, que no las entregasen en servidumbre á los romanos.

Encargó César cada legion á un lugarteniente y un cuestor, para que cada soldado los tuviese por testigos de su valor; y empezó la batalla por el ala derecha, que habia notado estaba mal defendida por los contrarios. De esta manera, dada la señal, acometieron fuertemente los nuestros; y los enemigos salieron de repente corriendo, de suerte que apenas dió lugar á disparar la primera carga de dardos. Y así, arrojados estos, cerraron mas de cerca con espada en mano. Los alemanes, formando, segun su costumbre, un escuadron de infantería, recibieron el choque de las espadas. Muchos de los nuestros saltaron al escuadron de á pie, y arrancándoles los escudos de las manos, los herian por encima de ellos. Desbaratado y puesto en fuga el ejército enemigo por el ala izquierda, cargaban fuertemente á los nuestros por la derecha con su gran multitud; lo cual advertido por P. Craso, el mozo, que mandaba la caballería, y estaba mas desembarazado que los que andaban mezclados en la batalla, envió el tercer escuadron al socorro de los nuestros, que se hallaban en peligro.

Con este refuerzo se restituyó la batalla, volvieron la espalda los enemigos, y no dejaron de huir hasta llegar al Rin, que distaba cerca de cincuenta millas del campo de batalla. Algunos pocos, ó fiados en sus fuerzas probaron á pasar el rio á nado, ó buscaron cómo salvarse en algunas lanchas que allí encontraron; de los cuales fué uno Ariovisto, que hallando un barco amarrado á la orilla, se escapó en él; á todos los demás siguió el alcance la caballería, y perecieron á sus manos. Tuvo Ariovisto dos mujeres, una de nacion sueva, que trajo consigo de su patria; otra bavaresa, hermana del rey Vocion, con quien casó en Francia, habiéndosela enviado su hermano. Entrambas perecieron en la fuga; y de dos hijas que tenia, la una quedó muerta, y la otra se hizo prisionera. M. Valerio Procilo, á quien traian los guardias preso con tres cadenas, dió en manos de César, que iba siguiendo el alcance á la caballería enemiga; cosa que le causó no menos placer que la misma victoria, viendo restituido así á un sugeto muy principal de la provincia narbonense, su amigo y huésped arrebatado al furor de los enemigos, sin que hubiese disminuido nada la fortuna con su calamidad tanto placer y congratulacion. Este dijo que tres veces habian consultado sus sortilegios en su presencia acerca de su destino, si le mandarian quemar vivo, ó le reservarian para otra ocasion; y así por beneficio de las mismas suertes estaba libre. Tambien se halló á M. Ticio, y le trajeron á la presencia de César.

Avisado el suceso de esta batalla á la otra parte del Rin, los suevos, que acababan de llegar á sus riberas, tomaron la vuelta de sus tierras; pero saliendo en su seguimiento los de Colonia, que habitan en las cercanías del mismo rio, como iban amedrentados, les mataron un gran número. César, concluidas en un verano dos guerras muy considerables, llevó el ejército á invernar al Franco Condado algo mas temprano de lo que pedia la estacion. Dejó el mando de estos cuarteles á Labieno, y partió á celebrar un congreso en Lombardía.

ARGUMENTO DEL LIBRO SEGUNDO.

I. Conjuracion de los belgas, y aparato de guerra contra los romanos.—II. Partida de los belgas á Reims: llegada de César: socorro de Fismes.—III. Aparato de los belgas para la batalla en que quedan enteramente desbaratados.—IV. Rendicion de Soissons, del Beauvoisis y Amiens.—V. Valor de las tropas de Hainaut, y sus preparativos para la batalla.—VI. Prontitud de los enemigos en el ataque, y apuro de César para dar las órdenes necesarias.—VII. Varios y dudosos sucesos de la batalla: derrota y rendicion de los enemigos.—VIII. Entrega de los de Namur: su rebelion y derrota.

I. Estando César en Lombardía en cuarteles de invierno, como arriba se dijo, le llegaban continuamente avisos y cartas de Labieno, haciéndole saber que todos los belgas, que dijimos componian la tercera parte de Francia, se conjuraban contra el pueblo

romano, y se daban rehenes unos á otros. Los motivos de conjurarse eran, lo primero, porque recelaban que, sujeta toda la Francia, se llevaria á sus tierras nuestro ejército: en segundo lugar, porque los solicitaban otros franceses, pues que así como no querian que los alemanes estuviesen mas tiempo en Francia, así tampoco gustaban de que el ejército romano invernase y se envejeciese en ella: parte que por su natural ligereza é inconstancia deseaban novedades en el gobierno; y otros los estimulaban tambien, porque regularmente se apoderaban de los reinos los mas poderosos, y que tenian facultades para mantener tropas á su sueldo: cosa que no podrian conseguir con tanta facilidad, teniendo nosotros el imperio.

Movido César por estos avisos y cartas, levantó dos legiones de nuevo en Lombardía, y las despachó á la entrada del verano con su lugarteniente Quinto Pedio á lo interior de la Francia; y él luego que hubo abundancia de forraje, partió al ejército. Encargó á los pueblos de Sens y á todos los mas inmediatos á los belgas, que averiguasen qué disposiciones se hacian entre ellos, y se lo avisasen. Todos le informaron que se levantaban tropas y se juntaban en paraje señalado. Entónces ya creyó no habia que dudar, sino salirles al encuentro para de allí en doce dias. Y así hecha la provision de trigo, levantó el campo, y en quince dias llegó á los confines de los belgas.

Como fué su venida tan de improviso, y mas pronta de lo que todos esperaban, los de Reims, que son los mas inmediatos, le enviaron una embajada con los principales de su país Iccio y Antebrogio, diciendo, «que ellos y todas sus haciendas estaban bajo la proteccion y dominio de los romanos: que ni habian consentido con los demás belgas, ni rebeládose en manera alguna contra el pueblo romano: que estaban prontos á dar rehenes, y á hacer lo que se les mandase, á recibirle en sus pueblos, á ayudarle con trigo y los demás bastimentos. Pero que todos los demás belgas estaban en armas, unidos con ellos los alemanes que vivian de la parte acá del Rin; y era tal su furor, que no habian podido retraer de esta liga á los de Soissons, sus hermanos y parientes, que se gobernaban por sus mismos fueros y leyes, por el mismo magistrado y señorío.»

Preguntóles César cuántas y qué ciudades estaban sobre las armas, y á cuánto se extenderian sus fuerzas: y supo que los mas de los belgas traian su orígen de los alemanes; los cuales pasaron el Rin antiguamente, y asentaron en aquella tierra por su fertilidad, echando de su posesion á los franceses que la habitaban: que estos fueron los que en tiempos pasados, talada toda la Francia, estorbaron la entrada en sus términos á los cimbros y teutones; en memoria de cuyos hechos habian cobrado mucha autoridad en las cosas de la guerra. Decian tambien que estaban muy bien informados del número de sus tropas; pues por la union de parentesco y afinidad sabian cuánta gente habia prometido cada partido para la guerra en la junta general de los belgas. Los mas poderosos eran los de Beauvois, por su valor, por su autoridad y por el número de gente: que podrian poner en campaña un ejército de cien mil hombres: que habian ofrecido sesenta mil de gente escogida, y pretendian el mando de la guerra. Inmediatos á estos estaban los de Soissons, que poseian unas campiñas muy fértiles y espaciosas, cuyo rey fué aun en nuestro tiempo Diviciaco, el mas poderoso de toda Francia; el cual habia tenido el dominio, nó solo de una gran parte de estas tierras, sino tambien de la Bretaña: que actualmente reinaba Galba, á quien por la fama de su prudencia y justicia se entregaban de comun consentimiento todas las facultades y direccion de la guerra: que estos tenian doce ciudades, y ofrecian cincuenta mil hombres de armas: otros tantos los de Hainant, gente muy apartada de todo comercio, y reputada por la mas fiera: los artesianos ofrecian quince mil: los de Amiens diez mil: los de Santomer veinte y cinco mil: los de Brabante nueve mil: los de Caux diez mil: otros tantos los de Vexin y Vermandois: los de Namur veinte y nueve mil: y los de Colonia, Lieja, Bovillon, Luxembourg, que con el nombre comun se llaman alemanes, pondrian en campaña cuarenta mil.

César, habiendo animado á los de Reims, y dejándolos muy satisfechos de sus palabras, les mandó traer á su poder todo su senado, y los hijos de las personas mas principales por rehenes; todo lo cual ejecutaron al instante con suma puntualidad; y tomando aparte á Diviciaco de Autun, le puso delante cuánto importaba á la república y al bien comun dividir las tropas de los enemigos, para no pelear á un mismo tiempo con tanta multitud; lo cual se podria lograr entrando los de Autun con sus tropas en el Beauvoisis, y talando sus campos, con el cual encargo le despachó.

II. Luego que tuvo aviso por los corredores y los reimeses de que todas las tropas de los belgas venian juntas adonde él se hallaba, se dió priesa á pasar su ejército por el rio Aisne, que baña los últimos confines de los mismos, y allí asentó su real. Con esto fortalecia un lado de su campo con las riberas del rio, dejaba aseguradas las espaldas de los ataques del enemigo, y lograba que se pudiesen transportar sin riesgo los víveres de Reims y otras ciudades. Habia en aquel rio un puente, puso en él guarnicion, y dejó del otro lado al lugarteniente Q. Titurio Sabino con seis cohortes. Mandó que se fortificasen los reales con una trinchera de doce piés, y un foso de diez y ocho.

Distaba como ocho millas de estos reales Fismes, ciudad de los reimeses, la cual empezaron á combatir los belgas sobre la marcha con gran fuerza, y se sostuvo aquel dia con mucha dificultad. La manera de combatir una plaza de los celtas y de los belgas es una misma. Después que han tenido gran número de gente por toda la redondez de la muralla, y dan á esta las primeras cargas de piedra por todas partes, hasta dejarla limpia de defensores, forman la tortuga con los escudos, se acercan á las puertas, y empiezan á batir el muro: cosa que entónces hacian con suma facilidad; porque era tal la multitud á tirar piedras, que nadie podia parar en él. Mas habiendo la noche terminado el combate, Iccio, sugeto de mucha nobleza y estimacion entre los reimeses, á cuyo cargo estaba la ciudad, uno de aquellos que vinieron por embajadores de paz á César, le despachó un mensagero, diciéndole, que si no le enviaba socorro, no se podia defender mas tiempo.

Á media noche destacó César á su socorro con las mismas guias de Iccio á los flecheros numidas y cretenses, y los honderos baleares; con cuya llegada se aumentó en aquellos el deseo de mantener la plaza con la esperanza de poder defenderla, y los enemigos desconfiaron por lo mismo de poderla entrar. Y así, habiéndose detenido algun tanto mientras talaron los campos, y pusieron fuego á todas las aldeas y edificios adonde podian acercarse, tomaron el camino de los reales de César, con todo el grueso de sus tropas: hicieron alto á dos millas de distancia; y segun las señas del humo y las hogueras, tomaba su campo mas de ocho millas en latitud.

III. César, al principio determinó estarse quieto,

así por la multitud de los enemigos, como por la grande opinion que se tenia de su valor. Sin embargo, probaba todos los dias con escaramuzas de la caballería las fuerzas del enemigo y el ánimo de los suyos. Luego que conoció que estos no eran inferiores, eligió un sitio delante de su campo, proporcionado para formar su ejército; porque el collado en que tenia puesto su real, elevado insensiblemente de la llanura, solo se extendia á lo ancho el espacio que podia ocupar un escuadron formado en batalla, y tenia su declive por ambos lados, y una suave cuesta por el frente, que poco á poco remataba otra vez en llano. Por los dos lados de la cuesta mandó levantar un trincheron de cerca de seiscientos pasos, y á los extremos hizo armar castillos, y colocar todas las máquinas de guerra, para que despues de ordenadas las haces, no pudiesen los enemigos cercar por los lados á nuestra gente ocupada en la batalla con la excesiva multitud de sus tropas. Hecho esto, y dejadas en los reales las dos legiones recien levantadas, para que acudiesen de refuerzo en caso necesario, formó en batalla las otras seis delante del real, y tambien los enemigos sacaron sus tropas en ademan de pelear.

Mediaba una laguna nó grande entre los dos ejércitos: aguardaban los enemigos si los nuestros la pasarian, y los nuestros estaban prevenidos, si se empeñasen en pasarla los enemigos, para dar sobre ellos en aquel embarazo. Entretanto se trababan algunas escaramuzas entre la caballería de ambas partes. Mas como ni unos ni otros se empeñasen en la laguna, retiró César sus tropas, habiendo llevado lo mejor su caballería en aquellas escaramuzas. Los enemigos se enderezaron al punto al rio Aisne, que dijimos pasaba por detrás de nuestros reales; y hallando vados, intentaron pasar del otro lado una parte del ejército con el ánimo de tomar el fuerte que mandaba el lugarteniente Quinto Titurio, y cortar el puente, y cuando nó, talar los campos que en verdad nos eran de mucho provecho para hacer la guerra, sosteniendo nuestros bastimentos.

Avisado César de esto por Titurio, pasó por el puente toda la caballería, la tropa ligera de los numidas, los honderos y flecheros, y partió en busca del enemigo. Aquí se peleó fuertemente: acometieron los nuestros á los embarazados en el paso del rio, y les mataron mucha gente, retirando con dardos á los demás, que con notable osadía intentaban pasar por encima de los muertos: los que habian pasado antes perecieron á manos de la caballería.

Con esto, viendo que les habia engañado la esperanza de tomar la ciudad y de pasar el rio: que los nuestros no se aventuraban á un puesto menos ventajoso, y que ya empezaba á sentirse la falta de víveres, convocada una junta, determinaron que era lo mas acertado volverse á sus tierras, y juntarse despues de todas partes á defender aquellos términos á donde se acercase primero el ejército de los romanos, haciendo mas cómodamente la guerra en su país, que en otro extraño, y usando de las provisiones domésticas de víveres; á cuyo parecer, junto con las demás razones, los inclinaba tambien la noticia de que Diviciaco estaba ya con sus tropas muy cerca del Beauvoisis, á cuyos naturales no se podia persuadir á que se detuviesen mas, y no se fuésen á defender sus propias tierras.

Tomada esta resolucion, salieron de los reales á las nueve de la noche con grande estrépito, sin órden ni gobierno cierto, pretendiendo cada uno salir el primero, y apresurándose por llegar á su país, de suerte, que la partida tenia todas las señas de una fuga declarada. César supo esto al instante por los corredores; pero recelando alguna emboscada, por no saber el motivo de aquella resolucion, contuvo sus tropas dentro de los reales. Al amanecer, que ya lo habian averiguado los corredores, destacó toda la caballería, que detuviese la retaguardia, al cargo de los dos lugartenientes Q. Pedio y L. Aurunculeyo Cota, y dió órden á Tito Labieno para que saliese despues con las legiones. La caballería dió sobre la retaguardia, y siguió el alcance á los fugitivos muchas millas, haciendo gran matanza en ellos. Porque los de la retaguardia hicieron alto para sostener animosamente el ímpetu de los nuestros; pero los primeros, que se veian lejos del peligro, á quienes ni la necesidad ni la voz de alguno contenia, al oir las voces, perturbadas todas las filas, acudieron á los piés á pedir el socorro. Así mataron los nuestros sin peligro ninguno tanta multitud cuanto dió de sí el dia; y al ponerse el sol dejaron de seguirlos, y se retiraron á los reales conforme se les habia mandado.

IV. Al dia siguiente, antes que los enemigos se recobrasen del terror llevó César su ejército á tierra de Soissons, que es la mas inmediata á aquella; y al cabo de una larga marcha, llegó á la ciudad del mismo nombre. Quiso tomarla sobre la marcha, porque entendia que estaba con poca guarnicion: mas por lo ancho del foso y la altura del muro, aunque la defendia poca gente, no la pudo entrar. Por esto fortificó sus reales, y empezó á disponer manteletes, y los demás ingenios necesarios para el cerco. Entretanto llegó á la ciudad la noche siguiente toda la multitud del pais, que venia huyendo. César hizo arrimar al instante los manteletes, cegar el foso y levantar torres. Los franceses, movidos de la grandeza de aquellas obras, que jamás habian visto hasta entónces, y de la prontitud de los romanos, enviaron diputados á César para entregarse; y pidieron los de Reims que se les salvasen las vidas, y lo alcanzaron.

Entregados por rehenes los sugetos mas principales de la ciudad, y entre ellos dos hijos del rey Galba, y traidas tambien las armas, admitió la entrega, y enderezó su marcha hácia el Beauvoisis. Habíanse retirado los naturales con todos sus efectos á la ciudad de Beauvais; y habiendo llegado César con su ejército á cinco millas de distancia de ella, salieron todos los ancianos tendiendo las manos, y dando á entender con voces y señas que venian á entregarse á la fé y potestad de César, y que no querian guerra con el pueblo romano. Del mismo modo llegando á la ciudad, y sentando allí los reales, los niños y las mujeres, empezaron á tender las manos desde el muro, y á pedir á su modo la paz á los romanos.

Habló por ellos Diviciaco, que, despues de la division de los belgas, despachadas las tropas de Autun, habia vuelto al campo de César, y dijo, « que estos pueblos se habian mantenido siempre en buena paz y amistad con los autuneses; que ahora, incitados por algunos principales entre ellos, que les decian que, reducidos los autuneses por César á esclavitud, estaban padeciendo todo género de ignominias y afrentas, se habian separado de su alianza, y declarado la guerra al pueblo romano. Pero que los autores de esta resolucion, conociendo á cuántos males habian expuesto á su país, se habian pasado á Inglaterra. Y así le pedian, nó solo los de Beauvais, sino tambien los de Autun por ellos, que usase de su clemencia y mansedumbre; con lo cual acrecentaria entre los belgas la autoridad de los de Autun; con cuyo auxilio y fuerzas acostumbraban ellos á sustentar las guerras que se les ofrecian. » César respondió, que por amor de Diviciaco

y los autunenses los recibiria bajo su palabra, y los conservaria: mas por ser ciudad populosa y principal entre los belgas, por su autoridad y número de moradores, les pidió seiscientos rehenes. Entregados éstos y todas las armas de la ciudad, pasó á los términos de Amiens: cuyos habitantes se le rindieron sin detencion alguna con todos sus efectos.

V. Confinaban con estos pueblos los de Hainaut, de cuya naturaleza y costumbres deseando César informarse, halló que no daban entrada en sus tierras á los mercaderes, ni permitian se les introdujese nada de vino, y de los otros géneros que tocan á lujo, por creer que con ellos se debilitan los ánimos y se disminuye el valor: que era gente feroz y valerosa: que reprendian y motejaban á los demás belgas, por haberse entregado á los romanos, abandonando el valor de su patria; y que por su parte aseguraban, que ni enviarian embajadores, ni admitirian condicion alguna de paz.

Tres dias habia marchado César por su distrito, cuando supo de unos prisioneros, que distaba diez millas de su campo el rio Sambre, y que todas las tropas de Hainaut tenian sus reales del otro lado del rio, y allí aguardaban la venida de los romanos en compañía de los de Arras y Veromandois, sus vecinos, á quienes habian persuadido á probar la misma fortuna, y esperaban tambien las tropas de Namur, que ya venian marchando: que las mujeres y los que por su edad parecian inútiles para la guerra, habian sido conducidos á un paraje pantanoso, adonde no pudiese llegar el ejército.

Con estas noticias destacó César con los corredores algunos capitanes, que eligiesen sitio proporcionado para los reales. Mas como seguian el campo de César muchos de los belgas recien sojuzgados, y de los demás franceses, algunos de estos, segun se supo despues por los prisioneros, enterados de la disposicion de nuestro ejército, por lo que habian observado en la marcha, se escaparon una noche al campo de los enemigos, y les informaron de que entre las legiones venia una gran porcion del equipaje, de suerte que costaria poca dificultad, cuando llegase la primera legion al campo, que estarian todavía las otras distantes largo trecho, acometerla en el embarazo del convoy; y que, desbaratada esta, y robado el equipaje, no se atreverian los demás á hacer resistencia. Ayudaba tambien á este designio, que, no teniendo estas gentes en lo antiguo tropas de á caballo, ni aun ahora, sino que todo su poder consiste en la infantería, para estorbar á la caballería de sus vecinos, si acaso venian á talar sus campos, cortados y doblados muchos árboles tiernos, habian criado por un largo trecho porcion de ramas, que, entrelazadas con espinas y zarzas, formaban una cerca á modo de muralla, adonde no solo no se podia entrar, pero ni aun penetrar con la vista; embarazada con lo cual la marcha de nuestro ejército, pensaron los enemigos en no despreciar el consejo.

El sitio que los nuestros escogieron para los reales era un collado, que con suave declive desde su altura venia á parar al rio Sambre, que nombramos arriba. Desde el rio se levantaba otro de igual pendiente enfrente del nuestro como á doscientos pasos, abierto por la parte inferior, y por la superior silvestre, que apenas penetraba dentro la vista. En este montecillo se habian ocultado los enemigos. En los parajes abiertos se advertian algunas centinelas de á caballo á lo largo del rio, cuya profundidad seria como de tres piés.

César echó delante la caballería, á la cual seguia con todo el resto de sus tropas; pero la disposicion y órden del ejército era diferente de como los belgas se la habian pintado á los de Hainaut. Porque como se llegaba cerca del enemigo, llevaba César delante, segun su costumbre, seis legiones armadas á la ligera: seguíase todo el equipaje, y detrás las dos legiones que poco antes habia alistado, cerraban el ejército, y servian de guarnicion al convoy. Nuestra caballería pasó el rio con los honderos y flecheros, y vino á las manos con la de los enemigos. Estos se retiraron al monte donde estaban los suyos, y desde allí volvieron á salir, y á acometer á los nuestros, que no se atrevian á seguirles el alcance mas allá del terreno llano y abierto. Entretanto empezaron á fortificar los reales las seis legiones que llegaron primero, despues de haber tomado sus medidas.

VI. Luego que los escondidos en el monte divisaron las primeras cargas de nuestro equipaje, á cuyo tiempo habian acordado dar la batalla, así que dispusieron allá dentro los escuadrones y puestos, y se aseguraron del todo, salieron corriendo de repente, y dieron sobre nuestra caballería. Perturbada y desbaratada esta fácilmente, acudieron al rio con increible ligereza; de modo, que casi á un mismo tiempo se les vió en el monte, en el rio, y sobre nosotros; y con la misma prontitud avanzaron á los reales por el collado de enfrente á dar sobre los que estaban ocupados en la fortificacion.

César habia de hacer todas las cosas á un tiempo: fijar el estandarte, que era la señal para que acudiesen todos á las armas: dar la señal con las trompetas: mandar que viniesen los de la obra: llamar á los que se habian alejado á buscar materiales: ordenar las haces: exhortar á los soldados, y darles la seña. Pero la estrechez del tiempo, y el ataque de los enemigos, impedian muchas de estas operaciones. Sin embargo de estas dificultades favorecíanles dos circunstancias, la pericia y experiencia de los soldados, que, ejercitados en las refriegas anteriores, se hallaban en disposicion de prescribirse á sí mismos lo que debian hacer, nó menos á propósito que podian otros mandárselo, y la órden dada por César de qué ningun lugarteniente se apartase de su puesto de cada legion hasta estar concluida la fortificacion de los reales; los cuales por la celeridad é inmediacion de los enemigos, no aguardaban órden alguna de César, sino que disponian por sí lo que les parecia.

Dadas las órdenes mas precisas, partió César á exhortar á sus tropas donde primero se le presentaban, y llegó á la legion décima. No les hizo mas largo discurso que acordarles su antiguo valor, y animarles á sostener con brio el ímpetu de los enemigos sin acobardarse. Y estando ya estos á tiro de flecha, dió la señal de acometer; y separándose á otra parte para animar del mismo modo á los soldados, los halló ya peleando. Fué tan estrecho el tiempo, y tan apuesto el ánimo de los enemigos para pelear, que no solo no hubo lugar para tomar los jefes sus divisas, sino aun para ponerse los yelmos, y quitar las cubiertas á los escudos. Á cualquiera parte que llegaban los de la obra, allí se quedaban, por no perder en buscar á los suyos el tiempo que necesitaban para pelear.

Ordenado, finalmente, el ejército, mas como precisaba la naturaleza del sitio, la pendiente de la cuesta, y la estrechez del tiempo, que segun requerian las reglas del arte militar, resistiendo las legiones á los enemigos, unas en una parte, y otras en otra, y estorbando la vista la espesa cerca que dijimos arriba, ni se podian destinar con certeza los refuerzos, ni providenciar lo que era necesario en cada parte, ni dar uno solo todas las órdenes: así en un lance de fortuna tan aventurado sucedian varios sucesos

VII. Los soldados de la nona y décima legion, que ocupaban el lado izquierdo del ejército, dada la primera descarga rechazaron luego hácia el rio desde puesto ventajoso á los artesianos, que fueron los que se les presentaron desanimados con la carrera y cansancio, y muy heridos; é intentando pasar el rio, los persiguieron con espada en mano, haciendo gran matanza en ellos. No dudaron los nuestros pasar el rio; y empeñados en un paraje mal acondicionado, haciéndoles frente de nuevo, y renovando la batalla los enemigos, los volvieron á poner en fuga. Peleando en otra parte las legiones undécima y octava, y desbaratadas las tropas de Veromandois, con quienes se habian trabado, llevaban lo mejor con ventaja del terreno en la ribera del rio. Pero desnudos casi del todo los reales por el frente y por el flanco, habiendo ocupado el derecho la legion duodécima, y á poca distancia la séptima, se dirigieron á este lugar todas las tropas de Hainaut con su general Buduognato: parte de las cuales empezaron á cercar las legiones por el flanco, y parte se encaminaron á tomar la altura de los reales.

Al mismo tiempo nuestra caballería y la infantería ligera que la acompañaba, que fué desbaratada, como arriba dije, en el primer encuentro, daba otra vez en manos de los enemigos al volverse á los reales, y echaba á huir por otra parte. Los leñadores, que desde lo alto de la cuesta habian visto á los nuestros pasar el rio vencedores, habiendo salido á robar por la puerta Decumana, como mirasen atrás, y viesen andar á los enemigos en nuestros reales, daban á huir precipitadamente. Por lo cual, atemorizadas las tropas de á caballo de los tréviros, que tienen grande opinion de valor entre los franceses, y habian venido á ayudar á César, viendo que se llenaban los reales de una multitud de enemigos, que estaban muy apretadas, y casi cercadas las legiones, que la caballería, los leñadores, los honderos y numidas huian dispersos y desbaratados por todas partes, tomaron la vuelta de su tierra, y dijeron en ella, que quedaban los romanos vencidos y deshechos, y apoderados los enemigos de los reales, y de todo el equipaje del ejército.

Pasando César desde donde estaba animando á la legion décima al ala derecha; visto el riesgo de los suyos: que la legion duodécima por haber cargado sobre ella todo el rigor del combate, y por estar muy apiñada, se estorbaba á sí misma: muertos todos los capitanes de la cuarta cohorte, muerto el alférez, y perdida la bandera: y que la misma fortuna corrian, ó estaban muy heridos los de las demás cohortes: el capitan de la primera fila de piqueros P. Sextio Báculo, fortísimo varon, cubierto de heridas muy graves, de suerte que ya no podia sostenerse: que los otros se recelaban: que algunos desamparados de la retaguardia se salian del combate, y se guardaban de los golpes: que los enemigos aun viniendo por el frente, y desde un puesto inferior nada cedian: que apretaban por ambos lados, y que el lance estaba en el mayor estrecho, sin haber refuerzo alguno con que poderlos socorrer: tomando el escudo de un soldado de la retaguardia, porque se habia venido sin el suyo, se adelantó á las primeras filas, y llamando por su nombre á los capitanes, y exhortando á los soldados, los mandó acometer y ensanchar un poco las compañías, para que manejasen las espadas con mas desembarazo. Creció con su presencia la esperanza en los soldados; y renovándose su valor por el deseo de señalarse cada uno á vista del general, aun en los últimos alientos, se contuvo algun tanto el ímpetu de los enemigos.

Viendo tambien César que tenian los enemigos muy apretada á la legion séptima, que estaba allí cerca, dió órden á los tribunos que se fuesen juntando poco á poco las legiones, y acometiesen unidas. Hecho esto, como los unos socorrian á los otros sin temor de ser cercados de frente por los contrarios, empezaron á resistir con mas ánimo, y á pelear con mas valor. Entretanto, avisadas de la refriega las dos legiones que habian quedado guardando el equipaje en la retaguardia, avanzaron, y ya los divisaban los enemigos en lo alto de la cuesta. Y Tito Labieno, apoderado del campo contrario, viendo desde una altura lo que pasaba en los nuestros, destacó tambien á su socorro la décima legion; los cuales noticiosos por la fuga de la caballería y de los leñadores del estado de la batalla, y del peligro en que se hallaban las legiones y el general, hicieron cuanto fué posible para acudir á su socorro.

Con su llegada se trocó de tal manera el aspecto de la funcion, que nuestros soldados, aun los postrados en tierra por sus heridas, apoyándose en los escudos volvian á la pelea, y los leñadores viendo amedrentados á los enemigos, aun sin armas, se les ponian delante. La caballería, para borrar la deshonra de la fuga, peleaba en todas partes con ansia de aventajarse á las legiones. Pero los enemigos mostraron tanto espíritu aun en su última esperanza, que, derribados los primeros, se les ponian encima los inmediatos, peleando desde sus cadáveres: muertos estos, y hecho un gran monton, como desde una montaña tiraban dardos á los nuestros, y los mismos que á ellos se les habian disparado; debiéndose juzgar que no en vano se habian atrevido hombres de tanto valor á pasar un ancho rio, á superar unas riberas altísimas, á empeñarse en un lugar nada ventajoso; todas las cuales cosas de muy árduas y aventuradas, se las habia hecho llanas y fáciles su grandeza de ánimo.

Acabada esta funcion, y reducida casi á un total exterminio la nacion y nombre de Hainaut, los ancianos, que dijimos habian sido retirados á los abrigaderos y lagunas con los niños y mujeres, avisados de la derrota de los suyos, y juzgando que nada habria embarazado para los vencedores, ni seguro para los vencidos, de comun consentimiento con los que habian quedado enviaron diputados á César para entregarse, y en la relacion que le hicieron de su desgracia, le dijeron, que de seiscientos senadores, solo tres habian quedado, y que de sesenta mil hombres, apenas serian quinientos los que podian tomar las armas. César, para dar á entender que usaba de misericordia con los rendidos y miserables, los conservó con gran cuidado, dándoles facultad para usar de sus términos y ciudades, y mandando á sus vecinos, que así ellos como sus aliados se abstuviesen de hacerles agravio ni extorsion alguna.

VIII. Los pueblos de Namur, de quienes dijimos arriba que venian con todas sus fuerzas al socorro de los de Hainaut, con la noticia que tuvieron de esta batalla, tomaron la vuelta de su tierra; y desemparando todos los pueblos y fortalezas, llevaron sus efectos á un paraje muy fuerte por naturaleza; el cual, resguardado en derredor con altísimos peñascos y derrumbaderos, le quedaba una entrada por un lado de suave subida no mas que de doscientos piés de anchura: esta la habian fortalecido con dos muros muy elevados, dispuestas encima pesadas piedras y maderos puntiagudos. Descendian estas gentes de los cimbrios y teutones, que, pasando á nuestra provincia, y de allí á Italia, dejaron de la otra parte del Rin los equipajes que no podian conducir consigo, y seis mil hombres juntamente para su resguardo. Después de la derrota de los otros, perseguidos estos largo tiempo por los

pueblos vecinos, ya por declarar ellos la guerra, ya por defenderse de la que les hacian, establecida la paz de comun consentimiento, escogieron esta tierra para su domicilio.

Á la primera llegada de nuestro ejército, hacian frecuentes correrías de la ciudad, y trababan algunas escaramuzas con los nuestros: después quedaron encerrados con una línea de circunvalacion de diez piés de altura, y quince millas en derredor, sostenida de fuertes muy inmediatos unos á otros. Luego que vieron levantado el valladar, y dispuestas las baterías al reparo de los manteletes, y que se fabricaba á lo lejos una torre, al principio se reian y burlaban diciendo á voces desde la muralla, «¿que á qué propósito era fabricar aquella máquina á tanta distancia? Ó con qué manos y fuerzas confiaban poder asestar contra los muros una torre de tal peso, en especial unos hombres tan pequeños; porque los franceses desprecian por lo comun la pequeñez de nuestros cuerpos en comparacion de su mayor estatura.»

Mas, cuando vieron que se movia la torre, y se iba acercando á la muralla, atemorizados de aquel espectáculo nuevo y nunca usado entre ellos, enviaron á César embajadores de paz; los cuales le hablaron en esta sustancia: «que no creian que los romanos hiciesen la guerra sin particular auxilio de los dioses, pues eran capaces de mover con tal prontitud unas máquinas de tanta altura, y pelear con ellas desde muy cerca: que ellos y todos sus efectos se entregaban en su poder; y solo le pedian y suplicaban, si por su clemencia y mansedumbre, las cuales habian oido ponderar á otros, determinaba conservarlos, no los despojase de las armas; porque casi todos los pueblos comarcanos eran sus enemigos, envidiosos de su valor, de quienes no podrian defenderse si las entregaban; y si habian de llegar á tal extremo, mas querian sufrir cualquier fortuna por parte del pueblo romano, que perecer atormentados por aquellos entre quienes habian estado dominantes.»

César les respondió, «que mas por su costumbre que por merecimiento de ellos conservaria la ciudad, si se rindiesen antes que el ariete empezase á batir las murallas; pero que no habia que tratar de condiciones sin entregar las armas: que él haria con ellos lo que con los de Hainaut, dando órden á sus vecinos que no hiciesen extorsion alguna á los rendidos del pueblo romano.» Avisado esto á los suyos, respondieron que harian lo que se les mandase; y arrojando una gran multitud de armas desde el muro al foso que habia delante de la ciudad, tanto que los montones de ellas casi igualaban con la altura del muro y las baterías; y habiendo ocultado, segun se supo después, como una tercera parte, abiertas las puertas, estuvieron aquel dia de paz.

Por la noche dió César órden de que se cerrasen las puertas, y saliesen los soldados de la ciudad, para que no recibiesen algun daño los moradores. Ellos formaron primero su consejo, como luego se vió; y creyendo que los nuestros, por haberse hecho la entrega, ó retirarian las guarniciones, ó guardarian sus puestos con menos cuidado: parte con aquellas armas, que retuvieron y ocultaron, parte con escudos hechos de cortezas de árboles, ó de mimbres entretejidas, y cubiertos por el pronto con cueros, segun pedia la estrechez del tiempo, á dos horas después de media noche hicieron una salida de repente con todas sus tropas hácia dónde les pareció mas fácil el ataque de nuestras fortificaciones. Pero hecha al instante una seña con fuegos, como César lo habia prevenido, acudieron corriendo de los otros fuertes. Pelearon los enemigos con denuedo de hombres valerosos en la última esperanza de su vida, en sitio desproporcionado, contra los que los herian desde el valladar y las torres, poniendo en solo su esfuerzo toda la confianza de salvarse. Murieron hasta cuatro mil, los demás fueron rechazados á la ciudad. Al dia siguiente forzadas las puertas, no habiendo quien las defendiese, y entrando nuestros soldados, vendió César todo el despojo y moradores. Los que le compraron le trajeron razon hasta de cincuenta y tres mil personas.

Al mismo tiempo tuvo noticias de P. Craso, á quien habia destacado con una legion contra los habitantes de Vannes, de Cotentin, de San Pablo de Leon, de Freguier y de San Brieu, de Quimpercorentin, de Seez, de Maine, de Perche, de Evreux y de Rennes, que son ciudades marítimas en la costa del océano, de que todas quedaban sujetas á la jurisdiccion y potestad del pueblo romano.

Apaciguada toda la Galia con estos buenos sucesos, se extendió por los bárbaros tan grande opinion de las victorias pasadas, que aun los pueblos que habitaban de la otra parte del Rin, enviaban embajadores á César prometiéndole rehenes, y estar á sus órdenes; á los cuales mandó que volviesen á la entrada del verano siguiente, porque estaba para marchar de priesa la vuelta de Italia y del Ilírico. Despachadas, pues, las legiones á los pueblos de Anjou, de Turena y Chartrain, que eran los mas inmediatos á aquellos parajes donde se habia hecho la guerra, se partió á Italia. Por estos sucesos, en virtud de las cartas de César, se decretó una rogativa pública por espacio de quince dias: demostracion que no se habia hecho con nadie hasta entónces.

ARGUMENTO DEL LIBRO TERCERO.

I. Guerra con los pueblos de Valais concluida no sin riesgo por Sergio Galba, lugarteniente de César.—II. Rebelion de Vannes: prevencion de guerra contra los romanos.—III. Descripcion de la costa de Vannes: decídese la guerra en un solo combate.—IV. Guerra con los de Coutance concluida por Q. Titurio Sabino.—V. Guerra de Gascuña en Aquitania concluida casi al mismo tiempo por P. Craso.—VI. Otra guerra concluida por Craso en la Aquitania: rendicion de la mayor parte de esta provincia.—VII. Talas de los campos de Terovana. Bravante y Geldres, cuyos moradores se retiran á las selvas.

I. Al partir César á Italia envió á Sergio Galba con la legion duodécima y parte de la caballería al Valais alto y bajo, que se extiende desde las fronteras de Saboya, el lago de Ginebra y el rio Ródano, hasta lo mas alto de los Alpes. El motivo de enviarle fué querer abrir camino por aquellos montes, por donde pasaban los mercaderes con mucho peligro, y muy crecidos portazgos. Dióle facultad para que en caso necesario alojase la legion para invernar en aquellos parajes. Galba, después de algunos encuentros con buen suceso, y de haberse apoderado de muchos fuertes, enviados que le fueron diputados y rehenes de todo el país, y asentada la paz, dispuso que se alojasen dos cohortes en el Valais alto, y él se fué á pasar el invierno con los demás de la legion en un pueblo llamado Martigny, que, situado en un valle con un llano nó grande, está cercado por todas partes de montañas muy altas. Á este valle le dividia un rio; y así señaló la una parte á los franceses, y destinó la que estos dejaron libre á los cuarteles de invierno de sus cohortes, haciendo fortificar el sitio con trinchera y foso.

Pasados muchos dias de la invernada, cuando ya habia mandado conducir allí los víveres, le avisaron

de repente sus corredores, que todos los franceses se habian escapado por la noche de aquella parte que les estaba señalada; y que, unidos con los del Valais alto, ocupaban con grande multitud los collados inmediatos. Eran varias las causas porque los franceses tomaban la resolucion de renovar la guerra. Lo primero, porque miraban con desprecio el corto número de una legion, y esta incompleta, faltándola dos cohortes, y ausentes particularmente muchos que habian sido enviados á buscar bastimento: lo segundo, porque atacándola desde los collados al valle, y disparando sus armas con ventaja del sitio, pensaban que aun no podrian los nuestros resistir el primer choque. Á esto se añadia el sentimiento de que les hubiesen quitado los hijos con nombre de rehenes, y el persuadirse á que los romanos, nó solo por los caminos, sino con intencion de posesion perpetua, pretendian apoderarse de las cumbres de los Alpes, y añadir á su provincia estos parajes inmediatos á ella.

Con estas noticias Galba, que aun no tenia acabadas las obras y fortificaciones del campamento, ni la suficiente provision de granos y demás víveres, porque hecha la entrega y recibidos los rehenes habia creido que nada se debia temer de guerra, juntó un consejo, y empezó á preguntar pareceres. Como habia sobrevenido de repente tan grave peligro sin pensarlo, y ya se veian coronadas de gente casi todas las alturas, sin poder venirles socorros, ni conducirse víveres por estar tomados todos los caminos, casi desesperados fueron algunos de dictámen, que dejando todo el equipaje, se hiciese una salida, y procurasen salvarse por el mismo camino que habian traido. Mas, á la mayor parte pareció, que reservando esta resolucion para el último trance, esperasen el éxito del caso, y defendiesen los reales.

Pero á muy poco tiempo, tanto que apenas se dió lugar á ordenar y disponer lo que se habia acordado, dada la señal, empezaron á avanzar los enemigos por todas partes, y á disparar piedras y dardos á la trinchera. Los nuestros, al principio con sus fuerzas enteras resistian valerosamente, y con la ventaja del sitio no daban golpe en vano: á cualquier parte de los reales que parecia correr peligro por falta de defensa, acudian con prontitud á socorrerla. Pero eran vencidos, porque los enemigos, cuando se cansaban de pelear, se salian del combate, y entraban otros de refresco: cosa que no podian hacer los nuestros por su corto número, no habiendo facultad, nó solo para salir los cansados de la refriega, pero ni aun de dejar su puesto, y retirarse los heridos.

Habiendo durado la accion seis horas contínuas, y faltando ya á los nuestros, nó solamente las fuerzas, sino tambien las armas, apretando cada vez mas los enemigos, y empezando ya con el desfallecimiento de los nuestros á derribar la trinchera y cegar los fosos: puesto ya el lance en un peligro extremo, P. Sextio Báculo, primer capitan de los piqueros, de quien dijimos habia salido mal herido de la batalla con los de Hainaut, y Cayo Voluseno, tribuno militar, varon de gran consejo y valor, fueron corriendo á decir á Galba, que la única esperanza de salvarse era probar el último recurso en una salida. Y así, llamando á los capitanes, hizo correr la palabra por los soldados, que interrumpiendo por un rato la pelea recibiesen solamente las descargas, y se recobrasen algo del trabajo; y después, dada la señal, saliesen de los reales, poniendo en su valor toda la esperanza de la vida.

Así lo hicieron: rompieron de improviso por todas las puertas, y dieron sobre los enemigos, sin dejarle lugar, ni de conocer lo que se hacia, ni siquiera de repararse. Con esto se trocó la suerte de manera, que cercando por todas partes á los que habian entrado ya en esperanza de apoderarse de los reales, cerraron con ellos; y tendida en el campo mas de la tercera parte de treinta mil bárbaros, que constaba haber venido al asalto, pusieron á los demás en fuga tan atemorizados, que aun no pudieron volver á tomar sus eminencias. Desechas de este modo todas las tropas enemigas, y despojadas de las armas, se restituyeron los nuestros á sus reales y reparos. Mas no queriendo Galba tentar otra vez la fortuna, acordándose que con muy otra intencion habia venido á estos cuarteles, y habia sido preciso ocurrir á diversos accidentes, y movido en especial de la escasez de víveres, mandó otro dia poner fuego á todos los edificios de aquella poblacion, hecho lo cual dirigió su marcha á la provincia, y sin estorbo ni detencion alguna llevó su legion entera al Valais alto, y desde allí pasó á Saboya, donde invernó.

II. Después de estas expediciones, creyendo César apaciguada la Francia por todas razones, sojuzgados los belgas, retirados los alemanes, vencidos en los Alpes los de Valais; y por tanto habiendo partido al Ilírico al principio del invierno, porque deseaba tambien visitar y conocer estas naciones y tierras, se encendió de repente en Francia una nueva guerra. La causa fué, que estando P. Craso el mozo en cuarteles de invierno en tierra de Anjou, cerca del mar océano, con la séptima legion, por ser el país escaso de trigo, destacó algunos capitanes y tribunos militares á las ciudades comarcanas para hacer acopio de víveres; entre los cuales Tito Terrasidio fué á Coutance, M. Trebio Galo á Quimpecorentin, y Q. Velanio con T. Silio á Vannes.

Estos pueblos son los de mayor consideracion de todos los de aquella costa, por el gran número de naves con que trafican en Inglaterra, y por su pericia y experiencia en la navegacion; de modo, que, siendo suyos los pocos puertos que hay en aquel vasto y tempestuoso mar, tienen por tributarios á todos los que comercian por él. Empezaron, pues, los de Vannes por retener á Silio y á Velanio, pensando recobrar por ellos los rehenes que habian dado á Craso. Movidos los pueblos vecinos de la autoridad de estos, como son repentinas y sin consideracion las resoluciones de los franceses, retuvieron tambien por la misma razon á Trebio y á Terrasidio; y enviándose con prontitud mensageros, se conjuraron por medio de sus magnates en proceder de comun acuerdo, y correr todos la misma fortuna; y solicitaron á los otros pueblos para que deseasen mas permanecer en la libertad heredada de sus mayores, que sufrir la esclavitud de los romanos. Así atraida prontamente á su dictámen toda la costa, enviaron una comun embajada á P. Craso, diciéndole, que si queria recobrar sus capitanes, les enviase á ellos sus rehenes.

Informado César por Craso de lo que pasaba, dió órden, por estar el distante, de que se construyesen desde luego algunas galeras junto al rio Loire, que desagua en el océano, que se pertrechasen de la provincia, y se alistasen pilotos y marineros. Dada disposicion en esto prontamente, luego que lo permitió el tiempo, partió la vuelta del ejército. Los de Vannes y de los otros pueblos, sabida la llegada de César, y conociendo el gran desacato que habian cometido en retener y poner presos á los enviados, cuyo nombre fué siempre sagrado é inviolable entre todas las gentes, empezaron á prevenirse para la guerra, segun la gravedad del peligro, especialmente en lo que tocaba á la marina: y esto con mayor esperanza por lo mucho

que fiaban en la situacion de sus pueblos. Sabian que estaban cortados los caminos por los pantanos, y embarazosa la navegacion, por ignorancia de aquellos parajes, y por los pocos puertos. Confiaban que no se podrian mantener mucho tiempo nuestras tropas en su pais por falta de víveres; y cuando todo esto sucediese contra su esperanza, tenian poderosa armada, y los romanos, ni disposicion de naves, ni conocimiento de los fondos, islas y puertos de aquellos parajes donde habian de hacer la guerra; y en fin, veian que era muy diversa la navegacion en un mar estrecho y sereno, que en el vasto y profundo océano. Hechas estas reflexiones, fortalecieron las ciudades, condujeron á las poblaciones los frutos de los campos, juntaron todas cuantas naves pudieron en Vannes, donde sabian que haria César primero la guerra: recibieron por aliados á los de S. Pablo de Leon, de Treguier, de S. Brien, de Lisieux, de Nantes, de Abranches, de Perche, de una parte de Brabante y de Geldres, y trajeron tropas auxiliares de Inglaterra, que está en frente de su país.

Tales eran las dificultades que se ofrecian para hacer la guerra; pero tambien eran muchos los motivos que empeñaban á César en hacerla: el agravio de la prision de los caballeros romanos: la rebelion despues de hecha la entrega: el levantamiento, habiendo dado rehenes: la conjuracion de tantas ciudades, y en especial el no dar ocasion á que dejando este atrevimiento sin castigo, creyesen las demás provincias que les era lícita la misma libertad. Y así, conociendo que los franceses eran amigos de novedades, que ligeramente se movian á la guerra, y que todos los hombres apetecen naturalmente la libertad, y aborrecen la condicion de servidumbre, pensó en distribuir su ejército con la mayor extension, antes que entrasen mas gentes en el mismo designio.

Desde luego destacó al lugarteniente Tito Labieno *con la caballería* á los treviros, que son los mas cercanos al Rin, con órdenes de que se acercase á los reimeses y demás belgas, los mantuviese en su obediencia, y estorbase el paso á los alemanes, á quienes habian llamado los belgas á su socorro, si intentaban por fuerza pasar el rio con sus naves. Mandó partir á la Guiena á P. Craso con doce cohortes legionarias, y un buen número de caballería, para impedir que estos pueblos socorriesen á los rebeldes, y se juntasen tantas gentes. Al lugarteniente Quinto Titurio Sabino despachó con tres legiones á Quimpercorentin, Coutance, y Lixieux, para que procurase dividir este ejército. Dió el mando de la escuadra, y de las naves francesas que habia mandado juntar del Poitou, Santoña y las demas provincias pacificadas á D. Bruto el mozo, con órden de marchar á Vannes cuanto antes, y el tomó tambien con el resto de la infantería la vuelta de la misma ciudad.

III. La situacion de los pueblos era de tal naturaleza, que, fundados á los extremos de las lenguas de tierra y promontorios, ni tenian entrada por tierra cuando crecia la marea, lo cual sucede siempre dos veces en el espacio de doce horas, ni tampoco por el mar; pues al menguar la crecida, padecian mucho las naves en los bajíos. Así por ambos caminos se estorbaba el asalto de las ciudades; y si alguna vez vencidos de la grandeza de las obras, y allanado el mar con montones de piedras, que casi igualaban con las murallas, empezaban á desconfiar de su seguridad, transportaban sus efectos en un crecido número de naves, de que tienen gran disposicion, y se recogian á los pueblos inmediatos, donde volvian á defenderse con la misma ventaja del terreno. Esto lo hacian la mayor parte del verano con mas facilidad, porque el temporal detenia nuestra escuadra, siendo suma la dificultad de navegar en un mar tan vasto, con grandes mareas, y raros ó casi ningunos puertos.

Además sus naves eran construidas y armadas de esta manera: las carenas algo mas chatas que las de las nuestras, para resistir mas fácilmente á los bancos y reflujo del mar: las proas muy elevadas, y las popas acomodadas tambien á la vehemencia de las olas y de los temporales. Las naves todas de roble, capaces de resistir á cualquiera fuerza y encuentro: los bancos de los remeros de vigas de un pié de grueso, clavados con clavos de hierro como el dedo pulgar; amarradas las áncoras, en lugar de cables, con cadenas de hierro: pieles y badanas preparadas con mucha destreza en lugar de velas; ó por falta de cáñamo, ó por ignorancia de su uso, ó lo que es mas verosímil, por creer que no podrian las velas resistir las tempestades y fuerza de los vientos en el mar océano, y manejarse cómodamente con ellas unos navíos tan pesados. Con esta especie de naves peleaban las nuestras de manera, que solo las aventajaban en la ligereza é impulso de los remos; pero todas las demás circunstancias eran favorables á los contrarios, á proporcion del paraje y de la fuerza de los temporales. Porque ni las nuestras podian hacerlas daño en el pico por su gran solidez, ni se las atacaba con facilidad por su altura, y por lo mismo padecian menos en los escollos. Juntábase á esto, que en empezando á embravecerse el viento, dejándose llevar de él, resistian la tempestad mas fácilmente, paraban en los vados con mas seguridad, y dejadas en ellos por el reflujo de las olas, no temian los peñascos y escollos. De todos los cuales accidentes debian guardarse mucho nuestras naves.

Viendo César que, despues de ocupados algunos pueblos, en vano se tomaba tanto trabajo, pues aun con esto no se podia atajar la fuga de los enemigos, ni hacerles daño, determinó esperar la armada. Luego que esta llegó, y los enemigos la avistaron, al instante se hicieron á la vela para combatirla doscientas veinte naves muy bien pertrechadas de todo género de armas. El caso era, que ni Bruto que llevaba el mando, ni los tribunos militares y capitanes, cada uno de los cuales mandaba una nave, sabian qué hacerse, ni qué género disponer de combate. Porque no ignoraban que en el espolon no podian recibir daño las naves contrarias: y aunque se levantasen torres en las nuestras, todavía sobrepujaban tanto las popas de las naves enemigas, que aun no se las incomodaba con dardos desde abajo, y ellas herian mas de firme. Sin embargo, discurrieron los nuestros un arbitrio de grande utilidad; es á saber, unas hoces cortantes clavadas en largos bastones, al modo de las picas murales. Con estas prendiendo y tirando hácia sí las cuerdas que ataban las vergas á los mástiles, impelida la embarcacion con los remos, se rompian; y cortadas necesariamente se caian. Y así, consistiendo toda la confianza de las naves francesas en sus velas y armamentos; quitados estos, se les quitaba por consiguiente todo el uso de ellas. Lo demás del combate pendia del valor y esfuerzo en que los nuestros les hacian mucha ventaja, y mas que se daba á la vista del mismo César y de las tropas de tierra; de suerte, que ninguna accion valerosa podia ocultarse, pues ocupaba el ejército todas las eminencias, desde donde se alcanzaba á ver el mar mas de cerca.

Derribadas, pues, con la industria dicha las vergas, y cercando dos ó tres naves de las nuestras á cada una de las contrarias, se animaban los nuestros á abordarlas; lo cual, como advirtieron los bárbaros

que lo consegulan, tomadas ya muchas, y no hallando medio de estorbarlo, pensaron en salvarse con la fuga; y vueltas ya las naves hácia la parte que las llevaba el viento, sobrevino de repente tal calma, que no se pudieron mover, cosa que sucedió muy oportunamente para dar fin á la accion; porque dieron los nuestros caza á cada una de ellas, y las rindieron de manera, que de toda la escuadra fuéron muy pocas las que al favor de la noche llegaron á tierra, habiendo durado el combate desde las diez de la mañana hasta que se puso el sol.

Con esta accion se concluyó la guerra de Vannes y de toda la costa; pues, además de haberse juntado en aquella escuadra toda la gente moza, y los ancianos, que eran personas de cuenta por su prudencia y dignidad, habian tambien reunido cuantas naves tenian en todas partes, perdidas las cuales, ni tenian donde refugiarse, ni medios para defender las ciudades; y así se entregaron en manos de César á discrecion. César resolvió castigarlos mas severamente, para que guardasen en lo sucesivo con mas fidelidad el derecho de los embajadores. Así dió muerte á los senadores, y vendió como esclavos á los demás.

IV. Mientras esto pasaba en Vannes, llegó Q. Titurio Sabino con las tropas de su cargo á los términos de Contance. Tenian estos por general á Viridovix, que lo era de todos los rebeldes, y habia levantado un poderoso ejército, con quien poco tiempo antes se habian unido los de Mans, Evreux y Lisieux, dando muerte á su senado y cerrando las puertas; y además gran multitud de foragidos y gente perdida de toda Francia, á quienes la esperanza de robos y el deseo de la guerra, sacaban de la agricultura y trabajos diarios. Sabino se estaba quieto dentro de su real, en un sitio proporcionado para todo. Viridovix acampó á dos millas de distancia, y le presentaba la batalla todos los dias; de suerte que no solo le menospreciaban ya los enemigos, sino que aun sus mismas tropas murmuraban de su conducta; y llegaron aquellos á formar tal opinion de su temor, que se atrevian á acercarse á las líneas de nuestros reales. Pero obraba así Sabino, pareciéndole que un lugarteniente no debia exponerse á una batalla, ausente el general, con tanta multitud de enemigos, sino en puesto muy ventajoso, y en una coyuntura muy favorable.

Estando ya bien confirmada esta opinion de miedo, escogió entre las tropas auxiliares francesas un hombre á propósito y astuto, y le persuadió con grandes promesas y esperanzas de premios á pasarse al campo enemigo, bien industriado en lo que habia de hacer. Pasóse con efecto como desertor, les expuso el temor de los romanos; les informó de que los de Vannes tenian en grande aprieto á César; y que Sabino estaba para sacar sus tropas en el silencio de la noche inmediata y escapar á socorrerle. Oido esto, empezaron todos á gritar que no se debia dejar de las manos ocasion tan oportuna de una victoria completa, y que era preciso ir á dar el asalto. Muchas circunstancias movian á los franceses á esta resolucion; la detencion de Sabino en los dias antecedentes, la confirmacion del desertor, la escasez de víveres de que ellos les habian provisto con poca diligencia, la esperanza de la guerra de Vannes, y el que ordinariamente creen los hombres con gusto aquello que desean. Por lo cual no dejaron salir de la junta á Viridovix, ni á los demás capitanes hasta que les fué concedido tomar las armas y enderezarse á los reales. Otorgado esto, tomaron el camino de nuestro campo, como si llevaran en las manos la victoria, cargados de ramas y faginas con que cegar los fosos de los romanos.

Acampaba Sabino en una eminencia con suave pendiente de cerca de mil pasos. Enderezáronse á ella corriendo, tanto que apenas dieron lugar á los romanos de cobrarse y tomar las armas; pero llegaron desalentados. Sabino anima á los suyos, les dá la señal tan deseada, y manda hacer de improviso una salida por dos puertas á un tiempo contra los enemigos embarazados con las cargas que llevaban. Con la oportunidad del terreno, con la ignorancia y cansancio de los enemigos, el valor de los nuestros, y el ejercicio en las batallas anteriores, aun no pudieron sostener el primer ímpetu y al instante volvieron la espalda. Embarazados como iban, les siguieron el alcance los nuestros, é hicieron mucho destrozo en ellos; y continuando en su seguimiento la caballería, fuéron muy pocos los que escaparon huyendo. De este modo á un mismo tiempo tuvo noticia Sabino de la batalla naval de César, y este de la victoria de Sabino. Con lo cual todas las ciudades se entregaron inmediatamente á Titurio. Porque los franceses, así como son de ánimo pronto y ligero para emprender la guerra, así tambien son flojos é inconstantes para resistir á las calamidades.

V. Por este tiempo llegó P. Craso á la Aquitania, el cual país, como arriba se dijo, se ha de apreciar por la tercera parte de Francia, así por su extension como por la multitud de sus habitantes. Y entendiendo que habia de hacer la guerra en aquellos parajes, donde pocos años antes habia perecido el lugarteniente L. Valerio Preconino, desbaratado su ejército, y de donde habia salido huyendo el procónsul L. Manilio perdido todo el equipaje, vió que pedia la empresa toda su atencion y cuidado. Así que, hecha la provision de trigo, apercibidas las tropas auxiliares y la caballería, y convocados en particular muchos sugetos de valor del país y de Tolosa, de Carcasona y de Narbona, que son los mas inmediatos á nuestra provincia, introdujo el ejército en los términos de Gascuña. Sabida su llegada, salieron estos pueblos al paso con un poderoso ejército, y toda su caballería, en que eran sobresalientes. Trabóse primeramente una batalla ecuestre; y luego, desbaratada su caballería, y siguiendo los nuestros el alcance, se dejó ver de repente el grueso de la infantería, que habian dejado en una emboscada.

Esta arremetió á los nuestros desparramados; y vuelta á renovar la batalla, fué larga y muy reñida. Porque los enemigos, fieros por las victorias anteriores, juzgaban que consistia en su valor la libertad de toda la Aquitania; y los nuestros deseaban dar una prueba de lo que podian hacer con un capitan mozo, sin el general y sin las demás legiones. Al cabo, los enemigos, llenos de heridas la mayor parte, volvieron la espalda. Muerto un gran número de ellos empezó Craso á combatir sobre la marcha á Leitoure, su capital; mas resistiéndose con valor sus moradores, dispuso acercar á ella manteletes y torres. Ellos, haciendo á veces algunas salidas, y otras minas á las baterías y valladares, en que son muy diestros los aquitanos por tener minas abiertas en muchos parajes; luego que vieron que por la vigilancia de los nuestros nada podian adelantar con estos medios, enviaron diputados á Craso pidiendo les admitiese la rendicion: otorgado esto, les mandó entregar las armas; y así lo hicieron.

Estando atendiendo á esto los nuestros, por otra parte de la ciudad Adcantuano, que tenia el mando principal, hizo una salida contra nuestras fortificaciones con seiscientos devotos, que llaman ellos soldurios; los cuales son de tal condicion, que gozan de todas las comodidades de la vida, juntamente con

aquellos á cuya amistad se entregan; y si á estos sobreviene alguna desgracia ó sufren igualmente la misma calamidad, ó se dan la muerte, sin que haya ejemplar de que alguno rehusase el morir, muerto aquel á cuya amistad se hubiese entregado. Corrieron los nuestros á las armas; peleóse con mucha fuerza, y al fin rechazado Adcantuano á la ciudad, con todo alcanzó de Craso poder usar de la misma condicion de la entrega.

VI. Recibidas las armas y los rehenes, marchó Craso contra los de Aire y Bazas; los cuales atemorizados de que hubiese tomado en pocos dias aquella ciudad tan fuerte por la naturaleza y por el arte, enviaron mensageros á todas partes para conjurarse, darse rehenes, y prevenir tropas; y despacharon otros á las ciudades de la España citerior, que están mas inmediatas á la Aquitania: trajeron de ellas tropas auxiliares y capitanes, con que trataron de hacer la guerra con mucha autoridad, y con un numeroso ejército. Eligieron jefes de aquellos que habian militado con Sertorio en todas sus campañas, de quienes tenian grande opinion, de que eran muy experimentados en la milicia. Estos empezaron, segun la costumbre del pueblo romano, á tomar puestos, á fortificar los reales, y á cerrar á los nuestros el paso de los víveres. Luego que advirtió Craso la dificultad de dividir sus tropas por su corto número, y que las de los enemigos se esparcian, cerraban los caminos, dejaban guarnicion suficiente en los reales; que por esto se le conducian con mas dificultad los bastimentos, y que de cada dia se aumentaban mas sus tropas: pensó no detenerse en dar la batalla. Y así, habiendo tenido un consejo sobre ello, visto que todos eran del mismo parecer, señaló el dia siguiente para ponerlo en ejecucion.

Sacó las tropas al amanecer, las ordenó en dos trozos, colocó en el centro los auxiliares, y esperó la resolucion de los enemigos. Estos, aunque respecto de su muchedumbre, de su antigua gloria militar, y del corto número de los nuestros, confiaban pelear con ventaja; con todo tenian por mejor cantar la victoria sin sangre, tomados los caminos, y cerrado el paso á los víveres: y si por esta falta tomaban los romanos la retirada, pensaban acometerlos embarazados con la marcha y el equipaje, y quebrantados de ánimo. Aprobado pues este pensamiento por los capitanes, se mantuvieron dentro de sus reales á vista del ejército romano, que los aguardaba en el campo. Visto esto, como su detencion y sospecha de temor los hubiese hecho mas tímidos, y mas animosos á los nuestros para pelear, y oyéndose voces de todos, que no se debia aguardar mas, sino ir en derechura á dar el asalto; animó Craso á sus tropas, y con gran deseo de todos, se enderezó á los reales.

Aquí unos empezaron á cegar los fosos, otros á echar á los defensores de la trinchera y demás reparos con repetidas descargas. Los auxiliares, en quienes tenia Craso poca confianza, daban apariencia y opinion de soldados con suministrar piedras y armas, y llevar céspedes para las faginas. Peleábase tambien por parte de los enemigos con teson, y nada de timidez, aprovechando todos sus tiros, como disparaban desde puesto ventajoso. Á este tiempo la caballería, que habia dado vuelta á los reales, avisó á Craso, que no estaban igualmente defendidos por la puerta Decumana, y que tenian una entrada fácil.

Craso, exhortando á los capitanes de la caballería á que moviesen á los soldados con promesas y grandes esperanzas, les dijo lo que habian de hacer. Estos, conforme á sus órdenes, sacaron cuatro cohortes, que quedaron de guarnicion en los reales, y estaban descansadas; y llevándolas por un rodeo, para que no pudiesen ser vistas de los enemigos, cuando mas atentos estaban los ojos y ánimos de todos á la pelea, llegaron con prontitud á aquellas fortificaciones que dijimos, las cuales forzadas, se hallaron en los reales de los enemigos, antes que estos pudiesen distinguir y conocer lo que pasaba. Entonces, oida por los nuestros la gritería de aquella parte, y renovadas sus fuerzas, como sucede regularmente á vista de la victoria, empezaron á pelear con mas denuedo. Cercados los enemigos por todas partes, y perdida la esperanza del suceso, se echaban de las fortificaciones procurando salvarse con la fuga; pero los alcanzó la caballería en aquellos campos abiertos; y dejando vivos apenas una cuarta parte de cincuenta mil hombres que habian venido de Aquitania y Cantabria, se retiró á sus reales muy entrada ya la noche.

Extendida la fama de esta derrota, se entregó á Craso la mayor parte de la Aquitania, enviándole rehenes voluntariamente: entre los que se entregaron fueron los pueblos de Bayona, de Bigorra, de Bearne, de Bazas, de Aire, de Armañac, del Condado de Gaure, de Ausch, de Burdeos, de Leitoure, y de Dax. Con todo, algunos de los mas apartados no cuidaron de hacer lo mismo, esperanzados en la estacion del año, pues estaba ya próximo al invierno.

VII. Á este tiempo, aunque era ya pasado casi todo el Verano, viendo César pacificada la Francia, y que solo quedaban todavía en armas los de Terrovana, Brabante y Geldres, que nunca le habian enviado diputados de paz; creyendo que podria dar fin en breve tiempo á esta guerra, dirigió hácia allá su ejército. Pero estas gentes trataban de resistirse muy de otra manera que los demás franceses. Pues, sabiendo que otras naciones numerosas en llegando á las manos habian sido desbaratadas y vencidas, y teniendo en su tierra abundancia de montes y lagunas; se retiraron á ellas con todos sus efectos. Llegó César al principio de estos montes, y dió disposicion de fortificar los reales, sin que entretanto se hubiese dejado ver el enemigo: cuando estando los nuestros repartidos en las obras, salieron corriendo de los montes, y dieron sobre ellos de improviso por todas partes. Los nuestros acudieron con prontitud á las armas, y los retiraron con muerte de muchos; pero se perdieron algunos soldados por seguirlos en aquellos parajes escabrosos.

En los dias siguientes mandó César ir cortando los montes, y oponer toda aquella leña á los dos lados del campo como una muralla, para que los enemigos no pudiesen acometer á los nuestros por el flanco. Ya se habia adelantado un grande espacio con increible prontitud, y ya estaban en poder de nuestras tropas el ganado y la última parte del equipaje, y los enemigos se iban retirando mas adentro; cuando sobrevinieron tales lluvias, que se hubo de parar en la obra, y no se pudo mantener á los soldados mas tiempo en las tiendas por la continuacion de las aguas. Así que, talados los campos, y abrasados los pueblos y edificios, volvió César su ejército á invernar en los pueblos de Mans y Lisieux, y en otros de los que poco antes se habian rebelado.

ARGUMENTO DEL LIBRO CUARTO.

I. Tránsito de los pueblos de Bergue y Zutfen á la Francia por el Rin. Descripcion de los suevos.—II. Tratos de César con los alemanes sobre reprimir las nuevas sediciones. —III. Perfidia de los alemanes castigada: conclusion de

la guerra.—IV. César hace un puente en el Rin, pasa á Alemania, donde siembra el terror, y se vuelve.—V. Pasa César á Inglatera: entrégase la isla despues de algunos encuentros.—VI. Los ingleses piden la paz y se rebelan por ver maltratada la escuadra de César.—VII. Reprime César otra rebelion de los ingleses y boloñeses.

I. En el invierno siguiente, en que fueron cónsules C. Pompeyo y M. Craso, pasaron el Rin los alemanes de Bergue y de Zutfen con gran multitud de gente, cerca de donde este rio desemboca en el mar. La causa de pasar fué, que, perseguidos muchos años por los suevos, se veian oprimidos de sus armas, y privados de la agricultura. Los suevos forman una nacion la mas numerosa y aguerrida de toda Alemania. Dícese que poseen cien cantones, de cada uno de los cuales sacan mil hombres al año para el ejercicio de la guerra. Los restantes quedan en la patria, y cuidan de su mantenimiento y de los que salieron: estos al año siguiente salen para la guerra, volviendose los otros á su territorio. Así, ni se interrumpe la agricultura, ni el uso y ejercicio de la guerra. Mas, no tienen tierras propias y separadas de cada uno, ni les es permitido permanecer en un paraje mas de un año para su habitacion. Hacen poco uso del trigo para su sustento: la mayor parte pasan con leche, con los ganados y caza, á que son muy aficionados: cosa que por el género de alimento, el contínuo ejercicio y libertad de vida (porque, nó acostumbrados desde niños á ningun oficio, ni enseñanza, á nada se sujetan), les aumenta las fuerzas, y los hace de una estatura prodigiosa. Además están acostumbrados, habitando en países sumamente frios, á no gastar mas vestido que unas pieles tan pequeñas, que llevan descubierta la mayor parte del cuerpo, y á bañarse en los rios.

Dan entrada en su tierra á los mercaderes, mas por tener á quien vender las presas hechas en la guerra, que por deseo de que les introduzcan algunas mercadurias. No usan de bestias de carga extranjeras, de que gustan mucho los franceses, y las compran á gran precio, sino que prefieren las suyas, aunque ruines y disformes, haciéndolas de mucho aguante para el trabajo con el contínuo ejercicio. En las batallas ecuestres saltan muchas veces de los caballos, y pelean á pié, y acostumbran á los caballos á permanecer inmóviles en el mismo sitio; á los cuales se retiran con mucha ligereza cuando les es preciso; y no hay cosa mas cobarde y vergonzosa entre sus costumbres, que usar de silla para montar á caballo; de suerte que, aunque se vean pocos, se atreven á cualquier número de caballos ensillados. No permiten que se introduzca vino en sus tierras, porque creen que con el se debilitan y afeminan los ánimos de los hombres para el sufrimento de los trabajos.

En órden al estado, tienen por particular gloria el que esté desierta una gran porcion del terreno confinante con sus términos; con lo que dan á entender, que muchos pueblos no han podido resistir la fuerza de sus armas. Así se dice, que por parte de los suevos está desierto un pedazo de tierra de mas de seiscientas millas. Por otra son sus vecinos los de Colonia (cuyo estado fué grande y floreciente conforme los usos de los alemanes), y son algo mas humanos que los demás, por estar cerca de las orillas del Rin, y porque pasan frecuentemente á sus tierras comerciantes, y ellos mismos por la cercanía están mas hechos á las costumbres francesas. Á estos no pudieron los suevos echarlos de sus confines, aunque lo intentaron diversas veces á fuerza de armas, por su gran número y poder; pero los hicieron tributarios, reduciendolos á un estado de mucha mas bajeza y debilidad.

La misma fortuna corrieron los de Bergue y Zutfen, de quienes hablamos: resistieron muchos años el poder de los suevos; pero al cabo, echados de sus tierras, y prófugos tres años por varios parajes de Alemania, llegaron finalmente al Rin, cuyas inmediaciones poseian los pueblos de Geldres y Brabante, y en una y otra ribera tenian sus campos, edificios y poblaciones.

Amedrentados con la venida de tanta multitud, desampararon las habitaciones del otro lado del rio, y con tropas de estotra parte estorbaban el paso á los alemanes. Estos, despues de haber hecho las tentativas posibles, como vieron que no podian contrarrestarlos por falta de navíos, ni pasar ocultamente, por estar siempre los naturales sobre aviso, fingieron retirarse á sus tierras; y habiendo andado tres dias de camino, volvieron á desandar toda esta jornada en una noche, y dieron sobre los enemigos incautos, cuando menos lo pensaban. Porque, cerciorados por sus corredores de la retirada de los alemanes, se habian vuelto sin recelo alguno á sus pueblos de la otra parte del rio. Aquí perecieron todos; y apoderados los enemigos de sus embarcaciones, pasaron el rio antes que los del mismo canton, que estaban de estotro lado, tuviesen noticia de lo sucedido; y, hechos dueños de sus posesiones, se mantuvieron lo restante del invierno con las prevenciones que aquí encontraron.

Informado César de estos sucesos, y temiendo la debilidad de los franceses, que son ligeros en sus resoluciones, y por lo general amigos de novedades, juzgó que no convenia fiarse de ellos; porque es tal la costumbre de esta nacion, que obligan á los pasajeros á detenerse por fuerza para preguntarles lo que cada uno ha oido ó entendido; y el vulgo cerca en las ciudades á los mercaderes, obligándoles á decir de qué países vienen, y lo que en ellos han sabido, moviendose muchas veces por estos rumores y oidas á tomar consejo en los negocios mas graves; de lo cual es preciso que se arrepientan muy presto, por dejarse llevar de rumores inciertos, y porque muchos les cuentan mentiras y ficciones por acomodarse á su genio.

II. Con el conocimiento que tenia César de esta flaqueza, y por anticiparse á una guerra mas grave, tomó la vuelta del ejercito antes de lo que solia. Cuando llegó, halló ya efectuado lo mismo que él sospechaba, que algunos pueblos habian despachado sus diputados á los alemanes, convidándolos á dejar las orillas del Rin, porque hallarian prevenido en su país cuanto pidiesen. Animados los alemanes con esta esperanza, se iban extendiendo cada vez mas; de suerte que ya llegaban á los terminos de Tongres y Condroz, pueblos dependientes de los tréviros.

César, despues de haber juntado á los sugetos principales de Francia, pensó en disimular todo lo que sabia; y suavizando y asegurando sus ánimos, les pidió gente de á caballo, resuelto á hacer la guerra á los alemanes. Cuando ya estaba cerca, le enviaron estos una embajada, cuya sustancia fué: «Que los alemanes no declaraban la guerra los primeros al pueblo romano, ni tampoco rehusaban venir á las manos, si eran provocados. Porque esta era la doctrina aprendida de sus mayores, resistir á cualquiera que les hiciese guerra, nó suplicarle; pero sin embargo le hacian presente, que habian llegado allí, nó de su voluntad, sino desterrados de su patria; que si los romanos querian su amistad, podian serles amigos útiles: que ó les repartiesen posesiones, ó les permitiesen conservar las que habian adquirido con el derecho de sus armas: que ellos solo cedian á los suevos, á quienes ni aun los dioses inmortales eran capaces de contra-

restar; fuera de los cuales no habia en la tierra resto de hombres á quienes no pudiesen vencer.»

Al tenor de esta plática respondió César lo que le pareció mas á propósito, cerrando su respuesta con decir: «Que no podia tener amistar con ellos, si se quedaban en Francia; ni era razonable que los que no habian podido defender sus tierras, se entrasen en las agenas: que en Francia no habia paraje desocupado que poder adjudicar sin perjuicio, especialmente á tanta multitud; pero que les daba facultad de tomar asiento si querian en los términos de los pueblos de Colonia, que le acababan de enviar diputados, quejándose de los agravios de los suevos, y pidiéndole socorro: lo cual el facilitaria.»

Los embajadores dijeron «que llevarian á los suyos esta respuesta; y que tratado el negocio, volverian dentro de tres dias: entretanto le pidieron que no pasase mas adelante con su ejército.» César respondió que tampoco podia concederles esto, porque sabia que algunos dias antes habian destacado una gran parte de su caballería á hacer presas y víveres de la otra parte del rio Mosa á tierra de Brabante, y por esta razon pensaba que le interponian aquella tregua.

Este rio Mosa tiene su orígen en el monte de Vauge, que está en los confines de Langres; y recibiendo una parte del Rin llamada Wal, forma la isla de Holanda, y entra en el océano como á ochenta millas de su embocadura. El Rin nace en los Grisones, que habitan los Alpes, y corre largo espacio con rapidez por los términos de Vaux, de la Suiza, del Franco Condado, de Tesin, de Alsacia y Tréveris: al llegar cerca del océano se derrama en diversos brazos; y formando muchas y grandes islas, habitadas la mayor parte por gentes fieras y bárbaras, como son los que se cree que se alimentan de peces y de huevos de pájaros, entra en el océano por muchas embocaduras.

Cuando llegaba César á solas doce millas del enemigo, encontró á los embajadores que volvian el dia señalado, y le suplicaron con muchas instancias, «que no pasase mas adelante. No pudiendo alcanzar esto, le pidieron enviase órden á su caballería, que iba delante, de que se abstuviese de todo acto de hostilidad, y á ellos diese permiso para enviar sus diputados á los de Colonia, asegurándole, que si sus jefes y senado los admitian bajo de juramento de fidelidad, pasarian por aquella condicion que César les impusiese: para todo lo cual le pedian tres dias de término.» Bien conocia César que todo se encaminaba al mismo fin de dar tiempo á que volviese la caballería, que estaba distante; pero con todo, les prometió, que aquel dia andaria solo cuatro millas para tener el agua cerca: que se juntasen allí al siguiente en mayor número, á fin de examinar sus pretensiones. Entretanto destacó quien llevase órden á los capitanes de caballería de no provocar á los enemigos, y de no hacer mas que defenderse, si eran provocados, hasta que él llegase mas cerca con el resto del ejército.

Pero luego que divisaron nuestra caballería, compuesta de cinco mil caballos, no siendo ellos mas que ochocientos, por no haber vuelto aun los que habian ido á hacer provision de víveres de la otra parte del Mosa, acometieron á los nuestros, que nada menos recelaban, pues acababan de apartarse de César sus embajadores, y era el dia que ellos mismos habian pedido de treguas; los desbarataron; y cuando ya volvian á rehacerse, los bárbaros, segun su costumbre, echaron pié á tierra; y matando nuestros caballos, y derribando por el suelo algunos soldados, pusieron á los demás en fuga, amedrentándolos de tal manera, que no cesaron de correr hasta que llegaron á vista de nuestro ejército. Murieron en esta accion setenta y cuatro de los nuestros, y entre ellos Pison Aquitano, varon muy esforzado, de familia muy ilustre: cuyo abuelo habia poseido el reino en su país, y le habia honrado el senado con el título de amigo y aliado del pueblo romano. Este, yendo á socorrer á un hermano suyo, que le tenian cercado los enemigos, le sacó del peligro; pero derribado él, por haberle herido el caballo, se resistió mientras pudo con grande esfuerzo: mas como cayese cercado y herido en muchas partes, viéndolo á lo lejos su hermano, que ya se retiraba, se metió á todo correr por medio de los enemigos, y allí le mataron.

III. Después de este suceso no pensaba ya César en oir á los embajadores, ni admitir condiciones de aquellos traidores, que, con engaños y asechanzas, habiendo ellos mismos pedido la paz, le presentaban la guerra. Y asimismo juzgaba por locura esperar á que aumentasen sus fuerzas con la vuelta de su caballería. Y como tenia experimentada la flaqueza de los franceses, conocia cuánta autoridad habrian ganado para con ellos los enemigos con aquella accion, á los cuales no convenia dar espacio alguno para que tomasen consejo. Determinado en esta resolucion, y comunicado su dictámen con los lugartenientes y el cuestor para no dilatar ni un solo dia el presentar la batalla, sucedió muy á propósito, que al dia siguiente por la mañana, usando los alemanes de la misma perfidia y disimulacion, vinieron á nuestros reales en gran número con los sugetos mas principales y ancianos á excusarse, segun decian, de la refriega que trabaron el dia antes contra lo que se habia tratado, y ellos mismos habian pedido, y á ver si con su maña podian alcanzar algo en órden á las treguas. Mucho celebró César el que se le hubiesen venido á las manos; y así mandó asegurarlos á todos. Después se puso en marcha con su ejército, dando órden á la caballería que cubriese la retaguardia; porque le parecia estaba acobardada todavía de la funcion pasada.

Formadas las tropas en tres escuadrones, y caminando con diligencia ocho millas, se llegó á vista del campo contrario antes que los alemanes pudiesen conocer de qué se trataba. Sobrecogidos de repente con la prontitud de nuestra venida, con la ausencia de los suyos, sin tiempo para tomar consejo, ni echar mano á las armas; se hallaron perplejos, sin saber qué les convenia mas, si formar sus tropas contra el enemigo, ó defender los reales, ó buscar su salvacion en la fuga. Conocido su temor en el desórden y alboroto, e irritados los nuestros de la traicion del dia anterior, arremetieron á sus reales. Algunos que corrieron prontamente á las armas, se resistieron un poco, trabada la batalla entre los carros y el equipaje; pero el resto de la multitud de niños y mujeres (pues habian salido de sus tierras, y pasado el rio con todas sus familias) dió á huir por diversas partes; en cuyo alcance mandó César que partiese la caballería.

Los alemanes, oyendo á las espaldas los clamores de los suyos que perecian, arrojadas las armas, y abandonadas las insignias, se echaron fuera de los reales; y llegando á donde se juntan las dos corrientes del Mosa y el Rin, desesperados de escapar por otra parte, y viendo tendidos la mayor parte de los suyos, los que quedaban se arrojaron al agua, donde con el temor, el cansancio y la fuerza de la corriente, todos perecieron. De una guerra tan terrible (pues constaba de cuatrocientas y treinta mil personas el grueso de los enemigos), se restituyeron los nuestros á sus reales sin perder un hombre, y con muy pocos heridos César dió permiso á aquellos á quienes habia manda-

do asegurar, para que se retirasen; pero ellos por el temor del castigo y tormentos de los franceses, á quienes habian abrasado sus tierras, dijeron que se quedarian en el ejército: entónces les dió la libertad.

IV. Concluida la guerra germánica, determinó César pasar el Rin por muchas razones, de las cuales era la principal, que, viendo la facilidad con que se movian los alemanes á entrar en Francia, quiso ponerles miedo en sus propias tierras; dándoles á conocer, que las tropas del pueblo romano podian y tenian valor para pasar el Rin. Á esto añadiase, que aquel trozo de caballería de Bergue y Zutfen, que dijimos estaba del otro lado del Mosa á hacer presas y provisiones de víveres, y no se halló en la funcion pasada, despues de la fuga y derrota de los suyos, se habia retirado á la otra parte del Rin á tierra de Westfalia, y unido con los de esta nacion. César les despachó embajadores para que le entregasen los que habian hecho guerra á sí y al pueblo romano; pero le respondieron, « que el imperio del pueblo romano tenia por límites las orillas del Rin; y que si no le parecia justo que los alemanes pasasen á Francia contra su voluntad, ¿por qué razon pretendia tener dominio ó jurisdiccion de la otra parte del rio? » Mas los pueblos de Colonia, los únicos de los transrenanos que por entónces le habian enviado embajadores entrando en su alianza, y dándole rehenes, « le pedian socorro con muchas instancias contra los suevos, que continuamente los molestaban; y si se lo impedian las ocupaciones de la república, á lo menos le suplicaban pasase allí un ejército, que les bastaria para su socorro, y mejores esperanzas del tiempo venidero: pues era tan grande el nombre y reputacion de las armas romanas con la derrota de Ariovisto, y la reciente funcion, hasta en las naciones mas remotas de Alemania, que con la amistad y opinion del pueblo romano contaban desde luego con su seguridad. » Tambien le prometieron un gran número de naves para transportar el ejército.

Por estos motivos habia César resuelto pasar el Rin; pero pasarle con naves, ni lo tenia por seguro, ni por correspondiente á la majestad del pueblo romano. Y así, aunque se ofrecia mucha dificultad en la construccion de un puente por la anchura, rapidez y profundidad del rio; con todo determinó empeñarse en esta obra, ó no pasar las tropas de otra manera. De este modo dirigió la construccion del puente. Lo primero hacia unir á dos piés de distancia dos vigas de pié y medio de grueso puntiagudas por el cabo, y medidas con la profundidad del rio. Metidas estas en el rio con máquinas á propósito, é hincadas en él con martinetes, nó derechas y perpendiculares, sino inclinadas y ladeadas conforme al impulso de la corriente; enfrente de estas, y á cuarenta piés de distancia, colocaba otras dos de la misma manera contra el ímpetu del rio. Estas se aseguraban con unos maderos de dos pies, que era el espacio entre las dos vigas, por medio de dos muescas de encaje, que las abrazaban por los extremos; las cuales trabadas y amarradas así unas enfrente de otras, era tanta la firmeza de la obra, que cuanta mas fuerza trajese la corriente, tanto mas se afirmaba y apretaba su trabazon. Así se fué continuando todo lo ancho del rio, echando sobre las vigas maderos atravesados cubiertos de ramas y faginas para pasar. Además se ponian por bajo unas vigas derechas en forma de triángulo, que opuestas como estribos, y unidas con el resto de la obra, recibiesen el ímpetu del rio; y otras mas arriba del puente á una distancia proporcionada, para que si los bárbaros arrojaban troncos, ó se acercaban en sus naves á derribarle, se disminuyese su fuerza con esta defensa, y no le hiciesen daño alguno.

Concluida la obra á los diez dias que se empezaron á traer los materiales, se pasó al ejército; y dejando una buena guarnicion á los lados del puente, dirigió César su marcha hácia la Westfalia. Entretanto le llegaron embajadores de muchas provincias á pedir la paz; á todos los cuales respondió con gran liberalidad, y mandó que le trajesen rehenes. Los de Westfalia desde el punto que se empezó la obra, trataron de retirarse de acuerdo con los de Bergue y Zutfen, á quienes tenian consigo; y así lo hicieron, escondiéndose en unos desiertos y montañas con todos sus efectos.

Despues de haberse detenido algunos dias en su país, dejándole todo talado, y abrasados los campos, lugares y edificios, partió hácia Colonia, y prometió á los naturales su auxilio, si los atacaban los suevos. Ellos le informaron de que los suevos, habiendo sabido por sus corredores la construccion del puente, celebraron una junta conforme á su costumbre, y despacharon mensageros á todas partes, para que abandonadas las poblaciones, y conducidos á los montes sus mujeres, hijos y haciendas, se juntasen cuantos pudiesen tomar las armas en un paraje señalado; para lo cual eligieron el centro de aquella region que poseian, en donde resolvieron esperar la venida de los romanos, y medir con ellos las fuerzas. Con estas noticias, concluidas todas las cosas que le habian movido á pasar el ejército, que eran vengarse de los de Westfalia, y libertar á los de Colonia de la opresion de los suevos; creyendo que habia adelantado bastante para gloria y utilidad del pueblo romano, se restituyó á Francia á los diez y ocho dias de su entrada en Alemania, y mandó cortar el puente.

V. Aunque estaba ya muy adelante el verano, y son muy tempranos en Francia los inviernos, por caer toda debajo del septentrion, sin embargo resolvió César pasar á Inglaterra, por entender que en todas las guerras pasadas con los franceses se habian suministrado de aquí socorros á los enemigos; y aun cuando le faltase tiempo para hacer la guerra, creia que le seria muy útil acercarse á la isla, examinar la naturaleza de sus habitantes, reconocer los lugares, puertos y entradas; todo lo cual era ignorado de los franceses; porque ninguno de ellos se habia atrevido hasta entónces á entrar en Inglaterra; fuera de los mercaderes, que nada mas conocian que la costa, y aquellos parajes que caen enfrente de Francia. Y así, aunque mandó llamar á los comerciantes de varios pueblos, no pudo averiguar la extension de la isla, ni qué gentes y cuántas la habitaban, ni el modo de hacer la guerra, ni las costumbres, ni los puertos capaces de mayor número de navíos.

Para informarse de todo esto, antes de tentar la empresa, le pareció conveniente despachar á C. Voluseno con una galera, encargándole que lo examinase, y volviese cuanto antes á darle cuenta; y él partió con su ejército al condado de Bolonia, desde donde es muy corto el pasaje á Inglaterra. Aquí mandó que se juntasen las naves de todas las inmediaciones, y la escuadra construida el año antes para la guerra de Vannes. Entretanto, sabida su determinacion, y avisados los ingleses por los comerciantes, muchas provincias de la isla le enviaron embajadores, prometiéndole rehenes, y ponerse bajo la obediencia del pueblo romano. César los recibió con benignidad, oyó su embajada; los exhortó con buenas esperanzas á permanecer en su pensamiento, y los volvió á enviar á su tierra; y junto con ellos hizo partir tambien á Comio, á quien habia hecho rey de los pueblos de Arras

cuando los sujetó; de cuyo valor y consejo tenia mucha experiencia: el cual creia que le seria fiel, y tenia mucha autoridad en todo el país. Le encargó que visitase todos los pueblos que pudiese, exhortándolos á seguir la alianza de los romanos, y dándoles aviso de que no tardaria César en pasar á la isla. Voluseno volvió á los cinco dias, habiendo reconocido toda la costa, segun era practicable, á quien ni se atrevia á desembarcar, ni á fiarse de los bárbaros: y dió cuenta á César de lo que habia observado.

Durante la detencion de César en esta tierra, esperando á que se juntase la escuadra, vinieron embajadores de muchos pueblos de Bolonia á excusarse del rompimiento pasado, representándole, «que ellos eran rústicos é ignorantes de las costumbres del pueblo romano, y que por esto le habian declarado la guerra; pero que desde luego le ofrecian hacer cuanto les mandase.» César, viendo que esto le importaba mucho, porque ni queria dejar enemigos á la espalda, ni tenia disposicion de hacer la guerra por lo adelantado de la estacion, ni pensaba anteponer estas pequeñas ocupaciones á la expedicion de Inglaterra, les pidió un crecido número de rehenes: traidos los cuales, los recibió bajo su proteccion. Prevenidas cerca de ochenta naves de carga, que le parecieron bastantes para trasnportar dos legiones, repartió las galeras que tenia entre el cuestor, los tenientes y capitanes principales. Añadíanse á estas otras diez y ocho, que por los vientos contrarios estaban detenidas ocho millas de allí, sin poder arribar á aquel puerto: estas las destinó á la caballería: el resto del ejército le encargó á Q. Titurio Sabino, y L. Aurunculeyo Cota sus lugartenientes para conducirle á Geldres y Brabante, y á aquellos pueblos de Bolonia, que aun no le habian enviado embajadores: al lugarteniente P. Sulpicio Rufo encomendó la guarda del puerto, con la tropa que le pareció competente.

Dispuestas así las cosas, y logrando viento favorable, á eso de media noche se hizo á la vela, dándo órden á la caballería para que pasase al vecino puerto, se embarcase y le siguiese. No lo ejecutó esta con tanta diligencia, que no arribase César á Inglaterra con sus legiones á cosa de las diez de la mañana, donde halló coronadas de gente armada todas las alturas; desde las cuales, por estrecharse mucho el mar con los montes, era tal la disposicion, que estaba la rada á tiro de flecha. Y así, no teniendo por bueno este paraje para el desembarco, esperó en anclas á que llegase el resto de la escuadra hasta las tres de la tarde. En este intermedio llamó á consejo á los lugartenientes y tribunos militares, les dió parte de lo que le habia informado C. Voluseno, y de su resolucion; y les previno, que diesen por sí las órdenes y disposiciones correspondientes al estado de las cosas, y al tiempo, como lo pide el arte de la guerra, y en especial las circunstancias del mar, que suele tener muy prontos movimientos, y nada estables. Con esto se acabó el consejo; y viendo que el viento y la marea eran favorables, dada la señal, levaron áncoras; y al cabo de ocho millas, surgió la armada en una playa espaciosa y serena.

Los bárbaros, conociendo la intencion de los romanos, echaron delante la caballería y los carros, de que usan en la guerra; después siguieron con el grueso de sus tropas, dispuestos á impedir á los nuestros el desembarco. Era muy difícil saltar en tierra; porque las naves, por su magnitud, no podian mantenerse sino en mar alta; y los soldados, sin conocimiento de aquellos parajes, ocupadas las manos, y agobiados del mucho peso de las armas, á un mismo tiempo habian de echarse al agua, resistir la fuerza de las olas, y pelear con los enemigos, cuando estos, ó desde la seca arena, ó muy poco entrados en el agua, daban sus cargas con denuedo, e incitaban á los caballos acostumbrados á este género de pelea Perturbados los nuestros con todas estas dificultades, y nó hechos á tal género de pelea, no se manejaban con aquel ardor y prontitud que solian en las batallas campales.

Luego que César notó estos embarazos, mandó separar un poco de las naves de carga las galeras, cuya vista era mas nueva para los bárbaros, y su movimiento mas ligero para maniobrar: las hizo poner contra el flanco de los enemigos, y que los cargasen y retirasen con hondas, máquinas y flechas. Fue muy útil este arbitro; porque sorprendidos los bárbaros de la figura de las naves, del impulso de los remos, y de aquel género de máquinas desconocidas para ellos, se contuvieron, y aun se retiraron despues de algun tanto. Mas, recelándose todavía los nuestros, especialmente por la profundidad del mar, el alférez de la legion decima, hecha una breve deprecacion á los dioses para que sacasen con bien la legion de aquella empresa, dijo: «saltad conmigo, soldados, sino quereis que esta águila sea presa de los enemigos: yo á lo menos he de hacer mi obligacion por la república y por el general.» Dichas estas palabras en voz alta, se arrojó de la nave, llevando el águila hácia el enemigo. Entónces los nuestros exhortándose unos á otros para que no se cometiese tal deshonra, saltaron todos de la nave; visto lo cual por los que estaban en las mas inmediatas, siguieron á los primeros, y se fueron acercando á los enemigos.

Peleóse con gran denuedo de ambas partes; bien que los nuestros, como no podian guardar su formacion, ni resistir á rostro firme, ni seguir las banderas, sino que cada uno, de cualquier nave, se agregaba á las primeras que hallaba, se perturbaban muchísimo. Al contrario, los enemigos con el conocimiento de los vados, así que veian desde la ribera algunos de los nuestros saltar de las naves, apretando los caballos, los acometian en aquel embarazo: muchos cercaban á pocos, y otros disparaban al grueso por el flanco. César, reconociendo este daño, mandó llenar de soldados los esquifes de las galeras y barcos de las atalayas, y suministraba socorros á los que veia en peligro. Pero luego que los nuestros sentaron el pié en seco, y se vieron todos juntos, hicieron frente á los enemigos, y los pusieron en fuga, aunque no fué posible seguir muy lejos el alcance, por no haber podido continuar su rumbo la caballería, y llegar á tiempo á la isla: la única circunstancia que faltó á la antigua fortuna de César.

VI. Viéndose vencidos los enemigos en esta batalla, luego que se recobraron de la fuga, enviaron á César embajadores de paz, ofreciéndole rehenes, y cuanto les mandase. Con ellos vino Comio, rey de Arras (á quien dije antes que César habia enviado delante), al cual, cuando le vieron desembarcar, aunque llevaba órdenes del general para ellos, le habian asegurado y preso; pero despues de la batalla le soltaron. En la peticion de la paz echaron la culpa de este atentado á la muchedumbre, «pidiendo perdon, por no haber tenido parte en él. César se les quejó de que después de haberle enviado ellos mismos de su voluntad embajadores al continente pidiendo la paz, ahora le presentaban la guerra sin motivo: les dijo que perdonaba á su imprudencia, y les pidió rehenes;» de los cuales, parte presentaron desde luego, y los demás los ofrecieron para dentro de breves dias, por hallarse en pueblos mas distantes. En el interme-

dio mandaron á los suyos que volviesen á poblar sus haciendas, y los sugetos mas principales de todas partes vinieron á encomendarse, ellos y sus pueblos, á la fé y bondad de César.

Sentada la paz con estas condiciones, aquellas diez y ocho naves en que se dijo arriba, se embarcaba la caballería, salieron del puerto con buen viento á los cuatro dias de haber llegado César á Inglaterra. Ya se acercaban á la isla, y aun se avistaban desde los reales, cuando se levantó de repente una tempestad tan terrible, que ninguna pudo seguir su derrota: sino que unas hubieron de volverse al mismo puerto, de donde habian salido; otras fueron arrojadas á lo largo de la isla, á la banda de occidente con grandísimo peligro; y aunque echaron áncoras, como todavía hiciesen mucha agua, al fin pudieron salir á mar alta con la tempestad de la noche, y tomaron el rumbo del continente.

Esta misma noche aconteció ser la luna llena, que ocasiona las mareas mas altas en el oceano: cosa ignorada de los nuestros. Y así á un mismo tiempo las galeras en que César habia transportado el ejército, las cuales habia hecho poner en seco, se llenaban de agua; y las naves de carga, que estaban ancladas y amarradas, padecian muchísimo, sin poder los nuestros dar arbitrio, ni disposicion alguna para socorrerlas. De este modo, maltratadas muchas, é inútiles otras, por haber perdido jarcias, áncoras y todo el armamento, quedó el ejército, como era regular, en grandísima consternacion; porque ni habia otras naves en que poder volverse, faltaba todo lo necesario para componer aquellas, y no se habia hecho provision de víveres, por estar en ánimo de invernar en Francia. Noticiosos de esto los principales de Inglaterra, que después de su derrota habian venido juntos á ofrecerse á la obediencia de César, trataron entre sí el negocio; y conociendo que los romanos estaban sin caballería, naves, ni víveres, y que las tropas eran pocas por el corto trecho que ocupaban los reales; los cuales todavía se estrechaban mas, por haberse embarcado las legiones sin el equipaje; acordaron que lo mas acertado era levantarse, cortar á los nuestros el trigo y demás víveres, y alargar la guerra hasta el invierno; porque destruido este ejército, ó cortándole la vuelta, confiaban que nadie pasaria despues á Inglaterra á perturbarles la paz. Así que se conjuraron de nuevo, empezaron á retirarse poco á poco de los reales, y á levantar con secreto la gente de las haciendas.

Aunque César no habia penetrado todavía sus intenciones, con todo sospechaba lo que habia de suceder por la derrota de sus naves, y la detencion en aprontar los rehenes; y así se prevenia de auxilios para todo acontecimiento: hacia conducir trigo todos los dias al campo; daba disposicion de que se aprovechasen los materiales, jarcía y clavazon de las naves mas estropeadas para componer las otras; y mandaba traer del continente todo lo necesario para el intento. Cuya obra manejada por los soldados con grande aplicacion, perdidas doce naves, logró poner corrientes las demás para navegar con comodidad.

Miéntras se ejecutaba esto, habiendo salido la legion séptima, segun su costumbre, á buscar trigo, sin haber todavia sospecha alguna de levantamiento, porque parte de la gente asistia en las haciendas, y parte acudia tambien frecuentemente á los reales; los que hacian la guardia á las puertas del campo, vinieron á dar aviso á César de que se alcanzaba á ver una polvoreda mayor de lo regular por el camino que habia tomado la legion. César, presumiendo lo cierto, mandó salir con él hacia aquella parte las cohortes que estaban de guardia, reemplazando otras dos en el mismo puesto, y que las demás se armasen, y le siguiesen al instante. A poco que se alargó de los reales, vió á los suyos en tan grande aprieto, que apenas podian sostenerse, y que apiñada la legion, estaba expuesta por todas partes á los tiros de los enemigos. Porque como por otros parajes estaba ya segado todo, y solo faltaba aquella parte; creyendo los bárbaros que irian allá los nuestros, se habian escondido por la noche en los bosques: y así los acometieron de repente, cuando los vieron desparramados, dejadas las armas, y ocupados en la siega: mataron algunos, desbarataron á los demás, y al mismo tiempo los cercaron con la caballería y los carros.

Su modo de pelear con los carros es este: salen primero corriendo por todas partes disparando flechas; y perturban muchas veces las filas contrarias con el terror de los caballos, y el estrépito de las ruedas. Luego que se han introducido entre los escuadrones de caballería, saltan de los carros y pelean á pié. Los que guian los carros se retiran entónces un poco; pero en disposicion, que si los otros se ven apretados, vuelven á recobrarlos fácilmente. Así tienen en la batalla la ágilidad de las tropas de á caballo, y la constancia y firmeza de la infantería; y es tanto lo que adelantan con el uso y ejercicio, que aun en los parajes pendientes y precipitados detienen los caballos, los refrenan, los vuelven en un instante, corren por la lanza, se apoyan en el yugo, y desde él vuelven á saltar al carro con mucha prontitud.

Perturbados los nuestros con este nuevo género de pelea, fueron socorridos por César al tiempo mas oportuno; porque con su venida se contuvieron los enemigos, y los nuestros se recobraron del temor. Con esto, juzgando que no era ocasion de provocar á los enemigos, y darles la batalla, se estuvo quieto dando un poco de tiempo, y luego se volvió con sus tropas á los reales. Mientras pasaba esto, y los nuestros estaban ocupados, se retiraron los que habian quedado en las haciendas. Después siguió por muchos dias un tiempo tan tempestuoso, que contuvo á los nuestros dentro de los reales, y estorbó á los enemigos el salir á campaña.

VII. En este intermedio despacharon mensageros los bárbaros á todas partes, exagerando el corto número de nuestra gente, y proponiendo la facilidad que se les ofrecia de lograr mucha presa, y sacudir el yugo para siempre, si despojaban á los romanos de aquel campo. Y así, junta en pocos dias con prontitud una gran multitud de tropas de á pié y de á caballo, vinieron sobre nuestros reales. César, aunque veia que sucederia lo mismo que en los dias antecedentes, que si eran rechazados, los sacaria su ligereza del peligro; con todo, juntando hasta treinta caballos, que habia traido consigo Comio, rey de Arras, de quien se habló arriba, formo las legiones en batalla delante de sus reparos. Trabada esta, y no pudiendo los enemigos resistir largo tiempo el ímpetu de los nuestros, volvieron la espalda. Siguióseles el alcance todo el espacio que nuestra gente pudo aguantar la carrera; y dando muerte á muchos, y entregando á las llamas los edificios en toda aquella distancia, se retiraron otra vez á los reales.

Este mismo dia vinieron nuevos diputados á pedir la paz. César les duplicó el número de rehenes pedidos antes, con órden de conducirlos al continente; porque, estando próximo el equinoccio, no queria exponerse con sus naves maltratadas y una navegacion aventurada en el invierno, y logrando tiempo favora-

ble, un poco despues de media noche, se hizo á la vela. Todas las naves llegaron salvas á tierra, menos dos de las de carga, que, no pudiendo arribar al mismo puerto que las otras, se dejaron llevar un poco mas abajo. Desembarcaron de estas trescientos soldados, y tomaron la vuelta de los reales. Los boloñeses, á quienes habia dejado César pacificados cuando partió á Inglaterra, llevados de la esperanza de la presa, primeramente los cerraron con nó muy crecido número de gente, mandándolos rendir las armas, si no querian perecer. Los nuestros se formaron en un peloton, y se pusieron en defensa. Entónces levantaron ellos una algazara, á cuyo ruido se juntaron en un instante cerca de seis mil hombres. Avisado César de este accidente, envió toda la caballería al socorro de los suyos, que entretanto sostuvieron el choque mas de cuatro horas con grandísimo esfuerzo, sin recibir otro daño que algunas heridas, y haciendo mucho destrozo en los enemigos. Mas luego que se alcanzó á ver nuestra caballería, dejaron las armas, volvieron la espalda, y perecieron muchos en la fuga.

Al dia siguiente destacó César á T. Labieno contra los rebeldes boloñeses con las legiones que acababan de llegar con él de Inglaterra; los cuales, no teniendo á donde guarecerse por la sequedad de las lagunas, de cuyo refugio se habian valido el año anterior, vinieron casi todos á ponerse bajo la obediencia de Labieno. Los lugartenientes Q. Titurio y L. Arunculeyo Cota, que habian llevado las legiones á las tierras de Geldres y Brabante, volvieron á incorporarse con César, dejando talados sus campos, segadas sus mieses, y entregados al fuego sus edificios; porque los naturales se habian escondido en los montes. César señaló á Belgio para cuartel general de invierno. Aquí enviaron sus rehenes dos solas ciudades de Inglaterra: las demás no hicieron caso de su promesa. César dió parte al senado de estos sucesos, y se decretó en Roma una rogativa pública por espacio de veinte dias.

ARGUMENTO DEL LIBRO QUINTO.

I. César previene una escuadra, y reprime á los pirustas en el Ilírico. — II. Entrega de Induciomaro y Cingetorix competidores sobre el gobierno de los Tréviros. — III. Rebélase Dumnorix Autunés, y es muerto de órden de César. — IV. Pasa César á Inglaterra: primera batalla con los isleños. — V. Descripcion de Inglaterra y costumbres de sus naturales. — VI. Fuga y derrota de los ingleses. — VII. Toma de la ciudad de Casivelauno y rendicion de la isla. — VIII. Rebelion general de Francia conducida y declarada maliciosamente por Ambiorix. — IX. Consulta y competencia de los tenientes de César sobre la plática de Ambiorix. — X. Muerte de los dos capitanes y de su ejército. — XI. Asalto del cuartel de Ciceron. Valor y mútua defensa de dos capitanes. — XII. Parte César al socorro de Ciceron y desbarata a los enemigos. — XIII. Designios de rebelion de los Franceses reprimidos. Vence Labieno á Induciomaro Tréviro.

I. Saliendo César de los cuarteles de invierno para Italia en el consulado de L. Domicio, y Apio Claudio, como acostumbraba todos los años, encargó á los lugartenientes, á quienes encomendó las legiones, que hiciesen construir en aquel invierno las mas naves que pudiesen, y componer las antiguas. Dejóles su modelo y forma. Habian de ser un poco mas bajas que las que se usan en el Mediterráneo, para poderse cargar y sacar á tierra con mas facilidad (esto porque por las contínuas mutaciones del flujo y reflujo, conocia que no eran allí tan grandes las mareas), y mas largas que las que se acostumbraban en otros mares para el trasporte de las cargas y caballerías. Mandó que todas se hiciesen á remo y vela; para lo cual ayuda mucho su propia bajeza, y que se condujese de España todo lo necesario para pertrecharlas. Despues de evacuado el congreso de Lombardía, tomó la vuelta del Ilírico, por noticias que tenia de que los pirustas asolaban con contínuas correrías la parte mas cercana á la provincia. Llegado aquí, pidió tropas á las ciudades, con órden de que se juntasen en paraje determinado. Con esta novedad le enviaron los pirustas inmediatamente diputados á informarle, que ninguna de aquellas cosas se habia ejecutado de comun consentimiento; y hacerle presente, que estaban prontos á satisfacer los agravios hechos de cualquier manera. César, admitiendo sus excusas, les pidió rehenes, con órden de presentárselos para un dia señalado, intimándoles, que si no lo cumplian así, iria contra ellos con todo su poder. Traidos estos al plazo dicho conforme á su órden, eligió jueces árbitros entre las ciudades, que, apreciando los daños, estableciesen la debida satisfaccion de ellos.

Concluida esto, y finalizado el congreso, se restutuyó á Lombardía, y desde aquí partió al ejército. Luego que llegó, dió vuelta á todos los cuarteles, halló armadas, con grande aplicacion de la tropa, en medio de una suma escasez de medios, cerca de seiscientas naves de la forma que dijimos arriba, y veinte y ocho galeras además, á las que faltaba muy poco para poderse botar al agua. Alabó la diligencia de la tropa y de los jefes que habian dirigido la construccion, les dió parte de su resolucion, y órden de que se juntasen todos en el puerto de Bolonia, desde donde sabia que era muy fácil el tránsito á Inglaterra, como que solo distaba treinta millas del continente. Dejó allí las tropas que le parecieron suficientes, y partió á tierra de los treviros con cuatro legiones á la ligera, y ochocientos caballos; porque estos no asistian á las juntas, ni obedecian sus órdenes, y se decia que solicitaban á los alemanes trasrenanos.

II. Estos pueblos son los mas sobresalientes de toda Francia en tropas de á caballo: tienen tambien un grueso considerable de infantería; y como arriba se dijo, confinan con el Rin. Dos caballeros del país, Induciomaro y Cingetorix, competian entre sí sobre el gobierno. Cingetorix, luego que se supo la venida de César con su ejercito, vino á presentarse y ofrecerse á su obediencia con todos los de su faccion, siguiendo la amistad del pueblo romano; y le informó al mismo tiempo de lo que pasaba en su país. Pero Induciomaro empezó á prevenirse para la guerra, juntando tropas de á pié y de á caballo, y retirando los que por su edad eran inútiles para el ejercicio de las armas á la selva Ardena, que, atravesando con su dilatada longitud los confines de los tréviros, llega desde el Rin á los términos de Reims. Mas despues que algunos sugetos principales, parte atraidos de la amistad de Cingetorix, parte movidos de la llegada de nuestro ejército, vinieron á presentarse á César, y encomendársele particularmente, ya que no podian hacerlo en comun; temiendo entónces Induciomaro no le desamparasen todos, envió mensageros á César, diciendo, «que él no asistia con los suyos, ni habia venido á presentársele, por mantener mas seguramente el estado en su obediencia, no fuese que ausente toda la nobleza, se deslizase el pueblo; pero que estaba la provincia á su disposicion; y que si le daba su permiso, vendria él á ofrecérsele á los reales, y á poner en sus manos y bajo su proteccion sus facultades, y las de la provincia.»

César, aunque penetraba el espíritu de esta satisfaccion, y los motivos que le apartaban de su primer intento, con todo, por no consumir el verano en esta

tierra, prevenidas ya todas las cosas para la guerra británica, envió órden á Induciomaro de que viniese á su presencia con doscientos rehenes. Traidos estos y un hijo suyo con todos sus parientes, á quienes convocó uno por uno, César le consoló y amonestó á que permaneciese en su deber, y juntando aparte á los sugetos principales del país, los reconcilió particularmente con Cingetorix; lo cual, aunque lo hacia por su propio mérito, entendia tambien ser de importancia tuviese mucho valimiento entre los suyos la autoridad de un hombre, á quien habia experimentado de muy buena voluntad para consigo. Mucho sintió esta accion Induciomaro, por la cual veia disminuirse su poder; y el que de antemano estaba ya de mala fé hácia nosotros, se exasperó mas con el nuevo resentimiento.

Arregladas estas cosas, llegó César con las legiones al puerto de Bolonia. Aquí supo como cuarenta naves construidas en la Galia Bélgica, no habian podido seguir el mismo rumbo, y se habian vuelto al puerto de donde salieron: las demás las halló listas para hacerse a la vela, y pertrechadas de todo lo necesario. Juntóse tambien la caballería de toda Francia, que componia un cuerpo de cuatro mil caballos, con los sugetos mas principales de las provincias; de los cuales dejó en Francia unos pocos, cuya fidelidad tenia mas experimentada, y los demás habia determinado llevárselos consigo como en rehenes, recelando algun levantamiento durante su ausencia.

III. Estaba entre los demás Dumnorix el de Autun, de quien hemos hablado arriba. Á este tenia pensado César llevar consigo de los primeros, porque sabia era deseoso de novedades, codicioso del mando, de mucho espíritu, y de grande autoridad entre los franceses. Á esto se añadia haber dicho él mismo en el consejo de Autun, que César le entregaba el gobierno de su pais: cosa muy sensible para todos, y sobre que no se atrevian á enviarle comisionados para rehusarlo, ni para suplicarle que no lo hiciese. César supo esto por sus huéspedes. Él al principio empezó á pretender con las mayores instancias, que se le dejase en Francia, ya con el pretexto de temer el mar, por no estar hecho á navegar, ya con el velo de que ciertos misterios de religion se lo impedian. Mas visto que se le negaba con entera resolucion, perdida la esperanza de alcanzarlo, empezó á solicitar á los sugetos principales de su nacion, hablando aparte á cada uno, y exhortándolos á que se quedasen en tierra. Amedrentábalos diciendo, que nó sin grave motivo se iba á despojar á Francia de toda su nobleza: que la intencion de César era acabar con todos ellos en habiéndolos transportado á Inglaterra, por no atreverse á matarlos á vista de los suyos: les hacia dar palabra, y les tomaba juramento de que harian de comun acuerdo lo que entendiesen era mas conveniente á su nacion.

De todo esto tenia César noticia por diferentes conductos: mas por el grande aprecio y estimacion que hacia de los autuneses, pensaba contener y reprimir á Dumnorix por cualesquiera medios que le fuesen posibles, atendiendo, pues de cada vez se iba desenfrenando mas su locura, á no acarrearse algun perjuicio á sí y á la república. Después de haberse detenido aquí veinte y cinco dias, porque estorbaba para salir el viento Coro, que reina casi siempre en la costa, procuraba contener á Dumnorix en su deber, sin dejar por eso de averiguar sus designios. Finalmente, habiendo logrado buen viento, dió la órden de que se embarcase toda la infantería y caballería. Y estando ocupadas en esto las atenciones de todos, empezó Dumnorix á tomar la vuelta de su tierra con la caballería de Autun, sin noticia de César. Pero habiéndole dado aviso, interrumpió la salida, y lo pospuso todo, destacando un trozo de caballería á seguirle el alcance con órden de que se le trajesen; pero si se resistia, y no obedecia, que le matasen. Él, muy sobre sí, trató de resistirse, se puso en ademan de pelear, implorando la fe y palabra de los suyos, y diciendo á grandes voces, que era libre, y de un estado libre. Los nuestros, conforme á la órden que se les habia dado, le cercaron y dieron muerte; con lo cual toda la caballería de Autun volvió á la obediencia de César.

IV. Hecho esto, y dejando en tierra á Labieno con tres legiones y dos mil caballos para que guardase los puertos, cuidase de la provision de víveres, observase los movimientos de la Francia, y tomase resolucion segun las circunstancias del tiempo y las ocurrencias, se hizo á la vela al ponerse el sol con cinco legiones, y un número de caballería igual al que dejaba en tierra; y levantándose un suave sudoeste, faltó á media noche, y no pudo seguir su rumbo; antes apartado un poco por la marea, vió al amanecer que habia dejado la isla á mano izquierda. Entónces siguiendo otra vez el reflujo, se empeñó en tomar tierra á fuerza de remos en aquella parte donde sabia por el año anterior que habia fácil desembarco. En esta maniobra fué muy de alabar el esfuerzo de los soldados que sin cesar en el remo, igualaron con las naves de carga y mas pesadas, la ligereza de las galeras. Todas las naves arribaron á Inglaterra cerca de mediodía, sin haber descubierto al enemigo en aquella costa. Mas segun se supo después por los prisioneros, se habia juntado allí un numeroso ejército; pero atemorizados de la multitud de naves, que con las de los víveres y particulares, que muchos habian hecho para su comodidad, se alcanzaban á ver mas de ochocientas, se habian retirado de la ribera á esconderse en el centro de la isla.

Desembarcado el ejército, y elegido sitio á propósito para los reales, luego que César supo de los prisioneros adonde se habian hecho fuertes los enemigos; dejó junto al mar diez cohortes y trescientos caballos para custodia de la armada; y á eso de media noche partió en busca del campo contrario, con tanto menos recelo de las naves, porque las dejaba amarradas sobre áncoras en una playa serena y espaciosa; cuya guarnicion encargó á Q. Atrio. Habiendo caminado de noche cerca de doce millas, alcanzó á ver las tropas de los enemigos. Adelantáronse estos á un rio con la caballería y los carros, y desde puesto ventajoso empezaron á estorbar el paso á los nuestros, y á trabar la batalla; pero rechazados por la caballería se fuéron á guarecer de los montes, tomando un puesto bien fortificado por la naturaleza y por las obras, que parecia preparado de antemano para sustentar la guerra doméstica; porque, habiendo cortado muchos árboles, tenian cerradas todas las entradas, y peleaban á pelotones desde la selva, impidiendo á los nuestros penetrar en las fortificaciones. Mas los soldados de la legion séptima, formando una tortuga, y levantando un vallado junto á sus trincheras, les tomaron aquel puesto y los desalojaron de las selvas con pocas heridas que recibieron. No permitió César que se les siguiese lejos el alcance, parte por no conocer el terreno, y parte porque, consumido casi todo el dia, queria que sobrase algun tiempo para fortificar sus reales.

Al dia siguiente por la mañana despachó la infantería y caballería dividida en tres trozos á seguir el alcance á los fugitivos. Ya se habian adelantado algun tanto, aunque todavía se alcanzaba á ver la retaguardia, cuando llegaron unos caballos destacados por

Atrio á avisar á César de que habiéndose levantado la noche antes una tempestad muy fuerte, casi todas las naves habian sido maltratadas y arrojadas á la playa, sin que las áncoras y amarras, ni los marineros y pilotos pudiesen resistir su violencia; y que así con el choque de unas contra otras se habia recibido mucho daño.

Con esta noticia mandó al instante que la caballería é infantería se volviesen, dejando el alcance de los enemigos, y él tomó el camino de la escuadra. Vió por sus propios ojos casi lo mismo que le habian dicho los mensageros y cartas; de suerte, que, perdidas casi cuarenta naves, apenas podrian componerse las otras con mucha dificultad. Así que sacó oficiales de las legiones, y mandó que viniesen otros del continente, escribió á Labieno, que con las legiones de su cargo biciese construir cuantas naves pudiese; y le pareció lo mas acertado, aunque era negocio de mucha dificultad y trabajo, sacar todas las naves á tierra y unirlas á su campo en forma de una fortificacion. Diez dias gastó en estas maniobras, sin interrumpir de dia ni de noche el trabajo de los soldados. Puestas finalmente en tierra, y fortalecido grandemente el real, dejó en él las mismas tropas que habia destinado á la guarnicion de las naves, y se volvió al propio paraje de donde habia partido. Cuando llegó, ya se habian juntado de todas partes mayores tropas de ingleses. El mando y gobierno absoluto de la guerra se habia dado de comun consentimiento á Casivelauno; cuyos estados separa el rio Támesis de las tierras marítimas, como á ocho millas del mar. Este, en tiempos pasados habia sustentado contínuas guerras con las demás provincias; pero asustados ahora los ingleses con nuestra venida, le habian elegido jefe y cabeza principal para el gobierno de la guerra.

V. La parte interior de Inglaterra está poblada de una gente, que tienen ellos por tradicion antigua haber *nacido* en la misma isla; la marítima de otra que pasó á ella desde Belgio para robar y hacer la guerra; casi todos los cuales conservan los mismos nombres de los pueblos de donde vinieron; y haciendo la guerra á los naturales, se quedaron aquí, y empezaron á cultivar los campos. Es una multitud infinita; los edificios muchos y muy parecidos á los de Francia; es grande la abundancia de ganados; usan un género de moneda de laton, ó unos anillos de hierro de peso determinado en lugar de moneda. En los países mediterráneos hay venas de estaño, y en los marítimos de hierro, aunque poco; el laton que usan, viene de fuera. Hay árboles de todas especies como en Francia, excepto la haya y el pinabete. Tienen por gran pecado comer liebre, gallina y ganso aunque los crian para deleite y recreo. El clima es mas templado que el de Francia, y nó tan fuertes los frios.

La isla es de figura triangular; por un lado mira á Francia; un ángulo de este lado que mira á la tierra de Kent, donde regularmente toman puerto las naves de Francia, cae al oriente, y el otro de la parte inferior al mediodía. Este lado se extiende por cerca de quinientas millas. El otro lado mira á España y al occidente por la parte que está Irlanda, que se cree ser la mitad menor que Inglaterra; pero el mismo tránsito hay desde Francia á una que á otra. En medio de este tránsito está la isla de Man y otras mas pequeñas, de las cuales han escrito algunos, que tienen treinta dias contínuos de noche en el invierno. Nosotros nada de esto averiguamos con varias preguntas, solo observamos por medio de ciertas medidas de agua, que las noches eran algo mas cortas que en Francia. La longitud de este lado, segun la opinion de ellos, es de setecientas millas. El tercer lado del triángulo cae á la banda del septentrion; no tiene tierra alguna enfrente; pero el ángulo de este lado mira mas que á otra parte á Alemania; este se extiende, segun se cree, á la longitud de ochocientas millas. De esta manera la extension de la isla en derredor es de seiscientas leguas.

De todos sus habitantes los mas tratables son los moradores de Kent, region marítima que se diferencia poco del trato y porte de Francia. Los que habitan en lo interior de la isla, por lo comun no siembran trigos; se alimentan con leche y carne, y andan vestidos de pieles. Todos se untan con la yerba pastel ó glasto, que los pone de un color cerúleo, y por lo mismo son de terrible aspecto en las batallas; tienen crecido el cabello, y todo el cuerpo raso, á excepcion de la cabeza y el labio superior. Cada diez y doce de ellos tienen las mujeres comunes, especialmente hermanos con hermanos, y padres con hijos. Pero los que nacen de esta mezcla, se tienen por hijos de aquellos que primero casaron con las doncellas.

La caballería y los carros de los enemigos trabaron un choque fuerte con la nuestra sobre la marcha; pero de tal manera, que los nuestros llevaron lo mejor en todas partes, y les obligaron á retraerse á las selvas; solo que, haciendo gran matanza en ellos, por seguirlos con mas codicia, se perdieron algunos soldados. Ellos, interrumpiendo la pelea por un breve espacio, cuando menos lo pensaban los nuestros ocupados en fortificar su campo, se echaron de repente fuera de las selvas, y arremetieron á los que estaban destinados á la defensa de los reales. Pelearon estos con gran denuedo; envió César á su socorro las dos primeras cohortes de dos legiones; y apostándose con alguna distancia una de otra, se amedrentaron de aquel nuevo modo de pelear, de suerte que los enemigos rompieron por medio con gran resolucion, saliendo del otro lado sin recibir daño alguno. Murió este dia Q. Laberio Duro, tribuno de los soldados; al cabo, enviadas otras cohortes de refresco, fueron rechazados los bárbaros.

VI. En este género de batalla en que se peleaba á la vista de todos, y en defensa de los reales, se echó de ver que no eran los nuestros capaces de contrarrestar á enemigos como estos, por el mucho peso de las armas; pues ni podian seguirles el alcance cuando se retiraban, ni se atrevian á separarse de sus banderas. Además la caballería peleaba con mucho peligro; porque ellos se retiraban algunas veces con todo cuidado; y cuando tenian á los nuestros distantes de la infantería, saltaban de los carros, y peleaban á pie con mucha ventaja: modo de pelear que ponia á los nuestros en igual peligro, ya se retirasen, ó ya persiguiesen á los que se retiraban. Á esto se añadia, que nunca acometian unidos, sino en pelotones y dispersos; y tenian dispuestos sus cuerpos de reserva, dándose la mano unos á otros, y sucediendo á los cansados gente de refresco.

El dia siguiente se dejaron ver los enemigos á lo lejos en las alturas, desde donde empezaron á salir á pelotones, y á provocar con mas lentitud á nuestra caballería. Pero á eso de mediodía, que habia destacado César á hacer pan tres legiones con toda la caballería al mando del lugarteniente C. Trebonio, arremetieron por todas partes á los segadores y á las legiones. Recibiéronlos los nuestros vigorosamente, los rechazaron, y no dejaron de seguirlos, hasta que la caballería, confiando en su auxilio, pues venian detrás las legiones, los desbarató de todo punto, haciendo en ellos mucho destrozo, y sin darles tiempo

ni lugar para rehacerse, ni hacer alto, ni saltar de los carros. Desde entónces no volvieron mas á presentarse en batalla con todas sus tropas.

César, que penetraba sus intenciones, partió con el ejército la vuelta del Támesis hasta los estados de Casivelauno; el cual rio solo se puede vadear por un paraje, y esto con mucha dificultad. Llegado aquí, vió la orilla opuesta coronada de mucha gente de armas, y toda la ribera fortificada con estacas puntiagudas hincadas en tierra, y otras dentro del rio de la misma forma, que encubria el agua. Averiguado esto por los prisioneros y desertores, echó delante la caballería, y mandó que sin detencion la siguiesen las legiones. Marchaban las tropas por el rio con tanta prontitud y denuedo con el agua hasta el pescuezo, que no pudiendo resistir los enemigos su ímpetu, dejaron libre la orilla, y se pusieron en fuga.

Casivelauno, como arriba se dijo, perdida la esperanza de disputar el terreno, despidió el grueso del ejército, quedándose con solos cuatro mil hombres diestros en el manejo de los carros, con que observaba nuestra marcha, un poco apartado del camino, ocultándose en parajes embarazados y silvestres, por donde conocia habia de pasar el ejército. Cuando nuestra caballería se extendia con mas libertad para talar y robar los campos, como él sabia bien todos los caminos y sendas, echaba los carros fuera de las selvas; los cuales trababan una batalla con mucho peligro de los nuestros; y así les estorbaba esparcirse á su albedrío. Para evitar este daño quedaba el medio de no permitir que se adelantase largo trecho de las legiones; y que solo se talase y abrasase á los enemigos aquel espacio á que podia llegar con sus marchas la infantería.

VII. En este intermedio, los naturales de los condados de Esex y Midlesex, los mas valientes de toda aquella tierra, de donde habia venido á presentarse á César en Francia el jóven Mandubracio, siguiendo su amistad, y cuyo padre Imanuencio tuvo el gobierno de su estado, y al presente era ya muerto por Casivelauno, habiendo el hijo evitado la muerte con la fuga; enviaron diputados á César, prometiéndole entregarse, y hacer cuanto les ordenase; y pidiéndole que defendiese á Mandubracio del encono de Casivelauno, y se le enviase á su país para que tomase su mando y regimiento. César les mandó traer cuarenta rehenes, y víveres para el ejército, y los envió á Mandubracio. Ellos hicieron puntualmente lo que se les habia mandado, presentando el número de rehenes pedido, y víveres para el ejército.

Defendidos de esta manera los de Esex y Midlesex, y puestos á cubierto de todo género de hostilidad de parte de los soldados, los cenimagnos, los segonciacos, los ancalites, los bibrocos y casios, se entregaron á César por medio de sus comisionados. Por ellos supo, que no estaba muy distante la ciudad de Casivelauno fortalecida de selvas y lagunas, adonde se habia juntado un número considerable de gentes con sus ganados. Llaman ciudad los ingleses á un sitio montuoso fortificado con trinchera y foso además de su natural embarazo, adonde se recogen para evitar las correrías de los enemigos. Partióse allá con las legiones: halló el sitio fortalecido por la naturaleza y por sus reparos; pero con todo resolvió atacarle por dos partes. Resistiéronse los enemigos algun tanto: mas no pudiendo sufrir el ataque de los nuestros, se echaron fuera de la ciudad por otra parte. Hallóse gran porcion de ganado, y fueron muchos los prisioneros y muertos en la fuga.

Mientras pasaba esto aquí, despachó mensageros Casivelauno á tierra de Kent, que dijimos arriba se extiende á lo largo de la costa, donde mandaban cuatro reyes, Cingetorix, Carvilio, Taximabulo y Sexonax; á los cuales dió órden de que, juntando sus tropas, atacasen nuestros reales navales. Habiéndose puesto sobre ellos, hicieron los nuestros una salida, en que mataron á muchos, prendieron al célebre capitan Lugotorix, y se volvieron á su cuartel sin recibir daño alguno. Casivelauno con la noticia de esta derrota, cansado de tantas pérdidas, asoladas sus haciendas, y movido principalmente de la desercion de los pueblos, envió diputados á César por medio de Comio, rey de Arras, para tratar de entregarse. César, que por los contínuos levantamientos de Francia pensaba invernar en el continente, viendo lo poco que faltaba de verano, y que esto se podia alargar con facilidad, le pidió rehenes, estableció el tributo que la Inglaterra habia de pagar cada año al pueblo romano, y le impuso precepto y prohibicion de no hacer agravio ni extorsion alguna á Mandubracio, ni á sus pueblos.

Recibidos los rehenes, volvió con su ejército á la marina, halló las naves ya compuestas, hízolas echar al agua; y porque tenia muchos prisioneros, y habian perecido algunas naves con la tempestad, resolvió pasar en dos veces el ejército. Pero sucedióle bien, que de tantas naves, y en tantos viajes como hicieron este año y el anterior, ninguna se perdió de las que transportaban los soldados; pero de las que venian vacías de Francia, de las que quedaron desocupadas, hecho el primer desembarco de las tropas, y de otras sesenta que habia mandado construir Labieno, muy pocas arribaron á su destino, y casi todas fueron arrojados á otros parajes. César, habiéndolas esperado algun tiempo en vano, porque no se le pasase la estacion propia para navegar, por la cercanía del equinoccio, embarcó por precision la gente con mucha estrechez, y logrando buen viento, se hizo á la vela antes de media noche, y tocó en tierra al amanecer con toda su armada sin daño alguno.

VIII. Puesta la escuadra en tierra, y celebrando el congreso de Francia en Amiens, por haber sido escasa la cosecha de pan este año, á causa de la mucha sequedad, se vió obligado á alojar el ejército en cuarteles de invierno, diversamente de como le habia destinado los años anteriores, y á repartir en muchos pueblos las legiones. Una entregó á su lugarteniente Q. Fabio, para que se alojase en Terovena: otra destacó con Q. Ciceron á Haimant; la tercera envió al mando de L. Roscio á Seez: la cuarta con T. Labieno á Reims, en los confines de los treviros: tres repartió á la Galia Bélgica á cargo de sus tres tenientes el cuestor M. Craso, L. Munacio Planco, y C. Trebonio: otra que acababa de levantar del otro lado del Po, y cinco cohortes además, envió á los pueblos de Lieja, que habitaban la mayor parte entre el Mosa y el Rin bajo el gobierno de Ambiorix y Cativulco Sabino: y fué al mando de dos tenientes Q. Titurio, y L. Aurinculeyo Cota. Con este repartimiento de las legiones le pareció que podria sobrellevar la falta de víveres; pero se alcanzaban unos á otros todos los cuarteles á la distancia de cien millas, menos el de L. Roscio, á cuya legion señaló la parte mas quieta y sosegada de Francia, donde resolvió permanecer mientras quedaban alojadas las legiones, y fortificados los cuarteles.

Habia en el país de Chartrain un sugeto de mucha distincion llamado Tasgecio; cuyos antepasados tuvieron en otro tiempo el gobierno del estado, á quien César habia restituido su antigua dignidad por su va-

lor, por el amor que le tenia, y por lo mucho que le habia servido en las guerras anteriores. Estando ya en el tercer año de su reinado, le dieron muerte sus enemigos públicamente por consejo de otros sugetos del mismo país. Dióse parte de ese atentado á César; el cual temiendo, por ser muchos los cómplices, que á su impulso sacudiese el estado la obediencia, dió órden á L. Planco que saliese de Belgio con su legion, pasase á invernar á Chartrain, y le enviase presos á los que habian tenido parte en la muerte de Tasgecio. Entretanto recibió aviso de todos los lugartenientes y cuestores, á quienes habia encargado las legiones, de haber llegado á sus destinos, y de que quedaban ya fortificados los cuarteles.

En los quince dias que tardaron en tomar los alojamientos, se dió principio á una rebelion y levantamiento repentino por Ambiorix y Cativulco. Mostráronse muy prontos en la frontera de su país á recibir á Sabino y á Cota, y á suministrarles víveres para su campo: mas despues, á instancias de Induciomaro Tréviro, levantaron sus pueblos; y despues de haber desbaratado á los leñadores cogiéndolos de sobresalto, vinieron sobre el cuartel con un numeroso ejército. Corrieron los nuestros á las armas: pusiéronse en defensa sobre las trincheras; y echando fuera una banda de caballos españoles, quedaron estos superiores, y se retiraron los enemigos perdida la esperanza del asalto. Entónces empezaron á gritar, segun su costumbre, que saliesen algunos de los nuestros á una conferencia; pues tenian que hablar asuntos importantes á unos y otros, con cuya plática esperaban que podrian acabarse sus diferencias. Salió á la plática C. Carpineyo, caballero romano, amigo de Q. Titurio, y Q. Junio, español, que habia sido enviado otras veces á Ambiorix de órden de César, á quienes habló Ambiorix en esta sustancia.

«Que se confesaba muy obligado á César por sus muchos beneficios; pues por influjo suyo se hallaba libre del tributo que antes pagaba á los de Namur sus vecinos; y por haberle restituido á su hermano y á su sobrino, á quienes los de Namur tenian en servidumbre y prisiones, habiéndoseles dado en rehenes: que el asalto que acababa de dar á los reales, no habia nacido de su dictámen y consejo, sino que habia sido obligado de su nacion; pues eran sus gobiernos de tal naturaleza, que no tenian los pueblos menores facultades sobre los gobernadores, que estos sobre ellos. El motivo de la ciudad era no haber podido resistirse á una súbita conjuracion de la Francia: cosa que fácilmente podia probar con el corto número de sus tropas; pues no era él tan poco experimentado en estos casos, que confiase poder vencer con ellas al pueblo romano, sino que era comun acuerdo de toda Francia, y este el dia señalado para acometer á todos los cuarteles de César, á fin de que ninguna legion pudiese acudir al socorro de otra. No era fácil haberse podido negar franceses á franceses, especialmente cuando parecia tratarse de la libertad comun, á quienes ya que habia satisfecho por amor de la patria, ahora volvia la consideracion á sus obligaciones; y por los beneficios que debia á César, le avisaba, y rogaba á Titurio, por el derecho de hospitalidad que habian contraido, que mirase por sí y por sus tropas: que habian pasado el Rin una multitud de alemanes llamados por los franceses, y que vendrian sobre de ellos dentro de dos dias: que en su mano estaba ahora consultar si les estaria mejor sacar las tropas del cuartel antes que lo sintiesen los pueblos inmediatos, é incorporarse con Ciceron ó Labieno, de los cuales uno distaba de allí cincuenta millas, y el otro poco mas: que esto le prometia, y aseguraba con juramento darles paso franco por su tierra, con lo que miraba al bien de la ciudad, aliviándola la carga del alojamiento, y correspondia agradecido á los beneficios de César.» Dicho esto, se retiró.

IX. Carpineyo y Junio dieron cuenta á los dos jefes de lo que habian oido. Perturbados estos con aquel accidente repentino, aunque la advertencia salia de la boca de su enemigo, no les pareció despreciable, en especial no siendo creible que un país tan corto, y sin fuerzas, se hubiese atrevido á romper la guerra con el pueblo romano. Así que llevaron el negocio al consejo, en que hubo muchas disputas, por las razones apuntadas. L. Aurunculeyo, los mas de los tribunos militares y centuriones de las primeras filas, eran de parecer, «que nada se precipitase, ni saliesen de los reales sin órden de Cesar, proponiendo, que, fortalecidos en sus cuarteles, podian sostenerse contra cuantas tropas trajesen los enemigos, aun de alemanes; de lo que era buena prueba como habian sufrido su primer ataque, rechazándolos además con muchísimas heridas. No les apretaba falta de víveres, y entretanto les vendrian refuerzos de los cuarteles inmediatos y de César. Y en fin, ¿qué partido mas liviano y vergonzoso, que tomar resolucion de lo que mas importaba movidos de la voz del enemigo?»

Titurio clamaba contra este parecer, diciendo: «Que tarde se remediarian, cuando los enemigos hubiesen acrecentado sus fuerzas con la venida de los alemanes, ó cuando recayese cualquier desgracia sobre alguno de los cuarteles inmediatos. Que era muy corto el tiempo para tomar consejo: el creia que César habria marchado á Italia; y que de otra manera no se hubieran atrevido los de Chartrain á dar muerte á Tasgecio, ni hubieran venido los de Lieja á atacar el cuartel con tanto desprecio de nosotros. Que no miraba él á que era consejo del enemigo, sino al estado presente de las cosas: estaba inmediato el Rin: habian causado mucho dolor á los alemanes la muerte de Ariovisto y nuestras victorias pasadas: ardia la Francia por tantas afrentas recibidas, reducida á la obediencia del pueblo romano, y obscurecida su antigua gloria militar. Finalmente, no se podia persuadir á que Ambiorix hubiese tomado aquel partido sin certeza del estado actual. Que su dictámen era saludable en cualquiera de dos extremos: si no les sobrevenia alguna desgracia, llegarian á juntarse sin peligro con la legion inmediata; y si toda Francia estaba de acuerdo con los alemanes, el único medio de salvarse era la prontitud. ¿Qué suceso habia de tener el dictámen de Cota, y de cuantos le contradecian? En el cual se debia temer en gran manera, ya que no el riesgo presente, á lo menos el del hambre de un cerco porfiado.»

Sostenida la disputa por entrambas partes, como se resistiesen fuertemente Cota y los primeros capitanes: «venced, si lo quereis así, dijo Sabino en voz alta, de modo que lo oyeron la mayor parte de los soldados. No soy yo hombre, prosiguió, que se atemorice de la muerte mas que vosotros: estos sí que te pedirán cuentas justamente, si sucede alguna desgracia; los cuales si tú te convencieras, unidos mañana con los del cuartel inmediato, sostendrian con los demás la causa comun de la guerra, y no perecieran abandonados y distantes de sus compañeros, ó al hierro de los enemigos, ó consumidos del hambre.»

Levantáronse algunos de la junta, hablaron á uno y á otro, suplicándoles no quisiesen exponerlo todo al mayor peligro por su disension y pertinacia; pues era fácil la salida, ya se queden ó se partan, si todos venian á aprobar y consentir una misma cosa; pero

al contrario, no se hallaba medio de salvarse en la division y discordia. Duraron las disputas hasta media noche: al cabo cedió y se rindió Cota: prevaleció el parecer de Sabino, y se mandó publicar la jornada para el amanecer. El resto de la noche se pasó en vela, atendiendo los soldados á lo que habian de llevar consigo, y lo que se veian precisados á dejar de lo necesario en un cuartel de invierno. Todo se piensa para ni quedarse con peligro, ni aumentarle por descaecimiento y desvelo de los soldados. Al amanecer salen de los reales, como quienes iban persuadidos á que nó su enemigo, sino su grande amigo Ambiorix les habia dado el consejo, con un larguísimo escuadron, y muchísimo equipaje.

X. Los enemigos luego que conocieron la resolucion de la partida por el murmullo y vela de aquella noche, se ocultaron en una emboscada repartidos en dos trozos por las selvas en sitio ventajoso y encubierto, como á dos millas del cuartel; y allí aguardaban la llegada de los nuestros. Acababa de meterse la mayor parte del ejército en un valle, cuando aparecieron por los dos lados, cargando á la retaguardia, estorbando á la vanguardia la subida, y trabando la batalla en un parajo el mas desproporcionado para los nuestros.

Entónces, finalmente, Titurio, como quien nada habia considerado antes, andaba aturdido por todas partes ordenando las cohortes; pero, en todo tímido, y de todo recurso desamparado, como de ordinario sucede á aquellos que se ven en precision de tomar consejo empeñados ya en el lance. Mas Cota, que habia pensado lo que podia acontecer sobre la marcha, y por lo mismo no habia sido autor de la jornada, en nada faltó á lo que pedia el bien comun, ya llamando, ya animando á los soldados, cumpliendo á un tiempo con la obligacion de capitan y de soldado. Mas como por la formacion del ejército á lo largo no podian satisfacer por sí mismos fácilmente á todos sus oficios, ni dar las providencias correspondientes en todas partes, mandaron publicar, que, dejando á un lado el convoy, se formasen á la redonda: resolucion que aunque no se puede vituperar en semejante caso, con todo sucedió mal; porque disminuyó la esperanza en nuestra gente, y aumentó el ánimo en los enemigos, pareciéndoles que no se tomara aquel consejo sin mucho miedo y desesperacion. Sucedió además, como era preciso, que los soldados abandonaban á cada paso sus insignias, por acudir á tomar del convoy, aquellas cosas que mas estimaban, precipitándose por arrancarlas, y llenando todo el campo de clamores y gemidos.

No faltó á los bárbaros conducta en la ocasion; pues mandaron pregonar sus jefes por todo el ejército, que nadie desamparase su puesto; que suya era la presa, y para ellos se reservaba cuanto dejasen los romanos en la campaña; por lo cual creyesen que todo consistia en la victoria. Eran iguales los nuestros en el valor y número, aunque les faltaban el general y la fortuna: ponian en su esfuerzo toda la esperanza de salvarse; y siempre que se adelantaba alguna cohorte, perecia por aquella parte un buen número de los contrarios; lo cual, advertido por Ambiorix, dió orden de disparar á lo lejos; y que por donde embistiesen los romanos, se retrajesen, pues por la ligereza de sus armas, y su continuo ejercicio no podian recibir daño alguno, y recargasen sobre ellos cuando se volviesen á sus insignias.

Observada esta órden con gran cuidado, cuando salia alguna cohorte de la formacion á embestir á los enemigos, se retiraban estos con suma velocidad, y entretanto quedaban los nuestros descubiertos, y expuestos á los tiros del contrario: despues, cuando trataban de volverse al mismo sitio de donde habian salido, se veian cercados por los que habian huido, y por los que habian quedado mas inmediatos: y si querian mantener el puesto, no se daba lugar á su valor, ni se podian evitar, estando apiñados, los tiros de tanta multitud. Con todo, en medio de tantos trabajos resistian; y habiendo durado la pelea gran parte el dia, desde el amanecer hasta las dos de la tarde, no hicieron cosa indigna de su reputacion. Pasaron ambos muslos á T. Balbuencio, varon de grande esfuerzo y autoridad, y que habia mandado el año antes la primera compañía de una legion. Murió Q. Lucanio, del mismo grado, peleando con gran valor por socorrer á un hijo suyo, á quien tenian cercado los enemigos. El lugarteniente L. Cota recibió una pedrada en el rostro estando animando á los soldados de una en otra cohorte.

Movido Q. Titurio de todas estas desventuras, alcanzó á ver á Ambiorix, que estaba exhortando á los suyos, y le envió su intérprete Cn. Pompeyo á suplicarle, que tuviese compasion de él y de sus tropas. Él le respondió, que si queria capitular, podia hacerlo: que esperaba se podria lograr de la multitud concediese las vidas á la tropa; y en cuanto á él, le daba palabra de que no recibiria daño alguno. Comunicólo con Cota, que estaba herido, que si le parecia se retirasen de la batalla á hablar juntos con Ambiorix; pues esperaba alcanzar de él las vidas de los dos, y de todo el ejército. Cota respondió, que no iria á presentarse delante de un enemigo armado; y se mantuvo en ello.

Titurio dió órden á los tribunos militares que tenia cerca de sí, y á los capitanes de las primeras filas, de que le siguiesen; y llegando cerca de Ambiorix, mandándole este rendir las armas, obedeció, y mandó á los que le acompañaban, que ejecutasen lo mismo. Entretanto, mientras trataban de las condiciones, entabló Ambiorix una larga conversacion con estudio, en medio de la cual le cercaron y dieron muerte. Entónces, segun su costumbre, clamaron victoria, levantaron el grito; y acometiendo á los nuestros, los desbarataron. Murió peleando L. Cota con la mayor parte de los soldados: los demás se refugiaron á los reales de donde habian salido. El alférez L. Petrosidio, viéndose apretado de una multitud de enemigos, arrojó la águila dentro de la trinchera, y murió allí delante peleando con muchísimo valor: otros se mantuvieron con mucho trabajo en las baterías hasta la noche, en la cual se mataron todos desesperados unos con otros: algunos pocos que escaparon de la batalla, llegaron por los montes al cuartel de T. Labieno, y le informaron de lo que habia pasado.

XI. Engreido Ambiorix con esta victoria, partió al punto con la caballería á los pueblos de Namur, los mas inmediatos á su reino, caminando de dia y de noche, y dada órden á la infantería de que le siguiese. Contado el lance, y movidos estos, al dia siguiente llegó á los de Hainaut, «los exhortó á que no dejasen de las manos la ocasion que se les ofrecia de recobrar su libertad para siempre, y de tomar venganza de las injurias recibidas; y les dió noticia de la muerte de los dos capitanes, y una parte muy considerable del ejército: que no habria dificultad en acabar con una sola legion que invernaba con Q. Ciceron, cogiéndola de sobresalto; para cuyo efecto les prometia su ayuda á todo trance.» En fin, les persuadió con esta plática; y despachando al punto mensageros á los de Courtray, Brujas, Lovayna, Tournay y Gante, sujetos á su juris-

diccion, junta toda la gente que pudieron, marcharon con diligencia sobre el cuartel de Q. Ciceron, cuando aun no habia llegado á sus oídos la nueva de la muerte de Titurio. Sucedió tambien á este lo que era muy regular, que algunos soldados habian salido á los montes por leña, y otras cosas necesarias á la fortificacion, y fueron asaltados de repente por la caballería enemiga. Muertos estos, empezaron el asalto de la legion, con un ejército considerable, los pueblos de Lieja, de Namur y Hainaut, con todos sus dependientes y aliados. Acudieron los nuestros con prontitud á la defensa de los reales desde las trincheras; y aquel dia se resistió el ataque con mucha dificultad; porque los enemigos ponian sus esperanzas en la prontitud; y alcanzada esta victoria, entraban en presuncion de quedar siempre vencedores.

Al punto despachó Ciceron cartas á César, proponiendo grandes premios á quien se las entregase en sus manos; pero tomados todos los caminos, fueron interceptadas, y muertos los mensageros. Levantaron por la noche con increible presteza de los materiales traidos para la fortificacion ciento veinte torres, y condujeron cuanto les pareció que faltaba para la perfeccion de la obra.

Al dia siguiente vinieron sobre el cuartel con mayores tropas. Dan el asalto, y ciegan los fosos. Defiéndense los nuestros de la misma manera que el dia antes, y lo mismo en los siguientes. Ninguna parte de la noche se interrumpe el trabajo; ni aun á los enfermos y heridos se da tiempo de descanso. Previénese por la noche todo lo necesario para resistir el asalto del dia siguiente. Prepáranse muchas estacas con los cabos tostados, y gran número de picas murales: cúbrense las torres: hácense manteletes y zarzos. El mismo Ciceron, aunque muy quebrantado de salud, no toma espacio alguno de la noche para su descanso; de suerte que algunas veces le obligan á mirar por sí las instancias y ruegos de los mismos soldados.

Los capitanes, y aquellos mas principales entre los enemigos, que tenian alguna entrada ó motivo de amistad con Ciceron, dijeron que querian hablarle. Dándoles permiso, le hacen presente lo mismo que Ambiorix habia tratado con Titurio. «Que toda Francia estaba en armas: que habian pasado el Rin los alemanes: que á un mismo tiempo se estaban combatiendo el cuartel de César, y de los demás capitanes: añaden tambien la muerte de Titurio, y ponen delante á Ambiorix para acreditarla. Le dicen que iba errado, si esperaba socorro de los que desconfiaban de sus propias cosas; pero que su ánimo para con Ciceron, y el pueblo romano era, que ninguna otra cosa sentian sino los cuarteles de invierno; pues no querian que se envejeciese esta costumbre: que en órden á ellos les daban facultad de salir del cuartel libres de todo peligro, y dirigirse sin temor á donde quisiesen.»

Á todo esto respondió Ciceron en dos palabras: «Que el pueblo romano no acostumbraba admitir condiciones del enemigo armado: si dejaban las armas, hallarian amparo en él, y podian enviar mensageros á César; de cuya justicia esperaba, que alcanzarian lo que le pidiesen.»

Destituidos los enemigos de esta esperanza, cercan el cuartel con una línea de once piés, y un foso de quince enseñados de la experiencia de pelear con nosotros en los años anteriores, y de algunos prisioneros de nuestro ejército. Mas, no teniendo disposicion de instrumentos de hierro para estos trabajos, partian los céspedes con las espadas, y con tejas ó con la mano cavaban la tierra. En lo cual se pudo conocer bien la multitud que eran; pues en menos de tres horas acabaron una fortificacion de quince mil pasos de circuito, y en los dias siguientes empezaron á levantar torres que igualasen la altura de nuestra línea, y disponer hoces y tortugas, que los mismos prisioneros les habian enseñado.

Á los siete dias del cerco, habiéndose levantado un fuerte viento, empezaron á disparar con hondas balas de barro y dardos encendidos á las barracas de nuestros soldados cubiertas de paja á la moda francesa; en las cuales prendió al instante el fuego, y con la fuerza del viento se extendió por todos los reales. Despues sobrevinieron los enemigos con grande algazara, como ciertos y seguros de la victoria, á formar tortugas, y subir á las trincheras con escalas. Pero fué tanto el valor y presencia de ánimo de los nuestros, que, viéndose tostar de la llama por todas partes, y oprimir de una inmensa multitud de flechas, y consumirse al fuego todo el equipaje, y todos sus haberes; no solo nó desamparó nadie su puesto, sino que apenas hubo quien volviese á mirarlo; antes peleaban todos con el mayor esfuerzo y valor. Fué este dia muy trabajoso para los nuestros; pero al fin tuvo este suceso, que quedaron heridos y muertos muchísimos de los enemigos amontonados debajo de las mismas trincheras, y no dando los últimos lugar de retirarse á los primeros. Apaciguado algun tanto el fuego, y levantada por los enemigos en cierto puesto una torre que llegaba casi á tocar con nuestra trinchera, se retiraron los capitanes de la tercera cohorte, é hicieron retirar á todos los suyos del lugar en que estaban, y por señas y á voces llamaban á los enemigos, si querian entrar dentro; pero ninguno se movió: entónces fueron rechazados con piedras de todas partes, y se puso fuego á la torre.

Habia en aquella legion dos capitanes, llamados T. Pulfio y L. Vareno, hombres de grande esfuerzo, que andaban ya cerca de obtener las primeras compañías. Estos dos estaban en contínua quimera sobre cuál se habia de aventajar al otro; y todos los años competian el grado con mucha vehemencia. Pulfio fué el primero que, peleándose fuertemente sobre la trinchera, dijo á su competidor: ¿En qué dudas, Vareno, ó qué lugar esperas mas á propósito para experimentar tu valor? Este, este ha de ser el dia que decida nuestras diferencias; y diciendo esto, se echó fuera de la fortificacion, y arremetió á aquella parte donde vió mas espesos los enemigos. No se pudo contener Vareno entónces dentro de la trinchera, sino temiendo la crítica de cuantos le miraban, siguió á su compañero á una moderada distancia. Disparó Pulfio su dardo hácia los enemigos, y pasó con él á uno que se adelantaba de la multitud. Muerto este, procuraron cubrirle todos los escudos, y dispararon una carga de flechas sobre Pulfio, sin darle lugar á retirarse. Traspasáronle el escudo, y quedóse clavado el hierro en el talabarte: casualidad que le torció la vaina, y estorbaba á la mano con que pugnaba para sacar la espada. Viéndole en este embarazo, le cercaron los enemigos; pero le socorrió en aquel conflicto su émulo Vareno, sobre quien recargó la multitud creyendo traspasado á Pulfio. Vareno se sostuvo con su espada, dió muerte á uno, y retiró á los demás; pero, siguiéndolos con menos prevencion, llegó á un mal paso, donde tropezó y cayó en tierra; y estando cercado de muchos, acudió Pulfio á su socorro, y ambos, sin recibir daño alguno, habiendo hecho bastante destrozo, se volvieron con gran gloria á entrar en las fortificaciones. Así tergiversó la fortuna la competencia y favor de entrambos; de suerte que, estando encon-

trados, se socorriesen mútuamente, y no se pudiese decidir cuál merecia la preferencia.

Cuanto mas fuerte y apretado era cada dia el cerco, en especial, porque heridos muchos soldados, quedaba reducida la guarnicion á un número muy corto; tanto mas frecuentes cartas y mensageros se despachaban á César; pero, cogidos los mas por los contrarios, eran ajusticiados con tormentos á la vista de los nuestros. Habia en el cuartel un sugeto de Hainaut llamado Vertico, hombre de nacimiento, que desde el primer asalto se pasó á Ciceron, y le habia servido con mucha fidelidad. Este persuadió á un siervo suyo, con esperanza de la libertad y otros premios considerables, á que llevase una carta á César. Llevábala atada en un dardo; y habiendo hecho alguna estancia, como francés, entre los suyos sin sospecha, llegó á presencia de César, á quien informó del riesgo de Ciceron y de toda su gente.

XII. César, recibida la carta como á las cinco de la tarde, despachó al momento un mensagero al cuestor M. Craso, cuyo cuartel distaba veinte y cinco millas del suyo, con órden de que á media noche se pusiese en marcha con su legion, y viniese á donde él estaba. Craso lo hizo tan bien, que salió con el mismo mensagero. Otro envió al lugarteniente C. Fabio, para que tomase la vuelta de Artois con la tropa de su cargo, por donde le era preciso pasar. Escribió tambien á Labieno, que se acercase á Hainaut, si podia, sin perjuicio de la república. No le pareció del caso aguardar el resto del ejército por estar mas distante: solo juntó de los presidios inmediatos cuatrocientos caballos.

Á eso de las nueve de la mañana le avisaron los corredores la llegada de Craso. Anduvo aquel dia veinte millas. Dejó á Craso el cargo de Amiens con una legion, donde quedaban el equipaje del ejército, los rehenes de las ciudades, las escrituras, y todo el trigo para el invierno. Fabio sin detenerse, conforme á la órden que recibió, le salió al encuentro con su legion. Labieno, que ya sabia la muerte de Sabino, y la pérdida de sus tropas, habiéndose acercado á su cuartel todo el ejército de los tréviros, temió que si hacia una salida que pareciese fuga, no podria sufrir el choque de los enemigos, en especial sabiendo cuánto se solian envanecer con la victoria; y así respondió á César, que era peligroso sacar entónces su legion de la invernada, dándole cuenta de lo acaecido en Lieja, y como toda la infantería y caballería de los tréviros se habian apostado á tres millas de su cuartel. César aprobó su consejo; y aunque la esperanza de tener tres legiones á su órden, se reducia á dos solamente, con todo, como esperaba todo el buen éxito de la prontitud, llegó á largas marchas á Hainaut, donde supo de los prisioneros lo que pasaba en el real de Ciceron, y el gran riesgo en que se hallaba. Pudo mover á un soldado de á caballo francés prometiéndole buen premio, á que llevase una carta á Ciceron escrita en griego, para que aunque la interceptasen, no entendiesen nuestros designios; y le previno, que si no podia llegar, atase la carta á la correa del dardo, y la lanzase dentro de la fortificacion. Decíale en la carta, que habia salido con sus legiones, y llegaria muy pronto á su socorro, y le animaba á mantener su antiguo valor. El francés tuvo miedo; pero disparó el dardo como se le habia encargado; el cual por casualidad quedó clavado en una torre, y no fué visto de los nuestros en dos dias. Al tercero le vió un soldado: le quitaron, y se lo presentaron á Ciceron. Este, despues de leida la carta, la comunicó á los soldados: cosa que causó en todos muchísima alegría. Además de esto se alcanzaban á ver ya á lo lejos el humo de las hogueras; lo cual les aseguró con toda certeza de la venida de las legiones.

Los franceses, que tuvieron tambien esta noticia por los espías, levantaron el cerco, y se enderazaron en busca de César con todo el resto de su ejército, que se componia de sesenta mil hombres. Ciceron con esta oportunidad volvió á pedir á Vertico el francés para que llevase otra carta á César, en que le avisaba marchase con toda prevencion y cuidado; porque los enemigos habiéndole dejado á él, iban á buscarle con toda su muchedumbre. Entregada esta carta á César casi á media noche, la comunicó á sus tropas, y las animó á la pelea. Al dia siguiente al amanecer levantó el campo; y habiendo andado cerca de cuatro millas, alcanzó á ver la multitud de los enemigos de la otra parte de un gran valle y un rio. Era accion muy peligrosa pelear con tantas tropas, y en puesto nada ventajoso. Con todo, ya que sabia que Ciceron estaba libre del cerco, pensaba aflojar algo en su celeridad primera. Hizo alto con su gente, y fortaleció el campo en el paraje que halló mas á propósito; y aunque el real era pequeño, como dispuesto para solos siete mil hombres, y estos sin equipaje alguno, todavía le estrechó en aquellos caminos angostos lo mas que pudo, con el fin de que le tuviesen en menos los enemigos. Entretanto envió los corredores por todas partes, para que reconociesen por dónde podria pasar el valle mas cómodamente.

Aquel dia se trabaron algunas escaramuzas junto al rio entre la caballería, y unos y otros se mantuvieron en sus puestos: los franceses, por aguardar mayores tropas, que aun no habian llegado á incorporarse: César por sí con su fingido miedo podia traer á los enemigos de la parte acá del valle para pelear guardada la espalda; y caso que no lo lograse, para pasar el valle y el rio con menos peligro, tomada lengua de todos los caminos. Á otro dia al amanecer se acercó á los reales la caballería enemiga, y trabó batalla con la nuestra; á la cual habia prevenido César con estudio, que cediese el campo, y se retirase á sus reparos. Asimismo dispuso que se fortificasen los reales con mas alta trinchera por todas partes, que se cegasen las puertas: y que en todas estas maniobras hiciesen muestra de andar de un lado á otro, como aturdidos y llenos de miedo.

Convidados los enemigos de estos ademanes, pasan el valle, acampan en un paraje mal acondicionado; y retirándose los nuestros de la trinchera, se acercan mas, hasta disparar flechas dentro de las fortificaciones. Mandan tambien pregonar por todas partes, que si algun francés ó romano queria pasarse á su campo antes de tres horas, le daban facultad; pero que pasado este espacio, no habria mas lugar. Y llegaron á menospreciar á los nuestros en tanto grado, que, cegadas en la apariencia las puertas con solo una capa de céspedes, y pareciéndoles que no las podrian romper, empezaron unos á escalar trepando las trincheras, y otros á cegar los fosos. Entónces hizo César una salida por todas las puertas, echando delante la caballería, que al instante puso en fuga á los enemigos, sin que hubiese quien se atreviese á hacer frente: les mató un gran número, y despojó á todos de las armas, prohibiendo seguir mas adelante la victoria, porque mediaban montes y lagunas, y no queria desamparar aquel puesto aun con poquísimo daño: últimamente, llegó el mismo dia sin perder un hombre al cuartel de Ciceron.

Tuvo mucho que admirar en las torres empezadas, en las tortugas y otros reparos de los enemigos; y

pasando muestra á la legion, halló que no habia sana ni la décima parte. Por aquí hizo juicio de su gran riesgo, y del valor con que se habian portado: alabó á la tropa y á Ciceron como merecian: llamó á parte á los capitanes y tribunos militares, de cuyo singular valor tenia noticia por informe de Ciceron: supo de los cautivos mas particularmente la desgracia de Sabino y Cota. Al dia siguiente, convocada una junta, «hizo mencion de lo acaecido, consoló y aseguró los ánimos de la gente; pues se habia recibido aquel golpe por culpa y temeridad del capitan; el cual añadió se debia llevar con resignacion; pues libres ya del riesgo por el favor de los dioses inmortales, y por su propio valor, ni quedaba á los enemigos una alegría duradera, ni á ellos mismos mas largo sentimiento.»

En este intermedio llegó á Labieno la fama de la victoria de César con increible celeridad por medio de los reimeses, de suerte, que, distando su real cincuenta millas del de Ciceron, y habiendo llegado aquí César despues de las tres de la tarde, se levantó á media noche á las puertas del campo una gritería, con que daban los reimeses á Labieno muestras y parabienes de la victoria.

XIII. Llegada esta noticia á los tréviros, Induciomaro, que habia resuelto asaltar el cuartel de Labieno al dia siguiente, huyó por la noche con todas sus tropas á su país. César volvió á enviar al lugarteniente Fabio con su legion á su cuartel de invierno, y él determinó invernar con otras tres en tres alojamientos en las inmediaciones de Amiens; y por haber sido tales los levantamientos de Francia, pensó quedarse todo el invierno en el ejército. Porque extendida la voz de la derrota y muerte de Tiburio, todas las ciudades empezaban á tratar de la guerra: despachaban avisos y mensageros á todas partes: examinaban qué arbitrios les quedaban para apercibirse, y donde se daria principio al rompimiento. Tenian sus concilios de noche en lugares desiertos, sin que en todo el invierno pasase César tiempo alguno sin cuidado, ó sin noticia de sus juntas y movimientos. Estando en esto tuvo aviso del lugarteniente L. Roscio, á cuyo cargo estaba la legion décimatercia, de que se habian juntado para combatirle grandes tropas de las ciudades llamadas Armóricas, que estuvieron acampadas á ocho millas de su cuartel; pero que, habiendo llegado la noticia de su victoria, se habian desaparecido, dando muestras de fuga su retirada.

César llamó á su presencia á los sugetos mas principales de las ciudades; y, ya amedrentándolos como que sabia cuanto se trataba, ya amonestándolos, contuvo muchas ciudades en su obediencia. Con todo, los de Sens, una de las provincias mas fuertes, y de mayor autoridad en toda la Francia, habiendo intentado dar muerte de comun acuerdo á Cavarino, á quien César les habia dado por su rey, cuyo hermano Moritasgo obtuvo tambien el reino desde la venida de César, y antes de él sus mayores: como él lo presintiese, y se escapase, le persiguieron hasta los confines de su tierra, echándole del reino y de la patria. Y habiendo enviado diputados á César para darle satisfaccion de este hecho y mandádoles que viniese á presentarse todo el senado, no le obedecieron. Pudo tanto entre aquellos bárbaros el haberse hallado algunos cabezas de la conspiracion, y de tal manera trastornó los ánimos de todos, que, á excepcion de los de Autun y de Reims (á quienes trató siempre César con particular estimacion, á unos por la antigua y constante fidelidad para con el pueblo romano, y á otros por los recientes servicios en la guerra de Francia), no quedó provincia que no fuese sospechosa. Y no acierto á decir si esto debe causar admiracion; porque, sin contar otras muchas razones, habia de parecer muy duro á una nacion, que se preciaba de valor entre todas, haber decaido tanto de su reputacion, y verse sometida al yugo del pueblo romano.

En todo el invierno no dejaron los tréviros é Induciomaro de enviar diputados del otro lado del Rin, solicitando los pueblos, prometiéndoles dinero, y procurando persuadirles, que, deshecha ya una parte considerable de nuestro ejército, era mucho menor la que quedaba en pié. Mas no pudieron reducir á ninguna ciudad de Alemania; antes les respondieron, que, habiendo tentado dos veces la fortuna en la guerra de Ariovisto, y en el tránsito de los de Zutfen, no estaban de parecer de volverla á experimentar. Destituido Induciomaro de esta esperanza, proseguia sin embargo en juntar tropas: exigíalas de sus vecinos, preveníase de caballos, y atraia á su servicio con grandes premios los desterrados y vagabundos de toda Francia; por cuyos medios habia ya adquirido tanta reputacion, que le enviaban diputados de todas partes, solicitando su proteccion y amistad, tanto en público, como en particular.

Cuando vió que de suyo le buscaban y que por una parte los de Sens y Chartres, instigados del propio delito, y por otra los de Hainaut y Namur se disponian á romper con los romanos, y que no le faltarian tropas de voluntarios, si empezaba á dejarse ver en campaña, convocó una junta de gente armada. Esta es la costumbre que tienen los franceses de dar principio á la guerra; conforme á la cual están obligados todos los mozos por una ley general á concurrir armados á la asamblea, y el que llega el último, muere á presencia de todos despues de atormentado cruelmente. En este congreso hizo declarar por enemigo de la patria á Cingetorix, cabeza del otro partido, y yerno suyo (de quien dijimos arriba que habiendo seguido desde el principio la parte de Cesar, no se habia separado de su amistad); y mandó publicar sus bienes á voz de pregonero. Hecho esto, dijo que á solicitud de los de Sens y Chartres se habia resuelto esta jornada, con ánimo de pasar por tierra de Reims, y de talar sus campos; pero que pensaba en asaltar antes el cuartel de Labieno; para lo cual dió las órdenes competentes.

Labieno, que tenia su campo en un sitio muy fuerte por la naturaleza y sus reparos, nada temia de sí ni de su legion: solo meditaba cómo no dejar pasar la ocasion de lograr un buen golpe. Y así, avisado por Cingetorix y sus parientes de la plática que Induciomaro habia tenido en la junta, despachó mensageros á las ciudades inmediatas, convocó la caballería de todas partes, y señaló el dia en que se habian de juntar. En el intermedio casi todos los dias se dejaba ver Induciomaro cerca de sus reales con toda la caballería, unas veces para reconocer su situacion, y otras para introducir pláticas, y poner miedo, sin dejar entretanto de dar sus cargas de flechas á las trincheras. Labieno contenia sus tropas dentro de las fortificaciones, aumentando la opinion de su temor por cuantos medios podia.

Aunque cada dia se acercaba Induciomaro á nuestro campo con mayor menosprecio, entró una noche la caballería convocada de los pueblos comarcanos: poniendo Labieno tanta diligencia en contener sus tropas en los cuerpos de guardia que tenia dentro del real, que no tuvieron los tréviros el menor aviso. Induciomaro, segun su costumbre, se acercó á los reales, y así pasó una gran parte del dia: su caballería disparaba flechas, y con voces injuriosas desafiaban

á los nuestros á la batalla. Mas como no se les volviese respuesta, al caer de la tarde se fuéron retirando dispersos y desunidos. Entónces Labieno hizo salir á un tiempo por dos puertas toda su caballería, con órden y mandamiento expreso de que en habiendo desbaratado y puesto en fuga á los enemigos (lo cual veia que habia de suceder, como sucedió), todos acometiesen á solo Induciomaro, sin herir á otro ninguno, hasta que le hubiesen muerto, para no darle ocasion de escaparse con detenerse en los demás. Propuso grandes premios á los que le matasen, y destacó algunas cohortes de refuerzo para sostener á la caballería. Favoreció la fortuna su designio; porque como todos acometiesen á Induciomaro, le alcanzaron en el paso de un rio, le mataron, y trajeron su cabeza á los reales. La caballería á la vuelta dió alcance, y mató á cuantos halló de paso. Con esta novedad todas las tropas que se habian juntado de Lieja y Hainaut se retiraron: y César tuvo á la Francia después de esta accion un poco mas tranquila.

ARGUMENTO DEL LIBRO SEXTO.

I. Rendicion de Hainaut, Chartres, Sens y Geldres.—II. Vence Labieno á los tréviros, y recobra su ciudad.—III. Pasa César á Alemania, y se informa de la situacion de los suevos.—IV. Facciones, religion, costumbres é institutos de los franceses.—V. Costumbres de los alemanes. Descripcion de algunas fieras de la Selva Negra.—VI. Vuelve César á Francia: envia á Basilo contra Ambiorix, que se salva huyendo.—VII. Los de Westfalia pasan el Rin: talan los campos de Lieja, y asaltan el cuartel de Ciceron. —VIII. Vuélvense los alemanes á su tierra. César tala los campos y da muerte á Acon.

I. César, que por muchas razones esperaba mayor levantamiento de Francia, pensó en hacer levas de gente por medio de sus lugartenientes M. Silano, C. Antistio Regino, y T. Sextio. Al mismo tiempo pidió al procónsul Cn. Pompeyo, que, pues asistia cerca de Roma con su gobierno por el bien de la república, diese órden de que partiesen á seguir sus banderas aquellos soldados en la Galia cisalpina, que él habia juramentado siendo cónsul; pues era muy importante á la reputacion de la república en lo sucesivo, el que se convenciesen los franceses, de que eran tantas las facultades de la Italia, que si acaecia alguna desgracia en la guerra, no solo se podia resarcir en breve tiempo, sino tambien aumentarse con mayores tropas. Habiendo concedido esto Pompeyo á su amistad y al bien del estado, hecha prontamente la leva por sus capitanes, levantadas y conducidas tres legiones antes de acabarse el invierno, y duplicado el número de las cohortes perdidas con Q. Titurio, hizo ver con la celeridad y con las tropas, de lo que eran capaces la disciplina y poder del pueblo romano.

Muerto Induciomaro, como queda dicho, dieron los tréviros el mando á sus parientes; los cuales no dejaron de solicitar á sus vecinos y á los alemanes, y prometerles dinero. No pudiendo alcanzar nada de los mas inmediatos, tentaron á los de mas adentro; y hallando algunos aliados, prestáronse las ciudades mútuo juramento, diéronles rehenes para seguridad del dinero, é hicieron entrar á Ambiorix en esta liga. Informado César de esto, y viendo que por todas partes se disponia la guerra, que los de Hainaut, los de Namur y Geldres estaban en armas unidos con los alemanes que habian pasado el Rin: que los de Sens no se presentaban á sus órdenes, y estaban de inteligencia con los de Chartres y las ciudades inmediatas; y que los tréviros solicitaban á los alemanes con continuas embajadas, pensó que lo mejor era ganarlos por la mano.

Y así, antes de acabarse el invierno, juntó las cuatro legiones mas inmediatas, y vino á echarse de repente sobre los de Hainaut; y antes que se pudiesen juntar ó retirarse, les tomó mucha gente, gran porcion de ganado, y repartió la presa entre los soldados: con esto, y haberles abrasado los campos, los obligó á rendirse y á darle rehenes. Concluida esta expedicion con brevedad, hizo restituir las legiones á sus cuarteles. Después publicó el congreso de Francia para la primavera, como solia, á que concurrieron todos, menos los de Sens, Chartres y Tréveris; y tomando esta falta por un principio de guerra y rebelion, dió á entender que lo dejaba todo por atender á esto, y trasladó el congreso á la ciudad de Paris. Confinaba esta con la de los senones, y fué su aliada en tiempos pasados; pero se creyó que no tuvo parte en la nueva conspiracion. Notificada la traslacion, partió aquel mismo dia desde el tribunal á largas marchas con las legiones la vuelta de Sens.

Sabida su pronta venida por Acon, autor principal de aquel movimiento, mandó que toda la gente se retrajese á los pueblos. Cuando trataban de ejecutarlo, pero antes de poderlo poner por obra, llegó la noticia de la llegada de los romanos. Desistieron por precision de su intento, y enviaron diputados á César pidiendo los perdonase; para lo cual se valieron de los autuneses, de quienes en lo antiguo eran aliados. Á peticion de estos, los perdonó César de muy buena voluntad, y recibió su satisfaccion; porque le parecia mas propio el tiempo de verano para la guerra que amenazaba, que para cuestiones. Mandó que trajesen cien personas en rehenes, y las entregó al cuidado de los autuneses. Aquí mismo enviaron los de Chartres sus diputados y rehenes, tomando por medianeros á los de Reims; de quienes dependian; y llevaron la misma respuesta. Después celebró el congreso, y pidió á las ciudades gente de á caballo.

Pacificada parte de la Francia, puso toda su atencion y conato en la guerra de los tréviros y Ambiorix. Dió órden á Cavarino de partir en su compañía con la caballería de Sens, para que no se originase algun alboroto en la ciudad, ó por rencor de este, ó por odio de sus vasallos. Arregladas estas cosas, y teniendo por cierto que Ambiorix no le presentaria la batalla, revolvia en su imaginacion todos los designios. Confinaban con el territorio de Lieja los de Geldres, fortalecidos con unas lagunas y montes muy dilatados, y eran los únicos de toda Francia, que nunca le habian enviado diputados de paz. Sabia que Ambiorix era su aliado por derechos de hospitalidad recíproca: y tenia tambien averiguado, que los alemanes, habian entrado en su amistad por medio de los tréviros. Y así pensó en quitarle estos auxilios, antes que provocarle con la guerra, no fuese que desesperado, ó se retirase á Geldres, ó por precision se uniese con los transrenanos. Tomada esta resolucion, envió á Labieno con todo el equipaje del ejército á Tréveris: dió órden de que se le incorporasen dos legiones, y él partió con otras cinco á la ligera la vuelta de Geldres. Estos, sin formar cuerpo de tropas, fiados en la defensa del terreno, se retiraron á los montes y lagunas con todos sus efectos.

César, repartiendo las tropas con su lugarteniente C. Fabio, y el cuestor M. Craso, y construidos puentes con presteza, dividido el ejército en tres trozos, dió sobre los edificios, y puso fuego á las poblaciones, apoderándose de mucha gente y ganados. De cuyos daños movidos los naturales le enviaron diputados á

pedir la paz. Él, habiéndoles tomado rehenes, les hizo saber, que los trataria como enemigos, si recibian dentro de sus términos á Ambiorix ó á sus capitanes; lo cual asegurado, dejó como de guardia en el país á Comio, señor de Arras, con la caballería, y partió contra los tréviros.

II. Mientras andaba César ocupado en esto, habiendo juntado los tréviros un poderoso ejército de infantería y caballería, trataban de dar el asalto á Labieno, que invernaba con una legion en su tierra. Ya estaban á solas dos jornadas del cuartel, cuando supieron que habian llegado dos legiones enviadas por César; y así acamparon á quince millas de distancia, con ánimo de aguardar en aquel puesto las tropas de los alemanes. Labieno conociendo la intencion del enemigo, y que por su temeridad le daria ocasion oportuna de venir á las manos, dejó cinco cohortes de guarnicion al equipaje, partió la vuelta del campo contrario con veinte y cinco cohortes, y se atrincheró á mil pasos de distancia. Mediaba entre uno y otro campo un rio difícil de pasar, y de mal seguras orillas; el cual ni él estaba en ánimo de vadearle, ni creia que le pasarian los enemigos. Aumentábase cada dia la esperanza de los socorros; habló claramente en una junta, diciendo que, pues corria la voz de que se acercaban los alemanes, no habia de aventurar á un riesgo conocido su salud y la del ejército; y así levantaria el campo el dia siguiente al amanecer. Esta plática pasó prontamente á los enemigos; porque á algunos de la caballería les movia su propia naturaleza á mirar con buen semblante la felicidad de los franceses. Labieno convocó por la noche los tribunos militares y los primeros capitanes, á quienes comunicó su resolucion. Y para dar á los enemigos mayor sospecha de temor, mandó levantar el campo con mas estrépito de lo acostumbrado en las tropas romanas, con lo que hizo que tuviesen la partida por una *fuga declarada*. Todo lo supieron los enemigos antes de amanecer por sus corredores por la inmediacion de los cuarteles.

Apenas habia salido la retaguardía fuera de las fortificaciones, cuando los franceses exhortándose unos á otros, á que no dejasen escapar de las manos la presa deseada; pues visto el temor de los romanos, era negocio muy largo esperar los socorros de los alemanes, y que no sufria su reputacion no atreverse á acometer con tantas tropas á un ejército tan pequeño, particularmente fugitivo y embarazado; no dudaron pasar el rio, y trabar la batalla en un sitio para ellos nada favorable. Labieno, sospechando lo que habia de suceder, y que los traeria de este otro lado del rio, caminaba con gran sosiego, manteniendo su disimulo en la marcha. Mas ya que le pareció tiempo oportuno, echó un poco mas adelante el convoy y le colocó en una altura; y vuelto á los soldados: «En la mano teneis, les dijo, la ocasion que habeis deseado. El enemigo está empeñado en un sitio embarazoso y nada favorable; mostradme hoy á mí, que soy vuestro caudillo, el valor que tantas veces habeis mostrado á vuestro general. Pensad que él está presente, y que esta accion pasa delante de sus ojos.» Dichas estas palabras mandó hacer frente, y enderezar el centro al enemigo; y destinando algunas compañías de resguardo al equipaje, colocó á los lados el resto de la caballería. Levantaron los nuestros el grito, y dieron con prontitud una carga de flechas á los enemigos. Estos, cuando fuera de toda esperanza vieron venir contra sí armados en batalla los que creian fugitivos, aun no pudieron resistir la primera descarga; y puestos en fuga empezaron á correr á los montes inmediatos. Siguióles el alcance Labieno con la caballería, y habiendo muerto una gran parte y hecho muchos prisioneros, dentro de pocos dias se le entregó la ciudad. Porque los alemanes que venian á su socorro, sabida la derrota de los tréviros, se volvieron á su tierra. Juntamente con ellos salieron de la provincia los parientes de Induciomaro, autores de la rebelion; el gobierno y regimiento se dió á Cingetorix, de quien dijimos antes que siempre permaneció en la obediencia.

III. Después que partió César de Geldres á los tréviros, resolvió pasar el Rin por dos razones; una era que los alemanes habian enviado socorro á los tréviros contra él; y otra el estorbar á Ambiorix el refugio á Alemania; determinado esto, dispuso hacer un puente un poco mas arriba de aquel paraje, por el que habia pasado antes el ejército; de cuya construccion, como ya se sabia la forma, se hizo prontamente con grande aplicacion de los soldados. Dejó una fuerte guarnicion en el puente á la parte de los tréviros, porque no se originase de repente algun alboroto entre ellos, y pasó todo el resto del ejército y la caballería. Los de Colonia, que antes le habian dado rehenes, y la obediencia, le enviaron comisionados á excusarse, «de que ni se habian suministrado socorros de su país á los tréviros, ni habian quebrantado la fidelidad; al mismo tiempo le rogaban y suplicaban los perdonase; y que por el odio comun á los alemanes, no pagasen los inocentes por los culpados, y le prometian mayor número de rehenes, si los queria.» César habiendo tomado conocimiento de la causa y hallado que eran los suevos los que habian enviado socorros, admitió la satisfaccion á los de Colonia, y se informó de las entradas y caminos para los suevos.

Pasados algunos dias, tuvo noticia por los de Colonia, que los suevos juntaban sus tropas en un sitio señalado; y que notificaban á las naciones sujetas á su dominio, les enviasen socorros de infantería y caballería. Con estos avisos dió providencia de víveres, y eligió sitio proporcionado para formar su campo. Mandó á los de Colonia recoger sus cosas, y trasladar todos sus efectos de los campos á las ciudades, esperando que aquellos hombres bárbaros é ignorantes, obligados de la falta de comestibles, vendrian á la dura precision de pelear. Encargóles que despachasen contínuos espías á los suevos, para informarse de lo que trataban; ellos lo hicieron así, y á pocos dias volvieron con el aviso de que así como tuvieron noticia de la venida del ejército romano, se habian retirado todos tierra adentro hasta los últimos confines, con cuantas tropas suyas y de sus amigos habian juntado. Que habia en aquella tierra un bosque de inmensa grandeza, llamado «Selva Negra,» muy extenso por la parte interior; y que como nativo muro, estorbaba la entrada y correrías de los cheruscos en las tierras de los suevos, y las de estos en las de los cheruscos; y que á la entrada de este monte habian resuelto esperar á los romanos.

IV. Mas, pues hemos llegado á este lugar, no parece fuera de propósito decir algo de las costumbres de los franceses y alemanes, y en qué se diferencian entre sí estas dos naciones. En Francia no solo en todas las provincias, en todos los pueblos, sino en casi todas las familias, hay diversos partidos, de que son cabezas los que á juicio de los otros son de mas autoridad; á cuyo arbitrio y dictámen se reduce el manejo y gobierno de los negocios y de los designios. Esto parece que se estableció así antiguamente para que nadie del pueblo se viese sin auxilio contra el mas poderoso; pues ninguno permite que sean oprimidos

y atropellados los que están bajo su proteccion; ni tendria entre ellos mas autoridad, si lo permitiese. Lo mismo pasa en todo el gobierno y regimiento de la nacion, cuyas capitales todas están divididas en dos partidos.

Cuando César vino á Francia, eran cabezas de un partido los pueblos de Autun, y de otro los del Franco Condado. Hallándose estos con poco valimiento, por residir mayor autoridad de tiempos muy antiguos en los autuneses, que tenian á otros muchos en su dependencia, atrajeron á los alemanes y á Ariovisto, haciéndoles venir á unirse con ellos con grandes intereses y promesas. Después de reñidas muchas batallas con exito, y de haber dado muerte á la nobleza de Autun, se habian aventajado tanto en poder, que hicieron de su partido á una gran parte de los aliados de los autuneses; y lo primero de todo, les tomaban los hijos en rehenes, y obligaban á jurar á todo el país, que no tomarian resolucion contra los del Franco Condado; poseian parte de los campos vecinos de que se habian apoderado por fuerza, y estaban hechos señores de toda Francia. Obligado de esta constitucion Diviciaco, acudió á pedir auxilio al pueblo romano y se volvió sin lograr cosa alguna. Pero, mudadas las cosas con la venida de César, restituidos los rehenes á los de Autun, restablecidas las antiguas alianzas, y adquiridas por su medio otras nuevas, porque veian los agregados á su amistad que gozaban de mejor condicion, eran tratados con mas legítimo derecho, y se habia aumentado su favor y dignidad en todo: perdieron la superioridad los del Franco Condado, y entraron en su lugar los reimeses; á cuya proteccion, por entender que tenian igual favor y estimacion con César, se acogian aquellos que no podian avenirse con los de Autun por sus antiguas enemistades. Á estos los defendian ellos con gran conato, y habian llegado á poseer una autoridad nueva, y de repente adquirida, hallándose las cosas en estado, que á los de Autun se tenia por los mas principales, y entraban los reimeses en el segundo lugar de dignidad.

Hay en Francia dos clases de personas de quienes se hace cuenta y estimacion; pues la plebe casi se mira como un cuerpo de esclavos, que á nada se atreven por sí, ni se les da parte en ningun designio. Estos por lo comun, cuando se ven oprimidos, ó de muchas deudas, ó de graves tributos, ó de los agravios de los poderosos, se entregan en esclavitud á la nobleza, que entra en los mismos derechos sobre ellos, que tienen los señores respecto de sus siervos. De estas dos clases unos son druidas, y otros caballeros. Aquellos tienen el cargo de la religion, cuidan de hacer los sacrificios públicos y privados, y explican los ritos y ceremonias religiosas: concurre á su enseñanza un gran número de jóvenes, y son tenidos en gran veneracion de todo el pueblo. Porque ordinariamente ellos son los que juzgan las controversias, tanto públicas, como particulares. Si se comete algun delito, si algun asesinato, si se mueven diferencias sobre herencias ó términos, ellos son los jueces, ellos establecen los castigos y premios. Si un particular ó un pueblo no obedece sus decretos, le privan de asistir á los sacrificios, que es entre ellos una pena gravísima. Los que tienen este entredicho son contados por impios y malvados: todos se apartan de ellos, huyen de su presencia y de su conversacion, para no ser infestados por el contagio: no se les oye en justicia, aunque lo pidan, ni se comunica con ellos honra alguna. Á todos los druidas preside uno que tiene entre ellos el gobierno principal. Muerto este, le sucede el que está en mejor reputacion; mas si hay muchos iguales, se elige por votos de los druidas, y alguna vez disputan con las armas la primacía. En tiempo determinado del año se juntan en el país de Chartrain, que tienen por el centro de toda Francia, en un paraje consagrado. Aquí acuden de todas partes los que tienen entre sí algunas competencias, y obedecen á sus juicios y decretos. Se cree que esta disciplina tuvo su orígen en Inglaterra, y que de aquí pasó á Francia: y aun al presente el que la quiere penetrar á fondo, va allá á aprenderla.

Los druidas por costumbre no siguen la guerra, ni pagan tributos, son exentos de la milicia, y de todas las otras cargas. Y así movidos de tan grandes prerogativas, se entregan muchos voluntariamente á la enseñanza, y á otros los envian sus mismos padres y parientes. Aquí se dice que aprenden de memoria un crecido número de versos, de modo que algunos permanecen veinte años en la enseñanza, y no tienen por lícito escribirlos, cuando en todos los demás asuntos y tratos se valen de la lengua griega; lo cual me parece haberse establecido por dos razones; porque no se extienda al vulgo su doctrina, y porque los alumnos, confiados en el escrito, no dejen de cultivar, como suele suceder, el estudio de memoria. Pretenden persuadir principalmente, que las almas no mueren, sino que después de la muerte pasan de unos cuerpos á otros: con lo que creen se excitan mucho los ánimos á la virtud, deponiendo el miedo de la muerte. Otras muchas noticias explican de las estrellas y su movimiento, de la grandeza del mundo y de la tierra, de la naturaleza de las cosas, de la virtud y poder de los dioses inmortales.

La otra clase es de los caballeros. Estos, cuando la necesidad lo pide, y ocurre alguna guerra (cosa que antes de la venida de César sucedia todos los años, ya por hacer, ya por rechazar las injurias recibidas), salen todos á campaña; y el mas distinguido por su nacimiento ó por sus riquezas, se distingue tambien en llevar consigo mayor número de vasallos y dependientes, que es el único poder y nobleza que reconocen.

Es muy dada esta nacion á diversas religiones; y por lo mismo los que se hallan en enfermedades peligrosas, en batallas, ú otros peligros, ó sacrifican hombres por víctimas, ó prometen semejantes sacrificios. Los druidas son los ministros de estos sacrificios: creen que por la vida del hombre no se puede aplacar el númen de los dioses inmortales, si no se ofrece la vida del hombre; y tienen establecidos sacrificios públicos de esta naturaleza. Otros tienes unas estátuas de extraordinaria magnitud, cuyas concavidades revestidas de mimbres, llenan de hombres vivos; y poniéndolas después fuego, se van consumiendo dentro los cuerpos. Los sacrificios de los que son cogidos en hurtos, latrocinios, ó cualquiera otro delito, tienen por los mas agradables á los dioses inmortales; pero, cuando les faltan delincuentes en abundancia, echan mano aun de los inocentes.

Veneran por dios principalmente á Mercurio, del cual hay muchísimos simulacros: le tienen por inventor de todas las artes, por guia de los pasos y caminos; y creen que tiene mucha virtud para las ganancias y mercancías. Después de él á Apolo, Marte, Júpiter y Minerva, de los que tienen casi la misma opinion que las demás naciones: que Apolo cura las enfermedades: Minerva enseña los principios de todas las manufacturas: Júpiter obtiene el imperio del cielo: Marte el de la guerra. Á este ofrecen por lo comun todos los despojos de ella cuando la tienen: las bestias sobrantes de las que han tomado, las sacrifican; y conducen toda la demás presa á cierto paraje seña-

lado. En muchas ciudades se ven grandes montones de estas cosas en lugares consagrados; y rara vez sucede que en menosprecio de la religion oculte alguno la presa, ó se atreva á tomarla, puesta ya en este lugar; para el cual atentado está establecido un castigo horroroso con tormentos además.

Todos los franceses hacen gran vanidad de ser descendientes de Pluton: cosa que dicen han descubierto los druidas. Por esto terminan el espacio de los tiempos por número de noches, nó de dias; y observan los de sus nacimientos, y de los principios de los meses y años de manera, que la noche precede al dia. En las demás costumbres de la vida se diferencian por lo comun de las otras gentes, en que los padres no permiten que se lleguen á ellos sus hijos en público, hasta que entrando en la mocedad, están capaces de seguir la guerra, teniendo por vergonzoso que un hijo asista públicamente en presencia del padre en la edad de la niñez.

Los maridos ponen otra tanta parte de hacienda con las mujeres en sus dotes, cuanta valen estas, hecha la tasa y aprecio. De todos sus efectos se forma una masa comun, y se guardan los frutos; y cualquiera de los dos consortes que sobreviva es heredero de ambas partes con todos los frutos anteriores. Tienen los maridos potestad de vida y muerte sobre sus mujeres, como tambien sobre sus hijos. Cuando muere un padre de familias sugeto de distincion, se juntan sus parientes; y si hay alguna sospecha acerca de su muerte, dan tormento á las mujeres, lo mismo que á los esclavos; y en caso de averiguarse culpa en ellas, las dan muerte, atormentándolas con fuego, y otras maneras crueles. Los funerales son, respecto de su porte, magníficos y suntuosos: echan en el fuego aquellas cosas que los difuntos estimaban mucho en vida, hasta los animales; y un poco antes de este tiempo echaban tambien los siervos y dependientes á quienes constaba que habian profesado cariño; y hechas las exequias con toda formalidad, eran quemados juntamente.

Las ciudades que se precian de mas bien gobernadas, tienen entre sus leyes, que el que sepa alguna cosa de los vecinos por rumor ó fama acerca de la república, dé cuenta de ello al magistrado, sin comunicarlo con nadie. Por haberse experimentado que, como bárbaros é ignorantes, se atemorizan de los rumores falsos, se incitan á las maldades, y toman resolucion de los negocios mas graves. Los magistrados ocultan lo que les parece, y comunican al pueblo lo que juzgan puede ser de alguna utilidad. No se permite hablar acerca del gobierno sino en la asamblea.

V. Las costumbres de los alemanes son muy diferentes de estas; porque ni entre ellos hay druidas que cuiden de la religion, ni hacen sacrificios. Cuentan solo en el número de los dioses á aquellos que ven, y de cuyo favor participan claramente, como el sol, el fuego, la luna: á los demás ni aun de oidas los conocen. Su modo de vivir se reduce á la caza y al ejercicio de las armas: desde niños se endurecen en la fatiga y trabajo. Merecen entre ellos particular aprecio los que permanecen largo tiempo sin barba; con lo que piensan que se fomentan las fuerzas, y se endurecen los nervios: tienen por la mayor torpeza haber conocido mujer antes de los veinte años; lo que no puede ocultarse en manera alguna, porque se bañan en los rios promiscuamente, y usan de unas pieles ó vestidos hechos de ellas muy cortos, con que llevan desnuda gran parte de su cuerpo.

No se dedican á la agricultura: la mayor parte de su mantenimiento consiste en leche, queso y carne: no tienen campos ni términos propios, sino que los magistrados y principales señalan cada año á las familias y parentelas que se juntan, un pedazo de tierra adonde y cuanto les parece; y al año siguiente les obligan á mudarse á otra parte; para lo cual alegan muchas razones; es á saber, que, llevados de la costumbre, no truequen la aplicacion de la guerra por la de la agricultura: que no deseen poseer muchas tierras, y los mas poderosos echen á los humildes de sus posesiones: que no fabriquen con demasiado cuidado para defenderse del frio y el calor: que no se engendre en ellos ninguna codicia de dinero, de donde nazcan partidos y disensiones; y que se contenga en paz la plebe, viendo iguales sus haberes con los de los mas poderosos.

La mayor gloria de las ciudades es tener cerca de sí grandes despoblados, y abrasados todos sus términos: juzgando que es prueba de valor, que se retiren sus vecinos lejos de sus campos, y que nadie se atreva á mantenerse cerca de ellos. Tambien creen que así están mas seguros, y fuera de temor de una incursion repentina. Cuando trata una nacion de defenderse de la guerra que la hacen, ó de declararla por sí, se eligen magistrados que la dirijan con potestad de vida y muerte. En tiempo de paz no hay magistrados públicos, sino que los principales del país administran justicia, y ajustan las diferencias. No tienen infamia alguna los latrocinios que se ejecutan fuera de los términos de cada provincia; lo cual dicen que hacen para ejercitar á la juventud, y evitar la ociosidad. Cuando alguno de los principales se ofrece por capitan en la junta, para que se declaren los que quieran seguirle, se levantan los que aprueban la empresa y el caudillo, le prometen su ayuda, y son aclamados de la multitud: los que no le siguen, son tenidos por desleales y traidores, y pierden para en adelante el crédito en todas las cosas. Tienen por delito ofender á los huespedes: prohiben que se haga daño alguno á los que llegan á su tierra por cualquier motivo, y los tienen por cosa sagrada: todos les abren las puertas, y comunican con ellos el sustento.

Hubo tiempo en lo antiguo en que los franceses eran superiores en valor á los alemanes, y se atrevian á declararles la guerra, enviando colonias de la otra parte del Rin, por la mucha gente, y falta de tierra que tenian. Y así, aquellos parajes mas fertiles de Alemania en las cercanías de la Selva Negra, la cual veo que fué conocida de Eratostenes y otros griegos con el nombre de Orcinia, los ocuparon los tolosanos, y tuvieron su domicilio en ellos: y allí se mantienen al presente con gran reputacion de justicia y gloria militar, conservando la misma pobreza y tolerancia de vida que los alemanes, y usando del mismo mantenimiento y porte del cuerpo. Á los franceses, por el contrario, la cercanía y noticia de los usos ultramarinos, les suministran muchas cosas para la abundancia y regalo: y así, acostumbrados poco á poco á dejarse vencer, y vencidos en muchas batallas, aun no se atreven á compararse con aquellos.

La longitud de la Selva Negra, que dijimos arriba, es como de nueve dias de camino á la ligera; pues ni puede determinarse de otro modo, ni ellos conocen las medidas de los caminos. Nace en los confines de la Suiza, Espira y Bale; y corriendo á lo largo la ribera del Danubio, llega á las tierras de Dacia y Transilvania. Desde aquí tuerce á mano izquierda por regiones desviadas del rio, tocando por su extension en los terminos de muchas naciones, sin que se halle hombre de esta parte de Alemania, que diga haber oido ó llegado al cabo de esta Selva, aunque haya caminado

sesenta dias, ni sepa dónde tiene principio. Se sabe que se crian en ella muchas fieras desconocidas en otras partes; de las cuales las que mas se distinguen de las otras, y merecen que se haga mencion de ellas, son las siguientes:

Hay un buey de figura de ciervo, al cual en medio de la frente le nace, entre las dos orejas, un cuerno mas alto y derecho que los que nosotros conocemos; desde cuya parte superior se extienden unas ramas como las de la palma; y de la misma naturaleza, forma y magnitud son los de los machos que los de las hembras.

Otro animal hay que llaman alce, cuya figura y variedad de piel es muy semejante á la de la cabra, aunque la excede algo en magnitud. No tiene cuernos, ni nudillos ó junturas en las piernas, ni se echa para descansar, ni puede levantarse si cae en tierra por alguna casualidad. Sus chozas son los árboles, á los cuales se arriman, y así reclinados descansan. Cuando por el rastro conocen los cazadores adonde suelen recogerse, arrancan ó cortan por el pié todos los árboles de aquella estancia; de suerte que solo quedan allí firmes en la apariencia; á los cuales reclinándose, segun su costumbre, derriban el árbol con el peso, y ellos caen juntamente.

Otra tercera especie hay de los que llaman uros, algo inferiores en su tamaño á los elefantes, y de la especie, color y figura del toro. Son de mucha fuerza y de suma velocidad. No perdonan á fiera ni hombre que alcancen á ver. Los matan cogiéndolos en trampas con mucho cuidado. Este es el trabajo en que se endurecen los jóvenes, y el género de caza en que se ejercitan. Y los que han muerto mas uros, llevando en público sus cuernos en prueba de la verdad, son tenidos en mucha estimacion. Mas aunque los cojan cachorros, no se acostumbran á la vista de gentes, ni se domestican jamás. El tamaño, figura y especie de los cuernos se diferencia mucho de la de nuestros bueyes: se buscan con mucha diligencia, engastan sus bordes en plata, y usan de ellos para beber en las comidas suntuosas.

VI. Luego que supo César por los corredores de los de Colonia, que los suevos se habian retirado á las selvas, recelando alguna falta de trigo, pues como ya se ha dicho no se dedican todos los alemanes á la agricultura, resolvió no pasar mas adelante: mas para no quitar del todo á los bárbaros el miedo de su vuelta, y retardar sus socorros después de retirado el ejército, hizo cortar un pedazo del puente como de doscientos piés por la parte cercana al país de Colonia: mandó levantar al cabo una torre de cuatro altos: dejó una guarnicion de doce cohortes para su defensa: hizo fortificar el puesto con muchos reparos, y encargó el sitio y su guarda al jóven C. Volcasio Tulo. Despues, cuando ya empezaban los trigos á estar en sazon, marchó contra Ambiorix, enviando delante con toda la caballería á L. Minucio Basilo por la selva Ardena, que es la mayor de Francia, y llega hasta Hainaut desde las orillas del Rin y los confines de los tréviros, extendiéndose en longitud mas de quinientas millas. Esto hizo por si se podia adelantar algo con la celeridad de la marcha, y la oportunidad de la ocasion: le previno que no permitiese hacer hogueras en los reales, para no dar á lo lejos muestra alguna de su llegada, y le dijo como al instante le seguia.

Basilo ejecutó esta órden con puntualidad. Y así, concluida la marcha prontamente, y fuera de la esperanza de todos, sorprendió á muchos descuidados en los campos; por cuyo indicio tomó el camino en donde decian estaba Ambiorix con una corta escolta de á caballo. Puede mucho la fortuna en todas las cosas; pero en especial en las de la guerra. Porque sucedió por una gran casualidad, que vino á dar en él, incauto y desprevenido; y primero vieron su venida los que le acompañaban, que tuviesen algun rumor ó noticia de ella. Así que fué gran fortuna, que, tomándole cuantas armas tenia cerca de sí, y hasta el equipaje y los caballos, él se escapara de la muerte. Pero tambien ocurrió que, cercado el edificio de un monte (como casi todos los de los franceses, que por guardarse del calor buscan las inmediaciones de las selvas y rios), sus guardias y criados sostuvieron algun tanto la fuerza de nuestra caballería en un paraje estrecho, en cuyo intermedio uno de los suyos le puso en un caballo, en que escapó, cubriéndole la espesura. Para que se vea el influjo de la fortuna, así en exponerle, como en guardarle del peligro.

Dúdase si Ambiorix no condujo entónces sus tropas con determinado designio, por no haber pensado presentarse en campo raso, ó si se lo estorbó la falta de tiempo, y la repentina llegada de la caballería, creyendo que la seguiria el resto del ejército. Lo cierto es, que, enviando mensageros ocultamente, aconsejó á todos que cada uno mirase por sí; parte de los cuales se retiraron á la selva Ardena, y parte á las lagunas. Los que se hallaron cerca del mar océano, se ocultaron en las islas que suelen formar las mareas: otros muchos, que habian abandonado sus tierras, se entregaron ellos y todos sus efectos á los extraños. Cativulco, rey de la mitad de Lieja, que habia tomado la misma resolucion que Ambiorix, postrado de la edad, no hallándose para sufrir los trabajos de la guerra, ni de la fuga, maldiciendo con todo género de imprecaciones á Ambiorix, autor de aquel designio, se dió la muerte con tejo, árbol que abunda mucho en Francia y Alemania.

Los pueblos de Condroz y del ducado de Limbourg, que entran en el número de los alemanes, y están entre Lieja y Tréveris, enviaron comisionados á César á suplicarle, no los tuviese por enemigos, ni juzgase que era causa comun de los alemanes establecidos de la parte acá del Rin. Que ellos no habian tenido parte en la guerra, ni dado socorro á Ambiorix. César, averiguado esto por tormentos de los cautivos, les dió órden de que si llegaban á ellos, huyendo algunos del país de Lieja, se los enviasen, ofreciéndoles que si así lo hacian, no experimentarian daño alguno en sus tierras. Despues, divididas sus tropas en tres partes, mandó conducir todo el equipaje de las legiones á Tongres, castillo en el centro de la Lieja, donde Titurio y Cota tuvieron su cuartel de invierno. Parecióle bien á César entre otras cosas este paraje, porque estaban enteras las fortificaciones del año anterior, con que aliviaba el trabajo á los soldados. Dejó de guarnicion á la legion catorce, una de las tres recien levantadas en Italia, dando el mando de ella y de los reales á Q. Tulio Ciceron, con doscientos caballos.

Repartido el ejército, mandó marchar á T. Labieno con tres legiones hácia el océano, á la parte de Geldres y Brabante. Envió á C. Trebonio con iguales tropas á talar toda la campaña confinante con Namur; y él resolvió pasar con las tres restantes á las riberas del Escalda, que entra en el Mosa, y pasa á los extremos de la Selva Ardena; adonde habia oido que se dirigia Ambiorix con pocos de á caballo. Al partirse, aseguró que volveria dentro de siete dias; para cuyo tiempo se debia la racion de pan á la legion que quedaba de guarnicion en los reales. Encargó á Labieno y á Trebonio, que si conocian no se seguiria detrimento á la república, volviesen por entónces, para que, comunicado segunda vez el designio, y exami-

nadas las razones de los enemigos, pudiesen tomar otro principio de la guerra.

No habia, como ya dijimos, cuerpo de tropas formado, ni castillo, ni ciudad en estado de defensa, sino que la multitud dispersa por varias partes, donde quiera que hallaba valle oculto, paraje montuoso, ó laguna embarazosa que diese alguna esperanza de amparo y seguridad, allí acampaba. Estos parajes eran conocidos de los pueblos vecinos; y se necesitaba mucho cuidado, nó para defender el grueso del ejército, pues estando todos atemorizados y dispersos, no podia sobrevenir peligro alguno, sino para conservar á cada uno de los soldados; lo cual tocaba en parte á la conservacion del ejército; porque la codicia de la presa hacia alejarse á muchos demasiado, y las selvas con sus sendas ocultas é inciertas estorbaban el llegar unidos. Si pretendia César concluir el negocio, y acabar con aquella raza de gentes traidoras, era menester enviar diversos destacamentos, y dividir las tropas: si contenerlas en un cuerpo, como pedia el presupuesto y costumbre del ejército romano, el mismo terreno servia de fortaleza á los bárbaros; y no les faltaba atrevimiento para armar ocultas celadas, y cogiéndolos desparramados, matarlos poco á poco. En estas dificultades se precavia cuanto era posible con el cuidado y vigilancia; de modo, que antes se dejaba de tomar alguna satisfaccion, aunque ardian los ánimos en este deseo, que hacer daño al enemigo con el menor detrimento de nuestra gente. César envió mensageros á las ciudades vecinas, convidando á todos con la presa para abrasar las tierras de Lieja, á fin de que peligrase antes la vida de los franceses en aquellas asperezas, que la de sus soldados; y tambien para extinguir del todo el nombre y raza de aquella nacion por semejante atentado, echándola encima una multitud de gentes. Esto se ejecutaba en todo el país de Lieja el séptimo dia que asomaba, en el cual César habia determinado volver al campo, donde dejó el equipaje y la legion.

VII. Aquí se pudo conocer bien cuánto puede la fortuna en la guerra, y qué coyunturas suele proporcionar. Llegó á Alemania de la otra parte del Rin la fama de que se abrasaban los campos de Lieja, y que se convidaba con la presa á todo género de gentes. Juntaron como dos mil caballos los de Westfalia, que habitan cerca del Rin: los cuales dijimos que habian acogido á los fugitivos de Bergue y Zutfen. Pasaron el Rin con naves y lanchas, treinta millas mas abajo de donde quedó el puente á medio cortar con la guarnicion de César, y llegaron á los primeros términos de Lieja. Tomaron mucha gente dispersa en la campaña, y se apoderaron de gran porcion de ganado, de que son muy codiciosos aquellos bárbaros. Convidados de la presa pasaron mas adelante. Nó las lagunas ni montes detenian á estos hombres nacidos en la guerra y para latrocinios. Preguntaron á los cautivos en qué partes andaba César: hallaron que estaba lejos, y que se habia retirado el ejército. Visto esto, se volvió á ellos uno de los cautivos, diciendo: «¿Para qué os fatigais por este corto y miserable despojo, cuando teneis en la mano el ser sumamente ricos y felices? En el espacio de tres horas podeis llegar á Tongres, donde los romanos han conducido todos sus haberes. La guarnicion es tan poca, que aun no es suficiente para coronar la muralla, ni hay quien tenga valor para salir de las fortificaciones.» Convidados los alemanes de esta esperanza, dejaron escondida la presa, y tomaron la vuelta de Tongres, llevando por guia al mismo que les dió el aviso.

Ciceron, que en todos los dias antecedentes, siguiendo las órdenes de César, habia contenido con mucho cuidado las tropas dentro de los reales, y aun no habia permitido salir un esclavo fuera de la fortificacion, al dia séptimo, desconfiando de que César cumpliese la palabra del término señalado, porque corrian voces de que habia pasado mas adelante, y no se tenia noticia de su vuelta, y juntamente movido de las voces de aquellos que llamaban cerco á su paciencia, pues no era permitido salir del cuartel, no esperando un accidente como el que sobrevino, en que se pudiese tropezar, opuestas nueve legiones en el espacio de tres millas, un cuerpo de caballos considerable, dispersos y casi destrozados los enemigos: envió cinco cohortes á hacer pan á unos campos inmediatos, entre los cuales, y el cuartel mediaba solo un repecho. Habian quedado aquí muchos enfermos de las legiones; de los cuales, los que habian convalecido en estos dias, que serian hasta trescientos, fueron enviados con la bandera, á quienes seguian, precediendo licencia, muchos leñadores, y porcion de caballerías que estaban en los reales.

Á este mismo tiempo y coyuntura sobrevino la caballería de los alemanes; y con el mismo ímpetu con que venian, intentaron forzar los reales por la puerta Decumana. No fueron vistos de los nuestros por los montes que lo estorbaban por aquella parte, hasta que estuvieron encima; de suerte, que aun no tuvieron lugar de retirarse los mercaderes, que tenian sus tiendas sobre la trinchera. Los nuestros, que en nada menos pensaban, se perturbaron, y apenas una cohorte, que estaba en el cuerpo de guardia, sostuvo el primer choque. Extendiéronse los enemigos á la redonda por si hallaban entrada por alguna parte: con dificultad se defendieron las puertas: las demás entradas las defendia por sí el sitio y la fortificacion. Siguióse la perturbacion en todo el cuartel: preguntábanse unos á otros la causa de aquel alboroto; ni se daba providencia sobre á qué parte se debia hacer frente, ni dónde se habian de juntar. Uno decia que ya eran tomados los reales: otro porfiaba que los bárbaros venian sobre ellos roto ya el ejército y el general: los mas formaban pronósticos fatales sobre el puesto, poniendo delante la calamidad de Titurio y Cota, que perecieron en el mismo castillo. Amedrentados todos, se confirmaron los bárbaros en la opinion del cautivo, que no habia dentro defensa alguna, é intentaron penetrar dentro, animándose unos á otros á no dejar de las manos tan grande coyuntura.

Habia quedado enfermo en la guarnicion P. Sextio Báculo, que habia mandado bajo las órdenes de César una de las primeras compañías, de quien se ha hecho mencion en las refriegas pasadas, y hacia cinco dias que estaba sin tomar alimento alguno. Este, desconfiando de su salvacion y de la de todos, salió desarmado de su tienda, y vió que amenazaban los enemigos, y que estaba el lance en un peligro extremo. Toma las armas de los que estaban inmediatos, y se hace firme en una puerta: síguenle los capitanes de la cohorte que asistia de guardia, sostienen juntos algun tanto el asalto: desampara el ánimo á Sextio, herido en muchas partes; y ya desfallecido le conservan con dificultad, llevándole de allí en brazos. Con este espacio se alientan los demás, á lo menos hasta atreverse á hacer frente en las fortificaciones, y dar muestra de haber quien defienda la entrada.

Entretanto nuestros soldados, concluida la obra de segar los panes, oyen la gritería, corren delante de los de á caballo, y conocen el peligro en que se halla el castillo. Pero no tenian fortificacion alguna á donde refugiarse: recien alistados é ignorantes del arte mi-

litar, vuelven las caras á los tribunos y centuriones, esperando qué órden se les daba. Ninguno hay tan esforzado que no tema con la novedad de aquel accidente. Los bárbaros, vistas á lo lejos las banderas, se retiran del asalto, creyendo al principio que venian las legiones, que los cautivos habian dicho estaban mas distantes; pero despues, menospreciando el corto número, acometen por todas partes.

Retíranse los leñadores á un repecho inmediato, del cual, desalojados prontamente, se refugian á las banderas; con lo cual amedrentan mas á los soldados. Algunos son de parecer que, formados en cuño, rompan con prontitud por medio de los enemigos, pues tan cerca estaban los reales, confiando en que si alguna parte fuese cercada y muerta, podrian salvarse los demás: otros querian hacer rostro firme en el repecho, y exponerse todos á correr una misma fortuna. Esto no aprobaron los soldados viejos, que dijimos habian sido enviados con la bandera: y así, animándose unos á otros, y tomando por cabo á C. Trebonio, caballero romano, á cuyo cargo iban, rompen por los enemigos, y llegan á los reales sin recibir daño alguno; á los cuales, siguiendo la caballería y los leñadores con el propio denuedo, son conservados por el valor de los soldados. Pero los que habian tomado la cuesta, no sabiendo todavía lo que era de su oficio, ni pudieron permanecer en la resolucion primera de defenderse en aquel puesto ventajoso, ni tampoco imitar la fortaleza y prontitud que vieron aprovechar á los otros; antes intentando refugiarse á los reales, dieron en un paraje mal seguro. Los capitanes, algunos de los cuales de grados inferiores de otras legiones, habian ascendido á los primeros de esta por su conocido valor, murieron peleando como buenos, por no perder la gloria militar antes adquirida. Parte de los soldados, retirados los enemigos por el esfuerzo de aquellos, llegaron sin saber cómo, salvos á los reales, parte perecieron cercados por los contrarios.

VIII. Los alemanes, perdida la esperanza de forzar los reales, y viendo que ya los nuestros se habian puesto sobre las fortificaciones, se retiraron de la otra parte del Rin con la presa que dejaron escondida en las selvas. Aun despues de su retirada infundian tanto terror, que, llegando aquella noche C. Voluseno con la caballería, no creian que viniese César con el resto del ejército entero. De tal manera habia sobrecogido el temor los ánimos de todos, que aseguraban como fuera de juicio, que se habia refugiado allí huyendo la caballería, derrotado el ejército, porfiando que salvo este, no vinieran los alemanes á asaltar el castillo. Este temor le desvaneció la venida de César.

Restituido por fin, como quien no ignoraba los accidentes de la guerra, desaprobando solo el haber dejado salir las cohortes de la guardia y defensa del cuartel, pues por ningun acontecimiento se debió desamparar el puesto, conoció que habia tenido mucha parte la fortuna en la llegada repentina de los enemigos; y mayor en haberse logrado retirarlos, como quien dice, de la misma trinchera y puertas de los reales. Mas, de todo lo que mas digno de admiracion le pareció fué, que los alemanes que habian pasado el Rin con el ánimo de abrasar las tierras de Ambiorix, le hicieron el mayor beneficio con haberse dejado caer sobre nuestros reales.

César, habiendo hecho otra salida para molestar á los enemigos, envió por diversas partes un gran número de gente, que acudió de los pueblos comarcanos. Todas las poblaciones y edificios que alcanzaban, eran dados al fuego en todas partes se hacian presas los trigos se consumian, nó solo por la inmensa multitud de gentes y ganados, sino que, por la estacion del año y las lluvias, se caian en tierra; de suerte, que, aunque alguna gente se ocultase al presente, con todo parecia que aun sacando de allí el ejército, habian de perecer de hambre. Como la caballería discurria por todas partes, se llegó tal vez á un paraje, por donde decian los cautivos, nó solo que habian visto pasar á Ambiorix huyendo, sino que porfiaban que aun no le habian perdido de vista; de suerte que, dando siempre alguna esperanza de encontrarle, y tomando mucho trabajo, los que entendian hacer en esto un gran servicio á César, casi excedian á su propia naturaleza en el deseo; y siempre parecia haber faltado un poco no mas para la felicidad completa. Él se escapaba de entre las manos por los escondrijos, selvas y bosques; y ocultándose de noche, se corria á otros parajes con la sola escolta de cuatro caballos, á quienes únicamente tenia ánimo para confiarse.

Asolados así los campos, restituyó César su ejército á Reims con pérdida de dos cohortes; y publicada para esta ciudad la asamblea de Francia, determinó que se averiguase la conjuracion de los de Sens y Chartres; y pronunciada una sentencia rigurosa contra Acon, cabeza principal de ella, fué este ajusticiado segun costumbre de los antepasados. Algunos huyeron temiendo el juicio; á los cuales habiendo puesto entredicho de agua y fuego, alojó dos legiones en cuarteles de invierno en los tréviros, dos en el país de Langres, y las cuatro restantes en tierra de Sens; y hecha la competente provision de trigo para el ejército, partió la vuelta de Italia á celebrar sus juntas, como tenia de costumbre.

ARGUMENTO DEL LIBRO SÉPTIMO.

I. Nuevo levantamiento de Francia bajo el mando de Vercingetorix. — II. Acude César al socorro de Francia, y se le entregan muchos de los rebeldes. — III Los de Berry pegan fuego á todas sus ciudades menos á Bourges: parte César á cercarla. — IV. Pasa César a los reales del enemigo: rehusa la batalla en sitio desproporcionado. Vercingetorix acusado de traicion da su descargo. — V. Toma de Bourges, donde mueren cerca de cuarenta mil hombres. — VI. Vercingetorix renueva sus tropas. Reprime César un alboroto en Auton. — VII. Cerca César á Clermont. Resuelven los de Auton ayudar a los auvernates. — VIII. César reduce parte de los autunenses, y se apodera de tres campamentos del enemigo sobre Clermont. — IX. Temeridad de los romanos en el asalto de Clermont, á los cuales reprende César y levanta el cerco. — X. Nuevo levantamiento de Francia, saco de Nevers sobre el Loire; pasa César este rio. — XI. Batalla y victoria de Labieno con los parisienses. — XII. Rebelados los autunenses se da el mando do todo á Vercingetorix, á quien derrota César. — XIII. Batalla de César sobre Alisa, y fortificaciones para cerrarla. — XIV. Acuden socorros de toda Francia á Alisa, cuyos habitantes salen de la plaza obligados del hambre. — XV. Dos batallas favorables de César con las tropas de la ciudad y las de fuera. — XVI. Queda deshecho en una batalla todo el poder de tos franceses. Entrégase muy luego la plaza.

I. Pacificada la Francia, tomó César la vuelta de Italia, segun tenia resuelto, para celebrar sus juntas. Aquí tuvo noticia de la muerte de Clodio; y que por decreto del senado estaba convocada toda la juventud de Italia á tomar las armas; y así pensó en levantar gente en la provincia. Llegaron prontamente estas nuevas á la Galia transalpina, á las cuales añadieron los franceses de suyo, como lo pedia el caso, que César estaba detenido por una discordia civil, y que no podia volver al ejército en medio de tan grandes alborotos. Movidos con esta ocasion, los que ya llevaban muy á mal estar sujetos al yugo del pueblo romano, empezaron á sembrar pláticas de guerra con mas atrevimiento y libertad Los principales de Francia, te-

niendo sus juntas entre sí en parajes montuosos y retirados, se quejaban de la muerte de Acon, probando que podria recaer sobre ellos aquella desgracia: compadecíanse de la condicion general de Francia; y pedian con los mayores premios y promesas, que empezasen algunos á romper la guerra, y con el peligro de sus vidas pusiesen en libertad á su nacion. Lo primero en que decian se habia de poner la mira, era en cortar á César el tránsito al ejército antes de publicar sus designios secretos; lo cual era fácil, pues ni las legiones se atrevian á salir de los cuarteles de invierno estando ausente el general, ni este podia llegar á ellas sin otra guarnicion; y en fin, que valia mas morir en campaña, que dejar de recobrar la antigua gloria militar, y la libertad que habian recibido de sus mayores.

Tratadas estas cosas, prometieron los de Chartres, que á ningun peligro negarian la cara por el bien comun, y que ellos serian los primeros en romper la guerra; y pues al presente no podian darse mútua caucion de rehenes, porque no se publicase su resolucion: pidieron que se firmase el pacto con palabra y juramento sobre las insignias militares, que es la ceremonia mas grave entre sus costumbres, no fuese que, rompiendo ellos la guerra, los desamparasen los demás. Entónces, aclamados los chartreses, prestado juramento por todos los que allí se hallaban, y determinado el tiempo, se despidió el consejo.

Cuando llegó el dia señalado, los de Chartres, hecha la seña de concurrir á las armas, entran en Orleans con sus cabos principales Cotuaco y Conetoduno, hombres desesperados: dan muerte á los ciudadanos romanos que habian sentado aquí su comercio, y entre ellos á C. Fusio Cota, caballero muy distinguido, á cuyo cargo habia puesto César la provision de trigo, y les saquean las casas. Esta noticia se extendió muy presto por todas las ciudades de Francia. Porque cuando sucede alguna cosa señalada y de consideracion, la dan á entender á gritos por los campos y caminos: los primeros que la oyen, la comunican á los inmediatos, y estos á otros, como sucedió entónces, que lo que pasó en Orleans tal dia al amanecer, se oyó en tierra de Auverna al anochecer, mediando una distancia de mas de cincuenta leguas.

Con el mismo designio Vercingetorix Auvernate, hijo de Celtilo, mozo de gran poder, cuyo padre habia obtenido el imperio de toda Francia, y por lo mismo le mataron sus conciudadanos porque pretendia apoderarse del reino, convocando á sus dependientes, fácilmente los encendió. Conocida su resolucion corrieron á las armas. Gobanicion, su tio, y otros parientes, que no eran de parecer que se tentase esta fortuna, le echaron de la ciudad de Clermont. Mas no por eso desistió de la empresa; y en la campaña levantó un cuerpo de tropas de gente necesitada y perdida. Junto este escuadron, hace de su partido á cuantos llega á hablar del mismo país: exhórtalos á que tomen las armas por la causa de la libertad comun; y formado ya un grueso considerable, echa de la ciudad á aquellos mismos contrarios que le habian echado á él: aclámanle rey los suyos: y despacha mensageros á todas partes, para que permanezcan en su obediencia. Hace prontamente de su faccion á los de Sens, Poitou, Querci y Turena, á los de los cantones de Evreux, Perche y Maine, á los del Lemosin y Anjou, y á todos los de la costa del océano: por consentimiento de todos los cuales se le confiere el mando. Con esta potestad da órden á estas ciudades de que le envien rehenes, y cierto número de soldados con la posible brevedad: señala la porcion de armas con que habia de contribuir cada ciudad, y para qué tiempo: atiende especialmente á la caballería: añade al sumo cuidado suma severidad en su empleo: obliga á los dudosos con el terror del castigo, pues por delitos graves les hacia dar muerte despues de atormentados con fuego, y otros géneros de crueldad; y por causas leves los enviaba á sus casas cortadas las orejas, ó sacado un ojo, para que sirviesen de ejemplo, y atemorizasen á los demás con la severidad del castigo.

Juntó prontamente un ejército con estas crueldades, despachó con una parte á Lucterio de Cahors, hombre de grande atrevimiento, á tierra de Rovergue, y él partió la vuelta de Berry. Llegado aquí, los de Bourges enviaron comisionados á los autuneses, sus aliados, pidiendoles algun socorro para resistir mas fácilmente á las tropas de los enemigos. Los autuneses, de acuerdo con los capitanes que César habia dejado en el ejército, enviaron al socorro de Berry tropas de infantería y caballería, las cuales habian llegado al rio Loire, que separa el territorio de Berry del de Autun, y detenidos allí algunos dias por no haberse atrevido á pasarle, se vuelven á la ciudad, contando á nuestros capitanes, que se habian vuelto por temor de la perfidia de los de Berry; pues habian sabido, que tenian intencion, ellos por una parte, y por otra los auvernates, de cercarlos y deshacerlos enteramente en habiendo pasado el rio. No se puede asegurar de cierto, si lo hicieron así por la causa que declararon á los capitanes, ó por traicicion y deslealtad. Lo cierto es, que con su retirada se unieron los de Berry con los auvernates.

II. Avisados estos movimientos á César en Italia, y viendo el que los asuntos de Roma iban tomando mas sereno semblante por el valor y prudencia de Cn. Pompeyo, se puso en marcha para la Francia transalpina. Cuando llegó aquí, se vió con mucha dificultad para juntarse con su ejército. Porque si hacia venir las legiones á la provincia, le parecia que pelearian en su ausencia sobre la marcha, y si tomaba la vuelta del ejército, aun no se atrevia á fiarse de aquellos que mostraban estar pacíficos en aquella sazon.

En este intermedio Lucterio de Cahors, enviado á los pueblos de Rovergue, los trajo al partido de los auvernates: despues pasó á los de Agen y Gevaudan: recibió rehenes de unos y otros: y junto ya un grueso considerable, empezó á hacer correrías en la provincia hácia la parte de Narbona. De lo cual avisado César, juzgó que á todo se debia anteponer el partirse á esta ciudad, donde así como llegó, aseguró á los tímidos, puso guarniciones en los pueblos de Rovergue, sujetos á los romanos, en el alto y bajo Lenguadoc, y en los alrededores de Narbona en los parajes mas inmediatos á los enemigos. Mandó juntarse en el Vivarés, que confina con el país de la Auverna, parte de las tropas de la provincia, y de los reclutas que habia traido de Italia.

Dispuestas estas cosas, reprimido y aun retirado Lucterio, y teniendo por expuesto entrar dentro de las guarniciones, se encaminó al Vivarés, aunque el monte Cevena, que separa el Vivarés de la Auverna, en la estacion mas rigurosa del año, estorbaba el paso por la mucha nieve: pero con todo, apartada esta, que tendria seis piés de altura, y abierto así el camino con mucho trabajo de los soldados, llegó á los términos de los auvernates, que fueron asaltados cuando menos lo pensaban, pues con la montaña Cevena se tenian por resguardados como con una fuerte muralla, y aun para un hombre solo no se encontraria una senda en aquel año: mandó á la caballería que hiciese correrías todo á lo largo que pudiese, poniendo gran

terror en los enemigos. Llegaron muy presto estas noticias á Vercingetorix por rumores y mensageros: pusiéronse al rededor de él todos los auvernates, suplicándole mirase por sus fortunas, y no permitiese ver saqueadas sus tierras por los enemigos, en especial trasladada allí toda la fuerza de la guerra. Movido de sus súplicas, levantó el campo de Berry y tomó la vuelta de Auverna.

César, habiéndose detenido aquí dos dias, pensando que lo haria Vercingetorix, se apartó del ejército para levantar reclutas, y mas gente de á caballo: dejó el mando de las tropas á Bruto el mozo, previniéndole hiciese salir la caballería por todas partes, y á lo largo: que él procuraria no faltar mas que tres dias de los reales. Dispuesto esto, fuera de la esperanza de los suyos, llegó á largas marchas á Viena; y tomando aquí refresco de un cuerpo de caballería que habia destacado dias antes, sin interrumpir su marcha de dia ni de noche, se encaminó á tierra de Langres por el país de Autun, donde invernaban dos legiones, para que si algun mal designio tramaban tambien los autuneses, se les cortase con prontitud. Llegado aquí, despachó sus correos á las demás legiones, y las juntó todas en un lugar, antes que los auvernates tuviesen la menor noticia. Cuando lo supo Vercingetorix volvió otra vez su ejército á Berry, y desde aquí partió á cercar á Moulins en el Borbonés, donde César habia establecido á los boyos despues de vencidos en la guerra de los suizos, y sujetos á la dependencia de Autun.

Esto ponia á César en gran dificultad de resolverse. Si mantenia las legiones en una parte todo lo restante del invierno, temia que se rebelase toda la Francia, consumidos los tributarios de Autun; y si las sacaba mas temprano de los cuarteles, hallarse en trabajo para las conducciones de víveres. Con todo tuvo por mejor padecer todas las incomodidades, que enagenarse las voluntades de sus amigos, aguantando tan grande afrenta. Y así, exhortando á los autuneses á la conduccion de víveres, despachó delante quien avisase á los borboneses de su venida, les animase á la constancia en su amistad, y á sufrir con valor el ataque de los enemigos; y partió la vuelta de la ciudad, dejando en Sens dos legiones y todo el equipaje del ejército.

Llegando al dia siguiente á Chateau-Landon, ciudad de Sens, resolvió atacarla, por no dejar enemigos á la espalda, y asegurar el paso á los víveres. En dos dias la circunvaló; y al tercero le enviaron comisionados á tratar de la entrega. Mandóles rendir las armas, presentar todas las caballerías, y aprontar seiscientos rehenes, cuyo cargo dejó al lugarteniente C. Trebonio. Él, por ganar terreno, partió á Orleans y Chartres, donde oida entónces la primera noticia de la toma de Chateau-Landon, y creyendo que aquello daria algunas treguas, trataban de enviar una guarnicion para mantener á Orleans. César llegó aquí en dos dias; y puesto su real delante de la plaza, por no haber bastante dia, dejó el asalto para el siguiente. Dió á las tropas las órdenes necesarias para la accion; y porque la ciudad tenia parte en el Loire, temiendo no se escapase por la noche la guarnicion, mandó que dos legiones estuviesen en vela sobre las armas. Los cercados salieron de la plaza, con gran silencio, un poco antes de media noche, y empezaron á pasar el rio. César, luego que tuvo aviso de esto por los corredores, pone fuego á las puertas, y haciendo entrar las dos legiones que habia mandado estar prontas, se apodera de la plaza, faltando muy poco para coger á toda la guarnicion: porque la estrechez del puente y del camino cerraron la fuga á la multitud: entrega la ciudad al saco y al fuego, reparte la presa entre los soldados, pasa el Loire, y llega con el ejército á Berry.

Luego que Vercingetorix tuvo noticia de la venida de César, levanta el cerco, y parte en su busca. Este habia intentado tomar sobre la marcha un pueblo de Berry llamado Neuvy, del cual habiendo salido diputados á suplicarle los mirase con misericordia, y les perdonase las vidas, para concluir lo restante con la misma prontitud con que habia conseguido lo demás, les mandó entregar las armas, echar fuera las caballerías, y presentarle rehenes. Entregada ya una parte de estos, mientras se disponia lo que faltaba, habiendo entrado en la plaza los capitanes y alguna tropa á recoger las armas y caballerías, se alcanzó á ver á lo lejos la caballería de Vercingetorix, que se habia adelantado al resto del ejército. Luego que los vecinos la vieron, y entraron en esperanza de ser socorridos, levantaron el grito, corrieron á las armas, á cerrar las puertas, y á coronar la muralla. Los capitanes, que por aquellas muestras entendieron que trataban de alguna nueva resolucion, poniendo mano á las espadas, tomaron las puertas, y recogieron en salvo á todos los suyos.

César mandó salir de los reales á su caballería á trabar una batalla ecuestre; y viendo que flaqueaban los suyos, les envió de refuerzo cuatrocientos caballos alemanes, que traia siempre consigo desde sus primeras expediciones. No pudieron los franceses resistir su fuerza; y puestos en huida, se retiraron al ejército con pérdida de muchos soldados. Desbaratada la caballería, y atemorizados de nuevo los enemigos, vinieron á entregar á César presos á aquellos, por cuya causa entendian se habia alborotado la plebe, y se pusieron en sus manos. Concluido esto, tomó César la marcha para Bourges, ciudad sita en los confines de Berry, muy poblada y fuerte, y de una campiña muy abundante: porque rendida esta plaza, confiaba que sujetaria con facilidad toda la provincia.

III. Vercingetorix, á vista de tantas pérdidas, la de Chateau-Landon y Neuvy, juntó á los suyos en un consejo, y les hizo presente, «que la guerra se debia proseguir de otra arte que la que hasta allí se habia seguido: que era menester aplicarse por todos los medios posibles á cortar á los romanos los pastos y los víveres; cosa fácil, por tener ellos abundancia de caballería, y favorecerles la estacion del año, en que no podian segar forraje, y por precision le habian de ir á buscar desparramados á los pueblos, en cuyas marchas podia desbaratarlos cada dia su caballería. Además de esto, se debian posponer todos los intereses particulares por causa del bien comun: que era muy conveniente poner fuego á todas las poblaciones y edificios desde Bourbon l' Archambaud, por todo aquel espacio á donde les pareciese podian recurrir por los pastos; para lo cual les daba facultad bastante el que eran ayudados con las fuerzas de aquellos en cuyos términos se hacia la guerra: que los romanos, ó no podrian tolerar la falta de víveres, ó saldrian lejos del campo con gran peligro suyo; y que ninguna diferencia habia entre matarlos, ó despojarlos de todo el convoy, sin el cual no les era posible hacer la guerra: que además era importante dar al fuego aquellas ciudades, que no estuviesen resguardadas de todo peligro ó por la naturaleza del sitio, ó por sus fortificaciones, á fin de que ni á ellos les sirviesen de receptáculo para excusarse de la guerra, ni de recurso á los romanos para sacar presas, y abundancia de víveres: cosas que si les parecian duras y crueles, de-

bian tener por mucho mas miserable que sus mujeres é hijos fuesen reducidos á la esclavitud, y ellos pasados por la espada, como era preciso que sucediese á los vencidos.»

Aprobado este parecer de comun consentimiento, en un dia fuéron consumidas del fuego mas de veinte ciudades de Berry, y lo mismo se ejecutó en los paises circunvecinos. Veíanse por todas partes incendios, que, aunque á todos causaban mucha pesadumbre, con todo, se proponian el consuelo de recobrar prontamente lo perdido con la seguridad que casi tenian de la victoria. Tratóse en la junta si seria mas acertado poner fuego, ó defender á Bourges. Pero todos los habitantes se echaron á los pies de los otros franceses, suplicándoles no los pusiesen en la dura situacion de incendiar por sus propias manos la ciudad mas hermosa de casi toda Francia, defensa y ornamento del estado; pues fácilmente podia ser defendida por la naturaleza del sitio; porque rodeada casi toda de un rio y una laguna, solo tenia una entrada, y esta muy estrecha. Otorgóseles la súplica, repugnándolo al principio Vercingetorix, y cediendo al cabo á sus ruegos, y á la compasion de la plebe; y se eligió una guarnicion á propósito para su defensa.

Vercingetorix iba siguiendo poco á poco las marchas de César, y escogió para su campo un paraje fortalecido de montes y lagunas, á quince millas de Bourges. Desde aquí registraba por sus espías á cada hora del dia lo que pasaba en la plaza, y daba las órdenes de lo que se habia de hacer, observaba los salidas de los nuestros á traer forraje ó víveres; y como se adelantaban demasiado por provisiones, les acometia dispersos, y les hacia mucho daño; aunque en lo que se podia tomaban los nuestros las precauciones de salir á distintas horas, y por diversos caminos.

Habiendo puesto César sus reales en aquella parte, *que libre del rio y la laguna ofrecia*, como se dijo, *una entrada* muy estrecha, empezó á trabajar un vallado, á hacer mantéletes, y levantar dos torres; porque la situacion no daba lugar á circunvalar la plaza. Encargaba continuamente á los del Borbonés y Antun la provision de víveres; de los cuales los segundos, por falta de afecto, ayudaban poco; y los primeros, por las cortas facultades de su pobre estado, consumieron en breve cuanto tenian. Así que, reducido el ejército á una suma escasez de víveres, por la pobreza de los borboneses, y descuido de los autuneses, y con los incendios de los pueblos, de suerte que estuvieron las tropas sin pan muchos dias, sustentándose en lo mas estrecho del hambre con los ganados, que se conducian de parajes muy distantes; con todo no se oyó una voz indigna de la majestad del pueblo romano, y de las victorias pasadas. Antes bien asistiendo César á las obras para animar las legiones, y diciendo, que si no podian resistir la falta de víveres, levantaria el cerco, todos le pidieron no hiciese semejante cosa; pues habian servido muchos años bajo su conducta con tal felicidad, que no habian recibido deshonra, ni apartádose de una empresa sin acabarla; que tendrian á grande afrenta abandonar el empezado cerco, y por mejor condicion sufrir todos los trabajos del mundo, que dejar de hacer las exequias á los ciudadanos romanos que habian perecido en Orleans por traicion de los franceses: estas mismas expresiones y otras semejantes decian á los capitanes y tribunos, para que se las hiciesen presentes á César.

Cuando se acercaban ya las torres á la muralla, supo César por los cautivos que Vercingetorix, consumido todo el forraje, habia levantado su campo, acercándose mas á la ciudad; y que con la caballería y peones ligeros, que peleaban entre los caballos, se habia puesto en celada en un paraje á donde juzgaba irian los nuestros al dia siguiente á hacer forraje.

IV. Con esta noticia salió con gran silencio á media noche, y al amanecer llegó á los reales del enemigo. Este, sabida por los corredores la llegada de César, hizo esconder los carros y todo el equipaje en lo mas intrincado del monte, y ordenó sus escuadrones en un sitio elevado y descubierto. Avisado César de esto, mandó separar el equipaje, y prevenirse para la batalla.

Era la cuesta bastante suave por abajo, y la rodeaba casi toda una laguna difícil y embarazosa, no mas ancha que como cincuenta piés. En este collado, cortados todos los puentes, esperaban los franceses, donde, repartidos por provincias, ocupaban con guardias todos los vados y entradas de la laguna; de tal arte resueltos, que si los romanos intentaban pasarla, los pudiesen acometer en aquel embarazo desde lugar ventajoso: de suerte que, al ver la inmediacion del puesto, pensasen estaban prontos para venir á las manos; pero al considerar la desigualdad de circunstancias, se entendiese hacian ostentacion de sí con muy diverso pensamiento. Llevaban muy á mal los soldados, que los esperasen los enemigos con tanta serenidad mediando tan corto espacio, y pedian con muchas instancias la señal de acometerlos; pero César les informó con cuánto daño y cuántas vidas de varones esforzados se habia de comprar la victoria: y viendolos tan determinados, que no rehusarian peligro alguno por la gloria de aquella accion, les dijo, que él seria condenado de la mayor iniquidad, si no hacia mas aprecio de sus vidas, que de la suya propia. Habiéndolos así consolado, los volvió á los reales aquel mismo dia, dando órden de disponer todas las demás cosas necesarias para apretar el cerco.

Cuando Vercingetorix volvió á su campo, fué acusado de traicion, porque se habia acercado tanto á los romanos; por haberse puesto en marcha con toda la caballería; por haber dejado sin cabeza un cuerpo de tropas tan considerable; porque con su partida habian acudido los romanos á tan buena ocasion, y con tanta prontitud; todo lo cual no era posible sucediese por casualidad, ó sin designio premeditado: que lo que se daba á entender era, que él deseaba mas obtener el reino de Francia por concesion de César, que por beneficio de ellos. Acusado por estos capítulos, respondió: «Que si habia levantado el campo, habia sido por falta de pasto, y aun por consejo de ellos mismos: que á acercarse mas a los romanos le movió lo ventajoso del sitio, por su natural defensa: que no se debia haber echado menos á la caballería en un paraje pantanoso, y que habia sido útil donde la habia destacado: que con estudio particular no dejó á otro el mando al partirse; porque el deseo de la multitud no le pusiese en precision de pelear, á lo que veia inclinados á todos por su debilidad, que no eran capaces de tolerar el trabajo largo tiempo: que si los romanos sobrevinieron por acaso, se debian dar gracias á la fortuna; y si por aviso de alguno, á este, por cuyo consejo tuvieron proporcion de advertir desde un lugar ventajoso su corto número y cobardía; pues no atreviéndose á pelear, se volvieron vergonzosamente á los reales: que ningun imperio deseaba él por traicion de mano de César, pudiéndole conseguir con la victoria, que él y todos los demás franceses tenian ya por segura; y que desde luego dejaria el que ellos le habian dado, si estaban en inteligencia de que le daban honra, cuando le debian su conservacion. Y para que conozcais, prosiguió, la sinceridad con

que os hablo, oid á los soldados romanos.» Al decir esto, mandó traer allí unos esclavos, que habia hecho prisioneros pocos dias antes yendo á hacer forraje, y los habia atormentado con hambre y con prisiones. Estos, industriados de antemano en lo que debian responder si fuesen preguntados, dijeron, «que eran legionarios: que obligados de la necesidad y del hambre, se habian escapado secretamente de los reales, por ver si hallaban en los campos algun poco de trigo ó algun ganado: que todo el ejército estaba padeciendo la misma escasez: que ya no bastaban ningunas fuerzas, ni era posible tolerar el trabajo de las obras; de suerte que estaba resuelto el general, si no adelantaba mas en el cerco, á levantar el campo dentro de tres dias.» «Estos beneficios me debeis, añadió Vercingetorix, cuando me capitulais, viendo á un ejército victorioso y tan considerable casi consumido del hambre por mi conducta, sin derramar una gota de sangre: al cual tengo prevenido, que ninguna provincia le dé acogida en sus términos cuando se retire huyendo torpemente.»

En esto levantaron todos el grito, aclamándole á su modo con grande estruendo de armas; genero de aplauso de que usan cuando aprueban la plática de alguno. Decian que Vercingetorix era un excelente capitan; que no se debia poner la menor duda en su fidelidad, ni era posible hacer la guerra con mejor acuerdo. Con esto determinaron introducir en la ciudad una guarnicion de diez mil hombres, no fiando la comun salud de los naturales de Bourges, y creyendo que si ellos solos defendian la ciudad, se les deberia la causa principal de la victoria.

V. Ocurrian los franceses de mil maneras con su extremada industria al gran valor de nuestras tropas como gente de grande habilidad, y la mas á propósito para imitar y hacer cuanto se les enseñe. Prendian con lazos nuestras hoces, y las tiraban hácia sí con máquinas; destruian con minas nuestros valladares, y esto con mucha destreza, porque abunda su país en mineros de hierro; y por ser muy usado y conocido entre ellos todo género de minas. Tenian lleno todo el muro de torres cubiertas de cueros; además de esto, con continuas salidas de dia y de noche, ó pegaban fuego á las trincheras, ó cargaban sobre los soldados ocupados en las obras. Todo cuanto se levantaban nuestras torres por la elevacion del valladar, lo igualaban ellos encajando nuevas vigas á las suyas y embarazaban las minas abiertas con estacas quemadas y puntiagudas, con pez hirviendo y piedras muy pesadas, con que estorbaban el acercarse á las murallas.

Estas, por lo regular, eran construidas de esta manera. Ponen en el suelo dos vigas derechas de igual longitud, y á dos piés de distancia una de otra; estas las unen con otras por la parte de adentro, y las calzan de tierra y piedras; la distancia que media entre las dos, la llenan por el frente con piedras muy grandes. Colocadas y cubiertas estas, añaden despues otra fila, guardando el mismo intervalo, sin dejar que se junten las vigas, sino que distando iguales espacios entre sí, y mediando vigas y piedras unas entre otras queda unido todo con gran fuerza; y así se continua hasta que llega el muro á la altura correspondiente. Esta obra, no siendo desagradable á la vista por su variedad, con la alternativa de vigas y piedras que guardan su colocacion en línea recta, es tambien muy á propósito para utilidad y defensa de las ciudades; porque la piedra las guarda del incendio, y del ariete las vigas que, calzadas por la parte de adentro por un espacio de cuarenta piés, forman una muralla, que ni se puede romper ni desbaratar.

Embarazado el asalto con tantos reparos, y aguantando todo este tiempo los soldados el lodo, los frios y las aguas continuas, con todo vencieron con valor constante todas estas dificultades, y en veinte y cinco dias levantaron un valladar de trescientos y treinta piés de largo y ochenta de alto. Como este llegase casi á igualar con el muro de los enemigos, velando César en la obra, segun costumbre, y exhortando á los soldados que no dejasen de trabajar un instante, se advirtió un poco antes de media noche, que salia humo del valladar, al que habian dado fuego los enemigos por una mina. Al mismo tiempo se levantó una gritería en toda la muralla, y se hacia una salida por dos puertas á los lados de las torres. Unos arrojaban desde el muro á la trinchera teas, y materia seca, pez y otras cosas con que se puede prender fuego; de suerte que apenas se acertaba á qué parte acudir primero, ó á qué parte dar socorro. Con todo, por haber siempre dos legiones de guardia, y en vela de los reales, por costumbre, y repartiendo entre muchas las horas de la noche, presto se dió providencia de que unos hiciesen frente á las salidas, otros tirasen hácia trás las torres y cortasen la trinchera, y todo el resto concurriese á apagar el fuego.

Peleábase en todas partes, consumido ya el mayor espacio de la noche, y á cada paso se renovaba á los enemigos la esperanza de la victoria, tanto mas porque veian abrasados los manteletes de las torres, y advertian que no era fácil acudir descubiertos á darlas socorro, sucediendo entre ellas gente de refresco á los cansados, y creyendo que toda la salud y seguridad de Francia estaba puesta en aquella coyuntura. Mas sucedió á mi vista una accion, que me pareció muy digna de memoria, y por lo mismo no se debe pasar en silencio. Estaba un soldado á la puerta de la ciudad, que recibia de mano en mano unas pelotas de sebo y pez, y desde enfrente de una torre las arrojaba al fuego, el cual, traspasado por el lado derecho con un dardo disparado con cierta máquina, cayó al punto y murió en el acto. Uno de los que se hallaban inmediatos, pasando por delante del muerto, se puso á hacer el mismo oficio; muerto este del mismo modo que el primero, le sucedió el tercero, y á este el cuarto, sin dejar aquel puesto desocupado, hasta que apagado el fuego de la trinchera y rechazados del todo los enemigos, se puso fin al combate.

Los franceses, tentados ya todos los medios, como ninguno les salia bien, tomaron al dia siguiente la determinacion de salirse de la ciudad por consejo y mandato de Vercingetorix. Esperaban hacerlo con poca perdida en el silencio de la noche, porque estaban cerca los reales de Vercingetorix, y la laguna que habia entre la ciudad y nuestro campo, estorbaba á los nuestros para seguirles el alcance. Ya estaban previniendo por la noche la ejecucion de este designio, cuando de repente se vieron salir en público las madres de familias, y arrojándose á sus piés, empezaron á suplicarles con lágrimas y todo género de plegarias, que no las dejasen á ellas y á sus comunes hijos en manos de sus enemigos para que les quitasen las vidas, á quienes su naturaleza y debilidad estorbaban la fuga. Cuando vieron que permanecian en su resolucion, porque el temor por lo regular, en los extremos peligros, no admite compasion alguna, empezaron á dar muestras de la fuga á los nuestros á gritos y por señas. Atemorizados los franceses con esta accion, porque no les tomase los caminos la caballería romana, desistieron de su intento.

Al dia siguiente mandó César acercar una torre; y concluidas todas las obras empezadas, como sobre-

viniese una copiosa lluvia, pareciéndole esta buena coyuntura para ejecutar sus designios, porque advertia que las centinelas asistian al muro con poca vigilancia, dió órden de que las tropas guarneciesen las obras con menos cuidado y las comunicó su resolucion. Dispuso ocultamente las legiones ligeras dentro de las fortificaciones, propuso premios á los primeros que escalasen el muro, y dió la señal del asalto. Volaron repentinamente los soldados por todas partes y coronaron en un instante la muralla.

Atemorizados los enemigos con aquella novedad, y desalojados del muro y de las torres, se hicieron fuertes en forma de cuño en la plaza y otros parajes descubiertos, con el ánimo de hacer frente por cualquiera parte que se les acometiese. Mas cuando vieron que ninguno bajaba al raso, sino que se iban extendiendo por el muro, temiendo les cortasen del todo la esperanza de la fuga, arrojando las armas, huyeron á carrera tendida á los extremos de la ciudad; aquí murió parte de ellos á manos de los soldados, oprimiéndose unos á otros por la estrechez de las puertas; y parte, que ya habia salido fuera, á manos de la caballería, sin haber quien se detuviese en la presa. De tal suerte estaban enconados con la matanza de Orleans, y el trabajo que les habian costado las fortificaciones, que ni perdonaron á viejos, niños ni mujeres. Últimamente, de toda aquella multitud, que casi llegaba á cuarenta mil hombres, apenas ochocientos que, al oir la primera algazara, se echaron fuera de la ciudad, llegaron vivos á la presencia de Vercingetorix. Á los cuales, muy entrada ya la noche, recogió él, con la precaucion de que se adelantasen á recibirlos sus amigos y los sugetos principales de los pueblos, temiendo que á su llegada, y con la compasion, se originase algun alboroto en los reales, y cuidando de separarlos y distribuirlos en aquellos parajes donde tocaban al principio, segun el repartimiento de los *cuarteles*.

VI. Al dia siguiente, convocada una junta, consoló á sus soldados, exhortándolos «á que no cayesen de ánimo, ni se acongojasen con aquella desgracia, pues no habian vencido los romanos por su valor en campo de batalla, sino por arte y maña que tenian en los cercos de las plazas; de las cuales artes estaban ellos ignorantes; que iban muy equivocados los que esperasen habian de ser favorables todos los sucesos de la guerra; que él nunca fué de parecer se defendiese la plaza de Bourges, de lo cual tenia á ellos mismos por testigos, sino que por imprudencias de sus habitantes, y demasiada condescendencia de los demás, se habia sufrido aquella desgracia, mas que él la remediaria bien presto con mayores ventajas; pues ganaria con su diligencia todas las ciudades que no seguian la parte de los demás franceses, y haria un solo consejo de toda Francia, á cuyo consentimiento ni todo el orbe de la tierra seria capaz de resistir; lo cual tenia casi enteramente compuesto; que entretanto era razon se alcanzase de los presentes el que empezasen á fortificar su campo, para poder contrarestar los asaltos repentinos del enemigo.»

No sonó mal la plática á los franceses, en especial porque el capitan no habia caido de ánimo en medio de un golpe tan fuerte, ni escondido la cara; ni huido de presentarse á su gente; antes juzgaban por mayor su providencia y conocimiento de lo que podia suceder; pues desde el principio fué de dictámen, primero que se incendiase á Bourges, y después que se evacuase. Y así como las adversidades suelen disminuir la autoridad de otros generales, así crecia cada dia mas la reputacion de este después de aquella pérdida; y sobre todo entraban en esperanza, segun su aseveracion, de traer á su partido á las demás ciudades. Entónces fué cuando los franceses empezaron á fortificar sus reales, quedando tan consternados aquellos hombres, nada acostumbrados á tales trabajos, que llegaron á creer debian sufrir y tolerar cuanto se les mandase.

Con no menor diligencia de la que habia prometido, revolvia para consigo Vercingetorix el modo con que atraeria á las demás ciudades, conciliándose con regalos y promesas á los sugetos mas principales de ellas. Para este intento escogia personas á propósito, con cuyas pláticas mañosas, y fingidas amistades, pudiesen ser otros seducidos. Cuidó mucho de pertrechar de armas y vestido á los que se habian refugiado á él después de la toma de Bourges: y al mismo tiempo, para rehacer el ejército disminuido, mandó aprontar á las ciudades cierto número de gente, con órden del dia para el que se la habian de enviar al campo; y que se buscasen, y se le remitiesen todos los flecheros, de que habia en Francia un cuerpo muy considerable; con cuyas diligencias se completó en breve toda la gente que se perdió en Bourges. En este intermedio vino á ofrecérsele Teutomato, hijo de Ollovicon, rey de Agen, cuyo padre habia sido honrado con el título de amigo por el senado, con un buen número de caballos, parte suyos, y parte levantados en Aquitania.

César se detuvo algunos dias en Bourges, donde, habiendo hallado abundante provision de trigo y demás víveres, reparó su ejército del trabajo y escasez en que se hallaba. Pasado ya casi el invierno, como la misma estacion del año le llamase á la guerra, y hubiese resuelto salir en busca del enemigo, ó bien para sacarle de los montes y pantanos, ó apretándole por manera de cerco, llegaron diputados de Autun unos sugetos principales á suplicarle, «que socorriese á su país con la mayor urgencia, pues quedaba todo el estado en un peligro extremo de perderse; porque antiguamente se creaba un magistrado, que tuviese por un año la potestad real; y ahora habia dos con el mismo empleo, pretendiendo ambos haber sido elegidos conforme á las leyes. De los cuales uno era Convictolitan, mozo ilustre y floreciente; el otro Coto, tambien de casa antigua, hombre de mucho poder, y de gran parentela; cuyo hermano Vedeliaco habia obtenido el magistrado el año anterior: que toda la ciudad estaba en armas, dividido el senado, dividido el pueblo, y armado cada uno con sus amigos y dependientes: que si se dejaban fomentar mas tiempo estas controversias, vendrian á parar en pelear un partido contra el otro; y que en su diligencia y autoridad consistia, el que no se llegase á tanto rompimiento.»

César, aunque conocia era perjudicial apartarse de la guerra y del enemigo, con todo eso, no ignorando cuántos males se suelen originar de las discordias, para que una ciudad tan considerable y amiga del pueblo romano, á quien él siempre habia fomentado y honrado de todos modos, no viniese á la violencia y á las armas; y la parte que fiase menos de sí, no llamase á su auxilio á Vercingetorix, determinó adelantarse á estos efectos. Y por cuanto, segun las leyes de Autun, no pueden salir de sus confines los que ejercen el sumo magistrado, para que no se dijese disminuia los fueros de las leyes y costumbres, pensó en marchar él mismo la vuelta de Autun. Citó para Desa á todo el senado, y á aquellos entre quienes estaba la disputa. Junto aquí casi todo el cuerpo de la nacion, é informado secretamente por algunos, que

un hermano habia nombrado al otro en distinto lugar y tiempo del que convenia, prohibiendo las leyes que dos de una familia, viviendo uno y otro, no solo pudiesen ser elegidos para el gobierno, pero ni aun estar en el senado; obligó á Coto á deponer el empleo, mandando que prosiguiese en el Convictolitan, que habia sido creado por los sacerdotes, segun costumbre de la ciudad, con intervencion de los magistrados.

Interpuesto este decreto, exhortó á los autuneses á que se olvidasen de controversias y disensiones; y puestas á un lado todas las diferencias, se empeñasen en esta guerra; esperando de él, en habiendo conquistado la Francia, los premios merecidos, y le enviasen con prontitud toda la caballería, y diez mil peones, los cuales queria poner en los presidios, para asegurar los transportes de trigo. Después de esto, dividió su ejército en dos partes: entregó cuatro legiones á Labieno, para que las llevase á Sens y á Paris, y él marchó hácia Auverna, resuelto á cercar á Clermont, sobre el Allier: y dándole una parte de la caballería, se quedó con la restante. Sabido esto por Vercingetorix, hizo cortar todos los puentes de este rio, y empezó á marchar por la otra parte, estando los dos ejércitos uno á vista de otro, puestos casi enfrente los reales, y colocadas espías en diversos parajes, para que no hiciesen puente los romanos, y pasasen el rio.

Veia César que se le ponian las cosas de mal semblante, si el paso del rio le detenia una parte considerable del verano; porque regularmente no se puede vadear el Allier hasta el otoño. Para evitar esto, habiendo sentado su real en un paraje montuoso enfrente de uno de aquellos puentes que habia hecho cortar Vercingetorix, al dia siguiente se ocultó en cierto lugar con dos legiones, y despachó las demás tropas, segun tenia de costumbre, con todo el equipaje, sacando de las legiones las cuartas cohortes; de suerte, que pareciesen completas; y las dió órden de marchar cuanto pudiesen. Cuando por lo entrado del dia conjeturó que habrian llegado adonde debian acampar, compuso el puente con sus mismas maderas, cuya parte inferior permanecia entera; y concluida con prontitud la obra, pasó las legiones, eligió sitio á propósito para sentar el campo, y envió á llamar á las otras. Avisado de esto Vercingetorix, por no verse en precision de pelear contra su voluntad, se adelantó á Clermont á largas marchas.

VII. Desde allí á cinco jornadas llegó César á esta ciudad: el dia que llegó se trabó una escaramuza con la caballería: y registrada la situacion de la plaza, que, puesta en un monte muy alto, tenia dificultosa la entrada por todas partes, desconfió reducirla por fuerza, y tampoco pensó sitiarla hasta tener abundante provision de víveres. Vercingetorix sentó sus tropas en el monte delante de la plaza; y dispuestas con separacion á una distancia proporcionada las de cada ciudad, y coronadas todas las alturas, ofrecia una vista formidable á cuanto dominaba su ejército. Mandaba juntar todos los dias muy de mañana en su tienda los sugetos mas principales de las ciudades, que habia elegido para aconsejarse, ya hubiese que comunicar ó que disponer; y apenas dejaba pasar dia en que con alguna escaramuza de la caballería, mezclados tambien algunos flecheros, no experimentase el ánimo y esfuerzo de sus tropas. Habia enfrente de la ciudad, y en la misma falda del monte, otra montaña fuerte y escarpada por todas partes, que si la ocupasen los nuestros, parecia que estorbarian mucho á los enemigos el hacer agua y forraje con libertad; pero la tenian ellos ocupada con una guarnicion nó muy fuerte. Advertido esto, salió César de su real en el silencio de la noche, desalojó la guarnicion, antes que de la ciudad pudiesen socorrerla, y apoderado del sitio, puso en él dos legiones, y mandó hacer dos fosos de doce pies desde los reales mayores á estos, para que pudiesen ir y venir aun pocos de los suyos seguros del ataque repentino de los enemigos.

Mientras pasaba esto sobre Clermont, Convictolitan, autunés, á quien dijimos habia César adjudicado el magistrado, seducido con dinero por los auvernates, habló con algunos mozos, de los cuales era el principal Litavico con sus hermanos, personas de antigua nobleza. Comunicó primero con ellos el premio recibido, y los exhortó «á que se acordasen de que habian nacido libres y destinados al imperio: que su nacion era la única que retardaba la certísima victoria de Francia; separada la cual de los romanos, no les quedaba lugar, ni arbitrio para mantenerse: que el estaba obligado á César con algun beneficio; aunque de tal manera, que habia ganado ante él una causa justísima, pero que le llamaba mas la atencion la libertad comun. Porque ¿qué mas razon habia para que viniesen los romanos á sentenciar sobre el derecho y leyes de los autuneses, que para que sentenciasen estos sobre las de los romanos?» Llevados á la plaza los mancebos, con la oracion del magistrado y el esperado premio, prometieron que serian los primeros á llevar al cabo aquel intento, y se empezó á tratar el modo de ponerle en ejecucion, no fiando de poder reducir á la provincia á emprender temerariamente la guerra. Parecióles que seria bien dar á Litavico el mando de aquellos diez mil hombres que se enviaban á César para la guerra: que este cuidase de conducirlos, y sus hermanos se adelantasen á presentarse á él; y trataron cómo se habia de ejecutar su resolucion en lo demás.

Litavico recibió el ejército, y llegando ya á treinta millas de Clermont, convocó un dia de repente á los soldados, y les dijo con el llanto en los ojos: «soldados míos, ¿dónde vamos? Toda nuestra caballería, toda nuestra nobleza es muerta. Eporedorix y Virdomaro, los principales del estado, acusados falsamente de traidores, y sin haberles permitido defensa alguna, han perecido al furor de los romanos. Preguntádselo á los que han escapado de la misma muerte, pues á mí, que he perdido mis hermanos, y todos mis parientes, me embarga el dolor y la pena decir lo que ha pasado.» En esto se presentaron aquellos á quienes tenia industriados en lo que habian de decir, y refirieron á todo el ejército lo que Litavico habia dicho: «que se habia dado muerte á toda la caballería de Autun, por haberse dicho que estaban de inteligencia con los auvernates: que ellos se habian escapado de la misma pena ocultándose entre la multitud de los soldados.» Levantaron el grito los autuneses pidiendo á Litavico, «que mirase por ellos. ¿Cómo si hubiera, replicó el, lugar de consejo, y no fuera preciso tomar desde aquí el camino de Clermont, y juntar nuestras fuerzas con los auvernates? ¿Acaso podemos dudar que los romanos, que han cometido tal iniquidad, no vendrán tambien á acabar con nosotros? Por lo que, si algun valor hay todavía, venguemos la muerte de aquellos, que tan indignamente han perecido, y matemos estos ladrones.» Mandó presentar entónces á los ciudadanos romanos, que se hallaban allí con la confianza de la guarnicion, y al instante hizo saquear un gran convoy que llevaban, y matarlos á todos, despues de cruelmente atormentados. Despachó mensageros por todo el estado de Autun, manteniendo la impostura de la muerte de su caballería, y los exhortó á que, siguiendo el mismo par-

tido que el, tratasen de vengar igualmente sus injurias.

Eporedorix de Autun, mozo de ilustre nacimiento y de mucho poder en su pais, y juntamente Virdomaro, de la misma edad y favor, aunque de familia desigual, á quien Cesar habia levantado á grande dignidad de una suma bajeza por recomendacion de Diviciaco, habian venido entre la caballería, llamados por él particularmente. Estos dos sugetos tenian entre sí sus competencias sobre el gobierno, y habian reñido con todo su poder en la controversia pasada de los magistrados, uno por Convictolitan, y otro por Coto. Eporedorix, entendida la resolucion de Litavico, á media noche partió á dar cuenta á Cesar, suplicándole no permitiese que su ciudad, por desatentadas fantasías de aquellos jóvenes, faltase á la amistad del pueblo romano, como veia que iba á suceder, si tantos millares se juntaban con los enemigos; pues ni sus parientes los abandonarian, ni la ciudad lo miraria con indiferencia, como asunto de poca consideracion.

VIII. Mucho cuidado dió á César esta noticia, porque habia tratado siempre con particular distincion á la provincia de Autun; y así, sin pararse en ninguna consideracion, sacó de los reales cuatro legiones á la ligera y toda la caballería. No hubo tiempo en tan corto espacio para estrechar el campo, porque parecia que todo el buen éxito consistia en la prontitud. Dejó el mando de los reales á su lugarteniente C. Fabio con dos legiones: y habiendo mandado asegurar á los hermanos de Litavico, supo un poco antes de partir, que se habian pasado al enemigo. Exhortó á las tropas á que no sintiesen el trabajo de la marcha, que imponia la necesidad; y con gran voluntad de todos, habiendo alcanzado á ver el escuadron de Autun á las veinte y cinco millas de jornada, echó delante la caballería, los estorbó y cortó la marcha, dando órden de que á ninguno matasen. Mandó á Eporedorix y á Virdomaro, á quienes tenian ellos por muertos, que se adelantasen tambien con la caballería, y hablasen á los suyos. Conocidos estos, y averiguado el engaño de Litavico, empezaron los autuneses á extender las manos, á dar muestras de rendicion, y á suplicar por las vidas. Litavico escapó á Clermont con sus dependientes, á quienes no es lícito desamparar á sus patronos, aun en un peligro extremo de la vida.

César despachó mensageros por las ciudades de Autun, para asegurar los ánimos, de que habia conservado á los que pudiera haber dado muerte por derecho de la guerra; y con esto, concedidas tres horas de descanso al ejército, levantó el campo aquella noche marchando la vuelta de Clermont. Á la mitad de la jornada llegaron unos caballos, que enviaba Fabio á avisarle del gran peligro en que se habia visto. Dijéronle, «que habian sido asaltados los reales de una multitud inmensa de enemigos, sucediendo á los cansados gente de refresco con mucha frecuencia, fatigando á los nuestros con el contínuo trabajo, que precisamente habian de estar siempre sobre la trinchera por la extension de los reales: que quedaban muchos heridos de la multitud de flechas y toda especie de armas arrojadizas, para cuya resistencia habian sido muy convenientes las máquinas: que al partirse ellos, iba Fabio cegando las puertas, dejando dos solamente, añadiendo manteletes á la trinchera, y previniéndose para otro igual asalto el dia siguiente.» Con cuya noticia, y la buena diligencia que pusieron las tropas, llegó César al campo antes de salir el sol.

Mientras pasaba esto en Clermont, los autuneses, á las primeras noticias de Litavico, no pensaron tomar tiempo para averiguar si eran ciertas. Movia á unos la avaricia, á otros la iracundia y temeridad, sumamente natural á esta gente, con la cual cualquiera rumor leve toman por cosa averiguada. Y así empezaron á saquear los bienes de los ciudadanos romanos, á unos daban muerte, á otros reducian á servidumbre: ayudaba á precipitarlo todo Convictolitan, instigando el furor de la plebe, para que una vez cometido el delito, se avergonzasen despues de reducirse á la razon. Sacaron de la ciudad de Chalons, bajo de palabra de fidelidad, á C. Aristio, tribuno militar, que iba á juntarse con la legion, y obligaron á lo mismo á los que se hallaban allí con motivo de su comercio; y acometiéndolos en el camino de repente, los despojaron de todos sus efectos: á los que trataban de defenderse, los perseguian de dia y de noche; y muertos muchos de ambas partes movian á las armas mayor número.

En este estado, venida la noticia de que todas sus tropas estaban en poder de César, acudieron á Aristio, haciéndole presente, que nada de lo sucedido se habia ejecutado de comun consentimiento, y tratando de apreciar los efectos saqueados. Publicaron los bienes de Litavico y sus hermanos; enviaron comisionados á César para excusarse; todo esto hacian para recobrar sus ciudadanos. Pero empeñados ya en la maldad, obligados de la presa hecha en los bienes, por ser muchos los participantes de ella, y atemorizados del castigo, proseguian secretamente en el intento de la guerra, solicitando con mensageros á las demás ciudades. Todos estos artificios los penetraba Cesar; mas con todo, recibió á los comisionados con la mayor templanza, diciéndoles, que no pensaba tomar séria resolucion sobre la ciudad por la ignorancia y debilidad del vulgo, ni por esto se disminuiria su amistad con los de Autun. Y esperando mayor levantamiento de la Francia, por no verse atacado de todas las ciudades, revolvia en su imaginacion el medio de dejar la empresa de Clermont, y volver á juntar su ejército, para que la retirada, nacida del temor de una rebelion, no tuviese apariencias de fuga.

Estando en estos pensamientos, le pareció habérsele ofrecido buena ocasion de ejecutar sus designios. Porque viniendo á los reales menores á visitar las obras, advirtió que estaba limpio de gente el collado que ocupaban los dias atrás los enemigos con tanta multitud, que apenas se veia. Admirado de esto, preguntó el motivo á los desertores, de los que se pasaban muchos todos los dias á su campo. Confirmaron todos lo que ya él habia averiguado por los corredores, que siendo la espalda de aquel collado, bien que casi llana, montuosa y estrecha, por donde quedaba entrada á la otra parte de la ciudad, temian ellos mucho este paraje, y estaban en la creencia, de que ocupado el un cerro por los romanos, si perdian el otro, no podrian menos de ser circunvalados, y cerrados de toda salida y facultad de hacer forraje; por lo que Vercingetorix habia llamado toda la tropa á fortificar este puesto.

Con esta noticia envió allá Cesar á la media noche muchas compañías de caballos, con órden de que, con mayor estrépito de lo comun, anduviesen por todos aquellos parajes. Al amanecer mandó salir del campo una gran parte del equipaje y mulos con sus forrajes; y que los mismos arrieros con morriones, á manera de soldados de caballería, anduviese al rededor de los cerros, á los cuales añadió algunos caballos que se extendiesen con mayor ostentacion. Á todos mandó dirigirse al mismo paraje por largos rodeos. Todo esto se alcanzaba á ver desde Clermont, que dominaba nuestro campo: mas por la mucha distancia no se podia distinguir lo que ello era. Destacó despues por la

misma cuesta una legion, y un poco mas adelante, después de una hondonada, la ocultó en la selva. Aumentóse la sospecha á los franceses, y pasaron aquí todas las tropas de las fortificaciones. Viendo César desocupado el real de los enemigos, cubiertas las insignias de los suyos, y ocultas las banderas, hizo desfilar las legiones de los reales mayores á los menores, para que no se echase de ver desde la ciudad, y comunicó su resolucion con los tenientes, á cada uno de los cuales habia dado el mando de una legion. Sobre todo los encargó contuviesen á los soldados, no fuese que con el deseo de pelear, ó la esperanza de la presa, se adelantasen mas de lo justo: púsoles delante la desproporcion del sitio, que esta solo se podia evitar con la prontitud, que el lance era dar un golpe de mano, y nó una batalla. Hechas estas advertencias, dió la señal, y envió al mismo tiempo á los autuneses por otra eminencia á la mano derecha.

Distaba el muro de la ciudad, de la llanura y principio de la colina por camino recto, si no hubiera quebradas y rodeos, poco mas de una milla. Todo lo que se aumentaba de rodeo para suavizar la cuesta, se aumentaba de camino. Desde en medio del collado á lo largo, segun requeria la naturaleza de la montaña, habian levantado los franceses una muralla de seis piés de alto, hecha de piedras muy grandes, para detener nuestro ataque, y desocupado todo el espacio inferior, habian cubierto la parte superior hasta la muralla con unos reales muy espesos. Los soldados, dada la señal, llegaron prontamente á la fortificacion, y rompiendo por ella, se apoderaron de tres campamentos; en cuya toma fué tanta la presteza, que Teutomato, rey de Agen, sorprendido en su tienda, conforme se habia echado á descansar á mediodía, apenas pudo escapar de las manos de los soldados, que todo lo robaban, medio desnudo, y herido el caballo.

César, habiendo conseguido su intencion, como lo habia pensado, tocó la retirada, mandando á la legion décima, con la cual habia hablado, que hiciese alto. Los de las otras legiones, sin haber oido la señal de la retirada, por mediar un gran valle, con todo eran contenidos, segun las órdenes de César, por los tribunos y lugartenientes; pero, alentados de la esperanza de una pronta victoria, de la fuga de los enemigos, y los buenos sucesos de los tiempos pasados, ninguna empresa les parecia tan difícil, que no bastase á conseguirla su valor. Y así no pararon de seguir el alcance, hasta que se vieron junto á las murallas de la ciudad. Entónces, levantándose un alarido por todas ellas, amedrentados con aquel repentino alboroto aun los que se hallaban mas lejos, y creyendo que estaban ya los enemigos dentro de las puertas, se echaron fuera de la ciudad. Las madres de familias arrojaban desde la muralla sus joyas y vestidos; y mostrándose fuera con el pecho descubierto, suplicaban á los romanos, extendidas las manos, que las perdonasen, y no manchasen sus espadas con la sangre de las mujeres y niños, como en Bourges: y aun algunas se descolgaron de las murallas, y se pusieron en manos de los soldados.

IX. El centurion de la legion octava, L. Fabio, é quien se habia oido decir que, animado de los premios de Bourges, no permitiria que otro antes que él escalase la muralla, hallando allí á tres soldados suyos, y ayudado de ellos, subió al muro, y ayudó después á subir á los otros.

Entretanto los que, como arriba se dijo, se habian juntado á la otra parte de la ciudad para fortificarla, habiendo oido la gritería, y movidos tambien de continuos avisos, de que los romanos habian entrado la ciudad, marcharon todos hácia esta parte, echando delante la caballería. Conforme iban llegando, hacian alto al pié de la muralla, y aumentaban el número de los suyos, que estaban ya peleando. Junta ya una gran muchedumbre, las matronas, que poco antes tendian las manos á los nuestros, empezaron á conjurar á los suyos, mostrándoles, segun su costumbre, mesados sus cabellos, y poniéndoles delante sus propios hijos. Era la batalla desigual para los romanos, así por el paraje, como por el número de tropas; y estando tambien cansados de la marcha, y el espacio del combate, con dificultad se podian sostener contra los que venian de refresco.

Viendo César que se peleaba en lugar desproporcionado, y que se aumentaban cada vez mas las tropas de los enemigos, temiendo el riesgo de los suyos, envió órden al lugarteniente T. Sextio, á quien habia dejado de guarnicion en los reales menores, para que sacase sus cohortes, y se fuese á poner con ellas á la falda del collado, y á la derecha del enemigo, para que si viese desalojados á los nuestros, estorbase que los siguiesen los contrarios; y él se quedó á esperar el suceso del combate con su legion, un poco mas adelante de donde hizo alto al principio.

Peleábase de cerca con gran denuedo, fiados los enemigos en el número, los nuestros en su esfuerzo, cuando se dejaron ver de improviso los autuneses por el flanco de los nuestros, á quienes habia enviado César por otra subida para contener una parte del ejército enemigo. Estos atemorizaron mucho á nuestra gente por la semejanza de las armas; pues, aunque se distinguian en llevar desnudo el brazo derecho, que era la señal de los pacificados, con todo creyeron los nuestros que era zalagarda del enemigo para engañarlos. Á este mismo tiempo fueron cercados y muertos el centurion Fabio, y los que habian subido con él, y arrojados de la muralla. M. Petreyo, centurion de la misma legion, habiendo intentado forzar las puertas, oprimido de la multitud, y desconfiando de su vida por estar ya herido en muchas partes, dijo á sus manipulares que le seguian: « Ya que no puedo salvarme con vosotros, miraré por vuestra conservacion, pues os traje al peligro, llevado del deseo de la gloria. Mirad vosotros por vuestra vida en hallando la ocasion. » Dicho esto, arremetió al monton de los enemigos, y dando muerte á los dos primeros que encontró, retiró algun tanto á los demás de la puerta. Intentaron socorrerle los suyos: «En vano, les dijo, pretendeis socorrerme, cuando ya me faltan las fuerzas y la sangre; y así, retiraos de aquí, pues podeis, y refugiaos á la legion. » Poco después cayó peleando; pero dió la vida á los suyos.

Viéndose los nuestros apretados por todas partes, y perdidos cuarenta y seis centuriones, fueron obligados á retirarse; pero, siguiéndolos con demasiado ardor los franceses, los hizo tener el paso la legion décima, que se habia apostado en un paraje mas cómodo, y á esta vinieron á sostener después las cohortes de la legion trece, que, habiendo salido de los reales menores con el lugarteniente T. Sextio, habian tomado puesto mas ventajoso. Luego que llegaron las legiones á la llanura, hicieron frente al enemigo con toda su formacion; pero recogió Vercingetorix á los suyos desde la falda del collado dentro de las fortificaciones. Perdiéronse en esta accion casi setecientos soldados.

Al dia siguiente, convocado el ejército, « reprendió César la temeridad y vanagloria de los soldados, pues se habian arrogado la resolucion de á dónde habian de ir, ó qué se debia hacer, sin haber hecho alto dada la señal de retirada, y sin que bastasen á contenerlos

los tribunos y lugartenientes. Púsoles delante de cuánto momento era un mal terreno, cuál habia sido su dictámen en Bourges, cuando hallando á los enemigos sin capitan y sin caballería, habia dejado de las manos una victoria segura, por no exponerse á una corta perdida en la batalla, por la desigualdad del sitio. Tanto como admiraba su gran valor en no haberles podido estorbar el paso ni las fortificaciones de los reales, ni la altura del monte, ni la muralla de la ciudad, tanto reprendia su libertad y arrogancia en haber pensado entender mas que el general acerca de la victoria, y del suceso de las cosas; y que no menos apreciaba la moderacion y templanza en los soldados, que el valor y la grandeza de ánimo.»

Hecha esta plática, y asegurando al fin sus ánimos, para que no desmayasen por lo sucedido, ni atribuyesen al valor de los enemigos lo que solo la desigualdad del terreno habia ocasionado; siguiendo la resolucion que antes tenia formada de la retirada, sacó las legiones de los reales, y las formó en un paraje ventajoso. No quiso Vercingetorix bajar á lo llano; y trabada una ligera escaramuza, y esta favorable para los nuestros, volvió el ejército á los reales. Al dia siguiente hizo lo propio, y creyendo que bastaba para disminuir la vanidad de los franceses, y asegurar el ánimo de sus tropas, tomó la vuelta de Autun; y no siendo seguido de los enemigos, al tercer dia hizo componer el puente de Allier, y pasó su ejército.

Aquí supo de Eporedorix y Virdomaro, cómo Litavico habia marchado con toda la caballería á solicitar los ánimos de los autuneses; y que así era preciso que ellos se adelantasen á asegurar la ciudad. César, aunque por muchas otras cosas tenia bien conocida la deslealtad de los autuneses, y entendia que con la partida de estos, se apresuraba el levantamiento de la nacion: con todo no tuvo por conveniente detenerlos, para que no lo tomasen por agravio ó sospecha de temor. Al tiempo de partir les hizo una breve reconvencion de los beneficios que le debian los autuneses, trayéndoles á la memoria «el abatido estado en que los habia recibido bajo su proteccion, encerrados en sus ciudades, multados en sus tierras, despojados de sus tropas, tributarios de sus enemigos, obligados vergonzosamente á darles rehenes; y la fortuna y grandeza á que los habia elevado; de suerte que, nó solo habian vuelto á su estado antiguo, sino que parecia aventajarse su poder y reputacion al que habian tenido en todos tiempos.» Con estas reflexiones los despachó.

X. Era Nevers una ciudad de Autun, situada á las orillas del Loire, en terreno muy ventajoso. Aquí habia hecho César conducir la mayor parte de los rehenes de Francia, el trigo, el tesoro público, gran parte del equipaje suyo y del ejército, y habia enviado tambien un crecido número de caballos comprados en Italia y España para esta guerra. Llegados á esta ciudad Eporedorix y Virdomaro, y enterados del estado de las cosas de su nacion, que Litavico habia sido recibido en Autun, ciudad de mucha consideracion, que se habian unido con él Convictolitan, el magistrado, y casi todo el senado, y que de comun acuerdo se habian enviado comisionados á Vercingetorix para firmar la paz y amistad; les pareció no debian dejar pasar tan buena coyuntura. Y así, dando muerte en Nevers á la guarnicion, y á los que por sus tratos y jornadas se hallaban casualmente en la ciudad, repartieron entre sí los caballos y el dinero; dispusieron enviar los rehenes á Autun á poder del magistrado; y pusieron fuego á la ciudad, pareciéndoles que no podrian defenderla, para que no se aprovechasen los romanos de ella. Embarcaron el trigo que pudieron por el pronto; lo restante, parte quemaron y parte echaron por el rio. Empezaron á levantar tropas en toda la comarca, á colocar presidios y guarniciones por las riberas del Loire, y á hacer cabalgadas por todas partes, para poner miedo, con que pudiesen cortar los víveres á los romanos, ó echarlos de la provincia, obligados de la falta de ellos. Á cuya esperanza favorecia el haber crecido el Loire por las nieves, de suerte que parecia imposible vadearle por ninguna parte.

Informado César de todo esto, pensó no perder tiempo, si habia de haber riesgo en detenerse hasta concluir los puentes, para empeñarlos en el trance de una batalla antes que se juntasen allí mayores tropas. Porque, torcer la jornada hácia la provincia, mudando de intencion, no lo juzgaba todavía por necesario, cuando lo estorbaban la indignidad del caso, el monte Ceveno que estaba en medio, y la dificultad de los caminos: fuera de que deseaba muchísimo juntarse con Labieno, y las legiones que estaban con él. Y así, caminando de dia y de noche larguísimas jornadas, llegó al Loire cuando nadie lo pensaba, y hallado por la caballería un vado oportuno á proporcion de la necesidad, de suerte que solo los hombres y los brazos quedasen fuera del agua para sostener las armas, puesta la caballería en sitio á propósito para quebrantar la fuerza de la corriente, y perturbados los enemigos de aquella primera vista, pasó salvo todo el ejército; y hallando en los campos trigo y abundancia de ganados, provisto de estas cosas, enderezó la marcha por tierra de Sens.

XI. Mientras esto pasaba en el ejército de César, Labieno, dejando en Sens los reclutas recien venidos de Italia para guarnicion del equipaje, partió á Paris con cuatro legiones, ciudad perteneciente á los parisienses, puesta en una isla que forma el rio Sena. Sabida su marcha por los enemigos, se vinieron á juntar aquí muchas tropas de las ciudades comarcanas. Dieron el mando de las armas á Comalugeno, del país de Maine, elegido para este honroso cargo, aunque de edad muy avanzada, por su gran pericia militar. Este, advirtiendo que la ciudad estaba rodeada de una laguna que entraba en el Sena, y hacia muy embarazoso todo aquel espacio, acampó junto á ella, con resolucion de estorbar este paso á los nuestros.

Labieno, á los principios intentó hacer manteletes, cegar la laguna con tierra, maderas y cascajo, y hacer camino de este modo; pero, luego que conoció que esto tenia muchas dificultades, saliendo de los reales con el silencio de la media noche por el mismo camino que habia traido, llegó á Melun, ciudad de los senones, puesta en una isla del Sena, como dijimos de París. Habiendo hallado aquí cerca de cincuenta naves, juntas con presteza, y embarcadas en ellas las tropas, se amedrentaron con aquella novedad los vecinos, la mayor parte de los cuales habian sido llamados para la guerra, y la tomó sin resistencia. Compuso el puente que cortaron los enemigos unos dias antes, y pasó su ejército, tomando por la misma orilla del rio el camino de París. Sabido esto por los enemigos, de algunos que escaparon de la ciudad, mandaron poner fuego á París, y cortar los puentes; y siguiendo la laguna, acamparon á la orilla del Sena en frente de París, y de los reales de Labieno.

Corrian voces de que César habia levantado el campo de Clermont, llegaban rumores del segundo levantamiento de Francia, y de la rebelion de Autun, y aseguraban los franceses en sus conversaciones, que César tenia cerrados los pasos por el rio Loire, y que, obligado de la escasez de víveres, se habia retirado á

la provincia. Los del Bovesis, luego que supieron la desercion de Autun, siendo ya de suyo desleales, empezaron á levantar tropas, y disponer la guerra abiertamente. Entónces Labieno, al ver tan alteradas las cosas, creyó debia tomar muy distinto partido del que antes intentaba, no tratando ya de ganar terreno, ni provocar á los enemigos á la batalla, sino de restituir su ejército entero á Sens. Porque por una parte instaban los del Bovesis, gente de mucha reputacion de esforzados en Francia; y por otra estaba Comalugeno con ejército prevenido y dispuesto; y además separaba un rio muy caudaloso á las legiones, de la guarnicion y el equipaje. En tantas dificultades como se habian ofrecido de repente, veia que en el valor y esfuerzo se debia buscar el remedio de ellas.

Y así, convocando al anochecer una junta, y exhortando á todos á que ejecutasen sus órdenes con cuidado y diligencia, encargó las naves que habia traido de Melun á los caballeros romanos, con órden de salir á la primera vela, caminar rio abajo cuatro millas con mucho silencio, y esperarle allí. Dejó de guarnicion en los reales cinco cohortes, de las que no tenia por á propósito para la batalla; y mandó que las cinco restantes de la misma legion marchasen rio arriba con todo el equipaje, haciendo gran ruido: hizo tambien buscar lanchas, y las envió hácia la misma parte con gran estrépito de remos. Él salió después en el silencio de media noche con tres legiones hácia á donde habia mandado que le aguardasen las naves.

Llegado aquí, se dió muerte á los corredores de los enemigos, que estaban apostados por todo el rio, cogiéndolos desprevenidos, á causa de haberse levantado una gran tempestad. Pasó prontamente del otro lado el ejército y la caballería, cuidando del desembarco los caballeros romanos, á quienes se dió este encargo. Casi á un mismo tiempo se avisó á los enemigos al amanecer, que en los reales romanos se advertia mayor alboroto de lo acostumbrado, y que marchaba un largo escuadron por la parte del rio arriba, donde se oia mucho ruido de remos, y que un poco más abajo se transportaban en naves los soldados. Oidas estas noticias, y pensando que las legiones pasaban por tres partes, y que amedrentados todos con la rebelion de Autun, disponian la fuga, distribuyeron tambien su ejército en tres trozos. Así dejada la guarnicion en frente de nuestros reales, y enviado un corto escuadron hácia Meudon, que caminase otro tanto como las naves, partieron con el resto contra Labieno.

Al amanecer ya estaban del otro lado todos los nuestros, y se alcanzaba á ver el ejército de los enemigos. Labieno, exhortando á los soldados á que tuviesen memoria de su antiguo valor, y de tan señaladas victorias, y pensasen que estaba presente el mismo César, bajo cuya conducta habian vencido muchísimas veces á los enemigos, dió la señal de acometer. Al primer choque fueron desbaratados y puestos en fuga los contrarios por el ala derecha, donde les hizo frente la legion séptima. Por la izquierda, en que iba la duodécima, tendidas las primeras filas, atravesadas de los dardos, con todos los restantes, se defendian valerosamente, sin que nadie diese sospecha de fuga. Asistia á todas partes, y á todos animaba su capitan Comalugeno; y estando todavía dudoso el suceso de la victoria, avisados los tribunos de la legion séptima de lo que pasaba en el ala izquierda, se pusieron con su legion á la espalda del enemigo, y le acometieron. Aun entónces ninguno perdió su puesto, sino que todos fueron cercados y muertos, corriendo Comalugeno la misma fortuna. Los que habian quedado de guarnicion enfrente de los reales de Labieno, habiendo oido que era trabada la batalla, acudieron al socorro de los suyos, y tomaron una altura; pero no pudieron resistir el ímpetu de los nuestros, que ya iban vencedores; y así, mezclados con los fugitivos, los que no se refugiaron en los montes, perecieron á manos de la caballería. Concluida esta accion, volvió Labieno á Sens, donde habia dejado el equipaje del ejército, y desde aquí llegó con todas sus tropas á incorporarse con César.

XII. Sabida la rebelion de Autun, se aumenta la guerra, despáchanse embajadas á todas partes, pónese por obra cuanto se alcanza con el favor, la autoridad, y el dinero para solicitar las ciudades: infúndese temor á los dudosos con la muerte de los rehenes que César habia dejado en su poder. Piden los autuneses á Vercingetorix que venga á su ciudad para tratar el modo de hacer unidos la guerra. Alcanzado esto, se empeñan en que se les entregue el mando absoluto; y puesto este negocio en disputa, se publica un congreso general en Autun. Júntase un gran número de todas partes en esta ciudad, encomiéndase la decision á votos, y todos á una voz confirman la eleccion de Vercingetorix. No se hallaron en la asamblea los de Reims, Langres y Treveris; aquellos porque seguian la parte de los romanos, los de Tréveris por estar muy distantes, y por lo mucho que les daban que hacer los alemanes; por lo cual no asistieron en toda la guerra, ni enviaron socorro á unos ni á otros. Llevaron muy á mal los autuneses haber perdido el mando: quejábanse de la mudanza de la fortuna, echaban menos el favor de César: mas una vez emprendida la guerra, no se atrevian á separarse de los demás. Eporedorix y Virdomaro, mozos de grandes esperanzas, obedecian mal de su grado á Vercingetorix.

Este pide rehenes á las ciudades: manda juntarse aquí toda la caballería, que formaba un cuerpo de quince mil hombres: dice que se contentaba con el número de infantería que antes habia tenido; que no tentaria á la fortuna, ni se expondria al trance de una batalla; sino pues que tenia abundancia de caballería, era muy fácil estorbar á los romanos las conducciones de víveres y los forrajes: que abrasasen ahora sus trigos con buen ánimo, y pusiesen fuego á sus edificios, con cuya pérdida de sus bienes particulares veian que alcanzarian el imperio y libertad para siempre. Dispuestas estas cosas, mandó aprontar diez mil infantes á los de Autun, de Forez, del Leones, de Bojoles, de Bresa, y sus comarcanos; á estos añadió ochocientos caballos, y dándoles por cabo á un hermano de Eporedorix, les encargó hacer la guerra á los pueblos de Saboya y el Delfinado: por otra parte envió á los de Gevaudan, y á los de la comarca de Auverna contra los de Vivarés, Rovergue y Quercy, para que talasen los campos del bajo Lenguadoc. No dejaba con todo esto de solicitar á los saboyanos con mensageros y comisionados secretos, cuyos ánimos creia que aun no se habrian aquietado de la guerra pasada, prometiendo á los sugetos principales del país sumas de dinero, y á su nacion el imperio de toda la provincia.

Para estos casos se habian prevenido guarniciones de veinte y dos cohortes que habia levantado el lugarteniente L. César en la misma provincia, y con que se acudia á todas partes. Los vivareses, que de suyo vinieron á las manos con los de la comarca, fueron desbaratados, quedando muerto en la refriega C. Valerio Donotauro, hijo de Caburo, caballero principal; y otros muchos se vieron precisados á recogerse en las ciudades dentro de las murallas. Los saboyanos defendian su tierra con suma diligencia, apostadas muchas guarniciones en las orillas del Ródano.

Considerando César la superioridad del enemigo en la caballería, que estaban tomados todos los caminos, y que no podia ser ayudado de la provincia, ni de Italia, envió mensageros á la otra parte del Rin á las ciudades que habia sujetado los años anteriores, y trajo de ellas gente de á caballo, é infantería ligera hecha á pelear mezclada con la caballería. Llegados estos, porque traian malos caballos, los tomó de los tribunos y caballeros romanos, y los repartió á los alemanes.

Entretanto se acabaron de juntar las tropas que los enemigos esperaban de Auverna, y la caballería pedida á toda Francia. Formado de toda esta gente un formidable ejército, y marchando César la vuelta del Franco Condado por las fronteras de Langres, para poder socorrer mas fácilmente á la provincia, acampó Vercingetorix, dividido el ejército en tres campos, á distancia de diez millas de los romanos: y llamando á consejo á los jefes de la caballería, los habló diciendo: «Que habia llegado el tiempo de la victoria: que iban huyendo los romanos á la provincia, dejando libre la Francia: que esto les bastaba para alcanzar su libertad por el presente; pero que se adelantaba poco para la paz y quietud de adelante; porque volverian después con mayores tropas, y no pondrian fin á la guerra: y así era preciso acometerlos en el embarazo de la marcha: que si la infantería acudia al socorro de los suyos, y para esto hacian rostro firme, no podrian seguir la marcha; y si trataban de mirar por su vida, como el creia, dejando los equipajes, quedarian despojados de las cosas necesarias, y de su honra y dignidad; porque en cuanto á la caballería nadie debia dudar que ninguno se atreveria á salir fuera de su formacion. Y para que entrasen con mas ánimo en la accion, él se quedaria con todas las tropas de á pié delante de sus reales para poner espanto al enemigo.» En esto levantó el grito la caballería diciendo, «que convenia asegurar á todos con el mas solemne juramento, que no fuese admitido bajo de cubierto, ni tuviese acogida entre sus hijos, sus padres ni sus mujeres el que no atravesase dos veces á caballo por el ejército contrario.»

Aprobada esta resolucion, y juramentados todos, al dia siguiente, dividida en tres trozos la caballería, se dejaron ver dos de ellos por los dos lados, y el tercero empezó á estorbar la marcha por la vanguardia. Con esta noticia dispuso tambien César que su caballería marchase contra el enemigo dividida en tres cuerpos. Trabóse la batalla de ambas partes, hizo alto la infantería, y se recogió el equipaje en el centro de las legiones. Adonde parecia que los nuestros estaban en peligro, ó eran cargados con mas fuerza, allí mandaba César acudir las insignias, y hacer frente todo el ejército; lo cual estorbaba á los enemigos para adelantarse, y alentaba á los nuestros con la esperanza de socorro. Al cabo tomaron los alemanes una altura á la mano derecha, desde donde desalojaron á los enemigos, y mataron á muchos, siguiéndolos hasta el rio, donde habia quedado Vercingetorix con la infantería. Visto esto por los demás, y temiendo ser cercados, se pusieron en fuga. Hízose mucha carnicería en todas partes. Quedaron prisioneros tres autuneses de los principales: Coto, general de la caballería, el que tuvo la competencia con Convictolitan en los comicios anteriores: Cavarilo, que después de la desercion de Litavico habia quedado con el mando de la infantería; y Eporedorix, que habia sido general en la guerra que tuvieron con los del Franco Condado antes de la venida de César.

XIII. Puesta en fuga toda la caballería, volvió Vercingetorix la infantería á su alojamiento conforme la habia sacado, y tomó al instante el camino de Alisa, ciudad de Anxois, dando órden de que le siguiese tambien cuanto antes todo el equipaje. César, habiendo mandado retirar el suyo á un cerro inmediato, y dejadas dos legiones para su defensa, partió en su seguimiento todo lo que dió de sí el dia, y matándole cerca de tres mil hombres de la retaguardia, al siguiente acampó cerca de Alisa. Reconocida su situacion, y aterrados los enemigos por verse privados de la caballería, que era la parte del ejército en que tenian mas confianza, exhortó César á sus soldados al trabajo, y trató de formar líneas de circunvalacion contra la plaza.

Estaba situada esta en lo alto de un cerro eminente, de suerte, que no habia apariencias de poderla tomar sino por via de cerco. Al pié del cerro corrian dos diferentes rios, cada uno por su lado. Delante de la plaza se extendia una llanura por espacio de tres mil pasos: por las otras partes estaba rodeada de otros collados á medias distancias, de igual altura que el primero. Al pié de la muralla, por la parte del collado que caia al oriente, llenaban todo el terreno las tropas francesas, habiendo hecho delante un foso y una muralla de seis piés de alto. La línea que empezaban á trabajar los romanos tomaba once millas de circúito, su campo estaba situado en parajes ventajosos, y en ellos levantados veinte y tres fuertes, en que asistian guarniciones de dia para que no se hiciese alguna salida de la plaza; y de noche los ocupaban centinelas contínuos, y otras fuertes guarniciones.

Estando ya empezada la obra, se dió una batalla ecuestre en el llano que dijimos se extendia como tres mil pasos entre los collados. Fué muy reñida de ambas partes; y viendo César apretados los suyos, les envió de refuerzo los alemanes, y colocó las legiones delante del campo, para detener la infantería enemiga, caso que hiciese alguna salida. Aumentóse el ánimo á los nuestros con la defensa que se les añadió de las legiones, con que, puestos en fuga los enemigos, ellos mismos se embarazaban con su muchedumbre, y se precipitaban mas por haber dejado unas puertas muy estrechas. Siguiéronlos con denuedo los alemanes hasta sus mismas trincheras. Hízose gran carnicería. Algunos dejaban los caballos, é intentaban salvar el foso, y pasar al otro lado de la muralla. En esto mandó César adelantarse un poco las legiones que habia puesto al frente de su campo, con que no menos fueron asaltados del miedo los franceses que estaban de la parte adentro de las fortificaciones; y pensando que venian sin parar sobre ellos, empezaron á gritar al arma, al arma. Algunos se entraron de miedo en la ciudad, cuyas puertas mandó cerrar Vercingetorix para que el campo no quedase abandonado. Los alemanes se retiraron habiendo muerto mucha gente, y tomado muchos caballos.

Vercingetorix, antes que los romanos concluyeran sus obras, tomó la determinacion de despedir la caballería en una noche. Al tiempo de ejecutarlo, encargó á cada uno dijesen en sus pueblos, «que alistasen para la guerra á cuantos estuviesen en edad de tomar las armas. Propúsoles los beneficios que le debian, les rogó tuviesen consideracion de su vida, y siendo tan benemérito de la libertad comun, no le entregasen al furor de sus enemigos: y les hizo presente, que si no ponian en esto buena diligencia, perecerian allí con él ochenta mil hombres escogidos: que hecha la cuenta, tenia trigo para treinta dias escasamente, aunque podria aguantar algo mas con economía.» Dadas estas instrucciones, los despachó una noche con

silencio á cosa de las nueve, por aquella parte donde no estaba concluida nuestra obra. Mandó tambien que le trajesen todo el trigo que habia, con pena de muerte á los que no obedeciesen. Repartió todo el ganado de que habian provisto con abundancia los de Auxois; y dió órden de que el trigo se diese poco á poco, y con medida escasa: introdujo en la ciudad todas las tropas que antes tenia delante de ella; y con estas determinaciones se dispuso á esperar los socorros de Francia, y sostener la guerra.

Informado César de estas disposiciones por los prisioneros y desertores, trató de hacer las fortificaciones siguientes: mandó cavar un foso de veinte piés con sus lados iguales, de modo que fuese tan capaz el fondo como los bordes de arriba, y retiró atrás todas las demás fortificaciones á cuatrocientos pasos de distancia, con el cuidado de que no viniesen de noche sobre ellas los enemigos, ya que por necesidad habia abrazado tan grande espacio, que no era posible cubrirle todo con sus tropas, y para que de dia no pudiesen hacer daño sus flechas á nuestros trabajadores. En el espacio intermedio mandó cavar otros dos fosos de igual profundidad, y de quince piés de ancho, á los cuales llenó de agua que sangró del rio que caia á la parte interior. Detrás de estos fosos levantó un muro y una trinchera de doce piés de alto, guarnecida de un parapeto con almenas, y de gruesos troncones en figura de horquillas, sobresalientes entre la union del muro y la trinchera, que estorbasen á los enemigos el tomarla; y toda esta obra flanqueó de torres distantes una de otra ochenta piés.

Era preciso á un mismo tiempo buscar materiales, hacer provision de víveres, y trabajar tan grandes fortificaciones, estando disminuidas las tropas que se alejaban mucho del campamento. Algunas veces intentaron los franceses asaltar nuestras obras, y hacer salidas de la ciudad por todas las puertas. Y así pensó César añadir todavía algo de nuevo á los reparos para poderlos defender con menos gente. Mandó, pues, cortar troncos de árboles ó ramos muy gruesos, y aguzándolos por los cabos, hizo cavar fosos seguidos de cinco piés de profundidad delante de sus líneas, en que se fijaban estos palos sujetos entre sí por abajo, para que no se pudiesen arrancar, y las ramas salientes por encima. Cinco filas dispuso de estos, unidos y enlazados unos con otros, por donde el que entrase habia de quedar clavado en las puntas. Á estos llamaban «cippi.» Delante de esto se dispusieron oblicuamente otras cinco hileras de fosos de tres piés de profundidad, mas estrechos por arriba que por abajo, en que se fijaban troncos redondos del grueso de un muslo, puntiagudos y tostados por la parte superior, que solo sobresalian cuatro dedos fuera de la tierra, bien calzados por la parte de abajo, para que estuviesen seguros; y lo restante del foso se cubria con yerbas y ramas para ocultar la zalagarda. De estos se dispusieron ocho hileras distantes entre sí tres piés, á los cuales llamaban «lilia,» por la semejanza que tenian con esta flor. Delante de todo esto se hincaron tambien en tierra unas piezas de madera de un pié de largo, guarnecidas de puntas de hierro, sembradas por todo aquel terreno, á poca distancia unas de otras, á las cuales llamaban «estímulos.»

Concluidos estos trabajos, tomando los terrenos mas llanos que se podia por espacio de catorce millas, hizo levantar otra igual línea de contravalacion contra los enemigos de afuera, para que ni con una multitud inmensa, caso que sucediese en su ausencia, pudiesen ser atacadas todas las fortificaciones, y saliesen las tropas de los reales con menos peligro á lo que fuese menester. En este estado dió órden para que todos se previniesen de víveres y forraje para treinta dias.

XIV. Mientras pasaba esto sobre Alisa, determinaron los franceses, celebrado primero un congreso, convocar á la guerra, nó á todos los que se hallaban en estado de tomar las armas, como habia ordenado Vercingetorix, sino repartir cierto número á cada provincia, porque la confusion de una multitud tan grande, no estorbase para gobernarla, distinguir sus pabellones, y proveer en los víveres. Así que, repartieron al territorio de Autun y sus dependientes los del país de Suze, del Nivernes, y Brianzon, treinta y cinco mil hombres. Otros tantos á los de Auverna, entrando en su partido los de Quercy, Gevaudan y Valais, que estaban bajo su gobierno. Á los de Sens, del Franco Condado, de Berry, á los de Santoña, Rovergue y Chartrain doce mil hombres. Á los del Bovesis diez mil. Otros tantos á los lemosinos. Ocho mil á los de Poitou, Turena, Paris y Helvios. Á los de Soisons, de Amiens, Lorena, Perigord, condado de Bolonia y Agen cinco mil. Á los de Manceaux y Artois nueve mil. Á los de Roan, de Lisieux y Evreux tres mil. Á los de Bale y el Borbonés treinta mil. Á todos los pueblos de la costa del océano, llamados por costumbre armoricos, en que entran los de Quimpercorentin, de Rennes, de Avranches, de Bagueux, de San Pablo de Leon, de Freguier, de san Brieu, de Vannes y Cotentin, seis mil. Los del Bovesis no apurontaron la gente de su repartimiento, excusándose con que ellos harian por sí la guerra á los romanos, sin sujetarse al imperio de otro alguno; sin embargo, á ruegos de Comio, y por respeto de su alianza, enviaron dos mil hombres.

Dijimos arriba que de este Comio se habia servido César con fidelidad y utilidad años atrás en Inglaterra; por cuyos méritos habia dejado á su nacion exenta de contribuciones, la habia restituido sus fueros y leyes, y puesto el país de Bolonia bajo su jurisdiccion. Pero fué tan uniforme la conspiracion de toda la Francia para recobrar su libertad y restaurar su antigua gloria militar, que ni los beneficios ni la memoria de la amistad los movian; sino que todos con todo su conato y fuerzas se empeñaron en esta guerra, habiendo juntado un ejército de ocho mil caballos, y cerca de doscientos cuarenta mil infantes. Pasábase revista á estas tropas en los términos de Autun; nombrábanse generales; dióse el mando universal á Comio, rey de Arras, á Virdomaro y Eporedorix, autuneses, y á Vergasilauno, auvernate, sobrino de Vercingetorix; á los cuales se añadieron otras personas escogidas, por cuyo consejo se manejase la guerra. Todos partieron alegres y llenos de confianza la vuelta de Alisa. Nadie creia que se habia de poder resistir la vista sola de tan formidable ejército, especialmente en medio de dos ataques, uno de las surtidas de la plaza, y otro de afuera de tan considerable multitud de pié y de á caballo.

Los cercados, habiendo ya pasado el dia para el que esperaban el socorro de los suyos, consumido todo el trigo y sin noticia de lo que pasaba en Autun, formada una junta, empezaron á consultar sobre el éxito de sus trabajos. Fuéron varios los pareceres; parte aconsejaban la rendicion, y parte hacer una salida en cuanto les durasen las fuerzas; mas no me parece se debe dejar en silencio el discurso de Critoñato por su obstinada y extraordinaria crueldad. Este, pues, persona de nacimiento distinguido en Auverna, y tenido en gran reputacion. «No me detendré, dijo, en hablar sobre el dictámen de aquellos que á la ser-

vidumbre mas vergonzosa dan nombre de entrega y rendicion; los cuales ni juzgo deben ser tenidos por ciudadanos, ni admitidos al consejo. Á aquellos solos se dirigen mis palabras que aprueban la salida, en cuyo dictámen, con el consentimiento de todos vosotros, parece residir la memoria de nuestro antiguo valor. Flojedad es esta del ánimo, y nó virtud, no poder sufrir un poco tiempo la pobreza. Con mas facilidad se hallan quienes se ofrezcan á la muerte voluntariamente, que quienes resistan los trabajos con constancia. Y aun yo aprobaria este consejo, por lo mucho que puede en mí la reputacion, si ninguna otra pérdida considerara interesarse que la de nuestras vidas. Pero al tomar resolucion pongamos los ojos en toda la Francia, á la que hemos llamado á nuestro socorro. ¿Qué ánimo pensais que tendrán nuestros parientes, y amigos, muertos ochenta mil hombres en este sitio, si se ven obligados á pelear á vista de los mismos cadáveres? No querais privar de vuestro auxilio á aquellos que por la salud vuestra han menospreciado su propio peligro; ni por flojedad, ó temeridad, ó por flaqueza de ánimo asolar toda la Francia, y sujetarla á una perpetua servidumbre. ¿Acaso por no haber llegado al dia fijo, dudais de su fidelidad y constancia? ¿Pensais que es valor en los romanos el continuar todos los dias los trabajos de sus fortificaciones? Ya que no podeis ser sostenidos por las noticias de los vuestros, por estar tomados todos los caminos, tened por otros tantos testimonios de que se acerca su venida, el que amedrentados los enemigos, ni de dia ni de noche se apartan de sus reparos. ¿En este estado cuál es mi parecer? Que se haga lo que nuestros mayores ejecutaron en la guerra de los cimbrios y teutones, en nada comparable con la presente, que, encerrados en las ciudades, y vencidos de la misma falta de víveres, sustentaron sus vidas con la sangre *de aquellos* que eran inútiles para la guerra, y no se entregaron á los enemigos. De lo cual, sino tuviéramos este ejemplar, juzgaria yo por muy glorioso se hiciese ahora, y quedase la memoria de el á la posteridad. ¿Porque, qué hubo en aquella guerra que tenga semejanza con esta? Los cimbrios talaron la Francia, é hicieron mucho daño en ella; pero se salieron al cabo de nuestra tierra en busca de otra, dejándonos los establecimientos, las leyes, los campos y la libertad. ¿Pero los romanos qué es lo que pretenden? ¿Qué quieren? ¿sino llevados de la envidia, por habernos conocido esclarecidos en fama, y poderosos en armas, tomar asiento en nuestros campos y ciudades, imponiéndonos una eterna esclavitud? Jamás han hecho la guerra con otra condicion. Y si acaso ignorais lo que pasa en las naciones extranjeras, volved los ojos á la parte cercana de Francia, que reducida á una provincia suya, mudadas las leyes y gobierno, puesta bajo las segures, gime oprimida de una perpetua servidumbre.»

Habiendo dado todos su dictámen determinaron, que los que por enfermedad, ó por sus años eran inútiles para la guerra saliesen fuera de la ciudad: que se tentasen todos los medios antes que recurrir al consejo de Critoñato; pero que si obligaba la necesidad, y se detenia el socorro, se tomase aquel partido primero que sujetarse á la condicion de la entrega, ó de la paz. Los pueblos del Auxoix, que les habian dado entrada en su ciudad, fuéron obligados á salir fuera con sus hijos y mujeres; los cuales, habiéndose acercado á las líneas de los romanos, los suplicaban llorando con los mayores ruegos que los tomasen por esclavos, y los aliviasen con el sustento; pero César que tenia dispuestos sus cuerpos de guardia por las trincheras, mandó que no se les recibiese.

XV. Entretanto Comio y los demás capitanes, á quienes se habia fiado el mando de las tropas, llegaron á Alisa con todas ellas, y tomando un collado que no distaba mas que quinientos pasos de nuestros reparos, hicieron alto. Al dia siguiente sacaron de los reales la caballería, ocuparon toda aquella llanura, que dijimos arriba se extendia por tres millas, y colocaron la infantería un poco separada, y cubierta de este puesto, aunque en sitio eminente. Dominaba la ciudad toda la campaña: concurrieron todos, visto el socorro, dábanse parabienes, y rebosaban los corazones de alegría. Y así, sacando sus tropas, se pusieron al frente de la ciudad, y empezaron á cubrir con maderos, y cegar con faginas el foso mas inmediato, dispuestos á la surtida, y á todo acontecimiento.

César, ordenado su ejército á los dos lados de las fortificaciones, para que en caso necesario supiese y guardase cada soldado su puesto, mandó sacar la caballería de los reales, y dar la batalla. Dominaban el campo los reales que ocupaban lo mas alto de la cuesta, y todos los soldados estaban con la mayor atencion esperando el suceso del combate. Habian mezclado los franceses entre la caballería algunos flecheros y armados á la ligera, para que socorriesen á los suyos en la retirada, y resistiesen el ímpetu de nuestros caballos: por los cuales heridos algunos, se retiraban del combate. Confiando los franceses que los suyos llevarian lo mejor de la batalla, y viendo que los nuestros eran oprimidos de la multitud por todas partes, tanto los que estaban dentro de las fortificaciones, como los que habian venido á su socorro, alentaban á los suyos con grandes gritos y alaridos. Como el trance de la batalla pasaba á vista de todos, y no podia ocultarse lo bien ni lo mal hecho, á unos y á otros excitaba á mostrar valor el deseo de la gloria, y el temor de la ignominia. Duraba constantemente la pelea desde el mediodía hasta ponerse el sol con dudoso suceso, cuando los alemanes, cerrando sus compañías en una parte, acometieron de recio á los enemigos, y los desbarataron; puestos estos en fuga, los flecheros fuéron cercados y muertos. Al mismo tiempo siguieron los nuestros el alcance por todas partes hasta su mismo campo, sin darles lugar de rehacerse. Los que habian salido de Alisa, tristes, y perdida casi del todo la esperanza de la victoria, se volvieron á recoger á la ciudad.

Con un dia de intermedio, y habiendo prevenido en él cantidad de zarzos, escalas y garfios, salieron los franceses de sus reales con el silencio de la media noche, y se acercaron á nuestras fortificaciones de campaña. Levantaron de repente el grito, para que con aquella seña pudiesen conocer los cercados su venida, y empezaron á arrojar zarzos, á desalojar á los nuestros de las trincheras con hondas, piedras y flechas, y preparar todos los demás ingenios para el asalto. Á este tiempo, oida la gritería, dió Vercingetorix la señal á los suyos, y los sacó de la ciudad. Pusiéronse los nuestros sobre las fortificaciones, segun se habian distribuido los puestos en los dias anteriores: amedrentaron á los franceses con hondas, con palancas, y pelotas de plomo, que tenian dispuestas en las mismas obras. Quitada la vista con la oscuridad de la noche, se recibian muchas heridas de ambas partes, disparadas las flechas con máquinas. Los tenientes M. Antonio y C. Trebonio, á quienes tocó la defensa de estas partes, á donde conocian que estaban mas apretados los nuestros, les enviaban de refuerzo gente sacada de los castillos mas distantes.

Los franceses, mientras mas lejos estaban de la for-

tificacion, hacian mas daño con la multitud de sus dardos; pero conforme se iban acercando, ó se clavaban en los aguijones, sin pensarlo, ó se traspasaban cayendo en las fosas, ó morian á los tiros de las picas murales disparadas desde las murallas y las torres. Habiendo recibido muchas heridas, y amaneciendo ya, sin haber podido forzar ninguna fortificacion, temiendo ser cercados por el flanco con alguna salida de nuestros reales de la montaña, se retiraron á los suyos. Los cercados, mientras dispusieron las cosas que habia mandado Vercingetorix para el asalto, y llenaron los primeros fosos, habiéndose detenido algo mas en estas maniobras, antes de acercarse á las fortificaciones entendieron la retirada de los suyos, y se volvieron á la ciudad sin hacer nada.

XVI. Rechazados dos veces los enemigos con mucha pérdida, consultaron lo que debian hacer. Valiéronse de hombres prácticos de la tierra, de quienes se informaron de la situacion y fortificaciones de los reales primeros. Habia una colina á la parte de septentrion, la cual, por no poderla abrazar los nuestros con las líneas á causa de su gran circüito, las dirigieron por necesidad por un paraje nada ventajoso, y al pié de la cuesta. Este puesto ocupaban los lugartenientes C. Antistio Regino y C. Caninio Rebilo con dos legiones. Registrado el terreno por los espías, escogieron los generales enemigos sesenta mil hombres entre todo el ejército de aquellas naciones que tenian mayor opinion de valientes, determinando entre sí de secreto lo que se habia de hacer, y de qué modo. Señalaron el tiempo de mediodía para acercarse, y dieron el mando de estas tropas á Vergasilauno Auvernate, pariente de Vercingetorix, y uno de los cuatro generales. Salió de los reales al anochecer, y acabada su jornada cerca de ser de dia, se ocultó detrás de la colina, dando órden á sus soldados de que descansasen del trabajo de la noche pasada. Cuando le pareció que ya se acercaba el mediodía, se puso en marcha la vuelta de aquellos reales que dijimos arriba; y al mismo tiempo se iba acercando la caballería á las fortificaciones de campaña, y se manifestaba el resto de las tropas delante de los reales.

Vercingetorix, habiendo alcanzado á ver á los suyos desde la fortaleza de Alisa, salió de la ciudad con chuzos, galerías cubiertas, hoces y los demás pertrechos para el asalto. Peleábase á un mismo tiempo en todas partes, empleábanse todas las artes de la guerra, todos se convertian adonde parecia la parte mas flaca. El ejército romano se disminuia con tantas fortificaciones, y con dificultad acudia á todas partes. Pudo mucho, para atemorizar á los nuestros, la gritería que oyeron á las espaldas al principio del combate, viendo que consistia su seguridad en el valor ageno. Porque ordinariamente perturba con mas vehemencia los ánimos de los hombres cualquier rumor que se percibe á lo lejos.

César tomó un puesto ventajoso desde donde veia cuanto pasaba en todas partes; enviaba refuerzos á los que se hallaban apretados, asistia á unos y á otros, y les decia á voces, que esta era la única ocasion en que mas importaba apretar las manos. Los franceses desconfiaban de todo remedio si no forzaban las fortificaciones: los romanos esperaban en la victoria el fin de todos sus trabajos. Donde mas peligro habia era en las primeras fortificaciones á donde dijimos habia sido enviado Vergasilauno, porque era de mucha importancia la cuesta que ocupaba. Unos disparaban flechas; otros, formada la tortuga, se acercaban, y sucedian á los cansados otros de refresco. El cascajo que tiraban á los reparos, les daba escala, y cubria las trampas ocultas en la tierra; y á los nuestros ni las armas ni las fuerzas les alcanzaban.

Conocido este riesgo envió César á Labieno con seis cohortes de refuerzo, y órden de que si no podia resistir, las formase y pelease en forma de surtida; pero que no lo hiciese sino en caso de grave necesidad. Él mismo habló á los otros, exhortándolos á que no se rindiesen al trabajo, pues en aquel dia, y en aquella hora consistian los frutos de todas las fatigas pasadas. Los cercados, desconfiando de poder forzar las fortificaciones de los parajes llanos, tentaron apoderarse de los cuarteles de la montaña, y allí condujeron todos sus preparativos. Con la multitud de sus flechas derribaron á los que peleaban desde las torres, facilitaron la entrada con tierra y faginas, y deshacian con hoces el muro y parapeto.

Destacó César primeramente á Bruto el mozo con seis cohortes, después al teniente Fabio con siete, y al fin marchó él mismo con gente de refresco en lo mas reñido de la batalla. Restituida esta, y rechazados los enemigos, pasó adonde habia enviado á Labieno, sacó cuatro cohortes del castillo mas inmediato, mandó que le siguiese una parte de la caballería, y que otra rodease las fortificaciones exteriores, y acometiese á los enemigos por la espalda. Labieno, cuando ya ni el muro ni el foso podia resistir la fuerza de los enemigos, juntando treinta y nueve cohortes que le ofreció la suerte de los castillos inmediatos, dió parte á César de la resolucion que estaba para tomar. Diose priesa César para hallarse en esta accion.

Conocida su venida por el color del vestido que acostumbraba á usar por insignia en las batallas, y alcanzándose tambien á ver las compañías de caballos y cohortes que habia mandado seguirle, como se veia todo en lo bajo desde las alturas que dominaban, acudieron los enemigos á la batalla. Levantada la gritería de ambas partes, se oian segunda vez las voces de las trincheras, y de todas las fortificaciones. Los nuestros, disparados los dardos, echan mano á las espadas: déjase ver de repente la caballería á retaguardia, llegan otras cohortes, los enemigos vuelven las espaldas, huyendo se encuentran con la caballería, hácese gran matanza, muere Sedulio uno de los generales y el mas principal de los lemosinos, Vergasilauno Auvernate queda prisionero en la fuga, y llévanse á César setenta y cuatro banderas. Muy pocos de tanta multitud volvieron salvos á los reales. Viendo desde la ciudad la fuga y matanza de los suyos, desesperando ya de su salud, retiran las tropas de las fortificaciones; lo cual oido, al punto se declara la fuga en los reales: y si no se hallaran los nuestros tan cansados con los continuos ataques y trabajo de todo el dia, se hubiera podido acabar del todo con los enemigos. Habiéndose enviado en su seguimiento á la caballería, alcanzó á media noche la retaguardia, y hubo muchísimos prisioneros y muertos, escapando los demás á sus tierras.

Al dia siguiente convocó á una junta Vercingetorix, en la que hizo presente, «que nó por sus propios intereses, sino por la libertad comun, habia emprendido esta guerra. Y puesto que era preciso ceder á la fortuna, él se les ofrecia para cualquiera de estas dos cosas, ó bien quisiesen satisfacer á los romanos con su muerte, ó ponerle vivo en sus manos.» Enviáronse diputados á César sobre este punto. Mandó que rindiesen las armas, y le entregasen los jefes. Entregaron á Vercingetorix, y rindieron las armas. César hizo asiento en las fortificaciones delante de los reales; y reservando á los autuneses y auvernates, por si podia por su medio reducir las ciudades, repartió el

resto de los cautivos uno por cabeza á todo el ejército con título de presa.

Hecho esto, marchó la vuelta de Autun, y recobró la ciudad. Aquí llegaron embajadores de Auverna prometiendo estar á su obediencia: les pidió un buen número de rehenes; con lo que despachó las legiones á los cuarteles de invierno. Restituyó á los de Autun y Auverna cerca de veinte mil esclavos. Mandó marchar á Tito Labieno con dos legiones al Franco Condado, y le asoció á M. Sempronio Rutilo: alojó á C. Fabio, y á L. Minucio Basilo en Reims con dos legiones, para que no recibiesen algun daño de sus vecinos los del Bovesis: envió á C. Antistio Regino al Nivernés; á Tito Sextio á Berry; á C. Caninio Rebilo á Rovergue, cada uno con una legion. Puso á Q. Ciceron, y P. Sulpicio en Chalons sobre el Saona y Macona, ciudades de Autun, para que cuidasen de las provisiones de trigo; y él determinó pasar el invierno en Autun. Sabidos en Roma los sucesos de este año, por cartas de César se decretaron rogativas por espacio de veinte dias.

ARGUMENTO DEL LIBRO OCTAVO.

I. Reprime César un nuevo levantamiento, primero en Berrey, y despues en Chartrain.—II. Levantamiento de Bovesis. Escaramuzas ecuestres con lo cesarianos.—III. Fuga y batalla adversa de los boveses. Muerte de Correo, y conclusion de la guerra.—IV. Fabio vence á Dumnaco, general de Agen, sobre el Loire.—V. Rinde Fabio á Chartrain y las ciudades Armoricas; y Caninio á Lucterio y Drapes.—VI. Condena César á Guturvato: entrégase Cahors por falta de agua.—VII. Muerte de Drapes; prision de Lucterio: rendicion de la Aquitania y de Comio.—VIII. Visita César la Galia citerior, vuelve á la ulterior: pasa á Italia, y se informa de los designios de sus contrarios.

PRÓLOGO. Movido de tus instancias contínuas, Balbo, pues te parece que mi porfiada resistencia no tanto se dirigia á excusar la dificultad, como la flojedad mia, he entrado en un empeño sumamente difícil. He compuesto un Comentario de los hechos de nuestro César en Francia, no comparable á sus escritos antecedentes y posteriores; y he formado otro, bien que imperfecto, de los sucesos de Alejandría hasta el fin, nó de la disension civil que este hasta ahora no le vemos, sino de la vida de César. Los cuales ojalá sepan los que los leyeren cuán contra mi voluntad he emprendido escribirlos, para que mas fácilmente me absuelvan del crímen de necio y arrogante en haberme interpolado con los escritos de César. Porque es constante entre todos, que no se halla obra de alguno escrita con todo el trabajo y esmero posible, que no quede obscurecida á vista de la elegancia de estos comentarios; los cuales se han publicado para que los escritores tuviesen noticia de tales sucesos, y han merecido tanta estimacion en la opinion de todos, que no parece dan facultad á los autores, sino que se la quitan, para escribir sobre ellos una historia. Acerca de lo cual es mucho mayor la admiracion mia, que de los demás. Porque los otros saben al cabo con cuánta elegancia y pureza están escritos; pero yo fuí testigo de cuán pronta y fácilmente los concluyó. Tenia César, nó solo una suma facilidad y elegancia en el escribir, sino tambien una rara habilidad para explicar sus pensamientos. Además, no tuve yo la suerte de hallarme en la guerra de África, ni en la de Alejandría; de las cuales, aunque en mucha parte tuve noticia por conversaciones del mismo César; con todo, con diferente impresion oimos aquellos hechos que nos preocupan con la novedad, ó la admiracion, de aquella con que referimos los sucesos como testigos de vista. Mas, cuando voy recogiendo todas las razones de excusarme de ser puesto en paralelo con César, caigo en este mismo delito de arrogancia de pensar, que á juicio de algunos pueda yo ser comparado con el.

I. Sujeta toda la Francia, no habiendo interrumpido César el ejercicio de las armas en todo el verano antecedente, y deseando que descansasen las tropas de tantos trabajos en los cuarteles de invierno, tuvo noticia de que muchas naciones trataban de renovar la guerra á un mismo tiempo, y conjurarse para este fin. De lo cual se decia, que verosimilmente seria la causa el haber conocido los franceses, que ni con la mayor multitud junta en un lugar se podia resistir á los romanos; pero si á un tiempo muchas provincias les declarasen diversas guerras, no tendria su ejército bastantes auxilios, ni tiempo, ni gente para acudir á todas partes. Y así, ninguna ciudad debia rehusar la suerte de la incomodidad, si con esta lentitud podian las demás recobrar su libertad.

Para que no se confirmase la opinion de los franceses, dejó César el mando de los cuarteles de invierno al cuestor M. Antonio, y marchó con la caballería el último dia de diciembre de la ciudad de Autun á juntarse con la legion doce, que invernaba nó lejos de los términos de Autun, y la añadió la undécima, que era la mas inmediata. Dejó dos cohortes para resguardo del equipaje, y marchó con el resto del ejército á la fertilísima campaña de Berry; cuyos moradores, como tenian espaciosos términos y muchas ciudades, no podian ser contenidos con una sola legion de hacer prevenciones de guerra, y conspiraciones con este intento.

Sucedió con la repentina llegada de César lo que era preciso á gente desprevenida y desparramada; que, estando cultivando los campos sin temor alguno, fueron sorprendidos por la caballería, antes que pudiesen refugiarse á las poblaciones. Porque aun aquella ordinaria señal de sobrevenir el enemigo, que acostumbra á hacerse entender por los incendios de los edificios, habia sido prohibida con órden formal de César, para que no le faltase abundancia de pasto y trigo, si acaso pasaba mas adelante, ni los enemigos se amedrentasen con los incendios. Atemorizados los de Berry con la presa de muchos millares de hombres, los que pudieron escapar de la primera entrada de los romanos, se acogieron á las ciudades circunvecinas, ó fiados en los privados hospedajes, ó en la mancomunidad de los designios. Mas fué en vano; porque haciendo César marchas muy largas, acudió á todas partes, sin dar tiempo á ninguna ciudad de mirar antes por la salud y conservacion agena, que por la suya propia; con cuya prontitud mantuvo en su fidelidad á los amigos, y con el terror obligó á los dudosos á las condiciones de la paz. Propuesta esta, y viendo los de Berry que la clemencia de César les abria camino para volver á su amistad; y que las ciudades de su comarca habian sido admitidas sin otra pena que haberle dado rehenes, hicieron ellos lo mismo.

César, á vista de la constancia con que los soldados habian tolerado tan grandes trabajos, siguiéndole con tan buen deseo en tiempo de hielos por caminos muy trabajosos, y con unos frios intolerables, prometió regalarlos con doscientos sextercios á cada uno, y dos mil denarios á los centuriones con título de presa; y enviadas las legiones á sus cuarteles, se volvió á Autun á los cuarenta dias que habia salido. Estando aquí administrando justicia, llegaron comisionados de Berry á pedirle socorro contra los de Chartres, quejándose de que les habian declarado la guerra. Con cuya noticia, sin haber sosegado mas que diez y ocho dias, mandó salir á las legiones décima cuarta, y sexta, que inver-

naban sobre el Saona, de las cuales se dijo en el libro anterior que estaban destinadas aquí para facilitar las provisiones de víveres. Con estas dos legiones partió á castigar el atrevimiento de los chartreses.

Llega á los enemigos la fama del ejército, y temiendo iguales daños que los otros, desamparando las poblaciones que habitaban, en que por necesidad habian levantado unas pequeñas chozas y cabañas para guarecerse del frio (porque recien conquistados habian perdido muchas de sus ciudades) dieron á huir por diversas partes. César, que no queria exponer á sus tropas á los rigores de la estacion que amenazaban entónces, puso su real sobre Orleans, ciudad de Chartrain, y alojó parte de los soldados en las casas de los franceses, parte en las covachas que hicieron de pronto con la paja recogida para cubrir las tiendas; pero á la caballería é infantería auxiliar despachó por todos aquellos parajes por donde se decia que habian escapado los enemigos; y nó en vano, pues volvieron casi todos cargados de presa. Oprimidos los chartreses por el rigor del invierno y el miedo del peligro, echados de sus casas, sin atreverse á permanecer en un paraje mucho tiempo, ni poderse refugiar al amparo de las selvas, por la crueldad del temporal, dispersos, y con pérdida considerable de los suyos, se fueron repartiendo por las ciudades comarcanas.

César, considerando el rigor de la estacion, y teniendo por bastante deshacer estos cuerpos de tropas, para que no se originase algun nuevo principio de guerra; y conociendo cuanto alcanzaba con la razon, que no se podia mover empresa considerable para el verano, puso á C. Trebonio en el cuartel de Orleans con las dos legiones que tenia consigo.

II. Noticioso por frecuentes avisos de Reims, que los del Bovesis, señalados entre todos los franceses y belgas en la gloria militar, y las ciudades de su comarca prevenian ejército, y se juntaban en sitio señalado, teniendo por caudillos á Correo natural, del Bovesis, y á Comio, de Arras, para hacer una entrada con toda su gente en las tierras de Soissons, de la jurisdiccion de Reims; y juzgando que importaba nó solo á su reputacion, sino á su propio interés, que los aliados beneméritos de la república no recibiesen daño alguno, volvió á sacar de los cuarteles de invierno á la legion undécima, escribió á C. Fabio, que se fuese acercando á Soissons con las dos que tenia, y envió á pedir a Labieno una de las que estaban á su mando. De esta manera, cuanto lo permitia la inmediacion de los cuarteles, y el presupuesto de la guerra, repartia el cargo de ella alternativamente á las legiones, sin descansar él en ningun tiempo.

Juntas estas tropas, marchó la vuelta del Bovesis; y habiendo acampado en sus términos, destacó varias partidas de caballos á diversas partes, que hiciesen algunos prisioneros de quienes informarse de los designios de los enemigos. Hicieron estos su deber, y volvieron diciendo, que habian hallado muy poca gente en las poblaciones; y esta, nó que hubiese quedado por causa del cultivo de los campos, pues se habian retirado con diligencia de toda la comarca, sino que eran enviados como espías. Á quienes preguntando César dónde estaba la multitud de los boveses, ó cuál era su designio, halló que todos los que podian tomar las armas, habian formado un cuerpo, y con ellos los de Amiens, de Maine, de Caux, de Roan y Artois, y elegido para su real una eminencia rodeada de una laguna embarazosa: que habian retirado todo el equipaje á los montes mas apartados: que eran muchos los capitanes de aquella empresa; pero que toda la multitud obedecia á Correo, por haber entendido era el que mas odio mostraba al pueblo romano: que pocos dias antes habia marchado Comio de este campo á traer tropas auxiliares de sus vecinos los alemanes, cuya multitud era infinita: que tenian determinado los del Bovesis, por consentimiento de los cabos principales, y con gran contento de la plebe, en caso de venir César, como se decia, con tres legiones, presentarle desde luego la batalla, para no verse despues precisados á pelear con menos ventaja con todo el resto de su ejército; pero si traia mayores tropas, permanecer en el puesto, que habian tomado; y con emboscadas estorbar á los romanos el forraje, escaso y disperso por la estacion, y las provisiones de víveres.

Hechas estas averiguaciones, por convenir muchos en lo mismo, y viendo que las resoluciones que le proponian estaban llenas de prudencia, y muy distantes de la temeridad de gentes bárbaras, pensó todos los medios posibles, para que menospreciando los enemigos el corto número de su gente, saliesen á campo raso. Tenia consigo las legiones séptima, octava y nona, las mas veteranas y de singular valor: la undécima, de grandes esperanzas, compuesta de mozos escogidos, que, llevando ya cumplidos ocho años de servicio, con todo no habia llegado aun á igual reputacion de valiente y veterana. Y así convocada una junta, y expuestas en ella todas las noticias adquiridas, aseguró los ánimos de los soldados: y por si podia atraer á los enemigos á la batalla con el número de las tres legiones, ordenó el ejército en esta forma: Hizo marchar delante del equipaje á las legiones séptima, octava y nona, despues todo el equipaje (que no era considerable, como suele en tales expediciones), al cual cerrase la legion undécima para no darles apariencia de mayor número que el que ellos habian pedido. Ordenado así el ejército, casi en forma de cuadro, llegó á la vista de los enemigos antes de lo que pensaban.

Viendo ellos que se acercaban las tropas en ademan de pelear, aunque se le habia dado á entender á César su mucha confianza en sus designios, ó por el peligro de la batalla, ó por la llegada repentina, ó por esperar nuestra resolucion, ordenaron sus haces delante de los reales sin apartarse de la eminencia. César, aunque habia deseado venir á las manos, con todo, admirado de la multitud de los enemigos, acampó enfrente de ellos, dejando en medio un valle mas profundo que de grande espacio. Mandó fortalecer sus reales con un muro de doce piés, y á proporcion de esta altura fabricar un parapeto. Asimismo que se hiciesen dos fosos de quince piés de profundidad, tan anchos por arriba como por abajo: que se levantasen varias torres de tres altos, unidas con puentes y galerías, cuyos frentes se fortaleciesen con un parapeto para que fuese rechazado el enemigo por dos órdenes de defensores, uno que disparase sus flechas de mas lejos, y con mayor atrevimiento desde las galerías, cuanto estaba mas seguro en la altura; y el otro mas cercano al enemigo en la trinchera se cubriese con los puentes de sus flechas: y á todas las entradas hizo poner puertas, y torres muy altas.

Dos eran las intenciones de esta fortificacion: con tan grandes obras, y la sospecha de temor esperaba aumentar la confianza de los bárbaros, y habiéndose de ir lejos por el forraje y víveres, se podrian defender los reales con menos gente. Entretanto, adelantándose muchas veces algunos soldados de una y otra parte, se peleaba sobre una laguna que habia en medio, la cual pasaban á veces nuestras partidas, ó las de los franceses y alemanes, persiguiendo con mas ardor á los enemigos, y á veces las pasaban ellos

retirando á los nuestros. Además sucedia diariamente en los forrajes (como era preciso yéndose á buscar á las haciendas raras y dispersas) que, desparramados los que le buscaban en parajes quebrados, eran cercados: cosa que aunque de poco daño para los nuestros en caballerías y esclavos, con todo, no dejaba de levantar los necios pensamientos de los bárbaros, y mas habiendo venido Comio, de quien dijimos habia ido por socorros á Alemania, con una partida de caballos, que, aunque no eran mas que quinientos, bastaban para henchirlos con el socorro de los alemanes.

Viendo César que se mantenia el enemigo mucho tiempo en sus reales fortificados con una laguna y en sitio ventajoso por naturaleza, y que no podia asaltarlos sin un choque peligroso, ni cercar el sitio con obras, sin un ejército mas numeroso, escribió á C. Trebonio que lo mas pronto que pudiese llamase á sí la legion décima tercia, que invernaba en Berry, al mando del lugarteniente T. Sextio, y viniese á largas marchas á incorporarse con él con tres legiones. Entretanto destacaba todos los dias la caballería de Reims y Langres, y de las demás naciones, de que tenia un número considerable de escolta, á los forrajeadores para que contuviesen las correrías repentinas de los enemigos.

Como esto se hiciese todos los dias, y con la costumbre, como suele suceder, se fuese disminuyendo la diligencia, dispusieron los del Bovesis una emboscada con un trozo de infantería escogida, habiendo advertido de antemano donde solian apostarse nuestros caballos; y enviaron allí mismo su caballería al dia siguiente, para sacar primero á los nuestros al lugar de la emboscada, y acometerlos despues cogiéndolos en medio. Esta desgracia cayó sobre la caballería de Reims, á quien tocó aquel dia resguardar *á los forrajeadores*. Porque, advirtiendo de pronto la *de los enemiges*, y despreciándolos por verse superiores en número, los siguieron con demasiado ardor, y fueron cercados por la infantería emboscada. Con cuyo hecho perturbados, se retiraron mas presto de lo acostumbrado en las batallas de á caballo con pérdida de su general Vertisco; sugeto muy principal de su estado. El cual, pudiendo apenas manejar el caballo por su avanzada edad, con todo, segun la costumbre de su nacion, ni se habia excusado de tomar el mando, ni permitido que se pelease sin su presencia. Se hincharon y levantaron mas los ánimos de los enemigos con la prosperidad de la batalla, y la muerte de una persona tan principal como el general de la caballería de Reims; y los nuestros fueron avisados con aquel daño para apostarse examinando antes los parajes con mas diligencia, y seguir con mas moderacion las retiradas de los enemigos.

Con todo, no cesaban las diarias escaramuzas á vista de uno y otro campo en los vados y pasos de la laguna. En una de ellas, los alemanes que César habia traido para pelear mezclados con nuestros caballos, habiendo pasado todos la laguna con gran teson, y muerto á algunos que les quisieron hacer frente, y persiguiendo con denuedo á todo el resto de la multitud, se amedrentaron de suerte, nó solo los oprimidos de cerca ó heridos desde lejos, sino los que á mas distancia solian acudir de refuerzo, que huyeron vergonzosamente, sin dejar de correr, perdiendo siempre las alturas que ocupaban, unos hasta meterse dentro de sus reales, y otros mucho mas lejos movidos de su propia vergüenza. Con cuyo riesgo llegaron á cobrar tal miedo todas las tropas, que apenas se podia discernir, si eran mas insolentes en las cosas favorables y muy pequeñas, que pusilánimes en las adversas de alguna consideracion.

III. Pasados muchos dias en los reales, y noticiosos los generales de los enemigos que se acercaban las legiones y el lugarteniente C. Trebonio, temiéndose un cerco semejante al de Alisa, despacharon una noche á los que por sus años, debilidad ó falta de armas eran menos á propósito para la guerra, y enviaron con ellos el resto de los equipajes: cuyo perturbado y confuso escuadron, mientras se dispuso á la marcha (pues aunque marchen estas gentes á la ligera, les sigue siempre una gran multitud de carros), sobreviniendo la luz del dia, formaron algunas tropas al frente de los reales, no fuese que los romanos salieran en su seguimiento antes que se adelantase el equipaje. Pero ni César tenia por conveniente provocarlos, cuando se defendian desde una cuesta muy alta, ni tampoco dejar de acercar las legiones, hasta no poder retirarse los bárbaros de aquel puesto sin recibir algun daño. Y así, visto que la laguna embarazosa separaba un campo de otro, cuya dificultad podia estorbar la prontitud de seguirles el alcance; y que el collado pegado al real enemigo, á espaldas de la laguna, estaba tambien separado de los suyos por un mediano valle; echando puentes sobre la laguna, pasó las legiones del otro lado, y tomó prontamente el llano de encima del collado, que con suave declive estaba fortalecido por los lados. Ordenadas aquí las legiones, subió á lo alto de la cuesta, y sentó su real en un paraje, desde donde con máquinas podian herir las flechas al enemigo.

Confiando los bárbaros en la situacion de su campo, y no rehusando pelear, si los romanos intentaban subir la cuesta; pero no atreviéndose á echar partidas separadas por no ser sorprendidos hallándose dispersos, se estuvieron quietos. César, vista su pertinacia, previno veinte cohortes, señaló el espacio para los reales, y mandó que se fortaleciesen. Concluida la obra, formó las legiones en batalla al frente de la trinchera, y dió órden de tener los caballos aparejados en sus puestos. Viendo los enemigos dispuestos á los romanos para perseguirlos, y no pudiendo pernoctar, ni permanecer mas tiempo en aquel paraje sin vituallas, tomaron para retirarse esta resolucion: Fueron pasando de mano en mano delante del campamento todos los haces de paja y faginas sobre que estaban sentados, y de que tenian gran copia (pues como se ha dicho en los libros anteriores, así lo acostumbraban), y dada la señal al anochecer, á un tiempo los pusieron fuego. Así extendida la llama, quitó todas las tropas de la vista de los romanos, lo cual hecho, dieron á huir con gran priesa.

César, aunque no podia distinguir la fuga de los enemigos por el estorbo de las llamas, con todo, sospechando que habrian tomado aquella resolucion para escaparse, adelantó las legiones, y echó delante algunas compañías de caballos que los siguiesen. Él marchaba mas despacio, temiendo alguna emboscada, por si permanecia el enemigo en el mismo puesto, y pretendia llamar á los nuestros á algun desfiladero. Los de á caballo temian penetrar por el humo y por las llamas muy espesas; y si algunos, mas animosos penetraban, como apenas viesen las cabezas de sus propios caballos, temerosos de alguna celada, dieron á los enemigos oportunidad para ponerse en salvo. De esta manera, con una fuga llena de temor y astucia, habiendo caminado sin estorbo nó mas que diez millas, sentaron su real en un puesto muy ventajoso. Desde allí, poniendo muchas veces en celada ya la infantería, ya la caballería, hacian mucho daño á los nuestros en los

forrajes. Como esto sucediese con frecuencia, supo César, por un prisionero, que Correo, general de los enemigos, habia escogido seis mil infantes de los mas esforzados, y mil caballos de toda el resto de su gente para armar una celada en cierto paraje, adonde creia que enviaria a los romanos á hacer forraje, porque lo habia en abundancia. Sabido este designio, sacó Cesar mas legiones de las que acostumbraba, y echó delante la caballería, segun solia enviarla para escolta de los forrajeadores. Puso entre ellos algunas partidas de tropa ligera, y se acercó lo mas que pudo con las legiones.

Los enemigos, puestos en la emboscada, eligieron para lograr el golpe un lugar, que solo se extendia hasta mil pasos, fortalecido al rededor con selvas muy embarazosas, y con un rio muy profundo, y le cercaron todo. Los nuestros, averiguada la intencion de los enemigos, prevenidos de armas y valor para la batalla, y no rehusando peligro alguno, por saber que los seguian las legiones, llegaron al paraje en varias partidas. Con su venida pensó Correo que se le habia ofrecido la ocasion del logro de su empresa; y así se mostró á lo primero con poca gente, y arremetió á las partidas que tenia mas inmediatas. Los nuestros sufrieron constantemente el ataque de los emboscados, sin juntarse al mayor número, como sucede en los choques de á caballo; así por algun temor, como por el daño que se recibe de la misma multitud de la caballería.

Como esta pelease á pelotones, dispuestas alternativamente las compañías, sin permitir que los cercasen por los lados, salió corriendo todo el resto de las selvas con el mismo Correo á su frente. Trabóse la batalla muy reñida, la cual, mantenida largo rato sin conocida ventaja, se dejó ver poco á poco la multitud de infantería en forma de batalla, la cual obligó á retirarse á nuestra caballería; pero acudió presto á su socorro la infantería ligera, que dije habia marchado delante de las legiones, y peleaba con grande esfuerzo mezclada con los caballos. Peleóse algun tiempo con igual resistencia: mas después, como el lance lo pedia de suyo, los que sostuvieron los primeros encuentros de la emboscada, por esto mismo eran superiores, porque aunque fueron cogidos de sobresalto, no habian recibido daño alguno. Entretanto se iban acercando ya las legiones, y á un mismo tiempo llegaban frecuentes avisos á los nuestros y á los enemigos de que se acercaba el general con todo el resto del ejército. Con esta noticia, confiados los nuestros en el socorro de las legiones, peleaban con grande esfuerzo, para que no se creyese que por descuido comunicaban la gloria con el ejército. Los enemigos cayeron de su estado, y por diversos caminos buscaban la fuga en vano, pues se veian cercados en las mismas dificultades en que habian pretendido encerrar á los nuestros. Al fin vencidos, derrotados y perdida la mayor parte, huian consternados por donde los llevaba la suerte, parte á guarecerse en las selvas, parte á escapar por el rio, los cuales acabaron de perecer en la fuga, siguiendo el alcance porfiadamente los nuestros. Correo, sin embargo, no pudiendo ser vencido de la calamidad, ni reducido á salir de la batalla, y esconderse en las selvas, ni á rendirse, como le instaban los nuestros, peleando valerosamente, é hiriendo á muchos, obligó al cabo á los vencedores á que, airados de su obstinacion, le atravesasen de una multitud de flechas.

Con este suceso siguió César los pasos de la victoria; y creyendo que, desmayados los enemigos con la noticia de esta derrota, desampararian sus reales, que se decia distaban solo ocho millas de donde habia pasado la refriega, aunque veia el embarazo del rio, con todo pasó delante con su ejército. Los del Bovesis y sus aliados, habiendo recogido muy pocos de los suyos, y estos maltratados y heridos, que evitaron la muerte al favor de las selvas, viendo las cosas tan contrarias, informados de la calamidad, muerto Correo, perdida la caballería, y la mejor parte de la infantería, y creyendo que vendrian sobre ellos los romanos, convocada una junta al son de las trompetas, clamaron todos á una voz, que se enviasen comisionados y rehenes á César.

Aprobada por todos esta resolucion, Comio se pasó huyendo á aquellos pueblos de Alemania, de quienes habia recibido auxilios para esta guerra. Los demás, sin detencion, enviaron diputados á César, pidiéndole se contentase con aquel castigo, « que aun pudiendo y sin haber abatido sus fuerzas con la victoria, nunca se le impondria tal por su clemencia y humanidad: que habia quedado desbaratado su poder con la batalla ecuestre; habian perecido muchos millares de gente escogida de infantería, quedando apenas quienes les llevasen la infausta noticia; pero con todos estos males le aseguraban haber conseguido un gran bien en que Correo, autor de aquel levantamiento, y alborotador de la muchedumbre, hubiese quedado sepultado en sus ruinas; pues nunca en vida de él habia podido tanto en la ciudad el senado, como la necia plebe. »

Hecha esta súplica por los diputados, les trajo César á la memoria, « que el año pasado, ellos y todas las demás provincias de Francia habian emprendido á un mismo tiempo la guerra; pero ningunos permanecieron en su resolucion con tanta obstinacion como ellos; no habiéndose querido reducir á la razon y cordura con la entrega y rendicion de los demás: que sabia y entendia muy bien con cuánta facilidad se atribuyen las causas de los yerros á los muertos; pero que nadie era tan poderoso, que con el flaco ejército de la plebe fuese capaz de emprender y sostener una guerra contra la voluntad de los principales, contradiciéndolo el senado, y oponiéndose todos los buenos. Mas con todo eso, él quedaria satisfecho con aquel castigo que ellos mismos se habian acarreado. »

Á la noche siguiente volvieron los diputados con la respuesta á los suyos, y sin mas detencion aprontaron los rehenes. Concurrieron allí mismo los comisionados de otras ciudades, que observaban el éxito de los boveses, trajeron sus rehenes, y obedecieron las órdenes que se les dieron, menos Comio, á quien el temor no dejaba fiar de nadie su persona. Porque estando César el año antes administrando justicia en Lombardía, averiguó Labieno que este Comio solicitaba las ciudades, y tramaba una conjuracion contra César, por lo cual, creyendo que sin injusticia podia oprimir su perfidia, y que aunque le llamase á sus reales, nó vendria; por no hacerle mas cauto por otros medios, envió á C. Voluseno Cuadrato que, con pretexto de alguna conferencia procurase matarle, para cuya empresa le dió unos centuriones escogidos. Habiendo venido á la plática, y tomado la mano á Comio, que era la seña acordada, uno de los centuriones, como irritado de la familiaridad tan poco usada, arremetiendo á él, le dejó mal trecho de la primera cuchillada que le descargó en la cabeza, aunque no acabó de matarle, porque se lo estorbaron prontamente los que le acompañaban. Unos y otros sacaron las espadas, pensando nó tanto en ofenderse, como en huir; los nuestros por creer que era mortal la herida de Comio, y los franceses porque, conocida la

traicion, temian mas de lo que veian. Con esto se dijo que Comio habia hecho propósito de no ponerse jamás delante de ningun romano.

IV. Sujetadas estas gentes tan belicosas, y viendo César que no quedaba ya nacion que pudiese romper la guerra para oponérsele, pero que todavía se salian algunos de los pueblos, y huian de los campos para evitar el yugo del imperio, determinó repartir el ejército en diversas partes. Incorporó consigo al cuestor M. Antonio con la legion undecima. Despachó al lugarteniente C. Fabio con veinte y cinco cohortes á una parte de Francia mas distante, porque tenia noticia que estaban todavía en armas algunas ciudades de ella y creia que Caninio Rebilo, que mandaba en aquel paraje, no tenia muy seguras las dos legiones de su cargo. Llamó á sí á T. Labieno, y envió la legion duodecima que este habia mandado en la invernada á Lombardía, para defensa de las colonias romanas, y que no las sucediese una desgracia igual á la que acaeció el verano anterior á los pueblos de Istria, que fuéron sorprendidos de una inundacion y pillaje repentino de los bárbaros. Él marchó á talar y destruir las tierras de Ambiorix, el cual andaba atemorizado y fugitivo; y desconfiando de reducirle á su obediencia, creia que era lo mas conveniente á su reputacion abrasar de tal manera sus tierras, haciendo todo el daño posible en los hombres, en los ganados y en los edificios, que, cayendo en odio de los suyos, si algunos amigos le habia dejado la fortuna, no tuviese acogida en su país por haberle causado tantas calamidades.

Extendidas por sus tierras ó las legiones, ó las tropas auxiliares, asolado todo con muertes, incendios y robos, matando y cautivando muchas gentes, envió á Labieno contra Tréveris con dos legiones, cuyos moradores, ejercitados en continuas guerras por la inmediacion á Alemania, no se diferenciaban mucho de los alemanes en su grosería y fiereza, ni obedecian jamás á las órdenes, sino obligados por fuerza de armas.

En este intermedio, informado el teniente general C. Caninio de que se habia congregado una gran multitud de gente en los términos de Poitou, por cartas y avisos de Duracio, que, aun rebelada una parte de su estado, se habia mantenido siempre fiel á la amistad del pueblo romano, marchó la vuelta de la ciudad de Potiers. Cuando ya estaba cerca, sabiendo con certeza de los cautivos que, encerrado en ella Duracio, era combatido por muchos millares de hombres á las órdenes de Dumnaco, general de Agen, y no atreviéndose á oponer sus legiones debilitadas á los enemigos, sentó su real en sitio fuerte por naturaleza. Informado Dumnaco de que se acercaba Caninio, dirigió todas sus tropas contra los romanos, resuelto á atacar su campo. Después de consumidos muchos dias en este intento, sin haber podido forzar parte alguna de las fortificaciones, volvió otra vez al cerco de Potiers.

Á este tiempo, el lugarteniente Fabio redujo muchas ciudades á la obediencia, las aseguró con rehenes, y fué avisado por cartas de Caninio de lo que pasaba en Poitou; con cuya noticia se puso en marcha para socorrer á Duracio. Dumnaco que supo la venida de Fabio, desconfiando de su salud si á un mismo tiempo se veia en precision de resistir el enemigo al ejército de Fabio, al enemigo de á fuera, y estar atento, y recelarse de los sitiados, levantó al momento el campo, y aun no se tuvo por seguro sino pasaba con sus tropas el Loire, que por su profundidad tenia construido puente. Fabio, aunque no habia llegado á avistar el enemigo, ni incorporádose con Caninio, con todo, guiado por gentes prácticas de la tierra, creyó mas bien que, amedentrados los enemigos, se encaminarian á aquel paraje á donde con efecto se enderezaban. Así dirigió su marcha al mismo puente, y dió órden á la caballería que se adelantase á las legiones, tanto cuanto pudiese volver á los mismos reales, sin cansar los caballos. Alcanzó nuestra caballería, conforme á la órden, y acometió al ejército de Dumnaco; y dando sobre la marcha en los temerosos y fugitivos con el peso de sus cargas, mataron una gran parte y se apoderaron de mucha presa. Con esto, logrado el golpe, se retiraron á los reales.

La noche siguiente echó Fabio delante la caballería dispuesta para pelear y estorbar la marcha hasta que el llegase. Para que se ejecutase la accion segun sus órdenes, Q. Acio Varo, general de la caballería, varon de singular valor y prudencia, animó á su gente; y habiendo alcanzado el ejército enemigo, dispuso parte de los suyos en puestos ventajosos, y con otra parte dió la batalla. Hizo alto animosamente la caballería enemiga, sostenida de toda la infantería, formada con todo el resto para dar socorro á los suyos. Trabóse la batalla con gran denuedo; porque los nuestros, despreciando al enemigo, á quien habian vencido el dia antes, y en la confianza de que venian detrás las legiones, con el pundonor de nó ceder, y la codicia de acabar por sí la accion, pelearon contra la infantería con el mayor esfuerzo; y los enemigos, creyendo que no se les juntarian mas tropas como el dia anterior, juzgaban se les habia venido á las manos la ocasion de deshacer del todo nuestra caballería.

Duraba algun tiempo el choque muy porfiado, y preparaba Dumnaco la infantería para que sirviese de refuerzo á los suyos, cuando llegaron de repente las legiones formadas á la vista de los enemigos. Con su vista, desbaratadas las compañías de á caballo, amedrentadas las de á pié, perturbado el escuadron del convoy, con gran grita y carrera se pusieron en fuga. Entónces, los de nuestra caballería que habian peleado antes con tanto valor contra los que la hacian frente, animados con la alegría de la victoria y levantando una grande algazara, partieron en seguimiento de los fugitivos, y mataron cuantos las fuerzas de los caballos pudieron alcanzar y los brazos descargar golpes. Así, muertos mas de doce mil hombres, unos armados otros que de miedo habian arrojado las armas, se tomó todo el equipaje.

V. Después de esta derrota, se supo que Drapes de Sens (el cual luego que se rebeló la Francia, recogiendo la gente perdida de todas partes, llamando á la libertad á los esclavos, convidando á los desterrados de todas las ciudades, y admitiendo á los ladrones, habia robado varias veces nuestros convoyes y vituallas) se encaminaba á la provincia con una sola compañía de dos mil hombres, y se habia unido con él Lucterio de Cahors, de quien se dijo en el libro anterior que habia intentado hacer una entrada en la provincia en el primer levantamiento de Francia. Marchó en su seguimiento el lugarteniente Caninio con dos legiones, no fuese que con el miedo ó daños de la provincia, se recibiese una infamia grande por los latrocinios de aquella gente perdida.

Cayo Fabio con el resto del ejército marchó la vuelta de Chartrain, y de las demás ciudades de donde sabia se habian sacado tropas para la batalla en que fué Dumnaco derrotado, no dudando hallarlas mas sumisas por la reciente pérdida; pero que si se las daba lugar y tiempo, podrian volverse á levantar á instancias del mismo Dumnaco. Acompañó á Fabio una suma presteza y felicidad para recobrarlas. Porque los de Chartrain, que muchas veces maltratados, jamás habian

hecho mencion de paz, dándole rehenes, vinieron á rendirse; y las demás ciudades sitas en los últimos confines de Francia, junto á las orillas del océano, que se llaman Armoricas, movidas de la autoridad de los de Chartres, con la venida de Fabio y las legiones, al punto obedecieron la ley. Dumnaco, desterrado y fugitivo de su país, solo y oculto, se vió precisado á huir á los últimos rincones de Francia.

Pero Drapes y Lucterio, sabiendo que venian sobre ellos las legiones y Caninio, desconfiando de poder entrar en la provincia persiguiéndolos el ejército, y perdida la disposicion de andar salteando y robando libremente, hicieron alto en la campaña de Quercy; donde, habiendo sido Lucterio hombre de mucho poder entre sus ciudadanos, cuando se hallaban las cosas de mejor semblante, y alcanzado siempre grande autoridad por favorecedor de novedades, ocupó con sus tropas y las de Drapes la ciudad de Cahors, que habia antes estado bajo su proteccion, muy fuerte por su situacion, y atrajo á su partido á los ciudadanos.

Vino prontamente sobre ella C. Caninio; y viendo que por todas partes estaba muy fortalecida con unas peñas cortadas, á donde, aun sin otra resistencia, era muy difícil que subiese gente armada; y observando el grande equipaje de los ciudadanos, el cual si intentasen retirar con una fuga secreta, no solo nó podrian escaparse de la caballería, pero ni aun de las legiones, dividió en tres trozos sus cohortes, y formó tres campamentos en un sitio muy elevado; desde donde poco á poco, segun lo permitia el número de sus tropas, empezó á tirar una línea de contravalacion al rededor de la plaza.

Advertido esto por los de adentro, y solícitos con la memoria tristísima de Alisa, temiendo semejante suceso del cerco, y aconsejando mas vivamente Lucterio que habia probado aquella fortuna, que se cuidase de la provision de trigo, determinaron de comun acuerdo dejar allí una parte de sus tropas, y salir ellos con toda prontitud á conducir vituallas. Aprobado este parecer, la noche siguiente, dejando dos mil soldados, salieron Lucterio y Drapes con el resto de la ciudad. En pocos dias acopiaron gran cantidad de trigo en el país de Quercy, que en parte deseaba ayudarlos con esta provision, y tampoco podia estorbar que la tomasen. Algunas veces con salidas de noche acometian á nuestros fuertes. Por lo que se detuvo Caninio en rodear toda la plaza con fortificaciones, no fuese que, ó nó pudiese defender las obras hechas, ó se viese precisado á poner débiles presidios en muchas partes.

Acopiada gran provision de trigo, hicieron alto Drapes y Lucterio á diez millas de la plaza, desde donde condujesen poco á poco el trigo. Repartieron entre sí la ocupacion de manera, que Drapes quedó de guarnicion en los reales con parte de las tropas, y Lucterio conducia á la plaza una porcion de caballerías cargadas. Dispuestas por allí ciertas guarniciones, á cerca de las cuatro de la mañana empezó á conducir el trigo por caminos montuosos y estrechos. Cuyo estrépito oido de nuestros centinelas, y enviados batidores que trajesen noticia de lo que pasaba, salió Caninio prontamente con las cohortes de los castillos inmediatos, y al amanecer dió sobre los conductores. Estos, atemorizados del acontecimiento repentino, huyeron á sus escoltas; las cuales, cuando fueron vistas de los nuestros, movidos con vehemencia contra ellas, no permitieron que se hiciese un prisionero de todos ellos. Escapó Lucterio con unos pocos, sin atreverse á parar en los reales.

Logrado este golpe, supo Caninio de los cautivos que parte de las tropas estaban con Drapes en los reales, á distancia de diez millas. Confirmado lo cual por otros muchos, y entendiendo que puesto en fuga el uno de los dos capitanes, fácilmente podrian ser desbaratados los demás con el miedo, juzgaba gran fortuna el que nadie se hubiese retirado á los reales, que llevase á Drapes la noticia de la rota primera. Mas como no veia riesgo en hacer la experiencia, envió delante á los reales del enemigo toda la caballería, y la infantería alemana, que es de una ligereza increíble. Repartió una legion por su campo, y partió con la otra á la ligera. Cuando estaba ya cerca del enemigo, supo por los corredores que, conforme á la costumbre de los bárbaros, habian estos sentado su real á las orillas del rio, abandonando las alturas; y que los alemanes y nuestra caballería, cogiéndolos de improviso, se habian echado sobre ellos, y trabado la batalla. Con esta noticia encaminó hácia aquel paraje la legion en órden de batalla; y así de repente, dando señal en todas partes, se tomaron todas las alturas. Lo cual hecho, los alemanes y la caballería, viendo las insignias de la legion, pelearon con gran denuedo. Al punto acometieron las cohortes por todas partes; y muertos todos, ó hechos prisioneros, se apoderaron de la cuantiosa presa, y quedó prisionero el mismo Drapes.

Caninio, logrado el lance felicísimamente, sin tener apenas un hombre herido, volvió á cercar á los ciudadanos, y deshecho el enemigo de afuera, cuyo temor le habia estorbado el aumento de sus presidios, y la contravalacion de la plaza, dió órden de que por todas partes se adelantasen las obras. Al dia siguiente llegó C. Fabio con sus tropas, y tomó á su cargo el cerco de una parte de la ciudad.

VI. En este intermedio dejó César en el Bovesis al cuestor M. Antonio con quince cohortes, para que no les quedase otra vez disposicion de alterar las cosas, y mover la guerra. Visitó las otras ciudades, las hizo aprontar muchos rehenes, y aseguró y consoló todos los ánimos temerosos. Llegando á Chartres, en donde dijo dicho César en el libro anterior que se habia suscitado la guerra, y entendiendo que los de este país tenian mas miedo que todos por el remordimiento de su atentado, para sacarlos mas presto del temor, pidió al principal autor de la guerra, Guturvato, para castigarle á su arbitrio. El cual, aunque ni de los suyos se fiaba, con todo, buscado con gran cuidado, fué llevado á los reales. Se vió obligado César á su castigo contra su propio natural, con gran contento de todos los soldados, que le atribuian todos los peligros y daños de la guerra. Y así se le dió muerte despues de cruelmente azotado.

Aquí tuvo noticia por cartas frecuentes de Caninio, de los sucesos con Drapes y Lucterio, y de la resolucion con que permanecerian los cercados. Cuyo corto número, aunque miraba con desprecio, con todo juzgaba merecia grave castigo su pertinacia, para que no pensase la Francia, que la habian faltado nó fuerzas sino constancia para resistir á los romanos; y para que con su ejemplo las demás ciudades, fiadas en la proporcion de sus situaciones, no pensasen en recobrar la libertad, sabiendo que no ignoraban los franceses, que no le faltaba ya mas que un año de su gobierno, el cual, si hubieran podido sostenerse, no tenian que temer otro peligro. Así pues, dejó á Q. Caleno su lugarteniente con dos legiones, que le siguiese por sus marchas regulares, y él partió lo mas pronto que pudo con toda la caballería á juntarse con Caninio.

Llegado César á Cahors contra la expectacion de todos, y viendo concluida la contravalacion de la plaza y que con ninguna condicion se podia levantar el cer-

co, é informado de que los de adentro tenian gran copia de vitualla, empezó á tentar cómo cortarles el agua. Á la parte interior cortaba el rio un valle que ceñia casi todo el monte, en que estaba sita la ciudad, áspero y quebrado por todos lados. La naturaleza del sitio no permitia echar el rio por otra parte, porque tan bajo corria por la falda del monte, que á ningun lado se le podia sangrar con grandes fosos. Era tambien áspera y difícil para los cercados la bajada al rio; de suerte que sin mucho daño, como lo resistiesen los nuestros, ni podian llegar á él, ni retirarse por la fragosidad de la subida. Conocida esta dificultad, César, dispuestos sus honderos y flecheros en ciertos parajes, y colocadas tambien algunas máquinas contra los mas fáciles descensos, estorbaba á los cercados tomar agua del rio, cuya multitud acudia despues á un solo paraje á proveerse de ella. Porque debajo de la misma muralla brotaba una gran fuente por la parte que no bañaba el rio, que se extendia como á trescientos piés.

Deseando todos que se les cortase el agua de esta fuente, y sabiendo solamente César que no se lograria sin grave peligro, empezó á formar manteletes en frente de ella contra el monte, y á levantar valladar con mucho trabajo y contínuos combates. Porque acudian los cercados desde puestos ventajosos, y peleaban á lo lejos sin riesgo, hiriendo á muchos que con porfía se arrimaban. Con todo, no se recelaban los nuestros de adelantar los manteletes, y vencer con el trabajo y reparos las dificultades del terreno. Al mismo tiempo hacian minas al orígen de la fuente, la cual obra podia hacerse sin peligro, ni sospecha de los enemigos. Levantóse un valladar de sesenta piés de alto, se colocó en el una torre de diez altos, nó que igualase á las murallas, que esta era obra imposible, sino que excediese la situacion de la fuente. Desde ella se disparaban dardos con máquinas á la entrada de la fuente. Los cercados no podian tomar el agua sin mucho peligro; se morian de sed, nó solo los ganados y caballerías, sino tambien las personas.

Atemorizados de esto, empezaron á disparar contra nuestros reparos barriles de sebo, pez y vardas ardiendo. Al mismo tiempo hicieron una vigorosa salida para estorbar á los romanos el apagar el fuego con el peligro del combate. En un instante se extendió una llama terrible por nuestras obras. Porque todos cuantos fuegos arrojaban por aquel sitio precipitado, detenidos en el valladar y el parapeto, incendiaban todo cuanto tropezaban. Con todo eso nuestros soldados, aunque se veian apretados de un peligroso combate, y un sitio muy contrario, toleraban con el mayor espíritu todos estos trabajos. Porque pasaba la accion en un paraje exento, y á la vista del resto del ejército. Levantábase una grande algazara de ambas partes; de suerte que el que mas presto podia, y cómo podia, para que fuese mas claro y patente su valor, se ofrecia á las armas y fuego del enemigo.

Viendo César que recibian mucho daño los suyos, dió órden á las cohortes, de que por todos los lados de la ciudad subiesen al monte, y levantasen una algazara falsa, como si se apoderasen de las murallas. Con esto, atemorizados los cercados, sin saber lo que pasaba en los otros parajes, retiraron sus tropas del ataque de las obras, para acudir á coronar la muralla. De esta manera pudieron los nuestros, puesto fin al combate, apagar parte del fuego, y cortar lo restante. Resistíanse los cercados con tanta obstinacion, que, aun habiendo perecido mucha gente por falta de agua, con todo estaban firmes en su resolucion; cuando al fin fueron cortados con las minas los conductos de la fuente, y echados por otra parte; de suerte que viniendo á secarse el manantial que los sustentaba, los puso en tal desesperacion, que creyeron no haberse ejecutado sin particular disposicion de los dioses, nó por obra de hombres. Y así, obligados de la necesidad, se rindieron.

César, puesto que todos tenian bien conocida su clemencia, no recelando entendiesen que habia obrado por crueldad de su propio natural, y por otra parte, no sabiendo qué fin tendrian sus designios, si empezaban á rebelarse del mismo modo otros en diversas partes, pensó hacer con estos un ejemplar que contuviese á los demás. Y así mandó cortar las manos á todos cuantos habian tomado las armas, concediéndoles la vida para que fuese mas notorio el castigo de los malvados.

VII. Drapes, de quien dije que habia sido preso por Caninio, ó por indignacion y sentimiento de las prisiones, ó por temor de un castigo mas severo, no quiso comer en unos dias, y así murió. Al mismo tiempo Lucterio, de quien dije habia escapado huyendo de la batalla, habiendo caido en manos de Espasnacto Auvernate, pues mudando frecuentemente de estancia, se fiaba de muchos en la inteligencia de que no estaba fuera de peligro en parte alguna, sabiendo cuán enojado debia tener á César, fue entregado preso á este por su grande amigo Espasnacto.

En este intermedio ganó Labieno una batalla á los de Tréveris, y habiendoles muerto mucha gente, y tambien á los alemanes, que á nadie negaban socorro contra los romanos, vinieron á su poder las personas mas principales, y entre ellas Suro Autunés, que así por su valor, como por su nacimiento era famoso, y el único que se habia mantenido hasta entónces en campaña.

Avisado César de estas victorias, vistos los buenos sucesos de sus armas en toda la Francia, y juzgando que con la campaña pasada quedaba sujeta y debelada, determinó pasar el resto del verano en visitar la Aquitania, adonde él no habia estado en persona, sino que la habia rendido en parte por medio de Craso. Se puso en marcha la vuelta de ella con dos legiones, y logró esto, como todo lo demás, con presteza y felicidad. Porque todas las ciudades de Aquitania le enviaron embajadores, y le dieron rehenes. Lo cual hecho, partió hácia Narbona con una escolta de caballería, y destinó el ejército á los cuarteles de invierno al mando de sus tenientes. Colocó en la Galia bélgica cuatro legiones á cargo de los lugartenientes M. Antonio, C. Trebonio, P. Vatinio y Q. Tulio: dos envió á Autun, que eran los pueblos de mas reputacion y autoridad entre todos; otras dos alojó en Turena cerca de Chartrain para contener á toda la region confinante con el océano; y las dos restantes en el Limosin, nó lejos de Auverna: para que no faltasen tropas en ninguna provincia de Francia. Detúvose muy pocos dias en la provincia, recorrió prontamente todas las audiencias, juzgó las diferencias públicas, repartió premios entre los beneméritos, porque tenia la mayor habilidad para conocer de qué ánimo habia estado cada uno en la universal rebelion contra la república, á quien habia contenido con la fidelidad y socorros de esta provincia: y concluida la visita, se restituyó á las legiones que invernaban en la Galia bélgica, y se alojó en Arras.

Aquí supo como Comio habia tenido un choque con su caballería: pues habiendo pasado Antonio á su cuartel de invierno, y estando los pueblos de Artois bajo nuestra obediencia, Comio, que después de aquella herida de que arriba se hizo mencion, siempre habia estado á la mira, para que si sus pueblos querian renovar la guerra, no les faltase caudillo, se mantenia á

sí, y á una compañía de caballos, con robos, interceptando con correrías diversos bastimentos que se conducian á los cuarteles de invierno de los romanos.

Estaba á las órdenes de Antonio en el mismo alojamiento el prefecto de caballería C. Voluseno Cuadrato. Dióle Antonio la comision de perseguir la escolta del enemigo. Voluseno acompañaba el valor en que era muy señalado con el odio grande que profesaba á Comio; y así hacia con mas gusto lo que se le mandaba. Dispuso pues varias celadas, é hizo algunas salidas contra la caballería enemiga, en que llevó siempre lo mejor; pero últimamente, trabada una recia batalla, y habiendo perseguido Voluseno á los contrarios con demasiado ardor por el deseo de acabar con Comio, llevado por este algo lejos con precipitada fuga, invocó de repente la fidelidad y socorro de los suyos, para que no dejasen sin venganza la herida que recibió con amistad fingida. Dijo, y revolviendo el caballo, se adelantó desapoderadamente sobre el prefecto. Todos los suyos, haciendo lo mismo, desbarataron y retiraron el corto número de los nuestros. Comio, apretando el caballo, llegó á encontrarse con el de Cuadrato, y la lanza en ristre le pasó con gran fuerza un muslo. Herido el comandante, no dudaron los nuestros hacer frente á los enemigos: volvieron sobre ellos unidos todos, y los desbarataron. Muchos de los contrarios fuéron heridos en el primer encuentro; otros murieron en la fuga, y parte quedaron prisioneros, el general se escapó por la velocidad del caballo, y el prefecto fué conducido á los reales herido gravemente, y casi en el último riesgo de la vida. Mas Comio, ó por haber satisfecho su resentimiento, ó por haber perdido la mayor parte de los suyos, envió sus diputados á Antonio; y dándole rehenes le aseguró que estaria á su obediencia donde le señalase; solo le suplicó concediese á su temor el no ponerse delante de ningun romano. Antonio condescendió á esta pretension, creyendo que nacia de un justo miedo, le perdonó, y recibió sus rehenes.

VIII. No ignoro que César hizo de cada año un comentario; mas yo he pensado que no debia hacer lo mismo; porque en el año siguiente en que fuéron cónsules L. Paulo y C. Marcelo, no hubo suceso memorable en Francia. Pero para que se sepa en qué parajes estuvo César y su ejército, he añadido estas pocas noticias al mismo comentario, ó libro.

Pasaba César el invierno en la Galia bélgica, solo con el presupuesto de mantener la amistad de las ciudades, y no dar á nadie esperanza, ó motivo de renovar la guerra. Porque nada menos deseaba, que el que al tiempo de partir se le ofreciese alguna precision de volver á tomar las armas: por no dejar algun movimiento, habiendo de licenciar el ejército, que excitase con gusto á toda la Francia, sin el temor del peligro presente. Y así, tratando honoríficamente á las ciudades, honrando con premios á las personas principales, no imponiendo nuevos tributos, contuvo en paz fácilmente con la condicion de una suave obediencia á la Francia, trabajada con tantas batallas adversas.

Despues de concluida la invernada, partió á largas marchas la vuelta de la Italia contra su costumbre, para hablar á las colonias y municipios, y recomendarlas la pretension del sacerdocio, que tenia su cuestor M. Antonio: en la cual se empeñaba, así por favorecer á un sugeto con quien tenia suma estrechez, y á quien habia enviado un poco antes á seguir su pretension, como por resistir animosamente á la poderosa faccion de algunos, que con la repulsa de Antonio, intentaban abatir la exaltacion de César que le favorecia. Y, aunque en el camino, antes de llegar á Italia, supo que Antonio estaba nombrado Agorero, con todo pensó tener no menos justo motivo de visitar las colonias y municipios, para darles las gracias de haber interpuesto sus asistencia y favor para con Antonio; y para recomendarse á sí y á su empleo para el año siguiente; porque se vanagloriaban sus émulos con insolencia, de que habian sido creados cónsules Lentulo y Marcelo con el fin de despojar á César de su honra y dignidad; habiendo quitado además el consulado á Sergio Galba, que habia tenido mas votos y credito que ellos, por ser muy amigo suyo, y su lugarteniente.

Fué recibido César en todos los municipios y colonias con increibles demostraciones de amor y estimacion, por ser esta la primera vez que volvia de la conquista de toda la Francia. Nada quedaba que hacer de cuanto se podia inventar para el adorno de las puertas, caminos y lugares por donde habia de pasar. En todas partes salia el pueblo con los hijos á recibirle; en todas partes se ofrecian sacrificios: ocupábanse las plazas y los templos con mesas prevenidas, igualándose la alegría á la del mas deseado triunfo: tanta era la magnificencia en los mas poderosos, y los afectos en los mas humildes.

Habiendo recorrido César toda la Francia togada, volvió con prontitud á Arras á incorporarse con su ejército; y convocadas las legiones para los confines de Tréveris, partió hácia allá, y las pasó revista. Dió á Tito Labieno el gobierno de la Lombardía, para hacerle mas recomendable en la pretension del consulado. Él mismo marchaba solo, lo que le parecia suficiente para conservar la salud de las tropas mudando de país. Y aunque oia á menudo que sus émulos solicitaban á Labieno, y tenia noticia de que se trataba por consejo de unos pocos de quitarle una parte del ejército, interpuesta la autoridad del senado, con todo, ni creyó en Labieno mudanza alguna, ni se movió á hacer nada contra la autoridad del senado: juzgando que alcanzaria fácilmente el logro de sus deseos, estando libres los padres conscriptos para decir sus pareceres. Pues habiendo tomado á su cargo C. Curion, tribuno del pueblo, el defender la causa y dignidad de César, habia prometido muchas veces al senado, que si le causaban algun recelo las armas de César, supuesto que la dominacion y tropas de Pompeyo ponian nó poco pavor y grima en el foro, dejasen unos y otros las armas, y licenciasen los ejércitos; de esta manera quedaria la ciudad libre y señora de sí misma. Mas nó solo prometió esto, sino que ya el senado por sí se inclinaba á tomar este partido, cuando los cónsules y los amigos de Pompeyo se pusieron de por medio, y así, dilatándolo, se separaron.

Era grande el testimonio de todo el senado, y muy conforme á lo que antes habia pasado. Porque hablando Marcelo el año antes contra la dignidad de César, dió parte antes de tiempo al senado contra la ley de Pompeyo y Craso sobre las provincias de César; y dichos los pareceres, retirado Marcelo como cabeza de partido, pretendiendo acrecentar su dignidad con el odio de César, pasó el senado á tratar de otras cosas muy diversas. Con estos sucesos no se aquietaban los ánimos de los enemigos de César, sino se excitaban á buscar nuevas amistades para obligar al senado á aprobar lo que ellos tenian determinado. Hízose despues un decreto para que Pompeyo y César enviase cada uno una legion para la guerra de los partos, las cuales se le quitaron á César claramente. Porque Pompeyo dió como de su número la legion primera que habia enviado á César, compuesta de gente jóven escogida en la provincia; pero César, aunque nadie dudaba

que era despojado por amor de los contrarios, envió la legion á Cn. Pompeyo; y mandó que de las suyas se entregase la décimaquinta, conforme á la órden del senado, la cual estaba en Lombardía. En su lugar destacó á Italia la legion décimatercia, para defensa de los presidios, de donde salia la décimaquinta; y distribuyó su ejército por los cuarteles de invierno. Puso á C. Trebonio en la Galia bélgica con cuatro legiones; envió á C. Fabio con otras tantas á Autun; pensando que así estaba mas segura la Francia, contenidos con las tropas los belgas, cuyo valor era el mas respetado, y los autuneses, que por su autoridad daban la ley en toda Francia. Él partió la vuelta de Italia, donde supo que las dos legiones que habia enviado, las cuales segun la órden del senado debian destinarse á la guerra de los partos, habian sido entregadas por el cónsul Marcelo á Cn. Pompeyo, y retenidas en Italia. Con este hecho, aunque nadie dudaba que se trataba de tomar las armas contra César, con todo eso determinó este sufrirlo todo mientras le quedaba alguna esperanza de disputar sus derechos en justicia, antes que romper la guerra. Pero dejemos ya hablar al mismo César.

COMENTARIO II. — GUERRA CIVIL.

ARGUMENTO DEL LIBRO PRIMERO.

I. Alteraciones en Roma por el decreto del senado, de que César licenciase el ejército en cierto dia.—II. Convócase el pueblo á las armas: los tribunos huyen á César: asegura este los ánimos de sus tropas.—III. Comisiones de Pompeyo á César, y de este á Pompeyo sobre la paz.—IV. César se apodera de muchas ciudades de Italia: terror de Roma: fuga de los cónsules, y otros magistrados á Cápua.—V. Toma César á Corfinio: deja ir libremente á muchos senadores, y se queda con las tropas.—VI. Huye Pompeyo de Brindis al África temiendo los ataques de César.—VII. César apoderado de Sicilia y Cerdeña por sus tenientes, habla en Roma sin fruto sobre la paz.—VIII. Trata César de cercar á Marsella, y da este encargo á su lugarteniente M. Trebonio.—IX. Parte César á España. Encuentro peligroso de sus tenientes con Afranio sobre Lérida.—X. Otra batalla de César con Afranio sobre Lérida.—XI. Encuentro de los franceses con Afranio: cuidado de César en remediar la falta de víveres.—XII. Combate feliz de los Cesarianos sobre Marsella.—XIII. Parte Afranio á Aragon: valor de César al pasar sus tropas por el Segre.—XIV. Marcha de unos y de otros para adelantarse al Ebro. Llegá César primero.—XV. César contiene á sus tropas de la pelea, y Petreyo á los suyos de la desercion.—XVI. César contiene prudentemente á los suyos con la esperanza de la rendicion de los contrarios.—XVII. Rendicion de Afranio y Petreyo, y de sus tropas: son perdonados por César: dejan libre á España, y licencian su ejército.

1. Habiendo entregado Fabio las cartas de C. César á los cónsules, se alcanzó de ellos con mucha dificultad, y con grande empeño de los tribunos del pueblo, que se leyesen en el senado; pero no se pudo lograr que se determinase sobre su contenido. Trataron los cónsules en la ciudad acerca del peligro de la república. Prometió el cónsul L. Léntulo «no faltar al senado ni á la república si querian decir sus pareceres con ánimo y fortaleza; pero si miraban á los respetos de César, y seguian su amistad como antes lo habian hecho, tomaria por sí consejo, y no obedeceria á la autoridad del senado; pues tambien tendria él acogida en el favor y amistad de César.» Casi en los mismos términos habló Escipion: «Que Pompeyo estaba en ánimo de no faltar á la república, si le seguia el senado; mas si se detenia y obraba con blandura, en vano imploraria después su auxilio cuando quisiese.» Este modo de hablar de Escipion, por tenerse el senado en la ciudad, y estar muy cerca Pompeyo, parecia salir de la boca del mismo Pompeyo.

Hubo algunos pareceres mas suaves, como el de M. Marcelo, que, entrando á dar su voto, dijo: «Que no convenia tratar del riesgo de la república en el senado, hasta que se hubiese hecho leva en toda Italia, y alistado los ejércitos, con cuyo auxilio podria determinar el senado libre y seguramente lo que quisiese.» Como el de M. Calidio, «que votó que partiese Pompeyo al gobierno de su provincia, para que no hubiese motivo alguno de guerra; pues temia César, habiéndole quitado dos legiones, que las tenia y conservaba Pompeyo para daño suyo cerca de la ciudad.» Como tambien el de M. Rufo, que con corta diferencia de palabras seguia el dictámen de Calidio. Todos estos eran agriamente reprendidos con voces y oprobios del cónsul Léntulo; el cual dijo, que de ningun modo publicaria el voto de Calidio. Marcelo, amedrentado con los gritos, se apartó de su parecer. Así, con las voces del cónsul, con el terror del ejército inmediato, y con las amenazas de los amigos de Pompeyo, los mas, impelidos, mal de su grado, y precisados, siguieron el dictámen de Escipion: «Que César licenciase su ejército para un dia señalado, y que no lo haciendo, seria mirado como enemigo de la república.» Opusiéronse los tribunos del pueblo M. Antonio y Quinto Casio: dióse cuenta al instante de la oposicion de los tribunos. Hubo pareceres muy fuertes; el que con mas crueldad y severidad dió su voto, fué el mas aplaudido por los enemigos de César.

Despedido el senado por la tarde, llamó Pompeyo á todos los del órden senatorio, alabó á los que se mostraron prontos, y los aseguró para adelante: reprendió é incitó á los mas remisos. Fueron tambien llamados muchos de los ejércitos antiguos de Pompeyo, con esperanza de premios y grados, y otros de las dos legiones que César habia entregado. Llenóse la ciudad de gente de guerra. Juntó C. Curion á los tribunos del pueblo para mantener el derecho de los comicios. Vinieron al senado todos los amigos de los cónsules, de Pompeyo, y de todos aquellos que tenian con César antiguas enemistades; con cuyas voces y concurso se amedrentaron los mas débiles, y se aseguraron los dudosos, quitándose á los mas la facultad de votar libremente. Prometieron el censor L. Pison y el pretor L. Roscio ir á dar parte á César de estas cosas, pidiendo solo seis dias de término: algunos fueron de parecer que se le enviasen diputados á proponerle la voluntad del senado. Á todos estos se hizo resistencia, y á todos se opuso la sentencia del cónsul, de Escipion y de Caton.

Movian á Caton sus antiguas diferencias con César, y el sentimiento de la repulsa. Á Léntulo incitaban sus muchas deudas, la esperanza de mandar ejércitos y provincias, las dádivas que esperaba de los títulos de reyes, y se vanagloriaba entre sus amigos de que él seria otro Sila, en quien vendria á recaer todo el imperio. Movia á Escipion la misma esperanza de provincias y ejército, cuyo gobierno pensaba partir con Pompeyo por su amistad, y al mismo tiempo el miedo de los juicios, la adulacion y ostentacion de sí propio, y de los que tenian el mando entónces en la república y en los tribunales. El mismo Pompeyo, incitado por los enemigos de César, no queriendo sufrir que otro le igualase en dignidad, se habia retirado enteramente de su amistad, y reconciliado con los contrarios que antes eran comunes á entrambos, de los cuales gran parte habia él acarreado á César en el tiempo de su amistad. Movido tambien por el deshonor de haber convertido en su poder y dominio las dos legiones de la jornada de Asia y de Siria, trataba de decidir sus diferencias por la via de las armas.

II. Por esto todo era apresuramiento y perturbacion; ni se dió tiempo á los parientes de César para avisarle, ni facultad á los tribunos para precaverse de su peligro, ni conservar el último derecho de la oposicion que les habia dejado L. Sila, sino que se les precisó á dar cuenta de sus acciones en el término de siete dias; cuando aquellos sediciosos tribunos de los tiempos pasados jamás pensaron, ni temieron de sus acciones hasta ocho meses después de haber concluido su empleo. Echaron mano de aquel extremo y último decreto del senado, al que nunca se habia recurrido sino en un gran temor de un incendio de la ciudad, y en una desesperacion universal de la vida. «Que velasen los cónsules, los pretores, los tribunos del pueblo, y cuantos consulares se hallasen en la ciudad, para que la república no padeciese algun daño.» Estas órdenes del senado salieron sobre el dia 7 de enero. Y así, en los cinco primeros dias en que pudo haber senado, sacando dos en que se celebraron los comicios, se expidieron estos decretos tan severos sobre el gobierno de César, y acerca de los tribunos del pueblo, personas de mucha representacion. Huyeron al instante de la ciudad los tribunos, y partieron á incorporarse con César, que estaba entónces en Ravena esperando la respuesta de sus justísimas pretensiones, si por alguna equidad de aquellos hombres podian componerse en paz las diferencias.

En los dias siguientes se tuvo el senado fuera de la ciudad: «expuso Pompeyo lo mismo que habia tratado antes por medio de Escipion: alabó la virtud y constancia del senado; hizo presente las tropas con que se hallaba; que tenia prontas diez legiones; que sabia de cierto estaban las tropas de mala voluntad con César, y que no seria posible reducirlas á que le defendiesen ó siguiesen.» Inmediatamente se trató en el senado de las demás cosas; que se enviase á Fausto Sila de propretor á Mauritania; que se diese dinero á Pompeyo del erario; que se declarase al rey Juba por aliado y amigo. Esto dijo Marcelo que no lo consentiria; y lo de Fausto lo estorbó Filipo, tribuno del pueblo. Expidiéronse otros decretos del senado; se decretaron gobiernos de provincias á varios particulares, dos consulares, y los demás pretorios. Á Escipion tocó por suerte la Siria, á L. Domicio la Francia. Filipo y Marcelo quedaron excluidos y fuera de suerte por disposicion particular. Enviáronse pretores á las otras provincias, sin esperar, como se habia hecho los años anteriores, á dar parte de sus empleos al pueblo, ni á que, publicados los votos, saliesen con la vestidura militar. Salieron de la ciudad los cónsules, cosa que hasta entónces jamás habia sucedido; tuvieron los particulares lictores en la ciudad y el Capitolio contra todos los ejemplos de la antigüedad. Hiciéronse levas de gente en toda la Italia, mandóse tomar las armas, exigiéronse sumas de dinero á los municipios, y aun se tomaron de los templos; todos los derechos humanos y divinos se trastornaron.

Informado César de todo esto, hizo una plática á sus soldados, en que les trajo á la memoria «cuantos agravios le habian hecho sus enemigos en todos tiempos. Quejóse de que habian solicitado y seducido á Pompeyo por emulacion y envidia de su gloria, habiendo el ayudado y favorecido siempre á su honra y dignidad. Se lamentó del nuevo ejemplar introducido en la república de perseguir y oprimir con armas la potestad tribunicia, que con las armas habia sido restituida los años pasados. Que, habiendo derogado Sila todos los privilegios de esta potestad, con todo la habia dejado libre la oposicion; y Pompeyo, que parecia haberla restituido sus prerogativas, la quitaba la que conservaba en el dia. Siempre que se habia decretado que velasen los magistrados para que no padeciese algun daño la república, con cuya voz y decreto era convocado á las armas el pueblo romano, habia sido con ocasion de leyes perniciosas, en una violencia de los tribunos, en un alboroto del pueblo, ocupados los templos, y todas las eminencias (cuyos ejemplos de tiempos antiguos les mostró cómo fueron expiados con la sangre de Saturnino y de los Gracos); de las cuales cosas nada se habia hecho entónces, ni aun pensado, ni promulgado ley, ni tratado con el pueblo, ni movido tumulto alguno. Por lo cual los exhortaba á que defendiesen del poder de sus enemigos la reputacion y dignidad de aquel general, bajo cuya conducta habian servido nueve años á la república con la mayor felicidad, saliendo vencedores de muchísimas batallas, y conquistando toda la Francia y la Alemania.» Levantaron el grito los soldados de la legion décimatercia (á la cual habia llamado al principio de aquel movimiento, pues aun no se habian juntado las demás), diciendo: «que estaban prontos á defender á su general, y á los tribunos del pueblo, de las injurias de sus contrarios.»

III. Conocida la voluntad de los soldados, partió con aquella legion la vuelta de Rímini, donde halló á los tribunos del pueblo que se habian refugiado á su bandera, é hizo salir á las demás legiones de los cuarteles de invierno, con órden de que le siguiesen. Llegó allí tambien L. César el mozo, cuyo padre era su lugarteniente, el cual, después de las primeras razones que le movian á venir, dijo, que le traia recado particular de Pompeyo, cuya sustancia era excusarse con César, «que no tuviese por agravio hecho á su persona lo que habia ejecutado por respetos de la república, cuyos intereses habia preferido siempre á sus amistades particulares; y que tambien César debia por su reputacion deponer sus intentos y enojos, y no airarse tan gravemente con sus enemigos, por no perjudicarla, esperando hacerles daño á ellos.» Á este tenor añadió algunas otras cosas, excusando juntamente á Pompeyo. Casi lo mismo, y sobre el mismo asunto, trató con César el pretor L. Roscio, diciendo que Pompeyo se lo habia encargado.

Aunque estas cosas no parecian suficientes, ni á propósito para disminuir sus agravios, con todo, teniendo estas personas seguras, por quienes hacer presente á Pompeyo lo que deseaba, pidió á uno y á otro, que, supuesto le habian traido aquel recado de Pompeyo, no tomasen á mal llevarle otro suyo, por si con tan corto trabajo pudiesen cortar tan grandes diferencias, y libertar del miedo á toda la Italia. Decíale, «que siempre habia tenido por primera la dignidad de la república, y mas amada que su propia vida. Que habia sentido mucho le hubiesen quitado sus enemigos con afrenta la benevolencia del pueblo romano, y se le trajese á la ciudad despojado seis meses de su gobierno, habiendo mandado el pueblo tenerle presente en los próximos comicios; el cual menoscabo de su honra habia llevado con resignacion por causa de la república; que habia escrito al senado para que todos licenciasen sus ejércitos, y ni aun esto habia conseguido. Se hacian levas de gente en toda Italia; se retenian las dos legiones sacadas de su ejército con el pretexto de la guerra de los partos; en la ciudad se habian tomado las armas: ¿á qué propósito venia todo esto, sino á conspirar para su ruina? Sin embargo, estaba dispuesto á ceder y sufrirlo todo por amor de la república; que partiese Pompeyo á su gobierno; que se despidiesen uno y otro ejército; que todos depusiesen las armas en Italia; que se quitase el miedo á

la ciudad, y se entregasen libres los comicios, y toda la república, al senado y pueblo romano; y para que esto se ejecutase con ciertas condiciones, y estas se firmasen con juramento, ó viniese Pompeyo mas cerca ó á él le permitiese acercarse adonde él estaba; pues quizá con algunas conferencias se sosegarian todas las disensiones.»

Recibida esta carta, llegó Roscio con L. César á Capua, donde halló á los cónsules y á Pompeyo, y habiéndoles hecho presentes las pretensiones de César, deliberado el negocio, le respondieron con los mismos sugetos en esta sustancia: «Que César se volviese á Francia; que saliese de Rímini, y licenciase el ejército; que si hacia esto, pasaria Pompeyo á España; pero mientras no daba seguridad de cumplir lo que ofrecia, ni los cónsules, ni Pompeyo dejarian de continuar las levas.»

Era una condicion injusta y desigual pedir que César saliese de Rímini y volviese á su provincia, y tener Pompeyo á un mismo tiempo sus provincias, y las legiones agenas; querer que se licenciase el ejército de César, y continuar las levas; prometer irse á su gobierno, y no decir para qué tiempo, con el fin de que, si concluido el consulado de César no hubiese marchado Pompeyo, no pareciese habia quebrantado con mentira el sagrado del juramento; fuera de que nó dar lugar á la plática, nó prometer acercarse á ella, traia consigo una grande desconfianza de la paz.

IV. Así despachó á Marco Antonio con cinco cohortes á Arezo, y él se quedó en Rímini con dos legiones. Aquí trató de levantar gente, y ocupó á los pueblos Pésaro, Fano y Ancona, cada uno con una cohorte. Informado después de que el pretor Termo ocupaba á Ugubio con cinco cohortes, y que fortalecia la ciudad, pero que todos los ciudadanos eran muy afectos á su partido, despachó allá á Curion con tres cohortes que tenia en Pesaro y Rímini. Luego que Termo supo su venida, desconfiando de la voluntad del municipio, se salió huyendo con sus cohortes; pero le dejaron los soldados en el camino, y se fuéron á sus casas; con lo que se apoderó Curion de la ciudad con grande aplauso de todos. Confiando César en las voluntades de los municipios á vista de estos sucesos, sacó de las guarniciones las cohortes de la legion décimatercia, y partió la vuelta de Osimo, ciudad de que estaba apoderado Acio Varo con algunas cohortes, y que tenia repartidos varios senadores para hacer levas en toda la Marca de Ancona.

Informados los decuriones de Osimo de la venida de César, acudieron en gran número á Acio Varo, y le dijeron, que no tocaba á ellos la decision de aquellas diferencias; pero que ni ellos, ni los demás municipales podian sufrir se estorbase la entrada de la ciudad, coronado el muro de gente armada, al general C. César, después de tantas victorias, y tan señalados servicios como habia hecho á la república; y así que mirase á la posteridad, y á su peligro. Movido Acio Varo de esta plática, sacó de la ciudad la guarnicion que habia introducido, y se puso en fuga; pero alcanzado por algunos soldados de la vanguardia de César, le hicieron detener. Trabóse la batalla, fué Varo desamparado de los suyos, parte de los cuales se retiraron á sus casas, y parte vinieron á poder de César, y juntamente quedó prisionero L. Pupio, primer capitan de una legion, que habia servido con el mismo grado en el ejército de Pompeyo. César alabó á los soldados de Acio, dejó ir libre á Pupio, y dió gracias á los de Osimo, prometiéndoles que tendria muy presente su accion.

Llegada á Roma la noticia de estos sucesos, fué tanto el miedo que se extendió de repente por toda la ciudad, que, habiendo ido el cónsul Lentulo á abrir el erario para dar dinero á Cn. Pompeyo por decreto del senado, sin esperar á otra cosa, dejó abierto el erario, y huyó de Roma, por haberse esparcido una falsa voz de que venia César, y que ya se alcanzaba á ver su caballería. Siguieron á Lentulo su compañero Marcelo y los demás magistrados. El dia antes habia salido Cn. Pompeyo á hacerse cargo de las legiones que habia recibido de César, y alojado en la Pulla en cuarteles de invierno. Cesaron las levas en la ciudad, en ninguna parte se tuvieron por seguros fuera de Capua: aquí se recobraron algun tanto; y vueltos en sí, trataron de levantar gente de los colonos enviados á Capua por la ley Julia. El cónsul Lentulo sacó un dia á la plaza los esclavos, de que habia formado César en aquella ciudad una escuela de gladiadores, y asegurándoles la libertad, les dió caballos, y les mandó que le siguiesen; á los cuales, aconsejado después por sus amigos, porque este hecho habia parecido á todos muy mal, repartió por los presidios en los pueblos amigos de Campania.

Salió César de Osimo, y recorrió la Marca de Ancona: todos los pueblos de la provincia le recibieron de muy buena voluntad, y ayudaron á su ejército con todo lo que necesitaba. Viniéronle tambien diputados de Cíngolo, poblacion fundada por Labieno, y edificada á su costa, prometiéndole estar á sus órdenes con la mas fina voluntad; á quienes habiendo pedido cierto número de gente, se la enviaron. Entretanto vino á incorporarse con César la legion duodecima, con la cual, y otra que ya tenia, marchó la vuelta de Áscoli, en la Marca de Ancona. Estaba en esta ciudad Lentulo Espinter con diez cohortes; pero informado de la venida de César, se salió huyendo; y como intentase llevar consigo las cohortes, la mayor parte de los soldados le dejaron. Hallándose desamparado en el camino con muy poca gente, encontró á Vibulio Rufo, á quien enviaba Pompeyo á la Marca de Ancona para asegurar las voluntades de aquella gente; pero avisado por Léntulo de lo que pasaba, incorporó sus soldados con los que él llevaba, y le dejó ir libre. Juntó de paso en los pueblos comarcanos las cohortes que pudo de las levas de Pompeyo, entre las cuales recogió á Ulciles Hirro, que habia salido huyendo de Camerino con seis cohortes con que la guarnecia. Entre todas compuso trece, con que marchó á Corfinio á largas marchas, la cual tenia por Pompeyo Domicio Ahenobarbo, á quien avisó de que venia César sobre él con dos legiones. Hallábase Domicio con casi veinte cohortes que habia recogido de Alba, de Calabria, y de su comarca.

Recobrada la ciudad de Áscoli, y echado de ella Léntulo, mandó buscar los soldados que se habian desertado á este, y hacer leva: y habiéndose detenido aquí un dia para dar disposicion en el acopio de víveres, marchó con su ejército la vuelta de Corfinio. Cuando llegó, vió que habia adelantado Domicio cinco cohortes á cortar un puente en un rio que dista de la ciudad como tres millas. Trabóse la batalla sobre el puente con los batidores de César, y tardaron bien poco los domicianos en ceder el paso, y retirarse á la ciudad; con que pasó César sus legiones, se presentó delante de la plaza, y sentó su real al frente de las murallas.

V. Á vista de esto, despachó Domicio hombres prácticos de la tierra, prometiéndoles un buen premio, con una carta para Pompeyo que se hallaba en la Pulla. En ella le pedia, «y suplicaba le socorriese; pues era fácil cortar á César con dos ejércitos las provisiones

en los desfiladeros en que se hallaba; y que si no lo hacia, se verian en el mayor peligro él y mas de treinta cohortes, y un gran número de senadores y caballeros romanos.» En el intermedio, animaba á sus tropas, disponia máquinas en la muralla, repartia entre todos la guarda y custodia de cada parte de la plaza, y prometió en una junta cuatro aranzadas de tierra á cada soldado de sus posesiones, y á proporcion á los centuriones, y á los veteranos que habian sido sacados de sus casas para esta guerra.

Entretanto tuvo César noticia de que los habitantes de Sulmona, distante siete millas de Corfinio, deseaban ponerse bajo su obediencia, pero que se lo estorbaban el senador Q. Lucrecio y Acio Peligno, que con siete cohortes se habian apoderado de la ciudad. Despachó allá á M. Antonio con cinco cohortes de la legion octava. Los sulmonenses, lo mismo fué ver nuestras insignias, que abrieron las puertas al instante, y todos juntos, ciudadanos y soldados, salieron á recibir á Antonio, y á darle el parabien. Lucrecio y Acio se arrojaron de la muralla; pero Acio fué traido á presencia de Antonio, á quien él pidió le llevase delante de César. Así que Antonio se volvió con las cohortes y con Acio el mismo dia que habia partido: aquellas incorporó César con su ejército, y á este le dejó ir libre. En los tres primeros dias que estuvo sobre Corfinio, fortaleció su campo con grandes reparos; hizo conducir víveres de los municipios comarcanos, y resolvió esperar el resto de sus tropas. En estos dias le llegó la legion octava, veinte y dos cohortes de la nueva leva de Francia, y cerca de trescientos caballos del rey de Baviera. Con estas tropas mas, formó otro campo hácia otra parte de la ciudad, poniéndole á la direccion y mando de Curion, y en los dias siguientes empezó á rodear la ciudad con un valladar, y con diversos castillos.

Cuando ya estaba concluida la mayor parte de esta obra, volvieron con la respuesta los que fueron enviados á Pompeyo. Leyó la carta Domicio reservadamente; y, disimulando todo lo posible, dijo en la junta, « que Pompeyo llegaria muy pronto á su socorro; y les exhortó á que no cayesen de ánimo, y previniesen todo lo necesario para la defensa de la plaza; » pero se descubrió en secreto á algunos de sus amigos, y resolvió ponerse en salvo. Como el semblante de Domicio no convenia con sus palabras, y le veian andar en todo con mas temor y aturdimiento que en los dias antecedentes, comunicar mucho en secreto con sus amigos, como para tomar consejo fuera de lo acostumbrado, y huir el trato y comunicacion con los otros, no pudo encubrirse, ni disimularse mas tiempo la verdad. Porque lo que Pompeyo habia respondido era, que no pensaba poner las cosas en grave peligro; que sin su voluntad ni consejo, se habia entrado Domicio en Corfinio; y así, si hallaba ocasion viniese con todas sus tropas adonde él estaba: cosa imposible por el cerco y circunvalacion de la plaza.

Divulgada la resolucion de Domicio, se juntaron al anochecer los soldados de la guarnicion, y tuvieron entre sí estas pláticas por medio de los tribunos, de los centuriones y otras personas de distincion: que se hallaban cercados por César: que las obras y fortificaciones estaban casi concluidas: que su general Domicio, en cuya esperanza y confianza habian permanecido, trataba de ponerse en cobro abandonándolos á todos; y así tambien estaban ellos obligados á mirar por la seguridad de sus personas. Opusiéronse desde luego á esta resolucion los albanos, apoderándose de aquella parte de la ciudad, que parecia mas bien fortificada; y fué tal la disension entre ellos, que estuvieron muy cerca de venir á las manos, y decidir su diferencia con la espada. Mas, tardaron poco en saber por los avisos que se enviaban de unos á otros, lo que ignoraban de la resolucion de Domicio: y así, todos de unánime consentimiento, puestos al rededor de él cuando salió en público, le tuvieron guardado á buena cuenta, y despacharon en tanto sus diputados á César, diciéndole que estaban prontos á abrirle las puertas, y á ponerse bajo de su obediencia, y entregar en sus manos á Domicio.

Con esta noticia, aunque veia César que le importaba mucho apoderarse cuanto antes de la plaza, y pasar aquellas cohortes á sus reales, para que ó con dadivas, ó con nuevas esperanzas, ó falsas noticias no se originase alguna mudanza en los ánimos, pues siempre en la guerra suelen resultar de pequeños principios grandes acontecimientos; con todo, temiendo que con la entrada de las tropas, y libertad de la noche podia ser saqueada la plaza, alabó y dió gracias á los diputados, y los volvió á enviar á la ciudad, con órden de que guardasen las puertas y murallas. Dispuso sus tropas en las fortificaciones, nó con la separacion que en los dias antecedentes, sino con contínuas guardias y centinelas, que tocasen unas con otras, y cubriesen toda la fortificacion. Repartió por toda ella á los tribunos y prefectos, encargándoles, que, nó solo precaviesen las salidas de las tropas, sino aun las de cada soldado; y ninguno hubo entre todos tan flaco y descuidado, que descansase un rato en aquella noche. Tal era la expectacion de todas las cosas, que no paraban de revolver en su pensamiento qué seria de los corfinienses, de Domicio, de Léntulo, de todos los demás, y qué fortuna correria cada uno.

Cerca del amanecer habló Léntulo desde la muralla con nuestras guardias y centinelas, pidiendo permiso para hablar á César. Dado el permiso, le dejaron salir; pero sin apartarse de él los soldados de Domicio hasta que le pusieron en presencia de César. « Trató con él acerca de su seguridad, rogándole le perdonase, recordándole su amistad antigua, y haciéndole memoria de los favores que á César debia: los cuales eran muy señalados; pues por él habia entrado en el colegio de los pontífices; por él habia obtenido desde la pretura el gobierno de España, y le habia favorecido mucho en la pretension del consulado. » Cortó César la plática diciendo, « que no habia salido de la provincia para hacer mal á nadie, sino para defenderse de las afrentas de sus enemigos, para restituir su dignidad á los tribunos del pueblo, desterrados de Roma por su causa, y poner en libertad á sí y al pueblo romano, oprimido por la faccion de unos pocos. » Asegurado Léntulo con estas palabras, « pidió que le permitiese volver á la ciudad, pues el haber alcanzado él la vida, serviria de consuelo á la esperanza de los demás; porque estaban algunos tan atemorizados, que se hallaban muy cerca de desesperarse. » Dada esta licencia, se retiró.

Luego que amaneció, mandó César que viniesen á su presencia todos los senadores y sus hijos, los tribunos militares, y caballeros romanos. Estaban allí del órden senatorio L. Domicio, P. Léntulo Espinter, Vibulio Rufo, Sexto Quintilio Varo, cuestor, y L. Rubrio, además un hijo de Domicio, y otros muchos jóvenes ilustres, y un gran número de decuriones, y caballeros que Domicio habia llamado de los municipios. Á todos estos, presentados en público, estorbó que los ofendiese la mofa y dicterios de los soldados. Les esplicó en breves razones el mal pago que habia recibido de todos ellos por los muchos beneficios que les

habia hecho, y los dejó ir á todos libres. Volvió á entregar á Domicio sesenta mil sextercios que habia traido, y puesto en depósito público, los cuales pusieron en sus manos los duunviros de Corfinio, para que no le tuviesen por menos contenido en el dinero, que en las vidas de los hombres, aunque sabia que aquel dinero era del público, y dado por Pompeyo para pagar las tropas. Hizo prestar juramento de fidelidad para con él á los soldados de Domicio, y aquel mismo dia levantó el campo, y anduvo la jornada regular: y después de haberse detenido siete dias sobre Corfinio, marchó á la Pulla por las tierras de los marrucinos, frentanos y larinates.

VI. Informado Pompeyo de lo que habia pasado en Corfinio, partió de Lucera á Canosa, y de allí á Brindis, mandó que viniesen á incorporarse con él todas las tropas de las nuevas levas, armó á los siervos y pastores, y aun les dió caballos, de que formó una compañía de trescientos hombres. Huyó de Alba el pretor L. Manlio con seis cohortes, y Rutilio Lupo, tambien pretor, escapó de Terracina con otras tres; las cuales, alcanzando á ver á lo lejos la caballería de César mandada por Bivio Curio, dejaron solo al pretor, dirigieron las banderas á Curio, y vinieron á incorporarse con él. Otras cohortes vinieron tambien á dar por distintos caminos, unas á la infantería de César, otras á su caballería. Trajeron tambien prisionero á Cn. Magio Cremona, intendente de las máquinas de Cn. Pompeyo, á quien volvió á enviar César con una carta para él mismo, en que le decia: «que pues hasta ahora no habia habido proporcion de hablarse, y él iba á buscarle á Brindis, importaba á la república y á la quietud del estado que los dos se hablasen, lo cual no se podia lograr por la distancia, y pasando por terceros las condiciones, del mismo modo que si entre los dos tratasen cara á cara de las diferencias presentes.»

Entregada esta carta, llegó á Brindis con seis legiones, cuatro veteranas y las otras dos formadas de las nuevas levas y completadas en el camino; pues las cohortes de Domicio las despachó inmediatamente desde Corfinio á Sicilia. Halló que los cónsules habian marchado la vuelta de Durazo, con gran parte de su ejército, y que Pompeyo permanecia en Brindis con veinte cohortes; pero no podia averiguar si se habria quedado aquí con ánimo de mantener la plaza, para tener mas fácilmente bajo su mano todo el mar Adriático con las partes mas remotas de Italia y Grecia, y poder hacer la guerra por ambos lados; ó si se habria detenido por falta de naves. Y así, temiendo que aun pensaria Pompeyo en sacar socorros de Italia, determinó cortar la salida y comunicacion del puerto de Brindis con obras de esta naturaleza. Á la parte mas estrecha de la embocadura del puerto echó al mar una gran mole de tierra y cascajo de un lado y otro de la ribera, porque se podia vadear el mar por aquel paraje. Un poco mas adelante, que la mayor profundidad no dejaba á la tierra tomar consistencia, colocó muchas naves de dos en dos, á igual distancia de treinta piés desde el dique de tierra, aseguradas con cuatro áncoras de sus cuatro ángulos, para que las olas no las moviesen. Dispuestas estas, añadió después otras de igual magnitud, llenas de tierra y faginas, para que no se estorbase la llegada y el paso para defenderlas; por el frente y por los lados las amparaba con parapetos y zarzos, y en cada cuatro de ellas levantaba una torre de dos altos para defenderlas mas fácilmente del choque de las naves y de los incendios.

Contra estas obras preparaba Pompeyo las galeras que habia encontrado en el puerto de Brindis; levantaba en ellas torres de tres altos, y llenas estas de máquinas y todo género de armas, las dirigia á las obras de César para desbaratar las naves y deshacer los diques. De esta manera se peleaba todos los dias á lo largo con hondas, flechas y demás armas arrojadizas. Mas en todo esto se manejaba César de suerte, que nunca pensaba dejar de tratar de las condiciones de la paz. Y aunque extrañaba mucho que no se le remitiese á Magio, á quien habia enviado con carta para Pompeyo, y este medio, intentado por él en vano muchas veces, retardaba su resolucion y naturales ímpetus; con todo pensaba perseverar en este intento. Y así envió á su lugarteniente C. Caninio Rebilo, para que hablase con su amigo y pariente Escribonio Libon, encargándole le moviese á que tratase de la paz, y principalmente que César hablase con Pompeyo; pues tenia mucha confianza de que llegando á hablarse los dos, fácilmente se dejarian las armas con partidos iguales y equitativos; de lo cual resultaria á Libon mucha parte de gloria y alabanza, si por su consejo y mediacion se dejaban las armas. Luego que Libon se apartó de la conferencia con Caninio, se dirigió á Pompeyo, y poco después volvió con la respuesta de que no estaban allí los cónsules, y que sin su presencia nada se podia tratar acerca de composicion. De suerte que al cabo pensó César en abandonar aquel partido de la pacificacion, que tantas veces habia intentado en vano, y tratar solo de la guerra.

Cuando ya llevaba César hecha la mitad de su obra, y consumidos en ella nueve dias, llegaron á Brindis desde Durazo, enviadas por los cónsules, las naves que habian conducido allí la primera parte del ejército. Pompeyo, ó por miedo de las obras de César, ó porque desde el principio formó la resolucion de abandonar la Italia, con la llegada de las naves empezó á disponer su partida; y para retardar mas fácilmente el ímpetu de César, no fuese que al mismo tiempo de la marcha entrasen las tropas en la ciudad, hizo atajar los barrios y plazuelas, mandó cavar fosos en las travesías de las calles, y clavar en ellas estacas y palos puntiagudos, disimulados con algunos maderos y capas de tierra, y embarazó con estacas puntiagudas hincadas en tierra dos caminos que iban al puerto desde la muralla. Dispuestas estas cosas, dió órden á las tropas de embarcarse en el silencio de la noche, y colocó en el muro y las torres algunos honderos y flecheros, armados á la ligera á quienes mandó que á cierta seña acudiesen á incorporarse en otras barcas prevenidas para este efecto, cuando todos los demás estuviesen embarcados.

Los habitantes de Brindis, hostigados del mal trato de los pompeyanos, y aun del mismo general, estaban en seguir el partido de César; y así, luego que conocieron la partida, por verlos muy diligentes y ocupados de una parte á otra, empezaron á darlo á entender por señas desde las casas. Advertido esto, dió César órden de que se previniesen las escalas, y estuviesen todos sobre las armas, para no perder ocasion de lograr el golpe con prontitud. Pompeyo se hizo á la vela por la noche. Los que estaban puestos para guarnecer la muralla, fuéron llamados con la seña convenida, y por caminos conocidos corrieron á embarcarse. Nuestros soldados, puestas las escalas, subieron á la muralla; pero advertidos por los ciudadanos que se guardasen de la celada y de los fosos, se detuvieron; y guiados por ellos, por otros caminos llegaron al puerto, donde con barcos y lanchas tomaron dos naves (con algunas tropas) que habian varado

junto á los diques de César, y las hicieron presa suya.

VII. Aunque César conocia ser muy oportuno para la esperanza de concluir el negocio, juntar naves y embarcarse en seguimiento de Pompeyo, antes que se fortaleciese mas con los socorros ultramarinos; con todo, recelaba la tardanza de esta resolucion; porque, habiendo tomado Pompeyo todas las naves, habia inutilizado por ahora la ocasion de perseguirle. Quedaba el medio de esperar los navíos de las partes mas remotas de Francia, de la Marca de Ancona y del estrecho de Sicilia; cosa que por la estacion le parecia largo y lleno de dificultades. Y entretanto no queria que en su ausencia se asegurase el antiguo ejército y las dos Españas, de las cuales una estaba muy obligada á Pompeyo por sus beneficios, y que se previniesen tropas auxiliares y caballería y se atacase á la Italia y la Francia.

Y así omitió por entónces seguir á Pompeyo, y tomó la resolucion de marchar á España, dejando á los duunviros de los municipios el encargo de buscar naves y conducirlas á Brindis. Despachó á Cerdeña al lugarteniente Valerio con una legion, y á Curion, en calidad de propretor, con otras tres, á Sicilia, y con órden de que, en habiéndola reducido á su obediencia, pasase con el ejército al África. Tenia el gobierno de Cerdeña M. Cota, y el de Sicilia M. Caton; el de Africa le debia obtener por suerte Tuberon. Los habitantes de Cagliari luego que supieron que se les enviaba á Valerio, aun no habia salido este de Italia, cuando de su propio movimiento echaron á Cota de la ciudad; el cual, atemorizado por creer que habria consentido en aquella resolucion toda la provincia, se fué huyendo de Sicilia al África. Caton trataba de componer en Sicilia las galeras antiguas, y mandaba construir otras á las ciudades, administrando estas operaciones con mucha diligencia, hacia levas de ciudadanos romanos en la Calabria por medio de sus tenientes, y mandaba contribuir á los pueblos de Sicilia con cierto número de gente de á pié y de á caballo. Estando ya casi concluidos todos estos preparativos, con la noticia de la marcha de Curion, se quejó amargamente en una junta, «de que le habia vendido y desamparado Pompeyo; que, hallándose del todo desprevenido, habia emprendido una guerra nó necesaria; y preguntado por él y por otros en el senado, les habia asegurado que todo estaba prevenido y dispuesto para la guerra.» Expuestas estas quejas en la junta, se salió huyendo de la provincia.

Hallando evacuadas por sus gobernadores Valerio y Curion la Cerdeña, y la Sicilia, entraron en ellas con sus ejércitos. Cuando Tuberon llegó al África, encontró con el gobierno de ella á Acio Varo, que, huyendo como dijimos de Osimo, y pérdidas sus cohortes, se vino al África, y hallándola sin gobernador, se apoderó de ella de su propio motivo. Hizo levas de gente y completó dos legiones, hallando abierta la puerta para estas operaciones por el conocimiento que tenia de la tierra y de la gente, y por la experiencia de aquella provincia, cuyo gobierno habia obtenido pocos años antes al salir de la pretura. Lo que hizo fué estorbar á Tuberon, que venia con su escuadra, la entrada en el puerto de Utica, sin permitirle desembarcar á su hijo que estaba enfermo, sino que le precisó á levar áncoras, y salir de aquel paraje.

Concluido esto, para dar César el tiempo restante al descanso de los trabajos, repartió sus tropas en los municipios mas inmediatos, y marchó la vuelta de Roma. Convocado el senado, hizo un razonamiento, en que se quejó de los agravios de sus enemigos, exponiendo: «Que él no habia apetecido ningun empleo extraordinario, sino que habiendo esperado el tiempo legítimo del consulado, se habia contentado con él; lo cual era constante á todos los ciudadanos; que se habia promulgado por diez tribunos del pueblo, contradiciéndolo sus enemigos, repugnándolo acérrimamente Caton, y alargándolo de un dia para otro con su acostumbrada detencion en decir su dictámen, el que se tuviese consideracion de él, aunque se hallaba ausente, siendo cónsul el mismo Pompeyo; el cual si lo reprobaba, ¿por qué permitia que se promulgase? Y si lo aprobaba, ¿por qué le habia estorbado usar del beneficio del pueblo? Propúsoles su paciencia en pretender voluntariamente que se licenciasen los ejércitos, en que iba á exponer sin duda su honra y propia estimacion. Manifestó la crueldad de sus enemigos en rehusar para con él lo mismo que pretendian para otro, queriendo mas perturbarlo todo, que dejar el mando y los ejércitos. Exageró la injuria de quitarle las legiones; trajo á la memoria la crueldad en estrechar á los tribunos del pueblo, las condiciones propuestas por su parte, y las conferencias pedidas y denegadas. Por todas las cuales cosas les suplicaba y rogaba tomasen á su cargo la república, y la gobernasen de comun acuerdo con él; pero si el temor les hacia retirarse, no les serviria de carga, sino que la gobernaria por sí mismo. Añadió á esto, que convendria enviar diputados á Pompeyo, que tratasen de composicion; pues él no temia lo que poco antes habia dicho Pompeyo en el senado, que á quien se enviaban diputados, se atribuia demasiada autoridad, y se manifestaba el miedo de los que los enviaban; que esto le parecia de ánimo flaco y apocado, pues pretendia vencer ahora con la justicia y equidad, así como antes con las obras.»

Pareció bien al senado el medio de enviar diputados; pero no se encontraba quien fuese, rehusando cada uno con mucho temor el encargo de esta embajada. Porque al partir Pompeyo de la ciudad habia dicho en el senado, que tendria en el mismo lugar á los que se quedasen en Roma, que á los que siguiesen las banderas de César. Así se pasaron tres dias en disputas y excusas: y aun introdujeron los enemigos de César por debajo de mano, al tribuno de la plebe L. Metelo, para que tergiversase esta resolucion, y se opusiese á todo lo demás que César habia propuesto.

VIII. Conocida esta intencion, y consumidos ya en valde algunos dias, para no perder el tiempo restante, sin haber hecho lo que pensaba, partió de la ciudad á la Francia ulterior. Aquí supo que habia sido enviado á España por Pompeyo, Bibulio Rufo, á quien él habia dado libertad pocos dias antes habiéndole hecho prisionero en Corfinio: que habia partido tambien Domicio á ocupar á Marsella con siete naves ligeras, las que armadas en Igili y Cosano por los particulares, las habia él tripulado de siervos, libertos y colonos suyos: que se habian despachado á Marsella los diputados de esta ciudad, sugetos de distincion, á quienes habia exhortado Pompeyo al salir de Roma, á que no perdiesen con los nuevos favores de César la memoria de sus antiguos beneficios. Con este encargo los de Marsella cerraron las puertas á César, llamaron á sí á los albicos, gente bárbara, con quienes en lo antiguo tuvieron alianza, y habitaban en las montañas sobre Marsella: condujeron á la ciudad trigo de los pueblos vecinos, y de los presidios cercanos, establecieron armerías, y empezaron á poner en estado de defensa la muralla y las puertas.

Llamó César á su presencia á los quince varones mas principales de la ciudad, «trató con ellos amo-

nestándolos no rompiesen los primeros la guerra; debiendo seguir mas bien la autoridad de toda la Italia, que obedecer á la voluntad de un hombre solo; y les trajo á la memoria todo lo que le pareció del caso para atraer sus ánimos á la razon.» Llevaron los comisionados esta plática á la ciudad, y de comun acuerdo volvieron con esta respuesta: «Que tenian entendido estaba dividido el pueblo romano en dos facciones; que á ellos no pertenecia determinar cuál de las dos tenia mas justa causa: pero que eran las cabezas de entrambas Cn. Pompeyo y C. César, patronos de la ciudad, de los cuales el uno les habia concedido en comun las tierras del bajo Lenguadoc y del Vivarés; y el otro, habiendo sujetado las Gálias con sus armas, habia aumentado tambien sus rentas y territorio. En cuya suposicion debian corresponder con igual voluntad á iguales beneficios de uno y otro, y no ayudar á uno contra otro, ni recibirle dentro de su ciudad y de sus puertos.»

En esto llegó Domicio con sus naves á Marsella; fué muy bien recibido, le entregaron el mando de la plaza, y todas las facultades para dirigir la guerra. Por su consejo despacharon á varias partes la escuadra, para tomar y conducir al puerto cuantas naves mercantes se hallasen, con cuya clavazon, materiales y armamento pertrecharon las otras. Guardaron en un depósito público todo el trigo que se encontró, reservando las demás mercadurías y víveres para el caso de un cerco, si acontecia. Conmovido César de estos agravios, mandó que se acercasen á Marsella tres legiones, dió disposicion de que se hiciesen torres y manteletes para sitiar la plaza, y mandó armar en Arles hasta doce galeras. Hechas y armadas estas en solos treinta dias desde que se cortaron las maderas, y llevadas á Marsella, dió el mando de ellas á Decio Bruto, dejando á su lugarteniente C. Trebonio para que apretase el sitio de la ciudad.

IX. Mientras César se ocupaba en estos preparativos y disposiciones, envió á España á su lugarteniente C. Fabio con tres legiones que tenia alojadas en cuarteles de invierno en Narbona y sus alrededores, con órden de apoderarse con la mayor prontitud de los pasos de los montes Pirineos, que á la sazon guarnecian las tropas de L. Afranio, lugarteniente de Pompeyo; y mandó le siguiesen despues las demás legiones que invernaban mas lejos. Fabio, conforme á esta órden, poniendo toda la diligencia posible en su cumplimiento, desalojó la guarnicion de los montes, y partió á largas marchas en seguimiento del ejército de Afranio.

Con la llegada de Vibulio Rufo, que dijimos habia sido enviado á España por Pompeyo, Afranio, Petreyo y Varron, sus lugartenientes, uno de los cuales mandaba en la España citerior con tres legiones, otro con dos desde Cataluña hasta el rio Guadiana, y el tercero desde este rio en el reino de Leon, parte de Extremadura y Portugal, con iguales tropas, repartieron entre sí el cargo de la guerra, de suerte que Petreyo pasase desde Portugal por la Extremadura á incorporarse con Afranio con todas sus tropas; y Varron pasase á defender la España ulterior con las legiones de su mando. Dada esta disposicion, pidió Petreyo gente de á pié y de á caballo á Portugal, y Afranio á la Celtiberia y Cantabria, y á todos los bárbaros de la costa del océano. Juntas estas tropas partió Petreyo en diligencia por la Extremadura á incorporarse con Afranio; y entre los dos determinaron llevar la guerra á Lérida por la oportunidad que ofrecia su situacion.

Tenia Afranio, como arriba se dijo, tres legiones, dos Petreyo, con cerca de ochenta cohortes de infantería de la provincia citerior, y al pié de cinco mil caballos de ambas provincias. César habia enviado sus legiones á España, con hasta seis mil hombres de tropas auxiliares, y tres mil caballos, de que se habia servido en todas las guerras pasadas, é igual número que habia sacado de Francia, llamando en particular á los mas distinguidos y esforzados de todas las ciudades, y la mejor gente de Aquitania, y de los montañeses confinantes con la provincia de Francia. Corrian voces de que Pompeyo se dirigia por la Mauritania con sus legiones á España, y que llegaria muy pronto. Á esta sazon tomó César dinero prestado de los tribunos militares y centuriones, y lo distribuyó por el ejército: con cuyo hecho consiguió dos fines, tener á su devocion con aquella prenda los ánimos de los oficiales, y asegurar con su liberalidad la voluntad de los soldados.

Solicitaba Fabio con cartas y mensageros los ánimos de las ciudades comarcanas. Habia echado dos puentes en el Segre, á cuatro millas de distancia uno de otro, por los cuales enviaba á hacer forraje, por haber consumido en los dias antecedentes todo cuanto habia de estotro lado del rio. Casi lo mismo, y por la propia razon, hacian los jefes del ejercito pompeyano; y así se trababan todos los dias escaramuzas entre la caballería de una y otra parte. Por casualidad aconteció cierto dia, que habiendo pasado el rio dos legiones de Fabio, que por costumbre escoltaban á los forrajeadores, á las que seguia todo el equipaje y la caballería, con la fuerza de los vientos y de la corriente, se rompió de improviso el puente, quedando sin poder pasar el resto de la caballería. Conocido esto por Petreyo y Afranio por el cascajo y maderas que llevaba el rio, pasó al instante Afranio cuatro legiones y toda la caballería por el puente inmediato á la ciudad y á sus reales, y partió al encuentro de las dos legiones de Fabio. Lucio Planco que las mandaba, avisado de la venida de los enemigos, tomó por necesidad un puesto ventajoso, y dispuso sus escuadrones con dos diversos frentes, para que no le pudiese cercar la caballería. De esta manera, peleando con un número tan desigual, sostuvo terribles ataques de las legiones y de la caballería, hasta que, estando peleando con la caballería enemiga, alcanzaron á ver unos y otros las insignias de dos legiones, que destacó Fabio luego al instante por el otro puente al socorro de los nuestros, sospechando lo mismo que sucedió, que se aprovecharian los jefes contrarios de la oportunidad y beneficio de la fortuna para dar sobre los nuestros: pero la vista de las dos legiones separó la batalla, y cada uno volvió sus tropas á los reales.

De allí á dos dias llegó César con nuevecientos caballos, que habia reservado para su escolta. Aun no estaba compuesto el puente que se habia hundido por la crecida; y así le hizo componer aquella misma noche. Salió él mismo á reconocer el terreno; dejó seis cohortes, y todo el equipaje para la guarda del puente y de los reales, y al dia siguiente marchó hácia Lérida con todas sus tropas ordenadas en tres divisiones, hizo alto en frente de los reales de Afranio, y se mantuvo algun tanto sobre las armas, haciendo muestra de esperar la batalla en campo raso. Petreyo, á vista de esto, sacó las suyas al campo, y las ordenó al frente de sus reales en medio de un collado. Cuando conoció César que estaba por Afranio el venir á las manos, determinó fortificar su campo á la falda del monte, á cerca de cuatrocientos pasos de distancia. Y para que en los trabajos no fuesen amedrentados los soldados de alguna incursion repentina del enemigo, ni se in-

terrumpiese la obra, no quiso levantar trinchera, la cual era preciso sobresaliese, y se alcanzase á ver á lo lejos. Así mandó hacer por el frente un foso de quince piés de ancho. La primera y segunda division permanecia sobre las armas, como se habia resuelto desde el principio, detrás de los cuales trabajaba la tercera sin ser vista; de suerte que se concluyó la obra antes que Afranio tuviese noticia de que se fortificaban los reales.

Por la noche retiró César las legiones del foso adentro, y la pasó toda sobre las armas. Al dia siguiente mantuvo todo el ejército en el mismo puesto; y porque era preciso ir muy lejos por los materiales, determinó dirigir por entónces la obra de esta manera: señaló á cada legion un lado de los reales para que le fortificase por su parte, y las mandó hacer otros fosos iguales al primero, colocando las demás en órden de batalla al frente del enemigo. Afranio y Petreyo, para poner miedo, y estorbar la obra, sacaron sus tropas á la falda del monte provocando á la batalla: mas no por eso interrumpió César su obra confiado en la defensa de las tres legiones, y en el reparo del foso. Ellos, sin detenerse mucho, ni haber pasado de la falda del collado, volvieron sus tropas á los reales. Al tercer dia fortaleció César su campo con una trinchera, y mandó que viniesen á incorporarse con él las cohortes y el equipaje que habia dejado en los otros reales.

X. Entre la ciudad de Lérida y el collado inmediato donde tenian sus reales Petreyo y Afranio, habia una llanura de cerca de trescientos pasos, y en medio de ella un cerro de mediana elevacion; el cual confiaba César, que si le tomaba y fortalecia, cortaria sin duda al enemigo la comunicacion de la ciudad, del puente, y de todos los víveres que habia almacenado en la plaza. Con esta esperanza sacó tres legiones de su campo, y ordenadas en batalla en paraje á propósito, dió órden á las primeras filas de una legion para que se adelantasen á ocupar aquel cerro. Lo cual conocido por Afranio, destacó luego las cohortes que estaban al frente de los reales, por camino mas corto, á ocupar el mismo puesto. Trabóse la batalla; y por haber llegado primero los de Afranio, fuéron rechazados los nuestros; y enviando los contrarios otros refuerzos, se vieron obligados á volver las espaldas, y retirarse al cuerpo de las legiones.

El modo de pelear de aquellas tropas era salir corriendo con grande ímpetu, tomar puesto con resolucion, no guardar mucho sus filas, y pelear raros y dispersos. No tenian por vergonzoso volver piés atrás en viendose apretados, y dejar el campo libre al enemigo: acostumbráronse á este género de pelear con los portugueses y demás bárbaros, como suele suceder, que se hacen las tropas á la costumbre de aquellas tierras en que se han inveterado. Este modo de acometer, á que los nuestros no estaban hechos, no dejó de perturbarlos al principio, creyendo al ver el ímpetu de los contrarios, que los iban á cercar por el flanco; cuando ellos estaban en el firme presupuesto de guardar su formacion, no apartarse de las insignias, ni desamparar sin causa grave el puesto que hubiesen tomado. Y así, perturbados los que precedian á las banderas, no pudo mantener su puesto la legion que se habia apostado en aquella ala, y se retiró á un collado inmediato.

Viendo César amedrentadas casi todas sus tropas, cosa tan fuera de su costumbre y opinion, exhortándolas, envió á su socorro la legion nona, con que reprimió el orgullo de los enemigos, que perseguian á los nuestros con insolencia y denuedo, obligándolos á volver las espaldas, y retirarse á la ciudad, hasta ponerse debajo de la muralla. Pero siguiéndolos temerariamente los soldados de la nona legion con la codicia de resarcir el daño recibido, llegaron á un paraje mal acondicionado al pie de la montaña en que estaba fundada la ciudad, de donde cuando quisieron retirarse volvieron sobre ellos los enemigos desde puesto ventajoso. Era este sitio quebrado, muy pendiente por los lados, y tan ancho, cuanto podian ocupar tres cohortes formadas; de suerte que ni se les podian enviar refuerzos por los lados, ni aprovecharles la caballería en caso de hallarse apretados. Pero desde la ciudad continuaba la cuesta hácia el llano con poca pendiente, y por un espacio como de cuatrocientos pasos, por donde podian los nuestros retirarse de aquel lugar en que los empeñó su demasiado ardor. Aquí se peleaba con desigualdad, así por la estrechez del sitio, como por estar á la falda del monte, sin que se disparase un dardo en balde á los nuestros. Aumentábanse las tropas de los enemigos, y se les enviaban de los reales muy á menudo nuevas compañías por la ciudad, para que sucediesen á los cansados. Lo mismo se veia obligado á hacer César, suministrar refuerzos á los suyos para que los aliviasen.

Habiéndose peleado así cinco horas contínuas, y viéndose los nuestros muy apretados de la multitud, consumidos todos los dardos, pusieron mano á las espadas, arremetieron á las cohortes del monte, y con muerte de los primeros, obligaron á los demás á volver las espaldas. Retirados estos hasta la muralla, y metidos algunos de miedo en la ciudad, tuvieron los nuestros fácil la retirada. La caballería que ocupaba los lados, aunque en terreno quebradizo y bajo, fiada en su valor, se empeñó hasta la cumbre, y peleando entre los dos ejércitos, hizo al nuestro mas segura y cómoda la retirada. Fué varia la fortuna de esta batalla. Murieron de los nuestros en el primer encuentro cerca de setenta, y entre ellos el primer capitan de piqueros de la legion décimacuarta Q. Fulginio, que por su gran valor habia llegado á aquel puesto desde los grados mas inferiores; salieron heridos mas de sietecientos. Del ejército de Afranio murieron T. Cecilio, centurion de la primera fila, y otros cuatro centuriones, y mas de doscientos soldados.

Unos y otros se separaron este dia con opinion de vencedores. Los soldados de Afranio, porque siendo á juicio de todos inferiores, habian mantenido largo espacio su puesto á tiro de flecha, sufriendo las descargas nuestras; y por haber ocupado al principio, y defendido después el cerro que habia dado ocasion á la pelea, y obligado á los nuestros á volver las espaldas en el primer encuentro. Los nuestros porque sostuvieron el empeño mas de cinco horas en paraje desigual contra un número superior; porque vencieron la dificultad de la montaña con espada en mano, y obligaron á los enemigos á volver las espaldas desde puesto ventajoso, hasta meterlos dentro de la ciudad. Ellos fortalecieron con grandes obras la altura sobre que se habia combatido, y pusieron en ella una buena guarnicion.

Sucedió tambien otra incomodidad nó esperada en aquellos dos dias en que pasaron estas cosas; y fué que se levantó una tempestad tan grande, que nunca se habian conocido mayores lluvias en aquellos parajes. Estas hicieron derretirse las nieves de los montes, salir el rio de madre, y desbaratar en un dia los dos puentes que habia construido Fabio. Este accidente trajo grandes dificultades y trabajos al ejército de César. Porque estando sus reales, como arriba se dijo, entre los dos rios Segre y Cinca, en un espacio de treinta millas, ni uno ni otro podia vadearse; y todos

estaban encerrados por precision en esta estrechura, sin poder conducir víveres á César las ciudades que seguian su partido, ni volver los que habian partido algo mas lejos á hacer forraje, ni llegar á los reales los grandes convoyes que le venian de Italia y Francia. Era tambien la mas crítica estacion del año, porque ni habia todavía trigos en los campos, ni faltaba mucho para estar en disposicion de segarse. Las ciudades comarcanas estaban exhaustas, por haber conducido Afranio casi todo el trigo á Lérida antes de la venida de César, y lo restante lo habia consumido el en los dias anteriores. Los ganados, que podian ser el segundo recurso de la falta de pan, los habian retirado los pueblos vecinos por causa de la guerra. Los que habian ido á buscar forraje ó trigo á mayor distancia, eran perseguidos por los portugueses armados á la ligera, y las tropas de á pié de la España citerior, gente práctica de la tierra, á quienes era fácil pasar el rio, por ser costumbre entre ellos no salir nunca á campaña sin vejigas para estos casos.

Al contrario, el ejército de Afranio abundaba de todo género de víveres, tenia mucha provision de trigo acopiado allí de antemano, se lo suministraba contínuamente toda la provincia en gran cantidad, abundaba de pasto, cuya facultad le proporcionaba sin peligro alguno el puente de Lérida, y los campos de allende el rio, á donde César no podia llegar.

Duraron muchos dias las avenidas; y aunque César intentó reparar los puentes, ni lo permitia la crecida del rio, ni las cohortes de los enemigos apostadas al otro lado; siéndoles muy fácil estorbar la obra, así por la disposicion del rio, como por su mucha profundidad; y tambien porque desde toda la orilla disparaban á un solo paraje, y este estrecho: y á los nuestros era muy difícil continuar á un mismo tiempo la obra en un rio tan rápido, y defenderse de los tiros de los contrarios.

XI. Tuvo noticia Afranio de que un convoy considerable que venia dirigido á César, habia parado cerca del rio. Componíase este de un cuerpo de flecheros de Rovergue, y un trozo de caballería, con muchos carros y equipajes, conforme á la costumbre de esta nacion. Venian además cerca de seis mil hombres de todas clases con esclavos y libres; pero sin órden ni caudillo determinado que los gobernase, caminando cada uno á su albedrío, y sin recelo alguno, con la misma libertad que solian en otros tiempos. Venian muchos sugetos distinguidos hijos de senadores y del órden ecuestre, las diputaciones de las ciudades, y los lugartenientes de César: y todos estaban detenidos por no poder pasar los rios. Partió Afranio de noche para cogerlos de sorpresa con toda la caballería y tres legiones; y echando los caballos delante, dió sobre ellos desprevenidos. Pero se pusieron presto en defensa los caballos franceses, y trabaron la batalla. Mientras pudieron pelear con armas iguales sostuvieron, aunque inferiores en número, la multitud de los enemigos; pero luego que vieron acercarse las insignias de las legiones, se retiraron á los montes inmediatos, perdiendo algunos de los suyos. El tiempo que duró la batalla fué de gran coyuntura para la seguridad de los nuestros, que aprovechándose de aquel espacio, tomaron puestos ventajosos. Echáronse de menos en este dia cerca de doscientos flecheros, algunos caballos, y un corto número de esclavos y guardas de los equipajes.

Siguióse á estos accidentes la carestía de víveres, la cual suele agravarse, nó solo con la falta presente, sino tambien con la que se teme para adelante. Habia llegado á valer cincuenta denarios un celemin de trigo, cuya escasez tenia muy caidas de ánimo á las tropas: cada dia se aumentaban mas las dificultades: mudaban mucho de semblante las cosas: iba inclinándose la fortuna; era mucha la afliccion de los nuestros por falta de las cosas mas precisas, cuando los contrarios, en medio de la abundancia, se contaban ya vencedores. Como era suma la falta que padecian de trigo, pedia César mas carnes á las ciudades que seguian su partido, y enviaba los sirvientes á las mas apartadas, sobrellevando la escasez por todos cuantos arbitrios alcanzaba.

Todo lo escribian á Roma Afranio y Petreyo y sus amigos mucho mas abultado de lo que era en la realidad: y además aumentaba y fingia la fama las noticias, de suerte, que casi se daba por concluida la guerra. Concurrian muchos á casa de Afranio: se daban y recibian parabienes: partian muchos de Italia á incorporarse con Pompeyo, unos por ser los primeros á comunicarle tan favorables noticias, otros porque no se dijese habian esperado el éxito de la guerra para declararse, ó que habian llegado los últimos de todos.

Hallándose las cosas en este estrecho, tomados todos los caminos por la infantería y caballería de Afranio, y no pudiendose componer los puentes, mandó César á sus tropas fabricar unas naves como le habia enseñado antes la experiencia en Inglaterra. Hacíanse primero las quillas y costillaje de una madera fácil, y lo restante del casco entretejido de mimbres, se cubria con cueros. Hechas de este modo, las hizo conducir de noche en carros unidos á veinte y dos millas de distancia de los reales. Pasó en ellas las tropas, y tomó de improviso un collado en la ribera, el cual fortaleció con prontitud, antes que lo sintieran los enemigos. Aquí pasó después una legion; y en el espacio de dos dias tuvo compuesto de una parte á otra el puente comenzado. Con esto recibió en su campo con seguridad el convoy, y á los que habian marchado á buscar trigo; con lo cual empezó á facilitar las provisiones.

En el mismo dia hizo pasar el rio un trozo de caballería, que acometió de sobresalto á los forrajeadores esparcidos y sin temor alguno, y se apoderó de un número considerable de hombres y caballerías; y enviándoles los contrarios unas compañías de á pié de refuerzo, se distribuyeron los nuestros muy oportunamente en dos escuadrones, uno para guardar la presa, y otro para hacer frente á los que venian y desbaratarlos, donde cercaron y acabaron con una cohorte, que temerariamente se adelantó á las demás: y después se volvieron sin recibir daño alguno por el mismo puente, cargados de presa.

XII. Mientras pasaba esto en Lérida, aprovechándose los marselleses del consejo de L. Domicio, pusieron listas diez y siete galeras, once de las cuales eran cubiertas: á estas añadieron otros muchos barcos menores para amedrentar con la multitud de buques á nuestra escuadra. Embarcaron gran número de flecheros y de albicos, de quienes se ha hecho ya mencion, incitándolos con esperanzas de premios y promesas. Pidió Domicio algunas naves para sí reservadamente, y las pertrechó de los colonos, pastores y renteros suyos, que habia traido consigo. De esta manera, equipados de todo lo necesario, partieron con gran confianza en busca de nuestra armada, que estaba anclada en una isleta en frente de Marsella, al mando de D. Bruto.

Era este muy inferior en el número de naves; pero habia nombrado César para esta expedicion los sugetos de valor mas conocido, escogidos de las legiones, alféreces y centuriones, que ellos mismos se lo habian pedido. Llevaban estos á prevencion unos garfios

y harpones de hierro, é iban pertrechados de todo género de flechas, picas, y demás armas arrojadizas. Con tan buena disposicion, luego que tuvieron aviso de la salida de los enemigos, se hicieron al mar en ademan de batirse con los de Marsella. Peleóse de ambas partes con gran valor y coraje: se veia que los albicos daban poca ventaja á los nuestros en el brio y esfuerzo, gente feroz, criada en las montañas, y ejercitada en la guerra, que acabando de separarse de los de Marsella, tenian muy presentes sus promesas; y los de Domicio, rústicos pastores, que animados con la esperanza de su libertad, querian manifestar su esfuerzo á vista de su señor.

Los marselleses, confiados en la ligereza de sus naves, y en la destreza de sus pilotos, menospreciaban á los nuestros, arrostrando sus ataques sin el menor recelo; y mientras tenian facultad, tomando mayor espacio, y dilatando sus frentes, hacian cuanto era dable por cercar á los nuestros, ó batir á cada nave nuestra con algunas de las suyas, ó quebrar los remos de paso al tiempo de encontrarse. Mas cuando por necesidad llegaban á acercarse, de la destreza de los pilotos, y la pericia de los demás, se acogian al valor de los montañeses. Los nuestros, que tenian remeros menos prácticos, como sacados de repente de las naves de carga, que apenas sabian los nombres de las jarcías y el armamento, eran además embarazados de la tardanza y pesadez de las naves. Porque acabadas de construir de madera verde, no podian tener la misma ágilidad y ligereza. Pero siempre que se lograba la oportunidad de pelear desde cerca, exponian de buena gana una sola á dos de las contrarias; las echaban los garfios de hierro, y hecha presa en las dos, las batian á un tiempo, y aun saltaban á su bordo. Muerto así un gran número de albicos y pastores, parte de las naves echaron á pique, parte apresaron con la tripulacion, y parte tomaron la vuelta del puerto; de suerte que perdieron aquel dia los marselleses nueve naves con las apresadas.

XIII. Habiendo tenido noticia de esta victoria César, que estaba sobre Lérida, y concluido el puente al mismo tiempo, se mudó de improviso la fortuna en otro semblante. Amedrentados los enemigos del valor de nuestra caballería, andaban con menos libertad y atrevimiento que antes: unas veces salian á hacer forraje en un espacioso estrecho, adelantándose muy poco de sus reparos, por tener mas pronta la retirada; otras, cuando mas se extendian, procuraban evitar los centinelas y apostaderos de nuestra caballería; ó recibido algun daño, ó por haberla dado vista á lo lejos, huian dejando las cargas en la mitad del camino. Por último, dejaban de salir muchos dias, y habian dispuesto, contra la comun costumbre, hacer forraje de noche.

En este intermedio las ciudades de Huesca y Calahorra, que eran de una misma jurisdicion, enviaron diputados á César, prometiéndole que estarian á su obediencia: á estas siguieron dentro de pocos dias los moradores de Tarragona, los lacetanos donde está Jaca, los ausetanos donde Vique, los ilergavonenses y otros pueblos, que están en las inmediaciones del Ebro. Pidió á estos nuevos aliados, que le ayudasen con trigo: ellos se lo prometieron; y buscando caballerías por todas partes, se lo condujeron á los reales. Pasóse tambien á su campo una cohorte ilurgavonense, avisada de la resolucion de su ciudad, volviendo las banderas desde el mismo cuerpo de guardia donde estaba. Mudáronse mucho las cosas en breve tiempo. Concluido el puente, agregadas á nuestra amistad cinco ciudades poderosas, facilitada la provision de trigo, y extinguidos los rumores de que venia Pompeyo por la Mauritania con nuevo refuerzo de legiones, otros muchos pueblos mas apartados dejaron la alianza de Afranio, y siguieron desde luego la amistad de César.

Viendo César amedrentados con estos sucesos los ánimos de los contrarios, se apoderó de un puesto ventajoso, para no tener que enviar siempre la caballería por el puente con tanta distancia, y mandó hacer varios fosos de treinta piés de fondo, con que sangrar en parte el Segre, y hacer en él un vado para su gente. Estando ya casi del todo concluidos los fosos, entraron en gran temor Petreyo y Afranio, de que se les cerrase el paso de los víveres y el pasto por la mucha fuerza de la caballería de César; y así determinaron dejar aquellos parajes, y pasar la guerra á Aragon. Ayudaba tambien á esta resolucion el que de los dos partidos opuestos en la guerra pasada con L. Sertorio, las ciudades vencidas temian el nombre y autoridad de Pompeyo, aun estando ausente; y las que habian permanecido en su amistad, le amaban, obligadas con grandes beneficios: siendo el nombre de César apenas conocido de los bárbaros. De estos aguardaban los dos capitanes grandes socorros de infantería y caballería, y pensaban llevar la guerra á su país para el invierno. Tomada esta resolucion, dieron órden de buscar naves por toda la ribera del Ebro, y conducirlas á Mequinenza, ciudad puesta en la misma ribera, y distante veinte millas de los reales. Mandaron hacer un puente á esta parte del Segre, pasaron por él dos legiones, y fortalecieron su campo con una trinchera de doce piés.

Avisado César de esto por sus batidores, y continuando sus tropas de dia y de noche en el trabajo de sangrar el rio, le tenia ya en estado, que la caballería, aunque nó sin riesgo y dificultad, podia, y se animaba á pasarle; y á la infantería la llegaba el agua hasta los hombros, de modo que parecia grande embarazo la profundidad y rapidez de la corriente para aventurarse á lo mismo. Pero casi á un tiempo se tuvo noticia de que estaba ya hecho el puente en el Ebro, y de hallarse vado en el Segre.

Por esta razon pensaron ellos en apresurar la jornada. Y así, dejando dos cohortes auxiliares de guarnicion en Lérida, pasaron el Segre con todo el resto de su ejército, y se incorporaron con las dos legiones que habian pasado los dias anteriores. No le quedaba á César otro arbitrio, que perseguir y molestar con la caballería la marcha de los enemigos; porque el puente de que él usaba, tenia un grande rodeo, y podian ellos llegar al Ebro por camino mucho mas breve. Y así, enviada por él la caballería, pasó el rio; y habiendo levantado el campo Petreyo y Afranio á media noche, se dejaron ver los nuestros de repente sobre la retaguardia, y empezaron á detener y embarazar la marcha extendiéndose todo lo posible.

Al amanecer se alcanzaba á ver desde las alturas inmediatas á los reales de César, cómo nuestra caballería molestaba mucho á la retaguardia enemiga, que á veces hacia esta alto para sostener su combate, á veces revolviendo sobre los nuestros todo el cuerpo de la infantería, eran rechazados, y despues rehaciéndose, volvian á perseguir al enemigo. Con esto hacian corrillos los soldados en todo el campo, quejándose de que se dejaba ir al enemigo de las manos, y así con precision se alargaba mas la guerra. Hablaban á los centuriones y tribunos militares, y les pedian que dijesen á César no les perdonase trabajo ni peligro: que estaban prontos, podian, y tenian ánimo para pasar el rio por donde habia pasado la ca-

ballería. Animado César con sus voces y deseos, aunque recelaba exponer el ejercito á un rio tan caudaloso, con todo resolvió intentarlo, y hacer la experiencia. Y así dió orden de que se sacasen de todas las centurias aquellos hombres mas débiles, cuyos ánimos ó fuerzas parecia que no podrian resistir, y los dejó de guarnicion en los reales con una legion. Sacó las demás tropas á la ligera; y colocado un gran número de caballerías de la parte de arriba y de abajo del rio, pasó el ejército. Algun otro soldado á quien se llevó la fuerza de la corriente, fué socorrido por los de á caballo; mas ninguno pereció entre todos. Pasado el ejercito con la mayor felicidad, le ordenó en forma de batalla, y empezó á guiarle dividido en tres líneas. Mas, fue tal la diligencia de las tropas, que añadido á la marcha un rodeo de seis millas, y ocasionada una detencion considerable en el tránsito del rio, alcanzaron antes de las tres de la tarde á los que habian salido de sus reales á media noche.

XIV. Cuando Afranio y Petreyo los divisaron á lo lejos, asustados de aquella novedad, ocuparon un puesto ventajoso, y se formaron en batalla. César refrescó sus tropas en el llano, por no exponerlas cansadas á la pelea, y las reprendió y contuvo, porque todavía porfiaban en pasar mas adelante. Viéronse precisados los enemigos á sentar su campo mas presto de lo que habian pensado, por haber cerca unos montes, y otros pasos estrechos y difíciles á cinco millas de distancia. Hácia estos montes se dirigian para escapar de la caballería de César, estorbar la marcha de su ejército, apostando algunas guarniciones en los desfiladeros, y pasar sus tropas por el Ebro sin temor ni peligro. Esto era lo que debian pretender con todo su conato; pero, cansados de la pelea de todo el dia y el trabajo de la marcha, dilataron esta resolucion para el siguiente; por lo que sentó tambien César su real en un collado inmediato.

Habiendo hecho prisioneros la caballería cerca de media noche á los que se habian adelantado mas de los reales á buscar agua, se supo de ellos que trataban los capitanes contrarios de levantar el campo á favor del silencio de la noche. Con esta noticia mandó César hacer la señal de la marcha con todo el estruendo de las trompetas, como se acostumbra en tales casos. Ellos, en oyendo aquel estrépito, temieron ser obligados á pelear de noche con el embarazo de los equipajes, ó ser sorprendidos en los desfiladeros por la caballería de César; y así detuvieron la marcha, manteniendo sus tropas dentro de sus reales. Al dia siguiente salió Petreyo de oculto con una corta escolta de caballos á reconocer el terreno; y lo mismo se hizo por parte de César, enviando á L. Decidio Saxa á hacer el propio reconocimiento. Ambos volvieron á los suyos con la misma noticia: que se seguian cinco millas de tierra de labor; que después se encontraban parajes ásperos y montuosos; y que el primero que ocupase estos desfiladeros, estorbaria fácilmente la marcha del enemigo.

Tuvieron varias disputas en su consejo Petreyo y Afranio, tratándose del tiempo de la marcha. Los mas eran de parecer, «que se partiese de noche, pues podian llegar á los desfiladeros antes de ser sentidos. Otros tenian por una gran prueba de que no se podia salir de oculto el toque de la noche anterior en los reales de César; porque sin duda estaria repartida de noche su caballería, y tendria tomados todos los pasos y caminos: demás de que se debian evitar encuentros de noche, en que el soldado tímido, en tiempo de una discordia civil, consultaria mas bien á su temor, que al juramento de fidelidad; y al contrario la luz del dia causaba gran pudor á los ojos de todos, y nó menos la presencia de los tribunos y centuriones, con que se contienen las tropas, y están atentas al cumplimiento de su obligacion. Por lo cual, por todas razones se debia partir de dia, pues aunque se recibiese algun daño, con todo se podia tomar el puesto que deseaban, salva la parte principal del ejército.» Prevaleció este dictámen en la junta; y así determinaron levantar el campo al otro dia al amanecer.

César, habiendo registrado bien toda la tierra, sacó sus tropas de los reales con la primera luz del dia; y tomando un rodeo muy grande, fué guiando el ejército sin camino cierto, pues los que llevaban al Ebro y á Mequinenza se hallaban ocupados por el ejercito enemigo, que estaba en medio. Tenia que pasar unos valles muy grandes y embarazosos: en muchos parajes las quiebras y peñascos le impedian la marcha, de suerte que era menester ir pasando las armas de mano en mano, y hacer los soldados la mayor parte de la jornada sin ellas, sosteniendo los primeros á los que les seguian detrás. Mas ninguno rehusaba este trabajo, persuadidos á que el cerrar á los enemigos el paso del Ebro, y cortarles los víveres, seria el fin de todas sus fatigas.

Al principio salian á verlos con mucha alegría los soldados de Afranio, y con palabras injuriosas los insultaban, diciendo, que obligados de la falta del sustento necesario, huian la vuelta de Lerida. Porque con efecto, el camino era muy desviado del propósito, y parecia que guiaba á un destino contrario. No acababan los capitanes de ponderar el acierto de su resolucion de haberse mantenido en los reales, favoreciendo mucho á su opinion el ver que los nuestros habian emprendido aquella jornada sin caballerías de carga, ni convoy; por lo cual fiaban que no podrian sufrir mas tiempo la falta de víveres. Mas cuando advirtieron que el ejército iba doblando poco á poco sobre la derecha, y conocieron que pasaba ya la vanguardia, de la frente de sus reales; ninguno se vió tan tardo ni perezoso en el trabajo, que no pensase se debian sacar las tropas de los reales, y salirles al encuentro. Tocaron al arma, salieron todos, fuera de algunas cohortes que dejaron de guarnicion, y marcharon derechamente al Ebro.

Toda la dificultad consistia en la diligencia de los primeros que ocupasen los desfiladeros y los montes. Retardaba al ejército de César la aspereza del terreno; pero su caballería embarazaba á las tropas de Afranio, habiendo partido en su seguimiento. La ocasion puso de tal condicion la fortuna de los afranianos, que si llegaban los primeros á los montes, escapaban ellos del peligro; pero no podian conservar el equipaje de todo el ejército, ni las cohortes que guarnecian los reales, á las cuales, cortado el paso por el ejército de César, no podian socorrer en manera alguna. Acabó César la jornada el primero; y habiendo encontrado un llano después de aquellos peñascos, ordenó en él sus tropas contra el enemigo. Viendo Afranio oprimida su retaguardia por la caballería, y al enemigo delante de sí, logró una altura, y acampó en ella. Desde aquí destacó cuatro cohortes de infantería española á una montaña, la mas alta de las que estaban á la vista, dándolas órden de ocuparla avanzando todo lo posible, con el ánimo de pasar allá con todas sus tropas, y torciendo el camino, dirigirse por las cumbres á Mequinenza. Encamínábanse al puesto los españoles marchando en paso oblicuo, cuando los avistó la caballería de César, y cerró con ellos con tal denuedo, que no pudieron resistir un instante su ímpetu; y así fueron cercados y hechos pedazos á vista de los dos ejércitos.

XV. Era la ocasion mas oportuna de asegurar el golpe: ni se ocultaba á César, que recibido tan grande daño á sus propios ojos, no le podria resistir el enemigo, especialmente cercado por todas partes con su caballería, y habiéndose de pelear en campo raso y descubierto. Esto mismo le pedian á una voz todas sus tropas. Continuamente venian los lugartenientes, los centuriones y tribunos militares á decirle, que no dudase dar la batalla, pues tenia grandemente dispuestos los ánimos de todos los suyos; y al contrario, los afranianos habian dado muchas muestras de su temor, pues ni habian socorrido á sus cohortes, ni se atrevian á separar del collado, ni podian resistir los encuentros de la caballería, y estaban tan apretados, juntas en un paraje todas sus insignias, que era imposible pudiesen guardar sus filas ni formacion. Y si temia la ventaja de aquel paraje, en alguna otra parte hallaria oportunidad de venir á las manos, pues precisamente habia de abandonar Afranio el puesto, no pudiendo permanecer en él por falta de agua.

Habia entrado César en esperanza de salir con su empresa sin batalla, y sin daño alguno de sus tropas, por haber cerrado al enemigo el paso de los víveres. Y así respondia, «que ¿por qué razon, aun saliendo vencedor, habia de perder alguno de los suyos? ¿Por qué habia de permitir recibiesen la menor herida unos soldados que tan bien le habian servido? Y finalmente, ¿por qué habia de tentar á la fortuna, especialmente no siendo menos obligacion de un general vencer con la prudencia, que con la espada?» Movíale tambien la compasion de los ciudadanos que veia habian de perecer, salva la vida de los cuales deseaba lograr la empresa.» Muchos desaprobaban esta resolucion; y los soldados decian entre sí claramente, «que puesto que se dejaba ir de las manos tan oportuna ocasion de la victoria, no pelearian cuando César se lo mandase.» Sin embargo, él perseveró en su dictámen, y aun se retiró un poco de aquel paraje para disminuir el temor á los contrarios. Petreyo y Afranio, visto que se les daba facultad, se volvieron á sus reales: César repartió sus patrullas por los montes, tomó todos los caminos del Ebro, y fortaleció su campo lo mas cerca que pudo del enemigo.

Al dia siguiente, perturbados Petreyo y Afranio por haber perdido toda la esperanza de sus provisiones necesarias, y del rio Ebro, empezaron á consultar del éxito de sus cosas. Habia un camino, si querian volverse á Lérida, y otro, si tomar la vuelta de Tarragona. Estando en esta consulta tuvieron aviso de que estaban puestos en gran peligro los que habian salido á buscar agua por nuestra caballería; con cuya noticia dispusieron contínuas guarniciones de caballos y cohortes alarias, entreverando algunas de las legiones, y empezaron á levantar una trinchera desde los reales al agua, para proveerse al amparo de esta fortificacion sin miedo ni centinelas. Repartieron entre sí esta obra los dos capitanes, adelantándose á proporcion para cuidar de que se llevasen al cabo sus deseos.

Con su partida, hallando los soldados facultad libre de platicar unos con otros, salieron en gran número buscando y llamando cada uno á sus conocidos y paisanos. Lo primero les daban gracias «de que los habian perdonado el dia antes en medio de su temor, asegurándoles que vivian por su beneficio. Despues les preguntaban sobre la seguridad y patrocinio del general, si harian bien en entregarse bajo su palabra, lamentándose de no haberlo hecho antes, y de haber venido á las manos con sus amigos y parientes. Animados con estas pláticas, pidieron al general su palabra de conservar sus vidas á Petreyo y Afranio, para que no pareciese habian concebido alguna maldad contra ellos, ó entregado á los suyos con perfidia.» Asegurado esto, prometieron pasarse al instante con sus insignias, y le enviaron los primeros centuriones á tratar de la paz. Entretanto, unos llevaban á sus amigos á los reales para convidarlos, otros eran llamados de los suyos; de suerte que parecia ya un solo campo formado de los dos. Llegaron tambien algunos tribunos militares y centuriones á encomendarse á César. Lo mismo hicieron los caballeros españoles, á quienes Petreyo y Afranio habian llamado y tenian como en rehenes en el ejército: los cuales buscaban á sus conocidos y huéspedes, segun podia cada uno hallar entrada de recomendacion para César. Hasta un hijo de Afranio de corta edad trataba con César por medio del lugarteniente Sulpicio sobre la conservacion de su padre. Todo era muestras de alegría y congratulacion, así de los que creian haberse libertado de tan grave peligro, como de los que pensaban haber logrado tanta empresa sin daño alguno de su parte. Con lo cual, cogia César un fruto copiosísimo de su antigua clemencia, celebrando todos su resolucion.

Mas habiendo llegado la noticia de esto á los oidos de Afranio, dejó al instante la obra empezada, y se restituyó á los reales, prevenido y dispuesto, al parecer, á llevar con resignacion cualquier suceso que hubiese acaecido. Mas Petreyo no se olvidó de sí: armó á sus esclavos; con estos, una cohorte pretoria de infantería española, y algunos caballos de los bárbaros, que tenia á su sueldo, y solia llevar consigo para su escolta, se puso de repente sobre la trinchera, cortó las pláticas de los soldados, echó á los nuestros de los reales; y á los que prendió, dió muerte. Los demás, avisados del peligro, se unieron entre sí, y revolviendo los sacos al brazo izquierdo, sacaron las espadas, y así se defendieron de la infantería y caballos; y fiados en la cercanía de los reales, se fueron retirando á ellos, donde los defendieron las cohortes que estaban de guardia á las puertas.

Hecho esto, fué dando vuelta Petreyo á las compañías, llorando, llamando á los soldados, y pidiéndoles no le entregasen á él, ni á su general Pompeyo ausente en las manos de los enemigos para que tomasen venganza en ellos. Prontamente se juntó un gran concurso en el pretorio: allí les pidió á todos que jurasen no desamparar á sus jefes ni al ejército, ni tomar privadamente resolucion separados de los demás. Esto juró él el primero: tomó él mismo juramento á Afranio: siguiéronse los tribunos militares y centuriones; y lo mismo juraron por centurias los soldados. Publicóse una órden, para quien tuviese escondido algun soldado de César le manifestase. Los que fueron descubiertos murieron públicamente en el pretorio; pero muchos ocultaron á los que estaban con ellos, y los echaron fuera de noche por la trinchera. De esta manera, el terror que pusieron los capitanes, la crueldad del castigo y el nuevo juramento quitó por entónces la esperanza de la entrega, y redujo las cosas al estado antiguo de la guerra. César por el contrario mandó buscar en sus reales los soldados del ejército enemigo, que habian venido en el tiempo de las pláticas, y los volvió á enviar libres á su campo; pero de los tribunos militares y centuriones se quedaron algunos voluntariamente, á quienes tuvo en grande estimacion de allí adelante; premiando desde luego á los centuriones con mayores grados, y ascendiendo al honor tribunicio á los caballeros romanos.

Estaban los afranianos muy escasos de forraje: se proveian de agua con dificultad: solos los legionarios

tenian alguna provision de trigo, por habérseles mandado sacar de Lérida racion para veinte y dos dias; pero la infantería auxiliar de España, ninguna; así por no ser gente de facultades para comprarle, como por no estar hechos á llevar carga, y así era considerable el número de estos que cada dia se pasaba al campo de César.

XVI. Viéndose en este apuro, parecia el mas fácil de los dos consejos propuestos el volverse á Lérida, por haber dejado allí alguna porcion de trigo, y por la esperanza de facilitar desde allí la provision. Tarragona estaba mas distante, en cuyo espacio se veian expuestos á muchos y muy dañosos acontecimientos. Aprobado este parecer, salieron de los reales. César echó delante la caballería para que molestase á la retaguardia, y embarazase la marcha, y siguió detrás con el resto de las legiones: y así no habia intermision en que dejasen de pelear los de la retaguardia con nuestra caballería.

Esto era lo que pasaba en esta batalla. Cerraba la retaguardia un cuerpo de cohortes ligeras, que hacian alto muchas veces en les parajes montuosos. Si habia que subir alguna montaña, la misma naturaleza del terreno rechazaba fácilmente el peligro, porque los que iban delante defendian desde las alturas á los que subian detrás: pero cuando se seguia un valle ó terreno en declive, ni los delanteros podian socorrer á los que se seguian, y además daba sus descargas la caballería nuestra desde puesto ventajoso. Entónces se veian en grande aprieto. Y así dispusieron que cuando llegasen á tales parajes, hiciesen alto las legiones, y rechazasen con gran denuedo á la caballería; y retirada esta, dejarse ir todos corriendo al valle, y en pasándole, volver otra vez á hacer alto en puesto ventajoso. Porque, aunque tenian un número considerable de gente de á caballo, estaban tan distantes de su socorro, que por temor de los encuentros pasados era menester llevarla en medio del ejército, y allí resguardarla la infantería; pues no salia uno de la formacion, que no viniese á dar en manos de la caballería de César.

Con este género de pelea se continuaba la marcha con mucha lentitud, parándose á cada paso para dar socorro á los suyos; y así sucedió, que habiendo caminado cuatro millas, y viéndose muy molestados de la caballería, tomaron una altura donde sentaron su real con una sola frente al enemigo sin descargar los bagajes. Cuando advirtieron que César tenia ya formado su campo, armadas las tiendas, y destacada en varios trozos la caballería á hacer forraje, levantaron de repente el campo á eso del mediodía, y empezaron la marcha, con esperanza de que la partida de nuestros caballos retardaria el salir en su seguimiento. Pero luego que César lo echó de ver, salió en su alcance con las legiones, dejando algunas cohortes que guardasen el equipaje; y dando órden de que á las cuatro de la tarde le siguiesen los forrajeadores, y se avisase á la caballería. Volvió esta prontamente al cotidiano ejercicio de estorbar la marcha. Peleóse fuertemente en la retaguardia, de suerte que casi volvieron las espaldas; murieron muchos soldados, y tambien algunos centuriones; amenazaba el ejército de César con todo su poder. Entónces sin tener tiempo de reconocer sitio á propósito para los reales, ni disposicion de pasar adelante, hicieron alto por necesidad y sentaron su campo lejos del agua, y en paraje de suyo mal acondicionado. César, por las mismas razones manifestadas arriba, no los provocó á la batalla, ni permitió que se armasen aquel dia las tiendas, para que todos estuviesen mas prontos á seguir á los enemigos, bien rompiesen la marcha de noche, ó bien de dia. Ellos, advertida la mala situacion de los reales, gastaron toda la noche en adelantar sus reparos, y multiplicar campamentos; y en lo mismo continuaron todo el dia siguiente desde que amaneció. Pero cuanto mas adelantaban las obras, y alargaban el campo, tanto mas se alejaban del agua; dando salida y buscando remedio al daño presente con otros males. La primera noche, nadie salió de los reales á hacer aguada. Al dia siguiente, dejando en ellos una corta guarnicion, sacaron todas las tropas al agua; pero á nadie se envió á hacer forraje. César queria mas verlos darse tan mal trato, y sufrir una condicion miserable que presentarles la batalla; con todo eso dispuso cercarlos con foso y muralla para contener sus continuas y repentinas correrías, á cuyo recurso veia que precisamente habian de acudir. Entónces, precisados de la falta de pasto, y para estar mas desembarazados en la marcha, dieron órden de que se matasen todas las bestias de carga.

En estos conceptos y maniobras se gastaron dos dias. Al tercero, que iba ya muy adelantada la obra de César, para estorbarla, dieron la señal como á las dos de la tarde, sacaron sus legiones, y las pusieron en forma de batalla al frente de sus reales. César hizo retirar las suyas de la obra, dió órden de que viniese á incorporarse la caballería, y formó su batalla por excusar el deshonor de que pareciese haber rehusado el combate contra la opinion de todos, y la fama de los soldados. Pero las causas ya dichas le movian á no querer venir á las manos; y mas cuando la cortedad del terreno, aun puestos en fuga los enemigos, podia dar poca reputacion á la victoria; pues solo habia dos millas de distancia de un campo á otro, de la cual ocupaban dos partes los ejércitos, quedando la tercera para la arremetida y choque de las tropas. Trabada la pelea, la misma cercanía de los reales daba pronta retirada á los vencidos; por lo cual estaba resuelto á defenderse si le acometian, nó á provocar el primero.

El ejército de Afranio estaba dividido en dos trozos, compuesto de sus cinco legiones, y las cohortes auxiliares formaban otro tercero de reserva. El de César se componia de tres divisiones; la primera constaba de cuatro cohortes de cada una de sus cinco legiones, á que se seguian las otras dos, formadas cada una de tres cohortes de cada legion. Los honderos y flecheros ocupaban el centro, y la caballería cubria las alas.

XVII. Formados los ejércitos de esta manera, parecia que uno y otro mantenian su resolucion, César de no dar la batalla sino le ponian en precision, Afranio de estorbar los trabajos de César. Alargóse el negocio, y se mantuvieron así las haces hasta ponerse el sol, que entónces unos y otros se retiraron á sus reales. Al dia siguiente dió César forma de concluir las obras empezadas; y ellos tentaron cómo hallarian vado para pasar el Segre. Advertido esto, mandó César que la infantería ligera alemana, y parte de la caballería pasasen del otro lado, y apostó varias guarniciones en las orillas del rio.

Entónces, finalmente, tomados todos los caminos, habiendo tenido cuatro dias sin pasto á los caballos, apurados de la falta de agua, de leña y de trigo, pidieron una plática, si pudiese ser en paraje desviado de los soldados. Negada esta pretension, y concedida la plática á presencia de todos, si querian, se entregó á César en rehenes el hijo de Afranio. Vinieron al paraje que señaló César, y á la vista de ambos ejércitos rompió Afranio la plática diciendo, «que ni Cé-

sar ni sus tropas debian mirar con indignacion el que ellos hubiesen pretendido guardar fidelidad á su general Cn. Pompeyo; pero que habian hecho ya lo bastante por su obligacion, y padecido harta pena, habiendo llegado al último extremo de faltarles todo lo necesario; que al presente, cercados casi como fieras, se les cortaba el agua, y se les estorbaba la marcha; que ni el cuerpo podia ya tolerar tal trabajo, ni el ánimo tanta ignominia, y así se confesaban vencidos; solo pedian y suplicaban, si quedaba algun lugar á la clemencia, no tuviesen por necesario llegar con ellos al último suplicio.» Estas razones dijo con las mayores muestras de sumision y humildad.

Á las cuales respondió César, «que á nadie convenian mas que á él la lástima y conmiseracion que proponia; porque todos los demás habian hecho su deber por su parte. En primer lugar él mismo, que teniendo buena disposicion, lugar y tiempo oportuno no habia querido venir á las manos, porque estuviese todo indemne para establecer la paz. En segundo lugar su ejército, que habiendo recibido un agravio notorio, en la muerte de sus camaradas, conservó y protegió á los que tenia en su poder. En tercero sus propios soldados, que trataron por sí de los ajustes de paz, pensando así mirar por la vida de todos los suyos. Así que todos habian mostrado su inclinacion á la blandura; solo los capitanes no habian querido volver los ojos á la paz, ni guardado el derecho de las treguas, matando cruelísimamente á unos hombres indefensos, y engañados de su sinceridad en el tiempo de las pláticas; que les habia venido á suceder lo que ordinariamente acontece á los demasiado pertinaces y arrogantes, que recurren al fin y solicitan con ansia aquellos mismos arbitrios que poco antes han menospreciado. No pretendia ahora, por verlos en aquel abatimiento, y tener en las manos tan oportuna ocasion, medios de aumentar su poder, sino que se licenciasen aquellas tropas, que tantos años habian mantenido contra su persona. Pues nó por otra razon se habian enviado á España seis legiones, y alistado allí la séptima, ni prevenido tantas y tan grandes armadas, ni nombrado tantos capitanes experimentados en la guerra. Ninguno de estos preparativos se dirigia á apaciguar las Españas, ni á las urgencias de la provincia, que por la larga paz no necesitaba de auxilio alguno. Habia largo tiempo que todas estas preparaciones se enderazaban contra él. Contra él se establecian nuevas especies de gobiernos, como que un solo sugeto presidiese cerca de Roma á los negocios políticos, y obtuviese, muchos años ausente, el mando de dos belicosísimas provincias. Contra él se trastornaban los derechos de los magistrados, no enviando gobernadores á las provincias desde la pretura y consulado, como siempre, sino sugetos particulares, y elegidos por partido. Solo contra él no valia la escusa de la edad, llamándose á mandar las tropas personas experimentadas en las guerras anteriores. Solo con él no se observaba lo que siempre se ha concedido á todos los generales, que, acabadas con felicidad sus expediciones, se restituyen á su patria con alguna honra ó á lo menos sin ignominia, licenciando su ejército. Los cuales agravios habia llevado y llevaria con paciencia: ni trataba al presente de retener consigo el ejército que ellos mandaban, aunque no le seria dificultoso, sino que no le tuviesen ellos para emplearle contra él. Y así, conforme á lo dicho, saliesen al instante de las provincias y licenciasen el ejército; si lo hacian así, á ninguno se haria daño; y que esta era la última y única condicion de la paz.»

Fué muy agradable esta resolucion á los soldados, como por sus muestras se pudo conocer, pues cuando, vencidos, debian esperar algun mal tratamiento, salian de allí con el premio de su licencia. Como sobre el lugar y tiempo de ella se moviese alguna diferencia, empezaron todos á significar con voces y ademanes desde la trinchera donde estaban, que se les despachase al instante, dando á entender que por mas palabras que se diesen, no quedaba seguro su partido si se diferia para otra ocasion. Habiendo pasado algunas razones sobre esto de una y otra parte, se acordó que se licenciase desde luego á los que tenian posesiones ó domicilio en España, y los demás en llegando al rio Var, tomando César caucion de que no se les haria ningun daño, ni se obligaria á nadie con nuevo juramento á alistarse en la milicia. Prometióles víveres hasta que llegasen al rio; y añadió, que cualquiera cosa que hubiese perdido alguno en la guerra, y estuviese en poder de sus soldados, se restituyese á su dueño, haciendo justo aprecio, y abonando él el dinero por aquellos efectos. Cualquiera otra diferencia que habian tenido entre sí los soldados, se la representaron á César voluntariamente en su tribunal. Petreyo y Afranio, como les pidiesen las legiones la paga, casi en ademan de atumultuarse, por decir ellos que aun no era llegado el plazo, suplicaron á César determinase este punto, y todos quedaron contentos de su determinacion. Licenciada en aquellos dias casi la tercera parte del ejército, mandó que fuesen delante del resto dos legiones suyas, y las demás detrás, con órden de acampar á poca distancia unas de otras. Dió esta comision á su lugarteniente Q. Fusio Caleno, y conforme á su decreto se dirigió la marcha desde España hasta el rio Var, donde se dió su licencia á todo el resto del ejército.

ARGUMENTO DEL LIBRO SEGUNDO.

I. Combate próspero de las tropas de César sobre Marsella. —II. Fortificaciones contra Marsella, de las que amedrentados los habitantes, piden treguas. —III. Los de Marsella quebrantan las treguas, y son obligados á entregarse.—IV. Pásase á César M. Varron, gobernador de la España ulterior. Entrega de Cadiz, Carmona y Córdoba. —V. Rendicion de Marsella. Pasa Curion al Africa con su ejército. —VI. Consejo en los reales de Curion: plática de este á los soldados que estaban atemorizados. —VII. Batalla próspera de Curion con Varo. Temeridad de Curion en atacar á Sabura general del rey Juba. —VIII. Batalla adversa con Juba y Sabura. Muerte de Curion, y derrota de su ejército.

I. Mientras pasaban estas cosas en España, el lugarteniente C. Trebonio, á cuya direccion habia quedado el cerco de Marsella, empezó á sitiar la ciudad por dos partes con manteletes, zarzos y torres: una de las cuales estaba próxima al puerto y astillero; y otra á aquel paraje por donde desde España y Francia se entra en aquel pedazo de mar que llega hasta la embocadura del Ródano. Porque Marsella está casi toda rodeada por tres partes de mar: la cuarta tiene entrada por tierra. Mas, la parte de este espacio que mira al castillo, hace muy difícil el asalto por la defensa de su natural situacion, y por un valle muy profundo. Mandó juntar C. Trebonio una gran multitud de caballerías y gente de la provincia para perfeccionar sus trabajos, y conducir cantidad de mimbres y madera: prevenido lo cual, levantó un valladar de ochenta piés de alto.

Pero eran tantos los preparativos de guerra que de tiempo antiguo habia en la ciudad, y tanta la multitud de máquinas, que no habia manteletes que bastasen á resistir su fuerza. Tenian chuzos de doce piés

de largo, aguzados en punta, y disparados con ballestas grandísimas, que pasando cuatro filas de bardas, llegaban á clavarse en la tierra. Y así se añadió una galería de dos maderos de un pié de grueso juntos uno con otro, por dentro de la cual se pasaban los materiales de mano en mano. Caminaba delante una tortuga de sesenta pies para allanar el terreno, fabricada tambien de maderas muy fuertes, y cubierta de cuantos reparos podian defenderla del fuego arrojadizo de la muralla, y de las piedras. Pero la grandeza de las fortificaciones, la altura del muro y de las torres, y la multitud de máquinas retardaba toda la disposicion de nuestros trabajos. Demás de esto, los albicos hacian contínuas salidas de la plaza á poner fuego á nuestro valladar y torres; las cuales rechazaban fácilmente los nuestros, hasta obligar á meterse dentro de la ciudad con mucho daño á los que las hacian.

Entretanto, L. Nasidio, enviado por Pompeyo al socorro de L. Domicio y de los marselleses, con diez y seis navíos, de los cuales algunos tenian las proas revestidas de bronce, pasó el estrecho de Sicilia, hallando descuidado y desprevenido á Curion; y arribando á Mesina, huyó de aquí toda la gente principal y el senado por un terror repentino, y el sacó una nave del astillero de aquella plaza, la añadió á las de su escuadra, y llegó al cabo de su viaje á Marsella. Despachó con secreto una lancha á dar aviso de su llegada á Domicio y á los marselleses, exhortándolos con grandes instancias á que volviesen á batirse con la armada de Bruto, contando con sus naves auxiliares.

Los moradores, después de la pasada derrota, habian sacado de sus astilleros igual número de naves viejas, y las habian compuesto y pertrechado con suma diligencia: tenian abundancia de remeros y pilotos, habian añadido los barcos de los pescadores, y los habian cubierto de parapetos para defender á los remeros del tiro de los dardos, y los habian cargado de flecheros y máquinas navales. Pertrechada de tal modo la escuadra, animados todos de los ruegos y lágrimas de los ancianos, de las matronas y doncellas, para que socorriesen á la ciudad en el último peligro, se embarcaron segunda vez con nó menos ánimo y confianza que antes. Porque suele acontecer por ordinario vicio de nuestra naturaleza, que confiamos mas, y nos amedrentamos tambien, de las cosas no vistas, ocultas y desconocidas, como sucedió entónces, que la venida de Nasidio llenó á la ciudad de esperanza y buen deseo. Así, luego que lograron viento á propósito, se hicieron á la vela, y llegaron á vista de Nasidio junto á un castillo llamado Toulon, perteneciente á Marsella. Aquí ordenaron su escuadra, y se exhortaron á pelear segunda vez, dándose y comunicándose mútuamente sus designios; quedando la division de la derecha al cargo de los de Marsella, y la de la izquierda al de Nasidio.

Dirigióse Bruto hácia el mismo paraje, acrecentada su escuadra; pues á las naves construidas en Arles de órden de César, se añadian seis apresadas á los marselleses, las cuales habia reformado en los dias anteriores, y pertrechado de todo lo necesario. Y así, exhortando á sus soldados á que tuviesen como ya rendidos, á los que habian vencido cuando tenian sus fuerzas enteras, lleno de ánimo y buenas esperanzas se enderezó hácia el enemigo. Alcanzábase á ver desde los reales de Trebonio y las alturas, cómo toda la juventud que habia quedado en la ciudad, y todos los ancianos con sus hijos y mujeres, y la misma guarnicion, ó levantaban las manos al cielo desde la muralla, ó visitaban los templos de los dioses inmortales, y postrados ante sus simulacros imploraban la victoria. Nadie habia que no creyese que del éxito de aquel dia estaban pendientes todos sus intereses y fortunas. Porque se habia embarcado toda la juventud noble, y gente mas distinguida de todas edades; de suerte, que si sucedia una desgracia, veian que no les quedaba arbitrio para hacer otra nueva tentativa; pero si restase algo ó de las tropas domésticas, ó de las auxiliares, no perdian las esperanzas de conservar la ciudad.

Trabado el combate, nada faltó á los marselleses para pelear con valor; porque teniendo en la memoria las recientes amonestaciones de los suyos, peleaban como si pensasen que no tenian otra ocasion de defensa, y que los que pereciesen en el combate, no se adelantarian mucho en su destino al de todo el resto de sus conciudadanos; los cuales, tomada la ciudad, padecerian la misma fortuna de la guerra. Mientras estaban desviadas nuestras naves, se daba lugar al pronto manejo y destreza de los pilotos enemigos; pero si alguna vez, aprovechando la ocasion, apresaban una nave con los garfios de hierro, acudian ellos de todas partes al peligro de los suyos; y juntos con los albicos, peleando desde cerca, no desmayaban en el valor, ni concedian mucha ventaja á los nuestros. Al mismo tiempo la espesa nube de dardos que arrojaban de sí las embarcaciones menores, ocasionaba á los nuestros muchas heridas, cogiéndolos de improviso y embarazados. En esto, habiendo dos naves de tres órdenes de remos avistado la nave de D. Bruto, que era fácil de conocer por la divisa, se arrojaron sobre ella por dos partes á un tiempo. Bruto que advirtió su resolucion, hizo tanto esfuerzo con la ligereza de la suya, que adelantándose á ellas en un breve instante, chocaron una con otra tan fuertemente, que quedaron las dos muy maltratadas del encuentro, y la una, desbaratada la proa, se hizo toda pedazos. Visto esto por las naves de Bruto que se hallaban mas cerca, las acometieron en aquel embarazo, y en un instante las echaron á pique.

De nada sirvieron las de Nasidio: antes desampararon el combate muy presto; pues ni la vista de su patria, ni las exhortaciones de sus parientes las obligaban á exponerse al último peligro. Así que de estas no faltó ninguna. De las de Marsella cinco fueron echadas á pique, cuatro apresadas, y una se puso en fuga con las de Nasidio; todas las cuales dirigieron su rumbo hácia la España citerior. De las restantes se destacó una á Marsella para llevar la noticia de este desastre. Estando ya cerca de la ciudad, salió toda la multitud á saber las nuevas que traia, á las cuales se siguieron tales gemidos, que parecia que en aquel mismo instante era tomada la ciudad: mas no por eso dejaron de hacer todos los preparativos para la defensa.

II. Advirtieron los legionarios, que dirigian las obras de la mano derecha, que les podia servir de un gran reparo contra las correrías contínuas de los enemigos, el levantar al pié del muro en lugar de castillo ó fortaleza una torre de ladrillo, que ya desde el principio la habian hecho, aunque de poca altura, para las arremetidas repentinas. Á esta se recogian, desde esta peleaban, si cargaba sobre ellos alguna fuerza superior, y desde esta salian corriendo á rechazar y seguir el alcance á los enemigos. Extendíase esta por todos sus lados treinta piés, y tenian cinco de grueso las paredes. Mas después, como la experiencia es la maestra de las cosas, por la diligencia de los hombres se alcanzó que podria ser de mucha utilidad levantarla hasta la altura de una torre regular; lo cual se ejecutó de esta manera:

Luego que la altura de la torre llegó al primer piso, hicieron encima un suelo, de manera que las cabezas de las vigas se cubriesen con la fábrica de las paredes, para que nada sobresaliese á donde pudiese pegar el fuego de los enemigos. Sobre este primer piso prosiguieron la fábrica de ladrillo en cuanto podian estar cubiertos del techo, de los manteletes y zarzos. Pusieron sobre él dos vigas en cruz nó lejos de los extremos de las paredes, con que suspender este tejado, que debia servir de cubierta á la torre, y sobre estas echaron otras atravesadas aseguradas con pernos muy fuertes. Estas eran algo mas largas y salientes de los extremos de las paredes, para suspender de ellas una cubierta y defenderse, y rechazar los tiros mientras duraba la fábrica al resguardo de ella. Cubrieron con lodo y ladrillo el tejado hecho de esta forma, para que no le perjudicase el fuego enemigo, y le echaron encima varios maderos, para que ni los dardos disparados con máquinas deshiciesen el maderaje, ni las piedras arrojadas con ingenios desbaratasen el enladrillado. Además de esto hicieron tres esterones de cables de áncora de igual altura á la de la torre, y de cuatro piés de ancho, los cuales ataron colgantes de las vigas que sobresalian en la torre por las tres caras que miraban al enemigo: cuya defensa habian experimentado en otras partes no poderse pasar con ningun dardo, ni otra máquina. Luego que la parte de la torre concluida quedaba cubierta y resguardada de los tiros del enemigo, pasaron los manteletes á otras obras, continuando en suspender y levantar con poleas la cubierta desde el primer suelo, elevándola cuanto alcanzaban las esteras. Dentro de esta cubierta, resguardados y ocultos, iban fabricando las paredes de ladrillo; y despues dando otro torno, tomaban lugar para proseguir la fábrica. Cuando era tiempo de echar otro suelo, volvian á armar como al principio otras vigas salientes bien afianzadas, sobre cuyos extremos elevaban la cubierta y las esteras. Así fabricaron con toda seguridad, sin daño ni peligro alguno, una torre de seis altos, dejando en la misma fábrica, y en parajes á propósito troneras abiertas para disparar los tiros.

Cuando confiaron que podrian defender desde aquella torre las obras inmediatas, empezaron á fabricar una galería de sesenta piés de largo, y maderos de dos piés de grueso, para ir desde su torre de ladrillo á la torre y muralla del enemigo; cuya forma era esta: colocábanse primeramente en el suelo dos vigas de igual longitud, á distancia de cuatro piés una de otra, sobre las cuales se elevaban unas columnas de cinco piés de alto. Estas se aseguraban entre sí con un madero mas pequeño, y un poco inclinado, sobre el cual se habian de asegurar las vigas que habian de cubrir la galería. Ponian encima maderos de dos piés unidos con planchas y clavos. Para lo último del techo de la galería, y á los extremos de las vigas, clavaban unas latas de madera cuadradas, de cuatro dedos de ancho, para contener los ladrillos de que despues se cubria la obra. De esta manera, fabricado el techo en disminucion y declive, segun estaban aseguradas las vigas en las traviesas, se iba cubriendo con ladrillo y lodo, para que estuviese seguro del fuego que arrojaban desde la muralla. Sobre el ladrillo se extendian cueros, á fin de que el agua que despedian por canales, no pudiese levantarlos; y sobre los cueros se ponian otros maderos, para que ni el fuego, ni las piedras los desbaratasen. Toda esta obra se fabricó cubierta de manteletes junto á la misma torre, y de repente, sin pensarlo los enemigos, con unos rodillos como los que se usan para botar las naves al agua, la fueron arrimando á la torre de ellos, hasta juntarla con el edificio.

Amedrentados al pronto los enemigos con este peligro, trajeron con palancas todas las mayores piedras que pudieron, y las dejaban caer sobre la galería desde la muralla. Pero la firmeza de la materia resistia bien los golpes, y cuanto caia sobre la obra resbalada por su pendiente. Á vista de esto, mudaron de parecer. Llenaron muchos barriles de resina y pez, les pusieron fuego, y los arrojaron sobre ella; pero se resbalaban del mismo modo, y con horquillas y varales se apartaban de la obra. Entretanto los soldados debajo de la galería arrancaban con palancas las piedras de la torre en que estribaban los cimientos. La galería era defendida por los nuestros con ingenios y dardos desde la torre de ladrillo, y eran retirados los enemigos de la muralla y de las torres, sin arbitrio para la defensa de ellas. Arrancadas ya muchas piedras de la torre inmediata, cayó una parte de ella con una ruína repentina, quedando la restante en disposicion de venir al suelo.

Entónces, conmovidos los enemigos de aquella ruína, perturbados de tan inopinado peligro, consternados de la ira de los dioses, y temerosos del saco de la ciudad, salieron de las puertas desarmados, extendiendo las manos á los capitanes y al ejército en ademan de rendidos. Á vista de esta novedad cesó toda la disposicion de la guerra, y parando el asalto, se dejaron llevar todos del deseo de oir y ver lo que querian. Luego que llegaron los enemigos á los capitanes y al ejército, se echaron á sus piés, «suplicándoles esperasen la venida de César: que ya veian tomada la ciudad, concluidas las obras y derribada la torre; y así desistian de su defensa: que no podia haber detencion alguna en ser entregados á discrecion al saco de los soldados, si á la llegada de César no hiciesen cuanto les ordenase; pero les hacian presente, que si llegaba á derribarse la torre de todo punto, no se podria contener á las tropas de entrar en la ciudad con la esperanza de la presa, y destruirla enteramente.» Estas y otras razones semejantes expusieron como bien instruidos, con grande compasion y lágrimas: de las cuales, movidos los capitanes, retiraron á los soldados de las obras, é interrumpieron el asalto, dejando cuerpos de guardia en todos los trabajos: y hecha por compasion una especie de tregua, resolvieron esperar la venida de César.

III. No se disparaba un dardo desde la muralla, ni de parte de los nuestros. Como en negocio concluido, todos aflojaron en el cuidado y diligencia. Porque habia escrito César á Trebonio encargándole mucho procurase no entrar la ciudad por fuerza de armas, no fuese que airadas las tropas por el odio de la rebelion, por su desprecio, y el mucho trabajo que habian sufrido en el cerco, pasasen á cuchillo la poblacion, como amenazaban hacerlo: y con dificultad se les contuvo entónces de no entrar dentro: cosa que llevaron muy á mal, pareciéndoles que habia consistido en Trebonio el no apoderarse entónces de la ciudad.

Pero la perfidia de los enemigos buscó tiempo y ocasion oportuna de poner en ejecucion sus fraudulentos designios. Y así, dejando pasar algunos dias, en que los nuestros habian aflojado en su diligencia, y entregádose al descanso, de repente, á la hora de mediodía, cuando unos se habian retirado de las obras, y otros por el contínuo trabajo se habian entregado al sueño en ellas mismas, y estaban además arrimadas, y aun guardadas todas las armas, se echaron fuera de las puertas, y con un grande y favorable viento pusieron fuego á las obras. Tomó tanto cuerpo por el mucho aire, que á un mismo tiempo ardian el valla-

dar, los manteletes, la tortuga, la torre y máquinas murales, y fueron consumidas todas estas obras antes que se pudiese advertir cómo habia sucedido tal fracaso. Movidos los nuestros de la desgracia repentina, echaron mano á las armas que pudieron: otros salieron corriendo de los reales, y dieron trás de los enemigos; pero las flechas y dardos que disparaban desde la muralla, servian de estorbo para seguir á los que se retiraban huyendo. Pusiéronse á cubierto debajo del muro, donde pegaron fuego con entera libertad á la galería y á la torre de ladrillo. De esta manera pereció en un instante el trabajo de muchos meses por la deslealtad de los enemigos y la fuerza del viento. Volvieron á intentar lo mismo al dia siguiente con la misma ocasion del viento. Hicieron una salida con mayor confianza á la otra torre y trinchera, y arrojaron dentro mucho fuego; pero los nuestros, así como habian aflojado en el teson y diligencia del tiempo pasado, así avisados por la fatalidad del dia antes, tenian prevenidos todos los recursos para la defensa; de suerte que, matando á muchos de los enemigos, retiraron hasta la ciudad á los demás, sin haber logrado su intento.

Trató Trebonio de componer y reparar las obras perdidas con mucho mayor empeño de las tropas. Porque, viendo destruidos sin fruto tantos trabajos y preparativos, y sintiendo gravemente que hubiesen hecho burla de su valor, quebrantando las treguas con tal porfía; no habiendo de donde traer materiales, por haber cortado y conducido cuantos árboles habian hallado en todo el distrito de Marsella, empezaron á construir un valladar de nueva fábrica, y nunca oido, hecho de dos murallas de ladrillo de seis piés de grueso, cubiertas con un suelo por encima, y casi de igual anchura al fabricado antes de madera y tierra. Cuando el espacio entre los dos muros, ó la debilidad de la materia lo pedia, interponian colunas y vigas atravesadas, que asegurasen la obra; y cuanto iban fabricando iban cubriendo con gruesos maderos, y estos con barro. Cubierto el soldado con el muro por la derecha é izquierda del tiro de los enemigos, y al resguardo de los manteletes por el frente, conducia todo lo necesario para la obra sin peligro alguno. En poco tiempo se concluyó; reparándose brevemente el daño de un trabajo tan largo con el esfuerzo y diligencia de los soldados. Donde pareció conveniente se dejaron puertas en el muro para las salidas.

Cuando vieron los enemigos que lo que esperaban no podria componerse en mucho tiempo, se habia reparado, con la diligencia y trabajo de pocos dias, de suerte que ningun arbitrio quedaba ni á la deslealtad, ni á la salida, con que hacer daño á las tropas con la fuerza, ó con el fuego á los trabajos; cuando conocieron que podian cercar del mismo modo con torres y muralla toda aquella parte de la ciudad que tenia entrada por tierra; de forma que aun no les quedaba recurso para mantenerse en sus propias fortificaciones; al ver casi levantadas unas murallas al pié de las suyas por nuestras tropas, y que se inutilizaba por la cercanía el uso de sus máquinas, en que tenian puestas grandes esperanzas; por último, conociendo que puestos en disposicion de pelear desde el muro y las torres, no eran capaces de contrarestar al valor de los nuestros, recurrieron á las mismas condiciones para entregarse.

IV. Á los principios de la guerra, cuando M. Varron tuvo noticia en la España ulterior de los sucesos ocurridos en Italia, desconfiando del partido de Pompeyo, trataba de amistad los intereses de César, diciendo « que habia sido preocupado con la tenencia de Pompeyo, y que habia interpuesto su palabra; pero que no tenia menor motivo de amistad con César: que no ignoraba las partes de un lugarteniente que prestaba un oficio de fidelidad, ni cuáles eran sus fuerzas, y el ánimo para con Cesar de toda la provincia. » Estas voces sembraba en todas las conversaciones, sin moverse á ninguna parte. Pero despues que supo que César estaba detenido sobre Marsella, que las tropas de Petreyo se habian incorporado con las de Afranio, que se habia juntado un cuerpo considerable de las auxiliares, las grandes esperanzas, la expectacion y consentimiento de la provincia citerior, el accidente que habia sobrevenido de la escasez de víveres sobre Lérida, todo lo cual le escribia Afranio mas dilatado y ponderado de lo que era razon, empezó á volverse al movimiento de la fortuna.

Hizo levas de gente en toda la provincia: añadió á dos legiones completas cerca de treinta cohortes auxiliares: acopió gran porcion de trigo para enviar á los de Marsella, á Petreyo y Afranio: dió órden á los gaditanos de construir diez galeras: procuró que se hiciesen otras muchas en Sevilla; y condujo á Cádiz todo el dinero y ornamentos del templo de Hercules. Envió aquí de guarnicion seis cohortes provinciales, y dió el mando de la ciudad á C. Galonio, caballero romano, amigo de Domicio, á quien habia enviado allí el mismo Domicio á la procura de una herencia, é hizo llevar á su casa todas las armas públicas y particulares. Sembró además de esto algunas pláticas injuriosas á César, publicando muchas veces desde su tribunal, que habia tenido encuentros adversos, que un gran número de soldados suyos se habian pasado á Afranio, y que esto lo tenia bien averiguado por autores y mensageros ciertos y seguros. Con estas noticias obligó á los ciudadanos romanos de la provincia que estaban sobresaltados á ofrecerle para el gobierno de la república ciento noventa mil sextercios, veinte mil libras de plata, y ciento veinte mil modios de trigo. Á las ciudades que entendia ser amigas de César, las cargaba de mayores imposiciones: á los que habian tenido palabras ó conversacion contra el gobierno de la república, les confiscaba los bienes, les enviaba tropas, seguia juicios contra los particulares, y á toda la provincia tomaba juramento de fidelidad para con él y Pompeyo: y con noticia de los sucesos ocurridos en la España citerior, preparaba la guerra. Era el modo de hacerla retirarse él con dos legiones á Cádiz, tener allí las naves y la provision de trigo (porque sabia que toda la provincia tenia buena voluntad á César); pensando que, prevenidas allí las naves y el trigo, seria fácil alargar la guerra. César, aunque le llamaban á Italia muchas cosas, y muy precisas, con todo habia resuelto no dejar en España ningunas centellas de la guerra, sabiendo que en la provincia citerior habia sembrado Pompeyo grandes beneficios, y tenia en ella muchos reconocidos y apasionados.

Y así envió al tribuno de la plebe Q. Casio con dos legiones á la España ulterior, y él se puso en marcha á la ligera con seiscientos caballos, y publicó un edicto señalando cierto dia, para el cual mandaba concurrir á Córdoba á los magistrados y gente principal de toda la provincia. Extendido este edicto por toda ella, no hubo ciudad que no enviase á Córdoba parte de su senado para el dia señalado, ni ciudadano romano de algunas obligaciones, que no concurriese del mismo modo. Al mismo tiempo la audiencia de dicha ciudad habia cerrado las puertas á Varron, y puesto centinelas y guardias en la muralla y en las torres: reteniendo dentro dos cohortes llamadas colónicas, que casualmente habian llegado, para guarnicion de la

plaza. En aquellos mismos dias, los de Carmona, que es la ciudad mas fuerte de toda la provincia, desalojaron por sí mismos tres cohortes que Varron habia puesto en la fortaleza para su resguardo, y cerraron las puertas.

Por lo mismo se daba mas priesa Varron á llegar á Cádiz con las legiones, recelándose no le cerrasen el paso ó el camino, siendo tan propensa á César la voluntad de la provincia. Cuando estaba ya muy adelante, le llegaron cartas de Cádiz avisándole, como los gaditanos, luego que supieron el edicto de César, se habian unido con los tribunos de las cohortes que estaban allí de guarnicion para echar á Galonio de la ciudad, y entregar á César la plaza y la isla: y que tomada esta resolucion, se la habian hecho saber á Galonio, para que saliese de buena voluntad, mientras tenia disposicion de poderlo hacer sin peligro; de cuyo temor movido Galonio habia evacuado la ciudad. Con estas noticias una de las dos legiones llamada Vernácula, á presencia del mismo Varron, y desde sus reales, enarboló las banderas, tomó la vuelta de Sevilla, y asentó en la plaza y los pórticos sin hacer daño á nadie. Este hecho cayó tan en gracia á todos los ciudadanos romanos de aquella audiencia, que cada uno llevaba de buena voluntad á los soldados para hospedarlos en su casa. Atemorizado Varron con estos sucesos, y habiendo ofrecido, torciendo el camino, retirarse á Itálica, le hicieron saber los suyos, que estaban cerradas las puertas. Entónces, tomados todos los caminos, envió á decir á César, que estaba pronto á entregar la legion á quien le mandase. Él le envió á Sextio César con órden de que se la entregase. Entregada esta, pasó Varron á Córdoba, donde asistia César, y habiéndole dado cuentas de la hacienda pública, le entregó fielmente el dinero que tenia en su poder, y le manifestó todo el trigo y naves que tenia á su disposicion.

César, habiendo celebrado su congreso en Córdoba, dió gracias á todos en general: á los ciudadanos romanos por el ánimo que habian mostrado de mantener la ciudad en su obediencia: á los españoles por haber desalojado las guarniciones: á los gaditanos porque habian inutilizado los intentos de sus contrarios, y se habian puesto en libertad: á los tribunos militares y centuriones, que habian venido allí de guarnicion, por haber asegurado con su valor las resoluciones de los otros. Perdonó á los ciudadanos romanos el dinero que en comun habian prometido á Varron: restituyó la posesion de sus bienes á aquellos, que supo habian sufrido la pena de perderlos, por haber hablado con alguna libertad: repartió diversos premios pública y privadamente: llenó á todos de buenas esperanzas para adelante; y habiéndose detenido dos dias en Córdoba, partió la vuelta de Cádiz. Mandó restituir al templo de Hércules su tesoro, y los demás ornamentos, que se habian conducido á una casa particular: dejó el mando de la provincia á Q. Casio con cuatro legiones; y embarcándose en aquellas naves que habia hecho construir M. Varron, y los gaditanos de su órden, llegó en pocos dias á Tarragona, donde estaban las embajadas de toda la provincia citerior esperando su venida. Hechas del mismo modo varias honras pública y particularmente á las ciudades, partió por tierra desde Tarragona á Narbona, y desde aquí á Marsella. Aquí tuvo noticia de la ley promulgada sobre la dictadura, y de que M. Lépido le habia nombrado dictador.

V. Cansados ya los de Marsella de tantas calamidades, reducidos á la mayor estrechez por falta de víveres, vencidos dos veces en combate naval, y afligidos tambien de una mortal pestilencia, ocasionada del largo cerco y mutacion de sustento, pues se alimentaban todos de bizcocho muy añejo, y cebada corrompida, de que tenian hecha provision para tales casos de tiempo mas antiguo, derribada la una torre, y abierta una brecha considerable en el muro, perdida la esperanza de los socorros de las provincias y ejércitos, que sabian habian venido á parar en poder de César, determinaron entregarse al cabo sin fraude alguno. Pero unos dias antes L. Domicio, que entendió el ánimo y resolucion de los habitantes, habiendo aparejado tres naves, una para embarcarse él, y las otras dos para sus amigos, logrando un buen viento, huyó con diligencia. Avistáronle las naves que de órden de Bruto estaban diariamente de observacion en el puerto, y levando anclas, empezaron á darle caza. De las tres, solo el navichuelo en que él iba, hizo mayor esfuerzo, y prosiguió su fuga escapándose de la vista con el auxilio del viento: las otras dos, amedrentadas de la venida de nuestras naves, se volvieron á entrar en el puerto. Sacaron de la ciudad los de Marsella, conforme á la órden que se les dió, las armas y máquinas de guerra, quitaron las naves de los astilleros y el puerto, y entregaron el dinero del tesoro público. Hecho esto, conservó César la poblacion, mas por su nombre y antigüedad, que por sus méritos, y dejó allí dos legiones de guarnicion: las demás las envió á Italia, y él partió la vuelta de Roma.

Por este mismo tiempo marchó Curion desde Sicilia al África; y despreciando al principio las tropas de P. Acio Varo, transportaba solo dos legienes, de cuatro que César le habia destinado, y quinientos caballos. Despues de dos dias con tres noches de navegacion, arribó á un paraje llamado Aquilaria. Dista este sitio veinte y dos millas de Quipia, y tiene una estancia medianamente acomodada para el verano entre dos promontorios que se elevan á dos grandes eminencias. Esperaba la venida de Curion junto á Quipia L. César el mozo con diez galeras que habia hecho componer P. Acio para esta guerra, habiéndolas apresado en Utica, en la de los piratas; pero temiendo la multitud de naves de Curion, se habia retirado desde alta mar, y arribando á la costa mas inmediata en una nave forrada de tres órdenes de remos, la dejó en la playa, y escapó huyendo por tierra á Mahometa, plaza que mantenia C. Considio Longo con una legion. Las demás naves de L. César, luego que se supo su fuga, se retiraron á Mahometa. Partió en su seguimiento el cuestor M. Rufo con doce naves que Curion habia sacado de Sicilia para escolta de las de carga: mas luego que vió la nave sola en la playa, la fué trayendo á remolque, y volvió con su escuadra á incorporarse con Curion.

Envió este á Marco á Utica con la armada, y él partió hácia allá con el ejército. Á los dos dias de marcha llegó al rio Magreda: aquí dejó al lugarteniente C. Caninio Rebilo con las legiones, y él marchó con la caballería á reconocer los reales de Escipion, porque se creia este paraje muy á propósito para acampar en él. Es una eminencia derecha que domina al mar, por los lados quebrada y áspera, pero de mas suave pendiente por la parte que mira á Utica, de la que dista por camino recto poco mas de una milla. En este corto trecho se halla una fuente que se comunica al mar, por lo cual se ocasiona un gran pantano, que para evitarle se ha de tomar un rodeo de seis millas para llegar á la ciudad.

Reconocido este sitio, registró Curion los reales de Varo unidos con la muralla y la ciudad por la puerta llamada Belica, muy fortalecidos por su situacion, de

una parte con la ciudad de Utica, y de la otra con el teatro que está delante de la plaza, edificio de muy suntuosa fábrica, con una entrada estrecha y dificultosa para los reales. Advirtió al mismo tiempo, que ocupaban los caminos las muchas cosas que conducian de todas partes á la ciudad con el miedo repentino de la guerra. Despachó á su caballería para que lo saquease todo y se apoderase de la presa: y al mismo tiempo destacó Varo seiscientos caballos numidas, y cuatrocientos infantes para su resguardo, los que habia enviado pocos dias antes el rey Juba para socorro de la plaza. Tenia este rey derecho de hospitalidad con Pompeyo desde el tiempo de su padre, y cierto motivo de enemistad con Curion, porque, siendo tribuno de la plebe, habia promulgado una ley en que confiscaba su reino. Llegaron á encontrarse los dos tercios de caballería: no pudieron los numidas sostener el choque con los nuestros; sino que, muertos casi ciento y veinte de ellos, se retiraron los demás huyendo á los reales. Entretanto, habiendo llegado allí las galeras, mandó Curion notificar á las naves de carga que estaban junto á Utica, y casi llegaban á doscientas, que miraria como enemigos á cuantos no dirigiesen al instante sus velas á los reales de Escipion. Hecha esta notificacion, en un momento, levando anclas, dejaron todos á Utica, y se pasaron donde se les habia mandado: con que se llenó el ejército de una grande abundancia de todas las cosas.

Hecho esto, se retiró Curion á los reales de Magreda: y por aclamacion de todo el ejército fué saludado capitan general. Al dia siguiente marchó con sus tropas á Utica, y sentó sus reales cerca de la ciudad. Aun no estaba concluida la obra del campamento, cuando avisaron desde su puesto unos soldados de á caballo, que venia hácia Utica un grueso de infantería y caballería, que el rey Juba enviaba de socorro: al mismo tiempo se alcanzaba á ver una gran polvareda, y de allí á un instante se avistaba ya el primer escuadron. Algo perturbado Curion con aquella novedad, destacó delante un cuerpo de caballería, que sostuviese y retardase el primer ímpetu; y sacando prontamente de la obra las legiones, las puso en ademan de acometer. La caballería trabó la batalla; y antes que las legiones pudiesen formarse, ni tomar puesto con sosiego, estaban ya puestas en fuga las tropas auxiliares del rey, impedidas y perturbadas, como que marchaban sin órden ni temor alguno. Así, salva casi toda la caballería, que por la ribera se recogió con gran ligereza á la ciudad, pereció un gran número de la infantería.

En la noche siguiente se desertaron á Acio Varo de los reales de Curion dos centuriones marsos con veinte y dos soldados de sus compañías. Estos, ó bien le comunicasen con verdad la opinion en que ellos estaban, ó bien le lisongeasen (porque aquello que queremos, lo creemos de muy buena gana, y esperamos que sentirán tambien los otros lo que nosotros sentimos), le aseguraron que estaban enagenadas de Curion las voluntades de todo el ejército; que seria muy importante poner las tropas á la vista, y dar mútua facultad de hablar unos con otros. Llevado Varo de esta opinion, al dia siguiente por la mañana sacó las tropas de los reales: lo mismo hizo Curion; y ambos ordenaron sus tropas, dejando en medio un valle no muy dilatado.

Estaba en el ejército de Varo Sexto Quintilio Varo, de quien se dijo arriba que se habia hallado en Corfinio. Este, habiéndole dejado libre César, se habia venido al África, y casualmente tenia consigo Curion las legiones que César habia incorporado con las suyas en Corfinio: de suerte que, á diferencia de muy pocos centuriones que se habian mudado, se conservaban los mismos oficiales y compañías. Así que, logrando Quintilio este motivo de hablar con algunos, empezó á dar vuelta al ejército de Curion, y á pedir á los soldados no perdiesen la memoria del primer juramento prestado á su general Domicio, y á él, que era su cuestor, ni tomasen las armas contra los que habian corrido la misma fortuna, y padecido el mismo cerco, ni peleasen en favor de los que por afrenta los llamarian desertores. Á estas palabras añadió algunas insinuaciones de un donativo, que debian esperar de su liberalidad, si le seguian á él y á Varo. Esta plática no hizo efecto alguno en el ejército de Curion; y así uno y otro volvieron sus tropas á los reales.

En los de Curion, todos se llenaron de miedo, el cual presto toma incremento con las diversas conversaciones. Cada uno se forjaba sus opiniones, y añadia algo de su propio temor á lo que habia oido á otro. Lo cual cuando de un autor solo va cundiendo de unos en otros, y unos á otros se lo comunican, parece ser muchos los autores de aquello mismo. Guerra civil, gente con libre facultad de seguir el partido que quisiese, tropas que poco antes fueron de los enemigos, hasta el afecto á César trocado ya por la costumbre, los municipios que les cercaban unidos tambien al partido opuesto: fuera de que no solo salian estos discursos de los marsos y pelignos, como los que en la noche anterior se habian oido en sus tiendas, pues algunos camaradas interpretaban todavía peor las conversaciones comunes de los soldados: y algunos cosas fingian tambien otros que querian parecer mas diligentes.

VI. Por estos motivos convocó Curion un consejo para tratar de lo que se debia hacer. Hubo pareceres «de que se hiciese todo el esfuerzo posible, y se diese el asalto á los reales de Varo, entendiendo cuán perjudicial es el ocio en medio de estas pláticas de los soldados: y últimamente añadian, que era mucho mejor tentar con valor la fortuna en la campaña, que padecer un riguroso castigo vendidos y desamparados de los suyos. Otros eran de dictámen, que se levantase el campo después de media noche para volverse á los reales de Escipion, á fin de que interpuesto mayor espacio, se sosegasen los ánimos de las tropas, y al mismo tiempo, en caso de una desgracia, tener mas fácil y segura la retirada á Sicilia con tan gran número de naves.»

Curion, no aprobando uno ni otro parecer, decia «que cuanto valor faltaba á la una opinion, tanto sobraba á la otra; pues estos pensaban en una fuga vergonzosa y aquellos en pelear aun con desventaja del terreno.» Después, vuelto á la junta: «¿Con qué confianza, dijo, esperamos forzar unos reales tan fortalecidos, así con las obras, como con la naturaleza del sitio? ¿Ó qué es lo que adelantamos, si después de recibir mucho daño, desistimos de la expugnacion? Cómo si no fuera la felicidad de los hechos la que concilia á un general la benevolencia del ejército, y los sucesos contrarios, aborrecimiento. Pues la mudanza de los reales, ¿qué encierra mas que una fuga vergonzosa, la desesperacion de todos, y la enagenacion del ejército? Porque ni los modestos deben sospechar que se fia poco de ellos, ni los malos deben saber que son temidos; pues á estos les aumenta la libertad nuestro propio temor, y á aquellos les disminuye el afecto. Y si es, prosiguió, que tenemos averiguadas estas voces esparcidas de la enagenacion de nuestro ejército, las cuales confio yo, ó que son falsas, ó á lo menos mucho menores de lo que se piensa, ¿cuánto mas importa disimularlas y ocultarlas, que nó confirmarlas por nosotros mismos? ¿No debemos encu-

brir las faltas de nuestras tropas, como las heridas del cuerpo, para no aumentar las esperanzas á nuestros enemigos? Pero, añaden tambien, que nos pongamos en marcha á media noche, sin duda para dar mayor libertad á los que desean cometer el delito; pues los de esta naturaleza se contienen con la vergüenza y el temor, que tienen á la noche por su mayor contrario. Y así, ni yo tengo tanto valor, que sin ninguna esperanza piense combatir los reales, ni tanto miedo, que desmaye. Juzgo que se deben tentar primero todos los medios, y por la mayor parte confio que todos hemos de experimentar presto el buen éxito de esta resolucion.»

Despedido el consejo, convocó los soldados á una junta, en la que les trajo á la memoria el afecto que mostraron á César en Corfinio, y como por su beneficio y autoridad hizo suya una gran parte de la Italia. «Porque á vosotros, dijo, y vuestra accion siguieron después todos los municipios; y nó sin justa causa juzgó César muy amigablemente de vosotros, y los contrarios con mucha crueldad. Pompeyo, antes de ser desbaratados en ninguna batalla, movido de aquel vuestro hecho, evacuó la Italia; y César entregó á vuestra fidelidad, nó solo á mí, de quien hizo particular estimacion, sino tambien á las provincias de Sicilia y África, sin las cuales no puede conservar en su obediencia á Roma ni á la Italia. Hay entre vosotros quienes os aconsejan separaros de nuestra fidelidad. Porque ¿qué cosa para ellos mas apetecible que vendernos á nosotros, y á vosotros haceros cometer una abominable maldad? ¿Qué peor sentimiento pueden concebir de vosotros, que el que falteis á la fé de aquellos, que confiesan deberos toda su felicidad? ¿Y que vengais á parar en poder de quienes os atribuyen la causa de su perdicion? ¿Acaso no habeis oido los señalados hechos de César en España? Dos generales vencidos, dos ejércitos desbaratados, dos provincias rendidas; y todo esto en cuarenta dias desde que se puso á la vista de los enemigos. ¿Por ventura los que con sus fuerzas enteras no fueron capaces de resistirle, le resistirán vencidos? ¿Y vosotros, que seguisteis á César estando en duda la victoria, decidida ya la suerte, seguireis al vencido, cuando debeis percibir los premios de vuestros servicios? Dicen ellos que han sido vendidos y entregados por vosotros, y os traen á la memoria vuestro primer juramento. ¿Pero desamparasteis vosotros á L. Domicio, ó L. Domicio á vosotros? ¿No os abandonó él estando resuelto á probar la última suerte de la fortuna? ¿No procuró salvarse huyendo y ocultándose de vosotros? ¿Desamparados por él, no fuisteis conservados por beneficio de César? ¿Cómo pudo manteneros en obligacion del juramento, cuando abatidas las faces, y depuesto el imperio, vino á poder del vencedor hecho un particular y prisionero? Resta pues otro juramento nuevo, para que quebrantado el que al presente os contiene, volvais á mirar al que quedó disuelto con la entrega del general y su propia anulacion. Mas creo que, estimando á César, como es razon, está en mí el reparo vuestro: que no os he de hacer mencion de mis méritos para con vosotros, los cuales hasta ahora son ciertamente inferiores á mi deseo y á vuestra expectacion. Mas con todo, siempre han pretendido los soldados el premio de sus trabajos al fin de la campaña, el cual no dudais vosotros mismos cuál ha de ser. ¿Y por qué tengo de pasar en silencio mi propia diligencia ó fortuna hasta el término en que al presente está la empresa? ¿Os pesa por ventura el haber transportado el ejército sin daño ni menoscabo alguno, sin haberse desgraciado la menor embarcacion? ¿El haber desbaratado al llegar con el primer choque la escuadra del enemigo? ¿Haberle vencido dos veces en dos dias en el encuentro de á caballo: haber traido á nuestra parte doscientas naves del puerto y ensenada de los contrarios: y haberlos reducido al extremo de no poder ser socorridos con víveres por mar ni tierra? ¿Abandonada pues esta fortuna y estos capitanes, pretendeis seguir la ignominia de Corfinio, la fuga de Italia, ó la entrega de las dos Españas, ó las premisas de la guerra de África? Yo ciertamente quise intitularme soldado de César: vosotros me honrasteis con el título de general; del cual si estais arrepentidos, desde luego os restituyo vuestro beneficio: restituidme á mí mi nombre, no parezca que me disteis tal honra para mi afrenta.»

Movidos los soldados con esta plática, aun estando él hablando, le interrumpian, dando muestras del sentimiento con que llevaban aquella sospecha de deslealtad; pero al partirse de la junta le exhortaron todos á que tuviese grande ánimo, no dudando dar la batalla, y hacer experiencia de su fidelidad y valor. Con lo cual, mudada la voluntad de todos, determinó Curion con el dictámen y consentimiento universal exponerse al trance de la batalla, luego que se presentase ocasion. Al dia siguiente ordenó sus tropas en el mismo paraje que los anteriores. Tampoco dudó Acio Varo sacar las suyas, por no dejar pasar la coyuntura, ya tuviese oportunidad de solicitar á las tropas, ó de pelear en puesto ventajoso.

VII. Mediaba un valle entre los dos ejércitos, como arriba se dijo, de una pendiente nó grande, pero áspera y dificultosa. Unos y otros esperaban que sus enemigos se empeñasen en pasarle, para trabar la batalla en sitio ventajoso, cuando se dejó ver por el ala izquierda de P. Acio Varo toda la caballería y mezclada parte de la infantería, que empezaba á bajar la cuesta. Destacó Curion á ellos la caballería y dos cohortes de marrucinos, cuyo primer encuentro no pudo resistir la caballería enemiga, antes apretó los caballos para refugiarse á los suyos; pero los que quedaron de los que venian con ellos armados á la ligera, morian á manos de los nuestros. Todo el ejercicio de Varo, que se dirigia al mismo sitio, veia huir y caer á los suyos. Entónces Rebilo, lugarteniente de César, á quien habia traido Curion de Sicilia, porque sabia era sugeto de mucha experiencia en la guerra, le dijo: «Ves, Curion, amedrentados los enemigos; pues ¿qué dudas aprovechar la ocasion oportuna?» Él, diciendo solo á sus tropas, que se acordasen de lo que le habian asegurado el dia antes, mandó que le siguiesen, y empezó á marchar delante de todos. Era el valle tan áspero, que al subir la cuesta se veian en mucha dificultad los primeros, si no eran ayudados de los suyos; pero, preocupado el ánimo de los soldados enemigos, del miedo, de la fuga y muerte de sus compañeros, no pensaban en hacer resistencia, y todos creian verse ya cercados de la caballería. Y así, antes de llegar á tiro de dardo, y de acercarse los nuestros, volvió las espaldas todo el ejército de Acio, y se metió con diligencia dentro de los reales.

En esta fuga, un cierto Fabio del Abruzo, de los soldados mas inferiores del ejército de Curion, siguiendo el alcance á los fugitivos, iba llamando á grandes voces á Varo, como si quisiera avisarle, ó decirle alguna cosa. Luego que este volvió á mirar á quién tanto le llamaba, y se paró á preguntarle quién era, y qué queria, le tiró el soldado una cuchillada al hombro derecho, con que le faltó muy poco para matarle; pero Varo evitó el peligro levantando el escudo para recibir el golpe; y á Fabio le cercaron los soldados

mas inmediatos, y allí le mataron. La multitud y tropel de los que huian, ocupaba las puertas, y embarazaba la entrada de manera, que mas murieron en aquel paso sin heridas, que en la batalla ó en la fuga. No faltó mucho para desalojarlos tambien de los reales; y así algunos no pararon de correr hasta meterse dentro de la plaza. Pero impedian el ataque, así la naturaleza del sitio, como sus fortificaciones, y el que, habiendo salido las tropas de Curion á dar la batalla de propósito, no llevaban los pertrechos necesarios para dar el asalto á los reales. Por lo cual las mandó Curion retirarse, sin mas pérdida que la de solo Fabio, y quedando de los enemigos cerca de seiscientos muertos, y mil heridos: todos los cuales, retirado Curion, con el pretexto de heridos, pero en realidad de miedo, se entraron en la ciudad. Advirtiendo esto Varo, y el terror de su ejército, dejó en los reales las trompetas y algunas tiendas para apariencia, y á media noche con todo secreto entró en la ciudad con el resto de sus tropas.

Al dia siguiente determinó Curion cercar á Utica con una línea de circunvalacion. Habia dentro de la plaza una muchedumbre poco acostumbrada á la guerra por la larga paz. Los uticenses tenian buena voluntad á César por haber recibido de él algunos beneficios, y la audiencia compuesta de gentes de varias naciones: y sobre todo era tanto el temor de los encuentros pasados, que todos hablaban públicamente de rendirse, y trataban con P. Acio de que no quisiese exponer por su obstinacion los intereses comunes. Estándose tratando de esto, llegaron unos mensageros despachados delante por el rey Juba, los cuales dijeron que venia el rey muy cerca con un grueso de tropas considerable, y al mismo tiempo les exhortaban á la guardia y defensa de la ciudad: con cuya noticia se cobraron los ánimos que antes estaban poseidos del temor.

Las mismas noticias tenia Curion; pero por algun tiempo no podia persuadirse á que fuesen ciertas: tanta confianza habia concebido de sus sucesos. Habíanse divulgado ya por el África los acaecimientos prósperos de España; y engreido con estos avisos, no creia que el rey maquinaria designio alguno contra él. Pero cuando supo de cierto que no distaban sus tropas de Utica mas que veinte y cinco millas, desamparó las fortificaciones, y se retiró á los reales de Escipion. Aquí empezó á hacer provisiones de trigo, á fortalecer su campo, y conducir materiales, y escribió al instante á Sicilia, para que le enviasen las otras dos legiones y el resto de la caballería. Eran estos reales muy á propósito para alargar la guerra, por la naturaleza del sitio, por su fortificacion, por la cercanía del mar, y la abundancia de agua y sal, de que se habia hecho buena provision en las salinas inmediatas. No podia faltar leña por la multitud de árboles, ni trigo, por estar llenos de él los campos; y así, de comun acuerdo con todos los suyos, trataba Curion de esperar el resto de las tropas, y dilatar la guerra.

En esta determinacion, y aprobados tales consejos, oyó decir á unos desertores de la ciudad, que llamado el rey Juba de otra guerra doméstica, y de las controversias de Lebeda, se habia quedado en su reino, y enviado á su general Sabura con un mediano ejército, el cual estaba ya cerca de Utica. Creyó temerariamente estas noticias; y mudando de parecer, determinó aventurarse al trance de una batalla. Ayudó mucho para tomar esta resolucion la mocedad, la grandeza de ánimo, la felicidad del tiempo pasado, y la confianza de salir bien con la empresa. Movido de estas cosas despachó toda la caballería al anochecer al real de los enemigos junto al rio Magreda, donde mandaba Sabura, de quien ya se tenia noticia; pero venia detrás el rey con todo el resto de sus tropas, y habia acampado á seis millas del real de Sabura. Nuestra caballería llegó en la misma noche al cabo de la jornada, dió sobre los enemigos incautos y desprevenidos; porque, siguiendo los numidas su bárbara costumbre, habian hecho alto esparcidos, sin órden ni formacion alguna; y así, acometiéndolos sepultados en sueño y desparramados, mataron un gran número, y otros muchos huyeron amedrentados. Con este hecho se volvió la caballería adonde estaba Curion, trayendo algunos prisioneros.

Habia salido este con todas sus tropas al amanecer, dejando cinco cohortes de guarnicion en los reales. Á las cinco millas de su jornada encontró con la caballería, supo lo que habia pasado, preguntó á los cautivos quién mandaba el campo de Magreda, le respondieron que Sabura: y no cuidando de averiguar otra cosa, con el deseo de dar fin á la jornada, vuelto á las filas inmediatas: «no veis, amigos, dijo, ¿cómo las palabras de estos cautivos convienen con la relacion de los desertores? Que el rey está ausente, que las tropas enviadas son pocas, las cuales no han sido capaces de resistir á un corto número de caballería. Por lo cual daos priesa á llegar al pillaje y á la gloria, para que empecemos á tratar de vuestros premios, y de recompensar estos servicios.»

Era ciertamente un hecho grande el que habia acabado la caballería, especialmente comparado su corto número con tanta multitud de numidas: y esto lo ponderaban ellos mas encarecidamente con aquella complacencia con que los hombres suelen celebrar sus hazañas: presentábanse además los prisioneros y gente de á caballo; de modo que cualquiera espacio de tiempo parecia que dilataba la victoria, correspondiendo por igual á la esperanza de Curion los deseos de los soldados. Mandó pues que le siguiese la caballería, y aceleró la marcha con resolucion de acometerlos antes que echasen de sí el temor de la fuga; pero ellos, que estaban cansados de haber andado toda la noche, no podian seguirle, antes se quedaban atrás, unos en una parte, y otros en otra. Mas, ni este accidente era capaz de detener las esperanzas de Curion.

VIII. Informado Juba por Sabura del suceso de aquella noche, envió á su socorro dos mil caballos españoles y franceses que solia llevar para su escolta, y la parte de infantería en que tenia mas confianza: y él siguió sus pasos con todo el resto de su ejército, y cuarenta elefantes, sospechando que Curion, puesto que habia destacado delante la caballería, seguiria luego con su gente. Sabura ordenó sus tropas de á pié y de á caballo con órden de que, fingiendo temor, cediesen poco á poco, y se retirasen, que él daria la señal del combate en caso necesario, y les comunicaria sus órdenes segun entendiese que lo pedia la ocasion. Curion, añadida á su antigua esperanza la opinion presente de que los enemigos cedian la campaña, bajó con sus tropas á campo raso, dejando el puesto ventajoso; y habiéndose alejado de él largo espacio, á las diez y seis millas hizo alto, llevando ya muy fatigado el ejército.

Dió Sabura la señal á los suyos, ordenó sus haces, y empezó á dar vuelta por las filas, exhortándolos á la batalla; y usando de la infantería solo por apariencia, echó delante los caballos á la campaña. No faltó Curion á su deber; antes empezó á animar á sus soldados á que pusiesen en su valor toda la esperanza. Tampoco faltó á estos, aunque cansados, ni á los de

á caballo, aunque pocos y rendidos de tanto trabajo, el deseo y ánimo para la pelea. Pero eran los caballos doscientos en todos, pues los demás se habian quedado en el camino. Estos, á cualquier parte que acometian, obligaban á los enemigos á ceder la campaña; pero ni podian alejarse á seguir el alcance, ni tampoco apretar demasiado á los caballos. Empezó la caballería enemiga á cercar á los nuestros por ambos lados, derribando los que encontraba por delante. Si algunas cohortes se adelantaban de la formacion, los numidas, como que estaban descansados, evitaban el choque con su ligereza; y al volverse á sus puestos, las cercaban cogiéndolas fuera de sus filas. De esta manera, ni se tenia por seguro mantener el puesto, y guardar la formacion, ni adelantarse y exponerse á la resistencia. Aumentábanse continuamente las tropas del enemigo con los refuerzos que el rey las enviaba; las nuestras desfallecian de cansadas, sin poder retirarse y ponerse en salvo los heridos, por estar cercado todo nuestro ejército con la caballería enemiga. Así que, desesperados de poder salvarse, como acostumbran los hombres en el último peligro de su vida, ó se lamentaban de su muerte, ó encomendaban á sus padres á aquellos que por ventura salvase la fortuna del peligro: todo era una confusion de temor y lamentos.

Cuando vió Curion que, amedrentados todos, ni se oian sus exhortaciones, ni sus ruegos, pensando, como en caso desesperado, en el único recurso de su salvacion, dió órden de que se tomasen todos los collados inmediatos, dirigiendo allá las insignias; pero se adelantó á ocuparlos un trozo de la caballería enemiga que destacó Sabura para este efecto. Cayeron entónces los nuestros en la última desesperacion. Parte murieron fugitivos á manos de la caballería, parte peleando. Aconsejó á Curion Cn. Domicio, general de la caballería, que estaba cerca de su persona con algunos caballos, que procurase salvar la vida y retirarse á los reales, prometiéndole que él no se apartaria de su lado, pero le respondió Curion que no volveria á la presencia de César perdido el ejército que le habia fiado; y en esta resolucion murió peleando. Algunos pocos caballos pudieron retirarse de la batalla; pero aquellos que dijimos se habian quedado detrás para tomar aliento, advirtiendo desde lejos la rota del ejército, se refugiaron á los reales; la infantería pereció enteramente sin quedar ninguno.

Cuando supo este desastre el cuestor M. Rufo, á quien Curion habia dejado en los reales, exhortó á los suyos á que no cayesen de ánimo. Ellos le pidieron y suplicaron que los embarcase para Sicilia. Así se lo prometió, y dió órden á los patrones de los barcos, que á la tarde tuviesen prontos todos sus buques en la playa. Pero era tal el terror de todos, que unos decian que ya llegaban las tropas del rey Juba, otros que venia sobre ellos Varo con las legiones, y que ya veian á lo lejos grande polvareda, ambas cosas inciertas, otros sospechaban que sobrevendria al instante la escuadra enemiga. De esta suerte, amedrentados todos, cada uno miraba por sí. Los que estaban á bordo se daban priesa á marchar; la fuga de estos instigaba á los capitanes de las naves de carga; eran muy pocas las embarcaciones que acudian á la órden dada, y tanta la contienda en la ribera llena de gente, sobre quiénes habian de embarcarse de tanto número, que con la multitud y el peso algunas fuéron á pique, y las demás se recelaban de acercarse. Así sucedió que algunos soldados y padres de familia, por favor ó compasion, ó porque podian alcanzar las naves á nado, llegaron salvos á Sicilia. Las demás tropas enviaron á Varo sus diputados de los centuriones, y se le entregaron. Vistas estas cohortes por el rey Juba al dia siguiente delante de la ciudad, diciendo que era presa suya, mandó dar muerte á un gran número de soldados, y envió á su reino algunos que escogió entre todos. Como Varo se quejase de que le quebrantaba su palabra de honor, y no se atreviese á resistirle, él tomando un caballo, se vino á la ciudad acompañado de muchos senadores, y entre ellos de Servio Sulpicio y Licinio Damasipo; y habiendo dispuesto y ordenado en Utica con brevedad aquello que le pareció, de allí á pocos dias se restituyó á su reino con todas sus tropas.

ARGUMENTO DEL LIBRO TERCERO.

I. Diligencia de César dictador en arreglar las cosas de Roma. Grandeza de las tropas de Pompeyo.—II. Pasa César a Farsalia. Incendia Bíbulo algunas de sus naves vacías. Defiéndense los de Salona del cerco de Octavio.—III. Comision de César a Pompeyo sobre la paz y su actividad en alcanzar á su contrario —IV. Coloquios de paz estorbados por los pompeyanos.—V. Tumulto en Roma reprimido por el senado, y sosegado con la muerte de Milon y del pretor Celio.—VI. Combate feliz de las tropas de César. Cobardía de los bisoños, y valor de los veteranos.—VII. César y Pompeyo levantan el campo. Avaricia y crueldad de Escipion.—VIII. Escaramuzas de á caballo entre Escipion y Domicio.—IX. César y Pompeyo acampan cerca uno de otro: trabanse algunas escaramuzas.—X. Tolerancia de las tropas de César en medio de la escasez de víveres.—XI. Batalla adversa de Pompeyo. Valor singular de algunos soldados de César.—XII. César provoca a Pompeyo a la batalla. Padece escasez de forraje. Pasanse a su campo dos saboyanos —XIII. Batalla próspera de Pompeyo contra el cuestor Marcelino.—XIV. Batalla próspera de César, y otra de Pompeyo mas señalada.—XV. Anima César a sus tropas, y a largas marchas se junta con Domicio en Tesalia.—XVI. Entrégase a César la Tesalia. Incorpórase Pompeyo con Escipion. Tratan de repartirse los bienes de los que seguian á César.—XVII. Disposicion de los dos ejércitos para la batalla. Exhortacion de los generales.—XVIII. Victoria famosa de César, y su actividad en seguirla.—XIX. Casio incendia la escuadra de César en Mesina. Persigue César á Pompeyo. Este se acoge al rey Tolomeo, y es muerto alevosamente.—XX. Portentos que anunciaron la victoria de César. Su destreza en apoderarse de Alejandría, y antes del rey.—XXI. César se apodera de Faro, y fortalece una parte de Alejandría contra las tropas de Aquilas.

I. Celebró los comicios César siendo dictador, en que fuéron creados cónsules Julio César y P. Servilio, por ser este el año en que se le podia nombrar cónsul por las leyes. Concluidos estos, por estar muy disminuido el crédito en toda la Italia, y sin pagarse las deudas, determinó se eligiesen jueces árbitros, que hiciesen tasas de las posesiones y bienes, segun en lo que estaban valuados antes de la guerra, y se entregasen á los acreedores; pensando que esto era lo mas conveniente, para quitar y disminuir el miedo de leyes nuevas, que regularmente suele seguirse á las guerras y disensiones civiles, y para mantener la estimacion de los deudores. Asimismo concedió la restitucion por entero, haciendo que los pretores y tribunos de la plebe propusiesen al pueblo las leyes convenientes en favor de algunos, que habian sido condenados, por sobornos en sus pretensiones, por la ley de Pompeyo, en el tiempo que este habia tenido en la ciudad la guarnicion de las legiones, cuyas causas se habian sentenciado en los dias respectivos oyéndolas unos jueces, y votándolas otros; mostrando su reconocimiento á aquellos que se le habian ofrecido al principio de la guerra civil; como si se hubiera valido de ellos, una vez que se habian puesto en sus manos. Porque pensaba que el pueblo debia conceder á estos la restitucion, antes que pareciesen restituidos por su particular beneficio; esto porque no le tuviesen

por ingrato en corresponder á su favor, ó por arrogante en anticiparse al beneficio del pueblo.

Habiendo empleado once dias en el arreglo de estas cosas, y en celebrar las ferias latinas y comicios, renunció la dictadura, partió de la ciudad, y llegó á Brindis, á donde habia mandado que se juntasen doce legiones, y toda la caballería; pero halló tan pocas naves, que estrechamente pudo embarcar veinte mil infantes y seiscientos caballos. Este solo inconveniente le estorbó concluir la guerra con prontitud, y aun estas mismas tropas se embarcaron muy menguadas, porque habian desertado muchos en el discurso de las guerras de Francia, porque habia disminuido el número la larga marcha desde España, y porque un otoño enfermizo en la Pulla y en las cercanías de Brindis habia quebrantado la salud de todo el ejército, que salia de las tierras muy saludables de Francia y España.

Pompeyo, habiendo logrado un año de tiempo para prevenir tropas, en que no habia tenido guerra que sostener, ni enemigos que le diesen cuidado, habia juntado una armada poderosa del Asia, de las islas del Archipiélago, de Corfú, de Atenas, del Ponto, de Bitinia, de Siria, de Cilicia, de Fenicia y de Egipto; y habia hecho construir en todos estos parajes otra muy considerable. Habia mandado contribuir con grandes cantidades de dinero al Asia, á la Siria, á todos los reyes, dinastas, y tetrarcas, y á los pueblos libres de la Acaya, y con otra no menor suma á las ciudades aliadas de aquellas provincias que tenia bajo su mando.

Tenia nueve legiones completas de ciudadanos romanos, cinco que habia sacado de Italia, una veterana de Sicilia, que por ser compuesta de dos era llamada Gemela, otra de Creta y Macedonia de los veteranos, que, licenciados por otros generales antecedentes, habian sentado su domicilio en estas provincias; y dos del Asia, que habia corrido Lentulo con alistarlas. Además habia repartido por las legiones, para completarlas, un gran número de reclutas de Tesalia, de Beocia, de Acaya y de Epiro. Á estas habia añadido las tropas restantes de la derrota de Cayo Antonio. Además de estas esperaba que viniesen de Siria con Escipion dos legiones, y tenia hasta tres mil flecheros de Creta, Lacedemonia, Ponto, Siria y otras naciones, seis cohortes de honderos, dos de mercenarios, y siete mil caballos: de los cuales Deyotaro habia traido seiscientos gálatas, Ariobarzanes quinientos de Capadocia, é igual número le envió Coto de Tracia con su hijo Sadal; doscientos eran de Macedonia, á los que mandaba Rascípolis, hombre muy acreditado por su valor; quinientos de los gabinianos de Alejandría franceses y alemanes, que habia dejado Gabinio en poder del rey Tolomeo para su resguardo. Pompeyo el mozo habia traido en su escuadra otros ochocientos levantados de sus siervos y pastores, y otros trescientos le habian dado Tarcundario, Castor y Donilao de la Galogrecia: uno de los cuales vino en persona, y otro envió á su hijo. Doscientos eran de Siria, de Antíoco Comageno, á quien Pompeyo habia dado grandes premios, los mas de los cuales eran flecheros de á caballo. Á estos se añadian los tracios y servios, unos mercenarios, otros adquiridos por favor ó imperio; y los macedonios y tesalos, y las demás naciones y ciudades, con que se completaba el número que dijimos arriba.

Tenia hecha grandísima provision de víveres de Tesalia, Asia, Egipto, Creta, Cirene y otras tierras: pensaba invernar en Durazo y Eriso y las demás ciudades marítimas para estorbar á César el pasaje del mar, á cuyo fin habia repartido su escuadra por toda la costa. Mandaba las naves egipcias su hijo Pompeyo, las asiáticas D. Lelio y C. Triario, las siríacas C. Casio, las rodias C. Marcelo con C. Corponio, las liburnas y acáicas Escribonio Libon y M. Octavio; pero el mando principal de toda la escuadra le tenia M. Bibulo, á quien pertenecian todas las disposiciones.

II. Luego que César llegó á Brindis, habló á los soldados, y les dijo, «que supuesto habian llegado casi al fin de los trabajos y peligros, dejasen en Italia con igual ánimo los esclavos y equipajes, embarcándose á la ligera para que cupiesen mas, y que lo esperasen todo de la victoria y de su liberalidad.» Todos respondieron á voces, que mandase lo que quisiese, pues cualquiera órden suya obedecerian de buena voluntad. Hízose á la vela el dia 4 de enero, embarcadas, como ya se dijo siete legiones. Al dia siguiente tocó en tierra de los montes de Chimera; y hallándose entre las peñas y otros bajíos peligrosos una rada defendida de los vientos, receiándose de los puertos, que pensaban los tendrian tomados los enemigos, desembarcó junto á un paraje llamado Farsalo, habiendo arribado toda la armada con la mayor felicidad.

Estaban en Orco Lucrecio Vespilo y Minucio Rufo con diez y ocho naves asiáticas, que mandaban de órden de D. Lelio; y M. Bibulo estaba en Corfú con una escuadra de ciento diez navíos. Pero ni aquellos confiaban tanto de sí, que se atreviesen á salir del puerto, llevando solo César en su defensa doce galeras, de las cuales cuatro eran cubiertas; ni tampoco Bibulo acudió á tiempo, teniendo embarazadas sus naves, y dispersos los remeros; porque antes se vió César en tierra firme, que llegase á aquellas tierras la menor noticia de su venida.

Desembarcadas las tropas, despachó César las naves aquella misma noche á Brindis, para que condujesen el resto de las legiones y la caballería. Encargó esta comision á su lugarteniente Fusio Caleno, previniéndole que pusiese toda diligencia en el pronto transporte de las legiones. Pero habiendo salido los navíos mas tarde de lo que convenia, y faltándoles el viento de noche, al volver se perdieron. Porque, sabiendo Bibulo en Corfú la llegada de César, y esperando poder dar alcance á alguna parte de las naves cargadas, le dió á las vacías; y apresando cerca de treinta, rompió contra ellas toda la ira de su sentimiento y descuido; las puso fuego, y así perecieron los marineros y patrones de ellas, esperando escarmentar á los demás con la crueldad de su castigo. Concluido esto, ocupó con su armada todos los pasos desde Salona al puerto de Orco, cogiendo toda la extension de aquellas costas. Y dispuestas las guardias con mas diligencia, estaba él mismo de centinela en las naves en un invierno muy crudo, no perdonando oficio ni trabajo alguno, ni esperando amparo ni misericordia, si llegaba á caer en manos de César.

Después de la partida de las naves liburnas, llegó M. Octavio desde el Ilírico á Salona con las que tenia, y allí, alborotando á los dálmatas y á los otros bárbaros, apartó á la isla de Lisa, de la amistad de César; y no pudiendo mover á lo mismo á los ciudadanos de Salona con promesas, ni amenazas del riesgo, determinó cercar la ciudad. Es esta de una fuerte situacion, y además está defendida de un collado. Los ciudadanos romanos hicieron prontamente torres de madera, con que se fortalecieron. Pero, reconociendo su flaqueza para resistirse, por el corto número de gente con que se hallaban, y las muchas heridas que recibian, recurrieron al último auxilio, de dar libertad á todos los esclavos que estaban en disposicion de acudir á la defensa, y cortando el cabello á todas las mu-

jeres, se sirvieron de él en lugar de cuerdas para el uso y manejo de las máquinas. Octavio, conociendo su resolucion, dispuso cinco campamentos contra la plaza, y empezó á apretarlos á un mismo tiempo por el cerco y los asaltos. Dispuestos los ciudadanos á resistir todos los peligros, se veian en grande apuro de víveres; y así enviaron diputados á César pidiéndole socorro. Las demás incomodidades las pasaban por sí mismos como podian. Despues de algun tiempo, como la duracion del cerco hiciese mas descuidadas á las tropas de Octavio, aprovechándose los cercados de una ocasion al mediodía, en que ellos se retiraron, y colocando en la muralla á los niños y mujeres, para que no se echase de menos la guarnicion que asistia en ella continuamente, formaron un escuadron con los esclavos, á quienes poco antes habian dado libertad, é hicieron una vigorosa salida contra los primeros reales de Octavio. Tomados estos, dieron con el mismo ímpetu sobre los segundos, despues sobre los terceros y cuartos, y al fin sobre los últimos. Echaron á los enemigos de todos sus reales, y haciendo en ellos una gran matanza, obligaron al resto, y aun al mismo Octavio, á refugiarse á las naves. Este fué el suceso del cerco de Salona. Acercábase ya el invierno, con que Octavio desesperado de tomar la ciudad, se retiró á Durazo, donde estaba Pompeyo.

III. Ya queda dicho que L. Vibulio Rufo, teniente general de Pompeyo, habia caido dos veces en manos de César, y otras tantas le habia dado libertad, la primera en Corfinio, y la segunda en España. Este creyó César, por lo mucho que le debia, que seria á propósito para enviarle á Pompeyo con una comision, entendiendo al mismo tiempo que tenia algun género de autoridad con él. La sustancia de su cargo era, «que uno y otro debian poner fin á su porfía, y dejar las armas, sin tentar mas á la fortuna, pues eran ya bastantes los trabajos padecidos de una y otra parte, los cuales debian tomar por enseñanza y documento para temer los accidentes venideros; que él habia sido echado de Italia, perdida la Sicilia y la Cerdeña, y ciento y treinta cohortes de ciudadanos romanos en Italia y España; y él mismo habia sido afligido con la muerte de Curion, con la pérdida considerable del ejército de África, y la entrega de sus soldados en Corfú. Por lo cual tuviesen entrambos compasion de la república, enseñados por sus mismas desgracias del poder de la fortuna en la guerra. Este era el único tiempo de tratar de la paz, cuando ambos tenian confianza de sí, y se reputaban por iguales. Porque si á uno de los dos se inclinase algo mas la fortuna, no querria admitir las condiciones de la paz el que se creyese superior, ni se contentaria con partes iguales el que confiase de enseñorearse de todo: que á Roma y al senado debian pedir las condiciones de la paz, puesto que no habian podido acordarse antes: y entretanto así á la república como á ellos debia parecer bien el que ambos prometiesen desde luego con juramento licenciar sus ejércitos en los tres dias inmediatos; y que depuestas las armas y tropas auxiliares en que al presente confiaban, necesariamente se habian de conformar con el dictámen del pueblo y el senado: y para que mas bien mereciese esto la aprobacion de Pompeyo, licenciaria él sus tropas; y las guarniciones de las plazas que ocupaba.»

Vibulio, recibida esta instruccion, no tuvo por menos necesario informar á Pompeyo de la repentina llegada de César, para que tomase su acuerdo sobre esto, antes de tratar de su comision. Y así, continuando su marcha de dia y de noche, y mudando caballos para la mayor prontitud, partió con toda diligencia á verse con Pompeyo, y avisarle que habia venido César con todo el resto de sus tropas. Hallábase este entónces en Candavia, y marchaba desde Macedonia á Eriso y Durazo, donde tenia sus cuarteles de invierno; pero, perturbado con aquella noticia, aceleró mas la marcha la vuelta de Eriso, para que César no se apoderase de las ciudades de la costa marítima. Este, habiendo hecho el desembarco, marchó aquel mismo dia á Orco. Luego que llegó aquí, L. Torcuato, á cuyo cargo estaba la ciudad por Pompeyo con una guarnicion de macedonios, intentando defender la entrada, cerradas las puertas, dió órden á los griegos para que guarneciesen el muro, y tomasen las armas; pero, como le respondiesen que no pelearian contra el imperio del pueblo romano, y los ciudadanos tratasen de recibir á César de buena voluntad, desconfiando de todo socorro, abrió las puertas, y se entregó con la ciudad á César, del cual no recibió daño.

Recobrada Orco, partió César sin mas tardanza la vuelta de Eriso. Luego que tuvo noticia de su venida L. Estaberio, que la tenia á su cargo, empezó á conducir cantidad de agua al alcázar, á fortalecerle, y pedir rehenes á la vecindad. Respondieron estos, que no tenia que esperarlos: añadiendo, que ellos no habian de cerrar las puertas al cónsul, ni tomar por sí una resolucion contraria á lo que toda la Italia y el pueblo romano habia juzgado. Estaberio, conociendo su resolucion, huyó secretamente de la ciudad; y los vecinos enviaron sus diputados á César, y le franquearon la entrada: á los cuales se siguieron los de Bullide y Puerto Raguseo, con las ciudades de su comarca, y todo el Epiro, que por sus diputados le ofrecieron hacer cuanto les mandase.

Informado Pompeyo de lo acaecido en Orco y Eriso, y recelando lo mismo de Durazo, marchó hácia allá caminando de dia y de noche. Pero luego que corrió la voz de que César estaba cerca, fué tanto el terror que se apoderó del ejército, porque con la priesa habian juntado la noche con el dia, sin interrumpir la marcha, que casi todos desampararon las banderas en el Epiro y las tierras circunvecinas, y otros arrojaron las armas, de suerte que mas parecia fuga que marcha de un ejército. Habiendo hecho alto Pompeyo cerca de Durazo, y mandado tirar las líneas para sentar sus reales, continuaba todavía el terror del ejército, hasta que se adelantó Labieno el primero, y juró en presencia de todos no desampararle, sino correr la misma suerte que le diese la fortuna. El mismo juramento hicieron los demás generales, á quienes se siguieron los tribunos militares y centuriones, y despues todo el ejército.

IV. Viendo César cerrado el camino de Durazo, detuvo aquí la celeridad de su marcha, y sentó su real sobre el rio Aspro en las cercanías de Eriso, para que esta ciudad, que tan bien le habia servido, estuviese segura con las guarniciones y castillos; y en esta disposicion resolvió esperar el resto de las legiones de Italia, y pasar el invierno en tiendas de campaña. Pompeyo hizo lo mismo, formó su campamento en la otra parte del rio Aspro, y allí hizo conducir todas sus tropas y las auxiliares.

Caleno, habiendo embarcado en Brindis las legiones y caballería, conforme á la órden de César, se hizo á la vela con las naves que tenia; y á poca distancia recibió una carta de César, en que le avisaba, que todos los puertos y costas estaban ocupados por las escuadras enemigas; con cuya noticia se volvió al puerto, y mandó que se retirasen todas las naves; pero una de ellas, que siguió su curso, y no quiso obedecer la órden de Caleno, porque iba sin tropas, y

se gobernaba por órden particular, corrió hasta Orco, y fué apresado por Bibulo, el cual tomó venganza en los siervos y libres, y hasta en los muchachos, dando muerte á todos. De este modo dependió de un instante y una gran casualidad la salud de todo el ejército.

Estaba Bibulo, como se ha dicho, con su escuadra sobre la costa de Orco; y así como estorbaba á César el uso del mar y de los puertos, así era él estorbado del uso y comunicacion de toda aquella tierra. Porque tenia César dispuestas sus guarniciones, y ocupadas todas las riberas de tal manera, que no les quedaba facultad alguna para hacer leña, ni aguada, ni amarrar las naves á tierra. Estaban sus cosas de muy mala calidad, y se hallaban en tal apuro de lo mas necesario para el sustento, que se veian precisados á conducir en naves de carga desde Corfú la leña y el agua, como todos los víveres. Y aun hubo ocasion en que, por haber tenido malos temporales, se vieron obligados á recoger el rocío de las pieles con que estaban cubiertas las naves. Las cuales dificultades y trabajos llevaban con paciencia y buen ánimo, en la firme resolucion de no desguarnecer las orillas, ni abandonar los puertos. Estando en este conflicto, y habiéndose incorporado Libon con Bibulo, hablaron los dos desde la escuadra con los lugartenientes de César M. Acilio y Estacio Murco, de los cuales uno tenia á su cargo la guarnicion de la muralla, y el otro los reales con las milicias urbanas, diciéndoles, que deseaban tratar con César un asunto de mucha importancia, si les daba su permiso: á que añadieron algunas razones para confirmar su intento, dando á entender que querian tratar de composicion. Entretanto pidieron que hubiese treguas, las que les concedieron los dos capitanes, pareciéndoles que era negocio de consideracion el que traian, y que César lo deseaba en gran manera, y aun pensaban que se habria adelantado algo con la mision de Bibulo.

Habia partido César con una legion á reducir á su obediencia las ciudades ulteriores, y facilitar la provision de víveres, de que se hallaba con alguna estrechez. Hallábase en Butrinto, frente de Corfú: mas recibido el aviso de Acilio y Murco sobre la pretension de Libon y Bibulo, dejó la legion, y partió la vuelta de Orco. Llegado aquí, y llamados los dos á una conferencia, «salió Libon, y excusó á Bibulo, por las diferencias particulares que tenia con César desde la edilidad y la pretura, y por su genio iracundo, por lo cual dijo que no venia á tratar con él, por no estorbar con su enojo un negocio de tanta útilidad. Añadió que Pompeyo tenia y habia tenido siempre mucho deseo de que se ajustasen sus disensiones, y se depusiesen las armas; pero que ellos no tenian por sí arbitrio alguno, por haberse entregado á Pompeyo el mando absoluto de la guerra y toda su disposicion por sentencia del consejo; pero que, sabida la pretension de César, despacharian ellos mensageros á Pompeyo, y á sus instancias dispondria él lo demás: que entretanto que volvia la respuesta, durasen las treguas, sin hacerse hostilidades de una y otra parte. Á estas razones añadió algunas otras sobre la justicia de su causa, y sobre sus fuerzas y tropas auxiliares.»

Á las cuales ni á César pareció conveniente responder entónces, ni ahora se halla motivo suficiente para escribirlo. Pedia César, «que le permitiesen enviar comisionados á Pompeyo con toda seguridad, y que ó ellos tomasen esto á su cargo, ó recibiéndolos de él, los condujesen á Pompeyo. En cuanto á las treguas respondió, que se habia puesto la guerra en tal disposicion, que ellos con su escuadra estorbaban á sus naves y refuerzos el tránsito del mar; y él á ellos la provision de agua, y toda comunicacion con la tierra: que si deseaban que él levantase la mano en esto, la levantasen ellos de la guarda de las costas; y si querian mantener su presupuesto, él mantendria el suyo: que sin embargo se podia tratar de composicion, sin que el nó ceder en estas respectivas ventajas pudiese servir de estorbo alguno.» Ellos ni querian tomar por su cuenta los comisionados de César, ni salir por fiadores de su seguridad, sino dejarlo todo al arbitrio de Pompeyo. y solo instar en el punto de las treguas, poniendo en esto todo su empeño. Mas luego que César conoció que habian introducido esta plática con el designio de salir del riesgo presente, y remediar su falta de víveres, sin dar muestra de esperanza, ni condicion alguna de paz, se volvió á sus antiguos pensamientos sobre la guerra.

Con el impedimento de tomar tierra en tantos dias, con el frio y fatiga de la embarcacion, enfermó Bibulo gravemente; y no teniendo proporcion de curarse, ni queriendo abandonar el cargo recibido, no pudo resistir la enfermedad. Muerto este, no quedó reducido el gobierno al mando de un solo jefe, sino que cada uno separadamente gobernaba á su arbitrio su escuadra. Vibulio, despues de sosegada la perturbacion que ocasionó la repentina venida de César, empezó á tratar de la comision de César en presencia de Libon, L. Luceyo y Teófanes, con quiénes solia comunicar Pompeyo los asuntos mas graves; pero le cortó Pompeyo la conversacion, diciendo: ¿Para qué quiero yo la vida, ó la ciudad, si ha de parecer que la logro por beneficio de César? Cuya opinion no podrá borrarse, cuando se entienda que he sido restituido á la Italia, de donde he salido. Esto supo César, despues de concluida la guerra, de los mismos que se hallaron presentes á esta plática; pero nó por eso dejó de intentar de ajuste por otros medios.

Entre los reales de Pompeyo y César solo mediaba el rio Aspro; y así hablaban frecuentemente los soldados unos con otros, sin que se disparase entretanto un dardo de parte á parte. Envió César á la misma orilla del rio al lugarteniente P. Vatinio, á fin de que tratase lo que mas á propósito le pareciese para persuadir la paz; y repitiese á grandes voces, si se daba permiso á los romanos para enviar comisionados de paz á sus conciudadanos, cosa que se habia permitido á los fugitivos del monte Pirineo, y á los piratas; especialmente para tratar los medios de que no combatiesen unos con otros los ciudadanos. Habiendo dicho muchas razones á este tenor con toda moderacion, como debia por su salud y la de todos, y oido con silencio por los soldados de una y otra banda, se le respondió por la otra parte, que Aulo Varron ofrecia venir al dia siguiente á una plática, y que podrian venir con toda seguridad los comisionados de ambas partes, y exponer lo que les pareciese: á cuyo efecto se señaló tiempo y lugar determinado.

Vinieron en gran número de ambas partes al dia siguiente: era muy grande la expectacion del suceso, y parecian los ánimos de todos muy inclinados á la paz. Adelantóse al concurso Tito Labieno, y empezó con palabras de sumision á tratar de compostura, y á disputar con Vatinio. Pero á la mitad de la plática los interrumpieron unos dardos disparados de repente de una y otra parte, de cuyos tiros se salvó Vatinio, cubierto con las armas de los soldados. Sin embargo quedaron muchos heridos, y entre ellos los centuriones Cornelio Balbo, M. Plocio y L. Tiburcio, y algunos soldados. Entónces dijo Labieno en alta voz: Dejemos ya de tratar de composicion, pues no puede habe. paz para nosotros, sino trayendo la cabeza de César.

V. Por este mismo tiempo, habiendo tomado por su cuenta en Roma el pretor M. Celio Rufo la causa de los deudores, colocó su tribunal al principio de su magistrado junto á la silla del pretor urbano C. Trebonio, prometiendo su auxilio á cualquiera que apelase de las tasas y pagamentos que se hacian por medio de los jueces árbitros, conforme habia dispuesto César cuando estuvo en Roma. Pero por la suavidad del decreto, y la benignidad de Trebonio, que juzgaba deberse administrar la justicia en estos tiempos con moderacion y clemencia, no se hallaba quien empezase á fomentar semejante apelacion. Porque, excusarse con la pobreza, lamentarse de la calamidad propia, ó de los tiempos, y proponer dificultades en la tasa de las posesiones, cabe acaso en un ánimo medianamente resuelto: mas, para retener enteros sus bienes raíces aquellos que se confiesan deudores, ¿qué atrevimiento es bastante? Así que no habia quien pusiese tal pretension, pareciendo cruel el intento de Celio aun á aquellos mismos á cuya útilidad se dirigia. Mas él, pasando todavía mas adelante, para que no se verificase haber emprendido en balde tan torpe causa, promulgó una ley dando un año de tiempo para pagar las deudas sin usuras.

Resistióse á esto el cónsul Servilio con los demás magistrados; y adelantando Celio menos de lo que pensaba, para conciliarse los ánimos retiró la primera ley, y propuso otras dos: una dispensando á los inquilinos la paga de un año de los alquileres de las casas; y otra de que pagasen los deudores mientras duraba la guerra. Con esto acometió con un tropel de la muchedumbre á C. Trebonio: fuéron heridos muchos, y arrojado este de su tribunal. Dada parte al senado de estas tropelías por el cónsul Servilio, resolvió el senado separar á Celio de la república. Con este decreto le prohibió el cónsul la entrada en el senado, y aun le quitó de los Rostros, como intentase hablar desde allí al pueblo. Él, incitado de esta ignominia y pesar, dijo en público con disimulado designio, que partia al campo de César; pero, avisando secretamente á Milon, que estaba desterrado por la muerte de Clodio, y llamándole á Italia, por hallarse todavía con algunas reliquias de los gladiadores, á quienes habia ganado con grandes dádivas, se unió con él, y le envió anticipadamente á Torre Brodogneto en solicitud de los pastores. Él mismo marchó á Castelluzo; y habiéndose cogido en Capua á este tiempo sus insignias militares y armas, vista su tropa en Nápoles, y sospechando una traicion armada en la ciudad; descubiertos sus designios, no admitido en Capua, y temiendo el peligro, por haber tomado las armas este congreso, y declarado que se le debia tratar como enemigo, abandonó esta resolucion, y tomó otro camino.

Entretanto habia esparcido Milon cartas por los municipios, de que sus operaciones eran de órden de Pompeyo comunicada por medio de Bibulo. Empezó á seducir á los que estaban ahogados de deudas; y no pudiendo adelantar nada con ellos, dió libertad á los esclavos, y con ellos puso sitio á Conza, ciudad del territorio de Torre Brodogneto. Defendia la plaza el pretor Q. Pedio con una legion (1). Milon perdió la vida herido de una pedrada. Celio, marchando segun decia al campo de César, llegó á Torre Brodogneto: y tratando de solicitar á algunos de este municipio, y ofreciendo dinero á la tropa francesa y española de á caballo, que habia enviado César á guarnecer la plaza, estos mismos le dieron muerte. De esta manera tuvieron pronto y fácil suceso unos principios, que podian ser de gran coyuntura, por la violencia hecha á los magistrados, y la calamidad de los tiempos.

(1) Aquí hay falta en el texto.

VI. Habiendo partido de Orco Libon con su escuadra de cincuenta naves, llegó á Brindis, y se apoderó de una isla que está enfrente de aquel puerto, teniendo por mas ventajoso tomar un puesto por donde necesariamente habian de pasar los nuestros, que cerrar todas las costas y puertos restantes. Con su llegada repentina logró apresar algunas naves de carga, las incendió, llevándose una cargada de trigo, puso gran miedo en los nuestros, y echando de noche en tierra los soldados y flecheros, desalojó la guarnicion de caballería, aprovechándose tan bien de la oportunidad del sitio, que escribió á Pompeyo, que si le parecia podia mandar retirar y componer las demás naves, pues bastaba su escuadra para estorbar el paso á todos los refuerzos que viniesen dirigidos á César.

Estaba Antonio entónces en Brindis, y confiando en el valor de sus tropas, hizo cubrir cerca de sesenta botes de las naves mayores con parapetos y zarzos, embarcó en ellos alguna gente escogida, y disponiéndolos con separacion en varios parajes de la playa, mandó que se adelantasen á la embocadura del puerto, como para ejercitar los remos, dos naves de tres órdenes que habia construido. Habiendo reparado Libon que se adelantaban con demasiado atrevimiento, y esperando poderlas apresar, destacó á ellas cinco naves de cuatro órdenes de remos, las cuales como se fueron acercando á las dos nuestras, revolvieron nuestros veteranos hácia el puerto. Ellos, incitados de su deseo, prosiguieron en darlas caza con poca cautela. En esto dió Antonio la señal á los esquifes, los cuales arrojándose por todas partes, al primer choque tomaron una de las naves contrarias con toda su tripulacion y defensa, y obligaron á las demás á huir vergonzosamente. Á esta pérdida se añadió el que no podian hacer aguada, porque se lo estorbaba la caballería con que Antonio tenia guarnecida toda la costa; de cuya necesidad y afrenta, obligado Libon, se retiró de Brindis, dejando el bloqueo de los nuestros.

Habíanse pasado ya muchos meses, espiraba á toda priesa el invierno, y no llegaban de Brindis las naves y legiones de César. Parecíale que se habian dejado pasar varias ocasiones, pues sin duda habian tenido vientos con que creia que precisamente debian haberse hecho á la vela, y cuanto mas tiempo se perdia en esto, tanto mas vigilantes estaban los jefes de las escuadras enemigas en sus departamentos, y entraban en mayor confianza de poderlas estorbar el paso. Demás de esto, instaba Pompeyo con frecuentes cartas, para que, ya que no habian impedido el paso al primer viaje de César, le cortasen al resto de su ejército; y cada dia se esperaba peor tiempo para transitar con vientos mas sosegados. Movido César de estas razones, escribió á sus comandantes á Brindis con toda seriedad, que, en logrando buen viento, no perdiesen la ocasion de hacerse á la vela, dirigiendo el rumbo á las costas de Eriso, donde podian hacer el desembarco. Este era el único paraje que tenian sin guarnicion las escuadras enemigas por no atreverse á alejarse de los puertos.

Ellos, con toda diligencia y valor, avivando el negocio M. Antonio y Fusio Caleno, y ayudando tambien mucho las tropas con muestras de no rehusar peligro alguno por Cesar, logrando un viento de mediodía, se embarcaron, y á otro dia pasaron por delante de Eriso y de Durazo. Habiéndolos alcanzado á ver C. Coponio, que mandaba en Durazo la escuadra rodia,

se hizo al mar con toda prontitud; y llegando ya cerca, por haber calmado el viento, él mismo, volviendo á encresparse, favoreció á los nuestros. Mas nó por eso desistia el de su intento, antes esperaba vencer la fuerza del temporal con el arte y diligencia de los marineros; y así, aunque habian pasado los nuestros de Durazo con el ímpetu del viento, sin embargo, continuaba en seguirlos. Aprovecháronse los nuestros del beneficio de la fortuna, aunque no dejaban de temer las fuerzas de la escuadra, si acaso calmase el viento: y así, llegando al puerto llamado Ninfeo, tres millas mas arriba de Alesio, se entraron en el. Estaba resguardado del viento de poniente, bien que no seguro del de mediodía; pero tuvieron por mas liviano el riesgo del temporal, que el de la escuadra, y lograron la fortuna de que á poco de haber entrado en él, el viento de mediodía que habia reinado dos dias, se mudó en poniente con increible felicidad.

Entónces se conoció bien la mudanza de la fortuna; pues á los que poco antes sobresaltaba el temor, los acogia un puerto muy seguro; y los que habian puesto en peligro á nuestras naves, se veian ahora amenazados del suyo: de suerte que, trocado el tiempo, favoreció la tempestad á los nuestros, y maltrató de tal manera la escuadra rodia, que todas sus diez y seis naves forradas perecieron hechas pedazos; y de un número considerable de remeros y soldados, parte murieron estrellados en los escollos, parte fueron sacados del naufragio por los nuestros, á todos los cuales envió César salvos y libres á sus tierras.

Dos naves de las nuestras que no siguieron con tanta ligereza el rumbo de las otras, sobreviniendo la noche, é ignorando el paraje donde las demás habrian dado fondo, echaron áncoras enfrente de Alesio. Otacilio Craso, que tenia el mando de esta plaza, intentó tomarlas, enviando sobre ellas muchas lanchas, y otras embarcaciones menores, y al mismo tiempo trató de que se le entregasen, ofreciendo conservar á los rendidos. En una de las dos naves iban doscientos y veinte soldados de las nuevas levas, y en la otra menos de doscientos de una legion veterana. Aquí se conoció bien qué gran defensa es para los hombres la fortaleza del ánimo. Los bisoños, amedrentados de la multitud de naves contrarias, y quebrantados del mareo de la embarcacion, se entregaron á Otacilio bajo de juramento de que no recibirian daño alguno; pero llevados á su presencia, contra el sagrado del juramento, les hizo dar muerte á su propia vista con la mayor crueldad. Los veteranos, aunque quebrantados tambien de los trabajos del temporal, de la incomodidad de la navegacion, y el mal olor, nada desfallecieron de su antiguo brio: antes tratando de las condiciones, y alargándolas gran parte de la noche con esperanza fingida de entregarse, obligaron al patron de la nave á echarla á tierra; y habiendo tomado un sitio á propósito, pasaron en él lo restante de la noche. Al amanecer, como enviase sobre ellos Otacilio cuatrocientos caballos con alguna otra gente que los siguió de la guarnicion, se pusieron en defensa, y con muerte de muchos de los enemigos, llegaron salvos á incorporarse con los nuestros.

Con esta ocasion, el congreso de ciudadanos romanos, que tenia el gobierno de Alesio, por habérsela entregado antes César, y cuidado de fortalecerla, abrió las puertas á Antonio, y le ayudó con todo lo necesario. Otacilio, temiendo ya su peligro, salió huyendo de la ciudad, y marchó á incorporarse con Pompeyo. Desembarcadas todas las tropas compuestas de tres legiones veteranas, una de soldados bisoños, y ochocientos caballos, despachó Antonio á Italia las mas de las naves para conducir el resto del ejército y la caballería, dejando en Alesio los bateles, especie de embarcacion francesa, con el designio de que si acaso Pompeyo, creyendo desguarnecida la Italia, pensase entrar en ella con su ejército, como habia corrido la voz, tuviese César disposicion para seguirle; y envió luego mensageros á este para darle noticia del paraje en que habia desembarcado, y la gente que habia traido.

VII. Casi á un mismo tiempo tuvieron estos avisos César y Pompeyo, porque habian visto pasar la escuadra mas arriba de Eriso y Durazo, y así habian dirigido su marcha detrás de ella, por tierra, aunque no sabian adonde habria ido á parar. Despues que lo supieron, uno y otro tomaron diversas resoluciones, César de incorporarse cuanto antes con Antonio: Pompeyo de salirles al encuentro en la marcha, y si podia, acometerlos incautos en alguna emboscada. Ambos levantaron el campo de las márgenes del Aspro en un mismo dia: Pompeyo de noche y con secreto: César á cara descubierta, y en la mitad del dia. Era mas larga la marcha que tenia que hacer César, rodeando rio arriba para vadearle. Pompeyo, por camino desembarazado, y sin tener que pasar el rio, marchó á largas jornadas en busca de Antonio, y cuando supo que ya estaba cerca, logrando un sitio ventajoso, colocó en él las tropas, conteniéndolas dentro de los reales, y prohibiendo encender hogueras, para tener mas oculta su llegada. Pero la supo Antonio al instante por medio de unos soldados griegos; y enviando á César la noticia, se detuvo un dia en su real, y César llegó al siguiente. Luego que Pompeyo supo su venida, temiendo ser cercado por dos ejércitos, abandonó aquel puesto, y con el resto de sus tropas llegó á Asparragio, en la comarca de Durazo, y aquí sentó su real en un sitio ventajoso.

Por este mismo tiempo Escipion, en virtud de algunas pérdidas que habia sufrido cerca del monte Amano, se habia hecho aclamar capitan general. Con esto habia obligado á las ciudades y señores del país á contribuir con grandes sumas de dinero, cobró además á los asentistas de su provincia las rentas que debian de dos años, tomó como prestado de los mismos el importe de las del año siguiente, y levantó en toda la provincia tropas de caballería. Juntas estas, y dejados á las espaldas los partos, enemigos inmediatos, que poco tiempo antes habian dado muerte al general M. Craso, y cercado á M. Bibulo, sacó de la Siria las legiones y tropas de á caballo; y habiendo venido á la provincia, que estaba con mucho cuidado y temor de la guerra de los partos, y oido algunas voces entre los soldados, en que daban á entender, que si los llevasen contra los enemigos, irian, pero que contra un ciudadano y cónsul no tomarian las armas: los llevó á invernar á Pérgamo y otras ciudades muy opulentas, repartió muchas y grandes dádivas, y les concedió el saco de los pueblos para asegurarlos.

Entretanto se exigian contribuciones de toda la provincia con la mayor crueldad: cada dia inventaba la avaricia nuevas imposiciones. Á cada persona libre ó esclava se imponia un tributo: cargábanse impuestos sobre las colunas y puertas de las casas: exigíanse otros de los víveres, soldados, remeros, armas, máquinas y conducciones. El nombre solo de un nuevo impuesto que se inventase, se tenia por razon suficiente para sacar dinero. Nombrábanse gobernadores, nó solo de las ciudades, sino de cada lugar y castillo; y el que se portaba con mas rigor y crueldad en el gobierno, era tenido por el varon mas insigne y

mejor ciudadano. Toda la provincia estaba llena de ministros y jurisdicciones: cargada de gobernadores, de cobradores de las rentas, que, ademas de las contribuciones impuestas, no se descuidaban en su peculio particular: diciendo que, desterrados de sus casas y de su patria, carecian de todo lo necesario, para encubrir con una honesta prescripcion tan torpe latrocinio. Á esto se añadian gravísimas usuras, como suele acontecer en tiempo de guerra, cuando á todos se imponen contribuciones, en cuyo caso tenian por donacion, solo el dilatar un dia el plazo de la paga. Así se multiplicaron en aquellos dos años las deudas de la provincia. Mas, nó por eso se dejaban de exigir ciertas cantidades á los ciudadanos de ella: antes se mandaba contribuir á cada congreso y á cada ciudad, con pretexto de empréstito por decreto del senado, pidiendo tambien á los asentistas bajo de este nombre las rentas del año siguiente, como antes habian hecho con las caidas. Nó contento con esto Escipion, dió órden para que se sacasen del templo de Diana de Éfeso los tesoros depositados allí de tiempo antiguo, y todas las estátuas de la diosa. Y habiendo ido al templo con otros muchos del órden senatorio, á quienes habia convocado, le fué entregada una carta de Pompeyo con el aviso de que César habia pasado el mar con sus tropas; y así que lo abandonase todo, y partiese con la mayor prontitud á incorporarse con él con todas sus fuerzas. Recibida esta carta, despidió á los senadores que habia convocado, y empezó á disponer la marcha para Macedonia, adonde partió dentro de breves dias. Este accidente salvó por entónces el tesoro de Éfeso.

Incorporado César con las tropas de Antonio, y sacada de Orco una legion, que habia puesto en esta ciudad para defender la costa marítima, pensó que debia tentar los ánimos de las provincias, y pasar mas adelante. Habiéndole llegado diputados de Tesalia y Etolia á ofrecerle, que con tal que les enviase tropas todas las ciudades de aquellos dominios harian cuanto las ordenase, destacó á L. Casio Longino con la legion veinte y siete, que se llamaba de los bisoños, y con doscientos caballos á Tesalia; y á C. Calvisio Sabino á Etolia con cinco cohortes y alguna caballería, previniéndoles, por estar cercanas estas tierras, que cuidasen de providenciar en la conduccion de víveres. Dió órden á Cn. Domicio Calvino para que con las legiones once y doce, y quinientos caballos, marchase la vuelta de Macedonia, cuya provincia, por la parte llamada libre, le habia enviado por su diputado á Menedemo, persona muy principal, asegurándole de la buena disposicion de todos para servirle.

Calvisio, llegado á Etolia, fué muy bien recibido de todos los naturales; y desalojadas de Ayton y Lepanto las guarniciones enemigas, se enseñoreó de toda la provincia. Llegó Casio á Tesalia con su legion, y hallándola dividida en dos bandos, experimentaba diversas voluntades. Egesareto, hombre de antiguo poder, favorecia la parte de Pompeyo: Petreyo, mozo de mucha nobleza, ayudaba á César con el mayor empeño con todo su poder, y el de sus amigos.

VIII. Al mismo tiempo llegó Domicio á Macedonia, y ya empezaban á buscarle muchas diputaciones de las ciudades, cuando de repente se extendió la voz de que llegaba Escipion con sus legiones: cosa que hizo mucho ruido entre todos, como regularmente precede la fama á la novedad. Este, pues, sin pararse en ningun lugar de Macedonia, marchó con grande ímpetu en busca de Domicio; y, estando ya como veinte millas distante de él, se volvió de repente contra Casio Longino, que guarnecia la Tesalia. Hizo esta marcha con tanta prontitud, que á un mismo tiempo se tuvo la noticia de que venia, y de que ya estaba encima: y para marchar mas desembarazado dejó á M. Favonio á las márgenes del rio Plalamon, que separa la Macedonia de la Tesalia, con ocho cohortes, para guarnicion del equipaje de las legiones, con órden de que levantase y fortificase allí un castillo. Al mismo tiempo corrió á ponerse sobre los reales de Casio la caballería del rey Cotis, que acostumbraba á pasear las cercanías de la Tesalia. Entónces, sobrecogido Casio del temor, sabiendo la venida de Escipion, y vista la caballería de Tracia, que pensaba ser suya, tomó el camino de los montes que cercan la Tesalia, y desde allí se dirigió hácia Larta. Poniendo Escipion toda su diligencia en perseguirle, le alcanzó una carta de Favonio, en que le avisaba, como venia sobre él Domicio con todas sus fuerzas, y que no podria mantener el castillo que le habia encomendado sin su socorro. Escipion, recibida esta carta, mudó de resolucion y de camino: dejó de seguir á Casio, y volvió á socorrer á Favonio. Así que, sin interrumpir la marcha de dia ni de noche, llegó donde él estaba á tan buena ocasion, que á un mismo tiempo se veia la polvareda del ejército de Domicio, y los batidores del de Escipion: de suerte que la salvacion de Casio consistió en la buena industria de Domicio, y la de Favonio en la celeridad de Escipion.

Habiéndose detenido este dos dias sobre las márgenes del rio Plalamon, que corria entre su campo y el de Domicio, al tercer dia al amanecer vadeó el rio con su ejército, y sentado su real, ordenó sus tropas al siguiente delante de su campo. No se detuvo Domicio en sacar sus legiones, y presentar la batalla. Mediaba entre los dos ejércitos una llanura de cerca de seis millas: acercó Domicio sus tropas á las de Escipion, el cual perseveró en no apartarse de sus trincheras. Hubo bastante que hacer en contener á los soldados de Domicio, para que no acometiesen, especialmente impidiéndoles pasar adelante un riachuelo de orillas mal seguras, que corria inmediato á los reales de Escipion. Conociendo este el ansia que mostraban los nuestros por la batalla, y recelando que al dia siguiente se veria en precision de pelear contra su voluntad, ó en la de encerrarse con deshonor dentro de los reales, habiendo venido con tanta expectacion, por haberse adelantado temerariamente, tuvo un éxito vergonzoso: pues hubo de pasar otra vez el rio de noche, y sin clamor de las trompetas, y volverse al mismo paraje de donde habia salido, donde sentó sus reales sobre el rio en sitio ventajoso. De allí á pocos dias dispuso de noche una celada con la caballería en cierto lugar, por donde los dias atrás solian andar los nuestros á hacer forraje. Habiendo llegado allí Q. Varo, general de la caballería de Domicio, segun su costumbre, salieron de repente los enemigos de la emboscada; pero los nuestros sostuvieron el choque con valor, se recogieron con prontitud á sus filas, y entónces cargaron todos sobre los enemigos con tal denuedo, que dejando tendidos cerca de ochenta, pusieron á los demas en fuga, y se restituyeron á sus reales con pérdida de solos dos soldados.

Después de este suceso, esperando Domicio poder atraer á Escipion á la batalla, hizo muestra de que levantaba el campo obligado de la escasez de víveres; y hecha la señal de la marcha con todos los instrumentos militares, habiendo caminado como tres millas, colocó sus legiones y la caballería en un parage oportuno y secreto. Escipion, que se preparaba á seguirle, echó delante la caballería, y un buen número de infantería ligera, para que examinasen y recono-

ciesen la marcha de Domicio. Habiéndose adelantado estos hasta estar algunas de sus compañías dentro de la emboscada, entrando en sospecha por el relinchar de los caballos, empezaron á retirarse hácia donde quedaban los suyos: y los que los seguian, viendo su pronta retirada, se detuvieron. Los nuestros, descubierta ya la emboscada, y creyendo que en vano esperarian el resto de los enemigos, teniendo á la mano aquellas compañías suyas, cerraron con ellas; hízose prisionero al prefecto L. Opimio; de los demás parte mataron, y parte trajeron prisioneros á Domicio.

César habiendo sacado, como queda dicho, las guarniciones de la costa marítima, dejó tres cohortes en Orco para guardar esta plaza, y las encomendó tambien la guarda de las galeras que habian venido de Italia. Quedó con este encargo su lugarteniente Acilio, que tenia el mando de la ciudad. Este retiró nuestras naves á la parte interior detrás de la plaza, las amarró á tierra, y puso en la embocadura del puerto una nave de carga sumergida, á la que añadió otra en que levantó una torre, en la misma entrada del puerto, la guarneció de soldados, y les encargó su defensa contra cualquier acontecimiento repentino.

Tuvo noticia de esto el hijo de Cn. Pompeyo, que mandaba la escuadra egipcia; vínose á Orco y primeramente sacó á remolque, tirando desde tierra con muchos cables la nave sumergida; y acometiendo después á la que Acilio tenia puesta para custodia del puerto con muchas de las suyas, en que habia fabricado torres de igual peso, como que peleaba desde lugar ventajoso, y tenia proporcion para enviar gente de refresco á la cansada, y tentando tambien por otras partes con escalas y desde el mar dar asalto á la muralla, para dividir las fuerzas de los nuestros; con el largo trabajo y multitud de dardos, los venció; y faltando los defensores, que todos se salvaron en los esquifes, tomó tambien la nave; y al mismo tiempo ocupó por la otra parte una punta de tierra elevada enfrente de la ciudad, que casi formaba una isla. Hizo llevar hácia la parte interior cuatro naves de dos órdenes de remos, poniéndolas rodillos por debajo; y así acometiendo por dos partes á las galeras vacías que estaban amarradas á tierra, apresó cuatro, y puso fuego á las demás.

Concluido esto, dejó allí á D. Lelio, á quien habia sacado de la escuadra asiática, para que estorbase la introduccion de víveres de Bullide y puerto Raguseo en la ciudad; y el dirigió su rumbo á Alesio, donde acometió á treinta naves que Antonio habia dejado dentro del puerto, y las incendió todas; y habiendo intentado tomar la ciudad, la defendieron tan bien los ciudadanos romanos de aquel consejo, y los soldados que César les habia enviado de guarnicion, que, detenido allí tres dias, se retiró al cabo sin lograr su designio, y con alguna pérdida de su gente.

IX. Cuando supo César que Pompeyo estaba cerca de Asparragio, partió en su busca con su ejercito, y tomando de paso una ciudad de los partinos, donde tenia Pompeyo guarnicion, llegó á los tres dias á Macedonia, cerca del paraje donde él se hallaba; sentó su real á poca distancia, y al dia siguiente sacó sus tropas al campo, presentando á Pompeyo la batalla. Mas, visto que se mantenia en su puesto, recogió las tropas y pensó en tomar diversa resolucion. Partió al dia siguiente con todo el resto de su ejército la vuelta de Durazo con gran rodeo por un camino estrecho y trabajoso, esperando, ó que precisaria á Pompeyo á marchar á Durazo, ó le podria cortar el paso y comunicacion de los víveres y demás pertrechos de guerra que tenia dentro de aquella plaza; como en efecto lo logró. Porque, ignorando Pompeyo al principio su designio por haberle visto partir por camino contrario á este presupuesto, creia que se retiraba por falta de provisiones: pero, avisado después por los corredores, levantó el campo al dia siguiente, con la esperanza de poder salirle al encuentro por camino mas corto. César, que sospechaba esto mismo, animó á sus soldados á que llevasen con paciencia aquel trabajo, y dándoles una pequeña parte de la noche para descansar, llegó por la mañana á Durazo, cuando se alcanzaba ya á ver á lo lejos la vanguardia de Pompeyo, y allí acampó.

Viéndose Pompeyo excluido de Durazo, y que no podia lograr su designio, tomando el consejo mas favorable, fortaleció sus reales en un sitio elevado llamado Petra, que tenia una entrada no mala para la comunicacion de la escuadra, y la defendia de algunos vientos. Dió órden de que se juntasen aquí todas las galeras, y los bastimentos del Asia, y los demás reinos que estaban á su obediencia. César, pensando que se alargaria mucho la guerra, y perdiendo la esperanza de convoyes de Italia, por tener tomadas los pompeyanos todas las costas con la mayor vigilancia, y por detenerse demasiado las escuadras que habia mandado construir por el invierno en Sicilia, en Francia y en Italia; envió á su teniente general L. Canuleyo al Epiro, para que cuidase de las provisiones; y por la mucha distancia de esta tierra señaló ciertos pueblos para graneros, repartiendo las conducciones entre los mas inmediatos. Así mismo mandó acopiar todo el trigo que hubiese en Alesio, en los Partinos y en los otros fuertes. Todo ello era muy poco, así por la naturaleza del país áspero y montuoso, en que viven por lo regular los naturales de trigo de acarreo, como tambien porque Pompeyo, previendo esto, habia dado al saco pocos dias antes la ciudad de los Partinos; y habiendo mandado buscar todo el trigo, despojando y aun derribando las casas para encontrarle lo habia hecho conducir por la caballería. Á vista de esto tomó César una resolucion conforme á la situacion en que se hallaba.

Al rededor del campo de Pompeyo se levantaban muchos cerros ásperos y elevados, los cuales ocupó primero con guarniciones, y después los fortaleció con castillos, y al fin, llevando de uno en otro los pertrechos de la fortificacion, segun lo permitia el terreno, determinó cercar á Pompeyo con una línea de circunvalacion; entrando en este designio por hallarse escaso de víveres, por ser mucha la fuerza de caballería de Pompeyo, por poder conducir de todas partes lo necesario á su campo con menos peligro, por impedir á Pompeyo el hacer forraje, é inutilizar su caballería en todo acontecimiento, y últimamente por rebajar su autoridad, en que principalmente estaba apoyado para con las naciones extranjeras, extendiéndose por todo el orbe la voz de que César le tenia cercado, y sin ánimo para presentarse á medir sus fuerzas en campaña.

Pompeyo ni queria separarse del mar y de Durazo, donde tenia todos los pertrechos de guerra, dardos y máquinas, y en proporcion las provisiones de mar con su escuadra, ni podia estorbar las fortificaciones de César, sino viniendo al trance de una batalla, en que habia resuelto no empeñarse por entónces. Quedábale el arbitrio, siguiendo el único recurso en las actuales circunstancias, de ocupar muchos cerros, destacar guarniciones á diferentes parajes, extendiéndose todo lo posible, y dividiendo las tropas de César; como en efecto sucedió. Porque, ocupados veinte y cuatro fuertes, y tomado un circúito de quince millas

forrajeaban en este espacio, y aun dentro del mismo habia algunos prados artificiales, en que pastaban los caballos. Y así como los nuestros, que tenian contínuas las fortificaciones, llevadas á mano de un fuerte á otro, temian que los pompeyanos hiciesen alguna salida y los acometiesen por las espaldas; así los enemigos formaban continuas baterías en menos terreno, para que por ninguna parte pudiesen entrar los nuestros, y asaltarlos por la retaguardia. Pero ellos nos ganaban en las obras; así por excedernos mucho en el número de gente, como por estar recogidos en menos trecho. Cuando César habia de tomar otros puestos, aunque tenia resuelto Pompeyo no estorbarlo con todo su poder, y venir á las manos, con todo destacaba por varias partes honderos y flecheros de que tenia gran multitud, de los cuales recibian los nuestros muchas heridas; de suerte que habian llegado á cobrar tanto miedo á las flechas, que habian hecho sacos de cáñamo, colchados, y de cueros para resguardarse de ellas.

De entrambas partes se trabajaba con igual esfuerzo para ocupar mas fuertes: César para estrechar en mas corto espacio á Pompeyo: este para apoderarse de los cerros con la mayor extension posible, sobre lo cual tenian frecuentes encuentros. En uno de estos, como hubiesé ocupado un fuerte la legion nona de César, y empezase á fortalecerle, tomó Pompeyo otro inmediato y enfrente, desde donde trató de estorbar la obra de los nuestros. Y como tenia casi abierta la entrada por una parte, echó delante una manga de flecheros y honderos, y detrás gran multitud de infantería ligera, que, adelantando algunas máquinas, impedian la fortificacion: no siendo fácil á los nuestros hacer frente á un mismo tiempo, y continuar la obra. Viendo César que los suyos estaban muy apretados por todas partes, determinó retirarse abandonando aquel puesto. Debia ser la retirada por una cuesta abajo; por lo cual instaban los enemigos con mas denuedo, sin dar lugar á los nuestros de retirarse, creyendo que de miedo desamparaban el puesto. Dícese que en aquella ocasion se volvió Pompeyo á sus tropas, vanagloriándose y diciendo, que desde luego permitía le tuviesen por capitan poco experimentado si las legiones de César se retiraban sin gravísimo daño del paraje en que las habia empeñado su loca temeridad.

Temeroso César de la retirada, mandó llevar á lo último de la cuesta unos manteletes, para oponerlos á su seguimiento, y que de la parte de adentro, y cubierto de ellos, se cavase un foso de mediana anchura, y se embarazase el paso todo lo posible; y al mismo tiempo colocó los honderos en puestos á propósito, para que cubriesen la retirada. Hecho esto, dió la órden de retirarse: los pompeyanos empezaron á seguir y cargar á los nuestros con mas atrevimiento é insolencia, derribando la empalizada opuesta, y con ánimo de pasar los fosos. Visto esto por Cesar, y recelando no pareciese fuga la retirada, y que se recibiese mayor daño; exhortando á su gente á la mitad del camino por medio de M. Antonio, que mandaba aquella legion, dió la señal de revolver sobre los enemigos, y acometerlos de repente. Los soldados de la nona legion, unidos en un instante, dispararon sus dardos; y avanzando desde la parte inferior hasta la cumbre de la cuesta, pusieron en fuga á los pompeyanos, obligándoles á volver las espaldas, á quienes sirvieron de mucho estorbo para salvarse las estacas y chuzos opuestos y los empezados fosos. Los nuestros, que se contentaban con volverse sin pérdida, habiendo muerto muchos de los enemigos, y solos cinco de los suyos, se retiraron con gran sosiego; y tomados otros cerros algo distantes de aquel, concluyeron sus fortificaciones á todo su placer.

X. Era nuevo y nunca usado el método de esta guerra, así por la multitud de fuertes, por el grande espacio, y muchas obras, como por la manera, y todas las circunstancias del cerco. Porque, cuando un ejército ha emprendido tener á otro cercado, ha sido guerreando con enemigos flacos, desbaratados ó vencidos en batalla campal, á quienes ha encerrado despues de alguna derrota, hallándose superior en fuerzas de á pié y de á caballo: y el motivo del cerco es ordinariamente cortar la provision de víveres al enemigo. Pero César, al contrario, con inferior número tenia cercado un ejército entero, y mucho mas considerable, en que habia grande abundancia de todo, pues cada dia les llegaban de varias partes crecidos convoyes con todo genero de provisiones, sin que pudiese soplar viento alguno, que por alguna parte no hiciese favorable la navegacion. Pero el de César, consumido ya todo el trigo que habia podido hallar cerca y lejos, se hallaba en la mayor escasez. Bien que sus tropas la llevaban con increble paciencia, acordándose de que, estando en España el año anterior, en las mismas circunstancias, dieron glorioso fin con su constancia y trabajo á una guerra de mucha consideracion. Acordábanse de que, habiendo padecido gran falta de vitualla en Alisa, y mucho mayor en Bourges, salieron vencedores de naciones muy belicosas. No repugnaban ni cebada ni legumbres cuando se les repartian; y tenian por mucho regalo las reses de Epiro, de que habia grande abundancia.

Hallábase tambien una raíz descubierta por los soldados de Valerio, cuyo nombre es Chara, la cual mezclada con leche, servia de mucho para sustentar el hambre. De esta habia mucha copia: la amasaban al modo que el pan; y cuando en las pláticas que tenian unos con otros, echaban en cara los pompeyanos á los nuestros el hambre, les tiraban algunos panes de estos para disminuirles sus esperanzas.

Ayudaba tambien á tolerar la escasez la esperanza de que ya empezaban á madurar los trigos, con que confiaban verse dentro de poco en abundancia; y así se oian frecuentemente voces de los soldados con los centinelas, y pláticas, con que aseguraban, que primero se alimentarian de las cortezas de los árboles, que permitir que Pompeyo se les escapase de las manos. Al mismo tiempo sabian muy á menudo por los desertores, que en el campo enemigo apenas podian sostenerse los caballos, que las demás caballerías se habian muerto, que el ejército gozaba poca salud, tanto por la estrechez del terreno, como por el hedor de la multitud de cadáveres, y trabajos diarios á que estaban poco acostumbrados, y tambien por la mucha falta de agua que padecian; habiendo puesto César mucha diligencia en sangrar ó cegar con grandes obras todos los rios y arroyos que desembocaban en el mar. Y como el paraje era montuoso, y los valles muy profundos, habia cortado estos con empalizadas, á que añadia grandes montones de tierra para represar las aguas. Con que los habia puesto en precision de buscar los sitios mas profundos y pantanosos, y cavar pozos en ellos, añadiendo este trabajo á las obras diarias; y aun estos pozos estaban muy distantes de los presidios, y se secaban presto con el calor. Al contrario el ejército de César gozaba de la salud mas robusta, tenia grande abundancia de agua, y de las otras provisiones, excepto el trigo, á cuya falta veian que estaba para suceder mejor tiempo y mayores esperanzas con la sazon de los sembrados.

En este nuevo método de guerra, inventaban cada dia unos y otros nuevas maneras de hacerla. Advirtiendo los enemigos por los fuegos de la noche, que nuestras cohortes velaban sobre las fortificaciones, se acercaban con secreto, daban una descarga de flechas sobre el grueso de la muchedumbre, y se retiraban prontamente á sus reparos. Para este daño enseñó la experiencia á los nuestros el remedio de hacer los fuegos en un paraje, y velar en otro.

XI (1)... Entretanto, informado de lo que pasaba P. Sila, á quien César habia dejado en su ausencia el mando de los reales, vino á socorrer á la cohorte con dos legiones; con cuya llegada fueron rechazados fácilmente los pompeyanos, sin ser capaces de resistir el choque; ni aun la vista de los nuestros; de suerte que, desbaratados los primeros, se pusieron los demás en fuga, abandonando el puesto. Muchos han sido de opinion, que si él hubiera seguido la victoria, pudiera haber concluido la guerra aquel mismo dia. Á mí no me parece que se debe censurar su hecho; porque son muy distintas las facultades de un lugarteniente, y las de un general. El uno debe obrar conforme á las órdenes que haya recibido; y el otro puede disponer libremente, y resolver por sí del todo de las cosas. Sila, á quien César encargó el mando de los reales, contento con haber salvado su gente, no quiso aventurarse al trance de una batalla, en que hubiera podido sobrevenir algun mal suceso, para que no pareciese que se apropiaba las facultades de un general. El lance daba mucha dificultad á los enemigos para la retirada. Porque, habiéndola empezado desde la parte inferior, y puestos ya en la cumbre, temian el alcance ventajoso de los nuestros, si emprendian la pendiente de la cuesta; y además estaba para ponerse el sol, porque con la esperanza de salir con su intento, habian alargado el choque hasta el anochecer. Así que, tomando Pompeyo la resolucion que le ofrecia la necesidad y el tiempo, ocupó una altura que distaba tanto de nuestro fuerte, cuanto no podia alcanzar un dardo disparado con todo el empuje de la máquina. En este sitio hizo alto, le fortaleció, y contuvo en él todas las tropas.

Al mismo tiempo se peleó tambien en otros dos parajes; porque asaltó Pompeyo varios fuertes de un golpe, para dividir nuestras fuerzas, y que no pudiesen ser socorridos de los presidios inmediatos. En uno sostuvo Volcacio Tulio con tres cohortes el ímpetu de una legion, y la hizo retroceder: en otro hicieron una salida los alemanes de nuestras fortificaciones, mataron muchos de los enemigos, y se volvieron á los suyos sin recibir daño alguno.

De esta manera, habiéndose trabado aquel dia seis encuentros, tres sobre Durazo, y tres en las fortificaciones, hecha la cuenta de los muertos, se halló que de la parte contraria habian llegado á dos mil, y entre ellos algunas personas de distincion, y muchos centuriones; y tambien Valerio Flaco, hijo de Lucio, que habia gobernado de pretor la provincia del Asia; y se ganaron seis insignias militares. De los nuestros no faltaron en todos mas que veinte soldados. Pero de los que guarnecian el fuerte apenas hubo uno que no quedase herido: cuatro centuriones de una cohorte perdieron los ojos, y queriendo presentar á César un testimonio de su trabajo y peligro, le enviaron cerca de treinta mil flechas que se recogieron dentro del fuerte, junto con el escudo del centurion Esceva atravesado de dos cientos treinta flechazos. Á este, habiéndole regalado mil y doscientos sextercios por el servicio tan señalado que habia hecho á sí y á la república, como lo merecia, le ascendió desde el octavo grado hasta el de primer capitan, por ser constante que por su valor principalmente se habia defendido el fuerte: y tambien remuneró después á la cohorte con paga doble, y doble racion de pan, y con otros dones particulares de la milicia.

Después de este suceso añadió Pompeyo muchas fortificaciones de noche: en los dias siguientes hizo levantar torres; y elevadas las obras hasta la altura de quince pies, cubrió con parapetos aquella parte de los reales: y habiendo logrado al cabo de cinco dias de intermision una noche obscura, por las muchas nubes que cubrian el cielo, cegando antes todas las puertas de los reales, para estorbar la entrada, sacó el ejército á media noche con gran secreto, y se volvió con él á sus antiguas fortificaciones.

XII. Cesar, puestas ya bajo de su obediencia la Etolia, Acarnania y Ansiloca por sus capitanes Casio Longino y Calvisio Sabino, como ya se dijo, pensaba tentar la misma fortuna en Acaya, y ensanchar mas sus dominios. Y así destacó allá á Fusio Caleno, añadiendole á Q. Sabino y Casio con sus cohortes. Noticioso de esta expedicion Rutilio Lupo, que de parte de Pompeyo tenia á su cargo esta provincia, determinó fortificar de antemano el Istmo, para estorbar la entrada á Caleno. Este tomó posesion de Delfos, Tebas y Orcomeno con voluntad de las mismas ciudades, algunas otras entró por fuerza, y trataba de atraer á las demás á la obediencia de César por medio de sus mensageros. Esta era su ocupacion.

En todos los dias siguientes no dejó César de sacar sus tropas á la campaña, por si queria Pompeyo venir á las manos: de manera que acercaba mucho las legiones al real enemigo, distando solo de sus trincheras la vanguardia de César, cuanto estuviese fuera del tiro de flecha. Pompeyo, para mantener entre los hombres su fama y reputacion, tenia siempre el ejército al frente de su campo, de suerte que el tercer escuadron tocaba con la trinchera, y todo el ejército formado quedaba á cubierto con las flechas disparadas desde lo alto de sus fortificaciones.

Cuando pasaban estas cosas en Acaya y Durazo, y ya se sabia la llegada de Escipion á Macedonia, no olvidándose César de su primer presupuesto, le envió para que le hablase á Clodio amigo de entrambos, y que habiéndesele entregado y recomendado Escipion á los principios, le habia tenido en aquel lugar que á sus amigos. Dióle esta comision, y una carta en esta sustancia: «que habiendo intentado hasta ahora todos los medios de establecer la paz, creia no haberse hecho, ni adelantado un paso, por defecto de aquellos de quienes se habia valido por instrumentos del tratado; porque se recelaban de que no era tiempo oportuno para hablar á Pompeyo de su encargo: pero que Escipion era un sugeto de tanta autoridad, que nó solo podia exponerle libremente lo que tuviese por acertado, sino tambien obligarle en gran parte, y aun dirigirle en caso de errar en sus resoluciones: que en su nombre mandaba el ejército, de suerte que, además de su autoridad, tenia bastantes fuerzas para obligarle; y que si así lo hacia, confesarian todos deberle la quietud de Italia, la paz de las provincias, y la conservacion del imperio.» Llevó Clodio esta carta; y aunque fué bien recibido al parecer los primeros dias, se le negó después la entrada, habiendo Favonio reprendido sobre esto á Escipion, segun se supo después de concluida la guerra: y así se volvió sin haber hecho nada.

Para contener César mas fácilmente la caballeria de

(1) Falta el principio del asalto de los pompeyanos.

Pompeyo en Durazo, y estorbarla el salir al forraje, fortaleció con grandes reparos dos entradas, que ya dijimos eran muy estrechas, y puso fuertes en ellas. Viendo Pompeyo que nada adelantaba con su caballería, la transportó por mar dentro de pocos dias á las mismas fortificaciones donde él estaba. Era muy considerable la falta de pasto, tanto, que sustentaban los caballos con las hojas de los árboles, y tiernas raíces de cañas machacadas; pues, consumido ya cuanto habian sembrado dentro del recinto de las fortificaciones, se veian en precision de conducir el pasto desde Corfú y Acarnania con una larga navegacion: y por ser mucha la falta, aumentaban el pienso de cebada, y así iban manteniendo los caballos. Mas, despues que llegó á faltar nó solo la cebada, el pasto y las yerbas en todas partes, sino tambien la hoja de los árboles, viniendo los caballos á una suma flaqueza, pensó Pompeyo que era preciso intentar alguna salida.

Habia dos hermanos saboyanos en la caballería de César, llamados Roscilo y Ego, hijos de Albucilo, que habia tenido muchos años el mando de su país, sugetos de mucho valor, de quienes se habia servido César en todas las expediciones de Francia, y que se habian portado en ellas con esfuerzo y estimacion. Por lo cual les habia dado César los empleos mas honoríficos en su patria, los habia nombrado senadores extraordinariamente, repartido cuantiosas posesiones de las ganadas á los enemigos, y crecidos premios en dinero: en una palabra, de pobres los habia hecho poderosos. Eran muy estimados por su valor, nó solo de César, sino tambien de todo el ejército. Pero, fiados en la amistad de César, y engreidos de su fortuna con bárbara arrogancia, menospreciaban á los suyos, defraudaban parte del estipendio de la caballería, é iban enviando á su casa todo cuanto robaban. Movidos de estas causas hablaron todos á César, quejándose abiertamente de sus injusticias; y añadiendo á los otros cargos, que contaban muchas plazas supuestas, con cuya paga se quedaban.

César, pareciéndole que no era aquel tiempo oportuno para castigarlos, y concediendo mucho á su valor, difirió todo el negocio, los reprendió en secreto por la ganancia que hacian de las tropas de á caballo, y les exhortó á que esperasen de su amistad todo el lleno de sus deseos, aguardando otros premios de sus servicios pasados. Pero les trajo este suceso mucho sentimiento, y vinieron á gran desprecio entre los suyos: lo cual conocian tanto por los denuestos con que algunos los afrentaban, como por su propio juicio y remordimiento. Llevados de esta vergüenza, y creyendo que no quedaban libres del castigo, sino reservados para mejor ocasion, resolvieron dejar nuestras banderas, tentar nueva fortuna, y experimentar otras amistades. Y comunicando su designio con algunos de sus confidentes, á quienes se animaron á hacer participantes de tan gran delito, intentaron primero dar muerte al prefecto de la caballería C. Voluseno, segun se supo despues de concluida la guerra, para acreditar su desercion con Pompeyo con tal mérito presente; pero, como hallasen en esto mas dificultad de la que pensaban, y no se les proporcionase ocasion de ejecutar sus intentos, pidieron gran cantidad de dinero prestado, socolor de restituir cuanto habian robado, compraron muchos caballos, y se pasaron á Pompeyo con los cómplices de su designio.

Pompeyo, conociendo que eran personas de cuenta y de calidad, como iban bien pertrechados, y con bastante comitiva de hombres y caballos, porque tenian crédito de valor, y habian estado con mucha estimacion en el ejército de César, y tambien por la extrañeza del suceso tan fuera de costumbre, los acompañó á que reconociesen todas sus fortificaciones con grande ostentacion. Porque hasta ahora ningun soldado, ni de á pié, ni de á caballo se habia pasado del campo de César al de Pompeyo, cuando diariamente se pasaban del de Pompeyo al de César; y mas frecuentemente los alistados en Epiro y Etolia, y en todas aquellas tierras que César tenia á su obediencia. Pues estos, como tenian conocimiento de todas las circunstancias de nuestra situacion, si alguna parte de las fortificaciones estaba imperfecta, ó si algo echarian de menos los mas instruidos en el arte militar, segun llevaban advertida la varia diligencia de las guardias, los tiempos de hacer las cosas, los espacios de los puestos, y el cuidado de aquellos á cuyo cargo estaba el celarlo y vigilarlo todo, segun el carácter y genio de cada uno, así se lo contaron á Pompeyo.

XIII. Con estas noticias, y determinado ya, como dijimos, en tentar una salida, dió orden á sus soldados de que se hiciesen unas monteras de juncos para cubrir los yelmos, y proveerse de faginas. Hecha esta prevencion, embarcó de noche en las lanchas y naves de remos un gran número de infantería ligera, y todos los materiales y faginas: y sacando á media noche sesenta cohortes de los reales mayores y de los presidios, las condujo á aquella parte de las fortificaciones que estaba mas inmediata al mar, y mas distante de los reales mayores de César. Envió aquí mismo las naves que hemos dicho habia cargado de materiales y gente armada á la ligera, y todas las galeras que tenia en Durazo, dando las órdenes correspondientes de lo que se habia de hacer. En estas fortificaciones tenia puesto César al cuestor Léntulo Marcelino con la legion nona; y porque este gozaba poca salud, le habia enviado á Fulvio Póstumo para que le ayudase.

Este paraje estaba defendido con un foso de quince piés, y un muro al frente del enemigo de diez piés de altura, con un parapeto de igual anchura. Como á seiscientos pasos de esta muralla habia otra de la parte de la campaña algo mas baja. Porque temiendo César semejante lance en los dias anteriores, para que no se viesen los nuestros acometidos de las naves, habia levantado en aquel sitio dos muros, á fin de que se pudiese resistir, si el choque fuese peligroso. Pero la grandeza de las obras, y el contínuo trabajo, por haber abrazado con ellas un espacio de diez y ocho mil pasos, no daba tiempo para concluirlas. Y así no estaba aun acabada la línea de comunicacion á lo largo del mar, que uniese estas dos fortificaciones: circunstancia que, referida á Pompeyo por los dos desertores saboyanos, ocasionó mucho perjuicio á los nuestros. Porque estando acampadas á la parte del mar las cohortes de la nona legion, se dejaron ver de repente las tropas de Pompeyo, que causaron mucha novedad. Al mismo tiempo la tropa conducida por el mar daba sus descargas sobre la primera trinchera, eran cegados los fosos con faginas, y los legionarios atemorizaban á los defensores de la segunda con escalas, máquinas, y todo género de armas arrojadizas, y se iba extendiendo por todas partes una gran multitud de flecheros, que con las monteras de junco se defendian del tiro de piedra, la única arma que tenian los nuestros á la mano. Así, viéndose muy apretados por todos lados, y resistiéndose con mucha dificultad, echaron de ver los enemigos el defecto de la fortificacion, que se dijo arriba, y acometieron desde el mar por entre las dos murallas, donde no estaba concluida la obra: y desalojando á los nuestros de entrambas fortificaciones, les obligaron á volver las espaldas.

Avisado Marcelino de este desórden, destacó unas

cohortes al socorro de los nuestros que peligraban; las que alcanzando á ver á los que se retiraban huyendo de los reales, ni pudieron detenerlos, ni resistir ellas el encuentro de los enemigos; y así cualquier refuerzo que se añadia, frustrado por el temor de los fugitivos, aumentaba la confusion y el peligro, sirviendo de estorbo la misma multitud á la retirada. En este encuentro, el alferez, que estaba gravemente herido, conociéndose ya sin fuerzas, y viendo junto á sí algunos caballos de los nuestros, les dijo: «esta águila defendí muchos años con mi valor en vida, y ahora en mi muerte se la entrego á César con la misma fidelidad. No consintais que lo que nunca ha sucedido hasta el presente en el ejército de César, padezca algun deshonor su gloria militar: llevádsela libre y salva á sus propias manos.» Por este medio se conservó el águila, habiendo muerto todos los centuriones de la primera cohorte, menos el primero.

Ya se acercaban los pompeyanos con gran daño de los nuestros á los reales de Marcelino, y con no poco temor de las demás cohortes, cuando M. Antonio, que tenia el mando de otros presidios inmediatos, se dejó ver bajando una eminencia con doce cohortes; con que se contuvieron los enemigos, y volvieron sobre sí los nuestros del grande temor en que se hallaban. Poco después llegó César al mismo sitio, hecha la señal por los fuertes con humos, como otras veces, con algunas cohortes que sacó de ellos. Conociendo la pérdida, que Pompeyo habia salido de sus reparos, y tenia sus reales cerca del mar, con que podia hacer forraje libremente, y así mismo desembarazada la comunicacion de la escuadra, cambiando el método de la guerra, por no haber logrado su intento, dió órden de que se adelantasen las fortificaciones cerca de Pompeyo.

XIV. Concluida esta obra, observaron los espías de César que algunas cohortes, que parecian el grueso de una legion, andaban detrás de la selva, y eran conducidas á los reales antiguos. Esta era la posicion de César. En los dias anteriores, habiéndose opuesto la nona legion de César á las tropas de Pompeyo, y estando trabajando en la fortificacion, como dijimos, sentó sus reales en aquel paraje, que estaba tocando con un monte, y distante del mar solo cuatrocientos pasos. Después, mudando César de parecer por algunas razones, pasó los reales un poco mas adelante de aquel sitio, el que á pocos dias de intermedio ocupó Pompeyo: y deseando tener allí mas legiones, dejó entera la fortificacion interior, y añadió otra mayor; de suerte que los reales menores, incluidos dentro de los mayores, tenian lugar cómodo de castillo y fortaleza. Hizo levantar además desde el ángulo izquierdo de los reales una fortificacion hasta el rio, de cerca de cuatrocientos pasos, para que con mas libertad y menos peligro hiciesen agua sus soldados. Mas mudando tambien de dictámen por motivos que no es necesario manifestar ahora, habia abandonado aquel puesto. De esta manera permanecieron muchos dias los reales vacíos, quedando enteras todas las fortificaciones.

Vista pues la insignia de aquella legion, trajeron las atalayas aviso á César, y lo mismo se aseguraba haber visto desde algunos castillos mas elevados. Distaba este lugar de los nuevos reales de Pompeyo cerca de quinientos pasos. César, esperando poder sorprender esta legion, y con deseo de resarcir la pérdida de aquel dia, dejó en la obra dos cohortes, que diesen apariencia de guarnicion; y tomando las demás que componian el número de treinta y tres, entre las cuales iba la legion nona muy incompleta de centuriones y soldados, ordenada en dos trozos, marchó sobre la legion y los reales menores de Pompeyo por camino muy diverso al parecer, y lo mas ocultamente que pudo. No le salió vana su primera intencion, porque llegó antes que Pompeyo pudiera sentirle; y aunque eran grandes las fortificaciones de los reales, con todo por el ala izquierda que él mandaba, desalojó prontamente á los enemigos de la estacada. Tenian opuestos á las puertas caballos de frisa. Aquí se peleó algun tanto, pretendiendo los nuestros forzar las puertas, y defendiendo la entrada los enemigos con el auxilio y valor de T. Pulcion, por quien dijimos arriba que habia sido vencido el ejército de C. Antonio. Pero venció el valor de los nuestros; y derribando los caballos de frisa, rompieron primeramente por los reales mayores, y penetrando hasta el fuerte que se formaba dentro de ellos, habiéndose recogido allí la legion desbaratada, dieron muerte á algunos que aun se mantenian en su defensa.

Pero la fortuna, que tiene gran poder en todas las cosas, y especialmente en las de la guerra, en muy cortos momentos ocasiona gravísimas mutaciones, como sucedió entónces. Porque las cohortes del ala derecha de César, que ignoraban la situacion del campo, siguieron la fortificacion, que como se ha dicho llegaba al rio, yendo buscando la puerta, y creyendo que la fortificacion era del mismo campo. Visto pues que llegaba al rio, y que nadie la defendia, la vencieron, y toda nuestra caballería siguió á estas cohortes. Avisado entretanto Pompeyo por la larga demora, sacó de la obra la quinta legion, y la destacó al socorro de los suyos. Al mismo tiempo se acercaba su caballería á la nuestra, y alcanzando á ver nuestras tropas, que habian ocupado los reales, á las de Pompeyo ordenadas, todo se trocó en un instante. Porque, animada la legion enemiga con la esperanza del pronto socorro, trataba de hacer frente por la puerta decumana, y aun de atacar á los nuestros. La caballería de César, que subia por las trincheras por camino estrecho, temiendo la retirada, empezaba á dar señales de fuga. El ala derecha, que estaba separada de la izquierda, advertido el temor de la caballería, por no ser oprimida dentro de la fortificacion, se iba retirando por la parte que habia entrado. Muchos de ellos, por no caer en los desfiladeros, se precipitaban en los fosos de diez piés de profundidad; y así oprimidos los primeros, por encima de sus cuerpos buscaban los demás su seguridad y su vida. Los del ala izquierda, viendo desde la trinchera que se acercaba Pompeyo, y que huian los suyos, temiendo ser encerrados en aquel estrecho, por tener á los enemigos sobre sí de la parte de adentro y de afuera, buscaban la retirada por el mismo camino que habian traido. Todo era confusion, temor y fuga declarada. De suerte que, cogiendo el mismo César por sus manos las insignias de los que huian, y mandándoles hacer alto; unos dejando los caballos proseguian su carrera, otros de miedo dejaban las insignias, sin que hubiese hombre que detuviese la carrera.

En esta confusion tan grande contribuyó mucho para no ser deshecho todo el ejército, el que temiendo Pompeyo, á lo que creo, alguna emboscada, por haber sucedido esto muy fuera de su esperanza, habiendo visto poco antes huir á los suyos de los reales, no se atrevia á acercarse mucho á las fortificaciones; y estorbaban además á su caballería para seguir el alcance las estrechuras y puertas ocupadas por los nuestros. De esta manera, circunstancias bien menudas fueron para unos y otros de gran coyuntura. Porque la fortificacion desde los reales al rio, tomados ya los reales

de Pompeyo, quitó á César de las manos una fácil y completa victoria: y esta misma circunstancia, retardado por ella el ímpetu de los que seguian el alcance, dió la vida á los nuestros.

En los dos encuentros de este dia perdió César novecientos sesenta soldados; y caballeros romanos conocidos, á Felginate Tuticano Galo, hijo de un senador, á C. Felginate de Plasencia, á A. Granio de Puzol, á M. Sacrativiro de Capua; y entre tribunos militares y centuriones treinta: bien que la mayor parte pereció sin herida alguna, oprimida del terror y fuga de los suyos en los fosos, en las fortificaciones y en las orillas del rio: perdiéronse tambien treinta y dos insignias militares. Pompeyo fué saludado emperador en esta batalla, cuyo nombre mantuvo en adelante, permitiendo que le hablasen con este título, aunque ni en las cartas que solia escribir, ni tampoco en las fasces usó nunca la insignia del laurel.

Labieno, habiendo alcanzado de él que se le entregasen los prisioneros, los sacó á todos en público por ostentacion á lo que parecia, para conciliarse mas crédito el desertor, y llamándolos camaradas, y preguntándoles con palabras muy afrentosas, si solian tambien huir los veteranos, les hizo dar muerte delante de todos.

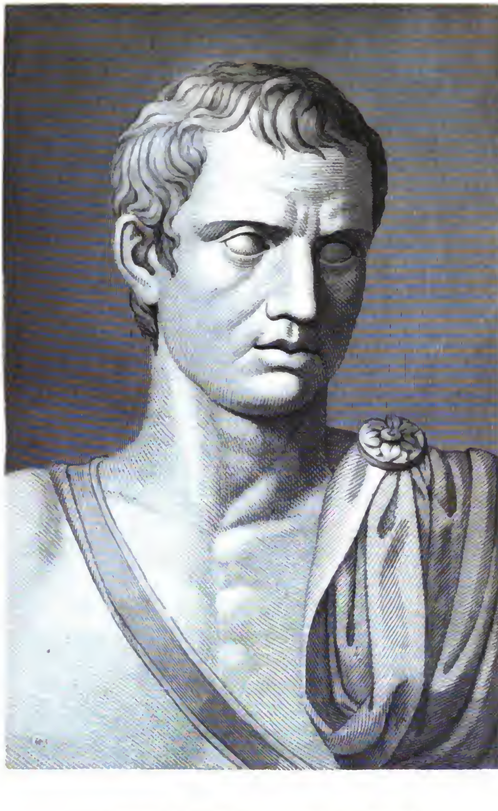
Con este suceso cobraron los enemigos tales ánimos y confianza, que ya no trataban del modo de hacer la guerra, sino que se contaban por vencedores. No pensaban ellos que habia precedido del corto número de los nuestros, de la desproporcion del terreno, de la estrechez en que se hallaron después de tomados los reales, del doble peligro dentro y fuera de las fortificaciones, ni de estar dividido el ejército, y en disposicion de no poder socorrer una parte á la otra. Ni añadian á estas causas, que no habian sido desbaratados los nuestros en fuerza de algun choque vigoroso, y que no se habia peleado de poder á poder: ni que ellos mismos con su propia confusion y la estrechez del terreno se habian acarreado mas daño, que el que les habian hecho los enemigos. No se acordaban, finalmente, de los acontecimientos comunes de la guerra, ni cuán pequeñas causas de una falsa sospecha, de un temor repentino, de una ceremonia religiosa, han solido ocasionar á veces grandes calamidades: cuántas veces por culpa de un general, ó por falta de un tribuno, se ha perdido un ejército: sino que, como si hubieran vencido por su valor y no pudiese sobrevenir mudanza alguna, así celebraban por todo el orbe con relaciones y cartas esta victoria.

XV. César, desvanecidos sus primeros intentos, pensó en que debia alterar el método de la guerra. Y así, sacando á un mismo tiempo las tropas de las fortificaciones y de todos los presidios, y juntándolas á una plática, las animó «á que no llevasen con mucho sentimiento el suceso pasado, ni se acobardasen de estos accidentes; sino que comparasen una batalla adversa, y nó de grande consideracion, con tantas favorables. Que se debian dar gracias á la fortuna de haberse enseñoreado de Italia sin perder una gota de sangre: de haber reducido á la paz las dos Españas, gentes muy aguerridas, y mandadas por capitanes muy experimentados: de haber traido á su obediencia las provincias cercanas muy abundantes de granos: finalmente, debian traer á la memoria con qué facilidad habian sido transportados por medio de las escuadras enemigas, estando tomados, nó solo todos los puertos, sino tambien todas las costas marítimas. Si no sucedia todo favorablemente, era menester sobrellevar con la industria la fortuna: que el daño recibido mas se debia atribuir al poder suyo, que á culpa de él, pues los habia proporcionado sitio á propósito para pelear, se habia apoderado de los reales enemigos, desalojado y vencido á los que se resistian: pero que ya la confusion de ellos mismos, ó alguna equivocacion, ó ya la misma fortuna les hubiese arrancado una victoria cierta y presente, debian todos procurar resarcir con valor el daño recibido; y que si así lo hacian, se convertiria el mal en bien, como habia sucedido sobre Clermont; y que los que antes tuvieron miedo de pelear, se debian ofrecer voluntariamente á dar la batalla.»

Hecho este razonamiento, castigó con nota de infamia á algunos alféreces, deponiéndolos de sus empleos. El ejército quedó tan sentido de la pasada rota, y con tanto deseo de vengar su afrenta, que ninguno necesitaba la órden del tribuno ni el centurion; antes cada soldado se imponia por castigo mayores trabajos, y todos estaban encendidos en deseo de venir á las manos; pensando algunos oficiales de los primeros grados, á quienes movió la plática de César, que se debia permanecer en el mismo sitio, y aventurarse al trance de una batalla. Pero al contrario, César no fiaba lo bastante en unas gentes amedrentadas; antes pensaba darles tiempo para que se recobrasen sus ánimos; y abandonadas las fortificaciones, entraba en gran cuidado de la provision de vituallas.

Y así, sin la menor detencion, y atendiendo solo á la cura de los enfermos y heridos, despachó primeramente al anochecer todo el equipaje con gran silencio á Apolonia, dando órden á los conductores de no descansar hasta el fin de la jornada; y les señaló para su seguridad una legion. Ordenado esto, mantuvo dos legiones dentro de los reales; y envió las demás al amanecer por muchas puertas y por el mismo camino. De allí á poco tiempo mandó que las trompetas hiciesen la señal de la jornada, para que se guardase la costumbre militar, y se tardase mas en conocer su marcha: y saliendo entónces de improviso á alcanzar la retaguardia, perdió presto de vista los reales. Tampoco Pompeyo, conocida su resolucion, interpuso tardanza alguna para seguirle; antes esperando igual suceso, si los llegaba á alcanzar embarazados en la marcha y amedrentados, sacó sus tropas de los reales, echando delante la caballería para detener la retaguardia; pero no pudo alcanzarla, por la ventaja que llevaba César marchando á la ligera. Con todo, al llegar al rio Genuso, que tenia muy embarazosa la orilla, alcanzó la caballería á la retaguardia, y la estorbaba la marcha. Opúsola César la suya, mezclados con ella cerca de cuatrocientos soldados escogidos á la ligera, los cuales hicieron tanto, que trabada la batalla ecuestre, desbarataron á los enemigos, mataron á muchos, y se volvieron al ejército sin perder un hombre.

Concluida la jornada regular de aquel dia, y habiendo pasado las tropas el rio Genuso, hizo alto César en sus antiguos reales frente de Asparragio, y mantuvo todo el ejército dentro de las trincheras; y habiendo mandado salir á la caballería á hacer forraje, la dió órden de volver con presteza por la puerta decumana. Del mismo modo Pompeyo, concluida la jornada, paró en sus reales sobre Asparragio: y como se hallaban las tropas libres del trabajo, por estar enteras las fortificaciones, unos salian por leña, otros á hacer forraje algo mas lejos, otros que se habian dejado gran parte de los equipajes y cargas, por haberse tomado de repente la resolucion de la jornada, desamparaban las líneas, y dejando en el rancho las armas, volvian á buscar sus cosas, convidados de la cercanía de los antiguos reales. Impedidos así de se-



guir á César, como él lo habia premeditado, dió la señal de partir cerca del mediodía, y forzando la marcha, se adelantó ocho millas de aquel sitio: lo que no pudo hacer Pompeyo por la partida de sus tropas.

Al dia siguiente despachó César delante del mismo modo el equipaje, y salió al amanecer, para que si se ofrecia precision de venir á las manos, pudiese disponer el ejército desembarazado para un acontecimiento repentino. Lo propio hizo en los dias siguientes: con lo que logró no tener la menor desgracia, aun pasando ríos muy profundos, y caminos embarazosos. Porque Pompeyo con la detencion del primer dia, y trabajando en vano en los siguientes, aunque alargaba mucho las marchas con el deseo de alcanzar á los que iban delante, á los cuatro dias dejó de seguirlos, y pensó en tomar otra resolucion.

Tenia César precision de llegar á Apolonia, para dejar allí los heridos, para pagar sus tropas, asegurar los ánimos de los aliados, y poner guarniciones en las ciudades; pero á todas estas cosas dió solo el tiempo que su priesa requeria. Y temiendo que fuese sorprendido Domicio con la llegada de Pompeyo, caminaba con el mayor ardor hácia donde estaba; dirigiendo todos sus designios de manera, que si Pompeyo llevaba el mismo ánimo, separado del mar y de las tropas que habia juntado en Durazo, y cortada la provision de trigo y demás vitualla, le obligaria á venir al trance de la batalla con igual partido: si pasaba á Italia, unido entónces su ejército con el de Domicio, partir por el Ilírico á socorrerla: y si intentaba combatir á Apolonia y Orco, y excluirle á él de toda la costa marítima, precisarle, atacando á Escipion, á acudir á su socorro. Y así despachó delante mensageros á Domicio, y le escribió lo que trataba; y dejando cuatro cohortes de guarnicion en Apolonia, una en Alesio, y tres en Orco con los heridos, empezó á marchar por el Epiro y Acarnania. Pompeyo, juzgando tambien por conjeturas de la resolucion de César, pensaba apresurarse á incorporarse con Escipion: si César se enderezaba á él, para socorrerle; y si no queria alejarse de la costa marítima y de Corfú, por esperar las legiones y caballería de Italia, para acometer á Domicio con todo el resto de sus tropas.

Por estas razones uno y otro caminaban á gran priesa para dar socorro á los suyos, y no faltar á la ocasion que se presentase de acabar con sus contrarios. Pero César habia tenido que separarse del camino recto para ir á Apolonia: Pompeyo tenia desembarazado el paso por Candavia á Macedonia. Añadióse tambien de repente otra desgracia, y fué que habiendo tenido Domicio muchos dias sus reales á vista de los de Escipion, se habia retirado de este por causa de la provision de trigo, y dirigido su marcha á Heraclea Sentica, que está dentro de la jurisdiccion de Candavia: de suerte que la misma fortuna parece que le iba á poner en las manos de Pompeyo. César lo ignoraba todavía. Además habia despachado Pompeyo á un mismo tiempo cartas por todas las ciudades y provincias del suceso de Durazo, y se habia extendido la fama con más altanería y ponderacion de lo que ello habia sido: que César se retiraba huyendo, y desbaratado con pérdida de la mayor parte de sus tropas. Esto no habia dejado de indisponer los pueblos por donde se caminaba, y aun habia desviado de la amistad de César algunas ciudades. Por lo que sucedia que muchos mensageros despachados por diversos caminos de César á Domicio, y de Domicio á César, no acababan de llegar en manera alguna. Hasta que unos saboyanos, amigos de Roscilo y Ego, los cuales dijimos se habian pasado á Pompeyo, hallando en el camino á los corredores de Domicio, ó por amistad antigua, pues se habian hallado juntos en la guerra de Francia, ó envanecidos de su propia gloria, les contaron todo lo acaecido, y le informaron de la partida de César, y la llegada de Pompeyo: por los cuales avisado Domicio, con cuatro horas que pudo ganarle de ventaja, se escapó del riesgo por el favor de los enemigos; y tomando la vuelta de Eginio, que está á la entrada de Tesalia, vino á encontrarse aquí con César, que traia el mismo camino.

XVI. Incorporado con su ejército, llegó César á Gonfos, que es la primera ciudad de Tesalia viniendo de Epiro. Pocos meses antes habia enviado esta ciudad de su propia voluntad diputados á César ofreciéndole todas sus facultades, y pidiéndole una guarnicion. Pero extendida ya la voz, que dijimos arriba, de la batalla de Durazo, con mucha exageracion: Andróstenes, pretor de Tesalia, queriendo mas ser compañero de Pompeyo en la victoria, que aliado de César en sus adversidades, juntó en esta plaza todos los libres y siervos de la campaña, cerró las puertas, y despachó mensageros á Escipion y á Pompeyo, para que viniesen á socorrerle, diciéndoles, que tenia confianza en las fortificaciones de la plaza, si se le socorria presto; pero que no podria sostener un largo sitio. Escipion, cuando supo que los dos ejércitos se desviaban de Durazo, dirigió sus legiones á Larisa: Pompeyo todavía estaba lejos de Tesalia. César, habiendo fortificado sus reales, mandó que se previniesen escalas para un asalto repentino, y así mismo manteletes y galerías. Hechas estas prevenciones, exhortó á sus soldados, ponderándoles cuán importante era, para remediar la mucha escasez de víveres en que se hallaban, el apoderarse de esta ciudad abundante y rica de todas las cosas: que al mismo tiempo se infundiria terror á las demás con su ejemplo; y que convenia hacerlo luego, antes que pudiese ser socorrida. Y así, trabajando la tropa con la mayor diligencia, en el mismo dia que llegó, habiendo empezado el ataque despues de las tres de la tarde, y siendo muy altas sus murallas, la entró antes de ponerse el sol, y la entregó al saco de los soldados. Al instante levantó el campo, y pasó á Metrópolis con tanta celeridad, que llegó antes que la noticia y aun la voz de haberse perdido la ciudad.

Los metropolitas, que al principio estuvieron de buen ánimo, levantados despues con las voces que corrieron, le cerraron las puertas, y coronaron de gente la muralla. Pero informados de la toma de Gonfos por los prisioneros, que César mandó conducir hasta la muralla, abrieron las puertas. Conservó César con gran cuidado ilesa esta poblacion. Y así comparada la fortuna de los metropolitas con el destrozo de Gonfos, no quedó ciudad en toda la Tesalia, que no se rindiese á la obediencia de César, fuera de Larisa, que estaba ocupada por el grande ejército de Escipion. Hallando pues César buena ocasion de acomodarse de trigo en los campos que estaban casi en sazon, determinó aguardar aquí la venida de Pompeyo, con ánimo de hacer á este sitio el teatro de la guerra.

De allí á pocos dias llegó Pompeyo á Tesalia; hizo un razonamiento á todo el ejército, en que dió gracias á sus tropas, y animó á las de Escipion, á que quisiesen ser participantes del despojo y de los premios, como conseguida ya la victoria. Acampó con todas las legiones en un mismo real, y comunicó su dignidad imperatoria con Escipion, mandando prevenirle igual pretorio, y que se tocasen tambien las trompetas delante de

su tienda. Aumentadas de esta manera las tropas de Pompeyo, y unidos dos ejércitos tan considerables, se confirmó en todos su opinion antigua, y se les aumentaron las esperanzas de la victoria, en tanto grado que cualquiera detencion parecia retardarles la vuelta de Italia. Y si alguna vez trataba Pompeyo de alguna resolucion con mas madurez y consejo, murmuraban que aquel era negocio de un dia, pero que á él le lisongeaba el mando, y el contar en el número de esclavos á los varones consulares y pretorios. Ya reñian entre sí sobre los sacerdocios y otros premios, y repartian por años los consulados; unos pedian las casas y bienes de los que seguian el partido de César y hubo en un consejo grandísimos debates, sobre si convenia tener presente en los próximos comicios pretorios á L. Hirro, á quien habia enviado Pompeyo á la conquista de los partos. Reclamaban sus parientes la palabra de Pompeyo, diciendo que le cumpliese lo que al tiempo de su partida le habia prometido, no pareciese que por su misma autoridad quedaba engañado; los otros exponian que no era razon que en igual trabajo y peligro se prefiriese uno á todos en el premio.

Sobre el sacerdocio de César, pasaron Domicio, Escipion y Léntulo Espinter en sus contínuas competencias á las mas indecentes afrentas de palabras. Léntulo hacia ostentacion del honor de la edad; Domicio se vanagloriaba del favor y dignidad urbana; Escipion confiaba en el parentesco con Pompeyo. Adelantóse tambien Acio Rufo á acusar á L. Afranio delante de Pompeyo de haber vendido su ejército en España. L. Domicio dijo en el consejo, que concluida la guerra era de parecer se repartiesen tres tabletas á los senadores que se habian hallado juntamente con ellos, para juzgar y sentenciar las causas de los que se habian quedado en Roma, y los que se habian estado en los pueblos de las guarniciones de Pompeyo, sin haber hecho ningun servicio militar. Que una serviria para votar á los que en su dictámen debian quedar libres de todo peligro, otra á los que debian ser condenados á muerte, y la tercera á los que habian de ser multados en dinero. En fin, todos pensaban ó en sus premios y riquezas, ó en vengarse de sus enemigos; no tratando de cómo habian de vencer, sino de cómo habian de aprovecharse de la victoria.

Hechas las prevenciones de víveres, y reformadas ya las tropas con un buen espacio de tiempo desde las pérdidas de Durazo, cuando le pareció á César tener bien probado el ánimo de sus soldados, pensó en tentar la intencion de Pompeyo en órden á la batalla. Con esta resolucion sacó sus tropas al campo, y las ordenó, al principio á una distancia competente del real de Pompeyo; pero en los dias sucesivos se adelantaba un poco mas, de suerte que se arrimaba á la faldas de aquella cumbre que ocupaba Pompeyo; lo cual de cada dia hacia mas animoso á su ejército. En órden á la caballería, guardaba siempre la formacion arriba dicha; y era que, como se hallaba inferior con mucho al número enemigo, mezclaba para pelear entre los caballos los mozos mas señalados de las primeras filas y de mayor ligereza, que con la costumbre diaria llegaban á estar bien disciplinados en este género de batalla. Con esto habia logrado que mil caballos suyos en campo raso eran capaces de sufrir el choque de siete mil pompeyanos, cuando lo pedia la necesidad, sin asustarse mucho de un número tan desigual. Porque en estos mismos dias tuvo un choque con la caballería, en que quedó superior, y entre otros dió muerte á Ego, uno de los dos saboyanos que dijimos se habian pasado al campo de Pompeyo.

Este, como tenia formado su campo en un collado, ordenaba sus tropas en la misma falda, esperando al parecer si César se pondria alguna vez en paraje desproporcionado. Creyendo César que no habria modo de sacar á Pompeyo al campo de batalla, le pareció el medio mas á propósito para hacer la guerra, levantar el campo, y andar siempre de marcha, con la esperanza de que, mudando campamentos y diversos lugares, podia subvenir con mas facilidad á la provision de víveres, y lograr al mismo tiempo sobre la marcha alguna buena ocasion de venir á las manos, y cansar desde luego con las marchas al ejército de Pompeyo, poco acostumbrado á semejante fatiga.

XVII. Tomada esta resolucion, y aun dada ya la señal de la partida, y desbaratadas las tiendas, se advirtió un poco antes de salir, que el ejército de Pompeyo se habia adelantado algo mas de sus atrincheramientos contra la costumbre ordinaria, de modo que parecia poderse venir á las manos en paraje no desproporcionado. Entónces César volviéndose á los suyos, que estaban ya á las puertas de su alojamiento: « Conviene dilatar, les dijo, por el presente la jornada, y pensar en dar la batalla, como siempre hemos deseado. Tengamos ánimo firme para pelear, pues con dificultad hallaremos despues otra ocasion como esta. » Dijo, y al instante sacó las tropas ligeras para su formacion.

Tambien Pompeyo, segun se supo despues, habia determinado dar la batalla á instancias de todos sus amigos; y aun habia dicho algunos dias antes en una junta, que tal vez seria desbaratado el ejército de César antes de venir á las manos. Al oir esta expresion como los mas se admirasen: « Bien sé, les volvió á decir, que esto parece prometer un imposible, pero atended á la razon de mi designio, para que salgais á la batalla con mayor resolucion. Tengo persuadido á nuestra caballería, y esta me aseguró que lo cumpliria, que cuando lleguemos cerca unos de otros, acometa por el flanco el ala derecha de César, para que cercado el ejército por la espalda, le desbarate y perturbe antes que nosotros disparemos un dardo. De esta manera, sin peligro de las legiones, y casi sin derramar una gota de sangre daremos fin á la guerra; cosa que no es difícil cuando les llevamos tanta ventaja en la caballería. Al mismo tiempo les acordó que tuviesen buen ánimo para adelante; y puesto que se les presentaba la ocasion de pelear, como muchas veces habian deseado, no dejasen de corresponder á la opinion de todos con su experiencia y valor. »

Despues de este razonamiento tomó la voz Labieno, y menospreciando las tropas de César, y haciendo grandes elogios de la resolucion de Pompeyo: « No pienses, Pompeyo, dijo, que este es aquel ejército que sujetó las Galias y la Germania. Me hallé yo en todas aquellas batallas, y no aseguro temerariamente cosa que no tenga bien sabida y averiguada. Queda ya una parte muy pequeña de aquel ejército; el mayor número ha perecido, como era preciso, en tantas batallas; muchos consumió en Italia la pestilencia del otoño: muchos se han retirado á sus casas, y otros se han quedado en el continente. ¿No habeis oido que se levantaron unas cohortes en Brindis de los que se quedaron allí por enfermos? Estas tropas que veis se han rehecho de las levas de estos años en la Galia citerior, y las mas son de colonos transpadanos; pero la fuerza principal del ejército pereció en los dos choques de Durazo. » Habiendo hablado así, juró que no volveria á los reales, sino con la victoria, y animó á los demás á que hiciesen el mismo juramento. Pompeyo alabó la plática, y juró lo mismo, y así ninguno

quedó que dudase jurar de la misma manera. Esto pasó en el consejo, del cual salieron todos con grande esperanza y alegría, empezando ya á gozar en su intencion de la victoria; porque nada les parecia podia asegurar en vano, en un punto de tanta consecuencia, un general tan experimentado.

Habiendose acercado César al real de Pompeyo, observó que tenia formado su ejército de esta manera. Ocupaban el ala izquierda aquellas dos legiones que al principio de la disension le entregó César de órden del senado, una de las cuales se llamaba la primera, y la otra tercera. En este puesto estaba Pompeyo. Á Escipion cupo el centro del ejército con las legiones de Siria. La legion de Cilicia con las cohortes de España, que dijimos arriba habia traido Afranio, estaba en el ala derecha. De estas pensaba Pompeyo que era la mejor gente que tenia. Las demás las habia distribuido en el centro, con que completó ciento y diez cohortes, que componian cuarenta y cinco mil hombres. Otros dos mil hombres tenia soldados viejos, que se le habian juntado de los retirados de sus antiguos ejércitos, los cuales estaban dispersos por todo el campo. Y otras siete cohortes restantes habia dejado de guarnicion en los reales y en los fuertes inmediatos. El ala derecha estaba resguardada de un rio, cuyas orillas eran muy pantanosas: por lo cual habia colocado toda la caballería y todos los honderos y flecheros en la izquierda.

César, guardando la misma formacion antigua, colocó la legion décima en el ala derecha, y la nona en la izquierda, á la cual por estar muy incompleta con los choques de Durazo, la añadió la octava, formando como una de las dos, y con órden de sostenerse mútuamente. Formó en batalla en el centro ochenta cohortes, que componian el número de veinte y dos mil hombres: dos dejó de guarnicion en los reales. Dió el mando del ala izquierda á Antonio, el de la derecha á P. Sila, y el del centro á Cn. Domicio. Él se colocó enfrente de Pompeyo. Advertida, como dijimos, la formacion de este, y receloso César de que la multitud de la caballería enemiga le cercase su ala derecha; sacó con presteza una cohorte de cada una de las legiones que formaban la tercera línea, formó de ellas la cuarta, y las puso en ademan de resistir á la caballería, diciéndolas lo que habian de hacer: y aseguró que en el valor de estas cohortes habia de consistir la victoria de aquel dia. Asimismo encargó á la tercera línea y á todo el resto del ejército, que nadie se moviese á pelear sin órden suya, que él haria la señal con el estandarte cuando lo tuviese por conveniente.

Pasando despues á animar las tropas segun costumbre militar, engrandeció sus oficios para con ellas en todos tiempos: «les llevó primeramente á la memoria, que podia poner por testigos á todos sus soldados del ardiente deseo con que habia pretendido la paz, lo que habia tratado en varias pláticas por medio de Vatinio, con Escipion por A. Clodio, los esfuerzos que hizo con Libon en Orco acerca de enviar diputados de una y otra parte, y como nunca habia querido abusar de la sangre y valor de sus soldados, ni dejar á la república sin uno de los dos ejércitos.» Concluido este breve razonamiento, dió la trompeta la señal de acometer, pidiéndola con muchas instancias los soldados, y manifestando grandísimos deseos de venir á las manos.

Habia en el ejército de César un voluntario llamado Crastino, que habia mandado el año antes la primera compañía de la legion decima, hombre de singular valor. Este, dada la señal, «seguidme, dijo, vosotros que habeis sido camaradas mios, y mostrad á vuestro general el valor que teneis determinado. Esta es la última batalla que nos falta: vencida la cual, él recobrará su dignidad, y nosotros nuestra libertad.» Y vuelto á César le dijo: «Yo hare hoy, mi general, de modo, que vivo ó muerto tengas por que darme las gracias.» Dicho esto, se adelantó el primero del ala derecha, y le siguieron casi ciento y veinte voluntarios escogidos de la misma centuria.

Mediaba solo entre los dos ejércitos el espacio competente para venir á encontrarse. Pero Pompeyo habia prevenido á los suyos de antemano, que recibiesen el choque de los contrarios sin dejar su puesto, ni permitir que se desuniese la formacion. Lo cual se decia haber dispuesto así por consejo de C. Triario, para que se quebrantase el primer ímpetu y fuerza de los soldados, y extendidos los escuadrones, pudiesen acometer los suyos unidos á los dispersos: además de que, manteniéndose en su puesto, esperaba que heririan los dardos con menos fuerza, que si ellos mismos saliesen á recibir la descarga; y tambien que los soldados de César se fatigarian, y llegarian sin aliento. Cosa que á nosotros parece haberse hecho sin ninguna razon. Porque todos tienen en su corazon cierto incentivo y animosidad natural, que se excita con el deseo de la batalla; y esta no deben reprimirla los generales, sino al contrario fomentarla. Y así, no en vano se introdujo en los primeros tiempos la costumbre de tocar cajas y trompetas de una y otra parte, y levantar el grito y algazara, con que se creyó que se aterraba á los unos, y los otros se incitaban á la pelea.

XVIII. Salieron corriendo los nuestros dada la señal en ademan de disparar sus dardos; pero notando que no salian los enemigos de la otra parte, como diestros y ejercitados en muchas batallas, detuvieron por sí mismos la carrera, parándose á la mitad del espacio, para no llegar desalentados al enemigo: y tomando un breve tiempo para rehacerse, volvieron á redoblar la carrera, dispararon sus dardos, y se presentaron al instante con espada en mano, conforme á la órden que llevaban. No faltaron entónces á su deber los pompeyanos. Recibieron la descarga, sostuvieron el ímpetu de las legiones, conservaron su formacion, dieron su descarga, y echaron mano á las espadas. Al mismo tiempo arremetió todo el grueso de la caballería del ala izquierda, como se la habia mandado, y se derramó tambien por todo el campo la muchedumbre de flecheros. Cargaron estos á los nuestros con tanta fuerza, que no pudiendo sostener su ímpetu nuestra caballería, perdió algun tanto de terreno: por lo cual instaban con mas denuedo los pompeyanos, y empezaron á derramarse en pelotones con el ánimo de cercar á nuestro ejército por el flanco. Observólo César, y al instante hizo señal al cuarto escuadron formado de seis cohortes. Salió este corriendo con la mayor prontitud, y acometió con tanto coraje y fuerza á la caballería de Pompeyo, que ninguno pudo mantener su puesto; y volviendo todos la espalda, no solo cedieron la campaña, sino que procuraron salvarse en las montañas á carrera tendida. Retirados estos, toda la tropa de flecheros y honderos, quedando desamparada, y sin auxilio alguno, fueron pasados por la espada, y con el mismo ímpetu rodearon las cohortes el ala izquierda, peleando y manteniendo todavía la campaña los pompeyanos, y empezaron á acometerla por la espalda.

Á este tiempo, mandó César salir al tercer escuadron, que hasta entónces se habia estado quieto en su puesto señalado. Y así, sucediendo este refuerzo

de refresco á los que estaban ya cansados, y siendo acometidos por la espalda, nó pudieron resistir los pompeyanos, sino que todos se pusieron en fuga. No salió frustrada á César la esperanza de que el principio de la victoria habia de venir de aquellas cohortes que opuso en el cuarto escuadron contra la caballería, como el mismo lo habia dicho al tiempo de exhortar las tropas. Porque ciertamente ellas fueron las que al principio desbarataron la caballería: ellas hicieron trizas á los honderos y flecheros: ellas cercaron por el ala izquierda al ejército de Pompeyo, por donde empezó á declararse la fuga. Pompeyo, cuando vió desbaratada su caballería, cuando conoció el terror de aquella parte en que tenia puesta toda su esperanzo, desconfiando de las demás, se retiró de la refriega: y tomando un caballo, se dirigió á los reales, y dijo á los centuriones que habia puesto de guarnicion en la puerta pretoria en alta voz, de suerte que lo entendiesen los soldados: «Mantened y defended los reales con valor, si sobreviniere alguna desgracia: yo voy á dar vuelta á las demás puertas, y asegurar sus guarniciones.» Dicho esto, se retiró al pretorio, desconfiando ya de la funcion, pero con todo esperando el suceso.

Siguió César el alcance á los fugitivos hasta dentro de sus mismas trincheras; y creyendo que no convenia dar un instante de tiempo á los que estaban poseidos del miedo, exhortó á sus soldados á que aprovechándose del beneficio de la fortuna, atacasen los reales. Ellos, aunque muy fatigados del calor, porque se habia alargado la pelea hasta el mediodia, con todo, dispuestos con ánimo constante á cualquiera trabajo, al punto obedecieron. Las cohortes que quedaron de guarnicion en los reales, los defendian con valor, en especial los tracios, y los socorros de los bárbaros. Porque las tropas que salieron, huyendo del campo de batalla, amedrentadas y cansadas, abandonando la mayor parte las armas y las insignias, pensaban mas en salvarse con su ligereza, que en la defensa de los reales. Mas, no pudieron resistir largo tiempo la multitud de flechas los que estaban en las trincheras, y así, cubiertos de heridas, abandonaron sus puestos, y huyeron todos con presteza á unas montañas muy altas cercanas á los reales, llevando por cabos á los mismos centuriones y tribunos militares.

Era cosa de ver en los reales de Pompeyo las mesas prevenidas, desparramada la plata, las tiendas cubiertas de céspedes recientes, y la de L. Léntulo y algunos otros adornadas de yedra y otras muchas cosas, que denotaban demasiada molicie y confianza de la victoria: de suerte que se daba bien á entender, que nunca recelaron semejante suceso de aquel dia, cuando buscaban deleites nada necesarios, y daban en rostro con el demasiado lujo al pacientísimo y pobrísimo ejército de César, á quien siempre habian faltado aun las cosas mas necesarias para el sustento. Pompeyo, cuando andaban ya los nuestros dentro de sus atrincheramientos, tomando un caballo, y despojándose de las insignias imperatorias, se echó fuera de los reales por la puerta decumana, y dándose la priesa que pudo, tomó la vuelta de Larisa. Mas, tampoco paró aquí: sino que con la misma ligereza, habiendo juntado una corta escolta de los fugitivos, sin dejar de caminar por la noche, llegó á la orilla del mar acompañado de treinta caballos, y se embarcó en una nave de transporte, quejándose muchas veces de haberse engañado tanto en su opinion, que parecia le habian vendido aquellos mismos en quienes tenia mas confianza, habiendo empezado por ellos la fuga y la perturbacion.

Apoderado César de los reales, pidió á los soldados que, nó por ocuparse en la presa, dejasen ir de las manos la ocasion tan oportuna de lograr una victoria completa; lo cual conseguido, dió disposicion de circunvalar la montaña. Los enemigos, desconfiando de poder mantener aquel puesto por estar sin agua, le abandonaron, y todos los de la misma faccion tomaron la vuelta de Larisa. Luego que lo advirtió César, dividió sus tropas, mandando que parte de las legiones se quedase en los reales de Pompeyo, otra marchase á sus reales antiguos, y él se llevó cuatro legiones, con que empezó á salir al encuentro á los pompeyanos por mejor camino; y habiendo andado seis millas, ordenó sus tropas. Los pompeyanos, luego que advirtieron esto, hicieron alto en una montaña, la cual bañaba un rio por la parte inferior. Animó César á sus soldados, los cuales aunque estaban muy cansados con el contínuo trabajo de todo el dia, y se acercaba ya la noche, con todo lo hicieron de manera, que con una fortificacion separaron el rio del monte, para que no pudiesen los pompeyanos aprovecharse del agua por la noche. Concluida la obra, enviaron sus diputados á tratar de la entrega. Unos pocos del órden senatorio, que se habian juntado con estas tropas, con el favor de la noche, se pusieron en salvo.

Al amanecer del dia siguiente dió César órden á todos los que habian hecho alto en la montaña, de que bajasen á lo llano, y rindiesen las armas. Hiciéronlo así sin ninguna resistencia, y extendiendo las manos, postrados en el suelo y llorando, le pidieron las vidas. César los consoló, mandóles levantar, y diciéndoles algunas razones en órden á su clemencia, para que fuesen perdiendo el temor, los conservó, y encargó á sus soldados que á nadie se ofendiese, ni ninguno echase de menos cosa que fuese suya. Hecha esta diligencia, mandó que viniesen á encontrarle las legiones que habia enviado á su primer alojamiento, y que las que le habian seguido se retirasen á descansar del mismo modo, y en aquel mismo dia llegó á Larisa.

No echó de menos en esta batalla mas que doscientos soldados; pero perdió treinta centuriones, sugetos de grande esfuerzo; y tambien murió peleando con increible valor aquel Crastino, de quien arriba se habló, de una cuchillada que recibió en la cara. No salió falso lo que ofreció al partir á la batalla; pues juzgó César que se habia portado aquel dia con muchísimo valor, y que le habia debido un servicio muy particular. Del ejército de Pompeyo parece que quedaron muertos cerca de quince mil hombres, y se hicieron prisioneros mas de veinte y cuatro mil; porque hasta las cohortes que quedaron de guarnicion en los fuertes, se entregaron á Sila, y otros huyeron á los pueblos inmediatos; y fueron traidas á César ciento y ochenta insignias militares, y nueve águilas del campo de batalla. Lucio Domicio, que iba huyendo desde los reales hácia la montaña, habiéndole faltado las fuerzas con el cansancio, murió á manos de la caballería.

XIX. Por este tiempo llegó D. Lelio á Brindis con su escuadra, y del mismo modo que dijimos arriba lo habia hecho Libon, ocupó la isla que está enfrente del puerto de Brindis. Vatinio, que tenia el mando de Brindis, hizo salir con esquifes á las naves de Lelio, de las cuales tomó una de cinco órdenes de remos, que se adelantó á las demás, y otras dos menores en la embocadura del puerto, y empezó á cortar el agua á la escuadra con una guarnicion de á caballo. Pero, aprovechándose Lelio del tiempo mas oportuno del año para navegar, hacia conducir el agua por mar desde

Corfú y Durazo, sin desistir de su intento; pues no pudo ser echado del puerto y la isla, ni por la ignominia de las naves perdidas, ni por la suma escasez de las cosas mas necesarias, hasta que tuvo noticia de la derrota de Tesalia.

Casi al mismo tiempo llegó Casio á Sicilia con la armada de los fenicios, sirios y cilicianos; y estando la de César dividida en dos partes, de las cuales mandaba una el pretor P. Sulpicio cerca de Vibon, junto al estrecho, y M. Pomponio la otra, junto á Mesina, llegó aquí Casio con su escuadra antes que Pomponio tuviese noticia de su venida. Cogióle de sorpresa sin guardias, ni órdenes ciertas; y aprovechándose de un gran viento, y favorable, echó hácia su armada unas cuantas naves de carga llenas de teas, pez, cáñamo, y las demás materias combustibles, con que logró quemar treinta y cinco, de las cuales veinte eran cubiertas. Con cuyo hecho cobraron nuestros soldados tanto temor, que, habiendo en Mesina una legion entera de guarnicion, apenas se defendió la ciudad; y si en este tiempo no llegara la noticia de la victoria de César por unos caballos que tenia dispuestos para este fin, los mas creian que se hubiera perdido. Pero llegó la noticia al tiempo mas oportuno, y así se defendió la plaza, con lo que se retiró Casio en busca de la escuadra de P. Sulpicio, junto á Vibon. Hallando aquí á nuestras naves arrimadas á tierra por el mismo temor, trató de ejecutar lo propio que con las otras. Habiendo logrado un viento favorable, echó hácia nuestra escuadra cerca de cuarenta naves de carga preparadas para incendiarla, con que, prendido fuego por los dos costados, llegaron á abrasarse cinco; y como se fuese extendiendo el fuego por la mucha fuerza del viento, aquellos soldados de las legiones veteranas, que por enfermos se habian quedado de guarnicion en las naves, no pudiendo sufrir tal afrenta, se embarcaron por sí mismos, salieron del puerto, y atacando la escuadra de Casio, tomaron dos naves de cinco órdenes de remos, en una de las cuales iba el mismo Casio; pero se escapó en una lancha. Además apresaron otras dos de tres órdenes de remos. Poco después llegó la noticia de la victoria de Tesalia por los mismos pompeyanos; pues hasta ahora estaban en la inteligencia de que la fingian los capitanes y amigos de César. Con lo cual se retiró Casio con su escuadra.

Estaba César en que debia dejarlo todo para perseguir á Pompeyo adonde quiera que se retirase, á fin de que no pudiese levantar nuevas tropas, y renovar la guerra. Con este designio caminaba todos los dias con la caballería todo cuanto podia, y además llevaba una legion que le seguia un poco mas despacio. Se habia publicado en Anfípolis un decreto en nombre de Pompeyo, en que mandaba acudiesen aquí á prestarle juramento todos los soldados de esta provincia, tanto griegos como ciudadanos romanos; pero no se podia determinar si le habria dado Pompeyo para evitar sospechas, y ocultar mas tiempo la resolucion de tan larga fuga, ó si trataba de ocupar con nuevos reclutas la Macedonia, caso que nadie le persiguiese. Detúvose una noche echando una áncora, llamó á su presencia á sus amigos de Anfípolis, les pidió dinero prestado para los gastos necesarios; y avisado de la venida de César, se retiró de aquí, y en pocos dias llegó á Metelin. En esta ciudad le tuvo detenido el temporal dos dias; pero añadió á las suyas algunas otras naves ligeras, y pasó á Cilicia, y desde allí á Chipre. Aquí tuvo noticia de que todos los vecinos de Antioquía y los ciudadanos romanos que comerciaban en ella, habian ocupado de antemano la fortaleza para estorbarle la entrada, y que se habian despachado mensageros á los que se decia se retiraban á las ciudades comarcanas para que no llegasen á Antioquía, y que si lo hacian, se exponian á gran peligro de perder la vida. Lo mismo le sucedió en Rodas á L. Léntulo, que habia sido cónsul el año anterior, y á algunos otros, que, siguiendo á Pompeyo en la fuga, y habiendo llegado á la isla, no se les permitió entrar en la ciudad, ni en el puerto: antes se les avisó que se retirasen de aquel paraje, y hubieron de volver á embarcarse mal de su grado.

Corria ya por aquellas ciudades la fama de la venida de César, con cuya noticia abandonó Pompeyo la resolucion de llegar á la Siria: tomó dinero de la sociedad y de algunos particulares, embarcó además mucho metal para la guerra, y dos mil hombres de armas, parte escogidos de las familias de las sociedades, parte de los mercaderes, y de los que juzgó mas propios para la empresa, y marchó á Pelusio. Estaba aquí casualmente el rey Tolomeo, jóven de poca edad, haciendo la guerra con grandes tropas á su hermana Cleopatra, á quien pocos meses antes habia echado de su reino con el favor de sus parientes y amigos: y Cleopatra tenia tambien sus reales muy distantes de los del rey. Envióle Pompeyo sus mensageros, pidiéndole por el hospedaje y amistad de su padre, que le recibiese en Alejandría, y le protegiese con sus fuerzas en su desgracia. Los mensageros, despues de haber cumplido con su encargo, hablaron con alguna mas claridad con los soldados del rey, exhortándoles á que mostrasen su fidelidad á Pompeyo, no menospreciando su calamidad. Entre estos soldados habia algunos que habian servido al mismo Pompeyo, á los cuales sacó Gabinio de su ejército de Siria, los llevó á Alejandría, y concluida la guerra, los dejó al servicio de Tolomeo, padre del jóven reinante.

Noticiosos de esto los amigos del rey, que por su poca edad eran procuradores del reino, ó llevados del temor, como dijeron despues, de que, solicitando Pompeyo el ejército del rey, se apoderase de Alejandría y Egipto; ó despreciando su fortuna, como suele suceder, que en tiempo de desgracia aun los amigos suelen hacerse enemigos, respondieron en público con liberalidad á los enviados de Pompeyo, pero enviaron secretamente con astuto designio á Aquilas, prefecto del rey, hombre de grande audacia, y al tribuno militar L. Septimio, para que le matasen. Llegaron estos á hablarle con gran cortesanía: con esto, y la noticia que tenia de Septimio, que habia servido con él en la guerra contra los piratas, entró en una lancha con pocos de los que le acompañaban, donde Aquilas y Septimio le dieron muerte. Tambien fue preso de órden del rey L. Léntulo, y muerto en la cárcel.

XX. Cuando César llegó al Asia, supo que T. Ampio habia intentado robar el tesoro del templo de Diana en Éfeso, y que á este fin habia convocado á todos los senadores de la provincia, como testigos de la suma que tomaba: pero, interrumpido por la venida de César, habia escapado de la ciudad. Así conservó César en dos ocasiones el tesoro de Éfeso. Contóse por cierto que en Elida, en el templo de Minerva, sacando la cuenta de los dias, el simulacro de la Victoria, que estaba colocado enfrente, y mirando á la estátua de la diosa, se habia vuelto de cara á las puertas del templo, el dia que César alcanzó la victoria. El mismo dia se oyó en Antioquía de Siria por dos veces tanta algazára de ejército y estruendo de insignias militares, que toda la ciudad corrió á las armas y á

coronar la muralla. Lo mismo sucedió con Tolemaida. En Pergamo, en el sitio mas retirado y oculto del templo, que los griegos llaman Sagrario, adonde nadie puede llegar sino los sacerdotes, se tocaron los tambores por sí mismos. Y tambien se aseguró que en Trales, en el templo de la Victoria, donde habian consagrado una estátua de Cesar, se mantuvo algunos dias una palma entre las junturas de las losas del pavimento, que se elevaba hasta el techo.

César se detuvo muy pocos dias en Asia: oyó que habian visto á Pompeyo en Chipre, y discurriendo que se enderezaria á Egipto por las amistades que tenia en aquel reino, y la oportunidad del sitio, se embarcó para Alejandría con dos legiones, una que le venia acompañando desde Tesalia, y otra que tenia en Acaya su lugarteniente Fusio, con ochocientos caballos, diez galeras rodias, y algunas, aunque pocas asiáticas. Entre las dos legiones componian tres mil y doscientos hombres: los demás, ó por estar heridos, ó por lo mucho que habian padecido en una marcha tan larga, no pudieron seguirle. Pero, fiado César en la fama de sus hazañas, no reparó en salir con tan débil escolta, creyendo que estaria igualmente seguro en todas partes. Supo en Alejandría la muerte de Pompeyo, y luego que desembarcó, oyó tambien la vocería de los soldados, que el rey habia dejado de guarnicion en la ciudad, concurriendo á verle con gran bullicio, porque llevaba delante de sí las fasces consulares. Sintió el pueblo esta demostracion, creyendo que cedia en menoscabo de la dignidad real. Apaciguado este primer alboroto, sucedian continuamente varias diferencias, por atumultuarse el pueblo, y dar muerte á algunos soldados en diversos parajes de la ciudad.

Advertido esto, mandó César conducir del Asia algunas legiones compuestas de las tropas de Pompeyo, estando él detenido por los vientos etesios, que son muy contrarios á los que salen de Alejandría. Entretanto, creyendo que pertenecia al pueblo romano, y á él principalmente, por ser cónsul, conocer acerca de las diferencias de los reyes, y esto mas, porque en su anterior consulado se habia hecho alianza con Tolomeo el padre, por ley y decreto del senado, dió á entender seria de su agrado, que el rey Tolomeo y su hermana Cleopatra licenciasen sus ejércitos, y disputasen ante él sus diferencias por via de derecho, mas bien que por la de las armas.

Tenia el gobierno del reino, por la menor edad del rey, un eunuco su ayo, llamado Potino. Este empezó á mostrar desde luego su resentimiento entre sus parciales, quejándose de que el rey era citado al tribunal para proponer su derecho; y valiéndose después de algunos confidentes de sus designios, y de la faccion del rey, hizo venir con secreto el ejército desde Pelusio á Alejandría, y dió el mando de todas las tropas á aquel Aquilas, de quien arriba se hizo mencion: y habiéndole excitado con sus promesas, é hinchado con palabras del rey, le comunicó el secreto de sus intenciones por mensageros y cartas. En el testamento de Tolomeo el padre, quedaron por herederos el mayor de sus dos hijos, y la mayor de sus dos hijas, y en el mismo pedia al pueblo romano, que se cumpliese así su voluntad, exhortándole á ello por todos los dioses, y por los pactos y alianzas que habia hecho en Roma. De este testamento se habia llevado un tanto á Roma por sus embajadores para custodiarle en el erario; pero no habiendo dado lugar á esto las turbaciones públicas, se habia depositado en Pompeyo: y otro de igual tenor firmado y sellado, se manifestaba en Alejandría.

Estándose tratando este negocio ante César, y deseando este ajustar como amigo y árbitro las competencias de los reyes, se le avisó de repente que se acercaba á Alejandría el ejército del rey con todas sus tropas de á caballo. No eran tantas las de César, que tuviese bastante confianza de ellas para pelear fuera de la ciudad: con todo, le quedaba el arbitrio de mantener dentro sus puestos hasta llegar á conocer la resolucion de Aquilas. Así que dió órden á sus soldados de que estuviesen sobre las armas, y aconsejó al rey, que escogiese algunos sugetos de autoridad de entre sus amigos, y los enviase por mensageros á Aquilas, manifestándole cuál era su voluntad. Despachó el rey con efecto á Dioscórides y á Serapion, que habian estado de embajadores en Roma, y habian tenido mucha autoridad con Tolomeo su padre. Llegaron estos adonde estaba Aquilas; pero luego que él los vió en su presencia, antes de oirlos, y saber por qué causa eran enviados, mandó que los prendiesen y matasen. Á uno de ellos, aturdido del primer golpe, le quitaron de allí por muerto aquellos mismos que le acompañaban, y el otro murió al instante. En vista de esta accion, César hizo de modo, que aseguró la persona del rey, tanto por creer que su nombre tendria grande autoridad para con sus vasallos, como para que se diese á entender haberse emprendido la guerra por impulso de algunos sediciosos particulares, y nó por consejo y resolucion del rey.

XXI. Tenia Aquilas un cuerpo de tropas nada despreciable, ni por el número, ni por la calidad de la gente, ni por su pericia militar. Era un grueso de veinte mil hombres compuesto de los soldados antiguos de Gabinio, hechos ya á la costumbre y libertad de vida de Alejandría, que, olvidados del nombre y disciplina romana, se habian casado, y los mas tenian hijos: á estos se añadian una porcion de piratas y ladrones de las provincias de Siria y Cilicia, y de todas las tierras circunvecinas, y además muchos reos de muerte y desterrados. Porque todos nuestros fugitivos tenian acogida segura en Alejandría con destino desde luego, dando su nombre, para la milicia: de los cuales si alguno era cogido por su señor, se juntaba prontamente una patrulla de soldados, y se lo quitaban, defendiendo la fuerza hecha á su camarada, por ser todos cómplices de una misma culpa, y correr el mismo peligro. Gente acostumbrada por disciplina antigua del ejército alejandrino á pedir que se les entregasen los amigos del rey para matarlos, á saquear las casas de los ricos para aumentar sus pagas, á amotinarse y cercar el palacio real, á despojar del reino á unos, y poner otros. Tenia además dos mil caballos envejecidos con las muchas guerras de Alejandría, que habian restituido en el reino á Tolomeo el padre, habian dado muerte á dos hijos de Bibulo, y habian estado en guerra con los egipcios. Tal era la práctica y ejercicio de su milicia.

Aquilas, muy confiado en estas tropas, y despreciando el corto número de César, se apoderó de Alejandría, á excepcion de aquella parte que ocupaba César; y aun intentó forzar su casa con el primer ímpetu; pero se lo estorbó este con las cohortes que tenia repartidas por las calles. Al mismo tiempo se peleó en el puerto: cosa que dió muchísimo que hacer, porque era menester resistir á un mismo tiempo en muchas calles, dividiendo en diferentes trozos el ejército, y los enemigos se esforzaban en ocupar con una multitud de gente cincuenta naves que habian enviado antes al socorro de Pompeyo, las cuales, después de la derrota de Tesalia, se habian retirado á su casa. Eran todas de tres y de cinco órdenes de remos, grande-

mente equipadas de todos los pertrechos necesarios para la navegacion. Además de estas, habia otras veinte y dos forradas, que estaban siempre listas para la seguridad de Alejandría: las cuales si las tomasen los contrarios, le quitaban á César la escuadra, quedaban señores del puerto y del mar, y en proporcion de cortar á César todas las provisiones y refuerzos. Así se disputó esta accion con toda la resolucion y empeño que pedia el lance: viendo el uno pendiente de él una pronta victoria de su parte, y ellos que les iba en esto no menos que la libertad y la vida. Al cabo logró César la empresa, incendió todas aquellas naves y las que estaban en los astilleros, por no poder conservar tantos puestos y navíos con tan pocas tropas, é inmediatamente desembarcó sus soldados en la isla de Faro.

Aquí está la famosa torre de Faro, de grande elevacion, y de maravillosa fábrica, que tomó el nombre de la isla. Está situada enfrente de Alejandría, forma el puerto; y habiendo echado en el mar una inmensa mole de tierra, piedras y maleza de unas montañas que hay á la parte de arriba, y formado un dique de mas de nuevecientos pasos, se une con la ciudad por un puente y un camino estrecho. En esta isla tienen sus domicilios los egipcios con un barrio de la magnitud de una ciudad. Si algunas naves por descuido ó fuerza del temporal se dejan caer un poco mas de su derrota, salen á robarlas como piratas; y si no lo quieren los habitantes de Faro, ninguna, por la estrechez, tiene entrada en el puerto. Temiendo esto César en la ocasion presente, cuando los enemigos estaban ocupados en la batalla, y ya habian tomado tierra sus tropas, se apoderó del Faro, y puso allí una guarnicion: con lo cual logró poder conducir con la escuadra los víveres y refuerzos necesarios con seguridad: pues habia despachado mensageros á las tierras circunvecinas, para que le enviasen algunos socorros. En las demás partes de la ciudad se peleó de manera, que ni unos ni otros quedaron superiores ni rechazados (esto lo hacia la estrechez del terreno) con muy poca pérdida de entrambas partes. César se fué extendiendo á otros parajes importantes, y los fortaleció por la noche. Correspondia á este cuartel de la ciudad una pequeña parte del palacio, que al principio le cedieron á él para su habitacion, y el teatro contiguo al mismo palacio, que podia hacer veces de fortaleza, con entrada para el puerto y sus arsenales. Fué aumentando en los dias siguientes estas fortificaciones, para tenerlas como muralla, y no ser obligado á la pelea contra su voluntad. En este estado, la hija menor del rey Tolomeo, esperando la posesion desocupada del reino, se escapó del palacio al cuartel de Aquilas, y empezó á disponer la guerra juntamente con él. Pero presto se suscitó entre los dos competencia sobre el gobierno, con que se aumentó el soborno de las tropas, procurando uno y otro con grandes dispendios ganar sus voluntades. Esto pasaba entre los enemigos, cuando Potino, ayo del rey niño, y procurador del reino, que estaba en poder de César, quiso enviar unos mensageros á Aquilas, exhortándole á que no desistiese de su intento, ni cayese de ánimo en la empresa; pero tuvo la desgracia de que se supo su traicion, se aseguró á los mensageros, y á él se le dió muerte de órden de César. Tales fueron los principios de la guerra de Alejandría.

COMENTARIO III: — GUERRA DE ALEJANDRÍA.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Prevenciones de los alejandrinos contra César. Su providencia para hallar agua dulce.—II. Combates navales prósperos de César.—III. Apodérase César de Faro, y experimenta un gran golpe.—IV. Pone César en libertad al rey: queda este superior en un combate: es luego vencido por Mitridates y por César.—V. Muere el rey en un combate. César apoderado de Egipto y de Alejandría, pone nuevos reyes.—VI. Domicio gobernador del Asia pelea con Farnaces á instancias de Deyotaro, y es vencido.—VII. Sosiégase el Ilírico por los cesarianos despues de algunos encuentros, en uno de los cuales muere Gabinio.—VIII. Odio de Casio en España: conspiracion contra su vida, y su venganza en los conjurados.—IX. Competencia de Casio y Marcelo. Muerte de Casio.—X. Pasa César á Siria: pone órden en el gobierno. Restituye á Deyotaro las insignias reales.—XI. Embajada artificiosa de Farnaces: su derrota y fuga. Vuelve César á Italia victorioso.

I. Encendida la guerra de Alejandría, hizo venir César toda la armada de Rodas, de Siria y de Cilicia: llamó á los flecheros de Creta, y la gente de á caballo de Malco, rey de los nabateos; y asimismo dió órden de buscar por todas partes las máquinas de guerra necesarias, hacer provisiones de víveres, y levantar tropas auxiliares. Entretanto se adelantaban diariamente las fortificaciones, se ponian en defensa con tortugas y manteletes los parajes de menos resistencia, y por unos edificios se batian con arietes otros inmediatos, adelantando los reparos á todo aquel terreno, que ó se arrasaba con ruinas, ó se ocupaba por fuerza. Porque de incendio está bien segura casi toda Alejandría, por estar construidos los edificios sin maderas en que pueda cebarse el fuego, levantados sobre arcos de cal y canto, y enlosados. Deseaba César en gran manera separar con paredones y otros reparos una parte de la ciudad, á la cual estrecha mucho una laguna que la baña por el mediodía, de la otra parte. Porque, dividida en dos trozos la ciudad, esperaba poder manejar las tropas con un solo consejo y órden, y dar tambien socorro desde la otra parte á los que se hallasen en peligro; pero sobre todo tener abundancia de agua y de pasto; porque se hallaba con escasez de agua, y no podia tener pasto suficiente, y uno y otro lo podria suministrar la laguna con abundancia.

Mas no se descuidaban los alejandrinos, ni dormian en sus disposiciones. Despacharon comisionados por todas las tierras confinantes con su reino para hacer nuevas levas de gente: habian juntado en la ciudad una gran multitud de armas y máquinas de guerra, y tenian de antemano muchas armerías para trabajarlas: habian puesto en pié de guerra á los siervos mozos, á quienes sus señores daban el sustento y paga diariamente. Con esta multitud repartida defendian las fortificaciones mas distantes: tenian cohortes veteranas desocupadas en los parajes mas públicos de la ciudad, que estuviesen prontas y descansadas, para acudir de refresco á cualquiera parte donde se pelease. En todas las calles y atrios habian levantado un triple muro de piedras cuadradas, no menos que de cuarenta piés de alto: tenian fortalecidos los parajes bajos con torres de diez altos, y además tenian otras movibles de la misma altura, las cuales con ruedas, maromas y caballerías, tiraban adonde convenia, en especial por las calles mas llanas y derechas.

Para todo daba disposicion la ciudad abundantísima, y en la mejor proporcion. Los moradores, gente sumamente aguda é ingeniosa, hacian al instante con grande habilidad cuanto veian hacer á los nuestros; de suerte que parecian los nuestros los imitadores de sus obras. De suyo inventaban tambien mil cosas: á un mismo tiempo incomodaban á nuestras fortificaciones, y defendian las suyas. Los sugetos principales esparcian en sus juntas y consejos, «que el pueblo romano se iba acostumbrando poco á poco á enseñorearse de este reino: que pocos años atrás habia es-

tado Gabinio en Egipto con ejército: que Pompeyo le habia elegido tambien para amparo de su derrota; y que últimamente acababa de venir César con sus tropas, sin que se hubiese adelantado nada con la muerte de Pompeyo, para que César se les metiese en casa: á quien sino echaban fuera, quedaria el reino hecho una provincia de Roma; y que esto convenia ejecutarlo con presteza; pues hallándose ahora encerrado por los temporales y la estacion del año, no podia recibir socorros transmarinos.»

En este intermedio, habiéndose suscitado mucha discordia entre Aquilas, general del ejército veterano, y Arsinoe, hija menor del rey Tolomeo, como arriba se dijo, y poniéndose asechanzas uno á otro con el deseo de alcanzar el mando absoluto, se anticipó Arsinoe, é hizo dar muerte á Aquilas por medio de su ayo, el eunuco Ganimedes. Muerto su competidor, tenia ella todo el imperio sin compañero alguno. Entregóse el mando del ejército á Ganimedes, el cual, tomando á su cargo la empresa, aumentó las dádivas á los soldados, y en lo demás se portó con igual actividad.

La ciudad de Alejandría está minada casi toda, y tiene unas cisternas que se comunican con el Nilo, por donde se introduce el agua en las casas particulares, que poco á poco y con el discurso del tiempo se sienta y aclara. De esta usan los dueños de las casas y sus familias, por ser tan cenagosa y turbia la que lleva el Nilo, que ocasiona muchas enfermedades; pero la plebe y el resto de la multitud se contenta con ella por precision, por no haber fuente alguna en toda la ciudad. Bañaba el rio la parte que ocupaban los naturales; con lo cual pensó Ganimedes poder cortar el agua á los nuestros, que, repartidos por varias calles con el fin de defender sus trabajos, tomaban el agua de las cisternas de las casas particulares.

Tomada esta resolucion, emprendió tan grande y difícil obra; y cortando la comunicacion de los conductos en todos aquellos parajes que él ocupaba, se empeñó en sacar del mar con ruedas y máquinas á propósito gran cantidad de agua, la cual hacia correr continuamente desde los sitios mas altos hácia la parte de César. Con esto empezó á sacarse el agua de las casas inmediatas, un poco mas salada; y admirándose en gran manera del motivo que lo habria ocasionado, no acababan de darse crédito á sí mismos; porque los que estaban mas á la parte de abajo, aseguraban ser del mismo género y sabor el agua que bebian, que la que habian bebido hasta entónces: se juntaban entre sí, probaban una y otra, y hallaban la gran diferencia de las aguas. Á poco tiempo, la primera no se podia beber absolutamente, y la de mas abajo se experimentaba ya mas salada y corrompida.

Deshecha con esto la duda, se apoderó de todos tan gran terror, que les parecia haber llegado al último extremo: unos decian que César tardaba demasiado en mandarlos embarcar, otros temian mayor desgracia; porque ni se podrian ocultar á los naturales, mediando tan corta distancia, las prevenciones de la retirada, ni hacerse de ningun modo á la vela, teniendo encima los enemigos, que los habian de sorprender. Además de que habia una multitud de ciudadanos en la parte que ocupaba César, á quienes no habia removido de sus domicilios, por fingirse muy fieles á nuestro partido, y separarse de sus conciudadanos. De suerte, que si emprendiera yo defender á los alejandrinos de la nota de falaces y traidores, gastaria en balde todo mi discurso: mas, dándose bien á conocer al mismo tiempo su nacion y propiedades, nadie puede dudar que es gente muy á propósito para engaños y traiciones.

Procuraba César disminuir el temor de sus tropas con consuelos y razones, diciéndoles, «que haciendo pozos, no podia menos de encontrarse agua dulce, porque naturalmente tienen manantiales de ella todas las riberas del mar; y que cuando fuese distinta la naturaleza de las orillas egipcias de todas las demás, puesto que se hallaban señores del mar, y estaban sin escuadra los enemigos, nadie les podia estorbar conducir el agua todos los dias con las naves ó de Alberton, por la banda de la izquierda, ó por la de la derecha de la isla de Faro, las cuales navegaciones siendo opuestas, nunca se les podrian cerrar por vientos contrarios á un mismo tiempo. Que para la retirada no tenian medio alguno, nó solo hallándose constituidos en la mayor reputacion, sino aun cuando nada tuviesen que pensar mas que en salvar las vidas. Que era mucho el trabajo con que se sostenian en los asaltos de los contrarios desde sus fortificaciones, desamparadas las cuales, así en el paraje como en el número quedaban muy inferiores. Que el embarco costaria mucho tiempo y mucha dificultad, especialmente desde las lanchas; y al contrario, los alejandrinos se manejarian con la mayor celeridad con el conocimiento de los parajes y edificios, y, muy insolentes con la victoria, se les anticiparian, ocuparian los puestos y edificios mas altos, y por consiguiente les estorbarian la fuga y el embarco: por lo cual concluyó, que abandonasen semejante pensamiento, é hiciesen el ánimo á vencer por todas razones.»

Hecha esta plática á sus soldados, con que quedaron todos sosegados y atentos, encargó á los centuriones, que, cesando en las otras obras, pusiesen toda su atencion en abrir pozos, sin interrumpir este trabajo en toda la noche. Tomada por su cuenta esta comision, y asistiendo á la obra con mucho empeño los trabajadores, en una sola noche se halló grande abundancia de agua dulce. Y así, con el trabajo de nó largo tiempo, se ocurrió á las costosas máquinas y grandes esfuerzos de los alejandrinos.

II. Con intermedio de dos dias arribó á las costas de África, un poco mas arriba de Alejandría, la legion treinta y siete, compuesta de los soldados que se rindieron de Pompeyo, la cual habia hecho embarcar Domicio Calvino, con provisiones de víveres, armas, pertrechos y máquinas de guerra. No dejaba tomar puerto á las naves el viento de oriente, que reinaba ya muchos dias contínuos; y aunque todos aquellos parajes son á propósito para estar sobre áncoras, con todo, como se detenian demasiado, y empezaban á experimentar falta de agua, despacharon á César una nave ligera con el aviso.

Embarcóse César para tomar por sí la resolucion conveniente, dando órden de que le siguiese toda la escuadra, pero sin ningunas tropas, por no dejar sin gente las fortificaciones, cuando se apartaba á mayor distancia. Habiendo llegado á un paraje que llaman Queronéso, echó en tierra algunos remeros para hacer aguada; y como parte de ellos se adelantase mas de lo justo con deseo de alguna presa, dieron en manos de una tropa de caballos enemigos, que los sorprendió, y así supieron que venia César en persona, y sin gente en la escuadra. Con esta noticia creyeron que les proporcionaba la fortuna la mejor ocasion de lograr un buen golpe. Y así, embarcando sus tropas en todas cuantas naves tenian listas para el caso, salieron al encuentro con ellas á César, cuando ya volvia: el cual, por dos razones, no pensaba combatir este dia, así porque se hallaba sin tropas, como por ser ya mas de las cuatro de la tarde; pareciéndole que la noche aumentaria la esperanza á los que fiaban en el

conocimiento de aquellos parajes, y á él le faltaria el auxilio de animar á los suyos, no siendo de provecho ninguna exhortacion, cuando no pudiese distinguir el valor ó la cobardía. Por lo cual arrimó á tierra las naves que pudo, á donde le pareció que no se atreverian á exponerse los enemigos.

Estaba en el ala derecha de César una nave rodia muy separada de las otras. Viéndola así los enemigos no se pudieron contener, sino que salieron sobre ella con grande ímpetu cuatro naves cubiertas, y otras muchas de las que no lo estaban: de suerte que se vió César en precision de socorrerla; por no recibir una afrenta á sus propios ojos, aunque si la sucediese algun fracaso, juzgaba que le tenia bien merecido. Trabóse el combate con gran denuedo de los rodios, que, siendo sobresalientes en valor y pericia militar en todo género de batallas, no rehusaron en esta ocasion sufrir toda la carga, porque no resultase alguna pérdida por culpa suya. Así se acabó el combate con la mayor felicidad, porque se apresó una nave enemiga de cuatro órdenes de remos, otra se echó á pique, se barrenó otra, y perecieron los soldados de estas, y una gran multitud de las restantes; de manera que si la noche no separara el combate, hubiera quedado César dueño de toda la escuadra enemiga. Mientras ellos estaban poseidos del miedo, calmó algo el viento contrario, con que César con sus naves vencedoras llevó á remolque las de carga á Alejandría.

Cayeron mucho de ánimo los alejandrinos viéndose ya vencidos nó solo por el valor de los defensores, sino tambien por la pericia de la marina(1). Se subian á los parajes mas elevados para defenderse desde los edificios, y oponian delante muros de madera, temiendo aun en tierra el ataque de nuestras naves. Pero después que Ganimedes les aseguró en un consejo, que no solamente restableceria las perdidas naves, sino que acrecentaria su número; empezaron con grande ánimo y esperanza á recomponer las viejas, tomando esta empresa con el mayor calor y aplicacion. Y aunque habian perdido mas de ciento y diez galeras en el puerto y astilleros, no desistieron del pensamiento de reparar la armada, viendo que si llegaban á estar pujantes por el mar, no podrian venir refuerzos ni víveres á César. Y siendo gente marinera por naturaleza, y acostumbrada desde la niñez con un continuo ejercicio al tráfico de una ciudad, y un pais marítimo, se dedicaban con gusto á este recurso como á su bien doméstico y natural, conociendo lo mucho que habian adelantado con sus pequeñas lanchas; así que con todo su conato y esfuerzo se empeñaron en la construccion de otra escuadra.

En todas las embocaduras del Nilo habia naves repartidas para la cobranza de entradas, y otras tenian mas antiguas en el fondo del arsenal real, de las cuales hacia muchos años que no usaban para la navegacion. Compusieron estas é hicieron venir las otras á Alejandría. Como les faltaban maderas para remos, abrian los pórticos, gimnasios y edificios públicos, y aprovechaban las vigas para este fin, dándoles arbitrios para unas cosas su natural industria, y para otras la abundancia de la ciudad. Finalmente, no se preparaban para una larga navegacion, sino para la necesidad del tiempo presente, y para combatir dentro del mismo puerto. Así, en pocos dias, y contra la esperanza de todos, concluyeron veinte y dos naves de cuatro órdenes de remos, y cinco de cinco órdenes. Á estas añadieron muchas otras menores y descubiertas y habiendo experimentado en el puerto con remos la aptitud de ellas, las acomodaron de buenos soldados, y se pertrecharon de todo lo necesario para el combate. Tenia César nueve naves rodias (porque de diez que le enviaron pereció una en la costa de Egipto) ocho del Ponto, cinco de Licia, y doce del Asia. De estas, cinco eran de cinco órdenes de remos, diez de á cuatro, las otras de menor porte, y las mas descubiertas; pero confiando en el valor de sus soldados, y conociendo el de los enemigos, se dispuso para el combate.

Cuando se llegó á tal disposicion, que unos y otros confiaban bastante en sus fuerzas, dobló César la isla de Faro, y dispuso su frente hácia los enemigos, poniendo en el ala derecha las naves rodias, y las pónticas en la izquierda, entre las cuales dejó un espacio como de cuatrocientos pasos, que le pareció bastante para que se manejasen con desembarazo. Después de esta primera division distribuyó las demás para refuerzo, señalando cuál habia de seguir á cada una de las otras, y servirla de refuerzo. Sacaron tambien su escuadra los alejandrinos con resolucion, y la pusieron en órden; colocaron las veinte y dos en la frente, las demás de refuerzo en otra segunda division, y además un gran número de embarcaciones menores y lanchas con haces y materias incendiarias, por si con la multitud, la gritería y los fuegos podian amedrentar á los nuestros. Mediaban entre las dos escuadras unos bancos de arena de muy estrecho tránsito, que pertenecen al país de África (pues se dice que la mitad de Alejandría pertenece al África); y unos y otros esperaron largo tiempo, quiénes empezarian á pasarlos, porque los que entrasen en ellos, parecia que se habian de hallar muy embarazados, así para el manejo de la escuadra, como para la retirada, si la desgracia los ponia en esta precision.

Mandaba las naves rodias Eufranor, sugeto mas comparable en valor y grandeza de ánimo con nuestros romanos, que con los griegos; el cual, por su conocida destreza y grande espíritu, fué elegido por los rodios para general de la escuadra. Conociendo este la detencion de César, le dijo: «Pareceme, César, que te recelas de que entrando el primero en estos bancos, te has de ver en la precision del combate antes de poder desembarazar el resto de la armada. Fia de nosotros la empresa; nosotros sostendremos el combate, sin que quede frustrada tu confianza, hasta que los demás puedan seguirnos; pues nos causa notable pena, y aun tenemos por un género de descrédito el que se vanaglorien estos mas tiempo á nuestros propios ojos.» Animóle César, y dió la señal del combate engrandeciendo su valor con las mayores alabanzas. Adelantóse entónces Eufranor con cuatro galeras rodias, las cuales fueron al punto cercadas y batidas fuertemente por los alejandrinos. Ellas se sostuvieron y se manejaban con su pericia y arte con gran desembarazo; y pudo tanto su destreza, que en medio de la desigualdad del número, ninguna de las rodias presentó el costado al enemigo, ni rompió sus remos; antes salieron siempre de proa los ataques contrarios. Entretanto, siguieron á incorporarse las otras. Entónces, por necesidad de la estrechez del mar, cesó la destreza, y quedó toda la fuerza del combate en la resistencia y valor. No hubo en este trance persona en Alejandría, ni de los moradores, ni de los nuestros, que parase la atencion en los reparos, ni en el asalto de ellos; sino que subieron todos á los terrados mas altos, buscando lugar para el espectáculo, por cuanto podia extenderse la vista, y pidiendo victoria para los suyos con ruegos y votos á los dioses inmortales.

Era el combate muy desigual por sus circunstan-

(1) Aquí hay falta en el texto.

cias; porque, vencidos los nuestros, no les quedaba efugio alguno ni por mar ni por tierra; y aun siendo vencedores, quedaba todo el negocio muy incierto; pero ellos, si vencian la batalla naval, lo poseian todo: y si quedaban vencidos, podian todavía tentar otros recursos. Juntamente parecia muy penoso y miserable, que un tan corto número de gente decidiese de todo el suceso, y de la comun suerte de los demás; de los cuales si alguno caia de ánimo y de su fortaleza, deberia mirar tambien por aquellos que no hubiesen tenido facultad de pelear y defenderse por sí. Estos mismos cargos les habia hecho César repetidas veces en los dias antecedentes, que peleasen con tanto mas denuedo, porque veian que á ellos se fiaba la vida y conservacion de todos. Esto mismo habia repetido cada uno á su camarada, á su amigo y conocido al tiempo de la despedida, que no hiciese por donde quedase frustrada su opinion, y la de todos aquellos por cuyo juicio habia sido elegido para el combate. Y así se peleó con tal esfuerzo, que ni á la marina socorria su destreza y arte, ni la multitud de naves aprovechaba á los que hacian ventaja en el número de ellas, ni los escogidos entre tanta muchedumbre eran capaces de igualar el valor de los nuestros. Se apresó en este combate una nave de cinco órdenes de remos, otra de dos con toda su tripulacion, y se echaron tres á pique, sin que pereciese ninguna de las nuestras. Las demás tomaron la vuelta de la ciudad, que tenian inmediata, á las cuales protegieron desde los muelles y edificios que dominaban la playa, y estorbaban á los nuestros el acercarse.

III. Para que esto no sucediese con frecuencia, procuró César hacer los esfuerzos posibles para ganar la isla y el dique que conducia á ella; pues concluida ya la mayor parte de las fortificaciones en la ciudad, esperaba poder asaltar á un mismo tiempo la ciudad y la isla. Tomada esta resolucion, embarcó en las naves menores y en los esquifes diez cohortes, con alguna gente escogida de infantería ligera, y la que le pareció mas á propósito de la caballería francesa; y acometió con las naves cubiertas otra parte de la isla, á fin de dividir las fuerzas, proponiendo grandes premios al primero que entrase en ella. Sostuvieron los enemigos al principio con igualdad el ímpetu de los nuestros, defendiéndose á un mismo tiempo desde los terrados, y guardando tambien las orillas, á donde no podian acercarse fácilmente los nuestros por la aspereza de la orilla; y con las lanchas y cinco galeras disputaban con ágilidad y destreza la estrechez del lugar. Pero luego que algunos de los nuestros, reconocido y tentado el vado, llegaron á poner el pié en la ribera, y á estos se siguieron otros, y empezaron á pelear constantemente con los que se habian hecho fuertes en la orilla, todos los isleños volvieron las espaldas. Rechazados estos, y abandonada la defensa del puerto, se echaron hácia las riberas y poblacion, y saltaron en tierra para defender sus casas.

Mas no se pudieron sostener largo tiempo en aquella defensa, aunque, comparadas las cosas pequeñas con las grandes, no era muy diversa la planta de aquellos edificios de los de la ciudad, y podian pasar por muralla algunas torres altas, que casi se tocaban unas con otras, ni venian los nuestros prevenidos de escalas ni manteletes, ni los demás preparativos para el asalto. Pero el temor, como se vió entónces, quita el ánimo y el conocimiento á los hombres, y les debilita las fuerzas. Porque los que antes confiaban poder contrarestar en paraje igual y llano, estos mismos amedrentados con la fuga y pérdida de unos pocos de los suyos, no se atrevieron á mantenerse en unos edificios de treinta piés de alto, sino que se arrojaron al mar por el dique, y huyeron á nado hasta la ciudad todo un espacio de ochocientos pasos. Muchos de ellos quedaron prisioneros, muchos muertos; y se hicieron seiscientos cautivos.

César, habiendo concedido la presa á los soldados, entregó al saco los edificios, fortaleció un castillo junto al puente mas inmediato á Faro, y puso en él la guarnicion competente. Este le habian desamparado los isleños: otro mas fuerte y cercano á la ciudad le defendian los alejandrinos; pero le acometió César del mismo modo al dia siguiente, porque ganados ambos, creia poder estorbar las salidas de las embarcaciones menores, y sus repentinos latrocinios. Ya habia desalojado desde las lanchas con flechas y algunas máquinas, y retirado hasta la ciudad su guarnicion, y tenia desembarcadas tres cohortes, porque la estrechez del lugar no daba espacio para mas gente, y quedaban para sostenerlas las demás tropas en las naves. Hecho esto, dió órden de fortificar el puente contra los enemigos, y asimismo de cegar con piedras un arco que le sostenia, por el cual tenian salida las naves. De las dos obras, hecha esta, no podia salir ninguna nave; y en cuanto á la del puente, apenas se empezó, salieron de la ciudad todas las tropas de los alejandrinos, y se pusieron á hacer frente á los reparos en paraje bastante descubierto, arrimando tambien al dique las embarcaciones menores, que acostumbraban destacar á incendiar las de transporte. Peleaban los nuestros desde el puente y el dique; y los enemigos desde el raso enfrente del puente, y desde las naves contra el dique.

Estando César ocupado en esto, y animando sus tropas, un número considerable de remeros y soldados se arrojó al dique desde nuestras galeras, parte llevados del deseo de ver lo que pasaba, y parte del de probar las manos. Estos, al principio, rechazaban desde el dique con hondas y piedras las naves enemigas, y parecia de mucha útilidad la multitud de sus tiros; pero luego que se atrevieron algunos alejandrinos á saltar de las naves un poco mas lejos de aquel paraje, y los acometieron por el flanco, empezaron á huir precipitadamente á las naves, sin banderas, sin órden ni gobierno alguno, conforme habian salido. Con cuya fuga, excitados los alejandrinos, saltaban de las naves, y perseguian á los nuestros desbaratados. Juntamente los que habian quedado en las galeras se apresuraban por quitar las escalas, y apartar las naves de tierra, para que no se apoderasen de ellas los enemigos. Con esto, perturbadas nuestras tres cohortes, que se habian hecho fuertes en el puente y la parte anterior del dique, oyendo á sus espaldas las voces, viendo la fuga de los suyos, y haciendo frente á un diluvio de flechas, temieron ser cercados por la espalda, y que partiendo las naves, se les cerrase la vuelta á ellas; y así abandonaron la empezada fortificacion del puente, y tomaron á carrera abierta el camino de las naves: parte de estos cargaron sobre las mas inmediatas, y con la multitud y el peso se sumergieron; parte mas detenidos é irresolutos en el partido que debian tomar, perecieron á manos de los alejandrinos: algunos, con mas feliz suceso, hallando naves desocupadas sobre el áncora, escaparon libres, y muy pocos, sostenidos en los escudos, y sacando fuerzas para semejante lance, llegaron nadando á las embarcaciones inmediatas.

César, haciendo cuanto podia para animar á los suyos á que se mantuviesen en el puente y en las fortificaciones, se halló en el mismo peligro; pero al ver

que todos se retiraban, se volvió á su navío, adonde le siguió tanta multitud, que no daba lugar á manejarle, ni separarle de tierra; y así, previendo lo que habia de suceder, se arrojó al mar, y llegó nadando á las naves que estaban mas apartadas, desde donde envió lanchas á los suyos, que zozobraban, y pudo salvar algunos. Pero el navío, sumergido por la mucha gente, se perdió con ella. Perecieron en esta ocasion cerca de cuatrocientos soldados legionarios, y algo mayor número de los remeros y tropa de marina. Los alejandrinos guarnecieron el castillo con muchas y grandes fortificaciones y máquinas, sacaron las piedras del arco, y usaron despues de él libremente para despachar sus navíos.

Tan lejos estuvieron nuestros soldados de perder el ánimo con esta desgracia, que, antes irritados, hacian vigorosas arremetidas por forzar los reparos de los enemigos; y siempre que se ofrecia ocasion en los encuentros diarios con motivo de los ataques y salidas de los alejandrinos (1), se les veia encendidos en los mas ardientes deseos de exponerse á todos los trabajos, y de venir á las manos. No era capaz de igualar la exhortacion de César tal trabajo de las legiones y deseo de pelear; de suerte, que mas habia que contenerlos de las acciones y ataques mas peligrosos, que incitarlos al combate.

IV. Viendo los alejandrinos que á los romanos los alentaban los sucesos prósperos, y los incitaban los adversos, y no hallando en el arte de la guerra un medio entre estos extremos con que enflaquecerlos; ó aconsejados, segun se puede inferir por conjeturas, de los amigos del rey, que se hallaban en poder de César, ó con aprobacion del mismo rey, á quien darian parte secretamente de su determinacion, enviaron diputados á César, pidiéndole «pusiese en libertad al rey, y le permitiese pasar entre sus vasallos; porque, cansada la nacion del gobierno de una muchacha, que solo tenia una autoridad precaria, y de la cruelísima dominacion de Ganimedes, estaba dispuesta á seguir las órdenes de su señor: y que si les aconsejase que debian ponerse y reducirse bajo la proteccion y amistad de César, no habria temor de peligro alguno que los detuviese para entregarse».

Aunque César tenia bien conocida esta gente, que siente siempre una cosa en el corazon, y otra manifiesta en las palabras; con todo le pareció conveniente condescender á su peticion: pues si por fortuna sentian lo que le suplicaban, pensaba que el rey, puesto en libertad, permaneceria en su fidelidad; pero si, como era mas natural á su genio, deseaban tener al rey al frente de sus armas, pelearia él contra un rey con mas explendor y gloria, que contra una tropa de advenedizos y fugitivos. Y así, exhortando al rey «á que mirase por el reino de su padre, y se condoliese de tan gloriosa patria, desfigurada enteramente con afrentosas ruinas é incendios: que lo primero de todo redujese á sus vasallos á las leyes de la razon, y despues los conservase: que guardase fidelidad á él y al pueblo romano, pues fiaba tanto de su persona, que le enviaba libre á sus enemigos armados; estando los dos asidos de las manos, puso en libertad al rey jóven, ya de edad adulta.» Pero adoctrinado su real ánimo en artes falacísimas, por no desmentir la índole de su nacion, empezó á derramar lágrimas delante de César, y á decirle, que no le pusiese en libertad, pues el mismo reino no le era mas agradable que la presencia de César. Él, conteniendo su llanto, y aun enternecido además, y asegurándole que presto estarian unidos, si eran tales los sentimientos de su corazon, le dejó ir con sus vasallos. Mas el, como sacado de una estrecha prision á una carrera abierta, empezó á hacer la guerra á César con tanta vehemencia, que no parecia sino que habian sido de gozo las lágrimas que habia derramado en su despedida. Alegrábanse de este lance los lugartenientes de César, sus amigos, los capitanes, y aun los soldados, al ver burlada su demasiada bondad por un astuto muchacho; como si César hubiera ejecutado esto llevado solo de su buen corazon, y nó con prudentísimo consejo.

Conociendo los alejandrinos que, aun recobrando su caudillo, no se habian hecho mas poderosos, ni los romanos mas débiles, burlándose las tropas de la poca edad y flaqueza del rey, y recibiendo de esto gran pena, por conocer que nada habian adelantado; en medio de estos discursos se extendió la voz, de que le venian á César considerables refuerzos por la Siria y Cilicia, de que aun no tenia César el menor aviso. Así, determinaron apresar los víveres que venian por el mar. Estaban en acecho de nuestros convoyes apostadas varias naves ligeras en parajes convenientes junto á Canopo: de lo cual informado César, mandó prevenir y poner lista su escuadra, de la que dió el mando á T. Neron. Partieron con la escuadra las naves rodias, y con ellas Eufranor, sin el cual ningun combate marítimo se habia dado nunca con felicidad. Pero la fortuna, que por lo regular reserva para mayor desgracia á los que suele honrar con mas favores, miraba ya á Eufranor con diferente rostro que en los tiempos pasados. Pues habiendo llegado á Canopo, y empezado á embestirse, puestas en órden las dos armadas, trabó el combate Eufranor el primero, segun su costumbre. Ya habia barrenado y sumergido una nave enemiga de tres órdenes de remos, y seguia dando caza á otra inmediata adelantándose á las otras; pero, siguiéndole estas con poca diligencia, fué cercado de los alejandrinos. Nadie acudió á su socorro, ó por creer que en su valor y felicidad llevaba consigo suficiente defensa, ó porque todos tuvieron miedo de sí mismos. Y así, el único que cumplió como debia en aquella accion, pereció con su nave vencedora de cuatro órdenes de remos.

Á este tiempo Mitridates Pergameno, sugeto muy conocido por su ilustre casa, de gran pericia y valor en la guerra, y de muy experimentada fidelidad para con César, á quien este habia despachado al principio de la guerra de Alejandría á traer tropas de refuerzo de Siria y Cilicia, vino por tierra con un grueso considerable que juntó con mucha prontitud, con voluntad muy propensa de todas las ciudades, y con su buena diligencia. Llegó á la ciudad de Pelusio, por la cual se junta la Siria con el Egipto. Tenia Aquilas dentro de ella una buena guarnicion, por ser plaza importante (pues se cree muy fortificado todo el Egipto con dos fuertes barreras, la isla de Faro por la parte del mar, y esta ciudad por la de tierra); pero cercada de improviso con un numeroso ejército, del cual destacaba Mitridates contínuos refuerzos á los heridos y cansados, y con la gran perseverancia y constancia del asalto, á pesar de la vigorosa resistencia de los que la defendian, la tomó el mismo dia que vino á combatirla, y dejó en ella guarnicion. Con este buen suceso prosiguió su marcha la vuelta de Alejandría, sujetando de paso, y reduciendo á la obediencia de César toda la tierra por donde caminaba con aquella autoridad que de ordinario asiste al vencedor.

Hay en este país un paraje famoso llamado Delta,

(1) Hay falta en el texto, y se le ha dado sentido.

nó lejos de Alejandría, que tomó el nombre de su semejanza con esta letra griega. Porque, dividida maravillosamente en dos brazos cierta parte del Nilo, y dejando lentamente entre los dos un buen espacio intermedio, se viene á unir con el mar con un intervalo de mucha distancia. Cuando el rey supo que Mitridates estaba cerca de este sitio, y que habia de pasar el rio, despachó contra el un grueso considerable de sus tropas, con que creia poder deshacer ó desbaratar á Mitridates, ó á lo menos estorbarle el paso sin duda alguna: y así como deseaba vencerle, se contentaba tambien con detenerle, para que no se incorporase con César. Las primeras tropas que pasaron el rio por el Delta, salieron al encuentro á Mitridates, y trabaron la batalla, apresurándose por quitar á las que les seguian la compañía de la victoria. Sostuvo Mitridates su primer ímpetu con gran prudencia, fortificado en sus reparos á usanza nuestra; mas viendo que con poca cautela y con insolencia además se acercaban á las fortificaciones, hizo una salida general, con que les mató mucha gente, y si no se encubrieran los demás con el conocimiento que tenian de la tierra, y parte no se refugiára á las naves con que habian pasado el rio, quedaran enteramente deshechos. Mas, luego que se rehicieron algun tanto de aquel susto, y se incorporó después con ellos el resto del ejército, volvieron otra vez sobre Mitridates.

Despachó este un mensagero á César con la noticia de aquel suceso; fué tambien informado el rey por los suyos; y así á un mismo tiempo partió él con ánimo de desbaratar á Mitridates, y César á recibirle. Hizo el rey mas presto la navegacion del Nilo, en el que tenia prevenida una buena escuadra para el intento. César no quiso ir por el mismo camino, por no tener combate naval en el rio, sino dando la vuelta á aquel pedazo de mar que dijimos arriba pertenecia al África: con todo salió al encuentro de las tropas reales antes que hubiesen podido acometer á Mitridates; de suerte que, sin desgracia alguna, vino á incorporarse con el vencedor. Habia hecho alto el rey con sus tropas en un paraje fortalecido de su naturaleza por ser elevado, pues dominaba el llano todo al rededor, y defendido por tres lados con varias fortificaciones: por el uno tocaba casi con el rio Nilo, por otro tomaba toda la elevacion de la cuesta su campo formado, y al tercero tocaba una laguna.

Entre los reales del rey y el camino que traia César mediaba un riachuelo estrecho; pero de muy altas orillas, que entraba en el Nilo. Distaba este de los reales del rey cerca de siete millas. Avisado pues de que César venia por este camino, destacó al rio toda la caballería, y alguna infantería ligera escogida, para estorbarle el paso, y trabar desde las orillas una desigual batalla. Porque ninguna ventaja tenia el valor, ni se exponia á riesgo la cobardia: cosa que dió mucho sentimiento á nuestra gente de á pié y de á caballo; por ver que después de tanto tiempo se peleaba con igualdad con los alejandrinos. Y así, á un mismo tiempo la caballería alemana, que se destacó á buscar vado, pasó el rio por algunas partes por donde iba menos profundo, y los legionarios, cortados grandes árboles que llegasen de un lado á otro, echándolos al agua, y encima de pronto gran cantidad de céspedes, tambien pasaron. Cuyo acometimiento temieron tanto los enemigos, que pusieron en la fuga toda la esperanza de salvarse: bien que en vano, porque muy pocos escaparon á la presencia del rey, quedando tendida en el alcance casi toda la multitud.

V. Habiendo salido esta accion con tanta felicidad, y juzgando César que su repentina llegada infundiria mucho terror en los enemigos, se dirigió desde aquí vencedor á los reales del rey. Pero, advirtiendo que estaban fortificados con grandes obras y por la naturaleza, y viendo una espesa multitud colocada en la trinchera, no le pareció acercarse al asalto con las tropas cansadas de la pelea y de la marcha; y así sentó su real á mediana distancia del enemigo. Al dia siguiente acometió y tomó con todas sus fuerzas un castillo que habia el rey fortalecido en un lugar inmediato á sus reales, y le habia unido por medio de una línea con sus fortificaciones para dominar el lugar. Nó porque pensase que seria difícil tomarle con menos gente, sino con el ánimo de atemorizar así á los enemigos, y dar inmediatamente desde esta victoria sobre los reales del rey. Y así, con el mismo ímpetu con que los soldados persiguieron á los alejandrinos, que escapaban del castillo á los reales, llegaron á las fortificaciones, y empezaron á lo lejos un asalto porfiado. Por dos partes habia lugar para nuestros ataques: una por el llano que dije arriba tenia la entrada fácil, y otra por un mediano espacio que quedaba entre los reales y el Nilo. El mayor número y mejor de los alejandrinos defendia la parte de mas fácil entrada, y hacian mucho efecto sobre los nuestros, que peleaban por el lado del Nilo; porque eran cargados por dos partes los que atacaban los reales, desde las trincheras, y desde el Nilo, donde tenian prevenidas muchas naves con honderos y flecheros.

Viendo César que sus tropas no podian pelear con mas esfuerzo, y que por la mala situacion se adelantaba muy poco, y observando que los enemigos habian abandonado la altura de su campo, que por sí estaba resguardada, y que parte con deseo de pelear, y parte de ver lo que pasaba se habian bajado al paraje donde se combatia, mandó que algunas cohortes rodeasen los reales, y acometiesen aquella altura bajo la direccion de Carsuleno, sugeto muy distinguido por su valor y pericia militar. Luego que llegaron, defendiendo pocos el sitio, peleando los nuestros con el mayor brío, y atemorizados los alejandrinos con la doble gritería y pelea, empezaron á discurrir aturdidos por varias partes. Con esta perturbacion creció tanto el ánimo de los nuestros, que á un mismo tiempo y por todos lados forzaron las fortificaciones; pero las penetraron primero los que se apoderaron de la altura de los reales, de donde bajando corriendo mataron una gran multitud de los enemigos. Muchos de ellos por escapar de este peligro se arrojaban á montones por las trincheras hácia la parte del rio. Oprimidos los primeros con la precipitacion en el mismo foso de la línea, dieron fácil efugio á los demás. El rey mismo se sabe que salió huyendo de los reales, y que se refugió á una nave: pero con la multitud de los que se venian nadando á las mas inmediatas, pereció sumergido.

Concluida esta accion con tanta prontitud y felicidad, partió César la vuelta de Alejandría con la gente de á caballo por el camino mas cercano con gran satisfaccion de la victoria, y entró en ella vencedor por la parte que ocupaba la guarnicion enemiga. No le engañó su opinion de que en sabiendo los enemigos el suceso de esta batalla, no pensarian mas en continuar la guerra. Cogió al entrar el fruto digno de su valor y grandeza de ánimo; porque toda la multitud de los vecinos, arrojando las armas, abandonando las fortificaciones, tomando aquellos vestidos con que acostumbran á humillarse los rendidos ante sus domadores, y sacando en público todos los vasos y adornos sagrados, con cuya ceremonia religiosa solian aplacar los ánimos ofendidos de sus reyes, se presentaron á

la entrada de César, y se pusieron en sus manos. César los recibió bajo su palabra; y consolándolos, pasó por medio de sus fortificaciones á la parte de la ciudad que él ocupaba, con mucho aplauso y parabienes de los suyos, que no tanto se alegraban del suceso y trances de la misma guerra, como de aquella su venida con tanta felicidad.

Apoderado César de Egipto y de Alejandría, puso por reyes en ella los que Tolomeo habia dejado en su testamento, suplicando al pueblo romano que no se mudasen. Y así, muerto el mayor de los dos príncipes, entregó el reino al menor, y á Cleopatra, la mayor de las hijas, que habia permanecido en su fidelidad, y al amparo de sus presidios: á la menor, llamada Arsinoe, en cuyo nombre dijimos que habia reinado tiránicamente Ganimedes, la mandó sacar del reino, para que no se originase alguna nueva discordia movida por personas sediciosas, antes de que el tiempo asegurase el cetro á los dos reyes. Llevó consigo la sexta legion veterana, y dejó allí las demás, para que quedase mas seguro el reino á los dos hermanos, que ni podian tener de su parte el amor de sus vasallos, porque habian permanecido en la amistad de Cesar, ni la autoridad de antigüedad por ser reyes de pocos dias. Y al mismo tiempo creia que era importante para la reputacion de nuestro imperio y útilidad pública, que estuviesen seguros los reyes con nuestras guarniciones, si se mantuviesen fieles; y si fuesen ingratos, se les pudiese contener con ellas mismas. Concluidas y dispuestas así las cosas, partió por tierra á la Siria.

VI. Mientras pasaba esto en Egipto, acudió el rey Deyotaro á suplicar á Domicio Calvino, á quien César habia dado el gobierno del Asia, y de las provincias comarcanas, no permitiese á Farnaces poseer, y destruir la Armenia menor, reino suyo, ni la Capadocia, reino de Ariobarzanes; pues si no se lès libertaba de esta fatalidad, no podrian cumplir lo que se les mandaba, ni aprontar el dinero que tenian prometido á César. Domicio, juzgando que no solo era necesario el dinero para los gastos de la guerra, sino que era vergonzoso para el pueblo romano, para César vencedor, y para sí propio, que un rey extranjero se apoderase de los reinos de sus aliados y amigos, despachó inmediatamente sus mensageros á Farnaces diciendo, que saliese de Armenia y de Capadocia, y que no ofendiese al derecho y majestad del pueblo romano, por verle ocupado en una guerra civil. Y creyendo que esta notificacion tendria mas fuerza, si él se acercase á aquellas regiones con un ejército, partió á donde estaban las legiones, llevó consigo la treinta y seis, de tres que tenia, y envió las otras dos á César, que se las pedia por cartas desde Egipto: de las cuales la una no se halló en la guerra de Alejandría por haber ido por tierra de Siria. Añadió Domicio á la legion treinta y seis otras dos del rey Deyotaro, que muchos años antes tenia él prevenidas y enseñadas en nuestra disciplina militar, y además cien caballos, con otros tantos que tomó de Ariobarzanes. Despachó á P. Sextio á donde estaba el cuestor C. Pletorio, para que trajese una legion levantada aceleradamente en el Ponto; y á Q. Patisio á Cilicia, para conducir tropas auxiliares: todas las cuales se juntaron prontamente en Comana á las órdenes de Cn. Domicio.

Llegaron entretanto diputados de Farnaces con la respuesta de que habia salido de Capadocia; pero que conservaba la Armenia menor, la cual debia poseer, como herencia de su padre: y que la pretension de este reino se reservase íntegra hasta la venida de César, pues él estaba pronto á ejecutar sus órdenes. Conoció Cn. Domicio que el haber evacuado la Capadocia mas habia sido por precision, que de buena voluntad, para poder defender mejor la Armenia inmediata á su reino que la Capadocia mas distante: y por pensar que Domicio traeria en todas sus tropas tres legiones, y aun de estas habia oido que habia enviado dos á César; por esto se mantenia con mayor atrevimiento en este reino. Por lo mismo se empeñó Domicio en que tambien le habia de dejar libre, pues no habia razon alguna, ni título diverso entre Capadocia y Armenia, ni pedia con justicia que el asunto se dilatase enteramente hasta la venida de César; porque quedar íntegro, era quedar como antes estaba. Dada esta respuesta, partió con las tropas que he dicho la vuelta de Armenia, dirigiendo su marcha por las alturas. Porque desde el Ponto y Comana empieza una cordillera de montes hasta la Armenia menor que la separa de la Capadocia: en cuyo tránsito habia la oportunidad de que no podia ocurrir acometimiento repentino de los enemigos; y de que la Capadocia, que estaba al pié de las montañas, podia suministrar los víveres con abundancia.

Durante la marcha enviaba continuamente mensageros Farnaces á Domicio para tratar de ajuste, y ofrecerle ricos presentes. Domicio los despreciaba todos con constancia; y respondia, que en nada pondria su atencion mas que en recobrar la autoridad del pueblo romano y los reinos de sus aliados. Así, despues de largas y contínuas marchas, llegando cerca de Nicópolis, ciudad de la Armenia menor, puesta en una llanura, y resguardada por los dos lados de dos altas montañas separadas buen trecho de la ciudad, sentó su real á cerca de siete millas de distancia de ella. Desde su campo tenia que pasar por un paraje estrecho y embarazoso, donde ocultó Farnaces en una emboscada la mejor gente de á pié y casi toda la caballería, haciendo derramar por la estrechura gran porcion de ganado, y que los aldeanos y vecinos anduviesen por allí como de ordinario; para que si Domicio entraba como amigo en el desfiladero, no sospechase la emboscada, viendo á la gente y ganados por los campos, como en entrada de amigos; pero si venia como enemigo, se desparramasen sus soldados cebados en la presa, y pudiese sorprenderlos entónces.

En medio de estas disposiciones no dejaba de enviar comisionados á Domicio sobre la paz y amistad, creyendo que así le podria engañar mas fácilmente. Pero al contrario, esta misma esperanza dió motivo á Domicio para detenerse en los reales. Y así Farnaces, perdida la oportunidad de la primera ocasion, y temiendo no fuesen descubiertas las asechanzas, retiró sus tropas á sus reparos. Al dia siguiente se acercó Domicio mas á Nicópolis, y acampó enfrente de la ciudad. Entretanto que los nuestros fortificaban su campo, ordenó Farnaces sus tropas á su manera, formando una sola línea de frente, y guarneciendo las alas con tres órdenes de refuerzos. Los mismos aplicó al centro, y en los espacios, entre las dos alas derecha é izquierda, cuerpos de una sola línea. Domicio formó parte de sus tropas al frente de sus trincheras, y concluyó la fortificacion.

La noche siguiente, habiendo sorprendido Farnaces los correos que traian noticias á Domicio del estado de la guerra de Alejandría, supo que César se hallaba en mucho peligro, que pedia con mucha instancia socorros á Domicio, y que él mismo se acercase á Alejandría por la Siria. Con estas noticias contaba Farnaces por una victoria el alargar el tiempo, pensando que Domicio no podria menos de ponerse en marcha desde

luego. Y así empezó á hacer dos trincheras en línea recta de cuatro piés de altura, y no muy distantes una de otra desde la ciudad, por la parte que veia era mas fácil la entrada para el ataque de los nuestros, hasta donde tenia determinado extender su ejército. Formaba siempre las tropas de la parte de adentro de estos reparos, y colocaba fuera toda la caballería á los lados, la cual no podia serle útil de otra manera, y excedia mucho en número á la nuestra.

Movido mas Domicio del peligro de César que del suyo propio, y juzgando que no podia retirarse ya con seguridad, si volviese á apetecer las condiciones que antes habia rehusado, ó se pusiese en marcha sin motivo, sacó sus tropas de los reales al campo. Colocó la la legion treinta y seis en el ala derecha, la póntica en la izquierda, y en el centro las de Deyotaro, á las cuales dejó con cuidado una frente muy estrecha, y reservó las demás cohortes para refuerzos. Formadas así las haces de ambas partes, se adelantaron unos y otros á darse la batalla.

Hecha la señal de acometer, llegaron á embestirse á un mismo tiempo: peleóse con valor y con vario suceso. Porque habiendo acometido la legion treinta y seis á la caballería del rey fuera de la línea, la encontró con tanta felicidad, que la hizo retirar pasando el foso hasta la misma muralla, y revolvió sobre la infantería por la retaguardia. Pero por otra parte, habiendo cedido algun tanto la legion póntica, é intentado la segunda línea rodear el foso para acometer al enemigo por el flanco, fué sorprendida y desbaratada en el mismo paso del foso. Las legiones de Deyotaro apenas pudieron resistir el primer choque. Así, vencedoras las tropas del rey, convirtieron toda el ala derecha y el centro de su ejército contra la legion treinta y seis, que sin embargo sostuvo fuertemente el ímpetu de los vencedores; y aun cercada de un número excesivo, se retiró formada en un peloton á la falda del monte, peleando con grandísimo valor, adonde no quiso Farnaces perseguirla por la calidad del terreno. De esta manera, perdida casi toda la legion póntica, y muerta gran parte de la gente de Deyotaro, ocupó las alturas la legion treinta y seis, sin que se echasen menos de ella mas que doscientos y cincuenta soldados. Murieron en esta batalla sugetos muy principales y nobles, y algunos caballeros romanos. Sin embargo, recogió Domicio las reliquias de su ejército desbaratado, y se entró en la Siria por los caminos seguros de Capadocia.

VII. Engreido Farnaces con este buen suceso, y esperando de César el éxito que deseaba, se apoderó del Ponto con todas sus fuerzas; y como vencedor y bárbaro rey, preparándose la misma fortuna que su padre con mayor felicidad, tomó muchas ciudades por fuerza, robó los bienes de los naturales y de los romanos, y estableció tormentos mas terribles que la misma muerte contra los que tenian alguna recomendacion de su edad, ó de su hermosura. Así estaba en posesion del Ponto; sin que nadie se lo estorbase, muy vano y orgulloso de haber recobrado el reino de su padre.

Por este mismo tiempo acaeció una desgracia en el Ilírico, provincia que se habia mantenido los meses anteriores nó solo sin deshonor, sino aun con mucha gloria. Envió César aquí por el verano al cuestor Q. Cornificio, en lugar de pretor, con dos legiones; y aunque estaba escasa la provincia para mantener ejércitos, y por la inmediacion de la guerra y revoluciones habia quedado asolada y consumida, con todo eso la recobró y defendió con su actividad y prudencia, y con gran cautela de no pasar nunca adelante sin mucha consideracion. Así tomó muchos fuertes en puestos ventajosos, cuya oportunidad movia á los que los ocupaban á hacer algunas correrías, y continuar la guerra. Estas presas las repartia entre los soldados, que aunque pequeñas, con todo, respecto de la escasez de toda la provincia, les eran agradables, y especialmente debiéndose á su valor. Habiendo entrado en aquel golfo Cn. Octavio con una armada considerable despues de la derrota de Farsalia, se apoderó Cornificio de algunas de sus naves, con unas pocas que pudo juntar de los jadertinos, que siempre habian servido á la república con particular fidelidad; de suerte que aun podia aventurarse á un combate naval, unidos los navíos apresados con los de sus amigos. Andaba César vencedor persiguiendo á Pompeyo en una parte del mundo muy distante: oia que muchos de los contrarios, recogidas las reliquias de la fuga, se habian entrado en el Ilírico por la cercanía de Macedonia; por lo que despachó sus cartas á Gabinio, para que se encaminase al Ilírico con las legiones nuevamente alistadas, á fin de que juntas sus tropas con las de Cornificio, pudiese defender la provincia de cualquiera peligro: y si esta se podia mantener con poca gente, entrase con sus tropas en Macedonia, pues él creia que toda esta tierra y gente renovaria la guerra mientras viviese Cn. Pompeyo.

Luego que Gabinio entró en el Ilírico en tiempo de invierno, y muy calamitoso, ó creyendo que estaba mas abundante la provincia, ó atribuyendo demasiado á la felicidad de César vencedor, ó fiado en su valor y pericia militar, con que aventurado en las guerras muchas veces habia ejecutado grandes y favorables empresas por su conducta y ardimiento, ni le ayudaba con sus facultades la provincia, parte exhausta, y parte levantada, ni se podian transportar víveres por el mar, cerrado el tránsito por los temporales; de modo que, obligado de muchas y graves necesidades, hacia la guerra nó como quisiera, sino como era preciso. Necesitado pues por la falta de todo á asaltar muchos fuertes y pueblos en tiempos muy crudos, recibia notables golpes; y llegó á ser tenido en tan poco de aquellos bárbaros, que, retirándose á Salona, ciudad marítima habitada de fortísimos y muy leales ciudadanos romanos, se vió precisado á pelear con ellos sobre la marcha. Perdió en esta batalla mas de dos mil soldados, treinta y ocho centuriones, y cuatro tribunos, y entró con el resto en la ciudad: donde, oprimido de una suma escasez de todas las cosas, enfermó y murió dentro de pocos meses. La desgracia de este varon en el último tercio de su vida, y su repentina muerte, dió grandes esperanzas á Cn. Octavio de apoderarse de la provincia; pero la fortuna, que puede mucho en la guerra, la vigilancia de Cornificio, y el valor de Vatinio no le dejaron gozar largo tiempo de sus prosperidades.

Informado Vatinio, que estaba en Brindis, de lo acontecido en el Ilírico, é instado por contínuas cartas de Cornificio á que saliese á socorrer á la provincia; y noticioso tambien de que Octavio habia hecho alianzas con los bárbaros, y asaltaba en muchas partes nuestros presidios, parte por sí con la escuadra, parte con tropas de sus aliados por tierra; aunque gravemente enfermo, pues no podian hacer compañía al ánimo las fuerzas del cuerpo, con todo venció su valor la incomodidad de la naturaleza, las dificultades de un invierno, y de una preparacion apresurada. Hallábase con pocas galeras en el puerto, y así despachó mensageros á Q. Caleno que estaba en Acaya, para que le enviase una escuadra. Pero, como tardase mas de lo que pedia el peligro de los nuestros, puso espolones

á las naves de transporte, de que tenia bastante número, aunque muy inferiores al porte necesario para exponerse á un combate. Añadidas estas á las galeras, y aumentada así la escuadra, embarcó los soldados veteranos, que eran muchos, de todas las legiones, y habian quedado enfermos en Brindis, cuando se transportaba el ejercito á Grecia, y partió la vuelta del Ilírico, recobrando de paso algunas ciudades marítimas que se habian levantado y entregado á Octavio, y aun dejando otras que insistian en el mismo pensamiento, por no pararse á nada, y con la sola mira de dar alcance á Octavio lo mas pronto que fuese posible. Hallóle sitiando á Ragusa por mar y por tierra, donde habia guarnicion nuestra; y con su llegada le obligó á levantar el sitio, y recobró la guarnicion.

Pero informado Octavio de que la mayor parte de la escuadra de Vatinio se componia de navichuelos de carga, muy confiado en la suya, le esperó en la isla de Tauris: por enfrente de la cual navegaba Vatinio en su seguimiento, nó porque supiese el arribo de Octavio á esta isla, sino por el ánimo que llevaba de seguirle á donde quiera que se hubiese adelantado. Llegando mas cerca de Tauris con sus naves esparramadas por causa del fuerte temporal, y sin sospecha alguna de enemigos, advirtió de improviso una nave que venia hácia él, bajas las vergas hasta la mitad del mástil, armada en guerra. Á vista de esto mandó al instante calar las velas, bajar las vergas, y ponerse en arma las tropas; y enarbolando la bandera en señal de combate, dió á entender que ejecutasen lo mismo las naves que venian detrás. Empezaban á prevenirse sorprendidas las tropas de Vatinio, cuando se veian ya salir del puerto las de Octavio. Pusiéronse unos y otros en ademan de combate: mas bien ordenada la escuadra de Octavio, y mas animada de valor la de Vatinio.

Conocia este que ni en la grandeza de las naves, ni el número era igual para el combate; pero quiso esta vez aventurar el lance á la fortuna; y así se adelantó á todos, y embistió con su nave de cinco órdenes de remos á la del mismo Octavio, que era de cuatro órdenes. Remando Octavio con gran presteza y furia para hacerla frente, se encontraron las dos de proa con tanta furia, que la de Octavio perdió el espolon, y quedó desarmada la proa en solo el fundamento. Trabóse un combate muy porfiado entre las demás, y en especial á donde batallaban los dos capitanes. Cada uno deseaba socorrer al suyo, y se batian desde cerca en muy estrecho distrito. Cuanta mas proporcion habia para el abordaje, tanto mas superiores eran los vatinianos, que con increible valor no reparaban en saltar desde sus naves á las de los contrarios, igualando así el combate, y logrando feliz suceso por las ventajas de su esfuerzo. La cuadrireme de Octavio se fué á pique, y se apresaron además otras muchas, ó desbaratadas las proas fueron sumergidas: y los soldados de Octavio parte fueron pasados por la espada en las naves, parte precipitados al mar. Octavio se escapó en una lancha, á la cual pretendieron acogerse tantos, que se sumergió; él, sin embargo de estar herido, se refugió á un bergantin á nado. Recibido en él, la noche separó el combate; así, durante la fuerza del temporal, huyó á fuerza de vela: siguiéronle algunas naves, á las cuales libertó la casualidad de la refriega.

Logrado el lance con tanta felicidad, hizo Vatinio señal de retirada, y sin perder un hombre entró vencedor en el mismo puerto, de donde habia salido la escuadra de Octavio para combatirle. Se apresaron una nave de cinco órdenes, dos de tres órdenes, ocho galeras de dos, y muchísimos remeros, y se detuvo allí otro dia mientras se reparaban sus naves y las apresadas. Al tercer dia salió para la isla de Lisa, adonde creia que se habria retirado Octavio. Habia en esta isla una ciudad famosa y muy afecta á Octavio; pero luego que se presentó Vatinio, se le rindieron humildes los vecinos, y le informaron que habia partido Octavio con buen viento para la Grecia con algunas naves de poco porte, con ánimo de tomar desde allí el camino de Sicilia, y pasarse al África. Así que, concluida esta campaña en brevísimo tiempo con suma felicidad, puesta en cobro y restituida la provincia á Cornificio, y echada la escuadra enemiga de todo aquel golfo, se volvió Vatinio victorioso á Brindis, sin el menor menoscabo del ejército y de la escuadra.

VIII. Por aquel tiempo en que César tenia bloqueado á Pompeyo en Durazo, y salia bien con sus empresas en Farsalia, y peleaba en Alejandría con gran peligro de su persona, el cual aumentaba la fama mas de lo que era en realidad, Casio Longino, que quedó de propretor en España para gobernar la provincia ulterior, ó por malignidad de su naturaleza, ó por odio que habia concebido en la cuestura contra aquella provincia, donde fué herido á traicion, se habia hecho sumamente aborrecible: cosa que podia conocer muy bien ó por el testimonio de su conciencia, creyendo que toda la provincia pensaria acerca de el, como él pensaba de ella: ó por otras muchas señales y pruebas de los que con dificultad disimulaban su aborrecimiento. Él procuraba recompensar el odio de la provincia con el amor de las tropas: y así, la primera vez que juntó en un lugar todo el ejército, prometió cien sextercios á cada soldado; y poco después habiendo tomado en Portugal la ciudad de Armena, y el monte Armino, adonde se habian refugiado sus moradores, y donde fue aclamado capitan general, les volvió á repartir á razon de otros cien sextercios. Además de estas gratificaciones, daba muchos y grandes premios en particular, los cuales le producian un aparente amor del ejército: pero disminuian poco á poco y ocultamente la severidad de la disciplina militar.

Repartidas las legiones en cuarteles de invierno, partió la vuelta de Córdoba para administrar justicia; y habiendo contraido aquí muchas deudas, se propuso pagarlas á costa de muy graves imposiciones sobre la provincia; y como lo pide la costumbre de los pródigos, por una causa aparente de liberalidad, buscaba cada dia nuevas contribuciones. Pedíase dinero á los ricos, quienes no solo consentia Longino que se lo diesen de contado, sino que les obligaba á ello. Se fingian leves pretextos de enemistades contra el cuerpo de los poderosos, sin perdonar ningun género de ganancia, ó crecida y rica, y evidente, ó ínfima y vergonzosa, de que se abstuviese la casa y tribunal del pretor. No habia persona que tuviese algo que perder, que inmediatamente no fuese citada ante él ó contada entre los reos. De suerte que al menoscabo y pérdida de las haciendas, se añadia una grande solicitud de otros peligros.

Por estas causas sucedió que, ejecutando Longino de pretor las mismas habilidades que acostumbraba en la cuestura, volvieron á renovar los provinciales sus antiguos designios acerca de su muerte. Confirmaban este odio tambien algunos de sus confidentes, que, andando en la misma compañía de robos, no aborrecian menos á aquel en cuyo nombre pecaban, atribuyendo á su propia maña lo que ellos robaban, é imputando á Casio lo que se les perdia, cuando se les hallaba casi con el hurto en las manos. Alistó Ca-

sio una quinta legion: y aumentóse su odio por la recluta y gastos de la nueva tropa. Completó un cuerpo de tres mil caballos; con que les cargó de gastos crecidos: y no se daba instante de reposo à toda la provincia.

En este intermedio, recibió cartas de César para que pasase con sus tropas al África, y se acercase por la Mauritania à los confines de la Numidia; porque habia enviado el rey Juba grandes socorros à Cn. Pompeyo, y aun se creia que los enviaria mayores. Llenóse con este aviso de un insolente gozo, por ver que se le ofrecia ocasion de nuevos gobiernos, y en un reino fertilísimo. Y asi, partió à Portugal para conducir las legiones y tropas auxiliares, y encargó à ciertos sugetos que hiciesen provision de trigo, aprestasen cien naves, y se señalase y mandase contribuir cierta cantidad de dinero, para no detenerse en nada cuando volviese. Fué su vuelta mas pronta de lo que todos esperaban, porque no temia la fatiga, ni le faltaba diligencia, especialmente cuando le estimulaban sus propios intereses.

Juntó todas sus tropas en un lugar, y asentado su real cerca de Córdoba, expuso en una plática lo que debia ejecutar de órden de César: prometió cien sextercios à cada soldado en llegando à Mauritania, y dijo que se quedaria en España la quinta legion. Despues de esta plática se entró en Córdoba. En aquel mismo dia, yendo à palacio à la hora de mediodía, le entregó un memorial un tal Minucio Silo, dependiente de L. Racilio, en ademan de pedirle algo como soldado. Metióse después por detrás de Racilio, que guardaba el lado de Casio, como si pidiese respuesta; y haciéndole este lugar con presteza, le asió con la mano izquierda, y con la otra le dió dos puñaladas. Levantado el grito, acudieron con prontitud todos los conjurados. Munacio Planco pasó con la espada à un ministro que encontró mas inmediato, é hirió tambien al lugarteniente Q. Casio. T. Vasio y Lucio Mergilio acudieron con igual confianza à ayudar à Planco, su paisano, pues todos eran de la ciudad de Itálica. Vino tambien sobre Longino L. Licinio Esquilo, y hallándole tendido, le dió algunas heridas leves.

Otros concurrieron à defender à Casio, pues tenia siempre cerca de su persona algunos veteranos valientes armados de dardos, los cuales estorbaron à los que venian à concluir la obra; entre quienes fueron Calpurnio Salviano y Manilio Túsculo. Minucio que iba huyendo, se rindió à las pedradas que le tiraban, y llevado Casio à su casa, fué conducido à su presencia. Racilio se metió en la casa inmediata de un amigo suyo, hasta saber de positivo si Casio quedaba muerto. No dudándolo L. Laterense, fué corriendo à los reales muy alegre à dar el parabien à los soldados provinciales y de la segunda legion, los cuales sabia que aborrecian à Casio sobremanera. Al punto le levantaron al tribunal, y le aclamaron pretor; pues ninguno de la provincia, ya fuese soldado, ó que por larga mansion en ella se hubiese hecho del bando de los naturales, en cuyo número entraba la legion segunda, dejaba de consentir en el odio de Casio con toda la provincia. Las legiones que César habia señalado à Longino eran la treinta y la veinte y una, levantadas pocos meses antes en Italia: la quinta se acababa de alistar allí.

Entretanto se dió aviso à Laterense de que Casio vivia; con cuya noticia, mas conmovido de sentimiento, que perturbado de ánimo, se recobró presto; y pasó à visitarle. Extendida esta voz, entró sus banderas en Córdoba la legion treinta para dar auxilio à su general: lo mismo hizo la legion veinte y una, à las cuales siguió la quinta. Quedaban dos legiones todavía en los reales; pero temiendo los de la segunda quedarse solos, y que así llegase à descubrirse su primera intencion, hicieron lo que los otros: solo la legion provincial permaneció en su resolucion, sin que ningun temor fuese parte para hacerla perder un punto de su constancia.

Mandó Casio prender à los cómplices de la conjuracion, y envió à los reales à la legion quinta, dejando treinta cohortes en la ciudad. Por delacion de Minucio supo que L. Racilio, y L. Laterense, y Annio Escápula, sugeto de mucha autoridad y favor en la provincia, y tan amigo suyo, como Laterense y Racilio, habian sido cómplices en la conspiracion. No dió muchas treguas al sentimiento, sino que al instante les mandó dar muerte. Entregó à Minucio à sus libertos para que le atormentasen, y lo mismo à Calpurnio Salviano, el cual ofreció declarar à otros, y aumentar el número de los cómplices, con verdad segun unos, y segun otros obligado. La misma fortuna corrió L. Mergilio. Esquilo nombró muchos, à quienes Casio mandó ajusticiar, menos à los que se rescataron con dinero; pues claramente redimió su vida Calpurnio por diez mil sextercios, y por cincuenta mil Q. Sextio: los cuales, aunque justamente fueron multados, siendo de los principales cómplices, con todo el riesgo de la vida y el dolor de las heridas conmutado en dinero, dió à entender que andaban à competencia en el gobernador la crueldad y la avaricia.

IX. Algunos dias después recibió por carta de César la noticia de la derrota y fuga de Pompeyo y de su ejército, con que recibió tambien un placer mezclado de sentimiento. La noticia de la victoria le causaba alegría; pero la conclusion de la guerra cortaba la libertad de los tiempos. Así se hallaba irresoluto, sin saber qué seria mejor, si el no temer nada, ó el dar amplia licencia al libertinaje. Sano ya de las heridas, mandó llamar à todos aquellos que se habian obligado à darle dinero, y les intimó que se lo aprontasen; y à los que le pareció que habia impuesto poca carga, impuso de nuevo mayores cantidades. À los que tenia alistados por la leva, tanto romanos, como de las audiencias y colonias, que mostraban alguna repugnancia à la milicia ultramarina, les convidó à redimir sus juramentos por dinero. De este arbitrio sacó una ganancia inmensa, con que cada dia crecia mas su aborrecimiento. Dispuestas así las cosas, pasó revista à todo el ejército. Envió al estrecho las legiones y tropas auxiliares con que habia de pasar al África, y el, por ver la armada que se prevenia, se acercó à Sevilla, donde se detuvo por haber espedido un decreto por toda la provincia en que mandaba, que se le presentasen todos aquellos à quienes hubiese impuesto contribucion pecuniaria, y no la hubiesen satisfecho; cuyo llamamiento conmovió à todos extrañamente.

Entretanto L. Ticio, tribuno de los soldados de la legion provincial, le avisó, que corria la voz, de que la legion treinta, que conducia el lugarteniente Q. Casio, estando acampada junto à la ciudad de Ilora, se habia amotinado; y que, dando muerte à algunos centuriones que se oponian à la jornada, se habia encaminado à incorporarse con la segunda, que se dirigia tambien al estrecho por diversa camino. Con esta noticia partió de noche con cinco cohortes de la legion diez y nueve, y llegó por la mañana à donde estaba esta legion. Detúvose aquel dia para examinar lo que pasaba, y luego pasó à Carmona. Habiéndose juntado aquí la legion treinta, la veinte y una, y además cuatro cohortes de la legion quinta, con toda

la caballería, supo que los provinciales habian arrebatado cuatro cohortes en Obucula, se habian incorporado con ellas con la legion segunda, y elegido por su capitan á Q. Torio, natural de Itálica. Juntó de repente el consejo, y despachó á Marcelo á Córdoba para que la conservase á su devocion, y al lugarteniente Q. Casio á Sevilla. Á pocos dias se le avisó que se le habia rebelado la audiencia de Córdoba, y que Marcelo, ó de su propia voluntad, ó precisado (pues sobre esto variaban las noticias) estaba de acuerdo con los cordobeses, y lo mismo dos cohortes de la legion quinta, que habia de guarnicion en la ciudad. Encendido en cólera con estas novedades, levantó el campo, y al dia siguiente llegó á Segovia, que está puesta sobre el rio Jenil. Aquí hizo una oracion á los soldados para explorar sus ánimos, los cuales conoció estar muy fieles, nó por respeto suyo, sino por el de César ausente, y que ningun peligro rehusarian por restituirle la provincia.

Torio acercó á Córdoba las legiones veteranas, y para dar á entender que el principio del levantamiento no nacia de su genio sedicioso, ó de los soldados, y oponer al mismo tiempo una autoridad igual en representacion á la de Q. Casio, que tenia mayores fuerzas en nombre de César, decia públicamente que queria restituir la provincia á Cn. Pompeyo; y quizá lo hizo por odio de César y amor á Pompeyo, cuyo nombre solo era de mucha autoridad entre aquellas legiones que M. Varron habia tenido á su cargo; pero con qué designio lo ejecutó así, no se puede saber por congeturas. Lo cierto es que Torio esto publicaba y los soldados lo confesaban de tal manera, que llevaban el nombre de Pompeyo puesto en los escudos. Salió al paso á las legiones una gran multitud, nó solo de hombres, sino de matronas y niños, suplicándolos que no maltratasen la ciudad entrando como enemigos; pues tambien ellos sentian con todos mal de Casio, y rogándoles no los pusiesen en precision de obrar contra César.

Movido el ejército con los ruegos y lágrimas de tanta gente, viendo que para perseguir á Casio no era menester valerse de la memoria y nombre de Pompeyo, que tan aborrecido era Longino de los pompeyanos como de los cesarianos, y que no podrian reducir á la audiencia, ni á Marcelo contra la faccion de César, quitaron de los escudos el nombre de Pompeyo, tomaron por su capitan á Marcelo, que ofrecia defender la parte de César y le aclamaron por pretor; se hicieron del bando de la audiencia, y sentaron sus reales junto á la ciudad. En aquellos dos dias puso Casio los suyos á cuatro millas de distancia de la misma plaza en una eminencia á su vista de la parte de acá del rio Guadalquivir. Despachó mensageros al rey Bogud á la Mauritania, y á M. Lépido procónsul de la España citerior, para que viniese cuanto antes á su socorro y de la provincia por respeto de César. Y él á manera de enemigo entró por las tierras de los cordobeses, talando y abrasando los campos y edificios.

Á vista de esta fealdad é ignominia vinieron á la presencia de Marcelo las legiones que le habian elegido por su capitan, pidiéndole que las sacase á campaña, y las pusiese en proporcion de pelear antes que con tanta afrenta fuesen consumidas con latrocinios, robos é incendios á sus propios ojos sus excelentes y muy amenas posesiones. Marcelo, que tenia por la mayor desventura el venir á las manos, porque la pérdida del vencedor y el vencido habia de redundar contra el mismo César, y viendo que tampoco estaba en su mano impedirlo, pasó el Guadalquivir con las legiones, y las formó en órden de batalla Mas viendo que Casio tenia formadas las suyas al frente de su campo en lugar ventajoso, pudo persuadir á los soldados á que se retirasen á los reales, con el pretexto de que no se aventuraba Casio al campo raso; y así empezó á recoger sus tropas. Arremetió Casio á los legionarios con la gente en que conocia ser superior, y Marcelo inférior, que era la caballería: y mató mucha gente de la retaguardia en la orilla del rio. Conocido con esta pérdida el defecto y la dificultad de pasar el rio á vista del enemigo, mudó Marcelo su real á la otra parte del Guadalquivir; y ambos sacaron diferentes veces las legiones al campo de batalla; pero no se llegó al trance de pelear por las dificultades del terreno.

Era muy superior Marcelo en la infantería, porque se hallaba con legiones veteranas y experimentadas en muchas batallas. Casio confiaba mas en la fidelidad que en el valor de sus tropas. Estando los dos ejércitos uno enfrente de otro en ademan de pelear, y habiendo tomado Marcelo un sitio á propósito para levantar un fuerte, desde donde podia cortar el agua á los contrarios, temió Longino no fuese encerrado con una especie de cerco en tierras donde no estaba muy bien quisto; y saliéndose del campo en el silencio de la noche, partió á toda priesa á Montemayor, la cual ciudad esperaba que le seria fiel. Aquí sentó sus reales, tan inmediatos á la muralla, que, por la situacion de la plaza puesta en una montaña, y por las fortificaciones de ella, estaba seguro del asalto. Siguióle Marcelo, y acampó enfrente de su real lo mas cerca que pudo de la ciudad; y reconocido el terreno, se vió puesto por necesidad en el mismo caso que deseaba, esto es, de no pelear (aunque si se ofrecia la ocasion no podria contener el ardor de las tropas), y de estorbar á Casio el extenderse, para que no sufriesen otros muchos pueblos la misma calamidad que habian padecido los cordobeses. Y así, levantados algunos fuertes en lugares oportunos, y continuadas sus obras en circúito, cerró á Montemayor y á Casio con sus fortificaciones. Antes que se concluyesen, sacó Longino á campaña toda su caballería, creyendo que le seria muy útil el estorbar á Marcelo el pastar y forrajear libremente; y de mucho perjuicio si él cerrado, y la caballería inútil, se consumiese el trigo que tanto necesitaba.

Á pocos dias el rey Bogud, recibidas las cartas de Casio, vino con sus tropas, é incorporó con las de Casio una legion, y otras muchas cohortes auxiliares de españoles. Porque, como suele acontecer en las guerras civiles, algunas ciudades do España estaban por Casio, bien que muchas mas seguian la parte de Marcelo. Acercóse Bogud con sus tropas á las fortificaciones exteriores de este, y se trabó una recia batalla, cosa que sucedia frecuentemente, inclinándose la fortuna á unos y otros con vario suceso; pero nunca fué desalojado Marcelo de sus reparos.

Entretanto llegó Lépido á Montemayor de la provincia citerior con treinta y cinco cohortes legionarias, y un buen número de caballos y tropas auxiliares, con ánimo de ajustar las diferencias entre Casio y Marcelo sin fin alguno particular. Fióse de él Marcelo, y se puso en sus manos luego que llegó: mas por el contrario Casio se estuvo quieto dentro de sus reparos, ó pareciéndole que se le debia mas consideracion que á Marcelo, ó por temer que estuviese preocupado el ánimo de Lépido con el obsequio de su contrario. Puso Lépido su real sobre la plaza, sin separarse en nada de Marcelo: dió órden de que no se pelease, convidó á Casio á que saliese, interponiendo su palabra y autoridad para su seguridad en todo aconteci-

miento. Manteniéndose Casio largo tiempo dudoso sobre lo que debia hacer, y lo que podria fiar de Lépido, y no hallando otro recurso, pidió que se demoliesen las fortificaciones, y se les franquease libre salida. Estando ya no solo hechas treguas, sino para derribarse las obras, y habiéndose ya sacado las guarniciones de los reparos, acometieron las tropas auxiliares del rey á aquel fuerte de Marcelo mas inmediato á su campo, sin pensarlo nadie (si es que se puede contar en este número á Casio de cuya fe se dudaba), y murieron allí algunos soldados: y si no se separara el combate prontamente con indignacion, y por socorro de Lépido, se hubiera recibido mayor daño.

Hecho camino á Casio, incorporó Marcelo su campo con el de Lépido, y á un mismo tiempo marcharon con su gente á Córdoba, y Casio á Carmona. Llegó á la sazon el procónsul Trebonio á encargarse de la provincia: de cuya venida luego que Casio tuvo noticia, repartió las legiones y caballería con que se hallaba en cuarteles de invierno, y recogiendo arrebatadamente todas sus riquezas, partió á Málaga, y aquí se embarcó con tiempo contrario, segun decia, por no ponerse en manos de Trebonio, Lépido, y Marcelo: segun sus amigos, por no pasar con menos reputacion por aquella provincia, que se habia separado en gran parte de su obediencia; y en opinion de otros, para que no viniese á parar en manos de nadie su riqueza atesorada con infinitos latrocinios. Hecho á la vela con buen viento para en tiempo de invierno, habiéndose parado, temeroso de la noche, á la embocadura del Ebro, se levantó poco despues una recia tempestad, á pesar de la cual partió creyendo poder continuar su viaje; pero halló á la salida del rio tan terribles olas, que no pudiendo volver por la rapidez de la corriente, ni resistir las olas que le embestian de frente, pereció con su nave en la misma embocadura del rio.

X. Pasó César desde Egipto á Siria, y supo por los que venian de Roma, y por cartas de la ciudad, que se hacian muchas cosas malas é inútiles en el gobierno, y ninguna parte de la república se dirigia como era debido: que se originaban alborotos muy perjudiciales por empeños de los tribunos del pueblo, y que por condescendencia de los soldados que mandaban las legiones, se cometian mil excesos contra el órden y costumbre de la milicia, que se encaminaban á relajar la severidad y disciplina. Y viendo que estos desórdenes pedian con instancias su presencia, con todo, le pareció preferible dejar establecidas y arregladas las provincias adonde asistia, de forma que quedasen libres de disensiones domésticas, recibiesen el señorío y leyes, y depusiesen el miedo de los enemigos de afuera. Esto esperaba lograr con prontitud en Siria, Cilicia, y Asia, porque estas se hallaban enteramente libres de guerra. En la Bitinia y en el Ponto, veia que le aguardaba mas que hacer y entender, porque oia que Farnaces aun no habia salido del Ponto, ni trataria de hacerlo, estando muy engreido con la batalla favorable contra Domicio Calvino. Paraba ordinariamente en las ciudades de mas nombre, repartia premios en público y en particular á los beneméritos, conocia y ajustaba las diferencias antiguas. Recibió en su amistad á los reyes, tiranos y dinastas de la provincia, y á los demás comarcanos que concurrieron todos á presentársele, les encargó que velasen en mantener y defender la provincia, y los despachó muy satisfechos y bien dispuestos consigo y con el pueblo romano.

Empleados pocos dias en esta provincia, dió el mando de las legiones y el gobierno de la Siria á su amigo y pariente Sexto César, y con la misma armada que vino, volvió á partir para Cilicia. Mandó que se juntasen en Tarsis todas las diputaciones de esta provincia, que es la ciudad mas famosa y fuerte de toda ella. Arregladas aquí las cosas de la provincia y ciudades comarcanas, no se detuvo mas de lo preciso con el deseo de partir á la guerra. Alargando mucho las marchas por Capadocia, y habiéndose detenido dos dias en Mazaca, llegó á Comana, donde habia un antiquísimo y muy famoso templo de Belona, que se veneraba con tal religiosidad, que el sacerdote es tenido, por respeto de la diosa, por la segunda persona despues del rey en mando y poderío, con general consentimiento. Adjudicó este sacerdocio á Nicomedes, sugeto muy distinguido de Bitinia, descendiente de sangre real en Capadocia, que le pretendia con derecho nada dudoso, aunque interrumpido largo tiempo por adversa fortuna de sus mayores, y decadencia de su linaje. Á Ariarates, hermano de Ariobarzanes, siendo uno y otro beneméritos de la república, le entregó á Ariobarzanes que le tuviese bajo su mando y direccion, para que no le estimulase la herencia del reino, ó como heredero le causase algun temor. Hecho esto, siguió su empezada marcha con la misma celeridad.

Al llegar cerca del Ponto y los confines de Galacia, Deyotaro, tetrarca entónces de casi toda Galacia (lo cual murmuraban los demás tetrarcas no serle debido ni por las leyes ni por las costumbres); pero que sin duda habia sido proclamado rey de la Armenia menor por el senado, vino á presentársele sin señal alguna de su dignidad, no solo en hábito de simple particular, sino aun de reo, y á suplicarle que le perdonase el que hallándose él en un país que no tenia guarnicion de César, habia seguido con ejército y mando los reales de Pompeyo; pues no debia él ser juez de las controversias del pueblo romano, sino obedecer á las órdenes que se le habian comunicado.

César, haciéndole á la memoria muchos beneficios con que siendo cónsul le habia favorecido con públicos decretos, y redarguyéndole que aquel descargo no le podia servir de excusa de imprudencia, porque un hombre como él de tanta habilidad y conocimiento, hubiera podido saber quién era el dueño de la ciudad y de la Italia, dónde estaba el senado y pueblo romano, dónde la república; y quien era cónsul despues de L. Léntulo y C. Marcelo; le dijo, que sin embargo le perdonaba este hecho por sus servicios anteriores, por el antiguo hospedaje, por la amistad, por la estimacion de su persona, por su edad, y por las súplicas de muchos huéspedes y amigos, que habian venido á pedirle por él: le insinuó que despues examinaria las diferencias de los tetrarcas: le restituyó las insignias reales, y le mandó traer la legion que tenia armada y disciplinada á usanza nuestra, y toda la caballería para hacer la guerra.

XI. Llegado al Ponto, y habiendo reunido sus tropas, que así por el número, como por su experiencia en la guerra, eran muy inferiores, pues á excepcion de la legion sexta (la única veterana que habia traido consigo de Alejandría, ejercitada en muchos trabajos y peligros, y muy incompleta, parte por las incomodidades de marchas y navegaciones, parte con la continuacion de las guerras, en tanto grado, que aun no llegaba á mil hombres), las otras tres eran una de Deyotaro, y las dos que dijimos se habian hallado con Domicio en la primera batalla contra Farnaces: vinieron á César embajadores de Farnaces suplicándole ante todas cosas, «que no entrase como enemigo en su tierra, pues estaba pronto á ejecutar cuanto le mandase; y con particularidad le acordaron que no

habia querido dar socorros á Pompeyo contra él, como habia hecho Deyotaro, á quien sin embargo habia admitido su satisfaccion.»

César respondió, «que le veria Farnaces muy humano, si ponia por obra desde luego lo que ofrecia, y amonestó con suaves palabras, como solia, á los embajadores, que no le pusiesen por delante á Deyotaro, ni fiasen mucho del beneficio de no haber dado auxilio á Pompeyo; porque nada hacia él de mas buena voluntad que perdonar á los rendidos; pero que tampoco podia sufrir las injusticias hechas á las provincias, aun á los que le habian servido particularmente. Que este mismo servicio que alegaban habia sido mas útil á Farnaces, que se habia excusado de ser vencido, que á él, á quien los dioses inmortales habian concedido la victoria. Y así, desde luego no haria cargo á Farnaces de los muchos y graves perjuicios ocasionados á los ciudadanos romanos que comerciaban en el Ponto, puesto que no podria darles entera satisfaccion; pues era imposible restituir la vida á quienes se la habia quitado, ni la virilidad á los que por su crueldad la habian perdido, el cual suplicio, mas terrible que la misma muerte, habian padecido algunos ciudadanos romanos; pero que saliese al instante del Ponto: que pusiese en libertad las familias de los arrendadores de las rentas, y por fin restituyese á los ciudadanos romanos y á sus aliados los efectos suyos que obrasen en su poder. Que si así lo hacia, podria enviarle entónces los presentes y regalos que los capitanes generales acostumbraban á recibir de sus amigos, habiendo salido con felicidad en sus expediciones (porque le habia enviado Farnaces una corona de oro).» Con esta respuesta despachó á los embajadores.

Farnaces lo prometió todo con gran franqueza, esperando que César, que estaba muy de prisa, creeria fácilmente y de mas buena voluntad á sus promesas de lo que pedia la materia, por partirse mas presto, y con mejor título adonde le llamaba la necesidad; pues nadie ignoraba los graves motivos que tenia para volver á Roma. Así empezó á dar largas, á pedir mas tiempo para retirarse, á proponer condiciones, en suma, á eludir lo prometido. Conocida por César la doblez de este hombre, lo que en otras ocasiones habia hecho por costumbre de su carácter, hizo ahora precisado de la necesidad, esto es, venir á las manos mas presto de lo que nadie pensara.

Hay en el Ponto una ciudad llamada Zela, bastante fuerte por su situacion con estar en un llano, porque sostiene el muro por todas partes un cerro natural, como si fuera hecho á mano, con su altura medianamente elevada. Al rededor de la ciudad hay otros muchos y grandes cerros, cortados con algunos valles, de los cuales el mas elevado, que se comunica con la ciudad por caminos hechos en las alturas, es el mas famoso, por la victoria de Mitridates, la desgracia de Triario, y la pérdida de nuestro ejército; y dista de la ciudad poco mas de tres millas. Aquí se hizo fuerte Farnaces con todas sus tropas, habiendo reparado las antiguas obras de los victoriosos reales de su padre.

César sentó su campo á cinco millas de distancia del enemigo; y viendo que aquellos valles que fortalecian el campo contrario, fortificarian tambien el suyo á la misma distancia, si los enemigos no se apoderasen antes de los puestos mas inmediatos á su real, dió órden de conducir gran porcion de madera y faginas á las fortificaciones. Conducidas con prontitud, partió al amanecer del dia siguiente con todas las legiones armadas á la ligera, dejando todo el equipaje en los reales; y sin que lo pensasen los enemigos, ocupó aquel mismo puesto en que Mitridates derrotó á Triario. Mandó que los esclavos condujesen aquí las faginas de los reales, para que ningun soldado se apartase de la obra, de la cual y del nuevo campo solo se separaba el del enemigo por un valle cortado, que tendria el espacio de una milla.

Advertido esto por Farnaces, formó de improviso al amanecer todas sus tropas delante de los reales, las que, como mediaban unos pasos difíciles y escabrosos, creia César que las ordenaba siguiendo la costumbre militar, ó para estorbar sus obras, ocupándose mucha gente en las armas, ó por ostentacion de la real confianza, para que no se entendiese que Farnaces defendia su puesto mas con fortificaciones que con las manos: y así, formando la primera línea delante de la trinchera, no dejó de continuar la obra con el resto del ejército. Pero Farnaces, ó incitado de la oportunidad del sitio, ó movido de sus auspicios y señales religiosas, de que oimos despues se habia creido, ó averiguado el corto número de los nuestros que estaba sobre las armas, creyendo por la costumbre ordinaria de las obras, que aquella multitud de siervos que acarreaban los materiales eran soldados, ó por la confianza en su ejército veterano, del cual se vanagloriaban sus tenientes que habia peleado con la legion veinte y dos, y salido victorioso, y al mismo tiempo por desprecio de nuestro ejército, que sabia habia sido desbaratado por él con su capitan Domicio; tomada la resolucion de pelear empezó á bajar por el quebrado valle. César al principio se reia de su vana ostentacion, y de la apretura de las tropas en un paraje en que ningun capitan prudente se hubiera empeñado; cuando entretanto Farnaces, al mismo paso con que habia bajado al valle, empezó á subir por el collado arriba, formado su ejército en batalla.

Conmovido César ó de su temeridad, ó de su confianza, al verse sorprendido sin pensarlo, á un mismo tiempo llama á los soldados de las obras, mándales tomar las armas, opone sus legiones, y las ordena para la refriega: cuya disposicion repentina no dejó de causar alguna confusion en los nuestros. Aun no estaban ordenadas del todo las filas, cuando los carros falcados del rey tirados de cuatro caballos, comenzaron á desbaratar nuestras tropas, si bien fueron rechazados por una multitud de dardos. Siguióse á estos el ejército enemigo, y levantado el grito, se trabó la batalla, favoreciéndonos mucho el sitio, y en especial la benignidad de los dioses inmortales, que si bien intervienen en todos los trances de la guerra, con particularidad en aquellos en que nada se ha podido disponer con órden y prudencia.

Trabada pues de cerca una recia batalla, empezó la victoria por el ala derecha, donde estaba la legion sexta, que rechazó á los enemigos por la cuesta abajo. Algo mas tarde, pero al fin con el favor especial de los dioses, fueron enteramente desbaratadas las tropas del rey por el ala izquierda y por el centro; las cuales desalojadas, eran oprimidas en el terreno llano con igual celeridad á la que habian mostrado en exponerse á un paraje tan desproporcionado. Y así, muertos muchos soldados, oprimidos unos con la caida de otros, los que podian escapar por su ligereza, arrojando las armas, aunque pasaron el valle, nada adelantaban aun desde puesto ventajoso, por hallarse desarmados. Los nuestros, animosos con la victoria, no dudaron subir detrás de ellos al puesto desigual, y atacar las fortificaciones. Solo defendian los reales unas cohortes que Farnaces habia dejado de guarnicion; y así, con gran presteza los tomaron. Farnaces, muerta ó prisionera la mayor parte de los suyos, se

puso en salvo con unos cuantos caballos, á quien si la toma de los reales no hubiese dado tiempo oportuno para escaparse, hubiera sido traido vivo á la presencia de César.

Con esta victoria, tantas veces vencedor, recibió César una increible alegría, por ver concluida en tan breve tiempo una guerra muy importante: y tanto mas gozoso estaba, acordándose del repentino riesgo, porque habia resultado una victoria fácil de un lance muy apurado. Recobrado el Ponto, y repartida á los soldados toda la presa del ejercito real, partió al dia siguiente con la caballería ligera, mandó salir del campo á la legion sexta, y tomar la vuelta de Italia, para recibir los premios y honores merecidos, envió á su casa las tropas auxiliares de Deyotaro; y dejó en el Ponto dos legiones al cargo del capitan Celio Vinciano.

Marchó al Asia por Galogrecia y Bitinia: oyó y compuso las diferencias de estas provincias, dió maneras de gobierno á los reyes, tetrarcas y ciudades. Á Mitridates Pergameno, que con tanta prontitud y felicidad dijimos habia hecho su expedicion al Egipto, descendiente de sangre real, y criado en sus artes y doctrina (porque Mitridates, rey de toda el Asia, le trajo siendo niño, por su nobleza, de Pergamo á sus reales, y le tuvo muchos años consigo), le nombró rey del Bósforo, que antes estaba sujeto á Farnaces; y puesto en aquella parte este rey muy afecto suyo, fortaleció las provincias del pueblo romano contra los bárbaros y enemigos. Á este mismo adjudicó la tetrarquía de Galogrecia por las leyes, por el derecho de su familia y parentesco, ocupada y poseida pocos años antes por Deyotaro. Con todo esto, en ninguna parte se detuvo mas de lo que le parecia daba lugar la necesidad de las disensiones de Roma; y así, concluidas estas cosas con tanta prontitud y felicidad, llegó á Italia mucho mas presto de lo que todos pensaban.

COMENTARIO IV.—GUERRA DE ÁFRICA.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Pasa César al Africa: trábanse algunos encuentros sobre Mahometa ocupada por Considio.—II. Arte maravilloso de César en mostrar confianza. Batalla próspera contra Petreyo, Labieno y Pison.—III. Prevenciones de Escipion y Pompeyo el mozo contra César. Union de Petreyo y Labieno con Escipion.—IV. Acometen los cesarianos el reino de Juba. César se mantiene en sus reparos esperando los convoyes.—V. Pasanse muchos desertores del campo de Labieno al de César. Batalla feliz de este, y singular valor de un Centurion suyo.—VI. Hace mucho daño una tempestad en el campo de César. Pelea este felizmente contra Labieno.—VII. Llegan socorros á César de Sicilia. Reforma la disciplina militar. Pelea con Escipion, primero con desgracia, y después con felicidad.—VIII. Actividad de César en perseguir á los enemigos, y su prudencia en acampar sus tropas.—IX. Diligencia de César en ejercitar sus tropas, y felices encuentros con Labieno y Escipion.—X. Feliz suceso de una batalla empezada sin orden de César: victoria señalada de este, y rota total de Escipion.—XI. Desastres de Utica. Muerte de Caton, y despues de Juba, Petreyo, Fausto, Considio y Escipion. Vuelta de César á Italia.

I. Por sus marchas, contadas sin intermision alguna, llegó César á Lilibeo á 19 de diciembre; y desde luego manifestó su deseo de embarcarse, no teniendo mas que una legion recien levantada, y apenas seiscientos caballos. Puso su tienda junto á la misma orilla del mar, de suerte que casi la batian las olas, y esto con el fin de que nadie esperase detencion, y todo el mundo estuviese pronto cada dia, y á cada hora para la salida. No logró en aquellos dias buen tiempo para hacerse á la vela; pero sin embargo tenia las tropas y remeros á bordo, por no perder cualquiera ocasion de hacerse al mar: especialmente porque le avisaban de la provincia, que eran muchas las tropas de los enemigos, infinita la gente de á caballo, cuatro legiones del rey Juba, gran multitud de tropa ligera, diez legiones de Escipion, ciento y veinte elefantes, y armadas muy numerosas: mas no por eso se acobardaba, superior á todo con su valor y confianza. Entretanto se acrecentaba cada dia el número de galeras, acudian muchas naves de transporte, y venian á incorporársele mas legiones de soldados visoños, y entre ellas la quinta veterana y hasta dos mil caballos.

Juntas pues seis legiones y dos mil hombres de á caballo, conforme iban llegando las tropas las hacia embarcar en las galeras, y la caballería en los transportes. Dió órden de que se adelantase la mejor parte de la escuadra, y tomase el rumbo de la isla Aponiana, que no está lejos de Lilibeo. Él se detuvo todavía algunos dias, y vendió en pública almoneda los bienes de algunos particulares. Comunicó despues las instrucciones convenientes al pretor Alieno, que gobernaba la Sicilia; y encargándole que embarcase con prontitud el resto del ejército, se hizo á la vela el 27 de diciembre, y tardó poco en alcanzar la primera division de su escuadra. Llevando buen viento y una nave muy ligera, llegó á los cuatro dias á vista de África con algunas galeras; pues las naves de carga, á excepcion de muy pocas, arribaron dispersas y errantes por el temporal á diversos parajes. Pasó con su escuadra á la vista de Clupea, de Neápolis, y de otros muchos pueblos y castillos situados en la orilla del mar.

Habiendo llegado á Mahométa, que estaba ocupada con guarnicion enemiga bajo el mando de C. Considio, se alcanzó á ver desde Clupea á lo largo de la costa á Cn. Pison con la caballería de la plaza, y cerca de tres mil moros. César se detuvo algun tanto á la entrada del puerto para esperar el resto de la escuadra, y al cabo desembarcó su ejército, que constaba por entónces de tres mil infantes, y ciento y cincuenta caballos: acampó delante de la ciudad, se fortificó sin oposicion alguna, y prohibió absolutamente que nadie saliese á robar ni talar la tierra. Los de la ciudad coronaron de gente la muralla, y acudieron en gran número á las puertas para defenderse, teniendo dos legiones dentro de la plaza. Salió César á dar la vuelta á caballo; y reconocida la naturaleza del sitio, se volvió á los reales. No faltó quien atribuyese á culpa é imprudencia suya el no haber señalado á los pilotos y capitanes lugar determinado adonde dirigirse, ni dádoles órdenes cerradas, como solia en otras ocasiones, para que abriéndolas á cierta altura, siguiesen todos un mismo rumbo. No se le pasó esto á César; sino que sospechaba que ningun puerto de Africa adonde arribasen sus naves, estaria seguro y libre de las guarniciones enemigas; y así queria que aprovechasen la ocasion que se presentase de saltar en tierra.

Entretanto le pidió permiso su lugarteniente L. Planco para abocarse con Considio, por si se le podia traer á la razon por algun camino. Obtenida licencia, le escribió una carta, y se la entregó á un esclavo, para que la llevase á la ciudad á manos de Considio. Apenas llegó el esclavo, y alargó la carta, como se le habia mandado, á Considio, le preguntó este antes de recibirla, de parte de quién venia. Respondió el cautivo, de parte del capitan general César: á lo que replicó Considio, el único general del pueblo romano es al presente Escipion. Dicho esto, mandó dar muerte al esclavo á su presencia; y sin leer la carta, cerrada

como estaba, se la entregó á persona segura, para que la llevase á manos de Escipion.

Despues que, consumido un dia y una noche delante de la ciudad, ni Considio daba respuesta alguna, ni llegaban á incorporársele las demás tropas, ni tenia bastante caballería, ni suficientes fuerzas para atacar la plaza, y las tropas con que se hallaba eran bisoñas, á las cuales no queria exponer acabadas de llegar, á que fuesen maltratadas, siendo por otra parte considerable la fortificacion de la ciudad, y difícil la entrada para combatirla: y habiendo tenido noticia de que venia en su socorro un número considerable de gente de á caballo, no tuvo por conveniente pararse á combatir la plaza, no fuese que mientras se ocupaba en esto, se viese cercado por la espalda por la caballería enemiga.

Al levantar el campo hicieron de repente una salida de la plaza, y al mismo tiempo vino á socorrerles casualmente la caballería que enviaba el rey Juba á recibir su sueldo: se apoderaron de los reales de donde acababa de salir César, y empezaron á perseguir su retaguardia. Á vista de esto hicieron alto los legionarios; y aunque los caballos eran pocos, hicieron frente con grande ánimo á tanta multitud. Parecerá increible lo que sucedió, que menos de treinta caballos franceses desalojasen á dos mil moros, y los retirasen hasta la ciudad. Como fueron rechazados y forzados hasta dentro de sus reparos, prosiguió César la marcha comenzada. Mas, como hiciesen lo mismo frecuentemente, y unas veces persiguiesen á los nuestros, y otras fuesen rechazados por los caballos hasta la ciudad, colocó César en la retaguardia algunas de las cohortes veteranas con que se hallaba, y parte de la caballería, y empezó á marchar tranquilamente con las restantes. Así, cuanto mas se alejaba de la plaza, menos ardimiento mostraban los numidas para perseguirle. Sobre la marcha vinieron á presentársele las diputaciones de las ciudades y castillos inmediatos, ofreciéndole víveres, y estar prontos á recibir sus órdenes en todo. Así este mismo dia, que era el primero de enero, acampó cerca de Mahadia.

II. Desde aquí pasó á Lebeda, ciudad libre é independiente, de la que le salieron á recibir diputados, prometiéndole hacer lo que les mandase de buena voluntad. Él mandó pasar á las puertas guardias y centuriones, para que ningun soldado entrase en la plaza, ni se hiciese daño alguno á los habitantes; y acampó nó lejos de la ciudad sobre la orilla del mar. Aquí arribaron casualmente algunos de sus transportes y galeras, y tuvo noticia que las demás, no sabiendo dónde habia él arribado, parecia que se dirigian á Utica. Con este aviso no se apartaba del mar, ni entraba tierra adentro por la dispersion de sus naves, ni aun permitió que desembarcase la caballería, á lo que creo, porque no se talase la campaña, y allí mismo les mandaba llevar el agua. Algunos de sus remeros, que saltaron en tierra para hacer aguada, fueron sorprendidos de repente por la caballería de los moros, sin que pensasen en ello los cesarianos: muchos de ellos fueron heridos con flechas, y á algunos mataron; porque se ocultan con los caballos emboscados en los valles, de donde salen de repente, pero sin ser parte para venir á las manos en campo raso.

En este intermedio despachó César mensageros con misivas á Cerdeña y á las demás provincias inmediatas, para que luego que recibiesen sus cartas, procurasen enviarle tropas y víveres: y habiendo desocupado parte de las galeras, envió á Rabirio Póstumo á Sicilia, para que condujese otro segundo convoy: al mismo tiempo destacó diez galeras, que saliesen en busca de las restantes naves de carga que se habian dispersado, y tambien para asegurar el paso libre del mar. Dió órden igualmente al pretor C. Salustio Crispo de partir con otra division hácia la isla de Cercara, de que estaban apoderados los enemigos, y donde tenia noticia de que habia una gran porcion de trigo. Esto mandaba y encargaba á cada uno de tal manera, que si fuese posible ni hubiese lugar á escusa alguna, ni la tergiversacion ocasionase la menor tardanza. Entretanto, informado por los desertores y naturales de las gravosas condiciones con que Escipion y los demás hacian la guerra, se compadecia, al ver obligado á Escipion á mantener á su costa en la provincia la caballería del rey Juba, de que hubiese hombres tan inconsiderados, que prefiriesen ser tributarios de un rey, al vivir con descanso en su patria, en sus haciendas, y entre los suyos.

Á los tres dias del mes de enero levantó César el campo, y dejando en Lebeda seis cohortes de guarnicion al mando de Saserna, se volvió con el resto de las tropas á Mahadia, de donde antes habia salido. Dejó aquí el equipaje del ejército, y salió el mismo con un campo volante á buscar trigo en los pueblos inmediatos, dando órden á los vecinos de Mahadia de que le siguiesen con carros y caballerías. Hallada abundante provision, se restituyó á la ciudad; lo cual creo que hizo para no dejar á sus espaldas ciudades marítimas exhaustas, y para que hallase la armada estas acogidas aseguradas con guarniciones.

Con este designio, dejando aquí á P. Saserna, hermano del que habia quedado en la inmediata ciudad de Lebeda, con una legion, y encargándole que hiciese conducir mucha porcion de leña á la ciudad, partió con siete cohortes de las tropas veteranas, que habian servido en la escuadra con Sulpicio y Vatinio; y llegando á un puerto que distaba dos millas de la ciudad, se embarcó con su tropa á la caida de la tarde, ignorantes todos los del ejército, é inquiriendo su designio. Tomóles á todos un gran sobresalto y pesadumbre, viéndose expuestos en el África con una pequeña tropa, y esa bisoña, y aun no desembarcada toda, contra numerosos ejércitos, en medio de una gente pérfida, y de innumerables tropas de á caballo; sin esperar por entónces auxilio ni consuelo alguno en el consejo de los suyos, sino solo en el semblante, en el espíritu y alegría del general, que manifestaba siempre su grande ánimo y confianza; con él se aquietaban todos, esperando que nada habria difícil para ellos, conducidos por su sabiduría y experiencia.

Despues de haber pasado la noche en las naves, se preparaba César para partir al amanecer, cuando de improviso, parte de aquellas que le daban mas cuidado, venian por casualidad, hácia la misma costa. Visto esto, mandó que todos los suyos saltasen en tierra, y que armados en la ribera, esperasen á los demás soldados que iban llegando. Así, recibiendo sin tardanza aquellas naves dentro del puerto, se restituyó otra vez á Mahadia con toda su infantería y caballería; y sentado aquí su real, partió en busca de trigo con treinta cohortes á la ligera. Por esto se conoció que habia sido su designio salir con la escuadra á dar socorro á las naves de carga dispersas, sin que lo supiesen los enemigos, para que no cayesen casualmente descuidadas en manos de la armada contraria; y esto lo habia querido ocultar á sus tropas, que quedaban en las guarniciones, temiendo no se desanimasen por su corto número, y la multitud de los enemigos.

Estando ya cerca de tres millas distante de sus reales, le avisaron sus espías y corredores, que habian

alcanzado á ver nó lejos las tropas de los enemigos; y con efecto se empezó á distinguir casi al mismo tiempo una gran polvareda. En vista de esto, mandó César que se juntase al instante toda la caballería, de que se halló entónces con bien corto número, y los pocos flecheros que habia sacado de los reales, y que le siguiesen muy de espacio las legiones formadas en batalla, y él tomó la delantera con una pequeña tropa. Ya que se podia distinguir á lo lejos al enemigo, dió órden de que se pusiesen los yelmos, y se previniesen para la batalla. Entre todas sus tropas componian treinta cohortes, con cuatrocientos caballos y algunos flecheros.

Los enemigos, mandados por Labieno y los dos Pacidios formaron una frente muy dilatada, compuesta nó de infantería, sino de caballería, mezclados con ella numidas armados á la ligera, y flecheros de á pié. Era tan espesa la formacion que á lo lejos los tuvieron los nuestros por un grueso de infantería: y además habian cubierto las alas derecha é izquierda con considerable número de gente de á caballo. César formó su ejército en una sola línea, segun podia con su poca gente; puso delante del centro á los flecheros, y á los lados los caballos, encargándoles mucho cuidasen no ser cercados por la multitud de la caballería enemiga; pues juzgaba que iba á pelear contra la infantería.

Unos y otros estaban en espectativa; César no hacia movimiento alguno, conociendo que con tan corto número, y contra tan grandes fuerzas le era preciso pelear mas con el artificio que con las fuerzas. En esto, empezó á extenderse de repente la caballería enemiga, tomando las alturas para inutilizar la de César, y prepararse al mismo tiempo para cercarla. Con dificultad se sostenia la caballería de César contra tanta multitud. Disponíanse los dos centros á embestirse, cuando salieron corriendo de improviso de su apretada línea los numidas armados á la ligera junto con los caballos, y dieron sus descargas á nuestros legionarios. Cargaron estos sobre ellos, y entónces se retiraban los caballos, haciendo frente la infantería, mientras que, renovando los caballos la carrera, acudian á su socorro.

Conociendo César que en este nuevo género de pelea, al correr sus soldados detrás de los enemigos, perdian su formacion (porque mientras la infantería perseguia á los caballos, lejos de las banderas descubria el flanco al tiro de los numidas inmediatos, y la caballería enemiga dando á correr, escapaba fácilmente de las flechas de los nuestros), mandó publicar por todas las filas, que ningun soldado se adelantase mas de cuatro piés de las banderas. La caballería de Labieno, fiada en su multitud, intentó cercar el corto número de César; los cuales, viéndose pocos, cansados de resistir á tantos enemigos, y heridos los caballos, empezaron á ceder algun tanto, y los contrarios á cargarlos mas y mas. Así que, rodeados en un instante todos los legionarios por la caballería enemiga, y reducidos á un peloton, se veian en precision de pelear todos dentro de aquel estrecho.

Andaba Labieno á caballo con la cabeza descubierta en la primera fila, unas veces exhortando á los suyos y hablando otras con los legionarios de César de esta manera: «¿Qué es esto, soldados bisoños, qué fieros estais? ¿Tambien os ha infatuado ese con sus vanas palabras? Por cierto que os ha traido á un grande peligro. Me compadezco de vosotros.» Entónces, tomando la palabra uno de nuestros soldados, le dijo: «No soy novicio, Labieno, sino veterano de la décima legion.» Replicóle Labieno: «No conozco las banderas de los decumanos.» Á lo que volvió el soldado diciendo: «Pues ahora me conocerás á mí:» y al mismo tiempo se quitó el yelmo para que pudiera conocerle, y en este ademan lanzó un dardo con gran fuerza, que errando á Labieno, se entró buena pieza por los pechos de su caballo, y entónces le dijo: «Mira, Labieno, como es soldado decumano el que te hiere.» Con todo, desmayaban los ánimos, y en particular los de los soldados bisoños, puestos los ojos en César, y sin hacer otra cosa que evitar los dardos enemigos.

César, que penetraba sus designios, mandó extender el frente de su ejército lo mas que se pudiese, y que las cohortes diesen un cuarto de conversion, para cargar al enemigo una después de otra. Así dividió por medio la corona de los enemigos á derecha é izquierda; y acometiendo con la infantería y caballería á la una parte separada de la otra, la desbarató con los dardos y la puso en fuga; y no atreviéndose á seguir el alcance por temor de alguna emboscada, se volvió á los suyos; la otra parte de infantería y caballería de César hizo lo mismo. Con este buen suceso, rechazados bien lejos y muy heridos los enemigos, se retiró á sus reparos en la misma formacion. Á este tiempo llegaron á socorrer á Labieno M. Petreyo y Cn. Pison con mil y cien caballos escogidos de los numidas, y un grueso considerable de infantería de la misma nacion. Recobrados aquellos de su terror con este refuerzo, y renovados sus alientos, revolvieron los caballos sobre los legionarios de la retaguardia, que se iba retirando, y empezaron á estorbarles la vuelta de los reales. Advertido esto, mandó César hacer alto á su gente, y renovar la batalla en medio del llano. Peleaban los enemigos del mismo modo que antes, sin acabar de venir á las manos. La caballería de César, fatigada del viaje por mar, de sed, de descaecimiento, del corto número, y de las heridas, estaba casi inútil para perseguirlos, y perseverar en la carrera; además quedaba ya muy poca parte del dia. Así que, dando César una vuelta á las cohortes y á la caballería, mandó que saliesen todos á un tiempo contra los enemigos, y no parasen hasta rechazarlos de la otra parte de los últimos cerros, y quedar señores de ellos. Hecha la señal, cuando ya los enemigos daban sus descargas con menos esfuerzo y mas descuido, echó sobre ellos de repente sus cohortes y compañías de á caballo; las cuales desalojaron en un instante de la campaña á los enemigos con poca dificultad, los persiguieron hasta de la otra parte de los collados, donde, hallando puesto conveniente, se detuvieron un rato para repararse, y se volvieron retirando formados como estaban á sus fortificaciones: y así mismo los contrarios muy maltratados se fueron recogiendo al cabo á las suyas.

Después de esta refriega vinieron muchos desertores del campo enemigo de toda clase de gente, y se hicieron muchos prisioneros de á pié y de á caballo; de quienes se supo, que el designio de los contrarios habia sido desbaratar con aquel nuevo y nunca usado género de pelea á los soldados bisoños y pocos legionarios, y acabar con ellos cercándolos, á ejemplo de los de Curion, con la caballería; y que habia dicho Labieno en una junta, que cargaria á los contrarios con tantos refuerzos, que, aun venciendo, cansados de vencer, quedarian desbaratados por los suyos, como quien ponia su confianza en la multitud, y esto por varias razones. Lo primero, porque le habian dicho que las tropas veteranas estaban en Roma divididas en facciones, y no querian pasar al África: lo segundo, porque, con la costumbre de tres años, que

tenia bajo su mando aquellas tropas en la provincia, contaba de seguro con su fidelidad; y además por el gran número de caballería é infantería ligera de numidas auxiliares con que se hallaba. Tenia tambien caballos alemanes y franceses, que habia llevado consigo de Brindis, recogidos de la derrota de Pompeyo, y otros levantados allí mismo de criollos, libertinos y siervos, á quienes habia armado y enseñado á manejar con freno los caballos. Añadíanse á todas estas tropas las auxiliares del rey Juba, ciento y veinte elefantes, innumerables tropas de caballería, y legiones alistadas de toda especie de gente, que componian mas de doce mil hombres. Lleno Labieno de esperanza y atrevimiento, al frente de mil y seiscientos caballos alemanes y franceses, de ocho mil numidas, de los que no usaban de frenos, de otros mil y cien caballos que le envió Petreyo, de un cuerpo cuatro veces doble de infantería, de muchísimos honderos y flecheros de á pié y de á caballo, habia venido á atacar á César en campo raso, el 4 de enero, á los cuatro dias de haber llegado al África: peleóse desde las once de la mañana hasta despues de puesto el sol. Petreyo, herido gravemente, se vió precisado á retirarse del campo de batalla.

III. Entretanto fortificaba César su campo con mayor diligencia, aseguraba los fuertes con mas tropas, y trabajaba dos trincheras al mismo tiempo; una desde Mahadia hasta el mar, y otra desde su campo tambien al mar, para poderlas comunicar entre sí fácilmente, y recibir los refuerzos que le viniesen con mas seguridad. Hacia conducir las armas y máquinas desde las naves á los reales, armaba y mandaba venir al campo los marineros y remeros franceses y rodios, para ver si podia mezclar, como los enemigos, tropas ligeras entre la caballería, y acrecentaba el ejército con muchos flecheros de las naves de Siria y Palestina. Porque tenia noticia que dentro de tres dias despues de aquella batalla, llegaria Escipion, é incorporaria sus tropas con las de Petreyo y Afranio, que decian ser hasta ocho legiones y cuatro mil caballos. Asimismo hacia fabricar talleres para hacer armas, cuidaba de que se fabricasen dardos y flechas, fundia balas, preparaba chuzos, despachaba mensageros y cartas á Sicilia, para que le enviasen materiales para arietes, de que habia escasez en África, y además prevencion de hierro y plomo. Tampoco se olvidaba que en África no podia tener trigo sino de transporte; porque el año anterior, por las levas de los contrarios, que sacaron los labradores para la milicia; no habia habido cosecha; y además habian retirado el trigo de toda la provincia á pocas plazas, y esas bien fortalecidas, dejando exhausta y destruida toda la tierra. Á esto se añadia el arruinar y poner por el suelo todas las ciudades, á excepcion de las pocas que podrian mantener con sus guarniciones, obligando á los naturales á pasarse á vivir á sus presidios: con que estaban taladas y abrasadas todas las campiñas.

Reducido César á esta escasez, habia podido juntar en sus reales alguna porcion de trigo, solicitando y halagando á varios particulares, el cual administraba con mucha economía. Entretanto visitaba diariamente sus reparos, alternando las guardias con las cohortes, por la multitud de los contrarios. Labieno mandó que todos los heridos de su campo, que eran muchísimos, fuesen conducidos en carros á Mahometa. Andaban entretanto perdidas malamente las naves de carga de César, é inciertas del paraje donde estaba acampado su general: y habiéndolas atacado separadamente las lanchas de la escuadra enemiga, unas habian incendiado, y otras apresado. Informado César de esto, dispuso varios cruceros con su escuadra cerca de las islas y puertos, para asegurar sus convoyes.

Marco Caton, que tenia á su cargo la ciudad de Utica, no cesaba de solicitar y apremiar continuamente á Cn. Pompeyo el mozo: «Tu padre, le decia, á la edad que tú tienes, viendo oprimida la república por malos y atrevidos ciudadanos, y que los hombres de bien, ó eran muertos, ó desterrados carecian de la ciudad y de la patria, animado del deseo de gloria, y de su grande espíritu, siendo un mero particular, recogió las reliquias del ejército de su padre, y restituyó la libertad á la Italia y á la ciudad de Roma oprimidas, y casi enteramente arruinadas; y con increible prontitud recobró por armas la Sicilia, el África, la Numidia y la Mauritania: con cuyas hazañas adquirió aquella reputacion tan esclarecida y famosa en todas las naciones. De muy corta edad, y siendo solo un caballero romano, mereció la gloria del triunfo. Y él entró en el gobierno de la república sin tener que sostener ni los esclarecidos hechos de su padre, ni una sobresaliente dignidad de tus antepasados. Tú, al contrario, que gozas de la reputacion y dignidad de tu padre, y que por tí mismo eres dotado de suficiente espíritu y actividad, ¿nó te esforzarás, y saldrás á pedir á los amigos de tu padre, que tomen á su cargo su propia defensa, la de la república, y la de todos los buenos.»

Movido el jóven con estas instancias de un varon tan grave, partió de Utica la vuelta de Mauritania, con hasta treinta embarcaciones de varios portes, entre las cuales habia muy pocas armadas allí mismo en guerra. Entró por el reino de Bogud, y con un grueso de dos mil hombres entre siervos y libres, parte armados, y parte desarmados, enderezó su marcha á la ciudad de Ascuro, donde habia guarnicion del rey. Los moradores, viendo venir á Pompeyo, le dejaron acercar hasta que estuviese inmediato á la muralla y á las puertas; y entónces, haciendo una salida de repente, dieron sobre los pompeyanos, que, sorprendidos y desbaratados, tuvieron á bien acogerse á las naves. Con este mal suceso, no volvió á parecer mas Cn. Pompeyo en aquella costa, sino que tomó con su escuadra la derrota de las islas Baleares.

Escipion por su parte, habiendo dejado en Utica una buena guarnicion, vino á acampar primeramente con las tropas que dijimos arriba sobre Mahometa; y al cabo de algunos dias que se detuvo aquí, caminando de noche se incorporó con las tropas de Petreyo y Labieno: y formado un solo campo, se fijaron á tres millas de distancia de aquella plaza. No dejaba su caballería de hacer continuas correrías al rededor de las fortificaciones de César, y sorprender á los que se alejaban de las trincheras por causa de traer forraje y agua. De esta manera les obligaban á mantenerse dentro de sus reparos; por lo cual llegaron á padecer los cesarianos mucha escasez, así por no haber llegado todavía víveres de Sicilia ni de Cerdeña, como por no poder subsistir las escuadras en el mar sin riesgo por la estacion del año, y no tener en toda el África mas terreno á donde extenderse que seis millas para buscar forraje, de que se vieron en suma escasez. De la cual, movidos los veteranos y la gente de á caballo, que se habian hallado en muchas guerras de mar y tierra, y se habian visto otras veces en iguales peligros y escasez, sacaron del mar porcion de ovas, y lavadas en agua dulce, se las daban á los caballos hambrientos, y así les alargaban las vidas.

IV. En este estado, noticioso el rey Juba de los trabajos en que se veia César, y del corto número de

sus tropas, pensó que no convenia darle tiempo para rehacerse, y aumentar sus fuerzas. Y así salió de su reino con un grueso considerable de infantería y caballería, y se puso en marcha para socorrer á sus aliados. Por otra parte, P. Sicio y el rey Bogud, sabida la marcha de Juba, juntaron sus fuerzas, y se fueron acercando á su reino. Pusiéronse sobre Constantina, la ciudad mas rica de todo el reino, y á pocos dias la tomaron, con otras dos pertenecientes á los gétulos; á cuyos moradores propusieron la condicion de que saliesen libres entregando la plaza; y no queriendo admitirla, fueron despues tomados de sobresalto, y pasados á cuchillo. Pasaron adelante talando los campos y asolando los pueblos. Avisado de esto el rey Juba, hallándose ya muy cerca del campo de Escipion y sus capitanes, entró en consideracion de que le estaria mejor acudir á socorrer su reino, que no ser despojado de él, y perderlo todo por ir á dar auxilio a otros. Y así volvió á retirarse temeroso de sus estados, llevándose consigo las tropas auxiliares que estaban en el campo de Escipion, y dejándole solo treinta elefantes, á dar socorro á sus tierras y ciudades.

Informado César de que se dudaba todavía en la provincia de su venida, pues nadie creia que fuese él, sino algun lugarteniente suyo, el que habia pasado al África con tropas, hizo saber su llegada á toda la provincia por cartas circulares. Entónces salieron huyendo de sus ciudades muchos sugetos principales, y acudieron á los reales de César, á quien hicieron relacion de la fiereza y crueldad de sus enemigos. Movido César de sus querellas y lágrimas, habiendo antes determinado hacer la guerra desde sus atrincheramientos, pensó en salir á campaña luego que entrase el buen tiempo, y tuviese juntas sus tropas y las auxiliares. Y así escribió al instante á Alieno y á Rabirio Póstumo por una lancha, para que lo mas pronto que les fuera posible, le enviasen sus tropas sin la menor tardanza, ni escusa del invierno y los vientos. Porque perecia la provincia de Africa arruinada por el furor de sus enemigos; y si no se socorria con prontitud á aquellos aliados, á excepcion del suelo de Africa, ni un techo á donde recogerse les dejaria en pié el furor y maldad de aquella gente. Y era tal la priesa y expectacion que le combatia, que al dia siguiente de haber enviado las cartas y avisos á Sicilia, ya decia que tardaba la escuadra y el ejército: teniendo continuamente de dia y de noche en atalaya del mar su vista y sus pensamientos. Y no es maravilla, considerando que eran abrasados los pueblos, talados los campos, robados y muertos los ganados, desamparadas y puestas por el suelo las ciudades y castillos, asesinados ó encerrados en prisiones los sugetos mas distinguidos de los pueblos, arrebatados sus hijos con pretexto de rehenes para la servidumbre, y que en tantas miserias, implorando los infelices su socorro, no los podia favorecer por el corto número de sus tropas. Entretanto ocupaba á los soldados en las obras, fortificaba los reales, levantaba torres y castillos, y continuaba sus reparos hasta el mar.

Escipion en esto amaestraba á los elefantes de esta manera: formaba dos escuadrones, uno de honderos contra los elefantes, que estuviese como en lugar de ejército enemigo, y les disparase piedrecitas hácia su frente: ordenaba después la línea de los elefantes, y detrás de ellos el resto del ejército, para que cuando diesen los contrarios la descarga de piedras, y los elefantes amedrentados quisiesen acogerse á los suyos, los hiciesen estos volver con otra carga de piedras contra los enemigos. Pero esto se hacia muy lentamente, y con muchísimo trabajo; pues siendo duros por sí los elefantes, y torpes, aun con muchos años de contínuo ejercicio y disciplina, siempre se les saca á campaña igualmente expuestos á dañar al amigo que al enemigo.

Mientras daban estas disposiciones junto á Mahadia los generales de uno y otro ejército, habiendo advertido Cayo Virgilio Pretorio, quien tenia á su cargo á Tapso, ciudad marítima, que andaban errantes algunas naves de César con tropas de desembarco, y deseando aprovechar la ocasion, armó de flecheros y soldados una nave ligera que tenia, é incorporando en ella lanchas de otras naves, empezó á dar caza á cada una de las naves de César. Atacó á algunas, por las cuales fué rechazado con pérdida suya: mas no desistiendo por eso de su intento, vino á dar casualmente sobre una en que iban dos mozos españoles llamados Ticios, tribunos de la quinta legion, á cuyo padre habia elegido César senador, y en su compañía T. Salieno, centurion de la misma legion, que habia cercado en Mesina al lugarteniente M. Mesala, y le habia hablado con palabras sediciosas, y habia procurado ocultar y retener el dinero y adornos del triunfo de César; por todo lo cual temia llegar á su presencia. Y así, incitado del remordimiento de sus muchos delitos, persuadió á los dos mancebos, que no se resistiesen, sino que se entregasen á Virgilio. Este los envió al instante á Escipion, por quien mandados prender, fueron muertos al cabo de tres dias. Dicen que cuando los conducian al suplicio, suplicó el mayor de los dos Ticios á los centuriones, que le diesen á él muerte primero que á su hermano: lo cual ellos le otorgaron fácilmente, y así acabaron.

En este intermedio no dejaban de trabarse diariamente algunas escaramuzas entre las compañías de caballos que los dos generales tenian apostadas delante de las trincheras, y á veces se hablaban tambien sobre seguro los caballeros franceses y alemanes de Labieno con los de César. Trató Labieno á la sazon de asaltar y entrar por fuerza la ciudad de Lebeda, que estaba á cargo de Saserna con tres cohortes; pero la defendian estas fácilmente, y con poco riesgo, por estar grandemente fortalecida, y bien provista de máquinas de guerra. Mas no cesando la caballería enemiga de acudir sobre ella, como se acercase un grueso escuadron á una puerta, disparado diestramente un escorpion, y herido el mismo comandante, de manera que vino clavado al suelo, los demás atemorizados se retiraron huyendo á los reales; con que se les amortiguó para adelante el deseo de hacer otra tentativa sobre la ciudad.

Escipion formaba su ejército casi todos los dias como á la distancia de trescientos pasos de sus reales: y manteniéndose así la mayor parte del dia, volvia á retirarse á sus reparos. Como hiciese esto mismo varias veces, y nadie saliese fuera del campo de César, ni se acercase á sus tropas; haciendo menosprecio de la paciencia de César y de su gente, sacó á un mismo tiempo todas sus tropas, colocó al frente de ellas los treinta elefantes, con torres encima, y formando una frente muy dilatada con la multitud de tropas de á pié y de á caballo, se puso en órden de batalla á corta distancia de los reales de César.

Á vista de esto mandó César á los soldados que habian salido fuera de los reparos, y á los que estaban á buscar forraje ó leña, ó á fortalecer las trincheras, y á otras maniobras necesarias para este efecto, que sin precipitacion ni alboroto, poco á poco, y con modesto ademan se fuesen retirando y colocando en las obras: y ordenó tambien á los caballos que estaban al frente del campo, que mantuviesen su puesto hasta que

llegasen á ellos los tiros de los enemigos; y que si se acercaban mas, se retrajesen con una honrosa retirada. Así mismo dió órden al resto de la caballería, que cada uno estuviese pronto y prevenido en su puesto. Todas estas órdenes no las daba por sí desde la trinchera, sino, como sabio en el arte de mandar, sentado en su tienda, mandaba lo que se habia de hacer por sus oficiales y corredores: conociendo que, aunque confiaban mucho los contrarios en el número de sus tropas, con todo eso, desbaratados, deshechos y aterrados por él muchas veces, les habia concedido las vidas, y perdonado sus delitos. Por lo cual nunca su misma flaqueza y el propio conocimiento les daria tal confianza de la victoria, que se atreviesen á acometerle en sus reales. Además de esto, su nombre y autoridad disminuia notablemente la animosidad de aquel ejército; y las grandes fortificaciones de su campo, la altura de las trincheras y fosos, y los abrojos fuera de las trincheras cubiertos con admirable artificio, bastaban para estorbarles la entrada sin mas defensa; á lo que se añadia mucha prevencion de escorpiones, catapultas y demás armas que se suelen prevenir para una defensa. Todos estos reparos tenia dispuestos por el corto número y poca experiencia de sus tropas: no movido de las fuerzas, ó de temor de los enemigos, se les mostraba tímido y sufrido: ni dejaba de sacar sus tropas al campo de batalla, aunque pocas y bisoñas, porque desconfiase de la victoria, sino por parecerle muy importante de qué calidad fuese esta. Porque tenia por poco honroso para sí, después de tantas hazañas, tantos ejércitos vencidos, y tan esclarecidas victorias, que se pensase habia conseguido ahora una muy costosa de los despojos de sus contrarios, recogidos de una fuga. Y así tenia resuelto sufrir sus bravatas y altanería, hasta que en otro convoy le viniese alguna parte de sus tropas veteranas.

Escipion, como dije antes, se mantuvo un rato así formado; y luego, como dando á entender que habia hecho menosprecio de César, retiró muy de espacio sus tropas á los reales, y convocando los gefes, les habló del terror y desesperacion del ejército contrario; y los animó, prometiéndoles en breve una victoria cierta. César mandó á sus soldados que volviesen á las obras, sin permitir que estuviesen un instante ociosos los bisoños, con pretexto de las fortificaciones. Los numidas y gétulos desertaban todos los dias de los reales de Escipion; parte de los cuales se retiraban á sus tierras, y parte, por hallarse obligados de los beneficios de C. Mario, y tener noticia de que César era su pariente, acudian en gran número á sus reales diariamente. Él escogió entre todos los gétulos algunos sugetos principales, y dándoles cartas para su tierra, los despachó animados á levantar algunas tropas, á defenderse á sí y á los suyos, y á no obedecer á los contrarios.

Mientras pasaba esto en Mahadia, llegaron mensageros á César de Acila, ciudad libre, y de otras partes, ofreciéndole estar prontos á cuanto les mandase; y solo le pedian para poderlo hacer con menos riesgo, les diese alguna guarnicion, y ellos suministrarian por el bien comun, trigo, y otra cualquier cosa, que tuviesen. Lo cual logrado fácilmente de César, mandó á Cayo Mesio, que habia ya sido edil, que partiese á Acila con la guarnicion. Avisado de esto Considio Longo, que estaba en Mahometa con dos legiones y setecientos caballos, dejando aquí parte de la guarnicion, partió prontamente la vuelta de Acila con ocho cohortes. Mesio hizo mas presto su jornada, y entró con la guarnicion en la plaza. Cuando llegó cerca Considio, y supo que estaba ocupada con guarnicion de César, no quiso aventurarse, y se volvió otra vez á Mahometa, sin haber hecho nada, sin embargo del excesivo número de su gente; pero de allí á pocos dias le envió Labieno tropas de á caballo, con lo que puso sus reales sobre Acila.

Llegó por este tiempo á Cercara Salustio Crispo, á quien dijimos que habia despachado César pocos dias antes con una escuadra. Con su llegada, el cuestor C. Decimio, que cuidaba allí de la direccion de los convoyes enemigos, con una buena escolta de criados suyos, escapó huyendo en un pequeño barco que pudo alcanzar. Fué recibido Salustio de los cercarenses como pretor; y hallando gran porcion de trigo, le envió á los reales de César en las naves de transporte, de que habia allí bastante abundancia. Á este mismo tiempo, embarcó tambien el procónsul Alieno en Libeo las legiones trece y catorce con ochocientos caballos franceses, y otros mil hombres además entre honderos y flecheros, y envió á César este segundo convoy. Estas naves tuvieron tan buen viento, que arribaron á los cuatro dias al puerto de Mahadia, donde César tenia sus reales. Gozoso entónces con dos motivos de alegría á un mismo tiempo, y animados finalmente los suyos con el trigo y refuerzo de gente, libre ya del cuidado de los víveres, desembarcó las legiones, y en saliendo á tierra las de á caballo, dió órden de que se reparasen de la debilidad y el mareo, y después las repartió por los fuertes y reparos.

V. No acababan de admirarse Escipion y los demás capitanes que le acompañaban, preguntándose unos á otros cómo era que C. César, que solia en otras ocasiones ser el primero á declarar la guerra, y presentar la batalla, se habia mudado de repente: cosa que les hacia pensar que no seria sin premeditado designio. Reducidos á un gran temor de su paciencia, despacharon dos gétulos, los que tuvieron por mas afectos á su faccion, proponiéndoles grandes premios y esperanzas, por espías á los reales de César: los cuales, luego que fuéron llevados á su presencia, le pidieron permiso para hablar libremente y sobre seguro: dado este, le dijeron: «Varias veces, ó general, hemos querido pasarnos á tu campo muchos gétulos, que somos clientes de Cayo Mario, y casi todos los ciudadanos romanos de las legiones cuarta y sexta; pero nos han estorbado las guardias de la caballería numida el hacerlo sin evidente peligro. Ahora que se nos ha ofrecido la ocasion, venimos á tí, con grandísima voluntad, enviados por Escipion como espías á reconocer qué fosos ó celadas teneis puestas á los elefantes, delante de los reales y portillos de las trincheras, y todos vuestros reparos contra las mismas bestias, y las prevenciones para la batalla, y darle noticia de todo.» César los alabó, les señaló estipendio, y los destinó entre los demás que se habian pasado á su campo: y muy presto acreditó el suceso la verdad de sus palabras, pues al dia siguiente se pasaron del campo de Escipion, muchos legionarios de las mismas legiones que los gétulos habian nombrado.

Esto pasaba en Mahadia. En Utica, donde estaba de gobernador M. Caton, se hacian contínuamente nuevas levas de libertinos, de africanos, y hasta de los siervos, y toda canalla, que por su edad pudiese tomar las armas, y se enviaban sin tardanza al ejército á la órden de Escipion. Á la sazon llegaron á César mensageros de la ciudad de Cairoan, adonde los mercaderes y labradores italianos habian conducido trescientos mil modios de trigo, á darle aviso de esta provision, y á suplicarle al mismo tiempo les enviase una guarnicion, para conservar con mas facilidad el trigo y sus propios bienes. César les dió muchas

gracias, les ofreció que les enviaria la guarnicion dentro de muy breves dias; y exhortándoles á mantenerse fieles, les mandó volverse á la ciudad. Á este tiempo entró P. Sicio con sus tropas en los términos de Numidia, y tomó por fuerza un castillo puesto y fortificado en una montaña, á donde Juba habia hecho conducir trigo, y todas las demás prevenciones necesarias para la guerra que emprendia.

Después de haber aumentado César su ejército con las dos legiones veteranas, y con la caballería y tropa ligera que trajo el segundo convoy, dió órden de que partiesen luego seis naves de transporte á Lilibeo para conducir el resto de sus fuerzas. Á los 27 de enero mandó al anochecer, que todos los corredores y batidores estuviesen prontos á sus órdenes. Después, sin que nadie supiese palabra, ni aun llegase á sospecharlo, mandó que á media noche se sacasen del campo las legiones, y le siguiesen hácia la ciudad de Mahadia, donde tenia guarnicion, y la primera que habia seguido su amistad. Aquí, tomando un corto declive por el lado izquierdo de su campo, guió las legiones por la ribera del mar. Esta es una campaña rasa admirable de quince millas de extension, donde una cordillera nó muy elevada, que empieza á levantarse desde el mar, y la rodea, forma una especie de anfiteatro: hay en ella algunos collados eminentes, en cada uno de los cuales hubo antiguamente torres y atalayas: Escipion se habia apoderado del último de estos cerros, y puesto en él una guarnicion.

Luego que subió César á lo alto de la cordillera, empezó á levantar por toda ella torres y fuertes, que concluyó en menos de media hora: y cuando se halló cerca del último collado y torre mas inmediata al campo enemigo, en que dijimos habia una guarnicion de numidas, paróse algun tanto, y reconocido el terreno, poniendo delante la caballería, destinó las legiones á la fortificacion, dándolas órden de hacer y fortalecer un ramal de trinchera desde el medio de la altura hasta el mismo paraje de donde habian salido. Lo cual advertido por Escipion y Labieno, sacaron del campo toda la caballería, y formada de ella una línea, se adelantaron cerca de una milla de sus atrincheramientos, dejando tambien formada la infantería en otro segundo cuerpo distante menos de cuatrocientos pasos de los reales.

César sin embargo, animaba á sus soldados en la obra, sin alterarse de las tropas enemigas. Mas cuando notó que no distaban los contrarios de sus reparos mas que mil y quinientos pasos, y entendió que trataban de acercarse, y estorbar á los nuestros, y echarlos de la obra: viéndose precisado á retirar las legiones de ella, mandó á una compañía de caballos españoles, que partiesen con prontitud al collado inmediato, desalojasen la guarnicion, y se apoderasen del puesto: y dió órden de que los siguiesen algunas tropas ligeras de refuerzo. Acometieron los destacados á los numidas: á unos hicieron prisioneros, á otros que huian hirieron, y se apoderaron del puesto. Advertido esto por Labieno, por llegar mas presto al socorro de los suyos, separó de su escuadron casi toda el ala derecha, y partió á favorecer á los que se retiraban huyendo. Así que César vió que se habia separado Labieno de sus tropas, destacó la caballería de su ala izquierda para cortarle.

Habia en el paraje donde esto pasaba una gran casa de campo, flanqueada con cuatro torreones, que impedia á Labieno el ver que la caballería de César le venia cortando: y así no vio las tropas de César, hasta que supo la carnicería que hacian en su retaguardia: de lo que llena de terror de improviso la caballería de los numidas, empezó á huir derechamente á los reales. Los franceses y alemanes que se habian quedado atrás, acometidos por la espalda, y desde puesto ventajoso, aunque se resistieron con valor, fueron todos muertos. Lo cual, visto por las legiones de Escipion, que estaban formadas al frente de los reales, ciegas de terror y espanto, empezaron á huir hácia ellos desordenadamente. Echados de esta manera Escipion y sus tropas del campo y los collados, y obligados á meterse en sus reales, limpia la campaña, mandó César tocar la retirada; y allí conoció tendidos los grandísimos cadáveres de franceses y alemanes que, parte siguiendo desde Francia la autoridad de Escipion, parte movidos de promesas y premios, se habian agregado á su partido; y otros que, hechos prisioneros en la derrota de Curion, habiéndoles conservado las vidas, quisieron mostrarse recíprocamente agradecidos. Estaban esparcidos por todo el campo estos hombres de prodigiosa estatura y belleza, unos en una parte otros en otra.

Con este buen suceso sacó César al dia siguiente todas las cohortes de los presidios, y formó su ejército en batalla. Escipion, viendo á los suyos tan mal parados, muertos y heridos, trató de estarse quieto dentro de sus reparos. César, que tenia su ejército formado en la falda del cerro, se fué acercando poco á poco á las fortificaciones enemigas. Ya llegaban las legiones de César á menos de mil pasos de la ciudad de Uzita, que ocupaba Escipion, cuando, temiendo este perderla, porque de ella se proveia de agua, y los demás víveres para el ejército, sacó todas sus tropas de los reales, y formándolas en cuatro líneas, la primera de la caballería, segun su costumbre, interpolados los elefantes armados de torres, se dirigió á la defensa de la plaza. César que le vió venir, creyó que vendria determinado á dar la batalla, pero Escipion hizo alto delante de la ciudad en el paraje que hemos dicho, cubriendo con ella el centro de su ejército, y extendiendo las alas, donde estaban los elefantes, al frente de los enemigos.

Habiendo ya esperado César hasta cerca del anochecer, y visto que Escipion no se movia del puesto en que habia hecho alto, y que si le obligaba, mas bien se defenderia desde donde estaba, que no se atreveria á arriesgarse en campo raso desde cerca, no le pareció conveniente acercarse entónces á la plaza; porque sabia que estaba dentro una fuerte guarnicion de numidas, y que los enemigos habian cubierto con la ciudad el centro de su ejército; y tambien por conocer que le seria difícil atacar á un mismo tiempo la plaza, y pelear en el campo á derecha y izquierda en paraje nada ventajoso, especialmente estando sus tropas cansadas, todo el dia sobre las armas, y sin tomar alimento desde por la mañana. Así volvió sus tropas á los reales, y al dia siguiente pensó en adelantar sus reparos mas cerca del campo contrario.

Entretanto Considio, que estaba sobre Acila con ocho cohortes asalariadas, y con refuerzo de numidas y gétulos, cuya ciudad tenia por César C. Mesio, habiendo hecho muchas tentativas con grandes obras y máquinas, incendiadas estas por los de dentro, viendo que nada adelantaba, é informado del mal suceso de la batalla ecuestre, quemó el trigo que tenia de repuesto en los reales, corrompió el vino, el aceite, y las demás cosas que suelen prevenirse para el sustento, abandonó el sitio de Acila, repartió sus tropas con Escipion, y atravesando el reino de Juba, se retiró á Adrumeto.

Del segundo convoy que Alieno envió á César desde Sicilia, se separó de la escuadra una nave en que

venian dos caballeros romanos Q. Cominio y L. Ticida, que, siendo llevada por el viento á Tapso, fué apresada por Virgilio con esquifes y otros barcos ligeros, y conducida á Escipion. Otra tambien de tres órdenes de remos, que. separada de las demás, andaba errante, fue llevada por el temporal á la Goleta, y apresada por la escuadra de Varo y M. Octavio, en la cual iban varios soldados veteranos, y algunos nuevos con un centurion, á quienes conservó Varo sin agravio alguno, y dió órden de que fuesen conducidos á la presencia de Escipion. Luego que llegaron, y se vieron delante del tribunal: « bien sé, les dijo, que vosotros, nó por voluntad, sino forzados de la violencia de aquel vuestro malvado capitan, perseguis desapiadadamente á los ciudadanos, y á todos los hombres de bien. Mas, pues que la fortuna os ha traido á nuestro poder, si defendeis, como debeis hacerlo, á la república con los buenos, desde luego os aseguro la vida, y alguna gratificacion: y así decid cuál es vuestra resolucion. »

Hecha esta breve plática, les dió permiso para que hablasen, persuadido á que sin duda le darian muchas gracias por su beneficio. Respondió por todos un centurion de la legion catorce, diciendo: « Te doy las gracias por tu gran beneficio, ó Escipion, que aun no te nombro general, pues siendo por ley de la guerra tu prisionero, me ofreces la vida y la libertad: y acaso me aprovecharia de este favor, si no viniese envuelto con una detestable maldad. ¿Yo me habia de presentar en campaña armado contra César mi general, en cuyas banderas he alcanzado puesto distinguido, ni contra su ejército, por cuya reputacion y gloria he traido las armas en la mano mas de treinta y seis años? Ni yo he de hacer tal cosa, y á tí te aconsejo que desistas de tu intento; porque si hasta aquí no lo has experimentado, ahora sabrás contra qué tropas peleas. Escoge una cohorte de las tuyas, la que tengas por mas valiente, y ponla armada contra mí, que no tomaré mas de diez de estos mis camaradas que tienes en tu presencia. Entónces conocerás por nuestro valor lo que puedes esperar de tus tropas. »

Habiendo hablado así el centurion con gran presencia de ánimo, y tan fuera de lo que Escipion esperaba, ardiendo en saña, y atravesado de sentimiento, hizo una seña á los centuriones, y allí mismo á sus piés le vió quitar la vida. Dió órden de separar á los veteranos de los bisoños. Apartad, dijo, á esos manchados con una maldad abominable, y alimentados con la sangre de sus conciudadanos. Con esto fueron sacados del campo, y muertos cruelmente. Mandó repartir á los nuevos por las legiones, y no quiso ver á Ticida y á Cominio. César, muy sentido de esto, separó del ejército con nota de infamia por medio de un edicto muy severo á los que de su órden cruzaban con las galeras delante de Tapso para socorrer á sus naves de carga.

VI. Acaeció á la sazon al ejército de César un contratiempo muy grande: y fué que, despues del ocaso de las pléyadas, á cosa de las nueve de la noche se levantó una gran tempestad de agua mezclada con granizo. Á este trabajo se añadió que César no tenia sus tropas en tiendas, como era costumbre de otros generales, sino que, mudando campamentos cada tres ó cuatro dias, y acercándose mas al enemigo, allí mismo acampaba; con cuyos trabajos no dejaba lugar á los soldados de mirar por sus personas. Además habia transportado el ejército de Sicilia de manera, que no se permitió embarcar mas que el soldado y las armas, sin esclavos, ni otra cosa tocante á los utensilios; y en el África nó solo no habian adquirido, ni hecho prevencion alguna, sino que por la escasez de víveres habian consumido todo cuanto tenian. Con lo cual se hallaban tan miserables, que eran poquísimos los que tenian tiendas para cubrirse. Los demás se componian con covachas hechas de sus ropas, y cubiertas con escobas y cañas. Y así, sobreviniendo de repente el agua y granizo, derribadas y arruinadas sus pequeñas barracas, con las tinieblas, con el agua, y la noche tan tempestuosa, apagados los fuegos, y echados á perder todos los víveres, andaban los soldados dispersos y aturdidos por el campo, cubriendo las cabezas con los escudos. Esta misma noche se vieron arder en vivo fuego las puntas de las picas de la quinta legion.

Avisado entretanto el rey Juba de la batalla ecuestre de Escipion, y solicitado de él por cartas, dejó á su general Sabura con parte del ejército, para que hiciese frente á Sicio, y partió de su reino la vuelta de los reales de Escipion con tres legiones, ochocientos caballos enfrenados, un número considerable de numidas de á caballo sin frenos y de tropas ligeras, y treinta elefantes, para añadir con su persona alguna autoridad al ejército de Escipion, y terror al de César. Cuando llegó, formó su campo aparte con dichas tropas, nó lejos del de Escipion. Antes de su llegada se habia extendido gran terror en los reales de César, estando todos suspensos, y puestos en mucha solicitud y cuidado con la expectacion de las tropas reales: mas, despues que le vieron acampado enfrente, sacudieron de sí el miedo con desprecio de sus tropas: de modo que perdió con su presencia toda la autoridad que habia tenido ausente. Pero se conoció claramente cuánto le creció el ánimo y confianza á Escipion con la venida del rey; porque el dia siguiente sacó á campaña todas sus tropas y las del rey con sesenta elefantes, las ordenó con toda la ostentacion posible, y habiéndose adelantado algo mas de sus fortificaciones, sin detenerse largo tiempo, se retiró á los reales.

Viendo César que ya tenia Escipion en su campo todos los socorros que esperaba, y que no habria detencion en venir á las manos, tomó la marcha por las alturas y empezó á hacer líneas de comunicacion y levantar fuertes en cada una, procurando apoderarse de los puestos mas cerca de Escipion. Los contrarios, fiados en la multitud de sus tropas, ocuparon una colina, con que le acortaron el designio de acercarse mas. Habia pensado Labieno en tomar este puesto, y como se hallaba mas cerca, le ocupó primero.

Habia un hondo valle bastante largo, de escarpada pendiente, con muchos hoyos á manera de cuevas, por donde tenia que pasar César antes de llegar á ocupar la colina que pretendia: y á la otra parte del valle un antiguo olivar nó poco espeso. Conociendo Labieno que si César queria tomar aquel puerto, era menester que primero pasase el valle y el olivar, con la inteligencia que tenia de estos parajes, se puso en emboscada con parte de la caballería y la infantería ligera, y además puso el resto de la caballería de la otra parte del monte y los collados, para que cuando él hubiese acometido de improviso á las legiones, se mostrase la caballería por el cerro, y perturbado entónces César y su ejército con dos peligros á un tiempo, y sin poder pasar mas adelante, fuese desbaratado enteramente. César, sin saber de la emboscada, echó delante la caballería; mas cuando se llegó al valle, los enemigos ú olvidados, ó abusando de las órdenes de Labieno, ó por temor de ser sorprendidos en la hondonada por la caballería, empezaron á asomar po-

co á poco por la emboscada, y á encaminarse á lo alto del collado. Á los cuales alcanzaron los caballos de César, y parte mataron, y á otros hicieron prisioneros. Partieron despues á apoderarse del collado, y le tomaron prontamente, echando de allí la guarnicion de Labieno, el cual tuvo bastante que hacer en escaparse con una parte de la caballería.

Logrado este lance por la caballería, repartió César los trabajos á las legiones, y colocó su real en aquella altura de que se habia apoderado. Luego, desde su campo principal, mandó hacer dos trincheras por medio del llano, enfrente de la ciudad de Uzita situada en él, entre sus reales y los de Escipion, que estaba hecho dueño de ella; dirigidas de manera que viniesen á juntarse á los ángulos de derecha é izquierda de la plaza. El designio de conducir así estas obras era para que, acercando sus tropas á batir la ciudad, tuviese cubiertos los lados con sus fortificaciones, no fuése que, cercado por la multitud de la caballería enemiga, se viese precisado á suspender los ataques; además para que pudiesen hablarse con mas facilidad los soldados, y si quisiesen pasarse algunos (lo que antes ejecutaban frecuentemente aun con mucho riesgo; lo hiciesen entónces mas fácilmente, y sin peligro, y tambien por experimentar, llegándose mas cerca, si estaba el enemigo en ánimo de venir al trance de la batalla. Añadíase á estas razones el ser este paraje muy bajo, en el que se podrian cavar pozos; porque tenia poca agua, y habia que ir lejos á buscarla. Entretanto que las legiones se ocupaban en estas obras no dejaba de estar formada una parte de ellas al frente del enemigo, y de trabar algunas escaramuzas con la caballería bárbara y las tropas ligeras.

Al anochecer, cuando César retiraba las tropas de las obras á los reales, vinieron á dar sobre nuestra caballería con mucha furia Juba, Escipion y Labieno con toda su caballería y las tropas ligeras. Perturbados los nuestros por el ímpetu de la excesiva y repentina multitud, cedieron un poco. Pero esto se volvió en contra de los enemigos. Porque, haciendo venir César sus tropas desde la mitad del camino, socorrió á la caballería, y animada esta con la venida de las legiones, volviendo los caballos, dieron sobre los numidas que los seguian desunidos, cargándolos tan fuertemente que los rechazaron hasta los mismos atrincheramientos del rey, haciendo en ellos gran matanza: y si el choque no fuera tan cercano á la noche, y no quitara la vista una gran polvareda, que levantaba el viento, hubieran caido infaliblemente Juba y Labieno en manos de César, y no quedara hombre vivo de toda la caballería y tropa ligera. Con esto, es increible los soldados que se pasaron de las legiones cuarta y sexta del campo de Escipion, parte á los reales de César y parte á otros parajes á donde podian: y así mismo muchos de la caballería de Curion, desconfiando de Escipion y de sus tropas, vinieron tambien á entregarse á César.

VII. Mientras pasaba esto sobre Uzita, las dos legiones nona y décima, que se habian embarcado en Sicilia, cuando llegaban ya cerca el puerto de Mahadia avistaron las naves de César, que estaban de observacion sobre Tapso; y temiendo no caer en manos de la escuadra enemiga, que estaria en aquel crucero, se engolfaron imprudentemente y despues de haber sido largo tiempo el juguete de los vientos, arribaron al cabo de muchos dias al campo de César, medio muertas las tropas de hambre y de sed.

Luego que saltaron en tierra, teniendo César muy presente la antigua relajacion de la disciplina militar y las extorsiones y latrocinios de algunos, valiéndose del leve pretexto de que C. Avieno, tribuno de la legion décima, habia cargado una nave de víveres para sí, su familia y sus caballos, sin haber embarcado en ella un soldado en Sicilia, mandó convocar al dia siguiente á todos los tribunos y centuriones de todas las legiones, y desde la silla de su tribunal les habló en estos términos: « Mucho me holgara que algunos sujetos pusiesen término algun dia á su demasiada libertad y desvergüenza y no abusaran de mi paciencia, suavidad y moderacion. Mas, pues ellos no ponen límites á sus delitos, he de dar un ejemplo, segun la costumbre militar, para que aprendan otros á portarse diferentemente. Así que C. Avieno, porque sublevaste los soldados en Italia contra la república, y robaste los municipios, y fuiste inútil á mí y á la república; porque has embarcado tus criados y caballerías en lugar de las tropas de que por tu causa carece la república en tiempo de necesidad; por todos estos motivos te separo del ejército con ignominia; te mando salir hoy mismo de África, y cuanto antes sea posible. Á tí, A. Fonteyo, por sedicioso tribuno de los soldados, y mal ciudadano, te aparto del ejército. Á vosotros, T. Salieno, M. Tiron, y C. Clusinas, porque habiendo conseguido grados de distincion en mis ejércitos, nó por merecimiento vuestro sino por favor mio, os habeis portado de manera, que ni en la guerra habeis mostrado valor, y en la paz habeis sido malos é inútiles, mostrándoos mas diligentes en sublevar las tropas contra su general, que en hacer vuestro deber con honra y subordinacion, os juzgo indignos de tener mando en mi ejército, os separo de él, y mando que salgais del África cuanto antes sea posible. » Dicho esto, los encargó á los centuriones, con órden de hacerlos embarcar con separacion, y sin darles mas que un siervo á cada uno.

Entretanto llegaron á su país aquellos desertores gétulos, que dijimos habia despachado César con cartas y encargos particulares; y persuadidos fácilmente los demás de su autoridad, y de la fama de César, abandonaron al rey Juba, y se pusieron desde luego en armas, no dudando en hacer la guerra á su rey. Avisado Juba de este levantamiento, y viéndose empeñado en tres guerras á un tiempo, fué obligado de la necesidad á sacar seis cohortes de las tropas que habia traido contra César, y enviarlas á las fronteras de su reino, para que las guardasen contra los gétulos.

Teniendo ya César concluidas sus dos líneas, y tan avanzadas, cuanto estaban fuera del tiro de la plaza, fortificó su campo. No cesaba de atemorizar á los que defendian la muralla con ballestas y escorpiones, de que guarneció su campo al frente de la ciudad; y mandó venir á este puesto cinco legiones de sus antiguos reales. Con esto se dió ocasion á que los mas nobles y conocidos de uno y otro ejército deseasen ver y hablar á sus amigos y parientes; cosa que no se le ocultaba á César la útilidad que podria traer. Porque con efecto, los gétulos mas distinguidos de la caballería del rey, y capitanes de sus tropas, cuyos padres habian servido con L. Mario, y que, habiéndoles hecho merced de campos y haciendas, habian sido entregados al poder del rey Hiempsal despues de la victoria de Sila, ofreciéndoseles ocasion, cuando estaban ya encendidos los fuegos, se pasaron casi mil de ellos con sus siervos y caballos al campo de César sobre Uzita.

Cuando Escipion y los que le acompañaban supieron esto, apesadumbrados como estaban de tal desgracia, alcanzaron á ver casi al mismo tiempo á M. Aquinio hablando con C. Saserna. Envió luego á decir

Escipion, que no habia para que tratar con los enemigos: mas como él, sin embargo de este aviso, continuase su empezada plática, y se quedase á concluirla, le despachó entónces Juba uno de sus corredores, el cual le dijo, de modo que lo oyó Saserna: el rey te manda que no prosigas en tu plática. Á cuya órden atemorizado se retiró obedeciendo al rey. No acabo de admirarme que un ciudadano romano, y que habia recibido honores de este mismo pueblo, estando sin peligro la patria y los bienes de todos, prestase su obediencia á un rey bárbaro como Juba, mas bien que al mensagero de Escipion: ó que quisiese mas volver libre, muertos los ciudadanos de su mismo partido. Pero aun es mas insolente otra accion del mismo Juba, nó respecto de M. Aquinio, senador nuevo, y de poco nombre, sino respecto de Escipion, un hombre de aquella nobleza, de aquella reputacion y empleos. Pues como antes que el rey viniese acostumbrase á usar de un manto de púrpura, se dice que le reconvino dándole á entender que no era razon usase del mismo vestido que él usaba. Y en efecto se volvió Escipion á su antiguo manto blanco, por obedecer á Juba, el hombre mas vano y despreciable del mundo.

Al dia siguiente sacaron uno y otro todas sus tropas á campaña, y tomando una altura, hicieron alto en ella, y ordenaron las haces nó lejos de los reales de César. Tambien César sacó las suyas, y las ordenó con cuidado delante de sus fortificaciones, no dudando que, viéndose los contrarios con tantas fuerzas, con los socorros del rey, y habiendo salido á la campaña los primeros, vendrian resueltos á atacarle. Y así, dando vuelta al ejército á caballo, y animando las legiones, dió la seña, y esperó á que avanzasen los enemigos, pues él con gran madurez no se alejaba de sus reparos, por haber cohortes armadas dentro de Uzita, de la cual estaba hecho dueño Escipion. Una ala del ejército de César miraba al lado derecho de esta plaza; y temia que si avanzase, podria hacer una salida con que le hiciesen mucho daño acometiéndole por el flanco. Y además de esto le detuvo el que habia un paraje muy embarazoso antes del ejército de Escipion, el cual conocia que habia de estorbar á las legiones el atacarle libremente.

No creo que se deba pasar en silencio cómo tenian uno y otro formado su ejército en batalla. Escipion ordenó el suyo de esta manera. Colocó en el frente sus legiones y las de Juba: puso detrás á los numidas en otra línea de refuerzo, pero de tanta extension, y tan poca profundidad, que desde lejos parecia á nuestros legionarios una sola línea, así como parecia haber dos en las alas. En estas estaban colocados los elefantes á la derecha é izquierda á igual distancia: detrás de los cuales formaban las tropas ligeras, y los numidas auxiliares. Habia colocado toda la caballería enfrenada en la derecha, por quedar cubierta la izquierda con la ciudad de Uzita, y no haber lugar de extenderla por aquella parte. Por lo mismo tenia dispuestos los numidas, y una infinita multitud de tropas ligeras al lado derecho del ejército en casi una milla de distancia, mas arrimados á la falda del collado, y por consiguiente mas distantes de sus tropas y de las nuestras: con el designio de que en llegando á juntarse los dos ejércitos al principio de la refriega, tomando un largo rodeo su caballería, cercase de improviso al ejército de César, y le desbaratase cargado de una multitud de flechas. Este fué el órden de batalla de Escipion aquel dia.

El de César, empezando desde el ala izquierda hasta la derecha, estaba ordenado en esta forma. Puso en el ala izquierda las legiones nona y séptima, en la derecha las trigésima y vigésimanona, en el centro las décimatercia, décimacuarta, vigésimaoctava y vigésimasexta, y á la derecha formaban otra línea varias cohortes entresacadas de estas legiones, y sostenidas de otras nuevamente levantadas. En el ala izquierda tenia formada otra nueva línea dilatada hasta la legion que formaba en el centro, y puesta con tal arte, que el ala izquierda constase de tres líneas. Este órden habia seguido, porque estaba resguardada el ala derecha con las fortificaciones, y porque temia de la izquierda, que no pudiese resistir á la multitud de la caballería enemiga. Por lo mismo colocó aquí toda la suya; y por no tener la mayor confianza de ella, la señaló la legion quinta de refuerzo, y mezcló entre ella las tropas ligeras. Á los flecheros distribuyó por varias partes, y en ciertos puestos, y los mas en las alas.

Así se mantuvieron los dos ejércitos, no mediando mas distancia que la de trescientos pasos, sin llegar á embestirse, desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde: cosa que tal vez no habria sucedido hasta entónces. Ya empezaba César á retirar sus tropas á los reales, cuando de repente se puso en movimiento toda la caballería no enfrenada de numidas y getulos, doblando sobre la derecha, para dejarse caer sobre los reales de César, que estaban en el cerro, manteniendo su puesto la caballería enfrenada del mando de Labieno, y entreteniendo á las legiones. Á este punto avanzó de improviso, temerariamente y sin órden alguna, una partida de á caballo de César con un trozo de infantería ligera contra los getulos, y pasando el pantano, no pudieron resistir por ser pocos, la multitud de los enemigos; y así, desamparados de la infantería ligera, se refugiaron en desórden y heridos al grueso del ejército, con pérdida de un soldado de á caballo, y veinte y seis de infantería, y muchos caballos heridos. Con cuya feliz escaramuza de á caballo, muy alegre Escipion, retiró de noche sus tropas á los reales. Mas no permite jamás la fortuna que este gozo sea muy durable á los guerreros. Porque enviando César al dia siguiente una partida de á caballo á Lebeda para buscar trigo, dió de improviso sobre otra de caballos numidas y getulos que andaban robando, y mataron ó hicieron prisioneros cerca de ciento.

VIII. Entretanto sacaba César todos los dias sus tropas al campo de batalla, y continuaba las obras del foso y trinchera por medio del llano, no perdiendo ocasion de cortar las correrías á los enemigos. Tambien Escipion se atrincheraba por su parte, dando priesa para que César no le quitase la comunicacion de las alturas. En esto se ocupaban ambos generales, y al mismo tiempo no dejaban de trabarse todos los dias algunas escaramuzas entre las tropas de á caballo.

Por otra parte, informado Varo de que las legiones séptima y octava habian llegado de Sicilia, sacó prontamente su armada de Utica, donde la habia tenido todo el invierno, la pertrechó de remeros y marineros gétulos, y haciéndose á la vela para cruzar en aquel paso, llegó con cincuenta y cinco naves á Mahometa. Ignorando César su venida, destacó á L. Cispio con veinte y siete naves hácia Tapso para escoltar sus convoyes, y con el mismo designio despachó á Q. Aquila á Mahometa con trece galeras. Cispio llegó prontamente á su destino. Aquila no pudo doblar el cabo por el temporal contrario, y logrando una ensenada al abrigo de la tempestad, se retiró algo mas lejos, donde no podia ser visto de los enemigos. Estaba el resto de la escuadra delante de Lebeda, sin tener quien la defendiese, desembarcados los remeros, y paseando

libremente la ribera; parte de los cuales se habian adelantado á la ciudad á buscar y comprar que comer. Avisado de esto Varo por algunos desertores, y aprovechando tan bella ocasion, salió á las nueve de la noche del puerto de Mahometa, y llegando al amanecer á Lebeda con toda su escuadra, incendió todas las naves de carga que estaban ancladas á mayor distancia del puerto, y apresó fácilmente dos galeras de á cinco órdenes de remos, sin gente que las defendiese.

Avisado César de este accidente en sus reales, hallándose reconociendo las obras, que estaban á seis millas del puerto, tomó de pronto un caballo, y dejándolo todo, llegó con prontitud á Lebeda. Aquí animó á todos á que al instante le siguiesen á las naves, él se metió en un pequeño barquichuelo, y empezó á dar caza á la escuadra enemiga, tomando de paso á Aquila, atemorizado del crecido número de bajeles contrarios. Varo, que conoció la prontitud y resolucion de César, viró con sus naves, y comenzó á retirarse á Mahometa; pero alcanzóle César á distancia de cuatro millas, recobró una de las galeras de cinco órdenes de remos con su tripulacion, y ciento treinta hombres de los enemigos que la guardaban: y apresó tambien otra galera enemiga de tres órdenes de remos, que se detuvo en ademan de hacer frente, tripulada de remeros y soldados. El resto de la escuadra dobló el cabo, y se entró en Mahometa. César no pudo doblarle con el mismo viento; y habiendo permanecido en anclas en la rada toda la noche, se presentó al amanecer delante de Mahometa, incendió todas las naves de transporte que estaban fuera del puerto, y apresó ú obligó á refugiarse dentro á las demás: y deteniéndose un poco, por si querian presentar combate, se volvió á los reales.

Hizose prisionero en la galera de tres órdenes á P. Vestrio, caballero romano, á P. Ligario Afraniano, á quien César habia puesto en libertad en España, y despues habia seguido á Pompeyo; y escapado de la derrota de Farsalia, habia pasado al África á incorporarse con Varo. Á este, por su perfidia y perjurio, le mandó quitar la vida: y perdonó á P. Vestrio, así porque un hermano suyo habia pagado en Roma la multa que á él se le impuso, como porque se justificó con César, de que, apresado por la flota de Nasidio, y salvado por Varo cuando estaba ya á punto de perecer, no habia tenido ocasion de pasarse á su campo.

Hay en África la costumbre de tener en los campos, y en casi todos los pueblos, silos debajo de tierra para guardar el trigo: en especial por causa de la guerra, y repentinas acometidas de los enemigos. Informado César de esto, destacó á media noche dos legiones con toda la caballería á un paraje diez millas distante de los reales, de donde volvieron con una gran porcion de trigo. Lo supo Labieno, y se adelantó siete millas de su campo por las mismas alturas por donde habia pasado César el dia antes, y aquí aposentó dos legiones: y esperando que César pasaria por allí muchas veces con el propio intento, se mantenia en celada, tomados los puestos convenientes con gran multitud de caballería é infantería ligera.

Informado César por los desertores de la emboscada de Labieno, dejando pasar algunos dias, hasta que los enemigos, cansados de hacer una misma cosa todos los dias, llegasen á descuidarse, dió órden una mañana de que saliesen de repente ocho legiones veteranas, y le siguiesen por la puerta decumana: y echando delante la caballería, dió sobre los emboscados en los valles, que eran tropas ligeras, cuando menos lo pensaban: les mató cerca de quinientos hombres, y el resto huyó vergonzosamente. Acudió presto Labieno al socorro de sus fugitivos con toda la caballería; á cuyo excesivo número no pudiendo resistir los nuestros, por ser pocos, se presentó César con sus legiones formadas en batalla. Labieno se sorprendió y contuvo á su vista: y César retiró su caballería, sin perder un hombre. Al dia siguiente mandó el rey Juba ahorcar á todos los numidas, que abandonando su puesto, se habian retirado á los reales.

Hallándose César á este tiempo muy escaso de víveres, recogió todas sus tropas dentro de los reales, y dejando guarnicion en Lebeda, Mahalia y Acila, y encomendada la escuadra á Cispio y Aquila, para que cruzasen el uno delante de Mahometa, y el otro de Tapso, dió fuego á aquellos reales, se puso en marcha á las tres de la mañana, colocado todo el bagaje en el ala izquierda, y llegó á la ciudad de Bohadjar, que acometida muchas veces por los gétulos, habia sido defendida valerosamente por sus moradores. Aquí acampó en el llano, y saliendo con parte de sus tropas á buscar bastimento por los pueblos vecinos, dió vuelta á los reales con buena provision de cebada, aceite, vino, higos, y algo de trigo, aunque poco, con que se refrescó el ejército. Luego que supo Escipion la partida de César, partió en su seguimiento con todas sus tropas por las alturas, vino á acampar á seis millas de su campo, y dividió el ejército en tres diversos campamentos.

Distaba diez millas del campo de Escipion la ciudad de Zerbi, situada en un llano, hácia donde se extendia una parte de su campo, pero mas apartada de César, que estaba á diez y ocho millas de ella. Aquí envió Escipion dos legiones á buscar vitualla. Tuvo César aviso de esto por un desertor; y así, pasando su campo á un cerro mas seguro, y dejando guarnicion en él, salió con su gente á las tres de la mañana, paró delante del campo enemigo y se apoderó de la ciudad. Supo que las legiones de Escipion andaban mas lejos en la campaña buscando víveres; y disponiéndose á marchar en su alcance, advirtió que marchaba á su socorro el resto de las tropas de Escipion; con lo cual se detuvo. Y así, habiendo hecho prisioneros á C. Mucio Regino, caballero romano, grande amigo de Escipion, que tenia el mando de la plaza, y á P. Atrio, tambien caballero romano de la audiencia de Utica, y llevándose veinte y dos camellos del rey Juba, dejó en la plaza con guarnicion á Opio, su lugarteniente, y tomó la vuelta de sus reales.

Llegando ya cerca del campo de Escipion, por delante del cual habia de pasar precisamente, Labieno y Afranio, que estaban emboscados con toda la caballería y tropas ligeras, se presentaron de repente sobre la retaguardia por los collados inmediatos. Viéndose César acometido, opuso su caballería, y mandó á las legiones, que, retirando á cierto lugar el equipaje, cargasen con presteza á los enemigos. Apenas empezaron á ejecutarlo, cuando la caballería enemiga y tropas ligeras fueron desbaratadas al primer ímpetu de las legiones, y desalojadas de los cerros con mucha facilidad. Y juzgando César que, atemorizados y desbaratados, cesarian de provocarle, prosiguió su marcha; pero volvieron otra vez á salir con gran ligereza por los cerros inmediatos, acometiendo del mismo modo á las legiones, los numidas y la infantería ligera dotada de increible velocidad, que peleaba entre los caballos, y estaba acostumbrada á avanzar y retirarse juntamente con ellos. Y como esto lo hiciesen muchas veces, persiguiendo siempre á los cesarianos, huyendo si se les hacia frente, no acercándose á pelear, y contentándose con cargar de flechas á las le-

giones, conoció César que no era otro su designio, sino obligarle á acampar en aquel paraje, donde no habia agua, para que su ejército, que estaba sin tomar alimento desde las tres de la mañana hasta las cuatro de la tarde, y sus caballos, pereciesen de sed.

Viéndose ya cerca de ponerse el sol, y que no habia adelantado cien pasos en cuatro horas, hizo retirar á la retaguardia la caballería que habia perdido muchos caballos, y dió órden á las legiones de que acudiesen ya unas ya otras al mismo puesto. Así sostenia con mas facilidad la furia del enemigo, marchando, aunque lentamente, con mas sosiego. Al mismo tiempo asomaban corriendo los numidas por las alturas á derecha é izquierda, ya pretendiendo cercar con su multitud las tropas de César, ya persiguiendo la retaguardia. Mas, solo con volver la cara tres ó cuatro veteranos de César, y disparar los dardos con esfuerzo, volvian a un tiempo la espalda mas de dos mil numidas; y otra vez revolviendo los caballos, se rehacian, alcanzaban á nuestro ejército, y daban nuevas descargas sobre las legiones. De esta manera detenido César en esta jornada mas de lo regular, unas veces marchando y otras resistiendo, entró sus tropas en los reales una hora despues de entrada la noche, sin perder un hombre, y con solos diez heridos. Labieno se retiró á los suyos con pérdida de casi trescientos hombres, muchísimos heridos, y todos muy fatigados. Tambien Escipion retiró sus legiones, que habia formado al frente del campo con los elefantes á vista de César para infundir terror.

IX. César amaestraba sus tropas contra un enemigo de esta especie, nó como un general á un ejército veterano y vencedor en tantas acciones famosas, sino como un maestro de esgrima que instruye á unos gladiadores. Así les enseñaba cómo se habian de libertar del enemigo, cómo y en qué espacio le habian de hacer frente, unas veces avanzando, otras cediendo, otras amenazando atacarle: y casi hasta cómo y cuándo habian de lanzar sus dardos. Porque las tropas ligeras del enemigo tenian puesto en gran cuidado y solicitud á nuestro ejército, recelando la caballería chocar con ellas, porque la mataban los caballos con sus flechas, y cansaban á las legiones con su ligereza; pues luego que nuestra infantería, pesada con las armas, viéndose atacada, queria hacerles frente, evitaban ellos el peligro con una veloz carrera.

Esto inquietaba mucho á César; porque en cualquier encuentro en que su caballería no estaba sostenida de las legiones, no podia resistir á la caballería é infantería ligera de los enemigos. Dábale tambien nó poco cuidado el que aun no conocia las legiones enemigas, y cómo podria sostenerse contra su caballería y tropa ligera, que era excelente, si se le juntasen las legiones. Á esto se añadia tambien, que la corpulencia y multitud de los elefantes aterraba á nuestros soldados; por lo cual halló para todo un remedio, que fué mandar conducir elefantes de la Italia, para que sus tropas se acostumbrasen á la vista y fortaleza de estas bestias, conociesen en qué parte de su cuerpo podian ser heridas facilmente, y cuál quedaba descubierta, estando el elefante armado y lorigado, para que le apuntasen á ella: y además queria que se hiciesen los caballos á no temerlos, acostumbrándose á su hedor, estrépito y figura. De lo cual habia sacado mucha ventaja; porque ya los soldados manoseaban á los elefantes, conocian su pesadez, los de á caballo les tiraban dardos con botones en las puntas, y la paciencia de ellos habia acostumbrado á los caballos de suerte, que no los estrañaban.

Por todas las razones dichas estaba César con mas cuidado, y se hacia mas lento y considerado, cediendo de su antigua costumbre y actividad en los asuntos de la guerra. Ni es maravilla; porque tenia unas tropas hechas á pelear en Francia, en parajes llanos y abiertos, contra los franceses, gente sencilla, no impuesta en los ardides de la guerra, y acostumbrada á pelear con el valor, nó con estratagemas. Pero ahora habia de enseñar á los soldados á conocer los engaños y artificio de los enemigos, lo que se debia hacer, y lo que se habia de evitar. Y para que con mas prontitud entendiesen estas artes, procuraba no parar con las legiones en un paraje, sino llevarlas con frecuencia de unas partes á otras, con el pretexto de buscar víveres: en especial creyendo que los contrarios no se alejarian mucho de sus pisadas. Así que, despues de tres dias formó sus tropas con mas cuidado, segun las tenia preparadas, y pasando por delante del campo de los enemigos, los esperó en paraje á propósito en órden de batalla: mas visto que la rehusaban, volvió al anochecer con sus legiones á los reales.

Á este tiempo vinieron mensageros de la ciudad de Vaca, inmediata á Zerbi, de la que dijimos que César se habia apoderado, pidiendo y suplicando les enviara una guarnicion, y que suministrarian algunas cosas útiles para la guerra. Á la misma sazon por permision de los dioses, y voluntad con que miraban los intereses de César, llegó un desertor á advertir á los diputados, que el rey Juba habia venido sobre la ciudad con sus tropas, antes que llegase la guarnicion de César, y que cercándola con mucha gente, la habia tomado, y pasando á cuchillo á todos sus moradores, la habia entregado al saco de sus soldados.

Habiendo pasado César revista á su ejército á los 21 de marzo, salió al dia siguiente por la mañana con todas sus tropas, é hizo alto á cinco millas de distancia de su campo, y cerca de dos del de Escipion: y despues de haber estado convidando y esperando á los enemigos al combate, visto que no tenian traza de aceptarle, retiró sus tropas. Al dia siguiente levantó el campo, y dirigió su marcha á la ciudad de Sarsura, donde tenia Escipion presidio de numidas, y almacenes de víveres. Luego que lo supo Labieno, empezó á picar la retaguardia con la caballería é infantería ligera; y habiendo tomado algunos carros de mercaderes y vivanderos, en que llevaban sus cargas, y creciéndole con esto el ánimo, se acercó mas, y con mas atrevimiento á las legiones, pensando que no podrian pelear los soldados embarazados con el peso y el equipaje. Mas, no se le habia ocultado á César este accidente; y así habia dado órden de que marchasen á la ligera trescientos soldados de cada legion, á los cuales mandó salir contra la caballería de Labieno, y á sostener la suya. Entónces, atemorizado Labieno á vista de las insignias, se puso en huida, volviendo las bridas vergonzosamente con muerte de muchos, y muchos mas heridos. Nuestros legionarios volvieron á incorporarse á sus banderas, y prosiguieron la marcha comenzada: y Labieno no dejó de seguir á los nuestros por la cumbre mas alta del collado sobre la derecha.

Llegado César á Sarsura, pasó por la espada la guarnicion de Escipion á vista de los suyos, que no se atrevieron á socorrerla, aunque se defendió con valor P. Cornelio, voluntario en el servicio de Escipion, que la tenia á su cargo: cercado el cual de mucha gente, y al fin muerto, se apoderó César de la ciudad. Repartió el trigo que se halló entre los soldados, y al dia siguiente llegó á Cairoan, donde por entónces se habia entrado Considio con buena guarnicion, y

una cohorte suya de gladiadores. Reconoció César la situacion de la plaza, y apartado del intento de combatirla por falta de víveres, partió luego de aquí, y acampó á cuatro millas de distancia, en sitio á propósito por la inmediacion del agua. De allí á cuatro dias volvió á levantar el campo, y se restituyó al que tenia cerca de Bohadjar. Escipion hizo lo mismo volviendo sus tropas á su antiguo real.

Por este mismo tiempo los de Tabenas, ciudad marítima situada al extremo del reino de Juba, que estaba bajo su jurisdiccion y señorío, pasaron á cuchillo la guarnicion del rey, y enviaron diputados á dar parte á César, pidiéndole y suplicándole que les protegiese á ellos y sus haciendas, en consideracion de este servicio hecho al pueblo romano. César, aprobando su accion, destacó de guarnicion á Tabenas al tribuno M. Crispo con una cohorte, algunos flecheros, y muchas máquinas de defensa. Al mismo tiempo le llegaron en un convoy hasta cuatro mil legionarios, cuatrocientos caballos, con mil honderos y flecheros, soldados de todas las legiones, que, impedidos ó por enfermedad, ó por haber obtenido licencias, no habian podido pasar antes al Africa con sus respectivos cuerpos. Con estas tropas y todas sus legiones salió de su campo, é hizo alto en un llano formado en batalla á distancia de ocho millas de su real, y cuatro del de Escipion.

Estaba por bajo del campo de Escipion la ciudad de Tegea, donde tenia de ordinario una guarnicion de caballería de cerca de cuatrocientos hombres; á los cuales, habiendo sacado del campo todas las legiones, y adelantádose de sus líneas cosa de mil pasos, los colocó á la derecha é izquierda de esta plaza, y se formó en batalla al pié de una colina. Viendo César que Escipion se detenia mucho tiempo en el mismo puesto, y el dia se pasaba en balde, mandó salir algunas compañías de caballería contra la enemiga, que estaba apostada junto á la plaza, y destacó tambien para sostenerlas la infantería ligera con los honderos y flecheros. Empezando á ejecutar esta órden, como los nuestros, apretando los caballos, acometiesen á los enemigos, fué Pacidio extendiendo á lo largo su caballería, para buscar proporcion de cercar la de César, y entretanto se continuaba peleando con valor y determinacion. Viendo esto César, mandó que avanzasen á reforzar la caballería trescientos soldados de la legion mas inmediata, de aquellos que tenia siempre en ellas prontos y desembarazados. Entretanto destacaba Labieno nuevos refuerzos de caballería á los suyos, haciendo que reemplazasen otros de refresco á los heridos y cansados. Mas, visto que cuatrocientos caballos nuestros no podian sostenerse contra cuatro mil de los enemigos, y que se veian apretados de la tropa ligera de los numidas, y se iban poco á poco retirando, destacó César otra ala á su socorro, con lo que, animados los primeros, y acometiendo todos á un tiempo á los enemigos, los pusieron en fuga, matando muchos, é hiriendo á muchos mas: siguiéronles el alcance por tres millas, hasta los collados que tocaban con sus reales, y se volvieron á incorporar con el ejército. César, habiéndose mantenido en el campo hasta las cuatro de la tarde, se retiró, formado como estaba, á sus reales, sin perder un hombre. De esta accion salió Pacidio gravemente herido de un flechazo en la cabeza; y otros muchos capitanes y hombres de valor quedaron muertos ó heridos.

X. Viendo César que por ningun término podia obligar á los enemigos á exponerse á campo raso, y experimentar las fuerzas de las legiones, y considerando que no podia acampar mas cerca de sus reales por falta de agua, conoció que en esta falta, y nó en su valor, ponian su confianza. Por lo cual, partiendo de su campo á los 4 de abril á cosa de las tres de la mañana, y habiendo caminado de noche diez y seis millas, puso sus reales sobre Tapso, donde estaba Virgilio con una buena guarnicion: y el mismo dia empezó á formar líneas de circunvalacion, á ocupar con presidios muchos puestos convenientes, para estorbar que los enemigos penetrasen hácia sus líneas, y tomar otros puestos mas inmediatos á la plaza. Escipion, conociendo la intencion de César, y viéndose en precision de dar la batalla, por no perder con gran mengua á Virgilio y á los tapsitanos, que tan fieles se habian manifestado á su faccion, salió desde luego en seguimiento de César por las alturas, y sentó su real á ocho millas de Tapso en dos campamentos.

Habia un estanque de salitre, entre el cual y el mar solo mediaba un paso estrecho de mil y quinientos pasos, por donde pensaba Escipion entrar y socorrer á Tapso. Mas no se le habia pasado á César. Y así, habiendo levantado el dia antes un fuerte en este paraje, puso en él triple guarnicion, y continuó sus obras contra la plaza con todo el resto del ejército formado en media luna. Excluido Escipion de su intento, y gastado el dia siguiente y la noche sobre el estanque, vino á acampar al amanecer hácia la marina, á distancia de mil y quinientos pasos de nuestra línea, y del fuerte que queda dicho; y allí empezó á atrincherarse. Avisado de esto César, sacó sus tropas de la obra, y dejando en el campo al procónsul Asprenas con dos legiones de guarnicion, partió á la ligera con un campo volante, á donde estaba el enemigo. Parte de la escuadra dejó sobre Tapso, y parte dió órden que se apostase á la espalda de Escipion, lo mas cerca que pudiese de la costa, y que observase su señal: dada la cual, causarian con súbita gritería un terror nó esperado, con que perturbados y atemorizados los enemigos, se viesen obligados á volver la cara al peligro que tenian á las espaldas.

Luego que César llegó á este sitio, y observó que Escipion tenia formado el ejército al frente de las trincheras, puestos los elefantes en las alas, y entretanto parte de los soldados atentos con vigilancia á la fortificacion de los reales, formó sus tropas en tres líneas, poniendo en el cuerno derecho las legiones décima y segunda, y la octava y nona en el izquierdo, cinco en el centro, cinco cohortes delante de las alas contra los elefantes, los flecheros y honderos mezclados en las mismas alas, y las tropas ligeras entre la caballería. Después dió vuelta á pié por todas las filas, excitando el valor en los veteranos, hablándoles amorosamente, y poniéndoles delante su esfuerzo, y las victorias anteriores. Y á los bisoños, que nunca se habian visto en batalla, los exhortaba, á que emulasen el valor de los veteranos, y se animasen á gozar, alcanzada la victoria, de la misma fama, nombre y reputacion.

Mientras recorria de este modo el ejército, advirtió que andaban aturdidos los enemigos en las trincheras, y como amedrentados corriendo de una parte á otra, ya se recogian de las puertas adentro, ya salian fuera sin órden, moderacion ni consejo. Y como otros muchos observasen lo mismo, acudieron en un instante muchos lugartenientes y voluntarios á pedir á César que no dudase en dar la señal, pues le anunciaban los dioses inmortales una victoria cierta. Estando César dudoso, y resistiendo á sus instancias, diciendo en voz alta, que no le parecia bien dar una batalla á modo de asalto: empezó de improviso á tocar el cuer-

no un trompeta del ala derecha, sin órden de César, hostigado de los soldados: con lo cual, todas las cohortes empezaron á avanzar hácia el enemigo á pesar de la resistencia que hacian los centuriones, poniéndoseles delante, para que no cerrasen sin órden del general, pues nada adelantaban.

Viendo César que no habia medio de contener el ardor de los soldados, dando por seña «la felicidad,» montó á caballo, y empezó á avanzar hácia los enemigos á la frente de las legiones. Cerraron por el ala derecha los honderos y flecheros con los elefantes, cargándolos de una multitud de dardos. Con que atemorizadas las bestias con el zumbido de las hondas y piedras, revolvieron hácia los suyos, que marchaban detrás, y cogiéndolos apiñados, los pisotearon, y se fueron á entrar por las puertas de las trincheras, que aun no estaban acabadas. La caballería de los moros, que estaba en el mismo cuerno con los elefantes, desamparada de esta defensa, dió principio á la fuga. Así que, desbaratados prontamente los elefantes, se apoderaron las legiones de las trincheras enemigas; y muertos algunos que se resistieron con valor, todos los demás dieron á huir precipitadamente á los reales de donde habian salido el dia antes.

Creo que no se debe pasar en silencio la valerosa accion de un veterano de la legion quinta. Herido un elefante del ala izquierda, y enfurecido con el dolor, cerró con un mochilero desarmado; y cogiéndole entre sus piés, le puso la rodilla encima; y con la trompa derecha en alto, haciendo grandísimo estruendo, y cargando fuertemente sobre él, le oprimia y rebentaba. Entónces el soldado, no pudiendo sufrirlo ni contenerse, se presentó armado al elefante. Este, luego que vió venir sobre sí al soldado con el dardo en la mano, dejó al que tenia debajo, y arremetiendo al otro, le abrazó con la trompa, y le levantó en alto armado como estaba. El soldado en tal peligro, sin perder nada de su valor, le dió tantas cuchilladas con cuanta fuerza podia en la trompa que le rodeaba, que vencido del dolor el animal, le despidió de sí, y se huyó corriendo y dando grandes bramidos hácia los demás elefantes.

Entretanto hizo una salida la guarnicion de la plaza por la puerta marítima, bien por dar socorro á los suyos, ó bien por buscar su salvacion en la fuga, desamparando la ciudad. Arrojáronse al mar, y aun teniendo el agua hasta la cintura, procuraban ganar la tierra; pero estorbados por los esclavos y mozos del ejército, que estaban en los reales con piedras y dardos, se hubieron de volver á la ciudad. Á este tiempo, desbaratadas ya las tropas de Escipion, que huian desparramadas por toda la campaña, partieron en su alcance las legiones de César, sin dejarlas espacio para rehacerse. Habiendo llegado fugitivos á los reales, á donde se enderezaron para volver á atrincherarse y á ponerse en defensa, buscaban algun caudillo á quien volver los ojos, y que con su autoridad y representacion los gobernase. Mas viendo que ninguno habia que les sirviese de defensa, arrojando las armas, dieron á huir hácia los cuarteles del rey. Llegando aquí, y viéndolos ocupados por sus contrarios, desesperados ya de salvarse, ocuparon una altura, y abatiendo las armas, hicieron la salutacion acostumbrada en la guerra. Mas les sirvió de poco esta sumision. Porque encendidos los veteranos en furia y resentimiento, no solo no podian ser reducidos á perdonar al enemigo, sino que hirieron y mataron á muchos ciudadanos, personas de cuenta de su propio ejército, acusándoles de que favorecian el partido contrario. Uno de ellos fué Julio Rufo, que habia sido cuestor, traspasado de un dardo que le disparó un soldado con resolucion. Y hubiera perecido del mismo modo Pompeyo Rufo, herido ya en un brazo de una cuchillada, si no se hubiera refugiado á César. Á vista de esta resolucion, atemorizados muchos caballeros romanos y senadores, se retiraron del campo, por no correr la misma suerte á manos de los soldados, que, despues de tan señalada victoria, se habian tomado la libertad de atreverse á todo sin límites: como adquirida una impunidad absoluta por sus famosos hechos. Y así todos aquellos soldados de Escipion, aunque imploraban la proteccion de César, y aunque él mismo pedia á sus soldados que los perdonasen, fueron muertos á sus propios ojos, sin quedar ninguno.

Apoderado César de los tres campamentos contrarios, muertos diez mil de ellos, y puestos los demás en fuga, se retiró á su campo con pérdida de cincuenta hombres, y pocos heridos. Inmediatamente se puso delante de Tapso, haciendo llevar al frente contra la plaza sesenta y cuatro elefantes armados de todos sus pertrechos, y cargados de torres, tomados de los enemigos, con el designio de ver si podia apartar de su obstinacion á Virgilio, y á los que le acompañaban, con aquella prueba de la derrota de los suyos. Despues llamó el mismo á Virgilio, y le convidó á la rendicion, trayéndole á la memoria su benignidad y clemencia: mas visto que no le daba respuesta, se retiró de delante. Al dia siguiente, despues de haber hecho sacrificios á los dioses, juntó todo su ejército á la vista de los vecinos de Tapso, y en su presencia alabó á los soldados, repartió un donativo entre todos los veteranos, distribuyó premios en particular desde su tribunal á los mas esforzados y beneméritos; luego dejó al procónsul C. Rebilo con tres legiones sobre Tapso: encargó á Cn. Domicio con otras dos el cerco de Cairoan, donde mandaba Considio, y se puso en marcha para Utica, habiendo enviado delante á M. Mesala con la caballería.

XI. La caballería de Escipion que se salvó huyendo de la refriega, habiendo tomado el mismo camino de Utica, llegó á la ciudad de Parada, á donde, no queriendo recibirla los moradores, porque la fama les habia llevado la noticia de la victoria de César, la entró por fuerza, y amontonando cantidad de leña en la plaza, echaron en el monton cuantos efectos hallaron de los habitantes, le pusieron fuego, arrojaron á la hoguera á todos los moradores vivos, y atados de piés y manos, sin distincion alguna de sexos ni edades, y acabaron con ellos con este tan horroroso suplicio. Marcharon despues á Utica. Ya hacia dias que M. Caton, teniendo á los uticenses por poco afectos á su partido, por los privilegios concedidos por la ley Julia, habia echado de la ciudad á la plebe desarmada, obligándola á vivir fuera de la puerta bélica en un campamento cercado de una línea y foso de poca resistencia, y rodeado de guardias; y al senado le tenia bien custodiado en la ciudad. Luego que llegó la caballería, empezó á atacar este campo, sabiendo que favorecia la faccion de César, para vengar con la muerte de estos la vergüenza de su derrota; pero animados los uticenses con la victoria de César, los rechazaron á palos y á pedradas. Así, visto que no podian forzar el campamento, se metieron en la ciudad, donde dieron muerte á muchos de los moradores, y les robaron, y saquearon las casas. Á los cuales, no pudiendo reducir Caton por medio alguno á que defendiesen la ciudad, y se abstuviesen de las muertes y robos; conociendo lo que querian, para sosegar su importunidad, repartió cien sextercios á cada uno. Lo mismo hizo Fausto Sila de su

propio caudal, y partió con ellos de Utica hácia el reino de Juba.

Entretanto iban llegando otros fugitivos á Utica, á quienes convocó Caton, junto con aquellos trescientos que habian suministrado dinero á Escipion para la guerra, y les exhortó á que, dando libertad á los esclavos, defendiesen la ciudad. Mas, viendo que algunos asentian á esto, pero que otros, llenos de miedo, estaban resueltos á la fuga, no les habló mas palabra sobre el particular, antes les dió embarcaciones para que cada uno tomase el rumbo que quisiese. Él, despues de haber dado órden con gran diligencia en todas sus cosas, y encargado sus hijos á L. César, á quien tenia por cuestor, habiéndose retirado á dormir sin dar sospecha alguna, con el mismo semblante y serenidad en sus discursos que solia, entró secretamente la espada en su cuarto, y se pasó con ella. Al caer en tierra, sin haber muerto aun, entraron forzando la puerta el médico y algunos de sus domésticos con alguna sospecha que tuvieron de su designio, y trataron de tomarle la sangre, y vendar la herida; pero él con sus propias manos arrancó las vendas, y se dejó morir con ánimo sereno. Los uticenses, aunque no le amaban por el partido que seguia, con todo, por su singular integridad, por haberse portado muy de otra manera que los otros capitanes, porque habia fortalecido la ciudad con excelentes obras, y aumentado sus torres, le dieron la honra de la sepultura. Muerto Caton, L. César, por sacar algun partido para sí, convocó al pueblo, le habló exhortándole á abrir las puertas, y diciendo que él confiaba mucho en la clemencia de César. Así, abiertas las puertas, partió de Utica á encontrar á César. Á este tiempo llegó Mesala, y conforme á la órden que llevaba, puso guardias á todas las puertas.

Partió César de Tapso, y vino á Usceta, donde habia hecho Escipion un grande acopio de víveres y municiones, que guardaba un corto presidio. Tomóla sobre la marcha, y pasó á Mahometa; donde entrando sin detencion alguna, y haciéndose dar un estado de las armas, víveres y dinero, concedió la vida á Q. Ligario y á C. Considio el hijo, que se hallaban allí. Salió el mismo dia de Mahometa, dejando aquí á Livineyo Régulo con una legion, y se puso en marcha para Utica. Salióle al camino L. César, y arrojándose á sus piés le pidió la vida por única merced. César conforme á su costumbre fácilmente le otorgó la súplica, y continuando en la misma, otorgó lo mismo á Cecina, á C. Ateyo, á P. Atrio, á L. Cela, padre é hijo, á M. Epio, á M. Aquinio, al hijo de Caton, y á los de Damasipo: en esto llegó ya con luces á Utica y se quedó aquella noche fuera de la ciudad.

Al dia siguiente por la mañana entró dentro, convocó al pueblo á una junta, le animó, le dió gracias por el afecto que le habia mostrado; pero á los mercaderes ciudadanos romanos, y á los trescientos que habian contribuido con caudales á Varo y Escipion, después de haberles reprendido severamente, y exagerado por extenso su delito, concluyó diciendo, que se presentasen sin miedo: que les concedia la vida; pero que les venderia los bienes; con condicion que si alguno quisiese volver á comprar su parte, podria hacerlo en almoneda, pagando como multa la cantidad en que fuese tasada, para quedar libre. Estos hombres pasmados de miedo, y desesperados ya de la vida, por el mal que habian hecho, viendo que sin pensarlo, se les ofrecia esta, aceptaron el partido con grandísimo contento, y le suplicaron que impusiese una suma en comun á todos. César vino en ello; y les condenó á pagar al pueblo romano doscientos mil sextercios en tres años y en seis plazos. Ninguno lo rehusó, antes llenos de gozo le rindieron muchas gracias, diciendo á voces, que este dia creian haber nacido.

El rey Juba, que se salvó huyendo de la batalla con Petreyo, escondiéndose de dia en los pueblos cortos, y caminando de noche, llegó al cabo á su reino y á la ciudad de Zamora, donde tenia su palacio, sus mujeres y sus hijos, á donde habia conducido sus tesoros, y las cosas mas preciosas de su reino y á la que al principio de la guerra habia fortificado con grandes obras. Los moradores, que ya tenian la deseada noticia de la victoria de César, le negaron la entrada. Porque, cuando emprendió la guerra contra el pueblo romano, habia mandado conducir á Zamora gran porcion de leña, y hacer una elevada pira en medio de la plaza, con el ánimo, si quedase vencido, de juntar en aquel monton todos sus efectos, y despues de muertos los habitantes, y amontonados en la pira, ponerla fuego, darse él mismo la muerte sobre la hoguera, y ser víctima de su actividad, juntamente con sus hijos, con sus mujeres, sus vasallos y todos sus tesoros. Después de haber gastado mucho tiempo á las puertas de la ciudad, tratando con los vecinos, primero por amenazas con autoridad de rey; y luego, visto que nada lograba por este medio, por ruegos, suplicándoles le admitiesen á sus dioses penates; cuando los vió tan constantes en su resolucion, y que ni por ruegos, ni por amenazas los reducia á que le dejasen entrar, les pidió por último que le entregasen sus hijos y sus mujeres, para llevarlos en su compañía. Al fin, viendo que no le daban respuesta, sin haber logrado nada, se retiró de Zamora á una casa de campo con Petreyo y algunos caballeros.

Los de Zamora despacharon sus diputados á avisar estas cosas á César, que se hallaba en Utica, suplicándole les enviase socorro, antes que el rey juntase gente, y fuese á atacarles; aunque ellos quedaban resueltos á conservarle la ciudad y sus personas, mientras que les durase la vida. César alabó á los mensageros, y les dijo que se adelantasen á dar parte en la ciudad de cómo él iba en persona. Salió al dia siguiente de Utica, y dirigió su marcha al reino de Juba con la caballería. En el camino vinieron á ofrecérsele muchos oficiales de las tropas del rey, suplicándole los perdonase; á los que concedió el perdon; y llegaron todos en compañía á Zamora. Habia ya corrido la voz de su benignidad y clemencia; y así vinieron á ofrecérsele casi todos los caballeros del reino, á quienes aseguró del miedo y de cualquier peligro.

Mientras pasaba esto aquí, Considio, que estaba en Cairoan con su familia y una tropa de gladiadores y gétulos, informado de la rota de los suyos, amedrentado con la venida de Domicio y sus legiones, y desconfiando ya de su seguridad en esta plaza, la abandonó, y huyendo secretamente con algunos bárbaros, cargado de dinero, se puso en camino para el reino de Juba. Pero, codiciosos de sus riquezas los mismos gétulos que le acompañaban, le dieron muerte, y se dividieron por diversas partes. Al mismo tiempo Virgilio, viéndose cercado por mar y tierra, sin poder adelantar nada, que los suyos eran muertos ó desbaratados, que M. Caton se habia dado muerte en Utica por sus propias manos, que el rey, fugitivo y abandonado de sus vasallos, era despreciado de todos, que Sabura y sus tropas habian sido deshechas por Sicio, que César habia sido recibido en Utica sin ninguna oposicion, que de tan numeroso ejército no quedaban algunas reliquias que pudiesen favorecerle á él y á sus hijos; habiendo tomado su palabra al procónsul

Caninio que le tenia cercado, se le entregó, y la ciudad con todos sus efectos.

Excluido el rey Juba de todas las ciudades, y perdida ya la esperanza de salvarse, intentando con Petreyo dar á entender á los demás, que ambos habian muerto generosamente, riñeron entre sí. Juba, que era mas robusto que Petreyo, fácilmente le dió muerte: despues intentó él mismo pasarse el pecho con la espada, mas no pudiendo conseguirlo, pidió con muchas instancias á un esclavo que le matase, y él se lo concedió.

Á este tiempo P. Sicio, habiendo desbaratado y muerto á Sabura, general del rey, marchaba con poca gente por la Mauritania á incorporarse con Cesar, cuando encontró casualmente á Fausto y Afranio con aquella tropa con que habian saqueado á Utica, que caminaban á España, siendo entre todos mil quinientos. Y así dispuso con prontitud de noche una emboscada, y dando sobre ellos al amanecer, á excepcion de algunos caballos que huyeron de los primeros, á los demás dió muerte, ó hizo prisioneros, y vinieron á sus manos Afranio y Fausto con su mujer y sus hijos. Algunos dias despues, habiendo suscitado cierta discordia en el ejército, murieron Fausto y Afranio. Á Pompeya, mujer de Fausto, y á sus hijos, concedió César la libertad con todos sus haberes.

Escipion se habia embarcado en unas galeras con Damasipo, Torcuato y Pletorio Rustiano con designio de pasar á España; pero, después de haber sido largo tiempo el juguete de las olas, fueron arrojados á Bona en el reino de Juba, donde á la sazon estaba la escuadra de P. Sicio; cuyas naves, siendo de mayor porte, y en mayor número, cercaron y echaron á pique aquellas pocas, y allí pereció Escipion con estos que acabo de nombrar.

César, después de haber hecho pública almoneda en Zamora de los bienes del rey, y de aquellos ciudadanos romanos que habian tomado las armas contra la república; y habiendo repartido premios entre los vecinos que tomaron la resolucion de cerrar al rey las puertas, suprimidas las rentas reales, reducido el reino á provincia, y dejando por gobernador al procónsul Crispo Salustio, salió de Zamora, y tomó la vuelta de Utica. Aquí hizo tambien almoneda de los bienes de aquellos que habian tenido mando en los ejércitos de Juba y Petreyo. Multó á los tapsitanos en veinte mil sextercios, y á su territorio en treinta mil. Igual suma impuso á los de Mahometa, y á su territorio la de cincuenta mil: con que defendió á las ciudades y á sus moradores de todo género de robos y extorsiones. Á los de Lebeda, á quienes habia abrasado Juba sus términos en los años pasados, y á quienes, habiéndose quejado por sus mensageros al senado, se les habian recompensado los daños por medio de jueces árbitros que nombró el senado, los multó en trescientas mil libras de aceite en cada un año: porque suscitada una discordia entre los principales de la ciudad al principio de la guerra, habian hecho alianza con Juba, y le habian ayudado con armas, con gente y con caudales. Á los de Cairoan, por ser ciudad de poco nombre, los multó en cierta cantidad de trigo.

Arregladas así las cosas, se embarcó César en Utica á los 13 de junio, y á los tres dias arribó á Cagliari en Cerdeña. Aquí multó á los sulcitanos en cien mil sextercios, porque habian recibido en su puerto á Nasidio y á su flota, y ayudádole con tropas. Asimismo mandó que pagasen por diezmo de ocho uno, en lugar de diez: y vendió en almoneda los bienes de algunos particulares. Partió de aquí á 29 de junio, y costeando desde Cagliari, llegó en veinte y ocho dias á Roma, habiéndole detenido los temporales en los puertos.

COMENTARIO V. — GUERRA DE ESPAÑA.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. Vuelve César á España, y trata de ponerla en libertad contra los hijos de Pompeyo. — II. Despues de algunos encuentros admite César la rendicion de Teba la vieja. — III. Perfidia de Teba la vieja y su castigo. Encuentro próspero de Cesar, y otro que empezó por un desafio. — IV. Victoria famosa de César sobre Munda. Muerte de Labieno y Varo. — V. Muerte de Pompeyo: su cabeza es expuesta al público en Sevilla. Toma de Munda, y rendicion de otras muchas ciudades.

I. Vencido Farnaces, y reconquistada el África, los que escaparon de aquellas derrotas, entraron en España con Cn. Pompeyo el mozo, el cual, apoderado de la provincia ulterior, mientras César se detenia repartiendo premios en Italia, empezó á encomendarse á la fidelidad de algunas ciudades, para adquirir mas fácilmente tropas con que hacer resistencia. Habiendo pues juntado un mediano ejército, parte por ruegos, y parte por fuerza, se dió á destruir la provincia. En este estado unas ciudades le enviaban socorros voluntariamente, otras por el contrario, le cerraban las puertas. De las cuales, si tomaba algunas por fuerza, y en ellas encontraba algun ciudadano que hubiese hecho buenos servicios á su padre Cn. Pompeyo, y fuese hombre rico, al instante se le forjaba una causa, para quitarle del medio, y hacer á su riqueza presa de malvados. Ganando á sus contrarios con algunos provechos de esta clase, cada dia se aumentaban mas sus tropas: y por lo mismo las ciudades opuestas pedian con continuos correos á la Italia, que se acudiese á su socorro.

Siendo César dictador tercera vez, y nombrado de nuevo para el año siguiente, después de tantas expediciones, habiendo venido á concluir la guerra de España, salieron á recibirle unos diputados de Córdoba, que habian abandonado la faccion de Pompeyo; los cuales le dijeron que aquella misma noche se podria tomar la ciudad, porque aun no sabian sus contrarios que él estaba en la provincia, y habian sido sorprendidos los correos que Pompeyo tenia dispuestos por varias partes, para que le avisasen de su venida. Además de estas, le propusieron tambien otras cosas verosímiles: movido de las cuales, hizo saber su llegada á Q. Pedio y á Q. Fabio Máximo sus lugartenientes, á quienes habia dejado el mando de las tropas, con órden de que le enviasen las de á caballo que hubiesen levantado en la provincia; pero vino á incorporarse con ellos mas presto de lo que pensaban, y así no tuvo como pensaba la escolta de la caballería.

Estaba á la sazon Sexto, hermano de Cn. Pompeyo, con guarnicion en Córdoba, que pasaba por capital de la provincia; y Cn. Pompeyo se ocupaba ya hacia algunos meses en el cerco de Montemayor. Luego que se supo aquí la llegada de César, salieron diputados, burlando las centinelas de Pompeyo, á suplicarle que los socorriese cuanto antes le fuese posible. César, sabiendo que aquella ciudad habia servido con mucha lealtad en todos tiempos al pueblo romano, mandó que á cosa de las nueve de la noche partiesen seis cohortes con igual número de gente de á caballo; á las cuales dió por cabo un oficial conocido en la provincia, y muy inteligente, llamado L. Junio Paciceo. Llegó este con las tropas al campo de Pompeyo, á tiempo que se levantó una gran tempestad, con tan furioso

viento, que impedia el verse unos á otros, y aun el conocer cada uno al que iba á su lado. Esta misma incomodidad les fué muy provechosa; porque, cuando llegaron, mandó Paciero que marchasen los caballos de dos en dos, endereazándose derechamente á la ciudad por medio del campo enemigo. Mas como algunos de los cuerpos de guardia les preguntasen quiénes eran, uno de los nuestros les respondió, que callasen, que importaba acercarse á la muralla, para sorprender la ciudad; y así las centinelas, parte impedidas por la tempestad, no podian observar con atencion, parte se aquietaban con esta respuesta. En llegando á las puertas, hicieron una seña, con que fueron introducidos por los ciudadanos. Entónces, levantando el grito la infantería y caballería, y dejando parte de los suyos en puestos convenientes, hicieron una salida á los reales contrarios, que como les cogió de sobresalto, se creyeron todos perdidos.

Enviada esta guarnicion á Montemayor, para apartar César de este sitio á Pompeyo, dirigió su marcha á Córdoba. Destacó sobre la marcha con la caballería una partida de gente esforzada de las legiones, los cuales, cuando estuvieron á la vista de la ciudad, se pusieron en las ancas de los caballos, sin que lo pudiesen advertir los cordobeses. Y así, cuando los vieron llegar cerca, salió un número considerable de la ciudad con resolucion de deshacer aquella banda de á caballo. En esto echaron pié á tierra los legionarios que dije, y los atacaron con tanta furia, que de una multitud casi innumerable, volvieron muy pocos á la plaza. Conmovido Sexto Pompeyo de esta desgracia, escribió á su hermano que viniese con prontitud á socorrerle, no fuese que tomase César á Córdoba antes que llegase. En vista de esta carta de su hermano, Cn. Pompeyo, estando ya á punto de tomar á Montemayor, levantó el cerco, y tomó con sus tropas la vuelta de Córdoba.

Habiendo llegado César al Guadalquivir, y no pudiendo vadearle por su profundidad, hizo echar en él unos grandes cestos llenos de piedras, sobre los cuales construyó un puente de dos filas de gruesas vigas, que enlazadas tomaban desde el principio del puente hasta el otro cabo de la parte de la ciudad, y así pasó el ejército en tres veces. Pompeyo vino con sus tropas al mismo paraje, y acampó enfrente de él. César, para quitarle la comunicacion de la ciudad, y cortarle los víveres, hizo levantar una trinchera desde su campo hasta el puente. Lo mismo, y con el mismo designio hizo Pompeyo. Aquí entró la disputa entre los dos generales, sobre quién ocuparia primero el puente: por lo que se trababan diariamente contínuas escaramuzas, en que ya unos, ya otros quedaban superiores. Mas llegando á mayor empeño, vinieron unos y otros á las manos en sitio desigual; pues con cuanta mas porfía pretendian ganar terreno, tanto mas los estrechaba la inmediacion del puente; y con la misma estrechez, acercándose á la orilla del rio, se precipitaban en él, donde nó solo morian unos sobre otros, sino que se hacian montones de cadáveres. Así estuvo César muchos dias haciendo vivas diligencias por sacar á los enemigos á campaña rasa, y dar cuanto antes fin á la guerra.

Mas, viendo que el enemigo no estaba de este parecer, aunque él le habia apartado del camino para traerle á lo llano, pasó por la noche el rio con sus tropas, mandando hacer grandes fuegos en el campo, y tomó la vuelta de Teba la vieja, que era una de las plazas mas fuertes del enemigo. Avisado de esto Pompeyo por los desertores, hizo retirar aquel dia muchos carros y ballestas que habia dejado en el camino por ser embarazoso y estrecho; y se entró en Córdoba. César empezó el sitio de Teba la vieja con atrincheramientos y líneas de circunvalacion: de lo cual informado Pompeyo, partió aquel dia de Córdoba. Adelantó César á su venida el apoderarse de muchos fuertes para su resguardo, parte donde pudiesen estar varios destacamentos de caballería, y parte donde asistiesen de dia y de noche partidas de infantería para defensa de los reales. Sucedió casualmente que al llegar Pompeyo habia una niebla muy espesa; de suerte que al favor de aquella oscuridad, cercaron algunas de sus cohortes y compañías de caballos á las partidas de César, haciendo en ellas tal destrozo, que muy pocos escaparon con vida.

La noche siguiente dió Pompeyo fuego á su campo; y pasando el rio Guadajos, fué á acampar, atravesando unos valles, en una eminencia entre las dos ciudades Teba la vieja y Lucubis. César empezó á hacer manteletes y zarzos en sus fortificaciones, y las demás obras pertenecientes al sitio de la plaza. Es el país montuoso, y propio por naturaleza para la guerra. El rio Guadajos atraviesa por medio del llano, pero mas cerca de Teba la vieja, que solo dista de él como dos millas. Pompeyo mantenia su campo enfrente de la ciudad en las alturas á vista de las dos ciudades, sin atreverse á dar socorro á los cercados. Tenia consigo las águilas de trece legiones: mas en las que él ponia mas confianza de su valor eran dos de la provincia que habian dejado á su capitan Trebonio, una formada de las colonias del país, y otra de las de Afranio, que el mismo Pompeyo trajo consigo de Africa; las demás se componian de tropas auxiliares de fugitivos: en órden á infantería y caballería eran muy superiores los nuestros, así en número, como en valor.

Añadíase á esto el poder Pompeyo alargar mas la guerra, por ser el terreno quebrado y montuoso, y por lo mismo muy á propósito para formar un campamento bien fortificado; y porque toda esta tierra de la España ulterior es muy difícil de atacar, por su fecundidad, y la mucha abundancia de aguas. Además de esto, todos los puestos desviados de las ciudades están defendidos de las incursiones repentinas de los bárbaros con torres y fortificaciones, cubiertas aquellas, como en el África, nó con teja, sino con argamasa, en las cuales tienen atalayas, desde donde por su grande elevacion descubren mucha tierra. Fuera de esto gran parte de las ciudades de esta provincia están resguardadas con los montes y situadas en muy ventajosos puestos, que las hace muy difíciles de atacar y entrar por fuerza. De suerte que la misma naturaleza del terreno las defiende de los ataques, y con dificultad se toman las ciudades de esta parte de España, como sucedió en esta guerra. Porque, estando acampado Pompeyo entre las dos ciudades dichas, Teba la vieja y Lucubis, y á la vista de entrambas, habia á distancia de cuatro millas de su campo una eminencia situada ventajosamente, llamada el campo de Postumio, donde habia levantado César un fuerte para poner en él guarnicion.

Pompeyo, que estaba cubierto con la misma eminencia, segun la disposicion del terreno, bastante separada de los reales de César, conocia la ventaja de aquel puesto, y creia que no se aventuraria César á enviar á él nuevo refuerzo, así por ser difícil, como por mediar el rio Guadajos. Fiado en esta opinion, partió de su campo á media noche á asaltar el fuerte, para libertar de este peligro á los sitiados. Viéndole acercarse los nuestros, levantaron de repente el grito, y le dispararon una carga de dardos, con que le hirieron mucha gente. Lo cual hecho, puestos en de-

fensa del fuerte, y despachado aviso á César á los reales mayores, salió este con tres legiones, á cuya vista como huyesen los enemigos atemorizados, murieron muchos, y muchos mas quedaron prisioneros: otros abandonaron las armas, de los cuales se llevaron al campo ochenta escudos.

Al dia siguiente llegó de Italia Arguecio con tropas de á caballo, trayendo consigo cinco banderas que habia ganado á los saguntinos. No fué recibido con la mayor estimacion, por haber llegado ya á César la caballería de Italia con Asprenas. Esta misma noche dió fuego Pompeyo á su campo, y tomó la vuelta de Córdoba. Un rey, llamado Indo, que habia venido á acompañar á César con tropas de á pie y de á caballo, empeñado con demasiado ardor en perseguir al enemigo, fué preso y muerto por algunos legionarios del país.

II. Al dia siguiente siguió nuestra caballería bien lejos de la plaza, hasta cerca de Córdoba, á los que conducian víveres desde la ciudad á los reales de Pompeyo, de los cuales hicieron prisioneros cincuenta hombres con sus caballerías, y fueron conducidos al campo. Este mismo dia se pasó á nosotros Q. Marcio, que servia de tribuno de los soldados á Pompeyo: y á eso de media noche se trabó una recia batalla sobre la ciudad, desde donde echaban á los nuestros fuegos arrojadizos con mucha abundancia, y con cuantas artes y medios se suelen disparar. Después se pasó á nuestro campo el caballero romano C. Fundanio.

Al dia siguiente hizo prisioneros nuestra caballería dos soldados de una de las legiones del país, los cuales dijeron que eran esclavos; pero entrando en el campo, fueron conocidos de los soldados que antes servian á las órdenes de Fabio y Pedio, y habian desamparado á Trebonio. No hubo medio de perdonarlos; y así fueron muertos por nuestros soldados. Al mismo tiempo se cogieron unos correos enviados de Córdoba á Pompeyo, que vinieron á dar incautamente á nuestros reales, á quienes se cortaron las manos, y se les puso en libertad. Á cosa de las nueve de la noche, siguiendo su costumbre, estuvieron largo tiempo los sitiados arrojando una multitud de fuegos y dardos, con que hirieron á muchos de los nuestros. Al alba hicieron una salida contra la legion sexta que estaba ocupada en la fortificacion; pelearon con gran denuedo; pero contuvieron los nuestros su furia, aunque combatian los sitiados en puesto ventajoso. Así, aunque intentaron la salida, rechazados por el valor de los nuestros, á pesar de la desigualdad del sitio, se retiraron muy heridos á la ciudad.

El dia siguiente empezó Pompeyo á abrir una trinchera desde su campo al rio Guadajos; y habiendo encontrado mayor número de los suyos á una partida nuestra de á caballo de guardia, la echaron del puesto, y mataron tres soldados. Este mismo dia A. Valgio, hijo de un senador, y que tenia otro hermano en el campo de Pompeyo, tomó un caballo, y se huyó, dejando todas sus cosas: se apresó y dió muerte por nuestros soldados á una espia de la legion segunda de Pompeyo. Á este tiempo arrojaron de la plaza una bala en que venia escrito, que se pondria á la vista un escudo el dia que podrian acercarse á tomar la ciudad. Con esta esperanza, creyendo algunos que podrian escalar sin riesgo el muro, y apoderarse de la plaza, empezaron al dia siguiente á zapar el muro; y con efecto se derribó un gran pedazo del exterior. Sorprendidos en este hecho, fueron conservados por los sitiados, como si fueran de su faccion; y por ellos pedian la libertad para los legionarios, y para aquellos á quienes Pompeyo habia destinado á la defensa de la plaza. César les respondió, que estaba acostumbrado á dar la ley, nó á recibirla. Vueltos á la ciudad con esta respuesta, levantaron el grito, dispararon todo género de armas arrojadizas, y se pusieron en defensa todo al rededor de la muralla: por lo que la mayor parte de los nuestros se persuadió á que harian aquel dia alguna salida. Y así, se dió un asalto general, en que se peleó por algun tiempo con mucho denuedo; y un tiro de ballesta disparado por los nuestros derribó una torre, en que perecieron cinco hombres que estaban dentro, y un muchacho que avisaba cuando jugaba la ballesta.

Después de algun tiempo levantó Pompeyo un fuerte de la otra parte del rio Guadajos, y no siendo estorbado por los nuestros, se dejó llevar de la falsa gloria de haber ocupado un puesto casi en el recinto de nuestras líneas. Al dia siguiente se adelantó un poco mas, como solia; y llegando á un paraje donde estaba de guardia una partida de nuestra caballería, destacó algunas compañías con infantería ligera, que dieron de improviso sobre los nuestros, los desbarataron, y por su corto número, y traer tropas ligeras, quedaron atropellados y deshechos entre sus compañías. Pasaba esto á la vista de uno y otro campo, y se iban ensoberbeciendo con arrogancia los pompeyanos, por haber empezado á seguir el alcance á algunos de los nuestros que iban huyendo; los cuales llegando adonde fueron sostenidos por otras partidas nuestras, puestas en ademan de hacer frente, y levantando el grito, segun su costumbre, no quisieron los enemigos aceptar la batalla.

Sucede por lo regular en los ejércitos con los encuentros de á caballo, que cuando la caballería echa pié á tierra para pelear con la infantería, lleva aquella lo peor: pues al contrario sucedió en el presente combate. Vino una tropa ligera y escogida para la accion á dar sobre nuestra caballería, cuando menos lo pensaba: y conocida la calidad de la gente, echaron pié á tierra muchos de los nuestros, de suerte que á poco tiempo peleaban los peones á caballo, y los de á caballo á pié, llegando á combatirse hasta muy cerca de los atrincheramientos; en el cual choque murieron ciento veinte y tres de los contrarios, muchos fueron despojados de las armas, y no pocos obligados á refugiarse llenos de heridas á la plaza. De los nuestros murieron tres, y quedaron heridos doce infantes, y cinco caballos. En el mismo dia, después de esta accion, se dió como de ordinario un asalto á la muralla. Después de haber arrojado á los nuestros, que no dejaban de resistirse con brio, una gran multitud de dardos y fuegos, cometieron una maldad horrible y abominable; pues empezaron á degollar á los huéspedes que se hallaban en la ciudad á vista nuestra, y á echarlos del muro abajo como bárbaros; cosa sin ejemplar en la memoria de los hombres.

Al espirar el dia enviaron los pompeyanos un correo á la plaza, sin que lo entendiesen los nuestros, para que aquella noche diesen fuego á las torres y trincheras, é hiciesen una salida á media noche. Así que, disparando una inmensa multitud de dardos y fuegos, con que consumieron gran parte de la muralla, abrieron la puerta que estaba enfrente del campo de Pompeyo, é hicieron las tropas una salida, sacando al mismo tiempo faginas para cegar los fosos y garfios de hierro para desbaratar y pegar fuego á las barracas de paja que habian hecho los nuestros por causa del frio: y además trajeron alhajas de plata y vestidos, para que mientras se ocupaban los nuestros en el pillaje, pudiesen deshacerlos, y retirarse al

campo de Pompeyo; el cual, pensando que saldrian con su intento, estuvo toda la noche formado en batalla de la otra parte del rio. Mas aunque acometieron la accion sin saber nada los nuestros, con todo, animados de valor, los rechazaron y retiraron llenos de heridas otra vez á la plaza, se apoderaron de la presa y armas, y aun hicieron muchos prisioneros, que fueron muertos al otro dia. Al mismo tiempo se pasó de la plaza un soldado, que dió noticia de que habia salido Junio de una mina donde estaba, diciendo á voces, despues de aquel destrozo de los ciudadanos: que habian caido en una grave y abominable maldad, que ningun delito habian cometido aquellos infelices, para que fuesen merecedores de aquel suplicio, pues los recibieron al abrigo de sus aras y hogares, y ahora dejaban violado y manchado el derecho de hospitalidad: que al tenor de estas habia añadido otras razones, movidos de las cuales, cesaron en aquella carnicería.

Al dia siguiente vinieron al campo de César, como diputados de la guarnicion, Tulio y Caton Lusitano; y tomando aquel la palabra, le habló en esta sustancia: Ojalá hubieran dispuesto los dioses inmortales que fuera yo tu soldado, y nó de Cn. Pompeyo, y que mostrase constancia en tu victoria, y nó en su desgracia: supuesto que sus funestos elogios han venido á parar á la triste suerte, de que los ciudadanos romanos, faltos de todo socorro, seamos entregados como enemigos por desgracia de nuestra patria, no habiendo experimentado en sus prósperos sucesos aquella primera fortuna, ni alcanzado en su derrota alguna victoria favorable. Nosotros que hemos resistido el valor de tus legiones, esperado dia y noche en los reparos el corte de las espadas, y el tiro de los dardos, vencidos y desamparados de Pompeyo, rendidos á tu valor, pedimos la vida á tu clemencia; y te suplicamos te muestres en la rendicion de tus ciudadanos, cual te has mostrado á los extranjeros.» César le respondió: cual me he mostrado con los extranjeros, me mostraré en la rendicion de los ciudadanos.

Despedidos de César los diputados, no siguió Tiberio Tulo á Antonio que entraba*, sino que volvió á la puerta, y echó mano á un hombre. Viendo esto Antonio, sacó un puñal con que le hirió y ambos se pasaron á César*. Al mismo tiempo se pasó un alferez de la legion primera, y dijo, que el dia de la batalla ecuestre, habian muerto treinta y cinco soldados de su bandera; pero que no se podia hablar palabra en el campo de Pompeyo, ni decir que faltaba alguno. Un siervo, cuyo señor se hallaba en el campo de César, y habia dejado en la ciudad á su mujer y un hijo, dió muerte á su señor, y se pasó con secreto de los reales de César á los de Pompeyo, y arrojó una bala con un escrito, en que informaba á César de las prevenciones que se hacian para defender la plaza. Recibidos así algunos avisos, habiéndose entrado en la ciudad los que con balas los enviaban, se pasaron dos hermanos portugueses, que contaron la plática que habia tenido Pompeyo: es á saber, que, supuesto que él no podia socorrer la plaza, se saliesen de noche sin ser vistos hácia la marina; y que habiendo uno de los presentes replicado, que mejor era salir al campo de batalla, que dar señal de fuga, al punto se le dió muerte. A este tiempo, se cogieron dos correos, y César hizo tirar las cartas á los sitiados. Á uno de ellos, que le pedia la vida, le mandó que pusiese fuego á una torre de madera de los sitiados, prometiéndole que si lo hacia le concederia cuanto le pidiese. Era muy difícil incendiarla sin riesgo *. Él..... al tiempo de acercarse á la torre de madera fué muerto por los sitiados. Esta misma noche informó un desertor, que Pompeyo y Labieno se habian indignado de la matanza ejecutada en los ciudadanos.

Á eso de las nueve de la noche, se abrió por el pié una de nuestas torres de madera por la multitud de dardos que la disparaban, hasta el segundo y tercer alto. Al mismo tiempo se trabó un recio choque junto á la muralla, é incendiaron los sitiados una torre nuestra, aprovechándose de un viento favorable. Al romper del dia siguiente se arrojó del muro una matrona, y pasándose á nuestro campo, dijo, que tenia resuelto pasarse con toda su familia; pero que toda esta habia sido presa, y pasada por la espada. Poco tiempo después arrojaron del muro unas tablas en que estaba escrito esto: «L. Minucio á César. Si me concedes la vida, puesto que me ha desamparado Pompeyo, cual he sido para con él, tal me experimentarás hácia ti en el valor y constancia.» Al mismo tiempo vinieron á César los mismos diputados de la plaza que antes, diciéndole, que si les hacia merced de las vidas, le entregarian al dia siguiente la ciudad. Respondióles, que era César, y cumpliria su palabra. Á consecuencia de esto, se rindió la plaza antes del 19 de febrero, y fué aclamado capitan general.

III. Informado Pompeyo por algunos fugitivos de la rendicion de la plaza, levantó su campo, y dirigiéndose á Lucubis, dispuso levantar fuertes en todos los alrededores, y mantenerse dentro de sus reparos. En este tiempo se pasó por la mañana á nuestro campo un soldado de la legion del país, y dijo, que Pompeyo habia convocado á los vecinos de Lucubis, y les habia dado órden de que averiguasen con toda diligencia, quiénes eran de su partido, y quiénes favorecian las armas victoriosas de sus enemigos. Á poco tiempo, se encontró dentro de una mina, en la plaza tomada, al esclavo que dijimos habia dado muerte á su señor, y fué quemado vivo. No mucho después se pasaron ocho centuriones de la legion del país; y nuestra caballería tuvo una escaramuza con la de los enemigos, en que murieron de las heridas algunos de la infantería ligera. Esta noche se cogieron tres esclavos espías, y un soldado de la legion del país: los siervos fuéron ahorcados, y al soldado se le cortó la cabeza.

El dia siguiente se pasó á nuestro campo una partida de caballos con alguna infantería ligera. Al mismo tiempo salieron once caballos enemigos á nuestros aguadores, mataron algunos, y á otros hicieron prisioneros; pero de los caballos quedaron ocho prisioneros. El dia siguiente, mandó Pompeyo degollar setenta y cuatro personas, que se decian afectas al partido de César: á los demás hizo retirar á la plaza, de los cuales se escaparon ciento y veinte al campo de César.

Después de este suceso, los naturales de Osuna, que se hallaban en Teba la vieja, salieron como diputados en compañía de algunos de los nuestros, para dar cuenta de lo sucedido á los de su ciudad, y hacerles reconocer lo que tenian que esperar de Pompeyo, viendo degollar á sus huéspedes, y otras muchas maldades que ejecutaban en aquellos que le recibian en sus pueblos para su defensa. Al llegar á la ciudad los nuestros, que eran caballeros y senadores romanos, no se atrevieron á entrar, mas que los moradores de ella. Dadas y recibidas varias respuestas de una y otra parte, cuando ya se volvian á los nuestros, que se habian quedado fuera, salieron siguiéndolos del presidio, y de encono mataron á los diputados: de los cuales, dos que quedaron, volvieron á dar parte del

(*) Hay faltas en el texto donde van las señales.

suceso á César. Ellos despacharon espías á Teba la vieja; y habiendo averiguado que la razon de los diputados, era como la habian propuesto, se alborotaron, y acometiendo al que los habia muerto, empezaron á apedrearle y querer haberle á las manos, diciendo, que por él se habian perdido. Él, apenas libre del riesgo, les pidió permiso para salir por su diputado para dar satisfaccion á César. Dada esta facultad salió de la plaza, y previniendo una escolta, y juntándosele un buen número de gente, fué introducido de noche á la ciudad con engaño, hizo gran matanza en ella, acabó con los principales, que le habian sido contrarios, y se alzó con el mando. Después de algun tiempo se pasaron algunos siervos á nuestro campo, y dijeron, que se vendian los bienes de los vecinos, y á ninguno se permitia salir de la trinchera, sino desceñido, porque desde el dia que se rindió Teba la vieja, muchos poseidos del temor, y sin esperanza alguna de la victoria, se refugiaban á la Extremadura; de suerte, que si alguno de los nuestros se pasaba á su campo, se le destinaba á la infantería ligera, y no recibia mas paga que diez ases cada dia.

En los dias siguientes, acampaba César siempre mas inmediato al enemigo, y empezó á levantar una línea hasta el rio Guadajos. Mientras estaban los nuestros ocupados en la obra, salieron contra ellos los enemigos desde un puesto ventajoso, y en número considerable; y no separándose los nuestros del trabajo, recibieron fuertes descargas de dardos, con que quedaron muchos heridos. Aquí, como dijo Enio, perdieron los nuestros algun terreno. Y advirtiendo, fuera de toda costumbre, que iban cediendo, pasaron el rio dos centuriones de la quinta legion, y restituyeron la batalla: y haciendo otros muchos, cosas de gran valor, pereció el uno á la multitud de dardos, que desde puesto ventajoso le disparaban. El otro, que empezaba á hacer igual el combate, viendo que le cercaban por todas partes, al querer retraerse tropezó, y cayó en el suelo. Vista por muchos la caida de este varon, acudió sobre él gran número de los enemigos. Pasó entónces el rio nuestra caballería, y empezó á retirarlos hasta sus trincheras. Los cuales cebados mas de lo justo en la matanza dentro ya de sus líneas, se vieron cortados por las compañías de á caballo y las tropas ligeras; y si no fueran personas de tanto valor, quedaran todos prisioneros; porque de tal manera los estrechaba la fortificacion, que apenas se podian manejar por lo angosto del terreno. Quedaron heridos muchos en los dos encuentros, y en ellos Clodio Aquicio; pero aunque se vino de cerca á las espadas, volvieron los nuestros con la gloria de no haber perdido un hombre, fuera de los dos centuriones.

Al otro dia se vinieron á avistar los dos ejércitos junto á Soricaria. Empezaron los nuestros á abrir trincheras: mas viendo Pompeyo que se le cortaba la comunicacion del fuerte de Espejo, distante cinco millas de Lucubis, se vió en precision de dar la batalla. Mas no se aventuró á ella en campo raso, sino que desde una altura que ocupaba, quiso ganar otra mas elevada, aunque para esto habia de pasar por un paraje nada ventajoso. Por lo que, dirigiéndose los dos ejércitos á ocupar aquella altura, fueron preocupados por los nuestros los enemigos, y echados de todo el llano; cosa que hacia ventajosa la batalla á los nuestros. Como los enemigos se retiraban por todas partes, se hizo gran matanza en ellos, á quienes salvó la montaña, nó su valor: y aun de este auxilio se les despojara enteramente, aunque con inferior número, si no hubiera sobrevenido la noche. Murieron de su infantería ligera trescientos veinte y cuatro soldados, y de los legionarios ciento treinta y ocho, además de otros muchos, cuyas armas y despojos se trajeron á los reales.

Al dia siguiente, habiendo venido al mismo paraje sus partidas de á caballo, hacian lo mismo que otras veces; pues nadie sino la caballería tenia ánimo para presentarse en terreno igual. Estando los nuestros ocupados en los trabajos, empezaron las tropas de á caballo á tentar algunas escaramuzas; y juntamente los legionarios con grandes voces, como pidiendo lugar; de modo que, acostumbrados á seguir á las partidas de á caballo, se podia pensar que venian dispuestos á la batalla. Salieron los nuestros bien lejos por un hondo valle, é hicieron alto en la llanura en terreno igual. Mas ellos sin duda no se atrevieron á bajar á campo raso, sino solo Antistio Turpion, que fiado en sus fuerzas entró en la presuncion de que no habia en el campo contrario quien le pudiese hacer frente. Aquí se vió, como dicen, el combate de Aquiles con Memnon. Q. Pompeyo Niger, caballero romano de Italia, salió de nuestro ejército á sustentar el combate. Como la ferocidad de Antistio habia llamado la atencion á todos, aun de los que estaban en la obra, los dos ejércitos se pusieron á ver esta batalla singular. Era dudosa la victoria entre los dos campeones; y así parecia que su combate iba á decidir la suerte de los dos ejércitos. Tan deseosos y afectos cada uno al de su partido * tenian dividida entre sí la voluntad de los experimentados, y de sus favorecedores. Entraron en la llanura con brioso ademan para combatirse, ambos cubiertos con escudos muy relucientes y hermosísimos por el grabado. * Cuya batalla se hubiera concluido luego, á no ser que la infantería ligera, que como dijimos estaba no lejos de los reales, para sostener á su caballería... * Al recogerse nuestra caballería al campo, partieron en su seguimiento los contrarios con demasiada codicia: á este tiempo, levantando los nuestros el grito, cerraron todos con los enemigos, que poseidos del miedo, y puestos en fuga se retiraron á los reales con pérdida de mucha gente.

Regaló César á la compañía de Casio en premio de su valor trece mil sextercios; al capitan dos collares de oro; y diez mil sextercios á la infantería ligera. Pasáronse este dia A. Bevio, C. Flavio y Aulio Trebelio, caballeros romanos de Jerez, cubiertos de armaduras casi enteras de plata. Dijeron que todos los caballeros romanos que se hallaban en el campo de Pompeyo, habian convenido entre sí pasarse al nuestro; pero que por delacion de un siervo habian sido todos presos, y que ellos se habian escapado hallando oportunidad para ello. Tambien se interceptó este dia una carta que enviaba Pompeyo á Osuna, de este tenor: «Si estais con salud, me alegro; yo tambien lo estoy. Aunque por fortuna tenemos rechazados hasta ahora á los enemigos con gran satisfaccion nuestra: con todo, si se aventuraran á venir á las manos en sitio proporcionado, concluyera la guerra mas presto de lo que pensais. Pero no se atreven á exponer su ejército bisoño al trance de una batalla; y así van alargando la guerra al amparo de nuestros fuertes. Cercan á cada una de las ciudades, de donde se surten de víveres; por lo que yo conservaré los de nuestro partido; y cuanto antes sea posible daré fin á la guerra. Tengo ánimo de enviaros algunas cohortes; y no hay duda que quitándoles el refugio de víveres en nuestros pueblos, vendrán precisamente á la batalla.» Poco

(*) Hay falta en el texto donde están las señales.

despues, estando los nuestros descuidados en las obras, nos mataron algunos ginetes que estaban haciendo leña en un olivar. Pasáronse despues unos esclavos á nuestro campo, y dijeron que era mucho el temor desde el 5 de marzo, en que se dió la batalla cerca de Soricia, y que andaba Acio Varo reconociendo todos los fuertes con gran cuidado.

IV. Este dia levantó Pompeyo el campo, y sentó en un olivar de Sevilla. Antes de partir César al mismo paraje, se vió la luna á las doce del dia. De aquí levantó Pompeyo su campo hácia Lucubis, y mandó á la guarnicion que habia dejado en ella, que, dando fuego á la plaza, se volviese á los reales mayores. Á poco tiempo puso sitio César á Ventisponte, la cual se rindió. Tomó despues el camino de Carruca, y acampó enfrente de Pompeyo. Este incendió á Carruca, porque habia cerrado las puertas á sus presidios. Un soldado que dió muerte en los reales á un hermano suyo, fué descubierto por los nuestros, y le mataron á palos. Desde aquí continuó César su marcha; y llegando al campo de Munda, puso su real enfrente de Pompeyo.

Al dia siguiente, queriendo César proseguir la marcha, le avisaron los corredores, que Pompeyo habia estado formado en batalla desde media noche. Con esta noticia dió la señal de la batalla. Pompeyo habia sacado sus tropas al campo, porque habia escrito poco antes á los de Osuna, que favorecian su partido, que César no queria exponerse á bajar á lo llano, por ser novicia la mayor parte de su ejército. Estas cartas mantenian constantes los ánimos de los moradores; y él, llevado de la misma esperanza, creia que le saldria bien todo cuanto intentase; pues estaba defendido de la naturaleza del terreno, y de la fortificacion de la misma plaza donde tenia sus reales. Porque, como arriba dijimos, todo este terreno es montuoso, y metido entre cerros, sin que ninguna llanura los separe.

Mas no nos ha parecido pasar en silencio lo que sucedió á la sazon. Mediaba entre los campamentos una llanura de cerca de cinco millas: de suerte, que las tropas de Pompeyo estaban al amparo de dos defensas; es á saber, la situacion elevada de la ciudad, y la naturaleza del terreno. Desde aquí empezaba á extenderse la llanura cortada por un riachuelo, que hacia muy difícil el ataque de su campo; porque corria hácia la derecha, dejando el terreno pantanoso y lleno de concavidades. Al ver César formado su ejército, no dudó que avanzarian hasta la mitad del llano á dar la batalla. Pasaba el lance á vista de todos. Favorecia el paraje con la llanura al manejo de la caballería, y convidaba tambien la serenidad del dia y el sol: que no parecia sino que los dioses inmortales proporcionaban este tiempo excelente, y sumamente apetecible para dar la batalla. Alegrábanse los nuestros, y no faltaban quienes tambien temian, viéndose con tal coyuntura, que el trance de una hora iba á decidir la suerte de los intereses y fortunas de todos. Avanzaron los nuestros en ademan de atacar, pensando que harian lo mismo los enemigos; pero estos no se atrevian á separarse mas de una milla de la fortificacion de la plaza, resueltos á pelear al amparo de sus murallas. Los nuestros fueron avanzando mas, y entretanto la ventaja del sitio convidaba á los enemigos á pretender con tan buena proporcion la victoria: mas con todo, no se movian un paso de su presupuesto de no alejarse de su puesto ventajoso, y de la ciudad. Marchó nuestra gente con paso lento hasta muy cerca del rio, sin quererse ellos mover para aprovecharse de esta ventaja.

Constaba su ejército de trece legiones, cubiertos los lados con la caballería, y seis mil hombres además de infantería ligera. Á estas tropas se añadia casi otro tanto número de auxiliares. Nuestras tropas eran ochenta cohortes, y ocho mil caballos. Habiendo llegado los nuestros al terreno desigual al cabo de la llanura, estaba prevenido el enemigo del otro lado en puesto ventajoso, y era muy expuesto el pasar al terreno mas elevado. Advertido esto por César, para no emprender temerariamente un lance aventurado, por falta suya, señaló el terreno hasta donde sus tropas debian avanzar. Mas llegando esto á oídos de todos, llevaban muy á mal que se les estorbase el poder dar una batalla decisiva. Esta detencion hizo mas animosos á los enemigos, pensando que á las tropas de César las embargaba el miedo de venir á las manos. Engreidos con esta opinion, se fueron exponiendo á un paraje menos ventajoso; pero á donde todavía no podian acercarse los nuestros sin grave peligro. Tenian su puesto los decumanos en el ala derecha: en la izquierda las legiones tercera y quinta, y tambien las tropas auxiliares, y la caballería. Al fin trabóse la batalla con gran gritería.

Aunque los nuestros eran superiores en el valor, con todo se defendian acérrimamente los contrarios con la ventaja del terreno, y unos y otros levantaban gran vocería, y hacian valientes embestidas para dar sus descargas; de suerte, que casi desconfiaban los nuestros de la victoria. Porque el arremeter y la grita con que suelen amedrentarse mucho los enemigos, eran en comparacion iguales. Y así, habiendo traido á la pelea igual valor y denuedo, murió una gran multitud de los enemigos amontonada y atravesada de nuestros dardos. Dijimos arriba, que ocupaban el ala derecha los decumanos, los cuales, aunque pocos, pero por el exceso de su esfuerzo atemorizaban mucho con sus hechos á los contrarios, y los iban apretando tan fuertemente, que para que los nuestros no los atacasen por el flanco, se empezó á mover una legion de derecha á izquierda para refuerzo de esta. Luego que se separó la legion, empezó á cargar la caballería de César sobre el ala izquierda de los enemigos, que sin embargo se defendia con el mayor esfuerzo y de modo que no quedaba arbitrio en el campo para socorrer á unos y á otros. Así que, mezclados los gritos con los gemidos, y resonando á un mismo tiempo el batir de las espadas, llenaban de terror los ánimos de los no experimentados. Aquí se combatia, como dijo Enio, pié con pié, y arma con arma. Al cabo empezaron los nuestros á retirar por el campo á los contrarios, aunque peleaban con mucho esfuerzo, á quienes sirvió de amparo la ciudad. En el mismo dia de las fiestas de Baco no quedara hombre vivo, sino se hubieran refugiado al mismo paraje de donde salieron. Quedaron en el campo de batalla cerca de treinta mil hombres, ó algo mas; entre ellos Labieno y Acio Varo, á quienes se hicieron las exequias; y además tres mil caballeros romanos, parte de la Italia y parte de la provincia. De los nuestros faltaron hasta mil entre infantes y caballos, y quedaron heridos quinientos. Cogiéronse las trece águilas de los enemigos, con las demás insignias, y las fases; y se hicieron prisioneros diez y siete cabos principales. Este fué el suceso de la batalla de Munda.

Habiéndose propuesto esta plaza por refugio de la derrota, se vieron precisados los nuestros á circunvalarla. Las armas y cadáveres de los enemigos sirvieron de céspedes; de sus escudos y picas se compuso la empalizada (1); y encima los cadáveres, los

(1) Hay falta en el texto.

dardos y las cabezas puestas en órden, y vueltas hácia la plaza, para que se consternasen los ánimos de los sitiados á vista de tales insignias de la victoria, que formaban la línea de su circunvalacion (1). Así solian los galos cercar una ciudad con los cadáveres, picas y lanzas de sus enemigos, y luego combatirla. Huyó de la pasada derrota Valerio el mozo con algunos caballos á Córdoba, y dió cuenta del suceso á Sexto Pompeyo, que se hallaba en esta ciudad. Con esta noticia repartió Pompeyo el dinero que tenia entre los caballeros que le acompañaban; dijo á los naturales que iba á tratar con César de composicion, y salió de la plaza á cosa de las nueve de la noche. Cn. Pompeyo, con algunas tropas de á pié y de á caballo, partió por otra parte hácia Tarifa, donde estaba su flota, la cual ciudad dista de Córdoba ciento y setenta millas. Cuando se halló á ocho millas de esta plaza, escribió de su parte P. Calvicio, que habia mandado antes su campo, que por hallarse algo enfermo le enviasen una litera en que fuése conducido á la ciudad. En vista de esta carta fué llevado Pompeyo á Tarifa. Los que seguian su partido se juntaron en la casa donde se hospedó (aunque sospechaban que venia de oculto) para tomar sus órdenes acerca de la guerra. Habiéndose juntado mucha gente, Pompeyo desde la litera se entregó á su fidelidad.

Después de la accion ya dicha, teniendo César cercada á Munda, se encaminó á Córdoba. Los que se refugiaron aquí despues de la derrota, se hicieron dueños del puente. Cuando llegaron los nuestros, empezaron á insultarlos con mil oprobios; que solo habian quedado unos pocos de la batalla; que á dónde pensaban recogerse? Y se pusieron en defensa del puente. César pasó el rio, y acampó delante de la ciudad. Escápula, cabeza de la sedicion, de los esclavos y libertinos, habiéndose refugiado á Córdoba despues de la batalla, convocó á su familia y libertos; mandó que le preparasen una hoguera; que le previniesen una gran cena, y cubriesen la hoguera con sus mas ricos vestidos; repartió entre su familia todo su dinero y alhajas; cenó temprano, bebió vino mezclado con resina y nardo; y al fin mandó á un siervo y á un liberto, que habia sido su concubino, al uno que le degollase, y al otro que encendiese la hoguera.

Luego que César sentó su campo delante de la ciudad, se levantó gran discordia entre los habitantes, unos por César, otros por Pompeyo; de suerte, que casi se oian sus voces en los reales. Estaban á la sazon algunas legiones de fugitivos y siervos de los vecinos, á quienes Sexto Pompeyo habia dado libertad; los cuales fuéron llegando á rendirse á César. La legion trece se puso en defensa de la ciudad; y aunque otros lo repugnaban, ocupó parte de los fuertes y la muralla. Los partidarios de César le enviaron diputados de nuevo, pidiendo que entrase con las legiones en la plaza para su socorro. Advertido esto por alguno de los fugitivos, empezaron á poner fuego á la ciudad; pero entrando entónces los nuestros, y cerrando con ellos, mataron veinte y dos mil, además de los que perecieron fuera de la muralla. Así quedó César dueño de la ciudad. Durante esta detencion los que dijimos arriba que se habian refugiado á Munda, hicieron una salida, en que murieron muchos de ellos, y los demás fuéron retirados á la plaza.

Marchando César desde aquí á Sevilla, vinieron diputados que la perdonase; él les ofreció conservar la ciudad. Entró en ella su lugarteniente Caninio con una guarnicion, y César acampó extramuros. Habia dentro un grueso presidio de la faccion de Pompeyo, que llevaba muy á mal se hubiese dado entrada á las tropas de César; diputaron, sin que lo trasluciesen los nuestros, á un tal Filon, acérrimo defensor del partido de Pompeyo, y muy conocido en Portugal, á Cecilio Niger llamado el bárbaro, que acampaba junto á Lenio con un número considerable de portugueses. Volvió este con socorro; fué recibido otra vez de noche en la plaza por la muralla, y pasó á cuchillo á los centinélas y guarnicion de César; cerráronse las puertas y se pusieron de nuevo en defensa.

Mientras andaban en esto vinieron los diputados de Tarifa á dar parte á César como tenian en su poder á Pompeyo, esperando recompensar con este servicio, la falta que antes habian cometido de cerrarle las puertas. Entretanto los portugueses no dejaban de atender á la defensa de Sevilla. Y viendo César que si se empeñaba en dar un asalto, aquella gente perdida pegaria acaso fuego á la ciudad, y arruinaria sus murallas; tomando consejo, resolvió dejarlos salir por la noche, lo cual pensaron ejecutar sin que él lo supiese. Con efecto salieron é incendiaron las naves que estaban en el Guadalquivir; y mientras los nuestros se ocupaban en apagar el fuego, se escaparon; pero dieron en manos de nuestra caballería, que acabó con todos. Recobrada la ciudad, tomó el camino de Jerez, de donde vinieron diputados á pedir la paz. Los que se retiraron á Munda, viéndose tanto tiempo cercados, vinieron muchos á entregarse; y formada de todos una legion, se conjuraron á que con cierta señal hiciesen una salida los de la plaza, y ellos en los reales harian gran matanza. Averiguada la traicion, la noche siguiente, á media noche, pasando una palabra fuéron todos pasados por la espada fuera de las trincheras.

Los de Tarifa, mientras César rendia de paso otras ciudades, empezaron á discordar entre sí acerca de Pompeyo: parte eran de los que habian enviado diputados á César, y parte de los que favorecian la faccion de Pompeyo. Encendida la sedicion, se ocuparon las puertas: el mismo Pompeyo herido se valió del auxilio de treinta galeras, y se salvó huyendo. Fue luego avisado Didio, que mandaba la escuadra de Cádiz, y salió en su seguimiento: y al mismo tiempo destacó por una parte caballería, y por otra infantería, para que no se le escapase. A los cuatro dias de navegacion le alcanzó; porque, habiendo salido de Tarifa sin prevencion de agua, hubieron de saltar en tierra. Mientras estaban haciendo aguada se encontró Didio con la escuadra, y unas naves incendió y apresó otras.

Pompeyo escapó con pocos de los suyos, y se hizo fuerte en un paraje de ventajosa situacion. Tuvieron noticia de esto la caballería y las cohortes que se habian destacado á perseguirle, por espías que iban delante; y así marchaban de dia y de noche. Estaba Pompeyo herido gravemente en un hombro, y en la pierna izquierda, á lo que se le juntaba haberse torcido un pié; lo cual le embarazaba mucho; de suerte, que al dejar el puesto donde se habia refugiado era menester llevarle en una litera. Un portugués que iba delante de ella fué reconocido de la tropa de César; y así fué cercado de la caballería y las cohortes. Era muy difícil de atacar aquel paraje, porque Pompeyo, viéndose conocido de los nuestros por su inadvertencia, volvió á ganar prontamente el puesto ventajoso que antes ocupaba: el cual, aunque difícil, y que se podia defender con poca gente contra mayores tropas, no dudaron los nuestros atacarle. Pero fueron rechazados con dardos en el ataque; y al re-

(1) Hay falta en el texto.

tirarse los cargaban los enemigos con mas denuedo, y con esto les estorbaban mas el asalto. Como esto mismo sucediese muchas veces, conocieron los nuestros el daño que recibian, lo cual los determinó á cercarle. Empezaron á levantar con presteza un valladar desde el pié de la colina, para poder pelear con los contrarios en igual terreno; los cuales á vista de esto buscaron modo de salvarse huyendo.

V. Pompeyo, herido, como se ha dicho, y torcido un pie, no podia huir muy de priesa: y por lo escabroso del terreno, ni á caballo, ni en la litera encontraba auxilio para salvarse. Los nuestros corrian libremente las espadas por los enemigos, perdido el fuerte y sus auxilios. Pompeyo fué á refugiarse á una hondonada de un valle en una caverna á modo de gruta, adonde no le hallaran tan fácilmente los nuestros, si no fuera descubierto por unos prisioneros: allí le mataron. Estando César en Cádiz el dia 12 de abril, se trájo su cabeza á Sevilla, y se puso á la vista de la ciudad.

Muerto Cn. Pompeyo el mozo, Didio, de quien acabo de hacer mencion, alegre de tan buen suceso, hizo sacar á tierra algunas naves para componerlas, y él se retiró á un fuerte inmediato. Los portugueses que quedaron de la refriega volvieron á rehacerse, y vinieron á atacar á Didio con un grueso no despreciable. No perdonaba este diligencia para resguardar las naves; pero le sacaban á veces del fuerte las contínuas correrías de aquella gente; los cuales, después de contínuas y diarias escaramuzas, le armaron una celada dividiéndose en tres trozos. Unos estaban prevenidos para incendiar las naves, é incendiadas volverse á incorporar con el grueso de sus tropas: otros estaban apostados donde, sin ser vistos de nadie, podian venir á dar sobre el enemigo. Así, habiendo salido Didio del fuerte con sus tropas á perseguirlos, dieron la seña los portugueses, y pusieron fuego á las naves. Á la misma seña salieron los emboscados por las espaldas, y con gran vocería cercaron á los que habian salido á perseguir á aquellos foragidos. Murió Didio en esta accion con muchos de los suyos defendiéndose con gran valor. Algunos se salvaron de la refriega, aprovechándose de los esquifes que hallaron en la ribera: otros se refugiaron á nado á las naves que estaban sobre áncoras; y cortando los cables, tomaron su derrota á fuerza de remo. Los portugueses se apoderaron de la presa. César pasó otra vez de Cádiz á Sevilla.

Fabio Máximo, á quien César dejó el cargo de apretar el sitio de Munda, adelantaba contínuamente sus trabajos * de tal suerte, que, estrechados los enemigos por todas partes, trataron de pelear unos con otros. Después que se ejecutó así una matanza cruel *, hicieron una salida. No perdieron los nuestros la ocasion de señorearse de la plaza, donde todos los que se encontraron quedaron prisioneros. Desde aqui marcharon la vuelta de Osuna, ciudad defendida con grandes fortificaciones; cuya situacion muy elevada hacia muy dificultoso el ataque, no solo por las obras, sino por la naturaleza del terreno. Añadíase á esto no haber mas agua que la de la misma ciudad; pues en todos los alrededores no se hallaba un arroyo en ocho millas de distancia; lo cual favorecia mucho á los habitantes; y mas que en seis millas no se encontraba ni césped para levantar trinchera, ni madera para la construccion de las torres. Porque Pompeyo, para dejar á la ciudad mas segura del sitio, habia mandado cortar toda la leña del contorno, y meterla en la plaza. Así se veian los nuestros precisados á conducir todos los materiales de Munda, de la cual acababan de apoderarse.

Mientras esto pasaba sobre Munda y Osuna, habiendo pasado César de Cádiz á Sevilla, á otro dia tuvo una asamblea general, en que les hizo á la memoria, «que desde el principio de su cuestura habia tomado particular afecto á esta provincia entre todas; y que la hizo en aquel tiempo cuantos beneficios pudo: que después, siendo pretor, y con algunas mas facultades por su empleo, habia alcanzado del senado que la perdonase los impuestos que Metelo la habia cargado, libertándola de la opresion de sus pagos: que al mismo tiempo, tomándola bajo su proteccion, introdujo muchas diputaciones suyas en el senado, y habia defendido muchas causas públicas y privadas, acarreándose por ello no pocos enemigos: que en su consulado, aun estando ausente, habia hecho cuantos favores habia podido á la provincia; y que á todas estas buenas obras eran ingratos y desconocidos para consigo y con el pueblo romano, así en la guerra presente, como en las pasadas. « Vosotros, dijo, que conoceis el derecho de las gentes y de los ciudadanos romanos, pusisteis las manos una y muchas veces, como bárbaros, en las personas sagradas de los magistrados. En medio del dia intentasteis dar muerte alevosamente á Casio en la plaza pública. Vosotros habeis aborrecido siempre la paz de tal manera, que nunca puede menos el pueblo romano de tener entre vosotros sus legiones. Los beneficios recibis como injurias, y estimais por favores los agravios. Así jamás habeis podido conservar ni la concordia en la paz, ni el valor en la guerra. Recibido por vosotros fugitivo el jóven Cn. Pompeyo, siendo un mero particular, se apropió las faces y el imperio: levantó tropas contra el pueblo romano, dando muerte á muchísimos ciudadanos; y á instancias de vosotros mismos ha asolado vuestros campos y toda la provincia. ¿Y de quién os imaginabais vencedores? ¿No haciais cuenta, que aun destruyéndome á mí, quedaban todavía diez legiones al pueblo romano, capaces, no solo de resistiros á vosotros, sino aun de sepultar al mundo en sus ruinas?».... Falta lo demás de este postrer comentario.

CONTINUACION DE LA HISTORIA ROMANA.

706 de Roma, 49-48 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Julio César II, y P. Vatia Isáurico: entran el 1.º de enero romano, 11 de octubre juliano del 49 antes de Jesucristo.

Batalla de Farsalia: las armas quitan á Pompeyo un poder fundado en las mismas (Tác. An. I, 1). Desde entónces, no cesaron las discordias por espacio de veinte años seguidos; las leyes y los usos sin observarse, impunes los mayores crímenes, y á menudo persecucion de los mas virtuosos (Tác. An. III, 28).

707 de Roma, 48-47 antes de Jesucristo. — Al saber el pueblo de Roma la muerte de Pompeyo, nombra segunda vez dictador á C. Julio César, y fué la 83.ª dictadura, y él nombró por su lugarteniente, ó general de la caballería á M. Antonio. Entraron el 1.º de enero romano, 23 de octubre juliano del 48 antes de Jesucristo. Eutropio (VI, 18) en vez de decir M. Antonio, escribe M. Emilio.

Conquistado por César el Egipto, y vencido Farnaces, se vuelve á Roma, y hace elegir cónsules para los últimos tres meses del año romano, á Q. Fusio Caleno y á P. Vatinio.

708 de Roma, 47-46 antes de Jesucristo. — CÓN-

(*) Hay faltas en el texto donde van las señales.



Conjuracion contra Cesar.

SULES: C. Julio César III, y M. Emilio Lépido: entran el 1.° de enero romano, 13 de octubre juliano del 47 antes de Jesucristo.

Sabibo es que este es el año de «confusion,» en el cual reformó César el calendario. Ya se ha hablado extensamente de la operacion (Los benedictinos la ponen en el 707, conformándose en esto con Sigonio, pero las tablas de Albert, conformes con los Fastos de Almeloveen y con Censorino, ponen la reforma en 708 de Roma).

César fué tambien dictador este año al mismo tiempo que cónsul, siendo por lo mismo esta la dictadura 86.ª.

709 de Roma, 45 antes de Jesucristo. — C. Julio César IV, cónsul único, y dictador 87.°, nombrando por lugarteniente á M. Lépido.

Es el año 1.° de la correccion juliana, en virtud de la cual el año romano comenzó en 1.° de enero, lo mismo que ahora en nuestra era. César volvió á Roma á fines de setiembre, y despojándose de la dignidad consular, la confirió por lo demás del año á Q. Fabio Máximo y á C. Trebonio. El primero falleció la víspera de las calendas de enero, es decir, el último del año 709, y aunque solo faltaban algunas horas para que espirase su cargo, le reemplazó á la una de la tarde con C. Caninio Rebilo. Antes de esa ridícula sustitucion he aquí como escribe Tácito (Hist. III, 37): Este año pudo verse un consulado de un solo dia, el de Caninio Rebilo, durante la dictadura de Julio César, al salir de una guerra civil, después de la cual, no se pensaba mas que en recompensarlo todo.

710 de Roma, 44 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Julio César V, y M. Antonio.

El mismo año César fué dictador por cuarta vez, tomando por lugarteniente á su mismo colega Marco Antonio, reemplazándole á los pocos dias con M. Emilio Lépido, y al cabo de poco tambien á este con C. Octavio. Aun Octavio fué sustituido por N. Domicio Calvino; de modo, que en dos meses y medio tuvo cuatro lugartenientes de dictadura.

César murió de un golpe repentino y de mano airada (Tác.), el dia de los ídus de marzo, ó sea el 15 del mismo, á los cincuenta y seis de edad (Plut. Vida de César).

Se nombró para sucederle en el consulado á P. Cornelio Dolabela.

711 de Roma, 43 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Vibio Pansa, y Aulo Hircio: fuéron muertos durante su magistratura, y el 19 de agosto, segun lo prueba Noris (Cenotaph. Pisan. dissert. 2.ª, cap. 11), fuéron nombrados en su lugar C. Julio César Octaviano, y Q. Pedio. La fecha la traen Macrobio (Saturnalis lib. I, 12) y Dion Casio (lib. LV). Con todo, dice Velleyo (II, 65) que Octaviano tomó posesion el 10 de las calendas de octubre del 711 de Roma, un dia antes de cumplir veinte años de edad, setenta y dos años antes del consulado de Vinicio, en el cual estaba escribiendo Velleyo, y que era efectivamente el 783 de Roma, de suerte, que solo hay equivocacion en el mes. Octaviano abdicó y le reemplazó C. Carrinas.

Pedio, murió durante su consulado y le sucedió P. Ventilio Baso. En 27 de noviembre fuéron instituidos triunviros por cinco años: M. Emilio Lépido, M. Antonio, y C. Julio César Octaviano.

Luego de constituido el triunvirato hubo la proscripcion y la reparticion de tierras. Hasta por los malvados á quienes enriquecieron, fuéron vituperados los triunviros (Tácit. An. 1.°, 10).

Ciceron es decapitado en 7 de diciembre. Muerto él, acabó en Roma la verdadera elocuencia (Tácit., diálogo sobre los oradores, cap. 42).

712 de Roma, 42 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: L. Munacio Planco, y M. Emilio Lepido II.

Décimo Bruto, á quien se habia designado por cónsul, fué muerto mientras se ponia en salvo (véase á Noris, lugar citado). Batalla de Filipes. La derrota de Casio y de Bruto acaba con el partido de la república (Tác. Anal. I, 2).

713 de Roma, 41 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: L. Antonio, y P. Servilio Vatia Isáurico.

Mas arriba hemos hablado de una intercalacion que se puso este año.

714 de Roma, 40 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: N. Domicio Calvino. C. Asinio Polion. Ambos abdican á fines de año, reemplazándolos L. Corn. Balbo y P. Canidio Craso (véase á Dion Casio, Historia, 48, página 365 y 376). Antonio casa con Octavia, hermana de Octaviano.

715 de Roma, 39 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: L. Marcio Censorino, y C. Calvisio Sabino.

Los triunviros no confieren la dignidad consular sino por algunos meses, y al nombrar á los cónsules, ya designaban al mismo tiempo sus sustitutos; solo que aquellos que entraban á principios de año daban el nombre al mismo, llamándose cónsules «ordinarios;» los otros se llamaron «subrogados,» ó pequeños cónsules. Esto habia de ocasionar bastante perturbacion; pero poco importaba á los triunviros, que no llevaban en esto mas objeto que la de envilecer la autoridad consular, á fin de que ellos pudieran hacerlo todo por sí mismos.

Á tal extremo habian llegado en Roma las cosas, que este año se vió á un tal Vibio designado para cuestor, reclamado por su amo como esclavo, y repuesto efectivamente en su condicion por el mismo. Otro esclavo hubo que fué arrojado desde la roca Tarpeya, por haberse alistado en una legion.

716 de Roma, 38 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Ap. Claudio Pulcro, y C. Norbano Flaco.

Enamorado Octaviano de Livia, la quita á su marido Tiberio Neron. No se sabe si ella consentia; lo cierto es, que la tuvo en su lecho estando en cinta del primer marido (Tác. An. V, 1). No solo quitó á Neron la mujer, si es que hizo escarnio de la dignidad de los pontífices, pues los consultó tocante á la legitimidad de su matrimonio con una esposa en aquel estado (Tác. An. 1.°, 10).

En el año que nos ocupa concluian los cinco del triunvirato, y los tres le prolongan de su propia autoridad por cinco años mas.

717 de Roma, 37 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: M. Vipsanio Agripa, y L. Caninio Galo. Este abdicó, reemplazándole Tito Estatilio Tauro. — Triunviros: M. Emil. Lépido II, M. Antonio II, y C. Julio César Octaviano II. Sosio, gobernador de Siria, somete á los judíos. Antonio da su reino á Herodes (Tác. Hist. libro V, cap. 9).

718 de Roma, 36 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: L. Gelio Publícola, y M. Cocceyo Nerva, que abdicaron, y les sucedieron L. Munacio Planco II, y P. Sulpicio Quirino.

Aprovecha Octaviano la imbecilidad de Lépido, y le quita sus legiones y el título de triunviro. Confia á Cilnio Mecenas, simple caballero, la inspeccion y vigilancia superior en Roma y toda la Italia (Tác. An. 6, 11).

719 de Roma, 34 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: L. Cornificio, y Sexto Pompeyo, hijo de otro Sexto. Este segundo cónsul no es el Sexto Pompeyo, hijo del

gran Pompeyo que murió este mismo año en Sicilia.

720 de Roma, 34 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Marco Antonio II, y L. Escribonio Libo. Por abdicacion del primero desde el mismo dia 1.° de enero fué nombrado L. Sempronio Atratino. El 1.° de julio fueron luego nombrados cónsules Paulo Emilio Lépido y C. Manio. El 1.° de noviembre se nombró cónsul á C. Herenio. Llamamos con Sigonio Cayo á Herenio, pero Pighio le llama Marco.

721 de Roma, 33 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Julio César Octaviano II, y L. Volcacio Tulo, á quien llama un autor M. Lelio Volcacio (Pagi, disert. de period. grieg-roman. 89, p. 14).

Octaviano abdicó el 1.° de enero, substituyéndole P. Autracio Peto.

El 1.° de mayo entraron cónsules L. Flavio y C. Fonteyo Cápito. El 1.° de julio, entró Manio Acilio Aviola. El 1.° de setiembre L. Vinucio. El 1.° de octubre L. Laronio. Pighio demuestra que Sigonio se equivoca llamando Lucio y nó Publio á Autronio.

722 de Roma, 32 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: N. Domicio Ahenobarbo, y C. Sosio.

El 1.° de julio entra Lucio Cornelio. El 1.° de noviembre Numerio Valerio. Así escriben Sigonio y Pighio el nombre de Valerio, escribiendo sin motivo Marco los Fastos de Almeloveen, de suerte que en los mismos, se halla Numerio en el índice alfabético página 457.

723 de Roma, 31 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Jul. Cés. Octav. III, y M. Valerio Mesala Corvino. El 1.° de mayo entra M. Ticio, el 1.° de octubre N. Pompeyo.

Batalla de Accio el 2 de setiembre, en la que Octaviano vence á Antonio. En Brindis se sublevan las vencedoras legiones de Octavio, pero con solo presentarse las apacigua (Tác. An. 1, 42). Fin del Triunvirato.

724 de Roma, 30 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Jul. Cés. Octav. IV, M. y Licinio Craso. El 1.° de julio entra en el consulado C. Antistio Vetus, el 1.° de setiembre M. Tulio Ciceron, hijo del orador Marco, y el 1.° de noviembre L. Sevio Sevino.

Llegan por fin á cansarse de discordias civiles, y Octaviano fué aceptado por señor y príncipe. Antonio se habia hecho despreciable con su vida licenciosa: los romanos tuvieron un amo único. Se agradeció á Octavio que se contentara con el título de príncipe, no tomando el de rey ó dictador, disimulándole algunos actos de violencia en bien del sosiego público (Tac. An. 1, 9).

725 de Roma, 29 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Jul. Cés. Octav. V, y Sext. Apuleyo. El 1.° de julio, Apuleyo fué reemplazado por Potito Valerio Mesala. El 1.° de noviembre entraron en el consulado C. Furnio y C. Cluvio (véase á Lidiato, pág. 20. y á Patin, Famil. Roman. pág. 77). En este año tomó Octavio el título de emperador (véase Tillemont, Hist. de los emperad. en la vida de Augusto). El emperador consiente en que la ciudad de Pérgamo erija un templo en honor suyo y en el de Roma (Tác. Án. 4. 37).

726 de Roma, 28 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: El emperador C. Jul. César Octaviano VI, y M. Vipsanio Agripa, hijo de Lucio II.

Consolidado ya el poder del emperador anula las disposiciones del triunvirato, dando una nueva constitucion al Estado. La justicia se administró con mas actividad. Promulgó una ley contra el celibato (Tác. An. 3. 25).

727 de Roma, 27 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: El emperador C. Julio César Octavio Augusto VII, M. Vipsanio Agripa III.

El senado se reune el 17 de enero y da al emperador el título de Augusto, el que llevó siempre mas (Censor.).

728 de Roma, 26 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Emperador C. Jul. Cés. Octav. Augusto VIII. y Tito Estatilio Tauro II.

729 de Roma, 25 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Emperador Augusto IX, y M. Junio Silano.

730 de Roma, 24 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Augusto X, C. y Norbano Flaco, de quien pudiéramos decir que este fué su segundo consulado, pues Norbano fué cónsul el 38 antes de Jesucristo (véase el Onomásticon de Glandorpio, pág. 628).

731 de Roma, 23 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Augusto XI, y Aulo Terencio Varron Murena. Este murió durante su magistratura y le sucedió N. Calpurnio Pison, bien que suponga Pagi, en su Apparatus ad Baronii annales, que Pison era cónsul ordinario y nó subrogado.

Augusto abdicó el consulado y se nombró en su lugar á Lucio Sestio. Marcelo, hijo de Octavio y sobrino de Augusto, muere en la flor de su edad, en medio de las bendiciones de su imperio (Tac. An. 2, 41).

Este año fué Augusto elegido tribuno perpétuo del pueblo: véase Tillemont.

732 de Roma, 22 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: M. Claudio Marcelo Esernino II, y L. Arruncio. Pagino pone cónsul por segunda vez á Esernino, á quien apellida Esernio. En el 703 de Roma se halla un M. Claudio Marcelo cónsul: por otra parte Gruter (Inscrip.) escribe Cayo en vez de Marco.

Se nombra dictador á Augusto y además censor supernumerario, y no rehusa estos títulos, pero tampoco los lleva.

733 de Roma, 21 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: M. Lolio, y Q. Emilio Lépido (véase el antiguo escoliador de Horacio en el lib. I de sus epístolas. Epíst. 20, vers. 28; á Dion Casio, Hist. lib. LIV). Rickio, en su trabajo sobre los anales de Tácito (12, 1), apellida Paulino á Lolio.

Muerto Marcelo, Augusto toma por yerno al valiente Agripa, compañero de sus victorias, á quien habia dado ya el honor de dos consulados seguidos, no obstante la humildad de su cuna (Tác. An. 1, 3).

734 de Roma, 20 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: M. Apuleyo, y P. Silio Nerva (Dion Casio, lib. LIV).

735 de Roma, 19 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: N. Sencio Saturnino, y Q. Lucrecio Vespillo.

Donato, en la «Vida de Virgilio,» llama N. Plaucio á Saturnino, y el nombre del segundo se halla mal escrito en Frontino (de Aquæductibus). Ético, el autor del Itinerario de Antonino, dice en su cosmografía, pág. 26, Q. Lucrecio Cina.

El 1.° de julio fueron reemplazados por M. Vinucio, y M. Vipsanio Agripa IV. Muerte de Virgilio.

736 de Roma, 18 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: P. Corn. Léntulo Marcelino, y N. Corn. Léntulo Augur (Dion).

Augusto hace partícipe de su potestad tribunicia á Agripa (Tác. An. 3, 56).

737 de Roma, 17 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Furnio, y C. Junio Silano (Dion).

Augusto celebra los juegos seculares (Tác. An. 11, 2). Adopta á Cayo y á Lucio, hijos de su yerno Agripa y de su hija Julia.

738 de Roma, 16 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: L. Domicio Ahenobarbo, y P. Corn. Escipion. En 1.° de julio este fué reemplazado por L. Tario Rufo.

(Dion). Así escribe tambien su nombre Plinio (18, 6); pero Séneca (de Clementia) escribe T. Ario, y Valerio Máximo (7, 8) T. Mario.

Los sicambros vencen á M. Lolio, con mas ignominia que pérdida efectiva. El águila de la quinta legion cayó en poder del vencedor (Tác. An. 1, 10). Augusto va á la Galia, á fin de calmar sus agitaciones.

739 de Roma, 15 antes de Jesucristo.— CÓNSULES: M. Livio Druso Libo, y L. Calpurnio Pison (Dion).

740 de Roma, 14 antes de Jesucristo.— CÓNSULES: M. Licinio Craso, y N. Cornelio Léntulo (Dion, lib. LIV). Este Léntulo era hijo de Neyo, y es diferente por lo mismo del que fué cónsul en 736, que era hijo de Lucio.

Quedan sojuzgados todos los pueblos de los Alpes, erigiendo un trofeo en esos montes (Plin. 3, 20).

741 de Roma, 13 antes de Jesucristo.— CÓNSULES: Tiberio Claudio Neron, hijo de la emperatriz Livia, y P. Quintilio Varo (Dion).

Muerte de M. Lépido, gran sacerdote. Se nombra en su lugar á Augusto, el cual da á las llamas dos mil volúmenes de profecías, no respetando mas que los libros sibilinos (Sueton). Se da á Agripa el tribunado por cinco años.

742 de Roma, 12 antes de Jesucristo.— CÓNSULES: M. Valerio Mesala Barbato Emiliano, y P. Sulpicio Quirino (véase á Tác. An. 3, 48).

Pagi y Noris no apellidan Emiliano al primero, pero sí Sigonio y los Fastos. Murió durante su magistratura, y le sucedió C. Valgio Rufo. Por abdicacion de este entró C. Caninio Rébilo (Dion Casio, 54).

Vence Druso á los sicambros, y entra en alianza con los frisios. Muerte de Agripa.

743 de Roma, 11 antes de Jesucristo.— CÓNSULES: Q. Elio Tuberon, y Paulo Fabio Máximo (Dion y Pagi, obras citadas).

Quedan los sicambros sojuzgados por Druso, y Tiberio vence á los dalmacios y panonios (Dion y Velleyo).

744 de Roma, 10 antes de Jesucristo.— CÓNSULES: Julio Antonio, y Q. Fabio Máximo (Dion lib. LV). Los cronólogos antiguos, á quienes sigue en esto Sigonio, apellidan el Africano á Antonio; pero Suetonio, á quien sigue Tillemont, dan ese apellido á Fabio. Nacimiento de Claudio, que llegó á emperador.

745 de Roma, 9 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Nero Claudio Druso, y T. Quinio Crispino. El primero habia adquirido el sobrenombre de Germánico, segun sienta Pagi (Apparatus ad Baronii annales), y murió en su magistratura. Los romanos le idolatraban, persuadidos de que hubiera restablecido la libertad si hubiese vivido, y por lo mismo querian tanto á su hijo Germánico, en quien fundaban iguales esperanzas (Tác. Anal.). Con esa pérdida no quedó á Augusto mas mas que Tiberio, hermano de Druso, hijo de Livio como el.

En este consulado segun se ve por una inscripcion de Gruter (fol. 61), Augusto se titulaba pontífice Máximo, emperador XII, cónsul XI, y tribuno del pueblo XV; es decir, que quince años seguidos le habian nombrado tribuno.

746 de Roma, 8 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Marcio Censorino, y C. Asibrio Galo. Noris llama Mario al primero y nó Marcio. El segundo era hijo de otro Cayo, segun una carta de Cuper.

El padron manifiesta que llegan á cuatro millones el número de ciudadanos romanos (Blanchino). « Ex lapide Ancyr. et Grutero. »

En este año se dió al mes llamado « sextil » el nombre de Augusto, segun Censorino, Dion y Macrobio. Augusto quita tres dias que sobraban del año. En este mismo año pone el padre Mañan, erudito anticuario, el nacimiento de Jesucristo.

747 de Roma, 7 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Tiberio, Claudio, Neron II, y N. Calpurnio Pison II.

Dion y Sigonio dicen que este era el segundo consulado de Tiberio Claudio; pero Pagi omite esta particularidad.

748 de Roma, 6 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: Decimo Lelio Balbo, y C. Antístico Vetus.

En las calendas de julio fueron sustituidos por L. Manlio y Q. Nonio Asprenas Torcuato.

Muertos Agripa y Druso, Augusto lleva al tribunado á Tiberio Neron, á fin de que conocieran todos que le designaba por sucesor suyo. Así creia refrenar ambiciones, fiado por otra parte en su propia grandeza imperial por lo tocante á la sumision de Tiberio (Tácit. Anal. 3, 56).

Bien que Mañan ponga el nacimiento de Jesucristo en el 746 de Roma, segun el « Arte de comprobar las fechas, » que en otra parte motiva esta opinion, debe de ponerse en el consulado que nos ocupa. Dicha opinion no es nueva, pues es la misma de M. Antonio Capelli, de Juan Kepler, de Heuschenio, de Antonio Pagi, de Bolando, Harduino, Schelestrat, etc.; y es la misma que ha adoptado Argelati en los comentarios de Sigonio. Con todo, veremos mas adelante que no es Mañan el único que haya contestado la exactitud de la fecha que se trata, bien que fuera bueno que tocante á este punto cesaran las diferencias.

749 de Roma, 5 antes de Jesucristo.— C. Julio César Octav. Augusto XII fué nombrado cónsul por la duodécima vez, y por abdicacion de ese cargo quedó solo en el consulado L. Cornelio Sila. En su Historia natural, lib. VII, cap. 13 (1), dice Plinio lo que sigue: en las crónicas que se llaman Actas de los tiempos del emperador Augusto, se lee que el año de su duodécimo consulado, teniendo por colega en el mismo á Lucio Sila, en el dia tercero de los idus de abril. fué solemnemente á celebrar un sacrificio al Capitolio un hombre llamado C. Crispino Hilaro, honrado plebeyo de una familia de Fésulo, acompañado de siete hijos y dos hijas, de veinte y siete nietos, de veinte y nueve biznietos y ocho biznietas.

En este año han puesto el nacimiento de Jesucristo los cronólogos mas modernos y mas célebres, como Petavio, Bucherio, Userio, Noris, Mezzabarba, Tillemont, Bianchini y Freret. Puede consultarse la memoria que Freret dió á luz en las Memorias de la academia de los inscripciones, tom. 21, pág. 298. Tambien son de la misma opinion Deker y Vaillant.

Augusto nombró príncipe de la juventud á su nieto Cayo César que acababa de recibir la toga viril (Zonaras). Cuando Lucio y Cayo eran los únicos césares ó herederos presuntos, casaron á su madre Julia, hija de Augusto, con Tiberio, á quien ella despreciaba, y por esto el se retiró por entónces á Rodas (Tácit. An. 1, 33). Mientras duró ese destierro encubierto, hubo enojos, ficciones, y prostituciones secretas.

750 de Roma, 4 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: C. Calvisio Sabino, L. Pasieno Rufo. (Sulpicio Severo escribe Rufino, 2, 39).

En otro lugar se hace mencion del eclipse de luna que hubo la noche del 12 al 13 de marzo de este año, y el cual precedió á la muerte de Herodes (Véase las tablas de los eclipses).

(1) En la edicion de Francia es capitulo 11, pero en otras es 13.

751 de Roma, 3 antes de Jesucristo. — CÓNSULES: L. Cornelio Léntulo, M. Valerio Mesalino.

Aquí seguimos á Dion para el nombre del primero, á quien Noris llama Neyo en vez de Lucio, fundado en Suetonio, en la vida de Galba, cap. 4.º (Véase á Pagi, y á Marco Welser, pág. 62 de sus obras). Otros escriben respecto del segundo Mesallino y nó Mesalino, y aun se escribe Mesala, y Suetonio dice Mesalla.

Dice Welser en la página 62 de sus obras, que Cristo nació en este consulado. Concuerda su opinion con la de Clemente de Alejandría, segun el cual, desde el nacimiento de Jesucristo hasta la muerte de Cómodo transcurrieron ciento noventa y cuatro años y un mes. El emperador Cómodo murió el último de diciembre del 192 de nuestra era, 945 de Roma (1); luego Jesucristo nació, segun esto, el último de noviembre del 751 de Roma. Véase el año 748.

752 de Roma, 2 antes de nuestra era. — CÓNSULES: Augusto XIII, y M. Plaucio Silvano. Por abdicacion de este, entró el 1.º de julio C. Caninio Galo, llamándole algunos Lucio en vez de Cayo (Monum. Ancyr., pág. 132). Tambien lo fué Dinistio Augusto, y en las calendas de setiembre le reemplazó Q. Fabricio (véase á Liliato séries summorum magistratuum, pág. 31). Hubo además este mismo año otro cónsul por instilucion que fué Aulo Cecina. Velleyo hace mencion de él (lib. II, 112. Véase á Patin Famil. roman., pág. 53).

Si Augusto fué afortunado para acabar con la república, no tuvo en cambio felicidad doméstica, envenenando su vejez los desórdenes de su hija. La echó de Roma, y quitó la vida á su amante (Tácit. An. 111, 24), que se llamaba Julio Antonio (An. 6, 44). Primero Julia fué confinada por su relajacion á la isla de Santa María, en el golfo de Puzoli, y después á Regio, á orillas del estrecho de Sicilia (An. 1, 53).

753 de Roma, 1 año antes de nuestra era. — CÓNSULES: Coso Cornelio Léntulo, después apellidado el Getúlico, y L. Calpurnio Pison Augur.

Pagi (Apparatus chonológicus, omite el nombre de Coso del primero, pero así lo escriben Patin Famil. rom.). Sigonio, y su comentador Argelati. Los dos últimos omiten el llamar Augur al segundo, y dicen del primero que Almeloveen hizo mal en dudar de que se apelilase Getúlcico, suponiendo sus Fastos sin fundamento que pudo llamarse Isáurico.

Julia escribe contra Tiberio cartas virulentas, suponiéndose que Sempronio Graco era el autor de las mismas, por lo cual fué desterrado á la isla de Corcina (Tácit. An. 1, 53).

Antes de cerrar la HISTORIA de los tiempos anteriores á la era cristiana, es necesario que hablemos de las artes y de las ciencias de los antiguos, pues sin este conocimiento faltaria el mas principal interés que en nosotros inspiran los hechos de los antepasados.

ARTES Y CIENCIAS DE LOS ANTIGUOS.

ARGUMENTO DEL LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION. Cuán útil ha sido para el género humano la invencion de las artes y ciencias, don de la divinidad. —I. DE LA AGRICULTURA. —Art. 1.º Antigüedad de la Agricultura. Su utilidad. Cuán importante es favorecerla, y arriesgado despreciar su cuidado. —Art. 2.º De la labranza de la tierra. Países célebres entre los antiguos por la abundancia del trigo. —Art. 3.º §. 1. Cultivo de las viñas. Vinos célebres en Grecia y en Italia. —§. 2. Producto de las viñas en Italia en tiempo de Columela. —Art. 4.º §. 1. De la cría de los ganados. —§ 2. Sencillez y agrado de la vida rústica, y de la agricultura. —II. DEL COMERCIO. Art. 1.º Excelencia y ventajas del comercio. —Art. 2.º Antigüedad del comercio. Lugares y ciudades en donde fué mas celebre. —Art. 3.º Objeto y materia del comercio. —§. 1. Minas de hierro. —§. 2. Minas de cobre ó de alambre. —§. 3. Minas de oro. —§. 4. Minas de plata. —§. 5. Producto de las minas de oro y plata, una de las principales causas de las riquezas de los antiguos. —§. 6. De las monedas y medallas. —§. 7. Perlas. —§. 8. La Púrpura. —§ 9. Telas de seda. —III. De las artes liberales. Honores que se hacian á los que se distinguian en ellas. —DE LA ARQUITECTURA. —Art. 1.º De la arquitectura en general. —§. 1. Principios, progresos y perfeccion de la arquitectura. —§. 2. De los tres órdenes de la arquitectura de los griegos, y de los otros dos que se les añadieron. —1.º Orden dórico. —2.º Orden jónico. —3.º Orden corintio. —4.º Orden toscano. —5.º Orden compuesto. —ARQUITECTURA GÓTICA. —§. 3. Explicacion de los términos del arte, de que se sirven en los cinco órdenes de arquitectura. —Art. 2.º De los arquitectos y edificios mas célebres en la antigüedad. —1.º Templo de Efeso. —2.º Edificios fabricados en Atenas principalmente en tiempo de Pericles. —3.º Mausoleo. —4.º Ciudad y fanal de Alejandría. —5.º Los cuatro principales templos de la Grecia. —6.º Edificios célebres en Roma. —IV. DE LA ESCULTURA. —§. 1. De las diferentes especies comprendidas en la escultura. —§. 2 Escultores célebres que se distinguieron mas en la antigüedad. —V. DE LA PINTURA. —Art. 1.º De la pintura en general. —§. 1. Origen de la pintura. —§. 2. De las diferentes partes de la pintura. De lo natural en la pintura. —§. 3. Diferentes especies de pinturas. —Art. 2.º Historia abreviada de los pintores mas conocidos de la Grecia. —VI. DE LA MÚSICA. —Art. 1.º De la música propiamente dicha. —§. 1. Origen y efectos maravillosos de la música. —§. 2. Autores que inventaron ó perfeccionaron la música y los instrumentos. —§. 3. La música antigua era natural, grave, varonil. Cuando, y cómo se corrompió. —§. 4. Diferentes géneros, y diferentes especies de la música antigua. Modo de notar los cantos —§. 5. Si se debe preferir la música moderna á la antigua. —Art. 2.º De las partes de la música propias de los antiguos. —§. 1. Declamacion del teatro, compuesta y escrita en notas. —§. 2. Acciones del teatro, compuestas y reducidas á notas. —§. 3. Declamacion y accion, divididas en el teatro entre dos actores. —§ 4. Arte de los pantominos.

INTRODUCCION. — La Historia de las Artes y Ciencias, y de los que se han distinguido particularmente en ellas, es, propiamente hablando, la historia del entendimiento humano; la que, en cierto sentido, no cede á la de los príncipes y héroes, á quienes pone la opinion comun en el supremo grado de elevacion y de gloria. No pretendo, hablando de este modo, oponerme á la diferencia de los estados y condiciones, ni confundir ó igualar las clases que distinguió el mismo Dios entre los hombres. Hace la ley superiores á los príncipes, los reyes, los jefes de los estados, á quienes hizo depositarios de su autoridad; y después de estos los generales de ejército, los ministros, los magistrados, y todos aquellos con quienes el príncipe divide los cuidados del gobierno. Los obsequios que se les tributan, y las preeminencias que poseen, de ninguna manera las usurpan. Es la Providencia misma por medio de la ley quien arregló sus clases, y nos manda la sumision, la obediencia y el respeto para los que ocupan su lugar.

Pero otro órden de cosas, y otra disposicion de esta misma Providencia, sin tocar á este primer género de grandeza, de que he hablado, establece otro enteramente diverso, en el que la distincion no proviene ni del nacimiento, ni de las riquezas, ni de la autoridad, ni de la elevacion de los empleos, sino del mérito y del saber. Es la que arregla tambien aquí las clases, por la division libre, y puramente voluntaria de los talentos y del entendimiento, los que distribuye como le agrada, y á quien le agrada, sin atencion alguna á la cualidad y nobleza de las personas.

---

(1) Stromates, lib. 1. Clementis Alexand. Opera, Paris 1641, p. 340.

establece con la union de los sabios en todo genero, una nueva especie de imperio infinitamente mas dilatado que todos los otros, que une todos los siglos, y todos los países, sin distincion, ni de edad, ni de sexo, ni de condicion, ni de climas. En el se encuentra el plebeyo de nivel con el noble, el súbdito con el príncipe, y frecuentemente los exceden.

La ley primitiva, y el título legítimo para merecer alabanzas en este imperio literario y artístico es que cada uno se contente con su lugar, que no envidie la reputacion de los otros; que los mire como compañeros, destinados, lo mismo que él, por la Providencia para enriquecer la sociedad, y para ser sus bienhechores; y se acuerde con reconocimiento de quièn tiene sus talentos, y por que los ha recibido. Porque finalmente, los que se distinguen mas entre los sabios, ¿pueden creer que se diesen ellos mismos la extension de la memoria, la facilidad de comprender, la industria para inventar y hacer descubrimientos, el primor, la viveza, la penetracion del entendimiento? Y si tienen de otra parte todas estas ventajas, ¿por qué harán vanidad de ellas? ¿Creen acaso poder usar á su arbitrio, y no buscar en el uso que hacen de ellas mas que su fama y su reputacion? Como la Providencia no pone á los reyes en el trono sino para bien de los pueblos, asi no distribuye á los hombres los diversos talentos del entendimiento, sino para la utilidad pública. Pero al modo que en los estados se ven algunas veces usurpadores y tiranos, quienes para elevarse á sí solos, oprimen á todos los otros, puede haber tambien entre los sabios una especie de tiranía de entendimiento, que consiste en mirar con envidia el éxito de los otros, en ofenderse de su reputacion, en disminuir su mérito, en no estimar mas que á sí mismo, y en querer dominar solo. ¡Defecto detestable que deshonra las letras! La verdadera reputacion del imperio literario de que se trata, consiste en trabajar nó para sí, sino para el género humano; y esto le hace muy superior á todos los otros imperios del mundo.

Las conquistas que ocupan la mayor parte de la historia, y que atraen mas la admiracion, no tienen por efecto ordinario, sino el estrago de los países, la destruccion de las ciudades, la muerte de los hombres. ¿Aquellos héroes tan alabados en la antigüedad hicieron en su tiempo un solo hombre mejor? ¿Hicieron muchos felices? ¿Y si con la fundacion de las ciudades y de los imperios procuraron á la posteridad alguna ventaja, ¿cuán cara se la hicieron comprar á sus contemporáneos con los rios de sangre que vertieron? Estas mismas ventajas se limitan á ciertos lugares y á cierta duracion. ¿De qué utilidad son hoy dia para nosotros Nemrod, Ciro, ni Alejandro? Todos aquellos grandes hombres, todas aquellas victorias, que han pasmado á los hombres de tiempo en tiempo, todos aquellos príncipes, todos aquellos conquistadores, todas aquellas magnificencias, todos aquellos grandes proyectos, han vuelto á entrar en la nada respecto de nosotros: son vapores que se han disipado y fantasmas que han desaparecido.

Pero los inventores de las artes y ciencias trabajaron para todos los siglos. Gozamos todavía del fruto de su trabajo y de su industria. Proveyeron de antemano á todas nuestras necesidades. Nos procuraron todas las comodidades de la vida. Convirtieron para nuestros usos toda la naturaleza. Forzaron las materias mas intratables á servirnos. Nos enseñaron á sacar de las entrañas de la tierra, y tambien de los abismos del mar preciosas riquezas: y, lo que es infinitamente mas digno de estimacion, nos abrieron los tesoros de todas las ciencias, nos condujeron á los conocimientos mas sublimes, mas útiles y mas dignos del hombre. Nos pusieron en las manos, y á la vista, lo mejor que hay para adornar el entendimiento, para arreglar las costumbres, para hacer buenos ciudadanos, buenos magistrados, y buenos príncipes.

Esto es una parte de los bienes que nos procuraron aquellos que inventaron y perfeccionaron las artes y ciencias. Para conocer mejor su precio y valor, pasemos con la imaginacion hasta la niñez del mundo, y hasta aquellos siglos toscos en los que el hombre, condenado á comer el pan con el sudor de su rostro, se hallaba sin socorros, ni instrumentos, obligado no obstante á labrar la tierra para sacar de ella su alimento, y construirse cabañas, y techos para asegurarse, á prepararse vestidos para defenderse del frio, y de las lluvias, en una palabra, á imaginar los medios de satisfacer todas las necesidades de la vida. ¡Qué trabajos! ¡Qué embarazos! ¡Qué inquietudes! todo se nos ha ahorrado.

No conocemos bien la obligacion que tenemos á aquellos hombres igualmente industriosos y laboriosos, que hicieron las primeras experiencias de las artes, y se aplicaron los primeros á estas útiles, pero penosas indagaciones. Si estamos cómodamente alojados, si estamos vestidos, si tenemos ciudades, muros, habitaciones, templos, á su industria y trabajo lo debemos. Con su socorro cultivan nuestras manos los campos, edifican casas, hacen paños y vestidos, trabajan en cobre y en hierro; y para pasar de lo útil y necesario á lo agradable, usan del pincel, manejan el cincel y el buril, y tocan instrumentos. Son estas ventajas y beneficios sólidos, estables y permanentes; que se han ido siempre aumentando desde su orígen; que se extienden á todos los siglos, á todas las naciones, y á todos los hombres en particular, que se perpetuarán de edad en edad, y que durarán tanto como el mundo. ¿Todos los conquistadores juntos han hecho alguna cosa, que se pueda poner en paralelo con servicios semejantes? Sin embargo toda nuestra admiracion se dirige por lo regular á estos héroes sanguinarios: y apenas nos acordamos de lo que debemos á los inventores de las artes, á los héroes artistas.

Pero debemos elevar mas la consideracion, y tributar un justo homenaje de alabanza y reconocimiento á aquel que fué solo, y pudo ser el autor de esto. Esta verdad la conocieron los mismos paganos, y Ciceron lo dice bien claramente, que de Dios solo tienen los hombres todas las comodidades de la vida.

Plinio el naturalista se explica todavía con mas energía, hablando de los maravillosos efectos de los simples, y de las yerbas, por lo respectivo á las enfermedades, cuyo principio se puede aplicar á otros mil efectos, que parecen aun mas admirables. «Es, dice, conocer mal los dones de la divinidad, y pagarlos con ingratitud, querer atribuirlos á los hombres. El acaso parece que dió lugar á estos descubrimientos, esto es verdad; pero este acaso es el mismo Dios, y por este nombre, como tambien por el de la naturaleza, es la Providencia sola quien se debe entender.

«Con efecto, por poco que se reflexione en la poca relacion y proporcion que se ve, por ejemplo, entre las obras de oro, de plata, de hierro, de cobre, de plomo, y la materia informe, escondida en la tierra, de que se forman; entre un lienzo, sea fino, y delicado, sea mas tupido y mas fuerte, y el lino ó el cáñamo; entre los paños de toda suerte, y la lana de las ovejas; entre la lúcida brillantez de la seda, y la fealdad de un asqueroso insecto; debe convencer que jamás el hombre, abandonado á sus propias luces,

hubiera podido hacer tan excelentes descubrimientos.» Es verdad, como lo advierte Plinio, que el acaso parece que motivó la mayor parte de las invenciones. Pero quien no ve que Dios, para experimentar nuestro reconocimiento, afecta ocultarse bajo de estos sucesos fortuitos, como bajo de otros tantos velos, por medio de los cuales la razon, por poco ilustrada que esté de la fé, conoce fácilmente la mano benéfica que nos llena de tantos beneficios.

La Providencia se percibe tambien bastante en muchos descubrimientos modernos, que nos parecen ahora de suma fácilidad, y sin embargo se escaparon durante todos los siglos precedentes, al conocimiento é indagaciones de tantas personas aplicadas á estudiar y perfeccionar las artes; hasta que Dios fué servido abrirles los ojos y mostrarles lo que no veian.

Puede entrar en este número la invencion de los molinos, sea de agua, sea de viento, tan cómodos para los usos de la vida, la que sin embargo no es muy antigua. Los antiguos grababan en cobre. ¿Cómo no reflexionaron que imprimiendo en el papel lo que habian grabado, podrian escribir en un momento lo que se habia tardado tanto tiempo en grabar con el buril? No obstante, no hace sino unos cuatrocientos años que se encontró el arte de imprimir. Lo mismo se puede decir de la pólvora, que faltó á nuestros antiguos conquistadores, y hubiera abreviado mucho lo dilatado de sus sitios. La brújula, esto es, una aguja tocada al imán, puesta sobre un punto en una caja, tiene tan maravillosas útilidades que ella sola nos ha dado el conocimiento de un nuevo mundo, y une todos los pueblos de la tierra por el comercio. ¿Cómo los hombres que conocian todas las otras propiedades del imán, estuvieron tanto tiempo sin descubrir una que era de una importancia tan grande?

Se debe á mi parecer inferir igualmente, de la increible dificultad de ciertos descubrimientos, que no se advertian por apariencia alguna, y que son sin embargo casi tan antiguos como el mundo; y de la extrema fácilidad de otras invenciones, las que parecia se manifestaban por sí mismas, y las que no obstante no se han encontrado hasta despues de muchos siglos, que unas y otras están absolutamente sometidas á las órdenes de un Ser superior, que gobierna el universo con una sabiduria y poder infinito.

Ignoramos, á la verdad, las razones de la diferente conducta que ha guardado Dios en la manifestacion de estos misterios de la naturaleza, á lo menos por la mayor parte; pero por eso no es menos respetable. Lo que deja percibir algunas veces en ciertos descubrimientos, nos debe instruir para todos los otros. Cristóbal Colon concibe el proyecto de ir á buscar nuevas tierras. Se dirige para esto á muchos príncipes, quienes contemplan su empresa como una locura; parecia tal en efecto. Pero traia en sí mismo, por lo respectivo á esta empresa, una inclinacion como natural, un deseo ardiente y perseverante, que le hacia activo, inquieto, invencible á todos los obstáculos y á todas las representaciones. ¿Quien le habia inspirado aquel magnánimo proyecto, y dado aquella firmeza inalterable sino Dios, que habia resuelto desde la eternidad, hacer pasar la luz del Evangelio á los pueblos del nuevo mundo? La invencion de la brújula fué la ocasion de esto. La Providencia habia señalado un tiempo preciso para aquel gran suceso. El momento no se podia adelantar, ni retardar. Por esto se difirió tanto tiempo aquel descubrimiento, y se ejecutó luego con tanta prontitud y valor.

Despues de estas observaciones, que he considerado necesarias para muchos de mis lectores, entraré en el asunto. Dividiré en seis libros todo lo que pertenece á las artes y ciencias. En el primero trataré de la agricultura, del comercio, de la arquitectura, de la escultura, de la pintura y de la música. En el segundo hablaré de la ciencia militar, y de lo que pertenece á la recluta, ó alistamiento y manutencion de las tropas, las batallas y sitios, tanto por tierra como por mar. En los cuatro siguientes correré las artes y ciencias que dependen mas del entendimiento: la gramática, la poética, la historia, la retórica y la filosofía, con todas las partes que dependen, ó tienen alguna relacion con ella.

Debo advertir con anticipacion, con la franqueza que me es propia, que emprendo tratar una materia, en la que todas sus partes no pueden ser enteramente conocidas. Tengo necesidad por esta razon de indulgencia. Deseo que se me permita usar libremente (por verme precisado á esto en los asuntos que voy á tratar) de todos los socorros que me ocurran. Corro peligro de perder la gloria de ser autor é inventor. La renuncio voluntariamente con tal que pueda tener la de agradar á mis lectores y serles de alguna útilidad. No se debe esperar encontrar aquí una profunda erudicion, como parece lo permite la materia. No pretendo instruir á los eruditos, sino escoger en todas las artes, lo que está mas proporcionado á los alcances del comun de los lectores.

I. DE LA AGRICULTURA.—Art. 1.° Puedo poner con justicia por principio de las artes á la agricultura, que tiene ciertamente sobre todas los otras la ventaja de la antigüedad y de la útilidad. Se puede decir que es tan antigua como el mundo, pues fué en el mismo paraíso terrestre en donde tuvo su principio, cuando Adan, que acababa de salir de las manos de su criador, poseia todavía el precioso aunque frágil tesoro de su inocencia. Habiéndole puesto Dios en aquel jardin de delicias, le ordenó que le cultivase; nó una cultura penosa y laboriosa, sino fácil y agradable que le debia servir de diversion; y para que contemplase mas de cerca, en las producciones de la tierra, la sabiduría y liberalidad de su Señor.

Habiendo el pecado de Adan trastornado todo aquel órden y atraídole el funesto decreto que le condenó á comer el pan con el sudor de su rostro, mudó Dios su placer en castigo, y le sujetó á un duro trabajo, que no hubiera conocido jamás, si hubiese ignorado siempre el mal. La tierra se hizo rebelde y sorda á sus órdenes, en castigo de su rebelion contra Dios: se cubrió de abrojos y espinas, fué preciso violentarla para obligarla á que pagase al hombre un tributo, del que le hizo indigno su ingratitud, y forzarla con la labranza á que le diese todos los años un alimento que se le daba antes gratúitamente, y sin fatiga.

Por esto se conoce hasta dónde llega el orígen de la agricultura, que, dada por castigo al hombre, llegó á ser por particular beneficio de Dios, como la madre y nutriz del género humano. Con efecto, es la causa de los verdaderos bienes y riquezas que tienen un precio real y no dependen de la opinion de los hombres, que son suficientes para la necesidad y tambien para las delicias; que hacen que una nacion no tenga necesidad de los extranjeros, y que les sea necesaria; que son el principal redito de un Estado, y equivalen á todos los otros, si le llegan á faltar. Aunque se agotasen las minas de oro y plata, y se perdiese su especie; aunque las perlas y diamantes quedasen escondidos en el seno de la mar y de la tierra; aunque se prohibiese el comercio con los vecinos, aunque se desterrasen todas las artes, que no tienen otro objeto que el adorno y ostentacion, sola la fecundidad de la

tierra serviria de todo; seria un recurso abundante para las necesidades públicas; y serviria para alimentar el pueblo, y los ejércitos que le defendiesen.

No debe admirar después de esto, que fuese en otros tiempos la agricultura tan estimada entre los antiguos: antes bien debe admirar que haya dejado de serlo, y que la profesion, que es mas necesaria é indispensable de todas, haya caido en un desprecio tan grande. Hemos visto en todo el discurso de la historia antigua, que uno de los principales cuidados de los príncipes mas prudentes, y de los ministros mas hábiles, era sostener y promover la agricultura.

Entre los asirios y persas se recompensaban los sátrapas, en cuyo gobierno se hallaban bien cultivadas las tierras, y se castigaban aquellos que no cuidaban de esto. Numa Pompilio, uno de los reyes mas prudentes de que se habla en la antigüedad, y que comprendió mejor, y desempeñó mas fielmente las obligaciones de la dignidad real, dividió todo el territorio de Roma en diferentes partes. Se le daba exacta cuenta del modo con que estas se cultivaban; y hacia venir á los labradores para alabar y alentar á aquellos, cuyas tierras estaban bien cuidadas, y para reprender á los otros; contemplándose entónces los bienes de la tierra, dice un historiador, como los mas justos y legítimos de todas las riquezas, preferidos con mucho á las ventajas que procura la guerra, las que no son de larga duracion. Anco Marcio, cuarto rey de los romanos, que hacia vanidad de seguir las pisadas de Numa, después del culto de los dioses, y respeto á la religion, nada encargaba tanto á los pueblos como el cultivo de las tierras y cria de los ganados. Este espíritu se conservó mucho tiempo entre los romanos, y en los tiempos posteriores el que cumplia mal con esta obligacion, se atraia la correccion del censor.

Se sabia por una experiencia segura, que jamás habia faltado, que el cultivo de las tierras y cria de los ganados, que es consecuencia y parte de ella, era para un país una fuente segura é inagotable de riqueza y abundancia. La agricultura no se estimó jamás en parte alguna del mundo, como en el Egipto, en donde era el especial objeto del gobierno y de la política; y ningun país fué mas poblado, mas rico, ni mas poderoso. La fuerza de un estado no se mide por el terreno, sino por el número de los habitantes y por la utilidad de sus labores.

Es difícil comprender cómo un país tan limitado como el de la Tierra Prometida, podia contener y alimentar una multitud casi innumerable de pueblo; seria porque todo el país estaba cultivado con un extremo cuidado.

Lo que cuenta la historia de la opulencia de muchas ciudades de la Sicilia, y en particular de las inmensas riquezas de Siracusa, de la magnificencia de sus edificios, de las poderosas armadas que equipaba, y de los numerosos ejércitos que ponia en pié, pareceria increible, sino lo atestiguasen todos los autores antiguos. ¿De dónde se cree que pudiese sacar la Sicilia, con que ocurrir á tan enormes gastos, sino del fondo mismo de la tierra, la que se cultivaba allí con una industria maravillosa? Se puede juzgar de lo que atendian en aquella isla al cultivo de las tierras, por el cuidado que tuvo uno de los mas poderosos reyes de Siracusa (Hieron II) de componer un libro sobre esta materia, en el que daba prudentes consejos y excelentes reglas para mantener y aumentar la fertilidad del país.

Además de Hieron, se nombran tambien otros príncipes, que no contemplaron indigno de su nacimiento y dignidad dejar á la posteridad preceptos sobre la agricultura; tanto como esto conocian su utilidad y precio Attalo, denominado Filometor, rey de Pérgamo, y Arquelao de Capadocia. Me admira menos que Platon, Jenofonte, Aristóteles y otros filósofos, que trataron en particular de la política, no omitiesen este objeto, que es una parte esencial de ella. ¿Pero quién esperaria ver presentarse aquí en la palestra un general cartaginés? Magon. Es preciso que hubiese tratado esta materia con mucha perfeccion, pues su obra que se encontró en la toma de Cartago, se componia de veinte y ocho volúmenes, y se hiciese mucho caso de ellos, pues los hizo traducir el senado en latin, y uno de los primeros magistrados se quiso encargar de este cuidado. Casio Dionisio de Utica los habia traducido del púnico en griego.

No obstante Caton el Censor habia publicado ya sus libros sobre esta misma materia, porque Roma aun no estaba enteramente corrompida, y el gusto de la antigua sencillez se conservaba todavía en ella hasta cierto punto. Á lo menos se acordaban con gozo y admiracion que en otros tiempos habitaban casi siempre los senadores en la campiña; que cultivaban ellos mismos con cuidado sus propias posesiones, sin codiciar jamás, ni desear injustamente las de otros; y que por lo regular al arado se iban á buscar los cónsules y dictadores. En aquellos felices tiempos, dice Plinio, la tierra, muy gloriosa de verse cultivada por manos victoriosas y triunfantes, parece que hacia esfuerzos, y producia los frutos con mas abundancia; esto es sin duda, que aquellos grandes hombres, igualmente aptos para manejar el arado y las armas, para sembrar las tierras, y para conquistarlas, aplicándose mas sériamente á la labor, trabajaban tambien con mejor éxito.

Con efecto, cuando un hombre de condicion, que tiene un genio superior, se aplica á las artes, nos enseña la experiencia que lo hace con mas habilidad, mas inteligencia, mas industria, mas discernimiento, mas invenciones, y descubrimientos nuevos, y mas experiencias diferentes: en lugar que un hombre del comun sigue siempre servilmente su práctica y sus antiguas costumbres. Nada le excita, nada le saca de su uso, y después de muchos años de ejercicio se queda siempre el mismo, sin hacer progreso alguno en la profesion que ejerce.

Estos grandes hombres que acabo de nombrar, no emprendieron escribir sobre la agricultura, sino porque conocian su importancia; y la mayor parte de ellos habian hecho la experiencia por sí mismos. Sábese la inclinacion que tenia Caton á la vida rústica, y con qué aplicacion se ejercitaba en ella. El ejemplo de un romano antiguo, cuya casería estaba muy cerca de la suya, le sirvió infinito. Era de Manio Curio Dentato que habia recibido tres veces el honor del triunfo. Caton iba con frecuencia á pasearse á ella, y considerando la pequeñez de esta posesion, la pobreza y sencillez de la casa, se sentia penetrado de admiracion por este ilustre personaje, quien, habiendo llegado á ser el mayor de los romanos, habiendo vencido las naciones mas belicosas, y echado á Pirro de la Italia, cultivaba él mismo aquel corto rincon de tierra, y después de tantos triunfos habitaba todavía en una casa tan miserable. Allí es, decia entre sí, en donde, habiéndole encontrado los embajadores de los samnitas, sentado cerca de su hogar cociendo legumbres, y ofreciéndole una gran cantidad de oro, recibieron de él esta juiciosa respuesta: «que el oro no era necesario para quien se sabia contentar con una comida semejante; pero que tenia por mejor vencer á los que tenian ese oro que poseerle.» Lleno de estos

pensamientos se volvia Caton á su granja, y haciendo de nuevo el exámen de su casa, de sus campos, de sus esclavos y de todo su gasto, aumentaba su ardor por el trabajo, y suprimia toda vana superfluidad.

Siendo todavía mozo, le admiraban todos los que le conocian. Valerio Flaco, uno de los nobles y mas poderosos de Roma, tenia posesiones contiguas á la pequeña casería de Caton. Allí oia hablar frecuentemente á sus esclavos del modo con que vivia su vecino, y de lo que trabajaba en el campo. Le contaban que muy de mañana se iba á los lugares de las cercanías á abogar y defender las causas de aquellos que se las encomendaban. Que desde allí se volvia á su campo, en donde, echándose una mala túnica sobre los hombros si era invierno, y casi desnudo si era verano, trabajaba con sus domésticos, y después de la labor, sentado con ellos á la mesa, comia del mismo pan y bebia del mismo vino.

Se ve por estos ejemplos lo que estimaban aquellos antiguos romanos la simplicidad, la pobreza y el trabajo de las manos. Leo con singular gusto en Varron las invectivas discretas y juiciosas que hacia un senador romano á Apio Claudio el Adivino, sobre la magnificencia de sus casas de campo, comparándolas con la sencillez del paraje en donde se hallaban actualmente. « Aquí, dice, no se ven ni pinturas, ni estátuas, ni talla, ni salas ostentosas; pero en recompensa se encuentra aquí todo lo que conviene á la labor de las tierras, al cultivo de las viñas y á la cria de los ganados. En vuestra casa, en todas partes brilla el oro, la plata y el mármol; pero ningun vestigio de tierras labrantías, ni de viñas. No se encuentra en parte alguna ni buey, ni vaca, ni oveja. Nada de heno en los pajares, cosecha alguna de vino en las bodegas, ningun trigo en los trojes. ¿Es pues esta una granja? ¿En qué se parece á la que poseia vuestro abuelo y vuestro bisabuelo? »

Después que se introdujo de este modo el lujo entre los romanos, no se debia esperar que sus campos se cuidasen como otras veces, y produjesen tanta renta. En un tiempo, en que la tierra no se cultivaba sino por esclavos, y viles mercenarios, ¿qué se podia esperar de semejantes jornaleros, á quienes no se hacia trabajar sino á fuerza de malos tratamientos? Así es este uno de los mayores defectos, y mas contrarios al buen juicio que advirtieron en los últimos tiempos entre los romanos todos aquellos que escribieron sobre estas materias: porque para cultivar cuidadosamente las tierras, se debe trabajar en ellas con aficion, y complacerse en esto, y para eso encontrar en el trabajo su interés y provecho.

Es pues muy importante para dar estimacion á toda la tierra de un reino, lo que es mucho mas útil que extender sus límites, disponer que cada padre de familia que habita en los lugares y aldeas, tenga alguna porcion de tierra que le pertenezca en propiedad, con el fin de que esta posesion que estima mas que ninguna otra, esté cultivada con cuidado; que su familia se interese en esto; que le tome cariño; que subsista en ella, y que de este modo se mantenga en el país. Cuando los labradores no viven en hacienda propia, y son puramente asalariados, no ponen todo el cuidado, y trabajan tambien de mala gana. Un señor, ó un propietario deben desear que sus posesiones y haciendas se mantengan mucho tiempo en una misma familia, y que sus renteros se sucedan de padre en hijo: así se aficionan á ellas muy de otra manera. Y lo que es interés de los particulares, es tambien bien del estado en general.

Pero cuando un labrador, ó un rentero han adquirido alguna hacienda con su industria y aplicacion, lo que se debe desear mucho, aun para la ventaja del amo, no es sobre esta hacienda, dice Ciceron, sobre lo que se deben medir las contribuciones que se les imponen, sino sobre las mismas tierras que labran, cuyo producto se debe estimar, y examinar razonablemente las cargas é imposiciones que pueden sufrir, porque recargar de este modo, y oprimir á aquellos que se han aplicado, es castigar la industria y extinguirla: en lugar que en un estado bien gobernado se consideró siempre, que era necesario animarla con la emulacion y recompensa.

Una de las causas del poco producto que se saca de las tierras, es que no se contempla la agricultura como un arte que necesita de estudio, de reflexiones y reglas: cada uno se deja llevar de su gusto y de su práctica, sin que nadie piense examinarla seriamente, hacer tentativas y juntar los preceptos á la práctica. Los antiguos no pensaban así: consideraban necesarias tres cosas para tener buen éxito en la agricultura: la inclinacion, las facultades y la inteligencia: inclinacion, por ser necesario amarla, aficionársele y complacerse, tomar de veras esta ocupacion, y divertirse con ella. Las facultades, por ser preciso estar en estado de hacer los gastos necesarios para los abonos, para la labor y para todo aquello que pueda mejorar una heredad: es lo que falta á la mayor parte de los labradores. La inteligencia, es pues necesario haber estudiado perfectamente todo lo que tiene relacion con el cultivo de las tierras, sin lo cual, las dos primeras partes, no solamente son inútiles, sino que ocasionan grandes pérdidas al padre de familia, quien tiene el dolor de ver, que el producto de las tierras no corresponde de ninguna manera á los gastos que ha anticipado, y á la esperanza que habia concebido de ellas; porque las expensas se hicieron sin discernimiento, ni conocimiento de causa. Á estas tres partes se puede añadir otra, que no olvidaron los antiguos, es la experiencia que domina en todas las artes, qué es infinitamente superior á los preceptos, y hace que nos aprovechemos de las mismas faltas que hemos cometido: porque por lo regular errando es como se aprende.

La agricultura tenia una estimacion muy distinta entre los antiguos, que entre nosotros. La prueba de esto está en la multitud y cualidad de los escritores que trataron esta materia. Varron cita hasta cincuenta de ellos entre los griegos solos; escribió tambien él, y despues Columela. Estos tres autores latinos Caton, Varron, y Columela tratan con una particularidad maravillosa todas las partes de la agricultura. ¿Seria trabajo ingrato y estéril comparar sus preceptos y reflexiones con la práctica?

Columela, que vivia en tiempo de Tiberio, se lastimaba de un modo muy eficaz, y elocuente del general desprecio en que habia caido en su tiempo la agricultura; y la persuasion en que estaban de que para tener en ella buen éxito, no habia necesidad de maestro alguno. « Veo en Roma, dice, escuelas de filósofos, de retóricos, de geómetras, de músicos, y lo que es mucho mas de admirar, personas ocupadas únicamente, unas en disponer manjares buenos para excitar el apetito, y para irritar la glotonería; otras en adornar las cabezas con rizos artificiales; y ninguna veo para la agricultura. Sin embargo, se puede pasar sin todo lo demás, y ha estado la república mucho tiempo floreciente sin estas artes frívolas; pero no es posible pasar sin la labranza de la tierra, pues depende de ella la vida.

« Además de esto, ¿hay acaso algun camino mas

decente ni legítimo para conservar ó aumentar su patrimonio? ¿Será por ventura el partido de las armas para amontonar despojos teñidos siempre de sangre humana, y que causan la ruina de una infinidad de personas? ¿Ó el del tráfico, que, arrancando los ciudadanos de su patria, los expone al furor de los vientos y de las ondas, y los lleva á un mundo desconocido para enriquecerse en él? ¿Ó el comercio del dinero, y la usura odiosa y funesta aun para aquellos á quienes parece que socorre? ¿Se atreverá alguno á comparar á estos medios la sencilla y cándida agricultura, la que el desórden solo de nuestras costumbres ha podido hacer despreciable, y, por consecuencia necesaria, casi estéril y sin fruto?

«Muchas personas creen que la esterilidad de nuestras tierras, mucho menos fértiles al presente que en los tiempos pasados, proviene, ó de la intemperie del aire, y de las estaciones, ó de la alteracion de las mismas tierras, las que, debilitadas y apuradas con un largo y continuo trabajo, no pueden dar ya sus producciones con la misma fuerza y abundancia. Esto es un error, dice Columela. No se debe imaginar que la tierra, á la que comunicó el autor de la naturaleza una fecundidad perpétua, esté expuesta á la esterilidad como á una especie de enfermedad. Y despues que recibió de su criador una juventud divina y perpétua, por lo que se llamó madre comun de todos, porque siempre produjo y producirá de sus entrañas todo lo que subsiste, no es de temer que caiga en caduquez ni ancianidad como el hombre. No se debe atribuir la esterilidad de nuestras tierras á la intemperie de los aires, ni á los años, sino únicamente á nuestra falta y á nuestra negligencia: no acusemos de esto mas que á nosotros mismos, que dejamos á nuestros esclavos los campos, que cultivaban en tiempo de nuestros padres las personas mas honradas.»

Esta reflexion de Columela parece muy sólida, y se halla confirmada por la experiencia. La tierra de Canaan (y lo mismo se debe decir de las otras) era ya muy fértil cuando el pueblo de Dios tomó posesion de ella; y hacia mas de setecientos años que la habitaban los cananeos. Se pasaron cerca de mil hasta el cautiverio de Babilonia. No se vió en los últimos años señal alguna ni de esterilidad, ni de vejez, sin hablar de las edades siguientes. Si hace muchos siglos que está casi enteramente infructuosa, como se dice, se debe concluir con Columela, que no se ha apurado ó envejecido, sino que está desierta y despreciada. Y se debe concluir tambien, que la fertilidad de ciertos países, de que se habla tanto en la historia, provenia del cuidado particular que se ponia en la labranza de la tierra, en el cultivo de las viñas, y cria de los ganados. Ya es tiempo de decir alguna cosa de esto.

Art. 2.º Me limito, hablando de la labranza de la tierra, á lo que pertenece al trigo, como que es la parte mas importante de ella.

Los países mas famosos en cuanto á la abundancia del trigo, eran la Tracia, la Cerdeña, la Sicilia, el Egipto y el África.

Atenas sacaba todos los años de solo Bizancio, ciudad de Tracia, cuatrocientos mil medimnos de trigo: Demóstenes nos lo dice. El medimno contenia como unos seis celemines, y en su tiempo se vendia en cinco dracmas, cuyo equivalente serian ahora algo mas de diez reales. Á otras muchas ciudades y provincias daba trigo la Tracia, y por consiguiente debia ser muy fértil.

No le faltaba razon á Caton el censor, á quien la gravedad de sus costumbres dió la denominacion de Sabio, para llamar á la Sicilia el granero y madre nutriz del pueblo romano. Con efecto, de allí en los principios sacaba Roma casi todos sus granos, fuese para el alimento de sus ciudadanos, fuese para la provision de sus ejércitos. Se lee en Tito Livio que la Cerdeña daba tambien mucho trigo á los romanos.

Todo el mundo sabe lo fértil que era en trigo el terreno de Egipto, humedecido y beneficiado con el Nilo, que le servia de labrador. Luego que Augusto le redujo á provincia romana, cuidó particularmente de la madre y canales de este rio benéfico, que se habian llenado poco á poco de cieno por el descuido de los reyes de Egipto, y dispuso que los limpiasen las tropas romanas que habia dejado en él. Venian de allí regularmente á Roma todos los años cuatro millones de celemines de trigo. Sin este socorro estaba expuesta la capital del mundo á perecer de hambre. En este riesgo se vió en tiempo de Augusto. No habia ya mas trigo en la ciudad que para tres dias. Aquel príncipe, que amaba mucho al pueblo, habia resuelto matarse luego con veneno, si no llegaban las flotas que se esperaban, antes que se cumpliese aquel término. Llegaron á tiempo, y se atribuyó la felicidad del pueblo á la fortuna del príncipe. Veremos que se tomaron despues prudentes precauciones para evitar semejante peligro.

El África, en cuanto á la fertilidad, no cedia al Egipto. Citan una de sus provincias, en la que sembrado un celemin de trigo, producia ciento cincuenta: de un solo grano se cogian algunas veces cerca de cuatrocientas espigas, como se lee en las cartas escritas sobre este asunto á Augusto y á Neron, por los que gobernaban el África en su nombre. Es creible que esto seria muy raro. Pero el mismo Plinio, que refiere estos hechos, asegura que era cosa bastante regular en Beocia y Egipto, que un grano produjese cien espigas: y advierte con este motivo el cuidado de la Providencia, la que dispuso que de todas las plantas, la que está destinada para alimento del hombre, y por consiguiente la mas necesaria, fuese tambien la mas fecunda.

Dije que en los principios sacaba Roma casi todos sus granos de Sicilia y Cerdeña; pero despues que se apoderó de Cartago y Alejandría, África y Egipto, fueron sus mas abundantes graneros. Cada año enviaban numerosas flotas cargadas de trigo, para el sustento del pueblo dueño del universo: y cuando faltaba la cosecha en una de estas provincias, venia la otra á su socorro, y alimentaba la capital del mundo. El trigo por este medio era muy barato en Roma, y no se vendia algunas veces mas que en dos ases, ó poco mas de tres cuartos el celemin. Toda la costa de África era extremamente abundante en trigo, y en esto consistia una parte de las riquezas de Cartago. Sola la ciudad de Leptis, situada en la Sirta menor, le pagaba cada dia de tributo un talento, esto es, doce mil reales. En la guerra contra Filipo, dieron á los romanos los embajadores de Cartago, un millon de celemines de trigo, y medio millon de cebada. Los de Masinisa les dieron lo mismo.

Lo propio sucedió en Constantinopla, despues que se pasó á ella la silla del imperio. Se guardaba en estas dos ciudades un órden maravilloso, en cuanto al alimento del inmenso pueblo que las habitaba. El emperador Constantino, hacia distribuir diariamente en Constantinopla, cerca de ochenta mil celemines de trigo que se traia de Alejandría, esto es, para mantener seiscientos y cuarenta mil hombres, regulándose cada celemin romano para ocho hombres por dia. Cuando murió el emperador Séptimo Severo, habia en

Roma en los graneros públicos, trigo para siete años, gastando por dia setenta y cinco mil celemines, esto es, para mantener seiscientos mil hombres. ¡Qué prevencion para lo futuro contra los años estériles!

Además de los países que he nombrado, habia tambien otros muchos muy fértiles en trigo.

Para sembrar de trigo una fanega de tierra, se empleaba regularmente un medimno. El medimno se componia de seis celemines, de los que cada uno pesaba veinte libras de trigo con corta diferencia. Se advierte en el «Espectáculo de la Naturaleza,» que la cantidad regular, y suficiente para sembrar una fanega de tierra, es de ciento y veinte libras de trigo; lo que corresponde á lo mismo. El producto mayor de un celemin era diez por uno: lo regular era ocho, y entónces no quedaba mal el labrador. Ciceron nos da estas minuciosidades, y las debia saber bien, pues era cuando defendia la causa de los sicilianos contra Verres. Habla del país de los leontinos, uno de los mas fértiles de la Sicilia. El precio mas alto de un celemin llegaba á tres sextercios, ó cerca de doce cuartos. Era algo mas pequeño que el nuestro cerca de la cuarta parte. El «Septier» contiene unos doce celemines, y se vendia regularmente á unas diez pesetas. Sobre este pié el celemin vale diez y seis sueldos y alguna cosa mas, esto es, doble del antiguo y algo mas.

Todo lo que he referido de Ciceron, en asunto del trigo, para manifestar cuál era su precio, cuánto se necesitaba para sembrar una fanega de tierra, y cuánto producia esta semilla, no se debe considerar como regla fija: porque todo esto variaba mucho, segun la diferencia de las tierras, de los países y de los tiempos.

Los antiguos tenian diferentes modos de trillar el trigo. Se servian para esto, ó de trillos guarnecidos con puntas, ó de caballos, los que paseaban por encima de la parva; ó de «Mayes» ó «Mallos,» con los que batian ó golpeaban las gavillas de espigas, como se practica todavía en muchos parajes.

Empleaban tambien diversos medios para conservar mucho tiempo el trigo, especialmente metiéndole con la espiga en cuevas, que hacian debajo de tierra, en donde le cercaban por todas partes de paja, para defenderle de la humedad: y cuya entrada cerraban con mucho cuidado, para que el aire no pudiese penetrar dentro. Varron asegura, que el trigo se conservaba de este modo por espacio de cincuenta años.

Art. 3.° §. 1. Fácilmente se cree, que no cuidaron menos los hombres del cultivo de las viñas, que de la del trigo, aunque lo ejecutasen mas tarde. La Escritura nos dice, que el uso del vino no se conoció hasta despues del diluvio. Aplicándose Noé á la agricultura, empezó á cultivar la tierra, y plantó la viña. Se conocia sin duda antes su fruto, pero nó el vino. Noé la plantó con órden, y descubrió el uso que se podia hacer de la uva, exprimiendo su licor, y conservándole. Le engañó su dulzura y fortaleza, las que no habia experimentado, y bebiendo del vino se embriagó. Los paganos atribuyeron el honor de la invencion del vino á Baco, á quien jamás conocieron, y lo que se dice de la embriaguez de Noe, les hizo tener á Baco por el Dios de la licencia y de la borrachera.

Habiendose esparcido los hijos de Noe en diferentes partes del mundo, llevaron de unas á otras la viña, y enseñaron el uso que se podia hacer de ella. El Asia fué la primera que experimentó la dulzura de este beneficio, y le comunicó muy presto á la Europa, y al África. Se ve en Homero, que en tiempo de la guerra de Troya, la conduccion de los vinos era parte del comercio.

El vino se conservaba entónces en tinajas grandes de tierra, ó en pellejos de animales; y este último uso se observa todavía en los países que carecen de madera. Se cree que debemos á los galos, establecidos en las riberas del Pó, la útil invencion de guardar el vino en cubas de madera, y contenerle cerrado en ellas, no obstante su fogosidad y fortaleza. Desde aquel tiempo, su custodia y conduccion se hicieron mas fáciles, que cuando se conservaba en vasijas de tierra, sujetas á romperse, ó en pellejos expuestos á descoserse ó corromperse.

Se habla en Homero de un vino de Maronea en Tracia, muy célebre y que aguantaba veinte partes de agua. Pero los tracios le bebian puro con mucha frecuencia. De este modo no se ignora la causa de los excesos de brutalidad á que estaba sujeta aquella nacion. Plinio advierte que en su tiempo, hallándose Muciano, que habia sido tres veces cónsul, en el país, hizo experiencia de lo que dice Homero, y vió que en una medida de vino, se echaban ochenta partes de agua, esto es, tres veces mas de lo que dice el poeta griego.

El mismo autor habla de vinos muy célebres en la Italia que tenian el nombre de Opimio, porque se cogieron siendo el cónsul: los que se conservaban todavía en su tiempo, esto es, cerca de doscientos años habia, y que no tenian precio. Se mezclaba una cantidad muy moderada con otros vinos, á los que se pretende comunicaban una cualidad maravillosa de actividad y dulzura. Por grande que fuese la reputacion de estos vinos, cogidos en tiempo del consulado de Opimio, ó en el de Anicio, porque los de aquel año eran tambien muy celebrados, no hacia ya mucho caso de ellos Ciceron; y mas de cien años antes que escribiese Plinio, los encontraba muy rancios para que se pudiesen tolerar.

La Grecia y la Italia, distinguidas por tantas cualidades, lo eran particularmente por la excelencia de sus vinos.

En la Grecia, además de otros muchos, los vinos de Chipre, de Lesbos y de Chio, eran muy famosos. Los de Chipre aun hoy dia son muy estimados. Horacio habla frecuentemente de los de Lesbos, y los representa como vinos gustosos y agradables. Pero Chio excedia á todos los otros países, y obscurecia su reputacion, en tanto grado, que se creia que eran los habitantes de esta isla los primeros que habian plantado las viñas y habian enseñado su uso á los otros pueblos. Todos estos vinos de la Grecia eran tan estimados, y de un precio tan subido, que en Roma, hasta el tiempo de la niñez de Lúculo, no se bebia de ellos en las mayores comidas, sino una sola copa al fin. Su cualidad dominante era la dulzura y el agrado.

Plinio estaba persuadido que las libaciones de leche establecidas por Rómulo, y la prohibicion que hizo Numa de honrar á los muertos derramando vino sobre su hoguera, probaban que las viñas eran todavía en aquel tiempo muy raras en Italia. Se multiplicaron en los siglos siguientes: y es creible que debiese este beneficio á la Grecia, cuyos vinos eran muy famosos; como recibió tambien de ella mas adelante la inclinacion á las artes y ciencias. Los vinos de la Italia en tiempo de Camilo, atrajeron nuevamente á ella á los galos. El gusto de este licor, placer nuevo para ellos, fué un poderoso atractivo para hacer que dejasen su patria.

De todos los lugares acreditados por la bondad del vino, las dos terceras partes estaban en la Italia. La

costumbre antigua en aquel pais, y se observa todavía en él, era atar las parras á árboles, y especialmente á los álamos, hasta cuyo alto extendian sus vástagos: lo que ocasionaba un bellísimo efecto, y presentaba á la vista un espectáculo muy agradable. En muchas partes se servian de emparrados.

Solo el territorio de Capua producia los vinos de Masica, de Cales, de Formias, de Cecuba y de Falerno, tan celebrados en Horacio. Se debe convenir, que la calidad de la tierra, y la feliz situacion de todos aquellos lugares, contribuian mucho para la excelencia de sus vinos; pero tambien se debe confesar que la debian aun mas al cuidado é industria de los viñadores, los que ponian toda su aplicacion y esmero en el cultivo de aquellas viñas. La prueba es, que en tiempo de Plinio, esto es, cerca de cien años después de Horacio, la fama de aquellos vinos, tan alabados en otros tiempos, se habia enteramente perdido por la negligencia é ignorancia de los viñadores, quienes llevados del atractivo y esperanza de la ganancia, pensaban mas en coger mucho vino que en que fuese bueno.

Plinio cita muchos ejemplos de la extrema diferencia que ocasiona en un mismo terreno la del cultivo. Entre otros un célebre gramático que vivia en tiempo de Tiberio y Claudio, compró muy barata una viña abandonada mucho tiempo habia de sus antiguos dueños; el extraordinario cuidado que puso en ella, y el modo particular con que la cultivó, fueron causa de que en muy pocos años se mudase de modo, que parecia prodigio. Un suceso tan asombroso en medio de las otras viñas, que casi siempre eran estériles, le granjeó la envidia de todos sus vecinos: y para disimular su pereza é ignorancia, le acusaron de magia y sortilegios.

Entre todos los vinos de Campania, de que he hablado, el de Falerno era extremamente solicitado. Tenia mucha fortaleza y aderezo, y no se podia beber sino después de haber estado guardado á lo menos diez años. Para suavizar su aspereza y domar su vigor, se empleaba miel, ó le mezclaban con vino de Chio, y con esta mezcla le hacian excelente. Se debe á mi parecer atribuir esto al gusto exquisito y delicado de aquellos romanos deliciosos, quienes en los últimos tiempos nada perdonaban para sazonar los placeres de la mesa con lo mas agradable y capaz que habia para lisongear los sentidos. Habia otros vinos de Falerno mas templados y suaves; pero no eran tan estimados.

Los antiguos, que conocian muy bien la excelencia del vino, no ignoraban sus peligros. No hablo de la ley de Zaleuco, por la que se prohibia generalmente entre los locrios y epicefirios con pena de muerte el uso del vino, excepto en caso de enfermedad. Los habitantes de Marsella y de Mileto manifestaron mas moderacion é indulgencia, contentándose con prohibirle á las mujeres. En Roma, en los primeros tiempos, no se permitia á la juventud de condicion libre beber vino hasta la edad de treinta años; pero en cuanto á las mujeres se les prohibia absolutamente su uso; y la razon de esta prohibicion era, que la incontinencia en este género puede conducir á los mayores excesos. Séneca se queja amargamente de que en su tiempo se habia quebrantado casi generalmente esta costumbre. «La complexion débil y delicada de las mujeres, dice, no se ha mudado, pero se han mudado sus costumbres, y ya no son las mismas. Hacen vanidad de beber tanto vino como los hombres mas robustos. Pasan como ellos noches enteras en la mesa; y teniendo en la mano un vaso lleno de vino puro se glorian de apostárselas, y tambien, si pueden, de excederlos.»

El emperador Domiciano promulgó un edicto en asunto de viñas, para el que pudo tener justo motivo. Habiéndose cogido un año mucho vino y muy poco trigo, creyó que se cuidaba mas de lo uno que de lo otro; y por esto ordenó que no se plantase mas viña alguna nueva en la Italia, y que en las provincias se arrancase á lo menos la mitad de las que habia. Filostrato se explica tambien como si hubiese mandado que se descepasen todas, á lo menos en el Asia; porque, dice, se atribuian al vino las sediciones que acaecian en sus ciudades. Toda el Asia envió por diputado con este motivo á Escopeliano, que era catedrático de elocuencia en Esmirna. Tuvo tan buen éxito en sus representaciones, que obtuvo, nó solamente que se continuase en el cultivo de las viñas, sino tambien que aquellos que no lo hiciesen, serian multados. Se creyó que lo que principalmente le movió á derogar su edicto, fué que se esparcieron pasquines que decian en dos versos griegos, que por mucho que hiciese, quedaria todavía bastante vino para el sacrificio, en que se inmolaria al emperador.

No obstante, parece, dice el señor de Tillemon, que subsistió su edicto en la mayor parte del occidente hasta Probo, esto es, por espacio de cerca de doscientos años. Este emperador que después de muchas guerras habia establecido una paz sólida en todo el imperio, ocupaba las tropas en diversas obras útiles al público, con el fin de que no se corrompiesen con la ociosidad, y no comiese el soldado su sueldo sin merecerle. Al modo que Aníbal pobló en otros tiempos toda el Africa de olivos, recelándose, que no teniendo sus soldados nada que hacer, se inclinasen á sediciones: del mismo modo empleó Probo los suyos en plantar viñas en las colinas de la España, de la Pannonia, de la Mesia, y en otras muchas partes. Permitió generalmente á los españoles, á los pannonios (húngaros) y á los franceses, que tuviesen las viñas que quisiesen, aunque desde Domiciano no se concedia este permiso á todo el mundo.

§. 2. Antes de concluir este artículo de las viñas, no puedo dejar de estractar un pasaje de Columela, que da á conocer la utilidad que se sacaba de ellas en su tiempo. Trata esto con una particularidad, que me pareció muy curiosa, y hace un cálculo puntual de los gastos y producto de siete aranzadas de viña. Su intencion es probar, que el cultivo de las viñas es mas fructuoso y lucrativo que ningun otro, y aun mas que el del trigo. Esto podria ser cierto en su tiempo; pero no lo es en el nuestro, á lo menos en la opinion comun. Esta diferencia puede ser que provenga de los diversos accidentes á que está sujeta la viña en España, de hielos, lluvias, vientos frios, lo que no se teme en los países calientes. Añádese tambien á esto la carestía de las vasijas ó toneles en los años abundantes, que consume la mayor parte de la utilidad de los cosecheros, y los impuestos, que disminuyen mucho el precio del vino. Tampoco eran todos los antiguos de la opinion de Columela. Caton, á la verdad, daba el primer lugar á las viñas; pero á las que producian excelente vino y con abundancia. Suponiendo estas dos condiciones, aun hoy dia se cree lo mismo. Muchos daban la preferencia á los prados; y su principal razon era, que los gastos para el cultivo de las viñas consumen casi todo su producto.

GASTOS NECESARIOS PARA SIETE ARANZADAS DE VIÑA.

Estos gastos eran:

1.° Para la compra de un esclavo, que basta para el cultivo de siete aran-

zadas de viña, ocho mil sextercios. .	1000 pesetas.
2.° Para la compra de siete aranzadas, siete mil sextercios.	875 »
3.° Por la madera para los emparrados, y otras expensas necesarias para siete aranzadas, catorce mil sextercios.	1750 »
Estas tres sumas componen veinte y nueve mil sextercios.	3625 »
4.° Por el interés de dicha cantidad de 29,000 sextercios, al 6 por 100 por espacio de dos años que no produce la tierra, y está muerta esta cantidad, tres mil cuatrocientos ochenta sextercios.	435 »
El total del gasto asciende á 32,480 sextercios.	4060 »

PRODUCTO DE LAS SIETE ARANZADAS DE VIÑA.

El producto de las siete aranzadas de viña por año, es de seis mil seiscientos sextercios, esto es, setecientas ochenta y siete pesetas y media. Lo que se va á probar.

El «culeus» era una medida que contenia veinte «ánforas,» ó cuarenta urnas. La ánfora contiene algo mas de veinte y seis pintas: y por consiguiente contiene el culeus quinientas veinte pintas, lo que hace dos muidos ó moyos, medida conocida, menos cincuenta y seis pintas.

Lo menos que puede valer el culeus es trescientos sextercios, esto es, treinta y siete pesetas y media. Lo menos que debe producir cada aranzada, es tres culeus, que valdrán novecientos sextercios, ó ciento doce pesetas y media. Las siete aranzadas rentarán pues seis mil trescientos sextercios, que hacen setecientas ochenta y siete pesetas y media.

El interés del gasto total, que es de treinta y dos mil cuatrocientos ochenta sextercios, esto es, cuatro mil sesenta pesetas; este interés, digo, á seis por ciento por año, asciende á mil novecientos cuarenta y cuatro sextercios, y algo mas; esto es, doscientas cuarenta y tres pesetas. El interés de esta misma cantidad, que rinde por año el producto de siete aranzadas de viña, es seis mil trescientos sextercios, ó setecientas ochenta y siete pesetas y media. Por donde se ve cuánto excede este último interés al otro, que era no obstante el comun y regular en el uso. Y esto queria probar Columela.

Además de este producto, cuenta tambien Columela otra útilidad que se sacaba de los «mugrones,» ó sarmientos. El mugron es un renuevo, ó un vástago de viña, que se tiende debajo de tierra, y arraiga cuando se quiere provenar, propagar ó acodar la viña. Cada aranzada producia por año diez mil mugrones á lo menos, los que se vendian en tres mil sextercios, ó trescientas setenta y cinco pesetas. Los mugrones producian pues, por las siete aranzadas, veinte y un mil sextercios, ó dos mil seiscientas veinte y cinco pesetas. Columela regula el producto de estos mugrones por el precio mas ínfimo, porque en cuanto á el asegura, que sacaba regularmente de ellos doblado. Habla de las viñas de Italia solamente, y nó de las de las povincias.

Juntando estos dos productos, uno del vino, otro de los mugrones, siete aranzadas de viña daban de útilidad por año tres mil cuatrocientas doce pesetas.

El producto de estos mugrones, desconocido de nuestros cosecheros, provenia sin duda, de que, siendo entónces las viñas muy raras en muchas provincias, y habiendose extendido muy lejos la fama de los vinos de Italia, venian de todas partes á ella para proveerse allí de estos mugrones, y para ponerse por este medio en estado de hacer buenos plantíos de viñas en los parajes que no las habian tenido hasta entónces, ó que no las tenian sino medianas.

ART. 4.° §. 1. Dije que la cria de los ganados era parte de la agricultura. Es ciertamente una parte esencial de ella, nó solamente porque son los ganados los que con un abundante estiercol dan á la tierra la sustancia que necesita para conservar y renovar sus fuerzas, sino tambien porque parten con el hombre los trabajos de la labor, y le escusan su mayor fatiga. De aquí proviene que el buey, laborioso compañero del hombre en la agricultura, era tan estimado entre los antiguos, que cualquiera que mataba un buey tenia pena de muerte, como si hubiese muerto á un ciudadano, sin duda por esta razon, porque se consideraba como homicida del género humano, cuyo alimento y vida tienen una absoluta necesidad del socorro de aquél animal.

En los tiempos antiquísimos se veia que en todos los pueblos producia la cria de los ganados rentas considerables. Sin hablar ni de Abrahan, cuya numerosa familia muestra cuánto lo debian ser sus rebaños, ni de Laban su sobrino, nos dice la Escritura, que la mayor parte de las riquezas de Job consistia en rebaños, y que poseia siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientos pares de bueyes, y quinientas jumentas.

Con esto, la Tierra Prometida, aunque de una extension bastante mediana, enriquecia á sus príncipes y á los habitantes del país, cuyo número era casi increíble, y llegaba á mas de tres millones de personas, contando las mujeres y niños.

Leemos que Acab, rey de Israel, hacia que le pagasen cada año los mohabitas, á quienes habia vencido, un tributo de cien mil ovejas. ¡Cuánto multiplicaria este número en poco tiempo, y qué abundancia debia producir en todo el país!

Representándonos la sagrada Escritura á Ozías como un príncipe perfecto en todas las partes de un prudente gobierno, no deja de advertir que tenia mucho número de labradores y viñadores, y que mantenía muchos rebaños. Hizo edificar en el campo muchos corrales, vastos invernaderos, y casas fortificadas con torres, para que se retirasen á ellas los ganados y pastores, y para que estuviesen allí defendidos y seguros; y cuidó tambien de que se fabricasen en ellas cisternas, obras menos ilustres, pero no menos dignas de estimacion que los palacios mas soberbios. Fué sin duda la particular proteccion que concedió á todos aquellos que estaban empleados en el cultivo de la tierra y cria de los ganados, lo que hizo su reinado uno de los mas opulentos que se hubiesen visto jamás en Judá. Y obró de esta suerte, añade la sagrada Escritura, porque gustaba mucho de la agricultura. El texto hebreo está todavía mas expresivo: amaba la tierra: se divertia en ella: puede ser que la *cultivase* con sus propias manos: á lo menos daba estimacion á la labranza, conocia todo su valor, y comprendia que la tierra cultivada con cuidado é inteligencia era una fuente segura de riquezas para el príncipe y para el pueblo: y por esto consideraba esta atencion como una de las principales obligaciones de la dignidad real, aunque por lo regular sea una de las mas desatendidas.

La Escritura dice tambien del santo rey Ezequías, «que tenia una infinidad de rebaños de ovejas y de todo género de ganado mayor; y que le habia dado el Señor una abundancia extraordinaria de bienes.» Fácilmente se comprende que solo el esquilmo del ga-

nado lanar, sin hablar de las otras útilidades que produce, debia ser una renta muy considerable en un país que alimentaba una multitud casi sin número. Así vemos que el esquileo de las ovejas era tiempo de diversion y regocijo.

En la antigüedad pagana eran tambien los rebaños la riqueza de los reyes, como se vé de Latino en Virgilio, y de Ulises en Homero. Lo propio sucedia entre los romanos; y por las leyes antiguas no se pagaban las multas sino en bueyes y ovejas.

No debe admirar, despues de lo que acabamos de ver de las grandes ventajas que produce la cria de los ganados, que un hombre tan docto como Varron no se desdeñase de tratar muy por menor de todos los animales, que pueden ser de algun uso en el campo, sea para la labranza ó para el alimento, ó para la conduccion de las cargas y comodidad de los hombres. Habla primero del ganado menor, ovejas, cabras y cerdos. Pasa despues al ganado mayor, bueyes, asnos, caballos y camellos. Acaba por los animales que se pueden llamar del corral: las palomas, las tórtolas, las gallinas, los gansos, y otros muchos. Columela trata tambien por menor el mismo asunto; y Caton, el censor, recorre una parte de esto. Preguntado este último cuál era el medio mas seguro y corto para enriquecerse en el campo, respondió, que la cria de los ganados, la que procura á los que se aplican á ella con cuidado y con inteligencia, una infinidad de ventajas.

Con efecto los ganados del campo hacen al hombre servicios contínuos é importantes; y la útilidad que se saca de ellos no se acaba tampoco con su vida. Dividen con el, ó mas bien, le ahorran las penosas fatigas de la labranza, sin la cual la tierra, por fecunda que sea por su propia sustancia, seria estéril para el hombre, y no le produciria fruto alguno. Sirven para llevar á su casa, y asegurar en ella las riquezas que ha juntado fuera, y para llevarle á él mismo en sus viajes. Muchos de ellos cubren su mesa de leche, de quesos, de alimentos sustanciosos, y tambien de las mas exquisitas viandas, y le proveen de la rica materia de todos los paños, de lo que necesita para vestirse, y de otras mil comodidades para la vida.

Se vé por todo lo que he dicho hasta aquí, que la campiña cubierta de trigos, de viñas y rebaños, es para el hombre un verdadero Perú, mucho mas precioso y digno de estimacion que el de donde saca el oro y plata, el que si fuese solo, le dejaria perecer de hambre, de sed y de frio. Puesto en un terreno fértil, vé al rededor de su persona, con una sola mirada, todos sus bienes; y sin salir de su corto patrimonio, encuentra debajo de su mano riquezas inmensas y sencillas, las que reconoce sin duda por dones de la mano liberal del soberano dueño, á quien lo debe todo; pero tambien las considera como fruto de sus fatigas; y por esta razon le parecen aun mas gratas.

§. 2. El producto y útilidad que proviene del cultivo de la tierra, no es la única, ni la mayor ventaja que se deba considerar en ella. Todos los autores que han escrito de la vida rústica, hablan siempre de ella con elogio, como de una vida prudente y feliz, que inclina al hombre á la justicia, á la templanza, á la moderacion, á la sinceridad, en una palabra, á todas las virtudes, y que le pone como al abrigo de todas las pasiones, conteniéndole en el recinto de su obligacion, y de un trabajo diario que le deja poco tiempo ocioso. El lujo, la avaricia, la injusticia, la violencia, la ambicion, compañeras casi inseparables de las riquezas, hacen su mansion ordinaria en las ciudades grandes, que ofrecen la materia, y ocasion para ellas; la vida dura y laboriosa del campo no admite estas especies de vicios. Por esto, fingieron los poetas que Astrea, diosa de la justicia, estableció allí su último domicilio, cuando dejó la tierra.

Se vé en Caton una fórmula de oraciones para los labradores, en las que se reconocen las preciosas señales de la antigua tradicion de los hombres, quienes lo atribuian todo á Dios, y á quien recurrian en todas sus necesidades temporales; porque sabian que lo gobernaba todo, y que todo dependia de su voluntad. Referiré una buena parte de ellas, y espero que se me tenga á bien. En una ceremonia llamada «Solitaurilia,» y segun otros «Suobetaurilia,» andaban los labradores al rededor de sus tierras, ofreciendo á ciertos dioses libaciones y sacrificios.

«Padre Marte, dice el suplicante, yo os suplico y os ruego que nos seais propicio y favorable, á mí, á mi casa y á toda mi familia, por lo que motiva la presente procesion en mi campo, en mi tierra y en mi propiedad; que embaraceis, que aparteis y alejeis de nosotros las enfermedades conocidas y desconocidas, los estragos, las tempestades, las calamidades, y las intemperies del aire; que hagais que crezcan, y lleguen á sazon nuestras legumbres, nuestros trigos, nuestras viñas y nuestros árboles; que conserveis los pastores y rebaños; que nos concedais la conservacion de la vida, y de la salud á mí, á mi casa, y á toda mi familia.» Qué vergüenza que los cristianos, y por lo regular aquellos que tienen mas parte en los bienes de la tierra, cuiden al presente tan poco de pedirlos á Dios, y se sonrojen de darle gracias por ellos. Entre los paganos todas las comidas se empezaban y acababan con oraciones; ahora casi están desterradas de todas nuestras mesas.

Columela trata particularmente de las obligaciones del amo ó arrendador, por lo respectivo á los criados, lo que parece muy razonable y conforme á la humanidad. «Se debe, dice, cuidar de que estén bien vestidos, pero sin delicadeza; que esten abrigados contra el viento, el frio y la lluvia. En las órdenes que se les dan se debe guardar un justo temperamento entre una suavidad muy blanda y una aspereza excesiva; hacerles que teman mas que no que experimenten la severidad del castigo; impedirles que obren mal con la contínua aplicacion, y la asistencia, porque la habilidad consiste en prevenir las faltas, nó en castigarlas. Cuando están enfermos, cuidar de que sean bien asistidos, y que no les falte nada; este es el medio mas seguro de aficionarlos al servicio.» Desea que se practique lo mismo aun con los esclavos que trabajan frecuentemente cargados de cadenas, y á los que se trata por lo regular con mucho rigor.

Lo que dice, con la ocasion de la ama de casa, es muy notable. La Providencia, uniendo el hombre á la mujer, pretendió que se prestasen un mútuo socorro, y para esto señaló á cada uno sus particulares ocupaciones. El uno destinado para los negocios de afuera, se vé obligado á exponerse al calor y al frio; á emprender viajes; á sostener las fatigas de la paz y de la guerra, esto es, á ocuparse en las obras del campo, ó traer las armas; ejercicios todos que requieren un cuerpo robusto y capaz de trabajos. La mujer al contrario, inhábil para todos estos ministerios, está reservada para los asuntos caseros. Se le confia la guardia de la casa: y como el carácter propio de este empleo es la atencion y exactitud que hace serla mas atenta y cuidadosa, convenia que la mujer fuese mas tímida. Al contrario, porque el hombre obra y trabaja casi siempre fuera, y se ve obligado á repe-

ler la injuria, y le dió Dios por cualidad el valor. Así en todos tiempos entre los griegos y romanos se dejó el gobierno doméstico á las mujeres; de suerte que los maridos, despues de haber cumplido con los negocios exteriores, vuelven á entrar en su casa libres de todos cuidados; y encuentran en ella un perfecto descanso.

Esto lo pinta Horacio elegantemente en una de sus odas. «La mujer del labrador, recomendable por su casto pudor (tales como son las sabinas y las apulias quemadas con los ardores del sol) toma de su parte el cuidado de su casa y de los hijos: recoge sus ovejas en los corrales para ordeñarlas; no deja de tener el fuego pronto para cuando llegue su marido fatigado, servirle con vinos del año, y manjares que le da su campo, sin que se vea precisada á comprarlos.»

Parece que se esmeraron los antiguos en excederse á sí mismos, tratando de esta materia que tan excelentes pensamientos y ricas expresiones les ofrecia: «¡Dichosos, exclama Virgilio, los habitantes del campo, si conocen su felicidad; á quienes la tierra, lejos de la confusion de las armas y de la discordia, prodiga sus frutos, alimento sencillo y natural que es la justa recompensa de sus fatigas! Allí reina una paz tranquila y una candidez de costumbres, que ignora todo fraude y todo engaño. Allí se encuentran una maravillosa vanidad de inocentes riquezas, un ocio apacible en una fertil mansion, vastas y hermosas campiñas, frescas grutas, manantiales de agua, sombrías florestas, en las que la sombra de los árboles excita al sueño. Hasta el mugido de las vacas divierte allí. Se ve una juventud endurecida en el trabajo, y acostumbrada á una vida frugal y moderada. Pero lo que mas se admira allí, es un profundo respeto á los dioses, y después de ellos á los padres y madres. En una palabra es allí en donde hizo su última mansion la justicia, cuando dejó la tierra.»

La excelente descripcion que hace Ciceron en su tratado de la vejez, del modo con que llegan el trigo y las uvas, por diferentes grados, á una perfecta madurez, manifiesta la inclinacion que tenia á la vida del campo, y nos enseña al mismo tiempo, con qué ojos se deben mirar estas maravillosas producciones, que por ser ordinarias y ánuas, no son menos acreedoras á nuestra admiracion. Con efecto, si una mera relacion causa tanto gusto, ¿qué efecto debe producir en un entendimiento razonablemente curioso, la realidad misma, y el espectáculo actual de lo que sucede en una viña y en una heredad de trigo, hasta que se recogen los frutos de una y otra, y se aseguren en las bodegas y paneras? Y lo mismo se debe decir de todas las otras riquezas, con que se cubre la tierra cada año.

Esto es lo que hace tan agradable y deliciosa la mansion del campo, y lo que es el objeto de los deseos de los magistrados, y de las personas ocupadas en negocios serios é importantes. Cansados y fatigados con los contínuos cuidados de la ciudad; exclaman regularmente con Horacio: «¡Oh campos, cuándo os veré yo! ¿Cuándo me será permitido ir á olvidar en vuestro seno todas mis ocupaciones é inquietudes ó divirtiéndome en la lectura de los antiguos, ó disfrutando el placer de no hacer nada, ó entregándome á la dulzura del sueño?» Con efecto se experimentan allí diversiones muy puras. Parece, segun la elegante expresion del mismo poeta, que la campiña nos restituye á nosotros mismos, sacándonos como de la esclavitud y que es allí en donde se vive y reina propiamente. Se entra, por decirlo así, en conversacion con los árboles, se les pregunta, se les pide cuenta del poco fruto que han producido, y se reciben de ellos las disculpas que dan, atribuyendo la falta, tan presto á las demasiadas lluvias, tan presto á los excesivos calores, y otras veces al rigor del frio. Horacio les presta este lenguaje.

Todo lo que acabo de decir da bastantemente á entender que ya no hablo de aquella agricultura penosa y laboriosa á que fué condenado el hombre en los principios; sino de otra destinada para divertirle y ocuparle agradablemente; y en todo conforme á la institucion primitiva del hombre, y á la intencion del Criador; pues se la ordenó á Adan inmediatamente que le crió. En efecto, parece que nos renueva una imágen del paraiso terrestre, y que se reconoce, de alguna suerte, la feliz sinceridad y candidez que reinaba entónces en ella. Vemos que en todos tiempos fue la diversion mas agradable de los príncipes y reyes mas poderosos. Sin hablar de los famosos jardines suspendidos, que eran el adorno de Babilonia, nos dice la Escritura que Asuero (es el mismo que Dario, hijo de Histaspes) habia plantado una parte de los árboles de su jardin, y que le cultivaba con sus manos reales. Se sabe la que respondió Ciro el menor á Lisandro, quien admiraba el primor, el buen órden, y la disposicion de sus jardines: que era el mismo quien habia trazado su plan, dispuesto sus calles, y plantado muchos árboles por su mano. Nadie querria, si fuese posible, dejar jamás una mansion tan deliciosa. Á lo menos se ha procurado para consolarse, hacerse un genero de ilusion, trapasando, por decirlo así, la campiña en medio de las ciudades: nó una campiña simple, y casi inculta que no conoce mas primores que los naturales, y que no toma nada del arte, sino un género de campiña peinada, compuesta, adornada, dijera casi rizada. Quiero hablar de estos jardines, tan adornados y primorosos, que ofrecen á los ojos un espectáculo tan agradable y tan hermoso. ¡Qué perfeccion, qué riqueza, qué abundancia, qué variedad de olores, de colores, de matices, de recortaduras! Parece, viendo la fidelidad y regularidad invariable de las flores en sucederse unas á otras (y lo propio se debe decir de los frutos), que cuidadosa la tierra de agradar á su señor, procura perpetuar sus dones, pagándole siempre en cada estacion, nuevos tributos. ¡Qué multitud de reflexiones ofrece todo esto á un entendimiento curioso, y aun mas á una alma religiosa!

Plinio, después de haber confesado que no hay elocuencia capaz de explicar dignamente esta increible opulencia, esta maravillosa variedad de riquezas y primores que derrama la naturaleza en los jardines, como alegrándose, y con una especie de complacencia, añade una advertencia muy juiciosa y muy instructiva. Quiere que se observe la diferencia que puso la naturaleza en cuanto á la duracion, entre los árboles y las flores. Á las plantas y árboles destinados para alimentar al hombre con sus frutos, y para servir en la construccion de los edificios y de las naves, concedió años, y tambien siglos enteros. Á las flores y olores, que no sirven sino para el gusto, no dió mas que algunos momentos, ó algunos dias: como para advertirnos que lo que sobresale con mas explendor, se pasa y marchita con mas rapidez.

Esta es la ventaja de la agricultura, estar unida mas estrechamente que ningun otro arte á la religion, como lo está tambien á las buenas costumbres: por lo que dijo Ciceron, como lo vimos ya, que la vida del campo se parecia mucho á la del sabio, esto es, que era como una filosofía práctica.

Para terminar este corto tratado por donde le em-

pecé, se debe confesar, que, de todas las ocupaciones de los hombres, que no se refieren inmediatamente á Dios y á la justicia, la mas noble es la agricultura. Era, como se ha visto, la del primer hombre, todavía justo y fiel. Fué después parte de la penitencia que le impuso Dios. Así, en los dos tiempos de inocencia y de pecado, se le mandó, y en su persona á todos sus descendientes: « no aborrezcas las obras laboriosas, ni el trabajo del campo, que le crió Dios. » No obstante, en estos tiempos, es el ejercicio mas vil y despreciable, en opinion del orgullo: y aunque se protejen artes inútiles, y que no sirven sino para el lujo y para el deleite, dejamos en la miseria á todos aquellos que trabajan para la opulencia y felicidad de los otros.

II. DEL COMERCIO. — Art. 1.° Se puede decir, sin temor de que se crea ponderacion, que el comercio es el fundamento mas sólido de la sociedad civil, y el vínculo mas necesario para unir entre sí á todos los hombres de cualquiera país, y de cualquiera condicion que sean. Por su medio parece que no es el mundo mas que una sola ciudad y una sola familia. Hace que reine en toda ella una abundancia universal. Las riquezas de una nacion son las de todos los otros pueblos. Ninguna provincia es estéril, ó á lo menos no experimenta su esterilidad. Todo lo que le falta se le trae, á pedir de boca, del extremo del mundo, y cada region se admira de verse llena de frutos extranjeros, que su propio fondo no le podia dar; y enriquecida de mil comodidades que no conocia, y que sin embargo hacen toda la dulzura de la vida. Con el comercio de la mar y de los rios, esto es, con la navegacion, unió Dios entre sí á todos los hombres de un modo tan maravilloso, enseñándoles á dirigir y gobernar las dos cosas mas violentas que hay en la naturaleza, el mar y los vientos; y á que sirviesen para sus usos y necesidades. Juntó de esto modo los pueblos mas distantes, y conservó entre las diferentes naciones una imágen de la union que puso entre las partes de un mismo cuerpo, con las venas y las arterias.

Esta solo es una débil y ligera idea de las ventajas que procura el comercio á la sociedad en general. Por poco que se quiera profundizar particularizando esto, ¿qué maravillas no se descubririan? Pero no es este el lugar de hacerlo. Me limito á una sola reflexion, que me parece muy propia para dar á conocer á un mismo tiempo, la debilidad y la grandeza del hombre.

Le considero primero en el mas alto grado de elevacion, á donde puede llegar, quiero decir en el trono: alojado en soberbios palacios, cercado de toda la majestad real, respetado, y casi adorado por una multitud de cortesanos, que tiemblan en su presencia; puesto en el centro de las riquezas y placeres, que se le ofrecen á competencia: sostenido por numerosos ejércitos, que no esperan para obrar mas que sus órdenes. Esto es lo sumo de la grandeza humana. ¿Pero este príncipe tan poderoso y tan terrible, qué viene á ser, si llega á faltar repentinamente el comercio, si queda reducido á sí solo, á su industria y á sus propios esfuerzos? Aislado de esta suerte, separado de esta pomposa exterioridad, que no es cosa suya, y que absolutamente le es extraña, privado del socorro de los otros, vuelve á caer en la miseria é indigencia en que nació, y para decirlo en una palabra, ya es nada.

Consideremos ahora al hombre en un estado mas mediano, contenido en una casa pequeña; reducido, en cuanto á su alimento, á un poco de pan, vino, y vianda; cubierto con los vestidos mas ordinarios, y gozando con su familia, nó sin trabajo, de las otras comodidades de la vida. ¡Qué soledad en apariencia! ¡Qué general abandono! ¡Qué olvido de parte de todos los otros mortales! Se engaña cualquiera infinitamente, cuando piensa de esta suerte. Todo el universo cuida de él. Trabajan mil brazos para cubrirle, para vestirle, y para alimentarle. Para el se establecieron las fábricas; para él están llenas de trigo y de vino las paneras y bodegas; para él se sacan los diferentes metales de las entrañas de la tierra con tantas fatigas y peligros.

Hasta las mismas delicias se apresuran desde los países mas distantes para llegar á donde está, atravesando los mares mas borrascosos. Estos son los socorros que el comercio, ó para hablar con mas propiedad, que la Providencia, ocupada siempre en nuestras necesidades, procura continuamente, por medio del comercio á cada uno de nosotros en particular: socorros, que, contemplándolo bien, tienen algo de milagro, y deberian llenarnos de una perpétua admiracion, y hacernos exclamar con el profeta, en los raptos de un vivo reconocimiento: Señor, ¿quién es el hombre, para que os acordeis de él?

Seria inútil decir que no tenemos obligacion alguna á los que trabajan de este modo para nosotros, porque es la codicia é interés quienes los mueven. Esto es verdad; ¿pero por eso nos aprovechamos menos de su trabajo? Dios, á quien solo pertenece usar bien del mismo mal, se sirve de la codicia de los unos para hacer bien á los otros. Con esta mira estableció la Providencia entre nosotros una tan admirable diversidad de condiciones, y repartió los bienes con una desigualdad tan prodigiosa. Si los hombres tuviesen todos conveniencias, si fuesen todos ricos y opulentos, ¿quién de ellos querria fatigarse en cultivar la tierra, cavar las minas, y atravesar los mares? La pobreza, ó la codicia suplen á esto, y se encargan de estos trabajos penosos, pero útiles. Con esto se ve que todos los hombres ricos, ó pobres, poderosos, ó débiles, reyes ó súbditos, están en una mútua dependencia unos de otros, en cuanto á las necesidades de la vida; no pudiendo vivir el pobre sin socorro del rico, ni el rico sin el trabajo del pobre. Y el comercio, al favor de estos diferentes intereses, provee al género humano para todas sus necesidades, y tambien para todas sus comodidades.

Art. 2.° Es muy verosimil que el comercio no tiene menos antigüedad que la agricultura. Empezó, como era natural, entre particulares, ayudándose los hombres mútuamente unos á otros, con lo que tenia cada uno útil ó necesario para la vida. Caín daba sin duda á Abel los granos y frutos de la tierra para su alimento, y Abel en cambio daba á Caín las pieles y lanas para vestirse con ellas, cosas hechas de leche, y puede ser las viandas para su mesa. Tubalcaín, ocupado únicamente en trabajar el cobre y el hierro para diferentes ejercicios necesarios para el uso comun de la vida, y para las armas, buenas para defenderse, ó de los hombres enemigos, ó de las fieras, se veia ciertamente obligado á cambiar sus obras de cobre y de hierro por otras mercaderías necesarias para alimentarse, para vestirse y para alojarse. Después, aumentándose siempre el comercio de mas en mas, se estableció entre las ciudades y provincias vecinas; luego se llevó mas lejos, pasó los mares, y después del diluvio penetró hasta las extremidades del mundo.

La sagrada Escritura nos da un ejemplo muy antiguo del tráfico en aquellas caravanas de ismaelitas y madianitas, á quienes fué vendido José por sus hermanos. Volvian de Galaat, trayendo sus camellos cargados de aromas, y de otras preciosas mercaderías de

aquel país, las que llevaban á Egipto, en donde tenian mucho despacho de ellas, para el uso que practicaban los egipcios de embalsamar los cadáveres de los hombres con gran cuidado y mucho gasto.

Homero nos dice que se acostumbraba en los tiempos heróicos del sitio de Troya cambiar entre los pueblos las cosas mas necesarias para la vida: prueba, dice Plinio, que fué antes la necesidad que la ambicion, la que dió motivo á este primer género de comercio. Se lee al fin del séptimo libro de la Iliada, que luego que llegaron algunos bajeles, fueron todas las tropas de tropel á comprar vino, unos por cobre, otros por hierro, estos por pieles, aquellos por bueyes, y otros por esclavos.

No se encuentran en la Historia navegantes mas antiguos que los egipcios y fenicios. Parece que aquellos pueblos vecinos habian dividido entre sí el comercio del mar, que los egipcios se habian apoderado principalmente del comercio de oriente, por el mar Rojo, y los fenicios del de occidente, por el mar Mediterráneo.

Lo que los autores fabulosos dicen de Osiris, que es el Baco de los griegos, de que fué á conquistar las Indias, como lo hizo después Sesostris, da motivo para creer, que mantuvieron los egipcios mucho comercio con los indios.

Como el comercio de los fenicios era mucho mas frecuente en occidente que el de los egipcios, no debe admirar si fuéron mas celebrados en este punto por los autores griegos y romanos; y si dijo Herodoto que fuéron ellos los que conducian las mercaderías de Egipto y de Asiria, y hacian todo su comercio como si no se mezclasen en él los egipcios; y si fuéron considerados los inventores del tráfico y de la navegacion, aunque se deba mas legítimamente esta gloria á los egipcios: lo cierto es, que, por lo respectivo al comercio antiguo, fuéron los fenicios quienes se distinguieron mas, y fuéron tambien los que pueden probar mas el colmo de gloria, de poder y de riquezas, á que es capaz de llegar una nacion con los recursos solos del comercio.

Aquellos pueblos, no ocupaban mas que una orilla bastante estrecha á lo largo de las costas del mar, y Tiro estaba edificada en un terreno muy ingrato, el que, aun cuando fuese mas pingüe y fértil, no podria ser suficiente para mantener aquel gran número de habitantes, que le habian atraido los primeros ensayos de su comercio.

Dos ventajas les compensaban aquel defecto. Tenian en las costas de su corto estado excelentes puertos, particularmente el de su capital; y habian nacido con un genio tan feliz para el trato, que se contemplaron como los inventores del comercio de mar, especialmente del que se hace de largo curso.

Los fenicios se supieron aprovechar tan felizmente de aquellas dos ventajas, que se hicieron muy presto dueños del mar y del comercio. El Líbano y los otros montes vecinos, les daban excelentes maderas para la construccion de los bajeles: tuvieron en poco tiempo numerosas flotas mercantes, las que exponian á navegaciones desconocidas, para establecer en ellas su tráfico. No se limitaron á las costas y puertos del mar Mediterráneo, entraron en el Océano por el estrecho de Cádiz ó de Gibraltar, y se extendieron á derecha é izquierda. Como sus pueblos se multiplicaban casi infinito con el mucho número de extranjeros, que atraian á su ciudad el deseo de la ganancia, y la ocasion segura de enriquecerse, se vieron en estado de fundar en otras partes muchas poblaciones, y particularmente la famosa colonia de Cartago, la que, conservando el espíritu fenicio, por lo respectivo al tráfico, no cedió tampoco á Tiro en el comercio, y la excedió mucho en la extension de sus dominios, y en la fama de sus expediciones guerreras.

El grado de reputacion y poder, en que habian puesto á la ciudad de Tiro el comercio y la navegacion, la hizo tan célebre, que se tendria por exageracion lo que dicen los autores profanos, si los mismos profetas no hablasen de su magnificencia con mas extension. Tiro, dice Ezequiel, para darnos alguna idea de su poder, es un soberbio bajel. El cuerpo del edificio se hizo de la madera preciosa de los pinos del Sanir. Los cedros del Líbano le dieron sus mástiles. Sus remos se cortaron en las florestas de Basán. El marfil de las Indias se empleó para hacer los bancos de sus remeros. Sus velas son de fino lino de Egipto bordado, y su pabellon es de jacinto y púrpura. Los habitantes de Sidonia y de Arab, son sus remeros. Los persas, los lidios y los de la Libia le sirven de soldados, y sus pilotos son los mas ingeniosos y hábiles de la misma Tiro. El profeta con este lenguaje figurado, intenta mostrarnos el poder de aquella ciudad. Pero lo hace de un modo mas enérgico con la relacion circunstanciada de los diferentes pueblos que entraban en su comercio. Parece que se juntaban las mercaderías de toda la tierra en aquella sola ciudad, y los otros pueblos menos parecian aliados que tributarios.

Los cartagineses traficaban con Tiro, trayéndolo todo género de riquezas, y llenaban sus ferias de plata, de hierro, de estaño y de plomo. La Grecia, Tubal y Mosoch, le llevaban esclavos y vasos de metal. Togorma caballos y machos. Dedán, dientes de marfil y ébano. Los sirios ponian allí en venta las perlas, la púrpura, las telas trabajadas del fino lino, de la seda y todo género de mercaderías preciosas. Los pueblos de Judá y de Israél, traian el trigo mas puro, el bálsamo, la miel, el aceite y la pez: los de Damasco excelente vino y lanas de un color vivo y sobresaliente: otros pueblos obras de hierro y mirra, cañas de excelente olor, y soberbios tapices para sentarse. La Arabia y todos los príncipes de Cedár llevaban sus corderos, sus cabritos y carneros: Sabá y Rema los perfumes mas excelentes, las piedras preciosas y el oro: otros finalmente, maderas de cedro, fardos de jacintos, telas bordadas, y todo género de mercaderías preciosas.

No emprendo distinguir exactamente la situacion de los diferentes pueblos de quienes habla Ezequiel: no es este su lugar. Me basta advertir en general, que esta larga enumeracion de que fué servido tratar el profeta, por lo respectivo á la ciudad de Tiro, es una prueba bien clara de que su comercio no tenia otros límites que los del mundo conocido entónces. Así se consideraba como la ciudad comun de todas las naciones, y como la reina del mar. Isaías nos pinta su altivez con colores muy vivos, pero muy naturales, diciendo que traia Tiro sobre su frente la diadema; que los príncipes mas ilustres del universo eran sus corresponsales y no se podian pasar sin su tráfico; que los ricos comerciantes, que contenia su recinto, estaban en estado de disputar la precedencia á las testas coronadas, y á lo menos pretendian serles iguales.

Referimos en otra parte la ruina de la antigua Tiro por Nabucodonosor, después de un sitio de trece años, y el establecimiento de la nueva Tiro, la que se volvió á poner muy presto en posesion del imperio del mar, y continuó su comercio, aun con mejor efecto y esplendor que antes, hasta que finalmente, habiéndola tomado por asalto Alejandro el Grande, le quitó su ma-

rina, y comercio que pasaron á Alejandría, como lo diré muy presto.

En el tiempo que una y otra Tiro experimentaban tan grandes revoluciones, Cartago, la mas considerable de sus colonias, se hizo muy floreciente. El tráfico le habia dado el nacimiento, el tráfico le dió el aumento y la puso en estado de disputar largo tiempo á Roma el imperio del mundo. Su situacion era mucho mas ventajosa que la de Tiro. Estaba en igual distancia de todas las extremidades del mar Mediterráneo; y las costas de África, en donde estaba situada, region vasta y fértil, le daban abundantemente los granos necesarios para su subsistencia. Con estas ventajas, aprovechándose aquellos africanos de la feliz inclinacion al negocio y navegacion que habian traido de Fenicia, adquirieron una ciencia tan grande del mar, que en esto, segun el testimonio de Polibio, ninguna otra nacion los igualaba. Con esto llegaron á un poder tan grande, que en el principio de la tercera guerra que tuvieron con los romanos, y que causó su entera ruína, tenia Cartago setecientos mil habitantes y trescientas ciudades dependientes, solo en el continente de África. Habian sido dueños, no solamente de toda esta ribera que se extiende desde la Sirta mayor hasta las columnas de Hércules, sino tambien de la que se extiende de estas mismas columnas hácia el mediodía, en la que Hannon Cartaginés edificó tantas ciudades y estableció tantas colonias. En España, la que habian conquistado casi toda, Asdrúbal, que vino á mandar en ella despues de Barca, padre de Aníbal, fundó en ella á Cartagena, una de las ciudades mas célebres que hubo entónces. La Sicilia en gran parte, y la Cerdeña reconocieron tambien en otros tiempos su poder.

Sacaria la posteridad muchas noticias de los dos ilustres monumentos de las navegaciones de aquel pueblo en las relaciones de los viajes de Hannon, á quien se califica de rey de los cartagineses y de Himilcon, si los hubiese conservado el tiempo. El primero escribió los viajes que habia hecho en el océano fuera de las columnas de Hercules, á lo largo de la costa occidental de Africa; y el segundo, los que habia hecho á lo largo de la costa occidental de la Europa: uno y otro por órden del senado de Cartago. Pero el tiempo consumió aquellos escritos.

Aquel pueblo no perdonaba ni cuidados ni gastos, para perfeccionar el comercio y navegacion. Era su único estudio. Las otras artes y ciencias, no se cultivaban en Cartago. No se preciaban de eminentes ingenios. No se profesaba allí ni la poesía, ni la elocuencia, ni la filosofía. Los muchachos desde su niñez no oian hablar mas que de cuentas, de mercaderías y de viajes por mar. La hábilidad en el tráfico era como una sucesion en las familias y la mejor parte de la herencia de los hijos: y como añadian á la experiencia de sus padres sus propias reflexiones, no se debe admirar que esta hábilidad se fuese siempre aumentando é hiciese tan maravillosos progresos.

De este modo puso el comercio á Cartago en un grado tan alto de riquezas y poder, que necesitaron los romanos dos guerras, la una de veinte y tres años, la otra de diez y siete, ambas crueles y dudosas, para domar aquella rival; y finalmente Roma triunfante, creyó que no la podia sujetar, ni sojuzgar enteramente, sino quitándole los recursos que podria encontrar todavía en el comercio, el que por espacio de tanto tiempo la habia sostenido contra todas las fuerzas de la república.

Nunca Cartago habia sido mas poderosa por mar, que cuando Alejandro sitió á Tiro, su metrópoli. Su fortuna empezó á declinar desde entónces. La ambicion fué la ruína de los cartagineses. Les costó caro el haberse cansado del estado pacífico de mercaderes, y haber preferido la gloria de las armas á la del tráfico. Su ciudad, que habia poblado el comercio con una multitud tan grande de habitantes, vió disminuir su número para dar tropas y reclutas á sus ejércitos. Sus armadas, acostumbradas á no llevar sino mercaderes y géneros, no se cargaron ya sino de municiones de guerra y de soldados; y de sus mas prudentes y felices negociantes, se hicieron jefes y generales de ejércitos, que le procuraron á la verdad una reputacion muy ilustre, pero de muy poca duracion, y seguida muy presto de su entera ruína.

La toma de Tiro por Alejandro el Grande, y la fundacion de Alejandría que la siguió inmediatamente, causaron una gran revolucion en los negocios del comercio. Este nuevo establecimiento es, sin contradicion, el mas grande, el mas noble, el mas prudente y el mas útil proyecto que ideó aquel conquistador.

No era posible encontrar una situacion mejor, ni mas á propósito para que fuese el depósito de todas las mercaderías de oriente y occidente. Esta ciudad tenia de un lado un comercio libre con el Asia, y con todo el oriente por el mar Rojo. El mismo mar y el Nilo, la daban entrada en las vastas y ricas provincias de la Etiopía. El comercio de lo restante del África, le tenia abierto por el mar Mediterráneo; y si queria hacer el tráfico interior del Egipto, tenia, además de la comodidad del Nilo y de los canales, hechos á mano, el socorro de las caravanas, tan cómodas para la seguridad de los comerciantes y para la conduccion de los géneros.

Esto movió á Alejandro á contemplar aquella plaza muy propia para hacer de ella una de las mas hermosas ciudades, y uno de los mejores puertos del mundo. Porque la isla de Faro, que no estaba entónces unida al continente, le ofrecia uno magnífico, teniendo después de su union dos entradas, á donde se veian llegar de todas partes las embarciones extranjeras, y de donde salian contínuamente bajeles egipcios que llevaban las mercaderías del comercio á todas las partes de la tierra entónces conocida.

Alejandro vivió muy poco para ser testigo del estado feliz y floreciente en que debia poner el comercio á su ciudad. Los Tolomeos, á quienes después de su muerte tocó por suerte el Egipto, cuidaron de sostener el tráfico reciente de Alejandría, y le pusieron muy presto en un grado de perfeccion y de extension, que hizo olvidar á Tiro y á Cartago, las cuales por espacio de muy largo tiempo habian hecho casi solas el comercio de todas las otras naciones.

De todos los reyes de Egipto, Tolomeo Filadelfo fué el que contribuyó mas para perfeccionar su comercio. Para este efecto mantenia en el mar numerosas armadas, de las que hace Ateneo una enumeracion y descripcion, que no se puede leer sin asombro. Además de ciento y veinte embarcaciones de remo de extraordinaria grandeza, le atribuye mas de otras cuatro mil naves que estaban empleadas para el servicio de su estado, y para el progreso del comercio. Poseia un grande imperio, el que formó, extendiendo los límites del reino de Egipto en el África, en la Etiopía y en la Siria; y, apoderándose del otro lado del mar, de Cilicia, de Panfilia, de Licia, de Caria y de las Cícladas, y poseyendo en sus dominios cerca de cuatro mil ciudades. Para complemento de la felicidad de aquellas provincias, quiso atraer á ellas con el comercio, las riquezas y comodidades del oriente, y para facilitar este camino, edificó con este fin una

ciudad en la costa occidental del mar Rojo, abrió un canal desde Coptus hasta aquel mar, é hizo fabricar posadas á lo largo de este canal, para la comodidad de los comerciantes y viajeros, como se dijo en su lugar.

Esta comodidad de almacenes en que se ponian las mercaderías para Alejandría, esparció en todo el Egipto riquezas inmensas, y productos considerables, pues se asegura que solo el rédito de los derechos de entrada y salida sobre los géneros que entraban en las aduanas de Alejandría, llegaba cada año á mas de treinta y siete millones de pesetas, aunque la mayor parte de los Tolomeos fuesen bastante moderados en los impuestos que cargaban á sus pueblos.

Tiro, Cartago y Alejandría fueron sin disputa las ciudades mas famosas de la antigüedad por lo respectivo al comercio. Se ejerció tambien bastante, pero nó con tanta reputacion, en Corinto, en Rodas, en Marsella, y en otras muchas ciudades particulares.

Art. 3.º El pasaje de Ezequiel, que cité con motivo de Tiro, contiene casi todo lo que era materia del comercio antiguo: el oro, la plata, el hierro, el cobre, el estaño, el plomo, las perlas, los diamantes, y todo género de piedras preciosas; la púrpura, los paños, las telas, el marfil, el ébano, la madera de cedro, la mirra, las cañas odoríficas, los perfumes, los esclavos, los caballos, los machos, el trigo, el vino, los ganados; finalmente, todo género de mercaderías preciosas. No me detendré aquí mas que en lo que pertenece á las minas de hierro, de cobre, de oro, de plata, las perlas, la púrpura, y la seda; y aun trataré muy ligeramente todas estas materias. Plinio el naturalista será mi guia regular en las que explicó. Me aprovecharé mucho de las sabias advertencias del autor de la Historia natural del oro y plata, sacada del libro xxxiii de Plinio, impresa en Lóndres.

§. 1. Es cierto que el uso de los metales, particularmente del hierro y cobre, es casi tan antiguo como el mundo; pero no parece que se tratase mucho en los primeros siglos del oro ni de la plata. Ocupados únicamente en las necesidades urgentes, hicieron los primeros habitantes del mundo lo que hacen, y deben hacer los de las nuevas colonias. Pensaron en fabricar casas, en cultivar la tierra, y en proveerse de los instrumentos necesarios para cortar árboles, para labrar piedras, y para todas las operaciones mecánicas. Como todas estas herramientas no pueden ser sino de hierro, de cobre ó de acero, estos materiales esenciales fueron, por una consecuencia necesaria, los principales objetos de su solicitud. Los que se hallaron establecidos en los países que los producian, no estuvieron mucho tiempo sin conocer su importancia. Los venian á buscar de todas partes; y su tierra ingrata en apariencia, y estéril para cualquiera otra cosa, fué para ellos un fondo de los mas abundantes y fértiles. Nada les faltaba con esta mercaduría, y las barras de hierro eran los géneros que les procuraban todas las comodidades y todas las dulzuras de la vida.

Seria cosa curiosa saber en dónde, cuándo, cómo, y por quien se descubrieron estos materiales escondidos como están á nuestros ojos, y sepultados en las entrañas de la tierra en partículas pequeñas casi imperceptibles, que no tienen relacion alguna aparente, ni disposicion próxima para las diferentes obras, que se fabrican de ellas, ¿quién puede haber manifestado á los hombres los usos para que podian servir? Seria honrar mucho al acaso atribuirle su descubrimiento. La importancia infinita, y la necesidad casi indispensable de los instrumentos de que nos proveen, merecen bien al parecer, que se reconozca en esto el concurso y bondad de la Providencia. Es verdad que le agrada regularmente ocultar sus mas maravillosos beneficios bajo de los sucesos, que tienen toda la apariencia de caso fortuito y pura casualidad. Pero los ojos reflexivos y religiosos no se engañan en esto, y descubren claramente bajo de estos velos la bondad y liberalidad de Dios, tanto mas digna de admiracion y reconocimiento, cuanto se manifiesta menos. Esta verdad la reconocieron los mismos paganos como lo observé ya.

Es notable que el hierro, que de todos los metales es el mas necesario, es tambien el mas comun, el mas fácil de hallar, el menos profundamente escondido en la tierra y el mas abundante.

Como encuentro pocas cosas en Plinio sobre el modo con que descubrian y preparaban los metales, me veo obligado á recurrir á lo que dicen de esto los modernos, á lo menos para dar á los lectores alguna ligera idea de lo que se practica actualmente en el descubrimiento, preparacion y fundicion de estos metales, de lo que tambien observaba alguna parte la antigüedad.

La materia de donde se saca el hierro se llama en términos del arte vena, se encuentra en la tierra á diferentes profundidades, algunas veces en piedras del grueso del puño, y algunas veces en granos separados unos de otros y del grueso de garbanzos. Esta es ordinariamente la mejor.

Para hacer fundir esta materia, después de haberla lavado bien, se echa á horas regladas cierta cantidad de ella en un grande horno bien encendido, con un fuego de carbon, cuya actividad es producida por el aire continuo de dos barquines ó fuelles enormes, los que hace levantar y bajar una rueda, y cuyas dos aberturas se terminan en una sola tovera puesta en lo bajo de la fragua, en el paraje hasta donde se puede levantar la superficie de la materia fundida. Á esta cantidad de vena se añade siempre otra cantidad igualmente arreglada de carbon, para mantener el fuego, y de arena que se saca de una especie de piedra blanca arenisca, sin la cual la vena se quemaria antes que fundirse.

Á ciertos tiempos señalados, como de doce en doce horas, cuando hay una cantidad suficiente de materia fundida, la hacen correr del horno por un agujero hecho expresamente para esto, y que está tapado con mezcla ó argamasa, de donde saliendo con rapidez como un arroyo de fuego, cae en un hueco hecho en la arena de forma triangular, como un prisma de cerca de catorce ó quince piés. Así se forma lo que se llama goa, que es un gran pedazo de esta materia, que pesa regularmente hasta dos ó tres mil libras.

La llevan después á una fragua de la herrería llamada el refino, en la cual, por medio del fuego que la purifica, y del martillo que aparta y separa de ella las partes extrañas, empieza á adquirir la cualidad de hierro.

Las piezas nuevas de hierro, que en términos del arte se pusieron en tierra en esta fragua, pasan á otra llamada «calentadero ó martillería;» en donde, después de una nueva purificacion con el fuego, se forjan de ella las barras con ayuda de un gran mazo, que pesa algunas veces hasta mil y quinientas libras, y se mueve como los otros, con ruedas que hace andar el agua.

Hay tambien otra máquina compuesta de diferentes ruedas con un arte maravilloso, en la que estas mismas barras de hierro cuando se destinan á ciertos

usos, se cortan repentinamente en siete ú ocho barras ó barretas de cerca de media pulgada de grueso. Esto se hace en el sitio destinado para cortar las barras.

En algunas partes, en vez de hacer una goa de la materia que sale de la primera fragua, para reducirla á hierro, se limitan á hacer que corran en los moldes diferentemente preparados, segun la diversidad de las obras que se quieren fundir, como ollas, planchas de chimenea, y otros instrumentos de fundicion.

El acero es una especie de hierro refinado y purificado con el fuego, que le hace mas blanco, mas sólido, y de un grano mas menudo. De todos los metales es el mas duro, cuando está preparado y templado como se debe. Esta templadura se hace en agua fria, y requiere mucha atencion de parte del maestro, para sacar del fuego el acero, cuando ha tomado en el cierto grado de calor.

Examínese un cuchillo, una navaja bien cortantes, bien afiladas: ¿se creeria que se pudiesen hacer de un poco de tierra, ó de algunas piedras morenas? ¡Qué distancia de una materia tan informe á la de instrumentos tan pulidos y lúcidos! ¡De qué no es capaz la industria humana!

El señor de Reaumur observa en el hierro una cosa que parece muy digna de notarse. Aunque el fuego le haga rara vez, ó no le haga casi nunca, tan líquido como hace al oro, á la plata, al cobre, al estaño y el plomo: sin embargo, de todos los metales es el que se imprime mas perfectamente, que se introduce mejor en los grabados mas pequeños de los moldes, y el que recibe mas exactamente sus impresiones.

§. 2. El cobre, que se nombra de otra manera arambre, es un metal duro, seco y pesado. Se saca de las minas, como los otros metales, y se encuentra en ellas lo mismo que el hierro, ó en polvo, ó en piedra.

Antes de fundirse es necesario lavarle mucho para separar la tierra que está mezclada con él. Despues le funden en los hornos con mucho fuego, y hacen que corra la materia fundida á los moldes. El cobre, que no ha tenido mas que esta primera fundicion, es el cobre comun y ordinario.

Para hacerle mas puro y hermoso, le vuelven á fundir una ó dos veces, y cuando ha sostenido muchas veces el fuego, y se han separado de él las partes mas groseras le llaman roseta, y es el cobre mas puro y neto.

El cobre natural es rojo, y lo que se llama cobre pajizo es el cobre dado de este color con la calamina.

La calamina, que se llama tambien cadmia, es un mineral ó piedra calaminar, que la emplean los fundidores para teñir el cobre rojo en pajizo. No adquiere este color, sino despues de haberla hecho cocer á la manera de los ladrillos, y hasta despues de esta cocedura, no se sirven de ella para teñir de pajizo, y aumentar la roseta ó cobre rojo.

El cobre amarillo es pues una mezcla de cobre rojo con la calamina, la cual aumenta su peso, desde diez hasta cincuenta por ciento, segun la diferente calidad del cobre. Le llaman tambien laton, y en latin auricalcum.

El bronce propiamente dicho, es un metal artificial y compuesto de la mezcla de muchos metales.

Para las estátuas de bronce se hace la liga, mitad de cobre rojo, y mitad de laton ó cobre amarillo. En el bronce ordinario se hace la liga con estaño, y tambien con plomo cuando se va al ahorro.

Existe tambien una especie de cobre mezclado, que no se difiere del bronce, sino por la mas ó menos liga ó mezcla.

El arte de fundir, ó como se dice ahora de vaciar en bronce, es muy antiguo. Hubo en todos tiempos vasos de metal, y diferentes obras curiosas que se hacian de el. Era preciso que cuando salieron de Egipto los israelitas fuese ya muy comun la fundicion; pues en el desierto, sin muchos preparativos, hicieron una estátua que tenia sus facciones y figura; y representaba un becerro. Se fabricó muy presto despues el mar de bronce, y todo genero de vasos para el tabernáculo, y luego para el templo. Se contentaban frecuentemente con hacer una estátua de láminas golpeadas y unidas con el martillo.

La invencion de aquellos simulacros, ó fundidos, ó hechos á martillo, tuvo origen en oriente, como tambien la idolatría, y se comunicó despues á la Grecia, la que puso este arte en su mayor perfeccion.

El bronce mas celebre y estimado entre los griegos, era el de Corinto, del que he hablado en otra parte, y el de Delfos. Ciceron los une en una de sus arengas, en la que habla de un vaso de bronce, llamado autepsa, en el que se cocia la vianda con muy poco fuego, y como de suyo, vaso que se vendió tan caro, que los pasajeros que oian publicar su precio al pregonero, creyeron que se trataba de la venta de alguna heredad.

Se pretende que el bronce se empleó antes del hierro para fabricar armas. Se empleó ciertamente antes del oro y plata para la fábrica de las monedas, á lo menos en Roma; consistian en el principio en un pedazo de cobre mas ó menos pesado, que se le daba el peso sin que tuviese señal alguna, ni figura determinada, de donde proviene esta formula usada en las ventas, per Æs et Libram. Fué Servio Tulio, sexto rey de Roma, el primero que le sujetó á una forma, y á una señal particular. Y como consistian entónces las mayores riquezas en ganados, bueyes, ovejas y puercos, se hizo imprimir su figura, ó la de su cabeza en la primera moneda que se fabricó; y se llamó pecunia de la palabra pecus, que significa todo género de ganado. Hasta el tiempo del consulado de Q. Fabio, y de Ogulnio, cinco años antes de la primera guerra púnica, el año de Roma 485, no se puso en práctica la moneda de plata. Sin embargo, se mantuvo siempre el antiguo lenguaje, y la denominacion antigua sacada de la palabra Æs, cobre. De aquí estas expresiones: Æs grave, cobre pesado, para explicar á lo menos en el orígen de esta denominacion, los Asses del peso de una libra; Ærarium el tesoro público, en los que no habia en otros tiempos mas que cobre; Æs alienum, el dinero que se ha tomado prestado, y otras muchas semejantes.

§. 3. Para encontrar el oro, dice Plinio, se ingenian entre nosotros de tres modos diferentes. Le sacan ó de los rios, ó de las entrañas de la tierra, cavándola, ó de las ruinas de las montañas, abriéndolas y trastornándolas.

1.° Oro que se saca de los rios. — Se junta el oro en granos pequeños, ó partecillas en la orilla de los rios, como en España, en las orillas del Tajo, en Italia en las del Pó, en Tracia en las del Ebro, en las del Pactolo en Asia, y finalmente en las del Ganges en las Indias; y se debe convenir que el que se encuentra de este modo es el mejor de todos; porque habiendo corrido mucho tiempo sobre los guijarros, ó sobre la arena, ha tenido tiempo de desbastarse y pulirse.

Los rios que acabo de nombrar no eran los únicos que traian consigo el oro. La Francia tenia tambien

esta ventaja. Diodoro dice que le habia dado la naturaleza el oro por privilegio, sin que tuviese que buscarle con el arte y trabajo; que estaba mezclado con la arena de los rios, que los franceses sabian lavar estas arenas, sacar de ellas el oro y fundirle; y que hacian de él anillos, brazaletes, ceñidores, y otros adornos semejantes. Se nombran todavía algunos rios en Francia que han conservado este privilegio: el Rin, el Ródano, el Garona y el Doux, que pasa por el Franco-Condado, el Cecé y el Gardon, que tienen su orígen en las Sevennas, el Ariege en el país de Fois, y algunos otros. Á la verdad, lo que se encuentra en ellos no es cosa considerable, y apenas basta para que se alimenten algunos meses los paisanos, que se ocupan en este trabajo. Hay dias felices que les valen mas de un doblon; pero hay otros que no les produce casi nada.

2.° Oro que se saca de las entrañas de la tierra. — Los que buscan el oro empiezan andando al descubrimiento de lo que se llama comunmente el filon ó vena del oro, especie de tierra, que por su color, ó por las exhalaciones que salen de ella, da á conocer á los inteligentes en las minas que hay oro debajo.

Luego que el banco de tierra de oro se descubre, se debe apartar de él el agua, y cavar á fuerza de brazos esta tierra preciosa, la que se saca, y lleva á los lavaderos. Habiéndose puesto en ellos la tierra, se hace correr un arroyo de agua clara, proporcionado á la tierra que se quiere lavar; y para ayudar la rapidez del agua, se sirven de un garfio de hierro, con el cual se manea y disuelve esta tierra, de suerte que no quede en el pilon mas que un asiento de arena negra, en la que se encuentra mezclado el oro. Se pone este asiento en una grande artesa de madera, en medio de la cual se hacen cuatro ó cinco líneas, algo hondas, y á fuerza de lavarle con muchas aguas, y de agitarle fuertemente, no queda mas que una arena de puro oro. Así se hace hoy dia en Chile. Y esto se hacia tambien en tiempo de Plinio.

Algunas veces sucede que sin cavar muy adentro se encuentra oro en la superficie de la tierra; pero esta felicidad es rara, aunque no deja de tener ejemplos. Porque no hace todavía mucho tiempo, dice Plinio, que se encontró en Dalmacia de esta especie en tiempo del imperio de Neron, y en cantidad tan grande, que se juntaban por dia hasta cincuenta libras á lo menos.

Por lo regular es preciso mirar bien adentro, y hacer ramales ó canales subterráneos, en los que se encuentra mármol y piedras pequeñas salpicadas con el oro. Se siguen estos canales á derecha é izquierda, segun el curso de la vena de oro; y la tierra que queda suspendida encima, se sostiene con buenos pies derechos de trecho en trecho. Luego que se ha sacado de dentro la mina, esto es la vena ó piedra metálica de la que se hace el oro, que se llama comunmente mineral, se muele, se pica, se hace polvo, se lava y después se pasa por el fuego. Lo primero que sale del horno, no se llama todavía sino plata: porque siempre la hay mezclada con el oro.

Se llama en latin « Scoria » la espuma que resulta del horno: es como el escremento ó escoria del metal, que arroja el fuego, lo que no es particular al oro, sino comun á todas las materias metálicas. En cuanto á lo demás, no se arroja esta escoria: se pica y calcina nuevamente para extraer de ella lo bueno que le queda. El crisol en que se hace esta preparacion, debe ser de cierta tierra blanca, que parece greda; porque no hay otra que pueda resistir el fuego, los fuelles, y el ardor mismo de la materia fundida.

Este metal es muy precioso, pero cuesta fatigas infinitas. Se empleaban en el trabajo de las minas los esclavos y delincuentes condenados á muerte. La sed del oro extinguió siempre en los hombres todo sentimiento de humanidad. Diodoro de Sicilia dice que aquellos infelices, cargados de cadenas, no tenian descanso alguno ni de dia ni de noche. Que los trataban con el mayor rigor; y que para quitarles toda esperanza de poderse escapar, corrompiendo sus guardias, se escogian para este ministerio soldados que hablasen distinta lengua que ellos, y por consiguiente, con quienes no pudiesen tener algun comercio, ni emprender conspiracion alguna.

3.° Oro que se saca de las minas que se encuentran en las montañas. — Hay otro método para buscar el oro, que pertenece propiamente á los lugares elevados y montuosos, como son los que se encuentran con frecuencia en España; son montañas secas y estériles para cualquiera otra cosa, á las que se precisa á dar el oro para recompensar de algun modo su esterilidad en otra cosa. Se empieza primero haciendo grandes cuevas á derecha y á izquierda. Se escudriña después la misma montaña con la ayuda de teas ó faroles. Porque no se debe hablar mas del dia: la noche dura allí tanto como el trabajo, y se alarga por espacio de muchos meses. Apenas se ha penetrado un poco mas adentro, cuando se hacen en la tierra hendiduras que la hunden, y que oprimen algunas veces á los pobres minadores: de suerte, dice Plinio, que hay hoy dia mucha mas audacia y temeridad para ir á buscar las perlas á oriente en lo profundo de las aguas, que para buscar el oro en el seno de la tierra, hecha por nuestra avaricia mas peligrosa que la misma mar.

Se necesita pues en estas minas, como en las primeras de que he hablado, disponer de trecho en trecho buenas bóvedas que sostengan la montaña horadada. Porque tambien se encuentran en ella grandes peñascos, los que es preciso romper á fuerza de fuego y vinagre. Pero como el humo y los vapores del fuego ahogarian muy presto á los obreros, se ven obligados lo mas regularmente, y en especial cuando se han adelantado un poco, á romper con picos y barras estas masas enormes, y arrancar de ellas poco á poco grandes piedras, y luego darlas de mano en mano, de hombro en hombro lo largo de la mina, hasta sacarlas fuera: y se pasan en este trabajo los dias y las noches. Solo los últimos trabajadores ven la luz del sol: todos los otros trabajan á la luz de los faroles. Si la peña es muy larga ó muy gruesa, echan por el lado, y dirigen su mina en línea curva.

Luego que está acabada la obra, y que han llevado bastante lejos estos conductos subterráneos, cortan por lo bajo los pies derechos de las bóvedas puestos de trecho en trecho. Esta es la señal regular de la ruina que se va á seguir, y la que advierte el primero, el que hace centinela encima de la montaña, por el temblor de la bóveda que se empieza á conmover: y este, al instante con la voz, ó con el sonido de la campana que toca, avisa á los trabajadores que se pongan en seguridad, y corre él primero para librarse. La montaña socavada de este modo por todas partes, cae sobre sí misma, y se hunde con un estruendo horrible. Los trabajadores victoriosos gozan entonces pacíficamente del espectáculo de la naturaleza trastornada. No obstante esto, el oro no se encuentra todavía, y cuando empezaron á penetrar la tierra, aun no sabian si lo habia. La esperanza y la codicia, les bastaron para emprender estos trabajos, y para exponerse á estos peligros.

Pero este no es mas que el preludio de un nuevo trabajo, aun mayor y mas oneroso que el primero, porque es necesario conducir las aguas de las montañas vecinas y mas altas, con vueltas de un larguísimo espacio, para echarla despues con impetuosidad sobre las ruínas que se hicieron, y sacar de ellas el precioso metal. Para esto se deben construir nuevos canales, mas ó menos elevados, segun el terreno, y en esto está el mayor trabajo. Porque se debe echar bien el nivel, y tomar sus alturas en todos los parajes por donde debe pasar el torrente, hasta la montaña inferior, que se ha hundido, con el fin de que el agua tenga bastante fuerza, para arrancar el oro de todas partes por donde pase: lo que los obliga á hacerla venir de lo mas alto que puedan. Y en cuanto á las desigualdades que se encuentran en su curso, ocurren á ellas con canales artificiales, que le conservan su pendiente y le impiden que se extravíe. Si son peñascos escabrosos los que se oponen al paso, es necesario cortarlos, allanarlos por las puntas, y hacer en ellos surcos para las tablas que deben estrechar y continuar el canal. Juntas las aguas de las montañas vecinas mas elevadas, desde donde se debe empezar el acueducto, cavan en ellas grandes presas ó estanques de doscientos piés en cuadro, y diez de profundidad. Dejan regularmente en ellas cinco aberturas del ancho de tres ó cuatro pies en cuadro, para recibir por ellas el agua de diferentes partes. Despues de esto, lleno el estanque, se quita la contrapuerta, y se desata un torrente tan violento é impetuoso, que lo arrebata todo hasta las piedras muy grandes.

Otra maniobra en el llano, y al pié de la mina. Es preciso cavar allí nuevos hoyos, que forman diversos descansos al torrente, de grado en grado, hasta que se entra en la mar; pero de miedo que se les escape el oro ponen en ellos de trecho en trecho buenas camas de romero silvestre, que se parece bastante á nuestro romero; pero mas áspero, y por consiguiente mejor para detener esta presa como en una red. Añádase, que son tambien necesarias buenas tablas de cada lado del hoyo, para contener el agua en su madre; y cuando se encuentran desigualdades perniciosas, suspender estos nuevos canales con andamios, hasta que se pierda finalmente el torrente en las arenas del océano, en cuya vecindad están comunmente las minas.

El oro que se saca de esta suerte al pié de las montañas, no tiene necesidad de ser purificado con el fuego: porque desde luego es lo que debe ser. Le encuentran en pedazos de diferentes tamaños, como lo encuentran tambien en las minas profundas, pero nó tan comunmente.

Por lo tocante á las ramas de romero silvestre que se han empleado en esto, las juntan cuidadosamente, las dejan secar, luego las queman: despues se lavan sus cenizas sobre céspedes, en los que cae el oro, y se recoge fácilmente.

Plinio examina por qué el oro ha sido preferido á los otros metales; y para esto trae muchas razones.

Es el único de todos los metales que no pierde nada, ó casi nada con el fuego, aun en las hogueras é incendios, en los que las llamas hacen mas estragos. Se pretende tambien que es mucho mejor, cuando ha pasado muchas veces por él. Es tambien el fuego quien le experimenta: porque para ser bueno, es necesario que tome color. Es este el que llaman los plateros obrizo del oro afinado. Lo mas admirable que hay en este ensayo, es que los carbones mas ardientes no hacen nada: se necesita un fuego claro, un fuego de paja para soldarle, y echarle un poco de plomo para afinarle.

El oro pierde muy poco con el uso, y mucho menos que algun otro metal, en lugar que la plata, el cobre y el estaño manchan las manos, y señalan líneas negras en cualquiera materia que sea; lo que es prueba de que se disminuyen, y de que se separa su substancia mas fácilmente.

De todos los metales es el único que no contrae roña, ni cosa alguna que pueda alterar su hermosura; ni disminuir su peso, es una cosa muy digna de nuestra admiracion, que de todas las substancias la del oro se conserva mejor, entera, sin roña, sin escoria, en el agua, en la tierra, en la inmundicia, en los sepulcros, y esto despues de muchos siglos: se ven medallas fabricadas mas de dos mil años hace, que parece que acaban de salir de las manos del artífice.

Se nota que el oro resiste á las impresiones y roeduras de la sal y del vinagre, que resuelven y doman todas las otras materias.

No hay metal que se extienda mejor que él, ni que se divida en mayor número de partecillas, en diferentes sentidos. Una onza de oro, por ejemplo, se divide en setecientos cincuenta panes, y en mas, si es necesario; y cada uno de estos panes tiene cuatro dedos en cuadro de ancho. Lo que dice Plinio aquí es ciertamente muy admirable; pero veremos muy presto, que nuestros modernos artífices han adelantado en este punto, como en otros muchos, infinitamente mas que los antiguos.

Finalmente, el oro se deja hilar y tejer como se quiere, lo mismo que la lana. Se le puede tambien trabajar sin lana ni seda, ó con una y otra. El primero de los Tarquinos triunfó, en otros tiempos, con una túnica de tela de oro; y Agripina, madre de Neron, cuando el emperador Claudio su esposo dió al pueblo un combate naval, se presentó en el con una larga vestidura toda de hilo de oro, sin alguna otra materia.

Lo que se refiere de la extrema pequeñez y delicadeza del oro y de la plata hechos hilo, pareceria increible, si no estuviese confirmado por una experiencia diaria. No haré mas que copiar aquí lo que se lee sobre esto en las memorias de la Academia de las ciencias y artes.

Se sabe, se dice en ellas, que un hilo de oro no es mas que un hilo de plata dorado. Es pues necesario extender, por medio de la hilera, un cilindro de plata cubierto con panes de oro; y este cilindro se hace hilo, é hilo siempre dorado, á cualquiera longitud que pueda llegar. Es regularmente de cuarenta y cinco marcos, y tiene quince líneas de diámetro, y con poca diferencia veinte y dos pulgadas de largo. El señor de Reaumur prueba que este cilindro de plata de veinte y dos pulgadas, viene por la hilera á tener trece millones nuevecientos sesenta y tres mil doscientas cuarenta pulgadas, ó un millon ciento sesenta y tres mil quinientos veinte piés, esto es, que se ha hecho seiscientas treinta y cuatro mil seiscientas noventa y dos veces mas largo de lo que era, y que tiene cerca de noventa y siete leguas de largo, echando dos mil toesas á la legua. Este hilo se hila sobre la seda, y antes de hilarle en ella se allana de cilindro ó redondo que era: y aplanándolo de este modo, se alarga regularmente todavía á lo menos una séptima parte, de suerte que su longitud de veinte y dos pulgadas se muda en una de ciento once leguas. Pero se puede alargar este hilo hasta una cuarta parte, en lugar de no allanarle mas que una séptima, y por consiguiente tendrá ciento veinte leguas.

El cilindro de plata de cuarenta y cinco marcos y veinte y dos pulgadas de largo, se pudo cubrir solo con una onza de panes de oro. Es verdad que la do-

radura será ligera, pero será siempre doradura; y cuando el cilindro pase por la hilera, y adquiera la longitud de ciento veinte leguas, el oro no dejará jamás la plata. Se puede ver por esto cuán extremamente sútil se debe hacer el oro que envolvia el cilindro de plata de cuarenta y cinco marcos, para seguir siempre la plata por espacio de un camino de semejante longitud. El señor Reaumur añade todavía á esta consideracion, que se ve sensiblemente que la plata está dorada al doble en ciertas partes mas que en otras, y saca finalmente por el cálculo, que en aquellas en donde está menos dorada, es preciso que el grueso del oro no sea mas que una parte de diez millones cincuenta mil de una línea, pequeñez tan enorme, que se escapa otro tanto á nuestra imaginacion, como los infinitamente pequeños de la geometría. No obstante esto, es real, y producido por instrumentos mecánicos, los que no pueden ser tan finos que no sean todavía muy toscos. Nuestro entendimiento se pierde y ofusca en la consideracion de semejantes objetos, ¡cuánto mas en los infinitamente pequeños de Dios!

Electro. Se debe saber, dice Plinio, á quien copio en todo lo que se sigue, que en toda especie de oro hay siempre plata mezclada con él mas ó menos: unas veces una décima parte, otras una novena ó una octava. No se cuenta mas que una mina en Francia, en la que se saca oro que no contiene mas que una trigésima parte de plata, y esto hace subir su precio mucho mas que todos los otros. Este oro se llama « albieratense, de Albicrat. » (Es un lugar antiguo de la Francia cerca de Tarbes). Habia muchas minas de oro en las Galias, que después se han desatendido ó apurado. Estrabon habla de algunas, y entre otras de las de Tarbes, que eran, dice, muy fecundas en oro. Porque, sin entrar muy adentro, se encontraban granos que llenaban el hueco de la mano, y no tenian mucha necesidad de pasarlos por el fuego. Tenian tambien mucho polvo de oro, y como granos, los que casi no necesitaban purificarse.

En cuanto al oro, continúa Plinio, en el que se encuentra hasta una quincuagésima parte de plata, se le da el nombre de « electro » (se le pudiera llamar « oro blanco, » porque se acerca un poco á este color, y es mas pálido). Parece que los pueblos mas antiguos hacian mucho caso de él. Homero, en la descripcion del palacio de Menelao, le pinta todo brillante de oro, de electro, de plata, y de marfil. El electro tiene esto de particular, que brilla mucho mas á la luz artificial que el oro ni la plata.

§. 4. Lo propio sucede con las minas de plata en cuanto á muchas cosas que con las del oro. Se cava la tierra, y se hacen grandes cuevas á derecha é izquierda, segun el giro de la vena. No es el color del metal lo que ocasiona la esperanza de los trabajadores: ningun indicio, ninguna señal en estas minas como en las otras. La tierra en que se encuentra la plata es unas veces roja, y otras cenicienta: corresponde á los minadores discernirla con la práctica. En cuanto á la misma plata, no se podria purificar sino con el fuego, con el plomo, ó con la mina del estaño. Se llama esta mina « Galena, » y se encuentra comunmente en la vena de las minas de plata. El fuego no hace otra cosa que separar estas materias, de las cuales una se reduce en plomo ó estaño, y otra en plata; pero la última sobrenada siempre, porque es mas ligera, con poca diferencia, como el aceite sobre el agua.

Se encuentran minas de plata casi en todas las provincias del imperio romano. Con efecto, se sacaba de Italia, cerca de Verceil; de Cerdeña, en donde habia muchas; de las Galias, en diferentes partes; tambien de Inglaterra, de la Alsacia, testigo Estrasburgo, la que sacó de esto su nombre « Argentoratum, » y Colmar « Argentaria; » de la Dalmacia, y de la Pannonia, que es al presente la Hungría; y finalmente de España y Portugal, de donde era la mejor.

Lo que admira en las minas de España, es que los trabajos que se empezaron en ella por órden de Aníbal, subsisten todavía, dice Plinio, en nuestros dias, esto es, después de mas de trescientos años, y que los hoyos han conservado allí los nombres de aquellos que las descubrieron, que eran todos cartagineses. Una de estas minas entre otras, existe todavía hoy dia, nombrada « Bebulo, » la misma que producia á Aníbal hasta trescientas libras de plata por dia, y se continuó después hasta mil quinientos pasos, atravesando la montaña por los pueblos acitanos: los cuales, sin descansar ni dia ni noche, y aliviándose solamente cada uno á medida de sus linternas, hicieron correr sus aguas. Hay tambien allí venas de plata, que se descubren como á la flor de la tierra.

Finalmente, los antiguos conocian fácilmente cuando habian llegado al extremo de la vena; esto sucedia cuando encontraban alumbre, después de lo cual no buscaban nada mas: aunque hace poco tiempo (es siempre Plinio quien habla) que se encontró, después del alumbre, una vena blanca de cobre, lo que sirvió de nuevo indicio á los minadores, para señalarles el fin de la vena.

El descubrimiento de los metales, de que hemos hablado hasta aquí, es una maravilla que no se deja de admirar. No habia cosa mas oculta en la naturaleza que el oro y la plata. Estaban enterrados en profundas minas, mezclados con rocas muy duras, y en apariencia muy inútiles, y las partes de estos preciosos metales estaban tan confundidas con cuerpos extraños, tan imperceptibles con esta mezcla, y tan difíciles de separar, que parecia imposible que la industria del hombre pudiese desenterrarlos, unirlos, purificarlos, y convertirlos para sus usos. No obstante, esto el hombre lo ha logrado; y ha perfeccionado de tal manera sus primeras reflexiones, que se diria que el oro y la plata se hicieron en masa desde el principio, y que fueron tan visibles como las piedras que están sobre la superficie de la tierra. ¿Pero el hombre por sí mismo era capaz de hacer descubrimientos tan maravillosos? Ciceron dice en términos expresos, que en vano hubiera criado Dios en el seno de la tierra el oro, la plata, el cobre y el hierro, si no hubiese enseñado á los hombres el medio por donde podian llegar hasta las venas que esconden estos preciosos metales.

§. 5. Se juzga fácilmente que las minas de oro y plata debian producir mucha renta á los particulares y á los príncipes que las poseian, por poco cuidado que pusiesen en ellas.

Filipo, padre de Alejandro el Grande, tenia minas de oro en las cercanías de Pizna, ciudad de Macedonia, de las que sacaba todos los años mil talentos, esto es, doce millones de reales. Tenia tambien otras minas de oro, ó de plata en la Tesalia y en la Tracia. Y parece que subsistian todavía estas minas al fin del reino de Macedonia: porque, habiendo vencido los romanos á Perseo, quitaron el uso y ejercicio de ellas á los mecedonios.

Los atenienses tenian minas de plata en el Ática, en Laurium, y en particular en la Tracia, de las que sacaban mucho producto. Jenofonte nombra muchos ciudadanos que se enriquecian con ellas. Hipponico tenia seiscientos esclavos: Nicias, el que pereció en Sicilia, tenia mil. Los asentistas, que habian arrendado

sus minas, daban, hechos todos los gastos al primero, doscientos reales cada dia, sobre el pié de un óvolo por dia por cada esclavo, lo que ascendia á una renta considerable.

Jenofonte, en el tratado en que propone diferentes medios de aumentar las rentas de Atenas, da para esto excelentes consejos á los atenienses, y especialmente que promuevan el comercio, animen y sostengan á aquellos que se apliquen á él, sean ciudadanos, sean extranjeros; hagan anticipaciones por ellos, tomando seguridades; darles galeras para la conduccion de mercadurías, y persuadirse bien, que en esta materia, en la riqueza de los particulares consiste la opulencia y fuerza del estado. Insiste mucho sobre lo que pertenece á las minas, y desea que la república las haga trabajar en su nombre y para su provecho, sin temor de hacer con esto daño á los particulares; porque hay con que enriquecer á unos y á otros, y que no serán las minas quienes faltarán á los minadores, sino que los minadores faltarán á las minas.

Pero lo que provenia de las minas de la Ática y de la Tracia, no es nada en comparacion de lo que se sacaba de las de España. Fueron los tirios los que se aprovecharon primero de ellas, por no conocer los habitantes del país su valor. Los cartagineses les sucedieron, y luego que pusieron los pies en la España, conocieron bien que serian las minas para ellos una fuente inagotable de riquezas. Plinio nos dice que una sola daba á Aníbal cada dia trescientas libras de plata, lo que llega á doce mil seiscientas pesetas: contando ochenta y cuatro dineros por libra, como lo observa en otra parte el mismo Plinio.

Polibio, citado por Estrabon, dice, que en su tiempo habia cuarenta mil hombres ocupados en las minas que estaban en la vecindad de Cartagena, y que daban cada dia al pueblo romano veinte y cinco mil dracmas, esto es, veinte y cinco mil reales de plata.

La historia hace mencion de particulares que tenian rentas inmensas y que se cree con dificultad. Varron habla de un Tolomeo, mero particular, que mandaba en la Siria en tiempo de Pompeyo, quien mantenia á sus expensas ocho mil caballos, y tenia de ordinario mil convidados á la mesa, y para cada uno una copa de oro, la que renovaba tambien á cada plato. Esto todavía no es nada, en comparacion de Pitio y de Bitinia, quien regaló al rey Dario aquel plátano y aquella parra, tan alabados en la historia, uno y otro de oro macizo: que dió de comer un dia explendidamente á todo el ejército de Jerjes, compuesto de un millon y setecientos mil hombres, ofreciendo á este príncipe cinco meses de paga para toda aquella gente, con todas las provisiones durante este tiempo. ¿De dónde podian provenir tan enormes tesoros, sino principalmente de las minas de oro y plata que poseian aquellos particulares?

Admira cuanto se lee en Plutarco todo lo que se llevó á Roma para el triunfo de Paulo Emilio, para el de Lúculo, y otros semejantes.

Pero todo esto desaparece cuando se piensa en los innumerables millones de oro, y plata acumulados por David y Salomon, empleados para la construccion, y adorno del templo de Jerusalen. Aquellas inmensas riquezas, cuya enumeracion asombra, eran en parte el fruto del comercio que habia establecido David en Arabia, en Persia y en el Indostan, á favor de dos puertos que habia hecho fabricar en Idumea, en la extremidad del mar Rojo, los que aumentó Salomon considerablemente; pues en un solo viaje le trajo su flota cuatrocientos cincuenta talentos de oro, los que hacen mas de ciento treinta y cinco millones de pesetas. La Judea no era mas que un país corto: y no obstante esto la renta ánua, en tiempo de Salomon, sin contar otras muchas cantidades, llegaba en él á seiscientos sesenta y seis talentos de oro, lo que hace cerca de doscientos millones de pesetas. Era preciso que en aquel tiempo, para producir una cantidad tan increible de oro, se hubiesen cavado ya muchas minas: y no estaban todavía descubiertas las mas productivas.

§. 6. Aunque se comerciase en los principios con cambio de los géneros, como se ve en Homero, la experiencia hizo conocer muy presto la incomodidad de aquellos cambios, por la naturaleza de muchas mercaderías, que no podian ni dividirse, ni cortarse sin perder mucho de su precio; lo que obligó á los negociantes á recurrir poco á poco á los metales, que no se disminuian ni en bondad, ni en integridad, en la separacion. Así en tiempo de Abrahan, y antes de él sin duda, se introdujo en el comercio el oro y plata, y puede ser que tambien el cobre, para los géneros ínfimos. Como se introdujesen en él los fraudes, en cuanto al peso, y cualidad de la materia, intervino la política, y autoridad pública, para establecer la seguridad del comercio, é imprimió á estos metales señales para distinguirlos, y autorizarlos. De aquí han venido las primeras marcas de las monedas, los nombres de los monetarios, la efigie de los príncipes, los años de los consulados, y otros distintivos semejantes.

Los griegos ponian en su monedas geroglíficos enigmáticos, los que eran particulares á cada provincia. Los de Delfos representaban en ellas un delfin; eran como armas parlantes. Los atenienses, el pájaro de su Minerva, un Mochuelo, señal de la vigilancia, aun durante la noche; los beocios un Baco con un racimo, y una gran copa, para indicar la abundancia y delicias de su terreno. Los macedonios un escudo, para expresar la fuerza, y valor de su milicia. Los rodios la cabeza del sol, á quien habian dedicado su famoso coloso. Finalmente, cada magistrado gustaba de explicar en su moneda la gloria de su provincia ó las ventajas de su ciudad.

La falsificacion de las monedas se verificó en todos estados, y en todos tiempos. En la primera paga que hicieron los cartagineses de la cantidad á que los habian condenado los romanos en el fin de la segunda guerra púnica, se halló que el dinero, que trajeron sus embajadores, no era de buena ley, y se conoció, haciéndole fundir, que habia en toda la plata una cuarta parte de mezcla. Se vieron obligados, para reemplazar el menoscabo, á tomar dinero prestado en Roma. El triunviro Antonio, en el tiempo de sus mayores necesidades, hizo mezclar hierro con plata en la moneda que hizo acuñar.

Esta falsificacion se hacia regularmente ó con la mezcla de cobre, ó con la sustraccion, mas ó menos grande de su legítimo peso. Este debia ser, cómo lo nota Plinio, de noventa y seis ó de cien dineros por libra, en oro ó plata. Mario Gratitiano, pariente del célebre Mario, suprimió en Roma, en el tiempo de su pretura, muchos desórdenes en asuntos de moneda, con prudentes reglamentos. El pueblo, siempre agradecido á este género de reformas, para manifestarle su reconocimiento, le erigió estátuas de barrio en barrio por toda la ciudad. Es este Mario, á quien Sila, para vengarse de las crueldades practicadas por su hermano, hizo cortar las manos, romper las piernas, y sacar los ojos por el ministerio de Catilina.

Se remedió fácilmente la incomodidad de los cambios con la moneda de oro y plata; se hizo esta el precio comun de todas las mercaderías, cuya penosa con-

duccion, y por lo regular inútil, se ahorraba con esto. Pero le faltaba todavía al comercio antiguo una gran facilidad, que se imaginó después prudentemente; quiero decir el modo de enviar dinero, de un lugar á otro por una letra que señala su paga.

Es difícil discernir ciertamente la diferencia que hay entre las monedas y medallas; las opiniones están muy divididas en esta materia. Lo que parece mas verosímil, es que se debe llamar moneda la pieza de metal, que tiene en un lado la cabeza del príncipe reinante ó de alguna divinidad, y cuyo reverso es siempre él mismo; porque, haciéndose la moneda para que tenga curso, es necesario que la pueda el pueblo conocer fácilmente, con el fin de saber su valor. Así, la cabeza de Jano, con una proa de galera en el reverso, fué la primera moneda de Roma. Servio Tulio puso en ella en vez de proa un carnero, ó un buey, de donde viene el nombre de « pecunia, » porque esta especie de animales eran del género de aquellos que se nombraban « pecus. » Se puso después en ella en lugar de Jano, una mujer armada con la inscripcion ROMA, y en el reverso un carro tirado de dos, ó de cuatro caballos, lo que dió el nombre á las piezas de moneda llamadas « Bigati, » « Quadrigati ». Se pusieron tambien Victorias, « Victoriati. » Todas estas diferentes piezas están reconocidas por monedas, lo mismo que las que tienen ciertas señales, como una X, esto es « Denarios; » una L, « Libra; » una S, « Semis. » Estas diversas señales dan á conocer el peso ó el valor de la pieza.

Las medallas son las piezas que señalan por lo regular en el reverso algun suceso considerable.

Las partes de una medalla son sus dos lados; uno de los cuales se llama cara ó anverso, y el otro reverso; en cada lado tiene campo, que es el medio de la medalla; la circunferencia ó el canto; y el lema que es la parte que está en lo bajo del sol, sobre que están puestas las figuras que representa la medalla: en estas dos caras se distingue el signo, y la inscripcion ó leyenda. El signo, son las figuras representadas; la inscripcion ó leyenda es el renglon que se lee en ella, y principalmente el que está en la circunferencia de la medalla.

Para tener alguna idea de la ciencia de las medallas, se debia saber, cuál es su orígen y su uso; cómo se dividen en antiguas y modernas, en griegas y romanas; lo que se entiende por medallas del alto ó bajo imperio, del grande ó del pequeño bronce; qué cosa es série en el lenguaje de los antiguos. Pero no es este el lugar de explicar todas estas cosas. El libro del P. Joubert contiene lo que se debe saber sobre esto, cuando no se quiera profundizar esta materia.

Me contento con advertir á los jóvenes que quieran estudiar perfectamente la historia, que el conocimiento de las medallas es absolutamente necesario para este estudio. Porque la historia no se aprende solamente en los libros, los que no lo dicen siempre todo, ni siempre la verdad. Es pues necesario recurrir á las piezas que la justifican, y á las que la malicia ó ignorancia no han podido falsificar; y tales son los monumentos que se llaman medallas, pues se aprenden en ellas cosas igualmente importantes y curiosas, que no se encuentran en otra parte. El piadoso y sábio autor de las memorias sobre la historia de los emperadores, nos da una prueba y norma del uso que se puede hacer de la ciencia de las medallas.

Lo propio se debe decir de las piedras grabadas, que tienen esta ventaja sobre las medallas, que, siendo de una substancia mas dura, y representando, abiertas á cincel, las figuras que tienen, las conservan siempre con toda su perfeccion; en lugar que las medallas están mas sujetas á corromperse, tanto rozándose, como corroyéndose con los licores salitrosos á que están siempre expuestas. Pero en recompensa, encontrándose muchas de estas, cada una en su especie, son mucho mas usuales para los eruditos.

La academia real de las inscripciones y letras humanas, establecida y renovada tan ventajosamente en el reinado de Luis XIV, que abraza en su objeto toda la erudicion antigua y moderna, no contribuyó poco para conservar en Francia, no solamente el buen gusto de las inscripciones y medallas, que consisten en una noble sinceridad, sino tambien en general el buen gusto de todas las obras de entendimiento, que se adquiere principalmente en los autores antiguos, de los que hace esa academia particular estudio. No me atreveria á decir aquí todo lo que pienso de una asamblea, á la que estoy agregado y de la que soy individuo. Se me hizo la honra de llamarme á ella en el tiempo de su renovacion, sin que yo hubiese solicitado un lugar tan honroso, y aun sin haber sabido nada de esto; recibimiento, á mi parecer, verdaderamente digno de sabias compañías. Desearia haberle merecido mejor, y haber desempeñado en el mejor que lo he hecho, las obligaciones de académico.

§. 7. La perla es una substancia dura, blanca, y clara que se cria en lo interior de cierta especie de ostras.

El pez testacio, en el que se encuentran las perlas, es tres ó cuatro veces mayor que las ostras ordinarias. Se le llama comunmente « perla » ó « madre perla. »

Cada madre perla produce regularmente diez ó doce de ellas. No obstante, un autor, que ha tratado de su produccion, pretende haber visto en un ostra hasta ciento y cincuenta, pero en distintos grados de perfeccion. La mejor está siempre la primera; las otras se quedan debajo de la ostra en lo mas interior de la concha.

La pesca de las perlas, entre los antiguos, se hacia principalmente en el mar de las Indias. Se hace todavía en él, como tambien en los mares de la América, y en algunas partes de la Europa. Los buzos, á quienes se ata una cuerda por bajo de los brazos, cuya extremidad queda atada á la barca, bajan al mar muchas veces, y después de haber arrancado de las peñas las ostras, y haberlas echado en una cesta, vuelven á subir con mucha prontitud.

Esta pesca se hace en cierta estacion del año. Se ponen regularmente las ostras en la arena, en donde se corrompen con el extraordinario calor del sol, y abriéndose por sí mismas, manifiestan sus perlas; hecho lo cual, basta limpiarlas y secarlas.

Las otras piedras preciosas están enteramente informes cuando se extraen de las rocas y reciben su brillantez de la industria de los hombres. La naturaleza no hace mas que empezarlas; es necesario que las acabe el arte bruñiéndolas. Pero las perlas nacen con esa agua límpida y brillante, que las da tanta estimacion. Se encuentran enteramente perfectas en los abismos del mar, y la naturaleza las perfecciona, antes que se arranquen de sus nácares.

La perfeccion de las perlas, segun Plinio, consiste en que sean de una blancura brillante, gruesas, redondas, lisas y de mucho peso; cualidades que rara vez se encuentran unidas.

Es quimera creer que las perlas nacen del rocío: que son blandas en la mar, y no se endurecen hasta que perciben el ambiente; que se disminuyen y echan

á perder cuando truena, como dice Plinio, y otros muchos autores después de él.

Se alaban mucho ciertas cosas, únicamente porque son raras, y cuyo mérito principal consiste en el riesgo á que se exponen para lograrlas. Los hombres son capaces de estimar tan poco su vida, y considerarla menos preciosa que las conchas escondidas en el seno del mar. Si fuese necesario para adquirir la sabiduría padecer todas las penas á que se exponen para encontrar alguna perla de una grandeza y hermosura extraordinaria (y lo propio se debe decir del oro, de la plata y de las piedras preciosas), no se dudaria un momento para exponer su vida, y muchas veces, por un tesoro semejante. La sabiduría es el mayor de los bienes; una perla es el mas frívolo de todos los bienes: sin embargo, los hombres no hacen nada por la sabiduría, y lo emprenden todo por una perla.

§. 8. Las telas teñidas de púrpura eran una de las partes mas considerables del comercio antiguo, particularmente del de Tiro, cuya industria y extrema habilidad habia puesto esta preciosa tintura en el mas alto grado de perfeccion á que pudiese llegar. La púrpura lo disputaba en precio con el mismo oro, por raro que fuese en aquellos remotos tiempos, y era la insignia distintiva de las mayores dignidades del universo, estando reservada principalmente para los príncipes, reyes, senadores, cónsules, dictadores, emperadores, y para aquellos á quienes concedia Roma el honor del triunfo.

La púrpura es un color rojo que tira á violado, que proviene de un pez de mar, encerrado en una concha, el que se nombra tambien Púrpura. Sin embargo de los diversos tratados hechos por los modernos sobre este color tan alabado de los antiguos, hay poca instruccion sobre la naturaleza del licor que le produce. Aristóteles y Plinio dejaron muchas cosas notables sobre esta materia: pero mejores para excitar la curiosidad, que para satisfacerla enteramente. El último que habló con mas extension de la preparacion de la púrpura, comprendió todo lo que nos dijo de esto en algunas líneas. Era, puede ser bastante para renovar en aquel tiempo la idea de una práctica comun; pero era muy poco para instruirnos de esto suficientemente en el nuestro, en el que se ha cesado muchos siglos hace de usarla.

Plinio, pone todas las especies de conchas que producen la tintura de púrpura bajo de dos géneros; el primero comprende las pequeñas especies de «Buccinum,» llamado así porque la concha de este pez tiene alguna semejanza con una trompa de caza, y el segundo comprende las conchas que tienen el nombre de púrpura, como la tintura que dan. Se cree que este último género se llamaba tambien «Murex.»

Algunos autores pretenden que fué la casualidad sola la que dió á conocer á los tirios la tintura de que se trata aquí. Habiendo quebrado con sus dientes un perro hambriento una de estas conchas en la orilla del mar y devorado uno de estos peces, sacó toda la circunferencia del hocico de un color tan excelente, que causó admiracion á los que lo vieron y los movió á servirse de él.

La púrpura de Getulia en África, y la de Laconia en Europa, eran muy estimadas; pero la Tiria en Asia excedia á todas las otras, especialmente la que se teñia dos veces y la que se llamaba por esta razon «Dibafa.» La libra de ella se vendia en Roma en mil dineros, esto es dos mil reales.

El «Buccinum» y el «Murex» no se diferencian casi, sino por lo grande de la concha y por el modo de cogerlas y prepararlos. El «Murex» se pesca por lo regular en plena mar, en vez que el «Buccinum» se coge en las peñas y rocas á que está pegado en la baja mar. No hablaré aquí mas que del «Buccinum» y copiaré muy poco de lo que encuentro sobre esto en la sabia disertacion del señor Reaumur.

Al «Buccinum» no se le podia despojar de su licor, sin que se emplease para ello un tiempo muy considerable. Era preciso romper primero la dura concha con que están revestidos. Rota esta concha á alguna distancia de su abertura ó de la cabeza del «Buccinum,» se apartaban los pedazos rotos. Entónces se descubria una vena pequeña, para servirme de la expresion de los antiguos, ó, para hablar con mas propiedad, un receptáculo ó bolsita llena del licor bueno para teñir de púrpura. Por el color del licor contenido en este receptáculo, se le distinguia fácilmente; es muy diferente del color de la carne del animal. Aristóteles y Plinio dicen que es blanco: tambien es de un color que tira á blanco, ó de un blanco pajizo. El receptáculo en que está contenido, no es de igual magnitud en todos los «Buccinum:» sin embargo tiene comunmente cuasi una línea de ancho, y dos ó tres líneas de largo. Este receptáculo estaban los antiguos obligados á quitar al «Buccinum,» para obtener el licor que contiene. Estaban precisados á cortarle separadamente á cada pez, lo que era una obra muy larga, á lo menos por lo respectivo á lo que se extraia de ellos: porque no habia en cada uno el valor de una buena gota de licor contenida en cada receptáculo. Por lo que no debe admirar, que la púrpura mas sobresaliente fuese tan cara entre ellos.

Aristóteles y Plinio dicen, á la verdad, que no se entretenian en quitar separadamente estos vasos pequeños á las conchas mas pequeñas de esta especie, que únicamente las picaban en morteros, lo que era un medio de despachar mucha obra en poco tiempo. Parece tambien que Vitrubio refiere esta preparacion como general. No obstante es difícil concebir que se pudiese tener un excelente color de púrpura por este medio. La materia de los excrementos del animal debia alterar considerablemente el color de púrpura, cuando lo calentaban junto, después de haberlo mezclado en el agua. Porque esta materia es tambien colorada de un negro que tira á verde, color que comunicaria al parecer al agua, lo que debia mudar mucho el color de la púrpura, porque la cantidad de esta materia es incomparablemente mayor que la del licor.

En la preparacion de la púrpura no era el último el trabajo que se habia tenido para separar la bolsita del licor á cada «Buccinum;» se echaban después todos estos vasitos en una gran cantidad de agua, la que se ponia por espacio de diez dias en un fuego moderado. Si se dejaba toda esta mezcla durante un tiempo tan largo, no era porque fuese necesario para dar el color de púrpura al licor: le tomaria con mas prontitud, como me he asegurado de esto, dice el señor de Reaumur, con mucho número de experiencias. Pero era preciso separar la carne del licor, ó el mismo vasito en que estaba contenido el licor; lo que no se podia ejecutar sin perder mucho del licor; sino haciendo disolver esta carne en agua caliente, en la que subia luego en espuma, la que se tenia mucho cuidado de quitar.

Este era uno de los modos con que se hacia antiguamente el tinte de púrpura. El que no se ha perdido, como se cree, ó á lo menos se ha vuelto á encontrar hace mas de ciento cincuenta años, en una cidad de Inglaterra. Una de las conchas que le dá, y que es una especie de «Buccinum,» es comun en las costas de la gran Bretaña. Las observaciones de un

inglés sobre este fértil descubrimiento, se imprimieron en los diarios de Francia, en 1686.

Otro «Buccinum» que produce tambien la tintura de púrpura, y que al parecer es uno de aquellos que describió Plinio, como que tenia este uso, se encuentra en las costas del Poitou. Las mayores conchas de esta especie tienen de doce á trece líneas de largo, y de siete á ocho de diámetro, en el paraje por donde son mas gruesas. Son conchas de una sola pieza, de figura espiral, como la de los caracoles; pero la espiral un poco mas larga.

En el diario de los sabios de 1686 se refieren las mudanzas de colores singulares que suceden al licor de los «Buccinum.» Si en vez de separar el vaso que le contiene, como lo practicaban los antiguos para hacer su tintura de púrpura, se abre solamente este vaso, y raspándole se le saca su licor: las ropas ú otras telas, sean de seda, sean de lana, que se tiñan con este licor, no manifestarán al principio mas que un color amarillo; pero estas mismas ropas ó telas, expuestas á un calor de sol mediano, tal como es por la mañana en el estío, toman en pocas horas colores muy diferentes. Este amarillo empieza primero á parecer un poco mas verdoso: después se vuelve de color de cidra: á este color de cidra sucede un verde mas alegre: este mismo verde se muda en un verde obscuro, que se termina en un color de violeta: después del cual se ve finalmente un color de púrpura muy hermoso. Así estas ropas llegan de su primer color amarillo, á un excelente color de púrpura, pasando por todos los diferentes grados de verde. Dejo muchas observaciones muy curiosas del señor Reaumur sobre estas transformaciones: no son de mi asunto.

Debe admirar, que habiéndonos hablado Aristóteles y Plinio de la tintura de púrpura, y de las conchas que la dan en diferentes partes, no nos dijesen una palabra de estas mudanzas de colores tan dignas de reparo por las que pasa el licor antes de llegar á ser púrpura. Puede ser que, no habiendo examinado bastante estas conchas por sí mismos, y no estando instruidos de esto sino por memorias poco exactas, no dirian nada de una mutacion que no sucedia en la preparacion ordinaria de la púrpura; porque en este caso, estando mezclado el licor en las calderas con una gran cantidad de agua, pasaba repentinamente al encarnado.

El señor de Reaumur en el viaje que hizo á las costas del Poitou hallándose examinando en la ribera de la costa las conchas llamadas buccinum, que habia dejado la mar descubiertas durante su menguante, encontró una nueva tintura de púrpura, que no buscaba, y la que segun todas las apariencias fué desconocida de los antiguos, aunque de la misma especie que la suya. Reparó que los buccinum se juntaban regularmente al rededor de ciertas piedras, ó debajo de ciertos huecos de arena, en cantidad tan grande, que se los podia coger allí á manos llenas, en lugar que en todas las otras partes estaban esparcidos acá y allá. Observó al mismo tiempo que aquellas piedras, ó aquellos huecos de arena estaban cubiertos de ciertos granos, cuya figura tenia algun aire de una bolita prolongada. Lo largo de estos granos era de poco mas de tres líneas, y su grueso un poco mas de una línea. Le pareció que contenian un licor blanco que tiraba á pajizo. Exprimió su jugo en las vueltas de su camisola, las que solo se mancharon un poco mas: no vió allí otro color que un pajizo muy bajo, el que apenas distinguia en ciertos parajes. Diversos objetos que atraian su atencion, le hicieron olvidar lo que acababa de hacer. No pensaba ya totalmente en ello, cuando echando por casualidad los ojos sobre las mismas vueltas medio cuarto de hora después, le sorprendió una cosa agradable, y vió un color muy excelente de púrpura en las partes en donde se habian exprimido los granos. Esta ocurrencia fortúita dió lugar á muchas experiencias, cuya relacion causa un gusto maravilloso, y muestra qué tesoro es en un reino haber hombres de cierto genio, nacidos con inclinacion y disposiciones naturales, para hacer admirables descubrimientos en las operaciones de la naturaleza.

El señor Reaumur advierte, que se extraeria el licor de estos granos, á los que llama huevos de púrpura, de una manera infinitamente mas cómoda, que de la que se servian los antiguos para sacar el licor de los buccinum. Porque no habria otra cosa que hacer, después de haber juntado estos huevos, y haberlos lavado en el agua del mar para quitarles, tanto como fuese posible, las inmundicias que podrian alterar con su mezcla el color de púrpura; no habria digo, sino poner estos huevos en paños. Entónces se exprimiria su licor, retorciendo los dos extremos de estos paños, con poca diferencia, como se exprime el jugo de las grasellas, cuando se quieren garapiñar. Y tambien para abreviar mas se podrian emplear prensas pequeñas, con las que se exprimiria en un momento todo el licor. Se ha visto antes cuánto tiempo y cuidado se necesitaba para sacar el licor de los buccinum.

El coccus, ó coccum daba á los antiguos el hermoso color y tinte, que llamamos nosotros escarlata, que lo disputaba en algun modo á la púrpura, en cuanto á la hermosura y esplendor. Quintiliano los pone juntos, quejándose de los padres y madres, quienes, desde la cuna vestian á sus hijos de escarlata y de púrpura, y les inspiraban inclinacion al lujo y magnificencia. La escarlata, segun Plinio, daba al hombre un adorno mas brillante que la púrpura, y al mismo tiempo mas sencillo, porque no era necesario exponer su vida para cogerla.

Se cree ordinariamente que la escarlata es la grana de un árbol, que es una especie de encina verde. Se ha reconocido que era una excrecencia pequeña, redonda, roja y del grueso de un guisante pequeño, que se cria en las hojas de un arbolillo, que es una especie de roble. Esta excrecencia ó tumor le ocasiona la picadura de un insecto, que pone allí los huevos. Los árabes llaman á este grano kermes; los latinos coccus y vermiculus, de donde nos ha venido la palabra de vermellon y cusculium, ó quisquilium. Se coge mucha cantidad de ella en la Provenza y en el Languedoc. El rio de los Govelines tiene una agua buena para teñir en escarlata.

Hay dos especies de escarlata. La escarlata de Francia ó de los Govelines, que se hace con la grana de que acabo de hablar; y la escarlata de Holanda, que se hace con la cochinilla, esto es, una droga que viene de las Indias orientales. Los autores no convienen entre sí sobre la naturaleza de la cochinilla. Los mas creen que es una especie de gusano; y otros, que era meramente la grana de un árbol.

Se sirven rara vez de la primera grana, después que se descubrió la cochinilla, la que da una escarlata mas viva y brillante que la que da el kermes, que es mas obscura, y se parece mas á la púrpura romana. Tiene sin embargo una ventaja sobre la cochinilla, que no muda de color, cuando le cae agua encima, como sucede á la otra que se pone morena al instante.

§. 9. La seda, como lo observa el señor Mahudel

en la disertacion que nos dió sobre esta materia, de la que usaré aquí mucho: la seda, digo, es una de estas cosas de que se han servido por espacio de muchos siglos, casi en toda el Asia, en África, y en muchas partes de la Europa, sin que se conociese lo que era: fuese porque los pueblos en que se criaba admitian pocos extranjeros en su país; fuese que, celosos de una ventaja que les era particular, recelaban que se la quitasen otros. Fué sin duda de la dificultad que habia en instruirse del orígen de este precioso hilo, de donde nacieron tantas opiniones singulares de los mas antiguos autores.

Si se ha de juzgar por la descripcion que hace Herodoto de una lana mas hermosa y fina que la regular, y la que dice era fruto de un árbol de las Indias (país el mas distante, que conociesen los orientales de su tiempo del lado de levante) parece que fué esta la primera idea que tuvieron de la seda. No seria extraño que personas enviadas á aquel país para reconocerle, no viendo, sino de paso, los capullos de los gusanos de seda, con que estaban cargados aquellos árboles, en un clima en donde estos insectos nacen en sus hojas, se alimentan en ellas, y suben naturalmente sobre sus ramas, tuviesen aquellos capullos por pelotillas de lana.

Es de creer que solo por la relacion de aquellas personas poco fieles, consideraba Teofrasto aquel género de árboles como existente; los que ponia en una clase particular de árboles que producian lana. Hay motivo para creer que fué tambien esta la opinion de Virgilio.

Aristóteles, aunque el mas antiguo de los naturalistas, es el que puso la descripcion de un insecto mas parecido al gusano de seda. Hablando de las diferentes especies de orugas, pintó una que proviene de un gusano cornudo, y á la que no da el nombre de Bombix sino cuando se encierra en un capullo, de donde dice que sale la mariposa; mudanzas que segun su opinion se cumplen en seis meses.

Cerca de cuatrocientos años despues de Aristóteles, Plinio, á quien era muy conocida la historia de los animales, escrita por aquel filósofo, repitió en la suya el mismo hecho á la letra. Pone tambien en ella con el nombre bombyx, no solamente esta especie de gusano que se ha pretendido que producia la seda de Cos, sino tambien otras diversas orugas, que nacen en aquella isla, y que supone hacen capullos, de los cuales, á lo que dice, hilaban las mujeres del país la seda, y hacian de ellos telas de mucha ligereza y lucimiento.

Pausanias, que escribió algunos años despues de Plinio, es el primero que nos dice que este gusano es indio, y que le llamaban los griegos Sée de donde se derivó el nombre de seres, ó habitantes de las Indias, en cuyo país se ha averiguado despues que nacia este insecto.

Este gusano que produce la seda, es un insecto aun menos maravilloso por la materia preciosa que da para diversas telas, que por las diferentes formas que toma, sea antes, sea despues de haberse envuelto en el rico capullo que labra el mismo. De grano, ó semilla que es al principio, se hace un gusano bastante grande, de un blanco que tira á pajizo. Hecho gusano, se encierra en su capullo, en donde toma la forma de una especie de haba de un color que tira á ceniciento, y á lo que parece no le queda ni movimiento ni vida. Resucita luego para ser mariposa, y despues hace una abertura para salir de su sepulcro de seda. Y finalmente, muriendo verdaderamente, se prepara con el grano ó semilla que echa, una nueva vida, la que le deben ayudar á recobrar el buen tiempo, y el calor del verano. Se puede ver en el primer tomo del Espectáculo de la Naturaleza una descripcion mas larga, y mas puntual de estas diversas transformaciones.

De este capullo, en el que se habia encerrado el gusano, se sacan las diferentes cualidades de las sedas, que sirven igualmente para la suntuosidad y magnificencia de los ricos, y para la subsistencia de los pobres, que las hilan, las devanan y trabajan. Se encuentran regularmente en cada capullo novecientos piés de hilo, y este hilo es doble, y pegado uno con otro en toda su longitud, lo que por consiguiente corresponde á cerca de dos mil piés de hilo. ¡Qué maravilla que se pueda de una materia tan fina, tan delicada y la que casi se escapa á la vista, componer telas tan fuertes y durables como son las de seda! Pero ¡qué esplendor, qué belleza, qué delicadeza en estas telas! No es de admirar que fuesen una parte considerable del comercio antiguo, y como eran entónces muy raras, tuviesen un valor tan grande. Vopisco asegura que el emperador Aureliano negó por esta razon á la emperatriz su esposa un vestido de seda que le pedia con ansia, y que le dijo: «No quieran los dioses que compre yo hilo á peso de oro;» porque el precio de una libra de seda era en aquel tiempo una libra de oro.

Hasta muy tarde no se conoció, ni se hizo comun en la Europa el uso de los gusanos de seda. El historiador Procopio pone esta época hácia mediados del siglo v, en tiempo del emperador Justiniano. Atribuye el honor de este descubrimiento á dos monjes, quienes, habiendo llegado recientemente de las Indias á Constantinopla, oyeron hablar de la dificultad en que se hallaba Justiniano para quitar á los persas el comercio de la seda con los romanos. Solicitaron que los presentasen al emperador, y le propusieron, para no necesitar de los persas, un medio mas corto que el de un comercio con los etíopes, en el que pensaba, que era enseñar á los romanos el arte de hacer ellos mismos la seda. El emperador, persuadido por su relacion de la posibilidad de este medio, los volvió á enviar á Serinda (nombre de la ciudad en donde habian estado) á buscar los huevos de los insectos, los que decian ellos no se podian conducir vivos. Estos monjes, despues de otro viaje, habiendo vuelto á Constantinopla, hicieron reviviesen en el estiércol los huevos que habian traido de Serinda. Salieron de ellos gusanos, los que alimentaron con hojas de morera blanca, y probaron con esta experiencia, que les salió bien, toda la mecánica de la seda, de la que habia deseado el emperador quedar instruido.

Desde aquel tiempo se extendió poco á poco el uso de la seda, y pasó á otras partes de la Europa. Se establecieron fábricas de ella en Atenas, en Tebas y en Corinto. Cerca del año 1130, Roger, rey de Sicilia erigió una en Palermo. Se vieron entónces en aquella isla y en Calabria artífices de seda, los que fuéron parte del despojo que trajo aquel príncipe de las ciudades de Grecia, que he nombrado, cuya conquista hizo en su expedicion á la Tierra Santa. Finalmente, habiendo aprendido de los sicilianos y calabreses lo restante de la Italia, y España, á criar los gusanos que hacen la seda, á hilarla y á trabajarla, empezaron tambien las telas de seda á fabricarse en Francia, especialmente en las partes meridionales de aquel reino, en donde se crian mas fácilmente las moreras. Luis XI, en 1470, estableció manufacturas de sedas en Tours. Los primeros oficiales que trabajaron en ellas vinieron de Génova, de Venecia, de Florencia y tambien de la Grecia. Las obras de seda eran todavía

tan raras, aun en la córte, que Enrique I fué el primero que trajo medias de seda en las bodas de su hermana.

Al presente se han hecho muy comunes, pero no han dejado de ser una de las mas portentosas maravillas de la naturaleza. ¿Los artífices mas hábiles han podido hasta ahora imitar este ingenioso trabajo de los gusanos? ¿Han encontrado el secreto de labrar un hilo tan fino, tan firme, tan igual, tan brillante y tan extenso? ¿Tienen materia mas preciosa que este hilo para hacer las telas mas ricas? ¿Se sabe cómo convierte este gusano el jugo de una hoja en hilitos de oro? ¿Se puede dar razon de que una materia líquida, antes que tomase el aire, se afirme y alargue infinito luego que le ha percibido? ¿Se puede explicar cómo se advierte á este gusano que disponga un retiro para el invierno, bajo de los circúitos sin número de la seda, de la que es el principio, y que espere en este rico sepulcro una especie de resurreccion que le da las alas que le habia negado su primer nacimiento? Estas son las reflexiones que hace el autor del nuevo Comentario sobre Job, con motivo de estas palabras: ¿Quien dió á ciertos animales que tienen la industria de hilar, esta especie de sabiduría?

Por todo lo que he dicho hasta aquí se debe concluir, que el comercio es una de las partes del gobierno, que puede contribuir mas para la riqueza y abundancia de un estado, y merece por esta razon, que los príncipes y sus ministros cuiden particularmente de él. No parece á la verdad, que hiciesen los romanos mucho caso del tráfico. Deslumbrados con la gloria de las armas, creerian que seria degradarse poner su atencion en el ejercicio del comercio, y hacerse de alguna suerte mercaderes, los que se contemplaban destinados para gobernar los pueblos, y estaban únicamente ocupados con el proyecto de conquistar el universo. Parece con efecto, que el espíritu de conquista y de comercio se excluyen mútuamente en una misma nacion. Lo uno trae necesariamente consigo el tumulto, el desórden, la desolacion, y lleva por todas partes la inquietud; lo otro, al contrario, no respira sino paz y tranquilidad. No examino aquí si esta indiferencia de los romanos para el comercio, se fundaba en razon, y si un pueblo, que es solamente belicoso, es por esto mas feliz. Digo solamente, que un rey que ama verdaderamente á sus súbditos, y procura derramar la abundancia en sus estados, no dejará de aplicar todo su cuidado para hacer que florezca en ellos el tráfico; y lo logrará sin dificultad. Se dice frecuentemente, y es máxima generalmente recibida, que el comercio no requiere mas que libertad y proteccion; libertad, contenida en prudentes límites, no oprimiendo á los que le ejercen con la sujecion á reglas incómodas, onerosas, y por lo regular inútiles; proteccion, concediéndoles todos los socorros que necesitan. Se ha visto qué gastos hizo Tolomeo Filadelfo para poner floreciente el comercio en Egipto, y cuánta fama le adquirieron los felices efectos que tuvieron sus cuidados. Un príncipe inteligente y bien intencionado, no se mezcla en el comercio, sino para desterrar severamente de él la mala fe y el fraude, y deja todo su provecho á sus súbditos, que tienen el trabajo, bien persuadido que sacará bastantes ventajas con las muchas riquezas que entrarán en sus estados.

Sé que el comercio tiene inconvenientes y peligros. El oro, la plata, los diamantes, las perlas y las telas preciosas que son mucha parte de él, contribuyen para mantener una infinidad de artes perniciosas, que no sirven sino para afeminar y corromper las costumbres. Seria bueno que se pudiese desterrar de un reino cristiano el comercio, por lo respectivo á todas las cosas que no sirven sino para fomentar el esceso, la vanidad, la delicadeza y los gastos extravagantes, pero esto no es posible. Mientras reine la ambicion entre los hombres, se abusará de todo, y tambien de las mejores cosas. El abuso es digno de condenarse; pero esta no es razon, para desterrar estilos que no son malos por sí mismos. Esta máxima tendrá lugar en todas las artes, de que tengo que hablar en adelante.

III. DE LAS ARTES LIBERALES. — Preliminar. Entramos en el exámen de las artes, que se llaman liberales por oposicion á las mecánicas, porque las primeras se consideran como mas nobles, por depender mas del entendimiento. Esta artes son principalmente la arquitectura, la escultura, la pintura y la música.

Hay siglos felices en que las artes, como tambien las ciencias, florecen con esplendor, y despiden mucha luz; pero, como lo observa un historiador, este esplendor y esta luz se obscurecen muy presto, y la duracion de estos tiempos de perfeccion, se contiene regularmente en un espacio bastante corto. Fue mas largo en la Grecia que en ninguna otra parte. No empezando el reinado de las buenas artes, sino en tiempo de Pericles, y no llegando con él mas que hasta la muerte de los primeros sucesores de Alejandro (se podrian adelantar y atrasar mas estas dos épocas) este intervalo seria á lo menos de doscientos años, durante los cuales floreció una multitud de hombres ilustres en todas las artes.

No se puede dudar que las recompensas, el honor, y la emulacion contribuirian mucho para producir aquellos grandes hombres. Concibamos cuánto ardor debia excitar en ellos aquella laudable costumbre que reinaba en muchas ciudades de la Grecia de presentarse en público los que sobresalian en las artes; establecer entre sí disputas públicas, y distribuir premios á los vencedores, á vista, y con los aplausos de todo un pueblo.

La Grecia, como se verá muy presto, se consideró obligada á tributar casi tantos respetos al celebre Polignoto como pudiera haber hecho á Licurgo y á Solon; disponiendo entradas magníficas en las ciudades en donde habia hecho algunas pinturas, y ordenando por un decreto de los Anfictiones, que se le hiciese el gasto á espensas del público, en todos los lugares á donde fuese.

¡Qué honores no hicieron en todos los siglos los mayores príncipes á los que se distinguieron en las artes! Hemos visto que Alejandro el Grande, y Demetrio Poliorcetes, olvidando su dignidad, se familiarizaban con dos ilustres pintores, Apeles y Protógenes, y concurrian á sus oficinas á tributar de alguna suerte homenaje al raro talento y mérito superior de aquellos hombres extraordinarios.

Cárlos V, uno de los mas grandes emperadores que han reinado en occidente, manifestó el caso que hacia de la pintura, cuando hizo á él Ticiano conde palatino, honrándole con la llave dorada, y con otras muchas señales de distincion.

El rey Francisco I, su ilustre rival en las acciones de la paz, como tambien en las de la guerra, le excedió mucho cuando dijo á los señores de su córte en favor de Leonardo de Vinci, quien espiraba en sus brazos: «no debeis admiraros de la honra que hago á este gran pintor: en un dia puedo hacer muchos señores como vostros; pero solamente Dios puede hacer un hombre semejante al que pierdo.»

Los príncipes que hablan y obran de este modo, se hacen á lo ménos tanto honor á sí mismos como á aquellos cuyo mérito ensalzan y favorecen. Es verdad que las artes, con la estimacion que manifiestan de ellas los reyes, adquieren una nobleza y esplendor que las ilustra y eleva; pero las artes de su parte hacen á los reyes un servicio igual, y los ennoblecen tambien á ellos mismos inmortalizando su nombre y sus acciones, con obras que pasan hasta la posteridad mas remota.

Patérculo, á quien he citado ya sobre la poca duracion que tienen las artes en llegando á su perfeccion, hace otra observacion que es muy verdadera y verificada por la experiencia, así de los siglos antiquísimos, como de los últimos tiempos; y es que los grandes hombres en todo genero, en las artes, en las ciencias, en la política y en la guerra, son regularmente contemporáneos.

Traigamos á la memoria el tiempo en que florecian en la Grecia los Apeles, los Praxiteles, los Lisipos, y otros semejantes; por entónces vivian sus mayores filósofos, sus mayores oradores, y sus principales poetas. Sócrates, Platon, Aristóteles, Demostenes, Isócrates, Tucídides, Jenofonte, Eschiles, Eurípides, Sofócles, Aristófanes, Menandro y otros muchos vivieron con corta diferencia en el propio siglo. ¡Qué hombres, qué generales griegos los de aquel tiempo! ¿Cuándo se vió cosa mas perfecta?

El siglo de Augusto tuvo el mismo destino en todo género. En el de Luis XIV, ¡qué multitud de grandes hombres de toda especie, cuyos nombres, acciones, y obras harán célebre para siempre la memoria de aquel glorioso reinado!

Parece que llegan tiempos, en los que se esparce generalmente en un mismo país, no sé qué espíritu de perfeccion en todas las profesiones: sin que se pueda explicar cómo, y por qué sucede esto de esta suerte. Se puede decir no obstante, que todas las artes y todos los talentos tienen enlace por algun lado. El discernimiento de perfeccion es el mismo en todo lo que depende del ingenio. Si falta el cultivo, quedan sepultados una infinidad de talentos. Cuando se excita el verdadero incentivo, entónces estos talentos, sacando un socorro mútuo unos de otros, sobresalen de un modo particular. La desgracia es que esta misma perfeccion, cuando ha llegado á su supremo grado, es un precursor de la decadencia de las artes, las que nunca están mas cerca de su ruina, que cuando parecen mas distantes de ella: ¡tanta instabilidad y variacion hay en todas las cosas humanas!

DE LA ARQUITECURA. — Art. 1.° §. 1. No tiene duda que el cuidado de fabricar casas se siguió inmediatamente al de cultivar las tierras, y que la arquitectura no es muy posterior á la agricultura. Por esto llama Teodoreto á esta la hermana mayor de la arquitectura. Los excesivos calores del estío, los rigores del invierno, la incomodidad de las lluvias, y la violencia de los vientos, advirtieron presto al hombre que buscase abrigos, y procurase retiros que le sirviesen de asilo contra las injurias del aire.

En los principios no eran mas que simples cabañas, construidas muy toscamente de ramas de árboles, y muy mal cubiertas. En tiempo de Vitruhio se enseñaban todavía en Atenas, como una cosa curiosa por su antigüedad, los techos del Areópago, hechos de barro; y en Roma, en el templo del Capitolio, la cabaña de Rómulo, cubierta de paja.

Despues vinieron los edificios de madera, que dieron la idea de las columnas y de los arquitrabes. Estas columnas tomaron su modelo de los árboles, que se emplearon en los principios para sostener lo hecho: y el arquitrabe no es otra cosa, como lo indica su nombre, que una gruesa viga colocada entre las columnas y el techo.

De dia en dia, á fuerza de trabajar en los edificios, se hicieron los artífices mas industriosos, y sus manos mas hábiles. En vez de aquellas frágiles cabañas, con que se habian contentado en los principios, levantaron sobre cimientos sólidos paredes de piedra y de ladrillo, y las cubrieron con madera y teja. En lo sucesivo, sus reflexiones, fundadas en la experiencia, los condujeron finalmente al conocimiento de las reglas ciertas de la proporcion, cuyo gusto es natural al hombre; y cuyos invariables principios le inspira su mismo ser, los que deberian darle á conocer que nació en todo para el órden. De aquí proviene, como lo advierte san Agustin, que en un edificio, cuyas partes tienen una mútua relacion entre sí, y están colocadas cada una en su lugar, ocasiona esta simetría una agradable impresion á la vista, y causa placer; en lugar que si las ventanas, por ejemplo, están mal dispuestas, que unas son mas grandes, otras mas pequeñas, unas puestas mas arriba, otras mas abajo: este desórden ofende la vista, y parece que le hace una especie de injuria; esta es la expresion de san Agustin.

Por grados llegó la arquitectura á la perfeccion, á que la condujeron los maestros del arte. En los principios se contuvieron en lo que era necesario al hombre para el uso de la vida, no buscando en los edificios sino la solidez, la sanidad y comodidad. Es necesario que una casa sea durable, que esté situada en parajo saludable, y que tenga todas las comodidades que se puedan apetecer. Despues trabajó la arquitectura en el adorno y decoracion de los edificios, y llamó para esto otras artes á su socorro. Finalmente, vinieron la pompa, la grandeza, la magnificencia, muy laudables en muchas ocasiones; pero de las que la vanidad abusó luego extrañamente.

La sagrada Escritura nos habla de una ciudad edificada por Caín, después que le maldijo Dios por haber muerto á su hermano Abel; y es la primera vez que se hace mencion de edificios en la historia. Por aquí sabemos el tiempo y lugar en donde tuvo su orígen la arquitectura. Los descendientes de Caín, á quienes atribuye la misma Escritura la invencion de casi todas las artes, perfeccionaron sin duda esto bastantemente. Los cierto es, que después del diluvio, los hombres, antes de separarse unos de otros, y derramarse en diferentes países de la tierra, se quisieron señalar con un soberbio edificio, que les atrajo tambien la ira de Dios. El Asia, pues, fué como la cuna de la arquitectura, en donde nació, en donde se perfeccionó mucho, y de donde se esparció despues en las otras partes del universo.

Babilonia y Nínive, las mas vastas y magníficas ciudades, de que habla la historia, fueron obra de Nemrod, biznieto de Noé, y el conquistador mas antiguo. Creo que no llegaron desde luego á esta prodigiosa magnificencia que fué después la admiracion del universo; pero fueron ciertamente muy grandes, y de mucha extension desde entónces, como lo manifiestan los nombres de las otras ciudades fabricadas en el mismo tiempo por el modelo de la capital.

La construccion de las famosas pirámides, del lago de Mœris, del laberinto, de los muchos templos distribuidos en el Egipto, y de aquellos obeliscos, que son todavía la admiracion y adorno de Roma, da á entender con que ardor y acierto se habian aplicado los egipcios á la arquitectura.

Sin embargo, ni al Asia, ni al Egipto es deudor este arte de la perfeccion á que llegó, y se puede dudar si las fábricas tan elevadas de una y otra eran tan dignas de estimacion por la exactitud y regularidad, como por la enorme magnitud, en que tal vez consistia su principal mérito. Los diseños que tenemos de las ruinas de Persépolis manifiestan que los reyes de Persia, cuya opulencia nos alaba tanto la historia antigua, no tenian sino artífices medianos.

Sea lo que fuese, parece por los mismos nombres de las tres principales órdenes que componen la arquitectura, que á la Grecia se debe atribuir, si no la invencion, á lo menos su perfeccion; y fué la que prescribió reglas y dió los modelos. Lo propio se debe decir de todas las otras artes, y de casi todas las ciencias. Sin hablar aquí de los grandes capitanes, los filósofos de todas sectas, los poetas, los oradores, los geómetras, los pintores, los escultores, los arquitectos, y generalmente todo lo que tiene relacion con el entendimiento, salió de la Grecia, y tambien era forzoso acudir allí, como á la escuela del buen gusto en todo género, para perfeccionarse.

Es lástima que no nos haya quedado escrito alguno de los griegos sobre la arquitectura. Los únicos libros que tenemos suyos en esta materia son las obras de aquellos maestros antiguos, que se ven aun hoy dia en pié, cuyo primor universalmente reconocido es, de casi dos mil años á esta parte, la admiracion de todos los inteligentes: obras infinitamente superiores á todos los preceptos que nos pudieran dejar, siendo la práctica digna de preferirse en todo á la teórica.

En defecto de los griegos, Vitrubio, autor latino, me socorrerá. La calidad de arquitecto de Julio César, y de Augusto (porque segun la opinion mas comun era de su tiempo), hace mucho para lo que se debe juzgar de la excelencia de su obra, y del mérito del autor. Por esto le ponen los críticos en el primer órden de los grandes ingenios de la antigüedad. Se puede añadir á este primer motivo la reputacion del siglo en que vivió, en el que reinaba generalmente el buen gusto en todo, y en el que el emperador Augusto se esmeró en adornar á Roma con edificios que correspondiesen á la grandeza y magestad del imperio; por lo que dijo, que, habiendo encontrado la ciudad edificada de ladrillo, la habia dejado casi toda de mármol. Tengo necesidad de un guia tan instruido como Vitrubio, en una materia que trató con maestria. Me valdré mucho de las notas que el señor Perault puso á la traduccion que publicó de aquel autor, como tambien de las reflexiones del señor de Chambray en su obra intitulada «Paralelo de la arquitectura antigua y moderna,» de la que veo hacen mucho caso los inteligentes, y de las del señor Felibien en su obra intitulada «De los principios de la arquitectura, etc.».

Los antiguos tenian, como nosotros, tres especies de arquitecturas: la civil, la militar y la naval. La primera prescribe reglas para todos los edificios públicos y particulares, y para el uso de los ciudadanos en la paz. La segunda tiene por objeto la fortificacion de las plazas, y todo lo que tiene relacion con la guerra en este género. La tercera trata de la construccion de las naves, y de todo lo que resulta y depende de esto. No hablaré aquí sino de la primera, reservando el decir alguna cosa en otra parte de las otras dos, y empezaré dando una idea general de los diferentes órdenes.

§. 2. La necesidad que tuvieron de construir diferentes especies de edificios fue causa de que los artífices estableciesen tambien diferentes proporciones, con el fin de tener las que conviniesen á todo género de edificios, segun su grandeza, y segun la fortaleza, delicadeza y primor que querian manifestar en ellos: y de estas diferentes proporciones compusieron diferentes órdenes.

Órden en términos de arquitectura, se dice de los diversos adornos, medidas y proporciones de las columnas, y pilastras que sostienen ó adornan los edificios grandes.

Hay tres órdenes de la arquitectura de los griegos: el dórico, el jónico, y el corintio. Se les puede llamar con razon la flor y perfeccion de los órdenes, pues contienen no solamente todo lo mas hermoso, sino tambien todo lo necesario de la arquitectura; no habiendo mas que tres modos de edificar, el solido, el medio, y el delicado, los cuales se explican todos perfectamente en estos tres órdenes.

Á estos tres órdenes, se añadieron dós, que son latinos, el toscano, y el compuesto, muy distantes de la estimacion y excelencia de los otros tres.

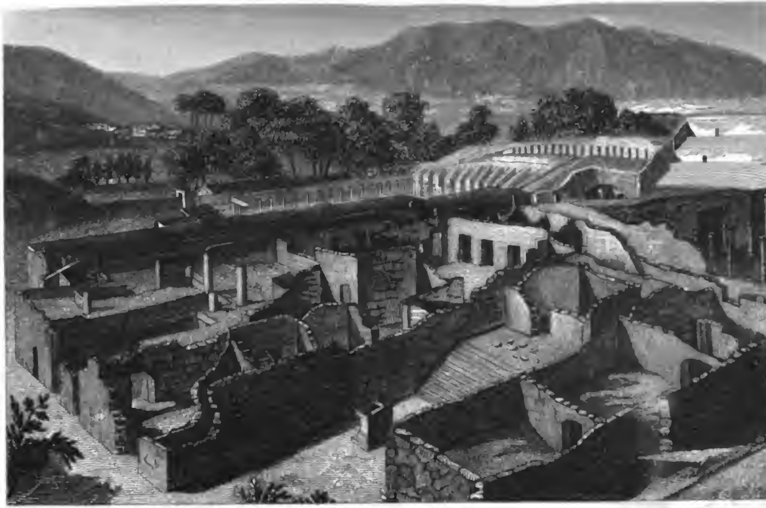
1.° Órden dórico. — Se puede decir que el órden dórico fué la primera idea regular de la arquitectura, y que como hijo primogénito de este arte tuvo tambien la honra de ser el primero en que se edificaron templos y palacios. La antigüedad de su orígen es casi inmemorial; sin embargo Vitrubio la atribuye, con bastante verosimilitud, á un príncipe de Acaya, llamado Doro, al parecer el que dió su nombre á los dóricos, el cual, siendo soberano del Peloponeso, hizo fabricar en la ciudad de Argos á la diosa Juno un soberbio templo, que fué el primer modelo de este órden. Á imitacion de aquel templo, los pueblos vecinos edificaron otros muchos; el mas famoso fué el que los habitantes de Olimpia consagraron á Júpiter, que fué denominado Olimpo.

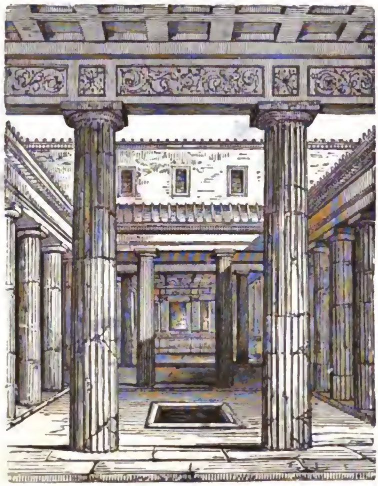
El carácter esencial, y calidad específica del órden dórico, es la solidez. Por esta razon se debe emplear principalmente en los grandes edificios, y en las magníficas fábricas, como en las puertas de las ciudadelas, y ciudades, en las exte riorìdades de los templos, en las plazas públicas, y otros semejantes lugares, en los que la delicadeza de los adornos parece que corresponde menos: en lugar que el modo heróico y jigantesco de este órden hace en ellos maravillosamente su efecto, y muestra una cierta hermosura varonil y natural, que es lo que se llama propiamente el grande estilo.

2.° Órden jónico. — Luego que se vieron edificios regulares, y aquellos famosos templos á la dórica, la arquitectura no se detuvo mucho tiempo en aquellos primeros ensayos: la emulacion de los pueblos vecinos hizo que creciese y llegase muy presto á su perfeccion. Los jonios fueron los primeros rivales de los dóricos; y como no habian tenido la gloria de la invencion, procuraron exceder á los otros. Considerando pues que la figura del cuerpo de un hombre, tal por ejemplo como era Hercules, por la que se habia sacado el órden dórico, era de una estatura muy robusta y maciza, que no correspondia á las casas sagradas, ni á la representacion de las cosas celestes, quisieron componer uno á su modo, y escogieron un modelo de una proporcion mas delicada y primorosa, que era el cuerpo de la mujer, atendiendo mas á la hermosura que á la solidez de la obra, y añadiendole muchos adornos.

Entre los templos celebres edificados por el pueblo de Jonia el mas memorable, aunque nó el mas antiguo, fue el famoso templo de Diana, fabricado en Efeso, del que se hablará muy presto.

3.° Órden corintio. — En Corinto nació el órden





GRANDEZAS ROMANAS.

UN ATRIO CORINTIO EN POMPEYA.

corintio, que es el mas perfecto de toda la arquitectura. Aunque no se sabe precisamente su antigüedad, ni el tiempo fijo en que vivia Calímaco, á quien atribuye Vitrubio toda su gloria; sin embargo, se puede juzgar por la nobleza de sus adornos, que fué inventado durante la magnificencia, y esplendor de Corinto, y muy presto despues del órden jónico, al que es muy semejante, á excepcion del capitel solamente. Una especie de acaso le motivó. Habiendo visto Calímaco, pasando cerca de un sepulcro, una cesta que se habia puesto sobre una planta de acanto, le dió golpe la colocacion fortuita, y el bello efecto que producian las hojas del acanto, que rodeaban la cesta; y aunque la cesta con el acanto no tuviesen relacion alguna natural con el capitel de una coluna, y con un edificio macizo, imitó aquel modo en las colunas, que hizo despues en Corinto, estableciendo y arreglando por aquel modelo las proporciones y adornos del órden corintio.

Á este Calimaco llamaron los atenienses Chatatecnos «hábil y excelente en el arte,» á causa de la delicadeza y habilidad con que labraba el mármol, y segun Plinio y Pausanias le llamaron tambien Kasizotecnos porque no quedaba jamás contento de sí mismo, y no cesaba de retocar sus obras, las que nunca le dejaban satisfecho; porque lleno de las altas ideas de lo grande y de lo bello, hallaba que la ejecucion no correspondia bien con ellas.

4.° Órden toscano.—El órden toscano, segun la opinion comun, tuvo su orígen en la Toscana, cuyo nombre conserva todavía. De todos los órdenes es el mas natural y mas destituido de adornos. Es tambien tan tosco, que rara vez se usa de él, á no ser para algun edificio rústico, el que no tiene necesidad mas que de un solo órden, ó tambien para alguna fábrica grande, como de un anfiteatro, ó para otras obras semejantes:

El señor Chambray juzga, que la coluna toscana, sin arquitrabe alguno, es la única pieza que merece adoptarse, y que puede hacer recomendable este órden. Pone por ejemplo la coluna trajana, una de las mas soberbias reliquias de la magnificencia romana, que se ve aun hoy dia en pie, y que ha inmortalizado mas al emperador Trajano que pudieran haberlo hecho todas las plumas de los historiadores. Este mausoleo, si se puede llamar así, se lo erigió el senado y pueblo romano, en reconocimiento de los grandes servicios que habia hecho á su patria. Y con el fin de que su memoria estuviese presente á todos los siglos, y durase tanto como el imperio, quisieron que se grabasen en mármol con el estilo mas elegante que se hubiese empleado jamás. La arquitectura fué el historiógrafo de aquel ingenioso género de historia; y porque debia preconizar á un romano, no se sirvió de los órdenes griegos, aunque fuesen incomparablemente mas perfectos y mas practicados en la Italia misma, que los otros dos originarios del país; por temor de que no se dividiese de algun modo la gloria de aquel admirable monumento; y tambien para que se viese que no hay cosa tan sencilla que no sepa perfeccionarla el arte. Escogió pues la coluna del órden toscano, el que hasta entónces no se habia empleado sino en las cosas groseras y rústicas; y de aquella masa informe nació la obra mas excelente y primorosa del mundo, que ha perdonado y conservado el tiempo enteramente hasta el presente, en medio de una infinidad de ruinas, de que está llena Roma. Es, con efecto, una especie de maravilla, ver que el coliseo, el teatro de Marcelo, aquellos grandes circos, las termas de Diocleciano, de Caracalla, y de Antonino, aquella soberbia mole de la sepultura de Adriano, el septizono de Severo, el mausoleo de Augusto, y otros muchos edificios, que parece se habian construido para la eternidad, estén al presente tan caducos y maltratados, que apenas se puede percibir su antigua forma, cuando la coluna trajana, cuya estructura parecia menos durable, subsiste todavía entera.

5.° Órden compuesto.—El órden compuesto se añadió á los otros por los romanos. Participa, y se compone del jónico y del corintio, por lo que se llamó compuesto; pero es todavía mas adornado que el corintio. Vitrubio, el padre de los arquitectos, no habla de él.

El señor de Chambray exclama mucho contra el mal gusto de los compositores modernos, quienes entre tantos ejemplos de la incomparable y única arquitectura de los griegos, dejando el camino recto que les abrieron aquellos grandes maestros, se extravian, y se entregan inconsideradamente al mal gusto del arte que se ha venido á introducir entre los órdenes con el nombre de compuesto.

Arquitectura gótica.—Se llama arquitectura gótica la que se aparta mucho de las proporciones antiguas y está llena de adornos quiméricos. Los godos la trajeron del norte.

Se distinguen dos arquitecturas góticas: una antigua y otra moderna. La antigua es la que trajeron los godos del norte en el siglo v. Los edificios fabricados segun la gótica antigua, eran macizos, pesados y toscos. Las obras de la gótica moderna eran mas delicadas, mas sueltas, mas ligeras y de un gusto tan desembarazado, que causaban admiracion. Se practicó mucho tiempo, particularmente en Italia. Es de admirar que la Italia, llena de tantos monumentos de un gusto esquisito, dejase su excelente arquitectura, autorizada por la antigüedad, por el efecto y por la posesion, para adoptar una bárbara, extranjera, confusa, irregular y poco graciosa. Pero reparó esta falta, siendo la primera que se volvió al estilo antiguo, el que hoy dia es el único en todas partes. La gótica moderna duró desde el siglo XIII hasta el restablecimiento de la arquitectura antigua, en el siglo XVI. Todas las catedrales antiguas son de una arquitectura gótica. Hay algunas iglesias muy antiguas, fabricadas al puro gusto gótico, á las que no les falta ni solidez, ni primor, y que asombran tambien á los mas hábiles arquitectos por algunas proporciones generales que encuentran en ellas.

Alguna lámina de las cinco órdenes de arquitectura, de que he hablado, pondrá á los jóvenes, á quienes no pierdo de vista, en estado de tener alguna idea de ellas. Basta que la preceda la explicacion de los términos del arte que el señor Camus, miembro de la academia de las ciencias, profesor y secretario de la de arquitectura, quiso hacer expresamente para estos grabados. Le supliqué que la abreviase mucho, por lo que es mas concisa.

§. 3. Entre los griegos un órden se componia de colunas y de un entablamento, ó cornisamento. Los romanos añadieron pedestales debajo de las colunas de la mayor parte de los órdenes, para aumentar su altura. La «coluna» es un pilar redondo, hecho para sostener ó para adornar un edificio.

Toda coluna, si se exceptúa la dórica, en la que los romanos no ponian basa, se compone de basa, caña y capitel.

La «basa» es la parte de la coluna que está debajo de la caña, y que descansa sobre el pedestal, cuando le tiene. Tiene un «plinto,» que es una pieza llana

y cuadrada como un ladrillo, llamada en griego «plinthos;» y «molduras» que representan argollas, con las que se ataba lo bajo de los pilares, para impedir que se abriesen; estas argollas se llaman «collarinos» cuando son gruesas, y «astragales» cuando son delgadas. Los collarinos dejan regularmente entre si intervalos hondos en redondo, los que se nombran «medias cañas,» ó «escocias.»

La «caña» de la coluna es la parte redonda é igual que se extiende desde la basa hasta el capitel. Esta parte de la coluna es mas delgada por lo alto que por lo bajo. Hay arquitectos que quieren que las colunas sean mas gruesas desde el tercio de su alto que en lo bajo de su caña. No se halla ejemplo de esta opinion en la antigüedad. Otros quieren que el grueso de la caña sea igual desde lo bajo hasta su tercera parte, y se disminuya desde el tercio hasta lo alto. Otros finalmente son de dictámen de empezar la diminucion desde abajo.

El «capitel» es la parte superior de la coluna, que descansa inmediatamente sobre su caña.

El «cornijon» ó entablamento es la parte del órden que está encima de las colunas. Comprende el arquitrave, el friso y la cornisa.

El «arquitrave» representa una viga, y estriba inmediatamente sobre los capiteles de las colunas. Los griegos le llaman «epystilo.»

El «friso» es el intervalo que se halla entre el arquitrave y la cornisa. Representa el suelo del edificio.

La «cornisa» es la coronacion del órden entero. Se compone de muchas molduras, que saliendo las unas sobre las otras, pueden poner el órden al abrigo de las aguas del tejado.

El «pedestal» es la parte mas ínfima del órden. Es un cuerpo cuadrado, que contiene tres partes; el «zócalo,» que está sobre el aire ó suelo; el «neto,» ó «dado» que está sobre el zócalo; el «plafon,» ó «cymacio,» que es la cornisa del pedestal, y sobre el que está sentada la coluna.

Los arquitectos no convienen entre sí sobre las proporciones de las colunas con el cornijon y los pedestales. Siguiendo la que propone Viguolas, cuando se quiera hacer un órden entero con pedestales, en una altura dada, se dividirá esta altura en diez y nueve partes iguales, para dar doce de ellas á la coluna con su basa y capitel, tres al cornijon y cuatro al pedestal. Pero si se quiere hacer un órden sin pedestal se dividirá la altura dada en quince partes solamente, y se darán doce á la coluna y tres al cornijon.

Sobre el diámetro de lo bajo de la caña de las colunas, se arreglan todas las partes de los órdenes. Pero este diámetro no tiene la misma proporcion con la altura de la coluna en todos los órdenes.

El semidiámetro de lo bajo de la caña se llama «módulo.» Este módulo sirve de escala para medir las menores partes de los órdenes. Muchos arquitectos le dividen en treinta partes, de suerte que su diámetro contiene sesenta, que se pueden llamar «minutos».

En la diferencia que se encuentra entre la relacion de las alturas de las colunas con sus diámetros, entre sus basas, sus capiteles y sus cornijones, consiste la distincion de los cinco órdenes de arquitectura. Pero por sus capiteles principalmente se pueden distinguir, á excepcion del toscano, el que se podria confundir con el dorico, si no se considerasen mas que sus capiteles.

Las colunas doricas y toscanas no tienen en sus capiteles sino molduras en forma de argollas, y encima una pieza llana y cuadrada, que se llama «Cymacio.» Pero el dórico es fácil distinguir del toscano por el friso. En el órden toscano el friso es igual, y en el dorico está adornado de «triglifos,» que son «salidas» cuadrilongas, las que imitan bastante los extremos de muchas vigas, que descansan sobre el arquitrabe para hacer un suelo. Este adorno está destinado para el órden dórico y no se encuentra en los otros órdenes.

El capitel jónico es fácil de reconocer por sus volutas, que son circulos espirales, los que salen de debajo del cimacio.

El capitel corintio está adornado de dos órdenes de ocho hojas cada uno y de ocho volutas pequeñas, que salen de entre las hojas.

Finalmente, el capitel compuesto se compone del corintio y del jónico. Tiene dos órdenes de ocho hojas y cuatro grandes volutas, que parece que salen de debajo del cimacio.

Para instruirse enteramente de todas las particularidades que corresponden á los diferentes órdenes, era necesario tratar esto tan por menor que me dilataria mucho, lo que no corresponde al plan de esta obra.

Art. 2.° No puedo tratar sino muy ligeramente esta materia, que pediria libros enteros para explicarla con perfeccion: escogeré lo que me parezca mejor para instruir al lector, y para satisfacer su justa curiosidad, sin excluir tampoco lo que me presente la historia romana, como lo he advertido ya.

La Sagrada Escritura, hablando de la construccion del tabernáculo, y después de la del templo de Jerusalen, que se le sustituyó, nos dice una particularidad muy honrosa á la arquitectura, y es que quiso Dios ser el primer arquitecto de aquellas dos grandes obras, y trazó de alguna suerte, con su divina mano su dibujo, el que puso en manos de Moisés y de David, para que sirviese de modelo á los maestros, que se debian emplear en ellas. Hizo mas: para que la ejecucion correspondiese enteramente á sus ideas, «llenó de su espíritu á Beseel,» á quien habia destinado para que dirigiese la construccion del tabernáculo, esto es, como lo advierte expresamente la Escritura, «que le llenó de sabiduría, de inteligencia é industria para todo género de obras, para inventar todo lo que puede hacer el arte con el oro, la plata, el bronce, el mármol, las piedras preciosas y todo género de maderas. Le dió por acompañado á Ooliab, á quien dotó de habilidad, como tambien á todos los artifices, con el fin de que siguiesen en todo sus órdenes.» Igualmente se dice, que Hirán, á quien empleó Salomon en la construccion del templo, «estaba lleno de sabiduría, de inteligencia, é ingenio, para hacer todo género de obras de bronce.» Las palabras que acabo de citar, especialmente las del Exodo, manifiestan que la ciencia, la habilidad y la industria de los artifices mas excelentes, no proviene de su propio interior, sino que es don de Dios, cuyo orígen conocen rara vez, y rara vez usan bien de él. No se debe esperar encontrar pensamientos tan puros entre los paganos, de quienes tenemos que hablar.

Paso en silencio los famosos edificios de Babilonia y de Egipto, de los que hice mencion en otra parte mas de una vez, y en los que se empleó tan felizmente el ladrillo. Solamente pondré aquí una advertencia de Vitrubio, que tiene alguna relacion con esto.

Aquel excelente arquitecto observa que los antiguos en sus edificios hacian mucho uso del ladrillo, porque la fábrica de ladrillo es mucho mas durable que la de piedra. Así habia muchas ciudades, en las que los edificios, tanto públicos como particulares, y tambien los palacios reales, no eran sino de ladrillo. Entre otros

muchos ejemplos, cita el de Mausoleo, rey de Caria. En la ciudad de Halicarnaso, dice, el palacio del poderoso rey Mausoleo tiene las paredes de ladrillo, aunque esté todo adornado de mármol del Proconeso; y se ven, aun hoy dia, estas paredes muy hermosas, y muy enteras cubiertas de una argamasa tan bruñida que se parece al vidrio. Sin embargo, no se puede decir que no tuviese este rey medios para hacer las paredes de una materia mas rica siendo tan poderoso; y por otra parte tenia tanta inclinacion á la excelente arquitectura, como lo dan bastante á conocer los soberbios edificios con que adornó su ciudad.

§. 1. Templo de Éfeso. El templo de Diana en Éfeso se ha tenido por una de las siete maravillas del mundo. Ctesifon, ó Chersifron, porque los autores varian sobre este nombre, se hizo muy célebre con la construccion de aquel templo. Dió los diseños de él, que se ejecutaron en parte bajo de su direccion y de la de su hijo Metagenes; y lo restante por otros arquitectos, que trabajaron en él después de ellos por espacio de doscientos veinte años, que se tardó en fabricar aquel soberbio edificio. Ctesifon trabajaba antes de la olimpíada 60. Vitrubio dice, que la figura de aquel templo era « diptérica, » esto es, que tenia todo al rededor dos órdenes de columnas en forma de dos pórticos. Tenia cerca de setenta y una toesas de largo, y mas de treinta y seis de ancho. Habia en aquel edificio ciento veinte y siete columnas de mármol de sesenta pies de alto, dadas por otros tantos reyes. Entre aquellas columnas, treinta y seis estaban esculpidas por los artífices mas hábiles de su tiempo. Escopas, uno de los mas celebres escultores de la Grecia, habia trabajado una de ellas, que era el adorno mas hermoso de aquel soberbio edificio. Toda el Asia habia contribuido con un ardor increible, para construirle y adornarle.

Vitrubio refiere el modo con que se halló una gran parte del mármol que se empleó en aquel edificio. Aunque esta relacion parezca un poco fabulosa, no dejaré de contarla. Habia un pastor llamado Pixodoro, que traía regularmente sus rebaños á las cercanías de Éfeso, en el tiempo que pensaban los efesios traer de Paros, del Proconeso, y de otras partes, los mármoles con que querian fabricar el templo de Diana. Un dia que estaba con su rebaño, sucedió que dos carneros que corrian para acometerse, pasaron uno de un lado y otro de otro sin encontrarse, de suerte que el uno fué á dar con sus cuernos contra una peña, de la que rompió una china, la que le pareció al pastor de una blancura tan viva, que al instante, dejando sus carneros en la montaña, corrió á llevar la china á Efeso, en donde estaban con gran cuidado por la conduccion de los mármoles. Se dice que se le decretaron al instante grandes honores. Su nombre de Pixodoro se mudó en el de « Evangelo, » que significa « portador de buenas noticias : » y aun al presente, dice Vitrubio, va el magistrado de la ciudad todos los meses al sitio para sacrificarle; y si falta á esto le multan.

No era bastante haber encontrado mármoles : era necesario conducirlos al templo después de haberlos labrado; lo que no se podia ejecutar sin mucha fatiga y riesgo. Ctesifon inventó una máquina, que facilitó mucho esta conduccion. Su hijo Metagenes inventó otra para transportar los arquitrabes. Vitrubio nos dejó descripcion de aquellas dos máquinas.

El mismo Vitrubio nos dice que Demetrio, á quien llama esclavo de Diana, y Peonio Efesio, acabaron la construccion de aquel templo : era de órden jónico. No dice precisamente el tiempo en que vivian aquellos arquitectos.

La temeraria extravagancia de un particular destruyó en un solo dia el trabajo de doscientos años. Se sabe que Herostrato, para inmortalizar su nombre, pegó fuego á aquel famoso templo, que se consumió enteramente. Era el propio dia del nacimiento de Alejandro el Grande; lo que dió lugar á este insípido pensamiento de un historiador, que, ocupada Diana en el parto de Olimpias, no habia podido socorrer su templo.

Este mismo Alejandro, que era ambicioso é insaciable de todo género de fama, ofreció mas adelante á los efesios, que les daria todo lo que necesitasen para el restablecimiento del templo, con tal que consintiesen en honrarle á él solo por esto, no poniendo mas que su nombre en la inscripcion del templo. Esta condicion desagradó á los efesios; pero disimularon su repulsa con una lisonja, con la que parece se contentó aquel príncipe, respondiéndole, « que no correspondia á un dios erigir monumento á otro dios. » El templo se reedificó aun con mas magnificencia que el primero.

§. 2. No acabaria, si emprendiera recorrer todos los edificios célebres con que estaba adornada la ciudad de Atenas. Pongo el primero de todos el Pireo, porque fué aquel puerto quien contribuyó mas para la grandeza y poder de Atenas. Antes de Temístocles era una mera aldea; los atenienses no tenian entónces otro puerto que el Falero, que era muy reducido y muy incómodo. Temístocles, que pensaba convertir todas las fuerzas de Atenas del lado del mar, conoció bien, para que tuviese buen éxito el proyecto, digno verdaderamente de un hombre grande, que se debia disponer una retirada segura para mucho número de bajeles. Puso los ojos en el Pireo, el que por su natural situacion, ofrecia, en el mismo recinto, tres puertos diferentes. Hizo trabajar en él sin intermision, cuidó de fortificarle bien, y le puso muy presto en estado de recibir numerosas armadas. Este puerto estaba distante de la ciudad cerca de dos leguas (cuarenta estadios) distancia ventajosa, segun la advertencia de Plutarco, para apartar de la ciudad la licencia que reinaba regularmente en los puertos. La ciudad estaba en estado de ser socorrida por el Pireo, y el Pireo por la ciudad, sin que padeciese el buen órden que se debia observar en la ciudad. Pausanias hace relacion de mucho número de templos que adornaban esta parte de Atenas, la que era como una segunda ciudad, separada de la otra.

Pericles unió estas dos partes con el famoso muro, cuya longitud llegaba á dos leguas, y era las delicias y seguridad del Pireo y de la ciudad; le llamaban « la muralla larga. » Demetrio de Falero, en el tiempo que gobernaba á Atenas, se aplicó particularmente á fortificar y hermosear el Pireo. El arsenal que se construyó entónces en él, se ha considerado como una de las mas excelentes obras que habia en la Grecia. Demetrio dió la direccion de él á Filon, uno de los mas célebres arquitectos de su tiempo. Desempeñó esta comision con todo el acierto que se podia esperar de un hombre de su reputacion. Cuando dió cuenta de ella en la asamblea pública, lo hizo con tanta elegancia y precision, que el pueblo de Atenas, buen juez en materia de elocuencia, le halló tan expedito orador como sabio arquitecto, y no admiró menos su talento para la elocuencia, que su habilidad para los edificios. Al mismo Filon le encargaron la mutacion que se tuvo por conveniente hacer en el magnífico templo de Ceres y Proserpina en Eleusis, del que hablaré muy presto.

Volviendo á Pericles, en tiempo de su gobierno, tan largo como glorioso, fué cuando Atenas, enriquecida

de templos, de pórticos y de estátuas, se hizo la admiracion de todos los pueblos vecinos, y cuando se hizo casi tan ilustre por la magnificencia de sus edificios, como lo era ya por el esplendor de sus hazañas guerreras. Encontrándola Pericles depositaria y dueña de los tesoros públicos, esto es, de las contribuciones que se habian impuesto á cada una de las ciudades de la Grecia, y estaban destinadas para la manutencion de las tropas y de las armadas contra los persas, creyó, despues de haber dado suficientes providencias para la seguridad del pais, que no podia emplear mas útilmente las cantidades que le quedaban, que en hermosear una ciudad en donde habia edificios tales como los Pritaneos, los Propileos, y el templo de Teseo.

No examino aquí si hacia mal ó nó, porque por esto se le capituló, ni si aquel empleo de los caudales públicos era muy conforme á la intencion de aquellos que los daban: se deja para otra parte el juicio que se debe hacer de esto. Me contento con advertir, que un hombre solo inspiró á los atenienses la inclinacion á todas las artes, que animó todos los ingenios, é introdujo una emulacion tan ardiente entre los mas excelentes artífices en todo género, que, ocupados únicamente en el cuidado de inmortalizar su nombre, se esforzaban á competencia en las obras que se ponian á su cuidado, para exceder la magnificencia del dibujo con el primor y excelencia de la ejecucion. Parece que ninguno de estos edificios dejaria de necesitar mucho número de años, y una larga sucesion de hombres para acabarse: pero vemos con asombro que todos llegaron á la mayor perfeccion durante el gobierno de un solo hombre, y en un número bastante corto de años, respecto á la dificultad y cualidad de la obra.

Otra consideracion, que toqué ya en otra parte, aumenta tambien infinitamente su valor; no hago aquí sino copiar á Plutarco, y quisiera poder llegar á la energía y viveza de sus expresiones. Por lo regular la facilidad y prontitud no comunican á las obras una gracia sólida y durable, ni un perfecto primor; pero unido el tiempo con el trabajo, paga bien la usura de la dilacion, y da á estas mismas obras una fortaleza capaz de conservarlas y hacerlas triunfar de los siglos. Esto hizo tambien mas admirables las obras de Pericles; que fuéron acabadas en tan poco tiempo, y tuvieron tan larga duracion. Porque en el mismo momento que salian de las manos del artífice, tenian un primor, en el que se conocia ya su antigüedad, y aun hoy dia, dice Plutarco, esto es, cerca de seiscientos años despues, se mantienen tan nuevas, como si se acabasen de rematar, conservando un aspecto de gracia y novedad que le estorba al tiempo deslucir su esplendor; como si tuviesen en sí mismas un principio de juventud inmortal, y un espíritu de vida incapaz de envejecerse.

Plutarco hace despues relacion de muchos templos y de muchos soberbios edificios, en los que habian trabajado los hombres mas inteligentes. Pericles escogió á Fidias, para que tuviese la intendencia de todas aquellas obras. Era el arquitecto mas famoso, y al mismo tiempo el mas hábil escultor y estatuario de su tiempo. Hablaré de él muy presto, cuando trate el artículo de la escultura.

3.° Mausoleo.—El soberbio sepulcro que erigió Artemisa á su marido, rey de Caria, es uno de los mas famosos edificios de la antigüedad; pues se pensó que debia colocarse entre las siete maravillas del mundo. Referiré en el capítulo siguiente, que pertenece á la escultura, lo que dice Plinio de él.

4.° Ciudad y fanal de Alejandría.—Ya se deja discurrir que todas las obras de Alejandro debian tener algo de majestuoso, noble y magnífico. Este fué el carácter de la ciudad que hizo fabricar en Egipto, y tuvo su nombre. Encargó á Dinócrates la direccion de aquella importante empresa. La historia de este arquitecto es muy singular.

Era de Macedonia. Confiado en su ingenio y en sus grandes ideas, partió de su pais para irse al ejército de Alejandro, con intencion de darse á conocer á este príncipe, y proponerle proyectos que fuesen de su gusto. Llevó cartas de recomendacion de sus parientes y amigos, para los primeros y mas calificados de la córte, con el fin de tener entrada mas fácil con el rey. Fué muy bien recibido de aquellos á quiénes se dirigió, los que le prometieron presentarle luego á Alejandro. Como lo difiriesen de un dia á otro, con el pretexto de esperar ocasion favorable, tomó sus dilaciones por escusa y resolvió introducirse él mismo. Era de una estatura ventajosa; tenia el semblante agradable y se presentaba como persona distinguida. Así, contando con su buena presencia, se despojó de sus vestidos ordinarios, se ungió todo el cuerpo con aceite, se coronó con un ramo de álamo, y cubriendo su hombro izquierdo con una piel de leon, tomó una maza en su mano, y en esta disposicion se acercó al trono, en el que estaba sentado el rey y daba audiencia. Apartándose la multitud con la novedad de este espectáculo, le vió Alejandro, quien se sorprendió, y haciéndole acercar le preguntó quién era. Le respondió: «Yo soy el arquitecto Dinócrates, macedonio, que traigo á Alejandro ideas y proyectos dignos de su grandeza.» El rey le oyó. Él le dijo que pensaba construir el monte Atos en forma de un hombre que tendria en su mano izquierda una gran ciudad, y en la derecha una copa, que recibiria las aguas de todos los rios que caen de aquella montaña para verterlas en la mar. Alejandro, gustando de esta idea jigantesca, le preguntó, si habria campiñas en las cercanías de aquella ciudad, que pudiese dar granos para que subsistiese; y conociendo que seria necesario traerlos por mar, dijo que alababa la valentía de la invencion; pero que no podia aprobar la eleccion del sitio en que la pretendia ejecutar. No obstante esto le detuvo cerca de su persona; añadiendo que se valdria de su habilidad para otras empresas.

Con efecto, habiendo descubierto Alejandro, en el viaje que hizo á Egipto, un puerto que tenia un abrigo muy bueno y fácil entrada; que estaba rodeado de una fértil campiña, y tenia muchas comodidades con la vecindad del Nilo; mandó á Dinócrates que edificase una ciudad, la que se llamó de su nombre Alejandría. El arte del arquitecto y la magnificencia del príncipe, concurrieron á cual mas para adornarla, y parece que se agotaron para hacerla una de las mayores y mas magníficas ciudades del mundo. Estaba cercada de una gran extension de murallas, y fortificada con torres. Tenia puerto, acueductos, fuentes de mucho primor; un número casi infinito de casas para los habitantes, plazas y edificios magníficos, lugares públicos para los juegos y espectáculos, finalmente templos y palacios tan espaciosos, y en número tan grande, que ocupaban casi la tercera parte de toda la ciudad. Dije, en otra parte, como fué Alejandría el centro del comercio de oriente y occidente.

Un edificio considerable, que se hizo algun tiempo despues en las cercanías de aquella ciudad, la hizo tambien mas célebre; quiero decir el fanal de la isla de Faro. Los puertos estaban regularmente guarnecidos con torres, así para defenderlos, como para que sirviesen por la noche de gobierno á los que na-



MONUMENTOS GRIEGOS. LOS PROPILEOS



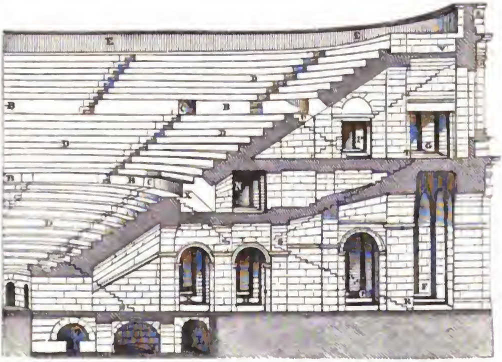
MONUMENTOS GRIEGOS.—EL TEMPLO DE TESEO



MONUMENT OF [illegible] PANTHEON

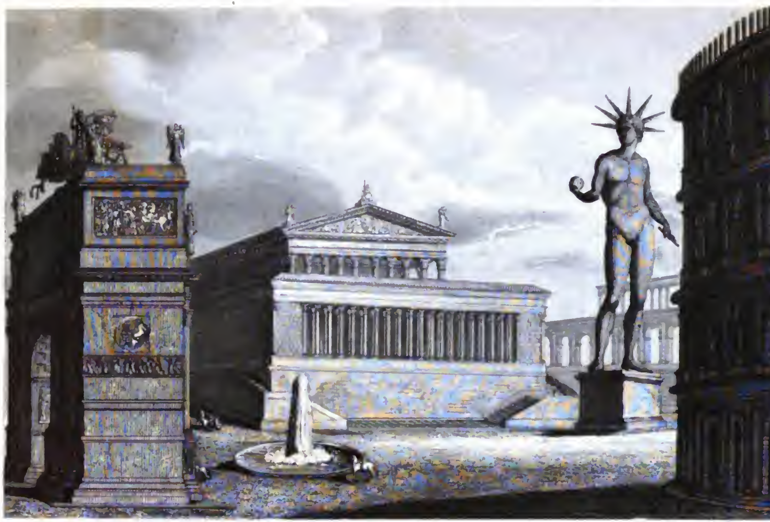


GRANDEZAS ROMANAS.—DOS SEPULCROS ETRUSCOS.



GRANDEZAS ROMANAS.—CORTE DEL FAMOSO ANFITEATRO DE NIMES.

E. atico.—V. visorio.—D. gradería.—C. salidas.—B. precincto.—F, I, G. H, K, P, N, corredores para la circulacion.—R. S. y S, T, escaleras.—X, y Z. id.—L, M, O, corredores subterraneos.



MONUMENTOS DE LA ROMANA GRANDEZA.

vegaban en la mar, por medio de los fuegos que se encendian en ellas. Estas torres eran al principio de una estructura muy sencilla; pero Tolomeo Filadelfo mandó hacer una en la isla de Faro, tan grande y tan magnífica, que la pusieron algunos entre las maravillas del mundo; costó ochocientos talentos, esto es ochocientos mil pesos.

La isla de Faro estaba distante del continente siete estadios, esto es mas de un cuarto de legua. Tenia un promontorio ó peña, contra la que batian las olas del mar. Sobre esta roca mandó Tolomeo Filadelfo fabricar, de piedra blanca, la torre del Faro, obra de una magnificencia extraordinaria, de muchos altos de bóvedas, con poca diferencia como la torre de Babilonia, que tenia ocho altos. Dió la intendencia á un célebre arquitecto llamado Sóstrates, quién grabó en la torre esta inscripcion: « Sóstrates Cnidio, hijo de Dexifanes, á los dioses salvadores en favor de los que navegan. » Se puede ver en la historia de Filadelfo lo que se dice de esta inscripcion.

Un autor que vivia hace cerca de setecientos años, habla de la torre del Faro, como de un edificio que subsistia todavía en su tiempo. La altura de la torre, segun su opinion, era de trescientos codos, esto es de cuatrocientos y cincuenta piés, ó de setenta y cinco toesas. Un scholiaste manuscrito de Luciano, citado por Isaac Vosio, asegura que en cuanto á la grandeza se podia comparar con los pirámides de Egipto; que era cuadrada; que sus lados tenian cerca de un estadio de largo, poco menos de ciento y cuatro toesas; que desde su cumbre se descubrian hasta cien millas á lo lejos, esto es cerca de treinta ó cuarenta leguas.

Esta torre tomó muy presto el nombre de la isla, y se llamó Faro; y este nombre pasó á las otras torres construidas para el mismo fin. La isla, en donde estaba fabricada, se hizo península en los tiempos posteriores. La reina Cleopatra la unió á la tierra con una calzada y un puente, que iba desde la calzada á la isla, obra importante, la que se encargó al arquitecto Dejifanes, natural de la isla de Chipre. En recompensa le dió un empleo considerable cerca de su persona y la direccion de todos los edificios, que hizo construir despues. Parece mas fundado atribuir esta obra á Tolomeo Filadelfo.

Se ve en muchas ocasiones que los arquitectos hábiles fuéron muy estimados y favorecidos de los antiguos. Los habitantes de Rodas habian asignado una pension considerable á Diogneto su conciudadano, en recompensa de las máquinas de guerra que les habia construido. Llegó un arquitecto extranjero llamado Calias, que hizo á poco experiencia de una máquina capaz, segun su dictámen, de levantar cualquier peso por grande que fuera, y vencer con ella todas las otras máquinas. Diogneto, contemplándolo absolutamente imposible, no tuvo vergüenza de confesar que era superior á su ciencia. La pension de este se asignó á Calias, como mucho mas hábil que él. Cuando Demetrio Poliorcetes dispuso que su terrible Helepolo se acercase á los muros de Rodas que sitiaba, los habitantes intimaron á Calias que hiciese uso de su máquina. Declaró que era muy débil para poder levantar cargas tan pesadas. Los rodios conocieron entónces la enorme falta que habian cometido, tratando con una ingratitud semejante á un ciudadano, á quien tenian tan grandes obligaciones. Rogaron con instancia á Diogneto que tomase á su cargo socorrer á su patria expuesta al mayor peligro. No quiso al principio y se mantuvo inflexible á sus instancias. Pero cuando vió que los sacerdotes y los niños de los mas nobles de la ciudad, bañados en lágrimas, venian á implorar su socorro, se rindió finalmente, y cedió á un expectáculo tan compasivo. Se trataba de impedir que no acercasen los enemigos su formidable máquina á la muralla. Lo logró sin mucho trabajo, haciendo minar el terreno por donde debia pasar el Helepolo; lo que le hizo absolutamente inútil, y obligó á Demetrio á levantar el sitio, despues de haberse acomodado con los rodios. Diogneto fué colmado de honores, y la pension se le restableció al doble.

5.° Los cuatro principales templos de la Grecia. — Vitrubio dice que habia, entre otros, cuatro templos en la Grecia, que estaban edificados de mármol, y enriquecidos con adornos tan hermosos, que eran la admiracion de los mas hábiles peritos, y se habian hecho como la regla y modelo de los edificios en los tres órdenes de arquitectura. La primera de estas obras era el templo de Diana en Éfeso. La segunda el de Apolo en la ciudad de Mileto. Uno y otro eran de órden jónico. La tercera el de Ceres, y Proserpina en Eleusis, que hizo Ictino de órden dórico, de extraordinaria grandeza, capaz de contener treinta mil personas; porque se hallaban otras tantas en él, y por lo regular mas en la celebre procesion de la fiesta de Eleusis. Al principio estaba aquel templo sin colunas en lo exterior para dar mas lugar al uso de los sacrificios. Pero luego Filon, en el tiempo que mandaba en Atenas Demetrio de Falero, puso en el colunas delante de la fachada, para hacer aquel edificio mucho mas majestuoso. El cuarto finalmente era el templo de Júpiter Olímpico en Atenas, de órden corintio. Pisistrato le habia empezado; pero se habia quedado imperfecto despues de su muerte, á causa de las inquietudes que sobrevinieron en la república. Mas de trescientos años despues, Antíoco Epífanes, rey de Siria, se encargó de hacer el gasto necesario para acabar la nave del templo, que era muy grande y para hacer las colunas del pórtico. Cosucio, ciudadano romano, que se habia hecho célebre entre los arquitectos, fué escogido para ejecutar aquella grande obra. Adquirió en ella mucho honor, estimándose tal este edificio, que habia pocos que pudiesen igualar su magnificencia. Este Cosucio fué uno de los primeros romanos que edificó á la manera de los griegos. Me dará ocasion de hablar de algunos edificios de Roma, los que por lo regular tuvieron griegos por arquitectos, y por esto entran en mi plan. El templo de Teseo fué otra maravilla de la Grecia.

6.° Edificios célebres en Roma. — El arte de edificar fue conocido casi tan presto en la Italia, como en la Grecia, si es verdad que los toscanos no tenian todavía comercio con los griegos, cuando inventaron la composicion de un órden particular, que aun hoy dia tiene su nombre. El sepulcro que Porsena, rey de Etruria, mandó que se le edificase cerca de Clusium, cuando vivia, da á entender el gran conocimiento que tenian entónces en aquel país de este arte. Aquel edificio era de piedra, y fabricado, con poca diferencia, del mismo modo que el laberinto edificado por Dédalo en la isla de Creta, si era uñ sepulcro como le pintó Varron en un pasaje que refiere Plinio.

El primer Tarquino hizo construir poco antes en Roma obras muy considerables: porque fué el primero que cercó aquella ciudad con una muralla de piedra. Echó tambien los cimientos del templo de Júpiter Capitolino, el que acabó su nieto Tarquino el soberbio con muchos gastos, haciendo que viniesen para esto los mejores artífices de Etruria. Los ciudadanos romanos no se eximieron de este trabajo; y aunque fue-

se muy penoso é insoportable, añadiéndoseles á las fatigas de la guerra, no se consideraron recargados con él, tanto gusto tenian, y tan honrados se consideraban en fabricar con sus propias manos los templos de sus dioses.

Este mismo Tarquino el antiguo hizo otras dos obras, menos ilustres á la verdad, en cuanto á lo exterior; pero de un trabajo y de un gasto mucho mas considerables: obras, dice Tito Livio, á las que la magnificencia de nuestros dias, puesta al parecer en el supremo grado, casi no ha podido igualar.

Una de estas obras eran las alcantarillas, y conductos subterráneos, destinados para recibir toda la basura, y todas las inmundicias de la ciudad, cuyas reliquias causan aun hoy dia admiracion, y pasman por la valentía de la empresa, y por la grandeza de los gastos que fué preciso hacer para concluirlas. Con efecto, ¡qué grueso y solidez debian tener estas bóvedas conducidas desde el extremo de la ciudad hasta el Tiber, para haber podido sostener, por espacio de tantos siglos, sin sentirse la cosa mas mínima, el enorme peso de las grandes calles de Roma, fabricadas encima, por las que pasaban carruajes sin número y de una carga inmensa!

M. Escauro, para adornar, en el tiempo de su empleo de edil, la escena de un teatro, que no debia durar mas que un mes á lo mas, habia hecho preparar trescientas y sesenta columnas de mármol, muchas de las cuales tenian treinta y ocho piés de alto. Luego que se acabó el tiempo del espectáculo, hizo llevar todas estas columnas á su casa. El que tenia á su cargo la conservacion de los conductos, pidió á este edil que se obligase á pagar el daño, que la conduccion de tantas columnas tan pesadas, podria causar á estas bóvedas, las que desde Tarquino el antiguo, esto es, cerca de ochocientos años, se habian mantenido siempre firmes: y sostuvieron todavía un golpe tan violento sin el menor movimiento.

Finalmente, aquellos conductos subterráneos contribuian infinito para la limpieza de las calles y casas, como tambien para la pureza y sanidad del aire. Las aguas de siete arroyos que se habian incorporado, y soltaban con frecuencia, limpiaban perfectamente aquellos fosos subterráneos en muy poco tiempo, y llevaban consigo todas las inmundicias al Tiber.

Semejantes trabajos, aunque ocultos debajo de la tierra, y sepultados en las tinieblas, parecerán sin duda á todo juez recto mas dignas de alabanzas que los edificios mas magníficos, y los palacios mas soberbios. Estos corresponden á la majestad de los reyes; pero no aumentan su mérito, y, propiamente hablando, no honran sino la hábilidad del arquitecto, en lugar que los otros manifiestan príncipes que conocen el verdadero valor de las cosas; que no se dejan deslumbrar con un vano esplendor; que los ocupa mas la utilidad pública que su propia fama, y procuran extender sus favores y beneficios hasta la posteridad mas remota: digno objeto de la ambicion de un príncipe.

Despues que echaron de Roma á los Tarquinos, habiendo desterrado el pueblo el gobierno monárquico, y recobrado la soberana autoridad, no pensó mas que en extender los límites de su imperio. Cuando en lo futuro tuvo mas comercio con los griegos, empezó á fabricar edificios mas soberbios y regulares. Porque de los griegos aprendió Roma la excelencia de la arquitectura. Antes de esto no tenian sus edificios cosa mas recomendable que su solidez y grandeza. De todos los órdenes no conocian sino el toscano. Ignoraban casi enteramente la escultura, y tampoco usaban del mármol: á lo menos no sabian, ni bruñirle, ni hacer de él columnas, ó otras obras, que por su esplendor y excelencia del trabajo manifestasen primores en los parajes en que se podian emplear.

Propiamente hablando, hasta los últimos tiempos de la república y de los emperadores, esto es, luego que se hizo dominante en Roma el lujo, no se vió en ella la arquitectura con todo su esplendor. ¡Qué multitud de soberbios edificios, y obras magníficas que todavía son el adorno de Roma! El panteon, las termas ó baños, el anfiteatro, nombrado el coliseo, los acueductos, los caminos reales, la coluna de Trajano, y la de Antonino, el famoso puente sobre el Danubio, fabricado por órden de Trajano, bastarian para inmortalizar su nombre. Tenia veinte pilares para que arrancasen los arcos, cada uno de sesenta piés de grueso, de ciento y cincuenta de alto, sin contar los cimientos, y á ciento y sesenta piés uno de otro, lo que hace en todo setecientas noventa y cinco toesas de largo. Sin embargo, era el paraje de todo el país, en donde era mas estrecho el Danubio; pero era tambien el mas rápido y profundo; y en esto parece encontraria un impedimento invencible la industria humana. Fué imposible apartar de allí el agua para fundar los pilares. En lugar de esto fué preciso echar en la madre del rio una prodigiosa cantidad de diferentes materiales, y por este medio hacer especies de empotrados, ó estacadas que llegasen hasta la superficie del agua, para poder despues construir sobre ellos los pilares, y todo lo restante de la fábrica. Trajano habia hecho aquel puente para servirse de él contra los bárbaros. Adriano, su sucesor, al contrario, temió que no se sirviesen de él los bárbaros contra los romanos, é hizo derribar sus arcos. Apolodoro de Damasco fué el arquitecto que dirigió la construccion de aquel puente: habia trabajado en otras muchas obras en tiempo de Trajano. Tuvo un fin muy desgraciado.

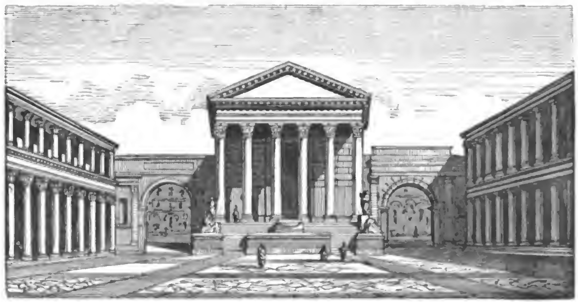
El emperador Adriano hizo construir un templo en honor de Roma y Venus, en cuyo interior y alto estaban colocadas, sentadas cada una en un trono: hay razones para creer que él mismo dispuso el diseño, y dió las medidas, porque se preciaba de sobresalir en todo género de artes y ciencias. Luego que se concluyó, envió Adriano el plano á Apolodoro. Se acordaba, que, habiéndose querido meter un dia en dar su dictámen sobre algun edificio de que hablaba Trajano á Apolodoro, le habia este arquitecto menospreciado, como que hablaba cosas que no entendia. Así, para insultarle y manifestarle que se podia hacer alguna cosa grande y perfecta sin él, le envió la planta de aquel templo, con órden expresa de que le dijese su dictámen. Apolodoro no habia nacido adulador, y bien conoció el ultraje que se le queria hacer. Despues de haber alabado el primor, la delicadeza y magnificencia del edificio, añadió que, pues se le ordenaba que dijese su parecer, no podia disimular que encontraba en él un defecto: y era que, si les daba gana á las diosas de levantarse, corrian peligro de romperse la cabeza, porque la bóveda estaba muy baja, y el templo poco elevado. El emperador conoció al instante la falta grosera, é irreparable que habia cometido, y no se pudo consolar. El arquitecto pagó la pena de esto, y su demasiada franqueza, que puede ser no fuese ni moderada ni respetuosa, le costó la vida.

No he puesto en el número de los edificios magníficos de Roma, el palacio llamado la casa dorada, aunque puede ser no se hubiese visto jamás cosa semejante, en cuanto á la extension del espacio que contenia, la hermosura de los jardines, el número y de-



GRANDEZAS ROMANAS:

Exterior de la casa de un antiguo romano opulento.



GRANDEZAS ROMANAS:

Foro de Pompeya restaurado.



GRANDEZAS ROMANAS.

MAUSOLEO DE AUGUSTO EN EL CAMPO DE MARTE.

licadeza de los pórticos, y la suntuosidad de los edificios; y en donde el oro, las perlas, las piedras preciosas, y todas las otras materias exquisitas, brillaban por todas partes. No creo que sea permitido dar nombre de magnífico á un palacio fabricado con los despojos, y cimentado de alguna suerte con la sangre de los ciudadanos. Así, dice Suetonio, que los edificios de Neron fueron mas ruinosos para el imperio que todas sus temeridades.

Ciceron hubiera juzgado de ellos aun con mas severidad; pues no ponia en el número de los gastos verdaderamente laudables, sino aquellos que tenian por objeto la utilidad pública, como los muros de las ciudades y fortalezas, los arsenales, los puertos, los acueductos, los caminos reales, y otros semejantes. Era tan rígido en este punto que reprobaba los teatros, los pórticos, y aun los templos nuevos, y se fundaba en la autoridad de Demetrio de Falero, quien condenaba abiertamente los excesivos caudales que habia empleado Pericles en semejantes edificios.

El mismo Ciceron hace excelentes reflexiones sobre los edificios de los particulares: porque ciertamente, sobre este artículo, como sobre todos los otros, se debe hacer distincion respecto de los príncipes. Quiere que las personas que tienen el primer lugar en un estado, esten alojadas magníficamente, y mantengan su dignidad con el edificio que ocupan, de suerte no obstante que el edificio no sea su principal mérito, y que sea el dueño quien honre á la casa, y nó la casa al dueño. Encarga á los próceres, que fabrican, que eviten con cuidado los gastos excesivos que trae consigo la magnificencia de los edificios, gastos que sirven de ejemplo funesto y contagioso en una ciudad, pues no dejan la mayor parte de hacer vanidad de imitar á los grandes, y algunas veces tambien de excederlos. Estos palacios multiplicados de este modo honran, se dice, una ciudad. Antes bien la deshonran, si se quiere juzgar de esto sanamente, porque la corrompen introduciendo en ella para siempre el lujo, y pompa, con la magnificencia de los muebles, y con los otros adornos preciosos que requiere un soberbio edificio; además que por lo regular son causa de la ruina de las familias.

Caton, en su libro sobre la vida rústica, dá un consejo muy prudente. Cuando se trata de edificar, dice, se debe deliberar mucho tiempo, y por lo regular no edificar; pero cuando se trata de plantar, no se debe deliberar, sino plantar sin dilacion.

En caso que se edifique pide la prudencia que se tomen justas precauciones. « En otros tiempos, dice Vitrubio, habia en Éfeso una ley muy severa, pero muy justa, por la cual, los arquitectos que emprendian una obra pública, estaban obligados á declarar lo que debia costar, á ejecutarla por el precio que habian pedido, y á obligar para esto todos sus bienes. Luego que se concluia la obra, los premiaban, y favorecian públicamente, si costaba lo que habian dicho. Si no excedia mas que la cuarta parte de lo que se habia ajustado, lo demás se daba de los dineros públicos; pero cuando pasaba de la cuarta parte, el exceso iba de cuenta del arquitecto. Bueno seria, continúa Vitrubio, que tuviesen los romanos igual ordenanza para sus edificios, tanto públicos, como particulares: pues con esto se evitaria la ruina de muchas personas. »

Esta reflexion es muy juiciosa, y manifiesta en Vitrubio un carácter muy digno de estimacion, y una rectitud interior, la que se distingue con efecto en toda su obra, y no le acredita menos que su extrema habilidad. Ejercia su profesion con un desinteres y nobleza bien raros en los que la siguen. La reputacion, nó el dinero, era el alma de sus operaciones. Habia aprendido de sus maestros, dice, que es necesario que un arquitecto espere, y se le ruegue que tome la direccion de una obra, y no puede, sin sonrojarse, pedir lo que le haga parecer interesado: pues se sabe que no se solicita á las gentes para hacerles bien, sino para recibirle.

Pide, para esta profesion, una extension de conocimientos que asombra. Es preciso, segun su opinion, que el arquitecto sea ingenioso y laborioso, todo junto: porque el ingenio sin la aplicacion, y la aplicacion sin el ingenio, jamás harán artífice alguno perfecto. Debe pues saber dibujar, estar instruido en la geometría, no ignorar la óptica, haber aprendido la aritmética, saber mucho de historia, haber estudiado bien la filosofía, tener noticia de la música, y alguna tintura de la medicina, de la jurisprudencia y de la astrología. Trata luego de sus circunstancias, y dice en qué puede cada una de estas ciencias ayudar á un arquitecto.

Cuando llega á la filosofía, además de las noticias necesarias, que le puede dar la física para su arte, la considera por lo respectivo á las costumbres. « El estudio de la filosofía, dice, sirve tambien para perfeccionar al arquitecto, el que debe tener el alma grande, y satisfaccion sin vanagloria; ser recto y fiel, y, lo que es mas importante, enteramente libre de avaricia: porque es imposible que sin fidelidad, y sin honor, se pueda jamás hacer cosa buena. No debe pues ser interesado, y debe pensar menos en enriquecerse que en adquirir honra y fama con la arquitectura: no haciendo nunca cosa indigna de una profesion tan honrada: porque esto prescribe la filosofía.

Vitrubio no piensa en que un arquitecto sea elocuente, del que por lo regular conviene desconfiar, como nos lo da á entender un dicho muy bueno que nos conservó Plutarco. Se trataba de un considerable edificio, que querian fabricar los atenienses, para cuya ejecucion se presentaron ante el pueblo dos arquitectos. El uno, excelente declamador, pero poco hábil en su arte, embelesó, y deslumbró toda á la asamblea por el modo elegante con que se explicó, exponiendo el plan que se proponia seguir. El otro, tan mal orador, como primoroso arquitecto, se contentó con decir á los atenienses: «Señores, yo ejecutaré la obra como este acaba de decir. »

He creido que no podia terminar mejor este artículo, perteneciente á la arquitectura, que con dar alguna idea de la hábilidad y costumbres de aquel, que en juicio de todos los inteligentes, la enseñó, y ejerció con mas reputacion.

IV. DE LA ESCULTURA. — §. 1. La escultura es un arte, que por medio del dibujo y de la materia sólida, imita los objetos palpables de la naturaleza. Le sirve de materia la madera, la piedra, el mármol y el marfil; diferentes metales, como el oro, la plata y el cobre; las piedras preciosas, como el ágata y otras semejantes. Se trabaja en estas materias, ó profundizándolas, ó en relieve. Este arte comprende tambien la fundicion, que se subdivide en el arte de hacer figuras de cera, y vaciarlas ó fundirlas en todo género de metales. Yo entiendo aquí por escultura todas estas diferentes especies.

Los escultores y pintores han tenido entre sí frecuentes y grandes disputas sobre la preeminencia de su profesion, queriendo prevalerse los primeros de la duracion de sus obras, y oponiéndoles los otros el efecto de la mezcla y viveza de los colores. Pero, sin meternos en una cuestion que no es fácil decidir, se

pueden considerar la escultura y la pintura como dos hermanas, que tienen un orígen, y cuyas ventajas deben ser comunes; yo diria casi como un propio arte, cuya alma y regla es el dibujo, pero que trabaja diversamente, y en materias distintas.

Es difícil y poco importante aclarar en la obscuridad de los siglos remotos los primeros inventores de la escultura. Su orígen llega hasta el del mundo, y se puede decir que fué Dios el primer estatuario; pues luego que crió todos los seres, parece que redobló la atencion para formar el cuerpo del hombre, en cuya hermosura y perfeccion parece trabajó con una especie de complacencia.

Mucho tiempo después que acabó aquel modelo con sus manos omnipotentes, quiso ser venerado, principalmente por el ministerio de los escultores, en la construccion del arca del testamento, cuya idea dió el mismo al legislador de los hebreos. ¿Pero en qué términos habla la divinidad de aquel admirable artífice que queria emplear en ella? No temo referirlos segunda vez. « He escogido, dice á su profeta, un hombre de la tribu de Judá, á quien he llenado de mi espíritu, de sabiduría, de inteligencia y ciencia en todo género de obras, para inventar lo que se puede hacer con el oro ó plata, con el bronce ó mármol, con diferentes maderas ó piedras preciosas. » No parece sino que se trata de inspirar al mismo profeta para dar leyes á su pueblo. Del mismo modo habla de los artífices destinados para edificar y adornar el templo de Jerusalen.

Nada ensalzaria tanto el mérito de la escultura como un destino tan noble, si le hubiese desempeñado fielmente. Pero, mucho tiempo antes de la construccion del templo, y aun del tabernáculo, se habia vendido ignominiosamente á la idolatría, la que por su medio llenó el universo de estátuas de sus falsas divinidades que exponia á la adoracion de los pueblos. Se ve en la Sagrada Escritura, que una de las causas que dieron mas curso á este culto impío, fué la extrema hermosura, que, á competencia, procuraban dar los artífices á las estátuas. La admiracion que causaba la vista de aquellas excelentes obras del arte, era una especie de encanto, que, imprimiéndose en los sentidos, deslumbraba los entendimientos y llevaba trás de sí á toda la multitud. «De esta seduccion general en todo el universo, advertia Jeremías á los israelitas, que se guardasen, cuando viesen llevar en Babilonia las estátuas de oro y plata con pompa en las grandes solemnidades. Entónces, dice el profeta, cuando toda la multitud, penetrada de veneracion y temor, se arrodille delante de aquellos ídolos, decid en vosotros mismos (porque el cautiverio á que estaba reducido el pueblo de Dios en una tierra extraña, no le permite explicarse libremente) decid en vosotros mismos: VOS SOIS SEÑOR, Á QUIEN SE DEBE ADORAR.»

Tambien se debe confesar, que no contribuyó poco la escultura para la corrupcion de las costumbres, con la desnudez de las imágenes y con representaciones contrarias á la modestia, como lo reconocieron los mismos paganos. Hago esta advertencia al principio, con el fin de que, en todo lo que diga en adelante en alabanza de la escultura, se vea que distingo la excelencia del arte en sí misma, del abuso que han hecho de ella los hombres.

Los escultores empezaron á modelar en barro, fuese para hacer moldes ó modelos. Por esto dijo el estatuario Praxiteles, que las obras vaciadas á cincel y á buril, debian su nacimiento al arte de hacer figuras de tierra llamada « plástica. » Se pretende que Demarato, padre de Tarquino el antiguo, que se refugió de Corinto á la Etruria, trajo consigo muchos artífices hábiles en este arte é introdujo esta inclinacion en ella, la que, de aquel país, se comunicó á lo restante de la Italia. Las estátuas que se erigieron en ella á los dioses, no eran en los principios sino de tierra, á las que por todo adorno se daba un color encarnado. Hombres que veneraban sinceramente semejantes dioses, no deben, dice Plinio, sonrojarnos. No hacian caso del oro y plata, ni para sí mismos ni para sus dioses. Juvenal llama á una estátua, como la que Tarquino el antiguo hizo poner en el templo del padre de los dioses, « el Júpiter de tierra, que el oro no habia descompuesto ni manchado. »

No se empezó en Roma hasta muy tarde, á dorar las estátuas. La época de esto se señala en tiempo del consulado de P. Cornelio Cetego y M. Bebio Taufilo, el año de Roma 571 ó 573.

Se hicieron tambien en adelante retratos de yeso y de cera. La invencion de esto se atribuye á Lisistrato de Sicion, hermano de Lisipo.

Se ve que los antiguos hicieron estátuas casi de todo género de maderas. Habia en Sicion una imágen de Apolo que era de boj. La Diana de Éfeso era de cedro, segun algunos, como tambien el techo del templo. El naranjo, el ciprés, la palma, el olivo, el ébano, la cepa, en una palabra, todos los árboles que no están sujetos á corromperse, ni á maltratarse con la carcoma, se emplearon para hacer estátuas.

El mármol fué presto la materia mas regular y buscada para las obras de escultura. Se cree que Dipeno y Escilo, ambos de Creta, fuéron los primeros que le usaron en Sicion, que fué mucho tiempo como el centro y escuela de las artes: vivian hácia la olimpíada 50, un poco antes que reinase Ciro en Persia.

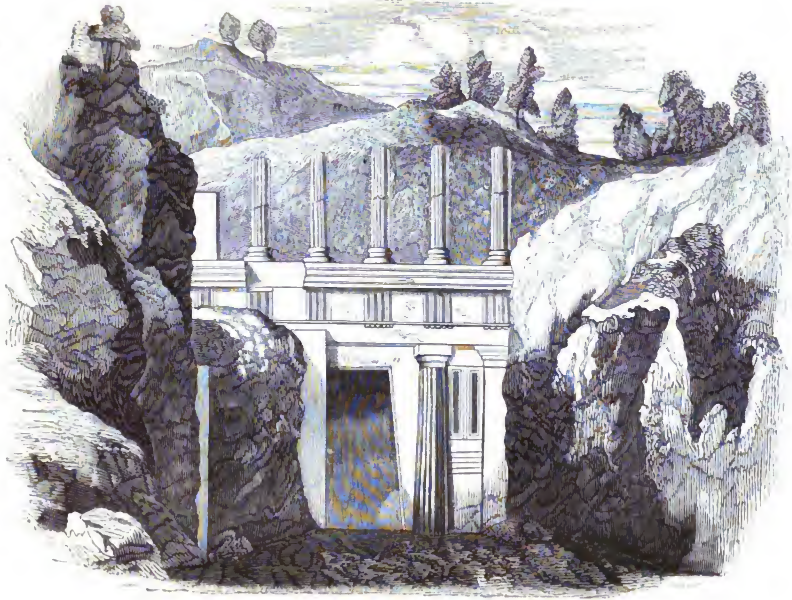
Dos hermanos, Búpalo y Anteno, fuéron muy célebres en el arte de labrar el mármol, en el tiempo de Hiponax, esto es hácia la olimpíada 60. Este poeta era muy feo de cara. Los dos hermanos hicieron su retrato para exponerle á la risa de los espectadores. Hiponax entró en un furor mas que poético é hizo contra ellos versos tan satíricos, que, segun algunos, se ahorcaron de vergüenza y sentimiento. Pero este hecho no puede ser verdadero, pues dejaron obras hechas después de aquel tiempo.

En aquellos principios solo se servian de mármol blanco, sacado de la isla de Paros. Se pretende, que, labrando pedazos de mármol, se encontraban algunas veces en ellos figuras naturales de un Sileno, de un dios Pan, de una ballena y de otros peces. El mármol jaspeado y manchado se hizo después muy de moda. Le sacaban principalmente de las canteras de Chio: y muy presto le habia casi en todos los países.

Se encontró, y se cree que fué en la Caria, el medio de cortar un gran pedazo de mármol en muchas partes muy pequeñas, para embutir en las paredes de las casas. El palacio del rey Mausoleo en Halicarnaso, es la habitacion mas antigua, en donde parece que se usaron estos embutidos de mármol, que eran uno de sus mayores adornos.

El uso del marfil en las obras de escultura, fué conocido desde los primeros tiempos de la Grecia: Homero habla de él, aunque jamás habla de los elefantes.

El arte de vaciar el oro y plata es de la antigüedad mas remota, sin que se pueda decir precisamente su orígen. Los dioses de Laban, que robó Raquel, parece que habian sido fundidos. Las joyas ofrecidas á Rebeca, eran de oro vaciado. Antes de salir de Egipto, habian visto allí los israelitas estátuas fundidas, las que imitaron fundiendo el becerro de oro, y des-



Grandezas Romanas. — Sepulcro antiguo descubierto cerca de Nápoles.

pués hicieron la serpiente de bronce. Desde entónces tenian todas las naciones de oriente dioses vaciados, y prohibió Dios, con pena de muerte, á su pueblo, el imitarlos. En la construccion del tabernáculo no inventaron los artífices el arte de la fundicion: no hizo Dios mas que dirigir su idea.

Se dice que Salomon hizo fundir las figuras empleadas en el templo y en otras partes, cerca de Jericó, porque la tierra era allí arcillosa: lo que muestra que tenian ya el mismo método que nosotros para fundir piezas muy grandes.

Bueno sería que se encontrase en los autores griegos ó latinos el modo que tenian los antiguos de fundir sus metales para hacer las figuras. Se ve, por lo que escribió Plinio, que se servian algunas veces de moldes de piedra. Vitrubio habla de una especie de piedras, que se encontraban en las cercanías del lago de Volsena y en otras partes de la Italia, las que resistian á la violencia del fuego, y con las que se hacian moldes para vaciar diversas especies de obras. Los antiguos tenian el arte de mezclar en la fundicion distintos metales, para expresar en las estátuas diferentes pasiones y diferentes afectos con la diversidad de los colores.

Hay distintos modos de grabar en los metales y piedras preciosas, porque en uno y otro se hacen obras de relieve, de bulto ó vaciadas, que se llaman de grabado. Los antiguos sobresalian en uno y otro género. Las miniaturas que tenemos suyas, las aprecian infinito los inteligentes, y en lo que pertenece al grabado de las piedras, como de aquellas hermosas ágatas y cristales, de que se ven una cantidad muy grande en gabinetes reales, se pretende que no hay cosa tan perfecta como lo que tenemos de aquellos antiguos maestros.

Aunque se grabase en casi todo género de piedras preciosas, sin embargo, las figuras que tenemos suyas están en oniques, que son una especie de ágata opaca, ó en cornalinas, las que tenian por mas proporcionadas para el grabado que las otras piedras, porque son mas firmes, mas iguales; porque se graba en ellas con mas limpieza; y tambien porque se encuentran en las oniques diversos colores que se hallan colocados á trechos unos sobre otros, por cuyo medio hacian que en las piezas de relieve el fondo quedase de un color y las figuras de otro. Para grabar en las piedras preciosas y cristales, se servian de la punta del diamante, como se sirven todavía.

Se alaba mucho la piedra preciosa clavada en el anillo de Polícrates, tirano de Samos, la que arrojó al mar, y recobró por un acaso muy singular. Se decia que estaba en Roma en tiempo de Plinio. Era, segun unos, un sardoniz, y segun otros una esmeralda. La de Pirro no era menos estimada. Se veia en ella á Apolo con su lira y las nueve musas, cada una con su atributo particular. Y todo esto no era efecto del arte, sino de la naturaleza.

En los vasos para beber era en lo que se ejercitaba mas el arte de esculpir: estas piezas eran mas ricas, mas curiosas, y la materia de la mayor suntuosidad.

Una de las mayores ventajas que recibió el arte de retratar, para eternizar sus obras, fué el grabado en madera y cobre, por cuyo medio se saca un gran número de estampas, que multiplican casi infinitamente un mismo diseño, y manifiestan en diferentes lugares la idea de un maestro, el que antes no era conocido si no por el único trabajo que salia de sus manos. Debe admirar, que los antiguos que, grabaron en piedras duras y en cristales, no descubriesen un secreto tan precioso, el que verdaderamente no se encontró hasta despues del de la imprenta, y fué sin duda consecuencia y como imitacion suya. Porque la impresion de las figuras y estampas no se empezó á practicar hasta el fin del decimoquinto siglo. Su invencion se debe á un platero que trabajaba en Florencia.

Después de haber referido, en pocas palabras, la mayor parte de lo que ocupaba antiguamente la escultura, me resta dar á conocer á algunos de los que la ejercieron con mas acierto y reputacion.

§. 2. Aunque naciese la escultura en el Asia y en el Egipto, la Grecia fué, propiamente hablando, quien la ilustró y dió á conocer con esplendor. Sin hablar de los primeros dibujos de este arte, en los que siempre se conoce, como una especie de infancia, se ve, especialmente en tiempo de Pericles, y despues de él, salir del seno de la Grecia una multitud de excelentes maestros, y trabajar á competencia para dar estimacion á la escultura con un número infinito de obras, que fueron y serán la admiracion de todos los siglos. La Ática, fértil en canteras de mármoles, y aun mas rica en ingenios felices para las artes, se llenó muy presto de un número infinito de estátuas.

No pondré aquí sino aquellos que se distinguieron mas por su habilidad y reputacion. Los mas célebres son Fidias, Policleto, Miron, Lisipo, Praxiteles y Escopas.

Hay otro aun mas ilustre que todos los que acabo de nombrar: es el famoso Sócrates. Pues no debo quitar á la escultura el honor que ha tenido de contarle entre sus discípulos. Era hijo de un estatuario, y lo fué tambien él, antes de ser filósofo. Se le atribuian comunmente las tres gracias, que se conservan con cuidado en el castillo de Atenas. No estaban desnudas, como se acostumbraba representarlas, sino vestidas: lo que indica cuál era desde entónces su inclinacion á la virtud. Decia que este arte le habia enseñado los primeros preceptos de la filosofía; y que como la escultura da la forma á su objeto, quitándole las superfluidades, del mismo modo introduce esta ciencia la virtud en el corazon del hombre, quitándole poco á poco todas sus imperfecciones.

Fidias merece por muchas razones ser el primero de los escultores. Era de Atenas, y florecia en la olimpíada 83, tiempo feliz en el que, después de las victorias ganadas á los persas, la abundancia, hija de la paz, y madre de las buenas artes, producia diferentes talentos con la proteccion que lograron de Pericles. Fidias no era de los artífices que solo saben manejar los instrumentos de su arte. Tenia el entendimiento adornado con todas las noticias que podian ser útiles á un hombre de su profesion: historia, poesía, fábula, geometría, óptica. Un caso bastante curioso mostrará, cuán útil le fué esta última.

Á Alcamenes y á él les encargaron que hiciese cada uno una estátua de Minerva, con el fin de escoger la mas hermosa de las dos, que querian colocar sobre una coluna muy alta. Luego que se acabaron las dos estátuas, las expusieron á la vista del público. La Minerva de Alcamenes, vista de cerca, pareció admirable, y tuvo todos los votos. La de Fidias, al contrario, se halló horrible: una gran boca abierta, narices que parecia se retiraban, no sé qué de terrible, y grosero en el semblante. Se burlaron de Fidias y de su estátua. «Colocadlas, dijo, en el sitio en donde deben estar.» Las pusieron en él una después de otra. Entónces la Minerva de Alcamenes no pareció ya nada, en lugar que la de Fidias daba golpe por un aire de grandeza y majestad, que no se podia dejar de admirar. Se restituyó á Fidias la aprobacion que le habia sorprendido su rival, y este se retiró confuso y sonrojado, arrepin-

tiéndose bien de no haber aprendido las reglas de la óptica.

Las estátuas que se alaban, antes del tiempo de que hablamos, eran mas recomendables por su antigüedad que por su mérito. Fidias fué el primero que inclinó á los griegos á la agradable naturaleza, y les enseñó á imitarla. Por esto, luego que se vieron sus obras, se apoderaron de la estimacion del público. Lo que es de admirar no es que hiciese estátuas primorosas, sino que pudiese hacer un número tan grande de ellas: porque la enumeracion que hacen los autores es casi increible, y puede ser fuese el único que uniese tanta facilidad á tanta perfeccion.

Creo que trabajó con gusto en un pedazo de mármol informe que se encontró en el campo de los persas despues de la batalla de Maraton, en la que fueron enteramente derrotados. Aquellos bárbaros, que contaban con una victoria segura, le habian traido para levantar con él un trofeo. Fidias hizo de él una Némesis, diosa que tenia por oficio humillar y castigar el orgullo insolente de los hombres. El odio que los griegos tenian naturalmente á los bárbaros, y el agradable placer de vengar á su patria, animaron sin duda, con nuevo ardor, el ingenio del escultor, y prestaron á su cincel y á sus manos nueva industria.

Del valor de los despojos ganados á los mismos enemigos, hizo tambien para los plateos una estátua de Minerva. Era de madera dorada. El semblante, como tambien la extremidad de las manos y piés, eran de mármol pentélico.

Su principal talento era representar bien á los dioses. Tenia la imaginacion grande y noble, de suerte que, segun la advertencia de Ciceron, no iba á buscar sus facciones y semejanza en algun objeto visible, sino que con la fuerza de su ingenio, se habia formado una idea del verdadero primor, á la que aplicaba continuamente su imaginacion, que era su regla y modelo, y quien dirigia su arte y su mano.

Así, Pericles, que se fiaba en él mas que en todos los arquitectos, le hizo director, y como superintendente de las fábricas de la república. Cuando se acabó el Partenon, aquel magnífico templo de Minerva, cuyas reliquias, que se conservan bastante buenas, embelesan aun hoy dia á los viajeros, pensó en hacer su dedicacion, que consistia en poner en él una estátua de la diosa. Á Fidias se le encargó la obra, y entónces se excedió á sí mismo. Hizo una estátua de oro y marfil de veinte y seis codos de alto (treinta y nueve piés). Los atenienses la quisieron de marfil, que era entónces mucho mas raro y precioso que el mármol mas excelente.

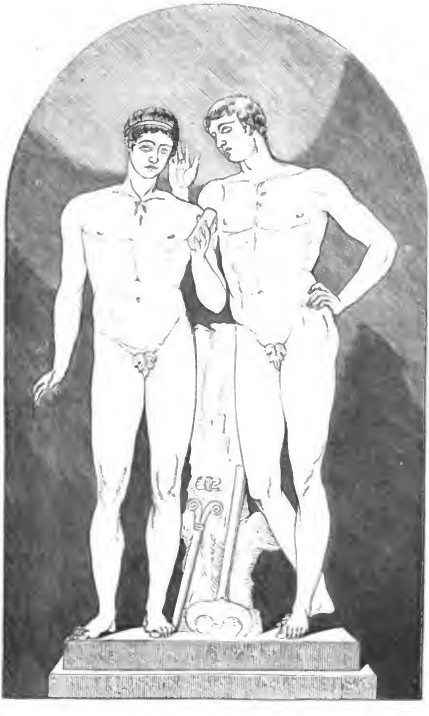
Por rica que fuese aquella prodigiosa estátua, el arte excedia infinitamente á la materia. Fidias habia grabado, en la parte convexa del escudo de Minerva, el combate de los atenienses con los amazonas; en la parte cóncava, el combate de los jigantes con los dioses; en el calzado de la diosa el combate de los centauros y lapitas; en el pedestal el nacimiento de Pandora, y todo lo que se dice de su fábula. Ciceron, Plinio, Plutarco, Pausanias, y otros muchos grandes escritores de la antigüedad, todos inteligentes, todos testigos oculares, hablaron de esta estátua. Con su testimonio no se puede dudar que con efecto fuese una de las mas excelentes obras que se hubiesen visto jamás.

Algunos aseguran, dice Plutarco, que Fidias habia puesto su nombre en el pedestal de su Minerva de Atenas. Esta circunstancia no se expresa en Pausanias, y la desmiente Ciceron, quien dice positivamente que, no teniendo Fidias la libertad de poner su nombre en aquella estátua, habia grabado su retrato en el escudo de la diosa. Plutarco añade que Fidias se habia representado á sí mismo en forma de un viejo, enteramente calvo, que levanta una gran piedra con sus manos, y que habia representado tambien á Pericles peleando con una amazona; pero en tal disposicion, que el brazo que extendia para arrojar un dardo, ocultaba una parte de la cara.

Los maestros hábiles desearon siempre insertar su nombre en sus obras, para participar de la inmortalidad que procuraban á los otros. Miron, aquel famoso estatuario, para hacer su nombre eterno, le puso en uno de los muslos de la estátua de Apolo en caractéres casi imperceptibles. Plinio refiere que los arquitectos lacedemonios, Sauro y Batraco, sin pedir recompensa, edificaron algunos templos en un sitio de la ciudad de Roma el que despues mandó Octavio se cercase de galerías. Se lisongeaban con poner en ellos su nombre; y era, al parecer, la menor recompensa que se debia á su generoso desinterés: pero, parece que en aquellos tiempos, los que daban que hacer á las personas mas hábiles, tomaban todas las precauciones posibles para no dividir con meros artífices las aprobaciones y atencion de la posteridad. Se les negó á estos severamente lo que pedian. Su industria los recompensó. Sembraron, en manera de adornos, lagartos, y ranas en las basas, y capiteles de todas las colonas. El nombre de «Sauro» se denotaba por el lagarto, al que llamaban los griegos «saura;» y el de Batraco por la rana la que llaman «bátraxos.»

Esta prohibicion, de que acabo de hablar, no era general en la Grecia, como se probará claramente muy presto con el mismo Fidias; puede ser fuese particular de Atenas. Sea lo que fuese, se le capituló por los dos retratos, que habia grabado en el escudo de Minerva. No paró aquí. Menon, uno de sus discípulos, pidió que se le oyese, y se declaró su delator. Le acusó de haber extraviado, para su provecho, una parte de los cuarenta y cuatro talentos de oro, que debia emplear en la estátua de Minerva. Pericles habia tenido sospecha de lo que podia suceder, y por su consejo aplicó Fidias el oro á su Minerva, de tal modo, que se podia quitar fácilmente y pesarle. El oro se pesó pues, y con sonrojo del acusador, se encontraron en él los cuarenta y cuatro talentos. Fidias, que conoció bien que su inocencia no le defenderia de la odiosa envidia de sus émulos, y de la conjuracion de los enemigos de Pericles, que le habian suscitado esta causa, tomó la huida, y se retiró á Élida.

Allí pensó en vengarse de la injusticia é ingratitud de los atenienses, de un modo que podria parecer permitido, ó perdonable á un artífice, si lo pudiese ser la venganza alguna vez: fué emplear toda su industria, para hacer á los eleos una estátua que pudiese quitar el lucimiento á su Minerva, la que contemplaban los atenienses como la obra mas primorosa suya. Lo logró. Su Júpiter Olimpio fué un prodigio del arte; y prodigio en tal grado, que, para estimar su justo valor, se creyó que le debian poner en el número de las siete maravillas del mundo. Así no olvidó nada para poner aquella obra en su mayor perfeccion. Antes de acabarla enteramente, la expuso á la vista y juicio del público, y estaba escondido detrás de una puerta, desde donde oia lo que se hablaba. El uno hallaba la nariz muy gruesa, la cara muy larga, y otros notaban otros defectos. Se aprovechó de todos los reparos que le parecieron tener razonable fundamento; persuadido, dice Luciano que refiere este hecho, que muchos ojos ven mas que uno solo. ¡Excelente reflexion para todo género de obras!



ESTATUAS ANTIGUAS:

MERCURIO Y VULCANO.

Esta estátua de oro y marfil, de sesenta piés de alto, y de un grueso proporcionado, causó la desesperacion de todos los grandes estatuarios que hubo despues. Ninguno de ellos tuvo la presuncion de pensar solamente en imitarla, dice Plinio. Segun Quintiliano, la majestad de la obra igualaba á la del dios, y añadia tambien alguna cosa á la religion de los pueblos. Asombrados los que la veian preguntaban si habia bajado el dios del cielo á la tierra para que le viese Fidias; ó si Fidias habia subido al cielo para contemplar al dios. Preguntado el mismo Fidias en dónde habia tomado la idea de su Júpiter Olimpio, citó los tres excelentes versos de Homero, en los que representa este poeta la majestad de aquel dios en términos magníficos, queriendo dar á entender, que era el genio de Homero quien le habia inspirado.

En lo bajo de la estátua se leia esta inscripcion: Fidias ateniense, hijo de Carmides, me hizo. Parece que haciendo aquí Júpiter vanagloria, en algun modo, de haber sido trabajado por mano de Fidias, y declarándolo en aquella inscripcion, reprendia tácitamente á los atenienses su nimia escrupulosidad, en no haber podido sufrir que aquel excelente artífice pusiese ó su nombre ó su retrato en la estátua de Minerva.

Pausanias, que vió aquella estátua de Júpiter Olimpio, y que la habia cuidadosamente examinado, nos dejó una descripcion de ella muy larga y muy elegante. El señor abad Gedoin la insertó en su disertacion sobre Fidias, la que leyó en la academia de las inscripciones, y se sirvió comunicármela. He usado de ella en lo que he referido de aquel famoso estatuario.

La estátua de Júpiter Olimpio colmó la fama de Fidias, y le aseguró una reputacion, que no le han podido quitar dos mil años. Con aquella excelente obra terminó sus trabajos. Mucho tiempo despues se conservaba todavía su obrador, y le iban á ver los viajeros por curiosidad. Los eleos, para honrar su memoria, crearon, en favor de sus descendientes, un empleo, cuyo oficio consistia en limpiar aquella magnífica estátua, y en preservarla de todo lo que pudiese deslucir su hermosura.

Policleto, era hijo de Sicion, ciudad del Peloponeno. Vivia en la olimpíada 87.ª Habia tenido por maestro á Ageladés, y tuvo por discípulos muchos escultores muy célebres, entre otros á Miron, de quien hablaremos muy presto. Hizo muchas estátuas de bronce, que fueron muy estimadas. Entre ellas hubo una, que representaba un jóven hermoso coronado, la que se vendió en cien talentos, esto es, cien mil pesos. Pero lo que le acreditó mas, fué la estátua de un doríforo, en el que dispuso tan felizmente todas las proporciones del cuerpo humano, que se llamó la «regla;» y los escultores venian de todas partes para imaginar, viendo esta estátua, una exacta idea de lo que tenian que hacer para sobresalir en su arte. Policleto pasa sin contradiccion por haber perfeccionado el arte de la escultura, como Fidias por el primero que la dió estimacion.

Trabajando en una estátua, por órden del pueblo, tuvo la complacencia de oir todos los dictámenes, que le quisieron dar, de retocar su obra, de mudar y corregir en ella todo lo que desagradaba á los atenienses. Pero hizo otra en particular, en la que no escuchó sino á su propia idea, y á las reglas del arte. Cuando se expusieron á la vista del público, todos á una voz condenaron la primera, y admiraron la otra. «Lo que condenais, les dijo Policleto, es vuestra obra: y lo que admirais, es la mia.»

Miron. Se saben pocas cosas de este estatuario. Era ateniense, ó á lo menos pasaba por tal, porque los habitantes de Eleuteria, lugar de su nacimiento, se habian refugiado á Atenas, y se consideraban en ella como ciudadanos. Vivia en la olimpíada 84. Sus obras le hicieron muy célebre, especialmente una vaca, que representó en cobre, y fue asunto de muchos excelentes epígramas griegos, que están en el cuarto libro de la antología.

Lisipo era de Sicion, y vivia en tiempo de Alejandro el Grande, en la olimpíada 113. Ejerció primero el oficio de cerrajero; pero su feliz ingenio le determinó muy presto á una profesion mas noble, y mas digna de él. Acostumbraba decir, que el doríforo de Policleto le habia servido de maestro. Pero el pintor Eupompo le señaló otro todavía mejor, y mas seguro. Porque, preguntándole Lisipo, á quién de los que le habian precedido en su arte, se debia proponer por modelo, y maestro: «á ningun hombre particularmente, le respondió, sino á la naturaleza misma.» La estudió pues únicamente en adelante, y se aprovechó bien de sus lecciones.

Trabajaba con tanta fácilidad, que de todos los antiguos fué el que hizo mayor número de obras: se contaban mas de seiscientas.

Entre otras hizo la estátua de un hombre enjugándose al salir del baño, la que era muy primorosa. Agripa la puso en Roma delante de sus termas, ó baños. Tiberio, á quien habia agradado, luego que ocupó el imperio, no pudo resistir al deseo que tenia de poseerla, aunque fuese en los primeros años de su reinado, en los que, dueño de sí mismo, sabia moderar todavía sus pasiones: de suerte que se llevó esta estátua para ponerla en su cuarto, é hizo colocar otra muy hermosa en los baños. El pueblo, aunque temia á Tiberio, no pudo sin embargo dejar de gritar en el teatro, que deseaba que se restituyese á su sitio la primera estátua: á lo que el emperador, aunque la tuviese mucha inclinacion, se vió precisado á consentir, para apaciguar el tumulto.

Lisipo habia hecho muchas estátuas de Alejandro, segun sus diferentes edades, empezando desde su niñez. Se sabe que aquel príncipe habia prohibido á cualquiera otro estatuario, que no fuese Lisipo, el hacer su estátua, como á cualquiera otro pintor que no fuese Apeles, el sacar su retrato; persuadido, dice Ciceron, que eternizando sus nombres con su habilidad aquellos grandes maestros, inmortalizarian tambien el suyo; porque no fué por complacerlos, por lo que expidió aquel edicto, sino por el interes de su propia fama.

Entre las estátuas de Alejandro, habia una de un raro primor, de la que hacia Neron mucho caso, y le tenia particular inclinacion. Pero, como era solo de bronce, aquel príncipe que no tenia gusto, y no le hacia impresion sino lo brillante, determinó hacerla dorar. Este nuevo adorno, por precioso que fuese, le quitó todo su valor, cubriendo con él la delicadeza del arte. Fué preciso quitar todo aquel oro postizo, con lo que recobró la estátua una parte de su primera belleza y anterior estimacion, sin embargo, de las señales y cicatrices que habia dejado la operacion con que se le habia puesto el oro. Me parece que veo, en el mal gusto de Neron, el de muchas personas, que desean substituir el oropel de los pensamientos brillantes á la preciosa é inestimable sinceridad de los antiguos.

Se dice que Lisipo añadió mucho á la perfeccion de la estatuaria, expresando los cabellos mejor que los que le habian precedido, y haciendo las cabezas mas pequeñas, y los cuerpos menos gruesos, para

que pareciesen las estátuas mas altas. Por lo cual, decia Lisipo de sí mismo, « que los otros habian representado en sus estátuas á los hombres, tales como eran hechos; pero que él los representaba, tales como parecian: » esto es, si yo no me engaño, de la manera mas apta para que pareciesen con todo su agrado. El primer punto, en la escultura, como en la pintura, es seguir é imitar la naturaleza: hemos visto que Lisipo la consideraba como su maestro y regla. Pero el arte no se detiene en esto. Sin apartarse jamás de la naturaleza, le añade rasgos y gracias que no la mudan; pero puramente la adornan, y se imprimen en la vista con mas viveza y agrado. Se reprendia á Demetrio, estatuario por otro lado muy célebre, el aplicarse muy escrupulosamente á lo natural en sus obras, y buscar en ellas la semejanza mas que la hermosura. Era lo que evitaba Lisipo.

Praxiteles vivia hácia la olimpiada 104. No se le debe confundir con otro Praxiteles, que fué célebre en tiempo de Pompeyo, por sus excelentes obras de platería. El Praxiteles de quien hablamos aquí, ocupa uno de los primeros lugares entre los estatuarios. Trabajaba principalmente en mármol, y tenia en él extraordinario acierto.

Entre el gran número de estátuas que habia hecho, no se sabia á cuál se debia dar la preferencia, si no lo hubiese dicho él mismo: y lo hizo de un modo que tiene algo de singular. Frinés, célebre cortesana, que habia contraido con él una estrecha amistad, habia solicitado frecuentemente que la regalase aquella obra suya que estimase mas, y le pareciese mas perfecta; y no se lo habia podido negar. Pero, cuando se trataba de la ejecucion, diferia de un dia á otro, fuese que le costase dificultad el determinarse á esto, ó mas bien porque deseaba librarse de sus vivas y eficaces solicitudes dando tiempo. La industria y sutileza no faltan, por lo regular, á las personas del oficio de Frinés. Supo sacar con hábilidad de Praxiteles el secreto á pesar suyo. Un dia que la habia ido á ver á su casa, el criado del estatuario, á quien ella supo ganar, corriendo sin aliento: « el fuego, le dijo, se ha pegado á vuestro obrador, y ha echado ya á perder una parte de vuestras estátuas. ¿Cuáles son las que debo salvar? El maestro, todo fuera de sí, exclamó: yo soy perdido, sino han perdonado las llamas á mi Sátiro y á mi Cupido. Sosiégate, dijo al instante la cortesana, nada se ha quemado. Ya he sabido lo que deseaba. » Praxiteles no se pudo escusar mas. Escogió ella el Cupido, el que colocó mas adelante en Tespis su patria, ciudad de Beocia, á donde iban todavía mucho tiempo después á verle por curiosidad. Cuando Mummio sacó de Tespis muchas estátuas para enviarlas á Roma, respetó esta, porque estaba consagrada á un dios. El Cupido de Verres, de quien habla Ciceron, era tambien de Praxiteles, aunque diferente de este.

Sin duda, que es del primero del que se habla en las memorias del señor presidente de Tou. El hecho es muy curioso: le trasladaré aquí como le refiere. El Tuano, todavía mozo, acompañaba en Italia al señor de Foix, enviado allí por la corte. Estaban por entónces en Pavia. Entre otras cosas exquisitas que Isabel de Este, abuela de los duques de Mantua, habia puesto con cuidado y con órden, en un magnífico gabinete, enseñaron al Tuano una cosa digna de admiracion: que era un Cupido dormido, hecho de un rico mármol de Spezia, por Miguel Ángel Buonaroti, aquel célebre hombre que hizo resucitar en sus dias la pintura, la escultura y arquitectura, muy despreciadas mucho tiempo habia. Foix, por la relacion que se le hizo de esta excelente obra, la quiso ver. Todos los de su comitiva, y el propio Tuano, que tenia un gusto muy delicado para todo este género de obras, después de haberla considerado curiosamente por todos lados, confesaron todos á una voz, que era infinitamente superior á todas las alabanzas que se le daban.

Luego que la admiraron algun tiempo, se les mostró otro Cupido que estaba envuelto en un tafetan. Este antiguo monumento, tal como nos le representan tantos ingeniosos epígramas, que hizo en otros tiempos la Grecia á competencia en su alabanza, estaba todavía manchado con la tierra, de donde le habian extraido. Entónces, comparando todos uno con otro, se avergonzaron de haber juzgado tan ventajosamente del primero, y convinieron que el antiguo parecia animado, y el nuevo un tosco pedazo de mármol sin expresion. Algunas personas de la casa aseguraron entónces, que Miguel Angel, que era mas sincero que lo son regularmente los grandes artífices, habia suplicado encarecidamente á la condesa Isabel, después que la regaló su Cupido, y que vió el otro, que el antiguo se enseñase el último, para que viéndolos los inteligentes pudiesen juzgar cuanto excedian en este género de obras los antiguos á los modernos.

Pero algunas veces se engañan los mas hábiles; ofrece una prueba de esto el mismo Miguel Angel. Habiendo hecho la figura de un Cupido, la llevó á Roma, y rompiéndole un brazo, se quedó con este, y enterró lo restante en un paraje en donde sabia que se debia cavar. Habiéndose encontrado allí esta figura, la admiraron los inteligentes, y se vendió por antigua al cardenal de San Gregorio. Miguel Angel los desengañó muy presto, mostrando el brazo con que se habia quedado. Es bueno ser tan hábil para imitar perfectamente á los antiguos, hasta engañar los ojos mas perspicaces; y tan modesto para confesarse ingenuamente muy inferior á ellos, como hemos visto lo hizo Miguel Angel.

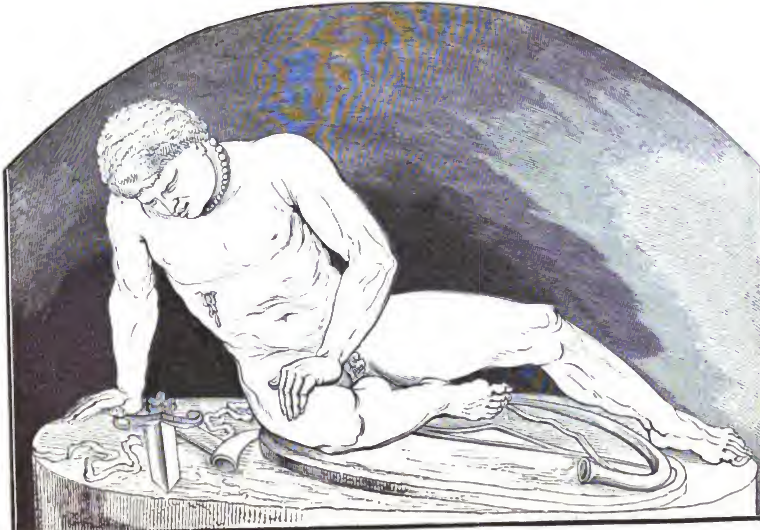
Se cuenta un error semejante, aunque en materia diferente. José Escalígero, el crítico mas hábil de su tiempo, se habia alabado de que no le engañarian sobre el estilo de los antiguos. Se publicaron seis versos, como encontrados recientemente, que son admirables, y tienen todo el aire antiguo: deslumbraron de tal manera á Escalígero, que los citó en su comentario sobre Varron, como un fragmento de Trabea, descubierto poco tiempo habia en un antiguo manuscrito. Trabea, poeta cómico, vivia seiscientos años después de la fundacion de Roma. Estos seis versos eran composicion de Mureto, quien le jugó esta pieza á Escalígero, su rival y competidor.

Bien se considera que Praxiteles, entregado como estaba á Frinés, no dejaria de emplear el trabajo de sus manos para la que se habia hecho señora de su corazon. Una de las estátuas de Frinés se colocó después en el mismo Delfos, entre las de Arquidano, rey de Esparta, y Filipo rey de Macedonia. ¡Qué vergüenza! Si las riquezas fuesen título para tener allí lugar, le merecia bien: porque las suyas eran inmensas. Tuvo la desvergüenza (¿qué nombre se ha de dar al hecho que voy á referir?) de obligarse á reedificar á Tebas á sus expensas, con tal que se pusiese en ella esta inscripcion: « Alejandro destruyó á Tebas, y Frinés la restableció. »

Los habitantes de la isla de Cos pidieron á Praxiteles una estátua de Venus. Hizo dos, cuya eleccion les dió por el mismo precio. La una estaba desnuda, la otra vestida; pero aquella excedia infinito á esta tocante á la hermosura. Los de Cos tuvieron la prudencia



Estátuas antiguas: Diana.



Estátuas antiguas: El gladiador moribundo.



LAOCOONTE EN LAS PLAYAS DE TROYA.



ESTATUAS ANTIGUAS:

LA VENUS DE MÉDICIS.



Estátuas antiguas: El Apolo de Belvedere.

de preferir la última, persuadidos que la decencia, la modestia y el pudor, no les permitian introducir en su ciudad una imágen semejante, capaz de causar infinito daño en las costumbres. Esta moderacion de los paganos, ¿á cuántos cristianos deberia sonrojar? Los Cnidios atendieron menos á las buenas costumbres. Compraron con gusto la Venus desechada, que fué despues la fama de su ciudad, á donde iban expresamente de muy lejos para ver aquella estatua, que se tenia por la obra mas perfecta de Praxiteles. Nicomedes, rey de Bitinia, la estimaba tanto, que ofreció á los habitantes de Cnides el pagar todas sus deudas, que eran muy grandes, si se la querian ceder. Creyeron que seria deshonrarse, y tambien empobrecerse, vender por cualquiera precio que fuese, una estátua que consideraban como su gloria y su tesoro.

Escopas era á un mismo tiempo famoso arquitecto y excelente escultor. Nació en la isla de Paros y florecia en la olimpíada 87. Entre todas sus obras, su Venus tenia el primer lugar. Se pretende tambien que era superior á la de Praxiteles, que era tan famosa. La llevaron á Roma; pero, dice Plinio, el número y excelencia de las obras con que estaba llena aquella ciudad, oscureció su esplendor; además que los empleos y negocios, con que estaban ocupados en ella, tampoco dejaban tiempo para divertirse en estas curiosidades, las que requieren para admirar su primor personas libres de toda ocupacion, y que no tengan que hacer, como tambien un lugar tranquilo, y apartado de la confusion.

Advertí ya en otra parte, que la coluna que hizo para el templo de Diana de Éfeso, fué la que tuvo mas reputacion entre todas.

Contribuyó tambien mucho para la hermosura y adorno del famoso mausoleo, que hizo erigir la reina Artemisa á Mausoleo su marido en la ciudad de Halicarnaso, y se puso en el número de las siete maravillas del mundo, así por su grandeza y lo majestuoso de su arquitectura, como por la cantidad y primor de las obras de escultura con que estaba enriquecido. Partieron con Escopas esta honra otros ilustres competidores. He diferido y dejado para este lugar, la descripcion que nos dejó Plinio de una parte de aquel soberbio edificio, por corresponder aun mas á la escultura que á la arquitectura.

La extension de aquel mausoleo era de sesenta y tres piés del mediodía al septentrion. Las fachadas no eran tan anchas; y su circunferencia de cuatrocientos y once piés. Tenia treinta y seis piés y medio de alto, y treinta y seis colunas en su recinto. Escopas emprendió la parte del oriente; Timoteo tuvo el lado de mediodía; Leocarés trabajó en el poniente; y Briajes en el septentrion. Eran los maestros mas famosos que habia entónces, por lo respectivo á la escultura. Artemisa murió antes que hubiesen acabado la obra; pero creyeron que era honra suya no dejarla imperfecta. Se duda, aun hoy dia, dice Plinio, cuál de los cuatro habia sobresalido mas. Pitis se les juntó y añadió una pirámide sobre el mausoleo, sobre la que puso un carro de mármol tirado por cuatro caballos. Anaxágoras de Clazomenes dijo con sequedad, cuando le vió: «Véase aquí mucho dinero convertido en piedra.»

No debo terminar este artículo sin hablar de una disputa muy singular á que se expusieron, aun despues de su muerte, dos de los mas célebres estatuarios, de quienes he hecho mencion. Estos son Fidias y Policleto. Dije antes que el templo de Diana de Éfeso no se acabó hasta después de una larga série de años. Se trataba, en un tiempo que Plinio no determina, de poner en el estátuas de amazonas, al parecer en número de cuatro. Se habian trabajado muchas por los mayores maestros, así muertos como vivos. La majestad del templo requeria que no se admitiese en él sino lo mas perfecto que hubiese en el arte. Fué preciso estar sobre esto al juicio de los estatuarios mas hábiles del tiempo; por interesados que pudiesen ser en la disputa. Cada uno se adjudicó á sí mismo el primer lugar, y nombraron después los que consideraban haber sobresalido mas; y los que tuvieron la pluralidad de estos últimos votos fueron los que se declararon victoriosos. Policleto tuvo el primer lugar, Fidias el segundo, Ctesilao y Cilon los dos siguientes. Habia sucedido mucho tiempo antes algo semejante, aunque por un motivo muy diferente. Después de la batalla de Salamina, los capitanes griegos, segun la costumbre practicada en aquellos tiempos, debian decir en un papel, quién contemplaban se habia distinguido mas en la batalla. Cada uno se nombró el primero y á Temistocles el segundo. Era darle en realidad el primer lugar.

Bien se conoce que en la corta enumeracion que he hecho de los antiguos estatuarios, no he escogido sino la flor de los mas famosos. Quedan otros muchos y de mucha reputacion, los que me veo precisado á omitir por no alargar demasiado mi obra. Ciceron alaba mucho la Safo de bronce del célebre estatuario Silanion. No habia cosa mas perfecta que aquella estátua. Verres la sacó del pritaneo de Siracusa. Plinio refiere que el mismo Silanion habia vaciado en bronce la estátua de Apolodoro, otro estatuario, hombre furioso y violento contra sí mismo, y á quien sucedia frecuentemente romper por enfado sus propias obras, porque no las podia poner en la soberana perfeccion, cuya idea tenia en la imaginacion. Silanion representó de una manera tan viva aquel mal humor y aquel furor, que se creia ver, nó á Apolodoro, sino á la cólera en persona.

El mismo Plinio alaba tambien mucho un Laocoonte, que estaba en el palacio del emperador Tito, y le prefiere á todas las obras de pintura y escultura. Tres hábiles maestros Agesandro, Polidoro y Atenodoro, rodios, le habian trabajado de concierto, y habian hecho de una sola piedra á Laocoon, sus hijos, y las serpientes con todas sus vueltas y revueltas. ¿Quien además, no ha oido celebrar la Venus llamada de Medicis, el Apolo de Belvedere, el gladiador moribundo, Mercurio y Vulcano, etc.?

Me queda que pintar el carácter de aquellos ilustres artífices, tan hábiles para representar al natural los dioses y los hombres. Lo haré siguiendo á Quintiliano y Ciceron, dos excelentes pintores en cuanto á caractéres y retratos, que por lo regular no se pueden extractar sin desfigurarlos.

El primero, después de haber dicho las diferentes especies que se encuentran en la pintura, continúa así. La misma diferencia se halla tambien en la escultura. Porque los primeros estatuarios, de quienes se hace mencion, Calon y Egesias, trabajaban toscamente, y con poca diferencia en el gusto toscano. Calamis vino después de ellos, y sus obras eran ya menos violentas. Las de Miron tuvieron luego un aire mas natural y apacible. Policleto añadió la regularidad y el agrado. La mayor parte le dieron el primer lugar; sin embargo, como nada se encuentra sin defectos, dicen que sus estátuas necesitarian alguna mas firmeza. Con efecto representó á los hombres con gracias infinitas, y mejor de lo que son; pero no llegó enteramente á la majestad de los dioses. Tambien

se dice que la edad robusta aterraba sus excelentes manos; por esto no expresó sino la tierna juventud. Pero lo que faltaba á Policleto, era en lo que se excedian Fidias y Alcamenes. Sin embargo se asegura que Fidias representaba mejor los dioses que los hombres. Jamás artífice manejó tan bien el márfil, aun cuando no juzgásemos de esto, sino por su Minerva de Atenas y su Júpiter Olimpio, cuya hermosura parece que añadió tambien alguna cosa á la religion de los pueblos, tanto ennoblecia al dios la majestad de la obra. Se cree que Lisipo y Praxiteles son los dos que copiaron mejor la naturaleza. Porque en cuanto á Demetrio, se le reprende haber excedido en este cuidado, y haberse dedicado mas á la semejanza que á la hermosura.

El pasaje de Ciceron es mas corto, y habla tambien en él de algunos antiguos muy poco conocidos. Encuentro, dice, que Canacho manifiesta en sus estátuas un gusto seco y áspero. Calamis, por desagradable que sea, no lo es tanto como Canacho. Miron no llega bastante á lo natural, aunque absolutamente hablando, lo que sale de sus manos es primoroso. Policleto es superior, y, en mi dictámen, encontró la perfeccion.

Advertí ya mas de una vez que á la Grecia debe la escultura la soberana perfeccion á que llegó. La grandeza de Roma, que se debia levantar sobre las ruinas de la de los sucesores de Alejandro, se mantuvo mucho tiempo en la rústica sencillez de sus primeros dictadores y cónsules, quienes no estimaban ni ejercian otras artes que las que sirven para la guerra y para las necesidades de la vida. No empezaron á tener inclinacion á las estátuas y á las otras obras de escultura, hasta después que Marcelo, Escipion y Flaminio, Paulo Emilio y Mummio expusieron á los ojos de los romanos las obras mas primorosas del arte que tenian Siracusa, Asia, Macedonia, Corinto, Acaya y Beocia. Roma vió con admiracion las pinturas, los bronces, los mármoles y todo lo que sirve de adorno á los templos y á los lugares públicos. Se esmeró en estudiar sus singularidades, en discernir toda su delicadeza y en conocer toda su estimacion; y esta inteligencia se hizo nuevo mérito; pero al mismo tiempo ocasion de un abuso funesto para la república. Hemos visto que Mummio, después de la toma de Corinto, cuando encargó á los asentistas que hiciesen conducir á Roma cantidad de estátuas y pinturas de mano de los primeros maestros, los amenazó, si perdian ó maltrataban en el camino algo de ellas, con que los obligaria á dar otras á sus propias expensas. ¿Esta grosera ignorancia no es, dice un historiador, infinitamente digna de preferirse á la pretendida ciencia, que ocupó muy presto su lugar? ¡Extraño desacierto de la humanidad! ¿Pues qué, la inocencia está identificada con la ignorancia? ¿Y es preciso que la inteligencia de las cosas y el buen gusto, dignas por si de estimacion, no se puedan adquirir sin que padezcan las costumbres, cuyo desdoro cae algunas veces, aunque injustamente, sobre las mismas artes?

Esta nueva inclinacion á las piezas raras fué muy presto excesiva. Solo se trataba sobre quién adornaria mas soberbiamente sus casas en la ciudad y en el campo. El gobierno de los países conquistados les ofrecia ocasiones para esto. Interin que no se corrompieron las costumbres, no era permitido á los gobernadores comprar nada de los pueblos que les sometia el senado; porque, dice Ciceron, cuando el vendedor no tiene la libertad de vender las cosas al precio corriente ya no es venta de su parte, sino violencia que se le hace. Se sabe que estas maravillas del arte, que tienen el nombre de los grandes maestros, regularmente no tienen precio. Con efecto, no tienen otro que el que les da la imaginacion, la pasion, y para servirme de la expresion de Séneca, el furor de algunos particulares. Los gobernadores de las provincias compraban por nada lo que tenia mucha estimacion; y aun estos eran los mas moderados. La mayor parte precisaban, violentaban.

La historia nos ha dado pruebas de esto en la persona de Verres, pretor de Sicilia: y no era el único que se portaba de este modo. Es verdad que sobre este artículo fué tan excesivamente descarado, que es inconcebible. Ciceron no sabe cómo llamarle: pasion, enfermedad, locura ó latrocinio. No encuentra nombre que lo explique con bastante energía. Ni decencia, ni sentimiento de honor, ni temor de las leyes, nada le detenia. Contaba estar en la Sicilia, como en un país de conquista. Ninguna estátua, fuese pequeña fuese grande, por poco estimada y preciosa que fuese, se escapaba de sus uñas. Para decirlo todo en una palabra, Ciceron pretende, que el deseo de Verres de recoger cosas curiosas, costó mas dioses á Siracusa, que hombres le habia costado la victoria de Marcelo.

V. DE LA PINTURA.—Art. 1.° §. 1. Sucede con la pintura lo que con todas las demás artes, esto es que tuvo principios muy groseros é imperfectos. La sombra de un hombre señalada y circunscripta con líneas, fué su principio, como tambien de la escultura. El primer modo de pintar tuvo pues su orígen en la sombra, y no consistió sino en algunos rasgos que, multiplicándose poco á poco, formalizaron el dibujo. Después se añadió el color. Fué primero único en cada dibujo, sin mezclar muchos en una misma obra: este modo de pintar se llamó « monocromatea, » esto es, de un solo color. Finalmente, perfeccionándose el arte de dia en dia, se introdujo la mezcla de cuatro colores solamente: se hablará de ellos mas adelante.

No examino aquí la antigüedad de la pintura. Los egipcios se alababan de haber sido sus inventores, y esto puede ser muy bien; pero no fuéron ellos los que la dieron estimacion y crédito. Plinio, en la larga enumeracion que hace de los artífices famosos en cada género, y de las obras excelentes del arte, no nombra un solo egipcio. Fué pues en el seno de la Grecia, fuese en Corinto, fuese en Sicion, fuese en Atenas y en otras ciudades, en donde se perfeccionó la pintura. Se considera posterior á la escultura, porque Homero, que habla frecuentemente de estátuas, bajos relieves y grabados, no hace mencion de cuadro ni pintura alguna.

Estas dos artes tienen muchas cosas comunes; pero llegan á su fin, que es la imitacion de la naturaleza, por diferentes medios: la escultura con el realce de la materia; la pintura, con los colores sobre una superficie lisa; y se debe confesar que el cincel, en manos de un hombre de ingenio, mueve casi tanto como el pincel. Pero sin pretender arreglar las clases entre estas dos artes, ni preferir la una á la otra; ¿qué maravilla ver que la mano de un artífice, con algunos golpes de cincel, pueda animar el bronce y el mármol; y que, divirtiéndose en un lienzo con un pincel y colores, imite con líneas, claros y sombras, todos los objetos de la naturaleza? Si Fidias hace la imágen de Júpiter, dice Seneca, parece que va aquel dios á despedir el rayo: si representa á Minerva, se diria, que va á hablar para instruir á los que la consideran, y que aquella prudente diosa no calla sino por modestia. ¡Dulce ilusion, falsedad agradable, que engaña sin inducir al error, y deslumbra los sentidos para ilustrar el entendimiento!



LOS [illegible] A BRISEIDA

§. 2. La pintura es un arte, que con líneas y colores, representa en una superficie igual y lisa, todos los objetos visibles. La imágen que hace, sea de muchos cuerpos, ó de uno solo, se llama cuadro ó pintura, en el que hay tres cosas que considerar, la composicion, el dibujo, y el colorido, que son las tres partes necesarias para constituir un buen pintor.

1.ª La composicion, que es la primera parte de la pintura, contiene dos cosas: la invencion y la disposicion.

La invencion, es una eleccion de los objetos que deben entrar en la composicion del asunto, que quiere tratar el pintor. Es puramente histórica ó alegórica. La invencion histórica es una eleccion de objetos que solamente por sí mismos representan el asunto. No solo incluye á las historias verdaderas ó fabulosas, sino que comprende tambien los retratos de las personas, la representacion de los paises, de los animales y de todas las producciones del arte y de la naturaleza. La invencion alegórica es una eleccion de objetos que sirven para representar en un cuadro, ó en todo, ó en parte, otra cosa que lo que son en efecto. Tal es, por ejemplo, el cuadro de Apeles, que representa la calumnia, cuya descripcion hace Luciano: la pondré mas adelante. Tal es la pintura moral de Hercules, entre Venus y Minerva, en la que no se introducen aquellas divinidades paganas, sino para expresarnos los atractivos del deleite y de la virtud.

La disposicion, contribuye mucho para la perfeccion y estimacion de un cuadro. Porque, por ventajosa que sea la materia, por ingeniosa que sea la invencion, por fiel que sea la imitacion de los objetos que ha elegido el pintor, sino están bien distribuidos, no tendrá la obra general aprobacion. La distribucion y buen órden, es lo que da estimacion á todo, lo que atrae la atencion y lo que inclina el ánimo, por una simetría ingeniosa y prudente, que pone todas las figuras en su lugar natural. Esta economía y simetría se llama disposicion.

2.ª El diseño ó dibujo, en cuanto es una de las partes de la pintura, se toma por la circunscripcion de los objetos, por las medidas y proporciones de las formas exteriores. Pertenece igualmente á los pintores, escultores, arquitectos, grabadores y generalmente á todos los artífices, cuyas obras necesitan de gracia y simetría.

Se consideran muchas cosas en el diseño: la correccion, el buen gusto, la elegancia, el carácter, la diversidad, la expresion y la perspectiva. Mi ánimo es no hablar de los principios de la pintura, sino en cuanto los pueden necesitar mis lectores para entender lo que se dirá de la pintura antigua, y para que puedan juzgar de ella con algun discernimiento y exactitud.

Correccion es un término de que se sirven regularmente los pintores, para explicar el estado de un dibujo, que no tiene defectos en las medidas. Esta correccion depende de la exactitud de las proporciones y del conocimiento del cuerpo humano y de sus partes.

El gusto es una idea que sigue la inclinacion natural del pintor, ó que adoptó con la educacion. Cada escuela tiene su gusto de dibujo; y desde el restablecimiento de las buenas artes en Europa, la de Roma se ha considerado siempre la mejor, porque se estableció sobre la antigua. La antigua fué pues la mejor que hubo en cuanto al gusto del dibujo.

La elegancia del dibujo, es un género de ser que hermosea los objetos, sin destruir lo natural. Esta parte, que es muy importante, se tratará luego con mas extension.

El carácter es la señal propia y peculiar que distingue y caracteriza cada especie de objeto, pues todos requieren diferentes retoques para explicar el espíritu de su carácter.

La diversidad consiste en dar á cada figura de un cuadro, el aire y aptitud que le son propias. El pintor hábil tiene el talento de discernir el natural que se varia siempre. Así el aspecto y la accion de las personas que pinta, varian siempre. Hay para un gran pintor, por ejemplo, una infinita variedad de alegorías y dolores diferentes, los que tambien sabe variar por las edades, por los temperamentos, por los caracteres de las naciones y de los particulares y por otros mil medios. El asunto mas trillado es asunto nuevo bajo de su pincel.

La palabra « expresion » se confunde regularmente, hablando de pintura, con la de pasion. Difieren no obstante en que expresion es un término general, que significa la representacion de un objeto, segun el carácter de su naturaleza, y segun el sitio que el pintor desea darle para la conveniencia de su obra. Y la pasion, en pintura, es un movimiento del cuerpo, acompañado de ciertas facciones en el semblante, que indican una agitacion en el alma. Así, toda pasion es expresion, pero no toda expresion es pasion.

La «perspectiva» es el arte de representar los objetos que están sobre un plano, segun la diferencia que les ofrece la distancia, sea en cuanto á la figura, sea en cuanto al color. Se distinguen pues dos especies de perspectivas, la lineal y la aerea. La perspectiva lineal consiste en la exacta diminucion de las líneas; la aerea en una precisa degradacion de los colores. « Degradar, » es, en términos de pintura, disponer lo fuerte y débil de los claros, de las sombras y de las tintas, segun los diferentes grados de distancia. El señor Perraul, por una pasion ciega á los modernos, pretendia que la perspectiva fué absolutamente desconocida de los antiguos; y fundaba su opinion en la falta de perspectiva de la coluna Trajana. El señor abab Salier, en una corta pero elegante disertacion sobre esta materia, prueba con muchos pasajes, que la perspectiva no era desconocida á los antiguos, y que este industrioso artificio era quien les enseñaba tambien á embelesar los sentidos en sus pinturas, con la modificacion de los tamaños, de las figuras y colores, cuya viveza y brillantez sabian aumentar ó disminuir. En cuanto á la coluna Trajana, si la perspectiva no se observó exactamente en ella, no fué por ignorancia de las reglas del arte, sino porque, por lo regular, los grandes artífices se detienen poco en las reglas para llegar mas seguramente á su fin. El señor de Piles reconoce, que el defecto de degradacion en aquella coluna, no se debe atribuir sino á la atencion que el artífice, superior á las reglas del arte, ponia al alivio de la vista, para hacer los objetos mas sensibles y palpables.

3.ª El « colorido » es diferente del color. Es el que hace los objetos sensibles á la vista. El colorido es una de las partes esenciales de la pintura, por la que sabe el pintor imitar el color de todos los objetos naturales, haciendo una mezcla juiciosa de los colores simples que tiene en su paleta. Esta parte es muy importante. Enseña de qué suerte se deben emplear los colores, para producir estos bellos efectos del « claro obscuro, » que ayudan para manifestar el relieve de las figuras, y el fondo de las pinturas.

Plinio la explica con bastante extension. Después de haber hablado de los principios muy sencillos y groseros de la pintura, añade que con la ayuda del tiempo y de la experiencia se aclaró poco á poco: que encontró los claros y sombras, con la diferencia de lo-

colores, realzando los unos á los otros; y practicó el claro obscuro, como el último esplendor y consumacion del colorido. Porque este claro obscuro no es propiamente la luz, pero tiene el medio entre los claros y las sombras que entran en la composicion de la materia. Y de aquí proviene que le llamaron los griegos « tonos, » esto es, el tono de la pintura: para darnos á entender, que, así como en la música hay mil tonos diferentes, que se unen unos á otros de una manera insensible, para hacer un sonido armonioso; del mismo modo, en la pintura, hay una viveza y una degradacion de luz casi imperceptibles, las que varian tambien segun los colores propios ó locales de los diversos objetos en que caen. Con esta distribucion graciosa de los claros y sombras; y, si se puede hablar de este modo, con los hechizos de esta especie de magia, engañan los pintores los sentidos, y preocupan la vista de los que miran. Emplean, con un arte, que no se puede dejar de admirar, las tintas, las medias tintas, y todas las diminuciones de colores necesarias, para degradar el color de los objetos. Las nubes no están mejor representadas en la naturaleza que en sus cuadros.

Este atractivo engañoso de la pintura es quien embelesa y atrae á todos, á los ignorantes, á los inteligentes, y á los mismos pintores. No permite á nadie que pase con indiferencia por un lugar en donde esté algun cuadro que tenga este carácter, sin quedar como admirado, sin detenerse, sin gozar algun tiempo del gusto de su admiracion. La verdadera pintura es pues aquella que nos llama, por decirlo así, sorprendiéndonos, y es por la actividad del efecto que produce, por lo que no podemos dejar de acercarnos á ella, como si tuviese alguna cosa que decirnos. Y cuando estamos cerca de ella, hallamos, en efecto, que nos divierte con la bella eleccion y novedad de las cosas que nos presenta, con la historia, y con la fábula, cuya memoria nos refresca: con las invenciones ingeniosas, y con las alegorías, cuyo sentido nos alegramos de encontrar, ó censurar su obscuridad.

Hay en esto mas, como lo advierte Aristóteles en su poética; los mónstruos, y los hombres muertos ó moribundos, que no nos atreveríamos mirar, ó veríamos con horror, los miramos con gusto, imitados en las obras de los pintores. Cuanto mejor imitados, los miramos con mas ansia. La muerte de los Inocentes debió dejar ideas muy funestas en la imaginacion de aquellos que vieron realmente á los soldados desenfrenados degollar los niños en el seno de las madres ensangrentadas. El cuadro de Lebrun, en el que vemos la imitacion de aquel trágico suceso, nos mueve y enternece; pero no deja en nuestro ánimo idea alguna importuna. Sabemos que el pintor no nos aflige, sino lo que queremos, y nuestro dolor, que solo es superficial, desaparece con el cuadro: en lugar de que no seriamos dueños, ni de la viveza, ni de la duracion de nuestros sentimientos, si mirásemos los propios objetos.

Pero lo que debe dominar en la pintura, y lo que la perfecciona sobradamente, es lo natural. Nada es bueno, nada agrada sino lo natural. Todas las artes que tienen por objeto la imitacion no se ejercen sino para instruir y divertir á los hombres con una fiel representacion de la naturaleza. Insertaré aquí un fragmento sobre esta materia, el que espero me agradezca el lector. Le extracté del corto tratado del señor de Piles de lo « Natural en la pintura; » y aun mas de una carta del señor de Guet, que está inserta en él. Y habia escrito á una dama que le pidió su dictámen sobre este tratadito.

De lo natural en la pintura. — Aunque no sea la pintura mas que una imitacion, y el objeto que está en el cuadro sea solo fingido, sin embargo se llama natural, cuando imita perfectamente el carácter de su modelo.

Se distinguen tres especies de natural en la pintura: el simple, el ideal y el compuesto ó perfecto.

El natural simple, que se llama primer natural, es una imitacion sencilla y fiel de los movimientos expresivos de la naturaleza y de los objetos, tales como los eligió el pintor por ejemplar, y que se presentan luego á nuestros ojos: de suerte que las carnes parecen verdaderas, y los ropajes verdaderas telas, segun su diversidad; y cada objeto particular conserva el verdadero carácter de su naturaleza.

El natural ideal, es una eleccion de diversas perfecciones que jamás se encuentran en un modelo solo; pero se sacan de muchos, regularmente de lo antiguo.

El tercer natural, que se compone del natural simple y del ideal, perfecciona, con esta union, el arte y la excelente imitacion de la hermosa naturaleza. Se puede decir que los pintores son hábiles, segun el grado en que poseen las partes del primero y segundo natural, y segun la mayor facilidad que han adquirido en hacer de ellos un buen compuesto.

Esta union concilia dos cosas que parecen opuestas: imitar la naturaleza, y no limitarse á imitarla; añadir á sus primores, para igualarlos, y corregirla para que se conozca bien.

El natural simple da el movimiento y vida. El ideal escoge con arte todo lo que le puede adornar y hacerle sensible, y no lo escoge fuera del natural simple, el cual aunque es pobre en ciertas partes, es rico en su todo.

Si el segundo natural no supone el primero, si le oculta é impide que se dé á conocer mas que todo lo que añade el segundo, el arte se aparta de la naturaleza, se presenta en su puesto, ocupa su lugar; y en vez de representarle, engaña la esperanza del espectador, nó sus ojos, y le advierte del lazo, y no sabe disponérsele.

Si al contrario, el primer natural que tiene toda la verdad del movimiento y de la vida, pero que no tiene siempre la nobleza, exactitud y gracia que se encuentran en otras partes, se queda sin el socorro de un segundo natural, siempre grande y perfecto, no gusta sino por lo que tiene de agradable, y de estar acabado, y pierde todo lo que faltó á su original.

El uso, pues, de este segundo natural, consiste en suplir, en cada objeto, lo que no tenia, pero podia tener, y habia repartido la naturaleza en algunos otros, y en unir de este modo lo que reparte casi siempre.

Este segundo natural, hablando en rigor, es casi tan real como el primero, porque no inventa nada; pero escoge en todo. Estudia todo lo que puede agradar, instruir, y animar. Nada se le escapa, aun cuando parece que por casualidad se le ocultó. Determina con el dibujo lo que no se descubre sino una vez, y se enriquece con mil primores diferentes para ser siempre regular, y no incurrir jamás en repeticiones.

Por esta razon la union de estos dos naturales hace tan extraordinario efecto. Porque entónces es una perfecta imitacion de lo que tiene la naturaleza de mas sutil, mas sensible, y mas perfecto.

Entónces todo es verosímil, porque todo es natural, y todo es excelente, porque todo es raro. Todo hace impresion, porque se observó todo lo que es capaz de hacerla; y nada parece afectado, porque se escogió lo natural, escogiendo lo maravilloso y lo perfecto.

Este hermoso verosímil es lo que parece, por lo regular, mas verdadero que la misma verdad: porque

en esta union el natural primero sorprende al espectador, corrige muchos descuidos, y se da á conocer sin pensarlo.

Este tercer natural es un término á donde no ha llegado todavía nadie. Solamente se puede decir, que los que se han acercado mas á él, son los mas hábiles.

Lo que he referido hasta aquí de las partes esenciales de la pintura, facilitará la inteligencia de lo que se dirá muy presto de los mismos pintores, en la historia abreviada que haré de ellos. Los mayores maestros convienen, que jamás hubo pintor que poseyese, en último grado de excelencia, todas las partes de su arte. Algunos son ingeniosos en la invencion, otros excelentes en el dibujo: estos tienen buen acierto en el colorido, estotros en la expresion: otros finalmente pintan con mucha gracia y primor. Nadie ha poseido todavía todas estas ventajas juntas. Estos talentos, y otros muchos, que he omitido, han estado siempre separados. El pintor mas primoroso es aquel que une en su persona mayor número de ellos.

Lo que importa es conocer bien á lo que nos inclina nuestro natural. Los hombres nacen con un genio destinado, no solamente á cierto arte, sino tambien á ciertas partes de este arte, que son las únicas, en las que pueden sobresalir eminentemente. Si salen de su esfera, se hacen hombres menos que medianos. El arte añade mucho á los talentos naturales; pero no los suple cuando faltan. Todo depende del genio. Se llama de este modo la aptitud que alguno ha recibido de la naturaleza, para hacer bien y fácilmente ciertas cosas, que los otros no podian hacer sino mal, aun costándoles mucho trabajo. Por lo regular agrada un pintor sin observar las reglas, al mismo paso que otro desagrada observándolas; porque este último no tiene la dicha de haber nacido con genio. Este genio es el fuego que hace á los pintores superiores á sí mismos, quien les hace dar alma á sus figuras, y quien les sirve de lo que se llama entusiasmo en la poesía.

Finalmente, aunque un pintor no sobresalga en todas las partes de su arte, no impide esto para que la mayor parte de las obras, que salgan de mano de los grandes maestros, no se deban considerar como obras perfectas en su género, y segun el grado de perfeccion de que es capaz la flaqueza humana. La prueba cierta de su excelencia, es la pronta impresion que hacen igualmente sobre todos los espectadores ignorantes, ó entendidos, solo con esta diferencia, que los primeros no perciben mas que el placer, y los otros conocen la razon de él. En materia de obras de poesía, ó de pintura, el sentimiento es un juez irrecusable. Se llora en una tragedia, ó á vista de un cuadro, antes de haber examinado si el objeto que nos presenta el poeta, ó el pintor, es objeto capaz de mover por sí mismo, ni si está bien imitado. El sentimiento nos dice lo que es, antes que pensemos en examinarle. El mismo instinto, que nos haria llorar, en el primer movimiento, encontrando á una madre que llevase á su hijo á enterrar, nos hace llorar cuando la escena, ó el cuadro nos ponen delante la fiel imitacion de un suceso semejante. El público es pues capaz de juzgar bien de los versos y pinturas sin saber las reglas de la poesía y pintura, porque, como lo observa Ciceron, todos los hombres, con la ayuda del sentimiento interior, que puso en ellos la naturaleza, conocen, sin saber las reglas, si las producciones de las artes son obras buenas, ó malas.

No se extrañará que compare aquí la pintura con la poesía. Todo el mundo sabe el dicho de Simónides, «que la pintura es una poesía muda, y la poesía una pintura que habla.» No examino cuál de las dós pueda lograr mejor representar un objeto, y pintar una imágen. Esta cuestion me extraviaria demasiado. Se ha tratado muy bien por el autor de las Reflexiones Críticas sobre la poesía y pintura, de quien he tomado aquí muchas cosas. Me contento con observar, que, como el cuadro, que representa una accion, no nos presenta sino un instante de su duracion, no puede explicar el pintor muchas circunstancias sensibles que preceden, ó siguen á este instante, ó mucho menos que se conozcan las pasiones y discursos que aumentan mucho su actividad: en lugar de que el poeta tiene libertad de hacer uno y otro de espacio, y darles una justa extension.

No me queda, antes de pasar á la historia de los pintores, mas que dar una idea abreviada de las diferentes especies de pintura.

§. 3. Antes que se hubiese encontrado el secreto de pintar al óleo, todos los pintores trabajaban al fresco y al temple.

Se llama pintura al «fresco» la que se ejecuta sobre una capa de mezcla fresca con colores desleidos en agua. Este trabajo se hace en las paredes, y bóvedas. Llegando la pintura al fresco á incorporarse con el estuco, no perece, ni se cae sino con él. Las paredes del templo de los Dióscores en Atenas, se pintaron al fresco, por Polignoto y Diógneto, durante la guerra del Peloponeso. Pausanias repara que se habian conservado bien aquellas pinturas hasta su tiempo, esto es, cerca de seiscientos años, desde el de Polignoto. No obstante, los buenos pintores, segun Plinio, rara vez pintaban al fresco. No creian que se debia limitar su trabajo á casas particulares, ni dejar á la discrecion de las llamas primores del arte irreparables. Se aplicaban á obras portátiles, las que se podian, en caso de accidente, librar del incendio, llevándolas de un lugar á otro. Todos los monumentos de aquellos grandes pintores, dice Plinio, hacian, por decirlo así, la guardia en los palacios, en los templos y en las ciudades; para estar en estado de salir de ellas al primer movimiento; y un gran pintor, propiamente hablando, era un bien comun, y un tesoro público que pertenecia á toda la tierra.

Pintar al «temple» es una pintura hecha de colores disueltos solamente con agua y cola, ó goma.

La invencion de pintar al óleo no fué conocida de los antiguos. Fué un pintor flamenco llamado Juan Van-Eyck, pero mas conocido por el nombre de Juan de Bruge, quien encontró este secreto, y quien le practicó en el principio del décimoquinto siglo. Este secreto, que estuvo tanto tiempo oculto, solo consiste, con todo eso, en moler los colores con aceite de nueces ó linaza. Ha sido de mucho alivio para la pintura, porque, mezclándose mejor todos los colores, unos con otros, hacen un colorido mas suave, mas delicado y mas agradable; y comunican una union y suavidad á toda la obra, que no se puede hacer de los otros modos. Se pinta al óleo en las paredes, en la madera, en el lienzo, en las piedras, y en todo género de metales.

Se pretende que los antiguos pintores no pintaban sino en tablas de madera, dadas de blanco con grada, de donde viene la palabra «tabula;» y que el uso del lienzo, entre los modernos, tampoco es muy antiguo.

Plinio, despues de haber hecho una larga enumeracion de todos los colores que empleaba la pintura en su tiempo, añade: «sobre lo cual no puedo dejar, á vista de una variedad tan grande de colores y colo-

ridos, de admirar la habilidad y economía de la antigüedad. Porque solo con cuatro colores naturales y primitivos, ejecutaron los pintores antiguos aquellas obras inmortales, que aun hoy dia nos admiran: el «blanco» de Melos, «el pajizo» de Atenas, el «encarnado» de Sínope, y el simple «negro.» Véase aquí todo lo que emplearon, y no obstante, con estos cuatro colores bien manejados, un Apeles, un Melanto, los pintores mas grandes que hubo jamás, produjeron aquellas maravillosas obras, de las que una sola era de tanto valor, que apenas bastaban todas las riquezas de una ciudad para comprarla.» Se puede creer que sus obras serian todavía mas perfectas, si á estos cuatro colores les hubiesen añadido dos, que son los mas generales y mas agradables de la naturaleza, el «azul,» que representa el cielo, y el «verde,» que viste tan agradablemente toda la tierra.

Los antiguos tenian un modo de pintar, que se practicaba todavía mucho en tiempo de Plinio, el que llamaban «cáustica.» Era una pintura en cera, en donde el pincel tenia muy poca, ó ninguna parte. Todo el arte consistia en preparar ceras de diferentes colores, y aplicarlas á la madera ó al marfil, por medio del fuego.

La «miniatura,» usada desde remotos tiempos, es una especie de pintura, que se hace de simples colores muy finos, disueltos con agua y goma sin aceite. Se distingue de las otras pinturas, en que es mas delicada, que se debe mirar de cerca, que no se puede hacer con facilidad sino en chico, y que no se trabajaba sino en vitela ó en tablillas.

Hay un modo de pintar en «pastel,» que se estima mucho, y en donde reina una extrema delicadeza. El «pastel» se hace de muchos colores engomados y triturados juntos, ó separadamente, de los que se hacen como lápices para pintar en papel, ó en pergamino.

Se pinta al «oleo» en el «vidrio,» como se hace en los jaspes y otras piedras finas. Pero el mejor modo de trabajar en él, es pintar debajo del vidrio, esto es, que se vean los colores por el vidrio. Otras veces tenian el arte de incorporar el color en el mismo vidrio, como se ve en la Santa Capilla, y en otras muchas iglesias. Después se creyó que se habia perdido este secreto.

«Pintar de esmalte.» El esmalte es una especie de vidrio colorido. Su materia fundamental es el estaño y el plomo, en partes iguales, calcinadas al fuego; á lo que se añaden separadamente colores metálicos, tales como se quieren dar. El esmalte se dice tambien de la pintura y trabajo que se hace con los colores minerales, que se cuecen con el fuego. La porcelana, la loza, las vasijas de tierra, barnizadas, son otras tantas especies de esmaltes ó vidriados. El uso de esmaltar en barro es muy antiguo; pues en tiempo de Porsenna, rey de los toscanos, se hacian en sus estados vasijas vidriadas de diferentes figuras.

«Mosáico,» es una obra compuesta de muchas piezas pequeñas, y diversificadas con colores y figuras, pegadas sobre un fondo de estuco. Al principio se hicieron con ellas las distribuciones para adornar los artesonados y solados. Despues emprendieron los pintores revestir con ellas las paredes, y hacer diversas figuras con que adornaron sus templos, y otros muchos edificios. Empleaban para esto el vidrio, y los esmaltes, con los que hacian una infinidad de pedazos pequeños de todo genero de tamaños, y dados de color de diversas maneras: los cuales, teniendo una admirable brillantez y bruñido, hacen de lejos todo el efecto que se puede desear, y resisten como el mismo mármol á todas las injurias del aire. En esto excede este trabajo á todo género de pintura, la que borra y consume el tiempo, en lugar que hermosea al mosáico; que subsiste tanto, que se puede decir, que su duracion casi no tiene fin. Se ven en Roma, y en muchas partes de la Italia, fragmentos de mosáicos antigua. Se juzgaria mal del pincel de los antiguos, si se hiciese juicio de él por estos mosáicos. Es imposible imitar con las piedras y pedazos de vidrio, de que se servian los antiguos para pintar de esta suerte, todos los primores, y todas las gracias que pone el pincel de una persona hábil en un cuadro.

Art. 2.° No ofrezco hablar aquí mas que de los pintores, que tuvieron mas reputacion, sin examinar quiénes fueron los primeros que hicieron uso del pincel. Plinio, en los capítulos 8, 9 y 10 del libro xxxv, de su Historia natural, me suministrará la mayor parte de lo que tengo que decir. Me contento con advertir esto ahora, por lo que no le citaré sino rara vez.

Fidias, que florecia en la olimpíada 84, fue pintor, antes de ser escultor. Pintó, en Atenas, al famoso Pericles, denominado el olimpio, á causa de la majestad é impetuosidad de su elocuencia. Hablé con bastante extension de Fidias en el artículo de la escultura. «Paneno,» su hermano, se distinguió tambien entre los pintores de su tiempo. Pintó la famosa batalla de Maraton, en la que derrotaron los atenienses, en batalla campal, á todo el ejército de los persas. Los principales jefes de una y otra parte, estaban representados en aquel cuadro de una estatura natural y exactamente semejantes.

Polignoto, hijo y discípulo de Aglaofon, era de Tasis, isla septentrional del mar Egeo. Vivia antes de la olimpíada 90. Fué el primero que dió alguna gracia á sus figuras, y contribuyó para los progresos del arte. Antes de él no se adelantó mucho la parte que pertenece á la expresion. Primero vació algunas estátuas; pero finalmente se dedicó al pincel, y se distinguió en él de diversos modos.

Pero la pintura que le acreditó mas, considerado todo, fué la que hizo en Atenas en el «Peciles,» en la que representó los principales sucesos de la guerra de Troya. Por importante y preciosa que fuese aquella obra, no quiso recibir precio alguno, por una generosidad tanto mas digna de estimacion, cuanto es rara en las personas que se interesan con su arte. El consejo de los Anfictiones, que representaba los estados de la Grecia, le dió las gracias por un decreto solemne, en nombre de la nacion, y ordenó que en todas las ciudades por donde pasase, fuese alojado, y se le hiciese el gasto á cuenta del público. Micon, otro pintor que trabajó en el mismo pórtico, aunque en otro lado, fué menos generoso, y puede ser menos rico que Polignoto: recibió dinero, y con esta oposicion aumentó tambien la fama de su compañero.

Apolodoro. Este pintor era de Atenas, y vivia en la olimpíada 93. Fué quien encontró finalmente el secreto de representar al vivo, y con el mayor primor, los diversos objetos de la naturaleza, no solamente con la correccion del dibujo, sino principalmente con la gracia del colorido, y con la distribucion de las sombras, de las luces, y del claro obscuro; con lo que puso la pintura en un grado de vigor y dulzura, á donde nadie habia podido llegar todavía hasta entónces. Plinio advierte que antes de él no habia pintura que llamase y detuviese la vista. El efecto que debe producir toda pintura primorosa, es atraer los ojos del espectador, llamarlos y tenerlos admirados. Plinio el menor, después de haber representado de una manera muy viva, una antigüedad de Corinto

que habia comprado, y en la que estaba pintado un anciano de pié, termina esta excelente descripcion con estas palabras: «finalmente, en ella todo es de una eficacia que detiene los ojos de los maestros del arte, y embelesa los de los ignorantes.»

Zeuxis, natural de Heraclea, aprendió los primeros elementos de la pintura en la olimpíada 85.

Plinio dice que, habiendo encontrado abierta la puerta de la pintura por el cuidado é industria de Apolodoro su maestro, entró por ella sin trabajo, y adelantó el pincel que empezaba ya á remontarse á una reputacion muy distinguida. «La puerta del arte» se entiende aquí la disposicion de los colores, y práctica del claro obscuro que era la última perfeccion que faltaba á la pintura. Apolodoro habia hecho ya en ella felices descubrimientos. Pero, como los que inventan, no siempre perfeccionan, aprovechándose Zeuxis de las noticias de su maestro, adelantó, aun mas que él, estas dos excelentes partes. De aquí provino, que, indignado Apolodoro con su discípulo, por esta especie de robo que le honraba tanto, no pudo dejar de reprendérselo muy agriamente en una sátira en verso, y tratarle de ladron; pues, no contento con haberle robado su arte, se atrevia tambien á adornarse con ella en todas partes, como con cosa propia.

Todas estas quejas no le hicieron impresion al imitador, y no sirvieron sino para hacerle que se esforzase todavía mas en procurar excederse á sí mismo, despues de haber excedido á su maestro. Lo logró perfectamente con las excelentes obras que dió á luz, que le adquirieron á un mismo tiempo gran reputacion y muchas riquezas. No era esto lo mejor de Zeuxis. Hizo ostentacion de estas riquezas de una manera pueril. Deseó parecer y presentarse con mucha ostentacion, especialmente en las ocasiones de esplendor, como en los juegos olímpicos, en los que se presentaba á toda la Grecia cubierto con una vestidura de púrpura, con su nombre en letras de oro en la misma tela.

Luego que fué muy rico, empezó á dar liberalmente sus obras, sin recibir por ellas recompensa. Daba para esto una razon que no acredita mucho su modestia. «Si doy gratuitamente mis obras, es, decia, porque no hay dinero con que pagarlas.» Seria mejor que por él lo hubiesen dicho otros.

Una inscripcion que puso en una de sus pinturas, no indica mas modestia. Era un atleta, con el que quedó tan contento que no podia dejar de admirarle y aplaudirse como de una obra inimitable. Escribió en lo bajo del cuadro un verso griego. Este verso griego se halla en Plutarco, pero se aplica á las obras de Apolodoro. Corresponde á esto. «Se censurará con mas facilidad que se imitará».

Zeuxis tenia muchos rivales, y los mas ilustres eran Timantes y Parrasio. Este último concurrió con él en una disputa pública, en la que se distribuian premios de pintura. Zeuxis habia hecho una tabla, en la que habia pintado tan primorosamente unos racimos de uvas, que luego que se expuso, se acercaron los pájaros á ellos, para picar el fruto. Con lo cual, arrebatado de gozo, y muy soberbio, por el voto de aquellos jueces nó sospechosos é irrecusables, pidió á Parrasio que manifestase incesantemente lo que tenia que oponerle. Parrasio obedeció y sacó su obra cubierta al parecer con una tela delicada en forma de cortina. «Corred esa cortina,» dijo Zeuxis, «y veamos esta excelente obra.» Aquella cortina era la pintura misma. Zeuxis confesó que era vencido. «Porque,» dijo, «yo no engañé sino á los pájaros, y Parrasio me engañó á mí mismo que soy pintor.»

El mismo Zeuxis pintó, algun tiempo despues, un muchacho que llevaba una cesta de uvas, y viendo que los pájaros las venian tambien á picar, confesó con la misma franqueza, que si las uvas estaban bien pintadas, era preciso que lo estuviese muy mal la figura del muchacho, pues los pájaros no tenian miedo alguno de él.

Quintiliano nos dice que los pintores antiguos se habian sujetado á dar á sus dioses, y á sus héroes la fisonomía y carácter mismo que les habia dado Zeuxis, lo que le granjeó el nombre de legislador.

Festo refiere que la última pintura de este pintor fué el retrato de una vieja, y que le hizo reir tanto esta obra que murió de risa. Admira que ningun otro autor mas que Verrio Flaco, citado por Festo, haya archivado este hecho. Aunque la cosa sea difícil de creer, dice el señor de Piles, hay ejemplar de esto.

Parrasio, natural de Éfeso, hijo y discípulo de Evenor, era, como se ha visto, émulo de Zeuxis. Pasaban ambos por los mas hábiles de su tiempo, que era el mejor de la pintura; y Quintiliano dice que la pusieron en un alto grado de perfeccion, Parrasio en cuanto al dibujo, y Zeuxis en cuanto al colorido.

Plinio elogia y pinta el carácter de Parrasio, que no deja nada que desear. Si se le cree, á este pintor se debe la exacta observacion de la simetría, esto es de las proporciones, y además de esto el aire vivo, delicado, y tierno de la cabeza, la elegante distribucion de los cabellos, la hermosura, y dignidad de los semblantes, de las personas, y finalmente, de consentimiento de los mayores maestros, la última mano y perfeccion de las figuras, en lo que excedió á todos sus predecesores, é igualó á todos los que le siguieron. Plinio considera esta parte, como la mas difícil y mas importante de la pintura. Porque, dice, aunque siempre es ventajoso pintar bien el medio de los cuerpos, sin embargo esta es una cosa que la han logrado muchos. Pero delinear sus perfiles, hacer que se aparten, y por medio de estas diminuciones, disponerlo de modo que parezca se vá á ver en una figura lo que está escondido en ella, es en lo que consiste la perfeccion del arte.

Á Parrasio le enseñó la pintura Sócrates, á quien acreditó mucho semejante discípulo.

Jenofonte nos conservó una conversacion, corta á la verdad, pero muy juiciosa, en la que aquel filósofo, que en su juventud habia sido escultor, da á Parrasio lecciones, que manifiestan que poseia perfectamente el conocimiento de todas las reglas de la pintura.

Convienen en que Parrasio sobresalia en lo que pertenece á las costumbres, y á las pasiones del alma, lo que se vió bien en uno de sus cuadros, que hizo mucho ruido, y le adquirió mucha reputacion. Era una pintura fiel del pueblo de Atenas, que sobresalia con mil afectos primorosos é ingeniosos, y descubria en el pintor una riqueza de imaginacion inagotable. Porque, no queriendo olvidar cosa alguna tocante al carácter de aquella nacion, la representó, de un lado, extravagante, colérica, injusta, inconstante; y del otro, humana, clemente, inclinada á la piedad; y con todo esto, fiera; altiva, soberbia, feroz y algunas veces tambien humilde, fugitiva y tímida. Véase aquí un cuadro pintado ciertamente muy al natural. ¿Pero como puede el pincel juntar, y unir tantos afectos diferentes? Esta es la maravilla del arte. Era probablemente un cuadro alegórico.

Diferentes autores pintaron tambien, muy al natural, el retrato de nuestro pintor. Era un artífice de vasto ingenio, y muy fecundo en invenciones; pero á quien

nadie igualó jamás en presuncion, ó mas bien en esta arrogancia, que una fama justamente adquirida, pero mal fundada, inspira algunas veces á los mejores maestros. Se vestia de púrpura: traia una corona de oro; tenia un baston muy rico, las correjuelas de sus zapatos eran de oro, y su calzado soberbio; finalmente, era magnífico en todo lo que traia en su persona. Se daba liberalmente á sí mismo los epitetos mas lisongeros, y los nombres de mas lustre, los que no se sonrojaba de poner por escrito debajo de sus cuadros: « El delicado, el urbano, el elegante Parrasio; el consumador del arte; que habia salido originariamente de Apolo, y nacido para pintar á los mismos dioses. » Añadia, « que en cuanto á su Hércules, le habia representado precisamente, y seña por seña, tal como se le habia aparecido frecuentemente en sueños. » Con todo este fausto y toda esta vanidad, no dejaba de tenerse por hombre virtuoso; menos delicado en este punto, que el señor Despreaux, que decia de sí mismo:

« Mas amigo de la virtud que virtuoso. »

Las resultas de la disputa que tuvo Parrasio con Timantes en la ciudad de Samos, abatieron mucho al primero, y debieron costar mucho á su amor propio. Se trataba de un premio para el que tuviese mejor éxito. La materia del cuadro, y de la disputa, era un Ayax arrebatado de cólera contra los griegos, por haber estos adjudicado las armas de Aquiles á Ulises. En esta ocasion, á pluralidad de los mejores votos, se adjudicó la victoria á Timantes. El vencido disimuló su vergüenza, y se recompensó de su pérdida con un buen dicho que huele un poco á fanfarronada. « Véase, dice, á mi heroe! Su suerte me compadece aun mas que la mia propia. Es vencido segunda vez por un hombre que no lo merece. »

Panfilo era de Antipolis, en los confines de la Macedonia, y de la Tracia. Fue el primero que unió la erudicion á la pintura. Se dedicó especialmente á las matemáticas, y en particular al cálculo, y á la geometría, defendiendo públicamente, que sin su socorro no era posible perfeccionar la pintura. Fácilmente se concibe que maestro semejante no envileceria su arte. No admitia discipulo alguno sino á razon de diez talentos (diez mil pesos) por otros tantos años; y solo á este precio se hicieron sus discípulos Apeles y Melanto. Obtuvo primero en Sicion, y después en toda la Grecia, el establecimiento de una especie de academia, en la que los jóvenes de condicion libre, que tenian alguna disposicion para las buenas artes, se educaban é instruian con cuidado. Y por temor de que no llegase finalmente la pintura á envilecerse, y á degenerar, obtuvo tambien de los estados de la Grecia un severo edicto que la prohibia absolutamente á los esclavos.

El excesivo precio que daban los discípulos á sus maestros, y el establecimiento de las academias para las personas libres, con exclusion de los esclavos, muestran la mucha estimacion que tenia este arte, la emulacion con que se aplicaban á él, y el acierto y prontitud con que debia llegar á su perfeccion.

Zeuxis, Parrasio, Melandro y Panfilo eran contemporáneos. Florecian hácia la olimpíada 95.

Timantes era, segun unos de Sicion, y segun otros de Citna, una de las Cícladas. Su genio propio era la invencion. Esta parte, tan rara y tan difícil, no se adquiere ni con el trabajo ni con los consejos, ni con los preceptos de los maestros: es efecto de un genio feliz, de una viva imaginacion, y de este excelente fuego que anima á los pintores, como tambien á los poetas, con una especie de entusiasmo.

La Ifigenia de Timantes, célebre por las alabanzas de tantos escritores, se ha considerado por todos los grandes maestros, como un primor del arte en este género: y principalmente por este cuadro se dijo que sus obras hacian concebir mas de lo que manifestaban, y que, aunque el arte llegase en ellos al supremo grado, su ingenio excedia todavía al arte. El asunto era excelente, grande, tierno y muy propio para la pintura; pero la ejecucion le dió mucha estimacion. Aquel cuadro representaba á Ifigenia, puesta de pie delante del altar, al modo que una jóven é inocente princesa que va á ser sacrificada por la felicidad de su patria. Estaba cercada de muchas personas que todas se interesaban vivamente en aquel sacrificio aunque con distintos afectos. El pintor representó al sacerdote Calcas muy contristado, á Ulises mucho mas melancólico, y á Menelao, tio de la princesa, con toda la afliccion que era posible poner en su semblante. Quedaba Agamenon, padre de Ifigenia, y en este se debia exceder. No obstante, se habian agotado ya todos los afectos de la tristeza. La naturaleza vino en socorro del arte. No es natural que un padre vea degollar á su hija, le basta obedecer á los dioses que se la piden, y se le permite entregarse al mas vivo dolor. No pudiendo el pintor explicar el del padre, tomó el partido de ponerle un velo sobre los ojos, dejando á los circunstantes el juzgar de lo que se pasaba en lo interior de su corazon.

Esta idea es buena é ingeniosa, y dió mucha estimacion á Timantes. Sin embargo, no se sabe si fué él su verdadero autor, y es de creer que se la ofreció la Ifigenia de Eurípides: véase aquí el pasaje: « Cuando Agamenon vió que llevaban á su hija al bosque para sacrificarle en el, gimió, y volviendo la cabeza, lloró y se cubrió los ojos con su vestidura. »

Apeles, á quien hizo la fama superior á todos los pintores, floreció en la olimpíada 112. Era de la isla de Cos, hijo de Pitio, y discípulo de Panfilo. Le nombran algunas veces Efesio, porque se estableció en Éfeso, en donde, sin duda, un hombre de su mérito obtuvo muy presto el derecho de ciudadano.

Tuvo la gloria de contribuir el solo, mas que todos los otros juntos, á la perfeccion de la pintura, no solamente con sus excelentes obras, sino con sus escritos, habiendo compuesto tres volúmenes sobre los principales secretos de su arte, que subsistian todavía en tiempo de Plinio; pero por desgracia no han llegado hasta nosotros.

Lo mas excelente de su pincel fué la « Gracia, » esto es, el no sé qué desembarazado, noble y agradable al mismo tiempo, que persuade al corazon y excita el ánimo. Cuando alababa y admiraba las obras de los otros pintores, lo que hacia con mucho gusto, después de confesar que sobresalian en todas las otras partes, añadia, que les faltaba la Gracia, pero que á él le habia tocado por suerte esta cualidad, y que en ella nadie le podia disputar la palma. Ingenuidad que se perdona á los hombres de un verdadero mérito, cuando no proviene de orgullo y altivez.

El modo con que se dió á conocer, y contrajo estrecha amistad con Protógenes, celebre pintor de su tiempo, es muy curioso y merece que se refiera.

Protógenes vivia en Rodas, conocido de Apeles solamente por la reputacion y fama de sus pinturas. Queriendo asegurarse este del primor de sus obras, por sus propios ojos, hizo un viaje expresamente á Rodas. Habiendo llegado á casa de Protógenes, no encontró en ella mas que una vieja que guardaba la oficina de su amo, y una tabla puesta en el caballete, en la que todavía no habia nada pintado. Preguntán-

dole la vieja su nombre, le voy á poner aquí, le dijo él: y tomando un pincel con color, dibujó alguna cosa de extrema delicadeza. Sabiendo Protógenes, cuando volvió, de la criada, lo que habia pasado, y considerando con admiracion los rasgos que se habian señalado, no tardó mucho tiempo en adivinar su autor. «Apeles es, exclamó: solo él hay en el mundo que sea capaz de un dibujo de esta sutileza y agilidad.» Y tomando de otro color, hizo sobre los mismos rasgos un perfil mas correcto y delicado; y dijo á su criada, que si volvia el forastero, no tenia sino mostrarle lo que acababa de hacer, y decirle al mismo tiempo, que aquella era la obra del sugeto á quien habia venido á buscar. Apeles vino luego despues; pero corrido de verse inferior á su competidor, tomó otro distinto color, y entre los rasgos que se habian hecho, tiró otros tan excelentes y maravillosos, que agotó en ellos todo el primor del arte. Habiendo distinguido Protógenes estos últimos rasgos, «yo soy vencido, dijo, y corro á abrazar á mi vencedor.» Con efecto, voló al puerto al instante, en donde, encontrando á su rival, contrajo con él estrecha amistad, la que perseveró siempre después: cosa poco comun entre dos personas del primer mérito, y que siguen la misma carrera. Convinieron, por lo respectivo al cuadro en que se habian esgrimido, en dejarle á la posteridad, del modo que estaba, sin tocarle mas, previendo bien, como sucedió con efecto, que seria algun dia la admiracion de todo el mundo, y particularmente de los inteligentes y maestros del arte. Pero aquel precioso monumento, obra de los dos mayores pintores que jamás hubo, fué reducido á cenizas en el primer incendio del palacio de Augusto, en el sitio en que estaba expuesto á la curiosidad de todos, admirado siempre nuevamente, en medio de otros muchos de los mas excelentes y delicados; y sin embargo no se veia allí mas que una miniatura tanto mas admirable, cuanto se descubrian en ella tres dibujos en un solo rasgo de la mayor sutileza, que se huian á la vista por su delicadeza, y por esto mismo eran mas dignos de estimacion y atraian los ojos de los curiosos.

De esta suerte, con corta diferencia, se debe entender un pasaje de Plinio. Por «lineam» no se debe entender una pura línea de geometría, sino un rasgo de pincel. Aquello es contrario á la mejor inteligencia, dice el señor de Piles, y ofende á todos los que saben alguna cosa lo que es pintura.

Aunque Apeles fuese muy exacto en sus obras, sabia el grado hasta dónde debia trabajar sin fatigar su imaginacion, y no era escrupulosamente puntual. Dijo un dia, hablando de Protógenes, que confesaba que este rival se le podia igualar, ó tambien preferir en todo lo demás, pero que no sabia dejar el pincel, y que echaba frecuentemente á perder las mejores cosas que hacia á fuerza de quererlas perfeccionar. Dicho memorable, dice Plinio, que dá á entender, que una demasiada exactitud es por lo regular dañosa.

No era porque aprobase Apeles el descuido de los pintores. Pensaba muy de otra manera para sí mismo y para los otros. No se pasaba dia alguno, por ocupado que estuviese en otras cosas, sin ejercitarse con el lápiz, la pluma, ó el pincel, tanto para mantener la mano suelta y ligera, como para perfeccionarse cada vez mas en todos los primores de un arte que no tiene límites.

Mostrándole uno de sus discípulos un cuadro, para saber el juicio que hacia de él, y diciéndole el discípulo, que le habia hecho con mucha brevedad, y que no habia empleado en el sino cierto tiempo: «bien lo veo, respondió Apeles, sin que me lo digas; y me admiro que en este poco tiempo no hayas hecho mas que esto.»

Enseñándole otro pintor el retrato de una Elena que habia pintado con cuidado, y la que adornó con muchas piedras preciosas, le dijo: «amigo, no pudiendo hacerla hermosa, á lo menos la quisiste hacer rica.»

Si decia su dictámen con ingenuidad, recibia del mismo modo el de los otros. Acostumbraba, cuando habia acabado una obra, exponerla á la vista de los pasajeros, y oir, escondido detrás de una cortina, lo que se decia de ella, con ánimo de corregir los defectos que se le pudiesen notar. Hallando un zapatero que faltaba alguna cosa á un zapato, se lo dijo libremente; y el vió que era cierto. Volviendo á pasar el dia siguiente por el mismo paraje, vió que se habia enmendado la falta. Muy orgulloso del feliz suceso de su crítica, determinó tambien censurar una pierna, de la que no habia nada que decir. Entónces, saliendo el pintor de detrás de su cortina, previno al zapatero, que se contuviese en su oficio y en sus zapatos. Esto dió motivo al proverbio: «ne sutor ultra crepidam:» esto es, zapatero, á tus zapatos.

Apeles hacia justicia al mérito de los grandes artífices, y no se avergonzaba de preferirlos á sí mismo en cuanto á ciertas cualidades. Así confesaba ingenuamente, que Antion le excedia en la disposicion, y Asclepiodoro en la regularidad del dibujo. Hemos visto el juicio ventajoso que hacia de Protógenes. No se quedó en meras palabras en cuanto á este.

Este excelente pintor no era muy estimado de sus compatriotas, como sucede muy regularmente; cuando estuvo Apeles con él en Rodas, le preguntó un dia, en cuánto vendia sus obras, cuando las habia perfeccionado; y diciéndole el otro una cantidad muy moderada, «y yo, respondió Apeles, yo os ofrezco cincuenta talentos (cincuenta mil pesos) por cada una de ellas, y las tomaré todas á este precio;» añadiendo, que no le costaria trabajo salir de ellas, y que las venderia como de su propia mano. Esta oferta, que era séria, hizo abrir los ojos á los rodios sobre el mérito de su pintor, quien, de su parte, se envaneció de modo, que no dió después sus pinturas sino á un precio muy considerable.

La soberana habilidad en la pintura no era el único mérito de Apeles. La política, el conocimento del mundo, los modales suaves, afables é ingeniosos, le hicieron muy agradable á Alejandro el Grande, quien no se desdeñaba de ir con frecuencia á casa del pintor, así para gozar de los embelesos de su conversacion, como para verle trabajar, y ser el primer testigo de las maravillas que salian de su pincel. Este afecto de Alejandro para un pintor, que era urbano, agradable y primoroso, no debe admirar. Un jóven monarca se apasiona con facilidad de un genio de este carácter, que junta á la bondad de su corazon un entendimiento vivo, y la delicadeza del pincel. Este género de familiaridad entre los héroes de diversa especie, no es raro, y acredita mucho á los príncipes.

Alejandro tenia tan alta idea de Apeles, que expidió un edicto, declarando, que era su voluntad que nadie le pintase sino él, como tampoco dió permiso, en el mismo edicto, mas que á Pirgoteles para grabar sus medallas, y á Lisipo para representarle por la fundicion de los metales.

Sucedió que hallándose un dia uno de los principales cortesanos de Alejandro en casa de Apeles cuando pintaba, se extendió en cuestiones ó reflexiones poco exactas sobre la pintura, como es regular á los que quieren hablar de un arte que ignoran. Apeles que es-

taba en posesion de explicarse libremente con los principales magnates, le dijo: «¿veis estos muchachos que muelen mis colores? Cuando callabais os admiraban, deslumbrados con el esplendor de vuestra púrpura y con el oro que brilla en vuestros vestidos. Luego que empezasteis á hablar de cosas que no entendeis, no cesan de reirse.» Plutarco refiere este hecho. Segun Plinio, fue á Alejandro á quien se atrevio Apeles á dar esta leccion, aunque de una manera mas suave, aconsejándole solamente que se explicase con mas reserva delante de sus aprendices ó discípulos: tanta autoridad habia adquirido el pintor sobre un príncipe que era ya el terror y admiracion del género humano, y que era naturalmente colérico. Alejandro le dió otras señales aun mas extraordinarias de su afecto y estimacion.

El genio natural y franco de Apeles no agradaba igualmente á todos los generales del jóven monarca. Tolomeo, uno de ellos, á quien mas adelante tocó por suerte el reino de Egipto, no habia sido de los mas favorables á nuestro pintor, no se sabe la razon de esto. Sea lo que fuese, habiéndose embarcado Apeles algun tiempo después de la muerte de Alejandro, para una ciudad de la Grecia, fué por desgracia echado por la tempestad á la costa de Alejandría, en donde el nuevo rey no le recibió favorablemente. Además de esta mortificacion, la que debia esperar, encontró allí enemigos tan malignos, que procuraron hacerle caer en un lazo. Con esta mira persuadieron á uno de los criados de la corte, que le convidase á la cena del rey, como de su parte, no dudando que esta libertad, que pareceria habia tomado por sí mismo, no le atrajese la indignacion de un príncipe que no le estimaba, ni sabia cosa alguna del engaño. En efecto, habiendo ido Apeles á cenar por respeto, el rey, irritado de su audacia, le preguntó precipitadamente, quién de sus criados era el que le habia llamado á su mesa, y mostrándole con la mano los que tenia destinados para convidar, añadió que absolutamente queria saber cuál de estos le habia hecho tomar esta resolucion. El pintor, sin turbarse, salió de este lance como hombre de ingenio y dibujante consumado. Tomó de un brasero que estaba allí un carbon apagado, y con tres ó cuatro golpes, pintó luego en la pared el retrato del que le habia convidado, con gran admiracion de Tolomeo, que conoció, desde los primeros rasgos, el semblante del impostor. Esta aventura le reconcilió con el rey de Egipto, que le llenó después de bienes y favores.

Pero no le reconcilió con la envidia, la que con esto se encendió mas. Le acusaron algun tiempo después ante el príncipe de haber tramado, con Teodoto, la conjuracion que se habia declarado contra él en la ciudad de Tiro. Fue otro pintor de reputacion, llamado Antifilo, quien se declaró su delator. La acusacion no tenia la menor verosimilitud. Apeles no habia estado en Tiro; jamás habia visto á Teodoto; no era ni de carácter, ni de profesion propia para tramar semejante conspiracion. Al acusador, pintor como él, aunque muy inferior en mérito y reputacion, se le podia sospechar, sin injuria, de émulo por su oficio. Pero el príncipe, sin oir nada, sin examinar nada, como es muy regular, teniendo á Apeles por delincuente, prorumpió en quejas contra su ingratitud y perverso corazon; y le hubieran llevado al suplicio, si no hubiese declarado voluntariamente uno de los cómplices, compadecido del inocente que estaban para ajusticiar, que Apeles no habia tenido parte alguna en la conjuracion, y se confesó él mismo delincuente. El rey, confuso de haber creido tan ligeramente la calumnia, le volvió su amistad, le gratificó ademas con cien talentos (cien mil pesos) para reparar la injuria que le habia hecho, é hizo de Antifilo su esclavo.

Apeles, de vuelta á Éfeso, se vengó de todos sus enemigos, con un excelente cuadro de la calumnia, cuya disposicion era esta. Á la derecha del cuadro estaba sentado un hombre de esplendor y autoridad, con mas grandes orejas, á poca diferencia como las de Midas, y que alargaba la mano á la calumnia, como convidándola á que se acercase. Á sus lados estaban dos mujeres, de las cuales una representaba la «ignorancia,» y otra la «sospecha.»

La «calumnia» parece que se adelanta. Es una dama de particular hermosura. Se percibe en su semblante, y en su modo, no sé qué de violento y precipitado, como de una persona indignada de cólera y furor. En una mano tiene una hacha para encender el fuego de la division y discordia; y en la otra trae por los cabellos un mancebo que levanta las manos hácia el cielo, é implora la asistencia de los dioses. Delante de ella camina un hombre que tiene el semblante pálido, el cuerpo seco y descarnado, los ojos perspicaces; y que parece el conductor de la cuadrilla: este es la «envidia.» La calumnia está acompañada de otras dos mujeres, que la incitan, la animan, y se apresuran al rededor de ella, para aumentar sus atractivos y adornos. En su aire compuesto se conjetura que son la «astucia y la traicion.» Finalmente, después de todos los otros, sigue el «arrepentimiento,» cubierto con un vestido negro y roto, quien, con mucha confusion y lágrimas, volviendo la cabeza atrás, reconoce la «verdad,» la que se acerca rodeada de luz. Tal fué la venganza útil é ingeniosa de este grande hombre. No creyó que le conviniese, ínterin estaba en Egipto, dibujar, ó á lo menos dar al público semejante cuadro. Aquellas grandes orejas, aquella mano extendida hácia la calumnia, como para convidarla á que se acerque, y otras semejantes señales, no honran al que ocupaba en él el primer lugar; y manifiestan un príncipe sospechoso, crédulo, abierto al fraude, que parece llama á los delatores.

Plinio hace una larga enumeracion de las pinturas de Apeles. La de Antígono es una de las mas famosas. Este príncipe era tuerto, le pintó puesto de lado, para ocultar aquella deformidad. Se pretende que fue él el primero que halló el arte del perfil.

Hizo muchos retratos de Alejandro, uno de ellos especialmente, se consideró como una de sus mas perfectas pinturas. Estaba representado en él con el rayo en la mano. Esta pintura se hizo para el templo de Diana de Éfeso.

Parece, dice Plinio, el cual le habia visto, que la mano del héroe con el rayo, salen realmente del cuadro. Así, decia aquel mismo príncipe, que contaba dos Alejandros, uno de Filipo, que era invencible, otro de Apeles, que era inimitable.

Plinio habla de una de sus pinturas, que debia ser muy singular. La habia hecho para una disputa pública entre los pintores. El asunto que se les habia dado era una yegua. Conociendo que la parcialidad queria disponer se adjudicase el premio á algunos de sus rivales, apeló del juicio de los hombres al de los animales mudos, pero mas razonables que los hombres. Hizo que se presentasen los cuadros de los otros pintores á los caballos que hizo traer él expresamente, los que se estuvieron quietos delante de los primeros cuadros, y no relincharon sino en presencia del de Apeles.

Se pretende que su Venus, denominada «Anadiomena,» esto es que sale de la mar, era la obra mas primorosa suya. Plinio dice que fué celebrada esta

obra en los versos de los mayores poetas, y que si á la pintura excedió la poesía, tambien á esta la ilustró la otra. Apeles habia empezado otra en Cos, su patria, la que, segun el y segun todos los peritos, debia exceder á la primera; pero la muerte envidiosa le detuvo en medio de la obra. Después no se encontró nadie que se atreviese á poner en ella el pincel. No se sabe si fué esta segunda Venus ó la primera, la que compró Augusto de los de Cos, perdonándoles la cantidad de cien talentos (cien mil pesos) del tributo que se les habia impuesto por la república romana. Si fué esta, como es muy verosímil, tuvo una suerte tan fatal, como la otra, y aun mas funesta. Desde el tiempo de Augusto, habia ya la humedad echado á perder su parte inferior. Se buscó alguno, de órden del príncipe, para retocarla; pero no se encontró nadie que se determinase á emprenderlo, lo que aumentó la fama del pintor griego, y la reputacion de la misma obra. En fin, aquella hermosa Venus, la que nadie se atrevia á tocar por veneracion, ó por temor, fué insultada por la carcoma, que se introdujo en la madera, y la consumió. Neron, que reinaba entónces, puso otra en su lugar, de mano de un pintor poco conocido.

Plinio recuerda al lector que tantas maravillosas pinturas, que eran la admiracion de los mejores artífices, estaban pintadas puramente con los cuatro colores primitivos, de que se ha hablado.

Apeles instruyó muchos discípulos, que se aprovecharon de sus invenciones; pero, dice Plinio, una cosa en que nadie pudo penetrar su secreto, fué la composicion de cierto barniz, que aplicaba á sus pinturas, para conservarles, durante una larga série de siglos, toda su frescura y todo su vigor. Sacaba tres ventajas de este barniz. 1.° Daba lustre á los colores, cualesquiera que fuesen, y los hacia mas jugosos, mas unidos, y mas dóciles; lo que al presente es efecto del aceite. 2.° Preservaba sus obras de la corrupcion y polvo. 3.° Arreglaba la vista del que la miraba, moderando los colores vivos, con la interposicion del barniz, que servia de vidrio á sus obras.

Arístides. — Uno de los mas famosos contemporáneos de Apeles era Arístides de Tebas. No poseia á la verdad la elegancia, y las gracias en el mismo grado que Apeles; pero fué el primero, que por genio y estudio, se propuso reglas seguras para pintar el alma, esto es los afectos mas íntimos del corazon. Sobresalia en las pasiones fuertes y vehementes, como tambien en las suaves; pero su colorido era alguna vez desagradable y austero.

Fué quien hizo aquel admirable cuadro (es siempre Plinio quien habla) en el que está representada una madre, que en el saqueo de una ciudad, espira de una puñalada que recibió en el pecho, y un niño que va arrastrando hácia los pechos para mamarlos. Se ven, en el semblante de aquella mujer, aunque moribunda, los afectos mas vivos, y los cuidados mas expresivos del amor materno. Parece que conoce el peligro de su niño, y que teme que en lugar de la leche que busca, no encuentre sangre. Se diria que tiene Plinio el pincel en la mano, con tan vivos colores pinta todo lo que refiere. Alejandro, que estimaba tanto las cosas buenas, quedó tan hechizado de aquella pintura que la hizo llevar de Tebas, en donde estaba, á Pella, lugar de su nacimiento, ó á lo menos que se tenia por tal.

El mismo pintó tambien la batalla de los griegos contra los persas, en donde hizo entrar, en un cuadro solo, hasta cien personas, á razon de mil dragmas (dos mil reales) por cada figura, por convenio hecho entre él y el tirano Mnason, quien reinaba entónces en Elatea de la Fócida. Hablé en otra parte de un Baco, que se consideraba como la obra mas exquisita de Arístides, el que se encontró en Corinto, cuando Mummio tomó aquella ciudad.

Era tan hábil en expresar la debilidad, así del cuerpo como del alma, que Atalo, muy inteligente en este género de cosas, no puso dificultad en dar cien talentos (cien mil pesos) por una de sus pinturas, en la que no se trataba sino de una expresion de esta naturaleza. Solo las riquezas tan inmensas de Atalo, que habian pasado en proverbio, «Atalicis conditionibus,» pueden hacer verosímil un precio tan exorbitante por una pintura sola.

Protógenes era de Cauna, ciudad situada en la costa meridional de la isla de Rodas, de la que dependia. No se ocupaba en los principios sino en pintar naves, y vivió largo tiempo muy pobre. Puede ser que no le fuese esto tan perjudicial: porque, por lo regular, la pobreza anima á los hombres, y es hermana, ó mas bien madre del buen entendimiento. Llegó, en las obras en que le emplearon en Atenas, á ser la admiracion del pueblo mas hábil del mundo.

La pintura mas famosa suya fué el Jaliso; este era un gran cazador, hijo ó nieto del sol, y fundador de Rodas. Lo que admiraba mas en aquel cuadro era la espuma que salia de la boca del perro. Refiérese con extension esta historia hablando del sitio de Rodas.

Otra pintura muy famosa de Protógenes fué el sátiro arrimado á una coluna. Le trabajaba en el mismo tiempo del sitio de Rodas; por esto se decia que «le habia pintado debajo de la espada.» Primero habia en él una perdiz puesta sobre la coluna. Pero porque las gentes del lugar, viendo el cuadro nuevamente expuesto, no aplicaban su atencion, ni admiraban mas que la perdiz, y nada decian del sátiro, que era mucho mas primoroso; y que las perdices mansas, que se trajeron á este sitio, cantaron á vista de la que estaba en la coluna, como si fuese viva, indignado el pintor de este mal gusto, que, segun su dictámen, ofendia su reputacion, pidió permiso á los directores del templo, en donde estaba consagrado el cuadro, para retocar su obra, el que concedido, borró la perdiz.

Pintó tambien la madre de Aristóteles, su grande amigo. Aquel célebre filósofo, que habia cultivado toda su vida las ciencias y buenas artes, estimaba mucho los talentos de Protógenes. Deseaba tambien que los hubiese empleado mas dignamente que pintando cazadores ó sátiros, ó haciendo retratos. Así, le proponia, por asunto de su pincel, las batallas y conquistas de Alejandro como mas dignas de la pintura, por la grandeza de los proyectos, nobleza de las expresiones, variedad de los sucesos, y por la inmortalidad de las mismas cosas. Pero cierto gusto particular, cierta inclinacion natural á asuntos mas tranquilos y graciosos, le llevaban mas á las obras que se acaban de referir. Todo lo que el filósofo pudo por fin obtener del pintor, fué el retrato de Alejandro. Es arriesgado querer sacar á los artífices hábiles de su inclinacion y talento natural,

Pausanias era de Sicion. Se distinguió especialmente en un género particular de pintura llamado «cáustica,» porque se ponian los colores en la madera, ó en el marfil, por medio del fuego. Tuvo por maestro en este género de pintura á Panfilo, á quien dejó muy atrás. Fué el primero que empezó á adornar las bóvedas y artesonados con esta especie de pinturas. Habia muchas obras suyas considerables. Pausanias habla de una borracha, tan bien pintada, dice, que se veian por el vaso que desocupaba, todas las facciones de su cara encendida.

La cortesana Glisera, de Sicion como él, era excelente en el arte de hacer coronas, y se consideraba como su inventora. Pausanias, por darla gusto, é imitarla, se aplicó tambien á pintar flores. Se vió entónces un excelente combate entre el arte y la naturaleza, haciendo cada uno de su parte esfuerzos extraordinarios para superar á su competidor, sin que casi fuese posible adjudicar la victoria á una, ó á otro.

Pausanias pasó la mayor parte de su vida en Sicion, su patria, que era como la patria de los pintores y de la pintura. Es verdad, que, hallándose en aquella ciudad en los últimos tiempos con muchas deudas contraidas, hasta empeñar por grandes cantidades todas sus pinturas, públicas y particulares, M. Escauro, nieto de Sila, por Metela su madre, con la idea de inmortalizar la fama de su empleo de edil, pagó todos sus acreedores, retiró de su poder todas las obras de los mas famosos pintores, y entre otras las de Pausanias, las llevó á Roma, y las puso todas en aquel famoso teatro, que hizo levantar, hasta tres altos, sostenidos todos con columas magníficas de treinta y ocho piés de alto, en número de trescientas y sesenta, y adornados con estátuas de mármol y bronce, y con pinturas antiguas de los mejores maestros. Aquel teatro no debia durar sino el tiempo de la celebracion de los juegos. Plinio dice de esta edilidad, que fué la ruina de las costumbres, y acabó de corromperlas. Y llega á decir que hizo mas daño á Roma, que la sangrienta proscripcion de Sila su abuelo, la que hizo perecer tantos millares de ciudadanos romanos.

Nicias de Atenas se distinguió mucho entre los pintores. Habia suyas un gran número de pinturas, que eran extremadamente estimadas, entre otras aquella, en la que habia representado la bajada de Ulises á los infiernos llamada « nekuia. » Atalo, ó mas bien, segun Plutarco, Tolomeo, le ofreció por esta pintura sesenta talentos, esto es, sesenta mil pesos, lo que apenas parece creible; pero no los quiso admitir, y regaló con ella á su patria. Trabajaba en esta obra con tal aplicacion, que por lo regular ignoraba la hora que era, y preguntaba á su criada, «¿hé comido?» Cuando se queria saber de Praxiteles cuál de sus obras de mármol estimaba mas, «aquella decia, en que trabajó Nicias.» Indicaba con esto el excelente barniz que añadia este pintor á sus estátuas de mármol, que aumentaba su lucimiento.

Nada digo de otros muchos hábiles pintores, aunque menos conocidos y famosos que aquellos de quienes he hablado, y honraron tanto la Grecia.

Es sensible que sus obras no hayan llegado hasta nosotros, ni podamos juzgar de su mérito por nosotros mismos. Podemos muy bien comparar la escultura antigua con la nuestra, porque estamos ciertos de tener, aun hoy dia, el modelo de la escultura griega, esto es, lo mas primoroso que se hizo en la antigüedad. Los romanos, en el siglo de su mayor esplendor, que fué el de Augusto, no disputaban á los griegos mas que la habilidad en la ciencia del gobierno. Los reconocieron por sus maestros en las artes, y particularmente en la escultura.

Lo que dije de Miguel Ángel, que prefirió abiertamente el Cupido de Praxiteles al suyo, es prueba clara de que Roma moderna no disputaba mas á los griegos, en cuanto á la escultura, que la antigua Roma.

No se puede juzgar del mismo modo en cuanto al grado á que llegaron los pintores de la antigüedad. Esta cuestion no se puede decidir por meras relaciones. Nos faltan. Hay algunas pinturas mosáicas de la antigüedad en Roma; pero pocas pintadas con pincel. Aun estas están maltratadas. Además de esto, lo que nos queda, y estaba pintado en Roma en las paredes, no se hizo hasta mucho tiempo después de la muerte de los pintores célebres de la Grecia.

No obstante, se debe confesar, que bien considerado todo, las conjeturas son muy favorables á la antigüedad, aun por lo respectivo á la pintura. En tiempo de Craso, á quien hace hablar Ciceron en sus libros « del orador, » no se cansaban de admirar las obras de los antiguos pintores, y quedaban muy disgustados de las de los modernos; porque en las primeras se hallaba un gusto de dibujo y expresion, que perpetuaba los embelesos de los peritos, y en las otras no se encontraba casi sino la variedad del colorido. « Yo no sé, dice Craso, por qué las cosas que nos dan mas golpe al principio con su viveza, y nos agradan tambien con la admiracion, nos disgustan y fastidian casi tan fácilmente. Tomemos por ejemplo nuestras pinturas modernas. ¿ Qué cosa mas brillante, ni mas amena? ¡Qué primor, qué variedad de colores! ¡Qué superiores son, respecto á esto, á las antiguas! Sin embargo, todas estas pinturas nuevas que nos embelesan á primera vista, no nos detienen: y al contrario, no nos cansamos de contemplar las otras, no obstante la sencillez, y lo basto tambien de su colorido. » Ciceron no da la razon de esto. Dionisio de Halicarnaso, que vivia tambien en tiempo de Augusto, nos la expresa. « Los antiguos, dice, eran grandes dibujantes, y entendian perfectamente toda la gracia y eficacia de las expresiones, aunque su colorido fuese natural y poco variado. Pero los pintores modernos, que sobresalen en el colorido y en las sombras, no dibujan, ni con mucho, tan bien, ni expresan las pasiones con el mismo acierto. » Estos dos testimonios nos descubren que los antiguos no tuvieron menos éxito en la pintura que en la escultura: y su superioridad en esta no se disputa. Á lo menos parece, para no apurar mas, que los antiguos adelantaron la parte del dibujo, del claro obscuro, de la expresion y de la composicion, tanto como lo pueden haber hecho los modernos mas hábiles; pero en cuanto al colorido fueron muy inferiores.

No puedo terminar lo que pertenece á la pintura y escultura, sin lamentar el abuso que han hecho de ellas los que han sido mas hábiles: igualmente hablo de los antiguos y modernos. Todas las artes en general, pero particularmente las dos de que hablamos, tan apreciables por sí mismas, tan dignas de admiracion, que producen efectos tan maravillosos, que pueden, con algunos golpes de cincel, animar el mármol y el bronce, y con la admirable mezcla de algunos colores, representar al vivo todos los objetos de la naturaleza: estas artes, digo, deben particular homenaje á la virtud, para cuyo obsequio y progreso las destinó particularmente el autor é inventor primitivo de todas las artes, esto es la divinidad misma.

Este es el uso que creian los mismos paganos debian hacer de la escultura y de la pintura, dedicándolas á los retratos de los grandes hombres, y exposicion de sus mejores acciones. Fabio, Escipion y otros ilustres personajes de Roma confesaban, que, á vista de los bustos de sus predecesores, se sentian extraordinariamente incitados á la virtud. No era la cera de que se hacian aquellas figuras, ni las mismas figuras, quienes producian en sus corazones tan fuertes impresiones, sino la vista de los grandes varones, y de las grandes acciones, cuya memoria renovaban y perpetuaban, y les inspiraban al mismo tiempo un ardiente deseo de imitarlos.

Polibio advierte que aquellos bustos, esto es, las estátuas de cera, que se exponian en los dias solemnes en el salon de los magistrados romanos, y se llevaban

con pompa en sus funerales, encendian un ardor increible en el ánimo de la juventud, como si aquellos grandes hombres, fuera de sus sepulcros, y vivos, los alentasen, con voz fuerte, á que siguiesen sus pisadas.

Agripa, yerno de Augusto, en una magnífica arenga, digna del primero y mayor ciudadano de Roma, probaba con muchas razones, dice Plinio, cuán útil seria á la república exponer públicamente en la capital las obras mas primorosas de la antigüedad en todo género, para excitar en la juventud una noble emulacion; y lo que seria sin duda, añade, mucho mejor, que ponerlas en las casas de campo, en los jardines, ó en otros lugares de recreo de los particulares.

Con efecto, dice Aristóteles, los escultores y pintores enseñan á establecer las costumbres, con un método mas corto y mas eficaz que el de los filósofos; y las pinturas son tan capaces de hacer que reflexionen sobre su estado los hombres viciosos, como los mas excelentes preceptos de moral. San Gregorio Nacianceno cuenta la historia de una cortesana, la cual en un sitio á donde no habia ido para hacer serias reflexiones, puso los ojos, por casualidad, en el retrato de un Polemon, filósofo famoso por su mudanza de vida, que tenia algo de prodigio, y volvió en sí á vista de aquel retrato. Cedreno refiere que un cuadro del juicio final contribuyó mucho para la conservacion de un rey de los búlgaros. El sentido de la vista es mucho mas vivo que el del oido, y una pintura que representa vivamente un objeto, hace distinta impresion que un discurso. San Gregorio de Nisa confiesa que llegó á llorar considerando un cuadro.

Este efecto de la pintura es aun mas pronto para el mal; que para el bien. La virtud nos es extraña, y el vicio natural. Sin necesidad de guias ni ejemplos (y se encuentran en todas partes) nos inclina á él una vehemente propension, ó, para decirlo mejor, nos precipita. ¿Qué se debe pues esperar, cuando la escultura, con toda la delicadeza del arte, y la pintura, con toda la viveza de sus colores, vienen á excitar una pasion, ya muy inflamada, y muy fervorosa por sí misma? ¡Qué daños no causan en la imaginacion de las personas mozas estas impúdicas actitudes, que los escultores y pintores se toman la facultad de ejecutar tan comunmente! Pueden muy bien honrar el arte; pero deshonran para siempre al artífice.

Aun sin hablar aquí del cristianismo, que detesta todas estas esculturas y pinturas disolutas, los sabios del paganismo, por ciegos que estuviesen, las condenan casi con la misma severidad. Aristóteles, en sus libros de la república, encarga á los magistrados, como una de sus mas esenciales obligaciones, que velen cuidadosamente de que no haya en las ciudades este género de estátuas y cuadros, buenos para enseñar el vicio, y capaces de corromper toda la juventud. Séneca degrada la pintura y escultura, y les quita el nombre de artes liberales, en abandonando su ministerio al vicio. Plinio, el naturalista, por apasionado que fuese al primor de las obras antiguas, trata de accion afrentosa y criminal, la demasiada libertad que tomó en Roma sobre este punto un pintor, por otra parte muy célebre. Manifiesta una justa indignacion contra los escultores que grababan detestables figuras en las copas y vasos, para no beber de alguna suerte, sino en medio de las obscenidades; como si, dice, no inclinase ya la embriaguez por sí misma bastante á la torpeza, y necesitase tambien estimularse con nuevos incentivos.

Hasta los poetas se declaran fuertemente contra este desórden. Propercio se admira que se erijan públicamente templos al pudor, cuando se permiten en las casas particulares pinturas inmodestas, que no pueden sino corromper el corazon de las doncellas. Con efecto, estos cuadros, debajo del cebo de un espectáculo agradable á los ojos, ocultan un veneno mortal, que penetra hasta el alma y parece que dan lecciones públicas de impureza. No se veian, dice concluyendo, estas indecentes figuras entre nuestros predecesores. Las paredes de sus cuartos no estaban pintadas por manos inhonestas, no honraban de este modo el crímen, ni hacian ostentacion de él.

Hemos visto una ciudad que tenia la eleccion de dos estátuas de Venus, ambas de mano de Praxiteles, que es decirlo todo, una vestida y otra desnuda, preferir la primera, aunque mucho menos estimada, porque era mas conforme á la modestia y al pudor. ¿Qué podria yo añadir á un ejemplo semejante? ¡Que condenacion para nosotros, si nos avergonzamos de seguirle!

VI. DE LA MÚSICA. — La música de los antiguos era una ciencia mucho mas extensa de lo que se piensa regularmente. Además de la composicion de los cantos musicales y ejecucion de estos cantos con la voz y con los instrumentos, á lo que se limita la nuestra, comprendia la antigua el arte poético, que enseñaba á hacer versos de toda especie, como tambien á poner en canto los que eran susceptibles de él; el arte de la saltacion ó del gesto, que enseñaba los pasos y actitud, fuese de la danza propiamente dicha, fuese del andar regular y las acciones que se debian emplear en la declamacion ó representacion; finalmente comprendia el arte de componer y escribir en notas la pura declamacion, para arreglar con estas notas, así el sonido de la voz, como la medida y movimientos de la accion: arte muy usado de los antiguos y que absolutamente no conocemos. Todas estas partes, que tienen realmente entre sí natural conexion, componian en los principios un arte solo, que ejercian unos mismos artistas; aunque se separasen despues, especialmente la poesía, que constituyó órden aparte.

Trataré aquí ligeramente todas estas partes, excepto la que pertenece á la composicion de los versos, la que tendrá lugar en otra parte; y empezaré por la música propiamente dicha, y tal como la conocemos.

Art. 1.° La música es un arte que enseña las propiedades de los sonidos, capaces de producir alguna melodía y armonía. Hablaré por boca de los antiguos.

§. 1.° Algunos autores pretenden que fuéron las aves las que enseñaron al hombre á cantar, haciéndole que reparase con su canto y susurros, cuán capaces son de lisongear agradablemente el oido los diferentes tonos de la voz. Tuvo el hombre un maestro mas excelente á quien únicamente debe dirigir su reconocimiento.

La invencion de la música y de los instrumentos, que son parte principal de ella, es don de Dios como la invencion de las otras artes. Añade al puro don de la palabra (ya muy precioso por sí mismo) alguna cosa mas eficaz, mas viva y mas propia para producir en lo exterior los sentimientos del alma. Cuando se ve esta apoderada y penetrada con la vista de algun objeto que la ocupa con actividad, no basta el lenguaje regular para explicar los ímpetus de su pasion. Se arroja, para decirlo así, fuera de sí misma, se entrega sin medida á los movimientos que la agitan, anima y dobla el tono de la voz, repite muchas veces sus palabras, y, no contenta con todos estos esfuerzos, los que le parecen todavia muy débiles, llama á su socorro los instrumentos que parece la ali-

vian, dando á los sonidos una variedad, una extension y una continuacion que no puede tener la voz humana.

Esto es lo que dió lugar á la música y lo que la hizo tan útil y recomendable; y esto lo que demuestra al mismo tiempo, que, propiamente hablando, no tiene verdadero uso sino para la religion, á la que pertenece solamente causar en el alma afectos vivos que la arrebaten y eleven; que alimenten su reconocimiento y amor; que correspondan á su admiracion y embeleso; y le hagan experimentar que es feliz, aplaudiendo, por decirlo así, su gozo y su dicha: como lo hace David en todos sus divinos cánticos, los que emplea únicamente para adorar, para alabar, para dar gracias, para cantar la grandeza de Dios y para publicar sus maravillas.

Tal fué el primer uso que hicieron los hombres de la música, sencilla, natural, sin arte ni delicadeza afectada, en aquellos tiempos de inocencia, y en aquella niñez del mundo; y sin duda, que la familia de Set, depositaria del verdadero culto, la conservó en toda su pureza. Pero los hijos del siglo, mas sujetos á los sentidos y pasiones; mas ocupados en suavizar los trabajos de esta vida; en hacer agradable su destierro; y en consolarse con sus males, se entregaron con mas prontitud á las delicias de la música y cuidaron mas de perfeccionarla; de reducirla á arte; de acomodar sus observaciones á reglas fijas; de sostenerla, fortificarla y variarla con el socorro de los instrumentos.

Con efecto, la sagrada Escritura atribuye el orígen de esta especie de música, á la familia de Caín, que era de los réprobos, y da por autor de ella á Júbal, uno de los descendientes de aquel jefe de los impíos. Así vemos, que, por lo regular, á los objetos de las pasiones está sujeta la música. Sirve para exornarlas, para engrandecerlas, para hacerlas mas persuasivas, para hacer que penetren hasta lo interior del alma, con nuevo placer, para hacerla cautiva de los sentidos, para hacer que habite toda entera en sus oídos, para inspirarla nueva inclinacion á que busque fuera de sí su consuelo y para comunicarle nueva aversion á las reflexiones útiles y atencion á la verdad. El abuso de la música, casi tan antiguo como su invencion, hizo mas imitadores de Júbal, que de David. Pero este desórden no se debe atribuir á la misma música. Porque, como observa Plutarco en el asunto que trató en general, ningun hombre de buen juicio imputará jamás á las ciencias mismas el abuso que hacen algunos de ellas: no se debe culpar sino á las disposiciones viciosas de los que las corrompen.

Este ejercicio fué en todos tiempos la diversion de todas las naciones, de las mas bárbaras, como de las que se preciaban de mas cultas. Y se debe confesar, que el autor de la naturaleza puso en el hombre un gusto y una secreta inclinacion al canto y á la armonía, que sirve para mantener su gozo en los tiempos de prosperidad, para disipar su melancolía en sus aflicciones, y para aliviar su pena en sus trabajos. No hay artífice que no recurra á este sencillo artificio: y la cancion mas ligera casi le hace olvidar todas sus fatigas. La armoniosa cadencia con que los herreros golpean en el yunque el hierro ardiendo, parece que aligera la masa pesada de sus martillos. Hasta los remeros encuentran en su penoso trabajo un género de alivio en esta especie de concierto, que hace su movimiento animado y uniforme. Los antiguos se servian ventajosamente de los instrumentos de música, como se hace aun hoy dia, para excitar el ardor marcial en el corazon de los combatientes; y Quintiliano atribuye en parte la reputacion de la milicia romana, al efecto que producia en las legiones el sonido guerrero de las trompas y clarines.

Dije que la música se practicaba entre todas las naciones; pero fueron particularmente los griegos los que la dieron estimacion, y los que, por el caso que hacian de ella, la pusieron en un alto grado de perfeccion. Era mérito, para los grandes hombres, distinguirse en ella, y una especie de sonrojo verse obligados á confesar en este punto su ignorancia. Ningun héroe ilustró mas la Grecia que Epaminondas: y se contaba en el número de sus excelentes calidades haber sabido danzar con gracia, y tocar los instrumentos con habilidad. Muchos años antes, el haberse negado Temístocles, en un banquete, á tocar alguna cosa en la lira, le atrajo reprensiones, y no le honró. Ignorar la música, pasaba en aquellos tiempos por defecto de educacion.

Así los mas célebres filósofos, que nos dejaron tratados de política, como Platon y Aristóteles, encargan particularmente, que se tenga gran cuidado de hacer que aprendan la música los muchachos. Era, entre los griegos, una parte esencial de la educacion. Además tiene una necesaria conexion con esta parte de la gramática, que se llama «prosodia,» que trata de lo largo ó breve de las sílabas en la pronunciacion de la medida de los versos, de su ritmo ó cadencia, y principalmente del modo de acentuar las palabras: estaban persuadidos los antiguos que podia contribuir mucho para cultivar el corazon de la juventud, introduciendo en él una especie de armonía, que los pudiese inclinar á todo lo que es decente; no habiendo cosa mas útil, segun Plutarco, que la música, para excitar en todo tiempo, á todo género de acciones virtuosas, y principalmente cuando se trata de exponerse á los peligros de la guerra.

No parece que fué tan estimada la música de los romanos en los buenos tiempos de la república. Pasaba entónces por poco honrosa, como lo observa Cornelio Nepote, haciendo que se advierta el diferente gusto de las naciones en muchas materias. La reprension que hace Salustio á una dama romana, de que sabia danzar y cantar mejor de lo que correspondia á una dama de honor y rectitud, da bastante á entender lo que pensaban los romanos de la música. En cuanto al baile, tenian una extraña idea de él, hasta decir que, para usarle, era necesario, ó estar ébrio ó haber perdido el juicio. Tal era la gravedad romana, hasta que el comercio con los griegos, y aun mas las riquezas y opulencia, los hicieron incurrir en excesos, que aun no se pueden reprender á los griegos.

Los antiguos atribuian á la música maravillosos efectos, sea para excitar ó reprimir las pasiones, sea para suavizar las costumbres, y hacer tratables pueblos naturalmente salvajes y bárbaros.

Viendo Pitágoras algunos mancebos inflamados con los vapores del vino, é incitados además con el toque de una flauta, en la que se tocaba sobre el modo frigio, en disposicion de violentar una casa honesta, volvió á aquellos mozos su tranquilidad y buen juicio, mandando á la música que mudase de tono, y tocase con mas gravedad, siguiendo la cadencia señalada por el pié llamado «espondeo.»

Galieno cuenta una historia muy semejante, por la relacion de un músico de Mileto, llamado Damon. Eran personas mozas embriagadas, á quienes una tocadora de flauta enfureció tocando en el modo frigio, y á quienes apaciguó por consejo de este mismo Damon, pasando del modo frigio al dórico.

Sabemos de Dion Crisóstomo, y de algunos otros

que el músico Timoteo, tocando un dia con la flauta delante de Alejandro el Grande en el modo « ortios, » que era un modo guerrero, aquel príncipe corrió luego á las armas. Plutarco dice casi lo propio del tocador de flauta Antigénides: en un banquete, agitó de tal manera á aquel mismo príncipe, que, levantándose de la mesa como un furioso, echó mano á sus armas, y juntando su ruido al sonido de la flauta, faltó poco para acometer á los convidados.

Entre los maravillosos efectos de la música, nada se puede citar que dé mas golpe, ni que esté mas bien testificado que lo que pertenece á los arcadios. Polibio, historiador juicioso, exacto y que merece todo crédito, es mi fiador. Abreviaré solamente su relacion y reflexiones.

El estudio de la música, dice, tiene su útilidad en todo el mundo; pero es absolutamente necesario á los arcadios. Estos pueblos, cuando establecieron su república, aunque por otra parte muy austeros en su genero de vida, dieron á la música una estimacion tan grande, que, no solamente enseñaban este arte á los niños, sino que precisaban tambien á las personas mozas á aplicarse á él, hasta la edad de treinta años. No era vergonzoso entre ellos confesar que ignoraban las otras artes; pero era deshonra no haber aprendido á cantar, y no poder dar pruebas de ello cuando se ofrecia.

Pero, dice Polibio, me parece que sus primeros legisladores, haciendo semejantes establecimientos, no tuvieron ánimo de introducir el lujo y delicadeza; sino solamente suavizar las costumbres feroces de los arcadios, y alegrar con el ejercicio de la música, su carácter triste y melancólico, ocasionado sin duda en parte por la frialdad que se respira en casi toda la Arcadia.

Pero habiendo despreciado los cinecios este socorro, del que tenian tanta mayor necesidad, cuanto habitaban la parte mas áspera y montuosa de la Arcadia, fuese por el aire, fuese por el clima, se hicieron finalmente tan feroces y bárbaros, que no hubo ciudad en la Grecia, en donde se cometiesen delitos tan grandes y frecuentes, como en la de Cinetes.

Polibio termina esta relacion, advirtiendo, que ha insistido tanto sobre esto, por dos razones. La primera, para impedir que ninguno de los pueblos de la Arcadia, con la preocupacion de que el estudio de la música no es entre ellos mas que una supérflua diversion, llegué á despreciar esta parte de su disciplina. La segunda, para mover á los cinecios á preferir la música, si alguna vez (la expresion es notable) les inspira Dios aplicacion á las armas que humanizan los pueblos. Porque es el único medio por donde puedan dejár su antigua ferocidad.

No sé si se podrá encontrar, en toda la antigüedad, nada que iguale al elogio que hace aquí Polibio de la música: y se sabe el hombre que era Polibio. Juntemos á esto lo que dicen de ella las dos grandes luces de la filosofía antigua, Platon, y Aristóteles, quienes encargan frecuentemente su estudio, y ponderan mucho sus ventajas. ¿Se puede desear testimonio mas auténtico y favorable? Pero para que no nos preocupe la autoridad de aquellos grandes hombres, debo advertir aquí el género de música de que quieren hablar. Quintiliano, que pensaba como ellos sobre este artículo, nos explicará su opinion: es un capítulo, en que habia hecho un magnífico elogio de la música. « Aunque los ejemplos que he citado, dice, den bastante á conocer el género de música que apruebo, creo no obstante, que debo declarar aquí, que no es aquella con que resuenan hoy dia nuestros teatros, y la que, con sus tocatas afeminadas y lascivas, no ha contribuido poco para apagar y extinguir en nosotros lo que nos podia quedar todavía de vigor y virtud. » « Cuando encargó pues la música, es aquella de que se servian, para cantar las alabanzas de sus semejantes, los hombres de honra y de valor. No pretendo hablar tampoco de estos instrumentos perniciosos, cuyos sonidos tiernos introducen la delicadeza é impureza en el alma, y que se deben abominar por todas las personas bien nacidas. Pero quiero hablar de este arte agradable, que se dirige al corazon, por medio de la armonía, para excitar las pasiones, ó para apaciguarlas conforme á la necesidad y á la razon ».

De esta especie de música hacian tanto caso los mayores filósofos, y los legisladores mas prudentes entre los griegos, porque domestica los ánimos montaraces, suaviza la aspereza é indocilidad de los rústicos, lima las costumbres, hace los genios mas capaces de disciplina, une la sociedad de una manera suave y agradable; y da horror á todos los vicios que inclinan al rigor, á la inhumanidad y ferocidad.

Tampoco es inútil para el cuerpo, y contribuye para la curacion de ciertas enfermedades. Lo que se refiere de los efectos de la música, en los que han sido mordidos de la tarántula, pareceria increible si no estuviese apoyado con testimonios, á los que no se puede negar el crédito razonablemente.

La tarántula es una araña gruesa de ocho ojos y de ocho piés. No solamente se encuentra hácia Tarento, de donde tomó su nombre ó en la Pulla: las hay tambien en otras muchas partes de la Italia, y en la isla de Córcega.

Poco tiempo despues que ha mordido la tarántula, sobreviene en la parte un dolor muy agudo, y pocas horas despues una inflamacion. Se cae luego en una profunda tristeza, se respira con dificultad, el pulso se debilita, la vista se turba y anda vagante, finalmente se pierde el conocimiento y movimiento, y se muere á menos de no ser socorrido. La medicina emplea para la cura de esta enfermedad algunos remedios, los que serian inútiles si no viniese á su socorro la música.

Luego que una persona mordida está sin movimiento, ni conocimiento, un músico prueba diferentes tocatas; y cuando ha encontrado aquella, cuyo sonido y modulacion convienen al enfermo, se ve que empieza este á hacer algun ligero movimiento, que menea primero los dedos en cadencia, despues los brazos y piernas, poco á poco todo el cuerpo, y finalmente se levanta en pié, y se pone á bailar, aumentando siempre su actividad y vigor. Hay algunos de estos que bailan seis horas sin descansar. Despues de esto se acuestan, y cuando se contempla bastante sosegado de su primer baile, le sacan de la cama, con el mismo tono para otra danza. Este ejercicio dura muchos dias, á lo mas seis ó siete, hasta que el enfermo se halla fatigado y en estado de no bailar mas, lo que anuncia su curacion. Porque en tanto que obra en el el veneno, danzaria, si se quisiese, sin intermision alguna, y finalmente moriria por falta de fuerzas. El enfermo que se empieza á sentir cansado, recobra poco á poco el conocimiento y la razon, y sale como de un profundo sueño, sin acordarse de lo que ha pasado durante su acceso, ni aun del baile. El hecho es singular, pero muy cierto: á los médicos pertenece explicar la causa de esto segun los antiguos.

§. 2. Algunos historiadores profanos atribuyen el descubrimiento de las primeras reglas de la música á su Mercurio fabuloso, otros á Apolo, y otros al mismo

Júpiter. Quisieron con esto, sin duda, darnos á entender, que la invencion de un arte tan útil, no se podia atribuir sino á los dioses, y que no era razon honrar con ella á ningun hombre, cualquiera que fuese.

El tratado de Plutarco sobre la música, esplicado é ilustrado por las sabias notas del señor Burete, me ofrecerá la mayor parte de lo que tengo que decir sobre la historia de los que pasan por haber contribuido mas á la perfeccion de este arte. Me contentaré con indicar puramente los mas antiguos, que casi no son conocidos sino en la fábula, sin detenerme en el órden de los tiempos.

Anfion se considera por algunos como el inventor de la cítara ó lira; porque estos dos instrumentos se diferenciaban poco, como lo diré mas adelante, y por lo regular los confunden los autores. Se conjetura, que la fábula de Tebas, fabricada al son de la lira de Anfion, es posterior al tiempo de Homero, quien no habla de ella, y no dejaria de adornar con ella su poema, si la hubiese conocido.

Anfion tuvo por contemporáneos á Lino, Antés, Pierio y Filanmon. Este último fue padre del famoso Tamiris, la voz mas excelente de su tiempo, el rival de las mismas musas, y quien en pena de su audacia, perdió la vista, la voz, el juicio, y tambien el uso de su lira.

Orfeo. Florecia su reputacion desde el tiempo de la expedicion de los argonautas, de cuyo número fué, esto es, antes de la guerra de Troya. Tuvo por maestro de la música á Lino, del mismo modo que Hércules. La historia de Orfeo es conocida de todo el mundo.

Hiagnes. Se pretende que Hiagnes fué el mas antiguo tocador de flauta. Fue padre de Marsías, á quien se atribuye tambien la invencion de la flauta. Este último se atrevió á desafiar á Apolo, quien no quedó vencedor en esta disputa, sino juntando su voz al sonido de su lira. El vencido fue desollado vivo.

Olimpo. Hubo dos Olimpos, uno y otro famosos tocadores de flauta. El mas antiguo, misio de orígen, vivia antes de la guerra de Troya. Era discípulo de Marsías. Sobresalia tambien en el arte de tocar los instrumentos de cuerdas.

El segundo Olimpo era frigio, y florecia en tiempo de Midas.

Demodoco. Femio. Homero habla con elogio de estos dos músicos, en muchas partes de la Odisea. Demodoco compuso dos poemas: uno sobre la toma de Troya, otro sobre las bodas de Venus y Vulcano. Homero los hace cantar á ambos en casa de Alcinoó rey de los feacios, en presencia de Ulises. Habla de Femio como de un cantor inspirado de los mismos dioses. Fue él quien, con el canto de sus poesías, puestas en música, y acompañadas con las tocatas de su lira, alegró los banquetes, en que los perseguidores de Penelope, empleaban los dias enteros.

El autor de la vida de Homero, atribuida á Herodoto, asegura que Femio se estableció en Esmirna; que enseñó en ella la gramática y la música á la juventud, y que se casó allí con Critedia, la cual, de un comercio ilegítimo, tuvo por hijo al mismo Homero, de cuya educacion cuidó aquel padrasto, despues de haberle adoptado.

Terpandro. Los autores no convienen entre sí sobre la patria de Terpandro, ni sobre el tiempo en que vivió. Eusebio le pone en la olimpiada 33. Esta época se debe anticipar, si es verdad, que fué este poeta músico el primero que ganó el premio en los juegos carnios, instituidos en Lacedemonia solamente, en la olimpiada 26.

Además de esta victoria, que acreditó mucho la habilidad de Terpandro en la poesía musical, distinguióse tambien en este mismo arte en ocasiones muy importantes. Se ha hablado mucho de la sedicion que supo calmar en Lacedemonia, con sus armoniosos cantos, acompañados de las tocatas de la cítara. Ganó tambien cuatro veces seguidas el premio en los juegos píticos.

Parece que, habiendo encontrado el antiguo Olimpo, y Terpandro, en su juventud, montada la lira con tres ó cuatro cuerdas solamente, se sirvieron de ella, tal como la encontraron entónces, y se distinguieron en ella por la gracia de su ejecucion. Mas adelante, para perfeccionar este instrumento, le añadieron algo uno y otro, especialmente Terpandro, que le puso hasta siete cuerdas.

Esta reforma desagradó mucho á los lacedemonios, en cuya ciudad estaba expresamente prohibido el mudar, é innovar nada en la antigua música. Plutarco refiere, que Terpandro fue multado por los éforos, por haber aumentado con una sola cuerda el número de las que componian la lira ordinaria; y que la suya fué colgada de un clavo. De donde se seguia, que la lira de aquel tiempo estaba ya montada con seis cuerdas.

Por lo que se lee en Plutarco, parece que Terpandro componia, en los principios, poesías líricas de cierta medida, buenas para cantarlas y acompañarlas con la cítara. Después ponia estas poesías en música, de manera que se pudiesen acomodar al modo de tocarse en la cítara, la que en este caso tocaba precisamente los mismos sones que cantaba la voz del músico. Finalmente, Terpandro notaba esta música en los mismos versos de cada uno de los cánticos de su composicion, y algunas veces hacia lo propio con las poesías de Homero: con lo que estaba en estado de ejecutarlos él mismo, ó hacer que los ejecutasen en los juegos públicos.

Se ofrecian premios de poesía y de música, porque la una no estaba sin la otra, en los cuatro grandes juegos de la Grecia, especialmente en los píticos, en los que eran la primera y la parte mas considerable. Lo propio se practicaba tambien en otras muchas ciudades del mismo país, en las que se celebraban semejantes juegos con mucha solemnidad y mucho concurso de gentes.

Frinis era de Mitilene, capital de la isla de Lesbos. Fué discípulo de Aristóclito en la cítara, y no podia tener mejor maestro; siendo este uno de los sucesores del famoso Terpandro. Se dice que fue él el primero que ganó el premio de este instrumento en los juegos de las panateneas, que se celebraron en Atenas el cuarto año de la olimpiada 80. No tuvo la misma felicidad cuando disputó este premio con el músico Timoteo.

Se debe considerar á Frinis como el autor de las primeras reformas, que se hicieron en la música antigua, por lo respectivo al modo de tocar la cítara. Estas mutaciones consistian, lo primero en la adicion de dos cuerdas á las siete que componian este instrumento antes de él; lo segundo en el giro de la modulacion, que no tenia ya aquella antigua sencillez, noble y varonil. Aristófanes reprende esto en la comedia de las «Nubes,» en la que habla la justicia de este modo, de la antigua educacion de la juventud. «Iban juntos á casa del maestro de cítara.... en donde aprendian á cantar el himno de la terrible Palas, ó algun otro cántico, entonando los tonos conforme á la armonía que habian recibido de sus predecesores. Si alguno de ellos pensaba cantar de una manera bufona, ó mezclar en su canto alguna variacion de voz, seme-

jante á las que reinan hoy dia en las composiciones de Frinis, se les castigaba severamente. »

Habiéndose presentado Frinis para algunos juegos públicos en Lacedemonia, con su cítara de nueve cuerdas, el éforo Ecprepés dispuso cortarle dos de ellas, y solamente le dejó la eleccion, entre las de arriba ó las de abajo. Poco tiempo después, hallándose Timoteo en igual caso, en los juegos carnios, los éforos ejecutaron con él lo mismo.

Timoteo, poeta músico de los mas célebres, nació en Mileto, ciudad jonia de la Caria, el año tercero de la olimpíada 83. Floreció en el mismo tiempo que Eurípides y Filipo de Macedonia. Sobresalia en la poesía lírica y ditirámbica.

Se aplicó particularmente á la música y á tocar la cítara. Sus primeros ensayos no tuvieron buen éxito, y fué silbado de todo el pueblo. Un suceso tan desgraciado era capaz de acobardarle para siempre; y con efecto pensó renunciar absolutamente un arte para el que creia no haber nacido. Eurípides le desengañó de este falso pensamiento, y le animó, persuadiéndole que tuviese esperanzas de mejor éxito para lo futuro. Refiriendo Plutarco este hecho, al que junta los ejemplos de Simon, de Temístocles y Demóstenes, á los que excitaron tambien semejantes consejos, advierte con razon, que se hace mucho servicio al público, alentando de este modo á los jóvenes, en quienes se reconoce caudal de entendimiento y buenos talentos; y embarazar que no se fastidien por algunas faltas que puedan haber cometido en una edad sujeta á desbarros, ó por algunos malos sucesos que hayan tenido en los principios en el ejercicio de su profesion.

Eurípides no se engañó en sus juicios y esperanzas. Timoteo fué el mas hábil músico de cítara de su tiempo. Perfeccionó este instrumento, añadiéndole, segun Pausanias, cuatro cuerdas, ó segun Suidas, dos solamente, la décima y undécima, á las nueve que tenia la cítara antes de él. Los autores varian mucho en esta materia, y aun se contradicen con frecuencia.

Esta innovacion en la música no fué generalmente aprobada. Los lacedemonios la condenaron por un decreto público, que nos ha conservado Boecio. Está escrito en el dialecto del país, cuya letra R, que es la consonante que domina, hace la pronunciacion muy áspera. Empieza por estas palabras: que habiendo venido Timoteo de Mileto á su ciudad, daba señales de que hacia poco caso de la antigua música y de la antigua lira; que habia multiplicado los sonidos de aquella y las cuerdas de esta: que á la antigua manera de cantar natural, y seguida, habia substituido una mas compuesta, en la que habia introducido el género cromático: que en su poema, sobre el parto de Semela, no habia guardado la decencia correspondiente; que para prevenir las consecuencias de semejantes novedades que podian ser muy perjudiciales á las buenas costumbres, habian los reyes, y los éforos, reprendido públicamente á Timoteo, y habian ordenado que fuese reducida su lira á las siete cuerdas antiguas, y que se cortasen de ella todas las cuerdas nuevamente añadidas, etc. Esta historia se halla en Ateneo, con esta circunstancia, que, como se dispusiesen á cortar estas nuevas cuerdas conforme al decreto, viendo Timoteo en aquel mismo lugar una estátua pequeña de Apolo, cuya lira tenia tantas cuerdas como la suya, la manifestó á los jueces, y le absolvieron.

Su reputacion le grangeó mucho número de discípulos. Se dice que pedia doble á los que venian á él para aprender á tocar la flauta ó la cítara, después de haber tenido otro maestro. Su razon era que una persona hábil, que sucede á estos semi-sabios, tiene siempre dos trabajos por uno: hacer que olvide el discípulo lo que tenia aprendido, que es el mayor, y enseñarle de nuevo.

Archiloco fué igualmente célebre en la poesía y en la música. Hablaré de él mas adelante con el título de poeta. Ahora le considero solamente como músico, y de todo lo que dice Plutarco de él en esta cualidad, no pondré sino el único pasaje, en que le atribuye «la ejecucion musical de los versos jámbicos, de los que unos solo se pronuncian ó recitan ínterin el toque de los instrumentos, en lugar que los otros se cantan. »

Este pasaje, dice el señor Burete, nos enseña, que en la poesía jámbica, habia versos que solo eran «declamatorios, » que no hacian mas que recitarse ó pronunciarse, y que habia otros que se cantaban. Pero lo menos conocido que ofrece este pasaje, es que estos jambos « declamatorios » se acompañaban con los sonidos de la cítara y de los otros instrumentos de percusion ó de cuerdas. Nos queda que saber de que manera se ejecutaba semejante acompañamiento. Segun todas las apariencias, el que tocaba la cítara no se contentaba con dar al poeta ó al autor el tono general de su declamacion, y mantenerle en él con la uniformidad de su toque; sino que, como el tono del declamador variaba, segun los diversos acentos que modificaban la pronunciacion de cada palabra, de suerte que se podia notar esta declamacion, era necesario que el instrumento de música hiciese percibir todas estas modificaciones, y señalase exactamente el « ritmo » ó cadencia de la poesía que la servia de guia, y la que, aunque solo recitada, en virtud de este acompañamiento se hacia mucho mas expresiva y eficaz. Respecto de la poesía que se cantaba, el instrumento que la acompañaba, se conformaba con ella servilmente, y solo se oian los mismos sonidos que entonaba la voz del poeta músico.

Aristógenes nació en Tarento, ciudad de Italia. Era hijo del músico Menesias. Se aplicó igualmente á la música y á la filosofía. Fué primero discípulo de su padre, después del pitagórico Xenófilo, y finalmente de Aristóteles, con quien tuvo por condiscípulo á Teofrasto. Aristógenes vivia pues, como se ve, en tiempo de Alejandro el Grande, y en el de sus primeros sucesores.

De cuatrocientos y cincuenta y tres volúmenes, que dice Suidas que compuso, no tenemos hoy dia sino sus tres libros de los «Elementos armónicos; » y es el tratado mas antiguo de música que haya llegado hasta nosotros.

Impugnó vivamente el sistema musical de Pitágoras. Porque aquel filósofo, con el fin de establecer una seguridad y firmeza invariable en las ciencias y artes en general, y en la música en particular, intentó que sus preceptos no se gobernasen por los testimonios y relaciones infieles de los sentidos, sino sujetarlos al único juicio de la razon: y quiso, conforme á esta idea, que las consonancias musicales, lejos de sujetarse al juicio del oído, que consideraba como una medida arbitraria y poco cierta, solamente se arreglasen á las proporciones de los números, que siempre son los mismos. Aristógenes defendió, que á las reglas matemáticas y á las razones de las proporciones, se debia juntar el juicio del oído, al que pertenece principalmente arreglar lo perteneciente á la música. Impugnó tambien el sistema de Pitágoras en otros muchos puntos.

Soterino, uno de los interlocutores que introduce Plutarco en su tratado de la música, está persuadido que el sentido y la razon deben concurrir en el juicio que se hace sobre las diversas partes de la música:

de suerte que el primero no prevenga la segunda por demasiada viveza, ni le falte en la ocasion por demasiada flojedad. Porque el sentido de que se trata aquí, que es el oído, recibe necesariamente tres impresiones juntas: la del « sonido, » la del tiempo ó « medida, » y la de la « letra; » cuyo progreso hace que se conozca la « modulacion, » el « ritmo » y las « palabras. » Y como el sentido no puede percibir separadamente estas tres cosas, ni seguirlas cada una en particular, parece que el alma sola ó la razon tiene derecho de juzgar de lo bueno ó malo que puede tener este enlace de « sonido, » de « ritmo » y de « palabras. »

§. 3. Como estaba la música entre los antiguos, por su orígen y destino natural, consagrada al culto de los dioses, y reglamento de las costumbres, preferian la que se distinguia por su gravedad y sencillez. Una y otra dominaron mucho tiempo en cuanto á la voz, y en cuanto á los instrumentos de música. Olimpo, Terpandro y sus discípulos, emplearon primero pocas cuerdas en la lira, y poca variedad en los cantos. Sin embargo, dice Plutarco, por naturales que fuesen las tocatas de aquellos músicos, las que no se tocaban sino en tres ó cuatro cuerdas, eran la admiracion de los mas inteligentes.

La cítara, muy natural primero, en tiempo de Terpandro, conservó algun tiempo esta ventaja. No se permitia componer á discrecion tocatas en este instrumento, ni mudar el modo de tocarlas, fuese en cuanto á la armonía, fuese en cuanto á la cadencia; y se ponia mucho cuidado en conservar á cada una de las antiguas tocatas el tono ó carácter que le eran propios; de donde proviene que los llamaban « Nomes, » como que debian servir de leyes y modelos.

La introduccion de los ritmos, en el género ditirámbico; la multiplicacion de los sonidos de la flauta por Laso, como tambien la de las cuerdas de la lira por Timoteo, y algunas otras novedades introducidas por Frinis, por Menalípido, y por Filógeno, causaron gran mutacion en la antigua música. Los poetas cómicos, especialmente Ferécrates y Aristófanes, se quejaron de esto con mucha frecuencia y con mucho ardor. Se advierte en sus comedias, que la que hacia papel de música, acusaba con fervor y amargura á estos músicos, por haberla enteramente depravado y corrompido.

Plutarco, en muchas partes de sus obras, se quejaba tambien de que á la antigua música, varonil, noble y divina, y que no tenia nada que no fuese grave y majestuoso, hubiesen sustituido los modernos la del teatro, que no inspira sino la delicia y depravacion. Tan presto alega la autoridad de Platon, para probar que la música, madre de la consonancia, de la decencia y del agrado, no se dió á los hombres por los dioses solo para las delicias, y para la única adulacion de los oídos, sino para restablecer el órden y armonía en las facultades del alma, frecuentemente perturbadas con el error y deleite. Tan presto advierte, que no se pueden tomar bastantes precauciones contra los placeres perniciosos de una música depravada y viciosa, y da á entender los medios de guardarse de semejante corrupcion. Declara aquí que la música lasciva, las canciones disolutas y libres, corrompen las costumbres; y que los músicos y poetas deben tomar de personas juiciosas y virtuosas los asuntos de sus composiciones. Allí cita el testimonio de Píndaro, que asegura hizo Dios oyese Cadmo una música sublime y regular, muy diferente de esta música melodiosa, afeminada y delicada, que se ha puesto en posesion de los oídos humanos. Finalmente, se explica sobre esto aun mas precisamente en el libro noveno de sus « Simposiacos. » « La música depravada, que reina hoy dia, dice, haciendo daño á todas las artes que dependen de ella, ha perjudicado mas á la danza que á ninguna otra. Porque, habiéndose juntado esta á no sé qué poesía trivial y vulgar, despues de haberse divorciado de la antigua, que era toda divina, se ha apoderado de nuestros teatros, en los que hace triunfar la admiracion mas extravagante: de suerte, que ejerciendo una especie de tiranía, ha logrado coronar una música de cortísimo valor. Pero al mismo tiempo ha perdido verdaderamente toda la estimacion de aquellos, que por su ingenio y prudencia se consideran como hombres divinos. » Dejo á los lectores el cuidado de aplicar á nuestro tiempo la que dice Plutarco del suyo, en asunto de la música y del teatro.

No es de admirar que se queje Plutarco de este modo de la depravacion, que se habia generalmente deslizado en la música de su tiempo, y que la habia envilecido tanto. Antes de él, Aristóteles y sus discípulos, se habian lamentado de lo mismo; y esto en un siglo tan favorable á la perfeccion de todas las buenas artes, y tan fecundo en grandes hombres de todo género. ¿Cómo pudo suceder, que aun cuando se cultivaban con tanto acierto la elocuencia, la poesía, la pintura y la escultura; la música, en la que no se ponia menos cuidado, se degradase tanto? Su mucho enlace con la poesía fué la principal causa de esto, y se puede decir que estas dos hermanas tuvieron con poca diferencia el mismo destino. Contenidas en los principios una y otra, en la perfecta imitacion de la naturaleza, no tenian por fin mas que instruir divirtiendo, y excitar movimientos igualmente útiles para el culto de los dioses, y para el bien de la sociedad. Para esto empleaban las expresiones, los trinados, los « ritmos, » ó cadencias mas correspondientes. La música particularmente, siempre natural, siempre llena de nobleza y decoro, se contenia en los límites que le habian prescrito los grandes maestros, y especialmente los filósofos y legisladores, que la mayor parte eran poetas y músicos. Pero los espectadores del teatro, y el culto de ciertas divinidades, de Baco entre otras, desordenaron mucho, en lo futuro, tan prudentes reglamentos. Dieron principio á la poesía ditirámbica, poesía de las mas libres en la expresion, en el ritmo y en la afectacion. Necesitó de una música del mismo género, y por consiguiente muy distante de aquella noble sencillez de la antigua. La multitud de las cuerdas, los pensamientos ingeniosos, las contracciones y el adorno, se introdujeron en ella excesivamente, y dieron lugar á las justas quejas de las personas mas hábiles y de mejor gusto en este género.

§. 4. Para decir alguna cosa en general de la música antigua, y dar una ligera idea de ella, se debe saber que hubo tres especies de sinfonías: la vocal, la instrumental, y la que forma la union de las voces y de los instrumentos. Los antiguos conocieron estas tres especies de sinfonías ó conciertos.

Se debe tambien advertir que la música no conocia en los principios mas que tres modos, que eran á un tono de distancia uno de otro. El mas grave de los tres se llamaba « dórico, » el mas agudo era « lidio; » el « frigio » tenia el medio entre los dos precedentes; de suerte que el modo dórico y el lidio comprendian entre sí el intervalo de dos tonos, ó de una tercera mayor. Dividiendo este intervalo por semitonos, se dió lugar á otros dos modos, el « jonio y el eolio; » de los cuales el primero se insertó entre el dórico y el frigio, y el segundo entre el frigio y el lidio. Se aña-

dieron tambien nuevos modos, que sacaban denominaciones de los cinco primeros, juntándoles la preposicion « sobre, » para los de lo alto; y la preposicion « so, ó debajo » para los de abajo. El « hiperdorio, » el « hiperjonio, etc. » El « hipodorio, » el « hipojonio; etc. »

En algunos libros del canto moderno, y al fin de algunos breviarios, se refieren á estos diferentes modos los diversos tonos que se practican en los cantos de la iglesia. El primero y el segundo tono pertenecen al modo dórico; el tercero y el cuarto al modo frigio; los otros al modo lidio y mixolidio.

El canto de la iglesia está en el género diatónico, que es el mas grave, y que conviene mas al culto divino.

Vuelvó á la primera division. La sinfonía vocal supone necesariamente muchas voces, porque una sola persona no puede cantar al mismo tiempo diversas partes. Cuando concertaban juntas muchas voces, cantaban, ó al unísono, lo que se llamaba « homofonía, » ó á la octava, y tambien á la doble octava, y esto se nombraba « antifonía. » Así se conjetura que se practicaba una tercera manera entre los antiguos, que consistia en cantar á la tercera.

La sinfonía instrumental, entre los antiguos, recibia las mismas diferencias que la vocal, esto es, que muchos instrumentos podian concertar juntos al unísono, á la octava y á la tercera.

Para tener las consonancias de música en dos cuerdas de instrumento de la misma materia, igualmente gruesas é igualmente extendidas, no hay mas que hacer que sus longitudes tengan una de otra ciertos respetos de número. Por ejemplo, si las dos cuerdas son iguales en longitud, están al unísono: si son como de una á dos están á la octava; si son como de dos á tres, es la quinta: como de tres á cuatro, es la cuarta: como de cuatro á cinco, es la tercera mayor, etc.

Habia tambien entre los antiguos, así como entre nosotros, algunos instrumentos, en los cuales un músico solo podia ejecutar una especie de concierto. Tales eran las dos flautas y la lira.

El primero de estos instrumentos se componia de dos flautas unidas, de manera que no tenian regularmente mas que una embocadura comun para los dos cañones. Estas flautas eran iguales ó desiguales, sea en cuanto á lo largo, sea en cuento al diámetro ó grueso. Las flautas iguales producian un mismo sonido: las desiguales hacian sonidos diferentes, el uno grave, y el otro agudo. La sinfonía, que resultaba de la union de las dos flautas iguales, era ó al unísono, cuando las dos manos del músico pulsaban al mismo tiempo los mismos agujeros en cada flauta; ó á la tercera, cuando las dos manos pulsaban diferentes agujeros. La diversidad de los sonidos, producida por la desigualdad de las flautas, no podia ser sino de dos especies, segun estaban estas flautas á la octava, ó solamente á la tercera: y en uno y otro caso, las manos del músico pulsaban al mismo tiempo los mismos agujeros en cada flauta, y por consiguiente formaban un concierto, ó á la octava, ó á la tercera.

Por lira se entiende generalmente aquí todo instrumento de música, cuyas cuerdas están extendidas sobre hueco. Los antiguos tenian muchos instrumentos de este género, que se diferenciaban entre sí por su figura, por su grandeza, ó por el número de sus cuerdas; y á los que daban diversos nombres, aunque los tomasen frecuentemente uno por otro. Los principales eran, primero la cítara, de donde se deriva el término guitarra, que significa un instrumento del todo diferente. Segundo, la lira, llamada de otro modo « xelus, » y en latin « testudo, » porque su basa se parecia á la concha de una tortuga, animal, cuya figura (se dice) habia dado la primera idea de este instrumento. Tercero, el « trigonon, » ó el instrumento triangular, que es el único que ha llegado á nosotros con el nombre de « arpa. »

La lira, como he dicho ya, varió mucho en cuanto al número de las cuerdas. La de Olimpo y Terpandro no tenia en los principios sino tres, cuyos sonidos sabian diversificar aquellos músicos con tanto arte, que si se ha de creer en esto á Plutarco, excedian con mucho á los que tocaban en una lira mas compuesta. Añadiendo una cuarta cuerda á estas tres primeras, se hizo el « tetracorde » completo; y la diferente manera con que se templaban estas cuatro cuerdas era lo que constituia los tres géneros « diatónico, » « cromático, » y « enarmónico. » El género diatónico pertenece á la música comun y ordinaria. En el género cromático, era la música mas blanda, por la debilidad de los sonidos, los que se bajaban un semitono, y de lo que se advertia con una señal encarnada, de donde vino el nombre de cromático, de la palabra griega « croma » « color. » Lo que se llama hoy dia bemol, pertenece á la música cromática. En la música enarmónica, al contrario, se levantaban los sonidos un semitono, lo que se anotaba, como se hace aun hoy dia, con una diesis ó sostenido. En la música diatónica, el canto no podia hacer sus progresiones por intervalos menores que los semitonos mayores. La modulacion cromática empleaba los semitonos menores. En la música enarmónica se podia hacer la progresion del canto por cuartos de tono.

Hablando Macrobio de estos tres géneros, dice, que el enarmónico no se practicaba ya por causa de su dificultad; que el cromático está desacreditado, porque la música, en este género, es muy tierna y afeminada; y que el diatónico tiene el medio entre los dos.

La adicion de una quinta cuerda produjo el « pentacorde. » La lira de siete cuerdas, ó el « Heptacorde, » fué la que se usó mas, y la mas célebre de todas. Sin embargo, aunque se hallasen en ella las siete voces de la música, le faltaba todavía la octava. Simónides se la puso finalmente, segun Plinio, añadiéndole una octava cuerda. Mucho tiempo despues de él, Timoteo Milesio, que vivia en tiempo de Filipo, rey de Macedonia, hizo una reforma, y multiplicó, como lo hemos observado, las cuerdas de la lira, hasta el número de once. Este número se aumentó tambien mas.

La lira de tres ó cuatro cuerdas no era susceptible de sinfonía alguna. Se podia, en el Pentacorde, tocar dos partes á la tercera una de otra. Cuanto mas se multiplicaba en la lira el número de las cuerdas, mas facilidad se hallaba para componer en este instrumento tocatas, que hiciesen entender al mismo tiempo diferentes partes. La cuestion es saber si se sabian aprovechar los antiguos de esta ventaja.

Esta cuestion, controvertida dos siglos hace, con motivo de la música antigua, y que consiste en saber si los griegos y romanos conocieron, en este género, lo que se llama contrapunto ó concierto de muchas partes, ha producido diferentes escritos en pro y en contra. El plan de mi obra me dispensa entrar en el exámen de esta dificultad, de la que confieso, además de esto, que no soy capaz.

No será inútil saber cómo notaban los antiguos sus cantos. Entre ellos el sistema general de la música estaba dividido en diez y ocho sones, cada uno de los cuales tenia su nombre particular. Habian inven-

tado caractéres que señalaban cada tono: « Semeya, signos. » Todas estas figuras se componian de un monógramo, formado de la primera letra del nombre particular de cada uno de los diez y ocho sones del sistema general. Estos signos, que servian en la música vocal y en la instrumental, se escribian encima de las palabras, y estaban puestos sobre dos líneas, la superior de las cuales era para el canto, y la inferior para el acompañamiento. Estas líneas tampoco tenian mas grueso que líneas de escritura regular. Tenemos todavía algunos manuscritos griegos, en los que se hallan escritas estas dos especies de notas, del modo que acabo de exponer. Se sacaron de ellos los himnos á Caliope, á Nemesis y á Apolo, como la estrofa de una de las odas de Píndaro. El señor Buret nos ha dado esto con la nota antigua y moderna.

Se sirvieron de los caractéres inventados por los antiguos para escribir los cantos musicales, hasta el undécimo siglo, en el que Guido de Arezo halló la invencion de escribirlos, como se hace hoy dia, con notas puestas sobre diferentes líneas, de modo que la posicion de la nota indicaba su entonacion. Estas notas no fuéron en los principios mas que puntos, en los que no habia nada que señalase su duracion. Pero Juan de Meurs, natural de Paris, que vivia en 1350, en tiempo del reinado del rey Juan, halló el medio de dar á estos puntos un valor desigual, con las diferentes figuras de redondos, negros y de otros que inventó, y que han adoptado los músicos de toda la Europa.

§. 5. La famosa disputa, con motivo de los antiguos y modernos, se ha enardecido mucho con esta ocasion, porque si la música antigua ignoró el « contrapunto, » se pretende que es un título incontestable de preferencia para la moderna. Se dice, aun suponiendo el hecho, que siempre podrá quedar muy dudoso, si la consecuencia es tan cierta. ¿No puede suceder que los antiguos pusiesen la música, en todo los demás, en un grado de perfeccion á que no hayan podido llegar los modernos, como sucede en otras artes (no digo que sea esto, hablo solo de la posibilidad) en cuyo caso el descubrimiento del « contrapunto » no deberia dar una preferencia absoluta á los últimos sobre los otros? Los pintores mas hábiles de la antigüedad, como Apeles, no empleaban en sus pinturas mas que cuatro colores. Lejos de que fuese esto para Plinio razon de disminuir nada de su mérito y reputacion, los admiraba todavía mas por haber dejado tan atrás á todos los pintores que los siguieron, aunque hubiesen usado estos de mucho número de nuevos colores.

Seria necesario venir siempre á lo sustancial, y examinar, si con efecto la música de los últimos tiempos excede sin contradiccion á la de los antiguos, y es lo que me parece imposible decidir. No sucede en la música lo que en la escultura. En esta se puede sentenciar el proceso por las obras que se producen de una y otra parte. Hay estátuas y relieves de la antigüedad, de las que se puede hacer comparacion con las nuestras; y hemos visto que Miguel Angel, sobre este punto, se condenaba y reconocia de buena fé la superioridad de las antiguas. No ha llegado hasta nosotros obra alguna de la música antigua que nos pueda dar á conocer su excelencia, ni hacernos juzgar por nuestra propia experiencia, si era tan perfecta como la nuestra. ¿Los maravillosos efectos que se dice producia, no parecen pruebas muy decisivas?

Tenemos tratados didácticos, tanto griegos como latinos, que nos pueden instruir de la teórica de este arte; pero de esto ¿se puede concluir alguna cosa segura para la práctica? Esto nos puede dar alguna luz, algun medio; pero están muy distantes los preceptos de la ejecucion. ¿Puros tratados de poesía bastarian para que conociésemos si deben los poetas modernos preferirse á los antiguos?

En la incertidumbre que quedará siempre, por lo respectivo á la cuestion de que hablo, hay una preocupacion muy favorable á los antiguos, la que á lo menos debe, á mi parecer, obligar á que se suspenda el juicio. Todos convienen que los griegos tenian un genio maravillosamente apto para las artes, que las cultivaron con un acierto extraordinario, y que las pusieron, por la mayor parte, en un grado muy alto de perfeccion. Arquitectura, escultura, pintura: no se les disputa esta alabanza. Pues de todas estas artes, no hay ninguna que fuese cultivada tan antigua ni generalmente como la música. No solamente eran algunos particulares los que se aplicaban á ella, como en las otras artes; eran generalmente todos aquellos que se criaban con algun cuidado. El estudio de la música era una parte esencial de la educacion de la juventud. Se practicaba generalmente en las fiestas solemnes, en los sacrificios y especialmente en los banquetes, acompañados, casi siempre, de conciertos, que eran toda su diversion, y su principal sazon. Habia disputas públicas, y recompensas para los que se distinguiesen en ellas particularmente. Dominaba, de un modo singular, en los coros y tragedias. Se sabe la magnificencia y perfeccion á que llegó todo lo demás en estos espectáculos entre los atenienses. ¿Solamente la música se habia de haber desatendido en Atenas? ¿Se cree que aquellos oidos áticos, tan finos y delicados para el sonido de las palabras, en la pura conversacion, lo fuésen menos por lo respectivo á los conciertos de voces é instrumentos que reinaban en aquellos coros, y que eran la diversion mas sensible y regular de Atenas? En cuanto á mí, no puedo dejar de creer, que los griegos, inclinados como eran á los regocijos, educados y criados en el gusto de los conciertos, con todos los socorros de que he hablado, con aquel genio inventivo é industrioso que se les conoce para todas las artes, sobresalieron en la música, como en todo lo demás. Esta es la única conclusion que saco de todo el razonamiento que acabo de hacer, sin pretender preferir los antiguos á los modernos.

No he hablado de la perfeccion á que pudieron llegar los cantores israelitas, en todo lo que pertenece al sonido de la voz y de los instrumentos, para no mezclar una música totalmente santa y consagrada á la religion, con una música profana del todo y entregada enteramente á la idolatría y á todos los excesos que eran su consecuencia. Es de presumir que aquellos cantores, á quienes parece que da la escritura una especie de inspiracion y don de profecía, nó para componer salmos proféticos, sino para cantarlos de una manera fervorosa, ardiente y llena de celo, hubiesen puesto la ciencia del canto á donde podia llegar. Era sin duda un género de música grande, noble, sublime, en la que todo era proporcionado á la majestad del Dios que era su objeto; y se puede añadir que era su autor: porque se habia servido instruir él mismo á sus ministros y cantores, y enseñarles cómo queria que se celebrasen sus alabanzas.

No hay cosa mas admirable que el órden que habia establecido el mismo Dios entre los levitas para el ejercicio de aquel augusto ministerio. Eran en número de cuatro mil, divididos en diferentes cuerpos, cada uno de los cuales tenia su jefe y señalados el género, como tambien el tiempo de sus funciones. Doscientos

ochenta y ocho estaban destinados para enseñar á los otros á cantar y á tocar los instrumentos. Se ve una prueba de este órden maravilloso en la distribucion que hizo David en las partes de la música santa con que quiso solemnizar la conduccion del arca, desde la casa de Obededon á la ciudadela de Sion. Toda la tropa de los músicos estaba dividida en tres coros. El primero tenia instrumentos cóncavos de cobre, muy sonoros, semejantes á nuestros timbales, solo que no estaban cubiertos con pieles, sino que estaban en su vacío atravesados con barretas dobladas, en las que se golpeaba en diferentes partes. Estos sonidos se hermanaban con las trompetas sacerdotales que precedian; y con sus movimientos vivos, penetrantes é interrumpidos, eran muy buenos para excitar la atencion de los espectadores. La segunda cuadrilla de los cantores sagrados, compuesta de tiples, tocaba otro instrumento. El tercer coro se componia de bajos, que servia para llenar y sostener los tiples, con los que concordaban siempre, porque los dirigia un mismo maestro de capilla.

Es fácil comprender que los levitas, en número tan grande como eran, destinados de padre en hijo á este único ejercicio, instruidos por los maestros mas sabios, y cultivados con una larga y contínua experiencia, debian adquirir una extrema habilidad, y hacerse finalmente dueños de todos los primores y todas las delicadezas de un arte, en que pasaban su vida entera.

Este es el verdadero destino de la música. El mas noble uso que pueden hacer los hombres de ella, es emplearla para tributar un homenaje contínuo de alabanza y adoracion á la suprema majestad de Dios, que crió y gobierna el universo. Un ministerio tan santo está reservado á sus fieles hijos.

Art. 2.° Trataré en este artículo segundo de las otras partes de la música usadas de los antiguos, aunque desconocidas entre nosotros, y por lo regular las confundiré unas con otras; porque tienen una correlacion natural, y seria dificultoso separarlas sin incurrir en repeticiones. Me valdré mucho de lo que se dice sobre estas materias en las reflexiones críticas del señor abad del Bos sobre la poesía y pintura.

§. 1. Los antiguos tenian para el teatro una declamacion compuesta, y que se escribia con notas sin que fuese por esto un canto musical: y en este sentido se deben tomar algunas veces en los autores latinos estas palabras, «canere, cantus» y tambien «carmen,» que no siempre significan un canto propiamente dicho, sino un cierto modo de representar ó de leer.

Segun Brigenio, la declamacion se componia con los acentos y por consiguiente se debian servir, para escribirla con notas, de los mismos caractéres que servian para señalar estos acentos. Primero no hubo mas que tres, el agudo, el grave y el circunflexo. Llegaron despues hasta diez, señalados cada uno con un carácter diferente. Se ven sus nombres y figuras en los gramáticos antiguos. El acento es la regla cierta que enseña como se debe levantar ó bajar la voz en la pronunciacion de cada sílaba. Como se aprendia la entonacion de estos acentos al mismo tiempo que se aprendia á leer, no habia casi nadie que no entendiese esta especie de notas.

Además del socorro de los acentos, tenian las sílabas, en la lengua griega y latina, una cantidad arreglada, es á saber de las breves y largas. La sílaba breve valia un tiempo en la medida y la sílaba larga valia dos. Esta proporcion, entre las sílabas largas y las sílabas breves, era tan fija como la proporcion que hay hoy dia entre las notas de diferente valor. Como dos notas negras, deben en nuestra música, durar tanto como una blanca, en la música de los antiguos dos sílabas breves no duraban mas ni menos que una larga. Así, cuando los músicos griegos ó romanos ponian en canto cualquiera composicion que fuese, no tenian, para medirla, mas que conformarse con la cantidad de las sílabas sobre que ponian cada nota.

No puedo dejar de advertir aquí de paso que es lástima que entre nosotros, los músicos que componen el canto de los himnos y de los motetes, no entiendan el latin é ignoren la cantidad de las palabras; de donde frecuentemente sucede que sobre las sílabas que son breves y sobre las que se deberia pasar ligeramente, se insiste, y detienen mucho tiempo como si fuesen largas. Es un defecto considerable y contrario á las reglas mas comunes de la música.

Dije que la declamacion de los actores en el teatro, era compuesta y escrita con notas que determinaban el tono que se debia tomar. Entre muchos pasajes que lo demuestran, me contento con escoger uno, sacado de Ciceron, en el que habla de Roscio, su contemporáneo y su amigo íntimo. Nadie ignora que se hizo Roscio un hombre de grandísima consideracion, por la singular habilidad en su arte y por su reputacion de rectitud. Estaban todos tan prevenidos en su favor, que cuando representaba no tan bien como lo regular, se decia de él que no ponia cuidado ó que no estaba de humor. Finalmente, la menor alabanza que se daba á una persona que sobresalia en su profesion, era decir que era un Roscio en su género.

Ciceron, despues de haber dicho que un orador que llega á ser viejo, puede minorar su declamacion, trae por prueba y por ejemplo de lo que dice, á Roscio, quien declaraba que cuando conociese que se envejecia, declamaria mucho mas lentamente, y que para lograrlo, obligaria á los instrumentos á que retardasen el movimiento de la medida. Con efecto, Ciceron, en una obra posterior á la que acabo de citar, hace decir á Ático, que aquel actor habia retardado su declamacion, obligando al tocador de flauta que le acompañaba, á que retardase tambien los sonidos de su instrumento.

Es evidente que el canto (porque por lo regular le llamaban de este modo), que el canto de las piezas dramáticas que se recitaban en los teatros de los antiguos, no tenia ni pasajes, ni aires de voces cadenciadas, ni trinados sostenidos, ni los otros caractéres de nuestro canto musical: en una palabra, que este canto no era otra cosa que una declamacion como la nuestra. Esta recitacion no dejaba de ser compuesta; pues estaba sostenida con un bajo contínuo, cuyo ruido era proporcionado, segun todas las apariencias, al ruido que hace un hombre que declama.

Esta práctica nos parece absurda y casi increible; pero no por esto es menos cierta; y en materia de hechos es inútil oponerles razones. No se puede hablar sino por congeturas sobre la composicion que podia tocar el bajo contínuo, que acompañaba á los actores cuando declamaban. Puede ser que no hiciese mas que tocar de tiempo en tiempo algunas notas largas, que se entendian en los pasajes en que debia el actor tomar tonos, en los cuales era dificultoso entrar con exactitud: y con esto hacia al actor el mismo servicio que sacaba Graco del tocador de flauta, que tenia cerca de sí, cuando arengaba, para que le diese á tiempo los tonos concertados.

§. 2. No era solamente el tono lo que arreglaba la música, por lo respectivo á la declamacion, arregla-

ba tambien la accion. Este arte se llamaba « orgesis » por los griegos, y « saltatio » por los romanos. Platon dice que consiste este arte en la imitacion de todas las acciones y movimientos, que pueden hacer los hombres. Así no se debe limitar el sentido de « saltacion » al que damos nosotros en nuestra lengua á la palabra « danza. » Este arte, como lo advierte Platon, tenia mucha mas extension. Estaba destinada, no solamente para enseñar las actitudes y movimientos, que sirven, ó para la buena gracia, ó para ciertos bailes artificiales acompañados de saltos; sino tambien para arreglar el gesto así de los actores del teatro, como de los oradores, y tambien para instruir en cierto modo de gesticular, del cual trataremos muy presto, que se hacia entender sin el socorro de la palabra.

Quintiliano aconseja que se envien los muchachos, por algun tiempo solamente, á las escuelas, en donde se enseñaba el arte de la saltacion; pero puramente para tomar en ellas la gracia y el aire desembarazado en la accion, y nó para aprender el gesto del maestro de danza, que debe ser muy diferente de la circunspeccion del orador. Dice que este uso era muy antiguo, y que se habia mantenido hasta su tiempo sin vituperarse.

No obstante esto, Macrobio nos ha conservado el fragmento de una arenga del segundo Escipion el africano, en la cual, el destructor de Cartago, habla con ardor contra este uso. « Nuestra juventud, dice, va á la escuela de los comediantes á aprender á cantar, ejercicio que miraban nuestros predecesores como infame para personas bien nacidas. Va á ellas sin sonrojarse, y se ven mancebos y doncellas entre una tropa de gentes absolutamente desacreditadas por sus corrompidas costumbres. » El testimonio de un hombre tan juicioso como era Escipion, es de mucho peso en la materia de que se trata, y da lugar á muchas reflexiones.

Sea lo que fuese, vemos que los antiguos ponian un extraordinario cuidado para perfeccionarse en el gesto, y este cuidado era comun á los comediantes, y á los oradores. Se sabe como se aplicó á esto Demóstenes. Roscio disputaba algunas veces con Ciceron sobre quién explicaria mejor un mismo pensamiento de muchas maneras diferentes, cada uno segun su arte, Roscio con la accion, Ciceron con la voz. Parece que Roscio daba con la accion sola, el sentido á la frase que Ciceron acababa de componer y declamar. Se juzgaba después sobre cuál de los dos tenia mejor éxito en su empresa. Ciceron mudaba luego las palabras, ó el período de la frase, sin quitar el vigor al sentido del discurso, y era necesario que tambien Roscio le diese el sentido con otras acciones, sin que esta mudanza disminuyese la expresion de su representacion muda.

§. 3. Causará menos admiracion lo que acabo de referir en asunto de Roscio, cuando se sepa que los romanos dividian frecuentemente la representacion teatral entre dos actores, de los cuales uno pronunciaba ínterin que el otro accionaba. Es esta tambien una de las cosas que se conciben con dificultad, tan distantes están de nuestros usos, y tan extravagantes nos parecen.

Tito Livio nos dice lo que ocasionó esta costumbre. Livio Andrónico, poeta célebre, y el primero que dió en el teatro de Roma una pieza regular el año de Roma 514, cerca de ciento y veinte años después que empezó á introducirse en ella el espectáculo dramático, representaba él mismo una de sus piezas. Se acostumbraba entónces que los poetas dramáticos saliesen al teatro para representar en él un personaje. El pueblo que gustaba de hacer repetir los pasajes que le agradaban, á fuerza de gritar « bis, » esto es, « otra vez, » hizo representar tantas veces á Andrónico, que se enronqueció. Imposibilitado de continuar su declamacion, hizo que el pueblo tuviese á bien que un esclavo, puesto delante del que tocaba los instrumentos, dijese los versos; y en el tiempo que este esclavo leia, hacia Andrónico las mismas acciones que cuando los decia él mismo. Se notó que su accion era entónces mucho mas activa, porque empleaba todas sus fuerzas y toda su atencion para ejecutar las acciones, ínterin que otro estaba encargado del cuidado y trabajo de pronunciar. De ahí, continúa Tito Livio, se originó el uso de dividir la declamacion entre los actores, y recitar por decirlo así, á la cadencia del gesto de los comediantes. Y esta moda prevaleció tanto, que los comediantes no pronuncian ya ellos mismos sino los diálogos. Se encuentra la misma relacion en Valerio Máximo, y se confirma por otros muchos pasajes.

Es pues cierto que la pronunciacion y la accion se hallaban por lo regular divididas entre dos actores; y era sobre reglas fijas de música, sobre lo que median el sonido de su voz y el movimiento de las manos y de todo el cuerpo.

Nos da golpe lo ridículo que estarian dos personas en el teatro, la una de las cuales accionaria sin hablar, ínterin que la otra hablase, en un tono patético, con los brazos cruzados. Pero se debe tener presente lo primero, que los teatros de los antiguos eran mucho mayores que los nuestros; lo segundo, que los actores representaban enmascarados, y por consiguiente no se podia distinguir sensiblemente desde lejos en los movimientos de la boca, y de los músculos de la cara, si hablaban ó no hablaban. Se escogia sin duda un « cantor » (llamo de este modo al que pronunciaba), cuya voz se pareciese, tanto como fuese posible, á la voz del comediante. Este cantor se ponia en una especie de estrado ó tarima, la que estaba hácia lo bajo de la escena.

¿Pero cómo se ingeniaba la música rítmica, para someterse á una misma medida, y para hacer que obrasen en cadencia el comediante que pronunciaba, y el comediante que hacia las acciones? Esto es una de estas cosas de las que dice san Agustin que eran conocidas de todos los que salian al teatro, y que por esto mismo no creia que las debia explicar. Es difícil concebir cómo los antiguos se portaban para hacer obrar á estos dos actores con un concierto tan perfecto, que pareciese que no era mas que uno; pero el hecho es cierto. Sabemos que pulsaban la medida en su teatro, y que señalaban de este modo la « rítmica » tanto el actor que pronunciaba, como el actor que accionaba los coros: y tambien los instrumentos debian seguir una regla comun. Quintiliano, después de haber dicho que las acciones están tan sujetas á la medida, como los mismos cantos, añade, que los actores que accionan deben seguir las señales que indican los piés, esto es, la medida que se pulsa, con tanta precision, como los que ejecutan las modulaciones. Entiende por esto los actores que pronuncian, y los instrumentos que los acompañan. Estaba, cerca del actor que representaba, un hombre calzado con zapatos de hierro, que daba con el pié sobre el teatro, y se puede creer que era este hombre el que pulsaba con el pié una medida, cuyo ruido se debia hacer que oyesen todos aquellos que la debian seguir.

La extrema delicadeza de los romanos (lo mismo se debe decir de los griegos) para todo lo que pertene-



EL [illegible] EN SU INFANCIA. ESTATUA ANTIGUA

cia al teatro, y los enormes gastos que hacian para estos géneros de representaciones, nos dan motivo para creer que habian puesto todas sus partes en una gran perfeccion, y que por consiguiente, en la division que habian hecho de la representacion entre dos actores, de los cuales el uno hablaba, y el otro accionaba, no habia nada que no fuese muy agradable á los espectadores.

En Roma no silbaban menos á un comediante, que hacia una accion fuera de medida, que al que erraba en la pronunciacion de un verso. El hábito de asistir á los espectáculos, habia hecho á todo el pueblo tan delicado, que hallaba que decir hasta de las inflexiones y consonancias alteradas, cuando se repetian con mucha frecuencia, aunque estas consonancias produzcan un buen efecto, cuando se disponen con arte.

Las inmensas cantidades que sacrificaban los antiguos para la celebracion de los espectáculos apenas son creibles. La representacion de tres tragedias de Sófocles costó mas á los atenienses que la guerra del Peloponeso. Qué gastos no hacian los romanos para edificar teatros y anfiteatros, y para pagar tambien sus actores. Esopo, célebre actor en lo trágico, contemporáneo de Ciceron, dejó cuando murió, á aquel hijo de quien hacen mencion Horacio, y Plinio, como de un famoso disipador, una herencia de diez millones, y quinientos mil reales, que habia juntado representando comedias. Roscio, el amigo de Ciceron, tenia por año mas de trescientos mil reales de salario: y debia de tener mas, si se cree en esto á otro autor que dice que percibia diariamente del tesoro público dos mil reales para sí solo, sin repartirlos con su compañía. Julio César dió mas de sesenta mil pesetas á Laberio, para empeñar á este poeta á que representase él mismo en una pieza que habia compuesto.

He referido estos hechos y hay una infinidad de otros semejantes, para que se conozca mejor hasta donde llegaba la pasion de los romanos para los espectáculos. ¿Pues es verosímil que un pueblo que no perdonaba nada para aquellas diversiones públicas, que eran su principal ocupacion, ó á lo menos su mas sensible placer; que se preciaba de un gusto fino y puro para todo lo demás; que aquel pueblo, digo, cuya delicadeza ofendia una sola palabra mal pronunciada, un solo tono mal puesto, una sola accion mal concertada, hubiese aguantado tanto tiempo en el teatro esta division de la voz y de la accion entre dos actores, si le hubiesen desagradado en la menor cosa del mundo ó á la vista, ó á los oidos? Se puede creer sin prevencion, que un teatro tan estimado y frecuentado habia puesto todas las cosas en una grande perfeccion.

La música tenia todo el honor de esto. Disponia la composicion de las piezas; porque en otros tiempos extendia sus derechos y dominio hasta esto, y estaba confundida con la poesía. Arreglaba el tono y la accion de los actores. Se aplicaba á arreglar la voz, á unirla con el sonido de los instrumentos, y á componer de esta union una agradable armonía.

En la antigua Grecia los mismos poetas hacian la representacion de sus piezas. Dice Ciceron, hablando de los antiguos poetas griegos, que encontraron el canto y la figura de los versos. El arte de componer la representacion de las piezas de teatro, era en Roma una profesion particular. En los títulos que están á la frente de las comedias de Terencio, se ve, con el nombre del autor del poema, y el nombre del jefe de la compañía de comediantes que las habian representado, el nombre de aquel que habia hecho la representacion de ellas en latin: « qui fecerat modos. »

Ciceron se sirve de la misma expresion, « facere modos, » para denotar los que componian la declamacion de las piezas de teatro. Despues de haber dicho que Roscio declamaba expresamente ciertos pasajes de su papel con un tono mas tibio de lo que parecia pedir el sentido de los versos, y que obscurecia su gesticulacion para realzar mas los pasajes que queria hacer brillar, añade: « El efecto de esta práctica es tan cierto, que los poetas y compositores de la declamacion le conocieron como los comediantes, y saben valerse todos de él y practicarle. » Estos compositores de la declamacion elevaban, minoraban de propósito, y variaban con arte el modo de decir. Un pasaje se debia pronunciar algunas veces, segun la nota, mas bajo de lo que parecia pedirlo el sentido; pero era con el fin de que el tono elevado á que debia saltar dos versos mas adelante diese mas golpe.

§. 4. Para terminar lo que pertenece á la música de los antiguos, me queda que hablar de la mas singular, y de la mas maravillosa de todas sus operaciones, aunque no la mas útil ni la mas laudable: es el ejercicio de los pantomimos.

Los antiguos, no contentos con haber reducido, con los preceptos de la música, el arte de la accion á método, le habian perfeccionado de tal modo, que hubo comediantes que se atrevieron á emprender el ejecutar todo género de piezas de teatro sin abrir la boca. Se llamaron « pantomimos, » porque imitaban y explicaban todo lo que querian decir con las acciones que enseñaba el arte de la « saltacion, » sin emplear el socorro de la palabra.

Sabemos de Suidas y de Zozimo que el arte de los pantomimos tuvo principio en Roma en tiempo del imperio de Augusto; y por esto, dice Luciano, que no habia visto Sócrates la danza sino en su cuna. Zozimo cuenta tambien la invencion de este arte entre las causas de la corrupcion de las costumbres del pueblo romano, y de las fatalidades del imperio. Los dos primeros fundadores del nuevo arte fueron Pílades y Batiles, cuyos nombres se hicieron muy célebres entre los romanos. El primero sobresalia mas en asuntos trágicos, y el otro en los cómicos.

Lo que parece extraordinario, es que aquellos comediantes que querian representar piezas sin hablar, no se podian ayudar con los movimientos del semblante en su declamacion: representaban enmascarados como los otros comediantes. Empezaron sin duda primero á ejecutar á su modo algunas escenas ó pasos muy conocidos de tragedias y comedias, para que los entendiesen con mas fácilidad los espectadores, y llegaron poco á poco hasta poder representar piezas enteras.

Como estaban dispensados de pronunciar cosa alguna, y no tenian que hacer nada mas que acciones, se concibe fácilmente que todas sus demostraciones eran mas activas, y que su accion era mucho mas animada que la de los comediantes regulares. Así Casiodoro llama á los pantomimos hombres, cuyas manos espeditas tenian una lengua en el extremo de cada dedo: hombres que hablaban callando, y que sabian hacer una relacion entera sin abrir la boca: finalmente hombres, á quienes Polimnia, la musa que presidia á la música, habia enseñado, para demostrar que no era necesario articular palabras para dar á entender el pensamiento.

Era preciso que aquellas representaciones, aunque mudas, causasen un sensible placer, y elevasen á los espectadores. Séneca el padre, que ejercia una de las profesiones mas graves y mas honrosas de su tiempo, confiesa que su inclinacion á estas representaciones de

los pantomimos era una verdadera pasion. Luciano dice que se lloraba en ellas como en las piezas de los otros comediantes. Cuenta tambien que un rey de las cercanías del Ponto Euxino, que estaba en Roma en tiempo del reinado de Neron, pedia á este príncipe, con mucho empeño, un pantomimo, á quien habia visto representar, para hacerle su intérprete en todas lenguas. Este hombre, decia, hará que le entienda todo el mundo, en lugar que me veo obligado á pagar mucho número de intérpretes para mantener la comunicacion con mis vecinos, quienes hablan muchas lenguas diferentes que yo no entiendo.

Lo cierto es, que el arte de los pantomimos encantó á los romanos desde su principio, que pasó muy presto á las provincias del imperio mas distantes de la capital; y que subsistió tanto tiempo como el imperio. La historia de los emperadores romanos hace mencion con mas frecuencia de los pantomimos famosos que de los oradores célebres.

Hemos visto que habia empezado este arte en tiempo de Augusto, y agradaba mucho á aquel príncipe, y Batiles embelesaba á Mecenas. Desde los primeros años del reinado de Tiberio, se vió obligado el senado á hacer un reglamento para prohibir á los senadores que entrasen en las casas de los pantomimos, y á los caballeros romanos que les hiciesen cortesía en la calle. Algunos años después fué necesario echar de Roma los pantomimos. La extrema pasion que tenia el pueblo á sus representaciones, daba ocasion de tramar parcialidades para hacer que se aplaudiese á uno mas que á otro, y estas parcialidades se hacian facciones. Tomaron tambien libreas diferentes, á imitacion de los que conducian los carros en las carreras del Circo. Se llamaban unos los azules y otros los verdes. El pueblo se puso tambien de su parte, y todas las facciones del Circo, de las que se habla con tanta frecuencia en la historia romana, adoptaron las compañías de pantomimos, y excitaron frecuentemente perniciosos tumultos en Roma.

Echaron tambien á los pantomimos de Roma en tiempo de Neron, y en el de algunos otros emperadores; pero no duraba su destierro, porque el pueblo no se podia pasar sin ellos, y porque se ofrecian coyunturas, en las que el soberano, que creia tener necesidad del favor de la multitud, procuraba hacer cosas que le fuesen agradables. Domiciano los habia desterrado, y Nerva su sucesor los hizo volver, aunque fuese uno de los emperadores mas prudentes. Algunas veces, el mismo pueblo, fatigado de las funestas consecuencias que traian trás de sí las facciones de los pantomimos, pidió su expulsion con tanto ardor, como pedia en otras ocasiones su regreso. Hay males y desórdenes que no se pueden detener sino en su nacimiento, y que si se les deja tiempo de crecer y acreditarse, toman la superioridad y se hacen mas poderosos que todos los remedios.

ARGUMENTO DEL LIBRO SEGUNDO.

Hemos visto hasta aquí establecido al hombre por medio de las artes, en el goce de todas las comodidades de la vida. La tierra cultivada por sus cuidados y fatigas le ha colmado de todo género de bienes. El comercio le ha traido de los países mas distantes, todo lo que podia faltar en el que habita: ha hecho bajar hasta las entrañas de la tierra, y hasta el fondo del mar, no solamente para enriquecerse y adornarse, sino tambien para proveerse de una infinidad de socorros y de instrumentos necesarios para sus usos diarios. Después que se ha fabricado casas, la escultura y pintura se han esforzado á competencia para adornar su mansion; y para que nada faltase á su satisfaccion y gozo vino la música á ocupar sus momentos de descanso con agradables conciertos, que le recrean en sus trabajos y le hacen olvidar todas sus penas y pesares si los tiene. ¿Qué mas puede desear? ¡Feliz si pudiese lograr que no le inquietasen en la posesion de estas ventajas que le han costado tanto! Mas la codicia y ambicion turban esta felicidad general, y hacen al hombre enemigo del hombre. La injusticia se arma de la fuerza para enriquecerse con los despojos de sus hermanos. Aquel que, moderado en sus deseos y conteniéndose en los límites de lo que posee, no supiese oponer la fuerza á la fuerza, seria muy presto el despojo de los otros. Podria temer que vecinos envidiosos y pueblos enemigos viniesen á inquietar su reposo, talar sus tierras, quemar sus casas, robar sus bienes y llevarle á él mismo cautivo. Tiene pues necesidad de fuerzas y de tropas que le defiendan contra la violencia y le amparen. Le veremos muy presto ocupado en lo mas elevado y sublime que tienen las ciencias; pero al primer ruido de las armas, estas ciencias, nacidas en la tranquilidad, y enemigas del tumulto, se atemorizan y quedan reducidas al silencio, á menos que el arte militar no las tome bajo de su proteccion, y no las ponga bajo de su salvaguardia, la que únicamente asegura la tranquilidad pública: de este modo se hizo la guerra necesaria al hombre, como la protectora de la paz y del sosiego, y ocupada solamente con el cuidado de rechazar la violencia y defender la justicia; y con este respeto creo que me es permitido hablar de ella. Correré con la mayor brevedad que me sea posible todas las partes de la ciencia militar, que es, propiamente hablando, la ciencia de los príncipes y de los reyes, y que requiere, para tener en ella un éxito feliz, talentos casi sin número, los que rara vez se encuentran unidos en una misma persona.

Como he tratado en otras partes de lo que pertenece á la milicia de los egipcios, de los cartagineses, de los asirios, y de los persas, hablaré aquí de ella mas rara vez. Me detendré mas en los griegos, y principalmente en los lacedemonios y atenienses, quienes de todos los pueblos de la Grecia fueron, sin contradiccion, los que se distinguieron mas por el valor y ciencia militar. Dudé mucho tiempo si hablaria tambien de los romanos, los que parecen extraños de mi

asunto; pero bien pensado todo, creí que los debia juntar á los otros pueblos, para que se pudiese, á un mismo tiempo, conocer, á lo menos ligeramente, el modo con que hacian la guerra los antiguos. Es el único fin que me propuse en este corto tratado, y es solo á lo que me extiendo. No he olvidado lo que sucedió á un filósofo de Éfeso, quien estaba reputado por el orador mas excelente de su tiempo. En una arenga que pronunció en presencia de Aníbal, se metió á tratar de propósito de las obligaciones de un buen general. Todo el auditorio aplaudió al arengador. Instado Aníbal á que dijese su dictámen, respondió con una libertad militar, que jamás habia oido hablador tan despreciable. Temeria exponerme á una reprension semejante, si después de haber pasado toda mi vida en el estudio de las buenas letras, pretendiese dar lecciones del arte militar á los que la profesan.

I. Este primer capítulo contendrá lo que pertenece á la empresa y declaracion de la guerra, la eleccion del general y de los oficiales, la recluta de las tropas, sus víveres, sus paga, sus armas, su marcha, la construccion del campo, y todo lo que tiene relacion con las batallas.

ART. 1.° §. 1. No hay principio mas generalmente recibido, que el que establece que no se debe emprender la guerra sino por causas justas y legítimas; y tampoco le hay que sea mas generalmente violado. Todos juzgan que las guerras que se emprenden únicamente por fines de intereses ó de ambicion, son verdaderos latrocinios. ¿La respuesta del pirata á Alejandro el Grande, tan conocida en la historia, no era muy juiciosa? No tenian tambien los escitas razon de preguntar á aquel destructor de provincias ¿por qué venia á turbar la quietud de unos pueblos que no le habian hecho daño alguno, y si no les era permitido ignorar, en lo interior de sus montes y desiertos quién era Alejandro, y de dónde venia? Cuando Filipo, á quien tomaron por árbitro dos reyes de Tracia, que eran hermanos, los echó á ambos de sus estados, merece otro nombre que el de ladron y bandolero? Otras conquistas suyas, aunque menos escandalosas, no por eso eran menos latrocinios, porque no se fundaban todas en la justicia, y ningun medio de vencer le parecia indecoroso. La justicia y necesidad de las guerras se deben pues considerar como un principio fundamental en materia de política y gobierno.

En los estados monárquicos, el príncipe solo, por lo regular, tiene el poder de emprender una guerra, y es una de las razones que hacen tan formidable su empleo. Porque, si tiene la desgracia de emprenderla sin una causa legítima y necesaria, responde de todos los delitos que se cometen en ella, de todas las funestas consecuencias que trae trás de sí, de todos los daños que le son inseparables, y de toda la sangre humana que se derrama. ¿Quién puede dejar de estremecerse á vista de tal objeto, y de una cuenta tan terrible?

Los príncipes tienen consejos que les pueden ser de gran alivio, si cuidan de llenarlos de personas juiciosas, entendidas y experimentadas: llenas de amor y celo por el bien público, sin ambicion, sin fines de interes, y especialmente infinitamente distantes de todo disimulo y de toda adulacion. Cuando Dario propuso llevar la guerra contra los escitas, Artabanes su hermano emprendió inútilmente desde los principios apartarle de un proyecto tan injusto, y tan poco razonable: sus razones, por sólidas que fuesen, no sirvieron contra las desmedidas alabanzas y lisonjas excesivas de los cortesanos. No hubo mejor éxito en el consejo que dió á su sobrino Jerjes, de que no fuese á atacar á los griegos. Como este habia insinuado claramente su gusto, falta esencial en semejantes ocasiones, no se pensó en oponérsele, y la deliberacion fué solo formularia. En una y otra ocasion, el dolor del prudente príncipe, que decia libremente su dictámen, era ver que aquellos reyes no comprendian «la desgracia que es acostumbrarse á no poner límites á sus deseos, á no estar nunca contento con lo que se posee, y á querer ir siempre adelante:» lo que es la causa de casi todas las guerras.

En las repúblicas griegas, era la asamblea del pueblo quien decidia de la guerra en último recurso, lo que tenia grandes inconvenientes. Es verdad que en Esparta, la autoridad del senado, y especialmente de los éforos, y en Atenas la del Areópago y del consejo de los cuatrocientos, á quienes pertenecia preparar los negocios y formar los dictámenes, servian, por decirlo así, de contrapeso á la ligereza, é imprudencia del pueblo; pero este remedio no siempre tenia su efecto. Se reprendian dos afectos, enteramente opuestos, á los atenienses, la demasiada precipitacion, y la demasiada lentitud. Contra el primero se estableció una ley que ordenaba que no se podria determinar la guerra hasta después de una madura deliberacion de tres dias. Y se ha visto en las guerras contra Filipo, cómo se quejaba Demóstenes de la pereza de los atenienses, de la que se sabia aprovechar bien su enemigo. Esta lentitud, en las repúblicas, proviene de que como el peligro no sea evidente, se distraen los particulares por diferentes fines y diferentes intereses, que los impiden unirse prontamente en una misma resolucion. Así, luego que Filipo tomó á Elactea, asombrado el orador ateniense del eminente peligro en que se hallaba la república, hizo que se anulase la ley de que acabo de hablar, y que se determinase la guerra inmediatamente.

Los negocios se examinaban y decidian con mucha mas madurez y prudencia entre los romanos; aunque allí tambien era el pueblo dueño de la decision. Pero la autoridad del senado era grande, y prevalecia casi siempre en los asuntos importantes: cuidaba mucho, especialmente en los principios de la república, de poner en las guerras la justicia de su parte. Esta reputacion de buena fé, de equidad, de justicia, de moderacion, y de desinterés, no sirvió menos que las armas para el aumento de la república romana, y se atribuia su poder á la proteccion de los dioses, que recompensaban de este modo su rectitud y buena fé. Se advertia con admiracion que los romanos en todos tiempos habian puesto siempre por base de sus empresas la religion, y que habian atribuido á los dioses el principio y fin de ellas.

El motivo mas poderoso que podian emplear los generales para animar las tropas á pelear bien, era representarles que, siendo justa la guerra que hacian, y poniéndoles las armas en la mano la necesidad sola, podian ciertamente contar con la proteccion de los dioses: en lugar, que estos mismos dioses, enemigos y vengadores de la injusticia, nunca dejaban de declararse contra los que emprendian guerras ilegítimas, violando la fé de los tratados.

§. 2. Era consecuencia de los principios de equidad y justicia que acabo de establecer, el no empezar la guerra hasta haber manifestado antes por reyes de armas públicos, á los enemigos, las causas que habia contra ellos, y hasta haberles exhortado á que reparasen los daños que se pretendia haber recibido de ellos. Es derecho natural solicitar las vias de suavidad y acomodo antes de llegar á un rompimiento abierto. La guerra es el último de los remedios. Antes de emplearle, se deben haber intentado todos los demás. Pide

la humanidad que se dé lugar á las reflexiones y al arrepentimiento, y que se deje tiempo para informarse de las dudas, y para disipar las sospechas que han podido ocasionar las acciones equívocas, y que por lo regular no tienen fundamento real cuando se examinan.

Esta costumbre se observaba antigua y generalmente entre los griegos. Polinices, antes de emprender el sitio de Tebas, envió á Tideo para que procurase con su hermano Eteocles medios de acomodo. Se ve en Homero, que los griegos enviaron á Ulises y á Menelao por embajadores á los troyanos, para intimarles que les restituyesen á Elena, antes de haber ejecutado contra ellos acto alguno de hostilidad; y lo mismo se lee en Herodoto. Se ve una multitud de semejantes ejemplos en toda la serie de la historia de los griegos.

Es verdad que es medio casi seguro de lograr grandes ventajas de los enemigos, el echarse repentinamente sobre ellos, y atacarlos prontamente, sin haberles dejado percibir nada de sus ideas, y sin haberles dado tiempo de ponerse en estado de defensa. Pero estas incursiones improvisas, sin ninguna anterior declaracion ni reconvencion, estaban justamente reputadas por interpresas injustas y viciosas en su orígen. Esto, segun la advertencia de Polibio, habia desacreditado tanto á los etolios, y los habia hecho tan odiosos, como si fuesen bandoleros y ladrones; porque no teniendo por regla mas que su interés, no conocian ni las leyes de la guerra, ni las de la paz, pues todo medio de enriquecerse y engrandecerse les parecia legítimo, sin pararse en si era contra el derecho de las gentes, el atacar repentinamente á vecinos que no les habian hecho daño alguno y que se consideraban seguros á la sombra y bajo la fé de los tratados.

Los romanos no eran menos exactos que los griegos en observar esta ceremonia de la declaracion de la guerra: Anco Marcio, el cuarto de sus reyes, la estableció. El ministro público (se llamaba fecial), cubierta la cabeza con un lienzo de lino, se iba á las fronteras del pueblo contra quien se disponian hacer la guerra, y luego que habia llegado á ellas, esponia en alta voz las razones del pueblo romano, y la satisfaccion que pedia por los males que se le habian hecho, tomando á Júpiter por testigo, en estos términos, que contenian una horrible maldicion contra sí mismo, y aun mas contra el pueblo cuya voz representaba. «Gran Dios, si es contra la equidad y justicia, por lo que yo vengo aquí en nombre del pueblo romano á pedir satisfaccion, no permitais que yo vuelva á ver jamás á mi patria.» Repetia lo mismo, mudando solamente algunos terminos, á la primera persona que encontraba, después á la entrada de la ciudad, y en la plaza pública. Si en el termino de treinta y tres dias no se daba satisfaccion, volviendo el mismo ministro al propio pueblo, pronunciaba públicamente estas palabras: «Oid Júpiter, Juno y Quirino, y vosotros dioses del cielo, dioses de la tierra, dioses de los infiernos, oid. Yo os tomo por testigos de que tal pueblo (le nombraba), es injusto, y no nos quiere dar satisfaccion. Nosotros deliberamos en Roma, en el senado, sobre los medios de hacer que se nos haga la justicia que se nos debe.» Cuando volvia el fecial á Roma, se ponia el negocio en deliberacion, y si el número mayor de votos estaba porque se hiciese la guerra, volvia el mismo ministro á las fronteras del mismo pueblo, y en presencia, á lo menos de tres personas, pronunciaba cierta fórmula de declaracion de guerra: después de lo cual arrojaba una lanza en las tierras del pueblo vecino, lo que significaba que estaba declarada la guerra.

Esta ceremonia se conservó largo tiempo entre los romanos. Cuando se trató de declarar la guerra á Filipo y á Antíoco, se consultaron los feciales, para saber si se la debian intimar á ellos mismos en persona, ó si bastaria hacerlo en la primera plaza de su obediencia. En los buenos tiempos de la república creerian deshonrarse si obrasen furtivamente, y si empleasen la mala fé, ó el artificio. Caminaban con la cabeza levantada. Dejaban estas estratagemas, y estas indignas astucias á los cartagineses, y otros pueblos que se les parecian, para los que era mas glorioso engañar al enemigo, que vencerle con la fuerza abierta.

Los reyes de armas y los feciales eran muy respetados entre los antiguos, y los consideraban como personas sagradas é inviolables. Esta declaracion era parte del derecho de las gentes, y se contemplaba como necesaria é indispensable. No la precedian ciertos escritos públicos, que llamamos nosotros manifiestos, que contienen las pretensiones, bien ó mal fundadas, del uno ó del otro partido, y las razones en que se fundan. Los han substituido á aquella ceremonia augusta y solemne, por la cual hacian los antiguos que interviniese en la declaracion de guerra la majestad divina, como testigo, y vengadora de la injusticia de los que emprendian estas guerras sin razon ni necesidad. Un motivo político ha hecho tambien necesarios estos manifiestos, en la situacion en que están los príncipes de la Europa, respecto los unos de los otros, unidos por la sangre, por alianzas y ligas ofensivas y defensivas. Es prudencia del príncipe que declara la guerra á su enemigo no atraerse al mismo tiempo sobre sí todos los aliados del contrario. Para evitar este inconveniente se hacen hoy dia los manifiestos que sirven de lo que las ceremonias antiguas que acabo de exponer, y contienen algunas veces la razon que ha determinado á empezar la guerra sin declararla.

He hablado de pretensiones bien ó mal fundadas: porque los estados y príncipes que se hacen la guerra, no dejan, de una y otra parte, de justificar sus empresas con razones especiosas; y se podrian explicar como hizo un pretor latino en una asamblea, en que se deliberaba sobre lo que se responderia á los romanos, quienes por sospechas de rebelion habian llamado á los magistrados del Latium. «Me parece, señores, dijo, que en la coyuntura presente, nos debemos parar menos en lo que tenemos que decir que en lo que tenemos que hacer: porque cuando habremos resuelto lo que conviene, y concertado bien nuestras medidas, no será difícil encontrar razones con que justificarlas.»

Art. 2.° §. 1. Es mucha ventaja para los reyes ser dueños absolutos de la eleccion de los generales de ejército y de los oficiales; y una de las mayores alabanzas que se les puede dar, es decir que la reputacion conocida y el verdadero mérito son los únicos motivos que los determinan á ella. Con efecto, ¿se puede exceder nunca en el cuidado de una eleccion que iguala, en algun modo, á un particular con su soberano, haciéndole depositario de todo su poder, de toda su fama y de toda la fortuna de sus estados? Por este carácter principalmente se conocian los príncipes capaces de gobernar, y por esto se determina siempre el éxito de sus armas. No se ve que el gran Ciro, que Filipo, que Alejandro su hijo, confiasen jamás el mando de sus tropas á generales sin mérito ni experiencia. No sucedió esto en tiempo de los sucesores de Ciro, ni en el de los de Alejandro, en los que la negociacion, la parcialidad y el poder de un favorecido gobernaban regularmente esta elec-

cion, y escluian casi siempre á los mejores súbditos. Así, las resultas de las guerras correspondian á tales principios. No necesito citar ejemplos de esto: porque la historia está llena de ellos.

Paso á las repúblicas. En Esparta, los dos reyes estaban, por su misma dignidad, en derecho y posecion de comandar, y en sus primeros tiempos marchaban juntos al frente de los ejércitos; pero una division que ocurrió entre Cleomenes y Demarato, dió motivo para una ley que ordenaba, que uno solo de los reyes mandaria las tropas; y se observó en lo futuro, escepto en casos estraordinarios. Los lacedemonios comprendieron que se disminuye la autoridad en dividiéndose; que rara vez se pueden convenir mucho tiempo dos generales; que las grandes empresas no se pueden tampoco lograr sino bajo la direccion de un solo hombre; y que no hay cosa mas perjudicial para un ejército, que la division del mando.

Este inconveniente debia ser mucho mayor en Atenas, en donde por la constitucion misma del estado debia haber siempre diez comandantes, porque componiéndose Atenas de diez tribus, cada una daba el suyo; y el comando alternaba por dias entre aquellos diez jefes. Además de esto era el pueblo quien los nombraba, y esto cada año. Lo que dió lugar á un buen dicho de Filipo, quien admiraba la felicidad de los atenienses, en poder hallar cada año diez capitanes, siendo así que apenas habia podido el, durante todo su reinado, encontrar uno solo.

Sin embargo, bien se necesitaba que los atenienses, especialmente en tiempos críticos, cuidasen de no nombrar por generales sino ciudadanos de un verdadero mérito. Desde Milciades hasta Demetrio de Falero, esto es, por espacio de cerca de doscientos años, se cuenta un número considerable de grandes hombres, que puso Atenas al frente de sus ejércitos, quienes pusieron las glorias de su patria en un grado muy alto de reputacion. En estas ocasiones cesaba toda envidia, y no se tenia por objeto mas que el bien público. Se ve un admirable ejemplo de esto en la guerra que hizo Dario á los griegos. El peligro era extremo, Los atenienses se hallaban solos contra un ejército innumerable. De los diez generales, cinco querian que se diese la batalla, y cinco que se retirasen. Milciades, que estaba al frente de los primeros, habiendo atraido á su partido á Polemarco (era un oficial que tenia derecho de voto decisivo en el consejo de guerra, y que decidia en caso de discordia) se resolvió la batalla. Reconociendo todos aquellos generales la superioridad de Milciades, cuando llegó su dia, le cedieron el comando. Entonces se dió la célebre batalla de Maraton.

Sucedia algunas veces que el pueblo, dejándose gobernar de sus oradores, y siguiendo en todo su capricho, ponia en los empleos personas indignas. Se puede traer á la memoria el absoluto poder que tenia sobre los ánimos de la multitud el famoso Cleon, á quien se le encargó el comando en los primeros años de la guerra del Peloponeso, aunque fuese un hombre revoltoso, arrebatado, violento, sin cabeza ni mérito. Pero estos ejemplos son raros, y no se multiplicaron en Atenas hasta en los últimos tiempos: y fueron una de las principales causas de su ruina.

El filósofo Antistenes dió á conocer un dia á los atenienses, de un modo chistoso, pero agudo, el abuso que cometian en las promociones á los empleos públicos. Les propuso con un aire serio, en plena asamblea, que ordenasen por un decreto que en adelante se emplearian los asnos para labrar la tierra, lo mismo que los bueyes y caballos. Como se le respondiese que los asnos no habian nacido para la labor: «Os engañais,» les dijo el, «todo es uno. ¿No veis que los ciudadanos, de asnos é ignorantes que eran, se hacen repentinamente generales hábiles, por esta razon sola de que los habeis nombrado?»

En Roma era tambien el pueblo quien nombraba los generales, esto es, los cónsules y los pretores. No estaban en el empleo mas que un año. Algunas veces se les continuaba el comando con el nombre de procónsules ó propretores. Esta mudanza ánua de generales era un grande obstáculo para el adelantamiento de los negocios, los que requieren, para tener buen éxito, continuarse sin interrupcion, y esta es la gran ventaja de los estados monárquicos en los que los príncipes, absolutamente libres, dueños de los negocios, y de los tiempos, disponen de todo á su arbitrio, sin estar sujetos á necesidad alguna. En lugar que entre los romanos, llegaba un cónsul algunas veces tarde, ó se restituia á la capital antes de tiempo, para tener las asambleas. Por diligencia que hiciesen para llegar, antes que su predecesor le hubiese entregado el comando, y que se hubiese instruido del estado del ejército, conocimiento que absolutamente debia preceder á toda empresa, se pasaba siempre un tiempo considerable, que le hacia perder la ocasion de obrar, y de atacar con ventaja al enemigo. Además de esto, hallaba por lo regular cuando llegaba las cosas en mal estado por la falta de su predecesor, y un ejército, compuesto en parte de tropas nuevamente levantadas, y sin experiencia, ó corrompido con la licencia, y falta de disciplina. Fabio procuró inculcar al pueblo romano parte de estas reflexiones, cuando le exhortaba á que escogiese un cónsul capaz de hacer frente á Aníbal.

El corto espacio de un año, y la incertidumbre de una prolongacion del comando, eran á la verdad causa para que los hábiles generales aprovechasen todo el tiempo; pero por lo regular era tambien motivo para que terminasen sus empresas antes que lo harian sin esto, y con condiciones menos ventajosas para la república, por el temor de que no viniese un sucesor á aprovecharse de sus fatigas, y les quitase el honor de haber concluido gloriosamente la guerra. Un verdadero zelo para el bien público, y una magnanimidad perfectamente desinteresada pudieran evitar tales consideraciones. No sé si hay ejemplos de esto. Se reprende tambien al gran Escipion, entiendo el primero, de haber tenido esa debilidad y de no haber sido insensible á este temor. Una virtud bastante pura para despreciar un interés tan vivo y agradable, parece superior á las fuerzas del hombre: á lo menos es muy rara.

La autoridad de los cónsules contenida, en cuanto al tiempo, en límites tan estrechos, era, se debe confesar, grave inconveniente. Pero el riesgo de perjudicar la libertad pública, continuando mas tiempo á la misma persona en el comando de todas las fuerzas del estado, obligaba á pasar por este inconveniente, por temor de otro mas grande.

La necesidad de los negocios, la distancia de los lugares, y otras razones, obligaron finalmente á los romanos á continuar el comando de los ejércitos á sus generales por muchos años. Pero sucedió realmente el inconveniente que se habia temido; y los generales se hicieron, con esta duracion del comando, les tiranos de su patria. Entre otros ejemplos podria citar á Sila, Pompeyo, y especialmente á César.

La eleccion de los generales se arreglaba regularmente sobre el mérito de las personas; y los ciudadanos romanos tenian á un mismo tiempo un gran re-

curso y un poderoso motivo para usar de esta suerte. Lo que les facilitaba esta eleccion era el perfecto conocimiento que tenian de los sugetos que aspiraban al comando, con los cuales habian servido, á quienes habian visto obrar, de quienes habian tenido tiempo de examinar y comparar por sí mismos, y por sus camaradas, el carácter, los talentos, los aciertos y las cualidades capaces de los mas altos empleos. Este conocimiento que tenian los ciudadanos romanos del mérito de los que pretendian el consulado, determinaban regularmente sus votos en favor de los oficiales, en quienes habian reconocido, en las campañas precedentes, habilidad, valor, bondad y humanidad. Cuidó de mí, decian, cuando fuí herido; me dió parte del botin; fué bajo de su conducta cuando nos hicimos dueños del campo de los enemigos, y cuando ganamos tal victoria; dividió siempre el trabajo y la fatiga con el soldado; no se puede decir si es mas feliz que valiente. ¡De qué peso no eran tales discursos!

El motivo que inclinaba á los ciudadanos romanos á examinar y pesar con cuidado el mérito de los competidores, era el interés personal de los que hacian la eleccion, quienes, debiendo servir la mayor parte bajo de sus órdenes, cuidaban mucho de no confiar su vida, su honor, la felicidad de la patria á generales, á quienes no estimaban y de quienes no esperarian resultas favorables. Eran los mismos soldados, quienes, en los comicios, nombraban estos generales. Se sabe que los conocian, y se ve por la experiencia, que rara vez se engañaban. Se repara tambien hoy dia, que cuando van á correrías escogen siempre entre ellos, sin diferencias, á aquellos que son mas capaces de mandarlos. Por esta razon nombraron á Mario, á pesar de su general Metelo. Tambien prefirió á Escipion Emiliano el juicio ventajoso del soldado.

Se debe sin embargo confesar que la nominacion de los comandantes no se arreglaba siempre por fines públicos y superiores; y que la parcialidad, la habilidad en insinuarse en el espíritu del pueblo, lisonjearle y seguir sus pasiones, tenian alguna parte en ella. Esto se vió en Roma con Terencio Varron, y en Atenas con Cleon. El pueblo siempre es pueblo, esto es ligero, inconstante, caprichoso, apasionado, aunque el de Roma lo era menos que ningun otro. Dió en muchas ocasiones ejemplos de una moderacion y prudencia que no se puede suficientemente admirar, rindiéndose voluntariamente á los dictámenes de los ancianos; olvidando con generosidad sus inclinaciones y tambien sus odios en favor del bien público, y renunciando con gusto el nombramiento que habia hecho de personas poco capaces de sostener el peso de los negocios, como sucedió cuando se continuó el comando á Fabio, despues de la representacion que hizo él mismo de la incapacidad de los que habian sido nombrados; accion odiosa en cualquiera otra ocasion; pero que por entónces honró mucho á Fabio, porque era efecto de su celo para la república, por cuya felicidad no temia sacrificar de alguna suerte su propia reputacion.

Los ejercicios regulares del pueblo romano, cuando marchaban juntos los dos cónsules, eran de cuatro legiones; cada cónsul mandaba dos de ellas. Se llamaban primera, segunda, tercera, y así de las demás, segun el órden con que se habian levantado. Además de las dos legiones que mandaba el mismo cónsul, habia tambien el mismo número de infantería, y el doble de caballería, dadas por los aliados. Despues de la asociacion de los pueblos de Italia al derecho de ciudadanos, tuvo este órden algunas mutaciones. Las cuatro legiones destinadas para los cónsules no eran todas las fuerzas de Roma. Tenia otros cuerpos de tropas mandados por pretores, procónsules, etc.

Cuando estaban los cónsules juntos, siendo su autoridad igual, mandaban alternativamente, y tenia cada uno su dia, como sucedió en la batalla de Cannas. Por lo regular, reconociendo uno de ellos en su compañero un mérito superior, le cedia voluntariamente sus derechos. Agripa Furio se portó de este modo con el célebre T. Quincio Capitolino; y este, para corresponder á la atencion y generosidad de su compañero, le comunicaba todas sus ideas, le atribuia todos los aciertos y le igualaba á sí en todo. En otra ocasion, los tribunos militares, que habian sido substituidos á los cónsules, y que eran por entónces en número de seis, confesaron, que en el tiempo crítico en que se hallaban, uno solo de ellos era digno del comando, era el gran Camilo, y declararon todos que habian resuelto poner en sus manos toda la autoridad, persuadidos que la justicia que hacian á su mérito los colmaba á ellos mismos de gloria. Una accion tan generosa fué seguida de un aplauso general. Todos exclamaron que jamás se necesitaria recurrir al soberano poder de la dictadura, si tuviese siempre la república magistrados semejantes, unidos tan perfectamente entre sí, igualmente prontos á obedecer, ó á mandar, comunicándose todas las glorias, lejos de querer adquirírselas cada uno á sí solo en particular.

Era mucha ventaja para un ejército tener un general tal como le pinta Tito Livio en la persona de Caton, que fuese capaz de entrar en las últimas minuciosidades, que cuidase y atendiese á las cosas pequeñas y á las grandes; que previese con anticipacion, y preparase todo lo que puede ser necesario para un ejército; que no se contentase con dar órdenes, sino que velase por sí mismo en hacerlas ejecutar; que empezase dando á todas las tropas el ejemplo de una exacta y severa disciplina, que reprendiese al último de los soldados en cuanto á la sobriedad, las centinelas y la fatiga; en una palabra, que no tuviese otra distincion en el ejército que la del comando y del honor que le es anexa.

Despues que se habian nombrado los cónsules y pretores, se procedia á la eleccion de los tribunos, que eran en número de veinte y cuatro, seis para cada legion. Eran los que alternaban en todo el pormenor de los diferentes cuidados que pertenecian al ejército. Durante el tiempo de la campaña, que era de seis meses, mandaban sucesivamente, dos á dos juntos, en la legion, por espacio de dos meses; la suerte arreglaba el órden.

Fueron primero los cónsules quienes nombraban estos tribunos; y era mucha ventaja para el servicio, que hiciesen los mismos generales la eleccion de los oficiales. En lo futuro, de veinte y cuatro tribunos, nombraba el pueblo seis, hácia el año de Roma 393; y cerca de cincuenta años despues, esto es el año de Roma 444, nombró hasta diez y seis. Pero en las guerras importantes, tenia algunas veces la moderacion y cordura de renunciar su derecho y dejar enteramente esta eleccion á la prudencia de los cónsules y pretores, como sucedió en la guerra contra Perseo rey de Macedonia, cuyas resultas temia mucho Roma.

De estos veinte y cuatro tribunos, los catorce debian haber servido á lo menos cinco años; y los otros diez años; conducta muy juiciosa y excelente para inspirar valor á las tropas por la estimacion y confianza que tienen en sus oficiales. Cuidaban tam-

bien de distribuir de tal suerte estos tribunos, que hubiese en cada legion de los de mas edad, y mas experimentados, mezclados con los que eran mas mozos, para instruirlos y hacerlos al comando.

Los prefectos de los aliados eran en las tropas aliadas lo que eran los tribunos en las legiones. Los sacaban de entre los romanos, como se puede inferir de Tito Livio. Lo que se confirma por los nombres de los que se encuentran especificados en Tito Livio, l. XXVII n. 26 y 41, l. XXXIII, n. 36, etc. Esta práctica que dejaba á los romanos el honor del comando en jefe entre los aliados, y que no daba á estos sino la calidad de primeros oficiales subalternos, era efecto de una prudente política, para tener á los aliados subordinados, y podia contribuir mucho para el éxito de las empresas, haciendo que reinase en todas las tropas el mismo espíritu y la misma conducta.

No he hablado de los oficiales llamados « legati, » tenientes generales. Tenian el primer lugar después del cónsul, en cuanto al comando, y servian bajo sus órdenes, como entre nosotros sirven los tenientes generales bajo del capitan general de ejército, ó bajo del teniente general mas antiguo, que manda en jefe el ejército. Parece que eran los cónsules los que nombraban estos tenientes generales. Se hace mencion de ellos desde los primeros tiempos de la república. En la batalla del legado de Regille, esto es, el año de Roma 255, T. Herminio Legado se distinguió de un modo particular. Fabio Máximo, tan conocido por su prudente conducta contra Aníbal, no se desdeñó de ser legado, ó lugarteniente de su hijo, que habia sido nombrado cónsul. Este, en esta cualidad, era precedido de doce lictores ó porteros, que marchaban uno después de otro: y una de sus funciones era hacer que se hiciesen al cónsul los honores que se le debian. Fabio el padre, á cuyo encuentro habia salido su hijo, habiendo pasado los once primeros lictores, se mantenia siempre á caballo, y el cónsul ordenó al duodécimo que cumpliese con su obligacion. Este lictor dijo al instante en alta voz á Fabio que se apease del caballo. Este venerable viejo obedeció al momento, y dirigiéndose á su hijo: « he querido ver, » le dijo, «si sabias que eras cónsul. » Se sabe que la proposicion que hizo el grande Escipion el africano de servir, como legado, bajo el cónsul su hermano, determinó el senado á dar á este la Grecia por asignacion.

Se habrá notado sin duda, en todo lo que he referido hasta aquí de los romanos, un espíritu de inteligencia y conducta, que manifiesta bien que el feliz suceso de sus armas no era efecto de la fortuna, sino de la prudencia y habilidad que reinaban en todas las partes del gobierno.

§. 2. Los lacedemonios, propiamente hablando, eran un pueblo de soldados. No cultivaban ni las artes ni las ciencias. No ejercian el tráfico. Tampoco se aplicaban á la agricultura, dejando el cuidado de sus tierras á los esclavos, que se llamaban « ilotas. » Todas sus leyes, todas sus ordenanzas, toda su educacion, en una palabra, toda la constitucion de su república se dirigia á crear hombres de guerra. Habia sido este el único fin de su legislador, y se puede decir que le logró perfectamente. Jamás se vieron mejores soldados, mas hechos á la fatiga, mas endurecidos en los ejercicios militares, mas instruidos en la obediencia y disciplina, mas valerosos, ni determinados, mas sensibles al honor, ni mas sacrificados á la reputacion y bien de la patria. Se distinguian en dos especies: los unos se llamaban propiamente « esparciotas, » que habitaban en Esparta misma. Los otros, se nombraban solamente « lacedemonios, » que vivian en la campiña. Los primeros eran la flor del estado, y ocupaban todos sus empleos. Eran casi todos capaces de comandar. Se sabe la maravillosa mutacion, que uno solo de ellos (Xantipo), enviado en socorro de los cartagineses, causó en su ejército; y como Filipo, otro esparciota, libró á Siracusa. Tales eran tambien los « trescientos, » quienes, teniendo á su frente á Leonidas, detuvieron largo tiempo en los Termópilas, el innumerable ejército de los persas. El número de los esparciotas llegaba entónces á ocho mil hombres, ó poco mas.

La edad de traer las armas era desde treinta años hasta sesenta. Se destinaban para la guardia de la ciudad los que eran de mas, ó de menos edad. Solamente en una necesidad extrema se ponian las armas en manos de los esclavos. En la batalla de Platea, las tropas que dió Esparta llegaban á diez mil hombres, es á saber cinco mil lacedemonios, y otros tantos esparciotas. Cada uno de estos llevaba consigo siete ilotas, cuyo número llegaba por consiguiente á treinta y cinco mil. Estos últimos estaban armados á la ligera. Habia muy poca caballería en Lacedemonia. La marina era entónces desconocida en ella. Hasta muy tarde, y, contra la idea de Licurgo, no se aplicaron á ella: tampoco nunca tuvo aquella república numerosas armadas.

Atenas era mucho mayor, y mas poblada que Esparta. Se contaban en ella, en tiempo de Demetrio de Falero, veinte mil ciudadanos, diez mil extranjeros, establecidos en la ciudad, y cuarenta mil esclavos.

Todos los atenienses mozos se matriculaban en un registro público en la edad de diez y ocho años, y prestaban entónces juramento solemne por el cual se obligaban á servir á la república, y á defenderla con todas sus fuerzas, y en toda ocasion. Este juramento los obligaba hasta la edad de sesenta años. Cada una de las diez tribus, que constituian el cuerpo del estado, daba cierto número de soldados, segun la necesidad, para servir por tierra ó por mar: porque el poder naval de Atenas se hizo con el transcurso del tiempo muy considerable. Se ve en Tucídides que las tropas de los atenienses, en el principio de la guerra del Peloponeso, eran de trece mil infantes, pesadamente armados, de mil y seiscientos flecheros, y con poca diferencia de otra tanta caballería, lo que podia hacer en todo diez y seis mil hombres: sin contar otros diez y seis mil, que se quedaban para la guardia de la ciudad, de la ciudadela y de los puertos, y otros ciudadanos mayores, ó menores de la edad militar, ó extranjeros establecidos en la ciudad. La armada era entónces de trescientas galeras. Diré, en el artículo siguiente, el órden que se guardaba en ella.

Estas tropas de Esparta y Atenas eran poco numerosas, pero valerosas, aguerridas, intrépidas, y se podria casi decir invencibles. No eran soldados reclutados al acaso, por lo regular sin hogar ni vecindad, insensibles á la fama, indiferentes á un suceso que les toca poco, que no tuviesen nada que perder, que hiciesen de la guerra un oficio de mercenarios, que vendiesen su vida por una débil paga. Eran la flor de los pueblos mas belicosos del mundo; soldados determinados á vencer ó morir; que no respiraban mas que guerra y combates; que no tenian por objeto sino el honor y la libertad de su patria; que en una batalla creian ver á sus lados sus mujeres, y sus hijos, cuya felicidad estaba confiada á sus armas y valor. Estos eran los reclutas que se hacian en la Grecia. Entre tales tropas no se oia hablar de desercion, ni de castigos que impusiese la ley á los desertores. ¿Podia un

soldado resolverse á abandonar para siempre su patria y su familia?

Lo mismo se debe decir de los romanos, de quienes nos queda que hablar. Entre ellos, eran los cónsules quienes por lo regular hacian las reclutas: y como se nombraban nuevos todos los años, se hacian tambien todos los años nuevas levas.

La edad para entrar en la milicia era de diez y siete años. No se admitian en ella mas que ciudadanos, y de esta edad, ó de mas, excepto en los casos extraordinarios, y en las necesidades urgentes, en las que se recibian de menos edad. Una sola vez se vieron obligados á armar esclavos; pero antes, cosa notable, se les preguntó á cada uno en particular, si se alistaban voluntariamente, y con gusto, porque no se creia que se podian fiar de soldados alistados por enganche ó por fuerza. Algunas veces se llegaba hasta armar los que estaban detenidos en las prisiones por deudas ó delitos: aunque este caso era muy raro.

Las tropas romanas no se componian pues sino de ciudadanos. Los que eran pobres, no se alistaban. Se querian soldados, cuyo patrimonio respondiese á la república del zelo que tendrian en defenderla. La mayor parte de estos ciudadanos habitaban en la campiña, para cuidar ellos mismos de sus tierras, y para aumentar su patrimonio con sus manos. Los que vivian en Roma, tenian cada uno su porcion de tierra, la que cultivaban del mismo modo. Así toda la juventud romana estaba acostumbrada á tolerar las fatigas mas penosas; á sufrir el sol, el agua, el hielo; á dormir con trabajo, y por lo regular en medio de los campos, y á cielo raso; á vivir con templanza y modestia, á contentarse con poco. No sabian lo que eran delicias, tenian los miembros endurecidos en todo género de trabajos, y con su mansion en la campiña habian contraido el hábito de manejar el hierro, de cavar fosos, y llevar cargas pesadas: estos romanos, así soldados, como labradores, alistándose, no hacian sino mudar de armas y de instrumentos. Los jóvenes, que vivian en la ciudad, no se criaban con mucha mas delicadeza que los otros. Los continuos ejercicios del campo de Marte, las carreras, fuese á pie, fuese á caballo, seguidas siempre de la costumbre de pasar el Tiber á nado para limpiar el sudor, eran una excelente escuela para el oficio de la guerra. Tales soldados debian ser muy intrépidos. Porque cuanto menos se conocen las delicias menos se teme la muerte.

Antes de proceder á la leva de las tropas, señalaban los cónsules al pueblo el dia en que se debian juntar todos los romanos de edad de traer armas. Llegado el dia, y hallándose todos aquellos romanos en la asamblea, ó en el Capitolio, ó en el campo de Marte, los tribunos militares echaban suertes en las tribus, una despues de otra, y llamaban á aquellos á quienes les habia caido. Luego entre estos ciudadanos hacian su eleccion, tomándolos cada uno por su órden, cuatro á cuatro, con poca diferencia iguales en estatura, en edad y vigor; y procedian así despues, hasta que estuviesen completas las cuatro legiones.

Despues que se habia acabado la leva, prestaba cada soldado juramento en manos, ó de los cónsules, o de los tribunos. Por este juramento prometian «juntarse á la órden del cónsul, no dejar el servicio sin su permiso, obedecer las órdenes de los oficiales, y hacer lo posible para ejecutarlas: no retirarse por miedo, ni para huir, y no dejar su puesto.»

No era esta una mera formalidad, ni una ceremonia puramente exterior, que en nada influye sobre la conducta Era un acto de religion muy serio, acompañado algunas veces de las mas terribles maldiciones; que hacia una fuerte impresion en los corazones; que se consideraba de una necesidad absolutamente indispensable, y sin la cual no podian los soldados pelear contra el enemigo. Los griegos, como tambien los romanos, hacian prestar á sus tropas este juramento ó uno semejante; y se fundaban para hacerlo en un gran principio. Sabian que un particular por sí mismo, no tiene derecho alguno sobre la vida de los otros hombres: que es preciso que el príncipe, ó la república, que han recibido el poder de Dios, les ponga las armas en la mano: que solo en virtud de este poder del que está revestido por su juramento, puede sacar la espada contra el enemigo: y que sin este poder se hace culpable de toda la sangre que derrama, y comete tantos homicidios como enemigos mata.

Habiendo el cónsul, que hacia la guerra en la Macedonia contra Perseo, despedido una legion, en la que servia el hijo de Caton el censor, este jóven oficial, que no deseaba sino distinguirse en alguna accion, no se retiró con la legion, y se quedó en el campo. Su padre escribió luego al cónsul, rogándole que si queria permitir todavía á su hijo en el ejército, le hiciese prestar nuevo juramento, porque habiendose libertado del primero, no tenia ya derecho para combatir contra el enemigo, dice Ciceron. Y escribió en el mismo sentido á su hijo, advirtiendole que no pelease hasta haber prestado nuevo juramento.

En consecuencia de este mismo principio, alabó el gran Ciro extremamente la accion de un oficial, quien teniendo el brazo levantado para herir al enemigo, luego que oyó tocar la retirada, se detuvo inmediatamente contemplando esta señal como una prohibicion de pasar adelante. ¿Que no se debe esperar de oficiales y soldados acostumbrados de este modo á la obediencia y tan llenos de respeto á las órdenes del general y á las leyes de la disciplina?

Los tribunos de los soldados en Roma, despues del juramento, señalaban á las legiones el dia y el lugar en donde se debian congregar. Cuando estaban juntas, en el dia señalado, de los mas mozos y menos ricos, se hacian los armados á la ligera: los que los seguian en la edad eran los hastarios: los mas fuertes y mas vigorosos componian los príncipes: y se tomaban los soldados mas veteranos para formar de ellos los triarios.

Se daban regularmente dos legiones á cada cónsul. El número de los soldados de una legion no siempre fué el mismo. En los principios no era mas que de tres mil hombres. Se aumentó despues sucesivamente hasta cuatro mil, cinco mil, seis mil y alguna cosa mas. El número mas regular era de cuatro mil y doscientos infantes y trescientos caballos. Tal era en tiempo de Polibio y seguiré á este.

La legion se dividia en tres cuerpos, que eran «hastati,» los hastarios; «príncipes,» los príncipes; «triarii,» los triarios. Permítanseme estos nombres, no lo puedo explicar de otro modo. Los dos primeros cuerpos se componian cada uno de mil y doscientos hombres y el tercero de seiscientos solamente.

Los hastarios formaban la primera línea: los príncipes la segunda; los triarios la tercera. Este último cuerpo se componia de los soldados mas veteranos, mas experimentados y mas valientes del ejército. Era necesario que el peligro fuese grande y muy ejecutivo, para que se llegase hasta esta tercera línea. De donde proviene esta expresion proverbial, «res ad triarios rediit.» Tocoles el turno á los triarios.

Cada uno de estos tres cuerpos se dividia en diez

partes ó diez «manípulos,» cada uno de los cuales era de ciento y veinte hombres, por lo respectivo á los hastarios y los príncipes; y de sesenta solamente por lo respectivo á los triarios.

Cada manípulo tenia dos centurias ó compañías. La centuria, antiguamente, y en su primera institucion, en tiempo de Rómulo, tenia cien hombres, de donde sacó su nombre. Después no tuvo mas que sesenta en los hastarios y príncipes y treinta en los triarios. Se llamaban «centuriones» los jefes de estas centurias ó compañías. Explicaré muy presto la distincion de sus clases.

Además de estos tres cuerpos, habia otros en cada legion de los armados á la ligera con diferentes nombres, «rorarii, accessi;» y en los tiempos posteriores, «velites.» Eran tambien en número de mil y doscientos: no hacian propiamente cuerpo separado; pero estaban distribuidos en los otros tres cuerpos, segun la necesidad. Sus armas eran una espada, una pica, «HASTA» en latin, una rodela, esto es, un escudo ligero. Se escogian para este cuerpo los soldados mas mozos y mas ágiles.

En tiempo de Júlio César no se hablaba ya de clases distinguidas de hastarios, de príncipes, ni de triarios, aunque se formase casi siempre el ejército en tres líneas. La legion se dividió por entónces en diez partes, que se llamaban cohortes. Cada cohorte era como una legion pequeña. Tenia ciento y veinte hastarios, ciento y veinte príncipes, sesenta triarios y ciento y veinte armados á la ligera, lo que hace en todo cuatrocientos y veinte. Y es esto precisamente la décima parte de una legion, compuesta de cuatro mil y doscientos infantes.

La caballería entre los romanos era poco numerosa: trescientos caballos para mas de cuatro mil infantes. Se dividia tambien en diez compañías, y cada una se componia de treinta hombres.

Los soldados de á caballo eran escogidos entre los ciudadanos mas ricos; y en la distribucion del pueblo romano por centurias, cuyo autor fué Servio Tulio, componian las diez y ocho primeras centurias. Son los mismos que fueron después conocidos en la historia con el nombre de caballeros romanos é hicieron un tercer órden medio entre el senado y el pueblo. La república les daba un caballo y su manutencion.

Hasta el sitio de Veyes no hubo otra caballería en los ejércitos romanos. Entónces, aquellos que tenian la cantidad de patrimonio que se requeria para ser admitidos en la caballería, pero que no tenian caballo mantenido á expensas del pueblo, ni por consiguiente la clase de soldados de á caballo ó caballeros, se ofrecieron á servir en la caballería, proveyéndose ellos mismos de caballos, y se aceptó su oferta.

Desde aquel tiempo hubo dos especies de soldados de á caballo en los ejércitos romanos: los unos á quienes daba el público un caballo, y eran los verdaderos caballeros romanos; y los otros que le tenian por su cuenta y servian, pero no tenian el título ni las prerogativas de caballeros.

Pero el caballo mantenido á expensas del público fué siempre como el título constitutivo de caballero romano; y cuando los censores degradaban á un caballero romano, le quitaban el caballo.

Además de los ciudadanos que formaban las legiones, habia en el ejército romano las tropas de los aliados: eran pueblos de la Italia que habian sometido los romanos y á quienes habian dejado la práctica de sus leyes y gobierno, con condicion de darles cierto número de tropas. Daban igual número de infantería que los romanos, y regularmente doble de caballería. Entre los aliados se escogian los mas bien dispuestos y mas valerosos, así ginetes como infantes, los que debian estar cerca de los cónsules: estos se llamaban extraordinarios. Para esto se tomaba la tercera parte de la caballería y la quinta de la infantería. Lo restante se ponia, mitad en el ala derecha, mitad en la izquierda, reservándose los romanos, por lo regular, el centro.

El ejército romano, como se ve por todo lo que he dicho hasta aquí, se componia solamente de ciudadanos y aliados. Hasta el sexto año de la segunda guerra púnica no admitieron los romanos mercenarios en sus tropas; lo que no se practicó, ó rara vez en lo futuro, en tiempo de la república. Eran celtíberos, y se dice que componian la mayor parte del ejército de Cn. Escipion en España. Falta esencial, que le costó la vida, y faltó poco para que no costase á Roma la pérdida de España, y puede ser la ruina de su imperio. Es este un ejemplo, advierte prudentemente Tito Livio, que debe enseñar á los generales romanos á no permitir jamás en sus ejércitos un número mayor de extranjeros que de otras tropas. Se sabe que la rebelion de las tropas extranjeras puso mas de una vez á Cartago á dos dedos de su pérdida. No tenia casi otros soldados; y era el mayor defecto de su milicia. Esta mezcla de tropas extranjeras y bárbaras, y su superioridad en número en los ejércitos romanos, fueron una de las principales causas de la ruina entera del imperio romano en occidente.

Vuelvo á los centuriones, cuyas diferentes clases debo explicar. Dije que en cada manípulo habia dos centurias, y por consiguiente dos centuriones. El que mandaba la primera centuria del primer manípulo de los triarios, llamados tambien «pilani,» era el mas considerable de todos los centuriones y tenia asiento en el consejo con el cónsul y los primeros oficiales: «primipilus,» ó «primipili centurio.» Se le llamaba «primipilus prior,» para distinguirle del que mandaba la segunda centuria del mismo manípulo, el cual se llamaba «primipilus posterior.» Lo mismo era de las otras centurias. El centurion que mandaba la segunda centuria del manípulo de los mismos triarios, se llamaba «secundi pili centurio;» y así hasta el décimo que se llamaba «decimipili centurio.»

Se guardaba el mismo órden entre los hastarios y príncipes. El primer centurion de los príncipes se llamaba «primus princeps,» ó «primi principis centurio;» el segundo, «secundus princeps,» y así de los demás hasta el décimo. Lo mismo entre los hastarios «primus hastatus, secundus hastatus» etc.

Los centuriones pasaban de un órden inferior á otro superior, nó precisamente por la antigüedad, sino por el mérito.

Esta distincion de grados y plazas de honor, que no se concedian sino al valor, y á servicios reales y conocidos, causaba en las tropas una increible emulacion que las tenia á todas alerta y en órden. Un simple soldado llegaba á ser centurion, y pasando después por todos los diferentes grados, podia ascender hasta los primeros empleos. Esta mira, esta esperanza los sostenia en medio de las fatigas mas terribles, los animaba, les impedia que cometiesen faltas ó que se exasperasen, y los incitaba á las acciones mas animosas. Así se hace un ejército invencible.

Los oficiales eran muy celosos en conservar estas distinciones y preeminencias. Referiré un ejemplo de esto, que es muy propio para el asunto que trato, esto es, para la leva de las tropas, que honra mucho á los soldados romanos, y que manifiesta de qué moderacion y prudencia estaba acompañado su ardor para la fama.

Cuando resolvió el pueblo romano llevar la guerra contra Perseo, último rey de Macedonia, entre otras muchas medidas que se tomaron para asegurar sus buenas resultas, ordenó el senado, que el cónsul encargado de esta expedicion escogiese tantos centuriones y soldados veteranos como le agradasen, del número de aquellos que no hubiesen pasado de cincuenta años. Veinte y tres centuriones que habian sido primipilos, no quisieron tomar las armas, á menos que no se les concediese el mismo empleo que habian tenido en las campañas precedentes. El negocio se llevó ante el pueblo. Despues que Popilio, que habia sido cónsul dos años antes, alegó por la causa de los centuriones, y el cónsul por la suya propia, habiendo obtenido uno de los centuriones que habian apelado al pueblo, el permiso de hablar, se explicó de esta suerte:

« Señores, yo me llamo Sp. Ligustino. Soy de la tribu crustumina, originario del país de los sabinos. Mi padre me dejó una fanega de tierra y una choza, en la que nací, en donde fuí criado, y la que habito actualmente. Luego que llegué á edad de casarme, me dió por mujer á la hija de su hermano. No trajo el matrimonio mas que la libertad, la castidad y una fecundidad suficiente para las casas mas ricas. Tenemos seis hijos y dos hijas, casadas ambas. De mis seis hijos, cuatro han tomado la vestidura viril, y dos traen todavía la vestidura de la niñez. Empecé á traer las armas en tiempo del consulado de P. Sulpicio y de C. Aurelio. He servido dos años en cualidad de mero soldado en el ejército que se empleó en Macedonia contra el rey Filipo. El tercer año T. Quincio Flaminio, para recompensar mi valor, me hizo capitan de centuria en el último manípulo de los hastarios. Serví después como voluntario en España bajo de Caton; y aquel general, tan justo estimador del mérito, me consideró digno de ponerme al frente del primer manípulo de los hastarios. En la guerra contra los etolios y contra el rey Antíoco, llegué al mismo grado entre los príncipes. Hice todavía después muchas campañas, y en un número bastante corto de años fuí hecho cuatro veces primipilo: he sido recompensado treinta y cuatro veces por los generales; he recibido seis coronas cívicas; he hecho veinte y dos campañas, y paso de cincuenta años. Y aunque yo no hubiese cumplido todos mis años de servicio, aunque no me despidiese mi edad, sustituyendo cuatro de mis hijos en mi lugar, mereceria bien ser exento de la necesidad de servir. Pero en todo lo que he dicho, no pretendo sino manifestar la justicia de mi causa. En lo demás, ínterin que los que hagan reclutas me consideren en estado de traer las armas no me negaré al servicio. Los tribunos me pondrán en la clase que les agrade, esto les toca á ellos, á mí me toca portarme de modo que nadie tenga la clase superior á mí en cuanto al valor; como todos los generales, bajo de quienes he tenido la honra de servir, y todos mis camaradas me son testigos que me he portado siempre. Pero vosotros, centuriones, no obstante vuestra apelacion, como durante vuestra misma juventud no hicisteis nunca nada contra la autoridad de los magistrados ni del senado, me parece que conviene, que en la edad en que estais os mostreis sometidos al senado y á los cónsules, y que tengais por honroso todo empleo que os ponga en estado de servir á la república. »

Luego que acabó, el cónsul, después de haberle colmado de alabanzas delante del pueblo, salió de la asamblea y le llevó al senado. Allí se le dieron públicas acciones de gracias en nombre de esta augusta compañía, y los tribunos militares le asignaron por señal y por premio de su valor y de su celo el primipilo, esto es la primera plaza en la primera legion. Los otros centuriones apartándose de su apelacion, no pusieron dificultad en alistarse.

No hay cosa mejor que semejantes hechos para darnos una justa idea del carácter humano. ¡Qué fondo de buen juicio, de razon, de nobleza tambien, y de magnanimidad en aquel soldado! Habla de su antigua pobreza sin rubor, y de sus gloriosos servicios sin ostentacion. No se encapricha fuera de tiempo en un falso punto de honor. Defiende modestamente sus derechos y los renuncia. Enseña á todos los siglos á no disputar contra la patria, á hacer que cedan sus intereses particulares al bien público, y tuvo la felicidad de atraer á su opinion todos aquellos que se hallaban en el mismo caso y que se le habian unido. ¡De qué fuerza es el ejemplo! No se necesita algunas veces mas que un buen ánimo para reducir á todos los otros á la razon.

Art. 3.º Comprendo en este artículo lo que pertenece á los víveres, la paga de los soldados, sus armas y algunas otras prevenciones que deben hacer los generales antes de ponerse en marcha.

§. 1. El órden que se guardaba por lo respectivo á los víveres entre los romanos, nos es mas conocido que el de los griegos: el cuestor estaba encargado de este cuidado.

La racion de trigo que se daba á cada soldado para su alimento diario era, con corta diferencia, la misma entre los dos pueblos, esto es, un « chænis, » ó la octava parte de un celemin romano, el que contenia poco mas de quince libras de trigo: tenia seis celemines el medimnum. El chænis ó cuartillo era tambien el alimento regular de los esclavos por dia.

Se daba pues al soldado romano infante cuatro celemines de trigo para un mes; esto se llamaba « menstrum: » esto es, treinta y dos chænis ó cuartillos, lo que corresponde á poco mas de cuartillo por dia. El infante de los aliados recibia lo mismo.

El soldado de á caballo romano recibia por mes dos medimnos de trigo, esto es, doce celemines, porque tenia dos criados, lo que hacia noventa y seis chænis ó cuartillos, sobre el pié de poco mas de un chænis ó cuartillo por cabeza cada dia. Este soldado de á caballo tenia dos caballos, uno para su persona, y otro para llevar su bagaje, el trigo, la cebada, etc. Recibia tambien por mes, para estos dos caballos, siete medimnos de cebada, que hacen cuarenta y dos celemines, sobre el pié de un celemin, y algo mas de tres chænis ó cuartillos por dia para los dos caballos.

Era preciso que un soldado de á caballo tuviese cierta renta para sostener el gasto que no podia dejar de hacer durante la campaña. Por esto sucedia algunas veces que un ciudadano, aunque de familia patricia, estaba obligado, por su pobreza, á servir en la infantería.

El soldado de á caballo de los romanos recibia por mes un medimno y un tercio, esto es, ocho celemines de trigo, porque no tenia mas que un caballo, y por consiguiente un solo doméstico; y cinco medimnos de cebada para este caballo, que hacen treinta celemines, sobre el pié de un celemin por dia.

La cantidad de trigo se aumentaba á los oficiales á proporcion de su paga, de la que se hablará mas adelante.

Se doblaba algunas veces la porcion de trigo á los soldados por honor y recompensa, como parece por muchos pasajes de Tito Livio.

La provision pública de trigo, cuyo cuidado, como he dicho, pertenecia á los cuestores, se llevaba ó en

los bajeles, ó en carros, ó en caballerías de carga; pero los soldados infantes llevaban sobre sus hombros la porcion de trigo que se les distribuia para cierto tiempo, lo que disminuia mucho el aparato de los bagajes.

Cuatro celemines de trigo, que era la medida que se daba á cada soldado para un mes, eran una carga pesada, sin contar todo lo que llevaba el soldado además de esto. Es cierto que cargaba algunas veces con esos celemines; pero esto era sin duda en ocasiones extraordinarias, como en una marcha forzada, ó en una expedicion pronta, y en un país enemigo. Es muy verosímil que por lo regular no llevaban mas trigo que para doce, quince, ó veinte dias á lo mas: y este peso se disminuia todos los dias con el consumo diario.

Se puede preguntar: porqué se daba trigo á los soldados para llevar, y nó pan cocido. Puede ser hubiese pasado esta costumbre de la ciudad al campo: porque en la ciudad se hacian las distribuciones públicas, nó en pan cocido, sino en trigo. Por otra parte, el peso del trigo era mas ligero que el del pan cocido. Plinio dice que el peso de un celemin de trigo en grano se aumenta justamente una tercera parte cuando está reducido á pan de municion. Esta diferencia es considerable. Pero por otro lado se halla que era mucho embarazo para los soldados, preparar ellos mismos su pan, moler el trigo y cocerle, aunque fuese por rancho, que se llamaba « contubernia: » nos parece este cuidado muy embarazoso. Pero, para juzgar bien de esto, era necesario ponerse con la imaginacion en los tiempos y países de que se trata, y atender á las costumbres que reinaban en ellos. El soldado romano, ocupado en moler el trigo y en cocerle, no practicaba en el campo, sino lo que hacia todos los dias en la ciudad en tiempo de paz. Componia de la harina no sé cuántos manjares. Además del pan regular, hacia de ella polientas ó gachas, que apetecia mucho: las mezclaba con leche: sazonaba con ella las legumbres: hacia prontamente de ella tortas cocidas sobre una plancha pequeña puesta sobre las ascuas, ó sobre la ceniza caliente, como se practicaba antiguamente para regalar á los huéspedes, y como lo practica aun hoy dia todo el oriente, en donde prefieren estas tortas á nuestro mejor pan.

Habia ciertas ocasiones en que se daba pan cocido á los soldados. Cuando L. Quincio Cincinato fué creado dictador contra los ecuos, ordenó á toda la juventud, capaz de traer armas, que estuviese en el campo de Marte antes de ponerse el sol, con panes cocidos para cinco dias, y con doce estacas cada uno. Encargó á los ciudadanos que eran de mas edad, que cociesen el pan para los mozos, ínterin estaban éstos ocupados en preparar sus armas, y en proveerse de estacas. Esto se hacia principalmente cuando se embarcaban; porque habia menos comodidades en los bajeles para cocer pan que en tierra.

Pero por lo regular era el mismo soldado quien cuidaba de moler su trigo, ó en molinos pequeños que traia consigo, ó sobre piedras, y hacer que se cociese el pan, nó en hornos, sino sobre las ascuas, ó debajo de la ceniza.

Al trigo que se daba á los soldados se añadia sal, legumbres, queso, y algunas veces manteca y carne de puerco.

La bebida correspondia á este alimento. Rara vez se usaba el vino en el ejército. Caton el antiguo no bebia mas que agua: en los grandes calores solamente le mezclaba vinagre. El uso de esta bebida era comun en los ejércitos; la llamaban « posca. » Cada soldado estaba obligado á tener una botella de esto en su equipaje. El emperador Pescenio prohibió otra cualquiera bebida á su ejército. La expresion «universos,» parece que da á entender que esta prohibicion era general para los oficiales, como para el soldado raso. Esta bebida (posca) era buena para apagar prontamente la sed, y para corregir el vicio de las aguas que encontraban en su marcha. Hipócrates dice que el vinagre es refrigerante, por esto se daba á los segadores y á los que trabajaban en el campo. Aristóteles nos dice que los cartagineses, en tiempo de guerra, se abstenian del vino.

Oigo decir que lo que hace mas dificultad á los militares en la lectura de la historia antigua, es el artículo de los víveres; y su dificultad no deja de tener fundamento. No se ve que ni los griegos, ni romanos tuviesen la precaucion de preparar almacenes de forraje, hacer depósitos de víveres, tener un proveedor de oficio, y hacer que anduviese con un gran número de cajones. Asombra lo que se dice del ejército de Jerjes, rey de Persia, que llegaba, contando todo el aparato que le seguia, á mas de cinco millones de personas, y para cuyo alimento eran necesarios, segun la cuenta de Herodoto, mas de seiscientos mil celemines de trigo por dia. ¿Cómo proveer á un ejército semejante de una cantidad tan enorme de trigo, y de lo demás á proporcion?

Se debe tener presente que cuidó el mismo Herodoto de advertir que habia trabajado Jerjes por espacio de cuatro años en los preparativos de aquella guerra. Un considerable número de bajeles cargados de trigo y de otras municiones de boca, costeaba siempre, y llegaban continuamente otros nuevos, que no dejaban que le faltase nada, siendo muy corto el paso del Helesponto hasta el mar de Grecia, y á la isla de Salamina, y aquella expedicion no duró un año. Pero no se debe traer á consecuencia, siendo extraordinaria, y se puede decir única.

En las guerras que se hacian los griegos unos á otros, eran sus tropas poco numerosas, y acostumbradas á una vida frugal; no se alejaban mucho de su país, y volvian á el casi siempre regularmente todos los inviernos. Así se ve que no les era difícil tener víveres en abundancia, especialmente los atenienses, que eran dueños del mar.

Lo mismo se debe decir de los romanos, entre quienes era infinitamente menos embarazoso el cuidado de los víveres, que lo es al presente en la mayor parte de los pueblos de la Europa: sus ejércitos eran mucho menos numerosos, y tenian mucha menos caballería. Una legion de cuatro mil infantes componia un cuerpo (á nuestro modo) de seis ó siete batallones: y no teniendo mas que trescientos caballos, no formaba sino dos escuadrones. Así, un ejercito consular de cerca de diez y seis mil infantes, contando los romanos y sus aliados, se componia, con poca diferencia, de veinte y cinco de nuestros batallones, y no tenia mas que ocho ó nueve de nuestros escuadrones. Hoy dia, por lo respectivo á veinte y cinco batallones, tenemos, por lo regular, mas de cuarenta escuadrones. ¡Qué disminucion de forrajes y víveres!

No se necesitaban entónces cuatro ó cinco mil caballos para el tren de artillería, de panaderos, ni de hornos, ni de cajones en gran número, de cuatro caballos cada uno.

Además de esto, el modo sobrio con que se vivia en el ejército, reducido á lo necesario, ahorraba una infinita multitud de criados, de caballos y bagajes, que agota ahora nuestros almacenes, causa hambre en nuestros ejércitos, y ocasiona siempre una lentitud en

la ejecucion de las empresas, y por lo regular les pone un obstáculo insuperable. Este modo de vivir no era particular á los meros soldados: les era comun con los oficiales, y con los generales. Se han visto tambien emperadores, esto es, dueños del universo, Trajano, Adriano, Pescenio, Alejandro Severo, Probo, Juliano, y otros muchos, nó solamente vivir sin suntuosidad, sino contentarse con un plato de gachas ó garbanzos, con un pedazo de queso ó de manteca, y hacer vanidad de igualarse con los últimos soldados. Fácilmente comprendo de qué peso eran semejantes ejemplos, y cuánto contribuian para disminuir el aparato de un ejército, para mantener en las tropas el gusto de frugalidad é inocencia, y para apartar de él todo lujo y todo fausto.

No les falta razon á los autores que he citado en hacer que se repare que aquellos emperadores afectaban comer á descubierto, y á vista de todas las tropas. Este espectáculo atraia, distribuia, consolaba al soldado, y ennoblecia la mala comida que tenia, por la semejanza con la de sus soberanos.

Comparemos un ejército de treinta mil hombres, compuesto de oficiales y soldados, tales como los tenian los griegos y romanos, robustos, sobrios, aguerridos, y endurecidos en todo género de fatigas, con nuestros ejércitos de cien mil hombres, y el faustuoso aparato que los sigue: ¿hay algun general un poco juicioso y entendido, que no prefiriese el primero? Con semejantes tropas detuvieron los griegos todas las fuerzas del oriente, y los romanos vencieron y sometieron todos los otros pueblos. ¿Cuándo se volverá á una tan laudable costumbre? ¿No se encontrará general alguno de un mérito y carácter superior, y al mismo tiempo de un espíritu sólido y celoso de la verdadera fama, que comprenda cuánto le honraria manifestarse liberal, generoso, magnífico en los pensamientos y acciones, y derramar á manos llenas el dinero para animar á los soldados, ó para ayudar á oficiales cuya renta no corresponde siempre á su nacimiento ni á su mérito; y reducirse en todo lo demás, no digo á aquella sencillez y pobreza de los antiguos dueños del mundo (una virtud tan sublime es superior á las fuerzas de nuestro siglo), sino á una decente y noble moderacion, que podria quizá con la fuerza del ejemplo, muy pederoso en los que mandan, dar el tono á todos los generales, y reformar el malo y pernicioso gusto de los tiempos?

El cuidado de los víveres ha sido y será siempre lo que dede ocupar á un buen general. La máxima de Caton que «la guerra alimenta la guerra,» es buena en los países abundantes y para ejércitos pequeños; la de los griegos es mas generalmente verdadera: la guerra no contribuye para el órden ni para los víveres cuando se necesitan. Se debe hacer provision de ellos para lo presente y para lo futuro. Uno de los principales consejos que Cambises, rey de los persas, dió á su hijo Ciro, que fué tan celebre despues, fué que no se empeñase en expedicion alguna sin haberse informado antes por sí mismo, de si se habia dado providencia para la subsistencia de las tropas. Paulo Emilio no quiso partir para la Macedonia antes de haberse asegurado de la conduccion de los víveres. Si Cambises y Dario hubieran tenido este cuidado, no se habrian expuesto á que pereciesen sus ejércitos, el primero en la Etiopía, y el otro en la Escitia. El de Alejandro hubiera muerto de hambre si se hubiese seguido el prudente dictámen de Mennon, el general mas hábil de aquel tiempo, que queria que se talase en el Asia menor cierta extension de país por donde debia necesariamente pasar aquel príncipe. Antes de la batalla de Canas, no tenia Anibal víveres para diez dias: una dilacion de algunas semanas le reducia á la última extremidad. César, antes de la de Farsalia, estaba cerca de perecer por falta de víveres, si Pompeyo hubiera querido, ó antes bien si hubiese podido esperar todavía diez ó doce dias. El hambre es un enemigo, contra el cual ni la hábilidad, ni el valor de los comandantes y soldados nada pueden, y el número de las tropas solo sirve para aumentarla.

§. 2. Entre los griegos hacian los soldados en los principios la guerra á sus expensas. Esto era muy natural, pues eran los mismos ciudadanos quienes se unian para defender sus bienes, sus familias y su vida, y los que eran personalmente interesados en ella.

La pobreza que profesó Esparta largo tiempo, da motivo para creer que no pagaba sus tropas. Interin que los esparciotas se mantenian en Grecia, les daba la república la porcion de las comidas públicas, y un vestido por año. Entraba un poco de carne en esta provision, y habia un oficial particular para que se la distribuyese. Dicen que Agesilao, para mortificar á Lisandro, que habia ocupado los primeros empleos de la república, hizo que se le confiriese este empleo, que no era de consideracion alguna. Los esparciotas, durante la guerra, se contentaban con esta provision, añadiendole los cortos pillajes para subsistir con mas anchura. Desde que Lisandro volvió á abrir la entrada de Esparta al oro y plata, y estableció en ella un tesoro público; como marchaban los lacedemonios frecuentemente fuera de su territorio al Asia menor, no hay duda que se veria entónces la república obligada á proveer á su subsistencia con socorros particulares. Se ve que á instancias del mismo Lisandro aumentó Ciro el menor á los que servian en las galeras de Lacedemonia el sueldo que les acostumbraban pagar, y que de tres óbolos (un real) le hizo subir á cuatro, lo que sobornó muchos marineros de los atenienses. Lo fuerte de Esparta no era la marina. Aunque estuviese bañada del mar por el levante y mediodía, no eran sus costas favorables para bajeles, y no tenia sino el único puerto de Gitea, que no era muy grande ni muy cómodo. Así era su armada poco numerosa; casi eran extranjeros todos sus marineros. No se sabe ciertamente la paga que daba Esparta á las tropas que la servian por tierra, ni si á unas y á otras las proveia de víveres.

Pericles fué el primero que estableció paga para los soldados atenienses, que hasta entónces habian servido gratúitamente á la república. Además de que lograba por este medio conciliarse el favor del pueblo, un motivo mas poderoso le obligó á introducir esta mudanza. Hacia la guerra lejos, en la Tracia, en el Quersoneso, en las Islas y en la Jonia durante muchos meses seguidos, sin molestar ni mortificar á los aliados. Era imposible que ciudadanos distantes tanto tiempo de sus patrimonios, de sus ejercicios, y de los otros medios de ganar su vida (porque se sabe que la mayor parte eran artesanos, como se lo reprendieron los lacedemonios), pudiesen servir, sin tener algun socorro. Esto era una justicia que les debia la república, y Pericles obró menos como magistrado popular, que como juez recto. Previno solamente, como prudente político, los deseos del pueblo, por lo respectivo á una accion que era necesaria.

La paga regular de los marineros era de tres óbolos, que hacian la mitad de una dracma, esto es, un real: la paga de las tropas de tierra cuatro óbolos, esto es, diez cuartos: la de los de á caballo, una dracma, un real de plata.

Se habia establecido un órden bastante bueno para

subvenir á los gastos de la guerra. Las cuatro antiguas y primitivas tribus de Atenas se habian multiplicado hasta diez. Entónces, para la paga de lo que se imponia, se sacaron de cada tribu ciento y veinte ciudadanos, que hacian en todo mil y doscientos, los que se dividieron en cuatro compañías de á trescientos; y en veinte clases, cada una de las cuales se dividia tambien en dos partes, la una de los ciudadanos mas ricos, la otra de los que no lo eran tanto. Á estos ciudadanos ricos y opulentos, aunque mas unos que otros, se daban los empleos públicos. Cuando se ofrecia alguna urgencia y repentina necesidad, que era preciso levantar tropas ó equipar una armada, se hacia la reparticion de los gastos entre estos ciudadanos á proporcion de sus rentas: los mas ricos anticipaban los caudales para que la república fuese servida prontamente; y los otros tomaban tiempo para resarcírselos y para pagar su parte.

Parece, por el ejemplo de Lamaco, quien fué enviado con Nicias para mandar en el sitio de Siracusa, que los generales atenienses servian á sus espensas. Plutarco observa que, hallándose este Lamaco, que era muy pobre, en estado de no poder hacer los gastos de la guerra como los otros, envió al pueblo una memoria de los que habia hecho para su propia persona, en los que contaba su diario alimento, sus vestidos y hasta su calzado.

Los soldados romanos en los primeros tiempos de la república, la servian gratúitamente, y sin recibir paga. Entónces no se hacian las guerras lejos de Roma, ni eran de larga duracion. Luego que se terminaban, se volvian los soldados á sus casas, y cuidaban de sus bienes, de sus haciendas y de sus familias. Fué mas de trescientos y cuarenta años despues de la fundacion de Roma, cuando el senado, con la ocasion del sitio de Veyes, que fué muy largo, y continuado sin interrupcion durante el invierno contra la costumbre, ordenó, sin habérsele pedido, que pagase la república á los soldados una cantidad arreglada por el servicio que le hacian. Este decreto, tanto mas agradable al pueblo, cuanto no parecia efecto sino de la pura liberalidad del senado, causó un gozo universal, y todos los ciudadanos clamaron que estaban prontos á derramar su sangre y á sacrificar su vida por una patria tan benéfica.

El senado romano manifestó en aquella ocasion la misma prudencia que habia mostrado Pericles en Atenas. Los soldados daban á entender, primero secretamente, despues de un modo bastante claro, sus quejas y murmuraciones, contra lo dilatado del sitio, que los ponia en la necesidad de mantenerse distantes de sus familias, durante el invierno, y causaba, con esta larga ausencia, el menoscabo de sus haciendas, que quedaban incultas, y se hacian incapaces de proveer á su subsistencia. Estos fueron los verdaderos motivos de la accion del senado, que concedió con destreza, como una gracia, lo que le iba á arrancar la necesidad con las invectivas de algun tribuno del pueblo, que se hubiera atribuido el triunfo de esto.

Para dar esta paga, se impuso un tributo sobre los ciudadanos, á proporcion de su renta. Los senadores dieron el ejemplo que llevó trás de sí á todos los otros, no obstante la oposicion de los tribunos del pueblo. Parece que nadie estaba exento de él, ni los adivinos y pontífices. Se habian estos dispensado de él por algunos años por via de hecho, y de su autoridad privada. Los cuestores hicieron que los citasen para que viesen cómo los condenaban á la paga de todos aquellos años. Apelaron de ellos al pueblo, quien los condenó. Cuando se habia terminado la guerra, y se habia hecho un considerable botin á los enemigos, se empleaba algunas veces una parte de él para restituir á los particulares las cantidades que se les habian exigido para los gastos de la guerra: en lo que se ve una buena fé bien admirable, y muy rara. El tributo de que hablo subsistió hasta el triunfo de Paulo Emilio sobre los macedonios, quien hizo entrar tantas riquezas en el tesoro público que se tuvo por conveniente abrogar para siempre aquella imposicion.

Aunque el soldado no sirviese regularmente sino la mitad del año, recibia el sueldo por un año entero, como parece por muchos pasajes de Tito Livio; y se le pagaba al fin de la campaña: algunas veces tambien de seis en seis meses. Lo que he dicho hasta aquí de la paga no pertenece mas que á los infantes.

Se concedió tambien tres años despues á los de á caballo, durante el mismo sitio de Veyes. La república les daba los caballos: tuvieron la generosidad, en una gran necesidad del Estado, de declarar que ellos mismos se proveerian de todo á sus propias espensas.

La paga de los soldados no fue siempre la misma: se varió segun los tiempos. Fué en los principios de tres ases solamente por dia para los infantes (poco mas de cinco cuartos): tenia entónces diez ases el dinero, que era del mismo peso, y del mismo valor que la dracma entre los griegos. El dinero se subió despues á diez y seis ases, el año de Roma 536, en tiempo de la dictadura de Fabio. Y entónces subió la paga de tres á cinco sueldos. La moderacion de esta paga no nos debe admirar, visto la del precio de los víveres. Polibio nos dice que en su tiempo el celemin de trigo no valia regularmente en Italia mas que cuatro óbolos, esto es, cosa de once cuartos, y el celemin de cebada la mitad. Con un celemin de trigo tenia un soldado para ocho dias.

Julio Cesar, para granjearse mas á los soldados, dobló su paga, y la hizo llegar hasta un real de plata.

Hubo tambien algunas mudanzas en tiempo de los emperadores; pero creo que no debo entrar en estas particularidades.

Polibio, despues de haber dicho que la paga diaria de los infantes era de dos óbolos (poco mas de cinco cuartos) añade que la de los centuriones era de cuatro óbolos (como diez cuartos y medio) y la de los de á caballo de seis óbolos (un real de plata).

De esta paga diaria del soldado raso resultaba una suma total para todo el año, la cual sobre el pié de ocho cuartos por dia, que era la paga regular en tiempo de Polibio, componia cerca de cien pesetas, sin comprender en esto la racion de trigo que se les daba para cada dia, y algunos otros víveres. Cuento aquí el año sobre el pié de doce meses de treinta dias cada uno, que hacen trescientos y sesenta dias; y parece que se regulaba algunas veces de esta suerte por lo respectivo á la paga militar. Cuando se dobló por Julio César, ascendia esta suma á cerca de doscientas pesetas.

De esta cantidad ánua se retenia una parte para los vestidos, las armas y las tiendas.

Por lo relativo á los primeros oficiales, los cónsules, los procónsules, los legados, los pretores, los propretores y cuestores, parece que no pagaba la república sus servicios de otro modo que con el honor. Les daba para los gastos necesarios, é indispensables para su comision, los vestidos, las tiendas, los caballos, los machos y todo el equipaje militar. Tenian cierto número de esclavos arreglado, que no era muy excesivo, y el que no podian aumentar, no permitiéndoles la ley tomar otros nuevos, sino en lugar

de los que se hubiesen muerto. En las provincias por donde pasaban, no exigian de los aliados mas que forraje para sus caballos, y leña para sus personas. Tampoco pedian esto los que se preciaban de imitar el perfecto desinterés de los antiguos. Así se portaba Ciceron, como dice él mismo escribiendo á su amigo Ático. « No se hace gasto alguno dice, ni para mí, ni para mis legados, ni para el cuestor, ni para ningun otro oficial. Yo no acepto ni el forraje ni la leña, aunque lo permita la ley Julia, permito solamente, que se dé á mis gentes una casa y cuatro camas: se alojan tambien por lo regular en las tiendas. » El espíritu del gobierno de los romanos era que sus comandantes y magistrados no fuesen de modo alguno onerosos á los aliados. Es una conducta tan prudente y humana que hacia la autoridad de los romanos muy respetable y muy amable: y se puede decir con verdad que contribuyó mas que la fuerza de sus armas para hacerlos dueños del universo.

Tito Livio nos dice el nombre de aquel que faltó primero á la ley Julia, la que arreglaba lo que se podia exigir de los aliados; y su ejemplo tuvo demasiados imitadores, quienes le excedieron muy presto. Fué L. Postumio. Estaba desazonado con los habitantes de Prenesto; porque en una mansion que habia hecho allí, no siendo todavía sino mero particular, no le habian ofrecido el tratamiento que creia se le debia. Cuando le nombraron cónsul pensó en vengarse de ellos, y debiendo pasar por su ciudad, para ir á la provincia que se le habia asignado, les hizo saber que enviasen su primer magistrado á su encuentro, que le dispusiesen un alojamiento, en nombre y á espensas del público, y que le tuviesen prontos para su partida los bagajes que necesitaba. Antes de él, dice Tito Livio, ningun magistrado habia sido oneroso á los aliados, ni exigido de ellos contribucion alguna. Les daba la república mulos, tiendas y todo el tren que necesitaba un comandante, para que no pudiese pedir nada de esto á los aliados. Como la hospitalidad estaba entónces en mucha reputacion y en uso, se alojaban en casa de sus amigos particulares, y gostaban de recibirlos tambien en las suyas cuando venian á Roma. Cuando se enviaban legados para alguna pronta espedicion, las ciudades por donde pasaban, recibian órden de darles un caballo y nada mas. Aunque el cónsul hubiese tenido justo motivo de queja contra los prenestinos, no debiera aprovecharse, ó mas bien abusar de la autoridad que le daba su empleo para dárselo á entender. Su silencio, sea que proviniese de moderacion, ó de una excesiva timidez, les impidió dar sus quejas al pueblo romano, y autorizó en adelante á los magistrados para agravar de dia en dia este nuevo yugo; como si la impunidad del primer ejemplo hubiese sido una señal de aprobacion de parte de Roma, y se hubiese hecho para ellos un título legítimo.

Los antiguos, lejos de portarse de este modo, y de procurar enriquecerse á costa de los aliados, no pensaban mas que en protegerlos y defenderlos. Se consideraban bien pagados de los servicios que habian hecho al estado con la fama de sus excelentes acciones; y por lo regular, despues de grandes victorias y triunfos ilustres, morian en el seno de la pobreza en que siempre habian vivido. La historia de los griegos y de los romanos ofrece muchos ejemplos de esto.

§. 3. No es mi ánimo hacer aquí relacion de todas las especies de armas, de que se servian los soldados entre todas las naciones. Me contendré principalmente, como acostumbro, en lo que pertenece á los griegos y romanos, que tenian, en la materia que se trata, muchos usos comunes. Los romanos las tomaron por la mayor parte de los toscanos y de las naciones griegas que habitaban en la Italia. Floro dice que Tarquino el antiguo, originario de Corinto, introdujo en Roma, en muchas cosas, lo que se practicaba en la Grecia.

Las armas eran antiguamente de cobre, despues de hierro. Los poetas toman frecuentemente uno por otro.

La armadura de los griegos, como tambien de la mayor parte de las otras naciones, era desde los tiempos mas antiguos, el casco, la coraza, el escudo, la lanza y la espada; y empleaban tambien el arco y la honda.

El casco era una arma defensiva, para cubrir la cabeza y el cuello. Era de hierro ó de cobre, por lo regular en forma de cabeza, abierto por delante, y dejando la cara descubierta. Habia cascos, y particularmente los de la Grecia, que se podian bajar sobre el rostro. Se ponian en lo alto de ellos figuras de animales, de leones, de leopardos, de grifos y de otros. Los adornaban con penachos que ondeaban en el viento y aumentaban su hermosura.

La coraza se llamaba en griego « torax, » nombre que pasó luego á la lengua latina, la que emplea tambien con mas frecuencia el de « lórica. » Se fabricaban en los principios las corazas de hierro ó de cobre, en dos piezas, como se hace todavía hoy dia, estas dos piezas con hebillas. Alejandro no dejó á la coraza sino aquella de estas dos partes que defendia el pecho, para que el miedo de ser herido en la espalda, que estaba sin defensa, impidiese que huyesen los soldados.

Habia corazas de un metal tan duro que estaban absolutamente á prueba de los golpes. Zoilo, hábil artífice en este género, ofreció dos de ellas á Demetrio, denominado Poliorcetes. Y para mostrar su excelencia, hizo que se arrojase una flecha con una máquina llamada catapulta, que no estaba mas que á veinte y seis pasos de distancia. Por mucha fuerza con que fuese arrojada la flecha, apenas raspó la coraza, ni dejó en ella señal alguna.

Muchas naciones hacian las corazas de lino, ó de lana; eran cotas de armas de muchos dobles, que resistian á los golpes, ó á lo menos disminuian su violencia. Aquella con que regaló Amasis á los lacedemonios, era de una fábrica maravillosa, adornadas con figuras de muchas especies de animales, y dorada. Lo mas admirable que habia en aquella coraza, era que cada uno de los hilos, aunque fuese muy delicado, se componia de trescientos y sesenta hilos mas delgados, que se distinguian fácilmente.

Dije que la coraza se llamaba en latin « lórica. » Esta voz viene de « lorum, » correa, tirilla de cuero de animal. Y de esto viene tambien la palabra « coraza. » La coraza de los legionarios romanos consistia en correas, con que estaban ceñidos desde los sobacos hasta la cintura. Se hacian tambien de cuero cubierto con planchas de hierro, dispuestas en forma de escamas ó de anillos de hierro pasados uno en otro, que hacian cadenas entretegidas, esto es lo que se llama « cota de malla » y en latin « Lórica hamis conserta, ó hamata. »

Con el « torax » de los griegos estaba el soldado mucho menos capaz de movimiento, de ágilidad, ni fuerza; en lugar que las bandas de cuero, que se cubrian sucesivamente, dejaban al soldado romano toda la libertad de la accion, y cubriéndole, como un vestido, le defendian de los tiros.

El escudo era una arma muy buena para defender el cuerpo.

«Scutum» el escudo. Este escudo era largo, y algunas veces de una grandeza tan excesiva que cubria á un hombre casi todo entero. Tales eran los de los egipcios, de los que habla Jenofonte. Era necesario que fuésen bien grandes entre los lacedemonios, para que se pudiesen traer sobre ellos los que habian sido muertos; de aquí venia aquella célebre órden que dió una madre espartana á su hijo, cuando se iba á la guerra: « Ó vuelve á traer este escudo, ó vuelve encima de él.»

Era la mayor ignominia volver del combate sin su escudo; al parecer porque daba á entender que le habia dejado para huir con mas velocidad, no teniendo otro cuidado que el de salvar su vida. Se hace memoria que, herido de muerte Epaminondas en la célebre batalla de Leuctres, luego que se le llevó á su tienda, preguntó con inquietud y cuidado, si se habia salvado su escudo.

«Clipeus. Aspis.» Se le confunde frecuentemente con «Scutum:» sin embargo es constante que eran diferentes; pues en la lista ó enumeracion que hizo hacer Servio Tulio, se atribuyó el «Clipeus» á los de primera clase, y el «Scutum» á los de la segunda. Con efecto el «Scutum» era largo y cuadrado; el «Clipeus» redondo y mas corto. Uno y otro se habia usado entre los romanos desde el tiempo de los reyes. Despues del sitio de Veyes, se hizo mas comun el «Scutum.» Los macedonios se sirvieron siempre del «Clipeus,» á no ser que fuese en los últimos tiempos.

El escudo de las legiones romanas era convexo, de la hechura de una teja acanalada. Tenia, segun Polibio, cuatro piés de largo y dos y medio de ancho. Estos escudos eran antiguamente de madera, dice Plutarco en la vida de Camilo; pero aquel capitan romano los hizo cubrir de planchas de hierro, á fin de que tuviesen fuerza para resistir á los golpes.

«Parma,» era un escudo pequeño redondo, mas ligero, y mas corto que el Scutum de que se servia la infantería pesadamente armada. Esta rodela era el escudo de los soldados armados á la ligera, y de la caballería.

«Pelta,» era con poca diferencia lo mismo que lo que se llama «Cetra.» Este escudo era ligero, cortado como una media luna, ó como un medio círculo.

«Espada.» Sus hechuras eran muy diferentes, y en mucho número: no me detendré en referirlas. Me contento con decir que habia espadas largas, y sin punta; que no servian sino para dar cuchilladas, como eran las de los galos, de quienes se hablará muy presto. Habia otras mas cortas, y mas fuertes, que daban cuchilladas y estocadas, esto es, con la punta, y con el corte: tales como los sables españoles, los que tomaron los romanos de ellos, y de los que se sirvieron siempre con ventaja. Con aquellos sables cortaban brazos enteros, quitaban cabezas, y hacian horribles heridas.

El modo con que se traia antiguamente la espada, no era uniforme. Los romanos la traian por lo regular en el lado derecho al parecer para dejar un movimiento mas libre al escudo, que estaba en el lado izquierdo; pero en ciertos monumentos, se ven soldados de los suyos que la traian en el izquierdo.

Es notable que los griegos ni los romanos, los dos pueblos mas belicosos del mundo, no trajesen la espada fuera de los tiempos de guerra. Así los desafíos no eran conocidos entre ellos.

Las picas ó lanzas se usaban casi entre todos los pueblos. Las que se ven en los monumentos hechos en tiempo de los emperadores romanos, son de cerca de seis piés y medio de largo, comprendiendo su hierro.

La sarisa de los macedonios era de una longitud tan prodigiosa, que se creeria con dificultad se pudiese usar tal arma sino conviniesen en este punto todos los antiguos. Se le dan diez y seis codos, que hacen cuatro toesas de largo,

El arco y la flecha son de la antigüedad mas remota: habia pocas naciones que no se sirviesen de ellos. Los cretenses pasaban por exelentes flecheros. No se ve que los romanos hiciesen uso del arco en los primeros tiempos de la república. Se sirvieron despues de ellos. Pero parece que tampoco tenian otros flecheros que los de las tropas auxiliares.

La honda era tambien un instrumento de guerra muy usado entre muchas naciones. Los baleares ó pueblos de las islas que llamamos nosotros Mallorca y Menorca, sobresalian en la honda. Cuidaban tanto de ejercitar en ella á sus muchachos, que no les daban pan para almorzar hasta que habian acertado al blanco. Los baleares se empleaban mucho en los ejércitos de los cartagineses, y en los de los romanos, y contribuian mucho para el triunfo en las batallas. Tito Livio hace mencion de algunas ciudades de Acaya, Egium, Patras y Dimas, cuyos habitantes eran aun mas hábiles en la honda que los baleares. Arrojaban mas lejos sus piedras, con mas fuerza y acierto, sin errar jamás la parte de la cara á que tiraban. La honda despedia las piedras con tanta violencia, que ni escudo, ni casco podian resistir su ímpetu; y la destreza de los que la manejaban era algunas veces tal, segun el testimonio de la Escritura, que podrian tambien acertar un cabello, sin que se apartase la piedra á un lado ni á otro. En lugar de piedras ponian algunas veces balas de plomo en la honda, que llegaban mucho mas lejos.

«Dardos.» Los habia de dos especies, que son, HASTA, yo le nombro «dardo.» Era una especie de saeta bastante semejante á una flecha, cuyo palo tenia por lo regular tres piés de largo, y un dedo de grueso. La punta era de cuatro dedos de largo, y tan delgada y sútil, que al primer golpe se doblaba, de suerte que los enemigos no la podian volver á enviar. Los armados á la ligera se servian de ellos. Tenian en la mano derecha muchos dardos, los que arrojaban desde lejos. Pero cuando era necesario llegar á las manos, los pasaban á la izquierda, para estar en estado de servirse de la espada. T. Liv. les da siete dardos.

«Pilum.» Yo le llamo Venablo, era mas grueso y mas fuerte que el dardo. Los legionarios le arrojaban sobre el enemigo antes de llegar á las manos. Cuando no tenian ni tiempo, ni lugar para esto, le arrojaban en tierra, y se echaban sobre el enemigo con espada en mano.

Los de á caballo tenian casi las mismas armas que los infantes; el casco, la coraza, la espada, la lanza y un escudo mas pequeño y ligero.

Se ve en Homero que, desde el tiempo de la guerra de Troya, las personas mas distinguidas montaban con un escudero en carros bien uncidos para abrirse campo con mas viveza en los batallones, y para pelear de lo alto de aquellos carros con mas ventaja. Se desengañaron de esto muy presto, por los dos inconvenientes de ser detenidos repentinamente por tapias, malezas y zanjas; ó de quedarse sin salida en medio de los enemigos, cuando eran heridos los caballos.

Despues se introdujo el uso de los carros armados con hoces, los que se ponian en frente de la batalla,

para empezar desordenando al enemigo. Este modo de combatir, tuvo al principio mucha fama en los pueblos del oriente, y se consideró muy propio para decidir la victoria. Los pueblos mas hábiles en el manejo de las armas, como los griegos y romanos, no le admitieron, viendo por experiencia, que las voces de las tropas atacadas de este modo, las flechas de los soldados armados á la ligera, y aun mas que todo esto, la desigualdad del terreno, hacian inutil todo el aparato de aquellos carros, y aun por lo regular pernicioso á los que los habian empleado.

Las naciones que tenian en su país elefantes, como las de oriente y África, creyeron que aquellos animales tan dóciles como formidables por su fortaleza y estatura, les podrian ser muy útiles en los combates. Con efecto, instruidos y conducidos con arte, les hicieron grandes servicios. Llevaban sobre los lomos á su conductor, y los ponian regularmente delante de la frente del ejército. Partiendo de allí, rompian las líneas mas cerradas con un ímpetu que no se podia sostener, asolaban con su enorme masa batallones enteros, y causaban en todas partes terror y desórden. Para sacar todavía mas útilidad de ellos, ponian sobre su lomo torres que eran como bastiones portátiles, desde cuyo alto los soldados escogidos que iban en ellas, tiraban armas arrojadizas contra los enemigos, y acababan de derrotarlos.

Esta práctica subsistió mucho tiempo entre las naciones, de que he hablado, de las que pasó á los otros pueblos que habian conocido, por una funesta experiencia, cuán capaces eran aquellos animales de contribuir á la victoria. Habiendo vencido Alejandro los pueblos sometidos al imperio de los persas, y despues los de las Indias, empezó á servirse de los elefantes en sus expediciones; y sus sucesores en las guerras que se hicieron unos á otros, hicieron su uso muy comun. Pirro los hizo pasar á Italia, y los romanos aprendieron de aquel general, y despues de Aníbal, la ventaja que se podia sacar de ellos en un dia de batalla. En la guerra contra Filipo, se sirvieron de ellos la primera vez.

Pero esta ventaja, por grande que pareciese, era casi inútil, por los inconvenientes que disgustaron poco á poco. Los generales, instruidos con la experiencia, hacian infructuoso el esfuerzo de los elefantes, ordenando á sus tropas que se abriesen para dejarles paso libre. Además de esto, los formidables gritos del ejército enemigo, junto con una granizada de saetas y piedras, arrojadas de diversas partes por los flecheros y honderos, los inquietaban, los espantaban, los enfurecian, y por lo regular les obligaban á volverse contra sus propias tropas, y á hacer en ellas el daño que debian ocasionar en los enemigos. Entónces, el que los conducia, se veia obligado, para evitar esta fatalidad, á entrarles por la cabeza un puñal que los hacia caer muertos al instante.

Los camellos, además de emplearlos para llevar el bagaje, servian tambien en las batallas. Tenian esto de cómodo, que en los países áridos y arenosos aguantaban fácilmente la sed. Ciro hizo mucho uso de ellos en la batalla contra Craso, y contribuyeron bastante para la victoria que le ganó; porque, no pudiendo los caballos sufrir su olor, fueron desordenados luego. Se ven en Tito Livio flecheros árabes montados en camellos con espadas largas de seis piés, para poder alcanzar al enemigo de lo alto de aquellos grandes animales. Algunas veces dos flecheros árabes montaban juntos en un mismo camello, puestos de espaldas; para poder aun huyendo, tirar flechas á los que los seguian.

Ni los elefantes, ni los camellos se acercan al servicio que hace el caballo á un ejército. Este animal parece que nació para las batallas, tiene en su aire, en su traza, y en su marcha alguna cosa marcial, como lo dice tambien Job en la admirable pintura que hace de él.

En muchos países los ginetes y caballos estaban todos cubiertos de hierro: esto se llamaba « catafracti equites. »

Pero, lo que comprendemos con dificultad, es que en todos los pueblos antiguos no tenian los caballos, ni estribos, ni sillas, y los ginetes iban sin botas. La educacion, el ejercicio y el hábito los habian acostumbrado á pasarse sin estos socorros: ni aun conocian que les faltasen. Habia ginetes, tales como los numidas, que tampoco conocian el uso de los frenos para gobernar sus caballos, y no obstante, con solo el tono de la voz, ó con la impresion del talon y de la espuela, los hacian adelantar, retroceder, parar, volverse á derecha y á izquierda, en una palabra les hacian ejecutar todas las evoluciones de la caballería mas bien disciplinada. Algunas veces, llevando juntos dos caballos, saltaban de uno á otro, en el mismo ardor de la batalla, para aliviar al primero cuando estaba fatigado. Aquellos numidas, como tambien los partos, nunca eran mas terribles, que cuando parecia que tomaban la huida por miedo y cobardía. Porque entónces, volviendo repentinamente la cara, arrojaban sus saetas y flechas contra el enemigo, quien no lo esperaba, y se echaban sobre él con mas ímpetu que antes.

He referido hasta aquí lo mas importante que he encontrado por lo respectivo á las armas de los antiguos. En todo tiempo quisieron los grandes capitanes que se cuidase particularmente de la armadura de los soldados. No se paraban mucho en que fuese brillante de oro y plata: dejaban este vano adorno para pueblos delicados y afeminados, tales como los persas. Buscaban un esplendor mas vivo, mas marcial, y mas propio para inspirar terror, tal como es el del acero y cobre.

No era solamente del esplendor, era especialmente de la calidad de las armas, de lo que cuidaban los grandes capitanes. Se ha admirado con razon la habilidad del gran Ciro, quien, cuando llegó á la corte de Ciájares su tio, mudó la armadura de las tropas. La mayor parte no se servian casi sino del arco y flecha, y por consiguiente no peleaban sino de lejos, especie de combate en el que el número mayor vence fácilmente al menor. Los armó de escudos, de corazas y espadas, ó hachas, para ponerlos en estado de pelear de cerca, y llegar luego á las manos con los enemigos, cuya multitud se hacia por este medio inútil. Ificrates, célebre general de los atenienses, hizo muchas mutaciones útiles en la armadura de los soldados, en cuanto á los escudos, las picas, las espadas y corazas.

Tambien Filopemen, como lo refiere su historia, mudó la armadura de los aqueos, que era antes de él muy defectuosa, lo que no contribuyó poco para hacerlos superiores á todos sus enemigos. Se han visto otros muchos ejemplos semejantes, que seria muy largo referir aquí; pero que muestran de cuánto socorro es para un ejército la habilidad de un general aplicado á reformar todo lo que puede ser defectuoso, y cuán arriesgado es querer seguir siempre los usos establecidos de antemano, y no atreverse á hacer mudanza alguna en ellos.

Ningun pueblo estuvo mas distante de este escrupuloso temor que el romano. Habiendo estudiado

con cuidado todo lo que practicaban sus vecinos y sus enemigos mas de útil, supieron aprovecharse bien de ello, y con las diversas mutaciones que introdujeron en sus tropas, tanto en la armadura, como en lo restante de la milicia, las hicieron invencibles.

Art. 4.° §. 1. Todo lo que hemos visto hasta aquí, la leva de las tropas, su paga, sus armas, sus víveres, no es, por decirlo así, mas que el mecanismo de la guerra. Hay otros cuidados todavía mas importantes, que dependen de la cabeza y hábilidad del general.

Los que se han distinguido mas en la ciencia del arte militar, creyeron siempre que el príncipe ó general debe, ante todas estas cosas, arreglar el estado de la guerra, examinar si se debe atacar ó mantener sobre la defensiva; hacer su plan para uno ó para otro; tener un pleno conocimiento del país á donde lleva sus armas; instruirse del número y calidad de las tropas de los enemigos; sondear si se puede sus ideas; tomar con tiempo las medidas capaces de frustrarlas; preveer todos los casos que pueden suceder para disponerse á ellos; y tener todas sus resoluciones tan ocultas y disimuladas, que nada se le escape ni se transpire fuera. No sé si alguna vez se ha guardado el secreto mas inviolablemente que en los tiempos de Ciro, de Alejandro, de Aníbal, y de César, los mejores capitanes.

Se han visto en la guerra contra Filipo las prudentes precauciones que tomó Paulo Emilio antes de entrar en campaña, para informarse de todo: precauciones que fueron la principal causa de la victoria que ganó á aquel príncipe.

De estos cuidados preliminares depende el éxito de las empresas. Por esto empezó Ciro, luego que llegó á la corte de Ciájares su tio, quien no habia pensado en tomar ninguna de estas medidas.

Es cosa admirable ver las órdenes que da aquel mismo Ciro antes de marchar contra el enemigo, y las particularidades inmensas de que cuida, sobre todas las cosas precisas del ejército.

Se debian atravesar, durante quince dias, países que habian sido arruinados, y en los que no se encontraria ni víveres ni forrajes: ordena que se lleven para veinte dias, y que los soldados, en vez de cargarse de bagaje, conviertan este peso en una igual carga de municiones de boca, sin embarazarse con camas, ni mantas para el sueño, para lo que serviria la fatiga. Estaban acostumbrados á beber vino: y por temor de que la mudanza súbita de bebida no los enfermase, les previno que llevasen consigo cierta cantidad de él, y que se acostumbrasen poco á poco á no necesitarle, y á contentarse con agua. Les encargó tambien que llevasen viandas saladas, molinos de mano para hacer pan, y medicamentos para los enfermos: que pusiesen en cada carro de bagaje una hoz y un azadon, y en cada caballería de carga una hacha y una guadaña, y que cuidasen de proveerse de mil cosas que eran necesarias. Él se encargó de llevar consigo albéitares, zapateros, y otros artesanos, con todo género de instrumentos correspondientes á sus oficios. Finalmente, dijo públicamente, que todo mercader que cuidase de hacer que se llevasen víveres al campo, le honraria y recompensaria el y sus amigos; y si alguno tuviese falta de dinero para hacer provisiones, con tal que me dé seguridades, y se obligue á seguir el ejército, le asistiré con todo lo que yo tenga. Una minuciosidad semejante, y dejo mucho, no es indigna de un general, ni de un gran príncipe como Ciro.

Se ve, por la arenga de Pericles á los atenienses, con el motivo de la guerra del Peloponeso, cuán excelente era en la ciencia de las armas aquel grande hombre, que gobernaba con tanta prudencia los negocios de su república, y cuán vasta y profunda era su penetracion. Arregló el estado de la guerra, nó para una sola campaña, sino para todo el tiempo que durase aquella lucha, y le arregló sobre el perfecto conocimiento que tenia y que dió á los atenienses de las fuerzas de Lacedemonia: los determinó á contenerse en su ciudad y á sufrir el estrago de sus tierras, antes que arriesgar un combate contra un ejército mucho mas numeroso que el suyo, interin que él iria con su armada á talar todas las costas del Peloponeso. Les encargó especialmente, que no emprendiesen cosa alguna fuera y que no pensasen en nuevas conquistas, mediante lo cual les prometia una victoria segura. Por haber despreciado este último consejo y haber llevado sus armas á la Sicilia se perdieron los atenienses.

¿Hay cosa mas juiciosa ni mas bien dispuesta, que el plan que formó Aníbal de ir á atacar á los romanos en su propio país? Propuso la misma idea á Antioco, quien hubiera dado mucho que hacer á los romanos si la hubiese seguido. Pero aquel príncipe no tenia ni bastante extension de entendimiento, ni bastante discernimiento para comprender toda su útilidad y prudencia.

Puede ser que Alejandro fuese luego detenido, reducido al hambre y obligado á volverse á su reino, si Dario, segun lo advertimos mas arriba, hubiese él mismo arruinado las tierras por donde debia pasar su enemigo, y si hubiese hecho una poderosa diversion en la Macedonia, como se lo aconsejaba Memnon, uno de sus generales y uno de los capitanes mas hábiles que tuvo la antigüedad.

Disponer semejantes planes no es hacer la guerra en el dia de la batalla, y como dejarlo á la fortuna, esperando que lo determinen los sucesos: es portarse como hombre grande, y obrar con conocimiento de causa. Rara vez sucede que unas empresas dispuestas con tanta prudencia no tengan feliz éxito.

§. 2. El principio y fin de la guerra, la partida y vuelta de las tropas, se consagraban siempre con actos de religion y sacrificios solemnes.

Sin duda se hará memoria, que entre muchos consejos que Cambises, rey de los persas, dió á su hijo Ciro cuando partia para su primera campaña, insistió principalmente sobre la necesidad de no emprender accion alguna grande ó pequeña por sí ó por otros, sin haber consultado á los dioses y sin haberles ofrecido sacrificio. Ejecutó aquel consejo con una maravillosa exactitud. Luego que llegó á las fronteras de la Persia, sacrificó víctimas á los dioses del país; y á los de Media despues que entró en ella, para implorar su socorro y para rogarles que le fuesen favorables. Su historiador no se sonroja de repetir muchas veces que aquel príncipe, en toda ocasion, cuidaba mucho de satisfacer esta obligacion, de la que estaba persuadido dependia todo el acierto de sus empresas. El mismo Jenofonte, guerrero y filósofo, no se empeñaba en accion alguna importante, sin haber consultado antes á los dioses.

Todos los héroes de Homero parecian muy religiosos, y recurrian á la divinidad en todas sus necesidades y peligros.

Alejandro el Grande no salió de Europa ni entró en Asia, sin haber invocado las divinidades que presidian en una y otra.

Aníbal, antes de empeñarse en la guerra contra los romanos, hizo un viaje expresamente á Cádiz, para

cumplir los votos que habia hecho á Hércules, y para implorar su proteccion con nuevas promesas en la nueva expedicion que emprendia.

Los griegos eran muy religiosos en satisfacer esta obligacion. Sus ejércitos, no partian sin ir acompañados de los aruspices, de los sacrificadores y de los otros intérpretes de la voluntad de los dioses, de la que creian se debian asegurar antes de arriesgar una batalla.

Pero de todos los pueblos de la tierra, fuéron los romanos los mas puntuales en recurrir á la divinidad, fuese en el principio de sus guerras, fuese en los grandes peligros á que se hallaban algunas veces expuestos, ó fuese después de sus felices efectos; y no atribuian la felicidad de sus armas sino al cuidado que tenian de tributar este culto á los dioses.

Se engañaban en el objeto, nó en el principio; y esta costumbre general de todos los pueblos manifiesta, que se reconoció siempre un ser soberano, omnipotente, aplicado á gobernar el mundo, dueño absoluto de todos los acaecimientos, y en particular de los de la guerra, y atento á las súplicas y rogativas que se le dirigen.

Luego que todo estaba pronto y que se habian juntado en el paraje y tiempos señalados, se ponia en marcha el ejército. Para evitar una demasiada extension no hablaré aquí casi sino de los romanos: se juzgará de los otros pueblos á proporcion.

Es cosa asombrosa ver cuál era la carga de los soldados en la marcha. Además de sus armas, dice Ciceron, el escudo, la espada, el casco (se podian añadir los dardos y venablo) además de estas armas, las que no consideraban como peso, al modo que sus hombros, sus brazos y sus manos, porque decian que las armas son como los miembros de un soldado; llevaban víveres para quince dias y algunas veces mas, todo el tren de sus cortos muebles y una estaca cada uno, que era bastante pesada. Vegecio encarga, que se ejerciten los soldados mozos en llevar un peso de mas de cuarenta y cinco libras de las nuestras además de sus armas, y hacer la marcha regular, para que en la ocasion y necesidad, estén enteramente acostumbrados á esto. Y era la práctica de los antiguos soldados romanos.

La marcha regular del ejército romano, segun Vegecio, era de veinte mil pasos por dia, esto es, á lo menos seis leguas, dando tres mil pasos á cada una. Tres veces al mes, para acostumbrar los soldados á esto, se obligaba así á la infantería como á la caballería, á que hiciese esta misma marcha. Computando exactamente todo lo que refiere César de una expedicion pronta que hizo en el tiempo que estaba ocupado en el sitio de Gergovia, se ve, que en veinte y cuatro horas anduvo cincuenta mil pasos. La marcha era forzada. Reduciéndola á la mitad y aun á menos será la marcha regular, esto es, de seis leguas.

Jenofonte señala regularmente todas las jornadas de las tropas que volvieron á Grecia, después de la muerte de Ciro el menor, que hicieron aquella retirada tan famosa y alabada en la historia. Todas aquellas marchas, una con otra, era cada una de seis parasanjes, esto es, de mas de seis leguas dia con otro. Las marchas regulares de nuestros ejércitos no son ahora, con bastante diferencia, tan grandes; y se comprende con dificultad, que pudiesen ser tan largas las de los antiguos. Las medidas de los antiguos han variado mucho, y puede ser sea tambien esto lo que ocasiona esta diferencia de marcha entre ellos y nosotros. Ó mas bien será, que sus ejércitos eran menos numerosos que los nuestros, menos embarazados con trenes, y compuestos de hombres muy de otro modo ejercitados y robustos.

El cónsul, y aun el dictador, marchaban al frente de las legiones á pié, porque consistiendo el mayor poder de los romanos en la infantería, se creyó que debia mantenerse el general al frente de los batallones sin dejarlos jamás. Pero, como la edad ó la indisposicion podian poner al dictador en estado de no poder sostener esta fatiga, antes de partir para la campaña, se dirigia al pueblo, para pedirle que le dispensase de esta ley establecida por una antigua costumbre, y que le permitiese montar á caballo. Suetonio representa á Julio César como infatigable, marchando al frente de sus ejércitos algunas veces á caballo, pero regularmente á pié y con la cabeza descubierta, por mas sol ó agua que cayese. Plinio alaba á Trajano por haberse acostumbrado de mozo á marchar á pié delante de las legiones que mandaba, sin hacer jamás uso alguno, ni de carro, ni de caballo, aunque tuviese inmensos espacios de país que andar; y se portó siempre de esta suerte, aun después que le hicieron emperador. César, de quien acabo de hablar, pasaba los rios á nado ó sobre otro. Para ponerse en estado de ejecutarlo cuando era preciso, y aguantar todas las fatigas militares, los mancebos romanos se ejercitaban en la carrera, fuese de á caballo, fuese de á pié, y sudando después de tan violentos ejercicios, se echaban en el Tiber para pasarle á nado. Se cuidaba de instruir, durante algunos años, á los que se enviaban de recluta á las legiones y que no habian todavía servido. Se escogian los mas sanos, mas ágiles y robustos. Los ejercitaban con fatigas, marchas y trabajos, que se aumentaban poco á poco; y aquellos que enseñaba la experiencia que no eran capaces de esto, los despedian, y no dejaban sino los soldados experimentados, que eran la flor de hombres escogidos.

Una educacion semejante, varonil, dura y robusta, hizo en Roma, y mucho antes en Esparta, y en Persia en tiempo de Ciro, soldados infatigables é invencibles.

§. 3. Supongo al ejército en marcha: aunque estuviese todavía en el territorio de Roma, y no hubiese tenido que pasar mas que una noche en un paraje, acampaba en él en toda forma, con esta diferencia solamente, que el campo estaba puede ser allí menos fortificado que cuando se hallaban en país enemigo. De aquí viene este modo de hablar tan regular en los autores latinos: « Primis castris, secundis castris, etc. » en el primer campo, en el segundo campo: para decir en el primero, en el segundo dia de marcha; porque, por corta que debiese ser la mansion, nunca se dejaba de construir un campo. Se llamaba « stativa, » cuando se debian estar en él algunos dias.

Por esta exactitud de los romanos, cuando estaban en su propio país, se puede juzgar de la que pondrian cuando se hallaban á vista ó cerca del enemigo. Tenian una ley establecida por costumbre antigua, de no arriesgar una batalla sin que estuviese el campo acabado. Hemos visto á Paulo Emilio suspender y detener el ardor de todo su ejército, que pedia que le llevasen á atacar á Perseo, por esta única ó principal razon, que no se habia dispuesto todavía el campo. Se reprendió á los comandantes del ejército romano, en la guerra con los galos, el haber faltado á esta prudente precaucion, y se atribuyó en parte á esta falta la pérdida de la batalla de Allia. Siendo el éxito de las armas incierto, se querian asegurar los romanos en caso de una desgracia. El campo fortificado detenia la victoria del enemigo, recibia seguramente las tropas perseguidas, daba lugar á volver á segundo combate,

que podia ser mas feliz, é impedia una derrota entera; en lugar que, sin el asilo del campo, un ejército, bien compuesto por otra parte, estaba expuesto á quedar deshecho sin recurso, y á perecer todo entero.

El campo era de forma cuadrada, contra la costumbre de los griegos, quienes le hacian de forma redonda. Los ciudadanos y aliados dividian igualmente entre sí el trabajo. Si el enemigo estaba cerca, se mantenia una parte del ejército sobre las armas, ínterin que la otra estaba ocupada en los atrincheramientos. Empezaban cavando los fosos mas ó menos profundos, segun la necesidad. Tenian á lo menos ocho piés de ancho y seis de hondo; pero por lo regular tenian diez ó doce piés de ancho, algunas veces mas, hasta quince y veinte. De la tierra que sacaban del foso, y echaban sobre el labio del lado del campo, se hacia el parapeto, y para asegurarle mas se mezclaban con la tierra céspedes cortados de cierto tamaño y cierta forma. Sobre la cresta de este parapeto se clavaban las estacas. Referiré por entero lo que dice Polibio de las estacas, de que se hacian las trincheras del campo, aunque lo haya apuntado en otra parte: porque este es su verdadero lugar. Habla de esto con la ocasion de Q. Flaminio, que ordenó á las tropas que cortasen estacas para servirse de ellas en la necesidad.

Esta costumbre, dice Polibio, que entre los romanos es fácil de practicar, se tiene entre los griegos por impracticable. Apenas pueden en las marchas sostener su cuerpo, cuando los romanos, no obstante el escudo que traen suspendido á sus hombros, y el venablo, y dardos que traen en la mano, cargan tambien con estacas: y estas estacas son muy diferentes de las de los griegos. Entre estos las mejores son las que tienen muchas fuertes ramas al rededor del tronco. Al contrario los romanos, no le dejan sino dos ó tres, á lo mas cuatro, y solamente de un lado. De este modo un hombre puede llevar dos ó tres atadas como manojo, y son así de mucho mas servicio. Las de los griegos se arrancan con mas facilidad. Si la estaca plantada está sola, y sus ramas son fuertes y en gran número, dos ó tres soldados la levantarán fácilmente, y véase aquí una puerta abierta al enemigo; sin contar que todas las estacas inmediatas quedarán movidas, porque sus ramas son muy cortas para entretejerse unas en otras. No sucede esto á los romanos. Las ramas están de tal manera mezcladas y encadenadas unas con otras, que apenas se puede distinguir el pié de donde salen. Tampoco es posible meter la mano entre estas ramas para arrancar la estaca, porque apretadas y retorcidas juntas, no dejan abertura alguna, y por otra parte están sus puntas aguzadas con cuidado. Aun cuando se las pudiese agarrar, no seria fácil arrancar su pié, y esto por dos razones. La primera, porque entra tanto en tierra, que se hace inalterable: y la segunda, porque con las ramas están de tal modo unidas unas con otras, que no se puede sacar una sin que se saquen muchas. En vano unirian dos ó tres hombres sus fuerzas para arrancarla. Y si no obstante á fuerza de agitarla y sacudirla, se logra sacarla de su lugar, la abertura que deja es casi imperceptible. Tres ventajas pues se logran con este género de estacas. Se encuentran en cualquiera parte que sea: son fáciles de llevar: y es para el campo una segura barrera, y no se puede romper con facilidad. En mi dictámen (esta es la conclusion que saca Polibio de todo lo que ha dicho), no hay práctica militar entre los romanos que merezca mas ser imitada.

La forma, la dimension y distribucion de las diferentes partes del campo eran siempre las mismas, de suerte, que sabian los soldados de una vez en qué sitio debian estar sus tiendas. No sucedia esto á los griegos. Cuando se trataba de acampar, escogian siempre el paraje mas fuerte por su situacion, así para ahorrarse el trabajo de cercar el campo con un foso, como porque se persuadian que las fortificaciones hechas por la naturaleza eran mucho mas seguras que las del arte. De esto provenia la necesidad de dar á su campo, segun la naturaleza de los lugares, todo género de formas, y variar sus diferentes partes, lo que causaba una confusion, que no permitia al soldado saber justamente, ni su cuartel ni el de su cuerpo.

La forma y distribucion del campo de los romanos admite grandes dificultades, y es causa de muchas disputas entre los eruditos. Referiré aquí la que nos ha dejado Polibio, procurando aclararle en algunos pasajes, y suplirle algunas partes que omitió.

Se trata del ejército de un solo cónsul, compuesto en tiempo de Polibio, primeramente de dos legiones romanas, cada una de las cuales tenia cuatro mil y doscientos infantes y trescientos caballos; en segundo lugar de las tropas de los aliados, de igual número de infantería, y regularmente el doble de caballería: lo que hacia en todo, así de los romanos, como de los aliados, diez y ocho mil y seiscientos hombres. Para comprender mejor la disposicion de este campo, se debe tener presente lo que se dijo antes de las diferentes partes en que se dividia la legion romana.

§. 1. Después que se ha señalado el sitio para el campo, dice Polibio, y se escoge siempre el que es mejor para ir al agua y al forraje, se destina para la tienda del general, la que llamaré de otro modo «pretorio,» un paraje un poco mas elevado que lo restante, desde donde pueda ver con mas facilidad todo lo que pasa, y enviar sus órdenes. Se planta una bandera en el sitio en que se debe poner la tienda, y al rededor se mide un espacio cuadrado, de suerte, que los cuatro lados estén distantes de la bandera cien piés, y que el terreno que ocupa el cónsul sea de cuatro fanegas de tierra. Al rededor de su tienda se erigen el altar, en que se ofrecen los sacrificios, y el tribunal donde se hace justicia.

El cónsul manda dos legiones, cada una de las cuales tiene seis tribunos, que hacen en todo doce. Sus tiendas están puestas en una línea recta, paralela á la fachada del pretorio, y está distante de el cincuenta piés. En este espacio de cincuenta piés están los caballos, los bagajes y todo el equipaje de los tribunos. Sus tiendas están dispuestas de modo, que tienen á sus espaldas el pretorio, y delante todo lo demás del campo. Las tiendas de los tribunos, igualmente distantes unas de otras, ocupaban de través tanto terreno como las legiones.

Para colocar las legiones se deja un trecho de cien piés de ancho, pararelo á las tiendas de los tribunos, que forma una calle llamada «Principia,» cuya longitud iguala lo ancho del campo, y le divide todo en parte superior y en parte inferior.

Mas abajo de esta calle se ponen las tiendas de las legiones. El espacio que ocupan está dividido por el medio en dos partes iguales por una calle de cincuenta piés de ancho, y corta todo lo largo del campo. Allí están alojados de uno y otro lado todo seguido, y en una misma línea, la caballería, los triarios, los príncipes y los hastarios. Entre los triarios y los príncipes hay, en uno y otro lado, una calle del mismo ancho que la del medio, y que atraviesa como ella todo lo largo de este espacio. Está tambien cortado en lo ancho por una calle que se llama la Quinta, «Quintana,» porque estaba después del quinto manípulo.

Como cada uno de los cuatro cuerpos que se acaban de nombrar se dividia en diez partes: la caballería en diez compañías, « turmas, » de treinta hombres cada una; los otros tres cuerpos en diez manípulos, de ciento y veinte hombres cada uno, excepto los de los triarios, que no tenian mas que la mitad: el alojamiento de la caballería de los triarios, de los príncipes y de los hastarios, estaba puesto separadamente, cada uno en diez cuadros en lo largo del espacio señalado antes. Cada uno de estos alojamientos tenia cien piés de cada lado, excepto los de los triarios, que no tenian mas que cincuenta piés de ancho, por razon de su menor número. Se habló ya de ellos.

Las tiendas, sea de la caballería ó de la infantería, están dispuestas de la misma suerte, y vueltas hácia las calles.

Se aloja primero la caballería de las dos legiones, enfrente una de otra, y separadas por un espacio de cincuenta piés, que es el de la calle del medio. No componiendo mas que seiscientos hombres la caballería de las dos legiones, cada cuadro contenia de cada lado treinta caballos, que hacen la décima parte de trescientos. Al lado de la caballería están alojados los triarios, un manípulo detrás de una compañía de caballería, uno y otro en la misma forma. Se tocan por el terreno, pero los triarios vuelven la espalda á la caballería, y aquí tiene cada manípulo la mitad menos de ancho que de largo, porque los triarios son menos numerosos que los otros cuerpos.

Á cincuenta piés, y enfrente de los triarios, espacio que forma á lo largo una calle de cada lado, se ponen los príncipes en las orillas del intervalo.

Á la espalda de los príncipes se colocan los hastarios, que vueltos de espaldas se juntan por el terreno.

Hasta aquí se ha dispuesto el alojamiento de las dos legiones romanas que componian el ejército de un cónsul, y llegaban á ocho mil y cuatrocientos infantes y seiscientos caballos. Nos falta que alojar las tropas de los aliados. Su infantería era igual á la de los romanos, y su caballería la mitad mas numerosa. Quitando para los extraordinarios de la infantería la quinta parte, esto es, mil seiscientos y ochenta hombres, y de la caballería la tercera, esto es, cuatrocientos hombres, quedaban en todo seis mil quinientos y veinte hombres que alojar, tanto de caballería como de infantería.

Á cincuenta piés, y en frente de los hastarios romanos, espacio que forma de uno y otro lado una nueva calle, acampa la caballería de los aliados sobre ciento y treinta piés de ancho y algo mas.

Detrás de esta caballería, y en la misma línea, acampa su infantería en doscientos piés de ancho.

Á la frente de cada manípulo están de uno y otro lado las tiendas de los centuriones. Lo mismo se debe decir sin duda de los capitanes de caballería, aunque no hable de ellos Polibio. Del espacio que queda detrás de las tiendas de los tribunos, y á los dos lados de la tienda del cónsul, se toma una parte para el mercado, y otra para el cuestor ó tesorero, y las municiones.

Á derecha y á izquierda, al lado y sobre la última tienda de los tribunos, en frente del Pretorio y en línea recta, está el alojamiento de la caballería extraordinaria, y de otros caballeros voluntarios. Toda esta caballería mira una parte á la plaza del cuestor, y otra al mercado. No solamente acampa cerca del cónsul, sino que le acompaña en las marchas, en una palabra, está por lo regular á corta distancia del cónsul y del cuestor para ejecutar sus órdenes.

La infantería romana extraordinaria y la voluntaria, están á la espalda de la caballería de que se acaba de hablar, y en la misma línea. Hacen al cónsul y al cuestor el mismo servicio que los de á caballo.

Mas arriba de esta caballería y de esta infantería está una calle de cien piés de anchura, que atraviesa todo el campo.

Mas arriba de este espacio está alojada la caballería extraordinaria de los aliados, mirando al mercado, al pretorio y al tesoro, que es la plaza del cuestor.

La infantería extraordinaria de los aliados está de espaldas á su caballería, y vuelta hácia la trinchera y extremidad del campo.

El espacio que queda desocupado de los dos lados, está destinado para los extranjeros y para los aliados que vienen mas tarde que los otros.

Dispuestas así todas las cosas, se ve que forma el campo una figura cuadrada, y que tanto por la reparticion de las calles, como por la disposicion de lo restante, se parece mucho á una ciudad. Y era esta la idea que tenian los soldados, que consideraban al campo como su patria, y las tiendas como sus casas.

Estas tiendas, por lo regular, eran de pieles: de donde proviene esta expresion muy usada en los autores «sub pellibus habitare,» morar bajo pieles. Los soldados se unian muchos juntos, y hacian rancho, lo que se llamaba « contubernium. » Se componia regularmente de ocho ó diez soldados.

Desde las trincheras á las tiendas habia doscientos piés de distancia, y este vacío era de un uso muy grande, fuese para la entrada, fuese para la salida de las legiones. Porque cada cuerpo se avanzaba á este espacio por la calle que tiene delante, y no marchando las tropas por el mismo camino no corren peligro de desordenarse ni embarazarse. Además se ponen allí los ganados, y todo lo que se toma al enemigo, y se hace allí la ronda durante toda la noche. Otra ventaja considerable es que, en los ataques nocturnos, ni el fuego ni las armas arrojadizas pueden llegar hasta ellos; ó si sucede esto, es rarísima vez, y los soldados no pueden padecer mucho, estando á una distancia tan grande, y defendidos bajo de sus tiendas. Si el campo de Sífax y Asdrúbal en África hubiese tenido en todo su circúito un trecho tal, no hubiera podido lograr Escipion quemarle enteramente en una sola noche.

Por el cálculo puntual del campo, tal como le representa Polibio, contiene cada fachada dos mil diez y seis piés, que hace trescientas treinta y seis toesas: y el total de la superficie del campo contiene cuarenta millones, sesenta y cuatro mil, doscientos cincuenta y seis piés, que hacen ciento doce mil ochocientos noventa y seis toesas en cuadro.

Cuando se aumentaba el número de las tropas, se contentaban con aumentar la medida y extension del campo, sin mudar su forma. Cuando el cónsul Livio Salinator recibió en su campo las tropas de Neron, su compañero, no se aumentó el terreno del campo: se estrecharon solamente las tropas: porque las de Neron no se debian mantener allí mucho tiempo; y esto engañó á Asdrúbal.

Polibio no dice el sitio en donde estaban acampados los lugartenientes, que tenian el primer lugar despues del cónsul, los pretores y los otros oficiales. Es de creer que no estuviesen muy distantes de la tienda del cónsul, con quien tenian una comunicacion continua, como tambien los tribunos.

Tampoco habla de las puertas del campo. Tenia cuatro, segun Tito Livio. Luego las nombra: « la extraordinaria, la derecha principal, la izquierda principal, y la cuestoriana. » Tienen tambien otros nom-

bres, lo que ocasiona muchas dificultades para conciliar entre sí los autores. Se cree que la puerta « extraordinaria se llamaba de esta suerte, porque estaba cerca del paraje en donde acampaban los extraordinarios; y que era la misma que la pretoriana, nombrada así porque estaba vecina del Pretorio. La puerta opuesta á esta, y que estaba á la otra extremidad del campo, se llamaba « Decumana, » porque estaba inmediata á los décimos manípulos de cada legion; y es creible que fuese la misma que llama Tito Livio « questoriana » en el lugar citado. No entro en mayores particularidades sobre estas puertas, lo que pediria largas disertaciones.

Pero no se puede admirar bastante el órden, la disposicion, la simetría de todas las partes del campo de los romanos, que se parecia mas á una ciudad que á un campo: la tienda del general, colocada en un lugar eminente, en medio de los altares y de las imágenes de los dioses, que parece les ponia presente la divinidad, y rodeada por todas partes de los principales oficiales, dispuestos siempre á recibir y ejecutar sus órdenes. Cuatro grandes calles, que corresponden á las cuatro puertas del campo, cortadas por otras muchas calles, paralelas todas unas á otras. Una infinidad de tiendas, tiradas como á cordel, puestas en una distancia igual, y colocadas con una perfecta simetría. Y este campo tan vasto, tan extendido, tan diversificado en sus partes, que pareceria haber costado un trabajo y un tiempo infinito, era por lo regular obra de una ó dos horas, y parecia que habia salido repentinamente de la tierra. Todo esto, sin embargo, no es todavía nada en comparacion de lo que constituia como el alma del campo: quiero decir, la prudencia del comando, la atencion y vigilancia del general, la perfecta sumision de los oficiales subalternos, la entera resignacion de los soldados á las órdenes de sus jefes, y la disciplina militar observada con una exactitud y severidad sin ejemplo: cualidades que hicieron al pueblo romano superior á todas las naciones, y que finalmente, los hicieron dueños de ellas. Era preciso que el modo de acampar de los romanos fuese muy excelente y perfecto: pues le observaron inviolablemente por espacio de tantos siglos, y con un efecto tan grande, que casi no hay ejemplo de que los pudiesen forzar sus enemigos en su campo.

Se ha renunciado á esta costumbre de fortificar regularmente el campo, considerada por los romanos como una de las partes mas esenciales de la ciencia y disciplina militar. El número de las tropas de que se componen al presente los ejércitos, y que ocupan un terreno considerable, parece que no admite este trabajo que seria infinito. Los pueblos del Asia, cuyos ejércitos eran mucho mas numerosos que los nuestros, jamás dejaban de cercar su campo, á lo menos con fosos muy profundos, aunque no fuese mas que para un dia ó para una noche; y por lo regular los fortificaban con buenas palizadas. Jenofonte advierte, que el mucho número de sus tropas era lo que facilitaba aquella práctica.

Todos convienen en que ningun pueblo llegó á perfeccionar tanto el conocimiento y práctica de todas las partes del arte militar, como el pueblo romano; pero se debe confesar que sobresalió particularmente en la ciencia de los campamentos, y en la de formar un ejército en batalla. Así fué esto lo que admiró mas en él Polibio, buen juez en esta materia, y que habia sido mucho tiempo testigo de la excelente disciplina que observaba en las tropas romanas. Cuando Filipo, padre de Perseo, y antes de él Pirro, preocupados en favor de los griegos, y muy despreciadores de las otras naciones, á las que trataban de bárbaras, vieron la primera vez la distribucion y órden del campo de los romanos, asombrados y admirados exclamaron: « en verdad que esta no es disposicion bárbara. »

Pero lo que nos debe sorprender mas, y lo que se concibe con dificultad (tan distantes están de esto nuestras costumbres), es este carácter de un pueblo endurecido en los trabajos mas penosos, é invencible á las fatigas que mas oprimen. Se ve aquí lo que puede una buena educacion, y un admirable hábito adquirido desde la mas tierna juventud. La mayor parte de aquellos soldados, aunque ciudadanos romanos, cultivaban ellos mismos sus haciendas. Fuera del tiempo de guerra se ejercitaban en los trabajos mas violentos. Sus manos, acostumbradas á manejar todos los dias el azadon, á cavar la tierra, y á conducir un pesado arado, no hacian mas que mudar de ejercicios, y aun encontraban alivio en los que les imponia la disciplina militar: tambien se dice que los esparciotas nunca estaban mas alegres que en el ejército y en el campo: tan dura y austera era su vida en cualquiera otro tiempo.

Hasta de la limpieza, ¿quién lo creeria? se cuidaba particularmente en el campo romano. Como la calle mayor, situada delante del pretorio, se frecuentaba mucho por los oficiales y soldados que iban á tomar la órden, y por ello estaba expuesta á mucha inmundicia, habia soldados encargados de barrerla todos los dias en invierno, y de regarla en verano, para apagar el polvo.

§. 5. Dispuesto el campo del modo que se acaba de exponer, juntos los tribunos, toman juramento á todos los hombres que hay en él en cada legion, así libres como esclavos. Todos juran, uno despues de otro, y el juramento que hacen consiste en prometer que no robarán nada en el campo, y que lo que encontrasen en él, lo llevarán á los tribunos.

Se habia ya hecho prestar á los soldados un juramento semejante al tiempo de alistarse: he diferido hasta aquí el referirle, para que estando junto con el otro se conozca mejor su valor. « Por este primer juramento promete el soldado el no hurtar nada, sea solo, sea con muchos en el ejército, ó á diez mil pasos del mismo, y llevar al cónsul, ó restituir al legítimo poseedor lo que haya encontrado, que exceda el valor de un sextercio, esto es, medio real, excepto ciertas cosas que se mencionan en el juramento. » Cuando se habla aquí de diez mil pasos distante del ejército, no es que fuera de este término, se permitiese á los soldados robar, sino que entónces no estaban obligados á llevar al cónsul lo que habian encontrado. Entre las excepciones era el fruto de un árbol, « pomum, » manzano. Frontino, por lo que habia escrito de esto M. Escauro, refiere, no obstante, como un ejemplo memorable de la abstinencia romana, que, habiéndose encontrado un árbol con fruta en la circunferencia del campo, habian salido de él el dia siguiente, sin que nadie le hubiese llegado. Era Escauro quien mandaba entónces el ejército.

Este juramento muestra hasta donde llegaban los romanos con la atencion y exactitud para impedir en el ejército todo robo y toda violencia; pues no solamente se prohibe al soldado el hurto con una severidad inexorable, sino tambien, que aun no se le permite que se aproveche de lo que encuentra en el camino, y le presentó la casualidad. Con efecto, las leyes tratan tambien de robo lo que se detiene del patrimonio de otro, despues de haberlo hallado, sea que se sepa su dueño ó que se ignore.

Dije que se prohibia el hurto con una severidad

inexorable. Se ve un ejemplo de esto muy terrible, aun en tiempo de los emperadores. Un soldado hurtó una gallina á un paisano; y la comió con los otros nueve soldados del rancho. El emperador Pescenio Niger los condenó todos diez á muerte, y solo por los eficaces ruegos de todo el ejército les dejó la vida, obligándoles á que diese cada uno al paisano diez gallinas; e imponiéndoles una nota de infamia pública, interin durase aquella guerra. ¡Qué delitos no evitaria una rigidez semejante! ¡Qué espectáculo un campo tan bien arreglado! Pero, ¡qué diferencia entre soldados sometidos, y disciplinados de esta suerte aun en medio del paganismo, y los rateros que se llaman cristianos, y que no temen ni á Dios, ni á los hombres! La clausura del campo era buen antemural contra los desórdenes y libertinaje; y veremos muy presto que, en la misma marcha, la severidad de la disciplina servia de cerca y clausura.

Reinaba un órden maravilloso en todo el campo de dia y de noche, en cuanto al « santo, » las centinelas y cuerpos de guardia, y en esto consistia su seguridad y quietud. Para que se hiciese la guardia con mas seguridad y fatigase menos, se dividia la noche en cuatro partes ó cuatro vigilias, y el dia en cuatro estaciones. Cada uno tenia su oficio señalado, fuese en cuanto al lugar, fuese en cuanto al tiempo; y en el campo todo estaba medido y dispuesto como en una familia bien arreglada.

Hablé ya en otra parte de la sencillez de los antiguos en cuanto á los víveres y equipajes. El segundo Escipion el Africano no permitia al soldado tener mas que una olla, un asador pequeño, y un vaso de madera. No se halló mas que esto en los muebles de Epaminondas, famoso general de los tebanos. Los antiguos generales romanos no eran mas magníficos. No se sabia en el ejército lo que era vajilla de plata: solo habia para los sacrificios una copa y un salero. Brillaba tambien la plata en el adorno de los caballos. La hora de comer y cenar se indicaba por cierta señal. Hemos visto que la mayor parte de los emperadores romanos comian en público, y aun por lo regular á cielo raso. Se ha notado que Pescenio no se servia del socorro de los techos contra la lluvia. Las comidas de aquellos emperadores, como tambien las de los generales antiguos, de quienes habla Valerio Máximo, eran tales, que libremente podian comer en público: los manjares que se servian en ellas no tenian cosa alguna que fuese necesario ocultar de la vista de los soldados, quienes veian con gusto y admiracion, que sus gefes no se alimentaban mejor que ellos.

Lo mas admirable que habia en la disciplina de los romanos, era el contínuo ejercicio en que tenian á los soldados, fuese en el campo, fuese fuera del campo, de suerte, que jamás estaban ociosos. Los soldados bisoños hacian regularmente el ejercicio dos veces al dia, y los veteranos una. Los instruian en todas las evoluciones, y en todas las partes del arte militar. Les obligaban á limpiar exactamente sus armas, y á tenerlas siempre aseadas y relucientes. Los obligaban á que hiciesen marchas forzadas durante un trecho bastante largo, cargados con sus armas y con muchas estacas, y por lo regular en parajes ásperos y escarpados. Los acostumbraban á guardar siempre sus líneas, aun en la turbacion y confusion, y á no perder jamás de vista sus banderas. Los hacian pelear unos contra otros, en combates simulados, de los que eran testigos los oficiales, los generales, y aun el cónsul, y en los que hacian vanidad de asistir en persona. Cuando no habia enemigo con quien pelear, ocupaban las tropas en obras considerables, así para entretenerlas, como para la útilidad pública. Tales fueron en particular los caminos reales, llamados por esta razon « viæ militares, » que fueron el fruto de esta prudente y saludable práctica.

Que se juzgue si con estos ejercicios, que eran casi contínuos, podia haber lugar para estas indignas diversiones, que traen igualmente consigo la pérdida del tiempo y del caudal. Esta manía, este furor del juego, que con vergüenza de nuestro siglo, ha forzado las defensas del campo, y las leyes de la disciplina militar, se hubiera mirado por los antiguos como el mas siniestro y el mas horrible de todos los vicios.

Art. 5.° Es tiempo de hacer salir nuestras tropas de su campo, sean griegas, sean romanas, y ponerlas en campaña, para llegar á las manos con los enemigos.

§. 1. Aquí se manifiesta el mérito guerrero en toda su extension. Para juzgar si un general era digno de este nombre, examinaban los antiguos la conducta que habia observado en una batalla. No esperaban el éxito de ella del número de las tropas, que no sirve por lo regular mas que para embarazar, sino de su prudencia y de su valor, causa y fiador de la victoria. Le consideraban como el alma del ejército, que arregla sus movimientos, á cuya voz obedece todo, y cuya conducta, buena ó mala, trae por lo regular trás de sí la ganancia ó pérdida de una batalla. No tenian ya esperanzas algunas los cartagineses cuando llegó á su ciudad Xantipo lacedemonio. Con la relacion sola que se le hizo de lo que habia pasado en el combate, atribuyó únicamente su mal suceso á la incapacidad de los jefes; y lo manifestó bien. No habia traido consigo ni infantería, ni caballería; pero sabia hacer uso de todo. Todo se mudó en poco tiempo, y se conoció que una buena cabeza vale mas que cien mil brazos. Las tres derrotas de los romanos por Aníbal demostraron cuáles eran las resultas de una mala eleccion. La guerra contra Perseo habia durado tres años por la falta de los tres cónsules, que fueron encargados de ella: Pablo Emilio la terminó gloriosamente en menos de un año. En estas ocasiones se conoce la diferencia que hay entre hombre y hombre.

El primer cuidado de un general, que requiere mucho caudal de juicio y de prudencia, es examinar si es conveniente, ó nó dar una batalla: porque los dos partidos pueden ser igualmente peligrosos. Mardonio pereció miserablemente con su ejército de trescientos mil hombres, por no haber seguido el consejo de Artabaces, quien le aconsejaba que no diese el combate; y que emplease primero el oro y plata contra los griegos, que el hierro. Fue contra el dictámen del prudente Memnon haber empeñado los generales de Dario la batalla del Granico, que dió el primer golpe al imperio de los persas. La inconsiderada temeridad de Varron, no obstante las representaciones de su compañero y los consejos de Fabio, precipitó á la república en la fatal jornada de Cannas, en vez de que una dilacion de algunas semanas hubiera, puede ser, arruinado para siempre á Aníbal. Al contrario, Perseo perdió la ocasion de vencer á los romanos, por no haberse aprovechado del ardor de su ejército, y no haberlos atacado prontamente despues de la derrota de su caballería, que habia turbado y consternado sus tropas. César era perdido, despues de la batalla de Dirraquium, si se hubiera sabido aprovechar Pompeyo de su ventaja. Hay instantes decisivos para las grandes empresas. Lo que importa es tomar prudentemente su partido, y no dejar pasar el momento favorable, que no vuelve mas si se le deja es-

capar: y todo esto depende de la prudencia del general. Se dividen en un ejército los cuidados y obligaciones. La cabeza ordena, los brazos ejecutan. « No penseis, » decia Oton á sus soldados, « sino en vuestras armas, y en pelear valientemente, dejadme el cuidado de tomar justas medidas, y dirigir vuestro valor. »

§. 2. Era en el momento de dar una batalla cuando se creian los antiguos mas obligados á consultar á los dioses, y solicitar su asistencia. Los consultaban por el vuelo ó canto de las aves, por la inspeccion de las entrañas de las víctimas, por el modo con que comian los pollos sagrados, y por otras cosas semejantes. Procuraban hacérselos propicios con los sacrificios, con las promesas, y con las rogativas. Muchos de los generales, especialmente en los primeros tiempos, cumplian con estas obligaciones de buena fé, y con fervores religiosos, que tocaban algunas veces en una supersticion pueril y ridícula: otros las despreciaban en su interior, ó se burlaban tambien de ellas públicamente; pero no se dejaba de atribuir á este menosprecio irreligioso las desgracias, que les atraian frecuentemente su ignorancia ó su temeridad. Jamás un príncipe manifestó mas respeto á los dioses que el gran Ciro. Poco antes de acometer á Creso entonó el himno del combate, y le respondió todo el ejército con grandes voces, invocando al dios de la guerra. Paulo Emilio antes de embestir á Perseo sacrificó á Hércules hasta veinte bueyes seguidos, sin encontrar en todas aquellas víctimas señal alguna favorable: y en la veinte y una creyó que veia promesas de la victoria. Tenemos tambien ejemplos contrarios. Viendo Epaminondas, no menos valiente, aunque menos supersticioso que Paulo Emilio, que le querian impedir dar la batalla de Leuctres, anunciándole malos agüeros, respondió con un verso de Homero, cuyo sentido es: « solo hay un buen agüero, que es pelear por la patria. » Determinado absolutamente un cónsul romano á pelear con el enemigo luego que se acercase, se estuvo durante todo el viaje muy cerrado y encubierto en su litera, para no ver mal agüero que pudiese desbaratar sus ideas. Otro hizo mas: viendo que los pollos no comian, los arrojó á la mar, diciendo: « pues que beban, ya que no quieren comer. » Estos ejemplos de irreligion eran raros, y prevalecia la opinion contraria. Habia sin duda supersticion en muchas de aquellas ceremonias; pero los sacrificios, las promesas y oraciones que precedian siempre á las batallas, eran prueba de que no se esperaban las resultas sino de la divinidad, que es la única que dispone de ellas.

Despues de haber pagado estas deudas á los dioses, se volvian del lado de los hombres, y exhortaba el comandante á sus soldados. Era costumbre general establecida en todos los pueblos arengar á las tropas antes del combate, y esta costumbre era muy razonable, y podia contribuir mucho para la victoria. Es justo, cuando van á marchar contra los enemigos, y llegar á las manos, oponer al temor de la muerte, la que entónces parece próxima, motivos poderosos y capaces, sino de extinguir enteramente este temor grabado en lo mas íntimo de la naturaleza, á lo menos resistirle y sujetarle. Estos motivos, tales como son el amor de la patria, la obligacion de defenderla á precio de su sangre, la memoria de las victorias pasadas, la necesidad de mantener el honor de la nacion, la injusticia de un enemigo violento y cruel, el peligro á que se verán expuestos los padres, las madres, las mujeres y los hijos de los soldados: estos motivos, digo, y otros semejantes, representados por boca de un general, á quien se ama y se respeta, pueden hacer una fuerte impresion en el corazon de los soldados. La elocuencia militar consiste menos en las palabras, que en cierto aire de autoridad que impone, y todavía mas en la inestimable ventaja de ser amado de las tropas, que puede servir de autoridad.

No es, como lo advierte Ciro, porque semejantes arengas pueden mudar en un momento su disposicion, y de tímidos y cobardes que serian los soldados, hacerlos repentinamente determinados, é intrépidos, sino porque excitan y animan el valor que les es natural, y les añade nueva fortaleza y nuevo vigor.

Para juzgar sanamente de la costumbre de arengar á las tropas, general y constantemente empleada por todos los antiguos, es necesario ponerse en los siglos en que vivian, y hacer particular atencion á sus costumbres y estilos.

Los ejércitos entre los griegos y romanos, se componian de los mismos ciudadanos, á quienes en la ciudad, y en tiempo de paz, se acostumbraba comunicar todos los negocios. El general no hacia en el campo, ó sobre el campo de batalla, sino lo que se veria obligado á ejecutar en la tribuna de las arengas. Obsequiaba á sus tropas, y se atraia su confianza, dándoles parte de sus intenciones, de sus motivos y de sus medidas. Con esto interesaba al soldado en el éxito. El espectáculo solo de los generales, de los oficiales, y de los soldados congregados les comunicaba á todos un valor y un ardor recíproco. Este es el efecto de todas las asambleas; excita, mueve. Cada uno hace en ellas vanidad de parecer constante, y obliga á su vecino á que le imite. Se recobran de su temor con el valor de los otros. La disposicion de los particulares viene á parar en la de todo el cuerpo, y da el tono á los negocios.

Habia ocasiones importantes, en las que era mas necesario despertar la buena voluntad y celo del soldado; cuando por ejemplo, se debia hacer una marcha difícil y forzada, para salir de una situacion fatal, ó para tomar otra mas cómoda; cuando se necesitaba de valor, de paciencia y de constancia para aguantar una carestía, una falta de cosas necesarias, un estado penoso á la naturaleza; cuando se intentaba una empresa difícil y peligrosa, pero muy útil por el efecto: cuando era preciso consolar, recobrar y animar, despues de un descalabro; cuando se trataba de hacer una retirada arriesgada á vista del enemigo, ó en país que era suyo; y finalmente cuando no se necesitaba mas que un generoso esfuerzo para terminar una guerra, ó una empresa importante.

En estas ocasiones y en otras semejantes, nunca dejaban los generales de hablar públicamente á las tropas, para sondear sus disposiciones, por las aclamaciones mas ó menos fuertes; para informarlas de las razones que habia para tomar tal, ó cual partido, y hacer que le adoptasen; para disipar las falsas voces que exageraban las dificultades y abatian el ánimo; para hacerles mirar los remedios que se disponian para sus males, y el éxito que se esperaba de ellos; y para instruirlos de las precauciones que habia que tomar y de los motivos de estas precauciones. El general tenia interés en lisongear al soldado, confiándole sus pensamientos, sus temores, sus expedientes para empeñarle á que tomase parte en ellos, y á que obrase de concierto con su general, y por los mismos motivos. Este general, en medio de los soldados, que todos eran como él, no solamente miembros del estado, sino admitidos á dividir la autoridad del gobierno, se consideraba como un padre en medio de su familia.

Es difícil comprender cómo podian disponer que los oyesen las tropas. Se debe tener presente, que entre los griegos y romanos eran poco numerosos los ejércitos. Los de los primeros no llegaban por lo regular mas que á diez ó doce mil hombres, y los de los romanos rara vez al doble, no hablo de los últimos tiempos. Los generales hacian que los oyesen, como los oradores hacian que los oyesen en la plaza pública, en donde estaba la tribuna de las arengas. El pueblo no lo oia todo; pero sin embargo todo el pueblo quedaba instruido en Roma y en Atenas, todo el pueblo deliberaba y decidia, y nadie se quejaba de no haber oido. Bastaba que los mas ancianos, los mas considerables, los principales de los manípulos, y de los ranchos se hallasen en la arenga, de la que daban después cuenta á los otros.

Se vé en la Coluna Trajana al emperador arengando las tropas sobre un tribunal de céspedes, que sobresale por encima de la cabeza de los soldados, los principales oficiales al rededor de él sobre la plataforma, y la multitud esparcida toda al rededor. No se podria creer el poco lugar que ocupa una multitud de hombres sin armas, que están de pié y se estrechan; porque las arengas ordinarias se dirigian en el campo al soldado tranquilo y desarmado. Además se acostumbraban desde muchachos á hablar en la ocasion con una voz robusta y clara.

Cuando los ejércitos eran mas numerosos, y estaban para dar la batalla, habia un modo de arengar á las tropas, que era muy sencillo y natural. Montado el general á caballo corria las líneas, y decia algunas palabras á los diferentes cuerpos para animarlos. Alejandro practicó esto en la batalla de Iso. Dario en la de Arbela hizo con poca diferencia lo mismo, aunque de un modo diferente. Desde encima de su carro arengó sus tropas, volviendo sus ojos y manos hácia los oficiales y soldados que le circundaban. Ni uno ni otro podian sin duda ser oidos sino de aquellos que estaban mas cerca; pero estos hacian que pasase muy presto lo principal de sus discursos á lo restante del ejército.

Justino, abreviador de Trogo Pompeyo, historiador excelente, que vivia en tiempo de Augusto, refiere una arenga entera, la que pone su autor en boca de Mitridates. Es muy larga, lo que no debe admirar, porque no la hizo Mitridates en el momento de una batalla, sino puramente para animar á sus tropas contra los romanos, á quienes habia vencido ya en muchos combates, y á quienes pensaba atacar todavía de nuevo. Su ejército era de cerca de trescientos mil hombres, y se componia de veinte y dos naciones diferentes, que cada una tenia su lengua particular, y Mitridates las sabia todas, de suerte, que no necesitaba intérprete para hablarlas. Justino, refiriendo la arenga de que se trata, dice puramente, que Mitidrates convocó la asamblea de los soldados.

¿Pero cómo se manejó para hacer que le entendieran estas veinte y dos naciones? ¿Repitió á cada una de ellas el largo discurso que trae Justino? Esto no es verosímil. Seria bueno que el historiador se hubiese explicado con mas claridad, y nos hubiese dado alguna luz sobre este punto. Puede ser que se contentase con hablar él mismo á su nacion, y con instruir á los otros de sus ideas y proyectos, por intérpretes.

Aníbal se portó de esta suerte. Estando para dar la batalla contra Escipion en África, creyó que debia persuadir á sus tropas, y como todo era diferente en ellas, idioma, costumbres, leyes, armas, vestidos, intereses, empleó tambien diferentes motivos para animarlos.

«Á las tropas auxiliares propuso recompensas presentes y aumento de sueldo en el botin que se hiciese. Despertó los sentimientos de odio particulares y naturales en los galos contra los romanos. Á los ligurios, que habitaban un país de montañas ásperas y estériles, les mostró las fértiles campiñas de la Italia como fruto de su victoria. Representó á los moros y numidas, la dura y violenta dominacion de Masinisa, á la que quedarian sometidos si eran vencidos. Así animó á estas diferentes naciones, con diferentes fines de temor é interés. Por lo respectivo á los cartagineses, todo se practicó de un modo activo y persuasivo. El riesgo de su patria, sus dioses penates, los sepulcros de sus predecesores, el asombro y consternacion de sus padres y madres, de sus mujeres y de sus hijos; finalmente la suerte de Cartago, á quien el éxito de la batalla iba á arruinar y reducir para siempre á la esclavitud ó á ser dueña del universo, siendo todo extremo en lo que habia que temer ó que esperar.» Véase aquí un discurso muy excelente. ¿Pero cómo hizo que le entendiesen tan diversas naciones? Tito Livio lo dice. Habló él mismo á los cartagineses; y encargó á los jefes de cada nacion, que les hablasen conforme á lo que les habia dicho.

El general juntaba algunas veces los oficiales de su ejército, y después de haberles expuesto lo que deseaba se dijese á las tropas de su parte, los enviaba cada uno á sus cuerpos ó á sus compañías, para que las refiriesen lo que habian oido, y para que las animasen al combate. Arriano lo dice en particular de Alejandro el Grande, antes de la famosa batalla de Arbella.

§. 3. El modo de poner los ejércitos en batalla no le observaban uniformemente los antiguos, ni podian; porque depende de las circunstancias, las que varian infinito y requieren por consiguiente diversas formaciones. La infantería se ponia por lo regular en el centro, en una ó muchas líneas y la caballería en las dos alas.

En la batalla de Timbrea, todas las tropas de Creso, tanto de pié como de á caballo, estaban formadas en una misma línea y tenian treinta hombres de fondo, excepto los egipcios, cuyo número llegaba á ciento y veinte mil hombres; estaban divididos en doce gruesos cuerpos ó batallones cuadrados, de diez mil hombres cada uno, que tenian cien hombres de frente y otros tantos de fondo. No le fué posible á Creso hacerles mudar esta formacion, á la que estaban acostumbrados; lo que hizo inútil la mayor parte de estas tropas, que eran las mejores del ejército, y no contribuyó poco para la pérdida de la batalla. Las tropas persas peleaban regularmente sobre veinte y cuatro de fondo. Ciro, á quien importaba presentar el mayor frente que le fuese posible, para que no le cercasen los enemigos, desdobló sus filas, y las ordenó sobre doce de fondo solamente. Se sabe cuáles fueron las resultas de aquella batalla.

En la batalla de Leuctres, los lacedemonios, que tenian tantas tropas propias como aliadas, veinte y cuatro mil hombres de infantería, y mil y seiscientos caballos, estaban formados sobre doce de fondo; y los tebanos sobre cincuenta, aunque no tuviesen mas que seis mil infantes y cuatrocientos caballos. Esto parece contra las reglas. La intencion de Epaminondas era echarse luego con todo el peso de su grueso batallon sobre la falanje de los lacedemonios, bien seguro de que si le podia romper, seria muy presto derrotado todo lo restante del ejército. Y con efecto, así sucedió.

Hice en otra parte la descripcion de la falanje macedónica, tan celebrada de los antiguos. Se dividia re-

gularmente, segun Polibio, en diez cuerpos, cada uno de los cuales se componia de mil y seiscientos hombres, formados sobre ciento de frente, y diez y seis de fondo. Algunas veces se doblaba este último número, segun la exigencia de los casos. El mismo Polibio da á un escuadron ochocientos caballos, formados por lo regular sobre ciento de frente, y ocho de fondo: habla de la caballería persa.

Por lo perteneciente á los romanos, su costumbre de formar la infantería en tres lineas duró bastante tiempo, y fué muy uniforme. Entre otros ejemplos el de la batalla de Zama, entre Escipion y Aníbal, puede bastar para darnos una justa idea del modo con que formaban sus tropas los romanos y cartagineses.

Escipion puso los hastarios en la primera línea, dejando intervalos entre las cohortes. Puso en la segunda los príncipes, apostando sus cohortes, nó enfrente de los espacios de la primera línea, como acostumbraban los romanos, sino detrás de las cohortes de los hastarios, dejando intervalos que enfilaban los de la primera línea; y esto, á causa del gran número de elefantes que habia en el ejército enemigo, á los que se queria dar paso libre. Los triarios estaban en la tercera linea, y hacian como un cuerpo de reserva. La caballería estaba distribuida en las alas: la de Italia á la izquierda, mandada por Lelio; la de los numidas en la derecha, mandada por Masinisa. Colocó en los espacios de la primera línea los armados á la ligera, y les dió órden que empezasen el combate, de modo, no obstante, que si eran forzados, ó no podian resistir el choque de los elefantes, se retirasen los que corrian mas, detrás de todo el ejército, por los intervalos directos, y los que se viesen cercados, por los intervalos de travesía á derecha y á izquierda.

En cuanto al otro ejército, mas de ochenta elefantes cubrian su frente. Puso después Aníbal los extranjeros asalariados, en número de cerca de doce mil, ligurios, galos, baleares y moros: detrás de esta primera línea los africanos y cartagineses. Era lo elegido de su ejército, y los destinaba para echarse sobre el enemigo cuando estuviese fatigado: y en la tercera línea, la que apartó de la segunda mas de cien pasos, las tropas que habian venido con él de Italia, de las que no se fiaba, porque habian sido arrancadas de su país por fuerza, y no sabia si las debia considerar como enemigas ó aliadas. Puso en la ala izquierda la caballería de los aliados numidas, y en la derecha la de los cartagineses.

Desearia que Polibio ó Tito Livio nos hubiesen dicho cuál era el número de las tropas de una y otra parte, y el fondo que les habian dado los generales cuando las formaban en batalla. En la batalla de Canas, que precedió á esta algunos años, no se hace mencion alguna de los hastarios, de los príncipes ni de los triarios, que formaban regularmente las tres líneas del ejército romano. Tito Livio las supone sin duda como una cosa practicada y conocida de todo el mundo.

Era muy regular, particularmente á ciertos pueblos dar grandes voces y golpear con sus espadas en sus escudos cuando se avanzaban al enemigo para embestirle. Este ruido, junto al de los clarines, era muy propio para extinguir en ellos con una especie de inconsideracion, todo temor del peligro, y para inspirarles un valor y osadía que no miraba ya sino la victoria, y despreciaba la muerte.

Algunas veces marchaban las tropas á paso lento y con serenidad al combate: otras veces, cuando se acercaban al enemigo se arrojaban á él con impetuosidad y con una rápida carrera. Hemos visto hombres grandes divididos en las opiniones sobre estos dos géneros de ataques. En la batalla de los Termópilas un espía de Jerjes halló á los esparciotas, que se disponian para el combate peinando sus cabellos. Sin embargo, jamás hubo peligro mas grande. Esta accion no correspondia sino á soldados determinados, como aquellos, á vencer ó morir: por otra parte era esta su regular costumbre.

Los armados á la ligera empezaban regularmente la accion, y disparaban sus armas arrojadizas, sus flechas y sus piedras contra los elefantes, si los habia, ó contra los caballos, ó contra la infantería, para procurar desordenarla; después de lo cual se retiraban por medio de los blancos de sus tropas, detrás de la primera línea, desde donde continuaban sus descargas por encima de la cabeza de los soldados.

Los romanos empezaban la batalla arrojando sus venablos contra el enemigo; después llegaban á las manos; y entónces se desplegaba el valor y se hacia la mayor carnicería.

Luego que se lograba desordenar al enemigo y ponerle en huída, habia mucho peligro, como le hay todavía en seguirle con mucho ardor, y olvidar lo que se pasaba en lo restante del ejército. Hemos visto que la pérdida de la mayor parte de las batallas provenia de esta falta, tanto mas de temer, cuanto parece que nace de aliento y valor. Lelio y Masinisa, en la batalla de Zama, despues de haber desordenado y hecho huir á los enemigos, no se entregaron á un ardor indiscreto; sino que, volviendo prontamente del seguimiento, se reunieron al grueso, y echándose sobre la retaguardia de Aníbal, pasaron á cuchillo la mayor parte de sus falanjes.

Licurgo ordenó, que, después de haber seguido bastante al enemigo para asegurar la victoria, dejasen de hacerlo; y esto por dos razones. La primera, porque haciéndose la guerra griegos contra griegos, pedia la humanidad que no se excediesen contra pueblos vecinos, y de algun modo compatriotas, y que con la huída se confesaban vencidos. La segunda, porque contando los enemigos con esta costumbre, se inclinaban á asegurar su vida con la retirada, antes que obstinarse en el combate, en el que sabian que no tenian que esperar cuartel.

Es preciso que el ataque de un ejército por los costados y por la espalda sea muy ventajoso, pues por la mayor parte es regularmente seguido de la victoria. Así se ve en todos los combates, que el principal cuidado de los generales hábiles era asegurarse contra este peligro.

Debe causar admiracion ver tan poca caballería en el ejército romano: trescientos caballos para cuatro ó cinco mil infantes. Es verdad que hacian excelente uso de la poca que tenian. Tan pronto se desmontaban, y peleaban á pié, estando acostumbrados sus caballos á quedarse entretanto inmóviles; tan pronto montaban á las ancas infantes armados á la ligera, que se bajaban del caballo, y se volvian á montar con una admirable ligereza. Algunas veces llevaban los ginetes sus caballos á toda brida contra los enemigos, quienes no podian sostener de modo alguno un ataque tan violento. Pero finalmente, todo esto se reducia á poca cosa, y hemos visto que la superioridad de Aníbal en sus cuatro primeras batallas, provenia principalmente de su caballería.

Los romanos habian hecho la guerra en los principios á vecinos, cuyos países estaban cubiertos, embarazados con viñas y olivares, situados cerca de las montañas del Apenino, en donde la caballería tenia poca libertad para obrar y para extenderse. Los pue-

blos vecinos tenian la misma razon para no cargarse de caballería; y se acostumbraron así de una y otra parte á pasar sin ella. La legion romana se estableció sobre el pie de trescientos caballos, y los aliados daban el doble. Esta costumbre, en los tiempos siguientes, sirvió de ley.

El ejército de los persas no tenia caballería cuando Ciro recibió su mando. Conoció presto su necesidad, y en muy poco tiempo estableció una muy numerosa, á la que principalmente fué deudor de sus conquistas. Los romanos se vieron obligados á practicar lo mismo, cuando volvieron sus armas del lado del oriente, y tuvieron que lidiar con pueblos, cuyas principales fuerzas consistian en caballería. Habian aprendido de Aníbal el uso que se debia hacer de ella.

No veo que en los ejércitos de los antiguos se haga mencion de hospitales para los enfermos y heridos. Sin duda cuidaban de ellos. Homero habla de muchos ilustres médicos que estaban en el ejército de los griegos en el sitio de Troya; y se sabe que hacian tambien los oficios de cirujanos. El gran Ciro, en el ejército que llevaba en socorro de su tio Ciájares, no dejó de llevar consigo buen número de médicos hábiles. César dice en sus comentarios, en mas de un lugar, que, después de una batalla, se llevaban los heridos á la ciudad mas inmediata. Hay muchos ejemplos de generales que iban á visitar los heridos á sus tiendas: lo que es prueba de que en un rancho compuesto de siete ú ocho camaradas, todos vecinos de una misma ciudad y de un mismo barrio, cuidaban los soldados de sus heridos.

Tito Livio habla frecuentemente de Cartel, esto es, de la convencion que hacian los pueblos para la redencion ó canje de los prisioneros durante la guerra. Después de la batalla de Canas, habiéndose apoderado Aníbal del corto campo de los romanos, convino en volver los ciudadanos romanos cada uno por trescientas piezas de moneda llamadas « cuadrigati, » que eran dineros: esto es, por ciento cincuenta pesetas; los aliados por doscientas; los esclavos por ciento. Habiendo tomado los romanos á Eretia, ciudad de Eubea, en la que habia una guarnicion de macedonios, fijaron el precio de su rescate á trescientas piezas de moneda tambien, esto es, á ciento cincuenta pesetas. Viendo Aníbal que los romanos estaban determinados á no rescatar sus prisioneros, que se habian rendido al enemigo, los vendió á diferentes pueblos. Los aqueos compraron mucho número de ellos. Luego que los romanos pusieron la Grecia en libertad, los aqueos, en agradecimiento, les entregaron todos los prisioneros, y pagaron á sus dueños quinientos dineros por cabeza, esto es, doscientas cincuenta pesetas; lo que, segun Polibio, llegaba en el total á cien talentos, ó cien mil pesos: porque los prisioneros eran, en la Acaya sola, mil doscientos.

No creo que el uso de las cartas en cifra fuese conocido de los antiguos. Sin embargo, es muy necesario para que pasen noticias secretas á los oficiales, ó distantes del ejército, ó sitiados en una plaza, ó en otras ocasiones. Cuando Q. Ciceron estaba sitiado en su campo por los galos, le escribió César, para darle noticia que marchaba á su socorro con muchas legiones, y llegaria prontamente. La carta estaba escrita en griego, de miedo que si caia en manos de los enemigos, no supiesen que César estaba en marcha. La precaucion no parece muy segura. La de las señales, en empezando á ser comunes, no lo era mucho mas: además que su uso era muy difícil y muy embarazoso.

Debo referir una práctica comun entre los romanos, y es muy notable. Acostumbraban, cuando estaban puestos en batalla, y para tomar sus escudos y ceñir sus vestiduras, hacer su testamento, sin escribir nada, nombrando solamente su heredero delante de tres ó cuatro testigos. Era lo que se llamaba « hacer testamento in procinctu. »

Despues de lo poco que he dicho de las batallas, no determinándome á entrar mas adelante en una materia ya facultativa y no puesta al comun alcance, paso á las recompensas y castigos, que seguian al bueno ó mal éxito de un combate.

§. 4. Solon decia con razon, que los dos grandes móviles que hacen obrar á los hombres y los mueven, son el temor y la esperanza, y que no puede subsistir un buen gobierno sin los castigos y recompensas; porque la falta de castigo alienta el crímen, y por lo regular la virtud, si es desatendida y no tiene estimacion, se desmaya y debilita. Esta máxima aun es mas verdadera, en particular, por lo respectivo al gobierno militar, el que, por estar mas expuesto al desórden, requiere tambien que las reglas y disciplina se estrechen en el con vínculos mas firmes y vigorosos.

Es verdad que se puede abusar de este principio, especialmente en el castigo, y excederle demasiado. Entre los cartagineses, los generales que habian sido desgraciados en la guerra, eran regularmente castigados de muerte, como si la desgracia fuese delito, y jamás pudiese suceder que un excelente capitan perdiese una batalla, sin que fuese por su falta. Llevaban el rigor mucho mas lejos, porque condenaban á muerte á aquel que habia tomado malas medidas, aunque hubiese tenido buen éxito. Entre los galos, cuando se hacia la leva de las tropas, todos los mozos capaces de traer armas se debian hallar en la asamblea en cierto dia. El que llegaba el último era condenado á muerte, y le hacian padecer los mas crueles suplicios. ¡Qué brutalidad!

Los griegos, aunque muy severos, en cuanto á la conservacion de la disciplina militar, eran mas humanos. En Atenas, el no querer alistarse para soldado, cosa mucho mas criminal que una tardanza de algunas horas, ó de algunos momentos, se castigaba solamente con un entredicho público, y con una especie de excomunion, que cerraba al delincuente la entrada de la asamblea del pueblo y de los templos de los dioses. Pero arrojar su escudo para huir, dejar su puesto, desertar, era delito capital, y se castigaba con la muerte.

En Esparta era ley inviolable no tomar jamás la huida, por superior en número que pudiese ser el ejército enemigo, no dejar nunca su puesto, ni entregar sus armas. Los que habian faltado á estas reglas, quedaban infamados para siempre. No solamente los excluian de todo género de cargos y empleos, de las asambleas y espectáculos, sino que era tambien ignominioso emparentar con ellos por matrimonios, y los ultrajaban en público impunemente. Al contrario, se hacian muchos honores á los que se habian portado con valor en el combate, ó que habian muerto con las armas en la mano en defensa de la patria.

La Grecia estaba llena de estátuas de los grandes hombres que se habian distinguido en las batallas. Se adornaban sus sepulcros con inscripciones magníficas, que eternizaban su nombre y su memoria. Lo que se practicaba en este asunto en Atenas era de una actividad maravillosa para excitar el valor de los ciudadanos, y para inspirarles pensamientos honrados y gloriosos. Á la vuelta de una batalla se hacian públicamente las exequias á los que habian muerto. Se exponian, por espacio de tres dias consecutivos, los hue-

sos de los muertos á la veneracion del pueblo, que se apresuraba para echarles flores, y para quemarles incienso y perfumes. Después se llevaban en pompa aquellos huesos en otros tantos féretros como tribus habia en Atenas, y los conducian al lugar destinado para su sepultura. Todo el pueblo acompañaba aquella religiosa ceremonia. La marcha era augusta y majestuosa, y se parecia mas á un glorioso triunfo, que á un entierro lúgubre.

Algunos dias después (y esto excede todavía con mucho todo lo que acabo de decir), uno de los atenienses mas calificados pronunciaba delante de todo el pueblo la oracion fúnebre de aquellos difuntos. Al grande Pericles le encargaron esta comision, después de la primera campaña de la guerra del Peloponeso. Tucídides nos ha conservado su discurso, y se encuentra uno sobre el mismo asunto en Platon. El fin de esta oracion fúnebre era exagerar el valor de aquellos generosos soldados que habian derramado su sangre por la patria, inclinar los ciudadanos á la imitacion de este ejemplo, y particularmente consolar á sus parientes. Se exhortaba á estos á que moderasen su dolor con la vista de las glorias, con que eran colmados para siempre sus parientes. «Vosotros jamás habeis pedido á los dioses, se decia á los padres y madres, que fuesen vuestros hijos exentos de la ley comun, que condena á todos los hombres á la muerte; sino solamente que fuesen hombres de bien, y honrados. Vuestros ruegos han sido oidos, y las glorias con que los veis recompensados deben enjugar vuestras lágrimas, y mudar vuestros gemidos en acciones de gracias.» Por lo regular, por una figura ordinaria de los oradores, se ponian estas vivas exhortaciones en boca de los mismos muertos, que parece que salian de sus sepulcros para animar y consolar á sus padres y madres.

No se quedaban en puros discursos y estériles alabanzas. La república, como madre tierna y compasiva, se encargaba del alimento y subsistencia de los viejos, de las viudas, y de los niños huérfanos que necesitaban de estos socorros. A estos últimos los educaban correspondientemente á su estado, hasta la edad en que pudiesen traer armas, y entónces públicamente en el teatro, y en presencia de todo el pueblo, eran vestidos de una armadura completa, y puestos en el número de los soldados de la república.

¿Faltaba alguna cosa á la pompa fúnebre de que acabo de hablar, y no parecia que se transformaban de algun modo en héroes y conquistadores los soldados pobres, y meros ciudadanos de Atenas? ¿Los honores que se hacen entre nosotros á nuestros mas ilustres generales, tienen alguna cosa tan viva y que mueva mas? Por esto se perpetuaban en la nacion aquel valor, aquella magnanimidad, aquel ardor por la fama, aquel celo, y aquel sacrificarse por la patria, que hacian á los griegos invencibles en los mayores peligros ante la misma muerte. Porque, como lo advierte Tucídides, con la ocasion de aquellos honores fúnebres, «los grandes hombres se crian en donde se recompensa mejor el mérito.»

Los romanos no eran, ni menos exactos que los griegos en castigar las faltas contra la disciplina militar, ni menos cuidadosos en recompensar las acciones buenas.

El castigo era proporcionado al delito, y no llegaba siempre á la muerte. Tan presto una palabra de desprecio bastaba para castigar las tropas: en otras ocasiones las castigaba el general negándoles la parte que hubieran tenido en el botin. Algunas veces las separaba, y no se admitian sus servicios contra el enemigo. Muy regularmente las hacian trabajar en las trincheras del campo solo con la túnica y sin cinturon. La ignominia era por lo regular mas sensible que la misma muerte. Amotinadas las tropas de César pedian con quejas sediciosas que las despidiesen. César no las dijo mas que una palabra, llamándolas «Quirites,» como si dijese señores, en lugar que acostumbraba llamarlas soldados ó camaradas; y las despidió luego. Aquella palabra fué para ellas un rayo. Se consideraron degradadas y enteramente deshonradas; y no cesaron de instarle con los ruegos mas persuasivos y humildes, hasta que les concedió por gracia el traer todavía las armas por el. Este castigo que despedia con ignominia á los soldados, se llamaba «Exauthoratio.»

El ejército romano, por falta del cónsul Minucio, que le mandaba, estaba sitiado en su campo por los ecuos, y expuesto á quedar prisionero. Cincinato, nombrado dictador para esta expedicion, corrió á su socorro, le salvó y se apoderó del campo de los enemigos lleno de riquezas. Castigó al ejército consular, no dándole parte alguna en el botin, y obligó á Minucio á que renunciase el consulado y sirviese en el ejército en cualidad de legado, lo que ejecutó sin sentimiento ni queja. «Entónces, advierte el historiador, se sometian los ánimos con tanta suavidad á aquellos en quienes conocian mérito superior, unido con la autoridad, que este ejército, mas sensible al beneficio, que á la ignominia, decretó al dictador una corona de oro de una libra de peso, y cuando partió le saludó como á su patron y protector.

Después de la batalla de Canas, en la que habian quedado sobre el campo mas de cuarenta mil romanos, viéndose cerca de siete mil soldados, que se hallaron en los dos campos, sin recurso ni esperanza, entregaron sus armas y personas al enemigo, y quedaron prisioneros. Diez mil que habian huido, como Varron, se salvaron por diferentes partes, y finalmente se volvieron á unir en Canusa con el cónsul. Por instancias que hiciesen estos prisioneros y sus parientes en lo futuro, para obtener su rescate, y por escasez que hubiese entónces en Roma de soldados, jamás se pudo resolver el senado á rescatar soldados que habian tenido la vileza de rendirse al enemigo, y á quienes mas de cuarenta mil hombres muertos á su vista no habian podido inspirar el valor de morir por su patria con las armas en la mano. Los otros diez mil que se habian libertado huyendo, fueron desterrados á Sicilia con prohibicion de volver á Italia ínterin durase la guerra contra los cartagineses. Pedian con fuertes súplicas que los llevasen contra el enemigo, y les diesen lugar de lavar con su propia sangre, la ignominia de su huida; el senado se mantenia inflexible, pensando que no debia confiar la defensa de la república á soldados que habian abandonado á sus compañeros en el combate. Finalmente, con las representaciones y vivas solicitudes del procónsul Marcelo, les concedió su demanda; pero con condicion, que no pondrian los piés en la Italia, ínterin se mantuviese en ella el enemigo. Se castigó tambien, con mucha severidad, á toda la caballería del ejército desterrado á Sicilia. En la primera revista que se hizo por los censores, después de aquella batalla, se les quitaron á todos los caballos que les daba la república, lo que importaba la degradacion de la clase de caballeros romanos: se declaró que no se les contarian sus años de servicio hasta entónces, y que serian obligados á servir todavía diez, proveyéndose ellos mismos de caballos, esto es, que servirian tantos años como si nunca hubiesen traido las armas: porque los caballeros no estaban obligados mas que para diez campañas.

El senado (mas bien que rescatar los prisioneros, que hubiera costado menos) quiso armar ocho mil esclavos; y se les prometió la libertad si peleaban con valor. Habian servido ya cerca de dos años con mucho aliento: la libertad tardaba siempre en venir, y querian mas merecerla que pedirla, aunque la deseasen con mucho ardor. Se presentó una ocasion importante, en la que se les mostró como el fruto próximo de su valor. Hicieron maravillas en el combate, excepto cuatro mil que manifestaron algun temor. Después de la batalla fueron todos declarados libres. El gozo fué increible. Graco, que los mandaba, dijo: « antes de haberos igualado á todos con el título de libertad, no quiso hacer diferencia entre el valiente y el tímido. Sin embargo es justo que la haya. » Entónces hizo prometer con juramento á todos aquellos que habian desempeñado mal su obligacion, que, ínterin sirviesen, en castigo de su falta, no comerian sino de pié, excepto en caso de enfermedad, lo que se aceptó y ejecutó con una perfecta sumision. Era este, de todos los castigos militares, el mas ligero y suave.

Los castigos, que he referido hasta aquí, solo ofendian el honor: habia otros que llegaban hasta la pérdida de la vida.

Uno de estos se llamaba « fustuarium, » paliza. Se hacia de este modo. Tomando el tribuno un baston no hacia sino tocar al delincuente, y luego después se echaban sobre él todos los legionarios á palos y pedradas, de suerte que por lo regular perdia la vida en aquel suplicio. Si alguno escapaba de él, no por eso se libraba enteramente. Se le prohibia para siempre la vuelta á su patria, y ninguno de sus parientes se atrevia á recibirle en su casa. Se castigaba con aquel suplicio al centinela que no se hallaba en su puesto, por donde se puede juzgar de la exactitud con que se observaba la disciplina, por lo respectivo á los centinelas nocturnos de los que dependia la seguridad y bien de todo el ejército: todos aquellos tambien que dejaban su puesto, soldados ú oficiales, eran tratados de la misma suerte. Velleyo Patérculo cita un ejemplo de esto en uno de los primeros oficiales de una legion, quien fué condenado á la paliza por haber huido ignominiosamente en el combate: era en tiempo de Antonio y de Augusto César. Pero lo que admira mas, se condenaban á la misma pena los que hurtaban en el campo. Se debe hacer memoria del juramento que prestaban los soldados luego que entraban en él.

Cuando la falta era general en una legion ó en una cohorte, como no era posible hacer morir á todos los culpados, los diezmaban por suerte, y aquel, cuyo nombre se sacaba el décimo, era ajusticiado. De este modo el temor caia sobre todos, y la pena sobre un corto número. Los otros eran condenados á no recibir mas que cebaba en lugar de trigo, y á acampar fuera de las trincheras, expuestos á ser atacados por los enemigos. Se ve en Tito Livio un ejemplo de la decimacion, desde los principios de la república. Craso, cuando se puso al frente de las legiones que se habian dejado derrotar por Espartaco, renovó el antiguo uso de los romanos, interrumpido muchos siglos habia, de decimar los soldados que se habian portado mal: y este castigo tuvo un excelente efecto. Este género de muerte, dice Plutarco, es acompañado de una grande ignominia; y como esta ejecucion se hace delante de todo el ejército, esparce en él el asombro y el horror.

La decimacion se empleó tambien en tiempo de los emperadores, por lo respectivo á los cristianos, cuya repulsa de adorar los ídolos ó perseguir á los fieles se consideraba y castigaba como una sacrílega rebelion. De este modo se trató la legion tebana en tiempo de Maximiano. Este emperador la hizo diezmar hasta tres veces seguidas, sin poder vencer la piadosa resistencia de aquellos generosos soldados. Mauricio, su comandante, de concierto con todos los otros oficiales, escribió al emperador una carta muy corta, pero muy digna de admiracion. « Somos, señor, vuestros soldados, pero los siervos de Dios debemos serviros y tributar nuestra inocencia al Criador. No os podemos obedecer para renunciar á Dios: este Dios, que es nuestro Criador y nuestro dueño: este Dios, que es tambien vuestro, señor, sea que querais, ó nó. » Todo lo restante de la legion fue ajusticiada sin la menor resistencia, y se fue á juntar con las legiones de los ángeles, para alabar eternamente con ellas al Dios de los ejércitos.

Estos castigos, que llegaban hasta la muerte, eran raros en tiempo de la república. Se sabia que era delito capital dejar su puesto, ó pelear sin órden: y el ejemplo de los padres que no habian perdonado á sus propios hijos inspiraba un justo terror que prevenia tales faltas, y hacia que se respetasen las reglas de la disciplina militar. Habia en estas ejecuciones sangrientas un rigor que se opone á la naturaleza, y las que sin embargo nadie se atreveria á condenar absolutamente; porque si todo castigo grande tiene algo de injusticia, se compensa con la útilidad que redunda para el público, aunque sea en perjuicio de los particulares.

Un general se ve algunas veces obligado á ser severo con los soldados, para contener con su suplicio, ó una rebelion que empieza, ó una abierta violacion de la disciplina. Entónces seria cruel, si procediese con suavidad, y se pareceria á un cirujano que, por por una falsa compasion quisiera mas dejar perecer el cuerpo entero, que cortar un miembro gangrenado. Lo que se ha de evitar en estas ocasiones, es manifestar que se obra por pasion ó por odio: porque entónces los remedios que se emplean fuera de tiempo, no sirven sino para agriar el mal. Esto sucedió en el primer ejemplo de decimacion, que he citado, en el que Apio se habia hecho de tal manera odioso á los soldados, que quisieron mas dejarse vencer por los enemigos, que vencer con él y para él. Era un genio duro y de una rigidez inflexible. Papirio, mucho tiempo después, se gobernó con mas prudencia en un caso, con poca diferencia, semejante. Sus soldados, expresamente para mortificarle, aflojaron en el combate, y le impidieron que venciese. Como persona hábil conoció de dónde venia el mal: reconoció que debia templar su severidad y suavizar su humor demasiadamente imperioso. Lo ejecutó y lo logró tan bien, que volvió á ganar perfectamente el afecto de los soldados. Una completa victoria fué la consecuencia de esto. Es necesaria mucha prudencia y arte para castigar útilmente.

Era mucho mas con la vista de las recompensas, y con los pensamientos honrados, con lo que los romanos empeñaban las tropas á cumplir con su obligacion. Después de la toma de una plaza, ó la ganancia de una batalla, el general daba regularmente el botin á los soldados, pero con un órden admirable que refiere Polibio en la relacion de la toma de Cartagena. Es, dice, práctica establecida entre los romanos, que, con la señal que da el general, se espárcen las tropas en la plaza que ha sido tomada para hacer botin: cada uno lleva después á su legion lo que ha tomado. Luego que se ha vendido el botin á voz de pregonero, dividen los tribunos su valor en partes igua-

les, que se dan nó solamente á los que están en diferentes puestos, sino tambien á los que se dejaron para la guardia del campo; á los enfermos, y á los otros que fueron destacados para cualquiera cosa que sea. Y por temor de que se cometa alguna infidelidad en esta parte de la guerra, hacen jurar á los soldados antes que se pongan en campaña, y el primer dia que se juntan, que no extraviarán nada del botin, y que traerán fielmente todo lo que hayan ganado. ¡Qué amor al órden, qué cuidado de la disciplina, qué respeto á la equidad, en medio del tumulto de las armas, y en el ardor mismo de la victoria!

El dia del triunfo hacia tambien el general una distribucion de dinero mas ó menos grande, segun los diferentes tiempos de la república, aunque siempre muy moderada, hasta el tiempo de las guerras civiles.

Regularmente se mezclaba el honor al interés, y el soldado era mucho mas sensible á uno que á otro: ¡cuánto mas los oficiales! P. Decio Tribuno, con un destacamento que conducia, con peligro de su vida, á una eminencia, habia libertado el ejército entero, con una de las mas bellas acciones de que se habla en la historia. Cuando volvió, el cónsul, en presencia de todas las tropas, le llenó de alabanzas, y además de otros muchos dones militares, le dió una corona de oro, cien bueyes, y además otro buey muy grueso y de extraordinaria hermosura, enteramente blanco, y que tenia las hastas doradas. Concedió á los soldados, que habian acompañado al tribuno en esta espedicion, doble racion de trigo, por todo el tiempo que sirviesen: y por lo presente dió á cada uno dos bueyes y dos vestidos. Las legiones, para manifestar su reconocimiento, regalaron á Decio con una corona de grama; era la señal de haber hecho levantar un sitio: y sus propios soldados le concedieron lo mismo. Sacrificó á Marte el buey de las hastas doradas, y dió los cien bueyes á sus soldados: las legiones gratificaron á cada uno con una libra de harina, y un cuartillo de vino.

Calpurnio Pison, denominado Frugi, por veneracion á sus virtudes, y á su mucha frugalidad, habiendo recompensado diversamente á la mayor parte de los que le habian ayudado á terminar la guerra de Sicilia, se creyó tambien obligado á agradecer, aunque á sus propias espensas, los servicios de uno de sus hijos, que se habia distinguido mas en ella. Declaró públicamente, que habia merecido una corona de oro, y le dejó una en su testamento de tres libras de peso: decretándole el honor, como general, y pagando el valor de la corona como padre.

La corona de oro era un don, que no se concedia sino á los principales oficiales. Habia otras muchas para diferentes objetos. La corona obsidional de que he hablado, por haber librado á ciudadanos ó tropas de un sitio, era de grama, y era la mas gloriosa de todas. La corona cívica, por haber libertado la vida á un ciudadano, era de encina, en memoria, se dice, de que en otros tiempos se alimentaban los hombres con bellotas. La corona mural, por haber trepado el primero al asalto y subido sobre el muro, estaba adornada con una especie de almenas, tales como se encuentran en los muros de las plazas. La corona naval, tenia como espolones de galera. Se concedia al general de la armada que habia ganado una batalla. Los ejemplos de esto son muy raros. Agripa, que obtuvo una, se honró mucho con ella.

Además de estas coronas (y habia tambien algunas otras), regalaban los generales á los soldados ú oficiales que se habian distinguido particularmente, con una espada, con un escudo y otras armas; y algunas veces tambien con vestidos militares distinguidos. Hemos visto á un oficial, que fué recompensado treinta y cuatro veces por los comandantes, y que ganó seis coronas cívicas.

Estos presentes, estas coronas, eran para ellos títulos de nobleza, que, en la concurrencia con rivales sobre dignidades y precedencias, les merecian frecuentemente el primer lugar, y no dejaban de adornarse con ellas en las ceremonias públicas. Ponian tambien en las puertas de sus casas los despojos que habian tomado á los enemigos; y no se permitia á un nuevo inquilino el arrancarlas. Sobre lo cual hace Plinio una excelente reflexion; pero la que no es posible traducir en términos tan enérgicos como los suyos. «Las casas, dice, triunfaban tambien, aunque hubiesen mudado de dueño. ¡Que estímulo mas capaz de mover y excitar á un indigno poseedor, á quien reprendian las mismas paredes cada vez que entraba en casa, pues no las veia decoradas sino con el triunfo de otro!»

Las alabanzas que se daban en presencia de todo el ejército, no hacian menos impresion en su ánimo; y esto es de lo que un buen general no es escaso en la ocasion. Agrícola, dice Tácito, no envidiaba ni quitaba á nadie la gloria que se le debia: fuese centurion, fuese prefecto, cada uno encontraba en él un justo testigo de sus buenas acciones, las que no dejaba de ponderar. Habiendo sabido César el valor con que Q. Ciceron, hermano del grande orador, habia defendido su campo contra las numerosas tropas de los galos, exageró en público la grandeza de aquella accion. Alabó en general á toda la legion, y dirigió particularmente el discurso á los centuriones y tribunos que le dijo Ciceron se habian distinguido mas. En otra ocasion, un centurion llamado Esceva, habia contribuido mucho para la defensa y conservacion de un fuerte. Se trajo á César su escudo, atravesado con doscientos y treinta flechazos. Admirado César, y embelesado de tal valor, le regaló luego con doscientos mil sextercios (cien mil reales) y le hizo pasar inmediatamente de la octava clase de los centuriones á la primera, nombrándole primipilo, empleo muy honroso, como lo dije en otra parte, y que no reconocia otro superior que los tribunos, los legados y el general.

Nada igualaba á esta última especie de recompensa para inspirar valor á las tropas. Se habian establecido prudentemente en cada legion muchos grados de honor y distincion, de los que ninguno se concedia al nacimiento, ni se compraba á precio de dinero. Solo el mérito conducia á ellos, á lo menos era el camino mas regular. Por distancia que hubiese entre un mero soldado y el consulado, tenia para él la puerta abierta: el camino estaba trillado y habia muchos ejemplos de ciudadanos, que de grado en grado habian llegado á aquella suprema dignidad. ¡Qué ardor se cree que excitaria un objeto semejante en las tropas! Los hombres son capaces de todo, cuando se saben ganar por motivos de honor y fama.

Me queda que decir una palabra de los trofeos y triunfos.

Los trofeos, entre los antiguos, eran en su orígen un cúmulo de armas y despojos de los enemigos, levantado por el vencedor en el campo de batalla, cuya representacion se hizo después con piedra y mármol. Nunca se dejaba, luego despues de la victoria, de erigir un trofeo, y se consideraba como una cosa sagrada; porque le ofrecian siempre á alguna divinidad: por esto no se atrevian á derribarle, tampoco se permitia, cuando caia de vejez, restablecerle; y Plutarco da para esto una buena razon, que indica en los an-

tiguos pensamientos de humanidad muy dignos de de estimacion. « Tiene esto, dice, alguna cosa odiosa, y es querer perpetuar los ódios, restablecer y volver á poner en pié los monumentos de las antiguas disputas con los enemigos que arruinó el beneficio del tiempo. » Por lo mismo los antiguos griegos no aprobaban sino los trofeos de madera y nó los de piedra, para no perpetuar las enemistades.

No se advierte la misma humanidad en los triunfos de los romanos, de los que debo hablar tambien. Los generales, lo mismo que los soldados y oficiales, los tenian tambien por objeto de las recompensas. El título de « imperator » concedido despues de una victoria y de las rogativas, esto es, de las procesiones públicas, de los sacrificios, de las deprecaciones, ordenadas en Roma durante cierto número de dias, para dar gracias á los dioses del feliz éxito de sus armas, lisongeaban agradablemente su ambicion. Pero el triunfo era superior á todo. Los habia de dos géneros, el pequeño y el grande.

El triunfo pequeño se llamaba « Ovacio. » El general no iba entónces montado sobre un carro, ni vestido con las vestiduras triunfales, ni coronado de laurel. Entraba en la ciudad á pié, ó segun otros, á caballo con una corona de mirtos y seguido de su ejército. No se concedia mas que esta especie de triunfo cuando la guerra, ó no habia sido declarada, ó habia sido contra un pueblo poco considerable, ó finalmente no habia sido seguida de una derrota muy grande de los enemigos.

El triunfo no se podia, por lo regular, conceder mas que á un dictador, á un cónsul ó á un pretor que hubiese mandado en jefe. Tocaba al senado decretar este honor, despues de lo cual se llevaba y ponia en deliberacion ante la asamblea del pueblo, en la que por lo regular, hallaba grandes dificultades; sin embargo, muchos triunfaban á pesar del senado; con tal que les hubiese concedido el pueblo este honor. Pero si no le podian obtener, ni del uno ni del otro órden, se iban entónces á triunfar en el monte Albano, que estaba cerca de la ciudad. Se pretende que para obtener el honor del triunfo, era necesario que hubiese habido á lo menos cinco mil enemigos muertos en la batalla.

Despues que el general habia distribuido á los soldados una parte del botin, y habia cumplido con algunas otras ceremonias, se ponia en marcha la pompa y entraba en la ciudad por la puerta triunfal para irse al Capitolio. Delante iban los músicos, que hacian resonar el aire con su sinfonía. Eran seguidos de los bueyes que se debian sacrificar, adornados con cintas y flores, y teniendo muchos las hastas doradas. Despues hacian pasar á la vista todo el botin y todos los despojos; ó dispuestos artificiosamente sobre carros, ó llevados en los hombros de mancebos soberbiamente vestidos. Se veian escritos con grandes caractéres los nombres de las naciones vencidas, y la representacion de las plazas que se habian tomado. Algunas veces se mezclaban en la pompa animales extraordinarios traidos de los países que se habian sometido, osos, panteras, leones y elefantes. Pero lo que atraia mas la atencion y curiosidad de los espectadores, eran los ilustres cautivos, que marchaban encadenados delante del carro del vencedor, oficiales considerables, generales de ejército, príncipes, reyes con sus mujeres é hijos. Seguia el cónsul (supongo que era uno de los dos) montado en un soberbio carro tirado de cuatro caballos, vestido con la augusta y majestuosa vestidura del triunfo, ceñida la frente de una corona de laurel, llevando tambien en la mano un ramo del mismo árbol y acompañado algunas veces de sus hijos, sentados cerca de su persona. Detrás del carro, marchaba todo el ejército, primero la caballería, despues la infantería. Todos los soldados estaban coronados de laurel, y los que habian recibido coronas particulares y otras distinciones de honor, no dejaban de hacer ostentacion de ellas en una ceremonia semejante. Celebraban á competencia las alabanzas de su general, y mezclaban algunas veces entre ellas chistes y sátiras bastante picantes contra él, en las que se conocia la libertad militar; pero cuyas puntas embotaba el gozo de esta ceremonia que suavizaba toda su amargura.

Luego que el cónsul iba desde la plaza pública hácia el Capitolio, eran conducidos los prisioneros á la prision, y, ó los hacian morir en ella luego, ó los retenian en las cadenas, por lo regular, todo lo restante de su vida. Entrando en el Capitolio, hacia el vencedor esta oracion que es muy notable. « Lleno de reconocimiento y de gozo, os doy las gracias, ó Óptimo y Máximo Júpiter, ó vos, reina Juno, y vosotros todos los otros dioses, guardias y habitantes de esta ciudadela, de que hasta este dia y hasta esta hora os habeis servido conservar por mis manos, y dirigir felizmente la república romana. Continuad siempre, os suplico, en conservarla, gobernarla, protegerla y serle favorables en todo. » Esta oracion era seguida del sacrificio de las víctimas, y de un magnífico banquete que se daba en el Capitolio á expensas, fuese del público, fuese algunas veces del mismo triunfador. Se puede ver en Plutarco la larga y excelente descripcion que hace del triunfo de Paulo Emilio.

Se debe confesar, que seria aquel un glorioso dia para un general de ejército; y no debe admirar que se hiciesen todos los esfuerzos posibles para merecer una distincion tan lisongera y una gloria tan brillante. Tampoco tenia Roma cosa mas magnífica ni mas majestuosa que aquella pomposa ceremonia. Pero el espectáculo de los cautivos, objeto lúgubre de compasion, si eran capaces de ella tales vencedores, manchaba y obscurecia todo su esplendor. ¡ Qué inhumano placer ! ¡ Qué bárbara alegría ! ¡ Ver llevar delante de sí, príncipes, reyes, princesas, reinas, niños tiernos, débiles viejos ! Se puede hacer memoria de las señales fingidas de amistad, de las falsas promesas, de las caricias pérfidas de César, nombrado despues Augusto con Cleopatra, para mover á esta princesa á que se dejase conducir á Roma, esto es, á que fuese á adornar su triunfo, y á que le procurase la cruel satisfaccion de ver á sus pies, en el estado mas humilde que sea posible imaginar, la reina mas poderosa del mundo. Pero ella conoció bien el ardid. Me parece que semejante conducta, ideas tales, deshonran la humanidad.

Refiriendo las recompensas que concedia Roma á los soldados, he olvidado una que era mucho mas importante: es el establecimiento de las colonias. Cuando empezaron los romanos á llevar sus armas y conquistas fuera de la Italia, castigaron á los pueblos que se les habian resistido con demasiada obstinacion, privándolos de una parte de sus tierras, las que concedian á los ciudadanos romanos que eran pobres, y especialmente á los soldados veteranos que habian cumplido todo el tiempo de su milicia. De este modo se hallaban estos últimos establecidos tranquilamente con la renta razonable y suficiente para la manutencion de sus familias. Se hacian poco á poco los mas considerables de las ciudades á donde los destinaban, ocupaban en ellas los primeros empleos, y poseian las principales dignidades. Roma, con estos establecimientos que eran efecto de una prudente y profunda

política, además de recompensar ventajosamente á sus soldados, contenia por su medio los pueblos conquistados, los instruia en los usos y modales romanos y les hacia tomar poco á poco sus costumbres y genio.

II. Los sitios. Los antiguos no se distinguieron menos en formar y defender sitios, que en hacer la guerra en campaña rasa. Concuerdan todos que llegaron en estas dos partes de la ciencia militar á un altísimo punto de perfeccion, el que era dificultoso pudiesen exceder los modernos. El reciente uso de los fusiles, bombas, cañones y otras armas de fuego, despues de la invencion de la pólvora, ha hecho mudar muchas cosas en el modo de hacer la guerra: especialmente por lo respectivo á los sitios de plazas cuya duracion se ha abreviado mucho por este medio. Pero estas mutaciones no han sido tan considerables como se piensa regularmente, ni han añadido nada á la gloria, ni á la capacidad de los generales.

Para tratar con algun órden de lo que pertenece á los sitios, diré primero una palabra del modo con que se hacian las fortificaciones de los antiguos: despues daré alguna idea de las principales máquinas de guerra, de que se servian en los sitios; y finalmente, pasaré al ataque y defensa de las plazas. El señor Follar trató todas estas partes con mucha extension, en el segundo y tercer volúmen de sus notas sobre Polibio, y me ha servido de guia en una materia, en la que necesitaba ser dirigido por una persona del oficio, que fuese hábil y experimentada.

Art. 1.° Por mucho que se suba en la antigüedad, se encuentran entre los griegos y romanos fortificadas las ciudades, con poca diferencia del mismo modo, con sus fosos, cortinas y torres. Tratando Vitubrio de la construccion de las plazas de guerra de su tiempo, dice, que las torres deben salir fuera del muro; porque cuando se acerquen á él los enemigos, los que están á derecha é izquierda, les tiren por el flanco; y deben ser redondas ú ochavadas, porque las que son cuadradas las arruinan mucho mas presto las máquinas de guerra y los arietes, los que rompen fácilmente sus ángulos. Añade, despues de algunas otras advertencias, que es necesario que cerca de las torres esté cortado el muro en lo interior de lo ancho de la torre, y que los caminos interrumpidos así no estén juntos, ni continuados, sino con maderos puestos sobre las dos extremidades sin estar clavados con hierro, para que si el enemigo se apodera de alguna parte del muro, puedan los sitiados quitar este puente de madera, y embarazarle de este modo que pase á las otras partes del muro y á las torres.

Las mejores plazas de los antiguos estaban sobre eminencias. Las cercaban algunas veces con dos y tres murallas y fosos. Berosio, citado por Josefo, nos dice que Nabucodonosor fortificó á Babilonia con tres muros de ladrillo, de una fortaleza y elevacion prodigiosa. Polibio, hablando de Siriñga, capital de la Hircania, la que sitió Antíoco, dice, que aquella ciudad estaba rodeada de tres fosos de cuarenta y cinco piés de ancho cada uno, y además de veinte y dos de fondo; sobre cuyos dos labios habia dos trincheras, y mas allá una fuerte muralla. La ciudad de Jerusalen, dice Josefo, estaba cerrada con tres muros, excepto el del lado de los Valles, en el que no tenia mas que uno, á causa que por aquel lado eran inaccesibles. Se les habian añadido otras muchas obras, una entre otras, de la que dice Josefo, que si se hubiese perfeccionado, seria la ciudad impenetrable. Las piedras con que estaba fabricada, tenian treinta piés de largo, y quince de ancho, lo que la hacia tan fuerte, que era como imposible, minarla ni moverla con las máquinas. Estaba toda flanqueada con torres, de trecho en trecho, de un grueso extraordinario, y construidas con un arte maravilloso.

Los antiguos no terraplenaban regularmente sus murallas, por lo que eran mas dificultosos los ataques de sorpresa. Porque, aunque hubiese ganado el enemigo algun paraje de lo alto, no podia todavía asegurarse de ser dueño de la ciudad. Era necesario bajar, y servirse de una parte de las escalas, con que habia subido; y esta bajada exponia á los soldados á un grandísimo peligro. Sin embargo, Vitrubio previene, que no hay cosa que haga las fortificaciones mas firmes, que cuando los muros, tanto los de las cortinas, como los de las torres, están sostenidos con el terraplen. Porque entónces ni los arietes, ni las minas, ni todas las otras máquinas los pueden trastornar.

Las plazas de guerra de los antiguos no estaban siempre fortificadas con muros de mampostería. Las cerraban algunas veces con buenos antemurales de tierra, que tenian mucha firmeza y solidez. Su fábrica con céspedes no les era desconocida, como tampoco el arte de sostener la tierra con faginas, aseguradas y mantenidas con piquetes, y armar lo alto del muro con una corona de estacas, que reinaba todo al rededor, y con otra sobre la falsabraga; y por lo regular la plantaban en el foso para defenderse de las sorpresas.

Se hacian tambien muros de maderos extendidos á lo largo, y atravesados unos sobre otros, con algunos espacios entre sí á manera de tablero, y cuyos huecos estaban llenos de tierra y piedra. Tales eran, con poca diferencia, las murallas de la ciudad de Burges, cuya descripcion hace César en su séptimo libro de la guerra de las Galias.

Lo que diré mas adelante, explicando el modo de atacar y defender las plazas, dará á conocer con mas claridad lo que eran las fortificaciones de los antiguos. Se pretende que los modernos, en este punto, les exceden mucho. Esto no es tan incontestable que no se pueda poner en duda. No se puede hacer aquí comparacion; porque los medios de ataque y defensa, son enteramente diferentes. Los modernos han guardado de los antiguos todo lo que han podido. El fuego les ha obligado á tomar otras precauciones. El mismo genio reina en los unos, que en los otros. Los modernos, con sus inventos no tacharán á los antiguos de haber omitido invencion alguna practicable en aquellos tiempos. Nosotros hemos tomado de ellos lo ancho y profundo de los fosos, el grueso de las murallas, las torres para flanquear las cortinas, las palizadas, las trincheras detrás de las murallas y las torres, la ventaja de procurarse muchos flancos: y la fortificacion de hoy dia no consiste sino en multiplicar los flancos; lo que se puede hacer mas fácilmente á causa de las armas de fuego. Entiendo que hago estas advertencias á personas hábiles y juiciosas, que juntan á un profundo estudio del modo con que hacian los antiguos la guerra, un perfecto conocimiento del que se practica hoy dia.

Art. 2.° Las máquinas mas regulares, y conocidas de los antiguos para los sitios de las plazas, eran la tortuga, la catapulta, la ballesta, el ariete y las torres movibles.

§. 1. La tortuga era una máquina compuesta de una gruesa carpintería muy sólida y muy fuerte. Su altura hasta los postes de lo alto sobre los que estaba apoyado el techo, era de doce piés. Su asiento era cuadrado, y cada lado de veinte y cinco piés. Estaba cubierta con una especie de colchon picado, com-

puesto de pieles crudas, preparadas con diferentes drogas, para asegurarla de los fuegos que le podrian arrojar de lo alto. Esta pesada máquina se sostenia sobre cuatro ruedas, ó puede ser sobre ocho. La llamaban tortuga, porque servia de cubierta y defensa muy fuerte y poderosa contra las enormes moles que se echaban desde arriba, y los que estaban debajo estaban allí seguros, lo mismo que lo está la tortuga en su concha. Servia igualmente para llenar el foso y para la zapa.

Para llenar el foso era preciso que se uniesen muchas juntas de lado, y muy cerca unas de otras, y en una misma línea. Hablando Diodoro de Sicilia del sitio de Halicarnaso por Alejandro el Grande, dice, que aquel conquistador hizo acercar primero las tortugas, para terraplenar el foso de la plaza; y mandó que se avanzasen entónces los arietes, por encima del terraplen, para batir en brecha. Se habla frecuentemente en los autores de esta máquina. Las habia sin duda de diferente forma y diferente grandeza.

Se cree que la máquina llamada « músculus, » de que se valió César en el sitio de Marsella, era tambien una tortuga, aunque muy baja y de grandísima longitud: la llamarian hoy dia galería de madera. Es creible que su longitud era igual á lo ancho del foso. César hizo que la llevasen hasta el pié de las murallas, para arruinarlas con la zapa. Sin embargo, distingue César frecuentemente la tortuga del «músculo.»

Hay tambien otras muchas máquinas destinadas para cubrir á los soldados llamadas « crates, plutei, vineæ, etc. » de las que se practicaban en los sitios de plazas, las que no emprendo describir aquí para evitar una molesta dilacion. Se pueden comprender en general bajo el nombre de « manteletes ».

Además de la tortuga, máquina de madera, de la que he hablado, habia otra compuesta de soldados, que se puede poner en el número de las máquinas de guerra. Muchos soldados, puestos juntos, ponian sus grandes escudos que tenian la hechura de una teja acanalada, unos contra otros sobre sus cabezas. Bien instruidos en este ejercicio, hacian un techo tan bien compuesto y tan firme, que por esfuerzos que pudiesen hacer los sitiados, no podian ni romperle ni agitarle. Hacian subir sobre la primera tortuga soldados que componian otra: y por este medio igualaban algunas veces la altura de la plaza que sitiaban.

§. 2. Catapulta. Ballesta. Pongo juntas estas dos máquinas, aunque las distinguen los autores; pero las confunden tambien con frecuencia, y seria difícil decir puntualmente su diferencia. Estaban igualmente destinadas para disparar saetas, flechas y piedras. Las habia de diversa grandeza, y que por esta razon, producian mas ó menos efecto. Las unas servian para las batallas, y se podrian llamar piezas de campaña: las otras se empleaban en los sitios, y era el uso mas regular que se hacia de ellas. Era preciso que las ballestas fuesen mas pesadas, y mas difíciles de conducir que las catapultas; porque estas, en los ejércitos, eran siempre en número mayor que las primeras. Tito Livio, en la descripcion que hace del sitio de Cartagena, dice, que se tomaron cerca de ciento y veinte catapultas grandes, y mas de doscientas y ochenta pequeñas; treinta y tres ballestas grandes, y cincuenta y dos pequeñas. Josefo advierte la misma diferencia, por lo respectivo á los romanos, quienes tenian en el sitio de Jerusalen trescientas catapultas, y cuarenta ballestas.

Estas máquinas tenian una actividad que comprendemos con dificultad; pero que la aseguran los mejores autores.

Vegecio dice, que la ballesta despedia las flechas con tanta rapidez y violencia, que rompia todo lo que encontraba. Ateneo advierte, que Agesistrato hizo una de algo mas de dos piés solamente de largo, que arrojaba las saetas cerca de quinientos pasos; y otra de cerca de tres piés, que llegaba á mas de quinientos pasos. Este genero de máquinas se parecia bastante á nuestras ballestas. Las habia mucho mas fuertes, y que arrojaban, á mas de ciento y veinte y cinco pasos, piedras de trescientas libras de peso y aun mas.

Se ven en Josefo prodigiosos efectos de estas máquinas. « Las armas arrojadizas, dice, y la violencia de las catapultas, hacian perecer muchas gentes. Las piedras disparadas con las máquinas hacian saltar las almenas, y rompian los ángulos de las torres. No habia falanje de tanto fondo, á la que una de estas piedras no llevase toda una fila de un extremo á otro. Se pasaron esta noche cosas que hacian ver la prodigiosa fuerza de estas máquinas. Un hombre que estaba al lado de Josefo, recibió una pedrada que le quitó la cabeza. Esta piedra la despidió una máquina distante trescientos y setenta y cinco pasos.

§. 3. El ariete. El uso del ariete es muy antiguo, y su invencion se atribuye á diversos pueblos. Parece difícil y muy indiferente descubrir su autor.

El ariete era, ó suspendido ó nó suspendido. El ariete suspendido se componia de una viga de un solo tronco de madera de encina muy semejante á un mastil de navio, de una longitud y grueso prodigioso, cuyo extremo estaba armado con una cabeza de hierro fundido ó colado, proporcionada al resto, y de la figura de la cabeza de un carnero, por lo que se le dió el nombre de « ariete, » á causa que choca las murallas como hace el carnero con su cabeza, con todo lo que encuentra. Este ariete debia ser de un grueso correspondiente á su largo. Vitrubio da al de que habla cuatro mil talentos de peso, esto es cuatrocientas y ochenta mil libras, lo que no es exorbitante. Esta terrible máquina estaba balanceada y puesta en equilibrio, como un enorme peso con una cadena, por maromas gruesas que la sostenian en el aire, en una especie de fábrica de madera, la que hacian adelantar sobre el terraplen del foso, hasta cierta distancia del muro, por medio de rodillos ó de muchas ruedas. Esta fábrica se aseguraba contra el fuego de los sitiados con diferentes cubiertas con que estaba aforrada. Este modo de hacer obrar el ariete parece el mas fácil, y no requiere grandes fuerzas movientes. No se necesitan muy considerables para mover todo cuerpo suspendido en el aire, por pesado que pueda ser.

Pero no es tan fácil comprender como se trasportaban estos arietes. Porque no se debe pensar que se pudiesen hallar vigas de un grueso tan inmenso, y de un largo tan extraordinario, en todas partes en donde se necesitaban; y es cierto que nunca marchaban los ejércitos sin este género de máquinas. El caballero Follar, en defecto de noticias, las que no encuentra sobre este asunto, en los escritores de la antigüedad, imagina que se conducia la viga ariete sobre un carro de cuatro ruedas de una construccion particular, compuesto de un maderaje muy fuerte, y suspendida la viga sobre un fuerte montante, poderosamente sostenido de todas las piezas de madera capaces de resistir á los mayores esfuerzos, y el todo mantenido, y fajado con fuertes planchas y barras de hierro.

Habia otra especie de ariete, que no estaba suspendido. Se ven, en la coluna trajana, los dacios, que sitian á algunos romanos en una fortaleza, que impelen un ariete á fuerza de brazos. Estaban descubiertos, de suerte, que tanto el ariete como los que

le impelen, están expuestos á los tiros de los sitiados. No podia de esta manera producir mucho efecto.

Se duda si los arietes, puestos en torres movibles, ó en una especie de tortuga, estaban suspendidos ó nó, y hay fuertes razones en pro y en contra. Mi plan no me permite entrar en este exámen.

Referiré muy presto los prodigiosos efectos del ariete. Como era la máquina mas perniciosa para los sitiados, se inventaron muchas cosas para hacerla inútil. Se arrojaba fuego contra el techo que la cubria, y contra el maderaje que la sostenia, para quemarle juntamente con el ariete. Para templar los golpes que daba, se suspendian sacas de lana en el paraje en donde debia sacudir. Se oponian al ariete otras máquinas para evitar su fuerza, ó apartar su cabéza, cuando viniese con violencia. Habia otros muchos modos de impedir su efecto. Se pueden ver algunos en los sitios que he indicado en el principio de este párrafo. Se refiere una admirable accion de un judío, quien, en el sitio de Jotapat, echó una piedra de enorme grandeza sobre la cabeza del ariete: con tanta violencia, que la separó de la viga y la hizo caer. Saltó despues del muro abajo, fue á tomar aquella cabeza en medio de los enemigos, y la subió al muro. Recibió en su cuerpo cinco flechas que le atravesaron, y no obstante estas heridas se estuvo todavía con valor sobre el muro, hasta que perdiendo la sangre cayó del muro abajo, con la cabeza del ariete, la que nunca quiso dejar.

§. 4. Torres movibles. Vegecio hace una descripcion de estas torres, que da una idea bastante clara de ellas. Las torres ambulatorias, dice este autor, se hacen de una union de vigas y maderos fuertes, muy conforme á una casa. Para afianzarlas contra el riesgo de los fuegos arrojados por los de la plaza, las cubren con pieles crudas, ó con tejidos hechos de pelo. Su altura se proporciona á la de su parte inferior. Tienen algunas veces treinta piés en cuadro, y otras cuarenta ó cincuenta. Son tan altas que exceden las murallas, y tambien las torres de las ciudades. Están apoyadas sobre muchas ruedas, segun las reglas de la mecánica, por cuyo medio se mueve fácilmente la máquina, por grande que pueda ser. La plaza está en extremo peligro, si se puede acercar la torre hasta la muralla; porque tiene muchas escaleras para subir de un suelo á otro, y ofrece muchos modos de ataques. Tiene en lo bajo un ariete para batir en brecha, y sobre el suelo del medio un puente levadizo, compuesto de dos vigas con sus parapetos ó barandas, guarnecido de un tejido de mimbres, que se dejan caer prontamente sobre el muro de la plaza, cuando está á una distancia proporcionada. Los sitiadores pasan por este puente y se apoderan del muro. En los suelos mas altos hay soldados armados de partesanas, y gentes con armas arrojadizas, que tiran de lo alto continuamente sobre los sitiados. Cuando las cosas han llegado á esto, no se defiende la plaza mucho tiempo. Porque ¿qué se puede esperar, cuando los que habian puesto toda su confianza en la elevacion de sus murallas, ven repentinamente presentarse otra que los domina?

Art. 3.° Junto el ataque y defensa de las plazas, para abreviar esta materia, la que por sí misma tiene mucha extension. Tampoco trataré sino de sus partes mas esenciales, y lo haré con la mayor brevedad que me sea posible.

§. 1. Cuando las ciudades que se sitiaban eran extremadamente fuertes y pobladas, las cercaban con un foso y una trinchera contra los sitiados, y con un *foso* exterior, del lado del campo, contra las tropas que pudiesen venir en socorro de la plaza, y á esto se llamaba línea de contravalacion y circunvalacion. Los sitiadores establecian su campo entre estas dos líneas. Las de contravalacion eran contra la ciudad sitiada, las otras contra las empresas de afuera.

Cuando se preveia que el sitio habia de durar mucho, le mudaban por lo regular en bloqueo; y entónces las dos líneas de que hablo, eran muros sólidos, de una fuerte mampostería, y flanqueados con torres de trecho en trecho. Se vé un ejemplo muy patente de esto en el sitio de Platea por los lacedemonios y tebanos, del que nos dejó Tucídides una larga descripcion. «Las dos líneas que circundaban, se componian de dos murallas, á diez y seis pies de distancia, y los soldados alojaban en este intervalo, que estaba dividido en cámaras ó aposentos; de suerte que se diria que no era mas que un solo muro, con altas torres de trecho en trecho, que ocupaban todo este intervalo, para poderse defender á un mismo tiempo contra los de dentro, y contra los de fuera. No se podia dar la vuelta á las cámaras, sino pasando por medio de las torres; y lo alto de la muralla tenia en sus orillas un parapeto de madera de mimbre. Habia un foso de una y otra parte, cuya tierra habia servido para hacer el ladrillo del muro.» De este modo pinta Tucídides aquellos dos muros, que rodeaban el campo, y que no tenian mucha circunferencia, porque la plaza era muy pequeña. Expuse en otra parte, con bastante extension, la historia de aquel sitio, ó mas bien de aquel bloqueo, muy célebre en la antigüedad, y dije como, no obstante aquellas fortificaciones, se libertó una parte de la guarnicion.

El campo del ejército romano delante de Numancia abrazaba una extension de terreno mucho mas grande. Aquella ciudad tenia veinte y cuatro estadios de circúito, esto es una legua. Habiéndola embestido Escipion, hizo tirar una circunvalacion, que debia abrazar mas de dos veces otro tanto de terreno que el muro de la plaza. Luego que estuvo hecha esta obra, se abrió otra línea contra los sitiados, á una distancia razonable de la primera, compuesta de un muro de ocho piés de grueso, y diez de alto, el que se guarneció con una buena estacada. El todo estaba flanqueado de torres, á cien piés una de otra. Comprendemos con dificultad estos inmensos trabajos de los romanos, una línea de circunvalacion y que tiene mas de dos leguas de circúito; pero no hay cosa mas constante que estos hechos. Acerquémonos ahora á la plaza.

§. 2. Aunque las trincheras, las líneas oblícuas, las galerías subterráneas, y otras semejantes invenciones, no se vean, ni frecuente, ni claramente explicadas en los autores, tampoco se puede razonablemente dudar que no se practicasen por los griegos y los romanos. ¿Es verosímil que los antiguos, cuyos generales, entre otras muchas excelentes cualidades, tenian la de conservar con gran cuidado la sangre y vida de los soldados, se acercasen á una plaza y le pusiesen sitio, sin tomar precaucion alguna contra las máquinas de los sitiados, cuyas murallas estaban tan bien guarnecidas, y cuyos golpes eran tan mortales? Cuando no se hiciese mencion de esto en alguno de los historiadores, que podrian, en la descripcion de los sitios, omitir esta circunstancia, como muy conocida de todo el mundo, no se deberia presumir que generales tan hábiles hubiesen ignorado ó despreciado una cosa, de un lado tan importante, y de otro tan fácil, y que se le debia naturalmente ofrecer á todo hombre un poco versado en el ataque de las plazas. Pero muchos historiadores hablan de esto. Uno solo

servirá por todos los otros; es Polibio, en el fragmento en que habla del sitio de la ciudad de Equina por Filipo. Termina su descripcion con estas palabras; «Para poner al abrigo de los sitiados, tanto los que venian del campo á los trabajos, como de los que volvian de los trabajos al campo, se hicieron trincheras desde el campo hasta las tortugas; y estas trincheras estaban abiertas.»

Mucho tiempo antes de Filipo, Demetrio Poliorcetes habia empleado el mismo medio en el sitio de Rodas. Diodoro de Sicilia dice que «aquel celebre guerrero hizo construir tortugas, y galerías cavadas en tierras, ó zanjas cubiertas, para que se comunicasen las baterías de arietes, y dispuso una cortadura defendida por encima, para ir seguros y cubiertos desde el campo á las torres y á las tortugas, y volver lo mismo. Las gentes de mar fuéron encargadas de esta obra, que tenia cuatro estadios de largo, esto es, quinientos pasos.

Es pues constante que el úso de las trincheras era muy conocido de los antiguos, sin lo cual no hubieran podido emprender sitio alguno. Las habia de diferentes géneros. Eran, ó fosos paralelos al frente del ataque, ó comunicaciones dispuestas en tierra y cubiertas por encima, ó abiertas y tiradas oblícuamente, para impedir que los enfilasen. Estas cortaduras se explican por lo regular en los autores con la palabra latina «aggeres,» la que no siempre significa caballeros.

Estos caballeros eran elevaciones de tierra, sobre los que se ponian máquinas, y véase aquí cómo las fabricaban. Se empezaba el terraplen en el labio del foso, y nó lejos de la parte de los sitiadores. Se trabajaba en él con el favor de los manteletes, que se levantaban muy alto, detrás de los cuales trabajaban los soldados defendidos contra las máquinas de los sitiados. Este género de manteletes, no era siempre de gavillas ó fagina, sino de pieles crudas, de colchones, ó de un cortinon ó red, hecha de maromas gruesas; el todo suspendido con vigas muy altas, y fijadas en tierra; lo que rompia la fuerza de los golpes, que se disminuian con estos reparos. Se continuaba este trabajo hasta la altura de estos cortinones suspendidos, los que se elevaban mas altos á medida que crecia la obra. Se llenaba al mismo tiempo el espacio vacío del terraplen con piedras, tierra y otras materias; ínterin que otros cernian y golpeaban la tierra, para hacer el terreno firme y capaz de sostener el peso de las torres y máquinas que se ponian sobre la plataforma. De estas torres y de las baterías de ballestas y catapultas salia una granizada de piedras, de flechas y gruesos dardos, contra las murallas y defensas de los sitiados.

El terraplen que hizo construir Alejandro el grande en la roca de Corienez fué cosa prodigiosa. Aquella roca, que se consideraba impenetrable; tenia dos mil y quinientos pasos de elevacion, y de siete á ocho mil de circunferencia. Estaba escarpada por todos lados, no teniendo mas que un sendero hecho en la roca, por el que apenas podia subir un hombre. Además de esto estaba ceñido de un profundo abismo que le servia de foso, el que era preciso llenar, si se queria subir á ella. Todas estas dificultades no fuéron capaces de hacer que desistiese Alejandro, quien no encontraba nada imposible para su valor y fortuna. Empezó pues haciendo que se cortasen altos pinos, que cercaban el lugar en mucho número, para servirse de aquellos árboles como de escala para bajar al foso Sus soldados trabajaban noche y dia para cegarle. Aunque estuviese empleado sucesivamente todo el ejército en esta obra, no se hacian mas que treinta piés por dia y un poco menos la noche, tan difícil era. Luego que la obra estuvo mas adelantada, y que empezaron á acercarse mas á lo alto, se clavaron estacas en los dos lados del foso, á una distancia razonable, con vigas atravesadas para que pudiesen sostener la carga que se queria poner encima. Entónces se hizo como un suelo, y un puente de gavillas y faginas, que se cubrió de tierra hasta la altura del labio del foso, de suerte que el ejército pudo marchar sin embarazo hasta la roca. Hasta entónces se habian burlado los bárbaros de la empresa, contemplándola absolutamente imposible. Pero luego que se vieron por blanco de las flechas de los enemigos, quienes trabajaban en su plataforma defendidos detrás de los manteletes, empezaron á perder el ánimo, pidieron capitulacion, y entregaron la roca muy presto después á Alejandro.

El terraplenar los fosos no siempre era tan difícil como lo que yo acabo de hablar, aunque requeria siempre grandes precauciones y muchas fatigas. Los soldados trabajaban á cubierto debajo de las tortugas, y de otras máquinas semejantes. Para llenar los fosos se servian de piedras, de troncos de árboles y faginas, mezclado todo con tierra: era preciso que este género de obras fuese de una solidez muy grande, á causa del prodigioso peso de las máquinas que tenian encima, las que se hundirian si esta especie de calzada se hubiese compuesto solamente de fagina. Si los fosos estaban llenos de agua, se empezaba secándolos en todo ó en parte, con diferentes sangrías que se les hacian.

Ínterin que se adelantaban estas obras, no se dormian los sitiados. Abrian muchas galerías subterráneas por debajo del foso hasta el terraplen para quitarle la tierra, la que se daban de mano en mano hasta la ciudad: y era causa de que la obra no adelantase, porque los sitiados le quitaban tanta como le ponian. Empleaban tambien otra astucia mas eficaz que la primera, practicando cámaras subterráneas bajo de la obra de los sitiadores. Después de haber quitado una parte de tierra por debajo sin que se viese, sostenian lo restante con piés derechos, esto es, con gruesas vigas, las que untaban con materias grasas y brea. Llenaban después el vacío de entre los postes con madera seca, y con todo género de materias fáciles de encenderse á las que pegaban fuego: de suerte que, llegando á romperse los postes, caia todo como en una caverna con las tortugas, los arietes y los hombres empleados para manejarlos.

Los sitiadores practicaban el mismo artificio para hacer caer los muros de la plaza. Sitiando Dario á Calcedonia, eran los muros tan fuertes, y estaba la ciudad tan abastecida de víveres, que á los habitantes no les daba cuidado el sitio. El rey no hizo acercar sus tropas á las murallas, ni tampoco hizo daño en el país. Se estuvo quieto, como si esperase un refuerzo considerable. Pero ínterin que los de Calcedonia no pensaban sino en guardar sus muros, abrió á tres cuartos de legua de la ciudad una mina subterránea, que condujeron los persas hasta debajo de la plaza del mercado. Juzgaron que estaban directamente debajo de este sitio por las raíces de los olivos, que sabian habia en esta plaza, y á las que llegaron. Entónces abrieron por allí su mina, y subiendo por este paraje, tomaron la ciudad, ínterin que los sitiados estaban todavía ocupados en la guardia de las murallas.

Del mismo modo el dictador A. Servilio tomó la ciudad de Fidenes, ordenando que se hiciesen muchas falsas embestidas por diferentes lados, ínterin

que una mina, cavada hasta debajo del castillo, abrió una entrada á sus tropas. Otro dictador (era el célebre Camilo) no terminó el largo sitio de Veyes sino con esta astucia. Emprendió hacer conducir una mina hasta debajo de la fortaleza. Y para que no cesase esta obra, y que el trabajo que se debia hacer debajo de tierra no cansase á los minadores, los dividió en seis brigadas, que se aliviaban de seis en seis horas. No interrumpiéndose el trabajo, ni de dia ni de noche, se penetró finalmente hasta la fortaleza, y se tomó la ciudad.

En el sitio de Atenas por Sila, es cosa pasmosa ver cuántas minas y contraminas se empleaban de una y otra parte. Los minadores no tardaban mucho tiempo en encontrarse, y se daban furiosos combates en aquellos lugares subterráneos. Habiendo penetrado los romanos hasta debajo de la muralla, socavaron una gran parte de ella, y la pusieron como en el aire sobre piés derechos, á los que sin perder tiempo pegaron fuego. La muralla cayó prontamente en el foso, con un estruendo y ruínas increibles, y todos los que estaban encima perecieron en ellas. Era uno de los modos de atacar las plazas.

§. 3. Los antiguos empleaban muchos medios para defenderse de los enemigos luego que estaba abierta la brecha. Algunas veces, aunque muy raras, se servian de árboles cortados los que extendian sobre todo el frente de la brecha, muy cerca unos de otros, para que las ramas se entretegiesen entre sí, y los troncos estaban atados juntos con fuertes cuerdas, de suerte, que era muy dificultoso separar estos árboles, lo que hacia una cerca impenetrable, detrás de la cual estaba una multitud de soldados armados con picas y partesanas largas.

Las brechas se hacian algunas veces con tanta prontitud, fuese con las zapas superficiales, fuese con las que se practicaban debajo de tierra, fuese finalmente con los violentos golpes de los arietes, que los sitiados se hallaban repentinamente abiertos cuando menos lo pensaban. Recurrian entónces á un remedio muy sencillo, para tener tiempo de repararse y reconocerse detrás de la brecha. Echaban en lo bajo y sobre las ruínas de la brecha una prodigiosa cantidad de madera seca y materias combustibles, á las que ponian fuego; lo que ocasionaba tal incendio, que les era imposible á los sitiadores pasar por medio de las llamas y acercarse á la brecha. La guarnicion de Haliartes en Beocia pensó en emplear este medio contra los romanos.

Pero el camino mas regular era levantar nuevos muros detrás de las brechas, esto es, lo que se llama al presente « retiradas. » Estos muros no estaban por lo regular paralelos á la muralla arruinada. Tiraban una línea que se entraba en medio círculo, cuyos dos extremos se unian á los dos lados de la muralla, que quedaban todavía enteros. No dejaban de cavar un foso muy ancho y profundo delante de este muro, para obligar á los sitiadores á que le atacasen con todo el tren de las máquinas que se empleaban contra las murallas mas fuertes. Habiendo derribado Sila á golpes de arietes una gran parte del muro del Pireo, hizo inmediatamente atacar la brecha, en la que se emprendió un combate muy furioso, de suerte que se vió obligado á hacer tocar la retirada. Aprovechándose los sitiadores de la intermision que les daba, alzaron prontamente otro muro detrás de la brecha: habiéndolo conocido Sila, hizo avanzar sus máquinas para batirle, contemplando bien que siendo recien hecho, no podria resistir mucho tiempo contra su violencia. Lo logró sin mucho trabajo, y al mismo tiempo hizo subir al asalto. La accion fué viva y vigorosa; pero finalmente fué rechazado con pérdida, y obligado á dejar la empresa. La historia está llena de semejantes ejemplos.

§. 4. Las máquinas que se practicaban mas en los sitios eran, como lo dije antes, las catapultas, las ballestas, las tortugas, los arietes y las torres movibles. Para conocer bien su actividad, no es necesario sino leer la relacion de los sitios mas importantes, de que se habla en la historia antigua, tales como son los de Lilibea en Sicilia por los romanos; de Cartago por Escipion; de Siracusa, primero por los atenienses, despues por Marcelo; de Tiro por Alejandro; de Rodas, por Demetrio Poliorcetes; y de Atenas, por Sila.

No citaré aquí mas que uno solo, del que tampoco referiré sino algunas circunstancias sueltas, aunque muy propias, á mi parecer, para demostrar el modo con que los antiguos atacaban y defendian las plazas, y el uso que hacian de las máquinas de guerra. Es el famoso sitio de Jerusalen por Tito, que refiere con mucha extension el historiador Josefo, testigo ocular de lo que refiere.

La ciudad de Jerusalen estaba cercada con tres murallas, excepto del lado de los valles, en donde no tenia mas que una, porque eran inaccesibles.

Empezó Tito disponiendo que se cortasen todos los árboles que habia en las cercanías, y empleó aquella madera para hacer levantar muchas plataformas. No habia persona en el ejército que no echase mano á la obra; y los trabajadores tenian delante de sí faginas y gaviones que los defendian. Los judíos de su parte no omitian nada de todo lo que podia servir para su defensa: y las murallas se vieron muy presto cubiertas de mucho número de máquinas.

Se atacó primero el primer muro. Acabadas las plataformas, hizo poner Tito en batería los arietes, hizo adelantar las otras máquinas para impedir los esfuerzos de los sitiados, é hizo batir el muro por tres diferentes partes. Los judíos arrojaban continuamente un número increible de fuegos y dardos contra las máquinas de los enemigos, y contra los que impedian los arietes. Muchos salieron tambien para ponerles fuego, y costó bastante el rechazarlos.

Tito habia hecho levantar sobre sus plataformas tres torres de setenta y cinco piés de alto cada una, para dominar desde allí las fortificaciones y muros sitiados. Durante la noche una de estas torres cayó por sí misma, lo que causó mucho asombro en todo el ejército. Incomodaban extremamente á los sitiados, porque estaban llenas de máquinas fáciles de conducir, de honderos y flecheros, que los fatigaban con una contínua granizada de dardos, flechas y piedras, sin que supiesen cómo remediarlo, porque no podian levantar caballeros que igualasen la altura de aquellas torres, ni derribarlas, tan fuertes eran, ni quemarlas, porque estaban todas cubiertas con planchas de hierro. Se vieron pues obligados á retirarse fuera del tiro de estas armas arrojadizas. Así, no pudiendo ya retardar mas el efecto de los arietes, y avanzándose siempre estas formidables máquinas, abandonaron los judíos aquel primer muro, despues de quince dias de resistencia. Los romanos entraron sin trabajo por la brecha, y abrieron las puertas á lo restante del ejército.

El segundo muro no los detuvo mucho tiempo: Tito se apoderó muy presto de él, como tambien de la nueva ciudad. Haciendo entónces los judíos esfuerzos extraordinarios, lograron echarle de ella, y hasta despues de cuatro dias de combates continuos, no la volvió á ganar.

Pero el tercer muro le costó muchas fatigas y mu-

cha sangre, no queriendo los judíos dar oídos á proposicion alguna de paz, y defendiéndose con una tenacidad, que tenia menos de valor, que de un furor y rabia de gentes desesperadas.

Tito dividió su ejército en dos, para formar dos ataques del lado de la fortaleza Antonia, é hizo trabajar á sus tropas en levantar cuatro plataformas, en cada una de las cuales estaba ocupada una legion. Aunque la obra no cesase ni de dia ni de noche, no se pudo acabar hasta después de mas de quince días, y entónces se plantaron encima las máquinas. Juan y Simon mandaban las facciones que dominaban en la ciudad. El primero hizo minar hasta la plataforma que miraba á la fortaleza Antonia, sostener la tierra con puntales, traer una grandísima cantidad de madera untada con pez, resina y betun, y le dió luego fuego. Consumidos muy presto aquellos puntales, se hundió la plataforma, y cuando cayó hizo un terrible estruendo. Dos dias después atacó Simon las otras plataformas, sobre las que habian puesto los sitiadores sus arietes, y empezado á batir el muro. Tres jóvenes oficiales, seguidos de soldados determinados como ellos, se arrojaron con hachas en la mano por medio de los enemigos, como si no tuviesen nada que temer de tantos dardos, y de tantas espadas, y no se retiraron hasta después de haber pegado fuego á las máquinas. Cuando la llama se empezó á levantar, corrieron los romanos del campo para venir en socorro de sus máquinas. Los judíos los rechazaron á saetazos de lo alto de los muros. Tenian hasta trescientas catapultas, y cuarenta ballestas. Hicieron tambien muchas salidas, y despreciando el peligro, llegaban á las manos con los que se adelantaban para apagar el fuego. Los romanos se esforzaban para retirar sus arietes, cuyas coberturas estaban quemadas: y los judíos, para impedírselo, se mantenian junto á las llamas sin aflojar. Este incendio pasó de allí á las plataformas, sin que lo pudiesen remediar los romanos. Así, viéndose cercados por todas partes de fuego, y desesperando de poder conservar sus trabajos, se retiraron á su campo. No se podian consolar de haber perdido en una hora, con la ruína de sus trabajos, lo que les habia costado tanto tiempo y fatiga. Muchos tambien, viendo sus máquinas despedazadas, desesperaron de poder tomar jamás la plaza.

Pero Tito no perdió el ánimo. Habiendo tenido un gran consejo de guerra, propuso construir líneas todo al rededor de la ciudad, y cercarla de trincheras, para quitar á los cercados toda esperanza de recibir, ó socorros, ó víveres, los que les empezaban á faltar. Este dictámen fué generalmente aprobado, y las tropas se volvieron á enardecer. Pero lo que parece increíble, y que es verdaderamente digno de los romanos, es que aquella grande obra, que parecia que necesitaba tres meses para ejecutarse, teniendo la ciudad dos leguas de circúito, se empezó y acabó en tres dias. Estando la ciudad cerrada de este modo, se pusieron tropas de guardia en los fuertes, con que estaban flanqueadas las líneas de trecho en trecho. Tito empezó al mismo tiempo á hacer levantar hácia la fortaleza Antonia, cuatro plataformas, aun mayores que las primeras. Se acabaron en veinte y un dias, no obstante la dificultad de encontrar la madera necesaria para una obra semejante.

Queriendo prevenir Juan, quien tenia que defender la fortaleza Antonia, el peligro en que se verian si los sitiadores hacian brecha, no perdia tiempo para fortificarse, y para intentar todos los medios antes que se pusiesen en batería los arietes. Hizo una salida con hachones en la mano, para poner fuego en los trabajos de los enemigos; pero se vió precisado á volverse sin haber podido acercárseles como deseaba.

Entónces adelantaron los romanos sus arietes para batir la torre Antonia; pero viendo que no obstante los formidables golpes no podian hacer brecha, resolvieron recurrir á la zapa, y cubriéndose con sus escudos en forma de tortuga, contra la cantidad de piedras y guijarros, con que los acribillaban los judíos, trabajaron con tanta tenacidad con palancas y con sus manos, que menearon cuatro piedras del cimiento de la torre. La noche obligó á unos y á otros á tomar un poco de descanso: y durante este tiempo, hallándose débil el paraje del muro, bajo del cual habia hecho Juan aquella mina, por cuyo medio habia arruinado las primeras plataformas de los romanos, con los golpes que le habian dado, cayó repentinamente. Los judíos levantaron inmediatamente otro muro detrás del que acababa de caer.

Como estaba fabricado muy recientemente, se esperaba que le derribarian con mas facilidad, pero nadie se atrevia á subir el primero al asalto, tanto terror habia causado en las tropas el valor determinado de los judíos. Sin embargo, se hicieron algunas tentativas, que no salieron bien. La Providencia les abrió otro camino. Algunos soldados que estaban de guardia en las plataformas, subieron hácia el fin de la noche por la ruína del muro sin hacer ruído, hasta la fortaleza Antonia. Encontraron dormidos á los soldados del cuerpo de guardia mas avanzada, y los degollaron. Siendo de este modo dueños del muro, hicieron tocar sus clarines, los que cuidaron de llevar consigo. Á este ruído, creyendo los de los otros cuerpos de guarda, que los romanos eran muchos, se atemorizaron tanto que huyeron. Tito llegó muy presto después con una parte de sus tropas, y subiendo por las mismas ruínas siguió á los fugitivos hasta las puertas del templo. Los judíos defendieron su entrada con un valor increíble. La accion fué de las mas vivas, y duró á lo menos diez horas; pero finalmente, el furor y desesperacion de los judíos, quienes veian que dependia su libertad de las resultas de este combate, superaron el valor y experiencia de los romanos. Estos creyeron que se debian contentar con haberse apoderado de la fortaleza Antonia, aunque no se hubiese hallado en este combate mas que una parte de su ejército.

Hubo muchos ataques que omito. El mayor de los arietes, que Tito habia hecho construir y poner sobre las plataformas, batió continuamente, durante diez dias, el muro del templo, sin poder adelantar nada, como tampoco los otros, tan á la prueba de sus esfuerzos estaba aquel soberbio edificio. Habiendo perdido la esperanza de lograr nada con este género de ataques, resolvieron hacer escalada. Los judíos que no lo habian previsto, no les pudieron impedir que pusiesen sus escalas. Pero jamás se vió resistencia mayor que la que ellos hicieron. Derribaban á los que subian, mataban á cuchilladas á los que estaban ya en los últimos escalones, antes que se pudiesen defender con sus escudos, y echaban tambien abajo escalas todas llenas de soldados, lo que costó la vida á muchos romanos. Los otros se vieron obligados á retirarse, sin haber podido lograr su empresa.

Los judíos hicieron frecuentes salidas, en las que peleaban como locos y furiosos. Costó mucha sangre á los romanos. Pero finalmente Tito se apoderó del templo, al que, no obstante las rigurosas prohibiciones que habia hecho, puso fuego un soldado, el que le consumió enteramente. De este modo se cumplió la profecía de Jesucristo.

III. Marina. Dije ya en otra parte algo de la marina de los antiguos, de sus bajeles y de sus tropas

de mar. Ruego al lector que recurra allí, para que supla lo que pueda faltar aquí.

No se puede decir cosa cierta tocante al origen de la navegacion. Lo que hay en esto es, que el bajel mas antiguo de que habla la historia, es el Arca de Noé, cuyo diseño habia dado el mismo Dios, y determinado su forma y todas sus medidas: pero únicamente por lo respectivo á la idea que tenia de recoger en ella la familia de Noé, y todos los animales de la tierra y del aire.

Este arte tendria sin duda, como todos los otros, principios toscos é imperfectos: tablas sin artificio, balsas, bateles, barcas pequeñas. El modo con que se mueven los peces en el agua, y las aves en el aire, podria ofrecer á los hombres la idea de imitar con los remos y velas los socorros que dió la naturaleza á estos animales. Sea lo que fuese, han llegado por grados á fabricar navíos en la perfeccion que los vemos.

Se pueden dividir los bajeles en dos especies: los bajeles de carga, que sirven para el comercio y para el trasporte; y los bajeles de guerra, llamados regularmente bajeles largos.

Los primeros eran embarcaciones pequeñas, que se llamaban « abiertos, » porque no tenian puente. Estas embarcaciones pequeñas tampoco tenian en la proa aquellos espolones, que se llamaban « rostra, » de los que se servian en los combates para embestir á los bajeles enemigos y echarlos á fondo.

Los bajeles largos, que servian para la guerra, eran de dos géneros. Los unos no tenian mas que una andana de remos de cada lado, los otros tenian muchas.

De los que no tenian mas que un órden de remos, contaban unos veinte remos, otros treinta, otros cincuenta, y tambien ciento. No hay cosa mas comun que estos nombres de navíos en los autores griegos y latinos. Los remeros estaban puestos mitad de una banda del bajel, mitad de otra en una misma línea.

Entre los bajeles de muchos órdenes de remos, los unos tenian dos solamente, « biremes: » otros tres, «triremes:» otros cuatro, « cuadriremes: » otros cinco, « quinqueremes: » otros mas, como se verá mas adelante. De los que se habla con mas frecuencia en los autores, y de los que hacian los antiguos mas uso en los combates, eran los « triremes y quinqueremes, » permítaseme explicar con estos nombres los bajeles que tenian tres ó cinco órdenes de remos.

Se ve en todos los autores antiguos una distincion clara y evidente entre estas dos especies de bajeles. Los unos se llamaban « bajeles de treinta remos: » bajeles de cincuenta remos, etc., y estos se ponian en el número de los bajeles pequeños. Los otros eran « de tres órdenes de remos, y de cinco órdenes de remos, etc. » y estos se ponian en el número de los bajeles grandes. Se verá muy presto la diferencia que habia entre unos y otros por el número de los que los tripulaban. Lo que distinguia á los últimos era, además de la grandeza, que tenian muchos órdenes de remos. Y Tito Livio lo dice claramente, como tambien Virgilio y César. Es pues incontestable, que habia entre los antiguos bajeles de muchos órdenes de remos, de dos, de tres, de cuatro, de cinco, de seis, hasta de treinta y cuarenta, pero solamente se usaban los que no tenian sino un número menor de órdenes de remos, la mayor parte de los otros no eran sino para los ostentacion.

El saber cómo eran estos diferentes órdenes de remos, y cómo los podian manejar, es la dificultad y lo que ocasiona una gran disputa entre los eruditos, la cual, segun todas las apariencias, se quedará siempre indecisa. Nuestros marinos mas hábiles y experimentados en el oficio, contemplan la cosa absolutamente imposible. Lo seria con efecto, suponiendo que estos diversos órdenes de remos estaban perpendicularmente unos sobre otros; pero se vé lo contrario en la coluna trajana, en la que en los biremes y triremes están puestos los órdenes de abajo oblicuamente, y como por grados.

Las razones que se oponen á la opinion de los que admiten muchos órdenes de remos en los bajeles, parecen, se debe confesar, muy fuertes y muy concluyentes; ¿pero qué fuerza pueden tener las mejores razones del mundo contra hechos ciertos, y contra una experiencia asegurada por todos los autores antiguos?

Parece que los remeros se distinguian por grados. Los de mas abajo se llamaban « talamites: » los del medio « zugites: » los de lo alto «tranites.» Estos últimos tenian mayor paga que los otros, sin duda porque manejaban remos mas largos y mas pesados que los de los grados inferiores.

Tambien se duda, si en los bajeles grandes no tenia cada remo mas que un remero, ó si tenian muchos, como tuvieron los remos de nuestras galeras. En los biremes y triremes de la coluna trajana, no se ve, en cada lado de un banco mas que un remero. Es muy verosímil que se multiplicase su número en los bajeles que eran mayores. Evito entrar en exámenes, que me detendrian mucho, y que no entran en mi plan

Se encuentran en Ateneo descripciones de bajeles, cuya grandeza admira y parece increible. Los dos primeros son de Tolomeo Filopator, rey de Egipto. Uno de ellos era de cuarenta órdenes de remos, y tenia cuatrocientos veinte piés de largo, y cincuenta y siete de ancho. Cuatro mil remeros apenas bastaban para mover aquella enorme mole. Se botó á la mar con una máquina, en la que entró tanta madera como se necesitaba para hacer cincuenta bajeles de cinco órdenes de remos. ¿Qué medio habrá para concebir el uso de los cuarenta órdenes de remos en aquel bajel? Así no eran mas que para la ostentacion.

El otro bajel llamado « talamegue » porque tenia camas y cuartos, tenia de largo trescientos y doce piés y medio, y por lo mas ancho cuarenta y cinco. Su altura, contando la tienda ó cámara que se habia puesto sobre el puente, era de cerca de sesenta piés. En los tres lados del bajel (no se cuenta aquí el lado de la proa), se hicieron dos corredores, uno sobre otro, de una inmensa extension: era un verdadero palacio portátil. Tolomeo le habia hecho fabricar para pasearse por el Nilo con toda su corte. Ateneo no dice cuántas órdenes de remos tenia.

El tercer bajel es el que hizo construir Hieron, segundo rey de Siracusa, bajo la direccion del famoso Arquimedes. Era de veinte órdenes de remos y de una magnificencia increible. No pudiéndole contener puerto alguno de Sicilia, regaló Hieron con él á Tolomeo Filopator, y le hizo llevar á Alejandría. Aunque su sentina ó caja de la bomba estuviese muy profunda, un hombre solo la vaciaba por medio de una máquina que habia inventado Arquimedes.

Estos bajeles, que no eran mas que para la ostentacion, no pertenecen, propiamente hablando, á la materia de que trato. Lo mismo se puede decir del de Filipo padre de Perseo, del que habla Tito Livio. Tenia diez y seis órdenes de remos; pero casi no le podian mover á causa de su grandeza.

Lo que me admira, es lo que dice Plutarco de las galeras de Demetrio Poliorcetes; y tiene cuidado de advertir, que habla con una exacta verdad y sin exageracion alguna. Aquel príncipe, muy versado, como

se sabe, en las artes, y muy inventivo por lo relativo á las máquinas de guerra, habia hecho construir muchas galeras de quince y de diez y seis órdenes de remos, que no eran para la mera suntuosidad, sino de los que hacia un uso maravilloso en los sitios y combates. No pudiendo Lisímaco creer todo lo que se decia de ellos, le envió á suplicar, aunque su enemigo, que hiciese bogar sus galeras delante de él; y luego que vió su movimiento pronto y ligero, se volvió admirado mas de todo lo que se puede decir, y casi no se atrevia á creer el testimonio de sus propios ojos. Estos bajeles eran de una hermosura y de una riqueza prodigiosa; pero su ligereza y ágilidad, parecian todavía mas dignas de admiracion, que su grandeza y magnificencia.

Pero contengámonos en los que eran mas conocidos y comunes, entendiendo principalmente las galeras de tres, cuatro y cinco órdenes de remos; y veamos el uso que se hacia de ellas en los combates.

No se habla en Homero de bajeles de muchos órdenes de remos: hasta despues de la guerra de Troya, no se estableció su uso: su data no se conoce. Se cree que fueron los corintios los primeros que mudaron la antigua forma de las galeras y que las fabricaron de tres órdenes de remos y tambien puede ser de cinco. Siracusa, colonia de Corinto, se preció, especialmente en tiempo de Dionisio el mayor, de imitar la industria de la ciudad á quien debia su origen, y logró tambien excederla, perfeccionando lo que no habia hecho la primera mas que trazar. Las guerras que tuvo que sostener contra Cartago la obligaron á poner todo su cuidado y aplicacion en la marina. Estas dos ciudades eran entónces las mas poderosas en la mar.

La Grecia, en general, no se distinguió desde los principios por este lado. El plan y la idea de Licurgo habia sido prohibir absolutamente á sus ciudadanos el uso de la marina, y esto por dos motivos, igualmente dignos de la prudencia y profunda política de aquel legislador. Su primer fin era apartar de su república todo comercio con el extranjero, por temor de que esta mezcla no alterase la pureza de las costumbres y debilitase la severidad de las máximas que habia establecido en ella. En segundo lugar queria quitar á los lacedemonios todo deseo de engrandecerse y toda esperanza de hacer conquistas, considerando esta funesta ambicion como la ruina de los estados. Esparta pues no tuvo en los principios mas que un número muy corto de bajeles.

Atenas no estaba mejor provista de ellos en los primeros tiempos. Temístocles, penetrando en lo futuro y descubriendo anticipadamente lo que se podia temer de los persas, convirtió todas las fuerzas de Atenas del lado del mar, equipó con otro pretexto una numerosa armada; y con esta prudente advertencia libertó la Grecia; procuró á su patria una fama inmortal; y la puso en estado de hacerse muy presto superior á todos los pueblos vecinos.

Por espacio de cerca de cinco siglos enteros, Roma, si se cree sobre esto á Polibio, ignoró absolutamente lo que era bajel, galera y armada. Únicamente ocupada en someter los pueblos que la rodeaban, no los necesitaba. Cuando empezó á hacer pasar sus tropas á Sicilia, no tenia una sola falúa propia, y pedia prestados á sus vecinos los bajeles para el transporte de sus ejércitos. Pero conoció muy presto que no podria resistir á los cartagineses ínterin fuesen dueños del mar. Pensó pues en disputarles su imperio y en equipar una armada. Una quinquereme que habian tomado los romanos á los enemigos, fue causa para que pensasen en esto y les sirvió de modelo. En menos de dos meses fabricaron cien galeras de cinco órdenes de remos, y veinte de tres órdenes. Instruyeron á los marineros y remeros en una maniobra, que hasta entónces no habian conocido, y en la primera batalla que dieron, vencieron á los cartagineses, esto es, á la nacion del mundo mas poderosa en el mar y mas hábil en punto de marina.

La armada de Jerjes, cuando partió de Asia para atacar la Grecia, consistia en mas de mil y doscientas galeras de tres órdenes de remos, cada una de las cuales traia doscientos y treinta hombres; y en tres mil galeras de treinta ó cincuenta remos y otras embarcaciones de transporte que contenian, unas con otras, ochenta hombres. Las otras galeras dadas por los pueblos de la Europa, traian cada una doscientos hombres. Las que salieron de Atenas durante la guerra del Peloponeso para atacar á los siracusanos, llevaban los mismos. Se puede pues suponer que la carga regular de estos bajeles era de doscientos hombres.

Yo desearia que los historiadores hubiesen distinguido entre estos doscientos hombres, que eran la tripulacion regular de los bajeles, cuántos habia para las maniobras y cuántos para el combate. Plutarco, hablando de los bajeles atenienses que se hallaron en la accion de Salamina, dice que en cada una de las ciento y ochenta galeras de que se componia su armada, no habia mas que diez y ocho hombres de guerra, de los cuales cuatro tiraban con el arco, y los otros estaban pesadamente armados. Es muy poca gente.

Este combate, cerca de Salamina, es uno de los mas célebres de la antigüedad; pero no tenemos de él relacion alguna bien circunstanciada. Los atenienses se distinguieron en aquella ocasion por un valor invencible, y aun mas su jefe, por su hábilidad y prudencia. Persuadió á los griegos, nó sin mucho trabajo, que se detuviesen en un paraje estrecho que hacia inútil el gran número de los bajeles persas: y esperó para principiar la accion, que empezase á soplar cierto viento muy contrario á los enemigos.

El último combate de los atenienses en el puerto de Siracusa, causó su ruina. Como se temian extremamente los espolones de las galeras enemigas, de lo que se habia hecho una triste experiencia en las acciones precedentes, se habia pertrechado Nicias de harpones de hierro para atracarlas con el fin de romper su golpe, y llegar luego á las manos como en tierra. Pero los enemigos que lo advirtieron, cubrieron con cueros la proa y lo alto de las galeras, para no dejar tanto asidero y para evitar el llegar al abordaje. Las descargas les salieron mucho mejor. Los atenienses fueron acribillados de una granizada de piedra, que acertaban siempre, en lugar que los dardos y saetas que ellos disparaban, casi nunca tenian efecto, á causa del movimiento del mar y de la agitacion de los bajeles. Su antigua reputacion y poder, naufragaron en este último combate.

Polibio, hace una corta pero muy buena descripcion de la batalla naval que fué, respecto á los romanos, como feliz agüero de lo futuro, y les abrió la entrada para las conquistas, que les debian asegurar el imperio del mar. Es la de Milo en Sicilia contra los cartagineses, bajo la conducta del cónsul Duilio. Se refirió en la historia de los cartagineses. Lo particular que hubo en aquella batalla, fué una máquina de nueva invencion, atada en lo alto de la proa de los bajeles romanos, y á la que llamaron cuervo ó gancho: era una especie de grua levantada en alto, y suspendida con cuerdas, que tenia en su extremidad un pesado

cono ó cilindro de hierro, nombrado cuervo, el que hacian caer con ímpetu sobre los bajeles enemigos para hundir su suelo y para atracarlos ó aferrarlos. Esta máquina fué la principal causa de la victoria que fué la primera que ganaron los romanos en el mar.

El mismo Polibio hace una relacion mas dilatada de un célebre combate naval que se dió cerca de Ecnoma, ciudad de Sicilia. Los romanos, mandados por los cónsules Atilio Régulo y L. Manlio, tenian trescientos y treinta bajeles grandes y ciento y cuarenta mil hombres, llevando cada bajel trescientos remeros y ciento y veinte soldados. La armada de los cartagineses mandada por Hannon y Amílcar, tenia trescientos cincuenta bajeles, y mas de ciento y cincuenta mil hombres. La idea de los primeros era llevar sus tropas á África, y poner en ella el teatro de la guerra; lo que á los otros les era extremamente perjudicial. Todo se preparó pues para la batalla.

La formacion de los romanos fué en esta ocasion muy extraordinaria. No se formaron en una ó muchas líneas, como se acostumbraba, por temor de que los excediesen los enemigos, á causa de su número, y pensaron hacer frente á todos lados. Por otra parte, como la fuerza de los enemigos consistia en la ligereza de sus bajeles, creyeron que debian bogar oblicuamente y tomar una formacion que se rompiese con dificultad.

Para esto, los dos bajeles de seis órdenes que montaban los cónsules Régulo y Manlio, se pusieron de frente cada uno á su lado. Iban seguidos uno y otro de una fila de bajeles; á la una llamaban primera armada, y á la otra segunda. Las embarcaciones de cada fila se apartaban, y alargaban el intervalo á medida que se formaban, y volvian la proa hácia fuera. Puestas así las dos primeras armadas, en forma de pico ó de ángulo, se formó otra línea de bajeles, que se nombró la tercera armada. Cerraba el intervalo, y hacia frente á los enemigos; de suerte que este órden de batalla tenia la figura de un triángulo. Estas tres líneas componian un cuerpo separado, que se componia de tres escuadras, porque las llamaban así. Esta tercera línea ó tercera escuadra, remolcaba los bajeles destinados para transportar la caballería, los que formaban segundo cuerpo. Finalmente la cuarta escuadra ó los triarios (este era el nombre que le daban) venian despues, y estaban á la retaguardia, de tal suerte, que sobresalian de los dos lados á la línea que los precedia; y este era el tercer cuerpo.

De este modo, el órden de batalla representaba un ángulo ó punta, cuya cúspide estaba cóncava, y sólida la base; pero fuerte en su todo, propio para la accion y difícil de romper.

Los cartagineses de su parte formaron casi todos los bajeles en una misma línea. La ala derecha, mandada por Hannon y compuesta de las galeras mas ligeras y mas ágiles, se avanzaba mucho en alta mar para acercar las de los enemigos que le estaban opuestas, y tenia todas las proas vueltas hácia ellos. La ala izquierda, que hacia la cuarta parte de la armada, estaba puesta en forma de tenaza y tiraba hácia la tierra. Amílcar, en calidad de almirante, mandaba el centro y el ala izquierda. Usó de estratagema para separar los bajeles de los romanos. Prometiéndose estos una victoria segura contra bageles que se habian estendido tanto, empezaron el ataque por el centro, el que tuvo órden de retirarse poco á poco, como cediendo al enemigo, y disponiéndose á huir. Los romanos no dejaron de seguir á los fugitivos. Con esta maniobra, la primera y segunda escuadra (se dijo antes lo que se debe entender por estas palabras) se alejaban de la tercera, que remolcaba los bajeles de carga, y de la cuarta en la que estaban los triarios destinados á sostenerlos. Luego que estuvieron á cierta distancia, con la señal que se dió desde el bajel de Amílcar, los cartagineses se echan todos á un mismo tiempo sobre los bajeles que seguian. Los cartagineses excedian á los romanos en la ligereza de sus bajeles, en la destreza y facilidad que tenian, tan presto de acercarse, tan presto de retroceder; pero el vigor de los romanos en la pelea, sus cuervos para aferrar los bajeles enemigos, la presencia de los dos cónsules que combatian á su frente, y á cuya vista se enardecian para señalarse, no les inspiraban menos confianza, que la que tenian los cartagineses. Tal era el choque de este lado.

Al mismo tiempo Hannon que mandaba la ala derecha, vino á caer sobre los bajeles de los triarios, é introdujo en ellos la turbacion y confusion. Por otra parte, los cartagineses que estaban en forma de tenaza, y cerca de tierra, se ponen de frente, y acometen los bajeles que remolcaban los romanos. Estos sueltan luego las cuerdas, y vienen á las manos, de suerte que toda esta batalla estaba dividida en tres partes, que hacian otros tantos combates muy distantes uno de otro.

Como de los dos lados eran las fuerzas con poca diferencia iguales, lo fué tambien en los principios la ventaja. Finalmente no pudiendo resistir mas el cuerpo que mandaba Amílcar se puso en huida, y Manlio ató á sus bajeles los que habia tomado. Régulo al mismo tiempo fué al socorro de los triarios, y de los bajeles de carga, llevando consigo las embarcaciones de la segunda escuadra, que no habian padecido nada. Interin que pelea con Hannon, los triarios, que se rendian ya, recobran el ánimo y vuelven á la carga con vigor. Los cartagineses, atacados por detrás y por delante, no pudieron resistir mas tiempo y tomaron la huida.

Estando en esto, vuelve Manlio y descubre la tercera escuadra arrinconada contra la ribera por los cartagineses de la ala izquierda. Asegurados los bajeles de carga, y los triarios, se unen Régulo y el para correr á sacarla del peligro en que estaba; porque sostenia una especie de sitio, y hubiera sido enteramente derrotada, si los cartagineses, por el temor de ser atacados, y obligados á llegar á las manos, no se hubiesen contentado con estrecharla contra tierra, sin atreverse á atacarla. Llegando los cónsules muy á tiempo, rodearon á los cartagineses, y les tomaron cincuenta bajeles con todo el equipaje.

Tal fué el suceso de aquella batalla naval, cuya ventaja fué enteramente favorable á los romanos. Perecieron en ella veinte y cuatro embarcaciones suyas, y mas de treinta de los cartagineses. Ningun bajel de guerra de los romanos cayó en poder del enemigo y le tomaron ellos mas de sesenta y cuatro.

Nunca los romanos, ni aun en tiempo de sus mayores fuerzas, pusieron en la mar sin ayuda de nadie, y en su propio nombre, una armada tan numerosa, como la de que se habla aquí; y Polibio hace esta advertencia. Cuatro años antes ignoraban absolutamente lo que era armada; y véase aquí una de trescientos y treinta bajeles con puente que pone en la mar.

Viendo la rapidez con que se fabricaban estos bajeles, da tentacion de creer que eran de una grandeza muy moderada, y que no podian contener mucha gente. Aquí se ve lo contrario. Polibio nos previene una circunstancia, que en ninguna otra parte se advierte tan claramente y que nos importa extremamente

saber; es que cada galera llevaba trescientos remeros, y ciento y veinte soldados. ¡Cuánto sitio se necesitaba para las prevenciones de una galera semejante, para el almacen de los víveres, y para el depósito del agua! se ve en Tito Livio que se llevaban en ella víveres y agua, algunas veces para cuarenta y cinco dias, y otras sin duda para un tiempo mas largo.

Los cuervos, de los que se habla con frecuencia en los combates de mar, máquina propia para enganchar los bajeles, nos enseñan que los antiguos no hallaban medio mas eficaz para asegurarse la victoria, que abordar y llegar á las manos. Llevaban regularmente en sus bajeles, ballestas, y catapultas para tirar saetas y piedras. Aunque aquellas máquinas que les servian de lo que nuestros cañones, hiciesen prodigiosos efectos, no se servian de ellas, sino cuando estaban los bajeles á cierta distancia; y llegaban al abordaje lo mas presto que les era posible; y nunca se ve tan manifiesto el valor de las tropas como en este lance.

Las galeras que componian aquí las dos armadas, eran de tres órdenes de remos, ó á lo mas de cinco. Las que llevaban los dos cónsules eran de seis órdenes. En el combate de Milo, montaba el almirante una galera de siete órdenes de remos. Bien se considera que aquellas galeras de los almirantes no eran solo para la ostentacion; y debian servir en el combate mas que todas las otras.

Argumento del libro tercero.

Prólogo.—I. De los gramáticos.— Art. 1.º Gramáticos griegos.—Art. 2.º Gramáticos latinos.—Cortas reflexiones sobre el progreso y alteracion de las lenguas.—II. De los filólogos.—III. De los retóricos.—Art. 1.º De los retóricos griegos.—Art. 2.º De los retóricos latinos.—IV. De los sofistas.

Prólogo.— Llegamos finalmente á las artes y ciencias que dependen puramente del entendimiento, y que están destinadas para enriquecerle con todos los conocimientos propios para instruir al hombre, para perfeccionar su parte mas noble, para arreglarle el entendimiento y el corazon: en una palabra, para ponerle en estado de desempeñar los diferentes empleos á que le llame la divina Providencia. Porque, no nos engañemos, el fin de las ciencias no es hacerse docto únicamente para sí, ni satisfacer una inquieta y estéril curiosidad que nos arrastra, con un engañoso placer de objetos en objetos; sino contribuir cada uno á su modo, á la ventaja comun de la sociedad. Limitar su trabajo y sus estudios en su propia satisfaccion, y reconcentrarse en sí mismo, es ignorar que el hombre es parte de un todo, á que se debe referir, y cuyo primor consiste esencialmente en la union y armonía de las partes que le componen; y que todas, aunque por sendas diferentes, se dirigen al mismo fin, que es la útilidad pública.

Con esta idea distribuye Dios á los hombres diversos talentos y diversas inclinaciones, las que algunas veces son tan distinguidas y tan activas, que casi es imposible resistirlas; se sabe la inclinacion que tuvo el famoso Pascal á la geometría, desde su mas tierna juventud, y los maravillosos progresos que hizo en ella con sola la viveza de su ingenio, sin embargo del cuidado que tuvo su padre de ocultarle todos los instrumentos y libros que le podian dar alguna idea de ella. Podria referir mucho número de semejantes ejemplos en cada arte y en cada ciencia.

Las consecuencias y efectos de estas inclinaciones naturales, que anuncian casi siempre grandes talentos, son la perseverante aplicacion que tienen los sabios á ciertos estudios por lo regular abstractos y difíciles, algunas veces tambien desagradables y enfadosos, en los que encuentran, sin embargo, un oculto placer que los inclina á ellos con una fuerza casi invencible. ¿Quién puede dudar que este placer no sea como un cebo é incentivo que pone la Providencia en ciertos trabajos molestos y penosos, para suavizarles su aspereza, y hacer que superen con valor obstáculos que los fastidiarian presto ó tarde, si no estuviesen apasionados á su objeto, y poseidos por una inclinacion superior á todo?

¿Pero no se ve tambien que el fin que tuvo Dios en repartir, con una diversidad tan prodigiosa, los talentos é inclinaciones, fué poner á los sabios en estado de ser útiles á la sociedad en general, y procurarla todos los socorros, que dependen de ellos? ¿Y qué cosa mas honrosa y lisongera, si conocen bien su verdadera gloria, como verse escogidos entre todos los hombres para ser ministros, y cooperadores de los cuidados de la divina Providencia sobre el género humano en lo mas sublime y divino que hay, que es ilustrar los entendimientos y ser su luz?

¿Me será permitido, considerando esta infinita multitud de ciencias, destinadas para la instruccion del hombre, desde la gramática, que es la base de ellas, hasta las que son mas elevadas y sublimes, compararlas al conjunto de las estrellas, esparcidas en la vasta extension del firmamento para disipar las tinieblas de la noche? Veo en ellas á mi parecer, maravillosas semejanzas con las ciencias y sabios. Tienen cada una su lugar señalado, en el que se mantienen constantemente. Brillan todas, pero con un resplandor diferente, las unas mas, las otras menos, sin tener envidia á las demás. Caminan constantemente en la vereda que se les prescribió, sin apartarse jamás, ni á derecha ni á izquierda. Finalmente, y esto es lo que me parece mas digno de atencion, no lucen para sí mismas, sino para aquel que las hizo. Esta es nuestra obligacion y nuestro modelo. No digo mas de esto.

Contiene este libro lo que pertenece á los gramáticos, los filólogos (explicaré en su lugar la significacion de esta palabra) los retóricos y sofistas: debo advertir anticipadamente al lector, que encontrará en estos tratados, algunos abrojos y espinas: he quitado muchas de ellas, y las que quedan no las he dejado sino á pesar mio, viéndome precisado á esto por la naturaleza de las materias que trato.

I. Gramática.—La gramática la definian los antiguos el arte de hablar y escribir correctamente.

No hay cosa mas admirable en sí misma, ni que merezca mas nuestra atencion, que los dos dones, que nos hizo Dios, de la palabra, y de la escritura. Usamos continuamente de ellas, sin reflexionarlo casi jamás; y sin considerar las portentosas maravillas que contienen una y otra.

La palabra es una de las mayores ventajas del hombre, que le hace superior á todos los otros animales. Es una de las mayores pruebas de la razon: y se puede decir, que es la palabra, quien la evidencia mas. ¡Pero por qué arte ingenioso se produce! ¡Y cuántas diferentes partes es necesario que se unan, y concurran juntas al primer precepto del alma, para formar la voz!

Tengo un pensamiento en mí mismo, que quisiera comunicar á otros, ó alguna duda de la que desearia salir. No hay cosa mas espiritual, y por consiguiente mas distante de los sentidos que el pensamiento. ¿Que vehículo pues podrá hacer que pase hasta las personas que me cercan? Si no lo puedo lograr, contenido en mí mismo, reducido á mí solo, privado de

todo comercio, de toda conversacion, de todo consuelo, padezco tormentos inexplicables. La compañía mas numerosa, y el mundo entero no es para mí mas que una terrible soledad. La divina Providencia me ahorró todas estas penas, uniendo mis ideas á sonidos; y haciéndome dueño de estos sonidos por una mecánica natural, que no se puede suficientemente admirar.

Al momento mismo, y en el instante preciso que yo quiero comunicar á otros mi pensamiento, el pulmon, la garganta, la lengua, el paladar, los dientes, los labios, y una infinidad de órganos, que dependen y hacen parte de ellos, se ponen en movimiento, y ejecutan mis órdenes con una rapidez, que previene casi mis deseos. El aire que sale de mi pulmon, diversificado y modificado en una infinidad de maneras, segun la diversidad de mis pensamientos, va á llevar el sonido al oído de mis oyentes, y les dice todo lo que se pasa en mí, y todo lo que yo quiero que sepan.

¿Para aprender á producir efectos tan maravillosos, tuve necesidad de maestros, de lecciones, de instrucciones? La naturaleza, esto es, la divina Providencia lo hizo todo en mí, pero sin mí. Labró en mi cuerpo todos los órganos necesarios para producir estos maravillosos efectos, y los hizo de una delicadeza, que casi se escapa á los sentidos, y con una variedad, una multiplicidad, una distincion, un arte, una industria que confiesan los naturalistas ser superiores á toda expresion y á toda admiracion. No es esto bastante. Nos dió una suprema autoridad sobre todos estos órganos, para quienes nuestros puros deseos son una voz imperiosa, á la que no resisten; y la que los pone luego en movimiento. ¿Porqué no somos dóciles y sometidos de este modo á la voz del criador? Es un antiguo quien habla.

El modo de formar la voz contiene, como he dicho, maravillas sin número. No referiré aquí de ellas mas que una circunstancia por la que se juzgará de las otras. Está sacada de las memorias de la academia de las ciencias.

En nuestra garganta, y en lo alto de la traquiarteria, que es el canal por donde entra el aire en los pulmones, y por donde sale de ellos, hay una hendidura oval, capaz de abrirse mas ó menos, que se llama la « glotis. » Como la abertura de esta glotis es muy pequeña, por lo respectivo á lo ancho de la traqui, no puede salir el aire de la traqui por la glotis sin aumentar extremamente su viveza, y sin precipitar su curso. Así agita violentamente, cuando pasa, las pequeñas partecillas de los dos labios de la glotis, las mueve y les hace dar vibraciones que causan el sonido. Este sonido, dispuesto de este modo, va á resonar en la cavidad de la boca y de las narices.

La glotis forma los tonos, como tambien el sonido; y no puede ser esto, sino por las diferentes mudanzas de su abertura. Es oval, como he dicho ya, y capaz de alargarse hasta cierto punto ó de estrecharse; y con esto las fibras de las membranas, que la componen, se hacen mas largas para los tonos bajos, y mas cortas para los tonos altos.

Se ve por un cálculo exacto del señor Doart, que para todos los tonos y semitonos de una voz regular, para todas las pequeñas partecillas de tono, con que se puede levantar una octava, sin violentarse, para la mas ó menos fuerza, que se puede dar al sonido sin mudar el tono, se debe necesariamente suponer, que el pequeño diámetro de la glotis, que es de menos de una línea, y que muda de longitud á todas estas mudanzas, se dividirá y se divide actualmente en nueve mil seiscientas treinta y dos partes; que tampoco estas partes son todas iguales, y por consiguiente algunas son mucho mas pequeñas que la 1|9632 parte de una línea. ¡Qué arbitrio para que el arte de los hombres pudiese llegar jamás á divisiones tan sútiles y delicadas! ¿Y no es de admirar que la misma naturaleza las pudiese ejecutar? Por otra parte, no es menos admirable que el oído, que tiene un sentido tan exacto para los tonos, conozca por poco que se desentone la voz, una diferencia, cuyo orígen no es mas que la 1|9632 parte de menos de una línea.

Este mismo oído nos debe asombrar al considerar su extructura, construido de una manera admirable, para juntar de todas partes en sus cavidades « anfractuosas » las impresiones y ondulaciones del sonido, y para determinarlas después con una suave reflexion hácia el órgano interno del oído. Pertenece á los naturalistas el aclarar todas esas maravillas. Pero nos toca á nosotros admirar con reconocimiento las infinitas ventajas de que gozamos casi á cada momento, sin reflexionarlo bastante. ¿Qué seria un pueblo de mudos, unidos por la habitacion, pero que no se pudiesen participar sus pensamientos, sino con señales y acciones; ni comunicarse mútuamente sus necesidades, sus dudas, sus dificultades, su alegría, su tristeza, en una palabra, todos los sentimientos de su alma, en lo que consiste propiamente la vida del hombre racional?

La escritura es otra maravilla, que se acerca mucho á la de la palabra, y que le añade nuevo precio por la extension que da al uso que se puede hacer de ella, y por la estabilidad, y una especie de perpetuidad que le procura. Lucano pintó perfectamente esta invencion en unos excelentes versos.

Esta invencion nos pone en estado de conversar y hablar con los ausentes, y hacer que lleguen hasta ellos nuestros pensamientos y nuestras ideas, no obstante la infinita distancia de los lugares. La lengua, que es el primer instrumento y primer órgano del discurso, no tiene parte en este comercio igualmente útil y agradable. La mano instruida con el uso de imprimir en el papel caractéres sensibles, le presta su ministerio, es su intérprete, muda como es, y se hace, en su lugar, el vehículo de la palabra.

Á esta misma invencion, como lo advierte tambien Teodoreto, cuyas palabras acabo de citar, somos deudores del rico é inestimable tesoro de los escritos que han llegado hasta nosotros, y los que nos han dado el conocimiento, no solamente de las artes, de las ciencias y de todos los hechos pasados, sino, lo que es infinitamente mas apreciable, de las verdades y misterios de la religion.

¿Es fácil comprender cómo pudieron los hombres componer de veinte y cinco ó treinta letras á lo mas, esta infinita variedad de palabras, que no teniendo en sí mismas cosa que se parezca á lo que pasa en nuestra idea, no dejan de descubrir á los otros todo el secreto de ella, y hacer que entiendan los que no la pueden penetrar todo lo que concebimos, y todos los diversos movimientos de nuestra alma? Pasemos con la imaginacion á aquellos países, en donde no ha penetrado la invencion de la escritura, ó no se ha puesto en práctica. ¡Qué ignominia! ¡Qué ignorancia! ¡Qué rudeza! ¡Qué barbarie! ¡Son hombres! Se puede consultar la sabia disertacion del señor Freret « sobre los principios del arte de escribir: » contiene una infinidad de cosas muy curiosas.

No nos avergoncemos de confesarlo, y tributemos un justo rendimiento de gratitud á aquel á quien solo somos deudores del os dos beneficios de la palabra y

de la escritura. Solamente Dios pudo enseñar á los hombres á establecer ciertas figuras para ser las señales de estos sonidos.

Véase aquí cuál es el primer objeto de la gramática, la que es, como he dicho ya, el arte de hablar y escribir correctamente. Era infinitamente mas estimada y cultivada, con mucho mas cuidado, entre los griegos y romanos, que entre nosotros, que la hemos despreciado y casi generalmente desatendido. Esta diferencia de dictámenes y conducta sobre este punto proviene, de que aquellas dos naciones ocupaban un tiempo considerable, y se aplicaban particularmente al estudio de su propia lengua, en lugar que rara vez aprendemos la nuestra por principios, lo que ciertamente es mucho defecto, en el modo con que instruimos por lo regular á los muchachos.

Admira leer en Quintiliano un magnífico elogio de la gramática, la que dice ser necesaria á los niños, agradable á los viejos, una dulce compañía en el retiro, y de todos los estudios el que produce mas utilidad de lo que promete. No es esta la idea que se hace de ella. Así tenia entre los antiguos mucha mas extension de la que le damos nosotros. No se limitaba á prescribir las reglas de hablar, de leer y escribir correctamente, lo que es una parte muy importante. La inteligencia y explicacion de los poetas pertenecia á la gramática, y comprendia cuantas cosas se contenian necesariamente en este estudio. Á esto juntaba otra parte, la que supone mucho caudal de erudicion y de juicio. Es la « crítica. » Explicaré muy presto en lo que consistia.

No se confundian estas especies de gramáticos, llamados tambien «filósofos» con los «gramáticos ó preceptores,» cuyo único empleo era enseñar á los muchachos los primeros elementos de la lengua griega ó latina. Por esto no gozaban estos últimos de las inmunidades y de los otros privilegios concedidos por los emperadores á los gramáticos.

Referiré aquí, en pocas palabras, lo que nos dice la historia de los que se han distinguido mas en este género; sea entre los griegos sea entre los romanos. El señor Capperonier, discípulo del colegio real, que examinó perfectamente todo lo que pertenece á la gramática, tuvo á bien comunicarme algunas observaciones sobre este asunto.

Art. 1.° No entraré en el exámen del orígen de las letras griegas. El que se quiera instruir en esta materia, la encontrará en las Memorias de la academia de las Inscripciones y Buenas letras, tratada con mucha erudicion por el difunto señor el abate Renodot. Yo sigo en esto la opinion comun de casi todos los autores griegos y latinos, quienes convienen en que Cadmo, que salió de Fenicia, comunicó á los griegos las primeras letras, que se llamaron jonias, cuya semejanza con el alfabeto hebreo ó fenicio, da bastante á entender su orígen. Me limito aquí á hablar de los que se han distinguido mas en la gramática griega.

Se cree que Platon es el primer autor, en quien se encuentran algunos vestigios del arte gramatical. Con efecto, en su « Filebo » muestra el modo con que se puede enseñar la ciencia de las letras. En su « Cratilo » examina la antigua y famosa cuestion, si la significacion de las palabras les es natural, ó si es arbitraria, y fundada únicamente en la voluntad de los hombres que quisieron aplicar tales ideas á tales palabras. Distingue dos especies de palabras: las primitivas, las que atribuye á Dios; las otras, que son de la invencion de los hombres. Insinúa, que la lengua griega venia de la hebrea, á la que llama lengua bárbara. En este mismo diálogo examina el orígen y etimología de muchos nombres. Y por esto, dice Favorino en Diógenes Laercio, que Platon fué el primero que observó la propiedad y uso de la gramática.

Sin embargo, parece que se podria considerar á Aristóteles como el primer autor de esta ciencia. Distribuyó las palabras en ciertas clases: examinó sus diferentes géneros y sus propiedades particulares. El capítulo veinte de su poética empieza por esta individualidad. « El estilo ó elocucion poética contiene estas ocho partes. El elemento, la sílaba, la conjuncion, el nombre, el verbo, el artículo, el caso ó inflexion, la proposicion ó frase. »

Hermipo, citado por Diógenes Laercio, dice que Epicuro enseñó la gramática antes que la lectura de los libros de Demócrito le determinase al estudio de la filosofía.

Quintiliano dice, que los filósofos estóicos añadieron muchas cosas á lo que Aristóteles y Teodecto habian inventado tocante á la gramática. Entre estas adiciones cuenta las preposiciones, el pronombre, el participio, el adverbio, y la interjeccion.

El gran etimologista Suidas, Hesiquio, Estéban de Bizancio, Ateneo, Harpocracion, y otros filólogos polígrafos hacen mencion de muchos antiguos gramáticos griegos, de los cuales los unos vivieron despues de Aristóteles y Alejandro el Grande, los otros despues del siglo de Augusto. Diremos alguna cosa de los mas célebres.

Se puede poner en la primera clase á Filetas, de la isla de Cos, á quien Tolomeo I, rey de Egipto, hizo preceptor de su hijo Tolomeo Filadelfo.

Hecateo, de Abdera, que habia compuesto un tratado tocante á la poesía de Homero y de Hesiodo.

Linceo, de Samos, discípulo de Teofrasto.

Zenodoto, de Éfeso, que fué el primero que corrigió las faltas que se habian insertado en las obras de Homero.

Callimaco, tio materno de aquel de quien nos quedan algunas poesías, contaba entre sus discípulos al célebre Eratostenes, de quien hablaré muy presto, bajo el título de filólogo.

Aristófano, de Bizancio, tuvo por maestro á Eratostenes. Vivia en tiempo de Tolomeo Filopator, y fué muy estimado.

Aristarco, discípulo de Aristófanes, borró con su reputacion la de todos los gramáticos que le habian precedido, ó que vivian en su tiempo. Nació en la Samotracia, y tuvo por patria de adopcion la ciudad de Alejandría. Fué muy estimado de Tolomeo Filometor, quien le confió la educacion de su hijo. Se aplicó extremamente á la crítica, é hizo una revision de las poesías de Homero, con una increible exactitud; pero puede ser con demasiado magisterio. Porque en no agradándole un verso, le trataba de supuesto: « Homeri versum negat, quen non probat. » Se dice que señalaba la figura de una brocha al lado de los versos que condenaba como supuestos, de donde *provino la* palabra « obelizein. »

Por grande que fuese la reputacion y autoridad de Aristarco, sin embargo, por lo regular se apelaba de sus juicios, y tomaban la libertad de condenar el gusto de aquel gran crítico, que decidia en algunas ocasiones, que tales y tales versos de la Ilíada, se debian traspasar á la Odisea. Rara vez sale bien de este género de transposiciones, y por lo regular dan á entender mas audacia que juicio. Zenodoto tuvo encargo de examinar y reconocer la crítica de Aristarco.

En opinion de muchas personas fué este Aristarco quien dividió los dos grandes poemas de Homero, cada uno en tantos libros como tiene de letras el alfabeto,

y quien dió á cada libro el nombre de una letra.

Escribió tambien sobre Píndaro, sobre Arato, y sobre otros poetas.

Tuvo muchas disputas en Pérgamo con el gramático Cratis, de quien hablaré muy presto.

Ciceron llama á Ático su Aristarco, porque, como buen amigo, y como censor de una crítica segura, tenia á bien examinar y corregir sus arengas. Horacio se sirve tambien de este nombre para denotar un crítico puntual y juicioso.

Quintiliano nos dice, que aquellos gramáticos críticos, no solamente se tomaban la libertad de censurar como con la vara de censor, los versos que les desagradaban, y quitar del número de las obras de un autor libros enteros, como otras tantas producciones supuestas que se les atribuian sin razon, si no que extendian su autoridad hasta señalar á los escritores sus clases, dando á algunos una distincion honrosa, dejando á muchos en la muchedumbre, y degradando enteramente á otros.

Lo que he dicho de Aristarco nos muestra que la crítica, que era el principal merito de los antiguos gramáticos, consistia principalmente en discernir el verdadero autor de una obra, en distinguir los escritos que se le suponian de aquellos que realmente habian salido de su pluma; en aquellos mismos que están reconocidos por suyos, reprobar pasajes, que hubiese insertado en ellos algun otro de propósito: finalmente, en hacer que se conozca lo mas excelente, lo mas sólido y mas notable que hay en las obras ingeniosas, y en dar la razon de esto. Pues todo esto requiere mucha lectura, erudicion, gusto, y especialmente un discernimiento justo y exacto. Para conocer la útilidad de este arte, y percibir su valor, no es necesario mas que acordarse de ciertos pueblos y ciertos siglos, en los que reinaba una profunda ignorancia, y en los que, por falta de crítica, los absurdos mas groseros, y las falsedades mas sensibles, pasaban en todo género por verdades incontestables. Esta es la gloria de nuestro siglo, y el efecto de los buenos estudios, haber enteramente disipado todas estas nubes, con la luz de una sólida y juiciosa crítica.

Crates de Mallos, ciudad de Cilicia, era contemporáneo de Aristarco. Le envió á Roma, en calidad de embajador, Atalo II, rey de Pérgamo. Introdujo en aquella gran ciudad el estudio de la gramática, que habia sido hasta entónces su principal ocupacion. Dejó nueve libros de correcciones sobre los poemas de Homero.

Despues de su muerte se vieron tambien en Roma muchos críticos griegos; entre otros los dos Tiraniones.

Tiranion, gramático celebre en tiempo de Pompeyo, era de Amisa, en el reino del Ponto. Se llamaba en los principios Teofrasto; pero por causa de que castigaba á sus condiscípulos, y puede ser que á sus discípulos, se le nombró Tiranion.

Fué discípulo de Dionisio de Tracia en Rodas. Cayó en poder de Lúculo, cuando aquel general de las tropas romanas puso en huida á Mitridates, y se apoderó de una parte de sus estados. Este cautiverio de Tiranion no le fué perjudicial, pues le procuró la ocasion de hacerse ilustre en Roma, y adquirir allí bienes. Los empleó, entre otros usos, en reunir una biblioteca, segun Suidas, de mas de treinta mil volúmenes. Cárlos Estéban y otros autores dicen solamente tres mil, lo que es mas verosímil.

El cuidado que tenia Tiranion de juntar libros, contribuyó, con mucha útilidad, para conservar las obras de Aristóteles: el destino de estas obras fué singular: le expuse en otra parte.

Su inteligencia y particular industria en este punto le puso en estado de hacer á Ciceron un servicio, que le agradó mucho, y al que quedó muy reconocido. Se sabe lo apasionadas que son á sus libros las personas estudiosas y eruditas. Son, por decirlo así, sus amigos de todas horas, que les hacen una fiel compañía: les hablan agradablemente en todos tiempos; les ofrecen tan presto una ocupacion séria, tan presto un recreo necesario; los siguen al campo y en sus viajes; y los que, en tiempo de adversidad, son casi su único consuelo. El destierro de Ciceron le habia sacado de su amada biblioteca. Parece que sintió ella la desgracia de su dueño, y que durante su ausencia se le extraviaron muchos libros. Uno de sus primeros cuidados, luego que volvió, fué juntar los que le habian quedado, los que encontró en mayor número de lo que habia esperado. Encargó á Tiranion que los pusiese en órden, y que los dispusiese bien, lo que ejecutó perfectamente. Ciceron, en una carta en que convida á su amigo Ático á que le venga á ver, le asegura que le agradará mucho el bello órden que habia puesto Tiranion en su biblioteca. Este querido amigo, á instancias suyas, le habia enviado dos esclavos muy hábiles en encuadernar libros, y en unirlos, los que se llamaban por esta razon « glutinatores. » Se sabe que los libros de los antiguos no estaban encuadernados como lo están los nuestros, sino que eran largos rollos compuestos de muchas hojas de pergamino, cosidas y pegadas con cola las unas á las otras. Tiranion pusó á trabajar estos dos esclavos, que hicieron maravillas: y mi biblioteca, dispuesta con un órden tan excelente, dice Ciceron, parece que ha añadido un alma á mi casa.

El mérito de Tiranion no se limitaba en poner en órden los libros: sabia usar de ellos. Cuando César estaba en África para hacer la guerra á Juba, Ciceron y Ático se dieron palabra de señalar un dia para asistir á la lectura que les haria Tiranion de un libro que habia compuesto. Habiéndole oido leer Ático sin su amigo, recibió quejas de este. « ¡Qué! le dice Ciceron, ¿ yo me he negado á oir esta lectura, porque estabas ausente, y tú no te has dignado esperarme para dividir conmigo este gusto? pero te perdono esta falta en atencion á lo que admiras esta obra. » ¿ Cuál era pues este libro tan útil y digno de ser alabado, y aun admirado de un hombre tal como Ático? Eran observaciones sobre la gramática, sobre los diferentes acentos, sobre la cantidad de las sílabas y sobre lo que se llama « prosodia. » ¿ Se creeria que personas de un mérito tan raro pudiesen tener gusto en este género de obras? Hacian mucho mas, y componian ellos mismos otras semejantes, como nos lo dice Quintiliano de Cesar y de Mesala: el primero habia compuesto un tratado sobre la analogía, y el otro sobre las palabras y las letras.

Era preciso que hiciese Ciceron mucho caso de Tiranion, pues le permitió abrir en su casa un estudio de gramática, en el que enseñaba este arte á algunos jóvenes romanos, y entre otros al hijo de su hermano Quinto, y sin duda tambien al hijo del mismo Ciceron.

Tiranion, nombrado así por haber sido discípulo del precedente, se llamaba Dioclés de su primer nombre. Era de Fenicia. Fué hecho prisionero en la guerra de Marco Antonio, y Augusto, y comprado por un liberto del emperador llamado Dimas. Le regalaron despues á Terencia, la que le dió libertad: habia sido esposa de Ciceron, quien la habia repudiado. Tiranion puso estudio en Roma, y compuso sesenta y ocho libros. Hizo uno de ellos para probar que la lengua la-

tina descendia de la griega; y otro que contenia una correccion de los poemas de Homero.

Dionisio el tracio era discípulo de Aristarco. Enseñó la gramática en Roma, en tiempo de Pompeyo, y compuso muchos libros de gramática, muchos tratados sobre diferentes materias, y un gran número de comentarios sobre diversos autores. Fabricio publicó una gramática suya en su bibliotoca griega.

Esta obra nos puede dar alguna idea del método de los antiguos gramáticos griegos. Divide el autor su obra en seis partes: 1.ª La lectura, segun los acentos. 2.ª La explicacion de los tropos ó figuras poéticas. 3.ª La interpretacion de los dialectos, de las palabras extraordinarias, y de ciertos puntos históricos. 4.ª El descubrimiento de la etimología de las palabras. 5.ª La puntual averiguacion de la analogía. 6.ª El modo de juzgar de los poemas, lo que considera Dionisio como la parte mas importante para su arte. Luego, después de haber expuesto los tres acentos, es á saber, el agudo, el grave, y el circunflejo, explica las diferentes especies de puntuacion. Pone tambien de paso la definicion de la «Rapsodia» en el sentido de los antiguos homeristas, quienes teniendo en la mano una varilla de laurel, cantaban retazos sueltos de los poemas de Homero. De allí pasa á la explicacion de las letras, las divide en vocales y consonantes, y estas en hemífonas ó semivocales, áfonas ó cacófonas, esto es, mal sonantes, porque supone que tienen menos sonido que las otras. Finalmente, subdivide las áfonas en ténues, medias y aspiradas, sin olvidar las letras dobles y líquidas ó inmutables. Después de esto trata de las sílabas largas, breves y comunes. En fin explica, las partes de la oracion, las que reduce á ocho, que son; el nombre, el verbo, el participio, el artículo, el pronombre, la preposicion, el adverbio y la conjuncion. Consideraba este autor la interjeccion como una especie de adverbio. Habiendo expuesto las seis conjugaciones ordinarias de los verbos llamados barítos, observa que algunos gramáticos les añaden otra, cuya terminacion era zo y pso, como alezo y spso. Los verbos circunflejos en eo ao oo, y los cuatro verbos en mi no los olvidaban.

Esta individualidad de gramática nos parece enfadosa é inútil. Los antiguos no eran de esta opinion. Hasta de la puntuacion y de los acentos hacian un uso muy útil.

Sabian que una buena puntuacion sirve para dar al discurso claridad, gracia, armonía; y que alivia los ojos é inteligencia de los lectores y de los oyentes, haciendo que se conozca el órden, la continuacion, la union y distincion de las partes, dando á la pronunciacion naturalidad, y prescribiéndole justos límites y pausas de diferentes géneros, segun lo requiere el sentido. Y todo esto se lo debemos á los gramáticos. Los eruditos que usan de los antiguos manuscritos, en los que no se encuentran ni comas ni puntos, ni otra alguna distincion, experimentan de qué confusion, y dificultades es causa esta manera viciosa de escribir. Esta parte de la gramática (la ortografía) está casi generalmente despreciada entre nosotros, por lo regular tambien entre los eruditos, y sin embargo no es estudio sino de media, ó de una hora.

Lo mismo digo de los acentos. El acento es una elevacion de voz sobre una de las sílabas de la palabra, despues de la cual se viene necesariamente á minorar la voz. La elevacion de la voz se llama acento agudo, y la diminucion acento grave. Pero porque habia en griego y en latin ciertas sílabas largas, sobre las cuales se elevaba, y disminuia la voz, habian inventado otro acento, al que llamaban circunflejo, que y los comprendia ambos.

Los gramáticos introdujeron los acentos en la escritura (porque no son de la primera antigüedad) para distinguir la significacion de algunas palabras, sin esto equívocas, para formar cadencias mas armoniosas, para variar los tonos, y para saber cuándo se debia elevar, ó bajar la voz.

Hay mil observaciones semejantes, de las que hacemos poco caso. Entre los griegos, y latinos, todos los niños, desde la mas tierna edad, aprendian exactamente estas reglas de gramática que se les hacian como naturales por un largo uso. De aquí proviene que en Atenas, y en Roma aun el ínfimo pueblo conocia si los oradores ó comediantes faltaban en la cosa mas mínima, en el acento ó en la cantidad, y les disonaba esto sensiblemente.

Dejo un gran número de célebres gramáticos que se distinguieron en lo sucesivo por su gran saber.

Julio Pólux de Naucracia, ciudad de Egipto, nos dejó un Onomasticon, obra muy estimada entre los sabios. Vivia en el segundo siglo en tiempo del emperador Cómodo.

En el intervalo de tiempo que se pasó desde el septimo siglo hasta la toma de Constantinopla por Mahometo II en 1453, encontramos varios doctos gramáticos, que trabajaron mucho en aclarar los autores griegos, y en hacerlos mas inteligibles. Tales son entre otros Hesiquio, autor de un excelente diccionario, que es de mucho uso para entender los poetas: el gran etimologista Suidas, que compuso un gran diccionario histórico y gramatical, en el que hay mucha erudicion: Juan Tzetzes, Autor de una historia contenida en trece libros con el nombre de Quiliades; y su hermano Isaac, comentador de Lycofron: Eustacio, arzobispo de Tesalónica, autor de los grandes comentarios de Homero: y otros muchos.

Art. 2.º Gramáticos latinos. — Suetonio en su libro de los «Gramáticos ilustres,» dice que en otros tiempos aun no se practicaba en Roma la gramática, bien lejos de tener en ella estimacion, porque aquellos antiguos romanos hacian mucha mas vanidad de ser belicosos, que de ser eruditos; y que Crates de Mallos, de quien se habló antes, fué el primero que introdujo en Roma el estudio de la gramática. Aquellos antiguos gramáticos enseñaban al mismo tiempo la retórica, ó á lo menos disponian á ella sus discípulos con ejercicios preliminares.

Entre los veinte gramáticos ilustres que menciona Suetonio, se encuentran:

Aurelio Opilio, que enseñó primero la filosofía, después la retórica, y en fin la gramática. Advertí ya que este arte tenia mucha mas extension de la que hoy dia tiene.

Marco Antonio Gnifon, que enseñaba tambien la retórica en casa de Julio César, todavía niño. Ciceron en el tiempo de la pretura asistia á sus lecciones.

Ateyo, denominado el Filólogo. Salustio y Asinio Polion fueron sus discípulos.

Verrio Flaco, que habia compuesto una coleccion de las palabras difíciles, abreviada despues por Festo Pompeyo, fué preceptor de los nietos de Augusto.

Cayo Julio Higino, liberto de Augusto, guardia de su biblioteca, á quien se atribuye una mitología y un tratado de astronomía poética.

Marco Pomponio Marcelo, que se atrevió á censurar un discurso de Tiberio. Y como Ateyo Capiton le quisiese justificar defendiendo que la palabra censurada por este gramático era latina, ó que si todavia no lo era, lo seria, Pomponio dió esta memorable respues-

ta: « Podrá el emperador conceder derecho de ciudadanos á los hombres, pero no se lo puede dar á las palabras. »

Remio Palemon de Vicencia, quien habiendose hecho celebre en tiempo de los emperadores Tiberio y Claudio, por su mucha erudicion, por su facilidad en hablar, y en hacer versos de repente, se desacreditó mucho por sus malas costumbres, y por su arrogancia.

Además de los antiguos gramáticos, cuya vida escribió en compendio Suetonio, hay otros, cuyo nombre dá estimacion á este arte, aunque no la enseñasen de viva voz, sino solamente por escritos: tales como Varron, Ciceron, Mesala, Julio Cesar; porque aquellos grandes hombres no creian envilecerse tratando de semejantes materias.

Omito, por abreviar, muchos doctos gramáticos, de los que muchos tendrán su lugar en el capítulo siguiente, en el que hablo de los filólogos. Los que tengan la curiosidad de querer juntar todas las obras latinas hechas sobre esta materia, las encontrarán en la recopilacion de los antiguos gramáticos, publicada por Elías Putsquio en 1605, dos volúmenes en cuarto. Un libro excelente y necesario para todos los maestros, que enseñan la lengua latina, es la « Minerva » de Santcio, con las notas de Esciopio y Perizonio.

Creo que me permitiran ahora mis lectores algunas cortas reflexiones sobre el progreso y alteracion de las lenguas.

Es cosa rara cómo se forman las lenguas, se aumentan, se perfeccionan, y cómo, despues de cierto curso de años, degeneran y se corrompen.

Dios, único autor de las lenguas primitivas (¿y cómo las pudieran haber inventado los hombres?) introdujo el uso de ellas, para castigar y disipar la necia empresa de los hombres, que quisieron, antes de separarse, hacer su nombre inmortal con la construccion del edificio mas soberbio que se hubiese visto sobre la tierra. Hasta entónces, los hombres que no componian mas que como una misma familia, tampoco hablaban mas que una misma lengua. Repentinamente, por un prodigio de los mas portentosos, borró Dios en su celebro los vestigios antiguos de todas las palabras que sabian, y les substituyó otras nuevas, que originaron de repente nuevos idiomas. Se puede creer, que cuando se distribuyeron los hombres en diferentes provincias, cada uno se juntó á aquellos cuyo lenguaje entendia, y de quienes era igualmente entendido.

Yo me limito á los hijos de Javan (en hebreo Javan es el mismo que Jon) de quienes descienden los jonios, esto es, los griegos. Vease pues la lengua griega establecida entre ellos, enteramente diferente de la hebrea (hablo en suposicion de que la hebrea fué la lengua del primer hombre), diferente, nó solamente en cuanto al modo de declinar los nombres, y conjugar los verbos, si tambien en las inflexiones, las elocuciones, las frases, el número, la cadencia. Porque es de notar que dió Dios á cada lengua un carácter, un genio particular, que la distingue de todas las otras, y cuyo efecto es sensible, aunque no se pueda determinar la razon de esto. La multitud de palabras griegas, con que se halló enriquecida su memoria desde estos primeros tiempos, el uso, la necesidad, la invencion, y la práctica de las artes (puede ser tambien la comodidad ó el adorno), hicieron que se añadiesen otras nuevas. Se cuentan dos mil ciento y cincuenta y seis raíces griegas. Los derivados y compuestos aumentan mucho este número, y se multiplican infinito: ninguna lengua se acerca á la griega en cuanto á la abundancia y riqueza.

Hasta aquí no hemos visto mas que como el material de la lengua griega, esto es, las palabras de que se compuso, las que casi no fueron mas que un don del Criador y de la necesidad. El uso, el enlace, la colocacion de estas palabras, tuvieron necesidad del arte. Se observó que, entre los que usaban de esta lengua, los unos hablaban mejor que los otros, y que explicaban sus pensamientos de una manera mas clara, mas seguida, mas enérgica, mas agradable. Los tomaron por modelos, los estudiaron con cuidado, hicieron observaciones sobre sus discursos, fuese que estuviesen escritos, ó pronunciados solamente. Y esto dió lugar á lo que llamamos gramática, la que no es otra cosa que una coleccion de observaciones sobre el idioma: trabajo muy importante, ó mas bien absolutamente necesario para fijar las reglas de una lengua, para reducirlas á un metodo natural que facilite su estudio, para aclarar las dudas y dificultades, para que se conozcan y separen los usos viciosos, y para conducirla con reflexiones juiciosas y prudentes, á todo el primor que puede recibir.

Nada sabemos de los principios ni de los progresos de la lengua griega. Los poemas de Homero son la obra mas antigua que tengamos en esta lengua; y su expresion es tan perfecta, que todos los siglos siguientes no les pudieron añadir cosa alguna. Esta perfeccion del lenguaje se mantuvo y conservó entre los griegos mucho mas tiempo que en otra alguna nacion. Desde Homero hasta Teócrito se pasaron mas de quinientos años. Todos los poetas que florecieron durante aquel largo intervalo de tiempo, se consideran, excepto un cortísimo número, como perfectos en cuanto al lenguaje, cada uno en su género. El mismo juicio se debe hacer con corta diferencia de los oradores, de los historiadores, y de los filósofos. El gusto de las armas, universal y dominante entre los griegos, la estimacion que hicieron siempre de la elocuencia, el cuidado que tenian de cultivar su lengua, la que aprendian sola, despreciando, por la mayor parte, hasta la lengua romana, que era la lengua de sus soberanos, todo esto contribuyó para mantener la lengua griega en su pureza por espacio de muchos siglos, hasta la traslacion del imperio á Constantinopla. Entónces la mezcla del latin, y la debilitacion del imperio, la que trajo consigo la decadencia de las artes, ocasionó una sensible mudanza en la lengua griega.

Los romanos, ocupados únicamente del cuidado de establecer y asegurar sus conquistas por la via de las armas, no pensaron mucho á los principios en limar y perfeccionar su lengua. Lo poco que nos queda de los anales de los pontífices, de las leyes de las doce tablas, y de algunos otros monumentos en corto número, da á entender, cuán tosca e imperfecta era en aquellos primeros tiempos. Se perfeccionó poco á poco en lo futuro con aumentos insensibles. Tomó mucho número de palabras de la lengua griega, las que vistió á su moda, y las hizo como naturales: ventaja que no habian tenido los griegos. Se descubre y se conoce tambien, el gusto de la lengua griega en los antiguos poetas latinos, tales como Pacuvio, Ennio, Plauto, especialmente en las palabras compuestas, que son muy frecuentes en ellos. Los discursos que tenemos de Caton, de los Gracos, y de los otros oradores de su tiempo, muestran un lenguaje ya muy rico, muy enérgico, y al que no le faltaba mas que gracia, órden, armonía.

El comercio mas frecuente que tuvo Roma con la Grecia, despues que la conquistó, ocasionó en ella una mudanza entera en cuanto al lenguaje, como tambien en cuanto á la inclinacion á la elocuencia y poesía, dos

cosas que parecen inseparables. Comparando á Plauto con Terencio, á Lucrecio con Virgilio, se creeria que habian estado separados por muchos siglos, y no obstante no están distantes los unos de los otros sino pocos años. Se puede fijar en Terencio la época de la renovacion, ó mas bien del establecimiento de la pura latinidad en Roma, y llegar con esta época hasta la muerte de Augusto, espacio que comprende ciento cincuenta años, y alguna cosa mas. Este fué el buen siglo de Roma, por lo respectivo á las buenas letras y á las artes; y fue como se le llama el siglo de oro, en el que una multitud de autores del primer mérito puso la pureza y elegancia de la diccion en su último período, con escritos, enteramente diferentes en cuanto al estilo y la materia, pero todos igualmente distinguidos en el extremo de la pura latinidad, y del buen gusto.

Este progreso tan rápido de la lengua latina debe admirar menos, cuando se considera, que hombres tales como Escipion africano el menor, y Lelio de un lado, y de otro Ciceron y César, no se desdeñaban, en medio de sus importantes ocupaciones, los primeros de prestar su mano y pluma á un poeta cómico, los otros de componer ellos mismos tratados sobre la gramática.

Esta pureza de lenguaje fué siempre declinando desde la muerte de Augusto, como tambien el gusto de la sana elocuencia: porque su suerte casi siempre es la misma. Por poco discernimiento que se tenga, se ve una sensible diferencia entre los autores del tiempo de Augusto, y los que vivieron despues de él. Pero doscientos años despues, es extrema la diferencia, como se conocerá fácilmente con la lectura de los escritores de la historia Augusta. La pureza de la lengua casi solo se conservó (tambien con alguna alteracion) entre los jurisconsultos Ulpiano, Papipiano, Paulo, etc.

No sé si tuve razon en decir que la suerte del lenguaje y la del gusto era siempre la misma. Tenemos antiguos autores nuestros, como Alfonso de Palencia y otros, cuya lectura agrada todavía infinito, y agradará sin duda siempre. ¿Qué es lo que se aprecia y estima en estos autores? No es el lenguaje, pues no podríamos al presente sufrir uno semejante. Es un no se qué, que se conoce mejor de lo que se puede explicar: un aire sencillo y decente, una expresion graciosa, modos naturales, una nobleza y grandeza de estilo sin afectacion, ni pomposidad; sobre todo, pensamientos tomados en la naturaleza, que salen del corazon, y van al corazon: en una palabra, es aquel gusto antiguo de Atenas y de Roma, que es de todos tiempos y de todos paises, y pone en los escritos cierta sal, cuya delicadeza y primor se deja conocer de todo lector hábil, y añade nuevo precio á la bondad y solidez de las mismas cosas.

¿Pero porqué no agrada ya este antiguo lenguaje? Hablo solamente de las palabras. Falta un grandísimo número de ellas en la lengua usada. Se hallan excelentes en estos autores antiguos: las unas claras, simples, naturales, las otras llenas de vigor y energía. Deseé siempre que algun sugeto hábil hiciese una corta recopilacion de una y otras, esto es, de lo que nos falta, y de lo que podemos adquirir, para que nos hiciese ver el daño que experimentamos en desatender de este modo el progreso y adelantamiento de nuestra lengua, y para excitar la estúpida flojedad en que vivimos sobre este asunto. Porque si la lengua nuestra, rica por otra parte, y opulenta, experimenta, en ciertas ocasiones, una especie de escasez y pobreza, debemos imputar este defecto á nuestra falsa delicadeza. ¿Pues porqué no enriquecerla poco á poco con esas expresiones excelentes, que nuestros antiguos autores, en sus bellos escritos nos ofrecen, como vemos que lo practicaron tan útilmente los romanos? Bien sé que es necesario ser sobre este artículo muy discreto, y muy prudente; pero tampoco se debe llegar con la discrecion hasta una tímida pusilanimidad.

Tenemos motivo para creer que nuestra lengua alcanzará el mas alto punto de perfeccion á que puede llegar; y el honor que se le hizo de adoptarla en casi todas las cortes de la Europa, es una gloriosa prueba de esto. Si le falta alguna cosa, no puede ser, á mi parecer, sino defecto del que la usa, puesto que, los que saben manejar la lengua, apenas perciben que les falta alguna palabra para explicar sus pensamientos; pero la necesidad las introduce. Nuestra lengua tuvo en los siglos pasados, y tiene todavía en este, escritores de un mérito distinguido, y muy capaces de procurarla nuevas ventajas; pero respetan y temen al público. Se imponen, con justicia, la obligacion de arreglarse sobre su gusto, y no ofenderle. Así, para no correr el riesgo de desagradarle, casi jamás se atreven á arriesgar expresion alguna añeja, y dejan en este punto la lengua en el estado en que la encontraron. Pertenece pues al público hacerse, en honor de la lengua y de la nacion, menos delicado y menos desdeñoso; y á los autores tambien no ser tan tímidos; pero, lo repito, guardando siempre mucha discrecion y prudencia.

Pero yo no advierto que, exponiendo así mis reflexiones sobre nuestra lengua, podria parecer que falto yo mismo al respeto que debo al público; lo que sería muy contrario á mi intencion. Acabo este artículo que pertenece á la gramática, tomándome la libertad de repetir con los antiguos que este estudio es muy importante, y no se debe desatender. Veo con gusto que se examina con frecuencia, en muchas clases de la sociedad.

II. Filólogos. Se llaman filólogos los que trabajaron sobre los autores antiguos, para examinarlos, corregirlos, explicarlos, y publicarlos: aquellos que abrazaron esta literatura universal, que se extiende á todo género de ciencias y autores, y era antiguamente la principal, y la parte mas agradable de la gramática. Se entiende pues por «filología» una especie de ciencia compuesta de gramática, de retórica, de poética, de antigüedades, de historia, de filosofía, y algunas veces tambien de matemáticas, de medicina, y jurisprudencia, sin tratar ninguna de estas materias perfecta, ni separadamente, sino desflorándolas todas, ó en parte. Yo no sé porqué esta filología, que acreditó tanto á los Escalígeros, á los Salmasios, á los Casaubonos, á los Volsios, á los Sirmondos, á los Gronovios, etc. y que se cultiva todavía tanto en Inglaterra, en Alemania, y en Italia, está tan despreciada por acá, en donde ya no se hace caso mas que de las ciencias exactas, y puestas en su perfeccion, como la física, la geometría, etc. La Academia de las Buenas-letras, que, bajo de este nombre, contiene todas las especies de erudicion antigua, y moderna, y que publica todos los años, en sus Memorias, tratados sobre todo género de materias, puede contribuir mucho para renovar por acá, y aumentar este gusto de filología, y erudicion. Referiré aquí algunos de los que se han distinguido mas en este género de literatura, mezclando los griegos con los latinos.

Eratostenes. Suetonio dice que Eratostenes fué el primero que tuvo el nombre de «Filólogo.» Era de Cirena, y fue bibliotecario de Alejandría. Vivia en tiempo de Tolomeo Filadelfo. Habia abrazado todo genero

de ciencias, sin querer profundizar ninguna, lo que no hacen aquellos que se aplican particularmente á una sola, y quieren sobresalir en ella. Por esto se le dió el sobrenombre de «Beta;» porque, no pudiendo aspirar al primer lugar en ciencia alguna particular, á lo menos habia llegado al segundo en todas en general. Vivió ochenta años, y se dejó morir de hambre, no pudiendo sobrevivir á la pérdida de la vista que le afligió. Tendré todavía ocasion de hablar de él en otra parte. Tuvo por discípulo á Aristófanes de Bizancio que fué maestro del célebre crítico Aristarco.

Varron (Marc. Terencio) se ha considerado como el mas docto de los romanos. Nació el año 636 de la fundacion de Roma, y murió en el 726, de edad de noventa años. Asegura él mismo que habia compuesto cerca de quinientos volúmenes sobre diferentes materias. Dedicó el de la lengua latina á Ciceron. Compuso un tratado de la vida rústica, de «Re rustica,» que es muy estimado. Estas dos últimas obras han llegado hasta nosotros.

San Agustin admira, y pondera en muchos parajes, la vasta erudicion de aquel sabio romano. Nos conservó el plan de la grande obra de Varron, sobre las antigüedades romanas, compuesta de cuarenta y un libros. De esta obra habla Ciceron, dirigiéndose al mismo Varron. «Éramos antes, le dice, como extranjeros, y en algun modo errantes en nuestra propia ciudad. Vuestros libros nos han conducido, por decirlo así, á nuestras casas, haciéndonos conocer quienes eramos, y en dónde estábamos.» Despues de la enumeracion, que hace de ellos Ciceron, exclama san Agustin, lleno de admiracion.» Leyó Varron un número tan grande de libros, que es de admirar cómo pudo tener tiempo para componer otros: y sin embargo compuso un número tan grande de ellos, que apenas se concibe que pudiese un hombre solo leer tantos!» Era difícil que tantas obras se escribiesen en un estilo elegante, y limado. Así advierte el mismo san Agustin, que Ciceron alaba á Varron como á un hombre de un entendimiento penetrante, y de un saber profundo, nó como á un hombre muy expedito, y elocuente.

Asconio Pediano, citado por Plinio el Naturalista, y por Quintiliano, vivió en tiempo de Neron, y de Vespasiano. Tenemos un residuo de sus notas, ó comentarios sobre diferentes oraciones de Ciceron. Se puede decir que sirvió de modelo á la mayor parte de los críticos, y escoliastas latinos, que le siguieron, y á los que se han dedicado á explicar los autores.

Plinio dicho el «Antiguo,» se podria poner entre los historiadores, y aun mejor entre los filósofos, que trataron de la física. Pero la multiplicidad de materias de que habla en sus libros de la historia natural, ha sido causa de que yo creyese se le podia colocar entre los filólogos.

Plinio era de Verona, y vivia en el primer siglo, en tiempo de Vespasiano y Tito, que le honraron con su estimacion, y le emplearon en diferentes negocios. Sirvió en el ejército con distincion: fué admitido en el colegio de los Adivinos, le enviaron por intendente á España, y, no obstante el tiempo que le ocupaban sus empleos, tuvo el suficiente para trabajar en mucho número de obras, que por desgracia se perdieron, excepto la de la «historia natural,» comprendida en treinta y siete libros: obra dice Plino el menor, de una extension, de una erudicion infinita, y casi tan variada como la naturaleza misma. Con efecto, estrellas, planetas, granizos, vientos, aguas, árboles, plantas, flores, metales, minerales, animales de toda especie, terrestres, acuátiles, volátiles, descripciones geográficas de ciudades y países, lo abraza todo, y no deja en la naturaleza, y en las artes, parte alguna que no examine con cuidado. Para componer esta obra, habia recorrido cerca de dos mil volúmenes.

Cuidó de prevenir, que el tiempo que empleaba en este trabajo, no era el destinado para los negocios públicos, que tenia á su cargo, sino el de su propio descanso, y que solamente empleaba en el ciertas horas perdidas. Plinio el menor, su sobrino, nos dice, que tenia una vida sencilla y frugal, dormia poco, y aprovechada todo el tiempo: el de las comidas, en las que hacia le leyesen; aun el de los viajes, en los que tenia siempre consigo sus libros, su libro de memoria, y su copiante: porque no leia cosa alguna que no extractase. Contaba que aprovechar de este modo el tiempo, era prolongar su vida, cuya duracion abrevia mucho el sueño.

Estaba Plinio muy distante de la soberbia vanidad de ciertos autores, que no se avergüenzan de copiar á los otros sin nombrarlos. «Me parece, dice, que piden la rectitud y el honor que con una sincera confesion, se tribute una especie de homenaje á aquellos de quienes se ha sacado algun socorro y alguna luz.» Compara á un autor, que se aprovecha del trabajo de otro, con una persona que toma dinero prestado, cuyos intereses paga: con esta diferencia no obstante, que el deudor por el interés que paga, no adquiere el fondo de la cantidad que se le prestó, en lugar que un autor, con la confesion ingenua de lo que toma prestado, lo adquiere de alguna suerte, y lo hace propio. De donde concluye que es cortedad y bajeza de ánimo, querer mas ser sorprendido vergonzosamente en el robo, que confesar ingenuamente su deuda. Yo me he enriquecido bien de esta suerte, y á buen precio.

Conocia perfectamente toda la dificultad y todos los inconvenientes de una empresa como la suya, en la que la materia que se trata, es por sí misma ingrata, estéril, enfadosa, y no ofrece ocasion de manifestar entendimiento. Pero estaba persuadido que se agradece mas á los autores que prefieren el deseo de ser útiles al público, al de agradarle: y que con esta mira, se animan á superar y devorar todas las penalidades de un trabajo molesto y fastidioso.

Se lisongea que se le perdonarán todas las faltas en que incurra; y con efecto se le encuentran muchas, como es inevitable en una obra de una extension tan vasta, y de una variedad tan prodigiosa.

Dedicó Plinio su obra á Tito, entónces casi asociado al imperio por su padre Vespasiano, y que fué después las delicias del género humano. Le hace un elogio magnífico y abreviado, diciéndole: «vuestra elevacion no ha causado en V. M. otra mudanza, que la de poneros en estado de hacer todo el bien que desea, igualando el poder de V. M. á su buena voluntad.»

Plinio el menor nos dice en una carta, que dirige á Tácito el historiador, el fatal accidente que hizo perecer á su tio. Estaba en Misena, en donde mandaba la armada. Habiendo sabido que se descubria una nube de una grandeza y figura extraordinaria, salió á la mar, y percibió muy presto que salia la nube del monte Vesubio. Se dió priesa para llegar al lugar de donde huia todo el mundo, y en donde parecia mayor el peligro: pero con tanta serenidad, que á medida que veia algun movimiento extraordinario, hacia sus observaciones y las dictaba. Ya volaba sobre los bajeles la ceniza mas espesa y mas caliente, á medida que se acercaban. Ya caian al rededor de ellos piedras calcinadas, y pedernales enteramente negros, quemados y pulverizados con la violencia del fuego.

Deliberó Plinio algun tiempo si se volveria atrás; pero habiéndose sosegado, continuó su camino, desembarcó en Estabia, y se alojó en casa de Pomponiano su amigo, á quien encontró temblando y procuró alentarle. Despues de la comida, se acostó y durmió un profundo sueño. La inmediacion del riesgo obligó á despertarle. Las casas se movian de tal manera, con los frecuentes temblores de tierra, que parecia las arrancaban de sus cimientos. Se salieron todos al campo. Dejó muchas circunstancias. La noche obscura y espantosa, que lo cubria todo, solo se aclaraba un poco con la luz del incendio. Las llamas que se percibian mayores, y un olor de azufre que anunciaba su cercanía, pusieron toda la gente en huida. Plinio se levantó, apoyado sobre dos criados, y al instante cayó muerto, sofocado al parecer por la densidad del humo.

Tal fué el fin del erudito Plinio. No puede parecer mal que un sobrino pintase, como gloriosa la muerte de su tio, y que no hubiese visto en ella sino fortaleza, valor, intrepidez y magnanimidad. ¿Pero, si queremos juzgar sanamente de ella, se puede excusar de temeridad una empresa, en la que expone un hombre su vida, y lo que aun es mas digno de condenarse, la de los otros, por satisfacer una simple curiosidad?

Me queda, para terminar este artículo, que decir una palabra del estilo de Plinio. Le es enteramente particular, y no se parece á ningun otro. No se debe esperar encontrar en él, ni la pureza, ni la elegancia, ni la admirable sinceridad del siglo de Augusto, del que sin embargo no estaba distante, sino muy pocos años. Su carácter propio es el ardor, la energía, la viveza, puedo decir tambien, el desembarazo, tanto en cuanto á las expresiones, como en cuanto á los pensamientos; y una maravillosa fecundidad de imaginacion para pintar, y hacer sensibles los objetos que presenta. Pero tambien se debe confesar que su estilo es duro y fuerte, y por esto, por lo regular, obscuro: que sus pensamientos pasan frecuentemente mas allá de lo verdadero, son excesivos, y tambien falsos. Procuraré dar algunos ejemplos de esto.

Explica Plinio las maravillas contenidas en la materia, de que se componen las velas de los navíos, esto es el lino y cáñamo. El hombre hecha en la tierra una semilla pequeña, que le servirá para hacerse dueño de los vientos, y para convertirlos á sus necesidades. Sin hablar de una infinidad de socorros que se sacan del lino ó cáñamo, para todos los usos de la vida, ¿qué cosa mas maravillosa, que ver que una yerba acerca el Egipto á la Italia, no obstante la mar que los separa? ¿Y qué yerba? Pequeña, delgada, débil, que apenas se levanta de la tierra, que por sí misma no forma, ni cuerpo, ni sustancia firme, y que necesita para servir á nuestros usos, ser quebrantada y reducida á la docilidad de la lana. Sin embargo, á esta planta mediana como es, se debe la facilidad de transportarse de un extremo del mundo al otro.

Dá una magnífica idea de la grandeza y majestad del imperio romano, segun su opinion, es á un mismo tiempo la madre del universo y le debe su alimento; escogida expresamente por los dioses para ilustrar el cielo mismo, para unir todos los imperios esparcidos acá y allá en el mundo, para suavizar las costumbres, para reducir á un solo idioma las lenguas bárbaras y discordes de tantas naciones, para establecer entre ellas, por este medio, un saludable y fácil comercio, para traer á la memoria del hombre las leyes de la humanidad, en una palabra, para hacer esta ciudad la patria comun de todos los pueblos del universo.

No añadiré aquí mas que un solo pasaje, pero me ha parecido muy notable y nos pertenece á todos. Con razon, dice Plinio, se dá al hombre el primer lugar entre todas las criaturas; es aquel para quien parece crió la naturaleza todas las otras; pero le hace comprar muy caros todos sus dones; de suerte que no se sabe si se puede considerar, respecto del hombre, como madre indulgente, ó como rigurosa madrastra. Todos los otros animales nacen cubiertos cada uno de un modo diferente, el hombre es el único que tiene necesidad de un socorro extraño para cubrirse. Le echan, cuando nace, enteramente desnudo sobre la tierra, tan desnuda como él. La primera señal de vida que dá, son los gritos, los llantos, las lágrimas, lo que no sucede á ninguno de los otros animales. Á este primer uso, que hace de la luz, suceden las fajas y pañales, con que se aprietan y envuelven todos sus miembros, lo que no le es menos particular. En este estado en que se halla luego despues de su nacimiento, es el rey de los animales, destinado para mandarlos, pies y manos atadas y gimiendo. Empieza su vida por los suplicios, delincuente únicamente porque nació. ¡Se puede comprender la necedad de los hombres en creer, despues de tales principios, que nacieron para el fausto y el orgullo! Los paganos conocian bien la miseria del hombre desde su nacimiento; pero no conocian la causa de ella, como lo advierte san Agustin, hablando de Ciceron.

Estos pocos pasajes de Plinio que he referido aquí, y que he traducido lo mejor que me ha sido posible, sin poder poner la energía del original, pueden bastar para dar alguna idea de su estilo y de su carácter. Debo hacer que se repare, antes de acabar, el arte industrioso del autor de quien hablo. Su obra, que abraza toda la Historia Natural, y que trata con puntual individualidad una infinidad de asuntos, absolutamente necesarios para su plan, pero totalmente desagradables por sí mismos, está llena casi por toda ella, de abrojos y espinas, que no ofrecen cosa agradable al lector, y que son muy capaces de fastidiarle. Plinio, como hombre hábil, para prevenir, ó á lo menos para disminuir esta displicencia y tedio, cuidó de esparcir, acá y allá algunas flores, de echar, en ciertas relaciones, mucho agrado y viveza; y adornar con buenas y sólidas reflexiones, casi todos los prefacios que pone al principio de cada uno de sus libros.

Luciano, autor griego, era de Samusates, capital de la Comagena, provincia de Siria. Era de una condicion muy mediana. No teniendo su padre medios para mantenerle, resolvió hacerle aprender un oficio. Pero no siéndole favorables los principios, se dedicó á las letras por un sueño, verdadero ó supuesto, que se refiere en el principio de sus obras. Pondré aquí el extracto de él, que podrá contribuir para dar á conocer su genio y estilo.

Tenia cerca de quince años, dice, y ya no iba á la escuela, cuando deliberó mi padre con sus amigos, sobre lo que debia hacer de mí. Muchos no aprobaban que se me dedicase á las letras, porque, para tener en ellas buen éxito, se necesita mucho tiempo y gasto. Consideraban que yo no era rico, y que aprendiendo algun oficio tendria medios, para en poco tiempo, poder vivir por mí mismo, sin ser oneroso á mi padre ni á mi familia. Se siguió este dictámen, y me pusieron en poder de un tio, que era excelente escultor. Este arte no me desagradaba, porque me habia divertido desde muy niño en hacer figuras pequeñas de cera, lo que no me salia mal: por otra

parte la escultura no me parecia tanto un oficio como una diversion honrada. Me pusieron pues en la obra, para ver cómo me manejaba en ella. Pero empecé apoyando tan torpemente el cincel sobre la piedra que se me habia dado para trabajar y que era muy delicada, que se rompió en mis manos. Mi tio se encolerizó tanto, que no se pudo resistir á sacudirme y darme muchos golpes: así mis principios de oficio empezaron por las lágrimas.

Me fuí á casa llorando y conté mi triste aventura, mostrando las señales de los golpes que habia recibido, lo que afligió sumamente á mi madre. Venida la noche me acosté, y no hice en toda ella mas que soñar. Tuve, mientras dormí, un sueño, cuya imágen se me quedó vivamente impresa en la memoria. Creí ver dos damas. La una tosca y mal peinada, que tenia las manos sucias, los brazos retorcidos, la cara toda cubierta de sudor y polvo, finalmente tal como estaba mi tio cuando trabajaba en su oficio. La otra tenia un aire gracioso, un semblante agradable y risueño, un vestido muy aseado, pero modesto. Despues de haber tirado de mí para atraerme cada una á su partido, dejaron en fin á mi eleccion la decision de su disputa, y alegaron por su causa sucesivamente.

La primera empezó así: « Hijo mio, yo soy la escultura, á quien acabas de abrazar, y á quien conoces desde de tu niñez, habiendose hecho tu tio muy celebre en ella. Si me quieres seguir, sin detenerte en las zalamerías de mi rival, te haré ilustre, nó como ella, con palabras, sino con obras. Porque, además de que te harás robusto, y vigoroso como yo, lograrás una estimacion, que no estará sujeta á la envidia, ni causará algun dia tu perdida, como los embelesos de la que te quiere sobornar. En cuanto á los demás, no te cause pena mi vestido: es este el de Fidias, y de Policleto, y de los otros grandes escultores, que se hicieron adorar en sus obras, y se veneran todavía con los dioses que fabricaron. Considera cuánta fama y alabanzas adquirirás siguiendo sus pisadas, y de qué gozo colmarás á tu padre, y á tu familia.» Esto fue, con corta diferencia, lo que me dijo aquella dama, con un tono áspero y grosero, como hablan los artífices, pero con actividad y vigor. Después de lo cual me habló la otra de este modo.

« Yo soy la erudicion, que preside á todas las buenas ciencias. La escultura te ha manifestado las ventajas que tendrás con ella. Pero, si la oyes, nunca serás mas que un miserable artífice, expuesto al desprecio y á las injurias de todo el mundo, y precisado á hacer la corte á los grandes para subsistir. Cuando llegues á ser de los mas excelentes en tu arte, se contentarán con admirarte, sin envidiar tu condicion. Pero si me quieres seguir, te enseñaré todo lo bueno, y raro que hay en el universo, y todo lo notable que hay en toda la antigüedad. Adornaré tu alma con las virtudes mas estimables, tales como son la modestia, la justicia, la piedad, la mansedumbre, la equidad, la prudencia, la paciencia, y el amor de todo lo que es decente, y laudable: porque son estos los verdaderos adornos del alma. En lugar de ese mal vestido que tu tienes, te daré uno majestuoso, como el que me ves: y de pobre, y desconocido, te haré ilustre y opulento, digno de los mayores empleos, y en estado de llegar á ellos. Si deseas viajar en los países extranjeros, haré que vaya tu fama delante de tí. En todas partes se te vendrá á consultar como á un oráculo: serás adorado y respetado de todo el mundo. Te daré tambien la inmortalidad tan alabada, y te haré vivir para siempre en la memoria de los hombres. Considera lo que Esquines, y Demóstenes, la admiracion de todos los siglos, llegaron á ser por mi medio. Sócrates que siguió primero la escultura mi rival, apenas me conoció, cuando la dejó por mí. ¿Ha tenido motivo de arrepentirse de esto? ¿Dejarás tu tanto honor, riquezas y estimacion por seguir á una pobre desconocida, que con el martillo y el cincel en la mano, no tiene mas que estos viles instrumentos que ofrecerte, que se ve precisada á trabajar con sus manos para vivir, y en pensar antes en pulir un mármol que en pulirse á sí misma? »

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando movido de sus promesas, y no habiendo olvidado todavía los golpes que habia recibido, corrí á abrazarla, sin esperar que hubiese acabado su discurso. La otra, arrebatada de cólera é indignacion, se transformó inmediatamente en estátua, como se dice de Niobe. Entónces la erudicion, para recompensarme de mi eleccion, me hizo montar con ella en su carroza, y sacudiendo sus caballos alados, me paseó de oriente á occidente, haciéndome derramar por todas partes yo no sé qué de celeste y divino, que hacia que mirasen los hombres á lo alto con admiracion, y que me llenasen de bendiciones y alabanzas. Me volvió despues á mi país coronado de honor y fama y restituyóme á mi padre, que me esperaba con impaciencia: «Mira, le dijo ella, mostrándole el vestido que tenia puesto su hijo, la felicidad de que le privarias sin mí. » Tal fué el fin de mi sueño.

Luciano acaba este corto discurso, advirtiendo, que su intencion, en la relacion de este sueño, que tiene todo el aire de ser de su invencion, fué inclinar á la juventud al amor de la virtud, y alentarla, con su ejemplo, á superar todas las dificultades que se encuentran en esta carrera, y á no mirar la pobreza como obstáculo para el verdadero mérito.

El efecto de este sueño fué encender en él un vivo deseo de distinguirse por el estudio de las buenas letras, y se entregó enteramente á él. Se puede juzgar del progreso que hizo por la erudicion que se ve en sus escritos sobre todo género de materias: esto me dió motivo para ponerle entre los filólogos.

Dice él mismo que abrazó la profesion de abogado, pero que, teniendo horror á los altercados y á los otros vicios de los tribunales, recorrió á la filosofía como á un asilo.

Tambien parece, por sus escritos, que era retórico, que hacia profesion de la elocuencia, y que componia declamaciones y arengas sobre diferentes asuntos, y tambien alegatos, aunque no nos haya quedado ninguno suyo.

Se estableció primero en Antioquía, de donde pasó á Jonia y á Grecia, despues á las Galias y á Italia, pero su mayor mansion fué en Atenas. En su extrema vejez tomó el empleo de secretario del prefecto de Egipto. Yo no trato con individualidad de las particularidades de su vida, poco importantes para mí asunto. Vivió hasta el tiempo del emperador Cómodo, á quien dedicó, despues de la muerte de Marco Aurelio, la historia del impostor Alejandro.

Dejó muchos escritos, y sobre diferente materias. La pureza de la lengua griega, y el estilo claro, agradable, vivo, y lleno de vivacidad, los hacen leer con mucho placer; consiguió en sus diálogos de los muertos aquella sinceridad fina, y aquel chiste natural, que son tan propios de este género de escribir muy difícil, porque se necesita hacer hablar en él una infinidad de personas, de edad y de estado muy diferentes, cada uno segun su carácter particular.

Tiene esta ventaja, que observó Quintiliano en Ci-

ceron, que puede ser útil á los que empiezan, y que no es inútil á los mas adelantados. Es maravilloso para la narracion, y tiene una fecundidad, que puede ser de un gran socorro á los ingenios naturalmente secos y estériles.

Trata la fábula de una manera agradable, y muy propia para retenerla, lo que no es corta ventaja para la inteligencia de los poetas. Hace en mil partes una pintura admirable de la miseria de esta vida, de la vanidad de los hombres, de la vanagloria de los filósofos y de la arrogancia de los sabios.

Es verdad no obstante que se necesita eleccion, y discernimiento con este autor, quien, en muchas de sus obras manifiesta poco respeto al pudor, y hace profesion abierta de impiedad, burlándose igualmente de la religion cristiana, de la que habla en muchas partes con un alto desprecio, y de las supersticiones paganas, cuya ridiculez manifiesta. Por esto se le dió el sobrenombre de blasfemador y ateo. Tambien seguia la filosofía de Epicuro, la que no está muy distante del ateismo; ó mas bien no tenia ni religion, ni dogma fijo y constante, considerándolo todo como incierto y problemático, y queriendo reirse de todo.

Suidas dice que era opinion comun que habia muerto despedazado por los perros, en castigo de haber tenido la osadía de burlarse de Jesucristo. Bueno seria que este hecho estuviese mejor atestiguado.

Aulo Gelio ó por corrupcion Agellio, es un gramático que vivia en el segundo siglo, en tiempo de M. Aurelio, y en el de algunos emperadores que le siguieron. Estudió la gramática en Roma, y la filosofía en Atenas, con Clavisio Tauro, de donde volvió despues á Roma.

Se hizo célebre por sus « Noches áticas. » Este es el nombre que dió á la recopilacion que hizo para sus hijos, de lo mejor que habia aprendido en la lectura de los autores ó en la conversacion con los hombres hábiles. Las llamó así, porque las habia compuesto en Atenas, durante el invierno, cuyas largas noches dan mas tiempo para trabajar. Macrobio copia diferentes cosas suyas sin nombrarle.

No se encuentra mucho discernimiento en las materias que escogió, como mas considerables y útiles, y las que por la mayor parte no son mas que observaciones de gramática, poco importantes. Sin embargo, se le deben muchos hechos y monumentos de la antigüedad, que solo él nos ha conservado. De los veinte libros que componen esta obra, el octavo se perdió enteramente: no quedan de él mas que los títulos de los capítulos. El, en que trata de las leyes de las doce tablas, es muy estimado.

Al estilo de Aulo-Gelio no le falta vigor, pero está frecuentemente mezclado de palabras bárbaras é impropias que le hacen duro y obscuro, y se percibe en ellas el siglo en que vivió, del que no se debe esperar mucha pureza ni elegancia.

Entre las particularidades que nos cuenta de su vida, advierte, que, siendo todavía jóven, y siendo nombrado por los pretores para sentenciar algunos negocios de particulares, de corta consideracion, se le presentó uno, en el que un hombre pedia á otro una cantidad de dinero, que decia le habia prestado. No lo probaba sino con indicios muy debiles, no teniendo ni instrumentos ni testigos; pero era seguramente hombre de bien, de una vida irreprensible, y de una integridad conocida. La otra parte, que negaba la deuda, al contrario, era un hombre desacreditado por su vil avaricia; y se probaba que habia sido frecuentemente convencido de mentira, de fraude y de traicion. Aulo-Gelio habia llevado consigo, para sentenciar esta causa, muchos amigos suyos prácticos en los tribunales, pero que no procuraban mas que despachar, porque tenian otros negocios. Así concluian todos, sin dificultad, que no se podia obligar á un hombre á que pagase, cuando no se le podia probar que debia lo que se le pedia.

Aulo-Gelio no se pudo resolver á sentenciar segun estos principios, considerando al uno capaz de negar lo que debia, y al otro incapaz de pedir lo que no se le debia. Dejó la sentencia para otro dia, y lo fué á consultar con Faborino, que vivia todavía en Roma. Era un filósofo de mucha reputacion. Faborino le refirió sobre el caso que le proponia, un pasaje de Caton, que decia, que en semejantes ocasiones, en que no habia prueba, la antigua práctica de los romanos era examinar cuál de los dos era mas hombre de bien; y cuando lo eran igualmente, ó que eran igualmente desacreditados, sentenciar en favor de aquel á quien se pedia, de donde concluia Faborino, que entre dos personas tan diferentes, no habia dificultad en creer á un hombre de bien en competencia con un malvado. Por mucho respeto que tuviese Aulo-Gelio á este filósofo, no pudo seguir enteramente su dictámen, y no queriendo hacer nada contra su conciencia, se excusó de sentenciar esta causa, en la que no veia con bastante claridad. Al presente no tendria dificultad alguna, se le haria jurar al pretendido deudor, y seria creido sobre su palabra.

Ateneo era de Naucrates, ciudad en otros tiempos célebre en Egipto, sobre un brazo del Nilo, al que daba nombre. Vivia en tiempo del emperador Cómodo. Compuso en griego una obra con el nombre de « Dipnosofista, » esto es « Banquete de los sabios; » que está llena de una infinidad de averiguaciones curiosas y eruditas, y que dá mucha luz para las antigüedades griegas. No tenemos mas que un compendio, ó extractos de los primeros libros de su Dipnosofista, hechos, como cree Casaubon, en Constantinopla, seiscientos ó setecientos años hace.

Julio Pólux era paisano y contemporáneo de Ateneo. Dedicó á Cómodo, cuando no era mas que César, viviendo M. Aurelio, los diez libros que tenemos suyos con el título de « Onomasticon. » Es una recopilacion de las palabras sinónimas, con las que acostumbraban los buenos autores griegos explicar una misma cosa. Era aparentemente uno de los preceptores de Cómodo. Le agradó por su buena voz, y le dió aquel príncipe la cátedra establecida en Atenas para los profesores de elocuencia. Filostrato, que le pone entre los sofistas, le atribuye mucho conocimiento de la lengua griega, el discernimiento de lo que estaba bien ó mal escrito, y bastante genio para la elocuencia, pero poco arte.

C. Jullio Solino nos dejó una descripcion de la tierra, con el nombre de Polyhistor. Vosio refiere muchas opiniones sobre el tiempo en que vivió este autor, y concluye que todo lo que se puede decir de él, es, que precedió á san Gerónimo, quien le cita, esto es, que fué después del primer siglo, y antes del fin del cuarto. Su obra no es mas que un extracto de diferentes autores, particularmente de Plinio el naturalista, y está hecha con muy poco conocimiento y juicio.

Filostrato. Hubo muchos sofistas de este nombre, pero no hablaré aquí sino del que compuso la vida de Apolonio de Tianes. Era del número de las personas de letras que frecuentaban la corte de la emperatriz Julia, esposa de Severo. Profesó la elocuencia en Atenas, y después en Roma, en tiempo de Severo. Habiendo caido en manos de Julia la vida de Apolonio, escrita por Damis, el mas celoso de sus discípulos,

y no siendo propiamente sino memorias bastante mal escritas, las dió á Filostrato, quien con estas memorias, con lo que pudo sacar de las obras del mismo Apolonio, y con algunos otros escritos, compuso la historia que tenemos suya.

Eusebio dice que sería fácil demostrar, que mucha parte de sus narraciones, se destruyen por sí mismas y que se percibe en ellas la fábula y novela. Así no teme asegurar, que toda su obra está llena de ficciones y falsedades. Focio, que refiere en compendio una parte de los hechos de esta historia, trata muchos de ellos de fábulas impertinentes. Suidas se explica del mismo modo.

Este último, ademas de la vida de Apolonio, atribuye á Filostrato muchos escritos, y entre otros cuatro libros de cuadros y descripciones, que tenemos todavía, que han pasado por una obra muy excelente, muy superior, y escrita con toda la delicadeza de la lengua ática.

Macrobio. Se dan á este autor en el principio de sus obras los nombres de Aurelio, Teodosio, Ambrosio, Macrobio. Se le añade el título de ilustre, propio de los que eran elevados á las primeras dignidades del imperio. Era de un país, en que la lengua latina no era comun, esto es de la Grecia ó del oriente. Vivió en tiempo de Teodosio y en el de sus hijos.

Aunque no haya seguridad de que sea este autor el Macrobio, que se encuentra en las leyes de Honorio y Teodosio, sin embargo, tampoco se puede dudar que no viviese hácia su tiempo, pues todas las personas que hablan en sus Saturnales, son de él con poca diferencia.

Fingió esta conversacion, para juntar todas las antigüedades, que sabia, con el fin que esta recopilacion pudiese servir para la instruccion de su hijo Eustatio, á quien le dedica. Y como hace que concurran á ella los mas principales y mas hábiles de Roma, durante las vacaciones de los saturnales, dió el nombre de «Saturnales» á su obra. Hace profesion de referir regularmente las cosas en los propios términos de los autores, de quienes las copiaba, porque no deseaba manifestar elocuencia, sino instruir á su hijo; además, que, siendo griego, no tenia entera facilidad para explicarse en latin. Con efecto, se pretende que su elocucion no es, ni pura, ni buena, y que en los pasajes en que habla por sí mismo, se ve un griego que tartamudea en latin. En cuanto á las cosas se encuentra en ellas agrado y erudicion.

Además de los saturnales, se tienen tambien dos libros de Macrobio sobre el sueño, que Ciceron atribuye á Escipion, hechos tambien para su hijo Eustatio, á quien los dedica.

Donato, de quién fué discípulo san Gerónimo, enseñaba la gramática en Roma con explendor, en tiempo del emperador Constancio.

Hay los comentarios sobre Virgilio y sobre Terencio, que se pretende ser los mismos que atribuye san Gerónimo á Donato su maestro. Los mas hábiles creen puede haber alguna cosa suya en el comentario sobre Virgilio; pero que se le han añadido otras muchas que son indignas de un hombre tan hábil como él era. En cuanto al comentario sobre Terencio se atribuye á Evantlio, nombrado Eugrafo por otros, que vivia en el mismo tiempo. Tampoco se cree que las vidas de aquellos dos poetas sean de Donato; tenemos con su nombre algunos escritos de gramática, que son estimados.

Servio vivia hácia el tiempo de los emperadores Arcadio y Honorio. Es muy conocido por el comentario sobre Virgilio, que se le atribuye. La opinion comun es que son extractos en forma de compendio, sacados de la obra del verdadero Servio, la que se perdió con estos extractos.

Juan Stobeo, autor griego, vivia hácia el quinto siglo. Lo que nos queda de su Epítome, nos ha conservado raros monumentos de los poetas y filósofos antiguos. Se cree, que en estos fragmentos, se encuentran muchas cosas añadidas por los que vinieron despues de él.

III. Retóricos. Se llamaban así los que hacian profesion de enseñar la elocuencia, y dar preceptos de ella.

La elocuencia es el arte de hablar bien. Se podria creer que para adquirirla, bastaria oir y seguir la voz de la naturaleza. Nos dicta al parecer, en cada ocasion, lo que se debe decir, y, aun por lo regular el modo de decirlo. ¿No se ve todos los dias una infinidad de personas, que, sin arte, sin estudio, y solo con la viveza del ingenio, saben poner órden, claridad, elocuencia y especialmente sentido en sus discursos? ¿Qué mas se necesita?

Es verdad que sin el socorro de la naturaleza de poco sirven los preceptos; pero tambien lo es que la ayudan, y le dan mucha fuerza, sirviéndole de conductor y regla. Los preceptos no son otra cosa que las observaciones hechas sobre lo bueno, y defectuoso, que habia en los discursos que se oian. Porque, como lo dice muy bien Ciceron, la elocuencia no nació del arte, sino el arte nació de la elocuencia. Estas reflexiones puestas por órden, dieron el origen á lo que se llama retórica. ¿Pues quién duda que no puedan servir de mucho para adquirir, y perfeccionar el talento de la palabra?

Quintiliano, en el libro tercero de sus «Instituciones oratorias,» hace una enumeracion bastante larga, de los retóricos antiguos, tanto griegos como latinos. No me detendré sino en aquellos cuyo nombre é historia son mas conocidas, y aun omitiré muchos de ellos. El señor Gibert, que profesó la retórica, con mucha reputacion, en el colegio Mazarino, por espacio de cincuenta años, y que ha ocupado mucho tiempo, en muchas ocasiones, y siempre con igual acierto, el honroso empleo de rector en la universidad de Paris, ha compuesto, sobre el asunto que trato aquí, una obra muy erudita, de la que me ha permitido, en calidad de préstamo, hacer todo el uso que quiera.

Art. 1.° Empedocles, Corax, Tisias. Empedocles de Agrigento, célebre filósofo, pasa por el primero que tuvo algun conocimiento de la retórica; Corax, Tisias, ambos sicilianos, por los primeros que diesen reglas de ellas. Tuvieron muchos discípulos, mas conocidos bajo el nombre de Sofistas. Se hablará de ellos mas adelante.

Platon. Aunque parece se empeñó Platon en desacreditar á los retóricos, merece con justo título ponerse en el número de los mas excelentes de ellos, no habiendo censurado, y hecho ridículos, sino á aquellos que deshonraban este arte con el abuso que hacian de él, y con el mal gusto que procuraban introducir en la elocuencia. Las reflexiones juiciosas y sólidas, que insertó en muchos de sus diálogos, especialmente en el Fedro y en el Gorgias, se pueden considerar como una buena retórica, y contienen sus mas importantes principios.

Aristóteles es reconocido, con razon, por el jefe y príncipe de los retóricos. Su retórica, dividida en tres libros, se consideró siempre por los eruditos como un modelo, y como el tratado mas perfecto que se haya visto sobre esta materia. Una pasion de envidia, ó mas bien de emulacion, nos procuró esta obra. Isócrates, muy viejo entónces, enseñaba la elocuencia

en Atenas con extraordinario aplauso, y era seguido de mucho número de ilustres discípulos. Se podria poner por esta razon en el número de los retóricos; pero me reservo hablar de él bajo de otro título. Una reputacion tan ruidosa incitó á Aristóteles. Aplicándose con chiste, un verso de una tragedia griega, se decia á sí mismo: «Me es ignominioso callar y dejar hablar á Isócrates.» Hasta entónces no habia enseñado mas que filosofía. Continuó enseñándola por la mañana solamente, y abrió su escuela por la tarde, para enseñar en ella los preceptos de la retórica.

Parece que habia compuesto Aristóteles muchas obras sobre la retórica. Ciceron habla, en mas de un lugar, de una coleccion, en la que habia juntado aquel filósofo todos los preceptos que se habian dado de este arte, desde Tisias, á quien considera como su inventor, hasta su tiempo; y las habia tratado con tanta elegancia y limpieza, y las habia puesto tan claras, que ya no las iban á buscar en sus autores, sino en Aristóteles solo.

Inmediatamente despues de la retórica de Aristóteles, contenida en tres libros, se encuentra una que tiene por título, «Retorica ad Alexandrum,» como si estuviese dedicada á Alejandro, y compuesta expresamente para él. Pero convienen todos los eruditos que no es de Aristóteles.

Habia compuesto sobre esta misma materia libros, que tenian el nombre de Teodecto. Lo que refiere en este asunto Valerio Máximo no honraria mucho á Aristóteles, si fuese verdad. Dice, que por dar gusto á Teodecto, uno de sus discípulos, á quien estimaba particularmente, le habia regalado con estos libros, y permitido que los publicase con su nombre; pero que despues, arrepintiéndose de haber cedido inconsideradamente su propia fama á otro, se declaró autor de ellos. Con efecto, los cita como suyos en su retórica. Tambien se dudaba, en tiempo de Quintiliano, si aquellos escritos eran de Aristóteles ó de Teodecto.

Sea lo que fuese, su retórica, que ha llegado hasta nosotros, y que no se le disputa, es de todas sus obras la mas generalmente estimada, por el órden maravilloso que reina en ella; por la solidez de las reflexiones que acompañan sus principios; por el profundo conocimiento del corazon humano que se manifiesta, especialmente en su tratado de las costumbres y pasiones. Los maestros, destinados á instruir la juventud en la elocuencia, no pueden estudiar demasiado este excelente libro. Lo mismo digo de su poetica.

Anaximenes de Lampsaque pasa comunmente por autor de la retórica dedicada á Alejandro. Tiene su mérito; pero es muy inferior á la de Aristóteles. Escribió sobre otras muchas materias.

Dionisio de Halicarnaso ocupa uno de los primeros lugares entre los historiadores retóricos. No le considero aquí sino bajo de esta última cualidad.

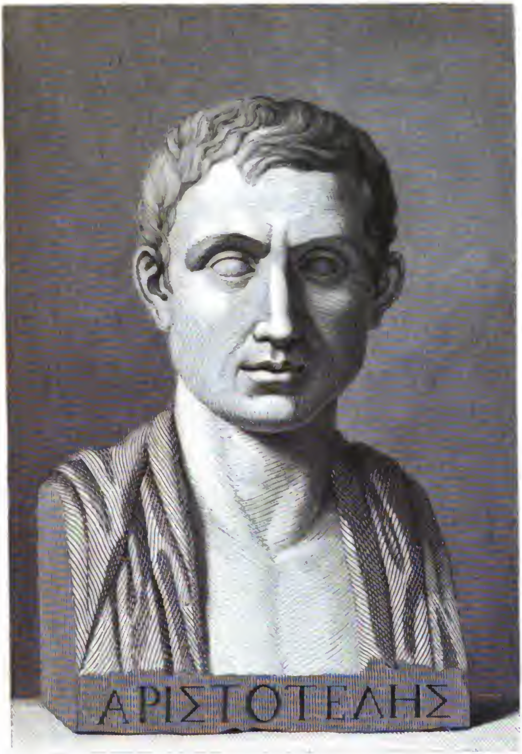
Inmediatamente despues que acabó Augusto las guerras civiles, hácia el medio de la olimpíada 187, cerca de veinte y ocho años antes de Jesucristo, vino Dionisio de Halicarnaso á establecerse en Roma, y se mantuvo allí veinte y dos años. Se juzga, por algunos pasajes de sus obras, que enseñó en ella la retórica, ó públicamente ó en particular.

No ha llegado hasta nosotros todo lo que escribió sobre esta materia. Tenemos de este autor un tratado de la «colocacion de las palabras;» otro del arte; otro que no está entero «tocante al carácter de los escritores antiguos,» y especialmente de los oradores. En la primera parte habla de Lisias, de Isócrates y de Iseo: en la segunda trata de Demóstenes, de Hiperides y de Eschines; no tenemos de ella mas que lo que pertenece á Demóstenes, tampoco está entero este retazo. Añade tambien alguna cosa de Dinarco. Síguense dos cartas, la una á Ammeo, en la que examina, si signió «Demóstenes la retórica de Aristóteles;» la otra á un Pompeyo, en la que «le da cuenta de lo que creyó ser vituperable en el estilo de Platon.» Tenemos tambien sus «comparaciones» de Herodoto y Tucídides; de Jenofonte, Filisto y Teopompo. Finalmente tenemos sus reflexiones «sobre, en qué consistia el carácter propio de Tucídides.» El fin de estas últimas obras, es dar á conocer los autores, de que habla; mostrar en qué son imitables, y en qué no lo son.

No es pues una retórica en forma, la que tenemos de este autor: no son mas que retazos de retórica, ó algunos puntos de este arte, de los que tuvo por conveniente tratar.

El exámen que hace de los escritores de la antigüedad mas acreditados, y el juicio que forma de ellos, pueden servir mucho para norma del gusto. Es verdad que ofende, desde luego, la libertad con que hace el proceso sobre ciertos artículos, á Platon y á Tucídides, á quienes, por otra parte, manifiesta una grande estimacion, y mucho respeto. Seria cosa muy útil, y que no desagradaria á los lectores, entrar en un resúmen exacto de estos juicios, y examinar, sin preocupacion, y de buena fé, si están fundados en razon y verdad. Ni el plan de mi obra, ni la mediocridad de mis talentos, me permiten pensar en una empresa semejante. Nuestro autor declara, en muchas partes, que no es ni el ansia de ensalzarse á sí mismo, ni el deseo de humillar á los otros, lo que le gobierna y conduce en sus críticas, sino una voluntad sincera de ser útil á sus lectores. Seria una disposicion admirable para juzgar sanamente.

Un fragmento muy corto que nos queda suyo, nos dice el motivo que le empeñó á componer sus tratados de retórica: era el deseo de contribuir á la estabilidad del buen gusto, por lo respectivo á la elocuencia. Despues de la muerte de Alejandro, rey de Macedonia, habia padecido esta en la Grecia grandes mudanzas, y, por declinaciones imperceptibles, pero que se iban siempre aumentado, habia finalmente llegado á un estado que la desfiguraba. Veremos mas adelante, que este menoscabo y alteracion empezo por Demetrio de Falero. En lugar de aquel primor varonil y natural, de aquella noble y antigua sinceridad, de aquel aire de dignidad y grandeza que le habian granjeado un general respeto, y procurado un soberano imperio sobre los ánimos y corazones: su rival, (entiendo la falsa elocuencia que salió de la deliciosas provincias del Asia) trabajó secretamente para suplantarla; usó para esto del afeite y de los colores mas vivos, empleó los adornos mas propios para deslumbrar los ojos, y para engañar. Esta recien venida, sin otro mérito que el de una brillante, pero vana compostura, logró, aunque extranjera, establecerse en todas las ciudades de la Grecia, con exclusion de la otra, nacida en el mismo país, la cual se vió expuesta al olvido, al desprecio, y aun á los ultrajes de los que la habian admirado en otros tiempos, por tanto espacio, y tan justamente. Compara nuestro autor, en este punto, la Grecia á una casa, en la que una concubina hábil y artificiosa, que con sus embelesos y atractivos se ha apoderado del corazon del marido, ha sido causa del desórden y corrupcion; y en la que ejerce un imperio absoluto, ínterin que la esposa legítima, hecha de alguna suerte esclava, tiene el dolor de verse despreciada, contada por nada, y precisada á padecer



ARISTÓTELES, COPIADO DEL BUSTO DE AZARA.

todos los dias los desaires y ultrajes mas sensibles. Confiesa con gusto, que se ha visto que la sana elocuencia ha recuperado, poco tiempo habia, su antigua reputacion, y obligado tambien á su rival á cederle el lugar. Todo lo que dice aquí mira á la Grecia, y atribuye aquella feliz mudanza al buen gusto que reinaba entónces en Roma, desde donde se habia esparcido ya, y se debia difundir todavía, cada vez mas, á todas las ciudades griegas, las que se excitarian, á competencia, en imitar el ejemplo de la ciudad dominante. Para contribuir á esta renovacion de la elocuencia en su patria, habia compuesto Dionisio de Halicarnaso todos sus libros de retórica: ¡motivo muy laudable y digno de un ciudadano bueno y celoso!

Hermógenes era de Tarsis, en Cilicia, y vivia en tiempo del emperador Marco Aurelio Antonino. Habiendo tenido este príncipe la curiosidad de oirle, cuando daba sus lecciones, se agradó mucho de ellas, y le hizo grandes regalos. Empezó á enseñar de edad de quince años; y no tenia mas que diez y ocho cuando compuso su retórica, la que se considera por los sabios como una obra muy buena. Pero por un caso muy singular, de edad de veinte y cuatro años se quedó estúpido, y duró su estupidez lo restante de su vida. Murió en el principio del tercer siglo.

Aftono vivia al fin del segundo siglo de la iglesia, ó en el principio del tercero. En vez que otros muchos no escribieron de la retórica, sino para aquellos que están ya avanzados en el conocimiento y práctica de este arte, con el fin de perfeccionarlos en ella, al contrario, Aftono no escribió sino para los muchachos, y solo da preceptos sobre las composiciones que cree conveniente que hagan, para disponerlos á lo mas alto que hay en la elocuencia.

Dionisio Longino era de Atenas, pero originario de Siria. Aunque sobresaliese mucho en la filosofía, no obstante decia Plotino de él, que era menos filósofo, que hombre de letras: y con efecto, por las letras se hizo particularmente célebre. Tenia mucha erudicion, y el discernimiento muy delicado, muy exacto y muy sólido para juzgar de los escritos, y para manifestar sus primores y defectos.

De todas sus obras no nos ha conservado el tiempo mas que su tratado de lo «sublime,» que es uno de los mas excelentes fragmentos que nos quedan de la antigüedad. La hermosa traduccion que el señor Despreaux hizo de él, y que mas parece original que copia, ha puesto á todo el mundo en estado de hacer juicio de el, y ha justificado la general estimacion que se hizo siempre de este autor. Cecilo, que vivia en tiempo de Augusto, habia compuesto ya un tratado del estilo sublime; pero se habia contentado con hacer ver lo que es, sin dar regla alguna para llegar á esta sublimidad, la que no persuade tanto como embelesa, y eleva el espíritu del lector. Este último punto quiso Longino tratar en su escrito.

Entre los ejemplos que da de estos rasgos de elocuencia magníficos y brillantes, habla de Moisés en estos términos: el legislador de los judíos, que no era hombre ordinario, habiendo concebido muy bien la grandeza y poder de Dios, le explicó con toda dignidad, en el principio de sus leyes, con estas palabras: «dijo Dios que se haga la luz, y se hizo la luz; que se haga la tierra, y se hizo.» El hebreo es todavía mas enérgico y mas sublime. Dice «que sea la luz, y fué la luz.» la palabra hacer parece que indica algun esfuerzo, y una sucesion de tiempo: en lugar que estas palabras, «que sea la luz, y fué la luz,» expresan mejor la rápida obediencia de la nada á la órden del soberano dueño.

Enseñó Longino la lengua griega á Zenobia, que se casó con el célebre Odonato rey de Palmira, y despues emperador de los romanos. Se pretende que habia aconsejado á esta princesa que escribiese al emperador Aureliano la carta tan altiva, que ella le envió durante el sitio de Palmira; por lo que le hizo morir Aureliano. Padeció la muerte con mucha constancia, y consolando á los que manifestaban lamentar su infelicidad.

Demetrio, hay un tratado en griego «tocante á la elocucion,» el cual, para no ser mas que un fragmento muy corto de retórica, es no obstante capaz de honrar á su autor; y se atribuye á un hombre, cuyo nombre honra recíprocamente la obra: es el famoso Demetrio de Falero, nombrado de este modo del puerto de Atenas, llamado Faleres, de donde era natural. Sin embargo, no convienen todos los críticos en que sea suya esta obra. Hay algunos que la atribuyen á un Demetrio de Alejandría, muy posterior al primero, otros creen que es de Dionisio de Halicarnaso. El señor Gibert prueba, por un exámen juicioso de la obra en sí misma, por otras particularidades, por su estilo y sus principios, que no es de Demetrio de Falero.

Art. 2.° Los retóricos latinos no lograron establecerse en Roma sin dificultad y contradiccion. Se sabe que aquella ciudad, ocupada únicamente en los primeros siglos del cuidado de afirmar su poder y extender sus conquistas, no se aplicó de modo alguno al estudio de las artes y ciencias. Se pasaron cuatrocientos ó quinientos años, sin que se hiciese en Roma mucho caso de ellas. La filosofía absolutamente se ignoraba allí, y no se conocia otra elocuencia que la que proviene de la naturaleza y de un genio feliz, sin el socorro del arte ni de preceptos. Los filósofos y retóricos griegos, que pasaron á Roma, llevaron consigo á ella la inclinacion á las artes que profesaban. Vimos que Paulo Emilio, en el viaje que hizo á Grecia, despues que venció á Perseo, último rey de Macedonia, pidió á los atenienses, que le eligiesen un excelente filósofo, para que acabase de instruir á sus hijos.

Habia empezado esta costumbre en Roma algun tiempo habia: pero se interrumpió muy presto por un edicto expedido en tiempo del consulado de Estrabon y Mesala, por el cual se mandaba á los filósofos y retóricos que saliesen de Roma. Estos ejercicios, no practicados hasta entónces, causaban inquietud.

Cinco ó seis años despues de este edicto llegaron á Roma embajadores de Atenas á un negocio particular. Todos los jóvenes romanos que tenian alguna inclinacion al estudio, los visitaron y tenian un gusto tan grande en oirlos, que quedaban embelesados: especialmente Carneades, uno de aquellos embajadores, que juntaba á la viveza de su elocuencia, mucha gracia y delicadeza, se adquirió una reputacion extraordinaria. Toda la ciudad resonaba con sus alabanzas. Se decia en todas partes que habia llegado un griego con admirables talentos, que era superior al hombre por su mucho saber, y cuya elocuencia igualmente viva y suave, inspiraba á la juventud un ardor al estudio, que la inclinaba á abandonar todos los otros placeres y todas las otras ocupaciones. Veian los romanos con mucho gusto dedicados sus hijos á esta erudicion griega, y aficionados á aquellos hombres maravillosos. Solo Caton, desde el principio que se introdujo en la ciudad este amor á las letras, se disgustó de esto, temiendo que los jóvenes no convirtiesen á este lado su ambicion y emulacion, y prefiriesen la gloria de hablar bien, á la de obrar bien. Pero cuando vió que los discursos de aquellos filósofos, traducidos en latin por uno de los senadores, corrian

por toda la ciudad y se leian en ella con un aplauso general, empleó en el senado toda su autoridad para hacer que se concluyese el asunto á que habian venido aquellos embajadores á Roma y para acelerar su partida. «Que se vuelvan á sus estados, decia, y que instruyan en ellos todo lo que quieran, á los hijos de los griegos; pero que los hijos de los romanos no oigan aquí sino á las leyes y los magistrados, como hacian antes de su venida.» Como si el estudio de la filosofía y elocuencia se opusiese á la obediencia que se debe á las leyes y á los magistrados.

La partida y ausencia de aquellos filósofos no apagaron el ardor al estudio que habian encendido sus discursos en los corazones. La inclinacion á la elocuencia se hizo la pasion de toda la juventud romana, y bien lejos de que disminuyese con esta pasion en los jóvenes, como lo habia temido Caton, el deseo de la gloria militar, no sirvió sino para aumentar su precio y su mérito. Se puede juzgar de esto por lo que nos dice la Historia del segundo Escipion el Africano, que vivia en aquel tiempo. Era, por lo respectivo á las buenas letras, de un gusto tan fino y delicado, que se sospechó, como tambien de Lelio, que hubiese tenido alguna parte en las comedias de Terencio, obra la mas perfecta que tengamos en este género. Tenia siempre consigo sabios del primer mérito, como Panecio y Polibio, quienes le acompañaban tambien en sus campañas. Este último nos dice que Escipion, todavía muy mozo, y por consiguiente en el tiempo mismo de que hablamos, tenia una fuerte inclinacion á las ciencias, y que por entónces venia todos los dias de Grecia á Roma un gran número de sabios en todo género. ¿Pues Escipion, por haber sido inclinado á las letras, fue por eso menos buen capitan?

Desde aquel tiempo el estudio de la elocuencia, por espacio de cerca de cincuenta años, tuvo tal aceptacion en Roma, que se consideraba como uno de los medios mas eficaces para llegar á las primeras dignidades de la república. Pero no la enseñaban sino retóricos griegos. Así todos los ejercicios con que se instruia la juventud, se hacian en una lengua extranjera; y durante aquel tiempo la lengua del país, esto es la lengua latina, estaba cuasi generalmente desatendida. ¿Quién no conoce cuán contraria era aquella práctica, si me atrevo á decirlo, al buen juicio y á la razon? Porque, finalmente, era en latin como debian aquellos jóvenes alegar algun dia en los tribunales, arengar delante del pueblo, decir su dictámen en el senado: luego en latin se les debia enseñar á hablar y á componer. No digo que se debiesen excluir las composiciones griegas. Como no podian encontrar modelos perfectos de elocuencia sino en los oradores griegos, les era absolutamente necesario estudiar con perfeccion aquella lengua, y componer en griego para seguir modelos tan excelentes. Ciceron practicó esta costumbre, aun en una edad mas avanzada y da la razon de esto. «Me portaba de este modo, dice, porque ofreciendo la lengua griega mas adornos, acostumbraba componer del mismo modo en latin. Además, que, estudiando con maestros muy hábiles de elocuencia, que todos eran griegos, no me podian instruir ni enmendar mis composiciones, si no las hubiese hecho en griego.» Pero advierte, que les juntaba tambien composiciones latinas, aunque con menos frecuencia.

Dije que Ciceron tenia entónces alguna edad. Porque veremos muy presto, que en el tiempo de sus primeros estudios, no componia mas que en griego, no habiéndose establecido todavía en Roma los retóricos latinos, ó no habiendo empezado, sino muy recientemente á enseñar en ella. Esto es lo que vamos á explicar, y por donde entraré á la enumeracion de los retóricos latinos, de quienes debo hablar en este artículo.

I. Plocio Gallo. La costumbre tiene una fuerza muy imperiosa, y no deja de costar trabajo que ceda á la razon misma, y á la experiencia. Suetonio, sobre el testimonio de Ciceron, en una carta que ya no existe, nos dice que L. Plocio Gallo fué el primero que enseñó la retórica en Roma, en la lengua latina. Lo ejecutó con mucho acierto, y tuvo mucho concurso de oyentes.

Ciceron entónces, todavía muy mozo, estudiaba la retórica, pero con maestros griegos, que solos, hasta entónces, la habian enseñado en Roma. Se habia adquirido una reputacion tan grande entre sus compañeros, que, por una distincion particular, y por obsequiarle, le llevaban siempre en medio, cuando salian de las escuelas; y los padres de aquellos muchachos, que les oian todos los dias alabar la viveza de su entendimiento y madurez de su juicio, iban expresamente á las escuelas para ser testigos de esto por sí mismos, no pudiendo creer todo lo bueno que se les contaba de él.

Fué en aquel tiempo, cuando abrió Plocio escuela de retórica en Roma. Toda la juventud romana, por poca inclinacion que tuviese á la elocuencia, le iba á oir con celo. Ciceron, de edad entónces de catorce años, bien quisiera seguir este ejemplo, y aprovecharse de las lecciones de este nuevo maestro, cuya reputacion hacia mucho ruido en toda la ciudad, y sentia vivamente que no se le dejase esta libertad. «Me detenian, dice, la autoridad y el consejo de personas muy discretas, quienes creian que los ejercicios de retórica en lengua griega eran mas propios para cultivar el entendimiento de los jóvenes.»

No se puede dudar que Ciceron quiere hablar aquí de Craso: explica esto con mas claridad en otra parte, y dice, que todavía muy mozo estudiaba, con sus primos los hijos de Aculeon, con maestros que eran elegidos, y del gusto de Craso.

Los retóricos latinos tenian mucha estimacion en Roma, y se frecuentaban mucho sus escuelas; pero se levantó muy presto contra ellos una terrible borrasca. Los censores, Domicio Enobarbo, y Licinio Craso, publicaron contra ellos un edicto, cuyo tenor conservó Suetonio. «Hemos sabido, decian aquellos censores, que hay hombres, que con el nombre de retóricos latinos, se hacen maestros de un nuevo arte, y se junta la juventud en sus escuelas, y pasa en ellas los dias enteros en la ociosidad. Nuestros predecesores dijeron lo que deseaban que aprendiesen sus hijos, y á qué escuelas querian que fuesen. Estos nuevos establecimientos, opuestos á las costumbres y usos de nuestros mayores, no nos agradan, y parece que son contra el buen órden. Por esto nos creemos obligados á notificar nuestro parecer á los que han abierto estas escuelas, y á los que concurren á ellas, y declararles que no nos agrada esta novedad.»

El Craso de quien he hablado hasta aquí, es uno de los interlocutores, que introduce Ciceron en sus libros del orador. Se supone que este diálogo se tuvo dos años despues de la censura de Craso. Hace en el la apología de su edicto contra los retóricos latinos. «Les habia impuesto silencio, dice, nó porque me opusiese, como me lo reprendian algunos, á los progresos de los jóvenes en la elocuencia, sino al contrario, porque no queria que se les corrompiese el corazon, y se les inspirase un desembarazo, que llega

hasta la insolencia. Porque finalmente veia yo que entre los retóricos griegos, por mediano mérito que tuviesen, además del ejercicio de la palabra, que era propiamente su profesion, habia un caudal de noticias sólidas y estimables. Pero no concebia que estos nuevos maestros pudiesen enseñar otra cosa á nuestra juventud, que hablar con un aire desenvuelto, y confianza siempre vituperable, aun cuando se hallase unida á otras buenas cualidades. Como era pues esto todo lo que se aprendia con ellos; y su escuela, propiamente hablando, no era mas que una escuela de descaro, he creido que era obligacion de un censor detener este abuso, y prevenir sus peligrosas consecuencias. »

Todo lo que he dicho hasta aquí, nos muestra cuántos obstáculos y contradicciones encuentran los nuevos métodos y establecimientos, en materia de erudicion y ciencia, aun de parte de personas, por otra parte muy dignas de estimacion, y llenas de buenas intenciones. Pero finalmente vencen la utilidad y la verdad; y se abren camino por medio de todas las dificultades que se les oponen. Luego que se han pasado estos tiempos de borrasca y tribulacion, que las preocupaciones, por lo regular ciegas y precipitadas, han dado lugar á serias y tranquilas reflexiones, y se examinan las cosas con serenidad, causa mucha admiracion, que prácticas tan útiles en sí mismas, pudiesen encontrar tanta oposicion. Esta es la suerte que experimentó entre los franceses, de un modo diferente, la filosofía de Descartes, impugnada con tanto ardor en los principios, y despues casi generalmente recibida.

Lo mismo sucedió en Roma, por lo respectivo á los retóricos latinos. Se comprende cuán conforme era al buen juicio y á la razon, instruir y ejercitar la juventud en la elocuencia en una lengua que debian hablar siempre; y despues de estas primeras persecuciones, se mantuvo estable y tranquila la escuela de los retóricos latinos, y no contribuyó poco para el portentoso progreso que hizo en Roma, en los años siguientes, el estudio de la elocuencia.

Sin embargo, no despreciaron á los retóricos griegos, que tuvieron mucha parte en el adelantamiento de que acabo de hablar. Se admira cuando se ve el ardor y celo con que iban aquellos jóvenes romanos á oir á aquellos maestros, aun en una edad bastante avanzada. Ciceron empezó á presentarse en los tribunales de edad de veinte y seis años. Su alegato por S. Roscio de Ameria le granjeó una extraordinaria reputacion. Molon, célebre retórico griego, habia venido hácia aquel tiempo á Roma, diputado por los rodios. Ciceron, hábil como ya era, se hizo su discípulo, y se consideró afortunado y muy honrado en recibir sus lecciones. Despues de haber abogado por espacio de dos años, habiéndole obligado su salud, ó puede ser razones de política, á interrumpir la abogacía, y hacer un viaje á la Grecia y al Asia, además de otros muchos maestros de elocuencia, que oyó en Atenas y otras partes, fué expresamente á Rodas para volver á ponerse bajo la disciplina de Molon, con el fin de que trabajase aquel hábil maestro en reformar, y para decirlo así, en refundir su estilo. Molon alegaba muy bien, y componia excelentemente; pero su principal talento era discernir y conocer, en los que se dirigian á él, los defectos de estilo, y tenia un maravilloso secreto para corregírselos con los prudentes consejos y sólidas instrucciones que les daba. Se aplicó, porque no me atreveria á decir que lo logró, (es Ciceron quien habla) á reprimir en mí, y contener una viciosa abundancia de estilo, que se derramaba con mucha licencia mas allá de los justos límites, y me enseñó á no abandonarme al ardor de la edad y viveza de una imaginacion, que no habia tenido todavía tiempo de arreglarse. Ciceron confiesa, que desde este tiempo se hizo en él una gran mudanza, sea en cuanto al tono de la voz, la que no impelia ya con tanta vehemencia, sea en cuanto al estilo, que era ya mas exacto y corregido.

Era necesario que tuviesen aquellos jóvenes romanos un deseo muy vivo de perfeccionarse en la elocuencia, para sujetarse á ir á oir así aquellos retóricos, y para no sonrojarse, en medio de una reputacion ya sobresaliente, de ser todavía sus discípulos, y confesar que necesitaban de sus socorros. Pero por otra parte tambien era necesario que tuviesen aquellos retóricos un mérito muy sólido y reconocido, para granjearse una confianza semejante, y para mantener la idea que personas, tales como Ciceron, habian concebido de ellos.

Plocio, el primero de los retóricos latinos, que ha motivado todo lo que he dicho hasta aquí, tuvo sin duda compañeros y sucesores que desempeñaron el mismo empleo con honor. Suetonio refiere algunos de ellos; pero como son poco conocidos, paso á Ciceron, quien á la verdad no enseñó de viva voz la elocuencia, pero nos dejó excelentes preceptos de ella.

Ciceron, por sus tratados de retórica, ha merecido, con justo título, ponerse al frente de los retóricos latinos, como por sus arengas, tener el primer lugar entre los oradores.

Sus tratados sobre la república son « tres libros del orador, » un libro intitulado puramente « el Orador. » un diálogo sobre los oradores ilustres, intitulado « Brutus, » dos libros de la « Invencion, » las « Particiones oratorias; » el orador perfecto, y los « Tópicos. » En esta enumeracion de las obras de Ciceron sobre la elocuencia, no sigo el órden de los tiempos en que se compusieron.

§. 1. Los tres primeros son modelos perfectos, en los que reina enteramente lo que se llamaba « urbanidad romana, » que corresponde al aticismo de los griegos, esto es, á lo que tenian estos de mas fino, mas delicado, mas ingenioso, en una palabra, mas perfecto en cuanto á los pensamientos, las expresiones y las elocuciones.

Los tres libros del « Orador » son propiamente hablando, la retórica de Ciceron, nó una retórica seca, erizada de preceptos, y desnuda de todo agrado, sino una retórica que junta á la solidez de los principios y reflexiones, todo el arte, toda la delicadeza, todas las gracias de que es susceptible una materia semejante. Compuso esta obra á instancias de Q. Ciceron su hermano, quien deseaba tener alguna cosa suya mas perfecta que los libros de la Invencion, que fueron el primer fruto de su juventud, y poco dignos de la reputacion á que llegó despues. Para evitar el aire y sequedad de la escuela, trata esta materia por diálogos, en los que pone por interlocutores los hombres mas grandes y acreditados que tenia Roma, por el entendimiento, por la erudicion y por la elocuencia. El tiempo en que se supone se tuvieron estos diálogos, es el año de 662 despues de la fundacion de Roma, noventa años antes de Jesucristo, en tiempo del consulado de L. Marcio Filipo, y de Sex. Julio César.

Este género de escribir, entiendo los diálogos, es de una extrema dificultad; porque, sin hablar de la variedad de los caractéres que se deben mantener igualmente en todo, y ser siempre permanentes, se deben unir á ellos dos cosas, y que casi parecen incompatibles, el aire sincero y natural de las conversaciones familiares, con el estilo noble de una con-

currencia de personas de entendimiento. De todos los autores antiguos, Platon se tiene por el que sobresalió mas en los diálogos; se le puede ciertamente, por no decir mas, igualar á Ciceron, especialmente en los tratados de que se habla aquí. No sé si mi estimacion y afecto á un orador, de quien podria yo decir que me he alimentado desde mi mas tierna juventud, me preocupan y ciegan en su favor; pero me parece que se encuentran en sus conversaciones un deleite, una sal, un espíritu, una gracia, un natural que no cansa el admirarlas.

El tercero de los libros de que hablo, trata, entre otras cosas, de la eleccion y órden de las palabras, materia seca y desagradable en sí misma, pero que fué de mucha utilidad para la elocuencia latina, y que manifiesta, mejor que ninguna otra cosa, el profundo ingenio y dilatadas ideas de este orador. Cuando entró en los tribunales, encontró la elocuencia latina absolutamente desnuda de una ventaja que ensalzaba infinitamente á la de los griegos, á la que se habia enteramente aplicado, y cuyos primores conocia, como si fuera su lengua propia y natural: tan familiar se le habia hecho con un estudio serio y profundo. Esta ventaja era el sonido, el número, la cadencia, la armonía, de lo que la lengua griega es mas susceptible que todas las otras, y que le da sobre ellas, por este lado, una superioridad incontestable. Ciceron que era un ciudadano extremamente celoso por el honor de su patria, emprendió comunicarle esta ventaja, cuya posesion habian tenido hasta entónces los griegos solos.

Conoció que las palabras, semejantes á una cera blanda, tienen una flexibilidad maravillosamente propia para tomar todo género de formas, de suerte que se manejan, y se hace de ellas lo que se quiere. Prueba de esto es, que, para todas las diferentes especies de versos, que son en número muy grande, para todos los diferentes estilos, el natural, el exornado, el sublime; para todos los efectos que debe producir el discurso, agradar, convencer, mover; las que se emplean no son palabras de diferente naturaleza, sino que sacadas, por decirlo así, de la misma masa, y dispuestas igualmente para todo, estas palabras se sujetan á la voluntad del poeta y del orador, quienes hacen de ellas todos los usos que les agradan.

Bien persuadido Ciceron de este principio, el que probaba sensiblemente por la lectura y estudio de los autores griegos, ó mas bien que habia tomado de la naturaleza misma, procuró añadir á la lengua latina este adorno, del que habia estado absolutamente desnuda hasta su tiempo. Lo logró con tanta fácilidad y prontitud, que en pocos años tomó una forma enteramente nueva, y lo que no tiene ejemplo, llegó de repente en este género á la mayor perfeccion. Porque se sabe que en las artes y ciencias, por lo regular, es lento el progreso, y no llega sino por grados á una entera madurez.

No sucedió esto en la materia de que hablamos, esto es, en lo que pertenece al número y cadencia del discurso. Ciceron se hace desde luego dueño de lo mejor y mas perfecto, é introduce en su lengua, con la admirable colocacion de las palabras, una dulzura, una gracia, una majestad que casi la igualan á la lengua griega, y con lo que el oído es agradablemente lisongeado, por poco gusto y aficion que se tenga al sonido y armonía. No es pues de admirar que aquel gran orador, para asegurar á su lengua esta nueva ventaja que le habia procurado, y para perpetuarle el uso y posesion de ella, creyese que debia tratar perfectamente esta materia. Con efecto entra, sobre este asunto, en una individualidad infinita que ya no nos puede agradar á nosotros, á quienes es casi extraño este idioma; pero que en aquellos tiempos era extremamente útil é importante, y se conoce bien que trató esta materia con un cuidado particular, y que se aprovechó de toda su capacidad para ponerla en el posible esplendor. Así advierte Quintiliano, que entre las obras de retórica, fué esta parte la que trabajó mas.

El mismo servicio se ha hecho á la lengua francesa, y, si no me engaño, Balzac el antiguo, nó el moderno, fué el primero que conoció cuán susceptible es de número, armonía y cadencia agradables. Despues de su tiempo se ha perfeccionado mucho esta parte de la composicion, en particular el señor Flechier, y todos los demás buenos autores, no nos dejan nada que desear en este artículo. Importa mucho que los jóvenes cuiden de esto, y que acostumbren sus oidos á discernir, con un vivo y pronto sentimiento, lo suave y agradable, de lo áspero y mal sonante que hay en la colocacion de las palabras. El tratado que el cura Olivet compuso y publicó sobre la prosodia puede servir mucho para esto. Lo mismo el de Garcés.

Dije ya que los tres libros del orador se podrian considerar como la retórica de Ciceron; con efecto, pone en ellos casi todos los preceptos de este arte, nó en el órden regular y didáctico de la escuela, sino de un modo mas libre, y que parece menos estudiado, y los acompañó con reflexiones que aumentan infinitamente su valor, y manifiestan su verdadero uso.

§. 2. El libro intitulado el «Orador,» no cede en primor y solidez á los precedentes. Da Ciceron en él la idea de un orador perfecto, nó como le haya habido, sino como puede ser. Estimaba particularmente esta obra, la que miraba con una especie de complacencia, en la que no disimulaba que habia puesto todo su entendimiento, y empleado toda la fuerza de su juicio; es mucho decir. Así es como se explica él mismo, escribiendo á un amigo que habia aprobado mucho esta obra, y conviene que, juzgándose de ella bien ó mal, asegura del mismo modo la reputacion del autor. Añade (digo esto para la juventud) que desea que el jóven Lepta, que era hijo de su amigo, empiece ya á leer escritos de este género con algun gusto: porque aunque su edad no le permite todavía recoger todo el fruto, no es inútil que oiga desde niño estas lecciones.

§. 3. El «Brutus» de Ciceron, es un diálogo tocante á los oradores ilustres, así griegos como latinos, que habian parecido hasta su tiempo: porque no hace mencion de los que vivian todavía, excepto de César y Marcelo. Esta obra se compuso poco tiempo antes que la precedente, y puede ser el mismo año.

En la larga enumeracion que contiene este libro, y en el que pone Ciceron en particular el estilo de un número muy grande de oradores, se encuentra una admirable variedad de retratos y caractéres que recaen todos sobre la misma materia, sin que por eso sean jamás semejantes; y las acompaña, de tiempo en tiempo, con reflexiones y especies de digresiones que les añaden mucho valor, y pueden ser de gran socorro para formar un orador.

§. 4. El tratado «del género de orador mas perfecto,» es muy corto. Ciceron asegura que el estilo ático es el mas perfecto, pero que contiene los tres caractéres, y que los emplea el orador segun la exigencia de los asuntos. Para convencer de esto á los que pensaban de otro modo que él, tradujo los célebres alegatos de Esquines contra Demóstenes, y de Demóstenes contra Esquines. La obra de que se trata aquí no era mas que una especie de prefacio para esta traduccion, cuya pérdida se debe sentir mucho.

§. 5. Los «tópicos» de Ciceron contienen el método

para encontrar los argumentos por medio de ciertos términos que los caracterizan, y se llaman « Lugares de retórica, ó lugares de lógica. » Es un arte, cuya invencion ó perfeccion se debe á Aristóteles. Para explicar el tratado, en que habla de ella aquel filósofo, compuso Ciceron esta obra, á instancias de un jurisconsulto su amigo, llamado Trebacio. Hay una cosa notable en esta obra, para mostrar el ingenio, la memoria y felicidad de Ciceron, y es que no tenia el libro del filósofo griego cuando emprendió explicarle. Iba de viaje, y por la mar, como nos dice él mismo en este libro. Trajo á su memoria la obra de Aristóteles, la explicó y envió á su amigo lo que habia hecho. Bien debia saberla y tenerla muy presente en la imaginacion para trabajar sobre ella con la memoria sola.

§. 6. Las « particiones oratorias » son una retórica muy buena, puesta por divisiones y subdivisiones de las materias (y es la razon del título), de un estilo muy natural, pero claro, sucinto y elegante, muy proporcionado á la capacidad de los que empiezan; de suerte que se pueden servir muy útilmente de ella, acompañándole ejemplos, en lugar que Ciceron no tuvo por conveniente ponérselos.

§. 7. Los libros de retórica, ó de la «Invencion oratoria,» ciertamente son de Ciceron. No quedan de ellos sino los dos primeros: los otros dos se perdieron. Advertí ya que los compuso durante su juventud, y los tuvo él mismo, mas adelante, por poco dignos de su reputacion.

La retórica á Herenio.—No es fácil saber quién fué el autor de los cuatro libros de retórica, dedicados á Herenio, que se ven al frente de las obras de Ciceron. En las ediciones comunes, el título dice que nada se sabe de esto; pero que personas hábiles los atribuyen á Cornificio; esta es una retórica en forma, cuyo estilo, aunque llano y familiar, es puro y ciceroniano; y esto hizo creer á algunas personas, que esta obra era de Ciceron; pero esta opinion padece muchas dificultades.

Seneca el retórico, de quien hablamos aquí, nació en Córdoba en España, cerca del año de 700 de la ciudad de Roma, cincuenta y tres años antes de Jesucristo. Su apellido era Márcus. Se vino á establecer en Roma en tiempo del reinado de Augusto. Llevó á ella, con su esposa, llamada Helvia, tres hijos que tenia. El uno que se llamaba Mela, fué padre del poeta Lucano; el filósofo se llamaba Lucio; el nombre del tercero era Novato; este, habiendo pasado á otra familia por adopcion, tomó los nombres de su padre adoptivo Junio Galio: se habla de este último en los actos de los apóstoles.

Séneca el padre juntó lo mas notable que mas de cien autores, tanto griegos como latinos, habian dicho ó pensado sobre diferentes asuntos que trataron, como á competencia unos de otros, para ejercitarse en la elocuencia segun la práctica de aquellos tiempos. De diez libros de « controversias ó alegatos» que contenia aquella coleccion, apenas quedan cinco que son muy defectuosos. Con los libros de las controversias hay tambien uno de deliberaciones, que se pone el primero de los otros, aunque se sepa que lo publicó Séneca después.

Estas obras de Séneca dan motivo al señor Gibert, para explicar, con mucho órden y claridad la estimacion y uso que se hacia en otros tiempos de la « declamacion. » Insertaré aquí este corto trozo, casi todo entero. Servirá mucho para entender lo que se dirá mas adelante, sobre el modo con que instruian los retóricos á la juventud en la elocuencia.

«Declamacion» es una palabra conocida en Horacio, y aun mas en Juvenal; no lo fué en Roma antes de Ciceron y Calvo; se llamaban así las composiciones con con que se ejercitaban en la elocuencia, y cuyos asuntos verdaderos ó inventados, estaban tan presto en el género deliberativo, tan presto en el judiciario, rara vez en el demostrativo. Los discursos que se hacian sobre estos asuntos eran una imágen de lo que pasa en los consejos ó tribunales.

La declamacion fué el medio que tomó Ciceron, todavía mozo, para hacerse orador, y entónces fué en la lengua griega. La practicó tambien en una edad mas avanzada, pero en latin. Continuó este ejercicio, aun cuando las turbaciones del estado le hicieron abandonar la abogacía. Referia entónces á Casio, á Dolavela, y á otros las arengas que no habia compuesto de este modo, sino para ejercitarse. Era el ejercicio regular de todos los que aspiraban á la elocuencia, ó que se querian perfeccionar en ella, esto es de las principales personas del Estado. Se aplicaban á ella á vista de Ciceron, y se aprovechaban de sus consejos. « Hircio y Dolavela» dice Ciceron, «vienen á mi casa á declamar, y yo me voy á la suya á cenar.» Venian á su casa, ó á decir sus discursos ó á corregirlos; y después se iba á cenar con ellos á sus casas, por ser la mesa de estos mejor que la suya.

El gran Pompeyo se aplicó tambien á la declamacion, poco antes de las guerras civiles, para estar en estado de responder á Curion, cuyo talento, vendido á los intereses de César, causaba inquietud al partido contrario. Marco Antonio hizo lo mismo para responder á Ciceron y á Octaviano, y aun en el sitio de Módena no interrumpió este ejercicio. Es menester acordarse que en Roma, fuese en el senado, fuese delante del pueblo, decidia regularmente la elocuencia de los mas importantes negocios, y por este lado se hacia de una absoluta necesidad para los que se querian hacer en ella poderosos.

Dejo á Ciceron el hijo que se ejerció tambien en griego y en latin, á imitacion de su padre, pero que no tuvo el mismo éxito.

Se atribuye la invencion de la declamacion á Demetrio de Falero; y Plocio Galo, de quien hablamos antes, fué el primero que pasó su uso á la lengua latina.

Con esta idea general de la declamacion, se juntaban todos los aficionados á la elocuencia, fuesen griegos, fuesen latinos, en casa de personas hábiles, tales por ejemplo como Séneca, y allí pronunciaban discursos sobre los asuntos en que se habian convenido. Nuestro autor tenia la mejor memoria del mundo, y cita muchos ejemplos de personas que la habian tenido excelente. Cineas, embajador de Pirro, habiendo obtenido luego que llegó, audiencia del senado, el dia siguiente saludó por sus nombres á todos los senadores, y á todos los del pueblo que habian asistido en número muy grande á esta audiencia. Un particular oyó pronunciar un poema, y para dar que hacer á él que le habia compuesto, pretendió que era obra suya, y para prueba le repitió todo entero sin detenerse, lo que no pudo hacer el autor mismo. Hortensio, en consecuencia de una apuesta, se estuvo todo un dia en una venta de muebles que se hacia á voz de pregonero, y al anochecer repitió por órden, y sin errar la cosa mas mínima, los diferentes muebles que se habian vendido, y el nombre de todos los compradores. La memoria de Séneca no era menos admirable. Dice que en su juventud repetia hasta dos mil palabras, después de haberlas puramente oido, y las repetia por el mismo órden que se las habian dicho. Por este maravilloso talento, todo lo que se habia dicho de mas curioso en todas las declamaciones que ha-

bia oido, se habian impreso tan bien en su memoria, que mucho tiempo despues, en una edad muy avanzada, se halló en estado de traer á la memoria tantos fragmentos sueltos, y los puso por escrito, para el uso de sus hijos, y para dejarlos á la posteridad.

Tendré mas adelante ocasion de explicar, cuánto contribuyeron las declamaciones para hacer que degenerase, y para corromper el gusto de la sana elocuencia.

«Diálogo sobre los oradores, ó sobre las causas de la corrupcion de la elocuencia.»—El autor de esta obra no es conocido. Algunos la atribuyen á Tácito, otros á Quintiliano, pero con poco fundamento. Lo que se puede asegurar es, que prueba habilidad y talentos en su autor, cualquiera que pueda ser, y merece tener lugar entre las obras, que se aprecian mas despues del feliz siglo de Augusto, de cuya pureza y primor, se debe confesar no obstante, que dista mucho. Se encuentran en ella muy buenos pasajes. Lo que dice para ponderar la profesion de abogado, me parece de este genero. Es necesario acordarse que es un pagano quien habla.

«El deleite que causa la profesion de la elocuencia no es, dice, un deleite rápido y pasajero, se renueva todos los dias y casi á cada momento. Con efecto, ¿qué cosa mas grata para una alma bien nacida, y que tiene inclinacion á la verdadera fama, como ver en todos tiempos frecuentada su casa por las personas mas considerables que hay en una ciudad? Saber que no es á sus riquezas, ni á su valimiento, sino á su propia persona, á quien se viene á tributar este honor? ¿Las riquezas mas grandes, las dignidades mas ilustres, tienen nada tan lisongero como este homenaje voluntario, que sugetos igualmente respetables por su nacimiento y por su edad, vienen á hacer al mérito y al saber de un abogado, por lo regular, todavía mozo, y algunas veces desnudo de los bienes de fortuna, implorando el socorro de su elocuencia, sea para sí mismos, sea para sus amigos, y confesando que en medio de esta afluencia de bienes de que están cercados, les falta la cosa mas estimable y excelente? ¿Qué diré de este vivo ardor de los ciudadanos en cortejarle al salir de su casa y á su vuelta? ¿De estos numerosos auditorios, en los que todos los ojos están puestos sobre un hombre solo, y en los que reina un profundo silencio que no se interrumpe, sino con voces de admiracion y con aplausos? ¿Finalmente de este imperio soberano que ejerce sobre los corazones, inspirándoles los afectos que le agrada? No hay cosa mas gloriosa, ni que dé mas golpe que lo que acabo de decir. Pero aun hay otro deleite mas interior y mas vivo, y que no es conocido sino del orador. Si trae un discurso trabajado de espacio, y compuesto con cuidado, su gozo, como tambien su estilo, tiene alguna cosa mas firme y mas segura. Sino se pudo preparar para su causa, sino con algunos momentos de reflexion, la misma inquietud que siente le hace el evento mas suave, y es una sal mas deliciosa para el placer que experimenta. Pero lo que le lisongea con mas agrado, es el fin de un discurso sin preparacion, y dicho de repente. Porque sucede con las producciones del entendimiento, lo que con las de la tierra. Los frutos que no costaron nada, y vienen por sí mismos, son mas agradables que los que ha sido necesario comprar con mucha pena y trabajo.»

No se puede negar, á mi parecer, que hay en esta descripcion muchos pensamientos ingeniosos y sólidos, expresiones grandes y enérgicas, frases vivas y elocuentes. Puede ser se encuentre tambien en ella demasiada sutileza y explendor, pero era el defecto del siglo.

Añadiré tambien aquí un excelente pasaje, en el que pone el autor la mala educacion de los niños entre las principales causas de la corrupcion de la elocuencia.

«¿Quién ignora que lo que há hecho degenerar la elocuencia y las otras artes, no es la escasez de buenos entendimientos, sino la desidia de la juventud, la negligencia de los padres y madres en criar á sus hijos, la ignorancia de los maestros encargados de su instruccion, finalmente el olvido, y poco caso del gusto antiguo? Estos males que tuvieron principio en Roma, se han extendido de la capital á la Italia, y han corrompido todas las provincias.

«En otros tiempos en cada casa un niño nacido de una madre casta, no se entregaba á una ama comprada entre las esclavas, sino que se criaba, y educaba en el seno de su propia madre, cuyo mérito y elogio era cuidar de su casa, y de sus hijos. Se escogia en la familia alguna parienta anciana de una bondad, y virtud reconocida, á cuyo cuidado se confiaban todos los hijos de la casa, y en cuya presencia no se atrevian á decir, ni ejecutar cosa que fuese contraria á las buenas costumbres. Encontraba ella el medio de mezclar, no solamente en su estudio y tarea, sino en sus mismos juegos y recreaciones, un cierto aire de modestia y circunspeccion que reprimia su viveza. De este modo sabemos que Cornelia, madre de los Gracos, Aurelia de César, Atia de Augusto, cuidaron de sus hijos, y los pusieron en estado de presentarse con explendor en el mundo. El fin de esta educacion varonil y robusta era hacer de suerte que el corazon de estos niños, conservado en toda su pureza, é integridad natural, y no inficionándose con algun mal principio, se aplicase en lo futuro con codicia al estudio de las artes y ciencias; y que, fuese que tomasen el partido de las armas, ó que estudiasen las leyes, ó que se dedicasen á la elocuencia, se pudiesen aplicar cada uno á su profesion, y hacerse en ella perfectamente hábiles.

«Pero al presente, luego que nace un niño, le entregan á alguna esclava griega, á la que juntan uno ó dos criados de los mas viles, y menos capaces de empleo alg: no serio. En esta edad tierna y susceptible de todas las impresiones, no oye mas que los cuentos frívolos, y por lo regular libres de los criados. Ninguno de ellos cuida de lo que dicen ó hacen en presencia de su jóven amo. Y como se habia de querer que cuidasen de esto, acostumbrando los mismos padres á sus hijos, nó á la modestia y al pudor, sino á todo género de libertad y licencia: de donde se sigue poco á poco un aire de descaro declarado, que hacen que no tengan respeto alguno ni á sí mismos ni á los otros. Tienen, además de esto, vicios propios y particulares á esta ciudad, que casi parece que nacieron con ellos en el seno de sus madres, la inclinacion á los espectáculos del teatro, á los combates de los gladiadores y á las carreras de los carros. ¿Entre los jóvenes, y casi generalmente en todas las concurrencias, no es esto lo que por lo regular es el asunto de las conversaciones? ¿Se cree que un corazon lleno y apoderado de estos frivolos pasatiempos, sea muy capaz de ocuparse en estudios serios?»

Estos dos fragmentos son mas que suficientes para dar á los lectores alguna idea de aquella obra y para hacer que sientan que no haya llegado entera hasta nosotros.

Este diálogo se puede dividir en tres partes. La primera nos presenta un abogado y un poeta, que se disputan la preeminencia de su arte y que hacen el elogio, uno de la elocuencia, otro de la poesía. La segunda parte es, por decirlo así, un alegato del mismo

abogado llamado Aper, en favor de los oradores de su tiempo, contra los antiguos. Vivia en tiempo de Vespasiano y era el principal del consejo. La tercera parte de la obra es una averiguacion de las causas de la decadencia, ó de la corrupcion de la elocuencia. Los interlocutores son Mesala, Secundo, Materno y Aper. Todo lo que decia Secundo se perdió con una parte de lo que decia Materno, lo que ocasiona un gran vacío en aquella obra, sin hablar de algunos otros pasajes defectuosos.

Quintiliano: reduciré á tres puntos lo que tengo de decir sobre Quintilio. Referiré primero lo que se sabe de su historia. Después hablaré de su obra, y trazaré el plan de ella. Finalmente, expondré el modo de instruir la juventud y enseñar la retórica, practicado en su tiempo.

§. 1. Historia de lo que se sabe de Quintilio.—Parece que Quintilio nació el segundo año del reinado de Claudio, que fué el 42 de Jesucristo. El señor Dowel lo congetura así en sus anales sobre Quintilio, y será mi guia, por lo respectivo á la cronología, sobre lo que pertenece al nacimiento, la vida y ocupaciones de nuestro retórico, lo que puso en un órden muy claro y muy verosímil.

Se disputa sobre el lugar de su patria. Dicen muchos que era de Calaguris, ciudad de España sobre el Ebro, nombrada al presente «Calahorra.» Otros creen, con bastante fundamento, que habia nacido en Roma.

No se sabe ciertamente si era hijo ó nieto del orador Fabio, de quien dijo alguna cosa Séneca, y á quien puso en el número de aquellos oradores, cuya reputacion muere con ellos.

Quintiliano frecuentó sin duda en Roma las escuelas de los retóricos, en las que se instruia la juventud en la elocuencia. Empleó otro medio aun mas eficaz para llegar á este fin, que era hacerse discípulo de los grandes oradores que tenian mas reputacion. Domicio Afer tenia entónces entre ellos el primer lugar. No se contentaba Quintilio con oir sus alegatos en los tribunales, le visitaba tambien frecuentemente; y aquel venerable anciano, que era la admiracion de un siglo, no se desdeñaba de hablar con un jóven, en quien veia grandes talentos y muchas esperanzas. Este es el importante servicio que pueden hacer á abogados mozos, los que han envejecido con reputacion en esta ilustre profesion, especialmente cuando han dejado la abogacía y se han retirado. Su casa se hace entónces como la escuela pública de la juventud, que aspira á las glorias de la elocuencia, y que se dirige á ellos como á oráculos, para aprender de su boca por qué camino se puede llegar á ella. Quintiliano se supo aprovechar bien de la buena voluntad de Afer, y parece, por las cuestiones que le proponia, que su fin era arreglar en aquellas conversaciones su gusto y juicio. Le preguntó un dia cuál de los poetas creia que se acercaba mas á Homero: « Virgilio, » dijo Afer, «es el segundo, pero mucho mas cerca del primero que del tercero.» Tuvo el dolor de ver á ese grande hombre, que habia sido tan largo tiempo el honor de los tribunales, sobrevivir á su propia reputacion, por no haberse sabido aprovechar del prudente consejo de Horacio, y haber querido mas rendirse, que retirarse: fué la reprension que se le dió. Domicio Afer murió el año 59 de la era de Jesucristo; y Juvenal nació aquel mismo año.

Dos años después envió Neron á Galba á la España Tarraconense, en cualidad de gobernador. Se cree que le siguió á ella Quintiliano, y que después de haber enseñado allí la retórica, y ejercido la profesion de abogado por espacio de mas de siete años, volvió á Roma con él.

Fué, hácia el fin de aquel mismo año, cuando declararon á Galba emperador, y cuando abrió Quintiliano en Roma un estudio de retórica.

Fué el primero que la enseñó allí, por autoridad pública, y asalariado por el estado, lo que debió á Vespasiano. Porque, segun Suetonio, fue aquel príncipe el primero que asignó sobre el tesoro público, á los retóricos, así griegos como latinos, pensiones que ascendian á doce mil y quinientas pesetas por año. Antes de este establecimiento habia en Roma maestros de retórica que la enseñaban, sin ser autorizados, en público. Además de lo que recibian aquellos retóricos del público, los padres, cuyos hijos instruian, les daban una cantidad que considera Juvenal muy moderada, en comparacion de las que empleaban para gastos frívolos, porque, segun él, nada costaba menos á un padre que su hijo, y lo ahorraba todo para su educacion. Esta cantidad llegaba á doscientas y cincuenta pesetas: Quintiliano tuvo la cátedra de retórica por espacio de veinte años con general aplauso.

Ejerció al mismo tiempo, y con igual acierto, el oficio de abogado, y se adquirió tambien mucho nombre en los tribunales. Cuando se distribuian las diferentes partes de una causa á distintos abogados, como se acostumbraba en otros tiempos, se le encargaba por lo regular, el cuidado de exponer el hecho, lo que requiere un espíritu de órden, y mucha claridad. Sobresalia tambien en el arte de excitar las pasiones, y confiesa con el aire de ingenuidad modesta, que era natural en él, que se le veia regularmente cuando alegaba, nó solamente derramar lágrimas, sino tambien mudar de semblante, perder el color, y dar todas las señales de un vivo y sincero dolor. No disimula que á este talento debia la reputacion que se habia granjeado en los tribunales. Con efecto, por esto se distingue el orador, y logra la aprobacion.

Veremos muy presto cuán bueno era para instruir la juventud, y cómo lograba hacerse amar y respetar de ella. Entre muchos ilustres discípulos que frecuentaron su escuela, fué Plinio el menor el que le honró mas, por lo sobresaliente de su ingenio, por la elegancia y solidez de su estilo, por la admirable suavidad de su carácter, por su liberalidad con las gentes de letras, y especialmente por su vivo reconocimiento á su maestro, de lo que le dió una ilustre prueba en lo futuro.

Después de haber empleado seguidos, y sin interrupcion, veinte años, tanto para instruir la juventud en la escuela, como para defender á los particulares en los tribunales, obtuvo del emperador Domiciano el permiso de dejar estos dos empleos igualmente útiles y penosos. Instruido por el triste ejemplo de Domicio Afer su maestro, creyó que debia pensar en el retiro, antes que se le hiciese absolútamente necesario, y que no podia dar un fin mas honrado á sus trabajos, que renunciarlos en un tiempo en que se le desearia, en lugar que Domicio quiso mas ser oprimido del peso que dejarle. Con esta ocasion, dió á los abogados un prudente consejo. « El orador, » dice, « si me cree en esto, tocará la retirada antes de caer en las emboscadas de la caduquez, y ganará el puerto cuando su bajel está todavía bueno y entero. »

Sin embargo, no tenia entónces Quintiliano sino cuarenta y seis, ó cuarenta y siete años, que es una edad todavía verde y robusta. Puede ser que hubiesen empezado sus tareas á debilitar su salud. Cualquiera cosa que sea, su descanso no fué un descanso de flojedad, ni de pereza, sino de actividad y ardor; de suerte que fué en cierto sentido, aun mas útil al público que lo habia sido con sus trabajos pasados.

Porque finalmente, estos se contuvieron en los estrechos límites de cierto número de personas y de años, en lugar que las obras que fueron el fruto de su retiro, han instruido á todos los siglos; de suerte que se puede decir que la escuela de Quintiliano se mantiene abierta, después de su muerte, á todos los pueblos, y resuena todavía todos los dias con los admirables preceptos que nos dejó sobre la elocuencia.

Empezó componiendo un tratado « sobre las causas de la corrupcion de la elocuencia, » cuya pérdida no puede dejar de sentirse mucho. No es ciertamente este el que tenemos con el título de « diálogo sobre los oradores. »

En el tiempo que empezaba esta obra, perdió el menor de sus hijos, que no tenia mas que cinco años, y pocos meses antes le habia arrebatado una muerte temprana su esposa, que no tenia mas que diez y nueve años, y aun algo menos.

Algun tiempo después, instado por las súplicas de sus amigos, empezó su grande obra de las « instituciones oratorias, » compuesta de doce libros: daré cuenta de ella mas adelante.

Habia concluido los tres primeros, cuando le confió el emperador Domiciano el cuidado de los dos jóvenes príncipes sus sobrinos, á quienes destinaba para sucederle en el imperio. Eran nietos de Domitilia, su hermana, cuya hija llamada tambien Domitilia, se habia casado con Flavio Clemente, primo hermano del emperador: tuvo en ella los dos príncipes de que se trata. Fué esta nueva razon de aumentar sus cuidados para perfeccionar su trabajo. Es bueno oirle á él mismo; el pasaje es notable. « Hasta aquí, dice, dirigiéndose á Victorio, á quien habia dedicado su obra, escribia solamente para tí y para mí, y conteniendo estas instrucciones en nuestro particular, cuando no fuesen aprobadas del público, me consideraria muy feliz de que pudiesen ser útiles á vuestro hijo y al mio. ¿Pero después que me ha encargado el emperador la educacion de sus sobrinos, seria hacer el caso que debo de la aprobacion de un dios, y conocer el precio del honor que acabo de recibir, no arreglar sobre esta idea la grandeza de mi empresa? Con efecto, de cualquiera modo que la mire, sea del lado de las costumbres, sea del lado de las ciencias y del arte, ¿qué no debo hacer para merecer la estimacion de un censor tan religioso, y de un príncipe, en quien la suprema elocuencia está junta al supremo poder? Que si no causa admiracion ver á los poetas mas excelentes, no solamente invocar las musas en el principio de su obra, sino implorar de nuevo su asistencia, cuando se presenta en la continuacion algun importante asunto que tratar, ¿con cuánta mas razon se me debe perdonar, si, lo que no hice al principio, lo hago ahora, y si llamo á mi socorro todos los dioses, especialmente aquel bajo cuyos auspicios escribiré en adelante, y el que, mas que todos los otros, preside á los estudios y á las ciencias? Que se digne pues de serme favorable, y proporcionando sus bondades á la alta idea que ha dado de mí con una eleccion tan gloriosa, y difícil de desempeñar, que me inspire todo el espíritu que necesito, y me haga tal como me ha creido.

Se debe confesar que hay en este cumplimiento mucho talento, nobleza, grandeza, especialmente en el pensamiento que le termina: « y que me haga tal como me ha creido. » ¿Pero es posible llevar mas lejos la adulacion y la impiedad, como tratar de dios á un príncipe, que era un mónstruo de vicios y crueldades? Tampoco sé si en este último pensamiento hay tanta exactitud como brillantez: « y que me haga tal como me ha creido. » Luego no lo era. ¿Y cómo pudo creer este pretendido dios que lo fuese? Aun si, en vez de exagerar en él la regularidad y pureza de las costumbres, se hubiese contentado con ponderar su elocuencia, y los otros talentos del entendimiento de que se preciaba, seria la adulacion menos odiosa. Así es como le alaba en otra parte, en donde le hace superior á todos los poetas. Es muy verosímil, que fué por entónces, cuando se le concedieron á Quintiliano los adornos consulares.

El cuidado de la educacion de los jóvenes príncipes, de que se hallaba encargado Quintiliano, no le impedia trabajar en su libro de las instituciones oratorias. La consideracion del único hijo que le quedaba, cuyo excelente natural merecia todo su amor, y toda su atencion, era para él un poderoso estímulo para acelerar esta obra, la que miraba como la mas preciosa parte de la herencia que le debia dejar; con el fin, dice él mismo, que si á este querido hijo le llega á faltar su padre, pueda aun después de su muerte servirle todavía de maestro y conductor.

Ocupado pues continuamente con la vista y temor de su mortalidad, trabajaba noche y dia en su obra, y habia acabado ya el quinto libro de ella, cuando una muerte anticipada le quitó aquel querido hijo que era todo su gozo y todo su consuelo. Fué esto para él, después de la pérdida que habia tenido ya del menor de sus hijos, un nuevo golpe que le debilitó y turbó sin dejarle recurso. Su dolor, ó antes bien su desesperacion, prorumpió en quejas y reprensiones contra los mismos dioses, á los que acusó abiertamente de injusticia y crueldad, declarando que se veia bien, después de un tratamiento tan cruel, y tan injusto, que ni él ni sus hijos habian merecido, que no hay providencia que vele sobre las cosas de acá abajo.

Discursos semejantes nos dan á entender lo que era la rectitud pagana, aun la mas perfecta; porque no sé si en toda la antigüedad se puede encontrar hombre de un carácter mas afable, mas prudente, mas razonable, mas virtuoso que lo era Quintiliano, segun las reglas del paganismo. Sus libros están llenos de excelentes máximas sobre la educacion de los niños; sobre el cuidado que deben tener los padres y madres en preservarlos de los peligros del mundo; sobre la atencion que deben poner los maestros para conservar en ellos el precioso depósito de la inocencia; sobre el generoso desinterés que deben manifestar las personas empleadas; y finalmente sobre el amor y zelo del bien público.

Seria su dolor muy justo si hubiese sido moderado; porque ningun niño debió ser mas llorado que aquel. Además de las gracias naturales y los talentos exteriores, un sonido de voz agradable, una fisonomía amable, una excelente facilidad en pronunciar bien las dos lenguas, como si hubiese nacido igualmente para una y otra; tenia las disposiciones mas felices que se puedan desear para las ciencias, juntas á un gusto é inclinacion al estudio, que admiraba á sus maestros. Pero las cualidades del corazon, excedian á las del entendimiento. Quintiliano, que habia conocido muchos jóvenes, asegura con juramento, que jamás habia visto tanta rectitud, natural bondad de alma, agrado y modestia, como en aquel querido hijo. Manifestó, durante una enfermedad de ocho meses, una igualdad y serenidad de ánimo, que no dejaban los médicos de admirar, manteniéndose inflexible contra los temores y dolores, y, en el punto de espirar, consolando él mismo á su padre, y procurando detener sus lágrimas. ¡Qué desgracia que se perdiesen tantas buenas cualidades! ¡Pero qué vergüenza y qué re-

prensiones, si muchachos cristianos fuesen menos virtuosos!

Después de haber hecho tregua con el estudio, durante algun tiempo, Quintiliano, recobrado un poco, volvió á emprender su obra, la que dice que le debia agradecer el público tanto mas, cuanto en adelante no trabajaria ya para sí mismo, debiendo sus escritos, como tambien sus bienes, pasar á extraños. Acabó finalmente su plan en doce libros; no habia tardado en ellos mas que dos años; tambien empleó mucha parte de este tiempo, nó en componer la obra actualmente, sino en prepararla, juntando, con la lectura de una infinidad de autores que habian tratado el mismo asunto, todos los materiales que debian entrar en ella. Y hemos visto cuán lleno de inquietudes y melancólicas ocupaciones habian sido para él estos dos años. Admira, y casi es increible, cómo una obra tan perfecta se pudo componer en tan poco tiempo. Su idea era seguir el consejo de Horacio, quien en su arte poético, encarga á los que escriben que no se apresuren para publicar sus escritos. Guardaba pues los suyos, con el fin de meditarlos de espacio y con ánimo sereno, dejar pasar este primer movimiento de amor propio y complacencia que ocasionan siempre las propias producciones, y examinarlas, nó ya como autor preocupado, sino con la serenidad de un lector. No pudo resistir mucho tiempo á las instancias y deseos del público, impaciente por tener sus escritos: y se vió como precisado á abandonárselos, contentándose con desearles un buen acogimiento, y encargar á su librero que tuviese gran cuidado en que estuviesen bien exactos y corregidos. Se debió pasar, á lo menos un año, antes que estuviesen en estado de publicarse. Debemos á sus comentadores el haber puesto al público, con el análisis de lo bello de Quintiliano, en estado de juzgar del mérito de este autor.

El señor Dowel cree que fué, hácia este tiempo, cuando Quintiliano, libre de los cuidados de su grande obra, la que acababa de terminar, pensó en un segundo matrimonio, y tomó por esposa la nieta de Tutilio; así la llama Plinio el menor. Tuvo de ella, hácia el fin de aquel año, una hija.

Domiciano, no obstante su pretendida divinidad, fué muerto en su palacio por Estéban, quien se habia puesto al frente de los conjurados. Habia hecho morir aquel emperador á Flavio Clemente, entónces cónsul, su primo, y habia desterrado á Flavia Domitilia su sobrina, esposa de este Clemente. Habia desterrado tambien á Santa Flavia Domitilia, hija de una hermana del mismo cónsul. Todas estas personas padecieron por el nombre de Jesucristo. La muerte de Clemente fué lo que mas adelantó la de Domiciano, sea por el horror y temor que dió á todo el mundo, sea porque animó contra él á Esteban, liberto y mayordomo de los bienes de Domitilia, esposa de Clemente, de los que le obligaban á dar cuenta, y le acusaban de no haber usado bien de ellos. Nerva sucedió á Domiciano, y no reinó mas que diez y seis meses y algunos dias. Tuvo por sucesor á Trajano, á quien habia adoptado, y quien reinó veinte años.

Se ignora todo lo que pertenece á Quintiliano, después de la muerte de Domiciano, excepto el matrimonio de su hija, suponiendo que la tuviese. Luego que llegó á edad de casarse, la dió por esposa á Nonio Celer. Plinio se distinguió en aquella ocasion por una generosidad y reconocimiento que le honran, á mi parecer, mucho mas que sus escritos, por excelentes que sean. Habia estudiado la elocuencia con Quintiliano. Las obras que nos dejó, son una buena prueba de que fué digno discípulo de tan gran maestro; pero el hecho que sigue, no manifiesta menos su buen corazon, y la memoria siempre presente que conservaba de los servicios que habia recibido de él. Luego que supo que pensaba Quintiliano en casar á su hija, creyó que le debia manifestar su agradecimiento con un corto regalo. La dificultad estaba en hacer que le tomase. Le escribió sobre este asunto una carta, cuyo arte y delicadeza no se puede admirar bastante. La traduccion que inserto aquí de ella es hecha sobre la del célebre señor Saci.

Carta de Plinio á Quintiliano.—«Aunque seais muy modesto, y hayais criado á vuestra hija en las virtudes correspondientes á la hija de Quintiliano y á la nieta de Tutilio: sin embargo, hoy dia que se casa con Nonio Celer, persona de distincion, y á quien sus empleos y cargos imponen cierta necesidad de vivir con esplendor, es necesario que arregle ella su tren y sus vestidos sobre el carácter de su marido. Estas exterioridades no aumentan nuestra dignidad, pero le dan mas lustre. Sé que sois muy rico de los bienes del alma, y mucho menos de los de la fortuna que lo deberiais ser. Tomo pues sobre mí una parte de vuestras obligaciones, y, como segundo padre, dono á nuestra querida hija cincuenta mil seis tercios (seis mil doscientas cincuenta pesetas). No me limitaria en esto, sino estuviese persuadido que solo la mediocridad del corto regalo podria obtener de vos que le recibieseis. A Dios.»

Esta carta de Plinio nos dice una circunstancia muy gloriosa para Quintiliano: es que después de veinte años de ejercicio público, empleados con una reputacion y acierto extraordinario, tanto en enseñar la juventud, como en abogar en los tribunales: después de una larga mansion en la córte, cerca de los jóvenes príncipes, cuya educacion le debia dar y le habia dado sin duda, una grande estimacion para con el emperador, no habia adquirido grandes bienes y se habia mantenido siempre en una laudable mediocridad. Buen ejemplo, pero que rara vez se imita.

No obstante, Juvenal dá á entender que Quintiliano era muy rico, y que tenia un considerable número de bosques, de los que sin duda sacaba una renta muy grande.

Era necesariamente preciso que estas riquezas fuesen posteriores al tiempo en que Plinio hizo á Quintiliano el regalo de que se ha hablado. Se cree que podian ser efecto de la liberalidad de Adriano, cuando ascendió al imperio, porque se declaró protector de los sabios. Tenia entónces Quintiliano setenta y seis años. No se sabe si vivió mucho tiempo después, y la historia no nos dice nada de su muerte.

§. 2.° Plan de la retórica de Quintiliano.—Se puede decir que la retórica de Quintiliano, que intituló «Instituciones Oratorias,» es la mas completa que nos dejó la antigüedad. Su idea es hacer un orador perfecto. Le toma en la cuna, y desde su nacimiento y le conduce hasta el sepulcro. Esta retórica está contenida en doce libros. En el primero trata del modo con que se deben criar los niños, desde la edad mas tierna; después de lo que pertenece á la gramática. El segundo expone lo que se debe practicar en la escuela de retórica, y muchas cuestiones que pertenecen á la misma retórica, si es ciencia, si es útil, etc. Se encuentran en los cinco libros siguientes los preceptos de la invencion y de la disposicion. Los libros 8, 9 y 10, contienen todo lo que pertenece á la elocuencia. El 11, después de un excelente capítulo, en el que se trata del modo de hablar, como corresponde, «de apte dicendo,» trata de la memoria y de la pronunciacion. En el 12, que es, puede ser, el

mejor de todos, dice Quintiliano cuáles son las obligaciones personales del abogado como tal, y por lo respectivo á la abogacía, cuándo debe uno dejar esta profesion, y en qué se debe ocupar durante su retiro.

Uno de los caractéres particulares de la retórica de Quintiliano, es estar escrita con todo el arte, toda la elocuencia, toda la energía de estilo que es posible imaginar. Sabia que los preceptos, cuando se tratan de un modo desnudo y sútil, no sirven sino para desecar el entendimiento, y para descarnar, digámoslo así, el discurso, quitándole toda la gracia y primor, y dejándole solamente huesos y nervios, que no componen sino un cuerpo flaco y seco, ó mas bien un esqueleto. Se aplicó pues á hacer que tuviesen sus instuciones todo el agrado de que era susceptible esta obra, nó, dice el mismo, para ostentar ingenio, porque podia elegir un asunto que fuese mas propio para esto, sino con el fin de que los jóvenes, estimulados con el atractivo de la diversion, se aplicasen mas voluntariamente á la lectura y estudio de sus reglas, las que, desnudas de gracia y adorno, no dejarian, ofendiendo la delicadeza de sus oídos, de fastidiar tambien su entendimiento. Con efecto, se vé en sus escritos mucha riqueza de pensamientos, expresiones, imágenes y especialmente comparaciones que le ofrecia á tiempo una imaginacion viva y adornada de un profundo conocimiento de la naturaleza, sin agotarse jamás ni incurrir en repeticiones tediosas: comparaciones que ponen en los preceptos, por lo regular obscuros y desagradables, una claridad y gracia que les quitan todo enfado y desabrimiento.

El principal fin de Quintiliano, en su retórica, fué oponerse al mal gusto de elocuencia que reinaba en su tiempo, y hacer que volviesen los ingenios á un modo de pensar y de juzgar mas sano, mas severo y mas conforme á las reglas de la buena naturaleza. Séneca, mas que ningun otro, contribuyó para depravar y corromper el entendimiento de los jóvenes romanos, y para substituir á la elocuencia varonil y robusta que habia reinado hasta él, los gracejos, si es permitido hablar así, de un estilo cargado de adornos, de pensamientos brillantes, de antítesis y agudezas. Bien conocia que no podian agradar sus escritos á cualquiera que hiciese caso de los antiguos: por esto no cesaba de hablar mal de estos y desacreditarlos, aun aquellos que estaban mas generalmente recibidos, como Ciceron y Virgilio. Logró con efecto inspirar un desprecio casi universal de ellos: de suerte, que cuando empezó Quintiliano á enseñar, no halló mas que á Séneca en manos de los estudiantes. No emprendió quitársele absolutamente; pero no podia sufrir que le prefiriesen á escritores que eran, sin comparacion, mucho mejores que él.

Fuera de esto, no debe admirar que hiciese este mal gusto tan rápidos progresos en tan poco tiempo: es lo que sucede por lo regular. No se necesita mas que un hombre, de cierto carácter, para llevar trás de sí á todos los otros, y para dar el tono á toda una nacion. Tal era Séneca. Callo aquí otras muchas cualidades que le hacian admirar: un natural excelente, bueno igualmente para todo, una vasta extension de conocimientos, un estudio muy profundo de la filosofía, y una moral llena de principios, por lo regular, muy puntuales y sólidos. Ciñéndome á nuestro asunto, tenia un entendimiento dócil y fecundo, una preciosa y rica imaginacion, una composicion alegre y lucida, pensamientos muy sólidos, expresiones escogidas y muy enérgicas, elocuciones admirables y agudas. Pero en cuanto á su estilo, era vicioso, casi en todas sus partes, y tanto mas pernicioso, cuanto estaba enteramente lleno de defectos agradables.

Este estilo florido, esta inclinacion á las agudezas, tanto mas perjudicial, cuanto está mas á proporcion de la capacidad de la juventud, y mas conforme á su carácter, se apoderó muy presto de toda la ciudad. Era menester que toda cláusula, todo periodo, se acabase con algun pensamiento sobresaliente, ó algun modo de decir particular, que diese golpe, que se hiciese notable, y que mendigase de alguna suerte el aplauso.

Quintiliano se creyó obligado á perseguir, con ardor, este mal gusto; y es lo que hace en casi toda su obra, estableciendo sobre el modelo de los antiguos, los principios de la verdadera y sólida elocuencia. Esto no es, como lo declara francamente, y como lo da bastante á entender su estilo, que fuese enemigo de los primores y gracias del discurso. Conocia que el mismo Ciceron, para defender á sus partes, empleaba armas, nó solamente fuertes, sino lucidas; y que en la causa de Cornelio Balbo, en la que le interrumpieron muchas veces los aplausos y palmadas de todo su auditorio, fueron la sublimidad, la pompa y el esplendor de su elocuencia, lo que le atrajeron aquellas ruidosas aclamaciones. Añade, con este motivo, lo que parece no pertenece mas que á la reputacion del orador, una reflexion muy verdadera y juiciosa: y es, que la hermosura del discurso contribuye tambien mucho para la determinacion de la causa; porque los que oyen voluntariamente, están mas atentos y dispuestos para creer lo que oyen, ganados ya por el placer, y algunas veces arrebatados por la admiracion.

Quintiliano no reprueba pues los adornos; pero quiere que la elocuencia, enemiga del artificio y de toda gracia supuesta, no admita mas que un adorno varonil, noble y majestuoso. Consiente en que sobresalga; pero en salud, si se debe decir así, y que no deba su hermosura sino á sus fuerzas y robustez. Encarga tanto esta regla, que si es necesario escoger, querria mas la aspereza y grosería de los antiguos, que la afectacion estudiada de los modernos. Pero, dice, hay en esta materia un medio que se puede seguir; al modo que en nuestras mesas y en nuestros muebles reina hoy dia un aseo y elegancia, que no es reprensible, y lo que se debe procurar, si es posible, es habituarse.

Se vé, por lo poco que he referido de Quintiliano, cuán útil puede ser la lectura de una obra semejante á los jóvenes para cultivarles el entendimiento. No lo es menos por lo respectivo á las costumbres. Sembró en toda su retórica máximas admirables. He referido una parte de ellas.

Pero este fondo de rectitud, tan digno por sí mismo de nuestros elogios, se deshonra con las impías adulaciones de nuestro retórico, respecto de Domiciano, y por su desesperacion en la muerte de sus hijos, que llegó hasta negar la Providencia. Este ejemplo, y otros muchos semejantes, nos enseñan lo que se debe pensar de aquellas virtudes paganas, que no tenian raiz alguna, sino en el amor propio, y en una religion que no daba recompensa alguna de los males y pérdidas á que está expuesta la vida humana.

§. 3. Antes de terminar el artículo de Quintiliano, sacaré de sus escritos una parte de lo que pertenece al modo de enseñar, practicado en su tiempo en Roma.

Parece que era costumbre bastante regular en Roma, no empezar á instruir los niños hasta la edad de siete años, porque se creia, que hasta este tiempo, no tienen ni la fuerza del cuerpo, ni el desembarazo del entendimiento que se requieren para aprender.

Quintiliano piensa de otro modo, y quiere mas seguir en esto la opinion de Crisypo, quien habia compuesto un tratado muy largo y muy estimado, sobre la educacion de los niños. Aunque los dejase aquel filósofo, tres años en las amas, queria que se aplicasen desde aquella edad á inspirar á los niños buenos principios de moral, y los instruyesen insensiblemente en la virtud. Pues, dice Quintiliano, si se pueden desde entónces cultivar sus costumbres, ¿qué embarazará el que se cultive tambien su entendimiento? ¿Qué se quiere que haga un niño desde que empieza á hablar? Porque finalmente alguna cosa debe hacer. ¿Conviene abandonarle enteramente á los discursos de las ayas y criados? Bien se sabe que en aquella edad no es capaz ni de tarea ni de aplicacion. Así, esto no será estudio, sino juego: y no se dejarán de aprovecha estos primeros tiempos de la niñez, hasta el séptimo año, que por lo regular se pierden, enseñándoles en ellos mil cosas agradables y que son proporcionadas á sus alcances.

Se empezaba por el estudio de la lengua griega, y el de la lengua latina se seguia inmediatamente: y en todo lo restante del tiempo se cultivaban las dos lenguas con igual cuidado. No se practica esto por lo regular, y así, la mayor parte de los modernos no saben su lengua natural por principios.

Luego que los niños sabian leer bien, y escribir correctamente, les enseñaban la gramática, tanto de la lengua latina, como de la griega.

Habia para esto maestros particulares que enseñaban en casa; y otros maestros que enseñaban en los estudios públicos. Quintiliano examina cuál de estos dos modos de enseñar era mas útil; y después de haber pesado maduramente las razones de una y otra parte, se declara por los estudios públicos. El capítulo en que trata esta cuestion, es uno de los mas excelentes pasajes de su obra.

No se consideraba entónces la gramática como una ocupacion frívola y poco importante. Los romanos hacian mucho caso de ella, y la estudiaban con particular aplicacion, persuadidos de que, pretender adelantarse en las ciencias, sin el socorro de la gramática, es querer levantar un edificio sin cimientos. No se detenian en bagatelas y sutilezas que no sirven sino para encoger y desecar el entendimiento: estudiaban seriamente sus principios, y profundizaban sus razones; porque de toda la gramática, solo lo que es inútil perjudica.

La gramática, esto es, el arte de escribir y hablar correctamente, depende de cuatro principios: la razon, la antigüedad, la autoridad y el uso. Esta palabra, segun Quintiliano, necesita de explicacion, y es preciso definir bien lo que se entiende por «uso.» Porque, si se toma esta palabra por lo que se ve hacer al mayor número, serán perniciosas sus consecuencias, nó solamente en cuanto al lenguaje, sino lo que es mucho mas importante, en cuanto á las costumbres. Porque dice, ¿se puede esperar esta felicidad, que lo que es bueno y arreglado, lo siga el mayor número? Refiere muchas costumbres, muy comunes en su tiempo, que no se debian considerar como usos, sino como abusos, aunque se hubiesen generalmente apoderado de toda la ciudad. Se llamará pues «uso,» concluye, en materia de lenguaje, lo que es recibido por el consentimiento de los que saben hablar bien; como en hecho de costumbres, será el uso lo que tiene la aprobacion de las personas virtuosas.

El cuidado de que aprendiesen los niños á leer y escribir correctamente, y enseñarles los principios de las dos lenguas griega y latina, era el primero; pero no la principal obligacion de los gramáticos. Juntaban á esto la lectura y explicacion de los poetas, lo que tenia una extension muy grande, y requeria una profunda erudicion. No se contentaban con hacer que advirtiese un niño la propiedad y significacion de las palabras; los diferentes piés que entran en la medida de los versos; las elocuciones y expresiones que son propias de la poesía; los tropos y figuras. Se aplicaban principalmente á enseñar lo que se debe observar en la economía de una pieza, en las propiedades, en los caracteres; lo bueno que hay en los pensamientos y en el estilo, porque este es tan presto dilatado y abundante, tan presto sucinto y conciso. Daban tambien á los niños un puntual conocimiento de todo lo que tiene relacion en los poetas con la fábula ó con la historia, sin cargar, no obstante, su memoria de cosas inútiles. Á lo menos estas son las reglas que les prescribe Quintiliano. Cuenta por perfeccion, en un gramático, ignorar ciertas cosas que en efecto no merecen saberse.

Empezaban tambien los gramáticos á instruir á los jóvenes en la composicion, disponiendo que hiciesen cortas relaciones, fábulas y narraciones mas dilatadas. Usurpaban algunas veces, y se queja de esto Quintiliano, lo que pertenecia á la retórica, y hacian componer á sus discípulos discursos, nó solamente en el género demostrativo, que parece se les habia dejado, sino tambien en el género deliberativo.

Al mismo tiempo que enseñaban á los jóvenes la gramática, aprendian tambien la música, la geometría, la danza, que arregla el cuerpo, y el arte de pronunciar bien; cosas todas consideradas como necesarias para el orador futuro, y que precedian siempre al estudio de la retórica.

La edad de entrar en la retórica no estaba determinada, ni lo podia estar, porque dependia del progreso que se hubiese hecho en los estudios precedentes. Lo que ciertamente se sabe es, que los muchachos estaban en ella muchos años. Se puede conjeturar que entraban, por lo regular, en la retórica, de trece á catorce años, y se estaban en ella hasta diez y siete ó diez y ocho. Este largo espacio de tiempo que dedicaban á la retórica, no nos debe admirar, porque en Roma, como tambien en Atenas, abriendo la elocuencia la puerta á las primeras dignidades de la república, el estudio de este arte era en ellas la principal ocupacion de la juventud. Se debe tener presente que se estudiaba al mismo tiempo la retórica con maestros griegos, y con maestros latinos.

La profesion de los retóricos abrazaba dos partes, los preceptos y las declamaciones.

Quintiliano, en muchos pasajes de su obra, prueba la utilidad y necesidad de los preceptos; pero está muy distante de creer, que cuando se compone, se deba sujetar escrupulosamente á ellos, y considerarlos como leyes de una necesidad indispensable. La retórica sería ciertamente una cosa muy buena, si se la pudiese reducir á un corto número de reglas fijas y estables. Así, dice, las reglas se mudan segun el tiempo, la ocasion, y la necesidad. Por esto la parte principal de la oratoria es el juicio, porque se determina diferentemente, segun la ocurrencia de los asuntos.

El retórico dictaba estos preceptos á sus discípulos, lo que debia consumir mucho tiempo: porque, por lo regular, eran muy largas las retóricas, como se puede juzgar por la de Quintiliano. Se trataba en ellas de materias muy abstractas, y poco conducentes, á mi parecer, para inspirar inclinacion á la elocuencia. Son estos generos de pasajes, los que, en favor de la juventud, se han descartado en las ediciones de aquel retórico. Halló esta costumbre establecida, y no podia prudentemente apartarse de ella. Pero

recompensa bien á sus lectores, no solamente con los primores y gracias del estilo, esparcidas en todos los pasajes que eran susceptibles de ellas; sino aun mas con las juiciosas reflexiones, con que acompaña la mayor parte de sus preceptos. ¡Y cuánto vigor y claridad les añadiria la viva voz, cuando los explicaba á sus discípulos!

Para enseñar á los estudiantes á practicar los preceptos que se les habian explicado, los instruia el maestro en la composicion. Hacian primero narraciones históricas. Después se elevaban hasta alabar á los hombres grandes, y detestar los que se habian hecho odiosos con sus malas acciones; y algunas veces hacian el paralelo y comparacion de ellos, se ejercitaban tambien con lugares comunes; sobre la avaricia, la ingratitud y otros vicios en general: por ciertas tésis que ofrecian mucho campo á la elocuencia; por ejemplo, si la vida rústica es preferible á la de la ciudad, si el militar adquiere mas fama que el jurisconsulto.

Se cuidaba tambien de ejercitar su memoria. Queria Quintiliano que fuese esto, haciéndoles aprender de memoria diferentes pasajes escogidos de los oradores, de los historiadores y de los otros autores mas acreditados: los poetas estaban reservados para los gramáticos. Con esto, dice, se habituarán con tiempo á imitarlos; les ofrecerá su memoria continuamente excelentes modelos, los que imitarán, aun sin pensar en ello: las expresiones, las elocuciones, las figuras, nacerán bajo de su pluma, y saldrán como de un tesoro escondido, en donde estaban todas estas riquezas, por decirlo así, de reserva.

Con estos diferentes ejercicios, eran insensiblemente conducidos á la composicion de discursos en forma, llamados declamaciones, que era la principal ocupacion de la retórica. Estas eran arengas compuestas sobre asuntos fingidos é imaginados, á imitacion de las que se hacen en los tribunales, y en las deliberaciones públicas. Demetrio de Falero fué el primero que introdujo su práctica entre los griegos.

Las declamaciones se establecieron para disponer á las acciones serias de los tribunales, cuya fiel representacion debian ser: y en tanto que se mantuvieron en estos justos límites, é imitaron perfectamente la forma y estilo de los verdaderos alegatos, fueron de mucha utilidad. Con efecto, este género de composicion contenia todas las partes y toda la elegancia que se encuentran en un discurso seguido.

Pero este ejercicio, tan útil en sí mismo, degeneró de tal modo, por la ignorancia y mal gusto de los maestros, que fueron las declamaciones una de las principales causas de la ruina de la elocuencia. Se escogian asuntos fabulosos, enteramente extraordinarios, y que no tenian relacion alguna con las materias que se trataban en los tribunales. De esto citaré un solo ejemplo, por el que se juzgará de los otros. Habia una ley que ordenaba que cortasen las manos al que hubiese maltratado á su padre. Habiendo hecho venir un troyano á la ciudadela á un padre con sus dos hijos, ordenó á estos que maltratasen á su padre. Uno de ellos, para evitar una impiedad tan terrible, se precipitó de lo alto de la ciudadela: el otro, precisado por la necesidad, maltrató y sacudió á su padre; después mató al tirano, de quien se habia hecho amigo, y recibió la recompensa concedida por las leyes en caso semejante. Despues fué citado ante los jueces por haber maltratado á su padre, y le condenaron á que se le cortasen las manos. El padre tomó su defensa. Se trataba en las declamaciones de materias aun mucho mas extravagantes. El estilo correspondia á la eleccion de los asuntos. Todo era expresiones traidas violentamente, pensamientos sobresalientes, sutilezas, antítesis, equívocos, figuras desmedidas, afectacion vana, en una palabra, adornos pueriles, amontonados sin juicio ni eleccion.

Quintiliano se opuso, con todas sus fuerzas, á este mal gusto, y se dedicó á reformar las declamaciones, reduciéndolas á su primer orígen, y conformándolas con la práctica de los tribunales. Sin embargo, creyendo que no debia ir directamente contra el torrente de la costumbre, se contuvo en alguna cosa, y cedió hasta cierto punto. Es bueno ver cómo justifica él mismo su condescendencia.

«¿Pues qué, se le decia, no se permitirá jamás á los jóvenes tratar de asuntos extraordinarios? ¿Dar curso á su entendimiento, abandonarse á las prontitudes de una imaginacion acalorada, y afectar un poco su estilo y elocuencia? Seria esto lo mejor, responde Quintiliano. Pero que se contengan, á lo menos, en lo grande y pomposo; y que no incurran en lo que es, para ojos un poco perspicaces, ridículo y extravagante. Finalmente, si se debe condescender en algo con nuestros declamadores, dejémosles que se llenen y desvanezcan, tanto como quieran, con tal que sepan, que como se da verde á ciertos animales, durante algun tiempo, para que engorden, y luego, después de haberlos sangrado, se les vuelve á dar el alimento ordinario propio para conservar sus fuerzas; se debe del mismo modo desconfiar de su plenitud, y quitar las superfluidades viciosas, si quieren que sus producciones sean verdaderamente sanas y vigorosas. De otra manera, en la primera accion pública que emprendan, se verá que esta pretendida plenitud no era mas que hinchazon y tumor.»

Con precauciones tan juiciosas podrian ser las declamaciones muy útiles á la juventud. No se les debe pedir, ni esperar de ellos en los principios un discurso perfecto; se debe tambien hacer buen pronóstico de un entendimiento fecundo y abundante, que aventura algunas expresiones, y se esfuerza, aunque se deje arrebatar algunas veces. Es bueno que haya algunas cosas que quitar en aquella edad. Cuando un muchacho habia trabajado bien por sí el asunto que se le habia dado que tratar, llevaba su composicion al estudio, y la leia delante de todos sus condiscípulos. Algunas veces el maestro, para que estuviesen con mas atencion, y para que se acostumbrasen á juzgar, les preguntaba lo que hallaban que alabar ó reprobar en lo que se acababa de leer. Él mismo decia después el juicio que se debia hacer de él, fuese en cuanto á los pensamientos, fuese en cuanto á la expresion y elocucion: señalaba los pasajes que era necesario ó aclarar, ó extender ó abreviar, mezclando siempre algun lenitivo ó alguna alabanza con su crítica para hacer que la recibiesen mejor. «Por lo que á mí toca, dice Quintiliano, cuando veo jóvenes que alegran demasiado su estilo, y cuyos pensamientos son mas libres que sólidos; por lo presente, les decia, esto es bueno; pero vendrá algun tiempo, en que no os permitiria estas libertades. De esta suerte se les adulaba su entendimiento, y no quedarian satisfechos de su juicio.»

Luego que el muchacho, con las advertencias del maestro, habia retocado bien su pieza, se le preparaba para pronunciarla en público; y era una de las grandes ventajas del estudio que se hacia en la retórica, y al mismo tiempo uno de los mas penosos ejercicios para el maestro, como lo dice el poeta satírico.

Se juntaban los particulares y amigos, y era gozo para un padre, cuando veia que quedaba su hijo con

lucimiento en estas delamaciones, las que le disponian para los alegatos de los tribunales, y le ponian en estado de distinguirse algun dia en ellos con esplendor.

Habrá causado admiracion no oir hablar entre los diferentes ejercicios de retórica, de la lectura y explicacion de los buenos autores, capaz sola de arreglar perfectamente el gusto de los jóvenes, y enseñarles á componer bien. Confiesa Quintiliano, que faltaba esto en su tiempo, cuando empezó á enseñar la retórica. Conocia desde entónces toda su útilidad, y puso en práctica este ejercicio con algunos estudiantes, á quienes instruia en particular, y cuyos parientes le habian pedido por gracia, que les explicase los autores; pero habiendo encontrado establecida la costumbre contraria en los estudios, no se atrevia á apartarse del metodo antiguo; ¡tanta fuerza é imperio tiene la costumbre sobre los corazones! Convencido de la extrema importancia de esta práctica, la encarga con cuidado en sus libros de la Institucion del orador, y como el gramático estaba encargado de explicar los poetas, quiere que el retórico dé noticia de los oradores é historiadores; pero especialmente de los oradores, leyéndola con ellos, y manifestando todos sus primores; y cree que este ejercicio es muy superior á todos los preceptos de la retórica, por excelentes que puedan ser, prefiriéndoles infinitamente los ejemplos. Porque, dice, lo que se contenta con enseñar el retórico, lo pone el orador delante de los ojos. El uno muestra á los jóvenes el camino que deben seguir, el otro los toma, como por la mano, y les hace que entren en él.

Puede ser que me haya dilatado alguna cosa sobre lo que pertenece al excelente maestro de retórica, de quien he citado muchos pasajes, y me debo disculpar de esto con los lectores. Les ruego pues que me perdonen un especialísimo afecto á Quintiliano, que es mi autor favorito, y el único de quien se valió mi maestro en las lecciones que dió públicamente por espacio de cuarenta años. Confieso que estoy embelesado y encantado con la lectura de sus libros, la que siempre me parece nueva; y hago tanto mas caso de él, cuanto no conozco autor mas capaz de precaver el corazon de la juventud contra el alterado gusto de la elocuencia, que parece quiere, en nuestros dias, prevalecer y superar.

Tenemos muchos santos que enseñaron la retórica, y que honraron mucho esta profesion con su profundo saber, y aun mas con su sólida piedad: San Cipriano, San Gregorio Nacianceno, San Agustin, etc. Este último nos habla de un célebre retórico, llamado Victorino, á quien se habia erigido una estátua en Roma, en donde le habian adquirido una gran reputacion las sabias lecciones que daba á los hijos de los mas ilustres senadores. La narracion de su conversion (porque habia renunciado valerosamente el paganismo, y se habia hecho cristiano) contribuyó mucho para la de San Agustin.

IV. Sofistas. En la materia que trato aquí, me valdré mucho de la obra del señor Hardion, «sobre el orígen y progresos de la retórica en la Grecia,» de la que no se ha publicado todavia sino una ligera parte.

Es difícil dar justa idea y puntual difinicion de los sofistas; porque su estado y reputacion padecieron diversas mutaciones. En los principios, fué un título muy honroso, después extremamente desacreditado por los vicios de los sofistas; y por el abuso que hicieron de sus talentos, se hizo un título despreciable y odioso. Finalmente, este mismo título, como rehabilitado por el mérito de los que le tenian, tuvo estimacion durante una serie bastante larga de siglos, lo que no embarazó para que, aun entónces, no abusasen muchos de él.

El nombre de sofista tenia entre los antiguos una extension muy grande, y se daba á todos aquellos que tenian adornado el entendimiento con ciencias útiles y agradables, y que comunicaban á los otros sus luces, fuese de viva voz, fuese por escrito, sobre cualquiera ciencia y cualquiera materia que fuese. Por esto se puede juzgar, cuán honrosa fué esta cualidad en los principios, y la estimacion que adquirieron los que, distinguiéndose particularmente, se aplicaban á instruir á los hombres, fuese en la virtud, fuese en las ciencias, fuese en el gobierno de los estados. La mayor prueba que se puede dar, dice Isócrates, del singular aprecio que se hacia de los sofistas, es que Solon, que fué el primero de los atenienses que tuvo el título de sofista, se consideró, por nuestros predecesores, el mas digno de ser el primero en el gobierno. Herodoto le cuenta entre el número de los sofistas, á quienes la opulencia de Creso, y su inclinacion á las buenas artes, atrajo á su corte.

Luego que con la conquista de los estados de Creso, quedó sujeta el Asia menor á las armas de los persas, se volvieron á la Grecia la mayor parte de los sofistas, y fué la ciudad de Atenas, en tiempo del gobierno de Pisistrato y de sus hijos, el asilo y mansion mas apreciable de los sabios.

Para comprender bien lo útiles que fueron á la Grecia, no hay sino acordarse de los importantes servicios que hicieron á Pericles, entiendo en cuanto á la política y gobierno.

Todas las artes, cuyo objeto es grande y considerable, requieren, en los que las cultivan, un espíritu de discernimiento y un profundo conocimiento de la naturaleza. Por aquí se acostumbra á concebir pensamientos altos y sublimes, y se puede llegar á la perfeccion. Pericles juntó á excelentes disposiciones naturales este hábito de meditar y profundizar. Habiendo caido en manos de Anaxágoras, quien seguia en todo este método, aprendió de él á buscar los principios de las cosas, y se aplicó particularmente al estudio de la naturaleza. La historia nos dice el uso que hizo de esto, en una ocasion en que un repentino eclipse de sol habia causado en su armada general consternacion. Anaxágoras, que estaba lleno de estas materias, hacia de ellas el principal objeto de sus conferencias con Pericles, quien supo sacar de ellas lo que le convenia para aplicarlo á la retórica.

Damon, que ocupó el lugar de Anaxágoras con Pericles, se reputaba por músico, pero ocultaba bajo de este nombre y bajo de esta profesion, una profunda ciencia. Pericles pasaba los dias enteros con él, fuese para perfeccionar las noticias que ya tenia, fuese para adquirir otras nuevas. Damon era el hombre mas amable del mundo y en quien se encontraban mas arbitrios sobre cualquiera materia que se le quisiese consultar. Habia estudiado perfectamente la naturaleza y los efectos de las diferentes especies de música. Componia él mismo muy hábilmente, y sus obras se dirigian todas á inspirar horror al vicio y amor á la virtud.

Por mucho cuidado que hubiese puesto aquel sofista en ocultar su verdadera profesion, sus enemigos, ó mas bien los de Pericles, conocieron con el tiempo, que su lira no era mas que una máscara que habia tomado para disfrazarse. Se aplicaron desde entónces á desacreditarle con el pueblo. Le pintaron como un hombre ambicioso, inquieto y que favorecia la tiranía. Les ayudaban los poetas cómicos con todo su

poder, con las ridiculeces que le atribuian. En fin, le citaron ante la justicia y desterraron por el bando del ostracismo; su celo y afecto á Pericles eran sus mayores delitos.

Este ilustre ateniense tuvo tambien otro maestro, tanto para la elocuencia, como para la política, cuyo nombre y profesion deben admirar: es la famosa Aspasia de Mileto. Esta mujer, célebre por su hermosura, por su saber, y por su elocuencia, ejercia á un mismo tiempo dos oficios muy diferentes, el de cortesana y el de sofista. Su casa era la tertulia de los mas graves personajes de Atenas. Daba sus lecciones de elocuencia y de política con tanta compostura y modestia, que no temian los maridos llevar á ella á sus esposas, pues podian concurrir á ella sin vergüenza ni riesgo.

Habia seguido en su conducta y estudios el ejemplo de otra cortesana de Mileto, llamada Targelia, la que, por sus talentos, habia merecido el título de sofista, y á la que su peregrina hermosura habia elevado al colmo de la grandeza. En el tiempo que meditaba Jerjes la conquista de la Grecia, la persuadió que hiciese uso de sus atractivos y entendimiento, para ganarle muchas ciudades griegas. Ella le sirvió segun sus deseos. Fijó finalmente sus correrías en la Tesalia, cuyo soberano se casó con ella, y vivió en el trono por espacio de treinta años.

Aspasia juntaba á mucho entendimiento y hermosura, un profundo conocimiento de la retórica y política. Sócrates con ser tal hombre, y de tal reputacion, se gloriaba de que debia á sus instrucciones toda la elocuencia que tenia, y le atribuia el mérito de haber sacado los mayores oradores de su tiempo. Insinúa tambien, en Platon, que habia tenido Aspasia la mejor parte en la oracion fúnebre que pronunció Pericles en alabanza de los atenienses, muertos con las armas en la mano por la patria; y que, cuando dejó de hablar, las madres y mujeres de aquellos á quienes habia alabado, corrieron á abrazarle y le dieron coronas y bandas como á un atleta victorioso.

Pericles estaba bastante mal con su esposa, y consintió ella, sin dificultad, en separarse de él. Después que la casó con otro, tomó en su lugar á Aspasia, y vivió con ella en la mas perfecta union. Era ella, mucho tiempo hacia, el objeto de los tiros satíricos de los poetas, quienes, en sus comedias, la señalaban, tan presto con el nombre de Onfala, tan presto con el de Deyanira, tan presto con el de Juno. No se sabe de cierto si fué antes ó después de su matrimonio, cuando fué citada ante la justicia por crímen de impiedad. Solamente se sabe que le costó á Pericles mucho trabajo el salvarla, y que empleó para justificarla toda la elocuencia y autoridad que tenia.

Es lástima que deshonrase Aspasia, con la irregularidad de sus costumbres y con su oficio de cortesana, tantas excelentes cualidades, que la hacian por otra parte tan digna de estimacion, y que sin este defecto, honrarian infinitamente su sexo. Pero manifiestan de qué es capaz, y hasta dónde puede llegar con los talentos del entendimiento, y tambien en la ciencia del gobierno.

Además de Anaxágoras, Damon y Aspasia, que habian sido los principales maestros de Pericles en la política y elocuencia, habia atraido tambien á su casa algunos otros sofistas de mucha reputacion. Se ve por esta conducta el caso y uso que hacian de las ciencias los hombres grandes de la antigüedad, las que estaban muy distantes de considerar como una mera diversion, buena, á lo mas, para satisfacer la curiosidad del entendimiento, con noticias raras; pero incapaz de instruir á los hombres para el gobierno de los estados.

Los extraordinarios honores hechos á los sofistas en toda la Grecia, dan á entender, cuán estimados y considerados eran en ella. Cuando llegaban á una ciudad, los salia á recibir la muchedumbre y la entrada que hacian en ella tenia un aire de triunfo. Los gratificaban con el derecho de ciudadanos, les concedian todo género de inmunidades, les erigian estátuas. Roma levantó una en honor del sofista Proeresio, que habia ido á ella por órden del emperador Constante. No se puede imaginar cosa mas peligrosa ni mas lisongera, que la inscripcion de aquella estátua: « Regina rerum Roma regi elocuentiæ, » esto es; Roma, reina del mundo, al rey de la elocuencia.

La experiencia, que se habia hecho en la mayor parte de las ciudades, de lo que servian los sofistas á los que estaban encargados del manejo de los negocios públicos, y especialmente para la instruccion de la juventud, les granjeó todas estas gloriosas demostraciones de estimacion y distincion. Demás de esto, no se puede disimular que muchos de ellos tenian mucho ingenio, que habian adquirido con su trabajo mucha extension de noticias, y que se distinguian de de un modo particular, por el talento de la elocuencia. Los mas célebres, y que se distinguieron en tiempo de Sócrates, son Gorgias, Tisias, Protágoras y Prodico.

Gorgias, denominado el Leontino, porque era de Leontes, ciudad de Sicilia. Sus ciudadanos, que tenian guerra con los de Siracusa, le diputaron, como al orador mas hábil que hubiese entre ellos, para implorar el socorro de los atenienses. Embelesó á estos con su elocuencia, y obtuvo de ellos todo lo que pedia. Como esta elocuencia era nueva para ellos, los deslumbró con el esplendor de las palabras, de los pensamientos, de las elocuciones, de las figuras; y con este género de períodos artificiosamente trabajados, y por decirlo así tirados á cordel; cuyos miembros, por una disparidad y una analogía estudiadas, corresponden unos á otros con una entera exactitud, y hacen una cadencia arreglada y ajustada, que lisonjea agradablemente el oido. Este género de gallardía, porque bien se le puede llamar así, se perdona, cuando es raro; y tiene tambien gracia, cuando se usa de ella parcamente, como lo hace Ciceron. Pero Gorgias se entregaba á ella sin reserva. Todo era brillante en su estilo, y en todo se manifestaba el arte descubiertamente. Fué á ostentarla en un teatro mas grande, esto es, en los juegos olímpicos, y después, en los juegos pitios; y fué igualmente admirado en ellos de toda la Grecia. Le prodigaron en todas partes las mayores distinciones, y llegaron hasta á erigirle en Delfos una estátua de oro, lo que no se habia concedido todavía á nadie.

Fué Gorgias el primero que se atrevió á jactarse en un numeroso auditorio, que estaba pronto á responder sobre cualquiera materia que se le quisiese proponer: lo que se hizo muy comun en lo futuro. Craso tuvo razon de burlarse de una vanidad tan necia, ó mas bien, como la llama él mismo, de una insolencia tan ridícula.

Vivió hasta ciento y siete años, sin interrumpir jamás sus estudios: y preguntándole cómo se podia sostener en una vida tan larga, respondió que su vejez nunca le habia dado motivo alguno de disgusto.

Entre sus discípulos, Isócrates es el mas ilustre y el que le honró mas.

Tisias era paisano de Gorgias: se le dieron tambien por compañero, segun algunos, en la diputacion á los

atenienses. Se hizo estimar tambien mucho de ellos. Tuvo por discípulo á Lisias, orador famoso, de quien hablaré mas adelante.

Protágoras, de Abdera en Tracia, era contemporáneo de Gorgias, y aun puede ser algo anterior. Era tambien del mismo gusto, y tuvo como él mucha reputacion en la elocuencia. La enseñó por espacio de cuarenta años, y juntó en esta profesion cantidades mas considerables, que jamás pudieran haber juntado ni Fidias, ni otros diez estatuarios tan hábiles como el. Así se explica Sócrates en Platon.

Aulo-Gelio refiere un proceso muy singular entre este Protágoras y uno de sus discípulos. Este, que se llamaba Evatlo, llevado de un vivo deseo de hacerse un abogado celebre, se dirigió á Protágoras. Se convinieron del precio, porque siempre empezaban por esto aquel genero de maestros; y se obligó el retórico á revelar á Evatlo los misterios mas secretos de la elocuencia. El discípulo, por su parte, pagó de contado la mitad del precio estipulado, y remitió la paga de la otra hasta despues de haber ganado la primera causa que defendiese. Protágoras, sin perder tiempo, expone todos sus preceptos, y despues de un gran número de lecciones pretende haber puesto á su discípulo en estado de sobresalir en los tribunales, y le insta á que haga en ellos la prueba de su saber. Evatlo, fuese miedo ú otra razon, lo dilata siempre, y se obstina en no ejercer su nuevo talento. El retórico, cansado de una denegacion tan tenaz, le lleva ante los jueces. Allí, seguro de la victoria, cualquiera que pudiese ser la sentencia, insulta al jóven Evatlo. Porque le dice, si la sentencia me es favorable, te obliga á pagarme: si es contra mí, ganas la primera causa, te haces luego mi deudor por la ley de nuestro contrato. Creia sin réplica el argumento. Á Evatlo no le asustó y replicó inmediatamente. Acepto la alternativa. Si se sentencia por mí, perdeis vuestra causa: si se pronuncia en vuestro favor, el contrato me absuelve; yo pierdo mi primera causa, y por esto quedo libre. Embarazados los jueces con esta sofística alternativa, dejaron indecisa la cuestion, é hicieron verosímilmente que se arrepintiese Protágoras de haber instruido á su discípulo tan bien.

Prodico, de la isla de Cea, una de las Cicladas, contemporáneo de Demócrito y de Gorgias, y discípulo de Protágoras, fué uno de los mas célebres sofistas de la Grecia. Florecia en la olimpíada 86, y tuvo entre otros discípulos á Eurípides, Sócrates, Teramenes é Isócrates.

No se desdeñó de enseñar, particularmente en Atenas, aunque estuviese en ella con el carácter de embajador de parte de sus compatriotas, quienes le habian conferido ya otros muchos empleos públicos, y porque la grande aprobacion que le mereció su arenga de los atenienses el dia de su audiencia pública, parece le debia obligar á no ejercer su talento sino en ocasiones semejantes. Platon insinúa que el deseo de ganar dinero movió á Prodico á abrir su estudio. Con efecto, ganó mucho en este ejercicio. Iba de ciudad en ciudad á hacer ostentacion de su elocuencia; y aunque lo practicase de una manera mercenaria, no dejó de recibir grandes honores en Tebas, y aun mayores en Lacedemonia.

Se ha hablado mucho de su Declamacion de « cincuenta dracmas, » la cual se nombró así, á lo que dicen algunos eruditos, porque cada oyente estaba obligado á pagarle cincuenta dracmas, que hacen veinte y cinco pesetas de nuestra moneda. Era pagar bien caro el gusto de oir una arenga. Otros lo entienden de una leccion, y nó de una arenga. Sócrates en un diálogo de Platon, se compadece, con su aire mofador, de no hallarse en estado de discurrir bien sobre la naturaleza de los nombres, porque no habia leido la leccion de cincuenta dracmas, la que, segun Prodico, instruia de todo este misterio. Con efecto, tenia este sofista discursos de todos precios, desde dos óbalos hasta cincuenta dracmas ¡Hay cosa mas mezquina!

La ficcion de Prodico, en la que supone que la virtud y el deleite, disfrazadas de mujeres, se presentaron á Hercules, y procuraron á competencia atraerle cada una á sí, ha sido justamente alabada por muchos autores. Jenofonte la expuso con mucha extension, y adornó, y no obstante dice que era mucho mas larga, y adornada en el escrito mismo que habia compuesto Prodico en el asunto de Hércules. Luciano la imitó ingeniosamente.

Los atenienses hicieron morir á nuestro sofista, como á pervertidor de la juventud. Se cree en esto que le acusaron de que enseñaba á sus discípulos la irreligion.

La reputacion de aquellos sofistas no se mantuvo mucho tiempo. Haré ver, en la vida de Sócrates, cómo aquel grande hombre, que se consideró obligado, como buen ciudadano, á desengañar al público por lo tocante á ellos, logró darlos á conocer por lo que eran, quitándoles la máscara que ocultaba todos sus defectos. Les preguntaban en las conferencias públicas con un aire de sencillez, y casi de ignorancia, que ocultaba un arte infinito, como un hombre que deseaba instruirse, y aprovecharse de sus noticias, llevándolos de proposicion en proposicion, cuyo objeto ni consecuencias preveian, les hacia caer en absurdos que manifestaban y hacian evidencia de la falsedad de todos sus discursos.

Dos cosas principalmente contribuyeron á hacerlos caer en un desprecio casi general. Se vendian por oradores perfectos, que eran los únicos que poseian el talento de la palabra, y que habian puesto la elocuencia en el mas alto grado á que pudiese llegar. Se gloriaban de poder hablar de repente, y sin preparacion alguna, sobre cualquier asunto que se les propusiese. Se alababan de persuadir á sus oyentes lo que les agradase; de enseñar el método de hacer buena la peor causa del mundo; y hacer, con la fuerza del discurso, que las cosas mas pequeñas pareciesen grandes, y las mas grandes pequeñas. Esto es lo que dice Platon de Gorgias, y de Tisias. Estaban igualmente prontos á defender la afirmativa y negativa, sobre cualquiera materia que fuese. Lo verdadero no lo contaban por nada en sus discursos; hacian servir las elocuciones de su elocuencia, nó para probar ni para que se amase la verdad, sino por un puro juego de ingenio, y para dar á lo falso los colores de lo verdadero, y á lo verdadero los de lo falso.

El gran teatro en que deseaban lucir, era en los juegos olímpicos. Allí, como dije ya, en presencia de un número infinito de oyentes que se juntaban de toda la Grecia, exponian con afectacion lo mas pomposo que tiene la elocuencia. Poco cuidadosos de la solidez de las cosas, empleaban lo mas brillante y capaz de deslumbrar que hay en ella, proponiéndose por único fin agradar á la multitud y merecer su aprobacion. Y no dejaba de suceder esto, aplaudiéndolos generalmente. Bien se conoce, sin que yo lo advierta, á dónde los podia conducir una afectacion semejante, y cuán propia era para corromper el gusto de la buena y sana elocuencia.

Pero Sócrates no cesaba de representar esto á los atenienses, como se vé en muchos diálogos, en los que

le hace hablar Platon sobre este asunto. Porque no se debe creer cuando persigue y desacredita la retórica, como lo hace con frecuencia, que sea la buena y verdadera retórica de la que habla. Hacia de esta todo el caso que se merece, pero no podia sufrir el indigno abuso que hacian de ella los sofistas, ni aplaudir, con la ignorante multitud, discursos que no tenian solidez alguna ni elegancia real. Porque, en lugar que la elocuencia, como una reina majestuosa, tiene adornos pomposos y brillantes propios para ensalzar su dignidad, pero que no tienen cosa alguna afectada ni salen jamás de lo natural: los sofistas le prestaban una compostura extraña, delicada, afeminada, como á una cortesana que saca todas sus gracias del afeite, que no tiene sino una hermosura prestada, y que, á lo mas, sabe embelesar los oídos con el sonido de una voz suave y melodiosa. Esta es la idea que nos dan, conformándose con Sócrates, Quintiliano y San Jerónino de la elocuencia de los sofistas. Las personas juiciosas, advertidas con las frecuentes representaciones de Sócrates, conocieron muy presto lo falso de esa elocuencia, y rebajaron mucho de la estimacion que hacian de los sofistas.

Otra razon acabó de desacreditarlos: fuéron los defectos y vicios que se advirtieron en su conducta. Eran soberbios, arrogantes, orgullosos, llenos de desprecio para los otros, y de estimacion para sí mismos. Se alababan de ser los únicos que entendiesen y estuviesen en estado de enseñar bien á la juventud los preceptos de la retórica y de la filosofía. Prometian á los padres, con un aire de seguridad ó mas bien de insolencia, reformar perfectamente las costumbres corrompidas de sus hijos, y darles en poco tiempo todos los conocimientos necesarios para desempeñar los mas importantes empleos del estado.

Todo esto no lo hacian gratúitamente, ni se preciaban de generosos. Su pasion dominante era la codicia y un deseo insaciable de amontonar riquezas. Se les podria aplicar una buena agudeza, dicha con la ocasion de Apolonio, filósofo estóico á quien hizo venir el emperador Antonino del oriente para que fuese preceptor de Marco Aurelio, su hijo adoptivo. Llevó consigo á Roma otros muchos filósofos, todos argonautas, decia un cínico de aquel tiempo, y bien dispuestos para buscar el vellon de oro. Los sofistas vendian muy caras sus lecciones, y como habian encontrado el medio de ganar á los padres con magníficas promesas, y estaban tan pagados de su saber y mérito, los robaban descaradamente y se aprovechaban del ardiente deseo que tenian de educar á sus hijos. Protágoras recibia de sus discípulos, para enseñarles la retórica, cien minas ó diez mil dracmas, esto es, veinte mil reales. Gorgias, segun la relacion de Diodoro de Sicilia y de Suidas, pedia la misma cantidad. Á Demóstenes le costó lo mismo el recibir las lecciones del retórico Iseo.

El perfecto desinterés de Sócrates, que no tenia ni herencia ni renta, daba á conocer, aun mas por la contrariedad de opiniones, la vil codicia de los sofistas, y era una censura contínua de su conducta, mas fuerte que todas las represiones mas vivas que se les hubieran podido hacer.

No obstante estos defectos, que eran personales á muchos de ellos, porque algunos no los tuvieron, se debe confesar que hicieron los sofistas grandes servicios al público para el adelantamiento de las ciencias, de las que fuéron como los depositarios mientras la duracion de muchos siglos.

Muchas ciudades de la Grecia y del Asia, adonde se iban de diferentes países á tomar, como en la fuente, todas las ciencias, han dado en todos tiempos sofistas de mucha reputacion. Para abreviar y concluir este artículo, no hablaré mas que de uno solo de estos sofistas: es el célebre Libanio.

Libanio habia nacido de una buena familia de Antioquía. Estudió en Atenas, en donde estuvo cerca de cuatro años. Fue nombrado allí por el procónsul para enseñar la retórica, de edad de veinte y cinco años; pero este nombramiento no tuvo efecto. Era muy celoso partidario y defensor del paganismo, por lo que le estimó particularmente en lo futuro Juliano el Apóstata. Adquirió mucha estimacion por su ingenio y elocuencia.

Se distinguió principalmente en Constantinopla y en Antioquía. Estudió en la primera de estas dos ciudades, durante algunos años, en diferentes ocasiones. Allí contrajo una particular amistad con san Basilio. Este Santo, antes de ir á Atenas, pasó á Constantinopla; y como florecia entónces aquella ciudad con mucho número de sofistas y filósofos, la viveza y vasta extension de su ingenio le hizo aprender en poco tiempo lo mejor que sabian. Libanio, cuyo discípulo parece fué, le respetaba ya, jóven como era, á causa de la gravedad de sus costumbres, digna del juicio de los ancianos: la que admiraba tanto mas, dice, cuanto vivia en una ciudad en donde se encuentran con abundancia todos los atractivos del deleite. Luego que supo que este santo, no obstante su mucha reputacion, habia tomado el partido de la soledad, no pudo, pagano como era, dejar de admirar una accion tan generosa, que igualaba lo superior que habian hecho sus filósofos. En todas las cartas que le escribe san Basilio, se vé la singular estimacion que hacia de sus obras, y el afecto que tenia á su persona. Le dirigia todos los jóvenes de Capadocia, que tenian ánimo de adelantarse en la elocuencia, como al maestro mas hábil de retórica que hubiese entónces; y los recibia con particular distincion. Con motivo de uno de estos jóvenes, que era pobre, dijo Libanio una cosa que le debe honrar mucho; fué que no consideraba en sus discípulos las riquezas, sino la buena voluntad; que si encontraba un muchacho pobre que manifestase mucho deseo de aprender, le preferia sin dudar á todos los mas ricos; y que estaba muy contento, cuando los que no podian dar nada, deseaban recibir. Añade que no habia tenido él la felicidad de encontrar maestros semejantes. Con efecto, no era el desinterés la virtud de los sofistas. Los que están encargados de la profesion de enseñar, saben que regularmente el fondo mas fértil en mérito es la pobreza.

Escribió á Temistio, célebre sofista, á quien sus talentos y prudencia elevaron á los primeros empleos del estado, de un modo que manifiesta que tenia Libanio pensamientos nobles, y que le movia el amor del bien público. «No os felicito, le dice, porque se os ha dado el gobierno de la ciudad; pero felicito á la ciudad por la eleccion que ha hecho de vuestra persona para este importante empleo. Vos no teneis necesidad de nuevas dignidades; pero ella tiene necesidad de tener un gobernador tal como vos.»

Bueno seria que hubiese sido Libanio tan irreprensible en cuanto á las costumbres, como digno de aprecio en cuanto á su carácter de juicio y en cuanto á su elocuencia. Tambien se le ha notado el estar muy lleno de estimacion de sí mismo, y admirar mucho sus propias obras. Esto debe causar menos novedad. Casi se podia decir que la vanidad era la virtud del paganismo.

Libanio pasó los últimos treinta y cinco años de su vida en Antioquía, desde el año 354 hasta el 390, y profesó allí la retórica con mucho aplauso. El cristianismo le dió tambien en aquella ciudad un ilustre dis-



La edad de oro.



LA EDAD DE HIERRO.

cípulo en la persona de san Juan Crisóstomo. Su madre, que no perdonaba nada para educarle bien, le envió al estudio de Libanio, el mas hábil y famoso de los sofistas que enseñaban entónces en Antioquía, para que se instruyese en la elocuencia con un maestro tan excelente. Sus obras, que le han hecho llamar «Boca de oro,» manifiestan el progreso que hizo en ella. Frecuentó primero los tribunales, defendió algunas causas, é hizo declamaciones públicas. Envió una de ellas á Libanio, que era un elogio de los emperadores: y Libanio, dándole las gracias, le dice, que él y muchas personas de letras á quienes la habia mostrado, la habian admirado. Se asegura que, preguntándole algunos amigos á este sofista, que estaba para morir, á quién queria tener por sucesor de su cátedra, respondió que nombraria á nuestro santo, sino se le hubiesen quitado los cristianos; pero su discípulo tenia otras ideas.

Si se ha de juzgar del maestro por sus discípulos, y de su mérito por su reputacion, los dos discípulos de Libanio, que acabo de citar, cuando fuesen los únicos, le deberian acreditar mucho. Con efecto, pasaba en la inteligencia de todo el mundo por un excelente orador. Eunapes dice que todos sus términos son escogidos y elegantes, y que todo lo que escribió tiene una dulzura y agrado que atrae, con una alegría y un especie de gracejo que le sirve de sal.

Libanio dejó una infinidad de escritos, que consisten en panegíricos, en declamaciones y en cartas. De todas sus obras las Cartas fueron siempre las mas estimadas.

ARGUMEMTO DEL LIBRO CUARTO.

DE LAS LETRAS HUMANAS.—Prefacio.—I. De los poetas —Art. 1.° De los poetas griegos.—§. 1. De los poetas griegos que se distinguieron en el poema épico.—§. 2. De los poetas trágicos.—§. 3. De los poetas cómicos.—§. 4. De los poetas jambicos.—§. 5. De los poetas líricos.—§. 6. De los poetas elegiacos.—§. 7. De los poetas autores de epigramas.—Art. 2.° De los poetas latinos.—§. 1. Primera edad de la poesia latina.—§. 2. Segunda edad de la poesia latina.—§. 3. Tercera edad de la poesia latina.—II. De los historiadores.—Art. 1.° De los historiadores griegos.—Art. 2.° De los historiadores latinos.—III. De los oradores.—Art. 1.° De los oradores griegos.—§. 1. Siglo en que floreció mas la elocuencia en Atenas.—Art. 2.° De los oradores latinos.—§. 1. Primera edad de los oradores romanos.—§. 2. Segunda edad de los oradores romanos.—§. 3. Tercera edad de los oradores romanos.—§. 4. Cuarta edad de los oradores romanos.

INTRODUCCION.—La poética, la historia y elocuencia, que son las materias de este libro, contienen lo mas principal que hay en lo que se llama Buenas Letras. De toda la literatura es la parte que agrada mas, que luce mas, y que en cierto sentido es mas capaz de honrar á una nacion con obras que son, si es permitido explicarse así, la flor mas fina y delicada del entendimiento. No pretendo con esto disminuir nada del valor de las otras ciencias, de las que hablaré mas adelante, y de las que no se puede dejar de hacer mucho caso. Advierto solamente, que las de que se trata aquí, tienen alguna cosa mas viva, mas brillante, y mas capaz de causar armonía á los hombres, y excitar su admiracion; que son accesibles á mayor número de personas; y que entran mas en el comercio y uso universal de los hombres de entendimiento. La poesía sazona la solidez de sus instrucciones con el atractivo del placer, y con risueñas imágenes con que procura adornarlas. La historia, refiriéndonos de un modo agradable é ingenioso todos los sucesos de los siglos pasados, excita y satisface nuestra curiosidad; y al mismo tiempo da á los reyes, á los príncipes y á las personas de todo estado, lecciones útiles; pero bajo de nombres extraños, temerosa de ofender su delicadeza. Finalmente, mostrándosenos la elocuencia, tan presto con un aire sencillo y modesto, tan presto con toda la pompa y majestad de una poderosa reina, embelesa los entendimientos, y arrastra los corazones con una dulzura y eficacia á las que no es posible resistir.

Atenas y Roma, aquellos dos grandes teatros de la gloria humana, trajeron en su seno los hombres mas grandes que hubo en la antigüedad, fuese por el valor y ciencia militar, fuese por la habilidad en el gobierno. ¿Pero serian conocidos aquellos grandes hombres, y no hubiera quedado su nombre sepultado con ellos en sus sepulcros, sin el socorro de las artes, de que hablo, las que les dieron una especie de inmortalidad, de que son tan celosos los hombres? ¿Aquellas dos ciudades mismas, que son todavía generalmente respetadas, como la fuente primitiva del buen gusto en todo género, y que, en medio de las ruinas de tantos imperios, han conservado uno por lo respectivo á las Buenas-Letras, que no perecerá jamás, no deben esta gloria á las excelentes obras de poesía, de historia y elocuencia con que enriquecieron el Universo?

Parece que Roma se habia limitado, de alguna manera, en ellas; á lo menos no sobresalió enteramente sino en este género de ciencias, las que consideraba como mas útiles y sobresalientes que las otras. La Grecia fué mas rica en materia de ciencias, y las abrazó todas, sin distincion. Sus hombres ilustres, sus príncipes, sus reyes, extendieron su proteccion á todas las ciencias, de cualquiera género que fuesen. Para no hablar de otros muchos que se hicieron recomendables por este lado, ¿á qué debió Tolomeo Filadelfo la reputacion, que le distinguió tanto entre los reyes de Egipto, sino al particular cuidado que tuvo de atraer á su reino sabios de todas especies, colmarlos de honores y recompensas, y hacer que floreciesen en él, por su medio, todas las artes y todas las ciencias? La famosa biblioteca de Alejandría, enriquecida por su magnificencia, verdaderamente real, con un número tan considerable de libros, y aquel célebre museo, en el que se juntaban todos los sabios, han ilustrado mas el nombre de aquel príncipe, y le adquirieron una fama mas sólida y durable que pudieran haber hecho las mayores conquistas.

Antes de entrar en materia, me considero obligado á advertir, que, especialmente en lo que pertenece á la poesía, me serviré de muchas disertaciones contenidas en las memorias de la academia de las Inscripciones y Buenas-Letras. Estos extractos darán á conocer, cuán capaz es aquella academia de conservar el buen gusto de la antigüedad.

I. DE LOS POETAS.—Es cierto, si se considera la poesía en la pureza de su primera institucion, que se inventó en los principios, para tributar á la Majestad divina públicos homenajes de adoracion y reconocimiento, y para enseñar á los hombres las verdades mas importantes de la religion. Este arte, que hoy dia parece tan profano, nació en medio de las fiestas destinadas para atacar al Ser Soberano. En aquellos dias solemnes en que celebran los hebreos la memoria de las maravillas que habia obrado en su favor el Dios de Israel, y en los que, libres de sus trabajos, se entregaban á una alegría inocente y necesaria, todo resonaba con cánticos sagrados, cuyo estilo noble, sublime y majestuoso, correspondia á la grandeza del Dios, que era su objeto. ¡Qué multitud de primores vivos y animados en aquellos divinos cánticos! ¡Los

rios que retroceden hácia su nacimiento, los mares que se abren y huyen; las colinas que se conmueven; las montañas que se derriten como la cera, y desaparecen; el cielo y la tierra que oyen con respeto y silencio; toda la naturaleza que se mueve y estremece en presencia de su Autor!

Pero como la pura voz humana se rendia con el peso de maravillas tan portentosas, y parecia muy débil al pueblo, para manifestar los afectos de gratitud y adoracion con que estaba penetrado; para explicarlos con mas viveza, llama á su socorro la ruidosa voz de los tambores, de las trompetas y de todos los otros instrumentos de música. Entrando tambien en una especie de rapto y entusiasmo religioso, quiso que el cuerpo tuviese parte en el santo regocijo del alma, con movimientos impetuosos, pero concertados, con el fin de que todo el hombre tributase homenaje á la Divinidad. Tales fueron los principios de la música, de la danza y de la poesía.

¿Que hombre dotado de buen gusto, cuando no estuviese lleno de respeto á los libros sagrados, y leyese los cánticos de Moisés, con los mismos ojos con que lee las odas de Píndaro, no estará obligado á confesar, que aquel Moisés que conocemos como el primer historiador y primer legislador del mundo, fué al mismo tiempo el primero y el mas sublime de los poetas? En sus escritos, la poesía reciente parece repentinamente perfecta, porque se la inspira el mismo Dios, y porque la necesidad de llegar por grados á la perfeccion, es una condicion aneja únicamente á las artes inventadas por los hombres. Los profetas y los salmos nos ofrecen tambien modelos semejantes. Sobresale en ellos, en su esplendor majestuoso, esta verdadera poesía que no excita sino buenas pasiones; que persuade nuestros corazones sin seducirlos; que nos agrada sin favorecer nuestras debilidades; que nos atrae sin engañarnos con cuentos frívolos y ridículos; que nos instruye sin cansarnos; que nos hace conocer á Dios sin representárnosle bajo de imágenes indignas de la Divinidad; que nos admira siempre sin pasearnos entre maravillas quiméricas. Agradable y siempre útil, noble por sus expresiones firmes, por sus vivas figuras, y aun mas por las verdades que anuncia, ella sola merece el nombre de lenguaje divino.

Luego que los hombres transfirieron á las criaturas el homenaje que solo se debe al Criador, siguió la poesía la suerte de la religion, conservando siempre no obstante señales de su primer orígen. Se sirvieron de ella, en los principios, para dar gracias á las falsas divinidades de sus pretendidos beneficios, y para pedirles otros nuevos. Es verdad que la aplicaron muy presto á otros usos, pero se cuidó en todos tiempos de reducirla á su primer destino. Hesiodo puso en verso la genealogía de los dioses: un poeta muy antiguo compuso los himnos, que regularmente se atribuyen á Homero: Calimaco despues compuso tambien otros. Las mismas obras que trataron de otras materias, condujeron y arreglaron los sucesos por la mediacion y ministerio de las potencias divinas. Enseñaron á los hombres á considerarlos dioses como los autores de todo lo que sucede en la naturaleza. Homero y los otros poetas, nos los representan en todas partes, como los únicos árbitros de nuestros destinos. Son quienes elevan ó abaten el valor, quienes dan y quitan la prudencia, quienes conceden la victoria y causan las derrotas. No se ejecuta cosa alguna grande ni heróica, sino con la asistencia oculta ó visible de alguna divinidad. Y de todas las verdades que se nos enseñan, la que se nos ofrece con mas frecuencia y se establece con mas cuidado, es que el valor y prudencia no pueden nada sin el socorro de la Providencia.

Uno de los principales fines de la poesía, y que era como una consecuencia natural del primero, fué tambien arreglar las costumbres. Para convencerse de esto, no es necesario mas que considerar el fin particular de cada especie de poema, y echar los ojos sobre la práctica mas general de los poetas mas ilustres. El poema épico se propuso, en los principios, darnos instrucciones disfrazadas, bajo la alegoría de una accion importante y heróica. La oda, celebrar las proezas de los hombres grandes, y excitar con esto á todos los otros á imitarlos. La tragedia, inspirarnos horror al crímen, por las funestas consecuencias que trae consigo; y respeto á la virtud, por las justas alabanzas y recompensas que la siguen. La comedia y sátira, corregirnos, divirtiéndonos, y hacer una guerra implacable á los vicios y ridiculeces. La elegía, derramar lágrimas sobre el sepulcro de las personas que merecen llorarse. La egloga, cantar la sencillez y placeres de la vida rústica. Y si en los tiempos futuros se sirvieron de estos diferentes géneros de piezas para otros usos, es cierto que las desviaron de su institucion natural, y que en los principios se dirigian todos á un mismo fin, que era hacer al hombre mejor.

No me extenderé mas sobre esta materia, que me distraeria demasiado. Me reduciré á hablar de los poetas que se distinguieron mas en cada especie particular; empezaré por los griegos, despues pasaré á los latinos, uniéndolos sin embargo algunas veces, especialmente cuando se trate de compararlos.

Como toqué ya en otro lugar una parte de lo que pertenece á aquellos ilustres escritores, se me permitirá, cuando se ofrezcan las mismas materias, remitir los lectores á ellos, para no incurrir en repeticiones inútiles y molestas.

Art. 1.° Se sabe que de la Grecia pasó la poesía á la Italia, y que le debe Roma toda la gloria y reputacion que adquirió en este género.

§. 1. No pongo aquí en el número de los poetas, ni á las Sibilas, ni á Orfeo, ni Museo. Convienen todos los eruditos que las poesías que andan con su nombre son supuestas.

Homero. La época del tiempo en que vivió Homero, no es muy cierta. Herodoto la pone cuatrocientos años antes que él. Userio pone el nacimiento de Herodoto el año del mundo 3520. De este modo debió ser el de Homero hácia el año 3120; esto es, trescientos cuarenta años después de la toma de Troya.

El lugar de su nacimiento no es mas seguro. Siete ciudades se disputaron este honor. Esmirna parece que venció á las otras.

Hable del poema épico, y de Homero hácia el fin de la historia de la mitología griega y de las monarquías antiguas, y con mucha mas extension, en la primera parte del tratado de los estudios, en donde procuré dar á conocer los primores de este poeta.

Parece que Virgilio, si se ha de juzgar de sus ideas por sus obras, no se propuso nada menos que disputar á la Grecia la ventaja del poema épico; y de su mismo rival tomó armas para combatirle. Comprendió que, teniendo que traer de las riberas del Escamandro al heroe de su poema, tendria necesidad de imitar la Odisea, la que contiene muchos viajes y relaciones; y que, teniendo que hacerle pelear para establecerle en Italia, necesitaria tener continuamente delante de los ojos la Iliada, que está llena de accion, de combates, y de todo aquel ministerio de los



Homero.

dioses, que apetece la alta poesía. Eneas viaja como Ulises, y pelea como Aquiles. Virgilio hizo que entrasen los cuarenta y ocho libros de Homero en los doce libros de que se compuso la Enéida. En los seis primeros se encuentran la Odisea, casi en todo, como se encuentra la Ilíada en los seis últimos.

Es mucha ventaja, y gran título de superioridad para el poeta griego, haber sido el original que copió el otro; y se le puede aplicar bien lo que dice Quintiliano de Demóstenes, por lo respectivo á Ciceron, que por grande que sea Virgilio le hizo en mucha parte Homero todo lo que fue. Sin embargo, esta ventaja no decide enteramente de su mérito, y siempre se disputará sobre á cuál se deba dar la preferencia.

Podemos seguir en esto el juicio de Quintiliano, quien, dejando la cuestion indecisa, expresa perfectamente, en pocas palabras, lo que distingue á aquellos dos excelentes poetas. Dice que hay mas ingenio y naturalidad en el uno, mas arte y trabajo en el otro; y que lo que falta á Virgilio del lado de lo sublime, en lo que excede sin contestacion el poeta griego, se compensa, puede ser, con la precision y exactitud que reina igualmente en toda la Enéida. Es difícil caracterizar mejor á estos dos poetas. La Ilíada, y la Odisea son dos grandes cuadros, cuyo compendio es la Enéida. Esta se debe mirar de cerca: en ella todo debe ser perfecto. Pero los cuadros grandes se ven de lejos: no es necesario que en ellos sean todos los rasgos tan finos y regulares; tambien es defecto en un cuadro grande ser demasiado escrupuloso.

Hesiodo. Se dice que Hesiodo habia nacido en Cumes, ciudad de Eolia; pero que le criaron y educaron en Ascra, pequeña ciudad de Beocia, la que pasó despues por su patria: así le llamaba Virgilio «el viejo de Ascra.» Están muy divididas las opiniones sobre el tiempo en que vivió. La mas comun le hace contemporáneo de Homero. De todas sus piezas de poesías no tenemos mas que tres: «1.ª las obras y los dias: 2.ª la teología ó genealogía de los dioses: 3.ª el escudo de Hércules.

Quintiliano pinta su carácter de este modo. «Rara vez le sucede á Hesiodo el elevarse. Una gran parte de sus obras casi no contiene mas que nombres propios. Sin embargo, se encuentran en ellas sentencias útiles para la conducta de la vida. Tiene en la expresion y estilo bastante dulzura. Se le da la palma en el género de escribir mediano.»

Terpandro. Era muy famoso en la poesía y en la música.

Tirteo. Se cree que era de Atenas. Este poeta hizo mucho papel en la segunda guerra de Mesenia. Sobresalia en cantar el valor guerrero. Los esparciotas habian recibido muchos daños, que les abatieron el valor. El oráculo de Delfos les ordenó, que pidiesen á los atenienses un hombre capaz de ayudarles con sus consejos y con sus luces. Les enviaron á Tirteo. Apenas oyeron los esparciotas sus versos, que no respiraban sino amor á la patria y desprecio de la muerte, cuando atacaron á los mesenios. Fueron vencidos todavía muchas veces, y parecia que habian perdido toda esperanza. Pero animados de nuevo por Tirteo, acometieron al enemigo con furor, y le derrotaron enteramente. La victoria que consiguieron en aquella ocasion, terminó con ventaja suya, una guerra que ya no podian sostener. Concedieron á Tirteo el derecho de ciudadano, título que no se prodigaba en Lacedemonia, y que era por esto infinitamente honroso. Lo poco que nos ha quedado suyo, da á conocer que su estilo estaba lleno de fuego y nobleza. Él mismo parecia arrebatado del ardor con que queria inflamar el ánimo de sus oyentes.

Dracon, célebre legislador de los atenienses. Habia compuesto un poema de tres mil versos, intitulado «ypotekai,» en el que daba excelentes preceptos para la conducta de la vida.

Abaris, escita de nacion, segun Suidas, denominado por otros el Hiperboreo. Compuso muchas piezas de poesía. Se referian de él fábulas muy absurdas, las que parece no creia tampoco Herodoto. Se contenta con decir que traia aquel bárbaro una flecha por todo el mundo, y que no comia cosa alguna. Jamblico dice mas, y pretende, que Abaris era llevado sobre una flecha por los aires, y que pasaba de este modo los rios, los mares y los parajes mas inaccesibles, sin que le detuviese obstáculo alguno. Se dice que, con la ocasion de una peste, que arruinaba el país de los hiperboreos, le enviaron aquellos pueblos por diputado á Atenas.

Cerilo. Hubo muchos poetas de este nombre. Hablo aquí de aquel que, no obstante lo grosero de sus versos, sin gusto ni primor, no dejó de ser favorecido y estimado de Alejandro, de quien recibió una recompensa tan grande, como si fuese un excelente poeta. En lo que aquel príncipe, como lo advierte Horacio, manifestaba poco gusto, siendo por otra parte tan delicado en hecho de pintura y escultura, que prohibió por un edicto, que ningun otro pintor que Apeles le pintase, y que ningun otro estatuario que Lisipo hiciese sus estátuas. Sila, entre los romanos, se portó tambien liberalmente, pero con mas prudencia que Alejandro, con un poeta que le habia presentado versos muy malos. Le hizo dar una recompensa con condicion que jamás compondria versos: condicion bien dura para un mal poeta, pero fundada en razon.

Arato. Era de Soles, ciudad de Cilicia. Compuso un poema muy estimado de los eruditos, sobre la astronomía; Ciceron asegura esto de él: esta obra ha llegado hasta nosotros. Quintiliano no habla de ella tan favorablemente. La materia que trataba, muy abstracta y fria por sí misma, no le permitia elevar su sequedad y uniformidad con agradable variedad, ni poner en ella el fuego y viveza con afectos y arengas. Pero sacó de su asunto todo lo que podia esperar de él, y le escogió con arreglo á sus fuerzas. Ciceron, de edad de diez y siete años, tradujo el poema de Arato en versos latinos: tenemos muchos retazos suyos en el tratado de la naturaleza de los dioses.

Apolonio de Rodas compuso un poema sobre la expedicion de los argonautas: «argonáutica.»

Era de Alejandría, y sucedió á Eratostenes en la guardia de la famosa biblioteca, en tiempo de Tolomeo Evergetes. Pero, como se vió maltratado por los otros poetas que le llenaban de calumnias, se retiró á Rodas, en donde pasó lo restante de sus dias. Por esto le llamaron el Rodio.

Euforion de Calcis. Antíoco el Grande le confió el cuidado de su biblioteca. Virgilio hace mencion de él en sus Bucólicas.

Nicandro de Colofonte, en la Jonia, ó segun otros en Etolia. Florecia en tiempo de Atalo, último rey de Pérgamo. Compuso poemas sobre la medicina, y algunas tambien sobre la agricultura, los que imitó Virgilio en sus geórgicas.

Antipater de Sidon. Ciceron nos dice que tenia un talento tan grande para la poesía, que de repente componia versos exámetros, ó de otra cualquiera especie que se quisiese, sobre todas las materias que se le proponian. Valerio Máximo y Plinio refieren que

tenia regularmente calentura una sola vez cada año, en el mismo dia, que era el de su nacimiento, y que fué tambien el de su muerte.

A. Licinio Arquias, por quien alegó Ciceron. Hizo un poema sobre la guerra de los cimbros, y empezó otro sobre el consulado de Ciceron. Hay suyos algunos epígramas en la Antología.

Partenio vivia en el mismo tiempo. Le hicieron prisionero en la guerra con Mitridates. Virgilio le tuvo por maestro en la poesía griega.

Apolinar, obispo de Laodicea en Siria. No le considero aquí como obispo, sino como un poeta que se distinguió mucho por sus poesías cristianas. Juliano el Apóstata prohibió, por un edicto público, á todos los maestros, que enseñasen á los niños de los cristianos los autores profanos. El pretexto de este edicto era que no convenia explicarlos á la juventud, proponiéndoselos como grandes personajes, y condenar al mismo tiempo su religion. Pero los verdaderos motivos de esta prohibicion eran las grandes ventajas que sacaban los cristianos de los libros profanos para impugnar el paganismo. Este edicto movió á los dos Apolinarios á componer diversas obras útiles á la religion.

El padre, de quien se trata aquí, que era gramático, escribió en versos heróicos, y, á imitacion de Homero, la Historia Sagrada hasta el reinado de Saúl, en veinte y cuatro libros, intitulados de las letras del alfabeto griego. Imitó á Menandro en las comedias, á Eurípides en las tragedias, á Píndaro en las odas; tomando asuntos de la Sagrada Escritura, y siguiendo el carácter y estilo de cada poema, con el fin que no necesitasen los cristianos de los autores profanos para aprender las buenas letras.

El hijo que era sofista, esto es, retórico y filósofo, compuso diálogos á la manera de Platon, para explicar los evangelios y la doctrina de los apóstoles.

La persecucion de Juliano duró tan poco, que fueron inútiles las obras de los Apolinarios; y se volvió á la lectura de los autores profanos. Así, de todas sus poesías, no nos queda mas que la paráfrasis de los salmos, compuesta por Apolinario el mayor, quien tuvo la desgracia de caer en opiniones eterodoxas sobre Jesucristo.

San Gregorio Nacianceno, contemporáneo de Apolinar, compuso tambien un gran número de versos de todo género: Suidas dice que fueron treinta mil. No se ha conservado sino una parte de ellos. Fueron por la mayor parte la ocupacion y fruto de su retiro. Aunque fuese por entónces de una edad muy avanzada, se encuentra en ellos toda la actividad y vigor que se podria desear en las obras de un jóven.

En la composicion de sus poemas, que le servia al mismo de diversion en la soledad, y de consuelo en sus enfermedades, tenia por objeto las personas jóvenes, y los que amaban las buenas letras. Para apartarlos de las canciones y poesías peligrosas, les queria ofrecer una diversion no solamente inocente, sino tambien útil, y hacerles agradable la verdad. Tambien hay motivo para creer, que una de sus ideas era oponer poesías, en las que no hubiese cosa que no fuese puntual y católica, á las de Apolinar, que estaban mezcladas de muchas opiniones contrarias á la fé.

Hacer que sirviese así la poesía á la religion, era reducirla á su primitiva institucion. No trataba en sus versos sino de asuntos de piedad, que pudiesen animar, purificar, instruir ó elevar el alma á Dios. Proponiendo en ellos á los cristianos una doctrina sana, desterró todas las impurezas y necesidades de la fábula; y creeria profanar su pluma, si la emplease en hacer revivir en sus poesías las divinidades paganas que habia venido á desterrar Jesucristo.

Estos deberian ser buenos modelos. Hablo aquí de un santo que tenia toda la elegancia, viveza y solidez de entendimiento que se puede imaginar. Fué instruido en las buenas-letras por los maestros mas hábiles que habia en el paganismo. Habia leido con extremo cuidado todos los poetas antiguos, y de esto se encuentran tambien señales en sus obras de prosa. Pero, contento con haber tomado el buen gusto de la poesía, y haber estudiado bien, y conocido todo su primor y delicadeza, jamás empleó en las suyas algunas de las divinidades profanas; y hasta muchos siglos despues no se empezaron á poner en los poemas. ¿Lo que se condenaba y prohibia en aquellos excelentes siglos de la iglesia, se nos debe permitir ahora? Tratan algunos esta materia con bastante extension.

En honor de la poesía y de los poetas, no debo omitir á Eudoxia, hija del sofista Leoncio, ateniense, la cual, antes de haberse hecho cristiana, y haberse casado con el emperador Teodosio el menor, se llamaba « Atena. » Su padre le dió una excelente educacion, y la hizo extremamente hábil. Juntaba á una extraordinaria hermosura de cara, una hermosura de entendimiento todavía mas grande. Compuso un poema heróico sobre la victoria que ganó su marido á los persas, y escribió otras muchas piezas sobre asuntos de piedad. Se debe sentir mucho su pérdida.

Sinesio, obispo de Tolemaida, era del mismo tiempo. No tenemos suyos mas que diez himnos.

Paso en silencio muchos poetas, de quienes hablan los autores; pero que son poco conocidos; y temo tambien haber referido mucho número de esta especie.

Ahora voy á hablar de los poetas trágicos y cómicos. Pero como traté estas dos materias con bastante extension en otra parte de la historia antigua, no haré aquí casi mas que decir el nombre de estos poetas y tiempo en que vivieron.

§. 2. Tespis, se considera como el inventor de la tragedia. Es fácil juzgar cuán grosera é imperfecta seria en aquellos primeros tiempos. Pintaba con arcilla la cara de sus actores, y los paseaba de lugar en lugar en un carro, desde donde representaban sus piezas. Vivia en tiempo de Solon. Asistiendo un dia aquel prudente legislador á una de estas representaciones, dijo, dando un golpe en la tierra con su baston. « Mucho me temo que estas ficciones poéticas, y estas mentiras, pasen muy presto á nuestros actos y á nuestros contratos. »

Esquiles empezó á perfeccionar la tragedia y á darla estimacion. Dió á sus actores una máscara, una vestidura mas decente, un calzado mas alto, llamado coturno, y les fabricó un teatro pequeño. Su estilo es noble, y tambien sublime, su elocuencia grande y elevada, y por lo regular afectada.

En una disputa pública entre los poetas trágicos, establecida con la ocasion de los huesos de Teseo, que habia traido Cimon á Atenas, se adjudicó el premio á Sófocles. Esquiles tuvo un sentimiento tan grande de ver que viniese un poeta mozo á quitarle la gloria de primero en el teatro, en cuya posesion habia estado mucho tiempo, que no pudo aguantar mas la mansion de Atenas. Se fué de ella, y se retiró á Sicilia, á la corte del rey Hieron. Murió allí de una muerte muy particular. Como durmiese en el campo con la cabeza descubierta, una águila dejó caer una pesada tortuga sobre su cabeza, que era calva, y la tuvo la águila por una peña. De noventa tragedias que habia compuesto, en veinte y ocho solamente, y segun otros en trece, ganó la victoria.



UN IDILIO DE TEÓCRITO. — LOS DOS PESCADORES.

(Lámina en bronce).



Sófocles el trágico.

Sófocles, y Eurípides. Estos dos poetas se presentaron juntos, é ilustraron mucho el teatro ateniense, con piezas igualmente admirables, aunque de un estilo muy diferente. El primero era grande, elevado, sublime: el segundo tierno, compasivo y lleno de máximas excelentes para las costumbres y para la conducta de la vida. Los dictámenes del público estuvieron divididos, respecto de ellos, como lo están hoy dia entre nosotros, respecto de los poetas modernos que han honrado tanto nuestro teatro y que le han puesto en estado de parangonarse con el de Atenas.

§. 3. Eupolis, Cratino, y Aristófanes hicieron muy célebre la comedia llamada « Antigua, » que sirvió entre los griegos de sátira. Poseia perfectamente lo que se llamaba « aticismo, » esto es, lo mas elegante, mas fino y mas delicado que habia en el estilo, á lo que no podian llegar las otras poesías. Hablé de ellos en otra parte.

Menandro. Fué el jefe y autor de la buena comedia. Plutarco le prefiere infinitamente á Aristófanes. Admira en él un chiste gracioso, fino, delicado, ingenioso, y que no se aparta jamás de las reglas de la rectitud mas austera, en lugar que las chanzas amargas y mordaces de Aristófanes, quitan el gusto á la pieza, ofenden sin consideracion alguna la reputacion de las personas mas acreditadas, y quebrantan, con una insolencia desenfrenada, todas las leyes de la modestia y del pudor. Quintiliano no teme decir, que borró Menandro á todos los que escribieron antes de él en el mismo género, y que con el esplendor de su reputacion obscureció enteramente su nombre. Pero el elogio mas grande que se puede hacer de este poeta, es decir que Terencio, quien no hizo casi mas que copiar sus piezas, se considera por los inteligentes como muy inferior á su original.

Aulo Gelio nos ha conservado algunos pasajes de Menandro, imitados por Cecilio, antiguo poeta cómico latino. La primera vez que los leyó encontró los versos de este muy buenos; pero confiesa, que luego que los comparó con los del poeta griego, desapareció todo su primor, y le parecieron infelices.

No se hizo á Menandro ínterin vivió, toda la justicia que se le debia. Además de cien comedias que hizo representar, no logró la palma, sino en ocho solamente. Fuese parcialidad y conspiracion contra él, fuese mal gusto de los jueces. Filemon, que no merecia ciertamente sino el segundo lugar, se le prefirió casi siempre.

Es necesario leer á estos autores para conocer todo lo que pertenece á la comedia antigua, media, y nueva.

§. 4. Archiloco, natural de Paros, inventor de los versos jambos, vivia en tiempo de Candaulo, rey de Lidia, y de él se hace mencion en la Historia antigua.

Hiponax era natural de Éfeso. Habiéndole echado de allí los tiranos, que la dominaban, se fué á establecer en Clazomenes. Era feo, pequeño y delicado; pero su fealdad sirvió para inmortalizarle; porque solo se le conoce por los versos satíricos que compuso contra dos hermanos escultores, Búpalo, y Atenis, quienes hicieron su figura la mas ridícula que les fué posible. Escribió contra ellos una muchedumbre de versos tan mordaces y violentos, que segun algunos, se ahorcaron de pesar. Pero, observa Plinio, que habia muchas estátuas suyas, hechas después de aquel tiempo. Se atribuye á Hiponax la invencion del verso escazon, en el que el espondeo toma el lugar del jambo, que se encuentra siempre en el último pié del verso que tiene este nombre.

§. 5. Se llamaba poesía lírica, la que se hacia cantar con la lira, ó con otros instrumentos semejantes. Sus composiciones se nombran odas, esto es, cantos, y se distribuyen en estrofas ó estancias.

El fin de la poesía era divertir la imaginacion; pero si los diferentes géneros de poesía, como el idilio, la elegía, el poema épico, se dirigen á este fin por medios diferentes, llega á él la oda mas seguramente; porque los abraza todos, y así como un famoso pintor junta en una sola figura lo mas gracioso y perfecto que advirtió en muchas personas hermosas, del mismo modo, junta la oda en sí sola todos los diferentes primores, de que son susceptibles los diferentes géneros de poesía. Pero tiene tambien algo mas, que solo le pertenece á ella, y es su verdadero carácter, esto es, el entusiasmo; y por él creen los poetas poderla tambien comparar á esta Juno de Homero, que toma la faja de Vénus, para hacerse enteramente graciosa; pero se queda siempre la reina de los dioses, distinguida por un aire de grandeza, que le es particular por su mismo furor y enojo.

Este entusiasmo es mas fácil conocerle que definirle; cuando está poseido de él un escritor, se enardece su entendimiento, se inflama su imaginacion, se excitan todas las facultades de su alma para concurrir á la perfeccion de su obra. Tan presto se le presentan en tropel los pensamientos nobles y las agudezas mas brillantes, tan presto las imaginaciones tiernas y graciosas. Frecuentemente se apodera tambien el fuego del entusiasmo de tal modo de su imaginacion, que ya no es dueño de ella, y entónces se abandona á esta viva impetuosidad y agradable desórden, infinitamente superiores á la regularidad del arte mas estudiado.

Estas diferentes impresiones producen diferentes efectos; descripciones algunas veces sencillas y llenas de suavidad y agrado, algunas veces ricas, nobles y elevadas; comparaciones exactas y vivas; pasajes de moral excelentes; lugares felizmente tomados de la historia y de la fábula; y digresiones mil veces mejores que lo principal de su asunto. En este momento halla el poeta la armonía, que es el alma de los buenos versos. Las expresiones sublimes, y las cadencias felices, se disponen por sí solas, como las piedras con la lira de Anfion: en nada se percibe el estudio y trabajo. Las poesías, que son fruto del entusiasmo, tienen tal carácter de primor, que no se las puede ni leer, ni oir, sin estar inflamado del mismo fuego que las ha producido; y el efecto de la música mas perfecto no es, ni tan seguro, ni tan grande como el de los versos nacidos en el fuego del furor poético.

Este corto fragmento que se ha sacado del principio de la breve, pero elocuente disertacion del señor Abad Fragnier, sobre Píndaro, basta para dar una justa idea de la poesía lírica, y al mismo tiempo de Píndaro, quien tuvo el primer lugar entre los buenos poetas griegos que se distinguieron en este género de poema, y de los que me queda decir una palabra.

Se habla en Plutarco de Tales, á quien persuadió Licurgo que se fuera á establecer en Esparta. Era un poeta lírico (no es del número de los nueve): pero, bajo del pretexto de no componer sino canciones, hacia con efecto todo lo que podian hacer los mas graves legisladores. Porque todas sus piezas de versos eran otros tantos discursos que inclinaban á los hombres á la obediencia y concordia, por medio de ciertas medidas tan armoniosas, y en las que habia tanta regularidad, tanta actividad y tanta dulzura, que suavizaban insensiblemente las costumbres de los que las oian, y los inducian al amor de las cosas rectas, haciendo cesar las animosidades y odios que reinaban

entre ellos. Así con los atractivos y embelesos de una poesía melodiosa, preparó las vias á Licurgo para la instruccion y correccion de sus conciudadanos.

ALCMANO era de Sardes en Lidia. Por su mérito le adoptaron los lacedemonios que le concedieron el derecho de ciudadano, de lo que se felicitaba el mismo en sus versos, como de una honra particular. Florecia en tiempo de Ardis, hijo de Giges, rey de los lidios.

ESTESICORES era de Himera, cindad de Sicilia. Pausanias refiere, que, habiendo perdido este poeta la vista, en castigo de los versos mordaces que habia hecho contra Helena, no la recobró hasta despues de haber retractado sus calumnias con una nueva pieza, contraria á la primera, lo que se llamó despues «Palinodia.» Quintiliano dice, que cantó las guerras importantes y los héroes ilustres, y que sostuvo en la lira la nobleza y elevacion del poema épico. Horacio le da el mismo carácter con un solo epíteto.

ALCEO. Su patria era Mitilena, ciudad de Lesbos: de él tomó su nombre el verso alcaico. Fué enemigo declarado de los tiranos de Lesbos, y en particular de Pitaco, á quien no dejó de desacreditar en sus versos. Se dice que en una batalla en que se halló, asombrado. dejó las armas, y se salvó huyendo. Horacio cuenta de sí mismo una aventura semejante. Los poetas hacian menos vanidad de valor, que de buen entendimiento. Quintiliano dice, que el estilo de Alceo era ajustado, magnífico, castigado, y, lo que pone el colmo á su elogio, que se parecia mucho á Homero.

SAFO. Era del mismo lugar, y vivia en el mismo tiempo que Alceo. El verso sáfico le debe su nombre. Tuvo tres hermanos, Lárico, Eurigio, y Caraso. Celebró extremamente al primero en sus versos, y al contrario calumnió á Caraso, porque amaba con extremo á una cortesana llamada Rodopa: esta Rodopa hizo edificar una de las pirámides de Egipto.

Compuso Safo un número bastante grande de piezas, de las que no tenemos mas que dos, por las que se puede juzgar que las alabanzas que le han dado todos los siglos, por el primor, lo tierno, el número, la armonía y las infinitas gracias de sus versos, no dejan de tener fundamento. Así se le dió el nombre de «décima musa:» y los de Mitilena hicieron grabar su imágen en su moneda.

Bueno seria que la pureza de sus costumbres hubiese correspondido al primor de su ingenio, y que no hubiese deshonrado su sexo, y la poesía con sus vicios y desórdenes.

Se dice que, desesperada y furiosa de la obstinada resistencia que Faon, jóven de Lesbos, oponia á sus deseos, se precipitó en el mar de lo alto del promontorio de Leucades, en Acarnania; remedio que empleaban bastantemente en la Grecia los que eran desgraciados en su pasion.

ANACREON. Este poeta era de Teos, ciudad de la Jonia. Estuvo mucho tiempo en la córte de Polícrates, aquel tirano de Samos, famoso por la constante prosperidad de su vida, y por su fin trágico, y tomó, no solamente parte en sus placeres, sino tambien en su consejo. Platon nos dice, que Hiparco, uno de los hijos de Pisistrato, envió un bajel de cincuenta remos á Anacreon, y le escribió con mucho agrado, rogándole que se traslādase á Atenas, en donde serian sus excelentas obras estimadas y recibidas como merecian. Se dice que la alegría y el placer eran su único estudio, y las piezas que tenemos suyas prueban esto. Se ve en todos sus versos que escribe su mano lo que siente su corazon. Su delicadeza se conoce mejor de lo que se puede explicar. No habria cosa mas digna de estimacion que sus poesías, si tuviesen mejor objeto.

SIMÓNIDES. Era de la isla de Cea, una de las Cícladas, en el mar Egeo. Escribió, en el dialecto dórico, el famoso combate naval de Salamina. Su estilo era delicado, natural y agradable. Era persuasivo, y sobresalia en excitar la compasion; era su talento propio y personal, por el que le caracterizaron los antiguos.

IBICO. No conocemos mas que su nombre, y hay suyos pocos fragmentos.

BAQUILIDES. Era de la isla de Cea, hijo de un hermano de Simónides. Hieron prefirió sus poemas á los de Píndaro en los juegos pitios. Amiano Marcelino dice que la lectura de este poeta eran las delicias de Juliano el apostata.

PÍNDARO. Quintiliano le pone el primero de los nueve poetas líricos de la Grecia. Lo que constituye su mérito personal, y carácter dominante, es esta nobleza, esta grandeza, esta sublimidad que le eleva, por lo regular, sobre las reglas ordinarias, á las que no se debe pedir se sujeten servilmente las producciones de los grandes ingenios. Se ve en sus odas un efecto sensible de aquel entusiasmo, de que habló antes. Se podria tambien reparar en él un poco de demasiada libertad, si una mezcla de pensamientos mas agradables, no sirviese para suavizarla. El poeta lo conoció bien, y por esto de tiempo en tiempo derramaba flores á manos llenas, cuyo exceso le reprendió tambien su rival la célebre Corina.

En realidad Horacio no le alaba sino por el carácter de sublimidad. Segun su opinion, es un cisne á quien un violento esfuerzo y el socorro de los vientos elevan hasta las nubes; es un torrente, que, aumentado con la abundancia de las aguas, arruina todo lo que se opone á la impetuosidad de su curso. Pero, considerándole por otros lados, es un arroyo pacífico, cuya agua clara y pura corre sobre una arena de oro, entre riberas floridas; es una abeja que, para fabricar su nectar, recoge en las flores lo mas precioso que tienen.

Su estilo es siempre proporcionado á su modo de pensar, ajustado, conciso y sin mucho enlace en las palabras: bastante descubre el sentido en la série de las cosas que trata, y los versos tienen mas energía. El cuidado de añadir transiciones no haria sino apagar el fuego del poeta, dando al entusiasmo tiempo de resfriarse.

Hablando, como he hecho de Píndaro, no le pretendo poner un autor sin defectos. Los tiene, que es difícil excusarlos; pero el número y grandeza de las singularidades que los acompañan, los deben disimular y casi hacerlos desaparecer. Era preciso que Horacio, buen juez en todas materias, pero especialmente en esta, hubiese concebido una alta idea de su mérito, pues no teme decir que no se puede, sin una visible temeridad, pretender igualarle.

Tuvo Píndaro una terrible rival en la persona de Corina, la que se distinguió en el mismo género de poesía que él, y la que le ganó cinco veces la palma en las disputas públicas. La llamaron la «musa lírica.»

Alejandro el Grande, cuando arruinó la ciudad de Tebas, patria de esta ilustre poetisa, tributó mucho tiempo despues de su muerte, un justo y glorioso homenaje á su mérito, en las personas de sus descendientes, á quienes diferenció del resto de los ciudadanos de aquella infeliz ciudad, y de los que mandó se cuidase particularmente.

Hablé en otra parte de algunas obras de Píndaro,

con la ocasion de Homero; se puede ver el lugar correspondiente.

§. 6. Elegía, segun Didimo, viene de «eeleghein, es decir ¡ay de mí!» ó de «eleon legbein, es decir cosas compasivas.» Los griegos, cuyo ejemplo siguieron los latinos, compusieron sus poesías lamentables, sus elegías, en versos exámetros y pentámetros enlazados. Despues toda pieza escrita en versos exámetros y pentámetros, se llamó elegía, cualquiera que fuese su asunto, alegre ó triste.

No tenemos hoy dia ninguna elegía griega, tomada en el primer sentido, sino es la que insertó Eurípides en su Andrómaca, que no contiene mas que catorce versos. No se sabe quien fue el inventor de la elegía.

Como estaba destinada en su primera institucion á los gemidos y lágrimas, no se ocupó en los principios sino en las dificultades é infortunios. No expresó otros afectos, no habló otro lenguaje que el del dolor. Descuidada como corresponde á personas afligidas, procuraba menos agradar que conmover. Queria excitar la piedad, nó la admiracion. Luego la emplearon en todo género de asuntos, y especialmente en la pasion del amor. Pero retuvo siempre su mismo carácter, y se acordó de su primer orígen. Sus pensamientos fueron siempre naturales y distantes de toda sutileza del entendimiento; sus afectos tiernos y delicados, sus expresiones sencillas y fáciles; y conservó siempre esta desigualdad en los pies, la que segun Ovidio es mucho mérito (in pedibus vitium causa decoris erat) y dió á la poesía elegíaca de los antiguos tanta ventaja sobre la nuestra.

Periandro, Pittaco, Solon, Quilon, Hippias escribieron en versos elegíacos sus preceptos de religion, de moral y de política: en lo que los imitaron Teognis de Megara y Foclído. Muchos de los poetas, de quienes he hablado hasta aquí, compusieron tambien algunas elegías; pero ahora no referiré sino los que se aplicaron particularmente á este género de poesía, y de estos no nombraré sino un corto número.

Callino. Era de Éfeso. Es uno de los mas antiguos poetas elegíacos. Se conjetura que florecia hácia el principio de las olimpíadas.

Mimnermo, de Colofonte ó de Esmirna. Era contemporáneo de Solon. Algunos le hacen inventor del verso elegíaco. Á lo menos le perfeccionó, y puede ser que fuese el primero que pasó la elegía de los funerales al amor. Los fragmentos que nos quedan suyos, no respiran sino deleite, y sobre este pie habla Horacio de él.

Simónides, cuyos versos eran tan lamentables, se podria poner entre los poetas elegíacos: pero le coloqué en otra parte.

Filetas de Cos y Calimaco de Cirena, vivieron ambos en la corte de Tolomeo Filadelfo, cuyo preceptor fué ciertamente Filetas, y Calimaco fué á lo que se cree bibliotecario. Se consideraba á este como maestro de la elegía, y el que habia sobresalido mas en ella; y se daba el segundo lugar á Filetas.

Esta es la opinion de Quintiliano. Pero Horacio parece que dá el primer lugar á Mimnermo respecto de Calimaco.

Calimaco habia abrazado todas las especies de literatura.

§. 7. El epígrama era una especie de poesía corta, susceptible de todo género de asuntos, que se debia terminar con un pensamiento vivo, claro y exacto. Esta palabra en griego significa «Inscripcion». Las que ponian los antiguos en los sepulcros, en las estátuas, en los templos y en los arcos triunfales, estaban algunas veces en verso, pero su carácter era mucha sencillez. Despues se dió este nombre á la especie de poesía, de que hablo. El epígrama está regularmente contenido en un corto número de versos: no obstante, algunas veces se le dá mas extension.

Dije que esta poesía era susceptible de todo género de asuntos. Esto es cierto, con tal que se cuide de evitar en ella toda maledicencia y toda obscenidad.

La libertad que se habian tomado los poetas cómicos en Atenas, de insultar con insolencia á los ciudadanos mas considerables y virtuosos, dió ocasion á una ley que prohibia ofender, con versos mordaces, la reputacion de cualquiera que fuese. En Roma, entre las leyes de las doce tablas, las que rara vez condenaban á muerte, habia una, que imponia esta pena á cualquiera que con versos infamatorios hubiese desacreditado á un ciudadano. La razon que da de esto Ciceron, es muy juiciosa y notable. «Esta ley, dice, está prudentemente establecida. Hay en Roma tribunales, á los que se nos puede citar para dar cuenta de nuestra conducta ante los magistrados; pero no se debe dejar nuestra reputacion al arbitrio de la abominable malignidad de los poetas, y no se debe permitir que se hagan contra nosotros acusaciones infamatorias, sin que podamos responder á ellas, y defendernos en forma ante los jueces.»

La segunda excepcion que pertenece á la pureza de las costumbres, no es ni menos importante, ni menos fundada en razon. Nuestra inclinacion al mal y al vicio, es demasiado natural, y muy activa, sin que se necesite aumentarla tambien con los embelesos, y atractivos de versos ingeniosos y delicados, cuyo veneno escondido bajo las voces de una poesía risueña, para servirme de los términos que aplica Marcial á las sirenas, causa un gozo cruel, y con su hechicera suavidad, introduce la muerte en las almas. Los legisladores mas prudentes de la antigüedad consideraron siempre á los que abusan de este modo, del arte de los versos, como pestes públicas, como enemigos y corruptores del género humano, que se debian detestar y reprimir con las notas de infamia mas denigrativas. Leyes tan prudentes no tuvieron el efecto que se debia esperar de ellas, especialmente por lo respectivo al epígrama, el que de todas las poesías, es la que se ha entregado mas á la impureza.

Observando las dos reglas que acabo de establecer, no serian los epígramas perniciosos á las costumbres, y podrian ser útiles para el estilo, sembrando en ellos de cuando en cuando, y con moderacion, pensamientos vivos, delicados, agradables, tales como son los que terminan los buenos epígramas. Pero lo que era en su orígen delicadeza, primor, viveza de ingenio (esto es propiamente lo que entendian los latinos por estas palabras, acutus, acumen,) degeneró muy presto en una afectacion viciosa, que pasó tambien á la prosa, cuyas frases y períodos se aplicaban á terminar con un pensamiento brillante que tuviese algo de agudeza. Tendremos ocasion de extendernos mas sobre este asunto.

El padre Vavasur trató perfectamente la materia de que se trata aquí, en un prefacio, igualmente erudito y elegante, que puso en el principio de los tres libros de epígramas que dió al público. Se encuentran tambien, sobre el mismo asunto, reflexiones útiles en el libro intitulado: epigrammatum dilectus, etc.

Tenemos una coleccion de epígramas griegos, llamada Antología.

Meleagro, natural de Gadara, ciudad de Siria, que vivia en tiempo de Seleuco VI, último rey de Siria, fué el primero que hizo una coleccion de epígramas

griegos, la que nombró Antología, á causa de que habiendo escogido lo mas sobresaliente y florido que encontró en los epígramas de cuarenta y seis poetas antiguos, consideró su coleccion como un ramillete de flores, y atribuyó una flor á cada uno de aquellos poetas, la «lis» á Anites, la «rosa» á Safo, etc. Después de él, hizo Filipo de Tesalónica otra coleccion, en tiempo del emperador Augusto, sacada de catorce poetas solamente. Agatias compuso tambien otra, cerca de quinientos años despues, en tiempo del emperador Justiniano. Finalmente, Planudio, monje de Constantinopla, que vivia el año de 1380, hizo la cuarta, la que dividió en siete libros, en cada uno de los cuales están puestos los epígramas, segun las materias, por órden alfabético. Esta Antología tenemos hoy dia. Quitó de ella muchos epígramas impuros, lo que no tuvieron á bien algunos eruditos.

Hay en esta coleccion muchos excelentes epígramas muy juiciosos y muy agudos; pero no componen el mayor número.

ART. 2.° Los romanos, ocupados únicamente, por espacio de mas de quinientos años, con ideas y pensamientos guerreros, y sin inclinacion á todo lo que se llama literatura, no admitieron la poesía hasta muy tarde, lo mismo que las otras buenas artes. La Grecia vencida y sometida, con un nuevo género de victoria, sujetó tambien á sus vencedores, y ejerció sobre ellos un imperio, tanto mas glorioso, cuanto era voluntario y fundado en una superioridad de saber, que la respetaron luego que la conocieron. Esta nacion sabia y culta, hallándose unida por un comercio estrecho, con los romanos, les hizo perder poco á poco aquel aire de rusticidad sencilla que tenian todavía de su antiguo orígen, y los inclinó á las artes propias para cultivar, suavizar y humanizar los corazones.

Esta feliz mutacion empezó por la poesía, la que se aplicó principalmente á deleitar, y cuyos embelesos, llenos de dulzura y agrado, se aprueban con mas facilidad y prontitud. Sin embargo, fue tambien en los principios muy tosca é inculta. Tuvo su orígen en el teatro, ó á lo menos empezó á tomar en él un aire mas urbano y adornado. Se ensayó, por decirlo así, en la comedia, la tragedia y la sátira; las que condujo poco á poco, y por aumentos insensibles, á un alto grado de perfeccion.

Habiendo estado los romanos cerca de cuatrocientos años sin algunos juegos escénicos, el acaso y la embriaguez, les hicieron encontrar en una de sus fiestas los versos «fescenninos,» que se llamaron así de una ciudad de Etruria, llamada Fescennia, de donde se llevaron á Roma, en la que sirvieron de piezas de teatro cerca de ciento y veinte años. Estos versos eran toscos, y casi sin número alguno, como nacidos en el campo, y hechos por un pueblo todavía silvestre, que no conocia otros maestros que el regocijo y los vapores del vino. Estaban llenos de chanzas groseras, y acompañados de posturas y bailes.

Á estos versos libres y desordenados, sucedió muy presto otra especie de poesía mas corregida, que estaba tambien llena de chistes divertidos; pero que no tenian cosa deshonesta. Este poema, pareció con el nombre de Sátira (Satura) á causa de su variedad; y esta sátira tenia modos arreglados, esto es una música regular y bailes; pero se desterraban de él las posturas indecentes. Estas sátiras eran propiamente entremeses honestos, en los que los espectadores y actores se divertian indiferentemente.

Livio Andrónico encontró las cosas en este estado, y fué el primero que se resolvió á componer comedias y tragedias, á imitacion de los griegos. Otros poetas, bebiendo en las mismas fuentes, siguieron su ejemplo; Nevio, Ennio, Cecilio, Pacubio, Accio y Plauto. Estos siete poetas, de quienes voy á hablar, vivieron casi todos á un mismo tiempo, en el espacio de sesenta años.

En lo que me propongo referir aquí de los poetas latinos, no seguiré el órden de las materias como lo hice hablando de los poetas griegos, sino el órden de los tiempos, lo que me ha parecido mas propio para dar á conocer el nacimiento, los progresos, la perfeccion y la decadencia de la poesía latina.

Dividiré todo este tiempo en tres edades. La primera comprenderá el espacio de cerca de doscientos años, durante los cuales la poesía latina nació, se aumentó y fortificó con diferentes progresos. La segunda edad será cerca de cien años, desde Julio César hasta el medio del imperio de Tiberio. Este fué el tiempo en que llegó la poesía latina á su último grado de perfeccion. La tercera edad contendrá los años siguientes, en los que por decadencias bastante prontas, cayó de aquel estado, y degeneró en fin enteramente de su antigua reputacion.

§. 1. LIVIO ANDRÓNICO. El poeta Andrónico tomó el pronombre de «Livio,» porque recibió la libertad de M. Livio Salinator, cuyas hijas habia enseñado.

Representó su primera tragedia un año antes del nacimiento de Ennio, el primer año después de la primera guerra púnica, que era el año de Roma 514, en tiempo del consulado de C. Claudio Cento, y M. Sempronio Tuditano: cerca de ciento y sesenta años después de la muerte de Sófocles, y de Eurípides, cincuenta después de la de Menandro, doscientos y veinte antes de la de Virgilio.

C. N. NEVIO, segun Varron, sirvió en la primera guerra púnica. Animado con el ejemplo de Andrónico, siguió sus pisadas, y empezó cincuenta años después de él á dar piezas de teatro: eran comedias. Se concilió el odio de la nobleza, y especialmente de un Metelo: lo que le obligó á salir de Roma. Se retiró á Utica, en donde murió. Habia compuesto en verso la historia de la primera guerra púnica.

Q. ENNIO. Nació el año de Roma 514 ó 515 en Rudia, ciudad de Calabria. Vivió en Cerdeña hasta la edad de cuarenta años. Allí conoció á Caton, al que enseñó la lengua griega, en una edad muy avanzada, y quien le llevó después á Roma. M. Fulvio Nobilior le llevó consigo á Etolia. El hijo de este Nobilior hizo que se le concediese el derecho de ciudadano romano, lo que era en aquellos tiempos un honor muy considerable. Compuso, en verso heróico, los anales de Roma; y escribia el libro XII de edad de sesenta y siete años. Celebró tambien las victorias del primer Escipion el Africano, con quien tenia particular amistad, y quien le dió siempre grandes señales de estimacion y aprecio. Algunos creen tambien que se les concedió una sepultura en el entierro de los Escipiones. Murió de edad de setenta años.

Estaba Escipion bien asegurado que ínterin subsistiese Roma, y el África estuviese sometida á la Italia, no se podria borrar la memoria de sus grandes acciones; pero tambien creyó que los escritos de Ennio eran muy capaces de ilustrar su esplendor, y perpetuar su memoria: digno ciertamente de tener por cronista de sus ilustres victorias á un Homero, mas bien que á un poeta cuyo estilo correspondia mal á la grandeza de sus hazañas.

Fácilmente se comprende que la poesía latina, débil todavía, y casi reciente en los tiempos de que acabo de hablar, no podia tener mucho primor ni adorno. Ma-

nifestaba algunas veces viveza y pensamientos ingeniosos; pero sin elegancia, sin gracia, y con grandes desigualdades. Esto lo explicó Quintiliano, trazando el retrato de Ennio, con una admirable comparacion.

«Veneremos á Ennio como se veneran los bosques, que ha consagrado su ancianidad, cuyas encinas grandes y viejas no ofrecen ya á los ojos tanta hermosura, cuanto inspiran un afecto de respeto religioso.»

Ciceron en su tratado de la vejez, refiere un hecho, que debe honrar mucho la memoria de Ennio. Dice que «cargado este poeta, de edad de setenta años, de dos pesos que se consideran como opresivos, la pobreza y la vejez, los llevaba, nó solamente con paciencia, sino con alegria: lo que daba casi lugar á pensar que le gustaban y agradaban.»

Cecilio, Pacubio. Estos dos poetas vivieron en tiempo de Ennio, mas mozos no obstante que él. El primero natural, segun algunos, de Milan, era un poeta cómico, y estuvo en los principios con Ennio. Pacubio, sobrino de Ennio, era de Brundusis. Fué á un mismo tiempo pintor y poeta: siempre se han considerado la pintura y poesía como dos hermanas. Se distinguió particularmente en la poesía trágica. Aunque viviese en tiempo de Lelio y Escipion, esto es, en un tiempo en que la pureza del lenguaje, como tambien de las costumbres, estaban singularmente unidas, no se conocia en su estilo aquel feliz siglo.

Sin embargo, Lelio, uno de los personajes que introduce Ciceron en su diálogo sobre la amistad, hablando de Pacubio, como de su huésped y amigo, dice que recibió el pueblo con extraordinarios aplausos una de sus piezas, intitulada «Orestes,» especialmente en el pasaje, en que, en presencia del rey, decia Pílades, que él era Orestes, con el fin de evitar la muerte de su amigo, y en el que Orestes de su lado, declara que él es el verdadero Orestes. Puede ser que la novedad y viveza de los afectos hiciesen olvidar la exactitud y delicadeza de la expresion.

L. Attio ó Accio, porque su nombre se halla escrito de estos dos modos, era hijo de un liberto. Representó algunas piezas trágicas, viviendo Pacubio, aunque fuese cincuenta años menor que él. Se ponen algunas de ellas durante el tiempo que fué edil P. Licinio Craso Muciano, aquel célebre hombre, de quien se decia, que habia unido en su persona cinco de las mayores ventajas que se pueden poseer; siendo á un mismo tiempo muy rico, muy noble, muy elocuente, muy hábil jurisconsulto y gran pontífice.

Este poeta era muy amigo de D. Junio Bruto, que fué el primero que llegó en España, con las armas romanas, hasta el océano. Compuso Accio, en honor suyo, versos, con los que adornó aquel general el vestíbulo del templo que hizo edificar con los despojos que habia tomado de los enemigos.

Plauto (M. Accio Plauto) era de Salinas, ciudad de la Ombría en Italia (la Romagna). Se hizo célebre en Roma por sus comedias, en el mismo tiempo que los tres últimos poetas de quienes se acaba de hablar.

Aulo Gelio refiere, después de Varron, que habiendo querido Plauto dedicarse al comercio, y perdido en él todo cuanto tenia, se vió precisado para vivir, á acomodarse con un panadero, en cuya casa sirvió para mover una taona.

De todos los otros poetas que vivieron hasta él, no quedan mas que algunos fragmentos. Plauto fué mas feliz. Diez y nueve comedias suyas, casi enteras, han resistido al tiempo, y han llegado hasta nosotros. Es creible que sus piezas se conservaron mejor que las de los otros, porque habiendo parecido mas agradables, las pedian tambien con mas frecuencia. No las representaban solamente en tiempo de Augusto: se ve por un pasaje de Arnobio, que se representaban tambien en tiempo de Diocleciano, trescientos años después del nacimiento de Jesucristo.

Ha habido diferentes opiniones sobre Plauto. Me parece que en cuanto á la elocucion es generalmente estimado, sin duda por lo respectivo á la pureza, á la exactitud, á la energia, á la abundancia, y tambien á la elegancia del discurso. Varron decia, que si las musas quisiesen hablar en latin, se valdrian del lenguaje de Plauto. Semejante elogio no exceptúa nada, ni deja cosa alguna que desear. Aulo Gelio no habla menos ventajosamente de él.

Horacio, buen juez sin duda en esta materia, no parece favorable á Plauto. Pondré el pasaje entero.

«Nuestros predecesores, dice á los pisones, alabaron y admiraron los versos, é impurezas de Plauto, con demasiada sencillez, por no decir neciamente; si es cierto que vosotros y yo sabemos distinguir en los chistes, lo delicado de lo grosero, y tengamos el oído bastante sútil para juzgar bien del sonido, y cadencia de los versos.» Esta crítica puede perjudicar tanto mas á Plauto, cuanto parece que no era solo Horacio de esta opinion, y que la corte de Augusto no aprobaba como él, ni la versificacion, ni las graciosidades de este poeta.

La censura de Horacio recae sobre dos artículos: sobre el número y cadencia de los versos, «numerus,» y sobre las torpezas, «sales.» Creo que no se puede dejar de adoptar el dictámen de Horacio en mucha parte, pero muy bien pudo suceder, que, ofendido este poeta de la injusta preferencia que daban los de su siglo á los poetas latinos antiguos, sobre los de su tiempo, activase un poco la crítica, en algunas ocasiones, y en particular en esta.

Es cierto que Plauto no es exacto en sus versos, los que por esta razon llaman él «números innúmeros» los números sin número, en el epitafio que se hizo él mismo; no se sujetó á seguir una misma medida, y mezcló tantas especies de versos, que los mas eruditos tienen trabajo en conocerlas. Tambien es cierto que tiene chistes insípidos, vulgares y por lo regular desmedidos; pero los tiene tambien ingeniosos y delicados. Por esto le propone Ciceron, que no era mal juez en lo que llamaban los antiguos «Urbanidad,» como modelo, digno de seguirse en la chanza.

Estos defectos de Plauto no impiden que fuese un excelente poeta cómico. Se compensan muy ventajosamente con muchas buenas cualidades, que pueden, nó solamente igualarle con Terencio, sino tambien hacerle, puede ser, superior. Esta es la opinion de la señora Dacier (entónces Anita de Febre) en la comparacion que hace de estos dos poetas.

«Terencio dice, tiene sin duda mucho mas arte, pero me parece que el otro tiene mas talento. Terencio hace hablar mas que obrar: Plauto hace obrar mas que hablar: que es el verdadero carácter de la comedia, el que consiste mucho mas en la accion, que en el discurso. Esta viveza me parece que da tambien mucha ventaja á Plauto; porque sus lances se conforman siempre con la cualidad de los actores, que varían mucho sus incidentes, y siempre tienen alguna cosa que sorprende agradablemente; en vez que parece se desmaya algunas veces el teatro de Terencio: á quien falta manifiestamente la actitud de la accion, y el enlace de los incidentes y lances.»

Para dar á los lectores alguna idea del estilo de Plauto, de su latinidad y antiguo lenguaje, copiaré el principio del prólogo de una de sus mejores piezas, intitulada «Amfitrion.» Es Mercurio quien habla.

Para entender estos versos, se debe tener presente, que Mercurio era el dios de los mercaderes, y el correo de los dioses.

« Por la misma razon que quereis que os sea favorable en vuestras compras y ventas; que deseais ser afortunados en los negocios que teneis en la ciudad y en los paises extranjeros; para aumentar cada dia, con una considerable utilidad, los que habeis emprendido ó estais para emprender; por la misma razon que quereis que os traiga buenas noticias á vosotros y á vuestras familias, y os diga cosas que sean para el bien de vuestra república (porque sabeis que ha mucho tiempo que me tocó ser el dios de las noticias, y presidir al lucro). Por la misma razon pues que quereis que yo os conceda todas estas cosas, y que no olvide nada de lo que os puede procurar el progreso de vuestros negocios: por esta misma razon, es tambien necesario que atendais favorablemente esta pieza, y que juzgueis de ella razonablemente. »

Se encuentran, de cuando en cuando, en Planto máximas muy buenas para la conducta de la vida, y para la pureza de las costumbres. Pondré un ejemplo de esto, sacado de la pieza que acabo de citar. Es Almena quien habla á su marido Anfitrion, y contiene en pocos versos todas las obligaciones de una esposa prudente y virtuosa.

« Pero yo creo que la verdadera dote de una mujer no es el dinero que trae cuando se casa. Es el honor, es la honestidad, es saber moderar sus deseos, temer á Dios, amar á sus padres, y vivir en buena inteligencia con sus parientes. Nunca tuve otro objeto que obedeceros en todo, que socorrer á las personas virtuosas, y poder serles útil. »

Pero para algunos pasajes de este género, ¡cuántos tiene contrarios á la pureza de las costumbres! Es lástima que este cargo recaiga, casi generalmente, sobre los mejores poetas del paganismo. Se puede muy bien aplicar aquí lo que dice Quintiliano de ciertas poesías perniciosas: que absolutamente se deben dejar ignorar á la juventud, si es posible, ó á lo menos reservarlas para una edad mas madura, y para un tiempo en que estarán mas seguras las costumbres.

Terencio nació en Cartago despues de la segunda guerra púnica, el año de Roma 560. Fué esclavo de Terencio Lucano, senador romano, quien á causa de su ingenio, no solamente le hizo educar con mucho cuidado, sino que le dió libertad muy jóven. Este senador dió á aquel poeta el nombre de Terencio. Porque los libertos tomaban regularmente el nombre del señor que les habia dado libertad.

Era muy amado y estimado de los príncipes de Roma. Vivia, especialmente, con mucha familiaridad con Lelio, y Escipion el Africano, el que tomó y arruinó á Numancia: este último era once años menor que él.

Tenemos de Terencio seis comedias. Cuando vendió á los ediles la primera, quisieron que se la leyese antes á Cecilio, poeta cómico como el, y que tenia mucho crédito en Roma cuando empezó Terencio á presentarse en ella. Fué pues á su casa, y le encontró en la mesa. Le hicieron entrar, y como iba muy mal vestido, le pusieron cerca de la cama de Cecilio un banquillo, en el que se sentó y empezó á leer. Pero apenas leyó algunos versos, cuando le rogó Cecilio que cenase, y le hizo sentar á la mesa cerca de sí. Despues de cenar, acabó de oir esta lectura, y quedó embelesado con ella. No se debe juzgar siempre de los hombres por las exterioridades. Un mal vestido puede encubrir un excelente entendimiento.

El Eunuco, que es una de las seis comedias de Terencio, obtuvo un aplauso tan grande, que se representó dos veces en un dia, por la mañana y por la tarde, lo que puede ser no hubiese sucedido jamás á pieza alguna; y se le pagó mucho mas de lo que se habia pagado hasta entónces comedia alguna: porque sacó Terencio de ella ocho mil sextercios, esto es, cuatro mil reales.

Era voz bastante pública que Escipion y Lelio le ayudaban á componer sus piezas, y la promovió él mismo, no defendiéndose de ella sino muy ligeramente, como hace en el prólogo de sus Adelfas, que es la última de sus comedias. « En cuanto á lo que dicen sus envidiosos, de que le ayudan en su trabajo personas ilustres que componen con él, bien lejos de ofenderse de esto, como lo imaginan, halla que no se le podria dar mayor alabanza, pues es señal de que tiene la honra de agradar á personas que os agradan, señores, y á todo el pueblo romano; y quiénes en paz, en guerra, y en todo genero de negocios, han hecho á la república en general, y á cada uno en particular, servicios muy considerables, sin que sean por esto mas altivos ni mas orgullosos. »

Sin embargo, se podria creer que no se defendió tan mal, sino para hacer la corte á Lelio y á Escipion, á quienes sabia bien que no desagradaria esto. Con todo eso, dice Suetonio en la vida de Terencio que se le atribuye, se aumentó esta voz cada vez mas, y llegó hasta nuestro tiempo.

El poeta Valgio, que era contemporáneo de Horacio, dice positivamente, hablando de las comedias de Terencio: « ¿de quién son estas comedias? ¿No son de aquel hombre colmado de honor y que gobernaba los pueblos con tanta justicia, ó que daba la ley con poder y autoridad? »

Sea que Terencio quisiese que cesase el cargo que se le hacia, de dar las obras de los otros con su nombre, ó que tuviese ánimo de irse á instruir perfectamente de los usos y costumbres de los griegos, para representarlos mejor en sus piezas: cualquiera cosa que fuese, despues que hizo las seis comedias que tenemos suyas, y no teniendo todavía sino treinta años, se fué de Roma, y despues no se le vió mas en ella.

Algunos dicen que murió en el mar, á su vuelta de Grecia, de donde traia ciento y ocho piezas que habia traducido de Menandro. Otros aseguran que murió en la Arcadia, en la ciudad de Estinfales, en tiempo del consulado de Cn. Cornelio Dolabela, y de M. Fulvio; y que murió de una enfermedad que le ocasionó el dolor de haber perdido las comedias que habia traducido, y las que habia compuesto él mismo.

Terencio no tuvo mas que una hija, la que despues de su muerte se casó con un caballero romano, y á la que dejó una casa y un jardin de veinte fanegas de sembradura que confinaba con la via Appia.

Ciceron, en una pieza en verso, que tenia por título « Leimon, » de una palabra griega que significa « pradería, » habia hablado así de Terencio: « esto es, y tú tambien, Terencio, cuyo estilo es tan culto y lleno de embelesos, nos traduces y nos das perfectamente á Menandro, y le haces hablar con una gracia infinita la lengua de los romanos, eligiendo en ella, con mucha puntualidad, lo mas delicado y dulce que puede tener. » Este testimonio honra á Terencio; pero los versos que lo explican, no honran mucho á Ciceron.

Véanse aquí los versos de César que anuncié. Este grande hombre, que escribia con tanta firmeza y exactitud, y que tambien habia compuesto una tragedia griega intitulada « Oedipes, » dice, dirigiéndose á Terencio: « tú tambien, semi-Menandro, estás puesto en

el número de los mayores poetas, y con razon, en cuanto á la pureza de tu estilo. ¡Ah, quisieran los dioses que la suavidad de tu lenguaje estuviese acompañada del vigor que conviene á la comedia, para que tu mérito fuese igual al de los griegos, y que no fueses en esto inferior á los otros! Pero esto es lo que te falta Terencio, y es lo que causa mi dolor.»

El principal talento de Terencio consiste en un arte inimitable de pintar las costumbres, y de imitar la naturaleza con una sencillez tan ingénua y tan poco estudiada, que cualquiera se considera capaz de escribir de la misma suerte, y al mismo tiempo tan elegante é ingenioso, que nunca nadie se le pudo acercar. Así, por este talento, esto es, por este arte maravilloso esparcido en todas las comedias de Terencio, embelesa y arrebata sin advertirlo, y sin que cause admiracion con cosa particular, con lo que Horacio caracteriza á este poeta.

Junta Terencio á una extrema pureza de lenguaje, y á un estilo sencillo y natural, todas las gracias y delicadeza de que era susceptible su lengua, y entre todos los autores latinos, no hubo ninguno que se acercase como él al aticismo, esto es, á lo mas fino, delicado y perfecto que habia entre los griegos. Hablando Quintiliano de Terencio, cuyos escritos se contenta con decir que eran muy elegantes, advierte, que el idioma romano no admitia, sino muy imperfectamente, aquella delicadeza de gusto, y aquella gracia inimitable, reservada á los griegos únicamente, y que tampoco se encontraba sino en el dialecto ático. Es lástima que la materia de estas comedias las haga peligrosas á la juventud. Me expliqué sobre ellas con mas extension en otra parte.

LUCILIO, caballero romano, nació en Suesa, ciudad de Campania, la olimpíada 158, el año de Roma 605, en el tiempo en que Pacubio estaba en su fuerza. Se dice que sirvió bajo el segundo Escipion el africano, en la guerra de Numancia. No tenia entónces mas que quince años, y esto hace dudoso este hecho.

Tuvo mucha parte en la amistad de aquel famoso general, y en la de Lelio. Los acompañaba en las diversiones y juegos inocentes, á los que no se desdeñaban de humillarse, y en los que aquellos grandes hombres, en los tiempos desocupados, procuraban divertirse de sus importantes y serias ocupaciones. ¡Sinceridad admirable en personas de esta clase, y de esta gravedad!

Lucilio pasa por el inventor de la sátira, porque fué quien le dió su última forma, tal como la trataron despues Horacio, Perseo, y Juvenal. Sin embargo, Ennio le habia dado ya el ejemplo, como lo asegura el mismo Horacio en unos versos, en los que compara á Lucilio con Ennio.

Pero las sátiras de Ennio, semejantes á las de Lucilio y de Horacio, en cuanto al fondo, se diferenciaban solamente de ellas en cuanto á la forma, pues estaban mezcladas de muchas especies de versos.

Esta fué, como lo dije ya, la nueva forma que dió Lucilio á la sátira, lo que fué causa de que le considerasen Horacio y Quintiliano, como su autor é inventor, y mereció este nombre con justo título.

Tambien habia otra especie de sátira, nacida del mismo modo de la antigua: esta se llamaba «Varroniana,» ó sátira «Menipea,» porque Varron, el mas sabio de los romanos, fué su primer autor, y porque imitó en esta obra los modos de Menipo Gadarenio filósofo cínico. Esta sátira no solamente estaba mezclada de muchos géneros de versos: habia Varron introducido en ella prosa, y habia hecho una mezcla de griego y latin. La obra de Petronio, de Séneca y Boecio, del Consuelo de la filosofía, son otras tantas sátiras semejantes á las de Varron. Vuelvo á mi asunto.

Compuso Lucilio treinta libros de sátiras, en las que censuraba nominadamente, y de un modo muy ofensivo, á muchas personas calificadas, como nos lo dice Horacio, no respetando ni contemplando sino á la virtud sola, y á los hombres virtuosos.

Su pluma hacia temblar á los pecadores, como si los persiguiese con la espada en la mano.

Acostumbraba decir Lucilio que no queria, ni lectores muy ignorantes, ni lectores muy eruditos. Con efecto, estas dos especies de lectores son algunas veces igualmente temibles. Los unos ven poco, y los otros ven demasiado. Los unos, no conociendo lo bueno que se les presenta, no hay que esperar de ellos justicia alguna; y no se podria ocultar á los otros lo que hubiese de imperfecto.

No hay apariencia de que hubiese muerto de edad de cuarenta y seis años como lo aseguran algunos. Horacio le llama viejo, cuando dice que confiaba Lucilio á sus libros, como á fieles amigos, todos sus secretos, y todo lo que le sucedia en la vida.

Pompeyo, del lado materno, era nieto, ó mas bien sobrino de Lucilio.

De todas sus obras no tenemos mas que algunos fragmentos de sus sátiras.

Tuvo este poeta mucha reputacion durante su vida, y la conservó mucho tiempo después de su muerte, tanto, que, aun en el tiempo de Quintiliano, tenia partidarios tan celosos, que le preferian, nó tan solamente á todos los que habian trabajado en el mismo género que él, sino generalmente á todos los poetas de la antigüedad.

Horacio juzgaba de él muy de otro modo. Á la verdad nos le presenta como un poeta de un gusto fino y delicado, en cuanto al chiste, pero duro y forzado en su composicion; no pudiendo tomarse el trabajo que se debe tomar para escribir, esto es, para escribir bien, porque el escribir mucho era su mayor defecto. Estaba muy pagado de sí mismo, y creia haber hecho maravillas, cuando habia dictado doscientos versos, en menos tiempo del que se necesita para escribirlos. En una palabra, le compara Horacio á un rio, que entre mucho lodo, lleva no obstante una preciosa arena.

El juicio que hizo Horacio de Lucilio, excitó en Roma grandes clamores. Ofendidos los partidarios de este último de que se hubiese atrevido á hablar de esta suerte de su héroe, publicaron que Horacio no habia murmurado de Lucilio sino por envidia, y para lograr la preferencia. Nosotros les debemos agradecer sus quejas, por injustas que fuesen: porque nos valieron una excelente sátira en la que Horacio, haciendo á Lucilio toda la justicia que se le debe, confirma y defiende, con pruebas sólidas, el juicio que habia hecho de él.

Siento, por el honor de Quintiliano, que un crítico tan juicioso como él, y de un gusto tan exacto, se aparte aquí de la opinion de Horacio. No le puede perdonar el haber comparado los escritos de Lucilio á las aguas cenagosas, de las que sin embargo se puede sacar alguna cosa buena. «Hallo en él, dice, una maravillosa erudicion, y una libertad muy grande que hace sus obras acerbas y llenas de sal.» Le concede Horacio estas últimas cualidades, las que no impiden que hubiese en Lucilio muchos pasajes viciosos que merecian quitarse ó reformarse. En cuanto á la «erudicion,» se opone aquí Quintilano directamente á la opinion de Ciceron. Sus obras, dice este, hablando de Lucilio, «son bastante ligeras, se encuentra en ellas

mucho donaire, pero poca erudicion.» En cuanto á lo demás, no podemos hoy dia juzgar bien de un poeta, de quien no tenemos casi nada.

§. 2. El intervalo de tiempo, de que hablo aquí, que corrió desde Julio César hasta en medio del imperio de Tiberio, y que contiene cerca de cien años, se consideró siempre, por lo respectivo á las Buenas letras, ó humanas, como el siglo de oro, en el que una multitud de excelentes ingenios, en todo género, poetas, historiadores y oradores, llegó á poner la reputacion de Roma en el último término. Hasta entónces habia hecho la literatura grandes esfuerzos, y se puede decir tambien grandes progresos; pero aun no habia llegado á este justo grado de madurez en que consiste la perfeccion de las artes. Habia en los escritos buen sentido, juicio, solidez, energía; pero poco arte, aun menos adorno, y ninguna delicadeza. Un corto número de talentos sobresalientes, concurrentes en un espacio de tiempo bastante corto, de repente, y como inspirados, añadiendo á las excelentes cualidades de sus predecesores las que les habian faltado, fijaron en todo género el buen gusto para siempre, y de un modo irrevocable; de suerte que, desde que se empezaron á perder de vista aquellos perfectos modelos, empezó luego todo á degenerar.

Los felices principios que se han expuesto disponian á las maravillas que se siguieron: y al modo que el primer conocimiento de las letras humanas habia venido á Roma de la Grecia, así, estudiando los romanos cada vez mas en los escritores griegos, llegaron tambien á la perfeccion. Los primeros poetas trágicos, y cómicos particularmente, se habian contentado con traducir las piezas griegas.

Adelantaron después mas. Se atrevieron á volar con sus alas, y compusieron piezas enteramente romanas.

Lo que no habian enteramente logrado los poetas dramáticos, lo logró perfectamente Horacio en la poesía lírica.

Animada Roma de una noble emulacion, que fué el fruto de la lectura de las obras griegas y de la estimacion que se habia concebido de ellas, se propuso igualarlas, y tambien si se podia excederlas: disputa muy laudable y muy útil entre las naciones, que las honra igualmente.

Añádase á este primer motivo el admirable carácter de las personas que tenian por entónces la soberana autoridad en Roma; la estimacion que se hacia en ella de las personas literatas; las señales de distincion con que las honraban; las sólidas recompensas que se les concedian, y el general respeto que se tenia á los que se distinguian con alguna particularidad; respeto que casi llegaba hasta igualarlos á los primeros y mas poderosos de la república: en todos tiempos se dijo, y no se puede repetir demasiado, que la emulacion excita los ingenios. La vista del mérito de los otros, mezclada al mismo tiempo de una justa admiracion á sus excelentes obras y de un conocimiento secreto de considerarse inferior á ellos, enciende un ardor para la fama que es capaz de todo. Y estos generosos esfuerzos, excitados y sostenidos con la esperanza del acierto, ponen las artes en su mayor perfeccion.

Esto sucedió especialmente en tiempo de Augusto, á la poesía, á la historia y á la elocuencia. Pero aquí no se trata mas que de la poesía. Referiré en pocas palabras la historia de los poetas que se distinguieron mas durante aquel feliz siglo de Roma. Creo que puedo poner en su clase á Terencio, de quien acabo de hablar, quien los procedió, en cuanto al tiempo, pero que no les cede en mérito. Fue el primero entre los poetas latinos que parece levantó de algun modo el estandarte de la perfeccion, y promovió en los otros, con su ejemplo, el deseo y esperanza de llegar á ella.

Afranio era muy estimado de los antiguos. Sobresalia en las comedias llamadas «Togatæ et Atellanæ.» Parece que Homero le compara á Menandro.

Era contemporáneo de Terencio, pero mucho mas mozo; y no empezó á tener reputacion hasta después de su muerte. Le hacia superior a todos los otros poetas, y no queria que se pensase en igualarle alguno de ellos, al parecer de aquellos que habian escrito en el mismo género que él.

Era muy estimado por sus piezas de poesía, y absolutamente desacreditado por sus costumbres.

Lucrecio nació, segun la crónica de Eusebio, el segundo año de la olimpiada 171, doce años después de Ciceron, en tiempo del consulado de Lucio Licinio Craso y de Q. Mucio Escévola, el año de Roma 658. Se mató á sí mismo, de edad de cuarenta y cuatro años: le habian dado un filtro que le puso loco. Esta locura le dejaba lucidos intervalos, en los que compuso los seis libros «de rerum natura,» en donde explica con mucha extension la física de Epicuro, de quien se hablará mas adelante. Dedicó su poema á C. Membio, quien habia tenido los mismos maestros que él, y quien seguia sin duda las misma opiniones.

Nos dice la misma crónica de Eusebio, que Ciceron corrigió esta obra después de la muerte del autor. Ciceron no habla mas que una sola vez de Lucrecio, sin embargo de haber tenido frecuentes ocasiones de hacer mencion de él, y este pasaje, por otro lado bastante obscuro, se lee diferentemente.

Ningun hombre negó con mas descaro que este poeta la Providencia, ni habló de la divinidad con mas insolencia y audacia. Empieza la materia por este exordio, elogiando en él á Epicuro. «En el tiempo, dice, que gemia el género humano, ignominiosamente sometido al duro yugo de una religion imperiosa, que se decia bajada del cielo, y que hacia temblar toda la tierra: un mortal, nacido en la Grecia, fué el primero que se atrevió con un aire determinado é intrépido, á levantar contra ella el estandarte de la guerra, sin que ni la autoridad de los dioses, ni el temor de los rayos, ni el cielo con el ruido asombroso de sus truenos, fuesen capaces de detenerle. Al contrario, todos estos objetos, no sirvieron mas que para animar su valor, y para fortalecerle en la idea que tenia de forzar las barreras de la naturaleza y penetrar en sus mas secretos misterios.»

Establece Lucrecio por principio en toda su obra, que los dioses no se meten ni cuidan de nada, y quiere explicar los efectos de la naturaleza, la creacion y conservacion del mundo, por el movimiento solo de los átomos, é impugnar á los que reconocian por primera causa el poder y sabiduría de una divinidad. Se conocerán mas perfectamente sus opiniones, cuando yo exponga las de Epicuro su maestro.

Tiene este poeta mucha nobleza, energía é ingenio, pero están sus versos tan distantes de la dulzura y armonía de los de Virgilio, que se creeria que habia vivido siglos antes de él.

Cátulo nació en Verona, el año de Roma 666. La delicadeza de sus versos le adquirió la amistad y estimacion de los sabios, y de los buenos ingenios, que por entónces habia muchos en Roma.

Escribió contra César dos epigramas satíricos; en uno de ellas le trata con tanta altanería y con aire de desprecio, que tiene razon Quintiliano en tacharle de insensato.

Estos versos, por injuriosos que fuesen, no sirvieron sino para hacer que se divulgase mas la mode-

racion de la persona ofendida. No disimuló César su disgusto, pero se contentó con obligar al poeta á que le diese satisfaccion, y le convidó á cenar para la misma noche.

Un candor elegante, y gracias naturales, son el carácter de Cátulo. Feliz, sino hubiese deshonrado frecuentemente esta amable candidez con una insolencia cínica.

Laberio, caballero romano, tuvo admirable talento para componer mimos, que eran piezas pequeñas cómicas. En Roma, una persona distinguida, que componia poesías para el teatro, no perdia nada; pero no las podia representar él mismo sin deshonrarse. No obstante esta opinion, establecida de antemano, Julio César instó vivamente á Laberio que saliese al teatro para representar en él una de sus piezas, y le dió para esto una cantidad considerable. El poeta se excusó mucho tiempo, pero finalmente, fué preciso ceder. Los ruegos de un príncipe, en semejantes ocasiones, son órdenes. En el prólogo de esta pieza manifiesta Laberio su dolor de un modo muy respetuoso para César, y al mismo tiempo muy sensible. Es uno de los mas excelentes fragmentos de la antigüedad. Se insertó entero, con la traduccion, en el primer tomo del Tratado de los Estudios, de la segunda edicion. Macrobio nos le conservó con algunos otros de la misma pieza.

Tambien nos dice que este caballero romano muy sentido de ver deshonrada su vejez de este modo, para vengarse de la única manera que podia, introdujo malignamente en la pieza de que acabamos de hablar algunos versos satíricos contra Cesar. Un criado, maltratado por su amo, clamaba: « romanos socorredme, que perdemos la libertad, » y añadia poco despues. « Es necesario que aquel que se hace temer de muchas personas, tema tambien él á muchos. » Todo el pueblo conoció en estos versos á César, y le miró. Luego que se acabó la comedia, César, como para restablecerle en la dignidad de caballero romano, la que habia degradado por complacerle, le gratificó con un anillo, el que se podia considerar como nueva patente de nobleza. Fué luego Laberio á tomar su asiento entre los caballeros romanos, los que se estrecharon tanto que no le dejaron lugar.

P. Siro era sirio de nacion, de donde le vino el apellido de Siro. De esclavo que era en Roma, á donde le habian llevado todavía niño, quedó liberto muy mozo, y fué instruido con mucha distincion. Sobresalió en la poesía « mímica, » en la que fué rival de Laberio, y á quien excedió tambien en opinion de Julio César. Pero se cree que esta preferencia que le dió, solo fué por mortificar á Laberio que habia puesto en su pieza algunos versos malignos contra él.

Tenemos una obra de Siro que contiene sentencias en versos jambos libres, puestos por órden alfabético. Séneca el padre refiere la opinion de Casio Severo, quien preferia estas sentencias á lo mejor que habia en los poetas cómicos y trágicos. Es mucho decir. Séneca el hijo las consideraba tambien como un excelente modelo.

Se ha publicado, hace algun tiempo, una traduccion de estas sentencias, y de un poema de Cornelio Severo intitulado el « Etna, » que no se habian visto en lengua vulgar. Se les debe agradecer á los autores que procuran enriquecerla de este modo con obras antiguas, que son desconocidas y nuevas. Observa este traductor que la « Bruyere » esparció en sus caractéres casi todas las sentencias de P. Siro, y refiere muchos ejemplos de esto, tales como estos:

« La fortuna nada da: no hace mas que prestar por algun tiempo. Mañana pide á sus favorecidos lo que parece les habia dado para siempre.

« La muerte no sucede mas que una vez, y se siente en todos los momentos de la vida. Es mas desagradable temerla que sufrirla.

« La vida es corta para los que son felices en el mundo, no parece larga mas que á los afligidos. »

Polion, hombre consular y célebre orador, compuso tambien tragedias latinas, muy estimadas en su tiempo. Horacio habla de él mas de una vez.

Virgilio hace tambien mencion de él con elogio.

Fué el primero que abrió en Roma una biblioteca para el uso del público.

Instándole Augusto á que siguiese su partido contra Antonio, le representó que los servicios que habia hecho á Antonio y los que habia recibido de él, no le permitian tomar el partido contrario: que así, habia resuelto mantenerse neutral, haciéndose la cuenta de que seria el despojo del vencedor.

En otra ocasion, habiendo escrito el mismo príncipe contra él versos fescenninos: « Yo me guardaré bien, dice, de responderle. No es seguro escribir contra un hombre que nos puede poner en un presidio. »

Virgilio nació en una aldea llamada Andés, cerca de Mantua, de padres muy obscuros, en tiempo del consulado de Cn. Pompeyo Magno, y de M. Licinio Craso.

Pasó los primeros años de su vida en Cremona. De edad de diez y siete años, tomó la vestidura viril. En este dia murió el poeta Lucrecio.

Despues de haber estado algun tiempo en Milan, se fué á Nápoles, en donde estudió las letras latinas y griegas, con extrema aplicacion: y luego las matemáticas y la medicina.

Se atribuyen á la juventud de Virgilio muchas piezas pequeñas, que no parecen dignas de un hombre como él.

Habiéndole echado de su casa y de una corta heredad, que era su única posesion, por la distribucion que se hizo á los soldados veteranos de Augusto de las tierras del Mantuano y Cremonés, fué entónces la primera vez á Roma, y, con la autoridad de Mecenas y de Polion, protectores de las personas literatas, recobró su heredad y se le volvió á poner en posesion de su patrimonio.

Esto dió motivo para su primera Égloga, y empezó á darle á conocer á Augusto, de quien habia insertado un elegante elogio en esta Égloga, precioso monumento de su reconocimiento. Así, por el efecto, fué su desgracia la causa de su fortuna. Concluyó sus Bucólicas despues de tres años: obra de una extrema delicadeza y la que manifestó desde entónces lo que se podia esperar de una pluma que sabia hermanar tan bien las gracias naturales con la correccion. Horacio pinta su carácter en dos palabras. « Molle et facetum. »

Se sabe que en buen latin la palabra « facetus » no solamente se aplica al chiste, al donaire, sino que se dice de todo discurso, de toda obra de ingenio en que reina un carácter de agudeza, de delicadeza y elegancia.

Mecenas, que tenia mucha inclinacion á la poesía y que conocia todo el mérito de Virgilio por la prueba que acababa de dar de él, no le dejó ocioso y le determinó á emprender una nueva obra mas considerable que la primera. Se ejercita bien el poder, y se se sirve mucho al público, animando de este modo á las personas de letras, las que por lo regular, por falta de semejantes socorros, se mantienen en la inaccion é inutilizan grandes talentos. Por consejo pues de

Mecenas empezó Virgilio sus Geórgicas y trabajó en ellas por espacio de siete años enteros. Parece que para estar en estado de aplicarse enteramente á ellas y para distraerse ménos, se retiró á Nápoles. Él mismo nos dice esta circunstancia al fin del cuarto libro de las Geórgicas. Tambien pone en ellas la data del tiempo en que las concluyó, que era el año 724 de Roma, cuando Augusto, á la vuelta de Egipto, acercándose al Éufrates, esparció el terror de sus armas en el país, con la fama de las victorias que acababa de ganar, y obligó á Tiridates y á Fraates, que se disputaban el imperio de los partos, á que consintiesen en una especie de acomodo.

La quietud de que gozaba entónces en Nápoles, debia ser un ocio «innoble» y obscuro, como le quiere llamar aquí. La obra de las Geórgicas, que fué su fruto, es la mas perfecta de todas las que nos dejó, en cuanto á la diccion ó estilo, y tambien de todas las poesías que se han compuesto jamás. Porque tuvo todo el tiempo para limarla y darle la última mano.

Retocaba sus obras con un cuidado y exactitud, que se concibe con dificultad. Luego que se habia pasado el primer ardor de la composicion, cuando todo agrada, reflexionaba sus producciones, ya no con la vanagloria de autor y padre, sino con la inexorable severidad de un censor, y casi de un enemigo. Dictaba por la mañana muchos versos, y volviendo con serenidad á su exámen, se ocupaba lo restante del dia en corregirlos y los reducia á un número muy pequeño.

Acostumbraba compararse á una osa, la que de toscos y disformes que son sus hijuelos cuando nacen, no logra ponerlos regulares sino á fuerza de lamerlos. De este modo se hacen las excelentes obras. Con esta correccion dió Virgilio, entre los latinos, el tono de la buena poesía, y mostró el ejemplo de una versificacion exacta y armoniosa. Que se comparen con sus versos, nó solamente los de Ciceron, sino tambien los de Lucrecio y Cátulo, y parecerán estos últimos groseros, mal castigados, ásperos, antiguos: y se creeria, como lo dije ya, que eran estos versos algunos siglos mas antiguos que los de Virgilio.

Se dice que Augusto, á la vuelta de sus expediciones militares, creyó que no se podia divertir mejor de sus fatigas, que oyendo la lectura de este admirable poema, á la que se dedicó algunos dias consecutivos. Cada dia le leia Virgilio un libro. Tenia un maravilloso talento para hacer que se conociese el primor de sus versos, con una pronunciacion suave, articulada y armoniosa. Luego que le veia algo fatigado, tomaba Mecenas su lugar y le aliviaba. Agradables dias para un príncipe que tiene entendimiento y gusto. ¡Diversion infinitamente superior á estos insípidos y frívolos pasatiempos, que casi son toda la ocupacion de los hombres! ¡Pero cuán admirable es la bondad de aquel dueño del mundo, que se familiariza de este modo con una persona de letras, que casi la trata de igual, que tiene consideracion á su voz y á sus fuerzas, y que mira su salud como un bien público!

Sin embargo, no sé si era mirar por ella dar á Virgilio señales tan distinguidas de estimacion y amistad. Porque un autor, despues de semejantes tratamientos, ya no tiene lástima de sí mismo y se consume muy presto con un trabajo tenaz.

Virgilio empezó luego su Enéida. Empleó en ella once ó doce años. Ocupado Augusto en la guerra contra los cántabros, le instó vivamente en muchas cartas que le escribió, á que le enviase alguna parte de su Enéida. Virgilio se excusó siempre. Le representó, que si su Eneas le hubiese parecido digno de este honor, se le hubiera enviado voluntariamente con mucho gusto; pero que encontraba su obra mucho mas difícil de lo que habia creido, y que empezaba á temer que no fuese temeridad y especie de locura haberse atrevido á emprenderla.

Luego que volvió Augusto, no pudo Virgilio escusarse mas de satisfacer la justa impaciencia del emperador. Le leyó pues el II, IV y VI libros de la Enéida, en presencia de su hermana Octavia. Á esta señora se le habia muerto, poco tiempo antes, su hijo Claudio Marcelo, príncipe de un mérito infinito, y á quien destinaba Augusto para que le sucediese en el imperio. Virgilio insertó el elogio del jóven Marcelo, en el libro VI de la Enéida, con tal arte, y dispuesto de un modo tan admirable, que no hay lector que le pueda leer sin enternecerse sensiblemente. Cuando llegó á aquel pasaje, la narracion de estos versos, que son en número de seis, hizo llorar al emperador y á Octavia. Tambien se dice que se desmayó Octavia al oir estas palabras: « Tu Marcellus eris ». Dió ella órden para que se le diesen al poeta diez grandes sextercios por cada verso, lo que llegaba á la cantidad de ciento treinta mil reales.

Virgilio, despues de haber acabado la Enéida, se procuró un retiro de tres años para examinarla y corregirla. Partió con este ánimo á la Grecia. Habiendo encontrado en Atenas á Augusto, que volvia del oriente, mudó de parecer y tomó el partido de seguirle á Roma. Fué acometido de una enfermedad en el camino, y se detuvo en Brundusis. Conociendo que se le aumentaba su indisposicion, pidió con instancia sus manuscritos, con el fin de echar en el fuego su Enéida. Y porque se resistieron á traerlos, ordenó en su testamento, que la quemasen como una obra imperfecta. Tucca y Vario, que estaban presentes, le representaron que no lo permitiria Augusto. Con su representacion, les legó Virgilio sus escritos, con condicion que no les añadirian nada, y que dejarian medio hechos los versos que encontrasen en este estado.

Murió Virgilio en Brundusis el año de Roma 735, de edad de cincuenta y dos años. Sus huesos se llevaron á Nápoles, y los enterraron á dos millas de la ciudad, con una inscripcion, que habia compuesto él mismo y que contiene en dos versos el lugar de su nacimiento, de su muerte, de su sepultura y la enumeracion de sus obras.

Es necesario que el poema épico sea obra de una extrema dificultad, pues por espacio de muchos siglos, tanto entre los griegos como entre los romanos, apenas se encuentran dos ingenios bastante sublimes para sostener toda su energía y dignidad. ¿Y despues de ellos, hay en cualquiera lengua que sea, poemas épicos que se puedan justamente comparar con los de Homero y Virgilio?

Advertí, hablando del primero, como habia formado Virgilio la idea y plan de la Enéida sobre la Ilíada y la Odisea de Homero, lo que da una gran ventaja al original sobre su imitador. Sin embargo, los siglos pasados no han decidido todavía á cuál de los dos se debe dar la preferencia. En el interin que se sentencia este proceso, y es de creer que nunca se sentenciará, se puede seguir en esto la opinion de Quintiliano, que referí ya. Homero, dice, tiene mas ingenio y energía, Virgilio mas arte y trabajo. El primero excede incontestablemente en lo grande y sublime: el otro compensa, puede ser, lo que le falta de este lado, con una exactitud que se encuentra igualmente en todas sus obras. Tambien se debe poner en cuenta, que no pudo Virgilio dar la última mano á su obra, la que sin duda seria mas perfecta de lo que es, aunque

así como es, sea infinitamente digna de estimacion.

Se puede poner seguramente entre los disparates de Calígula el desprecio y odio que manifestó á Virgilio, cuyos escritos y retrato procuró que se quitasen de todas las bibliotecas. Tuvo la estravagancia de decir, que era un hombre sin entendimiento ni ciencia. El emperador Alejandro Severo hizo de él un juicio bien diferente. Le llamaba el Platon de los poetas, y puso su retrato con el de Ciceron, en el gabinete en que habia colocado á Aquiles y á los hombres grandes. Es bueno para el honor de las letras, ver puestos de mano de un emperador, en una misma línea, los poetas, los oradores y los conquistadores.

Expondré, en la vida de Horacio, un pasaje de la de Virgilio, el que á mi parecer le honra tanto, ó tambien mas, como su talento para la poesía.

Horacio era de Venusa, y como lo dice él mismo, hijo de un liberto. Nació el año de Roma 688.

Su padre, aunque puro liberto y de una fortuna muy moderada, cuidó particularmente de su educacion. Los artífices ricos y acomodados se contentaban con enviar á sus hijos á casa de un maestro que enseñaba á leer, escribir y contar. El padre de Horacio, que reconoció en su hijo un caudal de ingenio capaz de las cosas mayores, tuvo ánimo para llevarle él mismo á Roma, con la intencion de darle una educacion semejante á la que los caballeros y señores daban á sus hijos. Viendo como estaba vestido el jóven Horacio, y los esclavos que le seguian, le tendrian, dice él mismo; por un rico heredero de una larga serie de abuelos opulentos; y con todo eso no tenia su padre de patrimonio sino una corta tierra. Puede que se excediese en este punto; ¿pero quien se atreverá á condenarle? No temió arruinarse á sí ni á su hijo, empleando toda su renta en hacer que se le instruyese bien, haciendo la cuenta, de que una buena educacion era el mejor patrimonio que le podia dejar. Hizo mas, tomó el trabajo de guardarle él mismo, le sirvió de ayo y le acompañaba á casa de todos sus maestros.

Hechiza ver el respeto y vivo reconocimiento que manifestó Horacio, durante toda su vida, á un padre semejante. « Con sus cuidados, dice, me conservó la « pureza, que es el primer fundamento de la virtud; y « me preservó, no solamente de toda accion deshones- « ta, sino tambien de toda nota y de toda sospecha. » Que pesen bien los jóvenes estas palabras, y se acuerden que es un pagano quien piensa y habla de esta suerte.

El padre de Horacio, aunque sin letras ni erudicion, no era menos útil á su hijo que los maestros mas hábiles que podia oir. Le aconsejaba en particular, le instruia familiarmente, y se aplicaba á inspirarle horror á los vicios, haciéndoselos sensibles con ejemplos. Si le queria apartar de alguna mala accion; ¿podrás, le decia, dudar si la accion de que te quiero distraer, es contraria á la virtud y á tus verdaderos intereses, viendo que fulano que la ejecutó, está absolutamente desacreditado? Que aquel otro con sus torpezas, ha arruinado su hacienda y su salud (y aquí era donde hablaba de lo conveniente). Al contrario si le queria inclinar á alguna buena accion, le citaba alguno que la habia ejecutado con aprobacion; y siempre escogia los principales senadores, y las personas mas virtuosas.

Este modo de instruir á los jóvenes tiene su utilidad, con tal que no degenere en maledicencia, y sátira. Los ejemplos hacen mucha mas impresion en el alma, que todos los discursos y todas las moralidades. De este modo instruyó tambien Demea á su hijo en el Adelfas de Terencio.

« Yo no omito nada, le acostumbro poco á poco á la virtud. Finalmente le obligo á mirar, como en un espejo, la vida de los otros, y á que aprenda con su ejemplo á practicar lo bueno, y á huir lo malo. »

Si se cree en esto á Horacio, á estas instrucciones paternas, recibidas con atencion y docilidad, debió verse libre de los mayores defectos.

Pero tambien á estas mismas lecciones atribuye, sea en chanza ó de otro modo, la inclinacion satírica que le quedó toda su vida.

No se cansaba de admirar su felicidad en haber tenido semejante padre, y habla de él con un reconocimiento, que no se puede suficientemente apreciar. « Nunca me avergonzaré de un padre tan bueno, mientras sepa pensar. Jamás seguiré el ejemplo de la mayor parte de las gentes, las que, para excusar la bajeza de su nacimiento, no dejan de observar, sino tuvieron padres ilustres, que esto no depende de su eleccion. Yo hablo y pienso muy de otro modo. Porque, si nos permitiese la naturaleza volver á nacer, despues de cierto número de años, y nos dejase la libertad de tomar los padres que quisiésemos, dejaria que cada uno escogiese al gusto de su vanidad; pero, por lo que á mí toca, contento con los que tengo, no los iria á tomar ni entre los cónsules, ni entre las sillas curules. »

Se debe confesar que es bajeza de ánimo avergonzarse de la de su nacimiento. Sin duda se habrá advertido que la mayor parte de los escritores ilustres, que he citado hasta aquí, eran de una condicion oscura, y que muchos habian sido tambien esclavos. ¿Se ha ofrecido jamás á la imaginacion de algun hombre juicioso el hacer, por esta razon, menosprecio de ellos? ¿La nobleza, la riqueza, los grandes empleos, se pueden comparar con los talentos del entendimiento, y son siempre prueba del mérito?

Luego que llegó Horacio á la edad de cerca de diez y nueve años, le envió su padre á estudiar á Atenas; porque no le dejó ir, ni le quiso perder de vista hasta que tuvo edad de gobernarse á sí mismo, y preservarse de la corrupcion que reinaba entónces. Fué instruido en Roma en el estudio de las letras humanas, y adquirió principalmente la inclinacion á ellas con la lectura de Homero. Pasó en la Grecia á ciencias mas superiores, y se dedicó al estudio de la filosofía. Parece que le agradaba mucho este estudio, y sintió bastante dejar, antes de lo que habia pensado, una mansion tan agradable. Pasando Bruto por Atenas para ir á Macedonia, se llevó consigo muchos jóvenes, de cuyo número era Horacio. Le hizo tribuno de los soldados. Horacio habia estado en Atenas cuatro ó cinco años.

Un año despues se dió la batalla de Filipes, en la que nuestro poeta, que no habia nacido para las armas, no dió pruebas de valor, habiendo tomado la huída, y abandonado su escudo, como lo confiesa él mismo.

Horacio, á su vuelta, no estuvo mucho tiempo sin ser conocido de Mecenas. Fué el buen Virgilio, porque así es como él le llama, « optimus Virgilius, » el primero que habló á su patron de este mérito reciente. Vario le apoyó despues, y le favoreció. Llamaron pues á Horacio. Cuando se presentó á Mecenas, el respeto á un prócer tan grande, y la cortedad que era natural en él, le ataron tanto la lengua, que no habló sino muy poco, y con palabras interrumpidas. Mecenas le respondió en pocas palabras, como acostumbran los grandes, despues de lo cual se retiró Horacio. Nueve meses se pasaron sin que oyese hablar de nada, y sin que por su parte hiciese diligencia alguna. Se podria creer que Mecenas, poco contento de la

primera visita, en la que al parecer no habia visto á un hombre muy ingenioso, no pensaba ya en Horacio. Luego que se pasó este tiempo, le volvió á llamar, y le puso en el número de sus amigos; estos son los términos de Horacio, y desde este tiempo fué admitido á una íntima familiaridad.

Nuestras costumbres no permitirian que un hombre de letras, que aun apenas era conocido, se dijese amigo de un señor tan grande como era Mecenas. Habia entre los antiguos mas sencillez, pero al mismo tiempo mas nobleza y grandeza. La lengua latina, que habia nacido en el seno de la libertad, no tenia nada servil, y no admitia ninguna de estas ceremonias de que está llena la nuestra.

Pero lo que yo admiro aquí es el generoso proceder de Virgilio. Conocia el mérito de Horacio. Le veia un admirable genio para lograr estimacion en la corte, como lo manifestó el efecto. Podia temer, introduciendo á Horacio, tener en él un pernicioso rival, que dividiendo primero con él el favor de su comun patrono, le pudiese suplantar luego enteramente. No tuvo Virgilio ninguno de estos pensamientos, los que solo corresponden á almas bajas, y los que consideraria como injuriosos á sus amigos, y aun mas á Mecenas. Porque no sucedia en la casa de aquel favorecido lo que sucede en la mayor parte de los grandes señores y de los ministros; en la que nadie piensa mas que en sus propios intereses; en las que el mérito de los otros hace sombra; en las que todo se conduce por parcialidades, y negociaciones secretas; en las que la buena fé y el honor son pocos conocidos; y en las que por lo regular, las ideas mas indignas se ocultan bajo las exterioridades de la amistad mas afectuosa. No es así, decia Horacio, á uno que le prometia, por poca entrada que le quisiese dar en casa de Mecenas, el ponerle en estado de suplantar muy presto á todos los otros: « no es así en casa de Mecenas. Jamás hubo casa mas íntegra que la suya, ni mas apartada de toda parcialidad, y de toda negociacion. En ella el mas rico, ó el mas erudito, no hace daño, ni sombra á los otros. Cada uno tiene su lugar, y está contento con él. »

Mecenas, desde los principios, pasó buenos oficios por Horacio con el príncipe, contra quien habia traido las armas en el ejército de Bruto. Obtuvo su perdon, é hizo que le restituyesen sus rentas, que se le habian confiscado. Desde este tiempo empezó Horacio á entrar en la familiaridad de Mecenas, y á ser admitido á su confianza y diversiones. Le acompañó en el viaje que hizo á Brundusis, como se ve en la sátira 5.ª del libro primero.

La reputacion y valimiento de Horacio se aumentaba todos los dias, con las obras de poesía que publicaba, así sobre las victorias de Augusto, como sobre sucesos particulares, y sobre otras diferentes materias, fuesen odas, sátiras ó epístolas.

Habiendo muerto el poeta Quintilio Varo, pariente de Virgilio, procura Horacio consolar á su amigo en la oda 24 del libro I.

Cuando el mismo Virgilio partió para la Grecia, con ánimo de emplear la quietud, que iba á buscar á ella, en corregir su Enéida y perfeccionarla, compuso Horacio, con la ocasion de este viaje, una oda llena de promesas, las que por desgracia no fueron oidas. Es la tercera del primer libro.

Se puede juzgar de la cariñosa amistad de Mecenas para Horacio, por estas pocas palabras que escribió á Augusto en su testamento: « Suplico á V. M. que se acuerde de Horacio, como de mí mismo. » Augusto le ofreció el empleo de secretario de su gabinete, y para esto escribió á Mecenas de este modo: « hasta aquí no he tenido necesidad de nadie para escribir cartas á mis amigos; pero hoy dia que me veo lleno de negocios y enfermo, deseo que me traigas á nuestro Horacio. Pasará de tu mesa á la mia, y me ayudará á escribir mis cartas. » Horacio, que amaba mucho su libertad, no creyó que debia aceptar una oferta tan honrosa; pero que le fatigaria mucho, y se escusó con sus indisposiciones verdaderas ó supuestas. El príncipe de modo alguno se dió por ofendido de la renuncia que hizo Horacio de este empleo, ni dejó de ser su amigo. Algun tiempo despues le escribió en estos términos. « Pórtate conmigo con libertad, como si fueses mi comensal; esta cualidad te da este derecho. Bien sabes que queria yo que vivieses conmigo de este modo, si lo hubiese permitido tu salud. »

¡ Cuántas reflexiones nos ofrece esta relacion, sobre la bondad de Augusto, sobre la ingenuidad de Horacio, sobre la dulzura del trato que reinaba entónces en la sociedad, sobre la diferencia de las costumbres antiguas con las nuestras! ¡ Un secretario de gabinete en la mesa con un emperador! ¡Un poeta que renuncia esta honra, sin que el emperador se dé por ofendido!

No se divertia Horacio sino en sus quintas, fuese en el país de Sabina, fuese en Tívoli; en donde libre de cuidados é inquietudes, experimentaba en un agradable retiro, toda la dulzura de la tranquilidad, único objeto de sus deseos.

La corte, que agrada tanto á los ambiciosos, no era para él mas que un destierro y una prision. Hacia cuenta que no vivia ni respiraba, sino cuando se volvia á su amada campiña, en la que se consideraba mas feliz que todos los reyes de la tierra.

Murió en tiempo del consulado de C. Marcio Censorino, y de C. Asinio Gallo, de edad de cincuenta y siete años, despues de haber instituido por su heredero á Augusto delante de testigos, no habiéndole dado lugar su enfermedad de firmar su testamento. Le enterraron en la extremidad de las Esquilias, junto al sepulcro de Mecenas, que habia muerto el mismo año poco tiempo antes que él. Deseó siempre no sobrevivirle, y aun parece que se habia obligado á esto por juramento.

Las obras de Horacio se reducen á sus odas, sus sátiras, sus epístolas, y al arte poético.

Hablé de sus odas, y dije el carácter de ellas, comparándolas con las de Píndaro.

Las sátiras y epístolas me parecen de un precio infinito. No tienen cosa alguna en lo exterior que suspenda, nada que cause armonía. Por lo regular es una pura prosa puesta en verso, tambien desnuda de todo esplendor, y de toda la dulzura de la consonancia poética. No era porque no pudiese hacer Horacio versos muy excelentes. El pasaje en que se disculpa por su incapacidad, de escribir las grandes acciones de Augusto, ¿nó demuestra cuán capaz era de hacerlos?

¿Hay en algun poeta descripcion mas elegante, mas expresiva, mas enérgica, y que pinte con colores mas vivos, que la de la comida que da el raton del campo al raton de la ciudad?

Lo restante de la fábula es del mismo gusto.

Esta elegancia, este agrado, esta viveza de expresiones y de imágenes, no se encuentran (digo por lo regular), ni en las sátiras ni en las epístolas. ¿ Pues qué es lo que hace su lectura tan grata? Es la delicadeza, la urbanidad, el chiste fino, el tono alegre que reinan en ellas: es un cierto modo de hablar claro, sencillo, verdadero: es tambien esta negligencia afectada en la medida de los versos, la que contribuye para dar un aire mas natural al discurso, efecto que

produce en la lengua vulgar el estilo sencillo: es un fondo de razon, de buen sentido, de juicio, que se da á conocer en todo; es un arte maravilloso de pintar el carácter de los hombres, y referir sus defectos y ridiculeces con toda claridad. Es preciso que haya en todo esto un primor muy profundo y esencial, para producir una impresion tan viva en el entendimiento, sin el socorro de las gracias, del número y de la armonía poetica.

Quintiliano, despues de haber hablado de Lucilio, se contenta con decir « que Horacio tiene mucha mas elegancia, mas pureza de estilo, y que sobresale en censurar las costumbres y vicios de los hombres. »

El arte poético, junto á algunas sátiras y epístolas que tratan la misma materia, contiene lo mas esencial que hay para las reglas de la poética. Se puede considerar este corto tratado, como un excelente compendio de retórica, muy propio para adquirir el estilo.

No digo nada de las costumbres de Horacio. Si se ha de juzgar de ellas por ciertos pasajes, se le tendria por el hombre mas virtuoso del mundo, y aun por un austero filósofo. Si se le cree en esto, « tiene por largo y enfadoso todo el tiempo que se le impide aplicarse seriamente al objeto único digno de nuestros cuidados, que es igualmente útil á los pobres y ricos; y el que, cuando se desatiende, daña igualmente á los viejos y á los mozos.

En lo sustancial, es un verdadero Epicureo, ocupado únicamente en sus placeres, tan poco considerado en sus opiniones y expresiones, como en no ser hombre modesto, como lo dice Quintiliano de él mismo, queriendo explicar ciertos pasajes suyos. Esto no embaraza para que se encuentren tambien en él máximas excelentes para las costumbres. Sucede en Horacio lo que en todos los autores paganos. Cuando no se ofende su pasion dominante, y solamente se trata de referir buenos principios, nó de practicarlos, entonces hablan con racionalidad, y aun por lo regular con religion, en terminos muy buenos y muy exactos: lo que se debe considerar como preciosas reliquias de la inclinacion y estimacion á lo bueno y honesto, grabadas en el corazon de los hombres por el autor de la naturaleza, y las que no pudo extinguir enteramente su corrupcion.

Ovidio, caballero romano, nació en tiempo del consulado de Hircio y Pansa, el año de Roma 709, como tambien Tibulo.

Estudió el arte oratorio con Arelio Fusco, y pronunció oraciones retóricas con mucho aplauso.

Habia recibido de la naturaleza una inclinacion tan fuerte á hacer versos, que renunció, para satisfacerla, todos los cuidados de hacer fortuna. Pero si la inclinacion á la poesía extinguió en el todo el fuego de la ambicion, alimentó, al contrario, y aumentó la del amor, pasion funesta, á la que se entregó enteramente.

Su padre miró con pesadumbre que dejase su hijo el camino regular de la juventud romana, y renunciase absolutamente la esperanza de los empleos, por seguir una fatal inclinacion que no conduce á nada, y de la que preveia sin duda sus infelices consecuencias. Le habló fuertemente, y empleó las reprensiones y los ruegos, preguntándole qué fruto pues esperaba sacar de este estudio frívolo, y si pretendia ser mas hábil ó mas feliz que Homero, que habia muerto pobre. Las vivas reprensiones de su padre hicieron impresion en su ánimo. Para seguir sus consejos, resolvió no componer mas versos, no escribir en adelante sino en prosa, y disponerse para los empleos que correspondian á los jóvenes de su clase. Por esfuerzos que hiciese ó que fingiese emplear, prevaleció la naturaleza. Ovidio era poeta á pesar suyo: los piés y los números se presentaban por sí mismos á su pluma: todo lo que intentaba escribir le salia en verso.

Componia con extraordinaria fácilidad, y no podia tomarse el trabajo de retocar sus versos, todo fuego en la composicion, todo hielo en la correccion, como lo advierte el mismo.

Se le perdonaria su negligencia en el estilo, si no estuviese acompañado de una desenfrenada licencia, por lo respectivo á las costumbres, y si no hubiese llenado sus poesías de impurezas y obscenidades. Este fue el pretexto que tomó Augusto para desterrarle: muy laudable en esta conducta, si le hubiese verdaderamente desterrado por este motivo. Semejantes poetas son envenenadores públicos, á los que se debe probibir todo comercio, y semejantes poesías se deben detestar como la peste del genero humano. Pero esto solo fué un pretexto. Un disgusto secreto, del que habla frecuentemente Ovidio en sus versos, pero en general y sin explicarle, y el que siempre se quedó oculto, fué la causa de su fatalidad.

Le desterró á Tomes, ciudad de la Europa, sobre el Ponto-Euxino, hácia la embocadura del Danubio. El emperador le dejó el goce de sus bienes. No le hizo condenar por sentencia del senado, y se sirvió del termino « relegar, » el que, en el derecho romano, era mas suave que el termino « desterrar. »

Tenia cincuenta y un años cuando partió de Roma para ir á Tomes. Compuso sus Metamórfosis antes de su desgracia. Pero viéndose condenado á destierro, las echó en el fuego, fuese por indignacion, fuese porque no las habia perfeccionado todavía, ni las habia enteramente concluido.

Algunas copias que se habian sacado ya de esta obra, fueron causa de que no pereciese.

El lugar á donde le desterraron, fué para él un verdadero suplicio: hace de él, en muchas partes de su poesía, descripciones horribles. Lo que mas le molestaba en él, era que estaba expuesto á los rigores del frio, y vecino á un pueblo feroz, que tenia siempre las armas en la mano, y le ocasionaba contínuos sustos: situacion triste para un italiano delicado, que habia pasado su vida en un clima benigno y agradable, y que habia gozado siempre de una quietud tranquila.

Aunque no hubiese podido obtener ni su perdon, ni la mudanza de su destierro, jamás perdió el respeto al emperador; y continuó invariablemente en alabarle, con tanto exceso, que tenia algo de idolatría. Tambien se puede decir que se hizo al pié de la letra, y realmente idólatra, cuando supo su muerte. Nó solamente compuso su elogio con un poema en lengua gética, para darle á conocer y respetar á aquellos pueblos bárbaros, sino que le invocó tambien, y le consagró una capilla, á la que le iba á incensar y adorar todas las mañanas.

El sucesor y la familia de aquel príncipe tenian una buena parte en todo aquel culto, y al parecer eran su verdadero objeto. Sin embargo, no encontró Ovidio en ellos el remedio de sus desgracias. La corte fué inexorable en tiempo de Tiberio como antes. Murió en su destierro el cuarto año del reinado de este emperador, y el año de Roma 771, de edad de cerca de sesenta años. Habia durado su destierro nueve ó diez años.

Habia pedido, que en caso que muriese en el país de los getas, se llevasen sus cenizas á Roma, con el fin de no estar tambien desterrado aun después de su muerte.

Temia Ovidio la inmortalidad del alma, y deseaba que pereciese con el cuerpo. Porque no queria que anduviese errante su sombra entre la de los saurómatas. Así deseaba en todo caso tener un sepulcro en Roma.

Compuso antes, y durante su destierro, mucho número de versos, de los que se han perdido muchos; y seria bueno que se hubiesen conservado los mejores. Se alababa su Medea como una tragedia perfecta, lo que manifiesta, dice Quintiliano (porque subsistia todavía en su tiempo), de lo que era capaz este poeta, si en vez de entregarse á la fecundidad de un ingenio muy natural, la hubiese querido contener en los límites de la razon.

El mismo Quintiliano pone su dictámen sobre las obras de este poeta, en pocas palabras, pero muy puntuales y expresivas, y las que, á mi parecer, las caracterizan perfectamente. Con efecto, el mayor defecto de Ovidio es ser muy extenso, y por esta razon muy flojo, lo que provenia de la viveza y fecundidad de su ingenio, y afectaba gracejo á expensas de lo sério y de lo grande. Todo lo que escribia le agradaba. Tenia para todas sus producciones una indulgencia mas que paterna, la que no le permitia ni quitarles nada, ni tampoco mudarles nada. Sin embargo se debe confesar que en algunos pasajes es digno de alabanza. Así en sus metamorfóseos, que son, sin disputa, la mejor de sus obras, hay un gran número de fragmentos exquisitos, y de un gusto muy bueno. Tambien era esta la obra que apreciaba mas el autor, y de la que principalmente esperaba la inmortalidad de su nombre.

Tibulo y Propercio. Estos dos poetas, que florecieron, con corta diferencia, en el mismo tiempo, y en el mismo género de poesía, pasan por ser de una gran pureza de estilo, y de mucha delicadeza. Se da la preferencia á Tibulo sobre Propercio.

Fedro, natural de Tracia, y liberto de Augusto, escribia en tiempo de Tiberio. Tenemos de este autor cinco libros de fábulas en versos jambos, á los que él mismo dió el nombre de fábulas de Esopo, porque se propuso por modelo á este primer inventor, y de quien, por lo regular, tomó el asunto de sus fábulas.

Declara, desde el principio de su obra, que este pequeño libro tiene dos ventajas, que son, divertir y alegrar á los lectores, y además darles prudentes consejos para la conducta de la vida.

Con efecto, además de que las materias de esta obra, en la que se hace que hablen los animales, y tambien los árboles, y en la que se les dá entendimiento, son por sí mismas divertidas; el modo con que se tratan, tienen todo el agrado y toda la elegancia posibles, de suerte que se puede decir que empleó Fedro en sus fábulas el lenguaje de la misma naturaleza, tan ingenioso y natural en su estilo, y no obstante juicioso y delicado.

No son menos dignas de estimacion por lo respectivo á los consejos prudentes, y á la moral sólida que contienen. Dije en otra parte, hablando de Esopo, cuán estimado y practicado era este modo de instruir entre los antiguos, y el caso que hacian de él las personas mas doctas. Cuando no considerásemos estas fábulas sino por la útilidad que pueden tener para la educacion de los niños, á los que, bajo la corteza de un cuento divertido empiezan á proponer principios de rectitud y prudencia, nos deberian parecer de un gran mérito. Pero tuvo Fedro otras miras; no hay ni edad ni condicion alguna que no pueda encontrar en ellas excelentes máximas para la conducta de la vida. Como en todas ellas se da estimacion á las virtudes, y son alabadas; y como los delitos, la injusticia, la calumnia y la violencia, están representadas en ellas con vivos pero horribles colores, que les atraen el desprecio, el odio y la detestacion pública: sin duda esto animó contra él á Seyano, y le expuso á un extremo peligro, en tiempo de este ministro enemigo de todo mérito, y de toda virtud. No dice Fedro ni la causa de esta persecucion ni circunstancia alguna particular, ni sus resultas. Solamente se queja de que se violan con él todas las formalidades de justicia, teniendo por acusador, por testigo y por juez al mismo Seyano, que era su enemigo declarado.

Es muy probable que aquel indigno favorito que abusaba insolentemente de la confianza de su amo, se dió por sentido de algunos retratos poco ventajosos, puestos en aquellas fábulas, que le podian tener por objeto. Pero como estaban sin nombre, aplicárselos á sí mismo, era conocerse, ó á lo menos creerse delincuente, pudiendo Fedro no tener otra mira que pintar en general los vicios de los hombres, como lo declara expresamente.

No se sabe, ni el tiempo ni el lugar, ni particularidad alguna de su muerte. Se cree que sobrevivió á Seyano, quien murió el año 18 del imperio de Tiberio.

Fedro da de sí un testimonio muy honroso, declarando que habia arrancado de su corazon todo deseo de atesorar.

No parece tan indiferente, ni tan desinteresado por lo respectivo á las alabanzas, y habla con bastante frecuencia de su propio mérito: con efecto era grande, y no tenemos en toda la antigüedad, cosa mas acabada que sus fábulas, entiendo en el género *sencillo* y natural.

Es de admirar que con todo este mérito hubiese sido Fedro tan poco conocido, y tan poco celebrado por los autores antiguos. Solamente dos hablaron de él, Marcial y Avieno: aun se duda que el verso en que nombra el primero á Fedro, pertenezca al nuestro. Casaubon que era tan docto, no supo que habia habido un Fedro en el mundo, sino por haberle impreso Pedro Piton en Troyes el año 1596. Este envió un ejemplar de él al padre Sirmond, que estaba en Roma. Este padre le mostró á los eruditos de Roma, y al principio creyeron que era un libro supuesto. Pero habiéndole examinado con mas cuidado, mudaron de opinion, y creyeron que se hallaban en él los carácteres del siglo de Augusto. El P. Vasasor refiere esta aventura con su acostumbrada elegancia.

El señor de la Fontaine que ha puesto en lengua francesa este género de escribir en la mayor perfeccion, siguiendo las pisadas de Fedro, ha seguido no obstante un camino enteramente distinto. Sea que no considerase la lengua francesa susceptible de aquella admirable sencillez, la que, en el autor latino, embelesa, y arrebata todos los entendimientos de buen gusto; sea que no se considerase á sí mismo con fuerzas para este género de escribir, se hizo un estilo particular, del que puede ser no sea tampoco capaz la lengua latina, y el que, sin ser menos sincero y menos natural, es mas florido, mas adornado, mas desembarazado, mas gracioso, pero con gracias que no tienen nada de fastuoso, ni afectado, las que no tienen otro defecto que hacer lo esencial de las cosas mas alegre y divertido.

Lo mismo se puede decir, á mi parecer, por lo respectivo á Terencio y á Moliere. Sobresalen ambos en su género, y pusieron la comedia en el mas alto grado de perfeccion, á que puede llegar. Pero este género es enteramente distinto. Terencio excede á Moliere en la pureza, la delicadeza y la elegancia del lenguaje.

De otro lado, el moderno es infinitamente superior á Terencio, por la direccion y lances de las piezas de teatro, lo que es uno de sus principales primores, y especialmente por la exactitud y variedad de los caracteres. Observó perfectamente el precepto que da Horacio á los poetas que quieren tener buen éxito en este género de escribir, que es pintar al natural las costumbres é inclinaciones de los hombres, las que muda mucho la diferencia de edad, y de condicion.

§. 3. Dije ya que esta tercera edad de la poesía latina empezaba hácia el medio del reinado de Tiberio. Algunos de los poetas que citaré en el principio, se podrian poner entre los del buen siglo, de los que están muy cercanos en cuanto al tiempo y en cuanto al mérito. No obstante se cree hallar en ellos alguna diferencia.

Séneca. De las diez tragedias latinas que se han publicado y unido en un cuerpo, con el nombre de Séneca, se conviene bastante comunmente que las mejores son de aquel celebre filósofo, preceptor de Neron. Se cree que la Medea es verdaderamente suya, pues cita Quintiliano un pasaje de ella con su nombre. Tambien hay razon particular para hacerle autor del OEdipo. El señor le Fevre halla que en el Agamenon, la Troadia y el Hércules furioso, se perciben mucho la declamacion y la escuela. No obstante otros creen que la Troadia y el Hipólito son muy suyas; pero que el Agamenon, el Hércules furioso, el Tiestes, y el Hércules sobre el OEta, son, ó de Seneca el padre, ó de algun otro autor que no es conocido. En cuanto á la Tebaida y Octavia se cree que son enteramente indignas del ingenio y de la elocuencia de Séneca. Es cierto que no se compuso la Octavia hasta despues de la muerte de Seneca y del mismo Neron.

Persio, poeta satírico, en tiempo del imperio de Neron. Era natural de Volterra en la Toscana. Era caballero romano, pariente y aliado con personas de la primera distincion. Estudió hasta la edad de doce años en Volterra; despues continuó sus estudios en Roma, con el gramático Polemon, con el retórico Virginio, y con un filósofo Estoico llamado Cornuto, quien tuvo con el una amistad tan particular que hubo siempre entre los dos una union muy íntima.

Este poeta era de un natural muy suave, lleno de amor y respeto para sus parientes, y muy arreglado en sus costumbres. Reprende con frecuencia en sus sátiras los defectos de los oradores y poetas de su tiempo, sin perdonar al mismo Neron.

Se cree que quiso significar á este príncipe por aquel verso injurioso, que se lee en la primera de sus sátiras.

Se leen tambien en ella otros cuatro versos, los que se cree eran de Neron, y los que cita como ejemplo de un estilo vicioso y pomposo.

El señor Despreux se justifica con este ejemplo. «Examinemos á Persio, dice, que escribia en el reinado de Neron. No satiriza puramente las obras de los poetas de su tiempo, insulta los versos del mismo Neron. Porque finalmente todo el mundo sabe, y lo sabia toda la corte de Neron, que aquellos versos de los que hace Persio una censura tan amarga en su primera sátira, eran versos de Neron. No obstante no se sabe que Neron, Neron como era, hiciese castigar á Persio, y aquel tirano, enemigo de la razon, y amante como se sabe de sus obras, fué tan caballero que viendo censurar sus versos, no creyó que el emperador debiese, en aquella ocasion, tomar los intereses de poeta.»

La obra de Persio, en la que reina una moral pura, y un fondo maravilloso de juicio, aunque de una extension muy moderada, le adquirió mucha fama, y una fama muy sólida, segun dice Quintiliano. Sin embargo, se debe confesar que la obscuridad que reina en sus sátiras, disminuye mucho su mérito. Fué causa para que dijese uno, que pues no queria Persio ser entendido, tampoco le queria él entender.

Murió de edad de veinte y ocho años solamente el año 62 de Cristo, que era el octavo del imperio de Neron. Dejó por gratitud á Cornuto su maestro y amigo, su biblioteca, compuesta de setecientos volúmenes, lo que en aquel tiempo era muy considerable, y una gran cantidad de dinero: Cornuto aceptó los libros, y dejó el dinero á los herederos, esto es á las hermanas de Persio.

Anticipo el tiempo de Juvenal, para poner juntos estos dos poetas satíricos.

Juvenal era de Aquino en el reino de Nápoles. Vivia en Roma sobre el fin del reinado de Domiciano, y en tiempo de Nerva y en el de Trajano. Se hizo muy célebre por sus sátiras. Tenemos diez y seis suyas. Pasó mucha parte de su vida en los ejercicios escolásticos, en los que adquirió la reputacion de vehemente declamador.

Julio Escalígero, que siempre es singular en sus opiniones, prefiere la energía de Juvenal á la sinceridad de Horacio. Pero todas las gentes de buen gusto creen que el genio declamador de Juvenal es muy inferior á esta lisura fina, delicada y natural de Horacio.

Se atrevió á insultar en su séptima sátira, al comediante Páris, cuyo poder era enorme en la corte, y quien generalmente conferia todos los empleos de la toga y de la espada.

El altivo comediante no sufrió con paciencia una empresa tan osada. Hizo desterrar á Juvenal á Egipto, enviándole á mandar un regimiento acampado en la extremidad de aquel pais. Volvió á Roma, despues de la muerte de Domiciano, y se mantuvo en ella, como se juzga por algunas de sus sátiras, hasta el reinado de Adriano.

Se cree que Quintiliano, quien se impuso la regla de no nombrar á ninguno de los autores que vivian, habla de Juvenal cuando dice que habia en su tiempo poetas satíricos, dignos de estimacion, y que serian algun dia muy célebres.

Bueno seria, que, reprendiendo las costumbres de los otros con tanta severidad, no hubiese manifestado que él mismo era un hombre relajado, y que no hubiese insultado los vicios de un modo que mas enseña á cometerlos que á detestarlos.

Lucano era sobrino de Séneca. Su obra mas célebre es su «Farsalia,» en la que refiere la guerra de César y Pompeyo. Es rico en buenos pensamientos, y tiene mucha viveza de estilo; pero Quintiliano cree que se debe poner mas bien entre los oradores que entre los poetas. Igualar á Lucano con Virgilio, como lo han querido hacer algunos, no es ensalzar á Lucano, sino manifestar poco discernimiento. Lo que en esto se puede decir, es que si la edad hubiese podido madurar el ingenio de Lucano, que puede ser no tuviese veinte y seis años cuando murió, y juntar á su ardor y elevacion, el juicio de Virgilio, se pudiera ver en él un perfecto poeta. Se han perdido muchas poesías suyas.

La Vida de Lucano, que se atribuye á Suetonio, le acusa de haber tenido una lengua ligera y destemplada, y especialmente de haber hablado de Neron, que le estimaba, de una manera capaz de irritar aun á un príncipe suave y moderado.

Fué uno de los primeros que entró en la conspiracion de Pison, ofendido de que Neron, por una baja

envidia, se oponia á la reputacion de sus versos, y le impedia que los publicase. El príncipe ordenó que se hiciese morir á Lucano, y se le abrieron las venas. Como conociese que el calor abandonaba las extremidades de su cuerpo, acordándose que habia pintado, en otro tiempo á un soldado que moria de esta suerte, pronunció los versos que expresaban su muerte, y fueron aquellas sus últimas palabras. ¡Frívolo consuelo para un moribundo, pero digno de un poeta! Murió el año 65 de la era de Cristo, y el 12 de Neron.

Petronio era provenzal, de cerca de Marsella, segun Sidonio Apolinar; y vivia, segun la opinion mas comun, en tiempo de Claudio y Neron.

Tenemos de este autor un fragmento de sátira, ó mas bien de muchos libros satíricos que habia compuesto, tanto en prosa como en verso. Es una especie de novela, que hizo en forma de sátira, del género de las de Varron, como lo dije ya; las habia inventado, mezclando agradablemente la prosa con los versos, lo sério con lo alegre, y lo que llama Varron «menipeas,» porque Menipes el cínico habia tratado antes de él materias graves con un estilo alegre y jocoso.

Estos fragmentos no son otra cosa que una coleccion mal ordenada, sacada de los cartapacios de algun particular, quien habia extractado de Petronio lo que mas le agradó, sin observar en ello órden. Los eruditos encuentran en él mucho primor y delicadeza de gusto, y una maravillosa fecundidad en pintar los diferentes caractéres de aquellos á quienes hace hablar. Sin embargo, observan que, aunque parece que Petronio fué gran crítico, y de un gusto muy exquisito, no corresponde enteramente su estilo á la delicadeza de su juicio: que se nota en el alguna afectacion: que es muy florido y estudiado, y que degenera de esta sinceridad natural y majestuosa del feliz siglo de Augusto. Pero, aun cuando fuese mas perfecto en cuanto al estilo, seria tambien mas pernicioso en cuanto á las costumbres, por las obscenidades con que llenó su obra.

Se duda si nuestro Petronio es el mismo que aquel de quien habla Tácito. Esta es la pintura que hace este historiador de Petronio Turpiliano, y la que conviene bastante con la idea que da de su autor la lectura de la obra de que hablo. «Era un hombre delicioso que ocupaba el dia en el sueño, y la noche en los placeres ó negocios. Y en lugar de que los otros se hacen celebres por su aplicacion al trabajo, este se granjeó la reputacion por su ociosidad. No obstante no estaba tenido por un hombre corrompido y disipador, como aquellos que se arruinan con desórdenes necios y sin gusto, sino por un hombre de una suntuosidad delicada y reflexionada. Todas sus palabras y acciones agradaban tanto mas cuanto traian cierto aire de negligencia, que parecia puramente natural, y que tenia todas las gracias de la ingenuidad. Con todo eso cuando fué procónsul de Bitinia, y despues cónsul, se mostró capaz de los mayores empleos. Despues, volviéndose á hacer vicioso, ó por inclinacion, ó por política, por ser el príncipe muy amante del vicio, fué uno de sus principales confidentes. Era él quien lo arreglaba todo en las diversiones de Neron; y no encontraba Neron cosa agradable, ni amena, sino lo que Petronio habia aprobado. De esto nació la envidia de Tigelino contra él, como contra un pernicioso rival, que le excedia en la ciencia de los deleites.» Petronio se dió la muerte á sí mismo, para prevenir la que le impondria el emperador, bajo de una falsa acusacion.

Si este Petronio no es el escritor de quien se trata aquí, á lo menos servirá este admirable retrato para dar á conocer el estilo de Tácito, de quien hablaré mas adelante.

C. Silio Itálico se hizo célebre por su poema de la segunda guerra púnica.

No habia nacido poeta, y el estudio no suplió enteramente lo que le faltaba del lado de la naturaleza. Además no se aplicó á componer versos sino despues de haber ejercido mucho tiempo en los tribunales el oficio de abogado, y haber sido cónsul, esto es en una edad ya muy avanzada y muy debil.

Por elogios que le dé Marcial, no es muy estimado en calidad de poeta, pero se ve que excede á los demás de su tiempo en la pureza de la lengua. Sigue con bastante exactitud la verdad de la historia, y se pueden sacar de su poema noticias, aun para los tiempos que no son su principal asunto, hallándose en el hechos que no se encuentran en otra parte.

Lo que dice de Domiciano, da bastante á entender que componia en tiempo de aquel príncipe, despues de la guerra de los sármatas, en la que se puede comprender la de los dacios.

Se cree que murió en tiempo de Trajano, el año 100. Se dejó morir de hambre, no pudiendo sufrir mas el vivo dolor de un divieso, que no le podian curar los médicos. Advierte Plinio, que, habiéndose retirado Silio á la Campania, á causa de su vejez, no dejó su retiro para venir á Roma á felicitar á Trajano cuando su ascenso al imperio. Se alabó á Trajano el no haberse ofendido de esta libertad, y á Silio el haberse atrevido á tomarla.

Si nuestro poeta no pudo arribar á una perfecta imitacion de Virgilio, á lo menos no pudo ser mayor el respeto que le tuvo. Se hizo dueño del lugar en donde estaba el sepulcro de Virgilio. Era para él un lugar sagrado, y le veneraba como un templo. Celebraba todos los años el dia natal de Virgilio, con mas regocijo y solemnidad que el suyo propio. No pudo sufrir que un monumento tan respetable estuviese desatendido en poder de un pobre labrador, y le compró.

La obra de Silio se habia estado sepultada muchos siglos en el polvo de la biblioteca de san Galo. Poggio la encontró en ella, durante el concilio de Constancia, con otros muchos manuscritos, como lo adverti ya en otra parte.

Estacio vivió en tiempo de Domiciano. Marcial no habla jamás de él, aunque viviese en Roma á un mismo tiempo. Se cree que provenia esto de emulacion, porque Estacio agradaba mucho á Domiciano por su extrema facilidad en hacer versos de repente.

Tenemos de Estacio dos poemas heróicos: la «Tebaida» en doce libros, y la «Aquileida» que no tiene mas que dos libros, porque la muerte no le dió lugar para acabarla. Las dedicó ambas á Domiciano, despues de la guerra de los dacios. Tenemos tambien cinco libros de «Silvas,» ó de muchos cortos poemas sobre diversos asuntos, muchos de ellos tienen por objeto adular á Domiciano.

Sus poesías fueron muy estimadas en Roma en su tiempo. Juvenal dice el extraordinario concurso que asistia á oirlas y los aplausos que les daban.

Los versos que se siguen, si se han de tomar á la letra, y si no son uno de estos hipérboles familiares á Juvenal, nos dicen que Estacio era pobre, y que despues de haber adquirido mucha reputacion con su Tebaida, se veia obligado á componer piezas de teatro y venderlas á comediantes para poder vivir.

Julio Escaligero pretende que no hay ni entre los antiguos ni entre los modernos, autor alguno que se

acercase tanto á Virgilio como Estacio, y no tiene dificultad en preferirle á todos los poetas heróicos, griegos y latinos, defendiendo que hace mejores versos que el mismo Homero. Un juicio semejante da bien á entender que este ilustre crítico no tenia tanta exactitud de ingenio como de erudicion. Por lo regular lo uno daña á lo otro.

Estacio, como tambien Lucano y Silio Itálico, trató su asunto mas bien como historiador, que como poeta, sin detenerse en lo que constituye la esencia de un verdadero poema épico. En cuanto á la diccion ó estilo y versificacion, procurando elevarse demasiado y parecer grande, incurre en la afectacion y viene á parar en lo pomposo.

Valerio Flaco. Como en el reinado de Augusto fué cuando florecieron los mas excelentes poetas latinos, tambien fué el de Domiciano el que nos dió los mas considerables poetas de segundo órden.

Nació este poeta en Setia, ciudad de Campania, pero fijó su domicilio en Padua.

Tenemos su poema heróico del viaje de los Argonautas, dividido en ocho libros. Se empezó en tiempo de Vespasiano, á quien está dedicado, y una temprana muerte fué causa de que no le acabase el autor. Las personas mas hábiles hacen un concepto bastante mediano de esta obra, porque encuentran en ella diferentes faltas contra las reglas del arte, ninguna gracia ni elegancia, y un estilo, que por haber afectado una grandeza mal sostenida, llega á ser frio y débil. Con todo eso, dice Quintiliano, que perdió mucho la poesía latina con su muerte, la que sucedió en los últimos años de Domiciano.

Marcial le escribió, como á su amigo, y le aconseja que deje la poesía, para abogar, y tener alguna ocupacion, en la que pueda ganar mas dinero que en cortejar las musas, de las que no tiene que esperar mas que vanas coronas y estériles alabanzas, que le dejarán en ayunas y en la miseria.

Marcial sobresalió en los epígramas. Era español, de la ciudad de Bilbilis, la que se dice haber estado poco distante de la de Calatayud en Aragon. Nació en tiempo de Claudio, fué á Roma en el de Neron, de edad de veinte años, y estuvo en ella treinta, estimado de los emperadores, especialmente de Domiciano, que le concedió muchas gracias. Se cree que no siendo tan bien tratado después de la muerte de aquel emperador se retiró á su país. Tuvo tiempo de enfadarse de él, no encontrando allí ninguna coleccacion correspondiente, quien tuviese inclinacion á las letras, lo que le ocasionó frecuentes recuerdos de su mansion de Roma. Porque, en lugar que en esta sábia ciudad eran sus versos extremamente estimados y aplaudidos, no hacian en Bilbilis sino excitar contra él la envidia y murmuracion: tratamiento que es dificultoso aguantar todos los dias con paciencia. Murió en tiempo de Trajano, hácia el año 100.

Tenemos suyos catorce libros de Epígramas y un libro de los Espectáculos. Vosio cree que este último es una coleccion de los versos de Marcial y de algunos otros poetas de su tiempo, sobre los espectáculos que hizo representar Tito el año de 80.

Plinio, en cuyo hónor habia compuesto un epígrama (el 19 del libro x) le dió una cantidad de dinero cuando se retiró de Roma: porque no habia logrado ser rico. Con esta ocasion, advierte Plinio que se practicaba antiguamente conceder recompensas útiles ú honrosas, á los que habian escrito en gloria de las ciudades ó de algunos particulares. Hoy dia, dice, cesó esta moda, con otras muchas, que no tenian menos grandeza y nobleza. Desde que dejamos de hacer acciones tan laudables, despreciamos la alabanza.

Lloró la muerte de Marcial cuando la supo. Amaba y estimaba su ingenio. Pero seria bueno que hubiese tenido en sus versos tanto pudor y modestia, como tuvo alguna vez ingenio.

Se le reprende su humor demasiado mordaz, su ignominiosa adulacion respecto de Domiciano, junta al modo indigno con que le trató después de su muerte.

El amor á las sutilezas y la inclinacion á los equívocos en el discurso, habian tomado desde el tiempo de Tiberio y Calígula, el lugar del buen gusto que reinaba en el de Augusto. Este defecto se fué siempre aumentando, y fué causa de que le aprobase tanto Marcial. Está muy distante de que todos sus epígramas sean de la misma energía: se les aplicó justamente un verso que es suyo.

« El mayor número es de los malos, pero los tiene excelentes. »

Sulpicia, dama romana, era esposa de Caleno. Compuso un poema sobre la expulsion de los filósofos, en el que maltrataba mucho á Domiciano y le amenazaba con la muerte. Es la única pieza que tenemos de un gran número de poesías que habia escrito. Se debe sentir la perdida de los versos que escribió á su marido sobre el amor conyugal, y sobre la fidelidad y castidad que se debe guardar en el estado del matrimonio. Marcial hace de ellos un excelente elogio en un epígrama.

Nemesiano y Calpurnio. Tenemos algunas églogas y una parte del poema sobre la caza, de M. Aurelius Olimpius Nemesianus, muy célebre en su tiempo en cuanto á la poesía. Se pretende que era de Cartago. Dedicó su poema sobre la caza á Carino y á Numeriano, despues de la muerte de su padre, esto es el año de 281.

Titus Calpurnius de Sicilia, vivió en tiempo de Caro, Carino y Numeriano. Compuso siete églogas, las que dedicó á Nemesiano, poeta bucólico como él. En los versos de estos dos poetas se conoce el siglo en que se compusieron.

Prudencio, poeta cristiano, oficial en la corte del emperador Honorio, nació en Zaragoza de España el año 348, y murió hácia el año de 412.

No empezó sus poesías sobre la religion hasta la edad de cincuenta y siete años. Fué abogado, después juez, luego militar: finalmente siguió la corte con un empleo honroso. Él mismo nos dice estas circunstancias en el prólogo de sus obras.

Después de haber hablado de su juventud, expone sus diferentes empleos.

Las poesías que tenemos de Prudencio están mas llenas del celo de la religion, que de los adornos del arte. Se encuentran en ellas muchas faltas de cuantidad. Además de esto no guarda siempre la ortodoxia. No obstante, se debe confesar que se encuentra, en muchos pasajes de sus obras, mucho gusto y delicadeza.

Claudio, poeta latino y pagano, natural de Canopes, en Egipto, vivió en tiempo de Arcadio y Honorio, quienes mandaron se le erigiese una estátua. Murió poco después de Arcadio.

Merece el primer lugar entre todos los poetas heróicos que florecieron después del feliz siglo de Augusto. De todos los que quisieron seguir é imitar á Virgilio, es el que se acerca mas á la majestad de aquel poeta, y el que se aparta mas de la corrupcion de su siglo. Se conoce bien que tenia mucho ingenio, y que habia nacido para la poesía. Estaba lleno de este fuego que produce el entusiasmo. Su estilo es castigado, suave, elegante y al mismo tiempo noble y elevado. Tiene

muchas prontitudes de juventud y es muy afectado. Tiene espíritu é imaginacion; pero está muy distante de aquella delicadeza de número, y de aquella elocucion natural al verso, que admiran los inteligentes en Virgilio. Incurre continuamente en la misma cadencia, lo que es causa de que con dificultad se lee sin fatiga.

Entre las diferentes piezas de Claudio han sido muy estimadas sus invectivas contra Rufino y contra Eutropio.

Ausonio, nació en Burdeos. De edad de treinta años fué nombrado para enseñar en ella la gramática, y después la retórica. Se adquirió en este último empleo una reputacion tan grande, que le llevaron á la corte imperial para que fuese preceptor de Graciano, hijo del emperador Valentiniano I. Acompañó á su discípulo en el viaje que hizo aquel jóven príncipe á Alemania con su padre.

Este empleo le granjeó las primeras dignidades del imperio. Valentiniano le hizo cuestor. Después de la muerte de este príncipe le confirió Graciano el empleo de prefecto del pretorio: y le obtuvo dos veces, la primera para la Italia y el África, y la segunda para las Galias. Finalmente, le declaró cónsul; se vió entónces verificada nuevamente la máxima de Juvenal, que, cuando quiere la fortuna, se pasa del ejercicio de retórico á la dignidad de cónsul.

Confiriéndole el emperador este empleo, no olvidó nada de lo mas afable y remuneratorio que pudo imaginar. Esta debe ser la ciencia de los príncipes, saber sazonar de este modo sus dones y beneficios. Despachó prontamente un posta á Ausonio, para darle parte de su elevacion al consulado, y le escribió en estos términos: «Como pensase, hace algun tiempo, en crear cónsules para este año, invoqué la asistencia de Dios, como sabes que acostumbro practicar en todo lo que emprendo, y como sé que tú deseas que yo lo ejecute. He creido que te debia nombrar primer cónsul, y que pide Dios de mí este reconocimiento, por las buenas instrucciones que he recibido de tí. Te restituyo pues lo que te debo, y sabiendo que nunca se les puede pagar á los padres y maestros lo que se les debe, confieso que te debo todavía lo que te vuelvo.»

Para que no faltase nada á la gracia que le hacia, acompañó esta carta con un regalo, y envió una vestidura muy rica, en la que estaba bordada de oro la figura del emperador Constancio su abuelo. Ausonio, por su parte, empleó toda la energía y delicadeza de su ingenio, para hacer en verso y en prosa el elogio de su augusto bienhechor. Tenemos todavía el discurso que compuso para dar las gracias al emperador: es una pieza que ha sido muy estimada. Se encuentra en ella mucho talento, y puede ser que demasiado; pensamientos excelentes y sólidos; elocuciones vivas; pero por lo regular demasiado refinadas. Su latinidad es dura, y se conoce en ella el siglo en que vivió el autor.

Se encuentra una extrema desigualdad entre las obras de Ausonio. Su estilo es duro, como lo advertí ya: pero la dureza es el menor vicio de sus poesías. Las impurezas, de que las llenó, prohiben su lectura á cualquiera que no haya renunciado todo pudor.

San Paulino, obispo de Nola, era de Burdeos. Nació hácia el año de 353. Tuvo por maestro en las letras profanas al célebre Ausonio, á quien llama su patrono, su maestro, su padre, y á quien se reconoce deudor de su buena educacion, del conocimiento que tenia de las letras, y de sus ascensos en los empleos y dignidades.

Adelantó mucho con un maestro semejante. Ausonio le da el parabien de esto, en muchas de sus poesías, y confiesa, lo que no es poco para un poeta, que su discípulo le llevó la palma en los versos.

El retiro de San Paulino, que se habia ido á España á esconder en la soledad, le atrajo violentas reprensiones de parte de Ausonio. Este hombre mundano le escribió muchas cartas, quejándose de su injurioso olvido, en las que se enfurece contra su Tanaquila, era el nombre odioso que daba á Teresa su esposa, á la que atribuia esta mudanza. Acusaba á su discípulo de haber perdido su antiguo agrado, y haberse hecho silvestre y misántropo. Le atribuia con bastante claridad una imaginacion trastornada por una negra melancolía, la que le hacia huir la compañía y conversacion de los hombres. Esto reprenden regularmente las personas de mundo á los que le dejan.

Pero la Providencia embarazó que no recibiese ninguna de estas cartas antes de estar bastante fuerte para resistir á los lazos que le armaba el deleite por medio de un maestro antiguamente estimado, y tiernamente amado. Al cabo de cuatro años recibió tres de ellas juntas, á las que respondió de su parte con muchas cartas.

Después de haber dado razon de su largo silencio, se escusa de no entregarse á la poesía profana, la que no convenia á un hombre como él, que no queria pensar mas que en Dios.

Dice que por lo presente está muy distante de invocar ni á Apolo, ni á las Musas, divinidades sordas y débiles; que un Dios mas poderoso se ha apoderado de su corazon, y pide de él otras ideas y otro idioma.

Explica después la maravillosa mudanza que opera la gracia en el corazon del hombre, cuando se ha apoderado de él por derecho de conquista, y se le ha sometido enteramente, haciéndole que pierda, por casto placer, la inclinacion á los antiguos deleites; quitándole todas las penas é inquietudes de la vida presente, con una fe viva y una sensible esperanza de los bienes futuros; y no dejándole otro cuidado que el de ocuparse en su Dios, cuyas maravillas repasa, cuya santa voluntad estudia, esforzándose para tributarle un homenaje digno de él, con un amor único y sin límites.

A todo esto añade una fuerte protesta de no faltar jamás á lo que piden de él las obligaciones que tiene á Ausonio.

Las alabanzas que da Ausonio en muchas partes á San Paulino, parece que mas bien tienen por objeto las poesías que habia hecho antes que renunciase las musas profanas que las que compuso después. Porque, después de una abdicacion tan rara y generosa, hizo estudio de apagar la mayor parte de su viveza, y habiendo extinguido en sí todo deseo de reputacion humana, humilló su espíritu y estilo, y se contuvo en los límites de una sencillez enemiga de todo orgullo, semejante á la que pide la modestia cristiana. Llegó tambien con el desasimiento hasta el punto de no cuidar de observar la exactitud en la prosodia. Pero en todo este aire negligente que se encuentra, tanto en su versificacion como en lo sustancial del estilo de su poesía, se ven siempre ciertos agrados naturales, que hacen amar al autor y á sus obras.

San Próspero, era de Aquitania. Era un hombre lego y casado, fué secretario de Breves en tiempo del Papa San Leon.

Tenemos de San Próspero, además de algunas otras cortas piezas que son dudosas, un poema muy considerable contra los ingratos, esto es, contra los enemigos de la gracia de Jesucristo, en el que explica

como teólogo profundo, la doctrina católica contra los pelagianos y semi-pelagianos.

El señor Godo juzga, después de otros muchos autores, que esta obra es el compendio de todos los libros de San Agustin sobre esta materia, y particularmente de los que se escribieron contra Juliano. Añade que sus expresiones son maravillosas, y que, en muchas partes, hay motivo para admirarse de cómo pudo este santo componer lo agradable de la versificacion con las espinas de su asunto. Lo que tambien es extraordinario en este poema es ver que se observa en él, con tanta regularidad, la exactitud en los dogmas de la fe, no obstante la precision de los versos, y la libertad del espíritu poético, y que no se encuentren en él las verdades de la religion, ni alteradas ni disminuidas con los adornos del arte.

Sidonio Apolinar, nació en Leon, de un prefecto del Pretorio, yerno del emperador Avito.

Tenemos sus poesías en veinte y cuatro piezas, impresas regularmente, con los nueve libros de sus epístolas. El siglo en que vivia disculpa el estilo duro, la obscuridad y falta de prosodia en sus versos.

Renunció la poesía cuando renunció el siglo, y no compuso mas versos después que le hicieron obispo de Clermont en Auvernia, lo que sucedió el año 472.

Avieno vivia en tiempo de Teodosio el mayor. Este autor puso en versos latinos los «Fenómenos» de Arato, y la «Periegesia» de Dionisio, esto es, la descripcion que habia hecho de la tierra. Puso tambien en versos jambos á todo el Tito Livio, trabajo muy inútil, y cuya pérdida no se debe sentir mucho. Nos quedan tambien suyas las fábulas que tomó de Esopo para ponerlas en versos elegíacos, y las que dedicó á Teodosio, que no es otro que Macrobio; están infinitamente distantes de la pureza, del primor y gracia de las de Fedro.

Boecio fué solo cónsul el año de 510. Los versos que compuso este grande hombre están insertos en sus cinco libros de la «Consolacion» los que hizo en la prision, en que le hizo poner Teodorico, rey de los godos; era su principal ministro de Estado. No siendo muy excelente su prosa, parece que contribuyó por su obscuridad, para dar esplendor á sus poesías, que están llenas de graves sentencias y de excelentes pensamientos.

Fortunato nació en la Marca Trevisana. Le hicieron obispo de Potiers; y murió hácia el principio del séptimo siglo.

Es uno de los mas importantes de los poetas de la antigüedad cristiana. Tenemos once libros de sus poesías diversas, tanto en versos líricos, como en versos elegíacos; y cuatro de la vida de San Martin, en versos exámetros. Se debe juzgar del mérito de sus versos por el siglo en que vivia.

II. Historia. Con razon se llama la historia el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la escuela de la virtud, la depositaria de los sucesos, y si fuese permitido hablar así, la fiel mensagera de la antigüedad. Con efecto, nos abre la vasta carrera de todos los siglos pasados, nos los acerca de alguna suerte, y nos los pone como presentes. Hace que comparezcan ante nosotros los conquistadores, los héroes, los príncipes, y todos los hombres grandes; pero despojados del aparato fastuoso que los acompañaba durante su vida, y reducidos á sí solos, para venir á dar cuenta de sus acciones al tribunal de la posteridad, y para oir en él una sentencia, en la que no tiene ya parte la adulacion, porque no tienen ya poder.

La historia tiene tambien el privilegio de acercarse al trono de los príncipes reinantes, y casi es la única que pueda ó se atreva á manifestarles la verdad, y tambien sus defectos, si los tienen; pero bajo de nombres extraños, en consideracion á su delicadeza, y para que sus consejos les sean útiles, evitando desagradarles. No se aplica menos á instruir á los particulares. Les enseña á todos generalmente, de cualquiera edad y condicion que sean, los modelos de virtud que deben seguir, y los ejemplos viciosos que deben evitar.

Se comprende bastante que la historia, todavía ruda y tosca en sus principios, no estaba en estado de hacer al género humano servicios tan importantes. Se contentó primero con mantener la memoria de los sucesos, grabándolos en piedra y en bronce, fijándolos con inscripciones, insertándolos en los registros públicos, consagrándolos, en algun modo, con himnos y cánticos. Se elevó poco á poco, y llegó por grados á este punto de perfeccion á que la condujeron los griegos y romanos. No me meto en la historia del pueblo de Dios, compuesta por Moisés, la mas antigua, y la mas respetable de todas. Tampoco hablo de muchos historiadores, de quienes no hemos conservado sino los nombres, y á lo mas algunos ligeros fragmentos. Me limito aquí á los historiadores griegos y latinos, cuyas obras han llegado hasta nosotros, en todo ó en parte. Como he tenido cuidado de citarlos exactamente en la historia antigua, y me sirven de fiadores, en cuanto á los hechos que digo en ella, parece necesario que mis lectores, que no los hayan leido, tengan alguna ligera noticia de ellos, y sepan, á lo menos, el tiempo en que vivieron, las principales circunstancias de su vida, las obras que compusieron, y el juicio que han hecho de ellas los eruditos.

Art. 1.º Herodoto era de Halicarnaso, ciudad de Caria. Nació el mismo año que murió Artemisa, reina de Caria, y cuatro años antes de la irrupcion de Jerjes en la Grecia. Viendo oprimida su patria bajo la tiranía de Ligdamis, nieto de Artemisa, la dejó para retirarse á la isla de Samos, en donde aprendió perfectamente el dialecto jónico.

En este dialecto compuso su historia, contenida en nueve libros. La empezó en Ciro, segun su opinion primer rey de los persas, y llega con ella hasta la batalla de Micales, que se dió el octavo año de Jerjes; lo que comprende el espacio de ciento y veinte años, bajo de cuatro reyes de Persia, Ciro, Cambises, Darío y Jerjes; desde el año del mundo 3405, hasta el de 3524. Además de la historia de los griegos y de los persas, que es su principal objeto, trata otras muchas por digresion, como la de los egipcios, que ocupaba el segundo libro. Cita en la obra que tenemos, sus historias de los asirios y de los árabes, que habia escrito: pero no nos queda nada de ellas, y aun se duda si las habia acabado, porque ningun autor hace mencion de ellas. No se cree que la vida de Homero, atribuida á Herodoto, sea suya.

Herodoto, para darse á conocer á un mismo tiempo á toda la Grecia, escogió el tiempo en que esta estaba congregada en los juegos olímpicos, y leyó en ellos su historia, que fué recibida con extraordinarios aplausos. Juzgaban que oian hablar á las musas, tan suave y agradable les pareció el estilo en que está escrita: y por esto se dieron entónces á los nueve libros que la componen, los libros de las nueve musas.

Parece que concedió una lectura particular de su obra á la ciudad de Atenas, que merecia bien esta distincion; fue en la célebre fiestas de las panateneas. Fácilmente se juzga cuánto debió agradar una historia compuesta con tanto arte y elocuencia á oidos tan fi-

nos y delicados como los de los atenienses, y á entendimientos tan curiosos, y de tan buen gusto.

Se puede creer que fué en aquella asamblea, mas bien que en la de los juegos olímpicos, cuando á Tucídides, todavía muy mozo, y puede ser de quince años, le causó tal admiracion el primor de esta historia, que entró en una especie de rapto y entusiasmo, y derramó de gozo lágrimas en abundancia. Herodoto le conoció, y habló á su padre llamado Oloro y le exhortó fuertemente á que cuidase con particularidad de aquel hijo, que manifestaba ya una inclinacion tan distinguida á las buenas letras, y que podria algun dia honrar á la Grecia. Los hombres grandes deben cuidar mucho de animar con algunas alabanzas á los jóvenes, en quienes descubren talentos y buena voluntad. Puede ser que debamos á estas pocas palabras de Herodoto la admirable historia de Tucídides.

Dejo supuesto que podia tener Tucídides quince años cuando asistió á la lectura que hizo Herodoto de su historia en Atenas. Suidas dice que era todavía niño, ó mas bien muchacho. Con que habiendo nacido trece años después de Herodoto, no tenia entónces el mismo Herodoto mas que veinte y ocho, lo que añade mucho al mérito de este autor, por haber compuesto en esta edad una obra tan digna de estimacion.

Herodoto, colmado de fama, pensó en volverse á su patria: adonde nos llama siempre el afecto. Luego que llegó á ella, exhortó á sus compatriotas á que echasen el tirano que los oprimia, y se volviesen á poner en posesion de la libertad, mas preciosa para los griegos que la misma vida. Sus consejos tuvieron todo el efecto que se podia prometer de ellos, pero se los pagaron con la ingratitud, por la envidia que le granjeó una empresa tan gloriosa y feliz. Precisado á dejar una patria ingrata, creyó que se debia aprovechar de una favorable coyuntura que se le presentó muy á tiempo. Era una colonia que enviaban los atenienses á Turium, en la parte de la Italia llamada la gran Grecia, para repoblar y restablecer aquella ciudad. Se juntó á la colonia, se fué á establecer con ella á Turium, y acabó allí sus dias. Turium era la antigua Sibaris: ó á lo menos se edificó aquella ciudad en las cercanías de Sibaris, y se juntaron allí las reliquias de aquella antigua ciudad arruinada por los crotoniatos.

Difiero hablar de lo que pertenece al juicio que se debe hacer de Herodoto, hasta después de haber tratado el artículo de Tucídides para poderlos comparar.

TUCÍDIDES. Se pone al nacimiento de Tucídides en el principio de la olimpiada 77, trece años después del de Herodoto.

Tuvo por padre á Oloro (llamado así del nombre de un rey de Tracia), y por madre á Hegesipila. Contaba entre sus abuelos al antiguo Melciades, hijo de Cipselo, fundador del reino del Quersoneso, quien de consentimiento de Pisistrato, se retiró á Tracia, y se casó allí con Hegesipila, hija de Oloro, rey de Tracia, cuya hija, al parecer, que tenia el mismo nombre, fué madre de nuestro historiador.

Estudió la retórica con Antifon, y la filosofía con Anaxágoras. Habla del primero en su octavo libro, y dice que fué de dictámen que se desterrase de Atenas el gobierno popular y se estableciesen los cuatrocientos.

Dijimos ya que de edad de quince años oyó, con extremo gusto, la lectura de la historia de Herodoto, fuese en Olimpias, fuese en Atenas.

Propenso al estudio, por una inclinacion violenta, no pensó entrometerse en la administracion de los negocios públicos; cuidó solamente de instruirse en los ejercicios militares, que correspondian á un mancebo de su nacimiento. Tuvo empleo en las tropas, é hizo algunas campañas.

De edad de veinte y siete años, le encargaron en parte el conducir y establecer en Turium una nueva colonia de atenienses. Este empleo le ocupó por espacio de tres ó cuatro años, después de lo cual se volvió á Atenas.

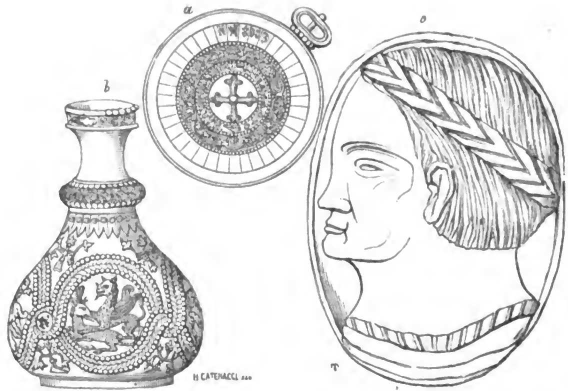
Por aquel tiempo se casó con una doncella de Tracia muy rica, que poseia en aquella provincia buen número de minas. Este matrimonio le enriqueció mucho, y le dió con qué hacer un gasto bastante considerable. Veremos muy presto el útil empleo que hizo de sus riquezas.

En aquel tiempo se encendió en la Grecia la guerra del Peloponeso, y excitó en ella grandes movimientos y recias turbaciones. Tucídides, que preveia que duraria mucho, y que tendria importantes consecuencias, concibió desde entónces la idea de escribir su historia. Lo que importaba era tener memorias muy fieles y seguras, y hacer que le instruyesen de una y otra parte, con mucha individualidad de todas las circunstancias de toda la expedicion y de cada campaña. Esto lo ejecutó de un modo admirable, y que tiene pocos ejemplos.

Como servia en las tropas de Atenas, fué él mismo testigo ocular de mucha parte de lo que pasó en el ejército de los atenienses hasta el octavo año de esta guerra, esto es, hasta el tiempo de su destierro, cuyo motivo fué este. Le mandaron que fuese al socorro de Anfípolis, en las fronteras de la Tracia, plaza muy importante para los dos partidos. Brasidas, general de los lacedemonios, le previno, y tomó la ciudad. Tucídides, de su parte, tomó á Eyona, situada sobre el Estrimon. Esta ventaja, que era poco considerable, en comparacion de la pérdida que acababa de hacer Atenas con la toma de Anfípolis, se contó por nada.. Se le acriminó en Atenas el no haberse socorrido Anfípolis por su lentitud y cobardía: el pueblo, con las voces tumultuosas de Cleon, le castigó por su pretendida falta, y le condenó á destierro.

Tucídides se aprovechó de su desgracia, y se sirvió de ella para la preparacion y ejecucion del gran proyecto que habia hecho de componer la historia de aquella guerra. Empleó todo el tiempo de su destierro, que duró veinte años, en recoger, con mas cuidado que nunca, memorias. La mansion que hizo después de este tiempo, tan presto en el país de Esparta, tan presto en el de Atenas, le facilitó extremamente las averiguaciones que tenia que hacer. No perdonó gastos para lograrlo, é hizo grandes liberalidades á oficiales de los dos partidos para que le instruyesen de todo lo que pasaba en los dos ejércitos. Habia empleado ya el mismo medio en el tiempo que servia.

Los atenienses, muchos años después de la pérdida que tuvieron delante de Siracusa, permitieron á todos los desterrados que volviesen, excepto á los pisistrátidos. Tucídides se aprovechó de este decreto, y se restituyó á Atenas, después de un destierro de veinte años: tenia entónces sesenta y ocho. Hasta este tiempo, segun el señor Dodvel, no trabajó Tucídides realmente en la composicion de su historia, cuyos materiales habia hasta entónces juntado y dispuesto con increible cuidado. Tenia por objeto, como lo dije ya, la famosa guerra del Peloponeso, que duró veinte y siete años. No llega con ella mas que hasta el veinte y uno inclusive. Los seis años restantes los suplieron Teopompo y Jenofonte. Empleó en su historia el dialecto ático, como el mas puro, mas elegante, y al mismo tiempo mas copioso y enérgico: además de



ANTIGUEDADES HÚNGARAS.

a, interior de una copa de oro.—b, un frasco de oro.—c, un camafeo con el busto de Atila, el azote del linaje humano.

esto era la lengua de Atenas su patria. Él mismo nos advierte, que en la composicion de su historia, deseó, nó el agradar á sus lectores, sino el instruirlos. Por esto llama á su historia, nó una obra hecha para la ostentacion, sino un monumento que debia durar siempre. Regularmente la distribuye por años y campañas. Tenemos una traduccion de este excelente historiador en nuestra lengua vulgar.

Se cree que Tucídides vivió trece años despues de su vuelta del destierro, y del fin de la guerra del Peloponeso. Murió de edad de mas de ochenta años, segun algunos en Atenas, segun otros en Tracia, de donde se trajeron sus huesos á Atenas. Plutarco dice que, en su tiempo, se enseñaba todavía la sepultura de Tucídides, en los mismos entierros de la familia de Cimon.

«Comparacion de Herodoto y Tucídides.» Dionisio de Halicarnaso, excelente historiador y crítico, en una carta dirigida al gran Pompeyo, compara á Herodoto y Tucídides, los dos historiadores griegos mas famosos, y dice el juicio que hace de ellos, así en cuanto á lo sustancial de la misma historia, como en cuanto al estilo que se emplea en ella. Referiré aquí los principales pasajes de esta corta disertacion. Se debe tener presente, que nuestro crítico era de Halicarnaso, como tambien Herodoto, lo que puede causar que se le sospeche, puede ser, de alguna parcialidad en favor de su paisano.

§. 1. La primera obligacion de un escritor que piensa escribir una historia, y pasar á la posteridad las noticias y memoria de las acciones sucedidas, es, al parecer, elegir una materia grande, noble y útil, que pueda con la variedad é importancia de los hechos, tener atento al lector, y siempre como suspenso y en expectacion; finalmente, que le aficione y cause un gusto agradable con la naturaleza misma de los sucesos, y con el admirable éxito que los termina.

Se puede decir que Herodoto, en este punto, excedió mucho, sin contradiccion, á Tucídides. La eleccion del asunto en el primero, no podia ser mas favorable, ni mas útil. Es la Grecia entera, celosa de su libertad hasta el punto que se sabe, embestida por el poder mas formidable del universo, que con ejércitos de tierra y de mar sin número, emprende humillarla y reducirla á la servidumbre. Son victorias sobre victorias, así por mar como por tierra, ganadas á los persas por los griegos, los que sin hablar de las virtudes morales puestas en toda su perfeccion, manifiestan todo el valor, toda la prudencia, toda la habilidad en la ciencia militar, que se puede esperar de los mayores generales. En fin, aquella guerra, tan larga y tan terrible, en la que el Asia derramada enteramente, y como que sale de sí misma, parece que debia inundar totalmente el corto país de la Grecia, se termina con la ignominiosa huida de Jerjes, el rey mas poderoso de la tierra, reducido á salvarse en una chalupa, y con un efecto que quitó para siempre á los persas el pensamiento y deseo de volver á atacar la Grecia con mano armada.

Nada de esto se ve en la eleccion de Tucídides. Se limita á una guerra única, que no es ni decorosa en sus principios, ni muy variada en los sucesos, ni gloriosa para los atenienses en el éxito. Es la Grecia, que, hecha como furiosa, y poseida del espíritu de discordia, despedaza ella misma sus entrañas, armando griegos contra griegos, y aliados contra aliados. El mismo Tucídides, desde el principio de su historia, anuncia y muestra en perspectiva todos los males que deben acompañar esta guerra infeliz, muertes de hombres, ruinas de ciudades, temblores de tierra, sequedades, hambres, enfermedades, pestes, contagios, en una palabra, las calamidades mas horribles. ¡Qué principio, qué espectáculo! ¿Hay alguna cosa mas capaz de exasperar y sublevar el ánimo del lector?

Tal es la primera reflexion de Dionisio Halicarnasense, la que, á mi parecer, no tiene conexion con el mérito del escritor. La eleccion del asunto, y el éxito glorioso de una guerra, no dependen de un historiador contemporáneo, que no es dueño de los sucesos, y no puede ni debe escribir mas en lo que ve. Es desgraciado en no ser testigo sino de hechos que causan afliccion, pero por esto no es menos hábil. Este, á lo mas, es un cargo que se debe hacer á un poeta trágico ó épico, que dispone de su materia. En cuanto á un autor que escribe la historia de su tiempo, lo que se le puede pedir es, que esté bien instruído, y que sea juicioso é imparcial. ¿No está destinada la historia mas que para divertir al lector? ¿No debe mas bien instruirle? ¿Y las grandes calamidades que son el efecto y resultas de las pasiones injustas, no son muy útiles para enseñar á evitarlas?

Lo segundo es muy importante para un escritor, tomar bien sus medidas para saber en dónde debe empezar su historia, y hasta dónde la debe conducir. Esto lo logró Herodoto maravillosamente. Expone primero la causa de la guerra que declararon los persas á la Grecia, que fué el deseo de vengarse de una injuria recibida hacia mas de doscientos años, y termina su relacion con el ejemplar castigo de los bárbaros. La toma de Troya podia ser á lo mas el pretexto de esta guerra: ¡y qué pretexto! El motivo era sin duda la ambicion de los reyes de Persia, y el deseo de vengar en los griegos los socorros que habian dado á los jonios. En cuanto á Tucídides, empieza su historia con la descripcion del triste y fatal estado en que estaban entónces los negocios de la Grecia, primer objeto poco agradable y poco útil. Atribuye abiertamente la causa de aquella guerra á la ciudad de Atenas, pudiendo imputarla á la envidia de Esparta su rival, despues de las ilustres hazañas con que se habian distinguido tanto los atenienses en la guerra contra los persas.

Esta segunda reflexion de nuestro crítico aun parece peor fundada que la primera. Pudiera Tucídides alegar este pretexto, pero yo no sé si seria con justicia y verdad: ó antes bien se debe afirmar positivamente que no podia de modo alguno. Es constante por Plutarco, que la causa de la guerra se debe imputar á la excesiva ambicion de los atenienses, que afectaban una dominacion universal. Es bueno para Tucídides haber sacrificado la gloria de su patria al amor de la verdad: cualidad en que consiste el mérito mas esencial, y que elogia mas perfectamente á un historiador.

Lo tercero, comprendiendo Herodoto que la larga relacion de una misma materia, por agradable que pueda ser, se puede hacer molesta al lector, varió su obra al modo de Homero, con episodios y digresiones que causan en ella mucho agrado. Tucídides al contrario, siempre uniforme, y sobre el mismo tono, sigue su asunto, sin dar tiempo de respirar, acumulando combates sobre combates, preparativos sobre preparativos, arengas sobre arengas, y dividiendo, por decirlo así, por campañas, las acciones que se podian manifestar en todo con mas gracia y claridad.

Parece que Dionisio de Halicarnaso no atendió bastante á la severidad de las leyes de la historia, y que casi creyó que se podia juzgar de un historiador como de un poeta. Muchos reprenden á Herodoto sus largas

y frecuentes digresiones, como un defecto considerable en hecho de historia. Yo estoy muy distante de pensar así. Debian ser muy agradables á los griegos, en un tiempo en que les era absolutamente desconocida la historia de los pueblos de quienes se habla en ellas. Pero aun estoy mas distante de vituperar la conducta y el plan de Tucídides, quien no pierde casi jamás de vista su asunto: porque esta es una de las principales reglas de la historia, y á la que no se debe faltar nunca sin una razon muy especial.

Lo cuarto, Tucídides, ligado religiosamente á la verdad, la que debe ser el fundamento de la historia, y la que ciertamente es la primera, y la cualidad mas esencial de un historiador, no inserta cosa alguna fabulosa en su historia, no piensa en adornarla, ni alegrarla con relaciones de hechos y sucesos que parecen milagrosos, y no hace que intervenga en ella, en toda ocasion, el ministerio de los dioses y diosas, con los sueños, los oráculos y prodigios, en lo que incontestablemente excede á Herodoto, poco delicado, ni circunspecto en muchos hechos que dice, y por lo regular crédulo hasta la debilidad y supersticion.

Lo quinto, si se cree en esto á Dionisio de Halicarnaso, se reconoce en los escritos de Tucídides un carácter de tristeza y aspereza natural, el que exasperó tambien, é irritó su destierro. Es puntual en dar á conocer todas las faltas de los generales, y todas sus acciones defectuosas; y si dice algunas veces sus buenas cualidades y felices sucesos, porque por lo regular los calla, parece que es con sentimiento, y como forzado.

Yo no sé si está fundado este cargo; pero la lectura que he hecho de Tucídides no me ha dejado de él esta idea. Bien conocí que la materia era melancólica, pero nó el historiador. Dionisio de Halicarnaso encuentra en Herodoto una disposicion enteramente opuesta, un carácter de bondad y blandura siempre igual, y un sentimiento extremo á los bienes y males de su patria.

§. 2. Se pueden considerar muchas cosas en lo que pertenece á la elocucion. La pureza, la propiedad y la elegancia del idioma. Estas cualidades son comunes á nuestros dos historiadores, que sobresalieron igualmente en ellas, siguiendo siempre la noble sencillez de la naturaleza. Es digno de notarse, dice Ciceron, que estos dos autores, contemporáneos de los sofistas, los que habian introducido un estilo florido, peinado, ajustado, y que llamaba Sócrates por esta razon «Logodaidálus,» no incurriesen jamás en estos pequeños, ó mas bien frívolos adornos.

La extension ó brevedad del estilo. Esto es lo que los distingue ó caracteriza particularmente. El estilo de Herodoto es suave, flúido, extenso; el de Tucídides, vivo, conciso, vehemente. «El uno, para servirme de los términos de Ciceron, es semejante á un rio tranquilo, que lleva sus aguas con majestad; el otro á un impetuoso torrente, y, para hablar de guerra, parece que toca los clarines. Tucídides está tan lleno de cosas, que en él, el número de los pensamientos iguala casi el de las palabras; y es al mismo tiempo tan exacto y conciso, en cuanto á la elocucion, que no se sabe si son las palabras las que adornan los pensamientos, ó los pensamientos los que adornan las palabras.» Este estilo pronto, por decirlo así, es maravillosamente apto para dar actividad y energía al discurso; pero por lo regular le obscurece mucho. Y fué lo que sucedió á Tucídides, especialmente en las arengas que en muchos pasajes casi no son inteligibles. De suerte que la lectura de este autor requiere una atencion continuada, y casi un estudio serio. En lo demás no es de admirar, que, aludiendo Tucídides en sus arengas á muchas circunstancias notorias en aquel tiempo, y que se hicieron desconocidas en los futuros, deje obscuridades en el entendimiento del lector, distante por tantos siglos de aquellos sucesos. Pero no es esta la principal causa.

Lo que se acaba de decir, muestra lo que se debe pensar de nuestros dos historiadores por lo respectivo á las pasiones que dominan, como se sabe, en la elocuencia, y son su principal mérito. Herodoto tuvo buen éxito en las que requieren suavidad é insinuacion; Tucídides en las pasiones fuertes y vehementes.

Se encuentran arengas en uno y otro, pero son mas raras y mas cortas en el primero. Dionisio de Halicarnaso repara un defecto en las de Tucídides, y es que son uniformes, y siempre sobre el mismo tono, y que se observan mal en ellas los caractéres, en lugar que Herodoto observa mejor los que le corresponden. Hay personas que vituperan generalmente en la historia, las arengas, especialmente las que son directas. Respondí en otra parte á esta objecion.

Terminaré este artículo, que se ha hecho mas largo de lo que yo pensaba, con el elegante y juicioso carácter que da Quintiliano á nuestros dos autores, en el que pone algo de lo que se ha dicho hasta aquí. «Tuvo la Grecia muchos historiadores célebres; pero nadie duda que hubo en ella dos que fueron muy superiores á los otros, y los que con cualidades diferentes, adquirieron una reputacion casi igual. El uno conciso, estrecho, que se apresura siempre para llegar á su fin, este es Tucídides; el otro suave, claro, extenso, es Herodoto. El uno es mejor para las pasiones vehementes, el otro para las que requieren insinuacion. El uno sobresalió en las arengas, el otro en los discursos ordinarios. El primero arrastra con la fuerza, el segundo atrae con el placer.» Lo que á mi parecer añade mucho al mérito de Herodoto y de Tucídides, es que teniendo pocos modelos que seguir, perfeccionaron no obstante ambos la historia por un camino diferente.

La general estimacion de los antiguos á estos dos autores, es para ellos una circunstancia muy favorable. Es difícil que se engañasen tantos grandes hombres en el juicio que hicieron de ellos.

Jenofonte. Expuse en otra parte con bastante extension lo que pertenece á las acciones y obras de Jenofonte. No diré aquí de él mas que una palabra, para que el lector tenga presente su memoria y las datas.

Jenofonte, hijo de Grillo, nació en Atenas, el tercer año de la olimpíada 82: era menor que Tucídides, poco mas de veinte años. Fué gran filósofo, gran historiador y gran general.

Se alistó en las tropas de Ciro el menor, quien marchaba contra su hermano Artajerjes Mnemon, rey de Persia, para quitarle el trono. Esta fué la causa de su destierro; porque los atenienses eran por entónces amigos de Artajerjes. La retirada de los diez mil, bajo el mando de Jenofonte, es conocida de todo el mundo, é hizo célebre su nombre para siempre.

Después de su vuelta, estuvo siempre empleado en las tropas lacedemonias, primero en la Tracia, después en el Asia, hasta que volvieron á llamar á Agesilao, á quien acompañó hasta Beocia. Entónces se retiró á Escillontes, en donde le habian dado los lacedemonios una tierra en propiedad, situada muy cerca de la ciudad de Elida.

No estuvo ocioso en su retiro. Se aprovechó de la quietud de que gozaba para componer su historia. Empezó por la Ciropedia, que es la historia del gran Ciro, contenida en ocho libros. A esta se siguió la de Ciro el

menor, que es la famosa expedicion de los diez mil, en siete libros; despues escribió la historia griega, tambien en siete libros, la que empezó en donde habia acabado Tucídides la suya. Comprende, con corta diferencia, el espacio de cuarenta y ocho años, desde la vuelta de Alcibíades á la Ática, hasta la batalla de Mantinea. Compuso tambien muchos tratados particulares sobre asuntos históricos.

Su estilo, bajo de un aire de sencillez y suavidad natural, oculta gracias inimitables, las que no conocen ni admiran tanto las personas de un gusto poco delicado; pero que no se le ocultaron á Ciceron á quien hicieron decir. « Que parecia que hablaban las musas por la boca de Jenofonte. »

Quintiliano, en el elogio que nos dejó de él, no hace casi mas que extender este pensamiento. « ¿Qué alabanzas no merece esta agradable melodía de Jenofonte, tan natural, tan distante de toda afectacion, pero á la que ningun artificio puede llegar jamás? Dirias que las mismas gracias compusieron su idioma; y se le podria justamente aplicar lo que la comedia antigua decia de Pericles, que residia en sus labios la diosa de la persuasion. »

Ctesias de Cnido, era contemporáneo de Jenofonte. Quedó prisionero en la batalla que dió Ciro el menor á su hermano Artajerjes. Habiendo curado al rey de la herida que habia recibido en ella, ejerció la medicina en la Persia con mucha reputacion, y fué médico del príncipe como unos diez y siete años.

Escribió la historia de los asirios y persas en veinte y tres libros. Una de los fragmentos que nos conservó Focio (porque no tenemos de Ctesias sino fragmentos) nos dice, que en los seis primeros libros trataba de la historia de Asiria, y de todo lo sucedido en ella antes del imperio de los persas: y que desde el séptimo hasta el trece inclusive, referia todo lo perteneciente á los reinados de Ciro, de Cambises, del Mago, de Dario y de Jerjes. Llegó con la historia de los persas hasta el tercer año de la olimpíada 95.ª, en cuyo tiempo Dionisio el antiguo, tirano de Siracusa, hacia grandes preparativos de guerra contra los cartagineses.

Se opone casi en todo á Herodoto, y se dedica particularmente á desacreditarle. Pero el descrédito recae sobre él mismo, y le consideran todos los eruditos como un escritor muy mendaz, é indigno de ser creido: así le llama Aristóteles. Se aparta tambien con frecuencia de las relaciones de Jenofonte. Se extraña que Diodoro de Sicilia, Trogo Pompeyo, y algunos otros, siguiesen á Ctesias, prefiriéndole á Herodoto, y tambien á Jenofonte. Lo que sin duda los engañó, fué la seguridad con que afirma, que no dice nada en sus escritos de que no fuese testigo ocular, ó que no hubiese sabido de los mismos persas y tomado en sus archivos.

Polibio. Hablé ya de este célebre historiador en algunas partes de esta historia, las que me contentaré con indicar, añadiendo solamente aquí lo que me parezca mas necesario para tener alguna idea del carácter, de las acciones y de las obras de este grande hombre. Se encuentra su vida bastante extensa, y muy bien escrita en el principio de la nueva traduccion de Polibio: me valdré mucho de ella, pero compendiándola bastante.

Polibio era de Megalópolis, ciudad del Peloponeso, en la Arcadia. Nació cerca del año 548 de la fundacion de Roma. Su padre se llamaba Licortas, ilustre por la constancia con que defendió los intereses de la república de los aqueos, en el tiempo que la gobernaba.

Le educaron, como á toda la juventud de su nacion, con mucho respeto á la divinidad: sentimiento piadoso en el que fundaban su principal reputacion los arcadios, y en el que perseveró tan constantemente durante toda su vida, que hay pocos autores profanos que pensasen mas religiosamente de la divinidad, ni que hablasen de ella con mas dignidad.

Tuvo por maestro en la política á Licortas su padre, grande hombre de estado, y en la guerra á Filopemen, uno de los mas hábiles y de los mas intrépidos generales de la antigüedad. Practicó las excelentes lecciones que habia recibido de ellos, en las diversas negociaciones y diferentes ocupaciones en que le emplearon, fuese con su padre, fuese solo, especialmente en el tiempo de la guerra de los romanos con Perseo, último rey de Macedonia, como se dijo ya en su lugar.

Los romanos, despues de la derrota de Perseo, pensaron en humillar y castigar á los aqueos que habian sido mas firmes en sostener la libertad de la liga aquea, y se habian manifestado contrarios á sus ideas é intereses. Prendieron mil de ellos; y entre los que llevaron á Roma de este número fué Polibio.

Durante la mansion que hizo en ella, fuese que le hubiese precedido su reputacion, fuese que su nacimiento ó su mérito le hiciesen buscar de los principales de Roma, se granjeó la amistad de Q. Fabio y del jóven Escipion, ambos hijos de Paulo Emilio, y adoptados el uno por Q. Fabio, el otro por P. Cornelio Escipion, hijo de Escipion el Africano. Les prestaba libros, y hablaba con ellos sobre las materias de que tratan. Embelesados ambos de sus grandes cualidades, obtuvieron del pretor que no saliese de Roma con los otros aqueos. Lo que pasó por entónces entre el jóven Escipion, de edad solamente de diez y ocho años, y Polibio, y lo que dió ocasion á la estrecha amistad que hubo despues entre ellos, es á mi parecer un retazo de historia de los mas útiles, y que puede sea muy instructivo para la juventud. Refiérese ya este pasaje al fin de la historia de los cartagineses.

Fué probablemente en Roma en donde compuso Polibio la mayor parte de su historia, ó á lo menos, en donde juntó las memorias para componerla. ¿En dónde se podia instruir mejor de los sucesos que habian pasado, ó durante todo el curso de la segunda guerra púnica, como en la casa de los Escipiones, ó durante las campañas contra Perseo, como en la de Paulo Emilio? Lo propio se puede decir de todos los negocios extranjeros que sucedieron en el tiempo que estaba en Roma, ó acompañaba á Escipion. Siempre á distancia de ver por sí mismo, ó recibir las noticias de primera mano, no podia dejar de informarse puntualmente de lo mas memorable que ocurria.

Los aqueos, despues de muchos memoriales inútilmente presentados al senado, obtuvieron finalmente la vuelta de sus desterrados; ya no eran mas que trescientos. Polibio no se aprovechó de aquel permiso para volver á ver á Megalópolis, y si se sirvió de él, no tardó en volverse á juntar con Escipion: pues tres años despues estaba con él en el sitio de Cartago. Despues de esta expedicion, hizo algunos viajes, por lo respectivo á la historia que tenia siempre por objeto. Pero ¿cuál fué su dolor, cuando volviendo al Peloponeso, vió la destruccion é incendio de Corinto, reducida su patria á provincia del imperio romano, y obligaba á sujetarse á las leyes de un magistrado que se debia enviar á ella todos los años de Roma? Si algo fué capaz de consolarle en una coyuntura tan funesta, fué la facilidad que le dió su valimiento con los romanos, para obtener algun alivio á la infelicidad de sus conciudadanos, y la ocasion que tuvo de defender la memoria de Filopemen su maestro en la ciencia de la guerra, cu-

yas estátuas querian derribar tan injustamente.

Despues de haber hecho muchos servicios á su patria, se volvió á Roma á juntar con Escipion, de donde le siguió á Numancia, en cuyo sitio se halló presente. Muerto Escipion, tomó el camino de su país: porque ¿qué seguridad habia en Roma para Polibio, despues que fué ajusticiado Escipion por la faccion de los Gracos? Y habiendo gozado en el seno de su patria, por espacio de seis años, de la estimacion, del reconocimiento, y de la amistad de sus queridos conciudadanos, murió de edad de ochenta y dos años, de una herida que recibió cayendo del caballo.

Las principales obras que compuso son: la vida de Filopemen, un libro sobre la táctica ó arte de formar las tropas en batalla; la historia de la guerra de Numancia, de la que habla Ciceron en su carta á Luceyo; y su Historia universal. De todas estas obras no tenemos sino la última y está bastante imperfecta. El mismo Polibio la llama « Historia universal, » nó por lo respectivo á los tiempos, sino por lo respectivo á los lugares, porque contenia nó solamente las guerras de los romanos, sino tambien todo lo que habia sucedido en el mundo conocido durante el espacio de cincuenta y tres años, esto es, desde el principio de la primera guerra púnica, hasta la reduccion del reino de Macedonia á provincia del imperio romano.

Ninguna historia presenta en tan corto espacio de tiempo como en el de que se trata aquí, un número tan grande de sucesos, todos decisivos y de la mayor importancia: la segunda guerra púnica, entre los dos pueblos de la tierra mas poderosos y belicosos, la que puso á Roma, en los principios, á dos dedos de su pérdida; luego, por una extraordinaria fortuna, abatió á Cartago, y abrió el camino para su entera ruína: despues, la guerra contra Filipo, la que hacian formidable la antigua reputacion de los reyes de Macedonia, y el nombre de Alejandro el Grande, todavía temible en cierto sentido: la guerra contra Antíoco, el rey mas opulento del Asia que llevaba trás de sí por tierra y por mar ejércitos muy numerosos: y la con los etolios, pueblo feroz que pretendia no ceder á ninguna otra nacion en valor y fortaleza: finalmente, la última guerra de Macedonia contra Perseo, la que dió el golpe mortal á aquel imperio, en otros tiempos tan terrible, y para el que era estrecho el mundo entero. Fueron todos estos sucesos contenidos en el espacio de poco mas de cincuenta años, los que hicieron conocer al universo pasmado lo que era la grandeza romana, y cómo estaba Roma destinada para mandar á todos los pueblos de la tierra: ¿podia Polibio desear un asunto de historia mas grande, mas magnífico, ni mas útil?

Todo lo que sucedió en este espacio de tiempo ocupaba treinta y ocho libros, y por principio de ellos puso dos para que sirviesen como de introduccion á los otros, y de continuacion á la historia de Timeo. Habia pues en todos cuarenta libros, de los que no tenemos mas que los cinco primeros que estén como los dejó Polibio, fragmentos, algunas veces bastante considerables, de los doce libros siguientes con las « embajadas, » y los « ejemplos de virtudes y vicios, » los que el emperador Constantino Porfirogeneto, en el duodécimo siglo, hizo extraer de la historia de Polibio, para insertarlos en sus « pandectas políticas, » gran coleccion en la que se ve puesto, bajo de ciertos títulos, todo lo que habian escrito los antiguos historiadores sobre ciertas materias, y en la que cualquiera se podia instruir de lo que se habia practicado en los diferentes casos que le ocurriesen, sin tener el trabajo de leer los historiadores.

Este es el verdadero uso, y la mayor utilidad de la historia, la que es, propiamente hablando, la ciencia de los reyes, de los generales de ejército, de los ministros, y de todos aquellos que están empleados en el gobierno. Porque los hombres siempre son los mismos, se gobiernan en todos tiempos por los mismos principios, y son casi siempre las mismas causas las que mueven los estados, y ocasionan las diversas revoluciones que suceden en ellos. Este príncipe era pues muy prudente, pensando establecer en su imperio una especie de consejo estable y perpétuo, compuesto de las personas mas entendidas, mas prudentes y experimentadas que habia habido en toda la antigüedad y en todo género. Con todo eso, este proyecto tan laudable en sí mismo, fué funesto para los siglos siguientes. Desde que las gentes se han habituado (y nos inclina á esto nuestra pereza) á no consultar mas que estos compendios, se miran los originales como inútiles, y no se toma ya el trabajo de copiarlos. Á esto se atribuye la pérdida de muchas importantes obras: aunque hayan contribuido tambien sin duda otras causas. Estos mismos compendios de que hablo, son un ejemplo de esto. De cincuenta títulos que contenian, no nos quedan mas que dos. Si se nos hubiesen conservado enteros, nos podrian consolar, en algun modo, de la pérdida de los originales.

¡Qué perjuicio que se perdiese una historia como la de Polibio! ¿Quien puso jamás mas atencion y exactitud en asegurarse de los hechos que él? Para no engañarse en la descripcion de los lugares, cosa muy importante en la relacion militar de un ataque, de un sitio, de una batalla ó de una marcha, habia ido él mismo á ellos, y habia hecho con este único fin una infinidad de viajes. La verdad era su único estudio. De él tenemos esta célebre máxima, que es la verdad en la historia, lo que son los ojos en los animales: que como no son estos de uso alguno luego que ciegan, lo mismo no es la historia, sin la verdad, mas que una narracion divertida é infructuosa.

Pero se puede decir que en la de Polibio, lo que menos hay que sentir, son los hechos. ¿Hay pérdida tan irreparable como las excelentes reglas de política, y las reflexiones sólidas de un hombre, que, naturalmente propenso al bien público, habia hecho de él todo su estudio, que por espacio de tantos años se habia hallado en los mas grandes negocios, que él mismo habia gobernado, y de cuyo gobierno habian quedado todos satisfechos? Este era el gran mérito de Polibio, y lo que principalmente debe buscar en él un lector de buen gusto. Porque, debemos convenir en esto, las reflexiones (entiendo las de un hombre juicioso como Polibio) son el alma de la historia.

Se le reprenden sus digresiones. Son largas y frecuentes, lo confieso; pero llenas de tantos hechos curiosos y de instrucciones útiles, que se le debe, no solamente perdonar este defecto si lo es, sino tambien agradecérsele. Por otra parte se debe tener presente que habia emprendido Polibio la historia universal de su tiempo, como intituló su obra; lo que debe bastar para justificar sus digresiones.

Dionisio de Halicarnaso, crítico muy célebre en la antigüedad, hace de nuestro historiador un juicio, que le debe hacer á él mismo muy sospechoso en materia de crítica. Dice francamente y sin circunloquios, que no hay paciencia que pueda aguantar la lectura de Polibio; y la razon que da de esto, es que este autor no entiende nada de la colocacion de las palabras: esto es, que quisiera encontrar en su historia períodos clausulados, armoniosos, que tuviesen cadencia semejante á los que emplea él mismo en la su-

ya, lo que es un defecto esencial en punto de historia. Un estilo militar, sencillo, descuidado, se perdona á un escritor tal como el nuestro, mas atento á las mismas cosas, que á las elocuciones y al estilo. No dudo pues preferir al juicio de este retórico el de Bruto, quien lejos de encontrar enfadosa la lectura de Polibio, se ocupaba continuamente en ella, y la extractaba en sus ratos ociosos. Le encontraron aplicado á esta lectura la víspera del dia en que se dió la batalla de Farsalia.

Diodoro era de Agirium, ciudad de Sicilia, por lo que le llamaron «Diodoro de Sicilia,» para distinguirle de otros muchos escritores de este nombre. Vivió en tiempo de Julio César, y en el de Augusto.

Su obra tiene por título, «Biblioteca histórica;» con efecto comprende la historia de casi todos los pueblos de la tierra, á los que hacia pasar como revista delante de su lector, egipcios, asirios, medos, persas, romanos, cartagineses, y tambien otros.

Contenia cuarenta libros, cuya idea y órden nos explica él mismo en su prefacio. Los seis primeros, dice, contienen lo sucedido antes de la guerra de Troya, esto es todos los tiempos fabulosos: en los tres primeros están las antigüedades bárbaras, en los otros tres las antigüedades griegas. Los once siguientes comprenden la historia de todos los pueblos, desde la guerra de Troya, hasta la muerte de Alejandro el Grande inclusive. En los otros veinte y tres se continúa esta historia general hasta el principio de la guerra contra los galos, en la que Julio César, después de haber sojuzgado muchas naciones galas muy belicosas, extendió los límites del imperio romano hasta las islas Británicas.

De estos cuarenta libros, no nos quedan sino quince, con algunos fragmentos que nos conservó Focio, y los extractos de Constantino Porfirogeneto. Los cinco primeros están seguidos. En el primero, trata Diodoro del orígen del mundo, y de lo que pertenece al Egipto. En el segundo, de los primeros reyes de Asia, desde Nino hasta Sardanápalo: de los medos, de los indios, de los escitas, de los árabes. En el tercero, de los etíopes y de los libios. En el cuarto, de la historia fabulosa de los griegos. En el quinto, de la história fabulosa de la Sicilia, y de las otras islas. Los libros VI, VII, VIII, IX y X, se perdieron. Los siete siguientes, desde el once hasta el diez y siete inclusive, contienen la historia de noventa años, desde la expedicion de Jerjes á la Grecia, hasta la muerte de Alejandro el Grande. Los tres siguientes, es á saber, los XVIII, XIX y XX tratan de las diferencias, y de las guerras entre los sucesores de Alejandro, hasta las disposiciones para la batalla de Ipso. Y allí acaba lo que tenemos de la historia de Diodoro de Sicilia, en la parte mas útil, y en el momento en que se iba á dar un combate, que decidiria de la suerte de los sucesores de Alejandro.

En estos diez últimos libros, que contienen propiamente la historia seguida de los persas, de los griegos y de los macedonios, pone tambien Diodoro la historia de los otros pueblos, y en particular la de los romanos, segun concurrian los sucesos de estos con su principal asunto.

El mismo Diodoro nos dice en su prefacio, que empleó treinta años en la composicion de su historia. La larga mansion que hizo en Roma le sirvió mucho para esto. Corrió tambien, nó sin peligros, muchas provincias de la Europa y del Asia, para asegurarse por sí mismo de la situacion de las ciudades, y de los otros lugares de que debia hablar, lo que no es indiferente para la perfeccion de la historia.

Su estilo no es elegante ni adornado, sino natural, claro, inteligible; y esta sencillez no tiene nada de bajo ni humilde. No aprueba que se interrumpa el hilo de la historia con frecuentes y largas arengas: sin embargo, no reprueba enteramente su uso, y cree que se pueden emplear muy bien, cuando parece que lo pide la importancia de la materia. Después de la derrota de Nicias, se deliberó en la asamblea de Siracusa, qué tratamiento se debia dar á los prisioneros atenienses. Refiere Diodoro las arengas de los dos oradores, que son largas y muy buenas, especialmente la primera.

No se debe contar absolutamente sobre las datas de la cronología, ni sobre los nombres, sea de los arcontes de Atenas, sea de los tribunos de los soldados y cónsules de Roma; en lo que hay muchas faltas.

Ofrece esta historia, de cuando en cuando, reflexiones muy juiciosas y muy prudentes. Tiene especialmente Diodoro gran cuidado de atribuir el suceso de las guerras y de las otras empresas, nó al acaso ó á una fortuna inconsiderada, como hacen muchos historiadores, sino á una sabiduría y á una providencia, que gobierna todos los sucesos.

Todo bien pesado y examinado, se deben apreciar mucho las obras de Diodoro que han llegado hasta nosotros, y sentir mucho la pérdida de las otras, que darian mucha luz para toda la historia antigua.

Dionisio de Halicarnaso. El mismo historiador de quien hablamos nos dice en el prefacio de su obra, lo poco que se sabe tocante á su persona y á su historia. Era de Halicarnaso, ciudad de Caria, en el Asia menor, patria del gran Herodoto. Tuvo por padre á Alejandro, á quien no se conoce por otra parte.

Llegó á Italia hácia el medio de la olimpíada 187, en el tiempo que Augusto César terminó la guerra civil que sostuvo contra Antonio. Se mantuvo veinte y dos años en Roma y empleó aquel tiempo en aprender, con mucha exactitud, la lengua latina, en instruirse en la literatura y en los escritos de los romanos; y especialmente en informarse con cuidado, de lo que tenia relacion con la obra que meditaba: porque parece fué este el motivo de su viaje.

Para ponerse en estado de lograrlo mejor, contrajo una estrecha union con las personas mas eruditas que habia en Roma, y tuvo con ellas frecuentes conversaciones. Á estas conversaciones, que le servian mucho, juntó un estudio profundo de las historias romanas mas acreditadas, tales como las de Caton, Fabio Pictor, Valerio Antias, Licinio Macer, á quien cita con mucha frecuencia Tito Livio.

Luego que se consideró suficientemente instruido de todo lo que juzgaba necesario para la ejecucion de su idea, se puso á trabajar. El título de su obra es las «Antigüedades romanas;» y la llamó de este modo, porque, escribiendo la historia de Roma, sube hasta su mas antiguo orígen. Llegó con su historia hasta el principio de la primera guerra púnica, y se detuvo en este término, porque su intencion era aclarar la parte menos conocida de la historia romana. Porque, después de las guerras púnicas, escribieron esta historia autores contemporáneos, que andaban en manos de todo el mundo.

De los veinte libros que componian las antigüedades romanas, no tenemos mas que los once primeros, los que no llegan sino al año 312 de la fundacion de Roma. Los nueve últimos, que contenian todo lo que pasó hasta el año 488, segun Caton, 490, segun Varron, perecieron por la injuria del tiempo. Casi siempre estamos precisados á sentir la pérdida de una parte de los autores antiguos, de que hablamos, especial-

mente cuando son excelentes estos autores, como lo es el de que se trata aquí.

Tambien tenemos suyos algunos fragmentos, en asuntos de embajadas, que son retazos separados y muy imperfectos. Los dos títulos que nos quedan de Constantino Porfirogeneto, nos conservaron tambien muchos fragmentos de este autor. Focio, en su Biblioteca, habla de los veinte libros de las Antigüedades, como de una obra entera que él habia leido. Además cita un compendio que habia compuesto Dionisio de Halicarnaso de su historia en cinco libros. Alaba su exactitud, elegancia y precision; y no pone dificultad en decir que este historiador en su epítome, se excedió á sí mismo.

Tenemos dos traducciones bastante recientes de la historia de Dionisio de Halicarnaso, que cada una tiene su mérito particular, pero en un género diferente. No me toca hacer la comparacion de ellas, ni hacer á la una superior á la otra: dejo este cuidado al público, que tiene derecho de hacer juicio de las obras que se le ofrecen. Solamente hago ánimo de valerme mucho de ellas, en la comparacion de la historia romana.

El padre Le Jai, en el prefacio que puso en el principio de su traduccion de Dionisio de Halicarnaso, hace un retrato y carácter de este autor, al que seria difícil añadir nada. Yo no haré casi sino copiarle: pero compendiándole en algunos pasajes.

Todos los escritores antiguos y modernos, que han hablado de su historia con algun conocimiento, reconocen en él un talento fácil, una erudicion profunda, un discernimiento exacto y una crítica juiciosa. Estaba versado en todas las buenas artes, buen filósofo, prudente político y excelente retórico. Se pinta en su obra sin pensarlo. Se le vé en ella amigo de la verdad, apartado de toda prevencion, moderado, muy celoso por su religion, declarado contra los impíos que negaban una providencia.

No se contenta con referir las guerras de afuera: representa, con el mismo cuidado, los ejercicios de la paz, que contribuyen al buen órden de lo interior, y que sirven para mantener la union y tranquilidad en los ciudadanos. No fatiga con narraciones molestas. Si se aparta en digresiones, es siempre para decir alguna cosa nueva, y capaz de agradar á sus lectores. Mezcla en sus relaciones reflexiones morales y políticas que son el alma de la historia y el principal fruto que se debe sacar de ella. Trata las materias con mucha mas abundancia y extension que Tito Livio; y lo que comprende este en sus tres primeros libros, lo pone el autor griego en once.

Es constante que á no ser por lo que tenemos de Dionisio de Halicarnaso, ignoraríamos muchas cosas, de las que no cuidaron de instruirnos Tito Livio, ni los otros historiadores latinos, y de las que no hablan sino muy superficialmente. Es el único que nos dió á conocer perfectamente á los romanos: que dejó á la posteridad una individualidad circunstanciada de sus ceremonias, del culto de sus dioses, de sus sacrificios, de sus usos, de sus costumbres, de su disciplina, de sus triunfos, de sus comicios ó asambleas, de la enumeracion y distribucion del pueblo en clases y en tribus. Le debemos las leyes de Rómulo, las de Numa y de Servio, y otras muchas cosas semejantes. Como no escribia su historia sino para instruir á los griegos sus compatriotas de los hechos y costumbres de los romanos, á quienes no conocian, se consideró obligado á poner mas cuidado en este punto que los otros historiadores latinos, los que no se hallaban en los mismos términos que él.

En cuanto al estilo que emplearon en la composicion de su obra el historiador griego y el latino, se contentará el lector tal vez con el juicio que hizo de ellos Enrique Esteban. «Que no se podia escribir mejor la historia romana, que lo hizo en griego Dionisio de Halicarnaso, y Tito Livio en latin.»

Yo estoy muy distante de seguir esta opinion, la que de algun modo iguala á estos dos autores y parece que los pone á ambos en una misma línea, en cuanto al estilo. Encuentro sobre este punto entre ellos una diferencia infinita. En el autor latino, las descripciones, las imágenes, las arengas, todo está lleno de primor, de nobleza, de grandeza, de energía y de viveza; en el griego, en comparacion del otro, todo es débil, prolijo, flojo. Quisiera que me permitieran los límites de mi obra insertar aquí uno de los mejores sucesos de la historia antigua romana, es el combate de los Horacios y de los Curiáceos, y comparar las dos relaciones. En Tito Livio, el lector cree que asiste realmente al combate. Al primer aspecto de las espadas desnudas, al ruido y sonido de las armas, á vista de la sangre que corre de las heridas de los combatientes, se siente penetrado de horror. Participa juntamente con los romanos y albanos, de los diferentes afectos de temor, de esperanza, de dolor, de gozo que alternativamente se suceden de una y otra parte. Está continuamente suspenso en la inquieta esperanza del suceso que va á decidir de la suerte de los dos pueblos. La relacion de Halicarnaso, que es mucho mas larga, no ocasiona en el lector casi ninguno de estos movimientos. Se lee con serenidad, sin salir de su situacion tranquila y natural, y no es como arrebatado fuera de sí mismo, con las violentas agitaciones que se perciben leyendo á Tito Livio á cada mudanza que sucede en la suerte de los combatientes. Dionisio de Halicarnaso puede tener por otros lados muchas ventajas sobre Tito Livio; pero en cuanto al estilo, me parece que no se puede comparar con él.

Filon era un judío de Alejandría, de la estirpe sacerdotal, y de las mas ilustres familias de toda la ciudad. Habia estudiado con gran cuidado los libros sagrados, que eran la ciencia de los judíos. Tambien fué muy celebre en las letras humanas y en la filosofía, especialmente en la de Platon. Los judíos de Alejandría le nombraron por diputado al emperador Cayo Calígula, para mantener el derecho de ciudadános que pretendian tener en aquella ciudad.

Además de otras muchas obras escribió en cinco libros, segun Eusebio, los males que padecieron los judíos en tiempo de Cayo. No hemos conservado de ellos sinó los dos primeros, el uno de los cuales tiene por título «Legacion á Cayo.» Los otros tres se perdieron. Se dice que, habiendo leido Filon, en tiempo de Claudio, en el senado, los escritos que habia compuesto contra la impiedad de Cayo, los estimaron tanto, que los hicieron poner en la biblioteca pública.

Apion ó Appion, era egipcio, nacido en Oasis, en la extremidad del Egipto; pero habiendo obtenido el derecho de ciudadano en Alejandría, le regularon por alejandrino. Era gramático de profesion, como se llamaban en aquellos tiempos los que eran hábiles en las letras humanas y en la ciencia de la antigüedad. Fué el principal de los diputados que enviaron los de Alejandría á Roma al emperador Cayo contra los judíos de la misma ciudad.

Habia sido discípulo de Didmo, celebre gramático de Alejandría. Era un hombre de gran literatura, y poseia perfectamente la historia griega; pero muy lleno de sí mismo y satisfecho de su mérito.

Lo que se cita suyo es su historia de Egipto, en la

que casi comprendia lo mas memorable que hubo en aquel país tan famoso. Hablaba en ella muy mal de los judíos, y todavía mas en otra obra en la que habia juntado todo género de calumnias.

La historia de un esclavo llamado Andros, que fué alimentado tres años por un leon, al que habia curado de una herida, y que fué reconocido por el leon á vista de toda la ciudad de Roma cuando estaba expuesto á las bestias, debió de suceder hácia el tiempo de que hablamos, pues Apion, de quien lo cita Aulo-Gelio, aseguraba que lo habia visto con sus ojos. Al esclavo le concedieron la vida y libertad en recompensa y le dieron el leon. Esta historia está representada muy á lo largo en Aulo-Gelio y merece leerse.

Josefo era de Jerusalen y del linaje sacerdotal. Nació en el primer año de Cayo. Le instruyeron tan bien, que de edad de catorce años los mismos pontífices le consultaban sobre lo perteneciente á la ley. Despues de haber examinado con cuidado las sectas que dividian por entonces á los judíos, escogió la de los fariseos.

De edad de diez y nueve años empezó á tener parte en los negocios públicos. Defendió, con un valor increible, el sitio de Jotapat, que duró cerca de siete semanas. Se tomó la plaza el año trece de Neron. Esta toma costó muy caro á los romanos, y Vespasiano fué herido en ella. Se contaron cuatro mil judíos muertos. Josefo, que se habia escondido en una caverna, se vió finalmente precisado á rendirse á Vespasiano.

No refiero todo lo que sucedió desde este tiempo hasta el famoso sitio y toma de Jerusalen. Él mismo lo cuenta muy por extenso, y se le puede consultar. Solamente advierte, que durante toda aquella guerra, y aun cuando estaba todavía cautivo, Vespasiano y Tito le quisieron tener siempre consigo: de suerte que no sucedia cosa alguna de que no tuviese entera noticia. Porque él mismo veia lo que se hacia del lado de los romanos, lo escribia puntualmente, y sabia de los desertores, que todos se dirigian á él, lo que pasaba en la ciudad, lo que sin duda no dejaba de escribir luego.

Es creible que aprendió la lengua griega después de la toma de Jotapat, y cuando se vió obligado á vivir con los romanos Confiesa que nunca la pudo pronunciar bien, porque no la habia aprendido desde la juventud, estimando en poco los judíos el estudio de las lenguas. Focio juzga que su frase es pura.

Luego que se acabó la guerra, yendose Tito á Roma, le llevó á ella consigo. Vespasiano le hizo alojar en la casa que tenia antes de ser emperador, le hizo ciudadano de Roma, le asignó una pension, le dió tierras en la Judea, y le manifestó mucho afecto todo el tiempo que vivió. Sin duda fué Vespasiano quien, haciéndole ciudadano, le dió el nombre de Flavio, que era el de su familia.

En el tiempo desocupado que tenia Josefo en Roma, se ocupaba en escribir la historia de la guerra de los judíos, por las memorias que de ellas habia dispuesto. Primero la compuso en su propia lengua, que era con corta diferencia la misma que la siríaca. Despues la tradujo en griego, en lo perteneciente á los pueblos del imperio, subiendo hasta el tiempo de Antíoco Epifanes, y de los Macabeos.

Hace Josefo profesion de referir en ella, con una entera sinceridad, todo lo que se ejecutó de una y de otra parte, no reservándose del afecto que tenia á su nacion mas que el derecho de lamentarse algunas veces de sus desgracias, y detestar los delitos de los sediciosos que ocasionaron su total ruína.

Luego que tuvo acabada su historia griega, la presentó á Vespasiano y á Tito, que quedaron extremamente satisfechos de ella. Este, mas adelante, no se contentó con dar órden que se hiciese pública y se pusiese en una biblioteca abierta para todo el mundo, sino que firmó él mismo el ejemplar que se debia poner en ella, para manifestar que queria fuese de ella sola de la que supiese todo el mundo lo que habia pasado durante el sitio y toma de Jerusalen.

Además de la sinceridad é importancia de esta historia, en la que se encuentra el entero y literal cumplimiento de las predicciones de Jesucristo contra Jerusalen, y la terrible venganza que tomó Dios de esta infeliz nacion, por la muerte que habia hecho padecer á su hijo, es la obra muy estimada en sí misma por su primor. El juicio que hace Focio de esta historia, es que es agradable, llena de elevacion y majestad, pero sin exceso ni afectacion; que es excelente y animada, y tiene esta elocuencia que excita ó apacigua á su grado los movimientos del alma; que tiene excelentes máximas de moral; que sus arengas son buenas y persuasivas, y que cuando es necesario sostener los dos partidos opuestos, es fecunda en razones ingeniosas y plausibles para el uno y para el otro. San Jerónimo alaba á Josefo, aun mas ventajosamente en una sola palabra que le caracteriza perfectamente, llamándole el Tito Livio de los griegos.

Después que escribió Josefo la historia de la ruína de los judíos, emprendió componer la historia general de esta nacion, empezándola desde el orígen del mundo, para dar á conocer á toda la tierra las grandes maravillas de Dios que se encuentran en ella. Esto ejecutó en veinte libros, á los que el mismo da el título de Antigüedades, aunque llegue con ellos hasta el duodécimo año de Neron, en el que se rebelaron los judíos. Parece que dedicó esta obra á Epafodito, hombre curioso y erudito. Se cree que es el célebre liberto de Neron, á quien hizo morir Domiciano el año de 95. Josefó acabó esta obra el año de 56 de su edad, que era el trece del reinado de Domiciano.

Hace en ella una profesion de no añadir nada de lo que está en los libros sagrados, de los que sacó lo que dice hasta después de la vuelta de la cautividad de Babilonia, y de no quitarles nada. Pero no cumplió esta promesa tan religiosamente como se desearia. Añade algunos hechos que no se encuentran en la Escritura, quita de ella muchos mas, y disfraza algunos otros de un modo que los hace enteramente humanos, y les hace perder esta grandeza divina, y esta majestad que les comunica la sencillez de la Escritura. Tampoco se le puede excusar de que con frecuencia, después de haber referido los mayores milagros de Dios, debilita su autoridad, dejando á cada uno la libertad de creer lo que quiera.

Josefo quiso juntar á sus Antigüedades la historia de su vida, en el tiempo que habia muchas personas que le pudiesen desmentir, si se apartaba de la verdad. Con efecto, parece que la escribió luego después; y se ha considerado como una parte del vigésimo libro de sus Antigüedades. Casi toda la emplea en referir lo que ejecutó siendo gobernador de Galilea antes de la venida de Vespasiano.

Como muchos diesen á entender que dudaban de lo que decia de los judios en sus Antigüedades, y oponian que si fuese esta nacion tan antigua como la hacia, hubieran hablado de ella los otros historiadores, emprendió sobre esto una obra, nó solamente para demostrar que habian hablado de los judíos muchos historiadores, sino tambien para impugnar todas las calumnias que habian esparcido contra ellos diversos autores, y particularmente Apion, de quien

hemos hablado; y por esto se intitula regularmente toda la obra « Contra Apion».

No hubo libros mas generalmente estimados y aprobados que los de Josefo. Su traduccion, en lengua vulgar, salió en un tiempo, en el que, á falta de mejores leyendas, andaban las novelas en manos de todo el mundo. Contribuyó mucho para desterrar este mal gusto. Con efecto, bien se comprende, que solo espíritus debiles, ligeros y superficiales, se pueden dedicar á semejantes obras, que no son sino efecto de los sueños profundos de un escritor sin peso ni autoridad, y preferirlas á historias tan buenas y sólidas como las de Josefo. La verdad sola es el alimento natural del entendimiento, y es preciso que esté enfermo para que la prefiera, ó para compararle las ficciones y fábulas.

Plutarco nació en Queronea, ciudad de Beocia, cinco ó seis años antes de la muerte del emperador Claudio, en cuanto se puede conjeturar. La Beocia estaba reputada por los antiguos como un país que no producia hombres de entendimiento ni de mérito. Plutarco, sin hablar de Píndaro, ni de Epaminondas, es un buen argumento contra esta injusta preocupacion, y prueba evidente de que no hay terreno, como lo dice él mismo, en que no puedan nacer el entendimiento y la virtud.

Descendia de una de las mas honradas y principales familias de Queronea. Se ignora el nombre de su padre: habla de él como de un hombre de mucho mérito y de una grande erudicion. Su abuelo se llamaba Lamprias, de quien dice que era muy elocuente, que tenia una imaginacion fértil, y que se excedia á sí mismo, cuando comia con sus amigos. Porque entónces se animaba su ingenio con nuevo ardor, y su imaginacion, siempre feliz, se hacia mas viva y mas fecunda: y Plutarco nos conservó este dicho que de sí mismo decia Lamprias: « Que el calor del vino producia en su imaginacion el mismo efecto que el fuego en el incienso, que le hace evaporar lo mas fino y esquisito que tiene.»

Plutarco nos dice que aprendia en Delfos la filosofía y matemáticas, con el filósofo Ammonio, durante el viaje que hizo Neron á la Grecia: podia tener entónces diez y siete ó diez y ocho años.

Parece que los talentos de Plutarco sobresalieron muy presto en su país. Porque todavía mozo, le diputaron con otro ciudadano al procónsul, para algun negocio importante. Habiéndose quedado su compañero en el camino, acabó solo el viaje, y ejecutó lo que contenia su comision. Cuando volvió, como se dispusiese para dar cuenta de ella al público, llamándole su padre aparte, le habló de esta suerte: « Hijo mio, en la relacion que vas á hacer, guárdate bien de decir, « yo fuí, yo hablé, yo hice: » pero di siempre, « nosotros fuimos, nosotros hablamos, nosotros hicimos, » juntando tu compañero á todas tus acciones, para que se atribuya la mitad del éxito al que honró la patria con la mitad de la comision, y que por este medio apartes de tí la envidia, que sigue casi siempre á la gloria de haber salido bien.» Esta leccion es muy prudente, y rara vez practicada por los que tienen compañeros, ó en el comando de los ejércitos, ó en la administracion de los negocios, ó en cualquiera comision que sea, á los que por lo regular sucede, por un amor propio mal entendido y por una bajeza de alma odiosa y despreciable, quererse atribuir á sí solos el honor de un suceso, en el que tuvieron compañeros. No reflexionan que la fama sigue regularmente á los que la huyen, y que les restituye con usuras lo que quisieron comunicar de ella á los otros.

Hizo muchos viajes, aunque se ignora el motivo de ellos. Solo se puede conjeturar, con mucho fundamento, que la idea de acabar y perfeccionar su obra de las vidas de los hombres ilustres, le obligó á estarse mas en Roma, de lo que hubiera estado sin esto. Lo que dice en la vida de Demóstenes, apoya esta conjetura. « Segun su opinion, cualquiera que ha emprendido juntar hechos y escribir una historia compuesta de acaecimientos, que no tiene ni á la mano, ni sucedieron en su país, sino que son extranjeros, diversos, y esparcidos acá y allá, en muchos diferentes escritos, necesita estar en un pueblo grande, bien poblado y en el que reine la inclinacion á cosas curiosas. Una mansion semejante le pone en estado de tener á su disposicion cantidad de libros, é instruirse en la conversacion de todas las particularidades que se escaparon á los escritores, y las que, habiéndose conservado en la memoria de los hombres, adquirieron mas autoridad, con esta especie de tradicion. Es el medio para no componer una obra imperfecta, y para que no le falten sus principales partes».

Es imposible decir precisamente el tiempo en que hizo sus viajes. Solamente se puede asegurar que no fué á Roma la primera vez, hasta el fin del reinado de Vespasiano, y que no volvió á ella despues del de Domiciano; porque parece que se mantuvo fijo en su patria, desde poco tiempo despues de la muerte del último, y que se retiró á ella de edad de cuarenta y cuatro ó cuarenta y cinco años.

La causa que le determinó á retirarse á ella para siempre, es digna de notarse. « Yo nací, decia, en una ciudad muy pequeña; y para que no sea menor, me quiero estar en ella.» Con efecto, ¡qué fama le adquirió á su patria! Habiendo persuadido Caton de Utica, nó sin trabajo, al filósofo Artenodoro, que viniese con él de Asia á Roma, quedó tan gozoso y contento de esta conquista, que la consideró como una hazaña mas grande, mas ilustre y mas útil que las de Luculo y Pompeyo, quienes habian triunfado de las naciones y de los reinos del oriente. Si un extranjero, célebre por su sabiduría, honra tanto á una ciudad en que no nació, ¿qué esplendor dará un gran filósofo, un gran escritor, á la ciudad que le produjo, y en la que prefirió acabar sus dias, aunque pudiese encontrar en otras partes mayores ventajas? El señor Dacier tiene razon en decir que nada honra mas á Plutarco, que este afecto de amor y cariño que manifestó á Queronea. Todos los dias se ven gentes que dejan su patria para hacer fortuna y para engrandecerse; pero á nadie se ve que renuncie su ambicion, para hacer, si es permitido hablar así, la fortuna de su patria.

Plutarco ilustró bien la suya. Que se nombre á Queronea, casi nadie se acuerda que fué allí en donde ganó Filipo á los atenienses y beocios la gran victoria, que le hizo dueño de la Grecia; pero una infinidad de gentes dicen, allí nació Plutarco, allí acabó sus dias, y allí escribió la mayor parte de estos excelentes tratados, que serán eternamente útiles á todo el género humano.

Durante la mansion que hizo en Roma, estaba siempre llena su casa de amantes de las ciencias, entre los cuales se contaban las personas mas ilustres de la ciudad, que iban á oir sus discursos sobre diferentes materias de filosofía. Porque, en aquellos tiempos, los principales del estado y los mismos emperadores hacian vanidad, y gustaban de asistir á las lecciones de los grandes filósofos y de los retóricos de reputacion. Se puede juzgar del cuidado con que se oian aquellos discursos públicos de Plutarco, y de lo atentos que

estaban á ellos, por lo que refiere él mismo en su tratado de la curiosidad. «En otro tiempo, dice, un dia que yo hablaba en Roma, Aruleno Rústico, aquel á quien hizo morir después Domiciano, por la envidia que tenia de su reputacion, era del número de mis oyentes. Cuando yo estaba en medio de mi discurso entró un criado, y le entregó una carta de Cesar, (al parecer de Vespasiano). Luego al punto reinó en la asamblea un gran silencio, y yo me detuve para darle tiempo de leer su carta, pero no quiso ni abrirla, hasta que yo acabé, y se despidió la junta.» Esto puede ser que fuese excederse en la consideracion para el orador. Defecto poco comun, y que nace de un principio muy laudable.

Plutarco solamente hacia sus disertaciones en griego, porque aunque se hablase la lengua latina en todo el imperio, no la entendia bastante para hablarla. El mismo nos dice, en la vida de Demóstenes, que, durante su mansion en Roma y en las otras ciudades de Italia, no tuvo tiempo de aprenderla, á causa de los negocios públicos, de que estaba encargado, y del gran número de personas que iban todos los dias á su casa para hablar de la filosofía; que no empezó hasta muy tarde á leer los escritos de los romanos; y que los términos de aquella lengua no sirvieron tanto para que supiese los hechos, como la noticia, que tenia ya de los hechos, le condujo á entender los términos. Pero la lengua griega era muy conocida en Roma, y tambien era, propiamente hablando, la lengua de las ciencias, testigo las obras del emperador Marco Aurelio, que escribió en griego sus admirables reflexiones. Este defecto de inteligencia de la lengua latina, hizo cometer á Plutarco algunas faltas que se advierten en sus escritos.

Obtuvo en su patria los empleos mas considerables: porque fué arconte, esto es primer magistrado. Pero desempeñó antes empleos inferiores, y los ejerció con el mismo cuidado, la misma aplicacion y la misma satisfaccion que usó después en los mas importantes. Estaba persuadido, y lo enseñaba con su ejemplo, que en los empleos que nos encarga la patria, por humildes que parezcan, no hay en ellos cosa alguna que nos abata, y que depende de un hombre de honra, y de un hombre juicioso, ennoblecerlos, por el modo con que los desempeña, lo que prueba con el ejemplo de Epaminondas.

Como Plutarco se portó con puntualidad en todas las obligaciones de la vida civil, y fué al mismo tiempo buen hijo, buen hermano, buen padre, buen marido, buen amo y buen ciudadano, tuvo tambien el gusto de encontrar en su familia, y en lo interior de su casa, toda la paz y satisfaccion que podia desear; felicidad que no es comun, y que es el fruto de un genio prudente, moderado y agradable. Habla muy ventajosamente de sus hermanos, de sus hermanas, y de su esposa. Era esta de las mejores familias de Queronea, y se consideraba como un modelo de prudencia, de modestia y de virtud. Se llamaba Timojena. Tuvo de ella cuatro hijos seguidos y una hija. Perdió dos de estos hijos, y la hija murió de edad de dos años, después de sus dos hermanos. Tenemos la carta consolatoria que escribió á su esposa sobre la muerte de aquella niña.

Tuvo un sobrino llamado Sexto, filósofo de mucho saber, y de una reputacion tan grande, que le llamaron á la córte del emperador Marco Aurelio, para enseñarle las letras griegas. Este emperador da un testimonio de él muy glorioso, en el primer libro de sus «Reflexiones.» «Sexto, dice, me enseñó, con su ejemplo, á ser agradable, á gobernar mi casa, como buen padre de familia, á tener una gravedad natural, sin afectacion, á procurar adivinar y prevenir los deseos y necesidades de mis amigos, á sufrir á los ignorantes y presuntuosos, que hablan sin pensar en lo que dicen, y á acomodarme al genio de todo el mundo, etc.» Veanse muchas excelentes cualidades, especialmente la que le inclina á «adivinar y prevenir los deseos y necesidades de sus amigos,» porque prueba que conocia Marco Aurelio la esencial obligacion de un príncipe, que es estar enteramente persuadido, que, por su cualidad de príncipe, nació para los otros, y nó los otros para él. Lo mismo se debe decir de todos los que están empleados.

Es tiempo de venir á las obras de Plutarco. Se dividen en dos clases; las Vidas de los hombres ilustres y los Tratados de moral.

En estos hay un gran número de sucesos curiosos que no se encuentran en otra parte; lecciones muy útiles para la conducta de la vida particular, y para la administracion de los negocios públicos; principios tambien admirables sobre la Divinidad, sobre la Providencia, y sobre la inmortalidad del alma, pero todo con una mezcla de opiniones absurdas y ridículas, tales como se encuentran en casi todos los paganos. La ignorancia de la buena física hace tambien la lectura de estos tratados enfadosa y molesta.

La parte mas estimada de las obras de Plutarco es la que comprende las vidas de los hombres ilustres griegos y latinos, á los que parangona y compara. No tenemos todas las que compuso; se han perdido á lo menos diez y seis. De estas, la pérdida que se debe sentir mas, son las vidas de Epaminondas, y de los Escipiones africanos. Tambien nos faltan las comparaciones de Temístocles y Camilo, de Pirro y Mario, de Focion y Caton, de César y Alejandro.

No debe admirar que, preguntado un hombre de buen gusto y de buen juicio, cuál de todos los libros de la antigüedad profana quisiera conservar, sino pudiese libertar de un incendio comun mas que uno solo á su eleccion, se determinase por las vidas de Plutarco. Es la obra mas perfecta que tenemos; y la mejor para instruir á los hombres, sea en la vida pública, y las funciones de afuera, sea en la vida privada y doméstica. Plutarco no se deja deslumbrar, como la mayor parte de los historiadores, con las acciones de esplendor, que hacen mucho ruido, y que atraen la admiracion del vulgo y de la mayor parte de los hombres. Juzga regularmente de las cosas por lo que constituye su verdadero valor. Las juiciosas reflexiones que inserta en sus escritos, acostumbran á sus lectores á juzgar de ellos del mismo modo, y les enseña en qué consiste la verdadera grandeza y la verdadera reputacion. Quita estos títulos honrosos á todo lo que no trae el carácter de justicia, de verdad, de bondad, de humanidad, de amor al bien público, y que no tiene mas que las apariencias de esto. No se detiene en las acciones exteriores y brillantes, con las que los príncipes, los conquistadores y todos los grandes de la tierra, cuidadosos de adquirirse nombre, representan cada uno su papel en la escena del mundo, hacen en él, por decirlo así, un personaje pasajero, y logran por algun tiempo pasar por lo que no son. El autor los descubre, los despoja de todo el aparato supuesto que los rodea, los muestra tales como son en sí mismos; y para ponerlos en estado de no ocultarse á su vista penetrante, los sigue con su lector hasta lo interior de sus casas, los examina, y si fuese permitido explicarse así, en el tiempo que se desnudan, repara en sus mas familiares conversaciones, los considera en la mesa, en la que no se sabe

lo que es violentarse, y en el juego, en el que se disimula menos. Esto es lo maravilloso que hay en Plutarco, y lo que, á mi parecer, se desatiende mucho por nuestros historiadores, que evitan como bajo y despreciable, cierta individualidad de acciones comunes, las que, sin embargo, dan á conocer mejor á los hombres que las mas sobresalientes. Estas minuciosidades, lejos de desfigurar las vidas de Plutarco, son precisamente lo que hace su lectura mas agradable y mas útil.

Permítaseme referir aquí un ejemplo de este género de acciones. Se citó en el tratado de los estudios, en el lugar en que se examina en qué consiste la verdadera grandeza.

El mariscal de Turena no partia jamás á sus campañas, que no hiciese advertir antes á todos los artífices que habian trabajado alguna cosa para su casa, que pusiesen sus memorias en manos de su mayordomo. La razon que daba para esto, era que no sabia si volveria de la campaña. Esta circunstancia puede parecer pequeña y baja á ciertas personas, y poco digna de tener lugar en la historia de un hombre tan grande como el mariscal de Turena. Plutarco no pensaria de ella de este modo; y yo estoy persuadido, que el autor de la nueva vida de aquel príncipe, que es un hombre cuerdo y juicioso, puede ser no la hubiera omitido, si estuviera informado de ella. Con efecto, indica un fondo de bondad, de equidad, de humanidad, y tambien de religion, que no siempre se encuentran en los grandes señores, insensibles algunas veces á los lamentos del pobre y del artífice, cuya paga no obstante, segun la Escritura, diferida algunos dias solamente, pide venganza al cielo, y no deja de obtenerla.

En cuanto al estilo de Plutarco, su diccion no es pura, ni elegante; pero en recompensa tiene una eficacia y energía maravillosamente buena para pintar, en pocas palabras, vivas imágenes; para trazar rasgos agudos; y para explicar pensamientos nobles y sublimes. Emplea, con bastante frecuencia, comparaciones que dan mucha gracia y luz á sus reflexiones, y á sus narraciones. Tiene arengas de un primor inimitable, casi siempre en el estilo enérgico y vehemente.

Es necesario que los primores de este autor sean muy sólidos, y estén bien marcados con el sello del buen gusto, para que se conozcan tan bien como se conocen, en el antiguo lenguaje de A. de Palencia. Pero no tengo razon. Este idioma tiene un aire de frescura, que le remoza, al parecer, cada dia. Así personas muy hábiles quieren mas emplear la traduccion de Palencia, que traducir ellos mismos los pasajes de Plutarco que citan, «no creyendo» (Racine habla de este modo) «que puedan igualar sus gracias.» Yo jamás le leo, sin sentir la pérdida de una infinidad de buenas palabras de aquel antiguo lenguaje, casi tan enérgicas como las de Plutarco. Dejamos que se empobrezca nuestra lengua todos los dias, en lugar de pensar, á ejemplo de los autores antiguos, en descubrir medios de enriquecerla. Se dice que las damas son en parte causa, por demasiada delicadeza, de esta escasez, á que corre peligro sea reducida la lengua vulgar. Harian muy mal, y deberian mas bien favorecer, con su aprobacion, que atrae otras muchas, la prudente determinacion de escritores de cierta clase y de cierto mérito; como deberian tambien estos de su parte ser mas resueltos, y aventurar mas de lo que hacen, frases de Palencia con una prudente y juiciosa reflexion.

Sin embargo se le debe á Romanillos la obligacion de haber substituido una nueva traduccion de las vidas de Plutarco á la de Palencia, y haber puesto con esto á muchas mas personas en estado de leerlas. Pero una obra de una extension tan vasta, pedia, para ponerla en su última perfeccion, la vida entera de un hombre.

Arriano era de Nicomedia. Su saber y su elocuencia, por lo que le dieron el título de nuevo Jenofonte, le elevaron en Roma á todas las dignidades hasta el mismo consulado. Se puede creer que es el mismo que gobernó la Capadocia, en los últimos años de Adriano, y el que rechazó á los alanos. Vivió en Roma, en tiempo de Adriano, Antonino y Marco Aurelio.

Era discípulo de Epitecto, el filósofo mas célebre de aquellos tiempos. Hizo, en ocho libros, una obra sobre las «conversaciones de Epitecto;» no tenemos mas que los cuatros primeros. Compuso tambien otras muchas obras. Tenemos los siete libros que escribió sobre las expediciones de Alejandro. Historia tanto mas digna de estimacion, cuanto sale de mano de un escritor, que era al mismo tiempo hombre de guerra y buen político. Así le concede Focio la gloria de haber escrito, mejor que nadie, la vida de aquel conquistador. Este crítico nos dió un compendio de las de los sucesores de Alejandro, que escribió tambien Arriano en otros diez libros. Añade que compuso el mismo autor un libro sobre las Indias; y todavía existe, pero le cuentan por el octavo de la historia de Alejandro.

Hizo tambien la descripcion de las costas del Ponto Euxino. Se le atribuye otra de las del mar Rojo, esto es de las costas orientales del África, y de las de la Asia hasta las Indias. Pero parece que es de un autor mas antiguo contemporáneo de Plinio el naturalista.

Eliano era de Prenesto; pero pasó la mayor parte de su vida en Roma: y por esto el mismo se llama romano. Compuso una obra pequeña en catorce libros, que se intitula «historiæ variæ,» esto es «mezcla de historias,» y otra en diez y siete libros sobre la historia de los animales. Tenemos un escrito en griego y latin, sobre el órden que observaban los griegos en la formacion de los ejércitos, dedicado á Adriano y hecho por un Eliano. Todas estas obras pueden ser del mismo autor, que se cree ser aquel, cuya elocuencia alaba Marcial en un epigrama.

Apiano era de Alejandría. Vivia en tiempo de Trajano, de Adriano y de Antonino. Abogó algun tiempo en Roma, y despues tuvo la intendencia del dominio de los emperadores.

Escribió la historia romana, nó toda seguida como Lito Livio, sino componiendo una obra aparte de cada una de las naciones sojuzgadas por los romanos, en la que ponia, segun el órden del tiempo, todo lo que pertenecia á la misma nacion. Así fue su ánimo trabajar una historia puntual de los romanos, y de todas las provincias del imperio hasta Augusto; y llegaba tambien algunas veces hasta Trajano. Focio le cuenta veinte y cuatro libros, sin que hubiese visto todavía todos los de que habla Apiano en su prefacio.

Tenemos hoy dia la historia de las guerras de África, de Siria, de los Partos, de Mitridates, de Iberia ó España, y de Aníbal: fragmentos de las de Illiria; cinco libros de las guerras civiles, en lugar de los ocho que dice Focio, y algunos fragmentos de algunas otras que sacó el señor Valois de las colecciones de Constantino Porfirogeneto, con extractos semejantes de Polibio y de otros diversos historiadores.

Advierte Focio, que este autor ama extremamente la verdad de la historia, y que enseña tanto como algun otro, el arte de la guerra: que su estilo es natu-

ral y sin superfluidad, pero vivo y animado. Da en sus arengas excelentes modelos del modo con que se deben portar en ella, sea para recobrar el valor de los soldados abatidos, sea para templarlos, cuando se enardecen con demasiada violencia. Toma muchas cosas de Polibio, y copia frecuentemente á Plutarco.

Diógenes Laercio, ó de «Laertes,» vivió en tiempo de Antonino ó poco despues de él. Otros no le ponen hasta el de Severo y sus sucesores. Escribió en diez libros las vidas de los filósofos, cuyas opiniones y apotegmas ó sentencias refiere con cuidado. Esta obra es muy útil para conocer las diferentes sectas de los antiguos filósofos.

El apellido de «Laertes» que se le acostumbra dar, demuestra verosimilmente su país que podia ser el castillo ó la ciudad de Laertes en la Cilicia.

Se infiere de sus escritos, que, despues de haber estudiado bien la historia y los dogmas de los filósofos, abrazó la secta de los epicúreos, los mas apartados de la verdad y los mas opuestos á la virtud.

Dion Casio era de Nicea en Bitinia. Vivió en tiempo de los emperadores Cómodo, Pertinax, Severo, Caracalla, Macrino, Heliogábalo y Alejandro, quienes le estimaron siempre mucho, y le confiaron los gobiernos y empleos mas importantes del imperio. Alejandro le nombró para ser segunda vez cónsul. Despues de este consulado obtuvo el permiso de ir á pasar lo restante de su vida en su país, á causa de sus enfermedades.

Escribió en ocho décadas, esto es, en ochenta libros toda la historia romana, desde la venida de Eneas á Italia, hasta el emperador Alejandro. Él mismo nos dice, que empleó diez años en juntar las memorias de todo lo que habia sucedido desde la fundacion de Roma, hasta la muerte de Severo, y otros doce años en componer su historia, hasta la de Cómodo. Le añade despues la de los otros emperadores, con la mayor exactitud que puede, hasta la muerte de Heliogábalo, y un mero compendio de los ocho primeros años de Alejandro, porque habiendo estado poco en Italia durante este tiempo, no pudo saber tan bien cómo habian ido las cosas.

Focio advierte, que su estilo es elevado y proporcionado á la grandeza del asunto: que sus términos son magníficos: que en su frase y elocucion, se percibe la antigüedad: que tomó á Tucídides por modelo; que le imita excelentemente en el modo de narrar, y en las arengas; y que le siguió casi en todo, á excepcion de que es mas claro. Este elogio es muy favorable á Dion, pero no sé si excede un poco los límites de lo verdadero.

Vosio dice, y Lipsio pensó lo mismo antes de él, que no se le puede perdonar á este historiador el no haber sabido estimar la virtud segun su valor; y haber desacreditado á los hombres mas grandes de la antigüedad, como á Ciceron, Bruto, Casio, Séneca, sea por una malignidad de corazon, sea por una corrupcion de costumbres y de juicio. El hecho es constante, y cualquiera que sea el motivo la cosa en sí, nunca le puede honrar.

Habia compuesto, como hemos dicho, ochenta libros de la historia romana, pero no tenemos sino una parte muy pequeña de esta grande obra. Porque los primeros treinta y cuatro libros se perdieron, con la mayor parte del treinta y cinco, á excepcion de algunos fragmentos. Los veinte siguientes, desde el fin del treinta y cinco hasta el cincuenta y cuatro, es lo que tenemos mas entero. Vosio cree que los seis siguientes, que llegan hasta la muerte de Claudio, lo están tambien. Pero Buquerio afirma, que están muy truncados: y esto parece muy verosímil. No tenemos de los veinte últimos sino algunos fragmentos. Lo que suple algo este defecto, es un compendio de Dion, desde el libro treinta y cinco, y el tiempo de Pompeyo hasta el fin, compuesto por Juan Xifilino, patriarca de Constantinopla en el siglo once. Se halla que este compendio es bastante exacto, no habiendo añadido nada Xifilino á Dion, sino en muy pocos pasajes en donde era necesario, y sirviéndose regularmente de sus propios términos. La historia de Zonaro se puede decir tambien un compendio de Dion: porque le sigue fielmente y nos dice algunas veces cosas que habia omitido Xifilino.

Herodiano. No se sabe otra cosa de la vida de Herodiano, sino que era de Alejandría, hijo de un retórico llamado Apolonio el «Díscolo,» ó el Difícil, y que siguió la profesion de su padre. Es muy conocido por los ocho libros que nos dió de la historia de los emperadores, desde la muerte de M. Aurelio, hasta la de Máximo y Balbino. Él mismo nos asegura que la historia de estos sesenta años, es la de su tiempo y de lo que habia visto. Estuvo empleado en diversos ministerios de la corte y de política: lo que le dió medio para tener parte en muchos de los sucesos que refiere.

En cuanto á su historia, hace Focio de ella un juicio muy ventajoso. Porque dice que su estilo es claro, elevado, agradable: que su diccion ó modo de hablar, es sentada y templada, teniendo el medio entre la elegancia afectada de los que desprecian los primores sencillos y naturales, y el discurso humilde y sin vigor de los que hacen vanidad de ignorar ó menospreciar todas las delicadezas del arte; que no solicita un agrado aparente con discursos inútiles, y que no omite cosa alguna necesaria; que en una palabra cede á pocos autores en todos los primores de la historia. La traduccion que hizo Angelo Policiano de la obra de Herodiano, mantiene dignamente é iguala casi la elegancia del original. La version que nos dió el señor Mongot excede mucho á la latina.

Eunapo era de Sardes en Lidia. Fué á Atenas de edad de diez y seis años. Estudió la elocuencia con Procresio, sofista cristiano, y la mágia con Crisanto que se habia casado con su prima. Tenemos una historia de las vidas de los sofistas del cuarto siglo por Eunapo. Se encuentran en ella muchas particularidades para la historia de aquellos tiempos. Empieza por Plotino, que floreció en el medio del tercer siglo, luego pasa á Porfirio, á Jamblico y á sus discípulos; sobre los que se dilata particularmente. Escribió tambien una historia de los emperadores, en catorce libros, que empezaban en el año 268 en el reino de Claudio, sucesor de Gallieno, y se terminaban en la muerte de Eudoxia esposa de Arcadio, en el año 404. Nos quedan algunos fragmentos de esta historia, en los extractos de Constantino Porfirogeneto, sobre las embajadas, y en Suidas. Se ve en ellos que estaba muy exasperado contra los emperadores cristianos, especialmente contra Constantino. La misma aspereza se nota en sus vidas de los sofistas, principalmente contra los monjes. No debe admirar que un mágico fuese enemigo de la religion cristiana.

Zocimo, conde y abogado del fisco, vivia en tiempo de Teodosio el menor. Escribió en seis libros la historia de los emperadores romanos. El primero, que comprende la serie de aquellos príncipes, desde Augusto hasta Probo (porque se perdió lo que pertenecia á Diocleciano) está extremamente compendiado. Los otros cinco son mas extensos, particularmente en el tiempo de Teodosio el Grande y sus hijos. No pasa del segundo sitio que puso Alarico á la ciudad de Roma. Nos falta el fin del libro sexto. Focio alaba su estilo. Dice

que Zocimo no hizo casi mas que abreviar ó compendiar la historia de Eunapo; y esta puede ser la razon de haberse perdido la de este. No se indigna menos que él con los emperadores cristianos.

Focio, patriarca de Constantinopla, vivió en el siglo nueve. Era de una erudicion inmensa, y de una ambicion todavía mas vasta, que le precipitó á horribles excesos y causó infinitas inquietudes en la iglesia. Pero no es esto de lo que se trata aquí.

Le pongo entre los historiadores griegos, y acabo por él lo que les pertenece, nó porque compusiese una historia en forma, sino porque nos dió en una de sus obras, extractos de un gran número de historiadores, muchos de los cuales nos serian sin él casi absolutamente desconocidos. Esta obra se intitula «Biblioteca,» y con efecto merece este nombre. Examina Focio en ella cerca de trescientos autores, y dice su nombre, su país, el tiempo en que vivieron, las obras que compusieron, el juicio que se debe hacer de ellas, en cuanto al estilo y carácter, y algunas veces extracta tambien pasajes bastante largos, los que no se encuentran sino en esta obra. Por esto se conoce cuan preciosa nos es.

Art. 2.° No me detendré mucho en referir los débiles principios, y, por decirlo así, la infancia de la historia romana. Se sabe que no consistia en los principios, sino en desnudas memorias, dispuestas por el gran pontífice, en las que regularmente insertaba lo mas considerable que sucedia cada año en el estado, fuese en la paz, fuese en la guerra; y esta costumbre, establecida en los principios de Roma, duró hasta el tiempo de P. Mucio, gran pontífice, esto es, hasta el año de Roma 629 ó 631. Á estas memorias se daba el nombre de « Anales máximos. »

Bien se considera que estas memorias, en tiempos tan remotos, estarian escritas en un estilo sencillo y tambien muy grosero. Se contentaban los pontífices con referir en ellas los principales sucesos de cada año, el tiempo y el lugar en que habian sucedido, y el nombre y las cualidades de las personas que habian tenido mas parte en ellos, no pensando mas que en poner los hechos, y nó en adornarlos.

Por informes é imperfectos que fuesen estos anales, eran de mucha importancia; porque no habia otros monumentos que pudiesen conservar la memoria de todo lo que pasaba en Roma; y fué mucha pérdida, cuando pereció la mayor parte de ellos en el incendio de la ciudad por los galos.

Algunos años despues empezó la historia á dejar aquella rudeza antigua, y á darse al público con mas adorno. Los poetas fueron los primeros que pensaron en exornarla y componerla. Nevio hizo un poema sobre la primera guerra púnica, y Ennio escribió en versos heróicos los anales de Roma.

Finalmente, tomó la historia una forma regular, y se escribió en prosa. Q. Fabio Pictor es el mas antiguo de los historiadores latinos: vivia en tiempo de la segunda guerra púnica. L. Cincio Alimento era del mismo tiempo. Tito Livio los cita frecuentemente con elogio. Se cree que escribieron su historia, primero en griego, después en latin. Cincio compuso ciertamente en esta última lengua la historia de Gorgias, célebre retórico.

Caton el censor merece, con mas justo título que ellos, la calidad de historiador latino: porque es cierto que en esta lengua escribió su historia. Se componia de siete libros, y tenia por título « Orígines, » porque en los libros segundo y tercero explicaba el orígen de todas las ciudades de Italia. Parece que Ciceron hacia mucho caso de esta historia. Pero, porque á Bruto le parecia excesiva esta alabanza, la restringe y añade, que no faltaba á los escritos de Caton, y á los rasgos de su pincel, mas que cierta viveza y ciertos colores que no se usaban todavía en su tiempo.

Tambien se cita, entre aquellos antiguos historiadores, á L. Piso Frugi, apellidado Calpurnio. Fué tribuno del pueblo, en tiempo del consulado de Censorino y de Manlio, el año de Roma 605. Tambien fué muchas veces cónsul. Era jurisconsulto, orador é historiador. Compuso arengas, las que no se encontraban ya en tiempo de Ciceron, y anales en un estilo bastante humilde, segun la opinion de este orador. Plinio habla mas ventajosamente de ellos.

El verdadero carácter de todos aquellos escritores era mucha sencillez. No sabian todavía lo que era delicadeza, primor y adordo del discurso. Contentos con darse á entender, se limitaban á un estilo breve y sucinto.

Paso ahora á los historiadores que son mas conocidos y cuyos escritos tenemos.

Salustio. Con razon se ha llamado á Salustio el primero de los historiadores romanos.

Y se creyó que se le podia igualar á Tucídides, tan generalmente acreditado entre los historiadores griegos. Pero, sin meternos en arreglar aquí las clases, basta considerarle como uno de los mas excelentes historiadores de la antigüedad. Se encuentran muy sólidas reflexiones sobre el carácter de Salustio, en el prefacio que está en el principio de la traduccion de este historiador.

La cualidad dominante de sus escritos, y que caracteriza á Salustio de un modo mas propio y singular, es la brevedad del estilo, la que llama Quintiliano « immortalem Sallustii velocitatem. » Escalígero es el único que le disputa esta alabanza, pero casi siempre es extravagante en sus juicios, como lo observé ya. Esta brevedad en Salustio proviene del ardor y viveza de su ingenio. Piensa grande y noblemente y escribe como piensa. Se puede comparar su estilo á estos rios, que teniendo su madre mas estrecha que los otros, son tambien mas profundos, y sostienen mayores pesos.

La lengua en que escribia, le era extremamente cómoda para estrechar su diccion, y para seguir en esto la inclinacion de su genio. Tiene esta ventaja, como tambien la griega, de ser igualmente susceptible de las dos extremidades opuestas. En Ciceron nos presenta la lengua latina un estilo armónico, cadenciado, periódico; en Salustio un estilo vivo, interrumpido, precipitado. Este suprime con frecuencia la palabras, dejando al lector el cuidado de suplirlas. Junta muchos términos ó muchas frases, sin atarlas con alguna conjuncion, lo que da una especie de impetuosidad al discurso. No pone dificultad en emplear en su historia términos antiguos, cuando son mas cortos ó mas enérgicos que los términos corrientes, libertad que se le reprendió cuando vivia, y lo que expresa un antiguo epígrama.

Pero sobre todo, usa mucho de las metáforas, y no se vale de las mas modestas y moderadas, como enseñan los maestros del arte que se debe hacer, sino de las mas concisas y fuertes, mas vivas, y mas libres.

Por todos estos medios, y aun otros que omito, logró Salustio hacerse un estilo enteramente particular, y que á él solo conviene. Camina fuera de la via regular, pero sin extraviarse, y por senderos que ciertamente abrevian el camino. Parece que no piensa como los otros hombres, y no obstante, toma sus pensamientos en el mejor sentido. Sus ideas son naturales

y razonables; pero naturales y razonables como son, tienen todavía la ventaja de ser nuevas.

No se sabe lo que se debe admirar mas en este excelente autor, si las descripciones, ó los retratos, ó las arengas: porque sobresalió igualmente en todas estas partes; y no se ve en qué se funda Seneca el padre, ó mas bien Casio Severo, cuya opinion refiere, para decir que las arengas de Salustio no eran tolerables, sino por sus historias. Son de una energía, de una viveza, de una elocuencia, á las que no se puede añadir nada. Es de creer que en el pasaje de que se trata, no se hablaba de las arengas insertas por Salustio en su historia, sino de las que pronunció en el senado, ó de algunos alegatos. Cuando se lee en la historia de la guerra de Yugurta, la relacion del fuerte sorprendido por un ligurio del ejército de Mario, parece que se ve subir y bajar á aquel soldado lo largo de las rocas escarpadas: parece tambien que se sube y se baja con él, tan viva y animada está la descripcion.

Se hallan en Salustio cinco ó seis retratos, que son otros tantos modelos, y no sé si en toda la extension de las letras hay cosa alguna, cuyo primor se acerque mas á la idea de la perfeccion.

« L. Catilina juntaba á la nobleza de la sangre una alma valerosa, y un cuerpo robusto, pero un corazon perverso y corrompido. Amó desde los primeros años de su vida, las guerras intestinas, los homicidios, los robos, la discordia civil, y en su juventud fueron estos sus mas regulares ejercicios. Toleraba las fatigas, el hambre, el frio, y las vigilias, con una paciencia superior á todo lo que se puede imaginar. Era osado, astuto, impostor, capaz de fingirlo y disimularlo todo. Codicioso de los bienes de otro, pródigo de los suyos, ardiente y arrebatado en sus pasiones. Tenia bastante facilidad en hablar, pero poco discernimiento. Un genio vasto, y una ambicion sin límites, para la que no habia cosa alguna demasiadamente elevada, que le proponia continuamente quiméricas ideas y necias esperanzas. »

« Del número de estas damas era Sempronia, la que habia dado pruebas, con muchas acciones, de que no cedia en audacia á los hombres mas determinados. Era hermosa, de buen nacimiento, estaba ventajosamente casada, y tenia hijos que la honraban. Poseia perfectamente las lenguas griega y latina; sabia danzar y cantar mejor de lo que correspondia á una persona de su clase; y tenia todos estos talentos peligrosos que hacen amable el vicio, y de los que hizo siempre mas caso que de la virtud y circunspeccion de su sexo. No era fácil decir á cuál de los dos atendia menos, ó á su dinero, ó á su reputacion. Tenia un ingenio agradable, facilidad en hacer versos, talento para la chanza. Seria, tierna, libre en la conversacion, usaba de las palabras como queria, pero en todo lo que hablaba ponia siempre mucha sal y gracia. »

Hay en Salustio mucho número de admirables pasajes, especialmente cuando compara las costumbres antiguas de la república con las de su tiempo. Cuando se le oye hablar con tanto ardor, como lo hace muy frecuentemente, contra el lujo, las torpezas, y los otros vicios de su siglo, se le tendria por el hombre mas virtuoso del mundo. Pero no hay que creerle. Fué tan desordenada su conducta, que los censores le echaron del senado.

CORNELIO NEPOTE. Sin razon se atribuyeron sus obras, por algun tiempo, á Emilio Probo. Vosio cree que este era el nombre del librero que dedicó á Teodosio las « Vidas de los grandes capitanes, » escritas parte de su mano, parte de la de su padre y de su madre. Cornelio Nepote vivió en tiempo de César y Augusto, y murió en el del último. Nació en la Galia cisalpina, en Hostilia, aldea pequeña, que dependia de Verona.

De diferentes obras que compuso, no tenemos mas que las vidas abreviadas de los grandes capitanes, un compendio de la de Caton, y la vida de Pomponio Ático, que es bastante larga. Hay en la primera obra veinte y dos vidas de los grandes capitanes, todos griegos, excepto los dos últimos que son cartagineses, es á saber, Amilcar y Aníbal. Entre Timoleon y Amilcar, pone Nepote una especie de lista de los reyes, tanto de Persia, como de la Grecia, en el capítulo 21 que es muy corto.

Habia escrito las vidas abreviadas de los capitanes romanos, sobre el mismo plan que las de los griegos: con el fin, dice él mismo, que se les pueda comparar y juzgar con mas facilidad del mérito de unos y otros.

Parece que trabajó tambien la vida de los autores griegos y latinos. Habla de la de Filisto en la vida de Dion. Aulo Gelio cita un libro primero de la vida de Ciceron. En el compendio de la vida de Caton, que ha llegado hasta nuestro tiempo, cita Nepote otra mas extensa que habia compuesto á instancias de Ático, y á la que remite á sus lectores. Finalmente, tenemos la vida de Pomponio Ático, que es un precioso fragmento, y que basta solo para darnos una justa idea del mérito de este historiador.

Su estilo es puro, claro, elegante. La sencillez, que es uno de sus principales caractéres, está mezclada de mucha delicadeza, y elevada, de cuando en cuando, con pensamientos nobles y sólidos. Pero lo que me parece mas apreciable en este autor, es una distinguida inclinacion á los mas cabales principios de honor, de rectitud, de virtud, de desinterés y amor al bien público, los que parece tenia intencion de insinuar en todos sus escritos. La íntima estrechez que tenia con Ático, y, por su medio sin duda, con Hortensio y Ciceron, y otros grandes hombres de su tiempo, da bastante á entender la estimacion que hacian, tanto de su buen corazon, como de su excelente entendimiento. Algunos extractos que sacaré de la vida de Ático, servirán para darle á conocer por uno y otro lado.

« La gran facilidad en estudiar que manifestó Pomponio Ático desde sus primeros años, estaba acompañada de un sonido de voz muy suave y agradable. Así, nó solamente aprendia con prontitud todo lo que le enseñaban, sino que sobresalia tambien en la pronunciacion. Estas cualidades le distinguian singularmente de todos sus condiscípulos, y como tenian tanto ardor para la fama, miraban con pena el lucido esplendor de sus progresos y de su reputacion.

« Tuvo la ventaja, la que debió á la fortuna, de haber nacido en una ciudad, que era la silla del imperio del mundo: de suerte que no estaba sujeto sino á las leyes de la misma ciudad que tenia por patria. Pero lo que solamente debió á su prudencia, fué, que, habiendo escogido á Atenas para su mansion, la ciudad mas célebre del universo, por la antigüedad de su orígen, por sus costumbres agradables y políticas, y por su inclinacion á las artes y ciencias, supo hacer que le amasen y estimasen en ella mas que á los mismos ciudadanos.

« Tenia por tio á Q. Cecilio, hombre rico, pero de un carácter extremamente duro y extravagante. Sin embargo, le supo llevar con tanta destreza y paciencia, que, no obstante su mal humor, que le hacia insoportable á todos los otros, hizo que le amase hasta su extrema vejez, sin haberle desagradado jamás.

« Ático, que corrió con mucha estrechez con Marco Ciceron, desde que habian sido condiscípulos, vivió con

el con mas familiaridad que con Quinto Ciceron su cuñado (estaba este casado con Pomponia, hermana de Ático): lo que prueba que la conformidad de costumbres y de carácter contribuye mucho mas para establecer una íntima amistad, que el mero parentesco. Ático era tambien amigo particular de Hortensio, el que, por entónces, tenia, sin contradiccion, el primer lugar entre los oradores. No se podia discernir quién de los dos, Hortensio ó Ciceron, estimaba mas á Ático. Era el nudo de la amistad de aquellos dos grandes hombres, y hacia que, rivales como eran, é incitados de una y otra parte, de un deseo igualmente ardiente de distinguirse, no hubiese entre ellos, cosa bien rara y muy difícil, emulacion alguna.

«Pudiendo por medio de Antonio (muy poderoso entónces en la república), aumentar considerablemente su patrimonio, pensó tan poco en enriquecerse, que no usó jamás de su valimiento con el triunviro, sino para proteger á sus amigos en los peligros, ó para aliviarlos en sus necesidades.

«Era tan buen padre de familia, como buen ciudadano. Aunque era bastante rico, jamás incurrió en la manía de comprar y edificar. Sin embargo, vivia en una casa muy decente y con dignidad, y se preciaba de tener en todo género lo mejor que hubiese.

«Era exquisito sin magnificencia, y majestuoso sin suntuosidad. Deseaba con extremo un aseo que no tuviese nada de superfluo. Sus muebles eran modestos, y contenidos en los límites de una prudente mediocridad. Creia que igualmente se debia apartar de lo mucho, y de lo demasiado poco.

«Las comidas, en su casa, se sazonaban siempre con alguna lectura, con el fin de que no se alimentase el entendimiento menos que el cuerpo. Esta práctica agradaba mucho á sus convidados, porque cuidaba de no escoger otros que los que tenian la misma inclinacion que él.

«Sus rentas, considerablemente aumentadas, no le movieron á que mudase su antiguo modo de vivir. Siempre moderado, siempre igual á sí mismo, cuando no tenia mas que dos millones de sextercios (doscientas cincuenta mil pesetas) que le habia dejado su padre, vivia con mucha decencia: y cuando llegó su patrimonio á diez millones de sextercios (un millon doscientas y cincuenta mil pesetas) no hizo mas gastos que antes.

«Jamás decia una mentira, ni podia sufrir que la dijesen los otros. Su aire afable y atento estaba acompañado de una especie de seriedad, y su gravedad templada con un aire de bondad y agrado. De suerte que no se podia decir si sus amigos le respetaban mas de lo que le querian.»

Yo no sé si me engaño, pero me parece que un historiador, cuidadoso siempre de ponderar las acciones virtuosas, y poner con toda claridad las cualidades del alma con preferencia á todas las otras, no piensa tanto en alabar á aquellos de quienes habla, como en instruir á aquellos para quienes escribe. Y por este lado, aun mas que por la pureza del estilo, me parece digno de estimacion Cornelio Nepote.

Tito Livio. Del prefacio latino que está en el principio de la nueva edicion de Tito Livio, cuyos tres primeros volúmenes ha publicado el sabio señor de Crevier, catedrático de retórica en el colegio de Beauvois, sacaré lo poco que tengo ánimo de decir aquí sobre este excelente historiador. Si yo no fuera tan entusiasta del señor Crevier, que absolutamente desea ensalzar á Tito Livio, lo que tengo á mucha honra, me extenderia sobre la utilidad y mérito de su obra. Basta leer su prefacio, para que cualquiera juzgue por sí mismo el aprecio que se debe hacer de ella.

Cuanto mas deseo se tiene de conocer á un autor célebre por sus escritos, mas se siente no saber casi sino su nombre. Tito Livio es del número de aquellos escritores que inmortalizaron su nombre; pero cuya vida y acciones fueron muy poco conocidas. Nació en Padua, en tiempo del consulado de Pison y de Gabinio, cincuenta y ocho años antes de la era cristiana. Tuvo un hijo, á quien escribió una carta sobre la educacion y los estudios de la juventud, de la que hace mencion Quintiliano en mas de un lugar, y cuya pérdida se debe sentir mucho. En esta carta, ó mas bien en este corto tratado, con el motivo de los autores cuya lectura se debe aconsejar á los muchachos, dice, que deben leer á Demóstenes y á Ciceron; despues, los que se parezcan mas á estos dos excelentes oradores. Habla en la misma carta de un maestro de retórica, á quien no gustaban las composiciones de sus discípulos, cuando estaban muy claras y muy inteligibles, y se las hacia retocar para obscurecerlas. Y cuando se las volvian á traer en este estado: «Ahora están mucho mejor, decia, yo mismo no entiendo nada de ellas.» ¿Se creeria posible semejante trastorno de cabeza? Tito Livio compuso tambien algunas obras filosóficas y diálogos mezclados de filosofía.

Pero su principal obra es la historia romana, contenida en ciento y cuarenta ó ciento y cuarenta y dos libros, desde la fundacion de Roma hasta la muerte y sepultura de Druso, que sucedió en el año de Roma 743, y por consiguiente contenia este número de años. Se saca, por algunas épocas de su historia, que empleó en componerla todo el tiempo que se pasó desde la batalla de Actium hasta la muerte de Druso, esto es cerca de veinte y un años. Pero publicaba de cuando en cuando alguna parte de ella, y esto le adquirió tanta reputacion en Roma y le atrajo de lo interior de la España la honrosa visita de un extranjero, el que emprendió un viaje tan largo únicamente para verle. La capital del mundo tenia con que ocupar y satisfacer los ojos de un curioso con la magnificencia de sus edificios y con la multitud de sus pinturas, de sus estátuas y de sus antiguos monumentos. Este no encontró en Roma cosa mas rara ni mas preciosa que Tito Livio. Después de haber gozado muy de espacio de su conversacion, y haberse agradablemente divertido con la lectura de su historia, se volvió alegre y contento á su país. Esto es conocer lo que valen los hombres.

Nada mas se sabe de lo perteneciente á la persona de Tito Livio. Pasó una gran parte de su vida en Roma, estimado y favorecido de los próceres y sabios como merecia. Murió en su patria, de edad de setenta y seis años, el año cuarto del reinado de Tiberio. Los paduanos han venerado su memoria en todos tiempos, y pretenden que conservan actualmente en su ciudad algunos residuos de su cuerpo, y que regalaron á Alfonso V rey de Aragon, uno de sus brazos; á lo menos la inscripcion así lo dice.

Mucho mejor seria que se hubiese podido conservar su historia. No tenemos de ella sino treinta y cinco libros; algunos de los cuales tampoco están enteros: todo esto no es la cuarta parte de la obra. ¡Qué pérdida! Los eruditos se han lisongeado de tiempo en tiempo, con algunas esperanzas de recobrar lo que falta, fundados únicamente, á lo que parece, en el mucho deseo que tenian de esto.

Juan Freinshemio intentó consolar al público de esta pérdida con sus suplementos; y lo logró tanto como era posible. Freinshemio, que nació en Ulm, en la Suabia el año 1608, estudió en Strasburgo con mucho

fruto. El año 1642, le llamaron á Suecia, y obtuvo en ella muchos y considerables empleos de literatura. Cuando volvió á su patria, le hicieron catedrático honorario en la Universidad que restableció el elector Palatino en Heidelberg, en donde murió el año 1660. La república literaria le tiene infinita obligacion por haber hecho á Tito Livio el mismo servicio que á Quinto Curcio, llenando con 105 libros de suplementos todo lo que perdimos de este grande historiador de Roma. El señor Doujat suplió tambien las faltas de algunas cláusulas, ó vacíos que se encontraron en los últimos libros que tenemos de Tito Livio, pero con un efecto muy diferente. El señor Crevier revisó y retocó, en algunos pasajes, los suplementos de Freinshemio, y trabajó nuevamente los de Doujat. Por este medio tenemos un cuerpo seguido y compuesto de la historia romana; entiendo la de la república.

Se duda si el mismo Tito Livio dividió su historia de diez en diez libros, esto es en décadas. Sea lo que fuese de esto, esta division parece bastante cómoda.

En cuanto á los sumarios que están en el principio de cada libro, no creen los eruditos que se pueden atribuir, ni á Tito Livio, ni á Floro. Cualquiera que sea su autor, ellos son útiles, pues sirven para que conozcamos el asunto de que se habla en el libro que nos señalan.

Examinemos ahora la obra en sí misma. Reina en todas sus partes una perfecta elocuencia, y perfecta en todo género. Sean relaciones, sean descripciones, sean arengas, el estilo, aunque infinitamente variado, es siempre igualmente grave: natural sin bajeza, elegante y adornado sin afectacion, grande y sublime sin pomposidad, dilatado ó conciso, lleno de suavidad ó de energía, segun lo piden las materias, pero siempre claro é inteligible, lo que no es poca alabanza en una historia.

Polion, de un gusto sutil y delicado, pretendia descubrir en el estilo de Tito Livio algo de «patavinidad:» esto es, al parecer algunos términos ó algunas elocuciones que olian á aldeano. Puede ser que un hombre nacido y criado en Padua, hubiese conservado un sabor rústico, y que no tuviese aquella fineza, aquella delicadeza de la urbanidad romana, la que no se comunicaba á los extraños tan fácilmente como el derecho de ciudadano. Pero esto no lo podemos nosotros percibir ni conocer.

Esta nota de patavinidad no embarazó para que igualase Quintiliano á Tito Livio con Herodoto, lo que es mucho elogio. Hace que se repare en el estilo suave y flúido de sus narraciones, y en la soberana elocuencia de sus arengas, en las que el carácter de las personas, á quienes se hace hablar, se guarda con toda la posible exactitud, y en las que las pasiones, particularmente las que son cariñosas y tiernas, se tratan con un arte maravilloso. Sin embargo, todo lo que pudo hacer Tito Livio, fué lograr con cualidades totalmente distintas, la inmortal reputacion que se adquirió Salustio con su inimitable brevedad: por lo que con razon se dijo que estos dos historiadores mas bien son iguales que semejantes.

No solamente por su elocuencia ó por el primor y agrados de su narracion mereció Tito Livio la reputacion de que goza despues de tantos siglos: no se hizo menos recomendable por su fidelidad, prenda tan necesaria y tan deseada en un historiador. Ni el temor de desagradar á los poderosos de su tiempo, ni el deseo de hacerles la corte, le movieron á no decir la verdad. Hablaba, en su historia, con elogio de los mayores enemigos de la casa de los Césares, como de Pompeyo, de Bruto, de Casio y de otros sin que se ofendiese de esto Augusto: de suerte que no se sabe lo que se puede admirar mas, si la rara moderacion del príncipe, ó la generosa libertad del historiador. En los treinta y cinco libros que tenemos de Tito Livio, no habla de Augusto sino en dos partes solamente, y habla de él con una reserva y una moderacion de alabanza, que avergüenza á estos escritores lisongeros é interesados, que prodigan sin discernimiento ni medida á los empleos y dignidades un incienso que no se debe sino al mérito y á la virtud.

Si alguna cosa se puede reprender á Tito Livio, es el demasiado amor á su patria: escollo de que no se libró siempre con bastante cuidado. Perpétuo admirador de la grandeza de los romanos, no solamente exagera sus hazañas, sus sucesos y sus virtudes, sino que disimula ó disminuye sus vicios y las faltas en que incurrieron.

Séneca el padre imputa á Tito Livio el haber manifestado una indigna envidia de Salustio, acusándole de haber ocultado una sentencia de Tucídides, y haberla desfigurado traduciéndola mal. ¿Es creible que Tito Livio que copiaba libros enteros de Polibio, culpase á Salustio por haber copiado una sentencia, esto es una línea? ¿Cómo se acomodará esta acusacion con lo que dice el mismo Séneca en otro lugar: que Tito Livio juzgaba con equidad y candidez de las obras de los ingenios sobresalientes? Yo creo que se puede seguir este último testimonio.

Otro capítulo hay contra él mucho mas grave é importante. Se le censura de mala fé y de ingratitud, por no haber nombrado á Polibio, ó por haberlo hecho con mucha indiferencia, en los pasajes en que le copiaba casi palabra por palabra. Yo sentiria que se le pudiese reprender esto con fundamento: porque pertenece á las cualidades del corazon, de las que debe ser muy celoso cualquier hombre de honra. ¿Pero no se podria creer que en otras partes de su historia, que no han llegado hasta nosotros, habló de Polibio con elogio: que le hizo toda la justicia que se le debia; que advirtió desde los principios que hacia vanidad de copiarle en muchos pasajes palabra por palabra, y que le copiaria tambien con frecuencia sin citarle, por no repetir siempre una misma cosa? Aquí hablo un poco por mi interes: porque necesito, sobre este artículo, que conmigo se tenga alguna atencion.

Este género de defectos, que se advierten en Tito Livio, no perjudicó sin embargo á su reputacion. No admiró menos la posteridad su obra, no solamente como un modelo de elocuencia, sino como una historia, en la que todo inspira amor á la justicia y á la virtud; en la que se encuentran con la relacion de los hechos, las máximas mas sanas para la conducta de la vida; en la que sobresale en toda ella una inclinacion y particular respeto á la religion establecida en Roma cuando escribia; por desgracia para él era falsa, pero no conocia otra; finalmente, en la que se ve una generosa libertad y un piadoso celo para condenar con fervor las opiniones impías de los incrédulos de su siglo. «Este menosprecio de los dioses tan comun en el siglo en que vivimos, no era todavía conocido. El juramento y la ley eran las reglas inflexibles, á las que conformaban su conducta y se ignoraba el arte de adaptarlas á sus inclinaciones con interpretaciones fraudulentas.» Así habla.

Por todo lo que acabo de decir, se tiene derecho de justificar á Tito Livio sobre la pretendida supersticion con que afecta referir en su historia tantos milagros y prodigios tan ridículos como increibles. Pedia la buena fé que no suprimiese cosas que se decia habian sucedido antes de su tiempo, que encontraba

en sus memorias y en los anales, y que eran parte de la religion recibida entónces comunmente, aunque puede ser que no las creyese. Y sobre esto se explica el mismo con bastante frecuencia y claridad, atribuyendo la mayor parte de los pretendidos prodigios, que se ponderaban tanto, á una ignorante y crédula supersticion.

C. Julio César se distinguió tanto por el entendimiento, como por el valor. Se aplicó primero á la abogacía, y sobresalió en ella. Solo el deseo de ocupar en la república el primer lugar por el poder, fué lo que le impidió el disputar tambien el primer lugar en los tribunales por la elocuencia. Su carácter particular era la energía y vehemencia. Se percibia en sus discursos el mismo ardor que manifestó en los combates. Á esta viveza de estilo juntaba una gran pureza de lenguaje, de la que habia hecho particular estudio, y de la que se preciaba mas que ningun otro romano.

Compuso muchas obras, entre otras dos libros sobre la analogía de la lengua latina. ¿Quién creeria que un hombre tan grande en la guerra como César, se ocupase seriamente en componer tratados sobre la gramática? ¡Cuán diferentes son nuestras costumbres é inclinaciones de las de aquellos tiempos! En uno de estos libros de la analogía, encargaba particularmente, que se evitasen, como un escollo, las expresiones nuevas y no acostumbradas.

Tambien habia suyos muchos alegatos. Además de la pureza y delicadeza de la lengua latina, que conviene, dice Ático, ó mas bien Ciceron, no solamente á todo orador, sino tambien á todo ciudadano romano, se admiran en él todos los adornos del arte oratorio; pero principalmente un maravilloso talento para pintar los objetos, y para poner con toda claridad las cosas de que habla.

No tenemos de César sino dos obras, que son los siete libros de la guerra de las Galias, y los tres de la guerra civil. No son, propiamente hablando, mas que memorias, y no las publicó sino sobre este pié: «Commentarii.» Las componia de priesa, sin estudio, y aun en el tiempo de sus expediciones, con el fin único de dejar materiales á los escritores para que compusiesen con ellos una historia. Sin duda, se sirvió en ellas de este estilo claro y elegante, que era natural en él; pero no cuidó de los lucidos adornos, que un ingenio tan feliz como el suyo, podia esparcir en una obra de esta naturaleza. Sin embargo, por natural y descuidado que pudiese parecer, se convenia generalmente, dice Hircio, en que ningun otro escritor, por trabajado y limado que estuviese, no llegaba al primor de los comentarios de César. Su intencion no fué otra que dejar materiales á los que quisiesen componer de ellos una historia en forma. «En lo cual, dice Ciceron, pudo agradar á hombres de poco entendimiento, los que no temerán desfigurar sus gracias naturales con el artificio y compostura que les quieran añadir; pero todo hombre juicioso se guardará bien de tocarlos de modo alguno, ni de hacer en ellos mudanza alguna. Porque no hay cosa que guste tanto en la historia, como una brevedad de estilo tan clara y elegante.» Hircio se sirve tambien de este mismo pensamiento para con los escritores que piensan en componer una historia con las memorias de César. «Ciertamente, dice, que encontrarán en él el medio para esto; pero si tienen juicio, se les debe quitar este deseo para siempre.» La traduccion de los Comentarios de César por Balbuena que copiamos es muy estimada. Podria ser mucho mejor si algunas manos hábiles la retocasen en algunos pasajes.

Tenia César de suyo un excelente entendimiento, y un natural feliz, de esto no se puede dudar; pero tambien cuidó de cultivarle con un estudio contínuo, y enriquecerle con lo mas raro y exquisito que tenia la literatura; y por este medio logró exceder, en cuanto á la pureza del lenguaje y delicadeza del estilo, á casi todos los mas elocuentes oradores que habia en Roma. Advierto expresamente esto despues de Ciceron, para animar á nuestra jóven nobleza á seguir un ejemplo tan bueno, juntando á la alabanza del valor, la de los talentos del entendimiento, y de buenas noticias. He visto señores jóvenes ingleses, que me hicieron la honra de visitarme, muy instruidos en las letras humanas, tanto griegas como latinas, y muy versados en el estudio de la historia. En esto la envidia, ó para hablar mejor la emulacion, es laudable entre nacion y nacion. Nuestros jóvenes en verdad no ceden á ninguna otra nacion en la viveza y solidez del entendimiento. Y deben procurar, á mi parecer, no ceder en nada á los extranjeros, y no abandonarles la gloria de la erudicion y buen gusto.

Esto es á lo que parece los exhorta César. Sus comentarios deben estar continuamente en sus manos. Este es el libro de los militares. En todos tiempos le consideraron los grandes generales como su maestro. La lectura de este libro fué siempre su ocupacion y sus delicias. Encuentran en él la práctica de las reglas del arte militar, sea para los sitios, sea para las batallas. Tambien pueden aprender en él el modo de disponer memorias, lo que no es poca prenda. Bueno seria que todos nuestros generales escribiesen regularmente todas las operaciones de las campañas en que mandaron. ¡Qué socorro no seria este para una historia! ¿Hay cosa mas digna de estimarse que las memorias del mariscal de Turena, impresas en el segundo tomo de su vida, y las de Jacobo II, rey de Inglaterra, entónces duque de York?

Hircio acabó lo que César no pudo hacer. El octavo libro de la guerra de las Galias es suyo, como tambien los de la guerra de Alejandría, y de la de África. Se duda que sea el autor del libro que trata de la guerra de España.

La traduccion que el señor de Goya hizo de César, como tambien Balbuena, son muy buenas en muchas cosas, pero pudieran retocarse en muchas partes.

Patérculo. Cai. ó Pub. ó Marc. Veleyo Patérculo, florecia en tiempo del imperio de Tiberio. Es muy verosímil que naciese el año de Roma 735. Sus abuelos fueron ilustres por su mérito y por sus empleos. Era tribuno de los soldados, cuando Cayo César, nieto de Augusto, se avocó con el rey de los partos, en una isla del Éufrates. Mandó en la caballería en Alemania, bajo las órdenes de Tiberio, y acompañó á este príncipe por espacio de nueve años consecutivos en todas sus expediciones. Recibió de él recompensas honrosas. Fué elevado á la pretura el mismo año que murió Augusto.

No se sabe precisamente el tiempo en que empezó á trabajar en su historia, ni lo que contenia. El principio de ella se perdió. Lo que tenemos comprende un fragmento de la antigua historia griega, con la historia romana, desde la derrota de Perseo, hasta el año décimosexto de Tiberio. Dedicó su historia á M. Vinicio, que era entónces cónsul. Prometia una mas extensa. Los viajes que hizo á diversas provincias le podian presentar hechos muy agradables y curiosos.

Su estilo es muy digno del siglo en que vivia, que todavía era el del buen gusto y del buen lenguaje. Sobresalió particularmente en los retratos y caractéres. Podré citar algunos de ellos al fin de este artículo.

Se cree que su narracion es fiel y sincera, hasta el tiempo de los césares, ó en lo que estos no son interesados. Porque, desde aquel tiempo, el deseo de adular á Tiberio le hizo omitir ó encubrir, y tambien alterar la verdad en algunas cosas. Acusa á Germánico de cobardía, ó mas bien de una débil deferencia para los sediciosos, cuando da á otros muchos excesivas alabanzas.

Con razon se le reprende el haber elogiado excesivamente á Tiberio. Las injustas contemplaciones por las pasiones de este emperador se dejan conocer, como lo advertí ya, por el cuidado que tiene de pasar ligeramente sobre las ilustres acciones de Germánico, de suprimir la mayor parte de ellas, y ofender la fama de Agripina, y de las otras personas que no estimaba Tiberio.

Lo que se le perdona todavía menos, es haber llenado de alabanzas á Seyano, que causó tantos males al imperio, y haberle representado, no obstante todos sus vicios y todos sus delitos, como uno de los mas virtuosos personajes que hubiese tenido jamás la república romana.

Esto no es nada en comparacion del panegírico que hace luego de él. «Establece primero, con muchos ejemplos, la necesidad que tienen los príncipes de ayudarse en el gobierno, y asociarse ministros que dividan con ellos el peso de los negocios.» ¿Quién duda de esto? De lo que se trata es de elegir bien. Luego pasa á Seyano, y despues de haber ensalzado el esplendor de su nacimiento le representa: «Como un hombre que modera la austeridad del mando con un aire de agrado y serenidad, que trata los negocios mas árduos, sin que parezca que se ocupa en ellos; que no se atribuye nada, y con esto lo logra todo; que se considera siempre inferior á la estimacion que hace de él el público; cuyo semblante y exterioridad parecen tranquilos, cuando en lo interior no le dejan sosegar los negocios del estado. Este es el juicio uniforme que hacen de este prudente ministro la corte, la ciudad, el príncipe y los ciudadanos.» ¡Qué amor al bien público, si se cree al historiador! ¡Qué aplicacion al trabajo! ¡Qué celo para los intereses del príncipe y del estado! ¡Qué agradable en medio de los cuidados que mas le oprimen! ¡Qué desinteres! ¡Qué modestia! En una palabra, ¡qué conjunto de las mayores virtudes, generalmente atestiguado por votos unánimes!

Para ver lo que se debe pensar sobre esto, consideremos otro retrato del mismo Seyano, de mano de otro pintor, á quien él no tenia asalariado, y á quien jamás se le sospechó de lisongero. Es Tácito de quien hablaremos muy presto. «Seyano ganó tan bien el corazon de Tiberio con diversos artificios que este príncipe, cerrado é impenetrable á todos los otros, no tenia cosa alguna oculta ni secreta para él, lo que no se debe atribuir principalmente á las astucias y artificios de este ministro, pues cayó él en los mismos lazos, y pereció por la via del fraude y del engaño; sino mas bien á la cólera de los dioses contra el imperio romano, para el que fueron igualmente funestos su favor y su desgracia. Tenia una fortaleza de cuerpo capaz de aguantar las mayores fatigas. El carácter de su genio era la audacia, la habilidad de disimular, y la malicia para con los otros. Era, á un mismo tiempo adulador hasta la bajeza y soberbio hasta la insolencia: lleno de modestia y circunspeccion en la apariencia; pero en el interior devorado de ambicion. Los medios para llegar á sus fines, eran tan presto la suntuosidad y el gasto, tan presto la vigilancia y aplicacion á los negocios, virtudes tan perniciosas como los mismos vicios, cuando se sirven de sus exterioridades para usurpar un poder ilegítimo.»

Por decirlo todo en una palabra, Seyano, tan alabado en Patérculo, era un azote de la cólera de los dioses contra el imperio romano. Los que ocupan empleos elevados, que son dueños de las gracias y reparten los beneficios, pueden juzgar por esto del caso que deben hacer de las alabanzas que se les prodigan con tan poca medida, y por lo regular con tan poca modestia.

Dije que Patérculo sobresalia especialmente en los retratos y caractéres. Los tiene cortos, que no son los peores, y muchos que son mas largos. Pondré aquí de unos y otros.

Mario. «Tenia Mario un carácter algo áspero y uraño: sus costumbres eran austeras, pero irreprensibles: excelente en la guerra; detestable en la paz; deseoso ó mas bien insaciable de gloria; violento en sus proyectos; siempre inquieto é incapaz de sufrir la quietud.»

Sila. «No hay cosa que sea tan distinta como Sila haciendo la guerra, y el mismo Sila despues de vencedor. Durante la guerra fué excesivamente agradable; despues de la victoria, bárbaramente cruel.»

Mitridates. «Mitridates, rey del Ponto, de quien es igualmente difícil callar y no hablar de su valor extremo; grande, por una distinguida fortuna, en ciertos tiempos de su vida, siempre por el valor y sublimidad de los proyectos: general para el consejo y las resoluciones, soldado para pelear; por el odio á los romanos un segundo Aníbal.»

Mecenas. «Mecenas descendia de una familia de puros caballeros, pero ilustre y antigua. Si era necesaria la vigilancia, se le veia activo, siempre en movimiento, pensando en todo, quitándose tambien el sueño. Cuando le dejaban los negocios, mas delicado casi que una mujer, se entregaba enteramente al placer y á los atractivos de la ociosidad.»

Escipion Emiliano. «Escipion Emiliano, igualmente recomendable por todas las cualidades que pueden ilustrar la toga y la espada, hacia revivir en su persona las virtudes de Escipion el Africano su abuelo, y de Paulo Emilio su padre. Era el primer hombre de su siglo en la propension é inclinacion á las ciencias. Nada se vió en él durante todo el curso de su vida, que no fuese laudable; acciones, discursos, pensamientos. Estimaba y admiraba tanto las letras humanas y las ciencias, en las que sobresalia él mismo, que tenia siempre consigo, así en paz como en guerra, á Panecio y Polibio, dos ilustres sabios. Nadie sabia mejor que él mezclar el ocio y el trabajo, ni aprovecharse con mas delicadeza y gusto de los intervalos que le dejaban los negocios. Dividido entre las armas y los libros, entre los trabajos militares de la campaña, y las pacíficas ocupaciones del gabinete, ó ejercitaba su cuerpo con las fatigas de la guerra, ó cultivaba su entendimiento con el estudio de las ciencias.»

Caton de Utica. «Caton de Utica tuvo por bisabuelo á Caton el censor, aquel ilustre jefe de la familia Porcia. Mas semejante, por su carácter, á los dioses que á los hombres, se le podia considerar como el retrato de la virtud. No hizo cosa alguna virtuosa para parecerlo, sino porque no podia obrar de otro modo. Nada le parecia razonable, sino lo que era justo. Libre de todos los defectos humanos, se mantuvo siempre dueño de la fortuna, sin cederle jamás.»

Pompeyo. «Era Pompeyo de costumbres muy puras, de una rectitud irreprensible, de una elocuencia mediana. Muy deseoso de distinciones y empleos, con

tal que se los confiriesen voluntariamente y por honor, pero nó hasta llegar á ocuparlos por fuerza. General muy hábil en la guerra, ciudadano muy moderado en la paz, sino cuando temia que alguno se le igualase. Amigo constante, fácil en perdonar las injurias, de buena fé cuando se reconciliaba, y se daba con facilidad por satisfecho. Jamás, ó rara vez, se valió de su poder para cometer injusticias ó violencias. Se podria decir que estaba exento de todos los vicios: sino lo era muy grande, en una ciudad libre, señora de todas las naciones, en la que todos los ciudadanos son por derecho iguales, el no poder sufrir que nadie le igualase en poder y autoridad.»

César. «César, el sugeto mas bien parecido de todos los romanos, los excedia en la firmeza y extension de un ánimo superior, en una generosidad y magnanimidad que llegaba á la profusion: finalmente, parecia haber nacido superior al hombre, por un corazon y valor que excede á toda ponderacion. La grandeza de sus proyectos; su rapidez en el modo de hacer la guerra; su intrépida resolucion en exponerse á los peligros, le hicieron enteramente semejante á Alejandro el Grande; pero á Alejandro, cuando era todavía moderado en el comer, y dueño de su cólera. Usaba del alimento y del sueño, nó por gusto, sino únicamente para satisfacer las necesidades de la naturaleza.»

Tácito era de mas edad que Plinio el menor, quien habia nacido el año 61 de J. C.

Vespasiano empezó á elevarle á las dignidades: Tito continuó, y Domiciano se las añadió mayores. Fué pretor en tiempo de este último, y cónsul en el de Nerva, y subrogado á Virginio Rufo, cuyo panegírico hizo.

Se casó con la hija de Cn. Julio Agrícola, célebre por la conquista de la Inglaterra. Habia cuatro años que estaba fuera de Roma, cuando murió Agrícola. Lipsio cree que Tácito dejó hijos, porque el emperador Tácito se decia su descendiente, ó de la misma familia.

Las letras hicieron á Tácito mas ilustre que sus dignidades. Abogó, aun después de haber sido cónsul, con mucha reputacion de elocuencia, y su carácter particular era la gravedad y majestad. Fué muy estimado desde sus primeros años.

Plinio el menor fue uno de los que mas le veneraban, y contrajeron los dos una amistad muy estrecha. Se corregian mútuamente sus obras: ¡gran socorro para un autor! Yo le experimento todos los dias con un vivo reconocimiento, y conozco muy bien que debo el buen éxito de mi trabajo á un socorro semejante que me dispensan amigos igualmente entendidos y afectos.

Parece que dió Tácito al público algunas arengas ó alegatos. Compuso tambien algunos versos. Tenemos suya una carta entre las de Plinio. Pero hoy dia no se le conoce sino por lo que escribió sobre la historia, á la que dice San Sidonio que no se aplicó hasta después que no pudo lograr se determinase Plinio á emprenderla.

Compuso su «Descripcion de Alemania,» en el tiempo del segundo consulado de Trajano: á lo menos hay motivo para congeturarlo asi.

«La vida de Agrícola,» su suegro, parece tambien por el prefacio, que fué una de sus primeras obras, y que la compuso en el principio de Trajano. Emplea una parte de este prefacio en representar los tiempos tempestuosos de un reinado cruel y enemigo de toda virtud. Era el de Domiciano. Le concluye advirtiendo que consagra este escrito á la fama de Agrícola su suegro, y añade que espera que el sentimiento de respeto y reconocimiento que le movió á emprender esta obra, hará que parezca laudable ó á lo menos excusable.

Entra después en materia, y expone las principales circunstancias y las principales acciones de la vida de su suegro. Este escrito es uno de los mas excelentes y de los mas preciosos fragmentos de la antigüedad. Los militares, los cortesanos y los magistrados, pueden encontrar en él excelentes instrucciones.

La principal obra de Tácito es la que escribió de la historia de los emperadores, empezando en la muerte de Galba, y acabando en la de Domiciano; á esto llamamos sus «Historias.» Pero de los veinte y ocho años que contenia esta historia, desde el año 69 hasta el 96, no tenemos mas que el 69 y una parte del 70. Para componer esta obra, pedia memorias á los particulares, como se las pidió á Plinio el menor, sobre la muerte de su tio. Y los que deseaban que los conociese la posteridad, se las enviaban por sí mismos, lo que vemos por el mismo Plinio, quien esperó inmortalizarse por este medio. Las cartas que le escribió sobre esto parece que son del año 102 ó 103, y por aquí se puede juzgar del tiempo en que trabajaba Tácito en esta obra.

Tenia ánimo, después que la hubiese acabado, si Dios le conservaba la vida, de componer tambien la Historia de Nerva y de Trajano: Tiempos felices, dice, en los que se podia pensar lo que se queria, y decir lo que se pensaba. Pero parece que no ejecutó este proyecto. En vez de esto volvió á empezar la historia romana, desde la muerte de Augusto hasta la de Galba; y á esto llama él mismo sus «Anales,» porque procuraba poner todos los sucesos en los respectivos años, lo que sin embargo no observa siempre cuando refiere alguna guerra.

En un pasaje de estos Anales, se remite á la historia de Domiciano que habia escrito antes: lo que indica que las «Historias» son anteriores á los «Anales,» aunque estén estos colocados los primeros. Así se advierte, que el estilo de sus historias es mas florido y difuso, y el de sus anales mas grave y ajustado, sin duda porque, inclinado naturalmente á lo sucinto, se fortalecia cada vez mas en este hábito, cuanto mas escribia. De los cuatro emperadores, cuyas vidas escribió Tácito en sus Anales, es á saber, Tiberio, Calígula, Claudio y Neron, solo tenemos la historia casi entera del primero y último; tambien nos faltan tres años de Tiberio y los últimos de Neron. Calígula se perdió enteramente, y solo tenemos el fin de Claudio.

Tambien tenia intencion de escribir la historia de Augusto, pero parece que San Jerónimo no tuvo noticia sino de lo que compuso después de la muerte de aquel príncipe, hasta la de Domiciano: lo que, dice, contenia treinta libros.

Si lo que dice Quintiliano de un célebre historiador de su tiempo, á quien no nombra, se debe entender de Tácito, como lo han creido algunos autores, parecia que estaba en la obligacion de quitar pasajes demasiado libres y audaces. Véase aquí el lugar de Quintiliano. «Hay un historiador, que aun vive para gloria de nuestro tiempo, y que merece vivir eternamente en la memoria de los siglos futuros. Algun dia se le nombrará: ahora bien se entiende de quien quiero hablar. Este grande hombre tiene admiradores, nó imitadores, le perjudicó el amor á la verdad, aunque suprimiese una parte de lo que habia escrito. En lo que queda, no se deja de conocer perfectamente un genio elevado y un modo de pensar libre y arrojado.»

Es lástima que no se tengan mas noticias de las circunstancias de la vida de un escritor tan celebre. Tampoco se sabe nada de su muerte. El emperador Tácito que hacia vanidad de descender de la familia de nuestro historiador, ordenó que se pusiesen sus obras en todas las bibliotecas, y que se hiciesen todos los años diez copias, por cuenta del público, con el fin de que estuviesen mas correctas. Era una prudente y laudable precaucion que deberia, al parecer, conservarnos enteramente una obra tan digna, en todas sus partes, de pasar á la posteridad..

Se alaba Tácito de haber escrito sin odio ni prevencion, y haber seguido en todo la pura verdad, lo que es la principal obligacion de un historiador. Para desempeñarla necesitaba Tácito, no solamente de mucho amor á lo verdadero, sino tambien un dicernimiento muy delicado, y de mucha precaucion. «Porque, él mismo advierte, hablando de las historias de Tiberio, de Cayo, de Claudio y de Neron, que sea que se escribiesen mientras vivian, ó poco después de su muerte, reinaba en ellas igualmente la falsedad, porque el miedo habia dictado las unas y el odio las otras.» «Tienen, dice en otra parte, dos grandes defectos que ofenden á la verdad: el furor de alabar excesivamente á los poderosos, para agradarles, y el gusto secreto de decir mal, para vengarse. No se debe esperar que semejantes historiadores, que son, ó aduladores ó enemigos declarados, se granjeen mucho la estimacion de la posteridad.» «Causa enfado una humilde lisonja, porque huele á servidumbre; pero se da voluntariamente oídos á la murmuracion, cuya malignidad se disimula con un aire de libertad.» Tácito promete apartarse de estos dos excesos, y protesta una fidelidad á prueba de toda seduccion.

El fragmento del reinado de Tiberio está reputado por el modelo de Tácito, en cuanto á la política. Lo restante de su historia, se dice, pudiera haberlo compuesto otro, y no le faltaban á Roma oradores para pintar los vicios de Calígula, la estupidez de Claudio y las crueldades de Neron. Pero, para escribir la vida de un príncipe como Tiberio, se necesitaba un historiador como Tácito que pudiese aclarar todos los embolismos del gabinete, asignar las causas verdaderas de los sucesos, y discernir el pretexto y la apariencia de la verdad.

Es útil é importante, yo lo confieso, descubrir las virtudes falsas, penetrar en las tinieblas, en donde se ocultan la ambicion y las otras pasiones, y exponer los vicios y delitos con toda claridad, para inspirar horror á ellos. ¿Pero no se puede temer que un historiador que afecta casi en todo escudriñar el corazon humano, y explorar sus mas ocultos secretos, ponga sus juicios y conjeturas por realidades, y atribuya con frecuencia á los hombres intenciones que no tuvieron, y proyectos en que jamás pensaron? Salustio no deja de sembrar en su historia reflexiones de política, pero lo hace con mas arte y reserva, y con esto se hace menos sospechoso. Parece que Tácito en la historia de los emperadores, cuidó mas de descubrir el mal, que de mostrar el bien: lo que puede ser provenga de que aquellos, cuyas vidas tenemos, son casi todos príncipes malos.

En lo perteneciente al estilo de Tácito, no se puede negar que es muy obscuro: es tambien algunas veces duro, y no tiene toda la pureza de los buenos autores de la lengua latina. Pero sobresale en contener mucho sentido en pocas palabras, lo que da á su discurso una fuerza, una energía y una viveza muy particular. Tambien sobresale en pintar los objetos, tan presto de un modo mas sucinto, tan presto con mas extension; pero siempre con vivos colores que hacen sensible lo que pinta, y (lo que es su propio carácter) que hacen pensar mucho mas de lo que dice. Algunos ejemplos de esto convencerán mejor que mis palabras. Los sacaré solamente de la Vida de Agrícola.

Lugares de Tácito muy fervorosos.—1. Habla Tácito de los pueblos de la gran Bretaña, que daban voluntariamente las levas, pagaban los tributos y satisfacian todas las otras cargas, cuando los gobernadores que enviaba Roma, los regian con blandura; «pero que sentian mucho los tratamientos duros y violentos, bastante domados para obedecer, nó para ser tratados como esclavos.»

2. «Habiéndose aplicado Agrícola, desde sus primeros años, á contener estos desórdenes, dió estimacion á la paz entre estos pueblos, la que antes, fuese por negligencia, fuese por tolerancia de los gobernadores, no se temia menos que la guerra.»

3. El recibimiento que hizo Domiciano á Agrícola, á la vuelta de sus gloriosas campañas, es uno de los mejores pasajes de Tácito; pero cuya viveza no se puede poner en una traduccion. «Después que le abrazó con frialdad, y sin haberle dicho una palabra» el emperador se confundió con la multitud de los cortesanos.

4. Lo mismo se debe decir de lo que se sigue inmediatamente. Agrícola, que conocia perfectamente el genio de la corte, y que sabia cuán onerosa es á estos cortesanos ociosos y sin mérito la reputacion de un general que ha tenido buen éxito, para templar su esplendor, y para apagar la envidia, se redujo á una vida tranquila y retirada. «Tenia un equipaje mediano, era afable para todo el mundo, y andaba acompañado de uno ó dos amigos solamente; de suerte, que el mayor número que acostumbra juzgar del mérito de los hombres por el esplendor y magnificencia de su tren, después de haber visto y considerado á Agrícola, se preguntaban si era el hombre tan célebre, y pocos le conocian por esta exterioridad.» Qué medio para traducir estas dos últimas frases, «quærerent famam, pauci interpretarentur», que tienen un sentido profundo, y que casi es necesario adivinar! El historiador le preparó, diciendo que no se juzga regularmente de los hombres grandes, sino por el esplendor exterior que los rodea. Distingue dos especies de mirones, los unos que eran el mayor número, viendo la modestia del exterior de Agrícola, buscaban en qué se podia fundar su reputacion, no descubriendo sus señales regulares. Los otros, y eran muy pocos, poniéndose sobre las preocupaciones populares, comprendian que se podia ocultar un gran mérito bajo de exterioridades sencillas y modestas, y que lo uno no era incompatible con lo otro.

5. Mezcla Tácito algunas veces, con los hechos que expone, reflexiones muy juiciosas. Esto hace de un modo maravilloso, ponderando la prudencia y moderacion con que llevaba y suavizaba Agrícola el humor violento de Domiciano, aunque hubiese recibido de él muchos malos tratamientos. «Aunque sea propio del hombre aborrecer á aquel á quien ha ofendido, y fuese Domiciano de un natural violento, y tanto mas irreconciliable, cuanto su odio y cólera eran mas disimuladas, sabia suavizarle Agrícola con su moderacion y prudencia; porque no incitaba la tenacidad del príncipe, ni aspiraba á la fortuna y reputacion con una vana y fiera afectacion de libertad, que tiene algo de inobediencia. Que aprendan, con su ejemplo, los que no tienen sino una generosidad temeraria; que puede haber grandes hombres, reinando malos príncipes; y

que la sumision y modestia, si están apoyadas de un vigor y de una actividad propias para los grandes negocios, pueden llegar al mismo grado de gloria á que caminan la mayor parte de los hombres, con procederes temerarios y violentos, sin ventaja alguna para el bien público, y sin otro fruto para sí mismos que señalarse con una caída ruidosa. »

Quinto Curcio. Advertí ya en otra parte, que no se sabe precisamente el tiempo en que vivió Q. Curcio. Es asunto de una gran disputa entre los eruditos: los unos le ponen en el de Augusto ó Tiberio, otros en el de Vespasiano, algunos en el de Trajano.

Escribió la historia de Alejandro el Grande en diez libros, de los cuales los dos primeros no han llegado hasta nosotros: pero se suplieron por Freinshemio. Su estilo es florido, agradable, lleno de reflexiones juiciosas y de arengas muy buenas, pero por lo regular muy largas, y en las que se percibe algunas veces lo declamador. Sus pensamientos ingeniosos y frecuentemente muy sólidos, tienen no obstante un esplendor y lucimiento afectado, que parece que no se marcaron enteramente con el sello del siglo de Augusto. Se extrañaria bastante que Quintiliano, en la enumeracion que hizo de los autores latinos, no hiciese mencion alguna de un historiador tan recomendable como Q. Curcio, si hubiese vivido antes de él.

Se le reprenden muchos defectos de ignorancia, por lo respectivo á la astronomía, á la geografía, á las datas de los sucesos, y tambien á los afectos mas conocidos de la naturaleza, como el haber creido que se eclipsa la luna indiferentemente cuando es nueva, y cuando está llena.

Tenemos una excelente traduccion de Q. Curcio por el señor de Ibañez que es la que dimos.

Suetonio era hijo de Suetonio Lenis, tribuno de la legion 13, que se halló en la batalla de Bedriac, en la que las tropas de Vitelio vencieron á las de Oron. Floreció en tiempo de Trajano y en el de Adriano. Plinio el menor le estimaba mucho y le queria tener siempre consigo. Dice que cuanto mas le conocia, mas le amaba, á causa de su rectitud, de su honradez, de su buena conducta, de su aplicacion á las letras y de su erudicion, y le sirvió mucho.

Compuso Suetonio un número muy grande de libros, que casi todos se han perdido. No tenemos mas que su historia de los doce primeros emperadores, y una parte de su tratado de los ilustres gramáticos y retóricos. Esta historia es muy estimada por los eruditos. Se aplica mucho menos á los negocios del imperio que á la persona de los emperadores, cuyas acciones particulares dan á conocer su conducta doméstica, y todas sus inclinaciones así buenas como malas. No observa Suetonio el órden de los tiempos, y no ha habido historia que sea mas distinta de los anales que esta. Todo lo reduce á ciertos artículos generales, y pone junto lo que corresponde á cada artículo. Su estilo es natural, y se conoce bien que procuró mas la verdad que la elocuencia. Con razon se le reprende el haber dado demasiada licencia á su pluma, y haber sido tan libre y tan poco moderado en sus relaciones, como lo fueron los emperadores, cuya historia nos traza en su vida.

Floro. Se cree que Floro podia ser español, de la familia de los Sénecas, y haber tenido los nombres de « L. Aneo Séneca » por el nacimiento, y de « L. Julio Floro » por adopcion. Tenemos suyo un compendio de la historia romana en cuatro libros, desde el reinado de Rómulo hasta el tiempo de Augusto, que parece se escribió en el de Trajano. No tiene el defecto regular de los compendios, de ser seco, insípido y molesto. Su estilo es elegante, agradable, y tiene alguna cosa de la viveza poética; pero se le encuentra en algunos pasajes demasiado énfasis y pompa, y algunas veces tambien afectacion. No es un compendio de Tito Livio, con quien frecuentemente no conviene. Dijimos ya que se duda con fundamento que los epítomes ó sumarios que están en el principio de los libros de Tito Livio, sean de Floro.

Justino. Se cree que fué á Tito Antonino á quien dedicó Justino su compendio de la historia de Trogo Pompeyo; pero en esto no se puede asegurar nada, habiendo habido muchos emperadores del nombre de Antonino. Se pone á Trogo Pompeyo entre los ilustres escritores del tiempo de Augusto. Se le coloca entre los historiadores del primer mérito, con Tito Livio, Salustio y Tácito. Su obra era de una extension inmensa, y comprendia en cuarenta y cuatro libros toda la historia griega y romana hasta el tiempo de Augusto. Justino hizo el compendio de ella en otros tantos libros, en lo que no nos hizo mucho favor, si es verdad que fué este compendio la causa de la pérdida del original. Se puede juzgar cuán puro y elegante era el estilo de Trogo, por la arenga de Mitridates á sus tropas, la que insertó Justino toda entera en su libro treinta y ocho. Es muy larga, pero indirecta. Porque nos hace reparar Justino, que no aprobaba Trogo el que Tito Livio y Salustio hiciesen entrar en sus historias arengas directas. Fué al fin de esta arenga cuando Mitridates, despues de haber representado á sus soldados que los lleva, no ya á las horribles soledades de la Escitia, sino al país mas fértil y opulento del universo, añade: « Que los espera el Asia con impaciencia, y parece que los llama en alta voz y les alarga los brazos; tanto odio y aversion á los romanos les inspiraron la codicia de los procónsules, las violencias de los asentistas, las trampas legales que se les suscitan en los tribunales. » El estilo de Justino es puro, inteligible, agradable: pone de cuando en cuando buenos pensamientos, sólidas reflexiones y descripciones muy vivas. Á excepcion de un corto número de palabras ó locuciones, su latinidad es bastante pura, y es muy verosímil que empleó regularmente los propios términos y las mismas frases de Trogo.

Autores de la historia Augusta. — Se llama « Historia Augusta » la de seis escritores que nos dejaron las vidas de los emperadores romanos, desde Adriano hasta Carino. Estos autores son Esparciano, Lampridio, Vulcacio, Capitolino, Polion y Vopisco. Vivieron todos en tiempo de Diocleciano, aunque escribiesen tambien algunos en el de sus sucesores. No entraré en la individualidad de sus obras, las que no tienen relacion con mi historia.

Aurelio Victor vivió en el reinado de Constancio y mucho tiempo despues. Se cree que era africano. Nació en la campiña de un padre muy pobre y sin letras; parece que era todavía pagano cuando escribió. Su historia de los emperadores empieza en Augusto, y llega hasta el año 23 de Constancio.

Todavía tenemos del mismo autor un compendio de las vidas de los hombres ilustres, casi todos romanos, desde Procas hasta Julio César. Otros atribuyen esta corta obra á Cornelio Nepote, á Emilio Probo, etc.; pero Volsio asegura que es de Aurelio Victor. Estos compendios casi no contienen mas que nombres propios y datas, y por esta razon no son buenos para los muchachos que no pueden aprender en ellos mucha latinidad.

Amiano Marcelino era griego de nacion, de una familia principal de la ciudad de Antioquía. Sirvió mucho tiempo en los ejércitos romanos del tiempo de Cons-

tancio. Dejó después la milicia y se retiró á Roma, en donde escribió su historia, la que dividió en treinta y un libros. Se extendia desde Nerva, en donde acabó Suetonio, hasta la muerte de Valente. Hoy dia no tenemos suyo, sino los últimos diez y ocho libros, que empiezan al fin del año 353, inmediatamente después de la muerte de Magnesio. Aunque fuese griego, escribió en latin, pero en un latin, en el que se conoce mucho lo griego y lo soldado. Este defecto se recompensa, dice Vosio, con las otras cualidades del autor, que es grave, serio, prudente, muy sincero y muy amante de la verdad. Se conoce bien que era celoso por los ídolos y por los que los adoraban, particularmente por Juliano el Apóstata, á quien hace su héroe, y al contrario perece muy enemigo de Constancio. Sin embargo, no deja de manifestar equidad para con uno y otro.

Eutropio escribió su compendio de la historia romana en tiempo de Valentiniano y de Valente, pero por órden del último á quien la dedica. Si se ha de juzgar por su estilo, se podria creer que mas bien era griego que romano.

III. Oradores. Me queda que tratar aquí de la parte de las buenas-letras, que tiene mas primor, solidez, grandeza, explendor, y que es de un uso mas extenso: quiero decir la elocuencia, ó talento de la palabra, que ensalza al orador sobre el comun de los hombres, y casi sobre la misma humanidad, que le hace de algun modo dueño y árbitro de las deliberaciones mas importantes, que le da un imperio sobre los corazones, tanto mas admirable, cuanto es enteramente voluntario, y únicamente fundado en la fuerza de la razon puesta con toda claridad: en una palabra, que le pone en estado de manejar los corazones á su arbitrio, de vencer su resistencia mas obstinada, é inspirarles los afectos que le agrade, de tristeza ó alegría, de odio ó de amor, de temor ó esperanza, de cólera ó compasion. Que se representen aquellas numerosas asambleas de Atenas ó de Roma, en las que se trataba de los mayores intereses del estado, y en las que el orador de lo alto de la tribuna de las arengas, dominaba con su elocuencia á un pueblo inmenso que le oia con un profundo silencio, ó no le interrumpia sino con aplausos y aclamaciones. ¿En todo lo que tiene el mundo mas magnífico en apariencia y mas capaz de deslumbrar, hay cosa tan grande, cosa tan lisongera para el amor propio?

Lo que aumenta tambien infinito el precio de la elocuencia, segun la juiciosa reflexion de Ciceron, es la extraordinaria escasez de buenos oradores en todos tiempos. Que se recorran todas las otras profesiones, todas las ciencias, todas las artes, se hallará un gran número de personas que se distinguieron en ellas; generales de ejércitos, políticos, magistrados, filósofos, matemáticos, médicos, en una palabra, hombres excelentes en todo género. No se puede decir enteramente lo mismo de los poetas, hablo de los que han llegado á la perfeccion de su arte: su número fué siempre muy raro; pero con todo eso mucho mayor que el de los buenos oradores.

Lo que digo aquí debe parecer tanto mas extraño, cuanto por lo que mira á las otras artes, y á las otras ciencias, es necesario irlas á tomar en fuentes apartadas, desconocidas, y fuera del uso comun: en lugar que el talento de la palabra es una cosa enteramente natural, que nada tiene de imperceptible, ni abstracto, y una de sus principales reglas y cualidad esencial, es explicarse claramente sin apartarse jamás de la naturaleza.

No se puede decir que el buen efecto en las otras artes provenia, entre los antiguos, de que el atractivo de la recompensa empeñaba á mas personas á aplicarse á ellas. Fuese en Atenas, fuese en Roma, que son los dos grandes teatros en donde sobresalieron con tanto esplendor los talentos del entendimiento, jamás se cultivó estudio alguno, ni mas generalmente, ni con mas actividad y ardor, como el de la elocuencia. En repúblicas como aquellas, en las que se examinaban en comun todos los negocios del estado, en las que se trataba de la guerra, de la paz, de las alianzas, y de las leyes, delante del pueblo y delante del senado, en las que se determinaba todo á pluralidad de votos, debe necesariamente dominar el talento de la palabra; cualquiera que en semejantes asambleas habla con mas elocuencia, se hace seguramente el mas poderoso. Así la juventud, por poca ambicion que tuviese, no dejaba de aplicarse, con todas sus fuerzas, á un estudio que abria la puerta á las riquezas, á la autoridad y á las dignidades.

¿Pues porqué se vió siempre un número tan corto de excelentes oradores, no obstante un número tan grande de ingenios sobresalientes, no obstante tantas ventajas del lado de la fortuna, no obstante los atractivos de una reputacion tan lisonjera? La razon de esto es evidente, y se debe concluir, que es necesario que entre todas las artes que ocupan el entendimiento humano, sea la elocuencia la mas grande, la mas difícil, y la que requiere mayor número de talentos, y de talentos enteramente distintos, y aun en la apariencia totalmente opuestos.

Se sabe que hay tres géneros de discursos: el grande ó sublime, el compuesto ó natural, el templado ó adornado, que tiene el medio entre los otros dos.

En el género sublime, usa el orador de lo mas noble que hay en los pensamientos, mas magestuoso en las exprexiones, mas gallardo en las figuras, mas persuasivo y mas fuerte en las pasiones. Entónces su discurso es como un torrente impetuoso, incapaz de ser contenido ni detenido, que arrastra con su violencia á los que le oyen, y los precisa, á pesar suyo, á seguirle á todas partes á donde los lleva. Hay mas de una especie de sublime. Pero no es este el lugar de tratar esta materia, lo que solo probaria la extension de talentos que requiere la elocuencia.

El estilo natural es enteramente distinto. Es claro, puro, inteligible, y nada mas. No piensa en elevarse, ni procura otra cosa que darse á entender. Solamente se jacta de una particular pureza de lenguaje, de una grande elegancia, y de una fina delicadeza. Si aventura algunas veces algun adorno, es un adorno enteramente sencillo y natural. No puedo explicar mejor este estilo que con esta palabra de Horacio, «simplex munditiis,» ni dar de él modelos mas perfectos que á Fedro y á Terencio.

El tercer género de elocuencia tiene como el medio entre los otros dos, por eso se le llama género templado. Se acerca á los dos, pero sin llegárseles, ni parecérseles. Participa de uno y otro, ó para hablar con mas precision, no es ni uno ni otro. En este género emplea el orador, sin violencia, lo noble de las metáforas, el esplendor de las figuras, el agrado de las digresiones, la armonía de la colocacion, la novedad de los pensamientos ingeniosos; pero conservando en todo esto el carácter de una dulzura templada que le es particular: de suerte, que entónces se le puede comparar á un rio de una agua clara y corriente, cuyas riberas están cubiertas con la sombra de los frondosos árboles.

Cada uno de estos tres géneros es muy apreciable en sí mismo, y da mucha reputacion á todo escritor que se distingue en ellos. Pero el sublime excede infinitamente á los otros dos. Este género de elocuen-

cia es la que excita la admiracion, que arranca los aplausos, que mueve todas las pasiones, y que tan presto tronando y fulminando, introduce la tribulacion en los corazones, tan presto se insinúa en los ánimos con suavidad, y de un modo tierno y persuasivo.

La union de todas estas partes es la que hace perfecto al orador, y fácilmente se conoce cuán difícil y singular es que un mismo sugeto junte en sí solo tantas cualidades diferentes. La enumeracion que haremos muy presto de los antiguos oradores, así griegos como latinos, nos mostrará algunos de ellos que se dedicaron con felicidad á los dos últimos géneros, muy pocos que pudiesen llegar al sublime, y muchos menos que lograsen distinguirse en todos tres juntos.

Lo que ocasiona que el suceso sea tan difícil y raro, es que las cualidades excelentes que constituyen las tres especies de estilo de que hablamos tienen muy cerca de sí un defecto que se adorna con su nombre, que se les asemeja con efecto hasta cierto punto; pero que los altera y corrompe queriéndose propasar, y hace que degenere la sencillez en bajeza, el adorno en vana ostentacion, lo grande y sublime en una orgullosa afectacion. Porque sucede con el estilo lo que con la virtud. Hay en uno y otro ciertas medidas y ciertos temperamentos que se deben guardar, sin lo cual se incurre en un exceso vicioso.

Exceso tanto mas temible, cuanto parece que nace de la misma virtud, y que se confunde con ella.

Los griegos llaman á este exceso «kakozelon: mala afectacion.» Esta se puede hallar en los tres géneros de estilos, cuando se excede de lo bueno y verdadero, cuando no es guiado el entendimiento por el juicio, y cuando se deja deslumbrar por la falsa apariencia de lo bueno: lo que es, en materia de elocuencia, el mayor y mas pernicioso de todos los defectos; porque en lugar que los otros se evitan, este se busca.

Hay tambien una propiedad comun á todas las especies de estilos, y acabaré con esta reflexion. Se ve entre los oradores, y lo mismo se debe decir de los historiadores, de los poetas y de todos los escritores, una infinita variedad de estilos, de genios, de caractéres que los diferencian mucho, sin que se pueda hallar uno solo que se parezca perfectamente á otro. No obstante, hay tambien entre ellos una secreta semejanza, y como un vínculo que los aproxima y los une. Entiendo por esto cierto gusto esquisito y delicado, una especie de tintura de lo verdadero y de lo bueno, un modo de pensar y de explicarse tomado en la misma naturaleza, finalmente, un no sé qué, que se conoce mejor de lo que se puede explicar, que hace que un lector juicioso y entendido discierna las obras, las antiguas como modernas, que están marcadas con el sello de la buena antigüedad.

Á esto se deben aplicar, y es de lo que deben cuidar los jóvenes que piensan en adelantarse en las buenas letras: quiero decir, estudiar en las obras estos primores naturales que son de todos los siglos, y de todas las lenguas, y hacérselos familiares con una lectura séria y reiterada de los autores en que se encuentran, para llegar al punto de discernirlos á primera vista, y á conocerlos casi con el olfato.

Art. 1.° §. 1. La Grecia, tan fértil en excelentes ingenios para todas las artes, fué mucho tiempo estéril por lo respectivo á la elocuencia, y se puede decir que antes de Pericles todavía no hacia de algun modo sino tartamudear, y que hasta entónces habia tenido poca idea, y hecho poco caso del talento de la palabra. En Atenas empezó á darse á conocer la elocuencia. Y no debe admirar que se hubiesen pasado ya muchos siglos sin que tuviese estimacion. No es entre los cuidados del establecimiento de un estado, ni en la inquietud de las guerras, cuando nace el deseo de cultivarla. Amiga de la paz y de la quietud, necesita tener por cuna una república ya bien firme y bien gobernada.

Pero lo que debe admirar mas es, que la elocuencia, casi todavía nueva, y casi desde sus primeros principios (porque en el tiempo de Pericles fija Ciceron su época), llegase de repente á una tan alta perfeccion. Antes de Pericles no habia discurso alguno, obra alguna en la que se viese alguna luz de elegancia ni adorno, ni en que se conociese el orador; y sobresalian ya sus discursos en lo mas singular, mas enérgico y sublime que hay en la elocuencia.

Teniendo Pericles la idea de hacerse poderoso en la república, y dominar en las asambleas del pueblo, consideró la elocuencia como el instrumento mas necesario para lograr sus fines, y se dedicó enteramente á ella. La natural singularidad de su genio le ofrecia todos los recursos, y el profundo estudio que hizo de la filosofía con Anaxágoras le enseñó los medios por donde se mueve y maneja á su arbitrio el corazon de los hombres. Empleaba, con un arte maravilloso, tan presto la suavidad de la insinuacion para persuadir, tan presto la eficacia del terror para acobardar y turbar. Atenas, que veia lucir en su seno una nueva luz, embelesada con las gracias y sublimidad de sus discursos, admiraba su elocuencia y la temia. Se observó que en el mismo tiempo que se oponia á las voluntades del pueblo, con una especie de rigor inflexible, sabia agradarle, y tenia la hábilidad de atraerle insensiblemente á su dictámen. Así los poetas cómicos en sus sátiras contra él (porque entónces no se libraban de ellas los mas poderosos de la república) decian en alabanza suya de un lado, que la diosa de la persuasion residia con todas las gracias en sus labios; de otro que tronaba y fulminaba: tanta vehemencia tenian sus discursos, y dejaban siempre una especie de incentivo en el alma de sus oyentes.

Por este raro talento de la palabra logró Pericles mantener por espacio de cuarenta años seguidos, así en paz como en guerra, una entera autoridad sobre el pueblo mas inconstante y mas extravagante del mundo, y al mismo tiempo mas celoso de su libertad; siendo necesario, tan presto animarle en el desaliento á que se entregaba por las desgracias que le sucedian, tan presto humillar su altivez y contener sus ímpetus en los sucesos felices. Por esto se ve lo que puede la elocuencia, y el aprecio que se debe hacer de ella.

Aunque no dejase Pericles escrito alguno de elocuencia, no obstante, bien merece ponerse el primero de los oradores griegos; tanto mas, segun Ciceron, cuanto fué él quien introdujo en Atenas la inclinacion á la sana y perfecta elocuencia, quien la dió estimacion, quien manifestó su verdadero uso y verdadero destino, y quien hizo conocer sus saludables efectos por las buenas resultas que tuvieron sus arengas.

Ahora hablaré de los diez oradores atenienses, cuya vida nos dejó en compendio Plutarco, y no me detendré sino en los que son mas conocidos.

Antifon se aprovechó mucho de las conversaciones que tuvo con Sócrates. Daba lecciones de retórica. Componia tambien alegatos para los que los necesitaban, y se cree que fué el primero que introdujo esta costumbre. Era vivo y rico en la invencion, exacto en el estilo, activo para las pruebas, hábil para responder á las objeciones inopinadas: sobresalia en excitar las pasiones, y en dar á cada persona de las que hace hablar, su carácter propio y particular. Fué condena-

do á muerte por haber favorecido el establecimiento de los cuatrocientos en Atenas.

Andocido era tambien contemporáneo de Sócrates. Empezó á florecer veinte años antes de Lisias. Fué citado en juicio, como que habia tenido parte en la ruina de las estátuas de Mercurio, que todas fueron derribadas ó mutiladas en una sola noche, en el principio de la guerra del Peloponeso. No salió de este peligro sino prometiendo descubrir los delincuentes, en cuyo número puso á su propio padre, al que no obstante salvó la vida. Su estilo era natural y casi enteramente destituido de figuras y adornos.

Lisias era originario de Siracusa, pero nacido en Atenas. De edad de quince años pasó á Turium, en Italia, con dos hermanos suyos, á la nueva colonia que se iba á establecer allí. Se mantuvo en ella hasta la derrota de los atenienses delante de Siracusa, y por entónces se volvió á Atenas de edad de cuarenta y ocho años.

En esta ciudad se distinguió particularmente, y se le consideró siempre como uno de los mas excelentes oradores griegos, pero en el género de elocuencia natural y tranquila. La claridad, la pureza, la dulzura y delicadeza del estilo, eran su carácter propio. Era, dice Ciceron, un escritor de una precision y elegancia extrema, y ya casi se podia alabar Atenas de tener un orador perfecto. Quintiliano da de él la misma idea. Lisias, dice, tiene el estilo sútil y elegante. Si fuese bastante para el orador instruir, nadie se le podria preferir. No se ve nada inútil, nada afectado en su discurso. Con todo eso, su estilo es mas semejante á un arroyo claro y puro, que á un rio grande.

Si se limita Lisias por lo regular en esta sencillez, y como la llama Ciceron, esta sequedad de estilo, no es porque absolutamente fuese incapaz de energía y grandeza: porque, segun el mismo Ciceron, se encuentran en sus arengas pasajes muy enérgicos y vigorosos. Practicaba esto por eleccion y por juicio. No defendia él mismo las causas en los tribunales, pero componia alegatos para otros, y para tomar su carácter, se veia frecuentemente obligado á emplear un estilo natural y poco elevado, sin lo cual perderia la gracia de la sinceridad que se admira en él, y revelaria él mismo su secreto. Era pues necesario que sus discursos, los que no pronunciaba él mismo, tuviesen un aire desaliñado, lo que es mucho arte, y uno de los grandes secretos de la composicion. Así se frustraba la ley que ordenaba á los acusados que defendiesen ellos mismos su causa, sin emplear el ministerio de los abogados.

Cuando fué llamado Sócrates ante los jueces para dar cuenta de sus opiniones sobre la religion, le llevó Lisias un alegato que habia compuesto con mucho cuidado, y en el que sin duda puso todo lo que era capaz de persuadir á los jueces. Sócrates, despues que le leyó, dijo que estaba muy bueno y muy elegante, pero poco correspondiente al carácter de fortaleza y constancia que debe manifestar un filósofo.

Dionisio de Halicarnaso pinta muy á lo largo, y con mucho discernimiento y juicio, el carácter del estilo de Lisias, y dice por menor todos sus rasgos de elocuencia; pero siempre en el género de elocuencia sencillo y natural de que he hablado. Pone tambien algunos retratos de una de sus arengas, para dar á conocer mejor su estilo.

Isócrates era hijo de Teodoro, ateniense, quien, habiéndose enriquecido fabricando instrumentos de música, juntó bastante caudal para hacer educar con cuidado á sus hijos: porque además de Isócrates tenia dos hijos y una hija. Nació Isócrates hacia la olimpiada 86, veinte y dos años despues de Lisias, y siete antes de Platon. Recibió una excelente educacion, y tuvo por maestros á Prodico, Gorgias, Tisias, y segun algunos á Teramenes, esto es, los retóricos mas famosos que habia entónces.

Su aficion le inclinó bastante á seguir el camino regular de los jóvenes atenienses, y á entrar en el manejo de los negocios; pero no permitiéndole la debilidad de su voz, y una cortedad casi insuperable, exponerse á parecer en público, volvió sus miras á otro lado. Sin embargo, no renunció enteramente ni la gloria de la elocuencia, ni el deseo de ser útil al público, que eran sus dos mayores pasiones; y lo que le negaba el impedimento natural de su voz, pensó recuperarlo con el ministerio de la mano y de la pluma. Se aplicó, pues, con cuidado á la composicion, y no tomó por objeto de su trabajo, como la mayor parte de los sofistas, cuestiones vagas é inútiles, ó asuntos de mera curiosidad, sino materias sólidas é importantes de gobierno y de política, que pudiesen ser útiles á las repúblicas y príncipes, como tambien á los particulares, y le pudiesen tambien honrar por las gracias que procuraria distribuir en sus escritos. El mismo Isócrates nos dice, en el exordio de uno de sus discursos, que estas habian sido sus ideas.

Tambien se ejercitó en componer alegatos para los que los necesitaban, segun la práctica bastante regular en aquellos tiempos, aunque contraria á la disposicion de las leyes que mandaban, como lo advertí ya, que se defendiesen las partes á sí mismas, sin emplear socorros estraños. Pero como estos alegatos eran causa de que á él mismo se le moviesen pleitos por la violacion de la ley, y le obligaban á comparecer muchas veces ante los jueces, los renunció enteramente, y abrió un estudio de elocuencia, para instruir la juventud.

Con este nuevo establecimiento se hizo la casa de Isócrates un seminario fecundo de grandes hombres para toda la Grecia, y no salieron de él, dice Ciceron, como del caballo de Troya, sino personas ilustres. Aunque no se presentase en los tribunales públicos, y se mantuviese retirado en el ámbito particular de su estudio ó gabinete, adquirió una reputacion, á la que nadie, despues de él, pudo llegar: igualmente estimado por el talento de componer bien, y por el arte de enseñar bien, como lo manifestaron sus escritos y discípulos.

Tenia un discernimiento maravilloso para conocer las fuerzas, el genio y carácter de los principiantes; para ver cómo debia manejar su ingenio, y á qué lado los debia inclinar; talento raro y absolutamente necesario para lograr buenos efectos en el importante empleo de enseñar. Acostumbraba decir Isócrates, hablando de dos de sus mas ilustres discípulos, que usaba de la espuela con Eforo y del freno con Teopompo, para excitar la lentitud del uno y contener la demasiada viveza del otro. Este, cuando componia, se entregaba á su ardor é imaginacion, y se extendia en expresiones desembarazadas y lucidas: él le reprimia. Al contrario el otro, tímido y reservado, no pensaba mas que en la exactitud, y no se atrevia á aventurar nada; á este le hacia elevar el estilo. No era su ánimo hacerlos semejantes, pero quitándole al uno y añadiéndole al otro, los queria conducir al punto de perfeccion de que era susceptible su natural.

La escuela de Isócrates fué muy útil para el público, y al mismo tiempo muy lucrativa para él. Adquirió en ella mas caudal que habia adquirido ningun otro de los sofistas. Tenia por lo regular mas de cien discípulos, y le pagaba cada uno mil dragmas, esto

es, quinientas pesetas, al parecer por todo el tiempo que estudiaban con él. Me seria sensible, por la honra de un maestro tan hábil, que lo que se dice de él, por lo respectivo á Demóstenes, fuese cierto, de que no le quiso permitir que recibiese sus lecciones, porque no estaba en estado de pagarle enteramente la retribucion ordinaria. Yo me atengo á lo que dice el mismo Plutarco en el propio pasaje, que Isócrates no tomaba nada de los ciudadanos de Atenas, sino solamente de los extraños. Esta generosa y desinteresada conducta corresponde mucho mejor á su carácter y á los excelentes principios de moral sembrados en todas sus obras.

Además de la renta de su escuela, recibia grandes regalos de personas considerables. Nicoclés, rey de Chipre, hijo de Evágoras, le dió veinte talentos (veinte mil pesos) por el discurso que anda con su nombre.

Se refiere de Isócrates un dicho muy juicioso. Estaba á la mesa de Nicoclés, rey de Chipre, y le instaban á que hablase y contribuyese á la conversacion. Siempre se excusó, y dió esta razon de su repulsa: «lo que yo sé, no es aquí del caso, y lo que seria aquí del caso, yo no lo sé.» Este pensamiento se parece mucho al de Séneca. «Jamás quise agradar al pueblo, porque no aprueba lo que yo sé, y yo no sé lo que él aprueba.»

Habiendo sabido Isócrates la derrota de los atenienses por Filipo en la batalla de Queronea, no pudo sobrevivir á la fatalidad de su patria, y murió de dolor, habiéndose estado sin comer cuatro dias. Vivió noventa y ocho ó cien años.

Es dificultoso pintar mejor el carácter del estilo de Isócrates que lo hacen Ciceron y Quintiliano; citaré sus propias palabras. Después de haber dicho Ciceron la ventajosa idea que habia Sócrates concebido de Isócrates, todavía muy mozo, y el magnífico elogio que Platon, enemigo declarado al parecer de los retóricos, habia hecho del mismo Isócrates muy viejo, continúa así refiriendo su estilo: «Este género de elocuencia es suave, agradable, natural, lleno de pensamientos delicados y expresiones armoniosas; pero fué excluido de los tribunales y enviado á las aulas, como mas propio para los ejercicios de pura ostentacion que para las verdaderas disputas.» Véase aquí el retrato que hace Quintiliano, que parece que se sacó del primero.

Lisias é Isócrates eran muy semejantes en muchas cosas, como lo demuestra con bastante extension Dionisio de Halicarnaso; pero el último tenia un estilo mas agradable, mas flúido, mas elegante, mas florido, mas adornado; pensamientos mas vivos y delicados; una colocacion de palabras estudiada con extremo cuidado, y puede ser excesiva. En una palabra, todos los primores, todas las gracias de la elocuencia que permite el género demostrativo, propio de los sofistas, se exponen en sus discursos destinados, nó para la accion y los tribunales, sino para la pompa y la ostentacion.

Ciceron en muchos lugares de sus libros de retórica, insiste mucho en que Isócrates fué el primero, propiamente hablando, que introdujo en la lengua griega, el número, la cadencia, la armonía; las que antes de él eran poco conocidas, y de las que por lo general no se cuidaban.

Me queda que exponer la última calidad de Isócrates, que es su ardiente amor al bien y á la virtud, el que explica Quintiliano con esta palabra: «honesti studiosus,» y el que segun Dionisio de Halicarnaso le hace infinitamente superior á todos los otros oradores. Recorriendo sus principales discursos manifiesta, que no se dirigen todos sino á inspirar á las ciudades, á los príncipes, y tambien á los particulares, pensamientos de rectitud, de honor, de buena fé, de moderacion, de justicia, de amor al bien público, de celo para la conservacion de la libertad, de respeto para la santidad de los juramentos y tratados, y de todo lo que depende de la religion. Aconseja á todos los que están encargados del cuidado de gobernar los estados, y administrar los negocios públicos, que lean y estudien con particular atencion estos admirables libros, que contienen todos los principios de la sana y verdadera política.

Iseo era de Calcis en Eubea. Habiendo venido á Atenas recibió las lecciones de Lisias, cuyo estilo imitó tan bien, que, leyendo sus discursos, se distinguia con dificultad de cuál de los dos eran. Empezó á presentarse con lucimiento después de la guerra del Peloponeso, y continuó hasta el tiempo de Filipo. Fué maestro de Demóstenes, quien se le aficionó prefiriendole á Isócrates, porque la elocuencia de Iseo era mas enérgica y vehemente, y por esta razon mas conforme al ardiente genio de Demóstenes.

Licurgo fué muy estimado en Atenas por su elocuencia y aun mas por su bondad. Se le encargaron muchas importantes comisiones, y las desempeñó siempre con acierto. Le confiaron el cuidado del gobierno político en Atenas, é hizo una guerra cruel á los malhechores, á todos los cuales obligó á salir de la ciudad. Estaba reputado por un juez severo é inexorable. Á esto alude Ciceron escribiendo á su amigo Ático.

Licurgo fué nombrado cuestor, esto es, tesorero general de las rentas de la república, en tres diferentes ocasiones; y ejerció este empleo por espacio de quince años. Durante este tiempo pasaron por su mano catorce mil talentos (cuarenta y dos millones de pesetas), de los que dió una exacta cuenta. Antes de él no llegaban las rentas de la ciudad mas que á sesenta talentos (sesenta mil pesos): la hizo subir á mil y doscientos talentos (un millon y doscientos mil pesos). Fué este cuestor, quien, viendo que un asentista hacia llevar á la cárcel al filósofo Xenócrates, porque no habia pagado á su tiempo cierto tributo como extranjero, le sacó de las manos de los alguaciles, é hizo prender en su lugar al asentista, por haber tenido la insolencia y crueldad de tratar de este modo á un hombre de letras. Esta accion fué generalmente aplaudida. Licurgo era del número de los oradores que pidió Alejandro se le entregasen, en lo que no pudieron consentir los atenienses.

Esquines. Demóstenes. Expuse con mucha extension en otra parte la historia de estos dos célebres oradores, que siempre fuéron émulos y rivales, cuyas disputas no cesaron sino con el destierro de Esquines. Tambien traté lo perteneciente á su estilo y elocuencia. Nada tengo que añadir á lo que dije sobre estos dos artículos. Me contento con poner aquí, á vista del lector, los dos retratos que de ellos hace Quintiliano.

«Ahora sigue una muchedumbre de oradores, porque hubo en Atenas hasta diez á un mismo tiempo; el principal de todos era Demóstenes, que los excedió á todos de mucho, y que mereció ser propuesto casi como la regla de la elocuencia. Tiene su estilo tanta energía, es tan conciso, tan tirante, se halla todo en él tan cabal, y con tan exacta precision, que nada se le puede añadir ni quitar. Esquines es mas abundante, mas difuso. Parece mas grande porque no está tan unido. Tiene mas robustez y menos nervios.»

Hiperides fué primero oyente y discípulo de Platon. Siguió después la carrera de la abogacía, é hizo ad-

mirar en ella su elocuencia. Su estilo era muy agradable y delicado; pero no era bueno sino para las causas menores. Era compañero de Licurgo en el manejo de los negocios públicos, en el tiempo que Alejandro atacó á la Grecia; y siempre se declaró públicamente contra aquel príncipe. Después de la perdida de la batalla cerca de Cranon, estando los atenienses determinados á entregarle á Antípater, se huyó á Egina, y habiendo salido de allí, se salvó en un templo de Neptuno, del que le sacaron y llevaron á Corinto á Antípater, quien hizo que le aplicasen á un cruel tormento para sacarle algunos secretos y algunas noticias de que necesitaba. Pero, por el temor de verse obligado con la violencia del dolor á ser traidor á su patria y á sus amigos, se cortó la lengua con los dientes y murió en los tormentos.

Dinarco, natural de Corinto, segun algunos, se fué á establecer en Atenas en el tiempo que Alejandro hacia sus conquistas en el Asia. Fue discípulo de Teofrasto, quien habia tomado el lugar y la escuela de Aristóteles, y contrajo tambien una particular amistad con Demetrio de Falero. No alegaba el mismo, pero componia alegatos para los que tenian pleitos. Se propuso por modelo á Hiperides, ó mas bien, segun otros, á Demóstenes, cuyo estilo vivo y vehemente correspondia mas á su carácter.

Mudanza que sucedió entre los griegos en la elocuencia.—El tiempo que pasó desde Pericles hasta Demetrio de Falero, de quien vamos á hablar, fue el mejor tiempo de la elocuencia entre los griegos: este espacio fué con corta diferencia de ciento y treinta años. Antes de Pericles habia tenido la Grecia muchos grandes hombres para el gobierno, para la política y para la guerra, y se habia visto en ella una multitud de excelentes filósofos; pero la elocuencia era en ella poco conocida. Fué, como lo observé ya, el primero que la dió estimacion, quien hizo ver su fuerza y poder, y quien hizo que se aficionasen á ella. Esta aficion no fué comun á toda la Grecia. ¿Se habla en aquellos tiempos de algun orador argio, corintio ó tebano? Se limitó á Atenas, la que produjo, en los cincuenta años últimos del espacio de que habló, aquel gran número de ilustres oradores, cuyo mérito la honró tanto é hizo inmortal su reputacion. Todo este tiempo fué como el reinado de la santa y verdadera elocuencia, que no conoce ni admite otro adorno que una elegancia natural y sin afectacion.

Mientras tanto que se propuso por modelos á estos grandes oradores, y fué fiel en imitarlos, se conservó en toda su pureza el gusto de la buena elocuencia, esto es, de una elocuencia varonil y sólida. Pero cuando después que murieron empezó á perderlos insensiblemente de vista y seguir otros ejemplos, sucedió á la antigua, y la hizo olvidar otra elocuencia mas compuesta y adornada. Demetrio de Falero causó esta mudanza, y de él me queda que hablar.

Demetrio de Falero de quien se trata fué denominado el Falero, del nombre de Faleres su patria, que era uno de los puertos de Atenas. Tuvo por maestro al célebre Teofrasto.

No referiré aquí su historia, la que se trató con bastante extension en su lugar de la historia antigua. En ella se vé, cómo habiéndose apoderado Casandro de Atenas, algun tiempo despues de la muerte de Alejandro el Grande, confió el gobierno de ella á Demetrio, quien le conservó por espacio de diez años, y se portó en él con tan prudencia, que le erigió el pueblo trescientas y sesenta estátuas; cómo después las derribaron, y él se vió obligado á retirarse á Egipto, en donde le recibió muy bien Tolomeo Soter: finalmente cómo, en tiempo de Tolomeo Filadelfo, le pusieron en la cárcel, en la que murió de una mordedura de áspid.

No considero ahora á Demetrio de Falero sino como orador, y debo exponer cuánto contribuyó á la decadencia y menoscabo de la elocuencia en Atenas.

Ya dije que habia sido discípulo de Teofrasto, llamado así á causa de su modo de hablar excelente y divino. Aprendió con él un estilo adornado, florido, elegante. Se ejercitó en el género de elocuencia, que se llama género «templado,» que tiene el medio entre el sublime y el natural, que admite todos los primores y todos los adornos del arte; que emplea las excelentes gracias de la elocucion, y la lúcida hermosura de los pensamientos; en una palabra, que está llena de dulzura y agrado; pero desnuda de actividad y vigor, y que con toda su brillantez y esplendor no sale sin embargo de la medianía. Sobresalia Demetrio en este género de escribir, muy capaz de agradar y excitar la admiracion por sí mismo, si no se le comparase con el género sublime y magnífico, cuyo primor sólido y magestuoso hace que desaparezca el esplendor de esas gracias ligeras y superficiales. Era fácil conocer en su estilo flúido, suave, agradable, que habia sido discípulo de Teofrasto; sus vivas expresiones, sus excelentes metáforas eran, dice Ciceron, como otros tantos astros resplandecientes que daban lustre al discurso y le hacian luminoso.

Cualquiera, por lo regular, se deja deslumbrar con bastante facilidad, con este género de elocuencia que engaña al alma, lisonjeando su imaginacion. Esto sucedió por entónces en Atenas, y Demetrio fué el primero que quitó el antiguo y verdadero gusto, y que empezó á corromper la elocuencia. Su único fin, cuando hablaba al pueblo, era agradarle. Queria manifestar que era suave, y con efecto era este su carácter; pero esta suavidad recreaba los oidos sin pasar de allí, y solamente dejaba la agradable memoria de una colocacion de pensamientos y palabras estudiadas, y de una armonía alhagüeña. No era como en Pericles, una elocuencia victoriosa, que, llena de embelesos y armada al mismo tiempo de relámpagos y rayos, dejaba en el ánimo de los oyentes, como el efecto de un agradable gusto, una viva impresion y una especie de estímulo sútil que penetraba hasta el corazon.

Esa elocuencia de aparato puede tener algunas veces lugar en arengas de pompa y esplendor, en las que no se tiene otro fin que agradar al auditorio y hacer ostentacion de ingenio: tales son los panegíricos; sin embargo, con tal que se guarden en ellos prudentes medidas y se contenga en justos límites la libertad que se concede á este género de discursos. Tambien puede ser que fuese menos perniciosa esta elocuencia si se hubiese reducido á las juntas particulares de los retóricos y sofistas, quienes no admitian sino un número bastante limitado de oyentes. Pero la de Demetrio tenia un teatro mucho mas grande. Se presentaba delante del pueblo entero; de suerte que su modo de arengar, si era aplaudido, como lo era siempre, se hacia la regla del gusto público. Desde entónces no se conoció otro idioma en los tribunales. Los estudios de retórica se vieron precisados á conformarse con él. Todas las declamaciones, que eran su principal ejercicio, y cuya invencion se atribuye á nuestro Demetrio, se disponian sobre este diseño. Proponiéndose su estilo por modelo, no se contuvieron en el punto en que él se habia fijado: porque tenia excelentes prendas, y era laudable en muchas cosas. Elocucion, pensamientos, figuras, todo fué desmedido; y como es regular, todo fué excesivo. Este mal gusto pasó rápida-

mente á las provincias, y en ellas aun se corrompió mucho mas. Luego que la elocuencia, que salió del Pireo en este estado, se esparció en las islas y en el Asia, perdiendo, por decirlo así, aquel aire de salud y robustez que habia conservado tanto tiempo en su terreno natural, tomó muy presto los modales extranjeros, y casi olvidó el hablar: tan grande y pronta fué su decadencia. Ciceron hace de ella esta pintura.

La perdida de la libertad en Atenas ocasionó en parte la de la elocuencia. Ya no se vieron en ella aquellos grandes hombres que con el talento de la palabra la habian honrado tanto. Algunos retóricos solamente, y algunos sofistas, esparcidos en diferentes partes de la Grecia y del Asia, mantuvieron un poco la antigua reputacion: hablé de ellos en otra parte.

Pero, lo que es digno de admiracion, volvió á tomar la elocuencia, muchos siglos despues, nuevas fuerzas, y volvió á parecer casi con tanto esplendor como habia tenido otras veces en Atenas. Bien se conoce que quiero hablar de aquel feliz tiempo, en el que los padres griegos hicieron tan laudable y santo uso del talento de la palabra. Porque no temo igualar con los mas celebres oradores de Atenas á San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Juan Crisóstomo y algunos otros. Se citan muchos extractos suyos en el segundo volúmen del tratado de los estudios, especialmente de San Juan Crisóstomo, que no ceden, á mi parecer, á las arengas de Demóstenes, ni en el primor del estilo, ni en la solidez del razonamiento, ni en la grandeza de las mismas cosas, ni en la fuerza y vehemencia de las pasiones. Se pueden ver estos pasajes que me dispensan poner aquí nuevas pruebas de lo que digo, y creo se convendrá conmigo en que se encuentran muy pocas cosas mejores ó mas elocuentes en toda la antigüedad griega.

Muy presto veremos que no tuvo la misma ventaja la elocuencia latina. Luego que empezó á decaer, después de haber lucido extraordinariamente, por espacio de algunos años, se debilitó siempre cada vez mas por decadencias bastante prontas, y cayó finalmente en una corrupcion de la que no ha salido nunca. Esto es lo que debo exponer en el artículo siguiente.

Art. 2.° Ocupada Roma en los principios en afirmarse en su primer establecimiento, después en extenderse de dia en dia en las provincias vecinas, y finalmente en llevar lejos sus conquistas, cuidó y se dedicó enteramente, por espacio de muchos siglos, á los ejercicios militares, y no tuvo durante todo aquel tiempo inclinacion alguna á las artes y ciencias en general, y particularmente á la elocuencia, de la que casi no tenia todavía idea alguna. Despues que domó los pueblos mas poderosos y se afirmó en una tranquila paz, el comercio que tuvo con los griegos empezó á sacarla de aquella rudeza y especie de barbárie, por lo respectivo á los ejercicios del entendimiento; y la juventud romana, que salia como de un profundo sueño, é iba reconociendo una nueva especie de gloria, desconocida á sus abuelos, empezó á abrir los ojos y á tener inclinacion á la elocuencia.

Para dar alguna idea de los primeros principios de la elocuencia en Roma, de sus progresos, de su perfeccion y de su decadencia, dividiré en cuatro edades los oradores romanos; pero no me detendré sino en los que son mas conocidos, ó por su reputacion ó por sus obras.

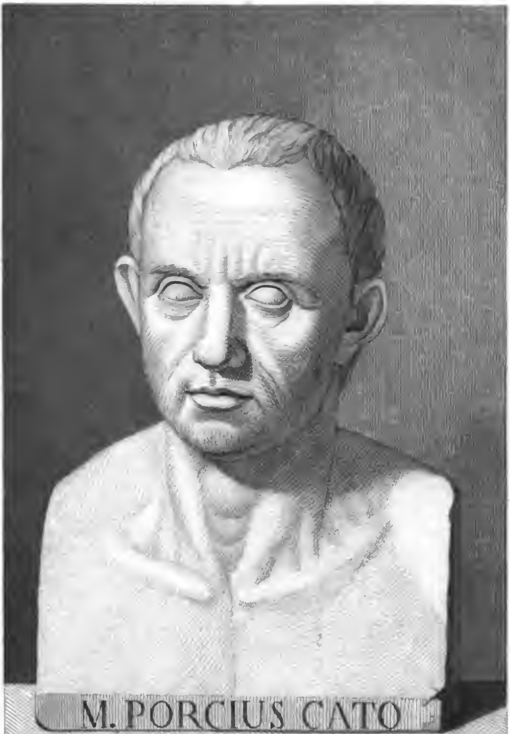
§. 1. Los romanos, al abrigo de la paz, amiga de las ciencias y madre del sosiego, hicieron primero por sí mismos algunos esfuerzos para adquirir el talento de la palabra. Pero, como ignoraban absolutamente el camino que debian seguir para lograrle, y no tenian otra guia que su propio ingenio y sus propias reflexiones, no adelantaban mucho. Fué preciso que la Grecia vencida viniese al socorro de sus vencedores. Luego que oyeron hablar en Roma los retóricos griegos, que tomaron sus lecciones, y se instruyeron en la lectura de sus libros, concibió la juventud romana un increible ardor para la elocuencia. Vimos en otra parte las dificultades que encontró en Roma, y las oposiciones que experimentó para establecerse en ella. Pero es propio de la elocuencia vencer los embarazos y forzar las barreras que se le oponen. Prevaleció en Roma, á pesar de los esfuerzos de Caton, quien, sin embargo de ser él mismo gran orador, no queria que se dedicasen tanto á las artes de los griegos, y se hizo en ella en poco tiempo el estudio dominante. Despues, los mayores hombres, como Escipion y Lelio, tenian siempre consigo griegos hábiles cuyas lecciones hacian vanidad de tomar.

Viniendo á los oradores de la primera edad, los mas conocidos son Caton el censor, los Gracos, Escipion, Emiliano y Lelio; tenian un excelente natural, un maravilloso caudal de entendimiento, mucho órden en sus discursos, vehemencia en las pruebas, solidez en los pensamientos, energía en las expresiones; pero ningun arte, ninguna delicadeza, ninguna gracia, ningun cuidado en la colocacion de las palabras, ningun conocimiento del número y armonía del discurso.

Caton habia compuesto un infinito número de arengas. Se contaban en tiempo de Ciceron mas de ciento y cincuenta; pero no se leian. No obstante pretende que no faltaba á los rasgos de su elocuencia sino cierta flor de estilo, y una viveza de colores, que entónces no se practicaban todavía.

Los Gracos se distinguian tambien por una elocuencia varonil y robusta, pero desnuda de adornos. Ciceron nos conservó algunas líneas de un discurso que pronunció el jóven Graco después de la muerte de su hermano, que son muy vivas y muy compasivas, y las que imitó él mismo en la peroracion de su alegato por Murena. «¿Á dónde iré yo? ¿de qué lado me volveré, infeliz como soy? ¿Será hácia el Capitolio? Pero está todavía teñido con la sangre de mi hermano. ¿Me volveré á mi casa? ¡Qué! ¿para ver en ella una madre afligida en la última desolacion, y bañada con sus lágrimas?» Si lo restante del discurso se parecia á estas pocas líneas, en nada cederia á los de Ciceron. Cuando las pronunció, todo hablaba en él, los ojos, la voz, las acciones, de suerte que sus mismos enemigos no pudieron contener las lágrimas. Aulo-Gelio nos conservó dos fragmentos de un discurso de C. Graco, que no son del gusto del que cita Ciceron. Son elegantes, pero insípidos, aunque en una materia grave y tierna. Este es el Graco que tenia siempre detrás de sí un criado, quien, con la flauta, le advertia cuando debia levantar ó bajar el tono de la voz.

Quintiliano opone muchas veces el estilo del siglo de que hablamos, al del tiempo en que vivia él mismo, y con esta ocasion dá un solemne precepto. «Los jóvenes, dice, tienen dos grandes defectos que evitar. El primero seria si algun admirador desmedido de los antiguos les diese para leer, y por modelos, las arengas de Caton, de los Gracos y de otros semejantes autores; porque este seria el medio de hacerles tomar un estilo seco, duro, áspero, escabroso. Otro defecto enteramente contrario seria, que, deslumbrados con la brillante compostura del estilo afectado y afeminado que se ha hecho de moda, se dejasen corromper el gusto con esta elocuencia alhagüeña



BUSTO ANTIGUO DE CATON.

y florida, tanto mas perniciosa para ellos, cuanto se conforma mas con su carácter y edad. Cuando tengan el juicio arreglado y seguro, los exhortaré, dice Quintiliano, á que lean los autores antiguos, cuya elocuencia varonil y vigorosa, luego que se les haya separado la aspereza del grosero siglo en que vivian, serviria para sostener, y tambien para aumentar los primores y adornos de la nuestra. Tambien les aconsejaré que lean mucho en los modernos, que tienen excelentes pasajes, y les pueden ser de mucha utilidad.»

Creí que este fragmento de Quintiliano era muy á propósito para dar á conocer el estilo del tiempo de que se trata aquí; además que contiene un consejo muy juicioso, y del que se podrá aprovechar tambien nuestra juventud.

No me detendré sobre el carácter de la elocuencia de Escipion y Lelio. Estoy persuadido que, aunque se les conoce en ella el siglo en que vivian, estaba muy distante de la aspereza de la de Caton, y de los Gracos. Solamente referiré aquí un hecho muy honroso para Lelio, y que muestra hasta dónde llegaba su bondad y buena fé. Se le habia encargado una causa muy importante. La defendió con mucha elocuencia. No obstante, no consideraron los jueces que estuviese la causa en estado de sentenciarse, y la dejaron para otra audiencia. Lelio la trabajó de nuevo y la defendió segunda vez. Tuvo la misma suerte que antes. Entónces no dudó Lelio, y persuadió á sus partes que pusiesen su causa en manos de Galba, célebre orador de aquel tiempo, que tenia mas vehemencia, y era mas capaz de excitar las pasiones que el. Se encargó de ella con mucho trabajo, y al primer alegato, la sentenciaron en favor de sus clientes. «Entónces se sabia, dice Ciceron, hacer justicia al mérito de otro, aun en su propio perjuicio.»

§. 2. Pondré en esta segunda edad cuatro oradores: Antonio y Craso, que eran de mas edad; Cota y Sulpicio, que eran mas mozos. Tampoco se les conoce mas que por lo que Ciceron dice de ellos en sus libros de retórica. Advierte que en tiempo de los dos primeros la elocuencia latina, que llegó á una especie de madurez, empezó á poder competir con la de los griegos.

Antonio en el viaje que hizo para ir á la Cilicia en cualidad de procónsul, se detuvo algun tiempo en Atenas y en la isla de Rodas con diferentes pretextos, pero en realidad para tener ocasion de conversar con los mas hábiles maestros de retórica, y para perfeccionarse en la elocuencia con sus instrucciones. Sin embargo, en lo futuro siempre afectó dar á entender que ignoraba lo que enseñaban los griegos sobre el arte de hablar, esperando por este medio hacer su elocuencia menos sospechosa. Con efecto, creian comunmente sus oyentes que venia al tribunal á defender sus causas casi sin preparacion. Pero à la verdad dispuesto de suerte, que muchas veces los jueces no lo estaban bastante para desconfiarse de él. Nada de lo que podia servir á su causa se le pasaba. Sabia poner cada prueba en el lugar en que hacia mas impresion. Cuidaba menos de la delicadeza y elegancia de las palabras, que de su eficacia y energía. Parecia que no estaba ocupado sino de las mismas cosas y del razonamiento. Tenia todas las grandes prendas de un orador, y las apoyaba maravillosamente con la robustez y dignidad de su pronunciacion.

El mismo hace, en el segundo libro del orador, el plan de una arenga que pronunció en favor de Norbano, acusado, y con justo título, como autor de sedicion: causa, como se conoce bien, muy difícil y delicada. La trató con un arte, una eficacia, una elocuencia, que arrancaron el reo à la severidad de los jueces; y el mismo confiesa que ganó la causa, no tanto por la evidencia de las razones, como por la fuerza de las pasiones que supo emplear á tiempo. Y esto sin embargo de que Sulpicio, abogado de la parte contraria, habia dejado á los jueces perfectamente convencidos de la justicia de su causa, é inflamados de cólera contra Norbano. No hay cosa mas propia para instruir abogados mozos, como el plan de esta arenga; pero no deben imitar el uso que hasta entónces hizo Antonio de sus talentos para salvar á un delincuente de la pena que merecia.

Craso era el único que se pudiese comparar con Antonio, y aun algunos le preferian. Su carácter propio era un aire de gravedad y dignidad, que sabia templar con una afabilidad atractiva, con una gran delicadeza, y tambien con un chiste ingenioso; pero sin salirse jamás de la decencia que corresponde á un orador. Tenia una expresion pura, exacta, elegante, pero sin afectacion. Se explicaba con una maravillosa claridad, y aumentaba la belleza de su discurso con la fuerza de las pruebas y con el agrado de las comparaciones.

Cuando Craso tenia pleito con personas de mérito y reputacion, cuidaba mucho de guardar con ellas atencion, y los chistes que empleaba en estas ocasiones no tenian cosa alguna ofensiva ni injuriosa. Rara moderacion en los que se precian de chistosos, y les cuesta trabajo el no decir una buena palabra que se les ofrece de repente, y la que, en su opinion, los honraria. Pero se portaba de otro modo con aquellos que le daban motivo con su mala conducta. Un Bruto, de quien voy á hablar, era de este genero. Tenia el oficio de delator para aprovecharse de las recompensas que concedian las leyes á los que hacian condenar á un delincuente: oficio que se consideraba en Roma como poco digno de un hombre de condicion y rectitud, aunque se aprobaba mucho que un jóven se diese á conocer acusando á alguna persona importante. Este mismo Bruto estaba generalmente desacreditado como un disipador que habia perdido todo su patrimonio en impurezas. Alegando un dia contra Craso, hizo que se leyesen dos alegatos de este orador, en los que manifiestamente se contradecia. Ofendido Craso, supo desquitarse bien. Cuando le llegó el turno de hablar, hizo que se leyesen tres diálogos del padre de Bruto, en cada uno de los cuales, segun costumbre bastante regular, se hacia mencion, en el principio, de la casa de campo, en que se suponia habia pasado la conversacion; y después de haber probado bien con esta lectura el nombre y la realidad de las tres tierras que le habia dejado su padre, le preguntó con amargas reprensiones, qué se habian hecho.

Una ocasion inopinada dió motivo á Craso para tratarle tambien, en la misma causa, con mucho ardor y actividad, y para juntar la invectiva amarga á la chanza. Al tiempo que informaban, pasó por la plaza pública, en la que se sabe se defendian las grandes causas, el entierro de una dama romana, delante de la cual, segun la ceremonia de los funerales practicada en Roma, se llevaban las imágenes de sus predecesores: la difunta era de la familia de los Junios, de la que eran rama los Brutos. Á este espectáculo nó esperado, arrebatado Craso, como por un pronto entusiasmo, mirando con viveza à Bruto, con un gesto y un tono de voz indignado: «¿Qué haces aquí? le dice, ¿qué noticias quieres que lleve esta dama á tu padre, á aquellos grandes hombres, cuyas imágenes ves que se llevan aquí, á todos tus predecesores, y en

particular á Junio Bruto que libertó á este pueblo de la dominacion de los reyes? ¿De que accion, de qué especie de gloria, de que genero de mérito les dirá que te precias? ¿Será del cuidado de aumentar tu patrimonio? Esto no seria correspondiente á tu nacimiento; pero supongamos que no le perjudicase esto: tus desórdenes le han disipado enteramente. ¿Será del estudio del derecho civil? El nombre de tu padre te deberia inclinar á el, pero ignoras hasta sus mas comunes principios. ¿Será de la ciencia militar, tú que no viste jamás ni campo ni ejercito? Finalmente, ¿será de la elocuencia, de la que no tienes señal alguna? Y la desenvoltura de lengua y robustez de pulmones que se puede notar en tí, no lo empleas sino en ejercer con tus calumnias un vergonzoso y vil comercio de avaricia. Qué, ¿aun te atreves á soportar la luz del dia, mirar á estos jueces, y parecer, sea en los tribunales, sea en la ciudad, en presencia de tus conciudadanos? Qué ¿no estás cubierto de vergüenza, y temblando á vista del entierro de esta ilustre dama, y de tantas respetables imágenes, cuya reputacion deshonras con tu indigna conducta?» Un solo fragmento como este debe dar á conocer lo que se debe juzgar de la cualidad y mérito de la elocuencia de Craso.

Á este raro talento juntaba mucha inteligencia del derecho: en lo que sin embargo le excedia con ventaja Escévola. Era este el jurisconsulto mas hábil de su siglo, y al mismo tiempo uno de los mas célebres oradores. Eran ambos con corta diferencia de la misma edad, habian pasado por las mismas dignidades, se aplicaban á los mismos ejercicios y á los mismos estudios. Esta mútua semejanza y esta especie de igualdad, lejos de excitar en ellos el menor sentimiento, la menor nube de envidia, como sucede regularmente, ni alterar en la cosa mas mínima su amistad, no servia sino para estrecharla mas, y hacerla mas perfecta.

No diré mas que una palabra de dos jóvenes oradores que se distinguian ya mucho en los tribunales, Cota y Sulpicio. El carácter de su elocuencia era enteramente distinto.

Cota, del lado de la invencion, tenia penetracion y exactitud de ingenio: su elocucion era pura y flúida. Como le obligaba la debilidad de su pecho á que no alterase la voz, cuidaba por eso de arreglar su estilo y su modo de componer sobre sus pocas fuerzas. Todo era cabal, ajustado y de buen gusto en su discurso. Pero lo que mas se admiraba en el era, que no pudiendo casi hacer uso del estilo vehemente é impetuoso, y por consiguiente hallándose en estado de no ganar los jueces con la fuerza de su discurso, sabia no obstante manejarlos con tanta destreza y hábilidad que producia en su ánimo el mismo efecto, con su elocuencia suave y tranquila, que Sulpicio con los rasgos vivos é inflamados de la suya.

Sulpicio al contrario, tenia el estilo grande, vehemente, y por decirlo asi, trágico; la voz grave, robusta y sonora, las acciones y movimientos del cuerpo extremamente agradables y graciosas, pero de un agrado y gracia que convenia á los tribunales, nó al teatro. Su discurso era abundante y rápido, pero sin exceder los justos límites ni extenderse en sus superfluidades. Sulpicio tomaba por modelo á Craso, Antonio agradaba mas á Cota. Pero ni este tenia la eficacia de Antonio, ni el otro el agrado de Craso.

El ejemplo de Sulpicio y Cota muestra que dos oradores pueden ser excelentes sin parecerse; y que lo que importa es discernir bien á lo que nos inclina la naturaleza, y tomarla por guia. Estos tuvieron la felicidad de encontrar en Antonio y Craso dos hábiles maestros, y dos directores muy amigos que cuidaren enteramente de ellos y gustaron de instruirlos en la elocuencia.

Hubo una notable diferencia entre la suerte de Cota y la de Sulpicio. Este murió mozo, en lugar que Cota vivió hasta una edad avanzada, fué cónsul, y alegó con Hortensio, el que no obstante era mucho mas joven que él.

§. 3. Este fué el feliz siglo de la elocuencia que duró poco, pero sobresalió mucho, y casi igualó á Roma con Atenas: produjo un gran número de buenos oradores, Hortensio, César, que hubiera sido un orador de primer órden, si se hubiese aplicado á los tribunales; Bruto, Mesala y otros muchos, que todos adquirieron mucho nombre entre los romanos, aunque sus discursos no hayan llegado hasta nosotros. Pero Ciceron borra la fama de todos los otros, y se puede proponer entre los romanos como el modelo mas perfecto de elocuencia que se haya visto todavía. Que me sea permitido remitir á mis lectores al pasaje del tratado de los estudios, en donde me extendí mucho sobre lo perteneciente á Ciceron y al carácter de su elocuencia, de lo que por esta razon tengo poco que decir.

Nació con un ingenio feliz, el que cuidó su padre de cultivar de un modo particular, bajo la direccion de Craso, quien le gobernaba en sus estudios, y arreglaba el método de ellos. Tomó lecciones de los maestros mas hábiles que hubo entónces en Roma, y pasó después á la Grecia y al Asia menor, para tomar allí, en las mismas fuentes, los preceptos del arte oratorio.

Su hermano Quincio creia que la naturaleza sola, ayudada y apoyada con un frecuente ejercicio, bastaba para formar al orador. Ciceron pensaba muy de otro modo, y estaba persuadido de que no se podia adquirir la elocuencia sino con una vasta extension de noticias. Así, persuadido que sin un estudio obstinado, y sin un ardor que casi llegase á ser pasion, no se podia hacer cosa alguna grande, se dedicó enteramente al trabajo. Se vieron muy presto sus frutos, y desde que se presentó en los tribunales se granjeó general aplauso.

Tenia un entendimiento fecundo, vivo, excelente, una imaginacion rica y muy activa, un estilo adornado, abundante, extenso, lo que no es defecto en un abogado mozo. Se sabe que Ciceron, hecho dueño del arte, y dándole reglas, quiere que se vea en los mozos fecundidad y abundancia. Quintiliano encarga frecuente y fuertemente á los maestros, que no esperen ni pidan de sus discípulos un discurso ya formalizado y perfecto. Mas quiere un trabajo desembarazado, que se alegre, esfuerce y exceda los límites de una ajustada precision. La abundancia fácilmente se corrige, pero contra la esterilidad no hay remedio.

El mismo Ciceron cita un ejemplo de este estilo demasiado abundante y florido, sacado de su alegato por Roscio de Ameria, acusado de haber muerto á su padre. En un lugar comun sobre el parricidio, después que pintó el suplicio establecido por las leyes romanas contra los que eran convencidos de él, el cual consistia en ponerlos en un saco bien cerrado y cosido y echarlos en el mar, añade la reflexion siguiente, para que se conociese la enormidad del delito por la singularidad del suplicio, cuya eleccion parece que tuvo por fin quitar el uso de toda la naturaleza á un ingrato, que fué bastante inhumano para quitar la vida á su padre. «¿Qué cosa hay mas comun que la respiracion á los vivos, la tierra á los muertos, el agua á los que fluctúan en la mar, la ribera á los que son ar-

rojados por las olas? Con la invencion de este suplicio, viven estos infelices sin poder respirar el aire durante el poco tiempo que pueden conservar la vida; mueren, sin que sus huesos puedan tocar la tierra; los llevan las aguas sin poderse lavar en ellas: finalmente, son echados en las riberas y rocas sin poder encontrar descanso en ellas, ni aun despues de su muerte. »

Todo el pasaje del suplicio de los parricidas, y especialmente el que acabo de citar, fué recibido con aplausos extraordinarios. Pero algun tiempo despues empezó á conocer Ciceron que este lugar comun era mas propio de una persona jóven (tenia entónces veinte y siete años), y que si fué aplaudido, no era tanto por el primor real de este pasaje, como por la esperanza que prometia para lo futuro. Con efecto, no tiene este fragmento sino una brillantez poco sólida que puede deslumbrar en el primer momento; pero que no se puede defender de un exámen un poco sério. Los pensamientos son en él poco naturales y desmedidos, y se advierte que se buscan con afectacion las antítesis y oposiciones.

Ciceron mudó bien de gusto, y después del viaje que hizo á Atenas y al Asia menor, en donde, célebre abogado como era, se hizo discípulo de los sabios retóricos que enseñaban allí, y volvió á Roma casi enteramente mudado y totalmente otro. Molon el rodio especialmente le sirvió mucho, enseñándole á quitar aquella superfluidad y abundancia, que eran efecto del ardor y viveza de la edad, y acostumbrándole á estrechar mas su estilo, á contenerle en justos límites, y á darle mas peso y madurez.

La emulacion que excitaron en él los buenos efectos que habia tenido Hortensio su amigo, aunque su rival, le sirvió infinito. Hablé de este en otra parte con mucha extension. Parece que desde este tiempo hizo ánimo de quitar á la Grecia, ó á lo menos disputarle, la gloria de la elocuencia. Abrazó con el mayor ardor todas sus partes, y ninguna de ellas despreció. El estilo natural, el adornado, el sublime, se le hicieron igualmente familiares; y se encuentran en sus arengas modelos perfectos de estos tres géneros. Él mismo señala en su tratado del orador muchos pasajes, en los que habia empleado estos diferentes generos de escribir, y confiesa ingenuamente que cree, si no haber llegado á la perfeccion, á lo menos haberlo intentado y haberse acercado á ella. Nadie ha conocido mejor que él el corazon del hombre, ni logrado mejor mover sus pasiones, sea con las persuasiones suaves y tiernas, cuyo efecto propio es la insinuacion, sea con las que emplean las mayores figuras y nobles pensamientos, y hacen que obre todo lo que tiene la elocuencia de mas eficaz y persuasivo. No hay sino leer sus peroraciones. Cuando se repartian los alegatos siempre le dejaban esta última parte, y sobresalia particularmente en ella, nó porque tuviese mas ingenio que los otros, sino porque era mas persuasivo y tierno, sin lo que no seria capaz su discurso de mover ni enternecer á los jueces.

Esta rara mezcla y feliz igualdad de todas las diferentes cualidades del orador, causó la rápida aceptacion que tuvieron los alegatos de Ciceron. Él mismo no teme decir que no se habia visto ni oido todavía cosa semejante en Roma, y que este nuevo género de elocuencia embelesó los entendimientos, y arrebató las aprobaciones. La de los antiguos, como lo advertí ya, tenia mucha solidez; pero estaba desnuda de todo agrado. Roma, que aun no tenia gusto ni delicadeza en los oidos, los toleraba, y llegaba tambien á admirarlos. Hortensio empezó á introducir gracias en el discurso. Pero, ademas de que contento y seguro á lo que el creia de su reputacion, se descuidó mucho en los últimos tiempos, los adornos que empleaba mas consistian en las palabras y elocuciones que en los pensamientos, y tenian mas elegancia que verdadero primor.

Ciceron se aplicó á dar á la elocuencia todas las gracias que podia recibir, pero sin disminuir nada de la solidez y gravedad del discurso. En esto se apartó un poco del camino que habia seguido Demóstenes, quien, atento únicamente á las mismas cosas, y de ningun modo á su propia reputacion, va derecho al fin, y desprecia lo que no sirve sino para la compostura. Nuestro orador creyó que debia conceder alguna cosa al gusto de su tiempo y á la delicadeza de los romanos, los que querian un discurso mas gracioso y adornado. Jamás perdia de vista la útilidad de su parte, pero tambien pensaba en agradar á sus jueces; y decia que en esto servia tambien útilmente á su cliente, lo que era cierto; porque, siendo su discurso mas agradable, era tambien mas persuasivo. Este agrado de estilo, sembrado en las arengas de Ciceron, hacia que lo que arrancaba por la fuerza pareciese que lo obtenia por bondad; y que los jueces, á quienes llevaba con una vehemencia imperiosa, creyesen que le seguian naturalmente y por su propia voluntad.

Enriqueció tambien la elocuencia latina con otra ventaja que aumentó extremamente su mérito, entiendo la colocacion de las palabras, la que contribuye infinito para la hermosura del discurso. Porque los pensamientos mas agradables y sólidos, si á los términos con que se explican les falta disposicion y número, ofenden el oido, cuyo sentido es de extrema delicadeza. Hacia cerca de cuatrocientos años que estaban los griegos en posesion de este género de primor, con las maravillosas obras de sus escritores, quienes habian puesto el agrado y armonía de la colocacion en su última perfeccion. Advertí ya en otra parte, cómo procuró Ciceron esta ventaja incalculable á su lengua.

Lo mismo se debe decir de todas las partes de la elocuencia, cuyo conocimiento fué el primero que comunicó á los romanos, ó á lo menos que perfeccionó enteramente. Por lo que tenia César razon en decir, que habia hecho Ciceron un gran servicio á su patria. Porque por su medio, Roma, que no cedia á la Grecia sino por esta especie de gloria, se la habia quitado, ó si se quiere, logró dividirla con ella.

Se puede pues decir con verdad que era Ciceron en Roma lo que habia sido Demóstenes en Atenas, esto es, que uno y otro, cada uno por su parte, pusieron la elocuencia en el mas alto grado á que habia llegado jamás.

§. 4. El destino regular de las cosas humanas, cuando han llegado á su perfeccion, es decaer muy presto de ella, y después ir siempre degenerando. La elocuencia experimentó en Roma esta triste fatalidad, como tambien la poesía y la historia. Pocos años después de la muerte de Augusto, esta region tan fértil en excelentes obras y ricas producciones, no produjo mas estos sazonados frutos que la habian honrado tanto; y como si hubiese sido acometida de un viento ardiente, esta flor de urbanidad de Roma, esto es, esta extrema delicadeza de gusto que reinaba en todos los escritos, se secó casi de repente y desapareció.

Un hombre digno de estimacion por otra parte, por su excelente ingenio, por sus raros talentos, y por sus eruditas obras, causo esta mudanza en la elocuencia; bien se conoce que quiero hablar de Séneca. Una de-

masiada estimacion de sí mismo, una especie de envidia á los grandes hombres que le habian precedido, un violento deseo de distinguirse, y, por decirlo así, de hacer secta y caminar delante de los otros para darles el tono, le hicieron dejar el camino regular, y le extraviaron en sendas nuevas y desconocidas entre los antiguos.

De las mejores cosas se abusa, y las mismas virtudes se mudan en vicios, cuando se excede en ellas, queriendo llevarlas mas allá de lo justo. Las gracias con que Ciceron habia adornado y enriquecido la elocuencia romana, estaban dispensadas con moderacion y exactitud: Seneca las prodigó sin discernimiento ni medida. En los escritos del primero eran adornos graves, varoniles, magestuosos, propios para realzar la dignidad de una reina; en los del segundo, casi se podria decir que eran una compostura de cortesana, que, lejos de añadir nuevo esplendor á la hermosura natural de la elocuencia, la sofocaba á fuerza de perlas y diamantes, y la hacia desaparecer. Porque lo sustancial de Séneca es admirable. Ningun autor antiguo tiene tantos pensamientos como él, ni tan excelentes ni tan sólidos; pero los echa á perder por el modo con que se explica, por las antítesis y equívocos con que regularmente los acompaña, por una excesiva afectacion de acabar casi cada período con una agudeza, ó con una especie de pensamiento extraordinario que se le acerca. Por esto dijo Quintiliano, que hubiera sido bueno que Séneca, cuando compuso, hubiese seguido su propio genio, pero que usase del juicio de otro. Lo que dije ya en otra parte de él con mucha extension me dispensa decir aquí mas.

Plinio el menor. El autor de quien empiezo á hablar es uno de los hombres de la antigüedad que merece ser mas conocido. Haré primero un plan de su vida, el que sacaré de sus mismas cartas, en las que se encontrarán las cualidades de una persona de rectitud y de honor, con un carácter de bondad y generosidad el mas amable que sea posible imaginar. Después daré alguna idea de su estilo con extractos sacados de su panegírico de Trajano, que es la única pieza de elocuencia suya que haya llegado hasta nosotros.

Compendio de la vida de Plinio el menor. — Plinio el menor nació en Como, ciudad de Italia, de una hermana de Plinio el naturalista, quien le adoptó después por su hijo.

Habiendo perdido á su padre siendo muy niño, tuvo por tutor á Virginio Rufo, uno de los mas grandes hombres de su siglo, quien le consideró siempre como su propio hijo y cuidó particularmente de él. Habiéndose hecho Virginio sospechoso, y aun odioso por sus virtudes á los emperadores, tuvo no obstante la felicidad de librarse de su emulacion y de su odio. Vivió ochenta y tres años, siempre feliz, siempre admirado. El emperador Trajano dispuso que se le hiciesen funerales magníficos, y Cornelio Tácito, cónsul, pronunció su oracion fúnebre.

No fué menos dichoso Plinio en maestros que lo habiá sido en tutor. Vimos en otra parte, que estudió la retórica con Quintiliano, y que de todos sus discípulos fué el que le acreditó mas, y el que le fué tambien mas agradecido. Toda la série de su vida sera prueba de la inclinacion que tomó, en la escuela de aquel célebre retórico, á las buenas-letras en todo género. De edad de catorce años compuso una tragedia griega. Despues se ejercitó casi en todo género de poesía. Estas eran sus diversiones.

Creyó que debia oir tambien á Niceto de Esmirna, célebre retórico griego, que estaba entónces en Roma.

Pongo en el número de sus maestros á Rústico Aruleno, que habia sido tribuno del pueblo en 69, y que hacia profesion de la filosofía estóica. Su mérito y su virtud fueron para él delito, en tiempo de un emperador (Domiciano) que se habia declarado enemigo de ella, y le costaron la vida. Cuidó particularmente de instruir á Plinio en la virtud, y este le conservó un vivo reconocimiento.

Enviaron á Plinio á Siria, en donde sirvió durante algunos años, al frente de una legion. Allí, todo el tiempo que le dejaba libre su obligacion, le ocupaba en las lecciones y conversaciones de Eufrato, celebre filósofo, quien desde entónces creyó ver en Plinio todo lo que fué despues. Hace un excelente retrato de aquel filósofo. Su aire, dice, es sério sin ser enfadoso, su acceso inspira respeto sin infundir temor. Su extrema política iguala la pureza de sus costumbres. Hace la guerra á los vicios, nó á los hombres: no castiga á los que se distraen, pero los enmienda.

Luego que volvió á Roma se acompañó mas que nunca con Plinio el naturalista, que le habia adoptado, en quien tuvo la fortuna de encontrar un padre, un maestro, un modelo y un perfecto guia. Recogia sus menores discursos, estudiaba todas sus acciones.

Su tio, de edad entónces de cincuenta y seis años, se vió precisado á ir hácia Nápoles, para mandar allí la armada que tenian los romanos en Misena. Plinio el menor le siguió, y le perdió por el funesto accidente de que hablé en otra parte.

Destituido de un apoyo semejante, no le buscó sino en su propio mérito, y se dedicó enteramente á los negocios públicos. Defendió la primera causa de edad de diez y nueve años. Jóven como era, informó delante de los centunviros, en una causa en la que convenia hablar contra los mas acreditados de Roma; sin exceptuar tampoco los que eran favorecidos del príncipe: esta fué la primera accion que le dió á conocer, y le abrió puerta á la reputacion que adquirió despues. Continuó en adelante con una aprobacion tan universal, como rara en una ciudad, donde no le faltaban ni competidores ni émulos. Tuvo muchas veces la satisfaccion de ver cerrada la entrada del tribunal por el tropel de los que acudian á oirle cuando le tocaba informar. Tenia que pasar por medio de la sala de los jueces para ir á su lugar. Sucedióle hablar algunas veces siete horas, y solo él se fatigaba.

Jamás informó sino por el interés público, por sus amigos, ó por aquellos á quienes su mala fortuna no habia dejado con qué seguir sus pleitos. La mayor parte de los otros abogados vendian su ministerio: y á la gloria, en otros tiempos el único precio de un empleo tan noble, habian substituido un vil interés. El emperador Trajano, para contener este desórden, expidió un decreto que agradó, y al mismo tiempo honró mucho á Plinio. « Estoy contento, decia, no solamente de haberme abstenido de ajustar las causas que tomaba á mi cuidado, sino tambien de no haber querido recibir ningun género de regalos, ni aun los de año nuevo. Es verdad que todo aquello que no tiene el aire decente se debe evitar, nó como prohibido, sino como indecoroso. Sin embargo, hay cierta satisfaccion en ver que se prohibe públicamente lo que jamás ha practicado uno mismo.

Se complacia y constituia tambien como obligado de ayudar con sus dictámenes, y dar á conocer en los tribunales á los jóvenes bien nacidos y de esperanzas. No se encargaba de ciertos pleitos, sino con la condicion de que le darian por acompañado un abogado mozo. Su mayor gozo era verlos que, siguiendo sus consejos y pisadas, empezasen á distinguirse en la abogacía. ¡De qué buen corazon, de qué caudal de amor para

el bien público salian tan magnánimos sentimientos!

Por estos grados llegó Plinio muy presto hasta los primeros empleos del estado. Llevó á todas partes con ellos las virtudes que le habian elevado. En tiempo de Domiciano le hicieron pretor.

Este príncipe feroz, que miraba como una censura de su conducta la inocencia de las costumbres, echó de Roma y de Italia á todos los filósofos. Artemidoro, amigo de Plinio, era de este número. Se habia retirado á una casa que tenia en las puertas de la ciudad. «Fuí á verle á ella, dice Plinio, en una coyuntura en la que mi visita era mas notable y arriesgada. Yo era pretor. No podia sino con una gran cantidad pagar las deudas que habia contraido Artemidoro para usos muy nobles. Algunos de sus amigos mas poderosos y ricos no se quisieron dar por entendidos de su embarazo. Yo pedí prestada la cantidad, y se la dí. No obstante, tenia entónces motivo de temer por mí mismo. Se acababa de hacer morir y desterrar á siete amigos mios. Los muertos eran Seneccion, Rústico, Helvidio; los desterrados Máurico, Gratilla, Arria, Fannia. El rayo que habia caido tantas veces cerca de mí, y que humeaba todavía, parece que evidentemente me pronosticaba una suerte semejante.»

Admiro la felicidad de Plinio de haberse escapado, hombre de bien como era, de la crueldad de Domiciano. Quisiera que tuviese esta obligacion á Quintiliano su maestro y amigo, quien sin duda tenia mucha autoridad para con el emperador, especialmente despues que le encargó la educacion de los nietos de su hermana. La historia no nos dice nada de esto; solamente nos refiere que se encontró una acusacion dispuesta contra Plinio entre los papeles de Domiciano.

La muerte sangrienta de este emperador, que tuvo por sucesor á Nerva, tranquilizó las personas de rectitud é hizo temblar tambien á los malos. Un célebre delator llamado Régulo, no contento con haber fomentado la persecucion que se hizo á Rústico Aruleno, habia tambien triunfado de su muerte, insultando su memoria con escritos injuriosos y llenos de una chanza insolente. Jamás se vió hombre mas infame ni servil, despues de la muerte de Domiciano. Esto es lo regular de las almas vendidas á la iniquidad y sin honra. Temió el sentimiento de Plinio, amigo declarado de Rústico en todos tiempos. Además que le habia insultado personalmente á el mismo viviendo Domiciano; y en un alegato público en el tribunal, le armó un sangriento lazo con una pregunta insidiosa, con el motivo de una persona honrada que habia desterrado el emperador, lo que exponia á Plinio á un peligro evidente si decia públicamente la verdad, ó le deshonraba para siempre si la negase. Ese indigno movió cuanto pudo para prevenir la justa venganza de Plinio, empleó para con él la recomendacion de sus mejores amigos, y fué finalmente él mismo en persona á verle, para rogarle con la mayor humildad que quisiese olvidar todo lo pasado. Plinio no tuvo por conveniente explicarse, queriendo, para tomar su partido, esperar la venida de Máurico, hermano de Rústico, quien todavía no habia vuelto de su destierro. No se sabe en qué paró este negocio.

Otro del mismo género le acreditó mucho. Luego que fué muerto Domiciano, juzgó Plinio, despues de haberlo considerado sériamente, que la ocasion era excelente y buena para perseguir á los malvados, vengar á los inocentes oprimidos y adquirir mucha fama. Habia tenido particular amistad con Helvidio Prisco, el hombre mas virtuoso y respetado de su tiempo, como tambien con Arria y Fannia, de las cuales, la primera era esposa de Peto Trasea y madre de Fannia; y esta esposa de Prisco. Publicio Certo, senador, hombre muy poderoso y acreditado, que estaba nombrado cónsul para el año siguiente, habia en el reinado precedente solicitado en el mismo senado la muerte de Helvidio, senador como él, y persona consular. Emprendió Plinio vengar á su ilustre amigo. Arria y Fannia, que habian vuelto del destierro, se le unieron para una empresa tan generosa. Jamás habia hecho cosa alguna sin tomar el dictámen de Corelio, á quien consideraba como la persona mas juiciosa y mas hábil del siglo; pero en aquella ocasion, conociéndole de una prudencia tímida y demasiado circunspecta, y sabiendo que lo que se ha resuelto bien no se debe consultar con las personas, cuyos consejos son para nosotros órdenes, no le dió parte de su ánimo, y se contentó con comunicársele el mismo dia de la ejecucion, pero sin pedirle su dictámen.

Habiéndose juntado el senado se fué Plinio á él, y pidió permiso para hablar. Empezó con muchos aplausos, pero luego que trazó el primer plan de la acusacion, que dejó entrever el delincuente, sin nombrarle no obstante todavía, se levantaron contra él de todas partes. No se descompuso ni turbó con todas aquellas voces. Un consular amigo suyo, le advirtió muy bajo, pero en términos muy fuertes, que se habia expuesto con demasiado ánimo, y muy poca prudencia, y le instó vivamente á que desistiese de semejante acusacion. Añadió tambien que se haria con esto temible á los emperadores futuros. «Mucho mejor,» respondió Plinio «con tal que sea á los malos emperadores.»

Empezaron finalmente á opinar. Los primeros que hablaron, y eran los mas considerables, hicieron la apología de Certo, como si le hubiese nombrado Plinio, aunque no hubiese pronunciado todavía su nombre. Casi todos los otros se declararon en favor del delincuente.

Cuando le tocó hablar á Plinio, trató perfectamente la materia, y respondió á todo lo que se habia dicho. No se puede concebir con qué atencion, con qué aplausos, aquellos mismos que poco antes se habian levantado contra el, recibieron todo lo que dijo; tan pronta fué la mudanza que produjo, ó la importancia de la causa, ó la fortaleza del discurso, ó la firmeza del acusador.

El emperador no tuvo por conveniente ordenar que se acabase la instruccion del proceso. Sin embargo obtuvo Plinio lo que se habia propuesto. El compañero de Certo ascendió al consulado, para el que estaba destinado; pero se nombró otro en lugar de Certo.

¡Qué honor para Plinio! Un solo hombre, por la idea que se tiene de su celo para el público, atrae á sí todos los votos, sostiene la honra de su cuerpo, y vuelve el ánimo á una comunidad tan augusta como era el senado de Roma; pero á quien el terror del reinado precedente tenia todavía tímido y casi mudo.

Tambien referiré dos ocasiones importantes, en las que manifestó, nó como senador, sino como abogado, la eficacia de su elocuencia, y su justa indignacion contra los que oprimian al pueblo en las provincias. Ambas son del mismo tiempo, pero no sé precisamente el año.

En la primera «se vió un suceso famoso por la dignidad de la persona, saludable por la severidad del ejemplo, memorable para siempre por su importancia.» Empleó las propias palabras de Plinio, pero abreviando mucho su relacion.

«Mario Prisco, procónsul de África, acusado por los africanos, sin proponer defensa alguna, se limita á pedir jueces ordinarios. Cornelio Tácito y yo, (es

Plinio quien habla) encargados, por órden del senado de la causa de aquellos pueblos, creimos que era obligacion nuestra representar que los delitos de que se trataba, eran de una enormidad que no permitia civilizar el negocio. No se acusaba á Prisco de menos que de haber vendido la condenacion, y tambien la vida de los inocentes... Vitelio Honorato y Flavio Marciano, cómplices citados, comparecieron. Al primero se le acusaba de haber comprado por trescientos mil sextercios (37 florines, dos mil reales) el destierro de un caballero romano, y la muerte de siete amigos suyos. El segundo habia dado setecientos mil (87 florines, dos mil reales) porque padeciese diversos tormentos otro caballero romano. Este caballero fué primero condenado á azotes, después enviado á las minas, y finalmente degollado en la prision. Pero una muerte favorable libertó á Honorato de la justicia del senado. Se llevó pues á Marciano sin Prisco. Por algunas disputas que sucedieron con este motivo, se dejó el negocio para la primera asamblea del senado.

«Esta asamblea fué de las mas magestuosas. La presidia el príncipe; era cónsul. Entrábamos en el mes de enero, que es el tiempo en que el senado es regularmente mas numeroso. Además, la importancia de la causa, la voz que se habia esparcido, la curiosidad natural á todos los hombres de ver por sí mismos los grandes y raros sucesos, habian atraido de todas partes una infinidad de oyentes. Imagínese qué motivos de inquietud y temor para nosotros que debíamos hablar en un congreso semejante, y á presencia del emperador. He hablado muchas veces en el senado. Me atrevo tambien á decir que en ninguna parte he sido tan favorablemente oido. Sin embargo, todo me asombraba, como si todo fuese nuevo para mí.

«La dificultad de la causa no me embarazaba menos que lo demás. Miraba en la persona de Prisco, un hombre, que poco antes tenia la dignidad consular, estaba adornado de un importante sacerdocio, y estaba entónces despojado de aquellos grandes títulos. Tenia una verdadera pesadumbre de acusar á un infeliz ya condenado. Si la enormidad de su delito hablaba contra el, la piedad, que se sigue regularmente á la primera condenacion, hablaba en su favor. Finalmente, me aquieté. Empecé mi discurso; y recibí tantos aplausos como miedo habia tenido. Hablé cerca de cinco horas, porque se me permitió hablar cerca de hora y media mas de las tres y media que se me habian concedido al principio. Todo lo que me parecia contrario y molesto, cuando tenia que decirlo, me fué favorable cuando lo dije. Las bondades, los cuidados del emperador para mí, no me atrevo á decir sus inquietudes, llegaron á tanto, que hizo me advirtiese muchas veces un liberto, que tenia detrás de mí, que considerase mis fuerzas, y que no olvidase la debilidad de mi complexion.

«Claudio Marcelino defendió á Marciano. El senado se separó para juntarse el dia siguiente porque no habia bastante tiempo para concluir un nuevo informe.

«El dia siguiente Salvio Liberalis habló por Mario. Este orador tiene el entendimiento sútil, dispone su asunto con órden, tiene mucha vehemencia, y es verdaderamente expedito. Este dia empleó todos sus talentos. Cornelio Tácito respondió con mucha elocuencia, é hizo sobresalir este grande, este sublime que reina en sus discursos. Cacio Fronto hizo una excelente réplica por Mario, y como hablaba el último, y quedaba poco tiempo, procuró mas mover á los jueces que justificar al acusado. Anocheció, y el negocio se remitió tambien á otro dia.

«Entónces se trató de examinar las pruebas, y opinar. Era ciertamente una cosa muy buena, muy digna de la antigua Roma ver al senado juntarse tres dias seguidos, ocuparse tres dias, y no separarse hasta la noche. Cornuto Tertulio, cónsul nombrado, hombre de un raro mérito, y muy celoso por la justicia, votó el primero. Fué de dictámen de condenar á Mario á que pusiese en el tesoro público los setecientos mil sextercios que habia recibido, y que se le desterrase de Roma y de Italia. Dijo mas contra Marciano, y fué de parecer que se le desterrase tambien de África. Concluyó proponiendo al senado, que declarase que habíamos, Tácito y yo, fiel y dignamente desempeñado su esperanza y nuestro ministerio. Los cónsules nombrados, y todos los consulares que hablaron después, siguieron este dictámen. Hubo luego alguna division; pero finalmente todo el mundo siguió la opinion de Cornuto.»

Concluye Plinio su carta con un corto pasaje festivo: «Estás, dice á su amigo, bien informado de lo que pasa aquí. Infórmame tambien de lo que haces en tu campo, dame una cuenta puntual de tus árboles, de tus viñas, de tus trigos, de tus rebaños; y piensa, que si no recibo una carta tuya muy larga, no te las escribiré ya sino muy cortas. Á Dios.»

Parece que era Plinio como el refugio y asilo de las provincias oprimidas. Los diputados de la Bética vinieron á suplicar al senado que se dignase ordenar á Plinio que fuese su abogado en la accion que intentaban poner contra Cecilio Clásico, quien salia del gobierno de aquella provincia. Por ocupado que estuviese por otra parte, no pudo negar su ministerio á aquellos pueblos, á quienes habia ya defendido en otra ocasion semejante. Porque, dice Plinio, se destruyen los primeros beneficios, sino se cuida de sostenerlos con segundos. Obligúese cien veces, niéguese una, solo de la negacion se hace memoria. Se encargó pues de su causa.

Una muerte, ó voluntaria ó natural, libró á Clásico de las consecuencias de aquel proceso. La Bética no dejó de pedir que, muerto como estaba, se instruyese su causa. Así lo querian las leyes. Al mismo tiempo acusó á los ministros cómplices de su delito, y pidió justicia contra ellos. La primera cosa que creyó Plinio debia establecer, fué que Clásico era culpable, lo que no le fué difícil probar. Se encontró entre los papeles de Clásico una memoria escrita de su mano, en la que se halló justamente todo lo que le habia valido cada uno de sus cohechos. Probo é Hispano, dos de sus cómplices, le embarazaron mas. Antes de entrar en la prueba de sus delitos, creyó Plinio que era necesario hacer ver que la ejecucion de la órden de un gobernador en una cosa manifiestamente injusta, era delito; de otra manera seria perder el tiempo, probando que habian sido los ejecutores de las órdenes de Clásico. Porque no negaban ellos los hechos de que los acusaban; pero se excusaban con la obediencia que los habia precisado, y que era, segun su dictámen, su justificacion. Pretendian ellos que esto no se les podia acriminar, atendiendo á que eran gentes de provincia, acostumbrados á temblar al menor mandato del gobernador. Su abogado, que era muy hábil, confesó después que nunca se habia turbado, ni aturdido mas, que cuando vió se le habian quitado las únicas armas en que tenia toda su confianza.

Vease aquí cuáles fueron las resultas. Ordenó el senado que los bienes que tenia Clásico, antes que tomase posesion de su gobierno, se separasen de los que adquirió después. Los primeros se adjudicaron á su hija, los otros se entregaron á los pueblos de la

Bética. Se desterró por cinco años á Hispano y á Probo; tan atroz pareció lo que en los principios apenas parecia criminal, despues que habló Plinio. Los otros cómplices fueron perseguidos lo mismo.

¡Qué firmeza, qué valor en Plinio! ¡Qué odio contra la injusticia y las extorsiones! ¡Pero qué felicidad para provincias distantes, como era la Andalucía en donde los gobernadores, como otros tantos tiranos pequeños, creyendo que todo les era permitido, robaban y vejaban impunemente los pueblos! ¡Qué felicidad encontrar un defensor celoso é intrépido á quien ni la autoridad, ni las amenazas sean capaces de consternar! Porque esos ladrones públicos encuentran proteccion, y rara vez se hace con ellos un ejemplar, el que únicamente podria contener una licencia tan perniciosa.

El celo de Plinio quedó muy presto recompensado de un modo ilustre. Ejercia actualmente, con Cornuto Tertulio, el empleo de prefecto del tesoro público; esto es, tesorero general, que duraba dos años, cuando ambos fueron nombrados cónsules para subrogar el año siguiente á los ordinarios. Habló Trajano en el senado para hacer que se les confiriese este honor, presidió la asamblea del pueblo en la que se les nombró, y él mismo los proclamó cónsules. Hizo de ellos un grande elogio, representándolos como hombres que igualaban á los antiguos cónsules de Roma, por el amor á la justicia y al bien público. « Entónces conocí perfectamente, dice Plinio, hablando de su compañero, qué hombre y de qué precio era. Le oia como á un maestro, le respetaba como á padre, ménos por su edad, ya avanzada, que por su profunda sabiduría. »

Siendo Plinio cónsul, pronunció en su nombre y en el de su compañero, un discurso para dar gracias á Trajano por haberles conferido esta dignidad, y para hacer su panegírico, segun el órden que para esto habia recibido del senado, y en nombre de todo el imperio. Tendré lugar mas adelante de hablar de aquel panegírico.

Hácia el fin del año 103, enviaron á Plinio para gobernar el Ponto y la Bitinia, en calidad de procónsul. Se le veia ocupado únicamente en establecer en su gobierno el buen órden, hacer que reinase la justicia, y procurar el alivio de los pueblos. No pensó en granjearse el respeto con la ostentacion de sus equipajes, con la dificultad en dejar que se le acercasen, con su desden en oir, con su aspereza en responder.

Una sencillez majestuosa, un acceso siempre libre y siempre franco, una afabilidad que consolaba en las denegaciones necesarias, y una moderacion que era siempre uniforme, le conciliaron todos los corazones.

Trajano, el príncipe por otro lado mas humano y mas justo, habia excitado contra los cristianos una violenta persecucion. Plinio, por la necesidad de su empleo, y por una consecuencia de su ceguedad, ayudó á ella con su ministerio. Pero la suavidad de su natural se resistia á lo menos, hasta cierto punto, á aquellos suplicios practicados con hombres, á quienes no encontraba culpables de delito alguno. Hallándose pues embarazado en la ejecucion de las órdenes del emperador, le escribió una carta sobre este asunto, y recibió respuesta suya; que son entre los monumentos del paganismo, lo que puede ser honre mas á la religion cristiana. Las insertaré aquí enteras.

Carta de Plinio al emperador Trajano. — « Me considero, señor, obligado por religion, á exponer á V. M. todos mis escrúpulos ¿Porque, quién mejor puede ó determinarme ó instruirme? Jamás asistí á la instruccion ni á la sentencia del proceso de algun cristiano. Así, no sé sobre qué recae la informacion que se hace contra ellos, ni hasta dónde debe llegar su castigo. Dudo mucho sobre la diferencia de las edades. ¿Se deben sujetar todos á la pena, sin distinguir los menores de los de edad mayor? ¿Se debe perdonar al que se arrepiente? ¿Ó será inútil renunciar el cristianismo, si se abrazó alguna vez? ¿Es el nombre solo lo que se castiga en ellos, ó son los delitos anexos á este nombre? No obstante, esta es la regla que he seguido en las acusaciones intentadas ante mí contra los cristianos. Á los que confesaron, les pregunté segunda y tercera vez, y los amenacé con el suplicio. Cuando se mantuvieron firmes los castigué. Porque de cualquiera naturaleza que fuese lo que confesaban, creí que no se podia dejar de castigar en ellos su desobediencia é invencible obstinacion. Hay otros, preocupados de la misma locura, los que he reservado para enviarlos á Roma, porque son ciudadanos romanos. Tambien, como se hacen las acusaciones de este género mas frecuentes, por la instruccion misma, como regularmente sucede, se presentan de muchas especies. Se me ha puesto en las manos una memoria, sin nombre de autor, en la que se acusa á diferentes personas de ser cristianos, las que niegan serlo ni haberlo sido jamás. En mi presencia, y en los términos que yo les dictaba, invocaron los dioses y ofrecieron incienso y vino á la imágen de V. M., la que habia hecho traer con las estátuas de nuestras divinidades. Se desenfrenaron tambien en maldiciones contra Cristo. Y á esto, segun dicen, jamás se puede obligar á los que son verdaderamente cristianos. Creí pues que los debia absolver. Otros, delatados por un denunciador, confesaron primero que eran cristianos, y luego despues lo negaron, declarando que verdaderamente lo habian sido, pero lo habian dejado de ser, unos hacia mas de tres años, otros despues de un número mas grande de años, algunos hacia mas de veinte. Todas estas gentes adoraron la imágen de V. M. y las estátuas de los dioses. Todos llenaron á Cristo de maldiciones. Aseguraban que todo su error y culpa se contenia en estos puntos: que en un dia señalado se juntaban antes de salir el sol y cantaban á coros himnos en alabanza de Cristo, como si fuese Dios: que se obligaban por juramento, nó á cometer delitos, sino á nó cometer robo ni adulterio, á no faltar á su palabra, á no negar un depósito: que despues de esto acostumbraban separarse, y luego volverse á juntar, para comer en comun manjares inocentes: que habian dejado de hacerlo despues que se publicó mi edicto, por el cual, segun las órdenes de V. M. prohibia todo género de juntas. Estas disposiciones me persuaden cada vez mas, que es necesario arrancar la verdad con la fuerza de los tormentos á dos doncellas esclavas, las que decian ellos eran ministras de su culto: pero yo no descubro sino una supersticion que llega al exceso, y por esta razon, lo he suspendido todo para pedir á V. M. sus órdenes. El negocio me parece digno de las reflexiones de V. M. por la multitud de los que están comprendidos en este peligro. Porque un grandísimo número de personas de toda edad, de toda clase, de todo sexo, son y serán comprendidos todos los dias en esta acusacion. Este mal contagioso, no solamente ha infestado las ciudades, ha ganado los lugares y las campiñas. Sin embargo, creo que se puede remediar y se puede contener. Lo cierto es, que los templos que estaban casi desiertos se frecuentan; y que los sacrificios, mucho tiempo despreciados, vuelven á empezar. En todas

partes se venden víctimas, las que antes encontraban pocos compradores. De aquí se puede juzgar el número de gentes que se puede reducir, si se da lugar al arrepentimiento.»

Respuesta del emperador Trajano á Plinio. — «Habeis, mi amado Plinio, seguido el camino que debiais en la instruccion del proceso de los cristianos que os han delatado, porque no es posible establecer forma cierta y general en este género de negocios. No se debe hacer inquisicion; pero si son acusados y convencidos, es menester castigarlos. No obstante, si niega el acusado que sea cristiano, y lo prueba con su conducta, quiero decir invocando los dioses, es necesario perdonar su arrepentimiento de cualquiera sospecha que haya sido acusado antes.» «Pero en ningun género de delito se deben recibir denuncias que no estén firmadas de nadie; porque esto es de un pernicioso ejemplo, y no conviene á nuestro reinado, ni al tiempo en que vivimos.»

Dejo á los lectores el cuidado de hacer las reflexiones que ofrecen naturalmente estas dos cartas, sobre el elogio magnífico que se encuentra en ellas de la pureza de costumbres de los primeros cristianos; sobre el asombroso progreso que habia hecho ya en tan pocos años el cristianismo, hasta llegar á dejar desiertos los templos; sobre el número increible de fieles de toda edad, de todo sexo y de toda clase; sobre el testimonio auténtico que da un pagano á la creencia de la divinidad de Jesucristo, establecida generalmente entre aquellos fieles; sobre la contradiccion que admira del consejo de Trajano, pues si los cristianos eran delincuentes, era justo buscarlos con cuidado, y si no lo eran, injusto castigarlos, aunque los acusasen; finalmente, sobre la máxima tomada en el derecho natural, con la que concluye el emperador su carta, declarando, que consideraria deshonrado su siglo, si por cualquiera delito que fuese (la expresion es general) se tuviese atencion á libelos sin nombre de autor.

Vuelto Plinio á Roma continuó los negocios y sus empleos. Su primera mujer habia muerto sin hijos. Se casó con otra llamada Calfurnia. Como era de pocos años y tenia mucho entendimiento, no le costó trabajo á Plinio el inspirarle inclinacion á las buenas letras. Se apasionó enteramente á ellas, pero concilió siempre esta pasion con el afecto que tenia á su marido, que no se podia decir, si amaba á Plinio por las letras, ó á las letras por Plinio. Si informaba en alguna causa importante, encargaba siempre ella á muchas personas, que le viniesen á dar las primeras noticias de las resultas; y la agitacion que la ocasionaba esta esperanza no cesaba hasta su llegada. Si leia él alguna arenga, ó alguna otra pieza en alguna concurrencia de amigos, nunca dejaba ella de procurarse algun sitio desde donde pudiese, detrás de una cortina, recoger ella misma los aplausos que él se granjeaba. Tenia continuamente en sus manos las obras de su marido; y sin otro socorro que el de su amor, componia sobre la lira tonadas para los versos que él habia hecho.

Las cartas que él le escribia manifiestan hasta dónde llegaba su afecto á una esposa tan digna de ser amada y estimada. «Me dices que mi ausencia te mortifica mucho, que no encuentras alivio sino en leer mis obras, y por lo regular las pones siempre cerca de tí. Me alegro mucho que me desees con tanto ardor, y que este género de consuelo tenga algunas facultades en tu corazon. En cuanto á mí, leo, vuelvo á leer tus cartas, y las tomo de cuando en cuando, como si fuesen nuevas. Pero no sirven sino para hacer mas sensible la pesadumbre que tengo de no verte. Porque, ¿qué deleite no se encontrará en la conversacion de una persona, cuyas cartas son tan hechiceras? Sin embargo, no dejes de escribirme con frecuencia, aunque me ocasione esto una especie de gusto que me atormenta.» En otra carta: «Te ruego con la mayor instancia que prevengas mi inquietud con una, y tambien con dos cartas cada dia. Á lo menos me sosegaré ínterin lea; pero volveré á recaer en mis primeros cuidados luego que no lea.» En otra: «No es creible lo que siento tu ausencia. Por el dia, en las horas en que acostumbraba verte, mis piés me llevan, como de suyo, á tu cuarto, y no encontrándote en él, me vuelvo tan melancólico y pesaroso como si no me hubiesen querido abrir la puerta.»

Después que mal parió en el primer embarazo, quedó buena á la verdad, y vivió muchos años; pero no le dejó posteridad.

No se sabe ni el tiempo ni las particularidades de la muerte de Plinio.

No he pretendido hasta aquí referir exacta y seguidamente las acciones de Plinio, sino dar solamente alguna idea de su carácter, con las operaciones mas particulares y mas capaces de darle á conocer. Tambien juntaré, con el mismo fin, algunos hechos, sin arreglarme al órden de los tiempos. Los reduciré á cuatro ó cinco artículos.

1.° Aplicacion de Plinio al estudio.—Era difícil que Plinio, educado á vista y con los cuidados de Plinio el naturalista, su tio, no tuviese mucha inclinacion á las ciencias, y no se entregase enteramente á ellas. Se puede creer que siguió en sus primeros años el plan que prescribe él mismo á una persona jóven que le consultó sobre este asunto. Insertaré aquí una parte de esta carta que puede ser útil para los jóvenes.

«Me preguntas qué método te aconsejaré para estudiar. Uno de los mejores modos, segun el dictámen de muchas personas, es traducir el griego en latin ó el latin en griego. Con esto adquieres la exactitud y la elegancia de la expresion, la riqueza de las figuras, la facilidad de explicarte; y en esta imitacion de los autores mas excelentes, tomas insensiblemente locuciones y pensamientos semejantes á los suyos. Mil cosas que se escapan á uno que lee, no se escapan á uno que traduce. La traduccion despierta el entendimiento y cultiva el gusto.

«Puedes tambien, después de haber leido alguna cosa, solo para tomar asunto, tratarle tú mismo resuelto á no ceder al autor; cotejar después tu escrito con los suyos, examinar cuidadosamente lo que explicó mejor que tú, lo que tú explicaste mejor que él. ¡Qué gozo si se conoce que algunas veces se le excede! ¡Qué aumento de emulacion si se ve que uno queda siempre inferior!

«Sé que tu estudio es al presente la elocuencia del tribunal, pero para esto no te aconsejaria que te contuvieses únicamente en este estilo contencioso que solo respira guerra y combates. Como se agradan los campos en mudar de diferentes semillas, del mismo modo nuestros entendimientos quieren ejercitarse con diferentes estudios. Querria, tan presto que te ocupase un excelente pasaje de historia, tan presto que cuidases de escribir una carta, algunas veces que hicieses versos.... Así es como los mayores oradores, y tambien los hombres mas grandes, se ejercitaban ó recreaban, ó mas bien es así como se recreaban y ejercitaban todo junto. Es cosa extraordinaria cuánto despiertan y alegran el entendimiento estas obras pequeñas.

«No he dicho lo que se debe leer, aunque lo haya

dicho bastante, advirtiendo lo que se debe escribir. Acuérdate solamente de escoger bien los mejores libros en cada género; porque se dice muy bien, que se debe leer mucho, pero nó muchas cosas.»

Hemos visto que Plinio, de edad de catorce años, habia compuesto una tragedia griega, y que se ejercitó despues en diferentes géneros de poesías. La lectura de Tito Livio era sus delicias. Admiraba á los antiguos, pero no era de los que desprecian á los modernos. No puedo creer, decia, que la naturaleza, agotada y estéril, no produzca ya cosa buena.

Refiere á un amigo en qué se ocupaba durante las diversiones públicas. «He pasado todos estos últimos dias en componer, en leer con la mayor tranquilidad del mundo. Preguntas; ¿cómo se puede lograr esto en medio de Roma? Era el tiempo de los espectáculos del Circo, los que no me mueven ni ligeramente. No encuentro en ellos cosa nueva, ninguna variedad, nada que no sea bastante haberlo visto una vez. Esto aumenta la admiracion que tengo de que tantos millares de hombres.... y tambien muy juiciosos.... tengan la pasion de volver á ver con tanta frecuencia, caballos que corren y hombres que conducen carros. Cuando pienso que no se cansan de volver á ver con tanto gusto y continuacion cosas tan vanas y frias, y que se repiten con tanta frecuencia, siento un secreto placer de no encontrarle en estas bagatelas, y empleo voluntariamente en las letras el tiempo que pierden los otros en diversiones tan frívolas.»

Se ve que el estudio era todo su gusto y todo su consuelo. «Las letras, decia, me divierten y me consuelan; y no sé que haya cosa tan agradable que lo sea mas que ellas, ni cosa tan enfadosa que ellas no templen. En el desasosiego que me ocasiona la indisposicion de mi mujer, la enfermedad de mis gentes, la muerte tambien de algunos, no encuentro otro remedio que el estudio. Á la verdad me hace conocer mejor toda la grandeza del mal, pero tambien me le hace mas llevadero.

2.° Estimacion y afecto de Plinio á las personas virtuosas y literatas.—Tuvo Plinio por amigos á todos los hombres grandes que produjo su siglo; todos los que se distinguieron mas por sus raras virtudes. Virginio Rufo, que renunció el imperio; Cornelio que se consideraba como un modelo perfecto de sabiduria y rectitud: Elvidio, la admiracion de su tiempo; Rústico Aruleno y Seneccion, á quienes hizo morir Domiciano; Cornuto Tertulio, á quien tuvo muchas veces por compañero.

Se honraba tambien de tener particular amistad con las personas mas distinguidas que habia en su tiempo en las letras, Tácito, Suetonio, Marcial y Silio Itálico.

«Leí tu libro, dice á Tácito, y advertí con toda la exactitud que me ha sido posible, lo que creo se debe mudar, y se debe quitar de él, porque no estimo menos decir la verdad, que oirla; además, que no se encuentran personas mas dóciles á la correccion, que las que merecen mas alabanzas. Espero que tú tambien me enviarás mi libro con tu censura. ¿Qué cambio tan agradable y atractivo? Tengo gusto en pensar, que si la posteridad hace alguna vez algun caso de nosotros, no dejará de publicar, con qué union, con qué franqueza, con qué amistad vivimos juntos. Raro será y notable que dos hombres, con corta diferencia de la misma edad, de la misma clase, de algun nombre en el imperio de las letras (porque es necesario que hable modestamente de tí, pues hablo al mismo tiempo de mí), se hayan ayudado con tanta fidelidad en sus estudios. En cuanto á mí, desde mi mas tierna juventud, la reputacion, la fama que habias adquirido, me hacia ya desear el seguirte, caminar y parecer que caminaba sobre tus pisadas, nó de cerca, sino mucho mas cerca que otro. No era esto porque no hubiese entónces en Roma muchos ingenios de primer órden; pero entre todos los otros la relacion de nuestras inclinaciones me señalaba á tí como el mas propio de ser imitado, como el mas digno de serlo. Lo que aumenta mi gozo es, que cuando oigo decir que la conversacion recae sobre las letras, se nos nombra á ambos juntos.»

Se puede conocer cuánto deseaba Plinio obligar á Suetonio el historiador, por lo que escribe á un amigo suyo. Esta carta, aunque corta, es, entre las que tenemos suyas, una de las mas elegantes.

«Suetonio, que habita conmigo, tiene intencion de comprar una heredad pequeña que quiere vender uno de tus amigos. Procura disponerlo de modo, te ruego, que no se venda en mas de lo que vale: por este precio le agradará. Una compra cara no puede dejar de serle desagradable; pero principalmente por el cargo contínuo que parece nos hace de nuestra imprudencia. Esta adquisicion, si por otra parte no es muy costosa, mueve á mi amigo por mas de una parte. Su poca distancia de Roma, la comodidad de los caminos, la mediocridad de los edificios, los anexos mas capaces de dividir que de ocupar. Con efecto, no necesitan estos señores eruditos, absortos como él en el estudio, mas que el terreno necesario para desahogar su ánimo y alegrar sus ojos. No necesitan mas que una calle de árboles para pasearse; mas que una viña, cuyas cepas puedan contar; mas que arbolillos, cuyo número sepan. Te participo todas estas minuciosidades, para decirte la obligacion que me tendrá, y las que él y yo tendremos, si compras, con condiciones de las que no tenga motivo de arrepentirse, una casa pequeña, tal como la que acabo de pintar.

Marcial, tan conocido por sus epígramas, era tambien amigo de Plinio, y la muerte de ese poeta le ocasionó mucho sentimiento. «Sé, dice, que murió Marcial, y tengo por esto mucha pesadumbre. Era un ingenio agradable, delicado y deleitable, que sabia perfectamente mezclar la sal y la amargura en sus escritos; y al mismo tiempo hacer justicia al mérito. Cuando se fué de Roma, le dí para ayudarle á hacer su viaje. Debia este corto socorro á nuestra amistad, y se le debia por los versos que hizo por mí. Se practicaba antiguamente conceder recompensas útiles ó espléndidas á los que habian escrito en honra de las ciudades ó de algunos particulares. Hoy dia se pasó esta moda con otras muchas que no tenian menos grandeza y nobleza. Desde que dejamos de hacer acciones laudables, menospreciamos la alabanza.» Refiere Plinio el pasaje de estos versos en donde habla el poeta con su musa, y le encarga que vaya á ver á Plinio á su casa de las Esquilas, y se le acerque con respeto.

«¿No crees, dice Plinio, acabando su carta, que el que escribió de mí en estos términos, mereció bien recibir señales de mi afecto cuando se fué, y de mi dolor cuando se murió?»

Lloró tambien mucho la de Silio Itálico, de cuya poesía hace un juicio muy prudente. «Hacia versos, dice, en los que habia mas arte que ingenio.» Habiéndole disgustado de la vida una calentura incurable que le sobrevino, acabó sus dias con una abstinencia voluntaria.

3.° Liberalidades de Plinio. — Plinio, en comparacion de ciertos ricos de Roma, tenia un patrimonio

muy mediano, pero una alma verdaderamente grande y pensamientos muy nobles. Sus liberalidades, casi sin número, son buena prueba de esto. No referiré mas que una parte de ellas.

En esta materia seguia unos principios que son muy dignos de atencion. « Quiero, dice, que un hombre, verdaderamente liberal, dé á su patria, á sus parientes, á sus socios, á sus amigos, pero á amigos que lo necesiten. » Véase aquí el órden que prescribe la equidad y la que seguia exactamente.

Vimos que hizo un regalo muy decente á Quintiliano su maestro, para que sirviese de dote á la hija que casaba, y que ayudó á Marcial cuando se retiró de Roma. De estos dos amigos, el último tenia necesidad, y el otro no era rico.

Dió, á la que le crió, una heredad pequeña que valia, cuando se la donó, cien mil sextercios, esto es, cincuenta mil reales. ¿En dónde están al presente los grandes señores que se portan de esta suerte? No obstante, Plinio llama á esta cantidad corto regalo: « Munusculum. » Y despues de la donacion que hizo de esta tierra, se interesaba tambien para la renta que sacaba de ella su ama. Escribió al que se habia encargado de cultivarla, y le encarga su cuidado. « Porque, añade, la que recibió esta corta heredad, no tiene otro interés que el que produzca mucho, como yo que se la dí. »

Viendo á Calvina, á la que habia dotado en parte con su patrimonio, cerca de renunciar la sucesion de Calvino, su padre, por el temor de que los bienes que dejaba no fuesen suficientes para pagar las cantidades que debia á Plinio, le escribió este que no afrentase la memoria de su padre, y para determinarla le envió un finiquito general.

En otra ocasion dió trescientos mil sextercios (ciento cincuenta mil reales) á Romano con el fin de componerle la renta necesaria, para entrar en el órden de los caballeros romanos.

Corelia, hermana de Corelio Rufo, á quien tuvo Plinio un respeto infinito mientras vivió, le compró posesiones por precio de setecientos mil sextercios; mejor informada del valor de aquellas posesiones, supo que valian novecientos mil, y le instó vivamente á que recibiese lo demás; pero no pudo conseguir de él esta gracia. ¡Excelente combate de rectitud y generosidad! ¡Qué delicadeza en la persona que quiere, qué noble desinterés en el vendedor! ¿En dónde se encuentran semejantes procederes?

Unos mercaderes compraron su vendimia á un precio muy razonable, con la esperanza de la ganancia que se prometian hacer con ella. Se engañó su esperanza. Á todos les perdonó alguna cosa. La razon que dá para esto, es todavía mas admirable que el hecho mismo. « No tengo por menos glorioso hacer justicia en casa que en los tribunales, en las cosas pequeñas, como en las grandes, en las propias como en las agenas. »

Lo que ejecutó con su patria, excede todavía á todo lo que he dicho hasta aquí. Los habitantes de Como, no teniendo maestros en su patria para instruir á sus hijos, se veian obligados á enviarlos á otras ciudades. Plinio, que tenia para su patria un corazon de hijo y de padre, dió á conocer á sus convecinos la ventaja que seria para la juventud el ser educada en el mismo Como. « ¿En dónde, dice á los parientes, se les encontrará una mansion mas agradable que la patria? ¿En dónde arreglar sus costumbres mas seguramente que á vista del padre y de la madre? ¿En dónde mantenerlos con menos gasto que en vuestras casas? ¿No es mas correspondiente que vuestros hijos reciban la educacion en el mismo pueblo en donde recibieron el nacimiento, y se acostumbren desde la niñez á divertirse y fijarse en su país natal? » Ofreció contribuir con la tercera parte para establecer los salarios de los maestros, y creyó que debia dejar á los parientes el cuidado de lo demás para que fuesen mas diligentes en la eleccion de buenos maestros, por la necesidad de la contribucion, y por el interés de emplear útilmente su renta.

No limitó á esto su beneficio. Porque, como dice en otra parte, la liberalidad no se sabe contener, y cuanto mas se practica, mas se conoce su primor. Fundó en ella una biblioteca con pensiones ánuas para cierto número de jóvenes bien nacidos, á quienes su mala fortuna hubiese negado los socorros necesarios para estudiar. Acompañó la dedicacion de aquella biblioteca con un discurso que pronunció en presencia solamente de los principales de la ciudad. Pensó mas adelante en si le publicaria. « Es difícil, dice, alabar el bien que se hizo, sin dar lugar á que se juzgue que no se alaba porque se hizo, sino que se hizo por alabarse. Pero yo no he olvidado que una alma grande sigue mas el testimonio secreto de la conciencia que los ilustres testimonios de la fama. No pertenece á nuestras acciones buscar la reputacion, corresponde á esa seguir á las acciones. Y si sucede que por un acaso extraordinario se nos escapa, no se debe creer que lo que la mereció pierde nada de su valor. »

Se comprende con dificultad cómo pudo un particular tener para tantas liberalidades. Él mismo nos lo explica, escribiendo á una dama, á la que habia hecho una considerable cesion. « No temas, le dice, que una donacion semejante me destruya: no te de cuidado. Es verdad que tengo un patrimonio mediano. Mi clase requiere gasto, y mi renta, por la naturaleza de mis posesiones, es tan casual como moderada. Lo que me falta de este lado, lo encuentro en la templanza, la fuente mas segura de mis liberalidades. » ¡Qué leccion, qué cargo para estos grandes señores que con rentas inmensas no hacen bien á nadie, y por lo regular mueren llenos de deudas! Son pródigos para el lujo y diversiones, desagradables y estrechos para sus amigos y domésticos. « No olvidéis jamás, decia Plinio á un señor mozo, que no se puede tener demasiado horror á esta monstruosa mezcla de avaricia y prodigalidad que se ha introducido en nuestros dias, y si basta uno solo de esos vicios para manchar la reputacion de alguno, el que los junta se deshonra infinitamente mas. »

4.° Inocentes placeres de Plinio. — Plinio no era de carácter áspero ni austero. Al contrario era muy alegre de genio, y gustaba divertirse con sus amigos.

Gustaba de ver á sus amigos en su mesa, y les daba con mucha frecuencia comidas, ó las recibia de ellos; pero su principal sazon era la frugalidad, con la conversacion ó la lectura. » Iré á cenar á tu casa, dice á un amigo; pero quiero sacar mis ventajas. Pretendo que la cena sea sin aparato y frugal, abundante solamente en buenas conversaciones, á la manera de Sócrates, y aun de esto sin exceso. »

Reprende á otro de no haberle cumplido la palabra. « Verdaderamente que lo entiendes. Me haces gastar para darte de cenar, y me faltas. No hay justicia en Roma. Me la pagarás hasta el último maravedí, y esto será mas de lo que piensas. Habia preparado para cada uno su lechuga, tres caracoles, dos huevos, una torta de manteca, vino melado y nieve. Teníamos aceitunas de España, calabazas, puerros y otros mil manjares tan delicados. Pero preferiste mas, en casa de no sé quien, ostras, morcillas de puerco y pescados raros. Tú me la pagarás. »

El mismo nos refiere, con todo el ingenio y agrado posible, una de sus partidas de caza. « Vas à reir, y te lo permito, rie tanto como te agrade. Este Plinio que conoces, cogió tres jabalíes, pero muy grandes. ¿Qué, él mismo, dices tú? Él mismo. Sin embargo, no llegues á creer que costase esto mucho á mi pereza. Estaba sentado cerca de las redes: no tenia à mi lado, ni venablo, ni dardo, sino el libro de memoria y una pluma; reposaba, escribia, y me preparaba el consuelo de llevar mis hojas llenas si me volvia de la caza con las manos vacías. »

Por esto se ve que el estudio era su pasion dominante. Esta inclinacion le seguia á todas partes, à la mesa, à la caza y al paseo. Empleaba en él todo el tiempo que le quedaba, después que cumplia las obligaciones públicas. Porque se impuso la ley de preferir siempre los negocios á los placeres, lo sólido á lo agradable. Esto le hacia suspirar con tanto ardor por el retiro y la quietud. « ¡ Nunca llegaré, exclamaba, en algunos momentos tristes, á romper los nudos que me atan, pues no los puedo desatar! Nó, no me atrevo á lisonjearme de esto. Cada dia vienen nuevos embarazos á juntarse à los antiguos. No se acaba todavia un negocio, cuando se empieza otro. La cadena que eslabonan mis ocupaciones, no hace mas que alargarse y hacerse mas pesada. »

Escribiendo á un amigo, quien, en una masion deliciosa pasaba el tiempo como hombre prudente, no pudo dejar de tenerle envidia. « Así es, le dice, como debe pasar su vejez un hombre no menos distinguido en las funciones de la magistratura que en el mando de los ejércitos; y que se sacrificó enteramente al servicio de la república, en tanto que lo permitió el honor. Debemos á la patria nuestra primera y nuestra segunda edad; pero nos debemos la última á nosotros mismos. Las leyes parece que nos lo aconsejan cuando de sesenta años nos jubilan. ¿Cuándo tendré la libertad de gozar del descanso? ¿Cuándo me permitirá la edad imitar una retirada tan gloriosa? ¿Cuándo la mia no se llamará ya pereza, sino descanso honroso? »

Contaba no vivir ni respirar, sino cuando podia retirarse de la ciudad para ir á alguna de sus casas de campo, porque tenia muchas. La agradable descripcion que hace de ellas da bastante à entender lo que se divertia allí. Habla de sus jardines, de sus huertas, de sus vergeles, de sus edificios, y sobre todo de los sitios que eran como la obra de sus manos, con este gozo y esta complacencia que experimenta todo hombre que ha edificado ó plantado en el campo. Llama á aquellos sitios sus delicias, sus amores, sus verdaderos amores. « ¿ Hago mal, dice á uno de sus amigos, en gustar tanto de este retiro, hacer de él mis delicias, y estar en él tanto tiempo?» Y en otra carta: «No se encuentran aquí molestos ni importunos. Todo es calma, todo está pacífico, y como la bondad del clima hace el cielo mas sereno y el aire mas puro, tengo tambien aquí el cuerpo mas sano y la imaginacion mas libre. Ejercito el uno en la caza y el otro en el estudio. »

5.° Ardor de Plinio para la fama y reputacion.—No se puede dudar que fuese la fama el alma de las virtudes de Plinio. Vigilancias, tranquilidad, diversiones, estudio, todo se dirigia á ella. Tenia por máxima, que la única ambicion que correspondia á un hombre de honor, era, ó hacer cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leidas. No disimulaba que su pasion era el amor á la fama. « Cada uno juzga diferentemente de la felicidad de los hombres En cuanto á mí, no estimo á nadie mas feliz que á aquel que goza de una grande y sólida reputacion, y quien, seguro de los votos de la posteridad, experimenta anticipadamente toda la fama que le destina. Nada me mueve tanto como el deseo de vivir largo tiempo en la memoria de los otros. Disposicion verdaderamente digna de un hombre, sobre todo, de aquel que, no teniendo nada que reprenderse, no teme los juicios de la posteridad. » El célebre Trasea acostumbraba decir, que nadie se debia encargar sino de tres especies de causas. De las de sus amigos, de las de los que no tienen proteccion, y finalmente de las que deben servir de consecuencia para el ejemplo.

« Añadiré à estas tres especies (dice todavía Plinio), y puede ser como hombre que tiene ambicion, las causas grandes y famosas. Porque es justo alegar algunas veces para su reputacion y propia gloria; esto es, alegar su propia causa. »

Deseaba con pasion que escribiese Tácito su historia: pero, menos vano que Ciceron, no le pedia que la adornase con mentiras. « Mis acciones, le dice, se harán en tus manos mas ilustres, mas célebres, mas grandes. Sin embargo, no pido que ponderes. Sé que la historia nunca se debe apartar de la verdad, y que la verdad honra bastante las buenas acciones. » No sé si tuve razon en decir, que era Plinio menos vano que Ciceron, y si al contrario nos debe parecer Ciceron mas modesto, porque era mas sincero. Conocia lo que le faltaba, y pedia con agrado que se le supliese. Pero Plinio no creia necesitar de gracias ni socorros. Estaba mas satisfecho de su mérito. Es bastante bueno, muy sólido y grande para mantenerse por sí mismo á vista de la posteridad. No necesita mas que de una trompeta sonora que enseñe la pura verdad á los siglos futuros, sin añadirle nada estraño.

Plinio juntaba frecuentemente una tertulia de amigos escogidos para leerles sus composiciones, fuese en verso, fuese en prosa. Declara en muchas cartas que hacia esto con el fin de aprovecharse de los consejos que le diesen, y podia ser; pero el deseo de ser alabado y admirado, tenia gran parte en esto, porque gustaba infinito de que le alabasen. « Me represento ya esta multitud de oyentes (habla á un amigo, á quien exhortaba á que leyese sus obras), estos ímpetus de admiracion, estos aplausos, este mismo silencio, el que, cuando hablo en público ó leo mis piezas, no tiene menos embelesos para mí que los aplausos, cuando los ocasiona la atencion sola, y el deseo de oir lo que se sigue. »

Se encolerizaba verdaderamente, cuando se trataba de sus amigos, con los concurrentes mudos y desdeñosos. « Se leia en una asamblea, en la que yo estaba convidado, una obra excelente. Dos ó tres hombres que se creian mucho mas hábiles que todos los otros callaban, como si fuesen sordos y mudos; no movieron los labios, no hicieron el menor gesto, ni se levantaron, á lo menos, por cansados de estar sentados. Qué extravagancia, y (por decirlo todavía mejor), qué necedad, pasar todo un dia para ofender á un hombre á cuya casa no habias venido sino para manifestarle vuestra estimacion y amistad.»

Hacia buenas acciones, pero se alegraba que se conociesen y celebrasen. « Lo quiero confesar, dice, no llega mi prudencia hasta no tener por nada esta especie de recompensa que encuentra la virtud en la aprobacion de los que la estiman. »

Se reprende á Plinio que habla frecuentemente de sí mismo; pero á lo menos no se puede reprender que hable solo de sí. Ninguna persona tuvo mas gusto en alabar el mérito de los otros, hasta notársele que lo hacia con exceso, de lo que no pensaba defenderse ni

quererse enmendar. « Me dices que me murmuran algunas personas de que alabo con exceso en cualquiera ocasion á mis amigos. Confieso mi delito, y me glorío de él. Porque, ¿qué cosa hay mejor que pecar por indulgente? Sin embargo, ¿cuáles son esas personas que creen conocer á mis amigos mejor que los conozco yo? Pero sea en horabuena, quiero que los conozcan mejor. ¿Porqué me envidian un error tan lisongero? Porque, supongamos que no sean mis amigos, como yo digo, siempre soy feliz en creerlo así. Aconsejo, pues, á mis censores, que guarden su maligna delicadeza para los que crean que hay habilidad y juicio en tildar á sus amigos. En cuanto á mí, nunca se me persuadirá que estimo demasiado á los mios. »

Me he dilatado bastante sobre las acciones particulares de Plinio, y los extractos que he sacado de sus cartas parecerán al lector muy largos y poco arreglados; confieso mi falta. Este género de caractéres de rectitud, de probidad, de generosidad y de amor del bien público que se han hecho tan raros, por desgracia de nuestro siglo, me elevan á mí mismo, me hechizan, y no me puedo resolver á abreviar su retrato. Con efecto; ¿hay carácter mas suave, mas agradable, mas sociable, mas amable en todo género, que aquel cuya idea he procurado dar aquí? ¿Qué agradable es el comercio de la vida cuando se encuentra unido con amigos semejantes? ¿Qué felicidad para el público, cuando personas beneméritas como Plinio, de buen genio y sin pasiones, ocupan los primeros empleos de un estado y procuran aliviar los cuidados de los que tienen que tratar con ellas?

Hice mal en decir que Plinio no tenia pasiones. Libre de aquellas, que, segun el juicio del mundo mismo deshonran á los hombres, tenia una mas delicada y menos grosera, pero no menos eficaz ni menos viciosa para los ojos del soberano juez; por esfuerzos que haga la corrupcion general del corazon humano para ennoblecerla dándole casi el nombre de virtud. Hablo de este amor excesivo de fama, que era el alma de todas sus acciones y de todas sus empresas. No estaba Plinio ocupado, como todos los mayores escritores del paganismo, mas que del deseo y cuidado de vivir en la memoria de la posteridad, y pasar su nombre á los siglos futuros con escritos que esperaba debian durar tanto como el mundo, y procurarles una especie de inmortalidad con la que por su ceguedad se contentaba. ¿Habia cosa mas casual, mas incierta, ni mas frívola que esta esperanza? ¿En qué ha consistido que no conozca la posteridad mas que su nombre, y ni aun su nombre? ¿El tiempo, que ha borrado la mayor parte de las obras de aquellos hombres vanos, no podia borrar tambien lo poco que nos queda de ellas? ¿Á qué deben las pocas reliquias que se escaparon del naufragio general? ¿Lo poco que ha llegado hasta nosotros impide que todo lo que le pertenece, hasta su mismo nombre, no hubiese absolutamente perecido en toda el África, en toda el Asia, en una gran parte de la Europa? ¿Á no ser por los estudios que ha mantenido la iglesia cristiana, no hubiera la barbarie anonadado sus obras y sus nombres en todo lo restante del universo? ¿Cuál es pues la bagatela de la beatitud sobre que contaban, y á la que se referian enteramente? ¿Los que fueron la admiracion de su siglo, no caen en el abismo del olvido y de la muerte, lo mismo que los mas estúpidos é ignorantes? Somos muy insensatos é inconsiderados, nosotros á quienes ha instruido mejor la religion, si, destinados afortunadamente á una inmortalidad feliz, nos dejamos deslumbrar con una grandeza imaginaria, y con la fantasma de una eternidad ideal.

Los extractos que he sacado de sus cartas son mas que suficientes para dar á conocer el carácter de su corazon y costumbres: me queda que dar una idea de su estilo, con algunos extractos del panegírico de Trajano, que es una pieza de elocuencia extremamente trabajada, y que se consideró siempre como la obra mas primorosa suya.

Panegírico de Trajano. — Advertí ya que Plinio, despues que fué nombrado cónsul por Trajano, juntamente con Cornuto Tertulio, su íntimo amigo, recibió órden del senado para que hiciese el panegírico de aquel príncipe en nombre de todo el imperio. Habla siempre con él como si estuviese presente. Con efecto, si estuvo, porque se duda de esto, costó mucho á la modestia del emperador; pero, por repugnancia que tuviese en oir que se le alaba en su presencia, lo que siempre es muy agradable, no creyó que se debia oponer al decreto de una comunidad tan respetable. Fácilmente se juzga que Plinio, en aquella ocasion, hizo uso de todo su ingenio, al que añadia nueva eficacia el vivo reconocimiento de que estaba penetrado su corazon. Algunos extractos que voy á sacar de aquella pieza manifestarán la elocuencia del panegirista y las admirables cualidades del príncipe á quien elogia en ella.

« Me he dedicado, señores, frecuentemente á idear un príncipe digno del imperio del mundo, igualmente propio para mandar en la tierra y en el mar, en la paz y en la guerra; y confieso que, imaginándole á medida de mis deseos, tal que pudiese mantener con estimacion un poder comparable con el de los dioses, no pudo mi imaginacion llegar hasta desear uno que se pareciese á nuestro emperador. Uno se hizo ilustre en la guerra, pero se envileció en la paz. Otro se adquirió en el ejercicio de la magistratura una reputacion que perdió en los ejércitos. Aquel se grangeó el respeto por el temor, este el amor con el agrado. Tal se supo conciliar, en lo interior de su casa, una estimacion que no pudo conservar en público. El otro adquirió una reputacion en público que sostuvo mal en su casa. Finalmente, hasta este dia no hemos visto alguno, cuyas virtudes no hubiesen tenido rival, y no se acercasen á algun vicio. ¡Pero qué union de todas estas raras cualidades, qué conformidad de todo género de prendas no admiramos en nuestro príncipe! ¿Su alegría se opone á la gravedad de sus costumbres? ¿Su afabilidad á la magestad de su exterior? Su estatura, su modo de andar, sus facciones, esta flor de salud que se manifiesta todavía en una edad madura, sus cabellos que parece no los encanecieron los dioses antes de tiempo, sino para hacerle mas respetable: ¿no anuncia todo esto un soberano para todo el universo?

« ¿Quién tuvo jamás cuidado en consolar á los soldados fatigados con largas marchas y socorrer á los enfermos? ¿Y quién observó nunca mas religiosamente que V. M. la costumbre de no retirarse á su tienda hasta despues de haber visitado todas las otras, y no descansar, sino despues de haber asegurado el sosiego á todo el ejército? Que se encontrase un general semejante en medio de los Fabricios, de los Escipiones y de los Camilos, me admiraria menos. Entónces despertaban su ardor los grandes ejemplos, y algun otro mas virtuoso que él no dejaria de encender en su alma una noble emulacion. Pero hoy dia que no queremos los combates sino en los espectáculos, y lo que era trabajo y fatiga para nuestros predecesores, no lo conocemos ya sino como placer y recreo. ¿No es muy glorioso ser el único que ha conservado las costumbres y virtudes de nuestros padres, no tener otro

modelo que proponerse, otro rival con quien disputar que á sí mismo; y cuando ocupa solo el primer lugar, tener solo todo lo que le merece?

« Vendrá tiempo en que nuestra posteridad se apresurará para ir á ver, y hacer que vean sus hijos, las llanuras en que habeis sostenido tan nobles trabajos (á la letra, las llanuras que regaron vuestros sudores), los árboles que dieron sombra á vuestras comidas militares, las cavernas en que descansabais, las casas que fueron honradas con la presencia de un huésped tan grande. Finalmente, mostrará en aquellos mismos lugares vuestras huellas, con tanto cuidado como el que ha tenido V. M. en examinar las de los famosos capitanes que tanto gusta de imitar.

« Igualmente amado de los grandes y pequeños, confundís de tal modo al soldado con el general, que al mismo tiempo que, como centinela majestuosa, animais el trabajo de vuestros soldados, aliviais tambien sus fatigas, dividiéndolas con ellos. ¡Felices los que os sirven! No conoceis el celo y capacidad de los otros por relacion de alguno, sino por vos mismo, y por lo que les habeis visto ejecutar. Tienen la felicidad que, cuando están ausentes, no os informais de lo que pertenece á cada uno, sino de vos mismo.

« ¿Qué diré de aquel dia en el que Roma, despues de haberos deseado y esperado tan largo tiempo, tuvo finalmente el gozo de recibiros? No hubo nadie á quien su edad, su sexo ó su salud pudiese embarazar que corriese á un espectáculo tan nuevo. Los niños se apresuraban por conoceros, los mozos por mostraros, los viejos por admiraros, los mismos enfermos, sin miramiento alguno á las órdenes de sus médicos, se iban á los parajes por donde debiais pasar: se diria que iban á curarse y á buscar la salud. Unos exclamaban que habian vivido bastante, pues os habian visto. Otros decian: ahora es agradable el vivir. Las mujeres se alegraban de haber parido, viendo para qué príncipe habian dado ciudadanos, para qué general habian dado soldados. Se veia que se doblaban los tejados con el peso de los espectadores que se habian subido á ellos. Las mismas plazas, en las que no se podia estar sino medio suspendido, estaban ocupadas. La multitud con que estaban llenas las calles, apenas os dejaba libre un sendero estrecho para pasar por medio del pueblo, puesto en dos líneas; y en todas partes encontrabais iguales regocijos, iguales aclamaciones.

« No habeis querido todavía ejercer el empleo de censor, ni encargaros de la inspeccion de las costumbres. Quereis mas inclinar á la virtud con vuestros beneficios, que con remedios siempre amargos. Así, no sé si el príncipe que consiente y premia la pureza de las costumbres, no contribuye mas á ella, que el que la manda. La vida del príncipe es una censura continua; nos arreglamos por ella, la tomamos por modelo, tenemos mucha menos necesidad de leyes que de ejemplos. El temor enseña mal á vivir bien. Los ejemplos tienen mucha mas autoridad. No solamente inclinan á la virtud, prueban que no es imposible practicarla.

« En todos lo siglos se dirá que hubo un príncipe lleno de virtudes, á quien los hombres de su tiempo no hicieron sino honores medianos, y á quien, por lo regular, no hicieron algunos. Una prudencia tan profunda, cuando la considero, me hace comprender que no nos debemos admirar mucho de que desprecieis ó modereis estas honras comunes y perecederas. Sabeis en lo que consiste la verdadera reputacion, la fama inmortal de un príncipe; sabeis en dónde residen los honores que no temen ni al fuego ni al tiempo, ni á la emulacion de los sucesores. No son arcos triunfales, estatuas, altares, templos tambien que perecen, y finalmente se olvidan. Si los perdona el tiempo, la posteridad, por lo regular, los desprecia ó los censura. Pero el que tiene valor para menospreciar la ambicion y poner freno á un poder acostumbrado á no tenerle, se granjea una veneracion que la revolucion de los siglos no hace mas que aumentar y remozar. Nunca es tan alabado como de aquellos que tienen mas libertad para no hacerlo. El príncipe no debe pues desear que la fama hable enteramente de él; á su pesar hablará; pero debe desear que nunca deje de hablar bien de él. Esto es lo que dan solo el mérito y la virtud, y lo que no se puede prometer de las imágenes ni de las estatuas.

« Hubo tiempo, y duró demasiado, en el que nuestra felicidad y nuestra desgracia no se arreglaban por la del príncipe. Al presente tristeza y gozo, todo nos es comun; y ya no es posible que seamos felices sin vos, como no lo es el que lo seais sin nosotros. ¿Si fuese esto de otro modo, hubierais añadido al fin de vuestra oracion pública, « que solo pedís á los dioses su proteccion por todo el tiempo que continueis en merecer nuestro amor? »

« Es notable que fuese por órden del mismo Trajano, por lo que se puso una condicion en las preces públicas que se hacian por el: SI BENE REMPUBLICAM ET EX UTILITATE OMNIUM REXERIS, esto es, « si gobernais con justicia, y únicamente por la ventaja de la república.» ¡Oh rogativas, exclama Plinio, dignas de ser eternamente hechas y eternamente oidas! Contrató la república, por vuestra interposicion, con los dioses. Se obligaron á cuidar de vuestra conservacion, ínterin que cuidaseis de la conservacion de la patria, y si ejecutais cosa en contrario, se obligaron á no miraros ni protegeros.

« No hay cosa mas propia para ocasionar disensiones que los recelos regulares entre las mujeres. Tienen su orígen en los mismos enlaces que los deberian alejar, se alimentan en la igualdad, se irritan con la envidia, y degeneran finalmente en odio implacable. Esto lo debemos considerar como un prodigio de virtud, que entre dos ilustres damas que habitan un mismo palacio, cuya fortuna es igual, jamás se vea la menor indisposicion. Se respetan, se ceden mutuamente, y aunque ambas os amen tiernamente, no creen que les importa á cuál de las dos estimais mas. No se proponen ambas mas que un mismo fin; no tienen sino un mismo género de vida; finalmente, no hay cosa por donde conozca V. M. que son dos personas.

« La amistad, este precioso bien, en que consistia otras veces la felicidad de los mortales, estaba desterrada tambien del comercio de las personas particulares, y habia ocupado su lugar la lisonja, las palabras obsequiosas, y un fantasma de amistad mas peligrosa que el odio. Si el nombre de amistad se conocia todavía en los palacios de los príncipes, no era allí mas que un objeto de desprecio y de burla. ¿Qué amistad podia reinar entre los que se miraban recíprocamente como señores y esclavos? La habeis llamado de un largo destierro. Teneis amigos porque lo sabeis ser. Porque un príncipe no manda á la amistad, como puede mandar á lo demás. Esta inclinacion quiere ser libre: tiene mucha nobleza, es enemiga de la violencia y pide rigorosamente tanto como da. »

« La mayor parte de nuestros emperadores eran señores de los ciudadanos, y esclavos de sus libertos. No se gobernaban sino por el consejo de este género de gentes, no tenian mas voluntad que la suya, no oian ni hablaban sino por ellos. Por ellos se obtenia la preten-

ra, el sacerdocio y el consulado, ó mas bien, era á ellos á quienes se necesitaban pedir. V. M. estima mucho sus libertos, pero no los estima sino como libertos, y cree que están bastante favorecidos con tenerlos por hombres de bien. Porque sabe V. M. que no hay señal mas infalible de la pequeñez de los príncipes que la grandeza de los libertos.

«Al que ha llegado al colmo de los honores, no le queda mas que un solo medio para elevarse, y es que, seguro de su propia grandeza, sepa descender de ella. De todos los peligros que pueden correr los príncipes, el que deben temer menos es el de envilecerse humillándose.

«Si consiste la felicidad soberana en poder hacer todo el bien que se quiere, el colmo de la grandeza consiste en querer hacer todo el bien que se puede.»

El panegírico de Plinio se consideró siempre como la obra mas perfecta suya, aun en su tiempo, en el que habia muchas piezas de elocuencia suyas que le habian adquirido mucha reputacion en los tribunales. No es de admirar que, teniendo que alabar en cualidad de cónsul, y por órden del senado, á un príncipe tan perfecto, como era Trajano, quien además le habia llenado de beneficios, esforzase su ingenio para manifestarle su particular reconocimiento, y al mismo tiempo el gozo universal de todo el imperio. La imaginacion sobresale en todo este discurso; pero el corazon de Plinio se conoce en el todavía mas, y se sabe que es del corazon de donde sale la verdadera elocuencia.

Cuando dijo este panegírico no era tan largo como es ahora. Después de pronunciado, después de la accion, como diestro pintor, le añadió nuevos rasgos al retrato de su héroe, pero todos naturales; y que lejos de alterar su semejanza y la verdad, no servian mas que para hacerla aun mas patente. Él mismo nos dice lo que le movió á portarse de esta suerte. «Mi primera idea, dice, fué hacer que amase todavía mas el emperador sus virtudes con los atractivos de una alabanza ingenua. Quise al mismo tiempo abrir á sus sucesores, con su ejemplo, mejor que con algun precepto, el camino de la verdadera fama. Si se logra mucha reputacion en instruir á los príncipes con lecciones generosas, se encuentran otros tantos embarazos en esta empresa, y puede ser tambien mas presuncion. Pero dejar á la posteridad el elogio de un príncipe perfecto, mostrar, como desde un faro á los emperadores que le sucedan, una luz que los guie, es ser á un mismo tiempo útil y mas modesto.» Era difícil proponerles modelo mas cabal. Se puede decir que unia Trajano todas las calidades de un gran príncipe en una sola, que era: estar íntimamente persuadido á que era emperador, nó para sí, sino para los pueblos. Pero no es esto de lo que se trata aquí.

El estilo de este discurso es elegante, florido, luminoso, tal como debe ser el de un panegírico en donde se permite exponer, con pompa, lo mas sobresaliente que tiene la elocuencia. Los pensamientos son en él excelentes, sólidos, en mucho número, y por lo regular todos parecen nuevos. Las expresiones, aunque muy sencillas por lo comun, no tienen cosa humilde, nada que no corresponda al asunto y que no sostenga su dignidad. Las descripciones son vivas, naturales, circunstanciadas, llenas de ideas claras, que ponen el objeto cerca de la vista y le hacen perceptible. Todo el discurso está lleno de máximas y opiniones dignas verdaderamente del príncipe que se alaba en él.

Sin embargo, me parece que este discurso, por bueno y elocuente que sea, no se puede poner en el género sublime. No se ven en él, como en las arengas de Ciceron, entiendo tambien las del género demostrativo, aquellas expresiones vivas y enérgicas, aquellos pensamientos nobles y sublimes, aquellas elocuciones desembarazadas que causan armonía, aquellas figuras llenas de esplendor y viveza que admiran, que sorprenden y sacan al alma fuera de sí misma. Su elocuencia no se parece á estos grandes rios que llevan sus aguas con ruido y majestad; sino mas bien á una clara y agradable fuente que corre lentamente á la sombra de los árboles con que están adornadas sus riberas. Plinio deja á su lector tranquilo, y no le saca de su situacion natural. Agrada, pero en ciertos pasajes y partes. Una especie de monotonía ó uniformidad que reina en todo el panegírico, hace que se sostenga con dificultad una lectura entera y seguida, en lugar que la arenga mas larga de Ciceron es la que parece mas excelente y agrada mas. Se debe añadir, que en el estilo de Plinio se conoce algo la inclinacion á las antítesis, á los pensamientos concisos, y á las elocuciones estudiadas que dominaban en su tiempo. No se entregaba á ellas; pero se veia obligado á dejarse llevar de ellas. El mismo gusto reina en sus cartas; pero es menos desagradable porque son todas piezas separadas en las que no disuena este género de estilo; sin embargo, creo que se deben considerar muy inferiores á las de Ciceron. Pero bien pesado todo y bien examinado, las cartas de Plinio y su panegírico merecen la estimacion y aprobacion que les concedieron todos los siglos. Añadiré que su traductor la debe partir con él.

Tenemos una coleccion de arengas latinas, intitulada «Panegyrici veteres,» que contienen el panegírico de muchos emperadores romanos. El de Plinio es el primero. Se le siguen otras once piezas del mismo género. Esta coleccion, además de contener muchos hechos que no se encuentran en otra parte, puede ser muy útil para los que están encargados de hacer panegíricos. La buena antigüedad no nos ofrece modelos de este género de discursos, excepto la arenga de Ciceron por la ley manilia, y algunos pasajes de otras arengas suyas, que son obras perfectas en el género demostrativo. No se debe esperar encontrar el mismo primor ni la misma delicadeza en los panegíricos de que hablo. La distancia del siglo de Augusto habia hecho decaer mucho la elocuencia, que no tenia ya aquella antigua pureza de lenguaje, aquella delicadeza de expresion, aquella moderacion de adornos, aquel aire sencillo y natural, elevado, cuando era menester, con una grandeza y nobleza de estilo admirable. Pero se encuentra en estos discursos mucho ingenio, pensamientos muy buenos, locuciones felices, vivas descripciones y alabanzas muy sólidas.

ARGUMENTO DEL LIBRO QUINTO.

DE LAS CIENCIAS SUPERIORES.—De la filosofía.—PRIMERA PARTE. Historia de los filósofos.—I. Historia de los filósofos de la secta jonia, hasta la division que se hizo de ella en muchas ramas.—Historia de Sócrates.—§. 1. Nacimiento de Sócrates. Se aplica primero a la escultura; después al estudio de las ciencias: los maravillosos progresos que hizo en ellas: su inclinacion á la moral: su carácter: sus empleos: lo que tuvo que aguantar del mal humor de su mujer.—§. 2. Del demonio ó espíritu familiar de Sócrates.—§. 3. Sócrates, declarado el mas sabio de los hombres por el oraculo de Delfos.—§. 4. Sócrates se dedica enteramente á la enseñanza de la juventud de Atenas. Amor que le tienen sus discípulos. Principios admirables en que los instruye, sea para el gobierno, sea para la religion.—§. 5. Sócrates se aplica a desacreditar a los sofistas en el ánimo de la juventud de Atenas. Lo que se ha de entender por la ironía que se le atribuye.—§. 6. Acu-

san a Socrates de pensar mal de los dioses y de corromper la juventud de Atenas. Se defiende sin arte ni cobardia. Le condenan á muerte. —§. 7 Socrates no se quiere librar de la prision. Pasa el ultimo dia de su vida en hablar con sus amigos sobre la inmortalidad del alma. Bebe la cicuta. Castigo de sus acusadores. Honores hechos a la memoria de Sócrates. —§. 8. Reflexiones sobre la sentencia dada contra Socrates, y sobre el mismo Sócrates. — II. Division de la filosofia jonia en diferentes sectas. — Art. 1.° De la secta cirenaica. — Art. 2.° De la secta megárica. — Art. 3.° De las sectas eliaca y erétrica. — Art 4.° De las tres sectas academicas. — §. 1. De la academia antigua. —§. 2. De la media academia. —§. 3. De la nueva academia. — Art. 5.° De los peripateticos. — Art. 6.° De la secta de los cinicos. — Art. 7.° De los estóicos. — III Historia de los filosofos de la secta italica. — Art. 1.° Pitagoras. — Art. 2.° Division de la secta italica en cuatro sectas. — § 1. Secta de Heraclito. — § 2. Secta de Democrito. —§. 3. Secta nombrada esceptica o pirronia. — § 4 Secta epicúrea. — Reflexion general sobre las sectas de los filosofos. — Segunda parte. — Historia de la filosofia. — I. Opiniones de los filosofos antiguos sobre la dialectica. — II. Opiniones de los filósofos antiguos sobre la moral. — Art. 1.° Opiniones de los filosofos antiguos sobre la suma felicidad del hombre. — §. 1. Opiniones de Epicuro sobre la suma felicidad. — §. 2. Opiniones de los estóicos sobre la suma felicidad. —§. 3. Opinion de los peripatéticos sobre el sumo bien. — Art. 2.° Opiniones de los filosofos antiguos sobre las virtudes, y sobre las obligaciones de la vida. — Art. 3.° De la jurisprudencia. — III. Opiniones de los filósofos antiguos sobre la metafisica y sobre la fisica. — Art. 1.° De la existencia y atributos de la divinidad. — §. 1. De la existencia de la divinidad. —§. 2. De la naturaleza de la divinidad. —§. 3. ¿La divinidad gobierna el mundo? ¿Cuida de los hombres en particular? — Art. 2.° De la creacion del mundo. —§. 1. Sistema de los estóicos sobre la creacion del mundo. —§. 2 Sistema de los epicúreos sobre la creacion del mundo. —§. 3 Excelente pensamiento de Platon sobre la creacion del mundo — Art. 3.° De la naturaleza del alma. — Art. 4.° De los efectos de la naturaleza. — IV. §. 1. De la medicina. —§. 2. De la botanica. §. 3. De la quimica. — §. 4. De la anatomia.

Hemos llegado à lo mas grande y elevado que hay en el órden de las ciencias naturales; quiero decir, à la filosofía y matemáticas que son ramas de ellas, que tienen bajo de sí un gran número de artes y ciencias, que dependen de ellas, ó que tienen relacion con ellas, y cuyo estudio requiere, para aprovechar en ellas, vigor y extension de entendimiento, y perfecciona tambien estas cualidades naturales. Bien se conoce que materias tan varias, tan dilatadas, tan importantes, no se pueden tratar aquí sino muy superficialmente. No pretendo tampoco abrazarlas todas, ni hacer de ellas una exacta individualidad. Cogeré la flor, por decirlo así, y me detendré en lo que me parezca mas propio para satisfacer, ó mas bien para excitar la curiosidad de los lectores poco ilustrados en estas materias, y para darles una lijera idea de la historia de los grandes hombres que se distinguieron en estas ciencias, y de los progresos que pudieron hacer en ellas, pasando de los antiguos á los modernos. Porque en esto no sucede lo que en las buenas letras, en donde ciertamente, por no decir mas, los siglos posteriores no añadieron nada á las producciones de Atenas y de Roma.

Todas las ciencias de que debo hablar aqui, se pueden dividir en dos partes, que son la filosofía y las matemáticas. La filosofía será la materia de este libro, y las matemáticas la del siguiente, que será el último.

Filosofía. — La filosofía es el estudio de la naturaleza y de la moral, fundado en el razonamiento. Esta ciencia se llamó primero « Sabiduría; » y los que la profesan, « sabios. » Estos nombres le parecieron á Pitágoras muy orgullosos, y les sustituyó otros mas modestos, llamando á esta ciencia « Filosofía, » esto es, amor á la sabiduría; y á los que la enseñaban, ó se dedicaban á ella, « filósofos: » esto es, amantes de la sabiduria.

Casi en todos tiempos, y en todas las naciones políticas, hubo hombres estudiosos y de un entendimiento superior, que cultivaron esta ciencia con mucho cuidado: los sacerdotes en Egipto, los magos en Persia, los caldeos en Babilonia, los bracmanes ó gimno-sofistas entre los indios, y los druidas entre los galos. Aunque deba la filosofía su origen á muchos de los que acabo de nombrar, no la consideraré aquí sino como pareció en la Grecia, que le dió nuevo esplendor, y que se hizo como la escuela general de ella. No fueron solamente algunos particulares, esparcidos acá y allá, en diferentes provincias, los que hicieron de tiempos en tiempos felices esfuerzos, y los que despidieron con sus escritos y reputacion una luz brillante, pero corta y pasajera. La Grecia, por un privilegio particular, alimentó y crió en su seno, durante una larga serie de siglos no interrumpida, una multitud, ó por decirlo mejor, un pueblo de filósofos ocupados únicamente en averiguar la verdad, muchos de los cuales, con este fin, renunciaban sus bienes, dejaban su patria, emprendian largos y penosos viajes, y pasaban toda su vida estudiando hasta una extrema vejez.

¿Se puede creer que este concurso de hombres sabios y estudiosos, tan perseverante y de una duracion tan larga en un solo y mismo país, no fuese efecto mas que del acaso, y nó de una providencia particular que suscitó esta numerosa copia de filósofos para mantener y perpetuar la antigua tradicion sobre ciertas verdades esenciales y capitales? ¡Cuán útiles fueron sus preceptos sobre la moral, sobre las virtudes, sobre las obligaciones, para impedir la inundacion de los vicios! ¡Qué terrible desórden, por ejemplo, se hubiera visto si la secta epicúrea hubiese sido sola y dominante! ¡Cuánto sirvieron sus disputas para conservar los importantes dogmas de la distincion de la materia y del espíritu, de la inmortalidad del alma, de la existencia de un ser soberano! No es dudable en que les habia descubierto Dios, sobre todos estos puntos, principios admirables con preferencia á otros muchos pueblos, á quienes tenia la barbarie en una profunda ignorancia.

Es verdad que entre aquellos filósofos muchos dijeron extraños desatinos. Todos tambien, segun san Pablo, « retuvieron la verdad de Dios en la injusticia... No habiéndole glorificado como Dios, y no habiéndole dado gracias. » Ninguna escuela se atrevió jamás á defender ni aprobar la unidad de un Dios, aunque los mas hábiles filósofos estuviesen todos plenamente convencidos de esta verdad. Quiso Dios enseñarnos, con su ejemplo, lo que es y lo que puede el hombre abandonado á sí solo. Por espacio de cuatrocientos años, y más, todos aquellos excelentes ingenios tan sutiles, tan penetrantes, tan profundos, no cesaron de disputar, de examinar, de dogmatizar, sin que pudiesen convenir en nada entre sí, y sin concluir nada. No eran ellos los que habia destinado Dios para que fuesen la luz del mundo.

La filosofía, entre los griegos, se dividió en dos grandes sectas; llamada la una « Jonia, » fundada por Tales, que era de la Jonia; y la otra nombrada « Itálica, » porque en aquella parte de la Itálica, llamada la gran Grecia, la estableció Pitágoras. Una y otra se dividieron en otras muchas ramas, como se verá muy presto.

Esto es por mayor la materia de la disertacion que emprendo dar sobre la filosofía antigua. Se haria inmensa si pensase tratarla perfectamente, lo que no corresponde al plan que me he propuesto. Me contentaré pues, exponiendo la historia y las opiniones de

los que se distinguieron mas entre aquellos filósofos, con referir lo que me parezca mas importante, mas instructivo, mas propio para satisfacer la justa curiosidad de un lector que considera las acciones y opiniones de aquellos filósofos como una parte esencial de la historia; pero de la que le basta tener un conocimiento superficial y una idea general. Mis guias serán, entre los antiguos, Ciceron en sus obras filosóficas, y Diógenes Laercio en su tratado de los filósofos; y entre los modernos, el sabio Stanley, inglés, que compuso una excelente obra sobre esta materia.

Dividiré mi disertacion en dos partes. En la primera referiré la historia de los filósofos, sin extenderme mucho sobre sus opiniones: en la segunda trataré la historia de la filosofía misma, exponiendo en ella los principales dogmas de las diferentes sectas.

PRIMERA PARTE. Historia de los filósofos.—Correré todas las sectas de la filosofía antigua, y daré una historia abreviada de los filósofos que se distinguieron mas en ellas.

I. La secta jonia, contando desde Talés, que se considera como su fundador, hasta Filon y Antíoco, á quienes oyó Ciceron, duró mas de quinientos años.

Talés era de Mileto, ciudad célebre de la Jonia. Nació el primer año de la olimpíada 35.ª Para aprovecharse de las luces de las personas mas hábiles que hubiese entónces, hizo muchos viajes, segun la costumbre de los antiguos: primero á la isla de Creta, después á la Fenicia, y finalmente al Egipto, en donde consultó los sacerdotes de Menfis, quienes cultivaban con extremo cuidado las ciencias superiores. Aprendió con aquellos grandes maestros la geometría, la astronomía y la filosofía. Un discípulo de esta especie no lo es mucho tiempo. Así pasó Talés muy presto de las lecciones á los descubrimientos. Sus maestros de Menfis aprendieron de él el modo de medir exactamente las inmensas pirámides que subsisten todavía.

Gobernaba entonces el Egipto Amasis, príncipe que estimaba las letras, porque él mismo se dedicaba mucho á ellas. Hizo toda la estimacion que debia del mérito de Talés, y le dió señales públicas de su aprecio; pero este filósofo griego, amante de la libertad y de la independencia, no tenia todo lo que necesitaba para mantenerse en la corte. Era gran astrónomo, gran geómetra, excelente filósofo, pero mal cortesano. El modo demasiado libre, con que declamaba contra la tiranía, desagradó á Amasis, y fué causa de que tuviese impresiones de desconfianza y de temor contra él, las que no cuidó de borrar, y fueron seguidas poco tiempo después de su entera desgracia. La Grecia se aprovechó de esto. Talés dejó la corte, y volvió á Mileto á difundir en el seno de su patria los tesoros del Egipto.

Los grandes progresos que habia hecho en las ciencias, fueron el motivo de que le pusiesen en el número de los siete sabios de la Grecia, tan alabados en la antigüedad. De aquellos siete sabios, solo Talés fundó una secta de filósofos, porque se aplicó á la contemplacion de la naturaleza, estableció una escuela y un cuerpo de doctrina, tuvo discípulos y sucesores. Los otros no se distinguieron mas que por una vida mas arreglada, y por algunos preceptos morales que dieron en las ocasiones.

Hablé en otra parte con alguna extension de aquellos sabios, como tambien de muchas circunstancias de la vida de Talés, de su mansion en la corte de Creso, rey de Lidia, y de su conversacion con Solon. Referí allí la palabra chistosa y juiciosa de una mujer que le vió caer en un hoyo cuando contemplaba los astros. «¿Como, le dijo ella, puedes conocer lo que se hace en el cielo, si no ves lo que tienes cerca de tus piés?» Y el ardid ingenioso de que se sirvió para eludir las solicitudes de su madre que le instaba á que se casase, respondiéndole cuando era mozo, «todavía no es tiempo;» y cuando era ya grande, «ya no es tiempo.»

Las razones que movieron á Talés para librarse de las cadenas á que obliga el matrimonio, le hicieron que prefiriese una vida suave y tranquila á los empleos mas brillantes. Animado de un vivo deseo de conocer la naturaleza, la estudió incesantemente en el tiempo feliz que le daba un retiro continuo, impenetrable al tumulto; pero abierto á todos aquellos que llevaba el amor de la verdad, ó la necesidad de sus consejos. No salia de él sino muy rara vez: y esto para ir á comer con templanza en casa de Trasíbulo su amigo, quien fué por sus talentos rey de Mileto, en el tiempo del tratado que hicieron los milesios con Aliates II, rey de Lidia. Ciceron dice, que fué Talés el primero de los griegos que trató de las materias de física.

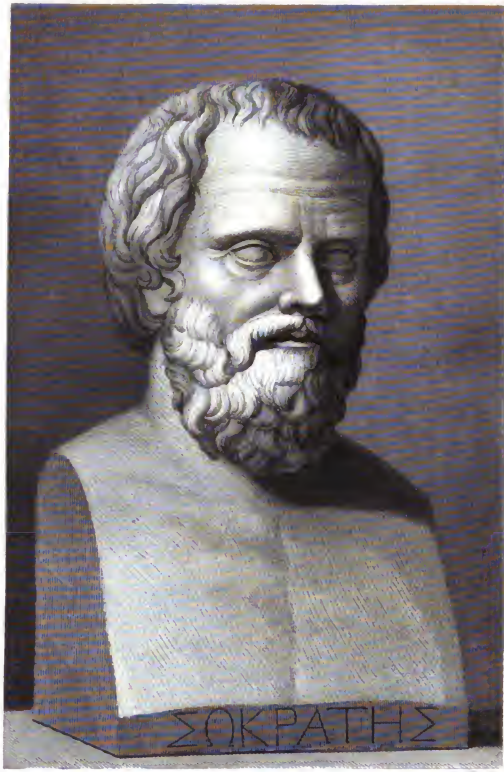
Se le atribuye la gloria de haber hecho muchos excelentes descubrimientos en la astronomía: uno de ellos, que pertenece á la grandeza del diámetro del sol, comparado con el círculo de su movimiento anuo, le agradaba mucho. Así un hombre rico, á quien se le comunicó, ofreciendo á este filósofo por recompensa todo lo que quisiese, no pidió Talés otra, sino que acreditase con este descubrimiento á él, que era su autor. Se conoce aquí el verdadero carácter de los sabios, infinitamente mas sensibles al honor de un nuevo descubrimiento que á las recompensas mas grandes; y la verdad de lo que decia Tácito hablando de Helvidio Prisco, «que la última cosa de que se despojan, aun las personas mas prudentes, es del deseo de la reputacion.» Se distinguió mucho por su habilidad en pronosticar con gran puntualidad los eclipses del sol y de la luna, lo que se consideraba en aquellos tiempos como una cosa muy maravillosa.

San Clemente Alejandrino refiere, después de Diógenes Laercio, dos buenos dichos de Talés. Preguntándole un dia lo que era Dios, es, dijo, «lo que no tiene ni principio ni fin.» Preguntándole otro si podia el hombre ocultar á Dios el conocimiento de sus acciones. «¿cómo lo podrá hacer, respondió, si no está en su poder el ocultarle tampoco sus pensamientos?» Valerio Máximo añade, que hablaba Talés de este modo con el fin de que la idea de la presencia de Dios á los pensamientos mas secretos del alma, obligase á los hombres á tener su corazon no menos que sus manos, en una gran pureza. Ciceron hace la misma advertencia, aunque en términos algo diferentes. Talés, dice, que tenia el primer lugar entre los siete sabios de la Grecia, creia que era muy importante que estuviesen bien persuadidos los hombres á que la divinidad lo llenaba y veia todo, y que este era el medio de hacerlos mas prudentes y religiosos.

Murió el primer año de la olimpíada 58, de edad de noventa y dos años, en el tiempo que asistia á la celebracion de los juegos olímpicos.

Anaximandro. Talés tuvo por sucesor á Anaximandro, su discípulo y su paisano. La historia no nos conservó nada individual de sus acciones. Se apartó, en muchos puntos, de la doctrina de su maestro. Se pretende que advirtió á los lacedemonios el terrible temblor de tierra que arruinó su ciudad. Anaximeno ocupó su lugar.

Anaxágoras, uno de los mas ilustres filósofos de la antigüedad, nació en Clazomenes, en la Jonia, cerca de la setenta olimpiada, y fue discípulo de Anaximeno. La nobleza de su nacimiento, sus riquezas, y la


ΣΩΚΡΑΤΗΣ

generosidad que le movió á abandonar su patrimonio, le hicieron muy considerable. Contemplando los cuidados de una familia y de una herencia como obstáculo para la inclinacion que conocia en sí para la meditacion, los renunció absolutamente con el fin de entregar todo el tiempo y toda su aplicacion al estudio de la sabiduría y á la averiguacion de la verdad, que eran su único placer. Cuando volvió á su patria, despues de un largo viaje, y vió todas sus posesiones abandonadas é incultas, lejos de sentirlo, « yo estaba perdido, exclamó, si no hubiese perecido todo esto. » Empleando Sócrates, segun su modo regular, la ironía, muestra que los sofistas de su tiempo eran mas sabios que Anaxágoras; pues en lugar de abandonar como él su patrimonio, trabajaban ardientemente para enriquecerse, desengañados de que eran necedades del tiempo antiguo, y persuadidos, « que el sabio debe ser sabio para sí mismo, » esto es, que debe aplicar sus cuidados y su industria para juntar todo el dinero que le sea posible.

Anaxágoras, para dedicarse enteramente al estudio, renunció los honores y cuidados del gobierno. Sin embargo, nadie estaba en mejor disposicion que él para lograrlo con acierto. Se puede juzgar de su habilidad en este genero por los maravillosos progresos que hizo hacer en la política á Pericles su discípulo. Le inspiró aquellos modales graves y majestuosos que le hicieron tan capaz de gobernar la república. Le preparó para esta elocuencia sublime y victoriosa que le hizo tan poderoso. Le enseñó á temer á los dioses, sin supersticion. En una palabra, era su consejero y le ayudaba con sus dictámenes en los negocios mas importantes, como lo asegura el mismo Pericles. Advertí en otra parte el poco cuidado que tuvo este de su maestro hasta que, faltándole á Anaxágoras lo necesario, resolvió dejarse morir de hambre. Con esta noticia corrió Pericles á su casa, é instándole con eficacia para que renunciase tan funesta resolucion, « cuando se quiere usar de una lámpara, le dijo el filósofo, se tiene cuidado de echarle aceite y de conservarla. »

Absorto en el estudio de los secretos de la naturaleza, que era su pasion, habia renunciado igualmente las riquezas y los negocios públicos. Un dia que se le preguntó si no cuidaba de modo alguno de su país, « sí, dijo levantando la mano hácia los cielos, tengo un extremo cuidado de mi patria. » En otra ocasion se le preguntó para qué habia nacido: respondió, « para contemplar el sol, la luna y el cielo. » ¿ Pues es este el destino del hombre? Habia venido á Atenas de edad de veinte años, hácia el primer año de la olimpíada 75, con corta diferencia, en el tiempo de la expedicion de Jerjes contra la Grecia. Hay autores que dicen, que fue quien pasó á Atenas la escuela filosófica que habia florecido en la Jonia desde su fundador Talés. Se mantuvo en Atenas, y enseñó en ella por espacio de treinta años.

Se refieren diferentemente las circunstancias y resultas del proceso de impiedad que se le suscitó en Atenas. La opinion de los que creen que no encontró Pericles medio mas seguro para librar á este filósofo que hacerle salir de Atenas, parece la mas verosímil. El motivo, ó mas bien el pretexto de una acusacion tan grave, fué lo que enseñaba sobre la naturaleza del sol, el que definia « una masa de materia inflamada; » como si con esto hubiese degradado al sol y le hubiese quitado del número de los dioses. Se comprende con dificultad que, en una ciudad tan sabia como Atenas, no pudiese un filósofo explicar con razones filosóficas las propiedades de los astros, sin correr peligro de la vida. Pero todo este negocio era un enredo y una parcialidad de personas enemigas de Pericles, que le querian perder, y que intentaron hacerle á él mismo sospechoso de impiedad, á causa de la grande amistad que tenia con este filósofo.

Anaxágoras fue sentenciado por contumaz, y condenado á muerte. Cuando supo esta noticia, dijo sin manifestar turbacion: « há mucho tiempo que la naturaleza pronunció contra mis jueces, como tambien contra mí, sentencia de muerte. » Pasó lo restante de su vida en Lampsaque. En una enfermedad, que fue para él la última, preguntándole sus amigos si queria que despues de su muerte le hiciesen llevar á Clazomenes, su patria, « no es necesario, les dijo; el camino para los infiernos (era donde creian los antiguos iban las almas de los hombres despues de su muerte) no está mas lejos de un lugar que de otro. » Habiéndole ido á visitar los principales de la ciudad para recibir de él las últimas órdenes, y para saber lo que deseaba de ellos después de su muerte, respondió, que no queria otra cosa sino que el dia del aniversario de su muerte fuese asueto para los muchachos. Esto se ejecutó, y duraba todavía esta costumbre en tiempo de Diógenes Laercio. Se dice que vivió sesenta y dos años, se le hicieron grandes honores hasta erigirle un altar.

Arquelao, de Atenas segun algunos, de Mileto segun otros, fué discípulo y sucesor de Anaxágoras, en cuya doctrina hizo poca mudanza. Algunos dijeron que fué quien pasó la filosofía de la Jonia á Atenas. Se dedicó principalmente á la física como sus predecesores; pero trató tambien de la moral algo mas de lo que habian hecho ellos. Instruyó á un discípulo, que la acreditó mucho, y este se aplicó especialmente á ella.

Sócrates. Este discípulo de Arquelao fué el famoso Sócrates, que lo habia sido tambien de Anaxágoras.

Dos autores principalmente me prestarán lo que tengo que decir en esta materia. Platon y Jenofonte, ambos discípulos de Sócrates. Estos dejaron á la posteridad muchas de sus conversaciones; pues este filósofo no nos dejó nada por escrito; y nos conservaron muy por menor todas las circunstancias de su condenacion y de su muerte. Platon fué testigo de ella. Refiere en su apología el modo con que acusaron y defendieron á Sócrates: en Criton, cómo se negó á libertarse de la prision: y en el Fedon, su admirable discurso sobre la inmortalidad del alma, al que siguió luego su muerte. Jenofonte estaba por entonces ausente y en el camino para volver á su patria, después de la expedicion de Ciro el menor contra su hermano Artajerjes. Así, no escribió la apología de Sócrates sino por relacion de otros; pero lo que escribió de sus acciones y discursos en sus cuatro libros de las cosas memorables, lo sabia por sí mismo. Diógenes Laercio escribió la vida de Sócrates, pero de un modo muy seco y sucinto.

§. 1. Sócrates nació en Atenas el cuarto año de la olimpíada 77. Su padre era escultor, y se llamaba Sofronisco: su madre era comadre ó partera, y se llamaba Fenereta. Se ve aquí que la bajeza del nacimiento no obsta para el verdadero mérito, que es el único que constituye la sustancial reputacion y verdadera nobleza. Parece, por las comparaciones de que usa Sócrates con bastante frecuencia en sus discursos, que no se avergonzaba de la profesion de su padre ni de la de su madre. Se admiraba que un escultor aplicase tanto su entendimiento para que una piedra informe fuese semejante á un hombre, y que un hombre cuidase tan poco de no ser semejante á una piedra informe. Acostumbraba decir que practi-

caba el oficio de comadron con los entendimientos, haciendoles producir á lo exterior todos sus pensamientos; y con efecto, este era el particular talento de Sócrates. Trataba las materias con un órden tan sencillo, tan natural y tan limpio, que hacia decir á aquellos con quienes disputaba, todo lo que queria, y les hacia encontrar en su capacidad la respuesta á todas las cuestiones que les proponia. Aprendió primero el oficio de su padre, y fué en el muy hábil. Se veia todavía en Atenas, en tiempo de Pausanias, un Mercurio, y las Gracias, hechas de su mano: y es creible que aquellas obras no tendrian lugar entre las de los primeros maestros del arte si no se juzgasen dignas de ello.

Se dice que Criton le sacó del obrador de su padre habiendo admirado el primor de su entendimiento; y considerando que no era razon que un jóven, capaz de las mayores cosas, quedase perpetuamente sobre la piedra con el cincel en la mano. Fué discípulo de Arquelao, que le estimó mucho: este lo habia sido de Anaxágoras, filósofo muy celebre. Sus primeros estudios tuvieron por objeto la física y las cosas de la naturaleza: el movimiento de los cielos y de los astros, segun la costumbre de aquellos tiempos, en los que no se conocia todavía sino esta parte de la filosofía, y Jenofonte nos asegura que era muy sabio en ella. Pero después de haber conocido por su propia experiencia, cuán difícil era este género de ciencias ocultas y confusas por la misma naturaleza, y por otra parte poco útiles para el comun de los hombres, fué el primero, como dice Ciceron, que pensó en que bajase la filosofía del cielo, colocarla en las ciudades, introducirla tambien en las casas particulares, humanizándola, por decirlo así, y haciéndola mas familiar, mas al uso de la vida comun, mas cercana de los hombres, y aplicándola únicamente á lo que los podia hacer mas racionales, mas justos y virtuosos. Consideraba que era una especie de locura consumir toda la viveza de su ingenio, y emplear todo el tiempo en averignaciones puramente curiosas, cercadas de tinieblas impenetrables, absolutamente incapaces de contribuir á la felicidad del hombre, sin pensar en instruirse en las obligaciones comunes y ordinarias de la vida, ó en aprender lo que es conforme ó contrario á la piedad, á la justicia, á la rectitud: en lo que consiste la fortaleza, la templanza, la sabiduría; cuál es el fin de todo gobierno, cuáles son sus reglas, qué cualidades son necesarias para mandar y gobernar bien. Veremos mas adelante el uso que hizo de este estudio.

Bien lejos de embarazarle que cumpliese con las obligaciones de un buen ciudadano, le sirvió para hacerle mas fiel. Sirvió en la tropa como lo hacian todos los demás de Atenas; pero con motivos mas puros y mas honrados. Hizo muchas campañas, se halló en muchas batallas, y se distinguió en ellas por su intrepidez y valor. Se le vió al fin de su vida dar en el senado, cuyo individuo era, pruebas esclarecidas de su celo por la justicia, sin que los mayores peligros le pudiesen amedrentar.

Se habia acostumbrado de muy tierna edad á una vida templada, dura, laboriosa, sin la cual rara vez hay disposicion de cumplir con la mayor parte de las obligaciones de un buen ciudadano. Es dificultoso despreciar tanto como el las riquezas, y amar tanto la pobreza. Miraba como una perfeccion divina no tener necesidad de nada, y creia que se acercaba tanto mas a la divinidad, cuanto se contentaba con menos cosas. Viendo la pompa y aparato que la suntuosidad ostentaba en ciertas ceremonias, y la infinita cantidad de oro y plata que se llevaba en ellas, «¡cuántas cosas, decia dándose á sí mismo el parabien de su estado, cuántas cosas de que yo no necesito!

Habia heredado de su padre ochenta minas, esto es, diez y seis mil reales, y teniendo uno de sus amigos necesidad de esta suma, se la prestó. Pero habiéndose puesto mal las cosas de aquel amigo, lo perdió todo, y llevó esta pérdida con tanta indiferencia y tranquilidad que aun no pensó en quejarse de él. Se ve en la económica de Jenofonte, que su patrimonio no llegaba en todo mas que á cinco minas, esto es, á mil reales. Eran sus amigos los mas ricos de Atenas, quienes no pudieron jamás conseguir de el que permitiese le diesen parte de sus riquezas. Cuando tenia alguna necesidad, no se avergonzaba de confesarlo. «Si yo tuviese dinero, dijo un dia en una conversacion de sus amigos, compraria una capa.» No pidió á nadie en particular, y se contentó con decir sus necesidades en general. Se disputó entre sus discípulos sobre quién le haria este corto regalo. Deberian haberlo socorrido antes, dice Séneca, y prevenir sus necesidades y demanda.

Despreció generosamente las ofertas y regalos de Arquelao, rey de Macedonia, que le queria atraer á su corte, añadiendo, «que no queria ir á ver á un hombre que le podia dar mas de lo que estaba en disposicion de volverle.» Otro filósofo no aprueba esta respuesta. «¿Seria pues hacer á aquel príncipe poco servicio, dice el propio Séneca, desengañarle de sus falsas ideas de grandeza y magnificencia, inspirarle desprecio para las riquezas, mostrarle su verdadero uso, instruirlo en el grande arte de reinar, en una palabra, enseñarle á vivir bien y á morir bien? ¿Se quiere saber, continúa Séneca, la verdadera razon por que no quiso ir á la corte de aquel príncipe? No creyó que le convenia ir á buscar la servidumbre, conociendo que en una ciudad libre no se le podia aguantar su libertad.»

La austeridad con que vivia particularmente, no le hacia taciturno, ni huraño, como era bastante regular en aquel tiempo á los filósofos. En las concurrencias y conversaciones era muy alegre y divertido; sazonaba las comidas con su gracejo y agrado. Aunque muy pobre, hacia vanidad de tener aseada su persona y casa; y no pudiendo sufrir la ridícula afectacion de Antístenes, que llevaba siempre los vestidos sucios y rotos, le decia que por los agujeros de su capa y sus viejos girones se percibia mucha vanidad.

Una de las calidades mas notables de Sócrates era una tranquilidad de alma que ningun accidente, ninguna pérdida, ninguna injuria, ningun mal tratamiento podia alterar. Algunos creyeron que era naturalmente fogoso y violento, y que la moderacion que habia logrado, era efecto de sus reflexiones y de los esfuerzos que habia hecho para vencerse á sí mismo y corregirse, lo que aumentaria tambien su mérito. Séneca dice que habia suplicado á sus amigos que le advirtiesen cuando notasen que estaba para encolerizarse, y que les habia dado este derecho sobre el, como él le habia tomado sobre ellos. Con efecto, el tiempo de pedir socorro contra una pasion que tiene sobre el hombre un imperio tan poderoso y pronto, es cuando somos todavía nuestros y estamos serenos. Á la primera señal, á la menor insinuacion, baja el tono y tambien calla. Conociéndose alterado contra un esclavo, «te sacudiria, dijo, sino fuera por no encolerizarme.» Habiendo recibido una bofetada, se contentó con decir riendo: «Es malo no saber cuándo es necesario armarse con un casco.»

Sin salir de su propia casa halló en que ejercitar su paciencia en toda su extension. Jantipa lo puso á la

mas terrible prueba con su humor extravagante, furioso y violento. Parece que antes de casarse con ella sabia su carácter; y dice él mismo en Jenofonte, que la habia escogido de propósito, persuadido que si lograba conseguir el sufrir sus prontitudes, no habria persona, por indigesta que fuese, con quien no pudiese vivir. Si se casó con ella con este fin, debió ciertamente estar contento con ella. No hubo jamás mujer tan extravagante de genio, ni de tan mal humor. No hubo género de ultraje ni sonrojo que no le hiciese padecer. Llegaba algunas veces hasta el exceso de cólera de quitarle la capa en la calle pública; y tambien un dia despues de haberle dicho todas las injurias de que su indignacion era capaz, al fin le echó una olla de agua sucia sobre la cabeza. El no hizo mas que reirse, diciendo, «que era preciso que lloviese despues de un trueno tan grande.»

Algunos autores antiguos escribieron que Sócrates tomó otra mujer, llamada Mirto, que era nieta de Arístides el justo; y que tuvo mucho que sufrir de aquellas dos mujeres, que estaban perpetuamente riñendo, y que no se unian sino para llenarle de injurias y hacerle los ultrajes mas ofensivos. Quieren que ínterin la guerra del Peloponeso, despues que la peste se llevó una gran parte de los atenienses, se hiciese en Atenas una ordenanza, por la que, para reparar cuanto antes las ruinas de la república, se permitia á cada ciudadano tener dos mujeres, y que Sócrates usó del beneficio de la nueva ley. Estos autores se fundaban únicamente en un pasaje de un tratado de la nobleza atribuido á Aristóteles. Pero además de que, segun el mismo Plutarco, Panecio, autor muy grave, habia plenamente impugnado esta opinion, ni Platon, ni Jenofonte, que estaban bien instruidos de lo que pertenecia á su maestro, no hablan de este segundo matrimonio de Sócrates; y por otra parte Tucídides, Jenofonte y Diodoro de Sicilia, que contaron muy por menor todas las particularidades de la guerra del Peloponeso, guardan el mismo silencio sobre el pretendido decreto de Atenas que permitia la bigamia. Se verá en los primeros volúmenes que se darán á luz de las memorias de la Academia de las Buenas Letras una disertacion del señor Hardion sobre esta materia, en la que demuestra que el segundo matrimonio de Sócrates, y la ordenanza sobre la bigamia, son hechos supuestos.

§. 2.° No puede decir que tiene noticias de Sócrates el que no sabe cosa alguna del genio, que pretendia haberle servido de consejero y guia en la mayor parte de sus acciones. No convienen en lo que era este genio, llamado regularmente «el Demonio de Sócrates,» de la palabra griega «Daimonion,» que significa alguna cosa que tiene algo de divino; entendida como una voz secreta, ó como una señal, ó como una inspiracion tal, como la experimentan los adivinos: genio que le apartaba de las empresas que meditaba cuando le habian de ser perjudiciales, sin inclinarle nunca á otra accion. Plutarco, en un tratado, que tiene por título «Del genio de Sócrates,» refiere las diferentes opiniones de los antiguos sobre la existencia y sobre la naturaleza de aquel genio. De todas estas opiniones sigo la que me parece mas natural y razonable, aunque me detenga poco en ella.

Se sabe que la Divinidad es la única que tiene un conocimiento cierto y claro de lo futuro; que el hombre no puede penetrar sus tinieblas sino por conjeturas inciertas y confusas; que los que alcanzan mas sobre esto son aquellos que, por una comparacion mas exacta y seguida de las diferentes causas que pueden influir en los acaecimientos futuros, conocen con una penetracion mas segura y distinta cuál será la resulta y el efecto del encuentro de estas diversas causas para contribuir al buen éxito de una negociacion y de una empresa, ó para embarazarla. Esta penetracion y discernimiento tienen algo de divino, nos elevan sobre los otros hombres, nos acercan á la divinidad, nos hacen entrar, de algun modo, en sus consejos y en sus ideas, haciéndonos colombrar y prever, hasta cierto punto, lo que arregló para lo futuro. Podia Sócrates llamar á este juicio, á esta prudencia, «alguna cosa de divino,» usando de un género de equívoco, para decir verdad, sin atribuirse no obstante á sí mismo el mérito de su exactitud en conjeturar sobre lo futuro. El señor abad Fraguier se inclina á esta opinion en la disertacion que nos dejó sobre este asunto en las memorias de la academia de las Buenas Letras.

El efecto, ó mas bien el oficio de este genio, era detenerle, embarazarle que obrase sin inclinarle nunca á obrar. Recibia tambien la misma advertencia cuando sus amigos se iban á meter en un mal negocio que le comunicaban; y se refieren muchas ocasiones en que les salió muy mal el no haberle creido. ¿Pues qué otra significacion se ha de dar á esto, sino dar á entender, bajo de palabras misteriosas, un entendimiento que sus propias luces y el conocimiento de los hombres le ilustraban sobre lo futuro? ¿Y si Sócrates no hubiese querido disminuir en su persona el mérito de un juicio muy seguro, atribuyéndole á una especie de instinto; si en lo interior hubiese querido dar á entender otra cosa que este socorro general de la sabiduría divina que en cada hombre se explica por la voz de la razon; evitaria, dice Jenofonte, ser tenido por un soberbio y mentiroso?

«Dios me embarazó siempre de hablaros, dice á Alcibíades, ínterin que la flaqueza de la edad hizo mis discursos inútiles. Pero al presente creo que puedo entrar en disputa con un mancebo ambicioso á quien las leyes abren camino para los honores de la república.» ¿No es visiblemente la prudencia quien embarazaba á Sócrates de tratar seriamente con Alcibíades en un tiempo, en el que las proposiciones graves y serias podrian causarle un género de disgusto, el que puede ser le hubiera fastidiado para siempre? ¿Y cuando atribuye Sócrates á la inspiracion de lo alto su indiferencia para los negocios públicos, dice otra cosa de lo que trae en su Apología, que un hombre de bien, que en un estado corrompido se introduce en el gobierno, no está mucho tiempo sin perecer? Si cuando fué á presentarse á los jueces que le debian condenar, aquella voz celestial no se dió á entender para detenerle como hacia en las ocasiones peligrosas, fué que no juzgó que el morir era mal para él, especialmente en la edad y circunstancias en que se hallaba. Todo el mundo sabe cuál habia sido, mucho tiempo antes, su pronóstico sobre la fatal expedicion de Sicilia. Él le atribuia á su demonio, y declaraba que él se lo habia inspirado. Un hombre prudente que ve un negocio dirigido con pasion y mal meditado, puede ser profeta sobre sus resultas: no tiene necesidad del demonio para que se las inspire.

Sin embargo, es preciso confesar que la opinion que atribuye á los hombres genios ó ángeles para gobernarlos, tampoco era desconocida á los paganos. Plutarco cita versos de Menandro, en los que aquel poeta dice en términos expresos, «que á cada hombre se le da, cuando nace, un ángel de guarda que le sirve, durante toda la vida, de maestro y guia.»

Se puede creer, con bastante verosimilitud, que el demonio de Sócrates, de quien se habla con tanta di-

versidad, hasta dudar si era ángel bueno ó malo, no era otra cosa que la precision y viveza de su ingenio, que por las reglas de la prudencia y con el socorro de una larga experiencia, ayudado de serias reflexiones, le hacia prever cuál debia ser el efecto de los negocios sobre que le consultaban, ó sobre los que deliberaba por sí mismo.

Pienso al mismo tiempo que no le disgustaba que creyese el pueblo que era con efecto una divinidad de cualquiera genero que fuese, quien le inspiraba y declaraba lo futuro. Esta opinion le podia ensalzar mucho en el ánimo de los atenienses y darle una autoridad, la que se sabe deseaban mucho los mayores hombres del paganismo, y procuraban adquirirse por comunicaciones secretas y fingidas conversaciones con alguna divinidad; pero les granjeó tambien la envidia de muchos ciudadanos.

§. 3. La declaracion del oráculo, tan ventajosa en apariencia para Sócrates, no contribuyó poco para encender la envidia contra él y para suscitarle enemigos, como nos dice él mismo en su Apología, en donde cuenta lo que dió motivo á este oráculo, y cuál es su verdadero sentido.

Cerefon, celoso discípulo de Sócrates, habiendo ido un dia á Delfes, preguntó al oráculo si habia en el mundo algun hombre mas sabio que Sócrates. La sacerdotisa respondió que no habia ninguno. Esta respuesta embarazó mucho á Sócrates y le costó trabajo comprender su sentido. Porque, por una parte sabia bien, dice él mismo, que no tenia sabiduría alguna ni pequeña ni grande; y por otra no podia sospechar en el oráculo falsedad ó mentira, siendo la divinidad incapaz de mentir. Se dedicó pues y trabajó mucho para penetrar su sentido. Se dirigió primero á un ciudadano poderoso, hombre de estado y gran político, que se reputaba por uno de los mas sabios de la ciudad, y que estaba él mismo aun mas persuadido que todos los demás de su mérito. Halla por la conversacion que no sabe nada, y se lo hace entender con bastante claridad, lo que le hace con extremo odioso á este ciudadano y á todos los que estaban presentes. Lo mismo le sucedió con otros muchos de la misma profesion, y todo el fruto de sus averiguaciones fué adquirirse mayor número de enemigos. De estos hombres de estado pasó á los poetas, quienes le parecieron estar todavía mas llenos de estimacion de sí mismos; pero con efecto mas vacíos de ciencia y prudencia. Llegó con sus pesquisas hasta los artífices. No encontró uno entre ellos, que, porque excedia en su arte, no se creyese muy capaz y muy instruido de las mayores cosas: esta presuncion era el defecto casi general de los atenienses. Como tenian naturalmente mucho ingenio, pretendian que lo entendian todo, y se consideraban capaces de juzgar de todo. Sus exámenes entre los extranjeros no fueron mas felices.

Despues, entrando Sócrates en sí mismo, y comparándose con todos aquellos á quienes habia preguntado, conocia que la diferencia que habia entre ellos y él, era que todos los otros creian saber lo que no sabian, cuando él confesaba ingenuamente su ignorancia. Y de aquí concluyó que solamente Dios era verdaderamente sabio, y que fué tambien esto lo que quiso decir por su oráculo, dando á entender, que toda la sabiduría humana no es gran cosa, ó por decirlo mejor, es nada. « Y en cuanto á que el oráculo nombró á Sócrates, se ha servido sin duda de mi nombre, dice, para proponerme como ejemplo, como diciendo á todos los hombres: el mas sabio de vosotros es el que reconoce que verdaderamente no tiene sabiduría alguna »

§. 4. Después de haber referido algunas particularidades de la vida de Sócrates, es tiempo de pasar á lo que constituyó su carácter principal y dominante, quiero decir, al cuidado que tenia de instruir á los hombres, especialmente de educar la juventud de Atenas.

Parecia, dice Libanio, que era el padre comun de la república, tan atento estaba al bien y utilidad de todos los ciudadanos. Pero, como es muy dificultoso corregir á los viejos, y que muden de principios las personas que respetan los errores en que encanecieron, consagró principalmente su trabajo á la instruccion de la juventud, con el fin de sembrar la virtud en un campo mas conveniente para fructificar.

No tenia escuela abierta como los otros filósofos, ni hora señalada para las lecciones. No preparaba bancos ni se subia á la cátedra. Era un filósofo de todos tiempos y de todas horas. Enseñaba en todo lugar y en toda ocasion: en los paseos, en las conversaciones, en los banquetes, en el ejército y en medio del campo, en las asambleas públicas del pueblo ó del senado, en la misma prision, y cuando bebia el veneno, filosofaba, dice Plutarco, é instruia al genero humano. Y de aquí toma este autor juicioso ocasion de establecer un buen principio en materia de gobierno, que Séneca, antes que él, puso con toda claridad. Para ser un hombre público, dice, no es necesario estar actualmente empleado, traer las insignias de juez ó magistrado, tener asiento en los mayores tribunales. Muchos de los que lo obtienen, aun que estén honrados con los distinguidos nombres de oradores, de pretores, de senadores, si no tienen mérito para serlo, se deben mirar como meros particulares, y frecuentemente tambien se deben confundir con el populacho mas ínfimo. Pero cualquiera que sabe dar prudentes consejos á los que le consultan; animar los ciudadanos á la virtud; inspirarles afectos de rectitud, de equidad, de generosidad y de amor á la patria; este es, dice Plutarco, el verdadero magistrado y hombre de estado, de cualquiera condicion que sea, y en cualquiera empleo que se halle.

Tal era Sócrates. No se pueden explicar los servicios que hizo al estado con las instruciones que dió á la juventud y con los discípulos que enseñó. Jamás maestro los tuvo, ni en mayor número, ni mas ilustres. Platon, cuando fuese solo, equivalia á una multitud. Cerca de morir alababa y agradecia á Dios tres cosas: de que le hubiese dado alma racional; de haber nacido griego y nó bárbaro, y haber nacido en tiempo en que vivia Sócrates. Jenofonte tuvo la misma ventaja. Se dice que un dia, como pasase por la calle, habiéndole detenido Sócrates con su baston, le preguntó si sabia en dónde se vendian víveres. No le costó mucho responder á esta pregunta. Pero habiéndole preguntado Sócrates en qué paraje aprendian los hombres la virtud, y viendo que le embarazaba esta segunda cuestion, « si deseas saberlo, replicó el filósofo, sígueme y lo sabrás. » Lo que hizo luego, y fué después el primero que recogió sus discursos y quien los publicó.

Aristipo, por una conversacion con Iscomaco, en la que habia recogido algunas cosas de la doctrina de Sócrates, concibió un deseo tan vivo de ir á oirle, que se puso muy flaco y descolorido, hasta que pudo ir á coger en la fuente y llenarse de una filosofía, cuyo fruto era conocer sus males y curarse de ellos.

Lo que se refiere de Euclides, el Megario, muestra tambien mejor hasta dónde llegaba la pasion de los discípulos de Sócrates para aprovecharse de sus instrucciones. Habia en aquel tiempo guerra declarada

entre Atenas y Megara, que se hacia con tanto ardor, que los generales atenienses juraban de arruinar el territorio de Megara dos veces al año, y estaba prohibido á los megarios, con pena de la vida, poner los piés en la Ática. Esta prohibicion no pudo apagar ni detener el celo de Euclides. Salia de su ciudad al ponerse el sol, vestido de mujer, cubierta la cabeza con un velo, y se iba á la noche á casa de Sócrates, en donde se estaba, hasta que llegando el dia se volvia en el mismo estado á Megara.

El ardor de los mancebos atenienses para seguirle era increible. Dejaban padre y madre, y renunciaban todas sus diversiones para irse con Sócrates y para oirle. Se puede juzgar de esto por el ejemplo de Alcibíades, el mas vivo y el mas ardiente de la juventud de Atenas. Sin embargo, este filósofo no le perdonaba, y en cualquiera ocasion tenia cuidado de calmar los ímpetus de sus pasiones y reprimir su orgullo, que era su mayor enfermedad. Referí algunos pasajes de esto en otra parte. Un dia que Alcibíades ponderaba sus grandes riquezas y las muchas tierras que poseia (porque es lo que llena el corazon de la mayor parte de los jóvenes de calidad), le llevó adonde estaba una carta geográfica, y le preguntó dónde estaba la Ática. Apenas ocupaba allí espacio alguno: él la descubrió no obstante y la señaló. Pero rogándole que mostrase allí sus tierras, «son muy pocas, dijo, para que se señalen en un espacio tan corto. ¡Esto es, replicó Sócrates, lo que te tiene tan satisfecho, un punto de tierra imperceptible!» El razonamiento se podia extender todavía mas: porque, ¿qué era la Ática comparada con toda la Grecia, y la Grecia con la Europa, y la Europa con toda la tierra, y la tierra misma con la vasta extension de estos globos infinitos que la rodean? ¡Qué aborto, qué nada, lo que el príncipe mas poderoso de la tierra, en medio de este abismo de cuerpos y espacios inmensos, ocupa en ella!

Deslumbrada la juventud de Atenas con la fama de Temístocles, de Cimon, de Pericles, y llena de loca ambicion, despues que recibieron durante algun tiempo las lecciones de los sofistas que les prometian hacerlos grandísimos políticos, se consideraban capaces para todo, y aspiraban á los primeros empleos. Uno de ellos, llamado Glaucon, se habia encaprichado tanto en entrar en el manejo de los negocios públicos, aunque no tuviese todavía sino veinte años, que nadie de su familia ni de sus amigos habia sido capaz de apartarle de una idea tan poco correspondiente á su edad y talentos. Sócrates, que le estimaba por su hermano Platon, fué el único que consiguió hacerle mudar de resolucion.

Habiéndole encontrado un dia, se le acercó con un discurso tan ingenioso, que le obligó á oirle: era haber ya conseguido mucho de él. «Deseas pues gobernar la república,» le dice. «Es verdad» respondió Glaucon. «No puedes tener mejor pensamiento, replicó Sócrates. Porque si lo logras, te pondrás en estado de servir útilmente á tus amigos, de engrandecer tu casa y de extender los límites de tu patria. Te darás á conocer no solamente en Atenas, sino en toda la Grecia: y puede ser que vuele tu nombre hasta las regiones bárbaras, como el de Temístocles. Finalmente, en cualquiera parte en donde estés, te atraerás el respeto y admiracion de todo el mundo.»

Un exordio tan agradable y lisonjero gustó con extremo al jóven, que se hallaba cogido por su pasion dominante: se detuvo voluntariamente sin que se necesitase instarle, y continuó la conversacion. «Pues que deseas hacerte estimar y honrar, es claro que piensas en ser útil al público.» «Seguramente.» «¿Dime pues cuál es el primer servicio que intentas hacer al estado?» Como al parecer se embarazaba Glaucon y consideraba lo que debia responder, «es de creer, dijo Sócrates, que será enriquecerle, esto es, aumentar sus rentas.» «Eso mismo es.» «Y sin duda sabes en lo que consisten las rentas del estado y á cuánto pueden llegar. No habrás dejado de haber hecho de esto un particular estudio, con el fin que si llega á faltar un ramo repentinamente, puedas luego reemplazarle con otro.» «Te juro, respondió Glaucon, que no he pensado en esto. Dime á lo menos los gastos que hace la república; porque sabes de qué importancia es reformar los superfluos. Te confieso que no estoy mas instruido sobre este artículo que sobre el otro.» «Pues es preciso dejar para otro tiempo la intencion que tienes de enriquecer la república. Porque es imposible ejecutarlo si ignoras las rentas y los gastos.»

«Pero, dijo Glaucon, hay tambien para esto otro medio, de que no dices palabra; se puede enriquecer un estado con la ruina de sus enemigos.» «Tienes razon, respondió Sócrates, pero para eso es necesario ser mas poderoso: de otra manera se arriesga á perder lo que tiene. Así, el que habla de emprender una guerra, debe conocer las fuerzas de los unos y de los otros, para que si halla que su partido es mas fuerte, aconsejo resueltamente la guerra; y si le considera mas debil, disuada al pueblo de que se empeñe en ella. ¿Sabes pues cuáles son las fuerzas de nuestra república, tanto por mar como por tierra, y cuáles son las de los enemigos? ¿Tienes un estado por escrito de todo? Me darás un gran gusto en comunicármelo.» «No le tengo todavía,» respondió Glaucon. «Conozco bien, dijo Sócrates, que no haremos tan presto la guerra si se te encarga el gobierno: porque te faltan muchas cosas que saber y muchos cuidados que tomar.»

Corrió de este modo otros muchos artículos no menos importantes, sobre los cuales le encontró igualmente bisoño, y le hizo tocar con el dedo lo ridículo de aquellos que tienen la temeridad de ingerirse en el gobierno, sin traer para ello otra preparacion que una grande estimacion de sí mismos, y una desmedida ambicion de ascender á los primeros empleos. «Teme, mi querido Glaucon, le dice Sócrates, que un ardiente deseo de las dignidades te ciegue y haga tomar algun partido que te llene de ignominia, poniendo tu incapacidad y poco talento en donde se descubran demasiado.»

Glaucon se aprovechó de los prudentes consejos de Sócrates, y tomó tiempo para instruirse particularmente antes de salir al público. Esta leccion es para todos los siglos, y puede convenir á muchas personas de todo estado y condicion.

Sócrates no instaba á sus amigos á que entrasen temprano en los empleos, y queria que antes se trabajase en adornar el entendimiento con las luces necesarias para cumplir bien en ellos. «Es preciso ser muy simple, decia, para creer que se pueden aprender las artes mecánicas sin el socorro de los maestros; y que la ciencia de gobernar los estados, que es el mayor esfuerzo de la naturaleza humana, no tiene necesidad de trabajo ni preparacion alguna.» Su mayor cuidado, por lo respectivo á los que aspiraban á los empleos, era cultivarlos en las buenas costumbres, cimentarlos con principios sólidos de rectitud y justicia; y sobre todo, inspirarles un sincero amor á la patria, un gran celo por el bien público, y una alta idea del poder y bondad de los dioses: porque sin estas cualidades, todas las otras ciencias no sirven sino para hacer á los hombres peores y mas capaces de hacer mal. Jenofonte nos conservó una conversacion de Só-

crates con Eutidemo sobre la Providencia, que es uno de los mejores pasajes que se encuentran en los escritos de los antiguos.

« ¿No te ha venido nunca al pensamiento, dice Sócrates á Eutidemo, cómo tuvieron cuidado los dioses de dar á los hombres todo lo que necesitan?» «Jamás, te aseguro,» respondió. «Ves, replicó Sócrates, cuán necesaria nos es la luz, y cuán precioso nos debe parecer el regalo que de ella nos hacen los dioses.» «Con efecto, respondió Eutidemo, sin ella seríamos semejantes á los ciegos, y toda la naturaleza estaria como muerta.» «Pero, porque tenemos necesidad de descanso, nos dieron tambien la noche para sosegar.» «Tienes razon, y esto merece que les demos continuas acciones de gracias.» «Quisieron que el sol, este astro tan brillante y luminoso, presidiese en el dia para señalar sus diferentes partes, y que su luz sirviese, no solamente para descubrir las maravillas de la naturaleza, sino para llevar á todas partes la vida y el calor: y al mismo tiempo mandaron á las estrellas y á la luna que aclarasen la noche, la que de suyo es obscura y tenebrosa. ¿Y hay cosa mas admirable que esta variedad y esta mudanza del dia y de la noche, de la luz y de las tinieblas, del trabajo y de la quietud; y todo esto para el bien del hombre?» Sócrates corrió del mismo modo las infinitas ventajas que sacamos del agua y del fuego para las necesidades de la vida, y continuando en hacer notar la maravillosa atencion de la Providencia sobre todo lo que nos pertenece, «¿qué dices, prosiguió, viendo que despues del invierno vuelve el sol hácia nosotros, y que á medida que los frutos de una estacion se marchitan y secan, maduran otros nuevos que les suceden? ¿que, despues de haber hecho este servicio al hombre, se retira de miedo de incomodarnos con su calor? Despues, cuando se ha retirado hasta cierto termino del que no podria pasar sin exponernos al peligro de morir de frio, vuelve atrás para ocupar su lugar en esta pradería del cielo, en donde su presencia nos es mas ventajosa. Y por qué no podríamos aguantar el frio ni el calor, si pasásemos en un instante del uno al otro, ¿no admiras que este astro se acerque y aleje de nosotros con tanta lentitud que llegamos á los dos extremos por grados casi insensibles? ¿Seria posible no reconocer en este órden de las estaciones del año una Providencia y una bondad, cuidadosas no solamente de nuestras necesidades, sino tambien hasta de nuestras delicias?»

« Todas estas cosas, dijo Eutidemo, me hacen dudar si los dioses tienen otras ocupaciones que la de llenar al hombre de beneficios. Un solo punto me detiene, y es que los animales participan de todos estos bienes tanto como nosotros.» «Sí, respondió Sócrates, ¿pero no ves que todos los animales no subsisten sino para el servicio del hombre? Los mas fuertes y robustos los doma, los domestica y se sirve de ellos con mucha utilidad para la guerra, para la labranza y para las otras necesidades de la vida. ¿Qué será si consideramos al hombre en sí mismo?»

Aquí examina Sócrates la diversidad de los sentidos, por cuyo ministerio goza el hombre de lo mas hermoso y excelente que hay en la naturaleza; la viveza del entendimiento y la fuerza de la razon, que le hace infinitamente superior á todos los otros animales; el don maravilloso de la locucion por cuyo medio nos comunicamos recíprocamente nuestros pensamientos, publicamos nuestras leyes, y gobernamos las repúblicas.

« De todo esto, dice Sócrates, es fácil concluir que hay dioses, y que tienen un cuidado particular del hombre, aunque no los pueda descubrir con los sentidos. ¿Vemos el rayo que rompe todo lo que encuentra? ¿Distinguimos los vientos que hacen á nuestra vista tan terribles estragos? ¿Nuestra misma alma que nos es tan íntima, nos da movimiento y nos anima, la vemos? Lo mismo es de todos los dioses, ninguno de los cuales se hace visible para distribuirnos sus favores. Este gran Dios mismo (estas palabras son notables y dan á entender que Sócrates reconocia un soberano Dios, autor solo de todo y superior á todos los otros, quienes no eran mas que sus ministros), este mismo Dios que hizo el universo y que mantiene esta grande obra, cuyas partes están todas perfectas en bondad y belleza; el que hace que no se envejezcan con el tiempo, y se conserven siempre en un vigor inmortal; que hace tambien que le obedezcan con una puntualidad que no falta jamás, y con una rapidez que nuestra imaginacion no puede seguir: este Dios se hace bastante visible por tantas maravillas cuyo autor es; pero se mantiene siempre invisible en sí mismo. No nos negamos pues á creer aun aquello que no vemos: en defecto de los ojos del cuerpo usamos de los del alma; pero especialmente aprendemos á tributar justos rendimientos de respeto y veneracion á la Divinidad, la que parece no se quiere dar á conocer sino por sus beneficios. Pero este culto, este obsequio consiste en agradarle; y no se le puede agradar sino haciendo su voluntad.»

Así instruia Sócrates la juventud; estos eran los principios y doctrina que le inspiraba; por una parte, una perfecta sumision á los magistrados y á *las leyes*, en lo que hacia consistir la justicia; por otra, un profundo respeto á la Divinidad, lo que constituye la religion. Queria que se consultase á los dioses en todas las cosas que exceden nuestro conocimiento; y como no se manifiestan sino á quienes les agrada, porque no deben nada á nadie, encomendaba antes de todo el hacérselos propicios con una conducta prudente y arreglada. « Los dioses son libres, dice, y depende de ellos conceder lo que se les pide, ó hacer todo lo contrario.» Cita una excelente oracion, sacada de un poeta, cuyo nombre no se conoce. « Gran Dios, dadnos los bienes que necesitamos, sea que los pidamos ó nó; y apartad de nosotros todas las cosas que puedan dañarnos, aun cuando os las pidamos.» El vulgo pensaba que hay cosas en que reparan los dioses, otras en que no reparan. Pero Sócrates enseñaba que los dioses observan todas nuestras acciones y palabras; que penetran nuestros mas secretos pensamientos; que están presentes á todas nuestras deliberaciones, y que nos inspiran en todos nuestros asuntos.

§. 5. Tenia Sócrates que precaver á los jóvenes contra la corrupcion que habia algun tiempo empezaba á prevalecer en la Grecia. Se presentaban hombres orgullosos, los que, tomando el lugar de los primeros sabios de la Grecia, tenian una conducta enteramente opuesta. Porque, en vez que infinitamente apartados de toda avaricia y ambicion, Píttaco, Bias, Talés y los otros, se ocupaban principalmente en el estudio de la sabiduría, estos, ambiciosos y avaros, se dedicaban á mezclarse en los negocios del mundo, y traficaban con su pretendido saber. Se nombraban sofistas. Iban de ciudad en ciudad. Se hacian publicar en ellas como oráculos. Andaban acompañados de una multitud de discípulos, quienes por una especie de encanto abandonaban el cuidado de sus parientes por entregarse á aquellos maestros soberbios, á quienes pagaban bien caro. No habia nada que estos doctores no enseñasen. Teología, física, moral, aritmética, astronomía, gramática, música, poesía, retórica,

historia: lo sabian todo, y lo podian enseñar todo. Su principal pericia estaba en la filosofía y elocuencia. La mayor parte, como Gorgias, se preciaban de satisfacer de repente á todas las preguntas que se les quisiesen hacer. Los muchachos no sacaban de sus instrucciones sino una necia satisfaccion de sí mismos, y un desprecio general de todos los otros, y no salia discípulo alguno de aquellas escuelas que no fuese mas ridículo que cuando habia entrado en ellas.

Se trataba de desacreditar en el ánimo de la juventud de Atenas la falsa elocuencia y mala dialéctica de aquellos presumidos maestros. Acometerlos cara á cara, y combatirlos directamente con un discurso seguido, Sócrates era muy capaz de hacerlo, porque poseia en alto grado el talento de la elocuencia y el del razonamiento: pero no siendo este el medio de conseguirlo contra grandes habladores que no procuraban mas que deslumbrar su auditorio con un vano esplendor y un flujo rápido de palabras, siguió otro rumbo; y empleando las sutilezas y astucias de la ironía, que sabia manejar con un arte y maravillosa delicadeza, tomó el partido de ocultar bajo de una sencillez aparente y de una ignorancia afectada, todo el primor y todas las riquezas de su entendimiento. La naturaleza, que le habia dado un alma tan hermosa, parece que le habia dispuesto el exterior expresamente para sostener el carácter irónico. Era muy feo, y además de su fealdad tenia en la fisonomía alguna cosa de brutalidad y estupidez. Todo el aire de su persona, que no tenia nada que no fuese muy comun y pobre, correspondia perfectamente al aire de su cara.

Cuando se hallaba en alguna concurrencia con algunos de aquellos sofistas, proponia sus dudas de un modo tímido y modesto, hacia preguntas muy ingenuas, y como si no pudiese darse á entender de otra manera, usaba de comparaciones triviales, y tomadas de los oficios mas viles. El sofista le oia con una atencion desdeñosa, y en lugar de dar una respuesta precisa, se entraba en cosas generales, y hablaba mucho sin decir nada que viniese al caso. Sócrates, despues de haberle aplaudido para no desazonar su hombre, le rogaba que se quisiese proporcionar á su debilidad y bajársele, satisfaciendo á sus preguntas en pocas palabras; porque ni su entendimiento ni memoria eran capaces de comprender y retener tantas cosas tan bellas y elevadas, que toda su ciencia se reducia á preguntar ó á responder.

Esto se decia en presencia de un numeroso concurso, y el doctor no podia retroceder. Cuando Sócrates le habia una vez sacado de su fuerte, obligándole á responder sucintamente á sus preguntas, entonces, por la precision de su dialéctica, le llevaba de una en otra hasta las consecuencias mas absurdas: y despues de haberle precisado á contradecirse á sí mismo, ó á callar, se quejaba de que este sabio hombre no se dignaba instruirle. Entre tanto, los estudiantes percibian la debilidad de su maestro, y lo que le habian admirado se convertia en desprecio. El nombre de sofista se hizo odioso y ridículo.

Se juzga fácilmente que personas del carácter de los sofistas, de quienes acabo de hablar, que tenian la estimacion de los grandes, que dominaban entre la juventud de Atenas, que habia mucho tiempo estaban en posesion de la gloria de buen entendimiento y de la reputacion de sabios, no podian ser atacados impunemente, tanto mas cuanto los herian á un mismo tiempo por los dos parajes mas sensibles, la honra y el interés. Así, por haberse atrevido Sócrates á emprender el descubrir sus vicios y desacreditar su falsa elocuencia, experimentó de parte de aquellos hombres, igualmente corrompidos y soberbios, todo lo que se puede temer y esperar de la envidia mas maligna y del odio mas envenenado. Y es lo que es tiempo de decir.

§. 6. La acusacion de Sócrates se intentó un poco antes de la olimpíada 95, poco tiempo despues que los treinta tiranos fuesen echados de Atenas, el año sesenta y nueve de la edad de Sócrates; pero se habia dispuesto mucho tiempo antes. El oráculo de Delfos, que le habia declarado el mas sabio de los hombres; la poca estimacion en que puso la doctrina y costumbres de los sofistas de su tiempo, que estaban muy acreditados; la libertad con que perseguia todos los vicios; y el singular afecto de sus discípulos á su persona y á sus máximas; todo esto habia dispuesto los ánimos contra él, y le habia adquirido muchos émulos.

Habiendo sus enemigos jurado su pérdida, y conociendo la dificultad de la empresa, le armaron de lejos sus baterías, y le acometieron primero, nó á cara descubierta, sino por subterráneos y por vias obscuras y secretas. Se dice, que para descubrir la disposicion del pueblo respecto de Sócrates, y conocer si podrian algun dia citarle con seguridad ante los jueces, interesaron á Aristófanes á que le presentase en el teatro en una comedia, en la que echaria las semillas de la acusacion que meditaban contra él. No es muy seguro que Aristófanes fuese sobornado por Anito y por los enemigos de Sócrates para componer contra él un papel satírico. Es de creer que el desprecio declarado de Sócrates para todas las comedias en general, y en particular para las de Aristófanes, manifestando una estimacion extraordinaria á las tragedias de Eurípides; que este desprecio, digo, fuese el verdadero motivo que movió al poeta á vengarse del filósofo. Cualquiera cosa que sea, Aristófanes, con ignominia de la poesía, prestó su pluma á la mala voluntad de los enemigos de Sócrates, ó á su propio sentimiento; y empleó todos sus talentos y todo su ingenio para desacreditar al mejor hombre que tuvo el paganismo.

Compuso una comedia intitulada « Las Nubes. » Introduce en la escena al filósofo sentado en una cesta, y remontado en medio de los aires y de las nubes, desde donde refiere las máximas, ó antes bien, las sutilezas mas ridículas. Un deudor muy viejo, que se deseaba librar de las eficaces solicitaciones de sus acreedores, le viene á buscar para aprender el arte de engañar en justicia á sus contrarios, probarles con razones sin réplica que no les debe nada, en una palabra, de una mala causa hacer una muy buena. Pero conociéndose incapaz de aprovecharse de las sublimes lecciones de su nuevo maestro, le llevó á su hijo en su lugar. Este jóven, muy poco tiempo despues, sale de esta sabia escuela tan bien instruido, que en la primera ocasion sacude á su padre, y le prueba con argumentos sutiles, pero invencibles, que tuvo razon en hacer esto con él. En todas las escenas en donde salia Sócrates le hace el poeta decir mil impertinencias, mil impiedades contra los dioses, y especialmente contra Júpiter. Le hace hablar como á un hombre lleno de vanidad, de estimacion de sí mismo, y desprecio de todos los otros; que quiere, por una curiosidad criminal, penetrar lo que pasaba en los cielos, y explorar lo que hay en los abismos de la tierra; que se alaba de tener medios para hacer triunfar siempre la injusticia; y que no se contenta con guardar estos secretos para sí, sino que los enseña á los otros, y corrompe con esto la juventud. Todo esto estaba acompañado con un primor de burla y de una sal, que no podia dejar de agradar infinitamente á un pueblo de un gusto tan delicado y sutil como era el de Atenas,

y naturalmente envidioso de todo mérito que excedia sobre los otros. Así se embelesaron tanto los atenienses, que sin esperar que se acabase la representacion, ordenaron que el nombre de Aristófanes se escribiese sobre los nombres de todos sus rivales.

Sócrates, que habia sabido que se le debia representar en el teatro, fué aquel dia á la comedia contra lo regular, porque no acostumbraba á ir á estas concurrencias, sino cuando se habia de representar alguna nueva tragedia de Eurípides, que era su íntimo amigo, y cuyas obras estimaba por los principios sólidos de moral que cuidaba insertar en ellas. Tambien se notó que en una ocasion no tuvo paciencia para ver acabar una, en la que el actor habia propuesto alguna máxima peligrosa, pero que se salió luego, sin considerar que podia dañar la reputacion de su amigo. No iba nunca á las comedias, sino cuando Alcibíades, ó Cricias le llevaban á ellas contra su voluntad, enfadado de la desenfrenada licencia que reinaba allí, y no pudiendo sufrir que se calumniase abiertamente la reputacion de sus conciudadanos. Asistió á esta sin alterarse y sin dar á entender el menor disgusto; y cuidadosos algunos forasteros de saber quién era este Sócrates, de quien se hablaba en toda la comedia, se levantó de su asiento y se dejó ver ínterin duró la representacion. Decia á los que estaban junto á él, y quienes se admiraban de su serenidad y paciencia, que imaginaba estar en un gran banquete en donde se burlaban de él con agrado, y que era preciso oir la chanza.

No es verosímil, como lo noté ya, que Aristófanes, aunque no fuese amigo de Sócrates, entrase en los infames designios de sus enemigos, y que pensase en hacerle perecer. Es mas creible que un poeta que divertia al pueblo á expensas de los primeros magistrados y de los generales mas célebres, quisiese tambien hacerle reir á expensas de un filósofo. Toda la enormidad estaba de parte de sus envidiosos y enemigos, quienes pensaban sacar contra él una gran ventaja con la representacion de esta comedia. Con efecto, el artificio era profundo y diestramente imaginado. Representando á una persona en el teatro, no se le muestra sino por el lado malo ó débil, ó equívoco. Este objeto conduce á lo ridículo, lo ridículo acostumbra al desprecio de la persona, y el desprecio á la injusticia. Porque naturalmente se atreve cualquiera mas á insultar, á maltratar, á ofender á una persona á quien todo el mundo desprecia.

Estos fueron los primeros golpes que se le dieron, que sirvieron como de ensayo y prueba para la gran causa que pensaban suscitarle. La dejaron dormir mucho tiempo, y no fué hasta veinte años después cuando se declaró. Las turbaciones de la república pudieron ocasionar esta larga dilacion. Porque en este intervalo se ejecutó la empresa contra Sicilia, cuyo éxito fué tan desgraciado que Atenas fué sitiada y tomada por Lisandro, quien mudó en ella la forma de gobierno y estableció los treinta tiranos, á los que no echaron hasta poco tiempo antes del caso de que hablamos.

Entónces Melito se presentó por acusador, é intentó un proceso en forma á Sócrates. Le acusaba sobre dos artículos. El primero, que no admitia los dioses que estaban reconocidos en la república, y que introducia divinidades nuevas: el segundo, que corrompia la juventud de Atenas; y concluia pidiendo la pena capital.

Jamás hubo acusacion que tuviese menos fundamento que esta, ni tampoco menos apariencia y pretexto. Habia cuarenta años que Sócrates hacia profesion de instruir la juventud de Atenas. Nunca habia enseñado en secreto, ni en las obscuridades. Sus lecciones eran públicas, y las daba á vista de un numeroso concurso. Habia guardado siempre la misma conducta y enseñado los mismos principios. ¿Qué advierte pues Melito después de tantos años? ¿Cómo su celo por el bien público, después de haber estado tanto tiempo divertido y adormecido, despierta repentinamente y se hace tan eficaz? ¿Se puede perdonar á un ciudadano tan celoso y hombre de bien, como lo quiere parecer Melito, haberse estado mudo é inmóvil, mientras que á su vista se corrompia toda la juventud de la ciudad, inspirándole máximas sediciosas, y comunicándole aversion y desprecio para el gobierno presente? Porque el que no embaraza un daño cuando puede, es tan delincuente como el que le comete. Libanio habla así en una declamacion que tiene por título « Apología de Sócrates. » « Pero, continúa, quiero que Melito, sea distraccion, sea indiferencia, sea verdaderas y serias ocupaciones, no pensase, mientras tantos años, en querellarse de Sócrates: ¿cómo en una ciudad como Atenas, llena de sabios magistrados, y lo que es mucho mas, llena de osados delatores, se pudo hacer que una conspiracion tan pública como la que se atribuia á Sócrates, se escapase á ojos, que el amor de la patria, ó la malignidad de la calumnia hacian tan cuidadosos y vigilantes? Jamás hubo cosa menos creible, ni mas destituida de toda verosimilitud.»

Luego que se declaró la conjuracion, los amigos de Sócrates se prepararon para defenderle. Lisias, el orador mas hábil de su tiempo, le llevó una oracion que habia trabajado con mucho cuidado, en la que ponia las razones y fundamentos de Sócrates con toda claridad, y en donde habia sembrado afectos tiernos y persuasivos, capaces de mover los corazones mas duros. Sócrates la leyó con gusto y la consideró muy bien hecha; pero como estaba mas conforme con las reglas de la retórica, que con el dictámen de fortaleza de un filósofo, le dijo con libertad, que no le convenia. Por lo cual, habiéndole preguntado Lisias, que cómo era posible que esta oracion estuviese bien hecha si no le convenia. « lo mismo, dijo, sirviéndose, segun lo acostumbraba, de comparaciones vulgares, que un excelente artífice podria traerme vestidos ó zapatos magníficos bordados de oro, y á los que no faltase nada, pero que no me convendrian.» Se mantuvo pues firme en la resolucion que habia tomado de no humillarse á mendigar sufragios por los medios llenos de ignominia que se usaban entónces. No empleó ni los artificios ni los colores de la elocuencia. No recurrió ni á los empeños ni á los ruegos. No hizo venir ni á su mujer ni á sus hijos para mover á sus jueces con sus gemidos y lágrimas. No obstante, si repugnó constantemente el emplear una voz extraña para defenderse y presentarse ante sus jueces en la humilde postura de suplicante, no hizo esto por un efecto de orgullo ni desprecio para sus jueces. Hízolo por una noble y generosa confianza nacida de magnanimidad, la que ocasiona regularmente la inocencia y la verdad. Así su defensa no tuvo cosa alguna de timidez ni débil. Es un discurso firme, varonil, generoso, sin pasion, sin inquietud, en el que se reconoce la libertad de un filósofo: sin otro adorno que el de la verdad, y en el que se ve brillar enteramente el carácter y lenguaje de la inocencia. Platon, que se halló presente, le copió después, y sin añadir nada á la verdad, compuso de él la obra intitulada la « Apologia de Sócrates, » una de las obras mas primorosas y perfectas de la antigüedad. Yo haré un extracto de ella.

En el dia señalado para la formal vista del pleito

comparecieron las partes ante los jueces, y Melito informó. Cuanto peor era su causa y destituida de pruebas, mas necesidad tuvo de destreza y artificio para ocultar su debilidad. No omitió nada de lo que podia contribuir para hacer á su parte adversa odiosa, y en lugar de las razones que le faltaban substituyó el esplendor engañoso de una elocuencia activa y sobresaliente. Sócrates, dando á entender que no sabia qué impresion habia hecho en los jueces el alegato de sus acusadores, confiesa, por lo que le pertenece, que se habia casi desconocido á sí mismo; tal color y verosimilitud habian dado á sus razones; aunque no hubiese una palabra de verdad en todo lo que habian dicho.

Dije ya que ponian dos artículos de acusacion. Sócrates averigua con una curiosidad impía lo que pasa en los cielos y en el centro de la tierra. No reconoce los dioses que venera su patria. Procura introducir en ella nuevas divinidades; y si se le da crédito, un Dios no conocido le inspira en todas sus acciones. Para abreviar, no cree en dios alguno.

El segundo artículo pertenece al estado y gobierno público. Sócrates corrompe la juventud, inspirándole doctrinas malas sobre la divinidad; enseñándole á despreciar las leyes y el órden establecido en la república, declarando públicamente que se hace mal en escoger los magistrados por la suerte, desacreditando las asambleas públicas, en las que no parece jamás; enseñando el arte de hacer buenas las peores causas; atrayéndose la juventud por un espíritu de orgullo y ambicion, con el pretexto de instruirla; persuadiendo á los hijos que pueden sin pena alguna maltratar á sus padres. Se engríe con un pretendido oráculo, y se considera el mas sabio de todos los hombres. Trata á todos los otros de necios, y condena sin excepcion todas sus máximas y todas sus acciones, constituyéndose de propia autoridad el censor y reformador general del estado. Y no obstante se ve cuál ha sido el fruto de sus lecciones en la persona de Cricias y en la de Alcibíades, sus mas íntimos amigos, que hicieron mucho mal á su patria, y fueron perversos ciudadanos y hombres muy depravados.

Terminaban advirtiendo á los jueces que se guardasen de la elocuencia engañosa de Sócrates, y que desconfiasen con extremo de los rodeos atractivos y artificiosos que emplearia para seducirlos.

Por esto empezó Sócrates su discurso, declarando que hablaria á los jueces como lo acostumbraba en sus conversaciones ordinarias; esto es, con mucha ingenuidad y sin arte.

Después trata particularmente el asunto. ¿Sobre qué fundamento se puede defender que no reconoce los dioses de la república, aquel á quien frecuentemente se ha visto sacrificar en su casa y en los templos? Se puede dudar que no se sirve de la divinacion, pues se le acrimina el publicar que recibe consejos de cierta divinidad, de lo que se concluye que queria introducir otras nuevas; pero no introduce nada mas de nuevo que los otros, quienes dando crédito á la divinacion, observan el vuelo de las aves, consultan las entrañas de las víctimas, reparan hasta en las palabras y encuentros inopinados, medios diferentes, de que se sirven los dioses para dar á los hombres el conocimiento de lo futuro. Antiguas ó nuevas, siempre es verdad que Sócrates reconoce divinidades por la misma confesion de Melito, quien en su alegato afirma, que Sócrates cree los demonios, esto es, los espíritus subalternos, hijos de los dioses. Porque todo hombre que cree hijos de los dioses, cree los dioses.

En lo correspondiente á las averiguaciones impías de las cosas naturales que se le imputan, sin despreciar ni condenar los que se aplican al estudio de la física, declara que se ha dedicado enteramente á lo que pertenece á las costumbres, conducta de la vida y reglas del gobierno, como á una ciencia infinitamente mas útil que todas las otras: y toma por testigos de lo que dice á todos los que le han oido, quienes lo pueden desmentir, si no dice la verdad.

« Se me acusa de corromper á los estudiantes é inspirarles máximas peligrosas, sea por lo respectivo al culto de los dioses, sea por lo respectivo á las reglas del gobierno. Sabeis, atenienses, que no hice jamás profesion de enseñar, y la envidia, por animada que esté contra mí, no me reprende el haber vendido nunca mis instrucciones. Tengo para esto un testigo, que no se puede desmentir, es la pobreza. Siempre igualmente dispuesto á franquearme al rico y al pobre, y darles todo el tiempo de preguntarme ó de responderme, me entrego á cualquiera que quiera hacerse virtuoso; y si entre mis oyentes se encuentran algunos que sean buenos ó malos, no es preciso atribuirme ni la virtud de los unos, de la que no soy causa, ni imputarme los vicios de los otros, á los que no he contribuido. Toda mi ocupacion es persuadiros, jóvenes y viejos, que no es necesario amar tanto su cuerpo, ni las riquezas, ni todas las otras cosas, de cualquiera naturaleza que sean; que es necesario amar su alma. Porque no ceso de deciros que la virtud no proviene de las riquezas; sino al contrario, que las riquezas provienen de la virtud, y que de allí se originan todos los otros bienes que suceden á los hombres en público y en particular.

« Si hablar de esta suerte es corromper la juventud, confieso, atenienses, que soy delincuente y que merezco ser castigado. En caso que lo que digo no sea verdad, es fácil convencerme de mentira. Veo aquí un gran número de mis discípulos: no tienen mas que presentarse. Pero un efecto de modestia y atencion les embaraza, puede ser, levantar la voz contra un maestro que los instruyó. Á lo menos sus padres, sus hermanos, sus tios, no se pueden eximir, como buenos parientes y buenos ciudadanos, de venir á pedir venganza contra el corruptor de sus hijos, de sus sobrinos, ó de sus hermanos. Pero estos mismos son los que toman aquí mi defensa, y quienes se interesan en el feliz éxito de mi causa.

« Juzgad como os agrade, atenienses; pero yo no puedo ni arrepentirme de mi conducta, ni mudarla. No tengo libertad para dejar ó interrumpir una comision que me impuso el mismo Dios, pues es quien me confió el cuidado de instruir á mis conciudadanos. Si después de haber guardado fielmente todos los puestos en donde me pusieron nuestros generales en Potidea, en Anfípolis, en Delium, el miedo de la muerte me hiciese ahora abandonar aquel en donde me puso la divina Providencia, ordenándome pasar mis dias en el estudio de la filosofía para mi propia instruccion y para la de los otros, esto seria verdaderamente una desercion muy criminal, y que mereceria que se me citase ante este tribunal, como un impío que no cree los dioses. Cuando estuvieseis dispuestos á enviarme absuelto, con condicion que en adelante callaria, os responderia sin dudar: atenienses, yo os venero y os estimo; pero yo obedeceré primero á Dios que á vosotros; y mientras que me quede un aliento de vida, no cesaré jamás de filosofar: exhortándoos siempre, reprendiéndoos como lo acostumbro, y diciendo á cada uno cuando os encuentre: Ó querido mio, ó ciudadano de la ciudad mas famosa del mundo por la sabiduría y por el valor, ¿no tienes vergüenza de no pensar mas

que en amontonar riquezas y en adquirir fama, estimacion, honores, y despreciar los tesoros de la prudencia, de la verdad, de la sabiduría y de no procurar hacer tu alma tan buena y tan perfecta como puede ser?

«Se me reprende y se atribuye á infamia, que, metiéndome á dar consejos á cada uno en particular, evite siempre hallarme en vuestras asambleas para dar mis consejos á la patria. Creo haber hecho suficientemente mis pruebas de valor y resolucion en las campañas, en donde traje las armas con vosotros, y en el senado, cuando yo solo me opuse á la sentencia injusta que pronunciasteis contra los diez capitanes que no habian recogido y enterrado los cuerpos de los que habian sido muertos ó ahogados en la batalla naval de las islas Arginosas; y cuando, en mas de una ocasion, resistí á las órdenes violentas y crueles de treinta tiranos. Lo que me ha embarazado pues presentarme en vuestras juntas, atenienses, ha sido este espíritu familiar, esta voz divina, de la que me habeis oido tan frecuentemente hablar, y que Melito ha procurado tanto hacer ridículo. Este espíritu se juntó conmigo desde mi niñez; es una voz que no se da á entender sino cuando me quiere apartar de lo que he resuelto; porque nunca me exhorta á emprender nada. Ella es quien se me ha opuesto siempre, cuando me he querido meter en los negocios de la república. Y se me opuso muy á tiempo; porque hace mucho que no tendria vida si me hubiese mezclado en las cosas del estado, y no hubiera adelantado nada, ni para vosotros, ni para mí; no os enfadeis, os ruego, sino os disimulo nada, y si os hablo con libertad y verdad. Todo hombre que se quiera oponer á un pueblo entero, sea este ú otro, y que se le ponga en la cabeza embarazar que no se violen las leyes, y que no se cometan iniquidades en la ciudad, no lo hará jamás sin castigo. Es preciso, de necesidad, que el que quiera combatir por la justicia, por poco que quiera vivir, se quede mero particular, y que no sea hombre público.

«Finalmente, atenienses, si en el extremo peligro en que me veo no imito la conducta de muchos ciudadanos, quienes en un riesgo mucho menor, rogaron y suplicaron á sus jueces con lágrimas y trajeron aquí á sus hijos, sus parientes, sus amigos, no es esto ni por una soberbia obstinacion, ni por algun desprecio que haga de vosotros; sino por vuestro honor y el de toda la ciudad. Es necesario que se sepa que teneis ciudadanos que no consideran la muerte como mal, y que no dan este nombre mas que á la injusticia y á la infamia. ¿En la edad en que me hallo, y con toda mi reputacion, verdadera ó falsa, me convendrá, despues de las lecciones que tengo dadas sobre el desprecio de la muerte, temerla y desmentir con el último acto todos los principios y opiniones de mi vida pasada?

«Pero sin hablar de la reputacion que quedaria tan herida con una accion semejante, creo que no es permitido suplicar á su juez, ni procurar la absolucion con ruegos; es necesario persuadirle y convencerle. El juez no está sentado en el tribunal para hacer gracias, violando la ley, sino para hacer justicia obedeciendo la ley. No hizo juramento de complacer á quien le agrade, sino de hacer justicia á quien debe. No es necesario que os acostumbremos al perjurio, ni debeis vosotros mismos dejaros acostumbrar; porque unos y otros ofenderíamos igualmente la justicia y religion, y todos nos haríamos delincuentes.

«No espereis pues de mí, atenienses, que recurra para con vosotros á medios que yo no considero, ni decentes, ni permitidos; especialmente en una ocasion en la que me acusa Melito de impiedad. Porque si yo os moviese con mis ruegos, y os obligase á violar vuestro juramento, seria cosa evidente que yo os enseñaria á no creer los dioses, y queriendo defenderme de esto y justificarme, daria armas á mis contrarios, y probaria contra mí mismo que no creo en los dioses. Pero estoy muy distante de pensar así. Yo estoy mas persuadido de la existencia de Dios, que mis acusadores; y estoy de tal manera persuadido de esto, que me entrego á vosotros y á Dios, para que me juzgueis como mejor os parezca, para vosotros y para mí.»

Sócrates pronunció este discurso con un aire constante é intrépido. Su traza, su gesto, su semblante no daban á entender que era reo, se le tendria por el maestro de sus jueces; con tanta seguridad y magnanimidad hablaba, sin perder no obstante nada de la modestia que era natural en él. Una firmeza tan noble y majestuosa desagradó é indispuso los ánimos. Los jueces por lo regular, porque se consideran como dueños absolutos de la vida y de la muerte de los hombres, quieren, por una disposicion secreta del corazon, que las partes no parezcan en su presencia sino con una humilde sumision y un respetuoso temblor; rendimiento que creen se debe á su soberano poder.

Esto fué lo que sucedió en aquella ocasion. Sin embargo, no habia tenido Melito al principio la quinta parte de los votos. Se puede suponer con fundamento que en esta causa la junta de los jueces era de quinientos, sin contar el presidente. Condenaba la ley al acusador á una multa de mil dracmas (dos mil reales), sino tenia la quinta parte de los votos. Esta ley estaba prudentemente establecida para poner freno á la osadía é insolencia de los calumniadores. Melito se veria obligado á pagar esta multa, si Anito y Licon no se le hubiesen unido y declarado tambien actores. Su autoridad atrajo mucho número de votos, y se hallaron doscientos ochenta y uno contra Sócrates, y por consiguiente doscientos y veinte en su favor. No consistió mas que en treinta y un votos el que no fuese despedido absuelto; porque en este caso hubiera tenido doscientos cincuenta y uno, los que hacian la pluralidad.

En esta primera sentencia declaraban los jueces puramente que Sócrates estaba culpado, sin determinar nada sobre la pena que debia padecer. Porque cuando no estaba determinada por la ley, y no se trataba de un crímen de Estado (así creo se puede explicar la palabra de Ciceron, «fraus capitalis»), se dejaba á la eleccion del reo la pena que consideraba merecer. Con su respuesta se votaba otra vez, y despues recibia la última sentencia. Se le advirtió á Sócrates que tenia derecho de pedir que se le minorase la pena, y que podia conseguir que se le mudase la pena de muerte en un destierro, en una prision ó en una multa pecuniaria. Respondió generosamente, que no escogeria alguno de estos castigos, porque seria reconocerse culpado. «Atenienses, dijo, para no teneros mas tiempo suspensos, pues me precisais á imponerme á mí mismo la pena que merezco, me condeno, por haber pasado toda mi vida en instruiros á vosotros y á vuestros hijos; por haber despreciado con esta mira negocios domésticos, empleos y dignidades: por haberme consagrado enteramente al servicio de la patria, trabajando continuamente en hacer virtuosos mis conciudadanos, me condeno, digo, á ser alimentado lo restante de mis dias en el Pritaneo á expensas de la república.» Esta última respuesta exas-

peró á todos los jueces. Le condenaron á que bebiese la cicuta, que era un género de suplicio muy usado entre ellos.

Esta sentencia no consternó en nada la fortaleza de Sócrates. «Yo voy, dijo, dirigiéndose á los jueces con una noble tranquilidad, á ser entregado á la muerte por vuestra órden; la naturaleza me condenó á lo mismo desde el primer instante de mi nacimiento; pero mis delatores van á ser entregados á la infamia é injusticia por órden de la verdad. ¿Quisierais de mí, que para librarme de vuestras manos hubiese empleado, segun se acostumbra, palabras lisonjeras y compasivas, y los modales tímidos y humildes de un suplicante? Pero, en los tribunales como en la guerra, no debe un hombre de bien librar su vida por todo género de medios. Es igualmente ignominioso en una y otra, no rescatarla sino con empeños, con lágrimas, y con todas las otras indignidades que veis hacer todos los dias á los que están en donde yo me veo.»

Apolodoro, uno de sus discípulos y amigos, habiéndose adelantado para manifestarle su dolor porque moria inocente, «¿quieres, le replicó sonriéndose, que muera delincuente?»

Plutarco, para demostrar que solo sobre nuestra parte mas sensible, esto es el cuerpo, tienen los hombres algun poder, pero que hay en nosotros otra parte infinitamente mas noble, que es enteramente superior á sus amenazas é inaccesible á sus tiros, cita excelentes palabras de Sócrates que pertenecen aun mas á sus jueces que á sus acusadores: «Anito y Melito pueden matarme, pero no me pueden hacer mal.» Como si dijese: la fortuna (era este el lenguaje de los paganos) puede quitarme los bienes, la salud y la vida; pero tengo en mí un tesoro que ninguna violencia extraña me puede quitar: quiero decir la virtud, la inocencia, el valor y la magnanimidad.

Este grande hombre, plenamente convencido de este principio, que habia con tanta frecuencia impresionado á sus discípulos, que el crímen es el único mal que debe temer el sabio, quiso mas ser privado de algunos años que le quedaban, puede ser, todavía que vivir, que verse arrebatar en un momento la fama de toda su vida pasada, deshonrándose para siempre con la ignominiosa accion que se le aconsejaba practicase con los jueces. Viendo que los hombres de su siglo le conocian poco y no le hacian justicia, se remite al juicio de la posteridad; y con el generoso sacrificio que hizo de las reliquias de una vejez ya muy avanzada, adquirió y se aseguró la estimacion y admiracion de todos los siglos.

§. 7. Despues que se pronunció la sentencia, Sócrates, con aquella misma firmeza de semblante que habia contenido á los tiranos, se encaminó hácia la prision, que perdió este nombre luego que él entró en ella, dice Séneca, habiéndose hecho la habitacion de la bondad y virtud. Sus amigos le siguieron y continuaron en visitarle por el espacio de treinta dias que se pasaron entre su condenacion y su muerte. La causa de esta dilacion era que los atenienses enviaban todos los años un bajel á la isla de Delos, para hacer allí algunos sacrificios; y se prohibia que se ajusticiase á nadie en la ciudad desde que el sacerdote de Apolo coronaba la popa de este bajel en señal de su partida, hasta que el mismo bajel volviese. De este modo, habiéndose pronunciado la sentencia contra Sócrates la mañana de esta ceremonia, fué preciso diferir la ejecucion treinta dias que se pasaron en aquel viaje.

Durante aquel largo tiempo, tuvo la muerte todo el espacio para presentar á sus ojos todos sus horrores y probar su constancia, no solamente con los terribles rigores del calabozo, en el que tenia grillos, pero todavía mas con la continua vista y cruel esperanza de un negocio, con el que no se familiariza la naturaleza. En este triste estado, no dejaba de gozar de aquella profunda tranquilidad de ánimo que sus amigos habian admirado siempre en él. Les hablaba con el mismo agrado que habia hecho siempre; y Criton advierte, que la víspera de su muerte dormia con tanta quietud como en otro tiempo. Compuso tambien entonces un himno en honor de Apolo y de Diana, y puso en verso una fábula de Esopo.

La víspera del dia, ó el mismo dia que debia llegar de Delos el bajel, á cuya vuelta debia seguir la muerte de Sócrates, Criton, su íntimo amigo, le viene á ver á la prision muy de mañana para darle esta triste nueva, y para anunciarle al mismo tiempo que solo en él consiste el librarse de la prision; que el carcelero está ganado, que hallará las puertas abiertas; y le ofrece un seguro retiro en Tesalia. Sócrates se puso á reir de esta proposicion, y le preguntó si sabia que hubiese algun lugar fuera de la Ática en donde no se moria. Criton trata el negocio con mucha seriedad, y le insta á que se aproveche de un tiempo tan precioso, dándole razones sobre razones para sacarle su consentimiento, y obligarle á que tome este partido. Sin hablar del dolor inconsolable que le causará la muerte de un amigo semejante, ¿cómo podrá aguantar las reprensiones de una infinidad de gentes que creerán que solo en él consistia el librarle, pero que no quiso sacrificar para esto alguna lijera porcion de sus bienes? ¿Podrá persuadirse jamás el pueblo, que un hombre prudente como Sócrates, no quiso salir de la prision pudiéndolo hacer con toda seguridad? ¿Puede ser miedo de exponer á sus amigos, causarles la pérdida de sus bienes, ó tambien de su libertad y de su vida? ¿Hay pues alguna cosa que les deba ser mas apreciable y mas preciosa que la conservacion de Sócrates? No hay nada; hasta los extranjeros les disputan este honor. Muchos han venido expresamente con cantidades muy considerables para los gastos de su evasion, y declaran que quedarán muy honrados con recibirle en sus casas y darle con abundancia todo lo que necesite. ¿Se debe pues entregar él mismo á enemigos que le hicieron condenar injustamente, y le es permitido faltar á su propia causa? ¿No corresponde á su bondad y justicia el excusar á sus ciudadanos el delito de hacer morir un inocente? Pero si todos estos motivos no le mueven, ni le lastiman sus propios intereses ¿puede dejar de sentir los de sus propios hijos? ¿Y qué estado les deja? ¿Considera lo que serán? ¿Y puede olvidar que es padre, por acordarse solamente de que es filósofo?

Sócrates, despues de haberle oido con atencion, alaba su celo y se lo agradece; pero antes de rendirse quiere examinar si es justo que salga de la prision sin el consentimiento de los atenienses. Se trata pues aquí de saber si un hombre que está condenado á muerte, puede sin delito librarse de las leyes y de la justicia. Yo no sé si aun entre nosotros se encontrarian muchas personas que creyesen que se pudiese dudar de esto.

Sócrates empieza apartando todo lo que es fuera del asunto, y viene luego á lo principal de la materia. «Yo me alegraria seguramente mucho, mi querido Criton, de que me pudieses persuadir saliese de aquí; pero no lo puedo hacer sin estar persuadido. No nos debe dar cuidado lo que dirá el pueblo, sino lo que dirá aquel solo que juzga de lo que es justo ó

injusto; y este solo no es otro que la verdad. Todas las consideraciones que me has alegado, de dinero, de reputacion, de familia, no prueban nada, á menos que se me demuestre, que lo que se me propone es justo y permitido. Es principio sabido y constante entre nosotros, que toda injusticia es ignominiosa y funesta al que la comete, cualquiera cosa que los hombres digan, ó cualquier bien ó cualquier mal que le pueda suceder. Discurrimos siempre sobre este principio, aun en los últimos dias, y jamás hemos variado sobre este artículo. ¿Seria posible, mi querido Criton, que en nuestra edad, nuestras conversaciones mas serias fuesen semejantes á las de los niños, quienes dicen casi á un mismo tiempo, sí y nó, y que no tienen nada fijo?» A cada proposicion sacaba la respuesta y consentimiento de Criton.

«Traigamos á la memoria nuestros principios, y procuremos hacer aquí uso de ellos. Siempre fué constante entre nosotros, que nunca es permitido, con cualquiera pretexto que pueda ser, cometer injusticia alguna, aun respecto de aquellos que nos la hacen, ni de volver mal por mal; y que cuando se ha empeñado una vez la palabra, se está obligado á guardarla inviolablemente, sin que interés alguno nos pueda eximir de ello. Pues si en el tiempo que yo estuviese dispuesto para huirme, viniesen las leyes y la república en cuerpo á ponerse delante de mí, ¿qué responderia yo á las siguientes preguntas que me podrian hacer? ¿En qué piensas, Sócrates? ¿Ocultarte así de la justicia es otra cosa que arruinar enteramente las leyes y la república? ¿Crees que subsiste un pueblo despues que la justicia no solamente no tiene en él ya fuerza, sino que tambien se corrompió, trastornó y echó á los piés por particulares? Pero, se dirá: la república nos hizo injusticia y no sentenció bien. ¿Olvidaste, me replicarán las leyes, que conveniste con nosotras en someterte al juicio de la república? Puedes, si nuestra política y nuestras ordenanzas no se acomodan contigo, retirarte á otra parte y establecerte allí. Pero una mansion de setenta años en nuestra ciudad muestra bastante que sus reglamentos no te desagradaron, y que los aceptaste con conocimiento de causa y con libertad. Con efecto, tú les debes todo lo que tienes y todo lo que posees, nacimiento, crianza, educacion, establecimiento; porque todo esto está bajo la guardia y bajo la proteccion de la república. ¿Te consideras dueño de romper la obligacion que contrajiste con ella, y que sellaste con mas de un juramento? ¿Cuando ella pensase en perderte, podias volver mal por mal, injusticia por injusticia? ¿Practicarias esto respecto del padre y de la madre? ¿É ignoras que la patria es mas considerable, mas digna de respeto y veneracion delante de Dios y delante de los hombres, que ni padre, ni madre ni todos los parientes juntos? ¿que es necesario venerar á su patria, cederle en sus desórdenes, contemplarla con dulzura en el tiempo de su mayor cólera? En una palabra, que es preciso ó reducirla con prudentes consejos y respetuosas representaciones, ú obedecer sus mandatos, y sufrir sin murmurar todo lo que te ordenase. En cuanto á lo que pertenece á tus hijos, Sócrates, tus amigos los servirán con todo lo que sean capaces, y en todo caso la Providencia no les faltará. Ríndete pues á nuestras razones, y sigue los consejos de aquellos á quienes debes el nacimiento, la crianza, la educacion. No hagas tanto caso de tus hijos, de tu vida, ni de cualquiera cosa que pueda ser, como de la justicia, para que cuando llegues ante el tribunal de Pluton tengas con que defenderte en presencia de tus jueces. De otra manera, seremos siempre tus enemigas en tanto que vivas, sin dejarte jamás ni descanso ni quietud; y cuando mueras, nuestras hermanas las leyes que están en los infiernos, no te serán mas favorables, sabiendo que hiciste todo lo posible para perdernos.»

Sócrates le dijo á Criton que le parecia que oia realmente todo lo que acababa de decirle, y que el sonido de estas palabras resonaba tan fuerte y continuamente en sus oidos, que ahogaba en él cualquiera otro pensamiento y cualquiera otra voz. Criton, conviniendo de buena fé en que no tenia nada que responder, se sosegó y dejó así á su amigo.

En fin, el funesto bajel volvió á Atenas: era como la señal de la muerte de Sócrates. Otro dia por la mañana sus amigos, excepto Platon que estaba enfermo, se fueron á la cárcel muy temprano. El carcelero les rogó que esperasen un poco, porque los once magistrados (eran los que tenian la direccion de la cárcel) anunciaban al prisionero que debia morir este dia. Entraron un momento despues, y encontraron á Sócrates que acababa de quitarse los grillos, y á Jantipa, su mujer, sentada cerca de él, y teniendo uno de sus hijos en sus brazos. Luego que ella los vió, dando gritos y suspiros, y dándose golpes en el rostro, hizo resonar la prision con sus gemidos: «Ó mi querido Sócrates, tus amigos te ven hoy la última vez.» Dió órden para que la retirasen, y al instante la llevaron á su casa.

Sócrates pasó lo restante del dia con sus amigos, y se divirtió tranquila y alegremente con ellos como lo acostumbraba. El asunto de la conversacion fué de los mas útiles y correspondientes para el momento en que se hallaba; quiero decir la inmortalidad del alma. Lo que dió ocasion á esta conversacion fué una proposicion dicha en algun modo casualmente, que un verdadero filósofo debe desear morir y trabajar para morir. Esto tomado muy á la letra, inclinaba á creer que un filósofo se podia matar á sí mismo. Sócrates muestra que no hay cosa alguna mas injusta que esta opinion, y que perteneciendo el hombre á Dios que le crió, y habiéndole puesto por su mano en el lugar que ocupa, no le debe dejar sin su permiso, ni salir de la vida sin su órden. ¿Qué es, pues, lo que puede dar á un filósofo este deseo de la muerte? No puede ser sino la esperanza de los bienes que espera en la otra vida, y esta esperanza no se puede fundar sino en la creencia de la inmortalidad del alma.

Sócrates emplea el último dia de su vida en hablar á sus amigos sobre este grande é importante asunto, y esta es la materia del admirable diálogo de Platon, que se intitula «El Fedon.» Explica á sus amigos todas las razones que tiene para creer que el alma es inmortal, é impugna todas las objeciones que se hacen, que son con poca diferencia las mismas que se hacen hoy dia. Este tratado es muy largo para que yo emprenda extractarle.

Antes de responder á algunas de estas objeciones, se lastima de una fatalidad bastante comun á los hombres, que á fuerza de oir disputar á ignorantes que lo contradicen todo y dudan de todo, se persuaden que no hay cosa alguna cierta. «¿No es una desgracia muy deplorable, mi querido Fedon, que habiendo razones en esta materia que son verdaderas, ciertas y muy capaces de ser comprendidas, se encuentren no obstante gentes que no quedan enteramente persuadidas, por haber oido estas disputas frívolas, en las que todo parece tan presto verdadero y tan presto falso? Estos hombres injustos y excesivos, en vez de atribuirse á sí mismos estas dudas, ó atribuirlas á su falta de entendimiento, atribuyen la falta á las mis-



SÓCRATES EN EL ACTO DE IR Á BEBER LA CICUTA.

(Lámina en bronce.)

mas razones, la que consiguen finalmente aborrecer para siempre, considerándose mas hábiles y entendidos que todos los otros; porque se imaginan los únicos que comprenden que en todas estas materias no hay nada verdadero ni seguro.

« Sócrates demuestra la injusticia de este proceder. Hace ver que, aun en dos partidos igualmente inciertos, la prudencia quiere que se elija aquel que es mas ventajoso con menos riesgo. Si lo que yo digo se halla que es verdad, dice Sócrates, es muy bueno creerlo: y si después de mi muerte se halla que no es verdad, sacaré de esto la ventaja de que en esta vida sentiré menos los males que la acompañan regularmente. » Este discurso de Sócrates, que no es real y verdadero sino en la boca de un cristiano, es muy notable. Si lo que digo es verdad, lo gano todo arriesgando muy poco; y si es falso, no pierdo nada, al contrario, gano tambien mucho.

No se detuvo Sócrates en la mera especulativa de esta gran verdad que el alma es inmortal: dedujo de ella conclusiones útiles y necesarias para la conducta de la vida, haciendo ver en ellas todo lo que pide de los hombres la esperanza de una dicha eterna para que no sea vana, y que en lugar de encontrar las recompensas preparadas para los buenos, no hallen los suplicios destinados para los malos. Expone aquí el filósofo estas grandes verdades que una constante tradicion, aunque muy eclipsada con las ficciones fabulosas, conservó siempre entre los paganos: el juicio final de los buenos y de los malos; los eternos tormentos á que están condenados los grandes pecadores; una mansion de paz y delicias sin fin para las almas que se conservaron puras é inocentes, ó que durante la vida purgaron sus pecados con el arrepentimiento y satisfaccion; finalmente, un lugar y un estado medio en donde se purifican, mientras cierto tiempo, de las faltas menos considerables que no se purgaron durante la vida.

« Amigos mios, una cosa tambien que es muy justo pensar, es que, si el alma es inmortal, tiene necesidad de que se la cultive y cuide de ella, no solamente para este tiempo que llamamos tiempo de la vida, sino tambien para el que se sigue; esto es, para la eternidad; y la menor negligencia sobre este punto, puede tener consecuencias infinitas. Si la muerte fuese la ruina y disolucion del todo, tendrian mucha ganancia los malos después de su muerte, librándose á un mismo tiempo de su cuerpo, de su alma y de sus vicios. Pero, pues el alma es inmortal, no tiene otro medio para librarse de sus males, y no hay otro remedio para ella que el hacerse muy buena y muy modesta; porque no lleva consigo sino sus buenas ó malas acciones, sus virtudes ó sus vicios, que son una consecuencia regular de la educacion que se ha recibido, y la causa de una felicidad ó de una desgracia eterna.

« Luego que los muertos llegan al sitio fatal de las almas, al lugar adonde las conduce su demonio (nosotros decimos ángel), son todos juzgados. Los que vivieron de manera que no son, ni enteramente pecadores, ni absolutamente inocentes, los envian á un paraje en donde padecen las penas proporcionadas á sus faltas, hasta que purgados y limpios de sus pecados, y puestos después en libertad, reciben la recompensa de las buenas acciones que hicieron. Los que se consideran incurables á causa de la grandeza de sus pecados, y que cometieron (de voluntad deliberada) sacrilegios y muertes, ú otros semejantes delitos, el destino fatal que los sentencia, los precipita en el tártaro, de donde no salen jamás. Pero aquellos que cometieron pecados graves, á la verdad, pero dignos de perdon, como haber violentado á su padre ó á su madre en el ímpetu de su cólera, ó haber muerto á alguno por un semejante movimiento, y se arrepintieron de ello después, padecen las mismas penas que los últimos y en el mismo paraje; pero por cierto tiempo solamente, hasta que con sus oraciones y súplicas obtienen el perdon de aquellos á quienes ofendieron.

« En fin, los que pasaron la vida con una santidad particular, libres de las moradas humildes y terrestres, como de una prision, son recibidos allá en lo alto, en una tierra pura, en donde habitan; y como la filosofía los purificó suficientemente, viven allí sin sus cuerpos (los paganos conocieron poco la resurreccion de la carne) durante toda la eternidad en una alegría y en delicias que no es fácil explicar, y que el poco tiempo que me queda no me permite deciros.

« Lo que os he manifestado, basta á mi parecer para que se conozca que debemos trabajar toda nuestra vida en adquirir la virtud y la sabiduría: porque mirad, es mucho el precio y esperanza que se nos propone. Y aun cuando la inmortalidad del alma fuese dudosa, en vez que parece segura, todo hombre de buen juicio debe considerar ciertamente que esto merece la pena de arriesgarse por ello. Con efecto, ¡qué mejor peligro! Es preciso embelesarse así mismo con esta esperanza bienaventurada: y por esto dilaté tanto este discurso. »

Ciceron explica estos nobles conceptos de Sócrates con su regular delicadeza. « En el momento casi, dice, que tenia en la mano aquel brebaje mortal, habló de modo que daba á entender que miraba la muerte, no como una violencia que se le hacia, sino como un medio que se le presentaba para subir al cielo. Declara que al salir de esta vida se abren dos caminos, uno de los cuales conduce al lugar de los tormentos eternos las almas que se mancharon acá abajo con deleites vergonzosos y con acciones criminales, el otro conduce á la feliz mansion de los dioses las que se conservaron puras en la tierra, y que en los cuerpos humanos tuvieron una vida enteramente divina. »

Luego que Sócrates acabó de hablar, le rogó Criton que le dijese á él y á los otros amigos lo que habian de hacer con sus hijos y con todas sus cosas; para que, ejecutándolas, tuviesen el consuelo de servirle en algo. « Yo no os encargo hoy dia otra cosa, respondió Sócrates, sino lo que os encargué siempre, que es que tengais cuidado de vosotros. No os podreis hacer otro mayor servicio, ni darme á mí ni á mi familia mayor gusto. » Habiendole preguntado después Criton, que cómo queria que se le enterrase, « como gustareis, dijo Sócrates; si podeis no obstante apoderaros de mí, y que no me escape de vuestras manos. » Y al mismo tiempo, mirando á sus amigos con media risa, « yo no podria conseguir, dijo, persuadir á Criton que es Sócrates quien habla con vosotros, y quien dispone todas las partes de su discurso; y se imagina que soy aquel que va á ver muerto muy presto. Me confunde con mi cadáver; por esto me pregunta cómo se me ha de enterrar. » Acabando estas palabras, se levantó y pasó á un cuarto inmediato para bañarse. Después que salió del baño, se le trajeron sus hijos, porque tenia tres, dos muy pequeños y uno que era ya bastante grande. Les habló durante algun tiempo, dió sus órdenes á las mujeres que cuidaban de ellos, después los hizo retirar. Habiendo vuelto á entrar en el cuarto, se echó en su cama.

El criado de los once entró al mismo tiempo, y declarándole que habia llegado la hora de tomar la cicuta (era al ponerse el sol), este criado se enterneció,

y volviendo las espaldas se puso á llorar. «Véase, dice Sócrates, el buen corazon de este hombre! Vale mas que todos los otros: que me llora con buen corazon.» Este ejemplo es notable, y advierte á los que están encargados de semejante ministerio, cómo se deben portar con todos los prisioneros en general, y especialmente con los hombres de bien, si sucede que caigan algunos en sus manos. Se le trajo la copa. Sócrates preguntó lo que habia de hacer. «Nada mas, respondió el criado, sino que luego que la bebas te pasees hasta que sientas entorpecidas las piernas, y acostarte después en tu cama.» Tomó la copa sin alteracion alguna, y sin mudar ni de color ni de semblante, y mirando á aquel hombre con ojos constantes y seguros, como acostumbraba, «¿qué dices tú de esta bebida? le dice. ¿Es permitido hacer libaciones con ella?» Se le respondió, que no habia mas que para una toma. «Á lo menos, continuó, es permitido, y es muy justo hacer rogativas á los dioses, y suplicarles que hagan mi partida de la tierra y mi último viaje feliz: esto es lo que les pido de todo corazon.» Después que dijo estas palabras, calló algun tiempo, y bebió después toda la copa con una tranquilidad maravillosa, y con una mansedumbre que no se podria explicar.

Hasta entónces se habian violentado sus amigos para detener sus lágrimas; pero viéndole beber, y después de haber bebido, no fueron ya dueños, y las derramaron con abundancia. Apolodoro, que no habia casi dejado de llorar ínterin toda la conversacion, se puso entónces á dar alaridos y grandes voces, de manera que no hubo allí nadie á quien no partiese el corazon. Solo Sócrates no se movió: y se lo reprendió tambien á sus amigos, pero con su regular agrado. «¿Qué haceis? les dice. Me admirais. ¡Ay! ¿en dónde pues está la virtud? ¿No fué por esto por lo que despedí las mujeres, temiendo no incurriesen en estas flaquezas? Porque siempre oí decir, que era menester morir con tranquilidad y bendiciendo á los dioses. Manteneos pues con quietud, y mostrad mas constancia y fortaleza.» Estas palabras los llenaron de confusion, y los obligaron á detener sus lágrimas.

Entre tanto continuaba paseándose, y cuando sintió torpes sus piernas, se echó de espaldas como se le habia encargado. Entónces el veneno hizo su efecto cada vez mas. Cuando conoció Sócrates que empezaba á apoderarse del corazon, descubriéndose, porque tenia la cabeza cubierta, al parecer para que nada le turbase, «Criton, dijo, y fueron estas sus últimas palabras, debemos á Esculapio un gallo: cumple por mí esta ofrenda, y no lo olvides.» Rindió muy presto después el último suspiro. Criton se acercó y le cerró la boca y los ojos. Tal fué el fin de Sócrates, el primer año de la olimpíada 95, y el setenta de su edad. Ciceron dice, que no podia leer la descripcion de su muerte en Platon sin enternecerse hasta llorar.

Platon y los otros discípulos de Sócrates, temiendo que la rabia de sus calumniadores no estuviese bien apaciguada con esta víctima, se retiraron á Megara, en casa de Euclides, en donde dejaron pasar lo restante de la borrasca. Sin embargo, Eurípides, queriendo reprender á los atenienses el horrible crímen que habian cometido, condenando con tanta lijereza al hombre mas de bien que hubiese entónces, compuso la tragedia intitulada «Palamedes;» en la cual, bajo el nombre de este héroe, que fue tan oprimido por una infame calumnia, lloraba la desgracia de su amigo. Cuando el actor llegaba á pronunciar este verso:

Quitais la vida al hombre mas justificado de los griegos,

todo el teatro, reconociendo á Sócrates por las señas tan propias, lloró: se prohibió que se hablase de él en público. Algunos creen que Eurípides habia muerto antes que Sócrates, y niegan esta historia.

Sea lo que fuese, el pueblo de Atenas no abrió los ojos sino algun tiempo después de la muerte de Sócrates. Estando su odio satisfecho, se disiparon las preocupaciones, y habiendo el tiempo dado lugar á las reflexiones, la injusticia grande de esta sentencia se les presentó con toda su enormidad. Todo deponia en la ciudad, todo hablaba en favor de Sócrates. La academia, el liceo, las casas particulares, las plazas públicas, parece que resonaban todavía con el eco de su dulce voz. Allí, se decia, instruia nuestra juventud, y enseñaba á nuestros hijos á amar la patria y á respetar á sus padres y madres. Aquí nos daba á nosotros mismos útiles lecciones, y nos hacia algunas veces saludables reprensiones para inclinarnos con mas ardor á la virtud. ¡Ah! ¿Cómo pagamos tan importantes servicios? Atenas se sumergió en un duelo y en una consternacion universal. Se cerraron las escuelas, y se interrumpieron todos los ejercicios. Se pidió cuenta á los acusadores de la sangre inocente que habian hecho derramar. Melito fué condenado á muerte, y los otros fueron desterrados. Plutarco observa, que todos los que intervinieron en esta calumnia, fueron tan abominados de los ciudadanos, que no les querian dar fuego, ni responderles cuando preguntaban algo, ni concurrir con ellos en los baños; y hacian lavar el paraje en donde se habian bañado, como que se inficionaba con su contacto: lo que les causó tal desesperacion, que muchos se dieron la muerte.

Los atenienses, no contentos con haber castigado así sus calumniadores, hicieron que se le erigiese una estatua de bronce de mano del celebre Lisipo, y la colocaron en un sitio de los mas visibles de la ciudad. Su respeto y reconocimiento llegaron hasta una veneracion religiosa: le dedicaron una capilla como á un héroe y semidios, la que nombraron en su lengua «Socrateyon,» esto es, la capilla de Sócrates.

§. 8. Cualquiera se debe admirar cuando de una parte se considera la extrema delicadeza del pueblo de Atenas, por lo perteneciente al culto de los dioses, delicadeza que llega hasta á condenar á muerte á los hombres mas de bien, por una mera sospecha de faltarles al respeto; y de otra se ve la extrema paciencia, por no decir mas, con que este mismo pueblo oye todos los dias las comedias, en las que representan á todos los dioses tan ridículos, que ninguna cosa en el mundo era mas capaz de inspirar un alto desprecio para ellos. Todas las comedias de Aristófanes están llenas de este género de chanzas, ó mas bien bufonadas, y si es verdad que este poeta no sabia lo que era contemplar á los hombres mas grandes de la república, se puede tambien decir con verdad que aun perdonaba menos á los dioses.

Esto se representaba todos los dias en el teatro, y lo oia el pueblo de Atenas, no solamente sin desazon, sino con gusto, con diversion y con aplauso, hasta recompensar con públicos honores al poeta que los divertia tan agradablemente. ¿Qué habia en Sócrates que se pudiese comparar con esta desenfrenada licencia? Jamás persona en el paganismo habló de la divinidad ni del culto que se le debe hacer, de una manera tan pura, tan noble, tan respetuosa. No se declaraba contra los dioses reconocidos y venerados públicamente por una religion mas antigua que la ciudad: evitaba solamente imputarles los crímenes y las infamias que una credulidad popular les atribuia, y que no podian servir sino para envilecerles é infamarlos

en el ánimo de los pueblos. No vituperaba los sacrificios, las fiestas, ni todas las otras ceremonias de la religion: enseñaba solamente que toda esta pompa, este aparato exterior no podia ser agradable á los dioses sin la rectitud de la intencion y sin la pureza del corazon.

No obstante, este hombre tan sabio, tan entendido, tan religioso, tan lleno de respeto y nobles afectos para la divinidad, es condenado como un impío por los votos de casi todo un pueblo, sin que sus acusadores citen contra él hecho alguno averiguado, ni produzcan prueba alguna que tenga la menor verosimilitud.

¿De dónde puede provenir entre los atenienses una contradiccion tan real, tan universal, tan constante? Un pueblo, por otra parte entendido, de mucho discernimiento y prudencia, tuvo sin duda razones, á lo menos aparentes, para guardar una conducta tan diferente y para tener pasiones tan opuestas. ¿No se podria decir que los atenienses miraban sus dioses bajo de dos ideas? Limitaban su verdadera religion al culto público, hereditario y solemne, tal como le habian recibido de sus mayores, que estaba establecido por las leyes del estado, practicado en la patria de tiempo inmemorial, y sobre todo asegurado por los oráculos, los agüeros, las ofrendas, los sacrificios. Á este punto fijo dirigian su piedad, y no podian sufrir que se le hiciese la menor ofensa: únicamente de este culto eran celosos: de estas ceremonias antiguas se mostraban celadores ardientes; y creyeron, aunque sin fundamento, que Sócrates era enemigo de ellos. Pero habia otro genero de religion fundada en la fábula, en las ficciones de los poetas, en las tradiciones populares y en las costumbres extranjeras: en cuanto á esta, se interesaban poco, y la abandonaban á la discrecion de los poetas, á las representaciones del teatro y á los discursos del vulgo.

¿Qué obscenidades atribuian á Juno y á Venus? Ningun ciudadano de Atenas querria que su mujer ó sus hijas se pareciesen á semejantes diosas. Así Timoteo, aquel famoso músico, habiendo representado en el teatro de Atenas á Diana como arrebatada de cólera, de furor, de rabia, uno de los espectadores no creyó que podia hacer contra él mas funesta imprecacion, que desearle el que su hija fuese semejante á aquella divinidad. Mejor era, dice Plutarco, no creer dioses, que suponerlos tales; y la impiedad libre y declarada era menos impía, si es permitido hablar así, que una tan brutal y absurda supersticion.

Sea lo que fuese esta sentencia, cuyas circunstancias hemos referido, cubrirá en todos los siglos á Atenas de una ignominia y de una infamia, que todo el esplendor de las mejores acciones que la hicieron tan famosa, no podrá borrar jamás; y da á entender al mismo tiempo lo que se puede esperar de un pueblo suave, humano, benéfico en el fondo, porque así eran los atenienses; pero vivo, soberbio, altanero, inconstante, que le movia todo viento é impresion, y cuyas asambleas hay motivo para comparar á una mar borrascosa; pero este elemento, como tambien el pueblo tranquilo y pacífico por sí mismo, no deja de ser frecuentemente agitado por una violencia extraña.

En cuanto á Sócrates, no se puede negar que el paganismo no tuvo jamás cosa mas grande ni mas perfecta. Cuando se ve adónde llegó con lo elevado de sus opiniones, no solamente sobre las virtudes morales, la templanza, la frugalidad, la paciencia en los males, el amor á la pobreza, el perdon de las injurias; pero lo que es mucho mas considerable, sobre la divinidad, sobre su unidad, sobre su infinito poder, sobre la creacion del mundo, y sobre la Providencia que dirige su gobierno, sobre el orígen del alma que proviene de Dios solo, sobre su inmortalidad, sobre su último fin y eterno destino, sobre las recompensas de los buenos y castigo de los malos: cuando se consideran todas estas excelentes luces, se pregunta cualquiera á sí mismo, ¿es pues un pagano quien piensa y habla así? y se persuade con dificultad, que de una raíz tan tenebrosa como es la del paganismo, puedan salir noticias tan sensibles y sobresalientes.

Es verdad que su reputacion no se quedó sin lunar, y se pretendió que la pureza de sus costumbres no correspondia á la de sus opiniones. Es una cuestion controvertida entre los sabios, la que no permite mi plan tratar perfectamente. Se puede ver la disertacion de Fraguier, en la que justifica á Sócrates sobre los cargos que se le hacen por lo respectivo á su conducta. El argumento negativo de que se sirve para su defensa, parece muy fuerte. Advierte, que ni Aristófanes en su comedia «Las Nubes,» que es enteramente contra Sócrates, ni los infames que le acusaron en justicia, no dijeron una palabra que se dirija á denigrar la pureza de sus costumbres: y no es verosímil que enemigos tan indignados como eran aquellos, olvidasen uno de los medios mas capaces de desacreditar á Sócrates en el ánimo de los jueces, si tuviesen para ello algun fundamento ó apariencia.

Confieso, no obstante, que ciertos principios de Platon su discípulo, en los que seguia á su maestro, sobre la desnudez de los que luchan en los juegos públicos, de los que no excluia las mujeres, y la práctica del mismo Sócrates, que combatia en esta disposicion, mano á mano con Alcibíades, no dan grande idea de la delicadeza de este filósofo sobre lo perteneciente á la modestia y pudor. ¿Qué diré de la visita que hizo á una dama de Atenas, de mediana reputacion, se llamaba Teodota, únicamente para asegurarse por sus propios ojos de su rara hermosura, que hacia mucho ruido, y de los preceptos que le dió para conquistar amigos, y para armarles lazos, de los que no se pudiesen librar? ¿Semejantes lecciones corresponden á un filósofo? Callo otras muchas cosas.

Me admiro menos, después de esto, que muchos de los santos padres le desacreditasen, aun por lo respectivo á la pureza de las costumbres, y creyesen le debian aplicar, como tambien á Platon su discípulo, lo que dice san Pablo de los filósofos, á quienes, por justos juicios, entregó á un sentido reprobado, y á quienes abandonó á las pasiones mas vergonzosas para castigarlos de que, habiendo conocido que no habia mas que un solo verdadero Dios, no le habian venerado como debian, confesándole públicamente, y no se habian avergonzado de acompañarle con una multitud innumerable de divinidades, segun su misma opinion, ridículas é infames.

Esto es, propiamente hablando, el crímen de Sócrates, que no le hacia delincuente á los ojos de los atenienses; pero que le hizo justamente condenar por la eterna verdad. Le habia ilustrado con las noticias mas puras y sublimes de que fuese capaz el paganismo: porque no se ignora que todo conocimiento de Dios, aun el natural, no puede provenir sino de Dios. Tenia sobre la divinidad principios admirables. Se burlaba con gracejo de todas las fábulas de los poetas, que servian de fundamento á los misterios ridículos de su siglo. Hablaba con frecuencia y en términos magníficos de la existencia de un solo Dios, eterno, invisible, criador del universo, soberano dueño y árbitro de todas las cosas, vengador de los delitos, y remu-

nerador de las acciones virtuosas. Pero no se atrevia á confesar públicamente todas estas verdades. Conocia perfectamente lo falso y ridículo del paganismo; y no obstante, como lo dice Seneca del Sabio, y como lo practicaba él mismo, guardaba exactamente todas aquellas costumbres y ceremonias, nó como agradables á los dioses, sino como mandadas por las leyes. No reconocia en lo interior mas que una sola divinidad; y adoraba con el pueblo aquella multitud de dioses infames, que una antigua supersticion habia amontonado unos sobre otros durante una larga continuacion de siglos. Tenia un lenguaje particular en las escuelas; pero seguia la multitud en los templos. Como filósofo, despreciaba y detestaba en secreto los ídolos: como ciudadano de Aténas y senador, les tributaba en público el mismo culto que los otros: tanto mas digno de condenarse, dice san Agustin, cuanto este culto, que no era mas que exterior y simulado, le parecia al pueblo que salia de un corazon de verdad y convencido.

Y no se puede decir que Sócrates mudó de conducta al fin de su vida, ni que manifestase entónces mas celo por la verdad. Cuando se defendió en presencia del pueblo, declaró que habia reconocido y venerado siempre los mismos dioses que los atenienses; y la última órden que dió antes de espirar, fué que se sacrificase en su nombre un gallo al dios Esculapio. Este pues fué el príncipe de los filósofos, declarado por el oráculo de Delfos el mas sabio de los hombres, quien, no obstante lo persuadido que estaba de una única divinidad, muere en el seno de la idolatría, y haciendo profesion de adorar todos los dioses del paganismo. Fué Sócrates en esto tanto mas inexcusable, cuanto reputándose él mismo por un hombre encargado expresamente del cielo para publicar la verdad, no cumple con la obligacion mas esencial de la gloriosa comision que se atribuia. Porque si hay alguna verdad en la religion, por la que se debia declarar públicamente, es la que mira á la unidad de un Dios y á la vanidad de los ídolos. Allí estaria bien puesto el valor: y no debia costar mucho á Sócrates, determinado por otra parte á morir. Pero, dice san Agustin, no eran estos filósofos los que Dios habia destinado para ilustrar al mundo y para hacer que pasasen los hombres del culto impío de las falsas divinidades á la religion santa del verdadero Dios.

No se puede negar que Sócrates, por lo respectivo á las virtudes morales, fuese el héroe del paganismo. Pero, para juzgar bien de esto, compárese este pretendido héroe con los mártires del cristianismo, esto es, regularmente niños flacos, tiernas vírgenes, que no temieron derramar toda su sangre para defender y sellar las mismas verdades que Sócrates conocia, pero las que no se atrevia á defender en público; quiero decir la unidad de Dios y la vanidad de los ídolos. Compárese tambien la muerte de este filósofo con la de nuestros santos obispos, que honraron tanto la religion cristiana con lo elevado de su ingenio, la extension de su saber y solidez de sus escritos; un san Cipriano, un san Agustin y otros infinitos, que murieron todos en el seno de la humildad, enteramente convencidos de su indignidad y de su nada; penetrados de un vivo temor de los juicios de Dios, y no esperando su salvacion sino de su pura bondad y misericordia totalmente gratuita. La filosofía no inspira tales sentimientos: no pueden ser efecto sino de la gracia del Mediador, la que Sócrates no merecia conocer.

Jenofonte fué ciertamente uno de los mas ilustres discípulos de Sócrates; pero no hizo secta, y por esta razon le separo de los otros. Era tan gran guerrero como filósofo. Se sabe la parte que tuvo en la famosa retirada de los diez mil: hice relacion de ella con toda extension.

Su inclinacion al partido de Ciro el menor, quien se habia declarado abiertamente contra los atenienses, le atrajo el odio de estos y fué causa de su destierro. Despues que volvió de la expedicion contra los persas, siguió á Agesilao, rey de Lacedemonia, que mandaba por entónces en Asia. Como Agesilao conocia perfectamente su mérito, hizo siempre de Jenofonte particular estimacion. Llamado por órden de los éforos al socorro de su patria, llevó consigo al general ateniense. Jenofonte, despues de diversos sucesos, se retiró con sus dos hijos á Corinto, en donde pasó lo restante de su vida. Habiendo sobrevenido la guerra entre los tebanos y lacedemonios, y resolviendo los de Aténas socorrer á los últimos, envió á Aténas á sus dos hijos. Grillo se distinguió de un modo particular en la batalla de Mantinea, y se pretende que fué quien hirió en el combate á Epaminondas. No sobrevivió largo tiempo á una accion tan gloriosa, y fué muerto el mismo. Llegó la noticia á su padre á tiempo que ofrecia un sacrificio. Quitó de su cabeza la corona; pero habiendo sabido del correo que habia muerto su hijo gloriosamente con las armas en la mano, se la volvió á poner inmediatamente, continuó su sacrificio sin derramar una sola lágrima, y dijo friamente: «Bien sabia que este hijo que habia procreado, era mortal.» Véase aquí, diré yo, una fortaleza ó una insensibilidad bien espartana.

Jenofonte murió de edad de mas de noventa años, el primer año de la olimpiada 105.

Hablaré en otra parte de sus obras. Fué el primero que puso por escrito y publicó los discursos de Sócrates; pero tales como habian salido de su boca, y sin añadirles cosa suya, como lo hizo Platon.

Se ha pretendido que hubo entre estos dos filósofos una envidia secreta, poco digna del nombre que tenian y de la profesion de sabiduría de que se preciaba uno y otro. Se traen algunas pruebas de esta envidia. Jamás Platon en alguno de sus libros, que fueron muchos, habló de Jenofonte, ni este del otro, aunque ambos hiciesen frecuentemente mencion de los discípulos de Sócrates. Hay en esto mas. Todo el mundo sabe que la Ciropedia de Jenofonte es un libro, en el que refiriendo la historia de Ciro, cuya educacion alaba, da el modelo de un príncipe cumplido, y la idea de un perfecto gobierno. Se pretende que no le compuso sino para oponerse á los libros de Platon sobre la república, que empezaban á correr, y que Platon se ofendió tan vivamente de esto, que para desacreditar aquella obra, habló de Ciro en un libro que escribió poco despues, como de un príncipe valeroso á la verdad y amante de su patria; pero que habia tenido una educacion muy mala. Aulo Gelio, que refiere lo que acabo de decir, no puede creer que filósofos de la reputacion de los que se trata aquí, fuesen capaces de una emulacion tan indigna (sin embargo, es demasiado regular entre las personas de letras); y mas quiere atribuirla á sus apasionados y partidarios. Con efecto, sucede frecuentemente que los discípulos, por un celo demasiado parcial, son mas delicados sobre la reputacion de sus maestros, y defienden sus intereses con mas teson que los mismos maestros.

II. Hasta Sócrates no habia habido todavía entre los filósofos sectas diferentes, aunque las opiniones no fuesen siempre las mismas; pero desde aquel tiempo nacieron muchas, de las cuales, unas tuvieron mas crédito y duracion, y otras menos. Empezaré por las últimas, que son la cirenáica, la megárica, la elíaca

y la erétrica. Sacaron sus nombres de los lugares en que tuvieron curso.

ART. 1.° ARISTIPO fué el jefe de la secta cirenáica. Era originario de Cirena en la Libia. La mucha reputacion de Sócrates le hizo dejar su país para ir á establecerse en Atenas, con el fin de tener el gusto de oirle. Fué uno de los principales discípulos de aquel filósofo; pero tuvo una vida muy opuesta á los preceptos que se enseñaban en aquella excelente escuela, y cuando volvió á su patria, abrió á sus discípulos un camino muy diferente. Lo sustancial de su doctrina era, que la suma felicidad del hombre, durante su vida, consiste en el deleite. Su conducta se conformó con sus opiniones, y empleaba los recursos de un ingenio delicado y agradable para eludir, con chanzas, los justos cargos que se le hacian de sus excesos. Estaba continuamente entregado á los banquetes y á las mujeres. Zumbándole por el comercio que tenia con la cortesana Lais, «es verdad, dijo, yo poseo á Lais, pero Lais no me posee.» Cuando se le reprendia que vivia muy espléndidamente, decia: «Si los banquetes fuesen vituperables, no se darian tan grandes comidas en todas las fiestas de los dioses.»

La reputacion de Dionisio el Tirano, cuya corte era el centro de los placeres, cuya bolsa, se decia, estaba abierta á los sabios, y la mesa siempre magníficamente servida, le atrajo á Siracusa. Como tenia el entendimiento astuto, mañoso, atractivo, y no perdia ocasion alguna de adular al príncipe, y aguantaba sus chanzas y mal humor con una paciencia que llegaba hasta la servidumbre, tuvo mucha autoridad en aquella corte. Preguntándole un dia Dionisio por qué se veian perpetuamente los filósofos en casa de los grandes señores, y nunca se veian estos en casa de los filósofos, «es, respondió Aristipo, que los filósofos conocen sus necesidades, y los grandes señores no conocen las suyas.»

«Si Aristipo se pudiese contentar con legumbres, decia contra él Diógenes el Cínico, no se humillaria á hacer la corte á los príncipes.» «Si el que me reprende, replicaba Aristipo, supiese hacer la corte á los príncipes, no se contentaria con legumbres.»

El uno procuraba divertirse, el otro hacerse admirar del pueblo.

¿Cuál es mejor? Horacio no duda: da la preferencia á Aristipo, cuyo elogio hace en mas de un lugar. Se le parecia mucho para no alabarle. Sin embargo, no se atreve á entregarse á los principios de Aristipo: reincide en ellos por una inclinacion secreta.

Tanta indignidad tiene el amor al deleite, que le disimula lo mejor que puede; pero no le pueden ocultar enteramente aun aquellos que se abandonan mas á él. Aristipo fué el primero de los discípulos de Sócrates que empezó á pedir cierta contribucion á los que enseñaba; lo que le llevó muy mal su maestro. Habiendo pedido á un hombre cincuenta dracmas (cien reales) por instruir á su hijo, «¡cincuenta dracmas! exclamó el padre del niño: no era menester mas para comprar un esclavo.» «Muy bien, respondió Aristipo, cómprale y tendrás dos.» Aristipo murió volviendo de Siracusa á Cirena. Tenia una hija llamada Areta, la que cuidó mucho de educar en sus principios; y fué en ellos muy hábil. Instruyó ella misma á su hijo Aristipo, denominado Metrodidato.

TEODORO, discípulo de Aristipo, además de los otros principios de los cirenáicos, enseñó públicamente que no habia dioses. Los cireneos le desterraron. Se refugió en Atenas, en donde hubiera sido llevado ante el Areopago y condenado, si Demetrio de Falero no hubiese encontrado el medio de librarle. Tolomeo, hijo de Lago, le recibió en su corte y le envió un dia en calidad de embajador á Lisímaco. El filósofo le habló con tanto desahogo, que el mayordomo de aquel príncipe, que se halló presente, le dijo: «Creo, Teodoro, que te imaginas que no hay reyes como que no hay dioses.» Se cree que este filósofo fué finalmente condenado á muerte, y que se le obligó á que tomase veneno. Vemos aquí cuánto escandaliza y subleva generalmente á todos los pueblos esta doctrina impía del ateismo, contraria á la creencia comun é inmemorial de los hombres, hasta considerarse digna de muerte. Debe su orígen á maestros sumergidos en los desórdenes de la gula y de las mujeres, y se propone el deleite de los sentidos por último fin.

ART. 2.° Euclides, que era de Megara, ciudad de Acaya, cerca del istmo de Corinto, estableció la secta megárica. Estudiaba actualmente con Sócrates en Atenas, cuando salió el célebre decreto que ocasionó en parte la guerra del Peloponeso, y que prohibia á los ciudadanos de Megara, bajo pena de muerte, el poner los piés en Atenas. Un peligro tan grande no pudo resfriar su celo para el estudio de la sabiduría. Disfrazado de mujer entraba por la tarde en la ciudad, pasaba la noche en casa de Sócrates y salia antes de amanecer, caminando regularmente todos los dias casi diez leguas, que eran veinte de ida y vuelta. Hay pocos ejemplos de un ardor tan vivo y tan constante. Mudó pocas cosas en las opiniones de su maestro. Después de la muerte de Sócrates, Platon y los otros filósofos que temian las consecuencias de aquella muerte, se retiraron á su casa en Megara, y fueron muy bien recibidos en ella. Un dia, habiéndole dicho su hermano, encolerizado y por alguna desazon particular, «que perezca, si no me vengo de tí;» «y yo, respondió Euclides, perezca, si con mi suavidad no logro corregirte estos violentos ímpetus y hacerte tan amigo mio como eras antes.»

El Euclides, de quien hablamos, es distinto de Euclídes el matemático, quien tambien era de Megara; pero floreció mas de noventa años después, en tiempo del primero de los Tolomeos. Tuvo por sucesor á Eubulides, que habia sido su discípulo. Diodoro sucedió á este. Veremos mas adelante que estos tres filósofos contribuyeron mucho para introducir en las disputas de dialectica un mal gusto de discursos sutiles, y fundados únicamente en sofismas. Paso casi en silencio lo que pertenece á las dos sectas, elíaca y erétrica, que contiene pocas cosas importantes.

ART. 3.° Pongo juntas, y en pocas palabras, las sectas elíaca y erétrica, que no contienen cosa importante. La secta elíaca la fundó Fedon, uno de los discípulos mas amados de Sócrates. Era de Elea, en el Peloponeso. La erétrica se llamó así de Eretria, ciudad de Eubea, patria de Menedemo su fundador.

ART. 4.° Entre todas las sectas que salieron de la escuela de Sócrates, la mas célebre fué la académica, nombrada así del sitio en que se tenian sus juntas, que era la casa de un antiguo héroe de Atenas, llamado ACADEMO, situada en el barrio de aquella ciudad en donde enseñó Platon. Vimos en la historia de Cimon, que aquel general ateniense, que procuraba distinguirse tanto por el amor á las ciencias y á los sabios, como por las hazañas guerreras, adornó y hermoseó la academia con fuentes y calles de árboles, para la comodidad de los filósofos que concurrian á ella. Desde aquel tiempo, todos los sitios en que se juntan las personas de letras, se han llamado academias.

Se cuentan tres Academias, ó tres sectas académicas. Platon fue el jefe de la antigua, ó de la primera.

Arcesilao, uno de los sucesores, hizo algunas mudanzas en su filosofía, y fundó con esa reforma, lo que se llama la media ó la segunda academia. Se atribuye á Carnéades el establecimiento de la nueva ó tercera academia. Veremos muy presto en lo que consistia su diferencia.

§. 1. Los que hicieron florecer la academia antigua, sucediéndose unos á otros, fueron Platon, Espeusipo, Jenócrates, Polemon y Crantor.

PLATON nació el primer año de la olimpíada 88. Se llamó primero Aristocles, del nombre de su abuelo: su maestro de palestra le puso Platon, á causa de sus espaldas anchas y cuadradas; y le quedó este nombre. En el tiempo en que estaba todavía en mantillas, un dia que dormia debajo de un mirto, se dice, que un enjambre de abejas se sentó en sus labios, de lo que se conjeturó que aquel niño seria un hombre elocuente, y su estilo muy suave. Esto sucedió, aunque se piense de la conjetura como se quiera; de aquí le quedó la denominacion « Apis attica, » Abeja ateniense. Estudió con los maestros mas hábiles de gramática, de música y de pintura. Se aplicó tambien á la poesía, y compuso tragedias, las que quemó de edad de veinte años, despues que oyó á Sócrates. Se inclinó únicamente á esta filosofía; y como tenia buenas disposiciones para la virtud, se aprovechó tan bien de las lecciones de su maestro, que á los veinte y cinco años dió señales de una prudencia extraordinaria.

La suerte de Atenas, por este tiempo, era bien triste. Lisandro, general de los lacedemonios, habia establecido en ella treinta tiranos. El mérito de Platon, que era ya muy conocido, los movió á hacer todos sus esfuerzos para atraerle á su partido, y obligarle á que tomase parte en el gobierno. En los principios consintió, con la esperanza de oponerse á la tiranía, ó á lo menos moderarla: pero conoció muy presto que el mal no tenia remedio, y que para tener parte en los negocios era preciso hacerse cómplice de sus delitos, ó la víctima de su pasion. Esperó pues tiempo mas favorable.

Este tiempo llegó muy presto. Echaron á los tiranos, y se mudó enteramente la forma del gobierno. Pero los negocios no iban mejor, y el estado recibia todos los dias muchas heridas. El mismo Sócrates fué sacrificado al odio de sus enemigos. Platon se retiró entonces á Megara á casa de Euclides, desde donde pasó á Cirena para perfeccionarse en las matemáticas con Teodoro, que era el mayor matemático de su tiempo. Visitó después el Egipto, y trató mucho tiempo con los sacerdotes egipcios, quienes le enseñaron mucha parte de sus tradiciones. Tambien se cree que le dieron á conocer los libros de Moisés, y los de los profetas. No contento con todos estos conocimientos, fué á esta parte de la Italia que llaman la gran Grecia para oir allí los tres mas famosos pitagóricos de aquel tiempo: Filolao, Arquitas de Tarento y Eurito. De allí pasó á Sicilia para ver las maravillas de aquella isla, y principalmente los incendios del monte Etna. Este viaje, que no era mas que un puro efecto de su curiosidad, echó los primeros cimientos á la libertad de Siracusa, como lo expuse muy á lo largo en la historia de los dos Dionisios, tiranos de Siracusa, y en la de Dion. Tenia ánimo de ir hasta la Persia y consultar con los magos; pero se lo impidieron las guerras que turbaron entonces el Asia.

Luego que volvió á su país, después de todos sus viajes, en los que habia juntado una infinidad de raras noticias, se estableció en un barrio de un arrabal de Atenas llamado la Academia (hablé ya de ella), donde dio sus lecciones, y enseñó á tantos ilustres discípulos.

Platon se dispuso un sistema de doctrina de las opiniones de tres filósofos. Seguia á Heráclito en las cosas naturales y sensibles: esto es, creia como Heráclito que no habia mas que un mundo, que todas las cosas se producen de sus contrarias; que el movimiento, á quien llama la guerra, produce los seres, y la quietud los disuelve.

Seguia á Pitágoras en las verdades intelectuales, que es lo que llamamos metafísica; esto es, que enseñaba como aquel filósofo, que hay un solo Dios autor de todas las cosas; y que el alma es inmortal: que los hombres no deben trabajar sino para limpiarse de sus pasiones y de sus vicios, para unirse con Dios; que después de esta vida hay recompensa para los buenos y castigo para los malos; que entre Dios y los hombres hay diferentes órdenes de espíritus, que son los ministros del primer Ser. Habia tambien tomado de Pitágoras la metempsicosis; pero la dispuso á su modo.

Finalmente, imitaba á Sócrates en las cosas de la moral y política; esto es, que lo reducia todo á las costumbres, y no trabajaba sino para inclinar á todos los hombres á que desempeñasen las obligaciones anexas al estado en que los habia puesto la Providencia.

Perfeccionó tambien la dialectica, ó lo que es lo mismo, el arte de discurrir con órden y metodo.

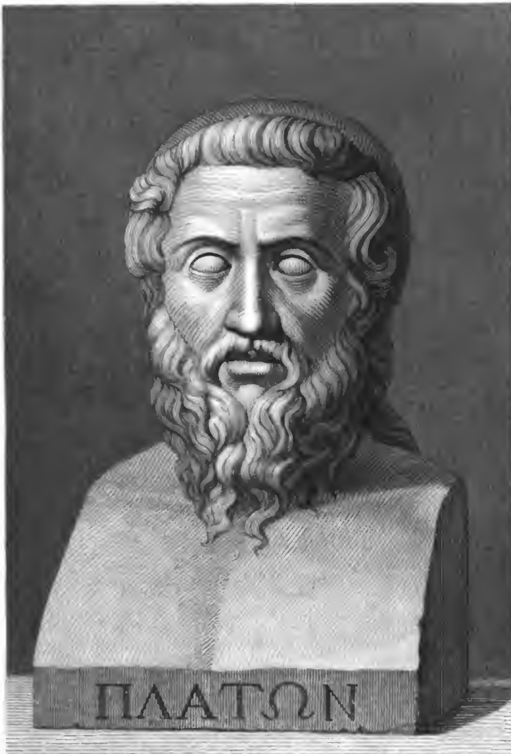
Todas las obras de Platon, excepto sus cartas, de las que no tenemos sino doce, están en forma de diálogos. Eligió expresamente este modo de escribir, como mas agradable, mas familiar, mas variado y mas propio para instruir y para persuadir que *ningun otro*. Con él logró maravillosamente poner las verdades con la mayor claridad. Da á cada uno de sus interlocutores su carácter propio, y con un enlace ingenioso de proposiciones que se siguen necesariamente las unas de las otras, los conduce á confesar, ó mas bien á que digan ellos mismos todo lo que les quiere probar.

En cuanto al estilo, no se puede imaginar cosa mas grande, mas noble, mas majestuosa; de suerte, dice Quintiliano, que parece habla el lenguaje, nó de los hombres, sino de los dioses. El número y cadencia hacen en él una armonía, que casi no cede á las de las poesías de Homero, el aticismo que era entre los griegos, en materia de estilo, lo mas fino, mas delicado, mas perfecto que habia en todo género, reina generalmente en él y se deja conocer de un modo muy particular.

Pero ni la hermosura del estilo, ni la elegancia y selecto de las expresiones, ni la armonía del número, son las mayores ventajas de los escritos de Platon. Lo que se debe admirar mas en ellos, es, la solidez y grandeza de los pensamientos, de las máximas, de los principios que están sembrados en ellos, sea para la conducta de la vida, sea para la política y gobierno, sea para la religion. Citaré algunos pasajes de estos mas adelante.

Murió Platon el primer año de la olimpíada 108, que era el trece del reinado de Filipo, de edad de ochenta y un años, y en el mismo dia que habia nacido.

Tuvo muchos discípulos, de los cuales los mas distinguidos fueron Espeusipo su sobrino materno, Jenócrates Calcedonio y el célebre Aristóteles. Se pretende que Teofrasto fué del número de sus oyentes, y que Demóstenes le consideró tambien siempre como su maestro. Su estilo es buena prueba de esto. Dion, cuñado de Dionisio el Tirano, le acreditó tambien mucho, por su excelente carácter, por el afecto inviolable á su persona, por su extraordinaria inclinacion á la filosofía, por sus cualidades del alma y del corazon,



PLATON

y por las grandes y heróicas acciones que ejecutó para restituir la libertad á su patria.

Después de la muerte de Platon se dividieron sus discípulos en dos sectas. Los primeros continuaron enseñando en la Academia, cuyo nombre retuvieron. Los otros pusieron su escuela en el Liceo, sitio de Atenas, adornado con pórticos y jardines. Los llamaron peripatéticos, y tuvieron por jefe á Aristóteles. Estas dos sectas no se diferenciaban mas que en el nombre, y convenian en las opiniones. Ambas renunciaron la costumbre y máxima de Sócrates, que era el no afirmar ni explicar cosa alguna en las disputas, sino dudando y vacilando. Hablaré de los peripatéticos mas adelante, luego que haya expuesto, en pocas palabras, la historia de los filósofos que fijaron su mansion en la Academia.

Espeusipo, dije ya, que era sobrino de Platon. Fué en su juventud de una conducta muy desarreglada, de suerte, que sus padres le echaron de su casa. Encontró un asilo en la de su tio. Platon vivia con él como si nunca hubiese oido hablar de sus desórdenes. Sus amigos, admirados y enfadados de una moderacion tan mal puesta, y de una conducta tan desidiosa, le murmuraban que no trabajase para corregir á su sobrino, y para sacarle de aquel abismo. Les respondia, sin alterarse, que trabajaba para esto con mas eficacia de lo que pensaban, dándole á conocer, con su modo de vivir, la infinita diferencia que hay entre el vicio y la virtud, entre las cosas decentes é indecentes. Con efecto, este método le salió tan bien, que inspiró á Espeusipo un respeto muy grande para él, y un violento deseo de imitarle y dedicarse á la filosofía, en cuyo estudio hizo después grandes progresos. Se necesita mucha destreza para manejar el corazon de un mozo depravado, y para reducirle á su obligacion. Rara vez cede este torrente de la edad á la violencia, la que por lo regular no sirve sino para irritarle y precipitarle en la desesperacion.

Platon hizo que Espeusipo contrajese una particular amistad con Dion, con el fin de suavizar el humor austero de este último, con el buen humor y las gracias de su sobrino.

Sucedió en la escuela de su tio, después de su muerte; pero no se mantuvo en ella sino ocho años, después de los cuales le obligaron sus enfermedades á dejarla á Jenócrates. Espeusipo no se apartó de su doctrina. Pero no se preció de imitarle en todo lo demás. Era colérico, amaba los placeres, y se manifestó interesado, exigiendo recompensa de sus discípulos, contra la costumbre y principios de Platon.

Jenócrates era de Calcedonia. Fué desde muy mozo á la escuela de Platon.

Estudió con aquel gran maestro al mismo tiempo que Aristóteles; pero nó con los mismos talentos. Necesitaba de espuela y el otro de freno; era el juicio que hacia Platon de ellos, y añadia que, encargando á los dos alguna cosa, aparejaba un caballo con un asno. Le alaban que esta lentitud, que le hacia el estudio mucho mas penoso que á los otros, no le desanimase. Plutarco emplea este ejemplo, y el de Cleanto, para alentar á los que se conocen con menos penetracion y habilidad, y los persuade á que imiten á estos dos grandes filósofos, y á que no hagan caso, como ellos, de las zumbas de sus compañeros. Si Jenócrates, con la torpeza de su ingenio, era muy inferior á Aristóteles, le excedió mucho en lo perteneciente á la filosofía práctica y pureza de costumbres.

Era naturalmente melancólico, y tenia el humor algo desagradable y austero: por esto le aconsejaba Platon frecuentemente, «que sacrificase á las gracias;» dándole á entender bastante claramente con estas palabras que necesitaba moderar el humor. Algunas veces le reprendia este defecto con mas eficacia y menos contemplacion, con el temor de que esta falta de política y agrado no le obstase para todo el bien que podia hacer con sus instrucciones y ejemplos. Jenócrates no era insensible á estas reprensiones; pero jamás disminuyeron el profundo respeto que tuvo siempre á su maestro. Y como se le procurase indisponer con Platon, persuadiéndole que se defendiese con alguna viveza, hizo callar á estos amigos indiscretos, diciéndoles: «Me trata así por mi bien.» Ocupó el lugar de Platon el segundo año de la olimpíada 110.

Diógenes Laercio dice, que no amó ni los placeres ni las riquezas, ni las alabanzas. Manifestó en muchas ocasiones un noble y generoso desinteres. La corte de Macedonia tenia la fama de mantener muchos pensionados y espías en todas las repúblicas vecinas, y corromper á fuerza de dinero todas las personas que estas enviaban para tratar de negocios. Jenócrates fue diputado con algunos otros atenienses á Filipo. Este príncipe, hábil en el arte de insinuarse en los ánimos, se aplicó particularmente á ganar á Jenócrates, cuyo mérito y reputacion conocia. Encontrándole inaccesible á los regalos y al interes, procuró perderle con un desprecio afectado y con malos tratamientos, no admitiéndole en las conferencias que tenia con los otros embajadores de la república de Atenas, los que habia corrompido con sus festejos y liberalidades. Nuestro filósofo, firme é invariable en sus principios, conservó toda su inflexibilidad y toda su integridad, y excluido de todo, se mantuvo en una perfecta tranquilidad, y no se presentó en las audiencias, ni en los banquetes, como sus compañeros. Cuando volvieron á Atenas trabajaron de concierto sus compañeros en desacreditarle con el pueblo, y se quejaron de que no les habia servido de nada en esta embajada; y estuvieron ya para condenarle en una multa. Jenócrates, obligado por la injusticia de sus acusadores á romper el silencio, expuso todo lo que habia pasado en la corte de Filipo, dió á entender al pueblo de qué importancia era que cuidase de la conducta de diputados que se vendian al enemigo de la república, llenó de ignominia á sus compañeros, y se adquirió una fama inmortal.

Su desinteres le experimentó tambien Alejandro el Grande. Los embajadores de este príncipe que vinieron sin duda á Atenas para alguna negociacion pública (no se dice ni el tiempo ni el asunto), ofrecieron á Jenócrates, de parte de su amo, cincuenta talentos, esto es, cincuenta mil pesos. Jenócrates los convidó á cenar. La cena era moderada, parca, sin ostentacion, y verdaderamente filosófica. El dia siguiente le preguntaron los diputados, en poder de quién queria se pusiesen los dineros que estaban encargados de darle. «¡Qué! les dijo ¿el banquete de anoche no os hizo comprender que no tengo necesidad de dinero?» Añadió que Alejandro tenia mas necesidad de ellos que él, porque tenia mas gente que mantener. Viendo que los contristaba su respuesta, recibió treinta minas (seis mil reales), para no ofender al rey con una negacion desdeñosa, que manifestaria altivez ó desprecio. De este modo, dice un historiador, concluyendo esta relacion, quiso el rey comprar la amistad del filósofo, y el filósofo no quiso vender su amistad al rey.

Era preciso que su desinterés le hubiese reducido á mucha pobreza, pues no tenia con qué pagar cierto tributo que los extranjeros estaban obligados á pagar al tesoro de la ciudad de Atenas. Plutarco refiere, que un dia llevándole preso por no haber satisfecho este tributo, pagó su deuda el orador Licurgo, y le

sacó por este medio de las manos de los recandadores, quienes por lo regular, no son muy sensibles al mérito literario. Habiendo encontrado Jenócrates algunos dias después los hijos de su libertador, les dijo: « Pago con usuras á vuestro padre la merced que me hizo, pues soy causa de que le alabe todo el mundo.» Diógenes Laercio refiere con este motivo un hecho muy semejante, que puede ser este mismo, disfrazado con algunas circunstancias. Dice que le vendieron los atenienses porque no podia pagar la capitacion impuesta á los extranjeros; pero comprándole Demetrio de Falero, le dió luego libertad. No es creible que practicasen los atenienses un tratamiento tan violento con un filósofo de la reputacion de Jenócrates.

Estaba muy acreditado en Atenas por su rectitud. Un dia que compareció ante los jueces para ser testigo en un negocio, como se acercase al altar para jurar que era verdad lo que habia afirmado, se levantaron todos los jueces, no queriendo permitir que jurase y declarando que sola su palabra servia de juramento.

Hallándose en una conversacion, en la que se decian muchas mentiras, no tuvo parte en ella, y se mantuvo siempre mudo. Preguntándole alguno la razon de este profundo silencio, respondió: « Por lo regular me arrepiento de haber hablado, y nunca de callar.»

Tenia una máxima muy buena sobre la educacion de los niños, y la que se podia desear que hiciesen observar exactamente los padres y madres en sus casas: Queria, que desde su mas tierna niñez, juiciosos y virtuosos discursos, repetidos con frecuencia en su presencia, pero sin afectacion, se apoderasen, por decirlo así, de sus oidos, como de un lugar todavía desocupado: por cuyo medio pueden igualmente penetrar el vicio y la virtud hasta lo interior del corazon; y que estos prudentes y virtuosos discursos, como guardias fieles, tuviesen su entrada severamente cerrada á todas las palabras capaces de alterar, en lo mas mínimo, la pureza de las costumbres, hasta que con un largo hábito se fortaleciesen los niños y asegurasen sus oidos contra el viento envenenado de las malas conversaciones.

Segun Jenócrates, no son verdaderos filósofos sino aquellos que obran por inclinacion y por su propio movimiento, lo que ejecutan otros por el temor de las leyes y del castigo.

Compuso muchas obras, entre otras, una sobre el modo de reinar bien: á lo menos Alejandro se la pidió.

No perdia el tiempo en visitas. Amaba mucho el retiro de su cuarto y meditaba mucho. Muy rara vez se veia en las calles; pero cuando pasaba por ellas, la juventud depravada no se atrevia á estar allí, y se apartaba para no encontrarle.

Un jóven ateniense, mas vicioso que todos los otros, y absolutamente desacreditado por sus desórdenes, de los que se gloriaba (se llamaba Polemon), no tuvo la misma moderacion. Al salir de sus diversiones pasaba por delante de la escuela de Jenócrates, y encontró su puerta abierta, entró en ella lleno de vino, perfumado todo de olores, y llevando una corona en la cabeza, se sentó entre los oyentes, menos para oir que para insultar. Todos se admiraron é indignaron extrañamente. Jenócrates, sin alterarse ni mudar de semblante, mudó solamente de discurso, y se puso á hablar sobre la templanza y moderacion, cuyas ventajas ponderó, oponiéndoles la vergüenza y la torpeza de los vicios contrarios á estas virtudes. El jóven libertino, que oia con atencion, abriendo los ojos sobre la deformidad de su estado, se avergonzó de sí mismo. La corona se le cae de la cabeza, baja los ojos, se emboza en su capa, y en lugar de aquel aire descarado é insolente que manifestó cuando entró en la escuela, parece serio y pensativo. Finalmente, se hizo en él una entera mudanza, y se curó absolutamente de sus pasiones con un solo discurso; de infame licencioso que era, se hizo un excelente filósofo, y reparó felizmente los desórdenes de su juventud con una vida prudente y arreglada, que siempre fue permanente. Jenócrates murió de ochenta y dos años; el primero de la olimpíada 118.

Polemon, Crates, y Crantor. — Junto á estos tres filósofos bajo de un mismo título, porque se saben pocas cosas de su vida.

Polemon desempeñó dignamente la cátedra de Jenócrates su maestro, y jamás se apartó de sus opiniones, ni de los ejemplos de prudencia y frugalidad que le habia dado. Dejó de tal manera el vino desde la edad de treinta años, que fue la época de la celebre mudanza que sucedió en su conducta, que en todo lo restante de su vida no bebió mas que agua.

Crates, que le sucedió, es poco conocido, y se debe distinguir de un filósofo cínico que tuvo el mismo nombre, y de quien se hablará mas adelante.

Crantor fué mas célebre. Era de Soli en Cilicia. Dejó su país natal para irse á Atenas, en donde fue discípulo de Jenócrates con Polemon. Se tiene por una de las columnas de la secta platónica. Lo que dice de él Horacio, elogiando á Homero, manifiesta el caso que se hacia de este filósofo, y cuánto se estimaban sus principios de moral.

No se puede decir lo mismo de sus principios sobre la naturaleza del alma, como lo veremos en su lugar.

Compuso un libro de « Consolacion, » que se perdió: estaba dedicado á Hipocles, á quien quitó todos sus hijos una muerte repentina. Se hablaba de él como de un libro de oro, que merecia aprenderse de memoria palabra por palabra. Ciceron hizo mucho uso de él en un tratado que tenia el mismo título. Tuvo por discípulo á Agesilao, autor de la media Academia.

§. 2. La media Academia se llamó así, porque se encuentra entre la antigua, establecida por Platon, y la nueva que estableció Carnéades.

Arcesilao nació en Pitanes en la Eolia. Habiendo venido á Atenas, fué discípulo de los mas hábiles filósofos. Se pone en el número de sus maestros á Polemon, Teofrasto, Crantor, Diodoro, Pirron. Y sin duda de este último aprendió á dudar de todo. No tenia mas que el nombre de académico; y no le conservó sino por respeto á Crantor, cuyo discípulo hacia vanidad de ser.

Sucedió á Crates, ó segun otros, á Polemon, en la regencia de la escuela platónica, y fué novador de ella. Porque fundó una secta que se llamó la media ó segunda Academia, para distinguirla de la de Platon. Era muy opuesto á los dogmáticos, esto es, á los filósofos que afirmaban y decidian. Parece que dudaba de todo: defendia igualmente la afirmativa y negativa, y en todas las cosas suspendia su juicio. Atrajo á su auditorio mucho número de discípulos. La empresa de impugnar todas las ciencias, y negar, no solamente el testimonio de los sentidos, sino tambien el testimonio de la razon, es la mas temeraria que se puede formar en la república de las letras. Para prometerse algun acierto en esto, debia tener todo el mérito de Arcesilao. Era este naturalmente de un ingenio feliz, pronto, vivo; su persona muy agradable: hablaba con gracia y chiste. Los atractivos de su semblante ayudaban admirablemente á los de su voz. Así Lúculo, que impugna sabia y sólidamente la opinion

de los académicos, dice, que jamás hubiera seguido nadie la opinion de Arcesilao, si la elocuencia y habilidad del doctor no hubiesen ocultado y hecho desaparecer los manifiestos absurdos que se encontraban en ella.

Se cuentan de su liberalidad cosas que le acreditan mucho. Gustaba de hacer bien, y no queria que se supiese. Visitando á un amigo que estaba enfermo, y que no tenia lo que necesitaba, pero que tenia vergüenza de confesarlo, le introdujo con maña debajo de la almohada una bolsa llena de dinero, queriendo que no se avergonzase, atendiendo á su delicadeza, y ejecutándolo de modo que pareciese haber encontrado este dinero y no haberlo recibido.

No se habla tan favorablemente de la pureza de sus costumbres, y le acusaban de los delitos mas vergonzosos. Y no debe admirar esto en un filósofo que, dudando de todo, dudaba por consiguiente si habia virtudes y vicios, y no podia reconocer verdaderamente regla alguna para las obligaciones de la vida civil.

No se queria mezclar en los negocios públicos. Sin embargo, habiéndosele nombrado para que fuese á tratar á Demetríades con el rey Antígono, un negocio que pertenecia á su patria, aceptó la diputacion, pero se volvió sin lograr nada.

Atormentado por los dolores de la gota, afectaba una paciencia y una insensibilidad de estóico. «Nada pasa de aquí, » dijo, señalando sus piés y su pecho á Carnéades el epicúreo, que se afligia de verle padecer así. Le queria hacer creer que su alma era inaccesible al dolor. ¡Lenguaje orgulloso, pero que no tiene de real mas que la vanidad!

Arcesilao florecia hácia la olimpíada 120; esto es, hácia el año del mundo 3704. Murió de haber bebido mucho, y delirando, de edad de setenta y cinco años.

Tuvo por sucesores á Lacido, Evandro y Egesimo, que fué maestro de Carnéades.

§. 3. Carnéades, que era de Cirena, estableció la tercera ó nueva Academia, la que, propiamente hablando, no se diferenciaba de la segunda. Porque á excepcion de algunas correcciones, era Carnéades tan activo y celoso defensor de la incertidumbre, como Arcesilao. La diferencia que se encuentra entre ellos, y la innovacion que se atribuye al de que hablamos actualmente, consiste en que no negaba, como Arcesilao, que hubiese verdades; pero defendia que estaban mezcladas con tantas tinieblas, ó mas bien con tantas falsedades, que no nos era posible discernir con certeza lo verdadero de lo falso. Cedia pues hasta admitir cosas probables, y consentia que la verosimilitud nos determinase á obrar, con tal que no pronunciase sobre cosa alguna absolutamente. De este modo parece que seguia todo lo sustancial del dogma de Arcesilao; pero por política, y para quitar á sus contrarios los pretextos mas especiosos de declamar contra el y hacerle ridículo, les concedió grados de verosimilitud que deben determinar al hombre prudente á tal ó tal partido en la conducta de la vida civil. Bien conoció que sin esto nunca responderia á las objeciones mas fuertes, ni probaria que sus principios no harian al hombre desidioso.

Carnéades fué el antagonista declarado de los estóicos, y se dedicó con un ardor extremo á impugnar las obras de Crisipo, quien habia poco tiempo era la coluna del Pórtico. Deseó tan ardientemente vencerle, que disponiéndose para argüir con él, se armaba con una toma de eléboro, con el fin de tener el entendimiento mas desembarazado; y excitar con mas fortaleza contra él lo ardiente de su imaginacion.

Se refiere de el una máxima de moral que es muy digna de admirarse en un pagano. «Si se supiese en secreto, dice, que un enemigo ú otra persona, en cuya muerte se tuviese interés, se viniese á sentar en la yerba, bajo de la cual estuviese escondido un áspid, se obraria como hombre indigno si no se le advertia, aun cuando nuestro silencio se pudiese quedar sin castigo por no haber nadie que lo pudiese acriminar.»

Pero la conducta de estos paganos se contradecia siempre por algun lado. Este grave filósofo no se avergonzaba de tener en su casa una concubina.

Plutarco nos conservó un dicho muy bueno de Carnéades, en el tratado en que advierte la diferencia que hay entre un lisonjero y un amigo. Habia referido el ejemplo de un hombre, quien disputando el premio de la carrera con Alejandro, se dejó vencer expresamente, lo que el príncipe le tuvo muy á mal, añade: «El manejo es la única cosa en que los jóvenes príncipes no tienen nada que temer de la adulacion. Los otros maestros les atribuyen con mucha frecuencia cualidades buenas que no tienen. Los que luchan con ellos se dejan caer. Pero un caballo echa á tierra, sin distincion de pobre ó rico, de súbdito ó soberano, á todos los que no son diestros en montar.»

La embajada de Carnéades á Roma es muy célebre: hablé de ella en otra parte.

Para concluir lo que pertenece á Carnéades, observaré que no descuidó enteramente la física; pero la moral era su principal aplicacion. Era extremamente laborioso, y tan avaro del tiempo, que no pensaba ni en cortarse las uñas ni cabellos. Ocupado únicamente en su estudio, no solamente huia de los banquetes, sino que tambien se olvidaba de comer en su propia mesa, y era menester que su criada, que tambien era su concubina, le pusiese la comida en la mano y casi en la boca.

Temia extremamente morir. Sin embargo, habiendo sabido que Antipater, su antagonista, filósofo de la secta estóica, habia tomado veneno, le dió un ímpetu de arrogancia contra la muerte, y exclamó: «Dadme á mí tambien...» «¿Qué?» le preguntaron. «Vino dulce,» respondió, serenándose muy presto. Diógenes Laercio se burla de esta pusilanimidad, y le reprende de haber querido mas padecer las debilidades de una tisis, que darse la muerte: porque esto era glorioso entre los paganos, aunque los mas juiciosos pensaban de otro modo. Murió el cuarto año de la olimpíada 162, de edad de ochenta y cinco años.

Clitómaco, discípulo de Carnéades, le sucedió. Era cartaginés, y se llamaba Asdrúbal en lengua púnica. Compuso muchos libros, que eran muy estimados, uno de ellos tenia por título «Consolacion.» Le dedicó á sus conciudadanos, despues de la toma y ruína de Cartago, para consolarlos del estado de cautiverio en que se hallaban.

Filon y Antíoco. Sucedió el primero á Clitómaco, su maestro. Enseñaba en un tiempo la filosofía y en otro la retórica. Ciceron frecuentó su escuela y se aprovechó de sus dos lecciones.

Recibió tambien las de Antíoco, discípulo y sucesor de Filon. Antíoco era de Ascalon: es el último de los filósofos académicos cuya historia se conozca. Ciceron, en el viaje que hizo á Atenas, quedó hechizado de su modo de hablar, que era grato, flúido y lleno de gracia; pero no aprobaba la mudanza que introdujo en el método de Carnéades. Porque Antíoco, despues de haber defendido mucho tiempo con vigor los dogmas de la nueva Academia, que reprobaba toda relacion de los sentidos, y tambien de la razon; que enseñaba que no habia cosa cierta, abrazó re-

pentinamente las opiniones de la Academia antigua, sea que se hubiese desengañado por la evidencia de las cosas, y por la relacion de los sentidos; sea, como lo juzgaron algunos, que la emulacion y envidia de los discípulos de Clitómaco y de Filon le determinasen á tomar este partido.

Lúculo, aquel famoso romano tan conocido por su maravillosa inclinacion á las ciencias, como por su habilidad en el oficio de la guerra, se declaró abiertamente por la secta de los académicos, nó de la nueva Academia, aunque estuviese entonces muy floreciente por los escritos de Carnéades que explicaba Filon; sino por la de la Academia antigua, cuya escuela regentaba entonces Antíoco. Habia solicitado la amistad de este filósofo con extremo ardor: le alojaba en su casa y se servia de él para oponerle á los discípulos de Filon, entre los que tenia Ciceron el primer lugar.

Art. 5.° Filósofos peripatéticos. —Aristóteles. Advertí ya que, después de la muerte de Platon, se dividieron sus discípulos en dos sectas, una de las cuales se mantuvo en la misma escuela en que enseñaba Platon, que era la Academia, y la otra pasó al Liceo, lugar agradable, situado en un arrabal de Atenas. La última tuvo por jefe y fundador á Aristóteles; era de Estagira, ciudad de Macedonia. Nació el primer año de la olimpíada 99, cerca de cuarenta años después de Platon. Su padre, nombrado Nicómaco, era medico y florecia en tiempo de Amintas, rey de Macedonia, padre de Filipo.

Vino á Atenas de edad de diez y siete años, entró en la escuela de Platon, y recibió en ella sus lecciones por espacio de veinte años. La acreditaba mucho, y le llamaba Platon el alma de su escuela. Tenia una pasion tan grande al estudio, que con el fin de resistir la opresion del sueño, ponia una palancana de metal al lado de su cama, y luego que se acostaba, sacaba fuera de la cama una de sus manos, en la que tenia una bola de hierro, para que, si se dormia, el ruido de esta bola que caia en la palancana, le despertase luego.

Después de la muerte de Platon, que acaeció el primer año de la olimpíada 108, se retiró á la corte de Hermias, tirano de Atarnes, en la Misia, su condiscípulo, quien le recibió en ella con gusto y le llenó de honores. Habiendo sido condenado y ajusticiado Hermias por el rey de los persas, se casó Aristóteles con su hermana Pitaida, que habia quedado sin bienes ni proteccion.

En este tiempo le eligió Filipo para que cuidase de la educacion de Alejandro su hijo, quien podia tener entónces catorce ó quince años. Habia mucho tiempo que le habia destinado para este importante y glorioso empleo. Luego que nació su hijo, le avisó esta noticia en una carta, que no acredita menos á Filipo que á Aristóteles. No temo referirla aquí. «Os participo, le dice, que tengo un hijo. Doy gracias á los dioses, nó tanto por habérmele dado, como por habérmele dado en tiempo de Aristóteles. Me prometo que haréis de él un sucesor digno de nos, y un rey digno de la Macedonia.» Quintiliano dice que Aristóteles enseñó á Alejandro los primeros elementos de las letras. Pero como esta opinion padece alguna dificultad, no me detengo enteramente en ella. Luego que llegó el tiempo de cuidar de la educacion del príncipe, se fué Aristóteles á Macedonia. Se vió, en otra parte, el caso que hacian Filipo y Alejandro de su raro mérito.

Después de una mansion de algunos años en aquella corte, obtuvo el permiso de retirarse. Calístenes, que le habia acompañado á ella, ocupó su lugar, y se le destinó para que siguiese á Alejandro en sus campañas. Aristóteles, que habia unido á mucho juicio una gran práctica del mundo, estando para embarcarse para Atenas, aconsejó á Calístenes que se acordase con frecuencia de una máxima de Jenófanes, la que consideraba absolutamente necesaria para las personas que viven en la corte. «Habla rara vez delante del príncipe, le dice, ó háblale de un modo que le agrade; con el fin de que tu silencio te asegure, ó que tus discursos te hagan grato.» Calístenes, que era áspero y agrio de genio, se aprovechó mal de este consejo, el que en la sustancia es mas de cortesano que de filósofo.

No teniendo Aristóteles por conveniente seguir á su discípulo á la guerra, de la que le apartaba mucho su inclinacion al estudio, después de la partida de Alejandro se volvió á Atenas. Fué recibido en ella con todas las señales debidas á un filósofo celebre por tantos motivos. Jenócrates regentaba entonces la escuela de Platon en la Academia: Aristóteles abrió la suya en el Liceo. El concurso de los oyentes fué en ella extraordinario. Por la mañana eran sus lecciones sobre la filosofía, y por la tarde sobre la retórica: regularmente las daba paseándose, por lo que se llamaron sus discípulos peripatéticos.

Al principio no enseñaba mas que la filosofía; pero la mucha reputacion de Isócrates, de edad entónces de noventa años, quien se dedicó enteramente á la retórica, y que tenia en ella un aplauso increible, excitó su emulacion y le movió á dar tambien lecciones de ella. Puede ser que fuese á esta noble emulacion, permitida entre sabios, cuando se limita á imitar ó tambien á exceder lo que ejecutan bien otros, á lo que debemos la Retórica de Aristóteles, obra la mas completa y la mas apreciable que nos ha dejado la antigüedad sobre esta materia: á menos que no se quiera mas creer que la compuso para Alejandro.

Un mérito tan ilustre como el de Aristóteles, no dejó de excitar contra él la envidia, la que rara vez perdona á los hombres grandes. Interin vivió Alejandro, el nombre de aquel conquistador suspendió sus efectos y contuvo la mala voluntad de sus enemigos. Pero apenas murió, cuando se levantaron contra él de concierto y juraron su pérdida. Eurimedon, sacerdote de Ceres, les prestó su ministerio y sirvió á su odio con un celo, tanto mas de temer, cuanto estaba cubierto con el pretexto de la religion. Citó á Aristóteles ante los jueces y le acusó de impiedad, pretendiendo que enseñaba dogmas contrarios al culto de los dioses recibidos en Atenas. Traia por prueba el himno compuesto en honor de Hermias, y la inscripcion grabada en la estatua del mismo Hermias, en el templo de Delfos. Se encuentra todavía esta inscripcion en Ateneo y en Diógenes Laercio. Consiste en cuatro versos, los que no tienen relacion alguna con las cosas sagradas, sino solamente con la perfidia del rey de Persia, para con este infeliz amigo de Aristóteles: y no tiene mas criminalidad el himno. Puede ser que Aristóteles ofendiese personalmente, con alguna chanza, al sacerdote de Ceres, Eurimedon; delito menos perdonable que si hubiese ofendido á los dioses: cualquiera cosa que sea, considerando que no era seguro para él esperar el fin del pleito, salió de Atenas, después de haber enseñado en ella por espacio de trece años. Se retiró á Calcis, en la isla de Eubea, y defendió su causa desde lejos por escrito. Ateneo refiere algunas palabras de esta apología, pero no afianza el que sea efectivamente de Aristóteles. Preguntándole alguno la causa de su retiro, respondió, «que era para impedir que cometiesen los atenienses segunda injusticia contra la filosofía;» aludiendo á la muerte de Sócrates.

Se ha pretendido que murió de pesadumbre porque no pudo comprender el flujo y reflujo del Euripes, y que se precipitó tambien en aquel mar, diciendo: «Que me trague el Euripes, pues no le puedo comprender.» Habia otras muchas cosas en la naturaleza que excedian su inteligencia, y en esto le faltaba su buen entendimiento y le sobraba su presuncion. Otros aseguran con mas verosimilitud, que murió de un cólico, á los sesenta y tres años de su edad, dos años despues de la muerte de Alejandro. Fué extremamente venerado en Estagira, su patria. Habia sido arruinada por Filipo, rey de Macedonia; pero Alejandro la hizo reedificar á instancias de Aristóteles. Los habitantes, para reconocer este beneficio, consagraron un dia de fiesta en honra de este filósofo; y cuando murió en Calcis, en la isla de Eubea, llevaron sus huesos á su ciudad, erigieron un altar sobre su sepulcro, dieron á aquel sitio el nombre de Aristóteles, y tuvieron en él en lo futuro sus cabildos. Dejó un hijo llamado Nicómaco, y una hija, que se casó con un nieto de Demarato, rey de Esparta.

Expuse en otra parte cuál fué la suerte de sus obras; por espacio de cuántos años se mantuvieron sepultadas en las tinieblas y desconocidas; y finalmente, cómo vieron la luz y se hicieron públicas.

Dice Quintiliano que no sabe lo que se debe admirar en Aristóteles, ó su vasta y profunda erudicion, ó la prodigiosa multitud de escritos que dejó, ó el agrado de su estilo, ó la penetracion de su entendimiento, ó la infinita variedad de sus obras. Se creeria, dice en otra parte, que debió emplear muchos siglos en el estudio, para comprender en la extension de su saber todo lo que pertenece, nó solamente á los filósofos y oradores, sino tambien á los animales y plantas, cuya naturaleza y propiedades averiguó con infinito cuidado. Alejandro, para ayudar el celo de su maestro en este sabio trabajo, y para satisfacer su propia curiosidad, dió órden para que en toda la extension de la Grecia y del Asia se hiciesen exactas averiguaciones sobre todo lo perteneciente á las aves, á los peces y á los animales de toda especie, gasto que ascendió á mas de ochocientos talentos, esto es, á mas de ochocientos mil pesos. Compuso Aristóteles, sobre esta materia, cincuenta volúmenes, de los que no quedaron mas que diez.

Se ha juzgado con mucha diversidad en la universidad de París de los escritos de Aristóteles, segun la diferencia de los tiempos. En el concilio de Sens, que se tuvo en París en 1209, se ordenó que se quemasen todos sus libros, con prohibicion de leerlos, escribirlos ó guardarlos. Se moderó después y templó alguna cosa el rigor de aquella prohibicion. Finalmente, por decreto de dos cardenales que envió el papa Urbano V á París el año de 1366, para reformar la universidad, se permitieron en ella todos los libros de Aristóteles: decreto que se renovó y confirmó en 1452 por el cardenal de Etouteville. Desde aquel tiempo, siempre prevaleció la doctrina de Aristóteles en la universidad de París, hasta que abrieron los ojos á los eruditos los felices descubrimientos del último siglo, y les hicieron abrazar un sistema de filosofía muy diferente de las antiguas opiniones de la escuela. Pero como en otros tiempos se admiró á Aristóteles mas allá de los justos límites, tambien puede ser se le desprecie hoy dia mas de lo que merece.

Sucesores de Aristóteles. — Teofrasto era de la isla de Lesbos. Aristóteles, antes de retirarse á Calcis, le nombró por su sucesor. Desempeñó pues el lugar de su maestro con tal acierto y reputacion, que llegó el número de sus oyentes hasta dos mil. Demetrio de Falero fué uno de sus discípulos y de sus íntimos amigos. El primor y delicadeza de su elocuencia motivó que se le diese el nombre de Teofrasto, que significa «hablador divino.»

De él refiere Ciceron una cosa bastante particular. Disputaba con una mercadera sobre el precio de algun género que le queria comprar. La buena vieja le respondió: «Nó, señor extranjero, no lo llevareis menos.» Se admiró extremamente, y tambien se enfadó de que después de haber pasado una parte de su vida en Atenas, cuyo idioma se preciaba de hablar con perfeccion, se conociese sin embargo todavía que era extranjero. Pero su mismo cuidado para la pureza del lenguaje ático, que era excesivo, fué quien le dió á conocer por extranjero, como lo observa Quintiliano. ¡Qué discernimiento habia en Atenas hasta en el ínfimo pueblo!

No creia, lo mismo que Aristóteles, que sin los bienes y comodidades de la vida se pudiese gozar acá de una verdadera beatitud: en lo que, dice Ciceron, degradó la virtud, y la despojó de su mayor gloria, reduciéndola á la imposibilidad de hacer por sí misma al hombre feliz. Atribuye la suprema divinidad, en un pasaje, á la inteligencia; en otro al cielo en general; y después de esto, á los astros en particular.

Murió de edad de ochenta y cinco años, consumido de trabajos y cuidados. Se dice que cuando murió, murmuró mucho de la naturaleza, porque concedia una larga vida á los ciervos y grajos, que no sacaban utilidad alguna de ella; ínterin que abreviaba el curso de la de los hombres, á quienes una vida mas larga pondria en estado de llegar á un perfecto conocimiento de las ciencias: murmuracion igualmente inútil é injusta, y que la razon sola enseñó á muchos de los antiguos á condenar como una especie de rebelion contra la voluntad divina.

Estraton era de Lampsaque, se aplicó mucho á la física y poco á la moral, lo que le hizo dar el nombre de Físico. Empezó á regentar su escuela el tercer año de la olimpíada 123, y enseñó en ella por espacio de diez y ocho años. Fué maestro de Tolomeo Filadelfo.

Licon, de la Troadia, gobernó su escuela durante cuarenta años.

Ariston y Critolao. Este último fué uno de los tres embajadores que enviaron los atenienses á Roma el segundo año de la olimpíada 140, y el 534 de Roma.

Diodoro. Fué uno de los últimos que se distinguieron en la secta de los filósofos peripatéticos.

Art. 6.° Cínicos. — Antístenes. Los filósofos cínicos deben su orígen y establecimiento á Antístenes, discípulo de Sócrates. Esta secta tomó este nombre del sitio en que enseñaba su fundador, llamado «Cinosarges,» que estaba en un arrabal de Atenas. Si este orígen es el verdadero, á lo menos no se puede dudar que su descaro no les confirmase bien un nombre que les habia dado el sitio. Antístenes tenia una vida muy áspera, y no vestia otra cosa que una mala capa. Traia una barba larga, un palo en la mano, y unas alforjas sobre el hombro. Contaba por nada la nobleza y riquezas, y queria que consistiese la suma felicidad del hombre en sola la virtud. Como se le preguntase para qué le servia la filosofía, respondió: «Para poder vivir conmigo.»

Diógenes fué el mas célebre de sus discípulos. Era de Sínope, ciudad de Paflagonia. Le echaron de ella por delito de monedero falso. Su padre, que era cambista, fué desterrado por el mismo delito. Habiendo ido Diógenes á Atenas, fué á ver á Antístenes, quien le despreció mucho, y le rechazó con su palo, porque

habia resuelto no admitir mas discípulos. Diógenes no se sorprendió, y bajando la cabeza, « sacude, le dice, no temas: nunca encontrarás palo bastante duro para apartarme de ti, ínterin que hables. » Vencido Antístenes por la terquedad de Diógenes, le permitió ser su discípulo.

Diógenes se aprovechó bien de sus lecciones, é imitó perfectamente su modo de vivir. No tenia mas bienes que un palo, una alforja y una escudilla. Habiendo visto que un niño bebia en el hueco de su mano, « me enseña, dijo, que conservo todavía lo superfluo, » y rompió su escudilla. Andaba siempre con los piés descalzos, sin llevar jamás sandalias, ni aun cuando estaba la tierra cubierta de nieve. Una cuba le servia de casa: la llevaba á todas partes delante de sí, y no tuvo otra habitacion. Se sabe lo que dijo á Alejandro, que le fué á visitar á Corinto, y el celebre dicho de aquel príncipe, « quisiera ser Diógenes, si no fuera Alejandro. » Con efecto, Juvenal tiene por mas grande y feliz al habitante de la cuba, que al conquistador del universo. El uno nada deseaba, y el mundo entero no era bastante para el otro. Séneca no se engaña pues cuando dice, que Alejandro, el mas altivo de los hombres, y que creia que todo debia temblar delante de él, cedió aquel dia á Diógenes, encontrando en él un hombre á quien no podia ni dar nada, ni quitar nada.

En lo demás, no se debe creer que con su capa llena de remiendos, su alforja y su cuba fuese mas humilde. Tenia tanta vanidad con todas aquellas cosas, como podia tener Alejandro con la conquista de toda la tierra. Habiendo entrado un dia en casa de Platon, que estaba alhajada con bastante magnificencia, se puso en dos piés sobre un hermoso tapiz, y dijo: « Echo á los piés el orgullo de Platon. » « Sí, replicó este, pero con otra especie de orgullo. »

Despreciaba altamente á todo el género humano. Paseándose á medio dia con una linterna encendida en la mano, le preguntaron qué buscaba: « busco un hombre, » respondió.

Un dia vió que una persona hacia que le calzase un esclavo. « No estarás contento, le dijo, hasta que te quite los mocos. ¿De qué te sirven las manos? »

En otra ocasion vió de paso á unos jueces que llevaban al suplicio un hombre que habia robado una redoma pequeña en el tesoro público. « Véanse aquí grandes ladrones, dijo, que llevan á uno pequeño. »

Unos padres le presentaban un muchacho para que fuese su discípulo, le decian de él todos los bienes imaginables, que era juicioso, de buenas costumbres, y que sabia mucho. Diógenes lo oyó todo con mucha tranquilidad. « Pues es tan perfecto, dijo, no tiene necesidad alguna de mí. »

Se le acusó de que hablaba y pensaba mal de la divinidad. Decia, que la constante felicidad de Harpalo, que estaba generalmente tenido por un ladron y un bandido, deponia contra los dioses.

Entre excelentes máximas de moral, las tenia tambien muy perniciosas. Consideraba el pudor como una debilidad, y no temia insultar con descaro todas las operaciones de moderacion y rubor natural. En general, el carácter de los cínicos era ser excesivos en todo lo perteneciente á la moral, y hacer la misma virtud, si fuese posible, odiosa por los excesos y obstáculos con que la ponian.

Su historiador le da una elocuencia muy persuasiva, y refiere efectos maravillosos de ella. Onesicrito habia enviado á Atenas uno de sus hijos. Este mancebo, habiendo oido algunas lecciones de Diógenes, se fijó en aquella ciudad. Su hermano mayor ejecutó lo mismo muy presto después. Teniendo el mismo Onesicrito la curiosidad de oir á este filósofo, se hizo su discípulo; tantos atractivos tenia la elocuencia de Diógenes. Este Onesicrito era un hombre importante. Fue muy favorecido de Alejandro, le siguió á sus campañas, tuvo en ellas empleos distinguidos, y compuso una historia que contenia los principios de la vida de Alejandro. Focion, aun mas ilustre que él, fué discípulo de Diógenes, como tambien Estilpon de Megara.

Pasando Diógenes á la isla de Egina, fué cogido por piratas, los que le llevaron á Creta y le pusieron en venta. Respondió al pregonero que le preguntaba, « ¿qué sabes hacer? » que sabia mandar á los hombres, y le instó que dijese: « ¿quién quiere comprar á su maestro? » Un corintio llamado Jeníades le compró, y llevándole consigo á Corinto, le hizo preceptor de sus hijos. Tambien le confió toda la mayordomía de su casa. Diógenes desempeñó tan bien todos aquellos empleos, que Jeníades no dejaba de decir en todas partes: « Un buen entendimiento ha entrado en mi casa. » Los amigos de Diógenes le quisieron rescatar. « No teneis prudencia, les dijo. Los leones no son esclavos de los que los alimentan, sino estos son los criados de los leones. » Educó muy bien los hijos de Jeníades, y le amaron mucho. Se envejeció en aquella casa, y algunos dicen que murió en ella.

Ordenó antes de morir que se dejase su cuerpo sobre la tierra sin enterrarle. «¡Qué! le dijeron sus amigos, ¿habeis de quedar expuesto á las bestias feroces y á las aves? «Nó, respondió, pondréis cerca de mí un palo para que las espante. » « ¿Y cómo podrás, dijeron, pues ya no tendrás sentido? » « Pues, ¿qué me importa, replicó el cínico, el ser comido de las bestias, pues ya no sentiré nada? »

No se atendió á esta grande indiferencia de Diógenes para la sepultura. Le enterraron magníficamente cerca de la puerta, que estaba hácia el istmo. Se erigió al lado de su sepultura una coluna, sobre la que se colocó un perro de mármol de Paros.

Murió de edad de cerca de noventa años, segun algunos, el mismo dia que murió Alejandro, pero otros quieren que sobreviviese algunos años á aquel príncipe.

Crates el Cínico fué uno de los principales discípulos de Diógenes. Era tebano, de una familia muy considerable, y poseia grandes bienes. Vendió todo su patrimonio, del que sacó mas de doscientos talentos (doscientos mil pesos), los que entregó á un cambista, rogándole que los entregase á sus hijos en caso que tuviesen poco ingenio; pero si tenian bastante habilidad para ser filósofos, le permitió que distribuye aquel dinero entre los ciudadanos de Tebas; porque los filósofos de nada necesitaban: siempre excesivos é inconsiderados hasta en las acciones laudables por sí mismas.

Hiparquia, hermana de Metrocles el orador, enamorada de los modales libres de Crates, absolutamente quiso casarse con él, sin embargo de la oposicion de todos sus parientes. Crates, á quien estos se habian dirigido, hizo de su parte todo lo que pudo para apartarla de este matrimonio. Despojándose delante de ella para que le viese su corcoba y su cuerpo todo torcido, y arrojando en tierra su capa, su alforja y su palo, « estas son todas mis riquezas, dijo el, y mi mujer no tiene que esperar otras para sí misma. » Persistió ella en su ánimo, se casó con este jorobado, se vistió de cínica y se hizo tambien mas desgarada que su marido.

La insolencia era el carácter dominante de estos fi-



ANTIGUEDADES GRIEGAS.

Diógenes en su tonel, segun un bajo relieve de la Villa-Albani

lósofos. Reprendian á los otros sus defectos sin guardar atencion alguna, añadiendo tambien á sus injurias un aire de desprecio y de insulto. Esto, segun algunos, hizo que se les diese el nombre de cínicos, porque eran mordaces y ladraban á todo el mundo como perros; y tambien porque no tenian vergüenza de nada, y llevaban la opinion de que era permitido ejecutarlo todo en público sin pudor ni recato.

Florecia Crates en Tebas hácia la olimpíada 113, y oscureció á todos los otros cínicos de su tiempo. Fué maestro de Zenon, jefe de la secta tan famosa de los estóicos.

Art. 7.º Estóicos.—Zenon era de la ciudad de Cicoia en la isla de Chipre. Volviendo de Fenicia de comprar púrpura, porque se aplicó primero al comercio, naufragó en el puerto de Pireo. Esta pérdida le entristeció mucho. Se retiró á Atenas, entró en la tienda de un librero, se puso á leer un libro de Jenofonte, cuya lectura le agradó mucho y le hizo olvidar su pesadumbre. Preguntó al librero: ¿En dónde viven este género de gentes de quienes habla Jenofonte? Crates el Cínico pasaba por casualidad á este tiempo. El librero se le enseñó con el dedo á Zenon, y le persuadió á que le siguiese. Con efecto, empezó desde aquel dia á ser su discípulo: tenia entónces treinta años de edad. Se felicitaba á sí mismo por la desgracia que le habia sucedido, y decia frecuentemente que jamás habia navegado con tanta felicidad como cuando naufragó. La moral de los cínicos le agradó mucho, pero no pudo aprobar su desvergüenza y descaro.

Después de haber estudiado diez años con Crates y pasado otros diez con Estilpon de Megara, Jenócrates y Polemon, estableció en Atenas una nueva secta. No tardó su reputacion en extenderse por toda la Grecia. Se hizo en poco tiempo el mas distinguido de los filósofos del país. Como enseñaba regularmente en una galería, se nombraron sus sectarios «estóicos,» de la palabra griega «stoa,» que significa galería, pórtico. Encontrando un mancebo, que lleno de estimacion de sí mismo, se creia muy hábil, y hablaba siempre el primero en las juntas, «acuérdate, le dijo, que la naturaleza nos dió dos oídos y una sola boca, para enseñarnos que debemos oir mas que hablar.»

Vivió Zenon hasta la edad de noventa y ocho años sin haber tenido jamás indisposicion alguna. Habia cuarenta y ocho años que enseñaba sin interrupcion, y sesenta y ocho que habia empezado á dedicarse á la filosofía con Crates el Cínico. Eusebio pone su muerte en la olimpíada 129. Cuando Antígono, rey de Macedonia, supo esta noticia, la sintió mucho. Los atenienses dispusieron que se le erigiese un sepulcro en el lugar de Ceramico, y por un decreto público, en el que le elogiaban como á un filósofo que habia perpetuamente excitado á la virtud los jóvenes que seguian su escuela, y que habia tenido siempre una vida conforme á los preceptos que enseñaba, le decretaron una corona de oro, y ordenaron que se le hiciesen honores extraordinarios, «con el fin, dice el decreto, que sepa todo el mundo que los atenienses cuidan de honrar á las personas de un merito distinguido, durante su vida y después de su muerte.» No hay cosa que acredite mas una nacion que sentimientos tan nobles y generosos, que salen de un gran fondo de estimacion para la ciencia y para la virtud.

Advertí ya en otra parte, que una nacion vecina, hablo de la Inglaterra, se distingue por la estimacion que hace de los grandes hombres en este género, y por el reconocimiento que manifiesta á los que ensalzan la gloria de su patria.

Cleanto. Era de Assos en la Troadia. No tenia mas que cuatro dracmas, esto es, sesenta cuartos, cuando entró en Atenas. Se hizo muy recomendable por la animosa paciencia con que llevaba los mas duros y penosos trabajos. Pasaba la noche casi entera en sacar agua para un jardinero, con el fin de tener con que vivir, y poder aplicarse al estudio de la filosofía durante el dia. Citado ante los jueces del Areopago, para que diese cuenta, conforme lo mandaba una ley de Solon, de qué vivia, trajo por testigo al jardinero, y sin duda á sus propias manos endurecidas con el trabajo y llenas de callos. Los jueces, llenos de admiracion, ordenaron que se le diesen del tesoro público diez minas, esto es, dos mil cuatrocientos reales. Zenon le prohibió que las recibiese: ¡tan acreditada estaba la pobreza entre aquellos filósofos! Desempeñó la cátedra del Pórtico con mucha reputacion.

Tenia naturalmente el entendimiento pesado y tardo; pero superó este defecto con una aplicacion obstinada al trabajo. La elocuencia no era su talento. Deliberó sin embargo componer una retórica, como tambien Crisipo, de quien hablaré muy presto; pero uno y otro con tan poco acierto, que si se cree á Ciceron, buen juez ciertamente en esta materia, estas obras no eran buenas sino para hacer á un hombre mudo.

Crisipo era de Soli, ciudad de Cilicia. Tenia el ingenio muy sutil y propio para las disputas de la dialéctica, en la que se habia ejercitado mucho, y sobre la que compuso muchos tratados. Diógenes Laercio quiere que llegasen á mas de trescientos. Se pretende que lo que le empeñó á escribir mucho, fue la envidia que tenia á Epicuro, quien compuso mas libros que ningun otro filósofo; pero nunca igualó á este concurrente. Sus obras estaban poco trabajadas, y, por una consecuencia necesaria, poco correctas, llenas de repeticiones enfadosas, y por lo regular tambien de contradicciones. Era este el defecto ordinario de los estóicos, mezclar mucha sutileza y sequedad en sus disputas, fuese de viva voz ó por escrito. Evitaban al parecer con tanto cuidado todo agrado en el estilo, como toda relajacion en las costumbres. Ciceron no los censura mucho de que no tuviesen un talento enteramente extraño á su profesion, y que no les era absolutamente necesario. «Si un filósofo, dice, es elocuente, me parece muy bien: si no lo es, no le considero delincuente.» Se contentaba con que fuesen claros é inteligibles, y por esto estimaba á Epicuro.

Quintiliano cita frecuentemente con elogio una obra que compuso Crisipo sobre la educacion de los niños.

Se asoció durante algun tiempo á los académicos, defendiendo á su modo sobre un mismo asunto la afirmativa y negativa. Los estóicos se quejaron de que hubiese juntado Crisipo tantos y tan fuertes argumentos por el sistema de los academicos, los que no pudo impugnar después, y con lo que dió armas á Carnéades, su antagonista.

Su doctrina en muchos puntos no honraba su secta, y solo era capaz de desacreditarla. Creia á los dioses perecederos, y defendia que perecerian con efecto en el incendio del mundo. Permitia los incestos mas escandalosos y abominables; y admitia la pluralidad de las mujeres entre los sabios. Compuso muchos escritos llenos de obscenidades que horrorizaban. Este era el filósofo que se tenia por el mas firme apoyo del Pórtico, esto es, de la secta mas severa del paganismo.

Viendo esto, debe admirar que haga Seneca de este filósofo, juntándole con Zenon, un elogio tan magnífico, que llegó á decir de uno y otro, que ejecutaron cosas mas grandes con los trabajos de su gabinete que si hubiesen mandado ejercitos, desempeñado los

primeros empleos de un estado, establecido prudentes leyes, y que los considera como legisladores, nó de una ciudad sola, sino de todo el género humano.

Murió Crisipo en la olimpíada 143, y se le erigió un sepulcro entre los de los mas ilustres atenienses. Su estatua se veia en el Cerámico.

Diógenes el Babilonio, se llamó así, porque Seleucia, su patria, estaba cerca de Babilonia. Fué uno de los tres filósofos que diputó Atenas á los romanos.

Manifestó una gran moderacion y mucha serenidad de ánimo en una coyuntura capaz de alterar al hombre mas suave y mas paciente. Hablaba sobre la cólera. Un mozuelo, insolente y descarado con exceso, le escupió en la cara, al parecer para ver si practicaba las lecciones que daba á los otros. El filósofo, sin manifestar alteracion y sin levantar la voz, dijo friamente: « No me enfado; pero, no obstante, dudo si deberia enfadarme. » ¿Esta duda correspondia á un estóico?

Antipater era de Sidon. Se habla frecuentemente de él en el cuarto libro de las « Cuestiones académicas, » como de uno de los estóicos mas hábiles y mas acreditados. Fué discípulo de Diógenes el Babilonio, y Posidonio lo fué suyo.

Panecio fué, sin contradiccion, uno de los mas célebres filósofos de la secta estóica. Era rodio, y sus predecesores habian mandado los ejércitos de la república. Se puede poner su nacimiento hácia el medio de la olimpíada 148.

Correspondió perfectamente á los particulares cuidados que tuvieron de su educacion, y se dedicó enteramente al estudio de la filosofía. La inclinacion, puede ser la preocupacion, le determinaron en favor de la secta de los estóicos, muy acreditada por entónces. Antipater de Tarsis fué su maestro. Le oyó como á hombre que conocia los derechos de la razon, y no obstante la ciega deferencia con que recibian los estóicos las decisiones de los fundadores del Pórtico, abandonó Panecio, sin escrúpulo, las que no le parecieron suficientemente fundadas.

Para satisfacer su deseo de aprender, que era su pasion dominante, dejó á Rodas, poco movido de las ventajas que parece le destinaba la grandeza de su nacimiento. Las personas mas distinguidas en todo género de literatura, se juntaban regularmente en Atenas, y los estóicos tenian en ella una escuela famosa. Panecio la frecuentó con continuacion, y mantuvo en lo futuro su reputacion con esplendor. Los atenienses, resueltos á ganarle, le ofrecieron el derecho de ciudadano: se lo agradeció. « Un hombre modesto, les dijo, segun refiere Proclo, se debe contentar con una sola patria. » En lo que imitaba á Zenon, quien, con el temor de ofender á sus conciudadanos, no quiso aceptar la misma gracia.

El nombre de Panecio no tardó en pasar los mares. Las ciencias habia algun tiempo habian hecho en Roma progresos considerables. Los grandes las cultivaban á competencia, y aquellos á quienes su nacimiento ó su capacidad habia puesto al frente de los negocios, hacian caso de honra el protegerlas eficazmente. Estas eran las circunstancias en que llegó Panecio á Roma. Le deseaban ardientemente en ella. La jóven nobleza corrió á sus lecciones, y contó entre sus discípulos los Lelios y los Escipiones. Una tierna amistad los unió despues, y Panecio, como lo aseguran muchos escritores, acompañó á Escipion á sus diversas expediciones. En cambio le dió aquel ilustre romano, en una ocasion brillante, señales de la confianza mas lisonjera. Panecio fué el único en quien puso los ojos, cuando le nombró el senado su embajador á los pueblos y reyes del oriente, aliados de la república. La amistad de Panecio con Escipion, no fué inútil á los rodios, los que emplearon frecuentemente con acierto la autoridad de su compatriota.

No se sabe precisamente el año de su muerte. Ciceron nos dice que vivió Panecio treinta años despues que publicó el tratado de las obligaciones del hombre, el que insertó Ciceron en el suyo; pero no se sabe en qué tiempo salió aquel tratado. Se puede juzgar que le publicó en la flor de su edad. El caso y uso que hizo Ciceron de él, tratando de la misma materia, son buenos fiadores de la excelencia de aquella obra, cuya pérdida se debe sentir. Compuso otras muchas, cuya enumeracion se puede ver en la memoria del abad Sevin, sobre la vida y obras de Panecio, de la que no he hecho mas que extraer lo que he referido aquí de él.

Se debe confesar, en alabanza de los estóicos, que menos ocupados que los otros filósofos en especulaciones frívolas, y por lo regular peligrosas, consagraban sus vigilias á la explicacion de los grandes principios de la moral, que son el apoyo mas firme de la sociedad: pero la sequedad y dureza que reinaban en sus escritos, como tambien en sus costumbres, fastidiaban á la mayor parte de los lectores, y disminuian mucho la utilidad que se podria sacar de ellos. El ejemplo de los fundadores del Pórtico, Cleanto y Crisipo, no sedujo á Panecio. Atento á los intereses del público, y persuadido que lo útil no pasa regularmente sino á la sombra de lo agradable, añadió á la solidez del razonamiento, el primor y elegancia del estilo, y difundió en sus obras las gracias y adornos de que eran susceptibles.

Posidonio era de Apamea en Siria, pero pasó la mayor parte de su vida en Rodas, en donde enseñó la filosofía con mucha reputacion, y fué empleado en el gobierno con igual aplauso.

Pompeyo, cuando volvia de su expedicion contra Mitridates, pasó por Rodas para verle. Le encontró enfermo. Veremos mas adelante lo que sucedió en aquella visita.

Epicteto. Injuriaria la secta de los estóicos, si en la enumeracion de los que la siguieron, omitiese á Epicteto, el que puede ser fuese de todos aquellos filósofos quien la acreditó mas, por la sublimidad de sus opiniones y por la regularidad de su conducta.

Epicteto nació en Hierápolis, ciudad de Frigia, en frente de Laodicea. La obscuridad de su nacimiento nos ocultó el conocimiento de sus parientes. Fué esclavo de un Epafrodita, llamado por Suidas « uno de los guardias de Neron; » de donde se le dió el nombre de Epicteto, que significa « criado comprado, esclavo. » No se sabe, ni por qué accidente fué llevado á Roma, ni cómo se vendió á Epafrodita; solamente se sabe que fué su esclavo. Á Epicteto, segun parece, se le dió libertad. Siempre se dedicó á la filosofía de los estóicos, la que era entónces la secta mas perfecta y rígida.

Vivió en Roma hasta el edicto de Domiciano, quien echó de ella á todos los filósofos. Si se cree á Quintiliano, muchos de ellos ocultaban grandes vicios, bajo de un buen nombre, y se adquirieron la fama de filósofos, nó por su virtud y ciencia, sino por un semblante melancólico y serio, y por una particularidad de vestuario y modales que servia de máscara á costumbres muy corrompidas. Puede ser que Quintiliano cargase un poco este retrato para adular al emperador; lo cierto es que no se puede aplicar de modo alguno á Epicteto.

Cuando salió de Roma, se fué á establecer en Nicópolis, ciudad considerable de Epiro, en donde se man-

tuvo muchos años siempre muy pobre, pero siempre muy favorecido y respetado. Volvió despues á Roma, en el reinado de Adriano, quien le estimó mucho. No se dice, ni el tiempo, ni el lugar, ni circunstancia alguna de su muerte; murió muy viejo.

Reducia toda su filosofía á sufrir los males con paciencia y á moderarse en los placeres.

Celso, que escribió contra los cristianos, dice, que apretándole su maestro la pierna con mucha violencia, le dijo sin inquietarse y como riendose: «¿Pero me vais á romper la pierna?» Y como sucediese esto, le dijo con el mismo tono: «¿No os lo decia yo que me la romperiais?»

Luciano se burla de un hombre que compró muy cara la lamparilla de Epicteto (en seis mil reales) aunque no era sino de tierra; como si se imaginase que sirviéndose de ella se haria tan hábil como aquel admirable y venerable viejo.

Epicteto compuso muchos escritos, de los que no nos queda mas que su «Enquiridion» ó «Manual.» Pero Arriano, su discípulo, hizo una grande obra, la que pretende no se dispuso mas que de las cosas que le habia oido decir, y recogió, en todo lo que pudo, con los mismos términos. De los ocho libros que formaban esta obra, no tenemos mas que cuatro.

Stobeo nos conservó algunas sentencias de este filósofo que se escaparon á la diligencia de su discípulo. Citaré aquí dos ó tres de ellas.

«No depende de ti el ser rico; pero depende de ti el ser feliz. Aun las riquezas no siempre son bienes, y ciertamente siempre son de poca duracion; pero la felicidad que proviene de la virtud, dura siempre.

«¿Cuándo ves una víbora ó una culebra en una caja de oro, la estimas mas por esto? ¿Y no le tienes siempre el mismo horror á causa de su naturaleza maligna y venenosa? Piensa lo mismo de los malos cuando los veas cercados de esplendor y riquezas.

«El sol no espera que se le ruegue para comunicar su luz y su calor. Á su ejemploház todo el bien que dependa de tí, sin esperar que se te pida.»

Véase aquí la oracion que deseaba hacer Epicteto cuando se muriese; está sacada de Arriano. «¿Señor, he quebrantado vuestros preceptos? ¿He abusado de los dones que me habeis concedido? ¿No os he sometido mis sentidos, mis deseos, mis opiniones? ¿Me he quejado jamás de vos? ¿He acusado vuestra Providencia? He estado enfermo, porque lo habeis querido, y yo lo he querido tambien. He sido pobre, porque lo habeis querido, y yo he estado contento con mi pobreza. He estado en la humildad, porque lo habeis querido, y no he deseado jamás salir de ella. ¿Me habeis nunca visto triste por mi estado? ¿Me habeis cogido afligido y quejándome? Estoy todavía pronto á padecer todo lo que os agrade disponer de mí. La menor señal de vuestra parte es para mí una órden inviolable. Quereis que salga de este magnífico espectáculo: salgo de él y os doy mil muy humildes gracias por haberos dignado admitirme para que vea todas vuestras obras, y para poner delante de mis ojos el órden admirable con que gobernais este universo.» Aunque es fácil notar aquí pasajes tomados del cristianismo, que empezaba entónces á despedir una gran luz; no obstante se conoce á un hombre muy satisfecho de sí mismo, y que con sus frecuentes preguntas parece que desafía á la misma divinidad á que encuentre en él defecto alguno. ¡Sentimiento y oracion verdaderamente dignas de un estóico, muy soberbio con su pretendida virtud! San Pablo, tan lleno de buenas obras, no hablaba de este modo. «No me atrevo á juzgarme á mí mismo, decia. Porque, aunque no me reprenda nada mi conciencia, por esto no estoy justificado; pero el que me juzga, es el Señor.» En lo demás esta oracion, imperfecta como es, será la condenacion de muchos cristianos. Porque nos enseña que una perfecta obediencia, un entero sacrificio, una total resignacion á la voluntad de Dios, se consideraban por el mismo paganismo, como obligacion indispensable de la criatura para con aquel de quien recibió el sér. Este filósofo conoció el término de las obligaciones y de las virtudes; tuvo la desgracia de ignorar su principio.

Epicteto estaba en Roma en el tiempo que san Pablo hacia en ella tantas conversiones, y el cristianismo reciente brillaba con tanto esplendor por la constancia inaudita de los fieles. Pero lejos de aprovecharse de una luz tan viva, blasfemaba contra la fé de los primeros cristianos y contra el valor heróico de los mártires. En el capítulo 4.° del libro VII de Arriano, Epicteto, despues de haber manifestado que un hombre que conoce su libertad y que está persuadido que nada le puede dañar, porque tiene á Dios por libertadór, que no teme, ni los alguaciles, ni las espadas de los tiranos, añade: «La necedad y costumbre pudieron mover á algunos á menospreciarlos, como mueven á esto á los galileos (así llamaban á los cristianos) ¿y la razon y demostracion no lo podrá hacer?» No habia cosa mas opuesta á la doctrina evangélica, que el orgullo estóico.

III. Dije ya que la secta itálica se llamó así, porque fué en aquella parte de la Italia, nombrada la gran Grecia, en donde la estableció Pitágoras.

Dividiré este capítulo en dos artículos. En el primero expondré la vida de Pitágoras y la de Empedocles, el mas célebre de sus discípulos. En el segundo referiré la division de la secta itálica en otras cuatro sectas.

Art. 1.° Pitágoras. La opinion mas comun es que Pitágoras era de Samos, é hijo de Mnesarco, escultor. Fué primero discípulo de Ferecido, á quien se pone en el número de los siete sabios. Despues de la muerte de su maestro, como tenia un extraordinario deseo de instruirse y conocer las costumbres de los extranjeros, dejó su patria y todo lo que tenia, para viajar.

Se mantuvo un tiempo bastante considerable en Egipto para tratar allí con los sacerdotes y para aprender de ellos lo mas oculto que habia en los misterios de su religion y de su sabiduría. Polícrates escribió en su favor á Amasis, rey de Egipto, para que le tratase con distincion. Pasó despues Pitágoras al país de los caldeos para conocer la ciencia de los magos. Se pretende que pudo ver en Babilonia á Ezequiel y á Daniel, y aprovecharse de sus luces. Despues de haber viajado por diversas regiones del oriente, se fué á Creta, en donde contrajo una estrecha amistad con el sabio Epiménides. Finalmente, despues de haberse enriquecido con diferentes noticias en los diversos países que corrió, volvió á Samos, cargado de preciosos despojos, que fueron el fin, y eran el fruto de sus viajes.

La pesadumbre que tomó de ver á su patria oprimida con la tiranía de Polícrates, le hizo tomar la resolucion de desterrarse voluntariamente. Pasó á esta parte de la Italia que se llamó la gran Grecia, y se estableció en Crotona, en casa de Milon. el famoso atleta, en la que enseñó la filosofía. Por esto se llamó itálica la secta de que es autor.

Antes de él, como lo observé ya, los que sobresalian en el conocimiento de la naturaleza, y se hacian recomendables por una vida arreglada y virtuosa, se llamaban sabios. Pareciéndole muy pomposo este ti-

tulo, tomó otro, que manifestaba que no se atribuia la posesion de la sabiduría, sino solamente el deseo de poseerla. Se llamó pues «filósofo,» esto es, amante de la sabiduría.

La reputacion de Pitágoras se extendió muy presto en toda la Italia, y le atrajo mucho número de discípulos. Algunos pusieron en este número á Numa, que fué nombrado rey de Roma, pero se engañan. Florecia Pitágoras en tiempo de Tarquino, último rey de los romanos, esto es, el año de Roma 220, ó segun Tito Livio en el de Servio Tulio. El error de los que le hicieron contemporáneo del rey Numa, es glorioso para uno y otro. Porque no pensaron en esto, sino porque se creyó que no podria manifestar Numa tanta habilidad y prudencia en el gobierno, si no hubiese sido discípulo de Pitágoras. Lo cierto es, que en lo futuro era muy grande su reputacion en Roma. Se debió concebir en ella una grande idea de este filósofo; pues habiendo ordenado un oráculo á los romanos, durante la guerra contra los samnitas, que erigiesen dos estatuas, una al mas valeroso y otra al mas sabio de los griegos, dispusieron que se fabricasen en honor de Alcibíades y de Pitágoras. Plinio tiene estas dos elecciones por muy extrañas.

Hacia que tuviesen sus discípulos un penoso noviciado de silencio, que duraba á lo menos dos años: y hacia que durase hasta cinco años para aquellos en quienes conocia un prurito mayor de hablar.

Sus discípulos estaban divididos en dos clases. Los unos eran meros oyentes, oyendo y recibiendo lo que se les enseñaba, sin preguntar la razon, de la que se suponia no eran todavía capaces sus entendimientos. Los otros, como mas instruidos é inteligentes, se admitian á proponer sus dificultades, á penetrar mas en los principios de la filosofía y á saber las razones de todo lo que se les enseñaba. Consideraba Pitágoras la geometría y aritmetica como absolutamente necesarias para despertar el entendimiento de los muchachos, y para disponerlos al estudio de las grandes verdades. Hacia tambien mucho caso, y practicaba bastante la música, á la que lo referia todo, pretendiendo que se habia creado el mundo por una especie de armonía, la que imitó despues la lira, y daba sonidos particulares al movimiento de las esferas celestes que andan sobre nuestras cabezas. Se dice que los pitagóricos acostumbraban, cuando se levantaban, despertar su entendimiento al son de la lira para estar mas aptos para obrar: y que antes de acostarse volvian á tomar su lira, en la que sin duda tocaban tonadas mas gratas para disponerse al sueño, calmando de este modo los pensamientos tumultuosos que les podian quedar del dia.

Tenia Pitágoras mucha autoridad sobre el espíritu de sus discípulos. Bastaba que hubiese dicho alguna cosa; sin otra prueba quedaban enteramente convencidos; de donde provino entre ellos esta frase: «El maestro lo dijo.» Una reprension que dió un dia á uno de sus discípulos en presencia de todos los otros, fué tan sensible al muchacho, que no pudo sobrevivir á ella, y se mató. Desde aquel tiempo instruido Pitágoras é infinitamente afligido con un ejemplo tan lamentable, no reprendió mas á nadie sino en particular.

Sus lecciones, y aun mas sus ejemplos, produjeron una mudanza maravillosa en la Italia, y especialmente en Crotona, que era el principal lugar de su residencia. Justino refiere con mucha extension la reforma que introdujo en aquella ciudad. «Vino, dice, á Crotona, y encontrando sus habitantes entregados generalmente al lujo y á los banquetes, logró reducirlos, con su autoridad, á las reglas de una prudente frugalidad. Alababa todos los dias la virtud, y daba á conocer su hermosura y ventajas. Representaba vivamente lo vergonzoso de la incontinencia, y hacia la enumeracion de los estados, cuya ruina habian ocasionado estos viciosos excesos. Hicieron sus discursos tal impresion en los corazones, y causaron una mudanza tan general en la ciudad, que no se la conocia, y no quedaban en ella señales algunas de la antigua Crotona.

«Hablaba á las mujeres separadamente de los hombres, y á los niños separadamente de sus padres y madres. Encargaba á las mujeres las virtudes de su sexo, la castidad y sumision á sus maridos; á los jóvenes un profundo respeto á sus padres, é inclinacion al estudio y á las ciencias. Insistia principalmente sobre la frugalidad, madre de todas las virtudes; obtuvo de las señoras que renunciasen las telas preciosas y los ricos adornos, lo que consideraban ellas como compostura necesaria para su clase; pero el lo consideraba como alimento del lujo y de la corrupcion; y que los sacrificasen á la principal divinidad del lugar que era Juno, manifestando, con este género de despojo, el entero convencimiento en que estaban, de que el verdadero adorno de las señoras era una virtud sin defecto, y nó la magnificencia de los vestidos. Se puede juzgar, añade el historiador, de la reforma que produjeron en los jóvenes las eficaces exhortaciones de Pitágoras, por el efecto que tuvieron con las señoras, aficionadas por lo regular á sus composturas y á sus joyas con una pasion casi invencible.»

Esta reflexion que pinta muy al natural el carácter de las señoras, no es particular á Justino. San Jerónimo advierte tambien, que «el sexo ama naturalmente el adorno.» «Conocemos, dice, señoras de una castidad reconocida que gustan componerse, nó para agradar á los ojos de algun hombre, sino para agradarse á sí mismas.» Añade en otra parte, que en algunas llega esta inclinacion á un exceso que nada le puede contener.

El celo de Pitágoras no se contenia en su escuela, ni se limitaba á la instruccion de los particulares; penetró tambien hasta los palacios de los grandes. Comprendió este filósofo que trabajaba para la felicidad y reforma de pueblos enteros, inspirando á los príncipes y á los primeros magistrados principios de honor, de rectitud, de justicia y de amor al bien público. Tuvo la gloria de instruir discípulos, que fueron excelentes legisladores: un Zaleuco, un Carondas, y otros muchos, cuyas prudentes leyes fueron tan útiles á la Sicilia, y á aquella parte de la Italia llamada la gran Grecia, y que merecieron las mayores alabanzas con mas justo título que aquellos famosos conquistadores, que no se dieron á conocer en el mundo sino con estragos é incendios.

Se aplicaba eficazmente á pacificar las guerras en la Italia, y las facciones intestinas que turbaban las ciudades. «No se debe hacer la guerra, decia con frecuencia, sino á estas cinco cosas; á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia del entendimiento, á las pasiones del corazon, á las sediciones de las ciudades y á la discordia de las familias.» Estos eran los cinco enemigos que queria se combatiesen á todo trance y sin consideracion.

Los habitantes de Crotona quisieron que su senado, que se componia de mil personas, se gobernase en todo por los consejos de un hombre tan grande, y que nada determinase, sino de acuerdo con él; tanto crédito se adquirió por su prudencia, y por su celo para el bien público

No fue Crotona la única ciudad que se aprovechó de sus dictámenes: otras muchas conocieron el buen efecto de los estudios de este filósofo. Pasaba de una á otra, para extender, con mas fruto y abundancia, sus instrucciones, dejaba en todos los pueblos en que se detenia, señales preciosas de su mansion, por el buen órden, disciplina y prudentes reglamentos que establecia en ellos.

Tenia máximas admirables sobre la moral, y queria que el estudio de la filosofía se dirigiese únicamente á hacer á los hombres semejantes á Dios. Este es el elogio que da Hierocles á una pieza de poesía, intitulada «Verso de oro,» que contiene los dogmas de este filósofo.

Pero estaba poco ilustrado sobre la naturaleza de Dios. Creia que Dios es un alma esparcida en todos los seres de la naturaleza, y de la que salen las almas humanas: opinion que explicó Virgilio perfectamente en versos excelentes, en el cuarto libro de las Georgias. Veleyo, en Ciceron, impugna esta opinion de un modo chistoso, pero sólido. «Si fuese esto así, dice, seria Dios despedazado y hecho piezas cuando se separan de él estas almas. Sufriria, y Dios no es capaz de sufrir; padeceria en una parte de sí mismo, cuando ellas padecen, como sucede á la mayor parte. Porque, por otra parte, ¿ignoraria el entendimiento del hombre alguna cosa, si fuese Dios?»

La metempsícosis era el principal dogma de la filosofía de Pitágoras. Le tomó, ó de los egipcios, ó de los bracmanes, antiguos sabios de las Indias. Esta opinion subsiste todavía entre los idólatras de la India y de la China, y era el principal fundamento de su religion. Creia pues Pitágoras, que en la muerte de los hombres, pasaban sus almas á otros cuerpos, y que si habian sido viciosas, eran encerradas en cuerpos de animales inmundos ó infelices, para purgar allí las faltas de la vida pasada; y que después de cierta revolucion de años ó de siglos, venian á animar á otros hombres.

Se gloriaba este filósofo, en esta materia, de un privilegio muy particular: porque se alababa de acordarse en qué cuerpos habia estado antes de ser Pitágoras. Pero no llegaba mas que hasta el sitio de Troya. Fué primeramente Etalido, hijo putativo de Mercurio; y teniendo permiso de pedir á este dios todo lo que quisiese, excepto la inmortalidad, le pidió la gracia de acordarse de todas las cosas, aun después de su muerte. Algun tiempo después fué Euforvo, y recibió una herida de Menelao en el sitio de Troya, de la que murió. Después pasó su alma á Hermotimo, y entró entónces en el templo de Apolo, en el país de los branquides, y manifestó su escudo todo podrido, el que consagró Menelao volviendo de Troya á aquel dios, en señal de su victoria. Después fue un pescador de Delos, nombrado Pirro, y finalmente Pitágoras.

Aseguraba que en un viaje que hizo á los infiernos, notó que el alma del poeta Hesiodo estaba atada con cadenas á una columa de bronce, en donde se atormentaba mucho. Que vió la de Homero colgada á un árbol, en donde estaba cercada de serpientes, por causa de todas las falsedades que habia inventado y atribuido á los dioses; y que las almas de los maridos que habian vivido mal con sus mujeres, eran terriblemente atormentadas en aquellos países.

Para dar mas peso y autoridad á sus ficciones fabulosas, se habia valido de industria y artificio. Luego que llegó á Italia, se encerró en una habitacion subterránea, despues que previno á su madre que tuviese un registro puntual de todo lo que sucediese. Después que estuvo allí todo el tiempo que le pareció conveniente, su madre, como estaban convenidos, le entregó sus memorias, en las que vió las datas y las otras circunstancias de los sucesos. Salió de aquella habitacion con un semblante pálido y muy seco. Juntó el pueblo, y aseguró que venia de los infiernos; y para que se diese fe á lo que les queria hacer creer, empezó contando todo lo que habia sucedido durante su ausencia. Esta relacion movió y sorprendió á todos los oyentes. No se dudó que Pitágoras tuviese alguna cosa de divino. Cada uno se puso á llorar y á dar grandes gritos. Los crotoniatos concibieron por él una extraordinaria estimacion, recibieron sus lecciones con ansia, y le rogaron que se sirviese instruir tambien á sus mujeres.

Era necesario que hubiese en el pueblo una credulidad muy ciega, ó mas bien, una grosera estupidez, para creer semejantes sueños, y que por lo regular se contradecian. Porque no parece muy fácil conciliar la trasmigracion de las almas á diferentes cuerpos, con las penas que suponia Pitágoras que padecian las almas de los malos en los infiernos; y mucho menos con lo que enseñaba sobre la naturaleza de las almas. Porque, como lo advierte el sabio traductor de los libros de Ciceron sobre la naturaleza de los dioses, el alma de los hombres, y el alma de los animales, segun Pitágoras, son de la misma substancia; esto es, una partícula de aquella alma universal que es el mismo Dios. Luego cuando se dice que el alma de Sardanápalo, en castigo de sus torpezas, pasó al cuerpo de un cerdo, es precisamente lo mismo que si se dijese: «Dios se modifica en cerdo para castigarse á sí mismo por no haber sido prudente y moderado cuando estaba modificado en Sardanápalo.»

Lactancio tiene razon en tratar á Pitágoras de viejo chocho, y en decir, que es preciso que creyese que hablaba con niños, y nó con hombres hechos, para componerles, con semblante grave y serio, fábulas tan absurdas y cuentos de viejas.

Empédocles, su discípulo, añadia á los sueños de su maestro, y componia una genealogía de su alma, aun mas extravagante y mas varia; pues publicaba, segun la relacion de Ateneo, que habia sido doncella, mancebo, arbolillo, ave, pez, antes de ser Empédocles. ¿Pero cómo un filósofo tan eminente como Pitágoras, y tan digno de estimacion por muchas excelentes cualidades, fué conducido á un sistema semejante? ¿Cómo pudo atraerse una multitud tan grande de sectarios, componiéndoles opiniones capaces de sublevar á todo hombre juicioso? ¿Cómo pueblos enteros, que están por otra parte instruidos y civilizados, conservaron aquel dogma hasta nuestros dias?

Es constante que Pitágoras, y todos los filósofos antiguos, cuando empezaron á filosofar encontraron «el dogma de la inmortalidad del alma generalmente establecido en los pueblos;» y sobre este principio empezó Pitágoras, como los otros, á publicar su doctrina. Pero cuando se trataba de fijar lo que se hacia de esta alma después del corto oficio que habia hecho de animar un cuerpo humano, Pitágoras, y todos los filósofos con él, se embarazaban y confundian, sin que pudiesen responder cosa que fuese capaz de satisfacer á un entendimiento razonable. No se podian acomodar á los campos Elíseos para los virtuosos, ni al Styx para los malos; puras ficciones de los poetas. Estas diversiones de las almas bienaventuradas les parecian muy insípidas; ¿y debian durar sin fin, y por toda una eternidad? Pero las almas de aquellos que no habian hecho, ni bien ni mal como las de los niños, ¿qué se hacia de ellas? ¿Cuál era su suerte y estado? ¿Qué debian ejecutar durante toda la eternidad?

Para salir de esta objecion tan embarazosa, destinaban algunos filósofos las almas de los virtuosos y de las personas de entendimiento á que contemplasen el curso de los astros, la armonía de los cielos, el orígen de los vientos y de las tempestades y otros metéoros, como lo enseña Seneca y algunos otros filósofos. Pero el comun del mundo no podia tener parte en las delicias sabias y especulativas de aquel paraíso filosófico. ¿En qué pues se ocupaba en la serie de todos los siglos futuros? Bien se conoce que no correspondia á un sér tan sabio como Dios, criar todos los dias seres puramente espirituales para animar cuerpos durante algunos dias, y para que no tuviesen mas oficio lo restante de su duracion. ¿Para qué criar tantas almas de niños que mueren luego que nacen, y en el seno de sus madres, sin haber podido hacer el menor ejercicio de su razon? ¿Corresponde á la sabiduría de Dios producir cada dia millares de almas nuevas, continuar creando cada dia otras por toda la eternidad, las que no servirian para nada? ¿Que se habia de hacer de estos infinitos millones de almas inútiles y ociosas? ¿Cuál podia ser el fin de este conjunto de espíritus que se acumulaban incesantemente sin destino ni paradero?

Estas dificultades oprimian á todas las sectas de los filósofos. Imposibilitados de satisfacerlas, llegaron algunos á dudar de la inmortalidad del alma y tambien á negarla. Otros, que no pudieron resolverse á renunciar un dogma que grabó Dios muy profundamente en el corazon de los hombres para poder disimularle, se vieron precisados á hacerlas pasar de un cuerpo á otro: y como no podian concebir las penas eternas, creyeron que quedaban suficientemente castigados los malos, encerrándolos en los cuerpos de las bestias. Y de aquí incurrieron en los absurdos que se les reprende con justicia. Pero las otras sectas no se defendian mejor de los desatinos que se originaban de sus diferentes sistemas.

Vuelvo á Pitágoras. Por una consecuencia necesaria de la metempsicosis, concluia, y era uno de los puntos capitales de su moral, que el hombre cometia un gran delito cuando mataba ó comia los animales; porque siendo animados todos los animales, de cualquiera especie que sean, de la misma alma, era terrible crueldad el degollar á otro sí mismo. Esto lo pinta Ovidio en sus Metamórfosis ingeniosamente á su modo, en el pasaje en que finge que Pitágoras explica sus máximas al rey Numa.

Pero advierte tambien con mucha agudeza el traductor ya citado, «qué responderia Pitágoras á un hombre que le preguntase conforme á sus principios: ¿Qué mal hago yo á un pollo matándole? No hago mas que hacerle mudar de forma, y se expone á ganar, mucho mas que á perder en este cambio. Puede ser que su alma, cuando salga de el, vaya á animar algun embrion, que será algun dia un gran monarca, un gran filósofo; y en vez de verse metido en una pollera, y que hombres poco caritativos le dejen sufrir en un corral las injurias del aire y otras cien incomodidades, se verá alojado en un congreso de corpúsculos, que formando el cuerpo, tan presto de un epicuro, tan presto de un césar, rebosará de placeres y de honras.»

El mismo filósofo prohibia á sus discípulos que comiesen habas: de donde proviene que las llama Horacio parientas ó aliadas de Pitágoras. Se dan diferentes razones para esta prohibicion, entre otras, que las habas, por la inflamacion que ocasionan, excitan vapores muy contrarios á la tranquilidad del alma, necesaria á los que se aplican á la averiguacion de la verdad.

No acabaria si emprendiese referir por menor todas las maravillas que se atribuyen á Pitágoras. Si se cree á Porfirio, el enemigo declarado del cristianismo, y á Jamblico su discípulo (porque son los dignos fiadores que se citan de todos estos milagros), Pitágoras hacia que le entendiesen y obedeciesen las mismas bestias. Ordenó á una osa, la que hacia grandes daños en la Dannia, que se retirase, y desapareció. Prohibió á un buey, despues que le dijo una palabra al oído, que comiese habas, y despues no las tocó. Se afirma que en un mismo dia se le vió y oyó disputar en un concurso público, en dos ciudades muy distantes una de otra, y situadas la una en Italia y la otra en Sicilia. Pronosticaba los temblores de tierra, apaciguaba las tempestades, echaba la peste y curaba las enfermedades. Su pierna de oro no se debe omitir. La enseñó á su discípulo Abaris, sacerdote de Apolo el Hiperbóreo, para probarle que él mismo era aquel Apolo; y se dice, que la enseñó tambien en una asamblea pública, en Crotona. ¡Qué maravillas no cuenta el mismo Jamblico de este Abaris! Montado en una flecha, por medio de los aires, como sobre un pegaso, caminaba mucho en poco tiempo, sin que ni los rios, ni los mares, ni los lugares inaccesibles á los otros hombres, pudiesen, ó detener, ó retardar sus correrías. ¿Se creeria que se pudiese seriamente, con el testimonio de semejantes autores, citar, como reales y verdaderos, los milagros y curaciones ejecutadas por Pitágoras? Las personas juiciosas, aun entre los paganos, se burlaban abiertamente de esto.

Es tiempo de acabar su historia. Se cuentan de diferentes modos las circunstancias de su muerte. No entraré en esta particularidad. Justino dice que murió en Metaponto, adonde se habia retirado despues de haber vivido veinte años en Crotona; y que llegó á tanto lo que se le admiró, que hicieron de su casa un templo, y se le veneró como á un dios. Vivió hasta una edad muy avanzada.

Empédocles, filósofo pitagórico, era de Agrigento, ciudad de Sicilia. Florecia en la olimpíada 84. Hizo muchos viajes, como se acostumbraba entónces, para enriquecer su entendimiento con las noticias mas raras. De vuelta á su patria, frecuentó las escuelas de los pitagóricos. Algunos le hacen discípulo de Pitágoras, pero se cree que fué muchos años posterior.

No solamente se aplicaba á componer obras, sino tambien á reformar las costumbres de sus conciudadanos; y no consistió en Empedocles el ejecutar en Agrigento lo que practicó Pitágoras en Crotona. La ciudad de Agrigento estaba sumergida en el lujo é incontinencia. Se contaban en ella, segun Diógenes Laercio, ochocientos mil habitantes: lo que no se debe entender de sola la ciudad sino tambien de su territorio. Dije en otra parte sus riquezas y opulencia. Acostumbraba Empedocles decir, que los agrigentinos se entregaban á los banquetes y placeres, como si contasen morir el dia siguiente; y que se aplicaban á fabricar edificios, como si contasen que nunca se debian morir.

Nada da mejor á conocer el lujo y delicadeza de los agrigentinos, que la órden que se prescribió á los que se habia mandado que defendiesen por la noche la ciudad contra los ataques de los cartagineses. Esta órden decia, que no tuviese cada hombre para acostarse, mas que una piel de camello, una tienda de campaña, una manta de lana y dos almohadas. Los agrigentinos encontraron esta disciplina muy dura, y se sujetaron á ella con bastante trabajo. Entre aquellos ciudadanos, que se entregaban al lujo, los habia sin embargo hombres de bien que hacian buen uso de sus riquezas, como lo expuse en otra parte.

La autoridad que se adquirió Empédocles en Agrigento, solo le sirvió para hacer que reinase en ella, tanto como pudo, la paz y buen órden. Le ofrecieron la suprema autoridad, que rehusó constantemente. Su principal cuidado fue hacer que cesasen las divisiones que reinaban entre los agrigentinos, y persuadirles que se considerasen todos como iguales y como que no constituian todos juntos sino una misma familia. Cuidó despues de reprimir la insolencia de los principales de la ciudad, e impedir que se disipase el tesoro público. Pero el empleaba sus rentas en casar las doncellas que no tenian dote.

Para establecer, en cuanto le era posible, la igualdad entre los habitantes de Agrigento, hizo que se suprimiese el consejo, compuesto de mil ciudadanos, escogidos entre los mas ricos. De perpetuo que era, le hizo trienal, y lo dispuso de suerte que se concedió su entrada á los del pueblo, ó á lo menos, á los que estaban en disposicion de favorecer el gobierno democrático.

Cuando iba Empédocles á los juegos olímpicos, no se hablaba mas que de él. Sus alabanzas eran ordinariamente el asunto de las conversaciones. Se practicaba antiguamente cantar en público los versos de los grandes poetas, como los de Homero, Hesiodo, Arquíloco, Mimnermo, Focídilo y otros. Se hizo esta honra á los de Empedocles. El cantor Cleomenes cantaba en los juegos olímpicos sus «Purificaciones,» poema moral de tres mil versos exámetros, compuestos por nuestro filósofo sobre las obligaciones de la vida civil, el culto de los dioses y los preceptos de moral. Se llamaba así este poema, porque contenia máximas que enseñaban el medio de purificar el alma y perfeccionarla. Se cree que los «versos dorados» eran parte de aquel poema.

Empedocles era á un mismo tiempo filósofo, poeta, historiador, médico y tambien, segun algunos, mágico. Es muy factible que su mágica no era otra cosa que el profundo conocimiento que habia adquirido de lo mas secreto que hay en la naturaleza. Se atribuia á magia el importante servicio que hizo á los agrigentinos, haciendo que cesasen ciertos vientos arreglados, los que con su soplo violento, ocasionaban mucho daño á los frutos de la tierra; y á los de Selinonte, curándolos de la peste causada por la hediondez de las aguas de un rio que pasaba por su ciudad. Su magia era, en cuanto al primer hecho, haber cerrado una abertura de montaña, de la que salian exhalaciones inficionadas, las que llevaba un viento de mediodía hácia el territorio de Agrigento: y en cuanto al segundo, haber dispuesto que entrasen á su costa en el rio de Selinonte dos arroyos pequeños que dulcificaron sus aguas y les quitaron su mala calidad.

El efecto mas maravilloso de la magia de Empédocles, y fué causa para que se le considerase como un dios, es la pretendida resurreccion de una mujer de Agrigento, nombrada Pantia. Plinio habla de ella, y tambien Orígenes. Hermipo, que se contenta con decir, que habiendo sido esta mujer abandonada de los médicos y tenida aparentemente por muerta, la curó Empédocles, reduce este milagro á su justo valor; y parece que Galeno es del propio dictámen.

Se dice que Empédocles, con el fin de confirmar á los pueblos en la opinion en que estaban de su divinidad, desapareciéndose repentinamente, se fué á precipitar en las cavernas del monte Etna. Pero esta extravagancia tiene mucho aire de ser invencion de los que gustan introducir cosas maravillosas en la vida de aquellos filósofos, ó al contrario, de hacerlos ridículos. Los autores mas juiciosos nos dicen que se retiró al Peloponeso, en donde murió de edad de sesenta años, como dice Aristóteles, hácia el principio de la olimpiada 88.

Art. 2.° La secta itálica de Pitágoras se dividió en otras cuatro: la de Heráclito, que tomó su nombre; la eleática, que tuvo por jefe á Demócrito; la escéptica, cuyo fundador fue Pirron; y la epicúrea, que estableció Epicuro.

§. 1. Secta de Heráclito.—Se saben pocas cosas de este filósofo: era de Efeso, y vivia hácia la olimpíada 59. Se dice que no tuvo maestros, y que se hizo sabio con sus continuas meditaciones.

Entre muchos tratados que compuso, el de la Naturaleza, que era un compendio de toda su filosofía, fué el mas estimado. Habiendo visto esta obra Darío, rey de Persia, hijo de Histaspes, escribió una carta muy atenta á Heráclito, rogándole que se fuese á su corte, en la que su virtud y ciencia serian mas apreciadas que en la Grecia. El filósofo, poco sensible á anticipaciones tan graciosas y tan llenas de bondad, respondió groseramente, «que no veia en los hombres mas que injusticia, engaño, avaricia, ambicion, y que contentándose con poco, como hacia él, no le convenia la corte de Persia.» No decia mal sustancialmente. No es de admirar que un griego que habia nacido libre, enemigo de la altanería de los reyes bárbaros, de la servidumbre y de los vicios de los cortesanos, hiciese mas caso de la pobreza, unida á la independencia, y la estimase infinitamente mas que la gran fortuna que podia esperar de un monarca que vivia en medio de la pompa, del fausto, de la desidia y de las delicias, entre una nacion la mas desacreditada por el lujo. Pudiera solamente haber acompañado su repulsa con modales mas atentos.

Era un verdadero misántropo. Con nada estaba contento, todo le desagradaba. Le compadecia el género humano. Viendo á todo el mundo que se entregaba á un gozo, cuya falsedad conocia, jamás le veian en público sin llorar, por lo que le llamaban el «Lloron.» Al contrario Demócrito, que no veia cosa sólida en lo que mas seriamente se ocupaban los hombres, no podia dejar de reir. El uno no encontraba en la vida sino miserias, el otro no mas que niñerías y bagatelas. Ambos tenian razon en cierto sentido. Enfadado Heráclito y fatigado de todo, tomó finalmente tanta aversion á los hombres, que se retiró á una montaña para vivir en ella con yerbas en compañía de las bestias montaraces. Una hidropesía, que le ocasionó aquel género de vida, le obligó á bajar á la ciudad, en donde murió poco tiempo despues.

§. 2. Secta de Demócrito. — Demócrito, autor de esta secta, uno de los mas grandes filósofos de la antigüedad, era de Abdera, en la Tracia. Habiéndose alojado Jerjes, rey de Persia, en casa del padre de Demócrito, le dejó algunos magos que fueron los preceptores de su hijo, y le enseñaron su pretendida teología y la astronomía. Luego recibió las lecciones de Leucipo, y aprendió de el el sistema de los átomos y del vacío.

La extraordinaria inclinacion que tuvo á las ciencias, le movió á viajar en todos los países del mundo, en donde esperó encontrar personas hábiles. Vió los sacerdotes de Egipto: consultó los caldeos y los filósofos persas. Tambien se quiere que penetrase en las Indias y en la Etiopía, para conferenciar con los gimnosofistas.

Despreció el cuidado de sus rentas, y dejó sus tierras incultas con el fin de ocuparse con menos distraccion en el estudio de la sabiduría. Se llegó á decir, pero con poca verosimilitud, que se habia sacado los

ojos con el fin de meditar mas profundamente, para que los objetos de la vista no divirtiesen las fuerzas intelectuales de su alma. Era cegarse de algun modo encerrarse en un sepulcro, como se dice lo ejecutaba para dedicarse mas libremente á la meditacion.

Lo que parece mas cierto es, que gastó en sus viajes todo su patrimonio, que ascendia á mas de cien talentos (cien mil pesos). Cuando volvió, hubo de comparecer ante la justicia, por haber disipado de este modo su caudal. Las leyes del país mandaban, que aquellos que hubiesen gastado su hacienda, no fuesen enterrados en el sepulcro de su familia. Él mismo defendió su causa, y produjo por testigo del legítimo empleo que habia hecho de sus bienes, la mas perfecta de sus obras, la que leyó á sus jueces. Los hechizó tanto, que no solamente le absolvieron, sino tambien hicieron que se le diese, sin duda del tesoro público, tanto dinero como habia gastado en sus viajes; le erigieron estatuas, y ordenaron que, cuando muriese, cuidaria el público de sus funerales: lo que se ejecutó. Viajó como hombre grande para instruirse, y nó para enriquecerse. Fué á buscar hasta lo interior de las Indias las riquezas de la erudicion, y no cuidó de los tesoros que encontraria casi á sus puertas, en un país abundante en minas de oro y plata.

Estuvo algun tiempo en Atenas, el centro de todas las ciencias y el domicilio de los ingenios sobresalientes. Pero lejos de procurar que brillase su mérito y hacer ostentacion de sus raras noticias, afectó mantenerse en ella incógnito. ¡Circunstancia notable en un sabio y filósofo!

Se refiere un hecho bastante particular, pero únicamente fundado en cartas de Hipócrates, las que los eruditos creen son supuestas. Viendo los abderitas á Demócrito, su compatriota, que de nada cuidaba, que se reia y burlaba de todo, que decia que el aire estaba lleno de fantasmas, que procuraba inquirir lo que decian las aves en su canto, y que casi siempre habitaba en los sepulcros, temieron que se le volviese la cabeza y que se pusiese enteramente loco, lo que consideraban como la mayor desgracia que pudiese suceder á su ciudad. Escribieron pues á Hipócrates, rogándole que viniese á ver á Demócrito. Lo mucho que se interesaban en la salud de un conciudadano tan célebre, los acredita. El ilustre médico que hicieron venir, tuvo algunas conversaciones con el pretendido enfermo, y juzgó de él muy distintamente que ellos, y disipó todos sus temores, declarando que no habia conocido hombre mas prudente y mas juicioso que este filósofo. Diógenes Laercio hace tambien mencion de este viaje de Hipócrates á Abdera.

No se encuentra cosa cierta, ni sobre el tiempo de su nacimiento ni sobre el tiempo de su muerte. Diodoro de Sicilia quiere que muriese de noventa años, el primero de la olimpiada 90.

Demócrito era un excelente ingenio, un entendimiento vasto, dilatado, penetrante, y que se aplicó á todas las ciencias mas raras. La física, la moral, las matemáticas, las buenas letras, las artes agradables, se encontraron en la esfera de su actividad.

Se dice que, pronosticando que cierto año seria malo para los olivos, compró por bajo precio una gran cantidad de aceite, y tuvo con ella una inmensa ganancia. Se admiraban con razon, que un hombre que habia siempre manifestado que no cuidaba mas que del estudio, y que habia estimado siempre tanto la pobreza, se hubiese metido repentinamente á comerciar, y pensase en amontonar tan grandes caudales. Él mismo explicó muy presto este misterio, restituyendo á los mercaderes, á quienes habia comprado el aceite, y que estaban desesperados por la mala venta que habian hecho, todo lo que habia ganado demás, y contentándose con dar á entender que solo consistia en el hacerse rico. De Tales se cuenta una historia semejante.

Epicuro es deudor á Demócrito de casi todo su sistema, y traduciendo la elegante expresion latina, fué de las fuentes de este último de donde corren las aguas con que riega Epicuro sus jardines. Hizo éste mal en no confesar las obligaciones que tenia á Demócrito, y en tratarle de extravagante. Expondremos mas adelante sus opiniones sobre el sumo bien del hombre, sobre el mundo y sobre la naturaleza de los dioses.

Fué tambien Demócrito de quien tomaron los pirronios todo lo que dijeron contra el testimonio de los sentidos. Porque, además que acostumbraba decir, que la verdad estaba escondida en lo profundo de un pozo, aseguraba que no habia cosa real sino los átomos y el vacío; y que todo lo demás no consistia mas que en opinion y apariencia.

Se pretende que Platon era enemigo declarado de Demócrito. Juntó con cuidado todos sus libros, y los iba á echar en el fuego, cuando le representaron dos filósofos pitagóricos, que esto no serviria de nada, porque los tenian ya muchas personas. El odio de Platon á Demócrito se vió en que, haciendo mencion de casi todos los antiguos filósofos, nunca le citó ni aun en los pasajes en que se trataba de impugnarle.

§. 3. Secta nombrada escéptica ó pirronia.—Pirron, natural de Elida, en el Peloponeso, fué discípulo de Anaxarco, y le acompañó hasta las Indias. Sin duda fué esto en la comitiva de Alejandro el Grande, de donde se puede conocer el tiempo en que floreció. Habia ejercido el oficio de pintor antes que se dedicase á la filosofía.

Sus opiniones no se diferenciaban de las de Arcesilao, y se limitaban á la incomprensibilidad de todas las cosas. En todo encontraba razones para afirmar, y razones para negar: por esto reservaba en sí su dictámen después de haber examinado bien la afirmativa y negativa sin concluir otra cosa, sino que todavía no veia nada claro y cierto, y que la materia de que se trataba, necesitaba todavía examinarse. Parece pues que pasaba toda la vida en buscar la verdad; pero siempre hallaba recursos para no convenir en que la habia encontrado. Esto es, que con efecto no la queria hallar, y que ocultaba esta terrible disposicion bajo la especiosa exterioridad de la averiguacion y del exámen.

Aunque no fuese el inventor de este método de filosofar, no deja de tener su nombre: el arte de disputar sobre todas las cosas, sin tomar jamás otro partido que el de suspender su juicio, se llama «pirronismo.» Los discípulos de Pirron se nombraban tambien «escépticos,» de una palabra griega que significa «considerar, examinar,» porque á esto se terminaba todo su trabajo.

Admira la indiferencia de Pirron, y si es verdad todo lo que Diógenes Laercio refiere de él, era ya locura. Dice este historiador que nada preferia á nada: que un carro ó un precipicio no le obligaban á dar un paso atras ó al lado, y que los amigos que le acompañaban, le libraron muchas veces la vida. No obstante, echó un dia á correr para librarse de un perro que le perseguia. Y como le zumbasen por este miedo, contrario á sus principios é indigno de un filósofo, «es difícil, respondió, despojar enteramente al hombre.»

Habiendo caido Anaxarco su maestro en un hoyo, pasó de largo sin dignarse alargarle la mano. Lejos de

que se lo tuviese á mal Anaxarco, censuró esto á los que reprendian á Pirron una accion tan inhumana, y alabó á su discípulo por este genio indiferente, y que á nada tenia amor. ¿Qué seria la sociedad y el comercio de la vida con semejantes filósofos?

Defendia Pirron, que lo mismo importaba vivir que morir, ó morir que vivir. «¿Pues por qué no te mueres?» se le preguntó. «Por esto mismo, respondió, porque la vida y la muerte son igualmente indiferentes.»

Enseñaba este dogma abominable que abre la puerta á todos los delitos, «que el honor ó la infamia de las acciones, su justicia ó injusticia, dependian únicamente de las leyes humanas y de la costumbre: en una palabra, que no habia cosa en sí misma decente ó ignominiosa, justa ó injusta.»

Su patria le estimó extremamente, le confirió la dignidad de pontífice, y en consideracion suya, concedió una exencion de tributos á todos los filósofos: conducta bien particular con un hombre, á quien se llenaba de favores, cuando no merecia otra cosa que un profundo desprecio.

§. 4. Secta epicúrea.—Epicuro, uno de los mas grandes filósofos de su siglo, nació en Gargecium, en la Ática, el tercer año de la olimpíada 109. Su padre Neocles y su madre Querestrata fueron del número de los habitantes de la Ática que enviaron los atenienses á la isla de Samos. Por esto pasó Epicuro en aquella isla los años de su niñez.

No volvió á Atenas hasta que tuvo diez y ocho años. Pero entónces no fué á ella para quedarse: porque algunos años despues fué á ver á su padre, que habitaba en Colofon; y despnés permaneció en diferentes lugares. Hasta que tuvo cerca de treinta y seis años no se estableció para siempre en Atenas.

Erigió en ella una escuela en un hermoso jardin que compró. Una increible multitud de oyentes vino muy presto de todas las ciudades de la Grecia, del Asia, y tambien del Egipto, á recibir sus lecciones. Si se cree en esto al Torcuato de Ciceron, acérrimo defensor de la secta epicúrea, los discípulos de Epicuro vivian de comun con su maestro en una perfecta union. En vez que en toda la antigüedad apénas se contaban, por espacio de muchos siglos, tres pares de verdaderos amigos, supo Epicuro unir tropas numerosas en una casa bastante reducida. El filósofo Numenio, que vivia en el segundo siglo, advierte, que en medio de las discordias y divisiones que reinaban en cada una de las otras sectas la union de los discípulos de Epicuro se conservó hasta su tiempo. Su escuela nunca se dividió: se siguió siempre en ella su doctrina como un oráculo. El dia de su nacimiento se celebraba todavía en tiempo de Plinio el Naturalista, esto es, mas de cuatrocientos años después de su muerte: se guardaba tambien el mes entero en que nació. Su retrato se encontraba en todas partes.

Epicuro compuso un gran número de libros; se quiere que asciendan á mas de trescientos; y se preciaba de no citar en ellos á nadie, y de sacarlo todo de su propio caudal. Aunque no tenemos ninguno de ellos, no hay filósofo de los antiguos, cuyas opiniones sean mas conocidas que las suyas. Sobre todo somos deudores de su doctrina, sin hablar de Ciceron en sus obras filosóficas, al poeta Lucrecio y á Diógenes Laercio. El sabio Gasendo juntó con mucha exactitud todo lo que se encuentra en los libros antiguos sobre la doctrina y sobre la persona de Epicuro.

Acreditó extremamente el sistema de los átomos. Veremos que no fué su inventor, pero que le mudó solamente algunas cosas. Su dogma sobre la suma felicidad del hombre, la que hace consistir en los placeres, contribuyó mucho para desacreditar su secta, y tambien para extenderla: se hablará tambien de esto mas adelante, como de sus opiniones sobre la naturaleza de los dioses, sobre la Providencia y sobre el destino.

Lo que elogia á Epicuro Lucrecio, su fiel intérprete, nos dice lo que se debe pensar del sistema de este filósofo. Le representa como al primero de los humanos, que tuvo ánimo para declararse contra las preocupaciones que cegaban el universo, y para sacudir el yugo de la religion, que hasta él habia tenido á todos los hombres sujetos á su imperio; y esto sin detenerse, ni en el respeto á los dioses, ni en el temor de los truenos, ni por otro algun motivo.

Se alaba á Epicuro de no haber variado jamás en el celo por su patria. No salió de ella, ni en el tiempo que sitiaba á Atenas Demetrio Poliorcetes, y quiso tener parte en los males que padecia. Se alimentó con habas, y alimentó con ellas á sus discípulos. Deseaba buenos soberanos, y se sometia á los que gobernaban mal. Máxima importante, que es el fundamento de la tranquilidad de los estados. Tácito lo explica en estos términos: «Rogar para teñer buenos emperadores; tolerarlos cualesquiera que sean.»

Murió Epicuro de una retencion de orina, la que llevó con una paciencia y constancia extraordinarias, el segundo año de la olimpíada 127. Empezaba á entrar en el año setenta y dos de su edad.

Reflexion general sobre las sectas de los filósofos.—He procurado exponer, con la mayor claridad que me ha sido posible, la historia de las diferentes sectas de los filósofos paganos. Antes de dejar esta materia, y explicar las diferentes opiniones de estas sectas, creo que debo advertir con anticipacion al lector, que se engañará si espera ver una gran mudanza, y mucha reforma en las costumbres de los hombres con las diferentes instrucciones de todos aquellos filósofos. La sabiduría, de que se alababan los mas entendimientos entre tantas sectas que dividian el universo, no pudo terminar cuestion alguna, y multiplicó los errores. Toda la filosofía humana solo pretendió instruir á los hombres para que viviesen de un modo digno del hombre; porque no conoció en los hombres mas que cualidades humanas, y no los destinó sino para gozar de los bienes humanos. Y para esto no fueron inútiles sus instrucciones; porque á lo menos apartan á los hombres de la vida brutal, la que deshonra la excelencia de la naturaleza humana, y la que hace que soliciten su felicidad en la porcion mas vil de su sér, esto es, en el cuerpo. Pero toda esta reforma se reduce á muy poco. ¿Qué progresos hicieron las sectas de los filósofos, aunque vestidas con tanta elocuencia y defendidas con tantas sutilezas? Dejaron á los hombres en el estado en que los hallaron; en las mismas dudas, las mismas preocupaciones, la misma ceguedad.

¿Y cómo podian trabajar en la reforma del corazon humano, si ignoraban en lo que estaba desarreglado, y cuál era el orígen de su desarreglo? Sin la revelacion del pecado de Adan, ¿qué se conocia del hombre ni de su verdadero estado? Despues de su caída está lleno de contrariedades asombrosas. Retiene, de su primer orígen, ideas de grandeza y elevacion, las que no pudieron extinguir su degradacion y bajeza. Lo quiere todo, aspira á todo. Su deseo para la reputacion, para la inmortalidad, para una felicidad que contenga todos los bienes, es infinito. Y por otra parte, se divierte con todo. Una friolera le ocupa, le aflige ó le consuela. Es un niño en muchas ocasiones; débil, cobarde, abatido: sin hablar de sus vicios, ni

de sus pasiones, las que le deshonran y envilecen, y las que le hacen algunas veces inferior á las bestias, de las que están mas cerca que del hombre por sus indignas inclinaciones.

La ignorancia de estos dos estados abismó á los filósofos en dos excesos igualmente absurdos. Los estóicos, que se hicieron un ídolo de su sabiduría quimérica, inspiraban al hombre pensamientos de una grandeza pura; pero no es este su estado. Los epicúreos, que le degradaron reduciéndole á la materia, le inspiraban sentimientos de humildad pura; y tampoco es este su estado. No era capaz la filosofía de discernir cosas tan inmediatas, y al mismo tiempo tan distantes; tan inmediatas, pues las une el estado del hombre; y tan distantes, pues pertenecen por su naturaleza á estados enteramente distintos. Semejante discernimiento no se hizo antes de Jesucristo, ó independientemente de Jesucristo. El hombre no se conoció ni pudo conocerse antes de su venida. Se elevó demasiado ó se humilló demasiado. Siempre le engañaron sus maestros, ó adulando un orgullo que se debia humillar, ó añadiéndole un abatimiento que se debia ensalzar. Por esto comprendo cuán necesaria me era la revelacion, y cuán precioso me debe parecer el don de la fé.

Á la verdad, cuál sea el modo de transfundirse el pecado original desde Adan hasta á mí, es un asunto cubierto de obscuridades; pero de este solo punto, escondido entre las mas densas tinieblas, sale y se desprende aquella luz que todo lo aclara, y disipa con su claridad todas las dificultades. No debo pues negar mi asenso á este artículo, cuando miro recompensada mi fe con la inteligencia que adquiero por su medio para otras muchas cosas; y mas quiero someter y cautivar mi razon á este solo artículo, que no alcanza á comprender, pero que me le ha revelado Dios, que sublevarla en otras muchas materias que tampoco comprende, aunque no la impide la fe divina su investigacion, pero no allana las dificultades que se encuentran en ellas.

SEGUNDA PARTE.—HISTORIA DE LA FILOSOFÍA.—Preliminares. Entiendo por historia de la filosofía la historia de los dogmas que enseñaba cada secta de los filósofos antiguos.

La filosofía, entre los antiguos, contenia tres partes: la dialéctica ó lógica, que dirige las operaciones del entendimiento y se dedica á formar el discurso; la física (bajo de la que se contenia tambien la metafísica), que considera la creacion del mundo, los efectos de la naturaleza, la existencia y atributos de la divinidad, y la naturaleza del alma; finalmente la moral, que arregla las costumbres y trata de las obligaciones de la vida.

Vease aquí una materia dilatada. No se espere de mí que la trate perfectamente. He declarado ya mas de una vez, que no escribia para los doctos. Todos los dias se oye hablar, y muchos libros hacen frecuente mencion de los estóicos, de los peripatéticos y de los epicúreos. Tuve por conveniente poner al comun de los hombres en el hecho de las principales cuestiones controvertidas entre aquellos filósofos; pero sin meterme en una individualidad exacta de sus disputas, las que, por lo regular, son muy espinosas y muy desagradables.

Antes de entrar en materia, no puedo dejar de hacer que se observe la maravillosa inclinacion que tenian en la antigüedad las personas mas considerables á todas las ciencias, y en particular al estudio de la filosofía. No hablo solamente de los griegos. Vimos la estimacion que tenian en la corte de Creso aquellos famosos sabios de la Grecia; el caso y uso que hacia Pericles de las lecciones de Anaxágoras; con qué ardor solicitaban los ciudadanos mas ilustres de Atenas las conversaciones de Sócrates; qué afecto manifestó Dion, no obstante los atractivos de una corte entregada á los placeres, á Platon; qué propension inspiró Aristóteles á Alejandro el Grande, su discípulo, á las ciencias mas abstractas; finalmente, cuán estimados fueron Pitágoras y sus discípulos de los príncipes de aquella parte de la Italia que se llamó la Gran Grecia.

Los romanos no cedieron en esto á los griegos, después que se introdujo entre ellos el conocimiento y gusto de las buenas artes. Paulo Emilio, despues de la conquista de la Macedonia, consideró, como uno de los mas agradables frutos de su victoria, hacer que viniese de la Grecia á Roma un filósofo, para que instruyese á sus hijos que servian ya, y para hablar con él el mismo en las horas desocupadas. Escipion el Africano, que destruyó á Cartago y á Numancia, aquellas dos formidables rivales de Roma, supo, en medio de las ocupaciones mas importantes, así en la guerra como en la paz, procurarse algunos momentos de quietud y retiro, para gozar de las conversaciones de Polibio y del filósofo Panecio, los que siempre tenia consigo. Lelio, aquel hombre virtuoso, mas respetable por su juicio agradable que por sus dignidades, amigo íntimo de Escipion, dividia con él el gusto de estas discretas y agradables conversaciones. La amistad que tenian estos dos grandes hombres con Panecio, llegaba hasta familiarizarse con él, y dice Ciceron, que aquel filósofo era muy digno de ella. ¡Qué favores no hizo Pompeyo á Posidonio, habiendo ido expresamente á Rodas, cuando volvia de sus gloriosas campañas contra Mitridates, para ver y oir á aquel filósofo! Luculo, en el tiempo mismo de sus campañas, cuando apenas puede respirar un general, hallaba sin embargo ocasion para satisfacer la inclinacion que tenia á las buenas letras, y en particular á la filosofía, y para oir al filósofo Antíoco, que era el compañero de todos sus viajes.

El abad Gedoin hace que se advierta, con motivo de una carta de Dionisio de Halicarnaso á Pompeyo, el uso que sabian hacer del tiempo desocupado los grandes hombres de la república romana. «La excelente educacion, dice, que recibian los romanos, los hacia hábiles casi desde la niñez. Los instruian perfectamente en su lengua y en la griega; estas dos lenguas, que eran vivas, les costaba poco el aprenderlas. Les inspiraban desde niños inclinacion á los escritos sobresalientes. Esta inclinacion derramada, si se debe decir así, en almas tiernas, se fortificaba con la edad, y los determinaba á solicitar la compañía de los doctos, cuya conversacion pudiese suplir la lectura, á la que no se podian dedicar por los negocios. De esto provenia que, teniendo todos los romanos cultivado el entendimiento con las letras, vivian entre sí en un comercio continuo de erudicion. ¡Y cuál seria la conversacion de un gran número de romanos, cuando llegaban á juntarse, Hortensio, Ciceron, Cotta, César, Pompeyo, Caton, Bruto, Ático, Cátulo, Luculo, Varron y otros muchos!»

Pero nadie tuvo tanta inclinacion ni ardor, especialmente á la filosofía, como Ciceron. Se comprende con dificultad cómo un hombre tan ocupado como estaba con los cuidados de la abogacía, y con los negocios del estado, pudo tener tiempo para profundizar, como lo hizo, todas las cuestiones disputadas en aquellos tiempos entre los filósofos. Era porque, como lo dice el mismo, por lo respectivo á las buenas letras, el tiempo que ocupaban los otros en el paseo, en las

diversiones, en los espectáculos, en el juego, lo empleaba él, ó en el gabinete, ó en conversaciones familiares con amigos de la misma inclinacion que el. Estaba persuadido, que un estudio, una recreacion semejante, correspondian perfectamente á senadores y á hombres de estado, con tal que por eso no quitasen nada de lo que debian al público. ¿Seria mejor, dice, que sus conversaciones fuesen mudas de algun modo, ó que recayesen sobre bagatelas, y sobre asuntos de ninguna importancia?

Los libros filosóficos que nos dejó, los que no son la parte menos apreciable de sus obras, manifiestan hasta dónde, en este género, llegó con su aplicacion. Sin hablar de todo lo demás, da excelentes reglas á los que escriben materias controvertidas y emprenden impugnar á sus contrarios. Quiere que no se empeñen en las disputas sino por un puro amor á la verdad, sin preocupacion ni deseo de ostentar ingenio, ó de que prevalezcan sus opiniones. Aparta de ellas toda pasion, toda cólera, todo furor, toda maledicencia y toda injuria. «Estamos, dice hablando de sí mismo, dispuestos á impugnar nuestros adversarios sin terquedad, y á sufrir sin sentimiento que se nos impugne.»

¡Cuán amable es este carácter! ¡Qué bueno es desear en las disputas, nó el vencer á sus contrarios, sino solamente hacer que triunfe la verdad! ¡Que ventaja no encontraria el mismo amor propio, si se permitiese oirle en una conducta semejante, á la que no se puede negar la estimacion; que añade nueva eficacia á las razones; que ganando los corazones, dispone los entendimientos al convencimiento; y que con modales suaves y modestos, quita á la confesion que mortifica por haberse engañado, este dolor secreto, anexo casi siempre á un mal rubor! ¿Cuándo revivirán entre nosotros esta inclinacion al estudio y esta prudente moderacion en las disputas?

Sin embargo, se debe confesar en honor de nuestro siglo: tenemos personas de un raro mérito que se distinguen por estas dos cualidades. Solo hablaré aquí del señor presidente Bouhier. Sus eruditas notas sobre el texto de muchos libros de Ciceron, bastarian solas para manifestar hasta dónde llegó este ilustre magistrado con la extension de sus noticias. «Puede ser, dice muy á propósito el abad de Olibet en un prefacio, que está en la nueva edicion de los Tusculanos, traducidos, parte por el señor Bouhier, parte por este abad, con un acierto que igualmente honra á uno y otro; puede ser que el ejemplo de una persona de su clase y de su mérito despierte en Francia la inclinacion á la crítica: inclinacion en otros tiempos tan comun, que el célebre Lambin, cuando trabajó sobre Ciceron, encontró socorros en los mayores personajes de su tiempo. Porque, para decir esto de paso, la lista que nos dejó de ellos, y que se puede ver después de su prefacio, prueba que este mismo Ciceron, que en nuestros dias se deja á los gramáticos, era doscientos años hace las delicias de las personas mas considerables que habia en la toga y en la clerecía.»

Pero aun admiro mas el carácter de modestia y prudencia que reina en los escritos del señor Bouhier que su vasta erudicion. Davies habia hecho en Inglaterra observaciones sobre el mismo texto de Ciceron como él. «La carrera, dice el magistrado, que corremos uno y otro en esta especie de diversion literaria, no se parece á aquellas en que los competidores no deben aspirar mas que al honor de vencer. La verdadera gloria de los críticos consiste en averiguar la verdad, y en hacer justicia á quien la encuentra. Me alegro pues de hacerla al erudito inglés.» Le agradece tambien las advertencias que le hace por algunas equivocaciones. ¡Que comparacion entre un carácter tan moderado y razonable, y el ardor de estos autores tan celosos de su reputacion que no pueden sufrir la censura mas lijera!

Vuelvo á mi asunto. La division de la filosofía en tres partes, la dialectica, la moral y la física, me presentan la que debo seguir en este corto tratado.

I. La dialectica, ó lógica, es la ciencia que da reglas para dirigir las operaciones de nuestro entendimiento en la averiguacion de lo verdadero, y enseñarnos á discernirlo de lo falso. Advertí con bastante extension en el cuarto tomo del tratado de los Estudios, cuan útil era esta parte de la filosofía y el uso que se debia hacer de ella. Aristóteles fué entre los antiguos el autor mas excelente para la dialectica. Además de otras muchas obras, tenemos suyos cuatro libros de la «Análisis,» en los que establece todos los principios del razonamiento. «Este ingenio, dice Rapin en la comparacion que hace de Aristóteles y de Platon, este ingenio, tan lleno de razon é inteligencia, profundizó de tal modo el abismo del entendimiento humano, que penetró todas sus facultades, con la puntual distincion que hizo de sus operaciones. Todavía no se habia descubierto este vasto terreno de los pensamientos del hombre para conocer su profundidad. Aristóteles fué el primero que descubrió este nuevo camino para llegar á la ciencia con la evidencia de la demostracion, y para demostrar geométricamente la infalibilidad del silogismo, la obra mas perfecta, y el esfuerzo mas grande del entendimiento humano.»

Este elogio es grande, y nada deja que desear; pero no se le puede negar á Aristóteles la gloria de haber aumentado mucho la actividad del razonamiento, y de haber explicado con mucha sutileza y discernimiento sus reglas y principios.

Parece que Ciceron reconoce á este filósofo por el autor é inventor de la dialectica: el mismo honor hace á Zenon de Elea, segun Diógenes Laercio. Se cree pues que fué Zenon el primero que encontró esta serie natural de principios y consecuencias, de lo que formó un arte que hasta entónces no habia tenido cosa fija ni arreglada. Pero Aristóteles, sin duda, le aumentó mucho.

Este estudio era la principal ocupacion de los estóicos que reconocian por jefe á otro Zenon. Se preciaban de sobresalir en esta parte de la filosofía. Con efecto, su modo de argumentar era vivo, ejecutivo, eficaz, propio para deslumbrar y embarazar á sus contrarios; pero obscuro, seco, desnudo de todo adorno, y por lo regular degeneraba en futilidades, en sofismas, y en argumentos capciosos y torcidos, para servirme del término de Ciceron.

Aunque la cuestion de si hay alguna cosa cierta en nuestros conocimientos, no se debe considerar sino como una cuestion preliminar para la dialectica, sin embargo, era este su principal objeto y sobre lo que disputaban los filósofos con mas ardor. La diferencia de opiniones en este asunto consistia en que creian unos que se podian tener noticias seguras, y hacer juicios ciertos; y al contrario, otros pretendian que nada se podia conocer ciertamente, y por consiguiente afirmar nada de positivo.

El modo de disputar que practicaba Sócrates pudo muy bien dar ocasion á este último método de filosofar. Se sabe que jamás decia su dictámen, que se contentaba con impugnar el de los otros, sin afirmar nada positivamente, y que declaraba que no sabia otra

cosa, sino que no sabia nada, y por esto creyó tambien que merecia el elogio de Apolo, de que era el mas sabio de los hombres. Muchos creen que siguió Platon el mismo método, pero no se conviene en esto.

En lo que no hay duda es, que los dos mas célebres discípulos de Platon, Espeusipo, su sobrino, y Aristóteles, que formaron dos famosas escuelas, el primero la de los académicos, el otro la de los peripatéticos, abandonaron la costumbre que tenia Sócrates de no hablar jamás sino dudando, y no afirmar nada; y reduciendo el modo de tratar las cuestiones á ciertas reglas y á cierto método, dispusieron de esto un arte, una ciencia conocida con el nombre de dialéctica, la que es una de las tres partes de la filosofía. Estas dos escuelas tenian un nombre diferente; pero en la sustancia tenian los mismos principios, con corta diferencia. Las confundiremos por lo regular con el nombre de antigua academia.

La opinion de la antigua academia era, que aunque tuviese nuestro conocimiento su orígen en los sentidos, no eran los sentidos los que juzgan de la verdad, sino el entendimiento, el que solo merece ser creido, porque es él solo quien ve las cosas, tales como son en sí mismas; esto es, que ve lo que llama Platon las ideas, las que subsisten siempre en el mismo estado, y no consienten mutacion alguna.

Zenon, jefe de los estóicos, que era de «Cicium,» ciudad pequeña de Chipre, concedia algo mas al testimonio de los sentidos, lo que pretendia era cierto y evidente; pero suponiéndoles ciertas condiciones, es á saber, que estuviesen sanos y en buen estado, y que no hubiese obstáculo alguno que les pudiese embarazar sus efectos.

Epicuro decia todavía mas. Daba tal certeza á la relacion de los sentidos que los consideraba como una regla infalible de verdad: de suerte, que enseñaba que los objetos eran precisamente tales como nos parecen; que el sol, por ejemplo, y las estrellas fijas no tenian realmente mas grandeza que la que parece que tienen á nuestros ojos. Admitia otro medio de discernir la verdad, era la idea que tenemos de las cosas, sin la cual no podemos formar cuestion alguna ni hacer juicio alguno.

Zenon empleaba el mismo principio, é insistia particularmente en las ideas claras, evidentes y ciertas que tenemos naturalmente de ciertos principios, por lo respectivo á las costumbres y á la conducta de la vida. «El hombre de bien, dice, está determinado á sufrirlo todo, y á dejarse despedazar con los tormentos mas crueles, antes que faltar á su obligacion ni á la fidelidad que debe á su patria. Pregunto, ¿por qué se impone á sí mismo una ley tan rigurosa y tan contraria en apariencia á sus intereses, y si es posible que tome tal resolucion, si no tiene en el entendimiento una idea clara y distinta de la justicia y fidelidad que le manifiesta evidentemente que se debe exponer á todos los suplicios antes de ejecutar nada que sea contrario á la justicia y á la fidelidad?»

Este discurso, que funda Zenon en la certeza de las ideas claras y evidentes, demuestra la falsedad del principio recibido comunmente en la escuela de los peripatéticos, «que todas nuestras ideas provienen de nuestros sentidos.» Porque, como lo advierte la lógica de Port-real, no hay cosa que concibamos más distintamente que nuestro mismo pensamiento, ni proposicion que pueda sernos mas clara que esta: «Yo pienso, luego soy.» Porque no podríamos tener seguridad alguna de esta proposicion, si no concibiésemos distintamente lo que es «ser,» y lo que es «pensar.» Y no se debe pedir que expliquemos estos términos, porque son del número de aquellos que los entiende tambien todo el mundo, que se oscurecerian si los quisiesen explicar. Si no se puede negar que tenemos en nosotros las ideas del sér y del pensar, que se nos diga por qué sentido entraron en nuestro entendimiento. Luego se debe convenir en que no sacan de modo alguno su orígen de los sentidos.

Zenon demostraba tambien lo falso, y aun lo ridículo de la opinion de los académicos, con otra reflexion. «En la conducta comun de la vida es imposible, decia, tomar un partido fijo y determinarse á cosa alguna si no hay en el entendimiento un principio fijo y seguro que nos determine á tomar un partido antes que otro. De este modo se estará siempre en la incertidumbre y en la inaccion.»

Los sectarios de la antigua Academia y del Pórtico convenian pues juntos en que unos y otros defendian, aunque por principios diferentes, que habia medios seguros de conocer la verdad, y por consiguiente conocimientos evidentes y ciertos.

Arcesilao se opuso con mucho ardor á esta opinion, dedicándose particularmente á impugnar á Zenon, y estableció una secta, la que se llamó la media Academia, la cual subsistió hasta Carneades, cuarto sucesor de Arcesilao, que fundó la secta nombrada la nueva Academia. Como no hizo mas que lijeras mutaciones en la media, se confunden y conocen las dos con el nombre de «Academia nueva.» Esta secta tuvo mucho crédito. Ciceron la abrazó abiertamente, y se declaró su defensor.

Si se le cree, no fué por terquedad ni por un frívolo deseo de vencer, por lo que impugnó Arcesilao á Zenon, sino por la obscuridad que se hallaba en todos los conocimientos, la que habia obligado á Sócrates, como tambien á Demócrito, Anaxágoras, Empédocles y casi á todos los filósofos antiguos á confesar su ignorancia y convenir en que no se podia saber nada ni conocer nada con certeza, ni lo que se reservó Sócrates diciendo: «Yo no sé mas que una cosa, que es, que no sé nada.»

Lo principal de la disputa entre Zenon y Arcesilao recaia sobre el testimonio de los sentidos. Pretendia Zenon que por su ministerio se podia conocer ciertamente la verdad: Arcesilao lo negaba. La principal razon de este último, era, que no hay señal alguna cierta que distinga y haga que se disciernan los objetos falsos y engañosos, de los que no son tales. Los hay que parecen tan perfectamente semejantes entre sí, que no es posible discernirlos. Luego es exponerse, juzgando y afirmando alguna cosa de ellos, á engañarse y á tomar lo verdadero por lo falso, y lo falso por lo verdadero, lo que es enteramente indigno del sabio. Y por consiguiente, si quiere gobernarse con prudencia, debe suspender su juicio y no decidir de nada. Esto era lo que ejecutaba Arcesilao; pasaba los dias enteros disputando é impugnando sus opiniones, sin que jamás dijese la suya.

Los académicos, á su ejemplo, practicaron siempre después lo mismo. Vimos que Carnéades, cuando fué á Roma con otros dos diputados, habló un dia en favor de la justicia, y al dia siguiente en contra, con la misma actividad y elocuencia. Pretendian que el fin de estos discursos en que defendian la afirmativa y negativa sobre un mismo asunto, era descubrir con estas averiguaciones alguna cosa que fuese verdadera, ó á lo menos que se acercase á la verdad. La única diferencia, decian, que hay entre nosotros, y los que creen saber alguna cosa, es, que los otros filósofos tienen seguramente por verdadero y por incontestable el partido que defienden, y nosotros tenemos la mo-

destia de creer el nuestro solamente probable y verosímil. Añadian, que no habia fundamento para acusar su doctrina de que reducia á los hombres á la inaccion, y que turbaba las obligaciones de la vida: pues bastaba la probabilidad y verosimilitud, para determinarlos á tomar un partido antes que otro. Tenemos un excelente tratado de Ciceron, intitulado «Lucullus,» el que se cuenta por el cuarto libro de las «Cuestiones académicas;» en el cual hace Ciceron que defienda Luculo la opinion de la Academia antigua, «que hay cosas que puede el hombre saber y comprender;» pero él defiende la opinion contraria, que es de la nueva Academia, «que el hombre no puede pasar de las apariencias, ni puede tener mas que opiniones probables.» Lúculo, terminando sú disertacion, que es bastante larga y muy elocuente, habla á Ciceron de este modo: «¿Es posible, le dice, después del magnífico elogio que has hecho de la filosofía, que puedas abrazar una secta que confunde lo verdadero con lo falso, que nos quita todo el uso de la razon y del juicio, que nos prohibe el aprobar nada, y que nos despoja de todos los sentidos? Estos pueblos cimmerianos, de quienes se dice que jamás ven el sol, tienen tambien algunos fuegos, algun crepúsculo que los alumbra. Pero estos filósofos, por quienes te declaras, en medio de estas profundas tinieblas con que nos cercan, no nos dejan una chispa, cuya luz nos pueda alumbrar. Nos tienen como atados con ligaduras que no nos dejan hacer movimiento alguno. Porque finalmente, prohibirnos, como lo hacen, que consintamos en cualquiera cosa que pueda ser, es quitarnos realmente todo el uso del entendimiento, y prohibirnos al mismo tiempo toda accion.» Es dificultoso impugnar mejor los dogmas de la nueva Academia, la que, con efecto, parece que degrada al hombre, desterrándole á una ignorancia absoluta, y no dejándole, para gobernarse, mas que la duda é incertidumbre.

El P. Malebranche, en su averiguacion de la verdad, establece con mucha extension un excelente principio sobre los sentidos: y es, que nos dió Dios los sentidos, nó para que conociésemos la naturaleza de los objetos, sino su relacion con nosotros; nó lo que son en sí mismos, sino si son ventajosos ó dañosos á nuestro cuerpo. Este principio es muy ingenioso, y destruye todas las sutilezas de los filósofos antiguos. Pero los objetos en sí mismos, los conocemos por las ideas.

Dije que los nuevos académicos se contentaban con negar la certeza, admitiendo la verosimilitud. Los pirronios, que son una rama y consecuencia de la secta académica, negaron tambien esta verosimilitud, y pretendieron que todas las cosas eran igualmente obscuras é inciertas.

Pero la verdad es, que todas estas opiniones que han hecho tanto ruido en el mundo, nunca subsistieron sino en los discursos, las disputas ó los escritos, y que nadie quedó jamás persuadido seriamente de ellas. Eran juegos y diversiones de personas ociosas é ingeniosas; pero nunca fueron opiniones que creyesen interiormente, y por las que se quisiesen gobernar. Pretendian que no se puede distinguir el sueño de la vigilia, ni la locura del buen juicio: sin embargo de todas sus razones, ¿podian dudar que no dormian, y que tenian sano el entendimiento? Pero si se encontraba alguno capaz de dudar esto, á lo menos nadie podria dudar, como dice san Agustin, si es, si piensa, si vive. Porque, sea que duerma ó que vele, sea que tenga el entendimiento sano ó enfermo; sea que se engañe ó que no se engañe, á lo menos es cierto, pues piensa que es, y que vive; siendo imposible separar el sér y la vida del pensamiento, y creer que lo que piensa, ni es, ni vive.

II. La moral, que se propone por objeto arreglar las costumbres, es, propiamente hablando, la ciencia del hombre. Todas las otras facultades están de algun modo fuera de él, ó á lo menos, se puede decir que no llegan hasta lo mas íntimo y personal que tiene en sí, quiero decir hasta el corazon: porque es en donde está todo lo que es el hombre. Le pueden hacer mas docto, mas elocuente, mas exacto en sus discursos, mas hábil en los arcanos de la naturaleza, mas apto para mandar ejércitos y gobernar estados; pero no le hacen mejor, ni mas prudente. Sin embargo, la moral es la única cosa que le pertenece mas de cerca, que le interesa personalmente, y sin la que le debe parecer todo lo demás muy indiferente.

Por esto creyó Sócrates que debia preferir el arreglo de las costumbres á todo lo demás. Antes de él, casi no se ocupaban los filósofos, sino en explorar los secretos de la naturaleza, en medir la extension de la tierra y de los mares, y en estudiar el curso de los astros. Fué el primero que acreditó la moral, y para servirme de los términos de Ciceron, hizo que bajase la filosofía desde el cielo á las ciudades, la introdujo tambien en las casas, y la familiarizó con los particulares, obligándola á que les diese preceptos sobre las costumbres y sobre la conducta de la vida.

No se limita en el cuidado de los particulares. El gobierno de los estados fué siempre el principal objeto de las reflexiones de los filósofos mas célebres. Aristóteles y Platon nos dejaron sobre esta materia muchos tratados muy extensos, que fueron siempre muy estimados, y que contienen excelentes principios. Esta parte de la moral se llama política. No la trataré aquí separadamente: me contentaré, hablando de las obligaciones, con referir mas adelante algunos extractos de Platon y de Ciceron, que darán á conocer las nobles ideas que tenian sobre el modo de gobernar los pueblos. La moral debe instruir á los hombres principalmente sobre dos materias. Debe, en primer lugar, enseñarles en qué consiste la suma felicidad, á la que aspiran todos; después mostrarles las virtudes y obligaciones que los pueden conducir á ella. No se debe esperar que nos presente el paganismo, sobre materias tan importantes, máximas muy puras. Encontraremos en él una mezcla de luz y de tinieblas que nos admirará, pero que nos podrá instruir mucho. Juntaré á la moral un corto tratado sobre la jurisprudencia.

Art. 1.° En toda la filosofía moral no hay materia mas útil que la que pertenece á la suma felicidad. Se disputaban en las escuelas muchas cuestiones bastante indiferentes para el comun de los hombres, y de las que importaba poco no instruirse, sin que por esto padeciesen mucho ni las costumbres ni la conducta de la vida. Pero la ignorancia de lo que constituye la suma felicidad, echa al hombre en una infinidad de errores, y hace que camine siempre á la contingencia, sin tener cosa fija y sin saber ni adónde va, ni el camino que debe seguir: en lugar que, establecido bien una vez este principio, conoce claramente todas sus obligaciones, y sabe cómo se debe portar en todo lo demás.

No fueron solamente los filósofos los que trabajaron para averiguar en qué consiste la suma felicidad: fueron generalmente todos los hombres doctos, ignorantes, entendidos, necios. No hay persona que no tome partido en esta importante cuestion. Y cuando se mantuviese indiferente el entendimiento, no podria dejar de elegir el corazon. Sale de su interior una voz secreta

que dice, por algun objeto: «¡Feliz el que te posee!»

El hombre tiene grabados en lo profundo de su naturaleza la idea y el deseo de una felicidad suma: y esta idea y este deseo son la fuente de todos los otros deseos y de todas sus acciones. Después del pecado no le quedó de ella mas que una nocion confusa y general, la que es inseparable de su sér. No podria dejar de amar y solicitar esta felicidad, la que ya no conoce sino confusamente; pero no sabe en dónde está, ni en qué consiste, y esta averiguacion le precipita en una infinidad de errores. Porque, encontrando bienes creados que satisfagan alguna corta parte de esta sed insaciable que le devora, los tiene por la felicidad suma, refiere á ellos sus acciones, é incurre de este modo en una infinidad de distracciones criminales.

Esto es lo que veremos claramente en las opiniones que dividieron á los filósofos sobre esta materia. Ciceron la trató con mucha extension y erudicion en los cinco libros que tienen por título «De finibus bonorum et malorum,» en los que examina en qué consisten los verdaderos bienes y los verdaderos males. Me atendré al plan que he seguido, y explicaré después de él, lo que pensaron en este asunto los epicúreos, los estóicos, los peripatéticos, esto es, las tres sectas mas célebres de filosofía.

Las dos últimas nos presentarán de tiempo en tiempo excelentes máximas sobre diversos asuntos; pero estarán mezcladas con mas frecuencia con dogmas falsos y errores groseros. No se debe esperar encontrar en ellos cosa que instruya por lo respectivo á los bienes futuros. La filosofía humana no eleva al hombre sobre sí mismo, y se limita á la tierra. Aunque estuviesen persuadidos muchos filósofos de la inmortalidad del alma, y por consiguiente convencidos de que la vida presente no es mas que un instante en la duracion infinita de nuestras almas, no dejaron de estudiar y atender enteramente á esta vida de un momento. Lo que debia suceder en la otra vida no era asunto sino de algunas conversaciones estériles, de las que no sacaban consecuencia alguna para su propia conducta ni para la de los otros. Así, aquellos pretendidos sabios que lo conocian todo, excepto á sí mismos, y que sabian el destino de cada cosa particular, excepto el del hombre, pueden considerarse, con justo título, como insensatos. Porque es serlo, no saber lo qué se es, y adónde se va; ignorar su fin y los medios de llegar á él; saber lo que es superfluo y extraño, y estar ciego sobre lo que es personal y necesario.

§. 1. El nombre solo de Epicuro nos advierte, que en la cuestion de que se trata, no se debe esperar que nos inspire nobles y generosos pensamientos.

Se llama suma felicidad, segun todos los filósofos, aquella á que se refieren todas las otras, y que no se refiere ella á ninguna otra. Epicuro quiere que consista la suma felicidad en el placer, y por una consecuencia necesaria, el sumo mal en el dolor. La misma naturaleza nos enseña esta verdad, y nos instruye, desde nuestro nacimiento, para apetecer, como sumo bien, todo lo que nos puede agradar, y para evitar, como sumo mal, todo lo que nos puede causar pena. No se necesitan argumentos muy refinados para establecer esta verdad, lo mismo que para probar que el fuego es caliente, la nieve blanca, y la miel dulce. Todo esto se percibe. Supóngase de un lado á un hombre que goza en el entendimiento de los mayores gustos, sin temor de que se le interrumpan; y de otro á un hombre entregado á los mas vivos dolores, sin esperanza alguna de alivio: ¿se puede dudar el lado en que se debe poner el sumo bien y el sumo mal?

Como no depende del hombre librarse de los dolores, opone Epicuro á este inconveniente un remedio, fundado en un discurso que considera muy persuasivo. «Si el dolor es grande, dice, será corto: si es largo, será lijero.» Como si no sucediese frecuentemente que una enfermedad sea á un mismo tiempo larga y dolorosa, y como si un discurso pudiese alguna cosa contra el sentimiento.

Proponia otro remedio no menos ineficaz contra la viveza del dolor, que consistia en distraer nuestra imaginacion de los males que se padecen, y poner toda la atencion en los placeres que se han experimentado otras veces, y en los que se esperan disfrutar en lo futuro. ¡Qué! le replicaban, ¿cuando la violencia del dolor me punza, me penetra, me atormenta, me quema, y no me deja instante alguno de quietud, me ordenas que le olvide y que no haga caso de él? Este disimulo y este olvido ¿están acaso en mi poder? ¿Depende de mí el reprimir la voz de la naturaleza, y hacerla que calle?

Precisado á renunciar todos estos falsos y miserables discursos, no le queda á Epicuro otra salida que confesar, que seria sensible su sabio al dolor; pero no dejaria de considerarse feliz en este estado, y á esto se reducia. Oyéndole hablar de este modo, tengo, dice Ciceron, mucho trabajo para no reirme. Si el sabio es atormentado, si es quemado (se espera que va á decir Epicuro que resistirá constantemente y que no cederá: esto no es bastante, adelanta todavía mas); si se ve encerrado el sabio en el ardiente toro de Fálaris, exclamará lleno de gozo: «¡Cuán suave es el estado en que estoy! ¡qué poca pena siento!» Admira oir que salga esta palabra de la boca del panegirista del deleite, que quiere que consista el sumo bien en los placeres, y el sumo mal en los dolores. Aun admira mas, cuando se ve á Epicuro que sostiene este generoso personaje hasta el fin, y que se le oye á él mismo en medio de los dolores agudos del mal de piedra y de los tormentos que le ocasionaba un terrible cólico, que le despedazaba las entrañas, exclamar: «Yo soy feliz. Este es el último y mas afortunado dia de mi vida.»

Pregunta Ciceron, ¿cómo se puede conciliar á Epicuro consigo mismo? Pues el que no niega que el dolor deje de ser dolor, no pone tan alta la virtud del sabio. «Es muy bastante, dice, que sufra los males con paciencia. No pido que los lleve con gusto. Porque finalmente el dolor es un cosa triste, cruel, amarga, contraria á la naturaleza y difícil de aguantar.» Esto es pensar y hablar razonablemente. El lenguaje de Epicuro es el de la vanidad y del orgullo, que procura presentarse al público, y haciendo ostentacion de un falso valor, prueba una verdadera debilidad.

En lo demás, estas absurdas consecuencias de Epicuro eran consecuencias necesarias que se seguian invenciblemente de sus principios erróneos. Porque si el sabio debe ser feliz todo el tiempo que es sabio, no haciéndole perder el dolor su sabiduría, tampoco le puede hacer perder su felicidad. Por esto se ve precisado á asegurar que es feliz en medio de los dolores mas vivos.

Se debe confesar que se encuentran en Epicuro máximas, y tambien acciones, que tienen alguna cosa extraordinaria, y deslumbran y dan de su persona y doctrina una idea enteramente opuesta á la que regularmente se concibe de él. Por esto le defendieron muchos eruditos muy célebres, é hicieron su apología.

Declara libremente, dice Ciceron, que no se puede vivir agradablemente, á menos que no se viva con

juicio, honestidad y justicia; y que no se puede vivir de esta suerte sin vivir agradablemente. ¡Lo que contiene un principio semejante!

Sobre las otras materias de moral, y sobre las reglas de las obligaciones, tiene máximas que no son menos nobles ni severas.

Refiere Séneca muchas palabras suyas que ciertamente son muy laudables. «Jamás he pensado, dice, en agradar al pueblo: porque lo que yo sé, no lo aprueba el pueblo, y lo que el pueblo aprueba, yo no lo sé.»

En lugar del pueblo, sustituye Epicuro algun hombre de bien, de gran virtud y de mucha reputacion, el que quiere tengamos siempre delante de los ojos como un guardia y centinela, de suerte que ejecutemos todas nuestras acciones, como si fuese testigo y juez de ellas. Con efecto, es quitar la mayor parte de las faltas ponerles un testigo que se respete, cuya autoridad, teniéndola solamente presente en nuestro pensamiento, arregla y purifica nuestras mas secretas acciones.

«Si quieres, decia Epicuro, hacer á Pitocles verdaderamente rico, no es necesario añadirle bienes, sino quitarle solamente deseos y codicia.»

No acabaria si quisiese referir otras muchas máximas de una moral tan exacta. ¿Habla Sócrates mejor que Epicuro? Y se pretende que su conducta correspondia á su moral.

Aunque los jardines de Epicuro tuviesen por inscripcion: «El deleite es aquí el sumo bien,» el dueño de la casa, agradable por otra parte, y muy honrado, recibia á sus huéspedes con pan y agua.

Él mismo, este doctor de las delicias, tenia ciertos dias en los que satisfacia su hambre con mucha templanza. Advierte en una carta que no gastaba un «as» entero en su comida, esto es, seis maravedís; y que Metrodoro, su compañero, que todavía no estaba tan adelantado, gastaba el «as» entero.

Vimos con qué ánimo, en las cercanías de la muerte, sufria los mas vivos y crueles dolores. ¿Qué se responderá á estos hechos y á otros muchos semejantes? Porque se cuentan muchos.

¿Qué se responderá tambien por otra parte á hechos enteramente contrarios y en número muy grande, y á las reprensiones que se le hacian, por abandonarse á la embriaguez y á las torpezas mas vergonzosas, como se ve en Diógenes Laercio?

Pero Ciceron corta la disputa en una palabra, y la reduce á un solo punto. «¿Creeis, se le decia, que sea Epicuro tal como quiere persuadir, y sea su intencion inclinar al desórden y á la gula? Yo no lo creo, responde Ciceron; porque veo, que por otra parte tiene muy buenas máximas y de una moral muy excelente. Pero aquí no se trata de sus costumbres, ni de su conducta; se trata de sus dogmas y opiniones. Pues se explica, sobre lo que entiende por el placer y el deleite, de un modo que no es obscuro. Entiendo por esta palabra, dice Epicuro, los placeres del paladar, los deleites de la carne, la vista de los objetos que lisonjean agradablemente los ojos, las diversiones, la música. ¿Añado alguna cosa á sus palabras? ¿Añado alguna cosa falsa? Si es esto, que se me impugne; porque no deseo sino aclarar la verdad.»

El mismo Epicuro declara, «que no puede concebir que haya otra dicha que la que consiste en beber, en comer, en la armonía de las tocatas que adulan los oidos, y en los deleites obscenos.» ¿No son estos, dice Ciceron, sus propios términos?

Suponiendo que defendiese un dogma semejante, ¿se debia contar por algo los discursos mas excelentes que por otra parte pronunciaba sobre la virtud y la honestidad? Se juzgaria de ellos como de los libros que escribió sobre la Divinidad. Todos estaban persuadidos que en su interior no creia dioses. Sin embargo, hablaba en aquellos libros del respeto que se les debe, en términos magníficos, para poner á cubierto sus verdaderas opiniones y su persona, y para que no le persiguiesen los atenienses. El mismo interés tenia en ocultar un dogma tan repugnante, como el en que hace que consista el sumo bien en el deleite.

Torcuato ponderaba extremamente en favor de Epicuro, cuya doctrina defendia, el pasaje en que decia este filosofo que no se puede lograr una vida agradable sino es prudente, honesta y justa. Ciceron no se deja deslumbrar con un vano esplendor de palabras, con que procura Epicuro ocultar la torpeza de sus dogmas. Prueba con mucha extension que la prudencia, la honestidad, la justicia, no se pueden conciliar con el placer, en el sentido que le da Epicuro, que avergüenza á la filosofía, y deshonra la misma naturaleza. Pregunta á Torcuato, si cuando se le nombre cónsul, lo que debia suceder muy presto, ¿se atreveria en la arenga que ha de hacer al pueblo ó al senado, declarar que entra en el empleo muy resuelto á proponerse los deleites por fin y por objeto en todas sus acciones? ¿Por qué no se atreverá, sino porque conoce bien que un lenguaje semejante es infame?

Concluiré todo este artículo con una excelente oposicion que pone aquí Ciceron. Representa á un lado á L. Torio Balbo de Lanubio, uno de estos sensuales hábiles y delicados que se ocupan y hacen mérito de refinar todo lo que se llama delicias; quien, libre de todo cuidado por lo presente, y de toda inquietud por lo futuro, no se entregaba brutalmente á los excesos de comer y beber, ni á las otras diversiones torpes; sino quien, cuidadoso de su salud y de ciertas conveniencias, tenia una vida blanda y deliciosa, juntaba todos los dias en su casa una tertulia de amigos escogidos, tenia siempre una mesa servida con los manjares mas delicados y exquisitos, se le aprontaba todo lo que podia adular agradablemente sus sentidos, hasta aquellos placeres, sin los que no concebia Epicuro cuál podia ser la suma felicidad; en una palabra, que era industrioso para coger en todo, digámoslo así, una flor delicada de gusto y deleites, y que anunciaba con un color encarnado el buen interior de salud y robustez que disfrutaba. «Este es, dice Ciceron hablando con Torcuato, un hombre, segun tu opinion, soberanamente feliz.»

«No me atrevo á nombrarte el que tengo intencion de oponerle; pero la misma virtud le nombrará por mí: este es el famoso Régulo, quien por su propia voluntad, sin precisarle mas que la palabra que habia dado á los enemigos, fué de Roma á Cartago, en donde sabia los suplicios que le tenian dispuestos, y en donde, con efecto, le hicieron morir de hambre, y privándole del sueño. En estos mismos tormentos le declaró la virtud en alta voz, infinitamente mas feliz que tu Torio, acostado en las rosas y nadando en los deleites. Régulo habia asistido á muchas guerras, habia sido dos veces cónsul, recibió el honor del triunfo; pero casi contaba por nada todas estas ventajas en comparacion de aquel último lance de su vida, el que le granjearon la fidelidad á su palabra y su fortaleza; lance, cuya mera relacion nos aflige y asusta, y cuya realidad fué para Régulo motivo de gusto y de placer.»

Póngase en lugar de Regulo á un cristiano que padece por la verdad, no habrá cosa que concluya mas

que el argumento de Ciceron. Sin esto es impugnar un absurdo con otro, y oponer una idea falsa de felicidad, á una felicidad ignominiosa.

§. 2. Salimos de la escuela mas desacreditada entre los filósofos antiguos, en cuanto á la doctrina, y en cuanto á las costumbres, la que sin embargo tenia mucha autoridad, y cuyos dogmas, en la práctica, se seguian casi generalmente, siendo mucho mas eficaz el atractivo del placer que los mas excelentes discursos. Pasamos ahora á otra escuela que alabó bastante el paganismo, con la que se acreditó mucho, y en la que pretendió se enseñaba y practicaba la virtud con toda pureza y perfeccion. Bien se conoce que hablo de los estóicos.

Era principio comun entre todos los filósofos, que la suma felicidad consistia en vivir segun la naturaleza. En el distinto modo con que explicaban esta conformidad con la naturaleza, consistia la diversidad de sus opiniones. Epicuro la ponia en el placer; algunos en no tener dolores, otros en otros objetos. Zenon, jefe de los estóicos, queria que consistiese únicamente en la virtud. Segun su opinion, vivir segun la naturaleza, vivir conforme á la naturaleza, en lo que solo consiste la felicidad, es vivir honestamente, vivir virtuosamente. Esto es lo que nos inspira la naturaleza, á lo que nos inclina la honestidad y la virtud; y al mismo tiempo nos inspira un extraordinario horror á todo lo que es contrario á la honestidad y á la virtud.

Esta verdad se conoce sensiblemente en los niños, en quienes admira la candidez, la ingenuidad, la terneza, el agradecimiento, la compasion, la pureza, la ignorancia de lo malo y de todo artificio. ¿De dónde les provienen tan excelentes virtudes, sino de la misma naturaleza que se pinta y manifiesta en los niños, como en un espejo? En una edad mas avanzada, por poco que se acuerde cualquiera de que es hombre, no puede negar su estimacion á una juventud juiciosa, arreglada, modesta; y al contrario, ¿con qué ojos se miran los mozos entregados á la torpeza y á los desórdenes? Cuando se leen en la historia, de un lado acciones de bondad, de mansedumbre, de clemencia, de gratitud; del otro, acciones de violencia, de injusticia, de ingratitud, de crueldad; por mucho tiempo que haya pasado, desde aquellos hombres, de quienes habla la historia, hasta nosotros, ¿somos dueños de nuestros afectos, y podemos dejar de amar á los unos y detestar á los otros? Esta es, dice Zenon, la voz de la naturaleza que nos da á entender que no hay verdadero bien, sino la virtud, verdadero mal, sino el vicio.

Los estóicos no podian discurrir con mas exactitud, ni mas consiguiente á sus principios, que eran el fundamento de sus errores y de sus extravagancias. Convencidos por un lado, de que el hombre se crió para la felicidad, que es su último fin y termino de su destino; y limitando por otro toda la vida y duracion del hombre á esta vida presente, y no encontrando en este corto tiempo cosa mayor, mas apreciable, mas digna del hombre que la virtud, no es de admirar que pusiesen en ella la felicidad y el último fin del hombre. No conociendo otra vida, ni las promesas eternas, no podian hacer cosa mejor en la estrecha esfera, en que estaban contenidos por la ignorancia de la revelacion. Discurrieron cuanto les fué posible. Se vieron obligados á tomar el medio por el fin, el camino por el termino. Se guiaron por la naturaleza, por no encontrar otra guia mejor. Se aplicaron á considerarla en lo mas excelente y sublime que tiene, cuando no la consideraba el epicúreo sino por lo que tiene de terrestre, animal y depravado. De este modo debieron hacer que consistiese la felicidad del hombre en la virtud.

Pero lo que pertenece à la salud, las riquezas, la fama y otras semejantes ventajas; ó las enfermedades, la pobreza, la ignominia y otras incomodidades de este género, no las ponia Zenon en la clase, ni de los bienes, ni de los males, ni hacia que dependiese de ellas, ni la felicidad, ni la infelicidad de los hombres. Por lo que defendia, que la virtud por sí sola bastaba para hacerle feliz; y que todos los sabios, en cualquier estado que estuviesen, eran siempre felices. No obstante, no dejaba de contar por algo, aunque por poco, este género de bienes y males exteriores, los que definia de un modo diferente en cuanto á los términos del de los otros filósofos; pero en lo sustancial coincidia con corta diferencia con sus opiniones.

Se puede juzgar de todo lo demás por un ejemplo solo. Los otros filósofos consideraban el dolor como mal efectivo y real, que incomodaba extremamente al sabio; pero procuraba sufrirlo con paciencia; que no le impedia ser feliz, pero hacia su felicidad menos completa. Así, segun estos, una accion decente y libre de dolor se debia preferir á la que estaba acompañada de dolor. Los estóicos creian que semejante opinion degradaba y deshonraba la virtud, á la que todos los otros bienes exteriores juntos, no añadian mas que añaden las estrellas al esplendor del sol, una gota de agua á la vasta extension del Océano, un maravedí á los innumerables millones de Creso: eran estas las comparaciones de que se servian. Un sabio estóico consideraba por nada el dolor, y por violento que fuese, se guardaria bien de llamarle mal.

Volviendo Pompeyo de Siria pasó expresamente por Rodas, para ver á Posidonio, célebre estóico. Cuando llegó á la casa de este filósofo, prohibió á su portero que llamase con su vara á la puerta de esta habitacion, como se acostumbraba. Aquel, dice Plinio, á quien se habian sometido el oriente y occidente, quiso que las varas de su portero tributasen homenaje á la mansion de un filósofo. Le encontró en la cama, muy enfermo de gota, que le hacia padecer crueles tormentos. Le manifestó cuánto sentia verle en aquel estado, y no poder oirle, como habia creido. « En tí consistirá, respondió el filósofo, y dijo que no seria por causa de su enfermedad que un hombre tan grande hubiese venido inútilmente á su casa. »

Empezando entonces un largo y grave discurso, emprendió probarle que no habia cosa buena sino lo que era decente. Y como al mismo tiempo se hacia sentir vivamente el dolor, y le penetraban sus punzadas por todo el cuerpo, repitió con frecuencia: «Nada conseguirás, dolor: por incómodo y violento que puedas ser, jamás confesaré que eres mal. »

Otro estóico tuvo mejor fé: era Dionisio de Heraclea, discípulo de Zenon, cuyos dogmas habia defendido mucho tiempo y con ardor. Atormentado con el mal de piedra que le hacia dar grandes alaridos, conoció la falsedad de todo lo que se le habia enseñado en asunto del dolor. « He empleado, decia, muchos años en el estudio de la filosofía, y no puedo aguantar el dolor. Luego el dolor es malo. »

No se necesita preguntar á los lectores, qué juicio hacen de estos dos filósofos. Se ve pintado, con los colores mas vivos, en las palabras y en la conducta del primero, el carácter de los aparentes sabios del paganismo. Se presentan y alimentan con la atencion de los otros, y con la admiracion que creen les causan. Se obstinan contra su interior conocimiento, por

la vergüenza de parecer débiles, ocultando con esto una desesperacion real, bajo la apariencia de una falsa tranquilidad.

Se debe confesar que el dolor es la prueba mas terrible de la virtud. Introduce su aguijon en lo mas íntimo del alma: la quema, la atormenta, sin poder suspender su sentimiento: no le deja pensar sino en la oculta y profunda herida que consume toda su atencion, y le hace insoportable el tiempo, cuyos instantes le parecen años. En vano procura la filosofía humana, en este estado, manifestar á su sabio invulnerable ó insensible: no hace mas que ensoberbecerle con una vana presuncion; y llenarle de una firmeza que no es mas que indocilidad. No es así como instruye á sus discípulos la verdadera religion. No disfraza esta la virtud con hermosas, pero quiméricas ideas. Eleva á los hombres á una verdadera grandeza; pero haciendo que conozcan y confiesen su propia debilidad.

Oigamos al hombre, puesto á la prueba mas terrible que se viese jamás: este es Job. Le anuncian uno tras otro, y casi sin intervalo, la pérdida de todos sus ganados, así mayores como menores, el robo ó la muerte de sus esclavos, finalmente, la muerte de todos sus hijos, oprimidos y sepultados en las ruinas de la casa en que comian todos juntos. En medio de tantos golpes tan pesados, tan inopinados, tan prontamente repetidos, tan capaces de turbar el alma mas fuerte, no se queja. Cuidadoso únicamente de la obligacion de este momento precioso, se somete á las órdenes de la Providencia «El Señor me lo dió todo, el Señor me lo ha quitado todo: no ha sucedido sino lo que le agrada. Alabado sea el nombre del Señor.» La misma sumision, la misma firmeza manifiesta despues que le hirió el demonio con una llaga universal que le llegaba hasta las entrañas, y hasta la medula de los huesos, y le penetraba con las punzadas mas agudas de dolor.

¿Piensa Job, en este estado, hacer ostentacion de su persona, ni atraerse admiradores por una vana apariencia de valor? Está muy distante de esto. Confiesa que su carne es débil, y que él mismo no es mas que debilidad. No porfía con Dios, y reconoce que por sí mismo no tiene, ni fortaleza, ni consejo, ni recurso. «¿Mi fortaleza,» dice, «se parece á la de las piedras? ¿Y mi carne es de bronce? ¿No es evidente que no puedo encontrar en mí socorro alguno?» No es este el lenguaje de la filosofía pagana, la que solo era soberbia y orgullo.

Los estóicos querian que fuese su sabio un hombre absolutamente perfecto, sin pasion, sereno, sin defecto. Para ellos era vicio dar entrada en su corazon á cualquiera sentimiento de piedad y compasion: esto era señal de un ánimo débil, y tambien poco arreglado. La compasion, continúa el mismo Séneca, es una turbacion y tristeza ocasionada con la vista de los males de otro: pues el sabio no es susceptible, ni de turbacion, ni de tristeza. Su alma goza siempre de una tranquila serenidad que no puede disipar melancolía alguna. ¿Cómo se compadeceria de los males de los otros, si no tiene compasion de los suyos propios?

Los estóicos discurrian de este modo, porque ignoraban lo que es el hombre. Destruian la naturaleza, pretendiendo reformarla. Reducian el sabio á un ídolo de bronce y piedra, con la esperanza de hacerle constante en sus propios males, y en los de los otros. Porque querian que igualmente fuese insensible á unos y á otros, y que no le compadeciese en el prójimo como fatalidad, lo que debia considerar en sí mismo como indiferente. No sabian que los afectos que intentaban extinguir, eran parte de la naturaleza del hombre, y que era destruir todos los vínculos de la sociedad, arrancar de su corazon la compasion, el amor y el vivo interés que la misma naturaleza nos inspira para todo lo que sucede al prójimo.

La idea quimérica que se imaginaban de la alta perfeccion de su sabio, era el orígen de la ridícula opinion en que fundaban que todos los defectos eran iguales. Manifesté en otra parte lo disparatado de este dogma.

Defendian otro no menos absurdo, pero mucho mas pernicioso, que era consecuencia de su opinion, sobre lo que constituye el sumo bien del hombre, opinion buena y sólida en cierto sentido; pero de la que inferian una mala consecuencia. Pretendian que no debia consistir el sumo bien del hombre en ninguna de las cosas que se le podian quitar contra su voluntad, ni estaban en su poder, sino en la virtud sola, la que únicamente depende de él, y la que no le podia arrancar ninguna violencia extraña. Bien claro era que no podian los hombres procurarse á sí mismos, ni conservarse la salud, las riquezas y las otras ventajas de esta naturaleza: por esto se dirigian á los dioses para obtenerlas y para mantener su posesion. Luego estas ventajas no podian ser parte del sumo bien. Sola la virtud tenia este privilegio, porque el hombre es dueño absoluto de ella, y solo la tiene de su propio corazon. Él mismo se la da, segun su opinion, se la conserva, y para esto no necesita recurrir á los dioses como para los otros bienes. ¿Acaso, decian, pensó nadie en darles gracias por ser hombre de bien, como se las dan por las riquezas, los honores y por la salud que se disfruta? En una palabra, la opinion de todos los hombres es, que debemos pedir á Dios los bienes de fortuna; pero que por lo que mira á la sabiduría, solo la tenemos de nosotros mismos.

Llegaron con su necio orgullo á hacer á su sabio en esta parte superior á Dios, porque Dios es virtuoso y libre de pasiones por la necesidad de su sér, en lugar que lo es el sabio por su eleccion y por su voluntad.

No me detendré aquí en hacer que se observen, sobre lo que acabo de decir y sobre lo que ha precedido, los absurdos en que incurrió la secta mas acreditada de los antiguos, y en cierto sentido la mas digna de estimacion y mas respetable. Véase aquí de lo que es capaz la sabiduría humana, abandonada á sus propias fuerzas y á su penetracion, ó mas bien entregada á su debilidad y tinieblas. Me queda que exponer la opinion de los peripatéticos sobre la suma felicidad del hombre.

§. 3. Si se cree á Ciceron, la diferencia que se encuentra entre los estóicos y peripatéticos sobre la cuestion del sumo bien, menos consiste en las cosas que en las palabras; y en lo sustancial, las opiniones de unos y otros coinciden en lo mismo. Frecuentemente reprende á los estóicos el haber introducido en la filosofía, mas bien un idioma que un nuevo dogma, para manifestar que se apartaban de los que los habian precedido; y este cargo parece muy fundado.

Convenian unos y otros en el principio sobre que se debe establecer el sumo bien del hombre, que es vivir segun la naturaleza, conforme á la naturaleza. Empezaban los peripatéticos examinando cuál es la naturaleza del hombre para establecer bien su principio. El hombre, decian, se compone de cuerpo y alma: esta es su naturaleza. Luego es necesario para hacerle perfectamente feliz, solicitarle todos los bienes de cuerpo y alma: esto es, vivir segun la naturaleza, en lo que unos y otros convenian que consiste el sumo bien. Por

consiguiente, ponian en la clase de los bienes la salud, las riquezas, la reputacion y las otras ventajas de este género; y en la clase de los males, la enfermedad, la pobreza, la ignominia, etc., dejando no obstante infinita distancia entre la virtud, y todos los otros bienes, entre el vicio y todos los otros males. Estos otros bienes, decian, colman la beatitud del hombre y hacen su vida perfectamente feliz, pero de suerte, que sin estos bienes puede ser feliz, aunque no tan enteramente.

Los estóicos pensaban con corta diferencia lo mismo, y por algo contaban estas ventajas y estas incomodidades del cuerpo; pero no podian sufrir que las llamasen bienes ó males. Si una vez, decian, se admite que el dolor es mal, se seguirá de esto que el sabio, cuando padezca algun dolor no es feliz: porque la beatitud no se puede encontrar en una vida en que hay algun mal. No se discurre así, replicaban los peripatéticos en todas las otras cosas. Una heredad cubierta de buen trigo, y abundante, no deja de juzgarse fértil porque se encuentren en ella algunas malas yerbas. Algunas cortas pérdidas, mezcladas con ganancias considerables, no impiden que se considere el comercio como muy ventajoso. Lo mas fuerte vence en todo á lo debil. Esto es lo que sucede con la virtud. Póngase esta en un plato de la balanza, y en el otro el mundo entero; siempre pesará la virtud infinitamente mas. ¡Véase aquí una magnífica idea de la virtud!

Creeria abusar de la paciencia del lector si me detuviese mas tiempo en impugnar estas sutilezas y sofisterías de los estóicos. Solamente le ruego que se acuerde de lo que advertí desde el principio que en esta cuestion, en que se trata de la suma felicidad del hombre, los filósofos, de cualquiera secta que fuesen, no consideraban esta felicidad sino por lo respectivo á la vida presente: los bienes eternos, ó no los conocian, ó les eran indiferentes.

ART. 2.° «Aunque sea la filosofía, dice Ciceron, un país en que no hay tierras incultas ni eriales, y sea fértil y abundante de un extremo á otro; no tiene territorio mas rico que el que trata de las obligaciones, y de donde se sacan las reglas y preceptos que pueden dar á nuestras costumbres una forma cierta y constante, y hacernos vivir segun las leyes de la honradez y de la virtud.» Es verdad que se encuentran en los paganos excelentes máximas sobre este asunto, y capaces de avergonzarnos. Referiré algunas de ellas, sacadas de Platon y de Ciceron, ateniéndome mas á los pensamientos del primero que á sus expresiones.

«El fin del gobierno es hacer felices los vasallos haciéndolos virtuosos.»—El primer cuidado de todo hombre encargado de la conducta de los otros (y en esto se entienden generalmente todos aquellos que están destinados para mandar, reyes, príncipes, generales de ejército, ministros, gobernadores de provincias, magistrados, jueces, padres de familia), el primer cuidado de cualquiera que tiene autoridad, de cualquier modo que pueda ser, es sentar bien el objeto que se debe proponer en la práctica de esta autoridad.

¿Cuál es el fin de una persona que está encargada del gobierno de una república? No es, dice Platon en muchos lugares, hacerla rica, opulenta, poderosa; hacer que abunden en ella el oro y la plata; dilatar sus dominios, mantener en ella armadas y ejércitos numerosos, y hacerla con esto superior á todas las otras en la tierra y en el mar. Se conoce fácilmente que Atenas se señala aquí. Se propone alguna cosa mucho mayor y mas sólida: esto es, hacerla feliz, haciendola virtuosa; y no lo puede ser sino por una sincera piedad y perfecta sumision á Dios.

Cuando hablamos, dice en otra parte, de una ciudad, de una república feliz, no pretendemos limitar esta felicidad á algunos particulares solamente, á los principales de la ciudad, á los nobles, á los magistrados: entendemos que todos aquellos que componen esta ciudad, esta república, son felices cada uno en su condicion, y segun su estado: y esta es la esencial obligacion de aquel que se encarga de gobernarla.

Sucede en una ciudad, ó en un estado, lo que en el cuerpo humano. Esta comparacion es muy exacta y rica de consecuencias. El cuerpo se compone de la cabeza y de los miembros, y entre estos miembros, unos son mas nobles, mas distinguidos, mas necesarios que otros. ¿Se podrá decir que el cuerpo está sano y en buen estado, cuando el menor y el mas ínfimo de los miembros está enfermo?

Hay entre todos los habitantes de una ciudad una mutua relacion de necesidades y socorros, que hace entre ellos una union admirable. El príncipe, los magistrados y los ricos, necesitan de alimentos, de vestidos, de casas. ¿Qué se harian si en una clase inferior no hubiese personas destinadas para abastecerlos de todas estas necesidades? Lo previno la Providencia, como lo advierte Platon, con el establecimiento de diferentes condiciones, las que ocasionó la necesidad. Si todos fuesen ricos, no habria ni labradores, ni albañiles, ni artífices. Si todos fuesen pobres, no hubiera ni príncipes, ni magistrados, ni generales de ejército, capaces de gobernar y defender á los otros. Esta mutua dependencia estableció las ciudades, y juntó y unió, en el recinto de unas mismas murallas, una multitud de hombres de diferentes empleos y diversos oficios, necesarios todos para la utilidad comun; y de los que ninguno, por consiguiente, se debe desatender, y mucho menos menospreciar por el que gobierna. De esta variedad de talentos, de condiciones, de empleos, de oficios, reducida en algun modo á la unidad, por esta mutua comunicacion, y dirigirse todos á un mismo fin, resulta un órden, una armonía, una conformidad de una maravillosa hermosura; pero supone siempre que, para que sea el todo perfecto, debe tener cada parte su perfeccion y adorno.

Volviendo á la comparacion de una ciudad, ó de un estado con el cuerpo humano, el príncipe es como su cabeza y alma: los ministros, los generales de ejército, los otros oficiales destinados para ejecutar sus órdenes, son sus ojos, sus brazos, sus piés. Es el príncipe quien los debe animar, ponerlos en movimiento, hacerlos obrar. En la cabeza reside la inteligencia, y esta inteligencia arregla el uso de los sentidos, hace que se muevan los miembros, cuida de su conservacion, de su integridad y de su salud. Emplea Platon aquí la comparacion de un piloto, en cuya cabeza solo reside la ciencia de gobernar el navío, y á cuya habilidad se confia la seguridad de todos los que se embarcan en él. ¡Cuán feliz es un estado cuando el príncipe habla y obra de esta suerte!

«Cualquiera que está encargado del cuidado de los otros, debe estar muy persuadido de que se estableció para los inferiores, y nó los inferiores para él.» —No era necesario, al parecer, sino consultar el buen juicio, la razon, y tambien la comun experiencia para convenir en este principio. Sin embargo, rara vez están los superiores verdaderamente convencidos de él, ni arreglan por él su conducta.

Platon, para poner con toda claridad este principio, empieza introduciendo en el diálogo á un Trasímaco, que defiende la causa, ó mas bien, que hace la apología de un gobierno corrompido. Pretende este, que en todo gobierno se debe considerar como justo lo

que es útil al gobierno: que el que manda y tiene empleo, no está en él para los otros, sino para sí mismo: que su voluntad debe ser la regla de sus subalternos: que si se sujetase á una rigorosa justicia, serian los superiores dignos de compasion, no teniendo para sí mas que los cuidados é inquietudes del gobierno, sin poder adelantar sus familias, servir á sus amigos, ni conceder cosa alguna á la recomendacion; pues se supone que deben gobernarse en todo por los principios de una exacta y rigorosa justicia.

Hay pocas personas, ó mas bien no hay ninguna que no hable de este modo; pero hay demasiados que lo practican realmente y arreglan á esto su conducta.

Impugna Platon muy difusamente todo este lastimoso discurso, y segun acostumbra, emplea comparaciones sacadas del uso comun de la vida: me contentaré aquí con esta única prueba para demostrar que los que mandan, son para sus inferiores, y nó los inferiores para los que mandan.

Se encarga un piloto de gobernar un navío lleno de un gran número de personas, á quienes diferentes fines y diferentes intereses obligan á pasar á un país extraño. ¿Se ofreció jamás á algun hombre racional pensar que fuesen estos pasajeros para el piloto, y nó el piloto para los pasajeros? ¿Se atreverá á decir que los enfermos, de quienes se encarga un médico, son para este? ¿Y no es visible que los médicos, como tambien el arte de la medicina, se establecieron para dar la salud á los enfermos? Los príncipes se representan frecuentemente en la antigüedad bajo la idea de «pastores de los pueblos.» Ciertamente que el pastor es para su rebaño, y no hay persona tan irracional que pretenda que sea el rebaño para el pastor.

De esta doctrina de Platon tomó el orador romano la importante máxima que persuade tanto á Quinto Ciceron, su hermano, en la admirable carta en la que le da consejos para portarse bien en el gobierno del Asia, que se le habia conferido. «Pero yo, dice, estoy persuadido que el único fin y toda la atencion de los que tienen empleos, debe ser hacer tan felices, como sea posible, á todos aquellos que están sujetos á su autoridad..... » Y añade: «No solamente el que gobierna á los ciudadanos ó los aliados, sino tambien el que está encargado del cuidado de los esclavos, y tambien de los animales, les debe procurar todos los socorros y ventajas que dependan de él, y poner todo su cuidado en su utilidad.»

La consecuencia natural de este principio, que todos los superiores, sin excepcion alguna, se establecieron para el bien de sus súbditos, es que no deben, en el uso de su autoridad y poder, atender mas que á la utilidad pública. Tambien se sigue de aquí, que no habrá personas honradas colocadas en los empleos, que tampoco entrarán en ellos sino contra su voluntad, y que será necesario violentarlas para precisarlas á que los acepten. Con efecto, no se solicita un empleo, en que no se mira mas que fatiga, trabajo y embarazos. Y no obstante, dice Platon, no hay cosa mas comun hoy dia que cohechar los empleos, y pretender las principales plazas, sin llevar á ellas otro mérito que una ambicion sin límites, y una ciega estimacion de sí mismo: y este abuso ocasiona la infelicidad de las ciudades y de los estados, y finalmente causa su ruina.

«La justicia y buena fé son los fundamentos de la sociedad. Santidad del juramento.» — El vínculo mas firme de la sociedad es la justicia, y el fundamento de la justicia es la buena fé, que consiste en guardar inviolablemente las palabras que se han dado y los tratados en que se ha convenido.

La injusticia no puede tomar mas que dos diferentes formas: una la tiene de la zorra, es la del artificio y fraude, y la otra del leon, es la de la violencia. Una y otra son igualmente indignas del hombre y contrarias á su naturaleza; pero la mas odiosa y detestable es el fraude y la perfidia, especialmente cuando oculta, con exterioridades de rectitud, sus mas abominables prácticas.

Se debia desterrar del comercio de los hombres todo género de astucias y artificios, y proscribir esta habilidad maligna, que se disimula y defiende con el nombre de prudencia; pero que está muy distante de ella, y que no corresponde sino á personas disimuladas, disfrazadas, falaces, malignas, artificiosas, pérfidas: porque todos estos dictados, tan odiosos y detestables, apenas bastan para expresar el carácter de los que renuncian la sinceridad y verdad en el comercio de la vida.

¿Con qué nombre se deberán llamar aquellos que se burlan de la santidad del juramento, que es una afirmacion religiosa hecha en la presencia y á la vista de Dios, á quien se toma por testigo, quien se hace en algun modo fiador, y quien vengará ciertamente el sacrílego abuso que se haya hecho de su nombre?

El respeto que se debe á la divinidad en este asunto, no podia, segun Platon, ser excesivo. Fundado en este principio, deseaba que en los pleitos, en que solo se trata de intereses temporales, no exigiesen los jueces de las partes juramento alguno para no exponerlas á que falten á la verdad, como sucede, dice, á mas de la mitad de aquellos á quienes se precisa á jurar; siendo muy raro y muy dificultoso que un hombre que espera libertar con un perjurio sus bienes, su reputacion ó su vida, respete tanto el nombre de Dios, que no se atreva á jurar falso. Esta delicadeza es notable en un pagano y merece muchas reflexiones.

Todavía dice Platon más. Declara que es deshonrar á la majestad divina, y faltar al respeto que se le debe, no solamente jurar lijeramente y sin un importante motivo, sino emplear el nombre de Dios en las conversaciones y en los discursos familiares. Por lo que no aprobaria una práctica que en estos tiempos se ha hecho muy comun, aun entre personas distinguidas, de exclamar en cualquier asunto, y cuando no se trata de religion: «¡Oh mi Dios!»

«Diferentes obligaciones de la vida civil. Excelentes máximas sobre la virtud.» — Cada uno debe considerar la utilidad comun, como el fin á que se debe dirigir. Porque, cuando no se conozca otra utilidad que la propia, y todo se quiera para sí, no podrá subsistir entre los hombres ninguna especie de sociedad.

Todo lo que está sobre la tierra se crió para el uso de los hombres, y los mismos hombres fueron creados unos para otros, con el fin de ayudarse mutuamente con recíprocos oficios. Así, no se debe creer que naciésemos para nosotros solos. Nuestra patria, nuestros padres y madres, nuestros amigos, tienen derecho en todo lo que somos, y les debemos procurar todas las ventajas que dependen de nosotros.

Por estos principios, de lo que se debe á la sociedad y á la justicia, determinaban los estóicos muchas cuestiones de moral, de un modo que condenará á muchos casuistas cristianos.

En tiempo de escasez, un mercader de trigo, seguido de otros muchos, llega el primero á un puerto. ¿Debe declarar que llegarán muy presto otros muchos comerciantes, ó podrá no decir nada de esto, para vender mejor su género? La decision es, que lo debe declarar, porque lo pide el bien de la sociedad humana para que nació.

Recibe una persona una paga en moneda falsa. ¿La puede dar á otros como buena, conociendo que es falsa? No puede si es hombre de bien.

Otro vende una barra de oro, la que tiene por cobre. ¿Está obligado el que la compra á advertir al vendedor que es de oro? ¿Ó se puede aprovechar de su ignorancia, y comprar por un doblon lo que puede ser valdrá mil? En conciencia no puede.

Es máxima incontestable, dice Platon, y que debe servir como de fundamento para todas las acciones de la vida civil, que jamás es permitido hacer mal á nadie, y por consiguiente volver mal por mal, injuria por injuria, ni vengarse de sus enemigos, ni querer que recaigan en ellos los mismos males que nos han hecho padecer. Esto es lo que nos enseña la justa razon. Pero los paganos no eran constantes en este punto de moral. «Aquel es hombre de bien, dice Ciceron, que sirve á todo el mundo, y no hace mal á nadie, á menos que no sea provocado por alguna injusticia.»

Una de las reglas de la república de Platon era, que jamás se debe prestar con usura.

Nunca se puede apropiar los bienes de otro. «Si encontrase un tesoro, dice Platon, no le tocaria, aun cuando consultados los adivinos asegurasen que me lo podia apropiar. Este tesoro, en nuestras arcas, no equivale á los progresos que hacemos en la virtud y justicia cuando tenemos ánimo de despreciarle. Además, si nos le apropiamos, será esto un orígen de maldiciones sobre nuestra familia.»

Lo mismo dice de una cosa que se encuentre en la calle. Todos los otros bienes, sin la virtud, se deben considerar como verdaderos males. Y esta virtud no es ni don de la naturaleza, ni fruto del estudio, ni efecto del entendimiento humano, sino un precioso don que concede Dios á quien le agrada.

«Comparacion de un justo oprimido de males, y de un infame colmado de bienes.»—Supone Platon dos hombres que piensan y son tratados muy distintamente: de un lado un malvado consumado, sin fé, sin rectitud, sin honor; pero que se pone la máscara de todas estas virtudes: del otro, un justo perfecto (digo perfecto segun la idea de los paganos) que no piensa mas que en ser justo, y nó en parecerlo.

El primero, para lograr sus fines, no perdona ni engaño, ni injusticia, ni calumnia, y tiene en nada los mayores delitos, con tal que los pueda tener ocultos. Religioso en lo exterior, finge venerar á los dioses con pompa y esplendor, ofreciéndoles dones y sacrificios en mayor número y mas magníficos que ningun otro. Engañando con este medio á los hombres, cuyos ojos, poco perspicaces, no penetran hasta lo interior del corazon, consigue acumular en su casa riquezas, honores, estimacion, fama, poderosos establecimientos, matrimonios ventajosos para él y para sus hijos, en una palabra, lo mas lisonjero que puede tener la fortuna mas brillante.

El segundo, altamente hombre de bien, sencillo, modesto, reducido á sí mismo, ocupado únicamente en sus obligaciones, inclinado inviolablemente á la justicia, lejos de ser favorecido y recompensado como merecia (en cuyo caso, dice Platon, no se puede discernir, si lo debe á la misma virtud ó á los honores y recompensas que resultan de ella), está generalmente desacreditado, infamado con las calumnias mas atroces, considerado como un malvado é infame, entregado á los tratamientos mas inhumanos é ignominiosos, «aprisionado, azotado, despedazado á golpes, finalmente, crucificado;» y quiere mas padecer los tormentos mas crueles que renunciar la justicia y la inocencia. ¿Hay alguno, exclama Ciceron, tan insensato, que dude un instante á cuál de estos dos hombres quisiera parecerse mas?

Admira encontrar entre los paganos pensamientos tan nobles, tan sublimes, tan conformes á la razon y á la justicia. Se debe tener presente que, no obstante la general corrupcion y las tinieblas esparcidas entre los paganos, la luz del Verbo eterno no deja de lucir, hasta cierto punto, en sus entendimientos. Esta luz les descubre diferentes verdades, y les da á conocer los principios de la ley natural. Esta luz escribe en sus corazones, y les da en muchos puntos el discernimiento de las cosas justas ó injustas; por lo que dice san Agustin, «que los malos ven en el libro de la luz el modo con que se debe vivir.»

Y cuando se ve en la Grecia una multitud de hombres doctos, un pueblo de filósofos que se suceden unos á otros, por espacio de cuatro siglos enteros, que únicamente se ocupan en el cuidado de averiguar la verdad, que para lograrlo mejor, la mayor parte renuncian sus bienes, su patria, su establecimiento y otro cualquier empleo que el de aplicarse al estudio de la sabiduría, ¿se puede creer que un acaso tan singular y único, que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo, ni en algun otro tiempo, sea efecto de la casualidad, que no tuviese parte alguna en él la Providencia, ni que le dirigiese á fin alguno? No destinó á los filósofos para reformar los errores del género humano. Aquellos excelentes ingenios disputaron por espacio de cuatrocientos años, sin convenirse casi en nada, y sin concluir cosa alguna. Ninguna escuela emprendió probar la unidad de un Dios; ninguna pensó tampoco en establecer la necesidad de un Mediador. Pero ¡cuán útiles fueron sus preceptos sobre la moral, sobre las virtudes y obligaciones para impedir la inundacion de los vicios! ¡Qué horrible desórden se hubiera visto si la secta epicúrea hubiese sido sola y dominante! ¡Cuánto contribuyeron sus averiguaciones para conservar los importantes dogmas de la distincion de la materia y del espíritu, de la inmortalidad del alma, de la existencia de un Sér Soberano! Muchos de ellos tenian, sobre todos estos puntos, principios admirables que les habia dado á conocer el mismo Dios, prefiriéndolos á otros muchos pueblos, á quienes dejaba en la barbarie é ignorancia.

Como estas noticias, y las acciones virtuosas que resultaban de ellas, se pueden mirar bajo de dos objetos, tambien deben producir en nosotros dos efectos enteramente opuestos. Si se consideran como que dimanan de aquella luz eterna que alumbra en las mismas tinieblas, ¿quién puede dudar que son dignas de nuestro aprecio y de nuestra admiracion? Pero si se consideran por el principio de donde salian, y por el abuso que hacian de ellas los paganos, no se pueden alabar sin prudencia y excepcion. Por esta regla se debe juzgar de todo lo que leemos en la historia profana. Las acciones de virtud mas sobresalientes que se refieren en ella, están siempre infinitamente distantes de la virtud pura y verdadera; porque no se dirigen á su principio, y tienen por raíz la concupiscencia, esto es, el orgullo y el amor propio. No se juzga de la raíz por las ramas, sino de las ramas por la raíz. Las flores y tambien los frutos pueden ser semejantes, pero su raíz es muy diferente. No es lo real que tienen estas acciones, lo que se debe condenar, sino lo defectuoso que tienen. No es lo que tienen lo que las hace viciosas, sino lo que les falta. Y lo que les falta es la caridad, don inestimable que no se puede reemplazar con ningun otro, ni encontrarse fuera de la Iglesia y de la verdadera religion. Así vemos que ninguno de los paganos, los que por otra parte

establecieron muy buenas reglas sobre las obligaciones del hombre, por lo respectivo á los otros hombres, no asentó por principio fundamental de su moral el amor de Dios: ninguno enseñó la necesidad de atribuirle las acciones de rectitud humana. Conocieron las ramas de la moral, sin conocer su raiz ni su tronco.

Art. 3.° Jurisprudencia.—Pongo la jurisprudencia con la moral, de la que es parte, ó á lo menos, con la que tiene mucha conexion. Es una materia muy difusa, pero la trataré muy sucintamente. Las memorias que me franqueó un habil profesor de derecho, que es muy amigo mio, me han servido mucho.

La jurisprudencia es la ciencia del derecho y de las leyes. Cada pueblo tuvo sus leyes particulares y sus legisladores. Moises es el mas antiguo de todos. El mismo Dios le dictó las leyes que queria observase su pueblo. Mercurio Trimegisto en el Egipto, Minos en la isla de Creta, Pitágoras en los pueblos de la Gran Grecia, Carondas y Zaleuco en el mismo país, Licurgo en Esparta, Draco y Solon en Atenas, fueron los mas celebres legisladores de la antigüedad pagana. Como hablé de ellos, por lo regular con bastante extension, en el curso de la historia antigua, pasaré desde luego á los romanos.

Los primeros principios del derecho romano fueron muy medianos. En el tiempo de los reyes, no tenia Roma sino un corto número de leyes, las que se proponian, primero por el senado, y se confirmaban después en la asamblea del pueblo. Papirio, que vivia en tiempo de Tarquino el Antiguo, fue el primero que juntó las leyes que habian promulgado los reyes. Esta coleccion se llamó del nombre de su autor, «Derecho papirio.»

La república, después que abrogó la dominacion de los reyes, retuvo por algun tiempo las leyes reales; pero se anularon luego expresamente por la ley tribunicia, en odio del nombre real. Después observó un derecho incierto hasta las doce tablas, que se dispusieron por los decenviros, y compusieron de las leyes de Atenas y de las principales ciudades de la Grecia, adonde enviaron diputados para que recogiesen en ellas las que encontrasen mas prudentes y mas correspondientes para un gobierno republicano. Estas leyes fueron el fundamento y origen de todo el derecho romano; y Ciceron no duda hacerlas infinitamente superiores á todos los escritos y á todos los libros de los filósofos, sea por el peso de la autoridad que habian adquirido, sea por la amplitud de la utilidad que se podia sacar de ellas.

La concision, y al mismo tiempo la severidad de la ley de las doce tablas, causó la interpretacion de los prudentes y el edicto del pretor. Los primeros se ocuparon en descubrir su inteligencia y su fin: el segundo en suavizar su rigor, y en suplir lo que se podia haber omitido en ella.

En los tiempos futuros, multiplicándose infinito las leyes, se hizo su estudio absolutamente necesario, y al mismo tiempo muy dificultoso. Hombres célebres por su nacimiento, por su ingenio, por su saber y por su amor al bien público, conocidos con el nombre de jurisconsultos, se dedicaron enteramente á este estudio. Los mancebos romanos que pensaban en abrirse camino para los principales empleos de la república con la elocuencia, que era su entrada, iban á sus casas á tomar las primeras tinturas del derecho, sin las que no era posible tener buen éxito en los tribunales. Los particulares recurrian á ellos en todos sus negocios, y se consideraba su casa como el oráculo de toda la ciudad, de donde llevaban respuestas que fijaban las dudas, calmaban las inquietudes, y señalaban el camino que se debia seguir en la continuacion de los pleitos.

Estas respuestas solo eran puros dictámenes que podian instruir á los jueces; pero no tenian precision de seguirlos. Augusto empezó á darles mas autoridad, nombrando él mismo jurisconsultos, que ya no se limitaban á dar consejos á los particulares, sino que se consideraban ministros del emperador. Desde aquel tiempo, escritos sus dictámenes, y sellados con la autoridad pública, tuvieron fuerza de leyes, y los emperadores obligaron á los jueces á que se arreglasen á ellos.

Estos jurisconsultos dieron á luz diferentes obras, con distintos títulos, que contribuyeron mucho para formalizar la jurisprudencia y para reducirla á arte y método.

Estas leyes, con el transcurso del tiempo, se multiplicaron mucho, y dieron motivo á dudas y dificultades, por las contrariedades que se creia encontrar en ellas. Entónces se recurria al príncipe, quien daba la solucion. Tambien sentenciaba por decretos las causas que se le llevaban en apelacion, y respondia con rescriptos á todas las consultas de los particulares que se le dirigian por memoriales ó representaciones. Y de aquí vienen, en parte, las constituciones de los emperadores, tan llenas de prudencia y equidad, y que formaron el cuerpo de la jurisprudencia romana.

Para formalizar estas decisiones con mas madurez, tenian cerca de sus personas doctos jurisconsultos, y no respondian sino después de haberlos consultado bien con las personas mas versadas en la inteligencia de las leyes y del derecho público que hubiese en el imperio.

Diré aquí algunas palabras sobre los jurisconsultos que fueron mas célebres en los últimos tiempos.

Papiniano, Emilio, fué muy favorecido del emperador Severo, á quien habia sucedido en el empleo de abogado fiscal. Se le consideraba como el asilo de las leyes, y un tesoro de la ciencia del derecho. El emperador Valentiniano III le hizo superior á todos los jurisconsultos, mandando en su ley del 7 de noviembre de 426, que cuando se encontrasen divididos en algun punto, se siguiese el dictámen que defendiese este ingenio eminente, como le llamaba. Con efecto, juzga Cuyacio, que fué el jurisconsulto mas hábil que hubo ni habrá jamás.

Queriendo el emperador Severo que un mérito tan distinguido se premiase con una gran dignidad, le confirió la de prefecto del pretorio, cuyo principal ejercicio fué, desde entónces, sentenciar los pleitos con el emperador, ó en su nombre. Papiniano, para desempeñarle mejor, tomó por consejeros y asesores á Paulo y Ulpiano, cuyos nombres son tambien muy célebres entre los jurisconsultos.

Cuando murió Severo, dejó dos hijos, Caracalla y Geta. Aunque tenian ambos el nombre de emperador, sin embargo, asegura Dion que solo Caracalla tenia la autoridad; y muy presto después se deshizo de su compañero del modo mas cruel y bárbaro del mundo, haciendole asesinar en los brazos de su madre comun, y, segun algunos, matándole con sus propias manos.

Caracalla derramó la sangre de todos aquellos que habia estimado su hermano, que le habian servido, ó eran sus dependientes, sin distincion de edad, de sexo, ni de calidad; y dice Dion que empezó por veinte mil domésticos ó soldados «cesariani». Bastaba escribir ó pronunciar el nombre de Geta para ser

luego muerto; de suerte que no se atrevian ya á ponerle tampoco en las comedias, en las que se acostumbraba á nombrar así á los esclavos.

Papiniano no se pudo librar de su crueldad. Se pretende que le quiso obligar Caracalla á que le compusiese un discurso para disculpar la muerte de Geta en el senado, ó delante del pueblo, y que le respondió generosamente: «No es tan fácil disculpar un parricidio, como cometerle: y es otro parricidio acusar á un inocente después de haberle quitado la vida.» Sin duda se acordaba que se habia censurado mucho á Seneca, por haber dispuesto una carta que dirigió Neron al senado, para justificar el asesinato de su madre. Mataron tambien al hijo de Papiniano, que era entónces cuestor, y quien tres dias antes habia dado juegos magníficos.

Fabio Sabino. Habiendo mandado el emperador Heliogábalo á un centurion que fuese á matar á Sabino, aquel oficial, que era un poco sordo, creyó que le decia que le hiciese salir de la ciudad. Este error del centurion libró la vida á Sabino. Pasaba por el Caton de su tiempo. El emperador Alejandro, que sucedió á Heliogábalo, le puso en el número de los que acercó á su persona, y tomaba sus consejos para gobernar con prudencia.

Ulpiano tenia su orígen en la ciudad de Tiro. Fué consejero y asesor de Papiniano en tiempo de Severo. Luego que Alejandro fué emperador, le quiso tener cerca de su persona en calidad de consejero, y para que cuidase de todo lo que se debia relatar en su presencia, que es, al parecer, lo que se llamó despues refrendario mayor. Le promovió luego á prefecto del pretorio.

Lampridio le pone el primero de los hombres juiciosos, doctos y fieles que componian el consejo de Alejandro; y asegura que le deferia este príncipe mas que á ningun otro, por causa de su extraordinario amor á la justicia; que solo con él hablaba en particular; que le miraba como á su tutor; y que fué excelente emperador, porque se gobernó mucho por los consejos de Ulpiano en la conducta del imperio.

Como procurase Ulpiano restablecer la disciplina entre los pretorios, se sublevaron contra él, y pidieron su muerte á Alejandro. En lugar de concedérselo, le cubrió muchas veces con su púrpura para defenderle de los efectos de su cólera. Finalmente, habiéndole insultado por la noche, se vió precisado á huirse á palacio, é implorar el socorro de Alejandro y de Mamia. Pero todo el respeto de la autoridad imperial no le pudo librar, y le mataron los soldados en presencia de Alejandro. Tambien hay diferentes escritos de Ulpiano.

Paulo era de Padua, en donde se ve todavía su estatua. Fué nombrado cónsul en tiempo de Alejandro, después prefecto del pretorio; era, como tambien Sabino y Ulpiano, del consejo que Mamia, madre de Alejandro, y Mesa su abuela, habian establecido á este jóven príncipe para dirigir los negocios durante su menor edad. Se sabe cuán útiles le fueron, y la reputacion que le adquirieron. El imperio romano tenia pues entónces todo lo que puede hacer un estado feliz, un príncipe muy bueno y excelentes ministros; porque lo uno es poco útil sin lo otro; y puede ser sea tambien mas pernicioso para los pueblos tener un príncipe bueno por sí mismo, pero que se deja engañar de los malignos, que tener uno peor que cuide no obstante de sus ministros, y los obligue á que cumplan con su obligacion. Alejandro hizo siempre mucho aprecio del mérito de Paulo. Se dice que no hubo jurisconsulto que escribiese tanto como él.

Pomponio fué tambien de la corte y del consejo de Alejandro. ¡Qué feliz reinado! Como vivió hasta la edad de setenta y ocho años, compuso un gran número de obras. Entre otras, hizo un epítome de todos los celebres jurisconsultos hasta el emperador Juliano.

Modestino vivió tambien en tiempo de Alejandro, quien le exaltó al consulado. Era, como los cuatro precedentes, discípulo de Papiniano, quien cuidó de instruirlos á todos en la jurisprudencia. ¡Qué servicios hace algunas veces un hombre solo á un estado, con su saber y con sus discípulos!

Triboniano era de Panfilia. El emperador Justiniano le honró en Constantinopla con los primeros empleos. Fué en tiempo de este príncipe, y por su cuidado, cuando tomó el derecho civil nueva forma, pues le redujo á un órden que subsiste todavía, y le adquirió un honor inmortal.

Ya hubo antes de él muchos «Códigos,» que eran colecciones ó compendios de las leyes romanas. Dos jurisconsultos, Gregorio y Hermógenes, hicieron una recopilacion del derecho, que se llamó de su nombre «Código gregoriano, y Código hermogeniano.» Era una coleccion de las constituciones de los emperadores, desde Adriano, hasta Diocleciano y Maximiano en 306. Este trabajo fué inútil por falta de autoridad para que se observase. El emperador Teodosio el menor, fué el primero que hizo un «código,» contenido en diez y seis libros, compuesto de las constituciones de los emperadores. desde Constantino el Grande, hasta él, y anuló todas las otras leyes que no estaban comprendidas en él. Este se llama «Codigo teodosiano,» publicado en 438.

Finalmente, viendo el emperador Justiniano que la autoridad del derecho romano se debilitaba mucho en occidente, después de la decadencia del imperio, resolvió hacer que se trabajase en una coleccion general de toda la jurisprudencia romana. Para esto dió comision á Triboniano, á quien ayudaron los mas hábiles jurisconsultos que habia entónces. Escogió las mejores constituciones de los emperadores, desde Adriano hasta su tiempo, y publicó este nuevo código el año de 529.

Luego emprendió otro trabajo de órden del emperador: fué sacar las mejores decisiones que se encontraron en los dos mil volúmenes de los jurisconsultos antiguos, y reducirlas á un cuerpo, que se publicó el año de 533 con el nombre de «Digesto.» El emperador dió á esta coleccion fuerza de ley en la carta que puso por principio de la obra, y que sirve de prefacio. Tambien se llamó «Pandecta.» El Digesto tiene cincuenta libros.

El mismo año se publicaron las «Institutas» de Justiniano: es un libro que contiene los elementos ó principios del derecho romano.

El año siguiente, esto es, el de 534, hizo el emperador algunas mutaciones en su primer código, el que anuló, y le sustituyó otro, al que solo dió autoridad.

En fin, después de esta revision, publicó Justiniano ciento sesenta y cinco constituciones y catorce edictos, que se llamaron «novelas,» ó porque variaron mucho el derecho antiguo, ó, segun Cuyacio, porque se hicieron por casos nuevos, y después de la revision del código compilado de órden de este emperador. La mayor parte de estas novelas se escribieron en griego, y las tradujeron en latin.

Se compone pues el cuerpo del derecho civil de cuatro partes, que son: el código, el digesto, las institutas, y las novelas. Por derecho civil entienden las institutas, las leyes que son peculiares de cada ciu-

dad ó de cada pueblo. Pero hoy dia el derecho romano es propiamente el que se contiene en las institutas, digesto, y código. Tambien se llama « Derecho escrito. »

Por lo que acabo de decir se puede ver los servicios que puede hacer á sus pueblos un príncipe que se aplica seriamente á los cuidados del gobierno, y que está convencido de la extension é importancia de sus obligaciones. Justiniano habia logrado grandes ventajas en las guerras que habia emprendido, y tenia la prudencia de no atribuir su logro, ni al número de sus tropas, ni al valor de sus soldados, ni á la experiencia de sus generales, ni á sus propios talentos y habilidad, sino únicamente á la proteccion con que favorecia Dios sus armas. Pero si se contentase con esta gloria militar, creeria que no desempeñaba sino á medias los ministerios de la dignidad real, principalmente establecida para administrar justicia á los pueblos en nombre y en lugar del mismo Dios. Así declara expresamente en un edicto público, que la majestad imperial no solamente debe estar adornada con las armas, sino tambien armada con las leyes, para gobernar bien los pueblos en tiempo de paz y de guerra.

Luego despues que pacificó las provincias del imperio, como guerrero, pensó en arreglar su policia como legislador, estableciendo un cuerpo de derecho general que sirviese de regla á todos los tribunales; obra que habia sido el objeto de los deseos de sus predecesores, como lo advierte el mismo en mas de un lugar; pero les pareció cercado de tantas dificultades, que siempre lo creyeron impracticable. Las superó todas con una perseverancia, que ninguna cosa fue capaz de cansarle.

Empleó en esta importante empresa los jurisconsultos mas hábiles que se encontraron en toda la extension del imperio, presidiendo el mismo su trabajo, y examinando cuidadosamente todo lo que componian. Lejos de atribuirse á sí solo este honor, como es muy frecuente, les hace á todos justicia, los cita con elogio, pondera su erudicion, los trata casi como á sus compañeros, y encarga que se den gracias á la divina Providencia por haberle concedido semejantes socorros, y favorecido su reinado con la composicion de una obra tanto tiempo deseada, y tan útil para la administracion de la justicia. Un emperador menos celoso que Justiniano por el bien público, y menos liberal, dejaria á todos aquellos jurisconsultos en la obscuridad y en la desidia. ¡Cuantos raros talentos en todo género se quedan sepultados por falta de proteccion! No son los hombres doctos los que faltan á los príncipes: son los príncipes los que faltan á los hombres doctos.

Las excelentes cualidades y grandes acciones de Justiniano, le hubieran hecho recomendable para siempre, si su conducta, por lo respectivo á los negocios eclesiásticos, no hubiese obscurecido su fama.

Concluiré este artículo de la jurisprudencia con el extracto de algunas leyes, que podrán dar al lector una idea de la elegancia y solidez de los diversos reglamentos de que he hablado.

« Es palabra digna de la majestad de un príncipe declarar que, soberano como es, se considera sujeto y subordinado á las leyes: tanto depende nuestra autoridad de la del derecho y de la justicia. Con efecto, es mayor grandeza someter su poder á las leyes, que ejercer la soberanía; y nos alegramos de publicar y notificar á los otros lo que creemos que no nos es permitido. » Era un emperador dueño de casi todo el universo quien habla de este modo, y no teme ofender su autoridad, declarando él mismo los justos límites en que se contiene.

« Mandamos á todos los jueces que no tengan atencion alguna á los rescriptos que se hayan obtenido de Nos, contrarios á la justicia, á menos que no se dirijan á conceder alguna gracia sin perjuicio de nadie, ó á perdonar á los reos la pena debida á su delito. » Rara vez conocen los príncipes que se han engañado ellos mismos, ó que les hayan engañado, y, por consiguiente, que retracten lo que ordenaron una vez. Sin embargo, no hay cosa mas gloriosa para los soberanos que semejante confesion, como se ve en el ejemplo de Artajerjes, quien revocó públicamente el injusto edicto que le habian sacado contra los judíos.

« No es saber las leyes entender solamente las palabras de que se componen, sino penetrar su eficacia y virtud. »

« No es dudable que ofende la ley aquel que, ateniendose á los términos solos, obra contra el espíritu de la ley; y cualquiera que para disculparse procura eludir fraudulosamente el verdadero sentido de una ley, interpretando rigurosamente su contexto, no evitará las penas establecidas por derecho por semejante prevaricacion. »

« Es contra justicia y equidad, que lo que se estableció con prudencia para la utilidad de los hombres, se convierta en su perjuicio por una severidad mal entendida y una interpretacion rigurosa. »

« Á la verdad es menester que un magistrado, encargado de administrar justicia, reciba á todos y con agrado; pero tambien es menester que evite al mismo tiempo el ser menospreciado. Por lo que, en las instrucciones que se dan á los gobernadores de provincia, se les encarga que no se familiaricen demasiado, ni se igualen con los paisanos; porque puede tener esto resultas perjudiciales á su dignidad. Este magistrado, cuando está ocupado en hacer justicia, no debe, ni manifestar indignacion con los que considera delincuentes, ni dejarse enternecer con los ruegos de los infelices. Porque, como juez, debe ser de una rectitud inflexible, y debe cuidar de que no le venda su semblante, ni descubra las intenciones de su corazon. En una palabra, debe administrar justicia de modo, que aumente la autoridad de su empleo, con la prudencia y moderacion de su carácter. »

La disposicion de otra ley es admirable. Dispensa del juramento al que se dejó una herencia ó un legado, con la condicion de que hiciese algun juramento, y quiere que lo disfrute como si no se hubiese puesto semejante condicion, por temor que no sea causa de que jure contra su conciencia, ó se vea obligado á renunciar el legado ó herencia por una delicadeza de conciencia que llegue á ser supersticion. Se debia desear que el espíritu de esta ley hiciese anular infinidad de juramentos inútiles que ha introducido una mala costumbre en todos los gremios y congregaciones de artífices.

« Los abogados que terminan los pleitos, cuyo éxito siempre es incierto, y con el socorro de su elocuencia, sea por lo respectivo al público ó á los particulares, restablecen frecuentemente negocios perdidos, y defienden los que están vacilantes, no sirven menos al género humano, que si libertasen á su patria y á sus padres en las batallas, con su sangre y sus heridas. Porque ponemos en el número de los que pelean por nuestro imperio, no solamente los que emplean para su defensa la espada, el escudo y la coraza, sino tambien los que prestan á nuestros súbditos el generoso socorro de su voz para sostener sus intereses en los diferentes peligros á que están expuestos, para defen-

der su vida, y para asegurar la subsistencia de su posteridad mas remota.»

Con razon hace el príncipe un elogio tan excelente de una profesion que ejercita tan saludablemente los talentos del entendimiento, y la iguala á lo mas grande que hay en el estado. Pero al mismo tiempo encarga á los abogados que practiquen esta gloriosa profesion con noble desinterés, y que no la deshonren con una indigna aficion á la vil codicia. Tambien les encarga que no se entreguen á la pasion é inhumano placer de chistes ofensivos é injurias groseras, que solo sirven para desacreditar al abogado; pero que se contengan severamente en lo que piden de su ministerio la utilidad y necesidad de la causa.

III. Observé ya que la metafísica se contenia en la física de los antiguos. Examinaré en ella cuatro puntos. La existencia y atributos de la divinidad, la creacion del mundo, la naturaleza del alma y los efectos de la naturaleza.

Art. 1.° Se pueden reducir á tres puntos y á tres cuestiones principales las opiniones de los filósofos antiguos sobre la divinidad. 1.ª Si existe la divinidad. 2.ª Cuál es su naturaleza. 3.ª Si gobierna el mundo y cuida de los negocios del género humano.

Antes de entrar en el caos de las opiniones filosóficas, no será fuera de propósito expóner en pocas palabras el estado de la fe del mundo entero, en cuanto á la divinidad, en el que le encontraron los filósofos cuando empezaron á introducir sus dogmas sobre este punto por el «razonamiento solo;» y mirar lijeramente la creencia comun y popular de todas las naciones del universo, aun las mas bárbaras, la cual se mantuvo constante y uniforme con la «tradicion» sola.

Antes de los filósofos convenia todo el mundo en creer en un Ser supremo, presente á todo, atento á las súplicas de todos los que le invocaban en cualquier estado que estuviesen, en lo profundo de los montes, en la agitacion de las tempestades en la mar, en lo mas oscuro de un calabozo; muy bueno para interesarse en las desgracias de los hombres, y bastante poderoso para librarlos de ellas. Dueño de dar las victorias, los frutos, la abundancia, todo género de prosperidad: el árbitro de las estaciones, de la fecundidad de los hombres y de los animales: presidiendo las convenciones y los tratados de los reyes y de los particulares: recibiendo su juramento, pidiendo su ejecucion, y castigando con una severidad inexorable su menor violacion: dando ó quitando el valor, la serenidad, los medios, el buen consejo, la atencion y la docilidad á los prudentes consejos: protegiendo á los inocentes, los flacos, los oprimidos; y declarándose el vengador de las opresiones, de las violencias y de las injusticias: juzgando á los reyes y los pueblos, arreglando su destino y su suerte, señalando con un poder absoluto la extension y duracion de los reinos y de los imperios.

Esta es una parte de lo que pensaban generalmente los hombres sobre la divinidad, aun en medio de las tinieblas del paganismo, y un compendio de las ideas que una tradicion universal y constante, y tan antigua sin duda como el mundo, les habia dado sobre este asunto. De que sea esto así, tenemos pruebas incontestables en las poesías de Homero, el monumento mas respetable de la antigüedad pagana, y el que se puede considerar como los archivos de la religion de aquellos remotos tiempos.

§ 1. Los filósofos estaban muy divididos sobre diferentes materias de la filosofía; pero todos convenian en lo que pertenece á la existencia de la divinidad, á excepcion de un número muy corto, del que hablaré muy presto. Aunque aquellos filósofos, con sus averiguaciones y disputas, no añadiesen nada, en cuanto á lo principal, á lo que creian ya los pueblos sobre este asunto antes de ellos, sin embargo, no se puede decir que aquellas averiguaciones y disputas fuesen inútiles. Servian para fortificar á los hombres en su antigua creencia, y para apartar las perniciosas sutilezas de los que quisieran impugnarla. Esta union de tantas personas, generalmente estimadas por la solidez de su entendimiento, por su infatigable aplicacion al estudio, por la vasta extension de sus noticias, añadia nuevo peso á la opinion comun, y antiguamente recibida sobre la existencia de la divinidad. Los filósofos apoyaban esta opinion con muchas pruebas, unas mas sutiles y mas abstractas, otras mas populares y mas proporcionadas á la inteligencia del comun de los hombres. Me contentaré con poner aquí algunas de este último género.

El concurso general y constante de los hombres de todos los siglos y de todos los países, en creer firmemente la existencia de la divinidad, les parecia un argumento al que no se podia oponer cosa alguna juiciosa ni razonable. Las opiniones, que solo tienen por fundamento un error popular, ó una crédula preocupacion, pueden muy bien durar algun tiempo, y dominar en ciertos países; pero presto ó tarde se disipan y pierden todo su crédito. Epicuro fundaba la existencia de los dioses, en que la misma naturaleza graba su idea en todos los corazones. «Sin tener la idea de una cosa, decia, ni se la podria concebir, ni hablar, ni disputar de ella. ¿Pues qué pueblo, qué género de hombres, no tiene, independiente de todo estudio, una idea y alguna noticia de los dioses? No es esta una opinion que proviene de la educacion ó de la costumbre, ó de alguna ley humana; sino una creencia firme y unánime entre todos los hombres: es pues por nociones impresas en nuestras almas, ó mas bien increadas, por lo que comprendemos que hay dioses. Porque todo juicio de la naturaleza, cuando es universal, es necesariamente verdadero.»

Otro argumento que empleaban los filósofos mas regularmente, porque le pueden entender los menos capaces, es el espectáculo de la naturaleza. Los hombres menos ejercitados en el razonamiento, pueden, con una sola mirada, descubrir al que se pinta en todas sus obras. La sabiduría y poder que manifestó en todo lo que hizo, se perciben, como en un espejo, por los que no le pueden contemplar en su propia idea. Es esta una filosofía sensible y popular, de la que es capaz todo hombre desapasionado y sin preocupaciones. Los cielos, la tierra, los astros, las plantas, los animales, nuestros cuerpos, nuestras almas, todo señala un espíritu, que es superior á nosotros, y que es como el alma del mundo entero. Cuando se examina con alguna atencion la arquitectura del universo, y la exacta proporcion de todas sus partes, se reconoce á la primera mirada las señales de la divinidad, ó por decirlo mejor, el sello del mismo Dios, en todo lo que se llama obras de la naturaleza.

«¿Se puede, decia Balbo en nombre de los estóicos, mirar al cielo y contemplar todo lo que pasa en él, sin ver con toda la evidencia posible que se gobierna por una suprema, por una divina inteligencia? Cualquiera que dudase de esto, podria dudar tambien que hay en él un sol. ¿Es mas visible lo uno que lo otro? Esta persuasion, sin la evidencia que la acompaña, no seria tan firme, ni durable, no adquiriria nuevas fuerzas envejeciendose; no hubiera podido resistir al torrente de los años, y llegar de siglo en siglo hasta nosotros.»

« Si hay, decia Crisipo, cosas en el universo, que el entendimiento del hombre, que su razon, que su capacidad, que su poder no sean capaces de hacer, el Sér que las produce es ciertamente mejor que el hombre; pues el hombre no podria hacer el cielo, ni cosa alguna de lo que está invariablemente arreglado. Sin embargo, no hay cosa alguna mejor que el hombre, pues solo en él está la razon, que es lo mas excelente que puede tener. Por consiguiente, el Sér que hizo el universo, es mejor que el hombre. Luego ¿por qué no se ha decir que es Dios? « ¿á qué ceguedad, ó mas bien, á que estúpida extravagancia deben haber sido entregados los hombres, para querer mas atribuir efectos tan maravillosos y tan incomprensibles al puro acaso, y al concurso fortúito de los átomos, que á la sabiduría y al poder infinito de Dios? »

«¿No es asombroso, exclama Balbo hablando de Demócrito, que haya hombre que se persuada que ciertos cuerpos sólidos é indivisibles se mueven de suyo por su peso natural, y que de su concurso casual se hizo un mundo de una hermosura tan grande? Cualquiera que crea esto posible ¿por qué no creerá que, si se arrojasen en tierra cantidad de caracteres de oro ó de cualquiera materia que fuese, que representasen las veinte y una letras, podrian caer dispuestos con tal órden, que formasen legibles los Anales de Ennio?

Lo mismo se puede decir de la Iliada de Homero. « ¿Quien creerá, dice el señor de Fenelon, en su admirable tratado de la existencia de Dios, que aquel poema tan perfecto no se compuso jamás por un esfuerzo del ingenio de un gran poeta; y que habiendo sido arrojados confusamente los caracteres del alfabeto, solo la casualidad juntase todas las letras precisamente en la disposicion necesaria para representar en sus versos, llenos de armonía y variedad, sucesos tan grandes; para colocarlos y para unirlos tambien todos juntos; para pintar cada objeto con lo mas gracioso, mas noble y mas expresivo que tiene; finalmente para hacer que hable cada persona, segun su carácter, de un modo tan claro y eficaz? Que se discurra y sutilice todo lo que se quiera, nunca se persuadirá á un hombre juicioso que la Iliada no tiene otro autor que el acaso. Luego, ¿por qué creerá este hombre juicioso del universo, sin duda mucho mas maravilloso que la Iliada, lo que su buen juicio no le permitirá jamás creer de aquel poema? »

Así era como se explicaban todas las sectas mas célebres. Algunos filósofos, como he dicho, pero en número muy corto, emprendieron distinguirse de los otros por opiniones particulares sobre este asunto. Entregados á los débiles esfuerzos de la razon, para profundizar la naturaleza y la esencia de la divinidad, y para explicar sus atributos, y deslumbrados sin duda del esplendor de un objeto, cuya luz no pueden sostener los ojos humanos, desbarraron en sus averiguaciones, y fueron conducidos primero á dudar de la existencia de la divinidad, y poco á poco llegaron á negarla. Pero el pueblo, que no entiende de estas finuras y estas sutilezas de la filosofía, y que sigue únicamente la tradicion inmemorial y la nocion natural, grabada en el corazon de todos los hombres, se declaró fuertemente contra estos predicadores del ateismo, y los trató como á enemigos del género humano.

Protágoras, habiendo empezado uno de sus libros de esta suerte: « no sé decir si hay dioses, ni lo que son, » los atenienses, no solamente le echaron de su ciudad, sino tambien de su territorio, é hicieron que se quemasen públicamente sus obras.

Diágoras no se contuvo en la duda, negó redondamente que hubiese dioses; y fue esto lo que le granjeó el nombre de ateo. Vivia en la olimpíada 91. Se pretende que, engreido de ser autor, con un amor excesivo á una produccion de su entendimiento, fué lo que le arrastró á la impiedad. Habia citado ante la justicia á un poeta que le habia robado unos versos. Este juró que no le habia quitado nada, y poco tiempo después publicó, con su propio nombre, la misma obra, la que le adquirió mucha reputacion. Viendo Diágoras en su adversario el delito, no solamente sin castigo, sino tambien honrado y recompensado, concluyó que no habia Providencia, ni dioses, y compuso libros para probarlo.

Los atenienses le citaron para que diese cuenta de su dogma; pero huyó, por lo que pregonaron su cabeza. Prometian, á son de trompeta, un talento (doce mil reales) á cualquiera que le matase, y dos al que le trajese vivo, y dispusieron que se grabase este decreto en una coluna de cobre.

Teodoro de Cirena negaba tambien la existencia de los dioses. Hubiera sido conducido al tribunal del Areopago y castigado como ateista, si Demetrio de Falero, que era en aquel tiempo muy poderoso en Atenas, no hubiese favorecido su fuga. Su moral era digna de un ateista. Enseñaba que todo es indiferente, y que no hay cosa alguna que por su naturaleza sea delito ó virtud. Su impiedad le puso á peligro en todas partes donde se halló, y finalmente fué condenado á tomar veneno.

La justa severidad de los atenienses que castigaban sobre esta materia hasta la duda, como se ha visto en Protágoras, contribuyó mucho para contener la licencia de las opiniones y el curso de la impiedad. Los estóicos llevaban tan lejos, en este punto, el respeto para la religion, que trataban de criminal é impía la costumbre de disputar contra la existencia de los dioses, fuese que se hablase de un modo serio, ó puramente por conversacion, y contra lo que se piensa.

§. 2. Una relacion compendiada de las extravagancias que dijeron los filósofos sobre la naturaleza de la divinidad, nos convencerá mejor que ninguna otra cosa, de la imposibilidad de la razon humana, para llegar con sus propias fuerzas á verdades tan sublimes. Sacaré esta relacion de los libros que compuso Ciceron, «Sobre la naturaleza de los dioses.» Las notas y reflexiones con que el abad de Olivet, de la Academia francesa, acompañó la excelente traduccion que nos dió de estos libros de Ciceron, me socorrerán mucho, y casi no haré mas que copiarlas ó abreviarlas.

Como los antiguos filósofos no estudiaron la naturaleza de Dios, sino por lo respectivo á las cosas sensibles, cuyo orígen y formacion procuraban comprender, y como los diferentes modos con que disponian el sistema del universo, causaban sus diferentes creencias tocante á la divinidad, no se debe extrañar si se encuentran frecuentemente aquí unidas y confundidas.

Tales de Mileto dijo, «que el agua es el principio de todas las cosas, y que Dios es esta inteligencia, por la que todo se hizo del agua.» Hablaba de una inteligencia que, no haciendo mas que una misma cosa con la materia, dirigia sus operaciones, como si se dijese que el alma que junta al cuerpo, no hace mas que un mismo hombre, dirige las acciones del hombre.

Anaximandro creia, «que los dioses reciben el ser, que nacen, y mueren muy de tarde en tarde, y que hay mundos innumerables.» Estos dioses de Anaximandro eran los astros.

Anaximeno pretendia que « el aire es Dios, que es producido, que es inmenso é infinito, que está siempre

en movimiento.» La opinion de Anaximeno, en cuanto à lo sustancial, en nada se diferencia de los precedentes. Retuvo de Anaximandro, su maestro, la idea de una sustancia única e infinitamente extensa; pero dijo que esta era el aire, como habia dicho Tales que era el agua.

Anaxágoras, discípulo de Anaximeno, fué el autor de esta opinion, «que el sistema y disposicion del universo se deben atribuir al poder y sabiduría de un espíritu infinito.» Anaxágoras vino un siglo despues que Tales. Las nociones se empiezan á aclarar. Conoce la necesidad de una causa eficiente, que se distinga sustancialmente de la material. Pero no atribuye á este espíritu infinito mas que la disposicion y movimiento, nó la creacion del universo. La coeternidad de dos principios independientes uno de otro, en cuanto á su existencia, fué el escollo en que se perdió con todos los antiguos filósofos.

Pitágoras creia, «que Dios es un alma esparcida en todos los seres de la naturaleza, y de la que se sacan las almas humanas.» Virgilio refirió admirablemente el dogma de este filósofo.

Pitágoras fue cincuenta años, por lo menos, mas antiguo que Anaxágoras. No fué pues el primero que tuvo la idea de un espíritu puro, ó se debia decir que Pitágoras le confundia con la materia.

Jenófanes dijo, «que Dios es un todo infinito, y le añade una inteligencia.» Este mismo filósofo dijo en otra parte, «que Dios es una sustancia eterna, y de figura redonda,» por la que entiende el mundo. Luego creia á este dios material.

Parménides no seguia otra opinion que la de su maestro Jenófanes, aunque se explicase en términos diferentes.

Empédocles. Segun su opinion, «los cuatro elementos, de los que queria se compusiese todo, son divinos;» esto es, dioses. Sin embargo, es visible que son mixtos, que nacen y perecen, y que no tienen sentimiento.

Demócrito «da la calidad de dioses á las imágenes de los objetos que nos causan armonía, y á la naturaleza que produce estas imágenes, y á nuestro conocimiento, nuestra inteligencia.» Lo que llamaba dioses, eran los átomos. Propiamente hablando, no creia nada. «Niego, decia, si sabemos alguna cosa, ó si sabemos nada. Niego tambien que sepamos si sabemos esto. Niego que sepamos si existe alguna cosa, ó si no existe nada.» Digno miembro de la secta eleática, cuyo principal dogma era la «catalepsia,» ó la incomprensibilidad absoluta de todas las cosas. Esta secta, que confesaba á Jenófanes por su jefe, enseñó al incredulo Protágoras, y dió principio á la de Pirron.

Platon. Parece, por todas sus obras, que pensaba muy bien de la divinidad; pero que no se atrevió á explicarse claramente en una ciudad y en un tiempo en que era arriesgado contradecir el gusto dominante. «En el Timeo, dice, que el padre de este mundo no se sabria nombrar;» y en los libros de las Leyes, «que no es menester ser curioso para saber propiamente lo que es Dios. Le supone incorporal.» Le atribuye la creacion del universo. Dice tambien, «que el mundo, el cielo, los astros, la tierra, las almas, y aquellos á quienes la religion de nuestros padres atribuye la divinidad, dice que todo esto es Dios.» La sustancia de la opinion de Platon es, no obstante la apariencia del politeismo, que no hay mas que un Dios muy bueno y muy perfecto, que lo hizo todo, siguiendo la idea de la mejor obra posible.

Antistenes dijo, «que hay muchos dioses venerados por las naciones; pero que no hay mas que uno natural;» esto es, como lo explica Lactancio, autor de toda la naturaleza.

Aristóteles varía mucho. «Tan presto quiere que toda la divinidad resida en la inteligencia;» esto es, en el principio inteligente, por el que piensan todos los seres que piensan. «Tan presto que el mundo sea Dios. Despues reconoce algun otro que es superior al mundo, y que cuida de arreglar y conservar su movimiento. En otra parte enseña, que Dios no es otra cosa que este fuego que resplandece en el cielo.»

Jenócrates dijo, «que hay ocho dioses. Los planetas componen cinco: las estrellas fijas no hacen mas que uno todas juntas, como otros tantos miembros dispersos. El sol es el séptimo, y la luna finalmente el octavo.»

Teofrasto «en un lugar atribuye la suprema divinidad á la inteligencia, en otro al cielo en general, y despues á los astros en particular.»

Estraton dijo, «que no hay otro Dios que la naturaleza, que es el principio de todas las producciones y de todas las mutaciones.»

Zenon. Este es el fundador de la famosa secta de los estóicos. Se debia esperar de él alguna cosa grande sobre la Divinidad. Vease aquí el compendio de su teología, sacado principalmente del segundo libro de la Naturaleza de los dioses, en el que se explican muy á lo largo sus opiniones.

«Que no hay mas que los cuatro elementos, los que componen todo el universo; que estos cuatro elementos no hacen mas que una naturaleza continua sin division. Que no existe absolutamente ninguna otra sustancia, fuera de estos cuatro elementos. Que el principio de la inteligencia y de todas las almas, es el fuego, unido en el eter, en donde no se altera su pureza, porque no se le mezclan allí los otros elementos. Que este fuego inteligente, activo, vital, penetra todo el universo. Que como tiene la inteligencia por calidad, á diferencia de los otros elementos, es quien se cree que lo obra todo. Que procede metódicamente á la generacion; esto es, que produce todas las cosas, no casual, ni inconsideradamente, sino siguiendo ciertas reglas, siempre las mismas. Que siendo el alma del universo, le conserva y le rige con sabiduría; pues es el principio de toda sabiduría. Que por consiguiente es Dios. Que da el mismo nombre á la naturaleza con la que no hace mas que uno, y al universo del que es parte. Que el sol, la luna, todos los astros, siendo cuerpos ígneos, son dioses. Que el aire, la tierra, la mar, teniendo por alma este fuego celeste, son tambien dioses. Que todas las cosas en las que se ve alguna eficacia particular, y en las que parece que este principio activo se manifiesta con mas claridad, merecen el nombre de divinidades. Que este mismo título se debe conceder á los grandes hombres, en cuyas almas centellea aquel fuego divino con mas esplendor. Que finalmente, de cualquier modo que se nos represente esta alma del universo, y cualesquiera nombres que le dé la costumbre, por lo respectivo á las diversas partes que anima, se le debe culto religioso.»

Estoy cansado de referir tantos desatinos, y sin duda que el lector no lo estará menos que yo, si es que ha tenido la paciencia de leerlos hasta el fin. No debió esperar ver que saliesen de un seno tan tenebroso, como era el paganismo, luces claras sobre un asunto infinitamente superior á la debilidad del entendimiento humano, como lo es lo que pertenece á la naturaleza de la divinidad. Los filósofos bien pudieron, con solas las fuerzas de la razon, convencer-

se de la necesidad y existencia de un Sér divino. De algunos tambien, como Epicuro, se receló que ocultaban bajo de palabras especiosas, un verdadero ateismo: á lo menos deshonraban casi otro tanto la divinidad, con las ideas despreciables que concibieron de ella, como si la hubiesen negado absolutamente.

Por lo que mira á la esencia de la naturaleza divina, desbarraron todos. ¿Y cómo no lo harian; pues los hombres no conocen á Dios sino en lo que le agrada revelárseles? El abad de Olivet, en su disertacion sobre la teología de los filósofos, reduce sus opiniones á tres sistemas generales que abrazan todas las opiniones particulares que nos expuso Ciceron en sus libros de la Naturaleza de los dioses. Los diferentes modos con que aquellos filósofos disponian el sistema del universo, hacian diferentes sus creencias tocante á la divinidad.

Algunos creyeron que solamente la materia, privada de sentidos y razon, pudo crear el mundo: fuese que uno de los elementos produjo todos los otros por distintos grados de rarefaccion y condensacion, como parece lo creyó Anaximeno, fuese que, dividida la materia en una infinidad de corpúsculos movibles, tomasen formas regulares, á fuerza de voltear temerariamente en el vacío, como lo creyó Epicuro: fuese que todas las partes de la materia tuviesen una pesadez intrínseca y un movimiento natural que las dirigian necesariamente, como opinaba Estraton. Luego el ateismo de estos filósofos era visiblemente el mas grosero de todos; pues la causa primera que reconocieron, no era mas que una materia inanimada.

Otros llegaron hasta este conocimiento, que hay en el mundo un órden muy excelente, para que no se considere el efecto de una causa inteligente. Pero no concibiendo cosa alguna que no fuese material, creyeron que la inteligencia era parte de la materia, y atribuyeron esta perfeccion al fuego del éter, el que consideraban como el océano de todas las almas. Esta fué la opinion de los estóicos, y se les puede juntar á Tales, y tambien á Pitágoras, Jenófanes, Parménides y Demócrito, los que admitian, como ellos, un todo material e inteligente.

Finalmente, otros comprendieron que la inteligencia no podia ser material, y que se la debia distinguir absolutamen e de todo lo que es cuerpo. Pero al mismo tiempo creyeron que los cuerpos existian independientemente de esta inteligencia, y que su poder se limitaba á ponerlos en órden y animarlos. Fué esta la opinion de Anaxágoras y de Platon: opinion mucho menos imperfecta que las otras, en cuanto contiene la idea de la espiritualidad, y distingue realmente la causa del efecto, el agente de la materia; pero distante todavía infinitamente de la verdad.

En cuanto á las otras dos clases de filósofos, que no reconocian sino principios materiales, son absolutamente inexcusables, y no se diferencian en su ceguedad mas que en el más ó menos. Muy bien les podemos aplicar lo que leemos en la Sabiduría: «Todos los hombres que no conocen á Dios, no son mas que vanidad. No pudieron comprender, por los bienes visibles, el soberano Sér, y no reconocieron al Criador por la consideracion de sus obras; pero imaginaron que el fuego, ó el viento, ó el aire mas sutil, ó la multitud de las estrellas, ó el abismo de las aguas, ó el sol y la luna eran los dioses que gobernaban todo el mundo.»

No hablo aquí sino de los dioses reconocidos propiamente tales por los filósofos. Varron distinguia tres especies de teología. La «fabulosa,» que era la de los poetas: la «natural,» que enseñaban los filósofos: la «civil ó política,» que practicaba el pueblo. La primera y tercera atribuian á los dioses, ó permitian que se les atribuyese, todas las pasiones, todos los vicios de los hombres, y todos los delitos mas abominables. La segunda parecia menos injusta; pero en la sustancia no era mas religiosa, y contenia absurdos que avergüenzan al entendimiento humano.

Ciceron, en el libro tercero de la Naturaleza de los dioses, expone con toda claridad muchos de estos disparates. Sabia poco para establecer la verdadera religion; pero sabia bastante para impugnar á los estóicos y epicúreos, los únicos que se opusieron á san Pablo, cuando predicó en Atenas. Las puras luces naturales le podian bastar para destruir la mentira; pero no le podian conducir hasta descubrir la verdad. Aquí se reconoce la debilidad de la razon humana, y los vanos esfuerzos que hace por sí sola para elevarse al exacto conocimiento de un Dios verdaderamente oculto, y que habita una luz inaccesible. ¿Cuáles fueron, respecto de esto, los progresos de esta razon tan orgullosa, durante mas de cuatro siglos, en las mejores cabezas de la Grecia, en los paganos mas ilustres por su saber, en los jefes de sus mas famosas escuelas? No hay cosa alguna, por absurda que sea, que no se haya dicho por algun filósofo.

Hay en esto más. ¿Los que profesaban una sabiduría mas superior, y á quienes habia manifestado Dios su unidad, no retuvieron este conocimiento secreto por una ingrata y tímida cobardía? ¿Uno solo se opuso á la impiedad que habia puesto, en lugar del Dios vivo y verdadero, ídolos mudos y figuras nó solamente de hombres, sino de animales é insectos? ¿Se abstuvo alguno de ir á los templos, aunque no aprobase en su corazon el culto supersticioso que autorizaba con su presencia y ejemplo? ¿El único Sócrates, de cuya religion se hizo experiencia, no trató de calumniadores á los que le acusaban de que no adoraba los dioses que adoraban los atenienses? ¿Su apologista Jenofonte, que era tambien su discípulo y su amigo, le defiende de otro modo, que asegurando que reconoció siempre las mismas divinidades que el pueblo? ¿Y el mismo Platon, no se ve precisado á confesar que aquel indigno prevaricador ordenó un sacrificio impío, aunque estuviese cierto de morir? Cierto extracto de una carta de Platon nos manifiesta cuánto temia explicarse sobre la naturaleza y unidad de Dios, y cuán distante estaba, por consiguiente, de darle gracias, de confesarle delante de los hombres, y exponerse al menor peligro, haciendo demostracion de su existencia. Las acciones ignominiosas que se atribuian á los falsos dioses le avergonzaban; pero se contentaba con decir, ó que no eran culpables de aquellos delitos, ó que no eran dioses, si los habian cometido: sin atreverse á decir que no habia mas que un solo Dios, y sin tener ánimo para oponerse al culto público, fundado sobre los delitos mismos á que tenia horror.

Se debe decir esto con vergüenza del paganismo, y por la gloria del Evangelio. Un niño, entre nosotros, por poco instruido que esté del catecismo, está mas seguro y mas informado sobre todo lo que se debe saber de la divinidad, que todos los filósofos juntos.

§. 3. La disputa de los antiguos filósofos sobre la Providencia, consiste en saber si los dioses presidian al gobierno general del mundo, y si bajaban á cuidar de las particulares minuciosidades de cada uno de los hombres. Epicuro casi solo negaba esta verdad.

«¿Se pregunta, decia, cómo viven los dioses, y en qué se ocupan? Su vida es la mas feliz, la mas deliciosa que se puede imaginar. Un dios no hace nada: no se embaraza con negocio alguno, no emprende na-

da. En su sabiduría y su virtud consiste su gloria. Los placeres que disfruta, placeres que no pueden ser mayores, está seguro de disfrutarlos siempre.

«Ve aquí, continuaba hablando con Balbo, que defendia la opinion de los estóicos, ve aquí un dios feliz. Pero el vuestro está oprimido de trabajos. Porque, si creis que este dios sea el mundo mismo, girando, como hace, sin intermision al rededor del eje del cielo, y aun esto con una extraña rapidez, ¿puedo tener un instante de sosiego? Pues sin quietud no hay felicidad. Y si se quiere que haya en el mundo un dios que le gobierne, que preside al curso de los astros y estaciones, que lo arregla, que lo dispone todo, que tiene los ojos sobre la tierra y sobre los mares, que se interesa en la vida de los hombres, y que se encarga de providenciar en sus necesidades; es á la verdad darle tristes y penosos cargos. Pues para ser feliz, segun nuestra opinion, es necesario tener la imaginacion tranquila, y no meterse en nada. Por otra parte, poneis sobre nosotros un Señor eterno, al que deberíamos tener miedo de dia y de noche. Porque ¿qué medio para no temer á un Dios, que lo preve todo, que piensa en todo, que lo advierte todo, que cree que todo le pertenece, que se quiere meter en todo, que siempre está ocupado?» La gran máxima de Epicuro era pues, «que un sér feliz é inmortal no tiene trabajo, ni le causa á nadie.»

Un dogma tan impío, que destruye claramente la Providencia, merecia tener á Epicuro por abogado y defensor. Y se debe confesar, que lo que dice de un Dios, que lo ve y lo conoce todo, y que debe por consiguiente castigar todo lo que es contrario á la ley divina, es la única razon que mueve, aun hoy dia, á algunas personas á creer, que no hay Providencia que cuide de todas las acciones de los hombres, ó mas bien, á desearlo.

Hubo razon para creer que este dogma fué la causa de considerar á Epicuro como á un enemigo declarado de los dioses, quien minó toda la religion, y quien con sus discursos, como Jerjes con sus tropas, trastornó templos y altares. «Porque después de todo, ¿qué razon, dice Cotta, nos obligaria á pensar en los dioses, pues no piensan en nosotros, no cuidan de nada, no hacen absolutamente nada? ¿Para estar obligados á darles muestras de gratitud, no era necesario haber recibido de ellos beneficios? Porque, ¿qué se le debe á quién no ha dado nada? La gratitud es una justicia que descarga á los hombres para con los dioses. Luego, si vuestros dioses no tienen relacion con nosotros, ¿qué tendrán que pedirnos?»

Las oraciones que se dirigen á la divinidad en las necesidades y peligros, las rogativas que se hacen para obtener de ella ciertas gracias, las promesas y juramentos, en los que interviene como testigo, usos comunes á todas las naciones, y practicados en todos tiempos, manifiestan lo que pensaron siempre los hombres de la Providencia. No consultando mas que á la razon sola, tal como nos la dejó el pecado, esto es, á nuestro orgullo y á nuestras tinieblas, se nos ofreceria creer que no se trata con bastante respeto á la divinidad, humillándola de este modo á insignificantes pequeñeces, representándole todas nuestras necesidades; estipulando con ella si le agrada el oirnos, haciendo que intervenga en nuestros tratados y en nuestras obligaciones. Quiso Dios, por todos estos medios, conservar en los corazones de todos los pueblos una idea clara de su providencia, por el cuidado que tiene de todos los hombres en particular, por la soberana autoridad que conserva sobre todos los sucesos de su vida, por la atencion que pone en examinar si son fieles en guardar sus promesas, y por la que tendrá en castigar su contravencion.

Así vemos que se consideraron siempre estas verdades como el fundamento mas inalterable de la sociedad humana. «Se debe antes de todo, dice Ciceron, estableciendo las reglas de un prudente gobierno, estar íntimamente persuadido, de que los dioses son los dueños soberanos de todo, y los moderadores del universo: que todo lo que pasa en él está sometido á su voluntad y poder: que se complacen en hacer bien á los hombres: que examinan cuidadosamente lo que cada uno de ellos hace, lo que piensa, cómo se gobierna, con qué piedad, y con qué afectos practica los actos de religion, que finalmente ponen una gran diferencia entre el justo y el impío.»

Este pasaje nos muestra que los paganos no atribuian solamente á la divinidad el gobierno general del mundo, sino que estaban persuadidos de que descendia á las menores circunstancias; y que ninguno de los hombres, ninguna de sus acciones, ni tampoco de sus pensamientos, se escapa á su atencion y á su conocimiento.

Los epicúreos no podian sufrir la idea de un Dios tan cerca de nosotros, tan cuidadoso, tan perspicaz. Es sumamente feliz, decian, y por consiguiente infinitamente tranquilo. No se irrita ni se enfada. Todo le es indiferente, excepto su quietud. Esto es lo que quisieran tambien las personas entregadas á sus deleites para librarse de los remordimientos importunos de su conciencia. Bien quieren reconocer en Dios un cuidado general de sus criaturas, y una bondad semejante á la de los príncipes que gobiernan con prudencia sus estados; pero que no se meten en las minuciosidades, ni se humillan hasta amar á sus súbditos, ni aficionarse á ninguno de ellos en particular.

No era así como pensaba David. «Desde su trono eterno contempla Dios todos los habitantes de la tierra. Hizo en particular el corazon de cada uno de ellos: conoce todas sus obras.» Considerando desde el cielo á todos los hombres, no los examina con una mirada general y confusa. Tiene tan presente á cada uno en particular, como si no cuidase mas que de aquel solo. No le ve como puesto á una gran distancia, sino como que le tiene inmediatamente bajo de sus ojos. No considera solamente sus exterioridades: penetra su interior y lo mas secreto que hay en él. No solamente pregunta á su corazon; reside en él, y le tiene mas presente y mas cerca que lo está el corazon de sí mismo. En esta multitud infinita de hombres que fueron, y que actualmente son, nada se libra ni de su vista, ni de su memoria. Este conocimiento y este cuidado, que son tan incomprensibles como su sér, son una consecuencia natural de que es el Criador de todo, y del corazon como de todo lo demás.

Art. 2.° No fatigaré segunda vez al lector refiriendo aquí muy por menor los diversos sistemas de los filósofos antiguos sobre la creacion del mundo, que varian infinito, y son mas absurdos los unos que los otros. Solo hablaré de los estóicos y de los epicúreos, cuyos sistemas sobre esta materia son mas conocidos y mas célebres. No es mi ánimo examinarlos detenidamente, sino dar puramente una idea general de ellos.

§. 1. Segun los estóicos, la parte inteligente de la naturaleza no hizo mas que poner en movimiento los materiales no inteligentes, que tambien eran parte de la naturaleza; y que existian como ella desde toda eternidad. Se ve esto muy claramente en un pasaje de Ciceron, sin hablar de otros muchos, para prevenir y ocurrir á los argumentos que se podian hacer con-

tra la Providencia, sacados de muchas cosas, ó inútiles, ó tambien perniciosas, de que está lleno el mundo, respondian los estóicos: « La naturaleza hizo lo mejor que se podia hacer con los elementos que existian. » ¿Se puede señalar mas expresamente la preexistencia de la materia? Aristóteles y otros muchos filósofos seguian tambien la misma opinion. Lo que llamaban los estóicos el « alma del mundo, » era esta inteligencia, esta razon, que creian difundida en la naturaleza. Y este principio inteligente, sensitivo, racional, ¿qué era? Ninguna otra cosa que el fuego del éter, que penetra todos los cuerpos: ó antes bien, ninguna otra cosa que leyes mecánicas, las que atribuian principalmente al fuego celeste, y segun las cuales se formaba y obraba necesariamente todo.

Así definia Zenon á la naturaleza, « un fuego artífice, que procede metódicamente á la generacion. » Porque creia que la accion de crear y de engendrar pertenece propiamente al arte.

Emplea Ciceron aquí el término de « crear, » lo que pudiera hacer creer que habia conocido y admitia la accion de sacar de la nada, que es la creacion propiamente dicha. Pero toma este mismo término, en otros muchos pasajes, por una mera produccion, y en ninguna de sus obras deja percibir que tuviese una noticia tan singular como la de la creacion propiamente dicha. Y lo mismo se debe decir de todos los antiguos que trataron de física, como lo advierte Ciceron expresamente. Era principio recibido por todos los filósofos, que la materia no podia, ni ser producida de nada, ni ser reducida á la nada.

Epicuro negaba en términos expresos este poder á la misma divinidad.

Lactancio nos conservó un fragmento de los libros de Ciceron, sobre la naturaleza de los dioses, el que no se puede aplicar con certeza al sistema de los estóicos; porque, estando separado, no se conoce claramente de qué filósofos se le debe entender; pero parece muy propio para explicar lo que pensaban sobre la creacion del mundo. Le insertaré aquí todo. « No es probable, dice el que habla, que la materia, de la que sacan su orígen todas las cosas, fuese formada por la divina Providencia; pero antes bien que tiene ella misma, y que tuvo siempre una virtud intrínseca y natural que le hace posibles todas sus modificaciones. Lo mismo que el artífice, cuando trabaja en un edificio, no produce él mismo los materiales, sino emplea los que encontró ya hechos; y como el que hace una figura de cera, encuentra la cera ya producida, así se debe decir que la divina Providencia tuvo una materia, nó que la produjo ella misma, sino que la encontró, como á la mano, y dispuesta para sus designios. Y si Dios no produjo la materia primera, no se puede decir que produjese, ni la tierra, ni el agua, ni el aire, ni el fuego. »

La comparacion del arquitecto y del estatuario es muy propia para explicar el sistema de los estóicos. Su dios (á quien llama aquí Ciceron Providencia divina), y que no es otro que el « éter, » como lo hemos dicho, no creó, esto es, no sacó de la nada la materia de que se formó el mundo; pero la modificó, y disponiendo las partes de la materia que estaban confundidas, hizo el agua, la tierra, el aire, y este fuego grosero que conocemos, esto es, que les dió la forma y disposicion en que se ven.

El artífice, dice Lactancio en el lugar que acabo de citar, no puede edificar sin madera; porque es incapaz de producirla por sí mismo, y es incapaz de esto, porque es hombre, esto es, la misma debilidad. Pero Dios produce de nada todo lo que le agrada, porque es Dios, esto es, el poder mismo que no tiene ni medida, ni límites. Porque si no es omnipotente, no es Dios.

§. 2. En el sistema de los epicúreos (y los estóicos pensaban como ellos en este punto), estas dos palabras, « mundo y universo, » tenian una significacion diferente. Por el « mundo » entendian los cielos y la tierra, con todo lo que se contiene en ellos. Por el « universo » entendian no solamente los cielos y la tierra, con todo lo que se contenia en ellos, sino tambien el vacío infinito que suponian mas allá del mundo. Porque creian al mundo lleno y limitado; pero mas allá suponian espacios infinitos y absolutamente vacíos. Así dividian toda la naturaleza, todo el universo en dos partes: los cuerpos y el vacío.

Esta distincion es necesaria para entender el sistema de los epicúreos; porque suponian, como principio cierto, que sin el vacío no podia haber movimiento alguno en el mundo, ni tampoco produccion alguna.

Segun los epicúreos, fué el concurso fortúito de los átomos quien crió el mundo.

Átomo es una palabra griega que significa « indivisible. » Es un cuerpecito pequeño de todo género de figuras, que entra en la composicion de todos los otros cuerpos. Los átomos no se perciben por los sentidos, á causa de su extrema pequeñez que los oculta á la vista.

Mosco Fenicio, Leucipo y Demócrito fueron los primeros filósofos que establecieron la doctrina de los átomos. Suponen que, entre estos pequeños cuerpecitos, unos son lisos, otros ásperos, estos redondos, aquellos terminan en ángulos, algunos corvos, y como torcidos; y que el concurso casual de estos átomos formó el cielo y la tierra.

Pero sobre todo fué Epicuro quien hizo valer este dogma, y quien le acreditó, introduciendo no obstante en él algunas mudanzas, con las cuales pretende Ciceron que no hizo mas que corromper la doctrina de Demócrito, en lugar de enmendarla y perfeccionarla.

Demócrito coloca los átomos en un vacío infinito, en el que no hay ni medio ni extremidad. Allí, puestos en movimiento desde toda eternidad, se unen y se asen los unos á los otros, y con este reencuentro y con este concurso forman el mundo tal como le vemos. Ciceron no puede sufrir que un filósofo, explicando la creacion del mundo, no hable mas que de la causa material, y no diga una palabra de la causa eficiente. Con efecto, ¿hay mayor absurdo que decir que desde toda eternidad ciertos cuerpos sólidos é indivisibles se mueven ellos mismos por su peso natural? Este defecto es comun á Demócrito y á Epicuro: porque este daba tambien á sus átomos una viveza natural é intrínseca, que bastaba para ponerlos en movimiento; pero se apartaba del primero en otros puntos.

Epicuro pretende, á la verdad, que los átomos se inclinan ellos mismos directamente abajo, y que es este el movimiento de todos los cuerpos. Llegando luego á pensar en que, si todos los átomos se dirigiesen siempre abajo por una línea recta y por un movimiento perpendicular, nunca sucederia que un átomo pudiese tocar á otro, imaginó sutilmente un movimiento de declinacion: por cuyo medio, llegando los átomos á encontrarse, se adhieren, y hacen el mundo con todas las partes que le componen. De suerte que, por una pura ficcion, les da á un mismo tiempo un lijero movimiento de declinacion, y del que no alega causa alguna, lo que es vergonzoso para un físico, y les quita tambien sin causa alguna el movimiento directo de alto abajo

que habia establecido en todos los cuerpos. Y no obstante, con todas las suposiciones que inventa, no puede lograr lo que pretende. Porque si tienen todos los átomos igualmente un movimiento de declinacion, nunca se adherirán unos á otros. Y si los unos le tienen, los otros nó, es darles diferentes empleos sin fundamento, como dar movimiento directo á los unos, y movimiento oblícuo á los otros. Y con todo ésto, no dejará de ser imposible que este encuentro casual de los átomos produzca jamás el órden y hermosura del universo.

«Si el concurso fortúito de los átomos, dice en otra parte Ciceron, es capaz de hacer el mundo, ¿por qué no hará tambien un pórtico, un templo, una casa y una ciudad, obras de mucha menos dificultad? Es necesario que aquellos filósofos, para discurrir de un modo tan absurdo, no hubiesen levantado los ojos hácia el cielo, ni mirado todas las maravillas que se contienen en él.»

La doctrina del vacío movió á Epicuro, como tambien á algunos otros filósofos, á suponer muchos mundos, hechos por el concurso casual de los átomos, como el que habitamos.

Gasendo considera esta opinion como opuesta, no solamente á la autoridad de la Sagrada Escritura, la que no hace mencion alguna de la pluralidad de los mundos, y que no supone mas que uno solo, sino tambien á la de los mas hábiles filósofos, tales como son Tales, Pitágoras, Empédocles, Anaxágoras, Platon, Aristóteles, Zenon el Estóico y otros muchos. Sin embargo, reconoce que no se puede demostrar que no puede haber otros mundos mas que el nuestro: porque Dios es dueño de crear tantos como le agrade; pero seria contra la razon afirmar que actualmente hay otros muchos; porque Dios no nos lo ha revelado.

§. 3. No emprendo examinar cuáles fueron las opiniones de Platon sobre la creacion del mundo, lo que requeria una disertacion infinita. Llama algunas veces á la materia «eterna,» por lo que no quiso dar á entender que subsistia visiblemente desde toda la eternidad, sino que subsistia intelectualmente en la idea eterna de Dios. Esto es lo que entiende cuando dice, «el ejemplar del mundo es de toda eternidad.»

Algunas líneas antes se encuentra el pensamiento siguiente: «Considerando Dios su obra, y hallándola perfectamente conforme á su modelo y á su original, se alegra y se aplaude de alguna suerte á sí mismo.»

Lo que dice aquí Platon, de que Dios crió el mundo segun el ejemplar eterno que habia concebido en sí mismo, es muy notable. Como un hábil artífice que tiene en su cabeza toda la disposicion y toda la forma de su obra antes de empezarla, y que trabaja en ella despues de haberla ideado, de modo, que lo que ejecuta no es, si se debe decir así, mas que la copia del original que imaginó, no siendo toda obra que subsiste mas que una pura imitacion: lo mismo Dios, cuando crió el mundo, no hizo mas que ejecutar la idea eterna que habia concebido de él. Porque el mundo, y todo lo que contiene, existia intelectualmente en Dios, antes que existiese realmente en la naturaleza. Véase aquí lo que son las ideas de Platon: y pudo muy bien haberlas sacado de la lectura de los libros sagrados (algunos creyeron que se le comunicaron en el curso de sus viajes), en los que se ve que da Dios á Moisés los modelos de todas las obras que le quiere hacer ejecutar. Lo que se dice en el Génesis de que aprobaba Dios primero cada una de sus obras, á medida que salian de sus manos, despues todas en general cuando las finalizó, pudo tambien haber dado á Platon esta sublime idea de los ejemplares eternos, sobre los que se crió el mundo. Porque estas palabras, «vió Dios todas las cosas que habia hecho, y eran muy buenas,» significan, como lo advierte el nuevo intérprete del Génesis, «que considerando Dios todas sus obras con una sola mirada, y comparándolas entre sí, con el modelo eterno, cuya expresion eran, encontró su hermosura y perfeccion excelentes.»

Se ve, por lo que acabo de referir de las opiniones de Platon sobre la creacion del mundo, cuánto aumentó á los principios de física, que pudo haber tomado de Heráclito.

La idea de Dios, exponiendo á nuestros ojos estas maravillas sin número, de que está lleno el mundo, fué querer que conociésemos, en el movimiento de todas las partes del universo y en la conformidad que tienen entre sí, al que las crió y las gobierna. En todo puso señales de lo qué es. Se ocultó detrás del espectáculo de la naturaleza; pero este espectáculo es tan hermoso y tan grande, que descubre de infinitos modos la sabiduría que le crió y que le dirige. ¿Cómo pudo pues suceder que hombres entendidos, como los únicos sabios de la tierra, fuesen tan inconsiderados y tan estúpidos, que atribuyesen efectos tan maravillosos al acaso, al destino, á la materia, á puras combinaciones de las leyes del movimiento, sin que tuviese Dios en esto otra parte que obedecer estas leyes? ¿Que es el entendimiento humano abandonado á sus tinieblas? La primera palabra del libro mas antiguo del mundo nos revela de una vez esta gran verdad: «En el principio crió Dios el cielo y la tierra.» Esta sola palabra fija plenamente, por la autoridad de la revelacion, todas las dudas, y disipa todas las dificultades que detuvieron tan largo tiempo á los filósofos, sobre uno de los puntos mas esenciales de religion. Puede ser que no le pudiesen conocer con entera seguridad, solo con las luces de la razon; pero á lo menos pudieron y debieron tener alguna idea de esto. Porque era necesariamente preciso, ó que Dios hubiera criado el cielo, la tierra y los hombres; ó que el cielo, la tierra y los hombres fuesen eternos, lo que es mucho mas incomprensible. ¿Un entendimiento razonable y libre de preocupaciones puede persuadirse jamás, de buena fe, que la materia, informe por sí misma y privada de inteligencia, criase seres señalados con la marca de una sabiduría perfecta? La fe nos abrevia mucho camino, y nos ahorra muchos trabajos. Hay materias en las que no puede caminar la razon con seguridad, sino á la luz de esta lumbrera.

Art. 3.º No hay cuestiones en que esten tan divididas las opiniones de los filósofos, como en la que pertenece á la naturaleza del alma, y tampoco la hay que dé mas á conocer hasta donde llega la debilidad del entendimiento humano, cuando no tiene por guias mas que sus propias luces. Disputan mucho entre sí para saber lo qué es el alma, en dónde reside, de dónde saca su orígen y en qué pára despues de la muerte. Algunos creian que el mismo corazon es el alma. Empédocles dice que es la sangre que está mezclada en el corazon; otros cierta parte de celebro. Muchos defienden que ni el corazon, ni el celebro no son el alma misma, sino solamente la situacion del alma; y que esta es un soplo, ó mas bien, un fuego. Esta última opinion es de Zenon el Estóico. Aristójenes el músico, que era tambien filósofo, quiere que consista en cierta armonía de las diferentes partes del cuerpo; Jenócrates en el número, como lo pensó Pitágoras antes de él. Platon distingue tres partes en el alma. Coloca la principal, que es la razon, en la cabeza; de las otras dos, que son la cólera y la concupiscencia, quiere que resida la primera en el pecho, y la otra

debajo del corazon. Viendo Aristóteles que ninguno de los cuatro principios de que, segun su opinion, se compone todo, era susceptible de las propiedades del alma, como pensar, conocer, amar, aborrecer, etc., supone un quinto, el que no nombra; y llama al alma con una palabra nueva, la que, segun Ciceron, significa un movimiento continuo y sin interrupcion; pero cuya virtud no entienden ni pueden explicar los mas sabios.

Tal es la enumeracion que hace Ciceron de las diferentes opiniones de los filósofos sobre la naturaleza del alma. Porque en cuanto á la opinion de Demócrito, quien la cree compuesta de átomos, no se digna referirla. Concluye esta enumeracion con estas palabras, las que parece manifiestan una grande indiferencia para una cuestion tan importante. « Cuál de todas estas opiniones es la verdadera, algun dios lo podrá saber; nosotros nos contentamos con averiguar cuál es la mas verosímil. » El sistema de la Academia, cuyo partido habia abrazado, era que lo falso está mezclado, en todo, de tal manera con lo verdadero, y se le parece tanto, que no hay señal cierta para distinguirlos seguramente.

Con efecto, Ciceron en los pasajes en que trata de la inmortalidad del alma, no habla de ella casi jamás sino dudando y suponiendo uno y otro sistema igualmente posible y razonable. ¡Y quisiera Dios que no se pudiese hacer este cargo mas que á los filósofos antiguos! Indica ciertamente en ellos una ceguedad deplorable, y una negacion á toda luz y á toda razon. Pero esta misma duda, cuando es voluntaria y consentida, es en un cristiano una cosa monstruosa é incomprensible. « La inmortalidad del alma, dice Pascal, en sus Pensamientos, es una cosa que nos importa tanto y nos pertenece tan profundamente, que es menester haber perdido todos los sentidos para ser indeferente sobre saber lo qué es. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos deben tomar caminos tan diferentes, segun los bienes eternos que hay que esperar, ó nó, que es imposible ejecutar una accion con sentido y juicio, sino arreglándola con la mira de este punto, que debe ser nuestro último objeto. » ¿Y hay estupidez, mejor diria brutalidad, igual á la de cualquiera que se atreve á arriesgar, por una simple duda, una eternidad de gloria ó de infelicidad?

Muchos de los filósofos, de quienes acabo de hablar, solo admitian cuerpos y nó espíritus puros; lo mismo los estóicos, cuya moral, por otra parte, contenia tan excelentes principios. Estos últimos no creian las almas enteramente inmortales; pero solamente querian que viviesen mucho tiempo, «como grajos,» dice Ciceron. Vosio, en su tratado de la idolatría, cree que este « mucho tiempo » entendian todo el tiempo que durará este mundo, hasta el incendio general. Porque, segun los estóicos, debia suceder, por última revolucion, que el mundo entero no seria mas que fuego. Estas almas particulares debian entónces, como todo lo demás, abismarse en el alma universal que era su principio. Hasta allí habitaban en la alta region, en donde no tenian que hacer mas que filosofar á su arbitrio, infinitamente felices con la clara vista del universo.

Ciceron pinta, con una especie de entusiasmo, esta beatitud filosófica. « Ciertamente, dice, seremos felices, cuando luego que dejemos nuestros cuerpos, estaremos libres de toda pasion y de toda inquietud. Entónces, lo que causa al presente nuestro gozo, cuando libres de todos cuidados nos aplicamos eficazmente á algun objeto que nos agrada y enamora; entónces, digo, lo ejecutaremos con mucha mas libertad, entregándonos enteramente á la contemplacion de todas las cosas, cuyo perfecto conocimiento se nos concederá. La misma situacion de los lugares á que habremos llegado, facilitándonos la vista de los objetos celestes, excitando en nosotros el deseo de penetrar sus primores, nos pondrá en estado de satisfacer plenamente este ardor insaciable, que nos es natural, de conocer la verdad. Y se nos descubrirá más ó menos, á proporcion de lo más ó menos que nos hayamos aplicado á alimentarnos de ella durante nuestra mansion en la tierra..... ¿Que espectáculo será poder con una sola mirada ver toda la tierra, su situacion, su figura, sus límites y todas sus regiones habitables, y las que hizo desiertas y vacías el frio ó el calor?

Véase pues aquí á lo que se debia limitar la beatitud filosófica. ¡Qué ceguedad! ¡Qué miseria! Sin embargo, vemos, por medio de estas tinieblas, un admirable principio y muy instructivo; que en la otra vida se nos manifiesta la verdad á proporcion de lo que la hayamos solicitado y amado en esta.

Los filósofos que admiten la inmortalidad del alma, le dan una ocupacion mas noble despues de la muerte. No examino si se debe poner á Aristóteles en este número. Es una cuestion que ha ocupado y dividido á los eruditos, y la que, por sola la duda que deja, no le honra. En cuanto á Platon, se ve en todas sus obras, lo mismo que Sócrates su maestro, y Pitágoras que los habia precedido, que cree el alma inmortal. Ciceron, despues de haber referido muchas pruebas de esto, añade, que parece se esforzaba Platon á persuadir esta verdad á los otros, pero, por lo que á él tocaba, estaba plenamente convencido de ella.

Caminando Platon sobre las pisadas de Sócrates, abre á las almas dos caminos despues de la muerte; uno de los cuales conduce al lugar de los suplicios á las que se mancharon con delitos y violencias en la tierra; el otro lleva al augusto congreso de los dioses las almas puras y castas que, durante su mansion en los cuerpos, tuvieron con ellos el menor comercio que les fué posible, y se aplicaron á imitar la vida de los dioses, de los que sacan su orígen, practicando todo género de virtudes. Solo la recta razon hacia conocer á aquellos grandes filósofos que era necesario, para justificar la Providencia, que despues de esta vida hubiese recompensas para los buenos y penas para los malos.

Art. 4.° Aquí era propiamente el lugar en que deberia tratar perfectamente de la física, y entrar en el pormenor de las principales cuestiones que son su objeto, para conocer el orígen y progresos de esta ciencia, y la diferencia de opiniones que se encuentra entre los antiguos y modernos. Pero esta materia, además de que excede mis fuerzas, es muy extensa y muy vasta para contenerse en el corto espacio de un compendio. Se encontrará tratada con mucha claridad en la obra de Regnaul, que tiene por título, « Orígen antiguo de la física nueva, » de la que me he aprovechado bien. Guarda en ella un carácter de moderacion que es raro, haciendo igualmente justicia á los antiguos y á los modernos. Me contentaré pues con algunas reflexiones generales.

La física, durante muchos siglos, fué sola, ó casi sola, la ocupacion y las delicias de los sabios de la Grecia. Reinó en ella por espacio de cerca de cuatrocientos años. Los filósofos se dividieron en dos famosas escuelas; la jonia, de la que fué Tales jefe; y la itálica, que siguió á Pitágoras, como lo advertí antes. Pero los filósofos que adquirieron mas nombre,

por lo respectivo á la física, fueron Demócrito y Leucipo, porque Epicuro adoptó su sistema, el que nos explicó con extension Lucrecio.

Este sistema, como lo observé ya, no admitia por principios mas que los átomos y el vacío; dos puntos de los cuales, el uno, quiero decir el vacío, no es comprensible; y el otro repugna á la razon, especialmente por lo respectivo á la «inclinacion» que da Epicuro á sus átomos. No obstante los absurdos que se encuentran en este sistema, son los epicúreos, propiamente hablando, los únicos físicos de la antigüedad. Á lo menos vieron que no se debian buscar las causas de lo que sucede á los cuerpos, sino en los mismos cuerpos, y sus propiedades, el movimiento, la quietud, la figura: y con este principio no explicaban mal ciertos efectos particulares, aunque siguiesen errores groseros sobre las primeras causas.

Aristóteles trató la física, ó mas bien la echó á perder, sirviéndose para explicar efectos corporales de lo que solo puede pertenecer al alma, «simpatía, antipatía, horror, etc.,» y no dando definiciones de las causas, sino señalando algunos de sus efectos, por lo regular mal elegidos, aplicados de un modo oscuro, sin que diese á conocer casi jamás sus causas.

Hasta un siglo antes del nacimiento de Jesucristo, no empezó la física á introducirse en Roma, y hablar en ella el idioma de los romanos por boca de Lucrecio. «Finalmente, dice este poeta físico, los secretos de la naturaleza, ya no son misterios, y me puedo alabar de haber sido el primero que introdujo la física en Roma con los adornos de nuestra lengua.»

Séneca confiesa que habia poco tiempo que se conocia ciertamente en ella la causa de los eclipses de luna, y de otros muchos fenómenos de la naturaleza. No sé si tiene razon. En el siglo de Plinio, habia ya mucho tiempo que se pronosticaba el dia y la hora de los eclipses; y Ciceron asegura, que en su tiempo la hora y la grandeza de todos los eclipses, así de la luna como del sol, se anunciaban para todos los siglos futuros. Se sabe que Sulpicio Galo, la víspera de la batalla que debia dar Paulo Emilio contra Perseo, predijo un eclipse de luna que debia suceder la noche siguiente, y descubrió la razon de él al ejército. El eclipse sucedió precisamente á la hora señalada, lo que fué causa para que se le considerase como á un hombre divino. Este último ejemplo prueba que este género de conocimientos era entónces muy raro entre los romanos, y jamás se aplicaron mucho al estudio de la física, ni de las otras ciencias superiores.

No habia sucedido esto en la Grecia. Se cultivaron mucho tiempo en ella; si no se le debe el honor de la invencion, no se le puede negar el haberlas perfeccionado mucho. Es difícil encontrar un sistema del mundo, celebrado en nuestros dias, que á lo menos no hubiesen columbrado los antiguos. Si fijamos la tierra, como Tico, para hacer que gire al rededor de ella el sol, cercado de Mercurio y Venus, es un sistema conocido de Vitruvio. Hay quienes fijan el sol y las estrellas, haciendo que ande la tierra precisamente sobre su centro de occidente á oriente: y fué este el sistema de Ecfanto, pitagórico, á lo menos en parte, y el de Nicetas el siracusano. El sistema seguido hoy dia, es el que coloca al sol en el centro de un torbellino, y pone á la tierra en el número de los planetas; que hace andar á los planetas al rededor del sol, con este órden: Mercurio, mas cercano del sol, Venus, la tierra, dando vueltas sobre su centro con la luna, la que circula al rededor de la tierra; Marte, Júpiter y Saturno. Este sistema de Copérnico no es nuevo: es el de Aristarco, y de parte de los matemáticos de la antigüedad; el de Cleanto de Samos; el de Filolao; finalmente, de los pitagóricos, y verosímilmente del mismo Pitágoras.

Con efecto; seria de admirar que este sistema de Copérnico, que parece tan razonable, no se hubiese ofrecido á la imaginacion de ninguno de los filósofos antiguos. Dije que parece este sistema muy razonable. Porque si la tierra fuese inmóbil, era preciso que el sol y todos los otros astros, que son cuerpos muy grandes, diesen en veinte y cuatro horas, al rededor de la tierra, una vuelta inmensa; y que las estrellas fijas que estuviesen en el círculo mas grande, en el que siempre es el movimiento mas rápido, corriesen en un dia trescientos millones de leguas, y fuesen mas lejos que de aquí á la China, en el tiempo que se pueden pronunciar estas palabras: «Vé pronto á la China.»

Porque es preciso que suceda todo esto, si la tierra no da vuelta sobre sí misma en veinte y cuatro horas. No es difícil comprender que dé esta vuelta, la que á lo mas no es sino de nueve mil leguas, las cuales, en comparacion de trescientos millones, son una bagatela.

Entre los modernos, la física razonada, hasta Descartes hizo pocos progresos. Tomó de los epicúreos el principio que, para explicar los efectos corporales, no se debe recurrir sino á los cuerpos. Pero, ilustrado con la religion, impugna sus principios impíos de la necesidad y del acaso. Supone, por principio de su física, un Dios criador y primer motor. Reforma tambien el vacío, que no se concibe, y los átomos, reconociendo la materia divisible infinitamente, ó como dice él mismo, indefinidamente.

Con la materia y el movimiento, el que reconoce no podia recibir sino de las manos de Dios, tuvo el atrevimiento de crear un mundo: y en vez de subir de los efectos á sus causas, pretende establecer las causas, y deducir de ellas los efectos. De aquí, su hipótesis de los torbellinos, que es lo mas verosímil que se ha dicho hasta aquí sobre las causas del universo, aunque en un gran número de consecuencias particulares se engañase Descartes, con bastante frecuencia, por un efecto de la debilidad inseparable de la naturaleza humana.

Su física reinaba pacíficamente, cuando Newton emprendió inquietarle en esta posesion. Renovó el vacío: pretendió demostrar la imposibilidad de los torbellinos, en una palabra, arruinar la física cartesiana. Gran guerra en el mundo literario, y que se lleva con mucha actividad y calor de una y otra parte. Si quedó mejor el sabio inglés, ó nó, es una cuestion que no me pertenece, ni se resolverá tan presto. Á lo menos fué mas circunspecto que Descartes, en haberse propuesto proceder de los efectos conocidos para descubrir las causas.

En general, se debe confesar que, por lo respectivo á las materias de física, perfeccionaron mucho los modernos los conocimientos de los antiguos, y que les añadieron muchos descubrimientos nuevos muy importantes. Y no podia dejar de suceder esto. ¿Era posible que en el curso de tantos siglos, tantos excelentes ingenios que se aplicaron sucesivamente á observar la naturaleza, no hubiesen enriquecido la física, especialmente despues que encontraron socorros extraordinarios para tener buen exito en este trabajo, los cuales faltaron á los antiguos? La naturaleza es un océano inagotable, y la curiosidad no tiene límites. Así no soñaba Seneca cuando preveia que descubriria la posteridad en la naturaleza muchos secretos ignorados en su tiempo «La naturaleza, decia

aquel grande hombre, no descubre todos sus misterios de una vez. Llegará tiempo en que se esparcirá la luz sobre las cosas que están para nosotros ocultas. Se admirará que se nos hayan escapado, y el mismo vulgo sabrá lo que nosotros ignoramos.» Este pensamiento es muy razonable y muy juicioso. Muchas razones han contribuido para el considerable progreso que ha hecho la física en estos últimos tiempos.

Se puede decir que ha mudado enteramente de semblante, y ha tomado nuevo aire, desde que se estableció la ley de estudiar la naturaleza en la misma naturaleza, de valerse de sus ojos y de su corazon para descubrir sus misterios, de no sujetarse ya ciegamente, y sin exámen, al juicio de los otros; en una palabra, desde que se sacudió el yugo de la autoridad, la que en materias de física no tiene derecho á esclavizar nuestros entendimientos, y no sirve sino para mantenerlos, por este respeto insensato, en una ociosidad y presumida ignorancia. ¿Qué progresos hizo la física en el curso de catorce ó quince siglos, en los que la autoridad de Aristóteles y de Platon daba la ley á tiempos? Este camino no sirvió sino para suscitar vanas disputas, para contener cualquier intento, para extinguir toda curiosidad y toda emulacion; y se pasaba la vida de los filósofos mas capaces de perfeccionar la física, en saber lo que se habia pensado, mas que en lo que se debia pensar.

Siempre me disonó una máxima de Ciceron, la que sin embargo le agradaba mucho, y la que repitió mas de una vez. Decia que queria mas engañarse con Platon, que pensar exactamente con los otros filósofos. No sé qué buen sentido se pueda dar á este pensamiento. ¿Será que nunca es permitido preferir el error á la verdad, bajo de cualquiera buen nombre que se oculte este error? Esto es á lo que conduce esta especie de idolatría para los grandes hombres. Solo la religion tiene derecho de cautivar así nuestros entendimientos, porque tiene por fiador al mismo Dios, y con ella no hay recelo de extraviarse.

Se sabe hasta qué punto parece que afecta la naturaleza ocultarnos sus misterios. Para descubrir sus secretos, se la debe seguir paso á paso; es necesario, para decirlo así, sorprenderla en sus operaciones, se necesitan observaciones y experiencias; es preciso un grande cúmulo de fenómenos para establecer un principio correspondiente para explicarlos; se deben hacer experiencias para verificar las conjeturas. Los antiguos practicaron todo lo que acabo de decir hasta cierto punto, y con algun acierto. Pero la sagacidad de los modernos, ayudada con la invencion de muchos instrumentos nuevos, añadió mucho á sus averiguaciones. Estas nuevas invenciones son principalmente el telescopio, el microscopio, el tubo de Toricello, y la máquina neumática.

Cierto Zacarías Jansen inventó el telescopio y microscopio hácia el fin del siglo décimosexto. Toricello, el tubo, que tiene su nombre hácia mediados del décimoséptimo siglo. Oton de Guericke, la máquina del vacío, algun tiempo después.

Zacarías Jansen era holandés, de Midelburg, en Zelanda, fabricante de anteojos. El acaso, que es el inventor de un gran número de los mejores descubrimientos, y bajo del cual se agrada la Providencia esconderse, tuvo mucha parte en el de Jansen. Puso, sin designio alguno premeditado, dos vidrios de anteojos, uno enfrente de otro á cierta distancia. Descubrió que en esta situacion los vidrios aumentaban considerablemente los objetos. Fijó los vidrios en una situacion igual, y en el año de 1590 hizo un anteojo de doce pulgadas. Este fue el orígen del telescopio, el que se perfeccionó después. El inventor del telescopio hizo con vidrios pequeños, con corta diferencia, lo que habia ejecutado con los grandes, y de aquí provino el microscopio. Se debe al primero de estos instrumentos el conocimiento de los cielos, á lo menos en parte; y al segundo el conocimiento de un mundo pequeño. Porque estábamos en que veíamos todo lo que habita la tierra. Hay en ella otras tantas especies de animales invisibles, como visibles. Vemos desde el elefante hasta el arador. Aquí acaba nuestra vista. Pero en el arador empieza una infinita multitud de animales, los que no podrian descubrir nuestros ojos sin socorro. Se ve, por medio del microscopio, millares de insectos nadar, correr, arrojarse libremente en la centésima parte de una gota de agua. Lembenoc dice, que vió cincuenta mil de ellos en una gota de licor muy pequeña.

Se puede decir que estos anteojos son un nuevo órgano de la vista, los que no se esperarian de las manos del arte. ¡Cuál seria la admiracion de los antiguos si se les hubiese pronosticado que algun dia veria su posteridad, por medio de algunos instrumentos, una infinidad de objetos que ellos no veian: un cielo que no conocian, plantas y animales, cuya sola posibilidad no sospechaban!

Toricelló era matemático del duque de Florencia, y sucesor de Galileo, quien murió en 1642. Queria Galileo, que la eficacia del horror al vacío hiciese subir y mantuviese el agua en las bombas aspirantes, hasta cerca de treinta y dos piés, y que esta famosa eficacia se fijase allí. En 1643 experimentó Toricello la eficacia de este horror imaginario en el azogue. Hizo construir un tubo ó cañon de vidrio de tres ó cuatro piés, cerrado herméticamente por un extremo. Le llenó de azogue, y le volvió al revés, como se vuelve todavía. El azogue descendió, pero se mantuvo como por sí mismo en la altura de veinte y siete á veinte y ocho pulgadas.

Oton de Guericke, cónsul de Magdeburgo, ideó intentar una especie de vacío, mucho mas grande que el del tubo de Toricello. Hizo pues construir un gran vaso de vidrio redondo, que tuviese una abertura bastante estrecha en la parte inferior, con una bomba y un piston, para sacar el aire del vaso. Y este es el orígen de la máquina neumática. Habian salido de sus manos maravillas, que no lo eran menos para los filósofos que para el pueblo. ¿Con qué asombro, por ejemplo, no se verian dos platos de cobre, exactamente fabricados, medio esféricos, aplicados puramente uno contra otro por sus orillas y circunferencias, y tirados el uno de un lado por ocho caballos, y el otro del lado opuesto por otros ocho caballos, sin que los pudiesen separar?

Es fácil comprender cuánto debieron adelantar los progresos de las observaciones físicas estas máquinas y otras semejantes, inventadas por los modernos, y muy perfeccionadas con la misma práctica, y con el curso de los años.

Pero lo que mas ha contribuido para esto, ha sido el establecimiento de las academias. El último siglo vió nacer cuatro muy célebres, casi á un mismo tiempo, bajo la proteccion de los príncipes: en Florencia, «la Academia del Cimento;» en Londres, «la Sociedad real de Inglaterra;» en París, «la Academia real de las ciencias;» en Alemania, «la Academia de los curiosos de los secretos de la naturaleza.» El deseo de conservar la reputacion de su comunidad, y distinguirse cada uno en ella con obras importantes, es un poderoso estímulo para los eruditos, que no les deja sosegar. Por otra parte, solo sociedades, y sociedades protegidas por el príncipe, son las que pueden bastar

para hacer el cúmulo necesario de observaciones y de hechos bien averiguados, para establecer después un sistema. Ni el entendimiento, ni los cuidados, ni la vida, ni las facultades de un particular bastan para esto. Se debe practicar un número muy grande de experiencias, son necesarias de especies muy diferentes, es menester repetir las mismas muchas veces, se necesitan variar de distintos modos, se deben examinar mucho tiempo con un mismo ánimo.

Admiro la prudencia y modestia de la Academia de las ciencias, la que, sin embargo de tantas eruditas obras con que ha enriquecido al público, sin embargo de tantos útiles descubrimientos, que son el fruto de sus trabajos y de sus observaciones, no considera no obstante las ciencias, á lo menos la física, sino como están todavía, en los principios. Pero aun mas admiro el uso religioso que hace de noticias tan raras, las que deben, segun su dictámen, inspirarnos mucho respeto al Autor de la naturaleza, con la admiracion de sus obras. « No se puede dejar, dice en sus Memorias, de repetir frecuentemente, que, en materia de física, los objetos mas comunes se mudan en otros tantos milagros, cuando se miran con ciertos ojos. » Y en otra parte, « no es cosa que se debe contar entre las puras curiosidades de la física las sublimes reflexiones á que nos conduce sobre el Autor del universo. Esta grande obra, siempre mas maravillosa, á medida que se conoce más, nos da una idea tan grande de su artífice, que percibimos nuestro entendimiento lleno de admiracion y respeto..... La verdadera física se eleva hasta constituirse en una especie de teología. »

Antes de pasar á las matemáticas, tocaré muy lijeramente lo que pertenece á la medicina, la anatomía, la botánica y la química, que son partes de la física, ó que tienen relacion con ella. Tertuliano llama á la medicina « la hermana de la filosofía, » y se sabe que las otras tres dependen de la medicina.

IV. Trato en capítulo separado lo que pertenece á la medicina, y le añado la botánica, la química y la anatomía, que son parte de ella, pero de las que hablaré muy poco.

§. 1. Medicina. — La medicina es sin duda de la misma data que las enfermedades: porque procurarian librarse de ellas desde que se experimentaron, y las enfermedades son casi tan antiguas como el mismo mundo; pues fueron las resultas y castigo del pecado. Pero los hombres fueron mucho tiempo cada uno su propio médico, y es difícil fijar el tiempo en que se redujo la medicina á arte y profesion. La necesidad y experiencia la motivaron. En ciertos países, los que se habian curado de alguna enfermedad, escribian cómo y con qué remedios lo habian logrado, y depositaban aquellas memorias en el templo, para que sirviesen de instruccion en casos semejantes. En otros países, como en Egipto y en Babilonia, se sacaban los enfermos á la calle, con el fin de que los pasajeros que hubiesen tenido la misma enfermedad, y sanado de ella, los pudiesen aconsejar.

Los egipcios consideraban á su dios Hermes, esto es, Mercurio, como al inventor de la medicina. Es cierto que la cultivaron mas antigua y sabiamente que ningun otro pueblo.

Los griegos les disputan esta gloria, ó á lo menos los siguieron inmediatamente. Nos presentarán todos los médicos de quienes tengo que hablar: porque los romanos cultivaron poco esta ciencia. Desde el tiempo de la guerra de Troya, Chiron el Tesalio, denominado el Centauro, que fué ayo de Aquiles, se acreditó mucho en la medicina con la cura de las heridas y conocimiento de los simples, lo que comunicó á aquel heroe y á Patrocles su amigo.

Esculapio, discípulo de Chiron, no cedió á su maestro. Píndaro le representa como extremamente hábil en todas las partes de la medicina. La fábula dice, que Júpiter, indignado de que hubiese resucitado á Hipólito, hijo de Teseo, le mató con un rayo. Lo que da á entender, que curaba con su ciencia enfermedades tan desesperadas, que se creia resucitaba los muertos.

Habiéndosele puesto en la clase de los inmortales, se le edificaron templos en diversos lugares, como al dios de la salud. El mas famoso fué el de Epidaura. De allí, en consecüencia de una célebre diputacion, en la que era el principal Q. Ogulnio, se pretende que vino á Roma en figura de una serpiente, y que libró la ciudad de la peste el año 461 de su fundacion. Se le edificó despues un templo fuera de la ciudad. El de Cos, patria de Hipócrates, era tamien muy nombrado. Se veian en él diferentes pinturas ó diversos cuadros, en los que estaban escritos los remedios que habia recetado el dios á muchos enfermos, los que habian sanado por este medio.

Homero da dos hijos á Esculapio, ambos famosos médicos, de los que habla en la Iliada; nombrado el uno Macaon, muy hábil y muy práctico en las operaciones de cirugía, la que en aquel tiempo, como en los siglos siguientes, no se distinguia de la medicina; el otro Podaliro, mas versado en la medicina, que se llamó después « loghike, » esto es, fundada en principios y discursos. Volviendo de la guerra de Troya, fué llevado Podaliro por una tempestad sobre las costas de Caria, en donde curó á una hija del rey Dameto, sangrándola en los dos brazos. En recompensa le casó el padre con ella. Entre otros hijos tuvo un Hipólaco, de quien se decia descendia Hipócrates.

Plinio supone un hueco de seiscientos ó setecientos años por lo respectivo á los médicos, desde el sitio de Troya hasta la guerra del Peloponeso, esto es, hasta Hipócrates, lo que no es muy puntual. Celso pone en el número de los célebres médicos á Pitágoras, que vivió en tiempo de Ciro y de sus dos sucesores, y algunos otros filósofos, como Empédocles y Demócrito.

Se distinguen diferentes órdenes y diferentes sectas de médicos. Los unos se llamaron « empíricos, » porque no siguieron mas que la experiencia. Otros, cuyo jefe es Hipócrates, añadieron el razonamiento á la experiencia; y por esto se llamó « medicina dogmática ó razonada. » Algunos afectaron separarse de todos los otros médicos, y dispusieron un método particular: los nombraron « metódicos. » No me detendré escrupulosamente en esta division. Seguiré solamente el órden de los tiempos, y no insistiré mas que en los médicos que fueron mas conocidos. Todas las diferentes sectas de médicos, porque hubo mucho número de ellas, están discretamente explicadas en la Historia de la medicina por Daniel Clero, obra llena de una profunda erudicion.

Demózedes el Crotoniato hizo prueba de su habilidad, restituyendo el sueño y la salud al rey Darío, á quien una torcedura de un pié que recibió cayendo del caballo, le ocasionaba vivos dolores y una vigilia continua, de lo que no le habian podido librar los médicos del país. Curó después á la reina Atosa de una llaga en un pecho, que el rubor le hizo ocultar mucho tiempo. Referí muy á la larga la historia de este médico hablando de Darío.

Herófilo adquirió tambien mucho nombre en la medicina. Practicaba mucho la botánica y aun mas la anatomía, la que perfeccionó mucho. Le permitieron los príncipes que hiciese disecciones de cuerpos vivos



Momias egipcias.

en los delincuentes condenados á muerte; ó hizo anatomía de un número increible de ellos: lo que dió lugar á Tertuliano para llamarle mas bien verdugo que médico.

Heródico de Sicilia, florecia en tiempo de Artajerjes Largamano. La secta llamada «diaitetike,» porque casi no empleaba por remedio mas que la dieta y el régimen de vida, le reconocia por jefe; como tambien la que se nombraba «gimnástica,» porque empleaba mucho los ejercicios corporales para restablecer y fortificar la salud. Era hermano del famoso retórico Gorgias. Sobre todo, por uno de sus discípulos es conocido.

Hipócrates, de la isla de Cos, este es el ilustre discípulo. Se pone su nacimiento en el primer año de la olimpíada 80. Se pretende que descendia de Esculapio por Heráclido su padre, y de Hércules por su madre Praxitea. Se dedicó primero al estudio de las cosas de la naturaleza, despues al del cuerpo humano en particular. Su mismo padre fué su primer maestro. Tambien recibió las lecciones de otro celebre médico, nombrado Heródico, de quien acabo de hablar. Se hizo hábil en todas las partes de la medicina, y tuvo de ella todo el conocimiento que se podia tener en aquel tiempo.

Dije ya que habia nacido en Cos. Estaba consagrada aquella isla al dios Esculapio, que se veneraba en ella con particular culto. Se acostumbraba que todos aquellos que habian sanado de alguna enfermedad, hiciesen una memoria exacta de los síntomas que la habian acompañado, y de los remedios con que se habian librado de ella. Hipócrates hizo copiar todas aquellas memorias, que le aprovecharon mucho y le sirvieron de una experiencia anticipada.

Se vió su extrema habilidad, en especial durante la peste que afligió particularmente á la ciudad de Atenas, y á toda la Ática, en el principio de la guerra del Peloponeso. Expuse en otra parte cuál fué entónces su celo, y lo que se sacrificó por la salud de su patria, su noble desinterés, por el que no admitió las ventajosas ofertas del rey de Persia, y los extraordinarios honores con que creyó la Grecia debia recompensar los importantes servicios que le habia hecho.

Se dice que los abderitas escribieron á Hipócrates, rogándole que viniese á ver á Demócrito. Le veian que no cuidaba de nada, se reia de todo, decia que el aire estaba lleno de fantasmas, se alababa que hacia, de tiempo en tiempo, un viaje al espacio inmenso de las cosas. Considerando todos estos pasajes como síntomas y principios de locura, temian que no se volviese totalmente loco, y que su gran saber no le perturbase enteramente la cabeza. Hipócrates los aquietó y juzgó muy de otro modo que ellos del estado de Demócrito. No es seguro que las cartas de Hipócrates, de las que se saca este hecho, sean verdaderamente suyas.

Los muchos escritos que dejó se consideraron siempre, y se consideran todavía, como lo mas perfecto que hay en este género, y como que deben servir de fundamento y base al estudio de la medicina. Conservó en ellos la memoria de un suceso que le acredita aun mas que toda su ciencia y toda su habilidad. Esta es la sincera confesion de una falta que cometió curando una herida de cabeza: porque se sabe que antiguamente la medicina, la cirugía y la farmacia estaban unidas. No se avergüenza de confesar, á expensas en algun modo de su propia fama, que se habia engañado, por temor que otros despues de él, y con su ejemplo, no incurriesen en el mismo error. Entendimientos limitados, dice Celso, y de moderada habilidad, no se portan así y cuidan mucho mas de la poca reputacion que tienen; porque no pueden perder cosa alguna de ella sin empobrecerse. Solo los grandes ingenios, como hombres ricos y opulentos, esto es, que se conocen por otra parte con un caudal de mérito no comun, son capaces de hacer semejante confesion y despreciar estas cortas pérdidas, las que nada disminuyen su riqueza ú opulencia.

Confiesa tambien otra cosa, la que indica en él un admirable carácter de candidez é ingenuidad. De cuarenta y dos enfermos que habia visitado, cuyas enfermedades pinta en los libros primero y tercero de las «enfermedades epidémicas,» confiesa, que solo curó diez y siete, y que todos los otros murieron en sus manos. En el segundo de los libros que acabo de citar, dice, hablando de cierta esquinencia, que venia acompañada con grandes accidentes, que todos escaparon. «Si se hubiesen muerto, añade, lo diria del mismo modo.»

En otra parte se queja modestamente de la injusticia de aquellos que desacreditan la medicina, con el pretexto de que por lo regular se muere en manos de los médicos. Como si no se pudiese imputar la muerte del enfermo á la insuperable violencia de la enfermedad, lo mismo, ó mas bien, que á la falta del médico qué le asistió.

Declara que no es deshonra para un médico, cuando en ciertos casos dificultosos se ve apurado sobre el modo con que se debe gobernar con un enfermo, disponer que se llamen otros médicos, con el fin de consultar juntamente con ellos, sobre lo que se ha de ejecutar para beneficio del enfermo. Por donde se ve que las juntas de médicos son muy antiguas.

Se conoce en el juramento de Hipócrates, que se encuentra en el principio de sus obras, el carácter de un verdadero hombre de bien, y de mucha rectitud. Toma por testigos á los dioses que cuidan de la medicina, del sincero deseo que tiene de desempeñar exactamente todas las obligaciones de su estado. Manifiesta un vivo y respetuoso reconocimiento al que le enseñó el arte de la medicina, y declara que siempre le considera como á su padre, y á sus hijos como á sus propios hermanos, y que se constituye obligado á ayudarlos con sus bienes y con sus consejos. Protesta que en el régimen de vida que prescriba á los enfermos, tendrá gran cuidado de indagar todo lo que les puede ser útil, y evitar todo lo que les puede dañar. Se propone tener una vida pura é integérrima, y no deshonrar su profesion con accion alguna digna de censura. Dice, que nunca emprenderá sajar á los que padezcan mal de piedra, y dejará este cuidado á las personas que fuesen hábiles en esta operacion por una larga experiencia. Protesta, que cuando visitando sus enfermos, ó de otro modo, descubra alguna cosa que se deba tener oculta, jamás la revelará, y será fiel á la ley sagrada del secreto. Finalmente, espera que guardando inviolablemente todas estas reglas, adquirirá la estimacion de la posteridad, y consiente el ser desacreditado para siempre, si tiene la desgracia de faltar á ellas.

Se alaba mucho su desinterés, virtud muy apreciable en un médico. Lo que dice sobre este asunto es digno de notarse. Quiere que el médico, en cuanto á la propina que se le debe, se porte en esto con honradez y humanidad, atendiendo al poder ó imposibilidad que tiene el enfermo, para recompensarle con mas ó menos liberalidad. Hay tambien ocasiones, dice, en las que no debe el médico pedir ni esperar propina; como cuando visita á un extranjero ó á un pobre, que son personas que todo el mundo está obligado á socorrer

Parece que respetaba mucho la divinidad. «Aquellos, dice, que encontraron primero el modo de curar las enfermedades, juzgaron que era un arte que merecia se atribuyese su invencion á Dios. Y esta es, añade, la opinion comun.» Advertí ya en otra parte, que Ciceron pensaba del mismo modo.

No se sabe cosa particular de la muerte de Hipócrates. Murió en una edad muy avanzada, y dejó dos hijos, Tésalo y Dracon, que adquirieron célebre nombre entre los médicos, como tambien Polibio, su yerno y sucesor.

Hablé, en la historia de Filipo, de la ridícula vanidad de un medico nombrado «Menecrates,» á quien trató aquel príncipe como merecia.

Filipo de Acarnania es conocido por la saludable bebida que dió á Alejandro el Grande, á quien intentaron hacerle sospechoso, y á quien libró la vida aquel remedio.

Erasistrato se dió á conocer por el mañoso modo con que descubrió la causa de la enfermedad de Antíoco Soter, hijo de Seleuco, rey de Siria. Lo referí en su lugar. Si se cree en esto á Plinio, esta maravillosa cura, que restituyó á su padre un hijo tiernamente amado, se le pagó con cien talentos, esto es, cien mil pesos.

Apolófanes, médico de Antíoco, era muy hábil en su profesion; pero se hizo todavía mas célebre con el importante servicio que hizo á su amo. Hermías, primer ministro de aquel príncipe, ejercia robos y violencias inauditas, sin que se atreviese nadie á llevar sus quejas á la corte: tan terrible se habia hecho. Apolófanes amó tanto el bien público, que no temió arriesgar su fortuna. Descubrió al rey la general desazon del reino, y enseñó á los médicos el uso que deben hacer de la libre entrada que tienen con los príncipes.

Mitridates, que fué tanto tiempo el terror de los romanos, fué tambien ilustre en la medicina, no solamente con la invencion del antídoto que tiene todavía su nombre, sino tambien con haber compuesto muchas sabias obras, las que hizo traducir Pompeyo por Leneo su liberto.

Asclepíades de Bitinia, quien enseñó primero la elocuencia en Roma, dejó la profesion de retórico para abrazar la de médico, la que creyó le debia ser mas lucrativa que la otra, y no se engañó. Mudó enteramente la práctica que se habia observado antes de él, y se apartó casi en todo de los principios y reglas de Hipócrates. En lugar de una verdadera y profunda ciencia, sustituyó el agrado y reputacion de un excelente hablador, lo que por lo regular sirve de mérito para con los enfermos. Se aplicaba tambien á lisonjear su gusto y á satisfacer sus deseos en todo lo que podia, medio seguro de ganar su confianza. Su máxima era, que un médico debe curar á sus enfermos «seguramente, prontamente, agradablemente.» Esta práctica se puedo desear mucho, dice Celso. Lo malo es, que por lo regular es muy peligroso querer curar con prontitud, y no recetar cosa que no sea grata. Lo que contribuyó mas para acreditarle fué el feliz encuentro de un hombre que estaban para llevar á enterrar, en quien halló señales de vida y á quien restableció á una perfecta salud. Plinio habla frecuentemente de este medico; pero con muy poca estimacion.

Temíson, discípulo de Asclepíades, era de Laodicea. Mudó en su vejez algun tanto el sistema de su maestro. La secta que estableció, se llamó «metódica;» porque se le puso en la cabeza establecer un método para hacer la medicina mas fácil de aprender y practicar. Juvenal no habla favorablemente de él.

Ciceron y Horacio hablan de Cratero como de un hábil médico.

Dioscórides, médico de Anazarbes, ciudad de Cilicia, la que se nombró después Cesarea. Vosio, después de Suidas, dice que fué médico de Antonio y de Cleopatra. Se cree que le confunden con otro Dioscórides denominado «Facas;» el de que se trata aquí, pudo vivir en tiempo de Vespasiano. Los eruditos han disputado sobre si Plinio copió á Dioscórides, ó si sacó este su obra de Plinio. Estos dos autores escribieron en el mismo tiempo y sobre las mismas materias, sin citarse jamás uno á otro. El asunto que trató Dioscórides es «la materia medicinal». Se llaman así todos los cuerpos que sirven para el uso de la medicina; y se reducen principalmente á tres géneros; las plantas, los animales y los minerales, ó las cosas que son de la naturaleza de la tierra.

Antonio Musa, liberto, médico del emperador Augusto, le sacó de una peligrosa enfermedad, la que le habia reducido á los extremos, curándole de ella de un modo enteramente opuesto al que se habia seguido hasta entónces, y haciendo que tomase baños de agua fria y bebidas frescas. Esta feliz cura valió á Musa, además de grandes liberalidades que le hicieron el emperador y el senado, el privilegio de traer una sortija de oro, lo que hasta entónces no se habia permitido sino á las personas de primera condicion. Á todos los médicos, en consideracion á Musa, se libertó para siempre de todas contribuciones. El pueblo romano, en agradecimiento, le erigió una estatua cerca de la de Esculapio. Curó á Horacio de la misma suerte, y le hizo que tomase baños de agua fria en lo mas riguroso del invierno.

Cornelio Celso vivia, á lo que se cree, en tiempo del emperador Tiberio. Era muy erudito, y escribió sobre todo género de materias. Quintiliano, que alaba mucho su erudicion, le considera sin embargo como un ingenio mediano. No sé si los medicos convienen en esto. Tenemos suyos ocho libros sobre la medicina, que están escritos en muy buen latin.

Galeno, el mas célebre de los médicos después de Hipócrates, era de Pérgamo. Vivió en tiempo de Antonino, Marco Aurelio y algunos otros emperadores. Se le educó con gran cuidado en el estudio de las letras humanas, de la filosofía y de las matemáticas. Destinado á la medicina, se dedicó enteramente á ella, corrió muchas ciudades de la Grecia, para recibir en ellas las lecciones de los maestros mas famosos en esta profesion, y se detuvo especialmente en Alejandría de Egipto, en donde el estudio de la medicina florecia entónces mas que en ningun otro lugar del mundo. De vuelta á su patria, supo hacer buen uso de los preciosos tesoros de ciencia que habia acumulado en sus viajes. Su principal aplicacion fué el estudio de Hipócrates, á quien consideró siempre como su maestro, y cuyas pisadas se preció siempre de seguir con ahinco. Volvió á poner en vigor sus principios, que estaban desatendidos y olvidados habia mas de seiscientos años.

De edad de treinta y cuatro años pasó á Roma, en donde se atrajo mucha reputacion, y al mismo tiempo una grande envidia de los otros médicos. Las extraordinarias curas que hacia en los enfermos, absolutamente desahuciados, la sagacidad con que descubria la verdadera causa de las enfermedades que se habia escapado á todos los otros, la certeza con que indicaba con frecuencia todos los síntomas que habian de suceder, el efecto que debian producir sus remedios, y el tiempo de la perfecta curacion; todo esto hacia

que se le considerase, por una parte, por las personas nó preocupadas, como á un médico de un raro saber y muy superior al comun; y por otra, por sus compañeros celosos, como á un hombre que en todas sus operaciones usaba de magia, á lo menos esparcian esta voz, para desacreditarle, si era posible, en el ánimo del pueblo y de los grandes.

La peste que sobrevino algunos años después, que hizo horribles estragos en toda la Italia y en otras muchas provincias, le determinó á volverse á su patria. Si fuese esto para cuidar de sus compatriotas, seria la idea muy laudable y generosa.

No se mantuvo mucho tiempo en ella. M. Aurelio, á la vuelta de su expedicion contra los alemanes, le llamó á Aquilea, de donde le llevó después consigo á Roma. El emperador confiaba mucho en el. La vida dura que tenia aquel príncipe, habia alterado bastante su salud. Tomaba todos los dias triaca, para fortificar el estómago y el pecho que tenia muy débiles: Galeno era quien se la preparaba. Se atribuia á esto remedio la salud que regularmente disfrutaba, no obstante su debilidad.

Pensando este príncipe en volver á Alemania, deseaba extremamente llevar consigo á Galeno, á quien su grande habilidad y perfecto conocimiento que tenia de su temperamento, proporcionaban mas que á ningun otro á servirle. Sin embargo, suplicándole Galeno que le dejase en Roma, el emperador, lleno de bondad, de humanidad y clemencia, se lo concedió. Admiro esta bondad; pero no comprendo cómo puede un médico, en una coyuntura semejante, negarse á los deseos de un príncipe tan digno de estimacion.

Puede ser que el ánimo que tenia de escribir sobre la medicina, y el que podia haber empezado ya á poner en ejecucion, fuese la causa de esta repulsa. Con efecto, fué desde aquella partida de M. Aurelio hasta su muerte, y en el reinado de Cómodo, su hijo y sucesor, cuando compuso Galeno y publicó sus obras sobre la medicina, sea que se hubiese quedado en Roma, sea que se hubiese retirado á su patria. Una parte de sus escritos pereció en el incendio que consumió, en tiempo del emperador Cómodo, barrios enteros de Roma, y muchas bibliotecas. No se sabe precisamente, ni el lugar, ni el año en que murió Galeno.

Un hecho que nos refiere el mismo Galeno, nos muestra su extrema habilidad, y lo que le estimaba Marco Aurelio. « Este príncipe, dice, siendo repentinamente acometido por la noche de dolores de vientre, y de una gran diarrea que le causó calentura, le ordenaron sus médicos que se estuviese quieto, y por espacio de nueve horas no le dieron mas que un poco de caldo. Volviendo después estos mismos médicos á ver al emperador, me hallé allí con ellos, y juzgaron por el pulso que le entraba una accesion de calentura; pero me mantuve sin hablar palabra, y aun sin tomarle el pulso cuando me tocaba. Esto obligó al emperador á preguntarme, volviéndose hácia mí, por qué no me acercaba. Á lo que respondí, que habiendo ya sus médicos tomado el pulso por dos veces, yo no me apartaba de lo que habian dispuesto, no dudando que juzgasen mejor que yo del estado de su pulso. Pero no dejando aquel príncipe de presentarme su brazo, entónces le tomé el pulso, y examinándole con mucha atencion, defendí que de ninguna manera se trataba de una entrada de accesion, sino que estando su estómago gravado con algun alimento, que no se habia digerido, esto causaba la calentura. Lo que yo dije persuadió tambien á Marco Aurelio, que exclamó en alta voz: « Esto mismo es: tú dices muy bien; conozco que tengo el estómago cargado; » y repitió por tres veces estas mismas palabras. Me preguntó después, qué se habia de hacer para aliviarle. Si fuese alguna otra persona, respondí, la que se viese en el estado en que está el emperador, le daria unos polvos en vino, como lo he practicado frecuentemente con otros en semejantes ocasiones. Pero como no se acostumbra dar á los príncipes sino remedios muy suaves, bastará aplicar al ombligo del emperador lana empapada en aceite de nardo bien caliente. Marco Aurelio, continúa Galeno, no dejó de hacer uno y otro, y hablando después con Pitolao, ayo de su hijo, « no tenemos, dijo hablando de mí, mas que un médico. Es el único hombre de bien que tenemos. »

Las costumbres de este ilustre médico correspondian á su habilidad y reputacion. Manifiesta, en muchos pasajes, mucho respeto á la divinidad, y dice que « no consiste la piedad en ofrecerle incienso ó sacrificios, sino en conocer y admirar uno mismo la sabiduría, el poder y la bondad que brillan en todas sus obras, y en darlas á conocer y admirar á los otros. » Tuvo la desgracia de ignorar, y tambien de condenar, la verdadera religion.

Jamás habla ni de su padre, ni de sus maestros, sino con un vivo y respetuoso reconocimiento, sobre todo, cuando se trata de Hipócrates, á quien atribuye la honra de todo lo que sabia, y de todo lo que practicaba. Si algunas veces se apartaba de sus opiniones, porque respetaba la verdad sobre todo, era con precauciones y consideraciones que indican la sincera estimacion que hacia de el, y cuán inferior se consideraba en todo género y de todos modos.

Se lee en Plinio, que Archágato del Peloponeso fue el primer médico que vino á Roma: sucedió esto en tiempo del consulado de L. Emilio y de L. Julio, el año 535 de su fundacion. Admiraria que hubiesen estado los romanos tanto tiempo sin médicos. Dionisio de Halicarnaso, con la ocasion de una peste que hizo perecer en Roma el año 301 casi todos los esclavos, y la mitad de los ciudadanos, dice, que no bastaban los médicos para el número de los enfermos. Luego los habia entónces. Pero es creible que los romanos no se servian, hasta que vino Archágato, sino de la medicina natural, ó de la simple empírica, tal como se supone la practicaban los primeros hombres. Á este médico le trataron en los principios muy favorablemente, y le recompensaron con el derecho de ciudadano; pero los remedios violentos que se vió obligado á emplear, porque sobresalia principalmente en la cirugía, ocasionaron el que se disgustasen muy presto de él y de toda la medicina. Sin embargo, parece que muchos médicos vinieron de Grecia á Roma á practicar en ella su arte, aunque Caton, mientras vivió, se les opuso con todo su poder. Porque en el decreto que obligó á los griegos á salir de Roma, muchos años después de la muerte de este célebre censor, se nombraban los médicos en él específicamente. Hasta el tiempo de Plinio, de todas las profesiones, la de la medicina, por lucrativa que fuese, era la única que no habian practicado los romanos, porque la consideraban indigna de ellos; y si algunos la profesaron, no fué, digámoslo así, sino pasándose al campo de los griegos, y hablándoles su lengua: porque tal era la preocupacion y manía de los romanos, aun los del populacho, que no se confiaban sino de los extranjeros, como si su salud y su vida estuviesen mas seguras en manos de aquellos, cuya lengua no entendian.

La medicina, por útil y saludable que sea, tuvo la

desgracia de ser perseguida, casi en todos tiempos, aun de hombres grandes muy respetables, especialmente entre los romanos. Caton, á cuya autoridad nada añadian el triunfo y la censura, tan superior era su mérito personal á todos aquellos títulos, fué uno de los que se declararon mas fuertemente contra los médicos, como se ve en una carta que escribió á su hijo, la que nos conservó Plinio. Pero se debe notar, que no habla en ella sino de los médicos que habian venido de Grecia, la que aborrecia mucho. «Cuenta, le dice á su hijo, sobre lo que te voy á proponer, como sobre un pronóstico seguro. Si alguna vez nos comunica aquella nacion (entiende los griegos) su inclinacion á las letras, todo está perdido: sobre todo si nos envia sus médicos. Han conspirado entre sí á hacer perecer con su arte á todos los bárbaros.» Llamaban así los griegos á todos los otros pueblos. Una exageracion tan excesivamente desmedida se impugna ella misma, y da bastante á conocer lo que se debe juzgar de ella.

Plinio el naturalista imitó bien el espíritu de Caton. Parece que se habia empeñado en desacreditar á los médicos, juntando lo que es capaz de hacerlos despreciables y tambien odiosos. Los acusa de avaricia, por las considerables recompensas que recibian de los príncipes; ¿pero el generoso reconocimiento de estos se debe imputar por delito á los médicos? Refiere los desórdenes en que incurrian algunos de ellos; pero ¿estos defectos no son personales, y no se deben disimular por los infinitos servicios que hicieron otros al género humano en todos los siglos? Se esfuerza en hacer ridículas las juntas de los médicos; trae á la memoria una inscripcion antigua puesta en una sepultura, en donde decia uno que la multitud de los médicos le habia muerto. Se queja que de todas las artes sola la medicina se permite practicar sin exámen, y sin haber dado pruebas de su habilidad. «Se instruyen, dice, á nuestras expensas, y es preciso que las experiencias que hacen nos cuesten la vida. ¡Ninguna ley que castigue su ignorancia! ¡ningun ejemplo de castigo ejecutado en ellos! Solamente un médico puede matar impunemente á los hombres.» Plinio tiene razon en quejarse; pero no tiene por objeto sino á los empíricos, esto es, personas vagas, sin autoridad, sin experiencia, que se meten á practicar la que de todas las artes tiene mas necesidad de ella.

No se debe exceder en este asunto. Una confianza inconsiderada y un desprecio mal fundado pueden ser igualmente peligrosos.

§. 2. Botánica.—La botánica es una ciencia que trata de las plantas. Este conocimiento le apreciaron en todos los siglos y en todas las naciones. Los hombres están comunmente muy persuadidos á que los simples contienen casi toda la medicina; y se puede creer que empezó por estos remedios, que son simples, naturales, sin gasto, manifiestos á las manos de los hombres, y á los haberes de los mas pobres. Plinio no puede sufrir que en lugar de usar de ellos se vayan á buscar con grandes expensas á paises muy distantes. Así vemos que, por la inteligencia y uso de los simples, se distinguieron los médicos mas antiguos: Esculapio, quien por este medio, si se debe creer la fábula, dió la vida á Hipólito; Chiron, tan hábil en la medicina que fué maestro de Aquiles; Japis, á quien su padre Apolo, dios de la medicina, concedió como un raro don el conocimiento de los simples.

La botánica es una de las partes de la física; se ayuda de la química, y es muy útil á la medicina. La física examina la estructura interna de las plantas, su vegetacion, su generacion y su multiplicacion. La química las reduce á sus principios elementales. La medicina saca de aquellos principios elementales, y aun con mas frecuencia de la experiencia de los efectos de las plantas, cuando se emplean en sustancia, el uso que se debe hacer de ellas para la salud del cuerpo humano. La union de todos estos conocimientos constituye un hombre excelente; pero no es necesaria para la botánica propiamente dicha, la que tiene límites mas estrechos, en los que se puede contener con reputacion. Hacer un estudio particular de las plantas, conocer las señales que les son mas esenciales, poderlas nombrar segun un método corto y fácil que las refiera á los géneros y clases á que correspondan; y explicarlas en términos que las den á conocer a los que no las han visto, este es precisamente el oficio del botanista, considerado como tal.

En los primeros tiempos, el conocimiento de las plantas, parece que no fué, por decirlo así, mas que medicinal; fué esto lo que hizo su catálogo tan corto y limitado, que Teofrasto, el mejor historiador de la antigüedad que tengamos en este género, no nombró mas que seiscientas, aunque juntase no solamente las de la Grecia, sino tambien las de la Libia, del Egipto, de la Etiopia y de la Arabia. Dioscórides y Plinio, aunque pudieron tener mejores y mas amplias memorias en esta materia, tampoco citaron mas. Pero, lejos de establecer órden alguno entre ellas, no caracterizaron aquellas de que hablan de un modo propio para distinguirlas y para que se conociesen; y entre estas hay muchas, aun de las mas importantes, que no se han podido volver á encontrar.

Los siglos que se siguieron al de Dioscórides, no enriquecieron la botánica.

Finalmente se eclipsaron todas las ciencias, y no volvieron á aparecer hasta el siglo xv. Entónces no se pensó mas que en entender á los antiguos, para sacar de ellos las noticias que habian estado sepultadas tanto tiempo. El papa Nicolao V encargó la traduccion de Teofrasto á Teodoro Gaza, como á la única persona capaz de hacer que le entendiesen. Muy presto despues otros eruditos trabajaron sucesivamente en traducir á Dioscórides. Estas traducciones, muy apreciables por otra parte, solo sirvieron para excitar disputas entre muchos médicos muy hábiles.

Desde entónces se comprendió que buscar las plantas en los libros de los griegos y latinos, no era el mejor medio para hacer grandes progresos. Resolvieron pues finalmente ir á buscar las noticias á los mismos lugares, en donde habian escrito los antiguos. Corrieron, con esta mira, las islas del Archipiélago, la Siria, la Mesopotamia, la Palestina, la Arabia y el Egipto. Estas peregrinaciones fueron muy inútiles, por lo respectivo al objeto principal, que era la inteligencia de los autores antiguos; pero habiendo traido los sabios de sus viajes un gran número de plantas, que habian descubierto por sí mismos, empezaron á dar á la botánica su verdadera forma, y á mudar en observaciones naturales y en ciencia propia lo que antes no era mas que citas y comentarios. Hácia el fin del siglo xv se dedicaron á pintar las plantas que se veian en el país, ó en aquellos adonde llevaba los aficionados á la botánica la mayor curiosidad, y empezaron á señalar los sitios en que se criaba cada planta y el tiempo de su nacimiento, de su duracion, de su madurez, con figuras que son el principal mérito de este género de obras, con lo que las aclaran. Diversas colecciones que se publicaron entónces, en lugar de quinientas ó seiscientas plantas que habia recogido Matiolo de los antiguos, presentaron en el principio del siglo xvi mas de seis mil, todas pintadas y figuradas.

Sin embargo, faltaba, para la inteligencia de las plantas, un órden general ó un sistema que hiciese de ellas una ciencia propiamente tal, dándole principios y método. En esto trabajaron despues personas hábiles con un acierto que á la verdad no llegó todavía á su perfeccion (porque las ciencias no se perfeccionan sino por sucesion de tiempo), pero daba grandes luces y abria camino para llegar á la perfeccion.

Finalmente, el sistema de la botánica recibió su última forma por Turnefor. Sus instituciones, acompañadas de una individualidad inmensa de plantas pintadas y representadas, serán un monumento eterno de su objeto y del trabajo de sus averiguaciones, que le costaron fatigas increibles, pero absolutamente necesarias para la idea que se proponia. «Porque la botánica, dice Fontenela en el elogio de Turnefor, no es una ciencia sedentaria y perezosa que se pueda adquirir en la quietud y á la sombra del gabinete, como la geometría ó la historia, ó á lo mas como la química, la anatomía y la astronomía, que no requieren sino operaciones de muy poco movimiento. Quiere que se corran las montañas y los montes, que se trepe por rocas escarpadas, y que se expongan á las extremidades de los precipicios. Los únicos libros que nos pueden instruir perfectamente en esta materia, se echaron precisamente sobre toda la superficie de la tierra, y es preciso resolverse á la fatiga y al peligro de buscarlos y juntarlos.»

Para lograr la idea de perfeccionar la botánica, ó á lo menos acercarse á esto, era necesario ir á estudiar á Teofrasto y á Dioscórides, á Grecia, á Asia, á Egipto y á África; en fin, los lugares en que vivieron ó que conocieron mas particularmente. Turnefor recibió órden del rey en 1700 para ir á correr aquellas provincias, no solamente para que reconociese en ellas las plantas de los antiguos, y tambien puede ser las que se les hubiesen escapado, sino tambien para que hiciese en ellas observaciones sobre toda la historia natural. Estos son gastos de un príncipe tan magnífico como era Luis XIV, y que le honrarán infinito en todos los siglos. La peste que habia en Egipto, abrevió el viaje de Turnefor, con gran sentimiento suyo, y le hizo venir de Esmirna á Francia en 1702. Llegó, como lo dijo un gran poeta, por una ocasion mas brillante y menos útil, «cargado de los despojos del oriente.» Traia, además de una infinidad de diferentes observaciones, mil trescientas cincuenta y seis nuevas especies de plantas, sin contar las que habia juntado en los viajes precedentes. ¡Qué riquezas!

Se debian colocar y poner en un órden que facilitasen su conocimiento. En esto habia trabajado ya Turnefor en la primera obra suya que salió el año de 1694. Por el nuevo órden que estableció, todo se reduce á catorce figuras de flores, por cuyo medio se desciende á seiscientos setenta y tres géneros, que comprenden bajo de sí ocho mil ochocientas cuarenta y seis especies de plantas.

Después de la muerte de Turnefor, recibió la botánica muchos aumentos, y los recibe tambien nuevos todos los dias, con el cuidado y aplicacion de los que están encargados de esta parte de la física en el jardin real, especialmente desde que se dió su direccion al señor conde de Maurepas, secretario de estado, que gusta y se agrada de proteger las ciencias y los sabios.

Debo decir aquí lo agradecido que estoy al señor Jusieu el mayor, por haberme comunicado una de sus memorias sobre la botánica.

§. 3. Química. — La química es un arte que enseña á separar con el fuego las diferentes sustancias que se encuentran en los mixtos, ó lo que es lo mismo, en los vegetales, los minerales y los animales, esto es, hacer análisis de los cuerpos naturales, reducirlos á sus primeros principios, y descubrir sus virtudes ocultas. Puede servir á la medicina para encontrar remedios; y á la física para hacer que se conozca la naturaleza. No parece que la practicasen mucho los antiguos, aunque puede ser no la desconociesen.

Paracelso, que vivia en el principio del siglo XVI, y que enseñaba la medicina en Bale, adquirió en ella mucha reputacion, curando muchas personas de enfermedades incurables con remedios químicos. Se alababa de que conservaria á un hombre con vida por espacio de muchos siglos, y murió el de edad de cuarenta y ocho años.

Lemery, tan hábil y famoso en la química, no atribuye casi todas las análisis sino á la curiosidad de los físicos, y creia que por lo respectivo á la medicina, la química, á fuerza de reducir los mixtos á sus principios, los reducia por lo regular á nada.

Hay otra especie de química que se propone la transmutacion quimérica de los metales. Esto es lo que se llama «buscar la piedra filosofal.»

§. 4. Anatomía. — La anatomía es una ciencia con la que se adquiere la inteligencia de las partes del cuerpo humano con la diseccion, y tambien la de los otros animales. Los antiguos que escribieron de la anatomía, fueron Hipócrates, Demócrito, Aristóteles, Erasístrato, Galeno, Herófilo y otros muchos que conocieron perfectamente su necesidad, y la consideraban como la parte mas importante de la medicina, sin la cual no era posible conocer el ejercicio de las partes del cuerpo humano, ni por consiguiente las causas de las enfermedades. Sin embargo, estuvo enteramente abandonada por espacio de muchos siglos, y hasta el XVI no empezó á restablecerse. La diseccion del cuerpo humano se tuvo por un sacrilegio hasta Francisco I, y se ve una consulta que hizo hacer el emperador Carlos V á los teólogos de Salamanca, para saber si se podia en conciencia abrir un cadáver para conocer su estructura. Vesal, médico flamenco que murió en 1564, fué el primero que aclaró lo que se llama anatomía.

Desde aquel tiempo hizo la anatomía muchos progresos, y se perfeccionó bastante. Los Bartolinos, los Malpigios, los Dubernois, los Vinslous y otros muchos, se hicieron famosos en esta ciencia, y contribuyeron mucho á ponerla en la perfeccion á que ha llegado.

Uno de los descubrimientos que acredita mas á los modernos, es el de la circulacion de la sangre. Se llama así el movimiento por el que pasa la sangre muchas veces en un dia desde el corazon á todas las partes del cuerpo por medio de las arterias, y vuelve de estas mismas partes al corazon por medio de las venas. Se dice que Harbeo, célebre doctor inglés, fué el primero que descubrió la circulacion de la sangre, que al presente es conocida de todos los médicos. Sin embargo, se le disputa esta gloria, y tambien se quiere que tuviesen noticia de ella Hipócrates, Aristóteles y Platon. Puede ser esto, pero usaron tan poco de ella, que casi es como si la hubiesen ignorado; y lo mismo se debe decir de otras muchas materias de física.

Argumento del libro sexto.

I. De la geometría. — De la aritmética y álgebra. — De la mecánica. — De la estática. — II. De la astronomía. — Art. 1. De la geografía. — §. 1. Geógrafos que se distinguieron mas

en la antigüedad.—§. 2. Tierras que conocieron los antiguos.—§. 3. En qué exceden los geógrafos modernos á los antiguos.

Matemáticas. — Las matemáticas tienen el primer lugar entre las ciencias, porque son las únicas que se fundan en demostraciones infalibles. Y sin duda por esto se les dió este nombre. Porque « mathesis » significa en griego « ciencia. »

No consideraré aquí particularmente mas que la geometría y astronomía, que tienen el primer lugar entre las partes de la matemática, uniéndoles algunas otras que tienen estrecha relacion con ellas.

Debo confesar, con confusion mia, que las materias que voy á tratar, me son absolutamente desconocidas, exceptuando lo histórico que se encuentre en ellas. Pero por un privilegio que me he apropiado, y el que me parece no me ha tenido á mal el público, estoy en posesion de aprovecharme de las riquezas de otros. ¡Qué tesoros no encuentro aquí en las Memorias de la Academia de las Ciencias! Si hubiese podido extractar de ellas todo lo que tengo que decir sobre materias tan sublimes y tan abstractas, caminaria con seguridad.

I. Geometría. — Esta palabra significa á la letra « el arte de medir la tierra. » Se pretende que fueron los egipcios sus inventores, y que dieron motivo á esto las inundaciones del Nilo. Porque, llevándose este rio cada año todos los linderos de las heredades, y quitando á los unos para dar á los otros, se vieron precisados los egipcios á medir frecuentemente sus campos, y establecer para esto un método y arte, que fué el orígen y principio de la geometría. Esta razon pudo dar motivo á los egipcios para cultivar la geometría con mas cuidado; pero el orígen sin duda es mas antiguo.

Sea lo que fuese, pasó de Egipto á Grecia, y se cree que fué Tales de Mileto quien la trajo cuando volvió de sus viajes. Pitágoras la acreditó tambien mucho, y á nadie admitia á sus lecciones que no estuviese instruido en los principios de geometría.

Se puede mirar la geometría por dos lados: ó como ciencia especulativa, ó como ciencia práctica.

La geometría, como ciencia especulativa, considera la figura y extension de los cuerpos, segun las tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad, que componen tres especies de extensiones, la línea, la superficie, y los sólidos, ó el cuerpo sólido. De este modo compara las diferentes líneas unas con otras, y determina su igualdad ó desigualdad. Tambien manifiesta por qué es una mayor que otra. Lo mismo hace respecto de las superficies. Demuestra, por ejemplo, que un triángulo es la mitad de un paralelógramo de la misma basa y de la misma altura: que dos círculos son entre sí como los cuadrados de sus diámetros; esto es, que si el uno es tres veces mayor que el del otro, contendrá el primer círculo nueve veces mas espacio. Finalmente, hace tambien las mismas consideraciones sobre los sólidos ó masas de los cuerpos. Manifiesta que una pirámide es el tercio de un prisma de la misma basa, y de la misma altura: que una esfera ó globo tiene los dos tercios del cilindro circunscrito, esto es, que tiene la misma altura y el mismo ancho que el globo: que los globos son entre sí como los cubos de sus diámetros. Si, por ejemplo, el diámetro de un globo es cuatro veces mayor que el de otro, el primer globo tiene sesenta y cuatro veces mas masa que el segundo. De este modo, si son de la misma materia, pesará sesenta y cuatro veces mas que el otro, porque sesenta y cuatro es el cubo de cuatro.

La geometría práctica, apoyada en la teórica ó especulativa, únicamente se aplica á medir las tres especies de extension, líneas, superficies y sólidos. Nos enseña, por ejemplo, cómo se debe medir la distancia de dos objetos, la altura de una torre, la extension de un terreno; cómo se divide una superficie en tantas partes como se quiera, de las cuales sea una doble, triple, cuádrupla, etc. de otra. Nos enseña el tonelaje de los navíos, y el modo de saber la capacidad de todas las vasijas de que se sirven para contener los líquidos y los sólidos. No solamente mide los diferentes objetos que están sobre la superficie de la tierra, mide tambien el globo de la tierra, determinando la grandeza de su circunferencia, y la longitud de su diámetro. Llega hasta dar á conocer la distancia de la luna á la tierra. Se atreve tambien á medir la del sol y su magnitud, por lo respectivo al globo terrestre.

Los filósofos mas ilustres se aplicaron particularmente al estudio de esta ciencia: Anaxágoras, Platon, Aristóteles, Arquitas, Eudojo y otros muchos, de los que no citaré sino los mas conocidos, y aquellos de quienes hay algunas obras.

Euclides. Se hablará de él mas adelante, despues de haber tratado de Pappo de Alejandría.

Aristeo el antiguo. Parece que era contemporáneo de Euclides. Compuso cinco libros de los «Lugares sólidos,» esto es, segun la explicacion de Pappo, de las tres secciones cónicas.

Apolonio Pergeo, nombrado así de una ciudad de Panfilia, vivia en tiempo de Tolomeo Evergetes, juntó sobre las secciones cónicas todo lo que escribieron antes de él en esta materia los mas hábiles geómetras, y dispuso de esto ocho libros, los que llegaron enteros hasta el tiempo de Pappo de Alejandría, quien compuso una especie de introduccion á esta obra. Despues perecieron los últimos cuatro libros de Apolonio. Pero en 1658 el famoso Juan Alfonso Borelli, pasando por Florencia, encontró en la biblioteca de Médicis un manuscrito árabe con esta inscripcion latina, « Apolonii Pergei Conicorum libri octo. » Los tradujeron en latin.

Arquímedes. No tardarémos en ocuparnos de este célebre ingenio que elevó á tan grande altura la geometría y la mecánica.

Pappo de Alejandría florecia en tiempo del emperador Teodosio, el año de Jesucristo 395. Compuso una coleccion de materias geométricas en ocho libros: el primero de ellos y una parte del segundo se perdieron. El abad Galóis, cuando tomó la Academia de las Ciencias nueva forma en 1699, emprendió trabajar sobre la geometría de los antiguos, y principalmente sobre la coleccion de Pappo, cuyo texto griego queria reimprimir, y corregir la traduccion latina muy defectuosa. Ha sido fatalidad para las letras que esto se quedase en proyecto.

Entre los geómetras que acabo de citar, los dos mas ilustres son Euclides y Arquímedes, que acreditaron mas la geometría, pero en un grado de mérito muy diferente. Euclides no es mas que un autor elemental. Arquímedes es un geómetra sublime que admiran aun hoy dia los que son mas hábiles en los nuevos métodos.

Euclides el matemático era de Alejandría, en donde enseñó en tiempo de Tolomeo, hijo de Lago. No se le debe confundir, como hizo Valerio Máximo, con otro Euclides de Megara, jefe de la secta de filósofos llamada megárica, que vivia en tiempo de Sócrates y Platon, esto es, mas de ochenta años antes del matemático. Parece que Euclides se dedicó única ó principalmente á la geometría especulativa. Nos dejó una obra intitulada los Elementos de Geometría, en quince libros.

Sin embargo, se duda si los dos últimos son suyos. Sus elementos contienen una serie de proposiciones que son la base y fundamento de todas las partes de las matemáticas. Su obra se considera como uno de los mas preciosos monumentos que nos dejasen los antiguos, por lo respectivo á las ciencias naturales. Escribió tambien sobre la óptica, la catóptrica, la música y sobre otras materias eruditas.

Se notó que el famoso Pascal, de edad de doce años, sin haber leido jamás libro alguno de geometría, ni sabido otra cosa de esta ciencia, sino que enseñaba el medio de hacer figuras exactas, y hallar las proporciones que tienen entre sí, llegó con sola la fuerza de su ingenio hasta la trigésima segunda proposicion del primer libro de Euclides.

Arquímedes. Todo el mundo sabe que Arquímedes era de Siracusa, y pariente cercano del rey Hieron. Lo que dije de él con bastante extension, hablando del sitio de Siracusa por los romanos, me dispensa referir aquí su historia. Estaba por sí mismo y por su natural inclinacion únicamente ocupado en lo mas noble, mas elevado, y mas intelectual que tiene la geometría; y tenemos algunas obras de este género que compuso en número muy grande. Á ruegos del rey Hieron y por sus vivas solicitaciones, se dejó finalmente persuadir á no dedicarse siempre, en su arte, á las cosas intelectuales, y descender algunas veces á las cosas sensibles y corporales, y hacer sus discursos de algun modo mas evidentes y palpables al comun de los hombres, mezclándolos por la experiencia con las cosas mas usuales. Se vió en el sitio de Siracusa por los romanos, qué servicios hizo á su patria, y cuán asombrosas máquinas salieron de sus manos industriosas. No obstante, no hacia caso alguno de esto, y lo consideraba como un juego, una diversion, en comparacion de estas eminentes especulaciones y sublimes razonamientos que satisfacian muy de otro modo su inclinacion á investigar la verdad. Nunca tiene el público mas obligacion á los grandes geómetras, que cuando se humillan en su favor á estas prácticas: es este un sacrificio que les cuesta mucho, porque los arranca de un deleite que les agrada infinito; pero se consideran obligados, como lo están con efecto, por honor de la misma geometría, á preferir la utilidad pública.

Eudojo y Arquitas fueron los primeros que inventaron esta especie de mecánica, y la practicaron para variar y alegrar la geometría con esta especie de agrado, y para dar con experiencias sensibles é instrumentales, la prueba de algunos problemas que no parecian susceptibles de demostracion con el discurso ni con la práctica: son estas las mismas palabras de Plutarco. Cita aquí particularmente el problema de los dos medios proporcionales para llegar á la duplicacion del cubo, el que jamás se pudo resolver geometricamente sino por Descartes. Añade Plutarco que Platon llevó muy á mal que se hubiesen portado así, y se lo reprendió por haber corrompido la excelencia de la geometría, haciéndola que pase, como una vil esclava, de los objetos intelectuales á las cosas sensibles, y obligándola á que emplee la materia, la que requiere el trabajo de las manos, que es el objeto de un oficio servil y bajo: y desde aquel tiempo se separó esta mecánica de la geometría como indigna de ella. Esta delicadeza es singular, y privaria á la sociedad humana de mucho número de socorros, y á la geometría de la única parte que la puede hacer recomendable al género humano: pues si no se la reduce á las cosas sensibles y usuales, no serviria mas que para las delicias de un cortísimo número de contemplativos.

Los dos célebres geómetras que he sacado de la muchedumbre, Euclides y Arquímedes, generalmente estimados por los inteligentes en un grado diferente, manifiestan hasta dónde llegaron los antiguos con el conocimiento de la geometría. Pero se debe confesar que tomó otro aire, y mudó casi enteramente de semblante en el último siglo, con el nuevo sistema de los infinitamente pequeños, ó del cálculo diferencial, al que sin duda habian abierto camino la particular aplicacion que habian tenido hasta entónces á este estudio, y los felices descubrimientos que se habian hecho con el. Hay en esto un órden que arregla nuestros progresos. No se descubre cada conocimiento sino despues de haberse descubierto cierto número de noticias precedentes: y cuando le llega su vez para salir á luz, despide una claridad que atrae todos los ojos. Habia llegado el término en que debia la geometría producir el cálculo del infinito. Newton fué el primero que encontró este maravilloso cálculo: Leibnitz le publicó primero. Todos los grandes geómetras entraron con ardor en las veredas que se acababan de abrir, y caminaron por ellas á paso largo. Á medida que se aumentaba la valentía de manejar el infinito, retrocedia la geometría cada vez mas de sus antiguos límites. El infinito lo elevó todo á una sublimidad, y al mismo tiempo introdujo en todo una facilidad, cuya esperanza no se atreverian á concebir antes. Y esta es la época de una revolucion casi total sucedida en la geometría.

Dije que fué Newton el primero que encontró este maravilloso cálculo, y Leibnitz el primero que le publicó. Con efecto, en 1684 dió este á luz, en las actas de Leipsic, las reglas del cálculo diferencial, pero ocultó sus demostraciones. Los ilustres hermanos Bernoullis las encontraron, aunque muy difíciles de descubrir, y se ejercitaron en este cálculo con extraordinario acierto. Las soluciones mas elevadas, mas expeditas y mas inesperadas, nacian en sus manos. En 1687 se publicó el admirable libro de Newton, « De los principios matemáticos de la filosofía natural, » que casi estaba enteramente fundado en este mismo cálculo, y tuvo la modestia de no reclamar contra las reglas de Leibnitz. Comunmente se creyó que ambos, cada uno de su lado, habian encontrado este nuevo sistema, por la conformidad de sus grandes luces. Se suscitó mas adelante, con este motivo, una disputa que se llevó con bastante viveza de una y otra parte por sus partidarios. No se le puede disputar á Newton la gloria de haber sido el inventor del nuevo sistema; pero no se debe imponer á Leibnitz la nota infamatoria de plagiario, ni cubrirle con la ignominia de un robo negado con una satisfaccion y una libertad muy ajena del carácter de un hombre tan grande.

En los primeros años no era todavía la geometría de los infinitamente pequeños, mas que una especie de misterio. Por lo regular se publicaban en los diarios las soluciones, sin manifestar el método que las habia producido; y aun cuando se descubriese, eran solo algunos débiles rayos de esta ciencia que se escapaban, á los que ocultaban luego las nubes. El público, ó por mejor decir, el corto número de aquellos que aspiraban á la alta geometría, quedaban llenos de una admiracion inútil que no los instruia; y se encontraba el medio de granjear sus aplausos, reteniéndoles su instruccion, la que se les debia franquear. Hopital, este ingenio sublime, que honró tanto la geometría y la Francia, resolvió comunicar, sin excepcion, los tesoros ocultos de la nueva geometría, y lo ejecutó en el famoso libro de la « Análisis de los infinitamente pequeños, » el que publicó en 1696. En él se descu-

brieron todos los secretos del infinito geométrico, y del infinito de lo infinito; en una palabra, de todos estos diferentes órdenes de infinitos que se levantan unos sobre otros, y forman el edificio mas portentoso y gallardo que el entendimiento humano se atreviese jamás á imaginar. Así es como se perfeccionan las ciencias.

Como hablando de la geometría, camino por un país cuyas sendas me s n absolutamente desconocidas, casi no he hecho otra cosa, tratando de esta materia, sino copiar y extractar lo que encuentro de ella en las «Memorias de la Academia de las Ciencias.» Pero creí le debia añadir el ventajoso testimonio que Hopital, de quien acabo de hablar, hace en pocas líneas á Leibnitz, con motivo de la invencion del cálculo del infinito, en el prefacio de la Análisis de los infinitamente pequeños. «Su cálculo, dice, le llevó á países desconocidos hasta aquí, é hizo en ellos descubrimientos que son el asombro de los mas hábiles matemáticos de la Europa.»

Pongo aquí otro pasaje del mismo prefacio, pero mas largo, que me parece un modelo del modo mas juicioso y moderado con que se debe pensar y hablar de los grandes hombres de la antigüedad, aun cuando se da la preferencia á los modernos.

«Lo que tenemos de los antiguos sobre estas materias, principalmente de Arquímedes, es seguramente digno de admiracion. Pero, además que no trataron sino muy poco de curvas, y aun esto muy lijeramente, casi no se encuentra en ellos mas que proposiciones particulares y sin órden, que no deja percibir método alguno regular y seguido. Sin embargo, por esto no se les puede reprender legítimamente. Necesitaron de una extrema fortaleza de ingenio para penetrar por medio de tantas obscuridades, y entrar en países enteramente desconocidos. Si no adelantaron, si caminaron por largos rodeos, á lo menos no se extraviaron: y cuanto mas difíciles y espinosos eran los caminos que siguieron, son mas dignos de admiracion por no haberse perdido en ellos. En una palabra, parece que no pudieron los antiguos hacer más para su tiempo. Hicieron lo que nuestros mejores ingenios hubieran hecho en su lugar; y si viviesen en nuestro tiempo, es de creer que tendrian las mismas ideas que nosotros.

«Así, no es de admirar que los antiguos no adelantasen más. Pero no deja de extrañarse que hombres grandes, y sin duda tan grandes como los antiguos, se mantuviesen tanto tiempo sin adelantar sobre esto; y que por una admiracion casi supersticiosa á sus obras, se contentasen con leerlas y comentarlas, sin permitir otro uso de sus noticias, que lo que necesitaban para seguirlas, sin atreverse á cometer el delito de discurrir algunas veces por sí mismos, ni adelantar sobre lo que habian descubierto los antiguos. De este modo trabajaban muchas personas, escribian, se multiplicaban los libros, y no obstante nada se adelantaba. Todos los trabajos de muchos siglos vinieron á parar en llenar el mundo de respetuosos comentarios y traducciones repetidas de originales, por lo regular bastante despreciables. Tal fué el estado de las matemáticas, y especialmente de la filosofía, hasta Descartes.»

Vuelvo á mi asunto. Algunas veces dan tentaciones de considerar como tiempo muy mal empleado el que ocupan las personas de entendimiento en estudios abstractos, de los que no se ve utilidad alguna presente, y que parece no son buenos sino para satisfacer una vana curiosidad. No es hacer uso de la razon pensar de este modo; porque se constituye juez en cosas que no entiende, ni está en estado de entender.

Es verdad que no todas las especulaciones de geometría pura, ó de álgebra, se dirigen á cosas útiles; pero conducen ó sirven para las que se dirigen á ellas. Además, una especulacion geométrica que en los principios no se dirigia á cosa útil, viene á servir para esto después. Cuando los mayores geómetras del siglo XVII se dedicaron á estudiar una nueva curva, la que llamaron cicloide, no fué mas que una mera especulacion en la que se empeñaron, por sola la vanidad de descubrir, á competencia unos de otros, teoremas dificultosos. No pretendian ellos mismos trabajar para el bien público. Sin embargo, se encontró, profundizando la naturaleza de la cicloide, que estaba destinada para dar á las péndolas toda la posible perfeccion, y poner la medida del tiempo en la última precision.

Independientemente de los socorros que todas las partes de las matemáticas pueden sacar de la geometría, el estudio de esta ciencia es de una utilidad infinita para el uso de la vida. Siempre es útil pensar y discurrir con exactitud: y hubo razon para decir que no hay mejor lógica práctica que la geometría. Aun cuando los números y líneas no condujesen absolutamente á cosa alguna, siempre serian las únicas noticias ciertas que se hayan concedido á nuestras luces naturales, y servirian para dar mas seguramente á nuestra razon el primer hábito y primera enseñanza de lo verdadero. Nos enseñarian á proceder con verdad, á tomar este hilo, por lo regular muy delicado y casi imperceptible, tanto como se puede extender: finalmente, nos harian tan familiar lo verdadero, que podríamos en otras ocasiones conocerlo á la primera mirada, y casi por instinto.

El espíritu geométrico no está tan ligado á la geometría, que no se le pueda separar y trasladar á otras ciencias. Una obra de moral, de política, de crítica, y hasta de elocuencia, será mejor, todo por otra parte igual, si la compone un geómetra. El órden, la claridad, la precision, la exactitud que reinan en los mejores libros, después de cierto tiempo, podrian muy bien tener su primer orígen en este espíritu geométrico que se difunde mas que nunca, y que, en algun modo, se comunica de unos á otros, aun á los que no entienden de geometría. Algunas veces un hombre grande da la ley á todo su siglo; y el que merecia mas legítimamente que se le concediese la gloria de haber establecido un nuevo arte de raciocinar, era un excelente geómetra.

Aritmética y Álgebra.—La aritmética es parte de las matemáticas. Es una ciencia que enseña á ejecutar todo género de operaciones con los números, y demuestra sus propiedades. Es necesaria para muchas operaciones de la geometría: y por consiguiente la debe preceder. Se pretende que la recibieron los griegos de los fenicios.

Los antiguos que trataron de la aritmética con mas exactitud, fueron Euclides, Nicómaco, Diofanto de Alejandría, y Teon de Esmirna.

Era dificultoso que los griegos y romanos adelantasen mucho en la aritmética, no empleando por números, unos y otros, mas que las letras del alfabeto, cuya multiplicacion en los cálculos grandes ocasiona precisamente muchos embarazos. Los caracteres árabes de que usamos, que tienen poquísimos siglos de antigüedad, son infinitamente mas cómodos, y han contribuido mucho á la perfeccion de la aritmética.

El Álgebra es una parte de las matemáticas que ejecuta, sobre la grandeza en general, explicada con las letras del alfabeto, las mismas operaciones que ejecuta la aritmética con los números. Los caracteres

que emplea, nada significan por sí mismos: pueden señalar todo género de grandezas; lo que es una de las principales ventajas de esta ciencia. Además de estos caracteres, se sirve tambien de ciertos signos que abrevian infinitamente sus operaciones, y las hacen mucho mas claras. Se puede por medio del álgebra resolver la mayor parte de los problemas matemáticos, con tal que sean de naturaleza de poderse resolver. No la desconocieron enteramente los antiguos. Se cree que Platon fué su inventor. Tron, en su tratado de la aritmética, la nombra análisis.

No hay matemáticos hábiles que no sepan mucha álgebra, ó á lo menos bastante para el uso indispensable. Pero llevando esta ciencia mas allá del uso regular, es tan espinosa, tan complicada de dificultades, tan embarazada de cálculos inmensos, y por decirlo todo, tan terrible, que muy pocas personas tienen valor tan heróico para meterse en estos abismos profundos y tenebrosos. Lisonjean mucho ciertas teóricas brillantes, en las que parece tiene mas parte la sutileza del entendimiento que la aspereza del trabajo. No obstante, la alta geometría se ha hecho inseparable del álgebra. Rolle, entre los franceses, llegó á tanto como era posible en esta facultad, á la que tenia una inclinacion y como un instinto natural, que le hizo devorar, no solamente con paciencia, sino con gusto, toda la aspereza, y casi diria, todo el horror de este estudio.

No entro, sobre la aritmética, ni sobre el álgebra, en una individualidad que es muy superior á mis fuerzas, y que no seria, ni agradable, ni útil á mis lectores.

Mecánica. — La mecánica es una ciencia que enseña la naturaleza de las fuerzas movibles, el arte de hacer el diseño de todo género de máquinas, y de levantar toda especie de peso, por medio de las palancas ó alzaprimas, cuñas, poleas, tornos, etc. Cuando se considera la mecánica por el lado de la práctica, muchas personas hacen poco aprecio de ella; porque parece que es cosa perteneciente á los operarios, y no requiere sino manos y nó inteligencia; pero no se juzga de este modo de ella, cuando se considera del lado de la teórica, la que puede ocupar los entendimientos mas sublimes. Además, es la inteligencia de las personas hábiles quien dirige la mano de los artífices, y la que perfeccion sus invenciones. Una lijera idea por lo regular, propuesta tambien por ignorantes, y nacida como por acaso, la ponen después por grados en una alta perfeccion los que tienen un profundo conocimiento de la geometría y de la mecánica. Esto sucedió con los anteojos de larga vista, que deben su orígen al hijo de un artífice holandés que fabricaba anteojos. Tenia en una mano un vidrio convexo, y en la otra un vidrio cóncavo, y acercándolos á sus ojos sin fin alguno, descubrió que veia los objetos distantes mayores, y mas distintamente que los veia antes con la vista sola. Galileo, Kepler, Descartes, por las reglas de la dióptrica, adelantaron mucho esta invencion tosca y grosera en sus principios, y después se ha perfeccionado todavía mas.

Los autores mas célebres de la antigüedad que escribieron sobre la mecánica, fueron Arquitas de Tarento, Aristóteles, Eneas, su contemporáneo, de quien tenemos las Tácticas en las que habla de las máquinas de guerra, obra que compendió Cineas, dependiente de Pirro; sobre todo Arquímedes, de quien hemos hablado ya; Ateneo, quien dedicó su libro, sobre las máquinas, á Marcelo, conocido por la toma de Siracusa; finalmente, Heron de Alejandría, de quien hay muchos tratados.

Entre las obras de mecánica de los antiguos, solo en las de Arquímedes se tratan perfectamente los principios de esta ciencia: pero por lo regular se encuentra en ellas mucha obscuridad. El sitio de Siracusa prueba lo que adelantó su ingenio en la mecánica. No es de admirar que los modernos, despues de todos los descubrimientos que se han hecho en el último siglo, por lo perteneciente á la física, hayan adelantado mucho mas en esta ciencia que los antiguos. Sin embargo, las máquinas de Arquímedes causan admiracion á los mas hábiles mecánicos de nuestro siglo.

Si se quisiesen hacer ver particularmente todas las utilidades de la mecánica, era preciso explicar todas las máquinas de que se han servido en diferentes ocasiones y en diferentes tiempos, sea en la guerra ó en la paz, y de que se sirven aun hoy dia, así para la necesidad como para la diversion. En los principios de esta ciencia se fundan todas las fábricas de los molinos de agua y de viento para diferentes usos, la mayor parte de las máquinas que sirven para la guerra, para los sitios y defensa de las plazas; las que se emplean, en mucho número, en la fábrica de los edificios, para subir pesos; todo lo que pertenece á la elevacion de las aguas con bombas, rosarios, ruedas, tornos inclinados, cañones espirales; en una palabra, una infinidad de obras muy útiles y curiosas, las que se deben á la mecánica.

Estática. — La estática es una ciencia que es parte de las matemáticas mixtas. Considera los cuerpos sólidos en cuanto pesados. Da reglas para moverlos y para ponerlos en equilibrio.

El principio fundamental de esta ciencia consiste en que, cuando dos cuerpos desiguales tienen masas ó pesos que están en razon recíproca de sus celeridades, esto es, cuando el peso ó masa del uno contiene la del otro, tanto como la celeridad del segundo contiene la del primero, tienen cantidades de movimiento ó fuerzas iguales. De este principio se sigue, que con un cuerpo muy pequeño se puede mover otro mucho mayor; ó lo que es lo mismo, con tal fuerza que se quiera suponer, se puede remover cualquiera peso que sea. Para esto no se necesita sino aumentar la celeridad de la fuerza motriz, á proporcion del mayor peso que tiene la masa.

Se ve claramente esto en la palanca ó alzaprima, á la que casi se refieren todas las máquinas de mecánica. El punto en que se apoya, se llama «hipomoclio» punto fijo ó de apoyo. La extension que hay desde este punto hasta una de las extremidades, se llama distancia del punto de apoyo ó rayo. Los cuerpos que se aplican á las dos extremidades de esta palanca de modo que obren una contra otro, se nombran pesos. Si uno de estos pesos no es mas que la mitad del otro, pero que su distancia del punto fijo sea doble del que se le opone, estos dos pesos estarán en equilibrio; porque entónces la celeridad del mas pequeño contendrá la del mayor, del mismo modo que la masa del mayor contendrá la del mas pequeño, porque las celeridades están entre sí, como las distancias del punto de apoyo. Si se aumentase todavía, en esta hipótesis, la distancia del peso, que no es mas que la mitad del otro, entónces el mas lijero levantaria al que pesa mas.

En este principio se fundaba Arquímedes, cuando decia al rey Hieron, que si se le diese un punto fuera de la tierra, en que se pudiese poner con sus instrumentos, la moveria á su arbitrio y como le agradase. Y para probárselo, y demostrarle que con una fuerza pequeña se pueden mover los mayores pesos, hizo la experiencia á su presencia, en una de las mayores

galeras que tenia, la que cargaron el doble de lo que se acostumbraba, y la sacó á tierra sin trabajo, moviendo solamente con la mano el extremo de una máquina que habia dispuesto.

La Hidrostática considera los efectos de la pesadez en los líquidos, sea que estos líquidos estén solos, sea que obren sobre sólidos, y recíprocamente. Por medio de la hidrostática descubrió Arquímedes el hurto que hizo un platero en la corona del rey Hieron, en la que habia mezclado otro metal con el oro. Tuvo tanto gusto en haber descubierto este secreto, que salió del baño en que se hallaba, y sin reparar que estaba desnudo, y ocupado únicamente en su descubrimiento, se fué de este modo á su casa, para hacer en ella la experiencia, gritando por las calles, «lo encontré, lo encontré.»

II. Astronomía.—No se puede dudar que se inventó en el principio del mundo. Como no hay cosa mas excelente que la regularidad del movimiento de estos grandes cuerpos luminosos que giran incesantemente al rededor de la tierra, es fácil discurrir que una de las primeras curiosidades de los hombres, fué considerar su curso y observar sus periodos. Pero no fué solamente la curiosidad la que movió á los hombres á dedicarse á las especulaciones astronómicas; se puede decir que la misma necesidad los obligó á esto. Porque, si no se observan las estaciones, las que se distinguen por el movimiento del sol, es imposible tener buen éxito en la agricultura. Sino se preven los tiempos cómodos para viajar, no se puede comerciar. Sino se determina la duracion del mes y del año, no se puede establecer ni órden cierto en los negocios civiles, ni señalar los dias destinados para el ejercicio de la religion. Así, no pudiendo pasar sin la astronomía, la agricultura, el comercio, la política y tambien la religion, es evidente que se vieron precisados los hombres á dedicarse á esta ciencia, desde el principio del mundo.

Lo que refiere Tolomeo de las observaciones celestes, sobre las que reformó Hiparco la astronomía, hace cerca de dos mil años, da bastante á conocer que en los tiempos mas remotos, aun antes del diluvio, se practicaba mucho este estudio. Y no se debe extrañar que la memoria de las observaciones astronómicas que se hicieron durante la primera edad del mundo, se pudiese conservar aun después del diluvio, si es verdad lo que refiere Josefo, que los descendientes de Set, para conservar á la posteridad la memoria de las observaciones celestes que habian hecho, grabaron las principales en dos columnas, una de piedra, y otra de ladrillo; que la de piedra resistió las aguas del diluvio, y que aun en su tiempo se veian todavía vestigios de ella en la Siria.

Todos convienen en que los caldeos cultivaron particularmente la astronomía. La altura de la torre de Babilonia, levantada cerca de ciento y cincuenta años después del diluvio, las llanuras dilatadas de aquel país, las noches en las que se aspiraba un aire fresco, después de los importunos calores del dia, un horizonte despejado, un cielo limpio y sereno, todo esto incitaba á aquellos pueblos á contemplar la vasta extension de los cielos y los movimientos de los astros. De la Caldea pasó la astronomía á Egipto, y muy presto después la llevaron á Fenicia, en donde empezaron á aplicar sus observaciones especulativas á los ejercicios de la navegacion, con la que se hicieron los fenicios, en poco tiempo, dueños del mar y del comercio.

Lo que los determinaba á emprender largos viajes, era que gobernaban sus embarcaciones con la observacion de una de las estrellas de la osa menor, la que estando cercana á este punto, que está inmóbil en el cielo, y se nombra polo, es la mas á propósito de todas para dirigir la navegacion. Los otros pueblos, menos hábiles en la astronomía, no observaban en sus viajes de mar mas que la osa mayor. Pero, como esta constelacion está muy distante del polo, para que pudiese servir de guia segura á las embarcaciones en viajes largos, no se atrevian á entrar tan adentro en la mar, que perdiesen las costas de vista; y si alguna borrasca los metia en alta mar, ó en algun puerto no conocido, les era imposible reconocer, por la inspeccion del cielo, á que paraje del mundo los habia llevado la tempestad.

Finalmente, luego que trajo Tales de Fenicia á Grecia la ciencia de los astros, enseñó á los griegos á conocer la constelacion de la osa menor, y á que se sirviesen de ella para gobernarse en la navegacion. Tambien les enseñó la teórica del sol y de la luna, con la que dió razon del aumento y disminucion de los dias, determinó el número de los dias del año solar, y nó solamente explicó la causa de los eclipses, sino que manifestó tambien el arte de calcularlos, el que tambien practicó, anunciando un eclipse, que sucedió poco tiempo después.

Fué su discípulo Anaximandro, á quien atribuyen Plinio y Diógenes Laercio la invencion de la esfera, esto es, la representacion del globo terrestre, ó como dice Estrabon, de las cartas geográficas. Se dice que Anaximandro hizo tambien en Lacedemonia un *gnómon*, por cuyo medio observó los *equinoccios* y *los solsticios*; y determinó la oblicuidad de la eclíptica, con mas exactitud de lo que se habia ejecutado hasta entónces; lo que se necesitaba para dividir el globo terrestre en cinco zonas, y para distinguir los climas, que sirvieron después á los geógrafos para dar á conocer la situacion de todos los lugares de la tierra.

Con las instrucciones que recibieron los griegos de Tales y de Anaximandro, se determinaron á entrar en alta mar, y, navegando á diversos países distantes, establecieron en ellos muchas colonias.

La astronomía quedó muy presto recompensada por las ventajas que habia procurado á la navegacion. Porque, abriendo el comercio lo restante del mundo á los sabios de la Grecia, sacaron muchas noticias de las conversaciones que tuvieron con los sacerdotes de Egipto, quienes profesaban particularmente la ciencia de los astros. Aprendieron tambien muchas cosas de los filósofos de la secta de Pitágoras en Italia, que hacian tan grandes progresos en esta ciencia, que se atrevieron á turbar las opiniones recibidas de todo el mundo, sobre el órden de la naturaleza, atribuyendo su perpetua quietud al sol, y su movimiento á la tierra.

Meton se distinguió mucho en Atenas por su particular aplicacion á la astronomía. Cuando la guerra del Peloponeso, al equipar los atenienses una armada para pasar á Sicilia, previendo el que tendria aquella expedicion funestos resultados, se fingió loco para eximirse de tomar parte en ella, y embarcarse con sus paisanos. Para concordar el año lunar con el del sol, inventó lo que se llama «áureo número,» que es un período de diez y nueve años, en que los novilunios vuelven á suceder en los mismos dias.

Los griegos se aprovecharon tambien del comercio que tuvieron con los druídas, quienes, segun Julio César, enseñaban particularmente á la juventud lo que pertenece al movimiento de los astros, y grandeza del cielo y de la tierra, esto es, la astronomía y geografía.

Estrabon nos conservó la memoria de una célebre observacion que hizo Piteas en Marsella, hace mas de dos mil años, en órden á la proporcion de la sombra del sol con la longitud de un estilo en tiempo del solsticio. Si se supiesen exactamente las circunstancias de aquella observacion, servirian para resolver la importante cuestion de si la oblicuidad de la eclíptica está sujeta á alguna variedad.

No se contentó Piteas con hacer observaciones en su país. Su pasion por la astronomía y geografía le hizo recorrer la Europa, desde las columnas de Hércules hasta las bocas del Tánais. Llegó muy adelante hácia el polo ártico por el Océano occidental, y observó que, á medida que adelantaba, se alargaban los dias en el solsticio del estío, de suerte, que en cierto clima no habia mas que tres horas de noche, y mas adelante no mas que dos; y que en la isla de Tule salia el sol casi tan presto como se ponia, por estar el trópico entero sobre el horizonte de esta isla; lo que sucede en Islanda, y en las partes septentrionales de la Noruega. Estrabon, que estaba preocupado de que eran inhabitables aquellos climas, nota en esto de mentiroso á Piteas, y de credulo á Eratóstenes y á Hiparco, quienes, siguiendo la relacion de Piteas, dijeron lo mismo de la isla de Tule. Pero habiendo justificado plenamente á Piteas las relaciones de los navegantes modernos, se le puede conceder la gloria de haber sido el primero que se adelantó hácia el polo, hasta países que se creian inhabitables, y que distinguió los climas por la diferente duracion de los dias y de las noches.

Hácia el tiempo de Piteas se inclinaron tanto á la astronomía los sabios de la Grecia, que muchos hombres grandes se aplicaron á ella á porfía. Eudoxo, despues de haber sido algun tiempo discípulo de Platon, no estaba satisfecho de lo que se enseñaba sobre esta materia en los estudios de Atenas. Se fué á Egipto, á tomar esta ciencia en su orígen; y habiendo logrado carta de recomendacion de Agesilao, rey de Lacedemonia, para Nectanebo, rey de Egipto, se mantuvo diez y seis meses con los astrónomos de aquel país, para aprovecharse de sus conferencias. Á su vuelta compuso muchos libros de astronomía, y, entre otros, la Descripcion de las constelaciones, que puso Arato en verso por órden de Antígono.

Aristóteles, contemporáneo de Eudoxo y discípulo como él de Platon, se sirvió de la astronomía para perfeccionar la física y geografía. Determinó, por las observaciones de los astrónomos, la figura y grandeza de la tierra. Probó que era esferóide por la redondez de su sombra, la que se ve sobre el disco de la luna en los eclipses, y por la desigualdad de las alturas meridianas, que son diferentes, á medida de lo que se acercan ó apartan de los polos. Calístenes, que era de la comitiva de Alejandro el Grande, tuvo ocasion de ir á Babilonia, y encontró allí observaciones astronómicas, que habian hecho los babilonios por espacio de mil novecientos tres años, y las envió á Aristóteles.

Despues de la muerte de Alejandro, Alejandría, capital de su reino, se hizo muy presto, por decirlo así, el asiento de la astronomía. El famoso Conon hizo en ella muchas observaciones, que no han llegado á nuestros tiempos. Aristilo y Timocaris observaron allí la declinacion de las estrellas fijas, cuyo conocimiento es absolutamente necesario para la geografía y la navegacion. Eratóstenes hizo en la misma ciudad observaciones del sol, que le sirvieron para medir la circunferencia de la tierra. Hiparco, que vivia tambien en Alejandría, fué el primero que imaginó una astronomía metódica, cuando, con la ocasion de una nueva estrella fija que se descubria, hizo la enumeracion de estas estrellas, con el fin de que se pudiese conocer en los siglos futuros si se veian otras nuevas. Se contaban entónces mil veinte y dos estrellas fijas. No solo hizo la descripcion de su movimiento al rededor de los polos de la eclíptica, sino que se aplicó á arreglar la teórica de los movimientos del sol y de la luna.

Los romanos cuidaron, en distintos tiempos, que se hiciesen descripciones de las principales partes de la tierra: obra que suponia algun conocimiento de los astros. El segundo Escipion el Africano, durante la guerra de Cartago, dió á Polibio embarcaciones para que fuese á reconocer las costas de África, de España y de la Francia.

Pompeyo tenia correspondencia con Posidonio, sabio astrónomo y excelente geógrafo, que emprendió medir la circunferencia de la tierra con las observaciones celestes ejecutadas en distintos lugares, bajo de un mismo meridiano, con el fin de reducir á grados las distancias que hasta entónces no habian medido los romanos sino por estadios y millas.

Para saber la diferencia de los climas, se observaba entónces en diversos lugares la diversidad de la extension ó largo de las sombras, principalmente en tiempo de los solsticios y equinoccios. Se hicieron á este fin gnómones y obeliscos en diversas partes de la tierra, como nos lo dicen Plinio y Vitrubio, los que legaron á la posteridad muchas de aquellas observaciones. Los mayores obeliscos estaban en Egipto. Julio César y Augusto hicieron llevar algunos de ellos á Roma; tanto para que sirviesen de adorno, como para dar medidas puntuales de la proporcion de las sombras. Augusto hizo que se colocase en el campo de Marte uno de los mayores de aquellos obeliscos, que tenia ciento once pies de altura sin el pedestal. Dispuso que se fabricasen cimientos tan profundos, como tenia de alto el obelisco; y levantado el obelisco sobre aquellos cimientos, mandó que se grabase al pié una línea meridiana, cuyas divisiones estaban hechas con planchas de cobre embutidas en una superficie de piedra, para señalar el aumento de las sombras ó su disminucion todos los dias á medio dia, segun la diferencia de las estaciones. Y para señalar esta diferencia con mas precision, ordenó que se pusiese una bola en la punta de aquel obelisco, que aun hoy dia está en Roma en el campo de Marte, tendido en tierra y atravesando las cuevas de las casas que se edificaron sobre sus ruinas. Por la comparacion de las sombras de aquel obelisco, con las que se observaban en otros lugares de la tierra, se tenia noticia de las latitudes, tan necesaria para la perfeccion de la geografía.

Entre tanto hacia tambien Augusto que trabajasen en las descripciones particulares de diferentes países, y principalmente de la Italia, en donde se señalaron las distancias por millas á lo largo de las costas y en los caminos reales. Y finalmente, en tiempo de aquel príncipe, se concluyó con las memorias de África la descripcion general del mundo, en la que habian trabajado los romanos por espacio de dos siglos, y la colocaron en medio de Roma, en un gran pórtico fabricado expresamente para esto.

El itinerario que se atribuye al emperador Antonino, se puede considerar como el compendio de aquella grande obra. En el reinado de este emperador empezó la astronomía á tomar nuevo semblante. Porque, aprovechándose Tolomeo de las noticias de sus predecesores, y juntando á sus particulares observaciones las de Hiparco, Timocaris y de los babilonios, compuso un cuerpo completo de la ciencia de los astros, en un excelente libro intitulado «La Gran Composicion,» que comprende la teórica y las tablas del movimiento del

sol, de la luna, de los otros planetas y de las estrellas fijas. La geografía no le debe menos que la astronomía.

Los príncipes árabes que conquistaron los países en que se cultivaba particularmente la astronomía y geografía, apenas declararon su intencion de perfeccionar estas ciencias, cuando encontraron personas capaces de contribuir á la ejecucion de su proyecto. Almamon, califa de Babilonia, hizo traducir entónces del griego al árabe el libro de Tolomeo «La Gran Composicion,» el que llamaron los árabes «Almagesto,» y se hicieron por su órden muchas observaciones, por las que se conoció que la declinacion del sol era mas pequeña la tercera parte de un grado de lo que habia enseñado Tolomeo, y que el movimiento de las estrellas fijas no era tan lento como habia creido. Tambien se midió con mucha exactitud, por órden de aquel príncipe, una grande extension de país bajo un mismo meridiano, para determinar la magnitud de un grado de la circunferencia de la tierra.

De este modo se perfeccionaron poco á poco la astronomía y geografía. Pero el arte de navegar hizo en poco tiempo un progreso mucho mas considerable por medio de la brújula.

Casi al mismo tiempo que empezó á usarse la brújula, el ejemplo de los califas, estimuló á los príncipes de la Europa á cuidar del adelantamiento de la astronomía. No pudiendo sufrir el emperador Federico II que tuviesen los cristianos menos noticias de esta ciencia que los bárbaros, mandó que se tradujese del árabe al latin el Almagesto de Tolomeo, del que sacó Juan de Sacrobosco su obra sobre la esfera.

En España, Alfonso, rey de Castilla, hizo un gasto verdaderamente real para juntar de todas partes los mas sabios astrónomos. Trabajaron de su órden en la reforma de la astronomía, y dispusieron nuevas tablas, las que se llamaron de su nombre alfonsinas. No tuvieron buen éxito la primera vez en la hipótesis del movimiento de las estrellas fijas, el que suponian muy lento; pero luego corrigió Alfonso sus tablas, que se aumentaron después y redujeron por distintos astrónomos á una forma mas cómoda. Esta obra despertó la curiosidad de los eruditos de la Europa. Inventaron luego diferentes especies de instrumentos para facilitar la observacion de los astros. Calcularon las efemérides, y compusieron tablas para encontrar en todo tiempo la declinacion de los planetas, la que, unida á la observacion de las alturas meridianas, sirve para encontrar las latitudes en la tierra y en la mar. Trabajaron tambien para facilitar el cálculo de los eclipses, por cuya observacion se encuentran las longitudes.

El fruto de este trabajo de los astrónomos, fué el descubrimiento de muchos países, hasta entónces desconocidos.

La Francia produjo tambien muchos hombres ilustres que sobresalieron en la astronomía; y la Alemania y los países del norte dieron tambien muchos excelentes astrónomos, entre los cuales se distinguió Copérnico. Pero el famoso Tico-Brahe excedió con mucho á todos los astrónomos que le habian precedido. Además de la teórica y las tablas del sol y de la luna, y otras excelentes observaciones que hizo, compuso con tanta exactitud un nuevo catálogo de las estrellas fijas, que esta obra sola le hace acreedor al título de Restaurador de la astronomía.

En el tiempo que observaba Tico-Brahe en Dinamarca, muchos célebres astrónomos congregados en Roma, con la autoridad del papa Gregorio XIII trabajaron, con mucho acierto, en la correccion de los errores que insensiblemente se habian introducido en el calendario antiguo por la anticipacion de los equinoccios y de las lunas nuevas. Estos errores hubieran trastornado enteramente, en lo futuro, el órden establecido por los concilios para la celebracion de las fiestas movibles, si no se hubiese reformado el calendario, siguiendo las observaciones modernas de los movimientos del sol y de la luna, cotejadas con las antiguas.

En el siglo pasado, y en el presente, se hicieron una infinidad de nuevos descubrimientos, que pusieron la astronomía en un estado incomparablemente mas perfecto del que tuvo desde que se la empezó á enseñar en la Europa. Aprovechándose el célebre Galileo de la invencion de los anteojos de larga vista, fué el primero que descubrió en el cielo cosas que se tuvieron mucho tiempo por increíbles. Se debe poner á Descartes en el número de los que perfeccionaron la astronomía, porque el libro que compuso de los principios de la filosofía, manifiesta que no trabajó menos en la ciencia del movimiento de los astros, que en las otras partes de la física; pero se dedicó mas á discurrir que á observar. Gasendo se aplicó mas á la práctica de la astronomía, y publicó muchas observaciones muy importantes.

En Francia, el rey Luis XIV hizo edificar un observatorio, y se aplicó con increíble cuidado á todo lo que podia contribuir á los progresos de la astronomía.

Sin duda se ha notado en todo lo que se ha dicho de la astronomía, la estrecha relacion de esta ciencia con la geografía y la navegacion: y este es el lugar de tratar de ellas.

Art. 1.° Geografía. — §. 1. Las conquistas y el comercio adelantaron la geografía, y contribuyen todavía á su perfeccion. Homero, representando en sus poemas la guerra de Troya y los viajes de Ulises, hizo mencion de un gran número de pueblos y regiones, y de las circunstancias de una infinidad de lugares. Se encuentran tambien tantas noticias de este género en Homero, que Estrabon considera, de algun modo, á aquel gran poeta, como el primero y el mas antiguo geógrafo.

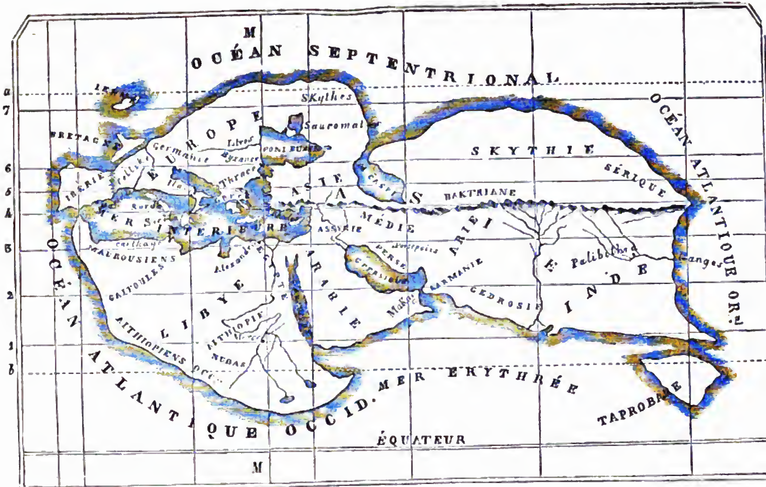
No se puede dudar que se cultivase la geografía desde los tiempos mas remotos, y además de los autores geográficos que tenemos, se encuentran otros muchos citados en las obras que perdonó el tiempo. El arte de representar la tierra, ó alguna provincia particular, en tablas ó cartas geográficas es tambien muy antigua. Anaximandro, discípulo de Tales, que vivia mas de quinientos años antes de la era cristiana, compuso obras de este género.

La expedicion de Alejandro, que extendió sus conquistas hasta las fronteras de la Escitia y del Indo, dió á los griegos noticia positiva de muchas regiones muy distantes de su país. Aquel conquistador llevaba en su comitiva dos ingenieros, Diogneto y Beton, encargados de medir sus marchas. Plinio y Estrabon nos conservaron aquellas medidas; y Arriano nos dejó las circunstancias de la navegacion de Nearco y Onesicrito, quienes condujeron la armada de Alejandro desde las bocas del rio Indo á las del Tigris y Eufrates.

Habiendo sometido los griegos á Tiro y á Sidon, tuvieron ocasion de instruirse de todos los lugares en que hacian los fenicios su comercio marítimo, que llegaba hasta el mar Atlántico.

Los sucesores de Alejandro extendieron en el oriente su dominacion y sus noticias, aun mas adelante que él, y hasta las bocas del Ganges.

Tolomeo Evergetes dilató la suya hasta la Abisinia, como lo acredita la inscripcion del trono de Adulis que nos dejó Cosme el Solitario.



El mundo conocido de los antiguos, segun Estrabon.

Hácia aquel tiempo, Eratóstenes, bibliotecario de Alejandría, intentó medir la tierra, cotejando la distancia entre Alejandría y Siena, ciudad situada bajo el trópico de Cáncer, con la diferencia de latitud de aquellos lugares, la que sacaba de la sombra meridiana de un gnómon, levantado en Alejandría, en el solsticio de verano.

Dueños ya los romanos del occidente y oriente, no se puede dudar que debió la geografía sacar de esto una gran ventaja. Fácilmente se conoce que la mayor parte de las obras geográficas mas completas se compusieron bajo la dominacion romana.

Los caminos reales del imperio, medidos en toda su extension, podian contribuir mucho á la perfeccion de la geografía: y los itinerarios romanos, aunque por lo regular estén alterados y poco correctos, ayudan tambien mucho para la composicion de algunas cartas, y para las averiguaciones que requiere la inteligencia de la geografía antigua. « El itinerario de Antonino, » como se llama comunmente, porque se presume que se dispuso en tiempo de aquel emperador, se atribuye tambien al cosmógrafo Ético. Tenemos tambien una especie de tabla ó mapa oblonga, que se nombra « Teodosiana. » Se da tambien á esta tabla el nombre de « Peutinger, » que es el de un opulento vecino de Ausburgo en Alemania, en cuya biblioteca se encontró, y de donde la enviaron al célebre Ortelio, el primer geógrafo de su tiempo.

Aunque no sea la geografía mas que una parte muy pequeña de la historia natural de Plinio, con todo la trata, por lo regular, con bastante minuciosidad. Ordinariamente sigue el plan que le dió Pomponio Mela, autor menos minucioso, pero elegante.

Estrabon y Tolomeo tienen el primer lugar entre todos los geógrafos antiguos, y se le disputan entre sí. Tiene la geografía mas extension en Tolomeo, y abraza mayor parte de la tierra, y en todo parece igualmente circunstanciada; pero esta misma extension la hace mas sospechosa, siendo dificultoso que en todo sea puntual y correcta. Estrabon refiere mucha parte de lo que escribe por el testimonio de sus propios ojos, habiendo emprendido expresamente muchos viajes para asegurarse de ello por sí mismo: es muy sucinto en lo que sabe solo por relacion de otros. Su geografía está adornada con una infinidad de cuestiones y pasajes históricos. Procura especialmente advertir en cada lugar y país los hombres grandes que salieron de él. Estrabon es tan filósofo como geógrafo; y la inteligencia, la rectitud de juicio, la exactitud y precision sobresalen en toda su obra.

Tolomeo sujetó todos los particulares de su geografía á posiciones en longitud y latitud, único modo de conseguir alguna cosa fija y segura. Agatódamon, su paisano, las redujo á cartas geográficas.

En los autores, de quienes acabo de hablar, como en las fuentes principales, se deben tomar las noticias de la geografía antigua. Y si se les añade la descripcion particular de las principales provincias de la Grecia por Pausanias, y algunas obras inferiores que consisten principalmente en descripciones sucintas de las riberas y costas marítimas, entre otras las del Ponto Euxino por Arriano, y del mar Eritreo, y además la noticia de las ciudades recogida en los autores griegos por Estéban de Bizancio, se tendrá con corta diferencia todas las obras geográficas que nos quedaron de la antigüedad.

No se debe creer que los antiguos citados hasta aquí no pensasen sacar de la astronomía los socorros que puede dar á la geografía. Observaban la diferencia de latitud de los lugares, por la longitud de la sombra meridiana, en el solsticio de verano. Concluian tambien esta diferencia, de la observacion de la duracion de los dias mayores en cada lugar. Bien se sabia en la antigüedad que, comparando el tiempo de la observacion de un eclipse de luna en lugares situados en distintos meridianos, resultaba de aquí el conocimiento de la diferencia de longitud entre estos lugares.

Pero si entendian los antiguos la teórica de estas diferentes observaciones, se debe convenir en que los medios prácticos que empleaban, no eran capaces de conducirlos á cierto grado de precision, al que no llegaron los modernos sino por medio de los anteojos grandes y la perfeccion de los relojes. No se puede dejar de conocer el defecto de puntualidad en las observaciones de los antiguos, cuando se considera que Tolomeo, por gran cosmógrafo que fuese, y alejandrino, se engañó cerca de un quinto de grado en la latitud de la ciudad de Alejandría.

Pero, aunque el arte de hacer cartas geográficas no llegó entre los antiguos, ni con mucho, al grado de perfeccion que tiene en nuestros dias, y se puede juzgar que aun en tiempo de los romanos no era tan comun el uso de estas cartas como lo es ahora, un monumento de la Francia nos dice que instruian á los jóvenes en el estudio de la geografía con la inspeccion de las cartas. Este monumento es un discurso oratorio pronunciado en Autun, en tiempo del emperador Constancio, en el que nos da á entender claramente el retórico Eumenes, que el pórtico ó vestíbulo del estudio público de aquella ciudad presentaba á los estudiantes una imágen de la disposicion de toda la tierra y mar, con las circunstancias del curso de los rios y vueltas de las riberas.

§ 2. No es inútil saber qué parte de la superficie de la tierra conocieron los antiguos.

En la costa del poniente que habitamos, el océano Atlántico, con las islas Británicas, limitaba las noticias de los antiguos.

Las islas Fortunatas, llamadas hoy dia Canarias, les parecia que estaban como en lo interior del Océano, entre mediodía y poniente; y esta es la razon porque contó Tolomeo la longitud del meridiano desde aquellas islas; en lo que le siguieron muchos geógrafos orientales y mahometanos, y tambien los franceses y la mayor parte de los modernos.

Los griegos tenian alguna lijera noticia de la Hibernia, la isla mas occidental de las Británicas, aun antes que hubiesen pasado los romanos, como conquistadores, á la Gran Bretaña.

La antigüedad tenia noticias muy imperfectas de los países del norte, hasta el océano Hiperbóreo ó Glacial. Aunque conociesen la Escandinavia, sin embargo, no tenian aquel país, y algunos otros del mismo continente, sino por islas grandes.

Es difícil determinar lo qué entendian en otros tiempos por « última thule. » Muchos la tenian por la Islanda. Pero parece que Procopio hace de ella una parte del continente de la Escandinavia.

No tiene duda que la noticia que tenian los antiguos de la Sarmacia y de la Escitia, no se extendia, ni con mucho, hasta el mar que parece limita hoy dia la Rusia y la gran Tartaria, del lado del norte y del oriente. Se detenia el descubrimiento de los antiguos en los montes Rifeos, cuya cadena separa actualmente de la Siberia la Rusia européa.

Tambien se conoce que los antiguos estaban medianamente instruidos de lo que pertenece al norte del Asia, cuando se considera que la mayor parte de sus autores, como Estrabon, Mela, Plinio, creyeron

que el mar Caspio era golfo del océano Hiperbóreo, con el que se comunicaba por un largo canal.

Si se adelanta por el lado del levante, parece que del país de los chinos no conocieron los antiguos mas que la frontera occidental. Parece que percibió Tolomeo alguna parte de la costa meridional de la China, pero muy imperfectamente.

Las islas mayores del Asia, especialmente las del Japon, no las conocieron los antiguos. Se debe exceptuar de estas la célebre Trapobana, cuyo descubrimiento resultó de la expedicion de Alejandro á las Indias, como lo dice Plinio.

En cuanto á la extremidad meridional del África, aunque supongan muchos que en una larga y extraordinaria navegacion se habia dado vuelta al rededor de esta parte del mundo, con todo, parece que insinúa Tolomeo que no la conocieron los antiguos. Nadie ignora que casi está enteramente comprendida en la zona tórrida, la que la mayor parte de los antiguos creian inhabitable en las inmediaciones de la línea equinoccial, de donde proviene que no pasa Estrabon en la Etiopia de Meroé.

No obstante, Tolomeo y algunos otros extienden sus noticias á lo largo de la costa oriental del África, hasta mas allá del Ecuador y hasta la isla de Madagascar, la que parece denotaban con el nombre de « Menuthias. »

Estaba reservado á los portugueses, al ir en el siglo XV á las Indias por mar, el descubrir la mayor parte de las costas de África que circundan el mar Atlántico, y sobre todo el paso, por el mediodía, del cabo mas sobresaliente del África. Reconocido este paso, diferentes naciones europeas, llevadas de la esperanza de un rico comercio, corrieron el mar de las Indias que baña las costas del Asia, descubrieron todas sus islas y penetraron hasta el Japon.

Las conquistas y establecimientos de los rusos, en la parte septentrional del Asia, acabaron de aumentar nuestras noticias en aquella parte del mundo.

Finalmente, sabido es que á últimos del siglo XV Cristóbal Colon, con los auxilios de la corona de Castilla, descubrió un nuevo mundo, situado al poniente respecto del nuestro, mas allá del mar Atlántico.

§. 3. Es evidente que la geografía moderna es muy superior á la antigua. En las cartas antiguas, y tolemáicas, el Mediterráneo está mas largo una cuarta parte de lo que lo es efectivamente. Se sabe que se deben buscar en el cielo las medidas de la tierra, y que la geografía depende de las observaciones astronómicas. ¿Y se puede dudar que no haya hecho la astronomía en los últimos siglos extraordinarios progresos? Solo la invencion de los anteojos de larga vista ha contribuido infinito á esto; y esta invencion llegó tambien, en muy pocos años, á una perfeccion muy grande.

Sanson se consideró siempre como un geógrafo muy bueno, y sus mapas se apreciaron siempre mucho. No obstante, Delisle, en los suyos, se aparta frecuentemente de él. Despues de Sanson se mudó mucho la tierra; esto es, las observaciones astronómicas, mas exactas y en mayor número, ocasionaron mucha reforma en la geografía.

El único modo de hacer buenas cartas geográficas consiste en tener la situacion de cada lugar, esto es, su latitud y longitud por observaciones astronómicas; y en su defecto sirven las distancias itinerarias de un lugar á otro que se hallan señaladas en los autores. Así, cuando algunos hábiles geógrafos franceses quisieron hacer el mapa de los países romanos, se arreglaron, en cuanto á la situacion de los lugares, á las distancias itinerarias que encontraron en los libros de los antiguos.

Despues se lograron situaciones de muchos lugares por las observaciones astronómicas. Delisle se aprovechó de ellas para reformar las cartas de la Italia y de los países vecinos; y encontró, no solo que quedaban muy diferentes de lo que eran antes, sino que los lugares convenian entre sí, con bastante exactitud, con las distancias señaladas por los antiguos.

Seguramente las situaciones sacadas de nuestras distancias itinerarias se apartarian, por lo regular, de la verdad, y mucho. Pero advierte Delisle, que tenian los romanos para esto ventajas que no tenemos nosotros. Su pasion por la utilidad pública, y tambien por la magnificencia, los habia determinado á construir en toda la Italia caminos reales, cuyo centro era Roma, y se dirigian á todas las principales ciudades, hasta los dos mares. Los abrieron tambien en muchas provincias del imperio, y aun hoy dia subsisten reliquias admirables por su construccion y solidez. Estos caminos se hacian en línea recta, y no se apartaban ni por montañas, ni por pantanos. Se secaban los pantanos y se horadaban las montañas. Se colocaban piedras de milla en milla, y les ponian su « número. » Esta rectitud y estas divisiones, en partes muy pequeñas, por lo respectivo á todo lo largo del camino hacian las medidas itinerarias muy seguras.

La exactitud de las medidas de los antiguos se vió bien con una experiencia que hizo Casini. La medida de la distancia de Narbona á Nimes se habia comprendido en la obra de la Meridiana. Esta distancia era de sesenta y siete mil quinientas toesas de París. Por otra parte, Estrabon dejó tambien la distancia de estas dos ciudades, y la puso de ochenta y ocho millas. De donde es fácil concluir que una milla antigua equivale á setecientas sesenta y siete toesas de París. Además, como se sabe que tenia la milla cinco mil piés, se prueba tambien que el pié antiguo era igual á once pulgadas y una vigésima quinta parte del pié de París. Por consiguiente, debe ser igual al antiguo, y haberse mantenido sin variacion por espacio de tanto tiempo.

Delisle manifestó un mapa, en el que están representadas la Italia y la Grecia, de dos modos: uno segun los mejores geógrafos modernos; otro, segun las observaciones astronómicas, en cuanto á los lugares en que se pudieron lograr; y en cuanto á los que nó, segun las medidas de los autores antiguos. No se podrá creer cuán diferentes son estas dos representaciones. Casi no parecen una misma cosa.

Hé aquí lo que hemos podido compilar acerca de las artes y las ciencias en la antigüedad, con lo que creemos haber aclarado muchas circunstancias de aquellos remotos tiempos.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO TERCERO

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

ADVERTENCIA. El índice y pauta para la colocacion de las láminas de este tomo tercero se darán al fin del tomo octavo.